13513

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

TOMO SEXTO.

BIOGRAFÍA ECLESIÁSTICA

COMPLETA.

Vidas de los personajes del antiguo y nuevo testamento;
de todos los santos que venera la Iglesia, papas y eclesiásticos célebres por sus virtudes y talentos,
en órden alfabético.

REDACTADA

POR UNA REUNION DE ECLESIÁSTICOS Y LITERATOS.

REVISADA

POR UNA COMISION NOMBRADA POR LA AUTORIDAD SUPERIOR ECLESIÁSTICA,

Y DEDICADA

Á S. M. LA REYNA MADRE D.ª MARÍA CRISTINA DE BORBON.

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

TOMO VI.

ADQUISICION POR COMPRA
DE LA DIPUTACION.

MADRID.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. EUSEBIO AGUADO,
Impresor de Cámara de S. M. y de su Real Casa.
Calle de S. Estéban n.º 8.

BARCELONA.

IMPRENTA Y LIBRERÍA DE D. J. M. DE GRAU Y COMPAÑÍA, calle de Basea n.º 30.

1853.

Es propiedad de los Editores.

ADVERTENCIA.

La necesidad de la Biografía *que estamos publicando queda justificada por el contenido de las varias felicitaciones que hemos recibido de eminentes Prelados, de distinguidos literatos y de la prensa periódica, así como por la consideracion que ha merecido del Congreso de diputados de la Nacion, y del Gobierno, que sucesivamente la ha recomendado con repetidas Reales Órdenes; y si bien nunca dudamos de ella, detenian nuestro intento por una parte los crecidos desembolsos que exigia tamaña publicacion, y por otra lo difícil de conseguir el mayor grado posible de acierto en una obra, que debe abarcar los héroes del antiguo y nuevo mundo. Empero resentíase nuestro amor patrio al ver como se lastimaba el buen nombre español en extranjeras*

publicaciones de esta clase, y como célebres notabilidades en los diversos ramos del saber humano eran relegadas al olvido, ó desfigurados sus hechos mas importantes por un mal entendido espíritu de nacionalidad, ocupando solo en nuestra patria un humilde lugar en algun escrito, que la gratitud de sus conciudadanos dedicaba á la memoria de sus esclarecidos talentos; y por estas poderosas consideraciones resolvimos emprender la publicacion de la Biografía, *confiando tambien que la ilustracion del Gobierno y de unas Córtes celosas del engrandecimiento de la Nacion no nos dejarian abandonados á nuestros aislados esfuerzos.*

Deseosos, pues, de dar pruebas de buena correspondencia por los actos protectores que se nos han dispensado, hemos ensanchado el círculo de doctrina que encerrar debe esta obra de elevado honor nacional, entrando por esto en nuevos gastos, que precisamente nos son mas sensibles despues de los cuantiosos que tenemos hechos, y cuyo reembolso está muy léjos de haberse aun realizado. Con esta mira nos hemos puesto en relacion con literatos nacionales y extranjeros, y creado en cada provincia de España un núcleo de hombres amantes de las letras y de las glorias de su pais, para que reunan y nos remitan cuantas noticias biográficas contemporáneas puedan adquirir; habiendo invitado tambien al propio objeto á todos los que á su competencia pueden reunir un interes de familia. Estos pequeños centros serán otros tantos manantiales que enriquecerán la Biografía; *porque si es grato instruirse en la historia de los sabios de la antigüedad, no es ménos grato é instructivo saber las vidas de los de ayer, pudiéndose apreciar con mas criterio sus vicisitudes. Por lo mismo, habiendo aumentado el número de los redactores, los artículos irán desde este tomo suscritos con las letras indicativas de cada colaborador, conciliándose así la modestia con la responsabilidad literaria del artículo.*

Conocida la grandiosidad de la obra y la amena variedad de sus páginas por los seis tomos publicados, cuyo volúmen equivale á doce de los regulares, nos limitamos á decir que difícilmente se hallará otra que, para su mejor redaccion, haya tenido mas abundancia de recursos y de fuentes mas puras. Las actas de muchísimas canonizaciones, crecido número de crónicas y anales, la obra inmensa de los Bolandos, gran coleccion de biografías sueltas de distintas épocas que no se hallan en ninguno de los muchos y mas acreditados diccionarios que poseemos, con una rica y selecta biblioteca para com-

probacion y consulta ; todo contribuirá á que nuestra publicacion sea incomparablemente mas completa que cuantas se han visto en los demas paises : enriqueciéndola con una coleccion numerosa de retratos grabados en acero por artistas de reputacion , y formando de este modo un monumento parecido á aquellas publicaciones colosales , fruto de la constante laboriosidad monástica de otros siglos , y que solo es dado llevar á cabo al poder de los gobiernos.

Así es como nos proponemos continuar , haciéndonos merecedores de las felicitaciones con que muchas personas nos han favorecido , y otras aprobado y aplaudido nuestra determinacion.

Los Editores.

Biografía Eclesiástica

COMPLETA.

F.

FABER (Gil) religioso carmelita calzado. Nació en Bruselas, hermosa ciudad del Brabante, hoy capital del reino de Bélgica, y allí se inscribió en la religion carmelitana. Despues de haber concluido el curso de sus estudios, recibió la borla de doctor en teología en la universidad de Lovaina, en cuya matrícula fué inscrito el año 1468. Habia aprovechado tanto en las letras humanas y divinas, que su extraordinario saber le captó el aprecio y la veneracion de todos. Siendo uno de los célebres predicadores de su tiempo, la fama de su elocuencia y de su virtud atraia tan considerable concurso, que de antemano se llenaban los templos de oyentes, ávidos de oir de sus labios la palabra divina. Y en verdad no era extraño si se atiende que las tres condiciones requiridas por Marco Tulio en todo buen orador las reunia Faber en grado eminente, ilustrando el asunto con la discusion, moviendo los ánimos de los oyentes con la dulzura, y convenciéndolos con la

persuasion. Poseia excelente doctrina, prodigiosa memoria, y grandes conocimientos en la historia sagrada y profana; á todo lo cual acompañaba una decorosa gravedad, una pureza de costumbres y tal agudeza de conversacion, que le granjearon el nombre célebre que disfrutó entre sus contemporáneos. Alcanzó tanta autoridad con el emperador Maximiliano, que le llamaba muy á menudo á sus consejos, llenando, por su medio, de beneficios á muchos monasterios de carmelitas, y singularmente el de Bruselas, que ilustró con la solemne inauguracion de la Órden de los caballeros del Vellocino de Oro. Faber enalteció tambien dicho convento y toda su Órden con muchos volúmenes que escribió hasta el año 1506, en cuya época enfermando gravemente, falleció en él entre las lágrimas y el sentimiento de los religiosos sus hermanos. Celebráronsele solemnisimas exequias, y su cuerpo fué encerrado en un elegante sepulcro, sobre el cual se veia esculpida su efigie. Quitaron los herejes este honroso monumento en el año 1572, y aplicaron su lápida á usos profanos, despues de haber desterrado á los religiosos del convento por su constancia y firmeza en la fe. De los escritos de Faber hacen relacion Tritemio y otros autores, y son los siguientes: 1.°: *Commentarii in Ruth et Job*, dos libros. 2.°: *Commentarii in Evangelia et Epistolas Divi Pauli*, ocho libros mencionados por Jaime Lelong en su *Bibliotheca sacra*. 3.°: *Commentarii in Magistrum Sententiarum*, cuatro libros. 4.°: *Quæstiones ordinariæ*. 5.°: *Determinationes theologicæ*. 6.°: *Orationes ad clerum*. 7.°: *Sermones ad populum*. 8.°: *De Testamento in cruce*. 9.°: *Contra proprietarios*. 10.°: *De ortu Religionum*. 11.°: *Præcepta vitæ religiosæ*. 12.°: *Chronicon ordinis sui*. 13.°: *Historia Brabantiæ* Ms.: la que cita el mismo Lelong en la Biblioteca de la Historia de la Galia. De este sabio carmelita hablan con honorífica distincion, no solo la mayor parte de los escritores de su Órden, sino tambien otros muchos, entre los cuales pueden citarse Posevino, Conrado Gesnero, Cornelio Calidio, Andres Valerio y Alberto Mireo. — E. L.

FABER (Félix) (ó propiamente Schmidt) dominico y viajador. Nació en Zurich en 1441, ó 1442. Entró en un convento de la Órden de hermanos predicadores en Ulm: profesó la teología, y pasó en su tiempo por un excelente predicador. Hizo dos veces el viaje á la Tierra Santa, la primera en 1479 y la segunda en 1483. Á su vuelta, ocupó diferentes empleos en su Órden, y murió en Ulm el 14 de Mayo de 1502. Tradujo en aleman la vida de Enrique Suso, y escribió en latin en 1489 *Historia Suevorum*. Goldast, que la imprimió en su coleccion titulada: *Rerum Suevicarum scriptores*, dice, que la *Relacion* del primer viaje de Faber escrita de su puño propio é inédita existia en poder de Heinzel, patricio de Augsbourg; y añade que dicho religioso compuso asimismo sobre el monasterio de Offenhui unas *Memorias* que no

se han publicado. Otros escritores hablan tambien de una *Crónica de Ulm*, que atribuyen á este mismo Faber, y hacen mencion de una de sus obras bajo el nombre de *Evagatorium* que probablemente es su misma *Relacion* bajo otro título. Hállase esta indicada en el catálogo de los libros de los viajes de Stuck con este título, en aleman: *Relacion del viaje á la Tierra Santa y á Jerusalem, y de su vuelta*, (en 1440) 1556 y 1557, en 4.°, sin designarse el lugar de la impresion. La misma obra pone la *Relacion* del segundo viaje de Faber en la coleccion de viajes á la Tierra Santa, Francfort, 1584, en folio. Allí se le ve designado bajo el nombre de hermano Félix; y otros bibliógrafos nos dicen que esta *Relacion* fué publicada en aleman en 1560 por Eysengrein. Sea de esto lo que fuere, la *Relacion* de este viaje fué publicada primero en latin por Bernardo de Breydembach, que se halla calificado como autor principal de la obra. Tuvo por compañeros el P. Faber á once personajes nobles de entre sus compatriotas, dos hermanos menores versados en muchas lenguas, un arcediano de Transylvania, Faber, Eduardo Rewich, hábil pintor que diseñó todos los lugares representados en el viaje, y en fin, muchos domésticos; por manera que tan esclarecidos compañeros componian una caravana bastante numerosa. Esta reunion de peregrinos partió de Maguncia el 25 de Abril de 1483: embarcóse en Venecia, y llegó á Jerusalem en 11 de Julio. Despues de haber visitado la ciudad Santa y los alrededores hasta el Jordan, difirió su partida para el monte Sinaï á causa de los excesivos calores. El 24 de Agosto se puso en camino, pasó por Gaza, atravesó el desierto, ganó los montes de Oreb y Sinaï y dejó el convento de Sta. Catalina para ir al Cairo, costeando las orillas del Mar Rojo; siguió el Nilo, desde la capital del Egipto hasta Rosetta, subió en 15 de Noviembre á un buque de Venecia, y llegó á esta ciudad el 8 de Enero de 1484. Este *Viaje á la Tierra Santa*, uno de los mas antiguos que se han impreso, es ciertamente de los mejores. Hállase minuciosamente descrito el aspecto del pais, el cuadro del desierto situado entre la Palestina y los montes de Sinaï y Oreb: el de las dos montañas y de todo el pais hasta el Cairo, dejan muy poco que desear. Los vegetales extraños á la Europa y cultivados en los alrededores del Cairo están descritos con la mayor precision y exactitud: hállanse en esta obra gran número de juiciosas observaciones, y muy pocas cosas que no sean de alguna utilidad: así es que de él se han valido muchos viajeros. El Huen tradujo en frances muchos pasajes de la primera parte y toda la segunda, que comprende el viaje al monte Sinaï y la vuelta á Europa. Entre las figuras de animales representados en las láminas de esta obra se ve un unicornio; pero de la lectura del texto fácilmente se desprende que los viajeros no habian visto sino una gazela. (Véase Haberlin T. D. *Dissertat. de vita itiner. et scrip. F. Fabri*, Gottingen, 1742.—N. A. T.

FABER (Juan) religioso dominico. Nació en Friburgo de Suiza; adquirió mucha celebridad por su elocuencia de púlpito en la que desplegó un talento extraordinario. Estaba íntimamente unido por amistad con Erasmo, el cual, como amigo de Cárlos V, contribuyó no poco á que Faber conservase en la córte de aquel monarca un lugar eminente. Así es que Faber tomó muchas veces la defensa de Erasmo aun contra los teólogos católicos; y se esmeró por su parte en reconciliar á Erasmo con su concolega Vicente Thierri de Harlem. Pero cuando estalló el rompimiento entre los dos rivales, Faber, que habia ido á Roma con la idea de solicitar algunos beneficios, á fin de volver á conciliarse el agrado y la benevolencia del cardenal Tomas de Vío, rompió con Erasmo, bien fuese por razon de sus doctrinas, bien fuese para hacerse suyos á los prelados cuya proteccion solicitaba, y murió en Roma á fines del año 1530 en una edad poco avanzada. Era excelente teólogo, y así lo reconoció el mismo Erasmo, aunque irritado con él á causa de su defeccion. Fué predicador de los emperadores Maximiliano I y de Cárlos V, y es el autor de una *Oracion fúnebre de Maximiliano*, que algunos han atribuido equivocadamente á otro Juan Faber tambien del Órden dominicano, del cual hablarémos en otro artículo.—N. A. T.

FABER (Juan) tambien religioso de la Órden de Sto. Domingo, llamado por sobrenombre *Malleus hæreticorum*, ó sea, el Martillo de los herejes, del título de una de sus obras. Nació hácia el año 1470 en Leuckerchen, en Suavia. Desde su infancia descubrió las mas felices disposiciones para las ciencias, é hizo muy buenos estudios en diferentes universidades de Alemania. El obispo de Constancia le nombró en 1519 uno de sus vicarios generales; el emperador Fernando le escogió despues por su confesor y le dió en 1531 el obispado de Viena. Gobernó sábiamente su diócesis por espacio de diez años: se opuso con feliz éxito á los progresos de la herejía, y murió en 12 de Junio de 1541. Era un prelado tan distinguido por sus virtudes como por sus talentos, y en ello convienen asimismo escritores de otra comunion. Cuando le sorprendió la muerte ocupábase en revisar sus obras, de las cuales se proponia publicar una edicion completa. Un hereje, hablando de Juan Faber, se expresa en estos términos: « Escogióle Fernando, rey de romanos, despues emperador, para confesor suyo el año 1526, y en 1531 mereciéronle su erudicion é integridad de costumbres el gobernar la iglesia de Viena. Se opuso á Lutero y sus secuaces; defendió la Iglesia romana, y el conocimiento que habia adquirido de la filosofía y de muchas ciencias hízole merecedor de la palma en las disputas públicas; y restaurada en Alemania la predicacion del Evangelio, le clamaron los otros obispos para combatir con sus adversarios y defender la antigua doctrina. Como lo desempeñó con tanto enardecimiento *(gnaviter)* hizo de él grande aprecio Erasmo de Roter-

dam elogiando su distinguido mérito, con el que se captó la estimacion general. Pasados dos lustros de preclarisimo gobierno de su iglesia, acabaron sus dias en 1541.» ¿Qué mas pudiera decir un católico en su elogio? Por lo que respecta á lo demas de su vida, debe añadirse, que una de las mas famosas disputas que sostuvo con los herejes, fué en Báden, en Suiza, en el año 1526, cuyo diálogo imprimió. Fernando le envió á la córte de Enrique VIII, rey de Inglaterra, y murió dos meses despues de su regreso. En la edicion de sus obras que se publicó en Colonia en 1537, y siguientes, dividida en tres tomos, se hallan sus *Sermones*, siete de ellos sobre el Bautismo: su tratado: *De fide et bonis operibus*; un *Tratado* para probar que Jesucristo, en el Sacramento adorable de la Eucaristía, se halla todo entero en cada una de las dos especies: *otro sobre el Santo sacrificio de la Misa*, y *otro* relativo á las ordenanzas de los príncipes y magistrados contra los herejes, impreso separadamente en Leipsick en 1538. En el tomo tercero, ademas de algunas *homilias*, está un *Tratado sobre las miserias y calamidades de la vida humana*, que tradujo en frances Pedro Guido de Saumur, y se imprimió en Paris en 1578. En Leipsick, en 1537, habia publicado algunas obras suyas, entre las cuales las hay bastante notables: la *De la necesidad absoluta de las cosas contingentes*, la *Del sacrificio de la Misa contra Lutero*, la *Disputa sobre veinte y nueve artículos controvertidos por los anabaptistas, zuinglienses y luteranos*, tratada con tanta energía como concision; un *Tratado sobre la religion y costumbres de los moscovitas*, impreso separadamente en Basilea en 1526; *otro sobre el orígen de los turcos*, repetidamente impreso. Añádese un *cuarto volúmen* publicado en Leipsick en 1537; pero ni aun estos cuatro volúmenes contienen todas las obras de Juan Faber, pues en ellas se echará de ménos la obra que mas contribuyó á la celebridad de su autor, el *Malleus hæreticorum*, Martillo de los herejes, ya olvidada en el dia, impresa por la primera vez en 1524, y de la cual se hicieron posteriormente otras ediciones. Este epígrafe se lo puso el propio autor para distinguirle de aquellos que son unívocos con él en el nombre. Como este sabio y celoso sacerdote vivió en la época terrible y borrascosa en que la herejía se atrevió á rasgar, por decirlo así, la túnica inconsútil de la esposa de Jesucristo, que es la Iglesia, escribió con teson contra todos los principales errores de su época, mostrándose un fuerte adalid contra los que se empeñaban en introducir tan escandalosamente la division en el campo de la Iglesia. Así es como á mas de los asuntos ya citados, se le ve defender contra Ecolampadio la fe en la intercesion de los Santos, y manifestar en otra ocasion que Juan Hus, los waldenses y Juan del Wesal habian enseñado una doctrina ménos odiosa aunque la de Lutero.—N. A. T.

FABER, Fabre ó Fabro (Pedro) conocido por muchos historiadores por el

nombre de Lefevre. Nació en Saboya, y fué uno de los primeros compañeros que tuvo S. Ignacio de Loyola (el célebre é inmortal fundador de la ilustre Compañía de Jesus) que secundó los trabajos del celoso fundador tanto para el establecimiento de la Compañía como para el bien general de la Iglesia. Y aun puede decirse que Faber, estudiante venido de Vinaret en Saboya su patria, y el grande Francisco Javier fueron los primeros discípulos de Ignacio. Faber era de un carácter dulce, sabio y piadoso á un mismo tiempo; así es, que á Ignacio le fué mas fácil dominarle por el ascendiente de sus virtudes que á Francisco Javier, el cual le ofreció mas resistencia, porqué cursando carrera literaria, ambicionaba mayor celebridad. Omitiremos aquí las circunstancias particulares que acompañaron al orígen y formacion de la Compañía, en las que tuvo Faber no pequeña parte, para no incurrir en repeticiones cuando trazemos el grande cuadro de Ignacio de Loyola, al cual referimos desde ahora á nuestros lectores, y nos contentarémos con indicar ciertas particularidades que tocan especialmente á Pedro Faber, ó Lefevre. Omitiremos, pues, cuando á Ignacio y á sus dos compañeros se les unieron Lainez, Salmeron, Bobadilla y Rodriguez; cuando hicieron sus votos en Montmartre, su llegada á Roma, y su resolucion en formar una sociedad religiosa; los trabajos y las calumnias que tuvieron que pasar y que sufrir en Roma; su justificacion y su desinteres. Prescindiremos de la instalacion de la Compañía de Jesus. Cuando Ignacio, Faber y Lainez vinieron á postrarse á los pies de Paulo III, el Papa acojió gozoso á estos nuevos operarios, que habian ya hecho sus pruebas, y para no dejar entibiar su celo, confió á Lainez la cátedra de escolástica y á Faber la de Escritura Santa en el colegio de la Sapiencia. Faber y Javier predicaban en S. Lorenzo *in Damaso*. Entre las misiones importantes que el Papa confió á aquellos hombres, cuyo paciente valor era infatigable, Faber y Lainez acompañaron á Ennio Filonardi cardenal de S. Ángelo en su legacion de Parma. Esta ciudad estaba amenazada de invasion por parte de los sectarios, y con el fin de preservarla, el cardenal habia escojido estos dos misioneros, los cuales, despues de haber dado algunas instrucciones, veian con satisfaccion á las señoras mas distinguidas por su alcurnia y por su belleza ponerse al frente de las buenas obras. Hipólita de Gonzaga, condesa de la Mirándola, y Julia Zerbini se hacen apóstolas de las otras mujeres. El clero resuelve tomar por modelos aquellos dos tan piadosos varones: Pablo Doménech, canónigo de Valencia, Pablo Aquilez, Silvestre Landini y J. B. Viole se dedican á los ejercicios espirituales, y fundan una congregacion. Prescindiremos enteramente de entrar en el exámen del plan y objeto de las constituciones de los jesuitas, de su organizacion, y de los primeros albores de la Órden, pues no es de este lugar. Diremos si, que Faber contribuyó como el que mas á

los primeros trabajos apostólicos y prodigiosos adelantos de la Compañía naciente. Acompañó á Lainez en su expedicion á Venecia, vasto depósito del comercio de Levante, donde pululaban los herejes como en una ciudad que parecia no abrigar mas pasion que la de las riquezas y placeres. Allí se dejó oir la voz elocuente de Lainez, auxiliado de su infatigable compañero. Y para comprender el modo como posteriormente se propagó la Compañía de Jesus, conviene seguir á Pedro Faber en las diferentes misiones que se le encargaron, y despues de haberle acompañado por Alemania, volver con él á la Península. Este sacerdote (ejemplo sorprendente del influjo de la Órden) que era tan pobre de espíritu como tímido de carácter, ni siquiera apreciar sabia la energía y talento que abrigaba. Habia pasado humildemente desapercibido, obrando el bien en algun valle arrinconado de los Álpes, cuando se apoderó de él Ignacio en la universidad de Paris, donde seguia sus estudios. Faber no tenia ambicion ni voluntad propia: no le costó mucho por lo tanto cumplir con los votos de pobreza y obediencia; pero las ardientes conversaciones con Ignacio, las insinuaciones de Javier, la calma enérgica de Lainez, revelaron los recursos que Dios habia depositado en su corazon. Adquirió Faber la ambicion del bien de las almas. Esta naturaleza, hasta entónces inerte, pareció animarse bajo la mano de Ignacio. Vamos á describir lo que hizo en pocos años de resultas de tal transformacion. La Alemania, con sus divisiones territoriales y con sus príncipes amigos de revueltas, era para la Santa Sede un motivo continuo de inquietudes y discordias. Las antiguas contiendas entre el Imperio y la Córte romana, las usurpaciones del primero y las excomuniones de la segunda; la memoria de aquellos reyes que tan pronto emprendian la guerra contra el Pontífice, como doblaban su orgullo bajo la mano de un sacerdote: todas estas diverjencias entre los dos principios, diverjencias que llenaban la historia de la edad media, no estaban aun olvidadas. Este pueblo tan fraccionado por la política y tan íntimamente unido por las costumbres é idioma, no habia encontrado aun en las guerras un suficiente pábulo para su imaginacion siempre amiga de la novedad. Unos espíritus poco satisfechos con los pausados estudios de las universidades alemanas, necesitaban estas discusiones que crean un nuevo mundo ideal y un nuevo encadenamiento de hechos. Soñaban un culto mas apropiado á sus necesidades y mas conforme á sus inclinaciones. Poco les importaba la forma y el fondo, con tal que el culto les diese márgen á vengarse de Roma, y fuese como una satisfaccion otorgada á sus pasiones. Entónces fué cuando apareció Lutero. La época era fértil en agitaciones y fecunda en revueltas. El clero, en especial el de Alemania, daba, salvas algunas pocas excepciones, el ejemplo de la mas desenfrenada disolucion. Lutero, fraile agustino, que habia tomado

todos los vicios del clero, quiso hermanarles con los mas ambiciosos proyectos, hasta aspirar á la púrpura romana. Entreviéndola solo en un porvenir lejano, quiso acercarse á ella haciéndose temer. Prevalido de ciertos desórdenes introducidos en la Iglesia, empezó por atacar abiertamente las indulgencias y las dispensas emanadas de Roma. Por el insensible resbaladero que empuja á los hombres mas allá de lo que se figuran, se vió abismado en un círculo de ideas mas absolutas. Empezó declamando contra los abusos, halló contradictores, y la contradiccion produjo en su cabeza controversista ciertas tentaciones de amor propio. La resistencia que se le opuso le hizo rasgar el velo que encubria sus designios. Intimaba á la Iglesia la reforma, y esta no cedia con docilidad á los consejos que le daba con desden desde su cátedra. Tratábale la Iglesia de apóstata y de hereje, y Lutero no tuvo la suficiente grandeza de espíritu para desmentirla. Llegó á ser lo que nos dice la historia. Al morir en 18 de Febrero de 1546 habia propagado de tal modo sus doctrinas, que ya infestaban toda la Alemania. Los príncipes y los reinos se separaban de la unidad. Habia dejado Lutero sectarios, discípulos y numerosos entusiastas, como los adquieren siempre los nuevos cultos. La Alemania, bajo la influyente palabra de Melancthon, de Bucer, de Corlastad, y de Bullinger; la Suiza y la Francia fanatizadas por las doctrinas de Swinglio, de Calvino y de Teodoro de Beza, presentaban un palenque en el que todos disputaban, comentando los textos de la Escritura y de los Santos Padres, atribuyéndose cada uno en su libre exámen la infalibilidad que se denegaba á la Iglesia universal. Esta situacion no podia ménos de llamar la atencion del Sumo Pontífice. Comprendia igualmente su gravedad el emperador Cárlos V, cuya cautelosa prudencia ofuscaba el brillo de sus calidades reales. Esta agitacion de espíritu en los dominios de su imperio germánico le inquietaba como á príncipe y como á católico. No eran los luteranos los únicos que invadian las márgenes del Rhin y del Danubio. Stork y Múnster habian creado en 1523 una secta que con el título de anabaptistas se jactaba de ser inspirada para destruir el catolicismo y el protestantismo. Lo mismo que los luteranos y calvinistas, estos sectarios no venian á traer la paz sino la cuchilla. El fondo de su religion consistia en reiterar el bautismo de los niños, y este fué el orígen de su nombre. Fanáticos y crueles al mismo tiempo, presentaban al pueblo el dogma de la igualdad, inculcándole que la insurreccion contra los reyes y la Iglesia es siempre un deber. El peligro que ofrecian los anabaptistas era pasajero, porqué las naciones no se dejan arrastrar por mucho tiempo á locuras criminales; pero el Emperador no se mostraba dispuesto á conceder tanta libertad á sus súbditos, y creyó ponerles un dique reuniendo en una especie de sínodo ó conferencia á los mas famosos doctores. La multiplicacion de tales asambleas interesaba mucho á

los protestantes, ya porqué les daba los medios de desenvolver sus doctrinas, ya tambien porqué la frecuencia de estas reuniones era un obstáculo para la abertura del sínodo ecuménico, que deseaba con ansia la Santa Sede y todo el cristianismo. Ortiz, enviado de Cárlos V cerca de Paulo III, recibió la órden de pasar á Worms, donde se iba á celebrar una de estas conferencias. El diplomático español necesitaba á su lado un consumado teólogo, un orador elocuente, y sobre todo un sacerdote virtuoso. Pidióselo al Papa y á Loyola, y ámbos fijaron su atencion en Faber. Llegó éste con Ortiz á Worms el 24 de Octubre de 1540. Faber era el primer miembro de la Compañía de Jesus que ponia los pies en Alemania. Esta conferencia convenida no era mas que una estratagema por parte de los luteranos. Pronto lo conoció Faber, atendidos los obstáculos que ponian aquellos á las reuniones preparatorias. La ciudad abrigaba un clero pervertido y muchos cristianos que, siguiendo el ejemplo de sus pastores, se despeñaban en los mayores desórdenes. Faber empero emprende y logra oponerse á tamaños males. Vemos trazado un horrible cuadro de las costumbres del clero en las cartas que desde Worms escribió en idioma español al general de la Compañía. Este cuadro y estas cartas pertenecen á la historia. Con fecha de 27 de Diciembre de 1540 dice así: « Me admiro de que no sea duplo y triple el número de los herejes, atendido que nada empuja tanto al error en la fe, como el desórden en las costumbres; pues no son las falsas interpretaciones de la Escritura, ni los sofismas, los medios de que echan mano los luteranos en sus sermones y disputas, que tantos pueblos han inducido á la apostasía, haciendo rebelar contra la Iglesia romana muchas ciudades y provincias: todo el mal proviene de la vida escandalosa de los sacerdotes. » Y con fecha de 10 de Enero de 1541 añade: « ¡Quisiese Dios que en la ciudad de Worms hubiera á lo ménos dos ó tres eclesiásticos que no estuviesen amancebados ó manchados con otros crímenes públicos, y que tuviesen algun celo por el bien de las almas! En este caso dispondrian como quisiesen de este pueblo bondadoso y sencillo. Hablo de las ciudades que no han abolido enteramente las leyes y prácticas de religion, ni sacudido del todo el yugo de Roma; pues la parte del rebaño, que en cumplimiento de su deber deberia llamar al redil los infieles, es la misma que con sus costumbres disolutas invita y empuja los cristianos á hacerse luteranos. » Despréndese de tales cartas que no eran los sectarios los apóstoles mas activos de la reforma: lo que sucedia en Worms y nos refiere Faber tenia lugar en todas partes. Manifiesta el jesuita sus deseos de encontrar dos ó tres sacerdotes no corrompidos, y solo habia uno: era este el dean del capítulo que ejercia simultáneamente los cargos de vicario general y de inquisidor. Solo y desalentado, estaba á pique de abandonar un rebaño que, segun su expresion, se arro-

jaba por sí mismo á la boca del lobo, cuando Faber vino á reanimar su valor con sus excitaciones. La ciudad de Worms cambió al instante de aspecto. De allí pasó Faber á Spira, y en seguida á Ratisbona, donde el Emperador y el cardenal Contarini, legado del Papa, debian asistir en un sínodo entre los católicos y los protestantes. Entre tanto Faber no perdia el tiempo: viajaba con los oficiales de Cárlos V, y durante la marcha les prodigaba sus cuidados y los ejercicios espirituales. Abrióse la dieta de Ratisbona por el mes de Abril de 1541 en presencia del Emperador y de toda la córte. El partido católico contaba por sus oradores con Faber, Esquio, Julio, Pflug y Juan Gropper, arcediano de Colonia. Sus contrincantes eran Martin Bucer, que se habia casado con una monja, Pistorio y Melancthon, oráculo del protestantismo. Disputábase delante de ocho jueces laicos, que no sabiendo nada de teología, mal podian dirijir la discusion con órden y regularidad. Comprendió el cardenal de Granvelle que semejantes conferencias no darian el menor resultado satisfactorio. Nadie se daba por vencido: despues del combate todos se mostraban mas irreconciliables, porqué en los mutuos discursos se habian proferido expresiones irritantes: el amor propio habia sufrido graves recriminaciones y profundas heridas. Granvelle suplicó á Faber que se dedicase á ocupaciones mas útiles. Excelente era el consejo: siguióle Faber, y en el desaliento que le inspiraban estas disputas, juguetes del ingenio, que ocultaban una revolucion bajo su pesada frivolidad, escribió desde la misma ciudad de Ratisbona el 5 de Abril de 1541: «Es para mí una cruz insoportable el ver una parte de la Europa, que en otro tiempo era la gloria de la Religion, desmoronándose ó bamboleando en el dia, sin que el poder inmenso del Emperador, ni el talento y habilidad de sus ministros, ni los personajes de esta imponente dieta puedan ó sepan hacer nada para evitar la ruina de la fe.» La dieta era impotente para el bien, y así tuvo que emprenderlo Faber solo, é independiente de la misma. Abrió ejercicios espirituales á los obispos, á los prelados, á los electores, á los vicarios generales, á los embajadores de las coronas, á los teólogos, á los doctores, y á los demas miembros de la dieta. El hijo de Cárlos, duque de Saboya, de quien era súbdito Faber, le confia la direccion de su conciencia. Fué tal la concurrencia que se agolpó á escucharle, que para ocurrir á todas las necesidades, tuvo que cercenar el sueño. Agrupábanse al rededor de su púlpito alemanes, portugueses, españoles é italianos: todos aceptaban las reglas de conducta que habia dictado con una santa libertad. Contaba diariamente entre sus oyentes á Fernando de la Cerda, á Enrique, duque de Nájera, á D. Sancho de Castilla, á Juan de Granada, hijo del último rey de Granada, á Cárlos de Saboya y á Pescaire. Esta flor de nobleza, que le adoptaba por padre espiritual, difundia por varios reinos la semilla que de

él recibia. Fortalecida en la fe, sostenia en ella con su ejemplo los diversos pueblos. Poco satisfecho Faber con sus sermones en Ratisbona, salió de allí para Nuremberg. Pareció á Ignacio que la presencia del apóstol era necesaria en España: viene aquí Faber; pero debiendo continuarse la obra que tenia empezada, se le dan por sucesores Claudio Rejai y Bobadilla. Llega Faber á España, acompañado siempre de Ortiz. Visita Madrid, Zaragoza, Sigüenza y Alcalá: conferencia con los grandes; predica al pueblo, é instruye á los chiquillos. Este hombre, á quien dispensaba el mayor aprecio el consejero de Cárlos V, no desdeña confundirse con los pobres, haciéndose mas pobre que ellos para enseñarlos. Apénas se habia fijado Faber en la Península, cuando el Papa le llama para que emprenda sus trabajos apostólicos en Alemania. Estos continuos viajes no disgustaban á Loyola; y si bien era poco numerosa su Compañía, esperaba multiplicarla, haciendo brillar simultáneamente en varios puntos el mérito de sus individuos. En Ocaña, María y Juana, hijas de Cárlos V, admiten al jesuita á su presencia: eran ya cristianas, y las hace piadosas. Entusiasmados por sus discursos Juan de Aragon y Álvaro Alfonso, sacerdotes de la capilla real, renuncian los honores y la córte, y siguen á Faber, que atravesando mil peligros, llega á Spira en el mes de Octubre de 1542. Su presencia excita alguna efervescencia entre el clero. Teníanse ya noticias de la fama y de los hechos de los jesuitas, y no faltaba al clero algun fundamento para creer que Faber procederia ante todo á la reforma de sus costumbres. Esta era efectivamente la mision del jesuita. Para captarse algun aprecio, procura ganar á los sacerdotes con su dulzura, se hace su amigo y se insinúa en su confianza. Dado este primer paso, que era el mas difícil, les habla con tal uncion de la santidad de su ministerio, y de los deberes que le están anexos, que todos los eclesiásticos de Spira abandonan los placeres mundanos, y la necia alegría, que poco ántes avasallaban sus corazones. Despues de este triunfo, sale Faber para Maguncia, donde le esperaba el arzobispo Alberto cardenal de Brandeburgo. Maguncia, lo mismo que las demas ciudades alemanas, veia desarrollarse diariamente en su seno nuevas facciones religiosas. Escudadas con los excesos del clero, no temian pervertir á los fieles, bajo el pretexto de que tambien estaban pervertidos sus pastores. Faber, con el apoyo de la autoridad y de las virtudes del arzobispo, restablece pronto la paz en los corazones, la regularidad en el clero, y la fe en el pueblo. Alberto Brandeburgo era generoso: desea cubrir la deuda que él y su diócesis habian contraido con el Padre, y obligale á admitir cien ducados de oro. Como Faber habia hecho y observaba el voto de pobreza, reparte al instante los cien ducados entre los insurgentes de la ciudad y los hermanos de la Compañía que estudiaban en la universidad de Lovaina.

Vuelve á Spira y á Maguncia, porqué los obispos alemanes no atinaban mejor medio, cada vez que volvia á presentarse el luteranismo, que oponerle el mismo adversario. Luego en el mes de Enero de 1542 se decide á explicar las Santas Escrituras. Acuden á sus lecciones todos los habitantes de Maguncia, y vuelven de resultas al gremio de la Iglesia muchos cristianos alejados de ella por la actividad de los luteranos. Todavía se logra otra ventaja: preséntanse en Maguncia muchos extranjeros reunidos de las provincias del Rhin para oir á un sacerdote que habia adquirido tan extraordinaria reputacion. Contábase en este número Pedro Canisio, nacido en Nimega el 8 de Marzo de 1521. Dotado de un espíritu sólido y brillante, poseido del deseo de instruirse, tenia preocupado el entendimiento por algunas dudas que se enseñorean á veces de los mas bellos caractéres. Canisio pasaba por uno de los mas sabios de la universidad de Colonia. Tenia veinte y cuatro años, y su maestro Nicolas Esquio, lo mismo que su amigo Lorenzo Surio, afirmaban que seria uno de los mas firmes apoyos de la Iglesia. Oyó, pues, Canisio á Faber, le vió, le trató, su vocacion fué decidida, y entró en la Compañía de Jesus. Llega entre tanto á Faber el aviso de las calamidades que oprimian á la ciudad de Colonia: Herman de Weyden su arzobispo elector titubea en la fe: el rebaño puede verse arrastrado con la caida del pastor, y nadie se atreve á oponer la autoridad de Dios á la de un hombre. Los católicos del Electorado depositan su confianza en Faber, y éste no tarda en satisfacer sus deseos. El mal estaba inveterado y la llaga era incurable. Herman, no obstante, alentado y sostenido por el Padre, promete persistir fiel á la religion: promesa que á Faber no le parece suficiente. Residia en Bonn Juan Poggi, nuncio del Papa: consúltale el jesuita, y le ordena Poggi en virtud de santa obediencia que permanezca en Colonia, donde su presencia y sus discursos pueden oponer un contrapeso á la herejía. Obedece el jesuita, y despreciando el ejemplo del apóstata arzobispo, permanece católica. En medio de estas fatigas intelectuales y de predicacion, recibe Faber la órden de pasar á Portugal. Juan III concedia la mano de María su hija al hijo de Cárlos V, posteriormente Felipe II de España. Habia pedido á la Compañía uno ó dos de sus miembros encargados de acompañar el jóven príncipe á Castilla, y él mismo habia indicado á Faber. El honor dispensado á éste era para la Compañía una puerta que le abria la entrada en varias provincias. Poggi, testigo del bien que habia obrado Faber en Polonia, procura retenerle, pero Ignacio y el Papa han dado la órden, y el jesuita la obedece. Encuentra en Lovaina á los jesuitas españoles, á quienes la guerra ha obligado á salir de Paris. Se alojaban en casa de Cornelio Vishavee, sacerdote á quien el ejemplo de Canisio habia decidido á abrazar la regla de Ignacio. Las fatigas de un viaje á pie se agregan á las que oprimian su espíritu. Contrae pues una

de estas fiebres malignas que deciden entre la vida ó la muerte, y tendido en la cama y oprimido de dolor, posée aun su alma suficiente energía para inspirar á Estrada el proyecto de mudar por medio de la predicacion las costumbres de esta ciudad. El atractivo de la elocuencia llama al rededor del púlpito los ciudadanos de Lovaina, acompañando en seguida sus oyentes á Faber, quien, á pesar de su enfermedad, trabaja para perfeccionarlos. Olivero Manare, Maximiliano Capella y diez y nueve jóvenes de las mas distinguidas familias abrazan el Instituto. Esta abundante cosecha obra mas saludables efectos en Faber que todos los remedios. Empieza á convalecer, y en 21 de Enero de 1544 se dirije á Polonia. Pasa por Lieja y por Maestricht, y predica y combate con fruto á los heresiarcas. Vuelve otra vez á Polonia, donde el arzobispo, en virtud de un pacto secreto con los protestantes, daba entrada en su diócesis á Bucer, Pistorius y Felipe Melancthon, cuya fama de sabios y oradores dura hoy dia despues de tres siglos. Defiende Faber á palmos el territorio minado bajo sus pies, teniendo que luchar con todas las pasiones y sacando siempre victoriosa la Iglesia. Crea un colegio, cuya direccion encarga á Leonardo Kessel, y despues de haber arreglado los negocios del catolicismo y de la Compañía, aguarda que se le dé nuevo destino. El arcediano Gropper, Canisio, que acaba de distribuir entre los pobres su rico patrimonio, y los novicios de la Sociedad, toman á su cargo el luchar contra la herejía, y secundar el movimiento al cual habia dado Loyola el primer impulso. Su enfermedad le habia impedido el que pasase á Portugal, pero el rey Juan le reclamaba otra vez. Sale Faber de Polonia el 12 de Junio de 1544. Concluia durante tales disputas este año tan fecundo en hechos notables. Duraba aun la dieta de Worms presidida por el Emperador, notándose en ella las mismas vicisitudes que en las asambleas de Spira, Ratisbona y Nuremberg. Estas reuniones no daban otro resultado que acrecentar el endurecimiento y las tinieblas; pues como dice S. Gregorio Nazianzeno: «La dulzura de los príncipes fomenta la osadía de los herejes, á quienes nunca vence la clemencia.» Lejay seguia esta opinion, pero Cárlos V no creia deber conformarse á ella. Sin embargo, el natural turbulento de los herejes, el sistema de invasion que seguian con incansable constancia, las exhortaciones de Lejay, y los consejos del cardenal Alejandro Farnesio, legado y sobrino del Papa, no dejaban de alarmar su conciencia y su poder. El continuo trato con los luteranos le habia enseñado á profundizar sus intenciones. No escapó á la perspicacia del Emperador, que bajo el pomposo nombre de reforma religiosa abrigaban ciertas doctrinas políticas muy poco en armonía con el poderío que en calidad de príncipe miraba como inherente á las testas coronadas. Las disputas teológicas no le hacian gran mella: la libertad de exámen que de los asuntos de conciencia pasaba á sondear los

de gobierno le hizo discurrir con mayor reflexion. Y como era tan perspicaz como disimulado, no le costó mucho vislumbrar que una vez abatida la autoridad pontificia, no tardarian los sectarios á minar los tronos por sus cimientos. Los obispos y el padre Lejay fomentaron estas ideas, que el protestantismo no sabia ocultar bastante á la penetracion de sus contrarios. Cárlos V resolvió, al momento que entrevió los peligros á que se exponia la autoridad real, aquello mismo á que no le habia podido decidir el interes peculiar de la Iglesia. Alegando pretextos de poca monta, procuraba ántes diferir la reunion del concilio que solicitaba la Iglesia universal; mas dejó de oponerse tan luego como advirtió que la cuestion religiosa podia transformarse en cuestion política. Este tal vez fué el único resultado de las numerosas dietas, en las cuales Faber, Bobadilla y Lejay se acreditaron de experimentados hombres de gobierno. Aprovechó entónces Cárlos V la ocasion que se le presentó de manifestar sus verdaderos sentimientos. Iban en progresivo aumento las turbulencias de las cuales era teatro la ciudad de Colonia: Herman de Weyden habia roto con la Iglesia; éste príncipe mas débil que culpable abandonaba su creencia por no saber resistir á las seducciones con las cuales los herejes habian tenido la maña de enlazar su amor propio. Faber habia echado la buena semilla, y Canisio y los otros jesuitas iban á recojer la cosecha. Los protestantes, cuya intolerancia hallaba un apoyo en el arzobispo, viéndose diariamente obligados á entrar en lucha con los miembros de la Sociedad, tomaron el partido de apelar á la insurreccion. No habiendo podido triunfar de la lógica de los Padres, no atinaron un argumento mas concluyente que el de hacer cerrar su casa y obligarles á abandonar el campo, y apoyándose en una antigua ordenanza municipal que prohibia todo nuevo establecimiento, obtienen el decreto de los magistrados, al cual se someten los jesuitas. Ya no queda comunidad, pero sí ciudadanos católicos y sacerdotes: viven separados los jesuitas, manteniéndose unos de limosnas y otros á fuerza de privaciones: la mayor parte encuentra un asilo en la Cartuja. Sus padecimientos y su constancia excitan la admiracion de los magistrados, quienes anulan su decreto, y les abren otra vez la casa donde han establecido su colegio y su seminario. Este hecho demuestra la clase de libertad que se proponia regalar á los pueblos el protestantismo, lo mismo que todas las revoluciones, y quita á muchos la venda que cubria sus ojos. Para oponerse á esta esclavitud disfrazada con el nombre de libertad se reunen el clero y la universidad de Colonia á instancias del arcediano Gropper, á quien confirió la púrpura Paulo IV. Resuélvese por unanimidad que pase Canisio en representacion del electorado de Colonia á manifestar las quejas de los católicos al Emperador y al obispo de Lieja. Diríjese ante todo Canisio al príncipe Jorge de Austria, hijo de Maxi-

miliano I y tio de Cárlos V, que ocupaba la silla episcopal de Lieja. Logra Canisio que interponga sus esfuerzos y su mediacion para con el Emperador, y una vez obtenida esta victoria, pasa al campo imperial de Worms. Apreciaba Cárlos V los espíritus rectos y el talento unido á la sagacidad. Sorprendióle el tono y la experiencia que desplegó el jóven Canisio á pesar de que apénas contaba veinte y cinco años. Escuchóle, aprobó sus discursos, prometióle protejer á los católicos de Colonia, y cumplió su promesa. Algunos meses despues fué Herman excomulgado solemnemente en Roma: y obrando el Papa de concierto con el Emperador, vióse despojado el infeliz de la calidad de elector arzobispo, transferida á Rodolfo de Schaumbourg. Faber, que habia predispuesto los ánimos en Colonia y sostenido los primeros pasos de Canisio, entró otra vez por el Tajo el 25 de Agosto de 1544. Pasa el Padre á Évora, en donde residía el rey. D. Juan le ve, le escucha, y al momento deposita en él toda su confianza. Araoz estaba por órden de Loyola en Lisboa, donde habiendo reemplazado á Faber en su mision á la córte de Portugal, su elocuencia tenia mucho ascendiente sobre los grandes y el pueblo. El viaje de Araoz, á quien acompañaban Estrada, Oviedo y Juan de Aragon, fué contrariado por los vientos, sorprendiéndoles la tempestad frente la Coruña y obligándoles á recular. Predicó allí Estrada, y al momento se juntó con ellos Juan Beira, canónigo de la catedral. Continuó Araoz su apostolado en Valencia durante la cuaresma. La concurrencia invadió la iglesia, se encaramó por las ventanas, ocupó la parte superior del techo; y Araoz, enseñoreándose de esta poblacion, le hizo echar los fundamentos de un colegio para la Compañía. El P. Francisco Villanova de Plasencia habia establecido otro en Alcalá en 1543. Todo contribuia por lo tanto á los progresos de la Compañía: el odio de los unos, y el afecto de los otros; la calma y la tempestad. Los jesuitas, lanzados por casualidad á las costas de España, llegaron á Lisboa por el mes de Mayo de 1544, pocos meses ántes que Faber. Presentaba el colegio de Coimbra el mas brillante aspecto: Melchor Nuñez, Noguera, Luis de Grana, Granero, Gonzalo Silveira y Rodriguez de Menesas, nacidos casi todos en ilustre cuna, acababan de entrar en la Compañía. Rodriguez fundador de esta casa, habia concebido grandes planes que iban á desarrollar con él Faber, Araoz y Estrada. Dado el primer impulso, fué este secundado por el Rey: los doctores en teología y los sacerdotes mas acreditados por sus costumbres se presentaban á proferir los votos. Contábase entre ellos á Juan Veiza, á Govea, á Serrano, á Nobrega, á Nuñez y á Gonzalo de Cámara. Destinado Faber á Castilla, continúa su viaje con Araoz á principios de Marzo de 1545. En Salamanca vivifican los dos por todas partes el espíritu de la fe. Pide la poblacion entera una casa de la Órden, y ellos se la prometen. Luego el 14 del mismo mes estos dos hom-

bres tan respetados de los mismos reyes, y aclamados como apóstoles por la muchedumbre, llaman á la puerta del hospital de Valladolid. Ricos de tesoros de Dios, y resueltos á privarse de los bienes terrenos, viajaban á pie para enseñar á todos la humildad. Era entónces Valladolid donde residia la córte de Felipe y de su jóven esposa. Dicho príncipe, tan diversamente juzgado por los historiadores, pero cuyas elevadas miras políticas no han sido contestadas, comprendió fácilmente el objeto de la Compañía: destinado al trono por su cuna, y rey por instinto, conoció la fuerza de la palanca que depositaba Ignacio en las manos de los papas y soberanos. Convencido de que el Instituto consagraba el doble principio de autoridad, el futuro monarca se comprometió á favorecer su propagacion: secundaron sus intenciones Juan Tavera, cardenal de Toledo, Bernardino Pimentel y los obispos; adquiriendo de este modo la Compañía nuevos protectores. Esta proteccion empero no desvió á Faber ni á Araoz de la senda que se les habia trazado. Se les ve algunas veces en los palacios, pero no son estos los lugares que obtienen su preferencia. Hay en Valladolid hospitales donde padece el desvalido, cárceles donde expia sus faltas el culpable, templos y plazas donde se reune una muchedumbre hambrienta de la divina palabra. Reparten pues entre sí estas tareas, y cumplen con todas ellas. Se les ve salir con sus vestidos rotos de las espléndidas mansiones, en las cuales la nobleza les recibe con veneracion, para entrar en la cabaña de la indigencia ó en lóbregos calabozos: para cada situacion encuentran palabras adecuadas de aliento y de esperanza. Pasa Faber de Valladolid á Madrid, á cuya capital le llamaban las hijas del emperador Cárlos V. De tránsito por Toledo se les propone el establecimiento de una casa de la Compañía, poniendo á su disposicion el local y el dinero necesario. Deja Faber para mas adelante la admision de tal oferta, porqué, segun el consejo de Ignacio, conviene dejar la iniciativa á la capital. Moria á la sazon la princesa María al dar á luz un hijo, conocido con el nombre de Cárlos, cuyo destino fué tan deplorable. Aléjase Felipe de una ciudad que llena de luto su corazon. Deseando Faber dar la última mano á su obra, y contando el Instituto con nuevos neófitos, era del caso darles instruccion, alojarlos y dotarlos. Eleonor de Mascaréñas, aya del jóven D. Cárlos, adelantó las primeras sumas: la piedad de los grandes y del pueblo acabó el colegio; y la casa profesa de Valladolid, célebre establecimiento, vino á ser el testamento del P. Faber, cuando apénas tenia cuarenta años; pero la vida que habia abrazado, agitada por tantos combates y sufrimientos, se hallaba á cada momento en inminente peligro. Agotadas sus fuerzas murió, porqué todo habia ya muerto en él excepto la fe y el corazon. El concilio ecuménico, perenne objeto de todos sus deseos ysúplicas, iba en fin á abrirse en Trento. Lainez y Salmeron tuvieron el encargo

de asistir en él como á teólogos de la Santa Sede, nombrados por Paulo III, quien resolvió ademas darles un tercer compañero. Puso los ojos en Faber, á quien el rey de Portugal conferia en aquel instante el nombramiento de patriarca de Etiópia. Le anuncia Loyola la intencion de Paulo III, y Faber se somete á ella; y á los que le hacen observar que, atendido el estado de su salud, corre á buscar la muerte, les contesta: « No es necesario vivir, pero si obedecer: » y emprende su viaje. Al pasar por Gandia coloca con el duque Francisco de Borja la primera piedra del colegio de este nombre, cuyo primer superior fué el P. Oviedo. Llega á Barcelona por el mes de Junio de 1546. La calentura que le devora y el calor que abrasa la atmósfera no le impiden de enseñar al pueblo las verdades eternas. En fin, despues de largos sufrimientos se encuentra en Roma entre sus compañeros; y á los pies de Ignacio, que le bendice cubriéndole de lágrimas, escucha alborozado la relacion de los adelantos de la Compañía; y á pesar de que en aquellos momentos de espansion procura reunir sus fuerzas agotadas, sucumbe á la flaqueza de la carne en medio de toda la energía del espíritu, y entrega su alma al Criador con aquella ansia de la gloria de Dios que le habia devorado en toda su vida, especialmente desde que se habia alistado á las banderas de Ignacio. Pierde este á su amigo y primer discípulo, el cual le lega un considerable número de hijos. Todos ellos miran su muerte como un triunfo y como un objeto de santa envidia. El apostolado de Faber y de los demas Padres resonaba en los paises lejanos. En ménos de seis años, estos hombres tan humildemente escojidos habian cumplido espontáneamente lo que no se habria atrevido á exijir un Monarca absoluto de la mas ciega sumision. Guiados por Loyola, que interpretaba en nombre de todos ellos la voluntad del cielo, habian aterrado la jactanciosa herejía, y obligado al clero á avergonzarse de sus costumbres escandalosas. Por entre los obstáculos que se presentaban á cada paso habian sembrado la semilla de la Sociedad de Jesus en las provincias del mediodía y del norte de Europa. Inmensos eran sus trabajos, y nos hemos extendido en ellos por lo que toca á Pedro Faber, por ser uno de los que mas parte tuvieron en aquel brillante y primer período de la Compañía, de cuya historia hemos entresacado lo que pertenece á este célebre jesuita.—N. A. T.

FABER (Juan) religioso del Órden de Predicadores. Nació en Heilbronn sobre el rio Necker por los años 1500. Entró en el Órden de Sto. Domingo, y fué graduado de doctor en Colonia. Pasó despues á vivir en Augsburgo, donde se dedicó á predicar la Divina palabra y á escribir contra los herejes. Parece que murió sobre el año 1570. Publicó gran número de obras, entre las cuales se cuentan principalmente las siguientes: 1.°: *Libellus quod fides esse potest sine charitate*, Augsburgo, 1548, en 4.°: libro que ofrece una

verdadera singularidad, pero que no es muy buscado. 2.ª: *Enchiridion Bibliorum*, ibid, 1549, y en Colonia, 1568. 3.ª: *Fructus quibus dignoscuntur hæretici*. En esta obra se encuentran varias particularidades concernientes á Lutero y á sus primeros discípulos sumamente curiosas. 4.ª: *Testimonium scripturæ et patrum B. Petrum Apostolum Romæ fuisse*, Ambéres, 1553. 5.ª: *De la misa y de la presencia real de Jesucristo en el Sacramento de la Eucaristía*. De todas sus obras ésta es la que obtuvo mejor éxito. Publicóla el mismo Faber en aleman, en 1555. Tradújola en latin Surio, é hizo imprimir su traduccion, de la cual se hicieron despues cinco ediciones tres de ellas en Paris. Nicolas Chesneau publicó asimismo una traduccion francesa de esta obra en 1664. Imprimió Faber tambien en 1557 en Augsburgo una *Traduccion* alemana *de la profecía de Joël*; y en Colonia un pequeño libro titulado: *Via Regia*, que es un discurso ó sermon en el mismo idioma sobre el versículo XVI, del cap. VI de Jeremías. Últimamente, en Dillingen publicó: *Oraciones cristianas*, sacadas de la Escritura Santa, y de las obras de S. Agustin.—N. A. T.

FABER ó Fabri (Felipe) teólogo, religioso de la Órden de S. Francisco. Fué natural de Spianata, pueblo de Italia, cerca de Faenza. Defendió la doctrina del sutilísimo Scoto con vivacidad y energía contra sus contemporáneos que la impugnaban: motivo por el cual fué por muchos llamado *lucha y broquel* de los escotistas. Ocupó en su Órden los principales destinos, y fué en él asistente por espacio de treinta años. Enseñó por largo tiempo la física y la filosofía en el convento de Sta. Justina de Padua, y despues se le dió la cátedra de metafísica en la misma ciudad. Pasados tres años se le confirió la primera de teología, por muerte de César Mordano, y el senado de Venecia le señaló un estipendio; siendo el primer regular á quien dicho Senado dispensase esta distincion, á la cual se mostró muy agradecido, dando vivas gracias á Urbano VIII que quiso hacerle uno de los consultores de la Inquisicion. Murió en Padua á 28 de Agosto de 1630, á los sesenta y seis años de su edad. Escribió sobre el Maestro de las Sentencias las obras tituladas: *Disputationes theologicæ; in Philosophiam Scoti; de Censuris etc.* Compuso una obra notable acerca *De la Supremacía de S. Pedro*, en la cual dirijia principalmente su crítica sobre los cuatro primeros libros de la República escolástica de Marco Antonio de Dóminis, obispo de Spalatro; pero pereció esta obra, que habia parado en poder de Félix Osío profesor de literatura, el cual murió de un contagio. Mateo Forchio, que habia alcanzado la cátedra de Faber, compuso su *Vida*, y su elogio se encuentra asimismo en el *Musæum historicum* de Juan Imperiali, en Thomasini y en Ghilini. En la iglesia de S. Antonio de Padua se lee en honor de Faber la siguiente inscripcion: *Philippo Fabro Faventino Conventualium ordinem sacra vita, Regimine studiorum Provincialatu Bononiensi Logicæ, Physicæ, Metaphysicæ, Scholasticæ, Christia-*

nam fidem scriptis in atheos et hæreticos acerrimis; Patavinam Universitatem studiis Philosophiæ ac Teologiæ annis XXVIII, vitam mortalem LXVI. Inmortalem á MDCXXX virtutibus illustranti Patavini patres amantes amanti justa solvunt. —N. A. T.

FABIAN (S.) papa y mártir. Pocos detalles nos han quedado de la vida de este santo Pontífice, víctima de la cruel persecucion de Decio en el siglo III. En el año 236 despues de haber sido asesinado el papa S. Antero, fué elevado Fabian al Sumo Pontificado. Era romano de nacion; su padre se llamaba Fabio, y el lugar de su nacimiento era el monte Celio. Siendo presbítero se ocupaba en dar sepultura á los cuerpos de los bienaventurados mártires en aquella época de bárbara persecucion. Así es que enterró en el cementerio Calixto el cuerpo de Pociano, pontífice y mártir, que murió en su destierro por causa de la fe, y en la Via Apia el del mismo papa Antero á quien debia suceder inmediatamente. Con tan piadosos oficios mostróse digno de los que le confirieron despues la dignidad del sumo sacerdocio. Refieren sus crónicas, que despues de la muerte de Antero, Fabiano vino con otros varios del campo romano y fijó allí su domicilio. Y habiéndose reunido el clero y el pueblo en la iglesia con el objeto de elejir al que debia ocupar la Silla pontificia, habiendo fijado la atencion en muchos ilustres personajes aptos para aquel elevado destino, nadie habia advertido en Fabian que se hallaba presente, y cuyas virtudes no eran de todos conocidas á causa de su profunda humildad. No es pues de extrañar que el cielo, en aquellas épocas de calamidad y de sangre, tomase mas visiblemente por suya la causa de la eleccion de Pontífice, y se valiese de algun prodigio para designar la persona. Refieren, pues, unánimes los historiadores, que, hallándose los votos algo diverjentes, vióse de repente descender de lo alto una paloma, que derechamente fué á posar sobre la cabeza de Fabian; con cuyo imprevisto y admirable accidente creyeron todos los circunstantes entrever la voluntad del cielo, y decidieron por aclamacion que Fabian habia de ser el elejido, ascendiéndole desde luego al solio pontificio. No le valió por cierto su resistencia y el alegar que era indigno de tan eminente dignidad. La similitud de aquel prodigio con el descenso del Espíritu Santo en figura de paloma sobre la persona del Salvador, persuadió á todos que el mismo Espíritu divino les indicaba la eleccion; y fué luego consagrado pontífice en aquellos tristes y amargos dias en que la Iglesia lloraba, anegada en la sangre de sus hijos, pero siempre bella y triunfadora, durante la cruel persecucion de Maximino. No hay para que dudar de la santa firmeza con que este Papa sostendria la pureza de la fe y la santidad de la religion cristiana, no solo contra el furor de los idólatras, sino tambien contra la astucia y la perfidia de los herejes. Aquellos hombres á toda prueba, inflamados en el amor de Dios y que tenian la

constancia por carácter, todo lo arrostraban, á todo se hacian superiores, mirando á los tormentos y á la muerte como la bella corona que se preparaba á sus combates. Fabian mostró su vigilancia y su teson, entre otros hechos, en el modo con que castigó á Privato, obispo de Lambisa, en África, convencido de herejía y escándalo por la depravacion de sus costumbres. Él fué quien, á pesar del atroz furor de los perseguidores, estableció en todos los cuarteles ó barrios de Roma subdiáconos destinados á escribir como notarios ó funcionarios autorizados las actas de los mártires, para que la Religion no quedase privada en lo sucesivo de la historia de sus mas esforzados atletas; cuyos cronistas, condecorados despues con el título de protonotarios, llegaron á gozar mas adelante de una dignidad y á usar de un traje muy parecido al de los obispos. No está muy resuelto en la historia si Filipo el emperador y su hijo llegaron á ser cristianos; pero hicieron cesar la persecucion, y tuvieron ciertas deferencias con los hijos de la Cruz: los que opinan que llegaron á ser del número de los fieles, afirman que recibieron el bautismo de manos de S. Fabian. Algunos imputan á Filipo la muerte de Gordiano. Era Filipo árabe de nacion, y entró á rejir el Imperio asociado con su hijo. Fabian dispensó á Poncio, varon ilustre que fué despues Santo, la cordial amistad de un padre hácia un hijo; y los que suponen á Filipo convertido al cristianismo, atribuyen á Poncio el mérito de la conversion del Emperador, efecto de las fervientes exhortaciones de este santo personaje, cuya obra completó Fabian. Débese al celo de este Pontífice la apostólica mision de muchos santos obispos á varios puntos de la cristiandad con el fin de propagar la fe de Jesucristo y abrir á todas las naciones el seno de la madre la Iglesia. En una reciente *Vida* de S. Dionisio de Paris, se lee lo siguiente: « Bajo el reinado del emperador Severo y en tiempo en que sus furores devastaron la Iglesia, la sangre corria á torrentes, los cristianos al caer el dia se retiraban á las catacumbas para orar y prepararse al martirio. En una de aquellas asambleas se dió la noticia que la persecucion habia llegado á las Gálias; que el obispo Ireneo habia sido una de las primeras víctimas, y que la fe naciente iba allí á perecer. La Iglesia de Roma estaba mas que toda otra bajo la cuchilla del tirano, aflijida y perseguida; pero todos estos mensajes de muerte despertaban su vida inmortal, pues ya habia probado que la sangre de los mártires era una semilla de cristianos, y que para ella la gloriosa resurreccion se levanta siempre al lado de la tumba; y asi es que olvidaba su luto y sus peligros para pensar en las pruebas desoladoras de una Iglesia lejana. Acababa apénas de invocarse el nombre de los últimos mártires, cuando siete nuevos misioneros se prosternaron á los pies del papa Fabian, pidiéndole que les diese su permiso para partir. Estos eran Graciano, Teofimo, Pablo, Saturnino, Dionisio, Austremonio y Marcial, fun-

dadores despues de las iglesias de Tours, Árles, Narbona, Tolosa, Paris, Clermont y Limóges. El jefe de los pontífices les inundó con sus lágrimas, y les bendijo al abrazarlos, y la iglesia madre de Roma saltaba de gozo en medio de sus dolores por haber engendrado otros pueblos á la fe. Jesucristo quiso guardar á su querido esposo los gozos de su fecundidad para aquellos dias de desolacion y de tormento. En todo tiempo, cuando la persecucion, el cisma ó la herejía han desgarrado su seno, han corrido á sus brazos nuevos neófitos; pueblos lejanos se han regocijado de abrazar su fe, cabalmente cuando tenia que gemir por las crueles pruebas que sufrian por ella, ó por la desgracia de los que la abandonaban; es decir; que las lágrimas y la sangre la regeneran y la multiplican: santa y divina prerogativa, que fué dada á la Iglesia el dia mismo en que nació al pie de la Cruz. Despues de haber recibido pues su santa mision, aquellos nuevos apóstoles tomaron su camino, respirando el celo y la fe.» Vencido al fin Filipo por Decio, y muerto en el combate, junto con su hijo, sucedióle este Emperador sanguinario, que dió principio á su gobierno por la mas fiera persecucion contra los cristianos, como si el infierno hubiese querido vengarse por su medio de la lenidad de su predecesor. Fué el séptimo tirano despues de Neron que publicó edictos de sangre, y que hizo volar á muchos Santos desde sus cruces á las coronas de Jesucristo. Á tan feroz y universal ataque debia hallarse firme y el primero el supremo pastor de los fieles, y Fabian no desmintió en la muerte el teson que habia manifestado durante la vida. Con la sangre de millares de cristianos corrió tambien la suya. Logró la dicha de hallarse al frente de los que combatian en defensa de la fe, que el mismo confirmaba con sus palabras y con sus ejemplos, recibiendo la corona del martirio el dia 20 de Enero del año 250, despues de haber gobernado la Iglesia trece años y ocho dias. Su muerte gloriosa está confirmada por todos los autores eclesiásticos, y muy particularmente por S. Gerónimo en su libro de los Escritores de la Iglesia, y en los mas antiguos martirologios. Sus reliquias se conservan parte en la iglesia de S. Martin *in Montibus*, parte en la de Santa Praxédes; la cabeza y un brazo en la basílica de S. Sebastian, junto á las catacumbas ó al cementerio Calixto. — J. R. C.

FABIAN DE S. JAIME (Fr.) religioso carmelita descalzo. Nació en Italia y profesó el hábito de la citada Órden en la ciudad de Roma el dia 21 de Enero de 1606. Terminados sus estudios del modo mas brillante, enviáronle sus superiores á Polonia á desempeñar el cargo de maestro de novicios. En él dió pruebas Fabian de sus conocimientos no comunes, de su acierto en la enseñanza, y de aquella exquisita prudencia tan necesaria para conducir con acierto y provechoso fin la voluntad y los ánimos de los jóvenes novicios. Igual tacto desplegó siendo definidor provincial de Alemania, á

cuya dignidad le elevaron su saber y sus merecimientos. Varon amado de Dios é instruido en sus cosas santas, su rostro, sus modales y sus hechos revelaban siempre las virtudes que adornaban su buen corazon. Humilde, caritativo y paciente en sumo grado, la contemplacion de las verdades eternas formaba su bello encanto y el objeto constante de sus deseos. Murió en el Señor en Viena á 26 de Abril del año 1649. Escribió: 1.°: *In cantica canticorum commentaria.* 2.°: *De regno Dei quod intra nos est: seu de custodia cellæ ac silentio:* obras que se conservaban manuscritas en su convento de dicha ciudad. — S. J.

FABIANI (P. José) de la Compañía de Jesus. Fué natural de Alicante y originario de Génova. Nació en 12 de Febrero de 1712. Tomó la sotana en igual mes de 1726, y cuando fué expulsada la Sociedad, se encontraba por segunda vez rector de Onteniente. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Disertacion teológico-dogmática sobre la sagrada reliquia de la Santísima Faz de Ntro. Señor Jesucristo, venerada en la ciudad de Alicante, presentada y dedicada á la misma muy ilustre ciudad,* Murcia, por Felipe Teruel, 1763, en 4.°. Contra cuya disertacion escribió el Dr. D. Agustin Sáles una carta, que ha quedado manuscrita, al mtro. Fr. Tomas Calabuig, trinitario, su fecha 27 de Setiembre de 1763, á la que Fabiani procuró contestar con la siguiente: 2.ª: *La disertacion de la Santa Faz de Alicante con reflexiones. Sácala á luz el Dr. D. Basilio Ponce de Leon, presbítero,* Murcia, por Teruel, 1764. Dedícala á D. Tomas Fabiani, dean y canónigo de Alicante, hermano del autor. Á esta apología respondió Sáles con carta dirijida á su verdadero amigo, fecha de 31 de Mayo de 1764, y de ella, como de la antecedente, se hallaban copias en la librería de Predicadores de Valencia. — C. R.

FABIANO (S.) mártir. Entre los santos mártires de Catania en Sicilia, á saber; Estévan, Ponciano, Atalo, Cornelio, Sixto, Floro, Quinciano, Minervino y Simplicio, se cuenta tambien á Fabiano, y la Iglesia celebra la memoria de su martirio el dia 31 de Diciembre. — R.

FABIO ó Fábius, obispo de Antioquía en el siglo III. En aquella época de calamidades y triunfos no solo tenia que luchar la Iglesia contra el furor del poder imperial y de la idolatría, sino tambien contra la hidra del error que empezaba á levantar sus múltiples cabezas en otras tantas herejías. Los jefes de estas sentinas de error á quienes la corrupcion ó el orgullo hacian desviar de las sanas y piadosas doctrinas de la Iglesia, movidos de un frenético espíritu de proselitismo, procuraban hacerse suyos á todos los fieles, y en particular á los obispos, destinados especialmente para rejir la Iglesia de Dios. Uno de los que mas se distinguieron en aquel siglo fué Novato, natural de Cartago, el cual junto con otro llamado Novaciano, hijo de

Roma, levantó el pendon de una secta herética, apellidada de los novacianos, cuyas doctrinas se oponian directamente al espíritu de clemencia y de reconciliacion de la Iglesia, y que tanto habia recomendado Jesucristo, diciendo; que él no habia venido al mundo para los justos sino para los pecadores, y ofreciendo á estos en la verdadera y sincera penitencia de sus extravios una tabla despues del naufragio. Sostenian, pues, los novacianos que no debian admitirse otra vez en el seno de la Iglesia á los que hubiesen faltado á la fe, por mas que se arrepintiesen de su falta; negando así á la confesion y al dolor el poder de reconciliarse con la Iglesia. En una época en que tan fácil era el abjurar la fe, cediendo por debilidad á las terribles amenazas de los perseguidores, era opuesto enteramente al espíritu de Jesucristo el cerrar la puerta al sincero arrepentimiento, y dejar á todos los flacos, que hubiesen sucumbido, en el horroroso conflicto de la desesperacion. Por supuesto, que así como un abismo llama siempre otro abismo, un error llama otro error, y los novacianos, á mas de cerrar temerarios á la contricion las entrañas maternales de la Iglesia, condenaban las segundas nupcias, despreciaban la Confirmacion y se burlaban de las ceremonias que preceden al Bautismo. Y como todos los novadores impulsados por el orgullo, no dejaban de darse á sí mismos el título de *catharos* ó puros, porqué no hay herejía que no haya tenido la pretension de purificar la Religion ó de hacerla mas perfecta de lo que la dejó Jesucristo y de lo que la conserva la Iglesia. No olvidó, pues, la secta de Novato atraer á sus banderas al obispo Fabio que por su saber y virtudes habia adquirido entre los fieles una justa celebridad. Á este fin el mismo Novaciano le escribió una carta en la que campeaba el espíritu de sofisma, y le presentaba las doctrinas de su secta como dignas de cautivar y arrastrar á todos los espíritus ilustrados. Era tal la artificiosa seduccion de aquel escrito, que logró preocupar por algun tiempo al espíritu de Fabio, manteniéndole indeciso é irresoluto sobre si abrazaria ó no su partido. Noticioso empero el papa Cornelio de los esfuerzos que hacia la secta novaciana para ganar el ánimo de Fabio, le escribió tambien por sí mismo con aquel puro acento de verdad y de conviccion que es irresistible. Lo propio practicó Dionisio de Alejandría; y Fabio, reanimado con aquellas ilustraciones santas que le enviaba la Eterna Verdad por medio de sus oráculos en la tierra, sintió desvanecerse sus dudas, descubrió la perfidia de sus seductores, y reconoció la autoridad del legítimo Pontífice, sometiéndose á ella, y desechando las sugestiones de sus taimados adversarios. Murió este obispo hácia el año 252, no habiendo vivido en su pastoral gobierno sino cerca de dos años. Sucedióle Demetriano en el obispado de Antioquía.—N. A. T.

FABIO (S.) mártir. Uno de los caractéres de la divinidad de la Religion, durante las primeras y mas sangrientas persecuciones, fué la virtud sobrena-

tural que tenia el ejemplo de los mártires de inspirar á muchos de sus espectadores la sincera y llena conviccion de la verdad, por la cual derramaban aquellos su sangre. Esta circunstancia es realmente sobrenatural y opuesta á cuanto leemos en la historia sobre todos los demas que han muerto mártires del error ó de la impostura. Porqué, si estuviese en el órden de la naturaleza que los suplicios y los verdugos hiciesen otros tantos mas prosélitos cuantos mas mártires, ¿cómo este grande poder de la persecucion no hubiera producido los mismos resultados que en los cristianos, en los maniqueos, en los albijenses, y en todos los herejes que bajo diferentes nombres, procedentes del heresiarca Manes, ejecutado por Sapor, fueron perseguidos durante muchos siglos, y particularmente en 1022 bajo el reinado de Roperto? ¿Cómo la sangre de los mártires, que en los hijos de la Cruz es naturalmente tan fecunda, seria estéril en todas las sectas? ¿Cómo los moros y los judíos no convirtieron la España á sus creencias cuando Fernando é Isabel con tal denuedo los perseguian? ¿Nó es por qué hay una diferencia total así en el efecto como en la causa? ¿Y esta diferencia nó es precisamente la que hay entre la causa de Dios y la causa del hombre? Los sectarios combatian con armas humanas: solo se les mataba cuando ellos no podian matar. Los moros habian ocupado parte de España hasta la toma de Granada, y la estuvieron amenazando hasta su expulsion: los judíos de los primeros siglos de nuestra era promovieron sangrientas revueltas donde quiera creyeron poder ser los mas fuertes: y los discípulos de Lutero y de Calvino invadieron en el siglo XVI á mano armada, y con la ayuda de los reyes y de los electores, las comarcas en donde ellos dominaban. En todo esto no vemos sino lo que es muy comun. ¿Quién pues pudo inspirar á los cristianos de los primeros tiempos el dejarse degollar sin jamas defenderse; el mirar los suplicios como su palma, y la muerte como su recompensa, y hasta el bendecir á sus perseguidores y á sus verdugos? El único que les habia dado el ejemplo de tan extraordinario heroismo, sobre el cual se habian apurado los ultrajes sin apurar la paciencia, y que en medio de las imprecaciones y de los alaridos de rabia solo habia dejado oir estas palabras de misericordia: « Padre perdónales porqué no saben lo que hacen. » Y en verdad, los Césares, que no dejaban de tener algun conocimiento del corazon humano, y algunos de los cuales hasta se honraron con el título de filósofos, estaban bien léjos de pensar que iban directamente contra su objeto persiguiendo con edictos de sangre una religion que querian destruir; y Diocleciano en particular tenia una opinion muy diferente, pues que se gloriaba de *haber abolido la superstition y el nombre mismo de cristiano*. Y sin duda que se engañaba completamente, pues que un momento despues el cristianismo reinó sobre el mundo con Constantino; y aquí se mostró la mano de Dios. Pero Diocleciano

creia combatir solamente con los hombres, y todo lo que es del hombre cede al hombre y puede ser vencido por el hombre. No es pues verdad que la persecucion tenga naturalmente esta especie de poder que muchos se esfuerzan en atribuirle, y cuyo efecto seria el afirmar mas lo que ella quisiese destruir. Esta paradoja es, como otras tantas, inventada por la necesidad que de ella se tiene, y desmentida por la historia. ¡Gloria, pues, á Dios que dió á la tierra por espacio de trescientos años testigos innumerables é incontrastables de la verdad del cristianismo! Uno de estos testigos, y prueba del carácter de la verdad que acabamos de desenvolver rápidamente, fué el mártir S. Fabio, del cual los historiadores no nos han dejado otros detalles sino que durante los primeros dias de la persecucion de los emperadores Diocleciano y Maximiano se encontraba en Cesarea, y se convirtió á la religion cristiana por solo el asombro que le causaba el ver el valor sobrehumano y la constancia heróica de los cristianos que eran conducidos al suplicio. Conoció que aquellas almas sublimes habian de ser sostenidas por lo Alto en aquel noble desprecio de la vida, y en la firmeza de sus inmortales esperanzas. Vió en este fenómeno moral algo de parecido al fenómeno celeste que descubrió á los magos orientales el nacimiento del niño Mesías, y conoció que la luz que alumbraba el espíritu de los mártires y la fuerza que les sostenia en medio de sus tormentos tenia algo de sobrenatural y divino. Recibió pues con fervor el agua regeneradora del bautismo, y quedó en efecto regenerado por la Gracia y dispuesto á arrostrar todo lo que arrostraban los perseguidos cristianos. Desde el momento de su conversion cobró odio á los templos de las falsas divinidades, en cuyas aras inmundas el demonio recibia los inciensos de los hombres: denegóse pues á frecuentarlos á pesar de muchas instancias, y no quiso llevar la menor insignia por la cual pudiese conocerse que era pagano. No tardó á acusársele delante del magistrado por el crimen que se le imputaba de ser cristiano. Pero Fabio, revestido ya con aquella fuerza que sin faltar á la humildad se hacia superior á todo el poder de los tiranos, confesó libremente á Jesucristo, siendo desde luego encerrado en una cárcel donde permaneció muchos dias incomunicado, con la esperanza sin duda por parte de sus perseguidores, de que reflexionando sobre su estado desistiria de su empeño. Aun mas: fué conducido otra vez al tribunal en donde se pensó rendirle por medio de la discusion, pues Fabio era filósofo, y su conversion al cristianismo era una mengua y un oprobio para la filosofía pagana. Allí le esperaban algunos doctores gentiles, que confiaban confundirle con sus raciocinios, y el tribunal se convirtió en una escuela de discusion filosófica y religiosa. Disputóse allí largamente sobre la divinidad de la religion cristiana, y el Santo, que tenia tanta decision en su pecho como luz en su entendimiento, contestó á todos los capciosos argumentos de sus

contrarios con una sabiduría admirable. Mas como la última razon de todos los perseguidores de la Religion, bajo cualquiera máscara que se oculten, es y ha sido siempre la cuchilla, aunque esta se invoque en nombre de ley, nada pudo la solidez de su doctrina ni la fuerza de su verdad en aquellos ánimos obstinados. Salió de allí condenado á perder la cabeza; pero quisieron primero cebarse en sus tormentos, esperando quizas vencerle ántes de morir. Fabio murió, pues, como un mártir cristiano, y consumó su martirio en el año 298. —J. R. C.

FABIO. Flavio Josefo en su libro de antigüedades judáicas y en el otro de la guerra de los judíos hace mencion de ese Fabio, que era tribuno en el ejército de Pompeyo, y le supone como uno de los primeros que, despues de destruidas las murallas del templo de Jerusalem, pudo penetrar en él. Dudan algunos críticos si este Fabio fué el mismo que se dejó corromper por el oro de Antígono, hijo de Aristóbulo. —A. T.

FABIOLA, noble dama romana, célebre en la historia eclesiástica por su penitencia. Al hablar de esta santa viuda, de la ilustre familia de los Fabianos, que vivió á fines del siglo IV, y para apreciar debidamente su conducta con respecto al repudio y doble matrimonio, creemos oportuno, ántes de entrar en la narracion de la vida de esta santa, dar una idea de las costumbres públicas de aquella época sobre este punto. De tal modo inundaba á las naciones la corrupcion romana, que hasta el pueblo de Dios vivia de las costumbres de Roma. Aquella corrupcion infecta del mundo romano se hace sentir aun á XVIII siglos de distancia. No busqueis, pues, santidad ni union de corazones, ni apoyo mutuo; ved en el padre un déspota, un tirano, revestido hasta del poder de ahogar el niño en el seno mismo de su madre, y arrojar á la calle como una inmundicia á todas sus hijas excepto la primera. La esposa era una esclava, ó el instrumento de los placeres mas groseros de su marido, al cual autorizaban las leyes para ultrajarla, á pesar de su inocencia y de su amor, á echarla de sí, á repudiarla. Si muere en su casa, el marido tiene prohibido el ponerse luto; pero rara vez espira bajo el techo de aquel á quien ha sacrificado la juventud y lo mas precioso que tiene. Si ha cesado de agradar á un tirano, ya da con otro, y en el momento en que la desdichada se cree rica y feliz, se la despide, y al insulto se añade una burla amarga y sanguinaria. He ahí delineada la historia del suplicio conyugal en el gran siglo de Augusto y en algunos de los que le siguieron. La mujer, pues, por su flaqueza y posicion precaria era mas digna de compasion. Como madre y como esposa no tenia á la vista sino desgarros de corazon y humillaciones. Estéril, era condenada sin piedad á ser ignominiosamente repudiada Fecunda, veia con mucha frecuencia el tierno

fruto de sus entrañas arrancado de sus brazos y arrojado á la calle para morir allí ántes de haber podido sonreir á su madre, ó para vivir, si era hija, en la mas vergonzosa prostitucion, si era un hijo, para ser algun dia un gladiador del anfiteatro. Madre desgraciada! Si el paganismo no te habia degradado hasta ahogar en tu corazon aquel sentimiento de ternura que se encuentra aun en la tigre y en la leona, ¡cuáles deberian ser en el resto de tu vida tus angustias y tus tormentos, cuando veias arrancar de tu seno un hijo cuya condicion debia ser tan lamentable! Desgraciada por los hijos que se le quitaban, la madre pagana no lo era casi ménos por los que se dignaban dejarla. Ante todo, sus hijos no la pertenecian, pues eran propiedad exclusiva de su marido, y los mismos hijos lo sabian muy bien: ademas su madre no pasaba de una esclava que podia ser echada del hogar doméstico. ¿Y qué respeto, qué amor podia esperar de parte de los que mañana le serian extraños, y que se avergonzarian de reconocerla por madre suya, pues mañana sin esposo, sin fortuna, pasará por la calle sola, á pie, con la cabeza baja, miéntras ellos pasarán por su lado sobre doradas carrozas? Tanto oprobio, tanta opresion, tanta crueldad impulsaron al sexo mas débil á una reaccion violenta, cuyo efecto inmediato, degradando mas y mas la familia, fué hacer la mujer mas desdichada aun y mas culpable. Digna de lástima era sin duda cuando la ley, concediendo al marido el derecho exclusivo de repudiarla, no le reservaba sino el privilegio de sufrir. En su inocencia podia hallar á lo ménos una indemnizacion á su oprobio, y un consuelo á su infortunio. La opinion pública tomaba á su cargo el vengarla, lamentando su suerte, y haciendo caer el odio y el desprecio sobre el déspota, injusto autor de sus desgracias. « ¡Por Castor; decia un autor cómico de aquel tiempo; las mujeres viven bajo leyes muy duras ¡Pobres infelices! ¡Como se les sacrifica á los hombres! ¿Por qué la ley no ha de ser igual con el marido y con la mujer? Si se castigasen los maridos como se castigan las mujeres culpables, habria mas maridos sin mujeres que no hay ahora mujeres sin maridos. » Mas cuando pudieron á su vez sacudir el yugo, y el código imperial les concedió formalmente el derecho de repudio, entónces su desgracia y su corrupcion no conocieron límites: su vida ofrece un espectáculo digno de ser llorado con lágrimas de sangre. Nada prueba tanto cuan general y profundo era en aquella época el grosero sensualismo de las mujeres, como la dificultad de encontrar vestales. Á pesar de los honores extraordinarios concedidos á estas vírgenes que podian casarse ántes de cuarenta años; á pesar del derecho de salvar la vida al que encontraban en su camino; á pesar de la veneracion inherente á sus personas, y la gloria de conservar el fuego sagrado y el *palladium* de donde se creia que dependia la salud del Imperio; á pesar de la ventaja tan buscada entónces de ocupar los

primeros puestos en el circo, en el teatro, en el anfiteatro, ornadas como diosas; para reunir el número de seis, exijido por las leyes, se vieron obligados á admitir al sacerdocio de Vesta, hasta allí reservado á la nobleza, á las hijas de los plebeyos. Y con todo, en la época de que hablamos, fué imposible hallar en una ciudad de cerca siete millones de habitantes seis niñas vírgenes de seis á doce años que quisiesen los títulos y las prerogativas acumulados sobre las vestales. Y esto pasaba en aquella Roma la víspera de un dia en que, segun la bella expresion de S. Ambrosio, esta misma Roma debia contar en su seno todo un pueblo de vírgenes. So pena de ver el fuego sagrado extinguido por falta de sacerdotisas que le conservasen, fué forzoso en el siglo de Augusto el aumentar los privilegios de las vestales, y admitir al glorioso sacerdocio las hijas de los libertos; y aun aquellas, en las que recaia la suerte echada por el Pontífice, estaban inconsolables, deshaciéndose en lágrimas, en gritos de dolor y de desesperacion como una persona que es conducida á la muerte. Sus padres suplicaban tambien, y el dia de la eleccion se convertia en un dia de luto público. El espectáculo de seis niñas, consagrando temporalmente su virginidad á la salud del Imperio; espectáculo que, honrando á la mujer, debia llenar de orgullo á sus felices padres, era para ellos un espectáculo lamentable. La una llegó á tal extremo, que el mismo Augusto testigo de esta escena, síntoma alarmante de una degradacion incurable, se vió impelido á exclamar: « Si mis nietas estuviesen en edad, yo las ofreceria á Vesta. » Corrompida y corruptora á su vez la mujer, se precipita desde entónces con erguida frente en el fango, y con un furor que participa de venganza, apela á todos los medios para arrastrar á él al hombre su corruptor y su tirano. Vino tiempo en que el divorcio les fué de tal modo permitido por las leyes, que ni aun estaban obligadas á notificarlo á sus maridos. Un rescripto de Diocleciano, príncipe digno por todos respectos de poner la última mano á la lejislacion sensualista de Augusto, autoriza formalmente el repudio por parte de la mujer, sin saberlo el marido. Estas especies de repudios femeninos se hicieron tan frecuentes, que los autores ménos delicados en hecho de costumbres no pudieron ménos que declamar contra ellos y vituperarlos. Sin manifestar indignacion ni sorpresa, Ciceron habia escrito á su familia como un hecho corriente la siguiente noticia: « Paula Valeria hace divorcio sin motivo, y en el mismo dia en que su marido llega de provincia, le envia su repudio, haciéndole notificar en el acto su matrimonio con Décimo Bruto. » Y Paula Valeria no tocaba aun los límites á esta terrible licencia; pues el divorcio no estaba todavía legalmente autorizado. Pero despues que logró esta autorizacion: « ¿Qué mujer, exclama Séneca, se avergüenza ya del divorcio, desde que ciertas señoras ilustres y de noble alcurnia no datan sus años por el número de cónsules sino de

maridos? Dejan un esposo para tomar otro, y se casan para divorciarse.» Despojada la mujer de todo pudor, lo que es su vergüenza forma toda su gloria: marcha erguida y fiera cuando ha encadenado á su carro algun personaje eminente, y puede con su lujo y desenfreno devorar las riquezas de los dueños del mundo, sangrientos despojos de provincias enteras. La una lleva sobre sí por cuarenta millones de sextercios de perlas y esmeraldas: la otra se baña en leche para conservar la blancura de su piel. Todas muestran una perversidad, un orgullo, un desenfreno que hace ruborizar y estremecer. Su morada no es ménos terrible que la patria de los tiranos de Sicilia. Llueven los palos sobre las espaldas de las infelices esclavas, y corre la sangre en la casa á fuerza de azotes y latigazos. Algunas se valen de ejecutores; y miéntras por una lijera falta manda azotar á sus criadas, la dama romana se pinta la cara, ó se entrega á abusos de la mas refinada molicie. Un ejército de mujeres se necesita para el tocado de una señora de Roma: toda la casa se pone en movimiento: una, derrama vasos de esencias y aromas exquisitas: otra, se afana en dar gracia á un prendido: esta, se ocupa en una parte del traje: aquella, en el efecto de un rizo: nada se perdona; se consultan todos los espejos; se piden pareceres; se recorre á todos los gustos; y esto con aquella solicitud y temor de quien sabe cuanto pesa la ira de su señora. Este cuadro de una afeminacion vergonzosa está muy distante de bosquejar débilmente la vida de millares de Cleopatras, de Popeas, de Livias, de Julias, de Mesalinas, de Drusilas, de Berenices, de Faustinas, en una palabra, de la mujer pagana en aquella época incalificable. Y he aquí la mujer, la madre, la esposa, la hija, la hermana, la benéfica compañera del hombre, aquella cuyo semblante debe ser en el hogar doméstico lo que es el sol al levantarse en el horizonte, alegría, vida y felicidad; vedla convertida en el ser mas degradado de la naturaleza entera, verificándose lo que los sagrados libros habian predicho de su perversidad, y mas que justificando la opresion que sobre ella pesaba. ¡Qué mas! Á no ser que sea aniquilada con la familia, es indispensable que sea regenerada, pues ha tocado ya los límites del mal, y se ha hecho en todo semejante á su tipo pagano: se ha convertido en orgullo y deleite. Aunque los hijos é hijas conservan ó no la vida segun el capricho de sus padres, y los que la conservan están en la mas dura opresion; con todo, esta es mucho mayor para la mujer sobre la que gravita una especie de privilegio de crueldad. Un fragmento del poeta Menandro confirma de una manera bien positiva la preferencia concedida desde los mas antiguos tiempos á los hijos sobre las hijas. «Una hija, dice, es una carga incómoda y pesada para un padre. El pobre, por muy poco que pueda, cria todos sus hijos, pero á las hijas las expone, aunque sea rico.» En Eurípides se halla en el fondo el

mismo pensamiento: « Una vez salida la hija, dice el poeta, de la casa paterna, no pertenece mas á sus padres, sino á su marido. El hijo, al contrario, nunca abandona los dioses penates de su familia, y honra el lugar donde reposan sus pasados. » En Apuleyo se ve un marido, que partiendo á un largo viaje y dejando á su mujer en cinta, le manda dar muerte al hijo que ha de venir al mundo, si es del sexo femenino. Por un inaudito trastorno de todos los sentimientos naturales, este furor homicida se habia apoderado del corazon de las mismas madres, las cuales llegaron al punto de atentar, con mas frecuencia quizá que sus maridos, contra el fruto de sus entrañas. Tal es la atroz acriminacion que les dirije Juvenal, el pintor mas vivo de las costumbres paganas. Entre los millares de niños que los romanos dejaban abandonados en el Velabro, pantano fangoso é inmundo junto al monte Aventino y la columna Lactaria en donde desaguaba la Cloaca máxima de Tarquino, se escojian por hombres infames que venian á recojerlos por la noche para sus criminales designios á las niñas de leche, que hacian criar despues para proveer sus lupanares y servir de pábulo á la disolucion. ¿Puede darse especulacion mas horrible, atendidas las costumbres de aquel tiempo? Ni la religion, ni la filosofia, ni la legislacion pagana podian levantar al hombre á su dignidad, y mucho ménos á la mujer. La religion presentaba en sus númenes modelos de todos los vicios, de todos los crímenes sociales y domésticos. En sus fiestas se mostraba lo mas indecente y corruptor. Se burlaban de sus dioses. ¿Qué hicieron los filósofos? Sancionar estos mismos excesos, dejarlos al pueblo, aunque los condenasen en su ciencia. De los legisladores ya lo hemos visto. Tal era, pues, la mujer pagana, la mujer bajo el doble yugo del hombre y de la sociedad, ántes que el Reparador del mundo viniese á rehabilitar la ley primitiva que la designaba como á carne de la carne del hombre, y que en el órden espiritual, del cual desaparecen los sexos, la nivelase enteramente al hombre en dignidad, en mérito, en esperanzas y en premios. Dijo Tucydides, que la mujer mas virtuosa era aquella de la que se hablaba ménos. Este juicio, por parte de un ciudadano de Aténas, de aquella ciudad en donde las cortesanas decidian de la guerra y de la paz, y tenian estatuas de oro entre las estatuas de los reyes, y sepulcros mas magníficos que Milciades y Pericles, prueba que las ideas justas y exactas nunca han estado del todo desterradas de la tierra. En todo este cuadro de las costumbres paganas, cuyo rastro siguió aun por largo tiempo, no se ven ni la gracia, ni la dulzura, ni la humildad, ni la calma, ni la resignacion, ni el pudor, ni el secreto sacrificio á todos los deberes, ni la satisfaccion interior, ni la modestia. Ha sido indispensable poner á la vista las costumbres corrompidas de la antigua Roma, que subsistian aun en gran parte en el tiempo

de Fabiola, para apreciar debidamente la conducta de esta mujer en tomar un segundo marido en vida aun del primero; pues muchos son los hechos en una biografía que carecen de interes y no pueden apreciarse debidamente si no se inicia al lector en las costumbres y circunstancias de la época á que se refieren: y esto es lo que da al mismo tiempo á los cuadros biográficos aquel interes local que instruye y deleita á un mismo tiempo y contribuye á la amena variedad de este género de lecturas. Y volviendo á nuestro personaje, en tanto es cierto que las costumbres romanas no habian variado mucho en Roma, á pesar de la introduccion y progresos del cristianismo, que S. Gerónimo, contemporáneo y admirador de Fabiola, refiere haber visto enterrar en Roma una mujer que habia tenido veinte y dos maridos. Ya no cesó mas en Roma el desórden, y hasta los últimos dias del Imperio la licencia estuvo en la familia y la violencia en el Estado. Así Juvenal derrama la hiel de su sátira contra las señoras romanas que hallaban el secreto de cambiar de marido ocho veces en cinco años. Inciertos están los antiguos autores para saber si el paso de la repudiacion al divorcio mutuo, del estado imperfecto al estado corrompido, se hizo en Roma por las costumbres ó por las leyes. Por un pasaje de Plauto en la comedia del *Traficante* pudiera parecer, que hácia el año 563 de Roma el derecho de repudiar no estaba aun concedido á la mujer. Pretende Plutarco que Domiciano fué el primero que permitió el divorcio á las mujeres. Otros retrotraen esta ley hasta Juliano el *Apóstata* ó el jurisconsulto, esto es, mucho despues que estaba en práctica el divorcio. Montesquiéu, al contrario, piensa con Ciceron que la ley corrompió sin cesar las costumbres. Oigámosle sobre la diferencia del divorcio á la repudiacion. «Rómulo, dice, permitió al marido repudiar la mujer si habia cometido adulterio, preparado veneno, ó falsificado las llaves; pero no da á las mujeres el derecho de repudiar á sus maridos.» Plutarco llama á esta ley una ley muy dura. Como la ley de Aténas daba á la mujer, así como al marido, la facultad de repudiar, y se ve que las mujeres obtuvieron este derecho sobre los primeros romanos, no obstante la ley de Rómulo, es claro que esta institucion fué una de las que los diputados de Roma llevaron de Aténas, y que fué puesta en las leyes de las Doce Tablas. Dice Ciceron que las causas de la repudiacion venian de la ley de las Doce Tablas. La facultad del divorcio fué tambien una disposicion, ó á lo ménos una consecuencia de la ley de las Doce Tablas; pues desde el momento en que la mujer ó el marido tenian separadamente el derecho de repudiar, con mayor razon podian separarse de concierto y por una voluntad mutua. La ley no exigia que se alegasen causas para el divorcio; pues por la naturaleza misma de las cosas son menester causas para el repudio y no lo son para el divorcio; porqué allí donde la ley fija causas que pueden romper el matri-

monio, la incompatibilidad mutua es la mas fuerte de todas. Oigamos á Mad. Neker sobre esto: «No se permitia en Roma el divorcio, sino solo la repudiacion. En los siglos cercanos al estado de naturaleza los sexos no eran iguales en derechos, la fuerza tenia el imperio, y el divorcio hubiera sido mirado como una ley insensata. En todos los siglos y en todos los paises han sido propuestas las mujeres para la guarda de las costumbres; pero cuanto mas sagrado se cree el depósito, mas se vigila ó se avasalla al depositario. El divorcio era entre los romanos un castigo, y no una convencion: ellos se vengaban de sus mujeres culpables de dos maneras igualmente temibles, ó por la muerte real, ó por el repudio, especie de muerte civil y de opinion. Sometidas las damas romanas á leyes tan severas, poco motivo de queja dieron á sus maridos; y no es de admirar transcurriesen cien años sin ofrecer un solo ejemplar de repudio.» Pero la naturaleza jamas pierde sus derechos, y se halla aun en el fondo de las opiniones, allí donde ya no existe ni en las costumbres ni en las leyes. El desarreglo de los matrimonios era mirado entre los romanos como una de las mas poderosas causas de desórden: *Fecunda culpæ secula nuptias primum inquinavere*, dice Horacio. Sobre los monumentos fúnebres elevados á las esposas, se lee, como el mas bello elogio que puede hacerse de sus virtudes, que no tuvieron mas de un esposo: *Conjugi piæ, inclitæ univiræ* etc. El divorcio estaba prohibido á los flámines, segun algunos autores. Valerio Máximo dice, que las segundas nupcias son un reconocimiento de intemperancia: las leyes romanas hablan de las segundas nupcias en términos duros y odiosos: *Matre*, dicen, *jam secundis nuptiis funestata*. En la época empero de Fabiola luchaban las antiguas costumbres de disolucion y de libertinaje de Roma pagana con las virtudes de continencia y honestidad de Roma cristiana: época de transicion, en que la nueva fe de amor, de abnegacion, de penitencia y de sacrificio pugnaba para arrancar las hondas raices de la vieja idolatría; religion, si así puede llamarse, de licencia, de desenfreno, de molicie, de brutalidad y de egoismo. Fabiola, pues, educada, segun parece, en los principios de la religion cristiana, tuvo la desgracia de enlazarse con un hombre corrompido y licencioso, de costumbres depravadas, y que formaba contraste con los sentimientos piadosos y arreglada conducta de su esposa. Pero esta á pesar de su bello natural y de su excelente carácter, no se hallaba aun iniciada lo bastante en la rígida moral del Evangelio, que en tales casos solo manda resignarse y sufrir. Para sustraerse en cierto modo del dominio de un hombre disoluto que la despreciaba, le tomó aversion y le abandonó. Y poco instruida en las leyes de la Iglesia sobre el matrimonio, jóven y lozana todavía, y sintiendo, como dice S. Gerónimo hablando de ella, la ley de los miembros que luchaba contra la ley del espíritu, pasó á contraer otro en-

lace, aunque su primer marido viviese todavía, usando de la facultad que le daban las leyes romanas. Las leyes civiles, muchas de las cuales emanadas de los emperadores paganos subsistian aun en el código imperial, parecian autorizar aquel segundo matrimonio. La conducta empero de esta ilustre romana nos da una prueba decisiva contra aquellos que sostienen la disolubilidad del matrimonio en caso de adulterio. Esta mujer, despues de haberse separado de su marido adúltero, habia tomado otro. Y aun cuando parecia autorizada para ello por la ley civil, no tardó en reconocer su error y su falta. Ni en la capital del mundo ni en todo el Imperio se halló un solo teólogo que pretendiese justificar el matrimonio, ó condenar la penitencia que de él hizo Fabiola. La opinion de Launoy no era aun conocida entre los cristianos. Y no se diga que este matrimonio fué reprobado precisamente por oponerse á las leyes eclesiásticas; pues lo fué como formalmente contrario á la ley del Evangelio. «Pensaba, dice S. Gerónimo, que habia tenido razon en despedir á su primer marido, y no conocia el rigor del Evangelio, en el cual se quita á las mujeres toda excusa para casarse viviendo aun los maridos..... Unas son las leyes del César, y otras las de Cristo: una cosa manda Papiniano, y otra nuestro grande Apóstol....» Viuda, pues, Fabiola, é informada de la ilegitimidad de los nudos que la habian unido con su último esposo, concibió de ello un vivísimo dolor, y resolvió someterse á la penitencia pública. ¡Pero qué penitencia! Sabido es que en la primitiva Iglesia ciertos pecados no se perdonaban sino por medio de una penitencia ruidosa, pública, que duraba largos dias y á veces años, ántes que el penitente fuese admitido otra vez en el seno de la Iglesia, entre los demas fieles y á la participacion de los Sacramentos. Una, pues, de estas penitencias notables y que nos ha conservado la historia fué la de Fabiola. Oigamos otra vez á S. Gerónimo: «¿Mas cómo me esfuerzo yo en excusar la culpa, cuando ella misma la confiesa? ¿Quién lo creyera? Cuando, vuelta en sí misma despues de la muerte del segundo marido, en aquel tiempo en que suelen las viudas descuidadas, sacudido el yugo de la servidumbre conyugal, entregarse á la liviandad, recorrer calles y plazas, ataviarse con los atavíos seductores de una meretriz; entónces, repito, se la vió cubierta de un cilicio, confesar públicamente su error, y á presencia de toda la ciudad de Roma, en la víspera del dia de la Pascua, en la basílica ántes de Latran, mostrarse en el traje y en la clase de los penitentes, excitando la compasion y las lágrimas del obispo, de los presbíteros, y de todo el pueblo; desgreñado el cabello, la tez pálida y escualidas las manos, inclinar la frente culpable y arrepentida. ¿Qué pecado no ha de expiar tan amargo llanto? ¿Qué manchas no ha de borrar tan profundo plañido por inveteradas que sean? Pedro borró su triple negacion con otra triple confesion. Los ruegos frater-

nales corrijieron el sacrilegio de Aaron por el becerro elaborado de oro. El hambre de siete dias correjia el homicidio junto con el adulterio del santo y mansisimo David, que echado en tierra se revolcaba entre ceniza; y olvidando su régia majestad buscaba la luz en las tinieblas. Y fijando los ojos solamente en aquel á quien habia ofendido, decia con tono lastimero: «Contra solo tí he pecado, y cometí el mal en tu presencia: vuélveme la alegría de mi paz contigo é inspírame al mismo tiempo un espíritu de fortaleza que me confirme en el bien. Y así se verificó, que aquel mismo, de quien habia aprendido con sus virtudes como no caer, estando en pie, me enseñase por la penitencia como levantarme despues de caido...» Volviendo pues á nuestra ilustre penitente, dirémos que no habiendo ella confundido al Señor en la tierra, tampoco será por él confundida en el cielo. Abrió á los ojos de todos su herida, y Roma llorando la vió restañar en su humillado cuerpo la sangre de su pecado. Con la cabeza desnuda y un candado en los labios no ha entrado en la Iglesia del Señor, sino que se ha quedado sentada fuera de sus reales como María hermana de Moysés, para que ya que el sacerdote del santuario la habia desechado, volviera despues á llamarla. Descendió del solio de sus delicias, entregóse á los mas penosos trabajos, y con los pies desnudos vadeó el amargo torrente de las lágrimas. Sentóse sobre carbones encendidos, castigó aquel rostro con el que sedujo á su segundo esposo, rechazó las galas, huyó de los pomposos atavíos, y condolióse como si hubiese cometido un adulterio, y procuró sanar su herida con todos los remedios que estuvieron á su alcance. Pero bastante hemos insistido en su penitencia para que así pudiéramos entrar mas de lleno en el campo de sus alabanzas. Admitida ya públicamente en la comunion de la Iglesia, ¿qué es lo que hizo? En los dias de bonanza no se olvidó ciertamente de los males pasados, y despues de un naufragio no quiso volver á probar los peligros de la navegacion. Ántes bien, habiendo procurado reunir todos los bienes que poseia, que eran por cierto muy pingües y cual á su alto rango correspondia, hizo venta de ellos, y reduciéndoles á dinero los preparó para el socorro de los pobres; y fué la primera en erijir un hospital ó asilo en el que reunió á todos los enfermos que andaban por las calles y plazas, aliviándoles en sus dolencias y socorriendo su miserable mendiguez. ¿Hemos de describir aquí las diversas miserias de los hombres, mutilacion de miembros estropeados ó quemados, henchidos de pútridas y asquerosas llagas, ó hirviendo en gusanos sus carnes medio podridas? ¿Cuántas veces llevó ella misma sobre sus hombros á dolientes atacados de graves y hediondas enfermedades? ¿Cuántas otras lavó con sus propias manos úlceras purulentas que otro no se hubiera atrevido á mirar? Ella misma les daba el alimento; ella misma administraba los brebajes á los esqueletos vivientes ántes de espirar.

Sé de muchos otros ricos y gentes piadosas que por la debilidad de su estómago ejercen por conducto de otros tales actos de misericordia, y que son clementes por medio del dinero pero no por sus manos; á los cuales estoy léjos de reprobar, ni de llamar infidelidad á esta delicadeza de espíritu; y así como perdono la debilidad de su estómago, tambien levanto hasta el cielo con encomios el ardor de una completa caridad. Cuando la fe es grande, desprecia todas estas delicadezas..... Aquel á quien poco apreciamos, del cual apartamos nuestra vista, y cuyo aspecto nos provoca á nauseas es un semejante nuestro; está formado del mismo barro que nosotros, y constituido por los propios elementos. Lo que él padece, podemos padecerlo nosotros: tomemos, pues, por propias sus heridas, y toda la dureza de nuestro corazon para con los otros quedará destruida con esta piadosa reflexion sobre nosotros mismos. Aunque tuviera cien lenguas y otras tantas bocas, y una voz fuerte como el hierro no podria recorrer todos los nombres de las enfermedades que Fabiola convirtió en otras tantas curaciones y consuelos de miserables, por manera que muchos pobres sanos envidiaron la suerte de los dolientes. ¡Cuántas veces socorrió con mano generosa á clérigos, á monjes, y á doncellas! ¡Cuántos monasterios se han sostenido con sus riquezas y limosnas! ¡A cuántos desnudos y desahuciados procuró vestido y sustento! ¿Sobre qué miseria no derramó Fabiola con presteza su activa y vigilante caridad? Roma fué estrecha para su clemencia. Recorria las islas y todo el mar Etrusco y de los volscos, las provincias y los mas recónditos extremos de las playas mas apartadas en los cuales existian comunidades monásticas, á las que por sí ó por medio de santas y fieles personas hacia llegar los dones de su inagotable munificencia. De repente, y contra el comun pensar se hizo á la vela para Jerusalem, en donde recibida de muchos, prefirió hospedarse con nosotros; y recordando su compañía me parece verla aun tan virtuosa como edificante. ¡Oh buen Jesus! ¡con qué fervor, con qué anhelo se dedicaba á registrar los Sagrados Libros! Y como desease saciar en ellos su sed de comprenderlos, recorria los Profetas, los Evangelios y los Salmos, haciendo varias preguntas y encerrando las respuestas en lo mas íntimo de su corazon. Nunca quedaba satisfecha de oir, y cuanto mas iba conociendo, mas dolor sentia de no saber mas, y como si se echase aceite á la llama, ardia en nuevos deseos de penetrar mas adentro..... Y no cesaba de preguntarme, ni yo de responder en lo que sabia, declarando muchas veces mi ignorancia, no cesando ella de reiterar sus preguntas, y confesándose indigna de penetrar en tan augustos misterios..... Y miéntras buscábamos una habitacion digna de tan ilustre matrona, deseando ella la soledad y no separarse de la morada de María, viene la noticia, que hizo estremecer á todo el Oriente, de la invasion de los

hunos, que con sus caballos y huestes derramaban donde quiera la muerte y el terror. Hallábase entónces ausente el ejército romano ocupado en las guerras civiles de Italia..... ¡ Aleje el Señor tales fieras del mundo romano! Presentábanse inesperados en todas partes, venciendo á la fama misma en celeridad, no perdonando ni religion, ni categoría, ni edad, ni aun compadeciendo los vagidos de la infancia. Eran condenados á morir los que ni á vivir habian empezado, é ignorando su propia desdicha sonreian aun puestos entre las manos y los dardos de sus enemigos. Corria entre todos la voz de que partian para Jerusalem, á cuya ciudad les llevaba la avidez extremada del oro. Sus muros estaban descuidados por la incuria de la paz: Antioquía estaba bloqueada: Tyro queriendo sustraerse de la tierra, buscaba su antigua isla. En tales apuros, nos vimos obligados á preparar nuestras naves, estar en la playa, evitar la llegada del enemigo; y á pesar de la bravura de los vientos, temer mas á los bárbaros que al naufragio, y procurar no tanto para nuestra salud como para defender la integridad de las vírgenes. Teníamos en aquellos tiempos disensiones de familia, y las guerras domésticas superaban aun la lucha de los bárbaros. Nosotros habíamos fijado nuestra residencia en Oriente, y allí nos detenia el arraigado apego á los Santos Lugares. Ella empero, que siempre andaba de una parte á otra para hacer bien, y que era extranjera en toda ciudad, volvió á su patria para vivir allí pobremente donde tan rica habia sido, y abrigándose bajo techo ajeno la que ántes á tantos habia hospedado; y por decirlo de una vez, mendigando de los pobres mismos, delante de toda Roma, aquello mismo que ella habia vendido para socorrerlos. Á nosotros nos conduele tan solo el haber perdido de los Santos Lugares aquella joya preciosisima. Recobró Roma lo que habia perdido, y la procaz y maldita lengua de los gentiles quedó confutada con el testimonio de los ojos. Ensalzen otros la misericordia de aquella piadosa dama, su humildad, su fe: yo alabaré mas el ardor..... Olvidando la fragilidad de su sexo, y anhelando tan solo la soledad, solo se encontraba allí donde le guiaba su deseo. No podian contenerla los consejos de sus amigos, y procuraba sacudirse de la ciudad como de unos grillos. Y no pudiendo distribuir limosnas á los demas, agotadas ya las suyas, se complacia en tenerlas que recibir por amor de Cristo. De tal modo vivia solícita, y de tal modo se apresuraba á atesorar para el cielo, que la muerte, habiéndose ella preparado tanto, no la pudo encontrar desprevenida..... Lo que leemos escrito: Todas las cosas cooperan al bien para los que temen al Señor, lo vimos comprobado en la muerte de tan magnánima mujer. Como si presagiase lo futuro, escribió á muchos religiosos que vinieran para alijerarla del grave peso que sobre ella gravitaba, y proporcionarle amigos que la recibieran en los eternos tabernáculos. Vinieron en efecto, y se hicieron amigos suyos, como ella

deseaba. Durmió por fin en el Señor, como habia querido, y depuesta la carga de su cuerpo, voló lijera á la mansion de los cielos. El prodigio que poseia Roma en Fabiola, miéntras vivia, quedó demostrado tambien en su muerte. Apénas acababa de exhalar su espíritu y entregarle al Señor, ya la fama volando con sus mil alas anunciaba el luto por do quiera, y congregaba el pueblo de toda la ciudad á las exequias. Resonaba la salmodia por las doradas techumbres de los templos, y el aleluya de los ángeles retumbaba en las alturas. Aquí el coro de los jóvenes, allí el de los ancianos, que cantaban en himnos las glorias y las virtudes de la mujer cristiana. No así triunfó Furio de los galos, ni Papirio de los samnitas, ni Scipion de Numancia, ni Pompeyo del Ponto; pues aquellos vencieron únicamente los cuerpos, y ésta sujetó las malas propensiones del espíritu. Paréceme oir el inmenso gentío que precede y se agolpa para ver sus exequias, corriendo de todas partes, sin que ni las plazas, ni los pórticos, ni los elevados techos pudiesen contener el número de los espectadores. Parece que Roma vió reunidos en uno solo todos sus pueblos: todos celebraban á porfía la gloria de la ilustre penitente. Ni es de admirar que los hombres se alegrasen por la salud eterna de aquella cuya conversion habia dado un dia de júbilo á los ángeles del cielo. Recibe, ó Fabiola, este débil tributo de mi vejez, que te ofrecí en tus exequias. Verdad es que siempre hemos dado elogios á las vírgenes, á las viudas y á las casadas, á aquellas cuyos vestidos fueron siempre blancos, y que siguen al cordero donde quiera que vaya. ¡Feliz el elogio de aquella á quien no ha manchado un solo lunar en toda su vida! Pero calle la envidia, y cese de morder con su boca malignante. Si el padre de familias es bueno y clemente, ¿por qué ha de ser maliciosa nuestra mirada? La oveja que habia caido en manos de ladrones fué llevada sobre los hombros de Cristo. En la casa del Padre Celestial hay varias habitaciones: allí donde abundó el pecado, superabundó la gracia, y aquel á quien mas perdona, mas ama.» Hemos querido transcribir algunos fragmentos de la carta laudatoria de S. Gerónimo, ya porqué en ella se trazan con brillantes colores los rasgos principales de la vida de Fabiola, ya tambien para dar una muestra, aunque lijera, de la varonil elocuencia y de la profunda santidad y sabiduría del Santo doctor. Fabiola fué, como se ha visto, la primera en Italia que fundó hospitales, viajó por muchos paises para el cumplimiento de su piadoso designio, y pasó á Jerusalem en el año 395. Vió á S. Gerónimo, el cual le explicó las Santas Escrituras. La invasion de los hunos le obligó á dejar la Palestina, volvió á Italia, retirándose á Ostia: fundó un hospital en el cual servia por sí misma á los enfermos, y murió en Ostia, ó en Roma, sobre el año 400. Á los escritos, pues, del Doctor Máximo, debemos lo que se sabe de Sta. Fabiola. De la penitencia que hizo, los docto-

res católicos concluyen ; que desde los primeros siglos de la Iglesia era una opinion constante que los nudos del matrimonio no se rompian ni aun *por causa de adulterio* , pues de otra manera Sta. Fabiola no hubiera sido culpable , ni se hubiera sujetado á la penitencia. — J. R. C.

FABRA (Miguel de) confesor de D. Jaime I de Aragon , llamado el *Conquistador*. Tanto los autores españoles como los de la Órden de Sto. Domingo hablan á menudo del P. Miguel de la casa de Fabra , una de las ilustres y distinguidas de Castilla. Pedro Marsilli, en su historia del rey Jaime I , refiere algunas particularidades de la vida de este hombre insigne , sin empero decir cosa alguna de lo tocante á sus primeros años. Pero por la serie y carácter de sus acciones podemos juzgar , que habia útilmente dedicado su juventud al estudio de la Religion y de las bellas letras , sin descuidar nada de cuanto puede honrar á las personas de su categoría. Bien sea que Miguel de Fabra fuese uno de aquellos eclesiásticos que habian seguido á Diego , obispo de Osma , en su expedicion , ó en sus misiones del Languedoc , ó bien que hubiese pasado á aquella provincia con algunos caballeros de su nacion, que sirvieron por algun tiempo en el ejército de los cruzados ; lo cierto es , que en las inmediaciones de Tolosa se unió á Sto. Domingo , y se propuso imitar la santidad de su vida apostólica. En efecto , uniendo á un celo vivisimo por la defensa de la fe y por la conversion de los herejes las santas prácticas de la penitencia , se hizo uno de los mas perfectos imitadores del bienaventurado Patriarca. Pero trazemos aquí rápidamente , segun tenemos de costumbre , el cuadro de la época , esto es ; la situacion del mundo cristiano al terminar el siglo XII, para poder apreciar debidamente el heroismo de nuestro religioso en asociarse á la Órden ilustre que entónces acababa de nacer. Si bien este siglo se habia levantado bajo magníficos auspicios , no acabó por cierto su carrera cual la habia comenzado; y cuando al acercarse á su ocaso, se fué inclinando hácia el horizonte para hundirse en la eternidad, la Iglesia parecia que se inclinaba con él , encorvada la frente bajo el peso del porvenir. La reforma de la Iglesia tenia ocupadas todas las inteligencias , y en el corto espacio de cincuenta y seis años se habian celebrado tres concilios ecuménicos. Pedro Valdo , que hubiera podido ser un santo , no fué mas que un perturbador del órden público , sucumbiendo á una tentacion , que hizo desplomar en todos tiempos las elevadas inteligencias : creyó imposible el salvar la Iglesia por la misma Iglesia. Toda la fuerza de los valdenses consistia en el contraste real ó aparente de sus costumbres con las costumbres desarregladas del clero de su época. Una herejía , nacida en Oriente y favorecida por las mismas circunstancias , despues de haberse introducido en Alemania y en Italia , venia á sentar sus reales en el mediodía de la Francia : tal era la turba de unos verdaderos maniqueos , vulgarmente llamados albijenses.

Raimundo VI conde de Tolosa abdicó la herencia de gloria y de virtud, que le habian legado sus predecesores, por constituirse jefe de aquella herejía detestable. Pero no era esto todo, sino que la enseñanza de las escuelas católicas, renovada despues de un largo interregno, se desarrollaba bajo la influencia de la filosofía de Aristóteles, y este movimiento tendia á que prevaleciese la razon sobre la fe en la exposicion del dogma cristiano. En una palabra, el cisma y la herejía, secundados por el mal estado de la disciplina eclesiástica, y por las ciencias paganas que habian como resucitado, hacian bambolear en Occidente la obra de Cristo, miéntras que el éxito infeliz de las cruzadas acababa de arruinarla en Oriente, y abria á los bárbaros las puertas de la cristiandad. Verdad es que los papas resistian con una virtud inmensa los peligros siempre crecientes de esta situacion. Ellos domaban al emperador Federico I, animaban á los pueblos para nuevas cruzadas, celebraban concilios contra el error, velaban para que se mantuviese pura la doctrina de las escuelas, y tenian estrechamente firme en sus poderosas manos la alianza de la fe y de la opinion europea: y de la sangre emanada de aquel antiguo tronco pontifical se vió nacer á Inocencio III. Pero no es dado á ningun hombre sostener por si solo el peso de las cosas divinas y humanas: los hombres mas grandes tienen necesidad del concurso de mil fuerzas, y las que la Providencia habia concedido á lo pasado parecian doblarse bajo el peso del porvenir. Entónces plugo á Dios ayudar á su Iglesia por la via directa de la misericordia. Jesucristo contempló sus pies y sus manos traspasadas por nosotros, y de aquella mirada de amor nacieron dos hombres, Sto. Domingo y S. Francisco de Asis, patriarcas de dos grandes pueblos de reformadores evangélicos, para hacer frente á los hijos del error que en todas partes se levantaban como reformadores. El solo hecho, pues, de alistarse nuestro Miguel de Fabra á las banderas del gran Domingo, le recomienda en sumo grado y manifiesta su decision heróica en defender el baluarte de la fe y los derechos de la atacada Iglesia. Invitado despues en Paris, en compañía del P. Manez de Guzman, enseñó la teología á los jóvenes religiosos, sin que esta ocupacion le distrajese nunca del asiduo ejercicio de su oracion, en el cual hallaba el reposo de su alma y las delicias de su espíritu, ni del ministerio de la divina palabra que anunció por espacio de dos años en la capital del reino, como habia hecho ya en las provincias. Sto. Domingo á su regreso de España en el año 1219 le hizo partir para el reino de Aragon, en donde por sus sermones y por sus virtudes se hizo muy pronto conocer de toda la córte; y el rey D. Jaime I, movido por las eminentes calidades de aquel religioso, quiso tenerle por su confesor y confidente. En esta calidad el P. Miguel siguió á aquel príncipe á la conquista de la isla de Mallorca, que desde mucho tiempo ocupaban los sarracenos. Aquella expedicion tuvo,

como es bien sabido, el éxito mas completo y el mas feliz resultado que podia esperarse; pues ni las fortificaciones de la capital, ni los esfuerzos extraordinarios de los infieles en defenderla, ni el rigor de la estacion, bastaron para amortiguar el valor de los intrépidos guerreros que, animados por el ejemplo de sus jefes, y mas aun por las exhortaciones fervientes del siervo de Dios, peleaban confiados en el auxilio del cielo contra los enemigos de Jesucristo. Nada es comparable con aquel valor que infunde al alma el sentimiento religioso: móvil el mas fuerte del corazon humano, al cual se deben los prodigios que obraban nuestros mayores en las varias épocas de la reconquista cuando con la cruz sobre el pecho y el nombre de Jesus en los labios se arrojaban denodados sobre las huestes formidables de sus invasores. El último dia de Diciembre de 1229 la capital de Mallorca fué tomada por asalto por los españoles, sostenidos por muchos valientes franceses, pues como la ciudad de Montpeller dependia entónces del rey de Aragon, le dió una buena parte de tropas. Los pueblos de Narbona sirvieron tambien bajo sus banderas en aquella ocasion; y entre los señores que tuvieron parte en la conquista de Mallorca, Oliviero de Termes se supo adquirir mucha gloria. Arrojados los moros de una plaza que habian creido inexpugnable, se vieron forzados á huir por todas partes de la presencia de los cristianos: evacuaron la isla, y abandonaron todo el reino. La grande confianza que el Rey y su ejército tenian en las oraciones de nuestro celoso predicador hizo que se le atribuyese una no pequeña parte de aquel felicisimo suceso. Siendo ya muy tarde cuando fué tomada la ciudad, y hallándose el Rey sumamente fatigado por lo duro y prolongado del combate, resolvió acertado pasar la noche en su campamento, y envió entre tanto á Miguel de Fabra á la ciudad, con el P. Berenguer, que fué despues obispo de Gerona, para impedir que los soldados en los primeros arranques de su furor pegasen fuego al palacio y saqueasen sus tesoros. Al dia siguiente el Rey entró victorioso en la ciudad en medio de las públicas aclamaciones; y despues de haber dado solemnes acciones de gracias á Dios por tan insigne victoria, manifestó su sincero reconocimiento al P. Miguel, señalándole en el mismo recinto del palacio del rey moro un lugar para edificar un convento de su Órden. La iglesia que se fabricó entónces, y que despues se engrandeció mucho, llevaba el nombre de Ntra. Sra. de la Victoria y de S. Miguel. Ahora ya no existe este templo magnífico, que se complació en anivelar con el suelo el hacha destructora de la revolucion, que así respeta los derechos presentes como los recuerdos pasados, y en tanto estima la religion como la gloria. Miéntras el rey de Aragon continuaba en arrojar á los infieles de todos los puntos y en establecer su autoridad en el pais conquistado, su confesor se encargaba voluntariamente del cuidado de propagar en todas partes el ejer-

cicio de la Religion y la pureza de su culto. Mediante el crédito que sus méritos y virtudes le habian adquirido en el ánimo de los aragoneses, parecia estar seguro del suceso en todo cuanto emprendia para la gloria de Dios: así es que ganó para Jesucristo á muchos de los sarracenos que habian caido prisioneros de guerra; y habiéndoles cuidadosamente instruido en los misterios de nuestra religion, les purificó con el agua del bautismo, y su perseverancia en la fe dió muy bien á conocer la sinceridad de su conversion. Despues de haber libertado la isla de Mallorca de la tiranía de los moros, juzgó el rey de Aragon que convenia á su gloria y al comun interes de los cristianos el arrojar asimismo aquellos infieles del reino de Valencia, en donde dominaban desde muchos siglos. Y si Miguel de Fabra, á quien el príncipe miraba siempre no solo como su confesor, sino tambien como al mas sabio y mas fiel de todos sus consejeros, no le habia inspirado el designio de esta gloriosa empresa, á lo ménos le apresuró en la ejecucion, y se halló á ella presente. Habiendo, pues, el ejército cristiano entrado en 1236 en aquel reino, reportó considerables ventajas sobre los enemigos; y puesto el asedio á la capital, la obligó finalmente á rendirse en la víspera de S. Miguel, á 28 de Setiembre de 1238. La fuga y la derrota de los infieles dieron ocasion al ministro de Jesucristo para practicar en la ciudad y en todo el reino de Valencia cuanto habia practicado en el de Mallorca. Una de sus principales atenciones fué el hacer venir de todas partes buenos y celosos eclesiásticos, y santos religiosos, los cuales le ayudasen en la saludable tarea de instruir á los pueblos y de establecer la religion cristiana. El convento fundado en Valencia por él para los religiosos de su Órden ha sido siempre uno de los mas célebres de España, del cual salieron S. Vicente Ferrer, S. Luis Bertran, y un considerable número de otros personajes eminentes en doctrina y santidad; y sobre todo por el celo verdaderamente apostólico que les ha llevado á atravesar los mares para anunciar la fe de Jesucristo y derramar las luces de su Evangelio en casi todos los reinos de la América. La sola historia de los religiosos que han salido de aquella augusta casa bastaria para ilustrar toda la Órden de Sto. Domingo, y hacer inmortal la memoria del P. Miguel de Fabra, que fué el primero en establecer allí aquel espíritu de fervor, de oracion y de regular observancia, que ha sido por tanto tiempo admirado, y que jamas se ha visto apagado enteramente. Francisco Diago en su *Historia de los condes de Barcelona* afirma, que el rey de Aragon habia nombrado á su confesor para que fuese el primer obispo de Valencia; pero que no tuvo lugar esta eleccion, atendida la disputa que sobrevino entre los arzobispos de Toledo y de Tarragona, pretendiendo cada cual que el nuevo obispado debia estar sujeto á su metrópoli. Pero nosotros podemos justamente presumir, que si el P. Miguel perseveró hasta el fin de su vida en el

estado de simple religioso, debe atribuirse no tanto á la disputa de aquellos dos prelados, como á su humildad y á su absoluto desinteres. Honrado por largo tiempo con la confianza de su Monarca y con el aprecio del vicario de Jesucristo, no se reservó para sí sino las fatigas de su ministerio, y se sirvió del crédito que le daba la fama de su virtud para procurar á la Iglesia sugetos idóneos que ocupasen con honor los primeros puestos, como se deduce del ejemplo que vamos á referir. No habiendo podido ponerse de acuerdo los canónigos de Lérida sobre la eleccion de un obispo, el pontífice Inocencio IV, con un breve dado en Lyon á 24 de Diciembre del año 1247, dió comision al arzobispo de Tarragona, á S. Raimundo de Peñafort y al Padre Miguel de Fabra, para que procediesen á aquella eleccion, y colocasen en la silla episcopal, con la autoridad de la Santa Sede, á aquel que hubiesen elejido. Los tres comisionados eran de la Órden de Sto. Domingo; y Guillermo de Barberá, que dieron por obispo á la iglesia de Lérida, vestia el propio hábito, al cual honraba tanto por la pureza de sus costumbres como por el esplendor de su doctrina. La vida santa y siempre irrepreensible que llevó en el episcopado fué la prueba de que aquellos, que le habian ensalzado á tal dignidad, no se habian propuesto en su eleccion otro objeto que la gloria de Dios, y el bien espiritual de los fieles confiados á su solicitud pastoral. Esta es la última accion que sabemos del P. Miguel. Y aunque ignoramos el dia y año de su muerte, podemos decir no obstante que su memoria es todavía bendecida por los españoles, los cuales han hecho muchas veces la traslacion de su cuerpo y honrado su sepulcro en la iglesia de Valencia, como el de un amigo de Dios, no ménos recomendable por su tierna piedad que por sus grandes talentos, y por los señalados servicios que ha hecho á la Religion. Concluirémos, pues, con las palabras de un ilustre escritor: *Fuit Fr. Michael magnus Evangelici præco, qui tanto spiritus fervore vere munus Apostolicum repræsentaret; animo adeo puro et candido, ut facile in divinas et cœlestes contemplationes à corpore abstraheretur. Sanctitate celebris, singulari quodam studio in sanctis meditationibus et orationibus mirificus erat.* — N. A. T.

FABRE (Juan Claudio) oratoriano. Nació en Paris el 15 de Abril de 1668. Su padre fué un hábil cirujano que procuró darle una educacion esmerada. Despues de haber regentado la segunda en el colegio de S. Quintin, entró en el Oratorio, y fué enviado á profesar la filosofía primero en Rumilli, despues en Saboya, en Colon, en Riom, en Mans y en Nántes; enseñó despues la teología en Riom por tres años, y en Lyon por igual espacio de tiempo. La edicion que hizo en esta ciudad del *Diccionario de Richelet* le obligó á salir de su Congregacion, y de retirarse á Clermont. Parece que insertó en esta obra algunos artículos teológicos, y algunas sátiras ó alusiones

que se resentian algun tanto del espíritu de partido: debilidad que alcanza hasta á los sabios y á los talentos privilegiados, en la cual la propia vanidad se oculta bajo el espíritu de bando ó de escuela. Esto parece que le obligó á salirse de la Congregacion. Entónces se halló reducido á encargarse de la educacion de algunos niños; y como el producto no bastase aun para la satisfaccion de sus modestas necesidades, tuvo que humillarse á recibir algunos socorros del jesuita Letellier. El motivo de haberse separado del Oratorio no debió ser muy poderoso, cuando en 1715 volvió á entrar en él en Tróyes, y pasó el mismo año á fijar su domicilio en Monmorency, muriendo el 22 de Octubre de 1753 en su casa de S. Honorato en Paris á la edad de ochenta y cinco años. Habia predicado con bastante fruto, y su espíritu se prestaba fácilmente á todo género de estudios. Era sumamente laborioso, pues, á pesar de sus profesorados y de sus viajes, y del tiempo que dedicaba al púlpito y á los demas ejercicios de su ministerio, dejó publicadas muchas obras. 1.ª: Una edicion de *Richelet*, de que hemos hablado, bajo el título de *Nuevo Diccionario frances*, impreso en Amsterdam en 1709, reimpreso con algunas variaciones en Rouen, 1719, y despues otra vez en Lyon, 1738, con observaciones y adiciones del P. Aubert. En la publicacion de la edicion de 1709 fué en la que habia algunos artículos sobre materias teológicas contestables, de que hemos hablado poco ha, y entre otros sobre la palabra *gracia* que habia suministrado un abogado, que forzaron al P. Fabre á separarse del Oratorio. 2.ª: El pequeño *Diccionario latin-frances* en 8.°, del cual se han hecho muchas ediciones. El autor habia compuesto otro mucho mas extenso, y que debia tener dos tomos en 4.°; pero resolvió no publicarlo, cuando pareció el *Novitius* del P. Magnies. El Diccionario del P. Fabre estaba basado sobre los autores clásicos. 3.ª: *Obras de Virgilio, traducidas en frances con el texto al lado, y notas críticas é históricas*, 1721, reimpreso en 1741. Esta version floja y prolija, en sentir del crítico Feller, no aventaja mucho á la de Martignac. 4.ª: La continuacion de la *Historia eclesiástica de Fleury*, el cual habia dejado la obra en su tomo vigésimo. «Yo mismo, dice el abate Goujet, habia sido vivamente instado para emprender esta continuacion. Verdad es que, jóven todavía, y temiendo que la empresa fuese superior á mis fuerzas, me resistí por largo tiempo á las instancias que se me hicieron; pero cedí al fin. Habia ya concluido toda la historia del concilio de Constanza, cuando me ví prevenido por la impresion de los dos primeros volúmenes del P. Fabre (en 1726). Hice un sacrificio de lo que habia trabajado. Esta edicion fué al momento expendida, y como fué preciso reimprimirla, se me invitó á que la revisase. Así lo hice, y lo mismo he practicado con los catorce volúmenes que siguieron á los dos primeros.» El volúmen que se halla al frente del tomo XIII (33.° de la Coleccion completa) es del mismo Goujet. Los

tomos XV y XVI trabajados por el P. Fabre (35 y 36 de la Coleccion) fueron mutilados, y el autor tuvo órden de no continuar su obra. Dejó sin embargo un tomo manuscrito, que parece se trataba de publicar por el actual propietario. La continuacion de Fabre, ó sean los diez y seis volúmenes, abraza desde el año 1414 hasta 1595. De ellos tenemos una última edicion en 1777. Segun algunos críticos, la continuacion es bastante inferior al autor continuado, tanto por la uncion del estilo como por la eleccion de las materias, y sobre todo por el tino y el cuidado en evitar todo espíritu de partido. El continuador da demasiada extension á su trabajo, y mezcla con la historia eclesiástica mucha historia civil. No es propiamente mas que una compilacion escrita en un estilo fácil, pero falto de correccion y de elegancia. 5.ª: *Diálogos entre Cristina y Pelagia sobre la lectura de las Epístolas y de los Evangelios de los domingos y festividades*, 1718. 6.ª: Una traduccion en prosa de las *Fábulas de Fedro* y de las *Sentencias del P. Syro*, 1728. 7.ª: La *Tabla* de la traduccion de la historia del presidente de Thou, formando un tomo en 4.°. 8.ª: *Appendix de diis et heroibus*, ó sea *Compendio de la historia poética*, 1726: obra mas extensa que la del P. Jouvenci. 9.ª: *P. Ovidii Nasonis metamorphoseon libri XV expurgati cum interpretatione, notis et appendice de diis et heroibus poeticis*. 1725. Hállase en esta última obra la precedente, como lo anuncia el título. Sobre esta edicion de las *Metamórfosis de Ovidio*, y sobre el *Appéndice*, puede consultarse el número 12,016 del *Diccionario de los anónimos por M. Barbier*. Habíase encargado al P. Fabre la tabla razonada del *Diario de los Sabios (Le Journal des Savants)* y contribuyó mucho á este trabajo que publicó Declaustre. Tenia preparada la genealogía de Lamet y el elogio de Formageau para el prefacio de una nueva edicion del *Diccionario de los casos de conciencia*. Goujet que dió esta edicion en 1733 refundió este prefacio. El mismo Goujet hizo insertar una carta sobre el P. Fabre en el diario de Verdun (Enero de 1754). Y posteriormente, y segun varios indicios, dió un artículo impreso en el Moreri publicado en 1759. Este P. Fabre no debe confundirse con un abate Fabre ó Favre que publicó unas *Cartas sobre la visita del señor de Achardo*: obra dictada por el espíritu de partido, y que fué suprimida por un decreto del Santo Oficio en 1746.—C. R.

FABRE (Dom Luis Benito) bibliógrafo. Nació en Roujan, diócesis de Bezieres, el 16 de Marzo de 1710. Jóven aun, entró en el Órden de S. Benito de la Congregacion de S. Mauro, y pronunció sus votos en el monasterio de la Dorada de Tolosa. Su vasta erudicion determinó á sus superiores á que le designasen para bibliotecario de la ciudad de Orleans, despues de la defuncion de D. Verninac en 1748. Dom Fabre introdujo un nuevo órden en la biblioteca, y llegó á enriquecerla por sus relaciones con casi todos los sabios,

que se hicieron mas de una vez un deber de consultarle. Murió en el monasterio de Buenas-Nuevas de Orleans, en 11 de Febrero de 1788, tan sabio religioso como bueno y sensato amigo. Á él se debe un *Catálogo razonado de los libros de la biblioteca pública fundada por Guillermo Prousteau, profesor en derecho de la universidad de Orleans, compuesta en parte de los libros y manuscritos de Enrique de Valois, nueva edicion, con notas críticas y bibliográficas*, Orleans, 1777. La primera edicion habia parecido bajo el título de *Bibliotheca Prustelliana*, por el esmero de D. Billouet y de D. Mery, Orleans, 1721. Dom Fabre está reconocido por uno de los que mas contribuyeron á ilustrar la biografía literaria del orleanés.—O. A.

FABRE (Nicolas). Nació en un pueblo del arzobispado de Aviñon, en Francia, donde cursó con mucho aprovechamiento las artes liberales, y profesó el hábito religioso entre los carmelitas de la antigua regular Observancia. Concluidos los cursos de filosofía y teología, dedicóse al estudio de la historia eclesiástica y civil, poniendo particular ahinco en conocer á fondo los antiguos y modernos escritores, que habian florecido en su nacion. Cuanto adelantara en esta clase de estudios; cuan vasta noticia adquiriera sobre aquel objeto; cuan perspicaz era su ingenio, y cuan sagaz su juicio, severa su crítica, y copiosa su lectura; pruébalo ciertamente el *Panegírico* que compuso en frances en elogio de la ciudad de Arles, con este título: *Panegírico de la ciudad de Arles, pronunciado el 25 de Abril de 1743, dia de S. Márcos, en la iglesia colegial de Ntra. Señora la Mayor, con notas históricas para probar los hechos que se fijan en el discurso, y que pueden servir al mismo tiempo para la historia de dicha ciudad*, Arles, imprenta de Gaspar Mesnier, 1743, en 8.°.—E. L.

FABRE (Antonio) agustino, hijo de D. Juan y D.ª María Magdalena Almoras. Nació en Cádiz á 21 de Octubre de 1728. Viendo sus padres su temprana aficion al retiro y al estudio, secundaron sus bellas disposiciones, y en 22 de Octubre de 1744 profesó en la célebre é ilustre Órden del gran padre S. Agustin. Aprovechado en sus estudios, mereció que su provincial le nombrase lector de teología de la Casa Grande de Sevilla, y despues regente de estudios en el colegio de S. Acacio. Posteriormente pasó á Roma en calidad de discreto por la provincia de Andalucía, y asistió en el capítulo general que se celebró en 1786. Concluido el capítulo, recibió en aquella córte el grado de maestro. Despues de regresado á España, obtuvo los prioratos de los conventos de Chiclana y Puerto de Santa María, y en el año de 1798 presidió por comision el capítulo provincial que se reunió en Sevilla; y tal era su recto juicio, su amable carácter y su exquisita prudencia, que no solo desempeñó estos destinos á satisfaccion de todos, cosa tan rara como difícil, atendida la contrariedad que suele haber de gustos y pareceres, sino que

aquellos singulares dotes le granjearon el aprecio de cuantos llegaron á conocerle. Aplicado con asiduidad al estudio, y dotado de un gusto exquisito en materias literarias, consiguió reunir un gran fondo de erudicion, cuyos frutos fueron las traducciones que hizo del latin y frances al castellano, teniendo la modestia de no publicar nunca sus propias ilustraciones á las obras que traducia, de las cuales defraudó en cierto modo á la literatura contemporánea. No es comun traducir con la misma facilidad de una lengua viva y de una lengua muerta; pues por lo regular pocos son los que se dedican y cultivan con la misma perfeccion el estudio de entrámbas. En prueba de la variedad de sus conocimientos, no se limitó á trabajos puramente literarios; impulsado por su genio y profundos conocimientos, abrazó tambien la parte numismática, y las ciencias de la naturaleza, formando un buen museo numismático, y ademas un buen museo de historia natural, la descripcion de cuyo *Museo* escribió de su propia mano, dibujando las medallas en él contenidas: lo cual se conserva original, con dos de sus dichas traducciones de puño propio, en la biblioteca pública de S. Acacio de Sevilla. Falleció en Rota, en Diciembre de 1810, y su memoria será grata entre los eruditos y numismáticos. Parece tambien no haber sido extraño á la predicacion, pues tiene impreso un *Sermon de María Santisima del Buen Consejo*, que predicó en Chiclana, donde estaba de prior, Cádiz, 1789. Consérvase un *Libro* en 4.°, escrito de puño propio de este maestro *sobre medallas*, y es un suplemento ó apéndice á su gran coleccion, tal vez de las monedas adquiridas despues que trabajó el principal *Museo*, con copias exactas de las figuras y leyendas de las monedas de que trata. Concluiremos este artículo con algunas noticias interesantes y muy propias de este lugar, sacadas de una memoria, que manuscrita se puso al público en el convento de los agustinos de Cádiz con motivo de celebrarse unas solemnes exequias en honra del mismo maestro Fabre. «La comunidad de N. P. S. Agustin de Cádiz, penetrada del mas justo sentimiento por la pérdida del R. P. mtro. Fr. Antonio Fabre, ya que no tuvo el consuelo de prestarle en su enfermedad y muerte los auxilios que la humanidad y religion prescriben por haber fallecido en la villa de Rota, ocupada por los enemigos, ha determinado que á mas de los sufragios que por estatuto y costumbre se han aplicado por el descanso de su alma, se celebren unas honras particulares al mismo fin, en demostracion del singular aprecio que siempre le mereció este su virtuoso hermano: distincion á que le hizo acreedor su religiosa conducta, su literatura, y la buena opinion que conservó dentro y fuera del claustro.... No ciñó sus talentos á las facultades de cátedra y púlpito, sino que extendió su aplicacion á varios ramos de amena literatura, á la historia natural, numismática, y antigüedades, sin que le fueran enteramente extrañas las musas, de lo que nos dejó

muestras en algunas cortas composiciones del género festivo.... Fueron fruto de su amor á las letras los escritos siguientes: 1.°: *Tratado de medallas de los emperadores romanos, geográficas y de familias romanas*, un tomo. 2.°: *Resúmen ó Compendio de las griegas de la obra del eminentísimo Noris en las épocas de los Gyro-Macedones*, un tomo. 3.°: *Traduccion del tratado histórico dogmático de la verdadera Religion del abate Bergier*, ocho tomos. 4.°: *Resúmen de la historia de esta provincia de Andalucía del Órden de N. P. S. Agustin*, un tomito. 5.°: *Impugnacion de la pastoral de Enrique Gregorio obispo de Blois*. 6.°: *Traduccion del primer tomo del abate Lenglet sobre apariciones y revelaciones*. 7.°: *Traduccion del libro de N. P. S. Agustin:* De cura gerenda pro mortuis; *hecha de la que publicó en frances el citado Lenglet*. 8.°: *Traduccion del tratado de la aparicion á Constantino*, del mismo autor. 9.°: *Respuesta á la consulta de una señora sobre si lícitamente podia asistir en el teatro*. 10.°: *Respuesta á dos religiosas agustinas recoletas sobre el voto de pobreza*. 11.°: *Respuesta á dos cartas del R. P. Fr. Antonio de Esquivel del Órden de S. Francisco sobre Melchor Cano*. 12.°: *Calificacion del sermon de N. P. S. Agustin predicado en las monjas de S. Leandro de Sevilla por el director D. José Cevállos*. No se hace mencion de una obra titulada: *Alegato de bien probado el monacato de N. P. S. Agustin*, por no haber contribuido á ella mas que con su nombre el maestro Fabre: en lo que se echa de ver la recomendacion que éste tenia entre los literatos, cuando le conceptuaron capaz de acreditar la obra, dándola á luz bajo su nombre. Fué examinador sinodal de este obispado y de otros. Á su complexion saludable debió el conservar el sentido de la vista hasta los últimos dias, sin necesidad del uso de los anteojos para el estudio, lo que le permitió continuar su aficion á los libros, ocupando toda la mañana y mucha parte de la noche leyendo ó escribiendo. Por Setiembre del año 1809 fué á Rota á visitar á sus hermanas, y cuando se preparaba para volver á su convento, acaeció la desgraciada invasion de los enemigos en aquel pueblo, lo que le imposibilitó reunirse con sus hermanos los religiosos, como lo deseaba con ansia, segun lo manifestó en sus últimas cartas. Allí cargado de años, y oprimido de afliccion su espíritu, falleció á los ochenta y dos años, un mes y catorce dias de edad, en 7 de Diciembre de 1810. El clero de aquella villa, que conocia y apreciaba su mérito, le hizo el funeral con la decencia y solemnidad que permiten las tristes circunstancias de aquel pueblo; y cuando el Señor lo permita, podrá con justicia grabarse el siguiente epitafio, que perpetúe la memoria de este varon religioso. D. O. M. R. F. *Antonio. Fabre. Sacræ. Theologiæ. Magistro. Viro. Pio. ac. Erudito. Fratres. Augustinienses. Gaditani. Socio. Suo. Charissimo. Mœrentes. Possuerunt.* Esto es: Al R. P. Fr. Antonio Fabre, maestro en sagrada teolo-

gía, varon piadoso y erudito, los hermanos agustinos de Cádiz le dedicaron con lágrimas esta memoria á su carísimo compañero. » — A. C. R.

FABRE (Juan) arzobispo de Cagliari. Nació en Tarascon en la Provenza en el siglo XIV. Entró en el Órden de los carmelitas, y tomó el hábito en Aviñon en 1390. Á las virtudes de su estado, cuyos deberes cumplia con exactitud, juntaba talentos raros, sobre todo para la predicacion. Entregóse pues á las tareas del púlpito, y predicó con feliz éxito en las diversas iglesias de Provenza. Enviado á Roma para negocios de su Órden, se dió á conocer á Martin V, quien apreciando su mérito, le empleó en diferentes ocasiones, y le recompensó despues, dándole el arzobispado de Cagliari, capital de la Cerdeña. Aquí permaneció Fabre diez y siete años, gobernando su diócesis con prudencia y acierto. Habiendo sido nombrado entónces patriarca de Cesárea, hizo dimision de su arzobispado; pero sobrevivió poco á esta dimision, pues murió sobre el año 1442. De este Fabre nos han quedado: *Homiliæ sacræ* en dos tomos. Son unos discursos al gusto de la época, sobrecargados de citas y con grande aparato de erudicion, no siempre empleada á propósito, que en ciertos tiempos ha hecho las veces de elocuencia. Tambien nos ha dejado algunos *Sermones*, en los que se advierten los mismos defectos. Siglos ha habido en que un gran boato de erudicion ha causado mas impresion que el talento mismo, y en que los hombres, sobre cualquier materia, se han esforzado á discurrir casi siempre no tanto por sí propios como con los pensamientos de los demas. Ese prurito de probarlo todo por la autoridad forma contraste con aquel otro espíritu dominante en nuestro siglo y á fines del pasado, en que el entendimiento humano, lleno de orgullo, creyendo que se bastaba á sí propio, ha desdeñado todo auxilio de pensamiento extraño, y ha fallado con seguridad sobre todas las materias. Entre estos dos extremos, igualmente vituperables, el verdadero criterio escoge el justo medio, segun las materias y circunstancias. Hay ciencias en que tiene gran peso la autoridad, en especial cuando el recto juicio reconoce sinceramente que no podemos discurrir mejor de lo que otros han discurrido, ó porqué tuvieron mas datos, ó porqué penetraron en la cuestion tanto como podia profundizarse. Otras materias hay en que debemos sacudir esa indolencia de no discurrir por nosotros, en que conocemos el error, y en que, sin vanidad, podemos creernos capaces de ilustrar la materia, sin sujetarnos á la servil máxima de *jurare in verba magistri*. En materias religiosas y morales, en el púlpito, sobre todo, se necesita mucho tacto, y aun pudiera decirse mucha rectitud de espíritu, para conocer hasta donde puede la palabra del hombre interpretar y aplicar la palabra de Dios. Preciso es no separarse del sentir de los Santos Padres y expositores para proceder con seguridad en la exposicion de la doctrina evangélica, aplicar sus máximas y documentos á

las necesidades de la época ; pero conviene huir de este vano aparato de erudicion empalagosa con que en algunas épocas de mal gusto se ha henchido la elocuencia sagrada , llegando hasta profanar y hacer parecer ridícula la augusta majestad de la palabra divina.—N. A. T.

FABRE (Antonio) hermano mayor del célebre profesor de cirujía y de patología externa Pedro Fabre. Nació en Tarascon en 1710 , y entró en la Órden de carmelitas. Invitado por las autoridades civiles y eclesiásticas de Árles , en 25 de Abril de 1743 pronunció en elogio de aquella antigua ciudad un discurso que se imprimió con este título : *Panegírico de la ciudad de Árles , con observaciones históricas para servir á la historia de la misma ciudad* , Árles , 1743 , en 8.°. El P. Fabre se habia adquirido una reputacion como predicador ; pero sus sermones no se han impreso. Murió en Áix en 1793.—C. R.

FABRETTI (Rafael) el mas hábil anticuario del siglo XVII. Nació en Urbino , en 1618 , de una familia noble. No siendo el mayor de sus hermanos, se le destinó á seguir la carrera de las letras y de la jurisprudencia , á fin de ponerse en estado de llenar los útiles y honoríficos cargos ó empleos á que puede aspirar un célibe en los estados del Papa , de los cuales el ducado de Urbino acababa de formar una de las provincias , poco tiempo despues del nacimiento de Fabretti. Á consecuencia , se le envió á las escuelas de Cagli , pequeña villa del mismo nombre , en donde estudió las bellas letras y las lenguas griega y latina bajo la direccion de un profesor que habia tenido la ventaja de conferenciar con Mureto y Manucio y de aprovecharse de sus lecciones. Aquella excelente institucion literaria dispuso al jóven alumno para los estudios de la antigüedad , y le infundió aquel amor á la lectura de los antiguos autores que es el mas seguro garante de los grandes resultados en la carrera de la erudicion. Regresado á su patria , hizo en ella su curso de derecho , y fué recibido de doctor á la edad de diez y ocho años. Sus padres entónces le enviaron á Roma para iniciarse en la práctica de los tribunales bajo la direccion de su hermano Estévan , que ejercia allí honrosamente la profesion de abogado. Aunque el estudio de las leyes absorviese gran parte de tiempo al jóven jurisconsulto , dejábale todavía bastante para poderse dedicar al de los monumentos de todo género, de que tan rica estaba la capital de la religion , de las letras y de las artes , y que de tal modo embelesaron sus ojos y atrajeron su imaginacion , que muy presto fueron el objeto casi exclusivo de todos sus trabajos. En aquella dichosa época fué cuando puso , digámoslo así , los cimientos de aquella vasta y sólida erudicion y de aquella crítica de raciocinio en la ciencia de las antigüedades , que le hicieron descollar sobre todos sus predecesores. Sin embargo , no abandonó del todo las tareas del foro ; y las luces que en este punto habia adquirido , juntas á

la viveza y rectitud de su talento y á la modestia y compostura de su exterior, hicieron que el cardenal Lorenzo Imperiali le escogiese para ir á España á trabajar en el arreglo de algunos negocios importantes y difíciles. Fabretti llenó tan satisfactoriamente su cometido, que el cardenal, para recompensarle, le obtuvo del papa Alejandro VII el destino tan lucrativo como honorífico de tesorero, y despues la plaza, mas importante aun, de auditor de la legacion pontificia en España. Su permanencia en este reino duró trece años, y en todo este tiempo una lectura mas asidua y mas reflexiva de los autores clásicos fecundó y sazonó, por decirlo así, las nociones y las observaciones arqueológicas del anticuario de Urbino; pero faltaba el hacer la aplicacion de ellas á los mismos monumentos, y Fabretti, despues de haber visitado los que pudo encontrar en España, conoció que un nuevo exámen de los monumentos de Roma le era indispensablemente necesario para adelantar en la ciencia. Secundóle la fortuna, pues el prelado Cárlos Bonelli, nuncio en España, fué nombrado cardenal, y al volver á Roma para gozar allí de su nueva dignidad, llevó consigo á Rafael Fabretti á quien aguardaban en su pais nuevos honores. En el curso de este viaje pudo visitar á Paris y á la Francia, así como á las ciudades principales de Italia, y allí trabó conocimiento con los hombres mas estimados en la sólida literatura y en la ciencia de las antigüedades: De este modo Menage, Mabillon, Hardocios, Montfaucon pasaron á ser sus corresponsales y sus amigos. Llegado á Roma, fué nombrado juez de apelaciones en el tribunal del Capitolio; y si bien este destino le dejaba bastante tiempo para dedicarse á sus ocupaciones favoritas, con todo, no se denegó á la invitacion del cardenal Cesi que iba á gobernar los estados de Urbino en calidad de legado del Papa, y que le habia nombrado su auditor. Las funciones de este empleo le distrajeron casi enteramente de sus estudios durante los tres años que estuvo revestido de aquel carácter, los cuales dedicó á mejorar con sus consejos y con su crédito la suerte de su pais natal y los asuntos de su familia mediante las sumas que de España habia llevado. Pero estos arreglos le procuraron despues una completa tranquilidad sobre sus negocios propios, que no le causaron ya ninguna distraccion. Deseó entónces volver á establecerse en Roma, y el cardenal Gaspar de Carpegna, vicario del papa Inocencio XI, apasionado por la antigüedad y protector de los sabios, le ofreció ocasion para ello, nombrándole para un destino honroso en su departamento. Rafael Fabretti podia entónces dedicarse enteramente á sus estudios favoritos y satisfacer en esta parte su gusto; y así es que emprendió y dió cima á dos obras que fijaron para siempre su reputacion literaria. Consiste la primera en *Tres disertaciones latinas sobre los acueductos de Roma*. Fabretti en el exámen y descripcion de aquellas soberbias ruinas, cuyo imponente aspecto forma todavía el ornamento de aque-

llas clásicas campiñas, ilustró una multitud de cuestiones sobre la topografía del antiguo *Latium*, y deshace un número considerable de errores en que habian caido sus predecesores en aquella materia. No hay anticuario que haya derramado una luz ni mas brillante ni mas duradera sobre aquella rama de la arqueología romana. Entre los escritores cuyas opiniones combate Fabretti no tuvo el menor miramiento con Jaime Gronovius por razon de las explicaciones que habia dado de algunos pasajes de Tito Livio, relativos á la topografía del *Latium* y á las correcciones que se habia propuesto hacer en ellos. Bien sea que el anticuario de Urbino, incomodado de las groseras expresiones que el sabio holandes empleaba contra los literatos que no eran de su opinion, mirase como provocarle; bien sea que quisiese aprovechar una ocasion para dar expansion á cierta causticidad que le era natural, y que sazonaba su conversacion familiar; preciso es confesar que sus observaciones contra J. Gronovius están enunciadas en un tono decisivo que no podia dejar de lastimar el amor propio en extremo quisquilloso de aquel filólogo. Gronovius contestó á las críticas de Fabretti con un opúsculo injurioso, en el cual, aludiendo á su nombre, le llama *Faber rusticus* (artesano rústico); y éste replicó por el mismo tono. Burlándose del nombre de Gronovius, le transformó en *Grunnovius* por alusion al gruñido de los cerdos (*grunnitus*); y por otro juego de palabras, trata de *titivilitia* ó de futilidades las observaciones del primero sobre *Tito Livio*. Por lo demas el público fué el juez sobre el fondo de la disputa; y hasta en Holanda se falló de un modo favorable al sabio italiano, y nunca mas se ha apelado de este fallo. Ademas Fabretti no figuró en esta contienda bajo su verdadero nombre, y trató de dejar al público en incertidumbre acerca de el verdadero autor de su folleto, que si bien impreso en Roma, él le dató de Nápoles, y le señaló con el nombre oculto de *Jasithëus*, que es la traduccion griega del nombre hebráico de Rafael. Y algunos años despues viósele tomar este mismo nombre para su nombre pastoral ó académico, cuando se incorporó en la academia de los *Árcades*. Pero Fabretti en este intermedio se habia procurado títulos mas sólidos á la estimacion de los sabios con la excelente obra titulada: *Syntagma de columna Trajani* (Coleccion de observaciones sobre la columna trajana), Roma, 1683, á la cual iban unidos dos otros opúsculos muy interesantes; el uno sobre un bajo relieve que se halla ahora en el Museo del Capitolio en Roma, y que representa en figuras diminutas, señaladas con inscripciones griegas, los sucesos de la guerra y de la toma de Troya, segun los poetas Homero, Stesichore, Archtino y Lesches: monumento conocido bajo la denominacion de *Tabla iliaca*; el otro sobre el canal subterráneo (*emissarium*), vaciado bajo el reinado del emperador Claudio, para dar una salida á las aguas del lago *Fucino* ó de *Celano*: construccion digna de la grandeza romana, y hasta

entónces muy imperfectamente conocida. En este último opúsculo, Fabretti se sostiene al nivel de la reputacion que se habia adquirido escribiendo sobre los acueductos; pero en los otros dos se eleva al mas alto grado que puede alcanzarse en la arqueografía, es decir, en aquella parte de la ciencia de las antigüedades que mas estrechamente se halla enlazada con las bellas artes y que generalmente se conoce por el nombre de *antigüedad figurada*. La idea de su trabajo sobre la columna de Trajano le fué sugerida por los nuevos grabados que *Pietro Santi Bartoli* habia hecho de aquel admirable monumento, con sus gracias acostumbradas, pero con ménos fidelidad que el grabador mas antiguo, cuyas estampas habian sido publicadas con un comentario latino por el español Alfonso Chacon. Debajo de los nuevos grabados se hallaban cortas indicaciones escritas en italiano por Bellori, anticuario, por decirlo así, empírico, de una erudicion muy superficial y desprovisto de crítica. Refutó Fabretti muchas de estas indicaciones explicativas, que le parecieron defectuosas; sostuvo ó corrigió las de Chacon, y añadió de nuevas tan sábias como luminosas; en las cuales las dos guerras de los dacios, que son el asunto de los bajos relieves de la columna, una gran parte de la historia de Trajano, y una infinidad de investigaciones de arqueología y de arqueografía, están expuestas con un juicio, una copia de doctrina y una claridad, que no se habian visto nunca en las obras de los anticuarios que habian escrito ántes de Fabretti sobre los monumentos de las artes. Él fué el primero que supo hacer un bello y continuo uso de aquel método comparativo, sin el cual nada se puede adelantar en los laberintos de la antigüedad figurada. Este método, que ha venido á ser despues el fundamento de la ciencia, consiste en comparar las imágenes, representadas sobre un monumento en el cual no están muy caracterizadas, con imágenes semejantes, que se descubren en otros monumentos, cuyo conjunto y circunstancias en que fué erigido, inscripciones y accesorios que acompañan á aquellas imágenes, las determinan y las caracterizan de una manera ménos equívoca. Con la ayuda de estas comparaciones multiplicadas, la ciencia de la arqueografía llega á un grado de certeza moral que casi no podia esperarse, y la perfeccion de este método se alcanza cuando se saben emplear como objetos de comparacion no solo los monumentos que existen, sino los que existen solo por las descripciones que de ellos nos han dejado los escritores de la antigüedad. Es indudable que, para lograr una cierta exactitud en las comparaciones de este género, es preciso tomarlas del texto original de los antiguos autores y en las lecciones mas auténticas de estos mismos textos: trabajo inmenso, que supone un estudio profundo, un aplomo de crítica y un esfuerzo de sagacidad asaz raros aun entre los sabios. Este método, pues, fué empleado por la primera vez y con los mas felices resultados en la obra de Fabretti, el cual, para ponerle al

alcance de los lectores mas distantes de este género de trabajo, insertó casi á cada página de su libro dibujos grosera pero fielmente trazados por él mismo, y grabados sobre madera, de un gran número de monumentos antiguos ó de algunas de sus partes. Del mismo método se valió para la explicacion de la *Tabla iliaca*, cuyo argumento mitológico tiene una grande analogía con el asunto histórico de la columna trajana, llevando ademas la ventaja de que las inscripciones griegas, trazadas debajo de las figuras, no dejan que se descarríe el intérprete. Entre los monumentos, sobre los cuales apoya Fabretti sus pruebas ó sus conjeturas, son de notar un número considerable de inscripciones latinas, la mayor parte inéditas; y por el modo con que las usa se deduce fácilmente que el estudio de la paleografía latina, ó como se llama mas propiamente en Italia, el estudio de la *antigüedad lapidaria*, habia formado uno de los principales objetos de sus ocupaciones literarias. Roma, su territorio, las granjas y campiñas circunvecinas ofrecian en aquella época un número inmenso de estos mármoles escritos y muchas veces adornados de esculturas. Las grandes colecciones de inscripciones publicadas ántes de Fabretti no habian dado á conocer mas que un cierto número de monumentos de este género, y de consiguiente quedaba un número mucho mayor todavía ignorado, descuidado ú oculto debajo tierra. Fabretti cuyas correrías por los campos para la investigacion de las antigüedades eran casi continuas, y que tenia costumbre de detenerse al menor vestigio de los restos de un monumento, de tomar apuntes de cuanto veia, de copiar las inscripciones y de notar con la pluma todo lo que le parecia digno, habia enriquecido de tal modo su cartera, que en ella encontraba, segun iba necesitando, pruebas sacadas de monumentos inéditos y muchas veces ignorados. Esta costumbre de detenerse á cada ruina que encontraba era tan constante en Fabretti, que hasta se habia comunicado á su caballo, al cual por esta razon sus amigos habian dado por chanza el nombre del viajero veneciano *Marco Polo*. Aquel caballo, ménos sujeto á distraerse que su amo, se detenia muchas veces á vista de una inscripcion ó de un monumento esparcido por el campo, y que habia escapado á la atencion del anticuario. Las hojas, que le suministraban aun un gran número de inscripciones inéditas, estaban felizmente casi todas bajo su vigilancia. El cardenal Carpegna, que como vicario del Papa tenia la superior inspeccion sobre los cementerios ó catacumbas de las cercanías de Roma, miradas como los depósitos de los cuerpos de los mártires, y conocidos por los anticuarios bajo la denominacion de *Roma subterránea*, habia confiado á Fabretti la direccion inmediata de este departamento. Ademas le hacia donacion de las inscripciones que estas hojas, que no se interrumpian jamas, daban diariamente á luz. Fabretti concibió entónces el proyecto de decorar su casa paterna de monumentos *lapidarios*; y

como estos monumentos se adquirian á un moderado precio, no cesó de comprarlos hasta que los tuvo en número muy considerable, no solo para adornar su casa de Urbino, sino tambien su casa de campo. Esta coleccion fué el asunto de la última obra de Fabretti á la cual volveremos despues de haber hablado de los empleos y dignidades á que fué promovido, y que debió al favor de los dos sucesores de Inocencio XI y mas aun á su propio mérito que le habia conciliado su estimacion. El cardenal Ottoboni, elegido papa bajo el nombre de Alejandro VIII, amaba tan afectuosamente al prelado Fabretti que habia sido su auditor, que poco faltó para que no le sustrajese para siempre de sus ocupaciones literarias. Nombróle secretario de *Memoriali* ó de las súplicas: encargo en la córte del Papa de la mas alta importancia, y de una influencia general en todos los negocios del estado y de la Iglesia. Para mejor proveer á su establecimiento, le nombró canónigo de Santa María *Trans-Tiberina*, y poco tiempo despues, de S. Pedro. Mas en el corto espacio de veinte y un meses Alejandro VIII fué reemplazado por Inocencio XII, no ménos admirador de Fabretti, quien supo colocarle de una manera mas conveniente á sus estudios, y sin duda mas agradable para el prelado, cuyas maneras sencillas y francas debian parecer un poco extrañas á la córte. Nombróle prefecto de los archivos secretos del castillo de S. Ángelo, es decir, de un tesoro de pergaminos y cartas, el mas rico tal vez de todos los archivos diplomáticos que existen. La custodia de estos archivos se ha confiado siempre á uno de los prelados mas instruidos de la córte de Roma. Fabretti contento con su nuevo destino se alojó en el *Borgo* ó arrabal de S. Pedro, donde estaba cerca de los archivos, así como de la basílica á que pertenecia como canónigo. Hasta la casa que le servia de habitacion, edificada segun el plan trazado por Baltasar Peruzzi, era digna del buen gusto del anticuario. Allí pasó todo lo restante de su vida, y murió á la edad de ochenta y dos años, habiendo conservado siempre su salud y su vigor, aunque durante sus primeros treinta años hubiese sido valetudinario. Solo en su vejez consintió Fabretti en ser subdiácono, pero no quiso ordenarse de sacerdote. Su casa era la reunion de todo lo mas distinguido en la literatura y en la córte, que en aquella época era casi toda literata. Allí acabó su última obra, su grande *Coleccion de inscripciones*. Los Gruters, los Reynesius, los Spens, y todos cuantos ántes de él habian formado colecciones del mismo género, habíanse limitado á dar de aquellos monumentos escritos las copias mas exactas que pudieron, con indicacion de los lugares de donde las habian sacado, y casi sin ninguna otra observacion. Fabretti siguió otro método. El objeto aparente de su obra es publicar las cuatrocientas treinta inscripciones que forman su coleccion, y que distribuye en ocho clases y en otros tantos capítulos. Acompaña cada monumento de observaciones y de

explicaciones que apoya sobre la autoridad de un gran número de inscripciones inéditas. Aquellas particularidades, que exigen aclaraciones mas extensas, se tratan en las notas que terminan cada capítulo, y en las cuales se hallan tambien inscripciones inéditas. El capítulo nono contiene inscripciones en las que se leen nombres de familias romanas que no se encuentran en el *Tesoro* de Gruter: Fabretti da mas de setecientas que no eran conocidas. Por fin, el capítulo décimo presenta un gran número de otras inscripciones inéditas y notables, que Fabretti ha copiado en varios pasajes. Toda la coleccion ofrece mas de cuatro mil seiscientas inscripciones, cuya mayor parte aparecen por primera vez. Algunas correcciones á las inscripciones del *Tesoro* de Gruter terminan la obra. Las sucintas pero sábias observaciones que acompañan á cada monumento, refiriéndose las unas á las otras por la analogía de los asuntos, procuran al lector un conocimiento íntimo y casi completo de la parte de la ciencia de las antigüedades que se designa bajo el nombre de *paleografía lapidaria*; al paso que ilustran de un modo grandioso y nuevo un número infinito de puntos de arqueología, de filología latina, de historia y de geografía. Puede decirse sin temor de equivocarse que esta obra, para la cual Fabretti no tuvo modelo que imitar, es para la ciencia de las inscripciones lo que la obra de Spanheim, *De usu et præstantia numismatum*, ha sido para la de medallas; con la diferencia empero, favorable al anticuario italiano, que éste ha dejado muchas ménos faltas que corregir en su obra, que el anticuario aleman en la suya. Pero la obra de Spanheim tiene sobre la de Fabretti la ventaja del plan, que abarca bajo de un punto de vista general todas las relaciones en que la numismática puede ser útil á las demas ramas de los conocimientos humanos. Fabretti, al contrario, derrama con abundancia sus tesoros segun las ocasiones que le presentan los monumentos que explica. Cuando no se hace una lectura seguida de esta obra, no se sabe en donde buscar las noticias que se desean; y la pobreza del índice general contribuye tambien sensiblemente á este defecto. El anticuario de Urbino publicó esta su coleccion en 1699, y él mismo cuidó de la edicion hasta tal punto, que puede decirse que tomó sobre sí hasta el trabajo material de la tipografía: y en efecto, la menor falta en esta parte hubiera afeado una obra de tal género. Apénas fué publicada mereció por unanimidad los aplausos de todos los sabios de Europa, que eran capaces de apreciar su mérito; y si Elías Benoit emitió otro juicio, su crítica no prueba mas que lo limitado de sus conocimientos filológicos, y tal vez su parcialidad hácia Gronovius, cuya patria le habia ofrecido un asilo. Todo anticuario, que en el decurso del siglo XVIII ha publicado obras sobre las inscripciones latinas, ha quedado muy atras de Fabretti; y hasta el marqués Maffei, que tuvo la pretension de dar un *Arte crítico lapidario*. Un solo hombre, que vivia aun en 1815, que des-

empeñó en Roma igual destino de prefecto de los archivos, el prelado Cayetano Marini, ha mostrado en sus obras paleográficas, y en especial en sus *Actas de los hermanos Arvâles*, hasta que grado de interes la erudicion y la sagacidad de la crítica reunidas pueden elevar el estudio de las inscripciones latinas. Fabretti murió en Roma de una enfermedad aguda pocos meses despues de haber publicado esta obra: el 7 de Enero de 1700. Sus parientes, siguiendo su voluntad testamentaria, depositaron sus restos en la iglesia de Santa María *della Minerva*, en el mismo sepulcro en que descansaban desde mucho tiempo las cenizas de su hermano Estévan. Su monumento fué decorado con su busto, obra de Camilo Rusconi, el mas hábil estatuario italiano de su tiempo; y se le ve todavía al entrar por la pequeña nave de mano izquierda. Á mas de las obras de Fabretti, de que hemos hablado en el decurso de este artículo, es de notar que una *Memoria* escrita por él en italiano, conteniendo algunas correcciones de la obra del P. Kircher sobre la topografía del Lacio, se ha impreso, despues de su muerte, en el segundo tomo de las *Disertaciones de la Academia de Cortona*; que diferentes *Cartas* sobre varias materias de erudicion se han insertado en otras obras: por ejemplo su carta sobre la *Lex Regia*, en la obra de Gravina *De Origine Juris*; otra sobre una *Inscripcion* en el *Journal des Savants*, 1691, diez y siete Diciembre; algunos *Sonetos* italianos en las obras de Crescimbeni; que sus observaciones sobre la fecha de un manuscrito de la Biblia, antiquisimo y que pertenecia á la biblioteca de los monjes de S. Pablo en Roma, comunicadas á algunos amigos (*Ciampini* t. I, p. 135), no han visto nunca la luz pública; y que por fin, es un error el creer con los bibliógrafos mas recientes, que el *Syntagma de columna Trajani*, y las *Inscripciones* hayan sido reimpresos: hay muchos ejemplares de estas dos obras que tienen una data y un frontispicio diferentes; pero aquí se reduce toda la diversidad. (Véase á Fontanini: *Della eloquenza italiana* tom. I.) Otro error se ha cometido en el artículo *Fabretti* del *Diccionario histórico* por los señores Chaudon y Delandine. En él se afirma que el jesuita Estévan Fabretti de Urbino, del cual tenemos una coleccion de poesías latinas publicadas en Paris el año 1747, era hermano de Rafael. Este jesuita, salido tal vez de la misma familia que el anticuario, vivia en Lyon en la época en que sus poesías fueron publicadas: como de ello puede cualquiera convencerse examinando aquella obra. Un hombre, versado en la lectura habitual de los autores y de los mármoles escritos de la antigüedad, no podia dejar de tener gusto para componer inscripciones latinas. Todavía se conservan dos de suyas sobre los monumentos públicos de Roma; la una se refiere al alineamiento de la calle del Curso (*via del Corso*) mandado por Alejandro VII y está colocada frente el palacio del príncipe Ottoboni; la otra está sobre la fachada de la gran fuente del agua Paulina en lo alto del Janí-

culo, y se refiere á las restauraciones de esta fuente mandadas por Alejandro VIII. Débense tambien á Fabretti las leyendas de algunas medallas de Inocencio XI, de Alejandro VIII y de Inocencio XII, indicadas en la Vida de este anticuario, que Domingo Riviera, despues cardenal, su compatricio, su amigo, y sucesor suyo en la superintendencia de los archivos secretos, escribió en italiano, é insertó en la coleccion de Crescimbeni titulada: *Vite degli Arcadi illustri*. El abate Marotti escribió en latin una Vida de Fabretti, que se halla en el tomo sexto de la coleccion que tiene por título: *Vitæ illustrium italorum*, por Ángel Fabroni. Debemos añadir á este artículo que el cardenal Stoppani, que gobernaba en Urbino en el pontificado de Benedicto XIV, deseoso de conservar á la patria de los Fabretti las inscripciones y los monumentos que habian reunido y hecho célebres, compró esta Coleccion á sus herederos, y la hizo colocar en el palacio ducal de la misma ciudad.—N. A. T.

FABRI (Fr. Catalano). En el año del Señor de 1321, siendo el hermano menor Jaime Bernardi inquisidor general contra la herejía en varias provincias de Francia, y habiendo encontrado á algunos atacados del herético contagio, envió á Fr. Catalano Fabri y á Fr. Pedro Pascual de Saliente, religiosos de recomendable vida y de asegurada probidad, comisarios suyos, contra los herejes y sus fautores y defensores en la diócesis de Valencia. Estos dos celosos sacerdotes procuraron por todos los medios que se hallaban á su alcance exterminar la herejía, para lo cual visitaron algunos castillos; primero el de Cabiolo, y últimamente el de Montelisio. Sabedores los perseguidos herejes del lugar en donde se hospedaban aquellos religiosos, temerosos del castigo que les amenazaba, y deseando evitarlo, formaron la bárbara resolucion de asesinar á aquellos comisarios, entrando en el castillo en que se hallaban hospedados. Para ello reunieron gran número de gente desalmada, y venida la noche y llegada la hora, puestos de acuerdo con algunos malvados del interior del castillo que les facilitasen la entrada para consumar su perverso designio, se introdujo la malvada turba, favorecida por el silencio, en el priorato de S. Jaime de Montelisio, donde se alojàban los religiosos, bien distantes de sospechar tan feroz insulto y tan vil maquinacion. Llegados allí los insolentes conjurados, y viendo cerradas las puertas del aposento en donde descansaban los dos siervos de Dios, las echaron abajo con el hacha, y sin la menor consideracion ni respeto, atropellando todas las leyes divinas y humanas, se arrojaron como lobos hambrientos sobre su presa, cebándose en aquellas dos víctimas inocentes y no dejando parte de su cuerpo que no fuese bárbaramente herida ó lastimada. Espiraron los dos mártires, como se han visto espirar á tantos inocentes sacerdotes en los horrorosos dias de nuestra frenética revolucion, que creia hacer crecer el árbol de la libertad regándole con la sangre de los ministros del Señor. Murieron con la misma

santa resignacion con que mueren siempre los verdaderos cristianos, cuando son inmolados al furor de la bárbara impiedad. Espiraron rogando á Dios por sus asesinos; y sus cuerpos, en los cuales se encarnizó la fiereza brutal de sus enemigos, desfigurados y cubiertos de sangre fueron trasladados á Valencia en el convento de hermanos menores de la provincia de Borgoña, donde, segun refieren las antiguas crónicas, resplandecieron con muchos milagros: manifestando así el Señor la santidad de sus siervos, y cuan aceptable era á sus ojos la muerte sufrida en defensa de la fe católica. Añaden, que en el mismo dia, una religiosa de singular virtud, que se hallaba enferma, tuvo en su mismo lecho la aparicion de aquellos dos mártires, primero ensangrentados, y despues radiantes de gloria, dándole razon del martirio que acababan de padecer, y persuadiéndole que si queria curar de su dolencia cuidasen ella y sus parientes que se diese sepultura á sus cuerpos; y por último, que haciéndolo así, salió milagrosamente curada. La fama de este singular martirio y los prodigios obrados por los siervos de Dios llegaron á oidos del papa Juan XXII; por lo que S. S. mandó que se examinase su vida, martirio y milagros delante del obispo de Valencia; y empezado el proceso para su canonizacion, no pasó adelante por algunas discrepancias de opinion nacidas entre la Órden y el Papa. Pero siempre la memoria de Fabri y de su compañero quedó en aquellas provincias como la de unos religiosos fervientes defensores de la fe, y la de unos verdaderos mártires.—A. T.

FABRI (Juan) cardenal. Era de la ilustre familia de los Fabri, cuya casa es originaria de la ciudad de Pisa, en Toscana, donde floreció con esplendor, habiendo ocupado sus descendientes los empleos mas eminentes del estado. Dos ramas de esta clarísima familia pasaron á establecerse en Francia en dos épocas distintas; una la de Fabri de Provenza, en donde subsiste desde el reinado de S. Luis; y otra la de Fabri Moncaut en Languedoc, que data del reinado de Cárlos VIII. De la primera desciende dicho Juan Fabri, á quien Gregorio XI creó cardenal en 1371. Era obispo de Túlles en el Limosin, y murió en 1372. — A. T.

FABRI (Pedro). De la misma ilustre rama de los Fabri, de la cual hemos hablado ya al tratar del cardenal Juan Fabri, salieron varios distinguidos personajes, así en las altas dignidades de la Iglesia, como en la magistratura y en las armas. En solo la Provenza han existido de esta esclarecida familia un cardenal y cinco obispos; es decir, á mas del Juan Fabri ya citado, que vistió la púrpura romana y fué obispo de Túlles en el Limosin, Pedro Fabri, obispo de Chártres, creado tal en 1372; Anthemaro, obispo de Ginebra, en 1385; Pedro, obispo de Lectoure, luego de Rieux, en 1485 y 1487; y Juan Barthon de Montbas, obispo de Limóges en 1498, hijo de Petronila Fabri. Y como si el saber y la erudicion estuviesen como vinculados en esta

ilustre prosapia, á mas de los sobre indicados, se cuentan famosisimos jurisconsultos y gran número de magistrados que dejaron clarisimo renombre por su ciencia y virtudes. — N. A. T.

FABRI, Faber ó Lefevre (Gil). Fué natural de Brusélas, dotado de singular talento, y aficion á los estudios y á la vida religiosa. Vistió el hábito en la Órden carmelitana, y mereció por sus distinguidos y vastos conocimientos ser doctor de Lovaina. Á fines del siglo XV compuso varias obras, de las cuales hace mencion Trithemio como son; la *Crónica de su Órden*; la *Historia de Brabante*; *De ortu religionum*, y otras varias. Por sus méritos y virtud se granjeó el aprecio del emperador Maximiliano I, y murió en 1506. — A. T.

FABRI (Nicolas Claudio de). Consejero del parlamento de Áix y abad de Guitrés. (V. Peiresc.)

FABRI de Lúques (Sixto), llamado tambien á veces Sixto de Lúques porqué habia salido de una antigua y noble familia de aquella ciudad. Nació en 4 de Agosto de 1540. Aunque favorecido por los dones de la naturaleza y de la fortuna, no puso su esperanza en las riquezas, ni su dicha en los placeres que el siglo le ofrecia. El amor de la virtud y del estudio cautivó su espíritu, y supo aprovechar de tal manera sus primeros años en las escuelas de Nápoles, que cuando abrazó el Instituto de hermanos predicadores en el convento de Sta. Catalina á principios de 1556, poseia ya muchas lenguas orientales, y sobre todo la griega y la hebrea. Enviado despues á Bolonia para estudiar alli la filosofía, la teologia y el derecho canónico, los progresos que hizo en todas estas ciencias fueron igualmente rápidos; por manera que, no distinguiéndose ménos por su genio que por su prudencia y pureza de costumbres, vióse casi desde su primera juventud constituido en diferentes empleos, que requieren todos mucha experiencia y capacidad. *Bononiamque studiorum causa missus*, dice Echard, *eâ se gessit ingenii solertiâ ac gravitate morum, ut ad præcipuos scholæ regiminisque promoveri meruerit honores*. Eran ya bastante conocidos sus talentos, para que el P. Serafin Cavalli, entónces general de la Órden de Sto. Domingo, le diese la preferencia sobre muchos otros personajes de acrisolada virtud. Tomóle desde luego por uno de sus asistentes, le nombró provincial de la Tierra Santa, y poco tiempo despues le confió el encargo de procurador general de la Órden en el capítulo de Roma. La honradez con que desempeñó Sixto Fabri este difícil empleo, correspondió á la ventajosa idea que se tenia tanto de su probidad como de su destreza en el manejo de los negocios. El papa Pio V y los cardenales pusieron toda su confianza en él, y cuando el Padre general partió en seguida de Roma para ir á visitar las casas de su Órden en las provincias de España, le dejó en lugar suyo para gobernar toda la Órden en calidad de

vicario general. Desempeñó Sixto este segundo encargo sin descuidar las funciones del primero; y despues de la muerte de su general, acaecida en 21 de Noviembre de 1578, continuó llenando los deberes de uno y otro empleo hasta 1580, en cuyo año reunió en Roma capítulo general para que se procediese á una eleccion. El mismo presidió este capítulo, y su conducta merecia hasta tal punto la aprobacion unánime, que nadie dudaba de su eleccion para general por el comun sufragio de los votantes. Sin embargo, el papa Gregorio XIII propuso tres otros sugetos, sobre uno de los cuales quiso S. S. que recayese la suerte; y estos eran Pablo Constable de Ferrara, sabio teólogo; Tomas Zobbio, que fué posteriormente maestro del Sacro Palacio; y el P. Paulino Bernardino de Lúques, ilustre reformador de la provincia del Abruzo, tan recomendable por su encumbrada piedad como por su rara erudicion y por sus sábias obras, cuyo catálogo puede verse en el tomo II del P. Echard, pág. 274 y 275. Y habiendo recaido sobre el primero de los tres la eleccion de general, fué esta muy agradable al Papa, el cual mostró al propio tiempo el aprecio que hacia de Sixto nombrándole su teólogo ó maestro del Sacro Palacio. Sixto Fabri, que sucedia en este cargo al P. Pablo Constable, no pareció ménos digno de este destino que su predecesor; y como se hallaba muy versado en la ciencia canónica, S. S. le encargó la revision de las Decretales, y la confrontacion de la edicion antigua con los manuscritos, disponiendo ademas que preparase otra nueva mas correcta que las precedentes: lo cual desempeñó con su acostumbrada actividad. Pedro Maturo, sabio jesuita, al dedicarle la Suma Histórica de S. Antonino, sobre la cual habia hecho algunas notas, testifica este hecho y tributa al mismo tiempo grandes elogios á Sixto, cuya piedad y ciencia en el derecho compara con la del santo arzobispo de Florencia. Habiendo muerto Pablo Constable en Venecia á 17 de Setiembre de 1582 y reunídose en Roma el capítulo en las fiestas de Pentecóstes del año siguiente, los electores se aprovecharon de la libertad en que se les dejaba, y Sixto Fabri, de edad entónces de cuarenta y dos años, fué elegido por una sola voz superior general de su Órden. Esta dilacion solo habia servido para dar mejor á conocer su mérito, y hacer desear con mas ardor el verle ocupar aquel eminente destino. El Sacro Colegio y toda la ciudad de Roma parecieron tomar una singular parte en esta eleccion. Cuando el nuevo general, siguiendo la costumbre establecida, fué á presentarse á S. S., seguido de casi todos los religiosos que habian asistido en el capítulo, Gregorio XIII le dijo muy afectuosamente estas palabras: «Ya veis ahora, Padre general, que en vos se verifica aquel proverbio: lo que se difiere no está perdido: *Gratulo, inquit, electionem tuam. Et verum illud erga te adagium: quod differtur, non aufertur.*» Durante los seis años de su gobierno trabajó Sixto con mucho celo para el honor de la

Órden de la cual era jefe, para la defensa de la fe, atacada en casi todos los puntos de la Europa, y para la predicacion del Evangelio entre los infieles. Mas, con el fin de procurarse ministros sabios y capaces de cumplir sus vastos designios, estableció por autoridad pontificia una escuela en Roma y otra en Perusa; aquella de lengua hebrea y esta de griego. *Perusium inde porrexit, ubi et linguæ græcæ scholam erexit, Apostólica quâ munitus ârat quâ et ad Minervam antea Romæ constituerat Hebraicam auctoritate.* Estos dos establecimientos, tan dignos de la Religion y del celo que tenia para la propagacion de la fe, bastarian por sí solos para eternizar su memoria. El deseo de la conversion de los judios, considerables en Roma, fué quizas lo que dió ocasion á instalar aquella nueva escuela para la lengua hebrea. Por la misma razon el papa Gregorio XIII publicó en el año 1584 una constitucion apostólica por la cual se mandaba á los obispos nombrasen predicadores para anunciar el Evangelio á los judíos en los lugares donde tuviesen sinagogas. S. S. les dió el ejemplo estableciendo en Roma un predicador perpetuo, cuyo único empleo debia ser instruir á los de aquella nacion, explicarles una vez á la semana los misterios de la religion de Jesucristo, y examinar cuidadosamente sus libros, en particular los que recibian de paises extranjeros. No faltaron personas hábiles y muy capaces para desempeñar bien este ministerio; pero el Papa prefirió á todos los demas el que nuestro general le presentó. Fontana le llama el P. Sirlet, judío de nacion, educado en la sinagoga, instruido en ella, y que se distinguia por su saber entre todos los rabinos, cuando ilustrado y movido de la Gracia habia abrazado la religion cristiana y la profesion religiosa en el Órden de Sto. Domingo. Su ejemplo atrajo muchos otros judíos á la fe, y por medio de sus predicaciones procuró á un número mucho mayor todavía la gracia del Bautismo. Era como otro Saulo convertido, tanto mas formidable á los judíos obstinados, cuanto se hallaba mas exactamente instruido en sus dogmas, en sus tradiciones, y en todos los principios de su doctrina. *Cum autem multi essent in urbe qui Apostolicum hoc ministerium possent adimplere, Pontifex illud Fratri Sirleto Dominicano demandavit, qui tamquam alter Saulus in Synagoga enutritus, à Christo de cœlo vocatus, sua prædicatione Judeorum cor confunderit; nam inter Hæbreos natus, atque edoctus, nec non et Rabbinus effectus, agnitâ veritate Christianæ Fidei, illam amplexatus, sub Dominicana togâ Deo servire constituit. Plurimos Judeos ad Baptisma sua prædicatione atque exemplo adduxit; et sub Clemente VIII, ultimis sui Pontificati annis decessit.* (Fontan. in Monum. ad an. 1584.) Entretanto nuestro general no difirió por mucho tiempo la visita de su Órden, y quiso empezarla por la provincia de Lombardía, en donde hizo muchos sabios reglamentos, por no decir que renovó é hizo ejecutar los antiguos, tanto para el decoro y esplendor del

culto divino y la práctica de los santos ejercicios, como para la educacion de los novicios y adelantamiento en los estudios. Habiendo observado que las cuestiones de teología moral, aunque mas necesarias ó mas útiles que las de la teología escolástica, eran ordinariamente tratadas con ménos extension y aplicacion; distribuyó de tal manera las partes de la Suma de Sto. Tomas, sobre todo su *Secunda Secundæ*, que los profesores pudieran explicarla toda en el espacio de cuatro años. Al salir de Lombardía, entró el general en los estados de Venecia, y recorrió la una y la otra Calabria y todas las provincias de las Dos Sicilias. Habia ya asegurado y fortalecido la reforma naciente de la provincia del Abruzo, y trató de extenderla mas y mas, arreglando sobre el mismo modelo todos los conventos y todos los monasterios que visitaba. Estando aun en Italia, supo con satisfaccion los trabajos apostólicos de sus religiosos en sus misiones entre los pueblos del África y de la América. Supo tambien que muchos habian derramado su sangre predicando á Jesucristo á los infieles; que los protestantes ingleses habian hecho morir algunos en la isla española; y que los discípulos de Lutero y de Calvino continuaban en poner á prueba la constancia de los otros en Alemania y en el reino de Francia, donde el furor de los sectarios lo ponia todo en combustion. En fin, por cartas venidas del Oriente se supo en Roma que el P. Pablo, jefe de los misioneros dominicanos, que desde muchos años estaba trabajando con fruto en la viña del Señor en el centro de la Armenia, habia sido inhumanamente asesinado por los turcos, con todos sus religiosos y un gran número de otros cristianos. Comunicó nuestro general estas cartas al papa Sixto V, que poco hacia se hallaba ascendido á la cátedra de S. Pedro; y por órden de S. S. hizo venir de diferentes provincias otros muchos nuevos predicadores de la fe, que envió á Armenia para reemplazar á los primeros y consolar aquella afligida Iglesia, reparando con los socorros del cielo las pérdidas que le habian causado los mahometanos. *Qua de re monitus Magister Generalis Sixtus Fabri Summum Pontificem Sixtus certiorem esse voluit; qui jussit illi ut alios operarios in Armeniam destinaret, qui fidelem populum per Sacramentorum administrationem in viam salutis dirigerent. Pontificis Maximi jussa complevit Magister, et ex diversis Provinciis Ordinis multos voluntarios fratres in Armeniam missit, qui damna á Turco fidelibus illis illata reparavere.* Así lo dice Fontana. Esto pasaba en 1586. El P. general habia convocado para el mismo año un capítulo generalísimo que debia celebrar en la ciudad de Nápoles, y del cual esperaba sacar grandes ventajas tanto para la perfeccion de la vida religiosa, como para la utilidad de las misiones extranjeras. Pero las guerras encendidas en casi todos los reinos y el desbordamiento de los herejes, que hacian los caminos muy poco seguros, le obligaron á diferir aquella asamblea, sin privarle empero á él de hacer la visita

de su Órden. Habiendo arreglado todo lo tocante á las casas que tenia en Italia, partió de Roma y pasó por mar á España. En los dos ó tres años que empleó en recorrer todas estas provincias, hizo en ellas lo que habia hecho en la de Lombardía, y tuvo el consuelo de encontrar un número considerable de religiosos dignos del primer siglo de la Órden. Empezando por la provincia de Portugal, logró el placer de ver al ilustre Luis de Granada y de edificarse con el retiro de Dom Bartolomé de los Mártires en su convento de Viana. Pero los historiadores nada nos dicen de esta circunstancia: sabemos solamente, que habiendo sido recibido honorificamente por el rey católico Felipe II, se hallaba todavía en Castilla á principios del año 1589, cuando el papa Sixto V habiendo convocado por sí mismo el capítulo general de la Órden dominicana, Sixto Fabri pasó en diligencia á Roma; y miéntras que los romanos le felicitaban por su regreso, y los provinciales ó los definidores ya reunidos se complacian de ver á su frente un general, que por su doctrina, su regularidad, su celo y su experiencia hacia esperar sucesos siempre felices, un enviado del Papa vino á insinuarle que debia pedir la absolucion de su oficio; haciéndole entender que si no tomaba este partido, el Papa le absolveria de su autoridad. El prudente general respondió á este enviado, que si S. S. queria absolverle de su autoridad, no le tocaba mas que someterse; pero que pedir él mismo su dimision, no se creia obligado á ello, atendido á que, aun cuando así lo hiciese, no dejaria de ser considerado este acto como una necesidad, ó una baja condescendencia, tan oprobiosa para él como la deposicion misma. Reportada al Papa esta contestacion, hizo saber al momento á los definidores que su intencion era que procediesen desde luego á la eleccion de un nuevo general; pues tenia por conveniente y habia resuelto el procurar algun alivio al P. Sixto. Grande fué la sorpresa, y general el descontento; y uno y otro parecian tanto mas razonables en cuanto este Papa tratando á un superior general justamente estimado, como Nicolas IV habia tratado en otro tiempo al ilustre Munio de Zamora, nada le inculpaba, limitándose solamente á querer decir que sus frecuentes ataques de gota ó sus otras enfermedades no le dejaban bastantes fuerzas para gobernar una Órden tan dilatada. Tomáronse la libertad de representar á S. S., que para llenar dignamente las funciones de superior, no se necesitaban pies sino cabeza, y que seria difícil encontrar en otro todas las eminentes calidades que no podian dejar de reconocerse en el R. P. general; de lo cual eran pruebas incontestables lo mucho que habia practicado en el espacio de seis años para el arreglo y comportamiento de su Órden, y la general aprobacion de todos sus religiosos. El rey de España, ó su embajador en nombre de su Majestad Católica, unió su recomendacion á las súplicas y á los votos de todos los definidores. Pero nada escuchó el inflexible Pontífice, y

era fuerza obedecer. *Paratis ad comitia omnibus, patribusque jam Romæ præsentibus, antequam adunarentur, auctoritate Summi Pontificis Sixtus noster, summo omnium stupore et mœrore, loco movetur et abrogatur, eo dumtaxat titulo quod interdùm arthitride podagraque vexatus obeundis visitationibus, officioque præpetiretur. Pro retinendo Sixto frustrâ totus intercessit apud Pontificem ordo Prædicatorum se uno maximè regi capite sano repræsentans non pedibus; frustra et Hispaniæ rex ipse suam pro eodem interposuit commendationem etc.* Así se expresa Echard. Nunca habia brillado con tal viveza como en esta ocasion la firmeza de espíritu del general dominicano. La manera, con que cedió á la voluntad del Santo Padre, asaz manifiesta que era digno de ocupar por mas tiempo una dignidad que habia obtenido con honor, y que dejó sin debilidad. Inútiles fueron los esfuerzos para penetrar las miras secretas del vicario de Jesucristo; y recordando que Nicolas IV habia observado una conducta semejante, se hicieron muchas reflexiones sobre la primera profesion de los dos pontífices. Pero miéntras los políticos de Roma estaban discurriendo, y que los poetas se burlaban, segun es su costumbre, de lo que ocupaba á los demas, el servidor de Dios no pensaba sino en aprovecharlo todo para su propia salud. Cierto poeta vulgarizó como por juguete el siguiente hexámetro:

Sixtus et in sexto fecit consistere Sixtum.

Sometido siempre Sixto á los decretos de la Providencia, pasó sus últimos dias en el retiro de Santa Sabina ocupado en la oracion, honrado de todas las gentes de bien, y querido de sus hermanos. Sobrevivió muchos años á Sixto V, y si hubiese asimismo sobrevivido al que habia sido puesto en su lugar, nadie duda que la Órden de Santo Domingo le hubiera hecho la misma justicia que se hizo á Marcial Auribelli, vigésimo nono general de hermanos Predicadores, depuesto por Pio II y restablecido honoríficamente por Pablo II. Verdad es que el sucesor de Sixto Fabri, elegido en el capítulo de Roma tenia todas las buenas calidades que podian consolar á su Órden de la pérdida que acababa de tener. Y este era el P. Hipólito María de Beccaria, noble piamontes.—J. R. y C.

FABRI (Honorato) jesuita. Nació sobre el año 1607 en Bugey, diócesis de Belley. Profesó la filosofía en Lyon en el colegio de la Trinidad durante un gran número de años, y fué llamado despues á Roma para llenar las funciones de gran penitenciario. Murió en esta ciudad á 9 de Marzo de 1688. Fabri estuvo dotado de una extraordinaria actividad y de un prodigioso amor al trabajo. Dedicóse á todo género de estudios, á los cuales se prestaba su vasto talento sin dificultad. Pero tal vez demasiado distinguido y preconizado en el mundo sabio, su natural modestia y su dulzura menguaron algun tanto sufocadas por un amor propio que no le dejó sacar de sus talentos todo el

partido que podia y á que parece estaba destinado. Emprendió demasiados géneros de estudios sin haber tenido tiempo suficiente para profundizarlos todos: defecto que se hacia notable en aquella época en que los sabios eran por lo regular mas profundos y ménos enciclopédicos que en el dia, pero que ahora se ha hecho entre nosotros muy comun. Esta falta hizo que quien hubiera podido ser uno de los mas bellos ornamentos de su siglo, dejase en la historia de su vida las trazas de un hombre que en medio de su saber no midió bien sus propias fuerzas. La ciencia tiene tambien sus ambiciosos, como el oro y el poder, y esta ambicion, la ménos innoble de todas, deslustra en muchos ingenios el brillo que hubieran despedido con ménos pretension y con mas modestia. La teología, las ciencias y las letras hallaron en Fabri un campeon siempre dispuesto á combatir las nuevas doctrinas. Dícese de él que se dedicó á toda suerte de conocimientos humanos, filosofía, matemáticas, teología, moral; pero dícese tambien que si bien salieron de su pluma una multitud de escritos, la mayor parte murieron con las circunstancias que los habian producido; y aunque poco notable haya quedado de él en la historia de los humanos conocimientos, vamos sin embargo á indicar lo mas digno de atencion. Es el autor de las *Observaciones* sobre las notas con que Nicole acompañó las *Cartas al Provincial*, que parecieron bajo el nombre de Bernardo Stubrock, y con el título de *Notæ in notas Wilelmi Wendrokii;* pues Nicole se ocultó bajo el nombre de Bernardo. Estas *Observaciones* se encuentran tambien con muchas otras piezas de Fabri en la *Grande Apología de la doctrina moral de la Compañía de Jesus*, impresa en Colonia en 1672. Tenemos tambien de él: 1.°: *Physica, seu rerum corporearum scientia*, impresa en Paris y en Lyon en seis tomos. 2.°: *Opusculum geometricum de lineâ sinuum et cycloide.* 3.°: Un pequeño *Tratado sobre las leyes del choque de los cuerpos y de la comunicacion del movimiento.* La primera de estas obras no ofrece interes alguno para la ciencia: la segunda prueba algunos conocimientos en geometría, pero débiles aun; pues que el autor no entra en los difíciles problemas que parece prometer el título del opúsculo: el tercero por fin está del todo proscrito por la experiencia y la sana física: bien que es una verdad que Descártes habia tambien fracasado sobre el mismo asunto. Huygens habia explicado las diversas apariencias del anillo de Saturno, y todos los astrónomos aplaudieron su explicacion sencilla y evidente; y Fabri fué el único que se atrevió á levantarse contra ella en un escrito asaz picante que publicó bajo el nombre de Eustaquio *de Divînis*, y con el título: *Brevis annot. in Saturn. C. Hugenii*, Roma, 1666; en cuyo opúsculo propone otro sistema de explicacion, al cual Huygens replicó con la moderacion y la confianza que le daba la bondad de su causa. Pero hemos de decir en honor del poco cauto jesuita, que convencido, se

arrepintió del inconsiderado ataque, y que tuvo bastante buena fe para reconocer su error, y bastante justicia para hacer de él una reparacion, declarando paladinamente que juntaba su consentimiento con la aprobacion general. Tuvo Fabri una parte muy activa en la guerra que de su tiempo estalló entre los filósofos con respecto al movimiento de la tierra. En calidad de gran penitenciario de Roma dió una declaracion concerniente al sistema de Copérnico, la cual pareció asimismo bajo el nombre de Eustaquio *de Divinis*, y se reducia substancialmente á decir que la Iglesia estaba autorizada para conservar su decision, en tanto que no apareciese alguna demostracion del movimiento de la tierra; y que cuando esta hubiere aparecido, entónces no tendria dificultad alguna en declarar que pueden entenderse en sentido figurado los pasajes de la Escritura contrarios al movimiento de la tierra. Aunque se haya declamado mucho contra semejante declaracion, y se haya dicho que Fabri habia querido hacer intervenir la autoridad de la Iglesia en una disputa filosófica; con todo, atendida la posicion de este autor y el estado en que se hallaban las opiniones en aquella época, quizas esta declaracion no era tan fuera de propósito; pues no rechazaba la posibilidad del movimiento de la tierra, y al propio tiempo defendia el comun sentir en que, hasta aquella época, habian estado los autores y expositores de la Iglesia. ¿Hubiera hecho mejor en prescindir de aquel fallo como inútil, y dejar al tiempo y á la astronomía el cuidado de decidir la cuestion, huyendo así la responsabilidad de comprometer hasta cierto punto la autoridad del tribunal que presidia? Es muy comun el fallar en semejantes asuntos sobre la conducta de la Iglesia, sin hacerse cargo de la responsabilidad aun mas estricta que tienen los depositarios de su autoridad de tranquilizar las conciencias, y sacrificar hasta cierto punto al órden moral alguna mas ó ménos probable cuestion del órden físico. Pero por lo regular ese órden moral no es lo que mas se tiene en cuenta; se prescinde á menudo de las circunstancias y exigencias de la época á que se refiere el hecho sobre que se falla, y se decide con magisterio segun las preocupaciones del momento. El P. Fabri dejó ademas once tomos en 4.° de manuscritos que contienen notas sobre la *Historia natural* de Plinio; muchas *Apologías* de las Paralelas Literarias; de *Aforismos* etc. Al propio tiempo escribió sobre la medicina y en particular sobre la *Quinquina*, de la cual hace tambien una apología. Asimismo se dice, en gloria del erudito jesuita, que enseñó la circulacion de la sangre, ántes que el célebre Harvey (á quien generalmente se atribuye el honor de este descubrimiento) hubiese escrito nada sobre este objeto. Esta gloria no se la niegan sus biógrafos ménos adictos, los cuales atribuyen tambien á manía la modestia de nunca parecer al descubierto en sus escritos, y el llegar á tomar nombres conocidos. Aunque el P. Fabri era mas propio para la física y

las matemáticas que para la teología. Escribió una *Summula theologiæ*; un *Diálogo en favor del Probabilismo*, refutado por el abate Gradi, bibliotecario del Vaticano; y en física unos *Diálogos físicos* en latín: *De Planis et de generatione animalium et de homine*, en cuyo tratado pág. 204 prueba haber enseñado la circulacion de la sangre, ántes que la obra de Guillermo Harvey hubiese podido caer en sus manos; y una *Synopsis óptica*, impresa en Lyon en 1667. En suma, este jesuita, á pesar de sus fragilidades de sabio, no deja de ser digno de admiracion por la extension y variedad de sus conocimientos; y algunos de sus biógrafos deberian á lo ménos en gracia de esta circunstancia mostrarse algo mas indulgentes con él.—N. A. T.

FABRICIANO Y FILIBERTO (Stos.) mártires. El Martirologio romano en el dia 22 de Agosto hace conmemoracion de estos dos Santos, indicando únicamente que padecieron martirio en España, sin especificar ni el lugar de su triunfo, ni el género de martirio que sufrieron. Esto no es de extrañar, atendida la inmensa multitud de mártires que hubo en aquellos primeros siglos del cristianismo, y sobre todo durante la cruel persecucion que suscitaron contra la Iglesia los emperadores Diocleciano y Maximiano. El número de víctimas bajo el reinado de Diocleciano y de sus colegas fué tan grande, que creyeron haber aniquilado el cristianismo en el Imperio. Segun se refiere en la obra titulada: *Arte de comprobar las datas*, se conserva todavía una medalla de este último Emperador con esta inscripcion: *Nomine Christianorum deleto:* en memoria de la abolicion del nombre cristiano. Y aun puede asegurarse con fundamento, que hubo infinitamente mas mártires de los que conocemos por la historia. En efecto, en los primeros tiempos, cada iglesia tenia su calendario particular en el cual estaban inscritos los nombres de sus mártires; pero de los suyos solamente, como nos lo advierte Sozomeno; pues de todos los calendarios que precedieron á los martirologios, solo dos han llegado hasta nosotros; el de Roma, hecho en el siglo IV bajo el pontificado de Liberio, y el de Cartago, arreglado y publicado en el V; y aun estos son defectuosos, pues ni los nombres de los mártires de su respectivo lugar se hallaban todos en los calendarios particulares de cada iglesia, ya á causa de su multitud, ya con motivo del fuego de la persecucion, que no permitia muchas veces á los fieles saber ni los nombres de las víctimas, ni el punto en donde descansaban sus cuerpos, y en estos últimos siglos se han descubierto muchos por sabios y laboriosos anticuarios que los han desenterrado junto con los mármoles que los cubrian. Véase el prefacio de las *Actas de los mártires* por D. Ruinart, de quien confiesa el autor del *Diccionario filosófico*, que es *un hombre tan instruido como estimable*. El sabio Visconti ha reunido inscripciones para probar el gran número de mártires durante las primeras persecuciones. Así es que se halla en las catacumbas: *Marcella et Christi*

martyres CCCCCL..... Hic requiescit mèdicus cum plúrimis..... CL martyres Christi..... Otras inscripciones hablan de treinta mártires, de quince etc. No deben, pues, extrañarnos las omisiones de nombres y demas circunstancias; cuando se notan hasta en los nuevos calendarios, que muy léjos de comprender los nombres de los mártires que sufrieron en los reinos y en los paises extranjeros, ni aun comprenden los nombres de los que han teñido con su sangre su propia patria. El número de mártires, pues, de que tenemos noticia es muy inferior á la verdad. Las calles y las plazas públicas estaban á veces atestadas de cadalsos sangrientos, cubiertos de víctimas y de cadáveres. Eusebio de Cesárea nos dice dos veces que él mismo fué testigo del suplicio de treinta, cuarenta, y hasta de cien cristianos á un mismo tiempo, y la segunda vez en términos tan fuertes que dice: « Lo hemos visto con nuestros propios ojos: *oculis nostris conspeximus.* » Refiere, entre otras cosas, que en una ciudad de Frigia todos los habitantes, el gobernador, los magistrados, fueron entregados á las llamas porqué rehusaron sacrificar á los dioses; y Lactancio dice tambien en propios términos, que fué quemado todo un pueblo, hasta con su conventículo: *universum pòpulum cum ipso pàriter conventìculo concremavit.* He ahí, pues, como no es de admirar que carezcamos de noticias circunstanciadas por lo que respecta al martirio, y ménos aun á la vida de nuestros santos Fabriciano y Filiberto. El cardenal Baronio, sin embargo, en las notas á dicho Martirologio, observa constante la memoria de estos héroes españoles en las tablas de la santa iglesia de Toledo. Mas á pesar del silencio guardado tanto por el Martirologio como por Baronio acerca la vida y martirio de estos dos Santos, no puede dudarse de la existencia y verdad de su santidad y de su martirio, pues consta su culto continuado en la nacion sin interrupcion alguna; y esto basta para honrar y venerar su memoria, é implorar su proteccion. Las repetidas irrupciones enemigas que ha sufrido este reino es otra razon de mas para no admirarnos de que no se haya conservado íntegra hasta nosotros la historia de estos Santos; pues en tantas irrupciones debieron sin duda perecer los antiguos monumentos de sus actas, dejándonos solamente la tradicion, y algun recuerdo se haya salvado en alguna antigua pintura. Algunos escritores patrios, interesados en el descubrimiento de sus actas, han podido á fuerza de investigaciones transmitirnos la idea de que fueron naturales de la provincia Carpetana, y que se apartaron del bullicio del siglo para retirarse á la vida cenobítica ó solitaria, la cual seguian en la antigua ciudad Titulcia, que es hoy un pueblo cercano al Real Sitio de Aranjuez. Y esta especie se acredita por monumentos artísticos, que suelen ser muchas veces, á falta de otros, los comprobantes de la tradicion. Éstos son dos pinturas que existen en el dia en la iglesia del mismo pueblo donde los dos Santos se

ven representados en traje ó hábito de monjes; y los mismos escritores confirman tambien la verdad tradicional de que murieron por Jesucristo en la cruel y sangrienta persecucion de Diocleciano y Maximiano en 22 de Agosto, en cuyo dia se celebra su glorioso triunfo. — A. T.

FABRICIO (Andres). Fué natural de Hodeige, aldea del pais de Lieja, y nació probablemente sobre 1520: estudió la filosofía y la teología con Gofredo Fabricio, su hermano, que habia adquirido grande celebridad; y haciendo admirables adelantos en estas ciencias, fué reputado digno de enseñarlas en Sta. Gertrúdis de Lovaina en 1553. Le atrajo á su casa Othon cardenal de Ausburgo, y le envió á Roma donde se mantuvo seis años consecutivos, durante el pontificado de S. Pio V, y allí se distinguió en la predicacion. Fabricio, á su vuelta de Roma, fué consejero de los duques de Baviera, los cuales le presentaron el prebostazgo de Ottingen; y pasó á mejor vida en el año 1581. De este autor hablan Valerio Andres en su *Biblioteca Belg.* y Le-Mire *De Scrip. sæculi XVI.* De él tenemos las obras siguientes: 1.ª: *Religio patiens, trogœdia, quâ sæculi nostri exhibentur calamitates*, Colonia, 1566, en 12.°. 2.ª: *Samson, tragœdia ex sacrâ Judicum historiâ*, 1569, en 12.°. 3.ª: *Harmoniæ, quæ nulla est, confessionis Augustanæ cum doctrinâ evangelicâ consensum declarans, liber*, 1573, en folio y reimpresa en 1587. Fabricio refuta aquí detalladamente todos los artículos de la confesion de Augsburgo. 4.ª: *Catechismus romanus ex decreto Concilii Tridentini, luculentis quæstionibus distinctus, brevibusque annotatiunculis elucidatus*, 1570, en 8.°, 1574, en id. 5.ª: *Jeroboam rebellans, tragœdia*, 1585, en 12.°. Paquot le supone autor de una obra alemana titulada: *Anteojos sobre la pupila evangélica*, que presume ir dirigida contra un escritor protestante, el cual replicó por medio de un folleto titulado: *El limpiador de anteojos:* lo cual dió lugar á otro opúsculo de Fabricio, cuyo título anuncia que el *Limpiador* se ha tomado un trabajo inútil. — A. T.

FABRICIO DE LUGANO. Predicador del siglo XVI. Fué de la religion capuchina de la provincia de Helvecia, y otro de los escogidos por sus virtudes y méritos por el P. Fr. Francisco de *Aguas Bormiis* comisario general de la provincia de Milan para la mision que se estableció en Helvecia, año de 1582. No es solo á los infieles á quienes la Religion procura ilustrar con misiones; pues en el centro mismo del cristianismo se hace indispensable el ministerio de los misioneros de la divina palabra para conservar el espíritu evangélico y reanimar la llama de la fe y de la caridad, tan á menudo debilitada y casi extinguida por el vicio y el error. Instruido Fabricio desde su niñez en la lengua alemana, corrió por toda aquella colonia con tanto fruto y aplauso en su predicacion, que todos le admiraban y veneraban como un nuevo apóstol que el cielo les enviaba. Destinado á Estancio en el año de

1583, fué tanto lo que aprovechó con el ejercicio del púlpito su doctrina y virtudes, que movidos los fieles habitantes de Buths por la veneracion que les inspiraba su persona y el tosco sayal de capuchino que vestia, determinaron fabricar, y fabricaron realmente, un convento de este instituto, dechado de humildad, de pobreza y de infatigable celo. Fabricio era como los de su Órden devotisimo de la Reyna de los ángeles y Pastora divina de las almas. Llamado muchas veces al yermo de esta Señora para predicar allí su doctrina, sus trabajos se veian coronados por el mas abundante fruto. En Altorfo se habia comenzado á fabricar un templo magnífico en honra de S. Martin obispo de Turena; y pareciendo al pueblo muy costoso el proseguirlo, depuso la devocion y cesó la obra. En aquella sazon fué llamado por algunos el P. Fabricio, para que desde el púlpito animase con sus sermones á los fieles á proseguir la obra comenzada; y así fué. ¡Dichosos tiempos aquellos en que la palabra de Dios salida de la boca de sus ministros convertia y arrastraba los corazones, haciéndoles hacer los mayores sacrificios en honra de Dios y de sus santos! En el primer sermon Fabricio enfervorizó al pueblo de tal manera en este propósito, que todos se ofrecieron, pobres y ricos, con industria y con largas limosnas, á concluir la obra, como efectivamente se verificó. Hallándose Fabricio adornado de todas las prendas y virtudes de un sacerdote humilde, fué colocado en las prelacías mayores de su provincia, en cuyo desempeño desplegó el mayor celo y acierto, procurando conservar sin menoscabo alguno el estado de la evangélica perfeccion. Y por fin, sucumbiendo al peso de una grave enfermedad, y viéndose próximo á morir, imitando al gran P. y patriarca S. Francisco de Asis, se despojó de su túnica, tendiendo los mortificados huesos sobre la desnuda tierra, como se le concedió; y así, colocado sobre el polvo y ceniza, á la dulce voz de Jesucristo que le llamaba, segun confesó él mismo, tuvo la muerte del justo, viendo ya anticipadamente la feliz eternidad que le esperaba y entregando con rostro alegre su espíritu al Criador. —J. R. y C.

FABRICIO (Pedro) jesuita, natural de Zadzin, pequeña aldea de Polonia. Abrazó el instituto de la Compañía de Jesus, en la que desempeñó cargos muy honoríficos. Fué rector de varios colegios de su Órden; y así en su gobierno como en el de las casas de probacion y la de profesos de Cracovia, se mostró siempre recto en sus deberes, severo consigo mismo, humilde con todos, y superior en autoridad, dulzura y modestia á sus gobernados. Amigo de Dios, pasaba horas enteras postrado ante el ara Santa, ofreciéndole allí las aspiraciones de su corazon puro y los crueles tormentos con que mortificaba su débil cuerpo. Su caridad y celo por la salvacion de las almas se extendia á tanto, que en cualquier poblacion que llegase, aunque no fuese mas que de paso, predicaba á todos la divina palabra, recibiendo

luego en el secreto de la confesion el arrepentimiento de aquellos pecados, que en público habia reprobado. Habiendo llegado por fin á mas de cuarenta años, lleno de méritos, murió tranquilamente en el Señor, el dia 23 de Noviembre del año 1622. Tradujo á la lengua polaca: 1.ª: *Lucæ Pinelli Meditationes de Eucharistiæ*, Cracovia, 1604. 2.ª: *Thomæ de Kempis, De Imitatione Christi*, Cracovia, 1608. 3.ª: *Roberti cardinalis Bellarmini tractatus duo; alter de gemitu columbæ; alter de septem verbis à Christo in cruce prolatis*, Cracovia, 1622. — E. L.

FABRICY (Gabriel) dominicano y célebre bibliógrafo. Murió en Roma en 1800: habia nacido sobre el año 1725 en S. Maximino, cerca de Áix, en Provenza. Entró de muy jóven en la Órden esclarecida de Santo Domingo, cuyo hábito tomó, é hizo los votos en esta última ciudad. Muy presto sus luces y sus virtudes le promovieron á la dignidad de provincial, lo cual le obligó á ir á Roma en 1760. Los inmensos recursos que aquella ilustre capital ofrecia á su gusto por la instruccion le eran sumamente lisonjeros, y sus co-hermanos de hábito, con quienes entabló conocimientos, le retuvieron en su propia casa. Le confirieron tambien la funcion de lector en teología; y como al mismo tiempo cultivaba las bellas letras con brillo, la Academia de los Árcades le admitió en su seno. No tardó en merecer por sus vastos conocimientos y su amor al estudio el ser escogido por uno de los doctores teólogos de la famosa biblioteca de Casanata, legada en 1700 por el cardenal de este nombre á los dominicanos del convento de la Minerva. Trabajó con el P. Audifredi para hacer aquel magnífico catálogo, del cual es sensible no se hayan publicado mas que cuatro volúmenes; y para hacer mas honorífico este trabajo, el P. Audifredi, que compuso su prefacio, declaró la parte considerable que el P. Fabricy habia tenido en aquel trabajo. Las obras que éste habia publicado cuando pareció el tomo tercero de este catálogo, es decir en 1788, están indicadas en él del modo siguiente: 1.ª: *Investigaciones sobre la época de la equitacion y el uso de los carros ecuestres entre los antiguos, en donde se demuestra la incertidumbre de los primeros tiempos históricos de los pueblos relativamente á esta data*, dos partes en un gran volúmen en 8.°, Marsella y Roma. 1764 y 1765. 2.ª: *Memorias para servir á la historia literaria de los dos P. P. Ansaldi, de los P. P. Mamachi, Patuzzi, Richini y de Rubeis, con otra perteneciente á las obras del P. Cornet, y la explicacion de una ley de Moysés prohibiendo hacer reuniones ó grupos de caballos etc.* Estos diversos opúsculos se hallan impresos en el *Diccionario Universal de las ciencias eclesiásticas del P. Ricard*, tomos V y VI. 3.ª: Una *Carta* inserta en el *Diario eclesiástico* del abate Dinouart (Noviembre de 1768) sobre la obra del P. Mamachi: *De animabus justorum in sinu Abrahæ ante Christi mortem expertibus beatæ visionis*. 4.ª: *De los títulos primitivos de la revela-*

cion, ó sea, *Consideraciones críticas acerca de la pureza y la integridad del texto original de los libros santos del antiguo Testamento*, dos tomos en 8.°, Roma, 1772: obra importante y que alcanzó mas celebridad que todas las demas del mismo autor. 5.ª: *Censoris theologi diatriba, quâ bibliographiæ antiquariæ et sacræ critices capita aliquot illustrantur*, Roma, 1782, en 8.°, y se halla en seguida del *Specimen variarum lectionum sacri textus, etc.*, de J. B. de Rossio —N. A. T.

FABRIS (Nicolas). Hábil mecánico de Italia y sacerdote del Oratorio, que murió el 13 de Agosto de 1801 en Chioggia, donde habia nacido en 1739. Empezó primeramente á trabajar con su hermano el abate Francisco Fabris, ménos célebre que él en el análisis y en la clasificacion de los seres marinos del Adriático. Y como uniese á este trabajo el estudio de las matemáticas, y su gusto le inclinase á la música, adelantó tanto en la ciencia teórica y aun práctica de este arte seductor, que mereció ser consultado en muchas discusiones que con él tenian relacion. Inventó para la armónica de Franklin un piano forte con un registro y teclas, como y tambien una tabla de progresiones armónicas para acordar pronta y fácilmente, sin necesidad de organista, los instrumentos del clave. Entre otras de las numerosas invenciones que hizo en el mismo género, es notable la de un clavicordio, por cuyo medio las teclas al paso que producian las notas á la impulsion de los dedos, las dejaban impresas por escrito: expediente ya probado ántes con algun éxito. Tambien se le debe una pequeña máquina muy sencilla, por cuyos resortes una mano de madera daba toda especie de medidas. Su talento en mecánica no se limitó á materias de música: inventó una especie de tonel, en el que no podia introducirse el aire sino á medida que se le vaciaba, porqué su cavidad disminuia en la misma proporcion que el vino que en él estaba contenido. Encontró el medio de escribir con la misma rapidez que la palabra mas precipitada, sin abreviacion y sin borrones. Ocupóse en buscar el movimiento perpetuo; y para encontrarle imaginó una especie de péndulo sin ruedas y sin contrapeso, y sin otro motor que el artificio del iman. Construyó asimismo un reloj que marcaba con la mayor exactitud las horas italianas y las horas francesas con los respectivos minutos y segundos, indicándose tambien los equinoccios y los solsticios Mas su natural inclinacion á la mecánica no le distrajo de los estudios teológicos: siendo una prueba viviente de que no son incompatibles en un mismo sugeto los estudios de las ciencias naturales y exactas y los de las ciencias morales y religiosas, como ha parecido á ciertos ingenios, ó poco profundos, ó no de buena fe. Sus superiores le juzgaron muy digno de enseñar á los jóvenes alumnos de la Congregacion; el obispo de Chioggia le escogió para consejero suyo, y hasta predicó con feliz éxito aquella misma religion que practicaba con exactitud,

reuniendo la calidad indispensable á todo orador evangélico, de que las obras sean conformes con las palabras. Por lo demas, en nuestro Fabris, como en otros muchos sabios, se demuestra con evidencia que la Religion no solo está de acuerdo con todos los ramos de los conocimientos humanos, sino que les sirve á todos de núcleo y de esplendor, y que nunca aparecen tan sublimes y tan provechosas las ciencias como cuando se albergan en un corazon generoso, en grandes virtudes evangélicas, y en un espíritu ilustrado y dirigido por la fe. Y en esto se comprueba lo que ha dicho uno de los mayores talentos de este siglo: «Cuando se defiende la Religion, no se combate la sabiduría.» De cualquier lado que se mire el culto evangélico, se echa de ver que engrandece el pensamiento léjos de limitarlo, y que es el mas propio para dilatar sus sentimientos. En cuanto á las ciencias, jamas se oponen sus dogmas á ninguna verdad natural, ni prohibe su doctrina ningun estudio. El Dios de los cristianos no está reducido á los estrechos límites de un astro; los ha dejado todos á las investigaciones de los sabios. Los sacerdotes, como hombres, pueden haber sido mas ó ménos ilustrados, segun el curso natural de los siglos; pero el espíritu de la Religion léjos de oponerse, ha secundado siempre el desarrollo de la sabiduría; y es ya comunmente sabido que hubo siglos en que la Iglesia fué la única depositaria del saber, y que á ella se debe el haberse salvado los restos de la civilizacion antigua. Por lo demas, un papa Gregorio, reformador del calendario, un monje Bacon, inventor tal vez del telescopio, un cardenal Cuza, un canónigo Copérnico, un sacerdote Gasendo, un jesuita Kirker, y mil otros ministros del Santuario ¿no han sido ó los protectores ó las antorchas de muchos ramos de las ciencias naturales? Ocasiones mas oportunas se nos ofrecerán sin duda para desarrollar con mas extension esta idea que solo dejamos aquí indicada. El hermano de Nicolas Fabris, llamado José Fabris, médico, fué el primero en reducir á sistema la botánica de su patria y á esparcir su conocimiento, obrando de concierto con su compatricio Bartolomé Bottari.—N. A. T.

FABRONI (Ángel) célebre biógrafo italiano del siglo XVIII. Nació el 7 de Setiembre de 1732 en Marradi; en aquella parte de la Romanía que desde el siglo XV se halla reunida al gran ducado de Toscana. Su familia habia sido rica y poderosa; pero la fortuna de su padre era limitada; y él era el último de once hijos. Despues de haber hecho en su patria los primeros estudios, en 1750 obtuvo en Roma una plaza en el colegio Bandinelli, fundado por un panadero de este nombre para la educacion de cierto número de jóvenes toscanos. Los discípulos de este colegio eran admitidos en los cursos del de los jesuitas. Fabroni siguió dos cursos de retórica, el uno por la mañana, el otro por la tarde. Su profesor de tarde era excelente, así como el de la mañana era el mas inepto de los profesores, y daba algunas veces por

obligacion á sus discípulos una de estas cortas antífonas que la Iglesia canta en las fiestas de los Santos. Fabroni prefirió pasar él mismo por inepto á los ojos de un tal preceptor, á distinguirse en este género de composiciones; mas habiendo encontrado en la clase de la tarde oportunidad para hacer un discurso latino contra los plagiarios, que se forman una reputacion á expensas de los autores cuyos trabajos han usurpado, aquel discurso fué acogido en el colegio con general aprobacion, é hizo concebir grandes esperanzas de su autor. Tres años habia que este se hallaba en Roma, y desde el primer año habia perdido su padre que le habia dejado sin fortuna. Tenia estudiadas la lógica, la física, la metafísica, la geometría, y conocia la necesidad de entregarse á útiles ocupaciones, cuando fué presentado al prelado Bottari, anciano triste y severo, quien le hizo sin embargo una favorable acogida. Concertaron poco tiempo despues, que Fabroni llenaria por él las funciones de un canonicato de Santa María *in Transtibere*. Bottari era uno de los primeros apoyos del partido jansenista, y para complacerle, Fabroni se puso á estudiar la teología y á traducir en italiano obras francesas; tales como la *Preparacion á la muerte* del P. Quesnel, los *Principios y reglas de la vida cristiana* de Le-Tourneux, y las *Máximas* de la marquesa de Sablé, cuya obra estaba acompañada de extensos comentarios. Las tres parecieron en casa de Pagliarini, que era el librero ordinario de la secta; y así, un discípulo de los jesuitas hizo sus primeras armas literarias bajo la bandera de Jansenio. Notó luego que los libros que mejor éxito tenian en Roma estaban escritos en latin, y él se habia acostumbrado desde su juventud á escribir con elegancia en esta lengua. La primera obra latina que publicó fué una *Vida del papa Clemente XII*. Es muy mediana, excepto el estilo, pero difícil seria el juzgarla con mas severidad de lo que la juzgó él mismo. Con todo, el cardenal Neri Corsini quedó de ella tan satisfecho, que costeó los gastos de su impresion, y ademas recompensó magníficamente á Fabroni. Poco tiempo despues fué elegido por el maestro del Sacro palacio para pronunciar delante de Benito XIV en la capilla pontificia un discurso latino sobre la Ascension. El Papa, á quien aquel lo presentó, admitió el homenaje con particular benevolencia, y aprovechó poco despues la ocasion para beneficiarle. La princesa Camila Rospigliosi habia dejado al morir una suma de dinero que debia ser repartida entre dos jóvenes, á los cuales habia impuesto por condicion el ser ciudadanos de Pisa, estudiar la jurisprudencia, y haber tomado todos los grados de esta facultad. Los antecesores de Fabroni habian sido admitidos desde el principio del siglo XVII entre los patricios de Pisa: este habia cursado el derecho en Cesena y allí se habia recibido de doctor. Por fin, despues de muchos años unió el estudio de las leyes al de la teología. Y así, cuando pidió tener parte en el legado de la princesa, probó por parte

de la familia una negativa que Benito XIV hizo desaparecer con decir solamente que deseaba que no se le hiciese injusticia. Fabroni pudo pues vivir con mas anchura, y se dejó por algunos años arrastrar algun tanto por la disipacion del mundo, sin por esto interrumpir sus estudios, ni perder el gusto de las buenas costumbres. La jurisprudencia eclesiástica era siempre el objeto particular de sus trabajos: sobre todo procuraba profundizar el *Jus ecclesiasticum* de Van Spen, restringiendo ó extendiendo el texto de este autor, y haciendo en él notas y adiciones: en fin, habia hecho sobre este libro un nuevo libro, que hubiera podido ser útil para el estudio de esta ramificacion del derecho; pero nunca le publicó, ni le dió siquiera la última mano. Al cabo de ocho años, término en que espiraba el beneficio de Rospigliosi, dejó al fin este género de estudios, que solo habia emprendido por deferencia, y se dedicó enteramente á las bellas letras. Pronunció en latin en la iglesia de Santa María la oracion fúnebre del pretendiente Jaime Stuart: el cardenal de York, hijo de aquel príncipe, presente á aquella ceremonia, se sintió conmovido hasta derramar lágrimas, y manifestó con un considerable presente su satisfaccion al orador. Sobre aquel tiempo concibió Fabroni la idea de escribir en latin las *Vidas* de los sabios italianos, que florecieron en los siglos XVI y XVIII: obra que desde aquel momento fué el principal objeto de sus investigaciones y de sus trabajos, y que mas ha contribuido á su reputacion. Publicó su primer tomo en 1766: poco tiempo ántes habia dado una traduccion italiana de los *Diálogos de Focion* del abate de Mably. Esta publicacion no fué generalmente aprobada: en Venecia sobre todo algunos patricios miraron la austeridad de costumbres recomendada á las repúblicas por Focion como una censura de la licencia de que el senado era acusado de autorizar entre el pueblo para distraerle y sujetarle. Quisieron hacer censurar la obra, y prohibir la traduccion; pero la parte mas sensata del senado reprobó este rigor, y permitió que se hiciera en la misma Venecia una segunda edicion. Sin embargo, la admiracion de Fabroni por un filósofo que enseñaba cosas, que en Roma, segun sus propias expresiones, ó se ignoraban, ó se despreciaban: *Sed hæc Romæ aut ignorantur aut contemnuntur;* su alejamiento de todas las gestiones y condescendencias que conducen á los honores; y en fin, si debiéramos dar crédito á sus palabras, la enemistad de los jesuitas á quienes por sus relaciones con Bottari se hacia sospechoso: todas estas causas se oponian á su adelantamiento, y le desviaban del camino de la fortuna. Cedió en fin á las instancias de amigos poderosos que le llamaban á Florencia: pasó allí en 1767, y el gran duque Leopoldo le dió, como se le habia hecho esperar, la plaza de prior de capítulo de la basílica de S. Lorenzo. Repartia, pues, su tiempo entre las funciones religiosas de su prebenda, que cumplia con la mayor exactitud, y sus trabajos literarios, que pasaron á ser

su único recreo; habiendo desde entónces, á excepcion de la música, renunciado á los placeres del mundo que ocupaban en Roma una parte de su tiempo. Dos años despues obtuvo permiso para ir á Roma para visitar á sus antiguos amigos. Clemente XIV (Ganganelli) á quien habia contado en otro tiempo entre el número de sus protectores, y que acababa de ascender al pontificado, le dió la mas grata acogida, le nombró, casi á su pesar, uno de los prelados de la cámara pontificia, é hizo para retenerle en Roma los mayores esfuerzos; pero Fabroni, adicto por reconocimiento al gran Duque, que acababa tambien de crearle provisor de la universidad de Pisa, y prior de la Órden de S. Estévan, resistió á las ofertas y á las instancias del Papa, sobre cuyas promesas dió despues á entender asaz claramente que no debia siempre fiarse; y despues de haber hecho un viaje á Nápoles en donde fué recibido bondadosamente por la Reyna, y bien visto de los literatos y de los sabios, volvió directamente á Florencia. Aprovechóse de su crédito cerca el gran Duque para obtener el permiso de sacar de los archivos de Médicis cartas de varios sabios del siglo XVII dirigidas al cardenal Leopoldo de Médicis, que publicó él en dos tomos y que dan mucha luz sobre la historia literaria de aquel tiempo. Comprometió á cierto número de literatos á emprender con él el *Giornale de' Letterati* de Pisa, del cual dieron cuatro tomos por año, poniendo Fabroni una gran parte en la publicacion. Esta empresa le ocasionó un sobrecargo de trabajo, á veces excesivo, y le acarreó, como sucede siempre, muchos disgustos; pero la sostuvo con valor, é hizo llegar hasta ciento y dos tomos la coleccion de aquel *Diario*. En medio de los trabajos que le rodeaban, supo que el gran Duque le habia elegido para preceptor de sus hijos. Temió que este favor no le excitase envidiosos; y no pudiendo sustraerse al yugo honorífico que se le habia impuesto, creyó deber alejarse de Florencia hasta el momento en que debia entrar en las funciones de su empleo. Pidió pues el permiso para viajar, y el gran Duque no solo se lo concedió, sino que le hizo aprontar por el tesoro de la Órden de S. Estévan la suma necesaria para su viaje. Fabroni pasó á Paris, donde permaneció por algun tiempo: fuése á Inglaterra, donde solo estuvo cuatro meses, y volvió despues á Francia. Tanto en Lóndres como en Paris vió lo mas elevado de la sociedad y lo mas distinguido en las ciencias, las letras y las artes; pero encontraba gran diferencia entre el carácter y la manera de vivir de las dos naciones, prefiriendo la vivacidad francesa á la gravedad taciturna de los ingleses. Regresó á Toscana en verano de 1773. El gran Duque habia mudado de resolucion por lo tocante á la educacion de sus hijos; y cualquiera que fuese el motivo de este cambio, Fabroni se felicitó por ello, hallándose muy feliz en conservar su independencia. Su coleccion biográfica fué mas que nunca su trabajo predilecto. Reldio, aumentó y publicó de nue-

vo cinco tomos de *Vidas* que habian ya parecido, añadiendo otras de nuevas, que se sucedieron rápidamente. Finalmente formó el proyecto de escribir, separadamente de esta *Coleccion*, la *Vida* de tres grandes hombres que cimentaron la gloria y la elevacion de la casa de Médicis. Empezó por Lorenzo el *Magnífico*; remontóse despues á su abuelo Cosme el *Antiguo*, padre de la patria, y volvió despues á su hijo el papa Leon X, pero solamente ocho años despues de haber publicado la *Vida* de Cosme. En este intervalo hizo un viaje por Alemania; visitó á Viena, Dresde y Berlin; vió á los magnates, á los sabios y á los académicos; y á su regreso, que fué en 1791, se vió invitado por el gran Duque á escribir la historia de la universidad de Pisa, de la cual publicó tres tomos en ménos de cuatro años, sin interrumpir sus *Vidas de los sabios*, ni la composicion de su *Vida de Leon X*, ni su *Diario*. Continuó esta última obra hasta la entrada de los franceses en Italia en 1796, que interrumpió las comunicaciones entre la Toscana, la Lombardía, Venecia y muchos otros estados con los cuales necesitaba tener correspondencia para alimentar su *Diario*. Sus demas trabajos se resintieron tambien de las circunstancias públicas; no obstante en Luca, donde fué á pasar dos meses en 1800, escribió aun las *Vidas* de dos sabios (*Beverini* y *Tabarrani*) pero sintió los primeros ataques del dolor de gota, que fueron en aumento, y llegaron hasta impedirle toda especie de trabajo. Cuando estos dolores le dejaban algun intervalo, volvia á los objetos habituales de sus estudios; pero en 1801 se verificó en él un cambio de gustos y de voluntad: despidióse de las ocupaciones literarias, y se entregó exclusivamente á las que tenian por objeto la Religion, no escribiendo sino obras de devocion, tales como; para la *Fiesta de Navidad*, en 1801, para *Nuestra Señora del Buen Socorro*, en 1803. En esta última época se inculpaba á sí mismo algunas ligerezas, algunos rasgos apasionados que le habian escapado en sus escritos: arrepentíase sobre todo de haber dicho, hablando de los jesuitas, *que eran como los cerdos, que cuando habeis herido á uno, todos se os echan sobre*: si bien es verdad que una tal expresion ni era digna de un buen cristiano, ni de tan elegante escritor. Cabalmente habia escrito esta frase en la *Vida* de Apóstolo Zeno; y por un olvido casi increible de delicadeza en un hombre tal como él, habia dedicado y dirigido esta *Vida* al célebre Tiraboschi amigo suyo, que habia sido jesuita, y que, á pesar de la dulzura de su carácter, no pudo ménos que darse por ofendido. Es muy notable que en casi todos los adversarios de la Compañía de Jesus, aun cuando sean hombres de educacion y de talento, se observe siempre esta acrimonia y espíritu intolerante que raya á lo ménos en ofensa cuando no en amarga y cáustica diatriba. Durante las vacaciones de la universidad de Pisa, Fabroni se retiró á una soledad cerca de Luca, llamada *San Cerbon*, en un convento de franciscanos reformados, ocu-

pándose únicamente por todo un mes en su fin, que sentia acercársele. De vuelta á Pisa no hizo mas que sufrir y ver como iba creciendo su mal de dia en dia. Espiró por fin en 22 de Setiembre de 1803, despues de haber llenado todos los deberes de la Religion. Sus exequias se hicieron con toda magnificencia en la iglesia de S. Estévan, y su sepultura fué decorada con una honorífica inscripcion. Grabóse una de mas extensa debajo de su busto de mármol colocado en el campo santo de Pisa. Y tambien se debió poner otra en honor suyo en el nuevo hospital de Marradi su patria, para cuya fundacion habia sido el primero en dar una suma de tres mil escudos, y para el cual habia procurado considerables donativos tanto de parte de los príncipes de Toscana, como de sus mas ricos compatricios. Las principales obras de Fabroni son: 1.ª: *Vitæ Italorum doctrinâ excellentium qui sæculis XVII et XVIII floruerunt.* La mejor y mas completa edicion es la de Pisa, empezada en 1778, en 8.°, y de la cual dió sucesivamente diez y ocho volúmenes, el último de ellos en 1799. El tomo XIX y el XX parecieron despues de su muerte en Luca, 1804 y 1805; el uno compuesto de Vidas escritas en sus últimos años, y que estaba ya para hacer imprimir, el otro de su propia Vida, escrita por él mismo hasta en 1800 con un suplemento del editor Domingo Pacchi, y de una coleccion de cartas escogidas dirigidas á Fabroni por príncipes y por sabios, que prueban de cuanta consideracion disfrutaba, y contienen pormenores interesantes para la historia literaria. Esta coleccion biográfica abraza no ménos que ciento cincuenta y cuatro Vidas, inclusa la suya. Verdad es que admitió veinte y una escritas por diferentes autores de entre sus amigos; pero todo lo demas le pertenece; y si se considera el número infinito de objetos que abraza el autor, las investigaciones que la discusion de los hechos exigia, la variedad de conocimientos que suponen las noticias claras y suficientes de tantas obras científicas de todo género; en fin, la elegancia continua con la cual son redactadas estas Vidas, no admirará por cierto el grande éxito que obtuvieron en el mundo sabio. El abate Andres, en el tomo III de su *Historia general de la literatura*, no ha titubeado en afirmar, que si en la historia literaria la Italia puede mirar á Tiraboschi como su Tito-Livio, debe asimismo gloriarse de tener en Fabroni su Plutarco. Prescindirémos enteramente de algunas inculpaciones que se han hecho á esta obra relativas á parcialidad para con los jansenistas y contra los jesuitas, de que se acusa al autor en su Vida del papa Clemente IX; así como no hablarémos de las respuestas que á estas inculpaciones se hayan dado. El tiempo y el criterio de los sabios juzgarán unas y otras como se merecen; haciéndose cargo de aquella parte de espíritu de partido del cual difícilmente pueden librarse hasta los grandes hombres, y que quedan á los ojos de la posteridad como lunares dejados en

esos astros de inteligencia, monumentos á un tiempo de la grandeza y de la pequeñez del hombre. 2.ª: *Giornale de' Letterati*, Pisa, ciento y cinco volúmenes en 12.°. Puede ponerse en el número de las obras de Fabroni esta publicacion periódica que le debe su nacimiento; y muchos de cuyos volúmenes son enteramente suyos, no cesando de subministrar artículos interesantes, principalmente sobre las bellas artes antiguas y modernas. El estudio que de ellas habia hecho y sus investigaciones en esta parte le subministraron materiales para una *Historia de las artes de dibujo*: obra imperfecta sin duda, pero en la cual se hallan, sin embargo, muchas observaciones poco comunes y de buen gusto. Á esta clase de escritos se refiere tambien su *Disertacion sobre la fábula de Niobe*, y la ocasion para la cual la escribió le da un título de mas á la gratitud de los florentinos. Habian quedado siempre en el palacio de los Médicis de Roma estatuas antiguas y de considerable valor, y estas estatuas faltaban á la galería de Florencia. Fabroni invitó al conde de Rosenberg, ministro del gran duque Leopoldo, á que obtuviera de este príncipe la órden de hacer trasladar á Florencia estas antigüedades preciosas, entre las cuales se hallaba el admirable grupo de las diez y seis estatuas de Niobe y de sus hijos. Examinándolas de cerca y con reflexion, concluyó Fabroni de la perfeccion de aquella obra y de muchos otros indicios, que no era de Praxitéles, como comunmente se creia, sino de Scopas; y apoyó en este escrito su opinion sobre muy sólidas razones, por mas que el famoso pintor Rafael Mengs, á quien habia consultado, no fuese de este parecer, y por mas que en la coleccion de sus obras publicadas por el caballero Azara (Roma 1787, en 4.°,) se hallasen sobre este objeto dos cartas dirigidas á Fabroni para combatir su opinion. 3.ª: *Laurentii Medicis magnifici Vita*, Pisa, 1784, dos tomos en 4.°. El primer tomo contiene la historia, el segundo las notas, los monumentos y piezas justificativas. Estos preciosos monumentos, la mayor parte hasta entónces desconocidos, y que el autor tuvo el primero la idea y el permiso de extraer de los archivos de la casa de Médicis, dieron una completa novedad á tan interesante materia. Esta historia de Lorenzo el *Magnífico*, escrita con mucho órden, claridad, elegancia é imparcialidad, dió por primera vez una justa idea del hombre mas grande de esta célebre familia en los tiempos modernos. Verdad es que Mr. Roseve, siguiendo la misma marcha, bebiendo en las fuentes de los mismos archivos, ha hecho nuevos descubrimientos, y ha producido en su lengua una obra mejor todavía; pero no es poca gloria para Fabroni el haber abierto este camino, y sido el primero que marchó por él tan felizmente. 4.ª: *Magni Cosmi Medicis Vita*, Pisa, 1789, dos tomos en 4.°. El plan y el mérito de esta obra son los mismos que los de la precedente. El carácter, á lo ménos exterior, de Cosme, que fué llamado por sobrenombre *el Padre de la patria*, está trazado

en ella con toda fidelidad, y solo faltan algunos rasgos algo mas profundos que hubieran descorrido el velo á los secretos de la ambicion de aquel hombre sencillo y popular, pero diestro y hasta astuto. Fabroni dice de él, que Lorenzo fué mas grande hombre; pero que éste superó en astucia y en artificio *(calliditate)* á Lorenzo y á todos los demas Médicis, pues que se elevó con el favor del pueblo sobre los grandes y los nobles. En él no se ve quizas bastantemente marcada como en su gérmen la asombrosa fortuna y el alto destino de aquella familia de comerciantes, que poco tiempo despues debia convertirse en una dinastía de soberanos. 5.ª: *Leonis X pontificis maximi Vita*, Pisa, 1797. En esta Vida de un grande protector de las letras y de las artes el autor tenia que abrazar un horizonte político mas extenso; debia enlazar en mayor escala los negocios de estado con los intereses de la república de las letras, y no es seguro que lo haya logrado todo con feliz éxito. Aquí la historia solo está seguida de notas. No eran ya los archivos de Florencia sino los de Roma los que se debian visitar para sacar de ellos monumentos auténticos y no conocidos: pero esta facultad á nadie estaba concedida; y cuando M. Roscoe quiso, como Fabroni, añadir una Vida de Leon X á la de Lorenzo, tuvo que contentarse, como él, con lo que podian suministrarle los archivos florentinos, y con lo que el mismo Fabroni tenia ya publicado, y hubiera hecho mejor en no añadirle tantas cosas impresas en otras partes, tantas composiciones en verso sacadas de colecciones ya conocidas, y no sobrecargar con 450 páginas de apéndices la historia harto voluminosa ya de este Pontífice. 6.ª: *Historia Lycœi Pisani*, Pisa, tres tomos en 4.°, 1791, 1793 y 1795. Esta historia abraza toda la duracion de la universidad de Pisa, desde su orígen hasta el fin de la dominacion de los Médicis. Un cuarto tomo debia comprender la historia de la universidad bajo los grandes ducados de la casa de Austria; pero la dificultad de escribir sobre cosas y personas tan cercanas á su época, y sobre las de su época misma, retrajo al autor. Parece que de este tomo no habia escrito mas que su Vida, la cual debia formar su primer capítulo, y que despues fué hallada entre sus manuscritos con este título: *De curatore Academiæ caput I.* 7.ª: *Francisci Petrarchæ Vita*, Parma, Bodoni, 1799, en 4.°. El autor habia formado, con M. Baldelli, autor de una Vida italiana del Petrarca, publicada en Florencia en 1797, el proyecto de una nueva edicion de las *Cartas* de este grande hombre, en donde hubiera añadido todas las que son inéditas todavía. Debian ir precedidas de una nueva Vida del Petrarca, escrita en latin como las *Cartas*. Fabroni la habia compuesto con particular cuidado; y como la desgracia de los tiempos hubiese impedido esta publicacion interesante, dió su manuscrito á Bodoni, el cual lo imprimió. La obra contiene pocas cosas nuevas, y casi no es mas que un resúmen de lo que otros ha-

bian escrito ya; pero su lectura se hace agradable, y esta edicion es muy buscada por cuantos gustan de ver primorosamente impresos los libros escritos con elegancia. 8.ª: *Elogi d' illustri Italiani*, Pisa, dos tomos en 8.°, 1786 y 1789. Despues de haber escrito tanto en latin en elogio de sus ilustres compatriotas, quiso Fabroni consagrarles tambien elogios en lengua italiana. Entre los que contiene el primero de estos dos tomos hay tres, que se hallaban ya en sus Vidas latinas, no siendo meras traducciones, sino refundidos, y que pueden ser considerados como nuevos; los demas lo son enteramente. No todos están consagrados á las ciencias: hállanse los de dos ilustres poetas, Frugoni y Metastasio. El segundo tomo contiene, á mas de los elogios de muchos sabios italianos, los del rey de Prusia Federico II y del gran pintor Rafael Mengs. 9.ª: *Elogi di Dante Alighieri, di Angelo Poliziano, di Lodovico Ariosto è di Torcuato Tasso*, Parma, Bodoni, 1806. 10.ª: Deben contarse tambien entre las buenas obras que Fabroni escribió en su lengua nacional, la traduccion compendiada de una de las obras que hicieron en el último siglo mas honor á la lengua francesa: el *Viaje del jóven Anacârsis en Grecia*. «Nada esencial habeis omitido en vuestra obra, escribió el abate Bartelemy á su elegante compendiador; y no he dejado de admirar el escogimiento y enlace de los hechos, la propiedad del lenguaje, y la rapidez del estilo.» Este trabajo, que hubiera sido suficiente para ocupar á otro escritor, solo sirvió á Fabroni de divertimiento cuando estaba á la vez ocupado en la composicion de su *Historia de la universidad de Pisa*, y de muchas otras grandes obras. Hay momentos en la vida de los hombres de letras, en los que la actividad del espíritu suple á la brevedad del tiempo. —N. A. T.

FABRONIO (V. Sor Jacinta). Hay una clase numerosa en la sociedad á la cual se desatiende, y se tiene poco ménos que olvidada: clase formada á la vez de espíritus sublimes y de almas sencillas; clase que busca alimentarse de sentimientos tiernos y piadosos, y á la cual dejan abandonada y miran tal vez con cierto desden hombres que se llaman á sí mismos humanitarios. Diríase á primera vista que es la clase de los débiles, porqué á los ojos del vulgo superficial no presenta sino virtudes pacíficas y mansedumbre de carácter: no hace ruido en el mundo, pero encierra no obstante el heroismo del desprendimiento y de la virtud. De ella salen esas almas generosas, que hacen de su vida un sacrificio y de sus placeres un sepulcro para enjugar las lágrimas y aliviar las miserias de la humanidad doliente y desvalida; y de ella salen tambien aquellos conquistadores de la caridad, que corren á la fatiga y á la muerte para dar á sus hermanos desconocidos la luz y la vida del alma. El sexo débil y sensible forma gran parte de esta porcion delicada de la humanidad, porqué busca en el apoyo eterno de la Religion

aquella fuerza de espíritu que siente faltarle, y que le transforma cuando conviene, para asombrar al mundo con los rasgos de su caridad y de su constancia. El hombre, sintiéndose fuerte, es mas propenso á dejarse arrastrar por el torbellino del siglo y atronar por su estrépito. Mas cuando este mismo hombre se detiene aterrado en medio de los precipicios; cuando cede un poco del orgullo de su sexo y mide con su mirada penetrante la elevacion de su inmortal destino, miéntras que las mujeres, semejantes á las abejas que nacen en la miel, ó á aquellas aves de las Islas Afortunadas que se alimentan de perfumes, nutren su alma dulce con la devocion como con un rocío del cielo; el vuelo del hombre cristiano es mas rápido: es el vuelo del águila que deja atras á las mansas palomas. Así pues, la devocion, aquella devocion sólida inseparable de la caridad, bien sea activa ó contemplativa, y de la humildad que es su base, solo puede ser despreciable ó indiferente para quien desconozca su orígen: ella es el elemento de las almas grandes, que buscan su grandeza en la humildad, y que en medio de su sencillez y dulzura, no hallando en la tierra objeto que pueda satisfacer el amor infinito de su corazon, buscan en Dios su centro y su reposo. No en vano hemos sentado estas ideas preliminares ántes de entrar en la sucinta y rápida explicacion de la vida de una pobre religiosa, á quien por este conjunto de virtudes pacíficas y sosegadas que poco brilla á los ojos del mundo, ni aun de la historia, se le dió el título de venerable. Estas existencias de una vida interior y perfecta no dejan de ofrecer al lector cierta indispensable monotonía en medio de la variedad inmensa de tantas vidas santa ó sábiamente operadoras y henchidas de actividad; y si bien no dejarán de interesar á las almas igualmente sencillas y humildes que sienten por ellas secretas simpatías, no deben exponer al biógrafo que tal vez no excite con ellas ventajosamente la atencion del lector, que con mucha razon desea nutrirse de la variedad de las escenas y del resultado exterior de las acciones grandes ó virtuosas. Pocos rasgos bastarán, pues, para delinear á los ojos de la generalidad de los lectores una vida puramente contemplativa, cual la de la Venerable hermana que nos ocupa. Natural de Florencia, patria fecunda en héroes de santidad, y nacida de padres tan ricos en fortuna como en virtudes (lo cual no suele acontecer á menudo) fué criada con santas y loables costumbres, como una vírgen destinada ya para, á su tiempo, ser consagrada á Dios. Su madre deseaba con ardor que se hiciera hija de Sta. Clara bajo el humilde y penitente hábito del seráfico S. Francisco, y por una de aquellas comunicaciones íntimas con que el cielo suele revelarse á las almas escogidas y que se hallan fuera del alcance de la crítica humana, sea por aparicion ó por inspiracion, tuvo un presentimiento seguro de que Dios tenia decretado dar su hija á la Órden del grande Domingo, para que resplan-

deciera en esta religion esclarecida como Sta. Clara en la de S. Francisco; y creyendo ser esta la voluntad de Dios y reconociendo en Jacinta una vocacion verdadera, sin la cual ya no habria sido esta la voluntad de Dios, la hizo entrar monja en el convento de Santiago de Ripoles de la Órden dominicana en Florencia. Á tales principios correspondieron los progresos en la virtud y en la santidad de costumbres. Lo cándido de la lana y lo negro del manto, dicen sus cronistas, la ejercitaron á conservar no solo la pureza de alma y cuerpo, sino la sujecion entera del cuerpo al espíritu, sin darle lugar á que se rebelara contra él. Á mas de los ayunos de su Órden, ayunaba á pan y agua cuatro dias á la semana privándose hasta de los manjares y bebidas mas inocentes para padecer algo por Jesucristo. Refiérese que estando una vez enferma y con inflamacion, habiéndole ordenado que bebiera un poco y sintiendo arreciar sus dolores, dijo; que el mejor remedio para su enfermedad era su pan y agua, y que la dejasen proseguir sus ayunos; con lo cual se puso buena. Léjos de hacer alarde de sus mortificaciones (pues en la virtud mas austera puede haber tambien su vanidad) hacia sus penitencias con tanta cautela, que no se hubieran sabido si despues de muerta no se le hubiesen encontrado los cilicios y los rastros que estos dejaron en su macerado cuerpo. Las almas de este temple se alimentan del amor á Dios sacramentado, cuya llama atizan con el pábulo continuo de la oracion. Y como Dios baja realmente á sus almas para santificarlas, jamas se sienten saciadas del sagrado pan de los ángeles, por cuyo medio Dios renueva con ellas su íntima é inefable union. Tambien les comunica Dios el don de la sabiduría hasta el punto que conviene á su santificacion y á la de los otros. Así es como nuestra Jacinta, sin haber seguido los estudios de las humanas letras, era favorecida de Dios para componer algunos libros espirituales y provechosos en que el amor de Dios hablaba con toda su irresistible elocuencia, y en los cuales la autora, como inspirada, reunia en lengua latina las sentencias mas escogidas de la Escritura Santa. Su humildad era tan profunda, que no solo se tenia por pecadora sino que deseaba sinceramente que se le tuviera por tal, no para dar el escándalo del pecado, pues que casi no le conocia, sino para hacer una especie de reconocimiento de su propia fragilidad. ¿Por qué los grandes Santos se reconocen grandes pecadores? No porqué vean en sí pecados que no tienen, sino porqué conocen tan intensamente la encumbrada santidad de Dios y la indignidad de su criatura, que les parece ver en sus mas mínimos defectos grandes lunares de imperfeccion atendida la justicia con que quisieran presentarse delante de Dios. Huia, pues, Jacinta con horror de toda ocasion de ser alabada y tenida por buena, buscando coyunturas para ser menospreciada del mundo, que es el punto elevado á que puede llegar la humildad; pues Dios no prohibe que pro-

curemos la buena fama y reputacion, con tal que de ello no nos demos la menor gloria á nosotros mismos, sino toda á Dios. Pero tan alta virtud no puede estar por largo tiempo oculta: ella misma se hace traicion á pesar suyo. La santidad de Jacinta llegó á noticia de la gran duquesa Victoria, la cual fué á visitarla; y quedó tan prendada de sus discursos, que iba muchas veces en secreto al convento, como hacian en aquella época los grandes de la tierra que buscaban en los hijos ó hijas del claustro los humildes dispenseros de las gracias del cielo y los escondidos intérpretes de su voluntad. Jacinta y la duquesa entraban en el oratorio y tenian sus conferencias espirituales. En la abnegacion de la propia voluntad venció al mundo y á sí misma, y fué una de aquellas preciosas existencias, que con el auxilio continuo de la Gracia, dícese que nunca cayó en pecado grave, como lo aseguraban sus confesores. Estas almas cándidas, á las que no tocó jamas el hálito pestífero del mundo, se conservan puras en una atmósfera de paz y de amor y llegan á constituirse, por sus grandes méritos y por su hábito de amar á Dios, en una especie de imposibilidad moral de pecar, pues su pensamiento puede decirse que casi no conoce el pecado. ¡Ó virtud admirable de la Religion, que llega á formar para el alma pura una especie de estado de inocencia y de ignorancia del mal, que tiene semejanzas con el del paraiso terrestre ántes de la primera culpa! Así vivió, y así murió Jacinta á 5 de Febrero del año 1647 cubierta con la estola de la virginidad, rica de todas las virtudes, dispuesta á seguir con las palmas de la pureza al cordero sin mancha donde quiera que vaya. Alma que la Gracia santificó, pero que en la tierra ha quedado como digna de la veneracion de los hombres. — J. R. C.

FABRONIO (Cárlos Agustin) pistoriense. Nació en 28 de Agosto de 1651 de padres virtuosos y nobles, á saber; de Nicolas, caballero de S. Estévan, y de Lucila Sozzifanti. Dotado de ingenio y de singular memoria, aprendió con celeridad en su misma patria los rudimentos de las letras, é investigó las doctrinas mas sérias de la retórica y de la filosofía. En 1668 fué admitido en una de las plazas del Seminario romano, que segun la testamentaria disposicion del cardenal de Lugo, estaban reservadas á los jóvenes nobles. Llegado á Roma, fué hallado idóneo para entrar en el estudio de la teología. Aprovechó considerablemente bajo la disciplina de los padres de la Compañía de Jesus, hasta que pasó á Pisa para dedicarse á la jurisprudencia; y en aquella celebérrima universidad cultivó todos los estudios literarios. Familiarizóse con los varones mas esclarecidos de su época, pero con especialidad se hizo discípulo y amigo de Enrique Norisio cardenal. En la misma universidad de Pisa recibió el lauro y las insignias del doctorado. Vuelto á Roma, se asoció principalmente á los cardenales Jacobo y Félix de Rospiglia,

sus compatricios, y dió tales muestras de su bello carácter, innata bondad y clarísimo talento, que se concilió asimismo el aprecio y amistad de otros no ménos distinguidos cardenales; pero singularmente cultivó con asiduidad el trato y la amistad de Clemente XI aun ántes que fuese cardenal. Con tales auxilios favorecido, y recomendado muchas veces al pontífice Inocencio XII, experimentó por fin la beneficencia pontificia, y fué por el mismo Inocencio XII nombrado secretario de los libelos de súplica. Con increible destreza é integridad desempeñó tan elevado destino, y con esta ocasion el Pontífice trataba muchas veces con él familiarmente, y le comunicaba sus mas secretos negocios. De ahí empezó á hacerse sospechoso á varios cardenales, y bajo honoríficos pretextos fué separado de la íntima comunicacion con el Papa y hasta de su presencia; pues en el año 1695 fué trasladado á la plaza que se hallaba vacante de secretario de la congregacion de *Propaganda Fide*, y el destino que ántes ocupaba fué conferido al obispo José Sacripanti, que despues, en el mismo año 1695, fué creado cardenal. En esta nueva magistratura portóse Fabronio con la misma integridad y nobleza, hasta que, ascendido á la cátedra de S. Pedro Clemente XI su mas ilustre protector, fué creado cardenal en 17 de Mayo de 1706 bajo el título presbiteral de San Agustin. Fué asimismo unido á las congregaciones del Santo Oficio, de los obispos y regulares, de ritos, de exámen de obispos, *Propagandæ Fidei*, de disciplina de regulares, indulgencias, visita apostólica y residencia de obispos. Ademas se le nombró protector de los canónigos regulares lateranenses y de la congregacion de Valle Umbrosa, y prefecto tambien de la congregacion del Índice de libros prohibidos. En los mas árduos é importantes negocios de la Iglesia intervino Fabronio á instancia de los papas Inocencio XII y Clemente XI y en el pontificado de este último fué el que aconsejó y casi formó la célebre Constitucion *Unigénitus*. En la misma causa de Quesnel mostróse acérrimo defensor de los derechos de la Santa Sede, y rechazó repetidas veces las propuestas de conciliacion, presentadas quizas con demasiada aspereza. Intervino en los comicios ó cónclave para la eleccion de Inocencio XIII y Benito XIII. Y por fin, cargado de méritos y de años, falleció en 19 de Setiembre de 1727 á la edad de setenta y seis años. En la iglesia de su titular S. Agustin, á presencia del Sacro colegio de cardenales y de Benedicto XIII, sumo pontífice, su cuerpo fué sepultado con la mayor solemnidad, y puesto en su sepulcro el siguiente epitafio:

D. O. M.
CAROLO AUGUSTINO
HUJUS TITULI PRESBYT. CARDINALI FABRONO
PATRICIO PISTORIENSI
INGENIO MEMORIA ERUDITIONE

SCIENTIARUMQUE PERITIA PRÆCLARO
AB INOCENTIO XII
SUPPLICUM LIBELLORUM
PRIMUM DEIDE
SAC. CONGREG. DE PROPAGANDA FIDE
A SECRETIS DELECTI A CLEMENTE XI
INTER S. R. E. CARDINALES COOPTATO
APOSTOLICÆ SEDIS
ET CATHOLICÆ RELIGIONIS PROPAGATORI
PIETATE ERGA DEUM
ET MISERICORDIA IN PAUPERES SPECTATO
IN ARDUIS CHRISTIANÆ REIPUBLICÆ
NEGOTIIS
A SUMMIS PONTIFICIBUS ADHIBITO
OBIÍT LABORIBUS ET SENIO CONFECTUS
DIE XIX SEPTEMBRIS ANNI MDCCXXVII.
VIXIT ANN. LXXVI, DIES XXI.
ALPHONSUS MARIA ABBAS FABRONUS
FRATRIS FILIUS ET HÆRES
EX TESTAM PATRUO
OPTIMO AC BENEFICENTISSIMO M. P. —N. A. T.

FABUEL (Gil) cronista. Fué natural de la villa de Chulilla en el reino de Valencia: profesó la religion descalza de S. Francisco y fué hijo de la provincia de S. Juan Bautista. Ascendió á lector de sagrada teología, custodio, y cronista de la misma provincia. Murió en el convento de la villa de Liria en 15 de Abril del año 1747. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *Oracion por las exequias del Exmo. Sr. duque de Bervik y de Liria*, Valencia por Joseph Estévan Dolz, 1735, en 4.°. 2.ª: *Crónica de la provincia de S. Juan Bautista de religiosos menores descalzos de la regular observancia del seráfico padre S. Francisco, parte tercera.* Esta Crónica es continuacion de la que sacó á luz Fr. Antonio Panes, natural de Granada, hijo de la misma provincia de S. Juan Bautista, y que fueron impresas en Valencia en folio por Gerónimo Vilagrasa en los años 1665 y 1666. Existe manuscrita esta Crónica en el mismo tamaño en el convento de S. Juan de la Ribera, custodiada en el archivo de la provincia. — A. C. R.

FACCIARDI (Cristóval) capuchino, y célebre predicador en el siglo XVI. Nacido en Verruchio ó Verucolo, pueblo del territorio de Rimini, en los Estados pontificios, abrazó desde muy jóven la vida religiosa, entrando primero de menor conventual del Órden de S. Francisco, pasando despues al instituto reformado de los capuchinos. Facciardi, extraordinariamente apli-

cado, se dedicó al estudio de las letras divinas con un ardor inconcebible. Lleno del espíritu de su Órden, cumplia los deberes que le imponia la regla con la mayor exactitud y esmero, en términos, que bien podia citársele como modelo de religiosos. Dispensábanle sus maestros las mayores consideraciones, miéntras que sus condiscípulos procuraban imitarle para alcanzar los favores á que Facciardi se hizo acreedor así de Dios, como de los hombres; pero no hubo ni siquiera uno en su época que lograse aventajarle, porqué su tierna piedad no conocia límites. Podemos decir sin exageracion que habia nacido para el estado que abrazó. Con tan buenos auspicios principió su carrera en el púlpito de un modo sorprendente. Colocado en la cátedra del Espíritu Santo desplegaba aquella elocuencia á la vez dulce, enérgica y persuasiva, que conmueve aun al mas inclinado á la indiferencia en puntos de Religion; y por esto mereció que Posebino le llamase *modelo de santidad y de doctrina*. «Si hemos de dar crédito al P. Bernardo de Bolonia, su cofrade, dice un escritor, era tan grande la afluencia en sus sermones, que predicando en la catedral de Milan se reunian en ella diariamente hasta treinta mil oyentes para escucharle, causando sus palabras un efecto tan extraordinario, que en cierto dia en Bolonia despues de haber pronunciado un discurso sobre la caridad, los asistentes no solo vaciaron sus bolsillos, sí que tambien se desprendieron de sus joyas y de lo que tenian de mas precioso á favor del hospital de huérfanos, que Facciardi les habia encomendado; logrando por este medio dar mayor ensanche á un establecimiento destinado para albergar á tantos infelices que de otro modo perecieran víctimas del crímen ó de la miseria.» Ninguno de los biógrafos nos dice el año en que Facciardi murió. Debemos á este apóstol de la caridad cristiana, no ménos laborioso que escritor distinguido, las obras siguientes: 1.ª: *Exercitiorum spiritualium ex S. S. Patribus volumina tria*, Leon de Francia, 1590, Venecia, 1597, y Paris, 1606. 2.ª: *Esercizi d' anima raccolti de' S. S. Padri, predicati in diverse citta d' Italia, stampati ad instanza degli ascoltanti*, en 12.°, Venecia, 1592. 3.ª: *Meditazioni de' principali misteri della vita spirituale*, Venecia, 1599. Estas Meditaciones han sido traducidas al latin, Colonia, 1605. 4.ª: *Vita et gesta sanctorum Ecclesiæ Verruchinæ, in 8.°*, Venecia, 1600. 5.ª: *Tractatus de excellentiâ B. Catharinæ virginis Bononiensis*, Bolonia, 1600. 6.ª: *Compendio di cento meditazioni sagre etc.*, Venecia, 1602, Plasencia, 1606. 7.ª: *Vita del B. Giovanne canonico di Rimini, et del B. Roberto Malatesta etc.*, Rimini, 1610. 8.ª: *Della prima origine della casa Malatesta*, en 4.°, Rimini, 1610. 9.ª: *Ceremoniale sacrum ad usum P. P. capuccinorum*, Venecia, 1614. 10.ª: *Porta aurea et sanctuarium sanctæ theologiæ tum scholasticæ, tum positivæ, aperta.* — E. A.

FACCIO, obispo de Pamplona. Tal se llamaba el sucesor que en la silla

episcopal de Pamplona tuvo Antonioto, cardenal del título de Sta. Sabina. Nombróle el papa Julio II administrador y perceptor de frutos, cargo mas propio para él, que el de pastor solícito y amigo de conocer el rostro de sus ovejas. Luego que el prior y cabildo de Pamplona supieron la muerte de Antonioto, eligieron, declarando la sede vacante, por vicario general á Miguel Garses, prior de la misma iglesia; y usando de su derecho, segun refiere Prudencio de Sandoval en el catálogo de los obispos de esta diócesis, pidieron por obispo á Amadeo Labrit, cardenal titular de S. Nicolas, hermano legítimo de D. Juan de Labrit, rey de Navarra, y varon de acreditada virtud y ciencia. Denegóse el Papa á conceder lo que solicitaba el cabildo, y el cardenal Faccio proveyó luego el cargo de procurador y vicario general en la persona de Antonio Roncionio canónigo de Pisa y doctor en derechos, al cual recibieron y obedecieron sin contradiccion alguna en el arciprestazgo de la Valdonsella: de lo cual tal vez procede la presuncion en que se halla aquella parte del obispado, de que el obispo ha de tener allí un oficial que administre justicia en primera instancia. En la iglesia catedral empero se denegaron á recibirle y darle posesion, auxiliados del rey D. Juan. Incomodado el Papa con esta resistencia, despachó su monitorio, que llaman penal, hecho en Roma á 26 de Enero del año 1507. Y no queriendo obedecer el Rey, fulminó el Papa contra él sentencia de excomunion y puso entredicho en todo el reino. Estos conflictos entre el poder temporal y el espiritual han producido siempre un daño considerable en la Iglesia, que no cesa de amonestar conciliacion, paz y mutua ayuda entre ámbas potestades; y tales conflictos deben mirarse como efecto de las pasiones humanas, y jamas como emanadas ni producidas por el espíritu de la Iglesia. Este entredicho general duró año y medio, y era en verdad un estado el mas lastimoso para los fieles, pues no podian celebrarse los oficios divinos en parte alguna, ni se podia dar sepultura sagrada á los difuntos. Tan triste situacion afligia en gran manera á todo el pueblo altamente piadoso, sumiso y cristiano. Viéndose en este conflicto, resolvieron, despues de maduros consejos y meditadas reflexiones, someterse por su parte, y obedecer las letras apostólicas; dando este ejemplo de religiosa sumision al jefe supremo de la Iglesia, y dejando tomar pacífica posesion del obispado al vicario general nombrado por el cardenal Faccio, prestándole obediencia como á su verdadero pastor y prelado en manos del vicario: y en cuanto á los frutos, se concertaron amigablemente el cabildo con el vicario. Despues que estuvieron así reconciliados, D. Alonso de Aragon, arzobispo de Zaragoza, nombrado por S. S. comisario y ejecutor de sus letras, absolvió y alzó el entredicho en 3 de Setiembre del año 1509. Y así quedó el cardenal Faccio en la posesion del obispado de Pamplona hasta el dia de su muerte, que fué en Roma el 24 de

Marzo del año 1510: como si Dios no le hubiera permitido gozar por mas tiempo lo que contra la voluntad de sus ovejas poseia. Dios se vale muchas veces de estos golpes inesperados de su justicia para expresar su voluntad, y acabar con lo que solo se sostenia por la violencia de los hombres. Sabida en Pamplona su muerte, publicó luego el cabildo la sede vacante á 22 de Abril, y no es de extrañar que se dieran priesa á despachar el aviso; y duró la sede vacante hasta 9 de Setiembre del mismo año, reinando los príncipes D. Juan y D.ª Catalina. — C. R.

FACÉE, hijo de Romelía. Era general del ejército de Faceïas, rey de Israél, cuando se sublevó contra su señor en el año del mundo 3245, ántes de Jesucristo 755, ántes de la era vulgar 759. Atacóle en Samaria en la torre del palacio real, acompañado de Argob, de Arie y de cincuenta galaaditas que entraron en el complot, y logrando sorprenderle le asesinó. Este acto de iniquidad puso en sus sienes una corona salpicada de sangre: corona que conservó por espacio de veinte años en mengua y oprobio del pueblo de Israél; pues sin consideracion á la divina venganza siguió el ejemplo de Jeroboam, hijo de Nabat, que habia inducido á Israél al pecado. Declaró la guerra á Acaz, rey de Judá, y uniendo sus fuerzas á las de Rasin, rey de Syria, llegó á poner sitio á la ciudad de Jerusalem; mas obligado á renunciar á esta empresa tuvo que retirarse con sus tropas. En el año siguiente salió otra vez en campaña con un numeroso ejército que dividió en tres cuerpos: el uno mandado por él, el otro confiado á Rasin, y el tercero á Zicri, que era uno de los hombres mas poderosos de Efraím. Aprovechándose Acaz de la ausencia de Rasin, que á la sazon se hallaba ocupado en recorrer una de las extremidades del reino, aceptó la batalla con que le brindó el rey de Israél; pero el de Judá, á pesar de los esfuerzos que hizo, quedó enteramente derrotado, dejando en el campo de batalla ciento veinte mil muertos, y en poder del vencedor doscientos mil prisioneros, entre los cuales se contaban personas de ámbos sexos y de diferentes edades. Habia determinado Facée conducir los cautivos á Samaria; pero con la intervencion del profeta Odeb y con la noble y decidida cooperacion de Azarías, Baraquías, Ezequías y Amasía adquirieron los infelices prisioneros su libertad. (Véase Ezequías.) Durante el reinado de Facée aconteció tambien la invasion de Israél por Teglatfalasar, rey de los asirios, quien logró apoderarse de Aión, de Abela ó Abelmaira, de Maaca, de Janoé, de Cedes, de Asór, de Galaad, de Galilea, y finalmente de todo el pais de Neftali, cuyos habitantes condujo cautivos á Asiria; de modo que á Facée no le quedó del reino mas, que Samaria y la mitad de la tribu de Manasés: circunstancia que le atrajo la suerte de todo príncipe desgraciado; esto es, el desprecio y animadversion de sus súbditos. Habian cumplido ya los veinte años de su

reinado, cuando Osee, hijo de Ela, tramó una conspiracion contra su persona, logrando clavar el puñal en su corazon y apoderarse por este medio de la diadema de Israél salpicada siempre de sangre, y presagio, digámoslo así, de nuevas desventuras y quebrantos para un pueblo tan veleidoso como indócil á los mandatos del Señor. La muerte de Facée aconteció en el año del mundo 3265, ántes de Jesucristo 735, ántes de la era vulgar 739.—E. A. V.

FACEÍAS, hijo y sucesor de Manahém, rey de Israél. Dos años de reinado le bastaron para dejar al pueblo una memoria indeleble de su impiedad, que igualó, si no excedió, á la de Jeroboam hijo de Nabat. En el artículo anterior hemos manifestado ya el fin desastroso que tuvo este mal rey.—O. A. R.

FACHINETTI (César) natural de Bolonia, cardenal, primo del papa Inocencio IX y el último de la casa de su nombre. Nació en 17 de Setiembre de 1608. No sabemos si debió su elevacion á su posicion social, ó bien á su ciencia y á sus virtudes; lo cierto es, que habiendo abrazado la carrera eclesiástica llegó á las mas altas dignidades, y mereció la entera confianza de la Santa Sede. Despues de haber sido su nuncio en España y secretario de la Congregacion de los obispos y regulares, fué nombrado cardenal del título de los Cuatro Santos coronados por el papa Urbano VIII en 13 de Julio de 1643. Obtuvo sucesivamente los obispados de Sinigaglia, de Espoleto, de Alba, de Frascati, de Palestrina, de Porto, y murió siendo obispo de Ostia y de Beletri y dean de los cardenales en la noche del 30 al 31 de Enero de 1683 á la edad de setenta y cinco años, habiéndosele sepultado en la iglesia de Sta. María de la Escala de los carmelitas descalzos.—E. A. O.

FACHINHAM (Nicolas). Nació en Nortfolk en Inglaterra. Sintiéndose inclinado al estado religioso, abrazó el Órden de frailes menores, entrando en el claustro con la firme resolucion de entregarse á los estudios y de adelantar cuanto le fuese posible en el camino de la virtud. Sus deseos no salieron fallidos, porqué iban acompañados de las mas buenas disposiciones. Talento despejado, genio profundo, feliz memoria, fácil locucion: todas estas circunstancias desplegó á la vez; de modo que recorrió la espinosa via del saber humano con mas corto espacio de tiempo de lo que podian prometerse sus superiores. Recibió el grado de doctor en la universidad de Oxford, donde muy en breve enseñó la teología á los de su Órden. Tan fácil en aprender como feliz en la enseñanza, se hizo admirar por el gran número de aventajados discípulos que sacó en las ciencias eclesiásticas. Querido de sus superiores, amado de los príncipes, consultado con frecuencia por hombres distinguidos en materias las mas delicadas, á todos correspondia con igual esmero; porqué sus principales distintivos eran la humildad de un buen religioso, la gratitud de un corazon verdaderamente sensible, y la pe-

netracion de un hombre versado en las ciencias divinas y humanas. Elevá-ronle al cargo de provincial, cuyas funciones desempeñó con aquella pru-dencia y acierto que eran de esperar de un varon nacido para brillar en una Órden que tan buenos frutos daba en Inglaterra. En este estado le alcanzó la muerte en el año 1407. Compuso dos obras; la primera titulada *De fra-ternitate christiana*, y la segunda *De schismatibus Ecclesiæ*.—O. R. A.

FACI (Juan). Fué este célebre varon natural de Francia y alumno del convento de carmelitas calzados de la ciudad de Aviñon, donde vistió y pro-fesó el hábito de esta sagrada Órden. En ella aprovechó tanto en virtud y le-tras, que despues de haber desempeñado el cargo de prior del mismo con-vento y el profesorado de sagrada teología, sustituyó, por disposicion del papa Eugenio IV, á Bartolomé Roqualio, elegido obispo, en el cargo de prior general de toda la Órden; cuyo nombramiento tuvo lugar en 1431, hasta que fué definitivamente elegido para aquel importante y elevado em-pleo en el capítulo general celebrado el dia de Pentecóstes del año 1434. Portóse Juan en este destino no solo con satisfaccion y aplauso de toda la Órden, sino con admiracion general; por manera que en quince años no se le nombró sucesor. En Roma fué donde resplandeció mas singularmente su virtud; siendo por ella y por las demas dotes que le adornaban muy amado del mencionado pontífice Eugenio IV, de quien consiguió no solo dispensa en la rigidez de la regla de su Órden tocante á la abstinencia de carnes y observancia de los ayunos, si que tambien un privilegio para que el prelado general de toda la Órden de carmelitas, los provinciales y priores de sus conventos, tuviesen sobre sus súbditos la misma autoridad que por oficio de la Santa Sede apostólica tienen los menores penitenciarios en la curia romana. En el año 1439, el dia 2 de Abril, estando en Basilea asistiendo en el sínodo general, suscribió al escrito de concordia y de paz que entre sí celebraron los priores generales de las cuatro Órdenes mendicantes, que lo eran á la sazon Bartolomé Texerio de predicadores, Guillermo de Casali de menores, Gerardo de Arimino de agustinos y nuestro Juan Faci de carmeli-tas. Habia recorrido ya Faci la Bélgica en 1436, visitando sus conventos y recibiendo de todos las mayores muestras de consideracion. Distinguióse en-tre ellos el Hacalemense, en Holanda, cuyos religiosos con los demas que habia en la ciudad y sus párrocos salieron á obsequiarle en numerosa comi-tiva, al modo que despues, en 10 Junio de 1442, lo hizo el mismo Enrique VI rey de Inglaterra, demostrándole su aprecio y especial proteccion. Con-vocó Faci durante su generalato cuatro capítulos generales en diversos luga-res. Reprimió la rebelion de los religiosos carmelitas de Colonia; aprobó la Congregacion mantuana, de la cual nombró primer vicario á Juan Lappi de Florencia, y corrigió algunos religiosos, que, con el pretexto del concilio

general de Basilea, se habian separado de la verdadera obediencia, atizados por Pedro de Gelvias, provincial de la Alemania Inferior. Si bien se desveló para el fomento de su Órden haciendo construir varios edificios y monumentos, y colmándola en cuanto estuvo de su parte de beneficios espirituales; no por eso se olvidó de su convento de Aviñon en donde habia vestido el hábito. Entre los monumentos de su piedad que dejó en él, se contaba una gran campana de bronce, que por su perfeccion y estructura fué por mucho tiempo la admiracion de los inteligentes. Enriquecióle con muchas alhajas preciosas, principalmente de vestidos y adornos para celebrar los divinos misterios. Tanto hizo por fin en beneficio de su Órden y de la Iglesia en general; tales pruebas dió durante su gobierno de piedad, fortaleza y prudencia, que habiendo muerto Miguel de Bolariis, obispo regiense, consideróle el papa Nicolas V muy digno de ocupar aquella silla episcopal; á la que le elevó en 16 de Marzo del año 1450. Apénas tomó posesion de su nueva dignidad, cuando nació entre él y el cabildo regiense cierta cuestion de honor ó reverencia; pero elegidos árbitros por ámbas partes, logró el virtuoso prelado con su tino ponerle fin en el mismo año primero de su pontificado. En el séptimo suscribió y asistió en el sínodo provincial, que Pedro de Fuxo obispo albanense, cardenal de la Santa iglesia romana, legado de la Santa Sede apostólica en Aviñon, convocó allí. Por fin, despues de haber desempeñado por espacio de mas de catorce años los oficios de solícito y vigilante pastor de su iglesia, murió en 22 de Diciembre de 1464, y fué enterrado en su propia iglesia catedral. Escribió: 1.° : *In Sacræ Scripturæ locos nonnullos commentaria.* 2.ª: *In Magistrum Sententiarum libros quatuor commentaria.* 3.ª: *Sententia Juridica adversus Petrum de Novâ Ecclesiâ, Joannem de Nusiâ et alios Provinciæ Germaniæ Inferioris fratres lata;* la que confirmó Eugenio IV en 10 de Julio de 1442. 4.ª: *Libellus supplex pro mitigatione Regulæ*, presentado al mismo Eugenio IV y admitido por él en 18 de Marzo de 1446. 5.ª: *Libellus supplex alter*, presentado á Nicolas V y aceptado por este pontífice en 21 de Noviembre de 1450. En dicho librito de súplica pide Juan Faci á la Santa Sede facultad para rezar las horas canónicas segun el rito de carmelitas, aun siendo obispo, y para recibir por capellan á uno de los religiosos de su Órden. Hacen de este virtuoso prelado célebre memoria los sumos pontífices Eugenio IV y Nicolas V, Enrique VI, rey de Inglaterra, el Illmo. Sr. José M.ª Suarez, Simon Bartel, Sanmarthani, Lezana, y otros muchos escritores de gran nota.—J. S.

FACINO (Juan Estévan). Fué natural de Cremona, ciudad de Lombardía, en Italia, donde profesó la vida monástica en la Religion carmelitana. Despues de concluir sus estudios, ejerció el profesorado público en varios lugares, y principalmente en la ciudad de Pavía. Gobernó muchos conven-

EL Bto NICOLAS FACTOR.

tos, entre ellos el de Cremona, con igual celo por la observancia de las leyes, que acierto en resolver ó evacuar los negocios. Quien tan sabio se mostraba en el gobierno de los conventos, no podia tardar mucho en ser elevado al provincialato; y en efecto, en el capítulo general celebrado en Venecia en 1539 fué constituido vicario provincial de la de Génova, la que unida posteriormente con el Piamonte y el ducado de Milan rigió por mucho tiempo con plena jurisdiccion, quedando despues prelado de toda la Lombardía por la dilatada serie de veinte años continuos. No solo gobernó aquella provincia con autoridad claustral; sí que tambien una y otra vez fué visitador de todos los conventos de carmelitas de aquellas regiones por comision de los sumos pontífices. Dos veces asistió en el santo concilio de Trento, primeramente bajo Paulo IV, por los años de 1545 y 1546, en que fué llamado por consultor, y despues bajo Pio IV; desempeñando en el mismo concilio las veces de prior general de su Órden, que lo era entónces Nicolas Audeti; portándose tan esclarecidamente, que en 1563, dia de la fiesta de la Asuncion de la SSma. Vírgen María, se le confió el honorífico encargo de predicar á los Padres del concilio. Concluido este, regresó Facino á su patria, donde ejerció de nuevo la prelatura de la provincia hasta el año 1571, en que pagó el debido tributo á la naturaleza, muriendo el dia 1.° de Abril en la misma ciudad de Cremona. Antonio Riccobono dice, que enseñó lógica en 1534 en la universidad de Pavía. —E. L.

FACTOR (B. Pedro Nicolas) religioso del Órden seráfico. Valencia, esta ciudad de España, antigua capital del reino de su nombre, rica en varones ilustres en piedad, en ciencias y en artes, la patria del insigne Vicente, puede vanagloriarse tambien de contar entre sus hijos al B. Factor, á este excelente modelo de la caridad mas acrisolada. Nació Factor en el dia de los apóstoles S. Pedro y S. Pablo, 29 de Junio de 1520. Sus padres, que se llamaban Vicente Factor y Úrsula Estany, mas distinguidos por sus virtudes que por la nobleza de su familia, dieron á su hijo una educacion esmerada, procurando inculcarle ya desde su tierna infancia aquel amor á la virtud que tranquiliza el alma y que asegura la verdadera felicidad aun en este mundo, donde los desengaños nos mantienen en continua zozobra. Factor, agradecido á los desvelos de sus buenos padres y dotado de las mas bellas disposiciones, procuró corresponderles con los tiernos afectos de un corazon puro y extraordinariamente sensible. Distinguióse ya desde sus primeros años por su absoluta obediencia, por su constante aplicacion, y sobre todo por aquella acendrada piedad que forma el tipo, digámoslo así, de todas sus acciones. Digno es de contarse el modo como por lo regular empleaba el dia. Levantábase muy de mañana, oraba con el mayor fervor, entregábase al estudio, y despues de haber visitado el templo del Señor, dirigíase á la

escuela para escuchár las lecciones de un preceptor solícito, que procuraba con sus sanas máximas infundirle el amor á la lectura de los buenos libros, y en donde Factor encontraba todas sus delicias. Á pesar de los elogios á que á cada paso se hacia acreedor, nunca jamas se envaneció, porqué como habia nacido para vivir en la estrechez del claustro, consideraba muy acertadamente, que la humildad debe ser el principal distintivo del hombre que aspira á la perfeccion. Así es que procuraba evitar con particular cuidado todas aquellas cuestiones, que, siendo hijas de la sutileza mas bien que de la doctrina, no producen otro efecto que la pérdida de un tiempo precioso que puede destinarse á otros objetos de grande importancia. Guiado por estas máximas, todo su afan se dirigia á adelantar tanto en las ciencias, como en el camino de la virtud. Enemigo irreconciliable del ocio, aprovechaba todos los momentos que le quedaban libres, aplicándoles al estudio de la pintura, de la música, así en la parte instrumental como en la de canto, siendo tambien muy aficionado á las ciencias exactas; y á esa constante aplicacion y buen genio debió los títulos de excelente gramático, de buen poeta latino y castellano, y de muy diestro en la aritmética. Como á pintor, su pincel se hizo admirar entónces por la belleza del colorido, y por la inteligencia con que ejecutaba los varios objetos que queria representar en tablas, lienzos, paredes, y mas particularmente aun en vasos de cristal, donde cada pintura, segun Ximeno, era una maravilla. D. Antonio Palomino, pintor de cámara de S. M., en su obra titulada: *Museo pictórico y escala óptica*, Madrid, 1715, tomo III, pág. 256, núm. 19, elogia un cuadro de nuestro Factor, que se conservaba aun en su tiempo en el convento de Jesus. Finalmente, pulsaba la lira con extraordinaria delicadeza, y su voz de cisne extasiaba y derramaba la dulzura en el corazon de cuantos le oian. Un jóven de tan bellas prendas por precision debia contar un gran número de admiradores; pero Factor sensible y virtuoso, al paso que á todos alargaba la mano de amistad, todo su amor se concentraba en Dios y en la pobreza: de modo que ya desde su niñez se privaba aun del preciso alimento para darlo á los pobres. En cierta ocasion vió sentado en el umbral de un templo á un infeliz cubierto de andrajos y lleno de lepra, y considerando en él la figura de nuestro Salvador, que tanto padeció clavado en la Cruz para libertar al género humano de la horrorosa esclavitud que padecia, se arrojó instantáneamente á sus pies, se los besó y luego le socorrió con lo poco que pudo. Esta noble accion, ejecutada por un jóven imberbe, excitó la atencion de cuantos le rodeaban; miéntras que el pobre extraordinariamente enternecido, levantó los ojos al cielo, y bañado en lágrimas pronosticó la futura suerte de su bienhechor. La historia del B. Factor está llena de rasgos semejantes, practicados en diversos lugares y ocasiones, y mas particular-

mente en los hospitales que frecuentaba diariamente para atender al alivio de los dolientes. Habiendo llegado á edad de elegir carrera, pretendió su buen padre aprovechar sus bellas disposiciones para hacerle representar un papel brillante en la sociedad; pero Factor, que como hemos dicho ya, aspiraba á la pobreza religiosa, con toda la humildad propia de un hijo obediente le representó que sus intenciones eran muy diversas; que habia determinado servir al Señor; que deseaba encontrar en la soledad del claustro aquella tranquilidad de ánimo que no se disfruta entre el bullicio mundano aun cuando se nade en la abundancia. Sorprendido quedó Vicente al oir la respuesta de su hijo; hízole presente que no convenia que se separase de la familia, que fundaba en él todas las esperanzas, y por fin le pidió encarecidamente que mudase de resolucion; pero en vano, porqué Factor constante en su propósito, si bien calló para no afligir á sus padres, buscó ocasion oportuna de cumplir su deseo, bien persuadido que á pesar de su resistencia á la voluntad paterna, el consuelo que hallaria en Dios serviria de poderoso lenitivo para conservar íntegro el amor que se habia granjeado de Vicente y de Úrsula desde el momento de nacer. Guiado por este propósito y con estas esperanzas, dió el último á Dios al hogar paterno, y huyó secretamente hácia su anhelada soledad, tomando el hábito del Órden de S. Francisco en el convento de Sta. María de Jesus de religiosos observantes, extramuros de la ciudad de Valencia, en 30 de Noviembre del año 1537, con general contento de los religiosos, porqué sabian ya el grado á que llegaba su virtud en edad tan tierna. En el momento de entrar Factor en el claustro, dirigió una tierna y expresiva carta á su familia, participándole el paso que acababa de dar; rogándole que le perdonase y que no le negase su bendicion. Vicente, que aun no habia perdido la esperanza de recuperar á su hijo, pasó inmediatamente á verle, y con las lágrimas en los ojos se arrojó á sus brazos, le estrechó en su seno; y encareciéndole con todo el ardor de un padre apasionado la grande afliccion de su desolada madre, le instó, le rogó de nuevo, pero siempre inútilmente. En tan crítica situacion, Factor, inspirado sin duda por el mismo Dios que le queria para sí, desplegó una elocuencia tan dulce y persuasiva que logró al cabo restablecer la tranquilidad en el corazon de su buen padre, quien se retiró tan alegre como triste habia venido. Con tan buenos auspicios principió el B. Nicolas el noviciado con un entusiasmo inconcebible. Cumplia con exquisita puntualidad los mandatos de sus superiores, entregábase continuamente al estudio y á la oracion, maceraba su cuerpo, se privaba aun de las horas precisas de descanso, y no habia acto de virtud y de humildad que no practicara. Concluyó el año de prueba siendo un perfecto modelo de novicios, y profesó en la domínica primera de Adviento del año siguiente

1538. Luego despues enviáronle sus superiores á estudiar artes y teología al convento de la villa de Oliva, donde aventajó en breve á todos sus condiscípulos, así por su constante aplicacion, como por la excelencia de su doctrina; y sobre todo por aquel grado de virtud, que como un metéoro no resplandece sino de vez en cuando. Trasladado al convento de la villa de Chelva continuó allí sus estudios; bien que por poco tiempo, porqué á peticion de los Exmos. Sres. condes de Oliva tuvo que volver al convento de la villa de este nombre, pues como á patronos del referido convento quisieron que Factor formase parte de su comunidad: en tan alta consideracion le tenian atendidas sus ínclitas virtudes. « En toda la carrera de sus estudios, « dice Company, jamas olvidó el consejo del santo Patriarca, que queria « que sus hijos se aplicasen al estudio; pero sin que este les entibiase el « fervor de la piedad y devocion. Y así por el conocimiento de las cosas físi- « cas elevaba su entendimiento á contemplar las grandezas de Dios, espe- « cialmente su sabiduría y poder. En el estudio de los misterios sagrados se « deshacia su corazon de ternura al considerar la suma dignacion de nuestro « Salvador Jesus en preparar todos los remedios oportunos para nuestra « salud. Meditando sobre la Divina Providencia, no acababa de admirar su « sábia economía en disponer las cosas para beneficio de las criaturas. En « suma sacó de los estudios todas las ventajas que pudieran esperarse de su « gran talento y buena índole; pues al paso que ilustró su entendimiento « con las luces de aquella ciencia que no ensoberbece, inflamó su voluntad « con afectos de una verdadera piedad y devocion. Así salió de las aulas con « todas las disposiciones para cumplir el ministerio á que el Señor le tenia « destinado. » Tendria como unos veinte y cuatro años de edad cuando recibió órdenes sagradas, y muy luego se entregó por órden de sus superiores al ejercicio de la predicacion, en cuyo desempeño sobresalió como en sus demas actos. Bien es verdad que reunia las circunstancias necesarias para hacerse admirar de sus oyentes; pero la que mas nombradía le dió fué su tierna y ardorosa piedad. Nunca subia á la cátedra del Espíritu Santo que ántes no ejercitase su fervor con el cilicio y la disciplina; así es que cuando desplegaba los labios derramaba un raudal de elocuencia tan grande, que dejaba pasmados á todos los oyentes. La elocuencia de Factor no era solamente aquella que se adquiere á fuerza de estudios; tenia algo mas de sublime. Hablaba su corazon; su espíritu se elevaba hácia Dios, se enternecia, se extasiaba; en una palabra, manifestaba tan al vivo la esencia divina, la caridad cristiana, la inagotable misericordia del Supremo Hacedor, que al paso que era oido con sumo gusto, producia los mas admirables efectos aun en los corazones mas empedernidos: de modo que por sus sermones se hizo en su tiempo acreedor al título de apóstol de su patria. El centro principal

de sus glorias fué la villa de Chelva, desde donde se extendió á otros varios puntos: en todas partes alcanzaba repetidas victorias, ya corrigiendo las malas costumbres y estableciendo la paz doméstica, ya derramando á manos llenas el bálsamo consolador de la caridad cristiana, ya por fin convirtiendo á un sin número de moriscos, á quienes instruia en las verdades de la fe con un celo digno de los primeros Apóstoles: en pocas palabras, Factor era el alma de aquellos pueblos cuyas gentes entusiasmadas le aclamaban padre y protector. Treinta años seguidos continuó Factor ejercitándose en el ministerio de la predicacion, sin que jamas se notase la mas leve diferencia en su celo, en su piedad, en su fervor. La fama de sus virtudes voló desde la humilde celda donde principiara sus ejercicios espirituales hasta penetrar en los palacios de los príncipes, y por lo mismo podemos decir sin exageracion que toda la España fué partícipe de la bien cimentada doctrina del héroe de la cristiandad en aquellos tiempos. Desde el mas infeliz campesino hasta el hombre de mas elevada esfera, todos, absolutamente todos, admiraban en Factor un varon justo, sabio, lleno de la Divina Gracia, y en quien residia un poder sobrenatural para remediar las calamidades públicas, para dar la salud al enfermo, para consolar al afligido, para socorrer al pobre, para substituir con la abundancia la esterilidad, y finalmente para hacer que desapareciese la mas terrible tormenta, restableciendo la calma precursora de futuras felicidades. Así es que este varon verdaderamente grande estaba al parecer predestinado á grandes empresas: y ¿quién dijera que el jóven mimado de las escuelas, que el hijo de Vicente y de Úrsula que habia huido del hogar paterno para buscar en la soledad y en el recogimiento los deleites de la vida celestial, debia representar un papel tan brillante en la sociedad, conservando el mismo estado de pobreza que habia abrazado, la misma humildad que formó su principal distintivo desde la cuna, y el mismo espíritu de religion que conservó constantemente en todos los momentos de su vida? Desengañémonos: la virtud es el arma mas poderosa para avasallar los corazones, y la espada del vencedor cede su brillo al virtuoso que va á abrir sus labios para convencer: por lo mismo, las victorias del justo son mas grandes, mas sublimes que las que alcanzan los héroes en los campos de batalla y en las conquistas de los reinos. Llegó la época en que al parecer debia descansar de los trabajos del apostolado para entrar en la carrera de la prelacía. Creyeron sus superiores, y muy acertadamente, que aquel varon que se habia distinguido por su fervor en la conversion de las almas, no podia ménos que dar ópimos frutos en la direccion y cuidado de los Observantes; pero como la humildad del B. Nicolas se resistia á toda distincion, fué imponderable, segun cuentan, el sentimiento que tuvo en el momento de noticiarle que debia pasar de guardian al con-

vento de Santo Espíritu del Monte, despues colegio de misioneros, distante cuatro leguas de la ciudad de Valencia. Tuvo que resignarse á su suerte en virtud de santa obediencia; mas no bien ejerció este cargo, cuando desde luego se conoció que su sabiduría alcanzaba para todo. Trasladáronle en 1556 con igual cargo al convento de Chelva, y allí, lo mismo que en su anterior residencia, se hizo acreedor á los elogios de sus superiores y al amor de sus gobernados, así por su extraordinaria prudencia, como por sus sábias miras. Muy digno es de notarse el modo como procedia en el gobierno de su convento. Rara vez se valia de su autoridad para reprehender las culpas ajenas. Cuando algun religioso cometia cualquiera falta, el B. Factor se la atribuia á sí mismo, y entónces redoblaba la penitencia, maceraba su cuerpo aun con mas rigor de lo que tenia de costumbre, postrábase al pie de los altares, permaneciendo allí abismado en lágrimas de dolor; y de este modo conseguia que el culpado reconociendo su falta llorase con él amargamente, y pidiese perdon á Dios y á sus superiores del desliz en que habia incurrido. Durante la permanencia de Factor en Chelva aconteció aquella gran calamidad, que abrió la tumba á millares de personas víctimas del hambre y de la peste: calamidad terrible, que forma una de las páginas mas lúgubres de la historia de aquellos tiempos. El hambre habia penetrado hasta en el seno de las familias mas acomodadas: lo que perdonó el hambre lo invadió la peste; así es que por todas partes no se oia mas que el gemido de la desgraciada viuda, el clamor del infeliz huérfano, los tiernos y dolorosos suspiros del padre que no podia proporcionar el sustento á sus hijos, el llanto del anciano decrépito, á quien la muerte arrebatara su único apoyo. Este cuadro aflictivo se presentó á la imaginacion de Nicolas con todos sus horrores. Su comunidad escaseaba tambien de provisiones; de modo que hasta cierto punto no podia atender á las necesidades ajenas sin grave riesgo de la vida de los religiosos. Sin embargo, como su confianza en Dios era ilimitada, dispuso que todos los pobres que se presentasen fuesen socorridos con mano liberal, sin olvidar á los que la suerte desgraciada condenare á vivir encerrados en sus propias casas. Cumplióse la órden del guardian con la mayor escrupulosidad, y el resultado fué el mas satisfactorio; pues á pesar de la escasez que experimentaban los religiosos por falta de limosnas, lo poco bastó para remediar las necesidades de millares de personas que se presentaban á cada momento en la portería. Por fin, en 1559 desapareció aquella plaga destructora y se restableció la calma por algun tiempo; mas luego sobrevino una sequedad tan terrible que agostando los campos dejó la tierra infructífera. El B. Nicolas, que nunca cesaba de suplicar á Dios por el bien de sus semejantes, exhortó al pueblo á la penitencia y á la enmienda de las malas costumbres, y reuniendo á todos los religiosos del convento les encareció la

necesidad que habia de orar con él y de multiplicar las disciplinas y los ayunos para alcanzar del Padre de las misericordias un alivio en las necesidades públicas. Refiere el panegirista del Beato, que apénas salieron aquellos religiosos del coro, vióse al instante aparecer una nube que, extendiéndose rápidamente, descargó agua con tal abundancia, que en breve libró á los moradores del azote que les oprimia. Tantos portentos á la vez eran una prueba inequívoca de la santidad de Factor, y de cuan poderosa era por lo mismo su intercesion para con Dios. Celebróse en 1568 capítulo provincial en Valencia, en cuya ocasion destinaron á Nicolas de guardian de Val de Jesus, distante tres leguas de la ciudad. Acostumbrado á recibir estas distinciones, no con la satisfaccion del hombre que considera premiados sus desvelos, sino con la tristeza de un varon humilde, que sin el menor asomo de pretension se ve elevado á un puesto del que se juzga indigno, se postró ante el Señor rogándole con todo el fervor de su alma le libertase de una carga que consideraba superior á sus fuerzas. Mas, advertido de un modo milagroso de que aquella era la voluntad divina, se presentó á sus superiores con la sonrisa en los labios, como quien disfruta de una completa satisfaccion por el favor recibido. Si ejemplar fué en el desempeño de los cargos que hasta entónces habia ejercido con tanto acierto, mucho mayores fueron las virtudes que desplegó en el nuevo destino que se le confiaba. El ilustre Company en la Vida del B. Factor, al hablar de este período se expresa así. «No puede oirse sin admiracion el método que observaba. Todos los dias « tomaba tres disciplinas de sangre; y especialmente ántes de celebrar el « Santo Sacrificio de la Misa se azotaba con tal rigor, que movidos á com- « pasion los religiosos le tocaban á la puerta de la celda con algun pretexto « para interrumpir un tanto su fervor. Su ordinaria comida era solo pan y « agua, á excepcion de alguna vez que tomaba un poco de potaje. Su ves- « tido era una sola túnica, y caminaba siempre descalzo de pies y pierna. « Su sueño sobre ser brevísimo le tomaba sobre una dura tabla, y por ca- « becera tenia un leño ó una dura piedra. Jamas faltaba á maitines á media « noche: en suma, su conducta era un ejemplo que estimulaba de continuo « á sus súbditos á la mas puntual observancia del Instituto seráfico.» Añade por fin el mismo autor, que «en una ocasion despues de haber dicho la « comunidad el salmo del *De profundis* para entrar á comer, segun cos- « tumbre de la Órden, dejó que la comunidad entrase en refectorio, y « quedándose á la puerta de afuera se quitó el hábito hasta quedar desnudo « de medio arriba. Se puso despues una recia cuerda al cuello, y tomando « una cruz en la mano izquierda se entró por el refectorio de rodillas, dán- « dose en el pecho con la diestra los mas terribles golpes, y suplicando con « copiosas lágrimas á cada uno de los religiosos le ayudasen á pedir á Dios

« misericordia por sus muchas culpas, por las que merecia sufrir todas las « penas del infierno. Siguiendo todos los impulsos de su humildad y com- « puncion se puso á besar los pies á cada uno de los religiosos, bañándoles al « mismo tiempo con muchas lágrimas. Es indecible cual fuese la impresion « que hizo en todos aquellos religiosos un espectáculo tan tierno. Ellos sabian « bien que su prelado tenia un espíritu angelical; y al verle arrodillado á « sus pies confesándose por el mayor pecador, no podian contener sus lá- « grimas penetrados de los mas vivos sentimientos de ternura. La vista de « una escena tan asombrosa tenia embargada la voz á todos los circunstan- « tes, y el fervoroso prelado se aprovechaba de la preocupacion y pasmo « de sus súbditos para continuar su accion edificante, pidiendo á Dios y á « los religiosos con fervorosas ansias el perdon; hasta que uno de los cir- « cunstantes ahogando entre suspiros sus voces le pidió con muchas lágri- « mas, por el amor de aquel Señor que padeció por nosotros las ignominias « de la Cruz, pusiese término á sus fervores; y para que en ello no care- « ciese de mérito, sin embargo de ser súbdito, se lo mandó por santa obe- « diencia. Al imperio de esta voz se salió del refectorio de rodillas el hu- « mildisimo prelado, y retirándose á su celda se puso el hábito, y con un « aire el mas modesto y humilde se bajó al refectorio á comer. No tomó mas « en aquel dia que una corta refaccion de pan y agua, y sin embargo de « instarle mucho la comunidad á que comiese, destinó á los pobres de la « portería aquella leve porcion que solia comer alguna vez. » Estos hechos referidos por una persona tan autorizada como el Exmo. é Illmo. Company, arzobispo de Valencia, bastan para que nos formemos una idea de cuan grande era la humildad del B. Factor y de lo muy digno que se hizo de la veneracion universal por sus ínclitas virtudes. No cabe la menor duda que el convento de Val de Jesus presentó un aspecto sumamente edificante en todo el tiempo del guardianato de Factor. La virtud anidada en aquellos claustros echó profundas raices, y desde entónces dió en mayor abundan- cia ópimos y sazonados frutos. Estuvo tambien Factor de guardian del con- vento de Murviedro: de allí fué ascendido al cargo de presidente del con- vento de la recoleccion de Bocayrente. Por fin, valiéndonos de la expresion de Company diremos, que todas las comunidades que estuvieron bajo su direccion representaban la idea mas propia del reino de la paz, de la mo- destia y del buen órden. El varon que tanto se habia distinguido en la cáte- dra del Espíritu Santo, que tantas pruebas habia dado de prudencia y de amor en el gobierno de los conventos, estaba todavía destinado á dar- las mayores de humildad, de sabiduría y de las demas virtudes que le adornaban. Nombráronle maestro de novicios del convento de S. Francisco de Valencia, cuyo cargo admitió con particular satisfaccion, porqué á pesar

de la pobrisima idea que se habia formado de sí mismo, confiaba en que Dios iluminaria sus pasos para conducir con acierto por la via del bien á la tierna juventud destinada á dar al mundo repetidos ejemplos de caridad cristiana, y á conservar el lustre que la santidad de sus antecesores habia dado á la Órden del seráfico Padre. Desde el momento que tomó posesion del cargo de maestro, resplandeció un nuevo sol en el convento. Ante todo procuró inculcar á sus discípulos aquellas máximas morales que pertenecen á la perfeccion religiosa. No les habló con voz atronadora, ni con sañudo aspecto: no les trató como á inferiores, que deben estar sujetos á la omnímoda voluntad del superior; no, muy al contrario: estudiando particularmente el carácter y circunstancias de todos sus discípulos, buscó en cada uno de ellos un compañero, un amigo. Tratábales á todos con igual dulzura, y adiestrábales para seguir la via de la virtud, tanto con su ejemplo como con sus palabras; y como Factor siempre era el primero en el cumplimiento de todos los actos religiosos, no habia ni siquiera uno que se mostrase tibio ó indiferente á sus mandatos: de modo que aquellos tiernos pimpollos, aquellas almas cándidas emulaban entre sí para alcanzar un grado de perfeccion tal, que las colocase en santidad y sabiduría al lado de su buen maestro. Así es que con el esmero que puso el B. Factor en el desempeño de su cargo, la escuela floreció de un modo asombroso, dando ópimos y sazonados frutos. Acostumbrábales sobre todo á la humildad, y para conseguir que fuesen tan humildes como él, ejercia rasgos inauditos de aquella santa resignacion y paciencia propia del mas insigne penitente. Cuenta la historia de su vida que elegia de entre sus discípulos uno á quien daba el nombre de superior, á cuyos mandatos, la mayor parte nacidos de la inexperiencia, se sujetaba sin la menor contradiccion. En cierto dia que no le fué posible cumplir la obligacion que se lo impuso, lo atribuyó el Beato á grave falta; y por lo mismo exigió de sus discípulos le escupiesen al rostro y que le azotasen. Obedecieron en esta ocasion contra su voluntad, y miéntras ejecutaban con mano temblorosa aquel terrible castigo, tan solo se oian sollozos y suspiros. Factor era el único que se mantenia con faz serena, las manos cruzadas, los ojos levantados al cielo, y pronunciando con una sonrisa angelical, que demostraba la pureza de su alma, estas palabras: « Bendito seais, Dios mio, que por la boca de es-« tos inocentes angelitos me habeis hecho entender lo que soy verdadera-« mente. Estos hijos mios que me tratan de cerca son los que me conocen « sin engaño, y en esta ocasion mas que nunca me han dado el trato que « merezco. Obrad, Señor, con este miserable pecador un portento de vues-« tra gran misericordia. » Y lleno del fuego del amor divino, quedó en éxtasis por espacio de tres horas con asombro de cuantos le rodeaban. Llegó

por fin la época que tuvo que separarse de sus amados novicios para entrar en el desempeño de otras funciones no ménos delicadas. Existia en Madrid uno de los mas célebres monasterios de la religion franciscana debido á la piedad de D.ª Juana de Austria. Albergábanse en este santo asilo de la inocencia las señoras de la principal nobleza, que repudiando el mundo y sus placeres buscaban en la soledad del claustro el dulce y envidiable título de esposas de Jesucristo. Informado el rey D. Felipe II de la portentosa vida del B. Nicolas, no vaciló ni un momento en nombrarle director espiritual de aquellas vírgenes; cuya muestra de consideracion y aprecio recibió Factor con particular alegría á la sola consideracion de que podria contribuir directamente al engrandecimiento de una Órden, que habia sido ya desde su orígen la cuna de insignes Santas. Poseido su corazon de esta idea, partió de Valencia para la córte en el año 1571, emprendiendo su viaje á pie descalzo. Factor fué recibido de aquellas religiosas con singular contento, porqué habiéndole precedido la fama de sus virtudes, le miraron desde el momento como un ángel tutelar que venia en su apoyo; y no se engañaron, porqué todo su conato se dirigió desde un principio á perfeccionar aquellas almas acostumbradas ya á la mas estricta obediencia. Escuchábanle como á un oráculo, y procuraban imitar en lo posible todos sus sublimes actos, porqué estaban bien persuadidas que de este modo se harian mas y mas agradables á su Divino Esposo. Ayunos, penitencias, abstraccion de las criaturas, mortificacion de los sentidos, oracion continua y cuanto puede contribuir á la santidad, todo, absolutamente todo, lo veian reunido en su confesor. Miéntras tanto la fama de las virtudes de Factor iba creciendo hasta tal punto, que en la córte ya no se hablaba mas que de sus heróicos hechos, de sus transportes, de sus raptos, y de las continuas gracias con que Dios le favorecia. Desde el mas infeliz artesano hasta el hombre mas potentado, todos acudian á él para pedirle consejo en la duda, consuelo en la afliccion, alivio en la pena; y por lo regular nunca se separaban de su lado sin haber alcanzado á lo ménos parte de lo que deseaban: de modo que este varon santo con toda su humildad, con toda su pobreza, observaba con dolor que se le trataba con una distincion de la que se consideraba indigno. Entre los muchos personajes que quisieron enterarse por sí mismos de la verdad de cuanto se referia del venerable Siervo, se cuenta el licenciado Vaca, inquisidor del arzobispado de Toledo. Este hombre que gozaba entónces de la opinion de sabio y de literato, creyendo exagerado lo que era no mas que pura realidad, se valió de la amistad que tenia con el P. Fr. Francisco Guzman, comisario general de Indias, de la Órden de S. Francisco, é introduciéndose en su celda pudo observar de cerca y por sus mismos ojos al B. Factor; y en efecto, se convenció y quedó admirado del candor de su espíritu,

de su profunda humildad y de su santa sencillez, hija del amor que profesaba el Santo á su Divina Majestad: en términos, que desde entónces Vaca se convirtió en su mas ardiente panegirista. Hallándose Factor en el monasterio tuvo la satisfaccion de estrechar entre sus brazos á S. Pascual Baylon; y aquella tierna entrevista dió márgen á una de las escenas mas sublimes que pueden representarse en el orbe cristiano. Como se hallaban muy conformes en inclinaciones, versó su conversacion sobre los objetos predilectos que ocupaban los sentidos de ámbos. Dios y la Religion, el amor y la caridad, la corrupcion del mundo y lo que podia servir de antídoto al veneno que corroe el alma: tales fueron los objetos que trataron en aquellos momentos de placer. Mas al llegar al sublime misterio de la Encarnacion, á los grandes tormentos que padeció Jesucristo para la salvacion del género humano y al misterio de la Eucaristía, aquellas almas puras quedaron extasiadas por largo rato, hasta que volviendo á su estado natural descendieron á tratar de los grandes favores que el Señor concedia á los humildes de corazon; y despues de haber discurrido largo rato sobre estos y otros varios puntos no ménos importantes de religion, se retiraron cada uno por su lado, siéndoles tan sensible aquella separacion, como delicioso habia sido su encuentro. Á pesar del retiro en que vivia Factor, considerando que su residencia en la córte no era muy conforme á su extraordinaria humildad, y que podia fácilmente empañarse la pureza de su alma, determinó retirarse á su provincia; y lo hubiera efectuado desde el momento, si una voz interior no le hubiese dicho: *¿por qué intentas, Nicolas, abandonar á las esposas de Jesucristo?* Esta circunstancia le detuvo aun por algun tiempo; mas luego que conoció que Dios accedia á sus súplicas, puso en práctica su propósito, siendo destinado por confesor del monasterio de la Santísima Trinidad de Valencia, desde donde pasó al de Santa Clara de la ciudad de Gandía; y en todas partes Dios obró por su intercesion grandes prodigios. Si grande fué la alegría que experimentó Factor cuando tuvo la entrevista con S. Pascual Baylon, mayor fué, si cabe, cuando conoció de cerca á S. Luis Bertran; no porqué este Santo fuese preferible por los grados de santidad que á cada uno adornaban, sino porqué las relaciones que trabó con Bertran fueron mas continuadas y por lo mismo mucho mas provechosas. El frecuente trato y la conformidad de ideas unieron á estos dos Santos con lazos indisolubles de una tierna amistad, que por lo mismo duró hasta la muerte. Bertran admiraba la gran santidad de Factor, miéntras que éste tomaba á Bertran por modelo de todas sus acciones. Nada mas edificante ni mas sublime que los tiernos coloquios que pasaban entre ellos: sus palabras eran la expresion viva de la virtud, que tomaba un extraordinario realce con el fuego del amor y de la caridad que ardia en sus corazones; y como Dios premiaba su cons-

tante fe con repetidas muestras de su Divina Gracia, la admiracion del uno al otro llegaba hasta tal punto, que cada uno de ellos se creia indigno de la amistad que se profesaban mutuamente. Era tal por otra parte la abnegacion que habian hecho de sí mismos, que en medio de sus raptos, entre las alabanzas, la veneracion y el respeto que les prodigaba el pueblo, lo miraban todo como una mortificacion que Dios les enviaba; porqué no podian persuadirse que lograsen alcanzar aquel grado de perfeccion que se necesita para poderse contar en el número de los elegidos y amados de Dios. En tanto era asi, que en cierta ocasion dirigió Factor á Bertran esta pregunta: *¿ Qué os parece, Luis, me salvaré?* á la que contestó el Santo: *Si vos no os salvais, Nicolas, ¿ quién se salvará?* como quien dice: *¿ qué seria de mí si vos no os salvaseis?* ¡Y esto lo decian dos Santos como Luis y Factor! Era tan grande la idea que S. Luis Bertran habia formado de la santidad del B. Nicolas, que nunca tenia bastante lengua para ensalzar sus virtudes: enamorado de su humildad, acostumbraba á decir que Factor *era un israelita en quien no habia dolo*. Ponderaba igualmente su caridad y su amor de Dios y del prójimo con expresiones que á no ser proferidas por un Santo en loor de otro Santo, cualquiera las hubiera graduado de exageradas: llegaba á tal extremo, que solia decir: *Que Nicolas, aun estando aquí en la tierra, habia llegado á amar y gozar del Sumo Bien casi como le aman y gozan los bienaventurados en la gloria*. Si los límites de un artículo biográfico lo permitiesen, tendríamos tanto que manifestar sobre las particularidades de la vida de estos dos amigos, que á no dudarlo ocuparíamos muchas páginas, y ninguna de ellas inútil; pero por necesidad nos vemos precisados á limitarnos á expresar que á la voluntad de Dios y á la amistad de estos Santos se debieron grandes maravillas, que sirviendo al propio tiempo de edificacion, dejaron un testimonio indeleble de su gran virtud y santidad. El Señor quiso que el dichoso tránsito de Luis precediese al de Nicolas. En 9 de Octubre de 1581 voló el alma de aquel dichoso mortal al seno del Criador; y es digno de notarse que Nicolas en vez de entristecerse sonrió con aquella sonrisa que revela la gran satisfaccion de un alma pura entregada enteramente á Dios. Nicolas sabia que Bertran gozaba del Sumo Bien: por lo mismo veia encumbrado allá en el cielo á su amigo; y como la amistad de los Santos se funda particularmente en el amor de Dios, podemos decir sin exageracion, que la amistad de Luis y de Nicolas traspasó los límites del sepulcro, y se eternizó: como lo demuestra el pasaje que vamos á referir. Celebráronse las honras fúnebres de S. Luis Bertran con toda la pompa que exigian sus ínclitas virtudes. Asistieron en ellas un gran número de gentes de todas clases y categorías, y entre otras comunidades la de S. Francisco y con ella el B. Factor, quien con el fervor de sus oraciones atraia la atencion de la mayor

parte de los concurrentes ; mas el asombro creció de punto cuando concluidos los funerales vieron que el Beato quedaba extasiado como si gozase de la eterna bienaventuranza , en cuyo intervalo , que duró por largo rato , le oyeron pronunciar con voz clara y sonora estas palabras : « ¡ Oh Luis, amado « de Dios y de los hombres ! Dichoso vos que estais ya en la posesion del « Sumo Bien. Ya se acabaron para vos las lágrimas y suspiros ; pues toda la « córte celestial con el mayor júbilo os ha dicho : *Entrad en el gozo de vues-* « *tro Señor*. Ya cantais ahora con David : *Lo mismo que me ha enseñado la* « *fe , esto mismo veo claramente en la ciudad de mi Dios y Señor*. Ya ciñe « vuestra alma aquella corona de gloria correspondiente á vuestra profun- « disima humildad ; pues al entrar por los alcázares celestes os han dicho « todos los coros de los ángeles : *Amigo , subid mas alto*. ¡ Oh gran Luis ! Yo « veo á vuestra dichosa alma engolfada en el mar inmenso de las divinas « perfecciones : ya en adelante imploraré vuestra proteccion para con mi « Dios y Señor , y con humilde rendimiento repetiré : *¡ Oh S. Luis ! rogad* « *por mí , miserable pecador !* Vuestros hermanos los religiosos no halla- « rian consuelo en vuestra pérdida , si no hubieseis dejado con vuestra ins- « truccion tantos herederos de vuestro espíritu , que con su doctrina y « ejemplo ilustrarán á todo el mundo. » Así le hablaba como si le viese , como si estuviese con él en dulce y tierno coloquio. Al parecer envidiaba su suerte , si es que pueda caber envidia en el corazon de un Santo , que preconiza las virtudes y la dicha de otro Santo. Continuó Nicolas siguiendo la gloriosa carrera que habia emprendido , y haciéndose á cada momento mas y mas acreedor á la veneracion y aprecio universal ; pero el humilde religioso léjos de envanecerse por los continuos obsequios que recibia de los hombres , y contentándose con los favores del cielo , guiado de su grande humildad y del desprecio que hacia de sí mismo , determinó por último vivir ignorado en un retiro absoluto , á cuyo fin resolvió ausentarse de Valencia. En efecto , en primeros de Abril de 1582 se trasladó al convento de Santa Catalina de Onda , que pertenecia á los padres recoletos de la misma provincia. Residió allí por algun tiempo , y viendo que no conseguia lo que deseaba , previo permiso de sus prelados , partió para Barcelona con el objeto de alistarse en la familia de los padres capuchinos que acababan de fundar en aquella ciudad el convento de Monte Calvario. En vano procuró apartarse en lo posible de la vista de las gentes ; como todo su viaje fué un continuo portento , su llegada á los pueblos del tránsito era un preludio de fiestas y de regocijos. No habia lugar por pequeño que fuese donde no dejase testimonios indelebles de su gran santidad. Detúvose algunos dias en el colegio de Escornalbou , y allí á instancias de los Padres subió á la cátedra del Espíritu Santo , donde con su acostumbrada elocuencia dejó pasmada á la multitud de personas que

acudieron para oirle. Á la mitad de la plática quedó extasiado, y al concluirla exhortó particularmente á todos los seglares que habian concurrido, nombrando á cada uno por su nombre y apellido, y haciéndoles cargo sobre las obligaciones que tenian, siendo así que ni ántes les habia visto, ni tenia de ellos el menor conocimiento; cuya singular circunstancia hizo crecer de punto la admiracion y el asombro. El cura de Vilabella, que era hombre muy instruido, noticioso de la gran santidad que adornaba al B. Nicolas, y parándose sobre todo en sus admirables raptos, quiso apurar esta materia consultando al angélico doctor Santo Tomas, á cuyo fin leyó detenidamente todo lo que habia escrito este Santo relativo á un asunto tan delicado. Ademas acudió tambien á los tratados de S. Juan Climaco, y no contento todavía con lo que encontró en estos dos Santos, determinó consultarlo al mismo Beato. Llega este á Vilabella; se hospeda en la casa del cura, quien por de pronto nada absolutamente le dijo acerca del objeto que llevaba preocupada su imaginacion. Mas al dia siguiente, hallándose el Santo encerrado en su cuarto y leyendo el Veguerio que siempre llevaba consigo, llamó el cura á la puerta, trayendo á la mano el tomo de S. Juan Climaco. Abrió el Beato, y ántes de dejarle tomar la palabra le dijo: « ¿Qué es eso señor cura? ¿trae « V. á S Juan Climaco? No puede negarse que habla bien de los raptos; « pero me acomoda mas Veguerio, porqué S. Juan Climaco es muy áspero, y yo me inclino mas al amor y mansedumbre. » No necesitaba mas el cura para salir de toda duda: retiróse convencido de la gran santidad de aquel varon que habia descubierto con tanta exactitud lo que pasaba en su interior. En el convento de padres capuchinos de Valls aconteció otro lance digno de eterno recuerdo. Refiere el ilustrisimo Company que entrando el B. Factor un dia con la comunidad á comer en el refectorio, despues de haber tomado asiento el refitolero manifestó que no habia ni un pedazo de pan para comer. Esta fatal noticia no dejó de causar alguna consternacion; mas el prelado tomando de ella motivo para dirigir una fervorosa plática, exhortó á todos sus hermanos que diesen gracias al Señor por haberles puesto en el estado mas feliz á que pueden aspirar los hijos de S. Francisco, que es la posesion de aquella altisima pobreza tan recomendada por este santo Patriarca, alentándoles al propio tiempo á confiar en la Divina Providencia, á cuyo cuidado está la manutencion de los hijos de S. Francisco. Enternecido el B. Nicolas al ver en tanta escasez á sus hermanos, y enardecido con la fe que abrasaba su corazon, rogó encarecidamente al prelado que le permitiese hacer una súplica al Señor. Obtenida la venia oró profundamente, quedando muy en breve en éxtasis, y despidiendo su rostro unos rayos de luz que llenaron de consuelo y dulzura á todos los religiosos. Miéntras esto acontecia llamaron réciamente á la portería, y saliendo un religioso encontró en

el mismo dintel dos canastros de pan muy exquisito que bastó para acallar la necesidad. Si grande fué la satisfaccion que habian sentido al presenciar la hermosa escena del éxtasis del B. Nicolas, mayor fué, si cabe, al ver los efectos de aquel acto sublime de virtud. En medio del asombro universal todos tributaron las mas expresivas gracias al Señor, de cuya liberal mano recibieron aquel portentoso socorro. Llega por fin Nicolas á Barcelona: toma el hábito de los reverendos padres capuchinos en el convento de Monte Calvario, siendo recibido con extraordinarias muestras de satisfaccion y placer, atendida la grande adquisicion que hacian de un varon tan ilustre por su santidad como por su sabiduría. El prelado dispone desde el momento que todos los dias lea á la comunidad una hora de teología mística: hora preciosa atendido el raudal de doctrina que brotaba de los labios del B. Factor. Apénas se divulga por Barcelona la noticia de su llegada, se reune el senado para felicitarle y demostrarle en nombre de la ciudad lo grato que le era el poderle contar en su seno. Este paso llenó de consternacion y desconsuelo al B. Nicolas, quien en el colmo de su afliccion exclamó: *Estais altamente equivocados, porqué no soy mas que un pobrecillo y miserable pecador, indigno de que nadie haga memoria de mí;* pero no le bastó esta manifestacion de su indignidad. El pueblo de Barcelona, que bien enterado de sus eminentes virtudes le veneraba ya en vida como á Santo, acudió en tropel á la portería del convento de Monte Calvario; los unos para consultarle sus dudas; los otros para alcanzar remedio en sus necesidades; y finalmente, una gran parte para conocerle y admirarle de cerca, miéntras que el B. Nicolas con toda su mansedumbre, con toda su humildad, en una palabra, con todo el empeño que tenia de manifestarse indigno de la menor distincion, continuaba obrando portentos, derramando á manos llenas la caridad entre los pobres, estableciendo la tranquilidad en el seno de las familias, ablandando los corazones empedernidos, llenando de fervor á los tímidos y entregándose á los mas sublimes actos de virtud acrisolada. No contento todavía el celoso prelado de su convento de las pláticas que dirigia á la comunidad, quiso tambien que predicase en otros varios puntos de la ciudad, cuya mision cumplió, como tenia de costumbre, con fervor y celo en medio de una numerosisima concurrencia. Sobrevino en aquel tiempo una horrorosa sequía tanto en Barcelona como en sus afueras, que dejó agostadas las campiñas y llenó de amargura á un sin número de familias. Para aplacar la cólera del cielo determinaron hacer rogativas, encargando el sermon al B. Nicolas. Asistieron al acto el virey, el senado, toda la nobleza y un concurso tan grande cual jamas se hubiese visto. Abre el B. Nicolas los labios, demuestra á los oyentes que aquella calamidad es la consecuencia precisa de la ingratitud con que paga el pueblo los beneficios del Señor, les exhorta

á la oracion y á la penitencia, y cuando ve que sus palabras han causado el efecto que se propone, les alienta para que confien en la inagotable misericordia de Dios que nunca deja de ejercerla con aquellos que la imploran con corazon verdaderamente contrito. *Pedidle*, les dijo, *que levante el brazo de su divina justicia, y que os conceda el beneficio del agua para libertaros del exterminio que va á causar este terrible azote.* Les induce á que hagan esta súplica, y se presenta el primero para dar el ejemplo á los demas. Dirige la palabra al trono del Eterno; y es tan eficaz su oracion, que en aquel mismo instante se cubre el cielo de nubes que deshaciéndose en copiosos raudales transforman aquellas campiñas poco ántes áridas y tostadas por los rayos del sol en un hermoso paraiso, cuyos abundantes y sazonados frutos recompensan con largueza las penalidades que acababa de sufrir el afligido pueblo. Pocos meses estuvo el B. Nicolas entre los padres capuchinos. No se sabe de fijo la época de su ingreso, pero segun opina Company debia ser precisamente á los últimos dias del año 1582; y segun consta por documentos auténticos salió del convento de Monte Calvario para volverse á la Observancia el dia 23 de Junio de 1583. Sin embargo, discurrió el tiempo suficiente para que el pueblo le reconociese por Santo y llorase su ausencia como una pérdida irreparable. En el mismo dia de su partida predicó á todo el claustro de la universidad de Barcelona con una elocuencia tan dulce y persuasiva, que no solo llegó á entusiasmar á aquella reunion de sabios, sino que (como Dios hablaba por boca de Nicolas) siete de ellos abrazaron el estado religioso que siguieron constantemente y con gran fervor. Su primera mansion al salir de Barcelona fué el convento de Jesus de padres observantes, situado á muy corta distancia de la ciudad, donde tuvo que permanecer por algun tiempo á causa de haber enfermado de cuartanas. En aquel convento encontró en su claustro á un religioso lego llamado Fr. Pedro del Campo, que habia sido por muchos años hortelano. Estrechóle el B. Nicolas entre sus brazos, nombrándole por su propio nombre y apellido, sin embargo de que no le habia visto hasta entónces, dándole al propio tiempo distinguidas muestras de consideracion y aprecio. Pocos dias despues este lego pasó á visitar al Beato que se hallaba en la enfermería, y al momento de salir de la celda dijo Nicolas á los demas religiosos que quedaban allí: *Vosotros ignorais aun el gran fondo de virtud que tiene este religioso, pero el Señor le dará luego á conocer.* En efecto el vaticinio del B. Nicolas se cumplió en todas sus partes; pues que en cierta ocasion tuvo el buen lego un rapto delante de toda la comunidad en el refectorio, al que siguieron otros muchos: manifestando el Señor de este modo la gran virtud de aquel siervo suyo que hasta entónces habia pasado desapercibido. Lo que mas edificó á los religiosos del convento de Jesus fué la grande resignacion y paciencia del B. Nicolas en su larga y

penosa enfermedad; de modo que al parecer se regocijaba de sufrir el mal para poder alcanzar mayor gloria ante los ojos de Dios. Viendo Fr. Pedro Alerique, encargado de la enfermería, que en una accesion de cuartanas se abrasaba el Santo de sed, le preparó un vaso de agua con un temperante de la botica. Entra el compasivo religioso en la celda y encuentra al Beato con un Crucifijo en la mano diciendo entre otras cosas: «*Si vos, Señor, padecisteis tanta sed por mí, ¿por qué no he de sufrir yo por vos esta pequeña mortificacion?* Sin embargo, le rogó que tomase aquel refrigerio, á lo que se denegó abiertamente, sin duda para no oponerse á la voluntad de Dios que queria probar los quilates de su paciencia. Cuando el frio le acosaba acostumbraba á decir: *¿Cuál seria Jesus mio el frio que padeceriais con tanta desnudez en el pesebre y cuando estuvisteis clavado en la Cruz?*» Con tales muestras de afecto hácia el Criador manifestaba el B. Nicolas sus grandes padecimientos. Por lo mismo, así como el que suspira y se lamenta por la gravedad del mal excita tan solo la compasion de la mano caritativa que le cura, al paso que desvia de su lado á aquellas almas que bajo pretexto de sensibilidad apartan los ojos de la dolencia; del mismo modo las lágrimas y suspiros de aquel varon justo, que se convertian siempre en palabras de amor y sumision, llamaban al rededor de su pobre cama á religiosos y seglares que ansiaban aprender en aquel perfecto modelo de la caridad cristiana sobre todo el don de la paciencia y de la humildad que poseia en tan alto grado. Otra de las pruebas por qué tuvo que pasar fueron la duda y la calumnia que contra él se habia levantado. Habíanle tratado ya algunos de hipócrita, suponiendo fingidos los continuos éxtasis con que Dios le favorecia, y en esta ocasion vinieron á echarle en cara su regreso de los padres capuchinos á la Observancia, tratándole por lo mismo de inconstante y de veleidoso; pero esta injusta acusacion bien léjos de causar el menor extravío en su imaginacion de fuego hacia resaltar aun mas la pureza de su alma. Cuando se le dirigian estas injustas reconvenciones, solia contestar con su acostumbrada dulzura, que aunque miserable pecador habia procurado no separarse jamas de la voluntad de Dios, añadiendo con frecuencia estas palabras: *Vine de Santos, fuí á Santos y he vuelto á Santos;* para dar á entender que la religion de S. Francisco como dice Company ha sido esencialmente una misma en todos sus ramos, y que en todos ha producido frutos admirables de virtud. Seguia el B. Factor con su salud enteramente quebrantada; sin embargo, conociendo por inspiracion divina que la santísima voluntad del Señor era que pasase á morir en su amada provincia de Valencia, dejó los buenos religiosos del convento de Jesus con el sentimiento de que no le volverian á ver, y siguió su viaje que fué tan portentoso durante su carrera, como lo habia sido en su primer tránsito. El temor de ser

demasiado difusos nos priva el placer de referir varios lances que se encuentran consignados en las páginas de su Vida. Sin embargo, nos detendremos en narrar lo que aconteció durante su corta permanencia en Tarragona. Gobernaba entónces aquella diócesis el nunca bien ponderado D. Antonio Agustin, honor de la literatura española y prelado tan eminente por sus virtudes como por su sabiduría. Así que el B. Nicolas llegó á la ciudad postróse á los pies del prelado. El ilustre Agustin, que le amaba entrañablemente, no solo le estrechó entre sus brazos, sino que quiso que se hospedase en su propio palacio, tratándole con todas las distinciones debidas á su gran virtud. Estaba bien penetrado el ilustrísimo arzobispo del gran fondo de santidad del Beato, y habiendo oido hablar con frecuencia de sus admirables arrobos, anhelaba ser testigo de uno de estos sublimes actos. Á este fin, despues de haber comido, le brindó con un rato de música. Aceptó Nicolas aquel convite con muestras de la mayor gratitud. En efecto, entraron los músicos y entonaron el salmo *Laudate pueri Dominum*, y desde el momento Agustin observó que el corazon del Beato se enardecia, que brotaban lágrimas de sus ojos, y que sus miradas se dirigian hácia la celeste morada. Imponderable fué entónces la alegría que sintió el venerable prelado, porqué conoció que iba á disfrutar de uno de los momentos mas deliciosos de su vida, y no se engañó; pues, apénas llegaron al segundo verso, *Sit nomen Domini benedictum*, se elevó Nicolas, teniendo los ojos cerrados, las manos juntas al pecho, y su semblante tan encendido que, segun dice Company, respiraba llamas por todos sus poros; y añade que este rapto duró por muy notable espacio de tiempo: de suerte que el devoto prelado pudo hacer que un pintor le retratase en aquel mismo ademan en que se hallaba. Esta grandiosa escena fué presenciada por mas de cien personas entre eclesiásticos y seglares, notándose en todos sus rostros señales evidentes de la justa admiracion de que estaban poseidos, pero sobre todo en Agustin, este genio sublime de la España, quien en el colmo de su entusiasmo religioso pulsó su lira de oro, improvisando estos bellos versos:

Dum gustas Factor Domini dulcissima verba
Raptus es in Cœlum perfruerisque Deo.
Inde reddis lætus divino nectare plenus,
Atque doces Cœlum scandere qua liceat.

Cuyos versos mandó imprimir al pie de algunas estampas del Beato para perpetuar la memoria de un rapto tan célebre en todos conceptos; y al propio tiempo quiso que se pusiesen en música para oirlos repetir con frecuencia: no porqué estuviese enamorado de su produccion, sino porqué le representaba al vivo un hecho que no se borró de su memoria ni aun en los últimos momentos de su vida. Despidióse Nicolas de su ilustre amigo, y si-

guiendo su viaje llegó á Tortosa, donde fué recibido en triunfo; pues que noticiosos de su llegada los moradores de aquella ciudad quisieron admirarle de cerca. Desde allí pasó sin detenerse á la villa de Cabànes, hospedándose en la casa de Juan Gabaldá, hombre sumamente bondadoso y caritativo. El Beato despues de haberle saludado cordialmente le dirigió estas palabras: «Vos, hermano, recogeis en vuestra casa á los pobres de Jesucristo, que son « los hijos de mi patriarca S. Francisco, y el Señor os recogerá para siem- « pre en el palacio de la gloria. Yo voy, hermano mio, á morir en el seno « de mi querida madre: Dios quiera nos juntemos en los eternos descan- « sos.» Aquel buen hermano maravillóse sobremanera al oirle pronunciar el nombre de madre viéndole tan anciano, y por lo mismo le replicó diciéndole: «¿Padre: qué, vos aun teneis madre? Mi madre, repuso el Beato, vive y vivirá; pues es mi amada provincia de Valencia, de la que soy hijo, y voy gustoso á morir en ella.» Llegó finalmente á Valencia en 13 de Diciembre de 1583, y se dirigió directamente al convento de Sta. María de Jesus, exclamando al entrar: *este será para siempre mi descanso.* Es de advertir que apénas la comunidad supo su llegada salió á recibirle con el mayor alborozo, demostrándole con este acto cuanto celebraba poder contar de nuevo entre el número de sus individuos al varon justo, cuya presencia venia á dar nuevo esplendor y vida á sus queridos hermanos. Factor correspondió á estas muestras de aprecio con todo el amor de un padre que idolatra sus hijos. Pasó inmediatamente con ellos á la iglesia, oró con inexplicable fervor ante el Santísimo Sacramento del altar, arrodillóse tambien ante la imágen de Ntra. Sra. de la Escalera, y luego despues se arrojó á los pies del P. guardian pidiéndole humildemente perdon de las culpas que habia cometido. Para dar una prueba de cuan solícito se manifestó siempre á la estricta observancia de la Órden, bastará decir que en aquel acto se confesó públicamente de haber ido á caballo algun rato, siendo así que los médicos se lo habian ordenado á causa de su enfermedad. El P. guardian, que le amaba entrañablemente, le miró con la mayor ternura, le estrechó entre sus brazos, y le dió el ósculo de paz estampando sus labios sobre aquella tez marchitada por los ayunos y la penitencia. Pasado aquel primer acto de júbilo, el mismo P. guardian le encargó la plática de la vigilia de la Natividad del Señor. Pero el B. Nicolas, como quien prevée su próximo fin, le contestó con su acostumbrada mansedumbre: «no me será posible predicar, y no es justo exponernos á que la comunidad quede burlada.» Apénas hubo pronunciado estas palabras cuando todos los religiosos que le veian tan flaco y extenuado se entristecieron á la sola consideracion del estado en que se hallaba. Condujéronle, pues, á la enfermería, donde le prodigaron cuantos auxilios podian contribuir á su alivio. Á los cuatro dias de estar allí le aco-

metió una calentura inflamatoria que se declaró desde luego por enfermedad grave y peligrosa. En todo el curso de su vida hemos visto en el B. Nicolas una fe viva, una ardiente caridad, un amor sin límites á la oracion y á la penitencia; pero en sus últimos momentos hizo actos tan eminentes, tan sublimes, que ni la imaginacion puede concebirlos, ni hay pincel capaz de dar al precioso cuadro de la dichosa muerte de Nicolas el colorido que exigen de sí todas las circunstancias. Quiso en aquellos momentos hacer una confesion general, á cuyo fin acudió á la autoridad del P. provincial, que entónces lo era el R. Fr. Cristóval Moreno, varon dotado de relevantes virtudes. Éste sin pérdida de momento se trasladó á la cabecera del enfermo deseoso de darle el último abrazo, de lo que no se alegró poco Nicolas; en tanto que á pesar del estado en que se hallaba sostuvo con el prelado una larga y animada conferencia que versó esencialmente sobre puntos espirituales, manifestándole por último el Beato que en su viaje á Cataluña habia obedecido como siempre la voluntad de Dios, que segun le reveló era de que viniese á morir en el seno de la santa provincia de Valencia donde se habia criado. Visitáronle tambien durante su enfermedad muchas personas notables, quienes se complacian en oir de su boca los santos y saludables consejos que les daba, retirándose siempre tan satisfechos de su amabilidad, como admirados de su gran resignacion y paciencia. Despues de haber invertido largo rato en una confesion general, pidió con humilde encarecimiento le administrasen el Viático. Los que presenciaron este acto solemne han procurado encarecer aun las circunstancias mas minuciosas para dar al sublime cuadro que tenian á la vista todo el realce de que era susceptible. Pintanle puesto de rodillas sobre su pobre cama pidiendo perdon á todos los que le rodean, como si saliese del fango para ser sepultado en el estiércol. Sin embargo, el humilde religioso extiende los brazos, levanta los ojos al cielo, y animado del espíritu de la Gracia recibe el Pan de la vida eterna. Su aspecto entónces despide rayos de luz tan resplandecientes, que deslumbran á todos los circunstantes, quienes postrados al rededor del lecho quedan abismados por largo rato en un mar de delicias. Late el corazon del Santo á impulsos del puro amor, miéntras los demas religiosos vueltos en sí del pasado asombro derraman lágrimas de ternura, deseando cada uno de ellos cambiar su suerte con la de aquel dichoso mortal. Luego suplica el B. Nicolas al P. guardian que á su tiempo le administre el Sacramento de la Extrema-Uncion, y que por caridad le dé hábito, cordon, capilla y paños menores para ser enterrado, acompañando esta súplica con un tierno y patético discurso que arrancó de nuevo las lágrimas de todos los concurrentes, principalmente al pronunciar estas palabras: *Justo es que se entierre en un lugar inmundo y separado de sus hermanos un hombre tan ingrato á su Dios y*

Señor. Miéntras tanto iba agravándosele á cada momento mas y mas la enfermedad. Pasó á visitarle el P. prior del convento de predicadores, acompañado de otro sacerdote para ofrecerle en nombre propio y en el de la comunidad todo cuanto pudiese contribuir á su alivio y consuelo; y como el Beato tenia á aquella santa casa una particular inclinacion, recibió este obsequio con especial alegría. Presentóle en esta ocasion dicho P. prior un dedo de S. Luis Bertran, que el B. Nicolas adoró con mucha devocion, exclamando fervorosamente: *¡ Ah S. Luis mio, S. Luis mio! Vos me dijisteis por tres veces que me habia de salvar; interceded pues ahora con el Señor para que sea efectiva vuestra palabra*. Y despues de haber conversado largo rato refiriendo los innumerables favores que habia recibido del cielo durante aquella enfermedad, se retiraron los Padres predicadores edificados por las virtudes de Nicolas y satisfechos de la singular distincion con que habian sido recibidos. Poco despues un buen religioso entró en la celda del Beato, y por órden de los médicos le dijo: *Habeis de saber, Fr. Nicolas, que siendo ya breves los instantes de vuestra vida, es preciso administraros el Sacramento de la Extrema-Uncion*. Así como el que ambiciona honores y riquezas en este mundo falaz y engañador se alegra cuando cree que van á completarse sus deseos, el humilde Nicolas se sonrió; su alma se regocijó, y en el colmo de su alegría levantó los ojos al cielo al oir aquel anuncio: pronóstico feliz de su ingreso á la morada celestial. Oyósele entónces repetir aquel verso de David: *Me he alegrado en las cosas que se me han dicho: iremos á la casa del Señor;* y luego dirigiéndose al religioso le dijo estas palabras: *El Señor os dé, hermano mio, tan felices nuevas como me habeis dado*. Administrósele en efecto el Sacramento en la tarde del juéves 22 de Diciembre, y despues de haberle recibido con la mayor compuncion, pidió á los religiosos que se retirasen, quedando tan solo dos para su asistencia. Continuó el B. Nicolas entregándose á sus profundas meditaciones, y complaciéndose en oir á sus compañeros que invocaban repetidisimas veces los nombres de Jesus y de María. Al dia siguiente por la mañana se congregó toda la comunidad á la puerta de su celda para orar como tenia de costumbre en semejantes casos, miéntras que el Beato tomando en sus manos un Santo Crucifijo le besaba repetidas veces, pidiendo á Dios que no le abandonase en aquel trance. Por fin exclamó: *¡Jesus, creo!* y en este instante exhaló su último aliento volando su alma al seno del Criador para reinar con Dios por todos los siglos de los siglos. Su muerte aconteció á las nueve de la mañana del 23 de Diciembre de 1583 á la edad de sesenta y tres años, cinco meses y veinte y seis dias, y á los cuarenta y seis cumplidos de religion, dejándonos retratada la imágen, dice Company, del fin dichoso que tiene el justo. Hemos referido en compendio la vida de este ilustre español; decimos en compendio

porqué de otro modo sus hechos son tantos, tan grandes y maravillosos, que si hubiésemos tenido que repetirlos, necesitaríamos ocupar muchas mas páginas de las que permiten los cortos límites de una biografía. Tan solo la relacion de los muchisimos milagros que obró el Señor por intercesion del Beato da materia suficiente para llenar un gran número de pliegos. Hemos indicado ya algunos de aquellos, á los cuales añadiremos los tres aprobados por la Silla Apostólica para la beatificacion del siervo de Dios, referidos por el Exmo. é Illmo. arzobispo de Valencia D. Joaquin Company del modo siguiente: « Juan Bautista Claudio, hijo de la ciudad de Valencia, siendo « niño de la edad de trece meses estaba sentado á la puerta de su casa, y « arrastrándose se puso en medio de la calle que llaman de la Cocina, junto « al Hospital general de la misma ciudad. Venia al mismo tiempo por la « calle una galera cargada de vino: los galereros no vieron al niño hasta « que la rueda delantera le habia ya pasado á línea transversal por el espina- « zo. Esta inevitable desgracia les hizo prorumpir en destempladas voces « que dispertaron la atencion de los vecinos, y asomándose muchos á las « puertas y ventanas vieron que el dueño de la galera puso en brazos de la « madre al niño con todas las señales de muerto. Le desnudaron al instante, « y encontraron estampada la rueda en la superficie del cuerpo, habiéndole « dejado señalada una faja colorada á línea transversal del espinazo, que « era la direccion que habia tenido la rueda al pasarle por encima. Entre « sus vestidos encontraron tambien tres agujeros, que fueron efecto de los « clavos que van clavados á la periferia de la rueda. El niño estaba sin dar « la menor señal de vida, y no debia extrañarse habiéndole oprimido un « peso tan enorme; y así estimando por inútil todo remedio humano, acu- « dieron solo á buscar el del cielo. Invocaron los padres con mucho fervor « la proteccion del B. Nicolas, ofreciendo ir á visitarle con el niño á su se- « pulcro si por su intercesion le libertaba el Señor de la muerte que mi- « raban por inevitable dentro de breves minutos. Estuvo el B. Nicolas tan « propicio á consolarles, que apénas concluyeron su fervorosa súplica abrió « el niño los ojos, quedóse sereno y tranquilo, sin dar con los lloros mues- « tras de dolor; ántes muy alegre tomó el pecho de su madre para mani- « festar que estaba perfectamente bueno. Y para que no quedase la menor « duda del portento, habiendo reconocido de nuevo su cuerpecito, vieron « que aquella faja colorada que tenia estampada sobre los lomos se habia « desvanecido enteramente. Sin embargo de haber recobrado el niño tan « milagrosamente la salud, se olvidaron luego los padres de cumplir el voto « que habian hecho de visitar el sepulcro del Beato. De allí á pocos dias le « salió al niño un tumor á la garganta que le puso de nuevo á punto de « morir. Tres dias estuvo sin tomar el pecho de la madre, y esperaban por

« instantes diese el último aliento, á cuyo tiempo llegó á la casa un reli-
« gioso del convento de Sta. María de Jesus. Viendo este á los padres del
« niño en aquel conflicto, les preguntó si habian cumplido el voto que hi-
« cieron al B. Nicolas cuando tuvo la primera desgracia. Esta pregunta
« les despertó del letargo en que habian estado hasta entónces, y con-
« fesando su enorme ingratitud tomaron al instante el camino del con-
« vento de Jesus con el niño moribundo para cumplir el voto. Luego que
« llegaron al sepulcro del Beato le ofrecieron el niño, le pusieron bajo de
« su proteccion. Lloraban su descuido, y poniéndole la capilla del siervo de
« Dios sobre la cabeza, invocaron de nuevo su mediacion para que el Señor
« le concediese la salud que tenia perdida. El B. Nicolas quiso dar á aque-
« llas gentes todas las señales sensibles de su proteccion; porqué al instan-
« te se desvaneció el tumor y quedó el niño repentinamente sano, siendo
« este segundo prodigio una notoria confirmacion del primero. — Gerónimo
« Espejo, médico de la villa de Moya del reino de Castilla, salió una noche
« de su casa á causa de unas voces destempladas que daban en la calle; y
« un agresor, que acababa de matar á un clérigo á puñaladas, le dió á él
« otra en el pecho. La herida penetraba hasta lo mas interior de la cavidad
« del cuerpo, y por tanto la reputaron luego por mortal. Pero dando algu-
« nas treguas despacharon por un cirujano muy hábil de Valencia el que
« igualmente calificó la herida de muy difícil curacion; y no pudiendo dete-
« nerse en Moya resolvieron conducir el enfermo á Valencia para ver si
« podia recobrar la salud con la pericia de facultativos mas hábiles. Puesto
« en Valencia se practicaron las mas exquisitas diligencias para el recobro
« de su salud, pero fueron todas en vano; porqué en la herida se formó
« una especie de callo, las materias cada dia eran peores, y una calentura
« lenta que sufria el enfermo por espacio de tres meses le habia debilitado
« enteramente las fuerzas. En suma, este conjunto de accidentes quitaron
« á los cirujanos todas las esperanzas del remedio, y abandonaron el enfer-
« mo al arbitrio de la muerte. Un religioso del convento de Santa María de
« Jesus le habia dado al enfermo una pequeña cruz formada de la madera
« del arca en que fueron depositadas las reliquias del cuerpo del B. Nicolas, y
« viendo el estado tan deplorable en que se hallaba acudió por último re-
« medio á la proteccion del siervo de Dios. Púsose la cruz sobre la herida,
« pidiéndole al mismo tiempo con muchas ansias intercediese con el Señor
« para el logro de su salud. Habiendo llegado la enfermedad al extremo de
« causar el último estrago, se quedó el enfermo dormido; y entre sueños
« se le apareció el Beato, quien despues de consolarle mucho en sus traba-
« jos, le dijo que no moriria de aquella enfermedad, pues era voluntad de
« Dios quedase desde luego perfectamente sano. Dicho esto desapareció el

« Beato, y despertándose el enfermo advirtió que se hallaba enteramente li-
« bre de la calentura; y al mismo tiempo experimentó en sí un vigor y fuer-
« za que no le dejaron motivo de dudar sobre su perfecto restablecimiento.
« En efecto, habiendo ido á visitarle los cirujanos quitaron los vendajes y
« hallaron fuera de la herida un clavo de plomo que habia llevado hasta
« entónces para facilitar la evacuacion de las materias, la herida perfecta-
« mente cerrada, consumidas las materias, desvanecida la calentura; y en
« suma le reputaron por enteramente sano. Tres meses habia estado pos-
« trado en cama el enfermo, y al tercer dia despues del milagro fué al con-
« vento de Jesus á visitar el cuerpo del Beato. Despues de este portento aun
« vivió el médico treinta y cinco años, y siendo vecino de la ciudad de Se-
« gorbe depuso este milagro con todas las circunstancias que acaban de re-
« ferirse en el proceso que formó por comision de la Silla Apostólica el Ilus-
« trisimo señor obispo de aquella diócesis.—Joaquin Gandía, vecino de la
« ciudad de Valencia, siendo de edad de doce años jugaba un dia con otros
« compañeros coetáneos suyos. Uno de ellos de resultas del juego le causó
« con una navaja una herida muy profunda en el lado izquierdo mas abajo
« del corazon. Á la herida siguióse una fuerte calentura, deliquios, extre-
« mada flaqueza y debilidad en tanto grado, que apénas tenia aliento para
« articular palabra. Las materias de cada dia eran peores, de suerte que
« habiéndole administrado el Viático y la Extrema-Uncion el dia veinte y
« uno de la enfermedad, solo se esperaba exhalase el último aliento. La ma-
« dre y hermana del enfermo eran muy devotas del B. Nicolas, y durante la
« enfermedad le habian repetido muchas súplicas para que por su interce-
« sion lograse el enfermo la salud; pero viendo ya entónces perdidas las
« esperanzas, redoblaron sus súplicas con mucho mas fervor. Aplicaron la
« capilla del Beato á la herida del enfermo, pidiendo al mismo tiempo con
« muchas ansias intercediese con Dios nuestro Señor para que le concediera
« la salud si le convenia. La constante fe que tuvieron las afligidas mujeres
« en la proteccion del Beato les hizo dignas de su atencion, pues en el mismo
« dia se apareció el siervo de Dios al enfermo con báculo en la mano, y
« sentándose al lado de la cama, despues de acariciarle mucho y alentarle
« en sus trabajos, tocándole la cara le dijo con un tono muy dulce: *Consué-*
« *late, hijo mio, que con la voluntad de Dios luego quedarás sano;* y dicho
« esto desapareció al instante. El muchacho que hasta entónces ni habia
« tenido aliento para articular palabra empezó á vocear llamando á su ma-
« dre, y con una voz tan firme que indicaba estar perfectamente bueno le
« decia: *Madre, el P. Fr. Nicolas se me ha aparecido, y me ha curado.* Á
« las voces acudió la familia, y avisando luego á los cirujanos encontraron
« la herida perfectamente cerrada, el enfermo sin calentura y con un vigor

« y fuerzas como si no hubiera tenido enfermedad. Preguntándole despues « al muchacho, ¿cómo sabia que el religioso que habia visto era el P. Fr. « Nicolas? Respondió: *Que le conocia por haberle visto varias veces por « Valencia, y que en los nueve dias en que estuvo expuesto su cadáver para « la veneracion del pueblo, fué un dia á besarle la mano, y que no tenia mo- « tivo de dudar que el P. Fr. Nicolas habia sido su bienhechor.* » Grande en sus hechos, feliz en sus dichos y exacto en sus pronósticos, no habia dia que no dejase traslucir en cuan alto grado poseia el don de la Divina Gracia, que acompañado del estudio que habia hecho de las Sagradas Letras, brillaba con todo su esplendor, dejando pasmados no solo á la muchedumbre sí que tambien á príncipes, prelados y sabios. El héroe de S. Quintin, que entónces regia los destinos de la España, el sabio Agustin, aquel prelado ilustre que con sus obras supo granjearse un nombre verdaderamente europeo, el sabio Vaca, cuyos escritos habian llamado particularmente la atencion pública y otros muchos personajes de gran nota, todos testigos de vista de las virtudes de Factor, no solo procuraron captarse su amistad, sí que tambien fueron durante su vida y en lo sucesivo sus mas distinguidos panegiristas. Y en efecto ¿quien no se entusiasma al contemplar la fe del B. Nicolas, su esperanza, su caridad y amor de Dios, su caridad y amor del prójimo, su celo por la salvacion de las almas, el celo por el bien comun, su gran prudencia en los varios cargos que desempeñó, su amor á la justicia, su fortaleza, su templanza? Todas estas virtudes las poseyó el Beato en grado heróico y eminente, y de todas ellas dejó testimonios indelebles. Hemos visto que el Rey le amaba con particular ternura, y no era ménos la que le profesaba el B. Nicolas, ya como á Rey, ya como á padre de sus pueblos. En cierta ocasion, habiendo llegado á noticia de Factor que Felipe habia enfermado, acudió inmediatamente á rogar á Dios por su salud, y fueron tan ardientes y eficaces sus súplicas, que á poco rato supo por revelacion divina que el Rey viviria aun algunos años: noticia que le transportó á tanto júbilo, que iba gritando por los claustros: *No morirá el Rey, el Rey no morirá*; y en efecto se cumplió el vaticinio. En otra ocasion anduvo muy válida la voz de la muerte del mismo Monarca. Nicolas acudió como tenia de costumbre á la oracion, y supo tambien por inspiracion divina que gozaba de la mas perfecta salud; lo que le hizo prorumpir en altas voces estas palabras: *Te Deum laudamus. El Rey, á Dios gracias, vive y vivirá por muchos años.* Nunca podrá borrarse de la memoria de los españoles la victoria de Lepanto, que forma una de las mas hermosas páginas de nuestra historia. Hallábase en esta ocasion el B. Nicolas en su convento entregado á la mas rígida penitencia, cuando segun refiere Company llamó inopinadamente al enfermero Fr. Miguel Llorens, y le dijo que las armas católicas se hallaban en inmi-

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE GERONA

nente riesgo, y que era necesario acudir á la oracion para rogar á Dios por su felicidad. Retiráronse ámbos á la iglesia, inclináronse ante el Señor, y eran ya las once de la noche cuando movióse repentinamente un viento que apagó todas las lámparas, haciendo un ruido como de aves que con rápido vuelo azotaban con sus alas las paredes. *No te asustes*, dijo entónces Nicolas á su compañero; y luego prorumpió en alta voz estas palabras: *Victoria, victoria, victoria; Mahoma será confundido y nuestras armas exaltadas.* Al dia siguiente le preguntó Fr. Miguel qué significaban aquellas palabras que pronunció en el acto de la disciplina: *D. Juan de Austria*, contestó Factor, *consigue hoy una completa victoria contra la poderosa armada de los turcos* (era en 7 de Octubre de 1571), *de la que ha de resultar el restablecimiento de la paz y la seguridad del cristianismo, colmando de gloria y esplendor á nuestro católico monarca Felipe II. Guardarás la noticia en secreto*, añadió, *esperando que á su debido tiempo se divulgue.* El resultado es lo que refiere la historia. En 7 de Octubre de 1571 se ganó la famosa victoria de Lepanto. Tan grande como era el amor que profesaba á su Rey y á su patria, tan grande era su inagotable caridad. ¡Cuántas y cuantas veces salió de su humilde retiro en horas extraordinarias para salvar la vida á hombres desesperados que iban en pos del precipicio que debia conducirles á la eterna condenacion! ¡cuántas y cuantas veces proporcionó los socorros espirituales y temporales á infelices que de otro modo hubieran perecido en el lecho del dolor y de la miseria! Este ángel protector de la humanidad desvalida, este siervo de Dios tan amado de su Divina Majestad, esta oveja mimada del Divino Pastor, nada absolutamente, nada olvidaba de lo que podia contribuir á la felicidad eterna; y aun á la pasajera felicidad de esta vida. En ninguna ocasion demostraba mas amor hácia el prójimo que cuando Dios le agraciaba con el don de profecía, ni aun estando ocupado en las mas profundas meditaciones, nada, absolutamente nada, podia alterar la envidiable tranquilidad de su alma. Refiérese que en cierta ocasion en que se hallaba hospedado en la villa de Falcet en casa de una hermana de la tercera Órden llamada Isabel Ferrera, despues de la comida se retiró á su aposento para entregarse á la oracion. Un cerrajero que vivia inmediato á la casa principió su trabajo, y como fuese grande el ruido que metia, la hermana se desazonaba considerando que podia interrumpir á su huésped; mas éste que penetró lo que pasaba en el interior de Isabel, la llamó y preguntóla: « Vos « oís aquel ruido? Sí, le contestó. Pues no os pese, replicó el Beato, por« qué á mí no me incomoda. Aquel pobre cerrajero hace su oficio, yo el « mio: haced vos tambien el vuestro, y no os disgusteis jamas de que cada « uno cumpla su deber. » Reconvencion saludable, que al paso que sirvió de correctivo, llenó de consuelo el corazon de la buena Isabel. Lances son

estos dignos de referirse y que demuestran hasta la evidencia la gran rectitud de miras del afortunado amigo de S. Luis Bertran. No bien se divulgó la muerte del B. Nicolas, cuando las gentes en tropel acudieron al convento de Santa María de Jesus para pagar el tributo debido á sus cenizas. Habla su historia de varias apariciones y otras muchas maravillas que acontecieron ántes de enterrarle. Celebráronse por fin sus funerales con la solemnidad que permitian las circunstancias, en los que asistieron las comunidades del clero regular y secular, toda la nobleza y una afluencia de gentes tan grande cual jamas se ha visto. Concluidos los funerales, colocóse el cuerpo del B. Nicolas en una caja forrada de terciopelo negro y tachonada con tachones dorados, y se depositó en un nicho en la capilla de S. Antonio de Padua. Tres años despues, esto es en 1586, el rey D. Felipe II habiendo pasado al convento de Jesus con toda su real familia para visitar el sepulcro del B. Nicolas manifestó deseos de verle; y accediendo gustosa la comunidad, se abrió la caja y se halló entero. Postróse el Monarca, y depuso á sus pies su real corona en testimonio del gran respeto y veneracion que le infundian los preciosos restos del siervo de Dios: lo que demuestra hasta la evidencia el imperio que ejerce en todos tiempos la virtud, ante la cual nada hay de superior en la tierra. Concluido este acto recibió el Monarca de manos de la comunidad una costilla del B. Factor, que guardó como un don precioso é inestimable. Habiendo pasado á Valencia Felipe III para celebrar su enlace con la serenisima infanta D.ª Margarita de Austria, concluidos los desposorios, lo primero que hizo fué visitar tambien con su esposa el sepulcro del B. Nicolas, y á pesar de haber transcurrido diez y seis años desde su dichosa muerte, se halló entero é incorrupto como la vez primera. Algunos años despues fabricóse una capilla y en ella un sepulcro de mármol donde se depositó el féretro, siendo tanta la concurrencia de los fieles y sus generosas limosnas, que llegaron á reunirse en aquel recinto hasta trece lámparas de plata y otras muchas presentallas, como en testimonio de los favores que por su intercesion habian recibido del Santo todos sus devotos. Ademas se celebraba cada año la gloriosa memoria del siervo de Dios en la dominica inmediata al dia de los Santos Reyes, en cuya solemnidad se cantaba la misa de la dominica ocurrente y se predicaba un panegírico de las admirables virtudes del Santo. Fué tal el abuso de unos y la condescendencia de otros, que las reliquias del Santo desaparecian sensiblemente; hasta que en 1606, habiendo dispuesto el P. comisario general Fr. Pedro Gonzales de Mendoza que abriesen de nuevo la caja, se llevó varias reliquias á Castilla, de donde era hijo, y con este motivo la diputacion del reino de Valencia dispuso que se hiciese una caja muy rica, forrada de terciopelo carmesí, guarnecida de galones de oro, y con cinco cerrajas diferentes. Depositados en ella los res-

tos del Beato y cerrada la caja con las cinco llaves, fueron entregadas las cuatro á los síndicos de la diputacion del reino y la quinta al guardian del convento de Jesus. En 4 de Febrero de 1620 procedióse al exámen del cuerpo del B. Nicolas por órden de la Silla Apostólica, siendo comisionado al efecto el Illmo. Sr. D. Isidoro Aliaga arzobispo de Valencia, y observóse que se conservaba todavía entero, faltando tan solo las reliquias que fueron extraidas por la devocion de sugetos de autoridad, á quienes, segun dice Company, no se habia podido resistir. En 1634, habiendo prohibido Urbano VIII dar culto á los siervos de Dios que no lo tenian por cien años, fueron trasladados los restos del B. Nicolas y depositados bajo la pequeña bóveda delante del altar de la Purisima Concepcion; y allí permanecieron hasta que habiendo sido preciso remitir á Roma una reliquia para exponerla á la pública veneracion del pueblo en el dia que debia celebrarse la solemne beatificacion, en virtud de letras apostólicas expedidas por el papa Pio VI en 11 de Enero de 1786, previas las formalidades que se acostumbran en semejantes casos, procedióse á la abertura del féretro, y se halló que la humedad habia consumido en gran parte aquellos venerables restos: cuya desgracia afligió extraordinariamente á todos los fieles. Finalmente, trasladados á otra caja fueron depositados de nuevo y por interina providencia en una bóveda situada bajo el pavimento de la capilla de Ntra. Sra. de la Escalera. Ántes de pasar á la relacion de las obras que compuso el B. Factor, trasladarémos aquí el breve de beatificacion dado por el papa Pio VI que reasume, digámoslo así, todos los elogios que puedan hacerse del B. Nicolas. Dice así: «Por cuanto la debida administracion del oficio apostólico, que el príncipe « de los pastores Ntro. Sr. Jesucristo se ha dignado confiar á nuestra humil- « dad por la indecible abundancia de su clemencia, nos pone en la obliga- « cion de cuidar con la mayor solicitud de aquellas cosas que pueden ma- « yormente promover la religion cristiana, y excitar á los fieles principal- « mente á la piedad en estos tiempos de iniquidad; con este motivo nada « nos ha parecido mas propio y oportuno que colocar sobre el candelero las « virtudes de aquellos esclarecidos héroes con que la Iglesia católica se ve « bellamente adornada por sus diversos resplandores, para que iluminen á « los que están sentados en las tinieblas y sombra de la muerte, á fin de « dirigir sus pasos por el camino de la paz. Por lo cual habiéndose Dios « servido manifestar sus misericordias y tesoros de su bondad en su siervo « Nicolas Factor, sacerdote profeso del Órden de los menores de S. Francisco « llamados de la Observancia, que despues de haber terminado con admi- « rable inocencia de costumbres el escabroso camino de la niñez y mocedad « entre los atractivos del mundo encantador, deseando comenzar la espi- « nosa carrera de la perfeccion bajo el instituto de la mas rigurosa obser-

« vancia de dicha Órden, no solamente se manifestó en todo como ministro « de Dios, y en particular en una caridad fervorosa y nada fingida con que « se inflamaba maravillosamente hácia Dios y á los prójimos, sino que « tambien adelantó tanto en la humildad, que sirviendo de norte á otros « que anhelaban la perfeccion cristiana afirmaba él constantemente ser « el mayor de los pecadores: de donde nacia aquel ardiente deseo de redu- « cir su cuerpo con ayunos y maceraciones de la carne á la servidumbre « del espíritu, y de permanecer continuamente en la oracion, que mantuvo « constante hasta el último período de su vida. Entre otros dones que recibió « de lo Alto se distinguieron los frecuentes éxtasis y raptos, en los cuales « pasando mucho tiempo destituido de todo sentido, se traslucian á su ros- « tro, á los ojos y á todo su cuerpo los consuelos divinos con grande con- « mocion de los concurrentes. Por esto hemos determinado promover, en « cuanto se nos concede de lo Alto, su honor y veneracion para gloria de « Dios Todopoderoso, lustre de la Iglesia, defensa de la fe católica, y edi- « ficacion espiritual de los fieles. Habiendo, pues, la congregacion de nues- « tros venerables hermanos los cardenales de la Santa Iglesia romana, con- « sultores de los sagrados ritos, visto y examinado con madurez y diligencia « los procesos que se habian formado con licencia de la Silla Apostólica « acerca de la santidad de vida y virtudes en grado heróico, así teologales « como morales en que resplandeció el mismo siervo de Dios Nicolas Factor, « é igualmente los milagros que afirmaban haber Dios obrado por su media- « cion, y para manifestar al mundo su santidad; la misma congregacion « celebrada en nuestra presencia, y habiendo oido los votos de los consul- « tores, juzgó unánimemente y á una voz, que podia cuando á Nos pa- « reciere ser declarado Beato el dicho siervo de Dios con los acostumbra- « dos indultos. De aquí es que Nos movidos benignamente por las piadosas « y ardientes súplicas que sobre el particular nos ha hecho rendidamente « nuestro carísimo hijo en *Cristo el católico rey de las Españas Cárlos*, y « muchísimos venerables hermanos arzobispos y obispos de sus reinos, y á « mas todo el citado Órden de los menores de S. Francisco llamados de la « Observancia, de consejo y de consentimiento de la dicha congregacion con « autoridad apostólica venimos bien en declarar y conceder por el tenor « de las presentes, que el mismo siervo de Dios Nicolas Factor sea llamado « en adelante Beato, y que su cuerpo y reliquias se expongan á la venera- « cion de los fieles (con tal que no sean llevadas en procesion), sus imágenes « se adornen tambien con rayos ó resplandores, y todos los años en el dia « que fuese señalado por los ordinarios y superiores del mencionado Órden « á quienes pertenece, se reze de él el *Oficio y Misa* de comun de confesor « no Pontífice, con las *Oraciones propias* aprobadas por Nos, segun las rú-

« bricas del breviario y misal romano. Á mas de esto concedemos que se « diga este rezo de *Oficio y celebracion de Misa en todo el Órden de los frai-* « *les menores llamados de la Observancia* en la ciudad y diócesis de Valen- « cia en la cual nació y murió el dicho siervo de Dios, y donde descansa « su venerable cuerpo; y en la diócesis de Barcelona en la cual dió ejemplos « insignes de santidad por todos los fieles de ámbos sexos tanto seglares « como regulares que están obligados al rezo de las horas canónicas, y en « cuanto á las misas tambien por todos los sacerdotes que concurran á las « iglesias en que se celebrará la fiesta. Mas tan solamente en el primer año « despues de expedidas estas letras, y por lo que toca á las Indias desde el « dia en que llegasen allí las mismas letras, comenzando en las iglesias del « Órden, ciudades y diócesis susodichas, damos igualmente facultad de cele- « brar la solemnidad de la beatificacion del mismo siervo de Dios con oficio y « misa bajo rito de doble mayor en el dia señalado por el respectivo ordi- « nario, despues que esta solemnidad se hubiere celebrado en nuestra iglesia « de S. Pedro en el Vaticano el dia 27 del corriente Agosto. Sin que obsten « las constituciones y ordinaciones apostólicas, y decretos publicados de « *Non cultu*, y otros en contrario. Pero es nuestra voluntad que á las co- « pias de estas presentes letras ó ejemplares aunque impresos, firmados « por el secretario de dicha congregacion de cardenales, y sellados con el « sello del prefecto de la misma congregacion, se les dé el mismo crédito « que se daria á estas mismas presentes si fuesen exhibidas ó manifestadas. « Dado en Roma en Sta. María la Mayor bajo el Anillo del Pescador dia 18 « de Agosto de 1786. » Tenemos del B. Factor las obras siguientes: 1.ª: *Tractatus aliquot spirituales.* 2.ª: *Sermones de Sanctis.* 3.ª: *Epistola ad virginem Clarissam Monasterii Valentini nuncupati de Jerusalem in laudem Sancti Joannis Evangelistæ.* El P. Fr. Cristóval Moreno la publicó en caste- llano como la habia escrito el siervo de Dios, y advierte poco ántes que el original quedaria en el archivo de la provincia. 4.ª: *Otras muchas cartas escritas de su mano.* Otra *carta* y unas coplas ingirió Fr. Antonio Ferrer en su *Arte de conocer y agradar á Jesus* con estos títulos: 5.ª: *Carta á una religiosa, en que declara con símiles todo lo que pertenece á las tres vias, purgativa, iluminativa y unitiva.* 6.ª: *Coplas extáticas del alma levantada á Dios, cuando ya ha llegado á la union y contemplacion divina.* La *Vida del B. Nicolas Factor* escrita por el M. R. P. Fr. Joaquin Company, lector jubi- lado, P. de la provincia de Aragon, exprovincial de la de Valencia, defini- dor general de la Órden é hijo de la misma provincia, impresa en Valencia imprenta de José Tomas de Orga, 1787, en 4.°, es una de las mejores que han visto la luz pública. Lleva ademas un excelente retrato grabado por Capilla, que representa el Santo en el acto de uno de sus maravillosos éxta- sis. — J. M. G.

FACUNDO Y PRIMITIVO (S. S.) mártires. La historia de estos dos insignes campeones de la fe nos dice, que fueron martirizados en Leon de España en el siglo II. No están conformes los historiadores sobre su orígen, pues hay quien supone que eran hijos de S. Marcelo *el Centurion*, y que fueron martirizados gobernando Ático en Galicia por los emperadores; pero segun las Actas que se conservan en las iglesias de Toledo y Leon y en el monasterio de Cardeña, publicadas por el M. Risco en el tomo 34 ap. 1.° pág. 390 y siguientes, y segun la pasion de estos Santos escrita por el Ceratense *In vitis Sanctorum*, no solo no se aclara, sino que el mismo Risco en el tomo 34 pág. 314 y siguientes desvanece del todo los fundamentos de esta opinion. Debe pues fijarse su martirio en el imperio de Marco Aurelio Antonino y Lucio Vero Commodo, en cuya época segun parece estaba muy arraigada la fe en la ciudad de Leon. En efecto, era entónces presidente un romano llamado Ático, que bien pudo ser Tito Claudio Ático Heródes, que desempeñaba el cargo de cónsul en el año 143 y que fué preceptor del mismo M. Aurelio. Hallábase Ático en la ribera del rio Cea, que toma orígen en los montes de Astúrias, en el sitio que ahora ocupa la villa de S. Facundo, vulgarmente llamado Sahagun, y segun demuestra el P. Flòres en el tomo XVII, pág. 226 y siguientes, allí fué donde padecieron el martirio nuestros Santos, y no en Galicia como equivocadamente se ha dicho por otros escritores. En esta ocasion, pues, mandó Ático que toda la gente de la comarca acudiese á tributar incienso á cierto ídolo, que algunos han querido suponer representaba á Apolo. Uno de los gentiles se separó de la multitud, y acercándose á Ático le advirtió que dos mancebos cristianos llamados Facundo y Primitivo habian despreciado su mandamiento, condenando sin rebozo el culto de los dioses. Indignado el gobernador mandó que les prendiesen inmediatamente, y que les presentasen en audiencia pública cargados de cadenas. Cumplióse la órden con la mayor exactitud: dando con esto á entender los ministros cuan sedientos estaban de la sangre de los cristianos. Habiendo comparecido Facundo y Primitivo ante el inexorable juez, se entabló entre Ático y ellos el interrogatorio siguiente. « ¿De donde sois? les preguntó.—De « esta tierra; le contestaron.—¿Qué religion seguis?—Somos cristianos y por « lo mismo confesamos que Cristo es el verdadero Dios, que crió el cielo y la « tierra y el mar y todo lo que en ellos se contiene.—¿No ha llegado á vues- « tra noticia que los emperadores mandan castigar á los que blasonan de « cristianos?—Hemos oido ese gran desatino y blasfemia del demonio, pero « afianzados en la fe no tememos vuestras amenazas.—Sabed, pues, repuso « Ático, que por decreto que he recibido de los príncipes mis señores, están « obligados los cristianos á sacrificar á las supremas deidades. El que no « obedezca sufrirá todo el rigor de la ley, siendo atormentado sin la menor

« compasion. Esta órden es irrevocable : sacrificad , pues , á los dioses in-
« mortales si en algo estimais vuestra tranquilidad y vuestra vida. — Noso-
« tros , ó juez , contestaron , todos los dias ofrecemos sacrificio al Rey de los
« reyes , á nuestro Señor Jesucristo , Dios inmortal. Nada tememos de
« vuestro Rey y señor cuyo poder acaba con la vida. El reino de Jesucristo
« es eterno , y el que persevere en la fe obtendrá la felicidad eterna. — Yo
« haré pues que entendais , dijo Ático á los ilustres jóvenes , que ahora per-
« teneceis precisamente á nuestro reino. — Al oir estas palabras exclamaron
« ámbos : Hasta ahora hemos servido en el ejército de este reino que llamais
« vuestro , bien que con el corazon confesábamos á nuestro Señor , y en lo
« oculto de nuestra conciencia á solo Dios guardábamos fidelidad. (1) No
« vencerá , pues , el espíritu maligno á los siervos de Cristo ; no tiene él
« poder para arrancarnos de nuestro propósito. » — Esta respuesta dada con toda la dignidad propia del cristiano de aquellos tiempos , que no conocia mas peligros que aquellos que ofrece un mundo de corrupcion sin fe y sin ley, que no temblaba ante los tormentos y las hogueras, y que siempre estaba dispuesto á perecer en la lid si se trataba de la defensa de la religion sacrosanta del Crucificado , exasperó á lo sumo al ministro de iniquidad , quien con su voz de trueno prorumpió en estas terribles imprecaciones : « ¡ Oh cuan digna
« es de castigo esa vuestra resolucion ! ¿ Ignorais , desdichados , que en mi
« mano está el quitaros la vida ó dejárosla? — No es así, contestaron los ilus-
« tres campeones ; lo que tú puedes únicamente es matar nuestra carne :
« sobre nuestras almas no tienes poder alguno ; este tan solo reside en Dios
« nuestro Señor que puede librarnos de tus manos y destruir vuestro impío
« reino ; porqué suya es la gloria y la potestad por los siglos de los siglos.
« Así sea. » Desesperanzando Ático de poder convencerles con razones , y no encontrando por lo mismo medio alguno que pudiese hacerles vacilar , les dijo en el colmo de su despecho : — « Segun eso quereis mas bien morir que vivir : » — y como contestasen los Santos que la muerte les daria la vida eterna , mandó que les quebrasen los dedos y les retorciesen las piernas , encar-

(1) En las Actas dice así: *Usque nunc in castris regni vestri militabamus; sed in corde nostro Dominum nostrum fatebamur, et in abditis conscientiæ nostræ soli Deo fidem servabamus.* Acaso alude á estas palabras un escritor moderno de este martirio , dice Villanueva , el cual pone en boca de nuestros Santos la siguiente respuesta : *Aunque somos súbditos suyos* (de los emperadores) *en lo material, no en el espíritu , parte mas noble de nuestra naturaleza.* Esta expresion sobre no declarar lo que dicen las Actas , puede hacer entender á algunos incautos que la sumision de los cristianos á los príncipes gentiles no nacia del corazon , mas era puramente exterior. Los vasallos no pueden obedecer al príncipe si lo que manda es contra la ley de Dios; pero aun entónces son súbditos de ellos en el espíritu , esto es , obligados por la conciencia , sin ficcion , por respeto al orígen de su potestad , por amor al órden público.

gando á los verdugos que continuasen en este tormento hasta acabar con su existencia. No podia pronunciar Ático palabra que mas complaciese á estos Santos.—« Gracias, dijeron, damos á nuestro Dios y Señor porqué ha llegado « el tiempo de la pelea por la cual hemos de caminar á nuestro Señor Jesu- « cristo. » Viendo el tirano tanta constancia y oyendo en vez de los suspiros que aguardaba cánticos de gloria á su Divina Majestad, que por lo muy bellos llamaban la atencion de la alucinada concurrencia, dispuso que Facundo y Primitivo fuesen conducidos á la cárcel. Cuanto mas grande era su constancia tanto mayor fué el empeño que puso Ático en alcanzar sobre ellos una completa victoria; y observando por lo mismo que el rigor solo servia para afirmarles mas en la fe, determinó variar de conducta procurando atraerlos con la dulzura y los alhagos. Á este fin dispuso que les obsequiasen con los manjares de su propia mesa; pero los invictos jóvenes que conocieron la intencion rehusaron probarlos: acto que acabó de desesperar á Ático, quien quiso saber de ellos mismos el motivo de aquel desprecio. Respondiéronle, pues, que era afrenta de los cristianos mostrar que consentian con los gentiles, y que ni tomarian, ni comerian tales manjares para no ser privados de la hartura que no tiene fin. Echadles, pues, en un horno ardiente, dijo Ático en un acceso de cólera. Ejecutóse el mandato; pero como Dios velaba sobre la suerte de sus escogidos se mantuvieron allí por espacio de tres dias sin recibir ni el menor daño; mas atribuyendo el juez á arte májica aquel milagro tan patente, dispuso que uno de sus ministros les diese una comida envenenada para evitar sin duda nuevas afrentas y desengaños. El ministro cumplió exactamente el mandato de su señor; y si bien los dos héroes le manifestaron que no tenian obligacion de comer lo que se les presentaba, añadieron que para que viese que en nombre de Jesucristo podian desvanecer los malignos ingenios de los hombres lo comerian. En efecto, encomendándose á Dios y haciendo sobre sus frentes la señal de la cruz, probaron aquel manjar emponzoñado que no les causó efecto alguno. El ministro empeñado en complacer á su señor propinóles una ponzoña mas activa: viendo que tampoco producia resultado alguno, cayéndosele la venda de los ojos exclamó: *¡ Rogad por mí al Señor, ó siervos de Dios!* y en aquel mismo instante se convirtió á la fe, quemó sus malos libros, contó al juez lo que habia pasado, y volvió á la cárcel para no separarse de ellos. Facundo y Primitivo le enseñaron las verdades eternas, logrando de este modo dar un nuevo campeon á Jesucristo. Miéntras tanto Ático se valia de todos los resortes imaginables para alcanzar su objeto. Volvió otra vez á tentar el medio de la persuasion; quiso mostrarse complaciente y dadivoso; convidó á los Santos con honores y riquezas, pero siempre con los mismos resultados. Facundo y Primitivo habian resuelto sacrificar sus vidas, si

necesario fuese, en defensa de la fe, y esta resolucion grande; magnánima, hija de la conviccion mas íntima, les dió el valor necesario para resistir toda clase de tentaciones y tormentos. Mandó el tirano que les arrancasen los nervios con garfios de hierro; pero á pesar de los agudos dolores que este acto de barbarie debia ocasionarles oyóseles pronunciar con dulce acento entre palabras de amor dirigidas al Dios de cielo y tierra estas notables frases: « Ningun dolor sentimos. Como con la espina que cuando se saca del « pie se ahuyenta el dolor, así hallamos alivio en esto con que nos pretenden atormentar; grande ánimo nos da la fe de Cristo Dios Todopoderoso. » Determinó el malvado Ático que les echasen encima de las llagas aceite hirviendo; pero los Santos, continuando con la calma mas extraordinaria: « Sin duda, decian, no le sabe mejor el agua fresca al que tiene sed cuando « con ella siente apagado el calor, que á nosotros nos refrigera este aceite. » Hizo ademas el tirano que les quemasen los costados con antorchas; mas ni el estar colgados les cansaba, ni el fuego les abrasaba: muy al contrario, cuanto mas penosa era su situacion, tanta mayor era su alegría. Exhortóles Ático de nuevo para que abandonasen la fe, y viendo que los siervos de Dios permanecian en su propósito, mandó que les hiciesen tragar cal viva mezclada con hiel y vinagre. Tomaron los Santos este brebaje con la mayor resignacion, diciendo que les sabia tan bien como si fuese un panal de rica miel. « ¿No ves desdichado, exclamaron dirigiéndose al juez, que de nada « aprovecha tu malicia? » Al oir Ático estas palabras mas indignado que nunca dispuso que les sacasen los ojos. « Mandas que nos saquen los ojos, « decian los mártires en el acto de ejecutarse aquel horroroso tormento; « pero no sabes que con los del alma vemos mucho mas, como dice el « Apóstol: si el hombre exterior se corrompe el interior se renueva; y por « lo mismo no hace falta la vista corporal al que tiene el corazon alumbrado, « porqué el alma limpia busca la luz verdadera. » Á la verdad parece increible que existiese fuerza humana que pudiese resistir las duras pruebas que se ejecutaron en Facundo y Primitivo, y tambien parece increible que existiese un corazon de fiera como el de Ático; pero la historia de los primeros siglos de la Iglesia está llena de maravillas y prodigios, y asimismo manchada de sangre y de crueldades: en ella se ostenta á cada paso el gran poder del Dios de las misericordias, y la gran maldad de los hombres ingratos y fementidos; observándose entre estos dos extremos la generosidad de los defensores de la fe y el sufrimiento y la constancia de los mártires; y esta historia escribiéronla los hombres probos testigos de vista cuya sencillez y buena fe revela la verdad. Cese pues la admiracion de aquellos que tan solo buscan en las cosas los efectos naturales; mayormente cuando críticos de la mayor nota han pesado los dichos de los escritores antiguos y no

se han atrevido á dudar de sus asertos. Volvamos al curso de nuestra historia. Facundo y Primitivo continuaban con aquella calma que asombra cuando es sobrenatural. Sus rostros aunque desfigurados por la mano alevosa que les hiriera anunciaban la tranquilidad de sus almas cándidas como la nieve. Ático era el único que demostraba por intervalos el furor, la desesperacion, y todo cuanto pueden dar de sí las pasiones en un corazon depravado. Tan pronto deseaba prolongar la muerte de las ilustres víctimas redoblando las injurias y los tormentos para adquirir á lo ménos una completa venganza; tan pronto deseaba abreviar los momentos de su vida, porqué temia y con razon verse confundido y avergonzado. Estos contrarios efectos eran los que le tenian en continua agitacion; pero optando por lo primero mandó colgarles por los pies para ver si triunfaba de su constancia. Apénas se ejecutó este bárbaro suplicio cuando los Santos empezaron á arrojar sangre por las narices en tanta abundancia, que regaban la tierra. Retiróse Ático de aquellas escenas de horror, aguardando en su estancia que los verdugos le diesen parte del resultado. En efecto, estos que habian dejado ya á los Santos por muertos aceleraron el paso para dar noticia de ella á su señor, quien, segun refieren las Actas, no quiso que retirasen sus cuerpos hasta pasados tres dias. Cumplido así, al ir á retirarlos la admiracion creció de punto cuando en vez de dos cadáveres encontraron á Facundo y á Primitivo en el estado mas completo de salud, glorificando á Dios y dando testimonio de su grandeza y poderío. Mirábanse atónitos los soldados no sabiendo atinar con la causa de una maravilla tan extraordinaria; y entónces los mártires para sacarles del error les dirigieron estas palabras: « ¡Mirad como Nuestro « Señor Jesucristo, por cuya divinidad padecemos tan grandes tormentos « estando colgados en este patíbulo, ha enviado un ángel que nos dé la vista « y la salud! » Noticia era esta capaz de ablandar el corazon mas empedernido, capaz de iluminar la razon mas ofuscada; pero muy al contrario, resuelto Ático á no separarse de la via del error, quiso ver por sus propios ojos lo que nunca podia imaginarse. Trasladóse pues en persona donde se hallaban los mártires, y viendo que era cierto cuanto le habian referido, mandó que en su misma presencia los desollasen. « ¡Oh incrédulo, le dicen, « y ajeno de Cristo! estás viendo que nos ha restituido Dios los ojos que tú « nos mandaste sacar, ¿y ahora quieres desollarnos? Esto bien lo puedes « hacer; mas trocar nuestro propósito, eso no. Vencido eres, enemigo; tu « crueldad no ha bastado para darte la victoria. Echástenos en el horno, y « Dios que libró de las llamas á Ananías, á Azarías y Misaél, preservó tam- « bien de tus ingenios á nosotros sus siervos. » Apénas concluyeron este razonamiento cuando un gentil que se hallaba entre la multitud de los espectadores, alumbrado con el fuego de la Divina Gracia, clamó en altas

voces : « Mirando estoy dos coronas que bajan del cielo, y dos ángeles que las « tienen , aguardando á estos justos para llevarlos consigo coronados al cie- « lo. » Y proseguia : « ¡Dichoso el que espera el reino de Cristo para tener en « él parte con estos Santos! — Pues bien , gritó Ático al oir esta voz ; cortad « las cabezas para que vayan en busca de las coronas. » — Las últimas pa- labras de los Santos se dirigieron á tributar las debidas gracias al Señor por haberles dado libertad y constancia para despreciar lo temporal y merecer lo eterno. Puestos , pues , en oracion fueron degollados , saliendo de las heri- das sangre mezclada con leche. (1) Este espectáculo llenó de asombro á cuan- tos lo presenciaron : muchos creyeron en Cristo , miéntras que el tirano per- maneciendo en el error quedó abismado en la confusion y en el abatimiento. Los santos Facundo y Primitivo padecieron el martirio en 27 de Noviembre del año 143 , y sus preciosas reliquias fueron sepultadas ocultamente por los fieles en el mismo lugar junto al camino que las Escrituras llaman *Strata* ó *Calciata* , situado hácia la ribera del rio Cea. Durante el imperio de Constan- tino *el Grande* los cristianos edificaron allí una pequeña iglesia con su invo- cacion , y no consta que las reliquias de los Santos fuesen trasladadas á otro lugar durante la irrupcion de los árabes , como malamente se ha pretendido. La grande afluencia de gentes que acudia á venerar los restos de S. Facundo y Primitivo dió ocasion á que se fundase allí mismo un pueblo que primero se llamó *Domnos Sanctos* , mas adelante S. Facundo , y ahora Sahagun , cu- ya parroquia fué la capilla de los mártires hasta los tiempos de Alonso lla- mado *el Magno*. En el reinado de este príncipe se refugiaron al territorio de Leon muchos monjes de Andalucía que huian de la tiranía de Mahomad , entre los cuales llegó tambien el abad Alonso. Queriendo el Rey que estos monjes hiciesen asiento en su estado , compró las heredades que pertenecian á esta iglesia , y con ellas se la dió , fundándoles un monasterio con la invo- cacion de los Santos mártires ; y Alonso IV lo engrandeció aun mucho mas. Este Monarca con sus cinco mujeres fueron enterrados en el presbiterio , y en el crucero dos hijos y otras personas reales y varios caballeros y perso- najes de Castilla. Tal fué el orígen del monasterio de Sahagun , invadido re- petidas veces por los árabes , pero guardado siempre por la proteccion de los Santos mártires. Este célebre monasterio ha dado un cardenal á la Santa Sede , varios arzobispos y obispos , generales de la congregacion de S. Beni- to y muchísimos y célebres escritores. En este lugar se conservaron final- mente las reliquias de S. Facundo y S. Primitivo por espacio de diez y seis

(1) Las Actas dicen : *Exiit collii eorum lac et sanguis* , cuyas palabras copió el Cerraten- se. Por lo mismo, padeció equivocacion el P. Croiset diciendo, que salió por los cuellos de los insignes mártires leche en lugar de sangre.

siglos, venerándose posteriormente en medio del retablo mayor en una arca de plata. Los que opinan que la fundacion de este monasterio data de fecha mas remota quedan refutados victoriosamente por un privilegio de D. Ramiro II, en el que se refiere gran parte de lo que hemos dicho sobre el particular.—J. M. G.

FADAÍA ó Phadaía de Ruma. En el libro IV de los Reyes, cap. XXIII, que trata de cuando Josías leyó delante del pueblo el Deuteronomio, en el versículo 36 se dice, que Fadaía era padre de Zebida madre de Joakím rey de Judá.—O. R.

FADAÍA ó Phadaía. En el cap. III del lib. I de los Paralipómenos, que habla de los descendientes de David y de los reyes de Judá del linaje del mismo David, y en los versículos 18 y 19 se lee el nombre de Fadaía, hijo de Jeconías, rey de Judá y padre de Zorobabel y de Semei.—O. R.

FADAÍAS ó Phadaías, hijo de Farós. En el lib. II de Ésdras, cap. III, que trata de la reedificacion de los muros, torres y puertas de Jerusalem, en el ver. 25 se lee, que Fadaías hijo de Farós edificó junto á Falel, hijo de Ozi; y en el cap. VIII del mismo libro, versículo 4 se dice: y *Ésdras Escriba se puso en pie sobre una grada de madera, que habia hecho para hablar: y pusiéronse en pie junto á él á su derecha Mathathías, y Semía, y Anía, y Uría, y Helcía, y Maasía: y á la izquierda, Fadaía, Misaél, y Melchías, y Hasum, y Hasbadana, Zacharía, y Mosollam.* —O. R.

FADASUR ó Phadassúr, padre de Gamaliel, segun se lee en el capítulo I de los Números, que trata del encabezamiento de los israelitas, que podian llevar las armas contando desde los veinte años de edad. En el capítulo II de los mismos Números se refiere el órden que los israelitas habian de guardar en sus campamentos. En el versículo 20 se cita á Gamaliel hijo de Fadasur y príncipe de la tribu de los hijos de Manasés. En el cap. VII, tratando de las ofrendas que hicieron las doce tribus en la dedicacion del tabernáculo y del altar, se cita otra vez á Fadasur como padre de Gamaliel. (Véase su artículo.) Finalmente, en el cap. X, versículo 23, se cita otra vez á Fadasur como padre de Gamaliel, príncipe de la tribu de Manasés. —O. R.

FADON ó Phadon. En el libro I de Ésdras, cap. II, se enumeran los que volvieron del cautiverio de Babilonia á Jerusalem llevando á su frente á Zorobabel, y los dones ofrecidos para la nueva fábrica del templo. En el versículo 44 se citan los hijos de Cerós, hijos de Siaa y los hijos de Fadon; y en el cap. VII del lib. II, versículo 48, vuelve á citarse á Fadon como uno de los jefes de los natineos. —O. R.

FADUS (Cuspius) ó Cuspio Fado. (Véase Cuspius gobernador de la Judea).

FAGGI, ó de Faggiis (Ángelo). Llamado tambien algunas veces *Sangrino*

por haber nacido en el castillo de este nombre en el reino de Nápoles, hácia el año 1500. En su infancia dió ya inequívocas muestras de la bondad de su carácter. Dócil á las insinuaciones de sus padres y obediente á los mandatos de sus preceptores con su constante aplicacion y la facilidad de su ingenio dejó enteramente satisfechos á unos y otros; principalmente á sus maestros quienes se vanagloriaban de serlo y vaticinaron con razon el papel brillante que debia representar en lo sucesivo, así entre los que aman la virtud, como en la república de las letras. Era muy jóven aun cuando sintiéndose inclinado al estado religioso abrazó el Órden de S. Benito, de la congregacion de Monte Casino; y no tardó en adquirirse gran celebridad por el prodigioso número de obras que iba componiendo. Dotado de las mas bellas calidades, añadió á su reputacion la amistad de los hombres mas eminentes de su tiempo. Celoso en el cumplimiento de la disciplina monástica; de costumbres irreprehensibles, amigo de los pobres, severo para sí mismo, indulgente con todos los otros (á ménos que las circunstancias exigiesen la severidad), hábil en los negocios de su Órden: Faggi era en resúmen un perfecto modelo de todas las virtudes. Compartia el tiempo entre los deberes de su estado, ya como á simple religioso é ya como á superior. Las lenguas latina y griega le eran tan familiares como el idioma del pais donde se habia educado; y en ámbas componia versos con sorprendente facilidad sobre cualquier asunto que se le propusiese. Habia profesado en 1519, siendo elevado sucesivamente á la dignidad de abad del monasterio del monte Casino, y á la de superior de muchos otros. La presidencia de la congregacion era trienal; sin embargo, habiéndose dado á conocer Faggi así por sus sábias miras, como por su gran prudencia, concluido el primer trienio no dudaron en reelegirle. El papa Pio V le dió repetidas muestras de su particular afeccion, nombrándole por último inquisidor de la fe; cuyo cargo desempeñó como era de esperar de su gran doctrina y de sus ínclitas virtudes. Finalmente, despues de una carrera larga y llena de méritos, hallándose ya por su avanzada edad al borde del sepulcro, hizo dimision de todos sus empleos para dedicarse exclusivamente al servicio de Dios. Murió el virtuoso Faggi en su monasterio de Monte Casino en 1593, á la edad avanzada de noventa y tres años, conservando aun en sus últimos momentos aquella fuerza de raciocinio que tanto le habia distinguido desde el principio de su profesion. Sus principales obras son: 1.ª: *In Psalterium Davidis, regis et prophætæ clarissimi, paraphrasis vario metri genere exculta*, Venecia, 1575, en 4.°. 2.ª: *Poesis christiana in quatuor libros distincta*, Padua, 1565, en 4.°. Los numerosos documentos de esta coleccion versan todos sobre objetos de piedad. 3.ª: *Speculum et exemplar christicolarum, seu vita B. patris Sancti Benedicti monachorum patriarchæ sanctissimi*, Florencia, 1626, en

4.°, Roma, 1687. 4.ª: *Tratado de la oracion en las cuarenta horas*, Florencia, 1583. 5.ª: *Vita Sanctæ Virginis Mariæ, carmine elegiaco*, Verona, 1649. 6.ª: *Officium 40 horarum vario metri genere*. Florencia, 1583. 7.ª: *Sentimientos de un pecador en presencia del Santisimo Sacramento en versos heróicos*, Florencia, 1583. 8.ª: *Salterio de la Virgen Santisima, en prosa y en versos sáficos*. 9.ª: *Elogio en verso del P. dom Pablo Picco de Pavia*, impreso entre los de Pablo Próspero Martinengo. 10.ª: *Diálogo sobre los nombres dados á Dios en los libros santos*. Ademas tenemos de Faggi varios *Elogios*, *Himnos*, *Vidas de Santos*, *Sermones*, *Homilias* y otras obras que quedaron manuscritas, y cuya lista se encuentra en la Biblioteca general de los escritores del Órden de S. Benito. — J. M. G.

FAGNANO DE TOSCHI (Juan Francisco) hijo del célebre geómetra el conde de Julio Cárlos de Fagnano, marqués de Toschi. Nació á mediados del siglo XVIII en Sinigaglia; se aplicó con ardor al estudio de las ciencias exactas, y llegó á ser tan buen matemático como su padre. Abrazó el estado eclesiástico, y fué arcediano en Sinigaglia. Se ignora la época en que murió. Los diarios de Leipsick, y muy particularmente los de los años 1774, 1775 y 1776, contienen de este autor varias *Memorias* sobre la geometría. — R.

FAGUNDEZ (Estévan) jesuita, de nacion portugues. Fué su patria Viana; y habiendo entrado en la Compañía de Jesus el año 1592, contando diez y siete de edad, hizo en ella con singular aprovechamiento la carrera de sus estudios, los cuales concluidos, enseñó teologia moral, y ejerció con aplauso de la Órden el cargo de profesor en el colegio de Lisboa. Dió á luz las obras siguientes: 1.ª: *Quæstiones de Christianis officiis et casibus conscientiæ, in quinque Ecclesiæ præcepta*, Maguncia, por Herman Mylio Birchman, 1628, en folio; despues otra edicion de Lyon, 1626. 2.ª: *Apologeticus tractatus pro suo libro in quinque præcepta Ecclesiæ, ad quæstionem de lacticiniorum, ovorumque esu tempore quadragesimæ*, Lyon, por Jaime Cardon, 1631, en 8.°. 3.ª: *In decem præcepta Decalogi*, dos tomos. 4.ª: *De Justitia*, un tomo, Lyon, por Anisson y Boissat, 1640, en folio. 5.ª: *De Justitia*, un tomo, *et de contractibus*, *et de acquisitione et translatione dominii*, dos libros, Lyon, por dicho Anisson, 1641, en folio. Murió este sabio teólogo en 1645 á la edad de 68 años. — S.

FAGUNDEZ (Manuel José) religioso franciscano. Este perfecto modelo de religiosos nació en Ceuta en 24 de Febrero de 1776: recibió el Sacramento del Bautismo en 27 del mismo mes y el de la Confirmacion el 1.° de Junio de 1789. Su extraordinaria docilidad y su natural inclinacion al bien hicieron concebir á sus padres las mas bellas esperanzas. Principió los estudios preliminares, y no bien habia cumplido los diez y siete años de edad cuando el deseo de seguir la vida religiosa le condujo al convento de Padres francisca-

nos de S. Diego de Sevilla, donde tomó el hábito. En edad tan temprana, y con asombro de todos los religiosos, se presentó tan penetrado del espíritu de la religion que iba á profesar, que no hubo novicio que le aventajase en el cumplimiento de sus deberes y en la práctica de todas las virtudes. Emprendió con ardor inconcebible el estudio de las Sagradas Letras; cursó filosofía y teología, y en todas estas ciencias salió tan consumado como en la de la virtud, cuyas circunstancias hicieron vaticinar á sus superiores que algun dia llegaria á ser uno de los mas bellos ornamentos de la religion Seráfica. Aspiraba Fagundez á la sublime dignidad del sacerdocio, y á este fin redobló sus esfuerzos para poder desempeñar en lo sucesivo con el debido acierto un ministerio que exige pureza de costumbres, humildad y sabiduría. Dios llenó cumplidamente sus deseos; en 1800 tomó órdenes sagradas, siendo un verdadero espejo de candor y de inocencia. Como su corazon se abrasaba en el fuego del amor divino, siendo por otra parte exactísimo en la observancia de su regla, no vacilaron los superiores en nombrarle misionero apostólico: cargo que desempeñó desde 1813, así como el de guardian del convento de S. Pedro de Alcántara. En ámbos destinos se hizo digno de la estimacion pública y particular, ya por el celo que desplegó en la conservacion íntegra de la pureza de la fe, é ya por el amor con que trató á todos sus hermanos. Extraordinariamente rígido consigo mismo, era afable, atento y cortés con todos los demas; y estaba tan enamorado de la pobreza religiosa, que sus apasionados, que eran muchos, nunca pudieron conseguir que tomase dinero alguno ni aun á título de limosna para misas; siendo así que atravesó unas épocas que muy pocos fueron los de su estado que no tuvieran que separarse de lo que en esta parte prevenia la regla. Obligados á salir con frecuencia de sus conventos durante la guerra llamada de la independencia nacional; echados del claustro en la década de 1820; expulsados por segunda vez en 1835; todos los que no buscaron un asilo en pais extrangero tuvieron que acudir á la generosidad de sus compatriotas ó á la munificencia del gobierno para alcanzar una obvencion que á lo ménos asegurase su subsistencia, obligándoles por lo mismo la necesidad á quebrantar uno de los principales preceptos de la Órden. Fagundez, haciéndose superior á sí mismo y á las circunstancias, fué tal vez el único que no la quebrantó, pues sin la generosidad de sus numerosos amigos, hubiera preferido sin duda pedir el pan de puerta en puerta: tal era su amor á la santa pobreza que Jesucristo dejó por herencia á sus discípulos. La resignacion con que sufrió Fagundez todas las desgracias que le sobrevinieron, causadas por estos mismos trastornos, no influyeron notablemente en su ánimo; gemia sí por la suerte de sus hermanos, lloraba á la vista de las calamidades públicas, pedia fervorosamente á Dios que aliviase la suerte de los que eran víctimas de

la guerra fratricida; pero por lo que respecta á su persona, conservaba aquella tranquilidad de ánimo que nunca se separa de la mente del justo; así es que á pesar de la prevencion con que eran mirados muchos religiosos, Fagundez continuó disfrutando de la consideracion y aprecio de las autoridades y del pueblo: tan grande es la influencia que ejerce en todos tiempos la virtud. Llegó por fin la época en que debia presentarse ante el trono del Eterno. «Nueve dias ántes de su muerte (dice el *Boletin del clero español en «1848*, pág. 112 col. 2.ª), sin que se notara síntoma aparente de ella, la «anunció á alguna persona de toda confianza en el concepto de estar ya «muy próxima. Aquel mismo dia dijo misa y se desayunó con mas apetito «que nunca. Al siguiente le fueron administrados los Sacramentos á fuerza «de vivas instancias suyas; y el domingo 19 al rayar el sol en su meridiano se eclipsó en la tierra esta alma humilde y cristiana, dejándonos con «sus buenos ejemplos una esperanza, en cuanto es permitido tenerla con «sujecion al juicio de la Iglesia, de que habrá sido favorablemente acogida «en el supremo tribunal de aquel que fué constituido Supremo Juez de vivos y muertos, en cuya eterna gloria descanse en paz.» En el mismo *Boletin* se lee la relacion del entierro que se verificó en 23 de Noviembre de 1848 en los términos siguientes: «El cortejo fúnebre era majestuoso sin «que para ello hubiese precedido convite ni invitacion alguna: aquel iba «presidido por los señores jefe político y alcalde corregidor, á cuyas autoridades acompañaban títulos de Castilla, infinitas personas de distincion «y un pueblo inmenso, que en grandes oleadas y en medio de tiernas súplicas, de amargas lágrimas, de una fe viva, conducian en triunfo á su «última morada los despojos mortales del siervo de Dios. Inútil es decir «que, desde las casas mortuorias á la iglesia de S. Pedro de Alcántara «desde temprano estaban las calles, balcones y azoteas llenas de gente esperando el entierro, en el cual, sobre la pompa mundana, la fe del cristianismo y la razon del filósofo, veíanse resaltar la gloria y el triunfo de «la verdadera virtud. Para contener el fervor del público hubo necesidad «de establecer destacamentos de municipales, pues que todo el mundo se «apresuraba á besar el cadáver, tocar en él rosarios y estofas riquisimas, «que creian santificadas con este contacto. Despues de las preces de la Iglesia, el cadáver del P. Fagundez fué encerrado en una caja de plomo, y «está en una de las bóvedas de la iglesia en que se ha verificado la ceremonia religiosa.» Antiguamente resplandecia la virtud de un modo sorprendente, por los repetidos ejemplos que de ella daban muchisimos varones encerrados en el claustro ó destinados al sublime ministerio del sacerdocio. No lo decimos porqué en el dia haya menguado el celo por la religion en los ministros del Señor; no porqué deje de haber escritores piadosos que se

complacen en ensalzar los hechos de ilustres varones, que triunfando de las vanidades del mundo, hallan toda su dicha en una vida dedicada exclusivamente al servicio de Dios y al bien de la humanidad; no porqué los hombres de corazon y de creencia hayan apostatado; sino porqué en medio de los trastornos del siglo, el grito de las pasiones ha sofocado el eco de la santidad para cierta clase de gentes; porqué no reina en muchos aquella noble sencillez que sin descender á la ignorancia formaba el encanto de nuestros antepasados; porqué una multitud de libros corruptores ha invadido la sociedad por desgracia del género humano, que busca generalmente esta clase de obras con preferencia para deleitarse en su lectura, prefiriendo el veneno de la licencia y de la impiedad al saludable bálsamo de la caridad cristiana, vertido en las Santas Escrituras y en los tratados de la sana moral; finalmente, porqué prevalece el genio del mal en justo castigo de nuestros desaciertos é iniquidades. Sin embargo, de cuando en cuando aparecen algunos astros brillantes que, no obstante la humildad y el amor á la pobreza religiosa, se encumbran sin pretensiones de gloria á la elevada esfera de la inmortalidad. Fagundez ha sido uno de estos hijos predilectos, que Dios ha mimado en la cuna de la virtud para excitar la veneracion y respeto de la posteridad. — G.

FAILGIA (Gualtero de) religioso trinitario calzado, natural de Irlanda. Dedicóse con tanto ardor al estudio de las letras y á la práctica de la virtud, que por sus grandes méritos fué elevado á la plenitud del sacerdocio, y nombrado despues obispo tuamense en aquel reino. Gobernó sus ovejas como buen pastor, manifestando mucho celo en el cumplimiento del ministerio episcopal. Con igual sabiduría y prudencia desempeñó el cargo de inquisidor apostólico en toda la Irlanda contra los errores de los templarios. Murió á 11 de Junio de 1342. — S.

FAILLE (Juan Cárlos de la) jesuita. Nació en Ambéres, en 1597. Habiendo entrado en el instituto de Loyola á la edad de diez y seis años, aprendió entre diferentes ramos del saber la ciencia de las matemáticas, en las que sobresalió de tal modo y llegó á poseerlas con tanta perfeccion que las enseñó con aplauso, primero por seis años en el colegio de Dola, despues dos en Lovaina, y últimamente en la real academia de Madrid. Juntando á su gran saber una piedad no ménos grande, mereció que Ericio Puteano le llamase clarísimo profesor real, que abrazó con su entendimiento, no solo toda doctrina, sí que tambien toda piedad. Escribió: *Theoremata de centro gravitatis partium circuli et elipsis*, Ambéres, Juan Meursio, 1632. *Theses mechanicæ*, Dola, sobre el año 1625. — S. T.

FAINA (Sta.) vírgen y mártir. (Véase Teodoto S.).

FAINA ó FANCHEA (Sta.) vírgen. Son muy escasas las noticias que se

tienen de esta Santa. El que habla mas extensamente de ella es Bútler en las Vidas de los padres mártires y otros principales Santos; y toda su relacion se limita á decir que la fiesta de Sta. Faina ha sido guardada por tiempo inmemorial en la iglesia parroquial de Rosairthir, en la diócesis de Clogher, en Vester, y en Kelhaine cerca del monte Bregh en los contornos de Meath, donde han sido veneradas sus reliquias: ademas añade que parece haber sido abadesa, y que se cree haber vivido en el siglo VI en que florecieron en Irlanda muchos eminentes Santos. Su nombre no fué conocido de Bollando, ni de Jaime Ware. — R. O.

FAJARDO (Diego). (Véase Faxardo Diego).

FAJARDO (Francisco de Luque) presbítero. (Véase Faxardo Francisco de Luque).

FAJARDO (D.ª Catalina). (Véase Faxardo D.ª Catalina).

FAJARDO AYALA (Fr. Juan de). (Véase Faxardo Ayala Fr. Juan de).

FAJARDO Y MONROY (Lorenzo José). (Véase Faxardo y Monroy Lorenzo José).

FAJARDO DE VILLALOBOS (Alonso). (Véase Faxardo Alonso).

FAJARDO Y VARGAS (Illmo. Sr. D. José). (Véase Faxardo Illmo. Sr. D. José).

FALA (Antonio de). Lusitano, y tal vez así llamado por ser natural del pueblo de Fala vecino de Coimbra. Vistió el hábito de Sto. Domingo, y parece floreció en el siglo XVI. De él nos han quedado las obras siguientes en portugues: 1.ª: *Á vida da Sta. Rainha Dona Horraca ou Urraca molher del rey D. Afonso*, dada á luz en el año 1569, en la cual hace mencion de haber escrito: 2.ª: *Á chronica dos reys de Portugal*. Escribio ademas: 3.ª: *Á vida dos infantes que jaciam sepultados no Real convento da Alcobaza*. Véase al autor de la obra *Monarchiæ Lusitanæ*, parte cuarta cap. IX, § 2 y cap. XVIII, § 2, citado por Nicolas Antonio. — R.

FALAÍA ó PHALAÍA. En el libro II de Ésdras cap. VIII (en el cual se trata de cuando Ésdras leyó y explicó al pueblo las palabras de la ley y de cuando Nehemías consoló al mismo pueblo afligido y haciendo traer ramas de árboles se celebró por siete dias la fiesta de los tabernáculos) ver. 7, se encuentra entre otros varios nombres el de Falaía que era uno de los principales levitas que regresaron de la cautividad: y en el capítulo X del mismo libro, versículo 10, se le cita tambien como uno de los muchos que firmaron la alianza hecha con Dios, prometiendo guardar todos sus preceptos, no mezclarse con los de otras naciones, observar el sábado, el año séptimo, las ofrendas, las primicias y los diezmos. — O. R.

FALCANDO (Hugo) tesorero de la iglesia de S. Pedro de Palermo, en Sicilia, en el siglo XII. Se ignora el año en que nació y tambien el de su

muerte, así como las circunstancias particulares de su vida. Lo único que se dice de él es que escribió la historia de Sicilia, bajo el reinado de Guillermo I llamado el *Malo*, que gobernó desde el año 1152 á 1166 y bajo los tres primeros años de Guillelmo II llamado el *Bueno*. Moreri dice que esta historia es digna de fe, atendido á que el autor fué testigo ocular de los hechos que refiere; y otro escritorañade que está redactada con sencillez y exactitud. Fazel dió equivocadamente al autor el nombre de Guichardo, y el cardenal Baronio la cita con elogio. Gervasio de Tournai, canónigo de Soissons, sacó de la biblioteca de Mateo de Longuejoue, obispo de la misma ciudad de Soissons, la historia compuesta por Falcando y la publicó en 1550, dedicándola á este prelado, y uniéronla despues en el cuerpo de los escritores de Sicilia que se imprimió en 1559 en Francfort. — G.

FALCINO (Juan Bautista) jesuita. Nació en el territorio de Milan el 16 de Julio de 1731; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en la provincia de la Alemania Superior en 14 de Octubre de 1748, y pronunció sus cuatro votos en 2 de Febrero de 1766. Enseñó filosofía, el derecho canónico, y teología moral durante muchos años; de modo que segun aseguran pasaron de veinte los que empleó en la enseñanza de estas ciencias. Finalmente, continuó en el profesorado con el mismo aplauso, siendo considerado entónces como uno de los primeros ingenios tanto por su sabiduría, como por la abundancia y solidez de su doctrina. Murió en Lucerna hallándose de cancelario de la nunciatura apostólica: distincion debida á su extraordinario mérito. — G.

FALCKEMBERG (Juan de) llamado así del pueblo donde nació, situado en la Pomerania. Entró en el Órden de Sto. Domingo hácia fines del siglo XIV, en tiempo en que se hallaba entronizado el cisma; y obtuvo muy luego el grado de doctor en teología. Fué nombrado diputado de su Órden para asistir en el concilio de Constanza, donde se distinguió muy particularmente por el celo con que emprendió la defensa del papa Gregorio XII, y por el vigor con que peroró contra Dati, su superior. Encargado del exámen de las proposiciones extractadas de las obras de Juan Petit, y denunciadas al concilio por el célebre Gerson, declaró que no habia ninguna de ellas que fuese herética; cuya opinion sostuvo públicamente en tres discursos que se hallan reunidos en el tomo V de las obras de Gerson, impresas en Ambéres en 1706. En aquella misma época Jagellon, que de duque de Lituania habia ascendido al trono de Polonia, declaró la guerra á los caballeros de Livonia, é invadió sus estados con un ejército compuesto de lituanios, casi todos infieles, y de tártaros mahometanos, que invadiendo las tierras de los caballeros bajo frívolos pretextos, esparcieron la muerte y desolacion por todas partes. No pudiendo estos vengarse de tan terrible

enemigo con la espada, intentaron valerse de la pluma; á cuyo fin encargaron la defensa de sus intereses al célebre dominico, quien aceptando aquella delicada comision escribió contra el rey de Polonia un libelo dirigido á todos los reyes, príncipes, prelados y generalmente á todos los cristianos, invitándoles á que tomasen las armas para exterminar á los polacos y á su Rey, prometiéndoles que en premio alcanzarian de Dios la vida eterna. Nicolas arzobispo de Gnesen, apénas leyó el escrito de Falckemberg se irritó hasta tal punto, que en el mes de Febrero de 1417 levantó el grito contra el autor en el concilio de Constanza; y despues de haber arengado á los Padres por tres dias consecutivos, obtuvo que el dominico fuese reducido á prision. Formáronle el correspondiente proceso, y el mismo concilio nombró en el mes de Junio comisarios de diversas naciones dándoles plenos poderes para que decidiesen segun su conciencia sin necesidad de dar parte. Así es que el libro de Falckemberg fué condenado, pero al propio tiempo exento de la nota de herético, principalmente por las naciones española é inglesa, cuya opinion siguieron los patriarcas de Constantinopla y de Antioquía. Los polacos, descontentos de la resolucion que acababa de tomarse, acudieron de nuevo repitiendo sus instancias en 28 de Abril de 1418; pero el papa Martin V cerró las sesiones del concilio en este mismo dia, dando por aprobado todo cuanto se habia hecho. Los dominicos se manifestaron ménos favorables á su cofrade; pues el general de la Órden, que estaba muy quejoso de Falckemberg por los escritos que habia publicado contra él y su predecesor en la época del cisma, aprovechó la ocasion y le hizo condenar en el mes de Junio de 1417 á cárcel perpetua por el capítulo general: bien que una sentencia tan rigurosa al parecer no tuvo efecto. Miéntras esto acontecia, el Papa para contener á Jagellon mandó conducir á Falckemberg á Roma, y le retuvo en prision durante algunos años. Mas, queriendo darle la libertad, dió á entender á los embajadores del príncipe polaco que le desterraba á causa del mal estado de su salud. Dlugof, autor polaco, supone que Jagellon despues de haber consultado en Mayo de 1418 si debia atenerse á lo acordado por el concilio tocante á Falckemberg, siguiendo el consejo que le dieron, despreció este negocio; mas que en el mes de Agosto siguiente, dejándose arrastrar de la opinion de otros consejeros, escribió al Papa rogándole la extradicion del dominico para entregarle vivo á las llamas; pero no hay razon alguna que apoye esta anécdota, que de otro modo si fuese cierta ningun honor haria á la generosidad del Monarca polaco. El mismo historiador añade; que habiendo sido desterrado el dominico regresó á Livonia; que descontento de la gratificacion que le daban los caballeros la arrojó á los pies del gran maestre; que luego escribió contra ellos una sátira aun mas amarga que la que habia dirigido á los polacos; que llevando esta sátira al concilio de Ba-

silea fué robado por unos ladrones cerca de Estrasburgo; y que concluido el concilio regresó á Silesia, donde murió. Echard en su obra titulada: *Scrip. ord. Præd.*, tomo I, demuestra muy oportunamente que Dlugof es sumamente sospechoso en lo que concierne á un enemigo declarado de su nacion, y que careciendo sus dichos de pruebas ninguna confianza merecen. — O. A. R.

FALCÓ ó FALCON (Aymaro) canónigo regular del Órden de S. Antonio, descendiente de una ilustre familia del Delfinado. Nació hácia fines del siglo XV; y era muy jóven aun cuando entró en la citada Órden. El estado religioso requiere muchas y muy buenas circunstancias, y sobre todo una verdadera vocacion; y como Falcó las reunia todas, poco tardó en darse á conocer muy aventajadamente de sus hermanos de comunidad, que admiraban en Falcó su aplicacion constante, su exacto cumplimiento en todas las obligaciones que se le imponian, y por lo mismo su amor á la virtud. Salió de las aulas; y sus superiores que reconocieron en él un fondo de doctrina sólido y abundante, le dieron desde luego muestras de la confianza que les merecia poniendo á su cuidado y direccion la parroquia de S. Antonio, que era la principal de la Órden, en cuyo desempeño trabajó con celo, eficacia y acierto. Tuvo que ausentarse el gran prior, y desde luego las miradas se dirigieron á Falcó, que era el que consideraban mas á propósito para desempeñar aquel destino durante la ausencia del propietario. Nombráronle, y efectivamente no se engañaron, porqué desempeñó aquel importantisimo cargo con sabiduría y prudencia. Confiáronle despues la encomienda de Bar-le-Duc, en cuyo destino no dejó tampoco nada que desear: llegando á tal punto sus buenos y relevantes servicios, que podemos decir sin exageracion que aquel buen religioso era el alma de la comunidad. Miéntras tanto atravesáronse en Roma ciertos negocios de suma importancia relativos á la Órden: negocios que llamaban la presencia de un hombre de nervio y de influjo: en una palabra, de un agente experimentado. Reunióse para su eleccion el capítulo general, y todos los circunstantes unánimemente convinieron en confiar esta delicada comision al P. Aymaro, á quien concedieron amplios poderes y varias cartas de recomendacion para el papa Clemente VII, en las cuales colmaban de elogios al portador. Principió Falcó sus trabajos con buen éxito, y los concluyó felizmente regresando al seno de la comunidad con la dulce satisfaccion de ser recibido de sus superiores con los mas lisonjeros aplausos. Murió en 1527 Teodoro de Chaumont, abad de S. Antonio, y desde el momento nombraron á Falcó para gobernar la comunidad en calidad de vicario general en union con Juan Borrel (Véase Buteo) comendador de Sta. Cruz. Finalmente, era tal la idea que se habian formado los canónigos de la capacidad de Falcó, que hallándose amenazados los derechos y

prerogativas de la abadía, acudieron á él para que los defendiese, creando expresamente en estas circunstancias un cargo inusitado entre ellos con el título de dictador, del cual le dieron la investidura con todo el poder necesario para llenar esta nueva mision. Hallábase todavía Falcó en la flor de su edad cuando le atacó el mal de piedra, de cuyas resultas padeció extraordinariamente. Aumentábansele cada dia las penalidades y dolores; pero á pesar de ser estos muy grandes, era mayor aun su resignacion y paciencia. Llegó por fin la época que debia terminar sus dias, y colocado en el lecho del dolor y rodeado de sus hermanos levantó los ojos al cielo y espiró en 1544 á la edad de cincuenta y un años. Á pesar de lo mucho que trabajó en el desempeño de los varios é importantisimos cargos, halló todavía tiempo para componer un gran número de obras, de las cuales citarémos las siguientes: 1.ª: Una historia de su Órden con este título: *Antonianæ historiæ compendium, ex variis, iisque gravissimis ecclesiasticis scriptoribus, nec non rerum gestarum monumentis collectum, unà cum externis rebus quàmplurimis, scitu memoratuque dignissimis*, Leon de Francia, 1534. Esta obra, cuya latinidad es pura y elegante aunque de un estilo sumamente sencillo, fué traducida al español por Fernando Suàres, provincial de carmelitas, que tituló: *Compendio de la Historia Antoniana*, Sevilla, 1613, á la cual añadió el traductor un capítulo que contiene la historia de los comendadores de la Órden de S. Antonio en España. 2.ª: *De tuta fidelium navigatione, inter varias peregrinorum dogmatum nec non claudicantium opinionum variationes, dialogi decem, quibus ex ipso sacrarum litterarum fonte universæ hauriuntur sententiæ, adjunctis passim probatissimis veterum Patrum dictis et rationibus*, Leon de Francia, 1536. 3.ª: *De exhilaratione animi, quem metus mortis angit et excruciat*, Viena, 1541, en 8.°. 4.ª: *De compendiosâ ratione, quâ quis ditari possit dialogus familiaris*. 5.ª: *De fœdere cum Turcâ non ineundo*. Habiendo quedado Falcó descontento de este libro, recogió los ejemplares. Finalmente; de los monumentos que existian en la abadía de S. Antonio se desprende que Falcó habia compuesto ademas otras varias obras que no han llegado hasta nosotros. — G.

FALCÓ (Fr. Jaime Juan) hijo del gran matemático y célebre poeta latino D. Jaime Juan Falcó, de quien dijo Ximeno en su artículo, que era otro Horacio en la poesía, un nuevo Platon en los estudios filosóficos, y un segundo Euclides en las matemáticas. Falcó, el hijo, nació en la ciudad de Valencia el dia 28 de Octubre de 1565. En su niñez su padre le meció en la cuna del amor: en sus primeros años le infundió la misma inclinacion que él habia tenido á las letras, y se regocijó al ver que crecia con las disposiciones necesarias para sostener con lustre una carrera cual la suya llena de gloria justamente merecida. Gozaba el jóven Falcó de una reputacion

digna del hijo estudioso de tan gran matemático. En atencion á los méritos de su padre y á los suyos propios, la ínclita órden de Montesa le hizo merced de la baylía de la encomienda de Perpungent y de la oncena de los frutos. Pero Falcó, que anhelaba buscar en la estrechez del claustro el desahogo necesario para dar expansion á sus objetos favoritos, la virtud y las letras, todo lo abandonó para vestir el hábito del Órden de predicadores en el convento de Sto. Domingo de la misma ciudad el 15 de Octubre de 1581. Atendidas sus circunstancias, inútil es ponderar los rápidos progresos que hizo en los estudios. Dedicóse al ministerio de la predicacion con el buen éxito que era de esperar de sus vastos conocimientos. Aquel fué, digámoslo así, el primer escalon de los varios cargos que desempeñó en lo sucesivo. Fué vicario, maestro de novicios, y repetidas veces suprior, desempeñando estos destinos con prudencia y sabiduría. Nombráronle predicador general; y entónces solicitó con particular empeño que se le confiase el gobierno del archivo. Accedieron gustosos sus superiores á esta demanda, y no tuvieron lugar de arrepentirse de ello, porqué Falcó encontró allí el material necesario para componer obras dignas de varon tan docto y ejemplarmente religioso. Como por efecto de su grande virtud gozaba de una incomparable tranquilidad de ánimo, contó largos dias de vida, que dedicó constantemente á ilustrarse é ilustrar á sus semejantes, guiándoles siempre por la via de la verdad, que conduce en todos los estados á seguro puerto. Falleció este sabio religioso en su convento el dia 19 de Marzo á los setenta y seis años de su edad y sesenta de hábito. Legó á la posteridad las obras siguientes: 1.ª: *Historia de las cosas mas notables, pertenecientes al convento de predicadores de la ciudad de Valencia.* Esta obra se conservaba escrita de su propio puño en el archivo de dicho convento, y al principio se leia la siguiente nota: « Ántes de morir me rogó á mí Fr. Nicolas Figueres, que « despues de su muerte procurase recoger todos sus escritos, y que encua- « dernados los pusiese en una de las Rejetas (armarios con enrejados de « hilo de alambre) de la librería de este convento. Cumplí la palabra que « le dí de hacerlo, y puse en el sobredicho lugar en la referida forma los « sobrescritos libros. No pude alcanzar mas escritos de este docto varon, « aunque puse grande diligencia en sacarlos del poder de quien se los habia « llevado para su particular uso, con ser verdad que merecen estar no solo « en la librería para la comun utilidad de los religiosos de este convento, « sino tambien en las manos de todos los doctos por medio de la estampa, « como lo juzgará así cualquiera persona entendida que los leyere. » 2.ª: *Chronicon Monastichon.* 3.ª: *Selectiora Annalium Cardinalis de Baronio.* 4.ª: *Loca Sacræ Scripturæ et SS. PP. ad sermones dominicales conficiendos.* 5.ª. *Polyanthea Sacra.* Las obras hasta aquí referidas son en folio; las tres

que siguen en 4.°. 6.°: *De Eucharistia*. 7.°: *Flores Sacri*. 8.°: *De Excessu Beatæ Virginis*. 9.°: *Casos de conciencia*. Todas estas obras estaban custodiadas con separacion en la librería del convento, escritas igualmente de mano propia del autor. —J. M. G.

FALCÓ (Eusebio) sacerdote, natural de Valencia. Nació á principios del siglo XVII. Cursó en la universidad literaria de la propia ciudad, en la cual su vasta comprehension y asiduo estudio hicieron maravillosos progresos en varias facultades, pues cultivó la retórica y poesía latina saliendo muy aventajado, así como en la ciencia teológica y en la canónica. Prueban su gran talento y reputacion las muchas dignidades que obtuvo, cargos y destinos que desempeñó; pues fué doctor en sagrada teología y cánones, pavorde de la santa iglesia metropolitana de Valencia, catedrático de prima de cánones, examinador de ámbas jurisprudencias, dos veces oficial y vicario general de aquella diócesis, visitador de la misma, y canciller ó juez de competencias en aquella ciudad y reino; y juntamente con la pavordía un canonicato de aquella santa iglesia, que le dió sin pretension ninguna el señor arzobispo D. Luis Alfonso de los Cameros, del cual tomó posesion en 15 de Octubre de 1637. Este canónigo gozaba de la mas alta reputacion de hombre de superior inteligencia, erudicion, agudeza y profundidad de saber, y como tal era consultado por los vireyes y otras personas eminentes y de gobierno de la capital, siendo no ménos buscado como sugeto apto, ilustrado y laborioso por los señores arzobispos D. Martin Lopez de Hontivèros y D. Luis Alfonso de los Cameros, ya citado, para que con sus consejos, trabajos y desvelos les ayudase á llevar el grave peso del arzobispado en aquella dilatada diócesis. Véase el elogio que hace de él D. Hipólito de Samper, que habia tenido la fortuna de ser su discípulo, para denotar que la ciencia del derecho canónico y del derecho civil estaba como de asiento en la vasta y penetrante inteligencia de este grande hombre: llámale, pues, cabal sede ó templo de toda la jurisprudencia: *Totius jurisprudentiæ proprium pulvinar*. Y despues de una vida laboriosa, aplicada, de una conducta irreprehensible, libre de los achaques de la ambicion, tan comun en los hombres de genio, despues de los grandes créditos adquiridos por su estudio y de haber gozado de la estimacion y del aprecio de todos los hombres de bien, murió en el Señor á la mitad del año 1678. Las obras que nos ha dejado son las que siguen. 1.°: *Reparos y fundamentos del ilustre consistorio de la generalidad del reino de Valencia para no admitir al juramento de diputado á un grave sugeto eclesiástico regular, que decia tener pretexto para serlo*. 2.°: *Discurso político, teológico y jurídico sobre que la menor edad no impide ni priva á uno de ejercer gobiernos y oficios públicos*. La primera de estas obras es impresa en Valencia por Lorenzo Cabrera, año 1663 en folio; la segunda tambien en Valen-

cia por Gerónimo Vilagrasa, año 1667, é igualmente en folio. Esta obra la compuso juntamente con D. Juan Bautista de Valda, como asegura *Rodrig.*; aunque ámbos callaron sus nombres. Este mismo autor afirma que nuestro canónigo Falcó habia escrito otras muchas obras que desaparecieron, como muchas veces sucede entre las manos de sus discípulos y otros interesados. D. Hipólito de Samper en el tom. II de su *Montesa ilustrada* hace mencion de dos tratados suyos con estos títulos: 1.°: *De probationibus*. 2.°: *De officio et potestate judicis delegati*.—N. A. T.

FALCÓ (Juan) jesuita, de nacion aleman. Nació en Magdeburg, en 1603. Contando la edad de veinte años entró en la Compañía de Jesus, en la que vivió por el espacio de veinte y tres con grande ejemplo de virtud y disciplina regular. Ardió en él un infatigable celo por defender y predicar la gloria de Dios; de modo que no era raro verle predicar seis y siete veces en un dia, y en todos los templos y capillas de la ciudad. Recorria los lugares y aldeas provisto de un poco de pan para sustentarse, y con ferventisimo espíritu hacia exhortaciones, enseñaba el catecismo, ó predicaba segun la capacidad del auditorio; y tanto era su celo para difundir la palabra de Dios, que á menudo visitaba los conventos de monjas haciéndolas piadosas y fervientes pláticas, de las cuales no dispensaba á los suyos propios, ya se hallasen con él en la mesa, ya fuese en cualquiera otra parte donde se presentare propicia la ocasion. Sumido en la oracion, deleitábase su espíritu maravillosamente, y se encendia de tal modo en amor de Dios, que anhelaba tener mil corazones con que poderle amar. Exacto en la celebracion del Santo Sacrificio de la Misa, y reconociéndose cada dia á los pies de su confesor el mayor pecador de los mortales, afligia continuamente su carne con cilicios y frecuentes disciplinas, uniendo á estas maceraciones tan dura y prolongada abstinencia, que solo concedia al cuerpo lo mas preciso para no morir. Era cortés en sus modales, afable en el trato, sufrido en los agravios, manso en la humildad, abstraido en los deberes de su estado y en la salvacion de las almas: jamas se detenia ante el mundanal fallo de los juicios humanos: su norte era Dios, y á él caminaba sin que las consideranes del mundo ni las sátiras de la impiedad le desviasen de su camino. En el principio de cada mes se presentaba á su prelado, y de rodillas le prometia obediencia en cuanto le mandase. Dícese que todos los dias solia ponerse los zapatos en la cabeza, como quien se confesaba digno de ser colocado bajo los pies de todos. Aunque era de genio vivo y de resolucion pronta, trataba sin embargo á todos con religiosa sencillez. En la confesion veia á sus pies el penitente, pero nunca su condicion y estado: desaparecian á su vista las gerarquías para no ver en el hombre mas que un pecador arrepentido ó un reincidente temerario, ya fuese de humilde cuna, ya vano y

orgulloso potentado. Su presencia era continua en los hospitales; y reuniendo los pobres que divagaban por allí, les instruia en la piedad. Continuando en los ejercicios de tan santa vida, llegó al término de su carrera, muriendo con grande opinion de santidad en Maguncia el dia 24 de Setiembre del año 1626. Escribió este ilustre varon, cuya modestia le obligó á callar su nombre, las siguientes obras: 1.°: *Memoriale Divini amoris*. 2.°: *Manuductio ad fidem catholicam, in gratiam civium Duderstadensium in Eichofeldiâ*. 3.°: *Spiritualis annulus memorialis animæ à Sponso Christo datum*. 4.°: *Excitatorium spirituale ad Dei amorem*, y muchos *Opúsculos* en que se esfuerza en atraer al pueblo á una vida santa. — J. S.

FALCÓ ó Falcon (Fr. José Agustin) valenciano. Lo único que se sabe es que vistió el hábito de franciscano recoleto en la provincia de Zacatècas; y que fué misionero apostólico y postulador de la causa de beatificacion del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus. Estos cargos demuestran sin embargo, que gozaba de reputacion de sabio y de virtuoso. Se ignora la época en que murió, bien que de sus mismos escritos se desprende que floreció en el siglo XVIII. Publicó: 1.°: *Epistolæ ad S. S. in Christo Patrem Pium VI. Pontif. Max. ac. Sac. Rituum Congregationem pro causa Beatificat. et Canonizat. Ven. Dei servi Antonii Margil á Jesu, Missionarii Apostolici, Ordinis Minorum de Observantia, trium Collegiorum de Propaganda Fide in América Septentrionali Fundatoris*, Roma, imprenta de Lazarìnos, 1792, en folio. — O. R.

FALCONCINI (Benito). Nació en 1657 en Volterra, en la Toscana; principió sus estudios en el colegio de esta ciudad; frecuentó en seguida los cursos en la universidad de Pisa, y obtuvo una cátedra de derecho canónico. Mereció por sus talentos la proteccion del Papa, y la del gran duque Cosme III. Fué elevado en 1704 al obispado de Arezzo, gobernando esta diócesis con sabiduria por espacio de veinte años, y murió en su ciudad episcopal en 20 de Marzo de 1724. Tenemos de este prelado la obra titulada: *Vita di Rafaello Volaterrano*, Roma, 1722, en 4.°, sumamente apreciada.—O. A. R.

FALCONE (José) carmelita calzado. Fué este religioso natural de Placencia, ciudad episcopal de Lombardía, en Italia. En la carrera de sus estudios aprovechó tanto en ellos, que mereció ser graduado de doctor en teologia, de cuya facultad fué tambien nombrado profesor. Orador elocuente, hombre de irreprehensibles costumbres y varon esclarecido por su rara prudencia, fué nombrado prior de su mismo convento de Placencia y despues del de Nápoles, en cuyos empleos tuvo ocasion de ostentar las relevantes prendas de que se hallaba adornado. En 1589 fué declarado examinador sinodal del obispado de Placencia. Era prior del convento de carmelitas de Cremona cuando en 1593 celebró su Órden en él capítulo general. Por último, des-

pues de haber gobernado su convento patrio por espacio de cinco años en distintas épocas, durante las cuales hizo reedificar mucha parte de su fábrica, murió en el año 1597, dejando á sus hermanos admirables ejemplos que imitar; pues fueron eminentes sus virtudes, entre las que sobresalia el celo por la observancia y disciplina regular. Todo el tiempo que le sobraba de coro, al que jamas se dispensaba de asistir ni de dia ni de noche, empleábalo en escribir obras, ya históricas, ya oratorias, ya ascéticas. Entre ellas conocemos las siguientes: 1.ª: *Chronicon ordinis carmelitici*, en italiano, dedicada á Juan Estévan Chizzola, prior general de la Órden, Placencia, por Juan Bazachi, 1593, en 4.°. 2.ª: *Sermones quadragesimales*, los que, ya por su gran habilidad en tratar los asuntos, ya por su rara elocuencia en el decir, predicó con gran aplauso y fruto de sus oyentes en Roma, Nápoles, Florencia, Pisa, Vercelli, Pienza y otras ilustres ciudades de Italia, como lo testifica Gerónimo Ghilini, llamado el *Académico incógnito* en el *Teatro de varones literatos*, impreso en Venecia, en 1647, en 4.°. 3.ª: *De indulgentiis à Gregorio decimotertio Summo Pontifice concessis anno millesimo quingentesimo septuagesimo septimo, die decima octava Septembris, per Bullam quæ incipit: Ut laudes gloriosissimæ Virginis Mariæ etc.* 4.ª: *Villa del Falcone*, opúsculo en italiano, del cual hace tambien mencion Ghilini en la obra citada.—J. S.

FALCONI (Fr. Juan) de la Órden de la Merced. Nació en el año 1594 en un pueblo llamado Fiñana, de la diócesis Acitana, y de padres naturales de Madrid. Su padre, que tambien se llamaba Juan, era juez de aquel distrito; y junto con su esposa dieron al niño Juan una educacion esmerada y piadosa de tal manera, que su hijo se vió llamado á entrar en el estado religioso y en la célebre y militar Órden de Ntra. Sra. de las Mercedes, que entónces estaba muy floreciente, haciendo ademas de los tres votos solemnes el de trabajar de continuo en la redencion de los cautivos hasta el punto de quedarse ellos en cautiverio, si necesario fuese, para dar libertad á sus hermanos. Esta heróica Religion llamaba entónces la atencion de todo el orbe católico, y no podia dejar de atraer á sus banderas de suprema caridad á todas las almas grandes y generosas. Entrado en ella el jóven Falconi, se hizo desde luego célebre por su encumbrada piedad y por el copiosisimo fruto que hacia en el Sacramento de la penitencia. Hábil y bondadoso médico de las almas, las atraia con dulzura hácia el redil del Señor, y presto á rescatar los cautivos del yugo mahometano rompia tambien con mano paternal las cadenas de las culpas, y libraba á las almas del durisimo cautiverio de sus pecados dándoles la mejor y la mas dulce libertad que es la de la Gracia. En prueba de su laboriosidad nos dejó algunas obritas ascéticas en las cuales brilla el amor de Dios y el celo por la salud de las almas. Estas

son: 1.ª: *Cartilla espiritual*, á la cual siguió la otra obra póstuma: 2.ª: *Sacro monumento, Cartilla segunda para leer en Cristo sueltamente*, publicada por la solicitud del P. Fr. Pedro de Arriola en Zaragoza, año 1651, en 8.°. 3.ª: *Vida de Dios*. 4.ª: *El Pan nuestro de cada dia*, esto es, de la *Comunion cotidiana*, en la cual defiende que puede muy bien tomarse con las debidas preparaciones, Madrid, en 8.°. 5.ª: *Mementos de la misa y modo muy importante de ofrecerla*, Madrid. Todas estas obras salieron juntas á luz en Valencia en 1662. Publicáronse tambien en frances, Paris, 1667. Fueron tambien vertidas en italiano. Fr. José Melandonio, capuchino, interpretó la Cartilla bajo este título: *Alphabeto per saper leggere in Christo*, Roma, 1665. Nicolas Antonio cita otra edicion francesa que habia visto con este título: *Trois traites spirituels, l'Alphabet, de la Vie divine, et de l'Oraison*. Y á esta segunda edicion de Paris de Sebastian Mabre Cramoisy, 1667, en 12.°, hecha por Matías de Villaroel, del mismo Órden mercenario, van añadidas: *Regles importantes pour faire l'Oraison*. Murió Falconi en Madrid el 31 de Mayo de 1638 con fama de insigne santidad. Consérvanse en su casa de aquella córte pruebas ó informaciones recibidas de hechos suyos obrados santa y milagrosamente, como de su tiempo, pero deben sujetarse aun al exámen de la Sede Apostólica. — Hay otro Falconi (Fr. Francisco) dominico, presentado en sagrada teología y predicador, que floreció en el siglo XVI y á principios del XVII. Dió á luz: *Ejercicios del Santisimo Sacramento para su fiesta y octavas*, Madrid, 1624, en 16.°.—N. A. T.

FALCONIERI (Sta. Juliana) vírgen. Nació en Florencia en 1270. Sus padres, que ademas del título de ciudadanos disfrutaban de cuantiosos bienes de fortuna, alcanzaron este fruto de bendicion cuando habian perdido ya la esperanza de tener hijos. Dicen algunos biógrafos que esta niña fué un don del cielo, fundándose en su hermosura, en su docilidad y sobre todo en sus virtudes; y nosotros participamos de este juicio, pues segun la historia de su vida jamas culpa alguna manchó la candidez de su alma. Cuando niña desplegó ya una imaginacion fecunda y grande amor á la virtud; de modo que su tio el B. Alejo Falconieri, que se habia encargado de su educacion, decia, que mas era ángel que criatura humana. Apénas cumplió los quince años de edad, apartándose de las importunas solicitaciones de los mundanos, se consagró solemnemente á Dios en manos de S. Felipe Benisio, siendo la primera que recibió de él el escapulario de fundadora de las religiosas del Órden de los siervos de la Vírgen María; y es indudable que Dios la habia destinado para dar lustre á una Órden que en lo sucesivo brilló de un modo sorprendente. No bien Juliana se habia retirado del mundo, cuando muchas doncellas de Florencia la siguieron, y aun su misma madre hallándose viuda tomó tambien el velo y se puso bajo su direccion. No bas-

tando las prácticas del instituto que habia abrazado para satisfacer su fervor, quiso despues de haber obtenido el permiso de sus directores espirituales aumentar la austeridad de la Órden con penitencias al parecer superiores á las fuerzas humanas. Pasaba los miércoles y los viérnes sin comer cosa alguna, alimentándose tan solo del Pasto espiritual, y en los sábados se contentaba con un bocado de pan y un vaso de agua. Todas sus hermanas de comunidad se esforzaban en imitarla, así es que estudiaban todos sus pasos y acciones con particular cuidado. Contemplábanla en su celda, en el refectorio, y en el coro, y en todas partes Juliana era siempre la misma; la virtud personificada, que se habia encerrado en aquel claustro para servir de modelo de santidad. Pasaba horas enteras entregada á la oracion, regando el pie de los altares con abundantes lágrimas de ternura y levantando luego la cabeza para quedar por largo rato extasiada. Las demas monjas al observarla en aquella posicion angelical se entusiasmaban, y lloraban tambien enternecidas al ver la fuerza de la divina gracia con que Dios premiaba el celo de aquella vírgen. Al volver de su transporte hablaba Juliana á sus hermanas palabras de amor, palabras celestiales aprendidas en el gran libro de la meditacion. Con igual cariño consolaba á los afligidos, socorria á los pobres y auxiliaba á los enfermos. En 1307 fué elegida superiora, y en esta ocasion prescribió á sus hermanas una regla que no fué aprobada hasta despues de su muerte; esto es, en 1424 por el papa Martino V. Como á superiora desplegó Juliana una prudencia sin igual, una vigilancia tambien extraordinaria, y observó una vida en un todo conforme á la que seguia cuando no era mas que simple religiosa; de modo que en humildad excedia á todas sus súbditas. Al llegar á la edad de setenta años, su salud desfalleció extraordinariamente. Acometióla por fin la última enfermedad, durante la cual mostró una paciencia y resignacion sin límites, y nunca se separaban de sus labios los nombres de Jesus y María. Refiérese un portento que siendo cierto basta por sí solo para probar cuan amada era del Divino Esposo. Dicen que entre los males que padecia le sobrevinieron unos vómitos que la privaban de recibir el Pan de los ángeles: en este estado pidió al sacerdote que la asistia, que á lo ménos ya que no podia comulgar le diese el consuelo de aplicarle al pecho la sagrada forma; y que habiendo accedido á sus súplicas, en el momento mismo de dejar la hostia consagrada esta desapareció, espirando Juliana con la sonrisa en los labios: aquella sonrisa encantadora que demuestra la tranquilidad del justo. Por fin añade, que al hacer la autopsia de su cadáver, se encontró en su lado izquierdo un sello en la carne de la misma forma que la hostia, y que en el centro tenia impresa la figura de Jesus crucificado. La fama de este prodigio y de los otros muchos que obró Dios por intercesion de la Santa ántes y despues de su muerte, hi-

zo que fuese desde luego venerada en Florencia y en otros varios puntos. Su feliz tránsito aconteció en el mes de Junio del año 1341. En 1632 Agustin Falconieri señaló en su testamento la suma de veinte mil escudos, reducidos á renta, y que los réditos de veinte años sirviesen para proseguir la causa de la canonizacion de Alejo Falconieri y de la V. Juliana. No habiendo podido concluir los papas este importante proceso, acordóse una próroga de ciento veinte años, é Inocencio XII dió en 27 de Octubre de 1693 una bula por la cual permitia á los servitas y á todas las iglesias de Florencia celebrar el oficio de la V. Juliana con el título de semidoble, y al propio tiempo celebrar la misa. Benedicto XIII la beatificó en 1729, y Clemente XII concluyó el proceso de su canonizacion. El Martirologio romano la cita en 19 de Junio. —O. A. R.

FALCONIERI (Octavio) prelado de la Iglesia romana, y uno de los mas célebres anticuarios de su tiempo. Pertenecia á una antigua familia originaria de Florencia; y habiendo abrazado el estado eclesiástico ascendió rápidamente en la carrera de la prelacia, haciéndose acreedor á ello asi por su sabiduría, como por sus virtudes que habia heredado de sus antecesores, entre los cuales contaba á Sta. Juliana y al B. Alejo Falconieri. Esto es lo único que indican los biógrafos, añadiendo que murió en Roma en 1676 á la temprana edad de treinta años. Falconieri es autor de muchas disertaciones sobre las antigüedades, cuyas disertaciones fueron insertadas por Grevio y Gronovio en el tomo IV de las *Antigüedades romanas*, y en el VIII de las *Antigüedades griegas*. Se le debe ademas la primera edicion de la *Roma antica* de Famiano Nardini, publicada en Roma en 1666, en 4.°, á la cual añadió un discurso sobre la pirámide de C. Cestio y sobre las pinturas que adornaban la cámara interior de este monumento, y una carta á Cárlos Dati sobre una inscripcion sacada de las ruinas de una muralla antigua, derribada en tiempo de la restauracion del pórtico de la Rotonda en 1661. Dió á luz en 1668 en Roma sus *Inscriptiones athleticæ*, en 4.°, con sábias notas que ilustraron una materia muy poco conocida entónces. Reimprimió en el mismo tomo una disertacion no ménos sábia que habia ya publicado á parte en el año precedente (1) sobre una medalla de Apameo, que lleva grabado el diluvio de Deucalion. Ni el grande éxito que obtuvo esta disertacion, ni los elogios que le prodigaron los mas célebres anticuarios impidieron á Apóstolo Zeno consignar en sus notas sobre la *Biblioteca* de Fontanini un rasgo de crítica, que ha sido repetido con la confianza que inspira este sabio y juicioso escritor. «Sobre esta medalla, dice Apóstolo Zeno, creyó

(1) Estos dos documentos se encuentran tambien en las *Selecta Numismata antiqua de Sequin.*

« Falconieri ver representado el diluvio universal con el arca etc. ; creyó « leer encima ΝΩΕ , esto es, el nombre del patriarca Noé, al paso que estas « tres letras separadas del resto de la inscripcion y colocadas aquí como « aisladas, no son otra cosa que el final de la palabra ΑΠΑΜΕΩΝ. Miradas « de la derecha á la izquierda, como la escritura oriental, significan ΝΩΕ ; « pero leidas de la izquierda á la derecha, no son mas que las tres últimas « letras de la palabra entera. » (Notas sobre Fontanini tomo II pág. 252.) Al leer este rasgo lanzado con tanta seguridad ¿qué hombre habrá que no reciba con él una buena leccion sobre la credulidad de los anticuarios? Pero esta por el contrario lo es sobre la lijereza de los críticos. El editor de la cuarta edicion de la *Roma antica* de Nardini, Roma, 1771, cuatro tomos en 8.°, contestó á esta censura con una nota que se halla en el tomo IV. Por ella se ve que Falconieri no dió mas que como conjetura lo que se le acusa como una explicacion positiva ; que apoya esta conjetura con razones tan fuertes, que si el censor las hubiese leido tal vez se hubiera visto obligado á suscribir á la opinion de Falconieri ; pero el caso es que ni siquiera tuvo presente el dibujo de la medalla objeto de la cuestion, pues que esta medalla trae á bajo en el reverso la palabra entera ΑΠΑΜΕΩΝ ; que la palabra ΝΩΕ, por el contrario se halla grabada sobre el cuerpo mismo de la embarcacion ó del arca ; y que por consiguiente el motivo dado para justificar el pretendido error de Falconieri es absolutamente imaginario : por lo demas esta nota indica un pasaje del tomo VI de las *Observaciones* del marqués Maffei, relativas á esta medalla y á la disertacion de Falconieri : « Hemos seguido esta disertacion, « dice Ginguené en el artículo bibliográfico de Falconieri, y en efecto he« mos visto en el pasaje de Maffei que este sabio anticuario no duda de la « justificacion de las conjeturas de Falconieri, y que observa como él en « esta medalla el diluvio de Deucalion y Pirra salvados en un barquichuelo, « una paloma con un ramo en el pico, y la palabra Noé grabada no encima « del sello sino sobre el mismo barquichuelo. Queda pues probado, dice « el mismo biógrafo, que la crítica de Zeno es sumamente lijera y tambien « desprovista enteramente de fundamento. Hemos dado, concluye, alguna « extension á esta disputa á pesar de que no sea mas que puramente acce« soria, porqué el exacto autor de la *Historia de la literatura italiana*, Ti« raboscqui, ha citado esta crítica adoptándola en el tomo VIII, pág. 249 de « su primera edicion ; que apoyada sobre esta doble autoridad ha pasado en « el nuevo *Diccionario histórico italiano* de Basano ; y que no habria razon « para que dejase de propagarse, si no cumpliamos con el deber de adver« tirlo. » Falconieri estaba en relaciones y mantenia correspondencia amistosa con los sabios mas célebres de su tiempo. Nicolas Heinsius le dedicó el tercer libro de sus *Elegías* ; Spanheim su *Tratado de las medallas*, y otros

muchos diferentes obras. Era miembro de varias academias científicas, y no se limitaba precisamente á las ciencias y á la erudicion, pues cultivaba ademas las bellas letras. En el primer tomo de las *Cartas* de los hombres ilustres, publicadas por Ángelo Fabroni, hay una que Falconieri escribió en 15 de Diciembre de 1663 al príncipe Leopoldo de Toscana sobre la necesidad de admitir el Taso entre los autores, que forman autoridad por lo que respecta á la lengua, en la nueva edicion del Vocabulario de la Cruzca. Al leer las excelentes razones que da al principio tanto en nombre propio como en el del cardenal Pallavicino, lo que mas admira es que en la presente época haya aun necesidad de repetirlas. — Falconieri (Lelio) arzobispo de Tèbas. Fué nombrado nuncio en Flándes, pero no quisieron recibirle bajo pretexto de haberse detenido demasiado tiempo en Paris de tránsito para Brusélas. El papa Urbano VIII le creó cardenal del título de Sta. María del *Popolo* en 1643. Despues fué nombrado legado en Bolonia, y murió en Viterbo el 17 de Diciembre de 1648. — J. M. G.

FALCONIERIO ó Falconeri. (Véase Alejo (B.).

FALCONIERO (Alejandro) cardenal, natural de Roma. Su ilustre y antigua familia habia en otro tiempo tenido ya su asiento en Florencia, y allí habia dado varones eminentes, particularmente en la piedad; entre otros al beato Alejo, que en el siglo XIII es contado como otro de los siete fundadores de la Órden de la Bienaventurada Vírgen María, y Sta. Juliana sobrina suya hija de un hermano. Cuando esta clarísima familia pasó á fijar en Roma su domicilio, produjo otros varones insignes en saber y en elevadas dignidades, tales como Octavio, célebre por su erudicion y perspicacia, y recomendable por las muchas obras que dió á luz, y Lelio elevado por Urbano VIII entre los cardenales. Alejandro fué sobrino de este cardenal Lelio por parte de su hermano. Sus padres fueron Pablo Francisco y Victoria de Bubalo, que le dió á luz en 8 de Febrero de 1657. Al despuntar en sus primeros años, distinguióse igualmente por la piedad y por el cultivo de las bellas artes, y ciñó el lauro de doctor en la universidad de Roma. Por bastante tiempo vivió dedicado á los intereses de su familia, y apartado enteramente de los negocios públicos, procuraba templar la severidad de su carácter con la bondad indulgente de su natural. Adelantado ya mas en años, cuando contaba los treinta y cuatro, á impulso de sus amigos fué ascendido á prelado de la curia romana, y despues fué nombrado vocal de la congregacion de buen gobierno: y no tardó mucho en nombrársele, con retencion de su primer cargo, otro de los jueces que presidian en las consultas del estado eclesiástico. Y por fin, al concluirse el pontificado de Inocencio XII fué elevado á presidente de la cámara apostólica. Es admirable por cierto que se confiara á un mismo tiempo á Falconiero el desempeño de estos tres

cargos, tan distintos entre sí, y cada uno de los cuales podia ocupar las atenciones y toda la capacidad de un solo magistrado, y al mismo tiempo concurriese tambien con asidua constancia á la congregacion de barones y montes y á la cámara de los computos: lo cual basta por sí solo para dar una idea de su vasto talento y de su actividad infatigable. Clemente XI apénas entró en la dignidad suprema de sucesor de los Apóstoles fué ya un grande admirador de Alejandro. En el año 1702 le confirió una mision tan importante como grave, y que exigia á un tiempo mucha ilustracion y no ménos firmeza de carácter. Una turba infame de hombres perdidos, unidos en inicua sociedad, infestaban impunemente el Lacio y sus alrededores, robando á los viajeros, sorprendiendo y talando las aldeas de corto vecindario, y cometiendo los mayores excesos y asesinatos. Resuelto el Pontífice á contener con mano firme tan criminales atentados, dió la comision al intrépido Alejandro, quien ejerciendo la recta severidad de un juez inexorable en breve tiempo, por medio de ejemplares castigos, limpió todo aquel territorio de aquellos foragidos Entónces Clemente deseando elevar á Alejandro á mayor altura mandó que fuese uno de los doce del tribunal de la Rota; y desde luego, permitiéndole que abdicase todas las demas magistraturas, dedicóse enteramente á despachar las causas de aquel tribunal, hasta que fué designado por gobernador de la ciudad de Roma con detencion de la auditoría de la sagrada Rota. En la administracion del gobierno de esta ciudad portóse Alejandro con singular severidad: ningun crímen dejó impune, y persiguió á los reos por mas que fuesen magnates, por mas que fuesen adictos á los ministros del Soberano. Esta rectitud y firmeza de proceder tan laudable en un gobernante, y esta imparcialidad que no se doblaba á consideracion alguna, le acarreó la envidia y la malevolencia de muchos; pero al propio tiempo le procuró la mas gloriosa celebridad y que su nombre fuese pronunciado con admiracion y respeto. Justamente tenaz en su propósito, sostuvo con un ánimo invencible la tardanza con que fueron recompensados sus trabajos, hallando ya el premio en la rectitud y buenos resultados de sus sábias y eficaces medidas, pues en la misma dignidad se conservó no solo durante el restante reinado de Clemente XI, sino tambien en todo el pontificado de Inocencio XIII que le sucedió en la silla apostólica. Ascendido despues á ella Benedicto XIII, en su primera enunciacion de cardenales fué promovido Alejandro al sacro colegio de los príncipes purpurados, y fué nombrado diácono de *Sta. María de Escala*, siéndole al mismo tiempo aumentada la dignidad con hacerle miembro de las congregaciones cardenalicias de los obispos, de los regulares, de la disciplina de regulares, de la inmunidad eclesiástica y de los sagrados ritos. Cuando los comicios vaticanos asistió en la eleccion de Clemente XII. Y por fin, despues de muy pocos dias, atacado

por una pulmonía y por una pleuritis, sucumbió el dia 26 de Enero de 1734. Su cuerpo fué trasladado á la iglesia de S. Juan de la nacion florentina, y allí en el coro cerca del altar mayor fué depositado en el sepulcro de sus mayores con este epitafio:

D. O. M.
SPE CÆLUM TENENS
VIVUS ADHUC
RECOGITATIONE HIC JACET,
UBI CUM DEO PLACUERIT
IACEBIT CORPORE,
ALEXANDER SANCTÆ MARIÆ DE SCALA
DIAC. CARD. FALCONERIUS
QUI NOVISSIMA MEDITANDO
DILEXIT JUSTITIAM
ET ODIO HABUIT INIQUITATES:
OBIIT DIE XXVI JANUARII
ÆTATIS SUÆ ANNORUM LXXVII. —J. R. C.

FALCÓNIS, FALCON, ó DE FALCÓNIBUS (José) religioso carmelita natural de Plasencia. Floreció á fines del siglo XVI. Fué uno de los religiosos que mas se distinguieron en su tiempo. Versado en las letras divinas y humanas, desplegó en la cátedra del Espíritu Santo una elocuencia á la par que enérgica, dulce y persuasiva. Florencia, Plasencia, Pisa, Vercelli y otros puntos oyeron con entusiasmo los sermones de este insigne orador, que habia nacido para conquistar los corazones, para unir las voluntades, para establecer la paz en el seno de las familias; en una palabra, para ostentar con todo su brillo la religion del Crucificado. Cuando subia al púlpito la iglesia se llenaba de gente, y aun aquellos que, indiferentes ó curiosos, entraban tan solo para admirar las bellezas de la oratoria, salian dulcemente enternecidos. Por otra parte Falcónis era tan apreciado de sus cofrades, que le confiaron los empleos mas importantes de la Órden, desempeñándolos con tanta prudencia, como sabiduría y acierto. Tenemos de él varios *Tratados*, entre ellos la *Crónica de su Órden*, y ademas muchos *Sermones*. Se ignora la época en que murió. —G.

FALCÓNIS FALCON ó FULCÓNIS (Pedro de) natural de Reggio en la Lombardia. Floreció en el siglo XIII. Fué tal el amor que concibió al estudio de las ciencias sagradas y profanas, que ya desde el principio de su carrera desplegó unos conocimientos muy superiores á sus años, llegando á poseer en el mayor grado de perfeccion el derecho civil y canónico; de modo que era consultado á cada paso sobre los puntos mas difíciles y delicados. Era tan grande su sabiduría que bien podia esperar que el mundo le convidase

con honores y riquezas, mayormente cuando contaba entre el número de sus amigos á personajes de la mas elevada categoría; pero ni el amor propio le cegaba, ni le lisonjeaba la grandeza, ni tampoco le envanecian las distinciones. Conoció el mundo, y por lo mismo que le conoció perfectamente, determinó abandonarle para alcanzar otra gloria que nunca perece; la gloria celestial, que asegura la verdadera fama póstuma. Comparó la vida del religioso con la del mundano; en la primera halló paz y sosiego, el deleite del alma y la esperanza de la felicidad eterna; en la del mundano no vió mas que el amor agitado de las pasiones, donde naufraga con frecuencia el mísero mortal; un deleite pasajero, el de los sentidos y el de la concupiscencia, que por lo regular abrevia la vida del hombre para conducirle á una eternidad de desconsuelo y amargura: por lo mismo, como su corazon estaba poseido de la virtud, optó por la primera, abrazando la Órden de Sto. Domingo; y desde el momento se mostró digno de vestir el hábito de una religion, semillero fecundo de santos y de insignes prelados. Despues de haber pasado encerrado en el claustro el tiempo necesario para dar á conocer su verdadera vocacion; despues de haber servido de modelo á los demas religiosos por su solicitud en el cumplimiento de sus deberes, por su exacta obediencia, por su grande humildad, por su paciencia en los trabajos, por su adhesion á la oracion y á la penitencia, y por su inagotable amor á la pobreza religiosa; despues de haber considerado en la soledad del claustro la grandeza de Dios, y en los bosques y praderas la magnificencia de todo lo creado; determinó con permiso de sus superiores recorrer los pueblos para solazarse en el triunfo de la Religion. Era aquella época la mas propia para abrir un campo dilatadisimo á la vista del hombre pensador, del filósofo cristiano. El pueblo sumido en la ignorancia abrazaba con frecuencia los errores de los varios herejes que entónces pululaban por todas partes, y por una consecuencia precisa caian las gentes en aquella corrupcion de costumbres que hasta llegaba á recordar la barbarie de los siglos pasados. Los decretos fulminados por los Papas y por los concilios contra los albijenses, que tanto dieron que hacer á la Francia, y cuyas fronteras atravesaron para invadir otros varios pueblos; los anatemas lanzados contra Amauri y sus discípulos, que declamaban con furor contra el clero, llamando al Papa Anti-Cristo, á Roma Babilonia, y á los obispos y pastores miembros del Anti-Cristo; que profetizaban la próxima ruina de los prelados y de la Iglesia, diciendo que habian de ser consumidos con el fuego del cielo etc.; habian contenido algun tanto su audacia; pero ni estas mismas bulas, ni las armas de los cruzados, ni el esfuerzo de algunos misioneros, ni los legados del Papa, habian conseguido exterminarlos; muy al contrario, la audacia de los herejes crecia de punto, y al parecer lo que destruia el hierro y el fuego servia

para dar mayor pábulo á la devoradora llama que abrasaba el corazon de las provincias. En esta época de triste recuerdo fué cuando Falcónis sumamente adiestrado en la ciencia de la virtud salió sin mas oropel que el pobre hábito que vestia y sin mas armas que el escudo de la verdad; recorrió la Italia é hizo sentir en todas partes el poderoso influjo de su elocuencia, alcanzando á cada paso nuevas victorias con las innumerables conversiones que hacia. No eran, no, las amenazas ni la sangre derramada en el campo de batalla lo que hacia entrar en el camino de la razon á los hombres manchados por el afrentoso delirio de las pasiones; era la fuerza de la palabra, la verdad evangélica puesta en boca del orador dominico; para decirlo de una vez, eran la dulzura y la persuasion los agentes principales que ablandaban los corazones aun mas empedernidos, y daban á cada paso nuevos hijos á la Iglesia. Falcónis en medio de su humildad se coronó de gloria, y mereció que se perpetuase su nombre tanto por su ciencia como por los grandes bienes que proporcionó á sus semejantes. Queriendo el papa Gregorio X darle una prueba de lo mucho que le estimaba, en 1272 le nombró su gran penitenciario; pero el buen Falcónis habia concluido ya su mision apostólica. Era llegado el momento de presentarse ante el tribunal de Dios para recibir el premio á que se habia hecho acreedor por sus virtudes; así es que en el año siguiente espiró en medio de sus hermanos, que lloraron su muerte como la de un varon justo, que se separaba de ellos para no volverles á ver en esta vida mortal. Tenemos de él algunas obras de derecho, siendo las mas principales: 1.ª: *Concordantiæ juris canonici cum divino.* 2.ª: *Universa lex civilis ad instar conclusionum.*—J. M. G.

FALCUIN ó Foulcoi de Beauvais, subdiácono de la iglesia de Meaux. Ignoramos el año en que nació, y tambien el de su muerte. Igualmente se ignoran las circunstancias particulares de su vida. Lo único que se sabe es que floreció en el siglo X, y que escribió en verso la *Vida de S. Faron*, obispo de Meaux, escrita tambien por Hildegario sucesor del Santo. Debemos la de Hildegario á Surio y á Mabillon que la publicaron; pero la de Falcuin quedó manuscrita.—O. R.

FALEA ó Phaléa. Fué uno de los principales sacerdotes que firmaron la alianza que Nehemías renovó con el Señor. En el libro II de Ésdras cap. X, versículo 24, se lee el nombre de Falea con el de Alohés y Sobéc. (Véase Nehemías). — O.

FALEG ó Phalég, hijo de Hebér. Nació en el año del mundo 1757, ántes de Jesucristo 2243, ántes de la era vulgar 2247. La Escritura dice; que su padre le dió el nombre de *Falég* que significa *particion*, porqué en sus dias fué dividida la tierra, ya sea que Noé hubiese empezado á compartir las tierras entre sus sobrinos algunos años ántes de la construccion de Babel,

ya sea que Falég hubiese venido al mundo en el mismo año de la confusion de las lenguas, ó finalmente que Hebér por un espíritu profético hubiese dado á su hijo el nombre de Falég algunos años ántes de la torre de Babél. Lo que al parecer da mucho que pensar á los intérpretes consiste: 1.°: en que Falég no vino al mundo hasta cien años despues del diluvio; pues en este caso parece que entónces el número de hombres no era suficiente para una empresa como la de Babél. 2.°: Jectán hermano de Falég tenia ya trece hijos al tiempo de la dispersion acontecida despues de la confusion de las lenguas; Falég segun el Génesis XI, 16, nació el año 34 de Hebér: es por lo mismo imposible que Jectán, su hermano, hubiese podido tener este número de hijos cuando nació Falég; y de esto se desprende, pues, que no nació en la época de la dispersion. Á todo esto puede contestarse que Moisés refiere los nombres de los trece hijos de Jectán en el Génesis X, 16 por anticipacion, aunque no hubiesen nacido hasta mucho tiempo despues de aquel famoso acontecimiento; pero como ocupaban un pais muy dilatado, era sumamente importante darlos á conocer y nombrarlos entre los otros descendientes de Noé, que se compartieron las provincias de Oriente. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Falég á la edad de treinta años engendró á Reu, Génesis XI, 18 y 19, y murió á la edad de doscientos y nueve años. —G.

FALEL ó PHALÉL, hijo de Ozi. En el cap. III lib. II de *Ésdras*, que trata de los que reedificaron las torres y las puertas de Jerusalem, versículo 25, se lee: «Falel, hijo de Ozi, *edificó* en frente de la vuelta y de la torre, que « sobresale á la casa alta del Rey, esto es, en el patio de la cárcel: junto á « él Fadaías ó Phadaías hijo de Farós ó Pharós. » —O.

FALKNER (Tomas) misionero jesuita. Era hijo de un célebre cirujano de Manchèster, en Inglaterra. Despues de haber estudiado bajo la direccion de su mismo padre la cirujía, por la cual mostró constantemente las mas felices disposiciones, se trasladó á Lóndres para perfeccionarse con la práctica, entrando al efecto á servir de cirujano en los hospitales. Como vivia en una calle cerca del Támesis, trabó amistad con un capitan que navegaba por la costa de Guinea, quien conociendo que Falkner le podia servir de grande utilidad, le instó que le acompañase en sus viajes en calidad de cirujano. Falkner aceptó, y despues de haber regresado de la primera expedicion salió para Cádiz, en cuyo puerto se embarcó para Buenos Ayres, donde llegó felizmente; mas habiendo caido enfermo á los pocos dias, agravósele tanto el mal, que la nave se hizo á la vela sin que Falkner hubiese podido embarcarse. Hallábase entónces al cuidado de los jesuitas, quienes se desvelaban en procurarle todos los auxilios que su larga y penosa enfermedad exigia; y conociendo al propio tiempo que podia servirles de grande utilidad si se quedaba con ellos, y muy particularmente en sus misiones de

América, pues que tenian necesidad de un buen médico-cirujano, nada absolutamente olvidaron para ganarse su afecto y confianza. El resultado fué que Falkner, naturalmente agradecido y amigo de los amigos, accedió á las invitaciones de la Compañía, abrazando por último el Órden de S. Ignacio de Loyola con singular alegría de los Padres. Ejerció Falkner su ministerio entre los indios, que habitaban la vasta extension del pais comprehendido en el vireinato de Buenos Ayres, y mas léjos al sud del Rio de la Plata. Su habilidad en curar las enfermedades, su destreza en las operaciones quirúrgicas y los grandes conocimientos que poseia en la mecánica, todas estas circunstancias contribuyeron á que el resultado de su mision traspasase los límites de toda esperanza. Residió unos cuarenta años entre el Chaco, el Paraguay, el Tucuman y las Pampas. Fué uno de los encargados por el gobierno español de explorar por mar la costa comprehendida entre el Brasil, la Tierra del Fuego, etc. En la época de la expulsion de los jesuitas, Falkner fué enviado á España, desde donde regresó á su patria. Allí uno de sus compatriotas, que era católico y residia en Spetchley, cerca de Worcèster, le nombró capellan suyo, y entónces fué cuando escribió en inglés: *Descripcion de la Patagonia y de los paises vecinos, en la América Meridional*, Hereford y Lóndres, 1774, un tomo en 4.° con mapas. Esta obra fué traducida y compendiada en aleman, Gotha, 1775, un tomo en 8.°. Hay tambien de la misma una traduccion francesa compendiada con este título: *Descripcion de las tierras maguellánicas y de los paises adyacentes, traducida del inglés por M. B****, Génova y Paris, 1788, dos tomos en 16.°. El libro de Falkner ofrece nociones sumamente preciosas sobre las comarcas que el autor ha descrito, sobre las costumbres de los pueblos que las habitaban, y sobre los productos de la naturaleza que allí se encuentran: sin embargo, se nota que el autor no estaba muy versado en la historia natural, de lo que resulta, en esta parte, que sus descripciones son casi inútiles. La obra termina con un capítulo bastante extenso y minucioso sobre la lengua de los puelches, y va adornada de dos mapas, en los cuales Falkner corrige el de Amville que ha presentado la extremidad sud de la América Meridional mucho mas estrecha, y da los nombres de varias poblaciones enteramente desconocidas en la época en que se publicó esta descripcion. Las figuras de los animales son mal dibujadas, y á Falkner le pareció haber visto indígenas que tenian siete pies y algunas pulgadas, medida inglesa, y aun otros que le parecieron mucho mas altos de talla. Añade que los puelches ó patagonios son grandes y bien proporcionados; pero dice que no oyó hablar de la raza gigantesca que tanto ruido metió en Europa. No solamente ha visto hombres de todas las tribus, sí que tambien ha consultado á varios españoles que viajaron ó que se hallaron prisioneros entre los indios. Falkner

es un autor juicioso, cuyo libro es muy interesante si se atiende á las pocas noticias positivas y originales que se tenian de los pueblos y de los paises que ha visitado. Hace algunas reflexiones muy sensatas sobre la importancia política de las posesiones que pertenecieron á los españoles en esta parte del mundo, y sobre los peligros que podrian acarrearla un establecimiento de otra nacion emprendedora. No da el *Diario* de su viaje, pero siguiendo algunas de las fechas que se encuentran en su libro, puede conjeturarse que llegó á América despues de 1730, y que estuvo allí hasta que los jesuitas fueron expulsados. Falkner, dice un biógrafo inglés, era hombre de imaginacion viva: poseia conocimientos muy variados, y disfrutaba de feliz memoria. Los médicos tributaron los mayores elogios á su sabiduría y habilidad: en sus maneras se notaba algo de singular, y sobre todo de ingenio, cuyas circunstancias adquirió durante su larga morada en los pueblos salvajes; y hasta en los últimos momentos de su vida conservó una tintura de las costumbres indianas. Murió este célebre jesuita en 1780. — J. M. G.

FALLET ó Phallét, hijo de Azmóth. En el lib. I de los *Paralipómenos*, cap. XII, ver. 3, se cita entre otros varios á Fallet como uno de los que siguieron á David cuando iba huyendo de Saúl. Reuniéronsele en Sicelég, y la Escritura les gradúa de muy esforzados y excelentes guerreros. — O.

FALLOT de Beaumont (Estévan, Andres, Francisco de Paula) sucesivamente obispo de Vaison, de Gante y de Plasencia. Nació en Aviñon en 1.° de Abril de 1750. Desde su infancia se mostró inclinado á la vida religiosa; y apénas salió de la pubertad abrazó el estado eclesiástico, siendo nombrado muy luego canónigo de la catedral de Agde, y despues vicario general de Blois. En 1781 obtuvo la abadía de las Siete-Fuentes (Sept-Fontaines), diócesis de Làngres. Nombrado en 1782 coadjutor de Vaison, en el condado venesino, y consagrado en Frascati el 23 de Diciembre de 1782 con el título de obispo de Sebastópolis, sucedió en 1786 á Pelisier de Saint-Ferreol. La desastrosa revolucion de Francia vino á turbar su tranquilidad: suprimióse el obispado de Vaison en 1790 con arreglo á la constitucion civil del clero: Fallot fué denunciado en 1791 ante la asamblea constituyente por Bouche, diputado de Provenza. Acusábanle de haber hecho cantar un *Te-Deum* en celebracion de los asesinatos de los patriotas. Pero el obispo reclamó contra la calumnia, y probó la falsedad de la acusacion. Progresaba la revolucion extraordinariamente, por cuyo motivo el ilustre prelado tuvo que retirarse á Italia, y por fin halló un asilo en los Estados Pontificios. Los momentos de calma que precedieron al 18 fructidor reanimaron las esperanzas de muchos sacerdotes condenados por las circunstancias al destierro, en términos que se apresuraron á regresar á su patria; y entónces el obispo de Vaison, siguiendo su ejemplo, determinó tambien aproximarse á su dió-

cesis, trasladándose al efecto á Marsella, donde se mantuvo por largo tiempo oculto á causa de las rigurosas medidas tomadas por el directorio. Sin embargo, salia de su retiro siempre que podia ser útil á sus ovejas; conferia reservadamente órdenes, y ministraba el Sacramento de la Confirmacion. El clero de Provenza recuerda todavía los grandes y distinguidos servicios que recibió de este prelado y de su colega M. de Prunieres, obispo de Grasse, que se mantenia igualmente oculto en Marsella, y que murió hácia la misma época. De resultas del 18 brumario, el clero pudo respirar con mas desahogo; porqué la Religion se vió ménos insultada y próxima á seguir sin tanta contradiccion su majestuoso curso. En la época del concordato el obispo de Vaison fué de los primeros que se prestaron á la voluntad del Papa, dando la dimision de su obispado, y en 1802 el primer cónsul le nombró para la silla de Gante. Fallot desempeñó aquella prelacía con el celo que tenia de costumbre, trabajando incesantemente para proporcionar al numeroso rebaño que gobernaba todos los consuelos corporales y espirituales. Querido y respetado del clero, venerado del pueblo, justamente admirado de cuantos le conocian, vivia feliz; porqué no cabe la menor duda que la felicidad se encuentra en el centro de la virtud. Con respecto á los sacerdotes seguia el sistema de indulgencia y efusion que el gobierno habia adoptado: se ocupaba con actividad del restablecimiento de la disciplina, y habiendo obtenido la restitucion del seminario, abrió un colegio, y favoreció varias instituciones piadosas y caritativas. El gran crédito que gozaba cerca del gobierno sirvió mas de una vez de grande utilidad á su diócesis. En 1807 Bonaparte le nombró para el obispado de Plasencia con la mira, segun se cree, de que le serviria de mucho si se valia de su política con respecto á Italia. En efecto, el obispo de Plasencia, ya fuese por reconocimiento á los beneficios que su familia habia recibido del primer cónsul, ó ya por cualquiera otra causa, siempre se mostró adicto á Bonaparte; miéntras tanto, á pesar de las órdenes terminantes que tenia, dejó de hacer uso del antiguo catecismo, y no se apresuró en la enseñanza de los cuatro artículos de 1682. Impidió que se cerrasen varias iglesias, de las cuales querian apoderarse; engrandeció el seminario, favoreció diversas comunidades, y consiguió que se renunciase al proyecto de convertir el hermoso seminario Alberoni en un liceo militar. Sin embargo, á pesar de lo mucho que se desvelaba en estas y otras obras piadosas, le han echado en cara el no haber tratado como debia á los sacerdotes romanos que se hallaban desterrados en Plasencia bajo el gobierno imperial; y lo peor es, que no pudo justificarse completamente de esta nota que no deja de ser hasta cierto punto un borron en la historia de su vida, que en lo general ofrece tan bellos recuerdos. Fallot asistió en el concilio celebrado en Paris en 1811, y fué nombrado

uno de la diputacion de los ocho prelados enviados á Savona en aquel mismo año para obtener del Papa ciertas concesiones. Hallóse entónces en una posicion sumamente delicada; pero sus compromisos crecieron de punto cuando en 1813 Bonaparte le nombró para el arzobispado de Boùrges. Hallábase entónces el Papa prisionero, y por lo mismo no expedia ni una sola bula á los obispos, miéntras que el gobierno por su parte queria que estos se presentasen inmediatamente á ejercer sus funciones. Fallot de Beaumont en tales apuros obró con la mayor reserva, observando una conducta llena de moderacion. Prestó el juramento en 15 de Agosto de 1813 en manos de María Luisa, y luego despues pasó á tomar posesion del arzobispado, siendo nombrado al propio tiempo vicario general capitular. No obstante, hay datos para creer que bien léjos de tomar las riendas de la diócesis nombró administradores á los vicarios generales que hasta entónces habian gobernado la mitra, y en esta ocasion se le debió la restauracion del seminario que se hallaba aun en muy mal estado. Hácia fines del mismo año el gobierno envió al obispo á Fontainebleau con el encargo de hacer proposiciones de acomodamiento al papa Pio VII; pero éste se mostró decidido á no entrar en relaciones hasta que se hallase otra vez de regreso á Roma. Igual éxito obtuvo en una segunda mision que desempeñó con el mismo objeto en Enero de 1814. Habiendo los periódicos hablado de un modo inexacto de estas misiones á Fontainebleau, Fallot dirigió al redactor del *Amigo de la Religion* una exacta relacion de lo que pasó entónces, cuya relacion fué insertada en el tom. I, pág. 102 de este periódico, y confirmada con las noticias dadas por el cardenal Pacca en sus *Memorias sobre su ministerio, y sobre sus viajes á Francia*. Hallábase el obispo en Boùrges en el momento de la Restauracion, y no cabe la menor duda que ofició en esta ocasion en la catedral en el dia de Pascua, y entonó el *Te-Deum*; pero tambien es cierto que separándose desde luego de Boùrges, se trasladó á Paris. Su intencion, segun dicen, era volver á tomar la administracion de la diócesis de Plasencia, de la cual habia conservado siempre el título; pero halló una viva oposicion en Roma, donde una congregacion formada para tratar de los negocios eclesiásticos extraordinarios, juzgó que el obispo Fallot debia dar algunas satisfacciones por la conducta que habia observado en Plasencia. El cardenal Pacca pro-secretario de Estado quedó encargado de escribir sobre el particular á Fallot; pero éste, segun se asegura, léjos de humillarse dió una respuesta que hirió la delicadeza de la córte romana. En vista, pues, del modo de obrar del prelado, le dirigió en 22 de Diciembre de 1814 una segunda mision, en la cual le reprobaba el haber introducido algunas innovaciones en Plasencia, y al propio tiempo le dictaba las condiciones á que debia sujetarse si queria tomar otra vez la administracion de su

diócesis. La carta del cardenal Pacca se insertó en el *Amigo de la Religion* de 9 de Marzo de 1837. Segun parece no quiso el prelado someterse á las condiciones que se le dictaban, tomando con este motivo sus negocios muy mal aspecto. El regreso de Bonaparte en Marzo de 1815 abrió un nuevo campo á las esperanzas del cardenal. En esta ocasion fué nombrado primer limosnero y miembro de la cámara de los pares; asistió en la ceremonia del campo de Marte, y presentó el libro de los Evangelios á Napoleon sobre el cual debia prestar el juramento segun resulta de la publicacion del *Diario* de Bonaparte. El prelado recibió, segun se ha dicho, durante los *cien dias* mas de treinta mil francos sobre los gastos de la casa del Emperador. Sin embargo, no debemos pasar en silencio que él mismo hizo insertar en los *diarios* una carta para justificarse de este aserto. Cuando el Rey volvió á sentarse en el trono de sus mayores, el obispo de Plasencia presentó su dimision, y el Papa le señaló una pension de doce mil francos sobre las rentas de la mesa episcopal. Desde entónces vivió en Paris enteramente retirado de todos los negocios no presentándose en ninguna ceremonia, ni en reunion alguna de obispos. Á pesar de su avanzada edad conservó aun por largo tiempo una perfecta salud, hasta que por fin le alcanzó la muerte el 26 de Octubre de 1835, á la edad de ochenta y cinco años y medio. El arzobispo de Paris le administró los Sacramentos, y le tributó los honores fúnebres. M. Fallot de Beaumont habia recibido de Bonaparte el título de conde. Era oficial de la legion de honor, y miembro del Órden de la Reunion. Finalmente, cuando murió era el decano de los obispos de Francia. Dos periódicos de Bélgica, el *diario de Flàndes* y el *diario histórico y literario de Liege*, publicaron varios artículos sumamente honoríficos, dedicados á su memoria, y elogiaron particularmente su administracion en Gante: artículos que se hallan extractados en los números 2570, 2578, 2583, 2743 y 2782 del *Amigo de la Religion*. La vida de Fallot, aunque manchada con algunos lunares por lo que respecta á ciertas relaciones de política con Bonaparte principalmente durante el triste cautiverio del papa Pio VII, y por lo tocante á la resistencia que hizo á las insinuaciones de la córte romana, ofrece rasgos muy interesantes y que forman la verdadera apología del prelado frances. La sabiduría y el celo que desplegó en la administracion de las diócesis que estuvieron á su cargo, el brillante comportamiento que observó en la época en que la desastrosa revolucion invadió las provincias, el interes con que procuró mejorar y aumentar los establecimientos piadosos y las casas de beneficencia, el empeño que puso en que no se cerraran las iglesias que la mano alevosa de la misma revolucion procuraba arrebatar del centro del cristianismo, son otros tantos rasgos que desvanecen hasta cierto punto aquellas manchas que la estricta imparcialidad nos ha obligado á referir. — J. M. G.

FALLU ó Phallu, hijo segundo de Ruben. En el cap. XLVI del Génesis, que trata de cuando Jacob partió á Egipto con sus hijos y nietos, hijas y juntamente toda la parentela, ver. 9, se lee el nombre de Fallu padre de Eliab, y en el capítulo XXVI de los Números, ver. 5, se cita tambien á Fallu como jefe de la familia de los falluitas. — O. R.

FALTI ó Phalti, hijo de Raphu. En el cap. XIII del libro de los Números, que trata de cuando envió Moisés á reconocer la tierra de Canaán, ver. 10, se lee el nombre de Falti, de la tribu de Benjamin. — O.

FALTI, Phalti ó Phaltiel, hijo de Lais, casó con Michól, despues que Saúl la hubo quitado á David; mas luego este la sacó del dominio de Falti, 1, Reg. XXV, 44 y 2, Reg. III, 15. (Véase David, Michól, Saúl). Algunos intérpretes creen que Falti no llegó á conocer á Michól durante todo el tiempo que vivió debajo su techo por el temor de incurrir ámbos en la pena de muerte establecida contra los adúlteros, porqué Michól no fué repudiada segun las reglas prevenidas en la ley. Pero estas razones son frívolas segun opina Calmet. Saúl miraba á David como á un rebelde á su rey y como un proscrito, cuyos bienes y mujeres le pertenecian, pudiendo disponer de ello absolutamente. De otro modo, ni Saúl hubiera dado á Michól á Falti, ni este la habria recibido sino hubiese creido poder tratarla como á su propia mujer. Si Michól no hubiese tenido hijos de Falti, añade el mismo Calmet, ¿de quién serian, pues, los hijos que la Escritura le atribuye cuando ninguno tuvo de David? En esta parte Calmet, á nuestro modo de ver, padece una grande equivocacion. En el cap. XXI, del libro II de los Reyes, ver. 8, se lee. «Tomó pues el Rey dos hijos de Respha hija de Aya, que ha-« bia tenido de Saúl, es á saber, Armoni y Miphiboséth: y cinco hijos de Mi-« chól hija de Saúl, que habia tenido de Hadriél hijo de Berzellai, que « fué de Molathi.» Es de advertir, que la que habia casado con Hadriél era Merob hermana de Michól, así es que nada de extraño tendria que ésta hubiese adoptado los hijos de su hermana. — G.

FALTÍAS ó Phaltías, hijo de Ananías, y padre de *Jeselas* ó de *Jesi* de la tribu de Siméon, derrotó á los amalecitas en el monte de Seir. En el libro I de los Paralipómenos, cap. IV, versículo 42, se lee lo siguiente: «Y qui-« nientos hombres de los hijos de Siméon pasaron tambien al monte de Seir, « teniendo por caudillos á Phaltías y á Naarías y á Raphaías y á Oziél hijos « de Jesi: Y destruyeron las reliquias de los amalecitas, que habian podido « escapar, y habitaron allí en lugar de ellos hasta este dia.» Esto es, que habian podido escapar de las manos de Saúl, de David y de otros reyes que habitaban aun en los montes de Seir. Bien que los simeonitas no gozaron por mucho tiempo del fruto de esta victoria, porqué segun la Escritura abandonaron á Dios, y en el año sexto del rey Ezequías se los llevó Salmanazar cautivos á la Asiria. — O.

FALTIEL ó PHALTIEL, hijo de Ozan. En el capítulo XXXIV de los Números, donde se trata del señalamiento de la tierra prometida y que debia repartirse por suerte, versículo 26, se nombra como uno de los encargados del repartimiento á Phaltiel de la tribu de Issachár. — O.

FALUDI (Francisco) jesuita. Nació en Nemetvirino en Hungría el 25 de Marzo de 1704; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en la provincia de Austria en 14 de Octubre de 1720, y pronunció los cuatro votos en 2 de Febrero de 1738. Jóven Faludi de las disposiciones mas brillantes, siguió con tal rapidez los estudios que apénas tenia tiempo de haber saludado, digámoslo así, las ciencias cuando se halló ya en estado de poder emprender la enseñanza con seguridad y buen éxito; y esto, no cabe la menor duda, lo debió á su genio pensador y profundo. Admirados sus superiores de lo mucho que habia adelantado en tan corto espacio de tiempo no vacilaron en confiarle varias cátedras, tales como las de poesía, retórica, filosofía y matemáticas; y no quedaron defraudadas sus esperanzas, pues de cada una de sus aulas sacó Faludi discípulos aventajados, que hicieron honor á la compañía, á sí mismos y al maestro que les habia enseñado. Desempeñó en Roma el cargo de penitenciario, y en 1773 leyó en el colegio de Pòsen, del cual fué uno de los principales ornamentos. Falleció este sabio jesuita en el año 1780, y dejó las obras siguientes: 1.ª: *Uduari ember (Varon áulico)*, Tyrnav, 1750. 2.ª: *Nemes ember, et nemes Aszszony (Varon noble, y mujer noble)* Buda, 1749. 3.ª: *Nemes Urfi, (Niño noble)* Pòsen, 1770. — O. A. R.

FALVEL (Juan) religioso del Órden de Sto. Domingo. Nació en Picardía, se ignora el año. Emprendió los estudios con extraordinaria aficion, y fué recibido de doctor en sagrada teología hácia el año 1570. En la misma época y con la correspondiente dispensa del papa Pio V fué nombrado canónigo y teologal de la iglesia de Bolonia, en la que se vió ascendido á gran penitenciario en 1584. En los registros de la iglesia de Bolonia ya no vuelve á hacerse mencion de Falvel sino hasta 1588; por lo mismo se ignora la época de su muerte, bien que segun se desprende del necrólogo de la misma iglesia aconteció en 20 de Octubre del mismo año. Falvel disfrutaba de la fama de excelente predicador en su tiempo; y él fué quien despues de haberse restablecido la memoria del mariscal de Biez y de su yerno pronunció en la iglesia de Bolonia la oracion fúnebre de estos señores, impresa despues en Paris en 1578. Compuso tambien una *Genealogía de los condes de Bolonia*, de la cual se sirvió Malbrank para su tratado de *Morinis* y Bailleul para su *Historia manuscrita de Calais*. — O.

FAMIANO (S.) monje y confesor. En Salesio de Italia tuvo Famiano este nombre, cuya etimología atribuye el P. Heredia, autor de las Vidas de santos, bienaventurados y personas venerables de la sagrada religion de S.

Benito, á la fama que aquel tuvo en santidad y milagros, por cuanto su propio nombre era Quardo ó Quadero. Nació en el año 1090. Su patria fué Colonia Agripina. Su padre se llamó Gothscalco y su madre Guimara. Ya desde muy jóven empezó á caminar por la senda de la virtud, y distribuyendo entre pobres todos sus bienes, fuése á Roma á visitar los Santos Lugares. Seis años anduvo peregrino por Italia visitando los cuerpos de Santos en cualquier parte en donde sabia eran venerados, y desde allí vino á España á la ciudad de Compostela á visitar el de nuestro patron Santiago. Pasó á la Siria á visitar los Santos Lugares de Jerusalem y de la Palestina. Siguió despues la vida eremítica bajo la reforma de la religion cisterciense por espacio de tres años, mortificando su cuerpo y castigándole con rigurosas penitencias para tenerle sujeto al espíritu. Entónces se fué al monasterio de S. Cosme y de S. Damian, en donde vivió veinte y cinco años contento con solo pan y agua fria; y despues de haberse ejercitado con tantos rigores profesó solemnemente la regla del padre y patriarca S. Benito. Pasado algun tiempo, fué con licencia de los superiores otra vez á Roma, siendo sumo pontífice Eugenio III: y por fin fijó su permanencia en el pueblo llamado Galio de los faliscos, entre Fascenio y Hortano. Refiérese de él que poco ántes de morir, al llegar á aquel pueblo hallándose en gran carestía de agua en lo mas ardiente del estío, hirió con la vara en una peña y salió una fuente de agua milagrosa. No tardó mucho en acometerle su última enfermedad, y conociendo que de ella habia de morir, señaló el lugar en donde debian enterrarle, y pasó de esta vida á la eterna en el año 1150, teniendo sesenta de edad, despues de haber honrado á Italia, España, y á todo el orbe cristiano con la fama de su santidad, y á la Iglesia por sus virtudes. Canonizóle el papa Adriano IV cuando no habian transcurrido aun cuatro años de su fallecimiento. En el mismo pueblo de Galesio hay una iglesia dedicada á su nombre, á la cual están concedidas las mismas indulgencias que á la de Sta. María de los Ángeles de Asis, favoreciéndola los Sumos Pontífices por la grande devocion de este Santo. Resplandeció despues de su muerte con innumerables milagros, segun refiere el cronista, y su efigie se vé en muchas partes de Roma con esta inscripcion:

Claudus adest firmus, cœcus vidit, utitur aure
Surdus, ab obsessis spiritus ater abit.

Es celebrada hasta el tiempo presente aquella fuente milagrosa, concurriendo á ella frecuente concurso de pueblos que alcanzan allí salud, por la cual le tienen por patron y le veneran con justo título. — C. R.

FAMIN (Pedro Natal). Nació en Paris en 1740. Era el segundo de doce hermanos, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, obtuvo en 1772 el curato de Sanois cerca de Fontainebleau, donde residió hasta 1780. Prote-

gido por madama de Genlis, fué nombrado lector del duque de Chàrtres y de sus dos hermanos, de quienes supo granjearse una confianza ilimitada. Habiendo obtenido un magnífico alojamiento en el palacio real, logró con su constancia y asiduidad formar un excelente gabinete de física; y en 1783 abrió un curso público anual y gratuito de electricidad, cuyas tareas interrumpió en 1789; pero no como se ha dicho para viajar por el mediodía de la Francia con el baron de Krudner, sino por otros motivos que su biógrafo no menciona. El abate Famin, despues de haberse libertado por la oscuridad en que vivia de las proscripciones de 1793, despues de haber conservado en el palacio real su magnífico alojamiento sin que nadie absolutamente nadie se hubiese acordado de él, se vió finalmente obligado en 1799 á cederlo al tribunal. Entónces vendió su gabinete y se trasladó á un piso de la calle de Valois. Continuaba el buen cura pasando tranquilamente el tiempo ocupado en sus investigaciones científicas, cuando vino la época del terror á infundirle un miedo extraordinario, que aumentó mucho mas con la noticia de la muerte dada á su protector el duque de Orleans. En esta ocasion se presentó al maire de Paris en solicitud de pasaporte para Suecia. « ¿Con qué objeto os marchais? le preguntó el maire.—Para enseñar la física « y demas ciencias exactas.—No, no, vos debeis quedaros, principalmente « en esta época en que no abundan mucho los sabios. » Accedió por fin á la insinuacion del maire, y le dejaron tranquilo: circunstancia digna de notarse en una época en que el fuego de la revolucion todo lo abrasaba sin perdonar al sabio, ni al potentado, ni al pobre, ni al rico, siendo las principales víctimas por lo regular los ministros del Señor. Por fin, pasó la tormenta, renació la calma y llegó la época de la legalidad y del órden, sin que hasta entónces hubiese Famin experimentado otro contratiempo que el pesar que sentia al observar tan de cerca los desastres de la patria. Habia obtenido Famin su entrada perpetua en el Liceo (despues Ateneo de Paris) en premio de una máquina de física que decia haber dado á Pilastra de Rocier, y desde entónces no pasaba dia que no invirtiese en aquel establecimiento algunas horas. En el riguroso invierno de 1830, á pesar de haber cumplido ya los noventa años de edad continuaba sus visitas sin precaucion alguna tiritando de frio. El resultado fué que algunos dias despues le encontraron muerto en su propia cama. Este sacerdote, cuyos talentos mas que medianos no experimentaron nunca los efectos de la rivalidad ni de los celos, publicó los opúsculos siguientes: 1.°: *Curso compendiado de física experimental al alcance de toda clase de personas*, 1793, en 8.°, en cuyo prefacio se leen las siguientes frases. « La brújula es un instrumento por medio del cual se « puede navegar sin *temor* y sin *peligro*.... El para-rayos desviando las cen- « tellas establece una *paz constante* entre el cielo y la tierra. » El discurso

termina con esta reflexion filosófica. « Todas las ciencias son hermanas, y « afortunado el que mas puede profundizarlas. » 2.° : *Carmen pacis* (Canto de la paz) oda latina y francesa, 1801, en 8.°. Con esta oda el autor nos da una muestra de que tan versado estaba en los versos latinos como en los franceses. 3.° : *Consideraciones sobre el peligro que corre el órgano de la vista con la luz demasiado viva, y sobre los medios de preservarse de sus efectos*, 1802, en 8.°. 4.° : *Mis opúsculos y recreos literarios*, 1802, en 8.°. Contiene varias composiciones poéticas y algunos trozos de prosa que el autor habia leido en algunas sesiones del Ateneo de artes, y del Ateneo de Paris. — J. M. G.

FANDILA (S.) presbítero, mártir. Este ilustre español, honor de Córdoba su patria, desde el momento que el uso de la razon se lo permitió, presentóse dócil, afable, estudioso, insigne en la piedad, amigo de los pobres; en una palabra, mereció ser citado como perfecto modelo de los que seguian la religion de Cristo. Obtuvo órdenes sagradas; y si bien ántes y despues se entregó á todas las prácticas de una virtud heróica, temió que el mundo viniese á turbar su natural tranquilidad, y para evitarlo le repudió para siempre, retirándose á un monasterio llamado de S. Salvador, donde se entregó á la oracion y á la mas rigurosa penitencia. Ya desde entónces fué admirado de sus hermanos, quienes procuraban imitarle para alcanzar aquel grado de perfeccion que distingue á los Santos. Apoderáronse los moros en aquella época de la ciudad de Córdoba, esparciendo el terror y la desolacion por todas partes y procurando sobre todo arrancar hijos á la Iglesia para pervertirlos luego en la apostasía y la impiedad; pero por fortuna la Religion que se hallaba bien cimentada halló defensores en un sin número de héroes, que no temblaron al ver la hoguera encendida, ni la cuchilla levantada. Entre el gran número de presos que destinaron los moros para víctimas de su furor se hallaba el invicto Fandila, que fué uno de los primeros á quien procuraron vencer en tan terrible lucha con la esperanza de que si lo conseguian lograrian atraer á la mayor parte ¡Vana esperanza, que se desvaneció como el humo! Fandila no solo se denegó á las reiteradas instancias de los enemigos del cristianismo, sino que despreciando las amenazas y los tormentos exhortó con fervor á sus compañeros para que siguiesen su ejemplo. S. Eulogio en su gran obra titulada: *Memorial de los Santos*, no halla palabras bastantes para exaltar el mérito del ilustre cordobés. Cuando habla de aquella cruel persecucion nos le presenta siempre como un astro de primera magnitud, y por lo mismo como uno de los mas insignes mártires de la Iglesia de España. Encerrado en una cárcel, sumido en el mas triste estado á que la perfidia humana puede conducir á un triste mortal, vilipendiado, escarnecido, se mantenia Fandila como si se hallase en un

lugar de delicias ; y nada tiene de extraño porqué sufria por su amado Dios, y en este caso las penas son para el filósofo cristiano momentos dulces, deliciosos que en nada pueden compararse con los placeres mundanos. Nunca su pluma brotó tantas bellezas como entónces escribiendo á sus hermanos palabras de consuelo y de amor : palabras capaces de reanimar al mas tibio , y de prepararle para una dichosa muerte. ¿Cuán bellos eran los cánticos de gloria que dirigia á cada instante al Supremo Hacedor ! ¡ Cuán enérgicas sus súplicas y cuán eficaces sus oraciones ! En una palabra : Fandila al parecer vivia entónces entre ángeles , iluminado por los resplandores de la Gracia , y nadando en un mar de dulzuras celestiales. Miéntras tanto la fiereza de los invasores se cebaba en el cuerpo de aquel dichoso mortal con toda clase de tormentos y de amarguras , hasta que cansados de tantas pruebas y avergonzados al verse vencidos , determinaron completar su obra. Le sacaron de la cárcel , y conduciéndole á una plaza pública le colgaron de un palo muy alto , y allí le dejaron abandonado hasta que despues de un prolongado martirio su alma voló á la morada celestial coronada con la aureola de los Santos el 13 de Junio del año del Señor 853 , en cuyo dia la Iglesia celebra su memoria. Su cuerpo fué recogido por los fieles y sepultado en la misma ciudad de Córdoba , que ha continuado patrocinando con un gran número de milagros. — J. M. G.

FANGÉ (Agustin) benedictino de la congregacion de S. Vànnes , y abad de Senones. Nació en Hatton-Châtel y era sobrino por parte de madre del célebre Calmet. Pronunció sus votos en la abadía de Mùnster , en la Alsacia, el 21 de Junio de 1728. Poseia en grado eminente todas las virtudes religiosas : á un carácter sumamente afable reunia una extraordinaria modestia , gran fondo de sabiduría y de piedad , extraordinario amor al trabajo y un gusto particular á los estudios , cultivados en el Órden de S. Benito , y que tan grande reputacion adquirieron á su tio. Profesó con distincion humanidades , filosofia , y teología en su congregacion. Hallábase entónces de abad de Senones D. Calmet , y como el gobierno de la Lorena iba á experimentar grandes cambios á causa de la cesion de este ducado á la Francia , temió que declarasen su abadía en encomienda , y por lo mismo no vió otro medio de conservarla á su congregacion que pedir el permiso para que se le eligiese un coadjutor ; y en efecto lo obtuvo del duque Francisco y del Emperador , recayendo la eleccion por unanimidad en favor de Fangé en 6 de Setiembre de 1736. Recibió las bulas el 7 de Octubre del mismo año y fué bendecido en 6 de Mayo siguiente por M. Sommier , arzobispo *in partibus* de Cesárea y gran prevoste de S. Diez ; pero no obtuvo el título de abad hasta 1755 , despues de la muerte de su tio. Se ignora la época en que murió. Compuso las obras siguientes : 1.° : *Un tratado* en latin *de los Sacramen-*

tos en general y en particular : obra profunda y muy estimada. 2.ª: *Iter Helveticum*, con láminas. Esta obra es una relacion de lo que Fangé observó de mas notable en un viaje que emprendió á Suiza en 1748. 3.ª: El segundo tomo de la *Noticia de Lorena*. 4.ª: *Vida de D. Calmet*, 1753, en 8.°. Algunos le atribuyen *Memorias para servir á la historia de la barba del hombre*, Lieja, 1775, en 8.°. Fangé concluyó por último la *Historia universal* empezada por su tio, y arregló sus obras póstumas publicándolas con las demas en 1762. —O. A. R.

FANLO (Fr. Vicente). Floreció en el siglo XVIII. Fuster en su *Biblioteca valenciana*, tom. II, pág. 59, col. 1.ª, nos dice que tomó el hábito de agustino calzado en el convento de S. Agustin de la ciudad de Valencia, su patria, donde leyó artes y teología; que fué lector jubilado; que estuvo condecorado con el título de maestro en su religion; que desempeñó el cargo de prior de los conventos de Alcoy y S. Felipe; que disfrutó de la fama de buen predicador en su tiempo, pero que participó del mal gusto de aquella época; y que murió en 1767. De estos apuntes se desprende que Fr. Vicente fué entónces uno de los principales ornamentos de su religion, y que con asiduo trabajo y constante aplicacion alcanzó extensos conocimientos en las Letras Sagradas. Dejó las obras siguientes. 1.ª: *Gloria in excelsis Deo, de Alcoy, por el dichoso hallazgo de Cristo Sacramentado*, Valencia, por José Tomas Lúcas, 1743, en 4.°. 2.ª: *Ni el pensador ni la pensadora, sobre asuntos de las santas imágenes*. Respuesta en cinco cartas de tres Santos Padres de la Iglesia latina y griega, Valencia, por el mismo Lúcas, 1761, en 4.°. 3.ª: *Sermon de la Correa*, predicado en S. Agustin de Valencia, impreso en la misma ciudad y por el mismo Lúcas, 1742, en 4.°.—O. A. R.

FANLO (Fr. Francisco Gregorio). Floreció segun parece en el siglo XVII. Era natural del pueblo de Molinos en la provincia de Aragon. Tomó el hábito del Órden de la Merced. Como no se tiene ninguna noticia particular de su vida, ni se sabe tampoco el año en que nació, ni el de su muerte; solo diremos que compuso en verso la *Vida de S. Ramon Nonato*, en 8.ª. rima, Zaragoza, imprenta de Juan de Lanaja, 1618, en 4.°. —G.

FANNÍAS, Phannías ó Phanasus, hijo de Samuél, de la raza de los sacrificadores. Nació en la comarca de Aftasi. Era un hombre rústico é ignorante, y no tan solo indigno del soberano pontificado, sino que ni aun llegaba á comprehender distintamente lo que significaba esta dignidad. Despues de haberse apoderado los sediciosos del templo, se abrogaron el poder de establecer y despojar á los sumos sacerdotes. Poseia entónces aquella dignidad Matías, hijo de Teófilo. Intentaron pues los sediciosos darle un sucesor, y bajo pretexto de que en otro tiempo lo sujetaban á la suerte, segun decian, procedieron por este medio á la eleccion de un sumo sacerdote,

echando la suerte sobre la familia sacerdotal de Eniakim y recayó en Fannías. En su tiempo aconteció la ruina del templo por los romanos; esto es, en el año 70 de la era vulgar.—O.

FANTINO (S.) confesor, oriundo de la Calabria. Desde su infancia amó la virtud, y se ejercitó en ella en tan alto grado, que aun no habia cumplido los ocho años de su edad cuando renunciando las vanidades del mundo se retiró al claustro, donde principió ya en edad tan temprana á entregarse con ardor á la oracion y á la penitencia. Refieren que absorto en la meditacion, llegó á pasar quince dias sin tomar alimento alguno. Trepaba con frecuencia los inaccesibles montes, y allí entre las malezas maceraba su cuerpo, derramando copiosas lágrimas de ternura al considerar los grandes sacrificios que Dios habia hecho para la redencion del género humano. Á los sesenta años emprendió con dos compañeros suyos un viaje al Peloponeso; de allí pasó á Corinto y á Atènas, y en todas partes se dedicó con celo verdaderamente apostólico á la conversion de los infieles, alcanzando con el don de la divina palabra innumerables conquistas: por último pasó á Tesalónica, donde ostentó el poder de la Divina Gracia con los muchos milagros que obró. Al cabo de algunos años de residencia en aquella ciudad, falleció tranquilamente, y su alma voló al seno del Criador en 30 de Agosto del año 870. El Martirologio romano le cita en este dia.—G.

FANTONI (Sebastian) religioso profeso de la Órden de carmelitas calzados. Este religioso, natural de Palestrina, estuvo adornado de tan bellas prendas, que mereció no solo el aprecio general de su Órden, sí que tambien que le eligiesen sucesivamente para todos los empleos de la misma, siendo condecorado con los honores de la mayor distincion. Despues que por su talento y aplicacion al estudio hubo alcanzado la borla de doctor en teología, fué nombrado en 1595 vice-procurador general; y por muerte de Enrique Silvio, constituyóle el papa Paulo V vicario general apostólico en 17 de Setiembre de 1612. Habiendo desempeñado estos importantes destinos con inequívocas pruebas de prudencia, fué elegido prior general de la Órden en el capítulo general habido en Roma en 1613. Como el papa Clemente VIII hubiese establecido que el cargo de prior general que ántes era vitalicio se prolongase solamente hasta cinco años, el procurador general Teodoro Estracio obtuvo del ya mencionado Paulo V, que el empleo de prior general se restituyese á la duracion de un sexenio segun la antigua forma de las constituciones del Órden de carmelitas; y el mismo Pontífice añadió otro año al sexenio en gracia de nuestro Fantoni, á quien permitió tambien se le reeligiese como efectivamente aconteció así en el capítulo general celebrado en Roma en 1620. Tal era el concepto en que le tenian los padres de la Órden, y tal el celo que habia manifestado por la reforma general y

observancia de la disciplina monástica en la misma. Murió en Palestrina el dia 5 de Octubre del año 1623, á los setenta y tres de su edad y once de su generalato. Escribió: 1.°: *Lecturæ philosophicæ*. 2.°: *Lecturæ theologicæ*. 3.°: *Sermones varii*. 4.°: *Epistolæ variæ*, algunos fragmentos de las cuales se leen en la *Vida de Felipe Thibault*. Cuidó de hacer imprimir: 1.ª: la *Regula ordinis carmelitarum ab Alberto tradita, postea mitigata*. 2.ª: *Cœremoniale ordinis*, Roma, 1616, en 4.°. 3.ª: *Missale, Breviarium, et Diurnale ordinis carmelitarum*. — S.

FANTONI (Sebastian). Este religioso, biznieto de un hermano del anterior, nació tambien en Palestrina, siendo hijo de Estévan Curcio, oriundo de una noble familia mantuana. Abrazó primeramente Sebastian el instituto de carmelitas descalzos, en cuya religion estudió por algun tiempo teología en el convento de S. José de la ciudad de Paris. Vuelto á Italia pasó á la religion de carmelitas de la antigua Observancia regular, en la que concluyó el curso de teologia, obteniendo despues el grado de maestro en esta facultad. Sus brillantes dotes le condujeron á los mas elevados empleos de la Órden, habiendo ejercido sucesivamente los cargos de vicario del convento de Palestrina, de prior provincial de Irlanda, secretario de la Órden, socio del Rmo. Gerónimo de Aro en la visita de los conventos de Italia, Francia, Flàndes, Germania Inferior y España; y por fin provincial de Roma y secretario del capítulo general celebrado en 1666. Célebre en virtud y letras, dejó de vivir despues del año 1678. Escribió: 1.°: *Oratio habita Romæ de novo generali eligendo in comitiis generalibus vigesima secunda junii millesimi sexcentesimi sexagesimi sexti*. 2.°: *De Annulo pronubo B. V. Mariæ*, Perusa, 1673, en 12.°. 3.°: *Istoria della Citta d'Avignone, é Contado Venesino, stati della Sede Apostolica, nella Francia, per il P. M. Sebastian Fantoni*, Venecia, 1678, dos tomos en 4.°. — S.

FANTONO (Gerónimo). Nació en Vijevano en el Milanesado. Abrazó el Órden de Sto. Domingo, y en 1515 era rector de los estudios de Bolonia. Mas adelante le nombraron inquisidor de la fe en Ferrara, y murió en 1532 en esta ciudad, de edad de cerca setenta años. Leandro Alberti, que refiere estas particularidades, añade que Fantono compuso varias obras y entre otras una *Tabla razonada de las obras de Escoto*, llena de erudicion, la cual se imprimió en Venecia en 1588 en 4.° con este título: *Repertorium Completissimum tam librorum, quam sententiarum Joannis Duns Scoti*. Hácia el año 1564 se habia impreso tambien en la misma ciudad otra obra de Fantono titulada: *Compendium universæ lecturæ abbatis Panormitani super Decretales*. — O.

FANUEL ó Phanuel, hijo de Hur, de la tribu de Judá. Se halla citado en el libro I de los Paralipómenos, cap. IV, que trata de nuevo de la posteridad de Judá y de Simeon. Fanuel, segun el versículo 4 del mismo

capítulo ; fué padre de Jedor , esto es , príncipe de aquella ciudad. — G.

FANUEL ó PHANUÉL , hijo de Sesác. En el versículo 25 del cap. VIII del primer libro de los Paralipómenos , que trata de los descendientes de Benjamin hasta Saúl y de los hijos de éste , se cita á Fanuel junto con Jephdaía. —E. A. U.

FANUEL ó PHANUEL , de la tribu de Aser , y padre de una santa viuda y profetisa llamada Ana , que se hallaba en el templo cuando nuestro Salvador fué presentado por sus padres. En el Evangelio de S. Lúcas , cap. II , versículo 36 y siguientes , se lee : « Y habia una profetisa llamada Ana , hija « de Phanuel de la tribu de Aser : ésta era ya de muchos dias , y habia vi- « vido siete años con su marido desde su virginidad. Y ésta era viuda, como « de ochenta y cuatro años : que no se apartaba del templo , sirviendo dia y « noche en ayunos y oraciones. Y como llegase ella en la misma hora , ala- « baba al Señor : y hablaba de él á todos los que esperaban la redencion de « Israél. (Véase Ana (Sta.) hija de Fanuel). —O. R.

FAR (José) vicario perpetuo del pueblo de Artá en Mallorca. Nació en la villa de Santa María de la propia isla , y pasó á Palma para hacer sus primeros estudios. Manifestó una constante y asidua aplicacion á la filosofía y á la teología en las cuales hizo notables progresos , sosteniendo varias oposiciones para lograr una beca en el colegio de la Sapiencia á fin de no ser gravoso á su madre y hermanos y poder instruirse mejor y con mas sosiego. Procuró por todos los medios posibles aliviar á su familia del cargo de su manutencion , manifestando en todo el espíritu eclesiástico que le animaba. Pacífico , amable , cuidadoso , puntualísimo en sus deberes , mereció gobernar el colegio por tres años consecutivos en clase de director. Tan aplicado á la filosofía y teología como á la moral y á la Escritura , hizo varias oposiciones de curatos , y despues otra para la canongía magistral de la santa iglesia de Palma , secundando por su parte las piadosas intenciones del fundador de aquel colegio D. Bartolomé Lull , de que los jóvenes eclesiásticos al salir de aquella casa con su predicacion , ejemplo y solicitud pastoral fuesen útiles á toda la isla. Y en realidad el colegio de la Sapiencia cuenta entre sus individuos muchos que le hacen honor por su virtud y letras , y ya habia dado á la iglesia de Mallorca tantos vicarios y párrocos como colegiales , domeros , priores del hospital , catedráticos , pavordes , canónigos , rectores de la universidad, vicarios generales y hasta obispos ; pero cuando admitió en su seno á D. José Far no pensaba que se hubiese de decorar con una nueva corona , ni al mantenerle creia que alimentaba una víctima que con tanta gloria debia ser sacrificada en las aras y en el fuego de la caridad , ni ménos podia imaginar que cuando salió de aquel colegio iba cúal buen pastor á dar su vida por sus ovejas , de las cuales se encargó inmediatamente. Animado el párroco D.

José Far del espíritu de verdadero pastor de la Iglesia, buscaba su propia santificacion en la de las almas á su cuidado encomendadas; no miraba los intereses de la tierra sino la gloria de Dios: conocia muy bien el grande peso que importa en sí el cuidado de una parroquia ó de una villa, y que no iba á ser señor sino servidor espiritual, no á engordarse y hacerse rico sino á desentrañarse para socorrer corporal y espiritualmente á tantos hijos de quienes iba á ser un verdadero padre. Si el doctor Far no hubiese entrado en la villa de Artá con estas buenas disposiciones, no hubiera podido cumplir con las tan delicadas obligaciones de un buen pastor, aun cuando hubiese tenido ántes todas aquellas prendas que hemos indicado, porqué Dios no da sus gracias necesarias para desempeñar bien este ministerio sino á aquel á quien él mismo ha elegido. Aun cuando no constase de cuan limpia fué su eleccion para vicario perpetuo de Artá, por los frutos de virtud y de vida que dió en aquel pueblo, muy bien podria conocerse la bondad del árbol que los producia. Gravedad y circunspeccion en su porte, que le conciliaba el respeto y la veneracion de todos; puntual desempeño así en las funciones de la iglesia, como en el confesionario, y como en el púlpito, manifestando claramente cuan penetrado se hallaba de la elevacion de aquellos ministerios propios de ángeles; largas y frecuentes visitas á los enfermos para consolarlos ó prepararles á morir; cortas y muy raras visitas de pura atencion para no envilecer una autoridad que tanto pierde con su trato frecuente y familiar con los seculares; vigilancia solícita y continua con que cortaba los escándalos sin dar la mas mínima ocasion para murmurar de él; manifiesto desinteres en todo lo de su oficio, circunstancia tan necesaria á los eclesiásticos para dar á entender que si trabajan y pasan pena es únicamente para ganar almas y no dinero; mansedumbre de corazon, condescendencia, alegría y afabilidad con todos: tales son las dotes de un buen párroco, y tales eran las que adornaron siempre á nuestro vicario perpetuo. Pero no era aun esto lo que le hizo un héroe, gloria de su patria y digno de una gloria inmortal. El año 1820 fué un año fatal para Mallorca, pues á mas de los males que habia sufrido, desórdenes, malas cosechas, carestías y miserias, fué afligido el territorio de aquella isla con uno de los mas terribles azotes de la justicia de Dios, que es la peste. El pueblo de Son Çervera fué el foco de unas enfermedades contagiosas, que sin saber cómo se alzaron allí como un incendio. El temor se apoderó de toda la isla: todos sus pueblos se pusieron en consternacion: las puertas de la ciudad se cerraron inmediatamente: las mas prontas y rigurosas penitencias parecia que no bastaban para tranquilizar los ánimos justamente alarmados: á Mahon, al continente de España, á Francia huian muchas familias: todo era confusion, zozobra, espanto, muerte .... Artá, villa cercana á Son Çervera participó luego del terrible

azote ; y una parte considerable de las ovejas del vicario perpetuo sufrian y eran víctimas del mal que se iba propagando , y hacia llorar amargamente á todos los hijos de quien era padre. ¿ Qué hará pues ? ¿ Huirá cobarde para salvar la vida , abandonando tantas almas en un peligro tan grande de condenarse ? ¡ Ah ! tal bajeza no cabe en un espíritu tan generoso como el suyo. « Me veo rodeado de peligros , escribia ya desde un principio á un amigo « suyo ; pero no me apartaré de mis amados feligreses aunque me haya de « costar la vida. » ¿ Escuchará á lo ménos encerrado en su casa los gemidos de unos desdichados que esperan de él su principal consuelo y que ahora mas que nunca desean sus consejos ? ¿ Cuándo saldrá ó irá á administrar los Sacramentos , ó á prestar aquellos auxilios tan necesarios en el duro trance de la muerte , lo hará tan solo á los que tenga mas cerca ó de los que no pueda prescindir ? No : todos llaman igualmente su atencion. No hay lugar , ni tiempo , ni rincon , ni persona á quien no busque , no visite , no consuele y no proporcione todos aquellos auxilios de que es capaz la mas fina y la mas tierna caridad. Asistencia corporal y espiritual , remedios de caldo y de medicinas, alivios de pastas y de bizcochos , todo lo busca , todo lo pone en obra ; nada le aflige sino la falta de ministros para que los pobres enfermos se hallen bien asistidos ; á todo se expone aun cuando se vea en el próximo peligro de apestarse ; nada teme sino que alguna pasion de ánimo le acobarde haciéndole inútil á sus queridas ovejas ; y si huye de la muerte no es por miedo de morir , pues sabe que para él seria una ganancia , sino por temor de que quedando aquellas almas casi del todo abandonadas se perdiese alguna. Su celo no podia contenerse , su caridad que parecia excesiva le precisó , aunque enfermo , aunque postrado en el lecho , aun viendo , palpando el peligro á que expone su vida , á ponerse en camino , á ir muy léjos para administrar los Sacramentos á un moribundo. ¡ Cuánta verdad es que el amor tiene mas fuerza que la muerte ! Poco sabia este enfermo lo que su consuelo iba á costar á tantas almas. Esta fué la última vez que Artá vió á su pastor correr para salvar á sus ovejas. Si , realmente llegó su término ; y satisfecho Dios de su siervo , le tenia preparada la corona. Enfermos , buenos , niños , niñas , adultos , todos van á quedar sin padre , todos van á recibir su última bendicion. ¡ Oh muerte ! y ¡ cuán dulce eres para aquellos que han sabido vivir bien y cristianamente cumpliendo con las obligaciones de su estado ! Llamó Far á uno de los religiosos , y con la misma serenidad y alegría como si tuviese que ir á la ciudad le encargó el cuidado de los enfermos y de la iglesia. Pidió un Crucifijo, le tomó , y abrazándose con él le dijo : « Ya he cumplido con el encargo que me confiasteis : he concluido la obra que me encargasteis : me parece haber hecho por mi parte cuanto he sabido para cumplir con vuestra santisi-

ma voluntad. ¿Queriais que estudiase para adquirir los conocimientos necesarios para ayudar á las almas? Estudié. ¿Queriais que me encargase del cuidado espiritual de esta villa? Me encargué. ¿Queriais que con buenos ejemplos, con palabras y consejos las dirigiese por el camino del cielo? Así lo he procurado hacer. ¿Queriais que en medio de este castigo que nos habeis enviado hiciese el oficio de buen pastor y padre, llorando con los que lloraban, consolando á los que estaban tristes, animando á los abatidos, y que por mi parte no dejase de hacer nada de lo que fuese útil para que alcanzasen una buena muerte? Si no me engaño, creo que lo he hecho. ¿Queriais que hiciese el sacrificio de mi vida para cooperar á la salvacion de tantas almas redimidas con vuestra sangre? Así lo he hecho; así lo hago de nuevo. Uno mi sacrificio con el que Vos hicisteis por mí y por todos en la Cruz. Quiero morir por Vos, quiero morir como Vos, quiero morir por el mismo motivo por el cual moristeis Vos. ¡Ah! perdonadme, Jesus mio: en vuestras manos encomiendo mi espíritu»..... Así murió el Dr. D. José Far, vicario perpetuo de la villa de Artá. El ayuntamiento de la villa de Sta. María de donde era natural el difunto acordó que se celebrasen en la iglesia parroquial de la misma unas solemnes exequias, como se efectuó el dia 23 de Agosto de aquel mismo año. Las autorizaron el M. I. Sr. jefe superior político de la provincia D. Guillermo Montis presidiendo aquel ayuntamiento, y el M. I. Sr. D. Juan Muntaner y García, canónigo de la Sta. iglesia de Palma, entónces vicario general gobernador de aquella diócesis, el cual dijo el responso despues de la misa que cantó el M. I. Sr. D. Guillermo de Descallar, canónigo, asistiéndole el diácono el I. Sr. D. Bartolomé Jaume, pavorde. Hizo mas patética y tierna la funcion, ademas de un grande concurso de gentes de todas clases, tanto de los pueblos circunvecinos como de la capital que asistieron en ella, la presencia de la anciana madre del difunto, hermanos y sobrinos, para quienes estaba preparado asiento en lugar distinguido. Concluida la misa fué pronunciado un breve y patético discurso en idioma del pais por D. José Amengual, presbítero canónigo de la Sta. iglesia de Mallorca, del cual hemos extractado este artículo, cuyo tema era el siguiente: *Bonus pastor animam suam dat pro ovibus suis:* el Buen Pastor da su vida por sus ovejas: palabras sacadas del capítulo X del Evangelio de S. Juan. — J. R. C.

FARA ó PHARA, criado de Gedeon. En el libro de los Jueces, cap. VII, vers. 9 y siguientes, se lee: « Aquella misma noche le dijo el Señor (á Ge-
« deon): Levántate, y desciende al campamento: porqué los he entregado
« en tu mano. Y si tienes miedo de ir solo, descienda contigo Phara tu
« criado. Y en oyendo lo que hablan, entónces se confortarán tus manos,
« y descenderás con mas seguridad sobre el campamento de los enemigos.

« Descendió pues él y Phara su criado hácia la parte del campamento donde « estaban las centinelas del ejército. » — O.

FARA (Sta.) ó Burbundo-Fara, vírgen, de una familia noble de Bria, bien que originaria de Borgoña. Era hija de Agnerico, otro de los principales dignatarios de la córte de Teodoberto II, rey de Austracia. Fueron sus hermanos S. Faron, obispo de Meaux, y S. Cagnoaldo, que fué elevado tambien á la silla episcopal de Laon en 1520. Tuvo tambien una hermana llamada Sta. Agnetrùdes. Cuando Fara llegó á la edad de tomar estado, pretendieron sus padres casarla con un jóven digno de su mano, que reuniese á sus virtudes una nobleza igual á la suya; pero Fara, que habia elegido por esposo á Jesucristo, les declaró que estaba ligada con votos de perpetua castidad. Agnerico, bien léjos de reprobar la voluntad de su hija, se alegró y procuró por su parte llenar los deseos de una vírgen que habia nacido como sus hermanos para amar á Dios. Fara tomó el velo de religiosa en Meaux en el año 1614, y en 1615 Agnerico mandó echar los fundamentos del célebre monasterio de Faremoutier, del cual Sta. Fara fué la primera abadesa. Murió tranquilamente esta Santa en 3 de Abril del año 1655, y á los sesenta de su edad, habiendo dado al mundo tantos y tan repetidos ejemplos de virtud, que extendieron su reputacion de santidad hasta en las provincias mas lejanas. El Martirologio romano la cita en 7 de Diciembre. — O.

FARA ó Fare (Ana Luis Enrique, cardenal de la). Era nieto del marqués de la Fara, á quien la amistad de Chaulieu y sus poesías le hicieron célebre. Nació Ana Luis en la diócesis de Luzon en 1752; se distinguió en sus primeros estudios en el colegio de Luis *el Grande*, donde tuvo por preceptor particular al abate Labdan, que tambien tuvo mas adelante á su cargo la educacion del desgraciado duque de Enghien. Fara se hizo admirar asimismo en su curso de teología. El cardenal Bernis, su pariente, no tardó en facilitarle un pingüe beneficio. Despues de haber tomado la licenciatura y revestido ya de las órdenes sagradas, fué nombrado en 1778 vicario general de la diócesis de Dijon y dean de la Santa capilla de la misma ciudad. En esta última calidad fué designado en 1784 para ser elegido general del clero de los estados de Borgoña, por cuyo distinguido cargo venia á ser uno de los jefes de la administracion de la provincia. Durante sus funciones, que desempeñó hasta 1787, obtuvo con sus colegas el conde de Chastelux, elegido general de la nobleza, y M. Moirot, maire de Chalons-sur-Saone, que tambien habia sido elegido general del tercer estado, testimonios públicos de la satisfaccion de los tres Órdenes: lo que hasta entónces no habia tenido ejemplo. En atencion al puesto que ocupaba en los estados de Borgoña, el abate de la Fara fué llamado á la asamblea de los diputados convocada en 1787, y en 7 de Octubre

del mismo año el Rey le elevó á la dignidad de obispo de Nanci. Habiendo sido elegido diputado por el clero de esta ciudad en los estados generales de 1789, pronunció para su apertura en la misa del Espíritu Santo el discurso de costumbre. Cuando los estados generales tomaron el nombre de la asamblea nacional habló enérgicamente contra las determinaciones de la mayoría, pronunciándose con vigor y elocuencia en 13 de Febrero de 1790 contra la supresion propuesta de las Órdenes religiosas, y pidió que la religion católica apostólica romana fuese declarada en sesion la religion nacional y religion del estado, conforme al voto expresado en las Actas de todas las baylías, cuya proposicion causó la mas grande agitacion en la asamblea. En vano intentó en varias ocasiones justificar y sostener su proposicion, que fué por último mas formalmente rechazada en el 13 de Abril siguiente; por lo mismo Fara firmó en 15 del mismo mes la declaracion ó protesta que sobre este punto hizo una parte de la asamblea nacional. Se mostró con igual energía contra la admision de los judíos á los derechos de ciudadanos activos. Habiendo logrado evitar los efectos de las continuas persecuciones que se le dirigieron, el obispo de Nanci se refugió primero en Trèveris, en los estados de su metropolitano el arzobispo-elector, desde donde dirigió en 26 de Mayo de 1791 al clero y á los fieles de su diócesis una instruccion pastoral y una ordenanza relativa al cisma; y despues partió para Viena de Austria hácia fines de 1792. Desde 1795 llenó las funciones de encargado de los asuntos de Luis XVIII y de los príncipes franceses, siendo de advertir que al propio tiempo que velaba sobre sus intereses era tambien el agente de muchísimos emigrados esparcidos por el Continente. Tratado con particular distincion por el Emperador y toda su familia, y establecido en el palacio de la princesa de Lorena M.ª de Brionne en 1795, fué testigo de vista de la llegada de la prisionera del Temple, la hija de Luis XVI y de María Antonieta. Esta princesa, que conocia muy bien el carácter y las relevantes prendas que adornaban al prelado, nombróle su limosnero confiándole al mismo tiempo asuntos del mayor interes. Fara fué el que principió y terminó con la córte de Viena las negociaciones sobre el matrimonio de esta princesa con el duque de Angulema. Habíanse prohibido por Bonaparte todas las comunicaciones del Continente con la Inglaterra, de modo que los militares del ejército de Condé no podian acudir á Lóndres para reclamar del gobierno británico sus pensiones; y en este estado, con el único y exclusivo fin de asegurar la subsistencia de sus compatriotas, aceptó el obispo de Nanci el delicadísimo cargo de verificar y mandar el pago de estas pensiones sobre una casa de banco de Viena, cuyo cargo ejerció hasta el regreso de Luis XVIII á sus estados. Inútil es ponderar lo mucho que expuso con este motivo su responsabilidad y aun su reputacion, si se atiende á que

aquellos que sufrian y no recibian todo lo que esperaban se hallaban fácilmente dispuestos á una severidad, que con mucha facilidad podia rayar en la injusticia, mayormente tratándose de la distribucion de fondos; sin embargo, el prelado procedió en todas ocasiones con aquella delicadeza que era de esperar de su ilustracion y de su carácter naturalmente benéfico. En efecto, en él no habia, ni podia haber miras interesadas; gemia sí por la suerte de sus compatriotas, que arrojados de la patria que les dió el ser divagaban diseminados muchos de ellos sin auxilios y sin hogar donde gemir en secreto los males que les agoviaban. Á buen seguro que si el obispo de Nanci hubiese podido por sí solo ampararlos á todos, no hubiera perdonado sacrificio alguno aunque hubiese debido verse él mismo en la precision de condenarse á la pobreza. De-la-Fara no regresó á Francia hasta despues de la Restauracion. En esta época Luis XVIII le confió la direccion de varios negociados relativos al clero, y fué igualmente miembro de una comision encargada del arreglo de los recursos que debian proporcionarse á los emigrados que regresaban á su patria sin medios de ninguna clase. Á fines de 1814 la duquesa de Angulema le confió el cargo de su primer limosnero. En 17 de Enero siguiente fué elegido comisario encargado con otros de buscar y exhumar del antiguo cementerio de la Magdalena los restos mortales de Luis XVI y de María Antonieta á fin de trasladarlos inmediatamente á la iglesia de S. Dionisio. El papa Pio VII en premio de los buenos servicios que habia prestado el obispo de Nanci á la familia real y á todos los emigrados, le elevó á la dignidad de cardenal en 1823, bajo cuya calidad asistió en los dos cónclaves que se reunieron para la eleccion de los papas Leon XII y Pio VIII, desplegando el cardenal en ámbas elecciones abundancia de doctrina, mucha sabiduría y gran celo por los intereses de la Iglesia de Francia. Cárlos X le eligió en 1825 para pronunciar en Rèims el discurso religioso que precedió á las ceremonias de su consagracion. Fué un recuerdo sumamente curioso, dice Hipólito de la Porte, para aquellos que habian sido del número de sus oyentes en Versàilles en 1789 oir la misma voz al cabo de treinta y cinco años, y cuando el orador habia cumplido ya la edad de setenta. Este célebre obispo murió en Paris en Diciembre de 1829, dejando, dice el mismo autor, una fortuna algo mas considerable de lo que era de esperar atendido á que durante su vida todas sus maneras anunciaban grande moderacion, y todo al reves del fausto con que se ostentan las riquezas. De esto resultó que algunos de aquellos que se complacen en zaherir la reputacion aun mas bien sentada, cebasen su torpe lengua en denigrar y aun calumniar á un hombre, á quien sus compatriotas han debido tributar los mas bellos elogios por haber seguido en su diócesis los preceptos de la caridad mas acendrada, y ademas por haber dejado testimonios indelebles de su amor á la

justicia y del interes que se tomó en bien de sus semejantes. Es verdad que durante el primer período de su vida mostró algun tanto su adhesion al mundo; pero tambien lo es que desde su episcopado practicó austeramente todas las virtudes anexas á la prelacía, y mas aun cuando sufrió los efectos de la emigracion. Á pesar de todo lo dicho debemos convenir, que si bien las riquezas que adquirió eran de todo punto legítimas atendida la nobleza de su carácter y su amor á la estricta justicia; una módica fortuna y el recuerdo de los servicios, que habia prestado á la causa real y á la Iglesia, no hubieran dado márgen á que lenguas viperinas traspasasen los límites de la moderacion al ver que legaba á su hermano en vez de riquezas el recuerdo de una vida sin tacha. El obispo de Nanci compuso durante su destierro muchas obras relativas á los intereses de la Religion y de la monarquía; pero ninguna de ellas ha visto la luz pública ó á lo ménos se ignora.—J. M. G.

FARAI ó Pharai. En el lib. II de los Reyes cap. XXIII en el que se refieren las últimas palabras de David y se continúa un catálogo de los generales y oficiales mas señalados, versículo 35, se cita el nombre de Farai de Arbi, con el de Hesrai del Carmelo. En el lib. I cap. XI de los Paralipómenos, versículo 37, se le da el nombre de Naarai, hijo de Asbai. — O.

FARALDO (Filócalo) carmelita natural de Nápoles, maestro en sagrada teología, y profesor público en la misma ciudad. Fué varon muy religioso, esclarecido por la integridad de su vida, célebre por la profundidad de su saber y erudicion, muy reputado entre los teólogos y oradores de su tiempo, y no ménos insigne canonista. Fué tambien examinador del arzobispado de Nápoles, consultor de la Sagrada congregacion y censor de libros. Elegido prior del gran convento de su Órden en Nápoles, gobernábale con suma prudencia y acierto, cuando acometido de una gravísima enfermedad murió en el mismo el año 1590, despues de haber escrito: 1.°: *Tractatus de humanitate*, impreso en Nápoles, 1573. 2.°: *Epitaphium ornatissimum Bartolomœi Ragusii carmelitæ, anno millesimo quingentesimo octogesimo primo defuncti.*—E. L.

FARAON. Larga seria é interminable la historia de los Faraones: nombre que se da comunmente por los modernos á los reyes de Egipto que ocuparon el trono durante la primera época histórica de aquel pais, que comprehende cerca de diez y seis siglos desde la fundacion del reino de Egipto hasta la reduccion del mismo á provincia persa, 525 años ántes de Jesucristo, entre cuyos reyes se cuenta comunmente á Menes por el mas antiguo. Pero nosotros, concretándonos al título de la presente obra, nos fijarémos principalmente en aquellos príncipes de este nombre de que habla la Escritura. En tiempo de Menes el Egipto á excepcion de la Tebaida no era mas que un inmenso pantano confinante con el Mediterráneo, cuyo mar

llegaba entónces hasta lo interior de las tierras en el sitio donde despues estuvo el lago Meris; pero Menes le hizo habitable mudando por medio de diques el curso del Nilo, y haciéndole dejar libre de esta manera el terreno en donde fué edificada Menfis. Menes como todos los jefes de colonia entre los antiguos se dice que dió á los egipcios un culto, leyes y algunas artes. Cuando murió, se cree que el Egipto fué dividido en los cuatro reinos de Tebas, Tis, Menfis y Tánis, en donde reinaron á la par príncipes cuyos nombres apénas se conocen; y de los cuales no merecen citarse mas que algunos, como Busiris, Osmandias, Ucoreo, Merís, que abrió el lago de su nombre destinado á corregir la desigualdad de las aguas del Nilo, y que bajo este aspecto es uno de los monumentos mas útiles del Egipto. En el intervalo de Menes y Merís se colocan los reinados de diez y ocho príncipes etiopes y de una reina egipcia llamada Nicaula ó Nitaris; pero no hay datos acerca de la época en que deban colocarse. En tiempos mas próximos, y reinando un príncipe llamado Tamus ó Timaus, una muchedumbre de extranjeros venidos de la Arabia sojuzgaron el pais. Uno de ellos, Salatis, se hizo declarar Rey y fijó su residencia en Menfis; pero temiendo las invasiones de los asirios, que entónces dominaban el Asia, guarneció de ciudades la frontera oriental de Egipto, y reconociendo que la ciudad de Abaris situada sobre uno de los brazos del Nilo era un punto conveniente de defensa, la fortificó y puso allí una guarnicion para cubrir el pais. Á Salatis sucedieron cinco príncipes de su nacion, que los egipcios designaron con el nombre de reyes pastores ó Hyksos. Habiendo dominado en el Medio y en el Bajo Egipto doscientos y sesenta años y de resultas de una guerra de cincuenta, fueron finalmente arrojados estos reyes por Amosis ó Tetmosis soberano del Alto Egipto, quien despues de tenerlos por mucho tiempo sitiados en Abarci logró echarlos al otro lado del istmo. Libertado ya de este modo el Egipto y reunido todo bajo un mismo cetro, fué luego gobernado por seis príncipes de raza egipcia, cuya historia se ignora hasta Amenofis, que se cree ser el padre de Sesostris. Amenofis decia habérsele declarado en un sueño que su padre debia mandar en toda la tierra, y por ello dispuso que le llevasen á su córte todos los niños de sus estados nacidos en el mismo dia que su hijo para dar á todos incluyendo el suyo una educacion comun, creyendo que esta identidad de educacion facilitaria al príncipe el elegir entre ellos con seguridad ministros fieles y oficiales hábiles. Así que llegó Sesostris á proporcionada edad, le envió Amenofis á hacer sus primeras campañas contra los árabes, que hasta entónces estaban independientes, y en efecto los sometió. De vuelta de esta expedicion invadió tambien por órden de su padre la Libia, y llevó segun se dice sus tropas victoriosas al África, hasta el océano Atlántico. Muerto Amenofis, é informado Sesostris de los altos destinos que

se le habian pronosticado, se dispuso para la conquista del Asia; mas con el objeto de que su ausencia no causase ningun perjuicio al Egipto, le dividió en treinta y seis gobiernos ó departamentos, poniendo en cada uno un jefe ó gobernador con el encargo de atender á las necesidades del pueblo y de mantener la justicia, pero dependientes de su hermano Armaés, á quien revistió de todo el poder y prerogativas reales. Provisto lo conveniente á la tranquilidad de sus estados, marchó á la cabeza de un ejército considerable, cuyos diferentes mandos habia dado á los compañeros de su infancia, habiendo ántes señalado para su subsistencia algunas porciones del territorio egipcio. Así es como fundó esta aristocracia militar y territorial, que pronto se vió luchar contra los sacerdotes y arrebatarles por último el poder. Su primera conquista fué la Etiópia y el pais de los trogloditas, por el cual se adelantó hasta el estrecho del mar Rojo, en donde levantó una coluna como monumento de su victoria. Ademas de su ejército tenia dos escuadras; una en el mar Rojo, la cual sometió muchos puntos del continente indiano, y otra en el Mediterráneo, que subyugó la Fenicia, la isla de Chipre y las Cicladas. Se dice que con el ejército recorrió todo el Asia, llegando hasta el Océano oriental; que de allí subiendo hácia el Norte sometió las tribus escitas hasta el Tanais; y que dejó en las riberas del lago Meotis una colonia de egipcios, á quienes en tiempo de Herodoto reconocian todavía por sus ascendientes los pueblos de la Cólquida. Presentó tambien sus armas en Europa, y particularmente en la Tracia, como lo atestiguaron por largo tiempo los monumentos de sus victorias. Otros monumentos semejantes esparcidos por el Asia, de los cuales afirma Herodoto haber visto algunos, tenian la siguiente inscripcion: «Sesostris, el rey de los reyes, ha sometido este pais con la fuerza de sus armas.» Sin embargo, bien sea á causa de haber sufrido una derrota por los escitas como quieren unos, ó bien por haberse rebelado su hermano Armais segun otros, tuvo que volver á Egipto en donde entró despues de nueve años de ausencia cargado de despojos y de innumerables cautivos. Armais le recibió con las mayores demostraciones de júbilo y de cariño, llevando así encubiertos sus proyectos de traicion: porqué en efecto, el ambicioso Armais acostumbrado ya al ejercicio del poder soberano sentia haberlo de restituir á Sesostris, y así resolvió hacerle perecer; á cuyo fin pegó fuego á las cañas que habia colocado cerca del cuarto donde su hermano estaba descansando despues del banquete que él le habia dado. Felizmente se dispertó Sesostris cuando empezaban á entrar las llamas; libróse del peligro, y corrió á castigar al traidor Armais, el cual se libró de su resentimiento refugiándose á Grecia. Se presume que este príncipe es el Danao de los griegos. Esto pasaba 1347 años ántes de Jesucristo. Vuelto de esta manera á la posesion de su trono, se dedicó enteramente á los negocios de la

paz, y llenó el Egipto de monumentos de todas clases, en cuya construccion se gloriaba de no haber ocupado ningun egipcio. Para defender el Egipto de las incursiones de los árabes construyó una fuerte muralla entre Pelusa y Heliópolis; tambien levantó un gran número de montañas artificiales, en las cuales edificó ciudades que sirvieron de refugio á los egipcios durante las inundaciones del Nilo. Apurados los cautivos babilonios con tantos trabajos intentaron librarse de tan pesada esclavitud; pero engañados en su tentativa obtuvieron no obstante ademas del perdon un trato mas benigno y el permiso de construir para sí una ciudad que llamaron Babilonia. Sesostris en el enajenamiento de la victoria acostumbraba hacer tirar de su carro á los reyes que habia vencido. Aquellas majestades desgraciadas uncidas al carro de un mortal mas venturoso sentian sobre sí todo el peso de su infortunio y toda la amargura de la degradacion del cautiverio con sus coronas en la cabeza y con las cadenas en sus pies. Un dia que uno de estos ilustres cautivos fijaba la vista con atencion en la rueda del carro á que estaba atado, Sesostris le preguntó la causa, y él respondió: « ¡Oh Rey! esta rueda cuyos « puntos todos suben y bajan alternativamente me parece un claro emblema « de las vicisitudes de la fortuna, la cual eleva y abate á los hombres, ya « subiéndoles al trono, ya precipitándoles á la esclavitud. » Semejante respuesta mudó de repente el corazon de Sesostris, y le inspiró sentimientos de humanidad, los cuales conservó ya siempre para con sus cautivos. Viejo y privado de la vista, se dice que acortó su vida dándose una muerte violenta. La muerte de Sesostris acaeció 1312 años ántes de Jesucristo. En pocos reinados se ha ejercitado la crítica tanto como en el de Sesostris, y en realidad presenta muchas inverosimilitudes. Pregúntase; ¿cómo en Egipto, donde en los tiempos conocidos jamas contaron los antiguos mas de tres millones de habitantes, pudieron nacer en un solo dia tantos hijos varones, que veinte años despues quedasen todavía vivos mil setecientos? ¿Cómo pudo el Egipto dar á este Rey la multitud de combatientes con que se le ve emprender sus conquistas? ¿Y cómo, finalmente, en un pais que carece de bosques y de maderas de construccion, y con un pueblo que miraba la mar con horror, pudo Sesostris crear de una vez la formidable marina que dominó los mares Eritres y Mediterráneo? Lo que puede creerse es que Sesostris, el rey egipcio que ha dejado mas reputacion, hizo sin duda algunas conquistas; y que los pontífices sus historiadores las han exagerado haciéndole subyugar casi la totalidad del mundo entónces conocido. El nombre de egipcio que le daban los griegos prueba tambien que ellos le miraban como al Monarca egipcio por excelencia. Por lo ménos á su reinado atribuyen la construccion ó la conclusion de los principales monumentos del Egipto, la creacion ó la perfeccion de instituciones fundamentales; como por ejemplo

la distribucion del territorio en distritos ó provincias y de la poblacion en castas, así como la reparticion de las tierras y su deslinde ó apeo sobre el cual se arreglaban los impuestos. Sucedióle su hijo Feron que tambien fué privado de la vista, porqué segun decian los sacerdotes, cuyos privilegios habia sin duda ofendido, arrojó una lanza impía contra el Nilo que estaba entónces en la inundacion. Despues de Feron ocuparon el trono muchos príncipes de la sangre de Sesostris, cuya historia se ignora, hasta un tal Amosis que fué el último de ellos. Mas como este príncipe tuviese á sus súbditos bajo un yugo muy pesado, los egipcios llamaron al rey de Etiópia Actisanes, que batió al tirano y les libró de él. La Etiòpia pues formaba al sur del Egipto un reino verdaderamente poderoso, pero cuya historia no conocemos sino por las pocas relaciones que tuvo con la Asiria y con el Egipto. Segun los descubrimientos hechos en este pais por algunos viajeros modernos que han encontrado monumentos y en muchos de sus usos todavía existentes una identidad palpable con lo que conocemos del antiguo Egipto, es probable que el Egipto fué poblado por emigraciones de etíopes, los cuales llevarian su antigua civilizacion á una tierra que por esta circunstancia ha sido despues falsamente considerada como la primera cuna de ellos. Actisanes reunió los cetros de la Etiópia y del Egipto y ejerció en ámbos reinos una autoridad moderada; purgó el Egipto de los muchisimos ladrones que le infestaban; les hizo cortar la nariz, y les desterró á los confines de la Syria, á una ciudad que tomó el nombre de Rinocolura. Mendes príncipe de sangre egipcia sucedió á Actisanes, y despues de un intervalo de cinco generaciones ocupó el trono Proteo 1294 años ántes de Jesucristo, á cuyo Rey se supone contemporanéo de la guerra de Troya. Dicen los griegos que en su reinado aportó en las costas de Egipto echado por una tempestad Pàris, el raptor de Elena, el cual fué conducido á su presencia; pero que instruido Proteo de su perfidia, le echó de sus estados, reteniendo á Elena hasta que despues de la guerra de Troya la envió á Menelao. Los griegos han hecho de este Rey un mago dotado de la facultad de tomar diferentes formas, haciendo sin duda alusion á su profundo saber y á su habilidad en variar su semblante para que no pudiesen penetrar su interior. Los egipcios por su parte pretendian que esta fábula se fundaba en el uso que tenian sus reyes de llevar por adorno el despojo de varios animales, como otros tantos símbolos de su poder. Dejó Proteo el trono á Benfis ó á Ramsinit 1244 años ántes de Jesucristo. Este príncipe fué conocido solamente por su avaricia, y sus sucesores en número de siete nada hicieron memorable en la serie de doscientos seis años á excepcion de Nilo, cuyo nombre se dió al rio llamado anteriormente Egipto ó Laro y segun otros en reconocimiento á los muchisimos canales por cuyo medio extendió el beneficio de la inundacion á todos

los puntos del Egipto. Despues de Proteo vino Ceope ó Chemnis (1178 años ántes de Jesucristo) Monarca deshonrado en la historia por su impiedad y por su tirania. Comenzó en efecto este príncipe su reinado mandando cerrar los templos y prohibiendo los sacrificios; y despues con desprecio de las leyes redujo sus súbditos á la condicion de esclavos, precisándoles á cavar las montañas de la Arabia y sacar las piedras que sirvieron para construir la mayor de las pirámides. Despues de una tiranía de cincuenta años, el 1128 ántes de Jesucristo, dejó el trono á su hermano Cefren cuyo reinado no fué ménos violento. Á ejemplo de Ceope levantó una pirámide que destinaba tambien para su sepultura; mas no fué enterrado en ella como no lo habia sido su hermano en la suya, pues los amigos de ámbos tuvieron que quemar sus cuerpos para librarlos del furor del pueblo. No están hoy acordes los sabios acerca el destino de las pirámides, cuyos monumentos se ha creido por mucho tiempo que eran peculiares del Egipto, pero que los viajes recientes han hecho ver que son propios de la Etiópia, del Asia y aun de la América. Los griegos creyeron que eran unos sepulcros ostentosos, y la mayor parte de los modernos adoptaron su juicio. Sin embargo, algunos sabios las consideran como monumentos astronómicos, á los cuales darian los egipcios aquel carácter grandioso que daban á todos sus edificios. Por lo demas la época de su construccion es tan poco conocida como su objeto: es verdad que Diodoro y Herodoto los atribuyen á los reinados de Ceope y de Cefren, como unos mil años ántes de nuestra era; pero Diodoro añade que en Egipto los creian construidos desde un tiempo que subiria á mas de tres mil años ántes de la misma era. Cualquiera que haya sido su destino ú objeto, la existencia de estas masas supone un conjunto de recursos, que únicamente podia poner en accion un estado muy poderoso. Por la muerte de Cefren, 1072 años ántes de Jesucristo, subió al trono su sobrino Micerino, que con la dulzura de su gobierno procuró borrar las huellas de la tiranía de sus dos predecesores. Volviéronse á abrir los templos, y se restituyó á los egipcios la libertad; pero miéntras trabajaba con su justicia y aplicacion en hacer la felicidad pública, sufrió la suya un grande contratiempo por la prematura muerte de su hija. Para aliviar su dolor hizo dar á la memoria de esta princesa honores extraordinarios, que todavía se continuaban en tiempo de Herodoto. Avisado entre tanto por el oráculo que el curso de su reinado estaba limitado á seis años, quiso segun dicen doblar en cierto modo este espacio de tiempo aprovechando las noches como los dias: hizo pues disponer un palacio subterráneo, en donde á la claridad de las luces se dedicaba sin duda despues de un corto sueño á los mismos ejercicios y á los mismos recreos que durante el dia. Micerino construyó una tercera pirámide ménos grande que las otras, y dió un salario á los trabajadores que la levantaron. Quizá los

antiguos, que siempre hacian hablar á los oráculos despues del hecho, imaginarian lo que se ha dicho de Micerino para hacer alusion á la actividad de su reinado concluido por una muerte prematura. Herodoto coloca despues de Micerino á Asychis, el cual empezó á reinar 1052 años ántes de Jesucristo, é hizo á la Arabia una expedicion desgraciada en la cual sufrió toda clase de privaciones; y como estas mismas le forzaban á habituarse á un sueño cuya dulzura no habia conocido hasta entónces, publicó un edicto desterrando de sus estados todas las delicadezas del lujo, y aun maldijo en una inscripcion pública la memoria de Mènes, que pasaba por el primero que las hizo conocer á los egipcios. Tambien se le atribuye la célebre ley que no permitia á un egipcio tomar prestado sino empeñando el cuerpo de su padre. Á Asychis 1012 años ántes de Jesucristo siguió Anisis, príncipe ciego, originario de una ciudad del mismo nombre, y en cuyo reinado fué de nuevo invadido el Egipto por los etíopes. Sabaco rey de estos pueblos se apoderó de él sobre la supuesta fe de un oráculo y destruyó á Anisis, quien se retiró á los pantanos del Bajo Egipto que entónces eran inaccesibles. Gobernó Sabaco con tanta clemencia y justicia, que su reinado fué un beneficio para los mismos vencidos, y despues de dominar pacíficamente cincuenta años se retiró voluntariamente á Etiópia y volvió el cetro á Anisis. Algunos críticos han supuesto que el reinado de Anisis *el ciego* no debe considerarse sino como una alegoría, por cuyo medio quisieron los sacerdotes manifestar á Herodoto la profunda obscuridad de los Anales egipcios en esta época. Despues de Anisis se halla tambien un vacío de unos doscientos cuarenta años, y entónces (712 ántes de Jesucristo) ocupó el trono Setos, sacerdote de Vulcano. Este Rey-Pontífice no solamente desatendió la casta militar, sino que ademas quitó á los que la componian las tierras que les estaban asignadas. Muy pronto hallaron estos ocasion de hacerle arrepentir de su indiscreta conducta, pues amenazado el Egipto por Senacherib rey de Asiria no hubo persona alguna ni de la nobleza, ni de la clase militar que quisiese tomar las armas. Vióse Setos reducido á oponer al enemigo un ejército levantado precipitadamente y compuesto de artesanos y otras gentes que no conocian la profesion de las armas; y solo debió su salvacion á un repentino desastre que sufrió el ejército de Senacherib, ó quizá á la noticia que recibió el asirio de la proximidad de Taraca que habia salido de Etiópia en socorro del Egipto. Los sacerdotes interesados en hacer valer este suceso que parecia justificar la conducta de Setos disfrazaron la retirada de Senacherib como un prodigio, y publicaron que este príncipe habia sido rechazado por un medio milagroso. Cuando murió Setos se hicieron los etíopes nuevamente dueños del Egipto conducidos por su rey Taraca, que mandó allí por espacio de diez y ocho años. Á la muerte ó retirada de este

Rey siguió una anarquía, durante la cual no presentó el Egipto por espacio de dos años sino un teatro de turbulencias, á las cuales puso fin la dodecarquía ó el gobierno de doce señores que se repartieron el reino. Esto acontecia 673 años ántes de Jesucristo. Estos doce jefes debian reinar en comun sin distincion de poderes, de atribuciones ni de privilegios; y como un monumento de esta igualdad entre sí edificaron cerca del lago Merís el famoso laberinto, que en realidad no era mas que el conjunto de doce palacios exactamente semejantes. Un oráculo sin embargo amenazaba romper este equilibrio del poder: habia predicho este oráculo que aquel de ellos que hiciese á los dioses una libacion en una copa de cobre arrojaria á sus competidores y daria por sí solo la ley al Egipto. Fué pues desterrado cuidadosamente de los templos el cobre, cuya precaucion parece que debia asegurar la union de los doce jefes; pero reunidos estos cierto dia para un sacrificio comun, bien fuese cosa premeditada, bien descuido del Pontífice, no se hallaron mas que once copas de oro. Entónces Psamético uno de ellos como si fuera para no retardar la ceremonia tomó su capacete que era de cobre, puso en él el vino del sacrificio é hizo su libacion á los dioses. Los otros reyes se sobresaltaron; pero no atribuyendo la accion de Psamético mas que á inadvertencia, se contentaron con desterrarle. Aunque desterrado á los pantanos del Bajo Egipto, no desconfiaba sin embargo del cumplimiento del oráculo que le prometia el trono; en cuya esperanza le confirmó un nuevo oráculo que le anunciaba la aparicion de hombres de cobre que él veria salir del mar, los cuales le ayudarian á conquistar el cetro. En efecto, habiendo algun tiempo despues llegado á la costa del Egipto arrojados por la tempestad unos piratas de Jonia y de Caria revestidos con armaduras de este metal, Psamético les propuso que entrasen en su servicio; y con este socorro y el de algunos egipcios, que habian permanecido fieles á su causa, destronó á sus once rivales y quedó único poseedor del trono: de este modo feneció la dodecarquía despues de quince años de duracion, 656 ántes de Jesucristo. Algunos autores refieren esta revolucion de una manera mas probable, diciendo que Psamético superior á su siglo y á su pais desechó las preocupaciones inhumanas de los egipcios, y en vez de no admitir á los extranjeros, abrió las puertas de su gobierno á los comerciantes griegos y fenicios. La sabiduría de su política produjo felices resultados, enriqueciéndose sus provincias á consecuencia del comercio que habia atraido y de la industria que protegia. Su fortuna excitó la envidia de sus colegas, los cuales armándose contra él le despojaron de su soberanía y le desterraron á las lagunas inmediatas al mar. Los extranjeros causa de su desgracia emprendieron librarle de ella: los carios y los jonios tomaron las armas contra sus rivales, les dieron batalla cerca de Momenfis y los batieron; y

pereciendo algunos en la accion, los restantes arrojados hasta la Syria dejaron á Psamético único dominador del Egipto. La historia de Egipto desfigurada hasta aquí por lo maravilloso principia desde esta revolucion á tomar un carácter mas auténtico. En efecto, el carácter de Psamético marca realmente una nueva era por la mudanza que introdujo en las costumbres nacionales y por las comunicaciones que abrió con las demas naciones. Fiel á su promesa el nuevo Monarca estableció en las tierras fértiles inmediatas á Pelusa á los piratas, á quienes era deudor de su vuelta al trono; y aun confió á su cuidado un gran número de jóvenes egipcios para educarles en el ejercicio del comercio y en el uso de su idioma. Ademas les abrió la entrada en todo el Egipto, cerrada hasta entónces á los extranjeros; les animó á formar establecimientos, y tuvo cerca de su persona un cuerpo de tropas compuesto de ellos solos. Esta última disposicion descontentó á los egipcios adictos á sus antiguas preocupaciones, y sobre todo á la casta de los guerreros, cuyos intereses y vanidad perdia no poco con el nuevo órden de cosas; y se dice que doscientos mil de ellos abandonaron entónces el Egipto y fueron á formar en Etiópia establecimientos independientes. Para reparar esta pérdida atrajo Psamético á sus puertos el mayor número posible de griegos, cuyo comercio favoreció con toda clase de inmunidades. En cuanto á lo demas, el principal suceso de su reinado es la guerra que hizo á los syrios por límites de territorio y el asedio de Azot, cuya ciudad no pudo tomar sino despues de veinte y nueve años. Durante este sitio amenazaron su reino los escitas dueños del Asia; pero él no quiso oponer mas inútil resistencia, y compró prudentemente su retirada. Murió despues de reinar treinta y nueve años, y fué enterrado en Sais, su pueblo natal. Dícese que fué el primer rey de Egipto que adoptó el uso del vino; el que hizo buscar las fuentes del Nilo; y añádese que se propuso investigar por los idiomas cual era la nacion mas antigua de la tierra, y que por sus observaciones halló ser la de los frigios. Heredero su hijo Neco de su activa política (617 años ántes de Jesucristo) emprendió unir por medio de un canal el Nilo con el Mar Rojo, pero habiendo perecido ciento veinte mil hombres en estos trabajos, el oráculo por la voz de los sacerdotes que sin duda no gustaban de estas innovaciones, le previno que renunciase á tal proyecto; construyó entónces dos armadas, una en el Mediterráneo destinada á empresas militares, y otra en el Mar Rojo tripulada por fenicios encargados de reconocer las costas del África. Estos intrépidos navegantes doblaron el cabo meridional de esta grande península, pasaron el Atlántico, cruzaron el estrecho de Cádiz, y volvieron despues de tres años á los puertos septentrionales del Egipto, dando noticia de la variacion que habian observado en la direccion de la sombra, aunque sin conocer la causa de este fenómeno; el cual se hizo despues increible á

los griegos, al paso que para nosotros es una prueba de la realidad de este viaje. Á los críticos toca decidir si pertenece á esta época ú á otra anterior la venida de los egipcios á nuestras costas de Cataluña, de la cual acaban de hallarse datos irrecusables en los restos de un sarcófago egipcio recientemente hallado en las canteras del puerto de Tarragona, de que se están ocupando los sabios nacionales y extranjeros y las academias de Madrid y de Berlin. Neco invadió la Syria apoderándose de Cadytis ciudad vecina al mar, y condujo el ejército egipcio hasta Carquemis junto al Éufrates, la cual tomó á los babilonios, aunque solo la conservó tres años. Las objeciones que se hacen contra la posibilidad de la marina de Sesóstris no tienen lugar para con la de Neco, porqué habiendo establecido Psamético relaciones de comercio con la Grecia, pudo ya el Egipto procurarse fácilmente las maderas de que carecia. En efecto, Neco las hizo traer de Syria, y en tiempo de Herodoto se veian los astilleros en que se habian construido sus escuadras. El hijo y sucesor de Neco, Psamis, 601 años ántes de Jesucristo, ocupó el trono seis años y pereció en una expedicion contra los etíopes. En su reinado llegó hasta la Grecia la fama de la prudencia y sabiduría de los egipcios: los eleos que tenian la suprema direccion de los juegos olímpicos quisieron someter sus reglamentos á la aprobacion de Psamis: preguntó éste á los enviados si en los juegos se permitia correr á todo el mundo, y respondiéndole que sí, les manifestó que la rigurosa justicia exigia que fuesen excluidos los eleos, por cuanto siendo jueces del premio debian naturalmente inclinarse á concederlo á sus conciudadanos mas bien que á los extranjeros. Á Psamis 596 años ántes de Jesucristo sucedió Apries, que es el Faraon Hofra de la Escritura, príncipe guerrero que triunfó de las fuerzas de los tirios, los sidonios y los de Chipre, y se apoderó de Sidon despues de dispersar en un encuentro naval á los fenicios y cipriotas, volviendo á Egipto cargado de despojos. La prosperidad de Apries le llenó de tal vanidad, que por costumbre solia decir que ni los dioses podian perturbársela. Sin embargo, habiendo los griegos de Cirena apoderádose de una parte de la Libia, los naturales de esta provincia imploraron la proteccion de Apries que luego les envió un ejército; pero derrotado éste por los cireneos, empezaron los egipcios á murmurar quejándose de que su Rey les habia enviado de intento á una ruina cierta para despues oprimir impunemente el resto de la nacion. Á estas murmuraciones siguió muy pronto una sublevacion que Apries creyó podria sufocar sin usar de rigor, y envió á Amasis ministro de su confianza para que apaciguase é hiciese entrar en su deber á los rebeldes por medio de la persuasion. Al principio quiso Amasis cumplir con el encargo; pero se dice que un soldado se llegó á él y le puso en la cabeza un capacete: siendo de notar que en Egipto el capacete era el distintivo de la dignidad

real, así como lo es en otras partes la diadema. Cedió Amasis al atractivo de la corona, y tomó contra Apries el mando de este ejército que habia prometido hacer volver á la obediencia. Otros dicen que Amasis no era sino un traidor que desde el principio atizó el fuego de la rebelion en vez de apagarle, y que se hizo declarar rey de este ejército amotinado. Sabedor Apries de esta traicion, envió á Patarbemis uno de sus principales oficiales con la órden de prender al traidor y hacerle morir; pero habiendo salido mal á Patarbemis la comision, desesperado Apries le hizo cortar la nariz y las orejas. Una conducta tan bárbara como no merecida acabó de perderle; pues los egipcios indignados de tal crueldad abrazaron en gran número el partido de Amasis. Permanecieron fieles los soldados extranjeros; pero no pudiendo Apries á pesar de su ayuda luchar contra fuerzas superiores, se refugió al Alto Egipto de donde no pudo sino débilmente inquietar á su afortunado competidor. Apoyado poco despues con un socorro de treinta mil griegos, volvió á las llanuras de Menfis á tentar la fortuna de la armas; pero á despecho de sus valientes y bien disciplinados auxiliares tuvo que ceder al número. Vencido y prisionero despues de un sangriento combate fué conducido á Sais donde su propio palacio le sirvió de prision. Al pronto dispuso Amasis que se le tratase bien; pero habiéndose dejado persuadir que no podia perdonar al Monarca destronado sin arriesgar su misma persona y la tranquilidad del Egipto, permitió mas bien que mandó que le ahogasen. Hiciéronse á este desgraciado príncipe los honores fúnebres propios de los soberanos, y su cadáver fué colocado en la sepultura de los reyes: quedando extinguida en él la raza de Psamético, 570 años ántes de Jesucristo. Aunque la victoria habia asegurado á Amasis en un trono al cual le habia elevado la eleccion de los egipcios, era sin embargo muy poco el respeto que estos le tributaban á causa de su bajo nacimiento: en efecto, ántes de haber entrado en la córte de Apries habia segun se dice ejercido la profesion de ladron que era comun en Egipto. Amasis, que como hombre no era muy ansioso del respeto de los súbditos, quiso sin embargo obtenerle como Rey: para ello tomó un gran pilon de oro que habia en el vestíbulo del palacio para lavarse los pies las personas que admitia á su presencia, é hizo fundirlo y formar de él la estatua de uno de los dioses mas reverenciados en el Egipto. La colocó en el mismo vestíbulo á la vista de los que entraban y salian, los cuales le daban el homenaje correspondiente, y entónces Amasis manifestando á sus súbditos el uso servil á que habia estado destinado el oro de la estatua ante la cual se inclinaban, les probó que á pesar de su orígen oscuro tenia derecho á ser respetado por solo el título de Rey con que le habian investido; y desde entónces le rindieron sin dificultad el homenaje que le correspondia. Dedicado á los negocios del reino la mayor parte del

dia, empleaba con gusto lo restante en diversiones con un abandono que los egipcios tenian por poco conforme á la dignidad de Monarca; á lo cual les respondió Amasis, que así como un arco para conservar la elasticidad en que consiste su mérito no debe estar siempre tirante, así el ánimo si se ocupa sin descanso en trabajos serios se hace incapaz de continuarlos. Amasis rey probo y administrador ilustrado restableció en la distribucion de las provincias el órden abandonado desde Psamético, y puso en vigor todos los reglamentos que estaban en olvido por las turbulencias precedentes. Le debió el Egipto aquella ley adoptada despues por los atenienses, en virtud de la cual tenian todos los egipcios la obligacion de sentar en un registro público una vez al año su nombre, profesion, riqueza y medios de que subsistian. Continuó protegiendo á los griegos como sus antecesores; favoreció sus establecimientos así en Maucratis como en todas las costas, y contrajo alianza personal con ellos casándose con una cirenaïta. Sometió é hizo tributaria á la isla de Chipre; y en su reinado se enriqueció Menfis con el magnífico templo de Isis y la ciudad de Sais con el templo de Minerva. Tal es el cuadro de este reinado cuya gloria y felicidad procuraban ensalzar los sacerdotes egipcios á quienes Amasis supo atraerse con su política; los cuales decian que miéntras habia reinado, las inundaciones del Nilo siempre llegaron al término señalado para la fecundidad del pais sin jamas traspasarle: tanta era la prosperidad del Egipto cuando estalló la guerra entre este reino y la Persia. En el curso de esta guerra Fánes de Halicarnaso uno de los griegos auxiliares á sueldo del Egipto dejó el partido de Amasis para ofrecer su servicio á Cambyses. Este Rey lo aceptó con tanto mas gusto, cuanto que Fánes á mas de ser un hábil oficial estaba perfectamente instruido en todo lo concerniente al pais donde pensaba llevar la guerra. En semejantes circunstancias críticas de por sí tuvo Amasis la imprudencia de renunciar á la alianza de Policrátes príncipe de Sámos, el cual irritado de este rompimiento reunió su escuadra al ejército de los persas contra él. Pero como si la fortuna quisiera no turbar la prosperidad de su reinado, la muerte le libró de los azares de esta guerra cargando todo su peso sobre su hijo Psamenit: 525 años ántes de Jesucristo. Apénas subió este príncipe al trono tuvo que defender á Pelusa contra los ataques de Cambyses, quien se apoderó fácilmente de ella con la estratagema que le propuso Fánes, la cual consistia en hacer marchar á la cabeza de las tropas todos los animales á quienes daban culto los egipcios como á símbolos de los diferentes atributos de la divinidad. Los egipcios temiendo hacerse sacrílegos no se atrevieron á hacer uso de sus dardos, dejando así á los persas apoderarse de la ciudad. No obstante, el ejército egipcio arrojado de las murallas de Pelusa por su supersticion se reunió en las llanuras inmediatas á la ciudad para

aceptar la batalla que muy pronto le presentaron los persas. En ella fueron derrotados completamente los egipcios, y esta derrota decidió de la suerte del Egipto. Un solo combate hizo pasar este antiguo reino á un poder extranjero: tal era la diferencia de los egipcios de entónces á los soldados de Sesostris. Desde Pelusa marcharon los persas contra Menfis, cuya entrada quiso disputarles Psamenit aunque en vano; pues quedó vencido y prisionero, y la capital en manos del enemigo. Cambyses señaló su entrada en esta ciudad con el suplicio de dos mil egipcios de las familias mas nobles, á quienes hizo dar muerte en represalia de la que allí se dió á los diputados persas que habian ido de parte suya á intimar la rendicion de Menfis. Quiso ademas que Psamenit cargado de cadenas fuese testigo de la humillacion de su familia reducida á las funciones mas viles de la esclavitud. El desgraciado Monarca vió este espectáculo con resignacion; pero observando á un anciano que por mucho tiempo habia sido su huésped y amigo reducido á mendigar su subsistencia de las tropas enemigas, prorumpió de repente en llanto y sollozos nacidos de su dolor. Sorprendido Cambyses de que Psamenit que se habia manifestado impasible á la vista de la desgracia de los suyos se conmoviese tanto por un extraño, le preguntó la causa; y él le respondió: «Las desgracias de mi familia son demasiado grandes para ser lloradas, pues el dolor no tiene acentos para tales infortunios; pero sí que los tiene para compadecer á un amigo reducido en su vejez á los horrores de la indigencia.» Se dice, que compadecido Cambyses hizo cesar este espectáculo de humillacion, y envió órden de librar del suplicio al hijo de Psamenit; pero que llegó cuando ya habia perecido este jóven príncipe. Á pesar de esta pasajera compasion, Cambyses firme en su resentimiento contra Amasis se dirigió á Sais en donde hizo extraer del sepulcro el cuerpo de este Rey, le abandonó á los mayores ultrajes, y le quemó para aventar sus cenizas. Esta accion si es cierta debia irritar contra él así á vencedores como á vencidos; á los vencedores porqué era profanar el fuego que entre los persas es un símbolo brillante de la divinidad; y á los vencidos porqué para los egipcios es el mayor sacrilegio el turbar las cenizas de los muertos. La toma de Menfis llevó tras sí la sumision de todo el Egipto, el cual pasó entónces al dominio de los persas: 525 años ántes de Jesucristo. Así acabó este antiguo reino, y así se extinguió la última dinastía de los FARAONES en la persona de Psamenit, á quien Cambyses trató al principio con humanidad, pero que muy luego le hizo matar por indicios de haber intentado volver á subir al trono. Este es el corto número de hechos que los griegos pudieron recoger sobre la historia política del Egipto y de los Faraones: historia envuelta en tinieblas entre las que aparecen solamente algunos nombres sin saberse tampoco las fechas ciertas á que corresponden, y la cual solo tie-

ne alguna autenticidad en los tiempos en que este pais se abrió para los griegos. Si á falta de estos Anales nos hubiesen llegado por lo ménos las instituciones tan celebradas de los egipcios, podrian los modernos formar juicio sobre la admiracion que toda la antigüedad profesaba á este pueblo; pero desgraciadamente la relacion de los griegos ofrece tambien sobre esta materia una multitud de incoherencias y de contradicciones que dificultan mucho el fijar la opinion. Puédese tambien suponer que esta admiracion no tenia mas fundamento que el amor propio nacional de los atenienses, que trayendo su orígen de una colonia egipcia se creian interesados en dar al Egipto mas antigüedad que la de todos los tiempos conocidos y en hacer á los egipcios el pueblo mas prudente, mas sabio y mas civilizado. Pero debemos repetirlo: segun el cuadro que ellos nos han dejado de las costumbres, de los usos y de las instituciones de este pueblo, no es posible que formemos una idea tan favorable como de él han querido darnos. Véase lo principal de sus instituciones políticas. El gobierno era un despotismo teocrático y militar, aunque por mucho tiempo dominó la teocracia. La historia no nos dice si este gobierno es originario del Egipto, ó si su forma existia ya en paises mas meridionales del continente africano. Hemos ya hablado del carácter de identidad que han notado los modernos entre los monumentos y usos del Egipto de los Faraones y los de la moderna Abisinia ó la antigua Etiópia. Hay pues lugar á creer que la casta de los sacerdotes que llegó á ser la dominante en Egipto fué una tribu emigrada del estado hierático de Meroe, que incorporándose con la poblacion indígena se extendió insensiblemente y llegó á someterlo todo á su yugo. Esta sujecion fué tan completa, que la division del territorio se referia especialmente á los principales templos, los cuales formaban otros tantos establecimientos para la familia sacerdotal, y de ellos dependia cada distrito. En cuanto á la propiedad, se dividia el territorio en tres porciones; la primera perteneciente al colegio de los sacerdotes estaba destinada á su mantenimiento, á los gastos del culto y al servicio de los templos; la segunda era del Rey y la tercera de los militares. El pueblo no habia entrado en esta particion, ni poseia porcion alguna de terreno, y únicamente tenia en arriendo las del Rey, las de los sacerdotes y las de los guerreros. Extrañan los críticos que se sostuviese un estado militar tan dispendioso en un pais en que eran tan raras las guerras, y que unos guerreros tan bien pagados, interesados por sus propiedades en la defensa del territorio, le defendiesen sin embargo tan mal. En vista de su constante impotencia contra los ejércitos extranjeros podria decirse que mas bien eran los opresores del pueblo que los defensores de su patria. Segun Diodoro estaba dividido el pueblo en tres clases, y segun Herodoto en siete; entre las cuales cuenta este último á los hombres de mar.

Pero se pregunta; ¿cómo habia hombres de mar en un pais en que se tenia horror al mar, y en donde no se sabe que hubiese marina despues de la de Sesostris, cuya existencia podia hasta ahora poner en duda una severa crítica? Parece segun esto que estos marinos ó estos marineros no podian ser sino los barqueros que navegaban por el Nilo y por sus brazos, por los lagos y por los canales, y cuyos servicios eran indispensables en un pais que se inundaba periódicamente. Pero por los fragmentos del sarcófago descubierto en la cantera de Tarragona, de que hemos hablado, puede inducirse que los egipcios conocieron en época muy remota la navegacion y hasta las expediciones marítimas, llegando á pasar el Estrecho y establecerse en nuestro litoral del Mediterráneo. Todas las profesiones eran hereditarias, y cada uno seguia la de su padre y no podia mudarla sin incurrir en penas muy graves. Este es el testimonio de Diodoro, quien corrige el de Herodoto pero sin destruirle: este último se contenta con decir, que no era permitido salir de su clase, del mismo modo que aun ahora no se ve que los indios salgan de sus castas respectivas. Así el hijo de un pontífice era destinado á las funciones sacerdotales, y el hijo de un guerrero á la profesion de las armas. Pero de esto no se infiere que ámbos sucediesen á sus padres en el mismo órden gerárquico. Todos los géneros de industria los ejercia una misma clase, que era la de los artesanos; y en esta clase cada uno podia seguir tambien aquella profesion á que se sentia mas inclinado. Y véase aquí el modo como debe explicarse la herencia de las profesiones, que por lo demas no era sino la diferencia de las castas. Dicen los griegos que en Egipto no habia mas que un solo tribunal. La existencia de un tribunal único para toda una nacion quizá no es un hecho falto de verdad en un pais como el Egipto, en donde el pueblo careciendo de propiedades y siendo esclavo y pobre no tenia ocasion ni recursos para litigar. Probablemente este tribunal no juzgaria sino sobre los litigios que se suscitasen entre los miembros de las clases primeras, y quizá tambien sobre las grandes causas criminales. En cuanto á la plebe, se puede conjeturar que la justicia que se le administraba era pronta, sin muchas formalidades, como todavía lo es en el Oriente, y estaba encargada en cada provincia á algunos oficiales subalternos nombrados por el prefecto. Ni Diodoro ni Herodoto dicen quien elegia estos jueces, ni de que clase; y Eliano, autor mas moderno, dice que eran sacados del órden sacerdotal. Todos los procesos se instruian por escrito para impedir que las lágrimas del acusado conmoviesen á los jueces, ó que les sedujese la elocuencia de los oradores. Instruido ya completamente el negocio litigioso, eran introducidas las partes ante el tribunal, y el jefe supremo de la justicia volvia la imágen de la verdad, que todos los miembros llevaban pendiente del cuello, hácia la parte litigante que tenia justicia; y se concluia el proceso con esta sentencia no

ménos silenciosa que el proceso mismo. La clase de los guerreros se gobernaba por leyes especiales. Los pontífices como depositarios de los conocimientos ó de los errores tenidos por tales, y venerados por tanto de los reyes, de los guerreros y del pueblo, se hallaban de este modo colocados á la cabeza del gobierno. Aunque poseian el tercio de las propiedades territoriales estaban exentos de todos los impuestos. Los reyes pertenecian de derecho á la clase sacerdotal, y cuando por acabarse una dinastía se recorria á la clase militar para ocupar el trono, el guerrero elegido tenia que asociarse á la clase sacerdotal, al paso que un Pontífice que llegase á ser Rey no estaba obligado á alistarse á la clase de los guerreros. Subir al trono era caer bajo la vara de los sacerdotes y hacerse su esclavo: en todo y siempre debia el Monarca consultarlos, y someterse humildemente á sus órdenes. La ley, cuyos depositarios é intérpretes eran ellos, arreglaba exactamente todo lo relativo al Rey, ya en lo particular ya en lo público, así en lo físico como en lo moral; y hasta sus distracciones eran objeto de las leyes que estos celosos intérpretes hacian hablar á su gusto. Estaba prohibido á los reyes tener esclavo alguno para su servicio personal: cuando no les observaban los pontífices, lo hacian los hijos de estos, que eran los que les servian; y estos jóvenes imbuidos del mismo espíritu que sus padres estaban siempre atentos á que el Rey no pudiese librarse de su yugo, y que jamas supiese lo que á ellos convenia ocultarle. En una palabra: los sacerdotes reinaban despóticamente sobre los reyes para reinar con la misma arbitrariedad sobre toda la nacion. El Rey era juez; pero aunque absoluto no podia dar sentencias sino conformes á la ley la cual tenia previstos todos los casos. Y como el código estaba escrito en caractéres hierográficos ó sagrados que solamente los sacerdotes entendian, y como ademas esta escritura simbólica, que no tenia una significacion precisa, admitia necesariamente algunas interpretaciones; el Monarca para aplicar la ley se veia obligado á recurrir á la ciencia de los sacerdotes, quienes de este modo venian á ser frecuentemente jueces y legisladores. Á los reyes no les quedaba otra indemnizacion de la esclavitud en que les tenian los pontífices sino los vanos y continuos honores que se les prodigaban durante su vida y aun despues de su muerte. Esta causaba en Egipto un duelo universal: por espacio de setenta y dos dias estaban cerrados los templos y suspensos los sacrificios y las fiestas; y en este intervalo se cantaban dos veces al dia en el palacio himnos fúnebres que contenian las alabanzas del difunto y la relacion de todas sus virtudes. Pero á tantos honores podia seguir de repente el oprobio, pues concluido el tiempo del duelo llevaban la momia real á la entrada del sepulcro, donde reunido el pueblo cada uno podia acusar al objeto de este ostentoso duelo. Tambien eran los sacerdotes los jueces en estas acusaciones;

y si eran fundadas ó ellos las juzgaban tales, privaban á los reyes de la sepultura: resultando de este modo que ni aun la muerte misma les libraba del poder de los sacerdotes, los cuales disponian hasta de su fama póstuma. Puede conjeturarse que no todos los reyes sufrieron este yugo con igual paciencia, y que algunos intentaron romper las cadenas. Quizá Ceope y Cefren, tan mal tratados en la historia, no tuvieron otra culpa que la de haber resistido á la opresion teocrática, atrayéndose de este modo la venganza de los pontífices, que no pudiendo comprimirlos miéntras vivieron, los persiguieron despues de muertos. Esta última facultad de los sacerdotes de poder á su arbitrio conceder ó negar la sepultura á los reyes no era uno de los menores elementos de su gran poder en un pueblo como el egipcio, que por principios religiosos estimaba en tanto la conservacion de los despojos mortales. Para dar la última pincelada á la dependencia en que vivian estos fantasmas coronados, basta decir que no tenian habitacion ó casa propia; se les hacia habitar en los templos para que constantemente estuviesen bajo la inspeccion vigilante de los sacerdotes, que tambien vivian en el recinto de los santuarios. Así al ménos debe suponerse á vista de los monumentos egipcios que por todas partes presentan ruinas de templos y de sepulcros, pero nunca vestigios de palacios. El antiguo Egipto en lugar de los circos, de las plazas y de los teatros, en donde se reunia la poblacion de los griegos y de los romanos, no tenia sino templos, misterios, incitaciones, sacerdotes y víctimas; y segun la expresion de un moderno, parece que los egipcios no tenian placer sino en las ceremonias, ni lujo sino en los sepulcros. Para acabar el cuadro de la omnipotencia teocrática en Egipto no será acaso inútil referir lo que dice Diodoro de los pontífices meroïtas; porqué aunque se duda si puede atribuirse todo el poder de estos á los pontífices egipcios por no hallarse positivamente declarado en la historia, es evidente que las máximas de los unos pasaron á los otros. Tanta era, pues, segun Diodoro en el estado de Meroe la ciega obediencia de los reyes á los pontífices, que si estos lo mandaban hacian aquellos al momento el sacrificio de su propia vida. Cuando la política de los sacerdotes exigia la muerte de un Monarca, le enviaban el símbolo de la muerte; y el desgraciado príncipe así que le recibia, se ocultaba en la parte mas retirada de su habitacion, y allí él mismo era su verdugo. En cuanto empero al nombre de *Faraones*, que se aplica á la primitiva serie de los monarcas egipcios, puede creerse segun Calmet que los egipcios llamaron con este nombre á sus reyes miéntras duró su dialecto egipcio y la obediencia que les tenian; pero que desapareció luego que aquella region fué ocupada por Alejandro Magno, y prevaleció allí la lengua de los griegos. Bochard es de parecer que el nombre de Faraon significa cocodrilo; á lo cual cree que alude aquel pasaje de Eze-

quiel: *Ecce ego ad te Pharao Rex Egypti, draco magne, qui cubas in medio fluminum tuorum;* pareciéndole asimismo encontrar la raiz de este nombre en la palabra arábiga *pharah*. El abate Renaudot en su disertacion sobre la lengua de los coptos dice, que *Pharao* es lo mismo que la voz egipcia *Pouro* que equivale á Rey. El eruditisimo P. Kirker deriva su etimología de *pharah*, que á veces significa librar, por cuanto Faraon era un hombre libre y superior á las leyes. Pasando ahora á la historia peculiar de los Faraones de que nos habla la Escritura, el primero de todos es el FARAON que imperaba cuando Abraham descendió al Egipto, en el año 2084 del mundo y 1916 ántes de Jesucristo. Desde los campos de Sichem bajó Abraham á las llanuras del sud de la Palestina, y luego hácia el Egipto á causa del hambre que desolaba el pais de Canaán. Sara la esposa del Patriarca aunque no era jóven no habia sufrido aun en su vejez los ataques del tiempo, bien fuese por un privilegio concedido á una existencia llena de maravillas, bien fuese vigor natural del cuerpo en aquellas edades primitivas en que una vida mas prolongada gozaba sin duda de una primavera ménos rápida que las caducas bellezas de nuestros dias. ¿La hospitalidad fraternal en que vivian los antiguos pueblos podia, pues, servir á Sara de suficiente defensa contra los insultos de un pueblo extrangero? No lo creyó así Abraham. « Yo sé que eres hermosa, « le dijo con aquella simplicidad encantadora de los tiempos antiguos, y que « los egipcios al verte dirán: ella es su mujer; y me matarán para poseerte. « Suplícote, pues, que les hagas entender que eres mi hermana, para que « no se me hagan malos tratos por causa de tí, y que por tu respeto se me « deje con la vida. » Y en efecto, no se mata á un hombre porqué tiene una hermana, miéntras que para robarle la esposa no encuentran muchas veces otro medio que darle la muerte para completar la obra de iniquidad. Y debemos recordar ademas que segun la costumbre de su tiempo y tal vez de su pais, Abraham tio de Sara podia por esto mismo llamarla hermana suya, pues entre los hebreos los títulos de hermano y de hermana designaban diversos grados de parentesco, como se desprende del lenguaje habitual de las Escrituras. Con todo, el príncipe extranjero fué inducido en error; y bien que Abraham sentándose en la mesa hospitalaria no compareciese delante de un tribunal, sus palabras debian tener indudablemente el carácter de la mas pura sinceridad aun cuando fuese en vista de un peligro mortal. Apénas el viajero hubo ganado las fronteras de Egipto, ya estaba informado el rey Faraon de la belleza de Sara, pues la familia cortesana se ha mostrado siempre muy hábil y dispuesta para olfatear y descubrir todo cuanto puede halagar las pasiones de su señor. Sara se vió quitada del lado de su esposo y conducida á palacio, y por causa de ella Abraham fué tratado con la mayor consideracion y se le ofrecieron por presente lo que constituia la riqueza de los siglos primitivos y

de los pueblos pastores: rebaños de bueyes y de ovejas, de asnos y de camellos, y una multitud de servidores y sirvientes. No obstante, no quedó impune el príncipe por haberse apoderado de Sara mujer de Abraham; y el Señor hizo llover sobre él y sobre su palacio castigos extraordinarios. Advertido á consecuencia por el azote del cielo acerca de la verdad de los hechos que se le habian dejado ignorar, respetó á Sara, alma recta y pura que se habia entregado con la mas sincera confianza en manos de la Providencia y á la cual la Providencia no abandonó jamas. Faraon hizo venir Abraham á su presencia, y le dijo: «¿Cómo te has portado así conmigo? ¿por qué no me advertiste que era tu mujer? ¿Por cuál motivo la has llamado hermana tuya, exponiéndome á tomarla por esposa?» Dió despues órden á los suyos para que vigilasen en la seguridad del extranjero, y que no le sucediese el menor accidente en su partida de Egipto, y puso á Sara en su poder. Poco tiempo despues, cuando Sara siguió á Abraham al pais de Gerara en la Arabia Petrea, sobrevino el mismo incidente con circunstancias á corta diferencia semejantes. Sara fué protegida maravillosamente contra Abimelech: nombre comun de los jefes de aquel contorno, así como el nombre de Faraon era comun á todos los que gobernaban el Egipto. Y ciertamente no debe maravillarnos esta especial intervencion de la Providencia en la vida de los primeros hombres. El dedo de Dios se halla en todos los acontecimientos; pero hay dos órdenes de hechos en los cuales resplandece de un modo especial: á saber, ó cuando los destinos generales del mundo atraviesan una época crítica, ó cuando las almas escogidas se ven amenazadas en sus mas caros intereses. Así en las edades primitivas Dios conducia como por la mano á la jóven y candorosa humanidad. Él vino á instruir en persona el proceso de Adam caido; él conversó familiarmente con el justo Noé, con los patriarcas, con su siervo Moisés. Así tambien en el orígen del cristianismo, en la cuna del mundo regenerado por la Gracia, y cuantas veces los pueblos enteros se conmovieron para entrar en el seno de la Iglesia, diseminó profusamente milagros por medio de los apóstoles y propagadores de la fe; hizo prolongar la vida de los mártires en medio de la atrocidad de los tormentos; y á las vírgenes condenadas á cobardes injurias por el tribunal infame de los procónsules romanos, les dió por defensa un aureola de luz que las cubria como un manto diáfano, y que no pudo nunca rasgar la mano airada y ciega del mas osado ultraje: leccion sublime, que manifiesta por una parte que Dios vela como un padre sobre las razas humanas, y muy particularmente sobre los corazones rectos; y por otra, que así la carne como el espíritu tiene su pureza que los hace augustos, y que acarician y respetan los mismos cielos. Con todo, Abraham dejó el Egipto con Sara y todo cuanto poseia y entró otra vez en la Palestina. No se sabe pues á

punto fijo el nombre peculiar de aquel rey de Egipto, que así supo respetar los derechos sagrados del vínculo matrimonial; pero se colige por la historia que temia á Dios, y que no excluia enteramente de su pais la religion verdadera. Pero se deduce que habiendo llegado Abraham á Egipto diez y nueve siglos ántes de nuestra era, seria aquel Rey de la raza de los reyes pastores; pues si hubiese sido de la raza de los reyes egipcios no hubiera permitido á un extranjero entrar en su pais. Asimismo debió ser un rey pastor el otro Faraon de que nos habla la Sagrada Escritura, y del cual José fué ministro ó superintendente en Egipto y que estableció allí sus hermanos, lo cual tampoco hubiera podido tener lugar bajo los reyes de la raza egipcia. El jefe de la dinastía de los Diospolitanos llamada la XVIII.ª es el *Rex novus qui ignorabat Joseph* de la Escritura Santa, el cual siendo de raza egipcia no debia conocer á José ministro de los reyes usurpadores, y este mismo fué el que redujo á los hebreos al cautiverio. Este cautiverio duró tanto como la XVIII.ª dinastía, ó bien tuvo lugar durante la misma; y bajo el reinado de Ramsés V, ó Amenofis, al principio del siglo XV fué cuando Moisés libertó á los hebreos. Esto pasaba en la adolescencia de Sesóstris, que sucedió inmediatamente á su hermano é hizo sus conquistas en Asia, miéntras que Moisés é Israél divagaron por espacio de cuarenta años en el desierto, y por esto los Libros Santos no deben hablar de este gran conquistador. Todos los demas reyes del Egipto nombrados en la Biblia se encuentran sobre los monumentos egipcios en el mismo órden de sucesion y en las épocas precisas en que los colocan los Libros Santos; y aun es mas digno de notar que la Biblia escribe mejor sus verdaderos nombres de lo que lo hacen los historiadores griegos. «Yo quisiera saber, dice el sabio orientalista M. Champollion, lo « que responderán á esto aquellos que han avanzado maliciosamente la pro- « posicion de que los estudios egipcios tienden á alterar la creencia en los « documentos históricos sugeridos por los libros de Moisés, cuando la apli- « cacion de mi descubrimiento viene al contrario invenciblemente á su apo- « yo. » Cuando entrarémos de lleno en la historia de José hijo de Jacob, tendremos lugar oportuno para hablar mas detenidamente del Monarca egipcio que encontró en aquel jóven virtuoso y sabio el intérprete de sus sueños y el digno dispensador de las grandezas de su imperio: bastará por ahora una ligera indicacion. Cuando José fué vendido por sus duros y envidiosos hermanos, fué conducido á Egipto por unos mercaderes de Madian, y revendido á Putifar uno de los primeros oficiales del rey de Egipto. El jóven esclavo habia encontrado gracia delante de Dios, que si envia á los hombres la prueba de una tribulacion pasajera es para darles una ocasion de virtud y un manantial de gloria. Sus bellas calidades le hicieron tan apreciable á su dueño, que éste le confió la administracion de su casa, depositando sobre él

el cuidado de sus negocios. No quedó engañado el egipcio en esta confianza, pues Dios le bendijo á causa de José, sus bienes se aumentaron considerablemente y la prosperidad coronaba todas sus empresas. Habia ya algunos años que José desplegaba y hacia brillar en la obscuridad de un servicio ingrato una inteligencia y una virtud superiores, cuando la mujer de su amo fijó en él una mirada culpable y le solicitó para el crímen. Sabida es la firmeza respetuosa con que el noble cautivo respondió á esta invitacion, permaneciendo fiel á su Dios y á su honor. Despechada la esposa infiel de aquella resistencia le inculpó á la vista de su marido como autor del atentado contra su honra; de resultas de cuya calumnia su amo le hizo encerrar en una cárcel. Mas el Señor estuvo con José y permitió que se captase la benevolencia del alcaide, el cual compadecido del jóven cautivo y no reparando en él cosa que dejase traslucir una alma abyecta y criminal, depositó en él su confianza y le encargó en gran parte el cuidado de los demas presos, á dos de los cuales interpretó los sueños que habian tenido, prenuncio de su futuro bien muy opuesto ó diferente de su actual estado. El suceso justificó esta interpretacion; y aquel de los dos á quien cupo la suerte de volver á su antigua y brillante posicion de copero de Faraon olvidó en su felicidad al que le habia interpretado los sueños. Nótense de paso los adelantos que habia hecho la civilizacion en Egipto desde los tiempos de Abraham. Entónces los Faraones tenian ya córte, pero mucho mas sencilla y con ménos aparato. En tiempo de José vemos en la córte de Egipto grandes dignidades, camareros, superintendentes, coperos mayores, panaderos, un gran visir, policía, cárcel del estado, médicos de los grandes, y un ceremonial de mucha pompa. El escritor moderno que hubiese inventado la historia del Pentateuco usurpando el nombre de Moisés hubiera hecho probablemente progresar de nuevo la civilizacion por medio de Jacob, y hubiera faltado sin querer á la verdad. Pero el historiador del Pentateuco es mas fiel en realidad á la verosimilitud de la historia, como hace observar con mucha oportunidad un crítico reciente. Vuelve atras la civilizacion, cuando Jacob dejando la Palestina pasa veinte años en Mesopotamia en la vida errante y en las costumbres pastoriles. Avanza empero con Esaü, porqué se queda en Palestina, y se hace aliado de los cananeos. El comercio multiplica poco á poco las relaciones entre los diversos pueblos. En tiempo de Abraham no se ve cambiar el trigo entre Egipto y Canaán, y el Patriarca para librarse del hambre se ve precisado á trasladarse con todos los suyos á las orillas del Nilo. En tiempo de Jacob principia este comercio, construyendo en el camino para la mayor comodidad grandes paradores públicos para las caravanas. Las de los ismaelitas desde Arabia llevan á los egipcios especias, resinas, y bálsamo; compran y venden los esclavos en ciertas ocasiones. Pero

el Egipto constituido desde mucho ántes que las naciones vecinas se lleva como es justo la preferencia en civilizacion y lujo. Abimelech, rey de una colonia egipcia entre los filisteos, imita en pequeño á los reyes de la metrópoli teniendo como ellos criados y cortesanos. En Palestina, por el contrario, el rey Salem vive como un simple particular. En el corto tiempo que media entre Abraham y Jacob vemos los progresos que hace el lujo en Egipto, y los veremos aun mas en el engrandecimiento de José. Dos años á corta diferencia habian transcurrido desde que éste interpretó los sueños de los dos presos, cuando el rey de Egipto tuvo otros dos sueños que le llenaron de terror. Era otra de las supersticiones del paganismo antiguo el buscar siempre algun misterio en los sueños; y Dios, que en el gobierno de los hombres toma por su misericordia en cuenta hasta sus errores y sus debilidades, daba algunas veces una significacion profunda á lo que por lo comun no pasa de un juego del organismo ó de un capricho de la imaginacion. Estos sueños del rey de Egipto entraban en el plan de la sabiduría divina, y por esto eran como un símbolo del porvenir; y como debian preparar el triunfo de José, por esto su explicacion fué á él solo reservada. En vano se acudió á todos los intérpretes vulgares: el Rey estaba desconfiado de la ignorancia de sus adivinos. Entónces la tristeza del Monarca reprodujo el nombre de José en los labios del cortesano que le habia aprendido en la desgracia y que no se habia acordado mas de él en la prosperidad. El copero mayor de Faraon habló al Monarca del que tan perfecta como proféticamente le habia interpretado su sueño tres dias ántes de salir de la cárcel. José fué llamado desde ella á la presencia del Rey el cual le contó sus dos sueños, y José explicó los dos en el mismo sentido, anunciando que siete años de abundancia simbolizados por las siete pingües vacas y las siete espigas llenas serian seguidos de otros siete de esterilidad figurados por las siete vacas secas y las siete espigas vacías. Propúsole, pues, nombrar para todo el Egipto un hombre de acreditada prudencia y destreza, que en los tiempos de fertilidad reservase una parte de los granos para que al venir la carestía no quedase el pueblo sin recursos. Creyó el Rey, y con razon, que nadie podria remediar mejor los males del porvenir que el hombre á quien Dios tan clara y anticipadamente los habia revelado. Sometió, pues, todo el Egipto á José, no reservando mas para sí sobre el jóven favorito que la majestad del trono. Hizo, pues, vestir á José con un traje magnífico, con un manto de finisimo lienzo; le dió un collar de oro en señal de su nueva dignidad y le puso en el dedo un anillo real. Le hizo subir en un carro de triunfo, mandando á un heraldo que anunciase al pueblo que debia reconocer la autoridad de José y doblar la rodilla cuando pasase. Cambiando despues su nombre de José, le llamó con otro nombre egipcio que significaba salvador del mundo; para coro-

namiento de tan honoríficas distinciones le dió por esposa á la hija de un sacerdote de Heliópolis para enlazarle de este modo con la clase mas ilustre y poderosa de sus estados. Así acabaron los infortunios de José, y así por vias tan extraordinarias quedó glorioso y triunfante tanto sobre sus envidiosos hermanos como sobre la impura mujer que ejerció con él la mas injusta y cruel de las venganzas. No es de este lugar la historia embelesante de la conducta de José con sus hermanos y con su padre Jacob, que acosados por el hambre tuvieron que acudir al Egipto y reclamar de él el trigo necesario para su sustento, ni aquel tiernisimo «*¡Yo soy José!*» con que se dió á conocer entre sus aterrados hermanos á quienes recibió en sus brazos. Jacob fué presentado por su hijo á Faraon, y obtuvo el permiso de establecerse con sus hijos en el pais de Gessen el mas fértil del Egipto y el que mas convenia á un pueblo pastor. Observemos otra vez de paso el grado de civilizacion á que habia llegado ya el Egipto ántes de la muerte de Jacob. José en su entrada al empleo recibe en su traje y en sus adornos una magnificencia propia de un gran visir ó de un allegado al Monarca; come aparte y se le sirve en otra mesa, y los egipcios que comen en su casa se sientan en la de su camarero. Faraon no quiere admitir á Jacob en conversacion familiar como habia hecho uno de sus antecesores con Abraham, sino en una audiencia formal, con tanta vanidad y afabilidad mezclada de orgullo, como lo manifiesta el estilo mismo del relato; y son varias las solemnidades para la instalacion de los funcionarios reales. —El tercer FARAON de que nos habla la Escritura es el que suscitó la persecucion contra los israelitas en la época del nacimiento de Moisés. Jacob habia bajado á Egipto con sus hijos, sus mujeres y sus nietos. Esta familia numerosa ya desde un principio se multiplicó como una planta fecunda, y al cabo de ciento y treinta años formaba ya un pequeño pueblo. Encontraba proteccion y garantía de independencia en el buen nombre y en la memoria de José, que habia prestado grandes servicios al Estado. Pero en aquel tiempo y en aquel pais el trono no siempre era hereditario: el pueblo escogia su jefe en algunas ocasiones, bien sea que los libros religiosos lo tuviesen así arreglado, bien sea que así se practicase por miras de comun utilidad. Fué elegido pues un nuevo Rey que como hemos ya indicado no conocia á José, y que no manifestó ninguna especie de consideracion ó reconocimiento con los hermanos del antiguo ministro. Los viejos beneficios quedan como dormidos, dice un sabio, y se les olvida como á los muertos. Por lo demas, preciso es confesar que los hebreos que habian venido á pedir hospitalidad al Egipto no entendieron practicar allí la servidumbre, ántes bien alimentaban la esperanza de volver á entrar un dia en la region en otro tiempo habitada por sus padres. Vivian pues separados ocupando la parte oriental del viejo Egipto y con-

servando sus costumbres particulares : raza perdurable , que treinta siglos no han podido gastar , y que ha salvado su código y su constitucion del naufragio de todas las constituciones y de todos los imperios. Los epítetos dados al Rey que oprimió á los israelitas indican con bastante claridad que no era egipcio , sino algun extranjero que habia conquistado tal vez el Egipto por la fuerza de las armas. Moisés dice que era un nuevo Rey y que no habia conocido á José : dos circunstancias que inducen á creer que era extranjero pues la palabra *nuevo* equivale muchas veces en la Sagrada Escritura á extranjero ; como por ejemplo cuando en el Deuteronomio se dice *dioses nuevos* , son dioses extranjeros. Si este príncipe hubiese sido egipcio , ¿ cómo hubiera podido no tener conocimiento alguno de José , mayormente cuando su reinado no era muy posterior á la muerte de aquel ministro , de sus hermanos y de toda aquella generacion ? Débese ademas tener en cuenta que los reyes de Egipto , segun Diodoro de Sicilia , eran entónces electivos , y que todos sus súbditos eran tenidos como esclavos Userio pone siete reyes entre José y este nuevo Monarca , es decir , en el espacio de cerca sesenta años : tiempo mas que suficiente para borrar el recuerdo de todos los servicios que José habia prestado. Mas aun cuando el mérito de José no hubiese sido del todo desconocido por este nuevo rey , ¿ nó es verosímil que la conducta por él guardada le fué sugerida por una política sombría y suspicaz ? Ella le inspiró sin duda la idea de valerse de medios bárbaros é injustos para enervar el poder de un pueblo que empezaba á hacerse temible. Habia aumentado tan prodigiosamente este pueblo tanto en número como en fuerza durante los doscientos quince años que permanecia en Egipto , que alarmados los egipcios creyeron deber tomar sus precauciones contra estos extranjeros formidables. El mismo Moisés habla con asombro de su prodigioso aumento ; y para explicarlo se vale de los símiles mas expresivos que hay en la lengua hebrea , diciendo que se multiplicaron como los frutos de los árboles y como los peces del mar. Y aunque algunos autores han creido milagrosa aquella multiplicacion , bien calculada no pasa los límites de la posibilidad ; y si algo se presenta de prodigioso es el haberse verificado á pesar de una servidumbre tan dura como la que sobre su cerviz pesaba , pero es preciso no olvidar que Dios les habia hecho en este punto una promesa especial. Temibles por su número los descendientes de Jacob , no lo eran ménos por su fuerza y por su valor. Los hijos de Efraím habian dado de ello una prueba á los egipcios cuando arriesgaron una empresa tan atrevida como desgraciada en las tierras de los hijos de Geth, en uno de los cantones del pais de Canaán. Este suceso de que no habla Moisés nos lo ha conservado el autor del primer libro de los Paralipómenos ; y esto mismo manifestaba á los egipcios lo que hubieran podido hacer despues las tribus reunidas. Ignórase la época en que

comenzó su esclavitud y cuantos años habia que duraba cuando nació Moisés. Lo cierto es que poco tiempo ántes del nacimiento de este legislador los egipcios empezaron á agoviarlos con el peso de la opresion. Su odio con respecto á este pueblo pudo haber tenido tambien otros motivos ademas del terror que les inspirabaṅ, como son su alto menosprecio por las demas naciones, la costumbre que tenian los hebreos de matar y comer los animales que para el Egipto eran objeto de adoracion, la diferencia de su religion, su vida pastoril, la envidia excitada por su prosperidad primera; todo esto unido al recelo de que altivos por su fuerza no se juntasen con los enemigos para apoderarse del reino inspiró el designio de debilitarles á fuerza de penosos trabajos, de tributos y de todo género de opresion. El medio sin duda mas obvio y el camino mas corto para deshacerse de los hebreos hubiera sido el facilitarles como establecerse en otra parte; pero á ello se oponia la avaricia de sus tiranos. Los productos inmensos de la vida pastoril y del comercio de ganados habian enriquecido extraordinariamente á los israelitas, y la quinta parte de estos productos que pertenecia al Rey aumentaba las rentas del Estado. El designio, pues, de conservarlos en el pais poniéndoles al mismo tiempo en situacion de no poder dañar era muy conforme á los planes de la política que habia anunciado el discurso del Rey á su pueblo. « Vamos, pues, « á oprimir con arte á este pueblo numeroso, y mas fuerte ya que nosotros; « no sea caso que multiplicándose aun mas, y sobreviniendo alguna guerra « contra nosotros, se agregue á nuestros enemigos, y despues de habernos « vencido y despojado, se vaya de este pais. » Así pues Amenofis, que tal era el nombre del nuevo Faraon, ni queria despedir á los hijos de Israél por temor de desmembrar su reino, ni dejarles á sus libres medios de acrecentamiento y de prosperidad por miedo de tener un vecino peligroso. Resolvió pues oprimirlos con discrecion, como si dijéramos con astucia é insensiblemente. La política que deberia ser el respeto de los derechos y la práctica de los deberes, vino á ser ya muy temprano el secreto de gobernar arbitraria y despóticamente. Los hebreos fueron desde luego empleados en los trabajos mas duros; se les agoviaba con pesos insoportables y con los mas ásperos tratamientos; se les obligaba á trabajar en la construccion de plazas fuertes; y se les hacia tan odiosa la vida, que mas tarde al acordarse de aquel cautiverio llamaban al Egipto un grande horno de hierro. Mas Dios dice á la prudencia humana como al Océano: « Hasta aquí llegarás sin pasar mas allá. » Aun bajo el peso de la mas dura opresion crecian de un modo asombroso, á la manera que un árbol desgarrado por el acero se cubre no obstante de ramas y de nuevas y mas numerosas flores. Desconcertada la política y temiendo en su atroz perspicacia la pujanza del pueblo oprimido, apela á la crueldad sufocando los mas puros y tiernos sentimientos

de la naturaleza. Esa política inhumana muchas veces en sus medios dió origen á la órden de hacer perecer luego de nacidos á todos los niños varones, y de perdonar á las niñas. El Rey habia visto y observado por una experiencia de muchos años, que los fuertes tributos impuestos por él á los israelitas y la dureza con que por sus oficiales ó subalternos eran tratados no impedian el que se multiplicasen mas que nunca; hizo pues venir á Séfora y á Phua, dos principales comadronas de los hebreos, y les mandó expresamente que cuando ejerciesen su profesion con las mujeres israelitas conservasen todas las niñas, pero hiciesen perecer á todos los niños. Estas mujeres temerosas de Dios y horrorizadas de una accion tan bárbara no tuvieron temor alguno de desobedecer al Rey; pues aunque debemos toda obediencia y sumision á las potestades de la tierra, no debemos obedecerlas en lo que se opone á la ley de Dios que es el legislador supremo. Indignado el Monarca les preguntó en tono amenazador lo que podia inspirarles la audacia de despreciar sus órdenes. Mas ellas respondieron que las mujeres de los hebreos no tenian necesidad como las egipcias de socorros extraños para sus alumbramientos, pues la fuerza de su temperamento les daba medios para dar á luz á sus hijos con la misma facilidad que las hembras de los animales; por manera que sus hijos habian nacido ántes que llegasen las comadronas. Y aunque Moisés no haga mencion sino de dos parteras, no debemos creer que no hubiese mas, ántes bien hemos de presumir que estas dos eran las mas distinguidas en su profesion y que ejercian una especie de inspeccion sobre las otras; como así sucedia entre los griegos, segun el testimonio de Plutarco, pues habia escuelas en donde se enseñaba el arte de obstetricia y eran presididas por las mismas parteras. Ni es de creer que estas mintiesen del todo cuando movidas de su caritativa humanidad dieron esta contestacion á las increpaciones del Monarca egipcio; pues es muy de creer que instruidas las hebreas de esta órden cruel é inhumana de hacer perecer sus hijos varones, procurarian no necesitar de auxilio ajeno y se guardarian bien de hacer llamar á las comadronas. Esta órden de cometer indefinidamente infanticidios era secreta, como lo son las obras del crímen, porqué las costumbres públicas detienen alguna vez el exceso de la tiranía é imponen á la misma crueldad una especie de vergüenza. Y si las parteras no obedecieron fué sin duda no solo por contenerlas el temor de Dios, como hemos ya indicado, sino tambien por aquella natural compasion que inspira la inocencia perseguida. Entónces el Rey, rompiendo ya los diques de todo pudor, recurrió á la fuerza abierta, y mandó que todos los hijos varones que naciesen de los hebreos fuesen arrojados al Nilo. El hombre justo marcha bajo el puro testimonio de su conciencia hácia un fin del cual nadie puede retraerle verdaderamente; pero el hombre injusto multiplica los fraudes y las

violencias para llegar á unos fines que una mano invisible le impide muchas veces alcanzar. Cierto dia la hija de Faraon, llamada Thermutis segun algunos y Mæris segun otros, bajó hácia el Nilo para bañarse en sus aguas acompañada de sus mujeres, siguiendo las orillas del rio. Aun cuando en tiempo del rey de Egipto en la época del nacimiento de Moisés la civilizacion habia hecho en aquel pais adelantos considerables, como hemos advertido ya; con todo, nada tiene de extraño ni de contrario al decoro ni á la etiqueta que la hija de Faraon fuese á bañarse en el Nilo, y mas si se advierte que iba acompañada de sus damas de honor y de sus servidoras. De otra parte, segun el literal del texto hebreo, la princesa vino al rio *para lavar* y no para bañarse. Este uso está muy conforme con las costumbres antiguas y con lo que leemos en Homero. Tampoco debia arredrar á la princesa el temor de los cocodrilos, pues en el Bajo Egipto son muy raros y mas aun en los canales que desde la parte inferior del Delta riegan aquel pais y que empezaron á construirse desde el tiempo de Sesóstris. Y segun observa Thevenet en su *Viaje de Levante* y otros viajeros instruidos, los cocodrilos se alejan ordinariamente de las orillas del mar. En este paseo descubrió la hija de Faraon el canastillo de juncos en donde estaba el niño Moisés, al cual mandó coger por una de sus doncellas, y así se salvó del peligro con todas las circunstancias extraordinarias y providenciales que acompañan este curioso episodio de la historia santa y que veremos mas minuciosamente al tratar en particular del Libertador de los hebreos; el cual fué educado en la córte misma de Faraon, é iniciado en todas las ciencias del tiempo y del pais en que vivia; pues entónces era célebre el Egipto por toda la tierra. El historiador Josefo refiere un rasgo maravilloso por el que Moisés hubiera señalado su entrada en la córte de Faraon. Thermutis presentó al Rey el niño que acababa de adoptar, y pidió que á falta de herederos directos y reconocidos por las leyes fuese considerado como á heredero de la corona. Faraon acogió benignamente los deseos de su hija, y como por juego puso la diadema sobre la frente de Moisés. Mas tomando éste la diadema la dejó caer en tierra y la pisoteó; lo cual hizo augurar á uno de los individuos del pais que este precoz insultador de la majestad real llegaria á ser algun dia terrible al Egipto. Faraon no leyó de tan léjos en el libro del porvenir: Thermutis no pensó tan mal de su protegido; y Moisés escapó de la muerte que el adivino queria hacerle imponer. Sea lo que fuere de este hecho, de que la Biblia no hace mencion alguna, él prestó materia á Benozzo Gozzoli para uno de los mas hermosos frescos que de él se admiran, é inspiró á Poussin uno de los mas brillantes cuadros que se ven en el museo real de Paris. Moisés, pues, pasó cuarenta años en la córte de los reyes de Egipto; y si hemos de dar crédito á los autores mas antiguos, desplegó sobre

este teatro una fuerza extraordinaria de actividad y de inteligencia, como lo veremos en su lugar oportuno. Entre tanto Moisés presenciaba un espectáculo triste y desolador, que no tardó en ser para su noble y poderoso genio como una revelacion de sus destinos. Los hebreos sus hermanos gemian en la esclavitud. Dos cosas habian llamado sobre sí el odio y la dureza de los egipcios; su número siempre en aumento y la diferencia de su religion. Con el fin de reprimir esta raza que les causaba ya bastante inquietud y de quitarles al mismo tiempo la idea y la posibilidad de una revuelta, derramaron el duelo y la opresion sobre su existencia; inmoláronse bárbaramente sus hijos al nacer, y toda ella fué sobrecargada de tributos insoportables, sujeta á privaciones crueles, y condenada al mas duro trabajo. Los hebreos se vieron empleados (como se empleaba entre los antiguos á los extranjeros, á los vencidos y á los cautivos) en construir con afan edificios gigantescos, á los cuales el natural del pais tenia por gloria no haber puesto su mano: ellos edificaron entre otros monumentos las ciudades de Ramasés y de Pithom bajo el látigo y los insultos de sus opresores. La abyeccion de la servidumbre no dejaba de producir entre ellos su efecto; y aunque no disminuia su propagacion y aumento, enervaba su alma, apagando en ella bajo el peso de la miseria el instinto natural de la independencia; por manera que en la noche de aquel sombrío cautiverio ni el menor vislumbre aparecia de emancipacion ni de libertad. Cierto dia Moisés saliendo del palacio de los Faraones fué á visitar á sus hermanos, y pudo convencerse con sus propios ojos del exceso de sus sufrimientos y de los indignos tratamientos que se les daban. En su presencia un egipcio apaleó sin piedad á un hebreo. Indignado Moisés por una accion tan infame arrojóse como un leon sobre el vil representante de la tiranía; y habiéndose asegurado de que de nadie era visto, le mató y ocultó el cadáver en la arena. Al dia siguiente un nuevo espectáculo le llenó de amarga tristeza; los hombres de su raza no se entendian entre sí, agravando con sus intestinas divisiones la suerte ya tan dura á que les condenaba la tiranía de sus opresores. Dos hebreos se llenaban de injurias llegando á las manos. Moisés se empeñó en reconciliarlos, haciéndoles presente cuan grave mal era su desunion delante del enemigo comun; é informado de parte de quien estaba la sinrazon, «¿Por qué « hieres á tu hermano?» le dijo. «¿Qué te importa? respondió el agresor: « ¿quién te ha constituido príncipe y juez entre nosotros? ¿Quieres acáso « matarme como hiciste ayer con aquel egipcio?» Esta dura respuesta inspiró algun recelo á Moisés, el cual no creia que el suceso de la víspera se hubiese hecho público, y conoció que en adelante no estaria su vida en seguridad: y realmente; informado el Rey de la muerte violenta del egipcio determinó vengarla en la persona del matador, y habia ya dado la órden de

buscarle para darle la muerte. Huyó, pues, Moisés de la tierra de Egipto y se retiró á la region de Madian no muy léjos del Sinaí, en donde conoció á Séfora con la cual se desposó despues. Por largo tiempo la vida de Moisés discurrió sencilla y apacible cuidando de los ganados de su suegro y conduciéndolos hasta las orillas del mar Rojo y á lo largo de los vallados del Horéb y del Sinaí; hasta que fué llamado por Dios que se le apareció entre la zarza ardiente para libertar á su pueblo. Luego despues de la vision de Horéb, fuése Moisés á encontrar á su suegro, y sin confiarle su secreto manifestó únicamente el deseo de visitar á los hebreos en su lastimosa servidumbre. Consintió Jethro en esta demanda, y Moisés tomando á Séfora su mujer y sus hijos les hizo subir sobre un jumento y se dirigió hácia el Egipto. Pero á poco trecho debió Séfora regresar á Madian, ya sea porqué la débil mujer no se sintiera con fuerzas bastantes para emprender tan largo viaje al traves de la soledad con sus hijos, ya sea porqué Moisés creyó deber sacrificar las muelles dulzuras y los embarazos de la familia para reservarse la independencia que consigo lleva el aislamiento, y toda la plenitud de accion que su grande ministerio reclamaba; pues cuando el hombre se halla empeñado en estos proyectos heróicos y en estas luchas fecundas, cuyo buen éxito pertenece en definitiva al que posée la comprehension tan firme como la voluntad, no le queda ya otra vida que la de su cabeza; hasta sus mismas afecciones aparecen como actos de inteligencia y no como movimientos del corazon, tomando las proporciones y el carácter de los pensamientos, y se observa cual van debilitándose en él y extinguiéndose gradualmente aquellos dulces é intimos sentimientos que son el rico tesoro de mas modestas existencias y el inexplicable embeleso del hogar doméstico. Moisés volvió á ver á su hermano Aaron y le informó acerca de sus proyectos: despues los dos penetraron en Egipto, y se descubrieron á los ancianos de Israél. Los viajeros gozaban entre el pueblo de una elevada reputacion, se les tenia una absoluta confianza, y en cuanto lo permitian las circunstancias nada se hacia sin su consejo. Ademas, algunos de ellos vigilaban en el trabajo de sus hermanos, pues existia una cierta gerarquía en la servidumbre. Los egipcios, representantes del poder y ejerciendo una vigilancia general, escogian entre los hebreos comisarios responsables de todos los delitos prevenidos por el código de la tiranía y que se cometiesen en los grupos que estaban bajo sus órdenes respectivas; y estos privilegiados de la esclavitud eran generalmente ancianos ó padres de familia. Á estos, pues, se dirigió ante todo Moisés y les convenció de su mision haciendo inclinar las leyes de la naturaleza al poderoso imperio de su palabra. Acogieron ellos favorablemente estas promesas de libertad, como el navegante hundido en las sombras de la noche y de la tempestad concentra toda su esperanza en

algun resplandor lejano de serenidad que le viene del fondo del horizonte. Los dos hermanos fueron, pues, á encontrar al príncipe que reinaba entónces en el Egipto, el cuarto FARAON de que habla la Escritura Santa, y que se cree ser el Rhamsés V de los monumentos y el Amenofis III de los cronologistas, y le invitaron á que dejase salir pacíficamente de su reino á los hebreos. Pero Faraon les volvió á enviar con dureza á los trabajos de su servidumbre y les increpó el esparcir por entre el pueblo ideas subversivas. « La raza de los hebreos se multiplica prodigiosamente, dijo á sus oficiales, y ya « veis como ha crecido: ¿qué será pues si se la deja en reposo?.... Poco « trabajo se les ha impuesto aun, y por esto murmuran. Agráveseles, pues, « el yugo, y que le sufran, y así no darán oidos á embustes. » En efecto, tan pesada fué la carga que se impuso á los oprimidos, que se vieron luego materialmente imposibilitados de suportarla. Los capataces de ellos encargados de vigilar en los varios destacamentos, y á quienes se imputaba el no cumplir con las órdenes del gobierno, fueron el blanco de las injurias y de la crueldad de sus jefes egipcios. En vano dirigieron á Faraon las mas justas y sentidas quejas: la tiranía nada cede de su cruda barbaridad. Y se volvieron contra Moisés deplorando su desgraciada intervencion, que solo habia conseguido hacer mas pesadas sus cadenas. Probó el Libertador reanimar todos estos ánimos abatidos, prometiéndoles de parte de Jehová que saldrian por fin de la prision del Egipto, arrancados de la servidumbre por la fuerza del brazo divino y por los golpes terribles de la celeste justicia. Mas sus corazones amargados por la angustia se cerraban tristemente á toda esperanza. Tenemos á la vista en una Coleccion de arqueología bíblica el *fac simile* de una pintura egipcia, que representa á los hebreos fabricando ladrillos. Sabido es que el Sr. Rosellini que acompañó al Sr. de Champollion en su viaje á Egipto publicó muchos años despues el resultado de este viaje y de sus estudios en Pisa, en donde es profesor de literatura, de historia y de antigüedades orientales; y entre los varios monumentos históricos que presenta como otras tantas pruebas numerosas de la verdad de nuestros Libros Santos, produce una pintura de un sepulcro tebano que representa *la fabricacion de ladrillos*. Unos operarios se ocupan en transportar la tierra en vasos, otros la preparan con azadones, otros sacan los ladrillos de sus moldes y los arreglan en filas como se hace aun en el dia; otros por fin transportan los ladrillos ya secos y cocidos formando de sus hombros una especie de balanzas por medio de cuerdas fijas en las extremidades de un palo encorvado por sus extremos. Figuran en este cuadro muy distintamente de los egipcios los hebreos, á quienes no puede dejar de reconocerse por su tinte, su fisonomía y su barba, los cuales reducidos á esclavitud por los reyes de la XVIII.ª dinastía fueron forzados á fabricar ladrillos. Sus gorros,

difieren tambien de los egipcios mas bien por su color que por su forma, y tienen ademas los pies sucios del barro que preparan. Vénse tambien cuatro egipcios muy fáciles de distinguir por su continente, sus maneras y su tez; dos de ellos con palo en la mano. El uno está sentado y el otro indica la intencion de herir á dos egipcios que se hallan en el mismo caso de los hebreos; uno de estos últimos lleva sobre sus hombros un vaso lleno de barro, y el otro viene de transportar ladrillos y en ademan de recibir nueva carga: de lo cual resulta que se sujetaba á los mismos trabajos de los israelitas á algunos egipcios condenados tal vez á ellos en pena de algun delito. En los egipcios armados con un palo se reconocen sin dificultad aquellos jefes de esclavitud, *schrim*, y exactores, *nugschim*, que Faraon puso á los hijos de Israél para atormentarles en sus trabajos; y la sinceridad del artista egipcio acaba de confirmar, por el gesto amenazador del egipcio cuyo semblante manifiesta la intencion de descargar el golpe, el relato de Moisés cuando dice: *Y fueron azotados los maestros de obras*, ó sobrestantes, *de los hijos de Israél por los exactores de Faraon*. En efecto, habia éste ordenado que de los hebreos mismos vigilasen algunos el trabajo de sus hermanos; y estos *prepósitos*, si hemos de seguir literalmente la palabra hebrea, esto es, los que reciben las órdenes de un oficial superior y las hacen ejecutar, fueron los que elevaron sus quejas al Rey á fin de que suavizase la dureza siempre en aumento de los trabajos y la crueldad de los castigos; pero no consiguieron otra cosa sino órdenes mas rigurosas acompañadas de palabras de menosprecio. Así es como se ejerce en el dia el gobierno de los turcos sobre los árabes. En cada pueblo hay un comisionado de estos últimos para servir de intermediario entre los ministros del gobierno y el pueblo, y con el título de *Sceich-ebbeled* (jefe ó señor del pais) se halla encargado de conducir los hombres á los trabajos que están mandados y percibir de ellos las tazas ó tributos que place al gobierno imponerles. Las sospechas y el rigor del rey de Egipto contra el pueblo hebreo se aumentaron cuando por órden de Dios Moisés y Aaron le pidieron el permiso para ir á sacrificar en el desierto; entónces se les mandó procurarse ellos mismos la paja que ántes se les traia, sin que por esto se disminuyese el número de ladrillos que diariamente se les exigian. El nombre, los títulos y hasta la figura del rey Thoutmes IV (*Mæris*) que se hallan en este sepulcro tebano nos indican que este calificado personaje vivia y ejercia sus funciones bajo el quinto Rey de la décima octava dinastía, que empezó á reinar el quinto mes del año 241 ántes del fin del reinado de Rhamsés III: época en la cual fijan los críticos el término de la servidumbre de los hebreos. De lo cual resulta, que en la época en que Mæris subió al trono, que en la cronología establecida por el autor corresponde al año 1740 ántes de Jesucristo, los hebreos estaban sujetos á

la fabricacion de ladrillos. Y esto se concilia perfectamente con la historia de Moisés ; pues en efecto la opresion de los hijos de Israél empezó el dia en que subió al trono de Egipto *un nuevo Rey que no era amigo de José* , como ya hemos indicado , y este nuevo rey fué *Amenof I* hijo de *Misphrathoutmosis* y jefe de la décima octava dinastía. La permanencia pacífica de los hebreos en Egipto y bajo la proteccion de los reyes no duró mas allá de 106 años , es decir , desde el año 54 de *Apophis* rey pastor , hasta el fin de esta dinastía y vuelta de los reyes legítimos ; durante cuyo lapso de tiempo pudieron multiplicarse lo bastante para hacer sombra á los nuevos reyes , enemigos de sus amigos. Al datar , pues , del principio de la décima octava dinastía empezó la opresion del pueblo de Israél , que duró hasta la salida de Egipto , el último año de Rhamsés II , es decir , 324 años ; y las dos épocas unidas forman exactamente los 430 años que la Historia Sagrada asigna positivamente y de una manera precisa á la mansion de los hijos de Israél en Egipto segun el lib. XII del *Exodo*. Y con este cálculo es fácil conciliar algunas diferencias que se encuentran en la Biblia sobre esta cuestion. En cuanto al otro reparo sobre el por qué los hebreos están figurados en Tebas es de observar ; primero : que esto no implica absolutamente su presencia en Tebas porqué el personaje del sepulcro era igualmente jefe ó inspector de todos los trabajos que se ejecutaban en todos los puntos del pais , y teniendo su sepulcro en Tebas podia muy bien figurarse allí todo lo que era de su inspeccion aunque los trabajos se practicasen en otras partes del pais. Pero es asimismo probable que siguiendo las circunstancias una parte de los hebreos fuese trasladada á Tebas : punto sometido á Egipto conforme á lo que se dice en el capítulo V del *Exodo* , que se hallaron una vez en necesidad de divagar *por toda la tierra de Egipto* para procurarse paja que no se les proporcionaba. Esto no sucedió hasta los últimos tiempos , cuando Moisés y Aaron hubieron pedido al rey de Egipto que permitiese al pueblo pasar al desierto para sacrificar al Dios de Israél. El que desease mas detenidamente consultar la erudita disertacion de la cual acabamos de extractar estas curiosas noticias acerca las antigüedades egipcias , monumentos de la verdad de lo que refieren nuestros Libros Santos , puede verla por extenso en los *Anales de filosofía cristiana* en el número correspondiente al mes de Junio de 1842. Y siguiendo ahora el hilo de nuestra narracion por un momento interrumpida , diremos que cuando Moisés pareció de nuevo delante de Faraon para desplegar aquella vez el milagroso poder de que su mision le habia revestido , la dócil naturaleza le obedecia á un gesto de su mano , los elementos se trastornaban á una palabra emitida de sus labios , los prodigios brotaban debajo de sus pies. Entónces fué cuando por el poder de Dios desencadenó Moisés sobre el Egipto los mas formidables azotes : diez plagas

sucesivas sumieron á sus habitantes en el terror y en la consternacion. Azorado y vencido el Rey dió palabra de dejar partir á los hebreos ; pero despues , suspendida la cólera del cielo retractaba las concesiones que le habia arrancado el miedo. Por largo tiempo hizo á los oprimidos el juguete de su doblez y de sus contradicciones , pero todo se preparaba para un próximo desenlace. Las justas reclamaciones , las súplicas y las amenazas eran igualmente desatendidas. Moisés recibió la órden de aterrar al enemigo con un golpe postrero y decisivo. Prescribióse á todos los hebreos que inmolasen un cordero en cada familia el dia catorce del décimo mes , y la sangre de la víctima debia salpicar la puerta de todas las casas en donde se hubiese celebrado este sacrificio. Debia celebrarse la comida ceñidos los lomos , puesto el calzado en los pies , y con báculo en la mano á guisa de viajeros prontos á ponerse en camino : este venia á ser como el festin de partida. Moisés invitó asimismo á todos los hebreos á que pidiesen á sus señores vestidos , vasos de oro y de plata y otros objetos preciosos, como exigiendo cada cual una contribucion de su vecino : este era el salario de los largos trabajos que los hijos de Israél habian prestado á viva fuerza , y que la iniquidad de sus tiranos habia dejado sin recompensa. Terrible fué la noche en que se celebró este misterioso banquete. En medio del silencio y de las tinieblas el ángel del exterminio recorrió el Egipto , descargando un golpe de muerte sobre cada familia , sin perdonar sino las casas señaladas con la sangre preservadora. Desde el hijo de Faraon colocado en las gradas del trono hasta el hijo de la esclava que gemia en su prision , todos los primogénitos perecieron á la vez El pais entero se conmovió profundamente , y exhaló un gemido inmenso de dolor. « Idos , dejad á mi pueblo , exclamó el Monarca despavorido ; y los egipcios « clamaron con él : Que partan , ó sino moriremos todos.... » Los preparativos estaban ya hechos : los hebreos se pusieron en camino con las armas en la mano , llevando sobre sus hombros vestidos y víveres , conduciendo numerosos rebaños y ricos bagajes. Esta multitud se componia de seiscientos mil hombres , sin contar las mujeres , los niños y los indígenas que los siguieron y fueron despues incorporados á la nacion. Tan grandioso acontecimiento no podia escapar á la historia ; hállase , aunque alterado en los viejos relatos de autores profanos , y está largamente descrito en los Libros Sagrados del pueblo judío que recuerda anualmente su imperecedera memoria por medio de una fiesta instituida treinta y tres siglos hace. Habiase fijado á Ramasés, en la region de Gessén sobre el brazo oriental del Nilo, por punto de reunion general. De allí debia partir la expedicion en los primeros dias de primavera. Caminaba en muy buen órden , dividida por tribus y por familias ; llevaba consigo los huesos del gran patriarca José , el cual al morir habia pedido que no dejasen sus cenizas en tierra extraña , sino que fuesen

trasladadas á la tierra que estaba prometida á su descendencia. Moisés no se dirigió á la tierra de Canaán por el istmo de Suez, que era el camino mas corto por temor de no verse colocado entre dos enemigos formidables, los filisteos y el Egipto. De otra parte, era tal vez necesario borrar y destruir en el pueblo hebreo la memoria y el gusto de los objetos depravados en medio de los cuales habia vivido; disciplinarle y formarle un espíritu nuevo, léjos de todo comercio con los Estados ya constituidos á fin de no hacerle tomar sosegado asiento en su futura patria hasta el momento en que su fuerza de accion y de resistencia quedase completamente organizada, ó que se hallase él mismo constituido y robusto por las formas políticas que debian proteger su religion y su nacionalidad. Por esto aquel ejército en vez de avanzar en la direccion del oriente y del norte descendió hácia el sud, acampando primero en Soccoth, despues en Etham, y acercándose al mar Rojo. El mar Rojo es un golfo del océano indio, que se extiende desde el mediodía al norte sobre un trecho de mas de cuatrocientas leguas, y que separa el Asia del África. Este nombre le viene de las canteras de mármol rojo abiertas sobre una de sus orillas. En su lecho crecen altas yerbas, plantas y arbustos: lo cual ha hecho que se llamase tambien mar de Suph, ó mar de los Juncos. Á su extremo se divide en dos golfos, en medio de los cuales se adelantan como un cabo vastos arenales y montañas pertenecientes á la Arabia Petrea. Despues de treinta siglos estos lugares habrán sin duda sufrido algun cambio; pero subsiste todavía allí lo que se halla fuera del alcance de toda revolucion y que por lo presente deja juzgar de lo pasado. El golfo occidental que tenia Moisés delante de sí presenta en el dia una longitud de cerca cinco mil pasos. Las mareas son allí ordinariamente de dos metros, y se levantan hasta tres ó cuatro metros cuando el viento del sud las arroja con violencia. Por lo demas, están sujetas á este movimiento de flujo ó reflujo que balancea las aguas del Océano; pero que no deja por largo tiempo seca la playa y que sobre todo no suspende jamas las ondas á derecha y á izquierda para abrir camino á un pueblo innumerable. Una especie de densa nube en forma de columna guiaba á los viajeros durante el dia, y tornaba luminosa durante la noche. Sus movimientos eran la señal de partida y marcaban el término del viaje, pues con ella paraban. Siguiendo estas indicaciones, Moisés volvió por medio de una marcha circular por el lado de sus perseguidores como si no hubiese querido dejar el Egipto, y se internó entre la orilla occidental del mar Rojo y una cadena de montañas que se extendian paralelamente. Esta ruta estaba en oposicion con toda apariencia de hábil direccion; pero Moisés no hacia mas que obedecer al invisible caudillo, que desde lo alto de los cielos dirigia la fortuna de Israél. Habia sonado á sus oidos este oráculo: «Faraon va á decir de los hijos de

Israél : estrechados están del terreno , y como aprisionados en el desierto. Y endurecido de corazon los perseguirá : yo seré glorificado en él y en todo su ejército , y conocerán los egipcios que yo soy el Señor. » En efecto , el Monarca y sus consejeros vueltos en sí de la primera sorpresa dijeron : « ¿ Qué hemos hecho , dejando partir á Israél esclavo nuestro ? » Faraon reunió , pues , á toda prisa su ejército , sus carros de guerra y sus mas hábiles jefes , y se puso en marcha rápidamente siguiendo las trazas de los fugitivos , alcanzándoles cerca la orilla del mar ; y en verdad á causa de la posicion que habian tomado pudo creer que les quitaba toda retirada y les tenia como cogidos con su mano. Cuando descubrieron los hebreos la caballería , los carros y todo el ejército de Faraon , quedaron aterrados ; pues tenian mas costumbre de obedecer como esclavos que defenderse como soldados. Su misma pusilanimidad los hizo ingratos , pues dirigieron insensatas reconvenciones á su generoso Libertador : « ¿ Acáso , decian , « no habia sepulcros en Egipto ? ¿ Preciso era conducirnos aquí para mo- « rir ? ¿ Qué os propusisteis con sacarnos de allí ? ¿ No os decíamos entónces por ventura : Dejadnos servir á nuestros amos ? ¿ No valia mucho mas vi- « vir esclavos suyos que perecer en el desierto ? » Moisés les contestó con calma , asegurándoles una pronta y brillante victoria. Allí hubo un momento solemne y terrible para los hebreos luego de llegados junto al mar Rojo : momento parecido al que precede á las grandes tempestades. Al este un golfo inaccesible ; al oeste una cordillera de montañas , que no podia por otra parte abajarse bajo la planta de los peregrinos sin ponerlos en manos del Egipto enemigo ; al mediodía un valle que se iba hundiendo hácia regiones desconocidas : tal era el horizonte cuando de repente se apareció en el norte el ejército numeroso que corria con sus carros y sus caballeros. Moisés imperturbable , despues de un íntimo coloquio con Jehová, al movimiento de la nube que se colocó entre los dos campamentos , extendió sus manos sobre las ondas. Abriéronse al instante ; y replegándose por sus dos lados , á la vez abrieron á los pies de los hebreos una nueva senda. Un viento abrasador y violento secó y endureció el fondo de aquel abismo inesperado , en el cual se precipitaron hombres , mujeres y niños , y se verificó el paso durante aquella noche. Abrióse el mar alzando de una parte y de otra sus aguas sólidas como una muralla y dejando á los hebreos un largo sendero. Al despuntar el dia los egipcios , viendo que se les escapaba el enemigo , lanzáronse furiosos sobre sus huellas y tomaron el mismo camino. Mas muy pronto cundió el desórden por todas sus filas , y se levantó un grito de espanto. Desde la orilla oriental del golfo , en donde su pueblo se hallaba ya en completa seguridad , Moisés levantó por segunda vez su mano sobre las aguas : y aquellas líquidas y enormes montañas , que detenidas por

una fuerza invisible, habian visto pasar los hebreos sin devorarlos, desplomáronse por sí mismas para tomar su nivel. Atacados de improviso, fuera de sí de terror, perdidos en una confusion inexplicable, los egipcios al fragor de las ondas que se desplomaban sobre sus cabezas exclamaban: « Huyamos de Israél, porqué su Dios combate contra nosotros. » Pero las ondas marchaban bajo la mano de Jehová, como un caballo cuya fogosidad es impulsada por un arrojado ginete; llenaron el abismo de una á otra orilla, y no se oyó un grito mas. El silencio de la muerte dominaba sobre aquel inmenso sepulcro. Perecieron pues miserablemente los egipcios, y sus cadáveres fueron arrojados sobre las orillas del mar como ruinas que Dios habia hecho para castigar el orgullo de un despotismo brutal y vengar las lágrimas de los oprimidos. Los viejos monumentos del Egipto atestiguan en efecto que en esta misma época un Faraon con el nombre de Amenofis III desapareció de repente y fué reemplazado por un rey célebre, Sesóstris *el Grande*. En cuanto á los hebreos sus libros sagrados están llenos del recuerdo de tan alto acontecimiento; ellos hablan incesantemente del mar replegándose con espanto sobre sí mismo, del brazo de Dios trazando un camino sólido al traves de las aguas y ahogando un ejército como se extingue una mecha humeante. Á la misma hora, y sobre el teatro de una victoria tan inopinadamente conseguida, un himno magnífico celebró la libertad de Israél. María hermana de Moisés conducia el coro de las mujeres, y todas juntas repetian el estribillo de este canto sublime: « Cantemos himnos al « Señor, que acaba de mostrarnos tan gloriosamente su poder, precipitan- « do en el mar caballos y ginetes. El Señor es toda nuestra fortaleza, y debe « ser el objeto de todas nuestras alabanzas: él se ha hecho nuestro Salva- « dor. Este es nuestro Dios, celebrarémos su gloria: este es el Dios de nues- « tro padre Abraham, publicarémos sus maravillas. El Señor se armó como « un guerrero en defensa nuestra. Su nombre es *el Omnipotente*: sepultó « en el mar los carros y los ejércitos de Faraon. Los escogidos príncipes de « Ménfis fueron sumergidos en el mar Rojo: les tragaron los abismos, y « como piedras se hundieron al fondo de las aguas. Vuestra diestra, Señor, « ostentó su fortaleza: vuestra diestra, Señor, destrozó á nuestros enemigos: « y abatisteis del modo mas glorioso á los que se atrevieron á oponerse á « vuestros designios. Lanzasteis sobre ellos vuestra ira, que los abrasó como « paja: al soplo de vuestro divino furor se dividieron y amontonaron por « ámbas partes las aguas. Quedaron suspendidas formando como monta- « ñas para darnos paso libre en medio del mar. Entónces dijeron nuestros « enemigos: los perseguirémos, los alcanzarémos, partirémos sus despo- « jos, y plenamente nos satisfarémos. Desenvainarémos la espada, y los ex- « terminarémos. Pero á vuestra órden soplaron, Señor, los vientos y reu-

« niéndose las aguas, sorbió el mar á aquellos temerarios que cayeron « como plomo en los abismos profundos. ¿Qué poder, Señor, es semejan- « te al vuestro? ¿quién es comparable á Vos, todo resplandor de santi- « dad, terrible, infinitamente digno de alabanza, y que obrais maravillo- « sos portentos? Extendisteis vuestra mano, y desaparecieron nuestros « enemigos de sobre la faz de la tierra: por vuestra bondad os pusisteis á la « frente del pueblo, cuyas cadenas rompisteis. Vos le conducireis con vues- « tro poder á la santa habitacion que le habeis destinado. Los habitantes de « esta feliz tierra se irritarán y sublevarán contra nosotros: los filisteos se « rendirán con dolor á nuestras armas. Entónces quedarán consternados los « príncipes de Idumea, amedrentados los caudillos de los moabitas, asom- « brados todos los habitantes de Canaán. Queden, Señor, desde ahora lle- « nos de terror y espanto á vista del poder de vuestro brazo. Queden inmó- « viles como piedras, viendo pasar el mar á vuestro pueblo, este pueblo « Señor, conquista y posesion vuestra. Le introducireis y establecereis en « el monte de Sion que habeis Señor escogido para heredad vuestra, y « preparado para fijar en él vuestra morada. Si, Dios mio, en este santo « lugar os habeis preparado una mansion permanente, donde reinará el « Señor sobre su pueblo para siempre y mas allá de los siglos. Porqué todo « esto nos prometen las maravillas que tenemos delante de los ojos. Entró « Faraon á caballo en el mar Bermejo con sus carros y caballos, y el Señor « revolvió las aguas sobre ellos, habiéndole pasado los hijos de Israél á pie « enjuto. » Este cántico ha sido siempre mirado por uno de los mas bellos y elocuentes rasgos de las páginas de la Biblia, y sus bellezas han ocupado la atencion de célebres humanistas. ¡Qué brillante y majestuoso espectáculo, un pueblo inmenso iluminado por los primeros rayos del sol dando gracias postrado delante de Dios con himnos y cánticos de haberle salvado de sus opresores, que con sus carros y armas y caballos y Monarca yacian sepul- tados allí mismo debajo de las ondas dóciles á la voz del Señor! ¿Puede acaso presentar la historia de los pueblos un hecho tan singular y por tantos títulos asombroso? Los libertados ya de sus cadenas se pusieron en marcha: la soledad extendió delante de ellos sus espacios, y Dios que les habia li- brado del furor y de las venganzas de Faraon les condujo al traves de repetidas maravillas, no siempre bien correspondidas, á la tierra que les habia prometido. El quinto Faraon de que nos habla la Escritura corres- ponde al año del mundo 2960 y al 1040 ántes de Jesucristo, y al tiempo del reinado de Salomon. Cuando este Monarca que habia recibido de Dios el don de la sabiduría se pervirtió con las mujeres extranjeras, dice el Sagrado Texto que amó extremadamente y con especialidad á la hija de Faraon, rey de Egipto, y juntamente á las mujeres moabitas y ammonitas,

idumeas, sidonias y hetéas, cegándose con ellas hasta el punto de hacerse idólatra y adorar á los dioses que ellas adoraban. Esta vil y escandalosa apostasía no quedó sin castigo, pues el Señor suscitó contra Salomon varios y poderosos enemigos, y entre ellos á Adad idumeo de sangre real que habitaba en Edom. Porqué cuando David estuvo en la Idumea, y fué allí Joab general del ejército á dar sepultura á los que habian sido muertos y pasar á cuchillo á todos los varones idumeos, para cuya mortandad se detuvo allí seis meses Joab con todo Israél, este Adad escapó acompañado de algunos idumeos, criados de su padre, y fué á refugiarse en Egipto. Entónces era todavía niño de pocos años; y habiendo salido de Madian pasaron á Faran: y tomando consigo gentes de Faran entraron en Egipto y se presentaron á Faraon, rey de este pais, el cual dió á Adad casa y le señaló alimentos y le adjudicó tierras para que allí se estableciese. Adad cayó tanto en gracia á Faraon, que se unió con él en vínculos de parentesco casándole con una hermana carnal de la reina Tafnes, esposa suya. De esta hermana de Tafnes tuvo un hijo llamado Genubath, al cual crió Tafnes en el mismo palacio de Salomon con todo el esplendor y magnificencia régia; por manera que Genubath vivia en el palacio de Faraon con los hijos del Rey. Cuando supo Adad que David habia ido á descansar en el sepulcro con sus padres y que habia tambien muerto Joab general de sus tropas, concibió vivos deseos de vengar en el sucesor de David la afrenta de la huida, y dijo á Faraon: Déjame volver á mi patria. Y por mas que el Monarca egipcio le hizo presente que nada le faltaba en su palacio, persistió Adad en la demanda de que le permitiese pasar á la tierra de su nacimiento. Así es como Dios que tenia previstos los funestos extravíos de Salomon preparó de léjos los instrumentos de que se habia de servir para castigarle. El rey mismo de Egipto, Faraon aliado de Salomon, es el que Dios escoge entre todos los otros para encargarle la custodia y educacion de Adad, príncipe de la sangre real de Edom que se habia salvado solo de las manos de Joab en la ruina de la Idumea. Pero el Señor le puso en el pensamiento que volviese á esta misma Idumea, sin que nada pudiese apartarle de este designio, ni hacerle olvidar su patria desolada y reducida enteramente á esclavitud. Las órdenes de Dios eran las que le llamaban, bien que él mismo ignoraba el ejercicio ó ministerio para el cual era escogido. El sexto Faraon de que nos habla la Escritura Santa es quizá el mismo de que acabamos de hablar, ú otro antecesor suyo, cuya hija tomó por esposa Salomon cuando quedó confirmado en su mano el cetro de Israél y cuando aun no habia prevaricado: sobre lo cual los sagrados intérpretes hacen una observacion muy oportuna. La prohibicion que Dios habia puesto en su ley á los israelitas, segun se lee en el capítulo VII del Deuteronomio, se entendia principalmente

de los que habitaban en la tierra de Canaán; y aunque en el libro primero de Ésdras, cap. IX, se extiende de algun modo á las otras naciones, pero esto se debe entender con alguna limitacion, esto es si no abrazaban la religion del verdadero Dios: y esta excepcion se prueba con diversos ejemplos que se confirman en las Escrituras. De esto, y de lo que se lee inmediatamente en el ver. 3.° que *Salomon* amó al Señor, parece que no pecó en aquel entónces casándose con una hija del rey Faraon con las miras políticas quizá de tener por aliado un Rey poderoso para defender su reino y asegurarle de toda invasion enemiga. El séptimo FARAON de que nos hablan los Sagrados Libros es Sesac, 974 años ántes de Jesucristo, cuyo Monarca admitió y acogió en su reino á Jeroboam al cual queria Salomon hacer matar. Este mismo Sesac es el que declaró la guerra á Roboam hijo y sucesor de Salomon; y el año quinto del reinado de éste subió á Jerusalem, á cuya ciudad queria Dios castigar por sus infidelidades, llevando consigo mil y doscientos carros armados y sesenta mil hombres de á caballo, siendo ademas innumerable la gente que le seguia desde el Egipto; esto es, los de Libia, y los trogloditas y los etíopes. Y se apoderó de las ciudades mas fuertes de Judá, y se adelantó hasta Jerusalem. El profeta Semeías en tan apurado conflicto se presentó ante Roboam y los príncipes de Judá que se habian congregado en Jerusalem huyendo de Sesac, y con aquella santa libertad con que hablaban los enviados de Dios, así delante de los reyes como á la faz de los pueblos, les dijo: « Esto dice el Señor: Ya que vosotros me abandonasteis, yo tambien os abandono á vosotros en poder de Sesac. » Tanto el rey como los príncipes de Israél quedaron consternados profundamente á las palabras del profeta, y todos le respondieron á una vez: *Justo es el Señor*. Y este mismo Señor que solo espera la humildad del arrepentimiento para perdonar y que es misericordioso porqué es omnipotente, al ver que se habian humillado á su presencia suspendió el golpe de su indignacion y habló á Semeías diciendo: « Toda vez que se han humillado no acabaré con ellos, ántes « bien les daré algun poco de socorro, y no se derramará mi furor sobre « Jerusalem por mano de Sesac. Sin embargo, quedarán sujetos á él para « que conozcan la diferencia que va entre servirme á mí y servir á los re- « yes de la tierra. » Así pues Sesac rey de Egipto se retiró de Jerusalem, pero no sin llevarse consigo los tesoros del templo del Señor y del palacio real y los broqueles de oro que Salomon habia hecho fabricar, en lugar de los cuales mandó el Rey hacer otros de bronce, entregándolos á los capitanes de las guardias que guardaban el atrio ó las puertas de palacio; y cuando el Rey habia de ir al templo del Señor venian los guardias y tomaban los broqueles y los volvian despues á colocar en la armería. El haberse humillado el príncipe y los magnates de Israél mitigó la indignacion divina y detuvo la

completa destruccion de aquella ciudad y reino. En Judá habia en aquel tiempo no pocas personas de piedad y temerosas de Dios; y así como diez justos hubieran bastado para detener la terrible y universal catástrofe del diluvio en tiempos de Noé, estas almas virtuosas detuvieron sobre Judá el peso de la cólera divina. Con esto se alentó Roboam y reinó aun diez y siete años en Jerusalem, ciudad escogida por el Señor entre todas las tribus de Israél para establecer en ella el culto de su nombre. El octavo FARAON de que se habla en la Escritura es el que trabó alianza con Ezequías contra Sennacherib rey de los asyrios en el año 3290 del mundo y 710 ántes de Jesucristo. Cuando el santo rey Ezequías restableció el culto puro del Señor y se vió amenazado y estrechado por el tirano Sennacherib, entre las varias amenazas que Rabsaces general asyrio dirigió contra Ezequías le hizo la siguiente: «¿En quién has puesto esta tu confianza? ¿has acáso formado el « designio de prepararte para el combate? ¿en qué apoyas tu esperanza « para que así te atrevas á oponérteme? ¿por ventura esperas en el Egipto « que es un frágil baston de caña, sobre el cual, si un hombre se apoyare, « rompiéndose se le hincará en la mano y se la horadará? Tal es Faraon rey « de Egipto para todos los que confian en él. Mas ¿cómo podreis resistir « vosotros á uno de los mas pequeños sátrapas que sirven á mi señor? « ¿Confiais acáso en el Egipto por sus carros armados y su caballería?» El profeta Isaías en su cap. XXXVI pone casi las mismas palabras en boca del general asyrio, el cual se creia enviado como instrumento del Señor para acabar con su ingrato pueblo. « Si confias tú en el Egipto, le decia, por sus « carros de guerra y por su fuerte caballería, ¿acáso he venido yo sin ór- « den del Señor á destruir este pais? Marcha á esta tierra, me dijo el Se- « ñor, y anivélala con el suelo.» Con estas palabras aquel impío caudillo, burlándose de la confianza que el pueblo hebreo tenia en su Dios, se suponia conducido por este Dios mismo para acabar con toda la Judea y pedir con insolencia la rendicion de Jerusalem. El piadoso Rey al oir la amenaza de Rabsaces mandó buscar á Isaías para rogarle que interpusiese su oracion en favor de su pueblo. Isaías empero contestó á los enviados del Rey: « Ved ahí la respuesta que habeis de llevar á vuestro amo. El Señor dice: « No temas las palabras que has oido, con las cuales han blasfemado de mí « los criados del Rey de los asyrios. Yo voy á darle un soplo de destruccion.» Y en efecto, quedó libre Jerusalem de los asyrios, y á su segunda venida á la ciudad santa peleó por ellos el ángel del exterminio hiriendo de muerte á todo el poderoso ejército de los sitiadores; por manera que en la madrugada no se veian sino cadáveres. El noveno FARAON que se encuentra en las Escrituras es Nechao ó Nechos, rey de Egipto, hijo de Psamético, el cual llegó á las manos con Josías de cuyas resultas éste perdió la vida. Los histo-

riadores profanos le llaman Neos ó Necos, como puede verse en el libro II de Herodoto en donde refiere la expedicion de Faraon contra el rey de Asyria llamado Nabopolasár. Fué Josías un piadoso monarca en Israél: cumplió puntualmente las palabras del libro de la alianza encontrado en la casa del Señor, y mandó que todos prometiesen obedecer sus divinos preceptos. Desterró todos los restos y señales de idolatría; destruyó los agoreros y sacrificadores de los falsos dioses, derribando todos sus altares; hizo pedazos las estatuas, y taló los bosques sacrílegos, quitando todos los adoratorios que habia en las alturas de Samaria fabricados por los reyes de Israél para irritar al Señor; y vuelto á Jerusalem dió esta órden á todo el pueblo: «Celebrad la Pascua al Señor Dios vuestro, conforme se halla escrito en este libro de la alianza.» Jamas se celebró Pascua igual desde el tiempo de los Jueces que gobernaron á Israél, ni en todo el tiempo de los reyes de Israél y de los reyes de Judá, como fué esta Pascua que se celebró en honor del Señor en Jerusalem el año décimo octavo del rey Josías. Y segun los Sagrados Libros no hubo entre sus predecesores ningun Rey que se convirtiese como éste al Señor con todo el corazon y con toda su alma y con todas sus fuerzas, siguiendo en todo la ley de Moisés, ni despues de él nació otro que le fuese semejante. Sin embargo de esto, no depuso el Señor el enojo de su grande indignacion contra Judá por los ultrajes con que le habia provocado el impío Manasés. Y así dijo el Señor: «Yo arrojaré de mi presencia tambien « á Judá como arrojé á Israél; y desecharé á Jerusalem, esa ciudad que yo « habia escogido, y el templo del cual dije: Aquí es donde será invocado « mi nombre.» Despues de haberse verificado la grande y religiosa ceremonia de la celebracion de la Pascua y de la completa restauracion del templo, Nacao rey de Egipto salió á campaña para sitiar á Carcamis, ciudad contigua al Éufrates que pertenecia á los asyrios, de la cual Nacao queria hacerse dueño á viva fuerza; por cuyo motivo en nada podia incomodar al rey de Judá. Pero Josías tal vez sin consultar á Dios por medio de sus profetas ó por una humilde oracion, y siguiendo los impulsos no siempre acertados del propio consejo, marchó contra él con su ejército. Nacao viendo aquella intempestiva oposicion le envia á decir por medio de sus embajadores: «¿Qué motivo de disension hay entre los dos, para que sal- « gas á oponerte á mí, y pretendas cortarme el paso? No vengo yo á pelear « contra tí, ó rey de Judá, sino contra otra casa, contra la cual Dios me « ha mandado salir á toda prisa: deja pues de oponerte á Dios, el cual está « conmigo, no sea que el Señor te quite la vida.» Josías empero se hizo sordo á esta advertencia y no quiso retirarse, ántes bien se preparó para combatir con él. No quiso escuchar las palabras de Nacao, que segun el Sagrado Texto eran de Dios, bien fuese que Jeremías se lo hubiese así ad-

vertido, ó bien que Dios por medios que nos están ocultos hubiese hecho saber su voluntad á Nacao. Es la verdad que Josías avanzó temerariamente para venir á las manos en el campo de Maggeddo que estaba en la tribu de Manasés; y en aquella refriega fué herido por los flecheros del Rey asyrio, y dijo á sus criados: sácadme fuera del combate, pues estoy gravemente herido. Ellos le pasaron de su coche á otro que le seguia al estilo de los reyes y le llevaron á Jerusalem, en donde murió arrepentido de la desobediencia y falta que habia cometido contra Dios. Fué sepultado con solemnidad en el panteon de sus padres, y fué llorado de Jerusalem y de todo Judá, pues era príncipe de excelentes calidades. Lloróle en especial Jeremías, cuyas lamentaciones sobre Josías repitieron todos los cantores y cantoras por largo tiempo como un eco prolongado de justo dolor. Jeremías habia escrito varias lamentaciones, como entre otras las que canta todos los años la Iglesia en memoria de los dias de la pasion y muerte del Salvador y en las cuales llora el profeta la ruina de Jerusalem. Y segun indica el Sagrado Texto, esta lamentacion hecha sobre Josías tenia lugar entre las otras de Jeremías. Pero puede que esta lamentacion se haya perdido con el transcurso del tiempo, pues no se halla entre las que nos han quedado y leemos de este profeta. El último Faraon mencionado en los Sagrados Libros es el Hofra Ofra ó Efreo, que por su alianza con Sedecías, rey de Judá, y con los auxilios que le prestó este vino contra Nabucodonosór rey de Caldea. Jeremías reprehende á los judíos de Egipto á causa de sus idolatrías y les echa en cara su obstinacion sacrílega en persistir en su impiedad; y les predice su ruina dándoles por señal cierta de ella la derrota y muerte de Faraon. He aquí literalmente sus amenazas: « Escuchad la palabra del Señor, vosotros todos los del pueblo « de Judá que estais en tierra de Egipto: Esto dice el Señor de los ejércitos, « el Dios de Israél: Vosotros y vuestras mujeres habeis pronunciado con « vuestros labios y habeis ejecutado con vuestras manos aquello que de- « ciais: Cumplamos los votos que hicimos de ofrecer sacrificios y libacio- « nes á la Reina del cielo: Cumplisteis en efecto vuestros votos y los pusis- « teis por obra. Oid por tanto la palabra de Dios: He aquí que yo he jurado « por mi grande nombre, dice el Señor, que de ningun modo será pronun- « ciado mas en toda la tierra de Egipto el nombre mio por la boca de judío « alguno, diciendo: Vive el Señor Dios: Yo estaré velando sobre ellos para « su daño y no para su bien; y todos cuantos hombres de Judá se hallan en « Egipto perecerán al filo de la espada y de hambre, hasta que del todo « sean exterminados. Mas aquellos pocos que se librarán de la espada sa- « liendo de Egipto, estos volverán á la tierra de Judá, y todos los residuos « del pueblo de Judá que han entrado en Egipto para vivir allí, conocerán « si se verificará mi palabra ó la de ellos. Y ved aquí una señal dice el Se-

« ñor, de que yo he de castigaros en este lugar, para que conozcais que « verdaderamente se cumplirán mis palabras contra vosotros para vuestro « castigo. He aquí yo entregaré á Faraon Efreo ó Vafres, rey de Egipto, en « poder de sus enemigos, en manos de aquellos que buscan su perdicion; « así como entregué á Sedecías rey de Judá en manos de Nabucodonosór, « rey de Babilonia enemigo suyo, que buscaba como perderle. » Esto es lo que se lee en la Sagrada Escritura acerca los antiguos Faraones de Egipto. Á ello añaden los musulmanes algunas especies que tal vez serán leidas con curiosidad. Dicen que el Faraon en cuyo reinado vino Jacob á Egipto se llamaba *Riam* y su sucesor *Massaab*, aquel empero que trató con Moisés *Cabous* ó *Valid*. Aquel primer Faraon encumbró á José á una elevada dignidad; el segundo favoreció á los judíos por causa de José; el tercero borró no solo de su memoria á José sino tambien su propio estado, pues se engrandeció á sí mismo como á Dios, diciendo á los suyos: Yó soy vuestro supremo Señor, esto es, vuestro Dios. Los hebreos rehusando constantemente reconocerle como á Dios, llamaron sobre sí una cruel persecucion que duró hasta que Moisés los separó de Egipto y se hizo su conductor. Eutico patriarca de Alejandría, refiere que se llamaba Amiove aquel Faraon, que persiguiendo á los hebreos fué devorado por las ondas del mar Rojo. Algunos mahometanos le llaman *Senan* Ben-Ulvan. Mucho mas añaden al referir la historia de los egipcios, cuando temerarios entraron en el alveo del mar Rojo, de lo cual les disuadia el ángel Gabriel montado en un blanquisimo caballo: que el cadáver del príncipe egipcio fué escupido por las olas á un punto y á otro, primero en la playa que tenian los hebreos, despues á la opuesta que ocuparon los egipcios para que todos entendiesen la muerte y el castigo de aquel Monarca desgraciado. — J. R. C.

FARDELLA (Ángel) carmelita calzado. Fué natural de Trápani, ciudad de la isla de Sicilia. Habiéndose afiliado á la Órden carmelitana, lució mucho en ella por su vasta instruccion, no ménos que por la excelencia de sus virtudes. Dedicóse mucho á la enseñanza sin descuidar por esto el ejercicio de la predicacion, en que tambien se ocupó con celo y fruto alcanzando en él un nombre ilustre por su grande y persuasiva elocuencia. Entre otras prendas que le adornaban, estaba dotado de gran prudencia, la que demostró en el gobierno del convento de Trápani que rigió dos veces como prior. Floreció por los años de 1650. Dió á luz las obras siguientes: 1.°: *Orazione funerale recitata nella cittá di Piazza il giorno 30 di Gennaro dell' anno 1648 nell' esequie del Sig. che fú D. Giuseppe Strarabba*, Palermo, por Bua y Porta-nova, 1648, en 4.°. 2.°: *Il titolo di Maria, Maria del Carmine, predica fatta in Palermo nel 1648*, Palermo, por Pedro de Isola, 1658, en 8.°. — J. S.

FARDELLA (Miguel Ángel). Nació en Trápani, en Sicilia, de padres nobles en 1650. Fué educado con el esmero que correspondia á su clase; y á sus maestros, á su grande aplicacion y á sus bellas disposiciones debió el completo desarrollo de sus facultades intelectuales con una rapidez tan extraordinaria, que dejó pasmados á cuantos supieron distinguir ya entónces el mérito del jóven Fardella. Tendria como unos quince años de edad cuando entró en la tercera Órden del seráfico S. Francisco. Dedicóse por algun tiempo al estudio de la teología; pero la grande aficion que mostró á las ciencias naturales inclinó á sus superiores que no querian disgustarle á dedicarle á la filosofía. Luego de haber recibido órdenes sagradas le enviaron á Mesina donde siguió las lecciones del célebre Borelli con tanto acierto, que muy en breve se vió en estado de difundir por sí mismo útiles conocimientos sobre todos los ramos de la física y de las matemáticas. En 1676 fué enviado á Roma para profesar la geometría en el colegio de S. Pablo *ad arenulam*, y poco tiempo despues se le permitió trasladarse á Francia. Durante el período de tres años que residió en Paris trabó íntimas relaciones con varios sabios entre los cuales se contaban Regis, Mallebranche y Lamy, y á su lado aprendió perfectamente los principios de la filosofía de Descartes del cual se mostró celoso partidario. De regreso á Roma fué graduado de doctor en teología y nombrado catedrático de esta ciencia en el convento de S. Cosme y S. Damian; pero no por esto olvidó nunca su decidida inclinacion al estudio de la física, cuya ciencia formaba el principal objeto de todas sus conversaciones. Destinaba por lo regular los momentos de recreo á hacer nuevas investigaciones y experimentos asistiendo en sus conferencias los hombres mas instruidos de su tiempo, que se complacian en escucharle con la mayor atencion y nunca se retiraban sin haberle tributado justos y bien merecidos elogios. La reputacion de Fardella se extendió muy luego por toda la Italia. Á instancias del duque de Módena aceptó la cátedra de filosofía en la academia de esta ciudad, de cuyo cargo hizo dimision al cabo de poco tiempo con el objeto de trasladarse á Venecia, donde se encargó de la educacion de algunos jóvenes. En 1693 el Papa le dispensó los votos, y en el año siguiente sucedió á Geminiano Montanari en la cátedra de astronomía y de física de la universidad de Padua. En 1700 reemplazó á Cárlos Rinaldini, primer profesor de filosofía, siendo nombrado al propio tiempo doctor en esta facultad y en la de medicina que presidió alternativamente con igual éxito. En 1709 Fardella siguió á Barcelona al archiduque de Austria de quien habia recibido el título de su matemático con una buena pension. En esta ciudad fué donde sufrió en 1712 un primer ataque de apoplegía tan violento, que debilitó extraordinariamente su salud y sus facultades morales. Siguiendo en esta ocasion el consejo de sus ami-

gos se trasladó á Nápoles con la esperanza de alcanzar su pronto restablecimiento; pero siguió enfermizo durante algunos años, y terminó su carrera de resultas de un segundo ataque apoplético en 2 de Febrero de 1718. Fardella era hombre dotado de grande espíritu y de una imaginacion brillante: sin embargo, su constancia en la meditacion habia alterado de tal modo su fisonomía, que llegó á adquirir todas las apariencias de imbécil. Otra de las prendas que le adornaban consistia en su extraordinario desprendimiento; rara vez se denegaba á las súplicas, ni aun á las exigencias de los que le pedian; así es que á pesar de la ventajosa posicion que ocupó durante su vida, cuando descendió al sepulcro murió en un estado muy próximo á la pobreza. Tenemos de él algunas obras muy elogiadas en los diarios de aquella época, pero hoy dia muy poco conocidas atendido lo mucho que han progresado las ciencias exactas en estos últimos siglos. Las mas principales son: 1.ª: *Universæ philosophiæ systema in quo novâ quâdam et extricatâ methodo naturalis scientiæ et moralis fundamenta explicantur*, Venecia, 1691; Leyden, 1691; Amsterdam, 1695, en 12.°. Esta obra debia ser continuada, pero su continuacion no se publicó. 2.ª: *Universæ usualis mathematicæ theoria; tomus primus qui dialecticam mathemathicæ, seu organum ad universalis quantitatis naturam experiendam comparatum complectitur*, Venecia, 1691; Leyden, 1691; Amsterdam, 1695, en 12.°. Este es el único tomo que se ha publicado. 3.ª: *Animæ humanæ natura ab Augustino detecta*, Venecia, 1698, en fólio. 4.ª: Varias *Cartas* en italiano, impresas en la *Galería de Minerva*, Venecia, 1696 y 1697. Dos de estas *Cartas* tienen por objeto rechazar los ataques de Mateo Giorgi contra el cartesianismo. 5.ª: Varios *Opúsculos* poco interesantes. Mongitore da la lista de las obras que Fardella dejó manuscritas, en 1708; pero ninguna de ellas llegó á imprimirse. — G.

FARDILLA (María Magdalena de S. Agustin). Fué patria de esta esclarecida esposa de Jesucristo la ciudad de Palermo, capital de la isla de Sicilia, en la que nació á 28 de Enero del año 1611 de los virtuosos consortes Plácido Fardilla, marqués de S. Lorenzo y Ana María Pacheco, hija de los marqueses de Villena. Llamáronla Cecilia en el bautismo, cuyo nombre trocó con el de María Magdalena al entrar en religion. Inclinada á este estado desde su niñez no hicieron impresion alguna en su corazon ni los halagos y placeres, ni las pompas y vanidades del siglo; ántes por el contrario despreciólo todo heróicamente para vestir el tosco hábito de carmelita descalza, que tomó en el convento de las santas Ana y Teresa de la misma ciudad de Palermo, el dia 22 de Julio de 1635. Transcurrido el año de noviciado, durante el cual dió ya inequívocas pruebas de verdadera vocacion y singular virtud, consagróse del todo á Dios por medio de los votos so-

lemnes. Decidida á la completa observancia de las reglas del instituto en que se afiliara, y resuelta á hacer cuanto estuviese de su parte para adelantar cada dia en perfeccion sufrió con invencible fortaleza y paciencia terribles y molestisimos tormentos de ánimo, muchas y diferentes tentaciones y multiplicadas angustias con que tuvo á bien su divino Esposo acrisolar su inocente alma. Levantada á una contemplacion altisima, su vida era solo de espíritu: el mundo no existia para ella, ni la carne tenia imperio en aquella alma escojida. Esclarecida por sus heróicas virtudes fué seis veces prelada de su monasterio, conciliándose no solo la estimacion, sí que tambien la veneracion de todas las religiosas con su insigne prudencia, caridad y celo en la observancia regular. Agracióla el Señor con el don de discrecion de espíritus, con el cual descubrió las artificiosas mañas de una mujer perdida que con ayuda del demonio habia logrado engañar á muchos con falsas maravillas haciendo que la tuviesen por santa. Colmada por fin de méritos y llena de dias voló á su celestial Esposo el dia 20 de Noviembre del año 1694. Su cadáver, á cuya veneracion concurrió un pueblo innumerable atraido por la fama de santidad, exhaló un olor suavisimo, así como tambien la celdilla en que espiró. Escribió en lengua italiana: 1.°: *La historia de la fundacion y traslacion del monasterio panormitano de Sta. Teresa*, Venecia, 1673: y en la latina; 2.°: *Reflexiones in Regulam et constituliones suas*, obra manuscrita. 3.°: *Exhortationes domesticæ*: manuscrito que cita Blas de la Purificacion en el libro segundo de la Vida de esta sierva de Dios. — J. S.

FARDULFO, décimosexto abad de S. Dionisio. Fué conducido á Francia con Desiderio, último Rey de los lombardos, de quien era el favorito, y allí descubrió á Carlo-Magno un complot tramado contra sus dias por Pepino, su hijo primogénito. Esta prueba incontestable de adhesion le granjeó la confianza del Rey, quien para darle una muestra de lo mucho que apreciaba sus servicios le proveyó de varios beneficios y despues de la muerte de Maquiario acontecida en el año 790 le nombró abad de S. Dionisio. Confióle ademas el encargo de visitar con Estévan conde de Paris las provincias del reino para enterarse de las quejas y reclamaciones de sus vasallos, dándole parte del resultado. Fardulfo empleó una parte de sus rentas para socorrer á los pobres, y otra para embellecer la iglesia de su abadía. La pureza de sus costumbres y la sabiduría de su administracion le valieron los elogios del sabio Alcuino y de Teodulfo, obispo de Orleans. Murió este abad en 22 de Diciembre de 806, y fué enterrado en su propia abadía. Fardulfo era hombre muy instruido y buen poeta latino; pero no se conservan de él mas que tres composiciones publicadas por Duchesne bajo el nombre de Alcuino: (*Rerum francorum script. coætan.*, tom. II, pág. 645 y 646). La primera es una inscripcion para la fachada del palacio que

habia mandado construir en el recinto de su abadía á fin de recibir en él al Emperador ; la segunda es relativa á la consagracion de una capilla dedicada á S. Juan Bautista ; y la tercera una epístola á Carlo-Magno. — O.

FARE. (Véase Fara).

* FARELLA (Sor Ana María Federici) terciaria reformada. En el convento de Caltabuturo de los reformados de la provincia de Sicilia yace sepultada esta venerable sierva de Dios, la cual nació en la misma tierra, y fué hija de Antonio y de Flora Farella, hermana del V. Fr. Benedicto de Caltabuturo, profeso en la Religion reformada. Llamóse en el siglo Bartolomea, y fué desposada contra su voluntad con Francisco Federici con el cual tuvo asaz ocasion de ejercitar su paciencia, no quejándose nunca de su proceder y deseando con ansia el padecer. Lamentábase con Dios cuando no le enviaba tribulaciones diciendo: «Señor, paréceme que no me quereis bien miéntras no me deis algun trabajo; pero luego quedaba consolada ó con alguna enfermedad ó con algun mal encuentro, de lo cual se alegraba en gran manera.» Cierto dia teniendo enfermos á sus pequeños hijos, vuelta al Señor le rogó que se dignase enviarle á ella alguna enfermedad y volver la salud á sus hijos, y el buen Dios la consoló por entónces enviándole una fluxion de ojos que le repitió varias veces, durándole cada vez dos meses. Era asaz caritativa con el prójimo, al cual daba todo cuanto podia : iba secretamente recogiendo limosnas para distribuirlas entre los pobres ocultos ó vergonzantes, á quienes socorria en sus necesidades. Á todos enseñaba los caminos del Señor, y como tenia de Dios el don de hablar bien era de todos escuchada con gusto, acostumbrando á decir : «Hijos mios, la tribulacion es necesaria para la perfeccion ; y por todas estas virtudes era á menudo perseguida y afligida por el espíritu maligno.» Era asidua en la oracion y contemplacion, estando siempre con el pensamiento elevado al cielo por haber obtenido de Dios el don de éxtasis, y así á menudo la encontraban en un rincon de su casa abstraida de sentidos y como muerta : conociéndose por sus ansias y suspiros que aquel rapto era de Dios. Obtuvo tambien el espíritu de profecía como se vió en muchos casos, y particularmente en cierta ocasion cuando dirigiéndose á la ciudad de Trápani pasó por la de Palermo, en donde á un caballero que la recibió en su casa con mucho agasajo reveló que en la tarde de aquel mismo dia se habia de encontrar en un grande peligro de muerte, y así sucedió. Fué tambien dotada por el Señor de gran fortaleza de espíritu ; por manera que ni en la muerte del hijo ni en la del marido se la vió lamentarse, no por falta de sentimiento, sino por su conformidad con la voluntad divina. Fué muy devota del Santísimo Sacramento del altar, al que, saliendo para ser llevado á los enfermos, solia acompañar al momento dejando todos sus quehaceres. Muerto su marido se vistió con

el hábito de terciaria reformada, y se le puso el nombre de Sor Ana María. Apénas se vió cubierta con la lana seráfica, empleó todas sus fuerzas para avanzar mas en la perfeccion, dándose con mas fervor á una continua y áspera penitencia; de tal manera que todos la tenian por una santa religiosa, complaciéndose el Señor en obrar por su intercesion aun en vida suya muchos milagros. Se refiere de una niña curada repentinamente de mal de garganta con la aplicacion de un poco de saliva suya, y que con sus ruegos apagó mas de una vez el fuego que se habia pegado en varias casas. Enriquecida, pues, la sierva de Dios con tantos y tan singulares favores, vióse de repente acometida de mortal enfermedad que sufrió con tal conformidad de su querer al querer de Dios y con tal espiritual alegría, que ni aun deseaba ser compadecida. Y despues de haber recibido los Santos Sacramentos en el dia 1.° de Octubre dedicado entónces al Ángel custodio, en el año 1633, pasó á gozar de Dios, como piadosamente se cree, y su cuerpo fué honoríficamente sepultado en la iglesia de S. Blas donde entónces estaba el hospital, obrando el Señor algunos milagros en honor de su sierva. Despues, en el mismo año 1663, fué trasladado su cuerpo de la dicha iglesia de S. Blas á la del convento de franciscanos de Sta. María de Jesus, y fué colocado debajo del coro al entrar á mano derecha con el siguiente epitafio: *Hic jacet devota Soror Anna Maria Federico et Farella Terziaria.* Así lo escribe el Cronista de la Órden en Sicilia lib. II, cap. XVI. — N. A. T.

FARES ó Pharés, hijo de Machir y de Maacha. En el libro I de los Paralipómenos cap. VII donde se trata de la descendencia de Manassés, ver. 16, entre los hombres esforzados para la guerra se hace mencion de Fares como á escudero ó de la caballería y de los que iban en la vanguardia por guias ó exploradores. Su nombre coincide con la palabra parasch ó paras que encierra el significado de los que divisaban, exponian ó declaraban la situacion de los guerreros en campaña. — O.

FARES ó Pharés, hijo de Judá y de Thamár. Hallándose Thamár en los momentos del parto conoció que estaba embarazada de dos mellizos. Sacó uno de ellos la mano y la partera ató en ella un hilo de grana, diciendo: « éste saldrá el primero »; pero retrayendo el niño la mano salió el otro, y entónces exclamó la mujer: « ¿por qué habeis metido así la division en la familia? ¿Ó por qué se ha roto por tu causa la pared? »: por cuyo motivo le dió el nombre de Fares. Despues salió su hermano, en cuya mano estaba el hilo de grana á quien llamó Zara. La Escritura no marca el año en que nacieron estos dos gemelos. Fares tuvo dos hijos el uno llamado Hesrón y el otro Hamúl. Génesis, XXXVIII, 25 y Números XXVI, 20, 21. — O.

FARFAN (Fr. Juan) hijo de D. Diego Fernandez y de D.ª Ana Rodriguez. Nació en Sevilla y en la misma ciudad tomó el hábito del Órden de

S. Agustin. Principió sus estudios con grande aprovechamiento en el colegio de Alcalá de Henares y leyó artes y teología en el convento de su patria donde fué admirado por su sabiduría y venerado por su virtud. En la cátedra del Espíritu Santo desplegó una elocuencia asombrosa atendido el siglo en que vivia, en términos que se hizo acreedor á los aplausos de sus numerosos oyentes, alcanzando con el don de persuadir que poseia en alto grado los mas felices resultados. Nombráronle en 1582 visitador de la provincia de Andalucía, y en el año siguiente se graduó de doctor en teología en la universidad de su patria y de maestro en su Religion. Obtuvo la prelacía del convento de dicha ciudad dos veces consecutivas, y en 1598 el provincialato bajo cuya calidad se distinguió extraordinariamente, ya estableciendo santas y sábias leyes, ya procurando por todos los medios imaginables el aumento espiritual y temporal de su Órden: debiéndose á su celo la fundacion del colegio de S. Acacio de Sevilla. Se ignora la época en que murió. — O. R.

FARFAN. (Véase Barrera).

FARFAN (Fernando de la Torre) presbítero. Se ignora el año en que nació y tambien el de su muerte, así como las circunstancias particulares de su vida. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *Fiestas de la Santa iglesia metropolitana y patriarcal de Sevilla al nuevo culto del señor rey San Fernando el III de Castilla y de Leon, concedida á todas las iglesias de España por la santidad de Clemente X*, Sevilla, en la imprenta de la viuda de Nicolas Rodrigo, 1671, en folio. 2.ª: *Templo panegírico y certámen poético en las fiestas del Sagrario nuevo de Sevilla*, idem, 1662, en 4.°. Arana en su obra titulada: *Hijos de Sevilla* dice, que compuso otras obras cuyos títulos no menciona. — G.

FARFAN DE LOS GODOS (Antonio) presbítero secular, natural de Sevilla. Se ignora la época en que nació, y tan solo se le cita como autor de un libro titulado: *Explicacion del capítulo IV de la epístola de S. Pablo á los tesalonicenses*. Del prólogo de esta obra consta haber escrito otras varias; y así lo afirma Rodrigo Caro en sus *Varones ilustres*. — G.

FARGEAU (S.). (Véase Ferreolo S.).

FARGET ó FERGET (Pedro) antiguo traductor frances, acerca del cual son muy escasas las noticias que se tienen. El artículo que Próspero Marchand le consagró en su diccionario, si bien llenó de pormenores bibliográficos sumamente curiosos, ninguna circunstancia particular nos trae del autor. Farget habia nacido en el siglo XV y probablemente en Leon de Francia, donde, segun conjeturas, residió la mayor parte de su vida. Habiendo abrazado el Órden de S. Agustin recibió el grado de doctor y enseñó por algun tiempo la teología. Julian Macho de la misma Órden se asoció á

Farget para traducir los *Libros historiados del antiguo y del nuevo Testamento*. Segun Próspero Marchaud no hicieron mas que retocar la version de Guyart des Moulins que se hallaba aun inédita. Sea de esto lo que fuere, la *Biblia historiada* se imprimió en Leon de Francia por Barth Buyer, dos tomos en folio en dos colunas, sin fecha: bien que se calcula que es posterior á 1477. Hay de esta Biblia una edicion separada del nuevo Testamento salida de las prensas del mismo impresor sin fecha, en folio y en líneas corridas. Estas impresiones son extraordinariamente raras y se pagan á buen precio. Los dos asociados publicaron en seguida la traduccion del *Espejo de la vida humana* y revisaron la del *Propietario de todas las cosas* de Glanville por Corbichon. Farget tradujo por sí solo el *Proceso de Belial* y el *Fardel de los tiempos*, ó las *flores y estilos de los tiempos pasados, y los hechos maravillosos de Dios tanto en el antiguo como en el nuevo Testamento*. Farget vivia aun en el año 1490, pero se ignora la época en que murió.—E. A. U.

FARIA (Fr. Cristóval de) portugues. Vistió el hábito del Órden de menores en la provincia llamada Arrabida. Se ignora la época en que nació y tambien la de su muerte. Cardoso cita de él con elogio varios *Sermones;* de lo que se deduce que á su constante aplicacion al estudio de las Letras Sagradas debió el fondo de doctrina y la elocuencia que se observa en todos sus discursos. — G.

FARIA (Francisco de). Natural de Granada, aunque hay quien ha querido suponer si era portugues, ó á lo ménos oriundo de Portugal fundándose en el apellido. Jóven sumamente aplicado y de buen ingenio, hizo admirables adelantamientos en los estudios y muy particularmente en la bella literatura. Abrazó el estado eclesiástico, y muy luego fué canónigo doctoral de la santa iglesia de Almería, de donde pasó, segun se cree, con la misma dignidad de canónigo á Málaga. Se ignora la época en que murió. Tradujo en elegantes versos, *El robo de Proserpina de Claudiano*, Madrid, 1608, en 8.°. Hay quien supone que es autor del poema, *Dominica cruce*. Miguel de Cervantes en su obra titulada: *Viaje al Parnaso* elogia el mérito de este autor con estos versos:

Este, que de la cárcel del olvido
Sacó otra vez á Proserpina hermosa,
Con que á España y al Dauro ha enriquecido,
Verásle en la contienda rigurosa,
Que se teme y se espera en nuestros dias,
Culpa de nuestra edad poco dichosa
Mostrar de su valor las lozanías;
Pero ¿qué mucho, si es aqueste el docto
Y grave D. Francisco de Farías?

Este, de quien yo fuí siempre devoto,
Oráculo y Apolo de Granada. — O.

FARIA (Tomas de). Fué patria de este varon esclarecido la ciudad de Lisboa, capital de todo el reino de Portugal. Hijo de Antonio Martinez y Ana de Figuereido, honrados y piadosos consortes, procuraron estos darle una educacion esmerada y tan cristiana, que llegando á conocer Tomas cuan fugaz y perecedera es la gloria del mundo y lo vano y engañoso de sus placeres, prefirió la humildad de la religion entrando de novicio en la de carmelitas el dia 23 de Mayo de 1580 teniendo veinte y un años de edad. Hecha su solemne profesion al año siguiente en el mismo convento de Lisboa, emprendió con ardor la carrera de los estudios, la que concluida dedicóse al profesorado enseñando por mucho tiempo teología en el colegio de Coimbra, despues de recibida la borla de doctor en esta facultad en la academia de la misma ciudad. Versado en las lenguas hebrea y griega, debió á sus relevantes dotes el haber sido elegido dos veces provincial de Lusitania y prior del convento de Lisboa, en el intervalo que medió entre uno y otro provincialato, y posteriormente ascendido á la dignidad pontifical recibiendo el título de obispo targense en África el dia 22 de Agosto de 1616, siendo consagrado en 16 de Enero del año siguiente por manos de Fr. Gerónimo de Govea, obispo de Juncal. Murió por fin en la ciudad de Lisboa su patria el dia 23 de Octubre de 1628. Tradujo del portugues al latin el poema titulado: La *Lusiada* de Luis Camoens, príncipe de los poetas lusitanos, con este título: *Lusiadum libri decem*, en versos exámetros, Lisboa, 1622; omitido empero el nombre del autor Camoens y disimulado el trabajo del traductor: lo que dió márgen á algunos escritores para creer que fuera nuestro Fr. Tomas el autor primitivo de esta obra. Escribió: 1.°: *In libros sententiarum* dos volúmenes que se conservaban manuscritos en el convento carmelitano de Lisboa segun refiere Agustin Biscarreti. 2.°: *Decades Historiæ rerum sui temporis*, de las que hace mencion Luis Cardoso. — J. S.

FARIA (Fr. Basilio). Nació en Lisboa en 15 de Mayo de 1569. Abrazó el estado eclesiástico, y siendo hombre de muy bellas disposiciones para la música aprendió este arte y fué nombrado chantre de la iglesia de Évora en 1589. Gozaba ademas de la reputacion de sabio y gobernó con acierto la diócesis durante la sede vacante. Algun tiempo despues tomó el hábito de cartujo y se mostró tan exacto observador de la Órden, que á pesar de poseer las lenguas sábias y las matemáticas renunció las ventajas que podia proporcionarle su enseñanza para entregarse exclusivamente á la piedad. Este buen religioso murió en 5 de Abril de 1625 á la edad de sesenta y seis años. Escribió las obras siguientes: 1.°: *Artem brevem linguæ latinæ.*

2.ª: *Sobre el desempeño del Patrimonio Real del reino de Portugal.* 3.ª: *De las ceremonias de la Misa.* 4.ª: *Vida de S. Bruno.*—O. A. R.

FARIA (Manuel Severim de) escritor portugues. Nació en Lisboa en 1581 ó 82. Despues de haber cursado filosofía y teología recibió el grado de doctor en ámbas facultades y fué nombrado chantre y canónigo de la catedral de Évora; y murió en esta misma ciudad en 16 de Diciembre de 1655, habiendo gozado durante su vida de la reputacion de hombre sabio, piadoso, buen anticuario, y excelente numismático. Se citan de él con elogio las obras siguientes: 1.ª: *Varios discursos políticos*, Évora, imprenta de Manuel Carvalo, 1624, en 4.°. Estos discursos se titulan: 1.°: *De la asistencia del Rey en Lisboa.* 2.°: *Vida de Juan de Barros.* 3.°: *De la lengua portuguesa.* 4.°: *Vida de Luis de Camoens.* 5.°: *Del ejercicio de la caza.* 6.°: *Vida de Diego de Conto.* 7.°: *Del orígen de las vestiduras, de que usó el clero de Portugal.* 2.ª: *Prontuario espiritual:* cuya obra le atribuye Jorge Cardoso en su *Agiologio lusitano* en 21 de Abril. 3.ª: *Noticias de Portugal ofrecidas al rey N. S. D. Juan IV, en donde se declaran las grandes comodidades que tiene el reino para crecer en gente, industria, comercio, riquezas y fuerzas militares por mar y tierra; el orígen de todos los apellidos y armas de las familias nobles del reino, las monedas que corrieron en esta provincia desde el tiempo de los romanos hasta el presente, refiriendo igualmente varios elogios de príncipes y de varones ilustres portugueses*, Lisboa, imprenta de Graesbeckiano, 1655, en folio. Esta obra, escrita en portugues y citada tambien por Cardoso en su *Agiologio lusitano* el 14 de Abril, fué revisada en esta edicion por el mismo autor. 4.ª: *Historia eclesiástica de los arzobispos de Évora.* 5.ª: *Linajes de Portugal.* 6.ª: *Las Vidas de los varones ilustres portugueses, así en las armas como en las letras.* 7.ª: *De cardinalibus lusitanis*: obra que Antonio Macedo elogia en su *Lusitania purpurata.* 8.ª: *Catálogo de todos los escritores portugueses;* cuya obra le atribuye Francisco Brandano en el prólogo de la quinta parte de la *Monarquía lusitana.* 9.ª: *La Vida de Pedro Gaspar de Miranda, de la Compañía de Jesus.* Todas estas obras están escritas tambien en portugues, y son muy notables por una elegancia y una pureza de estilo que recuerdan el bello siglo de la literatura española.—O.

FARIA (V. Fr. Luis). Este insigne portugues floreció en el siglo XVI: desde muy jóven se aficionó á la vida religiosa y tomó el hábito del Órden de Sto. Domingo, haciéndose admirar muy en breve de todos los demas religiosos así por su exacta obediencia como por su constante aplicacion, y sobre todo por su amor á la oracion y á la penitencia. No habia religioso mas humilde ni mas ejemplar; contaba las horas del dia por las del trabajo; era sumamente parco en la comida; apénas dormia, y todo su placer, toda su

dicha se concentraba en derramar á manos llenas sobre el infeliz y el necesitado el bálsamo consolador de la caridad cristiana. En el claustro, en las casas de los particulares, en la cátedra del Espíritu Santo, en todas partes Faria era el mismo; esto es, el ángel protector de la humanidad desvalida. Todo su afan se dirigia á ganar almas para el cielo; así es que á mas de desplegar en el púlpito una elocuencia persuasiva y un celo verdaderamente apostólico, se dedicaba á escribir varios tratados espirituales llenos segun Cardoso de doctrina y capaces de ablandar aun los corazones mas empedernidos. En el año 1555 apareció la peste en Portugal, y la ciudad de Évora fué la que mas experimentó los efectos de aquel terrible azote, de modo que quedaban los enfermos abandonados porqué los que podian auxiliarles buscaban la salvacion en la fuga. Fr. Luis en esta ocasion se excedió á sí mismo; su corazon naturalmente sensible se cubrió de tristeza al oir los clamores de tantos infelices que sepultados en el lecho del dolor no encontraban quien les alargase una mano piadosa. El anciano decrépito, la desolada viuda, el infeliz huérfano, gemian pero en valde porqué no hallaban quien les socorriera en tan amargos momentos. Fr. Luis de Faria voló á la cabezera del enfermo para prodigarle los auxilios temporales y espirituales: siempre habia sido dulce, elocuente y caritativo, pero nunca en tan alto grado como en esta ocasion. Su sola vista bastaba para animar al moribundo y para menguar los pesares de innumerables familias. No cesaba de dia y de noche en su piadosa tarea, hasta que llegó el momento en que Dios quiso premiar su relevante mérito llamándole para sí. Atacóle la enfermedad reinante, y conociendo Fr. Luis que se acercaba su último momento recibió los Sacramentos con el fervor propio de un Santo, y estrechando entre sus brazos á un Crucifijo espiró.—O. R.

FARIAS (Fr. Alberto) carmelita. Nació en Sevilla en el año 1486. Desde muy niño manifestó inclinacion al estado religioso, y despues de haber seguido sus primeros estudios, en 1502 tomó el hábito en el convento de Ntra. Sra. del Cármen establecido en la misma ciudad. Siguió allí los cursos de filosofía y teología, y como su vocacion era verdadera y grande su aplicacion aprovechó tanto de las lecciones de sus maestros, que con la ayuda de su talento natural, de su imaginacion fecunda, y de mucha penetracion, llegó á ser uno de los primeros teólogos escolásticos de su siglo. No se limitó á la enseñanza de esta ciencia; tomó la pluma y escribió algunos *Tratados* que eternizaron su nombre por el grande caudal de doctrina que ofrecen. Su vida no fué muy larga en realidad; pero si ha de medirse por los trabajos que hizo, cualquiera juzgará que supo aprovechar útilmente aun los minutos. Murió este sabio y laborioso carmelita en Sevilla en el año 1542 á los 56 de su edad. Escribió; 1.°: *Lecturas teológicas en dos libros.* 2.°: *Dialogorum*

mixtæ Phrasis, in quibus Sacræ Scripturæ Hebraismo et Grecismo enodat satis subtiliter. En esta obra responde á las dificultades que resultan de la combinacion de los textos griego y hebreo fundando sus resoluciones con tanto criterio y con tanta solidez, que por sí solas demuestran lo muy versado que estaba en ámbas lenguas; de modo que esta obra ha triunfado libertándose de la suerte que cupo á muchos de los escritos del siglo XVI que cuando ménos han quedado condenados al olvido.— G.

FARIGNANO, general de los franciscanos, despues patriarca de Grado, y finalmente cardenal en el siglo XIV. Habia nacido en Farignano, en el territorio de Módena, de una familia originaria de Bolonia. Abrazó el estado religioso tomando el hábito del Órden de S. Francisco; oyó con gusto las lecciones de sus maestros, profundizó las ciencias sagradas, y llegó á poseerlas en tan alto grado de perfeccion, que no tardó en adquirirse el título de excelente teólogo. La fama de su sabiduría se extendió aun mucho mas desde el momento que hizo sentir su voz en la cátedra del Espíritu Santo. Predicó en las principales ciudades de Italia, y en todas partes fué oido de un inmenso concurso, cuyo silencioso recogimiento era la prueba mas evidente de cuan grata se hacia su elocuencia á la par que enérgica, dulce y persuasiva. Ejerció Farignano los primeros cargos de su Órden con un celo, prudencia y sabiduría dignos de todo encarecimiento, y por este motivo fué elegido general en el año 1368. Al parecer lo que le faltaba para que quedase bien cimentada su reputacion eran las persecuciones, que por lo regular se ceban siempre en las personas de mérito sobresaliente, y en esta parte alcanzó todo cuanto podia desear. Algunos religiosos envidiosos de su elevacion, ó apesadumbrados tal vez al ver los esfuerzos que hizo Farignano para lograr como logró sustraer á los religiosos celosos por la observancia de la jurisdiccion de los provinciales, le acusaron de heregía ante el papa Urbano V, quien para proceder con aquel tino y prudencia que las circunstancias y la gravedad del caso exigian nombró comisarios con facultad especial para examinar el negocio detenidamente y dar su parecer. En todas épocas la heregía ha causado males y estragos incalculables, pero aun mas en el siglo XIV en que al parecer la malicia del hombre se habia desencadenado para turbar la paz de la Iglesia. No era extraño, pues, que S. S. se alarmase al oir el eco de la atroz calumnia que se levantaba nada ménos que contra un general de la Órden que tantos varones ilustres en virtud y en letras iba produciendo; pero muy en breve la pureza de la fe de Farignano resplandeció como un nuevo sol: hízose pública su inocencia, y el papa Gregorio XI, sucesor de Urbano, quedó tan persuadido de ello que en 1373 le dió el patriarcado de Grado y le empleó en negociados de la mas grande importancia, que desempeñó Farignano con aquel

celo y acierto que tenia de costumbre. Urbano VI sucesor de Gregorio XI satisfecho de su comportamiento le elevó á la dignidad de cardenal en 1378. Tomas continuó prestando grandes y señalados servicios á la Santa Sede hasta su muerte acontecida en Roma en 1381.—J. M. G.

FARIN (Nicolas) (1) historiador. Nació en el siglo XVII en Ruan. Abrazó el estado eclesiástico, y habiendo obtenido el modesto priorato de Ntra. Sra. de Val, compartió su vida entre los deberes de su estado y en la investigacion de las antigüedades de su ciudad natal. Murió en 1675. Tenemos de él: *Historia de la ciudad de Ruan*, 1668, tres tomos en 12.°. Esta obra está redactada en estilo sencillo y claro; la relacion de los hechos es muy exacta, y entre ellos se encuentra una multitud de pormenores interesantes y curiosos. La edicion que acabamos de citar es sumamente rara; y por lo mismo es la única que los aficionados deben buscar. Las siguientes han sido corregidas por Juan Le-Lorrain, capellan de la iglesia metropolitana, muerto en 1710, y publicadas en Ruan, 1706 y 1710, tres tomos en 12.°; y por D. Ignacio, cartujo de la misma ciudad, refugiado en Utrech, 1731 y 1738, seis tomos en 12.° ó dos en 4.°. Mas los nuevos editores, bajo pretexto de variar el estilo algo anticuado ya y de suprimir algunos hechos que una crítica mas esclarecida no podia admitir, la han despojado de aquel carácter de naturalidad y franqueza que era el que formaba, digámoslo así, todo su encanto. Debemos ademas á Farin otra obra cuyo título es: *La Normandia cristiana*, ó *la Historia cristiana; primera parte que contiene la historia de los obispos contados en el número de los Santos*, Ruan, 1669, en 4.°. Encuéntrase en las *Memorias biográficas* de M. Guilbert, I, 434, una *Noticia* sobre Farin. — O.

FARINATOR (Matías) religioso carmelita. Era natural de Viena, en Austria, y vivia á fines del siglo XV. El bibliotecario de su Órden, Cosme de Villiers, le presenta como un ilustre filósofo y como uno de los mas sabios teólogos de su tiempo. Sin embargo, su nombre hubiera quedado para siempre sepultado en el olvido si á él no hubiese unido la obra titulada: *Lumen animæ*: vasta coleccion de lugares comunes de moral extractados de los antiguos poetas, de los oradores, de los filósofos y de los Padres de la Iglesia. Habiendo encontrado Farinator en algunas bibliotecas de Alemania una copia de esta obra, ofrecida en 1330 al papa Juan XII por el compilador anónimo, la dividió por capítulos, añadió un prefacio, una tabla de materias y á ruegos de algunas personas piadosas la publicó con este título: *Liber moralitatum elegantissimus, magnarum rerum naturalium*,

(1) Todos los bibliógrafos le dan el nombre de *Francisco;* pero M. Guilbert le llama *Nicolas*, y es de presumir que estuvo mas bien informado que los que le precedieron.

lumen animæ dictus, Augsburgo, 1477, en folio, gótico, de 369 hojas. (1) Esta edicion fué seguida inmediatamente de otra segunda que se concluyó en el mes de Diciembre del mismo año, Augsburgo, en folio, de 348 hojas. Panier ha indicado otras cuatro, de las cuales la mas moderna es de 1482. El P. Liron en sus *Singularidades históricas*, I, 368, dió nuevas aclaraciones sobre esta obra, con algunos fragmentos de los prefacios del editor y del autor, y la lista de los principales escritores citados en esta compilacion. Si se quieren mas pormenores puede consultarse la *Biblioteca carmelitana*. — G.

FARINIER (Guillelmo) del Órden de S. Francisco y cardenal. Ha sido uno de los mas sabios de su tiempo. Era natural de Gourdon, en la diócesis de Cahors, y habiendo concluido sus estudios en Tolosa, se graduó de doctor. Fué sucesivamente elevado á los primeros cargos de su Órden, y el mérito que contrajo durante su desempeño le abrió el camino para el generalato en el capítulo reunido en Verona en el año 1348, despues de haber ejercido con igual acierto el cargo de provincial en la Guyena. Farinier celebró otros dos capítulos el uno en Leon de Francia en 1351 y el otro en Assise en 1354; resolviéndose en este último seguir inviolablemente las constituciones de S. Buenaventura. Estas son las mismas que despues se llamaron las constituciones de Guillelmo Farinier, á pesar de que este general no hizo mas que desplegar un extraordinario celo para hacerlas observar extrictamente. En 1356 recibió el capelo de cardenal del papa Inocencio VI, y diéronle al propio tiempo un priorato en la diócesis de Pamiers. Murió Farinier en Aviñon en 1361, y fué sepultado en la iglesia de su Órden. Este cardenal habia escrito algunas obras y entre ellas un *Tratado del cambio y de la usura*. — O.

FARLATI (P. Daniel) historiador. Nació en 22 de Febrero de 1690 en S. Daniel, en el Friul, de una familia noble. Abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en la provincia Veneta, en 12 de Noviembre de 1707, y pronunció sus cuatro votos en 2 de Febrero de 1725. Luego de haber concluido sus estudios filosóficos y teológicos, fué enviado por sus superiores á Padua y de allí á Roma, donde contrajo íntimas relaciones con los hombres mas distinguidos de su época. Habiendo regresado á Padua se dedicó á la predicacion y se unió con el P. Ricepati con los lazos de la mas estrecha amistad. Hacia ya mucho tiempo que este sabio habia concebido el proyecto de escribir una historia sagrada de la Iliria, y por otra parte los habitantes de esta comarca procuraban al efecto excitar su celo; pero al propio tiempo que

(1) Se ha creido por mucho tiempo que Farinator era el autor de esta obra, siendo así que no fué mas que el editor.

era muy capaz de entregarse á penosas investigaciones, le faltaban el tacto y la sagacidad necesarias é indispensables al historiador. Desde 1720 habia publicado un prospecto, bien que no pensaba aun sériamente empezar este gran trabajo, cuando Farlati vino á ofrecerle su apoyo: ofrecimiento que aceptó sin vacilar, y entónces fué cuando los dos jesuitas emprendieron el viaje á la Iliria, que recorrieron enteramente, arrostrando mil peligros y venciendo otras tantas dificultades, con el exclusivo objeto de recoger los materiales necesarios. La cosecha fué abundante; pero la desgracia quiso que Ricepati muriese muy luego despues de haber regresado á Padua en 1742, quedando por lo mismo Farlati único encargado de esta obra magna. Para que pueda juzgarse de su grande importancia, bastará decir que los documentos y demas noticias recogidas sin órden y sin método formaban por sí solos mas de trescientos tomos en folio. Diez años empleó Farlati en desenvolver este cáos y comparar los documentos escritos en los diferentes dialectos de los slavos, y en un latin mas difícil aun de comprehender por un hombre que no habia conocido mas que la pura lengua de Virgilio y de Ciceron. Á fuerza de tiempo y de constancia llegó á componer con sus materiales informes la *Historia Eclesiástica* de la Dalmacia: obra tan curiosa como sábia y que bastó por sí sola para granjearle una duradera reputacion. El P. Farlati murió en Padua en 1773 de edad muy avanzada. Su principal obra es la titulada *Illyrium sacrum*, que se compone de cinco tomos en seis volúmenes en folio, impresos en Venecia desde 1751 á 1775. En el primer tomo, despues de haber tratado el autor del orígen de los dálmatas, así como de la geografía y de las divisiones sucesivas del pais que habitaban, da la historia de la predicacion del Evangelio y del establecimiento del cristianismo en aquellas comarcas. El segundo tomo se divide en dos partes, que contiene la una la historia de la Iglesia de Salona y la otra la vida del emperador Diocleciano. Las siguientes ofrecen igual variedad é igual interes. El último tomo publicado por el P. Santiago Coleti (véase este nombre) con quien estuvo Farlati asociado algunos años, va precedido de la Vida del autor. Todos los sabios han tributado los debidos elogios al trabajo verdaderamente gigantesco de los tres jesuitas; y los censores de las *Actas* de Leipsick ordinariamente muy severos por lo que respecta á las obras de los italianos la han recomendado vivamente á la atencion pública. Farlati se proponia publicar tambien la historia civil y política de la Iliria, habiendo juntado ya al efecto los principales elementos. Es digno de notarse el lance que aconteció y que prueba hasta la evidencia cuan bondadoso era su carácter, cuan grande su paciencia, y cuan inalterable su constancia. El sugeto á quien entregó uno de los tomos manuscritos para llevarlo de Padua á Venecio lo extravió. Cualquiera que no hubiese sido Farlati habria experimen-

tado un disgusto extraordinario, pero no aconteció así. El buen jesuita volvió á principiar su trabajo sin que se le oyese pronunciar la mas leve queja. Independientemente de este monumento histórico le debemos: *Artis criticæ inscitia antiquitati objecta liber singularis*, Venecia, 1777, en 4.°. Esta disertacion, que fué dada á luz por Coleti, quien añadió á la misma un prefacio y varias notas, es la refutacion de los principios de crítica adoptados por Baillet, Dupin etc. de quienes Farlati señala varios errores. — G.

FARNAC ó Pharnách, padre de Elisaphán. En el libro de los *Números*, cap. XXXIV (donde se señalan los términos de la tierra prometida que debia repartirse por suerte y en el que hay los nombres de los que debian repartirla), versículo 25, se lee el de Farnac de la tribu de Zabulon.—O.

FARNASIO (S.) mártir. (Véase Oroncio (S.) mártir).

FARNESIO (Alejandro) cardenal. Era hijo primogénito de Pedro Luis Farnesio, duque de Parma y de Plasencia, y de Gerónima de los Ursinos, señora de gran piedad y de extraordinario mérito. Nació Alejandro en Roma el 7 de Octubre de 1520. Allí principió la carrera de los estudios y la concluyó en Bolonia felizmente, saliendo tan aventajado en las ciencias, que en edad muy temprana era ya admirado como á sabio; pero aun mucho mas por sus prendas personales. La virtud y la modestia formaban su principal distintivo: nunca jamas se le vió ostentar los timbres de la nobleza que sus antecesores habian alcanzado en el campo de batalla, porqué habia desterrado de su corazon y de su mente todo aquello que podia manchar en lo mas mínimo su constante amor á la humildad; y de ahí derivaba que entre los grandes era mas grande aun que su mismo padre señor de tantos vasallos. Miraba la córte con desden, miéntras que el alcázar de Dios llamaba toda su atencion; allí postrado al pie de los altares oraba con fervor, pidiendo paz y felicidad para todos. Tan raras virtudes le granjearon la estimacion de Clemente VII, quien conociendo cuanto podia esperarse de tan raras prendas prescindió de su corta edad para elevarle á la dignidad de obispo de Parma; y apénas habia cumplido los catorce años cuando Paulo III su abuelo le decoró con la púrpura en 18 de Diciembre de 1534. En el año siguiente fué nombrado arzobispo de Aviñon, cuyos elevados puestos supo sostener con la dignidad propia de un hombre distinguido ya en la prelacia. En 1556 recibió el arzobispado de Módena y al mismo tiempo fué honrado con el título de patriarca de Jerusalem. Habiendo llegado á ser dean de los cardenales se le confirieron otros varios obispados. Era tan grande el concepto que se tenia de su sabiduría y virtud, que el emperador Cárlos V decia: *que si todo el sacro colegio se compusiera de hombres tan eminentes como Farnesio, seria la asamblea mas augusta y mas ilustre que pudiera verse.* El Papa su abuelo le confió varias legaciones tanto en Francia como

en Alemania y Paises Bajos, en las cuales prestó eminentes servicios. Farnesio fué quien procuró conciliar los intereses de Francisco I, rey de Francia, y de Cárlos V; pero la política de este último desbarató todas las buenas intenciones del Papa. Alejandró vivió con gloria y con honor bajo el pontificado de varios papas, siendo al propio tiempo el padre y protector de los literatos y de todos los buenos ingenios. Acostumbraba decir, que *lo mas insoportable del mundo era un soldado cobarde y un eclesiástico ignorante*. Hizo construir en Roma la hermosa iglesia de la casa profesa de los jesuitas, donde se ve su sepulcro. Este virtuoso prelado murió en Roma el 2 de Marzo de 1589. —J. M. G.

FARNESIO (Ranucio) cardenal, arzobispo de Nápoles, despues de Ravena, gran prior de Venecia, del Órden de Malta. Era el hijo cuarto de Pedro Luis Farnesio y en su consecuencia hermano del anterior. Nació en 11 de Agosto de 1530; estudió en Bolonia y en Padua dando pruebas inequívocas de un talento despejado y de una penetracion poco comun. Salió consumado en las lenguas sábias, y mas particularmente aun en las Letras Sagradas, como lo atestigua el cardenal Sadolet. Siendo aun muy jóven fué nombrado para el arzobispado de Nápoles y creado cardenal por su abuelo el papa Paulo III en el mes de Diciembre de 1545 á la edad de diez y seis años. Nombráronle mas adelante arzobispo de Ravena, patriarca de Constantinopla, obispo de Bolonia y de Sabina, gran penitenciario de la Iglesia y legado en la Marca de Ancona y en el patrimonio de S. Pedro. Recibió esta última legacion del papa Julio III; mas habiéndose introducido la division entre la Santa Sede y la casa de los Farnesios, el cardenal fué separado de su destino. Murió el Papa, y entónces volvió á recobrar Ranucio su influencia, y en este concepto trabajó en bien de la Iglesia en las diversas sesiones del Concilio Tridentino, cuyas determinaciones quiso que se observasen estrictamente en su diócesis, por cuyo motivo prolongó su residencia en Bolonia; mas habiendo pasado á Parma para verse con el duque Octavio su hermano, murió allí en 28 de Octubre de 1565 á la edad de treinta y cinco años. Es verdad que los cardenales Alejandro y Ranucio fueron personajes de gran mérito, y que eran dignos de los elevados puestos que desempeñaron, ya como hombres sabios, ya como varones ilustres en virtud y muy particularmente el primero; pero tambien lo es que hubo época en que el favor excedió á lo sumo, como lo demuestran las primeras promociones con que se agració á los dos. Alejandro apénas habia cumplido catorce años fué elevado á la dignidad cardenalicia, y Ranucio tendria poco mas al obtener el distinguidisimo puesto de arzobispo de Nápoles; así es que ninguno de los dos podia haber dado muestras todavía de aquel tacto superior é indispensable para llenar con acierto sus funciones, y por lo mis-

mo, ó bien se atendió únicamente á la nobleza de familia como es regular, ó bien hubo una precipitacion en ascenderlos, exponiéndose á que quedasen burladas las esperanzas de sus protectores. Afortunadamente esta costumbre ha desaparecido ya: las gerarquías eclesiásticas se componen de hombres que cuando ménos la edad les autoriza para desempeñarlas, y la Iglesia es mejor gobernada, y la paz entre los príncipes cristianos mejor establecida; porqué no hay duda que la voz majestuosa de un anciano venerable es oida con mas atencion y respeto que la de un jóven imberbe mecido en la dorada cuna de los palacios. — J. M. G.

FARNESIO (Juan Pablo) jesuita, italiano é hijo de una ilustrisima familia originaria de los nobilisimos duques laterenses. Roma fué su patria; y siendo muy jóven todavía léjos de dejarse vencer por los placeres y vanidades mundanas, ni por la brillante posicion que podia esperar en el siglo atendido el esplendor de su cuna y las elevadas dotes que le adornaban, despreciólo todo trocando gustoso el oropel de una vida de fausto por la humilde sotana de S. Ignacio, que vistió en la misma ciudad de Roma por los años de 1620. Cursó en la Compañía los correspondientes estudios haciendo admirables progresos; por manera que luego de concluida su carrera le encargaron la enseñanza de filosofía, en la que se dedicó con mucho honor suyo y provecho de sus alumnos. Con igual éxito enseñó despues la sagrada teología, manifestando en esto y otros cargos que se le confiaron sumo talento y prudencia. Su virtud y observancia religiosa iban á la par que su erudicion y doctrina, siendo por estas y otras bellas calidades muy apreciado y sumamente recomendable. Vivia aun por los años de 1643. Escribió un *Discurso* pronunciado delante de S. S. el papa Urbano VIII el dia de Viérnes Santo titulado: *Agni occisi fortitudo*, impreso en Roma, por Vital Mascardi, en 1638, en 4.°. — S.

FAROALDO (el Beato). Fué duque y despues monje de la Órden benedictina en el monasterio de Sta. María Farsense. Cuando duque de Espoleto y de otros muchos pueblos caminaba siempre rodeado de toda la magnificencia correspondiente á su elevada gerarquía, con grande acompañamiento de criados de servicio, con los cuales gastaba gran parte de sus rentas. Refieren las antiguas Crónicas que tuvo una aparicion milagrosa de la Reina de los Ángeles que le dijo: «¿Á dónde vas Faroaldo? Da el dinero que gastas en jornadas á mis monjes de Farfa.» Bien sea que tuviese esa prodigiosa vision de María, ó que esta le inspirase en el fondo de su corazon, lo cierto es que Faroaldo obedeció con prontitud y desinteres á esta inspiracion del cielo, y por uno de aquellos desprendimientos completos y escilíticos tan frecuentes en aquella época renunció todas las grandezas mundanas, recibió la humilde cogulla, y vivió santamente ocho años en aquel mismo monasterio;

dando su espíritu al Criador el dia 19 de Febrero del año 728. Celébrase su fiesta en este dia por el impedimento del rezo de S. Bonifacio Lausanense. — C. R.

FARON (S.) obispo y confesor, hijo de Agnerico uno de los principales dignatarios de la córte de Teodoreto II. No hubo seguramente en aquel tiempo noble mas afortunado que este dichoso padre. Éralo de dos hijos y de dos hijas, los cuatro tan eminentes en virtud que merecieron ser continuados en el voluminoso catálogo de los Santos: de este gran libro, que cada una de sus líneas nos recuerda el nombre de los defensores de la fe y las gloriosas y nunca interrumpidas victorias de la Iglesia universal. Faron nació en un lugar situado á dos leguas de Meaux; fué educado segun correspondia á su elevada clase, y terminados sus estudios entró en la córte del rey Teodoreto, donde á pesar del fausto y de la grandeza supo conservar aquella pureza de costumbres que solo se encontraba antiguamente en la cabaña del pastor, ó en la ermita del venerable solitario. La dulzura de su carácter, su amor al retiro y su gran docilidad le granjearon muy en breve la estimacion del príncipe y de todos los cortesanos. Obtuvo mas adelante otro empleo en la córte de Clotario II rey de Francia, y en todas partes siguió el mismo sistema de vida. Casó con una señora noble llamada Blidechilda, cuyas raras prendas eran en todo conformes á las de su buen marido. Sta. Fara, que amaba entrañablemente á su hermano S. Faron, inculcó á este la idea de un retiro absoluto. Faron la vió como un ángel que venia del cielo para labrar su felicidad, y siguiendo sus consejos declaró á su amable esposa la intencion que tenia de abrazar el estado eclesiástico. La buena Blidechilda accedió gustosa á los deseos de su esposo, y aun hizo mas; siguió su ejemplo consagrándose enteramente á Dios. Recibió Faron la tonsura clerical, asociándose á la iglesia de Meaux, y en 625 ó 26 fué elevado á la dignidad de obispo de aquella sede. No hubo eclesiástico mas ejemplar: el celo que desplegó por la salvacion de las almas excedió aun á sus fuerzas. Procuraba con solícito empeño conducir por los caminos de la perfeccion á los que conocian ya las verdades de la fe, miéntras se esforzaba en ilustrar y convertir á los que permanecian envueltos en los errores de la idolatría; y los resultados correspondian completamente á sus esperanzas. Asistió en el concilio de Sens celebrado en 650, donde ostentó un gran caudal de sólida y abundante doctrina. Fundó varios monasterios y otros establecimientos de beneficencia; dió á su clero sábias instrucciones y reglamentos; y despues de un pontificado de cuarenta y seis años falleció en 28 de Octubre del 672 y á los ochenta de su edad, siendo su muerte llorada de todo su rebaño porqué al separarse de este mundo los unos consideraron que habian perdido á su mejor consejero, los otros creyeron no encontrar quien les consolase en sus

aflicciones, miéntras que el pobre exclamaba entre sollozos : *¿padre mio por qué me has abandonado?* Segun el Martirologio romano su fiesta se celebra en 28 de Octubre. — J. M. G.

FARSANDATA ó PHARSANDATA. En el cap. IX de Esther, en el que trata de como los judios en todos los lugares en donde se hallaban quitaban la vida á sus enemigos y de como fueron puestos en horcas los diez hijos de Amán, en el ver. 7, se cita como uno de estos últimos á Pharsandata y á Esphatha; cuya mortandad aconteció en el año del mundo 3496, ántes de Jesucristo 504, ántes de la era vulgar 508. — O.

FÁRUE ó PHARUE padre de Josafat de la tribu de Isacár. Josafat segun el libro tercero de los reyes, cap. IV, ver. 17, fué establecido por Salomon gobernador de la tribu de Isacár. — O.

FARULLI (Jorge Ángel) camaldulense del convento de Sta. María de los Ángeles, en Florencia, donde murió en 1728. Se ignoran completamente las circunstancias particulares de su vida, y están conformes todos los biógrafos en decir, que debió mas su celebridad á la gran facundia de su pluma, que al mérito real de sus obras. En el elogio que consagraron á su memoria los P. P. Mittarelli y Costadoni en los *Anales camaldulenses* se han limitado á manifestar que habia publicado, tanto bajo su verdadero nombre como en el de otro supuesto, un gran número de obras casi todas escritas sin estilo y sin método, y muchas de ellas llenas de cosas frívolas; bien que por otra parte las hay de bastante útiles. Las obras mas notables del P. Farulli son: 1.ª: *Storia cronologica del nobile ed antico monastero degli Angioli di Firenze dell' ordine Camaldolese, dalla fondazione sino al presente giorno, con la serie de' Beati*, veinte tomos en 4.°, Luca, 1700. 2.ª: *Annali é Memorie dell' antica é nobile cittá di S. Sepulcro etc.*, un tomo en 4.°, Foligno, 1713. 3.ª: *Annali ovvero notizie storiche dell' antica nobile, é valerosa cittá di Arezzo in Toscana, dal suo principio sino all' anno 1717*, Foligno, en 4.°. 4.ª: *Vita della B. Elisabetta Salviati*, Bassano (Florencia) 1723, en 4.°. Esta obra así como las precedentes se publicaron bajo el nombre del abate Pedro Farulli: las dos siguientes vieron la luz pública bajo el nombre de Francisco Massetti. 5.ª: *Notizie storiche della cittá di Sienna in Toscana*, Luca, 1722, en 4.°, seguida de un suplemento impreso tambien en Luca, 1723. 6.ª: *Teatro storico del sacro eremo di Camaldoli, é dei monasterj di S. Salvadore, di S. Maria degli Angioli, di S. Felice in piazza é di S. Benedetto di Firenze, tutti dell' ordine Camaldolese, con la notizia de' monasterj di monache di S. Pietro, etc. del medesimo ordine, di Francesco Massetti*, Luca en 4.°. 7.ª: *Cronologia della famiglia de'* Canigiani *di Firenze*, Siena, 1722, en 4.°, bajo el nombre de Nicolas Castruzzi, lo mismo que la siguiente. 8.ª: *Cronologia degli uomini insigni della famiglia de'* Giugni *di Firenze*, Luca, 1723, en

4.°. 9.° : *Cronistoria dell' Abbadia di S. Croce della fonte dell' Avellana nell' Umbria*, Siena, 1723, en 4.° 16 pag. (Véase Cinelli *Biblioteca volante*). —O.

FASAEL ó Phasael, hermano de Herodes *el Grande*, é hijo primogénito de Antipater idumeo, en el año del mundo 3957, ántes de Jesucristo 43, ántes de la era vulgar 47. Como Hircano, sumo sacerdote y príncipe de los judíos, habia dejado á Antipater la principal autoridad en el gobierno del pais, estableció á Fasael su hijo primogénito, general de las tropas de la Judea, gobernador de Jerusalem y del pais circunvecino. Fasael dió en varios encuentros señaladas muestras de valor y de destreza. Derrotó á Félix que queria vengar en él la muerte de Malico, á quien Herodes, su hermano, hizo matar en Tiro. Algun tiempo despues los judíos acusaron ante Marco Antonio á los dos hermanos Fasael y Herodes de haber usurpado toda la autoridad no dejando á Hircano mas que el nombre de príncipe; mas Herodes supo granjearse hasta tal punto el favor de Antonio, que sus enemigos no se atrevieron á insistir en sus acusaciones. Finalmente, durante la guerra de Antígono contra Herodes, habiendo entrado Pachoro hijo del Rey de los partos en la Judea resolvió restablecer á Antígono en el trono, y con este objeto hizo penetrar á Barzafernes con sus tropas en la Galilea, mandando adelantar hácia Jerusalem á un tal Pachoro escanciador del rey de Persia con una partida de caballería. Pachoro avanzó con Antígono logrando apoderarse de la ciudad y luego del templo. En estos apuros Herodes y Fasael que eran del partido de Hircano se encerraron en el palacio real, miéntras que Pachoro se detuvo con sus tropas en el arrabal. Mas habiéndole rogado Antígono que entrase en la ciudad, Fasael salió á su encuentro y le recibió en su propia casa. Pachoro aparentó entónces que se presentaba como á pacificador, y por lo mismo aconsejó á Fasael que pasase con él á Galilea para verse con Barzafernes para tratar de la paz; y Fasael le siguió con la mayor confianza. Así es que sin advertirlo cayó en el lazo que le tendia su enemigo. Barzafernes le recibió al principio con agrado; hízole algunos regalos, mas luego le mandó prender; y Fasael indignado de la perfidia de su enemigo se dió voluntariamente la muerte aplastándose la cabeza contra una peña en el año del mundo 3954, ántes de Jesucristo 46, ántes de la era vulgar 50. —O. A. R.

FASAEL ó Phasael, hijo de Fasael que casó mas adelante con Salampso su prima hermana, hija de Herodes *el Grande*. —E. A. U.

FASARO ó Fassaro (Vicente) jesuita. Nació en Palermo, capital de Sicilia. Entró en la Compañía de Jesus en el año 1613, y no obstante de ser muy jóven entregóse con extraordinario ardor al estudio de las letras, del cual salió tan singularmente aprovechado, que desde luego se le confió una cátedra de filosofía en la misma ciudad de Palermo; la que desempeñó con

gran aplauso y fruto de sus discípulos. Á pesar de su ocupacion casi continua en la enseñanza, su laboriosidad halló tiempo para escribir lo siguiente: 1.°: *De universo genere quantitatis: ubi de naturâ et compositione quantitatis continuæ et discretæ; necnon de quantitate succesivâ, intensivâ temporis, et durationis, virtuali et infinita.* 2.°: *De gloria S. Ignatii fundatoris Societatis Jesu*: obra vasta, dividida en tres partes. — S.

FASCITELLI (Honorato) en latin *Fasitellus*, poeta. Nació en 1502 en Isernia de una familia patricia. Despues de haber estudiado dos años en Nápoles bajo la direccion de Pomponio Gaurico, tomó el hábito de la Órden de S. Benito cuando aun no contaba los diez y siete años de edad en la congregacion de Monte-Casino. Dotado de vasta erudicion y de buen talento para la poesía latina trabajó para darse á conocer; pero en vano, porqué al parecer estaba destinado á vivir en el claustro ignorado de todo el mundo. Los esfuerzos que hizo para figurar en la esfera donde se encuentra la gloria literaria quedan bien patentizados en una carta que escribió al Aretino, en la cual pedia proteccion cerca de Maximiliano Estampa, gentil hombre de Milan, noble de vastos conocimientos y muy apasionado á los literatos, á quienes por lo regular consagraba su fortuna. Habiendo obtenido por fin permiso de sus superiores para visitar las principales ciudades de Italia, recorrió sucesivamente Roma, Padua, Venecia, Florencia, y en todas partes debió á su relevante mérito la acogida mas favorable por parte de los sabios. Tuvo la dicha de granjearse la estimacion de Julio III, y este Papa le nombró ayo del jóven cardenal Inocencio del Monte, su sobrino; dándole tambien en 1551 el obispado de Isola en la Calabria. Asistió despues en el concilio de Trento donde se distinguió entre aquellos PP. Finalmente, habiendo experimentado algunas dificultades en la administracion de su diócesis, resignó su obispado y se estableció en Roma, y allí murió en el mes de Marzo de 1564. Contaba este célebre religioso en el número de sus protectores al cardenal de Farnesio y al cardenal de Granville. Le debemos una buena edicion del *Lactancio*, Venecia, imprenta de Aldo, 1535, en 8.°, revista en presencia de los manuscritos del Monte-Casino; y la edicion del *Petrarca*, Venecia, en la misma imprenta, 1546, en 8.°, se imprimió en vista de un ejemplar, cuyas faltas eran todas corregidas de mano de Fascitelli. Sus *Versos (Carmina)* entre los cuales se encuentran varias composiciones dirigidas á Bembo, á J. de la Casa, á Flaminio y á otros grandes poetas contemporáneos, fueron recogidas en las *Deliciæ poetar. italorum*, 952, y en las *Carmina illustr. poetar. italor.*, IV, 191. Comino las reimprimió á continuacion de las *Poesías latinas* de Sannazaro, Padua, 1719, en 4.°, y se encuentran tambien en la edicion de Amsterdam, 1728, en 8.°. J. Vicente Meola dió otra edicion de las *Poesías* de Fascitelli aun mucho mas amplia, Nápoles, 1776,

la cual va precedida de una *Vida* del autor escrita con elegancia y exactitud. Se encuentran aun de este autor otros *versos* inéditos y varias *Cartas* en la edicion de las *Poesías latinas* de Vital Giovenuzzi, Nápoles, 1786. La coleccion de las *Lettere facete* publicada por D. Atanagio contiene ocho de Fascitelli. Segun se asegura, compuso por último una gran obra titulada: *De fastis Alphonsi Avali, marchionis Vasti;* pero hasta al presente no ha visto la luz pública. — G.

FASERON ó PHASERON, cuya familia fué exterminada por Jonatás Macabeo en atencion á que sus hijos eran del partido de Bacchides. En el cap. IX, del libro I de los Macabeos, ver. 66, se lee. « Y derrotó (Jonatás) á « Odarén y sus hermanos y á los hijos de Faseron en sus mismas tiendas, « y comenzó á hacer estragos y ganar nombre por sus hazañas. » — O. R.

FASO (Bernardino) religioso de la Órden de Sto. Domingo, poeta, predicador, y profesor de teología. Habia nacido en Palermo; recibió una educacion esmerada; estudió con aprovechamiento y sintiéndose inclinado al estado religioso renunció el mundo y encerrado en el claustro compartió el tiempo entre la lectura de los buenos libros y el exacto cumplimiento de sus deberes. Extraordinariamente aficionado á la literatura empleó su pluma en escribir varios poemas religiosos, hijos de una imaginacion llena de fuego y de un corazon verdaderamente poseido del amor de Dios. En el púlpito se expresó elocuentemente y con aquella energía propia de un orador que desea agradar para persuadir, juntando las bellezas de la religion cristiana y la grandeza de Dios con tal maestría y acierto, que no habia quien pudiese resistirse á sus encantos. Como á profesor de teología sacó discípulos tan aventajados, que bien podia vanagloriarse de haber derramado con acierto y abundancia la semilla que debia producir hombres eminentes en esta ciencia. Este buen religioso falleció en el año 1684. Tenemos de él algunas obras escritas en italiano. Tales son; 1.ª: la *Noche de Navidad*, pastoral. 2.ª: la *Muerte de Sta. Rosalía*, poema dramático. 3.ª: las *Cinco Vírgenes prudentes de Palermo*. Estas obras se imprimieron en vida del autor y en su patria. Dejó otras varias que no han visto aun la luz pública, como son; 4.ª: un *Martirologio de su Órden*, en latin; tres *Tragedias* sagradas en italiano; á saber, la *Cena del Señor*, *Su oracion y prision en el huerto*, y el *Descendimiento de la Cruz*. — E. A. U.

FASSEAU (Pablo). Nació cerca de Mons en Hainaut; entró en 9 de Setiembre de 1653 en el Órden de P. P. predicadores; se distinguió muy particularmente en los estudios, y se graduó de licenciado en Douai en 1671, siendo por algun tiempo primer profesor en Lovaina. Obtuvo tambien varios cargos, y entre otros en 1677 el de definidor de su provincia; á cuyo empleo le ascendió el capítulo general. Este sabio religioso descendió al se-

pulcro en Mons el 9 de Abril de 1691. Dió á luz pública en 1670 en Douai un tratado con este título: *Aucthoritas germani Philaletis contra prœmotiones physicas pro scientia media exauthorata etc.* — O.

FASSONI (Liberato) sabio religioso. Se ignora la época en que nació. Abrazó el Órden de los clérigos regulares de la Madre de Dios de las escuelas pias; y emprendió con un ardor inconcebible el estudio de las Letras Sagradas, logrando un caudal tan grande de doctrina que muy en breve le apellidaron *el Sabio* entre los muchisimos varones ilustres que contaba aquella Órden, y como á tal le confiaron los cargos mas importantes, que desempeñó con el mayor acierto correspondiendo absolutamente á las esperanzas que de él se habian formado. En 1754 se hallaba de profesor de teología y de literatura griega en el colegio de Sinigaglia y al mismo tiempo en el seminario de la misma ciudad. Algun tiempo despues fué llamado á Roma, donde desempeñó en 1755 y 1756 la cátedra de teología en el colegio que los piaristas acababan de obtener. En 1757 empezó á tomar en la misma Roma el título de profesor emérito, y en 1758 era miembro de la congregacion de los concilios y asociado á la academia etrusca de Cortona. Cada uno de estos cargos bien desempeñado bastaba para darle celebridad. Fassoni los ejerció todos con celo, laboriosidad y acierto; y estas circunstancias le granjearon el aprecio universal. Si miramos al desempeño de sus funciones como á catedrático y las muchisimas obras que compuso, casi llegarémos á dudar si tuvo tiempo para dar á la vez evasion á tantos y tan graves negociados. Sin embargo, como Fassoni habia nacido para seguir una carrera ilustre, desde el momento que vistió el hábito consideró que no debia despreciar ni un solo momento de su vida una vez que habia determinado servir á Dios y ser útil á sus semejantes. Velaba mucho, dormia poco y aun aquellos momentos de solaz que tanto anhelan los hombres los destinaba á la redaccion de algunos tratados, todos ellos de pública utilidad. Cumplia exactamente los deberes de religioso. Colocado en las cátedras procuraba transmitir á sus discípulos el gran caudal de doctrina que poseia. Cogia la pluma y nunca la soltaba que no hubiese producido algunas páginas dignas de la atencion pública. Finalmente, siguió constante en su mision hasta que la muerte le señaló la eternidad. Falleció este insigne religioso en Roma en 1767 dejando un vacío difícil de llenar si se atiende á que Fassoni fué, digámoslo así, uno de aquellos fenómenos que rara vez produce un siglo. De sus innumerables producciones tan solo han llegado á nuestra noticia las disertaciones siguientes: 1.ª: *De Leibnitiano rationis principio*, en folio, Sinigaglia, 1754. 2.ª: *De græca sacrarum litterarum editione á LXX interpretibus*, en 4.°, Urbino, 1754; reimpresa en Roma con varias correcciones y notas, 1758. 3.ª: *De miraculis, adversùs Ben. Spinosam.* La

segunda edicion aumentada se publicó en Roma, en folio, 1755. 4.ª: *De voce Homousion*, en 4.°, Roma, 1755. En ella hace ver que esta palabra no fué desechada ó proscrita por el concilio de Antioquía. 5.ª: *De cultu Jesui-Christo á Magnis adhibito, adversùs Rich. Simonium et Sam. Basnagium*, en folio, Roma, 1756. 6.ª: *De puellarum monasteriis canone 38 Epaonensis concilii celebritatis*, 1757, en folio. 7.ª: *De cognitione S. Joannis Baptistæ in matris utero exultantis, adversùs Sam. Basnagium*, Roma, 1757, en 4.°. 8.ª: *De veritate atque divinitate historiæ Magorum, quæ est apud Mathæum*, cap. 2 ver. 1-13, *adversùs Collinsium*, Roma, 1758, en folio, etc.—J. M. G.

FASSUR ó Phasshúr. En el libro II de *Ésdras*, cap. VII, ver. 41, que trata del regreso de Babilonia, se citan los hijos de Phassur que llegaban hasta el número de mil doscientos cuarenta y siete. — O. J.

FASSUR ó Phassúr, descendiente de Emmér, hijo de Melchías, y padre de Jerobám, de la raza de los sacerdotes, I. *Paralipómenos*, cap. IX, ver. 12. Era príncipe ó prefecto de la casa del Señor cuando oyó que Jeremías profetizaba varias desgracias contra Jerusalem, en cuya ocasion indignado hirió al profeta y le echó al cepo que estaba en la puerta de Benjamin la de arriba, en la misma casa del Señor; y al otro dia luego que amaneció le sacó del cepo, diciéndole en esta ocasion Jeremías estas palabras: « El Se-
« ñor no llamó tu nombre Phassúr, sino asombro por todas partes. Porqué
« esto dice el Señor: He aquí que yo te entregaré al asombro, á tí y á todos
« tus amigos: y caerán al cuchillo de sus enemigos, y tus ojos lo verán: y á
« todo Judá pondré en manos del rey de Babilonia: y los trasladará á Babi-
« lonia, y los matará con espada. Y daré todas las riquezas de esta ciudad,
« y todo su trabajo, y todo lo precioso, y todos los tesoros de los reyes de
« Judá los pondré en manos de sus enemigos: y los robarán, y se alzarán
« con ellos, y los llevarán á Babilonia. Y tú, Phassúr, y todos los moradores
« de tu casa, iréis en cautiverio: é irás á Babilonia, y allí morirás, y allí
« serás enterrado tú, y todos tus amigos, á quienes profetizaste mentira. Me
« has seducido: fuiste mas fuerte que yo, y pudiste mas: todo dia hacen
« befa de mí, todos me escarnecen. Porqué tiempo ha que hablo, vocean-
« do contra la iniquidad, y grito frecuentemente la destruccion: y fué para
« mí la palabra del Señor oprobio, y befa todo dia. Y dije: No me acorda-
« ré de él, ni hablaré mas en su nombre: y fué en mi corazon como fuego
« ardiente, y encerrado en mis huesos: y desfallecí, no pudiéndolo sufrir.
« Porqué oí las contumelias de muchos, y terror á la redonda, de parte de
« todos los varones, que estaban en paz conmigo, y que guardaban mi
« lado: Perseguidle, y persigámosle por si de algun modo es engañado, y
« prevalecemos contra él, y consigamos de él venganza. Mas el Señor está

« conmigo como guerrero fuerte : por tanto los que me persiguen , caerán , « y serán flacos : corridos quedarán en gran manera , porqué no conocieron « el oprobio sempiterno , que nunca se borrará. Y tú , Señor de los ejérci- « tos , examinador del justo , que ves los riñones , y el corazon : ruégote , « que vea yo tu venganza de ellos : porqué á tí descubrí mi causa. Cantad al « Señor , alabad al Señor : porqué libró el alma del pobre de mano de los mal- « vados. Maldito el dia , en que nací : el dia, en que me parió mi madre, no « sea bendito. Maldito el varon , que notició á mi padre , diciendo : Te ha « nacido un hijo varon : y como con gozo le alegró. Sea aquel hombre como « son las ciudades , que destruyó el Señor , y no se arrepintió : oiga clamor « por la mañana , y en tiempo de mediodía aullido : ¿ Por qué no me hizo « morir desde la matriz , de suerte que mi madre fuera mi sepulcro , y su « matriz concepcion eterna ? ¿ Por qué salí de la matriz, para ver trabajo y « dolor , y que se consumiesen en vergüenza mis dias ? » Esta terrible pre- diccion se cumplió , segun parece , cuando Nabucodonosór se apoderó de Jerusalem en el mismo año de la muerte de Josías , hácia el 3594 del mun- do , 406 ántes de Jesucristo , 410 ántes de la era vulgar. Algunos años des- pues , miéntras que Nabucodonosór estaba sitiando la ciudad santa , Sedecías comisionó á Phassur y á Sofonías para que pidiesen al profeta que intercedie- se por ellos , á fin de que el Señor con sus maravillas les libertase de los sitiadores. Cumplieron ámbos el mandato de Sedecías, pero la respuesta que oyeron de Jeremías les contristó el corazon. « Esto dice el Señor Dios de « Israél , exclamó el profeta : He aquí que yo volveré los instrumentos de « guerra , que teneis en vuestras manos , y con los que vosotros peleais con- « tra el rey de Babilonia , y los caldeos , que os tienen cercados al rededor « de los muros : y los recojeré en medio de esta ciudad. Y os conquistaré « yo con mano extendida , y con brazo fuerte , y con saña , y con indigna- « cion , y con grande ira. Y heriré á los habitadores de esta ciudad , los « hombres y las bestias morirán de pestilencia grande. Y despues de esto « dijo el Señor : Daré á Sedecías rey de Judá , y sus siervos , y su pueblo, y « los que han sido dejados en esta ciudad de la peste , y de la espada , y de « la hambre , en mano de Nabucodonosór rey de Babilonia , y en mano de « sus enemigos , y en mano de los que buscan el alma de ellos , y los herirá « á filo de espada , y no se doblará , ni perdonará , ni tendrá piedad. Y « dirás á este pueblo : Esto dice el Señor : He aquí que yo pongo delante de « vosotros el camino de la vida , y el camino de la muerte. El que habitare « en esta ciudad , morirá á cuchillo , y de hambre , y de peste : mas el que « saliere , y se huyere á los caldeos , que os tienen cercados , vivirá , y será « su alma para él , como despojo. Porqué he puesto mi semblante sobre « esta ciudad para mal , y no para bien , dice el Señor : en mano del rey de

« Babilonia será entregada, y la quemará á fuego. Y á la casa del rey de « Judá: Oid la palabra del Señor, casa de David, esto dice el Señor: Haced « justicia desde la mañana, y librad de la mano del calumniador al opri- « mido por violencia: porqué no salga como fuego mi indignacion, y se « encienda, y no haya quien la apague, por la malignidad de vuestros afec- « tos. Aquí estoy yo contra tí, habitadora del valle fuerte y campesino, « dice el Señor: los que decís: ¿Quién nos herirá? ¿Y quién entrará en « nuestras casas? Y os visitaré á vosotros segun el fruto de vuestros afec- « tos, dice el Señor: y encenderé fuego en el bosque de ella: y todo lo de- « vorará al rededor de ella. » — G.

FASTREDO ó Frastrado de Gavitinier (Bienaventurado) primer abad de Camberon, en Francia, insigne en revelaciones y milagros; fué natural de Hannonia y de ilustre linaje. Desde su niñez aprovechó tanto en virtud y letras, que siendo de quince años admiraban todos tanta modestia en un mancebo, tanta humanidad en un noble, y tanta humildad en un rico. Huia de la compañía de los de su edad, hallando ya entónces todo su gusto en retirarse para orar y contemplar á solas. Dos años ántes de que fuese monje ejercia la virtud de la abstinencia en tan alto grado que se alimentaba únicamente de pan y agua. Tuvo la dicha de tocarle por maestro al grande San Bernardo de Claraval, el cual le puso primero abad camberonense, en cuyo cargo inflamó con su ejemplo la caridad de sus monjes; pues nada contribuye tanto á la perfeccion de una comunidad como el ejemplo de un buen prelado. Distinguióse muy particularmente en la virtud de la humildad, de lo cual es una prueba el siguiente pasaje. Púsole una vez el ropero una saya mejor que las que daba á los demas monjes. La profunda humildad de Fastredo no pudo tolerar aquella distincion: reprehendió al ropero y mandóle que no hiciese particularidad alguna con el vestido, ni tampoco la permitia en la comida; porqué decia que no era abad para dar mal ejemplo ni para perder el mérito de monje, siendo el último y menor de todos en el convento. Murió el abad de Claraval y llamándole para que asistiese en la eleccion se excusó; y habiendo sabido que estaban conformes los monjes en elegirle abad se fué huyendo, y estuvo escondido algunos dias en un monasterio de Padres cartujos. ¡Felices tiempos en que estos destinos de mando y de direccion en la Iglesia y en el claustro se tenian por una carga, y la humildad huia de ellos creyéndose siempre indigna de obtenerlos! No es extraño que á estas virtudes, que ahora nos parecen por lo raras é inusitadas un verdadero prodigio, correspondiese el cielo con otros prodigios. Refieren las Crónicas que Fastredo permaneció escondido en aquel convento de cartujos hasta que ilustrado su entendimiento con vision admirable admitió el cargo, porqué, segun añaden con todo aquel candor que solo lo puede

inspirar la dichosa simplicidad de la fe y cuyos hechos tampoco puede negar un verdadero cristiano porqué están dentro del órden de la Gracia, se le apareció la misma Madre de Dios con su Hijo santisimo en los brazos; y preguntándole que porqué estaba turbado, le puso en sus brazos al Rey de la gloria en forma de niño como á otro Simeon y le dijo: Toma á mi Hijo y guárdamele, y luego desapareció: por lo cual entendió el siervo de Dios que tomase por su cuenta aquella santa comunidad, guardándola como guardaba á su Hijo. Despues fué tambien electo abad del Cister y general de toda aquella ejemplarisima Congregacion, que gobernó asimismo con gran ejemplo de santidad. Resplandecia de tal modo en su rostro la gracia del Espíritu Santo, que no se hartaban de mirarle sus monjes y demas personas. Refiérese asimismo que S. Pedro Tolosano tuvo revelacion de su muerte, viendo al mismo Cristo que con grande majestad prevenia un túmulo ó sepulcro, y preguntándole para quien era, respondió este Divino Señor que para un varon cuya muerte seria estimada y preciosa delante de Dios y causaria gran desamparo y llanto en aquella tierra. Todo cuanto se diga de la muerte de los justos es una débil y muerta imágen de lo que realmente resplandece delante de Dios y en el órden de la Gracia. Todas estas visiones, apariciones, prenuncios, perfumes, conciertos, resplandores y armonías no deben considerarse sino como leves indicios con que Dios se place alguna vez en manifestar á las almas santas que viven en este mundo las glorias y triunfos y la inefable felicidad con que premia á las almas santas en el cielo. ¿Y quién disputará á Dios el poder y la voluntad de esta manifestacion á sus predestinados en la tierra? La revelacion de S. Pedro Tolosano no tardó en tener su cumplimiento, pues á poco tiempo murió Fastredo, cuya muerte fué la del justo, siendo ya honrado sobre la tierra, porqué épocas hubo en que los grandes y los reyes se complacian en asistir á los últimos instantes del hombre santo al lado de su cabecera, y recibir de sus labios moribundos y muchas veces inspirados las grandes lecciones que los elegidos de Dios suelen dar á los hombres desde la cátedra de la muerte. Fastredo murió teniendo á su cabecera al mismo Soberano Pontífice, el cual le administró el Sacramento de la Extrema-Uncion, y á la otra parte tenia á Luis rey de Francia con toda su córte, que se hallaban presentes al tránsito del varon de Dios y aprendian y veian en él el valor de la santidad y la nada de las cosas del mundo. La muerte de Fastredo fué llorada acá en la tierra, porqué al paso que el dia de la muerte para los Santos es un dia de premio y de triunfo; con todo, los que lloran en este destierro echan ménos la presencia material y los consuelos que les prodigan aquellos escogidos. Pero el poder de los Santos salva la valla de la muerte, y su proteccion no termina con el sepulcro: la Iglesia que triunfa oye, socorre y auxilia con sus ora-

ciones á la Iglesia que milita, así como la Iglesia que milita socorre y consuela á la que purga en el lugar de la expiacion. ¡Comunicacion admirable, caridad inmortal cuya sola idea convence á cualquier juicio recto de la verdad de Dios y de la palabra de su Verbo! Refiérese tambien de muchos Santos, que despues de su muerte se han tenido revelaciones de su gloria para alentar con ellas á los que quedan á seguir el mismo camino. Así se dice de Fastredo, cuya gloriosa bienaventuranza se manifestó á otro santo varon de Inglaterra, el cual le vió como un ángel le llevaba al cielo. El tránsito de este Santo fué en el año 1163 y las Crónicas hacen memoria de él el 18 de Mayo. —J. R. C.

FATI (Carminia). Fué esta sábia y venerable vírgen natural del pueblo de Valdina, diócesis de Mesina, en Sicilia. Llamada Rosa en el bautismo, trocó este nombre por el de Carmina cuando á la edad de diez y ocho años se inscribió en la tercera Órden de hermanas carmelitas, de las cuales fué priora por un largo espacio de tiempo. Ilustre por su vida austera y penitente, por su fervoroso amor á los pobres y por su ardiente celo de la gloria de Dios y salud espiritual de sus prójimos; falleció el primer sábado del mes de Julio del año 1717 á los setenta y cuatro de su edad. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Avitamenti spirituali per le persone religiose.* 2.ª: *Altri avitamenti spirituali per le medesime.* 3.ª: *Sponsalizio, che dove fare l'anima con Giesu.* 4.ª: *Regola da osservarsi da quelle Religiose, che vogliano incominciare vita spirituale.* 5.ª: *Regola da osservarsi da quelle persone, che vogliano perfezionarsi nella vita spirituale.* 6.ª: *Regola da osservarsi da coloro che vogliano perfezionarsi nello spirito, è sono di forte complessione.* 7.ª: *Atti di amore, che fa l'anima verso Giesu suo amante.* 8.ª: *Espressione amorose verso Giesu Sacramentato.* 9.ª: *Modo come si doverá portare la Maestra delle novizie colle sue novizie.* 10.ª: *Regola come si doveran portare gli religiosi in tutte le ocazioni, é loro esercizii, per maggiormente piacere al suo Sposo.* 11.ª: *Portamento che dove avere la Religiosa.* 12.ª: *Come doverá portarsi la Religiosa nell conversare coll' Esteri.* 13.ª: *Come si doverá portare la Religiosa quando perde la salute, robba, ed altro.* 14.ª: *Come doverá portarsi la Religiosa nella contrarietá, è disprezzo.* 15.ª: *Come doverá portarsi la Religiosa nella ubbidienza.* 16.ª: *Dieci considerazioni per gli dieci giorni avanti la festa della Pentecoste.* 17.ª: *Navegiornate ó gradi per la via della perfezione.* 18.ª: *Alfabeto che Giesu insegna all' anima in ottava rima sulla parole del salmo: Audi filia etc.* 19.ª: *Meditazioni per dieci giorni da farsi nelli esercizii spirituali.* 20.ª: *Meditazioni per l' ottava del Santisimo Sacramento.* Todas estas obras conservábalas manuscritas en su poder el Rdo. P. Fr. Serafin Potenza, religioso carmelita, que vivia por los años de 1752. —J. S.

FATLI (Julio) jesuita. Nació este insigne varon en la ciudad de Nápoles,

capital del reino del mismo nombre. Despreciando las vanidades del siglo desde su primera juventud afilióse al instituto de S. Ignacio viviendo todavía este santo patriarca ; quien le envió para hacer la carrera de los estudios á Paris , donde vivió por mucho tiempo y se formó un verdadero sabio. Vuelto á Italia fué por algun tiempo prelado de la casa de probacion de Roma y despues rector del colegio de Génova , cuyos cargos , desempeñados con exquisita , prudencia le condujeron á otros destinos mas elevados de la Compañía. Fué en efecto secretario del P. Everardo , general de la Órden , visitador de Cerdeña y Sicilia y sucesivamente provincial de las tres provincias de Sicilia , Venecia y Nápoles. Reunia este padre á su saber no comun una piedad no ménos sólida y admirable. Érale familiar y deleitoso conversar de las cosas divinas ; por cuya causa solia proponer cortesmente algun lugar de las Santas Escrituras de donde naciese la conversacion y cada uno expusiese lo que sobre él sentia. Era muy mortificado , obediente y humilde. Profesaba singular devocion y afecto al Santo Sacramento de la Eucaristía y á la Santísima Vírgen , en cuya alabanza en su postrera edad escribió un libro que contiene los misterios de los dias dedicados á esta Madre Santísima. Habiendo llegado á una edad avanzada se retiró al colegio de Monreal , provincia de Sicilia , de cuya administracion se encargó , y despues de haber promovido mucho no solo la disciplina espiritual , sí que tambien los intereses domésticos del mismo , cayó en una grave enfermedad que le consumió en cinco dias. Luego que se sintió enfermo conoció que habia llegado su hora y predijo que no saldria de la cama vivo. Á los tres dias hizo confesion general de todo el tiempo que habia vivido en la Compañía ; la que concluida suplicó al confesor que tuviese á bien leerle á menudo el librito de ayudar á bien morir que él mismo habia escrito y el cual habia intitulado *Mortuorio*. Habiéndole despues visitado el arzobispo , á fin de ganar la indulgencia rogóle que le administrase con su propia mano el Santo Viático , que recibió con extraordinaria devocion y afecto. Ungido con la Extrema-Uncion dió gracias á los padres con maravilloso afecto de piedad ; y pasó el tiempo restante en oir la lectura de su *Mortuorio* , en contemplar la imágen de Cristo crucificado y en piadosos coloquios con gran consuelo de su alma , repitiendo hasta su último instante estas palabras : « entre los brazos de mi Señor no solo quiero vivir , sí que tambien deseo « morir. » Así preparado este insigne varon esclarecido y recomendable por su prudencia y santidad entregó su espíritu al Criador el año 1596 , á los sesenta y tres de su edad y cuarenta de la fundacion de la Compañía. Al dia siguiente de su muerte celebró en el mismo colegio en sufragio de su alma el arzobispo , con el cual vinieron muchos ciudadanos y el clero que profesaban suma veneracion al difunto. Escribió Fatli lo siguiente en

italiano : 1.° : *De mortificatione nostrarum passionum, pravorumque affectuum*, que traducido al latin fué impreso en Ingolstadt por Adan Sartorius, 1598, en 12.°. Dejó tambien escrito; 2.° : *Mortuorium seu libellus de juvandis moribundis*. 3.° : *Mysteria dierum B. Virgini Mariæ dicatorum*. 4.° : *Meditaciones y ejercicios espirituales*, que salieron á luz en italiano. — S.

FATUEL ó Phatuel, padre del profeta Joel. Los hebreos creian que los padres de los profetas lo eran cuando su nombre se hallaba continuado en la Escritura. — O.

FAU (Juan Nicolas) en latin *Fagius*, religioso mínimo. Nació en Besanzon hácia fines del siglo XVI. Fué nombrado provincial de su Órden en Alemania; pasó luego con el mismo título á Castilla y de allí á Nápoles, donde murió en 16 de Julio de 1655. Es autor de muchas obras ascéticas en versos latinos, en las cuales se nota mucha facilidad y elegancia. Nosotros citarémos las siguientes : 1.ª : *Speculum vigilantium, memoria dormientium, seu funebris poësis ad instar officii fidelium defunctorum*, Praga, 1640, en 12.°. Consiste en un pequeño poema calcado en todas sus partes sobre el oficio de difuntos. 2.ª : *Sta. Maria liberatrix, causa nostræ lætitiæ, seu pacifica poësis cantans officium parvum Sanctæ Mariæ*, Munich, 1644, en 12.°, con estampas de Sadeler. 3.ª : *Florida corona boni militis, seu encomia P. Gasparis Boni ord. Minim. provincialis*, Munich, 1652, en 8.°. Este tomo contiene el elogio de quince virtudes practicadas principalmente por el P. Bon. Á continuacion de cada uno de los discursos se halla un himno sobre el mismo objeto y una rogativa á Jesucristo. El frontispicio es grabado por el mismo Sadeler. — O. R.

FAUCHER (Dionisio) benedictino. Nació en Árles en 1487. Abrazó la vida monástica en el monasterio de Polinore, en Italia; y habiendo adquirido por sus talentos y sus virtudes la estimacion de sus superiores, estos le comisionaron para establecer la reforma en las casas de la Órden situadas á la otra parte de los montes. Murió Faucher en la abadía de Lerins en 1562, de edad de setenta y cinco años. Tenemos de él : 1.° : *Ecloga de laudibus insulæ Lerinensis*. Esta egloga se halla impresa á continuacion del poema de Gregorio Cortese, *De situ et Laudibus sacræ insulæ Lerinæ*, Paris, 1597, en 8.°, y en la *Crónica* de esta abadía por Barral. 2.° : *De contemptu mortis* : elegía impresa á continuacion de la precedente. 3.° : El *prefacio* del tratado de S. Euquerio, *De Laudibus eremi*, y el de la instruccion de San Fausto *ad Monachos* en la edicion de estas dos obras, Paris, 1578, en 8.°. 4.° : *Annalium Provinciæ, libri V*. El original de esta historia de la Provenza se encontraba en la biblioteca del marqués de Aubais; pero la vanidad fué causa de que se alterasen varios pasajes y se aumentasen otros. Algunos han opinado que esta obra no era de Faucher fundándose en que Barral no

hizo de ella mencion alguna en la Vida de este religioso. 5.°: Algunas *Composiciones* en verso de muy poco interes. Juan Agustin Gradenigo benedictino de la congregacion de Monte Casino ha insertado varias *Memorias* en italiano sobre la vida de Dionisio Faucher en la *Nova Raccolta d' opuscoli scientifici* de Calogerà, Venecia, 1759, en 12.°. — O.

FAUCHET (Claudio). Nació en el Nivernais en 1744. Sin la confesion de fe que hizo ántes de morir no merecia ser continuado entre los ortodoxos porqué su vida presenta un conjunto de delirios, de inconsecuencias y de errores, que le hicieron indigno del sagrado ministerio que ejercia. En la época de la desastrosa revolucion de Francia su misma exaltacion le condujo al suplicio, y esta desgracia le salvó de una muerte eterna, en cuya ocasion se demostró la gran misericordia de Dios como siempre en todo su esplendor. Tratarémos aquí en compendio de los principales rasgos de la vida de este eclesiástico, que aun en medio de sus aberraciones conservaba todavía un asomo de la religion que habia abrazado y que vituperaba sin pudor. Habiendo recibido órdenes sagradas fué nombrado primeramente preceptor de los hijos del marqués de Choiseul, hermano del ministro, y entró despues en la comunidad de los sacerdotes de S. Roque en Paris. Cierta aventura que tuvo, y que dió mucho que decir entónces, le atrajo un entredicho del arzobispo de Paris; pero se rió de esta desgracia porqué en nada afectaba sus intereses materiales. Habiéndole cabido el honor de predicar ante el Rey, fué tanto lo que gustó que obtuvo en recompensa la abadía de Montfort, y luego fué nombrado vicario general de Boúrges, siendo obispo de aquella diócesis M. de Phelipeaux. Poco tiempo despues pronunció la oracion fúnebre de este prelado, que murió á fines de 1786, y la del duque de Orleans Luis Felipe nieto del príncipe regente. Hácia la misma época compuso un *Discurso sobre las costumbres rurales*. Estalló la revolucion, y entónces Fauchet se vió colocado en un terreno que á su modo de ver le ofrecia una celebridad sin límites, y por lo mismo adoptó ya desde el momento con entusiasmo sin igual los principios revolucionarios. De carácter ardiente, dotado de una imaginacion de fuego y lleno de máximas erróneas y exageradas se arrojó sin tino y sin prudencia al torbellino de las pasiones, que en aquella época de triste recuerdo formaban el principal distintivo de los que se llamaban ciudadanos. En 1789 y en los dos años siguientes pronunció varios discursos, en los cuales valiéndonos de la expresion del abate Feller se encuentran verdades anunciadas con fuerza al lado de los errores mas monstruosos. Su *Discurso sobre la religion nacional* es de este género; pues en él se encuentran, entre lo mucho que contiene de malo, principios muy sanos sobre la autoridad de la Iglesia relativamente al casamiento de los príncipes. Otros tres *Discursos sobre la libertad*, otro tambien

sobre la armonía de la Religion y de la libertad, una *Oracion fúnebre del abate L'Epée*, y un *Elogio cívico de Franklin*, muestran mas y mas los progresos de las ideas revolucionarias en la desorganizada cabeza del autor. En el elogio del abate L'Epée, pronunciado en S. Estévan del Monte en 25 de Febrero de 1790, detalla bastante bien los procedimientos y los servicios prestados á la humanidad por el célebre institutor de los sordo-mudos; pero no siempre separa con justicia lo que se encuentra de laudable en este bienhechor, de lo que la Iglesia tenia derecho de reprehenderle. El elogio cívico de Franklin es aun mucho mas digno de una rigurosa censura; pues que Fauchet, que habia merecido ser miembro de la comuna de Paris, olvida con mucha frecuencia los principios de la Religion de la cual era ministro. Bajo pretexto de combatir el fanatismo y la supersticion conduce al lector al indiferentismo en materias de fe, y para elogiar á Franklin sin restriccion alguna desnaturaliza la enseñanza de la Iglesia. Este elogio fué pronunciado en 21 de Julio del mismo año 1790. Fauchet figuraba entónces en los clubs, y era redactor de un periódico titulado: *La Boca de hierro (La Bouche de Fer)*, escrito absolutamente en sentido revolucionario, y en el cual se desfiguraba enteramente el Evangelio para amoldarle á las ideas demagógicas. Su celo ó mas bien su delirio revolucionario merecia una recompensa de parte de aquellos que seguian sin reserva los mismos principios. La constitucion civil del clero vino á ofrecérsela, y en el departamento de Calvados (llamado así de una roca de la Mancha contra la cual se estrelló el navío Calvados, que formaba parte de la famosa armada de Felipe II) donde apénas le conocian le eligieron por obispo, siendo consagrado tal en 1.° de Mayo de 1791; y desde entónces segun se asegura este obispo cismático se distinguió por sus extravagancias y malas calidades. Llamado á la asamblea legislativa, que siguió á la constituyente, votó para que nada se señalase á los sacerdotes injuramentados, *atendido*, decia, *á que nadie debe pagar á sus enemigos*. En 6 de Abril de 1792, habiéndose expedido un decreto por el cual se suprimian todas las costumbres eclesiásticas, Fauchet se apresuró á deponer sobre el despacho su mitra y su cruz siguiendo sus compañeros aquel ejemplo: era precisamente el Viérnes Santo. Sin embargo, segun parece, cuando Fauchet vió la caida del trono observando que no podia sostenerse en el partido dominante contra la Religion tomó una marcha retrógada. Se declaró contra el matrimonio del clero por medio de un mandamiento público. Su discurso en la época del proceso de Luis XVI es valiente atendidos los momentos en que lo pronunció. Combatió al propio tiempo á los que querian que el Rey fuese condenado á muerte, diciéndoles palabras muy atrevidas, bien que mezcladas con las frases que entónces estaban tan en boga contra el *tirano* y la *tiranía*. En las diferentes apelaciones nominales

con que se terminó este proceso monstruo, votó siempre por el partido mas favorable al desgraciado Monarca. «En esta cuestion *¿Luis es culpable?* con- « testó: Estoy convencido de ello como á ciudadano; lo declaro como á « legislador; mas como á juez, no disfrutando como no disfruto de esta « calidad me abstengo de pronunciar.» Fauchet admitió la apelacion al pueblo, el sobreseimiento; votó por la detencion y el destierro hasta la paz y sostuvo su opinion enérgicamente en el *Diario de los amigos* del cual era redactor. Desde entónces Fauchet se apartó mas y mas del partido dominante; se unió á los federalistas y sucumbió con ellos. Acusáronle de complicidad con Carlota Corday, á la cual no habia hecho mas que introducir á las tribunas de las sesiones de la convencion. Enviado á la concergería encontró allí á un virtuoso sacerdote, cuyas pláticas le hicieron volver en sí y detestar todos sus errores. Veamos lo que nos dice este piadoso varon en los *Anales católicos*, tomo IV, pág. 169; sus palabras son el mejor testimonio del gran portento que obró el Señor con esta oveja descarriada. « Por lo que respecta á « Fauchet, dice, puedo aseguraros que ha abjurado no solamente sus « errores sobre la constitucion civil, sí que tambien lo que ha predicado en « el templo de Ntra. Sra., lo que ha esparcido en su club llamado la *Boca* « *de hierro* sobre la ley agraria, el sermon de Franklin etc.: en pocas pala- « bras, ha hecho una abjuracion completa de todos sus errores, ha revo- « cado su juramento impío, y su intrusion, despues de haber hecho su « profesion de fe; cuyas circunstancias han promovido algunos murmullos « entre los gendarmes que se hallaban presentes, quienes me decian con « despecho, que cuanto ántes seria guillotinado como él. El abate Fauchet « despues de haberse confesado, ha confesado por sí mismo á Sillery.» (Extracto de una carta del abate Lothringer de 27 de Julio de 1797.) Conducido el abate Fauchet ante el tribunal revolucionario con otros veinte diputados, fué condenado á muerte y ejecutado en 31 de Octubre de 1793. Sus escritos anuncian un talento despejado; pero se nota en ellos falta de buen gusto, pretension, neologismo y exageracion. La conversion del abate Fauchet es uno de los abundantes y bellos triunfos de nuestra Santa Religion. Fauchet, nacido en el centro del catolicismo, mimado en el seno de la Iglesia, habia arrojado de sí con la mayor ingratitud á su buena Madre, á la Madre comun de todos los fieles; de la cual se habia separado para entregarse al mundo y elevarse á una esfera, desde donde debia descender para marchar al cadalso, miéntras su Madre le llamaba repetidas veces para que volviese á solazarse en la religion, cumpliendo con los sagrados deberes del sublime ministerio que habia abrazado, y en donde la paz del alma y la tranquilidad del corazon le prometian largos dias de vida y eternas felicidades. Los dias volaron entre las agitaciones consiguientes de una alma descarriada,

de un corazon envenenado. Su torpe lengua no se cansaba de repetir blasfemias; y si alguna que otra vez vertia palabras de paz y de caridad, estas no servian mas que para recordar lo que habia sido; un cristiano. Luchaba la ingratitud del hijo con el amor de la madre; y en esta obstinada lucha las armas de Fauchet procuraban siempre herir á mansalva, buscando por blanco el antemural de la impiedad. Por fortuna venció el amor, y Fauchet se salvó. Recordó lo que era y lo que habia sido, y la Madre comun de los fieles se gozó en esta conquista como se goza una madre cuando recobra á un hijo perdido. En vano pudiéramos entrar en estas comparaciones si no hubiésemos referido las iniquidades del hombre pervertido, para representar luego al verdadero hijo de la Iglesia en los momentos de su conversion. El espíritu de indiferentismo, que tanta sabiduría ostenta, que examine este cuadro; pues si bien lo considera, depondrá desde el momento sus envenenadas armas para trocarlas con el escudo de la fe y de la Religion de nuestros padres. —J. M. G.

FAUDOAS (Pedro Pablo, baron de) obispo de Meaux, tio de Madama Savarí duquesa de Rovigo. Nació en Lalaina en 1.° de Abril de 1750. Sus padres extremadamente pobres aunque nobles le destinaron al estado eclesiástico, y no tardó en obtener la abadía de Gaillac en la diócesis de Alby. Emigró al principio de la revolucion, pero volvió á Francia despues del 18 brumario y se halló complicado en una conspiracion, que fué descubierta en 1802. Parecia con todo que los cargos que sobre él pesaban no eran muy graves, pues fué llamado tres años despues al obispado de Meaux. Tuvo frecuentes comunicaciones con Pio VII durante su permanencia en Francia. El Sr. de Faudoas fué caballero de la legion de honor. —C. R.

FAUGERS (Arnaldo de) en latin *Arnaldus de Falgueriis* ó de *Faugeriis*, cardenal arzobispo de Árles, habia nacido en la diócesis de Tolosa. El papa Clemente V le hizo dar el arzobispado de Árles en 1308; y dos años despues le creó cardenal y obispo de Sabina. Arnaldo tuvo entónces por sucesor en el arzobispado de Árles á Guillardo su hermano, que murió en 1317, y á quien sucedió Guillardo de Saumare, obispo de Maguelona. Arnaldo fué el que coronó al emperador Enrique VII en 29 de Junio de 1312. Murió en 1317. —O. R.

FAULTRIER (Joaquin). Nació en Auxerre en 1626 de una familia noble y muy antigua. Dotado de un extraordinario talento que cultivó con los buenos estudios y de calidades las mas recomendables, abrazó el estado eclesiástico. Siguió no obstante la carrera del foro. Su probidad y la grande habilidad que desplegó en los varios negociados que se le confiaron le proporcionaron una brillante clientela. La direccion de una causa, cuya defensa puso en sus manos el conde de Lude, le dió á conocer á Luis XIV, quien des-

del momento juzgó que Faultrier podia serle de grande utilidad, á cuyo fin le recomendó á Louvois, y éste le confió diferentes negociaciones que Faultrier desempeñó felizmente, adquiriéndose la reputacion de sabio, de prudente y de una integridad á toda prueba. Habiéndole confiado la intendencia de Hainaut, administró esta provincia con el acierto que era de esperar de un hombre de tan vastos conocimientos; así es, que supo conciliarse á la vez la estimacion del soberano y la adhesion de los administrados. Finalmente, en recompensa de sus buenos servicios obtuvo la abadía de Ardenas, cerca de Caen, del Órden premonstratense, y la de S. Lupo de Tróyes. Era ya de edad avanzada, y no pudiendo soportar tantos trabajos obtuvo real permiso para dimitir en 1688 la intendencia de Hainaut. Entónces fué cuando hallándose enteramente libre resolvió consagrar las horas de recreo al cultivo de las letras, que siempre habian llamado su atencion. Habia empezado á formar una biblioteca á cuyo aumento y arreglo dedicó todo su afan, logrando levantar un monumento digno de su amor por las ciencias y por la literatura. Próspero Marchaud ha formado el catálogo de esta preciosa biblioteca, al cual precede un elogio del abate Faultrier. El Rey habia concedido á éste una habitacion en el arsenal, donde pasó el resto de sus dias tranquilamente al lado de sus amados libros y rodeado de amigos. El mismo príncipe le conservó en su particular estimacion, admitiéndole en sus conversaciones y siguiendo con frecuencia sus consejos. Este hombre recomendable murió en 12 de Marzo de 1709 de edad de ochenta y cinco años llorado de cuantos le conocian. Tenemos de él una *Carta* en respuesta *al abate de Rancé* quien, escribiendo la vida de uno de sus religiosos, antiguo militar, insertó en ella algunas cosas poco ventajosas á este estado. — E. A. U.

FAUNTEO (Lorenzo Arturo) jesuita. Fué natural de Leicester, en Inglaterra, é hijo de una noble familia de aquel reino. Fugitivo de su patria por la persecucion que contra él se intentó allí á causa de su fe, fuése á Lovaina, en cuya ciudad estudiando lógica se aficionó á la Compañía de Jesus, en la que fué admitido á la edad de diez y seis años y en el de 1570. Despues de haber cursado retórica y filosofía en la misma ciudad pasó á Roma para estudiar teología. Concluido el curso de esta facultad enviáronle sus superiores á Polonia, donde alcanzó grande estimacion y renombre en todo el reino por las insignes pruebas que dió de virtud y erudicion. Murió este doctísimo padre en Vilna el dia 28 de Febrero del año 1591; habiendo vivido pia y religiosamente cerca de veinte y cinco en la Compañía. He aquí sus obras; 1.ª: *De Christi in terris Ecclesia, quænam, et penes quos existat*, tres libros, Posnania, Juan Wolrab, 1584, en 4.°. 2.ª: *Contra Antonium Sadeclem Calvinistam*, tres libros. 3.ª: *Theses de variis fidei controversiis; videlicet: De Christi Ecclesia: De Divi Petri, et Ro-*

mani Pontificis, successoris ejus, in Ecclesiâ Christi Principatu: De sanctorum invocatione, et veneratione: De Lutheranorum, et Calvinistarum oppugnatione, et Catholicæ Eucharistiæ defensione, impresas todas en la misma ciudad é imprenta, desde el año 1580 hasta 1590: *De ordinatione et vocatione Ministrorum Lutheranorum et Calvinistarum, eorumque sacramentis*, allí mismo. 4.ª: *Apologia Thesium de invocatione sanctorum contra Danielem Tossanum sacramentarium*, Colonia, por Birckmann, 1590. 5.ª: *Apologia Thesium oppugnationis Cœnæ Lutheranæ et Calvinianæ, contra eundem Tossanum*, por Wolrab, 1690. 6.ª: *Oratio habita in Synodo Petrocoviensi Provinciali, de causis et remediis hæreseon.* Dió tambien á luz, suprimiendo su nombre: *Tractatus de controversiis inter ordinem ecclesiasticum et secularem in Poloniâ*, 1592, en 4.°. — E. L.

FAURE (Cárlos) abad de Sta. Genoveva, y primer superior general de los canónigos regulares de la congregacion de Francia. Habia nacido en Luciennes, cerca de San-German en Laye, en 1594, de una familia noble, originaria de Auvernia. Ante todo es necesario que hablemos de sus prendas personales para formarnos ya desde un principio la verdadera idea de lo que fué durante su peregrinacion en este mundo. Dotado de un carácter afable, de un espíritu dócil y de un corazon sensible y generoso, el jóven Faure mostró desde su infancia inclinaciones virtuosas y un amor sin límites á la piedad, complaciéndose por lo mismo en asistir con frecuencia á los divinos oficios y á todas las ceremonias religiosas. Apénas habia cumplido los ocho años de edad cuando cayó un rayo á su al rededor, y miéntras los que lo presenciaban viéndole rodeado de llamas le creian víctima de aquella exhalacion, observaron con asombro que no habia recibido daño alguno. El padre de Faure, que era un hombre virtuoso é instruido, fué su primer maestro, y de aquella deleitosa fuente recibió el hijo las primeras impresiones de la sana moral y de la doctrina del Evangelio. Envióle luego á Boúrges para que continuase sus estudios al lado de los jesuitas, desde donde despues de haber cursado humanidades regresó al hogar paterno; y por último pasó á la Fleche donde acabó de perfeccionarse en las ciencias. Hallábase á corta diferencia á la edad en que los jóvenes han de elegir estado cuando tuvo que llorar la pérdida de un buen padre. Su madre que conocia perfectamente á Cárlos, creyó favorecer sus inclinaciones y al propio tiempo favorecer su suerte haciéndole entrar en la abadía de Senlis; y en efecto no se equivocó. Faure encontró allí todo lo que deseaba, tomando el hábito en 1.° de Marzo de 1615. Por consecuencia precisa de las guerras civiles, y ademas por la introduccion de la encomienda, esta abadía como otras muchas se habia relajado casi enteramente. Faure extraordinariamente piadoso lo observó desde luego; sin embargo, no se dejó arrastrar del mal

ejemplo. Su gran piedad y la regularidad de su vida formaban un verdadero contraste con el comportamiento de sus cofrades. Faure con su modo de proceder les condenaba, y no cabe la menor duda que desde el momento le hubieran despedido á no existir el temor de disgustar á su abad, amigo particular de la familia del jóven religioso. Afortunadamente por el hermano Faure, encontró en un respetable eclesiástico de la diócesis de Beauvais llamado M. *Ransson*, á quien habian elegido para cuidar é instruir á los novicios, un verdadero protector, un ángel tutelar que le animó y sostuvo en sus buenos designios. La circunstancia particular de no haber encontrado entre los mismos monjes un solo religioso capaz de desempeñar el delicado cargo de maestro de novicios, bastará para formarse una idea del triste estado en que se hallaba aquella comunidad: en efecto, el mismo Ransson se veia expuesto á continuas persecuciones por lo mismo que era muy exacto en el cumplimiento de sus deberes. En el mes de Octubre siguiente el hermano Faure se trasladó á Paris para cursar en aquella universidad la filosofía y la teología. Entró al efecto en el colegio de Mans, dirigido entónces por M. Bourdoise (véase su artículo). El jóven canónigo regular observó en esta casa la vida mas edificante y mas penitente, compartiendo el tiempo entre los ejercicios de piedad y el estudio. Despues de haber tomado el grado de bachiller en teología le empeñaron á que siguiese el curso de licenciatura para tomar luego el grado de doctor; pero ó bien sea movido de su humildad, ó bien que negocios mas importantes le llamasen á su abadía, cuya reforma deseaba vivamente, lo rehusó. Miéntras tanto los monjes de S. Vicente habian experimentado un cambio total y muy conforme á los votos del P. Faure. El celo, el ejemplo y los sabios consejos de Ransson habian producido admirables efectos, causando una fuerte impresion en dos de los religiosos. Los P. P. Baduino y Branche habian vuelto á tomar sinceramente el espíritu de su estado, y por lo mismo deseaban tambien una completa reforma. El prior y todos aquellos que se oponian á sus piadosos designios habian muerto en el curso del año, como si la Providencia Divina lo hubiese dispuesto así para quitar todos los obstáculos. En este estado el P. Baduino fué elegido prior, á cuya eleccion contribuyó y no poco el P. Faure, en quien recayó el cargo de suprior y el de maestro de novicios. Ámbos trabajaron constantemente para completar la obra comenzada, y muy luego el monasterio cambió de aspecto, en términos que fué tan regular como relajado habia sido hasta entónces. Trabajábase al propio tiempo por órden de Luis XIII en la reforma de las diferentes Órdenes de religiosos, y en varias congregaciones se habia alcanzado ya: el cardenal de la Rochefoucault estaba encargado por el Monarca de lo concerniente á las casas de canónigos regulares, y desde 1622 habia obtenido de Roma un breve para introducir la re-

forma en las casas que lo necesitasen. Conocia perfectamente el celo del P. Faure y se servia de él siempre con buen éxito. Á ejemplo del monasterio de S. Vicente otros muchos habian entrado ya en el camino de su deber. Eligiéronse de esta abadía dos religiosos para llevar el espíritu de regularidad en los monasterios donde se habia debilitado. El cardenal eligió al P. Faure visitador y superior de las casas reformadas. El objeto de su eminencia era elegir cuarenta de ellas, las que se hallasen ménos lejanas de Paris, para reunirlas en capítulo general con la denominacion de *Congregacion Parisena*; mas como el Rey le hubiese nombrado abad de Santa Genoveva con la intencion de introducir tambien allí la reforma, el plan del cardenal se amplió. Resolvió, pues, hacer de esta abadía el jefe, digámoslo así, de la congregacion agregando á la misma abadía varias casas de todas las provincias del reino, dándole el nombre de *Congregacion de Francia*. Miéntras tanto doce religiosos de S. Vicente y algunos otros de las casas reformadas se introdujeron en la abadía de Santa Genoveva, y tomaron de ella posesion el 27 de Abril de 1624. El celo del P. Faure no se debilitaba en lo mas mínimo. En su calidad de visitador y de vicario general recorria las casas, redactaba sabios reglamentos, instituia seminarios, velaba cuidadosamente la observancia de la regla, y con tan poderoso auxilio la congregacion tomaba anualmente formas mas colosales con las nuevas casas que pedian reunirse á la misma. Por otra parte, solicitóse de Roma la bula de ereccion de la congregacion, la que se alcanzó en 3 de Febrero de 1634. Segun lo que disponia esta bula la abadía de Santa Genoveva debia tener un abad regular despues de la dimision hecha por el cardenal. Hasta entónces el abad elegido no era mas que un coadjutor, y en esta calidad ejercia su autoridad sobre la congregacion durante su trienio. En 17 de Octubre del mismo año se congregó el capítulo general en Sta. Genoveva para la eleccion de superior, y habiendo recaido todos los votos en el P. Faure, éste fué elegido abad coadjutor de Sta. Genoveva y superior general de la congregacion. Tres años despues se le ratificó en esta misma dignidad; pero como segun lo que disponia la bula no podia ser elegido tres veces consecutivas, á pesar de las instancias que hacian los religiosos para que el P. Faure continuase en ella, se vió precisado á dimitir despues de haber concluido el segundo trienio. Eligieron entónces para reemplazarle al P. Boulart; sin embargo, el capítulo general conservó al P. Faure poderes tan amplios que el mismo P. Boulart no podia emprender cosa alguna sin su consejo. Concluyó el trienio y volvió á recaer la eleccion por unanimidad en el P. Faure. En el principio de este generalato trienal fué cuando agoviado por la edad y extenuado por las fatigas y las austeridades, este excelente religioso cayó enfermo de gravedad. Condujéronle de Chártres á Paris, donde á pesar del fatal estado en que se hallaba continuó traba-

jando por espacio de dos meses teniendo aun bastante valor y serenidad para dar la última mano á sus constituciones, dirigiendo ademas varias instrucciones y memorias sobre objetos de grande importancia. Finalmente, espiró en olor de santidad en 4 de Noviembre de 1644 á la edad de cincuenta años. Á su ardiente celo se debió el que se extendiese el bien de su Órden hasta la Irlanda. En el año mismo de su muerte habia admitido á la profesion á siete jóvenes irlandeses que regresaron á su pais para predicar la fe, y de los cuales algunos recibieron la palma del martirio. Las obras del P. Faure son: 1.ª: *Sus Constituciones:* obra admirable y llena del espíritu de Dios. 2.ª: *El directorio de los novicios*, reimpreso varias veces. El P. Adam Schirmbech jesuita aleman lo tradujo al latin, y lo publicó en Munich con el título de *Palestra religiosa*. 3.ª: Diferentes *Tratados* manuscritos, entre los cuales se cita uno *de la perseverancia*, y otro titulado; *Ideas de las cosas que servirán para conservar el espíritu de piedad en la congregacion*. 4.ª: *Samuel christianus*, Paris, 1638: libro dedicado á los seminarios de la congregacion. 5.ª: Varias *Exhortaciones* y *Disertaciones* sobre diversos asuntos. 6.ª: Varias *Cartas* inéditas en gran número en las cuales trata de materias las la mas importantes de la salvacion y de la perfeccion religiosa. Publicóse una *Vida* del P. Faure, un tomo en 4.°, Paris, 1698, principiada segun parece por el P. Lalleman prior y canciller de Sta. Genoveva, á cuyo fin habia reunido los materiales necesarios. El P. Chartonnet tambien prior de Sta. Genoveva dió á esta Vida la última mano y la publicó. En la historia de los canónigos regulares consta que el P. Faure fué su principal superior. — J. M. G.

FAURE (Francisco) obispo de Amiens. Nació en 8 de Noviembre de 1612 en Sta. Quiteria, cerca de Angulema. Anunció desde su infancia la mas viva inclinacion al retiro, y por lo mismo apénas hubo concluido los primeros estudios solicitó su admision en el Órden de franciscanos. Durante el año del noviciado dió pruebas inequívocas de ser verdadera su vocacion, pues en todos sus actos excedió á las esperanzas de sus superiores, pronunciando por fin sus votos á la edad de diez y siete años. El jóven Faure reunia á un carácter sumamente dócil un genio privilegiado y una facilidad extraordinaria, de modo que al principio de su carrera vaticinaron ya sus maestros que seria un hombre sabio y muy á propósito para dirigir los negociados de la Órden. Enviáronle sus superiores á cursar la teología en Paris, y allí sostuvo su tésis para el grado de doctor de una manera tan brillante que vino á confirmar la ventajosa opinion que de él habian formado. El cardenal Richelieu al oir las grandes alabanzas que prodigaban á Faure quiso oirle, y quedó tan prendado de la sabiduría de sus respuestas, que se declaró desde luego protector suyo. Despues de la muerte del cardenal la reina

Ana de Austria se encargó de proteger á Faure, haciéndole nombrar sub-preceptor de Luis XIV, y el buen religioso naturalmente agradecido la correspondió con una adhesion sin límites prestándole grandes servicios durante las revueltas que se suscitaron en la época de la minoría. En esta ocasion fué premiado con el obispado de Grandéves, de donde en 1654 fué transferido al de Amiens: Faure se mostró algo celoso en mantener y dar mayor latitud á la jurisdiccion de su diócesis; y esto dió márgen á una animada polémica entre él y el dean de S. Florencio de Roda, que pretendia poder prescindir de la aprobacion del obispo para la administracion de los Sacramentos en atencion á ser nombrado por el capítulo. Habiendo dado lugar este incidente á varias memorias fué llevado ante el consejo real que no llegó á juzgarlo definitivamente. El obispo de Amiens asistió en varias asambleas del clero, y estuvo casi siempre encargado de presentar las deliberaciones á la aprobacion real. Finalmente, conservó el favor de la córte hasta su muerte acontecida en Paris en 11 de Mayo de 1687 siendo de edad de setenta y cinco años. Su cuerpo fué trasladado á Amiens y depositado en la catedral. Las obras que Faure publicó le atrajeron durante su vida algunos epígramas bastante picantes. Tenemos de él una *Coleccion de estatutos sinodales para la diócesis de Amiens;* una *Censura de las cartas provinciales;* una *Ordenanza contra el Nuevo Testamento de Mons*, refutada por Lenoir teologal de Seez; un *Panegírico* de Luis XIV, Paris, 1680, en 4.°, y algunas *Oraciones fúnebres*, tales como la de la reina D.ª Ana de Austria su bienhechora; la de Enriqueta María, reina de Inglaterra; y la de Gaspar IV de Coligny. — E. A. U.

FAURE (Juan Andres). Nació en 14 de Mayo de 1608 en Pui, en Vellai, de una familia ilustre. En 1627 tomó el hábito del Órden de Sto. Domingo, y durante su residencia en el claustro fué casi siempre prior y dos veces provincial. Á pesar de que su físico era sumamente delicado desempeñaba con tanto celo, actividad y prudencia los cargos que se le confiaban y era tan complaciente y bondadoso, que se hacia amar de cuantos le conocian y muy particularmente de sus inferiores. Siguiendo el objeto de su instituto no pasaba cuaresma ni adviento que no predicase en alguna catedral, y con mucha frecuencia se dedicaba tambien á las misiones. Faure fué uno de los tres comisarios nombrados por Clemente X para estrechar la observancia regular en las provincias de Francia; en una palabra, pocos hombres habia que le ganasen en asiduidad al trabajo, ni que fuesen mas aplicados ni mas exactos en el cumplimiento de sus deberes. Por fin llegó su última hora. En 31 de Marzo de 1673 meditando sobre la pasion, que iba á predicar en la catedral de Montpeller, sufrió un ataque de apoplegía, de cuyas resultas murió á las ocho de la mañana. Publicó las *Vidas* de S. Jacinto, de Sta·

Rosa, de S. Luis Bertran, y la *Perfeccion cristiana comprehendida en el santísimo rosario.* — G.

FAURE (el P.). (Véase Manuachio).

FAURE (Juan Bautista) jesuita. Nació en Roma en 25 de Octubre de 1702, de una familia originaria de Francia. Principió sus estudios en el colegio romano dirigido por los P. P. jesuitas. Abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en la provincia romana en 30 de Marzo de 1728, y pronunció sus cuatro votos en 15 de Agosto de 1738. Llenó sucesivamente las cátedras de filosofía, de controversia, de teología escolástica y de las Santas Escrituras. Como á profesor de teología supo eludir varias cuestiones inútiles, que perjudicaban el estudio de los tratados mas interesantes por su profundidad y su doctrina; logró al mismo tiempo evitar los extremos: de modo que sus tratados en vez de ser una simple historia de las doctrinas teológicas, ó una compilacion de puntos especulativos, estaban llenos de doctrina sólida y de cuestiones útiles cual jamas se habian tocado. El Padre Faure siguió la carrera del profesorado por espacio de treinta años, y fué sin contradiccion alguna el primer teólogo de su siglo. Los papas Benito XIV y Clemente XIII no se desdeñaron de consultarle sobre los puntos mas graves y delicados. Cuando sobrevino la supresion de los jesuitas Faure fué encerrado en el castillo de S. Ángelo con otros muchos jefes de su Órden. Tomóse contra él esta medida rigurosa, porqué temian que su sábia pluma no emprendiese la defensa de esta misma Órden que acababa de proscribirse. Vino Pio VI y dando la libertad á todos los jesuitas que se hallaban presos, permitió al P. Faure que residiese en su convento de Jesus, de donde le expulsaron muy en breve sus enemigos. Entónces se retiró á Viterbo, cuyos habitantes le recibieron con distinguidas muestras de aprecio; y Faure agradecido se ocupó en redactar, en dos tomos en 4.°, una *Defensa* del famoso decreto del rey Desiderio: decreto muy honroso para esta ciudad y que existe en su palacio municipal. El P. Faure tuvo que refutar en esta obra, á la cual sin embargo tributa Tirabosqui los mayores elogios, la opinion de varios escritores célebres, logrando una completa victoria. Este piadoso eclesiástico compartió su vida entre el cumplimiento de sus deberes religiosos, el estudio y el ejercicio de la caridad. Nada tenia para sí; todo lo repartia entre los pobres, y nunca estaba mas contento que cuando podia auxiliar á los enfermos, consolar á los afligidos, visitar á los encarcelados, y enjugar las lágrimas de la viuda y del huérfano. Sorprendióle la muerte en estos santos ejercicios, y falleció en Viterbo el 25 de Abril de 1777 cuando contaba la edad de setenta y cinco años. Hiciéronle magníficos funerales; colocaron su retrato en el salon del palacio municipal, y pronunciése su elogio en la academia literaria de la misma ciudad. Tene-

mos de él: 1.°: *Memorie apologetiche in risposta alle opposizioni contro il decreto del Re de' Longobardi Desiderio* etc., sin nombre de autor, Viterbo, 1779, en 4.°. Faure en esta obra se esfuerza en defender las *Crónicas* Viterbienses de Anio contra las censuras de los eruditos. 2.°: *Giudizio imparziale sulla controversia frai Padri conventuali ed osservanti* etc., Porto-Ferrajo, 1779, en 4.°. El autor con gran copia de doctrina y erudicion, y sin afectar á ninguna de las partes, trata de las controversias de las dos congregaciones acerca de la antigüedad, ingenuidad y pobreza de cada una de ellas. 3.°: *Apparatus brevis ad theologiam et jus canonicum*, Venecia, imprenta de Remondino, 1753; impreso tambien en Roma, 1751. 4.°: *Theses polemicæ de R. Pontifice, conciliis, et Ecclesia..... accedit Dissertatio de capitulis S. Cœlestini I olim tributis* etc., Roma, 1754, en 4.°. 5.°: *Dissertatio polemica de jure Regaliæ et primarum precum contra publicistas protestantes* etc., Roma, imprenta de Salomon, 1573, en 4.°, sin nombre de autor; bien que la grande erudicion y la fuerza del raciocinio que contiene revelan que es de Faure. Zacarías en su obra titulada: *Apparatus.... ad theologiam* etc. tambien la juzga del mismo autor. 6.°: *Congetture fisiche intorno alle cogione de' fenomeni osservati in Roma nella macchina elettrica*, Roma, imprenta de Bernabó, 1747, en 4.°. 7.°: *Tabulæ chronologicæ. Editio 3. Accessit Dissertatio historico-critica, qua chronologiæ in Joannis Dominici Musantii tabulis expositæ specimen apologeticum exhibetur*, Roma, 1750, en 8.°, imprenta de Juan Generoso Salomon. Estas tablas cronológicas de Musancio fueron continuadas durante el pontificado de Benedicto XII en el año 1692, en cuya fecha murió el autor, por los jesuitas Domingo Centi y Antonio Casini, adornadas por Faure con nuevas adiciones, con la muy elogiada disertacion histórico-crítica, con un prólogo á los lectores, y con una dedicatoria á Nicolas Spinelli obispo de Aversa. 8.°: *Ritrattazione solenne di tutte le ingiurie* etc., Nápoles, 1744, en 4.°. 9.°: *Supplementi alle prime animadversioni che contro la causa del V. Monsig. Giov. di Palafox ha fatte Mons. Sampieri, promotore della fede*, sin nombre de autor, de lugar ni de año. Los suplementos que tratan de la causa de Palafox son en número de cuatro. 10.°: *Relazione istorica è theologica del Bajanismo del Giansenismo, è del Quesnellismo*, insertado sin nombre del autor en el *Diario eclesiástico de Roma*, tomos IV y V, suplemento. José Cernitori, autor de la *Biblioteca polémica*, nos demuestra que Faure es el autor de este utilisimo opúsculo. 11.°: *Biglietti confidenziali critici* (cartas familiares y críticas), Venecia, 1772, en 4.°, sin nombre de autor, imprenta de Antonio Zatta. En ellas se refuta á Camilo defensor de Blas que se oponia á la religion y al culto del Sagrado Corazon de Jesus. Cristotimo Amerista, íntimo amigo de Blas, no pudiendo sufrir lo que se decia contra éste en las *Car-*

tas familiares, pretendió impugnarlas con una obra apologética titulada: *Antirrethicon*, muy notable por la acrimonia con que estaba escrita, la cual dió márgen á Faure para salir en defensa de sus *Cartas familiares* publicando al efecto: 12.°: *Saggi teologici per formare un' errata corrige da aggiungersi á due volumi che per apologia del Sig. Blasi.... contro l'impugnazione de tre biglietti confidenziali critici ha recentemente pubblicati Cristotimo Amerista. Saggio* 1.°, Luca, 1773, en 8.°, sin nombre de autor. *Saggio* 2.° que salió á luz, segun parece, en el mismo lugar y en el año siguiente. Amerista, no separándose nunca del tema que habia emprendido, traspasó como tenia de costumbre los límites de la sana crítica, y continuó refutándole con una acritud inconcebible, mayormente si se atiende cuan difícil le era rebatir á un hombre tan sabio y tan erudito como Faure: en esta ocasion podemos decir que perdió el freno, y que como su causa era injusta él mismo se sentenció con sus sarcasmos. 13.°: *In Arnaldi librum de frequenti communione Mediolani nuper recusum, et in alterum ejusdem de traditione Ecclesiæ, in quibus quesnelliana ab Eclesia damnata praxis de absolutionis dilatione adstruitur: Dissertatio posthuma, et imperfecta præclarissimi theologi ab altero ejusdem perfamiliari è tenebris educta, in ordinem digesta, ad metam usque perducta*, Roma, 1791, en 4.°, imprenta Salomoniana. Tambien calla Faure su nombre en esta obra, ni se sabe tampoco el del autor que terminó esta disputa; sin embargo se presume que pertenecia á la Compañía de Jesus de la provincia napolitana. Esta continuacion principia en la página 92 donde dice: «Que no duda absolutamente que el exactísimo Faure contestó á todos los puntos de la cuestion de la cual no tenia una perfecta noticia á causa de la incuria de los tiempos.» 14.°: *Ad Philalethem Romanum cujus est Epistola de justa Bibliothecæ janseniancæ proscriptione data Romæ pridie idus Martii 1750 Hispani Philalethe responsio, ubi de justa proscriptione Norisii per Hispanam Inquisitionem*, con superior permiso, Sevilla, 1751, en 4.°; bien que segun opina Caballero fué impresa en Roma con superior permiso, sin nombre de autor. Muchos han sido los que atribuyeron esta obra á Faure, aunque otros suponen que era de otro jesuita llamado Gerónimo Lagomarsinio. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que el autor de esta respuesta no pudo evitar que fuese prohibida, y con justicia, por la Inquisicion de Roma en el año 1752. 15.°: *Theses theologicæ, et polemicæ de jure naturæ, ac gentium contra Hugonem Grotium..... Hobbesium, Puffendorfium, Thomasium* etc., Roma, imprenta de José y Felipe de Rubeis, 1757, en 8.°. Fué el defensor de esta *Tésis* Marco Alejandro Carlotti que residia en el seminario de Roma. Faure dice en la página 6, hablando de esta tésis, que se ha propuesto dar á luz en 1753 una disertacion cuestionable contra la regla de las costumbres introducida por

Wolfio. 16.° : *Conclusiones universæ theologiæ*, Roma, imprenta de Juan Generoso Salomon, 1766, en 4.°. El que defendió estas conclusiones fué Bernardo Antonio Forckembeck, alumno del colegio germánico y húngaro. 17.° : *S. Augustini Hipponensis Episcopi Enchiridion de Fide, Spe, et charitate notis et assertionibus theologicis illustratum*, Roma, 1755, en 4.°. Defendió estas *Aserciones* Joaquin Carta, que dedicó su obra al cardenal Joaquin Portocarrero. Faure en sus notas á la misma continúa dando inequívocas muestras de su grande erudicion y de la profundidad de sus ideas. Habia leido y estudiado perfectamente y con la mayor detencion las obras de S. Agustin; así es que con un caudal inagotable de doctrina reprehende ágriamente á los jansenistas, al paso que confunde y abate completamente á los idealistas. En la página 35 recuerda con encarecimiento cierta disertacion suya titulada : *De harmonia præstabilita*. Se da por cierto que el manuscrito que Faure dejó acerca de la segunda parte del *Enchiridion* procuró ocultarse en notable perjuicio de los eruditos. 18.° : *Commentarium in bullam Pauli III*, que principia : *Licet ab initio*, dada en 1542, cuyo Papa estableció en Roma la Inquisicion cometiendo su régimen al clero secular; 1750, en 12.°, sin lugar, imprenta, ni nombre de autor. Faure, con gran caudal de erudicion, con muchas notas y ejemplos, confirma los elogios tributados á la gran sabiduría y equidad de la citada bula Paulina. El mismo Faure revisó y dirigió la nueva edicion romana hecha en 1769 en la imprenta de Generoso Salomon de la obra siguiente : *Juris naturæ et gentium principia et officia ad christianæ doctrinæ regulam exacta, et explicata*, compuesta por el jesuita Bautista Guarini, que Faure adornó con dos elegantes y eruditas dedicatorias, la una dirigida al cardenal Cárlos Rezzonico, y la otra á José Truchsess de Zeil Wrzac, canónigo de Estrasburgo y de Colonia. Cuidó tambien de la impresion hecha en 1750 de la obra titulada : *Rev. Patris Martini Becani E. S. I. Theologia dogmatica, seu manuale controversiarum in 6 libros distributum, quibus controversiæ de Fide breviter dilucidantur*; cuya edicion enriqueció Faure con una *disertacion* del socinianismo y varias *Memorias* sacadas de la historia profana, con las cuales se propuso con prudencia y utilidad refutar los nuevos errores vertidos tanto en la parte dogmática, como en la histórica y cronológica. Continuó ademas una elegante dedicatoria que consagró á Alejandro Borjia, arzobispo de Firmo.—J. M. G.

FAUSTA (Sta.). En el Martirologio romano se citan dos Santas de este mismo nombre; la primera en 20 de Setiembre, la cual murió, como verémos, vírgen y mártir en Cizico, en el Helesponto; y la otra en 19 de Diciembre. Ésta fué madre de Santa Anastasia ilustre en nobleza y piedad y murió en Roma. La igualdad del nombre, á nuestro modo de ver ha dado márgen á que un autor, segun se observa en la obra titulada; *Leyenda de*

Oro, las haya confundido mezclando los hechos de la una con los hechos de la otra; pero queda desvanecida toda duda desde el momento que nos concretemos á lo que dice el Martirologio romano de la segunda Santa de este nombre; esto es, *en Roma Santa Fausta madre de Santa Anastasia ilustre en nobleza y piedad.* Fausta objeto de este artículo, segun se refiere, nació como hemos indicado ya en Cizico, de padres nobles y poderosos, pero mas ricos aun en virtud que en bienes de fortuna, quienes procuraron educar á Fausta en los principios de la fe que profesaban con toda la sinceridad de su alma. Murieron sus padres dejando á la tierna niña de edad de trece años y dotada de hermosura, de candor y de riquezas. Fausta, constante en los principios de la mas rígida virtud, léjos de curarse de las vanidades del mundo con que la brindaban sus gracias personales y su riqueza, fijó toda su felicidad en los ayunos, en la oracion, en la meditacion de las Sagradas Escrituras, y en el socorro de los desvalidos. Fausta era un ángel para todos, y aunque procuraba ocultar cuidadosamente lo mucho que valia, la fama de sus ínclitas virtudes se extendió muy en breve por todas partes. Hablábase de Fausta con entusiasmo: decíase entre la gente sencilla, que era un ser sobrenatural, porqué sus heróicas virtudes no tenian ejemplo. En edad tan tierna venerábanla ya los buenos como á madre y protectora, y la admiraban como á Santa. Imperaba en aquel tiempo Maximiano enemigo implacable del cristianismo. Sabiendo, pues, este Emperador lo que pasaba en Cizico, dispuso que un sacerdote de los dioses, privado suyo, y que por su carácter era tenido en mucho entre los cortesanos, pasase inmediatamente al punto donde se hallaba la Santa para que procurando atraerla con halagos la obligase á tributar incienso á los dioses; con órden expresa que si se resistia le quitasen la vida. Este hombre llamado Evilasio se puso inmediatamente en camino, y al llegar á Cizico hizo comparecer ante sí á la dichosa vírgen. Refiérese que en esta primera entrevista medió el siguiente diálogo. Mandó Evilasio á Fausta que sacrificase á los dioses:—«Yo no tributo incienso, dijo « la Santa, á unos dioses que son sordos y ciegos. Mi padre y esposo es Je- « sucristo que está reinando en el cielo, y nunca jamas le abandonaré para « obedecer á unas mentidas deidades: y has de saber que aunque pequeña « en edad mi corazon es grande para con el verdadero Dios.» Evilasio quedó absorto al oirla; pero mayor fué aun su indignacion, que su sorpresa; así es que dejándose arrastrar del primer ímpetu mandó que la rasurasen, que la desnudasen y que atándola en un palo la azotasen sin compasion alguna. Los verdugos anduvieron solícitos en el desempeño de sus funciones; mas la Santa sin prorumpir en el menor suspiro dirigió sus miradas al cielo, alabó á Dios y continuó mostrándose impasible con la sonrisa del candor y de la inocencia en sus labios. Miéntras tanto aparece de repente una

nube y despide un rayo que causó la muerte de algunos que presenciaban aquel atroz suplicio, como si la divina venganza hubiese querido dar en aquella ocasion una leccion tremenda á las almas desapiadadas. Evilasio que se hallaba presente lleno de terror dispuso que se suspendiese la ejecucion, y luego llamó otra vez á la vírgen: «¿Mujer, le dijo, quién eres? « ¿posées algun encanto para obrar tales prodigios?—Lo único que puedo « decirte, contestó la jóven, es que yo no siento aquí dentro (señalándose el « corazon) los tormentos que experimentas ahora en esta ocasion.» Evilasio siguiendo todavía los impulsos de su carácter sanguinario y depravado, pasados los primeros momentos de asombro, mandó encerrarla en un ataud y que la aserrasen de por medio. En este estado obró Dios uno de aquellos rasgos de su gran misericordia. Evilasio á juzgar por el modo inaudito con que se portaba con la Santa no merecia perdon; pero veamos lo que aconteció, y alabemos á Dios cuya misericordia es infinita. Los verdugos, ó fieras que obedecian ciegamente los mandatos del idólatra, principiaron la operacion; pero á pesar de que eran muy diestros en dar los tormentos, Dios enervó sus manos y ablandó el hierro en términos que despues de haberse cansado en valde exclamaron volviéndose á Evilasio: «Ni las sierras « ni el fuego nada pueden con esta mujer; fatigados están nuestros cuer« pos miéntras ella entona cánticos de alabanza, que nosotros no entende« mos.» Á estas palabras Evilasio se manifestó conturbado; era que Dios principiaba ya á tocarle el corazon. Mandó pues sacar inmediatamente á la Santa del ataud, y á su presencia exclamó: «Mujer, ochenta años cuento de « vida, y ochenta años habia vivido en la ignorancia, porqué nunca jamas vi « los prodigios que tu obras: yo te conjuro por el Dios en quien crées que « me digas la verdad.»—«No soy yo la que obra los portentos, contestó la « Santa: el verdadero Dios es el que preside en todos los actos de nuestra « vida, y á él son debidas las maravillas que vemos á cada paso; tú le co« nocerás si en algo estimas la verdad que sale ahora de mis labios.»—«Si « repuso Evilasio háblame la verdad, yo me regosijo en ella.» Entónces la Santa vertió un raudal de aquella elocuencia dulce, persuasiva, llena de uncion y capaz de ablandar el corazon mas empedernido; y aquella tez arrugada por los años y ennegrecida con los rigores del sol y con el humo de las hogueras se demudó enteramente; aquellos ojos que nunca habian vertido ni siquiera una lágrima las brotaron en abundancia; y finalmente, aquellos labios que no se abrieron jamas sino para pronunciar palabras de horror en aquel mismo instante se gozaron en el dulce nombre de Jesucristo. «Si, « creo exclamó, y volviéndose á los verdugos, continuó diciendo: ponedla « en libertad.» Dios quiso tambien que el placer que habia infundido el fuego de la Divina Gracia en el corazon de Evilasio fuese completo: Fausta

no conservaba lesion alguna despues de todos los tormentos que habia padecido. Esta es una de aquellas escenas dificiles de describir por el verdadero contraste que forman entre la virtud y la maldad, entre el amor y el odio, entre la ignorancia y la verdadera sabiduría. Al parecer todos los que presenciaron el acto debian convertirse tambien; pero no aconteció así, pues uno de los criados de Evilasio marchó á dar cuenta al Emperador. Este oyó el mensaje con el disgusto que era de esperar, y en el colmo de la indignacion dispuso que su prefecto hombre bárbaro y sanguinario, y que por otra parte habia jurado rencor eterno á los cristianos, partiese inmediatamente para que consumase la obra comenzada y castigase la apostasía de Evilasio. No podia el Emperador hacer eleccion mas acertada. Apénas llegó á Cizico, cuando saliéndole al encuentro Evilasio le dirigió el enviado estas palabras: « Acércate cabeza de maldades; ¿quién creyera que tú te atrevieses á « negar á los dioses inmortales para seguir la locura de los cristianos?—Oye « repuso Evilasio; pon atencion á lo que te diga Fausta, y muy pronto co- « nocerás al Dios vivo, y serás dichoso y bienaventurado. » Maximino (así se llamaba el prefecto) ni siquiera dió tiempo á Evilasio para acabar de pronunciar la última palabra. Encendido en cólera llamó inmediatamente á los verdugos é hizo que desnudasen al anciano, que le colgasen en el ecúleo y que le azotasen bárbaramente. Un hombre de ochenta años de edad, acostumbrado á los regalos de la córte, y envejecido en la dignidad y en el mando, debia por precision sentir mas que otro alguno los efectos de aquel suplicio cruel y afrentoso para los idólatras; pero no aconteció así: Evilasio era ya un cristiano: levantó pues los ojos al cielo, oró con fervor y alcanzó quedar libre del tormento. Dispuso entónces Maximino que le aplicasen hachas encendidas á los costados. Evilasio pidió á Fausta que intercediese por él para con su divino esposo. Fausta oró y las hachas se apagaron sin haber causado la menor lesion en el cuerpo del venerable anciano; pero cuanto mayores eran los prodigios tanto mas aumentaba la cólera del digno ministro de Maximiano. « ¿Cómo te atreviste, dijo á Fausta, á trocar el ánimo de un « sacerdote de los dioses que tan obstinado se muestra en seguir tus hue- « llas? »—« El triunfo no es mio, contestó la tierna vírgen, es de Dios y en « bien de este dichoso mortal. Mi dulce y divino Jesus oyó los ruegos de su « indigna esposa y convirtió á la fiera en humilde oveja; su misericordia « es infinita, y aun confio que tú has de ser como Evilasio, hijo de la ver- « dad. »—« ¿Presumes infeliz criatura, repuso Maximino, que he de ser « tan necio como ese miserable? No lo creas, no; los dioses inmortales van « á confundirte. » Y en el momento mismo mandó colgar á la Santa del ecúleo y clavarle los pies; pero quedó asombrado al ver que Fausta en vez de lamentarse se mantenia impasible y alegre entonando cánticos de

gloria á su Criador. Cansado Maximino de tantas pruebas mandó echarla al lago de las fieras; mas estas ménos crueles que su infatigable perseguidor se echaron á los pies de la Santa, se los lamieron y la acariciaron. Al ver este portento un criado de Maximino, llamado Eusebio, mas bárbaro si cabe que su mismo amo, pidióle permiso para redoblar en Fausta los tormentos. « Aquí la tienes, contestó Maximino, haz de ella lo que quisieres. » Este hombre inhumano hizo taladrar todo el cuerpo de la Santa con agudos clavos. Sufrió Fausta esta nueva prueba con la misma tranquilidad de ánimo que siempre, oyéndosele pronunciar estas palabras: « Señor mio Jesucristo, « gracias te doy infinitas: tú, Señor, conoces los corazones: eres la gloria « y corona de los justos: recibe á esta humilde é indigna sierva tuya y haz, « Señor, que Maximino te conozca, y confiese por solo verdadero Dios, « para que todos sepan que tú solo lo eres, y á tí solo se debe la gloria por « los siglos. » El resultado fué que Eusebio salió vencido, y que para ocultar la vergüenza mandó desnudar á Fausta y á Evilasio y los metió en una caldera llena de pez y plomo derritido. Inútil prueba, porqué desde el momento permitió Dios que el fuego se apagase y que los materiales que contenia se convirtiesen en suave baño. Refieren que el mismo Maximino abrió los ojos, conoció á Dios, y quiso ser partícipe del glorioso fin de los dos escogidos del Señor, echándose de su propia voluntad al fuego donde se hallaban entónces los Santos. Añaden ademas que Fausta en el colmo de su alegría exclamó: « Gloria te sea dada, Cristo Jesus, que no quieres que ninguno « se pierda, sino que todos se salven, y vengan al conocimiento de la ver« dad. ¡Qué gozosa estoy, Señor, en medio de estos dos, como la vid con « su fruto! Recíbenos, Señor, pues tú nos has llamado para tí. » Pero si esto fué así ¿cómo es que en ninguna de las páginas del *Martirologio romano* se cita á Maximino, prefecto y mártir, mayormente siendo tan prodigiosa su conversion, que hay quien dice que se *abrieron los cielos á su vista y que se dejó ver Jesucristo rodeado de ejércitos de ángeles y espíritus gloriosos, con todos los justos, que resplandecian mas que el sol?* En lo que está conforme el Martirologio romano es, en que Fausta y Evilasio hallándose en el fuego oyeron una voz del cielo, y que esta voz segun otros autores, dijo: *Venid á mí vosotros que trabajais por mi nombre; que yo os recibiré en el reino de los cielos.* Las almas de estos justos volaron al seno del Criador, Fausta con los atributos de vírgen y mártir, y Evilasio con los de mártir, en 6 de Febrero segun unos ó en 20 de Setiembre segun otros y entre estos el *Martirologio romano*. Hablan de estos santos Beda, Usuardo, Adon, los griegos en su *Menologio*, Metafraste, Lipomano tomo V, Surio tomo I, Pedro de Natálibus *in Cathalogo* lib. VIII, cap. 97, y Baronio en sus *Anotaciones* y en sus *Anales*, año 311 núm. 19, tomo V, y año 300, tomo II, núm. 4. Algunos de ellos re-

tieren ademas otras particularidades que hemos omitido para no caer en la nota de demasiado prolijos, y sobre todo porqué no todos los hechos que se citan merecen entera fe y crédito, mayormente si se atiende á que hubo tiempo en que una excesiva credulidad guiaba la pluma de los escritores piadosos. — J. M. G.

FAUSTA (Sta.) matrona romana, digna madre de Sta. Anastasia, de noble linaje; pero mas noble aun por su gran piedad. (Véase Fausta vírgen y mártir). El Martirologio romano la cita en 19 de Diciembre. — J. M. G.

FAUSTINA (Sta.). Fué hija de padres nobles y católicos. Llegó á juvenil edad, y á los diez y seis años trataron sus padres de darle esposo, para lo cual sondearon su voluntad, huyendo de aquella violencia y arbitrariedad con que algunos padres tuercen en esta parte la voluntad y las inclinaciones de sus hijos. Por fortuna no es muy comun esta violencia, porqué el amor paternal y mas aun el materno, se resisten á todo cuanto puede producir en sus hijos el mal estar ó el infortunio; pero lo que sucede mas á menudo es obcecarse y engañarse en esta eleccion, creyendo que el fausto, las riquezas y las consideraciones del mundo pueden proporcionar exclusivamente á sus hijos ó hijas la felicidad. Los padres de Faustina penetraban su corazon, y le dieron un esposo no ménos santo que ella. Pero como aquella era la época de persecucion de los primeros siglos de la Iglesia, de lo cual hablarémos luego, aquellos dos esposos aunque mozos vivieron castamente los pocos meses ó dias que transcurrieron desde el desposorio al martirio de la Santa. En el año 213 de nuestra era, cuando murió Severo, le sucedieron en el gobierno Antonino y Geta. Llegó el año 214 y por la muerte de Geta quedaron las riendas del imperio en las solas manos de Antonino Caracalla, el cual no tardó en mostrarse perseguidor de la Iglesia y de los fieles. Á esta época á corta diferencia pertenece la Santa de que hablamos, cuyos restos fueron encontrados en el templo de S. Lucifero. De todos estos Santos, por haber sido allí trasladados, no se tiene la debida certeza sobre el año de su martirio, pero sí de que fueron verdaderos mártires de Jesucristo. Cuando llegó á noticia del presidente ó bárbaro ejecutor de las órdenes del impío César el ser y estado de Faustina, su recogimiento y modo de vivir, la mandó prender, como á todos los que profesaban la ley de Jesucristo, y despues de probada su resistencia á obedecer las órdenes del Emperador la condenó á muerte, mandando que sin volverla mas dentro de la ciudad ejecutasen en ella la cruel sentencia. Cuando la hicieron saber á la Santa, la acogió con aquel júbilo de quien ve ya el premio del sacrificio mas allá del sepulcro y entre las delicias del cielo. Puesta de rodillas hizo á Dios testigo de su pureza y juez de su causa, dándole infinitas gracias porqué la hacia merecedora de la corona del martirio, y vuelta hácia los ministros les dijo: « Id y

decid á vuestro presidente que nunca recibí mas alegre nueva que la que vosotros me habeis traido.» Dudaban aquellos ejecutores en descargar sobre ella el golpe fatal, porqué el poder de la inocencia tiene una fuerza irresistible; y aquel valor en una tierna jóven conmovia sus entrañas y detenia su brazo; mas ella los alentaba diciendo: «¿Por qué vacilais? tiempo hace que me he preparado para este golpe: ejecutad la sentencia: teñid la tierra con mi sangre, pues ruego á Dios que rociada con ella, engendre en vosotros deseos de penitencia y de virtud para que convertidos á la fe, y regenerados con las aguas del bautismo, vengais á florecer como tantos otros que de este patrio suelo fueron llamados á las celestes alturas.» Cortáronle al fin la cabeza, y voló su alma al cielo, dejando á su santo esposo triste de una parte, movido del natural afecto, pero con aquella alegría santa que le daba el deseo del consorcio de su esposa, rogando á Dios le hiciese merecedor del martirio para mas merecerle. Cuando el cuerpo estuvo desamparado, acudió este santo esposo y le dió sepultura en una arca de piedra rodeada de un muro, adornada con muchas rosas, flores y palmas, en memoria y significacion de la pureza y del martirio. Quiso Dios fuese hallado su sepulcro á los 28 de Noviembre de 1625, cuando despues de haber sacado el cuerpo de S. Anuncio junto á su tumba por la parte del septentrion dieron con un mármol hecho piezas, pero en él estaba grabada la siguiente inscripcion:

Bone memorie inocenti ac pudicae nae Faustinae Q. V. anni XVI santus sponsus quiescenti in pace..

Cuya inscripcion escrita correctamente dice: *Bonæ memoriæ innocentiæ ac pudicæ nostræ Faustinæ, quæ vixit annis sexdecim Sanctus sponsus quiescenti in pace Christi.* Entiéndense aquí las palabras *tumulum fecit*, y no da entender esta inscripcion que el santo esposo le dió sepultura, pero sí que dicha inscripcion seria probablemente obra de sus padres ó parientes, que se la pusieron despues del martirio del esposo constándoles de la santidad de ámbos. Junto á esta inscripcion encontraron la referida arca con sus pinturas tan frescas y tan finas, que á solo milagro se puede atribuir su conservacion. Abrieron el arca, asistiendo el vicario general de la diócesis, el canónigo Martis, y otras muchisimas personas que en parte van referidas en el auto de esta jornada por el secretario. Quitaron dos losas que habia allí bien sentadas y parecieron dos cuerpos, el uno de mujer y de la edad indicada en la inscripcion, y el otro de varon de mas de veinte años, lo cual da á entender que el santo esposo dió entierro á Sta. Faustina; y como él padeció martirio poco despues, le pusieron en la misma sepultura que dió él á su esposa. Puestos entónces los cuerpos en una arca los llevaron á la catedral. Tenia en medio un vaso lleno de rosas y flores en memoria de las virtudes que en ella resplandecian y daban suavisimo olor, y lirios y rosas, blason

de su pureza y martirio, y las palmas timbre de su triunfo. Celébrase la invencion de los sagrados cuerpos de estos Santos en 28 de Noviembre. Véanse los triunfos de los santos del reino de Cerdeña. — J. R. C.

FAUSTINIANO (S.) obispo de Bolonia. Entró á gobernar aquella iglesia en una época calamitosa. Diocleciano por una parte y los arrianos por otra al parecer se disputaban la funesta prerogativa de perseguir la Iglesia: prerogativa debida á la depravacion y al espíritu de barbarie y de iniquidad. Faustiniano, esta lumbrera de la madre comun de los fieles, desplegó en aquellos momentos un celo que nunca se desmintió; una actividad que la fuerza de los años no pudo extinguir; y una sabiduría sacada de las Sagradas Letras, que dejó atónitos aun á sus mismos enemigos y dulcemente admirados á los padres del concilio general de Nicea, celebrado en el año 325, en el cual se halló presente el famoso Arrio, el obstinado heresiarca que tanto dió que hacer en aquella ocasion y en lo sucesivo, y que aun despues de su muerte dejó infestada la tierra con sus errores. Faustiniano así como los demas obispos ortodoxos oyeron con indignacion á este malvado, y despues de haberle condenado con Teonas y Segundo, promulgaron el símbolo llamado de Nicea, gloria de aquel concilio. Faustiniano que habia sido consagrado obispo en el año 312, despues de una carrera en la cual siguió constantemente la via de la virtud, falleció en el año 331 segun se cree. El Martirologio romano le cita en 26 de Febrero. — O. R.

FAUSTINO (S.) mártir. En el Martirologio romano se dice que sufrió el martirio en Roma con otros cuarenta y cuatro compañeros; pero se ignora la época de su muerte, y tambien se ignoran los nombres de los cuarenta y cuatro que siguieron su suerte. — G.

FAUSTINO, Timoteo y Venusto con otros varios compañeros. El primero era español y los demas italianos. Hallándose todos ellos en Roma derramaron su sangre por amor á Jesucristo en los primeros siglos del cristianismo. El Martirologio romano los cita en 22 de Mayo. — E. A. U.

FAUSTINO, Lucio, Cándido, Celiano, Marco, Januario y Fortunato (S. S.) mártires. En el Martirologio romano, en 15 de Diciembre, se lee, que sufrieron el martirio en África. — O.

FAUSTINO y Jovita (S. S.) mártires. Eran hermanos, y de noble sangre; pero mas esclarecidos todavía por sus sublimes virtudes que por los gloriosos timbres de sus antepasados. Al escribir la vida de estos Santos acontece lo que con otros muchos, esto es, que por la incuria de los tiempos se han adulterado sus actas y muchas de ellas se presentan muy dudosas: de modo que á cada paso se expone el biógrafo á cometer errores, mayormente si ademas de unos documentos de controvertible procedencia ha de valerse del legado que la tradicion hace á la posteridad; pero en este caso

suple la buena intencion y el fondo de piedad del que escribe, principalmente si agota los medios necesarios é indispensables para averiguar la verdad de los hechos. Los escritores piadosos que nos han precedido hablando de Faustino y Jovita han consignado en sus páginas numerosos rasgos de ínclita virtud, de entrañable amor á Jesucristo, y de aquel sufrimiento y constancia en los trabajos que distinguieron en tan alto grado á los mártires de los primeros siglos de la Iglesia. Nacieron segun parece en Brescia, una de las principales ciudades de la Lombardía. Oyeron desde su cuna el nombre de Jesus, mamaron con la leche de su buena madre el amor á la virtud, y crecieron bajo la sombra de una educacion esmerada, que les hizo fructificar de un modo asombroso en el camino del bien. Amábanse estos dos hermanos cordialmente, y como ámbos seguian unas mismas inclinaciones, al parecer los dos juraron desde su tierna infancia no separarse jamas ni en vida ni en muerte. Faustino fué ordenado de sacerdote y Jovita de diácono, complaciéndose extraordinariamente el obispo Apolonio al conferirles las órdenes sagradas, porqué conoció que la Iglesia hallaria en estos dos jóvenes dos baluartes inexpugnables contra la idolatría. Trabajaron Faustino y Jovita con celo verdaderamente heróico en la conversion de las almas, alcanzando con la predicacion del Evangelio que un gran número de idólatras abandonase las falsas deidades, abrazando la fe del Crucificado. Dias de gloria para Faustino y Jovita fueron aquellos en que vieron que las hogueras de la idolatría se apagaban con las aguas regeneradoras del bautismo; pero, como dice un escritor moderno, envidioso el espíritu maligno del fruto que estos nuevos ministros daban á la Iglesia y de la tala y quema que esparcian en la supersticiosa adoracion de los ídolos, atizó á Itálico, mal hombre y enemigo capital de los fieles, á que pusiese en la cabeza del emperador Adriano la idea de llevar adelante la persecucion de la Iglesia empezada por Trajano, y que diese muerte á Faustino y Jovita adalides y defensores de la religion cristiana. Dió el Emperador amplia comision á Itálico para que procediese con energía contra los dos Santos hermanos, no perdonando tampoco á los demas fieles. Itálico cumplió exactamente las órdenes del Emperador, y como quien debia justificar completamente las razones con que habia apoyado su demanda al llegar á Brescia llamó ante sí á Faustino y á Jovita. Hablóles al principio palabras de fingido amor; prometióles bienandanza, felicidad, riquezas si doblaban la cerviz ante los simulacros y si se entregaban enteramente á su servicio. Los Santos oyeron aquellas proposiciones con indignacion y desprecio, manifestándose constantes en defender la enseña donde se hallaba escrita con caractéres indelebles la verdad y la salvacion eterna. Itálico sorprendido abandonó de todo punto su fingida suavidad, y tomando su carácter propio les habló palabras de amenaza y de terror; pero así como

no pudo vencerles con halagos, tampoco lo consiguió con el lenguaje de los bárbaros. Viendo, pues, que eran inútiles todos sus esfuerzos y observando por otra parte que podia comprometerse si procedia contra ellos atendido el lustre de su cuna, lo muy dotadas que eran las familias de sus parientes, y la grande influencia que disfrutaban en la ciudad y en sus alrededores, determinó aguardar la venida del Emperador que á la sazon estaba para llegar á Brescia de paso para Francia. No tardó Itálico en salir del compromiso en que se hallaba. Adriano verificó su entrada, é Itálico se apresuró á darle noticia de lo que pasaba: siendo el resultado que llamados los Santos á presencia del mismo Emperador, éste intentó convencerles y mandó por último que fuesen llevados al templo del sol donde se ostentaba en su representacion una estatua bellamente adornada; pero Faustino y Jovita la miraron con desprecio, y dirigiendo sus súplicas al verdadero Dios lograron que los rayos de oro que partian de la cabeza de la falsa deidad se convirtiesen en cenizas y que la misma estatua se cubriese de orin. El Emperador lleno de asombro lo primero que dispuso fué que los sacerdotes la limpiasen; mas al tocarla se deshizo en polvo. Quedó Adriano tan atónito como indignado al ver aquel estupendo prodigio; así es que siguiendo los impulsos de su cólera mandó que los Santos fuesen arrojados al lago de las fieras, donde los tuvieron por largo rato y hasta que observaron que no causaban el menor daño á los Santos, miéntras que destrozaban á los ministros. Los sacerdotes gentiles creyeron deber atribuir este milagro al dios Saturno, y con esta idea trajeron allí una estatua de aquella deidad para que Faustino y Jovita le tributasen incienso; pero las fieras asaltaron á los sacerdotes, los derribaron y los despedazaron, de manera que su impura sangre manchó la estatua. Itálico fué una de las víctimas; y Afra su mujer luego que supo la muerte de su marido presentóse al Emperador diciéndole: *¡Qué dioses son estos que tú adoras, que ni poder tienen para libertar á tus sacerdotes!* y en el mismo instante se convirtió á la fe, siguiendo el ejemplo un gran número de paganos que se hallaban presentes, entre ellos Calosero, hombre que gozaba de grande influjo en la córte, cuya circunstancia atrajo en pos de sí muchos ministros y criados. Adriano se asustó; y aquel que no temblaba en las batallas, que presenciaba con la mayor sangre fria la ruina y desolacion de los pueblos, que se gozaba en las conquistas, que siempre orgulloso, nunca humillado, trataba á sus enemigos con inaudita fiereza sin temer nunca los resultados; en esta ocasion, que no se trataba mas que de la vida ó de la muerte de unos cuantos que á su modo de ver no eran mas que unos menguados, miserables é ilusos; en esta ocasion tembló, y luchó por largo rato entre ideas espantosas. Por fin venció su instinto sanguinario, y queriendo terminar de una vez el espectáculo con un golpe decisivo de hor-

ror mandó arrojar á la hoguera á Faustino y Jovita. La grandeza de Dios se manifestó en esta ocasion con todo su esplendor. Los Santos entre las llamas entonaron cánticos de gloria sin que el voraz incendio les causase la menor lesion. Adriano ya conoció entónces que aquello derivaba de una causa sobrenatural; sin embargo la atribuia á la magia, y por lo mismo no cejaba. Dispuso, pues, que los Santos fuesen conducidos otra vez á la cárcel y encerrados en oscuro calabozo. Viendo algunos dias despues que se multiplicaban en Brescia las conversiones, y que sus decretos impresionaban extraordinariamente los ánimos, temiendo con justo motivo una sedicion determinó trasladarse á Milan; pero ántes hizo pasar á cuchillo á los criados y ministros que se convirtieron con Calosero, y éste con Faustino y Jovita fueron conducidos maniatados y cargados de hierros al mismo punto donde iba el Emperador, quien se habia empeñado en vencer su constancia. La ciudad de Milan pasó entónces á ser teatro de una escena la mas espantosa que verse pueda. Tendidos los tres mártires, atados como estaban en el duro suelo, principiaron los verdugos á introducirles plomo derritido por la boca, y colocados en el potro aplicáronles planchas de hierro candente á los costados: hicieron otras varias pruebas, pero todas fueron inútiles. Bien se deja conocer que cada uno de estos tormentos bastaba para acabar de una vez con la vida del hombre mas robusto y sufrido; ¿y por qué no aconteció así con nuestros Santos que no poseian otra fuerza que la de la verdad? Esta sencilla reflexion debiera haber bastado para que Adriano abriese los ojos; pero los tenia cerrados, y cerrados para siempre; esto es, le faltaba la razon y le sobraba el orgullo para creer que habia otro poder en la tierra que el de las falsas deidades y el suyo. No aconteció así con un gran número de espectadores que, como en Brescia, se convirtieron á la fe. Temiendo, pues, el Emperador quedar vencido en la lucha por aquellos Santos, á quienes él juzgaba como miserables criaturas, entregó á Calosero á un gobernador llamado Ático para que continuase martirizándole, y partiendo en seguida para Roma se llevó consigo á Faustino y á Jovita. De Roma mandó trasladarlos á la ciudad de Nápoles con el objeto, segun se dice, de fortificar con el terror el delirio de la supersticion pagana; y con este fin continuaron en Nápoles los martirios de los dos Santos de un modo inaudito; pero observando luego que aquellos actos de barbarie producian un efecto diametralmente opuesto á las intenciones del César, les condenaron por último á ser degollados en Brescia su patria. Llevároulos á fuera la puerta de la que se va á Cremona, y allí el verdugo separó de un hachazo á cada uno la cabeza del tronco, y las almas de los Santos volaron coronadas con la aureola del martirio á la gloria celestial el 15 de Febrero del año 422, en cuyo dia la Iglesia celebra su memoria. El Martirologio romano dice, que fueron martirizados por el empera-

dor Adriano, miéntras en el Breviario romano se lee que lo fueron por Trajano; y á nuestro modo de ver quedan bien conciliadas estas dos opiniones si se atiende á que aquella cruel persecucion contra los cristianos fué promovida por Trajano y continuada por Adriano. La historia cuando habla de las persecuciones que sufrió la Iglesia, nombra precisamente á los que las promovieron y no á los que las continuaron; por lo mismo siendo como fué Trajano el que la promovió, nada de extraño tiene que el Breviario romano diga que los Santos Faustino y Jovita padecieron el martirio durante la persecucion de aquel Emperador. — J. M. G.

FAUSTINO (S.) obispo y confesor. Era pariente de los Stos. Faustino y Jovita, y elevado á la silla episcopal de Brescia debió á sus insignes virtudes y al don de hacer milagros con que Dios le favoreció el ser continuado en el catálogo de los Santos en 16 de Febrero. Murió en el año 370. — O.

FAUSTINO (S.). (Véase Florencio S.).

FAUSTINO (S.). (Véase Simplicio S.).

FAUSTINO (S.) confesor. Digno discípulo del obispo S. Félix, no se separó de su maestro hasta que aquel Santo hubo consumado el martirio, y aun despues le dió sepultura. Refieren los panegiristas de los mártires que hallándose Faustino orando en el sepulcro del mártir mereció gozar de la vision de los ángeles y recrearse en sus preciosos cánticos. Miéntras vivió en los pueblos fué varias veces perseguido, azotado y maltratado por los gentiles. Se trasladó á los desiertos y allí acabó felizmente sus dias, siendo ántes y despues ilustre en milagros y venerado en la ciudad de Todi donde se conservaban sus reliquias. Su fiesta segun el Martirologio romano se celebra en 29 de Julio. — O. A. R.

FAUSTO, Genaro ó Januario y Marcial (S. S.) mártires. Los tres eran hijos de S. Marcelo y padecieron el martirio en Córdoba, siendo presidente de aquella ciudad un tal Eugenio, hombre feroz y sanguinario. Refieren que era tan grande el deseo que tenian los tres Santos de morir por Jesucristo, que sin ser llamados se presentaron al juez con ánimo resuelto de reprehenderle por la crueldad con que trataba á los siervos del verdadero Dios. Oyóles Eugenio con semblante sombrío, y luego les dirigió algunas preguntas, á las cuales contestaron Fausto y sus hermanos resueltamente, porqué escudados con la fuerza de la verdad no temian los resultados. Eugenio indignado dispuso que los verdugos ejerciesen su oficio, como tenian de costumbre; esto es, sin piedad alguna. Cebáronse en todos ellos y mas particularmente aun en Fausto, á quien cortaron las orejas y las narices, rasuráronle los cabellos y las cejas, y le arrancaron los dientes; pero en medio de tan exquisitos tormentos no pudieron conseguir que soltase la mas leve queja; muy al contrario, tanto mas animado, cuanto mas grande era la ferocidad de los verdugos,

mas alegre y placentero se mostraba, entonando cánticos de gloria al Señor por el bien que recibia su alma en aquellos momentos. Creyó el tirano que la sola vista de Fausto en el estado en que se hallaba bastaria para intimidar y llenar de horror á Genaro; pero se engañó. El digno hermano del invicto mártir lleno tambien del amor divino manifestó, que estaba resuelto á sufrir iguales y si posible fuese mayores tormentos, para hacerse tambien agradable á los ojos de Dios y á la de sus Santos hermanos Fausto y Marcial; y finalmente logró que Eugenio accediese á su demanda. Igual suerte cupo á Marcial y tambien se mantuvo constante. Viéndose, pues, Eugenio vencido, mandó quemarlos para que no fuese mayor su vergüenza. Atados los Santos á un palo, en cuyo rededor debia encenderse la fatal hoguera, brillaron sus rostros, manifestando con la agradable sonrisa que aparecia en sus labios el grande placer que sentian sus almas al acercarse el momento de su feliz tránsito. Fijan los tres sus miradas en la multitud alucinada, que presenciaba aquel terrible espectáculo, y con voz sonora exhortan á los infieles para que se conviertan á la fe, y á los cristianos á que perseveren en su propósito de no abandonar nunca jamas la Religion santa que debia conducirles á la eterna bienaventuranza; que no temiesen ni los tormentos, ni la muerte; que todo era dulce en este mundo cuando se trataba de corresponder á los sacrificios que Jesus habia hecho para la salvacion del género humano. En esto se enciende la hoguera, el humo los sofoca, y sus almas vuelan á la morada celestial coronadas con la aureola del martirio. Sus restos mortales se conservan en la ciudad de Córdoba con el título de, *Los tres mártires*. El Martirologio romano los menciona en 13 de Octubre, bien que S. Isidoro, Beda, y Usuardo ponen su fiesta en 28 de Setiembre. Cuéntase que en el año 1575, en 21 de Noviembre, cabando un cimiento de la iglesia de S. Pedro de Córdoba (que habia sido antiguamente catedral) se descubrió un sepulcro de piedra toscamente labrado, con ciertas letras que indicaban estar allí los Santos mártires Fausto, Genaro y Marcial, Zoilo, Acisclo y otros; y habiéndose elevado este negocio á consulta del papa Gregorio XIII, S. S. lo remitió al concilio provincial que se celebró en Toledo en 1582, cuyo concilio fué presidido por D. Gaspar de Quiroga, cardenal y arzobispo de aquella ciudad; y añaden que en 23 de Enero de 1583 declaró el concilio que las tales reliquias debian ser reverenciadas de todos los fieles como reliquias de Santos que reinan con Dios en el cielo. Marineo Sículo sacó la relacion del martirio de estos Santos de libros y memorias antiguas. Surio lo refiere en el tomo VII, y en el Breviario toledano se encuentra un himno, en el que se cantan sus alabanzas y sus victorias.—J. M. G.

FAUSTO (S.) mártir. Nació en Milan, y apénas salió de la infancia cuando siguió la carrera de las armas. Una feliz coincidencia le hizo conocer la

verdad, y convertido al cristianismo fué bautizado por el obispo S. Cayo. Al principio de su conversion procuró practicar ocultamente los deberes que el Evangelio impone á todos los fieles; mas apénas el emperador Commodo publicó sus bárbaros edictos contra los cristianos, cuando Fausto confesó generosamente á Jesucristo. Presentáronle ante el juez, quien viendo que los ruegos, ni las amenazas, de nada le servian, mandó atormentarle atrozmente; y por último le degollaron. El martirio de este Santo aconteció durante el siglo II, y segun el Martirologio romano su fiesta se celebra en 7 de Agosto.—O. R.

FAUSTO y otros veinte y tres compañeros (S. S.) mártires. Acusaron los gentiles á Fausto ante el prefecto de que no queria adorar los ídolos; por lo mismo fué condenado á muerte con veinte y cuatro compañeros suyos, cuya sentencia se ejecutó en 24 de Junio del año 250 imperando Decio.—O.

FAUSTO (S.) mártir, griego de nacion. Fué preso en su patria en la época de los decretos del famoso Decio, eterno perseguidor de los cristianos. Resistióse con heróica constancia á tributar incienso á los falsos dioses, por cuyo motivo le clavaron en cruz, en cuyo suplicio permaneció por espacio de cinco dias sufriendo toda clase de insultos por parte de los infieles; pero por fin entregó su alma al Criador en el año 251. El Martirologio romano le cita en 16 de Julio.—O. A. R.

FAUSTO, Macario y otros diez compañeros (S. S.) mártires. Fausto era sacerdote de Alejandría en tiempo del emperador Decio: acusados todos ante el gobernador Valerio, no se separaron ni un solo instante de las verdades de la fe; metiéronles en una obscura cárcel, y no perdonaron medio alguno para vencer su constancia; atormentáronlos bárbaramente, pero estos invictos adalides de la religion del Crucificado en vez de temblar á la vista del fuego y del hierro trataron de insensato á Valerio, y continuaron predicando al pueblo las verdades del Evangelio, hasta que por fin fueron degollados y sus almas volaron al seno del Criador en la ciudad de Alejandría en el año 250. El Martirologio romano los cita en 6 de Setiembre.—G.

FAUSTO (S.). (Véase Timoteo S.).

FAUSTO (S.). (Véase Dionisio S.).

FAUSTO (S.). (Véase Cayo S.).

FAUSTO (S.). (Véase Bono S.).

FAUSTO (S.) mártir, diácono de la iglesia de Alejandría en tiempo del patriarca S. Dionisio. Fausto estaba tan prendado de las virtudes del prelado, que se lo propuso por modelo, siguiendo constantemente todos sus pasos para llegar al camino de la perfeccion religiosa. Habíase suscitado la terrible persecucion de Valeriano; pero á pesar del rigorismo y de la crueldad que se ejercia contra los cristianos, Fausto trabajó en propagar la fe, siendo así que

tuvo que sufrir toda clase de penalidades, hasta que por fin le desterraron junto con su prelado. Despues de haberse visto por algun tiempo privado de asistir y consolar á sus hermanos, pudo regresar otra vez á Alejandría donde continuó con el mayor celo y fervor en sus santas y caritativas exhortaciones; mas apénas Diocleciano empuñó el cetro, como se resistiese Fausto que era ya muy anciano á tributar incienso á los ídolos fué degollado, consumando de este modo su glorioso martirio. Su fiesta se celebra en 19 de Noviembre.—G.

FAUSTO, Didio y Ammonio (S.S.) mártires. Eran los tres sacerdotes de la iglesia de Alejandría. Lo único que se sabe de estos tres ilustres varones es, que murieron como habian vivido, como á Santos. Su celo en defensa de la fe y su amor á Jesucristo les condujo por una via llena de espinas y de abrojos, que recorrieron con constancia ejemplar hasta llegar al término dichoso donde encontraron la muerte de los héroes de la cristiandad, derramando su sangre en la misma ciudad de Alejandría al lado de su venerable pastor S. Pedro Alejandrino. El Martirologio romano hace conmemoracion de estos Santos en 26 de Noviembre.—G.

FAUSTO, sacerdote. Ignoramos absolutamente las circunstancias particulares de su vida, ni tampoco sabemos el siglo en que floreció. Se cita como autor de la *Vida* de S. Severino, abad del monasterio de S. Mauricio de Chablais. Surio y Bolando la continúan en 11 de Febrero, pero esta última ha sido corregida trescientos años despues por órden de Magnon, obispo de Sens, por un anónimo que vivia en el reinado de Ludovico *Pio:* de lo que puede deducirse que Fausto floreció en el siglo V ó VI, atendido que Ludovico *Pio* no ciñó la corona hasta el año 840. Mabillon publicó posteriormente el original de la *Vida* de S. Severino escrita por Fausto conservando íntegro todo el texto: bien que hay algunos que sin dar razon plausible dudan aun que esta edicion sea hecha en vista del original escrito por Fausto.—O. R.

FAUSTO, obispo de Riez. (1) Nació en la Gran Bretaña á fines del siglo IV, de padres cristianos, los cuales procuraron inspirarle los sentimientos de piedad de que se hallaban animados. El jóven Fausto, despues de haber estudiado con grande aprovechamiento, siguió primeramente la carrera del foro, en la cual brilló de un modo extraordinario; pero muy luego renunció á su esplendor para buscar una gloria mas segura en la rigidez del claustro. Á este fin se trasladó á las Galias y se retiró en el monasterio de Lerins del

(1) Fr. Jayme Font en su *Vergel agustiniano* dice, que ignora donde nació, y le supone obispo de Regio en Narbona y no de Riez; error de gran magnitud, porqué no existe ni nunca ha existido ciudad alguna llamada Regio en la provincia narbonesa.

Órden de S. Agustin, donde se dedicó asiduamente á profundizar los Libros Santos. Este monasterio, honrado con las virtudes de S. Onorato su fundador y de otros muchos santos, habia adquirido una celebridad justamente merecida; y en esta ocasion entró Fausto para sostener con brillo la grande reputacion que se habian granjeado sus moradores. Sabio en las Sagradas Letras, é insigne en la piedad, supo atraerse en breve la estimacion de todos sus cofrades, que le miraban como un verdadero espejo de todas las virtudes. Gozaba de tan elevado concepto, que cuando S. Máximo fué arrancado del claustro para ser elevado á la dignidad episcopal en Riez, á pesar de que vivia aun S. Caprario, llamado por su inagotable bondad *padre* de este monasterio, fué elegido Fausto para reemplazar la vacante que habia dejado Máximo en el año 433. Su administracion fué una de las mas sábias, y el monasterio continuó floreciendo en la mas extricta disciplina, miéntras los monjes se daban entre sí el parabien de haber encontrado un digno sucesor de S. Máximo. Fausto poco tiempo despues tributó los últimos deberes á S. Caprario, y en esta ocasion S. Hilario de Árles, bien persuadido de las relevantes prendas que adornaban al abad Fausto, le dió asiento entre él y dos santos obispos, á saber; Máximo de Riez y Teodoro de Fréjus. Éste, en la diócesis que entónces era de Lerins, se indispuso despues con Fausto, quien pretendia que su monasterio estaba exento de la jurisdiccion del obispo diocesano. Este ruidoso expediente fué elevado al concilio de Árles, cuyos Padres decidieron á favor de Fausto. Hácia el año 455 segun unos, ó 462 segun otros, fué elevado á la dignidad de obispo de Riez despues de la muerte de S. Máximo, y en este último año fué diputado por los obispos de su provincia en el concilio que debió celebrarse en Roma en el año 475. En otro concilio celebrado en Árles, Fausto acusó de error sobre la predestinacion al presbítero Lucido, quien entre otras cosas enseñaba que un fiel que peca despues de su bautismo perece por el pecado original; que el hombre es precipitado en la muerte por la presciencia de Dios; que el que perece no obstante de haberse bautizado no ha recibido el poder de salvarse; que Jesucristo no ha muerto por todos, ni quiere que se salven todos los hombres. Estas heregías fueron sufocadas en su nacimiento; pues Lucido se retractó y dió una profesion de fe conforme á la decision del concilio. Los Padres encargaron ademas á Fausto que refutase por escrito los errores enseñados por el sacerdote Lucido, y entónces publicó un tratado de la *Gracia y libre albedrío*, que se imprimió en la biblioteca de los Padres, pero en el cual dió Fausto en el extremo opuesto realzando demasiado las fuerzas de la naturaleza. En este tratado combatia la doctrina de S. Agustin sobre los dos puntos del libre albedrío y de la Gracia y sobre la predestinacion. La grande reputacion de que gozaba Fausto, la austeridad de su vida

y su largo episcopado, contribuyeron no poco á dar importancia á su error que promovió grandes debates en las Galias, donde los mas ilustres y mas sabios varones estuvieron en pugna unos con otros durante el siglo V. Todo lo que podemos decir en esta parte para disculpar á Fausto por haber puesto tanto empeño en propagar una doctrina errónea es, que esta no habia sido aun condenada como lo fué en el segundo concilio de Orange en el año 529, en el que la de S. Agustin obtuvo un completo triunfo; debiendo á todo esto añadir, que se retractó de todos sus errores cristiana y católicamente, porqué no los escribió con malicia sino que derivaron mas bien de poca cautela ó de falta de precaucion: así es que no se obstinó en ellos, muy al contrario los lloró amargamente. Por otra parte Fausto, en medio de los trabajos del episcopado, nada olvidó de lo que podia conducir al sostenimiento de la antigua disciplina; velaba con particular esmero sobre los pueblos que la Divina Providencia habia confiado á su cuidado, y se aplicaba en instruirles con sus predicaciones y sus escritos, en los cuales combatia con energía y fuerza á los arrianos. Desterrado por el rey Eurico, que profesaba esta heregía, no regresó de su destierro hasta el año 484 despues de la muerte del príncipe arriano. Fausto falleció en el año 490. Algunas iglesias, y en particular la de Riez, celebraban su fiesta en 16 de Enero, y su nombre se hallaba continuado en el catálogo de los Santos de Jennadio; pero Molano (*De martirologiis* cap. XIII) demostró, que si bien se leia en el expresado catálogo, no habia sido continuado en él por la Iglesia romana, y que tampoco se veia en el martirologio de Usuardo. Hay finalmente quien quiere suponer que á causa del error que habia cometido en su *Tratado del libre albedrío y de la Gracia* fué prohibida absolutamente su fiesta. Simon Bartel, autor de un libro titulado: *Historica et chronologica præsulum sanctæ Regiensis Ecclesiæ nomenclatura*, Aix, 1636, en 8.°, publicó al final de su obra una *Apología* de Fausto. (Véase la *Historia literaria de Francia*, tom. II, pág. 585 y siguientes). Longueval, *Historia de la Iglesia galicana*, tom. II y Sidonio Apolinario en su *Carta* 9 y en sus poesías *Carm.* 14 prodigan elogios á Fausto, que segun la opinion de algunos nacen de la grande amistad que le profesaban. Algunos modernos han querido suponer que Fausto era semipelagiano, sin tomar en consideracion que atendidas las razones poco plausibles en que se fundan, la misma nota debia recaer en su concepto sobre todos los santos obispos que existian en su tiempo en las Galias. Réstanos ahora referir de las demas obras que Fausto compuso, las cuales se encuentran casi todas en la biblioteca de los Padres, las siguientes: 1.ª: *Sermo ad monachos*. 2.ª: *Epistola ad diversos*. 3.ª: *Epistola ad Lucidum presbyterum prædestinationum*. 4.ª: *Professio fidei ad Leoncium episc. Arelatensem*. 5.ª: *Libellus de creaturis*. Pedro Pitou publicó, 1586, en Paris, algunos otros

tratados, los cuales atribuye tambien á Fausto, tales como: 1.°: *Responsio ad objecta quædam de ratione fidei catholicæ contra Nestorii errorem ad Græcum diaconum.* 2.°: *De variis quæstionibus ad Paulinum.* 3.°: *De pœnitentia ad Felicem papam et Patricium.* Finalmente, se da por cierto que una parte de las *Homilias* atribuidas á Eusebio de Emeso son precisamente de Fausto.—J. M. G.

FAUSTO (S.). Floreció en el siglo VI y principios del VII. Nació este Santo en Italia, y se cree que su padre fué ciudadano de Roma, y uno de los que segun refiere S. Gregorio Magno en la vida del P. y patriarca S. Benito, que solian visitarle en compañía de Equicio y Tértulo, padres de S. Plácido y S. Mauro. Á imitacion suya apénas rayaba á la tierna edad de siete años se ofreció á Dios, entregándose á la direccion y bajo las órdenes del grande Benito por los años del Señor de 524. Conocia el santo Patriarca cuanto agradan á Dios esas tiernas plantas, esas almas inocentes que consagran á Dios las primicias de su vida, y así las admitia con gusto: costumbre que se guardó por largos siglos en esta santa religion y en otras muchas Órdenes religiosas, criándoles siendo aun de pocos años en la disciplina monacal ántes que las costumbres depravadas que suele haber en el siglo corrompiesen su candidez y pureza. Esta costumbre ha merecido mas de una vez la reprobacion de las gentes del siglo, el cual quisiera que solo se consagrasen á Dios corazones en quienes ha penetrado ya el hálito pestilente del mundo, so pretexto de que entónces saben bien lo que hacen y no tienen despues lugar de arrepentirse. Pero estos críticos no conocen lo que puede obrar la gracia del Señor, cuando ha tomado posesion de una alma tierna é inocente, que le consagra las primicias no contaminadas de sus afecciones mas puras. Juzgan de las privaciones del claustro como de las privaciones del mundo, y casi se diria que no creen en la conservacion de la inocencia puesta bajo el abrigo de la virtud. Los ojos carnales no penetran en los misterios de la Gracia, y el mundo es muy mal juez de las almas que no le pertenecen. En aquellos pocos años era Fausto de amables costumbres, y era en aquella edad tal la compostura de su virtud, que parecia el fruto de una larga y santificada vida. Criábase en compañía de S. Plácido, tambien de cortos años y de Mauro que era algo mayor, y el mas continuo cuidado de los tres era con santa emulacion el aventajarse en ser semejantes á su gran maestro. Acudia al coro S. Fausto, donde estaba con mucha mortificacion exterior, indicio de la interior de su alma. Guardaba en sumo grado el silencio, esmerándose tanto y tan temprano á esta virtud, que parece la aprendia para enseñarla, como hizo despues en las fundaciones de Francia. Ayunaba con mucho gusto, pues mucho gusto tienen para las almas justas las mortificaciones y privaciones, y hasta procuraba que las dispensas que

para los de su edad tenia ordenadas el Patriarca no se entendiesen con él; porqué los tres niños santos sentian como un rubor de ver á los mayores tan abstinentes y que ellos no les imitasen, deseando con santa emulacion correr igualmente como todos los demas monjes el camino de la perfeccion cristiana, negándose y con humildes ruegos huyendo de la piedad que con ellos queria tenerse. Luego que Fausto fué entrando en años comenzaron otros rigores que hasta entónces no le habian permitido. Púsose por túnica un áspero cilicio que le cogia todo el cuerpo. No hay duda que el amor divino que endulza los dolores del martirio suaviza igualmente estos martirios voluntarios y lentos con que los justos sufren por Dios, pues cuando no se posée este amor, el mas pequeño cilicio, la mas leve mortificacion parece insoportable. Así es como el amor de Dios casi no admite medio: si se ama todo se sufre, y se goza sufriendo; pero si se ama poco entónces es cuando el padecer es un verdadero martirio, pues no está compensado con las dulzuras del amor. Por esto las almas tibias son las que mas padecen, porqué el amor no mitiga sus sufrimientos. Sus ayunos eran extremados: á veces se le pasaban tres dias sin desayunarse: ejercicio tan practicado en aquella celestial escuela, que no hacia novedad el que S. Fausto lo ejecutase. Esas almas puras parece llegan á olvidarse de la carne que las contiene, y solo se nutren del alimento del espíritu. Su oracion era casi continua, y encontraba en ella tanto placer que la mayor parte de la noche la pasaba sin dormir ocupado en dar al espíritu el descanso que negaba al cuerpo. Dios no se descuidaba por su parte de regalarle con celestiales consuelos, porqué en este recíproco é íntimo comercio del alma con Dios es donde este se manifiesta sensiblemente. Así es que el amor divino premia la fe viva y humilde con tal abundancia que se deja sentir, y Dios se deja en cierto modo penetrar hasta cierto punto, y entónces casi pudiera decirse que á la fe se substituye por premio la misma caridad. Dió á Fausto el Señor don de lágrimas aun en su mocedad; y en ella se quejaba del desperdicio de tiempo de su pasada vida el que á los siete años habia puesto su tierna cerviz debajo del yugo de la obediencia monástica. El don de lágrimas es el don de efusion de un pecho oprimido de amor por el desahogo del llanto. Levantábase de la oracion tan lloroso y tan hinchados los ojos que su fervor era la admiracion de todos. La cama correspondia asimismo á su mortificacion, pues en ella apénas podia hallar descanso así por el breve tiempo que en ella se recostaba, cual lo manda la santa regla, como por lo que le lastimaba aquel áspero y ajustado cilicio que vestia. Otras veces en el lugar donde tenia la oracion reclinando la cabeza sobre la mano pagaba la deuda del sueño á su afligido cuerpo, queriendo ser corto con él para dar liberalmente al espíritu el descanso que pedia. En tiempo de cuaresma, aunque su vida era tal como se

ha dicho, añadia rigores á ella quitando del descanso, alargando la oracion y el ayuno, frecuentando las disciplinas y negándose hasta Pascua de Resurreccion á todas las pláticas exteriores, bien que en esto casi era igual en todo el año. De Francia vinieron al P. S. Benito á pedirle algunos discípulos que planteasen en aquel reino la Religion que habia instituido, de cuya santidad tenian allí grandes noticias. Y para esta obra importantísima, consultada la voluntad del Señor, nombró el glorioso Patriarca á S. Mauro, y dióle otros cuatro compañeros, y quiso que Fausto fuese uno de ellos para que le ayudase y fuese como un substituto suyo, así porqué se habian criado juntos desde muy niños como porqué para aquella nueva fundacion ninguno mejor podia ayudarle á la introduccion de la observancia, que el que tan ejemplarmente habia vivido y á quien miraban todos como espejo de fortificacion y de virtud. Queria Dios que fuese obrero de este edificio espiritual S. Fausto, y que juntamente no se obscurecieran hundidas en el olvido las virtudes maravillosas de su siervo S. Mauro y su valor y constancia y lo que trabajó en esta fundacion, y así dispuso que se hallase á todo como testigo y compañero para que nos dejase escrita su vida y milagrosos hechos para edificacion de la posteridad. Muchos y frecuentes fueron los trabajos que en los cuarenta y un años que vivió S. Mauro despues de haber salido de Monte Casino padeció S. Fausto, pero bien logrados como los de todos los justos que se dirigen á la gloria de Dios, pues en ellos ayudó á introducir tanto espíritu de perfeccion religiosa en aquel monasterio, que en observancia y virtud fué otro Casino, supliendo la distancia de los lugares el espíritu, que era uno en los dos. Murió S. Mauro, llevándole el Señor para darle el merecido premio alcanzado en su servicio; y pareciéndole que ya no hacia falta su presencia, Fausto dió la vuelta á Italia. La invasion de los bárbaros longobardos, llevando consigo la desolacion y el estrago destruyó, como otros muchos monumentos, el edificio del Monte Casino; pero no por esto quiso Fausto dejar de ir á venerar los santos huesos de su maestro y de Santa Escolástica. Llegó al lugar, y al ver las ruinas del templo en donde el grande patriarca Benito y sus monjes alababan tan incesantemente á Dios, derribados y por el suelo los dormitorios y oficinas, no pudo detener las lágrimas y desahogaba en sollozos y gemidos la angustia de su corazon. Mas á pesar de que aquel llanto era por la gloria de Dios y por la desolacion de su santuario, con todo sintió en su interior que venia á enjugarlo la virtud de la resignacion y conformidad con la voluntad de Dios, á quien dió gracias por el cumplimiento de su divina voluntad; y hecha oracion en el lugar en donde estaban aquellas sagradas reliquias, fuése á Roma despues de haber saludado á los dos santos hermanos, y se dirigió al monasterio lateranense en donde estaba la santa comunidad de los monjes del Casino. Fué S.

Fausto recibido de todos con gran consuelo, y á peticion del abad Teodoro que se hallaba serlo á la sazon escribió el libro de la Vida y maravillosos hechos y virtudes de S. Mauro que dedicó al papa Bonifacio, el cual lo apreció en mucho y lo aprobó con su autoridad. Estando en tan santa compañía y sin disminuir en cosa alguna el rigor y las asperezas de su penitencia á pesar de sus muchos años, llegó S. Fausto á la decrepitud tan observante y ejemplar como habia sido en la infancia y en la juventud. Ved ahí una larga vida consagrada toda enteramente al servicio y á la gloria de Dios, así como otros tantos desgraciados la malogran para ofenderle y labrar su propia perdicion. El Señor pues no podia ménos de premiar tantos servicios haciendo morir á Fausto en su santo ósculo, llenándole de celestiales consuelos en sus últimas horas, como así se verificó. Fausto ademas de sus virtudes habia sufrido muchos padecimientos en la fundacion de tantos monasterios por servicio de Dios y de su Religion: perennes monumentos de su gloria y de su soberano dominio sobre todas las inteligencias y sobre todos los corazones, que el hacha destructora del bárbaro, ni la del impío que se cree civilizado puede del todo destruir, pues tras unos siglos que destruyen vienen otros que edifican. Murió pues S. Fausto por el año 1606. Y su memoria se celebra en 15 de Febrero. — N. A. T.

FAUSTO (Beato). En la ciudad de Cesaraugusta de Sicilia fué abad del antiguo monasterio de Sta. Lucia de dicha ciudad del ilustre Órden de S. Benito; ilustró aquella isla con los rayos de su santidad, y fué en opinion de algunos de los primeros discípulos del glorioso Protomártir de la misma Órden S. Plácido en el año de 595 de la era vulgar. Nada mas especifican las Crónicas de este Santo, ni aun la general de la Órden benedictina, ni las *Vidas* de Santos bienaventurados y personas venerables de aquella sagrada religion que florecieron en todas las congregaciones que guardan la Santa regla en todos los reinos y provincias del mundo, sacadas del Menologio benedictino y de otras obras por el P. Heredia, el cual se refiere á Octavio, Cayetano y Bucelino. De él hace mencion dicho autor en el dia 6 de Setiembre. — C.

FAVARONI ó Favarónibus (Agustin) por otro nombre *Agustin de Roma*. Pertenecia á la familia de Favaroni, y nació en la capital del mundo cristiano en el siglo XV. Concluidos sus primeros estudios tomó el hábito del Órden de S. Agustin, dándose luego á conocer por su celo, por la rectitud de sus miras y por su gran sabiduría, mereciendo en 1419 ser elevado á la dignidad de general de la Órden. Diéronle mas adelante el obispado de la iglesia de Cesena, en la Romanía, desde donde fué transferido á la silla arzobispal de Nazaret y Barletta en el reino de Nápoles. Tan feliz como habia sido en el desempeño de su generalato y en el gobierno de su respectiva diócesis, tan

desgraciado fué en algunos de sus escritos; sin embargo, supo reparar el mal que podia haber ocasionado con sus doctrinas, y granjearse otra vez la consideracion de los hombres sabios y piadosos. Habia publicado unos *Comentarios* sobre el *Apocalipsis*, sobre las *Epístolas de S. Pablo*, sobre el *Maestro de las sentencias*, que nada dieron que decir; muy al contrario, revelaban un gran fondo de doctrina. Incansable en sus trabajos, compuso ademas las obras siguientes: 1.ª: *De peccato originali.* 2.ª: *De potestate papæ.* 3.ª: *De sacramento divinitatis Jesu-Christi et Ecclesiæ.* 4.ª: *De Christo capite, et ejus inclyto principatu.* 5.ª: *De charitate Christi erga electos, et de ejus infinito amore, etc.*. Las tres últimas alarmaron á los padres del concilio de Basilea por los varios errores que contenian, siendo de los mas notables el atribuir á la naturaleza humana de Cristo lo que no conviene sino á la naturaleza divina. El resultado fué, que despues de haber ocupado el libro de Agustin casi toda la sesion veinte y una, el concilio condenó con un decreto formal todos los errores que contenia, perdonando no obstante al autor, que legítimamente imposibilitado de comparecer envió á los Padres su retractacion. Las circunstancias de haberse condenado estos errores y de hallarse continuadas las tres obras en el índice de los libros prohibidos han sido tal vez causa de que Macquer le continúe en su Compendio cronológico de la Historia Eclesiástica, tomo IV pág. 691 con el epíteto de hereje, del que quedó absuelto por el citado concilio desde el momento de haber presentado su retractacion en debida forma. —G.

FAVART D'HERBIGNI (Cristóval Elisabet) canónigo de Reims. Murió en 1793; habia publicado en 1775 un *Diccionario de historia natural, conteniendo los testáceos*, tres tomos en 8.°. Este Favart fué hermano del general de division del mismo apellido, llamado Nicolas Remigio, que nació en Reims en 1735 y murió en Paris en 5 de Mayo de 1800. Entró al servicio en 1756 en el cuerpo de ingenieros, y se hallaba en Port-Louis en 1761 cuando los ingleses vinieron á atacar la Bella-Isla con fuerzas considerables. Se dió la órden á muchos ingenieros para penetrar allí, y solo Favart logró conseguirlo, embarcándose en un barquichuelo de pescadores. Contribuyó poderosamente á la ejecucion de las fortificaciones exteriores, estuvo en casi todas las salidas, y recibió una herida grave en la cara, sin cesar de hacer su servicio. Enviado á América para la conclusion de la paz, despues de haber servido algunos años en la Martinica volvió á Europa en donde prestó importantes servicios, y aun en medio de los excesos de la revolucion salvó con su cordura la vida á un grande número de personas. Apasionado al estudio, como su hermano eclesiástico, juntaba á grandes talentos y á conocimientos raros una prontitud extraordinaria para la ejecucion. Ámbos hermanos recibieron una educacion muy esmerada, y así como el canónigo no

se ciñó al estudio de las ciencias eclesiásticas sino que cultivó con esmero las naturales, el militar tampoco se limitó á las de su carrera sino que conocia la literatura, la historia natural y el dibujo, con todas las artes de su dependencia; y así como Cristóval nos dejó el Diccionario de historia natural, Nicolas ha dejado *memorias* importantes sobre los reconocimientos militares y sobre la defensa de las costas. — C.

FAVENTINUS (Pablo María) religioso dominico. Nació en Faenza (1) en el siglo XVI. Escasas son las noticias que nos traen los biógrafos de este religioso; pero debe suponerse que seguiria sus estudios con asiduidad y buen éxito cuando sus superiores le enviaron á la Armenia, donde prestó importantisimos servicios á la Religion. El rey de Persia quedó tan prendado de este dominico, que dándole cabida á su confianza le permitió el establecimiento de nuevas misiones cristianas y la ereccion de varias iglesias, y no limitándose á la mera tolerancia proveyó este Rey las casas de piedad de todo lo necesario al culto que habia rescatado de los mahometanos. Necesitábase para esta empresa de un ascendiente extraordinario y de una condescendencia sin límites; y estas dos circunstancias hacen honor al jefe de los persas, y forman hasta cierto punto el verdadero elogio del célebre Faventinus. El buen religioso aprovechándose de las circunstancias redobló su celo, y con una vida ejemplar digna del mayor elogio consiguió ayudado con el don de la Divina Gracia multiplicar diariamente el número de las conversiones. Su nombre entre los persas era repetido con particular veneracion; mirábanle como á padre, y bien merecia este nombre el que empleaba todos los momentos de su vida en instruir á los ignorantes y proteger á los necesitados. Cinco años empleó en esta mision, al cabo de los cuales regresó á Roma con la dulce satisfaccion de ver que dejaba á los armenios por legado el gérmen de la virtud y las saludables máximas del Evangelio. En 1620, como tenia ya bien cimentada su reputacion, fué nombrado superior de las misiones de su Órden en Oriente, cuyo delicado é importantisimo cargo desempeñó con el mayor acierto y como era de esperar de su piedad y de su ciencia. Quisiéramos saber las demas circunstancias de su vida, pero los biógrafos las callan porqué sin duda las ignoran, pues ni siquiera nos indican el año en que murió. Publicó dos obras destinadas particularmente á los nuevos convertidos; tales son: 1.ª: *Dottrina cristiana ove catechismo.* 2.ª: *Miracoli per mezzo della santissima Eucaristia et del Rosario della Madona operati.* Redactó ademas el *Diario de su viaje á Oriente*, del cual presentó copias al Papa y á su superior, pero no llegó á imprimirse. — G.

FAVIER DE BOULAY (Enrique) prior de Sta. Cruz de Provins. Nació se-

(1) Faenza en latin Fabentia de la cual tomó el nombre este religioso.

gun parece hácia el año 1668. Abrazó el estado religioso, y siguió los estudios con aprovechamiento, manifestando un gusto particular por la bella literatura. Esto es lo único que podemos deducir de lo que nos han dicho los biógrafos acerca de este personaje, que murió en 1753 de edad de ochenta y cinco años. Le debemos la única traduccion buena del *Justino*, ántes que el abate Paul hubiese publicado la suya. Ámbas contienen dos tomos en 12.°. Tenemos ademas de Favier otras varias obras ménos conocidas que su version. Favier se habia dedicado al púlpito con muy buen éxito. Su *Oracion fúnebre* de Luis XIV se publicó en Metz en 1716 en folio. Esto es lo que nos dice Feller. Bocous en la *Biografía universal, antigua y moderna*, tomo XIV, pág. 219 añade de fijo, que nació en 1670; que habiendo demostrado las mas bellas disposiciones para la predicacion, le llamaron sus superiores á Paris, donde subió á la cátedra del Espíritu Santo en circunstancias muy notables; que imposibilitado, por razon de sus estudios, de seguir exactamente la regla de su Órden, se vió obligado á pedir su secularizacion; y que habiéndola obtenido fué provisto casi en un mismo tiempo con el priorato de Sta. Cruz de Provins: y asegura que murió en 31 de Agosto de 1753 á la edad de ochenta años. Finalmente, nos cita de él las obras siguientes: 1.ª: *Carta de un abate á un académico sobre el discurso de Fontanelle, relativo á la preeminencia entre los antiguos y los modernos*, Paris, 1699, segunda edicion, Ruan, 1703, en 12.°. 2.ª: *Oracion fúnebre del duque de Berry*, Paris, 1714, en 4.°. 3.ª: *Oracion fúnebre de Luis XIV, pronunciada en la catedral de Metz*, Metz, 1715, en 4.°, impresa tambien en la *Coleccion de las oraciones fúnebres de este Príncipe*, Paris, 1716, dos tomos en 12.°. 4.ª: *Epístolas en verso á Racine, hijo, relativas á su poema de la Gracia*, Paris, 1730, en 8.°. 5.ª: *Tres cartas relativas á las cosas sorprendentes, acontecidas en S. Medardo en la persona del abad Bescheraut*, 1731, en 4.°. 6.ª: *Historia universal de Justino traducida al frances*, Paris, 1733, en 12.°.—O.

FAVORES (Fr. José). Nació en la ciudad de Valencia. Estudió con aprovechamiento, y abrazó el Órden de padres predicadores en el convento de Sto. Domingo de la misma ciudad en 15 de Febrero de 1650. Desde el momento de vestir el hábito dió pruebas ciertas de cuan verdadera fué su vocacion, pues al paso que era exacto en el cumplimiento de sus deberes continuaba estudiando constantemente para alcanzar aquella ciencia que acompañada de la virtud forma el principal distintivo de un buen religioso. Diéronle el grado de presentado, y nombráronle al propio tiempo predicador general de la provincia de Aragon. Emprendió un viaje á Roma en calidad de procurador y agente en la causa de la canonizacion de S. Luis Bertran, de donde regresó segun el P. Rodriguez con el despacho. Murió este sabio religioso

en su convento en 14 de Setiembre de 1682. Imprimió: 1.°: *Epitome singularium gestorum sancti Ludovici Bertran*. Roma, por Nicolas Augusto Tinasi, 1671, en 16.°, cuyo *Epitome* tradujo al castellano, y dedicado á la ciudad de Valencia lo publicó con este título: *Sumario de la Vida del segundo apóstol valenciano el glorioso P. S. Luis Bertran, canonizado solemnemente por nuestro santisimo papa Clemente X á 12 de Abril del año 1671*, Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1671, en 4.°.—O. R.

FAVORINUS (Varinus ó Guarino, mas conocido bajo el nombre de) filólogo ó lexicógrafo del siglo XVI. Habia nacido en el castillo de la parroquia de Nocera, cerca de Camerino, capital de la Ombría; así es que por alusion al nombre de su patria tomó el de *Favorinus* para distinguirse de los *Guarinos* de Verona. En cuanto al sobrenombre de Camers, que ponia al frente de sus obras y que algunos han tomado por su nombre propio, al parecer no es mas que una simple abreviatura de *Cameriensis* ó mas bien *Camers*. *Camertis* y no *Camerinensis* que significa un natural de Camerino. Este sabio fué discípulo de Juan Lascaris y de Ángelo Policiano. Entró siendo muy jóven en la congregacion de S. Silvestre, del Órden benedictino; obtuvo en 1512 la direccion de la biblioteca de los Médicis en Florencia, y fué elevado en 1514 á la dignidad de obispo de Nocera, cuya prelacía desempeñó hasta su muerte acaecida en 1537. Favorinus fué varon de relevantes prendas; y uno de los buenos títulos de su gloria consiste en haber sido preceptor de Juan de Médicis, elegido mas adelante papa bajo el nombre de Leon X; pues á nadie se oculta el gran talento de este Pontífice, gloria del siglo en que vivió. La principal obra de Favorinus es la titulada: *Magnum ac perutile Dictionarium quod quidem Varinus, Phavorinus, Camers, Nucerimus episcopus ex multis variisque auctoribus in ordinem alphabeti collegit.* Publicóse la primera edicion en Roma, en 1523, en la imprenta de Zacarías Calliergi, y á pesar de ser la ménos completa es la mas buscada de los curiosos. La de Basilea de 1538 fué corregida de algunas faltas y enriquecida con dos índices. Pasa por una de las mejores la publicada en Venecia en 1712, en folio, con numerosas adiciones fáciles de hacer atendido el estado á que habia llegado entónces la exicología griega. Este libro sumamente útil sin duda en una época en que esta parte de los estudios literarios no contaba mas, que dos ó tres compilaciones muy imperfectas de los antiguos, ha perdido algo de su importancia desde que la ciencia ha llegado al mas alto grado de perfeccion; pero está muy léjos de merecer el desprecio que de ella ha hecho Maussac, contra la opinion de Canter y de Camerario. Favorinus habia cooperado con Ángelo Policiano su maestro, Cárlos Antinori, Urbano Bolzano y Aldo Manucio *el antiguo*, en la edicion del *Thesaurus cornucopiæ et horti Adonidis*, que este último dió en Venecia, en 1496. Le debemos

tambien una *Traduccion* latina de las sentencias ó apotegmas de Stobeo, impresa por la primera vez en Roma, en 1519, en 8.°; reimpresa con frecuencia, segun Fabricio, y particularmente en Cracovia con varias correcciones de Venceslao Sobeslaviensis. Es probable que esta edicion la hizo en vista de un manuscrito, atendido á que la principal de Stobeo no era anterior de mas de un año á la muerte de Favorinus. — J. M. G.

FAVORITI (Agustin). Uno de los poetas del estro latino que brilló en Italia en el siglo XVII; nació en Luca en 1624. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, pasó á Roma donde sus talentos le granjearon muy en breve la amistad de los hombres mas ilustres de su época. El cardenal Fabio Chisi, despues papa bajo el nombre de Alejandro VII, fué uno de los primeros que le protegieron, y miéntras vivió no cesó de darle pruebas inequívocas de lo muchisimo que apreciaba sus talentos. Honrado Favoriti con el cargo de secretario del Sacro colegio, estuvo constantemente empleado en negocios de la mas alta importancia, siendo la repetida confianza que se le dispensaba la prueba mas evidente de su tino, prudencia y sabiduría. Este célebre eclesiástico murió en 13 de Noviembre de 1682. « Á ejemplo del canciller Bacon, « dice un biógrafo, Favoriti no podia suportar la fragancia de la rosa; no « comia mas que una vez al dia y tan frugalmente que los que le conocian « de cerca dudaban como podia subsistir con este régimen de vida. » Haciendo alusion á Leon Allacci y á Cristóval Lupo, sus amigos, que eran dos celosos defensores de la fe católica, decia en estilo festivo; *que vivia en un siglo bien maravilloso, pues que observaba que un leon y un lobo defendian el rebaño que sus semejantes acostumbraban á devorar.* (Véase la biblioteca de Fontanini I, 463) Era miembro de la academia de *los humoristas*. Nutrido en la literatura de los antiguos llegó con frecuencia á igualar á estos modelos. Sus poesías no son ménos notables por la naturalidad y fuerza de los pensamientos, que por la elegancia y la claridad del estilo. Fueron coleccionadas con las de otros poetas del estro latino bajo este título: *Septem illustrium virorum poemata*. La edicion de Amsterdam, 1672, en 8.°, salida de las prensas de Elzeviro es de una belleza sorprendente. Á continuacion de sus versos se encuentran dos *Oraciones fúnebres* pronunciadas por Favoriti ante el cónclave, la una de Alejandro VII su bienhechor y la otra de Clemente IX. Una gran parte de sus obras poéticas ha sido reimpresa en los *Carmina illustr. poetar. italor.* IV, 208–51. Es ademas autor de una vida de Virginio Cesarini que se encuentra al frente de sus poesías. — E. A. U.

FAVRE (Pedro). (Véase Faber).

FAXARDO (D.ª Catalina) abadesa del convento de Sta. Clara de Murcia. Citala la *Historia* de las personas ilustres y notables en santidad de la provincia de Cartagena de la Órden del Seráfico P. S. Francisco, y que no se

hallaban continuadas en escritura alguna desde 1500 hasta 1617, en ocasion de referir un caso curioso acaecido en aquel convento, que referiremos tal como lo escribe el autor de aquella historia, dejando lo demas al criterio ó á la piedad del lector. Aun cuando el hecho sea raro ó extraordinario, su narracion sirve siempre para formarse una idea del espíritu de la época. Dice así: «Estando una monja de grande virtud llamada Catalina Lopez gravemente enferma, aunque muy entera en sus sentidos, estaban con ella muchas religiosas velándola, y entre ellas la abadesa, que se llamaba D.ª Catalina Faxardo. Ofrecióselo á esta una ocupacion y le fué necesario ausentarse, avisando primero á las que allí quedaban que si la enferma empeorase la llamasen porqué tenia que decirle dos palabras. Estando pues la abadesa en su celda murió la enferma casi instantánea é imperceptiblemente, y como á tal, todas las religiosas que allí estaban empezaron á rezar el responso *Ne recorderis*. Acordándose una religiosa de lo que la abadesa habia encomendado, salió á la puerta de la enfermería llamándola muy aprisa diciéndole que habia muerto la enferma. Entónces la abadesa dijo: «Alma, yo te mando por santa obediencia que me aguardes en tu cuerpo.» Y abriendo los ojos á una parte y á otra mirándolas á todas y no viendo la abadesa, levantó la mano haciendo las señas que suelen las monjas para significar la abadesa, y diciendo que se la llamase. Al punto entró la abadesa, y llegándose al oido de la enferma le dijo algunas palabras que no se supieron jamas, las cuales oidas, cerró los ojos la enferma y con muy apacible semblante dió el alma á su Criador. Lo que queda dicho no le será muy dificultoso de creer al que supiere la virtud y eficacia de la santa obediencia, pues algunas veces ha sido de tanta, que ha llegado hasta mandar á los Santos que no hagan milagros y han obedecido; teniendo por mayor gloria la que les venia por obedecer que la que les podia venir por hacer milagros. Esta narracion tal como se halla, prescindiendo aun de su fondo y del crédito que se merezca, encierra una máxima excelente de moral cristiana y un elogio enérgico de la santa virtud de la obediencia, la cual es una parte esencial de la humildad. — J. R. C.

FAXARDO (Francisco de Luque). Floreció á últimos del siglo XVI; abrazó el sublime estado del sacerdocio; fué rector del seminario de S. Isidoro y del colegio de S. Miguel de su patria, hácia el año 1616, y cura de la villa de Pilas. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él: 1.°: *Fiel desengaño contra la ociosidad y los juegos*, Madrid, 1603. 2.°: *Exhortacion á las obras de misericordia*, Sevilla, 1609. 3.°: *Despertador del alma y motivos para la oracion por el discurso del año*, Sevilla, 1611. 4.°: *Relacion de la fiesta que se hizo en Sevilla en la beatificacion de S. Ignacio*. 5.°: *Relacion de las fiestas, que la cofradía de sacerdotes de S. Pedro celebró en su parroquial iglesia*

de Sevilla á la Purisima Concepcion de Ntra. Señora. Imprimióse la primera de estas dos obras en Sevilla en 1610, y la segunda en la misma ciudad en 1616. Nicolas Antonio en su *Biblioteca Hispana Nova* le atribuye un tratado conocido con el título de *Polltica cristiana*, é impreso en 1602. En la citada biblioteca se encuentra otro Faxardo (Fr. Juan de Ayala) que dió á luz *Postrimerías del hombre*, Madrid, 1638, en 8.°.—G.

FAXARDO (Diego). Fué murciano, de la distinguida Compañía de Jesus, y de la nobilisima familia de los marqueses de los Vélez; dejó manuscrito y en borrador un comentario: *De somnis sacris veteris et novi Testamenti;* cuya obra segun testimonio de Alegambio era esperada con avidez, pues la materia no dejaba de ser original y digna de excitar la curiosidad. Murió en el mes de Julio de 1739.—O.

FAXARDO y Monroy (Lorenzo José) natural de Madrid, hijo de D. Francisco Faxardo, caballero de la Órden de Santiago y del consejo de Hacienda, y de D.ª Úrsula Francisca Marron, señora tan noble como su marido. Lorenzo siguió el estado eclesiástico, y ordenado de sacerdote se hizo acreedor á la estimacion y respeto de cuantos le conocian. Fué nombrado canónigo dignidad de abad de S. Vicente de Toledo, inquisidor de aquella ciudad, y por último del consejo de la suprema y general: dando en todas partes pruebas ciertas de su celo, integridad y sabiduría. Los distinguidos puestos que desempeñó son el mejor garante de las prendas personales que le adornaban. Falleció en Madrid el dia 27 de Mayo de 1746 de edad de cincuenta y nueve años.—O.

FAXARDO y Várgas (José) prior mitrado de Magacela. Fué natural de la villa de Cazalla, arzobispado de Sevilla, en donde nació el 5 de Marzo de 1784. Desde sus primeros años dió ya muestras de su precoz talento y al propio tiempo se manifestó inclinado á seguir la carrera de la Iglesia, en cuyos deseos se vió secundado por favorables circunstancias, pues obtuvo la gracia de tomar el hábito de la Órden de Alcántara que vistió realmente en la real casa de la misma Órden en el dia 1.° de Julio del año 1800. Despues de hecha su profesion, obtuvo una de las becas de sagrados cánones del colegio que dicha Órden tenia en la universidad de Salamanca. Durante su carrera literaria mostró las mas felices disposiciones; y aprovechó tanto que mereció ser elegido para recibir á claustro pleno el bachillerato no solo en la misma facultad de derecho canónico, sino tambien en la de derecho civil. En 1807 hizo oposicion en el consejo de las Órdenes á la cátedra de cánones del mismo colegio y logró obtenerla. Infatigable en su carrera, no se contentó con el magisterio sino que aspiró tambien á ser útil en la parte mas activa del ministerio sagrado, cual es la de cura de almas; y así hizo oposicion en Sevilla á los curatos vacantes en el territorio de las Órdenes, y le fué

conferido el de la parroquia de Santiago de Llerena; pero coincidiendo con este nombramiento la invasion de los franceses, y hallándose de otra parte sin ser ordenado, no le fué posible tomar colacion ni posesion del expresado curato. Durante los años de la invasion no pudo consagrarse al ejercicio de su ministerio como hubiera deseado, pero restablecida la paz por la evacuacion de los ejércitos invasores y luego que lo permitieron las circunstancias hizo otra oposicion en 1816 en el consejo de las Órdenes y obtuvo el curato de Lopera, durante cuyo ministerio parroquial se captó el afecto de sus feligreses, tanto por su bondad y celo como por la exactitud en el desempeño de sus obligaciones. Ganóse asimismo la benevolencia y la amistad con que le distinguió su prelado el Illmo. Sr. obispo de Jaen, el cual se valió de él para varias comisiones importantes y difíciles hasta el año 1825 en el cual hizo nueva oposicion, de cuyas resultas en el mismo colegio fué nombrado por S. M. para el curato de S. Miguel de la ciudad de Jerez de los Caballeros. Allí como en Lopera desempeñó la plaza de abogado fiscal de la curia eclesiástica del priorato de Mártos y la asesoría de la mesa maestral. Como tanto por su carácter como por la capacidad y extension de sus conocimientos se atraia la confianza y el afecto de sus superiores, el vicario de Jerez de los Caballeros le nombró su teniente, cuyo encargo desempeñó como acostumbraba muy á satisfaccion del vicario y de todo el consejo de Órdenes, desplegando un celo é inteligencia poco comunes especialmente en defensa de los privilegios y regalías de dicha vicaría que pertenecia á la Órden de Santiago. En el año 1827 hizo de nuevo oposicion ante el nombrado consejo de Órdenes al curato de Villanueva de la Serena que obtuvo; y despues de tan larga carrera de merecimientos y servicios de todas clases atrajo ya sobre sí la atencion de S. M. para dispensarle algunas gracias como á justa recompensa de sus repetidas y laboriosas tareas. En 1828 S. M. le nombró visitador del sacro convento de Alcántara, y al concluirse la visita prior del mismo convento, de cuyo cargo tomó posesion en Setiembre del propio año. En 1832 fué nombrado por S. M. dignidad de prior mitrado de Magacela, ó sea de Villanueva de la Serena, con el uso de hábitos episcopales y jurisdiccion *vere nullius*, de cuya dignidad tomó la colacion canónica en S. Bernardo de Madrid, y en 1847 hallándose en la córte fué condecorado con los honores de ministro auditor del supremo tribunal de la Rota: condecoracion que prueba el alto aprecio que en todos conceptos se merecia, despues de una carrera tan brillante así en la parte científica como en la del profesorado y en la del ministerio sacerdotal. La amabilidad y dulzura de su carácter le atraia el amor de cuantos tenian la dicha de tratarle; pero lo que mas le hacia apreciado y venerado era su ejemplar conducta que, sobre todo en un eclesiástico, no puede ser suplida ni aun por todas las mas brillantes calidades del

espíritu. En su persona descollaba en especial la humildad cristiana; pues siendo autor de varias obras literarias, su modestia no las dejó ver la luz pública: modelo digno de ser imitado por tantas medianías, que apénas tienen tiempo para ser discípulos ya quieren constituirse en maestros en sus prematuras y casi siempre ligerisimas producciones. No faltó á su distinguida carrera el lustre del foro, en el cual se dió á conocer como abogado de la audiencia de Sevilla, acreditándose tambien por sus luces y vasto saber entre los individuos de aquel colegio. Regresado á su hogar doméstico á pocos dias de haber recibido la última condecoracion de auditor de la Rota, fué acometido de una grave y penosa enfermedad, durante la cual acabó de probar su fondo de virtud y mostró su resignacion cristiana, coronando la vida del sabio con la muerte del justo. Falleció á 1.° de Marzo de 1848 á los setenta y cuatro años de su edad, llorado amargamente por sus diocesanos á quienes dejó sumidos en el dolor, llorado de su familia que quedó en el mayor desconsuelo, y llorado por último de los pobres de quienes era protector, bienhechor y amigo, y quedaron con su muerte en la mas triste horfandad. La memoria, pues, de D. José Faxardo y Várgas es tan grata á las letras y á la ciencia como á la virtud y á la religion. Estas noticias las hemos tomado del *Boletin del clero español* en 1849 en su tomo II. — J. R. C.

FAY (Pedro de). Nació en Brúges, en Flándes; abrazó el Órden de Sto. Domingo en 1603 siendo de edad de diez y ocho años, y fué enviado á España para seguir los estudios indispensables á un religioso, sabiendo aprovechar las sábias lecciones de sus maestros en tales términos, que se hizo profundo en la ciencia de las Letras Sagradas. Cuando regresó á su pais se trajo un *discurso* de los religiosos de su Órden en la diócesis de Toledo relativo al permiso concedido á los religiosos de predicar y confesar, cuyo discurso tradujo al latin é hizo imprimir en 1636, en Douai con otro *Tratado* de la misma clase relativo á la jurisdiccion de los regulares en el ministerio de la predicacion. Estas dos pequeñas obras se reimprimieron en el año siguiente en Colonia con el título de: *Clypeus ordinum mendicantium*. Fay, que habia regresado ya de España desde 1610, enseñó la teología y moral en Douai, donde fué recibido de doctor en 1618. Nombráronle luego profesor de los casos de conciencia en el seminario de Brúges, prior en esta ciudad y en Brusélas, y murió en el mes de Enero de 1639 de edad de cincuenta y cuatro años. Tenemos de él, ademas de las obritas que hemos indicado, un tratado *De pœnitentia, qua virtutes, qua sacramento*, impreso en Douai, en 1626.—G.

FAY (Juan Gaspar de) jesuita. Nació á mediados del siglo XVIII, y habiendo abrazado la carrera del púlpito adquirió en breve la reputacion de uno de los oradores mas sabios y mas elocuentes de su tiempo. Sus *Sermones* en nueve tomos, que se publicaron sucesivamente desde 1738 hasta

1743, son una prueba de su gran laboriosidad. El talento y la accion que Fay poseia en tan alto grado le dieron en el púlpito una belleza y una fuerza, que perdieron despues en la impresion; de modo que así como Fay era oido con gusto de una numerosa concurrencia, publicados sus sermones se vió que no merecian ni de mucho los elogios que se habian prodigado á su autor. —O. R.

FAYETTE (Luisa Motier de La). Era de la ilustre familia de este nombre, originaria de Auvernia. Nació hácia el año 1628, y apénas habia cumplido los diez y ocho de su edad cuando entró al servicio de la reina Ana de Austria en calidad de camarista. Su belleza, su discrecion y su dulzura llamaron la atencion de la córte, y muy particularmente la de Luis XIII. Este Monarca quedó ciegamente apasionado de ella y buscó todos los resortes imaginables para verse correspondido. Difícil le fué alcanzar lo que deseaba; pues la jóven La Fayette al momento que lo conoció, prefiriendo la tranquilidad de una conciencia pura al deslumbrante esplendor de las grandezas humanas, determinó tomar el velo de religiosa. El Rey se opuso fuertemente á este designio; mas temiendo el cardenal de Richelieu el ascendiente que la jóven disfrutaba ya en el corazon del Monarca, y previendo las consecuencias, protegió su vocacion valiéndose para esto de su acostumbrada habilidad. La Fayette entró, pues, en 1637 en el convento de las religiosas de la Visitacion, situado en la calle de S. Antonio, donde profesó tomando el nombre de hermana Angélica. Luis viéndola ya religiosa, y reconociendo su flaqueza humana, la visitó varias veces en el locutorio; y la hermana Angélica no contenta de curar al Rey de su debilidad, tuvo la gloria de lograr con sus piadosas reflexiones que volviese á reunirse con la Reina, de la cual mucho tiempo habia que vivia separado; y el fruto de esta reconciliacion fué el nacimiento de Luis XIV despues de veinte y dos años de esterilidad. La Reina, reconocida á los buenos oficios de la virtuosa La Fayette, quiso llamarla otra vez á la córte; pero la buena religiosa entregada enteramente á Dios prefirió el silencio del claustro á la grandeza del palacio, y murió generalmente estimada en 1665 en Chaillot en un convento que ella misma habia fundado. M. de Genlis publicó una novela histórica titulada: *La Señorita La Fayette*, Paris, 1812, dos tomos en 12.°. —O. A. R.

FAYO (Gerardo) religioso profeso del Órden de carmelitas calzados. Nació en Tolosa, ciudad capital del Languedoc en el reino de Francia, y en la misma tomó el hábito de la mencionada Órden de carmelitas, llamados de la antigua Observancia, no bien hubo llegado á la temprana edad de catorce años. En aquella ciudad estudió letras humanas con mucho aprovechamiento, siendo despues enviado á Paris para que allí ejercitase su talento en el estudio de todas las ciencias. Concluida allí su carrera, regresó á Tolo-

sa, en cuya universidad le fué conferido con solemne pompa el grado de maestro y doctor. Llamado despues por sus superiores á la ciudad de Cahors, desempeñó en su academia la cátedra de teología, que ganó por medio de rigurosa oposicion. Elegido en 1621 prior provincial de su provincia de Tolosa procuró por todos medios, aunque con suma prudencia, promover en ella la mas estrecha reforma, pidiendo para conseguirlo su eficaz ayuda al reverendo P. Fr. Felipe Teobaldo provincial de la de Tours y á otros ilustres varones, que le auxiliaron gustosamente en la consecucion de tan santo é interesante objeto. Por fin afligiendo todo el Languedoc una devastadora peste, llegó á contagiarse nuestro Gerardo, lo que le ocasionó una muerte gloriosa, sucedida en la ciudad de Tolosa el año 1632. Escribió: 1.°: *De confraternitate Carmelitana*: libro precioso y singular. 2.°: *Oratio funebris R. P. Joannis Puteani, Sacræ Theologiæ in academia Tolosana Professoris.* Ensalzan á Gerardo Fayo Simpliano, San-Martin, Augustiniano, Hipólito Marraccio, Alegreo Casanato y otros escritores.—J. S.

FAYOL (J. Gaspar). Floreció en el siglo XV, y fué uno de los principales ornamentos del Órden de padres predicadores en el convento de Lérida. Sus méritos le elevaron á la dignidad de vicario general de la congregacion reformada; y á Fayol se debió entónces la fundacion del convento de monjas de Sta. Catalina de Sena de Valencia, cuyo piadoso establecimiento tuvo principio en 1491. Se ignora la época en que murió. Escribió los cinco tratados siguientes: 1.°: *Del consejo de prelados.* 2.°: *Del aprovechamiento de la religion.* 3.°: *Contra judíos.* 4.°: *Contra moros.* 5.°: *De los artículos de la fe, sacramentos, vicios y virtudes.*—G.

FAZAEL ó Phazael, hermano de Heródes *el Grande*, é hijo primogénito de Antipáter idumeo. (Véase Fasael). — O.

FAZELLI (Tomas) historiador. Nació en Sacco en la Sicilia en 1418. Principió á estudiar en Palermo, y habiendo abrazado el Órden de Sto. Domingo se entregó con un ardor inconcebible á la lectura de los Padres y de los teólogos mas célebres. Frecuentó en seguida las aulas de Roma y de Padua, y en todas partes dejó inequívocas muestras de un talento despejado, amenizando sus discursos con el grande caudal de erudicion que habia adquirido ya. En la ciudad de Roma recibió el grado de doctor, y su larga residencia en la misma le proporcionó el conocimiento y la amistad de Paulo Jobio, á cuya solicitud emprendió Fazelli la redaccion de la *Historia de Sicilia.* Á su regreso á Padua le encargaron la cátedra de filosofía, que desempeñó con general aplauso, sacando aventajados discípulos, que al paso que honraron la memoria del profesor adquirieron á su vez la estimacion de los hombres mas distinguidos. Obligado á compartir todas las horas entre sus deberes de profesor y los ejercicios de la religion redujo su comida á

una sola vez al dia, en el anochecer, y á no entregarse mas que algunos momentos al descanso á fin de poder satisfacer su pasion siempre creciente para el estudio, y con el objeto de distraerse algunos ratos de la avidez de las investigaciones históricas, se ocupaba en la lectura de los poetas y de los oradores antiguos, entreteniéndose tambien en la composicion de algunas poesías que no confiaba sino á sus mas íntimos amigos. Predicó una cuaresma, siendo tal la elocuencia y fervor con que hacia sus discursos, que el templo se llenaba de gente que se complacian en oirle por muy largos que fuesen; y esto dió mayores creces á su reputacion. Era tal el concepto que disfrutaba entre sus cofrades, que le confiaron en distintas ocasiones varios cargos de la Órden. En 1558 quisieron elegirle superior general, pero Fazelli que huia de las distinciones les suplicó encarecidamente hiciesen recaer la eleccion en otro sugeto mas propio para este empleo, que no el que pasa su vida estudiando. Fazelli murió en Palermo en 8 de Abril de 1570, y fué enterrado en el claustro de su convento. La única obra que nos ha dejado es la siguiente: *De rebus siculi decades duœ*, Palermo 1558, en folio; segunda edicion 1560, en folio: Wechel la insertó en sus *Rerum siculorum scriptorum*, 1579, y Burman en su *Thesaurus antiquitatum*, tomo X. Finalmente, Statella hizo reimprimir la primera década con suplemento y notas críticas, Catana, 1749, en 8.°. La *Historia de Sicilia* de Fazelli fué traducida al italiano por Remigio, Venecia, 1574, en 4.°, cuya edicion es sumamente rara. Martin Lafarina dió otra de nueva, corregida de las faltas de imprenta que se encuentran en la primera, Palermo, 1628, en folio. Esta Historia es muy estimada por la exactitud de los hechos que en ella se refieren, por la sana crítica que campea en toda la obra, y por la elegancia de estilo. El único que no ha tributado justicia á esta produccion de Fazelli ha sido Bosio; pero éste escribia la *Historia de los caballeros de Malta* á quienes Fazelli habia tratado con poco miramiento. Mongitore cita ademas de este escritor dos *Sermones* manuscritos.—E. A. U.

FAZELLI (Gerónimo) hermano del precedente. Nació en Palermo en 1502, y á su ejemplo entró en el Órden de Sto. Domingo adquiriéndose la reputacion de sabio teólogo y de buen predicador. Fué consultor del tribunal de la inquisicion, comisionado para el exámen de los libros, y dos veces prior de su convento. Llenó todos los cargos que se le confiaron con celo, exactitud y prudencia; en una palabra, fué digno hermano del célebre Tomas. Murió en Palermo en 1585. Tenemos de él: 1.°: *Prediche quaresimali*, Palermo, 1575, en 4.°; reimpresas con una segunda parte, Venecia, 1592, en 4.°. Ha dejado manuscritos diversos *Comentarios* latinos sobre los *Salmos*, sobre el *Evangelio de S. Márcos*, y sobre las *Actas de los apóstoles*; varios *Sermones*; un *Tratado de las indulgencias* y otro *De regno Chris-*

ti, que algunos biógrafos atribuyen equivocadamente á su hermano. — O.

FAZIO (Mateo). Nació en Palermo en 1629. Fué creciendo con la mayor docilidad, y desde sus primeros años manifestó ya grande inclinacion al estudio. Queria ser sabio y lo consiguió, porqué eligiendo desde luego la soledad del claustro, donde residia entónces la ciencia, tomó el hábito de la Órden de Sto. Domingo. Allí léjos del torbellino de las pasiones mundanas, muy cerca del altar, al lado de los amigos de la sabiduría, se desenvolvieron con tal rapidez sus facultades intelectuales, que excitó la admiracion y casi diremos el entusiasmo de sus mismos maestros. No tardó en saber tanto como ellos y bien luego se puso en estado de difundir la profundidad de sus doctrinas entre sus colegas. Graduado de doctor en teología, fué nombrado provincial de su Órden; pero la suerte le habia destinado á ejercer una mision mas importante, pues fué tal la fama de sus virtudes y de su sabiduría, que el papa Inocencio XI no vaciló en elevarle en 1682 á la dignidad de obispo de Patti. La misma humildad, el mismo género de vida siguió al frente de su rebaño que la que habia observado durante su residencia en el claustro. En su delicioso retiro, la oracion, la penitencia y el estudio le absorvian todos los momentos. En su diócesis tan solo añadió á estas circunstancias el solícito empeño de dirigir su rebaño por la via de la virtud; siendo siempre el primero en la práctica del amor, de la dulzura y de la caridad evangélica: así es que su diócesis floreció de un modo asombroso. Profundo teólogo, excelente humanista, versado en la literatura, elocuente en sumo grado, sabio, prudente y acertado en el consejo; su palacio se convirtió en punto de reunion de los hombres mas célebres y mas distinguidos de su época, que iban á consultarle en los asuntos de la mas grande importancia; y nunca se retiraban sin haber alcanzado saludables máximas para no apartarse de lo que exigia la razon y la justicia. No eran, no, los sabios y los poderosos los únicos para quienes se abrian sus puertas. La desconsolada viuda, el infeliz huérfano, el desgraciado padre de familia, el anciano decrépito, todos iban en pos del obispo, porqué sabian por experiencia que si su mano liberal no bastaba para todos, á lo ménos sus santos consejos restablecian la calma y la tranquilidad en el seno de un gran número de familias. En 1687 congregó un sínodo en el que dió excelentes *Constituciones*, que se imprimieron en Palermo y fueron un monumento eterno de su sabiduría y de su piedad. Continuó Fazio gobernando su diócesis con el mismo celo que habia desplegado al principio de su prelacía, hasta que le alcanzó la muerte en el mes de Setiembre de 1692 á la edad de sesenta y tres años. El fallecimiento de este célebre prelado consternó no solamente á la ciudad de Palermo, sino á toda la Sicilia, que tributó á su memoria las mas señaladas muestras del dolor que sentian al verse separa-

dos del protector de la humanidad, y del celoso propagador de la caridad cristiana —G.

FE, ESPERANZA Y CARIDAD (Stas.) vírgenes y mártires. Recibieron sus nombres de su madre la ínclita Sta. Sofía, que procuró educar á estos tres tiernos pimpollos en los principios de la *fe* mas acendrada, haciéndolas concebir ya desde la cuna la *esperanza* de la eterna felicidad con la práctica de la *caridad* evangélica, cuyas tres virtudes poseia Sofía en alto grado. Imperaba entónces Adriano, cuyo nombre ha sido siempre de funesto recuerdo para la cristiandad, porqué el fuego de las hogueras crecia tanto como el de la persecucion, miéntras que la mano incansable del verdugo apénas descargaba el golpe volvia á levantar la cuchilla para ofrecer nuevas víctimas á la ferocidad de los tiranos. Sta. Sofía, que se hallaba en Roma con sus tres hijas, redobló su celo para que no se apartasen ni un momento del Divino Esposo, exhortándolas á que se mantuviesen constantes en la via que habian emprendido. No salieron frustrados sus deseos: llegó el momento de prueba, y con admiracion y asombro de cuantos presenciaron su martirio, se presentaron al juez con el valor que infunde la inocencia y sostuvieron la causa de la religion con un brio que, sin separarse de lo que exige la modestia, dió á conocer que sus corazones se hallaban abrasados en el amor de Dios. Sofía sonrió de placer el mas puro al ver el triunfo de sus hijas tan cercano. Cebáronse los verdugos en atormentarlas, pero no lograron arrancar de sus labios la mas leve queja. Su voz se oia, sí, pero dulce como la voz de los ángeles, entonando alabanzas al Supremo Criador, y de este modo derramaron su sangre en presencia de su santa madre, volando sus almas á la gloria celestial coronadas con la aureola del martirio y distinguidas con la palma de la virginidad. (Véase Sofía Sta.) El culto de estas dichosas vírgenes se hizo en lo sucesivo tan célebre en las iglesias de Oriente, como en las de Occidente. El Martirologio romano las cita con su madre Sta. Sofía en 30 de Setiembre, bien que segun la *Leyenda de Oro* su fiesta se celebraba en 1.° de Agosto. —J. M. G.

FE (Sta.) vírgen y mártir. Esta bienaventurada doncella fué francesa de nacion, natural de Agen, ciudad muy nombrada en aquellos estados, hija de padres nobles y dotada de singular hermosura. Ya desde niña fué cristiana y gran sierva de Dios, como otra de tantas almas privilegiadas que reservaba el Señor para la mas bella de las coronas. Ocupaba entónces el trono imperial Diocleciano, tan funestamente conocido por las persecuciones que ó él consintió ó se hicieron en nombre suyo durante su reinado. El presidente que marcan las Crónicas envió en aquella época á Francia era Daciano, tal vez el mismo que hizo dar martirio á Sta. Eulalia y á otros muchos Santos en nuestra España, segun pregonan las historias. Daciano, pues,

fué quien de paso martirizó á Sta. Fe en Francia. Llegado, pues, á Agen se apresuró á cumplir con su mision impía y sanguinaria, y nuestra tierna Santa fué otra de las que se presentaron á él confesando con indómito valor el Dios á quien adoraban. Omitimos, por no repetir, el poner en boca de la ínclita niña la oracion que dirigió á Dios para que le diese fortaleza delante del tirano, el cual al principio movido por sus infantiles gracias y por lo tierno de sus años le preguntó con blandas palabras como se llamaba. —Yo me llamo Fe, dijo ella, y este es mi nombre.—¿De qué ley ó secta eres?—Desde niña, respondió la vírgen, soy cristiana y sirvo á Jesucristo Nuestro Señor de todo corazon, confieso su nombre, y á él me encomiendo —Disimulado el presidente, le dijo entónces: Hermosa doncella, yo te doy un consejo muy necesario para conservar tu hermosura, y es, que dejando á tu Cristo, hagas un sacrificio á Diana, porqué es muy semejante á las mujeres, siendo ella mujer, y yo te haré con dádivas mas rica de lo que eres ahora.—La vírgen, tan prevenida contra los halagos como contra las amenazas, despreciando sus promesas le dijo resueltamente: Informada estoy de los profetas que todos los dioses de los gentiles son demonios. ¿Y tú quieres persuadirme ahora con tus halagos que les haga un sacrificio? Sorprendido el presidente por tanto valor dejóse arrebatar por aquel furor ciego que solo inspirar sabe el fanatismo de la impiedad y que lo ha inspirado en todos tiempos, porqué el mismo furor que levantó la cuchilla de los verdugos de los mártires ha levantado el puñal de los revolucionarios.—¿Cómo tan audazmente, replicó Daciano, osas decir que nuestros dioses son demonios? Y le puso luego la alternativa sacrílega: Ó postrada sacrifica á ellos, ó yo te haré morir á fuerza de tormentos. Entónces la sierva de Dios, segura del premio y confirmada con el ejemplo de otros grandes mártires, entró en ansias de volar de esta vida miserable á la eterna, y la muerte le pareció que la dejaria libre para tan dichoso tránsito. Ratificóse en su propósito y aun en su deseo de sufrir el martirio y morir por el santo nombre de Dios. La cólera del tirano era cruel porqué era impotente: sintiéndose débil para vencer el espíritu se complacia en descargar contra el cuerpo, y así mandó á sus ejecutores que atormentasen á la vírgen, y por su mandato fué puesta sobre una red ó parrillas de hierro, encendiendo debajo un grande fuego, al cual echaban manteca y otras varias materias inflamables para que levantándole con gran violencia el tormento fuese mayor. Tal aparato y lujo de crueldad no dejaba de conmover á los circunstantes, y sucedia muchas veces, como acaeció aquí que detestando en alta voz la bárbara injusticia que se ejercia contra la inocencia y la debilidad, los mismos gentiles asombrados por la constancia y paciencia de aquella vírgen cristiana, tocados por la Gracia que abria los ojos de su alma á la verdad, detestaron su infa-

me culto, ardieron en ansias de morir por Jesucristo, y se entregaban llenos de gozo al martirio. Padeciendo pues la Santa este tormento, refieren las Crónicas que S. Caprasio, que habia huido de la persecucion del presidente y estaba con otros escondido en el agujero de una peña desde donde podia ver lo que se hacia dentro los muros de la ciudad, vió de allí á la mártir puesta en el tormento y encima de las parrillas; y levantando el Santo los ojos al cielo rogó muy de veras á Dios que diese victoria á su sierva en tan apurado conflicto; y postrado otra vez en el suelo, pidió al Señor le mostrase la virtud del cielo. Y tuvo entónces una vision celeste por la cual conoció que la vírgen se hallaba ya revestida con los resplandores de la gloria; con lo cual entendió S. Caprasio que la bienaventurada Sta. Fe habia de gozar luego de la celestial morada, cual lo confirmó allí mismo con otro milagro dando con su diestra un golpe en la peña donde se encontraba, de la cual brotó luego una fuente de agua cristalina, que se conservaba aun á principios del siglo XVII, época en que se escribió esta historia, gozando aquella fuente de celebridad para curar á los enfermos. Despues que el siervo de Dios Caprasio hubo hecho oracion á Ntro. Señor para que le diese perseverancia y saliese con victoria del tirano, salió de su encerramiento con santa emulacion de que aquella delicada doncella le excediese en fortaleza á pesar de ser él varon. Espontáneamente, pues, se ofreció al tirano diciendo que él profesaba la fe de Cristo, lo cual oido por el presidente le hizo atormentar junto con la doncella, y despues de atormentado fué degollado con Sta. Fe y los bienaventurados S. Primo y Feliciano, tan celebrados, de cuyas reliquias gozó el famoso monasterio de S. Pedro de Besalú en el obispado de Gerona. Fué, pues, el martirio de esta Santa en 6 de Octubre cerca de los años del Señor 300 en el imperio del ya indicado Dioclecia-no, segun afirma Baronio en su martirologio. Los gentiles dejaron abandonados los cuerpos de los Santos mártires en la plaza, desfigurados por los tormentos y cortadas sus cabezas; y los cristianos los recogieron con grande veneracion, y con paños limpios enjugando su sangre los sepultaron sin aparato, ó mas bien los escondieron que sepultaron por temor de que los gentiles no los llevasen á otra parte ó no los echasen al rio. Pero quiso Dios que los cuerpos quedasen allí sepultados hasta que convertido aquel pais á la fe de Jesucristo, el bienaventurado S. Dulcidio fué obispo de Agen, y siendo como siervo de Dios muy devoto de los Santos, hizo edificar una iglesia á invocacion de esta gloriosa vírgen, con intento de trasladar allí el cuerpo de la Santa con sus compañeros. Mas al abrir el devoto prelado el sepulcro de dichos mártires, se detuvo por veneracion de trasladarlos, hasta que por inspiracion de Dios comunicó su pensamiento á los religiosos y á otros eclesiásticos de aquella ciudad; y con su favor y consejo hizo la traslacion del

cuerpo de la Santa y de los otros mártires del lugar donde estaban sepultados á la iglesia que él habia nuevamente edificado, llamada tambien Sta. Fe, donde es fama que Dios por intercesion de dicha vírgen y de sus Santos ha hecho muchos milagros. Despues de algunos siglos, los cuerpos de los mártires S. Primo y S. Feliciano fueron llevados al monasterio de Besalú de la Órden de S. Benito; y en otros tiempos el cuerpo de Sta. Fe fué traido al monasterio de S. Cucufate del Vallés de la misma Órden, donde se tuvo en grande veneracion, celebrando allí su fiesta con toda solemnidad en 6 de Octubre que es el dia de su martirio, en cuyo dia el abad celebraba de pontifical. — J. R. C.

FEAU (Cárlos) sacerdote. Nació en Marsella en 1605; entró en el Oratorio y profesó las humanidades en diferentes colegios de esta Congregacion. Compuso para sus discípulos muchos juguetes cómicos en lengua provenzal, á los cuales daba muy poca importancia para publicarlos ó para permitir que se sacasen de ellos tantas copias como quisiesen. Un anónimo hizo publicar cuatro con el título de, *Lou jardin deys Musos provençales*, Marsella, 1665, en 12.°. Este tomo, que los aficionados juntan con la obra de Claudio Brueys, que salió á luz con igual título, contiene: *El embarque, las conquistas, y el afortunado viaje del carnaval; El interes ó la semejanza; La asamblea de los mendicantes de Marsella; y El proceso del carnaval.* Segun la opinion mas comunmente recibida, la segunda que es una intriga amorosa no corresponde á Feau. El P. Bourgerel nota ademas que el editor de este tomo se ha permitido algunas palabras obscenas que no se encuentran en los manuscritos. Se atribuye tambien á Feau una comedia titulada; *Brusquet*, fundada en parte en los chascos y bufonadas que éste se habia tomado la libertad de jugar al mariscal Strozzi. — O.

FEBADIO (S.) llamado en Gascuña *Fiari*, obispo de Agen en la Galia; célebre por el ardor y sabiduría con que combatió las doctrinas perversas de los arrianos. Floreció en el siglo IV. En el año 358 se publicó en Sirmiun la segunda confesion arriana, á la que suscribió Osio, obispo de Córdoba, triste ejemplo de la fragilidad humana; pues que despues de haber confesado la fe ante los tiranos durante la cruel persecucion de Diocleciano, despues de haberla defendido con un celo digno de los mártires contra los mismos arrianos en el concilio de Nicea, despues de haber resistido tan largo tiempo y con tanta firmeza á las violencias de Constancio, cedió con mengua y oprobio de su buen nombre, dando con ello márgen de que otros muchos cayesen en el error. El ilustre Febadio se entristeció, pero no por esto se abatió su ánimo. Mas valiente cuanto mayor era el peligro, cogió su pluma de oro, y animado de los bellos sentimientos que infunde la Religion, escribió con la energía y acierto que eran de esperar de un Santo para poner

dique á la corriente del mal que se habia desbordado en aquellos paises inundando las ciudades y los pueblos. El resultado fué que la causa de la religion sacrosanta triunfó en la Aquitania, donde fué universalmente despreciada la doctrina del heresiarca. El libro de Febadio, que por fortuna ha llegado hasta nosotros, forma uno de los mas bellos monumentos de las glorias del Santo, tanto por su estilo á la vez enérgico y claro, como por la solidez de sus doctrinas y por la exactitud con que reproduce los pensamientos. Lástima nos causa el que se hayan perdido sus demas obras, pues si todas ellas están escritas, como es de creer, con el mismo fondo de piedad y elocuencia hubieran formado una coleccion digna de figurar, como figura ahora el único tratado que de él tenemos, al lado de las obras de los Crisóstomos, de los Ambrosios, de los Gerónimos, de los Agustinos y de los demas padres de la Iglesia. En la citada obra impugna la confesion de fe herética de los arrianos con el éxito que era de esperar de su amor á Dios, de su grande adhesion á la Madre comun de los fieles, y de la incomparable bondad de la causa que defendia. Aun en aquellos pasajes en que los herejes aparentaban una inocencia que no conocian ó que habian desterrado de sí para entregarse á los desórdenes y á la corrupcion descubre el Santo todo el veneno que contenian sus dulces y seductoras palabras. Se expresa esponiendo con la precision mas exacta la fe católica sobre la Unidad de la substancia; dice así: «He aquí lo que creemos firmemente, lo que hemos reci-« bido de los profetas y de los Apóstoles, lo que sellaron los mártires con su « sangre. Nuestras provincias están tan adictas á esta creencia, que si un « ángel del cielo nos dijera lo contrario, le diríamos anatema, á ejemplo « del Apóstol. No se nos oponga pues el nombre de Osio, aunque padre de « los obispos, y cuya doctrina fué seguida hasta aquí. ¿Qué uso se puede « hacer de la autoridad de un hombre que se engaña al presente, ó que « siempre se engañó? Nadie ignora cuales han sido sus sentimientos hasta la « edad avanzada, y la constancia con que sostuvo la fe católica, y que con-« denó á los arrianos en Sardica como en Nicea. Si piensa de otro modo hoy, « si sostiene lo que condenó y condena lo que defendió; su autoridad, « vuelvo á repetir, es nula. Si creyó mal por espacio de noventa años, no « me persuadiré á que despues de noventa años comience á creer mejor.» Por fin la obra de Febadio es un perfecto modelo de elocuencia, de buen gusto y de sólida y abundante doctrina. En el año 359 hallándose en el célebre concilio de Rimini, en la Romanía, en el mar Adriático, convocado por órden del emperador Constancio (en el cual se contaban cuatrocientos obispos de Iliria, de Italia, de África, de España, de las Galias, y de Inglaterra, en cuyo número habia unos ochenta arrianos) defendió con su acostumbrado celo y elocuencia la fe de Nicea. Los obispos católicos propusieron ante todo

que se anatematizara la herejía de Arrio con todas las demas; y unánimemente convinieron á ello, ménos los de la faccion de Ursacio y Valente, que eran arrianos. Estos intentaron sorprender á los católicos con diversos artificios, representando entre otras cosas que la palabra *consubstancial* era inútil, y que por lo mismo se desechaba señaladamente la palabra *substancia* como desconocida del pueblo y ocasion de escándalo; que valia mas decir *semejante al padre en todas las cosas*, que introducir nuevas palabras, que á mas de excitar divisiones no constaban en la Escritura. Contestaron los ortodoxos que, como hemos visto ya, eran sin comparacion mayor en número, que no se trataba de una nueva fórmula, levantando la voz con energía contra la duplicidad de los arrianos, y declarando que al presentarse no lo habian hecho para enterarse de lo que debian creer, sino para oponerse á los que combatian la verdad é intentaban introducir novedades en la fe; que la de Nicea era la única que debia sostenerse; y que por lo mismo no podia prescindirse bajo concepto alguno de condenar la doctrina de Arrio. Despues de una discusion, en la que S. Febadio ostentó de un modo sorprendente su elocuencia, su sabiduría y sobre todo aquel celo nacido de un corazon que ama la verdad, se confirmó todo lo que se habia hecho en Nicea, desechando de todo punto las malhadadas proposiciones hechas por los antagonistas de los católicos. Valente y los de su faccion en el colmo del despecho no quisieron sujetarse á esta resolucion de los Padres, y en su consecuencia fueron condenados por el concilio como herejes obstinados, falaces y engañadores y depuestos á viva voz. Trescientos y veinte firmaron el decreto, y la fe salió por entónces triunfante, quedando anatematizada la doctrina de Arrio y los errores de Fotino y de Sabelio; por cuyo motivo las primeras sesiones son tenidas por canónicas y legítimas como las de otros concilios posteriores: cuyo desenlace no correspondió á los prósperos resultados que obtuvieron al principio. Los arrianos, sin embargo, no pudieron mirar con indiferencia la derrota que acababan de sufrir; y como llegó á su noticia que los P. P. del concilio habian dirigido una carta á Constancio en la que le manifestaban que lo que encontraron mas conforme para asegurar la fe era atenerse estrictamente al símbolo de Nicea sin quitar ni añadir cosa alguna; diciéndole al propio tiempo que los esfuerzos que hicieron Valente y todos sus secuaces no sirvieron mas que para dar á conocer las artimañas y la iniquidad de estas personas, por cuyo motivo se habian visto obligados á separarlos de su comunion; enviaron desde luego al mismo Constancio algunos diputados sagaces y astutos á fin de prevenir el ánimo del príncipe contra el concilio. No les costó á los arrianos mucho trabajo el conseguir su objeto; porqué Constancio naturalmente inclinado á su partido llevó desde luego á mal cuanto se habia practicado. Así es que cuando llegó la diputacion del

concilio á Constantinopla, les negó la audiencia. Los diez católicos que eran los que componian esta diputacion, manifestando al principio un celo verdaderamente digno de la causa que defendian, no quisieron comunicar con los arrianos de la córte; mas Constancio procuró mitigar su ardor con dilaciones afectadas y tratamientos molestos y muy desagradables, de lo que resultó que entrando contra lo expresamente dispuesto por el concilio en conferencia con los obispos arrianos, estos miraron aquellos preliminares como un principio de victoria, presagio de un completo triunfo; y así fué, pues los jóvenes diputados, despues de haber exigido algunas explicaciones para llenar la formalidad, firmaron la confesion de fe que les presentó Valente igual en un todo á la que habia desechado el concilio, y aun peor, pues que en ella tan solo se llamaba al Hijo simplemente semejante al padre, suprimiendo estas palabras, *en todas cosas*. Aun hicieron mas; formalizaron una acta en la cual anulaban todo lo que se habia hecho en Rimini, declarando al propio tiempo haber reconocido la pureza de la fe de Valente y Ursacio, conferenciando en su consecuencia con ellos. Concluidos estos preliminares partieron juntos los diputados católicos y arrianos, entrando estos como en triunfo en la ciudad de Rimini. Constancio por su parte escribió al prefecto Tauro, encargándole con la mayor eficacia que hiciese firmar la misma confesion á todo el concilio bajo pena de destierro al que lo rehusase, con tal que el número no pasase de quince: lo que demuestra claramente que la timidez política de este príncipe, como dice un autor de nota, fué mas poderosa que el entusiasmo de su celo. Al principio indignados los P. P. tanto de la falacia de los heterodoxos, como de la debilidad de los ortodoxos, y sobre todo de su prevaricacion, no quisieron comunicar con unos ni otros; mas luego que supieron lo que el príncipe mandaba, se aterrorizaron en términos que no sabian que partido tomar, fluctuando por largo tiempo en la irresolucion, hasta que por fin la pusilanimidad, el tedio y desabrimiento de una larga ausencia, las incomodidades inseparables de la prolongacion de su residencia en un pais extraño, la dureza y malignidad con que les trataban los empleados del gobierno, todas estas y otras circunstancias reunidas introdujeron la desercion en los defensores de la fe de Nicea: desercion que fué aumentando progresivamente hasta dejar reducido el número de los que se mantuvieron fieles á veinte, á cuyo frente se hallaban el obispo de Agen, el glorioso S. Febadio y el no ménos glorioso S. Servacio de Tóngres. Estos veinte campeones del estandarte de la fe despreciando las amenazas y resignándose á la suerte, guiados por el espíritu de la Gracia, continuaron hablando con energia no solo contra los arrianos y demas sectarios, sino contra los débiles á quienes sin embargo tributaron algunas lágrimas de compasion, pidiendo á Dios que disipase las tinieblas que se habian inter-

puesto entre sus ojos y la verdad que poco ántes habian defendido como ellos. Los caidos lloraron tambien luego despues que conocieron el error, miéntras que los arrianos no contentos con el triunfo que momentáneamente alcanzaron intentaron llevar mas adelante su tarea impía echando mano de capciocidades; y aparentando ceder en beneficio de la paz universal de la Iglesia tuvieron la osadía de atentar contra la constancia de unos defensores que no aspiraban sino al martirio. Se valieron, pues, para con ellos de los ruegos y artificios mas bien que de las amenazas. « Vosotros, les de- « cian, sois casi los únicos de vuestro dictámen; ¿pensais servir á la Iglesia « dando el ejemplo de la obstinacion y de la discordia? No es propio de la « piedad ni de la modestia evangélica el preferir el propio dictámen al de « tantos insignes doctores, á quienes sin temeridad no puede acusarse de « que venden su conciencia. » Febadio, sin embargo, dotado de grande penetracion se mantenia inflexible para no caer en los lazos que á cada paso le tendian, hasta que por fin en un momento de descuido, creyendo gozarse en una reconciliacion segun todas las apariencias favorable al catolicismo, adoptó un temperamento que propusieron Ursacio y Valente. Estos hijos de la iniquidad añadieron á la última fórmula de Sirmich los correctivos y modificaciones que se creyeron necesarias y convinieron en las adiciones, con tal que se omitiesen las palabras de *substancia* y *consubstancialidad*, que eran las que tenian agitados los ánimos, causando diversos efectos segun el espíritu de que cada uno se hallaba animado. Febadio y sus compañeros, deslumbrados con la esperanza de la reunion, y conducidos por las mas buenas intenciones, creyeron que podian sacrificar á la concordia una sola palabra, cuyo sentido aunque herético les parecia mas tolerable. Á este fin Febadio y Servacio propusieron varios artículos para introducirlos á la fórmula que se les proponia, supliendo de este modo su insuficiencia. Los infames seductores para disipar todo temor y aumentar en apariencia estas correcciones hicieron varias protestas, siendo la mas notable la de Valente, quien echando mano de toda su hipocresía exclamó: « Si alguno dice que « Jesucristo no es Dios, Hijo de Dios, engendrado ante todos los siglos, sea « anatema: si alguno dice que el Hijo de Dios no es semejante al Padre segun « las Escrituras, ó si no dice que el Hijo es eterno como el Padre, sea ana- « tema. » Todos repitieron cada vez: sea anatema. Despues añadió el pérfido: « Si alguno dice que el Hijo es criatura como son las demas criaturas, « sea anatema. » Todo el concilio continuó diciendo: *sea anatema*, sin advertir el veneno de esta proposicion que podia interpretarse de dos modos. Los católicos querian declarar que el hijo de Dios de ningun modo es criatura, y los arrianos que no es una criatura como las demas sino de un órden mas perfecto; pero no tardaron en reconocer el artificio, y avergon-

zados muy luego al considerar que habian sido engañados por unos enemigos cuyas tendencias á nadie se ocultaban, gimieron escandalizados hallándose con tanto dolor como asombro transformados en herejes sin haber mudado de creencia. Á ello alude sin duda S. Gerónimo cuando dice que el *universo gimió y quedó pasmado de verse arriano*. Sin embargo, los buenos, los leales, reconociendo muy luego la enormidad de su falta, bien que hija de la sinceridad de su corazon, acudieron en tropel á los brazos de la Madre comun de los fieles con un verdadero arrepentimiento pidiéndola que no les desechase como hijos ingratos y rebeldes, sino que les cobijase bajo su manto protector para que Dios les perdonase un error cometido contra su voluntad y que continuaban detestando en el alma como lo habian manifestado ya desde un principio. Febadio, este varon ilustre que habia nacido para amar á Dios, esta lumbrera de la Iglesia que tantas y tan repetidas pruebas habia dado de su celo en defensa del catolicismo, miró su caida como un aviso del cielo para que en lo sucesivo fuese mas prudente y mas cauto. Armado, pues, de nuevos brios salió otra vez á la palestra, y continuó combatiendo con mas ardor que nunca en defensa de la sana doctrina. Presentóse en el concilio de Paris celebrado en el año 360, y se apresuró á suscribir á las pretensiones de S. Hilario que consistian en el desprecio de la fórmula de Rimini dirigida por los arrianos y al apoyo de la fe de Nicea, excomulgando por último á Auxensio á Ursacio y á Valente, etc. No se manifestó ménos celoso en la defensa de la pureza de nuestra sacrosanta religion en el otro concilio celebrado en Zaragoza en 380 contra los priscilianistas, que formaban una secta de los errores de los gnósticos, de los maniqueos, y de los sabelianos; cuyos dogmas eran una mezcla de todo género de impurezas y de errores los mas torpes y sucios. (Véase Idasio obispo de Mérida.) Finalmente, S. Febadio ayudó poderosamente á S. Delfin, arzobispo de Burdéos, su metropolitano, en sus trabajos apostólicos por la fe. Tal fué el comportamiento de S. Febadio despues de haber reconocido la gran falta que cometió dando oidos á las sugestiones de Valente y de Ursacio, que con inaudita hipocresía lograron burlar la buena fe del enemigo capital de la heregía. Se ignora la época en que este Santo entregó su alma á Dios; pero si se sabe que cuando S. Gerónimo escribia su *Catálogo de los varones ilustres*, en 392, era ya Febadio de una edad muy decrépita. La iglesia de Agen celebra su festividad en 25 de Abril. Tenemos un *Tratado* sabio, escrito con mucha solidez y elegancia, destinado á confutar el concilio de Rimini y en el que son atacados terriblemente Valente y Ursacio, por cuya circunstancia infiere Rivet en su *Hist. Liter. de la Francia*, tomo I, part. 2.ª, p. 273, que S. Febadio fué su autor. Finalmente, publicóse una traduccion griega de este tratado entre los escritos de S. Gregorio Nacianceno, en el discurso 49.—J. M. G.

FEBE, FEBES ó PHEBÉ (Sta.) diaconisa de la iglesia del célebre puerto de Corinto llamado Cencrea. S. Pablo la trataba con toda la consideracion que se merece una Santa: Teodoreto cree que el Apóstol moró en su casa por algun tiempo durante su residencia en Corinto y en sus alrededores. Hay quien opina que Febe fué la portadora de la carta que el mismo Apóstol dirigió á los romanos, y en la cual la ensalza y recomienda muy particularmente: «*Os encomiendo*, dice, *á Febe, nuestra hermana, que está en el servicio de la iglesia de Cencrea; que la recibais en el Señor como deben los Santos*; esto es, con aquella caridad y agasajo con que los cristianos deben recibirse y tratarse los unos á los otros; *y la ayudeis en todo lo que os hubiere menester; porqué ella ha asistido á muchos, y á mí en particular*. Algunos modernos, como *Tolet. in Rom. XVI*, se han adelantado á suponer que habia sido mujer de San Pablo; pero esta circunstancia no se lee en ningun autor antiguo. Lo que parece cierto es, que en calidad de diaconisa estaba empleada en la iglesia y en algun ministerio análogo á su sexo y á su condicion; tal como el de visitar é instruir á las mujeres cristianas, á servirlas en sus enfermedades, distribuirles las limosnas etc.: siendo de advertir que las diaconisas eran viudas ó vírgenes de edad ya madura y de una piedad reconocida. El Martirologio romano la cita en 3 de Setiembre. — G.

FEBRER (Miguel, Cosme) presbítero y doctor en teología, natural de la villa de Calix, en el reino de Valencia. Floreció en el siglo XVII. Pasó á Roma donde permaneció seis años. Estas son las únicas noticias que nos da de este sacerdote Fuster en su *Biblioteca Valenciana*, tom. I, pág. 220, col. 2.ª. Tradujo Febrer al español: *Arte de vivir espiritualmente*, compuesto en toscano por el P. Fr. Juan de Jesus María, Valencia, imprenta de Pedro Patricio Mey, 1620, en 4.°, cuya obra dedicó el traductor á D. Matías Gil, canónigo de Valencia y tio suyo. Febrer tuvo un hermano llamado Domingo, que vistió el hábito de padres predicadores de Sto. Domingo de Valencia, quien compuso unas redondillas en alabanza de su hermano. — Amat en su *Diccionario* cita á otro FEBRER (Fr. Francisco) del convento de Escornalbou, que escribió: *Mina riquissima dels tresors de la Divina Gracia*, citada por Papiol en su *Historia de Escornalbou*, pág. 22. — O.

FEBRONIA (Sta.) vírgen y mártir. En la obra titulada: *Idea operis de vitis Siracusorum Sanctorum* por Octavio Cayetano de Siracusa se hace mencion de esta Santa vírgen y mártir en el dia 25 de Junio. El recopilador no hace mas que indicarla como otra de las que ilustraron con sus virtudes y con su martirio el reino de Sicilia tan fecundo en Santos de todas clases y condiciones. Calla ú omite, tal vez por falta de datos positivos, las circunstancias de su vida y de su glorioso martirio. Solo indica y asegura la existencia de Sta. Febronia, y que no debe confundirse con Trófima por ser

diferente el dia de su nacimiento. Parece que el martirio de esta Santa fué en tiempo de Valentiniano. Estas son las formales palabras del texto en donde se habla de Sta. Febronia: « *Triphormia et Febronia apud Pactenses memoratur: ¿an Triphormia eadem quæ Tophima, aliis Trophimene? Febronia vero diversa à Trophima, cum diversus sit utriusque natalis dies? attamen nihil statuo: ab aliis exquiro.* » Sin embargo, en el Martirologio romano se habla de Sta. Febronia mas circunstanciadamente, y el autor del *Novisimo año cristiano* presenta una Sta. Febronia, cuya Vida redactada bajo la forma de minuciosos detalles, aparece como una de las mas interesantes historias de la famosa persecucion de Diocleciano en el tercer siglo de la Iglesia, pues se ofrece como una doncella cristiana cuya heróica constancia no solo hizo triunfar la fe en medio de los tormentos, sino que llegó á convertir al mismo tirano, confundiendo el paganismo. « Habia, dice, en Sibápolis de Syria un célebre monasterio de monjas, cuya virtud, cuyo retiro y cuya vida penitente eran admiracion y asombro aun á los mismos gentiles. » Ofrécese desde luego la sencilla observacion de si en el siglo III y principios del IV, en tiempo de Diocleciano y ántes de que Constantino procurase la paz á la Iglesia y proclamase la religion cristiana religion del Imperio, podian existir monasterios arreglados de monjas, con su superiora al frente y consagradas á Dios por medio de votos solemnes y religiosos. La historia de la Iglesia nos pinta aquel siglo y los principios del siguiente como la época de los mártires: época de persecucion y de trastorno en la que muchos fieles se retiraban á los yermos, ó para ver si hallarian en las fieras la humanidad de que se habian desnudado los hombres, ó por miedo de no faltar á la fe con los tormentos. S. Pablo Tebano se retira á los desiertos de Egipto y da principio á la vida eremítica ó solitaria, en la que es celebrado por primero, y que precedió á la cenobítica ó monástica, la cual supone ya cierta pacificacion y sosiego en la Iglesia. Tal era entónces el furor de los perseguidores de la cruz que el P. Mtro. Flórez hablando de la época de Diocleciano se expresa así: « La sangre de los mártires que con tanta abundancia derramaron los perseguidores precedentes parece fué simiente para nuevos mártires; pues excitando Maximiano y Diocleciano nueva persecucion contra la Iglesia en el año 3 del IV siglo, se ensangrentó tanto su espada hecha hoz para segar los cuellos inocentes, que se llamó la *Era de los mártires*. Dióse órden para que en un mismo dia se tomasen las armas en todo el orbe romano contra los cristianos, y en solo Egipto murieron en esta persecucion ciento cuarenta y cuatro mil mártires. Jamas vió el mundo tanta mortandad; pero ni el cielo mas triunfos por la fe. Duró unos diez años, continuada por Maxencio, Maximino y Licinio, siendo tanto su incendio, que solo con tanta sangre se pudo apagar: apagóse en fin, siguiéndose hasta la paz de Constan-

tino.» Hasta aquí el P. Flórez. De lo cual se infiere lo difícil que se hace el creer que en tiempos de Diocleciano pudiese existir un convento de monjas, ni aun de monjes bien constituido. Haciendo, pues, esta salvedad que exige la severidad de la crítica, continuemos el relato del autor arriba mencionado. Contábanse en aquel monasterio mas de cincuenta religiosas ocupadas únicamente en meditar las misericordias del Señor y en cantar dia y noche sus alabanzas. La superiora era una señora distinguida llamada Briena; pero mas respetable aun por sus años, por su prudencia y por su virtud, que por lo ilustre de su cuna. Tenia consigo una sobrina llamada Febronia, á quien desde la edad de tres años habia criado en el monasterio: á la sazon contaba diez y nueve. Reunia esta niña á una peregrina hermosura una admirable discrecion; dudábase si habria otra belleza mayor en el mundo, pues tal realce le daba su virginal pudor y su inocencia. No hay que decir cuanto cuidaria la tia en tener muy escondido este tesoro, que ella estimaba sobre todo lo del mundo, y durante mas de diez y siete años no la habia dejado ver de persona alguna. Febronia, que desde su niñez habia tomado la generosa resolucion de no admitir otro esposo que Jesucristo, á quien por los votos religiosos habia consagrado solemnemente su virginidad, llegaba á sentir un odio santo para con la hermosura de su cuerpo, tanto que no perdonaba medio para destruirla ó minorarla por medio de mortificaciones y penitencias á las que se entregaba casi con exceso. Guardaba riguroso ayuno la mayor parte del año, y aun la misma comida la convertia en un nuevo ejercicio de mortificacion, pues la reducia á legumbres y raices con un poco de pan y agua, pasando algunas veces dos dias sin comer. Dormia en el duro suelo ó en una estrecha y áspera tarima sin mas ropa que la que vestia; pero permitia Dios que esta penitente y rigurosa vida léjos de menguar su hermosura la acrecentara cada dia y á proporcion de sus mortificaciones crecian sus encantos. Á pesar del velo casi impenetrable que la cubria en su retiro á la vista de los hombres, no podia estar tan oculta á su noticia que no se supiera algun rastro de tan peregrina existencia. Sabíase que habia en el convento una religiosa de extremada belleza y aun de mas extremada virtud. ¡Cuántos medios pondria en planta la curiosidad ó el deseo para verla á lo ménos por un instante! Mas ella permanecia enteramente sustraida á la mirada del hombre, y no era posible que nadie de fuera del convento pudiese conseguirlo ni aun sus mismos parientes. Habia entre otras una jóven, señora muy ilustre llamada Hieria, que aun era catecúmena y ardia en conocer y hablar á Febronia; como que puso en accion todos los resortes imaginables para conseguirlo. Mas viendo que nada podia alcanzar de la superiora ni con sus ruegos ni con sus lágrimas, se arrojó á sus pies protestando que no se levantaria de ellos ni se apartaria de aquel

sitio hasta lograr el consuelo de haber visto á Febronia. Á tantas lágrimas no pudo resistir la superiora, y compadecida de ellas y de su piadosa afeccion consintió en complacerla; mas como le constaba la firme resolucion de su sobrina de no ver jamas á persona seglar ni de uno ni de otro sexo, le dijo que no seria posible vencerla miéntras anduviese en aquel traje, y que siendo así seria preciso tomase el de religiosa con lo cual ella la introduciria en el convento como que era monja forastera. El éxito correspondió á sus deseos, y por medio de aquel artificio recibióla Febronia con grandes demostraciones de amor y caridad. Dióse la órden para que la acompañase, la cortejase y la diese conversacion. Ella lo practicó tan notable y tan altamente, le habló con tal grandeza, con tanta mocion y eficacia del estado religioso, que cuando Hieria solo pensaba hasta entónces en pasar á segundas nupcias, desde aquel punto no pensó mas que en recibir cuanto ántes el bautismo y en retirarse del mundo, convirtiendo despues ella misma toda su familia á la fe de Jesucristo. Á esta conquista siguió poco tiempo despues otra victoria mucho mas ilustre. Hallábase enferma Febronia cuando llegó la noticia de que el prefecto Lisímaco y su tio Seleno venian á Sibápolis con órdenes terribles de los emperadores para exterminar á todos los cristianos. Anunciaban esta tempestad la alegría y el triunfo de los gentiles y los cadalsos que ya con anticipacion se levantaban en las plazas públicas, al paso que esta nueva llenó á los fieles de una justa consternacion. Eclesiásticos, religiosos, seculares y hasta el mismo obispo, todos huian y cada cual se ocultaba donde podia. Pero la mayor turbacion fué entre las religiosas, aterradas ya de antemano por lo que se contaba de la inhumanidad de los tiranos y azoradas sobremanera no tanto por sus vidas como por verse amenazado su pudor y virginal inocencia por la brutalidad pagana. Su afliccion era, pues, inexplicable; y conociendo el obispo el peligro á que se exponian si se quedaban en el monasterio, las dió licencia para que se saliesen de él y se pusiesen en seguridad con la fuga. Triste precaucion que por desgracia hemos visto renovada en nuestros dias con las vírgenes del Señor, amenazadas en sus propias casas y templos por un nuevo gentilismo revolucionario que ni aun respetaba el asilo sagrado de los sepulcros. Era á la verdad un tierno espectáculo el ver aquella numerosa comunidad estando para separarse deshaciéndose en lágrimas y sin saber donde recogerse, combatiendo entre dos afectos y fluctuando entre el deseo de dar la vida por la fe y por conservar la virginidad y el natural horror que les causaba la idea de los tormentos. La superiora, con espíritu varonil y á pesar de sus años, declaró á todas sus hijas que tenian libertad para retirarse aunque ella estaba resuelta á esperar la muerte dentro de su convento, teniéndose por muy dichosa si lograba terminar la vida recibiendo la corona del martirio. Pero no

pudiendo ya disimular por mas tiempo su dolor añadió: « Toda mi ansia es saber qué hará mi querida Febronia. »—« ¿Qué haré yo? respondió la santa doncella con firme y generosa resolucion, ¿qué haré yo? mantenerme aquí bajo la proteccion de mi dulce esposo Jesucristo y al amparo de mi amada madre la Santísima Virgen María. No temais tia mia, que con la gracia de mi Redentor y de mi Salvador todo lo puedo. Ofrecíle ya el sacrificio de mi corazon y ahora le ofrezco el de mi vida. ¿Á que mayor gloria ni dicha puedo aspirar yo que á derramar mi sangre por mi esposo Jesucristo? » Enterneció á todas las monjas este discurso, pronunciado con aquella resolucion y con aquel desembarazo que inspira una virtud verdaderamente cristiana; y aunque todas quisieran seguir el ejemplo de Febronia, las mas no pudiendo hacerse superiores á la natural flaqueza, buscaron en otras partes un asilo contra el furor de los tiranos. Era Lisímaco un gallardo jóven de veinte años apénas, hijo del prefecto Antimo y sobrino de Seleno á quien su padre le habia dejado muy particularmente encomendado ántes de morir. El emperador Diocleciano, en prueba del aprecio que profesaba á esta familia nombró á Lisímaco prefecto del Oriente, dándole por asociado ó por consultor á su tio Seleno que sabia muy bien era implacable enemigo de los cristianos. No así Lisímaco que por haber nacido de madre cristiana los amaba y los estimaba mucho. Encargado de tan honorífica comision le fué preciso salir al frente de las tropas, cuyo mando encomendó al conde Primo que era su primo hermano, pero con órden de que siguiese en todo los consejos de su tio Seleno. La primera ejecucion de las órdenes del Emperador se hizo en Palmira, donde Seleno mandó despedazar con una crueldad inaudita una multitud innumerable de cristianos. Tan bárbara carnicería llenó de horror á Lisímaco, el cual confesó reservadamente al conde Primo que como habia nacido de madre cristiana no podia mirar sin grande dolor la inhumanidad con que eran tratados aquellos inocentes. Primo, que tampoco era naturalmente cruel, se adhirió al dictámen del prefecto y le ofreció sus buenos oficios en favor de los fieles, y aunque así lo verificó no fueron suficientes sus buenos deseos para impedir que se ejecutasen contra los hijos de la Cruz todo género de suplicios. Entre tanto los gentiles dieron noticia á Seleno de que existia un célebre monasterio de religiosas cristianas, y al momento destacó una cohorte para que de él se apoderasen. Forzaron las puertas del convento, y al presentarse á ellos la superiora iban ya á degollarla, cuando Febronia se arrojó á los pies de aquellos bárbaros pidiéndoles por gracia que fuese ella la primera víctima por donde se diese principio al triunfo de la fe de Jesucristo. Detuviéronse un momento á vista de aquella intrepidez inesperada; pero cuando repararon en aquella maravillosa hermosura, quedaron como atónitos y suspensos. Llegó á este tiempo

Primo ; echó de allí á todos los soldados, y sabiendo que las mas de las religiosas habian escapado no pudo contenerse y exclamó : « ¡ Por los dioses inmortales ! ¿ y por qué no hicisteis vosotras lo mismo ? Todavía estais á tiempo : creedme, poneos á salvo de esta terrible tormenta. » Dió entre tanto sus providencias para poner fuera de todo insulto aquellas vírgenes, y pasando á poner en noticia de Lisímaco todo lo sucedido, retirándole aparte le dijo : « Encontré en el convento la que me parece tienen destinada los dioses para esposa tuya ; es una doncella que por sus modales muestra ser persona de alta calidad ; pero su hermosura ¡ ah ! en mi concepto es la mayor del mundo. » Respondióle empero Lisímaco : « Oí decir á mi madre que las doncellas de los conventos eran esposas de Jesucristo, y así no aspiraré yo á semejante boda. » No fué tan reservada esta conversacion que no la oyese un soldado, el cual partió al punto á participarlo á Seleno diciéndole que el conde Primo trataba de enlazar á su sobrino con una doncella cristiana de incomparable belleza. Ciego Seleno de furor, y siendo como era el mas cruel enemigo que tuvo jamas el nombre cristiano, dió órden para que al instante fuese traida Febronia á su presencia. ¡ Qué espectáculo tan lastimoso ver aquella doncella tierna y encantadora cargada de hierros, como una oveja inocente que los lobos arrancan del medio del rebaño y la llevan al monte para despedazarla ! Todas las religiosas deseaban seguirla para acompañarla al martirio ; pero declarando los soldados que solo tenian órden para llevar á ésta, les fué preciso conformarse y seguirla solamente con las lágrimas, con los gemidos y con los mas íntimos suspiros. Su santa tia, superior á su dolor mismo, se contentó con decirle al tiempo de abrazarla : « Anda, hija mia, muéstrate esposa digna de Jesucristo, y dame el consuelo ántes de mi muerte de poder decir que tengo una sobrina mártir. » No le permitió decir mas el dolor y la violencia : enterneciéronse todas llorando á lágrima viva, y solo Febronia se mostró alegre, serena y tranquila. Puesta en la presencia de Seleno, al verla quedó como cortado y mudo por el ascendiente irresistible que ejerce la inocencia y la hermosura en el alma mas terca y depravada ; pero vuelto en sí del primer asombro, dió principio al interrogatorio, preguntándole quien era y si era esclava ó libre. — « Soy esclava, respondió la Santa. — ¿ Y de quién ? — De mi Señor Jesucristo, mi Salvador y mi Dios, á quien me consagré desde la cuna. — Lástima es que tan presto te dejases infatuar de esa vil secta : conoce ya tu desacierto y abre los ojos á tu dicha ; los dioses á quienes te mando que sacrifiques fabricarán tu fortuna. » Y mostrándola á Lisímaco añadió : « Quiero hacerte sobrina mia, dándote por esposo á este mancebo ilustre, mi sobrino : serás mujer de un caballero romano y una de las primeras señoras del Imperio. Ea, quítenla esas cadenas. » La Santa entónces, agarrando las cadenas con las dos ma-

nos, y revistiéndose de cierto aire majestuoso, digno de una verdadera esposa de Jesucristo: «Ruégote, Señor, le dijo, que no me quites el mas rico adorno que he tenido en todos los dias de mi vida. Y por lo que toca al partido que me propones, estando ya como estoy consagrada al soberano Dueño del universo, es ocioso convidarme con todos los grandes ni con todos los príncipes de la tierra. La proposicion de que adore á los demonios me causa horror solo al oirla. No creas que por ser mujer y niña tenga miedo á tus tormentos: cristiana soy, y con esto lo he dicho todo: cuantos mas tormentos me hagas sufrir en defensa de mi religion mas contribuirás á la gloria de mi Señor Jesucristo y tambien á mi triunfo, si es que pueda hablar así.» Absorto quedó el tirano con tan inesperada respuesta; pero volviendo de su asombro no tuvo otro recurso que echar mano de su crueldad. Al instante mandó que despedazasen el cuerpo de Febronia con aquel género de azotes que se llamaban plomadas, esto es, unos azotes hechos de correas, en cuyos extremos habia unas bolas de plomo. Horrorizó á los asistentes tanto la barbaridad del juez como la desalmada crueldad de los verdugos, pero no alteró la constancia de la Santa. Descargaron sobre ella los horribles azotes, y todo su virginal cuerpo era una sola llaga; y como el martirio era para las almas justas y es en todos tiempos un combate á cuyo término se halla una corona inmortal, en medio de los tormentos se la oia cantar incesantemente himnos de alabanza al Señor. Esta alegría santa del alma que se animaba para el combate le pareció á Seleno un insulto que la debilidad hacia á su poder, y redoblando su furor dió órden de que la extendiesen en una especie de parrillas y que abrasasen sus llagas á fuego lento. Espantoso era el tormento y vivisimo el dolor, retirándose una parte aun de los mismos paganos por faltarles el valor para presenciar una crueldad tan atrozmente artificiosa; solo la Santa con heróica intrepidez y con una firmeza sobrehumana no cesaba de dar gracias á su Divino Esposo por la grande merced que le hacia. Esta constancia capaz de ablandar una fiera no hacia mas que aumentar la rabia y el despecho del monstruo, y cebándose como poseido del infierno en los sufrimientos inexplicables de la mártir mandó que le magullasen la boca, que le hiciesen pedazos todos los dientes, y que le arrancasen los pechos. Pero ni los azotes, ni el hierro, ni el fuego bastaban para disminuir su fervor ni para debilitar su constancia; el furor del hombre se agotaba ya contra una débil niña, y quedaba vencido, y tan activo como los espíritus infernales llegaba hasta el límite que Dios concede á su poder que es la muerte del cuerpo, reservándose Dios el imperio del alma, á la cual colmaba de felicidad. Horrorizada toda la ciudad á la vista de la inhumanidad de Seleno, tuvo éste que apelar al último recurso; y miéntras Febronia tenia todavía en la boca el dulce nombre de su divino esposo Jesus,

fué separada la cabeza de su virginal cuerpo en el dia 25 de Junio á principios del IV siglo. Primo y Lisímaco habian sido testigos así del combate como del triunfo de la Santa, y estaban hablando de la increible magnanimidad de aquella doncella y del gran poder del Dios de los cristianos, cuando recibieron la noticia de que Seleno, perdiendo de repente el juicio y agitado de un ímpetu furioso, habia dado de cabeza contra un pilar y se la habia hecho pedazos, habiendo espirado en el mismo sitio. Acudieron presurosos á su aposento, y quedaron sorprendidos de un santo horror á vista del espantoso cadáver. « Solo este rasgo faltaba, dijo Lisímaco á Primo, al triunfo de Febronia y á la gloria de Jesucristo. » Al momento le ordenó que se apoderase del cuerpo de aquella heroina cristiana, que recogiese la tierra teñida con su sangre preciosa, que lo encerrase todo en una rica urna, y que en caso de oponerse á ello algun jefe, le dijera resueltamente que era órden suya. En aquel mismo dia mandaron Primo y Lisímaco que cesase la persecucion, y como la Gracia obrase en sus corazones por la intercesion de aquella reciente mártir se hicieron ámbos cristianos, arrastrando con su ejemplo á otros muchos al cristianismo.—N. A. T.

FEBURE ó FEVRE (Miguel). Tenemos bajo el nombre de este autor varias obras, de las cuales hablarémos luego. *La Bibli. script. capuccinorum* nos advierte que este nombre es el que tomó el P. Justiniano de Tours, misionero, sin duda porqué era el de su familia; pero esta *Biblioteca* no nos indica ni la época de su nacimiento, ni la de su muerte. Lo que se sabe es que este misionero residió por mucho tiempo en Oriente. Tales son las únicas noticias que hemos podido adquirir acerca de su persona. Sus obras son las siguientes: 1.ª: *Præcipuæ objectiones muhameticæ legis sectatorum adversùs catholicos, earumque solutiones*, Roma, 1679, en 12.°. Esta obra fué traducida al árabe y al armenio, y estas traducciones se imprimieron en la propaganda, la primera vez en 1680 y la segunda en 1661. 2.ª: *Specchio, ovvero descrizione della Turchia*, Roma, 1674: el autor la tradujo por sí mismo al frances, y su traduccion aumentada de algunos capítulos se publicó con el título de: *Estado presente de la Turquía, donde se trata de las vidas, costumbres y usos de los otomanos y de otros pueblos de su imperio*, Paris, 1675, en 12.°. Existe ademas una traduccion española y otra alemana. 3.ª: *Teatro de la Turquía, donde se representan las cosas mas notables que pasan hoy dia*, Paris, 1682, en 4.°. La traduccion italiana, hecha probablemente por el autor, se publicó en Venecia en 1684, en 4.° con el título de: *Teatro della Turchia*. Miguel Febure, que es como se firma en la epístola dedicatoria, dice en su prefacio. « Nada he escrito que no lo « haya visto y observado por mi mismo lo mas exactamente que me ha sido « posible por espacio de diez y ocho años, como lo certifican algunas per-

« sonas muy dignas de fe. Nada digo de mis viajes en diversas provincias « del imperio otomano, á saber, en la Syria, Mesopotamia, Caldea, Asyria, « Curdistan, Arabia desierta, Palestina, Judea, Caramania, Silicia, Frigia, « Bitinia, Natolia, Romanía, Chipre, Archipiélago; pues no me he pro- « puesto hacer aquí la descripcion de las tierras de la Turquía, y sí tan « solo demostrar distintamente el estado en que se hallan hoy dia, y las ca- « torce naciones que las habitan, etc. » El autor trata aquí, pero con mas extension, de las mismas materias que abraza su *Estado de la Turquía*, y se detiene sobre todo en demostrar los vicios de este imperio, las causas de su próxima decadencia y los medios de destruirlos. Esta obra es generalmente exacta y muy estimada. Muchos de los que han escrito posteriormente la han copiado, y los que han prescindido de ella se han engañado. La *Bibli. script. capuc.* atribuye ademas al padre Justiniano un *Catechismus sive doctrina christiana*, en árabe. — O.

FEBURE ó Febvre (Santiago, ó segun otros Juan de) jesuita. Nació en Glajon, pueblo de Hainaut: enseñó la filosofía en Douai, y fué presidente del seminario arzobispal de Cambrai, establecido en Beuvrage, cerca de Valenciénnes. Se dedicó con un ardor y una constancia infatigables en formar buenos discípulos, inculcándoles sobre todo las sublimes virtudes que ilustran al sacerdocio y producen excelentes pastores. Sus trabajos no salieron fallidos; pues tuvo la satisfaccion de ver crecer á su al rededor tiernos pimpollos que robusteciéndose de un modo asombroso extendieron sus fructíferas ramas en defensa de la Religion y en bien de la humanidad. Este excelente jesuita sintiéndose gravemente enfermo se hizo trasladar á Valenciénnes donde murió en 29 de Abril de 1755 despues de haber dado el ejemplo de una piedad sin límites y de todas las virtudes sacerdotales. Es autor de las obras siguientes: 1.ª: *Bayle en pequeño, ó Anatomía de sus obras*, Douai, 1737, en 12.°. En efecto, hace la anatomía, digámoslo así, de los escritos de este peligroso escéptico; revela sus sofismas y sus contradicciones, demuestra claramente el veneno que destila, y le representa abusando indignamente del espíritu y de la erudicion, para destruirlo todo y nada absolutamente edificar, tergiversando deliberadamente el sentido de las Santas Escrituras, desnaturalizándolas y abriendo de este modo la espantosa via que conduce al ateismo. Cínico, impudente, no se ruboriza Bayle, dice Feburе, de presentar á los ojos del público una vil é infame acumulacion de expresiones picantes y de groseras obscenidades. Hízose de la obra de Feburе una segunda edicion con un apéndice, y con este título: *Exámen crítico de las obras de Bayle*, Paris, 1747. 2.ª: *La única religion verdadera demostrada contra los ateos y los deistas, etc.*, Paris, 1744, en 8.°. Esta obra es muy estimada y merece serlo de todos los fieles. Las pruebas que aduce

Febure á favor de la Religion y los argumentos contra sus enemigos son expuestos con método y sólidamente establecidos. — G.

FEBVRE (Santiago Fabri, Fevre, ó Faber, ó Le) apellidado de Etaples (Stapulénsis) porqué era natural de Etaples en la diócesis de Amiens. Nació segun la opinion mas comunmente recibida hácia el año 1435, ó hácia el año 1455 segun el cálculo mas verosímil y el que conviene mejor con los diversos acontecimientos de su vida. Estudió en Paris, y se limitó á tomar el simple grado de maestro en artes, ó á lo mas el de bachiller. Se dedicó por algun tiempo á la enseñanza de las bellas letras y de la filosofía, y habiendo cobrado una particular aficion á los viajes, recorrió una parte de la Europa, y aun se asegura que el deseo de adquirir mayores conocimientos le condujo al Asia y al África. Habiendo regresado á Paris en 1493, emprendió otra vez la enseñanza de la filosofía en el colegio del cardenal Lemoine, cuya tarea continuó hasta 1507, adquiriéndose la reputacion de un sabio maestro y de un hombre versadisimo en todo género de literatura. Briçonnet, entónces obispo de Lodeve, considerando que podia servirle de grande utilidad, le llamó á su lado, le presentó á la córte, y se le llevó consigo cuando fué transferido al obispado de Meaux en 1518. En esta época fué cuando le Febvre publicó sus primeras disertaciones, en las cuales sostenia contra la comun opinion, que Santa Ana no fué desposada en segundas nupcias, y que María hermana de Lázaro, María Magdalena y la pecadora del capítulo VII de S. Lúcas, son tres personas distintas bien que con un mismo nombre. Los P. P. griegos las habian distinguido; los P. P. latinos confundieron á las tres; y la facultad de teología de Paris pronunció á favor de estos últimos. Esta cuestion habia producido un gran número de escritos polémicos, y Le Febvre era del número de aquellos teólogos, que poco respetuosos por las añejas doctrinas escolásticas procuraban inspirar el gusto de la crítica, de la antigüedad, y de las lenguas sábias. Los novadores en materia de religion predicaban igual reforma en los estudios eclesiásticos; y el resultado fué que, con mas ó ménos fundamento, confundieron á Le Febvre con estos últimos, de cuyas resultas se desconfió de su ortodoxia, no limitándose los defensores de la pureza de la fe á tratarle con desvío, sino que impugnaron con fuerza sus escritos, haciéndole sentir los efectos de una fundada sospecha. Apénas desvanecida esta primera tempestad, cuando su version y su comentario sobre el *Nuevo Testamento* le levantaron un huracan mucho mas temible. Los doctores de Paris se irritaron al leer la *Epístola exhortatoria* que puso al frente de la segunda parte, en la cual recomendaba á todos los fieles la lectura de las Sagradas Escrituras en lengua vulgar. Denunciáronse once proposiciones ante la misma Facultad; pero instruido el Rey de lo que pasaba, tomó por su cuenta el juicio de Le Feb-

vre, y habiéndose justificado éste en presencia de los prelados y de los doctores que la córte designó para jueces, salió al parecer con honor de este segundo ataque. Sin embargo, no tardó en experimentar otro de nuevo, en el cual ménos feliz que en el anterior tuvo que sucumbir, bien que su derrota fué de corta duracion. Tratándose de una época tan remota y debiendo atenernos á lo que dicen los escritores de aquella misma época, mas ó ménos apasionados por unos ó por otros, tememos incurrir en inexactitudes que pueden favorecer á un innovador, ó pueden tachar la fama póstuma de un escritor ilustre perteneciente al gremio del clero secular: por lo tanto protestamos que nuestra intencion es pura, recta; y que bien léjos de separarnos de la mas estricta imparcialidad, nuestro conato se dirige á relatar los hechos con la exactitud posible, y á retratar los personajes que describimos con el colorido de la verdad. Le Febvre, que se hallaba en 1525 de vicario general de la diócesis de Meaux, se hizo sospechoso por tercera vez. En esta ocasion las sospechas recaian sobre un hecho sumamente grave. Decíase que el prelado, seducido por su vicario general, favorecia á los novadores. Hemos visto ya en el artículo de Briçonnet el celo con que éste trabajó contra la doctrina de Lutero, y hemos visto tambien que se habia rodeado de Guillermo Farel, de Gerardo Roussel, de Clichtow, de Francisco Vatablo y de Santiago Febvre, de cuyas luces se valia para fomentar el gusto de la instruccion en su diócesis y para aunar los ánimos y atraer con mas facilidad los partidarios del luteranismo que comenzaba entónces á progresar en Francia y sobre todo en el distrito de Meaux; pero tuvo la desgracia de que Guillermo Farel, abusando de la proteccion del prelado, propagase las doctrinas de los novadores, y esta circunstancia y la de haber retirado la confianza de los otros cuatro ha dado sin duda márgen á que se confundiese á Febvre con Farel, mayormente atendidos los antecedentes que habian mediado con respecto al primero; por otra parte las providencias tomadas por el mismo prelado para reformar los abusos, y acallar los desórdenes que el tiempo habia introducido, y para restablecer la disciplina que se hallaba algo relajada, crearon varios descontentos que mas atendian al grito de sus pasiones, que al de su conciencia. El resultado fué la separacion de Le Febvre, que por último tuvo que refugiarse á Estrasburgo. Francisco I rey de Francia, que á la sazon se hallaba en Madrid, escribió inmediatamente al Parlamento á favor del proscrito, y á su regreso de España le nombró preceptor del príncipe Cárlos su tercer hijo. Le Febvre adquirió con este empleo nuevos títulos á la estimacion y confianza del Rey, quien le habria promovido á las primeras dignidades de la Iglesia, si la modestia de este sabio, dice un autor, no hubiese interpuesto grandes obstáculos. Hasta aquí Le Febvre á los ojos de sus contrarios no habia sido mas

que un hombre sospechoso en su ortodoxia; pero desdel momento en que Margarita, reina de Navarra, infestada de los nuevos errores en 1530 se le llevó consigo á Nerac, se juzgó que real y efectivamente Le Febvre habia claudicado; así es, que cuando Feller habla de su muerte dice que este sabio despues de haber abierto otra vez los ojos á la verdad, acabó sus dias sinceramente convertido en 1537. Esta circunstancia, la de haber sido hombre de buenas costumbres, candoroso, caritativo, agradecido á los beneficios que recibia, fácil en olvidar los agravios, indulgente con todos sus semejantes, le hacen digno de que se le dé un lugar en la biografía ortodoxa entre los hombres sabios; pues sus mismas obras al paso que revelan parte de estas circunstancias le suponen un gran fondo de erudicion, grandes y extensos conocimientos en las lenguas sábias y un talento particular para la crítica. Las principales obras son: 1.ª: *Psalterium quintuplex, gallicum, romanum, hebraicum, vetus, conciliatum*, en folio, imprenta de Enrique Estévan, 1509 y 1515 con reducidas notas. 2.ª: *Comentarios sobre S. Pablo*, con una nueva traduccion latina, Paris, 1512 y 1531. Esta obra, la cual se resiente de falta de crítica, fué censurada por Erasmo por lo concerniente á la parte puramente gramatical, y por Beda en la teológica; sin embargo, es estimada y buscada con interes. 3.ª: *Comentarios sobre los Evangelios*, Meaux, 1525. El síndico Beda la censuró en algunos puntos, pero Feller la gradúa de sábia, y Tubaraud dice que su doctrina parece muy ortodoxa por lo que hace referencia á los puntos controvertidos entónces por los novadores. 4.ª: *Comentarios sobre las Epistolas canónicas*, Meaux, 1625. Sin embargo, todos estos comentarios fueron continuados en el *Index* por los inquisidores romanos bajo el pontificado de Clemente VIII. Febvre procura apartarse tanto como puede del estilo bárbaro, pero carece con frecuencia de la pureza de los buenos escritores modernos. 5.ª: *Traduccion francesa del Nuevo Testamento*, Paris, Colines, 1523, tres tomos en 8.° semi-gótico, sin nombre de autor, extraordinariamente rara y en particular el tomo último. Está hecha sobre la *Vulgata* en atencion á que la destinaba para uso de los fieles. Encuéntrase en su version entera de la *Biblia*, Anveres, 1528, 1530, 1534, 1541, en folio; idem, 1529 y 1532, cuatro tomos en 4.°; 1528, cuatro tomos en 8.°. La edicion de 1534 revista por dos doctores de Lovaina es mas correcta y mas rara aun porqué fué prohibida lo mismo que la de 1541. Lo que hay de mas particular, dice un autor, que miéntras que los franciscanos de Meaux hacian la guerra á Le Febvre por sus traducciones, los de Anveres daban su aprobacion en 1528 para hacerlas imprimir y expender. Es cierto que en su edicion no se encontraba la *Epístola exhortatoria* que era la que habia desagradado á los doctores de Paris. 6.ª: *Exhortaciones en frances sobre los Evangelios y las Epistolas dominica-*

les, Meaux, 1525, condenadas por el parlamento. 7.ª: *Traduccion latina de los libros de la fe ortodoxa de S. Juan damasceno*, que es la primera version impresa de esta excelente obra. 8.ª: *De María Magdalena*, 1516, 1518, continuada en 1519 con un tratado titulado; *De tribus et unicâ Magdalena*. Esta obra está bien redactada; el autor sigue el órden geométrico, y se retracta de muchas cosas de la precedente, por ejemplo acerca lo que habia dicho de que estas tres mujeres llevaban todas el nombre de Magdalena. 9.ª: *Rythmimachiæ ludus, qui et pugna numerorum appellatur*, Paris, imprenta de Enrique Estévan, 1514, en 4.°: opúsculo de cinco páginas, impreso á continuacion de la *Aritmética* de Jordan *Nemorarius*. Le Febvre dió una descripcion sumamente curiosa de este antiguo juego pitagórico, pero con tan pocos pormenores que no puede conocerse perfectamente si no se echa mano de la noticia mucho mas extensa que Boisiere dió del mismo juego. —Hay otros dos autores del mismo apellido, el uno llamado Febvre (Juan) sacerdote, nacido en Dreux en el siglo XVI, que compuso una obra en verso titulada: *Las flores y antigüedades de los galos, donde se trata de los antiguos filósofos galos llamados druidas: con la descripcion de los montes, bosques, huertos y otros lugares de recreo situados cerca de la ciudad de Dreux*, Paris, 1532, en 8.°: esta obra sumamente curiosa es muy poco conocida.—Febvre (Nicolas de) presbítero, cura de Picardía en el siglo XVII, no es conocido mas que por una tragedia titulada: *Eugenia* ó el *Triunfo de la castidad*, Amiens, 1618, en 12.°. — J. M. G.

FECHIN ó Fechino (S.) abad. Al escribir la vida de este Santo no nos atrevemos á señalar á punto fijo si el santo abad pertenecia á la antiquisima Órden agustiniana, ó á la no ménos respetable pero no tan antigua de S. Benito; pues vemos continuada su Vida en las Crónicas de una y de otra religion. Mas como nosotros profesamos á todas el mismo respeto, no nos parece esta circunstancia de primera necesidad, y nos limitarémos á relatar en extracto lo que sobre este santo personaje refieren unas y otras, pues no presentan discrepancia esencial. En primer lugar Albano Bútler, prescindiendo de fijar la cuestion indicada, solo dice de S. Fechino, que Bolando publicó un antiguo himno de este Santo, el cual es honrado con singular devocion en Foura, llamada antiguamente Fobhar, pequeña poblacion del Meath occidental, ó West-Meath, donde gobernó con gran santidad un monasterio, y partió de este modo dichosamente para el Señor en el año de 664, habiendo muerto en una peste muy horrorosa que quitó la vida á cuatro reyes de Irlanda, á quienes apénas sobrevivió la tercera parte de los habitantes de aquel reino. Añade que Giraldo hace mencion de un molino de S. Fechin en Foura, donde por respeto á aquel lugar se prohibe entrar á las mujeres, y finalmente que varias iglesias y algunos pueblos de Irlanda

toman su nombre de este Santo. Tanto el P. Heredia en su libro de las Vidas de Santos de la religion de S. Benito, impreso en 1683, como el P. Font en su Vergel agustiniano, impreso en 1721, refieren á corta diferencia de un mismo modo la vida de S. Fechino, en aquel estilo candoroso propio del siglo en que escribió el primero, y del cual parece haber tomado el segundo lo principal de su relato. Así pues, en la imposibilidad de otros datos, tomarémos de dichos autores las noticias tales como ellos las refieren, cercenando únicamente lo que creamos superfluidad ó redundancia, y dejando al cuidado de una piadosa crítica el atender la sencillez y santa inocencia de costumbres en aquella época. Parece que el nacimiento de S. Fechino fué ya un acontecimiento no solamente milagroso sino rodeado de maravillas. En un lugar llamado Fouver, de la Hibernia segun el cronista agustiniano y segun el benedictino en un lugar de la isla de Irlanda, vivian dos nobles consortes llamados Kelchervano y Larsea, cuyo hijo Fechino, ya muchos años ántes de nacer, fué revelado á los santos Columba y Crusino; al primero en una vision de una hermosa paloma, y al segundo en otra de una ave grande á la cual seguian otras pequeñas. Vivia en aquel pais un señor ó reyezuelo, que así lo llama la historia, grande enemigo de los padres de Fechino, pero al mismo tiempo ladron, segun lo manifestaba en sus obras. Llegando de noche á una granja de Kelchervano, acaso con intento de robarla, vió en ella un grande incendio, pero que al mismo tiempo aquel fuego no consumia nada, como la zarza ardiente que vió Moisés en el desierto. Admirado del prodigio, llamó á la puerta, y preguntando á un criado quien allí estaba, y si habia allí algun Santo, respondió el criado que solo estaban el dueño con su mujer que se hallaba con los dolores del parto. Entónces, como otro Balaam, exclamó con espíritu profético: «La mujer parirá un niño que será la admiracion de todos por el resplandor de su gracia y virtudes.» Y de allí en adelante aquel señor, ó mas bien jefe de bandidos mejoró de vida, y se transformó de leon en cordero. Nació el niño sano y hermoso, y le pusieron por nombre Fechino, y aquel mismo reyezuelo ó magnate le pidió á sus padres, y le hizo criar cuidadosamente en su mismo palacio, hasta tanto que hallándose ya en edad competente le entregó á un sacerdote llamado Natineo para que le educase en letras y en virtudes, como realmente lo hizo, saliendo en todo aventajado discípulo. Cierto dia este maestro le envió por agua, pero como no la diese la aridez del lugar, el niño Fechino la alcanzó milagrosamente, haciéndola surgir por entre unos céspedes y produciendo una fuente de agua pura y cristalina, que aun hoy se llama la fuente de S. Fechino. Deseoso despues éste de mayor perfeccion mudó de maestro, el cual para ejercitar su humildad le mandó cuidar de un campo, vigilando para que no comiesen de su yerba los ganados; y habiendo entra-

do en él los caballos de un hombre poderoso y rico de aquella tierra, apénas empezaron á pacer quedaron muertos, como si la yerba fuese veneno; pero á ruego de su dueño por intercesion del Santo volvieron á la vida. Agradecido aquel magnate á tal beneficio y venerando la santidad de Fechino le hizo donacion de ciertas posesiones, las cuales el Santo dió á su maestro por recompensa de sus trabajos. Creciendo pues Fechino en años y en virtudes, fué ordenado sacerdote por el obispo de su diócesis casi contra su voluntad, pues se reconocia indigno de tan alto ministerio. Viéndose en tan encumbrada dignidad, aspiró aun á mayor perfeccion; y huyendo del aplauso general que le granjeaban sus virtudes, determinó por inspiracion divina separarse de allí y pasar á otro lugar en donde no fuese tan conocido, y ausente de su patria pudiese servir mas libremente á Dios Nuestro Señor. Los dueños del lugar en que paró, movidos de Dios y admirados de la virtud que en su persona resplandecia, le dieron desde luego aquel sitio, en el cual auxiliado de los circunvecinos edificó un monasterio, á donde concurrieron muchisimos discípulos atraidos por la fama de su santidad; por manera que llegó á reunir mas de trescientos monjes, todos modelo de abstinencia, de oracion y de aspereza de vida, viéndose en esto cumplida la vision que tuvo S. Crusino, siendo Fechino el águila raudal y el ave grande, á quien como aves menores seguian centenares de monjes que debajo de sus alas y obediencia con ligero vuelo procuraban remontarse y subir á la alta region de la vida contemplativa. Supuestos tales antecedentes no era de extrañar que el Señor confirmase con repetidos milagros la santidad de su siervo. No teniendo una vez con qué socorrer á unos huéspedes que habian llegado al monasterio, por medio de las oraciones del abad recibieron inesperadamente pan, manteca y leche, con lo que les dió de comer. En otra ocasion un ángel del Señor le señaló una isla, cuyos habitantes eran idólatras, mandándole de parte de Dios que fuése allí con algunos monjes á instruir aquellos infelices isleños en la fe de Jesucristo. Lo cual revelado por él á la comunidad, pasó de comun acuerdo el santo abad con algunos monjes á predicar, y luego que llegaron edificaron una pequeña celda. Los paganos, instigados sin duda por el espíritu del mal, cogieron todos los instrumentos con que habian hecho la fábrica y lo demas que habian traido para uso y socorro de las necesidades, y lo echaron todo al mar. Pero Dios, que vela siempre en su obra y cuyos prodigios no se han agotado todavía en los que con igual celo que Fechino van á difundir la luz de la fe entre las tinieblas de naciones salvajes, dispuso que todos aquellos objetos apareciesen otra vez á la orilla del mar para que los recogiesen sus dueños. No por esto cedió la obstinacion de los ciegos idólatras, ántes bien afligieron al santo abad y á sus monjes con nuevas injurias negándoles el sustento temporal, de modo que dos monjes

vinieron á morirse de hambre, los cuales resucitó Dios por la oracion de Fechino; de cuyo patente y estupendo milagro asombrado el rey de aquellos bárbaros, llamado Guaro, amansó su ferocidad en términos de mandarles abundancia de alimentos y hasta el mismo vaso en que él bebia. Permitiéndoles tambien la predicacion, lograron con el poder irresistible de la palabra divina someter aquellos ánimos feroces al yugo santo de la fe y hacerlos cristianos, como lo habia predicho aquel enviado del cielo, y consintieron al Santo que edificase allí un monasterio, en el cual habiendo dejado algunos monjes, y consumada ya su mision, el santo abad se volvió á su monasterio, á cuya puerta llegó un leproso y pidióle á mas de la limosna, que una rica señora le curase. Y como el Santo nada juzgaba imposible por servir á Cristo en sus pobres, puso al infeliz leproso sobre sus hombros, y dejándole en la hospedería bien limpio y arreglado, fuése al castillo de un poderoso, que uno de los cronistas dice ser Dermisio, y dijo á su esposa, grande y nobilísima dama, que viniese á curar un leproso que tenia en su hospital. Resistióse al principio la señora admirada de semejante propuesta; pero instándola el Santo, y diciendo que aquella era la voluntad de Dios, en cuyo nombre si lo hacia le prometia la vida eterna, accedió á ello la ilustre dama, la cual venciendo generosamente todas las repugnancias naturales, curó por sí misma al pobre leproso. En otra ocasion se hallaban en grande apuro los monjes para hacer el pan por estar léjos los molinos, de que habia escasez en aquel desierto, y compadecido de su fatiga, pensó hacer un molino librándolos de ella; pues los monjes debian moler con sus propias manos el grano necesario que les alimentaba, guardando así lo que manda la santa regla que si puede ser esté el molino dentro de su convento. Llamó á un artífice y le mandó que fabricase un molino, y concluida la obra, dijo el artífice al Santo abad: « Ea Padre, acabado está el molino; pero yo no quisiera vivir mas que lo que tardará en tener agua suficiente para moler. » Pero el Santo respondió sin inmutarse y con su habitual mansedumbre: « Poderoso es Dios para enviar agua abundante á este molino para alivio y consuelo de sus siervos. » Y pasando á un lago que distaba de allí un cuarto de legua en la eminencia de un monte superior al molino, animado con aquella fe y confianza que, en expresion del Apóstol, basta para trasladar los montes de un lugar á otro, es decir, que todo lo puede con el poder de Dios, echó al lago dos báculos suyos, que penetrando el monte prodigiosamente abrieron camino para conducir al molino agua en abundancia. Otros muchos prodigios refieren las Crónicas haber obrado Dios por intercesion de su Santo, comunes á todos los grandes Santos, á quienes Dios ha concedido el poder de suspender hasta cierto punto las leyes de la naturaleza segun convenia á sus soberanos designios: poder que no

puede negar ningun buen católico, pero á cuyos resultados le es lícito dar mas ó ménos crédito segun las pruebas que tenga de su autenticidad y siguiendo las graves y autorizadas decisiones de la Iglesia católica. El cronista mas antiguo de los dos que hemos citado refiere de esta manera la muerte de S. Fechino, cuyas circunstancias omite el cronista agustiniano: « Sobrevino en aquella isla un año de grande carestía y falta de pan. Mandó el Rey que se juntasen córtes en donde los mayores del reino así eclesiásticos como seglares consultasen lo que se debia hacer en tan grande calamidad. Dividiéronse los procuradores en diversos pareceres, unos diciendo que se hiciesen rogativas públicas pidiendo á Dios que enviase una peste, que minorase el número de la gente plebeya que era grande, y que por este medio tendria la isla trigo bastante para que se sustentasen los demas; y de este parecer era la mayor parte de los que en las córtes tenian voto. La parte menor abominaba semejante oracion y suplicó á las córtes que hiciesen jueces en esta discordia á S. Fechino y á S. Geraldo, santo contemporáneo suyo. Fué S. Geraldo de parecer que se pidiese á Dios que multiplicase el trigo, como los cinco panes en el desierto para el sustento de cinco mil hombres, y como envió el maná para sustentar á su pueblo. S. Fechino aunque era tan santo era sencillísimo y siguió la opinion contraria diciendo, que supuesto que la mayor parte de los de aquella junta la seguian, él tambien se conformaba con el parecer de los mas, entre los cuales habia muchos obispos y otros prelados y personas prudentes. Y así se ejecutó lo que éstos juzgaron conveniente, y se pidió á Dios peste. » Este relato tal como lo presenta el historiador no favorece por cierto el buen criterio de los que para destruir una calamidad pedian al cielo otra calamidad todavía mayor; y muy inoportunamente se alega en esta parte la sencillez de S. Fechino ni su deferencia al mayor número; pues ni la sencillez excluye la prudencia, ni la voz del mayor número se ha de tener siempre por la voz de Dios, puesto que ya dijo el Espíritu Santo que infinito es el número de los necios. Á mas de que esta peticion se oponia abiertamente al espíritu de caridad cristiana que no puede conciliarse con el exterminio lastimoso y general producido por un contagio. Pero el historiador no deja ciertamente en descubierto la justicia de Dios que se deja sentir hasta con sus siervos mas amados cuando de ella se apartan por la debilidad inherente á la especie humana. Veamos como continúa su narracion: « Oyó su Divina Majestad la oracion y mostró no haberle agradado, porqué envió un ángel el cual se apareció en sueños á un siervo de Dios dos veces quejándose de que hubiesen pedido peste y no pan, y tambien de que hubiesen olvidado el modo de orar que Su Magestad enseñó en el Evangelio: Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo. El pan nuestro de cada dia dánosle hoy. Sabed, dijo el ángel, que habrá peste pero

no para la plebe sino para lá gente ilustre. Y así sucedió, porqué murieron de ella dos reyes, muchos príncipes y gente noble y tanta multitud de gente, que aun no quedó en la isla la tercera parte. Y de los primeros arrebató el contagio aquellos que habian hecho la propuesta en las córtes; y lo que es mas, murió S. Fechino muy arrepentido de su yerro y tan santamente como habia vivido, mostrándolo muchos prodigios despues de su muerte.» El cronista agustiniano omite todas estas circunstancias notables, y dice sencillamente que lleno de merecimientos este santo abad se le llevó el Señor para darle el eterno descanso por medio de una preciosa y feliz muerte que le sobrevino á los 20 de Enero del año de la Reparacion 564. El escritor benedictino, hablando del santo abad, solo indica, cuando trata del primer monasterio que edificó en el desierto que allí se servia á Dios con gran reformacion, entablando en él la observancia de la regla de nuestro P. San Benito. Pero el agustiniano que escribia cuarenta años despues añade al fin de su biografía estas formales palabras: «Y que sea de la Órden de nuestro gran P. S. Agustin se deja de ver claramente, porqué dicen los autores que fué abad y tuvo monjes en su monasterio, y por consiguiente habian de tener regla, que era la que habia plantado por toda la Hybernia S. Patricio, que era la de nuestro P. S. Agustin. Á mas de que por aquel tiempo no habia entrado en la Hybernia la regla de S. Benito, y como dice S. Bernardo, no entró hasta el tiempo de S. Malaquías, que son mas de cinco siglos despues de la muerte de nuestro Santo.» Ahora pues, suponiendo que el santo abad Fechino murió en 564 no es probable que estuviera tan extensa la religion benedictina como supone el otro cronista, puesto que segun el P. Mtro. Flórez, juez muy competente en la materia, la regla de S. Benito no fué aprobada hasta treinta y un años despues de la muerte de S. Fechino. Estas son las palabras del citado P. Mtro, uno de los mas graves y autorizados autores de la cronología sagrada: «Los benitos tienen su orígen en S. Benito, fundador de los monjes del Occidente. Su primer monasterio fué el del Monte Casino. S. Gregorio *Magno* aprobó en el año de 595 su regla en un concilio romano; y desde el de Constancia se multiplicó tanto esta religion y se ha hecho tan ilustre en todo el orbe cristiano, que se cuentan en ella 55,460 Santos, 35 papas, 220 cardenales, 1,164 arzobispos y 3,512 obispos.» Esto último sea dicho en honor de tan esclarecida Órden. Pero segun el mismo P. Flórez la Órden de los ermitaños de S. Agustin fué instituida ya en el siglo IV junto á Milan, trasladados despues á África, establecidos en Tagaste y poco despues en Hipona, en cuya ciudad se establecieron tambien los canónigos regulares de S. Agustin, y desde allí se extendieron por todo el orbe católico. Las probabilidades históricas están, pues, en favor de la opinion de que S. Fechino, si siguió alguna regla ya establecida seria la de

S. Agustin mas bien que la de S. Benito por su mayor antigüedad. Dejamos empero la resolucion definitiva al buen criterio del erudito lector. —J. R. C.

FECKENHAM (Juan de) llamado así del lugar de su nacimiento (el bosque de Feckenham en el condado de Worcester). Nació de pobres labradores á los once ó doce primeros años del reinado de Enrique VIII. Es de advertir que su verdadero nombre era el de Howman. Habiendo manifestado decidida inclinacion al estudio eclesiástico, el cura de su parroquia le proporcionó la entrada en el monasterio de Evesham, convento de benedictinos, desde donde fué enviado á Oxford en el colegio de esta Órden llamado de Glocester. Ordenado de sacerdote fué sucesivamente capellan del obispo de Worcester y de Bonner, obispo de Lóndres, celoso y ardiente defensor del catolicismo. En 1549 durante el reinado de Eduardo VI, Bonner fué perseguido y depuesto de su obispado, y como Feckenham habia seguido las mismas huellas del prelado encerráronle en la torre de Lóndres. Permitiéronle, sin embargo, salir algun tiempo despues para debatir con los reformados sobre varios puntos de controversia, volviendo luego de concluido el acto á su encierro, y de allí no salió hasta el advenimiento de la reina María al trono de Inglaterra en 1553: momento de triunfo para los católicos. Feckenham no solo entró otra vez en el ejercicio de sus funciones cerca del obispo restablecido entónces en su obispado, sí que tambien fué nombrado capellan de la Reina, la cual le envió á la infeliz Juana Grey cuatro dias ántes de su muerte, para que procurase convertirla al catolicismo. Fué provisto despues de varios beneficios, y finalmente promovido á la dignidad de abad de Westminster, que poseyó hasta su supresion en el reinado de Isabel. Feckenham dotado de un carácter noble y franco, no solo no se mostró resentido por las persecuciones que le habian hecho sufrir los partidarios del cisma y de la reforma, sí que tampoco se engrió en la prosperidad. Perdonaba con facilidad á sus enemigos, y lo único que su corazon deseaba era atraerlos á buen camino por medio de la dulzura y de la persuasion, considerando que estas eran las mejores armas para alcanzar el bello triunfo de la religion católica. Así es que en aquella época venturosa para Inglaterra, y mas aun si se hubiese adoptado el sistema de Feckenham, este amigo de la paz, guiado á impulsos de la caridad evangélica, agotaba todos los recursos para convencer á los ilusos, valiéndose siempre del raciocinio y evitando en lo posible el castigo de los obstinados, porqué como hemos indicado estaba bien persuadido que una persecucion abierta tan solo sirve para crear hipócritas, miéntras que la dulzura y la conviccion aumenta el número de los agradecidos. Por desgracia no todos pensaban como Feckenham y los suplicios se sucedian con harta frecuencia. Confiaba sin embargo que la Reina como á Señora y como á católica echaria sobre su pueblo una mirada com-

pasiva y hasta se atrevió á pedirle la libertad de su hermana Isabel ; pero como rodeaban á María cortesanos aduladores que fundaban el porvenir en una excesiva severidad , Feckenham casi se vió á pique de perder la confianza de la Reina , la cual por otra parte si bien se habia preservado de los vicios de su padre Enrique VIII , retenia como dice Berault-Bercastel alguna cosa de su dureza natural y habia usado de ella desde luego contra los que querian privarla de la corona. Murió la reina María y la implacable Isabel , que la sucedió para destruir cuanto se habia hecho de bueno en el reinado anterior , se acordó no obstante de los pasos que Feckenham habia dado á su favor , y para recompensarle le ofreció segun se dice el arzobispado de Cantorbery, con la condicion empero de que se sometiese á las nuevas leyes introducidas en la iglesia de Inglaterra. Feckenham lo rehusó , y aun hizo mas , se opuso en la cámara de los pares , donde tenia asiento en calidad de abad mitrado , á cuantas medidas tendian al restablecimiento de la reforma : lo que dió márgen á que en 1560 le encerrasen de nuevo en la torre de Lóndres , de donde no salió hasta 1563 , pero su libertad fué momentánea. Envuelto siempre á pesar de su moderacion en las persecuciones que el partido dominante ejercia contra los católicos , y sobre todo contra los hombres mas distinguidos de esta comunion , de quienes continuamente sospechaban los protestantes , pasó Feckenham el resto de su vida en las alternativas de cautiverio y de una libertad incierta y con frecuencia incompleta, hasta que falleció en 1585 hallándose prisionero en la isla de Ely. Hay quien ha querido suponer que en los últimos momentos de su vida , sin conformarse por ningun concepto á las nuevas leyes, consintió en reconocer la supremacia de la Reina en materia de religion ; pero al paso que no hay pruebas convincentes de ello , queda completamente desmentido con la sola reflexion de que no le era posible dar este paso sin aceptar al mismo tiempo la reforma que tan plausible se presentaba á los ojos de Isabel. Feckenham pues murió en el seno de la religion católica , como lo comprueba el empeño con que en todos tiempos sostuvo la pureza del dogma , el haber muerto en la prision , y el haber dejado en sus obras consignada su opinion á favor de la ortodoxia. El abad de Westminster era hombre instruido , sobre todo en materias eclesiásticas , y tan reflexivo que á pesar de vivir en el siglo de las controversias y en un paisa gitado por la heregía y el cisma , nunca salia de los límites de la moderacion. Notable por su beneficencia así pública como privada , dejó de ella una prueba incontrastable en un acueducto que hizo construir en Holborn , donde residió algun tiempo bajo el reinado de Isabel , y en uno de los intervalos de su encarcelamiento. Así nuestros escritores , como los protestantes le han tributado elogios ; los primeros por su valor , por su doctrina y por su constancia ; los protestantes por agradecimiento á un

hombre que aunque enemigo de ellos siempre les tendió una mano generosa en cuanto lo permitian las doctrinas de la comunion á que perteneció. Fué el último abad de Wetsminster y el último abad mitrado que se sentó en la cámara de los pares. No conocemos de él mas que una *Conferencia con Juana Grey*, Lóndres, 1554, en 8.°, y 1626, en 4.°; algunos *Sermones*, y *Oraciones*, y varios *Tratados contra diversas medidas de la Reforma.* — J. M. G.

FEDAEL ó PHEDAÉL, hijo de Ammiúd de la tribu de Néftali. En el libro de los *Números*, cap. XXXIV, que trata de los que debian repartir la tierra prometida, en el ver. 28 se lee el nombre de Fedael. — O.

FEDELE (Casandra). Jóven admirable por su docilidad y por su amor al estudio; mujer célebre por sus vastos conocimientos, y religiosa insigne por aquel fondo de virtud que se anida por lo regular en un corazon sensible y reconocido á los favores que Dios dispensa á sus criaturas. Nació Casandra en Venecia en 1465 de una familia noble, originaria de Milan arrojada de aquella ciudad en la misma época de la desgracia de los Visconti, á quienes se hallaba unida con los vínculos de la amistad. Desde su tierna infancia mostró Casandra tan bellas disposiciones, que su padre no vaciló ni un momento en hacerla instruir en la literatura griega y latina, en la filosofía, en la elocuencia, en la historia y en la teología, sirviéndole de recreo la música y la poesía. Apénas salió de la infancia excitó la admiracion de todos los sabios, y no parecerá extraño si es cierto lo que nos dicen los biógrafos, esto es, que nadie la igualaba ó á lo ménos aventajaba en sabiduría y en bondad. Los hombres mas célebres de su siglo buscaban su amena y provechosa conversacion, miéntras que ella mantenia una seguida correspondencia con otros muchos. Policiano, á quien habia escrito, manifestó en su respuesta cuan pasmado quedó al ver que una vírgen pudiese escribir con tanta perfeccion; y en el colmo de su entusiasmo no duda en compararla á las musas y á todo lo que la antigüedad ha producido de mujeres ilustres por su talento y su sabiduría. Hasta entónces el objeto de su admiracion segun decia habia sido Pio de Mirandola á quien miraba como el hombre mas de bien y mas sabio de su tiempo; pero desde luego que conoció á Casandra la colocó en segundo lugar, y aun llegó á elevarla al nivel de aquel escritor. Casandra mantuvo tambien relaciones epistolares con varios soberanos de Europa, y entre ellos con el papa Leon X, con Luis XII rey de Francia, y con Fernando rey de Aragon. Isabel *la católica* intentó varias veces atraerla á la córte, y el poeta latino Augurello le dirigió á este fin una de sus preciosas odas. La misma Casandra parecia estar dispuesta á emprender el viaje; pero la república de Venecia, celosa en conservar uno de sus mas bellos ornamentos, no le permitió aceptar los ofrecimientos de la reina de Castilla. La elocuencia habia

sido particularmente su estudio predilecto, y nada contribuyó mas á su reputacion que los discursos latinos que pronunció públicamente en diversas ocasiones. El que recitó en Padua, en 1487, con motivo de haber tomado un canónigo pariente suyo el grado de doctor ó el laurel doctoral como se acostumbraba entónces (pues que el distintivo del doctorado en las universidades de Italia era un laurel y no un bonete; cuya costumbre se sigue aun, pues que se da al grado de doctor sobre las tésis el nombre de *laureado*) excitó los aplausos de la numerosa concurrencia. Pronunció Casandra otros dos discursos en Venecia en presencia del Dux, del senado y de una reunion numerosa de sabios que se habian reunido expresamente para oirla; el uno sobre el nacimiento de Jesucristo, y el otro en elogio de las bellas letras (de litterarum laudibus). Una jóven de tan bellas circunstancias habia de tener por precision gran número de pretendientes. En efecto, muchos eran los que se disputaban su mano, pero Casandra sujeta estrictamente á la voluntad de su padre, al paso que trataba á todos con igual dulzura y modestia, á ninguno de ellos daba la preferencia. Llegó por fin la época de tomar estado, y esta buena hija no vaciló en consentir en el matrimonio que le propuso su padre con Juan María Mapelli, médico de Vicenza, que fué designado por la república para pasar á ejercer su facultad en Retimo en la isla de Candía y Casandra le siguió. Á su regreso algunos años despues experimentaron un horroroso temporal, que les ocasionó la pérdida de casi todo cuanto poseian, y segun se asegura lograron salvar sus vidas como por milagro. Mapelli murió en el año 1521, y Casandra viéndose viuda y sin hijos buscó el consuelo en el estudio y en los ejercicios de piedad, tomando desde luego el velo de religiosa. Tomasini y Niceron dicen que habia cumplido ya los setenta años de edad cuando fué nombrada superiora de las hospitalarias de Sto. Domingo en Venecia; que gobernó esta casa por espacio de doce años, y que murió á los ciento dos hácia 1567; pero de una nota sacada del Necrólogo del mismo convento de Sto. Domingo se desprende que fué enterrada en 26 de Marzo de 1558. En este caso si nació en 1465 no contaba mas que ochenta y cuatro, y si es cierto que habia cumplido los ciento dos resultaria haber nacido en 1456 y no en 1465, como hemos dicho al principio. Tomasini recogió y publicó las *Cartas* y los *Discursos* de Casandra poniendo al frente una Vida de esta célebre mujer, Padua, 1636, en 8.°. Este tomo contiene todo lo que nos resta de sus obras. Á pesar de lo que hemos indicado, nadie nos habla de que hubiese cultivado lo poesía italiana; pero Tirabosqui mira como inverosímil que habiéndose aplicado á toda clase de estudios, este fuese el único que hubiese descuidado. De todos modos Casandra fué un portento de sabiduría en el siglo en que vivió; y si por sus escritos mereceria un lugar distinguido en la biografía profana, ¡con cuánta

mas razon debemos colocarla nosotros en la ortodoxa en la calidad de excelente hija y de eminente religiosa! —J. M. G.

FEDER (Jorge) jesuita. Fué natural de Suevia, provincia de Alemania. Entró en la Compañía de Jesus á la edad de diez y seis años, y en ella se hizo célebre por su sabiduría y virtud. Á mas de las letras humanas, enseñó por espacio de nueve años la filosofía, dos la teología moral, tres la escolástica y por mucho tiempo matemáticas no solo en Dola, en cuya ciudad fué sobremanera vejado por espectros nocturnos junto con otros padres de la Compañía, sí que tambien en Nápoles. Hizo solemne profesion de los cuatro votos que prescriben las leyes de aquel instituto el dia 19 de Octubre del año 1591. Fué varon de rarísimo candor de ánimo, siempre pronto para perseguir y reprehender el vicio con santa libertad y sin respetos humanos, siempre alegre y bondadoso para auxiliar á los enfermos en todas partes, siempre ardientemente caritativo para apartar á los hombres del pecado y conducirlos por la senda de la virtud; digno por cierto de haber espirado, como en efecto espiró, en el mismo dia y hora que Cristo nuestro Redentor. Escribió un libro con el título de: *Horoscopum*. —S.

FEDERIC (Francisco Gil de) mártir del siglo pasado. La historia de este intrépido confesor de Jesucristo que vamos á dar no es tanto la de su vida como la de sus sufrimientos y martirio; pues los autores que nos la han transmitido parece que no han tenido otro objeto. No se trata ya de mártires de los primeros siglos de la Iglesia: trátase de un mártir del siglo XVIII, del siglo que mas forcejó para sacudir de una vez el yugo suave de la fe, del siglo que hacia alarde de no creer ni aun en las virtudes cristianas. Este relato es interesante, y le damos apoyados en el testimonio de tres ilustres prelados, los tres vicarios apostólicos, exactamente instruidos de los hechos y que han escrito separadamente. Francisco Gil, hijo de D. Antonio Gil de Federic y de D.ª Inés Sanz, nació en Tortosa ciudad de nuestra Cataluña sobre la ribera del Ebro, y fué bautizado en su Sta. iglesia catedral en 14 de Diciembre de 1702, haciéndosele recibir al año siguiente el sacramento de la Confirmacion. Educado cuidadosamente en la piedad y en el estudio de las letras, se consagró á Jesucristo en el convento de dominicos de Barcelona despues de cumplidos los catorce años, y aun no habia llegado á los veinte y dos cuando pidió con tanto fervor como humildad el permiso para ir á predicar la fe á los gentiles en las Indias Orientales. Aquel celo por la salud de las almas de que estaba abrasado agradó mucho á los superiores; pero juzgaron prudente probarle por algun tiempo, proporcionando al jóven religioso los medios de afirmarse mas en sus bellos sentimientos y de meditar mas profundamente las grandes verdades que queria anunciar á los infieles. Luego que hubo concluido con la mayor brillantez su curso de teo-

logía se le hizo profesar, y desempeñó el cargo de maestro de novicios en el convento de Barcelona cuando se le permitió por fin seguir su vocacion para el ministerio apostólico. Lo que el célebre P. Tomas Ripoll le habia negado siendo provincial de Aragon en 1724, se lo concedió en 1729 hallándose al frente de toda la Órden. La ocasion era favorable; pues el provincial de España hacia partir entónces veinte y cuatro religiosos para las misiones de Oriente, y el P. Gil se reunió muy alegre con sus hermanos. La navegacion fué bastante feliz: llegado á Manila, capital de las Filipinas, ántes de concluir el Noviembre de 1730 fué luego enviado por sus superiores á la provincia de Pampanga ó Pangamina; en pocos meses se impuso lo bastante en la lengua de aquel pais para el ejercicio de su ministerio, y durante dos años llenó todas sus funciones con un celo infatigable. La obediencia le obligó desde luego á aceptar el cargo de secretario de su provincia y de asistente del provincial. Pero este empleo que daba á conocer sus talentos no llenaba sus deseos; y miéntras que sus hermanos admiraban su exactitud, su probidad, su diligencia, el discípulo de Jesucristo estaba muy descontento de sí mismo y miraba como perdido el tiempo y el trabajo que no empleaba en la salud de las almas. Acosado por el ansia de consagrarse todo enteramente al santo ministerio, expuso á su provincial las disposiciones de su corazon y el ardiente deseo que tenia de pasar á las misiones de Tonquin, dejando no obstante á su voluntad y á su prudencia el prescribirle lo que debia hacer, pues el verdadero celo es siempre arreglado. Tan decidida pareció la vocacion del P. Gil, que el superior no se atrevió á oponerse á ella: conociendo por otra parte la solidez de su virtud y su capacidad, consintió en privarse él mismo de sus servicios y del socorro que en él tenia en el gobierno de la provincia por temor de impedir el fruto que podia esperarse de su ministerio para el sosten de la mision y la conversion de los infieles. Con el permiso del P. provincial, el celoso misionero salió de las Filipinas y fué á embarcarse para Tonquin, en donde despues de mil riesgos y fatigas llegó el dia de S. Agustin 28 de Agosto de 1735. No será fuera de propósito dar aquí conocimiento de aquellos pueblos á cuya conversion consagró nuestro predicador sus últimos trabajos, sus sudores y su vida, y entre los cuales veremos ejemplos de virtud dignos del fervor de los primeros cristianos. Entre todos los pueblos de Oriente, los de Tonquin sujetos en otro tiempo al emperador de la China, tienen la fama de ser muy sociables, pacíficos y humanos. No les falta genio para las letras, y se aplican particularmente al estudio de las leyes de su pais de las que son celosos en extremo; pero privados por otra parte de las luces de la fe, no hay especie de supersticion ni de idolatría á que no se entreguen. Sus bonzos ó sea sacerdotes de los ídolos, que suelen ser ordinariamente muy despreciados de los grandes, tienen toda la con-

fianza del ínfimo pueblo que les considera como los amigos de los dioses y los intérpretes de sus decretos. Todos los tonquineses se hallan divididos en tres sectas. El Rey, los mandarines, y sobre todo las personas dedicadas al estudio adoran al cielo y siguen la doctrina del filósofo Confucio, tan célebre en la China y en los estados vecinos. Un solitario impostor llamado Chacabout, autor de la segunda secta, enseñó la metempsicosis ó transmigracion de las almas de un cuerpo á otro, que constituia el fondo de la doctrina de Pitágoras, y obligó á sus sectarios á la observancia de varios preceptos propios para regular las costumbres y evitar los vicios opuestos á la sociedad civil. La tercera secta es la de un mago llamado Lanthu, chino de nacion, á cuyos embustes los chinos, los japoneses y los tonquineses prestan una entera fe. Lanthu, que logró hacer que su nacimiento se tuviera como un milagro, practicó y enseñó una parte de la doctrina del impostor Chacabout, y lo que mas contribuyó á conciliarle el afecto de los pueblos fué el haberles recomendado particularmente la hospitalidad y haber dado él mismo el ejemplo. Mas ninguno de estos primeros legisladores, cuyos oráculos veneran aun en el dia los tonquineses paganos, les enseñó nunca á conocer ni á servir el verdadero Dios que ellos tampoco conocian. Sus talentos, su reputacion, su probidad aparente, y la parte buena que pudieron adquirir en órden á las costumbres, de todo supo aprovecharse el padre de la mentira para engañar mas fácilmente á pueblos demasiado crédulos, no ilustrados aun por la luz del Evangelio. Para comunicar, pues, esta luz saludable á una infinidad de almas, los superiores de diferentes Órdenes religiosas siguiendo los deseos de la Santa Sede y bajo sus auspicios hacian pasar de tiempo en tiempo á Tonquin predicadores de la fe. Muchos habia ya enviado la Órden de Sto. Domingo que habian conquistado un grande pueblo para Jesucristo. Y aunque los sanguinarios edictos que se habian dado en aquel reino contra los que trabajaban para establecer en él el cristianismo no estuviesen expresamente revocados á fines del siglo XVII, habia disminuido el ardor en hacerlos ejecutar, y esta especie de calma habia servido á nuestros misioneros para llamar á la fe y purificar con las aguas del bautismo á mas de veinte mil tonquineses. Pero la persecucion que se renovó en aquel reino á principios del último siglo duraba todavía, cuando el P. Gil tuvo el valor de ir á arrostrar el peligro y á exponer su vida por la salud de sus hermanos. Ocupado desde luego en cultivar cerca de cuarenta cristiandades ó iglesias fundadas por nuestros religiosos en la parte meridional de Tonquin, el sagrado ministro llenaba todas las funciones del apostolado con un celo y un ardor que nada era capaz de arredrar ni de menguar. En un tiempo y en un pais en donde era numerosa la cosecha y pocos los operarios abrazaba contento un trabajo capaz de ejercitar y agotar el celo de muchos. Si dedicaba casi

todas las horas del dia á la oracion ó al estudio de la lengua del pais, empleaba la mayor parte de la noche, segun costumbre de los misioneros en aquellas regiones, en instruir á los fieles, en administrarles los Sacramentos, en llamar otra vez á la fe á los que habian caido por la persecucion, en fortificar á los débiles, en formar catequistas, en recorrer todos los lugares que necesitaban de su presencia ó de su ministerio. Nunca le arredraron las mayores fatigas ni se detuvo á la vista del peligro, y no sabia lo que era mirar por sí cuando se trataba de proporcionar á una alma los medios de salud. Muchas veces se hallaba en lugares donde entre un corto número de cristianos se encontraban una multitud de idólatras, enemigos declarados de nuestra Religion y de los que la anunciaban; y con todo, de ellos no salia hasta haber administrado los Sacramentos y dado las instrucciones necesarias á los fieles que tenian necesidad de su ministerio. Estos pobres cristianos, ocupados enteramente en la conservacion de su pastor, temblaban por él miéntras él era el que ménos temia por sí mismo. Como en la comarca de Luc-thuy y en algunas aldeas de los contornos el número y el fervor de los cristianos, merecia atenciones particulares, resolvió nuestro misionero sentar allí su residencia ordinaria, encantado por la piedad edificante de aquellos fieles, de los cuales unos tenian la ventaja de haber nacido de padres cristianos, y otros habian de poco tiempo abandonado el culto de los ídolos para ser admitidos entre los catecúmenos y prepararse á la gracia del bautismo. Vivian todos en la mas íntima union, mostrando á porfía el mayor anhelo en aprovecharse de las lecciones del sagrado ministro que la Providencia les habia enviado, y en cuya seguridad se interesaban como si de ella hubiese dependido la suerte y la felicidad de todos, y el celoso misionero continuaba por su parte no perdiendo ningun momento para adelantar la obra del Señor. El trabajo seguia siempre á la oracion, y aplicábase particularmente en conocer bien la lengua, el genio, las costumbres de los tonquineses; y como nada deseaba tanto como su salud, nada omitia para procurársela. La docilidad que se complacia en admirar en todos cuantos creian ya en Jesucristo le hacia esperar que los demas se aprovecharian tambien de sus predicaciones para salir de los errores y de los horrores del paganismo y abrir al fin los ojos á la luz del Evangelio. Pero muy presto veremos que el Señor queria ser glorificado y hacer su ministerio útil á muchos, no tanto por sus correrías evangélicas como por los lazos de íntimo amor que con su siervo le unian. Á pocas jornadas de Luc-thuy tenia su residencia un bonzo llamado Thay-tinh, hombre atrevido y de bandería, idólatra fanático y grande enemigo de los cristianos, tanto quizas por avaricia como por supersticion. No podia ver sin una mortal pesadumbre, que aumentado cada dia el número de los fieles en la pro-

vincia, el culto de los dioses estaba abandonado, sus templos casi enteramente desiertos y sus sacerdotes sin empleo y sin honra. Buscaba, pues, el medio como realzar la religion del pais y procurarse á sí mismo la existencia por la extincion del cristianismo. Las leyes del príncipe no le permitian seguir toda la impetuosidad de su zelo contra los simples cristianos, pero sí le autorizaban para perseguir á los predicadores de la fe, hacerlos prender donde quiera que fuesen hallados, conducirlos delante del regio tribunal. Muchas veces habia buscado ocasion para sorprender á nuestros misioneros y otras tantas le habia faltado. Permitió la Providencia que por esta vez tomase mejor sus medidas. Instruido del lugar y de la casa en donde se hospedaba el P. Gil de Federic, reune el bonzo á la callada un número considerable de idólatras; pónese con su hijo al frente de ellos y se dirige via recta al arrabal de Luc-thuy, donde llega ántes del anochecer del 3 de Agosto de 1737. Miéntras el digno ministro de Jesucristo ofrecia muy de mañana los santos misterios, Thay-tinh hizo rodear la capilla, y lo dispuso todo de suerte que el predicador no pudiese escaparle. Los primeros cristianos que advirtieron el peligro avisaron á su pastor en el momento en que bajaba del altar, pero en nada se conturbó; bien que para evitar el desórden que hubiera sobrevenido si los fieles del lugar hubiesen tenido tiempo de reunirse y ponerse en defensa, el generoso misionero abrió él mismo la puerta, puso toda su confianza en Dios y su persona en manos de sus enemigos. Al momento atado con gruesas cuerdas se le condujo precipitadamente á un barco que se tenia preparado á corta distancia de allí. Los infieles quisieron llevarse consigo tambien á dos mujeres y á un hombre, que sospechaban tal vez ser el dueño de la casa en donde estaba la capilla. El P. Gil, que no sentia su propio cautiverio, mostróse muy sensible al de aquellas tres personas. Hizo presente que ellas en nada habian contravenido á las leyes del pais, y que no se habia él alojado en su casa; y pidió con tanta instancia su libertad y manifestó tan claramente la injusticia que habria en negársela, que el sacerdote de los ídolos convencido ó intimidado no se obstinó en retenerlas. Y al despedirlas á sus casas Thay-tinh preguntó al P. Gil si él tenia temor para sí. «No, respondió el intrépido confesor de Jesucristo, yo nada temo por mí: el Dios á quien yo sirvo es bastante poderoso para arrancarme de vuestras manos si esta es su voluntad: y si quiere ser glorificado por mis sufrimientos y por mi muerte, le haré muy gustoso el sacrificio de mi vida. Mas bien temeria que mi detencion no perjudicase á los fieles que la Providencia habia confiado á mis cuidados, si no supiese que el Señor no abandona jamas á los que en él esperan.» Los cristianos de Luc-thuy, á quienes nuestro predicador no habia permitido echar mano de la fuerza para libertarle, enviaron á ofrecer algun dinero al bonzo para rescatar á su pas-

tor; mas este infiel por de pronto aparentó desechar la propuesta con la esperanza de hacerse dar una cantidad mucho mayor, y por esta misma razon en lugar de conducir su prisionero delante de un tribunal, segun los edictos, le retuvo por espacio de diez dias en su propia casa: entre tanto recibió el dinero que se le ofrecia, y no dió la libertad al misionero. Este fraude irritó á los cristianos, los cuales se dirigieron al gobernador de la provincia y le hicieron proposiciones de que pareció quedar satisfecho. Envió sin dilacion un oficial con soldados para apoderarse á la fuerza del bonzo y con él del misionero, á quien él queria poner desde luego en libertad. Thaytinh viendo á los soldados que se acercaban á su casa tomó la fuga; y temiendo que el gobernador no le delatase al tribunal como á hombre que estaba en inteligencia con los cristianos, creyó que debia ganarle por la mano. Presentóse, pues, al primer magistrado del tribunal regio, le contó una parte de lo que habia pasado, y llevó sus quejas contra el gobernador y contra los cristianos de Luc-thuy. Con tan estrepitoso paso se hizo pública en todo el reino la detencion del P. Gil: el gobernador no se atrevió ya mas á pensar en darle la libertad; pero habiéndole hecho conducir á Kecho (ó Kecio) ciudad capital de Tonquin, acusó al bonzo de ser un fautor de cristianos, pues en su propia casa acababa de ser cogido un misionero, y se sabia que él habia recibido los presentes de los habitantes de Luc-thuy. Este incidente multiplicó mucho los procedimientos, é impidió que el confesor de Jesucristo obtuviese tan pronto la corona del martirio. La gracia que le sostuvo en sus largas pruebas le enseñó tambien á sacar partido de todo, ya sea para adquirir nuevos merecimientos, ya para hacer nuevas conquistas á Jesucristo, cuyo nombre confesó, y cuya religion predicó delante de nueve ó diez tribunales. El viaje que tuvo que hacer para llegar á la córte fué de diez jornadas, y ademas de los malos tratamientos que por cierto no se le escaseaban, estaba consumido por una fiebre ardiente. Mas entre las penas y las tribulaciones, la idea de que sufria por la causa de Jesucristo llenaba su alma de consuelo. Al dar cuenta á su superior de todo lo que le habia pasado desde el dia de su cautividad, decia que habia sido del agrado de la Divina Bondad el enviarle una enfermedad para probar un poco su paciencia; porqué, añadia, en todo lo que de otra parte he tenido que sufrir, Dios me ha hecho la gracia de soportarlo con una verdadera alegría. Luego de llegado á Kecio el santo misionero fué conducido á una horrorosa cárcel cargado de hierros y cadenas. Verdad es que el lastimoso estado á que le habian reducido la violencia abrasadora de la fiebre y las incomodidades del viaje movió un poco la compasion del carcelero, y en lugar de encerrarlo desde luego en el calabozo, se le dejó en una sala destinada para los guardas; pero no tuvo mas cama que la desnuda tierra, ni mas alimento que un poco

de arroz que ocultamente le procuró una mujer cristiana, y que él partió tambien con los otros presos. Al sacarle de allí, para conducirle á otra prision le desnudaron de sus hábitos y le cargaron de nuevas cadenas, que él llevó despues hasta el dia de su glorioso martirio. El Señor no obstante continuó en consolarle en medio de sus pruebas. Aunque su enfermedad llegase á tal punto que casi ya se desconfiaba de su vida, y que él no tomó el menor remedio, hallóse de repente curado casi en el momento mismo en que se le ponian los hierros en los pies en su segunda prision. Un sacerdote católico originario de Tonquin y con el traje de médico le hizo una visita, le oyó en confesion, y quedó altamente edificado de la paciencia heróica del prisionero de Jesucristo que no abria sus labios sino para bendecir las misericordias del Señor, y no pedia otra cosa sino nuevos sufrimientos y la conversion de aquellos mismos que le hacian sufrir. Muy léjos de quejarse del bonzo ó de dar á conocer su mala fe y todas las infracciones que habia cometido de las leyes del pais, no quiso nunca decir una palabra para agraviarle. El 1.° y el 2.° dia de Noviembre de 1737 el P. Gil fué presentado á los jueces para ser interrogado sobre el motivo de su prision. Estos magistrados, entre los cuales habia algunos que creian en Jesucristo, le hablaron con bastante bondad; pero un populacho idólatra le llenaba de injurias, de befas y dicterios cuando era conducido de la prision al senado, ó se le volvia del senado á las prisiones. Acostumbrados á mirarle como un hombre proscrito, destinado al último suplicio, los infieles le cargaban de oprobios y no permitian que se detuviera á descansar un momento delante de ninguna casa, como si esto hubiese sido un funesto presagio para el dueño de ella. Sin embargo, el trecho era largo y los hierros de que estaban cargados sus pies le habian hecho llagas profundas, que renovándose á cada paso le causaban los mas vivos dolores. Viósele durante mas de quince dias tendido sobre la tierra en un rincon de la cárcel, sin que le fuese posible moverse ni cambiar un momento de situacion. En tal estado el santo confesor de Jesucristo, recordando á su Divino Maestro cargado tambien de su cruz y condenado á la muerte por los gritos redoblados del pueblo de Jerusalem, sufria con un valor invencible la pesadez de sus cadenas, sin quejarse de sus dolores y soportaba con la misma paciencia todos los insultos de los gentiles. Estos le ultrajaban de todos modos, y él los amaba sinceramente. No cesando de rogar por su conversion como por la perseverancia de los que habian ya abrazado la fe, hubiera podido decir lo que S. Pablo decia en otro tiempo á los de Corinto: «No hemos hecho mal á nadie, no hemos corrompido el espíritu de nadie, ni hemos tomado el bien de nadie. No os digo esto para condenaros, pues tanto en la muerte como en la vida estais en mi corazon. Os hablo con toda libertad: tengo grande motivo de glorificarme de vos-

otros : estoy lleno de consuelo , me hallo colmado de gozo en medio de todos mis sufrimientos. « *Repletus sum consolatione , superabundo gaudio in omni tribulatione nostra.* » La caridad que le impulsaba no le permitia atender á la mala voluntad de los idólatras ; pues á lo que únicamente atendia era á su obcecacion y á su pérdida , esperando tan solo que sus padecimientos serian útiles á muchos. Á mas de los consuelos interiores que derramaba Dios en el corazon de su fiel ministro , le dió una prueba sensible de su divina proteccion , inspirando á dos mujeres encenagadas aun en el culto de los ídolos el pensamiento de tomarse algun cuidado en favor del santo preso. Habitaban cerca de la prision , y por medio de su crédito , ó quizas tambien con el dinero de algunos cristianos , alcanzaron del carcelero y de los magistrados el permiso de conducir al preso á su casa con el objeto de curarle sus llagas y procurarle algun alivio. Se les permitió despues el guardarlo todo el dia en su casa , que despues quedó tanto de noche como de dia la mansion ordinaria del preso de Jesucristo , bajo la garantía y responsabilidad de una persona conocida , y á condicion que se presentase siempre que fuese requirido. Los felices resultados de esta medida hicieron ver que la sábia Providencia lo habia así ordenado para consuelo de un gran número de cristianos y la conversion de muchos infieles. Unos y otros tuvieron la libertad de venir á visitarle y de aprovecharse de sus instrucciones , así como él se aprovechaba tambien de las frecuentes visitas de un buen sacerdote que le administraba los Sacramentos. Las dos caritativas huéspedas fueron de las primeras en quienes se dejó sentir la fuerza de la Gracia en las santas conversaciones con el servidor de Dios ; pues no debian quedar privadas de la recompensa prometida á aquel que recibe en su casa á un profeta. El P. Gil, lleno de reconocimiento y de celo , no dejaba pasar ocasion alguna de que no se aprovechase para inspirar á aquellas dos señoras un santo deseo de pertenecer á Jesucristo. Hablábales con frecuencia de su santa vida , de su doctrina , de sus milagros , de todo cuanto él hizo y sufrió por la salud del género humano. Explicando con uncion los dogmas de la fe y las reglas de la moral cristiana , hacia admirar la pureza y la sublimidad de nuestra Religion. Sus ejemplos confirmaban muy bien sus palabras , y sin embargo todo esto no hizo por de pronto impresion en el corazon de aquellas infieles. Permitió Dios que una de ellas fuese atacada de una cruel enfermedad que la hizo sufrir mucho , tanto en el espíritu como en el cuerpo. Siempre agitada con mil turbaciones , cuyo orígen no conocia , y presa de los mas sensibles dolores , despues de haber vanamente buscado el término de sus males tan presto en el socorro de los médicos como en los sacrificios que hacia ofrecer á sus ídolos , tuvo que recurrir al fin á la caridad del ministro de Jesucristo, y prometió creer y vivir en adelante como cristiana si le alcanzaba su cu-

racion. Ya tiempo hacia que rogaba el santo misionero ; pero despues de aquella promesa redobló el fervor de sus oraciones , y la enferma quedó súbitamente curada. Desde entónces escuchó con docilidad las santas instrucciones , pidió humildemente el bautismo , preparóse á él , le recibió y no cesó despues de exhortar á su compañera que siguiese su ejemplo. Esta se resistia siempre con obstinacion , y cuando se la urgia mas , respondia que el fruto no era todavía maduro. Su prolongada resistencia solo servia para inflamar mas y mas el celo del piadoso ministro : multiplicó sus oraciones con sus penitencias : el Señor le escuchó por fin , é hizo de él el instrumento de su gracia para la salud de aquella alma. La tonquinesa despues de haber por largo tiempo combatido y disputado fué ilustrada , movida y convertida , y de obstinada idólatra pasó á ser una cristiana llena de humildad y de fervor. La primera murió algun tiempo despues fortalecida con todos los Sacramentos y con férvidos y sublimes sentimientos de piedad ; la segunda vivió aun algunos años y sufrió con admirable constancia todas las contradicciones que le acarreó de parte de los infieles su amor para con la religion de Jesucristo. El obispo de Corea es quien nos refiere estas circunstancias. Entre tanto el P. Gil , despues de haberse sujetado á muchos interrogatorios , fué condenado á muerte por haber predicado la religion cristiana ; y en la misma sentencia fué condenado el bonzo Thay-tinh con su hijo á guardar los elefantes por haber retenido diez dias en su casa al misionero. El confesor de Jesucristo supo con tanta mayor satisfaccion el decreto que le condenaba á muerte , en cuanto creia tocar ya el momento feliz de su martirio ; pero aun se hallaba muy distante de él. Segun costumbre de los tonquineses la ejecucion de sus reos no se hacia ordinariamente hasta la última luna , que corresponde á nuestro mes de Diciembre ó de Enero ; y cuando por razones públicas ó particulares se diferia el suplicio de alguno era siempre por un año entero y á veces por muchos , y esto es lo que sucedió con nuestro prisionero. Habiase unido su causa con la del bonzo en el mismo decreto, y éste apeló muchas veces de la sentencia , y llevó la misma causa á diferentes tribunales ; y si bien salió siempre confirmado el mismo fallo , pero la circunstancia de apelarse suspendia por largo tiempo su ejecucion. En el año siguiente todo el mes de la última luna se consagró á regocijos públicos , con motivo de que los embajadores del emperador de la China habian venido á dar la investidura del reino al rey de Tonquin. Las guerras civiles , la peste y otras varias calamidades fueron durante muchos años un nuevo obstáculo , un nuevo motivo de diferir para otro tiempo la terminacion de aquel negocio. El deseo siempre mas ardiente del martirio hacia parecer este tiempo muy largo al confesor de Jesucristo , el cual no atribuia todas estas dilaciones á otra cosa que á su indignidad : «Mis pecados, decia en una de sus

cartas, mi orgullo y mi ingratitud hácia Dios son los que me privan de un bien que yo deseaba, pero que esperaba quizas con demasiada presuncion de mi mismo.» El dia 24 de Noviembre de 1738 escribió al obispo de Ceomania para darle cuenta de lo que le habia sucedido desde su detencion. Alegrábase que el Señor no hubiese permitido que los habitantes de Lucthuy fuesen maltratados por su causa, y de que el tribunal les hubiese hecho restituir todo el dinero que habian dado al sacerdote de los ídolos para hacerle soltar al preso. Añadia que este bonzo, condenado por primera vez por toda su vida á la custodia de los elefantes, habia sido condenado en segundo juicio á no sufrir esta pena sino por espacio de seis años. Por lo que á mí toca, decia el santo predicador, he sido siempre condenado á morir por haber anunciado el Evangelio á los tonquineses. ¡Plegue á la Divina Bondad el que le sea grato mi sacrificio! «*Ego autem capite damnatus sum: ¡utinam Deus mihi concedat ad hanc gloriam pertingere!*» Pero aunque se difiriese el hacerle morir no cesaban de probar su constancia de varios modos. En 20 de Julio de 1739 se le llamó delante de un nuevo tribunal, al que compareció asimismo el bonzo Thay-tinh, y para rechazar la acusacion que se habia hecho contra él pidió que se hiciesen traer ante los jueces las imágenes que él habia encontrado entre los efectos del P. Gil, queriendo él segun decia pisotearlas y manifestar con esto que nada de comun tenia ni con el predicador de los cristianos ni con su Religion. Bien es verdad que este infiel era indigno de sufrir por tan bella causa, pues la justicia divina le perseguia por mas verdaderos crímenes. Cuando hubieron traido un Crucifijo y algunas otras imágenes que pertenecian al misionero, las echaron por tierra en su presencia y le mandaron que las pisotease.—«Esto es, respondió con firmeza, lo que no haré jamas.» Y diciendo esto se puso de rodillas delante del Crucifijo, y le besó muchas veces con respeto. Preguntóle el juez lo que era aquella figura, y le respondió el Padre que representaba al Hijo de Dios, que quiso hacerse hombre y morir en una cruz por la salud de todos los hombres que creyesen en él y guardasen sus divinos preceptos.—¿Y esta otra imágen, dijo el juez, qué representa?—Representa, dijo el Padre, la Santa Madre de Jesucristo, que sin dejar de ser vírgen tuvo la dicha de ser Madre del Hijo de Dios.» Preguntóle entónces el juez á donde creia ir despues de su muerte y él dijo: «Yo espero gozar en el cielo de una felicidad eterna, que Jesucristo nos ha merecido por su Cruz, y que ha prometido á los que le confesasen delante de los hombres.» —Replicó el juez. «¿Cómo esperais subir al cielo? ¿Podeis ignorar que despues de vuestra muerte vuestro cuerpo se corromperá en el seno de la tierra?»—El santo confesor contestó: «Sí, no hay duda que nuestros cuerpos terrestres vuelven á la tierra, pero para resuscitar algun dia; y entre tanto nuestra alma, esta substancia espiritual é

inmortal, despues de separada del cuerpo es llevada al cielo para gozar allá con Dios de una felicidad que no tendrá fin, ó precipitada al infierno para ser allí eternamente castigada segun los méritos de cada uno. »—« ¿De quién habeis aprendido esta doctrina, replicó el juez? »—« De Dios mismo, repuso el misionero; todo cuanto acabo de decir Dios mismo lo ha revelado á los hombres por los profetas y por su propio Hijo. Todo lo que Jesucristo nos ha enseñado, así como todo cuanto hizo sobre la tierra, los antiguos profetas lo habian predicho muchos siglos ántes de su nacimiento temporal, y él mismo confirmó su doctrina con sus milagros, que dan testimonio de su divinidad. » Queria continuar el Padre en proponer y explicar las verdades de nuestra Religion, pero se le interrumpió como se habia ya hecho muchas veces; y despues de algunas otras preguntas los ministros de justicia trajeron una grande maza y la pusieron delante del santo misionero, el cual creyendo que era con el objeto de descargar contra él se puso de rodillas presto á recibir los golpes con que el juez le habia amenazado. Pero se le mandó que se levantara, que tomase aquel instrumento y que golpease á su Crucifijo. Lleno entónces de horror y de indignacion levantóse, tomó la maza y arrojóla léjos de sí, protestando que sufriria todos los suplicios y la muerte, pero que jamas haria una accion indigna de un cristiano. Púsose la maza en manos del bonzo, y al momento en que este infiel iba á descargar sobre las santas imágenes, el P. Gil se echó á tierra, las cubrió con ámbas manos y dijo con grande ánimo al ministro idólatra que hiriese. « Ved, dijeron entónces los jueces, cuan ciego es el amor que tienen los europeos á sus imágenes; sin duda que estos golpes de maza le harian mucho mal. » Esta conversacion dió márgen al P. Gil para decirles que los cristianos, ménos estúpidos y ménos supersticiosos que los idólatras, no pensaban que hubiese ni sentimiento, ni vida, ni virtud, ni divinidad alguna en la imágenes, y que el respeto que les tenian se referia únicamente al objeto que ellas les representaban. « Estoy seguro, añadió, que ninguno de vosotros querria pisotear la imágen de su padre, ni maltratar la de su príncipe, y lo que os detuviera no seria seguramente el temor de causar dolor á aquellas imágenes, sino únicamente el respeto que se debe siempre al príncipe y á aquellos que os han dado la vida. » Sencilla y sensata era la respuesta; nadie pareció ofenderse por ella, pero en nada cambió las disposiciones de los jueces. Aunque todos estaban persuadidos que el bonzo era tan decidido idólatra como el P. Gil celoso cristiano, confirmóse no obstante la sentencia ya proferida contra el uno y el otro. Thay-tinh apeló aun de ella, y el santo confesor se vió obligado á parecer ante un nuevo tribunal el 9 de Setiembre de 1739. Estas eran otras tantas ocasiones que le proporcionaba la Providencia, y de las que no dejaba nunca de aprovecharse para dar testimonio á la verdad confesando la fe. El nuevo juez,

asaz favorable á los cristianos, le preguntó de este modo: «¿Qué habeis venido á hacer en este reino? — He venido para predicar la religion de Jesucristo. — ¿Désde que tiempo estais aquí, en dónde habeis predicado, cuánto tiempo habeis permanecido en la casa de uno de nuestros sacerdotes en la cual se os prendió? — Cuatro años hace que estoy en este reino: durante dos años he predicado las verdades de la religion cristiana, ya en una parte ya en otra; y solo diez dias he estado en la casa de uno de vuestros sacerdotes.»—Otro senador tomando la palabra le dijo: «¿Cómo habeis abandonado vuestra patria para venir al Tonquin?— He pasado de mi pais á este por el solo deseo de hacer conocer el verdadero Dios y el nombre de Jesucristo, que es el Salvador del mundo: para dar á conocer su ley santa me he expuesto á tantas fatigas. — ¿De qué puede servir esta ley? — Solo los que la siguen pueden ser eternamente felices. Ella sola nos enseña la verdadera Religion y el camino del cielo. — Las leyes del reino prohiben el predicar ésta de vuestro Cristo.—Nadie hay que pueda justamente prohibir el enseñar una religion que Dios manda predicar á todos los hombres y por toda la tierra, y esta prohibicion es ciertamente un abuso del poder, el cual viene tambien de Dios.» Díjole el senador que su religion era falsa, y que él mismo habia tambien adelantado falsedades; á lo cual respondió nuestro misionero, que él nada habia dicho que no fuese verdad, y que aun cuando él dijera algo de falso no de esto se seguiria que la religion cristiana fuese falsa, la que prohibe y condena toda mentira. Preguntáronle despues los nombres de las personas que le habian alojado en los diferentes puntos en donde habia predicado. Mas él solo respondió en general para no exponer á los fieles y á las familias que habian ejercido con él la hospitalidad. Seguidamente el juez mandó á un notario que pusiera por escrito los siguientes artículos: 1.°: El P. Gil, europeo, estaba en el reino habia ya cuatro años. 2.°: que habia predicado por dos años la religion cristiana ya en un lugar ya en otro. 3.°: que solo habia estado diez dias en la casa de un sacerdote de la nacion. 4.°: que preguntado mas latamente sobre otra materia, no habia querido dar respuesta. Miéntras que esto escribia el notario, el misionero advirtió que habia puesto dos letras que en lengua tonquinesa podian tener un sentido equívoco y significar que el europeo habia confesado que la religion que él profesaba y predicaba era una mala ley. Suplicó allí mismo al juez que hiciese mudar aquellas dos letras. Por de pronto se puso alguna dificultad; pero el preso de Jesucristo tan incapaz de intimidarse como de dejarse sorprender declaró con firmeza que si no se mudaban aquellas dos letras de aquel escrito no le firmaria jamas. Mandó, pues, el presidente quitar aquellas dos letras y poner que el Padre habia predicado en el reino la ley de los cristianos. El P. Gil firmó y fué vuelto á conducir á

la cárcel. El obispo de Corea ha querido relatarnos todos estos curiosos pormenores, y el de Ceomania nos ha conservado una carta que el P. Gil le escribió en 28 de Octubre de 1739, en la cual le manifestaba que desde el año último habia sido llevado tres veces delante del tribunal y que otras tantas veces Dios le habia hecho la gracia de confesar el nombre de Jesucristo, de sufrir algo por esta confesion y de resistir con firmeza á las instancias que se le hacian para obligarle á dar golpes al Crucifijo. El santo confesor, esperando siempre la ejecucion del decreto dado contra él, se recomendaba humildemente á las oraciones del prelado y á sus sacrificios á fin de que plugiese al Señor el darle la paciencia, la fuerza y la gracia de glorificarle en todo así en vida como en muerte. Estas son sus palabras: « *Ego capite plectendus iterum judicabor. ¡ Faciat Deus ut ad hanc gloriam mihi pervenire contingat!... Quapropter Dominationem vestram supplex rogo, ut me in suis orationibus et sacrificiis commendatum habeat apud Dominum, ut mihi patientiam, fortitudinem et gratiam concedere dignetur, ut sive per vitam, sive per mortem Deo meo in omnibus placeam.* » Una grande revolucion y diversos azotes desolaron el reino de Tonquin en los años 1740 y 1741. Pero estas calamidades y estas turbulencias que tenian todas las cosas suspendidas y que impedian á los otros misioneros ejercer sus funciones, ó que hacian cuando ménos mucho mas difícil su ejercicio, sobre todo con respecto á los cristianos que se hallaban mas cercanos á la córte, daban al contrario nuevas ocasiones al P. Gil para hacer su ministerio útil á muchos. Desde que el vicario provincial de dominicos habia hallado el medio de procurarle vasos sagrados y los ornamentos necesarios para la celebracion de los santos misterios, el preso de Jesucristo tenia á menudo el consuelo de ofrecer el incruento Sacrificio, y de hacer participar de él á los fieles. Continuaba habitando en la casa de que hemos hablado. El dinero de los cristianos volvia siempre tratables á los magistrados, á los carceleros y á los guardas, miéntras que la Divina Providencia conducia los sucesos de modo que se diferia el martirio del santo confesor, y éste procuraba por su ministerio el conocimiento de nuestra Religion á aquellos que la habian perseguido sin conocerla. En un tiempo de carestía, de contagio y de guerra civil, el fervor de los cristianos afligidos por tantos males era mas notable y tan grande su confianza en el ministro de Jesucristo, que no contentos con venir á confesarse con él ellos mismos le traian sus pequeños hijos para hacerlos bautizar y sus enfermos para que les administrase los últimos Sacramentos. Segun la relacion que él mismo nos hace, en el espacio de dos años oyó cerca de cuatro mil confesiones, dió el Bautismo á ciento veinte y dos personas, y la Extrema-Uncion á ochenta y ocho enfermos. Permitiósele despues el ir á administrar á algunos enfermos tanto en la ciudad de Kecio como en los campos vecinos.

Verdad es que ántes de terminar el año 1741 la recien convertida que hospedaba á nuestro misionero sufria en aquella sazon grandes vejaciones, y se hubiera quizas visto expuesta á otras mucho mayores si no hubiese tenido bastante valor para soportar con paciencia los primeros golpes, y bastante favor ó dinero para desviar los últimos de que se veia amenazada. Las diferentes maneras con que fué tratado el misionero durante su prision nos dan á entender que no todos los magistrados estaban igualmente prevenidos contra el cristianismo; y puede tambien que los mismos se mostrasen ya favorables ya difíciles segun que los cristianos estaban mas ó ménos prontos á suavizarlos por medio de regalos. El Señor, no obstante, se servia de todo, ó para probar á su ministro, ó para procurar nuevos socorros á los que creian en él. En una carta del 25 de Enero de 1741 el P. Gil se explica en estos términos: «Estoy firmemente persuadido que el Padre de las Misericordias y el Dios de toda consolacion, sin atender á mi indignidad ni á mi ingratitud, quiere servirse de mi débil ministerio para la salud de un grande número de personas que en extrema necesidad se hallaban sin ningun socorro espiritual. ¡Bendito sea su santo nombre! Sin embargo, de algun tiempo á esta parte se me deja con ménos libertad para recibir la visita de los cristianos: ya no se me permite ahora pasar la noche en esta casa, y no solamente en esta casa sino tambien en todas las otras: se pone mucha dificultad en admitir personas extrañas á causa de las grandes pesquisas de los ministros del Rey, que dos ó tres veces en una noche visitan las casas, arrestan á todos los extranjeros que se hallan en ellas, y castigan severamente al dueño; y esto me ha obligado á pasar muchas noches en la prision. Esto no obstante, tengo ocasiones bastantes para oir confesiones durante el dia y para conceder á muchos la gracia de la Comunion, habiendo tenido el medio de consagrar y de conservar las Sagradas Especies. De otra parte, como ningun accidente ha sucedido aun á los que han venido á esta casa, los fieles empiezan á cobrar ánimo: asi es que vienen con mucha frecuencia sin que los guardias lo admiren. « *Fideles necessitate coacti, et quia alias in exitu, et introitu ad domum hanc nihil adversi experti sunt.... timorem excutiunt; et domum hanc magis frequentant; et Milites isti in dies minus hoc mirantur*, etc. Por las cartas del 23 de Marzo y del 27 de Setiembre del mismo año vemos, que el cielo favorecia mas y mas la piedad de los fieles y el celo de su ministro. Á su lado acudian de todas partes y los soldados no le privaban el ir media jornada léjos y pasar alguna vez la noche en el campo: tiempo precioso que consagraba siempre á la instruccion de los fieles y de los infieles y al consuelo espiritual de los enfermos. « *In hac urbe adhuc prospero vento enavigat administratio; ita ut in dies magis mihi Satellites isti concedant... usque ad iter medii diei ab hac Urbe mihi jam concessum est, pro adminis-*

trandis infirmis una vice pernoctare, etc.» Hemos insinuado ya de que manera se alcanzaba esta libertad de parte de los magistrados, y no hay que dudar por otra de que hubiese ya bastantes cristianos en el senado, como es cierto que se hallaban muchos entre los oficiales de la córte y entre los grandes, y prueba de ello es lo que vamos á referir. En la relacion que tenemos á la vista se hace notar que en el Juéves Santo del año 1742, el P. Gil celebró la misa en el palacio de un príncipe, sexto hermano del Rey, pero de otra madre. Ésta habia recibido el bautismo, y solo el temor de ofender al Rey, ó de comprometerle privaban al príncipe su hermano de pedir la misma gracia. El Sábado Santo nuestro predicador dijo tambien misa en presencia de un número considerable de cristianos en una tierra de la otra parte del rio, al lado del palacio del Rey. En el mes de Setiembre siguiente el tio materno del Rey hizo venir al P. Gil á su palacio, le rogó que explicase delante de todos sus domésticos los principios de la religion cristiana, y él escuchó bondadosamente todas las respuestas que hacia el misionero á las dificultades que se le proponian. Al despedirle el príncipe le dijo que le haria llamar otra vez y le recomendó dos cosas, á saber; que le trajese algunos libros de los cristianos, y que llevase consigo un buen intérprete, el cual entendiese perfectamente la lengua del pais; pues, añadió, cuando yo esté instruido á fondo de la religion de Jesucristo, quiero hablar de ella al Rey. Algunos oficiales del mismo príncipe preguntaron al santo misionero si la Religion que él predicaba podia proporcionar un medio eficaz para disipar los rebeldes y restablecer por fin la paz y la tranquilidad en el reino. El P. Gil respondió que el Dios único y soberano que adoran los cristianos gobierna este universo y dispone de todos los sucesos con una infinita sabiduría; que permite algunas veces las guerras para castigar los pecados de los príncipes y de los pueblos, y concede la paz cuando se le pide por medio de fervientes oraciones y con un espíritu de humildad y de penitencia. Añadió, que la persecucion suscitada y por tanto tiempo sostenida contra la verdadera Religion, no era quizas el menor crímen que el cielo castigaba por la guerra cruel ó por las injustas facciones que desgarraban el reino, y que si se hacia cesar la persecucion habia motivo para esperar que la cólera de Dios se aplacaria para conceder por fin á las súplicas de los fieles la deseada paz de que tanto necesitaban todos los Estados. El rey de Tonquin, sin por esto perder nada de su alejamiento para con los cristianos, no permitia que se inquietase á sus súbditos so pretexto de que eran cristianos. Parecia de otra parte muy afectado de todas las desgracias de que se hallaban aquejados sus pueblos, y para consolarlos de algun modo se complacia en darles pruebas reiteradas de bondad y de clemencia. Bien fuesen tan bellas disposiciones humanidad, prudencia ó política, lo cierto es que todos las conocian; y esto dió que pensar á

ciertos fieles que no seria imposible obtener la libertad de nuestro misionero por la mediacion de la tia del Rey cerca de la cual tenian fácil acceso muchos nobles cristianos. Este proyecto agradó mucho al P. Ponsgrau, superior de la mision, y los Padres apostólicos deseaban que tuviese un feliz éxito. Pero el preso de Jesucristo para quien eran preciosos aquellos lazos no estaba en aquellas miras, porqué le parecian poco dignas de un ministro consagrado á las funciones del apostolado, y obligado á regular su conducta sobre la de los Apóstoles. Y si él dejó obrar para su libertad fué por sumision á la voluntad del superior; y al dar su consentimiento puso por condicion esencial que se expondria la verdad del hecho sin ocultacion alguna, es decir, que se declararia al príncipe que el suplicante habia venido á Tonquin para predicar en él la religion de Jesucristo; que la habia anunciado durante algunos años, y que por este motivo le habian detenido, cargado de cadenas y condenado á ser decapitado; y que no obstante, la grande clemencia del Rey le hacia atrevido para pedir su libertad y el permiso de permanecer en el reino. Esto era pedir el de continuar en predicar el Evangelio. Él hubiera mirado todo otro favor como una verdadera desgracia. Mas léjos de conformarse en esto á las intenciones del servidor de Dios, la princesa que tuvo á bien encargarse de presentar la solicitud al Rey su sobrino expuso que el preso por quien ella se interesaba no era sino un negociante á quien sus negocios habian llevado á aquel reino; que habia sido detenido so pretexto de que enseñaba la religion de los cristianos, aunque (decia ella) nada se hubiese encontrado en su casa que pudiera hacerlo presumir; y que el senado habia condenado á la guarda de los elefantes al que habia tenido la temeridad de apoderarse de aquel extranjero; pero que, á pesar de todo esto, se hallaba aun detenido en las prisiones, lo cual le obligaba á recorrer á su real clemencia para alcanzar la libertad. La súplica fué admitida y concedida la gracia, supuesta la verdad de los hechos: el Rey encargó á un eunuco que se informase. Varias personas ménos escrupulosas en punto á sinceridad que celosas por la conservacion de su ministro, hubieran fácilmente encontrado el medio de hacer hablar al eunuco como se habia hecho hablar á la princesa. Pero fué imposible el inducir al santo predicador á que usase del mas pequeño disimulo, bien léjos de hacerle aprobar un tejido de mentiras. Confesó, pues, sin temor que contra su voluntad conocida se habian expuesto falsedades en la súplica; que la predicacion del Evangelio habia sido la verdadera causa y el solo motivo de su detencion; y que la libertad le seria infinitamente gravosa si se la daban suponiéndole otro de lo que realmente era; y que no se debia ni ignorar ni olvidar que él era cristiano y predicador de los cristianos. Todo esto está exactamente detallado por el Sr. obispo de Corea en su relacion, y se encuentra asimismo en una carta del P. Gil del

17 de Diciembre de 1742 escrita al Sr. obispo de Ceomania. El celoso misionero le asegura que él no desea la libertad; pero que no la rehusaria si debiese ser ventajosa á sus cristianos y le fuese procurada por sus superiores; por consiguiente sin el auxilio de mentiras, sin las cuales nada saben hacer ciertos tonquineses: « *Lætarer, si cum lucro aliquo hujus christianitatis consequi posset; qualis esset si mihi daretur libertas ubicumque voluerim manendi in hoc regno, et fidei libertas absolutè concederetur. Sin autem, meis superioribus relinquo, neque desiderans, neque recusans pro nunc libertatem, si mihi à superioribus meis procuratur; ab aliis tamen pro nunc non permittam; nisi prædicto lucro, et sine mendaciis, sine quibus hi Annamitæ nihil facere sciunt,* etc. » Tan terminante confesion dejó sin efecto la súplica; dejóse al preso en sus cadenas en las que se gloriaba, pero tampoco se las estrecharon mas, y en el decurso de los años 1742 y 1743 el P. Gil continuó, como en los precedentes, oyendo las confesiones de los fieles, administrándoles los Sacramentos, no cesando jamas de exhortarles á conformar sus costumbres con su fe para la fuga del pecado y la práctica de las buenas obras. Y predicaba con tanta mas confianza todas las verdades del Evangelio y las máximas de la Religion, en cuanto no tenia motivo de temer que se opusiesen sus acciones á sus palabras. La santidad de su vida hacia honor á su ministerio: nada mas dulce, nada mas modesto, nada mas penitente ni desprendido de sí mismo y de todas las criaturas. Desde que tenia la honra y la dicha de llevar las cadenas por la confesion de Jesucristo, no se miraba ya sino como un extranjero sobre la tierra, y suspiraba por el momento en que le seria dado sellar con su sangre las santas verdades que habia querido persuadir á todos los pueblos. En el mes de Marzo de 1743 confesó de nuevo á Jesucristo en presencia del senado; sostuvo con su acostumbrada firmeza los intereses de la fe, y sufrió con alegría los reproches sangrientos, las amenazas y muchos crueles tratamientos. Presto siempre á dar razon de su fe, fué constante en callarse siempre y cuando se le hacian interrogaciones á las cuales no hubiera podido responder sin causar daño á muchos fieles. « Voy á haceros aplicar á los tormentos, dijo el juez, para haceros hablar. — Yo sufriré los tormentos, respondió el misionero, y no hablaré. » Mandó el juez que se trajese un martillo y que se golpease al Crucifijo para obligar al predicador cristiano á que hablase. « Esta imágen, dijo el Padre, no puede sentir los golpes, pero aquel á quien ella representa no dejará esto impune. » Un senador le echó en cara que él maldecia al Soberano Juez. « No, repuso el Padre, yo no le maldigo sino que le declaro una verdad que no es permitido callar. » Despidiósele en seguida, y se mandó á los guardias que al dia siguiente le condujesen al mismo tribunal. « *Si ergo non loqueris, tormentis cogeris: respondi. Tormenta feram, sed non*

loquar. Tunc dixit: Afferte malleum et torquete imagines ut N. loquatur. Dixi illi: si imaginem torquet judex, sciat quod imago nihil mali patietur; sed ille cujus est imago potestatem habet torquendi judicem. Tunc alius judex convitiatus est me dicens: Supremo Judici maledicis. Respondi non ita esse, sed quid in rei veritate erat Supremo Judici indicabam. Postea jusserunt me foras exire; et præceperunt militibus, ut cras me simul cum libris et imaginibus, quæ in carcere servabantur, ad tribunal ducerent. » Poco tiempo despues se supo que el P. Mateo Alonso Leziniana, religioso de la misma Órden, habia sido detenido por los gentiles en el mismo lugar y de la misma manera que el P. Gil lo habia sido seis años ántes. Esta noticia le afligió en gran manera, pues se figuraba que la detencion del misionero apostólico no hubiese perjudicado á la propagacion de la fe, y que no diese lugar á alguna persecucion contra los cristianos de Luc-thuy, á quienes amaba siempre con una ternura paternal. Sin embargo, la Providencia dispuso las cosas de manera que no les provino por ello mal alguno, y el Señor dió otro motivo de consuelo á su fiel ministro permitiendo que el nuevo cautivo le fuese asociado en la misma cárcel. En su lugar oportuno darémos la historia particular de este otro confesor de Jesucristo, limitándonos ahora á referir lo que les sucedió unidos en adelante en los mismos sufrimientos y por la misma causa, hasta que terminaron en un mismo tiempo sus trabajos y su vida con el martirio. La sentencia de muerte contra el P. Leziniana fué un motivo de triunfo para los gentiles, de tristeza para los cristianos, de alegría y de consuelo para él. Dió por ello las mas humildes acciones de gracias al Señor; pues se creia infinitamente mas feliz de morir por la confesion de Jesucristo, que de vivir privado de la libertad de predicar la fe y de ganar almas á Jesucristo. Pero fué completo su contento cuando el 30 de Mayo de 1744 se le trasladó á la misma cárcel en donde se hallaba el P. Gil de Federic. Ántes habian tenido pocas ocasiones de hablarse, y sus conversaciones habian sido muy cortas. Pero entónces se les dejó reunidos dia y noche: nada podia serles mas agradable, nada mas consolador para el uno y para el otro. En este suceso reconocieron claramente los favores que les dispensaba la Providencia, de los que se aprovecharon sobre todo para el uso de los Sacramentos; y hasta el dia de su muerte no cesaron de dar por ello acciones de gracias á la Divina Bondad. Su ministerio fué útil todavía á un gran número de fieles y á algunos infieles. El pueblo atribuia al crédito de los cristianos de la córte la libertad que se daba á los dos misioneros de permanecer en aquella casa, de recibir allí de continuo la visita de cuantos á ellos se dirigian, de administrarles los Sacramentos y de celebrar hasta los santos misterios como hubieran podido hacerlo en las iglesias en los tiempos mas pacíficos; pero los presos de Jesucristo hacian subir mas arriba su

reconocimiento, y no se cansaban de admirar la omnipotencia de nuestro Dios, que hacia que en el mismo tiempo y en el mismo lugar en donde era proscrita por leyes y decretos la religion cristiana y sus predicadores, se permitiese que estos hombres así perseguidos continuasen casi á la vista de la córte en ejercer esta misma religion y en instruir, ayudar y alentar á los que la profesaban. Cuanto mas nuestros misioneros se acercaban á su término mas veian anmentarse el fervor y la piedad de los fieles. Segun la relacion del obispo de Corea, en el decurso de aquel año 1744 el P. Gil oyó las confesiones de cerca de mil ochocientas personas, dió el Bautismo á setenta y tres, y la Extrema-Uncion á once; y el P. Mateo, que no permaneció ocho meses enteros con él en el mismo lugar, oyó allí no obstante la confesion á seiscientas veinte personas, bautizó treinta y tres, y administró la Extrema-Uncion á tres enfermos. El dia del Córpus ó de la Fiesta del Señor los dos misioneros tuvieron el consuelo de decir la misa el uno despues del otro. Allí se hallaban gran número de cristianos, entre los cuales hubo cuarenta que fueron admitidos á la Sagrada Mesa. Pero miéntras aquellos, sin jamas parar sus trabajos apostólicos, aguardaban con una santa impaciencia la consumacion de su sacrificio, estos al contrario se lisonjeaban aun que el decreto de muerte seria revocado. Y se confirmaron en tan grata idea al saber que el tio del Rey acababa de hacer llamar á su palacio á los dos confesores de Jesucristo, para adquirir mayores luces acerca de la religion cristiana. Esta segunda conferencia se tuvo el 19 de Julio de 1744. El príncipe, como ya tenemos dicho, deseaba ver algunos libros que tratasen de la ley de Jesucristo de una manera clara y metódica: nuestros misioneros le llevaron dos; el uno traducido en lengua china é impreso, el otro manuscrito y en lengua del Tonquin. El príncipe no cogió mas que éste; leyó alguna cosa, y despues de una corta lectura propuso sus dudas, que nuestros predicadores trataron de satisfacer. No les faltaban por cierto ni celo ni luces, pues que lo que mas les habia siempre ocupado era el estudio de la Religion. Celébrase particularmente el genio y la capacidad del P. Gil de Federic; los dos vicarios apostólicos en el Tonquin, así como los demas misioneros de diferentes Órdenes, acostumbraban consultarle en las mayores dificultades. El príncipe, no obstante, que no habia recibido el don de la fe y que queria juzgar de la Religion por las solas luces de la razon, no pudo comprehender verdades que la carne y la sangre no han revelado. Terminó su larga conversacion confesando que el culto de los ídolos era extravagante y que la religion del pais estaba llena de falsedades; « pero yo comprendo aun ménos, añadió, los dogmas de la religion cristiana, y sus misterios me asombran. » No es raro por cierto el ver aun en el dia personas en la triste disposicion en que se hallaba este príncipe incrédulo: disposicion que retiene siempre á los

unos en la irreligion ó en el error, y que precipita en él á los otros; que priva á aquellos de abrazar la fe, y que hace perder la fe á estos. Para creer quisieran ellos comprehender, y quieren ó afectan ignorar que no comprehenderán sino en tanto que crean. Justo es que el débil mortal empiece por someter humildemente su espíritu á la autoridad Divina, á fin de que la luz de Dios eleve su espíritu sobre sí mismo. El don de la fe es la recompensa de la humildad, no del orgullo. Esto era lo que los confesores de Jesucristo se propusieron inútilmente persuadir á un príncipe bastante cuerdo para despreciar los ídolos, pero demasiado soberbio para someterse al yugo de la fe. Entre tanto los azotes multiplicados que continuaban en afligir el reino de Tonquin y que le tenian como oprimido y agoviado, dieron márgen á pensar que el cielo castigaba alguna grande injusticia; porqué los idólatras mismos se ven forzados á reconocer una Providencia que atiende á todo. Prevenido el Rey con esta idea, mandó que se examinasen de nuevo y sin el menor retardo los procesos de todos cuantos estaban detenidos en las prisiones; que se diese libertad á todos los que fuesen reconocidos inocentes, y que hasta se usase de alguna indulgencia con los culpables. Al momento mismo en que fué dada esta órden, los cristianos de la córte, decididos á no descuidar el menor incidente para la conservacion de sus predicadores, hicieron saber al P. Gil que la ocasion era favorable para recobrar la libertad con tal que quisiese solamente firmar una súplica, que ellos se encargaban de presentar al Rey. Mas la proposicion desagradó en extremo al confesor de Jesucristo; pues no solamente rehusó el dar este paso, sino que rogó tambien con instancia á sus amigos que no diesen ninguno que tendiese á conservarle la vida, porqué todo esto le pareció que podia ser perjudicial al honor de la Religion. ¿No seria de temer, decia, que los fieles se escandalizaran y que los infieles mirasen á los ministros del Evangelio como unos impostores, si miéntras éstos exhortan á los cristianos á sufrir con paciencia y con firmeza todas las adversidades, que pueden sobrevenirles por causa de la fe que profesan, se les viera á los primeros no perdonar medio para no tener que sellar con su sangre la religion que han anunciado? Las súplicas y las instancias del santo misionero mas bien que sus razones hicieron desistir á sus amigos de su empresa. Los que en defecto de una súplica que era imposible arrancarle habian resuelto ofrecer una cantidad de dinero para rescatar su vida y su libertad, no se atrevieron á probar este medio por temor de no ofenderle. Pero escarmentados en cierto modo de lo que les habia sucedido con el P. Gil, no consultaron al P. Mateo Leziniana para obrar en su favor; y los jueces encargados de la revista del proceso confirmando la sentencia de muerte decretada contra el primero, conmutaron la del segundo en una prision perpetua. Pero habiendo observado el

Rey dos sentencias tan diferentes en una causa que era la misma, se denegó á firmarla é hizo remision de la causa al senado. Ántes que este tribunal hubiese dado su decision, esparcióse el rumor entre el pueblo de que uno de los dos predicadores cristianos seria ejecutado y perdonado el otro. En 21 de Enero de 1745 el secretario del tribunal regio pareció confirmar esta noticia, manifestando á los cristianos de la córte que en el dia siguiente el P. Gil debia ser decapitado, sin decir nada del P. Leziniana, cuyo nombre en efecto no se encontraba en el catálogo de los que se destinaban al suplicio. Esta novedad de la que ya casi no se dudaba produjo en todos los ánimos muy distintos efectos. Por de pronto suavizó algun tanto la afliccion y las inquietudes de los fieles, que esperaban conservar á lo ménos uno de sus pastores; aumentó el gozo del P. Gil, que se veia en vísperas de terminar su curso por la mas preciosa de todas las muertes; al paso que una razon contraria hacia derramar un torrente de lágrimas al P. Mateo, el cual atribuia solo á sus culpas la pérdida de la corona del martirio. Vióse entónces lo que rara vez se ve entre los hombres. El que iba á terminar su vida por la mano del verdugo podia apénas contener los transportes de una santa alegría, y el que se creia destinado á vivir tenia necesidad de toda su virtud para moderar su profunda tristeza. El primero se esforzaba en consolar al segundo, el cual en cualquier otro caso hubiera debido ser su consolador. Mas él le consolaba como cristiano: «no os aflijais, le decia, pues el Señor es el que ha ordenado nuestra suerte. Él me llama á mí, y él acepta todavía vuestro trabajo: quiere ser glorificado en todo cuanto os hará hacer para la santificacion de tódos los que le pertenecen. Si hoy se contenta con una víctima no por esto rechaza la otra: vuestro sacrificio no hace mas que diferirse: yo os precedo y vos me seguireis.» Casi todos los cristianos de la córte, á lo ménos los principales, corrieron á un mismo tiempo á las prisiones para dar á porfía á los santos confesores testimonios sinceros de su tierna afeccion. Miéntras que los unos pensaban poder felicitarse con el P. Leziniana, los otros no hallaban palabras bastante fuertes para manifestar al P. Gil el exceso de su dolor; pero si no se tuviera en cuenta la caridad que les impulsaba á hablar y á obrar, pudiera decirse que sus lágrimas no eran ménos injuriosas al uno que sus felicitaciones al otro. El vicario apostólico de la parte occidental del Tonquin, no pudiendo procurarse el consuelo de visitar personalmente á los dos predicadores de la fe en circunstancias que llamaban toda la atencion de los fieles y de los infieles, les envió uno de sus domésticos para saludarlos de su parte, y rogarles que no olvidasen delante del Señor las necesidades de una Iglesia que les consideraba como sus Padres, y para la cual eran siempre mas preciosos. Nuestros misioneros respondieron á esta fineza como debian; y al despedir á este

doméstico el P. Gil en 21 de Enero escribió al prelado que el dia siguiente, consagrado al glorioso martirio de S. Vicente, tendria él mismo la dicha de derramar su sangre por haber predicado la misma fe que el santo Levita habia sellado con la suya. Por la tarde reunió sus domésticos, porqué los cristianos habian conservado siempre algunos á su lado, y á muchos otros que se habian adherido á su persona por el solo gusto de instruirse y de servirle: hizo con ellos las preces ordinarias y muchas de extraordinarias, y les dijo, que hallándose actualmente en una coyuntura semejante á aquella en la que se hallaba Jesucristo en la víspera de su muerte, les dejaba como por testamento lo que su Divino Maestro habia dejado á sus discípulos, es decir, el grande precepto de la caridad á fin de que se amasen los unos á los otros de la misma manera que él los habia siempre amado. Rogóles que le ayudasen con sus oraciones en el combate que iba á sostener, y les dió las mas afectuosas gracias por todos los servicios que con tanto celo le habian prestado en el espacio de ocho años que él habia llevado sus cadenas. Y como todos se enterneciesen en gran manera, el confesor de Jesucristo terminó su discurso, y entró en su aposento para pasar allí la noche en oracion y prepararse por la plegaria á la gracia del martirio. Á las tres de la madrugada dijo por última vez la santa Misa y oyó la del P. Mateo. Todo esto pasó en la casa de la que tantas veces hemos hablado. Así que se hizo de dia, el P. Gil pasó á la prision para despedirse de los demas presos, dar las gracias á los carceleros y repartir algunas limosnas entre los pobres, á los cuales hizo distribuir lo que le quedaba de provisiones, que no consistia sino en arroz. Los soldados destinados á conducirle al lugar del suplicio llegaron sobre las ocho de la mañana: y el P. Mateo Leziniana, que no dejaba ni un solo momento al Santo mártir, no pudiendo ser como él creia el compañero de su muerte, quiso ser á lo ménos el testigo. Pidió pues como una gracia el permiso de seguirle, y no se le negó este consuelo. Salieron pues juntos de la cárcel, y se vieron al momento rodeados ó seguidos de una multitud innumerable de gentiles y de cristianos. Los dos religiosos caminaban el uno al lado del otro rezando sin cesar oraciones, ofreciéndose á Dios como víctimas voluntarias, y pidiéndole por los méritos de Jesucristo la conversion ó la perseverancia de todos aquellos para quienes eran entónces ellos un espectáculo de burla ó de admiracion. Una santa alegría, dice el obispo de Corea, se observaba pintada en el semblante del P. Gil, y una profunda tristeza por el contrario aparecia sobre el del P. Mateo, el cual moria casi de dolor de no poder morir por la confesion de Jesucristo; y estas disposiciones de su corazon se hacian tan sensibles en todo su exterior, que asombrados los idólatras decian en su admiracion: ¿qué son, pues, estos europeos tan poco semejantes al resto de los hombres? Los otros no piden sino vivir, y

estos no desean mas que morir : « *Alii petunt vivere ; Magistri Religionis petunt mori.* » Oyó el Señor los santos deseos que él mismo formaba en el alma de sus servidores ; pues cuando llegaron á la puerta principal de palacio , vióse anunciar al P. Leziniana que en aquel momento mismo los jueces habian dado contra él una nueva sentencia de muerte , y que iba á ser decapitado junto con su compañero. No tardó en presentarse el oficial que debia intimar el fallo. Acercándose al P. Mateo le preguntó primero si entendia la lengua del pais , y sobre su respuesta añadió : « Ya que tú veniste de un reino extranjero para predicar en este la religion de los cristianos , por esto te condena el Rey á perder hoy la cabeza. » — « Gracias doy por ello á Dios » respondió con alegría el santo misionero , como habia hecho en otro tiempo S. Cipriano. El P. Gil imitó asimismo al santo obispo de Cartago , haciendo repartir algunas monedas á los dos carceleros , que por haber tenido la custodia de las cárceles debian segun la costumbre del pais ejecutar la sentencia dada por el senado y confirmada por el Rey. En el lugar mismo del suplicio se dejó á los dos misioneros el tiempo suficiente para hacer una larga oracion pegado el rostro contra la tierra, y en seguida se dieron mutuamente la absolucion sacramental. Los fieles y los infieles tenian fijos sus ojos sobre ellos , y todos parecian poseidos de asombro y de respeto. Un testigo ocular ha dicho en una deposicion , que á corta distancia de aquel mismo lugar habia visto á una mujer anciana que postrada delante de sus idolos les rogaba de todo corazon que salvasen la vida á aquellos dos extranjeros , que tan amables se habian hecho por su mansedumbre y dulzura : « *Eodem tempore aderat aliquanto longius quædam vetula idolorum cultrix, quæ sic precabatur : Vos rogo , Idola , salvate duo illos homines mansuetos.* » Entretanto uno y otro fueron amarrados á una fuerte estaca, y miéntras que con los ojos levantados hácia el cielo ofrecian su sangre y su vida en sacrificio , el magistrado dió la señal , y los ministros de justicia les cortaron la cabeza. En aquel momento los cristianos presentes , que eran en considerable número , exclamaron á una voz : ¡ Ah *Padres nuestros ! nuestros queridos padres !* Y pronunciando estas palabras rompieron las barreras y se lanzaron en tropel dentro el recinto para tributar sus obsequios á los santos mártires. Unos arrancaron tierra teñida en su sangre , otros procuraron llevarse pedazos de sus vestidos ó parte de sus cabellos y todos se dieron prisa á llevarse algo de sus reliquias. Es constante que siguiendo una práctica supersticiosa de los tonquineses , despues de semejantes ejecuciones , tanto los oficiales y soldados como los verdugos acostumbran retirarse con mucha precipitacion por temor de que los mánes de los ajusticiados no les hagan algun mal. En aquella ocasion empero no se retiraron así alentados sin duda ó por el ejemplo de aquella multitud de cristianos , ó por la justa persuasion de que los

que acababan de ser ejecutados no querrian vengar una muerte que habian con tanto ardor deseado y sufrido con tanta alegria. Detuviéronse, pues, allí por largo tiempo sin inquietar á los fieles, ántes bien admirando su devocion y el tierno amor que hácia sus Padres manifestaban tener. El concurso de los cristianos fué tan numeroso, que los ministros de la justicia, á quienes los domésticos de los misioneros habian dado una suma de dinero para lograr sus cuerpos, sus cabezas, sus vestidos y sus cadenas, ni dueños fueron de apoderarse de estos objetos; pero á ello suplió la atencion de los cristianos. Las dos cabezas fueron puestas en manos de un padre jesuita llamado P. Javier, tonquinés de nacion, el cual cuidó de hacerlas llevar la mañana siguiente á un barco en donde se habian ya colocado los cuerpos, y todo fué transportado por aguas al pueblo de Luc-Thuy. Dos otros misioneros dominicos llamados Luis Espinosa y Pio de Sta. Cruz con un número grande de fieles pasaron allá el 26 del mismo mes para celebrar las exéquias. Despues de la misa y del *Te Deum*, que se cantó en accion de gracias por el triunfo de aquellos mártires, sus cuerpos fueron enterrados en la misma casa en la que habian tenido en otro tiempo su residencia ordinaria. Poco tiempo despues el P. Ponsgrau, vicario provincial de la misma Órden y algunos religiosos de S. Agustin, habiendo pasado á Luc-Thuy con el obispo de Corea, resolvieron trasladar los santos cuerpos á la iglesia del lugar; ya sea para que estuviesen con mayor decencia, ó bien por no exponer al cristiano á quien pertenecia la casa en donde se les habia por de pronto enterrado. Esta translacion se verificó con toda solemnidad. Un religioso pronunció un elogio de los confesores de Jesucristo: cantóse por segunda vez el *Te Deum* y se tomaron todas las precauciones posibles para la seguridad de las reliquias. Verdad es que esta ceremonia se hizo delante de mucha gente; pero el fervor y la constancia de estos buenos cristianos eran tales, que podia prudentemente contarse con el secreto. De todo lo dicho fácil es concluir, que en general hay mucha humanidad entre los tonquineses, mucho celo y mucha piedad entre los naturales del pais que han abrazado el cristianismo, y que los usos de aquellos pueblos son muy diferentes de las costumbres de los europeos. Llenos de nuestras preocupaciones, y no juzgando de las cosas sino por lo que entre nosotros se practica, mucho nos costaria el creer que en una córte idólatra y á la vista de un soberano que daba edictos tan sangrientos contra los predicadores de la fe, se encontrase sin embargo un gran número de cristianos, que ni su religion ni su adhesion á los que la anunciaban fuese castigada. Ménos comprehenderíamos aun que despues de una sentencia de muerte dada por los primeros tribunales contra los ministros del Evangelio, se les hubiese dejado por tan largo tiempo en una libertad casi entera de practicar por sí mismos y de hacer practicar á los del pais aquella

religion misma que se esforzaban en destruir. En fin, no se concibe fácilmente que el ministerio público no se diese el menor cuidado para impedir los honores que los fieles tributaban á los restos mortales de aquellos á quienes el Rey y el senado habian hecho morir. Sin embargo, todos estos son hechos jurídicamente probados por una multitud de testigos dignos de fe, y como hemos dicho ya, confirmados con el sello de tres obispos, vicarios apostólicos de aquellas comarcas. Dejamos al lector cristiano que haga sus reflexiones sobre la dulzura de la Providencia y la bondad infinita de Dios, el cual así en nuestros dias como en los tiempos apostólicos hace llevar la antorcha de la fe á pueblos lejanos, sepultados tantos siglos hace en las densas tinieblas del paganismo; sobre la fuerza de la Gracia y la virtud de la fe, que tanto valor infunden, tanta paciencia, tanta firmeza, á ministros escogidos para anunciar la Divina Palabra, y tanta docilidad á los que están predestinados para la vida eterna. Los trabajos, los combates, los sufrimientos de nuestros santos misioneros, su perseverancia en las mas terribles pruebas, su vida y su muerte son nuevos testimonios de la verdad de nuestra Religion, y nuevas pruebas de que en la Iglesia católica es en donde se conservan todavía estos caractéres inequívocos que no se hallan en las comuniones separadas; esto es, el celo por la salud de las almas, el espíritu apostólico, y la gracia del martirio. La siguiente carta que insertamos por conclusion á nuestro artículo, que es del R. P. Eleuterio Güelda, de la Órden de los hermanos predicadores del convento de Valencia en España y misionero apostólico en el Tonquin, dirigida al R. P. Tomas Miguel religioso de la misma Órden, puede dar una idea del estado en que se hallaba la Iglesia en el Tonquin á principios del pasado siglo; así como del celo perseverante de nuestros misioneros y del fervor de aquellos nuevos cristianos, que el fuego de la persecucion parecia multiplicar, como en tiempos de Tertuliano. — « Muy Reverendo Padre: Desde que llegué á la China escribí á vuestra Reverencia para hacerle saber el estado en que yo me encontraba. Mas como aquella primera carta puede que no llegase á vuestras manos, os diré en pocas palabras en la presente que el P. Pedro Bono, el P. Sales y el P. Bel están en Cagayan; el P. Gil y el P. Laberius en Pagasinan, y el hermano Cosme permanece en una casa de campo. El P. Joaquin Royo é yo hemos sido destinados él para la China y yo para el Tonquin, que es el reino mas distante. Partimos de Manila á principios de cuaresma; tuvimos una tan furiosa tempestad que nos vimos á punto de perecer. Yo dejé al P. Joaquin en la China, y atravesé aquel vasto imperio no sin un grande peligro porqué me faltaba el permiso del Emperador, el cual por un edicto habia expulsado á todos los religiosos de Sto. Domingo; pero gracias á Dios nadie me dijo una palabra, lo que no dejó de admirar á muchos. El dia

del Córpus llegué con un compañero en el reino de Tonquin y nos embarcamos: esta navegacion fué un poco larga á causa de los vientos contrarios. Dos diferentes veces corrimos peligro de la vida por haber dado con bandidos que roban y matan: válganos el haber huido y el habernos ocultado. Pasamos por un brazo de mar muy estrecho entre montañas. Yo sufrí mucho en este viaje: obligado á ocultarme durante el dia en el fondo de un barquichuelo, aguardaba la noche con impaciencia para poder respirar. Acabamos nuestros víveres; pero la caridad de los cristianos nos socorrió en aquella necesidad, pues como aquel á quien enviamos para buscar provisiones hubiese dicho á los cristianos que allí habia dos Padres misioneros, la embarcacion se vió desde luego llena de hombres, de mujeres y de niños, que de rodillas nos pedian la bendicion, rosarios ó medallas, de suerte que aquella devocion me conmovió sensiblemente. Todos nos trajeron su pequeño presente, y los que nada tenian para darnos de comer, nos ofrecieron dinero. El dia del Triunfo de la Cruz bajé á tierra ya muy avanzada la noche: me condujeron por caminos muy ásperos, llenos de zarzales y de espinas. Un hombre con los pies desnudos y cubierto de andrajos vino delante de mí, y éste era el R. P. vicario provincial, pues así se ven obligados á vestir los misioneros apostólicos para no ser descubiertos. Durante dos años fué perseguida aquella Iglesia. El Rey por un edicto mandó á todos los cristianos renunciar á la fe de Jesucristo, quemar todas las iglesias y todo cuanto servia para el ejercicio de la Religion, bajo pena si esto no se ejecutaba dentro el término de un mes de ser severamente castigados, condenados á cárcel perpetua, marcados en la frente como los esclavos, azotados con látigo y magullados á martillazos. Y para que este edicto fuese mas fácilmente ejecutado, se prometian cincuenta piastras al que descubriese un cristiano, y mas aun si era un misionero. Concluido el mes, la persecucion fué cruel: nuestros misioneros se ocultaron en alguna casa de hermanas terciarias de Sto. Domingo, que viven en comun, y sirven á Dios con tanta regularidad y fervor, como se hace en los monasterios mas regulares de Europa. Cada noche tienen hora y media de oracion y un poco ménos por la mañana, y pasan todo el dia trabajando. Aumentando de dia en dia la persecucion, llegó á ser tan furiosa, que todo el mundo temia admitir los misioneros. No hubo sino las caritativas hermanas, que sin temer el peligro continuaron siempre en admitirlos. Así es que muchas de ellas fueron terriblemente maltratadas y encarceladas por Jesucristo: lo cual sabido por nuestros religiosos procuraron su rescate por medio del dinero. Quemáronse ciento treinta iglesias de nuestra Órden y muchas habitaciones enteras de cristianos. Gran número de hombres y de mujeres fueron puestos en prisiones: muchos de ellos fueron cruelmente atormentados en presencia del Rey, el cual les hizo azotar por

tres veces: despues les hizo dar cuarenta martillazos sobre las rodillas. Luego que recobraron la salud se paseaban por el palacio, pero siempre con los grillos en los pies. Se puso preso á un obispo que habia sido desterrado, y poco tiempo ántes uno de nuestros religiosos fué descubierto y expulsado despues de haber sufrido muchos tormentos. El edicto del Rey está todavía fijado en las puertas de su palacio; con todo esta persecucion no es ya tan furiosa como lo era al principio, porqué Dios hace estallar su justo furor contra aquel reino. El año último hubo una hambre tan grande que murió mas de un millon de personas. Al presente corren unas enfermedades pestilentes, y creo que no cesarán estos azotes hasta que esté revocado este edicto. Parece que Dios lo haya querido dar á conocer así, valiéndose al efecto de una mujer idólatra, que en el palacio mismo del Rey declaró en alta voz que todas las calamidades del reino eran el efecto de la persecucion excitada contra los cristianos. Un muchacho tonquines en el tiempo mismo de esta persecucion predicaba en todas partes á los gentiles con el celo de un apóstol. El R. P. Juan de Santa Cruz vicario apostólico, con quien habito, le ha examinado y despues de un exámen muy serio ha declarado que encontraba en aquel niño un espíritu elevado y una rara penitencia..... La persecucion continúa entre tanto, bien que con ménos violencia. Poco hace se han prendido á treinta y tres cristianos, y se prenden todos los dias, lo cual nos obliga á permanecer tan ocultos que apénas salimos durante el dia; y aun en la noche no lo hacemos sin grandes precauciones para socorrer á los cristianos y administrarles los Sacramentos. Nunca esta Iglesia ha sido tan floreciente tanto en el número como en el fervor de los cristianos, como lo es en el dia á pesar del fuego de la persecucion. Somos seis religiosos, y cada uno de nosotros cuida de quince mil almas; así como cada uno de nosotros gobierna un número todavía mayor. Los gentiles que se convierten á vista de los rigores de la justicia de Dios, de que acabamos de hablar, son innumerables; por manera que si Dios no nos sostuviera, las fuerzas humanas serian demasiado débiles para tan grande trabajo. Los misioneros pasan las noches y los dias enteros en confesar y bautizar, lo cual no les deja á veces tiempo para descansar un momento, pues no quieren privarse del consuelo de distribuir el pan de la Divina Palabra que estas pobres gentes les piden, no habiendo otros que puedan dársela. Su fervor es tan grande, que nos representa muy al vivo el de los cristianos de la primitiva Iglesia. Algunas veces hemos confesado centenares de personas sin hallar materia de absolucion: derramando torrentes de lágrimas, se acusan de las mas ligeras faltas, como de haber faltado en decir una parte de sus oraciones, de devocion, etc. Los niños de doce años se confiesan de las menores imperfecciones, hasta volver dos y tres veces al confesor. Cuatro ó cinco

jornadas de camino no les dan la menor pena para ir en busca de un misionero; y cuando llegamos á un pueblo somos recibidos como los enviados de Dios, y los fieles nos manifiestan tanta caridad, que muy contentos se quitarian el pan de la boca para darlo á nosotros. Nadie hay, ni aun las niñas de diez ó doce años, que reuniéndose de tiempo en tiempo, no se mueran unas á otras á hacer algun presente de dos ó tres monedas al ministro de Jesucristo cuando llegue al lugar. Raro es que alguno venga á ver al misionero sin traerle alguna cosa, y hay de tan generosos que darian de muy buen grado todo cuanto poséen por rogarle que les encomiende á Dios. Solo los que lo ven pueden creerlo. Mucho tendria que decir sobre esta mision, pues no creo que se halle otra en el mundo en donde haya tanto fruto que recoger. No digo mas, porqué en este momento acaban de avisarme que vaya á ocultarme en otra casa. Hemos sabido que dos religiosos de nuestra Órden han entrado poco hace en el Japon. Quiera Dios por su misericordia conservar aquella afligida Iglesia. Participaréis esta carta á vuestros amigos, y yo suplico á esta santa comunidad que me encomiende á Dios, á quien yo rogaré tambien que conserve vuestra vida por muchos años. En el Tonquin á 15 de Julio de 1715. — Fr. Eleuterio Güelda. — La persecucion contra la iglesia del Tonquin levantada por un edicto en 1713, dos años ántes de la fecha de esta carta, continuaba aun en 1745 á lo ménos por lo que respecta á los misioneros y á los que les admiten. Los azotes y calamidades públicas continuaban tambien despues de treinta y dos años, y todos los cristianos así como la mayor parte de los gentiles estaban persuadidos que estos multiplicados azotes no eran otra cosa que el justo castigo de una persecucion tan cruel como obstinada; y de aquí venia aquel fervor siempre sostenido de los fieles y su multiplicacion. Lo mismo que se practicaba para destruirlos aumentaba á proporcion la multitud de los creyentes. Se les ponia presos, se les atormentaba, se hacia morir á algunos, y su número era cada dia mas considerable. Se derruian sus habitaciones, se quemaban sus iglesias, pero no por esto ellos dejaban de ser constantes en la fe. Toda edad, todo sexo se apresuraba á recibir el Evangelio, á practicarlo, á dar de él testimonio delante de los tribunales. Todo esto nos parece muy bien confirmado, tanto por la carta que acabamos de trasladar como por todo cuanto hemos dicho en la historia del P. Gil de Federic y del P. Mateo Leziniana. — J. R. C.

FEDERICI (El P. Domingo María) escritor sabio y laborioso. Nació en Verona en 1739 de una familia patricia, que habia dado ya al mundo muchos varones ilustres. Habiendo abrazado Federici la vida religiosa en el Órden dominicano, estudió las ciencias eclesiásticas y las Santas Escrituras con notable aprovechamiento. Encargáronle sus superiores la enseñanza de la

teología y de las Letras Sagradas, en cuyo desempeño correspondió á la esperanza que de él habian formado. Fué sucesivamente y durante muchos años catedrático de Udina, de Padua y de Treviso, y en todas partes se portó con distincion, sacando discípulos muy aventajados. En los momentos de recreo visitaba las bibliotecas, y se dedicaba á recoger muchos materiales sobre la literatura y las artes en Italia durante la edad media. Obtuvo de sus superiores el permiso de quedarse en Treviso, á cuya ciudad miraba como su segunda patria, y allí se consagró enteramente á la redaccion de sus obras, hasta que murió en el mes de Diciembre de 1808 á la edad de sesenta y nueve años. Ademas de algunos opúsculos de poco interes tenemos de él: 1.°: *Storia di cavalieri Gaudenti*, Venecia, 1787, dos tomos en 4.°. Esta obra es la historia de cierta Órden que se estableció en Italia en el siglo XIII. Los miembros de la asociacion habian tomado el título de *Caballeros de la gloriosa Virgen María*; pero el pueblo les llamó mas adelante *Los caballeros ó hermanos alegres*, porqué muy luego olvidaron el objeto de su asociacion, pasando la vida entre los placeres. (Véase la *Historia de las Órdenes religiosas* por el P. Helyot IV, 456.) La obra del P. Federici peca por defecto de crítica. El deseo de decir cosas nuevas y singulares hizo que admitiese pormenores completamente fabulosos. 2.°: *Memorie trevigiane sulle opere di disegno*, ibid., 1803, dos tomos en 4.°. Con este título dió el autor la *Historia* del origen y de los progresos de las artes en Treviso desde el siglo XI. Su obra abunda en investigaciones curiosas, pero hay bastantes ideas que no podrian sostener un detenido exámen. 3.°: *Memorie trevigiane sulla tipografia del secolo XV*, ibid., 1805, en 4.°. Ciego por el amor que profesaba á los trevisanos, Federici procuró probar en esta obra que la pequeña ciudad de Feltre es la verdadera cuna de la imprenta, apoyándose para esto en un antiguo manuscrito y en el testimonio de Antonio del Corno, quien en sus *Memorie istoriche della città di Feltre* (Venecia, 1710, en 4.°) se aventura á decir que Pamfilio Gastaldi, ciudadano de Feltre, conoció desde 1456 el arte de la imprenta con caractéres movibles, y que Fust llevó á Alemania este secreto que habia obtenido de Gastaldi; pero á pesar de que esta opinion va revestida de alguna verosimilitud no hay necesidad de refutarla. La obra de Federici se divide en tres partes; en la primera el autor expone y sostiene la paradoxa de que acabamos de hablar. La segunda contiene el catálogo cronológico de los libros impresos en Treviso desde 1471 hasta 1500 en número de noventa y cinco; y la tercera comprehende la historia literaria de esta ciudad durante el mismo período de tiempo. Á continuacion el autor ha reunido con el título de, *Documenti anedotti*, los documentos preliminares de las doce obras principales impresas en Treviso en el siglo XV, y finalmente la epístola dedicatoria de la primera

edicion del *Diccionario* de Calepino, porqué Poncio Verunio de Treviso fué uno de los impresores y el corrector de este libro. 4.° : *Esamine critico-apologetico della letteratura trevigiana del secolo XVIII sino á nostri giorni, esposta del'autore della Letteratura veneziana,* (el P. Moschini) Venecia, 1807, en 8.°. Léjos de confesar que él habia exagerado en sus otras obras el mérito literario de los trevisanos, emplea este libro en exaltar al P. Moschini, contra el cual habia lanzado algunos rasgos bastante satíricos, y quien le contestó con vivacidad en el tomo IV de la *Letteratura veneziana*, pág. 70 y siguientes. En el *Giornale dell' italiana letteratura* se encuentra una noticia detallada sobre el P. Federici, Padua, 1808, tomo XXIII; y el abate Luis Federici su sobrino le consagró otro artículo en los *Elogi istorici de' piu illustri ecclesiastici veronesi*, Verona, 1819, tomo III. — J. M. G.

FEDERICI (D. Plácido). Nació en Génova en 1739; abrazó la vida religiosa en la célebre congregacion de Monte Casino; se consagró enteramente al servicio de Dios y al estudio de las antigüedades eclesiásticas; y sus méritos le elevaron á la dignidad de vicario general de la abadía de Volterra, la que desempeñó con el celo y prudencia que debian prometerse de un hombre que conocia perfectamente á los hombres, y que á cada uno sabia tratar segun su carácter y circunstancias. Como su pasion favorita era el estudio, destinaba á él todos los momentos que tenia libres despues de llenar las obligaciones anexas á su estado y á la posicion que ocupaba. Murió Federici en 1785 á la temprana edad de cuarenta y seis años, habiéndose adquirido ya la reputacion de un sabio consumado. No habia publicado, sin embargo, mas que el primer tomo de la historia del monasterio de Pomposa con este título: *Rerum pomposianarum historia, monumentis illustrata*, Roma, 1781, en 4.°. Este tomo, del cual el Papa aceptó la dedicatoria, hizo sentir vivamente que el autor no hubiese podido terminar la obra, que debia darle un lugar señalado entre los eruditos mas laboriosos de su tiempo, y que debia conducirle por precision á las primeras dignidades de la Iglesia, destinadas bajo el pontificado del gran Pio VI para recompensar el mérito de los varones eminentes en virtud y en letras. — O.

FEDERICO DE RATISBONA. El *Diario de Santos y Beatos de la Órden de S. Agustin*, que escribió en idioma italiano el P. Arpe del convento de Génova, hace mencion de este Santo en el dia 1.° de Diciembre. Pocas noticias nos ofrece de su vida extractadas de Curcio, y todas ellas se reducen á presentarle como un Santo en íntima comunicacion con el cielo en el estilo acomodado á la candidez de aquella época. S. Federico no conocia género alguno de literatura; mas no por esto fué ménos favorecido por el poder de Dios. Refiérese de él que tenia tal familiaridad con los ángeles, que en lugar suyo asistian á los enfermos, y que en la primavera le llevaban las rosas para

adornar el altar. Profesaba el mas tierno afecto á los indigentes y necesitados; añadiéndose que para que el prelado no descubriese las limosnas que les daba convirtió el pan en leña y la leña luego en pan. Tenia el don de milagros y de profecía, y solo con el tacto curaba á los enfermos. Su mas bello ornamento era la obediencia, la cual brilló sobre todo cuando estando para acercarse á la sagrada mesa, con las ansias mas ardientes para recibir al Señor, á una órden de su superior fuése al lugar donde está la leña para escogerla; y en premio de su obediencia allí mismo encontró un ángel que le esperaba y le dió á comer el Sagrado Cuerpo: ¡tan cierto es que la obediencia es la mayor de las virtudes! Todo otro manjar le causaba hastío y le provocaba á nausea; y en el año 1329 á 30 de Noviembre pasó á comer de aquella cena de la cual aquel que gusta no morirá jamas. En Ratisbona se venera su memoria y las tablillas y ex-votos que se ven al rededor de su sepulcro atestiguan el mérito y poder de su rara santidad. ¡Confúndase la sabiduría del mundo con las virtudes de este sabio ignorante y sepa que el paraiso no está precisamente lleno de nobles, de ricos y de grandes del siglo, sino de pobres de espíritu, de humildes de corazon y de siervos de Jesucristo; pues se vale muchas veces de los débiles para confundir á los fuertes, de los pequeños para confundir á los grandes y de los ignorantes para confundir á los sabios!— C.

FEDERICO (S.). Al hacer mencion de este Santo mártir se hace mencion igualmente de Fabiano, Leonardo y otros treinta y cinco compañeros tambien mártires. Duró algun tiempo la persecucion suscitada por el emperador Lucio Cómodo; pero lo mas fuerte y cruel de esta persecucion y los mayores trabajos y apuros en que se vieron los cristianos fueron á mediados del siglo segundo de nuestra era, á saber, desde el año 152 hasta el de la muerte de aquel Emperador, que se verificó en 154. El célebre cardenal Baronio nos refiere la multitud de los que padecieron en Roma; y como el presidente seguia tan á la letra las huellas del Emperador le pareció que lo mismo debia practicar en la ciudad de Caller, en donde hizo sufrir á muchos el martirio, y entre otros á S. Federico y á sus treinta y cinco compañeros. En tiempo de la primitiva Iglesia fueron innumerables los que se convirtieron á la fe de Cristo por haberse arraigado profundamente en aquel pais la divina semilla plantada por los Santos Apóstoles, y por las buenas disposiciones de aquellos moradores. Muchos de ellos ofrecian á la cuchilla su dócil garganta, y al fuego sus delicadas carnes solo por el amor y la defensa de la fe de Jesucristo. Entre los innumerables que mandó encarcelar el bárbaro presidente se cuentan estos treinta y cinco, tres de los cuales eran bien conocidos, á saber, Federico, Fabiano y Leonardo. Estos como principales caudillos del escuadron fueron los primeros que se apresuraron á publicar y

confesar delante del presidente y de todo el pueblo la fe santa que profesaban. Tanta intrepidez asombró al tirano y lastimó su orgullo; y temiendo no poderles hacer perecer á todos por su multitud, mandó degollar estos tres Santos y luego tras ellos el escuadron de los treinta y cinco mártires, que todos laureados de gloria subieron en triunfo á la eternidad. Recogieron los cristianos los santos cuerpos, y despues de haberlos tenido escondidos y sepultados en lugares secretos fueron expuestos por ellos á veneracion y trasladados al templo y santuario de S. Lucifero, en la segunda capilla junto á la de S. Sisinnio. Quiso Dios que se hallase el lugar y capilla de este entierro, en el año 1615 á los 21 de Marzo, con una inscripcion en mármol, que dividida en dos partes ó lados resultaba unido el epitafio siguiente: *Beatorum Sanctorum Martyrum numero triginta quinque Federicus, Fabianus, Leonardus et aliorum Sanctorum*, sobreentendiéndose la palabra *corpora* para completar el sentido: resultando de que allí descansaban los cuerpos de los bienaventurados treinta y cinco mártires, Federico, Fabiano, Leonardo y demas Santos compañeros. Esta inscripcion estaba dentro de la sepultura, que se hallaba á mucha profundidad, y de ella se sacaron todos los restos ó despojos mortales, contándose las cabezas ó cráneos hasta el número de treinta y cinco, y se mandaron llevar á la catedral para colocarlos en el santuario y darles allí el culto y la veneracion debida á los mártires Santos, que derramaron heróicamente su sangre por confesar á Jesucristo. Muchisimos fueron los testigos de esta invencion, los cuales pueden verse en el *Santuario de Caller* que escribió el P. Esquirro. Segun refiere Dionisio Bonfant, autor de los *Triunfos de los santos del reino de Cerdeña*, la Iglesia celebra la invencion de estos sagrados cuerpos á 21 de Marzo. —N. A. T.

FEDERICO (S.) obispo y mártir, hijo de un grande de Frisia en los Paises Bajos. Fué confiado bajo la tutela y direccion de S. Ricfrido, obispo de Utrech, quien luego que reconoció en el jóven Federico un gran fondo de virtud y de ciencia le confirió el sacerdocio, confiándole ademas los asuntos mas importantes y delicados de su diócesis, en los cuales se portó Federico con aquel celo, prudencia y habilidad que era de esperar del digno discípulo de tan gran maestro. Despues del feliz tránsito de S. Ricfrido, deseando el pueblo y el clero buscar un sucesor que llenase cumplidamente la vacante que acababa de dejar un Santo, pusieron los ojos sobre Federico, y no dudaron que atendida su gran virtud y su capacidad era el único que podia hacerles ménos sensible la pérdida del varon justo á quien apellidaban *Padre del pueblo*, y con esta fundada esperanza le eligieron obispo. Federico, siguiendo los impulsos de su grande humildad, rehusó aquella muestra de confianza, alegando que no se consideraba con fuerzas suficientes para so-

brellevar el peso de una dignidad ejercida con tanto acierto por su antecesor; reiteró las súplicas, y por último se denegó resueltamente, siendo necesario para hacerle aceptar que Luis *el Pio* interpusiese su autoridad. Este Emperador quiso presenciar su consagracion, á cuyo fin invitó para que le acompañasen en aquel acto á todos los obispos de la córte. Regresó Federico á Utrech donde fué recibido como en triunfo, porqué las almas piadosas sabian ya cuan amigo era de Dios y cuanto se interesaba en bien de la humanidad desvalida. En efecto, Federico desplegó el celo propio de un Santo. Convirtió á los habitantes de la isla de Walcheren, que se hallaban abandonados á horrorosos incestos, y abolió en su diócesis todo lo que quedaba de las supersticiones de la idolatría. Habiendo llegado en este intermedio á su noticia que existia un gran número de herejes en la Frisia, que combatian el misterio de la Trinidad, y de los cuales los unos seguian los errores de Sabelio y los otros los de Arrio, marchó inmediatamente allí para vencer á los espíritus obstinados y reducirles á la verdadera creencia; oponiendo á las armas del orgullo las de la dulzura y de la humildad, á las del fanatismo las de la pureza de la fe, y á la ignorancia la sabiduría de Dios vertida en los Libros Santos; y no cabe duda que estos preparativos le aseguraron el triunfo de la religion católica: de modo que á su entrada triunfal en el templo del Señor presentó al pie de los altares un gran número de convertidos sinceramente, y pudo decir: *¡Dios mio, estos hijos poco ha desgraciados esclavos del espíritu de perversidad han recobrado ya su libertad completa viniendo á reunirse con sus hermanos los católicos para ensalzar la gloria vuestra, Señor, que sois el Rey de los reyes, el padre de las misericordias!* Este grande y bello triunfo dió motivo á S. Federico para componer un pequeño símbolo amoldado, digámoslo así, con el de S. Atanasio, que envió á los cura-párrocos de su diócesis con el objeto de explicar á sus parroquianos el misterio de la Trinidad. De Frisia regresó á Utrech, donde pocos años despues vinieron dos asesinos armados de puñales para sacrificar su preciosa existencia porqué impedia los matrimonios incestuosos. Á fin de consumar este horroroso atentado aguardaron que el prelado concluyese la celebracion del santo sacrificio de la misa en la capilla de S. Juan Bautista, que era donde se habian escondido; y en efecto en aquel lugar sagrado clavaron los puñales en el pecho del santo pastor, eclipsando de este modo el sol de la piedad y de la sabiduría que brillaba en Utrech con tanta magnificencia. La historia de este Santo obispo insertada por Surio y por Molano, y cuyo manuscrito se conserva en el archivo de la iglesia de Utrech, dice que estos asesinos fueron enviados por Judith, segunda mujer de Ludovico *Pio*, la cual aborrecia en el fondo de su corazon á S. Federico porqué desaprobaba su matrimonio con el Emperador por creerlo incestuoso, y por haber resuelto excomulgar

á esta princesa sino se separaba de Luis. Antonio Godean, obispo de Veuce, en el tomo V de su obra titulada: *Historia de la Iglesia desdel principio del mundo hasta á fines del siglo IX*, Paris, 1653 á 1678, cinco tomos en folio, participa de la misma opinion y añade, que el asesinato de S. Federico fué una de las causas que contribuyeron á hacer á Judith mas odiosa á los obispos y á los grandes del reino. Baronio asegura lo mismo en sus *Notas sobre el martirologio*; pero en el año 838 de sus anales abraza otra opinion contraria, y cree que este crímen fué imputado á Judith por los enemigos de Ludovico *Pio* y por los partidarios de los hijos del primer matrimonio. En lo que no cabe la menor duda es, que S. Federico murió en defensa de la ley evangélica, y que mereció justamente el nombre de mártir, como se lo da la Iglesia en su martirologio en 18 de Julio. La muerte de S. Federico aconteció en el año 838. — J. M. G.

FEDERIGUI (D. Juan). Este célebre sevillano ennobleció extraordinariamente á su familia, añadiendo al escudo de sus armas uno de los mas bellos emblemas á que pueden aspirar los hombres; el de una virtud perfecta. Abrazó el estado eclesiástico y ejerció este sublime ministerio con celo, piedad y sabiduría, y á sus méritos debió los honoríficos empleos de camarero secreto del papa Urbano VIII, de quien era pariente, el de inquisidor apostólico del tribunal de Sevilla y de canónigo y de arcediano en la santa iglesia de la misma ciudad. Tan elevados destinos exigian celo, prudencia y extensos conocimientos en las Letras Sagradas, y la mejor prueba del mérito de Federigui es haberlos desempeñado con singular acierto. Hasta aquí hemos juzgado á este varon ilustre particularmente como á sabio, y bajo esta calidad se hizo acreedor al aprecio de los hombres mas eminentes de su época. No fué menor la consideracion que se adquirió por su insigne piedad y por su amor á los pobres. Su vida era frugal, sus costumbres irreprehensibles, su carácter sumamente bondadoso, y su trato dulce y suave para con todos. Estaba tan enamorado del augusto sacramento de la Eucaristía, que el dia que no podia celebrar el santo sacrificio de la misa, comulgaba para no privarse del pan de los ángeles; su devocion á la Vírgen Santísima no conocia límites; pasaba horas enteras postrado al pie de los altares derramando copiosas lágrimas de ternura. La pobreza para él tenia un atractivo sin igual, y nunca estaba mas contento que cuando podia auxiliar á la humanidad desvalida, de modo que cuanto poseia puede decirse que no lo contaba suyo, pues lo distribuia con mano liberal á la iglesia y á los pobres. Regaló dos ricas lámparas de plata á la catedral para que sirviesen de adorno de la capilla donde se veneraba la imágen de Ntra. Sra. de la Antigua, dejando renta suficiente para que ardiesen de dia y de noche. Las religiosas de los conventos de Sta. María de Jesus, de Sta. Teresa, de las

Mínimas de la calle de la Sierpe y las del convento de los Reyes, le proclamaron bienhechor suyo porqué todas recibieron inequívocas pruebas de su munificencia. Refieren que en cierta ocasion habiendo dotado á una doncella desvalida que deseaba entrar en clausura, pero que le faltaban los medios, el dia que esta vírgen profesó al separarse Federigui de la funcion se le acercó una pobre de angelical belleza que llevaba un niño en los brazos. Quiso el buen canónigo satisfacer su aparente necesidad como tenia de costumbre, mas quedó deslumbrado oyéndosele pronunciar dentro el coche donde iba estas palabras: *Señora, ¿qué hace Vuesa Majestad?* Refieren tambien que en otra ocasion llevando en su coche á un pobre enfermo que conducia al hospital, á su regreso se le acercó uno que le pareció ser otro mendigo, pero se llenó de asombro cuando observó que tenia en cada una de sus manos una llaga impresa. *¡Pobre de mí!* exclamó entónces, *¿qué haceis, Señor, con este vil gusano?* Ocho años ántes de su muerte dió toda la plata que poseia á las iglesias, distribuyó abundantes limosnas, redobló sus actos de piedad, y desde entónces continuó preparándose como si Dios le llamase ya á la eternidad. Siguió constantemente sus actos de fervor, y habiendo llegado á una edad decrépita entregó su alma al Criador, piadosamente hablando, en 1679. Celebráronse con gran pompa sus funerales, pronunciando la oracion fúnebre el P. Pedro de Zapata que se esmeró en presentar una verdadera pintura del hombre justo. — G.

FEDLIMIDO ó FELIMI (S.) obispo de Kilmora y confesor. Muchos pormenores se ignoran de la vida de este Santo, del cual hablan Colgan en sus manuscritos y Ware, y cuya conmemoracion se hace el dia 9 de Agosto. Sábese, sin embargo, que vivió en el siglo VI y se dice haber sido hermano de S. Dermod, abad de Yniscloghram, que es una isla del rio Shannon, entre Connaught y el condado de Longford. Murió en el mismo dia en que se celebra su memoria que es el 9 de Agosto; y parece ser el mismo que en el registro de Clogher se titula obispo de Cluain ó Clunes, y dice haber sido enterrado allí cerca de S. Tigernach, que fué primer obispo de aquella silla. Estos dos hermanos fueron contemporáneos de S. Kiaran de Clonmagnois que murió en el año 549 y de S. Senan que falleció en 544. S. Fedlimido fué obispo de Kilmora, cuyo nombre significa grande iglesia ó celda; bien que el obispado no se fijó en Kilmora, en la iglesia mayor de S. Fedlimido que ántes fué tan solamente parroquia y es ahora catedral, hasta el año 1454 por confirmacion del papa Nicolao V y es muchas veces llamada *Brefiniensis* ó *Triburnensis* por haber estado ántes en Brefiny ó Brefne y despues en Triburna, que actualmente es un lugar de muy poca consideracion. La festividad de S. Fedlimido se guarda con la mayor solemnidad en toda aquella diócesis con octava y jubileo. — C. R.

FEDRO ó PHEDRE (Tomas) profesor de elocuencia en Roma hácia fines del siglo XV y á principios del XVI. Era tan grande su elocuencia atendida la época en que vivia, que pasaba por el Ciceron de su siglo. Abrazó el estado eclesiástico, y obtuvo una canongía en la iglesia de Latran y el empleo de guarda de la biblioteca del Vaticano. Debió, segun dicen, desde un principio su fortuna á la representacion del Hipólito de Séneca, en cuya comedia desempeñó el papel de Fedro, y desde entónces fué conocido por este nombre. Su muerte fué bastante singular. En cierto dia que salió de la ciudad montado en una mula halló por el camino un carro tirado por dos bueyes salvajes. La mula se espantó y derribó al ginete, que vino á caer debajo del carro; mas como por fortuna no le tocasen las ruedas no recibió lesion notable. Sin embargo este incidente le ocasionó un pasmo tan extraordinario, que helándosele la sangre contrajo una enfermedad de la que no pudo curar. Si hubiese vivido mas tiempo, dice un autor, no hay duda que hubiera publicado algunas obras de su composicion. Parrasio que le estaba obligado por el interes con que Fedro le habia recomendado al papa Julio II habla de él con elogio y cita algunas de sus obras. Se dice tambien que su lengua valia mucho mas que su pluma; esto es, que hablaba mucho mejor de lo que escribia. Vosio cree que este profesor romano es el autor de las *Antigüedades de la Etruria*, que se publicaron bajo el supuesto nombre de Próspero.—O.

FE'E (Andres Le). Nació en Ruan en 8 de Diciembre de 1625; entró en el Órden de Sto. Domingo en 2 de Febrero de 1642, y habiéndole enviado sus superiores á Paris para estudiar la filosofía y la teología se graduó de licenciado en 1658, pero no recibió el bonete de doctor hasta 1678. Gozó de grande consideracion en su Órden; desempeñó varias veces y en diferentes conventos el cargo de prior, y por último lo fué del de Santiago de Paris. Dotado de gran talento para la predicacion, ostentó su elocuencia en varias catedrales, y continuó haciéndose admirar tanto por su piedad como por su sabiduría hasta su muerte acontecida en 29 de Noviembre de 1717 á la edad de noventa y dos años ménos nueve dias. Habia prometido muchas obras, pero no publicó mas que una titulada: *Idea de predicadores*, Ruan, 1701. —O. R.

FEGELLI (Francisco Javier). Nació en Rota, en el canton de Friburgo en 1690; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en 1710; enseñó teología durante doce años, y murió en Friburgo en 1748. Estas son las únicas noticias que se tienen de Fegelli. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *De munere confessarii*. 2.ª: *De munere pœnitentis*. — O.

FEGIEL ó PHEGIÉL, hijo de Ochrán, príncipe de los hijos de Asér. En el cap. VII de los *Números*, en el que se trata de las ofrendas que hicieron las doce tribus en la dedicacion del Tabernáculo y del altar; en el ver. 72 y

siguientes se lee, que Fegiel ofreció una escudilla de plata que pesaba ciento treinta siclos, una taza que tenia setenta siclos, al peso del santuario, uno y otro lleno de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio. Un morterillo de oro que pesaba diez siclos lleno de incienso. Un buey de la vacada, y un carnero, y un cordero de un año para el holocausto; y un macho de cabrío por el pecado: y para las hostias de los pacíficos dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío, cinco corderos de un año. Esto aconteció en el año del mundo 2514, ántes de Jesucristo 1486, ántes de la era vulgar 1490. — O. A. R.

FEIJOO. (Véase Feyjoo Benito Gerónimo).

FEIJOÓ DE VILLALOBOS. (Véase Feyjoo Juan).

FELAN ó FOELAN (S.) abad. El nombre de este Santo, poco conocido entre nosotros, es famoso en los antiguos calendarios de Escocia y de Irlanda. Tuvo la dicha de nacer de una madre santa, pues sus piadosos padres eran Ferjach y Sta. Kentigerna, los cuales ya desde su cuna le inspiraron el mas ardiente amor á la virtud. Cuando nuestro Santo llegó á la edad de las pasiones estuvo ya felizmente prevenido contra los funestos atractivos del mundo, tanto mayores en él en cuanto eran acompañados de un linaje ilustre y de una no comun opulencia: dos calidades que suelen envanecer el espíritu con un ascendiente irresistible, pero que si llegan á vencerse se convierten en brillantes trofeos de la mas elevada victoria. Felan pues se hizo superior á ellas, supo conocer toda su caducidad y apariencia, y aspirando á una nobleza mas sublime cual es la de servir de cerca al Rey de la gloria y ser su ministro en la tierra, recibió el hábito monástico de manos de un abad llamado Mundo; y creciendo en él el fervor y la caridad á medida que mas adelantaba en la vida interior, pasó largos años en el retiro de una celda algo distante del monasterio y no léjos de la de S. Andres. Pero su santidad misma se opuso á que conservase por mas tiempo su amado retiro, del cual tuvo que salir por haber sido nombrado abad, y en este alto destino, en donde peligra mas la virtud porqué está mas expuesta al soplo de las vanidades humanas, fué donde su santidad brilló con mas resplandor. Pasados algunos años procuró aligerarse de este cargo que renunció para volver á su soledad querida; y en efecto se retiró con un tio suyo hermano de su madre llamado Congañ á un lugar que tenia por nombre Siracht, sitio montuoso de Glendarchí, en el dia Fifeshire. Allí en compañía de otros siete compañeros virtuosos y contemplativos edificó una iglesia, junto á la cual estuvo sirviendo á Dios por el espacio de muchos años. Vivia allí una vida puramente interior, de la cual apénas se tiene idea en el siglo, porqué es la vida del espíritu abstraido enteramente de los objetos materiales y no concentrado como los filósofos solitarios en la meditacion de la ciencia, que

deja gran parte de vacío así en el entendimiento como en el corazon, sino con el amor de Dios fomentado por la contemplacion de las cosas divinas, que llena enteramente todos los deseos y afecciones del alma y la deja plenamente satisfecha. El Señor por su parte le glorificó aun en la tierra, concediéndole un portentoso don de milagros, hasta que por fin le llamó al premio de sus trabajos y servicios en el dia 9 de Enero, en el siglo VII. Se le dió sepultura en Straphillina, donde sus reliquias se conservaron largo tiempo y recibieron veneracion de los fieles. En las lecciones del breviario de Aberdona se refiere esta vida tal como acabamos de ver, y los historiadores escoceses atribuyen á la intercesion de este Santo una memorable victoria ganada por Roberto Bruce en el año 1314 contra un numeroso ejército de ingleses en Bannocborn, no léjos de Sterlinga, en el reinado de Eduardo II rey de Inglaterra, el cual apénas pudo escapar, viéndose obligado á pasar el Tweda en un barquichuelo acompañado de uno solo de sus vasallos. Véase á Lesly y á Boecio, y adviértase que Chatelain confunde equivocadamente á este Santo con S. Finan, obispo de Lindisfarne. — N. A. T.

FELDAS ó Pheldas. En el Génesis, cap. XXII, que trata entre otras cosas de la serie de los hijos de Nacor ó Nachór, en el versículo 22 se hace mencion de Feldas. — O.

FELELÍA ó Phelelía hijo de Amsi. En el libro II de *Ésdras*, cap. XI, que cita los nombres de los que habitaban en Jerusalem y en las ciudades de Judá y de Benjamin, despues de la reedificacion; en el versículo 12 se lee: « Y los hermanos de estos empleados en los ministerios del templo: ocho cientos veinte y dos. Y Adaía hijo de Jerohám, hijo de Felelía, hijo de Amsi, hijo de Zacarías, hijo de Pheshúr, hijo de Melchías. — O. R.

FELETH ó Pheleth, hijo de Fallú ó Phallú de la tribu de Ruben, fué padre de Hon y de Jehiel. En los *Números* cap. XVI, que trata de la sedicion de Coré, Dathán y Abirón, se lee en el primer versículo. «He aquí que « Coré hijo de Isaar, hijo de Caath, hijo de Leví y Dathán y Abirón hijos de « Eliab, y Hon hijo de Feleth de los hijos de Rubén se levantaron contra « Moisés y otros doscientos y cincuenta hombres de los hijos de Israél, que « eran los principales de la sinagoga, y que en tiempo de concilio eran lla- « mados por sus nombres. » — O.

FELETI Pheleti Pheletías ó Phelthías hijo de Banaías, príncipe del pueblo que vivia en tiempo de Sedecías rey de Judá y que se opuso á los saludables consejos que daba Jeremías, esto es, de someterse al rey Nabucodonosor (1). Hallándose Ezequiel cautivo en Mesopotamia tuvo una vision en la cual

(1) Compárese lo que se lee en Ezequiel cap. XI, ver. 3; esto es, *Hæc est lebes, nos autem carnes*, con lo que dice Jeremías cap. I, 13: *Ollam succensam ego video.*

vió en la puerta del templo de Jerusalem viente y cinco hombres de los cuales los mas notables eran Jezonías hijo de Azúr, y Pheltías hijo de Banaías, « príncipes del pueblo. Y le dijo el Espíritu del Señor: « Hijo del hombre « estos son los varones que piensan maldad, y tratan un consejo pésimo en « esta ciudad, diciendo: ¿por ventura no han sido labradas poco ha las casas? « esta es la caldera, y nosotros las carnes (1). Por tanto profetiza acerca « de ellos, profetiza, hijo del hombre; esto es, hasles ver cuan desacertada- « mente discurren y las calamidades que van á sufrir. — Y se echó sobre « mí el Espíritu del Señor, y me dijo: Habla: Esto dice el Señor: Así ha- « beis hablado, casa de Israél, y yo conozco los pensamientos de vuestro co- « razon. Habeis muerto á muchísimos en esta ciudad, y habeis llenado sus « calles de muertos. Por tanto esto dice el Señor Dios: vuestros muertos, « que pusisteis en medio de ella, estos son las carnes, y ella es la caldera; « mas yo os sacaré de en medio de ella: La espada temisteis, y espada « traeré sobre vosotros, dice el Señor Dios. Y os echaré de en medio de ella, « y os daré en mano de enemigos, y haré juicios sobre vosotros. Á espada « caeréis: en los términos de Israél os juzgaré, y sabreis que yo soy el Se- « ñor. Esta no será para vosotros caldera, ni vosotros sereis carnes en me- « dio de ella: en los confines de Israél os juzgaré. Y sabreis que yo soy el « Señor: por cuanto no anduvisteis en mis mandamientos, y no hicisteis « mis juicios, sino que os portasteis segun los juicios de las gentes, que es- « tán al rededor de vosotros. » Y miéntras Ezequiel estaba profetizando, murió Feltías hijo de Banaías. — J. M. G.

FELETZ (Cárlos María Dorimond de). Nació en 1767 en Brivela-Gaillarde y vino á Paris en 1782. Cursó sus estudios en el colegio de Sta. Bárbara, y por espacio de tres años fué allí profesor de teología y de filosofía. En la edad de veinte años abrazó el estado eclesiástico. En los aciagos dias en que estalló la revolucion el abate Feletz manifestó su oposicion á los nuevos

(1) Este versículo es algo obscuro y por lo mismo conviene citar lo que Jeremías les decia cuando les exhortaba que si querian vivir se entregasen á los caldeos. « Esto dice el « Señor, exclamaba, cualquiera que se quedase en esta ciudad morirá á cuchillo y de ham- « bre, y de peste: mas el que huyere á los caldeos, vivirá y será salva su alma, y vivirá. « *Jerem. XXXVIII*, 13. » Á lo que contestaban que no debian temer á los caldeos, hallándose como se hallaban en una ciudad bien fortificada y defendida; y replicando Jeremías que el Señor le habia hecho ver á Jerusalem como una olla encendida, esto es, entregada á los caldeos para que la abrasasen, riéndose ellos temerariamente de Jeremías contestaban; « Si « Jerusalem es la olla ó la caldera, nosotros seremos las carnes que estaremos dentro de esta « olla y así no echados de ella, como nos lo amenazan estos profetas contradiciéndose unos á « otros; Ó tambien: Si es como lo dices, esta ciudad es la olla ó la caldera y nosotros como « la carne seremos cocidos en ella; pues preferimos perecer aquí dentro que doblegar la ser- « viz al yugo de los caldeos como nos persuade Jeremías. » Finalmente, hablando por irrision daban á entender que no temian que les aconteciese cosa alguna.

principios; y su obstinada resistencia á prestar el juramento constitucional que de los sacerdotes se exigia motivó que fuese por dos veces condenado á la deportacion y hasta permaneció en la rada de Rochefort durante once meses. En 1801 volvió á Paris y fué incorporado á la redaccion del *Diario del Imperio*, en el que trabajó hasta 1816. Fiel siempre á sus principios, no dejó escapar la menor oportunidad para manifestar su aversion por los beneficios de las nuevas instituciones y vino á ser el digno colaborador de Geoffroy. En 1809 y 1810 fué otro de los literatos que probaron restablecer el *Mercurio*. Los títulos literarios del Sr. de Feletz son, ademas de sus *artículos* de periódico, una *Noticia sobre la vida del arzobispo de Cambrai*, las *Reflexiones sobre el Telémaco* que preceden la bella edicion de esta obra publicada en la imprenta de Taillard en dos tomos en 4.°, y *notas* sobre un canto del poema de la *Imaginacion*, edicion de 1816. Cuando se creó la comision de exámen de los libros clásicos de la universidad, el Señor de Feletz habia sido nombrado otro de sus miembros, y desde el año 1809 era conservador de la biblioteca Mazarina. En Abril de 1815 el general Carnot entónces ministro del interior le destituyó, pero le fué devuelto este destino despues de la segunda vuelta del Rey, y lo ocupaba todavía en 1822; y desde 1816 fué continuado en la lista de los literatos que recibian una pension de la casa real. — C.

FELGAR (Raimundo del) obispo de Tolosa. Era este personaje de la antigua familia de los barones de Miramonte, y se hallaba estudiando en la escuela de Tolosa cuando Sto. Domingo echaba en aquella ciudad los primeros fundamentos de su Órden. La santidad del bienaventurado patriarca y la de sus compañeros, como un ejemplar vivo y poderoso de la mas consumada virtud, inspiró al jóven alumno el desprecio de las vanidades de la tierra y un ardiente deseo de su eterna salud; presentóse al Santo fundador, el cual con el mayor júbilo le admitió en el número de sus discípulos, y tomó bajo su particular cuidado el hacerle adelantar en la virtud. Cultivaba el Santo una tierra fecunda y bien dispuesta y sus atenciones produjeron todo el fruto que se podia esperar. Aplicóse desde luego á la mortificacion de las pasiones, á la oracion y al estudio; y esforzándose en imitar todo lo que veia perfecto en la conducta de sus hermanos, Raimundo se hizo en breve tiempo un insigne teólogo, un elocuente predicador, un hombre interior, y un perfecto religioso. Su prudencia y habilidad en los negocios y su sabiduría en la direccion de los espíritus resplandeció en los diferentes empleos que le fueron confiados por los superiores de la Órden. Pero colocado en un lugar mas eminente dió aun pruebas mas luminosas de lo que era. Todas sus bellas calidades que le hacian apreciar de sus hermanos le captaron tanto el afecto de Fulcon obispo de Tolosa y de su clero, que segun Guillermo de

Poggio-Lorenzo en su crónica, habia aquel dado á manifestar algunas veces que moriria contento cuando pudiese prometerse de tener á Raimundo de Felgar por sucesor. *Scio et ipse hominem, cui venerabilis decessor ejus, dum adhuc viveret, non tantum de præsenti quam etiam de futuro sollicitus, ut diligentem haberet, in quo ipse laboraverat, et desierat successorem; de ipso quod novarat, et secum sæpe habuerat, quod idoneus esset, ut sibi videretur fecit aliquam mentionem. Unde ex post facto præsumsi, quod ipse id obtineret apud Dominum.* Sus votos fueron escuchados, por cuanto despues de su muerte, que acaeció en 25 de Diciembre del año 1231 Raimundo entónces provincial de la provincia de Provenza fué elegido obispo de Tolosa por voto unánime del cabildo de S. Estévan. Gualtero obispo de Tournay, legado de la Santa Sede, confirmó aquella eleccion, y el nuevo obispo fué consagrado en la cuarta dominica de cuaresma del año 1232. Caminando fielmente sobre las huellas de su ilustre predecesor, manifestó siempre la misma vigilancia sobre su rebaño y el mismo celo para conservar ó restablecer la pureza de la fe, para defender los derechos de la Iglesia, y para inducir ora con suavidad ora con una sábia constancia al conde de Tolosa á cuanto de él reclamaba la Religion. Fué al principio el blanco de las mismas contradicciones que habian por largo tiempo ejercitado la paciencia de Fulcon tanto por parte de los herejes y de sus fautores, como por la de muchos nobles y magnates, que no podian resolverse á abandonar aquellos bienes, de los cuales habian dado ocasion para apoderarse las turbulencias producidas por las herejías en perjuicio de los ministros del altar. Habiendo sábiamente previsto todos estos obstáculos, ni le sorprendieron ni le inmutaron, sino que con una invencible paciencia se hizo superior á ellos, y por medio de sus atenciones y cuidados la iglesia de Tolosa fué por fin restablecida á su esplendor antiguo. Aunque el primero y mas ardiente de sus deseos fuese el llamar otra vez á la profesion de la fe católica á aquellos que la habian abandonado, sin embargo no se manifestó ménos solícito en aliviar y socorrer á los fieles que tenian necesidad de sus auxilios. Y las abundantes limosnas que hacia distribuir entre las familias pobres no agotaron aun todos sus recursos producidos por sus ahorros, y así pudo contribuir á poner la nueva iglesia de los dominicos en el estado en que se vió en los posteriores siglos. Fulcon habia bendecido la primera piedra, y Raimundo de Felgar hizo levantar las murallas ó paredes. Y aun cuando no tuvo el gusto de darle la última perfeccion, pues esto estaba reservado á un cardenal de su Órden, hizo no obstante adelantar mucho el edificio, pues la sencillez de su tren y la frugalidad de su mesa le permitian ser magnífico en todo aquello que miraba al culto de Dios y á la honra de su Religion. Para procurar á toda su diócesis una ventaja no ménos considerable, Raimundo hizo confirmar con una bula de

Gregorio IX el establecimiento de la universidad de Tolosa, á la que se habia dado principio por el tratado hecho en Paris en el año 1229, y muchos años despues obtuvo dos ó tres bulas del papa Inocencio IV sobre el mismo asunto. Y como estaba en la persuasion de que aquella escuela serviria siempre de grande auxilio para mantener la pureza de la fe en el pais, despues de haberle purgado de las miserables reliquias de la herejía, no perdonó medio alguno para que aquella fuese digna de mayor celebridad. Miéntras la Santa Sede concedia los mas preciosos privilegios á los estudiantes, el obispo para proveerlos de maestros capaces de excitar su emulacion por la fama de sus doctrinas, se servia del ilustre Rolando de Cremona que se habia hecho el oráculo de la universidad de Bolonia y el que entre los doctores de su Órden se habia hecho mas admirar en el colegio de S. Jaime. La asidua vigilancia de nuestro prelado parecia poner en movimiento todos los operarios que siguiendo sus órdenes trabajaban en la viña del Señor, y que á imitacion suya se aplicaban todos con un ardor increible á volver á sus descarriados hermanos al seno de la Iglesia y á quitarles los medios de continuar en esparcir sus propios errores. El conde de Tolosa Raimundo VII favorecia ora á unos por política, ora á otros por inclinacion. El buen obispo despues de haberle inútilmente solicitado que mostrase un celo mas constante para con los verdaderos intereses de sus súbditos y por la causa de Dios, hizo sabedor al legado del Papa de lo que detenia el progreso de la fe; y este acompañado del arzobispo de Narbona y de algunos de sus sufragáneos fué á encontrar al rey S. Luis en Melun, donde el conde acudió tambien por órden de S. M. Habiéndose informado el Rey de cuanto se dijo en pro y en contra de la conducta del conde, que era acusado de negligencia, tanto en la perquisicion de los herejes, como en la ejecucion de los demas artículos del tratado de Paris, se decidió que aquel príncipe tomase los consejos incontinenti del obispo de Tolosa, que estaba presente en aquella conferencia, y de otro caballero llamado Egidio de Flageau, cuya prudencia y buen ánimo conocia el Rey, que debia enviarle á aquellos lugares. Cuando el caballero llegó á Tolosa halló que el obispo habia ya extendido todos los artículos de la reforma, y habiéndose unido con él á fin de presentarle al conde Raimundo, éste pareció que se hallaba satisfecho de ellos; y sobre aquel mismo negocio publicó un edicto suyo á 19 de Febrero de 1234. Si todos los artículos de este decreto que pueden verse en el Catel y en la *Historia eclesiástica* de Fleury hubiesen tenido su fiel observancia, la Iglesia en el Languedoc hubiera empezado á disfrutar de la paz, y la herejía destituida ya de toda proteccion no hubiera continuado en devastar el pais. Mas los que de ella estaban tocados, creyéndose siempre apoyados por el favor del príncipe cuyas intenciones penetraban, excitaron al populacho contra

los eclesiásticos y religiosos y en especial contra los inquisidores, á quienes se acusaba de una extremada severidad. Grande fué el tumulto en muchas ciudades de la provincia y principalmente en Tolosa, donde el obispo y toda la comunidad de los hermanos predicadores se vió obligada á escapar el dia 6 de Noviembre de 1235. Guillermo Poggio-Lorenzo, testigo ocular, refiere que los amotinados maltrataron hasta á los canónigos de la catedral y á sus domésticos, y añade: «Tengo por conveniente pasar en silencio todo esto á causa del respeto que aquella ciudad se me merece, pues considerada en su trato era buena, pero estaba un poco corrompida de levadura.» *Factum ut, ut nonnulli dorsu paliosa habentes, cœperunt difficultates opponere, quibus possent inquisitionis officium impedire, quod adeo profecit in pejus atque prœvaluit, quod inquisitoris villam exire idemque episcopus cogerentur; et etiam totus conventus fratrum prœdicatorum. Nam de illis, quœ facta fuere canonicis suæ ecclesiæ ac domesticis, duco tacere satius, ob reverentiam civitatis, cujus totam massam, licet in se bonam.... fermenti modicum corrumpebat.* Mas lo que este autor contemporáneo no hizo sino insinuar lo refiere el Papa minuciosamente en el breve de 28 de Abril de 1236 dirigido al mismo conde de Tolosa, al cual S. S. echa en cara el haber secundado una tan injusta violencia. Retirado á Carcasona nuestro prelado, informó de todo á la córte de Francia y á la de Roma, y continuó en vigilar sobre su rebaño en cuanto lo permitia su actual situacion en una época tan borrascosa. El autor de la historia del Languedoc pretende que Raimundo de Felgar, aunque atacado de unas calenturas intermitentes, pasó á Roma con algunos religiosos de su Órden á fin de exponer sus súplicas al pontífice Gregorio IX; pero Catel, el P. Angle y Fleury han creido que habia sido Juan, arzobispo de Viena y legado de la Santa Sede, quien hizo aquel viaje. Unos y otros se fundan en las palabras de Guillermo de Poggio-Lorenzo, cuyo texto algo confuso en este pasaje parece favorecer la última opinion. Sea de esto lo que fuere, el obispo de Tolosa fué vuelto á llamar honoríficamente, y sus hermanos volvieron á entrar en el convento el dia de la octava de S. Agustin en el año 1236, y continuaron con el mismo celo en combatir la herejía y en advertir á los fieles que se guardasen de la levadura de los fariseos. El prelado ademas redobló su vigilancia con el objeto de restablecer la paz en su iglesia y contener ó prevenir los malvados designios de aquellos que siempre buscaban como excitar y promover nuevas turbulencias á fin de esparcir con mas seguridad el veneno de la herejía. Y creyeron éstos haber realmente encontrado una ocasion favorable para sus intentos, cuando Trencavel, hijo de Raimundo Rogerio ya vizconde de Beziers, habiendo formado una poderosa liga con muchos señores del pais, compareció armado durante el estío del año 1240 en la diócesis de Narbona y de Carcasona, seguido de algunos

caballeros aragoneses y de muchos otros de la provincia, la mayor parte de los cuales habian sido proscritos como herejes. Trencavel despues de haberse puesto en posesion de muchos castillos que le abrieron las puertas y de haber hecho pasar al filo de la espada la guarnicion de algunos otros que rehusaban rendirse, volvió sus armas contra la ciudad de Carcasona. Allí habia pasado ya nuestro celoso prelado con el fin de sostener el valor de sus habitantes al acercarse el enemigo y de exhortarles á la fidelidad que debian á la Iglesia y al Rey. Y realmente con su persuasiva elocuencia, viva y llena de uncion, empeñó á los de la poblacion de Carcasona á prometer con juramento sobre los Santos Evangelios que jamas se separarian de aquella fidelidad. *Episcopus Tolosanus, cujus lingua eucharis ad inimicitias erat efficax mitigandas, una cum Senescalto descendit in Burgum, et convenientibus in ecclesia B. Mariæ Burgensibus et populo; quod Ecclesiæ et Regi et illis, qui erant in civitate, adhœrerent, et eos defenderent omnes, juramento super Corpora-Christi... tactis Sacrosanctis Evangeliis, super altare gloriosæ Virginis adstrinxerunt*, etc. Á pesar de todo esto, el arrabal fué forzado ó tal vez entregado en poder de los enemigos por traicion; pero los habitantes de la ciudad sostenidos por el valor de muchos señores que allí se habian encerrado, y animados por los discursos del obispo de Tolosa se defendieron con tanto valor, que hicieron inútiles durante un mes todos los esfuerzos de los sitiadores. El socorro que el Rey, luego de recibida la noticia del sitio, habia hecho partir llegó á tiempo: y no habiéndose atrevido los enemigos á esperar las tropas francesas tomaron la fuga, y esto hizo desvanecer como el humo las esperanzas de los albigenses. El celo de Raimundo de Felgar fué muy agradable á S. Luis, y la conducta que observó en el año siguiente en un negocio que interesaba á la familia real no pareció ménos digno de su sabiduría y de su religion. Raimundo VII, conde de Tolosa, queriendo repudiar á Sancha de Aragon, su primera mujer, para casarse con Sancha de Provenza, de la cual esperaba tener hijos varones que pudiesen sucederle con exclusion de Juana su hija, mujer de Alonso, hermano del Rey, se habia procurado algunos testigos que depusieron haber Raimundo VI su padre sacado de pila á Sancha de Aragon. Atendida esta justificacion testimonial, Durando obispo de Albi, y el propósito de S. Salvio, ámbos comisarios del Papa, pronunciaron sentencia de divorcio y declararon nulo el matrimonio de Raimundo con la sobrenombrada princesa. Mas el obispo de Tolosa, que tenia por sospechosos los testigos que habian depuesto en aquel negocio, no quiso con su presencia autorizar aquel juicio, y por muchas que fuesen las instancias que le hizo el conde para empeñarle á que concurriese á la asamblea, que se tuvo á este efecto sobre el Ródano entre Bocher y Tarascon, él rehusó constantemente intervenir en ella; manifes-

tando bien á las claras tan resuelta negativa, que no podia aprobar una empresa que el cielo no bendecia. El Rey, el conde Alfonso y la condesa Juana de Tolosa, se mostraron muy agradecidos al virtuoso prelado, demostrándoselo despues de un modo el mas plausible, habiendo en todo cuanto aconteció en lo sucesivo conocido perfectamente la rectitud de sus intenciones y su adhesion á los verdaderos intereses del conde de Tolosa. *Sed Episcopus Tolosanus, licet esset in villa Bellicardi, et multum rogatus á Comite Tolosano, cum quo illi sententiæ noluit interesse: habebat enim suspectum testimonium testium productorum. Quod cum innotu esset Regi Franciæ, et Comiti Pictaviensi et Dominæ Joannæ uxori ejus, gratum habuerunt valde Episcopum, qui illæ sententiæ interesse noluisset.* Mas no estaba tan exclusivamente ocupado el príncipe con su matrimonio, que no pensase al mismo tiempo en aprovecharse de todas las ocasiones que le parecian favorables para volver á entrar en todos los Estados que sus mayores habian poseido. Con esta mira hizo alianza con el rey de Inglaterra y con el conde de la Mancha contra el rey de Francia. El rey de Navarra, de Castilla y de Aragon, y los condes de Foix, de Armañach y de Cominges, y un grandisimo número de otros señores de paises circunvecinos habian entrado ademas en esta liga que parecia formidable, pero que no tuvo un éxito feliz. Raimundo VII azorado por la prosperidad de las armas de S. Luis, y temiendo con razon que victorioso ya el príncipe de sus enemigos no le hiciese pagar la pena de su rebelion, acudió á la mediacion de su obispo: mediacion que parecia tanto ménos merecer, en cuanto habia hecho recientemente morir por manos de los albigenses once católicos, entre los cuales habia un canónigo arcediano de Tolosa, dos religiosos de S. Francisco y tres de la Órden de Sto. Domingo. Mas el prelado, que todavía amaba á su príncipe, bien que el celo de la religion le obligase quizas á oponerse algunas veces á su voluntad, no le negó ni su mediacion ni sus consejos en tan críticas circunstancias. Persuadido que el paso que últimamente habia dado con las sobredichas muertes de los católicos bastaba para causarle una total ruina, el buen obispo se dió prisa para ir al encuentro de S. Luis á fin de alcanzar la paz y la reconciliacion del conde. Y habiendo ya persuadido á éste que se sometiese enteramente á la voluntad del Rey, portóse al mismo tiempo con una eficacia tal cerca de S. M., que consiguió indicar al mismo las primeras disposiciones para el tratado; el cual se concluyó el año siguiente en Lorris, en el Gatinoe. En la carta que el conde de Tolosa escribió al rey Luis para apelar á su misericordia, le decia: « Yo os prometo con toda eficacia lleno de confusion y de dolor por lo pasado, de seros, no por motivo de temor, sino por las razones que ya sabreis á su tiempo, inviolablemente adicto todo el restante de mi vida, de serviros con fidelidad para con todos,

de defender y honrar la Iglesia, segun vuestros deseos, de proteger la fe católica, de purgar el pais de los herejes y de hacer severa justicia de aquellos que para confusion nuestra han muerto á los inquisidores, etc.» Un episcopado de treinta y nueve años suministró á nuestro vigilante y buen obispo frecuentes ocasiones de ejercitar su caridad con todos los fieles de su vasta diócesis, y de dar evidentes muestras y brillantes pruebas de aquella sabiduría y de aquel celo por el bien de su iglesia que Dios le habia concedido. Habia sido llamado para el concilio que el pontífice Gregorio IX queria reunir en Italia; pero hallándose en Marsella para embarcarse, supo que los demas obispos que le habian precedido habian caido en manos del emperador Federico II, el cual logró por fin impedir la celebracion del concilio, haciendo sufrir mucho á los legados y á los demas obispos que habian caido prisioneros suyos. El pontífice Inocencio IV habiendo convocado cuatro años despues el primer concilio ecuménico de Lion, Raimundo de Felgar tuvo el honor de asistir en él como y tambien en el que el arzobispo de Narbona celebró en Beziers en el mes de Abril de 1246; y tuvo gran parte en cuanto allí se ordenó para la extirpacion de la herejía, para el libre ejercicio de la inquisicion, para la reforma de la costumbres, para la disciplina y conservacion de la libertad y de los bienes de la Iglesia, para la observancia y mantenimiento de la paz y para la conducta que debian guardar en adelante los fieles con respecto á los judíos, á quienes fué prohibido el tener cristianos á su servicio y el continuar en su tráfico usurario que llevaban al exceso. De todo esto que refiere Guillermo de Poggio-Lorenzo, autor contemporáneo en su Crónica, se deduce claramente y se echa de ver con que firmeza nuestro virtuoso prelado sostuvo en todas las ocasiones los intereses de la Religion y de la justicia; perdonando bondadosamente las injurias que se le habian hecho, y no rehusando jamas el volver bien por mal segun el precepto de Jesucristo. Amado de su pueblo, á pesar de los vanos esfuerzos de los herejes, honrado con la estimacion de S. Luis y con la confianza de muchos papas, se opuso siempre como un muro de bronce á las empresas de los malvados. Fué el padre de los pobres, el protector de las viudas y de los pupilos, y no faltó en cumplir todos los deberes de un buen pastor, sino cuando dejó de vivir. Permitió Dios con todo esto para acabar de purificarle que fuese probado en la tentacion. Pues los enemigos de la fe no pudiendo ser amigos de un obispo, que se declaraba sin reserva contra todos aquellos cuyos sentimientos no eran ortodoxos ó que se hacian sospechosos por no caminar derecho segun las reglas de la fe, se esforzaron en denigrarle con atroces calumnias, por medio de las cuales lograron sorprender por algun tiempo la religion y la candidez de aquellos con los que estaba unido con los mas estrechos vínculos de la caridad. Pero su misma inocencia le sirvió de escudo con-

tra tan malignos tiros, y despues de esta borrasca pasajera, que hizo resplandecer aun mas vivamente la constancia del pastor y la sincera afeccion que á su grey profesaba continuó aun por muchos años en gobernarla en paz hasta el 19 de Octubre del año 1270, que pasó á recibir la recompensa prometida al siervo fiel. El siervo de Dios quiso ser sepultado en la iglesia de hermanos predicadores, en donde se ve todavía su sepulcro con su epitafio en medio del coro. Á este prelado se atribuyen muchos escritos contra los herejes de su tiempo, los cuales sin embargo no se han conservado; motivo por el cual el P. Echard no le ha continuado en el número de los escritores de su Órden. — J. R. C.

FELIBIEN (Santiago) descendiente de una familia noble y antigua. Nació en Chártres en 1636. Destináronle sus padres al estado eclesiástico, á cuyo fin se entregó al estudio de la teología; y habiéndose ordenado de sacerdote fué nombrado en 1668 cura párroco de Venenil, canónigo de Chártres en 1689, y de Vendoma en 1695. Murió en esta ciudad en 23 de Noviembre de 1716. Tenemos de él varias obras de devocion, de las cuales citarémos: 1.ª: *Tratado del Sacramento del Bautismo y de las obligaciones que en su virtud contraemos.* 2.ª: *Ceremonias del Bautismo*, en frances, con reflexiones. 3.ª: *Compendio del catecismo para los niños.* 4.ª: *Instrucciones morales sobre los mandamientos de la ley de Dios*, Chártres, 1693, en 12.°. 5.ª: *Símbolo de los Apóstoles explicado por la Santa Escritura*, Blois, 1696, en 12.°. 6.ª: *Pláticas sobre la historia de la conversion de un jóven holandes*, 1697. El abate Felibien habia emprendido la redaccion de un *Comentario sobre el Antiguo Testamento* para servir de continuacion al de Jansenio. El de Oseas se publicó en Chártres, 1702, en 4.°. En el año siguiente publicó en el mismo lugar y en el mismo tamaño el *Pentateuchus historicus*. Este libro fué vivamente criticado y aun prohibido por decreto del consejo, no porqué lo mereciese por sus doctrinas, sino porqué carecia del real privilegio, pues se habia impreso tan solo con el permiso del obispo de Chártres. Felibien dejó manuscritas varias traducciones; la del *Breviario*, del *Misal*, de algunas obras de S. Efren, y de S. Gregorio Nacianceno, las *Vidas de S. Fulgencio* y de *Pedro de Blois*, varias *Pláticas sobre las amenazas, imprecaciones, castigos, contenidos en la Sagrada Escritura*, y una *Cronología*, que llega hasta el año 100 de la era vulgar. — G.

FELIBIEN (Miguel) sobrino del anterior, é hijo del célebre Andres, escudero y señor de los Avaux y de Jersey, autor de un gran número de obras apreciabilísimas sobre varios asuntos, y en particular sobre las antigüedades y artes en Italia. Miguel nació en Chártres en 14 de Setiembre de 1666, y desde su infancia mostróse ya digno hijo de Andres, pues al parecer heredó su aficion al estudio y su gusto fino y delicado; añadiendo ademas

á estas circunstancias una decidida inclinacion al estado religioso. Recibió las primeras nociones del saber humano en la universidad de Padua, y á los diez y seis años de edad entró en la congregacion de S. Mauro. Allí acabó de perfeccionarse; y á pesar de que su salud fué siempre sumamente delicada supo aprovechar el tiempo, compartiéndole entre los deberes de su estado, el exámen de los archivos, la lectura de los buenos libros, y por fin empleando su pluma en la redaccion de varias obras que hijas casi todas ellas de sus constantes investigaciones forman un bello monumento de su sabiduría y de su fino criterio. Murió Felibien en S. German de los Prados en 25 de Setiembre de 1719 á la edad de cincuenta y tres años. Hábil crítico é historiador metódico y fiel, se distinguió por la justificacion de su espíritu, por la claridad de sus ideas, y por su gusto delicado. Sus obras son: 1.ª: *Carta circular sobre la muerte de la Señora de Harcourt, abadesa de Montmartre*, Paris, 1699, en 4.°. 2.ª: *Vida de Ana Luisa de Brigueul hija del mariscal de Humieres, abadesa de Monchy*, Paris, 1711, en 8.°. 3.ª: *Historia de la real abadía de S. Dionisio en Francia que contiene la vida de los abades, los hombres ilustres que dió al mundo, los privilegios, la descripcion de la iglesia, con los títulos auténticos, planos, figuras, etc.*, Paris, 1706, en folio. La reputacion que dió á Felibien esta preciosa obra hizo que fuese elegido para escribir la *Historia de la ciudad de Paris* de la cual publicó el proyecto en 1713, en 4.°; pero la muerte le sorprendió ántes que pudiese dar cima á esta grandiosa obra, que fué terminada por Lovineau religioso tambien de la congregacion de S. Mauro, saliendo de las prensas en 1755 con el título de: *Historia de la ciudad de Paris*, en cinco tomos en folio, de los cuales los tres últimos contienen los documentos justificativos. (Véase Lovineau.) Felibien dejó manuscrita una *Vida de S. Anselmo*, con reflexiones. Encuéntrase su elogio escrito por Lovineau al frente de la *Historia de Paris*, y trátase extensamente sobre este autor en las *Memorias de Niceron*, tomo XXVIII. — E. A. U.

FELICE DE MASA (Beato). Este digno vástago de la familia Tancredi, tan célebre en la historia de la edad media, nació en Massa en la Maremma de Sena, y desde jóven se dió enteramente al estudio de la virtud. Crecido ya en edad, pasó al sagrado yermo de Lecceto, en donde con el hábito convertido en un hombre nuevo consagróse todo á la filosofía de la Cruz y á la moral del Evangelio. Florecieron en él con el amor de Jesucristo las demas virtudes, especialmente la pureza, que á fuerza de oraciones, ayunos, lágrimas y otras penitencias conservó siempre con la mayor solicitud. Para guardar la castidad usaba de una rara y delicadísima modestia, que es su mejor custodia; é imitando de unos la paciencia, de otros el celo, de otros el amor, tenia una emulacion santa de la gracia de todos. Profesó á la Santa

Virgen una devocion singular y tuvo estrecha amistad con Sta. Catalina de Sena, la cual le escribió que voluntariamente dedicase sus tareas á la paz de la Iglesia para que no sufriese ningun detrimento, pues con la humildad y con la paciencia, le decia, todo se vence. Murió en el año 1388 en 22 de Setiembre en Lecceto. Dejó este hombre de Dios un raro ejemplo de paciencia, y nos enseñó á considerar que los azotes que Dios nos envia no son azotes sino medicina. ¡Ah, feliz el que sabe como él sufrir la adversidad y desdichado del que vive y vive en el pecado sin que ninguno le castigue, sin que ninguno le prohiba ó le impida, sin que alguno se atreva á sorprenderle! *Misserrimus qui turpiter vivit nullo ulciscente, nullo prohibente, nullo reprehendere audente!* — C.

FELÍCES (Francisca Girao) fundadora. En la *Historia* de las personas ilustres y notables en santidad de la provincia de Cartajena, de la Órden del Seráfico P. S. Francisco de Asis, cuyas Vidas no constan en otra parte, desde el año 1500 hasta el 1617, compuesta y ordenada por Fr. Melchor de Huelano, religioso y predicador de la misma Órden y provincia, é impresa en Cuenca en el mismo año 1617, se encuentra que en la ciudad de Lorca hubo un convento de religiosas terceras, que fueron reducidas y unidas con las de Sta. Ana por ser cada convento de por sí de pocas religiosas; y que una de las fundadoras de aquel convento bajo invocacion de la Magdalena fué Francisca Girao Felices. Añade de aquella virtuosa Señora que fué piedra fundamental de aquel convento, y así ninguna cosa le faltó para la firmeza indispensable para aquel ministerio. Fué celosisima en su profesion y vigilantisima y de muy grande ejemplo y doctrina para las religiosas que estaban á su cargo. Su ayuno comun y ordinario era de pan y agua. Tenia cotidiana y larga oracion y contemplacion, y en ella aprovechaba tanto que llegaba á elevaciones y éxtasis de cuatro ó cinco horas. Cuando estaba de esta manera dificilmente volvia de su arrebato extático, y tenia mandado y encomendado á una sobrina suya que estaba en su compañia, que cuando de aquel modo estuviese no llegase á ella ni consintiese á nadie llegar; pues se quejaba de que la perturbasen de aquella quietud y sosiego espiritual. La crítica del mundo se habrá cebado mas de una vez en condenar por absurdos esos raptos y éxtasis de la vida contemplativa y espiritual; pero el verdadero cristiano las respeta y las mira con admiracion, pues ¿quién es capaz de poner límite á la santa intimidad de estas almas ardientes y privilegiadas, cuando en los secretos deliquios de su amor comunican desprendidas de la carne con el centro divino y poderoso de todas sus ansias y deseos? Esta religiosa ejemplarisima tenia particular y entrañable devocion á los dolores de Cristo Ntro. Señor hasta el punto de pedirle, por intercesion del seráfico Patriarca, que le dejase participar de ellos. ¿Qué mas natural para

un pecho que ama, que el querer participar de lo que sufre el amado? Añade la Crónica que Dios le concedió esta merced, pues por dos años continuos sintió agudísimos dolores sufridos con admirable paciencia y hasta con gozo. Añade tambien, que en la hora de su muerte tuvo varias apariciones de Jesucristo, de la Vírgen y de los Santos, y estos consuelos no hay duda que puede reservarlos Dios para dulcificar en sus siervos el duro trance de la muerte. Y concluye con estas palabras: «Murió con olor muy grande de santidad, de lo cual fué indicio no pequeño la suavísima fragancia que despues de su muerte se sintió en su aposento y en toda la casa.» Así ella como otras tres religiosas, amigas suyas y no ménos virtuosas, Isabel Ponce de Leon, Francisca Ponce de Leon, y María Sanchez de Baeza, fueron enterradas en Santa María de las Hortas. Estas religiosas pertenecen á últimos del siglo XVI y principios del XVII. —N. A. T.

FELICI (P. Luis) jesuita. Nació en Ischio hácia 1740. Era muy jóven cuando abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola, y despues de haber pasado por todas las pruebas que acostumbraban hacerse en la Compañía, distinguiéndose constantemente por su grande amor á las virtudes cristianas, profesó en 1773. No hubo religioso mas humilde, ni mas ejemplar; mas aficionado al estudio, ni mas amigo de los pobres. En todos los pasos de su gloriosa carrera marchó siempre con los ojos levantados al cielo y con un corazon consagrado enteramente á Dios. Débesele entre otras buenas obras la fundacion de dos establecimientos que en todas épocas han prestado eminentes servicios á la Religion y á los fieles. El primero es la congregacion de los viñeros y agricultores en la iglesia de S. Vital, adicta al noviciado de S. Andres. Esta piadosa institucion, que el P. Felici fundó cuando aun era novicio, sirve para inspirar á los campesinos los sentimientos religiosos y la pureza de costumbres. El piadoso Felici logró hacer desaparecer el peligro que ocasiona generalmente la discordia, y condujo á las gentes á amarse y socorrerse mutuamente: obra grande, hija de la caridad evangélica, y por lo mismo propia de un corazon magnánimo como lo era el de Felici. Hallándose este buen religioso en Roma fundó la otra asociacion conocida bajo el nombre de *Union de los sacerdotes de S. Paul*, que se estableció en 1790 en el hospital de la Consolacion, donde los antiguos jesuitas y los sacerdotes seculares se reunian para asistir á los enfermos. Ayudáronle á esta edificante empresa Vicente Henri ó Enrique, José Manrisi, Pedro Cavallo, Francisco Buffa, el abate Sozzi, Caetano Zucchi y los P. P. Bordoni, Paradisi y Salvatori, jesuitas. El prelado Médicis fué el bienhechor de esta sociedad, que obtuvo tambien la proteccion del virtuoso cardenal Colonna. El número de los asociados se aumentaba de dia en dia; de modo que Felici tuvo la dulce satisfaccion de que aquel instituto se engrandeciese cual convenia á la importancia de su

objeto. Reuníanse al principio en la iglesia de la *Sapienza*, desde donde se trasladaron al oratorio de S. Paul, en la iglesia de S. Estanislao de los polacos. Los personajes mas distinguidos del clero secular y regular, varios prelados y cardenales asistian con frecuencia en esta sociedad que celebraba por lo regular cada quince dias sus conferencias. Dividióse la asociacion en ocho ramas, cada una de ellas sometida á una regla particular, cuyo caritativo objeto consiste en ministrar los socorros espirituales á los enfermos de los hospitales, enseñar el catecismo, predicar los sábados y los domingos á los marineros de todas naciones, propagar por todo el mundo la devocion del sagrado corazon de Jesus y María, instruir á los soldados, á los detenidos, á los forzados y á sus guardianes, reunir todos los dias festivos tambien para instruirles á los jóvenes artesanos, á los escolares, á los padres de familia, á los negociantes y á los artistas; visitar á los pobres enfermos de las casas de Roma, proporcionándoles los socorros espirituales y temporales; instruir á los convalecientes en el hospicio del *P. Ángelo;* visitar con frecuencia los locos del hospital de la *Longara.* Finalmente, reuniéronse otras dos ramas á las ocho primeras, de las cuales la una se dedicaba á la instruccion espiritual de los jóvenes estudiantes del archigimnasio-romano, y la otra á los que estudian las bellas artes. El bien que ha hecho esta asociacion es incalculable, y este bien es debido al piadosisimo Felici y á sus celosos protectores. « Esto prue- « ba, dice el autor de las *Memorias eclesiásticas* (M. Pie), cuanto merece « este clero (el romano) el lugar que ocupa en las iglesias de la cristiandad. « Es muy digno de la capital del mundo católico ofrecer en esta asociacion un « modelo á los sacerdotes y á los fieles de los demas paises. » Cuando se restableció la Compañía de Jesus, el P. Felici aunque de edad muy avanzada y enteramente ciego quiso reunirse á sus cofrades, y tuvo por fin el dulce consuelo de morir en aquel asilo de la virtud en 29 de Noviembre de 1819 á la edad de ochenta y un años. Este piadoso jesuita aun ántes de haber fundado la *Union de los sacerdotes de S. Paul* era ya respetado y venerado en Roma, donde tuvo acceso en las casas de los principales dignatarios de la Iglesia. Felici era el conciliador, el ángel de paz en las familias, el bienhechor de los pobres; era finalmente querido de todas las clases, como poseedor de todas las virtudes cristianas. — J. M. G.

FELICIA (Sta.). Nació esta Santa en la ciudad de Caller en lo mas cruel y fuerte de la persecucion de los primeros siglos. Hija de padres cristianos, recibió de ellos una piadosa educacion y con ella la fuerza para sufrir el martirio. Diéronla los cristianos despues de muerta honorífica sepultura junto á la de S. Fortunato, la cual permitió el cielo que se encontrase á los 13 de Marzo de 1627 cuando la última de las catacumbas, cubierta en parte de una losa de mármol que tenia grabadas estas palabras: *Hic jacet B. M. Fe-*

licia quæ vixit plus M N annorum Gii requievit in pace. Non. Februar. Esto es : la bienaventurada mártir Felicia que vivió ocho años poco mas ó ménos, reposó en paz á los 5 de Febrero. Quitada esta losa, se descubrió la sepultura de fábrica de ladrillo, donde estaba el cuerpo de la Santa niña, y el mismo dia fué sacado con la mayor devocion y solemnidad, asistiendo en este acto el vicario general, el dean, los canónigos Valerio Cásula, Sisinnio Martis y Antiogo Estrada con muchos clérigos, religiosos y seglares, y puesto en una arca fué llevado á la catedral para colocarle en el santuario. Segun el autor de la obra titulada : *Triunfo de los santos del reino de Cerdeña*, la fiesta principal de esta Santa se celebra á los 5 de Febrero, y la invencion de su cuerpo á 13 de Marzo. — N. A. T.

FELICIA (Sta.) segunda de este nombre. Á los diez y ocho años de su edad derramó su sangre por amor de Jesucristo, en la ciudad de Caller en el reino de Cerdeña, hallándose en un mismo sepulcro con los Stos. Felipe y Anastasia y con un letrero particular que decia : « B. M. Felicia. v. as. XVIII. » Esto es : *Beata martyr Felicia, vixit annos 18.* Sacóse el cuerpo que estaba con los otros dos y se reservó para llevarle á la catedral y ser colocado en el santuario. — C.

FELICIANI ó Feliciano (Porfirio) obispo de Foligno á principios del siglo XVII. Nació en el año 1582; desde su infancia manifestó particular aficion al estudio, saliendo de las aulas muy instruido en la filosofía, en las matemáticas, en la jurisprudencia y en las bellas letras, escribiendo con mucha pureza el latin y el italiano. El cardenal Salvati le tomó á su servicio, y á su extraordinario mérito debió Felici el ser elevado al distinguido empleo de secretario del papa Paulo V, quien deseando premiarle le nombró obispo de Foligno, en cuya diócesis murió en 2 de Octubre del año 1652 de edad de setenta años. Dejó diversas colecciones de *Cartas* y de *Poesías*, y están conformes los biógrafos en decir que no habia en su tiempo otro que le aventajase en la poesía italiana. — O.

FELICIANO (S.) obispo de Foligno. Fué elevado á esta silla por el papa S. Víctor, quien conociendo ademas su celo, sus grandes virtudes y su sabiduría, le envió á predicar á la Hungría, donde alcanzó el fruto que era de esperar de un Santo que reunia á la ciencia de la virtud el conocimiento del corazon del hombre, y sabia hablar á cada uno cual corrrespondia á su clase y capacidad. Siguió por muchisimos años su gloriosa carrera, y siendo ya de edad muy avanzada le alcanzó la cruel persecucion de Decio. Feliciano, que conservaba aun el fuego de sus primeros años, principalmente tratándose de la defensa de la religion del Crucificado, continuó hablando á los idólatras el idioma de la verdad con tal eficacia, que excitó la ira de los perseguidores de los cristianos. Por lo mismo fué preso, encarcelado y martiri-

zado hasta que entregó su alma al Criador. La Iglesia celebra su memoria en 24 de Enero. — G.

FELICIANO, Filapiano y seiscientos veinte y cuatro compañeros (SS.) mártires. Lo único que se sabe de estos Santos es lo que nos dice el Martirologio romano en 30 de Enero; que recibieron la corona del martirio en África, pero se ignora en que siglo. — O.

FELICIANO (S.). (Véase Fortunato S.).

FELICIANO (S.). (Véase Primo S.).

FELICIANO (S.). (Véase Víctor S.).

FELICIANO (S.) obispo y mártir. Gobernaba este glorioso Santo la iglesia de Minden con admirable celo y sabiduría, alcanzando con su elocuencia, nacida de la íntima conviccion que tenia de las verdades eternas, abundantes y sazonados frutos en la conversion de un gran número de infieles; pero los mismos á quienes él procuraba la vida le dieron la muerte haciéndole sufrir los tormentos mas atroces. Se ignora el año en que murió, bien que se cree con algun fundamento que recibió la corona del martirio durante la persecucion de Diocleciano en el siglo III de la Iglesia. En el año 969 Oton desenterró las reliquias de este Santo obispo y las hizo colocar en una suntuosa capilla en la misma ciudad de Minden. El Martirologio romano le cita en 20 de Octubre. — O. R.

FELICIANO (S.). (Véase Jacinto S.).

FELICIANO (S.). (Véase Valentin S.).

FELICIANO (S.). (Véase Severino S.).

FELICIANO de Santa Magdalena (Fr.). Fué su patria la antigua y célebre ciudad de Nántes, en el reino de Francia. Inclinado desde su juventud á la vida religiosa, y conociendo cuan vanos son y fugaces los placeres que proporciona el mundo, decidióse á abrazar el estado monástico, escogiendo entre todas las Órdenes religiosas la de carmelitas de la antigua Observancia regular, cuyo hábito profesó en Rénnes el dia 9 de Agosto de 1658. Dedicado desde luego á la carrera de los estudios, aprovechó en ellos de un modo notabilísimo, singularmente en el de teología, de cuya facultad mereció ser nombrado profesor en la universidad de Burdéos, desempeñando este empleo con no ménos aplauso que provecho de sus numerosos alumnos. Despues fué elegido prior del convento de Ágen, en la provincia de Gascuña, cuyo oficio ejerció tambien en los principales conventos de la de Tours, como asimismo en el Carmelo mayor de Paris, acreditando en todas partes que poseia en alto grado el don de prudencia y la ciencia de gobernar. Estas dotes que todos admiraban en él dieron motivo á los Padres del capítulo celebrado en Tours en 17 de Mayo de 1669 para elegirle definidor de su provincia, siendo tambien en el mismo capítulo nombrado lector de teología

moral del convento de Rénnes. Viendo, sin embargo, Feliciano que el ejercicio continuo de cargos públicos le dejaba poco tiempo para dedicarse á perfeccionar su espíritu por medio de la oracion y contemplacion, anhelando solo las cosas celestiales, solicitó la exencion de todo cargo; y tanto hizo y tanto instó, que por último lo consiguió del Rdo. P. Fr. Francisco Tartaglia. Retirado entónces al convento de Nántes, dedicóse tan solo á acumular bienes para la eternidad á la que voló en 28 de Noviembre de 1685. Escribió y dió á luz las dos obras siguientes: 1.ª: *Defensio Providentiæ divinæ, juxta doctrinam divi Augustini et Sancti Thomæ, Ecclesiæ catolicæ luminum:* obra dividida en tres tomos en 4.°, Burdéos, por Jaime Mongiron Milangi, 1657. 2.ª: *Nova eloquentiæ methodus, quæ complectitur rhetoricam Aristotelis et Raymundi Lulii, et Gymnasiorum communem*, Paris, por Antonio Padeloup, 1663, en 12.°, un tomo de 164 páginas. — S.

FELICISIMA (Sta.). (Véase Garciliano S.).

FELICISIMO, Heraclio y Paulino (SS.) mártires. Eran los tres naturales de Todi. Conocieron por su dicha las verdades de la fe y las abrazaron con tal ardor, que las anunciaban públicamente, procurando enseñarlas á los idólatras para que separándose del error buscasen su felicidad en la religion cristiana. Alcanzóles la persecucion de Diocleciano y Maximiano, en cuya ocasion fueron presos y condenados al martirio, entregando sus almas al Criador en Todi hácia el año 303. La Iglesia celebra su memoria en 26 de Mayo. — O. R.

FELICISIMO (S.). (Véase Ariston S.).

FELICISIMO y Agapito (SS.) mártires. Los dos eran diáconos del papa S. Sixto, y le acompañaron en el martirio muriendo en su compañía. La Iglesia celebra su memoria en 6 de Agosto. (Véase Sixto S.).

FELICISIMO (S.). (Véase Rogaciano S.).

FELICISIMO (S.) mártir. Era natural de Perusa, en Italia. Procopio le llama príncipe de los etruscos de la misma ciudad. Se sabe que derramó su sangre por el Divino Maestro, pero se ignora el año. Baronio le cita en el siglo V, y en el Martirologio romano se hace mencion de él en 24 de Noviembre. — O. A. R.

FELICISIMO (S.) benedictino por voto y deseo, como dice muy bien su Crónica. En las *Memorias de la iglesia nucerina* se refiere que en Nuxtia, ciudad de los umbros, siendo aun este Santo de muy corta edad se fué contra la voluntad de sus padres al monasterio de S. Eutiquio de la ilustre Órden benedictina, situado en la misma ciudad de Nuxtia, patria del insigne patriarca y fundador S. Benito. Allí bajo la vigilancia y direccion del mismo S. Eutiquio, que se hallaba á la sazon siendo su abad, fué instruido en la vida monástica, en la cual así como en las letras hizo asombrosos adelantos. Pero su pa-

dre, que desconociendo la voz del cielo que llamaba á su hijo al retiro religioso se obstinó en arrancarle de ella, presentóse al monasterio, y haciendo un mal uso de sus derechos sacó de allí al niño tierno contra su voluntad haciéndole la mayor violencia, á la cual no pudo el hijo resistir. Recibió pues la bendicion del abad y de sus monjes, que con grande pesar suyo veian arrancar de tan fecundo suelo aquella tierna planta; volvió á su casa llevando consigo el gérmen de las virtudes que habia adquirido en el monasterio. Sobresalió en él la caridad para con los pobres, llegando á darles muchas veces su vestido propio. Su padre procuró sacar de él todo el provecho que pudo; y así le envió á guardar y apacentar bueyes en el campo; y como allá no tenia con que hacer limosna, pidiéndosela un pobre le dió un buey mandándole que se lo llevase. Mas temiendo el enojo de su padre despues de este acto tal vez excesivo de su caridad, se fué junto al monte Policiano, y allí Dios le dió á entender milagrosamente ser su voluntad que en aquel sitio tomase asiento, y así lo verificó. Repetia, pues, allí libremente y ejercitaba los oficios de monje que hacia en el monasterio, llevando una vida angelical y resplandeciendo en milagros. Creciendo empero su fama, á pesar de hallarse en la soledad, concurrian muchos enfermos de cuerpo y de espíritu á los cuales igualmente curaba; pues Dios concede á sus siervos cierto imperio sobre la naturaleza y tambien sobre las dolencias del corazon. Admíranse los milagros visibles sobre los males del cuerpo, y mas deberian admirarnos las victorias que consiguen los Santos sobre las dolencias del espíritu, convirtiendo á los pecadores en predestinados, y sacándoles limpios y puros del cieno inmundo de sus vicios y brutales propensiones. Así continuó por muchos años el Santo anacoreta, siendo el ejemplar, el asombro, la edificacion y el consuelo de sus semejantes, hasta que al fin acabó santamente y fué honrado despues de su muerte con muchos milagros. Edificóse allí una noble basílica, y los devotos le veneraron con dádivas magníficas y ricos presentes. Floreció este Santo cerca del año 650. — J. R. C.

FELÍCITAS y sus siete hijos GENARO, FÉLIX, FELIPE, SILVANO, ALEJANDRO, VIDAL Y MARCIAL (SS.) mártires. La Iglesia celebra la memoria de los siete hijos en 10 de Julio, y la de la madre en 23 de Noviembre. Era Sta. Felícitas una señora romana de familia nobilísima, casada con un noble igualmente distinguido por los elevados empleos que desempeñó. Quedó viuda con siete hijos, y desde entónces se consagró muy particularmente al servicio de Dios y á la educacion de su familia, procurando libertarla de la corrupcion del mundo y fortificarla en la verdadera creencia. Vivieron en el imperio de Antonino *Pio* y en el de Marco Aurelio y Lucio Vero. Para trazar la biografía de estos Santos, conviene ante todo presentar aunque no sea mas que en bosquejo el retrato de los que entónces regian los destinos de

Roma. Conociendo los gobernadores de las provincias hasta donde llegaba la virtud de los cristianos, escribieron á Adriano para enterarle de su inocencia y de la injusticia con que se les perseguia; los mismos cristianos ofrecieron apologías de su religion, en las cuales Arístides y Quadrato desplegaron tal celo y elocuencia, que el Emperador ordenó cesasen tantas atrocidades, expidiendo un edicto que prohibia condenarlos á muerte sino probaban sus acusadores que eran culpables de algun crímen que mereciese tan terrible castigo. Este rasgo de justicia y el haber nombrado sucesor suyo á Antonino *Pio* hubieran bastado para hacer ménos odiosa su memoria, á no quedar su vida manchada con el borron de la eterna infamia, tanto por sus crueldades, como por sus impiedades é impurezas. Antonino *Pio* vino al mundo para hacer olvidar las calamidades que su antecesor hizo sentir con su depravada conducta: el cetro de hierro se convirtió en sus manos en cetro de oro, y los beneficios de la paz, de la clemencia y de la liberalidad le atrajeron muy en breve las bendiciones de aquel pueblo, que poco ántes gimiera en el silencio para no hacerse sospechoso al tirano. Á fin de que resaltase aun mas la bondad de este Emperador, tan solo faltaba que desapareciese de una vez el culto de la idolatría. Sin embargo, á pesar de que era la religion dominante, ni el fanatismo de los ministros, ni el de los pueblos, pudieron conseguir que se anulase el edicto de Adriano; muy al contrario, publicó Antonino aquella carta tan famosa, en la cual mandó no solo que fuesen absueltos los cristianos, sino tambien que sufriesen castigo sus acusadores. Antonino *Pio*, aunque idólatra de corazon, como no participaba de las ambiciosas miras de los sacerdotes paganos, juzgaba á los cristianos con ménos prevencion, diciendo que era injusto condenar á unos hombres, cuyo supuesto crímen consistia en profesar una religion que no era la del Imperio; por otra parte creia y no sin fundamento que los tormentos y los suplicios eran mas propios para multiplicar el número de los cristianos, que no para exterminarlos. « Dejadles, decia, que si son culpables las deidades descar- « garán sobre ellos todo el peso de su indignacion. » Murió Antonino *Pio* y sucedióle Marco Aurelio, que se mostró mas favorable al celo de los idólatras. Este Emperador filósofo, que palideció al recibir la noticia de su exaltacion al trono, confundió, á los cristianos con las sectas de los gnósticos, cuyas costumbres eran infames, y miró á aquellos como á fanáticos que se precipitaban en los brazos de la muerte. Nada era mas contrario á los principios de la filosofía estóica, que creia que el hombre debia aguardar la muerte sin impacientarse y ocupar el lugar que la naturaleza le habia señalado hasta que la ley del destino le sacase de este lugar. Marco Aurelio miraba pues el ardor de los cristianos por la muerte como un desórden religioso y político, y permitió por lo mismo que se les persiguiese. Tal era

el estado en que se hallaba el Imperio romano en la época en que vivia Sta. Felicitas y sus hijos. Esta ilustre Señora que como hemos dicho ya se solazaba en la virtud, no contenta todavía con la oracion, el ayuno, la penitencia y la educacion de sus hijos, ponia un particular empeño en propagar la religion cristiana, valiéndose para ello del grande ascendiente que habia sabido granjearse con su dulzura, con su amena y deleitosa conversacion, y sobre todo con su ejemplo, que representaba con los mas vivos colores el magnífico cuadro de la caridad evangélica. Durante el imperio de Antonino *Pio* pudo á mansalva ejercer una saludable influencia en los corazones sensibles y dispuestos á oir palabras de verdad, aumentando considerablemente el número de los fieles; pues los idólatras corrian en tropel á su lado para iluminarse y los tímidos cristianos para fortalecerse en la fe. Las repetidas victorias que alcanzaba Felícitas, la grande desercion que se observaba en las filas de la idolatría, la escasa concurrencia en los templos de las falsas deidades, y finalmente el desprecio con que se hablaba del sacrílego culto, fueron otras tantas circunstancias que alarmaron á los sacerdotes, quienes procuraron ante todo exaltar á la multitud alucinada para que clamase á voz en grito contra Felícitas. Predispuestos ya los ánimos, acusáronla ante el emperador Marco Aurelio de que insultaba á los dioses, que conspiraba abiertamente contra la religion del estado, que alteraba la paz pública, y que causaba mas daño con sus exhortaciones que un ejército de enemigos talando los campos y destruyendo las ciudades y castillos. Añadian ademas, que la impiedad de esta mujer atraia la cólera de los dioses; que el hambre, la guerra, la peste, los terremotos que se experimentaban eran obra suya, y que el único medio que habia para aplacar la ira del cielo era obligarla á que sacrificase á los dioses. Esta acusacion estaba revestida del carácter de una verdadera asonada; así es que el Emperador, tanto para aquietar los ánimos como para satisfacer la ansiedad pública, mandó desde luego encarcelar á Felícitas con sus siete hijos, cometiendo la causa á Publio, prefecto de Roma. Este magistrado hizo comparecer ante sí á la Santa, y en audiencia privada tentó todos los medios imaginables para doblar su ánimo; pero se cansó en valde, porqué Felícitas estaba resuelta á perecer ántes que faltar en lo mas mínimo á los deberes de cristiana. Nada temia tampoco por sus hijos: les conocia á fondo, y por lo mismo sabia que pelearian valerosamente al lado de la enseña del Crucificado; así se lo manifestó al prefecto cuando éste intentó excitar la compasion de una tierna madre que amaba entrañablemente á sus hijos. « Tú me halagas, le dijo, « tú me convidas con la amistad del César; no es esta no la gloria á que aspi- « ramos; otra mayor es la que nos prepara tu mano, y esto sin que lo se- « pas ni lo entiendas. Los tormentos podrán abatir nuestros cuerpos, pero

« nuestras almas fortalecidas por la Divina Gracia recibirán en premio de « su constancia una corona que nunca jamas podrá marchitarse. » Viendo, pues, el prefecto la constancia de Sta. Felícitas dispuso que fuese llevada otra vez á la cárcel. Al dia siguiente se presentó Publio en su tribunal del campo de Marte, y á poco rato se agolpó la gente para ver de cerca la llegada de Felícitas y de sus siete hijos, que iban caminando con pie firme y con semblante alegre, manifestando la grande satisfaccion que sentian en aquellos momentos aciagos para el criminal, gloriosos para los mártires. El aspecto que presentaba el tribunal era á la vez imponente y majestuoso, formando la gravedad del juez con el candor y la modestia de los acusados un verdadero contraste: el mismo Publio al ver aquella madre, cuya belleza no se habia marchitado aun, al contemplar la lozana juventud que la rodeaba, se conmovió y dirigiéndoles algunas miradas de verdadera compasion exclamó: « Señora, si no tienes lástima de ti misma, tenla á lo ménos « de estas infelices criaturas, que algun dia pueden servir de grande utili- « dad al estado; » y volviéndose luego á los niños, continuó diciendo: « ve- « nid, yo quiero labrar vuestra felicidad. » Nos parece que en aquel momento asomarian las lágrimas á sus ojos, pues se conoce que hablaba su corazon; pero por desgracia era idólatra y se hallaba atado con los lazos de los respetos humanos. Felícitas, la santa, la heroina, compadeció á su vez al prefecto, y hubiera querido en aquel mismo instante trocar su creencia, iluminar su mente; mas esto no era fácil y por lo mismo contestó por sí y sus hijos, que la piedad que se descubria en aquella exhortacion era una verdadera impiedad. « ¿No conoces, le dijo al prefecto, que si compro la « felicidad de mis hijos del modo que tú propones, seré una fiera y no una « madre? Tú, ciego y miserable mortal, te empeñas en no separarte ni un « ápice de los mandatos del Emperador. ¿Con cuánta mas razon debo resis- « tirlos yo que obedezco al Rey de los reyes, al autor de todo lo creado? » Volviéndose por fin á sus hijos, que estaban como extasiados al contemplar aquella escena, les dijo: « Hijos mios, ya se acerca el momento del triunfo: « levantad los ojos al cielo, mirad allá arriba, allí os está esperando Jesu- « cristo con sus Santos para coronaros: pelead con esfuerzo: ahora habeis « de mostrar que sois fieles á Dios permaneciendo firmes en la confesion de « la fe del Crucificado. Él derramó su sangre por vuestra salvacion, derra- « madla vosotros por su gloria: no temais la muerte ni los tormentos: ha- « ceos dignos del martirio por vuestra constancia. » Apénas acabó de pronunciar estas palabras cuando una mano impía descargó sobre sus delicadas mejillas un terrible bofeton. La dulzura que hasta entónces habia mostrado el juez se convirtió en fiereza; él era el que mandaba castigarla de una manera tan afrentosa, y ademas de reconvenirla agriamente dispuso que la

azotasen sin compasion alguna en castigo de la libertad con que en su presencia exhortaba á sus hijos para que fuesen desobedientes á los mandatos del Emperador. Felicitas calló y alabó á Dios. Publio llamó entónces al mayor de los niños, y le dirigió con semblante iracundo estas palabras: «Muéstrate mas cuerdo que tu madre obedeciendo al Emperador: la docilidad puede encumbrarte; ó de no si te resistes, ademas de ser como ella azotado, te haré sufrir los mas crueles suplicios.»—«¡Ojala logre yo imitar su sabiduría! contestó Genaro, yo seria el insensato si por miedo á los tormentos con que intentas amedrentarme eligiese una muerte eterna. ¿Es ser cuerdo desobedecer á mi Dios por obedecer al príncipe? Descarga sobre mí tu furor, manda azotarme, entrégame á la tortura; nada temo, ni nada será capaz de hacerme variar de resolucion, pues Dios Nuestro Señor me dará gracia para que le sea fiel hasta la muerte.» Respuesta heróica y digna del hijo de Sta. Felicitas; respuesta que llenó de asombro á cuantos presenciaban aquel acto y aun al mismo juez, quien sin perder todavía la esperanza de triunfar de alguno de los hermanos de aquel invicto jóven, sin miramiento á sus pocos años, le hizo azotar bárbaramente; y lastimado como quedó fué encerrado Genaro otra vez en la cárcel. Llamó al segundo, en quien creyó encontrar mas docilidad, pero se engañó. Encarecióle el poder de los dioses; habló con desprecio de la fe cristiana; y por último le mezcló la dulzura con la acritud para que intimidado aspirara á las recompensas del César y apartara la vista del peligro. La contestacion de Félix no fué ménos valiente que la de su hermano. «Poco juicio ó ninguno se necesita, le dijo, para conocer que vuestros dioses son puras fábulas. Para nosotros no existe mas que un Dios verdadero, tal es mi creencia y la de todos mis hermanos; imagina tormentos, prepara suplicios, todo cuanto intente tu sin razon no será capaz de alterar nuestra constancia en amar á Jesucristo nuestro Salvador, y serémos dichosos en derramar nuestra sangre y en dar nuestras vidas para glorificarle.» Tan admirado estaba Publio, como avergonzado al ver que unos jóvenes imberbes se mostraban tan abiertamente contrarios á su opinion, que ni el temor de las penas ni aun los mismos padecimientos podian alterar su constancia. Félix fué tambien azotado; y para evitar nuevos desengaños dispuso que con los otros tres fuesen llevados igualmente á la cárcel, quedándose con los dos mas pequeños, persuadido que siendo de edad tan tierna haria de ellos lo que quisiese. No están conformes todos los historiadores en cuanto á Felipe, Silvano y Alejandro sobre si fueron ó no interrogados. Los que opinan por la afirmativa ponen en boca del prefecto estas palabras dirigidas á Felipe: «El Emperador manda sacrificar á los dioses.»—Á lo que el jóven contestó: «Esos que tú llamas dioses no lo son, ni tienen poder alguno; son de pie-

« dra ó de metal, y como carecen de alma, carecen tambien de sentido. » Á Silvano le dijo que ya podia juzgar cuan mal aconsejado era de su madre, cuando le exponia á perder la honra y la vida, y que con esto probaba el poco cariño que le tenia. Reflexion atrevida, que llenó de indignacion al Santo niño quien exclamó: « Lo que dices es una impostura; no quiero « obedecer á los hombres si por ello he de desobedecer á mi Dios y Señor. « Temo la muerte eterna, pero no la temporal. » Alejandro despreció tambien sus amenazas, diciendo clara y terminantemente que de boca y de corazon confesaba á Jesucristo, á cuyo amor no renunciaria por todos los tesoros de la tierra. Veamos por último lo que aconteció con Vidal y Marcial. Á estos dejando el juez su natural severidad les habló con particular dulzura, les acarició prometiéndoles todo cuanto puede halagar á los niños. « No pienses, « dijo el primero de los dos, que porqué soy mas pequeño que mis herma- « nos he de ser ménos generoso » —*¿ Te cansas ya de vivir?* le replicó el juez. —« No; pero estoy pronto y aparejado para la muerte ántes que sa- « crificar á los espíritus malignos. » —*¿ Y quiénes son estos espíritus que dices?* le repuso Publio. — « Son los dioses que vosotros adorais, respon- « dió. Tu quisieras que yo les tributase incienso, pero no te canses que no « lo haré aunque me cueste la vida. » Igual intrepidez mostró Marcial, que era el mas pequeño, quien temiendo que le perdonasen á causa de su corta edad: *Yo tambien soy cristiano* gritaba: *Tambien concibo tanto horror por vuestros ídolos como mis hermanos;* repitiendo, *yo tambien quiero morir porqué soy cristiano, soy cristiano.* El juez lleno de asombro se estremeció, y bajó los ojos como quien queda vencido y avergonzado; los mártires fueron conducidos á la cárcel, y los que presenciaron aquel acto se retiraron en silencio, aguardando el desenlace de un drama tan triste como interesante. Publio vuelto de su estupor envió los interrogatorios á Marco Aurelio Antonino, quien con toda su filosofía no pudo contenerse, ni ocultar el despecho que le causó la lectura del famoso proceso formado á Sta. Felícitas y á sus siete hijos. En el colmo de su furor cogió la pluma y fulminó la terrible sentencia de muerte contra los ilustres mártires, encomendando su ejecucion á cuatro jueces. Llegó el dia señalado y aquel dia lo fué de júbilo y de placer para los que debian sufrirla. Marcharon todos ellos al lugar del suplicio como quien se dirige al lugar del triunfo. Genaro fué azotado con plomadas hasta que espiró; Félix y Felipe murieron apaleados; Silvano fué arrojado al rio Tiber; y Alejandro, Vidal y Marcial recibieron el golpe de hacha, que separó las cabezas de sus troncos en el año 175. En cuanto á Felícitas hay quien supone que murió degollada cuatro meses despues, porqué el tirano creyó prolongar sus penas y sufrimientos con la memoria de la muerte de sus hijos; y en esto se engañó tambien, porqué si bien en la apariencia quedó viuda,

sola y desamparada, no le faltó ni un instante la compañía de Dios y de los ángeles y pudo continuar regocijándose de haber alcanzado lo que tanto deseaba. Temia tanto, dice S. Gregorio, dejar á sus hijos en esta vida, como los padres carnales temen sobrevivir á los suyos. Á la gloria de su martirio particular, añade el mismo Santo Padre en la homilia que predicó en honor de Sta. Felícitas, se puede decir que juntó la del martirio y que fué ocho veces mártir. El cuerpo de Genaro fué depositado en el cementerio de Pretextato, Félix y Felipe en el de Priscilia, Silvano en el de Máximo; Alejandro, Vidal y Marcial en el de los Jordanes en la Via Salaria. El de la gloriosa madre en el siglo V yacia en este mismo cementerio que se llamó tambien de Sta. Felícitas. El modo como estaban divididas las reliquias dió motivo á Baillet para colegir una particularidad digna de tenerse presente; esto es, que por lo comun enterraban en un cementerio los mártires que habian padecido el mismo género de muerte. Segun se desprende del antiguo calendario de la Iglesia romana, que corresponde á la mitad del siglo IV, los novicianos robaron el cuerpo de S. Silvano. Algunos historiadores han confundido á esta Sta. Felícitas con la compañera de Sta. Perpetua. Finalmente, en los antiguos Sacramentarios y en todos los Martirologios se hace memoria de esta Santa mártir en 23 de Noviembre. Á los incrédulos, que presuman de críticos y que como á tales intenten denigrar á la Santa por haber permitido que sus hijos fuesen sacrificados, les contestarémos con S. Pedro, arzobispo de Ravena: «Veis aquí una mujer á quien la vida de sus hijos puso « en cuidado y la muerte hizo segura. Dichosa ella que tiene en el cielo « tantas luces cuantos hijos tuvo en la tierra: dichosa fué en parirlos, y « dichosisima en enviarlos al cielo. Andaba mas diligente entre los cuerpos « muertos, cuando el tirano se los mandaba matar, que cuando los tenia « en las cunas y les daba el pecho; porqué con los ojos del alma conside- « raba, que cuantas eran las heridas, tantas habian de ser las joyas de la « victoria: cuantos los tormentos tantos los premios, y cuanto mas duras « las batallas mas gloriosas las coronas. ¿Qué diré, concluye, de esta vale- « rosa mujer, sino que no es verdadera madre la que no sabe amar á sus « hijos como esta amó á los suyos?» — J. M. G.

FELÍCITAS Y PERPETUA (SS.) mártires. Imperando en Roma Séptimo Severo y Antonino Caracalla, el fuego de la persecucion se habia extendido de un modo asombroso en todos los ángulos del Imperio. El humo de las hogueras llegaba á la tierra; las manos de los verdugos se enervaban de tanto sacrificar; los decretos de exterminio, dictados por la barbarie mas estúpida, se reproducian prodigiosamente; no pasaba dia ni hora que no se ofreciese al pueblo uno de aquellos actos desgarradores para los mismos gentiles, causando diversos efectos segun el espíritu de que cada uno de ellos

se hallaba animado. El de corazon sensible lloraba, no porqué la fe le hubiese ilustrado, sino por las desgracias que sufrian sus semejantes; el de corazon empedernido, acostumbrado ya á los terribles espectáculos, se desesperaba viendo que si se rociaba la tierra con la sangre de los cristianos, al parecer este rocío fructificaba tan extraordinariamente, que por cada mártir que moria se presentaban diez para participar de la misma gloria. En esta época, pues, fué cuando las Stas. Felicitas y Perpetua se vieron arrestadas en la ciudad de Tuburba, en la Mauritania, y encarceladas con otros cuatro cristianos, parientes muy cercanos de las Santas, llamados Sátiro, Saturnino, Revocato y Secúndolo. Ámbas señoras estaban casadas; Felicitas preñada de ocho meses, y Perpetua criaba un niño en sus pechos. Dice la historia que esta última tuvo en la cárcel una vision que la llenó de contento. Parecióle observar una escalera de oro que desde la tierra llegaba al cielo; que á los lados habia colocadas muchas espadas cuyas puntas se tocaban casi unas á otras, de modo que nadie podia pasar por ella sin lastimarse. Al pie de la misma escalera descansaba un vigilante dragon, dispuesto á devorar á cuantos intentasen subir. Sátiro, segun le pareció á la Santa, fué el primero que emprendió aquella arriesgada ascension, quien habiendo logrado burlar la vigilancia del dragon infernal y vencer los obstáculos que oponian los afilados aceros, exhortaba desde lo alto á los demas para que siguiesen su ejemplo, diciéndoles que no temiesen á la fiera que no podia estorbarles. Perpetua se apresuró á referir todo cuanto habia visto en sueños á sus compañeros, quienes se alegraron en el fondo de su corazon, pues todos milagrosamente interpretaron de un mismo modo lo que aquello podia significar. Considerando, pues, que se acercaba el momento de prueba, se dispusieron para rivalizar entre sí en constancia y valor. En el mismo dia fueron presentados ante el juez, quien despues de haber fingido compasion con mentidas palabras, les intimó que cumpliesen lo que mandaban los emperadores en sus edictos; esto es, que ofreciesen incienso á las falsas deidades y que blasfemasen del nombre de Jesucristo si querian evitar los tormentos y una muerte segura. Felicitas, Perpetua y sus compañeros contestaron con dignidad y entereza, que nunca jamas harian traicion al verdadero Dios. Viendo, pues, el juez que con su lógica infernal no podia hacerles ni siquiera titubear, mandó que Felicitas atendido el estado en que se hallaba fuese conducida otra vez á la cárcel. Es de advertir que entre los gentiles habia una ley que prohibia ejecutar la sentencia de muerte pronunciada contra una mujer que se hallase en cinta. Quedóse el juez con Perpetua, y luego que la vió sola trató de conmoverla representándola el amor filial en toda su extension. Llamó al efecto á sus padres, hermanos y marido, que como eran gentiles lloraron amargamente al verla en aquel estado, y la

suplicaron con todo el interes que dicta la sangre, que se apartase de su resolucion, que se compadeciese de ellos y que seria feliz. Perpetua sufrió aquel ataque con un desprendimiento sin igual. « Busco, les dijo, la felici- « dad eterna, que solo puede venirme de Dios ¡ojalá le conocierais, y se- « guiriais mi ejemplo! » Presentáronle por último la prenda de sus entrañas; la buena madre la acarició, la estrechó en su seno, pero como estaba fija en su mente la idea de la eternidad, devolvió la criatura á su marido, re- pitiendo entre sollozos siempre las mismas palabras: « Dios ilumine vuestro entendimiento. » Estas pruebas ejercidas con Perpetua bastarian para dar á conocer aquel pecho varonil hasta donde podia llegar. Llora por la suerte de su familia, mira respetuosamente á sus padres, se aparta de lo que ama mas en el mundo, y exclama: « ¡ Dios mio ! todo lo sacrifico por vos. » El juez indignado y sin esperanzas ya de que los respetos humanos pudiesen vencer á la Santa, dispuso que los verdugos la azotasen sin miramiento alguno junto con los demas Santos, y despues mandó que fuesen conducidos otra vez á la cárcel, donde encontraron á Felicitas bañada en un mar de lágrimas, no por verse encerrada en obscuro calabozo, sino porqué no podia ser partícipe de la suerte de Perpetua y demas compañeros que habian principiado ya á luchar valerosamente en defensa de la fe, recibiendo las primicias de un prolongado martirio. Perpetua abrazándola procuró consolarla; y puestos de rodillas rogaron á Dios con todo el fervor de sus almas para que conce- diese á Felicitas lo que tanto deseaba. Dios oyó sus súplicas; pues en aquel momento sobrevinieron á la Santa los dolores del parto. Eran éstos muy agudos y excesivos, y como se desahogase en lastimeros ayes, el feroz car- celero sonriéndose le dijo: *Si ahora te quejas por estos dolores, ¿cómo po- drás mañana sufrir los tormentos y la muerte que te espera?* — « Ahora, « contestó la Santa, se cumple en mí la sentencia que pronunció Dios con- « tra nuestra primera madre por su debilidad; mañana la gracia del Señor « vencerá los tormentos que vuestra impiedad me prepara. » Por fin parió felizmente, y la esperanza del martirio restableció la calma en su corazon. Pasaron algunos dias los ilustres presos en dulces coloquios hablando de Dios y de la felicidad eterna; y miéntras tanto se acercaba el momento en que debian terminar su gloriosa peregrinacion en este mundo. La sentencia pro- nunciada contra ellos era de las mas bárbaras que referirse puedan. Ante todo hicieron desnudar á las Santas y á sus compañeros y los entregaron á la vergüenza pública, haciéndolos marchar de este modo al lugar del suplicio, que era el anfiteatro, donde debian servir de espectáculo á una numerosa concurrencia. Caminaban todos ellos con la mayor serenidad y con aquel valor que infunde la inocencia y la justicia de la causa que se defiende, y miéntras tanto entonaban con singular modestia aquellos versos del salmo de

David que dice: « De Vos tan solo podemos esperar esta proteccion que « nos defienda de todos los peligros, mas no de esas vanas deidades, que « adoran ciegas las naciones; porqué al fin ¿qué cosa son sus ídolos sino « unas mudas estatuas que fabrican de oro y plata las manos de los hom- « bres? etc. » Oyendo el procónsul este hermoso cántico les mandó abofetear; pero no por esto cesaron los Santos de repetir las mismas palabras hasta que, colocados en el anfiteatro con las manos atadas, soltaron contra ellos leones y leopardos. Los leones despedazaron á Perpetua y á Sátiro, y los leopardos á Felícitas y á Revocato. Dios permitió que Saturnino y Secúndulo quedasen libres; mas luego el primero de estos dos mártires fué decapitado, y el segundo murió en la cárcel. El martirio de Sta. Felícitas, de Sta. Perpetua y de sus compañeros, aconteció en el año 205, en 7 de Marzo: dia en que celebra la Iglesia su memoria. Los cuerpos de Perpetua y de Felícitas fueron despues trasladados á la ciudad de Cartago y colocados con gran veneracion en la iglesia mayor. Hacen mencion de estas Santas Tertuliano y S. Agustin. Este último predicó tres sermones por tres años consecutivos en el dia de su festividad. Ademas las mencionan el Martirologio romano, Beda, Usuardo y Adon. Finalmente, los nombres de Felícitas y de Perpetua han sido continuados en el *Cánon* de la misa. — J. M. G.

FELÍCITAS (Sta.). (Véase Cirilo (S.).

FELÍCITAS (Sta.) hija de Oton. Se hace mencion de esta Santa en las *Vidas de Santos de la sagrada religion de S. Benito*, sacadas del *Menologio benedictino* por el P. Heredia; pero tan brevemente que casi no pasa de una simple indicacion entre los Santos y Bienaventurados, cuya memoria celebra aquella ilustre Órden en el dia 24 de Marzo. Dícese de ella que floreció en el siglo X ó sobre el año de 1000, y que fué religiosa del monasterio de San Félix de Pavía de la Órden benedictina. La circunstancia notable de ser hija del emperador Oton II, y de consiguiente princesa ilustre, á la cual sonreian todas las esperanzas del mundo, el placer y la fortuna, hace mas admirable y heróica su resolucion de renunciar á todo para entregarse únicamente á Jesucristo. Refiérese de ella, que habiendo oido la fama de santidad de las religiosas de aquel monasterio, disimulando cautelosamente que deseaba visitarle y verlas, porqué preveia seguramente las muchas oposiciones y resistencias que debiera encontrar su resolucion, luego de entrada en él como en un asilo contra las mundanales tormentas manifestó sin rebozo el voto que tenia hecho de consagrarse allí por esposa de Jesucristo bajo la regla del P. S. Benito; y que á pesar de todos los ruegos y amenazas que en tales casos se suelen poner en práctica para hacer desistir un alma de su resolucion generosa, la vistieron con la santa cogulla, y nunca la pudieron apartar de su determinacion, ostentando en esta piadosa resistencia una fir-

meza y un valor que solo pueden ser inspirados por una verdadera vocacion del cielo. No es raro por cierto que el mundo, como otras de sus impostu-ras, atribuya casi siempre á fuerza ó á violencia la entrada de las hijas del claustro al retiro de la vida religiosa, sentando como regla general lo que puede haber sido uno que otro abuso. Pero este mismo mundo se ve des-mentido y confuso por cada una de estas heroinas, que halagadas por todos sus atractivos y por todos los incentivos de las grandezas humanas al pare-cer irresistibles rompen de una vez con mano fuerte todos estos lazos, y prefieren la calma de la virtud y la dicha de la perfeccion espiritual á las bor-rascas del siglo y á las felicidades ilusorias que ofrece. Por una de tantas almas grandes y elevadas se puede citar nuestra Santa, á la cual por de contado se ofrecerian gallardos é ilustres mancebos que aspirarian á su mano; bellas ocasiones de brillar en los círculos del mundo y hacer gala y ostension de su hermosura y atractivos. Pero ella dijo, como la bienaven-turada Clara de Montfaucon, que apreciaba tanto su virginidad que ántes hubiera consentido en padecer las penas del infierno toda su vida que consen-tir en perder tan preciosa joya. Hizo lo que la niña Sta. Inés cuando se le ofreció por esposo el hijo del prefecto de Roma, dando por respuesta que habia hallado un esposo mucho mejor, como refiere S. Ambrosio. Lo mismo que respondió Sta. Domitila, sobrina del emperador Domiciano, á algunas mujeres que querian persuadirla que se desposase con el emperador Au-reliano, aun cuando consintiese aunque gentil que conservase la religion cristiana; y para perseverar fiel á Jesucristo, á quien habia consagrado su virginidad, sufrió de buena gana el ser quemada viva: muerte cruel con que su bárbaro amante le hizo pagar su resistencia. Análoga respuesta dió la vírgen Sta. Susana cuando recibió la embajada del emperador Diocleciano, parti-cipándole que queria hacerla emperatriz casándola con su yerno Maximino, á quien habia elevado ya á la dignidad de César; y el Emperador, vista su contestacion, le hizo quitar la vida. ¿Cuántas otras santas doncellas, por fin, para desposarse con Cristo renunciaron á monarcas? La beata Juana, infanta de Portugal, rehusó la mano de Luis XI rey de Francia: la beata Inés rehusó la del emperador Fernando II: Elisabeth, hija del rey de Hungría heredera del reino, rehusó la de Enrique, archiduque de Austria. Así, pues, Sta. Felícitas, hija de un Emperador, rehusó la de cuantos se le presen-taron y se le hubieran podido presentar, resuelta como estaba á sufrir el martirio si no hubiese podido de otra manera desasirse de las exigencias del mundo. Tan heróica constancia no podia dejar de ser coronada; pues añade la Crónica que perseveró allí dando el mas alto y extraordinario ejemplo de todas las virtudes, y en particular de humildad, que era mas relevante en ella por razon de la altura de su nacimiento; pues esta virtud es un sacri-

ficio continuo del amor propio y un abatimiento voluntario de la propia personalidad, que siendo por naturaleza repugnante al hombre, lo es mucho mas á las personas nacidas para ser superiores á los demas y para recibir sus respetos y homenajes. Vivió asimismo en perpetua mortificacion y oracion como es consiguiente, pues sin la fuerza que da la oracion no es asequible la victoria sobre las propias inclinaciones. Fué tambien favorecida con el don de lágrimas, lo cual prueba un desahogo continuo de amor en un corazon poseido del divino fuego; y perseveró en tan santa vida hasta que Dios mismo, soltándola de los lazos del cuerpo, la hizo volar á él para darle el premio merecido á sus virtudes. — J. R. C.

FELÍCITAS (Sta.) vírgen. En la misma Crónica de los Santos de la Órden benedictina se hace mencion de otra Santa Felicitas, de época casi igual á la primera, la cual fué monja en el monasterio de S. Cosme y S. Damian de la ciudad de Padua en Italia, de la Órden benedictina; y despues buscando quizas mayor perfeccion y mas libre é íntima comunicacion con Dios se dió á la vida eremítica ó solitaria. No se dice cuales fuesen sus padres, ni que puesto ocupaba en la sociedad. Solo si, que la canonizó el pontífice Leon IX y que su sagrado cuerpo está en altar particular en el ilustre monasterio de Sta. Justina de la misma religion. Su muerte acaeció en el año 1050, y se hace mencion de ella en 27 de Marzo. Los sabios editores de la grande coleccion de *Acta Sanctorum*, refiriéndose con su delicada crítica á los autores y documentos mas fidedignos, indican tan solamente, despues de haber examinado auténticamente la invencion de su cuerpo, que segun se cree habitaba en la soledad para guardar mayor santidad de vida. Dedúcese esta noticia de conservarse todavía á algunas millas de la ciudad una pequeña cueva vaciada en la roca, que aun conserva actualmente el nombre de cueva de Sta. Felícitas, ó mas bien oratorio ó capilla de la misma Santa, que está cerca de una antiquísima casa de S. Antonio Abad, de quien tomó nombre el mismo monte, encomendada ya desde mucho tiempo á los monjes de Sta. Justina. Confiesan aquellos eruditísimos biógrafos que poco mas se sabe de esta Santa Felicitas, mas conocida del cielo que de la tierra; añadiendo con su acostumbrado criterio, que por lo poco que puede inducirse de los vetustísimos documentos y por el eco de la tradicion, no hay motivo plausible para atribuirle el título glorioso de Vírgen por mas que algunos autores, como por ejemplo Cavaccio, pretendian con poco fundamento ceñírla con una aureola dudosa de virginidad, lo cual no es un requisito indispensable para que sea Santa. Y se fundan en que el título de *illustris fœminæ* con que se la califica en el epitafio, parece indicar mas bien el pudor de matrona que la integridad virginal. Hacen ademas la muy justa observacion de que si como afirman algunos autores su cuerpo estuvo oculto en la capilla ó monas-

terio de Sta. Justina ántes de la mortandad causada por la invasion de Átila, es claro que no podia pertenecer á la Órden benedictina, pues que todavía no existia. Así, pues, dejan enteramente en duda si la Santa perteneció ó no á aquella Órden ilustre, contentándose con sentar la veracidad y la legitimidad de su culto, al cual en tiempos mas modernos añadió el uso y la aprobacion la autoridad de Bucelino cuando dice: *Corpus ejus in arâ peculiari, prope altare Sancti Lucæ evangelistæ religiosissime aservari ac coli.* — N. A. T.

FELÍCULA (S.) mártir. (Véase Vidal (S.).

FELÍCULA (Sta.). Esta ilustre vírgen y mártir romana fué contemporánea de los Apóstoles y digna compañera de Sta. Petronilla, discípula de S. Pedro. Dejando para su lugar el referir la vida de esta última Santa, dirémos únicamente que habiendo sido solicitada por un jóven caballero romano llamado Flaco, logró de Dios la dicha de morir ántes de dar la mano á este idólatra que la pretendia tomar á la fuerza por esposa; y sabido por Flaco el feliz tránsito de Petronilla á la otra vida, y perdida con esto toda esperanza, resolvió dirigirse á Felícula, compañera de aquella y dotada de no menor discrecion y belleza, y así le dijo: « Escoje, ó niña, uno de dos partidos; ó me tomas por esposo, ó sacrifica á los dioses. »—Á lo cual le contestó la pudorosa vírgen: « Ni quiero ser esposa tuya, porqué me he dado ya y consagrado enteramente á mi Señor Jesucristo, y él me ha recibido por su esposa; ni ménos intento ofrecer sacrificios á tus dioses, pues que yo soy cristiana, y como á tal no les sacrificaré jamas en mi vida. » Airóse Flaco en gran manera, y transportado de furor la entregó á un magistrado que la hiciese encerrar en una obscurisima cárcel, en la cual estuvo siete dias sin comer ni beber. Puesta allí, compadecidas de ella las mujeres de los alcaides, le empezaron á decir ¿cómo siendo tan jóven y tan hermosa queria tan voluntariamente perderse?; que tuviese piedad de ella misma, y que tomase por marido á Flaco, mozo gallardo y rico y amigo del Emperador. Yo, les respondia Felícula, soy esposa de Jesucristo, y ningun otro sino él merece desposarse conmigo. Entre tanto, concluido el término de los siete dias, mandó el impío magistrado que fuese conducida donde habitaban las vírgenes vestales dedicadas á la diosa Vesta falsa deidad del gentilismo y que cuidaban de conservar el fuego perpetuo, y allí la dejaron; mas la vírgen de Cristo, no queriendo contaminarse con los manjares prohibidos con que la brindaban aquellas niñas, observó por otros siete dias un rigurosisimo ayuno, sin que por esto muriese; pues como sostenida por una virtud divina sin la ayuda del sustento material se conservaba viva y sana. Concluidos otra vez los siete dias fué Felícula por órden del mismo magistrado puesta en el ecúleo, en donde sintiendo ya de antemano las dulzuras

celestiales se puso á decir en alta voz: « Ahora sí que veo de cerca á mi amante y á mi esposo Jesucristo, en quien tengo puesto todo mi amor. » Los mismos verdugos al oirla hablar así la exhortaban á que desertara de su ley. «Niega, le decian, ó Felícula, niega que eres cristiana y nosotros dejarémos de atormentarte. »—Pero les replicaba la vírgen: « No es posible que yo niegue jamas á mi Jesus, habiendo él padecido tanto por mi causa: por mí gustó la hiel y el vinagre; por mí fué coronado de agudísimas y punzantes espinas; por mí finalmente quiso entre mil tormentos espirar en el tronco de una cruz. Estas palabras inflamaban tanto el furor y la rabia del juez inicuo, que habiendo mandado redoblar los tormentos, al fin la Santa espiró en el ecúleo. Muerta ya, mandó que fuese arrojado su cuerpo en un estercolero; pero de noche el santo sacerdote Nicomédes le sacó de aquel fétido lugar, y le sepultó en la Via Ardeatina, camino que desde el Aventino, uno de los siete collados principales de Roma frente al Tíber de una parte y de la otra al Palatino y al monte Celio, conducia á la ciudad de Ardea. Tuvo noticia de este suceso el impío Flaco, y disgustado en extremo mandó que Nicomédes fuese conducido á sacrificar á los dioses, el cual negándose á hacerlo fué condenado á ser atrozmente azotado con plomos; siendo tan largo el tormento, que con la palma del martirio pasó glorioso al Señor. Arrojaron los verdugos aquel santo cuerpo en el Tíber; pero Dios permitió que le hallase un clérigo llamado Justo, el cual le dió sepultura en un huerto suyo situado en la Via Numentana, en donde se halla segun algunos en el dia la iglesia de S. Lorenzo *in Palisperna*. El cuerpo de Santa Petronilla se conserva en la iglesia de S. Pedro y el de Sta. Felícula en la iglesia de S. Lorenzo *in Lucina*. Entrámbas Santas, amigas y hermanas de leche segun algunos, fueron preciosas primicias de los mártires en la antigua capital del mundo, y tuvieron la dicha de ser instruidas por el mismo príncipe de los Apóstoles, que mas tarde las siguió en la brillante carrera del martirio. Las dos al parecer eran de las mas ilustres familias de Roma, y dotadas de singular hermosura; las dos inocentemente cautivaron el corazon del caballero romano Flaco, privado del Emperador; las dos rehusaron su amor y su mano por el amor purísimo é inmortal de su esposo Jesucristo; las dos sufrieron con inalterable firmeza y heróica constancia los mas acerbos tormentos para defender su castidad y la ley santa del Señor que profesaban; y las dos subieron casi juntas ceñidas con la doble corona de la virginidad y del martirio al trono radiante del inmortal Esposo, marcando la gloriosa senda que debian tras ellas seguir tantos millares de heroinas que con asombro del mundo probaron á los siglos venideros con sus virtudes y con su sangre la divinidad invenciblemente demostrada de la religion cristiana. — J. R. C.

FELINA (Clemente María). Fué este varon religioso carmelita de la congregacion mantuana, maestro y doctor en sagrada teología y dos veces vicario general de la misma congregacion. Escribió una obra con el título de: *Musæum Congregationis Mantuanæ, in quo celebriorum heroum singula simulachra propiis gemmis coronata, suisque locis aptè disposita conspiciuntur;* aplicado empero á negocios mas graves y mas propios de su edad y profesion no quiso darla á luz. Sin embargo, el Rdo. P. Fr. Gaudencio Roberto, carmelita de la misma mencionada congregacion mantuana, obtenido permiso del autor, cuya modestia le hacia repugnar el concederle, á fin de no negar dicha obra á la comun utilidad y provecho de los fieles y de los literatos, cuidó de hacerla imprimir en Bolonia en la imprenta Pisanaria, año 1691, en 4.°, y la dedicó al eminentisimo cardenal Palucio de Alteriis, protector de la Órden carmelitana. — S.

FELINO (S.). Este Santo y S. Graciniano eran dos gentiles tan distinguidos por su ilustre nacimiento como por el cultivo de su inteligencia y saber, y se hallaban empleados en el palacio del emperador Decio. Á mitad del siglo III fueron enviados desde Roma á Perusia para que dictasen providencias enérgicas y severas contra los cristianos, que no querian ceder á la violencia de la persecucion. Pero dotados de un alma recta, aunque prevenidos con todos los errores de la educacion, quedaron atónitos al ver la constancia de aquellos esforzados atletas y los portentos que obraba el cielo en medio de sus suplicios. Conocieron que tanta intrepidez, unida á tanta virtud, léjos de ser un crímen no podia proceder sino de una especial proteccion del cielo, y que la causa de los cristianos era la causa de Dios. Abrieron pues los ojos á la luz divina que vino á alumbrar su corazon, y como otros Santos, se convirtieron de perseguidores en defensores y de verdugos en mártires. Recibieron las aguas regeneradoras, y poco despues ciñeron la corona inmortal del martirio. En el *Triunfo de los Santos del reino de Cerdeña* se hallan sus compañeros S. Felino y S. Aurelio, de los cuales se dice que despues de muchos trabajos y fatigas murieron degollados en la confesion de la fe en tiempo de la cruel persecucion de Diocleciano, y fueron enterrados entre los demas Santos que en ella padecieron. Atendido el transcurso de tiempo que medió entre el imperio de Decio y el de Diocleciano puede ser muy bien que no fuese el mismo S. Felino oficial del palacio de aquel el que murió en la persecucion de este último, pues no se marcan bien determinadamente las fechas de los respectivos martirios. La inscripcion que se leia en el sepulcro de este último decia así: *Hic jacet Beatus Martyr Felinus, vixit annos 56 depositus sub die Kalendarum Octobris.* La corta edad de este Santo induce mas á creer que es diferente del primero, pues si hubiese perecido en la persecucion de Diocleciano deberia ser precisamente

de mayor edad. Á mas de que, habiéndose declarado cristiano tan luego como fué enviado á Perusia, no es de modo alguno creible que su martirio se hubiese diferido por tanto tiempo. Los cuerpos de S. Felino y de S. Aurelio fueron sacados juntos de las catacumbas, y remitidos á D. Fernando Afan de Ribera, duque de Alcalá, virey y capitan general en el reino de Nápoles. —R.

FELÍNUS (Sandéus) jurisconsulto de Ferrara. Vivia á principios del siglo XVI. Fué auditor de la Rota bajo el pontificado de Alejandro VI, y segun algunos autores obispo de Luca. Dirigió á este Papa una historia compendiada de Alfonso rey de Aragon, que no es mas propiamente hablando, que una coleccion de diversos documentos ó de centones de Oton de Frisingen, de S. Antonio, de Pio II, de Blóndus, de Poggio de Florencia, de Platina, etc.: Macardo Frehero la publicó. — O. A. R.

FELIP, beneficiado de Argelés. Amat le cita en su obra ó *Diccionario de autores catalanes* como autor de una obra titulada: *Exercicios espirituales del colegio de jesuitas de Perpiñan.* Se ignora la época en que floreció, pero se colige que fué en el siglo XVI. — O. R.

FELIPA (Sta.) mártir. (Véase Teodoro (S.).

FELIPA Gravina (Venerable Sor) española. Lo mas singular de esta venerable sierva de Dios es que vivió en el convento con el hábito de Sto. Domingo, como si hubiera estado en un desierto, porqué nunca fué vista en conversacion con persona alguna, ni aun con sus religiosas. Hay almas que se abstraen enteramente del mundo y viven solas en íntima comunicacion con Dios. Cuando este retraimiento nace de un exceso de amor divino, que absorve de tal modo las potencias y los sentidos que no les deja un momento para la tierra, es un elevado grado de perfeccion cristiana, es la vida unitiva del justo con su Criador, ó sea la union continua de Dios con su criatura. Pero cuando nace este abstraimiento de cualquiera otra causa es una ridícula ú odiosa misantropía. Sor Felipa se dió tanto á la oracion, que no contenta de emplear en este santo ejercicio gran parte del dia, continuaba en él despues de maitines hasta el amanecer, no habiendo dejado nunca de asistir en ellas por enfermedad ó vejez. Ademas de la oracion mortificaba su inocente cuerpo con crudas maceraciones; llevaba siempre sobre sus carnes un áspero cilicio; dormia sobre la dura tierra; y tomaba disciplina todos los dias castigándose como si hubiese sido una grande pecadora. Guardó con muchísimo rigor todos los ayunos ordenados por su santo instituto, ayunando igualmente todos los miércoles á pan y agua. Sin embargo de haber pasado su vida en todas estas penitencias y de ser tan particularmente favorecida de Dios, consintió éste que en la hora de su muerte fuese molestada del espíritu del mal, permitiendo para mas purificarla, que le sugiriese algunas

ideas de defectos pasados para desesperarla; pero fortalecida con la gracia, á la cual habia sido siempre fiel, salió victoriosa de aquella lucha; pues el que vive entre tribulaciones no teme en la hora de la muerte las asechanzas del comun enemigo, porqué si Dios no abandona ni aun al pecador que arrepentido y humilde le invoca ¿cuánto ménos dejará al justo abandonado á las sugestiones del infierno? Fué su dichoso tránsito de este valle de lágrimas á la patria de los Santos en el año 1574. El *Sacro diario Dominicano* hace mencion de la venerable Sor Felipa Gravina en el dia 9 de Febrero. — A. C. R.

FELIPE (S.) apóstol. Era natural de Bethsaida en Galilea. Eusebio dice que estaba casado y que tenia varias hijas cuando Jesucristo le admitió en el número de sus discípulos. Algunos dias despues de la vocacion de Pedro y de Andres, habiendo emprendido el Señor el camino para Galilea, salió al encuentro de Felipe y mandó que le siguiese. Felipe le pidió permiso tan solo para ir á tributar los últimos deberes á su padre y darle sepultura; mas Jesus le contestó: « Sígueme y deja que los muertos entierren á sus muertos: » para darle á entender sin duda que acababa de recibir la vida y la gracia. S. Clemente de Alejandría da este hecho como una cosa que ya no se pone en duda; pero Tertuliano afirma que al que dió Jesucristo esta respuesta era un Apóstol. Los Evangelistas no le nombran; y seria muy extraño que S. Juan, que nos refiere minuciosamente lo que Jesucristo dijo á S. Felipe, llamándole al apostolado, callase esta circunstancia que por cierto es muy notable. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que siendo ya Felipe discípulo de la verdad, se apresuró á propagarla. Marchó inmediatamente á encontrar á Nathanael, le anunció la feliz noticia de su vocacion, diciéndole que habia encontrado el Mesías de quien escribió Moisés en la ley y de quien hablaron los profetas; esto es, Jesus hijo de José de Nazareth.—¿De Nazareth? le replicó Nathanael ¿acáso puede haber allí cosa buena? (Es de advertir que aquella ciudad estaba en gran descrédito entre los judíos.) —Ven y lo verás por tus propios ojos, le repuso Felipe, y te convencerás de la verdad de cuanto te digo; por fin empleó todo lo que la persuasion tiene de mas dulce y de mas poderoso para inclinarle á que siguiese su ejemplo. Nathanael por último cedió y Felipe le presentó al Señor, y desde este dia el discípulo de Bethsaida ya no se separó mas de su Divino Maestro asistiendo con él en las bodas de Caná en Galilea. En el año siguiente fué colocado en el número de los Apóstoles; y á Felipe fué á quien el Señor hallándose en un monte y viendo la multitud de gente que venia le preguntó donde podrian comprar el pan necesario para mantener á los cinco mil hombres que les seguian. Esto lo hizo el Señor para probarle; pues ya sabia lo que debia hacer. Poco tiempo ántes de la Pasion de Jesucristo, algunos gentiles deseosos de verle rogaron á Felipe que les procurase el medio. Felipe lo advirtió á Andres, y ámbos

Apóstoles hablaron de ello al Señor, quien les contestó: *La hora de glorificar al hijo del Hombre ha llegado ya.* Habiendo prometido Jesucristo á sus discípulos, en el discurso que sus divinos labios pronunciaron despues de la última cena, darles de su Padre celestial un conocimiento mas exacto del que habian tenido hasta entónces, Felipe exclamó en el colmo de su entusiasmo: *¡Señor muéstranos al Padre! y nos basta.* Las Santas Escrituras en el Evangelio de S. Juan, cap. XIV, ver. 6 y siguientes ponen en boca de Jesus esta contestacion: *¿Tanto tiempo ha que estoy con vosotros, y no me habeis conocido? Felipe, el que me vé á mí, vé tambien al Padre. ¿Cómo pues tú dices muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo de mí mismo. Mas el Padre que está en mí, él hace las obras. ¿No creeis que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Y sino creedlo por las mismas obras. En verdad, en verdad os digo: El que en mí cree, el hará tambien las obras que yo hago, y mayores que estas hará: porqué yo voy al Padre.* ¡Manifestacion grande, sublime que comprehende grandes y profundos misterios, y que ha dado materia á los comentadores á extensos raciocinios! Yo ESTOY EN EL PADRE, dice Jesus; y el Doctor de la Gracia, el obispo africano, con aquella lógica concluyente, hija de su sabiduría y de su creencia, lo hace mas comprehensible diciendo: YO ESTOY EN EL PADRE, etc. *en virtud de la naturaleza que es una misma en todas las tres Divinas personas. Esta inefable union de todas tres en una misma naturaleza es lo que los teólogos latinos llaman* CIRCUMINSESSIO. LAS PALABRAS QUE YO OS HABLO, dice Jesus, NO LAS HABLO DE MI MISMO. MAS EL PADRE QUE ESTÁ EN MÍ ÉL HACE LAS OBRAS; esto es, en mí habla el Padre cuando yo hablo, en mí obra el Padre todo lo que yo obro, porqué así como es uno mismo el sér, así tambien es una misma la operacion. *(Scio en sus notas.)* EL QUE EN MI CREE ÉL TAMBIEN HARÁ LAS OBRAS QUE YO HAGO, Y MAYORES QUE ESTAS HARÁ: PORQUÉ YO VOY AL PADRE. ¿Y por qué Jesus dijo esto? Porqué el Señor no debia hacer brillar su poder en grandes milagros de sus discípulos, sino despues de haber vuelto al seno de su Padre (y esta grande obra se cumplió en todas sus partes;) siendo el mayor de los que obraron los discípulos del Divino Maestro la conversion de todo el mundo á la fe cristiana. Por otra parte volviendo á nuestro principal objeto, lo que llevamos dicho es lo único que se refiere acerca del apóstol S. Felipe en el Evangelio. Lo demas que han contado varios autores graves y juiciosos de los primeros siglos no lleva el mismo sello de certeza: bien que lo que mencionan no es indigno tampoco de nuestra creencia. Despues de la bajada del Espíritu Santo en el Sacro Colegio, los Apóstoles se dispersaron pasando á diferentes puntos del mundo. Felipe, segun Teodoreto y Eusebio, pasó á predicar el Evangelio en la Frigia, y murió en Hierápolis, donde fué enterrado con dos

de sus hijas que guardaron virginidad. Algunos opinan y con razon que falleció siendo de edad muy avanzada, fundándose en que S. Policarpo, cuya feliz conversion se operó hácia al año 80 de nuestra era, fué por algun tiempo discípulo del santo Apóstol. « Grandes rayos de luz se han extinguido « en Asia, dice Eusebio en su *Historia eclesiástica*; sin embargo, volverán « á brillar en el dia del advenimiento del Señor; hablo aquí de S. Felipe « que ha sido á la vez sacerdote, doctor y mártir. » S. Felipe no dejó ningun escrito: el papa Gelasio I condenó las actas y el Evangelio que se atribuian á este Apóstol. Finalmente, la Iglesia griega celebra la fiesta de S. Felipe en 14 de Noviembre, y la latina en 1.° de Mayo. Teodoreto en su *Historia eclesiástica* refiere una vision de Teodosio *el Grande*, que contribuyó en gran manera á extender el culto del santo Apóstol en el Imperio romano. En el año 394 de Jesucristo, en la mañana del dia en que Teodosio debia dar una batalla contra el tirano Eugenio, se le aparecieron dos hombres vestidos de blanco y le exhortaron á que se revistiese de valor, añadiéndole que habian venido en su socorro. Uno de ellos era S. Juan *el Evangelista*, y el otro S. Felipe, prometiéndole que alcanzaria una completa victoria, cuya profecía se cumplió exactamente: falta advertir que un soldado del ejército de Teodosio habia tenido igual vision. El cuerpo de S. Felipe se halla en Roma en la iglesia dedicada en 560 bajo la invocacion de los SS. Felipe y Santiago. Uno de los brazos de S. Felipe fué transportado de Constantinopla á Florencia en 4 de Marzo de 1204. Esta preciosa reliquia habia sido dada por el emperador griego Manuel Commeno á su sobrina María cuando en 1167 la desposó con Amauro rey de Jerusalem, hermano y sucesor de Baduino III de la casa de Anjou. — J. M. G.

FELIPE (S.). Uno de los siete primeros diáconos de Jerusalem. S. Felipe era, segun la opinion mas comunmente recibida, originario de Cesárea en Palestina. S. Epifanio y otros muchos Padres le cuentan en el número de los setenta y dos discípulos que Jesucristo escogió despues de los Apóstoles para asociarlos á su divina predicacion. Tal vez fué tambien de los que acompañaron á los Apóstoles en el cenáculo, y que recibieron con ellos la efusion milagrosa del Espíritu Santo en el dia de Pentecóstes. Inclinan á creerlo las palabras que S. Pedro dirigió á los fieles cuando se trató de elegir los siete primeros diáconos. « Escoged hermanos, les dijo, de entre vosotros « siete varones de buena reputacion, llenos de Espíritu Santo y de sabiduría « á los cuales encargarémos esta obra; » bien que esto puede interpretarse tambien bajo este sentido: llenos de celo por la gloria de Dios, de inteligencia y de prudencia para el ministerio que se les quiere confiar. Lo que hay de cierto es, que Felipe se habia ya distinguido por su celo y por su sabiduría en medio de esta ferviente iglesia de Jerusalem; pues fué el segundo

que ella presentó para que recibiese la imposicion de manos de los Apóstoles. Esta nueva dignidad exaltó aun mas su ánimo, si cabe, á favor de la fe y de la caridad evangélica; pues ademas del cuidado de las viudas y de los pobres, que eran otras de las funciones que llenaba en la augusta asamblea de los fieles, se entregaba tambien sin descanso al ministerio de la predicacion. Obligado á retirarse de Jerusalem á causa de la terrible persecucion, en la cual S. Estévan recibió la corona de mártir (véase su artículo) se trasladó á Samaria, donde Simon *el Mago* ejercia una funesta influencia con sus prestigios y con su moral impía. La obra de Dios y la del hombre no podian quedar por mucho tiempo confundidas. Así es que los samaritanos recibieron con los mayores transportes de alegría la fe que les anunciaba Felipe. Sus numerosos milagros, la santidad de su vida, la pureza de su doctrina, les trajeron fácilmente á la memoria este Jesus, á quien habian escuchado tres años ántes con respetuoso y profundo silencio y con muestras de la satisfaccion mas completa. Felipe en breve pudo recoger el fruto de esta divina predicacion bautizando un gran número de samaritanos: hasta el mismo Simon *Mago* arrastrado por el ejemplo que le daban los de Samaria, y por los milagros del Santo Evangelista, quiso contarse tambien en el número de sus discípulos; pero era un hipócrita malvado que muy en breve se quitó la máscara y fué mas infame aun de lo que habia sido hasta entónces. Aun en la actualidad causa asombro cuando se lee en la historia el gran fruto que alcanzó S. Felipe en la Samaria. Sin embargo, como no era mas que diácono, tuvo que limitarse á darles el bautismo; pero advirtió inmediatamente á los Apóstoles que se hallaban ocultos en Jerusalem que Samaria habia recibido ya la palabra de Jesucristo. Estos diputaron á Pedro y á Juan para que les impusiesen las manos y recibiesen el Espíritu Santo. Era muy justo que el jefe del Sacro Colegio tuviese el encargo de recibir y de bendecir esta nueva Iglesia, que se formaba de entre los émulos de los judíos del mismo modo que él habia fundado la de estos de los mismos judíos, y del mismo modo como recibió mas adelante las primicias de los gentiles en la persona de Cornelio. (Véase Pedro S.) En este mismo año 35 de Jesucristo miéntras que Felipe consolidaba su obra, el Espíritu de Dios le advirtió que debia trasladarse al camino de Damasco. Allí le aguardaba una nueva conquista; tal era la de un eunuco poderoso valido y tesorero de Caudace reina de Etiópia. Este hombre era probablemente un prosélito y regresaba de Jerusalem, despues de haber adorado en el templo, recitando en su carro y leyendo el profeta Isaías. El Espíritu del Señor dijo entónces á Felipe: « *Acércate y llégate á ese carro;* obedeció el Apóstol y oyó que el etiope leia en el libro del profeta Isaías y entónces le preguntó: *¿ Entiendes acaso lo que lees?* á lo que contestó el eunuco: *¿cómo puedo entenderlo sino*

hay quien me lo explique? y al propio tiempo rogó á Felipe que subiese y se sentase con él. En esta ocasion estaba leyendo aquel pasaje que dice: *Como oveja fué llevado al matadero, y como cordero mudo delante del que le trasquila, así él no abrió su boca. En su abatimiento su juicio fué ensalzado. ¿Su generacion quién la contará, porqué quitada será su vida de la tierra?* « Ruégote, dijo entónces el eunuco á Felipe, que me aclares, ¿de quién « dijo esto el profeta? ¿de sí mismo, ó de algun otro? » Este lance verdaderamente providencial dió márgen á Felipe para desenvolver todo el misterio del cristianismo. Miéntras iban marchando se encontraron cerca de una fuente, y al verla el eunuco exclamó: *he aquí agua: ¿qué puede impedir pues el que yo sea bautizado?—Si crees de todo corazon bien puedes.—¡Si, creo!* repuso el ferviente prosélito, *que Jesucristo es el hijo de Dios*. La Gracia habia producido ya el fruto deseado por el santo Apóstol. Felipe le bautizó pues y desapareció en aquel instante mismo. El Espíritu le habia transportado á Azot. El eunuco en el colmo de su alegría continuó su viaje, y segun S. Ireneo y otros autores no ménos graves muy luego fué el apóstol de sus conciudadanos. S. Felipe continuó su ministerio, llegó á Cesárea su ciudad natal y allí fijó su domicilio. En casa de Felipe fué donde S. Pablo recibió hospitalidad cuando en el año 58 regresaba de Acaia á Jerusalem. S. Lúcas que acompañaba al Apóstol nos dice que S. Felipe tenia cuatro hijas y que todas ellas habian consagrado á Dios su virginidad, y que habian recibido de él el don de profecía, siendo las primeras que dieron el ejemplo de virginidad en el cristianismo. Mucho tiempo despues eran visitadas aun con devocion las cuatro celditas que habitaban cerca de la casa de su padre; así á lo ménos lo atestigua S. Gerónimo hablando de Sta. Paula. Nada mas se sabe de cierto relativo á S. Felipe: algunos autores le confunden con el Apóstol del mismo nombre, y suponen que sufrió el martirio en Hierápolis; pero la opinion mas comun es que murió en Cesárea. Los latinos honran su memoria en 6 de Junio y los griegos en 11 de Octubre. —J. M. G.

FELIPE (S.) obispo. Este prelado fué un perfecto modelo de todas las virtudes cristianas. Elevado á la dignidad de obispo de la ciudad de Gortina, en la isla de Creta, en tiempo de los emperadores Marco Antonino Vero y Lucio Aurelio Cómmodo, desplegó á la vez celo, sabiduría y prudencia, edificando á sus ovejas con sus discursos y sus virtudes y preservando su iglesia en aquellos tiempos calamitosos del furor de los gentiles y de las asechanzas de los herejes. Escribio un *Tratado* contra los marcionitas, y varias *Epístolas* que eran leidas con gran veneracion en los templos del Señor. Murió S. Felipe por los años 180 habiéndole favorecido Dios durante su vida con el don de hacer milagros. La Iglesia celebra su memoria en 11 de Abril. —O. R.

FELIPE, Zenon, Narceo y diez niños (SS.) mártires. El Martirologio romano en 15 de Julio nos dice, que estos Santos padecieron el martirio en Alejandría. Esto es lo único que se sabe. — O.

FELIPE (S.). (Véase Estrabon S.).

FELIPE (S.). (Véase Diomédes S.).

FELIPE (S.) mártir. Fué padre de la invicta Sta. Eugenia; de aquella vírgen que en el tiempo del emperador Galieno recibió la corona del martirio. Habia nacido Felipe en Alejandría, y era gobernador ó prefecto del Egipto cuando abrazó la religion cristiana. Viéndose ya regenerado con las aguas del bautismo, renunció el empleo con que el César le habia distinguido, y fué tan verdadera su fe y tan grande el celo que desplegó á favor del cristianismo, que mereció ser consagrado obispo. Exacto en el cumplimiento de sus deberes de prelado, amigo de los pobres, continuo auxiliador de los desgraciados y de los perseguidos, excitaba la admiracion de todos los demas cristianos de Alejandría y el respeto aun de los mismos gentiles. La fama de sus virtudes corria de boca en boca; y como cada dia iba aumentando el número de su rebaño, Terencio, que era el que le habia sucedido en el gobierno, se indignó contra él, y en cierta ocasion que estaba el Santo orando con el mayor fervor mandó que le degollasen, cuya órden se ejecutó sin dilacion, recibiendo de este modo y en premio de sus virtudes la aureola del martirio en la misma ciudad de Alejandría durante el siglo III. El Martirologio romano le cita en 13 de Setiembre. — O. R.

FELIPE (S.) mártir. Lo único que se sabe de este Santo es, que gobernaba sábia y piadosamente la iglesia de Fermo, ciudad de la Marca de Ancona en el siglo III, y que habiéndose levantado una persecucion terrible contra los cristianos, derramó su sangre generosamente en defensa de la fe. La Iglesia hace memoria de S. Felipe en 22 de Octubre. — O.

FELIPE, Severo, Eusebio y Hermeto (SS.) mártires. El primero de estos Santos era obispo y el segundo presbítero, ámbos de Heraclea, en Tracia, y los otros dos diáconos. Felipe, este buen prelado que habia nacido para labrar el bien de sus ovejas, para fortificar á los débiles, socorrer á los pobres, consolar á los afligidos, y sobre todo para fortalecer los cimientos de la Iglesia, combatida desde el primer siglo, y que vivia precisamente en una época de las mas calamitosas para los cristianos, porqué residiendo el poder en manos de emperadores idólatras se sucedian sin interrupcion las persecuciones; este Felipe desplegó un celo superior á todo encarecimiento para separar del error á los infelices que se hallaban envueltos en las tinieblas de la ignorancia y de la supersticion. Sus esfuerzos, léjos de haber sido inútiles, habian contribuido ya á que el árbol santo de la caridad evangélica continuase echando profundisimas raices, y que debajo de

sus frondosas ramas se cobijasen las gentes que huyendo de la idolatría buscaban la felicidad en el seno del cristianismo. Debajo de este árbol, regado con la sangre de tantos miles de mártires, que heridos por el acero homicida del idólatra aspiraban morir á su sombra, se reunian los nuevos convertidos con los hijos primogénitos, digámoslo así, de la misma Iglesia; se abrazaban como verdaderos hermanos, se contaban mutuamente sus cuitas, se consolaban unos á otros, y al rededor del venerable prelado entonaban cánticos de gloria tan tiernos y tan expresivos que no pueden recordarse sin grande emocion. Felipe en el colmo de su alegría alababa á Dios, y repetia mil y mil veces las palabras de misericordia, paz, amor y caridad. Miéntras se ejercitaba en estos sublimes actos de virtud sobrevino una cruel tormenta que atizó el fuego de las hogueras: arrestados los cristianos de Heraclea y contándose entre ellos el invicto Felipe, declaró sin titubear al gobernador Bassos que él era el obispo por quien pedia. Este digno ministro del Emperador idólatra le exigió desde luego la entrega de los Libros Santos y de los vasos de oro y de plata que existian en la iglesia; la cual debia cerrar para no volverla á abrir segun la intencion del jefe que lo mandaba. Felipe contestó que le entregaria el oro y la plata, porqué el culto divino preferia la sinceridad de los corazones á las riquezas perecederas, pero por lo que respecta á los Libros Santos ni él debia entregarlos ni el gobernador recibirlos. Esta respuesta tan lacónica como expresiva bastó para que el juez entregase al Santo en manos del verdugo, y tomó una declaracion indagatoria á Severo. Bassos, despues de haber hecho sufrir grandes tormentos á Felipe, entró en el lugar donde se hallaban custodiados los vasos sagrados y los libros de las Santas Escrituras, se los llevó, é hizo conducir á Felipe, Severo, Hermeto y Eusebio á la plaza pública: mandó abrir la iglesia, echar á las llamas los libros y repartir las alhajas entre los oficiales. El Santo prelado presenciaba este acto sacrílego con la calma que infunde la virtud, apartando no obstante la vista de aquel triste espectáculo y dirigiéndola á la multitud, á la cual exhortaba con valentía para que se apartase del paganismo. El gobernador se empeñó ademas en que los Santos tributasen incienso á las falsas deidades; y viendo que la resistencia que oponian era superior á sus fuerzas, mandó conducirles otra vez á la cárcel, donde fueron maltratados de nuevo y de un modo inaudito. Siete meses estuvieron encerrados en un inmundo calabozo, hasta que habiendo espirado el gobierno de Bassos y entrando á reemplazarle Justino, éste hizo conducir á Felipe ante su tribunal y le propuso que sacrificase; mas habiéndolo rehusado con noble constancia, le ataron de pies y le arrastraron por toda la ciudad, y horriblemente lastimado y cubierto de sangre fué conducido de nuevo á la prision. Severo, Eusebio y Hermeto se resistieron tambien valerosamente al

sacrificio que se les exigia. Por último fueron conducidos los cuatro á Andrinópolis donde atestiguaron igual firmeza en defender la fe de Jesucristo. Felipe y Hermeto consumaron el martirio entre las llamas, y Severo y Eusebio fueron decapitados. Todos ellos murieron como habian vivido invocando el nombre del Divino Maestro de los Apóstoles, en 22 de Octubre del año 304, en cuyo dia se hallan continuados en todos los Martirologios. Segun Ruinart la gloriosa muerte de estos Santos aconteció en el año 390, y en este caso no hubieran muerto en tiempo de Diocleciano, ni en el de Juliano *el Apóstata*, como se lee en el Martirologio romano, sino en el de Valentiniano II. — J. M. G.

FELIPE (S.) confesor. Era natural de Argirio, pueblo de la Sicilia. Pertenecia á una ilustre familia, y al parecer estaba destinado á representar un papel brillante; pero todo lo renunció para entregarse á Dios en la vida contemplativa. Á este fin entró en un monasterio de Italia con la firme resolucion de no abandonar jamas el claustro, donde halló la verdadera paz del alma. Allí, entregado á la lectura de los Libros Santos, á la oracion, á la mortificacion y al ayuno, se complacia en hablar del Señor y de sus atributos: el dulce murmullo de los riachuelos, el melodioso canto de las aves, el azulado cielo, la tierra matizada con el verdor de las plantas y la belleza de las flores, todo, absolutamente todo contribuia á elevar su alma hácia el Criador. Pero no era en medio de la soledad donde debia acabar sus dias; la Religion sacrosanta le llamaba á otro punto que debia convertirse en teatro de sus glorias. La casualidad le trajo á Roma, donde fué designado providencialmente al Sumo Pontífice como varon insigne, dotado de gran ciencia y virtud, y por lo mismo muy á propósito para pasar á predicar el Evangelio en la Sicilia. El Papa, informado de las bellas circunstancias que concurrian en Felipe, no titubeó en nombrarle, y desdel momento fué elevado á la sublime dignidad del sacerdocio. Revestido ya de este carácter, pasó efectivamente al pais que se le habia designado, y desde luego sus moradores experimentaron los efectos de su elocuencia y de su virtud; de modo que en muy corto espacio de tiempo aumentó considerablemente el número de los fieles con las muchisimas gentes que abandonaron la idolatría para recibir las aguas regeneradoras del bautismo. Agracióle el Señor con el don de hacer milagros, y despues de haber empleado constantemente su vida en defensa de la religion de Jesucristo, durmió en paz á fines del siglo V. El Martirologio romano le cita en 12 de Mayo. — E. A. U.

FELIPE, sacerdote, discípulo del gran Padre y doctor de la Iglesia San Gerónimo. En el siglo V escribió *Comentarios al libro de Job*. Nada nos ha quedado de sus escritos, lo cual es digno de lamentarse, pues siendo discípulo de tan gran maestro parece que no podia dejar de participar de su es-

píritu y de su magnífica elocuencia, profundo criterio y vastísima erudicion. Gennadio nos asegura haber leido de él bellísimas cartas, que no serian destituidas de interes en aquella época memorable en que el mundo romano, decrépito y corrompido, vacilante ya en sus cimientos, era acometido por las razas septentrionales que habian de cambiar la faz de la tierra. El referido autor pone su muerte en el imperio de Marciano y Avito, esto es, sobre el año 455 ó 456 de nuestra era. (Véase á Gennadio *De scriptor. ecclesiast.*; Honorato de Autun, etc.) — C.

FELIPE, llamado el *Solitario*. Floreció á principios del siglo XII y hácia el año 1135: compuso una obra titulada: *Dioptra: id est, regula seu amussis rei christianæ*, ó sea la *Regla del cristiano*, puesta en diálogos y dividida en cuatro libros, que dedicó á otro religioso amigo suyo llamado Callinico. Un compatriota suyo publicó posteriormente en forma de notas varias aclaraciones sobre la misma. Santiago Pontano la tradujo al latin á invitacion de Dionisio, metropolitano de Mitilena, quien hacia de ella grandes elogios. Hállase en la Biblioteca de los Padres con notas del P. Gretser. — G.

FELIPE. (Véase Dreux).

FELIPE DE GREVE Ó DE GRÉVIUS, profesor y canciller de la universidad de Paris. Nació en esta ciudad; siguió con particular distincion la carrera de los estudios; abrazó el estado eclesiástico; mereció por sus vastos conocimientos grandes aplausos; sacó aventajados discípulos, y murió en el año 1237. Extraordinariamente laborioso, despues de llenar con exactitud las obligaciones anexas á su estado y á los cargos que desempeñaba, halló todavía tiempo para componer trescientos treinta *Sermones* sobre los salmos de David, que se imprimieron en Paris en 1523, y en Brescia en 1600. Este fruto de su grande erudicion y facilidad de ingenio fué muy elogiado en su tiempo, y de él se servian generalmente los predicadores; de modo que se hizo de los sermones de Felipe una *Suma* que se encontraba manuscrita en la biblioteca de Colbert. Se hallan tambien en las de Inglaterra dos *Comentarios* de este mismo autor, el uno sobre Job y el otro sobre los Evangelios. En la gran controversia que se suscitó en 1238 por la facultad de teología de Paris, reunida á instancias del obispo Guillermo para examinar la cuestion acerca de la pluralidad de beneficios, Felipe y Arnaldo, despues obispo de Amiens, fueron los únicos que se declararon por ella; los demas la condenaron por unanimidad. El comportamiento de Grevio, dice un autor, se conformaba muy bien con sus principios, pues cuando murió ya obtenia varios beneficios. — O. R.

FELIPE (V. P.). De este célebre y santo misionero llamado Felipe hace mencion Spondano en el año 1237, el cual fué uno de los primeros que vistieron el santo hábito del patriarca Domingo, y floreció en el principio de la

fundacion del Órden ilustre de predicadores. Fiel á su vocacion, y abrasado de celo por la gloria de Dios, predicaba con aquel fervor y eficacia que eran irresistibles como la palabra de Dios que anunciaba. Pasó al Oriente deseoso de la salvacion de las almas, y creado provincial de la Tierra Santa y aplicado enteramente á la conversion de aquellas gentes, es increible el fruto que junto con sus religiosos alcanzó en aquellas vastas provincias. En la carta que escribió á Gregorio IX en el año 1237 se refiere que hallándose en Jerusalem el patriarca de jacobitas de Oriente con muchos arzobispos, obispos, monjes caldeos, persas, medos y armenios, y concurriendo con todo este acompañamiento á la procesion general que se hacia al monte Olivete testigo de tantos prodigios de Jesucristo, predicó el V. P. Felipe con tanta fuerza y fervor, que convirtiéndose aquel patriarca no solo abjuró en sus manos la herejía prometiendo la obediencia á la santa Iglesia romana, sino que quiso recibir del mismo el hábito de predicadores; y lo mismo hicieron otros dos arzobispos, uno jacobita de Egipto y el otro nestoriano del Oriente. Estas admirables conversiones manifiestan la santidad del orador, pues que Dios no las concede á la fuerza de la elocuencia humana sino al celo ferviente por su gloria y por el bien de las almas. Otros muchos servicios prestó el P. Felipe á la santa Iglesia con sus apostólicas tareas, por las cuales y por sus elevados méritos consiguió el premio eterno en el mismo año 1237. Se hace mencion de este Santo en 1.° de Abril, segun el Sacro Diario Dominicano. — R.

FELIPE Benicio (S.) confesor, quinto general de los servitas ó de los siervos de María. El título de Santo bastaria para demostrar lo que fué: un varon esclarecido en virtudes, un amigo de Dios y de los hombres, en fin un justo apreciador de todo lo bueno. Si tuviésemos que referir lo que dijo Fr. Arcángelo Cianio cuando empleó su pluma para escribir la vida de este perfecto modelo de religiosos, entraríamos en ciertos pormenores que no son absolutamente esenciales, pero que darian una idea de la grande predileccion con que le favorecia la Providencia. Sin embargo, no le perderemos de vista, concretándonos precisamente á lo que permite un artículo biográfico. Nació Felipe de una familia noble en la ciudad de Florencia el 15 de Agosto del año 1233, dia señalado ya por ser el de la Asuncion de Ntra. Señora, é ya porqué en aquel dia se estableció en la afortunada ciudad la esclarecida religion que mas adelante debia ser gobernada por el recien nacido. Educado Felipe desde la cuna en los principios de la sana moral, que forman el principal objeto de nuestra sacrosanta religion, dió desde su infancia inequívocas muestras de docilidad y de inteligencia. Amor á la virtud le enseñaron sus padres cuando apénas podia articular una palabra; y amor á la virtud repitieron constantemente los labios de Felipe, porqué este

lema quedó grabado en su corazon con caractéres indelebles. En aquella edad en que los niños no piensan mas que en sus juegos inocentes, huia de sus compañeros de infancia para dedicar los ratos que tenia ociosos á la oracion y á la meditacion de las cosas santas. Veíanle postrado al pie de los altares, enardecido en el amor divino, pidiéndole gracias y mercedes, no para sí, sino para los demas, porqué para sí le bastaba vivir con Dios para morir en su santa gracia. Al parecer no era un niño; era, sí, un varon adiestrado ya en la ciencia de los Santos. Con tan bellas dotes ya se dejaban entrever los grandes adelantamientos que haria en los estudios. Sus padres así lo confiaban y con razon, pero sus preceptores hicieron mas; se dieron desde el momento el parabien, porqué aquella superior inteligencia que observaban en el jóven educando les hizo vaticinar dias de gloria para él y para ellos. Para él, porqué su docilidad, su constancia en el estudio, el interes con que recogia las sanas máximas que procuraban inculcarle, y su profunda meditacion indicaban que llegaria á ser una de las principales lumbreras de la Iglesia; y para ellos, porqué la principal gloria á que debe aspirar un buen maestro es la de sacar aventajados discípulos que hagan honor á las escuelas de donde salieron. Enviáronle á las universidades de Paris; y despues de haber cursado con singular aprovechamiento los estudios mayores, pasó á Padua, y allí se graduó de doctor en filosofía y medicina, cuya última facultad era la que estaba ejerciendo su padre. Concluidos ya los estudios, regresó á su patria, y muy en breve Florencia le admiró tanto por su sabiduría como por su virtud. No era Felipe como aquellos genios llamados sublimes, que envanecidos con el vano oropel de una ciencia ficticia se creen superiores á todos los que les rodean, y que afectando al mismo tiempo una erudicion sin límites amoldan sus dichos á las creencias vulgares, aparentando una despreocupacion que no conocen, porqué son mas preocupados aun que aquellos á quienes intentan halagar. Felipe en todos sus actos y acciones era, como hemos dicho, siempre el mismo, un amigo de Dios, un siervo fiel de la Vírgen María. Visitaba al enfermo, se solazaba con los pobres, y corria luego al templo del Señor rogándole para los desgraciados y poniendo por intercesora al objeto de sus puros amores la Vírgen María. Tiempo habia que estaba pensando en abrazar el estado religioso; á pesar de que conocia el mundo y que habia procurado con suma prudencia libertarse de sus lazos, consideraba que en la estrechez del claustro es donde encuentran la verdadera paz y tranquilidad las almas timoratas. Pero experimentó aquella indecision propia de un varon justo, que no quiere apartarse absolutamente de la voluntad de Dios. Desde su niñez habian merecido su particular predileccion los siervos de María. Sin embargo, un dia de la cuaresma del año 1253 que salió á visitar las iglesias fesulanas, situadas á

extramuros de Florencia, se puso de rodillas ante un Crucifijo, redoblando sus preces para alcanzar de Dios que le iluminase en aquellos momentos de duda: la efusion de su alma se conocia por las lágrimas que brotaban de sus ojos y por aquella inquietud natural que siente el que pretende alcanzar una merced, cuando de repente le parece al Santo que oye una voz sobrenatural que le dice: «Sube á la cumbre del monte, allí encontrarás á los siervos de María.» No necesitaba mas para determinarse; al salir del templo se dirigió al convento de los servitas, y entró en el santuario de la Anunciata donde permaneció algunos dias en oracion. Celebrábase la feria quinta despues de Pascua de Resurreccion, y hallábase Felipe oyendo la misa conventual, cuando al cantar la leccion de las Actas de los Apóstoles y al llegar á las palabras: PHILIPPE ACCEDE ET ADJUNGE TE AD CURRUM ISTUM; *Felipe acércate y llégate á este carro*, creyó que eran un nuevo aviso que le venia del cielo; siendo tan grande el placer que sintió que quedó extasiado. En este estado suspensos sus sentidos, segun refieren, se creyó transportado á una intrincada y espesa arboleda solo y desamparado, cercado de profundos precipicios, y que intentando huir del riesgo que le amenazaba se le puso delante un espantoso reptil en ademan de tragarle. Felipe conturbado, no hallando camino para salir del apuro, no sabia que consejo tomar; y en este estado pidió con fervor el auxilio divino, oyendo por segunda vez aquellas palabras: *Felipe acércate y llégate á este carro.* Levantó entónces los ojos al cielo y vió un carro de oro de deslumbrante belleza sostenido sobre cuatro ruedas y tirado por un leon y una oveja; encima del carro se hallaba colocado un magnífico trono labrado tambien de oro, pero esmaltado de diferentes colores, cuya diversidad presentaba una perfecta maravilla. En el trono iba sentada la Reina de los cielos, llena de incomparable hermosura y majestad, acompañada de coros de ángeles y con un hábito negro en las manos. Vió tambien que sobre el carro triunfal batia las alas una paloma blanca como la nieve. Alegre contemplaba el Santo esta misteriosa vision sin acordarse de los temores y sobresaltos que poco ántes agitaran su espíritu, cuando queriendo el sacristan cerrar la iglesia le dispertó. Entónces arrojando un profundo suspiro se quejó porqué le habia privado gozar por mas tiempo de aquel dulcísimo sueño. Retiróse, pues, á su casa apesadumbrado, no por lo que habia visto, sino por lo muy breves que le parecieron los momentos que disfrutó del misterioso sueño. Encerrado en su aposento, volvió á soñar que se hallaba en otro paraiso y que la Santísima Vírgen le decia: « Felipe cuando desaparezcan las sombras de la noche vé á mis siervos: « ellos te dirán lo que significa el misterioso carro, y te darán el camino « para que me seas fiel.» El resultado fué, que apénas amaneció pasó inmediatamente al convento de los siervos de María; refirió con la mayor sen-

cillez y humildad la vision que habia tenido, y pidió á Buenhijo, que era prior del convento y uno de los siete fundadores de la Órden, que por caridad le diese el hábito. Ántes que el Santo prior se lo concediera le hizo presente las austeridades de la religion que iba á abrazar; le encareció los trabajos que tendria que sufrir, la dificultad que experimentaria en la exacta obediencia y el gran rigor de las penitencias; mas conociendo que su vocacion era verdadera y que se prestaba á todas las pruebas imaginables, accedió por último á sus deseos, y luego le explicó los misterios de las visiones que habia tenido en estos términos: «El carro que viste, le dijo, tan « hermoso y tan brillante, apoyado sobre cuatro ruedas, significa la reli- « gion apoyada en las cuatro virtudes en que se debe ejercitar el verdadero « siervo de María, que son la humildad, limpieza de corazon, pobreza y « obediencia, bases fundamentales de toda la perfeccion religiosa: tiraban « el carro un leon y una oveja; y esto da á entender que con mansedumbre « y fortaleza se ha de llevar el yugo de la religion, y si estas virtudes faltan, « las demas se pierden. La Vírgen Santísima sentada en aquel trono majes- « tuoso con un hábito negro en las manos, significa que eres llamado á la « religion de sus siervos que visten luto por la muerte del Hijo, y se ejerci- « tan en meditar las penas de la madre, para que por medio de esta consi- « deracion y el ejercicio de las virtudes vengas á conseguir la inocencia y « simplicidad de aquella cándida paloma que batia las alas sobre el carro.» Tal fué la explicacion que dió el Santo prior al fervoroso novicio sobre lo que habia visto en sueños, y así lo refieren los panegiristas de Felipe, quien sintiendo que su corazon se abrasaba en amor á Dios se arrojó á los pies del venerable religioso, y con los ojos bañados en lágrimas de ternura le rogó encarecidamente que no dilatase el vestirle el hábito como á simple lego; pues era tan grande su humildad que procuró ocultarle lo que sabia, porqué se consideraba indigno de entrar en la carrera del sacerdocio. Tres años vivió en el monte Senario, contemplando en aquella soledad la gran obra del Criador y entregándose á la oracion, á la penitencia y á los ayunos, sirviendo á los otros religiosos y dándoles el ejemplo de la mas insigne virtud. Nadie hasta entónces habia llegado á conocerle sino por un buen religioso y nada mas; pero llegó la época en que Dios quiso que tan gran tesoro no quedase oculto en aquel lugar solitario. Mandaron los superiores á Felipe que pasase á Sena acompañado de otro religioso sacerdote llamado Víctor. Yendo de camino encontraron á dos religiosos de Sto. Domingo, varones de gran doctrina, que pasaban de Alemania á Roma. Se juntaron los cuatro, y para divertir las fatigas del viaje empezaron á dirigir á Felipe algunas preguntas, á las cuales contestó muy oportunamente y con tal facilidad y acierto, que los dominicos y aun su mismo compañero quedaron

atónitos al oirle. Pasado el primer asombro continuaron la conversacion haciéndola recaer sobre varios pasajes de la Sagrada Escritura los mas difíciles; pero Felipe que poseia un caudal inagotable de doctrina aclaró varias dudas, interpretando las Divinas Letras, y contestando felizmente á todas las dificultades que le oponian: de modo que entusiasmados sus compañeros de viaje no pudieron ménos que exclamar que Fr. Felipe estaba lleno de los dones del Espíritu Santo, y que parecia increible que cupiese en un lego tanta ciencia. Estos justos y bien merecidos elogios léjos de envanecerle le llenaron de rubor en términos, que se arrojó á los pies de los Padres y les rogó que por Dios no formasen tan alto concepto de un pobre lego, indigno de vestir el hábito de religioso; y este rasgo de humildad acabó de engrandecerle á la vista de los hijos de Sto. Domingo, quienes apénas llegaron á Sena publicaron el gran tesoro que poseian los servitas en la persona de Felipe. Víctor por su parte informó de todo lo acontecido á la comunidad de Sena, y no se admiraron aun tanto de la sabiduría del lego como de la excesiva humildad con que habia procurado ocultar por tanto tiempo las bellas dotes que le adornaban: así es que desde luego le trataron con la mayor veneracion y respeto. El mismo general de la Órden, regocijándose de ello, mandó á Felipe que se ordenase de sacerdote, con la fundada esperanza de que podria servir de grande utilidad á la religion, y no se engañó. En efecto, Felipe se preparó para recibir órdenes sagradas, y cantó la primera misa en el monte Senario, entonando la capilla de los ángeles aquellas sublimes palabras: *Sanctus, sanctus, sanctus, dominus Deus Sabaoth.* Revestido el siervo de María del carácter sacerdotal, siguiendo los impulsos de la voluntad divina, desplegó ante la comunidad toda aquella ciencia que ántes ocultara con solícito empeño; y si habló fué con el único fin de demostrar el gran concepto que habia formado del estado religioso y de cuan necesaria era la instruccion para practicar con acierto todo cuanto podia agradar á Dios y á su Santísima Madre. No se descubria en sus palabras ni aquella ostentacion hija de la vanidad, ni aquel brillo que despide la luz artificial debido al ingenio, á las investigaciones y al arte; pero era elocuente, porqué como las verdades que vertian sus labios salian de su corazon, las expresaba con la fuerza que no es dada á la vana oratoria: así es, que el brillo de sus discursos podia compararse al luminoso astro del dia que deslumbra y vivifica á un mismo tiempo. Oíanle los demas religiosos con profundo silencio, y como aprovechasen de sus sábias lecciones, en un todo conformes á las intenciones y deseos del Santo prior, que con su recta y prudente administracion se habia granjeado ya la veneracion de todos sus subordinados, la religion de los siervos de María marchaba á pasos agigantados al último grado de esplendor. En 5 de Junio de 1267 celebróse en Florencia capítulo ge-

neral, y era tan alto el concepto que tenian formado de Felipe que le eligieron por unanimidad prior general de la Órden. Jamas estuvieron tan conformes las voluntades y pareceres, y no hubo en lo sucesivo otra eleccion que mas generalmente gustase, porqué tampoco hubo otro varon que aventajase á Felipe en ciencia y en virtud. El único que se manifestó apesadumbrado fué el mismo Felipe, quien tenia formado tan pobre concepto de sí mismo, que creyendo que aquel distinguido cargo era superior á sus fuerzas, rogó, lloró y suplicó con vivas instancias que le admitiesen la renuncia que de buen corazon hacia, alegando que si bien estaba dispuesto á sufrir por amor á Dios todos los trabajos que le sobreviniesen, consideraba que el cargo de prior general era para él una cruz que sus hombros no podian sobrellevar; pero no pudo conseguir de los Padres lo que deseaba, y en este estado acudió al auxilio divino. Puesto de rodillas al pie de los altares, dirigió sus humildes súplicas al Señor, poniendo por intercesora á la Vírgen Santísima; pero á poco tiempo quedó conturbado, pues le pareció oir una voz interior y sobrenatural que le decia: *Felipe no resistas al Espíritu Santo; yo te llamé del mundo á la religion para que la rijas y guardes.* Esta circunstancia era la única que podia vencer su resistencia; inclinó la cabeza, y aceptó con universal aplauso de toda la religion. Los primeros pasos que dió fueron muy conformes á la santidad de su vida. Inauguró su gobierno animando con su ejemplo al mejor servicio de Dios, y pronunciando con frecuencia aquellas palabras del salmo XXXII: EXULTATE, JUSTI, IN DOMINO: RECTOS DECET COLLAUDATIO. *Regocijaos, justos, en el Señor: á los rectos conviene el alabarle.* No podian ciertamente los servitas hacer eleccion mas acertada: Felipe se desvelaba de dia y de noche para procurar el aumento de una religion que daba tantos varones ilustres en santidad y en letras, siendo así que se hallaba todavía en su cuna. Se habia penetrado perfectamente del espíritu de los fundadores, y lo que ellos no habian podido establecer todavía por falta de tiempo, Felipe con sus esfuerzos lo llevaba á feliz término con la santidad de sus costumbres, con su sabiduría, y sobre todo con su constancia y humildad; todos le querian, todos le amaban; era por decirlo así, el ángel tutelar de la religion: no contento todavía con lo que hizo, procuró extenderla á otros paises, y á su infatigable celo se debió que echase profundas raices en Italia, en Alemania, en Francia y otros puntos, donde se multiplicaron los monasterios de un modo asombroso. Quince años habia que desempeñaba la dignidad de general de la Órden; pues si bien intentó varias veces renunciarla, nunca pudo conseguir que se diesen oidos á los frívolos pretextos que alegaba; por fin viendo que todas sus representaciones léjos de producir el menor efecto le afirmaban aun mas en el puesto que ocupaba con tanta distincion, emprendió un viaje á Roma con dos com-

pañeros, varones adornados tambien de eminentes virtudes, con la intencion de proponer á Su Santidad que eligiese á uno de ellos para que le reemplazase; pero ántes que llegase á la capital del mundo cristiano supo milagrosamente que no era la voluntad de Dios que dejase el generalato; por lo mismo siempre dócil, siempre amigo de Dios, renunció á sus pretensiones. Aconteció en aquel viaje que le salió al encuentro un leproso pidiéndole limosna, y no teniendo nada que darle, se valió de las palabras que S. Pedro dijo al cojo de nacimiento, esto es: *No tengo oro ni plata, pero doyte lo que tengo*, y desnudándose de la túnica interior se la entregó de muy buena voluntad para que se la vistiese: aquel miserable aceptó la dádiva y con ella recobró la salud, desapareciéndole completamente la lepra. Murió el papa Clemente IV en 1262, y quedó la Santa Sede vacante por espacio de dos años, nueve meses y tres dias, porqué los cardenales estaban discordes entre sí por no encontrar el varon que buscaban digno de suceder á Clemente. Hallábase á la sazon la curia en Viterbo, donde residia entónces Felipe; y como el milagro que obró en el leproso habia aumentado la fama de su santidad, algunos de los cardenales juzgaron que era el mas á propósito para llenar los deseos del cónclave. Fueron, pues, á verle el cardenal Baldino, Florentino y el cardenal Otobono Flisco, genoves, y le manifestaron desde luego la intencion que tenian. Grande fué la sorpresa de Felipe al oirles, de modo que su excesiva humildad le hizo pensar que soñaban ó que se habian equivocado; pero viendo que se afirmaban mas y mas en su propósito, lo rehusó abiertamente, diciendo á Otobono que era el que lo habia tomado con mayor empeño: *Yo no seré Pontífice, y vuestra eminencia sí, aunque gobernará pocos dias la Iglesia.* Estas palabras pronunciadas con espíritu profético causaron suma sensacion en el cardenal: por último se despidieron, pero manifestando siempre la intencion de elevar á Felipe á la silla de San Pedro. Un empeño tan decidido afligió extraordinariamente al Santo, quien no halló otro recurso para evadirse que huir secretamente de la ciudad, buscando un asilo entre las malezas del monte Tuniato, y sin mas compañía que la de un religioso que no quiso separarse de su lado. Allí se entregó á la mas rígida penitencia, manteniéndose tan solo de yerbas silvestres, durmiendo poco y orando mucho. Bebia del agua de una deliciosa fuente que manaba en abundancia, y que al parecer habia nacido para apagar la sed del ferviente religioso. Estas aguas bañan aun hoy dia las pendientes de aquel monte, sirviendo al propio tiempo para dar la salud á los enfermos; y como se creyó desde un principio que la virtud que tienen la debieron al Santo solitario, las llamaron y han continuado llamándolas *Baños de S. Felipe*. Así lo dicen todos los biógrafos que han hablado del Santo. Concluyéronse por fin las tareas del cónclave, y quedó elegido Gregorio X. Entónces salió Fe-

lipe de su soledad para visitar su religion, y en todas partes encontró que continuaba progresando el espíritu de la Órden y que los siervos de María cada dia se hacian mas acreedores á la veneracion y al aprecio universal. Miéntras estaba recorriendo las provincias de Italia vinieron á verle dos religiosos, uno de Alemania llamado Gualtero y otro de Francia conocido por el Padre Juan, y pidieron en nombre de sus superiores al Santo general que les visitase y consolase con su presencia. S. Felipe, que se hallaba siempre dispuesto para todo aquello que pudiese contribuir al mayor engrandecimiento de la Órden se apresuró á satisfacer sus deseos. Partió pues para Aviñon, llevándose en su compañía á los PP. Sosteno y Hugo ó Hugon: de allí pasó á Tolosa, luego á Paris, donde fué muy bien recibido y estimado del rey S. Luis; predicó con celo verdaderamente apostólico; recibió en su Órden á muchos varones que disfrutaban de grande concepto en la república de las letras; edificó varios conventos así de hombres como de vírgenes; y observando con toda la efusion de su alma la prodigiosa rapidez con que se multiplicaban los siervos de María, dividió la Francia en seis provincias; y señalando á cada una su provincial dejó por vicario general de todas ellas á su compañero Sosteno. Concluida felizmente esta primera parte de su empresa, marchó con Hugo á Alemania, recorrió los Paises Bajos, la Frisia, la Sajonia y la Alta Alemania, publicando por todas partes las grandezas de la Madre de Dios, obrando muchos milagros, vistiendo el hábito á personajes ilustres en nobleza y en ciencia, fundando conventos de varones y de vírgenes, estableciendo colegios y oratorios para los seglares devotos de la Vírgen que no podian vestir el hábito de servitas, y derramando el bien á manos llenas en todas las clases de la sociedad. Para dar una pequeña prueba del abundante fruto que alcanzó con su virtud y elocuencia, que eran las circunstancias que adornaban á S. Felipe en grado eminente, bastará decir que le debió la Iglesia la conversion de innumerables herejes que abrazaron la religion católica, apostólica y romana, la de otros muchisimos que separados hasta entónces del camino de la virtud se entregaron á la penitencia para purgar sus desaciertos é iniquidades, y el que entrasen en la religion de los siervos de María mas de diez mil personas sin contar el excesivo número de los que abrazaron la Órden tercera. Coronado con los laureles de unos triunfos debidos tan solo á la paz y á la caridad evangélica, corona cuyas hojas nunca pueden marchitarse, regresó á Italia asistiendo en su tránsito en el concilio general celebrado en Lion en 1274, y obteniendo de los Padres de tan augusta asamblea la aprobacion de su Órden. Hallábase á la sazon la ciudad de Florencia entregada á graves disensiones, motivadas por varias causas, y en el duro conflicto que experimentaban los ciudadanos creyeron que seria fácil alcanzar la paz si nombraban á Felipe arzobispo. Eclesiásticos

y seglares todos se manifestaron conformes; pero el Santo se resistió con tanto teson, que les fué preciso á los florentinos desistir de sus pretensiones y nombrar otro en su lugar, de lo que dió el humilde Felipe infinitas gracias á Dios. Gregorio X, que le amaba entrañablemente y que por otra parte habia depositado en él su confianza, le envió á la ciudad de Pistoya, donde la guerra que se habia encendido entre güelfos y gibelinos lo traia todo trastornado. Confiaba Gregorio que Felipe era el varon mas á propósito para apagar el fuego de aquella guerra fratricida, y no se equivocó. En efecto, el Santo general de los servitas valiéndose de la persuasion logró en breve hacer cambiar de aspecto los asuntos, alcanzando por último con el don de la divina palabra que el jefe de la faccion gibelina llamado Buenaventura Pregii abrazase el Órden de servitas bajo el nombre de Buenaventura Bonacurcio, quien mereció muy en breve que ya en vida le diesen el nombre de *bienaventurado*. Acompañado Felipe de Fr. Lateno, cardenal legado de la Órden de Sto. Domingo y protector de la Órden de los servitas, logró tambien sosegar los bandos y desórdenes de Florencia con general alegría de cuantos deseaban la paz. Tales fueron los trabajos á que se dedicaba entónces, sin olvidar por esto las obligaciones que sobre él pesaban como á general de los servitas. Murió Gregorio X en 1276, y en el mismo año le sucedió Inocencio V, en cuya ocasion residia S. Felipe aun en Florencia, y á poco tiempo le escribió el cardenal Otobono, que por órden del nuevo Papa pasase inmediatamente á Roma para dar cuenta de su religion. Afligióse el Santo temiendo alguna grave tribulacion para su Órden, y desdel momento despues de haber suplicado fervorosamente la ayuda de Dios y la proteccion de la Vírgen Santísima llamó secretamente algunos priores de los conventos mas cercanos y á los Padres mas influyentes por sus virtudes y por su ciencia; les leyó las cartas del cardenal, y despues de haber conferenciado por largo rato infirieron que el Sumo Pontífice tal vez trataba de extinguir la Órden de los servitas, ya porqué le hubiesen informado siniestramente, ó ya porqué se fundase en el decreto del concilio lateranense, celebrado durante el pontificado de Inocencio III, con el cual mandaban los Padres que no se permitiesen nuevas Órdenes religiosas en la Iglesia. Si contristado habia quedado Felipe al recibir las cartas de Otobono, mayor fué si cabe el desconsuelo de aquellos Padres, porqué si bien confiaban en la proteccion del cielo, temian por otra parte que aquella desgracia podia sobrevenirles por no haber llegado al grado de perfeccion que deseaba su Santo general. Éste les animó con un discurso breve pero enérgico; discurso en el cual les recordó las imponderables bondades del Dios de las misericordias y lo que debian esperar de la proteccion de la Reina de los Ángeles. Dispuso al propio tiempo que en todos los conventos de la Órden se redoblasen las ora-

ciones, las vigilias y las penitencias para implorar el favor divino; y por último les exhortó á la paciencia por grande que fuese el contratiempo que experimentasen; pero miéntras Felipe se disponia á cumplimentar el mandato del Papa éste murió y cesaron los temores. Sucedió á Inocencio V el cardenal Otobono que tomó el nombre de Adriano V; pero su pontificado no duró mas que cinco semanas, cumpliéndose de este modo y en todas sus partes lo que S. Felipe le habia profetizado en aquel mismo año. Entró á gobernar la Iglesia Juan XXI en 13 de Setiembre, y habiendo muerto en 16 de Mayo del año siguiente 1277, fué elegido papa Juan Gaetano, que tomó el nombre de Nicolao III. Este Papa á instancia del emperador Rodulfo envió á S. Felipe á Alemania á fin de pacificar por medio de la predicacion aquellos estados, devorados por la guerra civil, é infestados por la herejía. El general de los servitas, que siempre estaba dispuesto cuando se trataba del bien de la humanidad y de la defensa de la Religion, partió sin demora para desempeñar aquella importantisima mision. Cuentan que durante el viaje se detuvo debajo de un árbol entre Bolonia y Módena para guarecerse del rigor del sol, en cuya ocasion oyó blasfemar á unos hombres que se habian detenido cerca de él por igual motivo. Horrorizado el Santo reprehendióles con buenas palabras su impiedad; pero ellos léjos de enmendarse se chancearon haciendo burla del Santo, quien despues de haberles reprehendido nuevamente sin alcanzar el menor fruto se retiró, y apénas habia andado un corto trecho cuando cayó un rayo que redujo á cenizas á los blasfemos y al árbol. Dejemos á estos infelices víctimas de su osadia y de su temeridad y sigamos á Felipe en su feliz viaje. El emperador de Alemania le recibió con particular distincion, y desdel momento principió el Santo sus trabajos apostólicos con tan buenos auspicios, que muy en breve alcanzó que los partidos depusiesen las armas, y que la mayor parte de los herejes abjurasen sus errores; concluyendo su mision con tan buen éxito como la habia empezado. Refieren tambien que cuando regresaba de Alemania á Italia entraron con su compañero en una selva rendidos por el cansancio y acosados por el hambre y la sed. Púsose entónces el Santo en oracion, y al momento oyeron una voz que desde el fondo de la selva llamaba su atencion. Dirigiéronse allí como pudieron, y encontraron pan y agua en abundancia para mitigar el hambre y apagar la sed. Otro lance semejante dicen sus biógrafos que le aconteció en Arezzo, ciudad de Toscana, donde con las súplicas que dirigió el Santo á Dios y á su Santisima Madre alcanzó socorrer á toda una comunidad que sufria los efectos de una espantosa miseria. No habia tenido aun tiempo de descansar de su viaje cuando el papa Martino IV, que habia sucedido á Nicolao III en 1281, envió á Felipe á la ciudad de Forli, cuyos habitantes le negaban la obediencia. Arriesgadisima era esta comision, por-

qué como demuestra muy bien la historia las gentes de aquellas tierras y en aquellos tiempos eran turbulentas por naturaleza , por aficion y á veces por necesidad. No tuvo Felipe en la ciudad de Forli el mismo recibimiento que habia experimentado poco tiempo ántes en Alemania. Ni su elocuencia en la cátedra del Espíritu Santo , ni las palabras de paz y caridad vertidas por él en las plazas públicas , en las calles y en el seno de las familias , ni su excesiva humildad pudieron ablandar aquellos corazones empedernidos , que al parecer habian jurado odio eterno á la Santa Sede. Muy al contrario , sin miramiento á sus años , sin consideracion á sus santas costumbres , en una palabra , sin respeto al amigo de Dios le despreciaron , le ultrajaron , le apedrearon y por fin le echaron de la ciudad como á favorecedor del Sumo Pontífice ; mostrándose tan idiotas , que ni siquiera llegaron á distinguir la calidad de Santo de la de enviado , siendo así que Felipe como á Santo les trataba con amor , con mansedumbre , procuraba ablandarles con lágrimas y les pintaba los horrores de la guerra como lo hace un corazon sensible enamorado de la paz ; miéntras que como á enviado , lo que mas hizo fué presentarles el cuadro aflictivo del castigo que les vendria del cielo en virtud del anatema que fulminase el jefe de la Iglesia universal. No obstante Felipe no cejó por esto ; animado por el deseo de hacer el bien , aunque le costase la vida , cerró los ojos á la ingratitud y á la perfidia para convertir á los ingratos , procurando hacerlos útiles al Estado y á la Religion. Despreciando pues su propia existencia , tentó de nuevo los medios de la dulzura y de la persuasion , saliendo de esta segunda prueba triunfante como era de esperar de un varon justo inspirado por el Espíritu Santo. Desapareció de Forli el genio del mal ; los ciudadanos respiraron á la sombra de la paz , y á Felipe ademas de la victoria le cupo la satisfaccion que uno de los mas principales enemigos suyos , llamado Peregrino , tomase el hábito en la Órden de los servitas y que siguiendo las pisadas del Santo general fuese tambien en lo sucesivo un perfecto modelo de virtudes. Concluida felizmente aquella mision y á entera satisfaccion del Papa , determinó regresar á Florencia ; pero no lo pudo verificar á pie á causa de hallarse su salud muy quebrantada por efecto de las penitencias , de los ayunos y aun mas de las grandes fatigas que habia sufrido durante su larga y gloriosa peregrinacion. Dignas son de referirse algunas de las particularidades que nos han transmitido los autores de su Vida referentes á este viaje. Al llegar cerca de Todi , en la Toscana , observó desde alguna distancia que los ciudadanos salian á recibirle con ramos de olivo , y que le preparaban una entrada verdaderamente triunfal. Esta circunstancia , que á cualquier otro que no hubiese sido Felipe le hubiera llenado de orgullo , le entristeció extraordinariamente , pues por una parte montado como iba en un jumento consideró que era una temeridad acep-

tar unos obsequios muy parecidos á los que tributaron los judíos al Redentor del mundo, al Rey de los reyes; y por otra, su grande humildad no le permitia recibir una ovacion que segun el juicio que tenia formado de sí mismo no merecia. Para evitar pues aquel lance torció de camino, y encontró á poco rato dos mujeres mundanas que principiaron á burlarse de él y á insultarle sin pudor ni vergüenza; pero el Santo léjos de inmutarse las reprehendió con tanta dulzura y con tal caridad que aquellas infelices, que hasta entónces se habian solazado en el vicio y en la corrupcion, abriendo los ojos á la luz, se arrojaron á los pies del Santo, le pidieron perdon, le prometieron enmendarse y le suplicaron encarecidamente que les mostrase la via que debia conducirlas á la salvacion eterna. El Santo se regocijó, y el resultado fué que estas dos mujeres que poco ántes escandalizaban el mundo con sus disoluciones se encerraron en un monasterio de mujeres de la Órden, cambiando sus nombres la una con el de Flora y la otra con el de Elena, llorando tan amargamente sus pecados que ademas de haber alcanzado el perdon del Dios de las misericordias, merecieron que la posteridad las honrase con el título de beatas por los grandes y sublimes actos de virtud que acompañaron á su vida penitente hasta el momento de su eterno descanso. Á pesar de los esfuerzos que habia hecho Felipe para huir de los obsequios que le prepararon los habitantes de Todi, oyó que á su entrada en medio de las aclamaciones mas afectuosas entonaban el cántico: *Benedictus qui venit in nomine Domini;* bendito sea el que viene en nombre del Señor. La primera diligencia que hizo el Santo fué dirigirse á la iglesia, llevando en pos de sí y bien á pesar suyo una multitud de gentes que continuaban ensalzándole y victoreándole. Penetra Felipe en el santuario, se inclina ante el Señor con profunda reverencia, ora con fervor, derrama lágrimas de ternura al contemplar la imágen de la Vírgen Santísima, y en el colmo del placer que siente su alma en aquella ocasion se le oyen pronunciar clara y distintamente estas palabras: «Este es mi descanso por los siglos de los siglos: aquí tendré mi « habitacion porqué la elegí profetizando de este modo que moriria en Todi « y que mi cuerpo descansaria en aquella misma iglesia.» Concluidos aquellos actos religiosos la multitud se retiró aguardando, y no en vano, que no tardaria en oir su voz de ángel en la cátedra del Espíritu Santo. S. Felipe solícito siempre en el desempeño de sus sagradas funciones continuó trabajando con inextinguible celo en la viña del Señor, valiéndose con mucha frecuencia del ministerio de la predicacion para desarraigar los vicios que por desgracia se habian generalizado en todas las clases de la sociedad; y como no hablaba que no persuadiese, ni practicaba obra que no sirviese de ejemplo y no promoviese la edificacion, sus conquistas podemos decir se reproducian instantáneamente, pues ¿cómo era fácil resistir los efectos de su

inagotable caridad? Nadie, absolutamente nadie, se retiraba de su lado que no sintiese un movimiento en su corazon de amor á Dios, de horror á la iniquidad. La ciudad de Todi experimentó muy en breve una completa y saludable reaccion. Los corazones empedernidos se ablandaron, los extraviados volvieron á buen camino, el amor á la virtud se generalizó; en una palabra, triunfó la razon y la Religion tomó un extraordinario vuelo. Tal era el estado en que se hallaba la ciudad de Todi, cuando en el dia de la Asuncion de la Vírgen del año 1285 acometió á Felipe su última enfermedad. Contaba entónces cincuenta y dos años de edad, los mismos precisamente que contaba de existencia la Órden de los siervos de María. Habia predicado Felipe con grande espíritu y fervor; nunca sus labios vertieron palabras mas grandes y mas sublimes; jamas habia sido mayor la afluencia de gentes que fueron á escucharle, ni nunca habia sido mas elogiado y aplaudido; parecia que aquella era su despedida del mundo, su último á Dios á sus conciudadanos, que como á tales contaba á los habitantes de Todi, cuando al descender de la cátedra del Espíritu Santo le atacó una calentura que fué aumentándose hasta el dia de la octava; y como considerase muy cercana su postrimera hora, pidió encarecidamente que le administrasen los Santos Sacramentos para escudarse contra el príncipe de las tinieblas, contra el enemigo comun del género humano. Rezó despues los salmos penitenciales y las letanías; pero al llegar á las palabras: *Peccatores te rogamus audi nos*, faltáronle las fuerzas, se desmayó y quedó como muerto. Tres horas le duró aquel parasismo, al cabo de las cuales volviendo en sí dirigió á los circunstantes este discurso tan tierno como patético: «Hermanos mios, grande « ha sido el peligro en que me he visto: el engañoso tentador represen- « tándome mis culpas quiso hacerme desesperar; pero el bendito Jesus y la « Reina de los Ángeles, que están presentes por su grande piedad y miseri- « cordia le echaron de mi presencia, desbaratando todas sus trazas y enga- « ños. Vosotros, queridos hermanos, huid de él, guardaos de sus lazos, « porqué como se halla desterrado de la gloria que Dios reserva para los « justos, envidioso intenta desposeernos de estos bienes. No hay contra él « armas mas fuertes y poderosas que el ayuno, la humildad, la paciencia y « la caridad. Con estas armas vencereis, no hay duda, y nunca seréis ven- « cidos.» Pidió luego un Crucifijo y acercándole amorosamente á sus labios le besó, regándole con lágrimas de compuncion y de ternura, haciendo memoria de los beneficios que habia recibido de la mano de Dios. Á pesar de la santidad de su vida nunca se mostró Felipe tan fervoroso, tan elocuente, tan tierno como en esta ocasion. Habló á los que rodeaban su lecho de agonía de los misterios de la pasion de Cristo y de los dolores de su Santísima Madre; encomendó muy particularmente á todos que nunca los apar-

tasen de su consideracion y por último entonó el cántico : *Benedictus Dominus Deus Israel*, recitó el salmo : *In te Domine speravi ;* y al llegar al fin del salmo con trémula voz dijo : *In manus tuas , Domine , commendo spiritum meum* , cerrando luego los ojos. En aquel instante entregó su alma al Criador , siendo el 22 de Agosto de 1285 , á los cincuenta y dos años de edad (eran como hemos dicho precisamente los mismos que contaba de existencia la Órden de servitas) y despues de puesto el sol en la hora de echar al vuelo las campanas para saludar á la Vírgen. Su muerte fué llorada no solo de los religiosos , sí que tambien de cuantos habian tenido la dicha de conocerle : bien que les consoló la idea de que si en la tierra habian perdido un padre , allá en el cielo les serviria de protector en todas sus necesidades. Refiérense varios milagros que obró Dios por intercesion del Santo , ya dando la salud á los enfermos, ya resucitando á los muertos, é ya por fin libertando de inminentes peligros á los que invocaban su auxilio. Han tratado de este Santo ademas de Arcángelo Cianio en los *Anales de los servitas* , Felipe Ferrando *Catálogo de los santos de Italia* , Baillet *Vidas de los Santos*, el P. Heliot *Historia de las Órdenes religiosas* , y otros varios autores. El Martirologio romano le cita en 22 de Agosto. Principiaron á honrarle en el siglo XVI, y Clemente X le canonizó en 1671. — J. M. G.

FELIPE de Aichstat , llamado así porqué era obispo de esta ciudad en Baviera. Lo único que nos dicen de este prelado es , que era abad de la Órden del Cister , y que atendidas sus relevantes prendas fué elevado por el papa Clemente V á la dignidad de obispo de Aichstat. Dicen tambien que compuso algunas obras cuyos títulos no se mencionan , y que murió en el año 1322.

FELIPE de Pera , llamado así del lugar de su nacimiento que era el arrabal de Constantinopla. Nació de padres genoveses, y entró en 1325 en el Órden de Sto. Domingo donde se distinguió particularmente por su celo para la reunion de la Iglesia griega á la romana. No es conocido mas que por dos obras que no llegaron á imprimirse y que , segun expresion de un biógrafo , merecerian serlo. La primera es un tratado de *Obedientia Ecclesiæ romanæ debita* , que se conserva en Florencia , y en el cual dice el autor que veinte y cinco años seguidos estuvo disputando con los griegos. En el segundo, que trata de la *procesion del Espíritu Santo*, hace notar varios fraudes cometidos por los griegos , quienes para mejor sostener su opinion habian variado algunas palabras del texto de la Sagrada Escritura. Existe una copia de este tratado en el colegio de Navarra ; pero el ejemplar de Florencia es mas amplio , y ámbos adolecen del defecto de no haberse conservado los pasajes de los Padres griegos mas que en latin , á pesar de haber juntado Felipe el texto original á la traduccion que hizo de la obra.—E. M. U.

FELIPE de Vitri ó de Victrai , antiguo poeta frances en el siglo XIV.

Fué elevado á la dignidad de obispo de Meaux en la cual sucedió á Juan de Meulant en 1340. Tradujo las Metamórfosis de Ovidio en versos franceses para complacer á Juana de Borbon, esposa de Cárlos V, que habia mostrado deseos de obtener esta obra en aquel idioma. Esta traduccion se conservaba en la biblioteca de la abadía de S. Víctor junto á Paris. Caces ó Gaston de Vignes, que escribió en la misma época la *Novela de las aves*, habla de este poeta. Existe ademas una carta que le escribió Juan de Munis, célebre astrólogo del mismo siglo. Felipe de Vitri murió en 1351. — O. A. R.

FELIPE DE MENDOZA, cardenal, arzobispo de Ruan, hijo de Cárlos llamado *el magnánimo*, conde de Alenzon, que murió en 26 de Agosto de 1346 en la batalla de Creci en Ponthieu, y que era hermano del rey Felipe llamado de *Valois*, padrino de Felipe. Éste á ejemplo de su hermano Cárlos, el primogénito de la familia y conde de Alenzon, todo lo abandonó para servir á Dios en el estado eclesiástico. Su nacimiento y aun mas sus prendas personales le elevaron á la dignidad de obispo de Beauvais en 1356, y despues á la sede de Ruan en 1359. El rey Cárlos V le habia hablado á favor de uno de sus clérigos y ademas le pidió para el mismo recomendado una prebenda, de la nominacion del prelado; pero éste á pesar de la recomendacion del Monarca, no reconociendo que el jóven fuese digno de ello, se denegó abiertamente, cuya negativa irritó á Cárlos, bien que muy luego se apaciguó porqué se hizo cargo de la justicia con que habia procedido el prelado. El papa Gregorio XI nombró á Felipe patriarca de Jerusalem y despues de Aquilea, y Urbano VI le dió el capelo de cardenal en 1378 junto con el obispado de Sabina. Ademas era tan grande la confianza que en él habia depositado, que le nombró vicario general en el territorio del Estado eclesiástico; pero temiendo en lo sucesivo, no sabemos por que causa, que el cardenal de Alenzon se declarase del partido de Clemente VII durante el cisma, le privó de todos los beneficios. Bonifacio IX le restableció en todas sus dignidades, y le creó obispo de Ostia. Felipe que habia cedido ya el arzobispado de Ruan á Pedro *el juez*, murió en olor de santidad en Roma en 15 de Agosto de 1397, y fué enterrado en la iglesia de Sta. María mas allá del Tíber. Varios son los biógrafos que han hablado de este personaje siempre con elogio, entre los cuales se citan á Onofre, á Ciaconio, á Ughel, á Sta. Marta, á Spondeo, á Du-Chene y Auberi, á Frizon, al P. Anselmo, etc.—E. A. U.

FELIPE DE LUXEMBURGO, cardenal, obispo de Árras por renuncia de Felipe de Melun su tio y padrino, y despues de Turena. En 1477 sucedió á Thibaut ó Tibaldo su padre, que hallándose viudo habia abrazado el estado eclesiástico, siendo elevado muy luego al obispado de Mans. Felipe de Luxemburgo era hombre de estado y de vastos conocimientos, y por lo mismo intervino en casi todos los negocios de su época. El papa Alejandro VI le ele-

S.ᵗ FELIPE NERI.

vó á la dignidad cardenalicia en el año 1496, y desempeñó el empleo de legado en Francia bajo el mismo pontificado y el de Julio II. El primero le comisionó para intervenir en la disolucion del matrimonio del rey Luis XII con Juana de Francia. Algun tiempo despues el deseo de pasar su vida en la soledad inspiró á Felipe la renuncia de su obispado á favor de su sobrino Francisco de Luxemburgo, lo que efectuó; pero habiendo muerto su sucesor volvió á encargarse de nuevo de la misma iglesia que embelleció con muchisimo esmero. Este cardenal, que la posteridad ha mirado siempre como uno de los grandes prelados de su siglo, falleció en 1519 de edad de setenta y cuatro años. Su cuerpo fué depositado en la catedral, donde durante las guerras civiles su sepulcro fué objeto de odio por parte de los herejes.—G.

FELIPE DE MONCALIER, en el Piamonte. Profesó en el convento de menores en Tolosa, y fué lector de teología en la ciudad de Padua. Compuso en el año 1330 una *Postila* sobre todos los Evangelios, y varios *Sermones* para todo el año. El compendio de sus sermones dirigido por Janselmo de Cánova, guardian del convento de franciscanos de Cumes, se imprimió en Leon de Francia en 1501 y 1515. Este autor, segun Dupin en su *Biblioteca de autores eclesiásticos del siglo XIV*, vivió hasta el año 1350.—U.

FELIPE NERI (S.) célebre fundador de la congregacion del Oratorio, en Italia. Nació en Florencia en 22 de Junio de 1515. Fueron sus padres Francisco Neri, noble por sus ascendientes y uno de los buenos jurisconsultos de su época, y Lucrecia Soldi, señora de sangre ilustre como su marido y como él de excelentes calidades, sobre todo muy piadosa. Este afortunado matrimonio miró con placer que Felipe, ya desde su tierna infancia, se mostraba tan dócil como aplicado y tan dado á la oracion como amigo era de los pobres. Habíale dotado Dios de corazon magnánimo y de las mas bellas disposiciones para seguir provechosamente la carrera del saber humano. Colocáronle sus padres al lado de buenos preceptores, y no tardaron éstos en admirarle como á Santo y como á sabio. Muy en breve aventajó Felipe á todos sus condiscípulos en la gramática, en la retórica y en la poesía, poniéndose en estado de emprender con igual brillo los estudios mayores. Lo que hay de mas particular es, que elogiado de maestros y de condiscípulos, y en la distinguida posicion que ocupaba en la sociedad, nunca se envaneció, pues tenia grabada en su imaginacion la idea que para agradar á Dios es necesario mirar con desvio los bienes terrenos. Siguiendo los impulsos de su corazon, enamorado de la humildad, mostró á un mismo tiempo gran veneracion á sus padres y á sus preceptores, una pureza verdaderamente angelical, afabilidad, agrado y extraordinaria modestia en todas sus conversaciones y pasatiempos, y grande aficion al culto divino, á las mortificaciones y á los ayunos. Recibió Felipe un golpe terrible con la muerte de su

querida madre ; sin embargo se consoló á la sola y piadosa consideracion de que gozaba allá en el cielo de una vida mas feliz , respetando de este modo los arcanos de la divina Providencia. Á poco tiempo tuvo Felipe que conocer á una madrastra , quedando expuesto á los inconvenientes que ofrece por lo regular un segundo matrimonio cuando el que lo contrae tiene hijos del primero ; pero como Felipe habia nacido para conquistar los corazones , pudo medir en breve el amor de la madrastra con el que le habia profesado en vida su difunta madre , cuya grata memoria permanecia constante en su mente , y halló que tan solo se diferenciaba en que Lucrecia le habia dado el ser y le habia alimentado en sus propios pechos. La idea del amor que le profesaba esta segunda madre quedó confirmada por las lágrimas que derramó cuando Felipe tuvo que ausentarse , y aun mas cuando hallándose esta señora en el lecho de la agonía exclamó, que la memoria de aquel hijo predilecto de su marido la consolaba porqué le tenia presente como á un ángel tutelar que la auxiliaba en sus últimos momentos. ¡ Oh virtud ! ¡ Oh virtud santa que inspiras tan bellos sentimientos , y que derramas el bálsamo consolador de la caridad cristiana en las terribles angustias de la muerte ! ¡ Incrédulos , echad por un momento una mirada en un lecho de agonía ; contemplad en él al hombre de buen corazon ; contemplad al justo, y aclamaréis la virtud : la venda que ciñe vuestros ojos caerá y vereis la luz ! Felipe , no hay duda , era el ángel tutelar de la moribunda. Felipe , aunque ausente , era su protector ; con sus oraciones invocaba al Dios de las misericordias , y el Dios de las misericordias derramaba la dulzura en el corazon angustiado de una mujer que luchaba con la idea de la muerte y de la eternidad. ¿ Puede presentarse un cuadro mas bello de la virtud que en estos momentos terribles de la agonía ? Felipe está orando , y su buena madrastra exhala su postrimer suspiro alabando á Dios y acordándose de aquella alma pura , cuya memoria le acompañó hasta el sepulcro. Hemos dejado correr nuestra imaginacion tal vez mas de lo que debiéramos , atendido nuestro deber de biógrafos ; pero séanos permitido en gracia de nuestras rectas intenciones. Sigamos los pasos de Felipe ; observémosle en todas sus obras , en todas sus acciones , y hallarémos siempre la idea constante de la virtud mas sublime. Veremos un jóven protegido de Dios desde su cuna ; un hombre lleno de religion , sabio y ardiente á impulsos de la caridad , y cuya virtud va tomando formas tan colosales que no es fácil á la humana inteligencia darles todo el brillo que exige su misma importancia. Hay ciertas circunstancias y particularidades en la vida de los Santos , que no pueden pasar desapercibidas , porqué todas ellas conspiran á un mismo fin , al de engrandecerlos. Felipe siguió viviendo bajo el techo paternal hasta la edad de diez y ocho años , y en este espacio de tiempo mereció ya que Dios le

favoreciese, libertándole de eminentes riesgos y no dejándole nunca de su santa mano para conducirle á la cumbre de aquella gloria que nunca perece. Cuentan sus biógrafos que en cierto dia que iba montado en un jumento recibió una fuerte caida quedando debajo del animal, y que cuando le creian muerto le sacaron sin que hubiese recibido lesion alguna. En otra ocasion pegóse fuego á la casa de sus padres, tomando las llamas tal incremento que todo lo devoraban. Apoderóse de la familia la mayor consternacion, y entre los muchos que acudieron para auxiliarles y apagar el fuego que amenazaba abrasar la casa hasta sus cimientos, el único que se manifestó tranquilo en medio de tanta agitacion fué Felipe, no porqué dejase de compadecerse por el gran trastorno que aquel incendio ocasionaba, sino porqué era tal el desprecio con que miraba las cosas terrenas, que muy poco ó nada le importaba que desapareciesen de una vez todas las riquezas que debia heredar, miéntras conservase aquella pureza que á los ojos de Dios hace verdaderamente ricos á sus hijos predilectos. El resultado fué, que la conformidad y serenidad del hijo restableció la calma en el corazon del padre y en el de toda la familia. Llegó á tan alto grado su inagotable paciencia, que habiéndole acometido una calentura muy aguda á la edad de quince años, procuró ocultar el mal en términos que nadie lo notó hasta haber progresado extraordinariamente; y hubiera acabado sin duda con su existencia sin haber exhalado ni un suspiro á no haberlo observado una hermana de su madrastra, que desde el momento llamó á los médicos, quienes en muy corto espacio de tiempo cortaron los progresos de la enfermedad dejándole enteramente libre. Estos y otros lances que se refieren prueban cuan querido era de Dios y cuan admirado de los hombres. Despues de dedicar las horas necesarias al estudio, y despues de cumplir con los deberes de hijo de familia, se dedicaba á socorrer los necesitados y á asistir en el templo del Señor, donde pasaba horas enteras entregado á los tiernos afectos del amor divino. Una de las iglesias que mas frecuentaba era la de S. Márcos, perteneciente á los PP. dominicos, de quienes recibió las primicias, digámoslo así, del fuego sagrado que abrasaba su corazon: así lo confesó varias veces hallándose en Roma, repitiendo con frecuencia estas palabras: « *Lo que yo tuve de bueno en mis primeros años seria un ingrato sino reconocia deberlo á los PP. de Sto. Domingo, que habitan en el convento de S. Márcos de Florencia.* » Entre todos los religiosos miraba con particular predileccion á los PP. Fr. Fenobio de Médicis y Fr. Servancio Mini. La santidad de su vida le servia de modelo: las bellas máximas que procuraban inculcarle para que siguiese por el camino de la perfeccion fortificaban su alma y le señalaban el sendero que debia conducirle á la celeste morada. No le merecia menor aprecio el P. Baldonio, insigne predicador, y mas insigne aun en la práctica de

la virtud. Admirábale Felipe como á Santo y como á sabio ; llamábale el libertador de su patria , y tenia razon para decirlo , porqué á este varon ilustre debió Florencia en gran parte su salvacion cuando en el año 1527 entrando á viva fuerza en las provincias de Italia el duque de Toscana , la soldadesca desenfrenada se entregaba á todos los horrores de la desoladora guerra. Mucho , muchisimo contribuyeron los buenos consejos de estos santos varones á que Felipe en sus juveniles años conservase íntegras aquellas dotes que le valieron la estimacion de sus padres , de sus superiores y de cuantos tuvieron la dicha de conocerle y de tratarle. El religioso allá en su celda se complacia en conversar con él : el sabio quedaba pasmado al oir tanta doctrina de la boca de un jóven que apénas habia saludado las aulas : el ciudadano observaba con asombro el desinteres y el desprecio con que miraba el lujo y la molicie el hijo de un noble , nacido en la opulencia , nadando en la abundancia , y cuyo porvenir le aseguraba un lugar distinguido entre los ciudadanos : el artesano le oia con placer , porqué no observaba en él aquella preponderancia que generalmente dan la superioridad y los bienes de fortuna : la infeliz viuda , el anciano decrépito , el huérfano , el mendigo , todos le apellidaban padre en edad tan tierna ; y este es uno de los grandes elogios á que se hizo acreedor en el transcurso de su vida. Para dar una prueba de su excesiva humildad refieren , que habiéndole presentado en cierta ocasion el árbol genealógico de su familia , ántes de verle lo rasgó para no contaminarse con la sola idea del oropel mundano. Consideró sin duda , que no hay blason en donde no se note una mancha de sangre , un principio de injusticia , un rasgo de orgullo y de vanidad ; ¿ y para que queria los blasones el que ostentaba su nobleza con el distintivo de la virtud ? Todas las que son hereditarias , que pasan de padres á hijos , ya se hayan ganado en el campo de batalla , ya en medio de las convulsiones políticas ¿ acáso no sirven de pábulo en lo sucesivo al gusano roedor que convierte en polvo aun los mas dorados pergaminos ? Felipe era noble por sus hechos ; no por aquellos hechos vulgares que arrancan el aplauso de una multitud alucinada, sino por aquellos hechos que quedan grabados en los corazones y cuya memoria durará miéntras duren los siglos , porqué es una herencia que se transmite á los hombres , no de una familia sino de una generacion entera. Su padre , con toda su sabiduría , con toda su piedad , con todo su amor , no habia llegado todavía á conocer la joya que Dios habia depositado en sus manos ; pues miéntras Felipe buscaba su felicidad en region muy elevada , Francisco procuraba encumbrarle aquí en la tierra para que siguiese el ejemplo de sus progenitores y conservase el lujo y opulencia de su casa. Vivia en S. German Rómulo Neri , hermano suyo , hombre tan acreditado por sus luces como respetado por sus bienes de fortuna , sin hijos ni otros pa-

rientes próximos á quienes pudiese legar mas de dos mil ducados de renta, que en aquel tiempo formaba un gran capital. Envió, pues, Francisco á Felipe al lado de este tio con la fundada esperanza de que despues de su muerte entraria á poseer sus cuantiosos bienes. Felipe fué recibido por su tio con muestras del mayor cariño, llamóle hijo suyo, y depositó en él toda su confianza. El sobrino correspondió á estos afectos con muestras de la mayor gratitud; pero no se envaneció con las riquezas que debia heredar; en esta parte sus ideas eran mas elevadas que las de su padre y las de su tio, y por lo mismo siguió igual género de vida que habia observado hasta entónces. Dios y los pobres llamaban toda su atencion; huia de las diversiones, aborrecia en el alma los placeres; su solaz lo encontraba en los templos, meditando y orando sin interrupcion. Rómulo, que no miraba con buenos ojos el desprendimiento de Felipe, quiso hacerle algunas advertencias que creyó provechosas á su bienestar; pero Felipe al paso que las escuchó con el respetuoso silencio que debe infundir un superior le contestó en términos sumamente prudentes cuan obligado estaba á seguir las inspiraciones que le venian del cielo. El tio, tomando la respuesta de su sobrino por un efecto de la sencillez de su corazon, le replicó que podia servirse á Dios sin que se desatendiese el propio bienestar, y que por otra parte un exceso de celo religioso era fácil que le hiciera aparecer como un ingrato. «No soy in-« grato no, le replicó Felipe; la memoria de vuestros beneficios me durará « miéntras me dure la vida; pero me gusta tanto la pobreza, que quiero « vivir y morir pobre si es posible. Si yo me mostrase ingrato á mi tio, me « haria tambien ingrato á los ojos de Dios.» Rómulo calló, y Felipe continuó en sus prácticas religiosas, retirándose con frecuencia á un monte donde existia una capilla de propiedad de los monjes benitos, dedicada al Redentor en la cruz: capilla en aquellos tiempos extraordinariamente célebre por la gran veneracion que tributaban á la misma los navegantes, de modo que segun refieren los historiadores no entraba ni salia nave alguna del puerto de Gaeta que no la saludase con repetidas salvas. Allí pasaba el Santo jóven horas enteras entregado á profundas meditaciones. En aquel lugar sagrado se fortificó en la idea de un porvenir feliz para el hombre pensador, porqué resolvió buscar en la soledad lo que no se encuentra en grandes poblaciones. La sola consideracion de las cosas santas y de las bellezas de la naturaleza le llenaban de placer. En el claustro el religioso vive tranquilo, diria entre sí mismo, miéntras que en el mundo el mar agitado de las pasiones le mantiene á lo ménos en continua zozobra: en las ciudades no hay mortal que cuando vuelve la vista no halle una distraccion pasajera que le recuerde el deleyte, y si alguna vez gime es porqué observa algun objeto de horror que le representa el vicio en toda su deformidad; miéntras que en

las selvas y en las praderas solitarias ve crecer los arbustos que la mano del Criador plantara para delicia de los humanos: levanta los ojos y contempla las copas de los árboles mecidas por el céfiro de la mañana que se levantan hasta las nubes: el cantar de las avecillas le extasia hasta el extremo de creerse transportado á un paraiso terrenal: finalmente si saciado ya de contemplar la bóveda celeste, inclina otra vez los ojos, su alma queda otra vez extasiada al oir el dulce murmullo de las aguas que serpentean entre las frondosas alamedas. Con estas consideraciones, un alma como la de Felipe, enamorada del Criador, por precision debia aspirar á la soledad, que era de donde aguardaba su porvenir feliz. Sin embargo, cuando mas embebido estaba contemplando las bellezas de la vida solitaria, supo por inspiracion divina, segun dicen, que debia trasladarse inmediatamente á Roma. Tenia entónces veinte años y habia vivido dos al lado de su tio. Hasta aquella época se habia mantenido sumiso á sus preceptos y á los de su padre; pero luego creyó que podia y debia seguir los impulsos de su corazon iluminado por Dios: y por lo mismo para huir de obstáculos calló, y sin provision ninguna, ni mas vestidos que los que llevaba encima emprendió secretamente el viaje. Dejémosle por un momento que siga su camino, solo, á pie, sin mas guia que su conciencia y sus buenas intenciones, y volvamos á la casa de su tio. Éste quedó pasmado y como fuera de sí luego que pudo convencerse que Felipe faltaba de su lado. Transmitió inmediatamente la noticia á su hermano, y ámbos lloraron amargamente la ausencia del objeto predilecto de sus desvelos. Acusáronle de ingrato, de hijo desobediente, que ciego en su frenesí se entrega á los caprichos de la suerte para huir de la sujecion paterna; y en el colmo de su exaltacion determinaron dejarle abandonado á sus desvaríos, sin practicar diligencia alguna para su hallazgo. Pero ¡cuán mal le juzgaron! El jóven Felipe siguiendo los impulsos de las divinas inspiraciones llevaba siempre grabada en su mente, como á buen hijo, la memoria de su apasionado padre y la de aquel buen tio que tanto le habia mimado durante su residencia en S. German. Llega por fin á la capital del mundo cristiano, y como no iba provisto de mas recomendacion que sus virtudes se dirije á la casa de un gentil-hombre florentino, llamado Galeoto Caccia, quien le recibió con agrado porqué le reconoció por patricio, al paso que notó en su porte y en sus palabras cierta cosa extraordinaria que no sabia definir; sin embargo, este hombre que nadaba en la abundancia se limitó á señalarle un estrecho aposento, sin hacerle partícipe de los regalos de su mesa. Dios lo tenia dispuesto así, segun opinan algunos historiadores, para que Felipe se ejercitase en los misterios sólidos de la virtud; así lo juzgó mas adelante el Papa en la bula de la canonizacion del Santo. Felipe dormia sobre el duro suelo sin ni siquiera acordarse de las comodidades que

disfrutaba en otro tiempo debajo el techo paternal; manteníase tan solo de pan y agua; visitaba los templos, recorria los hospitales, auxiliaba los enfermos con particular cariño; finalmente descansaba poco y oraba mucho. Su bienhechor le habia señalado una pension de una cuartera de trigo cada año, que entregaba luego á un hornero para recibir en cambio diariamente el pan que necesitaba para su alimento, que era muy escaso como se deja traslucir. Causa grande admiracion ver debajo de un mismo techo á dos patricios igualmente nobles, ámbos de familias ilustres, y que uno de ellos dueño de la casa trata al otro presunto heredero de un pingüe patrimonio como el mas pobre y humilde de la sociedad. Causa asimismo admiracion y aun asombro el que un padre noble, sabio y piadoso, que ha conocido perfectamente á su hijo, que le ha admirado como un perfecto modelo de virtudes, que es presumible que sepa el infeliz estado en que se halla en cuanto á las apariencias sociales, no se acuerde de él ni siquiera para enviarle un miserable socorro. Ese tio que nada en la abundancia, que cada dia va tomando creces su fortuna, despues de haber adoptado por hijo á Felipe, tampoco se acuerda de él para nada absolutamente. No cabe duda que estas circunstancias que, segun nuestra opinion, rayan en lo imposible, contribuyeron en gran parte á la exaltacion del jóven mendigo, á quien Dios destinaba para representar en el mundo cristiano un papel importantisimo; para dar á la Iglesia mucho que admirar y al historiador ascético mucho que escribir. Así como en la sociedad está reservado á la mediania conocer mas de cerca las necesidades de sus semejantes, así sucedió en la casa del noble florentino. Éste sentado en su opípara mesa rodeado de convidados, brindaba con ellos, apurando las copas y saboreándose en los manjares delicados; miéntras que Felipe encerrado en su humilde y reducida estancia, complaciéndose en su miseria, entonaba aquellos cánticos de gloria que tan dulcemente penetran en los corazones sensibles. Los criados que veian mas de cerca el infeliz estado del humilde florentino, trataron mas de una vez de obsequiarle con las sobras de la mesa de su señor; pero Felipe les contestaba siempre con amable sonrisa, que le bastaba el pan y el agua para vivir desahogadamente, y ni una sola vez quiso aceptar la mas mínima oferta. Acontecia con frecuencia que saliendo de casa al ponerse el sol se encontraba en las altas horas de la noche en el cementerio de S. Calixto papa ó en la iglesia de S. Sebastian, donde reposan los venerables restos de millares de mártires, entre los cuales se contaban entónces diez y ocho Pontífices, canonizados todos por la Santa Sede. Varios lances le acontecieron en estas visitas nocturnas: vióse algunas veces en peligro de perder la vida: en otras se expuso á terribles tentaciones, de modo que, piadosamente hablando, se conoce que el espíritu maligno luchaba para derribar al Santo; pero como

Dios nunca le abandonó, pudo al fin salir triunfante y cantar victoria ante el ara santa del Señor. Habia transcurrido ya bastante tiempo desde que llegó á Roma, cuando determinó emprender el estudio de las ciencias sagradas para poder servir con mas utilidad á sus semejantes. Á este fin se presentó en las aulas, y tuvo por maestros en filosofía á César Jacomeli, despues obispo de Benicastro en Calabria, y á Alfonso Ferro, ámbos primeros catedráticos y varones insignes en virtud y en letras. Felipe, lleno siempre de ideas sublimes y constante en sus principios, llamó desde el momento la atencion no solo de sus profesores, si que tambien de cuantos concurrian á las aulas. El hombre religioso se presentó como amigo íntimo de la ciencia, quiso familiarizarse con ella y tomarla por compañera inseparable; calculó, estudió y profundizó, y en estos tres ramos del saber humano excedió á todos sus condiscípulos. Cursó luego teología en el convento de S. Agustin, y como estaba bien preparado hizo en poco tiempo tan grandes adelantamientos, que era escuchado con asombro, porqué nunca hubo discípulo que se expresase con mas facilidad, que fuese mas elocuente y que desplegase un caudal tan vasto de erudicion como Felipe. El resultado fué, que al salir de las aulas se presentó con toda la brillantez propia de un hombre consumado, no en los estudios, sino en la enseñanza de ámbas ciencias: no le bastó todavía el caudal de doctrina que habia adquirido hasta entónces; consideró, sí, que en las Santas Escrituras hallaria todo lo que le faltaba que saber para hablar con el debido acierto sobre intrincadas materias; y en su consecuencia se engolfó, digámoslo así, en aquel manantial inagotable de verdades eternas; y á pesar de lo muy ardua que era la empresa, salió de ella felizmente, porqué desengañémonos, el hombre que consigue en tan alto grado como Felipe el don de la Divina Gracia, nada absolutamente, nada le es imposible, porqué anda por la via derecha y llega siempre á feliz término. Lo que hay de mas particular es, que un varon extenuado por los ayunos, entregado á una severa penitencia, tuviese ojos para leer, fuerzas para penetrar, decision para emprender, y aun mas, que le quedase todavía tiempo para buscar en la oracion lo que no hallaba en los libros; esto es, el favor inmediato del Dios de las misericordias. Los elogios á que se hizo acreedor en lo sucesivo, y de los cuales hablarémos en su lugar oportuno, son la mejor prueba que Felipe fué uno de los primeros sabios de su época, y que justamente mereció los títulos de *bueno* y de *ilustre*. Habia tomado por modelo á Sto. Tomas de Aquino, y eso nada tiene de extraño atendido á que habia sabido imitarle en la pureza de vida. Con tan buenos adornos por precision debia resplandecer aun mas su virtud. Lo cierto es, y en esto están conformes todos los historiadores desde el mas piadoso hasta el mas crítico, que si ántes Felipe habia edificado con sus acciones, enamo-

ró despues por su consejo, por su prudencia, por su humildad y por todas aquellas dotes que hacen verdaderamente grande á un hombre por muy bajo concepto que haya formado de sí mismo. Sócrates se avergonzó cuando la Pitonisa dijo que el mas sabio de los hombres era el que ménos sabia: Sócrates era un gentil. Felipe, cristiano, se avergonzó á su vez al considerar que el dedo de la Divina Omnipotencia le señalaba como perfecto modelo de cristianos; ¿y por qué? porqué se juzgaba el mas ínfimo de todos los hombres, siendo así que muy pocos ó ninguno le aventajaba en doctrina, en profundidad de ideas y sobre todo en santidad de costumbres, como hemos visto ya. Los vastos conocimientos que habia adquirido Felipe en las aulas produjeron desde luego ópimos y sazonados frutos. No hubo clase en la sociedad que no experimentase la benéfica influencia de este genio de la literatura sagrada. Desdel tierno niño hasta el anciano venerable, desde el mendigo hasta el mas opulento, desde el artesano hasta el varon de mas elevada categoría, desde el monacillo hasta el mas encumbrado en las dignidades eclesiásticas; todos absolutamente todos tuvieron mucho que aprender, muchisimo que observar, y magnánimos esfuerzos que hacer para imitar el vivo cuadro de las virtudes cristianas representado en la persona de Felipe. Aquellos hombres consumados ya en la ciencia de la virtud vieron no sin sorpresa que se habian quedado muy atras para llegar al término de la perfeccion. Felipe que sabia aprovechar todos los instantes de su vida siempre con utilidad salia de las aulas para trasladarse á los pórticos de S. Pedro y de S. Juan de Latran, donde le aguardaban una multitud de niños que recibian de él las primeras nociones de la doctrina cristiana; recorria luego las calles y las plazas públicas en busca de almas perdidas para atraerlas á buen camino; visitaba las iglesias, oraba con fervor, y aunque seglar dirigia la palabra á los concurrentes con una elocuencia tan dulce y tan persuasiva, que no en vano le hubieran llamado el *Apóstol* aun ántes de verse revestido del sagrado carácter sacerdotal. Visitaba despues los hospitales, curaba los enfermos, cuidaba de su limpieza, les exhortaba á sufrir con paciencia las molestias y penalidades de la enfermedad, y rara vez abandonaba al moribundo hasta que hubiese exhalado el último suspiro. Al salir de los hospitales se retiraba á su pobre y humilde estancia, donde en vez de entregarse al descanso se arrodillaba á los pies de la imágen del Crucificado; y al considerar lo mucho que sufrió el Salvador del mundo para rescatar al hombre de la esclavitud se enternecia de modo que nadaba por decirlo así en torrentes de lágrimas. Cogia luego la suma de Sto. Tomas, ú otro libro de provechosa doctrina, y así como aquel que está sediento de agua nunca se harta si llega á los bordes de una fuente cristalina, así Felipe nunca se saciaba en estas fuentes de la verdadera sabiduría cristiana. Pare-

cerá increible al que no se haga cargo de lo que puede la Divina Gracia lo mucho que trabajaba Felipe para llenar la mision á que Dios le habia destinado. La fama de sus virtudes y de su sabiduría habia traspasado ya los límites de la populosa Roma. En toda la Italia se hablaba de Felipe como de un Santo, y la ciudad de Florencia su patria no fué la última en tributarle los debidos elogios: así es que si Francisco Neri lloró al principio por la ausencia de su querido hijo creyéndole perdido, lloró despues mas amargamente al pensar cuan mal le habia juzgado: quiso enmendar la injusticia enviándole recursos para que pudiese subsistir desahogadamente, pero Felipe aceptó tan solo la ropa necesaria para cubrir la desnudez; pues como hemos visto ya era tan amante de la pobreza, que se consideraba demasiado rico todavía con un mendrugo de pan y un vaso de agua. Lo que animaba mas á Felipe era aquel exceso de amor divino que al parecer se habia apoderado de su corazon. Refieren que cuando se entregaba á la oracion y otros actos de gran piedad sentia un fuego interior que le obligaba á veces á desabrocharse y á buscar la impresion del frio para apagarlo. La mayor parte de los historiadores de su vida hablan extensamente de este prodigio, esforzándose los unos en buscar las causas naturales de las cuales podia provenir aquella especie de delirio que, aunque dulce segun la expresion del rostro, aparentaba ser casi insufrible atendidos los extremos que el Santo hacia. Otros se esfuerzan en pintar la grandeza del milagro con colores los mas vivos. Nosotros deseosos del mayor acierto, no fiándonos de la excesiva credulidad de algunos escritores porqué á veces puede hacerles faltar á la sana aunque religiosa crítica, hubiéramos prescindido de lo mucho que se dice á no existir un testimonio en sumo grado veraz, y que dificilmente puede hallarse quien lo refute, sino que sea el incrédulo ó el hereje. Hablamos del célebre papa de gloriosa memoria Benito XIV: este sabio en su obra titulada *De Beatificat. et Canonizat. Sanct.* en el tomo III tratando de la oracion mental dice así: « Tal vez el mismo Dios, que es admirable en sus Santos se ha « dignado manifestar cuan agradable y acepta le es la oracion de sus siervos « con prodigios sobrenaturales; v. g. con el esplendor del rostro y otros se- « mejantes:::» De S. Felipe Neri se lee, que cuando decia misa le vieron rodeado por todas partes de una luz maravillosa::: No nos es posible pasar adelante sin que refiramos aquí dos de estos prodigios. El uno sacado de las actas de la canonizacion de Sta. Teresa. El otro de las actas de la causa del citado S. Felipe Neri, insertas en una obra de Ángelo Victorio, que salió á luz en Roma año de 1613: en la cual aquel célebre médico demuestra, que los síntomas, que despues dirémos, fueron sobre el órden de la naturaleza. Sus palabras son: « El bienaventurado Felipe Neri, natural de Florencia, funda- « dor de la congregacion del oratorio de Roma, saludable y de buen tem-

« peramento desde su niñez, expedito en su ancianidad, no achacoso, siem-
« pre festivo en su conversacion y muy frecuente en los estudios sagrados,
« cumplidos los veinte y nueve años de su edad y arrebatado con los de-
« seos de la perfeccion cristiana, invocaba rendida y frecuentemente al
« Espíritu Santo para que se dignase colmarle su alma con sus dones. En
« este tiempo, pues, no desistiendo de su oracion, é instándole á Dios
« que oyera sus ruegos, se encendió en un amor de Dios tan fuerte y
« excesivo, que reconociendo no poder de modo alguno sufrirlo y tolerarlo,
« se vió obligado á arrojarse prontamente al suelo, descubierto el pecho,
« como quien para ardor tan grande andaba buscando algun refrigerio; vol-
« vió á levantarse lleno de regocijo, y reconoció sin dolor alguno un cierto
« tumor en el pecho al lado siniestro de la magnitud de un huevo, visible
« para todos, y no causado de la caida, de golpe ó de otra externa violen-
« cia. Desde entónces se advirtió que si la memoria, si la conversacion, si
« la contemplacion era de cosas divinas, el corazon frecuentemente hervia,
« saltaba y palpitaba, ya con mas ó con ménos fuerza, extendiéndose el
« ardor y el tremor al pecho y á todo el cuerpo. Mas reprimia la vehemen-
« cia de este fervor y palpitacion distrayendo la mente á su arbitrio, y
« convirtiendo el pensamiento hácia las cosas de la tierra; el calor lo tem-
« plaba buscando algunas veces el aire frio y tal vez tomando un poco de
« agua: y en esta conformidad perseveró hasta la muerte que fué á los
« ochenta años. Todas estas cosas por menudo yo mismo las oí muchas
« veces referir al santo anciano lleno de vergüenza, preguntándole cuando
« estaba enfermo las causas de su accidente segun se ofrecia la ocasion
« oportuna y precisa; y el mismo B. Padre preguntándoselas el cardenal
« Federico Borromeo se las contó, como dice Gallonio en su Vida, y yo lo
« oí al mismo cardenal. Mas habiendo aquel varon bienaventurado muerto
« con serenidad y casi sin accidente el dia 26 de Mayo, en que ocurrió la
« solemnidad del Corpus Christi á las seis horas de la noche siguiente
« cuando se abrió el cuerpo con la asistencia de muchos varones del primer
« carácter para ver y averiguar la causa de aquellos efectos, todos obser-
« vamos lo siguiente. Lo primero en la parte anterior de la armazon del
« pecho, en donde se dejaba ver aquella elevacion, habia dos costillas las
« superiores de las mendosas, que vienen á ser la cuarta y la quinta, total-
« mente quebradas y tan divididas, que una parte distaba de la otra; y lo
« que es cosa digna de admiracion, en tan largo tiempo no habian unídose
« cosa alguna, sino que permanecian tan distantes y elevadas, que por la
« parte de fuera formaban aquel tumor y por la parte de dentro un seno
« mas capaz. Despues con el grandísimo deseo de registrar lo mas oculto,
« porqué lo visto hasta allí nos llamaba á lo que quedaba por ver, llegamos

« ansiosos al mismo corazon, como el señalado en aquella rotura. Lo ha-
« llamos mayor que lo ordinario, y su carne por razon de la densidad
« y compresion mas endurecida que frecuentemente lo está. La cavidad
« donde está el corazon, que llaman Pericardio, sin la agua que natural-
« mente suele hallarse allí. La vena arterial la mitad mayor y mas dura.
« Los pulmones poco diferian del estado natural; el hígado nada se habia
« inmutado. Omitimos con acuerdo el registrar, etc. Esta es la historia es-
« crita por mí y estas son las observaciones que diligentisimamente hicimos
« cuando se abrió el cuerpo en la iglesia de Sta. María de la Vallicella á las
« tres horas de la noche en el dia 27 de Mayo de 1595. » Así se expresa Benedicto XIV en el tomo III de su citada obra. En el IV vuelve á repetir lo que ha dicho anteriormente, añadiendo algunas particularidades que se observaron en Felipe, y mas aun cuando celebraba el Santo Sacrificio de la Misa; añadiendo que se suscitó una disputa entre los médicos sobre si estas cosas podian provenir de causas naturales ó serian milagrosas. Manifiesta luego que Andres Cesalpino, Antonio Porto, Rodulfo Silvestre, Bernardino Castellano y Ángelo Victorio compusieron algunos *Tratados* sobre lo que observaron en la inspeccion cadavérica y calificaron el hecho de milagroso. Dice que los auditores de la Rota continuaron el parecer de los médicos en la relacion de la causa de S. Felipe titulada: *De Devot. et lacrimis*: Que presentaba alguna dificultad la doctrina de Jornilio, *lib. 5 de Part. morb. cap. ult.* donde se lee que es tanta la fuerza de la palpitacion, que puede quebrar las costillas inmediatas en donde hiere de lleno; pero las superiores, á las cuales por la mayor distancia no puede llegar con tanta fuerza la violencia del golpe del corazon, solo puede hacer, que salgan de su lugar; esto es, relajarlas, doblarlas, ó levantarlas, pero no romperlas ó quebrarlas. Tal es la opinion tambien de Eustaquio lib. 2, cap. 3 de *Virtutibus et vitiis cordis*; Piso lib. 2, cap. 11, de su *Práctica*; Petralba lib. de *Vera forma media*, cap. 13. Porqué de la doctrina de estos autores, parece que se podia inferir, que la rotura de las costillas habia provenido de causa natural interna. Ciertamente, segun observa el Papa escritor, hubiera tomado la dificultad mayores fuerzas, si los médicos que calificaron el milagro hubieran entendido lo que notaron Lancisio y el insigne médico de Bolonia Hipólito Francisco Albertino (que vivia aun en tiempo de Benito XIV, quien le califica de célebre no solo en Roma sino en toda Europa). Este último en su *Aureo opúsculo*, insertó en los *Comentarios* del instituto de ciencias y artes y academia de Bolonia, algunas observaciones en las cuales demuestra que los vicios de semejante dilatacion, á los cuales se llega por una pulsacion al pecho preternatural, violenta y que dura mucho, se deben reducir á los vicios del género de aneurisma; y aquellos en que el movimiento es sin dicha

violencia y casi insensible, se reducen á los del género varicoso; miéntras que Lancisio en su tratado de *Aneurismate* cap. 6, prop. 48, demuestra que alguna vez se ha encontrado todo el corazon aumentado por el aneurisma. En efecto, estas observaciones de gran peso pudieran haber hecho vacilar á un sabio como lo era Benito XIV; sin embargo, dice que si se ponderan con atencion cuidadosa las circunstancias, que muchas veces son por las que calificamos el milagro, concebimos (son expresiones suyas) una firme esperanza de que todos los filósofos aun los mas rígidos han de confesar que hubo alguna cosa milagrosa en aquel conjunto. Porqué demos, añade, que de la palpitacion del corazon pudo provenir naturalmente la rotura de las costillas; demos que hubo aneurisma; demos que el corazon pudo aumentarse por enfermedad natural; pero ¿quién será el que no conozca el dedo de Dios obrando milagrosamente si advirtiere que Felipe no padecia estos efectos involuntario, sino como á su arbitrio, como ya hemos dicho, y solo cuando se ejercitaba en las cosas divinas?; si advirtiere que estos síntomas tuvieron principio cuando él estaba en los treinta años de su edad, y que no le obstaron para llegar felizmente hasta una senectud avanzada, aun que muy macerado con trabajos, ayunos y penitencias, sirviendo á Dios y al próximo con la mayor constancia?; si finalmente advirtiere, que muchas veces poniéndole la mano en su corazon se disiparon las importunas tentaciones del enemigo que molestaban á los que la ponian, y no volvieron mas á sentir su molestia? Así concluye Lambertino, y su voto tanto para nosotros como para todo buen cristiano es de gran valía; y este ha sido el motivo porqué separándonos hasta cierto punto del principal objeto, que es el de trazar la biografía del Santo sin interrupcion, nos hemos detenido en estas explicaciones, porqué hemos creido que era necesario atendido lo mucho que han dado que decir los extremos á que se entregaba el Santo durante el fervor de la oracion. Continuaba Felipe sus piadosas tareas siempre con grande ventaja de la cristiandad y de las buenas costumbres. El hombre obcecado en la torpeza, el de corazon mezquino entregado á la avaricia, el desconocedor de las cosas santas, el incrédulo obstinado, la mujer mundana, todos escuchaban á Felipe como un oráculo, que arrancándoles suavemente del yugo del pecado les abria con el don de la divina palabra las puertas de la eterna salvacion. En 16 de Agosto de 1550 tuvo principio aquella célebre cofradía llamada de la Santísima Trinidad, que desde su orígen se dedicó al alivio de los peregrinos y al socorro de los convalecientes, y que fué el orígen de la congregacion del Oratorio. Tenia Felipe por compañero inseparable al P. Peruciano Rosa, que era su confesor, sacerdote de vida ejemplar y digno amigo del Santo. Felipe segun parece le divulgó la intencion, y ámbos trabajaron de consuno para llevarla á feliz término. Juntáronse hasta el nú-

mero de quince y tôdos procuraron seguir con unánime voluntad el ejemplo del fundador. Reuníanse con frecuencia para la práctica de la oracion, y entónces se les veia á todos postrados ante el Santisimo Sacramento del Altar con tanta edificacion, que difícilmente podia distinguirse quien de entre ellos era el mas devoto y piadoso. Felipe no obstante los excedia á todos, pues bien se dejaba entrever que era el autor de aquella gran obra, principalmente por las tiernas y expresivas pláticas que dirigia, no solo á sus compañeros sino á los demas concurrentes que la curiosidad, el espíritu de crítica, ó la verdadera devocion atraia al templo. Despues de haber alcanzado al pie de los altares el espíritu que necesitaban para continuar con acierto sus trabajos, recorrian con Felipe al frente todos los parajes públicos en busca, digámoslo así, de almas perdidas para atraerlas á buen camino. Hemos indicado ya que el principal objeto de la cofradía de la Santisima Trinidad era para dar asilo á los peregrinos pobres que pasaban á Roma á visitar los Lugares Santos. Habian alquilado al principio el Santo fundador y sus compañeros una casa regular; mas observando durante el jubileo universal, concedido por el papa Julio III, que la concurrencia era numerosa, buscaron otro local mas á propósito y capaz de albergar algunos millares de personas. Allí los recibian Felipe y sus compañeros con muestras del mayor agrado: los unos cuidaban de introducirles en la casa, los otros les lavaban los pies, otros les guisaban la comida; habia de destinados á servirles en la mesa, para prepararles las camas, para cuidar de la limpieza; en una palabra, todos incluso el mismo Felipe que era el director trabajaban asiduamente para derramar en el corazon de sus huéspedes el precioso bálsamo de la caridad cristiana. No se limitaba S. Felipe en proporcionarles los socorros temporales; hacia aun mas, estudiaba en lo posible el carácter de cada uno de ellos, escudriñaba su conciencia; y á los que hallaba poco dispuestos á la verdadera creencia ó poco instruidos en el dogma de la fe los catequizaba con tan buenas razones, que rara vez se veia burlado en sus esperanzas. Aun algunos herejes que se confundian entre los peregrinos católicos para observar sus acciones con el único fin de satirizarlas, al llegar á los pies de Felipe se confundian, se avergonzaban y concluian por lo regular detestando sus errores y volviendo al seno de la Iglesia. En cierta ocasion llegaron hasta el número de doce los que en presencia del cardenal Alejandro Farnesio, vice-canciller, abjuraron las herejías confesando en altas voces que en lugar de una Roma licenciosa y corrompida habian encontrado una ciudad santa, cuyos hijos se desvelaban para la salvacion del mundo, recibiendo como hermanos aun á sus mismos enemigos. Tal era el efecto que producia la inagotable caridad de Felipe y de sus compañeros. Todos ellos tuvieron la grande satisfaccion de ver que durante su vida

se aumentaba extraordinariamente el número de servidores y de servidos. Y si en su cuna produjo tan saludables efectos, mayor fué todavía en lo sucesivo: de modo que fué necesario que se trasladase mas adelante de la iglesia de S. Salvador *in-campo* á la de S. Benito, edificándose por último la de la Santísima Trinidad llamada *Ponte-Sixto*; y segun refieren, durante el pontificado de Gregorio XIII en el año 1575 fueron recibidos y hospedados en aquella santa casa doscientos setenta mil peregrinos de todas las naciones del mundo (1), en cuya ocasion impulsados por el amor que les inspiraba el glorioso S. Felipe acudieron á asistirles señores y señoras de la primera nobleza, los principales prelados de la córte romana, y aun el mismo Papa acompañado de sus cardenales les lavaba, les servia en la mesa, les consolaba, les exhortaba y les trataba con igual humildad como lo hiciera el último de los clérigos que por medio de la humildad aspira á la perfeccion. Los sucesores de Gregorio XIII, tales como Urbano VIII, Inocencio X, Clemente IX, Clemente X y los que mas adelante continuaron sentándose en la silla de S. Pedro, continuaron tributando iguales servicios al viajero porqué consideraron que eran los mas gratos á Dios y á los hombres. Y como la fama póstuma contribuye á eternizar el nombre de los varones ilustres, podemos decir con justa razon que la sola institucion de la cofradía de la Santísima Trinidad bastó por sí sola para eternizar la de Felipe entre los hombres mas ilustres de su época. Hasta entónces Felipe no era mas que un simple particular dado á la virtud, amigo del bien y oficioso en el cumplimiento de sus deberes como á simple laico; pero expuesto por lo mismo á los insultos y sarcasmos de aquellos que interpretando las mas rectas intenciones se complacen en sindicarlas y cuando ménos en hacerlas representar un papel ridículo; pero era llegada la época en que debia brillar en region mas encumbrada, en la que la calidad de apóstol le era peculiar, en la que por fin debia desplegar toda su ciencia para continuar con fruto la carrera que habia emprendido. Existia en aquellos tiempos un S. Ignacio de Loyola fundador de la célebre Compañía de Jesus; Felipe conocia á Loyola y Loyola conocia á Felipe. Los dos trabajaban de consuno para dejar al mundo ejemplos de heróica virtud; ámbos se amaban entrañablemente, y si Felipe veneraba á Loyola, éste inclinaba la cabeza para dar la preferencia á su amigo. Loyola habia instituido ya su Compañía cuando Felipe se mantenia todavía con el carácter de seglar; sin embargo, este último trabajaba con tanta constancia, con tal esmero, que llamandoálas religiones á los que tenian la suerte de

(1) Weiss, en el artículo de Felipe Neri (*Biografía Universal antigua y moderna*, tom. XXXI, pág. 68, col. 2.ª, nota 2.ª) hace ascender el número de los que se albergaron en aquella santa casa en la época del jubileo de 1600, en solos tres dias, á 444,500 hombres y á 25,000 mujeres.

conocerle proporcionaba á cada instante nuevos discípulos á la escuela del Gran Maestro de los jesuitas. Hay quien ha querido suponer que Loyola no quiso admitir á Felipe Neri en su Congregacion ; pero esto queda desmentido con el testimonio de autores muy graves. Muy al contrario , Ignacio hubiera querido que Felipe se hubiese asociado á su Órden : por eso exclamaba que si le tuviese por compañero se hallaba con ánimo de convertir á todo el mundo. Resulta , pues , que ni Felipe habia pedido á S. Ignacio el que le admitiese , ni que éste le hubiese dejado de desear. El eminentísimo cardenal Cusano , á quien llamaban el alma de Felipe porqué fué siempre uno de sus principales confidentes , lo testificó en el proceso de su canonizacion con estas palabras : « El P. Felipe acostumbraba decir que el P. Ignacio , fundador de la Compañía de Jesus , le llamaba campana porqué llamaba á los « otros para la religion y no queria entrar en la Compañía , en la cual el « dicho P. Ignacio le rogaba que entrase. Donde se ve la grande providencia de Dios que designaba á este su Siervo para fundar otra congregacion, « la del Oratorio , que es tan poderosa y fructífera por las continuas confesiones y cotidianas pláticas espirituales , que allí se hacen : instituto singular en la Iglesia de Dios, de donde bajo de la direccion del Padre salieron « despues hombres de singular bondad y célebres en doctrina por todo el « cristianismo. » Así se explica el cardenal Cusano , justo admirador de las virtudes de uno y otro Santo. El P. Peruciano Rosa, confesor de Felipe, viendo con asombro el grande ascendiente que éste ejercia en los corazones , las innumerables conquistas que á cada paso operaba y el rápido vuelo que tomaban la moral y las costumbres en la populosa capital del mundo cristiano con sola la palabra de un simple particular , lleno de los mejores deseos , ó tal vez inspirado , no dudó aconsejarle cuanto convenia al bien de la religion que se revistiese del carácter sacerdotal. El Santo le oyó con su acostumbrada humildad , pero con la misma humildad le representó que le era imposible , porqué carecia de muchas de las circunstancias que exige tan sublime ministerio. Atendido el pobre concepto que habia formado de sí mismo , se diria seguramente que le faltaban muchos quilates de virtud , grandes cosas que aprender y sobre todo aquel tacto fino y delicado que necesita un ministro del Señor para alcanzar la veneracion y el respeto de una multitud , que corre sin guia y que se precipita fácilmente porqué no halla quien le interponga un dique para detener sus desatentados pasos. Representóle al propio tiempo que ya que Dios le habia hecho la gracia de conservarle pobre, miserable, sin mas consideracion entre sus conciudadanos que la que podria darle el deseo de obrar bien , no le indujese á separarse de la carrera que habia principiado. El P. Peruciano á quien las palabras de Felipe habian justamente enardecido , léjos de variar de propósito le suplicó , le rogó , le instó

y por fin le mandó, que no se separase de aquel consejo, que sin duda alguna era el mas acertado. Felipe que á la voz de mando, y principalmente cuando le venia de su confesor, inclinaba siempre la cabeza calló en señal de asentimiento, y desde aquel instante se preparó para obtener dignamente las sagradas órdenes. En el año 1551 bajo el pontificado de Julio III las recibió en efecto de manos de monseñor Juan Lumelli, obispo de Sebaste, y aquellos dias fueron dias de placer para todos los que hasta entónces le habian admirado como á simple seglar en la carrera de la virtud. No contaba aun mas que la edad de treinta y seis años, y por lo mismo le faltaba aun mucho que hacer para concluir su peregrinacion siempre gloriosa. Revestido ya con las licencias necesarias para confesar y para ocupar la cátedra del Espíritu Santo, creyó deber variar de domicilio como lo verificó trasladándose á la célebre y ejemplar casa de S. Gerónimo, donde habitaban algunos sacerdotes de vida ejemplar, tales como el mismo Peruciano Rosa, Francisco Marzupini de Arezo, Pedro Espatario Aretino, el P. Juan Marangoni, sacerdote vicentino, quienes ejercieron sucesivamente el dichoso cargo de confesores del Santo, y por último el insigne escritor César Baronio que le asistió en los últimos instantes de su preciosa muerte. Vivian allí estos insignes religiosos en union tan íntima, que si alguna vez rivalizaban era en los actos de virtud y caridad. Comian separados en estancias diferentes; mas todos juntos se aplicaban al ejercicio de la oracion y á la frecuencia de los Sacramentos. Felipe desde el momento de su entrada fué, digámoslo así, el alma de todos sus compañeros; pues á cada paso descubria nuevas dotes que le hacian acreedor á particulares distinciones. Si hasta entónces habia desplegado un celo inimitable en defensa de la pureza de la fe, mayor fué si cabe desde el momento que se vió revestido del sagrado carácter de ministro del Señor. Contaban los demas religiosos las horas del dia y de la noche por las que Felipe empleaba en el bien de las almas: en su aposento, en el templo, en todas partes acudia Felipe con solícito empeño para no defraudar un solo instante de su vida á la moral pública. Habia vendido todos sus libros cuyo producto repartiera entre los pobres, no porqué considerase inútil el tiempo que se ocupaba en el estudio, sino porqué juzgó sin duda que no podria llenar cumplidamente su mision si continuaba entregándose á la lectura. Ántes que amaneciese el dia le hallaban ya en el confesionario, salia de él para subir al púlpito, recorria luego los hospitales, y cuando se retiraba á su aposento, no satisfecho todavía de lo que habia practicado en beneficio de sus semejantes, dejaba la llave debajo la puerta para que el que desease consultarle, aunque fuese en las altas horas de la noche, pudiese entrar sin necesidad de llamarle; de modo que esta sola circunstancia bastaria para probar la grande asiduidad de Felipe, pues que aun llegaba á privarse de las

horas de preciso descanso para atender sin limitacion alguna al ejercicio de su ministerio: y por lo mismo el fruto que alcanzaba era tan abundante, que se cuentan entre sus numerosos hijos espirituales gentes de todas clases, desde la mas alta categoría hasta la ínfima plebe, que siguiendo el espíritu y las máximas de su confesor llegaron á ser insignes en la piedad. Á pesar de lo que hemos dicho anteriormente hallaba una gran complacencia en la lectura de las cartas que dirigian desde las Indias los PP. misioneros de la Compañía de Jesus: exaltábasele su imaginacion al considerar los grandes sacrificios que hacian aquellos apóstoles, las grandes penalidades que sufrian y se extasiaba al ver cuan generosamente derramaban su sangre en defensa de la religion del Crucifijado; así es que enardecido de estas sublimes ideas deseó tambien ser partícipe de aquellos trabajos. Comunicó pues su intencion á veinte y dos de sus penitentes, entre los cuales se contaban Francisco María Tarugi, á quien el cardenal César Baronio llama en sus anales varon apostólico y capitan de la palabra evangélica, Juan Bautista Modio y Antonio Tucci, ámbos célebres en la medicina; y como hallase en ellos una absoluta condescendencia dispuso que los que quisiesen se ordenasen luego de sacerdotes y que estuviesen prontos, pues que tan luego como alcanzasen la licencia y bendicion del Sumo Pontífice emprenderian el viaje. Sin embargo, ántes de poner en obra su proyecto se dirigió al templo como tenia de costumbre y oró profundamente. Lo consultó despues con un monje benedictino, quien por única contestacion le dijo que pasase á conferenciarlo con Fr. Agustin Getini prior del Cister, que era el único tal vez que podia aclararle la voluntad divina. En efecto, accediendo Felipe gustoso á la insinuacion del benedictino, fué á encontrar á Getini, quien despues de haber orado le contestó que debia desistir de su empeño porqué entónces mas que nunca era necesaria su presencia en la capital del mundo cristiano; y Felipe se retiró satisfecho y conformado. En la ciudad de Roma, que algunos han llamado la Babilonia del mundo por hallarse en ella hombres de todas las religiones, existian entre otras sectas gran número de judíos. Felipe fijó particularmente su atencion en la conversion de estos hombres. Íbalos á buscar en sus casas, les hablaba palabras de verdad, les heria el corazon con una chispa de aquel fuego del amor divino en que se sentia abrasarse, y rara vez se retiraba que no hubiese alcanzado algun triunfo; si hallaba resistencia no por esto desistia de su empeño; y cuando desconfiaba del poderío de sus palabras acudia á la oracion, y el resultado siempre era el mismo, aumentar el número de los fieles dando cada dia nuevos hijos á la Iglesia. Con igual fervor y buen éxito procuraba tambien la conversion de los herejes. Entre los muchos milagros que Dios obró por su intercesion refieren los historiadores uno que por las circunstancias particulares que precedian

merece que no lo pasemos en silencio aunque traspasemos los límites á que nos vemos reducidos en calidad de biógrafos. Existia en Roma un tal Jacobo Paleólogo, hijo de ilustre familia, quien separándose de la senda de la Religion se entregó á errores de gran magnitud, en términos que le prendieron como á heresiarca. Este hombre tenaz sostuvo con empeño sus depravadas doctrinas, sin que los mas famosos teólogos y entre ellos S. Felipe Neri pudiesen á fuerza de sabios argumentos vencer su obstinacion. En vano el Santo lloró á sus pies, en vano le pintó la enormidad de sus culpas; aquel corazon pervertido despreciaba los consejos sin que fuesen capaces de convencerle ni la humildad ni la sabiduría del Santo. Manteniéndose pues en sus errores fué juzgado por el tribunal competente y condenado á la hoguera. Salia ya para el lugar del suplicio cuando llegó á noticia del Santo que se hallaba entónces en el confesionario. Levántase inmediatamente, acelera sus pasos hácia la carrera por donde debia pasar el reo, se abre camino entre la multitud de curiosos que iban á presenciar aquel horroroso espectáculo, y al llegar á él le estrecha cariñosamente entre sus brazos, le baña el rostro con sus lágrimas, le dice algunas palabras llenas de espíritu y caridad y desaparece. Sigue la comitiva la marcha, y cuando el reo llega en el lugar del suplicio exclama: *¿ Ubi est ille vir qui loquitur in simplicitate Evangelii? ¿ Donde está aquel hombre que habla con la verdad del Evangelio?* Llaman luego á Felipe, quien se presenta sin la menor dilacion, y viendo que los verdugos se preparan para dar fuego á la leña manda el Santo que suspendan la ejecucion; los verdugos obedecen, y el tribunal no apresura la sentencia. Felipe entónces se precipita de nuevo á los brazos de Paleólogo y le habla con tal eficacia, que desde el momento observa que las lágrimas brotan de sus ojos, señal evidente de la conversion de su alma. Mándale el mismo Santo que suba en un banco, y desde allí confiesa públicamente que detesta sus errores, que él reconoce las verdades santas de la fe, y pide tambien públicamente perdon á la multitud despues de haberse dirigido con gran fervor al Dios de las misericordias. Queriendo Felipe completar aquella obra de caridad suplica al papa Gregorio XIII, y este Pontífice manda desde luego que conduzcan otra vez al reo á la cárcel con general alegría de la multitud que de otro de modo se hubiera retirado silenciosa y triste con el recuerdo de una escena desgarradora. Felipe, sin embargo, desconfia, no de la misericordia de Dios, sino de la sinceridad del reo; le visita con frecuencia, le prodiga los recursos con las limosnas que recibe de las personas piadosas, y se complace en verle agradecido y contrito. Mas aquel contento fué de poca duracion. Paleólogo volvió á vacilar en materias de fe, y se entregó de nuevo á sus pasados errores. Dos años despues recayó segunda vez contra el delincuente sentencia capital que era la pena que se imponia á los relapsos. Cortáronle,

pues, la cabeza, en cuyo fatal momento asistido por órden del Santo por César Baronio y Juan Francisco Bordino dió muestras de un sincero arrepentimiento. Felipe y Baronio eran dos amigos inseparables, y si éste daba al primero el título de Santo, aquel le concedia y con razon el de sabio y piadoso. Trabajaban estos dos hombres ilustres en la propagacion de la fe y en la extirpacion de las herejías; pero estos dos varones, aunque acompañados de otros muchos, circunscritos precisamente al círculo de Roma, no era fácil que el gran caudal de doctrina que poseian sirviese para destruir la mala semilla que se derramaba á manos llenas en otros paises. Felipe en este estado pensó muy oportunamente y dispuso que, en el oratorio que fundó como luego veremos, uno de los Padres en los sermones, prácticas y conferencias, refiriese desde el principio toda la *Historia eclesiástica* por órden cronológico á fin de que quedase patentizada la legítima sucesion de la Iglesia santa, la calidad ignorada de sus progresos y la sincera verdad de los tiempos pasados; de modo que este trabajo sirviese para rebatir las falsedades de los herejes, para convencer á los ignorantes y para que los que pasaban por doctos pudiesen discutir con justo conocimiento de causa. Para el desarrollo de este plan se necesitaba una persona que, á una piedad sin límites, reuniese la circunstancia de varon erudito y profundo en la ciencia que debia tratarse. César Baronio, aventajado discípulo de Felipe Neri, era el único que podia desempeñar este trabajo con el debido acierto. En él, pues, fijó Felipe los ojos, y desde el momento le comunicó el plan para que lo pusiese en obra. Quedó Baronio pasmado no tanto de la feliz idea de Felipe, como de que hubiese pensado con él para llevarlo á cabo. Grande era su piedad, grande su ciencia; no obstante desconfiaba tanto de sus propias fuerzas, que en la difícil posicion en que se hallaba no encontró otro recurso que manifestar al Santo su insuficiencia para que le relevase de la pesada carga que le habia impuesto. Pero Felipe, que conocia perfectamente á su discípulo, no quiso acceder á sus súplicas; muy al contrario, se lo mandó terminantemente, pues como Baronio le indicase que Onofre Posevino, hombre bien conocido en la república de las letras, habia dado principio á esta obra, el Santo le contestó: *Cumple la obediencia y nada mas cuides: ¿te parece ardua y difícil la empresa? Espera en Dios y él lo hará.* Agobiado Baronio con la idea de aquel trabajo tan arduo y tan vasto, se rindió por último al sueño y le pareció que pedia con grandes instancias á Posevino que continuase y concluyese la *Historia eclesiástica*, pero que este escritor le volvia el rostro en señal de negativa. Parecióle tambien que al mismo tiempo oia la voz del Santo que le decia: *Quiétate Baronio y ten sosiego. Los Anales eclesiásticos los has de escribir tú y no Posevino.* Al dia siguiente fuése á encontrar á Felipe para contarle lo que habia soñado, y el maestro aparen-

tando cierta indiferencia le contestó : *Vete enhorabuena Baronio , no pienses en sueños.* Desde entónces el escritor prescindiendo ya de dudas y de escrúpulos cogió la pluma y principió sus trabajos con el mayor acierto , y los concluyó felizmente. (Véase Baronio.) Como Felipe se hallaba siempre dispuesto en tratándose de mejoras , á pesar del fervoroso espíritu que reinaba en la casa de S. Gerónimo de la Caridad ya ántes de su entrada en aquel retiro introdujo no obstante nuevas prácticas , y dió tal impulso á su engrandecimiento , que muy en breve se multiplicó la concurrencia en términos que ya no bastaba el local para tantas gentes. Por lo mismo juzgó necesario levantar un oratorio ; á cuyo fin obtuvo licencia de los diputados de S. Gerónimo para construir dicho oratorio al lado de la iglesia sobre la nave de la mano derecha. Concluido este edificio abrióse desde luego á la multitud que lo aguardaba con impaciencia. En él acudia Felipe todas las tardes haciendo conferencias espirituales y tratando de cosas divinas con sus compañeros, excitando á los oyentes á todas las virtudes de un buen cristiano. Concluido este acto se trasladaban á un lugar espacioso y retirado , donde pudiesen contemplar las bellezas de la naturaleza , que es sin duda alguna la mas inocente y la mas provechosa de todas las diversiones , retirándose por último á sus casas con la dulce satisfaccion de haber empleado el tiempo en aquellas obras de verdadera piedad. El Santo , infatigable en sus tareas apostólicas , queria que todos los que le rodeaban siguiesen su ejemplo. Así es que sin distincion de categorías ni de clases los destinaba para asistir á los enfermos en los diversos hospitales , propinándoles los remedios , cuidando de su limpieza y aseo , consolándoles en sus aflicciones , fortificándoles en la paciencia , y proporcionándoles todos los auxilios que caben en la mano del hombre. La caridad de Felipe no conocia límites , y esta misma caridad le hizo tan recomendable desde el regio alcázar hasta la choza del mas infeliz , que todos le llamaban el Santo y le veneraban como á tal ya en vida. Sin embargo , tuvo algunos enemigos que envidiosos , ó mas bien sacrílegos , intentaron apurar su paciencia y obligarle á salir de su apacible retiro. Refieren que un tal Vicente Teccosi , médico de Fabriano , diputado de la misma casa de S. Gerónimo , unido con dos religiosos apóstatas que vivian ó aparentaban vivir como á clérigos , se valieron de todos los resortes que puede sugerir la maldad para conseguir su diabólico objeto : insultábanle , escarnecíanle , escupíanle al rostro , procuraban estorbarle en el ejercicio de su ministerio , ya en el acto de la oracion , ya cuando iba á celebrar el Santo sacrificio de la misa ó ya en otras obras piadosas. Al principio Felipe les advertia con caridad , les amonestaba con dulzura ; á las palabras de odio contestaba con las palabras de amor , pero siempre inútilmente. « Señor , decia siempre dirigiéndose á Jesucristo , Vos

« para libertar al mundo de la esclavitud sufristeis inauditos tormentos. « Dadme, Señor, toda la resignacion necesaria para que pueda soportar el « peso con que me agobian estos hombres. » Podia Felipe haberles castigado severamente, porqué aunque en la casa no se conocia superior gozaba entre sus compañeros de aquella autoridad suprema que da la virtud y la sabiduría; pero Felipe no habia nacido para imponer castigos, y por otra parte recibia los insultos de sus adversarios con santa resignacion, porqué consideraba que de este modo se ejercitaba aun mas en la humildad. Así lo contestaba á sus discípulos cuando le instaban á que tomase una severa providencia. Esta primera persecucion duró lo suficiente para probar hasta que grado residia en Felipe la perfeccion religiosa. Llegó por fin el dia en que debia triunfar el sufrimiento. En cierta ocasion uno de sus contrarios encontrando al Santo en el corredor multiplicó sus denuestos hasta el punto de levantar su sacrílega mano en ademan de descargarle un golpe; pero á la sazon acertó á pasar otro de los enemigos, quien compadecido de Felipe ó mas bien inflamado en aquel momento de una justa indignacion se arrojó contra el agresor, y cogiéndole por la garganta le hubiera ahogado á no acudir Felipe á desasirlos. La accion del que entónces se habia declarado á favor del humilde Felipe léjos de justificarle hubiera probado á los extremos á que le precipitaba su carácter iracundo. Por lo mismo necesitaba algo mas para probar que si su accion habia sido mala su intencion era hija de un verdadero arrepentimiento. Y así lo hizo: arrojóse luego á los pies del Santo, y bañado en lágrimas confesó sus culpas y pidió encarecidamente que se las perdonase. Felipe le levantó y le estrechó entre sus brazos, y desde entónces el recien convertido fué un buen sacerdote y uno de los panegiristas del Santo. La misma mudanza experimentó Vicente Teccosi, quien ya no se separó de su lado. No fueron estas las únicas persecuciones que el apóstol de Roma tuvo que sufrir. Viendo este hombre incansable los grandes desórdenes que se cometian en los dias de carnaval quiso remediarlos, y á este fin introdujo la visita en las siete iglesias de Roma. Al principio era muy corto el número de los que le seguian en esta devota peregrinacion; pero en breve espacio de tiempo al volver Felipe los ojos sobre la multitud que venia en pos de sí observó que eran mas de dos mil los que se mostraban dóciles á la voz del maestro; empero ¡quién habia de decir que el laudable fin que se habia propuesto el Santo debia convertirse muy en breve en objeto de la mas activa persecucion! Mas así acontece con frecuencia, y de ello encontramos repetidos ejemplos en las historias de todas las naciones y de todas las épocas. Este período de la vida de Felipe es á la verdad triste para los hombres de bien; al paso que es muy agitado para sus perseguidores. Ceñia la tiara Paulo IV cuando algunos mal avenidos con las

intenciones puras y rectas del Santo, ó mas bien sugeridos por el espíritu de iniquidad, atribuyeron á vanagloria lo que no era mas que un acto de virtud. Decian estos que el ánimo sincero de un hombre que afecta ser despreciador del mundo no correspondia con el interes que manifestaba en atraerse las miradas de toda Roma. Otros mas perversos todavía, intentando que la voz de la virtud no sufocase la algazara de un pueblo desenfrenado, representaban el peligro que corria la ciudad de asonadas y motines sino se ponia coto á la excesiva caridad de Felipe. Autorizaban estas siniestras voces algunas personas de categoría; así es que llegaron á oidos del vicario del Papa, quien mal informado creyó deber impedir aquel devoto acto y castigar severamente al autor; y á este fin le llamó y le reprehendió agriamente diciéndole: *¿Vos que haceis de despreciador del mundo no os avergonzais de recoger tanta multitud de gente para granjearos el aplauso popular á fin de alcanzar con mas facilidad las prelacias con capa de santidad?* Felipe al oir esta tan terrible como injusta reconvencion inclinó la cabeza, miéntras que el vicario le mandó que no confesase por espacio de quince dias, que no continuase los ejercicios sin expresa licencia, y que en manera alguna siguiese atrayendo á la multitud en las siete visitas, conminándole con prision si faltaba en la mas mínima parte á lo que le mandaba. Felipe entónces le contestó con su acostumbrada modestia, que así como habia emprendido los ejercicios para mayor gloria de Dios, por ella misma los dejaria tambien, que siempre habia antepuesto á sus propios dictámenes los preceptos de los superiores; que habia introducido la visita de las siete iglesias con el único y exclusivo fin de recrear el espíritu de sus penitentes, é impedir en ellos las culpas que suelen ocasionar los dias de carnaval. Esta humilde respuesta, capaz de suavizar al juez mas severo, aumentó las demasías del vicario, quien con voz atronadora continuó diciéndole: *Vos sois un ambicioso; no trabajais para aumentar la gloria de Dios; el objeto que os proponeis es crear una nueva secta.* Habia en la sala donde se hallaban el vicario y Felipe una imágen de Cristo Ntro. Señor, y fijando en ella el Santo su vista exclamó: *Vos, Señor, sabeis la rectitud de mis intenciones;* y saludando luego respetuosamente al prelado se retiró. Exactísimo en el cumplimiento de lo que se le habia mandado, previno inmediatamente á sus discípulos que se abstuviesen de acompañarle, exhortándoles al propio tiempo al sufrimiento, y no permitiéndoles ni siquiera una palabra que directa ó indirectamente pudiese interpretarse contra lo mandado. Sin embargo, les encargó que orasen para que Dios desvaneciese aquella horrorosa tempestad. Por fin llegó la época del triunfo. En cierto dia que estaban en oracion, dijo el Santo al oido de su amigo Tarugi: *Amigo mio, muy pronto cesará la persecucion, y esta habrá servido para consolidar la buena obra; los que ahora la contradicen*

serán sus promovedores, y Dios castigará con gran severidad á los que perseveraren en perseguirla; concluyendo por fin con estas palabras: *El prelado que se ha opuesto con tan tenaz empeño morirá dentro quince dias.* Volviéndose á los demas compañeros exclamó: *Esta persecucion no es para vosotros, es para mí, que quiere Dios con ella hacerme humilde. Estad seguros que cesará luego que se saque el fruto que Dios pretende.* La profecía de Felipe se cumplió en todas sus partes. El prelado que le habia reprehendido, al ir á dar cuenta á Su Santidad de todo cuanto pasaba cayó y murió repentinamente. Por fin, informado Paulo IV del suceso, y no dudando de la inocencia del Santo le envió en prueba de su beneplácito dos velas doradas de las que acostumbraban arder en la capilla pontificia el dia de la Purificacion, dándole al propio tiempo amplias facultades para que pudiese visitar las siete iglesias, continuar los ejercicios y entregarse otra vez á sus acostumbradas prácticas religiosas. Este bello triunfo de la Religion puede compararse al arco Iris cuando despues de una desecha tempestad se presenta á la vista del navegante, que temblando poco ántes por los precipicios que le preparaban las continuas oleadas descubre á corta distancia el puerto de salvacion, y lleno de regocijo y de placer con la tripulacion entera no se acuerda ya de los pasados peligros. Así aconteció con los amigos de Felipe como con todos los hombres de bien; todos á la vez alabaron al Dios de las misecordias, y no acordándose ya de lo pasado acudieron todos en tropel para acompañarle en sus interrumpidos ejercicios. Apartadas las sombras que se habian interpuesto entre la virtud y la malignidad, volvió á brillar el astro tutelar de Roma, y la iniquidad deslumbrada no pudiendo sufrir sus resplandores volvió á precipitarse á sus guaridas situadas en el centro de las tinieblas. Continuó la religiosa costumbre de la visita de las siete iglesias, y esta famosa peregrinacion fué tan extraordinariamente aplaudida por el papa Gregorio XIII, que dispuso que asistiesen en ella muchos prelados y gran número de cardenales. El mismo Papa como á supremo pastor en el año 1575 quiso honrarla con su presencia para edificar á las muchisimas gentes que de todo el mundo católico comparecieron á Roma con motivo del jubileo del año santo. Gregorio y Felipe seguidos de millares de almas se encontraron en la iglesia de S. Lorenzo extramuros; Felipe ante Su Santidad inclinó la cabeza con aquella agradable sonrisa que revela la dicha el verdadero placer, miéntras que el pastor universal de los fieles no se cansaba de mirar aquel rostro angelical que con sus resplandores demostraba la pureza de su alma: ámbos por un movimiento instantáneo se postraron ante el ara del Señor, y levantando luego los ojos al cielo entonaron aquellos cánticos de gloria tan hermosos, tan sublimes que extasian á los fieles, que hacen derramar lágrimas de ternura y que penetran aun en el corazon mas empedernido.

Concluidos aquellos preliminares, dispuso S. S. que se hiciese un sermon análogo á las circunstancias: faltaba la eleccion de orador, cuando Felipe inspirado designó á monseñor Alejandro Sauli, obispo de Aleria. Este prelado tembló con todo su caudal de doctrina al considerarse indigno de dirigir la palabra á un gentío numeroso presidido por un Gregorio y un Felipe Neri, y por lo mismo procuró excusarse como pudo; pero obediente al mandato del Papa subió á la cátedra del Espíritu Santo y lleno de extraordinario fervor improvisó un largo discurso, que dejó atónitos y enternecidos á cuantos se hallaban presentes: de modo que el Papa le distinguió con su particular benevolencia, miéntras que Felipe agradablemente sorprendido le llenaba de bendiciones y de parabienes. Los florentinos ya en tiempo de Pio IV habian propuesto á Felipe que se encargase del gobierno de su iglesia de S. Juan de Roma; pero el humilde hijo de Francisco Neri, considerando que no podia llenar debidamente la medida de las obligaciones que se habia impuesto, les contestó entónces con muestras de la mayor gratitud que le era imposible complacerles, porqué Dios no le habia dotado de la capacidad necesaria para ello; pero no por esto los florentinos desistieron de su proyecto, y viendo que no podian hacerle condescender se valieron de personas influyentes, tales como de monseñor Cirilo, comendador de *Sancti Spiritus*, de Juan Bautista Altoviti y Pedro Antonio Baudini, quienes acudieron al Papa y consiguieron por último que S. S. mandase á Felipe aceptar el gobierno de la citada iglesia bajo órden de santa obediencia; y el Santo por fin se resignó con la sola condicion de que no le obligasen á dejar la casa de S. Gerónimo. Desde el momento que se vió revestido de su nuevo empleo dispuso que se ordenasen de sacerdote tres de sus discípulos; á saber, César Baronio, el célebre escritor eclesiástico, Juan Francisco Bordino, hombre de gran talento para la predicacion y Alejandro Fideli de Ripa Transona, varon de gran pureza, á quienes destinó con otros varios sacerdotes ejemplarísimos para que residiesen en la casa de S. Juan y cuidasen de los ministerios parroquiales. Todos ellos siguiendo el espíritu de su maestro rivalizaron en el exacto cumplimiento de sus obligaciones, no pasando dia que no fuesen á visitar su antiguo domicilio para no perder la costumbre de imitar y admirar de cerca el fervor de Felipe en la oracion. Entre ellos, como en la casa de San Gerónimo no habia distincion alguna, todos eran superiores porqué habian aprendido en la escuela de la santidad á hacerse superiores á sí mismos, venciendo las pasiones y en particular la del orgullo. Cada uno servia en su dia á la mesa y cada semana en la cocina, ocupándose en estos humildes trabajos con satisfaccion tan particular, que Baronio dejó grabadas en la chimenea estas palabras: *Cœsar Baronius coquus perpetuus;* César Baronio cocinero perpetuo; ¿y cuántas veces aconteció que iban á consultar á estos

sabios, personajes de mucha representacion, y los hallaban fregando los platos? Digna es de mencionarse esta circunstancia porqué prueba hasta la evidencia á cuan alto grado habian llegado á poseer los discípulos de S. Felipe la humildad de su maestro. Viendo mas adelante los florentinos las grandes incomodidades á que estaban expuestos los Padres de la iglesia de S. Juan, debiendo pasar como pasaban tres veces al dia á la casa de S. Gerónimo, rogaron encarecidamente á Felipe que transfiriese los ejercicios en la primera de estas dos casas, donde se podian continuar con mas desembarazo. El Santo consideró justa esta súplica y por lo mismo accedió á ella, principiando las pláticas en S. Juan en 25 de Abril de 1574 en un oratorio mas capaz costeado por los mismos florentinos. Admirados y aplaudidos sinceramente Felipe y sus discípulos en todas partes aumentaron hasta tal punto, que el nuevo edificio fué muy en breve sumamente reducido para contener el gran número de concurrentes que diariamente se presentaban. Si bien dijimos que cuando inauguró la cofradía de la Santísima Trinidad echó el Santo los fundamentos de la congregacion del Oratorio, lo mas cierto es, segun parece, que nunca habia tenido intencion de fundar congregacion alguna; y á pesar de que los cronologistas la señalan en el año 1564, no puede decirse que Felipe Neri quedase convencido de su existencia, cuando aun no habia solicitado la correspondiente aprobacion de la Santa Sede. En 1574, sí, que observando el copioso y sazonado fruto que producian los ejercicios, determinó emprender esta gran obra, á la que no contribuyeron poco los ruegos y las vivas instancias de sus dignos compañeros. Faltábale á Felipe un lugar á propósito, y en este estado le propusieron entre otras iglesias la de Ntra. Sra. de *Monte Cœli*, situada junto al barrio de la *Regla*, y la de Santa María de Vallicela, en la calle de Parion: ámbas le gustaron, pero atendida la importancia de la empresa quiso ántes consultarla á Dios, y luego se dirigió al papa Gregorio XIII á fin de que se dignase designarle el local que fuese de su superior agrado. Aconsejóle pues el Papa que se decidiese por la iglesia de Sta. María, en atencion á que se hallaba en sitio mas espacioso, mas frecuentado, y en su consecuencia mas propio para los ejercicios. Entónces Felipe sin vacilar acudió á solicitarla, y obtenida sin dificultad alguna, erigió en ella con bula pontificia de 5 de Julio de 1575 una congregacion de clérigos seculares, que quiso se intitulase *Congregacion del Oratorio*, con facultad de hacer constituciones y decretos para su buen gobierno mediante la confirmacion de la Santa Sede Apostólica. Era sin embargo la iglesia muy pequeña, y hallándose casi enteramente arruinada deseaban los Padres levantarla de nuevo desde sus cimientos; pero les faltaba humanamente lo principal, el dinero, cuya circunstancia les retraia bien á pesar suyo ménos á Felipe, que siempre tenia puesta su confianza en

Dios. Cuando ménos lo pensaban mandó derribar todo el edificio para que en su lugar se edificase otro capaz para los ejercicios de la congregacion y que pudiese contener un crecido número de internos. Confió esta obra al arquitecto Mateo del Castillo, quien se trasladó inmediatamente al local á fin de tomar las medidas necesarias; pero Felipe que á la sazon se hallaba en la sacristía de la casa de S. Gerónimo le mandó á decir que no practicase diligencia alguna sin que él estuviese presente. En efecto, concluido el santo Sacrificio de la Misa se presentó en el local donde ántes se hallaba la iglesia de Vallicela, y habiendo el arquitecto tirado las líneas, le mandó adelantar por una y dos veces, hasta que llegando en el punto que el Santo le indicó, abrieron una zanja y encontraron un antiguo muro ignorado de todo el mundo, que les proporcionó la piedra suficiente no solo para los fundamentos sino para levantar gran parte de las paredes. Continuóse el edificio con prósperos resultados; y en 1577 se pudo ya abrir el templo á la devocion de los fieles, con la particular circunstancia que no faltó nada de lo necesario durante los trabajos, presentando en el dia de la apertura una magnificencia sin igual y digna del templo del Señor. En el mes de Abril del mismo año dejaron los PP. el Oratorio de S. Juan para fijar su residencia en Vallicela, no sin sentimiento de los florentinos, quienes para perpetuar la memoria del tiempo que los Padres estuvieron en aquella casa mandaron fijar en ella dos lápidas; una en la puerta misma del célebre Oratorio, en la cual se leia: *Hic locus ubi S. Philippus per decem annos sermonem habuit*: Este es el lugar donde predicó S. Felipe por espacio de diez años; y la otra en la parte exterior con esta inscripcion:

S. Philippo Nerio Florentino,
Qui hanc Ecclesiam, Domumque ad annos decem
Pari prudentia, et sanctitate rexit.
Ubi Patres complures, nobilesque Adolescentes
Pietatis, Religionis, et castimoniæ artibus
Instruxit.
Ex quibus Cæsar Baronius, Franciscus Maria Taurusius,
Patres,
Paulus Sfrondatus, Octavius Paravicinus
Convictores
Præclaro ejus disciplinæ, domusque hujus testimonio
In cardinalium ordinem lecti sunt.
Natio Florentinorum,
Eo ipso in loco, in quo ipso Oratorium instituit,
Piosque sermones frecuenter habuit,
Memoriæ, ac venerationis ergo.

Felipe por su parte no quiso todavía salir de la casa de S. Gerónimo para demostrar sin duda de este modo lo muy agradecido que estaba á los favores que allí habia recibido. En el año siguiente principiaron las pláticas en Vallicela, y S. S. para honrar aun mas esta casa expidió un breve por medio del cual la eximió del poder, autoridad y jurisdiccion que sobre ella tenia la iglesia de S. Lorenzo *in Damaso*. Multiplicóse extraordinariamente y en poco tiempo el número de los Padres y hermanos de la nueva congregacion, y como escasease en gran manera el local, intentaron comprar un pequeño monasterio de monjas de Sta. Clara, contiguo al templo; y como lo manifestasen ántes á Felipe, este no quiso condescender para no gravar la casa con nuevas deudas. Esta vez fué desatendida por algunos la prudente disposicion del Santo, pero quedaron chasqueados porqué en el momento de firmar la escritura como les faltase el dinero el vendedor retiró su palabra; mas poco tiempo despues lo compró el cardenal Cesi con otras casas vecinas, y de todos estos edificios hizo cesion á favor del Oratorio. La generosidad del cardenal sirvió de grande alivio á la compañía; sin embargo, faltaban todavía fondos para principiar las obras; pero en esta ocasion mas animado el fundador mandó que se emprendiesen desde el momento, y el resultado fué que las limosnas suplieron completamente los gastos; pues, como dice César Baronio, á las piadosas ofertas de los pobres siguieron las copiosas oblaciones de los ricos, singularizándose entre los prelados y eminentísimos cardenales el sumo pontífice Gregorio XIII, cuya limosna ascendió á ocho mil escudos de oro, de modo que por su gran liberalidad bien podia reconocérsele por fundador de aquella obra: en pocas palabras, á la ilimitada confianza que Felipe tenia en Dios, á las liberalidades de las gentes y de los prelados y á la habilidad del arquitecto debe Roma uno de los mas bellos monumentos del siglo XVI, enriquecido con exquisitos mármoles, con bellas pinturas y de un gusto arquitectónico noble y elevado. Continuaba Felipe residiendo en S. Gerónimo donde al parecer habia determinado morir ya para dar una prueba de lo mucho que amaba aquella casa, é ya porqué movido de su profunda humildad resistia tomar el nombre de fundador que merecia en todos conceptos. Instábanle los Padres para hacerle variar de resolucion, pero siempre inútilmente; hasta que viendo cuan infructuosas eran las súplicas determinaron valerse del influjo del cardenal Cesi á fin de conseguir de S. S. un mandato expreso. En efecto, habló Cesi á Gregorio XIII, quien enterado de las justas reclamaciones de los Padres dispuso que el mismo cardenal en su nombre mandase á Felipe que desde luego trasladase su domicilio á Vallicela: así es que el Santo sumiso á los preceptos del jefe de la Iglesia universal verificó su traslacion en 22 de Noviembre de 1583 con general satisfaccion de todos sus discípulos. En todo era Felipe extraordina-

rio, y mas particularmente aun cuando se trataba de los actos de humildad. En esta ocasion quiso que yendo en procesion solemne por las calles mas públicas y mas concurridas de la ciudad llevase cada uno en sus hombros los muebles viejos y las pobrisimas alhajas de que hasta entónces se habian servido. Algunos malévolos pudieron considerar este acto como una vana ostentacion de pobreza, pero se engañaban. El objeto de Felipe era muy diverso; queria sí ejercitarse y ejercitar á todos sus discípulos á la humillacion, exponiéndose á las zumbas y sarcasmos de las gentes mal intencionadas; como le aconteció al pasar por la cárcel pública, donde los miserables presos al verlos movieron extraordinaria algazara llenándoles de improperios y atronándoles los oidos con palabras las mas indecorosas y atrevidas. Llega por fin el Santo con su comitiva á la nueva morada, depositan los efectos en sus respectivos destinos, formando estos un verdadero contraste con la suntuosidad y belleza del edificio dedicado no á los hombres sino al Rey de los reyes, y luego se dirigen al templo para entonar los cánticos de gloria debidos á su Divina Majestad. Concluidas aquellas augustas ceremonias se retiró cada uno á su aposento para descansar un poco de las fatigas del dia. Felipe por su parte habia elegido su estancia en los altos del edificio y en el paraje mas retirado, y no tiene nada de extraño, pues que siendo el maestro, el padre de todos los otros, queria que se le considerase el último y el mas inferior de todos. En Vallicela continuó el mismo régimen de vida que habia seguido desde su instalacion en la casa de S. Gerónimo. Comia solo, en una mesa tan pobre de aparatos como de manjares; no permitia que le sirviesen en ella, ni invertia mas tiempo que el absolutamente necesario para desayunarse; dormia muy poco, oraba muchisimo, y continuaba entregándose á aquellos actos de virtud que le hicieron tan célebre en Italia y en otros reinos. Hasta entónces la religion del Oratorio no tenia mas reglas fijas que las que se imponian voluntariamente los Padres, que por lo regular eran adecuadas á las ejemplarisimas costumbres de su maestro. Mas luego se ocupó el Santo fundador en la formacion de los estatutos que debian regir en adelante para servir de guia á todos los que abrazasen la nueva Órden. Ante todo eligiéronle por unanimidad en calidad de prepósito, para demostrarle que de rigurosa justicia le pertenecia el lugar mas distinguido en una Órden debida á su insigne piedad y sabiduría. Felipe se resistió mostrándose decidido á no aceptar cargo alguno para no sujetar, decia, su insuficiencia á nuevas pruebas; pero como la misma humildad le elevaba á una esfera superior fueron mas fuertes las razones de sus discípulos, y tuvo Felipe que sujetarse en esta parte á su voluntad. Sin embargo, siendo su ánimo que se hiciesen las elecciones por trienios, les impuso á su vez la obligacion de practicarlo así; poniéndoles en la precision de proceder á su reemplazo en 19 de Julio

de 1587, bien que considerando en esta época que no podia haber regla sin excepcion, le declararon aunque contra su voluntad perpetuo en el cargo de prepósito, debiendo por lo mismo sujetarse á lo dispuesto por la mayoría, que era absoluta. Como á prepósito declaró ser su ánimo que los hijos de la congregacion, conformándose con los principios de ella, viviesen en el estado eclesiástico y que fuesen sacerdotes seculares, que de ninguna manera se ligasen con votos, ni se obligasen con juramentos; porqué consideraba que si alguno deseaba contraer semejantes compromisos no faltaban otras religiones que les admitirian de muy buena voluntad, pues él queria que en su congregacion sirviesen á Jesucristo sugetos enteramente libres y voluntarios, y no obligados con votos que una vez pronunciados deben cumplirse exactamente, considerando que el vínculo suave de la caridad era la mayor garantía de la existencia de la Órden, fundada principalmente en la oracion, en la palabra de Dios y en la frecuencia de Sacramentos: tres circunstancias que les conducian precisamente á imitar las virtudes de los regulares sin asemejarse á ellos en los votos. Algunos de sus primitivos compañeros le representaron que tal vez convendria entregar la administracion de sus bienes patrimoniales al superior, ó á otra persona particular, como acostumbraban practicarlo otras religiones, extendiendo al efecto un documento en el cual se esforzaban á probar la utilidad de esta medida. Mas enterado el Santo de su contenido, no solo lo rehusó, sino que tildando las palabras, *los Padres no deben poseer*, las substituyó con estas otras: *Habeant, Possideant;* pues al paso que queria que despreciasen como á buenos religiosos los bienes temporales, pretendia tambien que esta abnegacion fuese absolutamente voluntaria, y por lo mismo no les privaba del dominio y propio uso de los mismos bienes. Ordenó ademas otras constituciones que fueron recibidas con satisfaccion de todos; no obstante ántes de sujetarlas á la aprobacion las consultó con personas de conocida prudencia y sabiduría, y en particular con el cardenal de la Rovele, arzobispo de Turin, que en aquel tiempo disfrutaba de la opinion de hombre consumado en el consejo. En ellas ordenaba que cada dia, exceptuando el sábado, despues de leerse algun libro espiritual se hiciesen cuatro pláticas sucesivas, no debiendo durar cada una mas que media hora, á las cuales debia seguir un rato de música acompañada de canto, análogo todo á las circunstancias; luego venia la oracion, y finalmente debia rezarse tres veces el Padre nuestro y el Ave María por las necesidades de la Iglesia y otras particulares. Prohibia que en el acto de las pláticas se tratase de puntos especulativos, y que se entrometiesen en materias escolásticas, fundándose en que eran muy ajenas de aquel lugar, donde los concurrentes no debian ejercitarse mas que en las virtudes y en la extirpacion de los vicios. Tampoco le gustaba que

los oradores se valiesen de conceptos muy elevados, los cuales eran en su juicio mas bien hijos del deseo de ostentar una vana elocuencia, que no del verdadero espíritu que debe animar á un orador sagrado. Siendo así que las palabras sencillas y claras que produce la conviccion íntima sirven por su mucha claridad de gran provecho á los oyentes. Así es que prevenia á todos los Padres que con estilo fácil y llano procurasen demostrar la belleza de las virtudes, confirmando sus discursos con el ejemplo y vida de algun Santo, á fin de que quedase grabado en la memoria de todos; y era tan severo en esta parte, que si alguna vez observaba la mas leve transgresion, imponia desde luego silencio al orador, obligándole á bajar de su puesto. Ordenó asimismo que todos los dias festivos se abriese el oratorio á cierta hora á fin de que pudiesen asistir toda clase de personas, exceptuando tan solo á las mujeres. En cuanto á la frecuencia de los Sacramentos, queria que los sacerdotes celebrasen diariamente el santo Sacrificio de la Misa, y gustábale que no empleasen en este ministerio mas que el tiempo necesario á fin de que los que la oian no faltasen al debido decoro, ó mas bien no se distrajesen si el sacerdote movido de su fervor prolongase mas de lo regular aquel acto sublime y edificante, en el cual se representa el incruento Sacrificio. Tampoco le gustaba una extraordinaria brevedad, que no da tiempo á los fieles para entregarse á las debidas consideraciones. En órden á los confesores, les obligaba á que asistiesen todos los dias festivos, los miércoles y los viérnes en el confesionario, sin perjuicio de que lo restante de la semana hubiese uno siempre dispuesto para oir á los penitentes. Todas estas prevenciones y otras varias reglas que estableció prueban hasta la evidencia la grande piedad de Felipe, y el talento particular que tenia para conocer y penetrar el corazon de los hombres: por lo mismo sus conquistas se reproducian diariamente. Bien es verdad que su misma prevision y buen deseo podia acarrearle á veces algunos disgustos, principalmente proponiéndose gobernar una comunidad enteramente libre; no obstante era un Santo, y como Dios le favorecia en esta empresa, el milagro que obró entónces fué tanto mayor en cuanto llegó á generalizarse y subsiste aun en algunos paises el célebre instituto del Oratorio. Igual sabiduría demostró en los asuntos domésticos: queria entre otras cosas que en la mesa, despues de la leccion ordinaria, se propusiesen dos dudas ó casos, el uno sobre la Sagrada Escritura, ó sobre la teología mística, y el otro sobre la moral, y que cada religioso contestase lo que mas bien le pareciese. Este método, al paso que servia de una diversion, proporcionaba el medio de ejercitar la inteligencia y de aclarar ciertas dudas, que de otro modo exigen un profundo estudio, en el cual se pierden con frecuencia los talentos mas despejados y sutiles. Estricto observador, como hemos visto ya, de la obediencia religiosa, se portó en el gobierno de su comunidad con sin-

gular prudencia para no exponerse á tener que corregir faltas, que muchas veces derivan de la demasiada exigencia, procurando al propio tiempo que se conservase siempre íntegra la concordia entre todos sus súbditos. No dejaba de conocer la delicada posicion que ocupaba, y por lo mismo repetia con frecuencia, que no hay quien pueda creer cuan difícil es mantener acordes y unidos á sugetos libres; añadiendo que el que pretenda que le obedezcan mucho, ha de mandar poco. Tal fué la respuesta que dió á S. Cárlos cuando éste le preguntó en que consistia la extraordinaria obediencia que se observaba en su casa, siendo así que él no podia conseguirlo enteramente de alguno de sus eclesiásticos. Felipe en sus mandatos nunca usaba de palabras terminantes. Pedia, no exigia. *¿Quereis*, decia por ejemplo, *hacerme la gracia de practicar tal cosa? ¿Habia determinado encargaros tal comision; ¿qué os parece? si lo juzgais muy pesado yo lo haré por vos.* Bien se deja traslucir que con este modo de proceder no habia quien se denegase á sus mandatos por difíciles que fuesen. Si rara vez acontecia que tuviese que valerse de su autoridad para corregir algun abuso ú otra falta premeditada, se limitaba á echar sobre el delincuente una mirada severa acompañada de una señal de desaprobacion, y esto bastaba para reparar la falta cometida. Y finalmente, era tan estricto observador de la obediencia, que dejó escritas estas palabras á fin de que el que se considerase reo él mismo se aplicase el castigo sin necesidad de procedimientos: *Caso que se conozca no poder pasar uno adelante sin mover ruido, ó por las cosas de la mesa, ó de la Iglesia, ó por cualquier otro ministerio, procure pedir licencia y salir de la Congregacion cuanto mas aprisa pudiere; porqué de otra suerte será despedido al primero ó segundo yerro, pues estoy resuelto, Padres mios, á no querer en casa hombres no observantes de las pocas órdenes que se han puesto.* Este modo de obrar le daba tal ascendiente sobre el corazon de sus hijos, que todos, absolutamente todos hacian estudio particular en obedecerle aunque fuese en las cosas mas difíciles. Para prueba de ello refieren que en cierta ocasion hallándose Felipe con sus discípulos sentados en la yerba junto á un estanque conversando sobre cuan grata era á Dios la obediencia, les encarecia esta virtud con aquellas palabras llenas de uncion con que acostumbraba deleitar á sus oyentes; cuando habiendo acertado á decir en la improvisacion de su discurso estas palabras *¿quién seria de vosotros tan pronto en la obediencia que si yo lo mandara se arrojara al agua?* uno de los concurrentes no bien acabó el Santo de pronunciar la última sílaba, sin atender á la verdadera intencion del Santo, se arrojó al estanque con inminente peligro de su vida; pero afortunadamente lograron salvarle. César Baronio padecia de un dolor de estómago inveterado que le dejaba enteramente postrado; ademas se desvanecia con tanta frecuencia, que Fe-

lipe se vió en la necesidad de prohibirle algunas de las prácticas de su Órden para no perjudicarle mas la salud. Entró un dia en la celda del Santo en ocasion en que éste tenia sobre una mesa un pan de bastante peso y un limon no pequeño; mandóle Felipe que se lo comiese, y á pesar de que el discípulo calculó el daño que podia ocasionarle obedeció sin la menor réplica, prefiriendo ántes morir que infringir la regla. Obedeció, pues, y el resultado fué que desde entónces quedó libre de las enfermedades que le aquejaban. En otra ocasion, que se hallaba atacado de una calentura intermitente dispuso Felipe que pasase á los hospitales para visitar á los enfermos: obedeció Baronio exactamente, recorriendo las salas y proporcionando á los infelices todos los recursos espirituales y temporales que estaban en su mano sin atender al peligro que corria su propia vida; pero Dios le premió aquel acto de caridad cristiana haciendo que desapareciese instantáneamente la calentura y que quedase del todo restablecido. La historia de Felipe está llena de estos y otros actos inauditos de obediencia que seria nunca acabar si quisiésemos dar una corta reseña de todos ellos. Miéntras tanto este varon escogido de Dios continuaba ejercitándose en los actos sublimes de la mas acrisolada virtud. Su imaginacion, que debia estar cansada por el peso de los años y por las continuas abstinencias y mortificaciones, al parecer cobraba cada dia nuevos brios, siendo verdaderamente pasmoso que un anciano que rayaba ya á los ochenta años de edad siguiese el mismo método de vida que adoptó al principiar su gloriosa carrera; que se mostrase incansable en las prácticas de la oracion, de la penitencia, de la conversion de las almas, de la asistencia en los hospitales; en una palabra, de la verdadera caridad evangélica. Amado de los príncipes, querido de los soberanos pontífices, admirado de todos los pueblos, la fama de sus virtudes se habia extendido prodigiosamente en todos los puntos de Italia y aun mas allá de aquel reino. El árbol que habia plantado en Roma habia echado ya durante su vida tan profundas raices, que sus frondosas ramas se habian extendido tambien de un modo asombroso; y lo que hay de mas particular es que en todos los puntos donde se establecieron casas de su Órden, en todos dieron iguales resultados: pues no solo la de Roma, sí que tambien las de Francia, las de Alemania, las de España, todas ellas fueron un semillero constante de varones eminentes en virtud y en letras. Es cierto que las de Francia degeneraron en lo sucesivo, en términos de llamar la atencion del Soberano desde el momento que un Quesnel se cobijó en sus claustros; pero esto fué despues de haber dado al mundo un Malebranche, un Tomasino, un Masillon y una multitud de otros personajes recomendables por su ciencia y por su piedad. Pero echemos un velo sobre lo ocurrido en Francia y retrocedamos para presenciar el feliz tránsito del gran fundador

de una Órden que todavía subsiste con esplendor; de una Órden que ha merecido y merece las bendiciones de los pobres y de todos aquellos que han experimentado su inagotable munificencia. Felipe, animado del espíritu de Dios, conoció que se le acercaba el momento de tener que comparecer ante su Divina Majestad para dar cuenta de sus acciones. Bien es verdad que hasta cierto punto tembló como tiembla todo mortal á la sola consideracion que ha de pasar por los momentos de la agonía, sin embargo nunca se manifestó tan gozoso y tan placentero como en su último dia. Levantóse muy de mañana como tenia de costumbre, bajó al confesionario, llenó los deseos de un gran número de penitentes, los estrechó entre sus brazos como si se despidiese de ellos para siempre, bañándoles el rostro con copiosas lágrimas de ternura. Celebró con extraordinario fervor el santo Sacrificio de la Misa, y despues se retiró á su aposento para entrar en profunda meditacion. Luego que los PP. conocieron que la vida de su Santo fundador se hallaba en inminente peligro acudieron todos con la mayor solicitud para tributarle los últimos auxilios. Felipe les mira atentamente desde su lecho de agonía. Les dirige palabras de consuelo, les recuerda el cumplimiento de sus obligaciones; pero luego pierde la voz y espira en los brazos de César Baronio su mas antiguo discípulo en 26 de Mayo de 1595 y á los ochenta años de su edad. El lúgubre sonido de la campana señala que es dia de luto para la ciudad de Roma: la voz *murió* cunde por todas partes: todos los ciudadanos sienten y desean á la vez; sienten la muerte del protector de la humanidad desvalida; desean tributar el debido homenaje sobre los restos inanimados del varon fuerte, que sabiendo triunfar de sí mismo se vió elevado por las bendiciones de todo un pueblo á una altura donde nunca podria llegar el orgullo ni la vanidad mundana. Quedó el cuerpo de Felipe expuesto á la veneracion del pueblo por tres dias consecutivos. Colocáronle despues en una caja de nogal, y por último fué depositado en un nicho que se abrió á propósito en la misma iglesia. Siete años despues fué trasladado con gran pompa á la magnífica capilla que se erigió en honor suyo. Hallábase su cuerpo todavía incorrupto á pesar de no haber sido embalsamado, y fueron tantos los milagros que Dios obró por su intercesion así en vida como despues de su muerte, que desde luego se empezó á trabajar en los procesos de su canonizacion. Siguiéronse con la mayor actividad, y como no era difícil probar la santidad de su vida, el papa Gregorio XV verificó la solemne canonizacion en 22 de Marzo de 1622. Villanueva en su *Año cristiano* nos hace el retrato de este Santo en los términos siguientes: « Fué S. Felipe Neri grueso de cuerpo, de « estatura mediana; muy alegre tenia el rostro, la frente espaciosa sin ser « calvo, los ojos pequeños, azules, muy vivos, la nariz aguileña, la barba « negra y crecida sin exceso, en los últimos años blanca. En el mirar era

« apacible, suave en la conversacion; el que una vez le hablaba quedaba « enamorado de su candor. Fué amigo de hacer bien á todos; deteníase en « resolver; lo que una vez resolvia sabia sostenerlo con teson; en todo toma- « ba consejo; rendíase al parecer ajeno mas fácilmente que al propio. Nun- « ca le acobardaron los casos adversos, ni le abrumaron las ocupaciones; « no sabia excusarse á negocios en que se trataba de la salvacion de sus « hermanos aun cuando estaba enfermo. Era generoso y dilatado, no se le « conoció nunca melancolía ni alegría vana, ni miedo sino á Dios. Fué ene- « migo de nuevas doctrinas, buscaba siempre lo seguro; grande amador « de Sto. Tomas de Aquino, en cuya escuela hizo los grandes progresos que « arriba hemos indicado. » Este es el retrato que hace Villanueva del glo- rioso S. Felipe, cuyas pinceladas aunque dadas con rapidez presentan tal exactitud en las tintas, que claramente demuestran ser cuando ménos muy parecido al original. Ántes que Villanueva otros varios escritores de gran nota se esforzaron en ensalzar el extraordinario mérito de Felipe, ya como á Santo, ya como á sabio. Juan Manfredi tarentino en su obra titulada: *Miscelánea* le da los títulos de retórico, poeta, filósofo y teólogo consuma- do; siendo tan inteligente, dice, en la Sagrada Escritura que no se hallaria entónces quien le excediese. Añade que su grande ingenio habia suplido el poco tiempo que continuó los estudios, y observa que cuando en Florencia murió Juan Pico de la Mirándola, nació allí Felipe, y valiéndose de esta circunstancia se expresa así: *Á no ser yerro la transmigracion Pytagórica, se podia decir que de las cenizas de aquel fénix de los ingenios con milagro de la naturaleza habia renacido otro fénix en todo semejante al primero.* Afirma que á su perspicaz ingenio se habia juntado una vasta y prodigiosa memoria, de modo que cuando anciano se acordaba todavía de las primeras lecciones que aprendió en su mocedad como si acabase de darlas. El docto abad Marco Antonio Maffa le solia llamar *magnus ingeniorum estimator*; y nada tiene de extraño que fuese grande apreciador de los ingenios un varon tan sabio como Felipe. Crispino, ponderando la invariable y afectuosa adhe- sion con que Felipe seguia la doctrina del doctor Angélico, le tributa con su acostumbrado estilo, propio de la época en que escribia, el siguiente elogio: « Como los dos querubines se miraban siempre el uno al otro, así los ros- « tros de estos dos querubines nuestros estaban mirándose mutuamente, el « de Felipe á Tomas, el de Tomas á Felipe. » Por eso la sagrada congrega- cion de ritos con grande acierto señaló á ámbos en la misa una misma epístola del libro de la Sabiduría, porqué la sabiduría de Felipe era la de Sto. Tomas y en ámbos á dos estaba la misma indivisa. Estanislao Roscio, obispo polaco, en una carta que escribia al P. Tomas Galleti, le decia entre otras cosas: « ¿Mas para que estoy hablando de esa casa donde hay un Fe-

« lipe, un Tarugi, un Silvio, un Baronio, un Bozio y otros siervos de Dios « de quienes nada hay que no se pueda aprender y que no se deba enseñar? « Cada uno de ellos es un tesoro de los sentidos mas obscuros y recónditos de « la Sagrada Escritura. » Finalmente, Juan Mario Cresembeni, al ver la facilidad con que improvisaba Felipe las octavas, los madrigales, los sonetos etc. en italiano y la belleza del metro latino, le reconoció por uno de aquellos ingenios que de cuando en cuando nacen para excitar la admiracion universal con la facundia de su vena y con sus brillantes imágenes; así es que en el segundo tomo de sus *Comentarios sobre la poesía vulgar*, le colocó entre los poetas mas ilustres. Pero de todas sus producciones no nos quedan mas que sus *Cartas*, que se publicaron en Padua en 1751, en 8.°; *Avisos espirituales* (Reordi) y algunas poesías insertadas en el tomo I de las *Rime oneste*. En sus juveniles años habia compuesto un gran número de ellas; mas poco ántes de su muerte mandó que las arrojasen á las llamas, así como los demas escritos, privándonos de este modo de un precioso legado que la posteridad hubiera recibido con el mismo entusiasmo con que lee las circunstancias de su vida ejemplar. César Baronio celebrando la idea del Santo, al mandarle que escribiese los *Anales eclesiásticos*, obra dirigida á propagar la verdad en esta parte tan interesante de la historia, por lo mismo que ha sido tan alterada, muy particularmente por los herejes y protestantes, le proclama autor no tan solo por haber sido suyo el pensamiento, sino porqué con sus instancias, con sus mandatos y sobre todo con el constante empeño con que vigiló aquellos trabajos exaltó su espíritu, disipó las tinieblas que ofuscaban su mente, le hizo desaparecer aquel pánico terror que le inspiró la grandiosidad de la obra; y finalmente le dió ocasion de concluirla cuando estaba muy ajeno de pensar que ni siquiera tuviese el tiempo necesario para presentarla en bosquejo. Así lo manifiesta el mismo Baronio en sus *Anales* cuando tributa la debida accion de gracias á su amado maestro. Son demasiado notables sus palabras para que prescindamos de reproducirlas en este lugar. Ellas encierran el elogio del sabio y el verdadero panegírico del Santo. « Abrasándote tú ciertamente, (á tí Padre mio dirijo mi oracion) abra- « sándote, vuelvo á decir, con el celo de la afligida Iglesia cuando ilustrada « tu mente con luz divina y agitada (permítaseme la expresion) con proféti- « co espíritu viste que las centurias de Satanás habian salido por las puertas « infernales en detrimento de la Iglesia; levantándote tú contra ellas por la « casa de Israél á batallar las batallas del Señor, juzgaste conveniente no « presentar la guerra comparado el ejército con mayor ó á lo ménos con « igual número de soldados, sino bien entendido, que Dios escoje á veces lo « enfermo del mundo para confundir lo fuerte (I. cor. 1.) elegiste á este hi- « juelo tuyo, el menor de sus hermanos, el de mas rudo ingenio, para opo-

« nerlo solo y sin armas á tantos y tan armados enemigos, y disimulando tu « intento no preparaste grande campo de batalla, sino estrecho lugar de pa- « lestra, que lo fué el mismo sagrado oratorio de S. Gerónimo, donde entre « las cotidianas pláticas espirituales nos impusiste el cargo de explicar los « sucesos de la Iglesia. Y una vez empezada esta obra, porqué tú así lo man- « daste, se ha proseguido felizmente por espacio de treinta años, en que ya « siete veces se ha repetido la Historia Eclesiástica toda entera. Asistias tú « juntamente al trabajo, estrechando á él con tu presencia: instabas con tus « palabras, siendo siempre (perdona que así lo diga) rigoroso ejecutor de « la tarea diaria, tanto que me culpabas si algo me habia divertido en otra « narracion, no permitiendo que en lo mas mínimo me apartara de este « asunto. Muchas veces sentí los efectos de mi flaqueza, lo confieso, porqué « aun no entendiendo que toda la costa la hacias tú ocultamente con tus « oraciones, midiendo yo mis fuerzas me quejaba de que se obraba con- « migo casi tiránicamente, porqué no solo no se me daba alguno de mis « hermanos, que para tanto trabajo sujetase conmigo el cuello al mismo « yugo, sino que multiplicada la tarea y negada la paja, se me ejecutaba « por mas obras: (Exod. V.) me quejaba, vuelvo á decir, de que sobre la « impuesta insoportable carga se añadian nuevos hazes, como el curato de « almas, los públicos sermones, la prepositura de la congregacion, sin « otras muchisimas cosas, que impensada é importunamente recargaba « cada dia la molesta concurrencia de las gentes. Y tú ya mandándome es- « tas ocupaciones, ya permitiendo á otros que me implicaran en ellas nada « al parecer querias ménos que lo que muchisimo deseabas. En lo cual « ciertamente pareciste imitar á Elías (3, *Reg.* XVIII) cuando en la disputa con « los sacerdotes de Baal, habiéndolos de vencer pidiendo fuego del cielo que « inflamara y consumiera la víctima, quiso, como intentando lo contrario, « que cuatro cántaros de agua la bañaran tres veces para que resplandecie- « ra mas la Divina Omnipotencia. Por otra parte aplicándome tú mismo for- « tisimamente con tanta prontitud la mano para ayudarme con tus ora- « ciones parecia que imitabas á Eliseo, (4, *Reg.* XIII.) que poniendo su mano « sobre las del Rey al disparar la saeta le hizo vencedor de toda la Syria. « Usando pues tú de este mismo ardid conmigo, juntando tu valerosisima « mano á la débil mia, convertiste la embotada punta en saeta de la salud « del Señor contra los mofadores asyrios. Todo lo cual así como es verda- « dero, así es para mí dulce y gustoso el confesarlo de tí públicamente. Á « la verdad tú peleaste pero con mano ajena, segun tu costumbre de ocul- « tarte por no parecer maravilloso cuando con tanta frecuencia obrabas « las maravillas, cuidando con gran solicitud que nada de magnífico se pre- « dicase de tí, cubriendo muchas veces la sabiduría con el velo de la igno-

« rancia segun aquella tan sabida paradoja del Apóstol (1, Cor. III.): *El que « quisiere ser sabio hágase ignorante: Qui vult sapiens esse, stultus fiat.* Y « para que el mundo falaz no te echase lazo alguno, así como David se « ocultó simulando simpleza en su semblante (1, *Reg. XXI.*), así tú ocultabas « los dones grandes del Espíritu, ostentando las humanas flaquezas, y sa- « bias segun lo del Apóstol (Filip. IV.) abundar y empobrecer de modo, que « con él pudieras decir (2, Cor. V.): *Sive mente excedimus Deo, sive sobrii « sumus vobis.* Porqué si estáticos nos enajenamos es para Dios, y si somos « sobrios es para vosotros; y á ejemplo del otro diácono Felipe, como tú « (Act. VIII.) segun lo pedia el tiempo, ó te comunicabas con los hombres « atendiendo á su salud, ó tendias las velas al espíritu, que te soplaba « con ímpetu vehemente. Pero la gloria que tú miéntras vivias echaste « en el erario de Cristo, el mismo te vuelve ya muerto con multiplicadas « usuras; pues luego que se quebró el cántaro (Judic. VII.) la lámpara que « se escondia á dentro apareció esparciendo á fuera su propia claridad, y la « antorcha ardiente y lucida que se ocultaba debajo del celemin, exaltada « sobre el alto candelero de la eternidad, se vió brillar con los resplandores « de los milagros. Entónces fueron conocidas las maravillas que habias « obrado y ocultado cuando vivias, y se dejaron ver otras muchisimas que « entónces obrastes. Tu sepulcro, aunque todavía humilde como interino, « resplandece con las tablillas votivas y otros signos de preciosos metales « que te tributan en señal de tus milagros, mas engrandecido con ellos, « que si estuviera hecho de bruñidos y exquisitos mármoles y coronado con « las pirámides y obeliscos de Egipto; y cada dia aumentan su hermosura « aquellos, que consiguiendo nuevos beneficios visten de nuevos votos las « paredes. Tenga yo tambien lugar (apelo á vosotros hermanos mios, que « al rededor de su monumento le servís de corona no ménos noble que « piadosisima), tenga yo tambien lugar para que esta accion de gracias, « aunque muy inferior á los beneficios que le debo, quede fija en su mismo « sepulcro; pero con tal que corra por todo el orbe, donde quiera que va- « yan los *Anales* sea ella coluna movible, esculpida con voces, que con « magníficos caractéres publiquen el primer autor de los *Anales* y su arqui- « tecto, para que si recibieren de ellos los hombres algun fruto, á él en pri- « mer lugar le den las gracias. Quede, vuelvo á decir, esta protestacion « como indeleble epitafio grabado en su sepulcro, deseando juntamente fi- « jarme en él yo mismo tabla viva que formada con el pincel de sus ora- « ciones copie toda entera su misma santidad. Ea pues Padre, otra vez « como presente te hablo á tí que estás viendo al que está presente en todas « partes, favorece á esta obra, y para que se te atribuya la victoria en un « todo ven y concluye lo que resta de batalla, como Joab escribió á David

« (2, *Reg.* XII.) mueve con tus ruegos la celestial milicia, para que vencidos « completamente los contrarios cantemos el cántico triunfal de Débora (Ju- « dic. V.): *De cœlo dimicatum est contra eos; stellæ manentes in ordine suo « adversus Sisaram pugnaverunt:* El cielo peleó contra ellos; las estrellas « pelearon contra Sisara. Yá mí, tu hijo, á quien miéntras viviste en la tierra « favoreciste con tu continua asistencia, guardaste con vigilancia, gober- « naste con tu consejo, y toleraste con sufrimiento, dispénsame desdel cielo « mayores auxilios, crezcan y multiplíquense los socorros de tu caridad ya « perfecta y consumada. Concédenos lo que afirma S. Gregorio Nacianceno « haber logrado del gran Basilio, que fué haberlo tenido por consejero aun « despues de la muerte, para que no dejando tú de gobernar las riendas de « mi vida, corra sin tropiezo lo que me queda de esta débil ancianidad, y « despues de bien sufridos los trabajos, llegue finalmente á esa quietud di- « chosa, que tú ya gozas en el Padre y el Hijo y el Espíritu Santo, á quie- « nes en unidad perfecta siempre les dé la alabanza, la honra y la gloria. » Hasta aquí Baronio y los personajes mas notables que han elogiado á Felipe como á sabio y á la vez piadoso; pero son aun muchos mas los que le han exaltado como á Santo sin defraudarle por esto la calidad de sabio, y por precision debió y debe acontecer así tratando de un varon tan grande y tan sublime en la virtud. Felipe desde su niñez la amó y tan entrañablemente, que se hizo, digámoslo así, desde su cuna acreedor á la gracia, y el que llega á poseerla en el grado en que este Santo la alcanzó, por necesidad sus hechos han de ser maravillosos porqué Dios le ayuda aun en aquellos casos que traspasan los límites de la inteligencia y del poder humano. Así es que Felipe mereció que el papa Benedicto XIV, de gloriosa memoria, tratando de la prodigiosa rotura de las costillas y de la admirable palpitacion del corazon, ademas de lo que hemos manifestado ya en el lugar correspondiente, le proclama Santo y agraciado con el don de hacer milagros. El P. D. Manuel Consiencia hablando de lo mismo, inspirado por las Musas, le dedica el siguiente elogio:

¿Quid hoc prodigii?
¿Ruptis costulis incenditur Philippi cor?
Ne mireris,
Quia de igne cogitanti ignea debebant venire
Meteora;
Et ut ignitum Dei Cælum cor Philippi nosceres
Hæc in eo á Divino Sole acceduntur Phenomena.
¿Quid tamen ruptis?
Mysterium cape.
In meditatione ejus activus exardebat ignis,
Et quia totus erat Philippus amoris exalatio,
Concepit in corde suo flammas,
Ut foras vehementius fulguraret.

Novum certè fulguris genus,
Quod non ante præcesserint,
Sed subsequuta sint
Tot tonitrua quot palpitationes.
Vel si mavis, primo non tonuit,
Quia profundæ humilitatis verus Asecla
Omnem suæ virtutis strepitum adhorrebat
In eo sanè singulariter humilis,
Quod cum esset corde tam tumidus
Numquam tamen superbiret:
Et cum remanserit corde latior
Nusquam tamen visus sit elatior.
Deum ipsum pro centro
Habuit Philippi cor,
Quod quippè in corporis ergastulo tenebatur inclusum,
In costulis catenas, quibus ligabatur disrupit,
Ut velocius ad centrum evolaret.
Quia tamen fortiori adhuc detinebatur vinculo,
Palpitabat continuò;
Ut vel sic assiduè ostenderet
Qualem extra suum, et nimis suavem locum
Pateretur dilectionis violentiam.
Magnum sanè in eo Divinus amor excitavit incendium,
Sed æquale pabulo;
Utrumque majus esse non poterat,
Quia infinitum non crescit.
Et quia in sacro hoc charitatis Vesubio
Ignis non se capit intus,
Flammas impulit in latus,
Ut hæ, qua data porta, ruant;
Sed cum satis una ad erumpendum non esset,
Duas aperuit, ut liberiùs flammæ vaporarent;
Congruo sanè prodigio,
Nam ut Philippi cor tanto non suffocaretur calore
Multiplici indigebat ostio, quo respiraret.
Mirabiliter Siciliana Fornax
Ardet intus incendiis, alter nivibus foras,
Et dum flagrat flammis fragrat, et floribus
Quin nivibus extinguantur incendia,
Aut incendiis flores adurantur
Mirabiliori tamen hypostasi
Aquæ, et ignes, discordes olim rivales
In Florentino amicè convivunt Æthna,
Ubi
Inter Sacratas Divini Amoris flammas
Non liquescunt virgineæ puritatis nives
Immo, et virtutuum omnium vernant perpetuò flores.

El P. Fr. Francisco Cardona de Camarino, maestro de novicios en la Minerva, hablando de las grandes austeridades de Felipe, decia á sus discípulos: *Felipe Neri es un gran Santo, y entre otras maravillas suyas ha habi-*

tado por diez años continuos en las grutas de S. Sebastian para hacer penitencia. Eran estas grutas tan sumamente húmedas y fétidas particularmente en verano, que segun expresion de un autor nadie podia dormir allí una sola noche sin que se expusiese á contraer cuando ménos una grave y prolongada enfermedad. Sin embargo, Felipe las eligió para ejercitarse mas en la mortificacion; pero Dios que le tenia de su santa mano y que le habia señalado con el dedo de su divina omnipotencia una carrera larga y llena de gloria, escogiéndole para que trabajase en su viña con el fruto que era de esperar de un gran Santo, no quiso que aquel lugar insalubre abreviase sus dias abriendo, por decirlo así, su sepultura. Este hecho se graduó de milagroso como en efecto lo era, piadosamente hablando, y por lo mismo para eternizarlo se grabó en el frontispicio de la iglesia de S. Sebastian y al pie de la efigie del Santo la siguiente inscripcion:

Cœcus hic loci squalor,
Et illustri Martyrum sanguine adhuc stillans,
AT PHILIPPI NERII
Longo decem annorum domicilio illustrior;
Quem dum ipse inhabitaret
Adeò affluente de cœlo divinæ dulcedinis copia
Recreatus est;
Ut undique exuberante amoris vi
Velut impotens superinfundentis se gaudii
Clamaret subinde, peteretque
Ut cessaret tantus, lœlitiæ œstus,
Quem mortalis angustiæ pectoris non caperent.
Ne igitur inter hæc illustria
Martyrum monumenta
Tanti viri vetustas aboleret nomen
Testatissimum hoc erga ipsum pietatis
Monumentum positum est.
Anno jubilæi MDCL.

Cárlos Piazza tratando de la congregacion de S. Felipe Neri y de la visita de las siete iglesias, instituida por el mismo Santo, se expresa así: « No es ma- « ravilla que el Santo fundador de tan ilustre devocion insistiese con tanta « diligencia en su gobierno, sabiendo cuanto fruto espiritual se seguia de « renovarse así las memorias del antiguo fervor de los fieles en las visitas de « las siete iglesias, el cual excitaba él mismo con su memorable ejemplo, « visitándolas por diez años continuos, sin que los frios, vientos, lluvias y « heladas le impidiesen, ó le entibiasen. Esta especial herencia como gran « Padre dejó á los sacerdotes de su noble congregacion, y hoy vemos tan

« fructuoso, ameno y meritorio ejercicio siempre mas crecido y frecuentado. « Admirando con pasmo los extranjeros, le honraron muchos cardenales, « obispos y prelados de los primeros de la córte romana, con el ejemplo de « los célebres cardenales Baronio, Tarugi, Tuberna, Palioto, Esfrondato, « Aldrobandino, ámbos despues pontífices, Cusano, Borromeo y otros, « todos de la escuela del espíritu de S. Felipe é imitadores de sus admira- « bles invenciones para edificacion de los fieles. » Juan de Roffi en un libro que dedicó al Santo Padre exclama : « Entre las cosas admirables, que « el año pasado de 1578 vi en Roma, me llevó grandemente el corazon ver « la copiosa multitud de personas, que frecuentaban la iglesia y oratorio de « S. Gerónimo de la caridad. Y despues de las antigüedades, soberbios pa- « lacios y córtes de tan grandes príncipes, me pareció que este ejemplar « ejercicio excedia mucho á la gloria de cualquier otra cosa grande, que « pudieran ver los ojos. Dejóme con mayor pasmo y consuelo el grande « concurso de personas nobilísimas de varias naciones, que con tanta fre- « cuencia y gusto acudian á las pláticas de la palabra de Dios, predicada « por un varon apostólico con puro amor de la salvacion de las almas y « ardiente celo de la religion cristiana ; de donde nace en sus hijos espiritua- « les el deseo de renunciar el mundo por servir á Cristo, como lo mani- « fiestan las conversiones de infinitos que pueblan hoy los conventos y las « congregaciones. » Finalmente, seria nunca acabar si quisiésemos citar en este artículo todo lo que se ha dicho acerca de la santidad de Felipe; y por lo mismo concluiremos repitiendo que no hubo en su época en Roma y aun en toda la cristiandad un hombre mas grande, mas sabio y mas piadoso que el insigne fundador de la congregacion del Oratorio, cuya religion subsiste todavía en muchos puntos del reino. Varios son los que se han dedicado en relatar la vida de este Santo. Escribióla en latin el P. Antonio Gallonio discípulo del Santo, y por lo mismo testigo ocular de la mayor parte de los hechos extraordinarios que de él refiere. Escribióla en español S. Luis Bertran, Valencia, 1625 ; traducida al latin por el P. Santiago Batzi, Roma, 1641, en 4.° ; y por el P. Gerónimo Bernabé: esta última quedó inédita hasta que fué publicada con la de Gallonio en las *Acta Sanctorum* en el mes de Mayo, tomo V con notas de Papebrochio. Escribióla por último en portugues el P. D. Manuel Consiencia Pbro. de la congregacion del Oratorio de Lisboa, la misma que tradujo al español un padre de la congregacion de Baeza, y que salió á luz á expensas de la congregacion del Oratorio de Madrid con este título : *Vida admirable de el glorioso taumaturgo de Roma, perfectisimo modelo del estado eclesiástico y sagrado fundador de la congregacion del Oratorio, S. Felipe Neri*, dividida en dos partes, Madrid, 1760, dos tomos en 4.°. Entre las muchisimas casas establecidas en varios puntos de todos los

reinos católicos debemos hacer mencion de la que existia en Barcelona en 1835, y cuya iglesia sirve hoy dia de oratorio á todos los franceses residentes en esta ciudad. Esta casa fué erigida en 26 de Mayo del año 1673 con autoridad del ordinario, siendo despues confirmada y enriquecida con muchas gracias y privilegios por el papa Inocencio XI en el año segundo de su pontificado, en 24 de Noviembre de 1677. Habia cedido el terreno para el edificio la noble y esclarecida casa de Cabrera cerca de la bajada de Sta. Eulalia; y D. Olaguer Monserrat, canciller de Cataluña y obispo que fué de Urgel, entonó el *Te-Deum* y presidió la fiesta de la dedicacion como á fundador, cuyas ceremonias se practicaron con toda la suntuosidad imaginable y digna de tan célebre institucion. — J. M. G.

FELIPE DE LA SANTISIMA TRINIDAD, carmelita descalzo y misionero, llamado en el siglo Espíritu Julian. Nació en 1603 en Malaucene, en el condado de Aviñon. Vistió el hábito de religioso carmelita á la edad de diez y ocho años, y habiendo concluido sus estudios en Paris pasó en 1626 á Roma con el fin de prepararse para la mision de Persia. Emprendió su viaje en el mes de Febrero de 1629 con el deseo de alcanzar la corona del martirio: honor, que á pesar de todos sus esfuerzos no pudo obtener: iban con él tres religiosos mas, uno de ellos el P. Ignacio de Jesus. (Véase su artículo.) Embarcáronse en Nápoles, y despues de un viaje bastante feliz, aportaron en Escanderoun, atravesaron Alepo, el Desierto y Basora: por fin en 19 de Agosto llegaron á Ispahan. Al cabo de nueve meses, sus superiores enviaron á Felipe á Basora, donde se dedicó al estudio del árabe. Habiéndole llamado el visitador general de la Órden á las Indias para enseñar la filosofía, se puso en camino en 1631, y en 29 de Noviembre desembarcó en el puerto de Goa. Despues de nueve años de residencia en aquella ciudad regresó atravesando la Persia, la Tierra Santa, la España, y verificó su entrada en Paris en 1640. Allí fué elevado á las primeras dignidades de su Órden; y en 1665 recorrió en calidad de vicario general la Francia, los Paises-Bajos, la Alemania, la Polonia y la Italia, y en todas partes se distinguió por sus virtudes y por sus talentos. Una horrorosa tempestad le arrojó á las costas de la Calabria, y habiendo llegado á Nápoles murió en 28 de Febrero de 1671, despues de haber recorrido como á misionero la Persia, la Arabia, la Syria, la Armenia, y el Monte Líbano, y como á general de la Órden todos los conventos de carmelitas de Europa. Tenemos del P. Felipe las obras siguientes: 1.ª: *Itinerarium orientale in quo varii successus itineris, plures Orientis regiones, earum montes, maria et flumina, series principum qui in eis dominati sunt, incolæ tam christiani quam infidelis populi; animalia, arbores, plantæ et fructus; religiosorum in Oriente missiones ac varii celebres eventus describuntur*, Leon de Francia, 1640, en 8.°. Esta relacion

fué traducida al frances con el título de : *Viaje al Oriente* del R. P. Felipe, etc., 1652–69 ; al italiano , Roma , 1666 , en 8.° ; Venecia , 1667 , en 12.° ; y al aleman, Francfort, 1671, 73, 96, en 8.°. La traduccion francesa es del P. Pedro de S. Andres (Juan Antonio Rampalle), carmelita descalzo. El P. Felipe publicó varias ediciones de su obra , que se halla dividida en diez libros. El autor interrumpe su relacion despues del primer libro para describir todos los paises que vió y otros , acerca de los cuales le comunicaron noticias muy detalladas. El cuarto puede considerarse como separado de la obra , pues contiene la historia de las cuatro grandes monarquías de la antigüedad , la serie de los emperadores turcos , de los reyes de la India y de los príncipes de la Palestina ; y de ahí se desprende que la costumbre de abultar las obras que tratan de viajes por medio de relaciones y de asuntos enteramente distintos del objeto data ya de muy antiguo ; por otra parte la obra del P. Felipe está bastante léjos de merecer los elogios que le han tributado algunos autores , porqué casi nada de nuevo se encuentra á pesar de haber recorrido algunos paises poco conocidos en aquella época , y sobre todo es muy crédulo y sumamente prolijo. (1) 2.ª : *Historiæ carmelitarum compendium* , Leon de Francia , 1656 , en 12.°. 3.ª : *Generalis chronologia ab initio mundi usque ad sua tempora* , 1663 , en 8.°. Esta obra es un compendio de la *Historia universal* desde Adam hasta el casamiento de Luis XIV. En la primera parte de su obra no se ha limitado el autor á seguir los Libros Santos , que halló tal vez escritos con demasiada sencillez , miéntras él mezclaba varias reflexiones bastante originales. D'Artigny refiere algunas de ellas en las *Nuevas memorias de literatura* , VI , pág. 130 y siguientes. 4.ª : *Decor Carmeli religionis , seu historia carmelitarum , sanctitate illustrium* , Leon de Francia , 1665 , tres partes en folio. Esta obra es una coleccion de los hechos y de los actos mas importantes por el órden que el autor se ha propuesto. La tercera parte contiene las Vidas de cerca doscientos religiosos ó religiosas distinguidas por su eminente piedad. 5.ª : *La Vida del V. P. Domingo de Jesus María , general de los carmelitas descalzos*. Esta *Vida* , escrita en latin por el P. Felipe , fué traducida al frances

(1) Todos los *Diccionarios* repiten , que el célebre Chardin ha citado con elogio el *Viaje* de Felipe; pero es de advertir que no le cita mas que una sola vez , (*Viaje de Persia* , Amsterdam , 1711 , tom. II , pág. 231 , en frances) con respecto al monte sobre el cual los orientales creen que se detuvo el arca de Noé. « Lo que yo cuento de este monte , dice Chardin , « hará sin duda parecer extraño á los que han leido el *Viaje* del P. Felipe , que se haya imaginado que el paraiso terrestre se halla en alguna llanura , que Dios conserva frio y calor : « tales son los términos de que su traductor se vale. Los pensamientos me parecen de todo « punto graciosos , y hubiera creido que el autor se chanceaba , sino hubiese dicho muy formalmente en este libro algunas cosas que no son ménos inverosímiles. » Por este pasaje puede juzgar el lector si Chardin hace ó no el elogio del *Viaje* de Felipe.

por el P. Modesto de S. Amable, Leon de Francia, 1669, en 8.°. 6.°: *Theologia carmelitarum, sive historia carmelitarum scholasticâ methodo pertractatu*, Roma, 1665, en folio. — O.

FELIPE (Fr. Serafin de S.) religioso capuchino, natural de la ciudad de Játiva, arzobispado de Valencia. Floreció en el siglo XVIII. Estas son las únicas noticias que nos da Fuster en su *Biblioteca valenciana*, tom. II, pág. 27, sin indicar el año en que nació, ni tampoco el de su muerte. Escribió segun el mismo Fuster: *Imperio de María en los reinos de la naturaleza, del cielo, de la tierra y del infierno*, Palma, dos tomos en 4.°; el primero se imprimió en 1742, y el segundo en 1748, sin nombre de impresor. — O.

FELIPE DE LA BUENA ESPERANZA, religioso premonstratense, llamado tambien *Felipe de Flavinge*, nombre del pueblo donde nació, y por último el *Limosnero* por las muchas limosnas que hacia. Siendo prior de la abadía de Buena Esperanza, en Hainaut, cerca de Binche, de la cual Odon era el abad, escribió enérgicamente á S. Bernardo para sincerar al hermano Roberto, su religioso, á quien este Santo habia recibido en Claraval. S. Bernardo se quejó amargamente de este paso, y Felipe fué depuesto y enviado á otra abadía. Reconcilióse por fin, y en 1155 fué nombrado abad de Buena Esperanza, donde murió en 1172. Tenemos de él; 1.°: *Cuestiones teológicas*. 2.°: *Vidas y elogios de muchos Santos*, y otras varias obras recogidas en Douai en 1623, en folio, por el P. Chamart, abad de Buena Esperanza. Felipe era tan sabio como piadoso. La virtud y las ciencias florecieron en su abadía durante su administracion, y continuó siendo muy recomendable por la regularidad de sus religiosos, por su hospitalidad y por su aplicacion al estudio de las letras sagradas y de otras ciencias no ménos útiles que provechosas al instituto. — U.

FELIPE GAUTERIO DE CHASTILLON. (Véase Chastillon).

FELIPEAUX ó PHELIPEAUX (Juan), jesuita de Angers. Lo único que se sabe es que entró en la Sociedad en 1594 y que murió en 1643. Compuso un extenso *Comentario* en latin sobre el profeta Oseo, en el cual trata todas las cuestiones acerca la predestinacion y la Gracia, siguiendo constantemente los principios de S. Agustin y de Sto. Tomas. Compuso igualmente en frances otro *Comentario* sobre los doce profetas menores, y un *Tratado* ascético sobre la verdadera beatitud. — O.

FELIPEAUX ó PHELIPEAUX (Juan) doctor en teología y canónigo de Tróyes. Era natural de Angers, é hizo sus estudios en Paris. Dícese que en cierta ocasion como Bossuet le oyese argumentar en la Sorbona, quedó tan contento de las brillantes disposiciones de Felipeaux, que no dudó en confiarle la educacion del abate Bossuet, su sobrino. Felipeaux emprendió en 1696 un viaje á Italia con este último, y los dos se hallaban en Roma en

1697 cuando principió la ruidosa cuestion del quietismo; por lo mismo el obispo de Meaux les encargó que se quedasen allí hasta su conclusion á fin de no perder este negociado de vista. En la *Correspondencia* de Bossuet se encuentran varias cartas de Felipeaux sobre el quietismo, que demuestran el calor y la acrimonia que desplegó en esta célebre causa, en la cual combatian dos hombres tan eminentes como Bossuet y Fenelon. Felipeaux se dejó arrastrar de un celo indiscreto, y habló mas de lo que debiera, y con ménos moderacion de la que merecia el virtuoso obispo de Cambray, víctima entónces de la maledicencia y de las intrigas de córte. El mismo obispo de Meaux que tan interesado estaba en la condenacion del libro de su compatriota se vió obligado á decir á Felipeaux que mitigase su ardor y fuese mas indulgente. Así empezaba una carta de éste dirigida á Bossuet en 24 de Junio de 1698: «No podian enviársenos mejores ni mas persuasivos documentos, « que la noticia de la desgracia de los parientes y de los amigos de M. de « Cambray, y la que se recibió ayer por correo extraordinario de haberle « despojado el Rey del cargo y de la pension de preceptor. Esto bastará para « convencer á esta córte (Roma) de que el mal es grande y real; y sus « partidarios ya no se atreverán á publicar la indiferencia del Rey en la con- « denacion ó justificacion del libro.» La animosidad del abate Bossuet sobrepujaba todavía á la de su institutor. Bastará citar dos renglones de la carta que en 25 de Noviembre de 1698 dirigió á su tio; decia así hablando de Fenelon: « Es una bestia feroz, que es necesario perseguir hasta que sea « anonadado y se haya puesto en estado de no poder causar mal alguno.» Parece increible que estos dos personajes, que disfrutaban de la opinion de sabios y de virtuosos, se cebasen hasta tal punto en la terrible persecucion que sufria otro de los varones mas eminentes que contaba entónces en la prelacía el reino de Francia. Los pasajes que hemos citado bastarán para dar una idea del frenesí que les dominaba contra el sabio y humilde Fenelon. (Véase su artículo.) Felipeaux en otra carta de 18 de Febrero del mismo año se expresaba en estos términos: « Estoy bien persuadido, decia, que no « debe traerse aquí (á Roma) ningun punto de doctrina; y concluia: son « demasiado ignorantes, y vendidos al favor y á la intriga.» Un juicio tan parcial y tan aventurado hace, no hay duda, ménos favor á Felipeaux que á la córte de Roma, pues se ve claramente que el que acusa de venalidad á los jueces ó censores era el que buscaba precisamente el favor y se valia de la intriga para hacer triunfar una causa, en cuya solucion á favor de la opinion del obispo de Meaux estaba interesada la córte de Francia. (Véase Bossuet.) En la misma carta atestigua Felipeaux el deseo que tiene de regresar á Francia; pero Bossuet léjos de aprobar este proyecto, insistió en que se quedase en Roma, y al parecer Felipeaux no iba muy acorde con el

sobrino. Éste le sorprendió una correspondencia, que sin su noticia mantenia con el arzobispo de Paris, y con este motivo el abate Bossuet se quejó amargamente de Felipeaux diciendo, que la ambicion y un poco de vanidad le llevaban preocupado. (Carta del 17 de Febrero de 1699.) Ademas de las peticiones y de las diligencias que debia practicar en el asunto sobre el quietismo, la correspondencia de Bossuet demuestra que redactó varias *Memorias* y *Respuestas* sobre estas mismas materias, y que trasladó al latin algunos escritos enviados de Francia contra Fenelon. Finalmente, regresó á Paris con el abate Bossuet. El obispo de Meaux le habia nombrado ya canónigo de su iglesia, añadiendo á esta gracia los títulos de oficial y de vicario general. Murió Felipeaux de edad muy avanzada en 3 de Julio de 1708, habiendo disfrutado de la fama de hombre instruido y de ejercitado teólogo. Se publicaron de él en 1730 varios *Discursos en forma de meditaciones sobre el sermon de Jesucristo en la montaña*, Paris, en 12.°. Habia dejado manuscrita una *Crónica* de los obispos de Meaux en latin; pero el escrito que metió mas ruido en su época fué su *Relacion del orígen, de los progresos y de la condenacion del quietismo*, 1732 y 1733, en 8.°, dividido en dos partes, sin nombre de autor, de ciudad, ni de imprenta. Habia encargado muy particularmente que esta *Relacion* no se publicase hasta veinte años despues de su muerte, y sus intenciones se cumplieron. «No puede dudarse, dice el « cardenal de Bausset, que el objeto del autor era no herir la reputacion del « arzobispo de Cambray, echando los fundamentos de una falsa tradicion.» Su obra á juicio del mismo historiador revela la parcialidad mas marcada y el mas odioso encarnizamiento contra el arzobispo. El abate de La Bletterie contestó limitándose á todo lo que correspondia á M.ª Guyon: escrito que tituló: *Cartas de M*** á un amigo sobre la relacion del quietismo:* consta de tres cartas que ocupan setenta y cinco páginas impresas en 12.°. El marqués de Fenelon se proponia en la misma época vengar la memoria del prelado contra la *Relacion* de Felipeaux, y al efecto habia redactado un escrito; pero el cardenal de Fleuri entónces primer ministro, temiendo resucitar antiguas discordias, exigió que el marqués no diese á la prensa su obra, y para calmar al propio tiempo sus justas quejas se prohibió la *Relacion* por medio de un juicio de la policía y por decreto del consejo. En la ruidosa cuestion suscitada entre los dos hombres entónces mas célebres de la Francia se observa una cosa bien particular. El obispo de Meaux, el arzobispo de Cambray, el abate Bossuet, Felipeaux, objeto de este artículo, y la misma Guyon, que fué la que dió márgen á tan larga y acalorada controversia, todos participaban de iguales sentimientos de piedad, y todos trabajaban de consuno para hacer triunfar la Religion con todo su esplendor; sin embargo, excepto Fenelon que despues de haberse defendido con la nobleza pro-

pia de su carácter se mantuvo pasivo aguardando el fallo para inclinar la cabeza en señal de asentimiento, tanto si era contrario como si era favorable, y la pobre Guyon que callaba y sufria; todos los demas levantaron la voz mas alto de lo que debian, traspasando los límites de una bien entendida reclamacion, y los que se excedieron de todo punto fueron el abate Bossuet y Felipeaux. (Véase Bossuet y Fenelon.) — J. M. G.

FELIPEAUX ó PHELIPEAUX (Luis Baltasar) hijo de Francisco Felipeaux, señor de Herbaut. Dió desde su infancia muestras inequívocas de su amor al estudio y á la virtud. Abrazó el estado eclesiástico, y nombrado canónigo de Ntra. Sra. de Paris en 1694, y agente general del clero en 1697, fué elevado á la sede episcopal de Riez en 1713. La grande nombradía que se habia adquirido y las bellas prendas que le adornaban podian haberle colocado en un puesto mas elevado y mas cerca de la córte; pero no conocia la ambicion y por lo mismo se contentó con la suerte que le habia deparado la Providencia. Felipeaux se hizo acreedor á la estimacion de sus diocesanos por el celo que desplegó en su sagrado ministerio para mantener la fe en toda su pureza y esplendor y por su amor á los pobres. Fundó un colegio, un hospital, un seminario; socorrió con mano liberal á los necesitados, pensionó á los sacerdotes enfermos, á los nobles pobres, y á las viudas de los oficiales; y lo que hay mas digno de elogio en este prelado es que en una época, en que el poco bien que se hacia llevaba por objeto la ostentacion, Felipeaux hizo sus buenas obras, digámoslo así, en la obscuridad, sin fausto y sin orgullo: en pocas palabras, reunia todas las virtudes que hacen digno al hombre del amor de Dios y de la estimacion universal. Por último, sabio sin pretensiones de serlo procuraba instruir á su clero con extraordinaria sencillez, logrando el fruto que era de esperar del gran caudal de doctrina que poseia. Murió en 1751 de edad muy avanzada. — G.

FELIPEAUX ó PHELIPEAUX DE HERBAUT (Jorge Luis) arzobispo de Boúrges. Se distinguió tanto por la actividad de su celo en defensa de la Religion, como por su inagotable caridad. Uno de sus predecesores habia fundado cierto establecimiento sumamente precioso, atendido á que estaba destinado para servir de retiro á los curas ancianos y enfermizos. Luego que Felipeaux fué elevado á la sede de Boúrges procuró ante todo dar mayor latitud á esta célebre fundacion, señalándola de renta hasta veinte mil libras en lugar de las cuatro mil quinientas que ántes disfrutaba. Fundó ademas varios colegios en las principales ciudades de su diócesis, instituyó casas de beneficencia, y sino logró destruir enteramente la mendicidad, á lo ménos la disminuyó en gran parte. Miraba como un deber sagrado instruir por sí mismo al pueblo, tanto de las ciudades como del campo. Poseia en alto grado el don de la palabra y se hizo tan notable por sus discursos, que era oido

con avidez y aplaudido con entusiasmo. Refiérense varios rasgos de su elocuencia pastoral. En cierto dia, que exhortaba á los católicos en una de las ciudades de su diócesis, la vista de una multitud de protestantes que habian venido expresamente para oirle le inflamó en términos que se excedió á sí mismo. Dirige su discurso á estos inesperados oyentes, les expone las razones que deben causarles mas impresion, les representa que sus padres se gloriaban de ser hijos de esta misma Iglesia, de la cual no debian ellos haberse separado bajo pretexto alguno. « Sus cenizas, exclamó, descansan en « este templo, donde os ven ahora reunidos; ellas acusan vuestro error, y « se levantan contra vuestro cisma. Todos estos sepulcros os hablan; vosotros los escuchais, oid como os dicen: *¿Por qué sois infieles á la creencia de « vuestros abuelos; porqué os habeis apartado de la santa autoridad de esta « antigua Iglesia, cuyos pastores se remontan, por una sucesion no interrumpida, hasta la cuna del cristianismo?* Esta Iglesia madre habia bendecido nuestros matrimonios; esta Iglesia habia impreso en la frente de « nuestros hijos, á quienes debeis el ser, el sello de la familia de Jesucristo: « ella os habla aun en este momento por el órgano de vuestro pontífice, « escuchadla. Yo soy vuestro pastor (continuó diciendo el elocuente prelado, lleno de un fuego tan extraordinario, que arrancó las lágrimas de « todos los oyentes, sin distincion de clases ni creencias) y ¿vosotros rehusais darme el nombre de padre? lo seré á pesar vuestro. Yo lo soy por la « autoridad de mi ministerio; esta autoridad es la del mismo Jesucristo, « que me ha sido confiada por la imposicion de las manos de los antiguos « presbíteros, que la habian recibido de otros mas antiguos, hasta remontarse á los Apóstoles y al hijo de Dios, cuyas divinas manos empezaron « esta cadena de consagraciones solemnes, que ha llegado tan indigno como « soy, á reposar sobre mi cabeza, y que el desprecio que haceis de mi poder paternal no puede arrebatármela. Yo soy vuestro padre, en nombre « de Dios, que es de quien deriva toda paternidad en el cielo y en la tierra; « y la que me da sobre vosotros los derechos sagrados que son, si es posible, mas inviolables aun que los de la misma naturaleza. Mas si yo soy « vuestro padre por derecho divino ¡ah queridos hijos!, siento que lo soy « tambien por el derecho de mi corazon; mis sentimientos me obligan á « abrazaros aun á despecho vuestro. No rechaceis mi ternura; deseo en el « íntimo del corazon vuestra felicidad, vuestras almas se encuentran encadenadas con la mia. Si Dios mio, á Vos cito por testimonio de verdad; yo « entregaria gustoso mi vida, para volver á la via de salvacion á mis queridos hijos, que se están precipitando.... » ¿Quien al leer este trozo de elocuencia sagrada no exclamará con nosotros que, no era Felipeaux el que hablaba, sino su mismo corazon abrasado en aquellos momentos por el

amor divino? Este venerable prelado murió en Paris en 23 de Setiembre de 1787. M. Blin de Sainmore trazó su *Elogio histórico* y el abate Fauchet su *Elogio fúnebre*, en el cual hay rasgos muy bellos, pero al propio tiempo abunda de ideas mezquinas y pueriles, y aun de algunos intermedios que tienen relacion con la filosofía moderna, cuya circunstancia lo hace digno de censura. Existe otra oracion fúnebre del mismo prelado, por el abate Saint-Jon superior en muchos conceptos, y muy particularmente el exordio, á la de Fauchet y por supuesto enteramente cristiano. — J. M. G.

FELIU (Natal). Natural de las islas Baleares; abrazó el Órden del seráfico P. S. Francisco, y floreció en el siglo XVII. Habia estudiado con aprovechamiento, saliendo muy versado en Sagrada Escritura, y fué lector jubilado y calificador del tribunal de la inquisicion. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él: *El Mallorquin menor, quince sermones que predicó*, Mallorca, imprenta de Pedro Frau, 1677, en 4.°. — O.

FÉLIX (S.) obispo. Mereció por sus virtudes que el apóstol S. Pedro le enviase á predicar el Evangelio á diferentes provincias de Italia. Cumplió Félix con esta mision con el buen éxito que era de esperar de un Santo adiestrado en la divina palabra y lleno del espíritu de Dios; y el mismo Pedro le ordenó primer obispo de Como, cuya ciudad habia convertido al cristianismo. No se sabe si derramó su sangre por Jesucristo, pero es muy presumible que padeciese grandes trabajos, atendidas las terribles persecuciones que sufrió la Iglesia en el primer siglo. Lo cierto es, que eternizó su nombre, y que su memoria ha sido y es muy venerada no solo en Como, donde fué admirado como Apóstol, sí que tambien en toda la Italia. El Martirologio romano hace conmemoracion de este Santo en 14 de Julio. — J.

FÉLIX Y CONSTANCIA (SS.) mártires. Félix era sacerdote, y residia en Nocera, en Italia, y Constancia pertenecia á una de las familias mas distinguidas de la misma ciudad. El emperador Neron, en el año 69 de Jesucristo, les condenó á muerte por haber llegado á su noticia que pertenecian al gremio de Jesucristo, y la sentencia se ejecutó en 17 de Setiembre. El Martirologio romano los cita en 19 del mismo mes. — U.

FÉLIX (S.) obispo de la ciudad de Metz, en la Galia Bélgica. Fué sucesor de S. Celestino, que lo habia sido de S. Clemente mártir, discípulo de S. Pedro. Celoso obispo fué S. Félix, digno del renombre que se adquirieron sus antecesores. Amó á sus ovejas como un padre ama á sus hijos, y con su ejemplo y sus virtudes supo aumentar el brillo de la Religion sacrosanta en una época de triste recuerdo. Vivió Félix en el primer siglo de la Iglesia, siglo abundante en herejes y en herejías, siglo de prueba para los verdaderos cristianos que en medio de tantas calamidades, despues de trabajar incesantemente contra el error, combatiéndole sin tregua, venian á caer en ma-

nos de los idólatras que sedientos de sangre veian con complacencia aumentarse el fuego de las hogueras y multiplicarse los suplicios fraguados por la inaudita barbarie de los amigos de los ídolos. Bien es verdad que Nerva gobernaba cuando vivia Félix, y que Nerva fué tan humano como crueles habian sido sus antecesores; pero en cambio Félix tuvo que luchar, como quien dice, á brazo partido contra los innumerables sectarios que entónces se levantaron; los nazarenos, los ebionitas, los cerintos y otros varios cuya audacia habia llegado al colmo de la depravacion y de la malicia. Félix, celoso defensor de la moral de Jesucristo, inmediato y digno sucesor de los Apóstoles, habló, y con su boca de oro logró confundir á muchos de ellos, de modo que la razon puso la victoria en sus manos. Era por otra parte tan caritativo, que todo cuanto llegaba á poseer lo daba á los pobres; nada, absolutamente nada se reservaba para sí, y casi podríamos decir que se alimentaba de la Divina Gracia y del placer que experimentaba su corazon al hacer el bien. Despues de muchísimos años de haber trabajado en la viña del Señor con notable aumento de los fieles, descansó en paz en 21 de Febrero del año 102, mereciendo el título de Apóstol como á verdadero hijo y heredero de los Apóstoles en la piedad y en el amor á Jesucristo. Su cuerpo fué sepultado cerca de los de S. Clemente y de S. Celestino, y allí se mantuvo hasta que el emperador Enrique trasladó sus reliquias á Sajonia. Son innumerables los milagros que Dios ha obrado por intercesion de este Santo. El Martirologio romano le cita en el mismo dia en que murió.—J. M. G.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Verulo S.) mártir.

FÉLIX, presbítero, y Fortunato y Aquilo diáconos (SS.) mártires. El Martirologio romano en 23 de Abril dice, que estos Santos fueron enviados á Valencia de Francia por S. Ireneo, obispo de Leon, con el objeto de predicar el Evangelio; y que habiendo convertido á la fe católica la mayor parte de las gentes de aquella ciudad, fueron presos y encerrados en la cárcel por órden del capitan Cornelio; que allí les atormentaron cruelmente, azotándoles, rompiéndoles las piernas atadas á una rueda, á la cual daban vueltas con la mayor velocidad; y que por último les colocaron en el potro, donde para mas atormentarles encendieron fuego á fin de que el humo los sofocase. Todos estos martirios los sufrieron los Santos con heróica constancia, hasta que cansados los verdugos los degollaron en la misma cárcel. — E. A. U.

FÉLIX (S.) mártir. Este Santo floreció en el siglo III en África, donde predicaba con gran fruto el Evangelio. Indignados los paganos le prendieron, y presentado ante el juez confesó públicamente que era cristiano, por cuyo motivo éste le entregó á los verdugos para que le atormentasen, lo que hicieron sin compasion alguna, hasta que cansados le volvieron á la cárcel para acabar con él al dia siguiente; mas llegada la hora cuando fueron á

buscarle encontraron que ya habia espirado. S. Agustin en la exposicion que hizo al pueblo del salmo 107 en el dia de la conmemoracion de este Santo, 6 de Noviembre, refiere lo que acabamos de mencionar. — U.

FÉLIX (S.) presbítero y mártir. Residia este Santo en Sutri de Toscana, en aquella época de triste recuerdo en la cual el emperador Aureliano queriéndose distinguir entre todos los que le habian precedido dió aquel famoso edicto que puso en activo movimiento al genio destructor, y armó el brazo de los enemigos de todo lo bueno: edicto cruel que abrió la tumba á millares de víctimas inocentes, pero que afirmó al propio tiempo la belleza y el poderío del cristianismo; pues sabido es que la sangre de los mártires daba á cada paso nuevo vigor y nueva vida á la grandiosa obra del Salvador del mundo. En efecto, á cada gota de sangre que caia en el suelo, se levantaban millares de nuevos defensores, que libres de la venda que ofuscaba poco ántes su razon proclamaban la fe del Crucificado, atrayendo en pos de sí á sus familias, á sus amigos y á otros y otros muchos que abandonando el error se convertian en héroes de la cristiandad. No bien Félix tuvo noticia de la grande persecucion que se preparaba, llamó á todos los fieles de la ciudad y les habló con una elocuencia tan dulce, tan tierna y tan persuasiva, que todos los oyentes á la una proclamaron ser cristianos para hacerse dignos de una gloriosa muerte. Aun muchos de los que no pertenecian al gremio de Jesucristo quedaron tan penetrados de la verdad evangélica, que se apresuraron á buscar en las aguas regeneradoras del Bautismo su eterna salvacion. Llega en esto Turcio á Sutri, y este digno ministro de Aureliano, por odio á los cristianos y deseando granjearse la estimacion del tirano, emprende su mision bajo el carácter de verdadero verdugo. El primero que se presentó ante su tribunal fué el dichoso Félix: este hombre elocuente le habló palabras de verdad, pero Turcio cerrando su corazon á toda idea que no estuviese conforme con las suyas, despues de reconvenirle con la mayor aspereza le mandó que callase y ofreciese incienso á los dioses: «No haré « tal, contestó Félix: yo no reconozco mas Dios que el autor de todo lo « criado, al que vino al mundo para rescatar al género humano de la escla« vitud en que yacia, y que por esto murió clavado en la cruz que es la « señal de nuestra redencion.» En vano se esforzó el prefecto en convencerle; le condenó por fin á ser apedreado, y la sentencia se ejecutó extramuros en el año 257. Voló su alma al seno del Criador coronada con la aureola del martirio, y por lo mismo se halla continuado en el voluminoso catálogo de los Santos mártires en 23 de Junio. — E. A. U.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Ariston S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Genaro S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Nabor S.) mártir.

FÉLIX (S.) presbítero. Todos los autores que han tratado de este Santo se refieren á lo que de él mismo ha dicho S. Paulino. Sin embargo, Tillemont con su acostumbrado criterio observa, que podria dudarse de las maravillosas circunstancias de su vida, como que no están sostenidas en la autoridad de Paulino; pero que sus grandes milagros deben recibirse con la mayor veneracion por hallarse autorizados con testimonios incontestables. S. Félix fué natural de Nola, colonia romana, catorce millas distante de Nápoles. Su padre que se llamaba Hermías, y que era de nacion syrio, despues de haber servido bajo los estandartes de Roma compró allí varias tierras y fijó en ellas su domicilio. Tuvo en lo sucesivo dos hijos el uno Félix y el otro que llevaba su mismo nombre. Éste que era el mas pequeño, guiado por los impulsos de la vanidad mundana, siguió la carrera de las armas, fundándose en que era la mas propia para alcanzar honores y riquezas. Félix, verdaderamente feliz, anduvo mas acertado en la eleccion; prefirió el retiro y la vida austera de los cristianos, y en ella encontró lo que deseaba, una gloria que nunca perece. Á este fin distribuyó la parte mas preciosa de su patrimonio entre los pobres, y se ordenó de lector, exorcista, y últimamente de presbítero, recibiendo la dignidad del sacerdocio de manos de S. Máximo, obispo de Nola. Levantóse en el año 250 aquella cruel persecucion contra los cristianos, en la cual el emperador Decio hizo gala de su excesiva crueldad, ya para hacerse apreciable á los paganos, ó mas bien para seguir los impulsos de su corazon naturalmente sanguinario. Máximo que se vió cruelmente perseguido se retiró á los desiertos, no por miedo que tuviese á la muerte, sino por no dejar huérfana de padre á su grey (Véase Máximo S.); pero ántes de partir encomendó el cuidado de sus ovejas á Félix, porqué estaba bien persuadido que era el mas á propósito para libertarlas de las asechanzas de sus enemigos. Mas aconteció que no pudiendo los idólatras cebarse en la sangre del ilustre Máximo, descargaron todo su furor contra Félix. Prendiéronle, pues, y cargado de cadenas le llevaron ante el gobernador, quien dispuso que le azotasen sin compasion alguna, y luego le encerraron, tambien cargado de hierros, en un obscuro calabozo sembrado de pedazos de tejas, de modo que no tenia ni siquiera donde poner el pie que no se lastimase. En esto se le apareció un ángel cuyo resplandor iluminó aquella triste morada, donde poco ántes tan solo reinaban las tinieblas y el dolor, y rompiendo las cadenas al insigne confesor mandó que le siguiese, siendo conducido por los aires á un lugar donde halló á S. Máximo casi muerto de hambre y de frio. Félix apuró todos los medios imaginables para hacerle volver en sí, le estrechó entre sus brazos, procuró reanimarle con su hálito; pero todo era inútil. En estos apuros acudió á la oracion; oró con aquel fervor con que oran los Santos, y apénas habia concluido cuando

observó en unas zarzas un racimo de ubas que pudo alcanzar fácilmente con la mano; le cogió pues, y exprimiendo algunas de ellas en los labios del Santo logró que abriese los ojos y le reconociese. Máximo á su vez estrechó entre sus brazos á Félix, y bañado en lágrimas de ternura le suplicó que le llevase á su iglesia. S. Paulino describe esta escena con todo el fuego de su brillante imaginacion. Dos compañeros que se amaban entrañablemente, dos amigos de Dios, se hallan solos en el desierto sin auxilio humano, ámbos se cuentan sus cuitas, y á pesar del triste estado en que se hallan no desfallecen: la confianza que tienen en Dios todo lo suple. Félix sin vacilar toma al prelado sobre sus hombros, y atravesando malezas y peñascos no pára hasta llegar al palacio episcopal, donde le deja al cuidado de una piadosa anciana. Félix ántes de retirarse recibe la bendicion de su pastor, se traslada luego secretamente á su alojamiento, y allí permanece oculto rogando de dia y de noche á Dios por el bien de la Iglesia. Lo consigue por fin, pues con la muerte de Decio acontecida en 251 se restablece la paz. Lleno de júbilo aparece en público, y continúa animando á los fieles y convirtiendo á los gentiles con tan buen éxito, que indignados los satélites del culto impío se arman para prenderle. Salieron desdel momento en su persecucion, y habiéndole encontrado por el camino, como no le conociesen, le preguntaron por él. Félix no juzgó la pregunta digna de una respuesta directa; se concretó pues á contestarles que le era desconocida su fisonomía, y de este modo logró evadirse del peligro, ocultándose luego en el hueco de una antigua muralla casi arruinada. No hubiera sido por cierto segura su retirada á no haber mediado un prodigio que le puso á cubierto de toda pesquisa: tal fué el haber quedado cubierta instantáneamente la entrada por una telaraña. Sus enemigos, que reconociendo el error que habian padecido retrocedian para alcanzarle, pasaron por delante de aquel escondrijo que ni siquiera intentaron registrar, bien persuadidos que donde subsistia la telaraña no podia haber penetrado persona alguna sin romperla; así es que le buscaron en vano hasta que habiéndoles cogido la noche se marcharon sin alcanzar resultado alguno. Félix salió luego, y no muy léjos de aquel lugar descubrió entre las ruinas de dos casas un pozo muy antiguo; allí se metió, y allí vivió por espacio de seis meses recibiendo el alimento por mano de una devota cristiana. Finalmente, restituida de nuevo la paz por muerte del sucesor de Decio, dejó aquel triste asilo y se dirigió á la ciudad donde fué recibido como un ángel enviado del cielo para labrar la felicidad de los cristianos. Todos estos hechos extraordinarios los refiere el poeta S. Paulino de Nola en su poema XV, y segun Tillemont quedan confirmados con antiguos é irrecusables monumentos. Miéntras que Félix continuaba su piadosa tarea murió el obispo S. Máximo, y desde el momento las miradas de todos los

fieles se dirigieron á S. Félix, juzgando que era el único que podia reemplazarle atendido su celo para la propagacion de la fe, su inextinguible caridad y lo muy distinguido que era, por sus excelsas virtudes, del mismo Dios; mas el humilde Santo, considerando sin duda que aquel elevado cargo era superior á sus fuerzas, logró persuadir al pueblo que eligiese á Quinto, otro sacerdote lleno tambien de virtudes y mas antiguo que él. En efecto, Quinto entró á suceder á S. Máximo, pero respetó siempre á Félix como á padre y nunca se separó de sus consejos. Durante las persecuciones que habia sufrido la Iglesia le habia sido confiscado á Félix todo el resto del patrimonio que conservó para atender á la precisa subsistencia y al socorro de los pobres. Con este motivo aconsejáronle algunos que solicitase su devolucion que sin duda la obtendria; pero el Santo les dió por toda respuesta, que en la pobreza estaba mas segura la posesion de Jesucristo. Tampoco pudieron persuadirle que recibiese las dádivas con que le brindaban algunos poderosos. Contento con una poca porcion de tierra que poseia, la cultivaba con sus propias manos, la regaba con su sudor, y del producto aunque escaso se alimentaba y á veces aun le sobraba para socorrer la necesidad del indigente, en quien distribuia tambien las limosnas que aceptaba con este exclusivo y único fin. Cuentan, que era tan grande su caridad que si llegaba á poseer dos vestidos era seguro que daba siempre el mejor para vestir la desnudez del pobre, y que muchas veces cambiaba el otro por unos miserables andrajos. Este héroe de la cristiandad llegó á una dichosa senectud, entregando su alma al Criador el 14 de Enero, en cuyo dia le mencionan todos los Martirologios antiguos y modernos. Levantáronse en lo sucesivo cinco iglesias en honor del Santo en el mismo lugar donde fué primeramente enterrado fuera del distrito de la ciudad de Nola, y sus preciosas reliquias se conservan en la catedral, excepto algunas de ellas que fueron trasladadas á Roma, á Benevento y á otros puntos. El papa S. Dámaso manifiesta en un corto poema que compuso, que en una peregrinacion que hizo desde la capital del mundo cristiano á la ciudad de Nola para visitar el sepulcro de S. Félix, obtuvo por su intercesion el restablecimiento de su quebrantada salud. S. Paulino senador romano en el siglo V, esto es, cuarenta y seis años despues de la muerte de S. Dámaso, pasó desde España á Nola con el deseo de ser demandadero de la iglesia de S. Félix. Este mismo Paulino testifica, que durante la festividad de aquel Santo eran en gran número los peregrinos que iban de Roma, de toda la Italia y de otros paises mucho mas lejanos á visitar su sepulcro. Añade, que todos ellos iban provistos de algun presente para dejarlo en la iglesia, como por ejemplo velas de cera, ungüentos preciosos, ricos ornamentos ú otras alhajas tambien de grande precio: *bien que por mi parte*, dice, *me limité á ofrecerle el homenaje de mi lengua y de mi propia perso-*

na, *aunque la consideraba víctima indigna*. Paulino sin el menor esfuerzo, y siguiendo tan solo la relacion sencilla y llena de verdad, nos demuestra en los términos mas fervorosos y eficaces que cuantas gracias habia recibido del cielo las debia á la gran misericordia de Dios y á la intercesion de San Félix. Hace ademas una descripcion minuciosa de las pinturas santas de toda la historia del Viejo Testamento, que se hallaban colocadas en la misma iglesia, las cuales llenaban de un santo fuego á los que las miraban, y eran como otros tantos libros que instruian al ignorante. Causa á la verdad un dulce placer la lectura de los piadosos pensamientos que en la vista de cada una de aquellas nos ofrece S. Paulino. Igual entusiasmo infunde al relatar los grandes y numerosos milagros obrados sobre su tumba. Á su vista muchos enfermos recobraban instantáneamente la salud, otros quedaban libres de inminentes peligros, y finalmente muchos hallaban alivio en sus necesidades. De varios de estos prodigios habia sido testigo de vista S. Paulino, quien experimentó por sí mismo mas de una vez los saludables efectos del patrocinio del Santo. S. Agustin menciona igualmente varios milagros obrados en aquel lugar sagrado. Antiguamente estaba prohibido enterrar cadáver alguno dentro los muros de las ciudades, cuya órden vemos restablecida en nuestros dias; pero como la iglesia de S. Félix se hallaba situada extramuros de Nola, y por lo mismo no iba comprehendida en la prohibicion, muchos cristianos pretendieron ser enterrados en ella para que su fe y devocion le recomendase despues de su muerte á este Santo confesor. Consultó sobre este punto S. Paulino á S. Agustin, y éste en su libro *Sobre el cuidado por los difuntos* le contestó, demostrando que la fe y la devocion de semejantes personas les valdria despues de su muerte como los sufragios y buenas obras de los vivos aprovechan á los fieles difuntos. Véase el *Poema* de S. Paulino sobre su vida, confirmada por otras antiguas memorias auténticas citadas en el tomo IV de la obra de Tillemont, página 226, *Ruinart acta sincera*, página 256, y Moratori, *Anecd. lat.* Finalmente, fué tanta la celebridad que alcanzó el sepulcro de S. Félix en los primeros siglos de la Iglesia, que cuando algun reo ocultaba la verdad de un hecho le obligaban á jurar sobre el mismo sepulcro. S. Agustin lo menciona en la epístola 137, y añade, que él mismo envió desde África á la ciudad de Nola á un clérigo suyo llamado Bonifacio, á quien imputaban el crímen de estupro, á fin de que prestando su juramento sobre el sepulcro del Santo se manifestase la verdad, y si resultase delincuente purgase la infamia.—J. M. G.

FÉLIX (S.) obispo de Pavía. Fué tan celoso defensor de la fe del Crucificado, que por ella derramó su sangre en la misma ciudad de Pavía en el año 255. Los panegiristas de este Santo prelado nos encarecen la inocencia de sus costumbres, su grande humildad y sobre todo su amor hácia los po-

bres, asegurando que durante su glorioso pontificado no hubo necesidad pública ni privada que Félix no la remediase, ni sacrificio que no hiciese para libertar á sus ovejas de toda clase de calamidades. Los cristianos recogieron sus preciosas reliquias y las depositaron en la basílica del Salvador, que en lo sucesivo tomó su nombre. Segun el Martirologio romano su fiesta se celebra en 15 de Julio. — O.

FÉLIX, Sempronio, Hipólito y otros compañeros (SS.) mártires. Lo único que nos dice el Martirologio romano en 3 de Febrero es, que recibieron el martirio en África. Otro autor supone que derramaron su sangre en Cartagena de España en el año 270, que Félix segun se presume era obispo de dicha ciudad y que los demas servian en la misma iglesia. — O.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Saturnino S.) mártir.)

FÉLIX (Sta.) Entre muchisimas otras Santas que en la persecucion de Decio y Valeriano perecieron á la violencia de los mas crueles martirios fué esta, natural de Cerdeña, cuyos despojos mortales quedaron depositados hasta el tiempo de Constantino, en el cual fueron trasladados á su basílica, conservándose hasta 14 de Octubre de 1633 en que fué hallado su sepulcro en el grande depósito de mártires de Caller en medio de los pedestales y columnas; de cuya lápida destrozada en parte por los sarracenos que allí llegaron se conserva todavía un fragmento con la siguiente inscripcion: *A.... Disp... Centu.. Misi.... Felix.... Persu ,.. que vixit an..... Kal....* Y aunque del último solo se saca el sentido, y de lo demas solo el nombre, no ha de menester el lector otra exposicion ó declaracion. El cuerpo de esta Santa fué trasladado como todos los demas á la catedral de Caller, y como por razon de la destructora barbarie de los vándalos y sarracenos se ignora el dia de su triunfo, hoy no puede celebrarse otra cosa que su invencion y la traslacion del sagrado cuerpo á los 14 de Octubre. Es de notar que la mayor parte de estos santos mártires de Cerdeña pertenecen á los cuatro primeros siglos de la Iglesia; pero entre ellos hubo algunos intervalos favorables ó ménos turbulentos, de tolerancia ó de descanso. En el año 241 murió el emperador Maximino, á quien sucedió en el imperio Gordiano que vivió hasta el de 246, y es indudable que en estos cinco años de Gordiano estuvieron exentos de persecucion los cristianos hasta el punto de empezar á fabricar públicos oratorios. Murió este Emperador por obra de Felipe su colega el cual le sucedió en el imperio, y tomó por compañero á su hijo del mismo nombre, y habiendo gobernado siete años fueron muertos en el de 253, el uno en Verona y el otro en Roma. *Occisi sunt*, dice Baronio, *Philippi, pater et filius imperatores, ille Veronæ, hic Romæ, imperiumque invasit Decius qui mox Decium filium Cæsarem dixit.* Muerto Felipe sin saber que en su tiempo hubiese habido persecucion mas que la del mago en Egipto, comenzando

Decio su imperio, dió principio á la universal de la Iglesia, la cual duró hasta el año 262 en que murió el emperador Valeriano; y esta persecucion fué llamada de Decio y Valeriano emperadores, no porqué lo fuesen juntos, sino porqué dió principio á ella Decio y duró hasta el tiempo en que Valeriano acabó el imperio con la vida, y porqué muerto Decio, vencido en la guerra, despues del martirio de S. Fabiano papa, Galo tuvo el imperio, de quien dice Baronio: *Extincto jam Decio una cum filio... Gallus invasit imperium, filiumque Volusianum postea collegam sibi adsciscens Augustum creavit.* Éste si bien al principio, segun Dionisio de Alejandría, dejó gozar de alguna paz á la Iglesia, fué despues inquietando á los cristianos, prosiguiendo la persecucion que empezó en tiempo de Decio, dando martirio al pontífice Cornelio y á otros muchos cristianos en Roma y en otras partes. Pero tambien se puede decir que en aquella época tomó tambien Dios una venganza universal contra los gentiles, enviándoles guerras, pestes y afrentosa muerte á los emperadores, como muy acertadamente reasume el mismo historiador Baronio con estas palabras: *Numquam inultum fuisse Deum christianum sanguinem re ipsâ impletum est, occisis ipsis imperatoribus Gallo et Volusiano,* á los cuales inmediatamente sucedieron en el imperio Valeriano y Galieno, que no solo prosiguieron los crueles designios de Decio, que era acabar con la religion cristiana, sino que lo emprendieron con mayores brios, confirmando los edictos de Galo y de Decio con otros mas bárbaros y sanguinarios, ejecutándolos desde luego con los papas Lucio y Estévan primeros, y con otros innumerables Santos; pero Valeriano tuvo el pago segun merecia, pues fué desollado por órden del Rey de los persas, y salado vivo segun tambien lo refiere el referido historiador con estas breves palabras: *Valerianus imperator à Persis captus, et à Sapore rege persarum jussus excoriari saleque conditus.* Este terrible castigo infundió gran temor á Galieno su hijo, y escarmentado en cabeza ajena procuró tener propicios los cristianos, y escribió una carta á S. Dionisio y demas obispos ordenando que los infieles salieran de los lugares religiosos que poseian los cristianos, lo cual se entiende de los oratorios y pequeñas iglesias que en tiempo de Gordiano y Felipe habian levantado. Mas con todo esto no dejó Dios de castigarle por lo que con su padre habia cooperado en aquella persecucion; pues le dió guerras civiles y peste por diez años continuos, y á la fin acabó mal, muriendo con su hermano Valeriano y con sus hijos en Milan á manos de los amigos de Claudio, como dice el ya citado autor: *Galienus imperator una cum fratre Valeriano et filiis apud Mediolanum dolo Claudii occisus est.* Á éste eligieron los soldados del ejército por emperador, y aunque luego de hallarse en Roma comenzó á perseguir á los cristianos, duró poco la persecucion por la brevedad de su imperio, pues apénas habia empezado el segundo año cuan-

do por favor de los soldados fué hecho emperador Domicio Valerio Aureliano, cuyos padres y patria se ignoraban. Este Emperador reconoció al Pontífice romano por primado; y si bien en su tiempo padeció martirio San Félix papa y fueron perseguidos los cristianos en Roma, no consta que se extendiese esta persecucion por edictos á las demas provincias. Aunque por algun tiempo se portó bien del mal hecho tuvo su pago con su muerte dada por manos de los suyos en Tracia el año 278, y fué en lugar de Aureliano proclamado emperador Tácito, el cual mandó cesar la persecucion. Hemos querido trazar este breve cuadro de la persecucion para amenizar algun tanto con la pintura de la época las biografías demasiado monótonas de los Santos mártires que perecieron en la persecucion de Decio y de Valeriano, y para que el lector se forme una idea de la sucesion de los emperadores y de los que persiguieron á los cristianos con edictos generales; pues desde el año 241 al de 279 solo la de Decio y de Valeriano fué la universal, la cual se extendió á todas las provincias y en particular á la de Cerdeña, y porqué á esta época pertenece la Sta. Félix ó Felicia de este artículo. — N. A. T.

FÉLIX (S.) obispo de Espoleto. Imperaban Diocleciano y Maximiano cuando este Santo animado de un ardiente celo por la propagacion de la fe trabajaba incesantemente en la conversion de los infieles, alcanzando á cada momento nuevos prosélitos. Los paganos quisieron obligarle á tributar incienso á las falsas deidades, y como hubiese despreciado los edictos de los tiranos le atormentaron sin la menor compasion y concluyeron con darle la muerte; no se sabe en que año, pero segun el Martirologio romano su fiesta se celebra en 18 de Mayo. — O.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Zoelo S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Emilio S.) mártir.

FÉLIX (S.) diácono de S. Narciso y mártir de Gerona. Dan testimonio de este Santo el Martirologio romano, el breviario de Gerona, el de Barcelona, S. Antonino en su *Historia* de la vida de S. Narciso, César Baronio en su comentario sobre el Martirologio y Marco Valsero en la vida de Sta. Afra. No se sabe la patria de este Santo, pero se conjetura que fué la misma del glorioso obispo S. Narciso, pues le tomó por diácono é íntimo amigo suyo y compañero en la peregrinacion de sus trabajos; y así se le supone catalan y de la ciudad de Gerona La época en que floreció y murió era la tan tristemente famosa del imperio de Diocleciano. Huyendo S. Félix de la persecucion de aquel cruel príncipe, llegó con su maestro S. Narciso á Augusta, ciudad muy principal de Alemania, y los dos benditos Santos entraron, sin saberlo, en casa de una mala mujer llamada Afra, en donde se dice que Dios nuestro Señor obró por su medio grandes maravillas; y lo

fueron grandes el convertir en casa de Dios á aquella casa de pecado, pues fué convertida Afra con su madre Hilaria y tres criadas y compañeras que tenia en la maldad y tambien dos tios suyos. Habiéndoles instruido S. Narciso en la fe de Jesucristo, consagró por obispo á Zózimo tio de Afra, y volvieron los benditos Santos á España, donde hicieron grande provecho por la conversion y salud de muchas almas. Hallándose pues S. Narciso en Gerona celebrando el Santo Sacrificio, en el altar mismo en donde en el dia es venerado su sagrado cuerpo, fué muerto á cuchilladas por los gentiles, y con él nuestro bienaventurado S. Félix su diácono, permitiendo el cielo, que los que fueron constantemente compañeros en las fatigas de su ministerio lo fuesen asimismo en las glorias de su heróico triunfo. Acaeció su martirio en el dia 18 de Marzo del año del Señor 297 época en que imperaba Diocleciano. Despues de muchos siglos, convertida ya España al catolicismo y despues de la dominacion sarracena, cuando la venida del poderoso Carlomagno á Cataluña fueron hallados los cuerpos de los cuatro mártires Germano, Paulino, Justo y Scicio, junto con los de S. Narciso y su bienaventurado diácono S. Félix. De lo cual se colige, segun el sentir del autor de la *Historia general* de los santos del principado de Cataluña, Antonio Vicente Doménech, que dejando aquel Monarca en Gerona los otros cuerpos santos, se llevó el del bienaventurado S. Félix á su ciudad real de Paris, en donde fué tenido en gran veneracion. Esto lo apoya el citado Doménech en documentos auténticos, y en la autoridad de D. Berenguel obispo de Gerona, el cual á 20 de Julio de 1087 envió muchas reliquias al abad Sighardo y á toda la congregacion de S. Udalrico y de Sta. Afra, escribiéndole una carta referida por Marco Valsero, que transcribe íntegra el referido historiador Doménech, y que nosotros omitimos en obsequio de la brevedad. —J. R. C.

FÉLIX Y FORTUNATO (SS.) mártires. Estos dos Santos hermanos vivian en Aquileya en la época de la persecucion decretada por los emperadores Diocleciano y Maximiano. Habian abrazado con ardor Félix y Fortunato la fe de Jesucristo, y por lo mismo deseando alcanzar la corona del martirio no titubearon en denegarse á los mandatos de los Césares, bien resueltos á no hacer traicion á los principios que profesaban tan de veras. Prendiéronles los paganos, y presentados ante el gobernador mandó éste que fuesen conducidos al templo de Júpiter, y obligados á tributar incienso á esta mentida deidad, y que en el caso de resistirse les diesen un prolongado martirio. Los Santos léjos de intimidarse contestaron que ellos no adoraban mas que al Dios verdadero, y que en vano intentaban amedrentarles, porqué estaban dispuestos á sacrificar sus vidas ántes que faltar á sus deberes como á cristianos. Viendo, pues, que era imposible vencerles, los ataron de pies y manos, los pasearon por toda la ciudad para que sirviesen de mofa al popu-

lacho, y despues los colocaron al potro, aplicándoles hachas encendidas en los costados y bañándoles el vientre con aceite hirviendo. Mas Dios les libró milagrosamente de todos estos tormentos, conservándoles la vida para que pudiesen continuar sus alabanzas. Este triunfo indignó aun mas al tirano, quien por último dispuso que los decapitasen, como se ejecutó en la misma ciudad de Aquilea en 11 de Junio del año 249, dia en que los cita el Martirologio romano. — J.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Anastasio (S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Isauro (S.) mártir.

FÉLIX, Luciolo, Fortunato, Marcia y compañeros mártires. Hay quien supone que padecieron el martirio en Roma imperando Diocleciano; otros dicen que fueron martirizados en África cuando Decio empuñaba el cetro. Sus Actas se han perdido, y por lo mismo nada puede decirse de cierto sino que fueron continuados en el catálogo de los Santos como se lee en el Martirologio romano en 3 de Marzo. — O. A. R.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Cirilo (S.) mártir

FÉLIX presbítero y Eusebio monje (SS.) mártires. Era S. Eusebio un célebre solitario de Terracina, hombre elocuente y lleno de fe, que se dedicaba á predicar el Evangelio á los infieles con tan buen éxito que cada dia aumentaba el número de las conversiones. Guiado por su grande piedad dió sepultura á los cuerpos de los santos mártires Cesario y Julian, y esta buena obra bastó para que fuese citado ante el juez junto con S. Félix presbítero de la misma ciudad, amigo íntimo de S. Eusebio, y que bautizaba á todos los que este convertia. Despues de haberles interrogado, les intimaron la órden de que tributasen incienso á los dioses y como se denegasen abiertamente á este mandato fueron degollados en la misma cárcel en el año 300. El Martirologio romano los menciona en 5 de Noviembre. — O. R.

FÉLIX, Julia y Jucunda (SS.) mártires. Lo único que nos indica el Martirologio romano en 27 de Julio es que estos Santos padecieron el martirio en Nola. Se sabe que fué cuando imperaba Diocleciano, pero como se han perdido sus Actas ignoramos las circunstancias que mediaron en su gloriosa lucha. — J.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Marcial (S.) mártir.

FÉLIX y Adaucto (SS.) mártires. Veamos lo que dice el Martirologio romano: en 30 de Agosto se expresa así: «En Roma, en la Via ostiense, el triunfo de S. Félix presbítero, el cual en tiempo de los emperadores Diocleciano y Maximiano, despues de ser atormentado en el potro, fué sentenciado á ser degollado, y cuando le llevaban al suplicio le salió al encuentro un cristiano, el cual declarándose por tal, fué inmediatamente degollado con Félix. Ignorando los cristianos como se llamaba le pusieron por nombre

Adaucto, esto es; como añadido al martirio, porqué se habia juntado á S. Félix por compañero en la corona. » Á estas noticias del Martirologio romano se añaden las siguientes: Dícese que Félix tenia otro hermano llamado tambien Félix, tan felices ámbos en el nombre como en la vida que habian dedicado enteramente al servicio de Dios: que el primero fué preso por los paganos, y que llevado al templo de Serápis quisieron obligarle á que adorase á las falsas deidades; pero que apénas dirigió el Santo la vista al ídolo para observarle con indignacion, la inmunda estatua de metal cayó hecha pedazos; que lo mismo aconteció en los templos de Mercurio y de Diana; y que indignado el que presidia aquel acto mandó colocar al Santo en el ecúleo á fin de obligarle á fuerza de tormentos á que confesase de que hechizos se habia valido para derribar á las deidades. *El Dios verdadero es el que ha obrado el milagro*, contestó Félix con ánimo resuelto; *pues bien*, le repuso el juez, *yo te haré conocer el poderío de nuestros dioses*, y dispuso que inmediatamente le sacasen fuera de la ciudad por el camino que va á la via de Ostia, donde se hallaba un árbol de grande elevacion consagrado á los espíritus malignos, cerca del cual habia un templo. Allí le mandaron de nuevo que sacrificase á la deidad; mas el invicto Félix oró, y el árbol arrancado de raiz por una fuerza invisible cayó sobre el edificio y tuvo bastante fuerza para arruinarle hasta sus cimientos, demoliendo la estatua que en él habia, sin dejar de ella ni siquiera rastro; y que en este estado mandó el juez que degollasen á Félix. Durante la noche varias personas piadosas recogieron los cuerpos de los Santos mártires y los sepultaron en una grande hoya que habia dejado el árbol, de donde intentaron sacarles los gentiles; pero como aquel lugar quedó santificado desdel momento de haber recibido en su seno los inanimados restos de aquellos varones ilustres, nó pudieron conseguirlo porqué se sintieron atormentados hasta que renunciaron á su temeraria empresa. Mas adelante se edificó en el mismo paraje un magnífico templo consagrado á su memoria. El dichoso tránsito de S. Félix y su compañero aconteció hácia el año 302. Todo induce á creer que el culto de estos dos mártires es antiquísimo, y se confirma esta antigüedad por el epitafio puesto por S. Dámaso papa en el sepulcro de nuestros mártires, y que se lee en las obras de este Santo pontífice. El epitafio es como sigue:

¡ O semel atque iterum vero de nomine Felix
Qui intemerata fide, contempta principe mundi,
Confessus Christum, cœlestia regna petisti!
¡ O vere pretiosa fides, cognoscite fratres,
Qui ad cœlum victor pariter properavit Adauctus!
Presbyter is verus, Damaso rectore jubente
Composuit tumulum sanctorum leninia adorans.

Hablan de estos Santos no solo Adon, Beda y Usuardo, sino tambien el sacramentario de S. Gregorio *el Grande* y otros muchos antiguos Calendarios en donde se hace conmemoracion. En cuanto á sus cuerpos, Sausario en el suplemento del Martirologio galicano consigna lo siguiente: *In monasterio Sancti Petri de Ferrariis diœcesis senonensis, veneratio sanctorum corporum beatorum martyrum Felicis et Adaucti, hodie extremo agone via Hostiensi per acto Romœ triumphantium, quœ integra huc transvecta ibidemque reposita cultu prœclaro honorantur.* Bucelino empero en el Sagrario benedictino, despues de haber expuesto brevemente el martirio de nuestros Santos, añade: *Quiescunt hi sancti duo in Andechs* (este monasterio está en Baviera, llamado por otro nombre, *Mons sanctus*, y en lengua del pais Heiligen-berg). *Sed de utroque corpore contendit monasterium terrariarum.* Mabillon en sus anales benedictinos, hablando de la emperatriz Ermengárdis, escribe estas palabras: *Hœc Sancti Sixti ac Sanctorum Felicis et Adaucti reliquias á Leone IV sibi concessas Roma attulisse et in suo monasterio collocasse traditur, epitaphio non obscure attestante.* Aquel monasterio se halla en la Alsacia. Asegura ademas Seleucio que algunos huesos ó cortos restos de los santos Félix y Adaucto se veneraban en la iglesia de Sta. María *ad Gradus*. Y por último, Piazza en su Hemerologio sacro de Roma afirma que el brazo de San Félix se conserva en esta última ciudad en la iglesia de S. Lorenzo *in Lucina*. Varios son, pues, los pareceres acerca del lugar en donde se hallan estos cuerpos santos, y al exponerlos tales como los encontramos nos faltan datos suficientes para resolver la cuestion. Es de advertir que la villa de Villafranca del Panadés reconocida á los favores que ha recibido por intercesion de S. Félix le venera con particular devocion celebrando todos los años su fiesta con gran pompa y regocijos públicos. — J. M. G.

FÉLIX obispo, AUDATO y GENARO presbíteros, y FORTUNATO y SÉPTIMO, lectores, (SS.) mártires. Promovió el emperador Diocleciano la cruel persecucion, destinada á diezmar á los cristianos, ó si hubiese sido posible extinguir hasta la memoria del establecimiento de la Iglesia. Triste es decirlo: un crecido número de los que militaban bajo la enseña del Crucificado, hombres débiles y pusilánimes, se apresuraron á entregar á los gentiles los Libros Santos para sustraerse del furor de aquella persecucion. Félix, obispo de Tibara en la provincia proconsular de África, y los demas Santos que con él se nombran, bien cimentados en la fe, despreciando toda clase de peligros, y deseando dar una buena leccion á los que preferian la vida á la gloria del martirio, se resistieron resueltamente á las reiteradas órdenes de los gobernadores para que entregasen el sagrado depósito. El magistrado Magniliano ó Magdeliano mandó prenderles, y habiéndoles hecho comparecer á su tribunal les reconvino severamente por su resistencia. No:

contestaron los Santos, no entregarémos la ley establecida por nuestro Divino Maestro y escrita para ser transmitida á las generaciones. Manda arrojarnos á la hoguera, pereceremos abrasados, pero nunca haremos traicion á nuestros principios que son inmutables. Magdeliano viendo su constancia los envió ante el procónsul, que á la sazon se hallaba en Cartago, y éste despues de algunos dias de tenerlos encarcelados les mandó cargados de cadenas á Italia. Difícil es pintar lo mucho que sufrieron durante el viaje de parte de los encargados de su conduccion, quienes nada omitieron para hacer mas penosa á los Santos aquella travesía: denuestos, injurias, golpes, todo lo apuraron; y los inhumanos para colmo de la infamia llegaron á privarles por espacio de cuatro dias de toda comida y bebida con el objeto sin duda de que fuesen víctimas de los horrores del hambre, hasta que por fin llegaron á Agrigento en Sicilia, y de allí los trasladaron á Venosa, en la Pulla, donde redoblando los tormentos intentaron vencer su constancia. Nosotros hemos escondido los libros, repetian los Santos, pero jamas descubriremos donde se hallan. Tanta heroicidad de parte de unos hombres extenuados por las fatigas, bárbaramente lastimados por los tormentos, acabaron de convencer al prefecto de que no habia medio humano capaz de vencer su resistencia. Morireis, les dijo por último; y en efecto les condenó á muerte, cuya sentencia se ejecutó sin dilacion en el año 303: no sabemos si fué en el dia 24 de Octubre en que la Iglesia celebra su fiesta. Félix que contaba cincuenta y seis años de edad dijo en altas voces que Dios le habia conservado íntegra su pureza y que á él debia el celo y el ardor con que predicaba las verdades enseñadas por el Salvador del mundo. — E. A. U.

FÉLIX (S.) mártir de Gerona. Son tantas las versiones que se han dado sobre la vida de este Santo, sobre si era ó no hermano del glorioso S. Cucufate, y si vinieron juntos desde África á España, que difícilmente podríamos averiguar lo mas cierto á no existir las actas del mismo Santo, de las cuales se sirvió el Dr. D. Francisco Dorca para escribir su extensa y erudita disertacion, insertada en su *Coleccion de noticias para la historia de los santos mártires de Gerona*. En ella refiere la vida de S. Félix fundado en sus mismas Actas y en otros varios documentos; á la cual daremos nosotros alguna mas extension para no defraudar á nuestros lectores de varias noticias importantisimas que se hallan en las notas de la misma disertacion, las cuales no podemos ni debemos insertar íntegras, ya porqué no se nos imponga la nota de plagiarios, ya porqué de una disertacion puede componerse una biografía, pero nunca la disertacion entera puede ser considerada como un artículo meramente biográfico, y finalmente porqué el círculo de una obra como la nuestra exige que seamos algo parcos en nuestras narraciones á fin de que no se haga interminable. S. Félix nació en Scilita ciudad de África,

célebre por los muchos mártires que antiguamente dió á la Iglesia. Era hijo de nobles padres y de esclarecida familia y siguió la carrera de los estudios en la ciudad de Cesárea, metrópoli de la Mauritania, donde se dedicó á las letras humanas, distinguiéndose tanto por su aplicacion como por sus bellas disposiciones. En aquella época los emperadores Diocleciano y Maximiliano promovieron la cruel persecucion que afligió extraordinariamente á los cristianos en España y que tanto dió que hablar aun en los pueblos mas lejanos. Supo Félix la mucha sangre que se derramaba en todos los pueblos, el valor con que los dichosos mártires confesaban la fe del Crucificado, y la constancia con que sufrian los inauditos tormentos inventados por los satélites de la idolatría. Estas noticias le hicieron entrar en el deseo de alcanzar la palma del martirio, y este deseo fué tan vehemente que no vaciló en abandonar á sus padres, á sus parientes, á sus amigos, y el aliciente de los estudios; en una palabra, todo cuanto podia apreciar en el África para recoger la brillante aureola con que Dios convidaba á los que morian por la fe. Embarcóse pues en una nave mercante que iba á España, y habiendo llegado á Barcelona se dirigió á Ampúrias, donde se detuvo algun tiempo para animar á los fieles, convertir á los gentiles y conducir á unos y otros por la senda del verdadero heroismo. Grandes fueron entónces sus trabajos, dilatadas sus conquistas, y sazonado el fruto con que enriqueció aquella ciudad. De allí se trasladó á Gerona, á esa inmortal Gerona que con el transcurso de los siglos se ha hecho acreedora á este renombre, porqué podemos decir sin exageracion, que rivalizando con todos los pueblos antiguos y modernos de nuestra España en lealtad, en valor y en patriotismo, no hubo ni ha habido época que no añadiese nuevos timbres al escudo de sus armas. En esta ciudad de héroes fué en donde Félix estableció su residencia, fervorizando con su ejemplo y sus palabras á todos los cristianos, catequizando á los que no conocian y deseaban conocer la verdad evangélica, ablandando los corazones empedernidos, quitando la venda de los ojos de los alucinados, y haciendo apreciar cual se merecia nuestra sacrosanta Religion. Era tal el celo que desplegó, tal su fervor y tan grande el caudal de doctrina que salia de sus labios, que era tenido y venerado por todos los buenos como doctor, apóstol y profeta. Así lo expresan las Actas con estas terminantes palabras: *Quem non tantum negotiatorem habebant qui dando terrena Cœlestia comparabat; verum etiam Apostolum eum aut unum ex Prophetis appellabant, qui viam salutis omnibus demonstrabat.* Tanta excelencia, tal bondad no podia pasar desapercibida á la vista del enviado del presidente de las Españas. Rufino, que así se llamaba este comisionado, ciego ejecutor de los mandatos de Daciano, mandó prender á Félix, y habiéndole hecho comparecer á su tribunal tentó ante todo inducirle á que abjurase la fe del Crucificado; mas viendo

que se cansaba en valde y que todas las promesas y halagos eran despreciados con noble desprendimiento y que las respuestas que daba eran hijas de la íntima conviccion en que el Santo estaba, echó mano del rigor, haciéndole azotar con varas cruelisimamente. Fatigados ya los verdugos le ataron de pies y manos y le echaron en un hediondo y obscuro calabozo, donde le dejaron abandonado sin darle de comer ni beber para que pereciese de hambre y sed; pero Dios conservó su vida milagrosamente. Pasados algunos dias mandó Rufino traerlo otra vez á su presencia, é intentó de nuevo seducirle creyendo sin duda que lo pasado le serviria de leccion para lo venidero; pero se engaño: Félix continuó alabando á Dios y despreciando las falsas deidades, por cuyo motivo Rufino mas indignado que nunca dispuso que le cargasen de pesadas cadenas y que le arrastrasen por las calles de la ciudad atado á la cola de indómitos brutos. Ejecutóse exactamente esta bárbara sentencia: el Santo la sufrió con la mayor resignacion, dejando sembrados todos los puestos por donde pasaba de reliquias de su precioso cuerpo, pero no murió; y despedazado como estaba fué echado otra vez en las tinieblas del inmundo calabozo. Allí le visitó un ángel que le llenó de resplandores y le curó de todas sus heridas. Al referir este acontecimiento tenemos á la vista sus Actas, y creemos vivamente que somos verdaderos intérpretes de lo que ellas dicen. Los gentiles á su modo de ver arrojaron á la cárcel un cadáver, pero al dia siguiente encontraron un vivo, animado por la fe y fortalecido por la Divina Gracia; pero eran ciegos y no veian lo que debian ver, esto es, el milagro de la Divina Omnipotencia. Vieron, sí, á Félix triunfante y dispuesto á sufrir nuevas pruebas para que fuese mayor la confusion de sus perseguidores. Estas cabezas delirantes, que poco ántes buscaban un cadáver, se alegraron de encontrar un vivo, y que fuese un cristiano, para hartarse de su sangre. La grandeza del prodigio quedó borrada en ellos con la idea de la muerte, de la desolacion y del exterminio. ¡Insensatos! Este Félix con quien hablais, este Félix que contesta á vuestros sarcasmos con palabras de amor, de dulzura y de caridad, está destinado á reinar á pesar vuestro para rogar por vosotros, para daros paz y felicidad; pero los obcecados ni aun creian lo que veian, y como quien dice, arrastrando al Santo ante las aras de los ídolos quisieron obligarle á que les tributase adoraciones y servicios. ¿Acáso Félix debia ser tan ingrato, que olvidando los beneficios celestiales inclinase su vista hácia las tinieblas? no, mil veces no: era un Santo y como á Santo alabó á Dios y desechó los nuevos ofrecimientos, porqué nada hay en el mundo que pueda compararse con la gloria inmortal. Abrió, sí, los labios para pronunciar palabras divinas, para alabar á Dios, para convertir á los que ciegos en su frenesí le insultaban de obra y de palabra, y á estos era á quienes dirigia de cuando

en cuando algunas miradas de compasion sin poder nunca fijarlas ante aquellos inmundos simulacros levantados del cieno por la brutalidad y la ignorancia. Pero cuanta mayor era su ternura, tanto mas aumentaba la furia de los paganos, quienes desesperados le rasgaron las carnes con garfios de hierro, colgándole por último cabeza abajo; y habiendo permanecido en esta penosisima posicion desde la hora de tercia hasta el anochecer, dicen sus Actas, sin dar muestra alguna de dolor, le volvieron á la cárcel en el estado mas aflictivo que darse pueda; pero Dios que le tenia siempre de su santa mano le consoló con largueza. Apareció en el paraje donde descansaban los fatigados miembros del Santo una brillante luz celestial, y oyéronse suaves y melodiosos cánticos que llenaron el aire de angélica armonía, siendo testigos de este milagro, segun refieren sus Actas, las mismas guardias que allí estaban. Éstas atónitas con aquel suceso corrieron á participarlo á Rufino, quien en el colmo de la desesperacion por verse vencido de la tolerancia y firmeza del Santo ordenó que atadas atras las manos le precipitasen al fondo del mar. Para cumplir esta órden era necesario conducirlo á cinco leguas del lugar donde padecia los tormentos, que es la menor distancia que hay desde la ciudad de Gerona á la primera playa. Esta circunstancia no la mencionan las Actas; así es que algunos escritores se han valido de aquella falta para impugnar hasta cierto punto la autenticidad de las mismas; pero el sabio y erudito Dorca prueba hasta la evidencia su autenticidad, y á fin de desvanecer el mal efecto que pudo haber causado la falta de explicacion en este punto se vale de la tradicion, añadiendo algunas reflexiones de gran peso y que sirven para aclarar la verdad histórica. Sobre este pasaje, dice, del martirio de nuestro Santo, que tiene el apoyo de seis documentos de mucha antigüedad, referidos y extractados en el § III, nota X, hacen los Bolandianos el reparo de la distancia que hay de Gerona al mar (que dicen es mas de siete leguas, pero en realidad no pasa de cinco); pareciéndoles inverosímil que fuese el Santo llevado á tal distancia, cuando es bien notorio que á los mártires les hacian á veces los tiranos andar distancias mucho mayores para atormentarlos. S. Vicente diácono y su obispo S. Valerio fueron llevados para este fin de Zaragoza á Valencia. S. Ignacio mártir desde Antioquía de Asia por un rodeo de mas de 300 leguas fué conducido al anfiteatro de Roma para ser allí devorado de las fieras. El mismo compatriota de S. Félix, S. Cucufate, que padeció en Barcelona y le mandó Rufino degollar, fué llevado á ocho millas de distancia para degollarle: lo que parece no fué sino para dar al Santo un nuevo tormento con la fatiga de este viaje. En órden á S. Félix, consta que Rufino quiso tambien en el decurso de su martirio darle este género de tormento, como se lee al fin de sus Actas en el pasaje que está puesto arriba § III, nota XI, núm. 1.°: *Jussit carnifici-*

bus ut eum usque ad ossa exungularent, et longinqui itineris labore consumerent. Con lo que se hace mas verosímil y creible que para mandarle echar al mar no repararia en lo que dista de Gerona; ántes bien que con la misma mira de añadir la fatiga del viaje á sus tormentos le hizo llevar á cinco leguas de distancia para arrojarle al mar de *S. Feliu* que llaman de *Gulxols*, donde es antigua tradicion que fué arrojado. Y el largo camino con que, despues que salió libre del mar, mandó que le fatigasen no parece ser otro que el de la vuelta del mar de *Gulxols* á Gerona; y aun hay opinion de que murió en este viaje como insinúa Pujades en su Crónica lib. IV, cap. 75. Por lo ménos las *Actas* suponen que el Santo no murió en Gerona porqué dicen que despues de muerto fué llevado ó *devuelto* á Gerona su sagrado cuerpo: *Revocatur corpus beatissimi Martirys Gerundam: : :* como está arriba en el § III, nota XII, núm. 1.°. De ahí se demuestra claramente, que en el decurso de su martirio fué llevado el Santo fuera de Gerona, y no parece pueda adaptarse sino al viaje para echarle al mar lo que bastaba ciertamente para hacer verosímil y creible á los Bolandianos este pasaje, y que fué llevado S. Félix por el mar de *Gulxols* donde es antiquisima tradicion que lo arrojaron. Parece que estos críticos ignoraron la susodicha tradicion; y que en órden á haber sido echado nuestro Santo al mar de *Gulxols* no tuvieron mas noticia que la que mencionan de Tamayo, en su nota (h) de las Actas. Pero la desconfianza y poco crédito que suele merecerles este autor y el no haber visto á Pujades que solo citan bajo la fe y palabra de Tamayo, fué sin duda el motivo de sus reparos ó sospechas en este punto sin embargo de ser conforme á una antigua y constante tradicion, de que no solo hizo memoria el referido Pujades en dicho cap. 75 del lib. IV, sino tambien dos insignes críticos Pedro de Marcá y Nicolas Antonio. Éste en su *Censura de Historias fabulosas lib. IV, cap. IV*, § 8 da por cierto y asertivamente dice, que Félix fué arrojado al mar, como quiera que se hace cargo de ser Gerona ciudad mediterránea; y refiere allí dicha antigua tradicion, que desde Gerona fué llevado al mar junto á *Gulxols*, como tambien la menciona el expresado Marcá en su *Marca Hispánica* lib. II, cap. XV, núm. 12, añadiendo, que la antigua *Jecsális*, en cuyo mar es tradicion que fué arrojado S. Félix, tomó por este motivo la denominacion de S. Feliu que llaman de *Gulxols*, nombre corrompido de *Jecsális*, que en los instrumentos posteriores segun nota el citado Marcá se llamó corruptamente *Guixális*, y de ahí *Guixals* y *Gulxols*. Y concluye Dorca de este modo, con alusion á este pasaje de haber sido el Santo arrojado al mar: suele representarse en algunas de sus imágenes con una rueda de molino atada al cuello; cuya idea pudo sacarse del Evangelio *(Matth 18. 6. Mac. 9. 41.)* sin embargo de no leerse esta circunstancia en los monumentos antiguos de la historia de nuestro mártir;

pero como en ellas consta que fué arrojado al mar para sumergirle, se pinta de aquel modo para significar ó representar este pasaje de su martirio. Y esta pintura habrá dado motivo y ocasion á algunos escritores que lo refieren con la expresion de dicha circunstancia que como quiera importa poco. Hasta aquí el erudito Dorca. Volvamos á nuestra narracion que harto hemos dicho ya por ahora sobre un punto tan controvertido y que tanto ha dado que sospechar á los críticos. Los verdugos de Félix ejecutaron exactamente lo que se les habia mandado. El Santo debia encontrar en el mar su sepultura; pero no aconteció así porqué faltaba todavía un milagro que obrar para coronar su martirio. Luchaba ya Félix con las olas cuando se le apareció un ángel que rompiéndole las prisiones le levantó, caminando juntos sobre el inmenso piélago como quien anda en tierra firme hasta llegar á la playa. Esto era decir á los gentiles: ¡estais locos! ¿no veis que el verdadero Dios le protege?; pero estaban ciegos y no veian, tenian oidos y no percibian aquellas palabras dulces que penetran hasta el corazon del hombre mas obcecado: aquellas palabras consignadas en el gran libro de la Sabiduría, paz y bienandanza, virtud y amor. Cerraron el juez y los verdugos los oidos á la razon, y sus ojos permanecieron constantes en las tinieblas; no vieron mas que una víctima á quien sacrificar, y no oyeron otra voz que la de sangre y exterminio. Estaban acostumbrados á los espectáculos horrendos y á sonreir á la vista de las víctimas que sacrificaban á su furor. Los crueles azotes, el hierro desgarrador, el abismo de los mares, el potro, el fuego y el plomo derritido eran otros tantos instrumentos de que se valian para afligir á los Santos; pero viendo que el hierro se ablandaba, que el voraz incendio perdia su fuerza, que el plomo se convertia en baño suave, que los mares presentaban una superficie sólida y segura para los Santos, en vez de reconocer unos portentos tan extraordinarios, buscaban nuevos é inauditos medios de hacer mas penosa la situacion de los martirizados. Félix salió libre y triunfante de todas las pruebas: caminó sobre las aguas hasta llegar á la playa, y el tirano mandó que le desgarrasen otra vez los costados, dándole ocasion á un nuevo triunfo; pues como dicen sus Actas no por esto quedó vencido el glorioso mártir, cuyos tormentos le aseguraron la victoria, y la muerte la immortalidad. Las actas del glorioso S. Félix no dicen cuando, de que modo, ni el lugar donde murió; y esto ha dado lugar á varias interpretaciones mas ó ménos verosimiles. Ambrosio de Morales en su *Crónica General* lib. X, cap. II supone, que S. Isidoro opinó que S. Félix habia muerto degollado en la cárcel. Doménech, Feliu, Padilla y otros escritores no han dudado en afirmarlo por respeto sin duda á S. Isidoro. Gerónimo Pujades en el lib. IV, cap. 74, refiere lo que han dicho Morales y los otros autores que hemos citado, y al propio tiempo hace mencion del breviario de Barcelona y de S. Antonino

de Florencia que dicen, que Rufino le hizo atormentar de nuevo al salir del mar rasgándole otra vez los costados con uñas de hierro y que murió en este tormento haciendo oracion á Dios; pero no se decide por ninguna de estas opiniones: bien que en el capítulo siguiente parece inclinarse por la que expresa que murió en el tormento ó en el viaje de vuelta del mar á Gerona. Las palabras de Pujádes son estas: *Tambien dicen que el sitio donde murió S. Félix, volviendo del mar á Gerona, fué en el camino de arriba, en la aldea que hoy se llama Penádes ó Panédas. Y tengo relacion de personas fidedignas que en testimonio de esto usan en Gerona, cuando hay necesidad de lluvias, llevar á bañar la cabeza de S. Félix en devota procesion al mar de Guixols; y que pasando por Penádes hacen estacion y oracion en la iglesia de aquel pueblo, porqué se ha visto milagrosamente no querer dejarse pasar el Santo sin que primero hagan allí la estacion; que es indicio bastante, que acredita lo que dejo dicho del sitio de su muerte.* Si la otra opinion dice Dorca tuviese el apoyo de S. Isidoro seria en efecto respetable su autoridad; pero prescindiendo de si el Misal y el Breviario mozárabe y que cita Morales son obras tan propias de S. Isidoro como opina Baronio contra el dictámen mucho mas fuerte de otros críticos, y lo que se ha demostrado en el § I ó discurso preliminar, es positivo que dicho Misal y Breviario solo dicen que el Santo sostuvo con animoso pecho todos los tormentos; y que despues de haber sufrido penas y cadenas, azotes y garfios ó uñas de hierro, pasó de este mundo á moradas celestiales; sin expresar entre sus penas las espadas, ni dar otro indicio de degüello, ántes bien indican mas presto que murió de resultas de los referidos tormentos (1). Tampoco está expresado el tal degüello en el Misal isidoriano ó mozárabe; sino que vencida la insana crueldad del tirano, mandó echar al Santo en la cárcel y matarle: *Insaniens itaque victa crudelitas Sanctum interfici jubet carcere trusum;* como así se lee en la oracion *Post Sanctus* de la misa de S. Félix: lo que, ademas de no expresar el degüello, y sí que únicamente Rufino mandó matarle, se comprende muy bien con lo que dicen las Actas y el Martirologio citado en el § III, nota XI, que despues que el Santo salió libre del mar mandó Rufino atormentarle de nuevo hasta que muriese; pues con esto se verifica que mandó matarle como dice la citada oracion. Y pudo muy bien ser atormentado dentro la misma cárcel y muerto allí á la violencia de los tormentos. Las actas de Tamayo en su martirologio, que tambien refieren que el Santo murió degollado, son modernas y formadas del martirologio de S. Adon con alguna mezcla de las antiguas actas de S. Félix; pero discrepan de uno y otro de

(1) Omnia tormenta forti præcucurrit pectore,
Postque pœnas et catenas, ungulas, ac verbera,
Carnea claustra relinquens, migrat ad Cælestia.

estos documentos en órden al expresado degüello, que ni se lee en las citadas Actas, ni en dicho Martirologio; como ni tampoco en el de Floro, de Notkero, de Usuardo, el fuldense y el romano, que son siete instrumentos autorizados y contestes de que S. Félix murió en los tormentos. Los Padres bolandianos reconocen y dan por cierto que el mismo Tamayo es el autor de las mencionadas actas de su Martirologio; ni las tienen por dignas de ninguna atencion. = *Quæ suo marte compilavit Tamaius observatione digna non sunt.* = Este es el juicio y censura que hacen de ellas el dia 1.° de Agosto en el comentario de S. Félix § III, núm. 23. El precioso cuerpo de S. Félix fué sepultado en Gerona y venerado con gran respeto y culto de los pueblos así naturales como extranjeros, como luego veremos. Este hecho sobre el cual á nosotros ya no nos cabe la menor duda, en vista de lo que hemos leido y lo que hemos visto, ha sido contestado tambien con tenaz empeño, intentando la ciudad de Narbona disputar esta gloria á los gerundenses; pero en vano. Dorca ha tenido presentes un gran número de documentos y otras pruebas que le han dado materia suficiente para desvanecer lo que los narbonenses daban como á principio fijo y sentado. Permítasenos trasladar tambien íntegro lo que dice sobre el particular en el apéndice VII de su disertacion, porqué contiene varios pormenores que en vano buscaríamos en otro escritor que no fuese el erudito Dorca, y porqué por otra parte nos aclara el año en que murió este invicto mártir de la fe. Dice así: « Francisco María Florentini censuró á S. Adon por haber puesto « al fin de su elogio de S. Félix el dia de las nonas de Agosto, entendiendo « que lo puso como si fuese el dia de la pasion ó martirio; pero le defien- « den los bolandianos en su comentario de S. Félix (1) diciendo, que no hay « motivo de que Florentini censure á S. Adon en esta parte cuando su « mente y expresion no es que S. Félix padeció martirio, sino que fué se- « pultado el dia de las nonas de Agosto. » Puede verse este pasaje en el § III, nota XII, n.° 2. Y con efecto, el mismo S. Adon que le refiere sepultado en Gerona á 5 de Agosto pone su pasion en el dia primero como los demas Martirologios ya desde los antiquisimos que llaman *geronimianos*. Ni el espacio de cuatro dias que en este supuesto mediaron entre la muerte y la sepultura del Santo debe extrañarse, cuando vemos que en otros mártires fué mucho mayor; y en las actas de S. Bonifacio, que trae Ruinart entre las Selectas, leemos que su pasion fué á 14 de Mayo en Tarso de Cilicia, y su sepultura en Roma á 5 de Junio. En nuestro S. Félix precisamente hubo de mediar algun tiempo si es que los últimos tormentos se le dieron en el mis-

(1) § II, núm. 12. = Non est quod Adonem hic arguat Florentinius dum ita intelligitur, ut Nonis non passum velit S. Felicem, sed sepultum.

mo lugar de Guíxols, donde sucedió el lance del mar, y si murió en ellos ó en la vuelta de allí á Gerona como insinúa Pujádes. Lo que parece cierto es, que aunque el Santo fué sepultado en Gerona no murió en ella; pues que las Actas despues de referida su muerte prosiguen diciendo, que su sagrado cuerpo fué conducido ó mas bien devuelto á Gerona, como ya se ha dicho en el apéndice V. En cuanto al año del martirio, los continuadores de Bolando notan á la márgen del principio de su comentario de S. Félix que fué bajo Diocleciano = forte anno CCCIV. = Domingo Georgi en sus notas á la nueva edicion que hizo del Martirologio adoniano dice redondamente, que S. Félix padeció en el año de 304. Lo mismo Nicolas Antonio en su censura de list. fab. (1) Y en realidad parece cierto que fué su martirio en dicho año 304 por los motivos expresados en el Artículo preliminar sobre la persecucion de Diocleciano, desde el número 2 hasta el 12. Allí se demostró con la autoridad de las actas de S. Sabino obispo, que trae Baluzio en el tomo I Miscellan. que el primer decreto de persecucion en Italia donde imperaba Maximiano fué á 30 de Abril del año 303; y que por consiguiente no empezó hasta entónces la persecucion en el Occidente, ó en las provincias sujetas al imperio de dicho Maximiano, á las cuales se fué propagando desde la Italia mas ó ménos pronto segun la mayor ó menor distancia. Por lo tocante á España, siendo esta Provincia la mas occidental del Imperio romano y habiéndose propagado á ella la persecucion, no por cartas de aviso como en otras partes sino viniendo en persona Daciano; una y otra de estas circunstancias, así de la distancia como del viaje de Daciano, pedia mayor espacio de tiempo, y no es fácil que su arribo fuese ántes de muy adelantado el año de 303, ni que pudiese estar en Zaragoza no digo á mediados de Abril de dicho año en que algunos ponen la pasion de los XVIII mártires (2), cuando aun no habia dado Maximiano su primer decreto de persecucion; pero ni tampoco á principios de Julio para enviar de allí á Rufino con la comision de martirizar á S. Félix en Gerona, como expresan sus Actas. Así lo conjetura Papebroquio en el Abril bolandiano en el dia 16 donde trata de los referidos XVIII mártires cesaraugustanos, diciendo en el n.° 2 del *Comentario* que el arribo de Daciano á España fué por el otoño ó cerca del invierno. = *Anno jam in hyemem declinante.* = En los números 3 y 4 dice, que las primeras víctimas de Daciano en Zaragoza fueron los innumerables mártires del dia 3 de Noviembre. Y en el n.° 5 concluye, que la pasion de los XVIII fué por el Diciembre de dicho año 303; y que no sabe atinar por cual motivo les pusieron los martirologistas en el Abril, cuando el antiquísimo Martirologio ge-

(1) Lib. IV, cap. II, § 34.
(2) El P. Risco continuador de la *Esp. Sag.* tom. XXX, pág. 259, n.° 33.

ronimiano, por ignorarse el dia de su pasion, como dice en el n.° 4, les puso en el mismo dia que á S. Vicente. El sabio Ruinart tambien opina que el martirio de estos Santos fué por el invierno del año 303, ó cerca del año 304, como nota en la márgen del himno de Prudencio que trae copiado en su Coleccion. Ello es innegable que la persecucion de Daciano en Zaragoza no pudo principiarse á mediados de Abril, en que aun no habia empezado en Italia, ni todavía Maximiano la habia decretado. Y por esto y las demas razones alegadas me confirmo en la susodicha opinion de Papebroquio sobre el tiempo del arribo de Daciano á España; y que no pudo por Julio de 303 comisionar desde Zaragoza á Rufino para el martirio de S. Félix en Gerona á 1.° de Agosto de dicho año, en que segun los cálculos cronológicos que tengo expuestos no habia aun empezado en España la persecucion; y mucho ménos habia podido llegar á la África su noticia, que fué la causa porqué vino de allá S. Félix á buscar el martirio, como refieren las mismas Actas, el Himno mozárabe, el martirologio de S. Adon, S. Eulogio y demas documentos arriba citados. Siguese, pues, que la pasion de nuestro mártir fué por el Agosto del año 304: porqué en el siguiente del año 305 ya no eran emperadores Diocleciano y Maximiano, que á 1.° de Mayo de dicho año se abdicaron del imperio, como demuestra Pagi en sus notas á Baronio el año 304, desde la nota II hasta la IX; y de consiguiente habia ya finido la presidencia, que en nombre de ellos tenia y ejercia Daciano, ni Rufino era ya su teniente ó delegado. El P. Papebroquio, como quiera que supone que la persecucion de Daciano en Zaragoza no empezó hasta el Noviembre del año 303, sin embargo la supone ya de ántes empezada en España por Rufino, consignando al año 303 los martirios de S. Cucufate y de S. Félix, persuadido á que no pudieron ser en el año 304. El motivo de esta persuasion fué por el equivocado supuesto de que la abdicacion del imperio de Diocleciano y Maximiano habia sido en 20 de Febrero del año 304; y que habiendo cesado en consecuencia el furor de la persecucion que ellos hacian, no pudieron ser del Agosto y Julio de aquel año los citados martirios de San Félix y S. Cucufate. Y como entónces, esto es, por Julio de dicho año 303 no habia aun Daciano llegado á España, segun la opinion arriba dicha del mencionado Papebroquio, se vió precisado á suponer que el tal Rufino, ejecutor de aquellos dos martirios, fué antecesor de Daciano en la presidencia general de las Españas, y enviado acá por los dos emperadores ántes que Daciano. Pero ya se dijo en el Artículo preliminar que, á mas de no constar de ningun monumento semejante legacía y presidencia, convence su imposibilidad la serie de los hechos que allí se refieren de Lactancio (1): y basta

(1) Artic. preliminar sobre la persecucion de Diocleciano desde el n.° 2 hasta el 15.

sobre todo la equivocacion en que Papebroquio fundó su conjetura, creido de que por el Agosto y Julio del año 304 habia ya cesado la furia de la persecucion con haber finido ya el imperio de Diocleciano y Maximiano, segun se explica en el n.° 1 y 2 de su *Comentario* de los XVIII mártires cesaraugustanos. Pero salió de esta equivocacion, como tambien se dijo en el citado Artículo preliminar, y cayó en la cuenta de la verdadera cronología sobre este punto, con la edicion que hizo Baluzio del libro de Lactancio *De mortib. persecut.* hasta entónces ignorado y desconocido, como expresa él mismo en el tom. IV del Mayo bolandiano al dia 18 de este mes, donde se trata de los santos mártires anciranos, Teodoto, Tecusa, Alejandra, cap. IV, n.° 5 del *Comentario* previo. La misma equivocacion y por igual motivo que Papebroquio tuvo Diago en su *Historia de los condes de Barcelona*, lib. I, cap. IX, poniendo en el año de 303 los martirios de S. Félix y S. Cucufate.» Dijimos en el artículo de S. Cucufate que Félix vino con este Santo desde África á Barcelona. Dijimos ademas que eran hermanos, porqué el autor que nos sirvió de guia para trazar el artículo de S. Cucufate aseguraba estas dos circunstancias esenciales en la historia de unos personajes tan célebres, á quienes la España prohijó y eligió por patronos en justo agradecimiento al interes que demostraron á favor de los católicos de esta nacion heróica, que no fué la que ménos contribuyó á aumentar el sangriento catálogo de tantos invictos defensores de la fe como venera la Iglesia. No diremos ahora resueltamente que hayamos padecido una equivocacion; pero confesarémos ingenuamente que tal vez fuimos poco cautos en afirmar lo que se duda. Tenemos en apoyo de lo que dijimos entónces la oponion de muchisimos escritores que dicen en cuanto al primer extremo, que en efecto Cucufate y Félix vinieron juntos á España, y así lo indica el himno mozárabe de aquel Santo, donde hablando con la ciudad de Barcelona exclama el poeta.

Munus hoc clarum tibi Scillitana
Civitas misit, dedit et beatum
Quando (1) *Felicem populis Gerundæ*

(1) Nicolas Antonio en su *Censura de historias fabulosas* lib. 6.° cap. II § 42, que es donde traslada esta estrofa pone *Quoque* en lugar de *Quando*. Tamayo en su martirologio dia 25 de Julio, Bivar en sus comentarios al Falso Dextro año 300, comentario 2.°, núm. 5, tambien han sustituido la palabra *Quoque* en lugar de *Quando* sin considerar que la repugna el metro, atendido á que en los versos sáficos se exije que el primer pie sea de dos sílabas una larga y otra breve; así es que el *Quando* reune estas circunstancias cuando en el *Quoque* las dos son breves. En el Breviario gótico impreso en Madrid en 1775 en la página donde se lee el rezo de S. Cucufate, que es en 30 de Julio está como debe estar *Quando* y no *Quoque*. Otras citas podríamos hacer, pero prescindimos de ellas en obsequio de la brevedad. El que pretenda apurar mas la materia puede consultar lo que dice Dorca en sus anotaciones, y evacuar si quiere como nosotros las citas para convencerse de que este crítico anduvo con muchisimo cuidado y que fué sumamente veraz y esplícito en sus Comentarios.

Sorte colendum.

Sin embargo, deseosos nosotros de no ocultar nada absolutamente de lo que pueda aclarar la verdad, aunque sea contra nuestro amor propio, pues estamos prontos en cualquier época á manifestar y corregir los errores que una mala inteligencia ó la falta de noticias puede hacernos cometer en una obra que consideramos muy superior á nuestras fuerzas; manifestarémos ahora sin rebozo las razones que existen para dudar, si los dos Santos vinieron juntos ó bien el uno despues del otro. Veamos lo que dice Dorca haciendo referencia á la palabra *Quando;* se expresa así: «Es igualmente cierto que el *Quando* puede aquí tomarse, no por identidad metafísica de un mismo dia y hora, sino solamente por identidad de época relativa al tiempo de la persecucion de Diocleciano, en que vinieron y padecieron los dos Santos; como asi se toma en el martirologio de S. Adon el dia 12 de Febrero, en donde dice que Sta. Eulalia de Barcelona padeció martirio *cuando* S. Cucufate en Barcelona y S. Félix en Gerona. En cuyo lugar es evidente que el *cuando* no significa identidad de dia, mes y año; siendo constante que de estos tres mártires el uno padeció en Febrero, el otro en Julio y el otro en Agosto; sino que se toma por el tiempo y época de una misma persecucion por haber los tres padecido en la de Diocleciano. Al igual de este, para verificarse el *Quando* del himno susodicho, basta que S. Félix y S. Cucufate viniesen en la época de una misma persecucion y de un mismo año, sin ser preciso que viniesen en una misma nave, ni en un mismo dia.» Pero prescindiendo de lo que han dicho Flórez, los bolandianos y otros autores tanto en pro como en contra de las dos opiniones, hay otros documentos que si no lo demuestran claramente á lo ménos dan á entender que en efecto Félix vino á España despues de S. Cucufate; tales son: las actas de los dos Santos, que si bien han sido hasta cierto punto impugnadas, no obstante presentan ciertos rasgos de autenticidad que como dice muy bien Dorca quedan justificados con otros documentos de gran valía. De las de S. Cucufate se desprende que este Santo emprendió el viaje al saber la noticia de la persecucion que habia en el Oriente (1), en donde es cierto que la hubo ántes que en el Occi-

(1) Sanctus igitur Félix de Scillitana civitate oriundus fuit, qui cum ad civitatem pergeret Cæsaream, quæ est in Mauritaniæ littore constituta, quæ ejus metropolis nuncupatur, ubi Liberalium Litterarum studia præfulgebant; ibi se Sanctus Vir erudiendum subdidit disciplinæ, ut in cunctis perfectior appareret. Igitur cum ante navigium inaudita opinio per populos divulgaretur, eo quod in Hispaniarum littore gravis in christianos persecutio grassaretur; qua S. Félix opinione comperta, ut apis prudentissima quæ interrita perfectionem sui operis nititur adimplere, gaudens, omnia volumina auctorum quæ ejus manibus gestabantur á se projecit, dicens. Quid mihi est philosophia hujus mundi ad lilam properare necesse est vitam:::: quæ mortis non formidat auctorem, sed vitæ conspicit creatorem. Igitur navem quæ cum diversis mercimoniis ire ad Hispaniam properabat, Deo favente, conscendit; quo auxiliante, prospera navigatione in Barcinonensem appulsus est civitatem.

dente; miéntras que en las de S. Félix se lee que se embarcó despues de haber llegado á Cesárea la noticia de la persecucion suscitada en España (1). El resultado es que despues de las minuciosas investigaciones hechas por el erudito Dorca, despues de lo que han dicho varios autores empeñados tambien en averiguar la verdad, y finalmente cotejadas las actas de S. Cucufate con las de S. Félix; no podemos todavía decir terminantemente si esos dos Santos vinieron juntos ó separados, y aun parece mas incierto el que fuesen hermanos. Así es, que cuando redactamos el artículo de S. Cucufate, si bien digimos *que este vino con su hermano Félix* á España, como no nos constaba de cierto, nos referimos *al sentir de algunos historiadores*. Hubo falta por nuestra parte de investigacion, es cierto, ni tampoco teníamos á la vista los documentos que ahora tenemos; pero no dejamos por eso de ser cautos remitiéndonos á lo sentado por los mismos historiadores que recorríamos. Lo que hay de cierto, y en esto no cabe la menor duda, es que Félix fué un gran Santo y que no solo ha sido y es tenido en gran veneracion en Gerona, en S. Feliu ó S. Félix de Guíxols, sí que tambien en otros varios pueblos del Principado en los cuales es invocado por patron. Su nombre no solo se ha extendido en Cataluña sino tambien en otros pueblos y ciudades de España y en otros varios paises. Finalmente, no podemos pasar por alto un hecho verdaderamente histórico confirmado por todos los que han escrito de las cosas de España, ménos por los PP. maurinos AA. de la historia del Languedoc, que difieren no en la certitud del hecho sino del paraje donde aconteció. Trátase del precioso depósito que el rey godo Recaredo hizo sobre el sepulcro del Santo mártir. Este Monarca, despues de haber acreditado su amor á la Religion, su sabiduría en el gobierno y su valor en el campo de batalla; quizo dar sin duda un testimonio de la devocion que profesaba al glorioso S. Félix; pues pasó á Gerona para consagrarle su soberanía y su majestad real, ofreciendo en obsequiosa dádiva á su sepulcro la corona de oro con que ceñia sus reales sienes. Así lo dicen los cronistas D. Rodrigo y Ambrosio de Morales. Los PP. maurinos han querido suponer que esta dádiva se efectuó en la iglesia de S. Félix de Narbona, donde como hemos visto ya pretendian los narbonenses tener guardadas todas las reliquias del Santo. Esta circunstancia queda desmentida, así como que la dádiva fuese hecha en Narbona, por lo que expresan Rodrigo, Morales y ademas Viladomar en la historia

(1) Sanctus Cucufatus ex Scillitana civitate nobilissimis ac distissimis natalibus oriundus, cum S. Felice ipsius civitatis æque illustrissimo, Cæsaream maritimam Litterarum Liberalium studio migravit. Quo cum vacantes scholis pervulgata fama comperissent persecutionem christianorum in orientis partibus efferbuisse, mox cum mercium pretiosarum varietate non pauco etiam navium numero, se contulerunt occidentali plagæ sub negotiatorum specie ac nomine; sicque Barcinonam appulerunt: reperiuntque etiam in occiduis partibus impietatem Principum usquam grassari :::::

que dejó manuscrita, en la cual lo manifiesta terminantemente cuando dice que, vencido el rebelde Paulo, entre otras alhajas que habia hurtado y que el rey Bamba hizo restituir se volvió á S. Félix de Gerona la corona de oro que *de allí* habia tomado el rebelde para insignia de su malvado reino. Dorca, de quien hemos sacado estos pormenores, concluye su relacion en estos términos: « ¡Lástima que con el decurso de tantos siglos haya venido á perderse esta preciosa dádiva! No siendo de admirar por otra parte que con tantas hostilidades y contratiempos como Gerona ha padecido ya en la invasion de los sarracenos, ya en los asaltos, quemas y saqueos que tuvo que sufrir en las guerras posteriores, haya sido otra vez despojada de este tesoro sin volver á recobrarle. Es muy verosímil que se perdió en tiempo de los sarracenos cuando Hixem rey de Córdoba se llevó de las iglesias de Gerona y Narbona todas las riquezas de oro y plata, con las cuales continuó la fábrica de la mezquita mayor de Córdoba, segun refiere el P. Roig en su resúmen histórico, pág. 508 (equivocadamente duplicada) debiendo ser 510 (1). Hubiese á lo ménos quedado en su lugar el sepulcro del Santo, como estaba antiguamente en el altar y capilla mayor, de donde lo sacaron á principios del siglo pasado segun se ha dicho, poniéndole en lo alto de la coluna del púlpito de la epístola, en donde estuvo poco ménos que arrimado y olvidado. Son muy dignos de venerarse estos respetables monumentos de la antigüedad, aun despues de consumidas ó extraidas las reliquias que contuvieron; como así se veneran (por no decir nada del sepulcro de Jesucristo) las ropas ó vestidos de algun Santo, aun despues de separadas de su cuerpo. ¿Y quién duda que las reliquias del de un mártir tan esclarecido como el nuestro bastaban para consagrar perpetuamente á la pública veneracion el sepulcro, en que estuvieron depositadas por tantos siglos? Á mas de que, en este de S. Félix podia haberse colocado el busto ó medio cuerpo de plata donde está puesta la sagrada reliquia de la cabeza del Santo, como arriba se dijo; y de este modo ya que el sepulcro de S. Félix no tuviese la preciosa dádiva que regaló el pio Recaredo, tuviera en su seno la sagrada cabeza, para el cual la regaló. Y puesta en su sepulcro esta insigne reliquia y uno y otro en su antiguo lugar, era mas patente el testimonio del sepulcro y reliquias de S. Félix en Gerona, contra la equivocada conjetura de los citados historiadores del Languedoc; y tuviera en el altar y capilla mayor el culto, veneracion y decencia que á tales reliquias y sepulcro corresponde, en una iglesia que está dedicada en honor y con el título del Santo. »—J. M. G.

FÉLIX (S.) mártir. En el año 304 habiendo dejado el mando Dioclecia-

(1) Mariana en su historia lib. 8 cap. VIII pone á Hixem rey de Córdoba desde el año 976.

no y Maximiano, vino el gobierno del imperio á manos de Constantino *el Grande* en el año 337, el cual proclamó á la religion cristiana religion del Imperio. Mas desde el advenimiento de éste al trono hasta que se hizo la general proclamacion del cristianismo hubo, segun algunos autores, un intervalo de tiempo, durante el cual no consta que el nuevo Emperador alzase la mano ó mandase con nuevos edictos cesar luego la persecucion en las provincias. En el año 311 empezó á menguar algun tanto la persecucion, esto es, el furor de los presidentes y de los tiranos subalternos, y aunque en Roma pocos fueron martirizados, en las otras provincias romanas y en particular en la de Cerdeña fueron algunos los que padecieron martirio; no con título de persecucion de Constantino, pues no lo fué, ni por ningun nuevo edicto general publicado contra los cristianos, sino por la costumbre y animosidad de algunos presidentes que quisieron pasar adelante la persecucion de Diocleciano, continuada por Galerio, ya que por no tener edictos contrarios á ella perseveraron en las provincias los ministros del Imperio en martirizar hasta el año 311. Si en este año comenzó á parar la persecucion en Roma, como dice Baronio, no debió cesar en Cerdeña; pues se sabe que padecieron martirio algunos Santos en Caller y entre ellos Restituta, matrona noble y madre del obispo venelense Eusebio, gran defensor de la iglesia de Dios, Sta. Catarina de Caller, S. Teodoreto y S. Félix mártires, y otro S. Félix tambien mártir, que es el objeto del presente artículo, cuyo cuerpo se halló entre las ruinas del templo dedicado á S. Juan mártir caleritano, conforme se deduce de su epitafio puesto en un mármol que se halló sobre su sepulcro. Y concluirémos este artículo con una observacion importante. Como el número de los mártires fué tan extraordinario en las primeras persecuciones de la Iglesia, los fieles que recogian los sagrados cuerpos de los que morian por la fe en los patíbulos, apénas podian bastar para dar sepultura á sus cuerpos, sustrayéndolos de la furia de los perseguidores cuya barbarie no perdonaba los cuerpos de las santas víctimas aun despues de su muerte, pues ó los echaban á los rios, ó los dejaban insepultos para que fuesen pasto de las aves carnívoras ó de las fieras de los bosques. Luego que podian los fieles ó sus sucesores en la fe procuraban dar mas honorífica sepultura á aquellos venerables restos, sin olvidarse de consignar sobre el mármol ú otra piedra el nombre del mártir, el lugar del martirio y el dia en que se verificó. Como era imposible retener los nombres de tantos mártires, cuyo número sin cuento ha escapado á todas las investigaciones de la historia, es muy probable que muchas veces no sabiendo el verdadero le substituyesen por algun otro que simbolizase la dicha, la fidelidad ó la constancia de aquel Santo que, como sus innumerables compañeros, derramó su sangre en defensa de la fe: laudable costumbre que se sigue aun en el

dia con los cuerpos santos que se sacan de las catacumbas de Roma para ser veneradas de los fieles, á los cuales aplican alguno de aquellos nombres Fausto, Plácido, Prudencio, Fortunato, Félix ú otros semejantes, que simbolizando el dichoso destino de aquellos santos personajes, suplan el verdadero apellido que absolutamente se desconoce. Y como el timbre de Félix ó Feliz es de los mas oportunos y propios, no seria de extrañar que se aplicase á muchos de aquellos mártires y que se inscribiese en sus sepulcros, atendida la multitud de estos nombres que se hallan en las lápidas sepulcrales de aquella época y otras posteriores. Con esta indicacion, que no carece de fundamento, creemos satisfacer las exigencias de los que tal vez pudieran echar á ménos en esta coleccion biográfica alguno de los muchos Santos de este nombre, del cual apénas se tiene otra noticia que la inscripcion encontrada en la losa de su sepulcro, y cuya repeticion á mas de no presentar el menor dato histórico fijo é interesante, produciria indefectiblemente una inútil y cansada monotonía, que nos parece debemos evitar para dar preferencia á otros cuadros mas variados, ciertos é interesantes. —J. R. C.

FÉLIX (S.) mártir, arzobispo de Caller. Aunque en la mayor parte de las crónicas, biografías y vidas de Santos no se hace mencion de este Santo, á lo ménos con la denominacion de arzobispo de Caller, habla de él sin embargo Dionisio Bonfant, autor del *Triunfo de los santos del reino de Cerdeña*, refiriéndose al P. Esquirro en el libro IV de su *Santuario*. Segun estos autores, pues, entre los prelados que gobernaron la primacial iglesia de Caller fué uno Félix que de nombre y hecho lo fué, pues que por sus virtudes y santidad mereció la eminente silla en que tantos varones de distinguido mérito tuvieron asiento. La disfrutó largos años con reposo y sin trabajo de persecucion, sí solo con las ordinarias fatigas consecuentes al gravisimo cargo que ejercia y á su ardiente celo por la conservacion y aumento de su iglesia. Pero hallándose ya á los noventa años de su edad (en tiempo de la persecucion de Maximino, y aunque viejo en años, conservando todo el valor y brios de la edad juvenil) arrostró todos los horrores de la persecucion, saliendo en defensa de la religion cristiana y de su Fundador divino. Y como en tan terrible conflicto no se presentaba otro triunfo que la muerte, Félix tuvo bastante intrepidez para ponerse en las filas de los atletas invencibles de Jesucristo, y así triunfó heróicamente dando la cabeza á su su patria y el alma á la patria inmortal en donde Dios la hará reinar con él eternamente. Sin duda alguna que causaria inexplicable pesar á los católicos caleritanos la muerte de tan Santo pastor que tanto les amaba y á quien eran deudores de tantos ejemplos de virtud y de tan paternales servicios: y aunque los pérfidos tiranos debieron, como solian hacerlo, dejar abando-

nado el cuerpo para pasto de los animales, sus discípulos le recogieron intacto y depositaron en lugar decente. Al tiempo de la ereccion de la basílica le trasladaron á ella con Sta. Benedicta, su contemporánea en el martirio, colocándole en una sepultura que se halló en el lado del evangelio á los 24 de Setiembre de 1621. Y aunque el mármol estaba de una y otra parte casi á pedazos por la invasion sarracena, permitió el Señor que en el pedazo que se halló mayor se leyesen las letras siguientes: *B. M. Félix Archiepiscopus Kalaritanus qui vixit An. Pl. M. XC.*, cuyas últimas letras se interpretan así: *qui vixit annis plus minusve nonaginta*; es decir: el bienaventurado Félix, arzobispo de Caller, que vivió noventa años poco mas ó ménos. Abrióse, pues, el sepulcro con asistencia de los canónigos D. Antonio Bacallar y D. Melchor Fensa, y otras muchas personas distinguidas que se refieren en el acta, y despues de sacado el santo cuerpo fué trasladado con toda pompa á la santa iglesia catedral de Caller, la cual celebra esta invencion en el dia 24 de Setiembre. — N. A. T.

FÉLIX, maestro de Sta. Eulalia de Barcelona. Algunos le han confundido con S. Félix de Gerona, pero equivocadamente, así como se engañaron aquellos que supusieron que era discípulo y no maestro de Sta. Eulalia. Lo único que se sabe de este varon justo es lo que nos dice Gerónimo Pujádes en la *Crónica universal de Cataluña* 1.ª parte, tom. III, pág. 162 en los términos siguientes: «Habia tenido la vírgen Sta. Eulalia por pedagogo ó maestro un santo hombre nombrado Feliu, como lo dice nuestro Dr. Marquílles: ó al revés, habia sido Feliu discípulo de la Santa, como lo ha escrito el maestro Renallo. Y segun dicen algunos otros de los ya citados, se habia hallado unánime y conforme con la Santa en la confesion de fe y ejecucion del martirio, y despues escribió su historia. Éste, pues, que en vida la habia amado para honrarla despues de la muerte, á los tres dias acompañado de algunas personas honradas y devotas acudieron de noche al lugar del suplicio y tomaron venerablemente el cuerpo de la vírgen sin que lo sintieran los guardas. Y cuando la embalsamaban y envolvian en blanquísimos lienzos, mirando Félix aquel perfectísimo y angelical rostro la dijo: ¡Señora, vos la primera habeis merecido la palma! Y todos los demas comenzaron á cantar con grande gozo lo que dice el Psalmista: Clamaron los justos, y el Señor los oyó. Á estas voces acudieron algunos de la ciudad, y con grande alegría enterraron el santo cuerpo: bendiciendo á Dios, Padre, Hijo, y Espíritu Santo, cuyo reino dura y durará por todos los siglos de los siglos. Amen. Esto es lo que nos dice Pujádes tocante al maestro de Sta. Eulalia. D. Félix Torres y Amat en su *Diccionario de autores catalanes* añade, que la relacion del martirio de Sta. Eulalia escrita por Félix existia en el monasterio de S. Cugat, y que de este manuscrito y de otros de la misma serie

sacaron los Bolandos lo que dicen de la Santa en 12 de Febrero. — O.

FÉLIX (S.) monje. Lo único que se sabe de este Santo es, que murió en Fundis, en Italia, en el año 360. S. Gregorio que habla de este Santo en su obra de los *Diálogos*, lib. I, cap. III, exalta sus extraordinarias penitencias. — J.

FÉLIX (S.). Sucedió á S. Briton en el gobierno de la iglesia de Tréveris en el año 385 ó 386. Su episcopado fué sumamente agitado. Los obispos reunidos con motivo de su consagracion comunicaban diariamente con Itacio y sus adherentes, que habian solicitado la muerte del hereje Prisiliano y de sus partidarios de un modo indigno del carácter de ministros del Señor. S. Martin, á quien habian llamado á Tréveris negocios de la mas alta importancia, comunicó tambien con los mismos obispos, asistiendo en la ordenacion de Félix: debilidad que lloró amargamente el resto de sus dias. (Véase Martin S.) S. Ambrosio, mas firme que él, rehusó constantemente comunicar con Félix y con todos los que tomaron parte en su consagracion. Poco tiempo despues juntáronse los obispos de las Galias en concilio, donde leidas las dos cartas escritas por S. Ambrosio y el papa S. Siricio, se acordó entre otras cosas que tan solo se concederia la comunion á los que se separasen de la de Félix. Éste á quien un exceso de celo podia haber extraviado, haciéndole partícipe de las ideas de los itacianos, reconociendo su error y no queriendo ser la causa de un cisma en su iglesia, hizo dimision voluntaria de su episcopado y se retiró á la iglesia de la Santisima Vírgen, hoy dia de S. Paulino en Tréveris, que habia hecho reedificar ó construir, y pasó el resto de sus dias separado enteramente del mundo y en el ejercicio de las mas sublimes virtudes, mereciendo por su vida ejemplar y por su feliz muerte, ser continuado en el catálogo de los Santos. Celebrándose su fiesta, segun el Martirologio romano, en 26 de Marzo. — E. A. U.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Teodulo (S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Optato (S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Arador (S.) mártir.

FÉLIX (S.) obispo y confesor. Segun Ferrario nació este Santo en Italia; se dedicó al estudio de las Sagradas Letras, y fué diácono de la iglesia de Milan en tiempo de S. Ambrosio, desde donde pasó á Bolonia, siendo el quinto obispo de aquella ciudad. Hízose célebre por sus virtudes, por su ciencia y sobre todo por el celo con que combatió á los arrianos y con que procuró evitar los estragos que ocasionaban los godos. Murió en 398 y mereció por su santidad ser continuado en el Martirologio romano en 4 de Diciembre. —U.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Julio (S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. Véase Calixto (S.) mártir.

FÉLIX (S.). (Véase Cantalicio).

FÉLIX ó FELIZ (S.) obispo de Nántes, confesor. Fué de todos los prelados de aquella ciudad el de mas ilustre y distinguida alcurnia, y persona de la primera gerarquía en Aquitania, sobre las costas marítimas cerca de la Bretaña. Pero mas ilustre fué todavía por su virtud, por su elocuencia y por su doctrina que por su elevado nacimiento y por sus eminentes dignidades. Poseia vastos y profundos conocimientos en literatura griega y latina, y ámbas lenguas le eran tan familiares como la suya propia. Era juntamente orador y poeta, y segun lo que indica Fortunato, parece haber escrito un panegírico en verso á la reina Sta. Radegunda. Parece que habia sido ya casado cuando le llamaron para suceder á Evemero, santo obispo de Nántes, á fines del año 549 á los veinte y siete de su edad. Distinguióse en su celo por la disciplina y el buen órden, como bellamente lo acreditó en los estatutos ú ordinaciones que estableció para el arreglo de su propia diócesis, y en los decretos de los tres concilios en que asistió. Estos fueron el tercer concilio de Paris, celebrado en 557; el segundo de Tours en 566, y el cuarto de Paris en 573. En el tercer concilio de Paris se hicieron diez cánones, que tendian particularmente á impedir la usurpacion de los bienes de la Iglesia. En el octavo cánon se prescribe, que no se ordene ningun obispo contra la voluntad de los moradores del pais, sino á aquel á quien el clero y el pueblo habrán elegido con una entera libertad; que no sea intruso por mandato del príncipe ó por cualquier otro pacto contra la voluntad del metropolitano y de los obispos conprovinciales. Estos cánones fueron suscritos por quince obispos, cuya mayor parte son honrados por la Iglesia como Santos, entre los cuales se hallaban S. Pretextato, arzobispo de Rouen, S. Leoncio de Burdéos, S. German, obispo de Paris, S. Eufronio de Tours, S. Félix de Nántes, etc. El segundo concilio de Tours celebrado en el año 566 á 9 de Noviembre se componia de nueve obispos, en cuyo número se hallaban S. German de Paris, S. Pretextato de Tours y S. Félix de Nántes. Reinaba entónces Chereberto, y con su beneplácito se hicieron veinte y siete cánones y algunos reglamentos tocantes á las ceremonias de la religion. El primer cánon renueva la ordenanza de tener concilio dos veces al año ó á lo ménos una, sin que nadie pueda eximirlo so pretexto de órden del Rey. El duodécimo dice, «que el obispo casado deba ir siempre acompañado de clérigos, hasta en su cámara, y de tal manera separado de su mujer, que las que la sirvan no tengan la menor comunicacion con los que sirven á los clérigos; pero que no debe haber mujeres en la familia del obispo no casado. El sacerdote, el diácono ó el subdiácono que haya sido encontrado con su mujer quedará entredicho por espacio de un año. Las mujeres no entrarán en los monasterios de los hombres. Los monjes no saldrán de ellos, y si

alguno se casare, será excomulgado. Los matrimonios de las religiosas están igualmente prohibidos. » En todas estas prescripciones se advierte, que si bien la Iglesia consentia en aquellos tiempos de grosería y de barbarie los matrimonios de los clérigos, con todo, todas sus tendencias eran hácia el celibato eclesiástico que despues tan acertadamente estableció, como fué tan injustamente impugnado por la barbarie de las pasiones. «El cuerpo de Nuestro Señor sobre el altar no debe ser puesto en fila con otras imágenes sino bajo la cruz :» lo cual prueba que habia entónces cruces é imágenes sobre los altares, y que la Eucaristía estaba custodiada en reserva. «Se prohibe á los laicos que se pongan cerca del altar, sino que la parte de la iglesia que media entre la balustrada ó barandilla y el altar (á lo que llamamos ahora presbiterio) solo quede libre á los coros de los clérigos que cantan. Con todo, el santuario estará abierto á los laicos y á las mujeres para orar y para comulgar, lo cual debe entenderse de las oraciones particulares fuera del tiempo del oficio. » Al cuarto concilio celebrado en Paris en 573 concurrieron treinta obispos, seis de los cuales eran metropolitanos. Fué reunido por el rey Gontrando para terminar una diferencia entre sus dos hermanos Chilperico y Sigeberto. Promoto, consagrado obispo de Chateaudun por Guilles, arzobispo de Réims, por interpelacion de Sigeberto, rey de Austrasia, fué depuesto en este concilio; pero Sigeberto le mantuvo en aquella silla á pesar de los obispos que asistieron en él, y Promoto no fué echado de Chateaudun sino despues de la muerte de Sigeberto. Tal es en resúmen la idea de los concilios en que tuvo parte S. Félix de Nántes, cuyas liberalidades no tenian mas límites que las necesidades que socorria, y considerando que las rentas eclesiásticas eran patrimonio del pobre, solo reservó para su uso la prudente y trabajosa administracion de todas ellas. Aun llegó mas allá su caritativa prodigalidad, pues para los pobres y para la Iglesia vendió hasta su propio patrimonio; y tal era la eficacia de su celo y generoso desprendimiento, que puso todo su cuidado y sus desvelos para que en su diócesis no hubiese necesidad que no fuese socorrida. Su antecesor habia concebido el proyecto de edificar una catedral dentro el recinto de Nántes, lo cual Félix puso en ejecucion con una suntuosidad admirable. Segun la descripcion que hace Fortunato de esta basílica, constaba de tres naves y la de en medio soportada con altas columnas, levantándose en el centro una cúpula magnífica. Ademas toda la iglesia estaba cubierta de estaño y adornado su interior con pinturas azules, doradas, mosaicas, pilastras, follajes, varias figuras de excelente arquitectura y otros ornatos. Su consagracion y dedicacion fué solemnisima : en ella asistieron Eufronio, arzobispo de Tours, y los obispos de Angers, Mans, Rénnes, Poitiers y Angulema. Obsérvase, sin embargo, que ningun obispo de Bretaña fué convidado á aquella solem-

nidad, de lo cual se infiere que no era mucho su trato y comunicacion con los franceses. Los bretones entónces no poseian territorio alguno en la diócesis de Nántes sino el de Croisic, en que estaba el palacio de *Aula Quiriaca* ó *Guerrande* llamado vulgarmente Warand, cuyo nombre es probable que hubiese tomado Guarech I, conde breton de Wánnes, que tenia allí su ordinaria residencia. Canao, uno de sus sucesores, habia hecho perecer á tres hermanos suyos en la ocasion misma en que Félix fué electo obispo, y á otro llamado Marclian le tenia encarcelado desde mucho tiempo: pero San Félix, deseando inaugurar su elevacion al pontificado con un acto de beneficencia, intercedió por él y logró no solo la conservacion de su vida, sino tambien que se le pusiera en libertad. S. Gregorio de Tours, segun refiere un escritor de la vida de S. Félix, se queja de que éste habia vivido con alguna preocupacion desfavorable á Pedro, hermano de Gregorio, atribuyéndolo á estar mal informado, y le acusa de haber favorecido demasiado á un sobrino poco digno. Los espíritus cándidos y bondadosos á pesar de toda su rectitud se dejan á veces sorprender por la astucia y la mala fe, como lo vemos á cada momento. Pero esto en nada disminuye la gran santidad de nuestro Félix, de la cual en otros parajes da los mas auténticos testimonios el mismo Gregorio de Tours, y que Fortunato y otros encomian hasta lo sumo. Dispuesto siempre á hacer bien como todos los buenos prelados, negoció la paz entre Guarech II, conde de Wánnes, y el rey Chilperico, despues de haber el primero talado las diócesis de Wánnes y Rénnes y haber repelido el ejército que el segundo enviaba contra él. Cargado pues de virtudes y de merecimientos murió este Santo prelado en 8 de Enero del año 584, á los setenta de su edad y á los treinta y tres de su episcopado. S. Félix es sumamente honrado y venerado en Nántes, de cuya sede fué el décimosexto obispo desde S. Clair, y su fiesta se celebra en el dia 7 de Julio, el mismo de la traslacion de sus preciosas reliquias. — J. R. C.

FÉLIX ó Feliz, presbítero y mártir. Fué Félix uno de los sacerdotes que mas fruto hicieron en la primitiva Iglesia, pues el sacerdote cuando es lo que debe ser es tan provechoso á la Iglesia como dañoso la es el que deja de serlo. Nada hubieran los hombres sabido de este Santo, tan precioso á los ojos de Dios, á no ser por la invencion de su sepultura y sagrado cuerpo, que fué encontrado en el dia 21 de Enero del año 1626 con una inscripcion lacónica y expresiva que reasume en pocas palabras la historia del Santo. Hallados los tres cuerpos santos de los mártires Asterio, Zenesio y María junto al sepulcro de éstos y por la parte que mira á occidente se halló una sepultura atravesada en la muralla ó pared de la capilla donde se encontró Sta. Vitilia, y sobre aquella sepultura una losa de mármol con la siguiente inscripcion: *Felix qui meruisti presbyter ascendere cœlum spreto*

secu.... faltando las dos últimas letras de la palabra *seculo*, cuya traduccion es la siguiente: Félix, que mereciste siendo presbítero subir al cielo por haber menospreciado el siglo. En cuyo epitafio se juega con agudeza la palabra Félix, dándole la doble significacion del nombre propio del Santo y el epíteto indicativo de su venturosa suerte. Adviértese ademas la bien acertada antítesis de concepto entre el *meruisti ascendere cœlum* y el *spreto seculo*, marcándose la contraposicion entre los bienes caducos y deleznables del mundo y los reales y duraderos del cielo. Fué solemne la invencion de este santo cuerpo, pues se halló presente lo mas distinguido de la ciudad de Caller, en Cerdeña, así del brazo eclesiástico como del seglar; mandó allí el vicario general sacar la losa, y debajo de ella se halló el sepulcro y cuerpo del Santo. Expúsose á vista de todos, y puesto en una arca fué llevado á la iglesia catedral. Por no tener certeza del dia de la muerte de este Santo se celebra solo la invencion á los 21 de Enero. — C.

FÉLIX Y CIPRIANO y cuatro mil nuevecientos setenta y seis africanos (SS.) mártires. Los dos primeros que son los únicos que nombra la Iglesia particularmente eran obispos; el resto de esta multitud de mártires se componia tambien de obispos, de presbíteros, de diáconos y de muchos seglares que habiendo confesado la fe de Jesucristo durante la persecucion de los vándalos, bajo el reinado del bárbaro Unerico, fueron condenados al destierro. Refiérese que siendo conducidos por la tropa á los lugares que se les habia destinado, fueron tan maltratados por sus conductores, que casi todos consumaron el martirio; los unos arrastrados por entre las breñas, los otros muertos á lanzasos, y los mas apedreados: de modo que podemos decir sin exageracion, que los caminos y montes quedaron cubiertos de cadáveres. Finalmente, todos ellos perecieron por la fe, y la Iglesia hace su conmemoracion en 12 de Octubre. — O.

FÉLIX (S.) italiano de nacion. El Martirologio romano le coloca en el número de los Santos en 8 de Marzo. Dícese que á un celo extraordinario por la religion católica reunia grandes conocimientos en las Letras Sagradas; que fué ordenado obispo, y que pasó á predicar el Evangelio á los ingleses orientales en tiempo del papa Onorio. Principió su gloriosa carrera con los mas bellos auspicios porqué Dios le protegia; oyéronle los idólatras con la mayor atencion, veneráronle por sus virtudes, y por último concluyeron todos en abrazar la fe católica con extraordinaria alegría del afortunado apóstol. — O.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Fidel (S.) mártir.

FÉLIX (S.) ermitaño español. En el real monasterio de S. Juan de la Peña en el reino de Aragon, se celebra solemnemente la memoria de los santos hermanos Voto y Félix, confesores y ermitaños. Fueron naturales de la

insigne ciudad de Zaragoza, y de padres muy nobles y cristianos, que vivian como los demas habitantes de aquel pais bajo la dura servidumbre de los moros á principios del siglo VIII. Voto era aficionado á la caza, y sucedió que corriendo en persecucion de un ciervo por entre los montes, en donde está hoy el monasterio de S. Juan de la Peña, desde aquella que da nombre al convento se despeñó el ciervo, y el caballo se hubiera despeñado con Voto si este no hubiera invocado al momento á S. Juan Bautista, de quien era devoto; con cuyo auxilio libró su vida de una muerte inevitable. Bajó al sitio donde habia caido el ciervo, y halló en él una ermita dedicada á S. Juan Bautista, y junto á su altar el cadáver de un Santo ermitaño con esta inscripcion, que traducida del latin es como sigue: «Yo soy Juan primer ermitaño en este lugar, que habiendo menospreciado este siglo por amor de Dios fabriqué como pude esta iglesia en honor de S. Juan Bautista y descanso aquí.» Léjos de inspirarle horror este espectáculo dió gracias á Dios y á S. Juan por el beneficio recibido; y abriendo con sus propias manos una sepultura colocó en ella el cuerpo del ermitaño, y hecho esto se volvió á Zaragoza. Movido allí por Dios concibió la idea de vender su patrimonio, darlo á los pobres y retirarse á vivir en la ermita de S. Juan. Lo mismo persuadió á su hermano Félix y entrámbos lo pusieron por obra. Allí profesaron santamente la vida eremítica y solitaria. Tuvieron presentes aquellas excelentes máximas de la perfeccion cristiana, escritas tambien por un solitario: «Si quieres compungirte de corazon entra en tu retiro y destierra de tí todo bullicio de mundo, segun está escrito: compungíos en vuestros retretes: allí hallarás lo que pierdes muchas veces por defuera. El retiro usado se hace dulce y el poco usado causa tedio y disgusto. Si al principio de tu conversion guardares bien tu retiro, te será despues dulce amigo y agradable consuelo. En el silencio y sosiego se aprovecha el ánima devota, y aprende los secretos de las Escrituras. Allí halla arroyos de lágrimas con que lavarse todas las noches, para que sea tanto mas familiar á su hacedor, cuanto mas se desviare del tumulto del siglo. El que se aparta pues de amigos y conocidos estará mas cerca de Dios y de sus ángeles. Mejor es esconderse y cuidar de sí, que con descuido propio hacer milagros. Muy loable es al hombre religioso salir fuera pocas veces, huir de mostrarse y no querer ver á los hombres.» En tales máximas imbuidos aquellos dos jóvenes anacoretas vivian en la soledad, comunicando íntimamente con el cielo. Segun algunos escritores, guardaron estos solitarios la regla del gran P. S. Benito, habiéndola profesado y recibido el hábito en el monasterio de Sta. Engracia de Zaragoza, que era de esta Órden. Pero quiso Dios que no solo se ejercitasen en la vida contemplativa, sino tambien en la activa; pues muchos fieles que vivian escondidos en aquellas sierras por temor de los moros

fueron á buscarlos para su consuelo y ayuda, y tambien para la administracion de los Santos Sacramentos. Ellos correspondian gustosos á estas invitaciones, desvelándose por la salud y pasto espiritual de sus afligidos hermanos; y siendo sacerdotes salian á predicarles la palabra de Dios y á alentarles á sufrir con paciencia los trabajos y sufrimientos de la opresion, animándoles y esforzándoles para la restauracion de la patria, como lo hicieron, teniendo principio la de España por aquella parte. Habia llegado á aquellas montañas la noticia de que en Astúrias se habia proclamado por rey á D. Pelayo, y las hazañas que éste iba haciendo para recobrar lo que habian ganado los moros en Leon y en Castilla; y con este ejemplar, persuadieron Voto y Félix á los caballeros de aquellas montañas que los imitasen, pues no eran ménos valientes ni ménos esforzados. Así como la pérdida de España fué castigo del cielo, dice el P. Flórez, corrió tambien por su cuenta el repararla; y así entre aquellas cenizas de su devastacion quedaron algunas ascuas de los fogosos alientos de los godos que pudiesen encenderse para restaurarla. Asistió á la batalla de D. Rodrigo el gloriosisimo infante D. Pelayo hijo de Favila, que se dice duque de Cantabria. Mas destruida su cohorte y no hallando en la turbacion del reino y aceleracion del bárbaro, modo de detener sus ímpetus, cuidó de defender lo sagrado, retirándose con las principales reliquias de los Santos y de los godos, que se habian salvado, á los montes de Astúrias. Pero al paso que crecian las insolencias del bárbaro, se enardecian los ánimos de los españoles á reparar su ultraje, y sin acobardarse con su misma poquedad los que estaban en Astúrias, ni D. Pelayo con la magnitud de la empresa, le hicieron su caudillo. Y puesto ya este gran corazon en aquel pequeño cuerpo, empezó á engrandecerse tanto la empresa, que todos los espíritus marciales que se habian apagado en el ocio de los últimos reinados de los godos se volvieron á encender en el orígen y nacimiento de este Principado, que en el siglo XIV se hizo título para los primogénitos de la corona de España, pues fueron y son llamados príncipes de Astúrias. Y lo que tantos se dejaron perder, estos pocos bastaron á ganarlo, pasando con la espada aun caliente de la sangre de unos bárbaros á limpiarla en los cuellos de otros moros; y sin llegar á embaynarla en ocho siglos consiguieron eternizar su gloria, teniéndola hasta hoy levantada para mantener los triunfos que lograron contra Arrio, contra Mahoma y toda mala raza. Así se portó el cielo contra España, como el labrador que para purificar sus heredades pone fuego á toda mala yerba para que en adelante fructifiquen mas fecundas y mas puras. Al punto que D. Pelayo tomó en su mano el cetro, le dió flechas el cielo y flechas maravillosas, y bajando de los montes á los valles, se rindió la llanura á quien no resistieron aun los montes. Así pues la chispa disparada desde Astúrias penetró hasta los mon-

tes de Aragon, y fueron tan poderosas las razones de aquellos Santos monjes, que los invitados á la pelea se resolvieron á nombrar uno que les gobernase y no solamente les defendiese de los moros para que no invadiesen aquellas montañas, sino que recobrase lo que habian conquistado en la tierra llana. Nombraron á un hidalgo principal llamado García Jiménez, Señor de Amescua y Abarzuza, pueblos cercanos al sitio en donde se fundó despues la ciudad de Estella, unos dicen que por rey de Navarra y otros que por capitan general de aquellas montañas. Hecho esto, y habiendo D. García Jiménez aumentado la iglesia de S. Juan cuanto pudo, se ocupaban aquellos monjes en ejercicios santos de austeridad llegando á tan alto grado de perfeccion que es fama comunicaban íntimamente con los espíritus del cielo. Despues de algun tiempo Voto envió á Félix su hermano á Zaragoza con una carta para sus padres y parientes y demas cristianos mozárabes, en la cual les consoló y animó á la perseverancia en la santa fe de Jesucristo, aspirando á lo eterno y menospreciando lo temporal y caduco con razones tan vivas y eficaces, que hicieron copioso fruto espiritual en sus corazones. Volvió Félix de su mision y ámbos se ocuparon en la vida monástica del yermo: vida de contemplacion y de actividad á un mismo tiempo, en la cual sobresalieron en todo género de virtudes hasta que recibidos los Santos Sacramentos y dispuestos para la última hora fueron á gozar de Dios, primero Voto, que era el mayor y despues Félix, y fueron sepultados en la ermita ó iglesia de S. Juan Bautista, obrando Dios por sus méritos muchos milagros; pues así acostumbra á honrar los sepulcros de sus siervos para manifestar que el poder de su intercesion no acaba con la muerte, sino que se perpetúa como la recompensa inmortal que han merecido sus virtudes. Su muerte fué algunos años despues de su ida á aquella ermita, la cual no se sabe á punto fijo en que época fuese, pero el maestro Yépes la supone en el año de 718. Rezan de estos Santos en el sobredicho monasterio á 29 de Mayo. Sus cuerpos se conservaban en una urna guarnecida de planchas de plata sobre terciopelo carmesí con esta inscripcion de letras de plata de martillo: *Felici Votto Dicatum Votto et Felici*. Y en toda aquella comarca les tributan grande y afectuosa veneracion. — J. R. C.

FÉLIX, monje benedictino, de nacion inglés, llamado de Croulandt, retórico y poeta. Floreció en el siglo VIII hácia al año 730. Compuso algunas piezas en verso muy buenas atendido el tiempo en que vivia, y sobre todo la *Vida de Guthlac* reproducida por Surio, la *Historia de los abades de Croulandt*, etc.—J.

FÉLIX (S.) presbítero y confesor. Era natural de Pistoya y desde su infancia manifestó una decidida aversion á los juegos y placeres mundanos, eligiendo para su recreo el estudio y la vida contemplativa. Abrazó el estado

eclesiástico, y llamado á llenar una mision importante, la desempeñó con aquel celo que era de esperar de un escogido del Señor. Vivia extramuros, y todas las mañanas entraba en la ciudad para celebrar el santo Sacrificio de la Misa y predicar al pueblo las verdades evangélicas, debiéndose á su fervor y su inagotable caridad la conversion de un gran número de infieles y la total reforma de las costumbres. Tendiéronle los enemigos del cristianismo varios lazos; el espíritu maligno le persiguió por todas partes, pero el virtuoso Félix salió en bien de todas sus empresas porqué era constante en la fe, y Dios nuestro Señor le tenia de su santa mano, enriqueciéndole ademas con el don de hacer milagros. Llegó por fin la época en que debia descansar de las fatigas de la peregrinacion, y su alma voló al seno del Criador hácia el año 954. El Martirologio romano le menciona en 26 de Agosto.—G.

FÉLIX (S.) obispo y confesor. Poco nos refieren las antiguas *Crónicas* acerca de este ilustre prelado del siglo XII que nació en Irlanda año 1127, y que fué despues monje del Cister de la insigne Órden de S. Benito, y llamado por sobrenombre Odolano. Fué notable en la observancia de la santa Regla, y en todos los ejercicios inseparables de la verdadera santidad, como son; penitencia, abstinencia y oracion. Cuando pasó á obispo en nada degeneró de su ejemplarisima conducta, añadiendo á tantas virtudes la prudencia en el gobierno y el celo mas ardiente por la salud de las ovejas que le estaban confiadas. Así como fué en vida ejercitado en virtudes, dice su biógrafo, así fué en muerte ilustre en milagros; dándosele honorífica sepultura en el monasterio de Sta. María de Goriponte en el año 1172. Fué obispo oseriense.—C.

FÉLIX DE VALOIS (S.) fundador. Al escribir la vida de este Santo la primera dificultad que se nos ocurre es la de su orígen. La mayor parte de los autores que tenemos á la vista dicen que fué descendiente de la familia real de Francia. Los de la *Biografía universal antigua y moderna* callan esta circunstancia. Villanueva empieza su artículo diciendo, que este siervo de Dios no es conocido por el nombre de su familia, sino por el de la tierra donde nació y se crió. Croiset en su *Año cristiano* le hace de la casa real de Valois; pero Moreri dice terminantemente que fué apellidado de Valois, no por haber salido de la casa real de este nombre, sino porqué tal vez habia nacido en aquel pais; sin embargo, ni unos ni otros dan razones bastante plausibles para fijar de un modo cierto la nobleza de su linaje. En estas dudas creemos que lo mas acertado es ceñirnos á lo que dijo el Rdo. P. Fr. Juan de la Concepcion del Órden de descalzos de la Santisima Trinidad y procurador general en Roma, y á lo que se desprende de las lecciones de S. Félix aprobadas por la Iglesia. Vivia en la ciudad de S. Quintin un afortunado matrimonio: llamábase el marido Ranulfo y era conde de Verman-

dois y de Valois, hijo de Hugo, y nieto de Enrique I rey de Francia; su esposa se llamaba Leonor, hija de Teobaldo, III de este nombre, apellidado el *Grande*, conde de Bles y de Champagne, y hermana de Teobaldo IV, conocido por el *Bueno*. Cuentan que esta señora se hallaba embarazada cuando emprendió una romería al monasterio de S. Bedasto, muy célebre entónces en el obispado de Cambray. Al parecer llevaba por objeto principal visitar el sagrado cuerpo de S. Hugon: oró por espacio de nueve dias con el mayor fervor para que intercediese con Dios á fin de que le concediese un feliz parto. En el último dia, segun refieren, puesta de rodillas ante el sepulcro del Santo quedó dormida, sobreviniéndole un sueño extraordinariamente agradable que refieren sus biógrafos en los términos siguientes: «Soñó que le aparecia la Virgen María, que traia en sus brazos á su preciosisimo Hijo, y le acercaba á otro niño de sorprendente belleza que se hallaba á poca distancia. El niño Jesus llevaba en sus hombros una cruz muy pesada, y el agraciado sostenia en sus manos una corona de flores divinamente entretegida. Trocaron ámbos aquellas prendas; Jesus se quedó con la corona y el niño tomó la cruz. Extática le pareció estar Leonor sin poder atinar lo que aquello significaba cuando se le presentó S. Hugon para descifrarle el misterio. Ese niño, la dijo, que tú no conoces, es tu hijo que trocará las lises de Francia por la cruz de Cristo, y la dividirá contigo para que ámbos sigais con ella al Señor crucificado. En efecto, dividió el niño la cruz en dos partes, la una la dió á su madre y la otra se la quedó para sí.» Dispertó Leonor sumamente complacida, pero consideró que aquel sueño era mas bien una ilusion que una profecía. Es verdad que las historias antiguas están sobrecargadas de casos maravillosos, hijos mas bien de la credulidad ó piedad de sus autores, que de la pura realidad; pero tambien lo es que cabe en lo posible, porqué estas mismas maravillas las obra Dios con frecuencia para que los mortales no olviden los atributos de su divina omnipotencia: por lo mismo, como léjos de oponerse á la fe la vision ó sueño de Leonor es cuando ménos muy ingeniosa y significativa, no hemos vacilado en reproducirla, porqué muy poco ó nada se aventura caso de ser una ilusion del que la escribió. Nació S. Félix en 9 de Abril de 1127 en el camino de Amiens, donde sobrevinieron á Leonor los dolores del parto. Recibió en la pila bautismal el nombre de Hugon por devocion al Santo ó porqué habia sido el de su abuelo Hugo de Francia, cuyo nombre trocó el hijo de Leonor con el de Félix, que es como le llamarémos para evitar confusion. Empeñados en referir todo lo que se dice de este Santo, no debemos pasar en silencio el primer milagro que obró Dios en obsequio del niño cuando aun se alimentaba de los pechos de su madre. En esto no haremos mas que repetir lo que queda ya consignado en las páginas de su Vida, sin entrometernos en averiguaciones que al paso

que serian sumamente difíciles de realizar, nos dejarian siempre en la incertidumbre de la verdad del hecho; pues siendo éste muy extraordinario da lugar á la duda, principalmente no habiendo llegado á nuestra noticia que haya sido nunca aprobado por la Santa Sede. Sobrevino, segun suponen, una gran sequía porqué, dice un autor, el cielo negaba á la tierra la lluvia atendido á que los pecadores no la regaban con lágrimas. Clamaban las gentes remedio á tamaña desgracia, pero no eran oidos porqué persistian todavía en la iniquidad. El pobre perecia de hambre porqué el rico se mostraba retenido á fin de que no le faltase luego lo que necesitaba para sí. Leonor era la única que guiada por el santo celo de la caridad cristiana se mostró liberal para con todos; hasta que en cierto dia la aya que traia en sus brazos á Félix le condujo al lugar donde estaban las provisiones que podian recogerse, y movida de su piedad cogió la mano del niño, hizo con ella la señal de la cruz, y desde el momento los panes se multiplicaron, el cielo se encapotó, cayeron raudales de agua y los campos agostados por los rigores del sol se convirtieron en hermosas praderas engalanadas con el verdor de las plantas y la lozanía de los árboles. El cielo se sonrió, cesó la calamidad y los pobres se regocijaron. Pasó en aquella época á Francia Inocencio II, que huia de la ambicion y tiranía de Pedro Leon, anti-papa bajo el nombre de Anacleto. Hospedóse en Chártres en el palacio de Teobaldo, hermano de Leonor; por lo mismo, aprovechando la piadosa señora de esta coyuntura le presentó el niño para que le bendijese. Recibióle Inocencio con el mismo cariño con que le habia recibido poco ántes S. Bernardo de Claraval; el primero le bendijo, y el segundo le presentó á la Vírgen María pronosticando á la madre dias de felicidad. Teobaldo, hombre caritativo, acostumbraba distribuir diariamente abundantes limosnas entre los pobres, y como la aya se hallaba siempre presente con el niño en los brazos, éste por un instinto casi sobrenatural observaba detenidamente aquel acto de sublime virtud como quien penetrase la grandiosidad de la obra; así es que en ciertas ocasiones, cuando por via de juego le presentaban algunas monedas, Félix cogia las que podia alcanzar con la mano y las tiraba igualmente á los pobres. Este hecho, que no presenta á primera vista mas que una simple imitacion de lo que veia, bien examinado demuestra que su tierno corazon se sentia ya entónces inclinado á la piedad. Dotado de tan bellas disposiciones y con tan buenos ejemplos fué creciendo en edad y descubriendo á cada paso nuevas gracias. Acostumbrado á la caridad, cuando se sentaba á la mesa de su tio lo que mas le gustaba de la comida lo daba á los pobres. Aconteció en cierta ocasion que paseándose por el campo con otros niños se le acercó un mendigo pidiéndole limosna; y viéndose el niño sin ninguna moneda que darle, se quitó una gabardina preciosa que traia, se la vistió y se despidió. Mas como aquel necesitado lo

que queria era comprar pan para su sustento pasó sin recelo alguno á venderla. La riqueza del vestido llamó la atencion del comprador, y el resultado fué que se vió detenido y encarcelado por sospechas de hurto. Apénas este lance llegó á noticia del generoso jóven cuando se apresuró á descubrir la verdad, sintiendo en el alma haber ocasionado al infeliz mendigo el contratiempo que tuvo que sufrir. Para compensarle pues de la pena que habia pasado, luego que consiguió su libertad se lo llevó consigo, le sentó á su propia mesa y no le separó de su lado hasta haberle dado á conocer los efectos de su liberalidad. Grande era segun refieren el amor que profesaba Teobaldo á su sobrino pero no era menor el reconocimiento de Félix hácia su tio, cuyos pasos seguia y cuya conducta procuraba imitar porqué descubria en él el verdadero espejo de todas las virtudes cristianas. Citarémos como una muestra de lo mucho que practicaban ámbos los ejercicios de la caridad cristiana algunos de los hechos que les acontecieron yendo juntos. En cierta casion, era precisamente en el rigor del invierno, pasaban por cerca de un bosque del cual salió un pobre desnudo y tiritando de frio. Preguntóle Teobaldo que queria.—Esa capa le contestó el mendigo señalando la que Teobaldo traia.—Pues bien, aquí la tienes: ¿quieres mas?—Sí contestó el mendigo; y el resultado fué que llegó á pedirle cuantas prendas de ropa llevaba encima. Pero en aquel momento desapareció el mendigo sin llevarse cosa alguna; de lo que dedujeron tio y sobrino que aquel lance era una leccion que Dios les daba para que jamas se denegasen á las súplicas del infeliz que perece de hambre. En otra ocasion yendo tambien de viaje montados en sus caballos encontraron en el camino á un leproso, que se hallaba en el mas infeliz estado que darse pueda. Félix se enterneció, y poniendo pie á tierra le bañó el rostro con sus lágrimas rogando á Dios que le sacase de aquel infeliz estado. Teobaldo conmovido tambien y doblemente enternecido al contemplar al mismo tiempo la generosa accion de Félix se apeó, ámbos procuraron limpiar al pobre y despues le condujeron á una casa inmediata donde no solo le proporcionaron los remedios del arte, sino que le enviaban diariamente la comida y le visitaban con frecuencia. Este comportamiento verdaderamente heróico obtuvo la debida recompensa. El leproso murió, pero allí en el cielo oró por sus protectores, y aquí en la tierra conocieron Teobaldo y Félix de un modo portentoso cuan grata era á Dios aquella buena obra. Teobaldo que deseaba que su sobrino se fortificase cada dia mas en el camino de la virtud determinó que fuese discípulo del célebre S. Bernardo, de aquel varon ilustre que desde el interior de un monasterio esparció la luz de su doctrina en todos los ángulos de la Francia y aun del mundo cristiano. Entró en efecto Félix en el monasterio, conoció á Bernardo, estudió sus pasos y le tomó por guia de todas sus acciones; y al paso que el maestro era el oráculo del discípulo,

Félix, digámoslo así, extasiaba á Bernardo cuando este Santo observaba la misma candidez personificada en Félix, la modestia de este jóven, su amor á la oracion, su sobriedad en la comida, su respetuoso silencio, el esmero con que procuraba llenar todas las obligaciones que se le imponian, su conversacion mesurada y llena de palabras sentenciosas: todas estas circunstancias reunidas designaban al hombre que algun dia debia reunir los títulos de grande, de sabio y de santo. Iban un dia juntos Bernardo, Teobaldo y Félix cuando acertó á pasar con fúnebre aparato un hombre que conducian al suplicio por graves delitos. Félix pidió á Teobaldo que le perdonase. No quiso el príncipe acceder á las súplicas de Félix, alegando que aquel hombre por sus atrocidades se habia hecho merecedor á la pena que se le habia impuesto, y que por lo mismo debia quedar satisfecha la vindicta pública. Sin embargo, el Santo jóven insistió pidiendo la libertad del reo, y apoyando su súplica con la firme confianza de que en lo sucesivo seria un gran siervo de Dios. Por fin Teobaldo, que nada, absolutamente nada podia negar á su sobrino, accedió. Muy luego la experiencia acreditó la profecía del virtuoso Félix. Aquel hombre que hasta entónces habia vivido abandonado á sus pasiones, aquel hombre mas cargado de delitos que de años, buscó en la soledad del claustro el lugar á propósito para lavar con sus lágrimas y la penitencia las iniquidades que habia cometido. Vistió el hábito del Órden de S. Benito en el monasterio de Claraval, y alcanzó por fin la muerte de los justos. En este intermedio cayó la madre de Félix gravemente enferma; el hijo lloró, suplicó con fervor, redobló los ayunos y penitencias para alcanzar su salud; pero á la piadosa Leonor ya no le faltaba mas que un paso que dar, el del sepulcro. Félix comprehendió perfectamente que esta era la voluntad del Señor; inclinó pues la cabeza, se arrodilló al pie de los altares, y oró por su alma, que piadosamente hablando habia volado ya á la patria celestial. No bien Leonor hubo cerrado los ojos cuando el Rey se llevó á Félix á su palacio. Imponderable fué el disgusto que éste sintió al separarse de su querido preceptor y de sus amados hermanos. Enamorado de la soledad habia formado el proyecto de acabar allí sus dias; pero tuvo que obedecer al Rey como á tal y como á pariente. Sin embargo, se consoló con la idea de que preparándose una expedicion para la Tierra Santa podria cruzarse y servir á Dios en aquella noble empresa, ya como á caballero ya como á celoso cristiano. Miéntras tanto ejercitábanse en la córte en armas, justas y torneos; y en cierto dia que Félix corria lanzas con el Rey quiso la mala suerte que un desgraciado jóven cayese de su caballo quedando sin esperanzas de vida. Félix inmediatamente se le acerca y le dice: «levántate en nombre de la Santísima Trinidad»; y en efecto, el mancebo se levantó con admiracion de todos los que presenciaron aquel acto, mayormente cuando observaron que habian des-

aparecido en un momento todos los síntomas del accidente ocasionado por su caida. Félix acompañó al Rey en la expedicion proyectada, y tan religioso y humilde como se habia mostrado en el monasterio de Claraval, tan fino y tan cortés como habia sido entre los cortesanos, tan hábil y tan valiente se mostró en las cosas de la guerra. Era en efecto un verdadero modelo de soldados: intrépido sin jactancia, estricto observador de las leyes de la guerra, acertado en el consejo, ilustre en los hechos de armas, al parecer segun se expresa en la historia no conocia rival. Lo que hay de mas particular es, que debiendo estar su imaginacion enteramente ocupada en los varios lances que se sucedian casi sin interrupcion, no se olvidó un momento de la rígida virtud que habia abrazado, dando con esto á entender que no es absolutamente imposible conservar la pureza de costumbres en cualquiera que sea la posicion del hombre que vive en sociedad. Sufrieron los cruzados una terrible derrota, y Félix entónces regresó á Paris con la firme conviccion de haber obrado durante aquella guerra segun le dictaba su conciencia y su pureza verdaderamente angelical. Volvió Félix á la córte pero para abandonarla muy luego, porqué conoció que Dios le llamaba al estado religioso. Ni los ruegos del Monarca, ni las instancias de sus parientes, ni la esperanza de ceñir la corona de Francia pudieron distraerle de su vocacion. Lo primero que hizo pues fué ordenarse de sacerdote, y luego se retiró, viéndose cumplida en esta parte la vision que tuvo su madre; pues Félix trocó la corona de las flores de lis por la cruz de Jesucristo. Eligió por lugar de su retiro el yermo de la montaña Brodelia, en el territorio meldense, célebre por haber servido de morada á S. Flacrio hijo del rey de Escocia; y en esta ocasion fué cuando para no acordarse mas del mundo trocó su nombre por el de Félix. Digno es de contarse el modo como se trasladó á su voluntario desierto. Aguardó que anocheciese, y cambiando los ricos vestidos que llevaba con otros sumamente miserables emprendió secretamente su viaje sin criados, sin acompañamiento y sin mas guia que el deseo de llegar cuanto ántes al lugar que habia escogido. Dios le llevaba de su santa mano, y por lo mismo su viaje fué feliz. Llega por fin á su destino, y encuentra una ermita que S. Flacrio habia dedicado á la Reyna de los Ángeles. Ora fervorosamente, y luego se entrega á las prácticas de la mas rigurosa penitencia. No era Félix un hombre arrepentido que va á llorar en el hueco de una peña los extravíos de la razon y las iniquidades con que ha pagado los beneficios que recibiera del Dios de las misericordias. Félix santificado desde su cuna ha recorrido todos los períodos de su vida sin apartarse de la gracia del Señor: en los palacios, en la córte, en el campo de batalla, en medio de una sociedad corrompida, entregada al deleite y á la disipacion, ha mantenido siempre puro aquel corazon de ángel que le ha hecho extraordinariamente sensible á la vista del

pobre, que ha rogado para aplacar la justa indignacion de Dios contra el pecador, que sin ser cobarde ni pusilánime ha llorado durante las calamidades de la guerra sobre los cadáveres de los vencidos y de los vencedores; y finalmente que ha desechado la grandeza humana para alcanzar la grandeza de los Santos. Sin embargo, huye de la sociedad, y llora aun porqué no se considera bastante robustecido para lograr el complemento de la Divina Gracia. Quiere deleitarse con Dios y por esto llora, y por esto busca la intercesion de la Vírgen y la cooperacion de los Santos. Ha trocado los ricos vestidos por un pobre sayo y por el silicio, y en aquellos montes donde las breñas y los precipicios forman un verdadero contraste con el azulado cielo, con el zéfiro de la mañana, con el gorgeo de las aves, con el dulce murmullo de los arroyuelos, pasa las horas del dia continuamente entregado á la contemplacion, sin que al parecer pueda cuando ora percibirse su eco de mortal alguno; y á pesar de esto la fama de su santidad se extiende por todas partes. Desde el regio alcázar hasta la mas humilde cabaña resuena el nombre de Félix, cuyas ínclitas virtudes excitan la admiracion en todos los pueblos de la Francia. Veinte años habian transcurrido desde su entrada en el desierto cuando S. Juan de Mata, doctor parisiense que vivia tambien en la soledad, sintiéndose inspirado corrió en busca de aquel varon que tan amigo era de Dios. Mata buscaba al hombre que no conocia personalmente, miéntras que Félix, segun refieren, igualmente inspirado aguardaba al hombre que iba en su busca. Se encuentran por fin, y dándose un estrecho abrazo Félix le saluda con su propio nombre. Vivieron juntos estos dos Santos anacoretas durante tres años. Estando en cierto dia conversando cerca de una fuente sobre las cosas celestiales, tuvieron una dulce vision y por ella conocieron que era la voluntad de Dios que fundasen una nueva Órden destinada á la redencion de cautivos. Llenos de esta idea dejaron su amada soledad, partiendo inmediatamente para Roma. Luego que llegaron á la capital del mundo cristiano se presentaron al papa Inocencio III, quien los recibió con extraordinaria amabilidad y despues de haber oido su peticion les vistió un hábito blanco con una cruz de dos colores, roja y azul; fundándose de este modo la Órden de la Santísima Trinidad para la redencion de cautivos, recibiendo despues regla propia y en un todo conforme á su instituto. (Véase S. Juan de Mata) Sumamente complacidos quedaron los Santos al ver el buen éxito que habian alcanzado sus primeros pasos, y guiados por los impulsos de su corazon regresaron á Francia, y acompañados de algunos discípulos dieron principio en la montaña Brodelia á su santa mision, edificando el primer convento en el mismo lugar donde habian hecho vida solitaria, al cual dieron el nombre de *Ciervo-Frigido* en conmemoracion segun dicen á lo que les aconteció cuando concibieron el proyecto, esto es, en

memoria de habérseles presentado un ciervo blanco, en cuya frente creyeron ver una cruz de dos colores, segun mas largamente se refiere en el artículo de S. Juan de Mata. Félix se quedó en aquel convento, miéntras que su compañero partió otra vez para Roma con el objeto de fundar otro en aquella ciudad. La despedida de los dos Santos fué sumamente triste. Félix lloró porqué sabia, segun dicen, que ya no volveria á ver á su amigo en este mundo; pero Juan procuró consolarle diciéndole que si se apartaban los cuerpos quedaban unidas las almas, y que era menester separarse en esta vida mortal para alcanzar una union mas estrecha en la vida eterna. Se dieron por fin el último á Dios, y Félix se dedicó desde entónces exclusivamente al aumento de la religion que los dos Santos acababan de fundar. El celo que desplegó fué verdaderamente heróico. No contento de establecer entre sus hermanos una Órden admirable, extendió sus miradas mas allá del monte donde vivia, y se valió de toda su influencia para fundar conventos en diversas provincias. Miéntras tanto se aumentaba cada dia en Ciervo-Frígido la comunidad de un modo portentoso. Allí acudian los reyes, los príncipes, los nobles, los plebeyos; los que se quedaban lo hacian de muy buena voluntad; los que iban para conocer de cerca á Félix se retiraban con la tristeza en el corazon, no por lo que veian sino porqué no podian contarse en el número de los discípulos de aquel varon piadoso, que aun procurando ocultarse en la estrechez del claustro se hacia amar de cuantos llegaban á verle. Su espíritu angelical se extendia sobre todos sus hermanos, y por lo mismo podemos decir, que aquella no era una comunidad de hombres, sino una comunidad de ángeles. Allí no reynaba mas que una voluntad, un solo deseo; la voluntad de servir á Dios en todos los actos de la vida, el deseo de ser útiles á sus semejantes, y mas particularmente aun de libertar del peso de las cadenas á los que gemian en triste esclavitud encerrados en las mazmorras del centro del África ó del Asia. Félix al frente de su numerosa comunidad era tan humilde, tan manso de corazon, que cuando se trataba de superioridad se consideraba siempre el mas ínfimo y el mas humilde de todos los religiosos. Era el primero, sí, en todos los actos de virtud, y en este caso era la guia y el ejemplo de todos los demas. La particular devocion que profesaba á la Vírgen María y el fuego del amor de Dios que ardia en su corazon le proporcionaron los instantes mas deliciosos á que pueda aspirar un mortal. Si estaba en oracion, en los momentos de éxtasis veia á la Madre de Dios rodeada de coros de ángeles que le animaba á seguir con constancia la via que habia emprendido; aquello no era una ilusion, era una realidad. En los breves ratos en que se entregaba al preciso descanso, apénas cerraba los párpados se le aparecia el cielo abierto donde veia á Dios con toda su gloria y majestad, prodigando sus inagotables favores á los innumerables

bienaventurados que se hallan en la celeste morada. Refieren sus cronistas que en cierta ocasion, precisamente la víspera de Navidad, se olvidó el sacristan de tocar á maitines á la hora acostumbrada. Félix que velaba siempre como á buen pastor sintió extraordinariamente aquella falta; empero al entrar al coro quedó sorprendido al ver que los puestos estaban ocupados, no por religiosos que parecian ángeles en la pureza de vida, sino por ángeles que parecian religiosos en el hábito presididos por la misma Vírgen. Describen extensamente lo que pasó en aquellos momentos, y añaden que es tal como Félix lo vió y lo relató á sus discípulos, encareciéndoles el profundisimo respeto y la puntualidad con que debian asistir en aquel lugar santificado por Dios y por la Vírgen de un modo tan patente. Los cronistas refieren este caso extraordinario; y nosotros no dudamos de que Dios favorecia con largueza á Félix, porqué éste profesaba despues de Dios un amor sin límites á los pobres y á los afligidos. Como tenia formada una verdadera idea de la felicidad eterna, á pesar de aquella desconfianza propia del hombre que llega á conocer lo que se necesita para llamarse sabio y virtuoso, deseaba terminar su peregrinacion para alcanzar el premio designado á la virtud. Luchaba entre el amor y la esperanza; pero sobrepujaba esta última porqué estaba bien penetrado de la gran misericordia de Dios. Supo por inspiracion divina que se acercaba la hora de presentarse ante el supremo Tribunal; y como esta noticia la habia recibido por inspiracion se alegró en el alma. Por otra parte, los años que pesaban sobre su frente nevada le señalaban la eternidad. Suspiraba Félix por la gloria celestial y tenia sus ojos siempre fijos en el estimable tesoro de la felicidad eterna. Á esto le sobrevino una calentura que le postró en el lecho del dolor. Recibió los Santos Sacramentos con extraordinario fervor, y luego dirigió la palabra á todos sus hermanos exhortándoles á la perseverancia en la virtud con un amor tan tierno y con una expresion tan viva, que arrancó de todos ellos las muestras mas marcadas de dolor. Lloraban y lloraba Félix; los religiosos, porqué perdian á un tierno padre; Félix, porqué se enternecia á la sola consideracion de lo mucho que le amaban. Por fin los cronistas ponen en su boca estas tiernas y fervorosas palabras, que pronunciadas en los últimos momentos forman su verdadera apología: « ¡Ó dichoso dia en que yo huí de la córte á la soledad y troqué el palacio por una gruta! ¡Ó felices noches las que gasté en la oracion en lugar de sueño! ¡Ó bienaventurados dias los que pasé leyendo y cantando alabanzas á Dios! ¡Ó dulces lágrimas las que derramé por mis culpas! ¡Ó bien empleados suspiros! ¡Ó suaves asperezas con que maltraté mi cuerpo! ¡Ó gratas penas con que afligí mi carne! ¡Ó bien empleados pasos los que dí para cumplir la voluntad del Señor, como me llevais ahora á la bienaventurada eternidad! Ántes parecian las penitencias espinas; ahora

veo que son rosas : ántes parecia la montaña desierta ; ahora experimento que es paraiso : ántes parecia la religion cruz ; ahora veo que es corona. ¡ Ó que dulces son los trabajos despues de pasados! Y si esto parecen en esta vida mortal , ¡ que parecerán en la vida inmortal , donde se goza el premio eterno de lo que pasó con el tiempo brevemente ! » Y volviéndose á Cristo crucificado que tenia en las manos le decia : « Pero , Señor , todo lo bueno es vuestro y solo las culpas son mias : vuestros tormentos me alientan ; vuestra pasion me conforta , y vuestra muerte me da esperanzas de vida. ¿ Qué soy yo sin vos ? ¿ Qué son mis obras sin vuestras obras ? ¿ Qué son mis penas sin vuestras penas ? Vuestra pasion da valor á todo lo bueno : dadme vuestras llagas para besarlas con mis labios , y vuestro costado para sellarle con mis ojos. » Apénas concluyó estas afectuosas palabras cuando estrechando entre sus brazos el Crucifijo que tenia en sus manos , apareció la palidez de la muerte en su rostro , y su alma voló al seno del Criador el dia 4 de Noviembre de 1212 á la edad de ochenta y cinco años. El lúgubre sonido de la campana anunció su feliz tránsito , y varios lances extraordinarios que acontecieron , entre los cuales se refiere su aparicion á su amigo y compañero S. Juan de Mata , fueron testimonios indelebles de que gozaba de la eterna bienaventuranza. Su cuerpo fué sepultado con gran solemnidad en el mismo convento de Ciervo-Frígido. El Martirologio romano le cita en 20 de Noviembre. — J. M. G.

FÉLIX apellidado *el Pratensis* de la ciudad de Prato en la Toscana, donde nació. Era hijo de un rabino y al lado de su padre se hizo muy versado en las lenguas orientales. Habiendo quedado huérfano, viajó por Italia ; y en esta época fué cuando instruido en las verdades de la religion católica recibió el bautismo y poco tiempo despues entró en el Órden de ermitaños de S. Agustin. Difícil es fijar la fecha en que profesó , pero Gandolfo prueba con muy buenas razones que fué ántes de 1506. Tradujo los *Salmos* del hebreo al latin , cuya edicion dedicó al papa Leon X. Habia formado el proyecto de traducir los demas libros del Antiguo Testamento, á cuyo fin pidió la autorizacion del soberano Pontífice , quien se la concedió despues de haberse informado detenidamente de la *Version de los salmos*. Revisó el texto de las dos primeras ediciones hebreas de la Biblia publicadas por el célebre Bomberg , y corrigió por sí mismo las pruebas con sumo cuidado. Humfredo Hody , Wolf y Colomies hablan de Félix con elogio. Este sabio religioso murió en 1557 de edad muy avanzada. Fabricio que se engañó adelantando su muerte de diez y ocho años , ha cometido otro error suponiendo que vivió hasta cien años. Existen de Félix : 1.° : *Psalterium ex hebræo ad verbum ferè traslatum adjectis notationibus* , Venecia , Bomberg , 1515 , en 4.° ; Haguenau , 1522 ; y Basilea , 1524 , en 4.°. Esta *Version* se insertó en el *Psalte-*

rium sextuplex, Lyon, 1530, en 8.°. Se asegura que Félix hizo esta *Traduccion* en el espacio de quince dias. 2.° : *Biblia Sacra hebrœa cum utrâque masora et targum, item cum commentariis rabbinorum, cura et studio Felicis Pratensis, cum præfatione latina Leoni X nuncupatâ*, Venecia, Bomberg, 1518, en cuatro tomos en folio. Felipe Elssio cita las *versiones de Job* y de otros libros de la Biblia por Félix; pero no han visto la luz pública. Gandolfo ha insertado una noticia sobre este religioso en su *Dissertatio de ducentis Augustinianis*. — U.

FÉLIX (Fr. Francisco). Natural de Madrid, religioso de la seráfica Órden de S. Francisco, lector jubilado, prefecto de Sta. María de Jesus en el colegio de Alcalá de Henáres: se ignora la época en que nació y tambien la de su muerte. Era varon de gran doctrina y compuso: *De incarnatione Verbi divini tractatum singularem ad mentem doctoris subtilis*, Paris, imprenta de Jaime Quesnel, 1641, en 4.°. Escribió ademas: *Tentativas complutenses*, en dos tomos; el primero contiene; *De ultimo fine hominis: De Beatitudine: De actibus humanis; bonitate et malitia humanorum actuum: De Conscientia: De Habitibus et virtutibus*, Alcalá de Henáres, imprenta de Antonio Vázquez, 1642, en 4.°; el segundo; *De visione Dei: De peccato actuali, originali et habituali: De gratia, de justificatione et merito*, Alcalá de Henáres, imprenta de María Fernández, 1645, en 4.°. — U.

FÉLIX (Fr. Francisco). (Véase Canales Fr. Francisco).

FÉLIX (S.) obispo de Brescia en Italia, uno de los varones mas sabios y mas laboriosos del siglo VII. Sus méritos y sus virtudes le elevaron á la dignidad de obispo, y no tardó en justificar lo acertado de la eleccion con las grandes obras que emprendió, y sobre todo por aquel celo que desplegó en defender la pureza de nuestra santa fe. Cuarenta años duró su pontificado, que para Brescia y para la Italia entera fueron cuarenta años de glorias y de no interrumpidos triunfos. En todos los puntos de las Galias erigió templos y monumentos religiosos. Alfonso alcanzó con sus enérgicas exhortaciones recursos contra los mahometanos, y á él se debió en gran parte el que los longobardos abandonasen la pérfida doctrina del impío Arrio. S. Félix falleció tranquilamente en su ciudad episcopal en 23 de Febrero de 1652, dejando por herencia á sus diocesanos la memoria indeleble de sus eminentes virtudes. Por último mereció ser colocado en el catálogo de los Santos en el mismo dia 23 de Febrero. — O. R.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Fortunato (S.) mártir.

FÉLIX I (S.) papa y mártir. Fué elevado á la silla de S. Pedro en 29 de Diciembre de 269 despues del dichoso tránsito de su antecesor S. Dionisio. Algunos creen que era romano de nacion, pero la historia nada nos dice terminantemente, ni tampoco nos habla de su educacion, ni de las particula-

ridades de su vida hasta que entró en el pontificado: bien que debemos presumir que sus virtudes y su sabiduría le abrieron el camino á la suprema dignidad, desempeñada por él con tanta gloria. Tranquila entónces la Iglesia en lo exterior, vió su paz interior turbada por la herejía de Pablo de Samosata, famoso por su conducta escandalosa y por el empeño á que ésta le arrastró en defender sus inauditos errores. Pablo de Samosata obispo de Antioquía atacaba abiertamente el misterio de la SSma. Trinidad, lo que obligó al concilio de Antioquía celebrado en el año 269 á pronunciar anatema contra él, deponiéndole de su dignidad de obispo y finalmente excomulgándole. Félix combatió con valor y celo á Pablo escribiendo con este objeto á Máximo, obispo de Alejandría, y rehusándole su comunion. Ordenó ademas Félix que nadie se atreviese á celebrar, sino solo los sacerdotes; que la misa no se dijese fuera del templo, ni en lugar profano sin grandisima necesidad: cuyo ejemplo siguieron varios pontífices y concilios juzgando ser ménos inconveniente no oir misa que oirla en lugar profano é indecente. Determinó que si acaso se dudase si alguna iglesia estaba consagrada ó no, que se pudiese tornar á consagrar, fundándose en que no se puede decir que se torna á hacer lo que no se sabe de cierto si ha sido hecho. Expidió una bula para que se celebrasen misas en honor y en memoria de los mártires, como hasta entónces se habia usado en la Iglesia, aunque no habia decretos de ello. Ordenó finalmente en dos veces nueve sacerdotes, cinco diáconos y otros tantos obispos. Durante el pontificado de Félix aconteció tambien la persecucion de Aureliano contra los cristianos en Italia y en las Galias, en cuya ocasion sostuvo con todas sus fuerzas la fe del Crucificado, animó á los fieles á que sufriesen el martirio y se manifestó deseoso de participar de su suerte; y esta circunstancia es la que le hizo dar por el concilio de Éfeso la calidad de mártir, á pesar de que acabó sus dias mas bien naturalmente ó en la cárcel, que en los tormentos, en 22 de Diciembre de 274. Gobernó la iglesia durante cinco años, y tuvo por sucesor á S. Eutiquiano. (Véase su artículo.) — J.

FÉLIX, II de este nombre por aquellos que no le han mirado como antipapa. Era arcediano, y fué nombrado por la faccion de los arrianos durante el destierro del legítimo sucesor de S. Pedro el papa Liberio, en el año 355. (Véase Liberio.) Guardó, dice un escritor, la fe de Nicea, pero comunicó con los arrianos. Esta circunstancia y la de su ilegítima ordenacion le harian indigno de figurar en la *Biografía eclesiástica completa*, á no mediar otras circunstancias que hasta cierto punto desvanecen la gravisima falta que cometió al aceptar la tiara en vida del legítimo Papa y por mano de los arrianos. Guardó, como hemos dicho, la fe de Nicea, y en efecto en esto están conformes todos los historiadores. ¿Cómo es posible, pues, que co-

municase con sus mas implacables enemigos? ¿Seria acáso para ver si podria sacarlos del error y volverlos al seno de la Madre comun de los fieles? Esto no lo dice la historia, al paso que su creencia debia hacerse problemática desdel momento de adherirse al beneplácito del emperador Constancio y de los implacables enemigos de la misma fe de Nicea. La historia lo que nos refiere explícitamente es, que despues de la caida de Liberio, el pueblo romano tan adicto á su Pontífice como á la fe católica deseaba con ansia su regreso; y si bien poco ántes muy pocas personas habian comunicado con Félix, desdel momento que vieron los efectos de la benevolencia del Emperador y de sus arrianos con Liberio, el amor se convirtió en desconfianza y en breve en desprecio. Por fin, la indignacion subió de punto cuando supieron lo que le habia costado la libertad del destierro. La Providencia no permitió que durase largo tiempo una division tan perniciosa en aquellas circunstancias. Constancio hubiera querido que Liberio y Félix gobernasen juntos la iglesia de Roma, y que cada uno de ellos permaneciese á la cabeza de su partido. Mas el pueblo que oyó en el Círculo esta órden del Emperador exclamó á voz en grito: «No hay mas que un Dios, un Jesucristo, un obispo....» Félix abandonado de los oficiales imperiales, que profesaban una fe enteramente diferente de la suya, no pudo sostenerse y aun fué arrojado dos veces de Roma. Liberio fué recibido como en triunfo en la capital del mundo cristiano en 2 de Agosto de 358, y Félix se retiró á un pequeño territorio que poseia hácia el camino de Porto, donde vivió aun mas de ocho años guardando la dignidad episcopal, pero sin ejercer sus funciones. Una multitud de eclesiásticos y legos, furiosos con el ardor de su celo, rehusaron la comunion de un pastor que sospechaban haber vendido la fe de la Iglesia. Félix execrado como un usurpador sacrílego durante las pruebas y la perseverancia del Pontífice legítimo comenzó á serles grato. Ponderábase la firmeza con que se habia declarado contra la herejía de sus protectores; y una parte considerable así del pueblo como del clero acudió á su comunion. Y esta sin duda es la causa, dice Berault-Bercastel, porqué los modernos están tan divididos sobre la calificacion que debe darse á su ministerio. La mayor parte de los antiguos, entre otros S. Agustin, S. Optato Mileritano, no le cuentan en el catálogo de los obispos de Roma. Hay quien supone que las gentes de Constancio le decapitaron tres meses despues en odio de su amor inviolable á la sana doctrina. Murió segun parece en 22 de Noviembre del año 365: segun el sentir de Berault-Bercastel y de otros escritores puede á lo ménos reputársele por mártir á causa de los malos tratamientos que recibió de los enemigos de la fe; así es, que el sabio Baronio no duda contarle en el número de los Santos, refiriendo que al tiempo de la reforma del calendario romano, como se tratase de borrar á Félix del Mar-

tirologio por su ordenacion ilegítima se halló su cuerpo bajo de un altar con una inscripcion que atestiguaba su martirio : lo que no dejó duda que habia lavado con su muerte lo que su ordenacion habia tenido de viciosa. El martirologio de Usuardo y el romano le dan el título de mártir; pero el P. Papebroquio manifiesta en una disertacion insertada en el *Propylœum ad acta sanctorum*, pág. 56, que no hay pruebas suficientes para calificarle de tal ; sin embargo le juzga digno del culto que se le tributa como á Santo. *Singularis ipsius*, dice, *ad obitum usque per annos plus quam octo modestia, qua sese continuit in humili recessu, oblatis recuperandæ sedis occasionibus numquam usus, post quam id sine fidei catholicæ periculo fieri non posse cognovit, omnino gratæ posteritatis venerationem commeruit.* Varios críticos le colocan tambien en el catálogo de los papas ; pero Féller cree que debe mirársele como obispo-vicario del papa Liberio, quien segun algunos habia consentido que ocupase su lugar durante su destierro, y que en caso de muerte le sucediese en el pontificado ; y esto excusa al clero romano de haber adherido á su ordenacion y de haberle mirado por Papa, sobre todo despues que se anunció en Roma la caida aparente en la fe del papa Liberio. Finalmente, el Martirologio romano le cita en 29 de Julio, y dice que por órden de Constancio, emperador arriano, fué depuesto de su silla por defender la fe católica ; que despues acabó gloriosamente su vida habiéndole degollado ocultamente en Cora de Toscana. Añade que su cuerpo le sacaron de allí los clérigos y le llevaron á enterrar á la misma Via Aurelia ; que despues fué trasladado á la iglesia de S. Cosme y S. Damian, en la cual le halló el papa Gregorio XIII debajo del altar juntamente con las reliquias de los santos mártires Marco, Marceliano y Tranquilino ; y que fué colocado en el mismo lugar el último dia de Julio juntamente con las reliquias de los mencionados Santos. — J. M. G.

FÉLIX II ó III (S.) papa. Despues del feliz tránsito de S. Simplicio, que murió en 2 de Marzo del año 483, entró á gobernar la Iglesia Félix, que no se hizo ménos admirable por su sabiduría que por sus virtudes. Era romano de nacion y de familia senatoria ; y admitido en el clero de Roma, al parecer su solo mérito le concilió todos los votos y todos los sufragios para ser elevado á la silla pontifical. Sus primeros pasos se dirigieron con tanto celo como los de su predecesor al restablecimiento de la fe ortodoxa en las iglesias del Oriente. Para venir en conocimiento de lo mucho que trabajó Félix durante su pontificado, se hace indispensable que demos una ojeada aunque rápida á la historia de aquella época de triste recuerdo, porqué de otro modo no podríamos juzgar bien acertadamente del mérito que colocó á Félix en la cumbre de la gloria. Acacio, patriarca de Constantinopla, bien conocido por sus errores, habia echado de Alejandría al patriarca Juan Talaya, que para

evitar el peor golpe que le amagaba habia venido á buscar un asilo cerca del papa S. Simplicio, despues de haber sido reemplazado por Pedro Moggo, eutiquiano. Declarado por otra parte Hunerico rey de los vándalos, empezaba á perseguir á los católicos de África enviando desde luego á destierro á cuatro mil nuevecientos setenta y seis africanos, entre quienes habia un gran número de obispos y de presbíteros, y para dar alguna tintura de justicia á su cruel persecucion señaló una conferencia pública en Cartago entre los obispos católicos y arrianos fijando al efecto el dia 1.° de Febrero. Principió el año 484, y en efecto verificóse la reunion; pero rompieron los arrianos la conferencia bajo frívolos pretextos, y Hunerico desterró en su consecuencia á los obispos católicos que se habian congregado en número de cuatrocientos sesenta y seis, de los cuales veinte y ocho huyeron, ochenta y ocho murieron y los demas fueron desterrados, los unos á Córcega en donde los emplearon en cortar madera para construccion de naves, y los otros en diversos parajes en donde se les señalaron tierras que debian cultivar en calidad de siervos. El artificio de que se valió Hunerico para cohonestar la perfidia con una sombra de justicia fué la promesa que hizo á los obispos de volverlos á sus iglesias, con la condicion empero de que jurasen que solo deseaban que le sucediese su hijo despues de su muerte, y que no dirigirian cartas á Ultramar. La mayor parte creyó que podia prestar este juramento sin comprometer su conciencia, y los otros lo rehusaron abiertamente: mas el Rey les condenó á todos; á los primeros como á rebeldes á los preceptos del Evangelio que prohiben jurar, y á los segundos como á infieles á las obligaciones que deben á su Rey en la persona de su hijo: tales fueron los preliminares de la persecucion que en breve se hizo general. Los obispos arrianos con las armas en la mano iban rebautizando por fuerza á todos los católicos que encontraban. En Cartago sufrió el tormento de azotes y fué apaleado todo el clero compuesto de mas de quinientas personas, las cuales sufrieron despues el destierro. En Tipasa, en Mauritania, habiéndose embarcado para pasar á España la mayor parte de los católicos, luego que el Rey lo supo les hizo cortar la mano derecha y la lengua á todos los que se pudieron coger. En esta ocasion obró Dios un milagro que debia bastar para desengañar á los ilusos. Tal fué el de recobrar el habla cuantos habian perdido la lengua. Todos los historiadores reconocen este hecho como verídico. El mismo emperador Justiniano en una constitucion insertada en el Código, tit. XVII, lib. I, en donde refiere en compendio esta persecucion de Hunerico, dice: *que él vió á muchos de aquellos hombres respetables, que ellos mismos contaban sus tormentos, aunque les habian cortado la lengua de raiz.* Félix que habia nacido para amar á la virtud; Félix que al sentarse en la silla de S. Pedro habia comprehendido perfectamente la mision á que estaba destinado;

Félix que rebosaba en celo y en pureza, sintió que su alma se despedazaba al oir el triste relato de las desgracias que ocurrian en aquellos paises; pero no por esto se dejó agobiar del peso del dolor, hasta el extremo de contentarse en llorar la desgraciada suerte de sus hermanos en aquella parte del mundo cristiano. Su corazon grande como el de un Santo, su sabiduría, su celo, su amor á la religion del Crucificado le dieron valor y resolucion. No empuñó las armas para combatir á un enemigo armado, pues le bastaba solo su palabra para hacer temblar á los enemigos de Dios y de los hombres, y ¡ojalá hubiese encontrado en algunos que eligió súbditos fieles á Dios y leales al Pontífice!: tal vez los desastres no se hubieran prolongado, porqué la ambicion anonadada se hubiera escondido en el centro de las tinieblas; pero no aconteció así. Talaya que como hemos visto habia recurrido á la Santa Sede permanecia en Roma y continuaba solicitando su restablecimiento. El Papa por su parte, que creia terminar felizmente este negocio en que tanto importaba la paz y el sosiego de toda la Iglesia oriental, le confirió el obispado de Nola, donde murió ántes de ver terminada su causa; sin embargo, vivió el tiempo suficiente para darle á conocer con la mayor exactitud el carácter altanero y falso de Acacio de Constantinopla, sus perversas intenciones y su inconstancia en los buenos principios. Con estos antecedentes juntó Félix un concilio de los obispos de Italia, en el cual se resolvió enviar diputados al Emperador para que en nombre de la Iglesia católica se quejasen de los males que se la causaban, y para solicitar con empeño el que Moggo fuese arrojado de Alejandría citando al propio tiempo á Acacio para que respondiese á las acusaciones de Juan Talaya. El Papa pues cogió la pluma y escribió dos cartas la una á Zenon y la otra al patriarca Acacio. Estas dos cartas forman un monumento indeleble de la sabiduría y de la prudencia de Félix. La dirigida al Emperador está llena de deferencia y respeto; pero al propio tiempo le habla con el lenguaje de la verdad y con aquel valor y celo propios del digno sucesor de S. Pedro. Recuérdale lo que habia causado la ruina del tirano Basilisco, á la cual debió el ser restablecido en el trono. Le dice que sus enemigos se arruinaron oponiéndose al concilio de Calcedonia, y que aunque no sea mas que por agradecimiento debe empeñarse en libertar la Iglesia de sus infames perseguidores, así como Dios libertó su estado de un rebelde y tirano. Ruégale encarecidamente y por cuanto hay de mas tremendo y mas sagrado, que procure tener propicio al Señor, y que por lo mismo debe seguir el ejemplo de los emperadores Leon y Marciano, de quienes es legítimo sucesor. «No olvideis, le dice, que al subir al trono habeis escrito á Roma á favor del concilio del Calcedonia, declarándoos contra el usurpador de la silla de S. Márcos»; esto es, contra Pedro Moggo y contra sus secuaces y patronos. En la carta que escribe á Acacio le reprehende su

afectado silencio sobre unos objetos que exigian claridad para la edificacion de la Iglesia. Le recuerda tambien la extraña conducta del Emperador tan contraria á lo que habia hecho esperar de sus promesas. «Vos, le dice, debiais hacer presente á este príncipe lo que ha hecho contra Pedro de Alejandría y á favor de Timoteo *el Católico;* porqué sabido es el crédito que teneis con Zenon. ¿Por qué pues no le empleais en apartar al Emperador de la idea de restablecer la herejía que habia abatido? ¿Qué os servirá sin esto el celo que habeis mostrado contra el primer fautor de la impiedad, es decir, contra el tirano Basilisco? ¿Queréis perder la recompensa eterna? ¿Queréis perderos á vos mismo por haber entregado á los lobos devoradores el rebaño del Señor, ó á lo ménos por haber huido como un cobarde mercenario? No, no podreis disculparos ni aun bajo el pretexto vergonzoso del temor y de la cobardía; pues que se sabe y con certeza que en nada os arriesgais en este mundo; pero temed la eternidad, y esto es lo que por vos me hace temblar. Yo por lo que á mí me atañe estoy tranquilo sobre la suerte de la Iglesia que no depende de vuestros esfuerzos ni de los mios, atendidas como debemos atender las promesas de Jesucristo; pero temamos la suerte del culpable piloto, que abandona el timon durante la tempestad. La nave de la Iglesia se conservará; pero los que la abandonan y los que se separan de ella perecerán infaliblemente, y aquel la abandona que no cuida de su seguridad.» Estas cartas dictadas por la inspiracion de un corazon puro y ardiente del amor de Dios no produjeron el resultado que se prometia Félix. Acacio se habia quitado ya del todo la máscara, y se habia presentado en el palenque como quien era, como malvado, destituido de todo rubor, siguiendo los impulsos de la mas negra perfidia, entregado á sus delirantes pasiones. En vez de darse por convencido al leer las justas reclamaciones de la cabeza de la Iglesia se irritó aun mas, y en el colmo de su frenesí determinó seguir la carrera criminal que habia emprendido. El Emperador no se hallaba mejor dispuesto: éste tan corrompido como la misma córte que le rodeaba siguió ciegamente el consejo del pérfido patriarca, olvidando de todo punto las reflexiones del pastor de la Iglesia. Así es, que Vital y Miseno enviados por el Papa á Constantinopla, en vez del recibimiento que se les acostumbraba hacer en semejantes casos, en vez de acudir el obispo y el clero á recibirlos, encontraron una compañía de soldados que los registraron como á unos espias, porqué en la córte de Constantinopla se presumió que eran portadores de cartas de Roma capaces de conmover al pueblo. Nada, absolutamente nada les hallaron que pudiese ser indicio de semejante intriga. Sin embargo, habiendo conocido por sus respuestas que el Papa les habia prohibido comunicar con Pedro Moggo y aun con el patriarca Acacio los condujeron presos á la torre de Ávidos, donde los amenazaron de muerte y

por último los halagaron, acariciaron y regalaron. Estos medios fueron bastante eficaces para seducirlos y corromperlos; y en efecto cedieron cobardemente, logrando de este modo libertarse de la prision que estaban sufriendo. Entrando, pues, en la ciudad se les hizo comparecer en público, y luego se dirigieron al templo con Acacio y los apocrisarios de Pedro Moggo á quien reconocieron por obispo legítimo de Alejandría. Este escándalo, al paso que llenó de consternacion á los fieles, dió mayor audacia á la faccion herética. Esta hasta entónces habia leido en voz baja en las tablas sagradas el nombre de Pedro Moggo, mas desde el momento levantó la voz para que fuese oida de todos: y aun esto, aunque escandaloso, hubiera sido de ménos á no dar márgen á la misma faccion para aumentar sus desafueros y sus iniquidades. El tercero de los legados, que se llamaba Félix, fué el único que correspondió á la confianza que en él habia depositado la Santa Sede. Habíase retardado su llegada á Constantinopla de resultas de una enfermedad que le sobrevino en su viaje; pero luego de restablecido lo continuó hasta cumplir su mision; mas al llegar á las puertas fué preso y encarcelado como sus compañeros. Trataron tambien de seducirle bien que en vano, pues inalterable en sus principios, se manifestó digno del cargo que ejercia. Para él los ultrajes y aun la misma muerte eran nada en comparacion del sagrado deber que se habia impuesto: así es que, como dice Beraut-Bercastel, fué mas glorioso en las cadenas que sin cadenas en la córte. El pueblo ortodoxo cuando por fin le vió le aplaudió entusiasmadamente, al paso que protestó en forma contra la conducta de los otros dos. Este triunfo debido á la virtud pagó á Félix con usura las penalidades que habia sufrido durante su triste cautiverio. Miéntras que esto pasaba entre los legados, Cirilo abad de los acemetas y otros abades de Constantinopla, horrorizados de lo que veian, escribieron inmediatamente al Sumo Pontífice dándole cuenta de todos los pormenores. Cirilo aun hizo mas, dispuso que marchase á Roma uno de sus religiosos llamado Simeon á fin de que fuese mas segura la noticia. El abad Cirilo se habia granjeado ya por varios rasgos de sabiduría y prudencia la confianza del papa Félix, quien habia dispuesto que no diesen paso alguno sin que ántes viesen á dicho abad para concertar el medio de llevar á cabo sus operaciones. El religioso Simeon, que apresuró cuanto pudo su viaje, llegó afortunadamente á la capital del mundo cristiano ántes que los legados, que le precedieron luego despues llenos de confianza por las cartas que llevaban del Emperador y del patriarca de Constantinopla. En estas cartas escritas con la mayor cautela hablaban los herejes en términos honrosos del concilio de Calcedonia. Aseguraban que Pedro Moggo lo habia suscrito, y llenaban de elogios á este infame miéntras acusaban con la mayor acrimonia á Juan Talaya. El Papa reunió inmediatamente un concilio; examinóse en

él detenidamente la causa de los legados; leyéronse las cartas de los católicos de Constantinopla; oyóse á los mismos legados, quienes confundidos por el monje Simeon fueron excomulgados y depuestos del episcopado. Este concilio que se celebró en los últimos dias del mes de Julio del año 484 se componia de sesenta y siete obispos, todos ellos animados del espíritu de Dios. Ademas de la sentencia pronunciada contra los legados, despues de haber justificado que Acacio era reo le depuso y le anatematizó. Es de advertir que la sentencia de condenacion no va encabezada mas que con el nombre de Félix, bien que la firmaron los sesenta y siete obispos porqué dice un historiador: siempre que se celebraba un concilio en Italia, principalmente sobre la fe, las decisiones que se formaban en él en nombre de todos los obispos de Italia no tenian mas que el del Papa. Levantóse un acto de esta condenacion, que consistió en una carta dirigida á Acacio, en la cual Félix le reprehende el haber hecho á Juan obispo de Tiro y sacerdote á Imero: trata despues de Pedro Moggo, y luego desciende al comportamiento que habia observado con sus tres legados; y finalmente concluye con estas palabras: «no habeis querido responder ante la Sede Apostólica á donde fuisteis citado segun los cánones por el obispo Juan; sufrid pues por esta sentencia la suerte de aquellos á quienes teneis tan grande inclinacion, y quedad depuesto de la dignidad del obispado, privado de la union católica y separado del número de los fieles. Sabed que ya no teneis el nombre ni el poder de obispo, y que habeis sido degradado por sentencia del Espíritu Santo y condenado por la autoridad apostólica, sin poder nunca disolver los nudos de este anatema»: palabras terribles, y que á la verdad podrian parecer á la vista de algunos como un acto contrario hasta cierto punto á la gran misericordia de Dios; pero nosotros opinamos con Tillemont, que pueden explicarse suponiendo estas otras palabras: *á ménos que reconozcais vuestras faltas y que pidais perdon de ellas*. Félix ademas de esta carta hizo extender otro acto para fijarlo en los parajes acostumbrados, en el cual se leia en resúmen que la sentencia del cielo habia privado á Acacio del sacerdocio por despreciador de las dos moniciones que se le dirigieron y por haber aprisionado al Papa en la persona de sus legados; y con este motivo añade Félix: «si un obispo, un eclesiástico, un monje ó un seglar comunicó con él despues de esta denunciacion, que sea anatema, y castigado por el Espíritu Santo»; *Sancto Spiritu exequente*. Miéntras esto acontecia en Roma, el obstinado patriarca tan malvado como Pedro Moggo no dejaba de comunicar con el hereje, ni le aconsejaba tampoco abiertamente que recibiese el concilio de Calcedonia. Tratóse por fin de notificar esta sentencia en Constantinopla: comision sumamente delicada atendidas las críticas circunstancias que se atravesaban. Encargóse esta comision á un tal Tuto, hombre anciano y

clérigo de la Iglesia romana, quien no dudó en aceptarla animado de la mas buena voluntad. Emprendió pues el viaje, y valiéndose de gran cautela logró ocultarse á la vista de las guardias que le aguardaban á la entrada del Bósforo; pero no pudo conseguir, ó tal vez le faltó el valor, que parece lo mas cierto, entregar la carta del Papa al patriarca. En este estado algunos monjes acemetas aconsejados por su defensor lograron fijarla en el manto de Acacio en el momento que entraba en la iglesia: paso que les costó muy caro, pues habiendo sido sorprendidos les trataron tan cruelmente que muchos de ellos perecieron en el acto, y otros fueron encarcelados. El débil defensor por su parte hizo ver la gran distancia que media entre la esperanza de salir bien de un proyecto al ponerlo en ejecucion. Le hemos llamado débil y con razon, porqué luego entró en composicion con los enemigos de la Santa Sede, se dejó corromper y comunicó con aquel á quien venia á excluir de la comunion. Algunos abades celosos á favor de la Santa Sede informaron inmediatamente de este suceso al Papa, quien experimentó un dolor tan intenso y una confusion tan extraordinaria, que no sabia que partido tomar, atendido á que el propio Tuto habia sido el mismo portador al pueblo y al clero de Constantinopla de la severa condenacion de los legados Miseno y Vital: así es que para borrar este último escándalo tuvo que usar con mas presteza del mismo rigor contra Tuto. Llegó éste á Roma, y citado ante pleno concilio se le pusieron de manifiesto las cartas que contra él se habian escrito. Á su lectura se ruborizó y temblando confesó él mismo su prevaricacion. Privósele pues ignominiosamente del cargo de defensor ántes del tiempo que debia cesar, separándole ademas de la comunion. El Papa informó como pudo de esta sentencia á los religiosos cenobitas de Constantinopla, encargándoles que la publicasen y que advirtiesen á los fieles que si querian ser tenidos por católicos se retirasen de la comunion de Acacio. La sentencia de éste se renovó con la de Pedro Moggo y la de Pedro *el Batanador* en el otro concilio celebrado en 485 tambien en Roma y por el papa Félix, en el cual asistieron cuarenta y ocho obispos, y acordaron al efecto dirigir una carta á los abades de Constantinopla, en la cual declaran que esta condenacion fué resuelta por todo el concilio precedente. Enviaron con ella la sentencia que se habia dado contra Acacio pidiendo que se ejecutase con resolucion, y confirmándola con nuevo anatema. Hacia ademas en la misma carta alguna declaracion de su fe para mostrar que seguia los dogmas del concilio de Nicea, del primero de Éfeso y del de Calcedonia. Triste era la época aquella para la Iglesia desolada por un espantoso cisma. Demos una ojeada al Occidente y veremos que no queria tener comunion con el Oriente á ménos de que anatematizara no solo á Nestorio, á Eutiques y á Dióscoro, sí que tambien á Moggo y á Acacio. Volva-

mos la vista al Oriente y veremos al Egipto y la Libia hacer un cuerpo de comunion á parte con Paladio de Antioquía; y el resto de Oriente formaba otro. Tal era el estado á que las tramas de Acacio y la ligereza y mala fe de Zenon habian reducido á la Madre comun de los fieles. Bien asegurado este patriarca de la proteccion del Emperador, dice Berault-Bercastel, y contento con el favor de las potencias del siglo, despreció todos los decretos de la cabeza de la Iglesia y se abandonó á los mayores excesos. Para colmo de su audacia y de su impiedad borró el nombre del Papa de las sagradas dípticas, é hizo arrojar de las sillas de Oriente á una multitud de obispos ortodoxos substituyéndolas por herejes; de modo que no dejó en paz sino á los que profesaban ó favorecian la herejía, teniendo los demas que refugiarse al Occidente, donde la Iglesia era ménos atormentada por los bárbaros, los arrianos y los idólatras. Lances acontecieron tan terribles, que la pluma casi se resiste á referirlos. Miéntras que Acacio perseguia de muerte al virtuoso Calendion, patriarca de Antioquía, desterrándole á los espantosos desiertos del Oásis; miéntras que restablecia á Pedro Fulon, á quien tantas veces él mismo en otros tiempos habia condenado, no exigiendo ahora de este malvado sin honor que la subscripcion del Henótico; Zenon por su parte aparentaba un excesivo celo por la pureza de la fe. Zenon ¡quién lo creyera! intercedia entónces con Hunerico, rey de los vándalos, hijo y sucesor de Genserico, á favor de la iglesia de Cartago que veinte y cuatro años habia carecia de obispo; y aquella iglesia debió despues de Dios á la proteccion del favorecedor de Acacio el permiso de elegir un pastor, bien que con condiciones duras y onerosas. Sin embargo, la alegría de los ortodoxos llegó á su colmo cuando se vieron regidos por el virtuoso, humilde y caritativo Eugenio (véase su artículo); pero muy en breve se trocaron aquellos felices dias en otros de llanto y de desolacion. Los honores tributados á la virtud de Eugenio excitaron la envidia de los arrianos, y Cirilo, el mas cruel y poderoso de todos ellos, fué el que mas trabajó para ofuscar la gloria del piadoso pastor. Dijimos ya en el artículo de S. Eugenio como empezó aquella cruel persecucion en la cual se vieron envueltos todos los católicos sin distincion de clases ni de sexo. Las primeras violencias recayeron precisamente en las personas consagradas á Dios. Dispuso el bárbaro Hunerico que todas las vírgenes católicas se juntasen y fuesen visitadas vergonzosamente por las matronas, y por último que á fuerza de tormentos se las obligase á deponer contra los eclesiásticos. Colgáronlas en alto con mucho peso en los pies, aplicáronlas planchas de hierro candente al seno y á los costados, estrechándolas de este modo á que acusasen á los clérigos y á los obispos de haber sido sus corruptores. Muchas de ellas perecieron en el tormento, otras quedaron estropeadas, pero ni una sola se hizo indigna del glorioso timbre de esposa del Señor.

Viendo el tirano frustradas sus perversas intenciones, mas indignado que nunca, descargó su mano aleve contra los eclesiásticos de todas las Órdenes, á quienes envió al destierro, ó mas bien á la muerte, que debian padecer despues de los mas horrorosos tormentos. La persecucion se extendió en África desdel clero al pueblo; los azotes, las horcas, las hogueras se multiplicaban extraordinariamente. Desnudaban, dice un autor, á las mujeres y con preferencia á las mas ilustres para atormentarlas del modo que les era mas sensible. Cierta señora, llamada Dionisia, que reunia á una belleza encantadora la virtud mas sublime dijo á sus perseguidores: «hacedme padecer todos los tormentos que pueda inventar vuestra ferocidad, libertadme á lo ménos de la ignominia de la desnudez»; porqué esta buena señora, es cierto, estimaba en mas el pudor que la vida. Pero su súplica bien léjos de ser atendida tan solo sirvió para tratarla mas indignamente. Despues de haberla despojado de sus vestidos, levantáronla en alto para que sirviese á todos de espectáculo. «Nada importa, exclamó entónces la heroina, sufro esta ignominia contra mi voluntad»; y sin atender al infeliz estado en que se hallaba exhortó con varonil esfuerzo á los demas cristianos para que sobrellevasen con constancia los tormentos. Era madre de un hermoso niño llamado Mayórico, y el pobre lloraba amargamente la desgraciada suerte de su querida madre; mas ella le animó de tal modo con sus palabras y ejemplo que consumó fielmente el martirio. Dionisia á quien sus verdugos habian dejado en el estado mas lastimoso dió gracias á Dios, y abrazando el yerto cuerpo del hijo de sus entrañas le dió sepultura en su propia casa para orar continuamente sobre sus cenizas. Dagila, otra señora casada con el copero del Rey, que habia confesado la fe ya varias veces en el reinado precedente, fué azotada, apaleada y despues desterrada á un lugar árido y desierto, donde no podia ser auxiliada de persona alguna. Sin embargo, sufrió todos estos trabajos con santa resignacion, separada de su esposo, de sus hijos y de todo cuanto mas amaba en la tierra. Pero tenia siempre fija la vista en el cielo, y á su fe debió la constancia con que sufrió los males que la agobiaban. Seria nunca acabar si quisiésemos referir la historia de todo lo que aconteció durante la tiranía de aquel mal Rey, y por lo mismo bastará decir que difícilmente buscarémos un siglo mas fecundo en mártires. Sin embargo, en la desastrosa pintura de los suplicios y de las demas iniquidades que se cometian sin interrupcion en el corazon del África se ven perfectamente delineados los triunfos de estos mismos mártires, que con su valor, su decision y su constancia daban cada dia nuevos hijos á la Iglesia, que marchaba á pesar del tirano y de sus crueldades al apogeo de la gloria. El jefe de la cristiandad, el insigne Félix, que lloraba inclinado en su oratorio por las desgracias sobrevenidas á su numeroso rebaño, y que oraba sin descanso para alcanzar de

Dios bienandanza y felicidad, determinó congregar un concilio para curar las llagas que afligian á los desgraciados africanos. Tuvo lugar esta augusta congregacion en el año 487, en la basílica de Constantino, componiéndose de cuarenta y cuatro obispos italianos, cuatro africanos y setenta y seis presbíteros, que los sucesores de los Apóstoles por una concesion especial asociaron á su funcion de jueces. Es de advertir ante todo que á pesar del gran número de católicos que habian sufrido con resignacion los tormentos hasta perder la vida sin vacilar ni un momento en la fe, otros muchos, entre los cuales se contaban varios présbiteros y obispos, se habian dejado rebautizar para libertarse de la persecucion. El Papa manifestó, pues, cuanto sentia esta claudicacion de ideas; y sin duda propondria el oportuno remedio, porqué si bien las Actas no expresan la resolucion que se tomó, contienen no obstante una carta del mismo papa Félix á todos los obispos, que es un precioso monumento de la antigüedad sobre la penitencia; haciéndonos comprehender perfectamente que la Iglesia romana conservaba aun todo el rigor de la antigua disciplina, y que se hallaba persuadida de que se debian tratar los pecadores con fuerza y al propio tiempo con benignidad. Dice el Papa: « Cuando prolongamos la satisfaccion y la penitencia del pecador, tenemos « la gloria y la alegría de hallar su alma mas pura, y mejor dispuesta para « recibir el perdon: se deben romper ante todo las redes del demonio y « sacar de ellas las almas que ha enredado; pero para esto es necesario « aplicar á sus llagas los remedios proporcionados, á fin de que si se las « quieren cerrar ántes de tiempo no sirva esto no solo de nada á unas « personas inficionadas de una peste mortal, sino que los medios no lleguen « tambien á hacerse tan culpables como los enfermos por haber tratado « muy ligeramente un mal tan peligroso. » La disposicion general que exige este Papa de todos los penitentes consiste; primero en confesarse enteramente de sus faltas, y en persuadirse á que el que engaña se engaña á sí mismo, porqué la facilidad de los hombres no debilita en modo alguno la justicia del tribunal Supremo; segundo deben humillarse, llorarse sinceramente á sí mismos, y renunciar á toda delicadeza para abrazar los ayunos, los llantos y las demas prácticas saludables de penitencia que se les prescriban. Entra luego en explicaciones: ordena que los obispos, los presbíteros ó los diáconos que hayan consentido en ser rebautizados voluntariamente, ó aun por la violencia de los tormentos, quedarán sujetos á la penitencia hasta la muerte, privados de la gracia de orar con los fieles y aun con los catecúmenos; y solo se les concede la comunion laical en la muerte. En cuanto á los demas eclesiásticos, los monjes, las vírgenes, los seculares, que habiendo caido sin ser forzados, se hallen tocados de un verdadero deseo de levantarse; ordena que pasarán tres

años en la clase de los catecúmenos y siete en la de los penitentes; que se humillarán bajo la mano de los presbíteros, sin avergonzarse de bajar la cabeza delante de Dios, á quien no se han avergonzado de renunciar; y que estarán dos años orando con los seglares, sin ofrecer ninguna oblacion. Que si las mismas personas han caido por violencia de los tormentos, las admite en la participacion del Sacramento por la imposicion de las manos, despues de una penitencia de tres años. Al parecer sujeta á la misma penitencia á los que los arrianos habian bautizado contra su voluntad: lo que parece arreglado en cuanto á los que despues habian entrado en la comunion de los mismos arrianos. Por lo que respecta á los impúberes, clérigos ó seglares, ordena que pasarán algun tiempo bajo la imposicion de las manos, y que se les dará despues la comunion para que la fragilidad no les haga recaer, particularmente los primeros, en faltas nuevas en el tiempo de una mas larga probacion; pero que ni ellos, ni cualquier otro que sea bautizado ó rebautizado fuera de la Iglesia católica, no podrán ser admitidos á la clericatura; que los catecúmenos que hayan recibido el bautismo de los arrianos estarán tres años con los oyentes; despues se les permitirá orar con los demas fieles hasta que reciban la gracia de la comunion. Como la regla general es dar la Eucaristía á los penitentes que la pidan en la muerte, ordena Félix que se les conceda, y que cualquiera sacerdote pueda hacerlo; pero que si estas personas recobran la salud, se mantendrán solo en la comunion de las oraciones hasta que hayan concluido el tiempo que se les ha señalado para la penitencia: en lo que cita como en otros diversos pasajes el concilio de Nicea. Finalmente añade, que en cuanto á los casos extraordinarios no previstos se tendrá cuidado de consultar á la Santa Sede. Miéntras esto pasaba con respecto á las provincias de África, los negocios de la Iglesia en Constantinopla mejoraron extraordinariamente con la muerte del patriarca Acacio. Este cismático, despues de diez y seis años de episcopado pasó á dar cuenta á Dios, así de su propension funesta á dominar en el clero y á extender su jurisdiccion imperiosa sobre las reglas y límites los mas sagrados, como de su desgraciado artificio en complacer á las potestades con tal que fuese en provecho suyo, sin respetar ni siquiera la fe ni la constitucion fundamental de la unidad de la Iglesia. Sucedióle Flavita, hombre tan vacilante ó mas bien tan falso, que miéntras aparentaba no querer entrar en posesion del patriarcado sin participarlo ántes al Sumo Pontífice, enviaba cartas sinodales al falso patriarca de Alejandría Pedro Moggo; pero quiso Dios que este cobarde disimulador descendiese á la tumba despues de cuatro meses de episcopado, y que le sucediese el presbítero Eufemio, varon eminentemente católico, quien lo primero que hizo fué separarse de la comunion del famoso hereje Moggo, que tambien murió muy luego. Anastasio

sucedió al emperador Zenon, que habia seguido la via de sus compañeros, y si el nuevo Emperador, mas hipócrita pero no ménos malvado que su antecesor, hubiese imitado á Eufemio en la virtud, no quedaba la menor duda de haberse restablecido en Constantinopla el imperio de la verdad y de la razon; pero apénas se vió Anastasio afirmado en el poder se quitó la máscara y principió á demostrar su verdadero carácter. Acontecieron nuevas turbulencias, nuevos escándalos; mas Félix no tuvo el dolor de presenciarlos, pues su alma voló al seno del Criador en 25 de Febrero de 492, despues de un pontificado de cerca nueve años, siendo tan grande su virtud que por ella mereció que la Iglesia le cuente en el número de los Santos, celebrándose su gloriosa memoria en el mismo dia. Tuvo por sucesor á S. Gelasio, I de este nombre. El Martirologio romano dice que S. Félix fué tartarabuelo de S. Gregorio *el Magno*. — J. M. G.

FÉLIX III ó IV, elegido papa en 24 de Julio del año 526. Sucedió á Juan I. Era natural de Benevento é hijo de Castorio, y debió su eleccion mas bien á la proteccion de Teodorico, rey de los godos, que á los sufragios de los que la aprobaron. Sin embargo, Dios permitió que el nuevo Papa gobernase la Iglesia con mucho celo, doctrina y piedad. Se quejó amargamente y con santa libertad de la persecucion de los godos al rey Atalarico, quien por consideracion á su persona mandó publicar un edicto á favor de los católicos. Se le supone autor de tres cartas, la primera dirigida á todos los obispos; la segunda á Sabino y la tercera á Cesáreo de Árles: las dos primeras son visiblemente supuestas. En la última aprueba el reglamento hecho por los obispos de las Gálias, el cual prohibia elevar á los laicos al sacerdocio ántes de haber sido aprobados. Murió el papa Félix en 12 de Octubre de 529, despues de haber gobernado la Iglesia tres años, un mes y diez y ocho dias. Sucedióle Bonifacio II. — U.

FÉLIX Y GENARO (SS.) mártires. El Martirologio romano en 7 de Enero nos dice, que fueron martirizados en Heraclea, ciudad antigua de España, situada cerca de Cádiz. El primero segun parece era obispo, y Genaro presbítero. — O.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Epicteto (S.) mártir.

FÉLIX (S.) diácono y mártir. Era natural de Andalucía, y entró á servir en la iglesia de Sevilla. Lleno de la Divina Gracia, hizo sentir los efectos de su elocuencia á la vez dulce y persuasiva en todas las provincias de Andalucía, y despues de haber trabajado con gran fruto por algunos años, selló con su sangre la doctrina que propagaba, haciéndose acreedor á la corona del martirio. Se ignora el año en que murió. La Iglesia celebra su fiesta en 2 de Mayo. — U.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Calepodio (S.) mártir.

FÉLIX y GENNADIO (SS.) mártires. El Martirologio romano que los cita en 16 de Mayo nada dice en cuanto á las circunstancias de su martirio, ni donde le sufrieron, ni en que época. Se celebra en este mismo dia la memoria de la invencion de sus santas reliquias, descubiertas milagrosamente por una piadosa mujer en Uzali, ciudad de África. —O.

FÉLIX (S.) obispo de Verona. Este Santo citado en el Martirologio romano en 19 de Julio era segun refieren un prelado eminente en virtudes y en sabiduría y tan celoso en propagar la luz del Evangelio, que no perdonaba medio ni fatiga para dar cada dia nuevos hijos á la Iglesia. Se ignora el año de su dichosa muerte. — U.

FÉLIX (S.). (Véase Cucufate (S.).

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Florencio (S.) mártir.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Aurelio (S.) mártir.

FÉLIX (S.) obispo y mártir. Habia nacido en Italia, y apénas hubo cumplido los quince años de edad cuando Dios le dotó ya con el don de hacer milagros. Abrazó el estado eclesiástico, y consagrado obispo de Nola, en Campaña, fué una de las brillantes lumbreras de la Iglesia. Preso y encarcelado por los idólatras con otros treinta cristianos, sufrió inauditos tormentos por haberse resistido á ofrecer incienso á las falsas deidades, recibiendo en premio la aureola del martirio. Escribió su Vida su sucesor en el obispado el glorioso S. Paulino, y el Martirologio romano celebra su fiesta en 15 de Noviembre. —J.

FÉLIX (S.) mártir. (Véase Papiniano (S.) mártir.

FÉLIX (S.) monje. En el dia 5 de Junio celebra la congregacion benedictina la memoria de S. Félix monje que fué de su Órden y mártir. Poco refieren de este Santo los *Anales* de la Órden; tan solo que profesó en el monasterio frislariense en Alemania; que fué varon santo y predicador severisimo; y que despues de muchas obras de santidad que practicó y trabajos que padeció, exponiendo repetidas veces su vida por la predicacion de la fe de Jesucristo á los infieles idólatras, cayó por fin en sus manos y padeció glorioso martirio en el mismo dia 5 de Junio, en el cual se celebra su conmemoracion. Estas noticias se apoyan en el testimonio de Tritemio Bucelino en su *Menologio*, tomo I de los Santos de la Órden, y en los *Anales* benedictinos. Se ignora el año de su muerte.—C. R.

FELIZE ó CATZ (Matías). Fué natural de Zelandia, religioso del Órden de S. Francisco en el siglo XVI, provincial de su Órden en los Paises Bajos: murió en Lovaina en 24 de Febrero de 1576. Tenemos de él dos obras tituladas: 1.ª: *Catholica elucidatio decalogi*. 2.ª: *Catholica elucidatio institutiones christianæ*. —J.

FELLE (Gillermo) dominico. Nació en Dieppe en 1639. Abrazó el estado

FELLER.

religioso, y despues de haber concluido la carrera de los estudios, por gusto y sin duda con el beneplácito de sus superiores, ó tal vez por disposicion de estos mismos, emprendió varios viajes á tierras muy lejanas. Visitó el África y el Asia, recorrió casi toda la Europa, y cuando dejó de viajar dejó de vivir; así lo dice á lo ménos un historiador de su Órden. Continuó su carrera en 1710 probablemente en Roma, pues desde allí se recibió la noticia de su muerte. Nada sabemos de él sino lo que nos indican los títulos de sus libros, donde consigna diferentes particularidades que le conciernen. Sus obras mas conocidas son: 1.ª: *Resolutissima ac profundissima omnium difficilium argumentorum, quæ inquam à Christi Nativitate, potuerunt afferre hæretici, contra beatæ Virginis cultum*, 1687, en 4.°, sin nombre de autor, ni lugar de impresion. En esta obra, que va acompañada de una version alemana al frente del texto latino, el autor se califica de limosnero del rey de Polonia Juan Sobieski. 2.ª: *Brevissimum fidei propugnaculum*, Venecia, 1684, en 4.°. 3.ª: *Fel jesuiticum*. Este título parece el preludio de una sátira; sin embargo Felle hace profesion de su grande adhesion á los jesuitas, de modo que es difícil adivinar el objeto que se propuso al dar este título á la obra. 4.ª: *Lapis theologorum*. 5.ª: *La ruina del quietismo et dell' amor puro*, Génova, 1702. Hállase al frente de este escrito el retrato del autor, debajo del cual se lee que tenia sesenta y tres años, que es autor de treinta obras y muy adicto á los jesuitas. Este *Tratado* que se compone de tres partes es dedicado á Clemente XI y á Felipe V, rey de España. En la primera parte Felle ataca sesenta y ocho proposiciones de Molínos condenadas por Clemente XI; en la segunda veinte y tres proposiciones condenadas por el mismo Papa; y en la tercera establece ciento sesenta y un teoremas propios para libertar los religiosos de las ilusiones del molinismo. — U.

FÉLLER (Francisco Javier de) jesuita y célebre biógrafo. Nació en Brusélas en 18 de Agosto de 1735. Fué su padre Domingo de Féller, secretario del despacho del gobierno de los Paises Bajos, que poco tiempo despues del nacimiento de Francisco fué ennoblecido por la emperatriz María Teresa en premio de los servicios que la habia prestado, y nombrado oficial de la ciudad y preboste de Arlon en la parte austríaca del ducado de Luxemburgo. Domingo Féller era ademas un rico propietario, posesor de un castillo en Autel, pueblo situado á poca distancia de Arlon, donde residia particularmente y donde acabó sus dias. La madre de Francisco Javier de Féller se llamaba María Catalina Gerber, hija de Juan Gerber, consejero áulico cerca del emperador Cárlos VI, y entónces mayordomo ó intendente de los bienes patrimoniales de la casa de Austria en Luxemburgo. En casa de Juan Gerber su abuelo fué donde el jóven Féller recibió su primera educacion. Existia en Luxemburgo un colegio de jesuitas, y al lado de estos Padres

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE LUGO

siguió sus estudios con admirable aprovechamiento. La vigilancia de su abuelo al paso que un tanto severa y los desvelos de sus preceptores contribuyeron á que emplease con fruto el tiempo en que la ligereza de la edad impide con frecuencia que se sepan apreciar los momentos de la vida, que por lo regular se dedican entónces á la disipacion y á los placeres. Féller de edad mas avanzada supo apreciar en su justo valor lo que debió á estas afortunadas circunstancias, reconociendo que ellas habian contribuido en mucho á inspirarle su amor al trabajo, que tal vez hubiera aborrecido con un poco de libertad que se le hubiese dado. Por otra parte, dotado de bellas disposiciones y sobre todo de una particular aficion al estudio, en breve fué uno de los discípulos mas aventajados de una escuela que se distinguia entre todas por los buenos ingenios que de ella salian. En efecto, el colegio de Luxemburgo gozaba entónces de mucha celebridad, y Féller obtuvo en todas las clases grandes ventajas que le valieron los mas lisonjeros aplausos. Murió su abuelo en 1751 cuando Féller apénas contaba diez y siete años de edad: pérdida que le fué extraordinariamente sensible, y cuya memoria quedó grabada para siempre en su corazon. No existiendo ya su protector le enviaron á Réims pensionado en el colegio de jesuitas de aquella ciudad para que siguiese el curso de filosofía en el cual se distinguió con igual brillantez, sosteniendo varias tésis con admiracion y aplauso de los concurrentes. Fijó muy particularmente su atencion en la física, que formaba parte de este curso, y se convenció en breve que las ciencias exactas eran absolutamente necesarias para echar los fundamentos de una sólida instruccion; y por lo mismo las cultivó con aquel esmero que era de esperar de su privilegiado talento. Llegó por fin la época de tomar estado, y no quedó por mucho tiempo indeciso. Un jóven de diez y nueve años, educado en la piedad, naturalmente devoto, ocupado desde su infancia en los estudios que mas le gustaban, creyó encontrar en ello un nuevo aliciente en el instituto de los jesuitas que reunia al ejercicio de la mas sólida virtud el amor al cultivo de la literatura. Abrazó, pues, el Órden de S. Ignacio de Loyola, tomando la sotana en 28 de Setiembre de 1754 en el noviciado de la ciudad de Tournay, y entónces fué cuando añadió al nombre de Francisco el de Javier, en honor de este Santo que habia sido uno de los principales ornamentos de la Compañía en la cual entró; pero Dios le sometió á una dura prueba. Durante el primer año de su probacion le sobrevino tal debilidad de ojos, que con frecuencia quedaba al parecer casi enteramente ciego. No ignoraba Francisco que este era un obstáculo para su admision definitiva; procuró pues al principio ocultar esta enfermedad, lo que podia hacer mas fácilmente en atencion á que nada se le notaba en el exterior; mas conoció muy luego que seria sumamente difícil continuar de aquel modo sin que la descubriesen sus com-

pañeros de noviciado y aun sus mismos superiores. El temor de ser excluido de una sociedad á la cual se creia llamado y que por otra parte tanto le gustaba le colocó en cierta perplexidad, que no le dejaba descansar ni un momento. En lugar de recorrer á los remedios humanos se dirigió á Dios y le suplicó fervorosamente que le libertase de aquel obstáculo que podia contrariar su vocacion. Sus plegarias fueron oidas del que dijo: *Pedid y alcanzaréis*. No tardó, pues, en experimentar una notable mejora, y por último los síntomas que tanto le inquietaban desaparecieron enteramente. Su vista se fortaleció y la conservó buena, de modo que siendo de edad ya muy avanzada podia leer cómodamente los caractéres mas diminutos (1). El piadoso novicio asegurado ya, concluyó el tiempo de prueba, y admitido en el número de los miembros de la sociedad fué siguiendo la costumbre del instituto empleado en la enseñanza. Profesó humanidades en Luxemburgo y en Liege y despues retórica y bellas letras. La habitud de las clases, un asiduo trabajo y una memoria feliz habian extendido prodigiosamente la esfera de sus conocimientos. Poseia perfectamente los autores selectos; sabia de memoria el Virgilio, el Horacio y otros varios clásicos, de modo que podia explicarlos sin necesidad de tener el libro á la vista; y es de advertir que el interes que se habia tomado por ellos no habia perjudicado en lo mas mínimo sus estudios religiosos. Las Santas Escrituras y la Imitacion de Jesucristo estaban tan presentes en la fecunda imaginacion del P. Féller como los autores que debian servirle de texto para la enseñanza, y aun se asegura que bastaba indicarle un capítulo de la Biblia ó del Kempis para que al momento le recitase al pie de la letra. El resultado fué, que salieron de sus aulas excelentes discípulos, cuyas primicias en la literatura recogidas en las *Musæ Leodienses* hicieron concebir sobre ellos las esperanzas mas lisonjeras, al paso que atestiguaron la habilidad del maestro. Despues de haber concluido su curso de regencia debió pasar el P. Féller al de teología, y á

(1) En el artículo de Féller de la *Biografía universal* se refiere este hecho de un modo diferente. «Féller, dice el autor de aquel artículo, admitido al noviciado se entregó á la lectura con un ardor que poco faltó para que le costase la vista. No obstante, los remedios que le prescribieron y el régimen á que se vió obligado á someterse fueron tan eficaces que no volvió á resentirse mas del mal de ojos.» Todo esto versa sobre una falsa suposicion, dice otro autor: era de regla absoluta entre los jesuitas que durante el noviciado no se ocupasen los jóvenes mas que de su vocacion y de los ejercicios espirituales que tienen relacion con ella. Todo estudio cualquiera que fuese estaba enteramente prohibido, y en su consecuencia era absolutamente imposible cualquier abuso ó exceso de lectura. Hemos, pues, preferido contar aquí el hecho tal como se lee en la noticia de Liege. No por esto pretendemos que hubiese en la curacion de Féller alguna cosa de sobrenatural; pero la fe nos enseña que podemos dirigirnos á Dios para alcanzar algunas ventajas temporales, y que él se digna escuchar nuestras súplicas, sobre todo cuando nuestra peticion tiene relacion con los bienes espirituales, como lo era en esta circunstancia la vocacion al estado religioso.

este efecto le enviaron á Luxemburgo. Habíase ya preparado de antemano para este estudio. La Sagrada Escritura, como hemos dicho ya, le era familiar. Durante el tiempo que enseñó la retórica habia leido las principales obras de los Padres; finalmente, habia recorrido en varios intervalos la teología dogmática del P. Petau. Posesor, pues, de tan preciosos materiales, hizo rápidos progresos quedándole todavía tiempo para llenar otra obligacion que se le habia impuesto: tal era la de predicar en latin la cuaresma ante un numeroso auditorio compuesto de jóvenes estudiantes que cursaban en Luxemburgo la teología, la filosofía y la retórica. Era sorprendente la facilidad con que Féller desempeñaba este empleo, causando igual admiracion la belleza y la solidez de sus discursos á pesar de que no los escribia, pues le bastaban algunas horas de meditacion para organizar en su memoria los diversos puntos que debia tratar. No habia concluido aun su curso de teología en 1763 cuando sobrevino la supresion de los jesuitas en Francia. El rey Estanislao los habia conservado en Lorena, y la emperatriz María Teresa en sus estados hereditarios. Muchos de los jesuitas franceses se habian refugiado en los colegios de los Paises Bajos, en términos que fué necesario desocuparlos en parte para darles asilo. Los jóvenes jesuitas que no habian concluido aun el curso de teología pasaron á continuarlo en otras provincias. Féller fué del número de estos últimos y fué enviado á Tirnau en Hungría, donde los jesuitas poseian un hermoso establecimiento. Obtuvo allí el recibimiento mas lisonjero, no tardando mucho tiempo en darse á conocer por sus vastos conocimientos. Encargáronle varios discursos académicos, que desempeñó siempre felizmente y que contribuyeron en gran manera á aumentar su bien sentada reputacion. Unos cinco años vivió en paises extranjeros, y supo aprovechar este tiempo dando mayor extension á sus conocimientos. Habiendo obtenido el permiso de viajar, recorrió no solamente la Hungría sí que tambien el Austria, la Bohemia, la Polonia y una parte de la Italia con su libro de memorias en la mano, observándolo todo, y anotando lo que se ofrecia á sus ojos de mas interesante y mas curioso sobre las costumbres y el carácter de los pueblos, sobre la historia, sobre la física, la historia natural, la agricultura, el comercio, etc. Visitaba las bibliotecas, los archivos, los monumentos, las manufacturas, descendiendo hasta las máquinas; de modo que regresó con buenas memorias llenas de hechos y de anécdotas que despues puso en órden añadiendo á las mismas varias observaciones recogidas en otros paises por donde mas adelante viajó: preciosa coleccion publicada en 1820. El P. Féller regresó á los Paises Bajos en 1770. En 15 de Agosto del año siguiente pronunció sus cuatro votos. Enseñó aun por algun tiempo en Nivelle, pero sus superiores le apartaron de esta carrera para que se entregase á la de la predicacion. Entónces fué cuando su feliz

memoria cargada con el grande caudal de riquezas adquiridas en sus largos y profundos estudios le sirvió maravillosamente, de manera que si no improvisaba sus sermones á lo ménos no tenia necesidad de una larga preparacion. Asegúrase que le bastaba trazar el plan que resumia en la noche anterior en que debia predicar, que al dia siguiente lo meditaba por algunas horas y luego pronunciaba su discurso con una facilidad de elocucion, que cualquiera hubiera creido ser el producto de un largo y detenido trabajo. En medio de estas ocupaciones fué cuando el P. Féller tuvo el dolor de ver abolido un instituto que formaba todas sus delicias y donde habia pasado los mas bellos años de su vida. Llenaba entónces las funciones de predicador en el colegio de los jesuitas de Liege; tomó pues el hábito de eclesiástico secular, y continuó residiendo en la misma ciudad. Habia publicado ya algunas obras; y si cambió de estado no por esto cambió de ocupacion. Dedicándose á la profesion de literato, resolvió emplear su pluma en la composicion de escritos útiles, sobre todo á la Religion, y en efecto muy luego multiplicó sus producciones. Continuó escribiendo hasta 1787 que estalló la revolucion brabanzona: se sabe ya que tomó parte en ella, que escribió en su favor y que estuvo encargado de redactar la coleccion de documentos impresos entónces para sostener la insurreccion. Las innovaciones del emperador José II ponian á la religion católica en gran peligro: los golpes dirigidos á la sana doctrina, el trastorno y total desquiciamiento de los seminarios y de las escuelas eclesiásticas podian sin duda excitar el celo de Féller, y por lo mismo érale permitido pronunciarse contra medidas tan funestas. Sin embargo, de la indignacion que ellas merecian por parte de los católicos, á aprobar un levantamiento contra el Soberano, media una distancia inmensa; y en esta parte hemos de hablar con la imparcialidad que nos es característica: difícil es justificar á Féller de todo cuanto hizo y escribió en asunto tan delicado. En 1794 la aproximacion de los ejércitos franceses en Bélgica y las ventajas que á cada paso conseguian obligaron á Féller á abandonar á Liege para retirarse á Westfalia, donde el obispo de Paderbon le recibió con muestras del mayor interes, dándole un asilo en el antiguo colegio de los jesuitas. Estuvo allí dos años al cabo de los cuales se trasladó á Bartenstein, residencia del príncipe de Hohenlohe, quien se habia interesado vivamente para que Féller aceptase sus ofrecimientos. Finalmente, en 1797 se fijó definitivamente en Ratisbona donde el príncipe obispo le distinguió con su íntima amistad hasta tal punto que quiso que le acompañase en sus viajes á Freisyugen y á Berchtesgaden, dominios de su obispado. Ademas se le hicieron otros varios ofrecimientos sumamente ventajosos; hubiera podido encontrar un establecimiento en Italia: con igual proteccion se le brindaba en Inglaterra; pero Féller prefirió siempre la honrosa hospitalidad del príncipe obispo hasta

que pudiese regresar á su patria que era el objeto de todos sus votos, pero estaba destinado á no verla nunca mas. Hasta aquella época su salud no habia sufrido alteracion notable, cuando en el mes de Agosto de 1801 se vió atacado de una calentura lenta, que si bien al principio no era alarmante, fué en lo sucesivo debilitándole insensiblemente. Sin embargo, á la entrada de invierno pareció recobrar todas sus fuerzas: la calentura habia desaparecido del todo; pero en la primavera volvió á tomar tal incremento que ya no se dudó que se acercaba su última hora. Féller léjos de inmutarse ya no pensó mas que en disponerse á bien morir. En 27 de Abril de 1802 pidió el Viático, que recibió con toda la efusion de su alma: en 12 de Mayo siguiente sintiéndose extraordinariamente débil rogó que le leyesen las rogativas de los agonizantes, y como las sabia de memoria las repetia con el mayor fervor: añaden que en el pasaje en que se trata de Sta. Tecla se acordó y declamó algunos versos de S. Gerónimo Nacianzeno en honor de esta Santa: finalmente en 21 de Mayo de 1802 espiró en los sentimientos de la piedad mas acendrada. Si la muerte de Féller fué una pérdida para la literatura, no lo fué ménos para la Religion. Este ilustre jesuita la habia defendido constantemente contra los ataques de la incredulidad y contra los sofismas de la filosofía moderna rechazando todas las innovaciones peligrosas. Su piedad era sólida y esclarecida; habíase mantenido siempre muy adicto á su instituto, que miraba y con razon como muy santo y muy útil. Durante toda su vida echó muy á ménos el estado religioso; y arrojado digámoslo así al mundo vivió como hubiera vivido en un colegio de jesuitas, fiel á los mismos deberes, practicando los mismos ejercicios, entregado á los mismos trabajos. Su grande adhesion á la Santa Sede nunca jamas se desmintió; algunos han tildado esta adhesion de excesiva y seguramente ha sido porqué pecaban en el extremo contrario. Féller tenia un espíritu vivo y penetrante, un celo ardiente y algunas veces exagerado si se quiere, pero siempre con intencion pura y recta. Nadie puede negarle un gran fondo de virtud y de instruccion: bien que hubiera sido de desear algunas veces un poco mas de medida en sus transportes. En sociedad era dulce, complaciente y fino en sus modales; y si tuvo enemigos puede decirse que sus amigos eran numerosos y todos dignos del aprecio general, tanto por su posicion en la sociedad como por sus luces y su sabiduría. Féller se mostró incansable en sus trabajos literarios: escribió muchisimo, y si no se le encuentra siempre justo á lo ménos escribió de buena fe y buscó en todas las épocas la verdad que fué el único interes que guió su pluma. Sus obras son en gran número. Tenemos de él: 1.°: *Juicio de un escritor protestante, tocante al libro de Justino Febronio*, 1771, que es la refutacion de la famosa obra de M. de Hontheim obispo de Myriofita y sufragáneo de Tréveris, quien en lo sucesivo se retractó

de su doctrina. 2.° : *Pláticas de Voltaire y de M. P. doctor de la Sorbona sobre la necesidad de la religion cristiana y católica con respecto á la salvacion.* 3.° : *Carta sobre la comida de Boulainvilliers* : chiste de Voltaire. 4.° : *Exámen crítico de la historia natural de Bufon.* El abate Féller ataca la teoría de la tierra de este autor. 5.° : Una edicion del *Exámen de la evidencia intrínseca del cristianismo* , traducido del inglés de Jenyns , con varias notas , un tomo en 12.° , 1779. Jenyns , uno de los lores del comercio , despues de haber sido muy adicto á la Religion durante sus juveniles años , habia caido en el deismo. 6.° : *Disertacion en latin sobre esta cuestion : Num sola rationis vi , et quibus argumentis demonstrari potest non esse plures uno deos , et fuerint ne unquam populi aut sapientes qui hujus veritatis cognitionem absque revelationis divinæ ad ipsos propagatæ auxiliis , habuerint?* Esta cuestion habia sido propuesta por la academia de Leyden. Adjudicóse el premio á un discurso en el cual el autor avanzaba la idea de que la creencia de un solo Dios no estaba fundada en ninguna prueba demostrativa : paradoxa que condujo á Féller á otra disertacion insertada en su diario de 1.° de Octubre de 1780 , y titulada : *Impugnatio cujusdam dissertationis prœmio decoratæ ab academicis Batavis Lugdunensibus contendentis generalem de Deo uno persuasionem nulla esse demonstratione suffultam.* 7.° : Una edicion de las *Representaciones del cardenal Bathiani , primado de Hungría , á José II emperador con motivo de sus ordenanzas tocante á las órdenes religiosas y á otros objetos* , un tomo en 8.° , 1782 , en latin y en frances. Estas ordenanzas eran en tan gran número y tan poco acordes las unas con las otras ; los cambios que procuraba introducir tan poco conformes á la disciplina eclesiástica , que todos los obispos de los estados austríacos, excepto algunos que adulaban al Monarca , se mostraban fastidiados de ellas y gemian por sus resultados. El cardenal Bathiani tuvo el valor suficiente para dirigir al Monarca vivas representaciones con aplauso de todos los adictos á la Religion. Luego que estas representaciones vieron la luz pública fueron atacadas en una carta sin nombre de autor , y en este estado Féller contestó á ella victoriosamente. 8.° : *Una edicion de la Historia y fatalidades de los sacrilegios cometidos con hechos y con ejemplos , etc. , por Enrique Spelman , con adiciones considerables y extractos en latin y en frances de los libros de los macabeos y otros libros santos* , 1789. 9.° : *Tratado de la mendicidad* , 1775. Á todo rigor Féller no fué mas que el editor de esta obra ; pero hizo en ella cambios considerables y muchisimas adiciones. 10.° : *Discursos diversos sobre asuntos de religion y de moral* , Luxemburgo, 1777 , dos tomos en 12.°. Estos discursos no carecen de elocuencia , y sobre todo el autor se fija en discutir con precision y solidez las cuestiones que forman su objeto. 11.° : Una edicion de la *Vida de S. Francisco Xavier* : es la misma que compuso el P. Bouhours ,

aumentada por Féller con algunos opúsculos piadosos. 12.° : *Verdadero estado de la disputa suscitada entre el nuncio apostólico de Colonia y los tres electores eclesiásticos:* obra llena de pormenores sumamente curiosos sobre estas cuestiones. 13.° : *Suplemento al verdadero estado*, etc.: continuacion del mismo asunto tratado en el mismo libro que acabamos de mencionar. 14.°: *Ojeada dirigida al congreso de Ems , precedida de un suplemento al verdadero estado*. Estas tres obras son muy interesantes para la *Historia Eclesiástica* de la época. 15.° : *Defensa de las reflexiones sobre la* PRO MEMORIA de Salzburgo con una tabla general de las cuatro obras precedentes ; todas ellas son citadas casi á cada página de la *Respuesta de Pio VI á los arzobispos de Maguncia , de Colonia , de Tréveris y Salzburgo sobre el asunto de las nunciaturas*. Estas mismas obras escritas en latin fueron traducidas al aleman é impresas en Dusseldorf y en Paderbon , 1782 y 1791 : debian tambien ser traducidas al italiano. 16.° : *Diccionario geográfico* , 1782 , dos tomos en 12.°; segunda edicion , Liege , de 1791 á 1794 , dos tomos en 8.°. Esta obra es en el fondo el *Diccionario* de Vorgien , pero considerablemente aumentada y refundida casi enteramente. Como el abate Féller habia viajado por Hungría , se esmeró en redactar los artículos concernientes á este pais. Las observaciones que refiere hechas en sus viajes han contribuido muchisimo á perfeccionar este *Diccionario* y á establecer cierta armonía entre la geografía , la física , la astronomía , la historia y asimismo la teología y la moral. 17.° : *Observaciones filosóficas sobre el sistema de Newton , el movimiento de la tierra y la pluralidad de los mundos , con una disertacion sobre los temblores de tierra , las epidemias , los huracanes , las inundaciones* . etc. , Liege , 1771 ; segunda edicion , Paris , 1778 ; tercera edicion , Liege , 1788, con muchas adiciones. El autor se detiene en probar que el movimiento de la tierra admitido hoy dia casi universalmente no ha llegado á demostrarse de tal modo que no pueda defenderse el sistema contrario. El astrónomo Lalande escribió contra esta obra ; Féller le contestó y la disputa no tuvo mas consecuencias. 18.° : *Catecismo filosófico ó coleccion de observaciones propias para defender la religion cristiana contra sus enemigos* , Liege , 1773 , un tomo en 8.° , y Paris , 1770. Hízose una tercera edicion , Liege , 1787 , tres tomos en 8.° ; falsificada en Ruan en el mismo año y en Paris , 1784 ; y una cuarta edicion considerablemente aumentada , Liege , 1805 , tres tomos en 12.° ; otra edicion en 1819 , Lyon , imprenta de Guyot , dos tomos en 8.° , hecha , dicen , en vista de una copia revisada por Féller y llena de correcciones y de notas de su propia mano. Finalmente , la condesa de Genlis en 1827 hizo una nueva reimpresion de este libro con el título de : *Catecismo crítico y moral* por el abate Flexier de Reval ; pero se ha permitido hacer tan numerosas supresiones , que no es seguramente la edicion

que deben tomar los que aprecian la verdadera obra de Féller. Está escrita con mucha erudicion y pasa por una de aquellas en que el autor ha desplegado mas sus talentos. Ha sido traducida al aleman y al italiano, y se estaba preparando tambien otra en inglés que no sabemos si hasta ahora ha visto la luz pública. 19.° : *Exámen imparcial de las Épocas de la naturaleza*, 1792, un tomo en 8.°. Varios fueron los escritores que se levantaron á un mismo tiempo contra lo que este libro tenia de peligroso. El abate Féller creyó tambien deber pagar su tributo en esta ocasion, y refutó sólidamente esta brillante y caballeresca teoría, fruto de la imaginacion y despues enteramente abandonada aun en vida del autor. 20.°: *Diccionario histórico, ó historia compendiada de los hombres que se han adquirido un nombre por su genio, sus talentos, sus virtudes, sus errores ó sus crímenes desdel principio del mundo hasta nuestros dias*, primera edicion, 1781, seis tomos en 8.°; segunda edicion aumentada considerablemente, se publicó desde 1789 á 1797; tercera edicion en 1809, despues de la muerte de Féller, pero con la misma fecha de 1797 : condicion que el abate habia impuesto al impresor. Esta es la misma edicion que se reprodujo en 1818 con un *Suplemento*. Sabido es que el fondo de este *Diccionario* está sacado de Chaudon, y esto fué lo que dió lugar al verdadero autor á que se quejase amargamente de plagio ; lo que real y verdaderamente no estaba desnudo de fundamento, á cuyas quejas contestó el abate Féller. Sin entrar en esta discusion, dice el autor á quien debemos este artículo, podemos decir segun parece, que en nada se asemeja el *Diccionario* de Chaudon al del abate Féller, pues que este último lleva un objeto totalmente diferente. En el de Chaudon la causa de la religion no está sostenida de un modo bastante pronunciado, no se combaten en él las novedades peligrosas, y en tal caso muy débilmente. Se trataba de llenar ó suplir lo que tenia de defectuoso, y esto es precisamente lo que hizo el abate Féller. Se sirvió para ello, dice un crítico juicioso, de los materiales de M. Chaudon, y cambió tan solo lo que le pareció digno de cambio. Así es que sin tocar el fondo se limitó á reparar las omisiones, á suprimir las reflexiones condenadas y á substituirlas con otras que mereciesen ser aprobadas por todos los buenos talentos ; á rectificar los juicios dictados por la parcialidad ; en una palabra, á formar un libro que la juventud no solamente pudiese leer sin peligro, sino que alejase de su mente todo lo que hace referencia á las nuevas doctrinas ; un libro por fin, que mereciese el aplauso de las personas piadosas. No queremos decir por esto que la obra sea perfecta, pues es muy difícil que lo sea una obra de esta naturaleza. Esto es lo que dicen los editores de la nueva edicion principiada á publicar en Paris en 1827 y concluida en 1829, diez y siete tomos en 8.°. Stassart en el artículo biográfico del abate Féller insertado en el tomo XIV de

la *Biografía universal antigua y moderna*, Paris, 1815, páginas 279 y 280, dice: « Esta obra, que pretendieron no ser otra cosa que la imitacion del *Diccionario* de Dom Chaudon, dió motivo al principio á que se la tratase de plagio: en efecto, muchos artículos y aun de los mas importantes del nuevo *Diccionario* fueron extraidos ó mejor diremos copiados palabra por palabra del antiguo, y otros muchos no fueron mas que corregidos. Sin embargo, por un deber de equidad debemos añadir que muchos de los buenos artículos sobre todo de la última edicion pertenecen exclusivamente á Féller, y que algunos otros tales como *Franch* (Simon), *Galifet*, *Gassner*, etc., fueron copiados de la citada obra de Chaudon. Con mas justicia, añade, se le acusa de haberse mostrado hombre de partido con mucha frecuencia en la distribucion de sus elogios y de sus críticas. El celo por la Religion le hizo á veces transformar en genios superiores á personajes que tal vez no tienen otro mérito que el de haber vestido la sotana de jesuita, miéntras quisiera transformar en pigmeos á escritores de un talento distinguido, pero que tuvieron la desgracia de ser adictos al jansenismo ó de optar por las opiniones filosóficas del siglo XVIII; y aun este mismo celo contra una filosofía que él miraba como peligrosa fué el que puso en sus manos para escribir sus *Observaciones sobre el sistema de Newton*. Este es el juicio que han formado y la crítica que hacen los biógrafos franceses del *Diccionario histórico* de Féller. Nosotros, que hemos tenido ocasion de examinarlo detenidamente, tal vez seremos mas imparciales que estos críticos franceses. Féller en su *Diccionario histórico* ha seguido la marcha de todos los biógrafos así nacionales como extranjeros; todos se han copiado unos á otros y procurado exaltar las glorias de su pais, tratando á veces muy detenidamente de personajes que comparados con los que no les pertenecieron estaban léjos de merecer ni siquiera que se mentasen sus nombres, miéntras que han dejado, digámoslo así, en esqueleto á muchísimos con los cuales podrian presentarnos un verdadero modelo de virtud, de valor ó de sabiduría. Aun han hecho mas; el mismo Féller si alguna vez se ha extendido hablando de sus vecinos ha sido para sindicarlos ó ponerlos en descrédito, é igual defecto han cometido sus continuadores. Véanse en este *Diccionario* los artículos de *Feijóo*, de *Aranda*, de *Cabarrus*, de *Cavanilles* y otros muchos. Los autores de la *Biografía universal* á lo ménos se han mostrado mas imparciales ó mas atentos con una nacion, que en tratándose de hombres célebres puede competir con la Francia y con todas las demas naciones. Es verdad que Féller ha sido mas circunspecto, que los que componian la *sociedad de literatos y de sabios*; porqué miéntras éstos en algunos artículos han dejado correr la pluma mas allá de lo que debieran en punto á Religion, Féller ha sabido defenderla, bien que pocas veces con todo el vigor necesario para pulverizar los sarcasmos de sus de-

tractores. Sin embargo, no por esto pretendemos menguar la gloria que unos y otros se han adquirido como á biógrafos. 21.°: *Reclamaciones bélgicas, ó representaciones hechas con motivo de las innovaciones del emperador José II*, 1787, diez y siete tomos en 8.°. Esta obra se compone de los documentos publicados á favor de la revolucion brabanzona. 22.°: Algunas *Notas sobre la bula de Pio VI* AUCTOREM FIDEI *con motivo del concilio de Pistoya*. El cardenal Gerdil las refutó. 23.°: *Diario histórico y literario*, Luxemburgo y Liege, sesenta tomos muy abultados. Desde 1774 hasta 1794 se publicaron dos números ó cuadernos cada mes. Este *Diario* y el titulado: *Llave del gabinete de los príncipes* en la parte literaria que corria á cargo de Féller contienen un gran número de disertaciones salidas de su pluma sobre toda clase de materias, en las cuales nunca se olvida cuando se le presenta ocasion de hablar á favor de la Religion y de combatir á sus adversarios. Los editores de la séptima edicion del *Diccionario histórico* dicen, que han hecho todos los esfuerzos imaginables para procurarse un ejemplar de este *Diario*, pero que todas sus diligencias han salido frustradas, que ni uno solo han encontrado completo ni aun en Bélgica; por cuyo motivo se han visto privados de dar un conocimiento mas detallado de esta produccion de Féller. Finalmente, que el extracto que se publicó de la misma obra en tres tomos en 8.°, Brújes, 1818 á 1820, y que acaban de recibir les ha hecho ménos sensible la pérdida entera de la obra, pues que contiene todos los pasajes en los cuales Féller hace referencia al *Diccionario histórico*. 24.°: *Itinerario del viaje del abate Féller en diversas partes de la Europa*, Liege, 1820, dos tomos en 8.°, que vienen á ser varias notas que Féller habia recogido en sus diferentes viajes. Habialas puesto en órden, y se disponia para darlas á la prensa cuando la muerte le sorprendió. En este *Itinerario* se encuentran hechos muy curiosos y cosas sumamente interesantes; pero por otra parte están llenas de minuciosidades, y á cada paso se halla anotado el abate Féller: refiere en él las aventuras mas insignificantes aunque en nada puedan interesar al lector. Sin embargo, es tal vez la obra que mejor pinta á su autor: considerado en la vida privada, al lado de sus amigos, en todas partes interesa su bondad y su franqueza. 25.°: *Reflexiones sobre la instruccion de M. el obispo de Bolonia* (Aselino) *relativas á la declaracion exigida á los ministros del culto católico* por F. J. de Féller, en 8.°, de 39 páginas, Liege, imprenta de Desoer, 1800. El abate Féller en este folleto y en algunos otros que tambien habia compuesto sobre la misma materia, profesa principios tan contrarios á la opinion que de él se tiene, que sus enemigos cesaron de acusarle de ultramontanismo y se hubieran apoyado en su autoridad si la hubiesen conocido. Por último desde 1824 á 1825 se publicó en Paris en cinco tomos en 8.° una coleccion de los mejores artículos del Diario

histórico y literario con el título de : *Curso de moral cristiana y de literatura religiosa por el abate Féller*. Este célebre escritor dió muchas de sus obras bajo el nombre supuesto de Flexier de Reval , anagrama del suyo. Dícese que ha dejado numerosos materiales para la reimpresion de la mayor parte de sus obras , cuya publicacion desean los amantes de la literatura.—J. M. G.

FELLON (Tomas Bernardo) jesuita y poeta latino. Nació en Aviñon en 12 de Julio de 1672. Tomó la sotana jesuítica y profesó por largo tiempo la retórica en el colegio de la Trinidad de Lyon. Fellon asistia regularmente en las sesiones de la sociedad literaria , y cuando fué transformada en academia nombráronle uno de sus primeros miembros. Estaba unido en íntima amistad con Brossette , comentador de Boileau , y con Luis de Puget uno de los mas hábiles físicos de su tiempo. Estimado del público y de sus cofrades , llegó á una edad muy avanzada , y murió en Lyon en 25 de Marzo de 1759. Tenemos de él : 1.° : *Faba arabica, carmen*, Lyon, 1696, en 12.°. 2.° : *Magnes, carmen* , Lyon, 1696, en 12.°. Encuéntrase á continuacion de este corto poema una carta de Puget que contiene la explicacion de los pasajes donde el autor se detiene en describir las propiedades del iman. Estos dos poemas cuya lectura es sumamente agradable se han insertado con la carta de Puget en el primer tomo de los *Poëmata didascalica* , publicados por el abate Olivet. 3.° : *Oracion fúnebre del duque de Borgoña*, pronunciada en Marsella, 1711 , en 4.° ; *la de Luis, delfin de Francia y de María Adelayda de Saboya su esposa* , 1712 , en 4.° ; la de *Luis XIV* , 1715 , en 4.° y reimpresa en la coleccion de *Oraciones fúnebres* de este príncipe , 1716 , dos tomos en 12.°. 4.° : *Paráfrasis de los salmos y de los cánticos de la Iglesia* , Lyon , 1731 , en 12.°. Equivocadamente se ha atribuido al P. Fellon el *Compendio del tratado del amor de Dios* por S. Francisco de Sáles. Esta obra es del abate Tricalet. — U.

FELNER (Ignacio) jesuita en el colegio landsbergense en la provincia de Baviera en 1773. Extinguida ya la Compañía de Jesus , enseñó humanidades en Friburgo. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él : *Cartas de Ciceron* en idioma aleman. — J.

FELTON (Tomas) religioso mínimo , hijo de Juan Felton gentil hombre inglés. Su padre habia dado pruebas inequívocas de su adhesion al catolicismo hácia fines del siglo XIV. Viendo el papa Pio V que la reyna Isabel habia usurpado la calidad de jefe de la Iglesia en todo el reino de Inglaterra y que habia abolido las ceremonias de la Iglesia romana , declaró hereje á esta princesa y á todos los que fuesen de su partido. Un ejemplar de esta censura , que se imprimió en Roma , cayó en manos de Juan Felton , quien lo fijó públicamente en las puertas del palacio episcopal de Lóndres ; pero desgraciadamente fué preso en el acto y conducido á la cárcel. De allí fué trasla-

dado ante los doce jueces, en cuya ocasion sostuvo con un valor digno de la causa que defendia que en efecto él era el que habia fijado aquella bula; por cuyo motivo los inexorables jueces le condenaron á la pena de horca, que se ejecutó en 8 de Agosto de 1569 ó 1570. Dejáronle por algun tiempo en el suplicio para que sirviese de espectáculo; mas cuando le descendian conservaba todavía la vida, y no contentos aun sus verdugos, le cortaron las partes, que arrojaron al fuego, despues le abrieron el pecho para arrancarle el corazon y las entrañas, y por último habiéndole decapitado le descuartizaron. Su hijo llamado Tomas objeto de este artículo fué arrojado de Inglaterra desde donde pasó á Paris, llevando siempre fija en la memoria las iniquidades cometidas contra su querido padre. Hallándose en la capital de la Francia estudió en el colegio de Réims, tomando luego el hábito de religioso mínimo. Deseoso sin duda de alcanzar la corona del martirio regresó á Lóndres en traje secular, mas apénas desembarcó cuando se vió preso y conducido ante el tribunal. Preguntáronle á que religion pertenecia, á lo que contestó resueltamente que era católico y religioso del Órden de S. Francisco de Paula; que se llamaba Felton, y que Juan Felton, su padre, habia muerto á manos de los ingleses por haber defendido la fe católica; que él por su parte estaba dispuesto á seguir su suerte derramando su sangre tambien en defensa de la religion del Crucificado. Detuviéronle preso por espacio de tres meses, y finalmente le condujeron al suplicio con otro sacerdote en 28 de Agosto de 1588. Tal fué con respecto á estos valientes defensores de la Religion la venganza de una princesa que la filosofía moderna exalta hasta las nubes. — G.

FENALS (J. Miguel). Lo único que nos indica Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Hispana vetus*, tomo II, pág. 344, es que Fenals era natural de Mallorca, que abrazó el Órden de S. Francisco y que escribió: *Exemplum sive Acta visitationis nonnullorum sacrarum Deo virginum Monasteriorum in Diœcesibus Tarraconensi, Barcinonensi, Gerundensi, Elnensi, Urgellitano Vicensi ac Dertusensi*, cuyas visitas hizo con el dean de Jaen Juan Dazu, desde el año 1493 á 1495. — O.

FENEL (Juan Bautista Pascual) canónigo de Sens y prior de Ntra. Sra. de Andresy. Nació en Paris en 1695. Su padre que era un abogado distinguido se encargó de su educacion, y despues de haberle enseñado los elementos de las lenguas antiguas procuró desarrollar, por todos los medios que estaban á su alcance, las facultades intelectuales del jóven educando, quien manifestó ya desde sus primeros años el gran deseo que tenia de solazarse en las ciencias. Una circunstancia particular influyó extraordinariamente en la direccion de los primeros estudios de Fenel. El célebre Menage habitaba en la misma casa que su padre de quien era íntimo amigo, y el anciano filó-

logo que descubrió en el jóven Fenel las mas bellas disposiciones y sobre todo una docilidad sin límites procuró inculcarle la idea de dedicarse á la crítica literaria. Fenel á los trece años de edad hubiera podido pasar ya por un erudito, á pesar de no haber frecuentado todavía ninguna escuela pública. La habitud que habia adquirido de estudiar por sí solo, y que al principio favoreció sus designios, no dejó de servirle de algun obstáculo para los adelantos sucesivos; pues que libre de seguir sus propias inspiraciones y de abandonarse á los rasgos de su fantasía le faltó método en sus trabajos literarios y constancia en la ejecucion de sus proyectos. Ningun escritor tal vez ha trazado tantos planes como el abate Fenel; pero hubiera disipado su vida inútilmente para él y aun para los otros si algunas de las cuestiones propuestas en el concurso por las sociedades sábias no hubiesen fijado sus ideas por algun tiempo en un mismo objeto. El premio que ganó en 1743 en la Academia de inscripciones empezó á darle á conocer muy ventajosamente. En el año siguiente reemplazó al abate Gedoyn, y desde este momento leyó con frecuencia varias memorias que llamaron la atencion de la Academia. «No eran simples memorias las que leia, dice Bougainville, sino gran- « des tratados cuya extension absorvia sesiones enteras, siendo así que « ninguno de ellos era acabado, ni podíamos sacarlos de sus manos ni obli- « garle á concluirlos, ni á darles la forma que exigian y de que eran dignos.» La buena acogida que Fenel recibió de sus cofrades no pudo suavizar la rudeza de su carácter, ni disminuir su gusto por la soledad. Falconet fué el único que llegó á inspirarle un poco de confianza. Algunas enfermedades graves, consecuencia del método de vida que observaba, contribuyeron poderosamente á aumentar su habitual melancolía. El resultado fué que cayó en un estado de debilidad tan extraordinaria y espantosa, que á pesar del continuo alimento nunca pudo recobrar sus fuerzas: de modo que parecia un esqueleto ambulante; pero por esto no se alarmó, y como poseia algunos conocimientos en medicina quiso cuidarse por sí mismo. Por fin se le agravó la enfermedad, y murió casi repentinamente en 19 de Diciembre de 1753. Imprimióse su elogio, pronunciado por Bougainville, en el tomo XXV de las *Memorias de la Academia de inscripciones*. Este curioso documento da perfectamente á conocer el carácter y las diferentes producciones de Fenel, de las cuales citarémos las mas interesantes. Tales son: 1.ª: *Coleccion de diferentes experimentos, ensayos y raciocinios sobre la mejor construccion del cabestante, con relacion á los usos á que se aplica en las naves*, presentada á la academia de ciencias en 1740 é impresa en el tomo V de la *Coleccion de premios*. 2.ª: *Disertacion sobre la conquista de la Borgoña por los hijos de Clodoveo I*, coronada por la academia de Soissons en 1743, Paris, 1744, en 12.°. 3.ª: *Memoria sobre el estado de las ciencias en Francia desde la*

FÉNELON.

muerte de Felipe el Hermoso *hasta la de Cárlos V*, premiada por la Academia de inscripciones en 1744. 4.ª: *Ensayo para restablecer un pasaje del tercer libro de Ciceron sobre la naturaleza de los dioses.* (Memorias de la Academia de inscripciones tomo XVIII). 5.ª: *Memoria acerca de lo que han opinado los paganos sobre la resurreccion*, (idem, tomo XIX). 6.ª: *Advertencia sobre el significado de la palabra* DUNUM, (idem, tomo XX). 7.ª: *Plan sistemático de la religion y de los dogmas de los antiguos galos* (tomo XXIV). Esta memoria es tan sábia como curiosa. Entre las muchisimas obras que el abate Fenel anunciaba son dignas de notarse las siguientes: *La historia de la ciudad de Sens y una sobre las manufacturas entre los antiguos.* — O. R.

FENEL (Cárlos Mauricio) tio del anterior y dean de la iglesia de Sens. No sabemos mas sino que murió hácia 1720 y que ha dejado manuscritas *Memorias* relativas á la historia de los arzobispos de Sens, que se conservaban en tres tomos en folio en la biblioteca del abate Macon. Los autores de la *Gallia christiana* se aprovecharon de la obra de Fenel para la redaccion de la historia de esta metrópoli. — J.

FENELON (Francisco de Salignac de la Motte). ¡Quien despues de haber hablado del célebre Bossuet, del hombre del siglo XVII, del defensor de la Religion, del gran sabio que dejó consignado en las páginas de sus numerosos escritos un inagotable caudal de sana doctrina, no se enternece al pronunciar el nombre del virtuoso Fenelon!; de este hombre nacido para bien de la humanidad, que no respira sino á impulsos de un amor sin límites nacido de la bondad misma de su corazon; de un hombre por fin, que con su resignacion y humildad, sino logró eclipsar la gloria de Bossuet á lo ménos pudo arrancar de sus labios estas sublimes palabras: « Fenelon es un buen amigo: avergüenza con su silencio á los que le persiguen. » Las vidas de estos dos grandes prelados de la Francia tienen tanta relacion la una con la otra que no puede mentarse á Fenelon sin acordarse de Bossuet, ni puede apreciarse justamente el carácter de éste sin examinar á fondo el espíritu y circunstancias de aquel. Ámbos representaron un papel importante en la historia de su siglo, fueron amigos, fueron rivales, se reconciliaron por fin, porqué el imperio de la verdad triunfó; y si las obras de Bossuet colocaron á éste á la cumbre de la gloria, los escritos, la humildad y la sabiduría de Fenelon granjearon segun creemos al mismo Fenelon el amor de Dios así como supo captarse el amor de los hombres. Nació el autor del Telémaco en el castillo de Fenelon, en el Perigord, de una antigua é ilustre familia en 6 de Agosto de 1651; pero no necesitó de esta recomendacion para elevarse en lo sucesivo á las principales gerarquías de la Iglesia: se vastó á sí mismo y sus hechos y su sabiduría le ensalzaron aun mas que los gloriosos timbres de su nobleza hereditaria No obstante, hijo de padres virtuosos, recibió desde su

infancia aquella sólida educacion que es, digámoslo así, la piedra fundamental de una marcha veloz, al paso que precursora de las grandes y sublimes acciones. Procuraron ante todo sus preceptores infundir en su tierno corazon los principios de la piedad mas acendrada, y no les costó grande trabajo porqué Dios habia dotado á Fenelon de las mas bellas disposiciones. Docilidad sin límites, amor al estudio, decidida inclinacion á la virtud, feliz memoria, y para colmo de tantas prendas una comprehension superior á sus años, que fué creciendo rápidamente y tomando formas colosales desdel momento que supo distinguir la razon. Todas estas circunstancias al parecer conspiraron de consuno para dar renombre y fama al hombre que debia llamar mas adelante la atencion de la Europa entera. Nutrido desde la infancia con la lectura de los clásicos de la antigüedad, educado en la soledad entre los modelos de la Grecia, su gusto fino y delicado debió correr á la par con la belleza de su ingenio. Informado su tio, el marqués de Fenelon, de los rápidos progresos que hacia su sobrino, llamóle á Paris para que acabase de perfeccionarse en los estudios filosóficos y empezase desde luego el curso de teología, indispensable á su naciente vocacion. Reservado estaba á la capital de la Francia ser la primera en admirar al jóven predilecto de la fortuna, que guiado por la mano del Señor debia contribuir poderosamente á la felicidad de su patria en la época y despues del reinado de Luis XIV. Efectivamente, Paris fué el teatro de sus glorias literarias y el testimonio mas indeleble de su constante amor por la Religion. No bien habia cumplido los quince años de edad cuando sostuvo la misma prueba que Bossuet. Predicó ante un numeroso auditorio ménos célebre en verdad que el templo de Rambellet, donde el orador de la Francia habia descollado de un modo sorprendente; bien que Fenelon desplegó igualmente una elocuencia tan tierna y tan persuasiva que dejó tambien pasmados á cuantos le oyeron. Su boca de oro dijo entónces tan grandes, tan sublimes verdades, que desdel momento pudo vaticinarse que Fenelon mereceria muy luego ser colocado al lado del insigne Bossuet. Este primer ensayo mas bien propio de un hombre consumado en los estudios, que de un jóven imberbe que apénas habia tenido tiempo suficiente para salir medianamente instruido de las aulas, alarmó al marqués de Fenelon, quien para sustraer al jóven apóstol de las seducciones del mundo y de la gloria le hizo entrar en el seminario de S. Sulpicio. En este retiro donde se cobijaba la virtud se penetró Fenelon del verdadero espíritu del Evangelio; y la paz y la caridad que habia tomado por compañeras inseparables le hicieron digno del amor de todos sus cofrades y de la íntima confianza de un hombre virtuoso, del buen Trouson superior del mismo seminario. Preparado ya Fenelon con todas las prácticas de la mas rígida virtud recibió sagradas órdenes y se regocijó al contemplar que se

hallaba ya unido al ministerio sacerdotal con lazos indestructibles. Lleno de fervor por la causa de la Religion, la primera idea que concibió fué la de consagrarse enteramente á las misiones del Canadá ; pero como su físico era muy delicado halló contradiccion por parte de su familia , y en este estado varió de pensamiento pero no de objeto. Quiso pues entregarse á las misiones de Levante donde , segun expresion de un autor que se supone bien enterado de las circunstancias de Fenelon , lo profano y lo sagrado , S. Pablo y Sócrates , la iglesia de Corinto , el Partenon y el Parnaso llamaban su imaginacion á la vez poética y religiosa. Afortunadamente para la Iglesia y la Francia se desvaneció tambien este proyecto ; pues renunciando Fenelon á las misiones lejanas se dedicó completamente á un apostolado que no creyó ménos útil ; tal era la instruccion de las neófitas. Los deberes y cuidados que exigia este delicadisimo cargo , en el cual empleó todo su genio y todo su celo por espacio de diez años , le prepararon para la composicion de su primera obra titulada : la *Educacion de las hijas :* obra maestra de delicadeza, raciocinio y de buen gusto , que en vano han intentado eclipsar el autor del *Emilio* y el pintor de *Sofía* , porqué el uno y el otro estaban muy léjos de hallarse animados del espíritu de piedad que rebozaba en la célebre obra de Fenelon , de la cual hablarémos mas adelante. Esta obra estaba destinada á la duquesa de Beauvilliers , madre piadosa y sábia y de una numerosa familia. Fenelon en la modesta obscuridad de su ministerio mantenia ya con los duques de Beauvilliers y de Chevreuse aquella amistad virtuosa que resiste igualmente el favor y la desgracia , la córte y el destierro. Su amistad con estos señores era sincera , era verdadera : no era aquella amistad fingida de los hombres que desean , sino aquella amistad que medra y se acrecienta cuanto mas la desgracia persigue al poderoso. No fué seguramente tan verdadera la que contrajo con Bossuet. Admitido en la familiaridad de este hombre célebre , Fenelon se dedicó á estudiar su carácter , su genio y su vida. Fenelon no hay duda poseia el arte de conocer el corazon humano ; pero en esta ocasion no sabemos si tuvo bastante ciencia para descifrar la viva imaginacion del hombre que se habia trazado una via de la cual no queria separarse. Bossuet por su parte al oir los adversarios de la Religion creyó , y si se quiere oportunamente , que las doctrinas debian rebatirse con doctrinas , y en su consecuencia que la polémica era el arma mas poderosa para anonadar á los adversarios de la religion católica. Con este sistema alcanzaba de cuando en cuando triunfos sumamente honoríficos , porqué un corifeo sometia á otros corifeos ; pero no siempre la verdad debe ir precisamente acompañada de la polémica : pues á veces puede mas la verdad por sí sola si el que la escucha no conociendo las leyes del saber humano se halla dispuesto á oir aquella razon que conmueve sin esfuerzo y que enca-

dena el espíritu sin violencia ; y estas circunstancias inspiraron sin duda á Fenelon el tratado del *Ministerio de los pastores :* obra en la cual combate á los herejes con mas moderacion si se quiere de la que usaba su ilustre modelo. El objeto de esta obra , su mérito intrínseco y sobre todo el entusiasmo con que Bossuet la elogió , inclinaron no hay duda á Luis XIV á confiar á Fenelon el cuidado de una nueva mision en el Poitou. Es de advertir que la rigurosa uniformidad que el Monarca frances queria extender en todas las conciencias de sus vasallos, y la resistencia que nacia de la opresion le obligaban con frecuencia á sostener á sus misioneros por medio de las armas. Fenelon al emprender esta comision sumamente delicada no se limitó solamente á rechazar el concurso de la tropa sino que aun hizo mas , quiso elegir por sí mismo los colegas eclesiásticos que debian compartir con él un ministerio de persuasion y de dulzura. El resultado fué que Fenelon convirtió sin perseguir , y como á buen apóstol supo inspirar en los corazones de sus neófitas aquel amor á la creencia hijo de la conviccion mas íntima. Sus numerosas conquistas eran tanto mas gloriosas cuanto menores eran los esfuerzos que hacia para alcanzarlas. La importancia que entónces se daba á semejantes misiones creció extraordinariamente al ver la facilidad y el acierto con que trabajaba aquel varon sabio escogido de Dios y amado de los hombres : la honra le seguia en todas partes , los elogios á su favor se multiplicaban por do quiera. Fenelon era el hombre de la Francia : sus innumerables conquistas le aseguraban el imperio sobre todos los corazones : sabia agradar, persuadir , instruir : el mismo Bossuet le señalaba con el dedo de su proteccion ; porqué no le temia como á rival y le queria como amigo. Un objeto se ofrecia entónces á la ambicion y al talento. El delfin , nieto de Luis XIV , acababa de salir de la primera infancia : el Rey buscaba con avidez la persona mas apta á quien confiar este precioso depósito. La virtud ayudada del favor de madama Maintenon obtuvo la preferencia : M. de Beauvilliers fué nombrado gobernador, y como á tal eligió con particular satisfaccion del Rey á Fenelon por preceptor del jóven príncipe y de los duques de Anjou y de Berri , siendo tan aplaudida esta eleccion que la academia de Angers la propuso por objeto del premio que cada año se adjudicaba. La historia atestigua que jamas se habia visto un concurso mas perfecto de voluntades y de esfuerzos. El célebre Fenelon por la superioridad general de su genio era el alma de esta reunion. Sencillo con el duque de Borgoña , sublime con Bossuet , brillante con los cortesanos , todos , absolutamente todos anhelaban su dulce trato , su amena conversacion. Fenelon fué el que transportado por la esperanza de realizar un dia el bello ideal en el trono y fijando la felicidad de la Francia en la educacion de su Rey destruia con admirable arte todos los gérmenes peligrosos , que la naturaleza y la idea

prematura del poder habian ó mas bien podian haber introducido en ese tierno corazon, procurando substituir á todos los defectos de un carácter indomable la costumbre de las mas saludables virtudes. Esta educacion de la cual quedan á los franceses inmortales vestigios en los escritos del sabio preceptor al parecer es la gran obra del genio que se consagra exclusivamente á la dicha de los mortales. Hallándose Fenelon en el centro de la córte, sin convertirse en palaciego y sin aplaudir las relajadas costumbres que por lo regular se observaban entre los cortesanos, se hacia admirar no obstante por la belleza de su expresion fácil y brillante, por el atractivo de una conversacion tan noble como elocuente, y sobre todo por aquella sublime virtud que parece impracticable donde la corrupcion ha tomado su asiento; porqué ¿quién podrá negar que es infeliz el príncipe, que en vez de la sana razon que debe iluminar su mente se halla rodeado de mentidos aduladores, que le ocultan la verdad para dar acceso á las pasiones mas vergonzosas? Fenelon habia descubierto digámoslo así el verdadero resorte para no faltar á su conciencia, ni á las etiquetas de palacio. Era á la vez el apóstol y el noble, pero con todas las buenas calidades que constituyen la verdadera nobleza. La imaginacion y el genio de ese hombre verdaderamente célebre se notaban á cada paso con rasgos de aquellos que la pluma no acierta á describir; y esta superioridad personal excitó mucho mas el entusiasmo, que sus obras con ser tan aplaudidas aun hoy dia. Tal fué el fundamento del elogio que se pronunció en la época de su recepcion en la Academia; y poco tiempo despues La Bruyere le pintó bajo los mismos rasgos y con colores tan vivos, como el que en efecto conoce y lee lo que pasa en el corazon del hombre. «Sentimos, dice, la fuerza y ascendiente de este raro ingenio, bien predique de repente y sin preparacion, bien pronuncie un discurso estudiado y oratorio, ó bien explique sus pensamientos en la conversacion; dueño siempre de los oidos y del corazon de los que le escuchan, ni siquiera les permite envidiar tanta elevacion, tal conjunto de delicadeza y cortesanía.» Este ascendiente de virtud, de gracia y de genio que excitaba en el corazon de sus amigos una ternura mezclada de cierto entusiasmo, y que habia conquistado á madama de Maintenon á pesar de su natural desconfianza y de su expresiva reserva, se estrelló siempre contra las prevenciones de Luis XIV. Este príncipe no hay duda estimaba al hombre á quien confió la educacion de su nieto; pero jamas se le mostró satisfecho, y segun se cree esta circunstancia derivaba de que la locucion brillante y fácil de Fenelon disgustaba hasta cierto punto á un Monarca que no podia sufrir mas preeminencia que la suya. Sin embargo, dice un autor, basta dar una rápida ojeada á cierta carta en la cual Fenelon valiéndose de la confianza advertia á madama de Maintenon *que Luis XIV no tenia la menor idea de los deberes de Rey* para poder deducir fácilmente que

una opinion tan dura, y de la cual al parecer se hallaba Fenelon bien penetrado cuando la revelaba, no quedó enteramente ignorada de un príncipe acostumbrado á los elogios, y que podia ofenderse no de este juicio, sino de cualquier otro ménos severo. Colocados nosotros en el terreno de la imparcialidad á pesar del favorable juicio que hemos formado del célebre Fenelon, no podemos dejar de lamentarnos del injusto rigor de esta opinion sobre un príncipe que en el ejercicio de su poder absoluto se guió siempre por la beneficencia y la grandeza de ánimo, y que si defecto cometió fué el haber aplaudido y dado ascenso á la filosofía de su siglo. Otra de las circunstancias que adornaron á Fenelon fué su noble desinteres. Cinco años estuvo desempeñando el eminente cargo de preceptor del Delfin sin pedir ni recibir gracia alguna. Luis XIV, que á pesar de lo que hemos dicho sabia recompensar generosamente y con buena eleccion el verdadero mérito, quiso reparar este olvido elevando á Fenelon á la dignidad de arzobispo de Cambray en 1649. Este momento de favor y de prosperidad debia conducirle á un golpe funesto que hubiera herido de muerte á una opinion ménos inviolable. Nacido este varon piadoso con un corazon extraordinariamente sensible y ardiendo cada dia en nuevos deseos de amar á Dios tal como lo exigia la bondad de su alma, creyó reconocer una parte de sus principios en los labios de una señora extraordinariamente sensible y fervorosa, adornada al propio tiempo de un talento particular y del don de persuadir: señora admirada de cuantos la conocian y la trataban. Madama Guyon, que así se llamaba, escribia y dogmatizaba sobre la Gracia y sobre el amor puro. Al principio detenida y perseguida, admitida despues en la sociedad particular del duque de Beauvilliers, muy bien acogida por madama de Maintenon, autorizada para esparcir su doctrina en St.-Cyr, luego sospechosa á Bossuet, arrestada de nuevo, interrogada, condenada, esta señora fué como quien dice el pretexto de la desgracia de Fenelon. Ántes que entremos en los pormenores de este ruidoso asunto nos ha parecido indispensable dar una sucinta reseña de madama Guyon: de esta señora que animada de la piedad mas tierna y dotada de una imaginacion viva y fecunda tanto dió que hacer á la córte de Luis-XIV y tanto dió que hablar á la Francia en el siglo XVII; y debemos hacerlo con mucha mas razon atendido á que no habiendo tomado Guyon el velo de religiosa no puede ser continuado su artículo en nuestra *Biografía eclesiástica*. Habia nacido en Montárgis en Abril de 1648, y llamábase Juana María Bouvier de la Mota. Educada con esmero y en los sentimientos de la mas tierna piedad, deseaba abrazar la vida religiosa; pero cediendo á la voluntad de sus padres, no bien habia cumplido los diez y ocho años de edad, casó con un jóven llamado Guyon, rico en bienes de fortuna y noble por sus ascendientes. Juana María quedó viuda á los cuatro años de su ma-

trimonio; y cuando sus gracias personales y sus cuantiosos bienes de fortuna podian proporcionarla un nuevo y ventajoso enlace, entregada enteramente á la educacion de sus hijos y á la práctica de todas las virtudes, rehusó resueltamente las muchas proposiciones que se le hacian. Emprendió poco tiempo despues un viaje á Paris para el arreglo de su patrimonio, y en aquella populosa ciudad conoció al Sr. Juan de Aranton de Alex, obispo de Ginebra y cuarto sucesor de S. Francisco de Sáles, cuyas pisadas siguió constantemente. Este prelado persuadió á madama Guyon á que se retirase á su diócesis para trabajar con otras señoras piadosas en la instruccion de las nuevas católicas en el pais de Gex. Aceptó Guyon muy gustosa la invitacion del obispo, y ántes de emprender la marcha cedió todos sus bienes á favor de sus hijos, reservándose para sí una renta muy limitada. Estableció el obispo una comunidad, y como estaba bien enterado de las bellas circunstancias que adornaban á madama Guyon pretendió que se encargase del gobierno de aquel establecimiento bajo el carácter de superiora; mas ella no quiso acceder, y en este estado se retiró al convento de las ursulinas de Tolon, cuya casa edificó con sus virtudes é ilustró con su ciencia. Algun tiempo despues pasó á vivir en casa de una de sus amigas en Grenoble, acompañándola casi siempre en sus jornadas el P. Lacombe barnabita, á quien madama Guyon habia tomado por director espiritual. Trasladada últimamente á Vercelli habia resuelto fijar allí su domicilio; pero como el clima no le probase, los médicos lo aconsejaron que regresase á Paris. Durante los seis años que estuvo viajando habia compuesto varias obras, en las cuales expresaba sus ideas y su sentir acerca de los diferentes estados de la vida espiritual, con aquellas palabras vivas que nacen del corazon, que parecen poco medidas cuando se examinan con calma y se pesan con rigor teológico. Los escritos de madama Guyon no estaban destinados á ver la luz pública porqué no lo permitia la excesiva humildad de la autora; sin embargo circularon manuscritos, y gustaron tanto que se sacaron varias copias, hasta que dos de ellos se imprimieron, el uno con el título de: *Modo breve y fácil para hacer oracion*, Grenoble, 1685; y el otro con el de: *El cántico de los cánticos, interpretado segun el sentido místico*, al que precedió el tratado titulado: *La representacion de los caminos interiores*. Habia publicado tambien el P. Lacombe en 1686 una obra sobre los mismos asuntos: tal era el *Análisis de la oracion mental*. Parece que estos tratados habian predispuesto los ánimos de algunas personas demasiado rígidas contra la señora Guyon: lo que hay de cierto es, que hallándose de viaje para Paris se escribieron contra ella algunas cartas llenas de hiel en las que se la acusaba de graves errores; de modo que apénas llegó á su destino cuando fué arrestada y conducida al monasterio de la Visitacion de la calle de S. Antonio, y en aquel

retiro fué examinada muchas veces por el arzobispo de Paris Harlai y por su vicario relativamente á sus escritos, sus viajes, sus conexiones y su conducta; pero lo único que descubrieron en ella el prelado y su vicario fué grande devocion y mucho candor. Esto y los excelentes informes que dieron la superiora y las demas religiosas prepararon uno de los mayores triunfos debidos á la inocencia. En efecto, durante los ocho meses que estuvo encerrada en aquella santa casa, vigilada de cerca y entregada á las mas exquisitas pruebas, en vez de encontrar en su conducta la menor cosa de reprehensible vieron en esta piadosa señora un perfecto modelo de todas las virtudes cristianas. Su resignacion, su humildad, la dulzura de su carácter, todo contribuyó á granjearla el amor de sus hermanas, en términos que cuando se la permitió salir de aquel retiro todas lloraron como se llora la ausencia de un hijo querido, la de una buena hermana, la de una tierna amiga. La piadosa Guyon se vió desde el momento protegida de los mismos personajes que poco ántes la miraban cuando ménos como sospechosa, porqué la atroz calumnia se habia cebado en la pureza de sus costumbres. La célebre Maintenon, la piadosa duquesa de Betune, el duque de Chevreuse, el de Beauvilliers y muy particularmente el insigne Fenelon, formaron digámoslo así un empeño en mantener con ella estrechas relaciones estableciendo una especie de sociedad tan provechosa como edificante. Fenelon, que como á sabio y virtuoso fué el que mas estudió el carácter y circunstancias de la heroina, la amó con aquel amor puro, con aquel amor de ángel que tan solo es dado á un varon justo como Fenelon. De iguales sentimientos participaba su amiga predilecta, de modo que al parecer habian nacido ámbos para admirarse el uno al otro y para rivalizar en actos de virtud. Fenelon aplaudia con santo entusiasmo las ideas grandes y nobles que madama Guyon habia formado de Dios, y aplaudia aun mas los tiernos y generosos efectos de su amor para con el Ser infinitamente amable: aprobaba que no le amase sino por él mismo; que no considerase en él sino sus perfecciones, y que desterrase cualquiera mira de interes que pudiese alterar la pureza de un amor tan santo: aprobaba que en el acto sublime de la contemplacion se olvidase á sí misma y se perdiese de vista para emplearse en Dios solamente: aprobaba que este grande objeto fuese para ella el todo y lo único, de modo que llenase todas las potencias de su alma: aprobaba finalmente, que su amor para con Dios hubiese llegado hasta tal punto de no tener necesidad de pensar en las recompensas ni apoyarse en la esperanza de los beneficios para sostenerse; en pocas palabras, Fenelon alababa y admiraba en su amiga las virtudes sublimes y las afecciones purificadas que su propia alma experimentaba. ¡Quien habia de decir que este modo de juzgar de la piedad de una tierna señora habia de levantar sobre los dos sinceros amigos una ter-

rible tormenta, que sin la esperanza del auxilio Divino y sin la humildad propia de los corazones sensibles hubiera amargado todos los dias de su vida! Principió á esparcirse el sordo y siniestro rumor de que los errores de Molinos habian penetrado en Francia; que iban progresando extraordinariamente, que se hallaban ya infestadas un gran número de personas, y que si no se proveia desde luego el oportuno remedio la secta de los quietistas levantaria su cabeza en el interior del reino en términos que seria imposible extirparla. Pintábase á los supuestos partidarios de esta herejía con sombríos colores; atribuíaseles una doctrina detestable y una corrupcion de costumbres tan horrorosa, que llegaba á ser mas torpe que las vituperadas abominaciones de las sectas mas impuras. Los que hacian correr este extraño rumor manifestaban al propio tiempo el mayor interes en desacreditarles para que recayese sobre otros y no sobre ellos mismos la atencion del gobierno, de los obispos, de los teólogos y del público. Por fin, aquellos rumores llegaron á tomar formas tan colosales que Luis XIV se alarmó, cuya alarma dispertó hasta cierto punto el celo de varios prelados y entre otros el de Bossuet, obispo de Meaux, á quien sus co-hermanos juzgaban, y con muchisima razon, como el teólogo mas sabio de los que entónces contaba la Iglesia. Bossuet veia con particular satisfaccion que el Monarca habia roto sus vínculos antiguos, y que era mas religioso de lo que habia sido hasta entónces; observaba cierta mudanza en las costumbres de la córte, miéntras que por otra parte los grandes triunfos que él mismo alcanzaba convirtiendo á muchos protestantes al catolicismo le daban tal preponderancia, que desdel momento todas las miradas se dirigieron á este célebre adalid, á quien consideraban único capaz de combatir con buen éxito los errores de Molinos. Y en efecto no se engañaban. El obispo de Meaux trabajó sin descanso para averiguar el orígen de estos rumores, que tanto habian alarmado, á fin de proveer con sus superiores luces el oportuno remedio ántes que cundiese el mal en términos que se hiciese de difícil curacion. Las sospechas recayeron como era de esperar en la autora de la obra titulada: *Modo breve y fácil para hacer oracion*, la cual se habia generalizado extraordinariamente. Zumbó, pues, sobre su cabeza un horroroso huracan. Los amigos de Fenelon temieron con fundamento que este excelente prelado se viese envuelto en la desgracia de su tierna y piadosa amiga, y á fin de prevenir este golpe determinaron presentar á su favor una memoria al Rey. Madama Guyon con su acostumbrada prudencia juzgó de inoportuno este paso, pues que con él se comprometia á las personas que mas amaba, y por lo mismo prefirió ponerse bajo la direccion del mismo Bossuet á quien confió todos sus escritos, ofreciendo interin se procedia su exámen retirarse á un convento de su diócesis á fin de que pudiese observarla de cerca y pedir al

propio tiempo comisarios para que examinasen sus obras. Hemos visto ya en el artículo de Bossuet, aunque de paso, el comportamiento que observó este prelado con respecto á madama Guyon, el cuidado con que examinó sus obras, el concepto que formó de la autora y el modo como terminó por entónces un asunto que presentaba todo el carácter de una polémica tan interesante como peligrosa. Sin embargo, en el artículo de Bossuet no hicimos mas que indicarlo (véase Bossuet), y por lo mismo lo repetiremos ahora con un poco mas de extension á fin de que pueda juzgarse con el debido acierto de la delicadeza con que Fenelon procedió en todos sus actos. El Sr. Bossuet se llevó á su diócesis todo lo que madama Guyon le habia entregado, y en el espacio de tres meses examinó sus diferentes escritos, formando de ellos extractos y agregando sus observaciones en los pasajes que no le parecian bastante claros ni bastante correctos. Miéntras tanto no perdia de vista á madama Guyon, la cual se habia encerrado voluntariamente en el convento de monjas de la Visitacion en Meaux. Pasaba á verla varias veces, la escribia y recibia sus cartas; en una palabra, hacia todo lo que su celo y prudencia le sugerian para conocer á fondo las ideas de esta señora y observar sus prácticas con relacion á la vida interior á que se dedicaba desde los primeros años de su juventud. Durante el largo período que empleó Bossuet en estas minuciosas investigaciones recibió de madama Guyon pruebas inequívocas de confianza, de modestia, de humildad y de una docilidad sin límites, que venian en apoyo de la rectitud de su corazon y del deseo sincero que tenia de ser ilustrada por aquel gran varon á quien miraba como maestro suyo en órden á la fe. La córte, que habia recibido con particular agrado las instancias de esta piadosa señora, para que se nombrasen comisarios á fin de que examinasen sus obras, eligió al mismo Bossuet, á Noáilles obispo de Chalons sobre el Marne y despues arzobispo de Paris y cardenal, y al señor Trouson, director del seminario de S. Sulpicio, con quienes procuró la célebre Maintenon juntar al célebre preceptor del duque de Borgoña. No hubo eleccion mas aplaudida, porqué era público lo muy versado que estaba Fenelon en la lectura de los antiguos místicos, y por otra parte los hombres pensadores, los amigos de la justicia y la equidad se interesaban en que en esta comision de varones verdaderamente sabios existiese uno que pudiese defender á una señora cuyas puras intenciones habian sido interpretadas hasta entónces con algun recelo. Estos comisarios celebraron sus conferencias en Issy, cerca de Paris, que era donde se habia retirado Trouson para acabar sus dias con la paz del justo. Desde la primera sesion confesó Bossuet el poco conocimiento que tenia de las obras místicas porqué, decia, que habia sido siempre el objeto de sus estudios el de los Padres y teólogos que habian escrito sobre los dogmas y la controversia; y como por lo que

respecta á las obras místicas daba la preferencia á Fenelon que las habia leido y analizado todas, le encargó que comunicase sus extractos á los comisarios. Fenelon accedió, y con este poderoso auxilio principiaron sus trabajos. Examinaron sucesivamente y con sumo cuidado todos los puntos sobre que pareció necesario insistir para aclarar la materia, discernir la verdadera espiritualidad de la falsa, y dar reglas seguras sobre la direccion de las almas por el camino recto en el ejercicio de la vida contemplativa á fin de evitar los escollos y las ilusiones que la cercan. Estos hombres reunidos procedieron tambien por su parte á un detenido exámen de los escritos de madama Guyon y de las varias memorias que habia redactado para aclarar los lugares que habian disgustado á los comisarios y para justificar su doctrina. Lo primero que hicieron éstos fué entrar en comparaciones entre su modo de explicarse con el lenguaje de que se habian servido los autores aprobados, los doctores católicos, y los Santos canonizados que habian escrito sobre los mismos asuntos. Grande fué el embarazo en que se encontraron, porqué los escritos de madama Guyon, segun todas las probabilidades, eran el fruto de una imaginacion que aunque exaltada estaba llena de la grandiosidad del Autor de todo lo criado; le amaba por su infinita bondad, no por las recompensas á que aspiran los que luchan entre la esperanza y el temor; deseaba amarle con aquel amor puro de los ángeles, con aquel amor puro de todos los que gozan ya de la eterna bienaventuranza. Madama Guyon, segun todos los pasos de su vida, sabia muy bien que no debia ni podia infringir las leyes inmutables de la divina Providencia; y por lo mismo, miéntras continuase guardándolas inviolablemente no podia aspirar á la quimérica y depravada idea de aquellos herejes, que creyendo santificadas todas sus acciones por un amor que como á infractores de las leyes divinas se convertia en horroroso sarcasmo de la Religion que decian profesar, se entregaban á todas las acciones reprobadas por el Dios á quien aparentaban amar sin reserva. No, madama Guyon le amaba con toda la ternura de un corazon verdaderamente sensible. Fenelon lo reconoció así, y por esto la protegia tan abiertamente. Los comisarios lucharon con su conciencia al reconocer sus escritos, no porqué los considerasen dignos de severa censura, no; sino por los efectos que podian producir en lo sucesivo en el ánimo de los que ménos ilustrados que la autora podian entregarse al error condenado y vituperado por la misma Iglesia. El resultado fué que declararon, que si bien madama Guyon no se habia explicado en todo con el rigor y exactitud de los teólogos escolásticos, y que habia empleado maneras de hablar extraordinarias, excesivas y poco puntuales, si se tomaban á la letra; no por eso habia dicho cosa que no se hallase en todos los escritores místicos mas autorizados en la Iglesia: que no era reprehensible en su fe ni en sus costum-

bres, y sobre todo que estaba libre de las abominaciones de que habian sido acusados Molinos y sus discípulos; pero que sin embargo para mayor seguridad era menester suprimir sus escritos y prohibir su lectura. Bossuet opinó que esto todavía no bastaba, y los demas comisarios adhirieron á su parecer de que era absolutamente necesario reducir todo lo que concierne á la via contemplativa á ciertos artículos concebidos de un modo claro y puntual, y en los que se pudiese ver lo que hay de cierto y universalmente reconocido como verdadero por los Santos doctores y los teólogos católicos; en cuyo trabajo se ocuparon sin pérdida de momento. Redactaron, pues, treinta y cuatro artículos, los cuales vienen á formar un compendio de todo lo que los autores mas juiciosos y de mayor autoridad enseñaron en esta materia. Decian en ellos: que todo cristiano en cualquier estado está obligado á conservar el ejercicio de las virtudes teologales y de practicar sus actos; de tener la fe explícita de todas las verdades especificadas en el símbolo; de querer, de desear y pedir á Dios la salvacion eterna, la remision de los pecados, la gracia de no volverlos á cometer, la perseverancia en el bien, el aumento de las virtudes y fuerza contra las tentaciones: que no se permite al cristiano el estar indiferente sobre la salvacion y sobre las cosas que á ella se refieren: que los actos de lo que se habla no derogan la mas alta perfeccion: que para ejercitarse en ella no es necesario esperar una inspiracion particular y actual, bastando para esto la fe con el socorro de la Gracia: que en la via contemplativa y en la oracion mas elevada todos estos actos están comprehendidos en la caridad, no porqué ésta inutilize á las otras virtudes y las haga supérfluas, sino porqué ella las anima y las perfecciona: que los juicios de cada uno sobre sí mismo, sobre los actos que produce, sobre lo demas que ha recibido y sobre el uso que hace de ellos, los practicaron los Apóstoles, las almas mas perfectas, y los mayores Santos, y que todos deben practicarlos á ejemplo de ellos: que las mortificaciones y los ejercicios exteriores de penitencia convienen á todos los fieles en cualquier grado que se hallen, y que muchas veces son tambien necesarias: que la oracion continua no consiste en un solo y perseverante acto sin interrupcion, sino en una disposicion habitual del corazon y de la voluntad de no hacer cosa que desagrade á Dios, y de hacer todo lo que le agrade: que no hay otras tradiciones auténticas y de una autoridad cierta en el órden de la fe, sino las que están en todos tiempos recibidas en la Iglesia: que la oracion de la presencia simple de Dios, del reposo en Dios, y las otras oraciones extraordinarias, aun las pasivas, aprobadas por los maestros de la vida espiritual, no pueden ser despreciadas, porqué son buenas en sí mismas, y practicadas por muchos Santos; pero que sin estas oraciones sublimes se puede llegar á un grado muy alto de santidad: que no se

deben excluir de la contemplacion ni las verdades comunes de la fe, ni los atributos de Dios, ni los misterios de Jesucristo: que no debe adherirse el estado de perfeccion á tal grado de oracion mas bien que á otro: que es esencial á la perfeccion en la vida presente el poder ir siempre en aumento: y finalmente, que los caminos extraordinarios son muy raros, y que como puede extraviarse, ya sea engañándose uno á sí mismo, ya sea dejándose engañar por otros, están siempre sujetos al exámen de los superiores eclesiásticos. Grandes fueron los debates que mediaron y muchas las dificultades que se presentaron ántes de convenir en los treinta y cuatro artículos redactados en Issy, tanto por lo que respecta al fondo de las cosas como en el modo de explicarlas; porqué cada uno de los comisarios tenia sobre los puntos que se proponian determinar principios que le eran propios, y por lo mismo emplearon ocho meses en largas y detenidas discusiones, aumentándose á cada paso la ansiedad de los que por diferentes motivos estaban interesados en la solucion de este importante asunto, sin que se hiciesen cargo de cuan difícil era sujetar estas materias al lenguaje comun. Finalmente, firmáronse los treinta y cuatro artículos en 10 de Marzo de 1695. Bossuet fué el único encargado de presentarlos á madama Guyon; y esta señora que se hallaba todavía encerrada en el convento de la Visitacion de Meaux los firmó sin oponer la menor resistencia ni hacer objecion alguna en su defensa, llegando á tal grado su loable docilidad que se sujetó tambien á las órdenes de los obispos de Chalons y de Meaux en las que iba comprehendida la censura de sus libros. Era necesario para que terminase este negocio á entera satisfaccion de los comisarios, que madama Guyon extendiese el acto de sumision: podia hacerlo por sí misma atendida su grandeza de ánimo; sin embargo, Bossuet se tomó la molestia de dictárselo palabra por palabra, y lo único que añadió la Guyon de su propio caudal fué la declaracion de que jamas habia imaginado avanzar cosa alguna que fuese contraria al espíritu de la Iglesia católica, protestando que siempre habia estado sometida á ella. Bossuet quedó tan prendado de sus bellas circunstancias, que en 1.° de Julio le dió una atestacion por la cual declaraba que estaba satisfecho de su conducta y la continuaba en el uso de los Sacramentos; diciendo en términos formales que no estaba implicada en manera alguna en las abominaciones de Molinos, ni habia consentido en comprehenderla en la mencion que habia hecho en su carta pastoral acerca del quietismo. Este documento bastaba por sí solo para restablecer la buena opinion de una señora piadosa, víctima de las sospechas y aun mas de las intrigas de aquellos que todo lo atropellan para alcanzar sus fines particulares. El triunfo de madama Guyon en esta época fué completo; la superiora y las demas religiosas de la Visitacion de Meaux le entregaron tambien un documento por el cual reconocian cuan

virtuosa, cuan amable era aquella mujer singular que con su doctrina habia llamado la atencion de los varones mas ilustres que entónces contaba la Francia. Decian en este escrito que durante el tiempo que habia estado con ellas no les habia dado motivo alguno de inquietud, ántes sí de mucha edificacion: que habian notado en su conducta y en sus conversaciones mucha sencillez, humildad, mortificacion, dulzura y paciencia; y que siempre habia mostrado mucha estimacion de todo lo concerniente á la fe, y particularmente una tierna devocion al misterio de la Encarnacion y á la santa infancia de Jesucristo. Garantida con estos incontestables testimonios de su inocencia y de su virtud, salió madama Guyon para Paris con intencion de entregarse enteramente á una vida retirada y acabar en santa paz el resto de sus dias. Á primera vista habia concluido felizmente el ruidoso asunto promovido por la envidia de muchos y por el extraordinario celo de unos pocos, que como hemos dicho ya habian creido encontrar motivos de sospecha en unas prácticas religiosas que llevaban el sello de la pureza. Tranquila en su conciencia, estaba léjos de pensar madama Guyon que debia experimentar en lo sucesivo nuevos disgustos y sobresaltos. En efecto, despues de la feliz conclusion de las conferencias de Issy, al parecer debia haberse restablecido completamente la calma; pero no aconteció así. Faltaba que los contrarios del amor desinteresado se mostrasen contentos del desenlace que los comisarios habian dado á la cuestion á fin de poner á cubierto el dogma católico y la doctrina de los doctores espirituales. Los dos grandes hombres de la Francia, Bossuet y Fenelon, estaban cada uno de ellos al frente de los partidos que entónces dividian la Francia, con la sola diferencia de que el primero se habia dejado alucinar por aquellos que no amaban como él la Religion, pues con todo su saber tuvo la desgracia en esta ocasion de entrar en sospechas infundadas como hemos visto, y como él mismo lo confesó; de modo que las declaraciones dadas por los comisarios en Issy no fueron para condenar errores, pues estos no existian; sino para prevenir que en lo sucesivo aconteciesen deslizes contrarios á la fe. Reconocemos, decia el obispo de Meaux, que madama Guyon léjos de haberse hecho digna de censura merece ser admirada por su virtud: la consideramos digna de continuar en los Sacramentos, esto es, ama y es amada de Dios; pero la intensidad de este amor pone en sus labios palabras extraordinarias, cuyo sentido exige aclaracion. Fenelon por su parte con su superior inteligencia y guiado tambien por un amor sin límites hácia el supremo Hacedor habia tenido la fortuna de interpretar perfectamente el sentir de su protegida; habia leido los místicos, los habia estudiado, y llevaba sobre su co-hermano la ventaja de haber profundizado con el mayor acierto aquella sublime doctrina de los santos anacoretas. Y ¿quién habia de decir que el au-

tor de la *Exposicion de la doctrina católica*, el obispo de Meaux, habia de levantar la voz y dar pábulo sin quererlo á la malignidad para que se cebase contra el autor del *Ministerio de los pastores*, esto es, contra el humilde arzobispo de Cambray, á quien el mismo Bossuet quiso consagrar para dar á conocer al público la parte que habia tenido en la elevacion de su discípulo, y la íntima union que reinaba entre los dos? Hay ciertas circunstancias en las vidas de los grandes hombres, que difícilmente pueden preverse ni aclararse. El discípulo de Bossuet habia instruido á su maestro de la doctrina de los místicos y de su lenguaje por medio del trabajo que habia hecho sobre las obras de estos escritores; y Bossuet adiestrado en esta parte por los luminosos escritos de Fenelon se propuso escribir sobre materia tan delicada una obra que debia ser un tratado completo de teología mística, en la cual se proponia considerar esta vasta materia en todas sus relaciones: de manera que si se hubiera acabado su trabajo supliria por todo lo que se ha dicho y escrito en todos tiempos acerca del particular. (Véase Bossuet). Fenelon por su parte habia principiado otra obra no ménos interesante. El primero se proponia describir á los fieles los peligros de la nueva mística, sometiendo la doctrina de sus partidarios al rigor de los principios de la teología mas exacta; miéntras el arzobispo de Cambray se empeñaba en justificar á los espirituales, contra quienes se gritaba entónces, de las imputaciones odiosas con que algunos se complacian en denigrarlos, mostrando como lo habia hecho en las conferencias de Issy que las expresiones de los contemplativos de todos los siglos no eran mas mesuradas que las notadas en los escritos de madama Guyon y de algunos otros, cuyas ideas tanto escándalo les causaban; que no era necesario tomar en rigor ni estas ni aquellas, y que por mas que se rebatiesen quedaria todavía en estos escritos para poder responder, que todos los Santos nos han enseñado en sus lecciones y ejemplos que si es menester amar á Dios como bienhechor no es ménos necesario amarle como á infinitamente perfecto; amarle por sí mismo, amar todas las cosas por él, y á nuestro ser como á imágen suya, desearnos el bien porqué somos de Dios, ennobleciendo de este modo á la esperanza con la caridad, y desear nuestra felicidad eterna como un estado que debe extender, purificar y consumar en nosotros la caridad. No hay duda que los dos se habian propuesto un fin recto, pero tampoco la hay de que cada uno de los dos marchaba por distinto rumbo; Bossuet con la teología en la mano, Fenelon recorriendo y aclarando los libros de los místicos. Apénas el obispo de Meaux hubo concluido su primera parte de los *Estados de la oracion*, cuando la sometió á la aprobacion del arzobispo de Cambray, esperando que si en efecto la alcanzaba, desmentiria con ella las opiniones por las cuales era patente á todos lo que se habia declarado en las conferencias de Issy;

y de este modo le impondria cierto empeño en no escribir en el mismo asunto. En efecto, si Fenelon en estas circunstancias hubiese correspondido á lo que deseaba Bossuet hubiérase confesado vencido y en su consecuencia hubiera depuesto las armas, y toda la gloria de esta prolongada disputa hubiera resultado á favor de su co-hermano. Fenelon examinó muy detenidamente la obra de Bossuet, y viendo que éste hacia cuanto podia para realizar la suposicion de una nueva herejía introducida en Francia, que en nada se distinguia de la que Roma habia condenado en los escritos de Molínos; que con este fin referia muchos pasajes sacados de los libros de madama Guyon á los cuales daba el sentido mas espantoso, siendo así que habia justificado la fe de esta señora por medio de una certificacion auténtica; y finalmente que este prelado aseguraba sin restriccion, que en el negocio presente no se trataba de algunas consecuencias distantes que se desaprobaban, ni de algunos modos de hablar exagerados que no se pueden reducir á la exactitud, sino de un sistema unido en todas sus partes, cuyo designio evidente era establecer una indiferencia brutal por la salvacion y por la condenacion, por el vicio y la virtud, un olvido de Dios y de todos sus misterios, una inaccion estúpida y una quietud impía; muy léjos de aprobar la obra de su co-hermano, se afligió extraordinariamente, ménos por sí que por sus amigos, y por lo mismo resolvió redoblar sus esfuerzos para dar cima á sus trabajos á fin de demostrar al público cuan diferente era su doctrina de la que se les atribuia en la primera parte de la *Instruccion sobre los estados de la oracion*. Propúsose pues por principal objeto hacer una explicacion y una declaracion de los treinta y cuatro artículos formados en Issy, refiriendo en cada uno las opiniones de los autores espirituales y sus textuales palabras. Tiempo habia que se ocupaba de este trabajo; dos de los comisarios, esto es, Noáilles y Trouson, no solo lo sabian sino que lo habian visto sin encontrar en el bosquejo cosa alguna que mereciese réplica. Deseando Fenelon publicarlo, lo examinó de nuevo; y no juzgándole suficiente, formó un nuevo plan que se separaba muy poco del primero, pues conservaba la idea principal, dando al propio tiempo mas extension y enlace en su órden de materias y en las circunstancias. Reducia Fenelon toda la doctrina de los místicos á un cierto número de proposiciones generales, y en cada una de ellas, consideradas á parte, referia las autoridades de los escritores espirituales antiguos y modernos, las que servian de prueba y de comentario á la proposicion á cuyo pie estaban colocadas, y venian á formar como el texto de las mismas. Sometió Fenelon este trabajo á la censura de Noáilles, quien fué de parecer que era muy largo y muy cargado de pasajes aconsejándole por lo mismo que le diese algunos cortes. Accedió Fenelon á los consejos del censor; pero al abreviar y cercenar las autoridades echó á perder hasta

cierto punto su obra, pues que la despojó de lo que hacia toda su fuerza, porqué del modo que la habia redactado ántes de cercenarla llevaba en sí misma la defensa. Era esta obra un cuerpo de doctrina compuesto de los mismos textos de los autores místicos, de modo que nadie podia combatirla, dice un autor, sin atreverse al mismo tiempo á los Santos de todos los tiempos, que eran sus fiadores; pero en el estado en que la puso despues de haberse mostrado dócil á los consejos de Noáilles es un tejido, añade, de proposiciones secas y aisladas sin apoyo de testimonio alguno, cuyas relaciones es difícil comprehender, y no ménos difícil seguir el encadenamiento. Sea de esto lo que fuere, Fenelon comunicó de nuevo su obra corregida á Noáilles, quien empleó mas de tres semanas en examinarla y aun se valió del auxilio de otros dos grandes teólogos, á saber, Beaufort y Pirot, este último íntimo amigo de Bossuet; y cuando devolvió el manuscrito al arzobispo de Cambray le notó algunos lugares que á juicio de los dos teólogos necesitaban retocarse. Fenelon que tan solo aspiraba al acierto no titubeó en manifestarse dócil como tenia de costumbre, y en su misma presencia lo corrigió dejando de este modo sus trabajos á entera satisfaccion de todos sus censores. No obstante Noáilles exigió de Fenelon otra circunstancia; tal era la de no publicar su obra ántes de la de Bossuet, á lo que tambien accedió sin oponer la menor dificultad, y partió para su diócesis dejando el manuscrito á sus amigos para que cuidasen de la impresion, encargándoles con eficacia que fuesen fieles en guardar la palabra que acababa de dar; pero por desgracia se acumularon las circunstancias, y fueron estas de tal naturaleza que los amigos de Fenelon se creyeron autorizados para prescindir de ella, y pasaron por lo mismo á su publicacion sin previo aviso al autor, dando á la obra el título de *Explicacion de las máximas de los Santos*, ántes que Bossuet hubiese entregado á la prensa la suya. No bien se habian distribuido los primeros ejemplares, cuando se levantó un siniestro rumor que esparció la alarma entre las gentes timoratas. Clamábase en todas partes contra el quietismo y la impiedad, y el ilustre prelado se vió desde aquel mismo instante rodeado de enemigos y tambien de rivales, siendo así que él no era enemigo ni rival de nadie. Las gentes incautas se dejaron arrastrar por los malévolos, y las voces de unos y otros se confundieron en términos que ya no se dudaba de que los errores de Molinos hacian en Francia grandes progresos; añadiendo que no era extraño que este hereje tuviese en aquel reino tantos secuaces supuesto que un arzobispo frances se ponia al frente de la herejía. El huracan que zumbaba sobre la cabeza del piadoso arzobispo de Cambray se extendió de un modo asombroso; llamábanle cuando ménos visionario, y visionarios eran llamados todos aquellos que intentaban hablar en pro del hombre justo, que tan de veras habia trabajado

para labrar la felicidad de sus compatriotas. Los autores de esta diabólica conspiracion, despues de haber seducido á las gentes de buena fe, procuraron sublevar á los teólogos persuadiéndoles que la doctrina de la Iglesia se hallaba combatida en todos sus puntos. Algunos prelados bastante acreditados en la córte unian sus voces á las del vulgo no por conviccion propia, porqué tal vez ni siquiera se habian tomado la molestia de leer alguna de las páginas de la obra de Fenelon, sino porqué trataban de acomodarse á las circunstancias para evitar que recayesen contra ellos sospechas que podian malquistarlos en la córte. Los mismos cortesanos que tenian envidia al duque de Beauvilliers, al de Chevreuse y á los demas señores conocidos por su amistad con el arzobispo de Cambray, gritaban tambien y mas de lo que debian. El resultado fué que todo contribuyó á aumentar la borrasca que se formaba contra el prelado. En esta época aconteció uno de aquellos fenómenos que rara vez se ven en la historia de los siglos. Tratábase de un varon justo, sabio y tan piadoso que al parecer no habia quien pudiese dudar de su ortodoxia; sin embargo, la piedad, la ciencia, la política, la envidia, la ambicion, la ignorancia y aun la misma incredulidad trabajaron de consuno para amenguar la gloria del preceptor del duque de Borgoña: la piedad alucinada, la ciencia alarmada, la política siguiendo una mira tortuosa, la envidia guiada por la venganza, la ambicion por la excesiva sed de honores y riquezas, la ignorancia por la perfidia, y la incredulidad por sus propias miras. Faltaba tan solo para complemento de este gran fenómeno que el genio de la Francia, el sublime Bossuet, se pusiese al frente de los enemigos de Fenelon, y así aconteció. Su pureza no debia ser sospechosa: así es que con este paso fomentó sin saberlo, ni remotamente pretenderlo, las pasiones de los que no participaban de los sentimientos de su corazon á la vez noble y sensible. Temia por la fe, y estos temores le empeñaban á dar algunos pasos que tal vez hubiera sido mejor evitarlos: por lo mismo debemos creer que su intencion era recta, y que en realidad veia las cosas del modo que él las ha descrito: el mismo Fenelon se le quejó públicamente por haberse presentado al Rey derritido en lágrimas pidiéndole perdon de no haberle revelado ántes el fanatismo de su co-hermano; y la sola razon que hay para creer que este hecho es verdadero, consiste en que Bossuet no lo ha negado. Los enemigos del obispo de Meaux se han valido entre otras de esta circunstancia para hacerle terribles cargos; pero no han tenido razon para ello, y no lo hubieran ni siquiera pensado si creyendo, como debian creer y como creemos nosotros, que obraba por estar convencido de que con la nueva espiritualidad se arriesgaba la fe, le hubiesen juzgado con la calma que exige la verdadera imparcialidad. El obispo de Chártres, Pablo Godet de Marins, prelado tan ilustrado como piadoso y en quien madama

Maintenon habia depositado toda su confianza, participó tambien de iguales inquietudes; así es que al parecer todos los elementos se habian conjurado contra el arzobispo de Cambray. Réstanos ahora ver la conducta que observaba el obispo de Chalons en un asunto tan ruidoso. Habia examinado como hemos visto la obra de Fenelon, habia dado su asentimiento, y para ello se habia valido del parecer de consumados teólogos. Era por otra parte amigo de Bossuet y del mismo Fenelon, pero mas amigo aun de la paz y de la verdad; sentia en el alma la division que se habia introducido entre dos prelados de tan grande reputacion, y sentia el triunfo que sus disputas iban preparando á los enemigos de la Iglesia. Partiendo de estos sanos principios hizo imaginables esfuerzos para restablecer entre los dos la buena armonía, manteniéndose neutral miéntras conservó la esperanza de alcanzarlo; mas viendo frustrados todos sus intentos y cuando la importancia de la verdad le obligó á declararse, se observó que su corazon se inclinaba á favor de Fenelon, bien que tuvo que valerse de toda su política para no malquistarse ni con unos ni con otros. El Rey y madama de Maintenon se mantenian tambien fuertemente preocupados contra el preceptor que habia sido del duque de Borgoña. Luis XIV en particular manifestaba tanto desprecio como cólera cuando se hablaba en su presencia del asunto, porqué habia formado tan horrorosa idea del quietismo, que dejaba entrever fácilmente su indignacion en los términos mas enérgicos al acordarse que habia confiado la educacion de su nieto próximo á sucederle á un jefe de herejes, decia, á un hombre tan sospechoso en sus costumbres como en la fe: valiéndose de estos colores para trazar el retrato del buen Fenelon; de modo que este insigne prelado con toda su sabiduría y con todas las virtudes se vió aborrecido de todos los cortesanos, y por último obligado á retirarse á su diócesis, quedando envueltos en su desgracia sus parientes y amigos. Algunos tal vez no atinarán como se le permitió que continuase en el ejercicio de sus altas funciones de arzobispo; pues si merecia la nota de hereje ¿cómo podia el cristianisimo Rey tolerarlo en perjuicio de aquella porcion de la grey escogida del Señor?; pero esto se explica muy fácilmente. Fenelon amaba á Dios con todos sus sentidos y potencias, y Dios que nunca abandona á los que de corazon le aman al paso que habia determinado en sus justos juicios probar el grado de humildad y resignacion de un prelado, que de la cumbre de la gloria habia caido en la apariencia en un lodazal, le alargaba su poderosisima mano para sostenerle, destinándole en lo sucesivo un lugar aun mas elevado del que ocupaba ántes de su caida. El único que en la córte se mantuvo siempre tiernamente unido con Fenelon fué su augusto alumno, y aun si cabe le trató con mas distincion de lo que habia hecho hasta entónces; pues que trocándose la calidad de preceptor y de pupilo en los lazos de la mas estrecha

amistad, al parecer no habia en el mundo otros dos amigos que se tratasen con mayor interes. Estas dos bellas almas, dice un escritor, no eran mas que una con unas mismas ideas, con unos mismos principios y unos mismos afectos; pero este príncipe cuya memoria, añade, es aun tan amada de la nacion francesa muy poco ó nada podia hacer á favor de su tierno amigo. Reducido á llorar en secreto, aguardaba con paciencia el tiempo en que esperaba mostrar á todo el mundo la estimacion y confianza que hacia de un sabio, que le habia enseñado á reinar por la justicia y la beneficencia. Hemos indicado ya y no nos cansarémos de repetir que el único fin que se habia propuesto Fenelon al escribir su obra fué el exponer fielmente la doctrina de los místicos, y creia haber cumplido su mision siguiendo los escritores mas respetables; pero tuvo la desgracia de que Bossuet viese en la obra de su co-hermano ciertas tendencias á otra doctrina reprobada, pues que explicando Fenelon las máximas de los Santos acerca de la vida interior se habia expresado, segun su opinion, de un modo que podia favorecer las ilusiones y los extravíos de los falsos contemplativos: y esta divergencia en el modo de pensar de los dos prelados ensangrentó sus plumas en términos que llamaron la atencion de toda la Francia, mayormente habiendo tomado la córte una parte tan activa en negocio de tanta importancia. Fenelon y Bossuet sostuvieron su polémica con igual calor; Bossuet con un celo lleno de vigor y firmeza, que no conoce los miramientos de la amistad, ni teme jamas ser demasiado rígido cuando se trata de la importancia de la verdad. Sus escritos llenos de una lógica apremiante y de una elocuencia propia del asunto admiraban á cuantos los leian; miéntras que Fenelon atacado en sus principios teológicos y en su moral se defendia con las armas del raciocinio no ménos temibles que las de su adversario por la destreza con que sabia manejarlas: pues que á pesar de la sequedad de la materia se admiraban tambien en todos sus escritos aquella amenidad, aquellas gracias que hacen estimable á un escritor, aquel estilo armonioso fácil y abundante que todo lo hermosea, y aquel modo de persuadir que vence con ménos esfuerzo que los discursos dictados por una pluma acostumbrada á la controversia. No obstante, debian haberse desengañado sus antagonistas, porqué todo lo que Fenelon escribió á favor del amor puro y desinteresado respira desprendimiento y sobre todo aquella caridad evangélica que forma la principal dote de un buen prelado; pero á pesar del empeño que cada uno de los dos contrincantes habia puesto en defender la verdad, léjos de conciliar los afectos y de unir los ánimos, sus escritos tan solo sirvieron como suele acontecer con frecuencia en semejantes casos para aumentar obstáculos y hacer mas difícil la posicion del arzobispo de Cambray, quien deseando cortar de una vez las contestaciones que habian

perjudicado ya á la paz de la Iglesia creyó que el mejor medio era sujetar su juicio á la Silla Apostólica; y lleno de esta idea pidió al Rey el permiso para dirigirse al Papa con la promesa de conformarse absolutamente y sin reserva á su decision. No podia Luis XIV denegarse á una súplica tan razonable y tan conforme al buen órden; así es que la idea de Fenelon fué aplaudida, pero se le denegó el permiso de pasar él mismo á Roma. Así lo indican todos los biógrafos é historiadores, bien que no dicen clara y terminantemente los motivos que dieron lugar á esta negativa. El modo de expresarse, pues, sobre el particular demuestra que no hubo razon bastante plausible para ello, y á nosotros nos queda el derecho de creer que hubo por parte de la córte temores fundados de que la presencia de Fenelon en la capital del mundo cristiano, su elocuencia, su piedad y su sabiduría, podian influir notablemente á su favor; y á nadie se oculta que si hubiese triunfado, esto hubiera cedido en mengua de la córte de Francia y mas particularmente aun del gran teólogo, que por tantos y tan justos títulos merecia y ha continuado mereciendo la estimacion de la Iglesia y del Estado. Al parecer debia resultar una víctima; pero como cualquiera de los dos prelados que hubiese sufrido el golpe, éste debia lastimar por precision los intereses de la Iglesia, Dios con el dedo de su omnipotencia dirigió tan importantisimo asunto por unas vias extraordinarias, que en vez de víctimas no hubo sino héroes como luego veremos. El arzobispo de Cambray en la imposibilidad de pasar á Roma envió allí á dos eclesiásticos de su confianza, que presentaron á los pies del Soberano Pontífice el homenaje de su respeto y la seguridad de una docilidad sin límites. Bossuet por su parte hizo lo mismo, siendo los comisionados de este prelado su sobrino Bossuet, despues obispo de Tróyes y Juan Felipeaux, canónigo y vicario general de Meaux. (Véanse Bossuet y Felipeaux). Hallábanse los dos en Roma por asuntos particulares, y por lo mismo el célebre Bossuet los destinó para que le representasen cerca la Santa Sede. Si tuviésemos que medir el celo del sobrino con los deseos de su ilustre tio pareceria á primera vista que no podia haber hecho eleccion mas acertada; pero atendiendo como debemos atender las puras intenciones del obispo de Meaux, el celo indiscreto de su sobrino pudo comprometer muy fácilmente la buena reputacion del gran prelado de la Francia. En efecto, no hay mas que leer la correspondencia que medió durante aquel período entre tio y sobrino, y ella dirá mas de lo que nosotros pudiéramos decir para pintar el carácter y circunstancias del representante del obispo de Meaux. Con harto sentimiento lo referimos ya en el artículo de Felipeaux; no hay necesidad de repetirlo, y por lo mismo bastará indicar que Bossuet como agente de su tio mostró ser uno de los mas implacables enemigos del virtuoso Fenelon. El mismo Bossuet, obispo de

Meaux, le echa en cara y aun le reprehende la incalificable acrimonia y la dureza sin límites con que trataba al preceptor del duque de Borgoña. Los dos prelados pasaron por medio de sus representantes todos los escritos que creyeron necesarios para informar de este grande negocio. Conociendo el Papa por su parte toda la importancia y toda la dificultad de las cuestiones sobre las cuales habia de pronunciar, confió el exámen preparatorio á diez teólogos, cuyas luces y equidad tenia bien conocidas, y estos diez sabios emplearon ocho meses consecutivos en la discusion de varios de los objetos que abrazaba el *Libro de las máximas;* pero el resultado fué que se hallaron divididos en opiniones, pues miéntras que los cinco fueron de dictámen que era digno de censura, los otros cinco lo juzgaron ortodoxo, y aun entre los primeros hubo divergencia, pues que habia quien admitia proposiciones que otro rehusaba. Observando Inocencio XII por esta misma division cuan delicada era en sí la materia que se discutia, nombró una congregacion de cardenales para rever todo lo que los consultores habian hecho en el primer exámen. Reunida esta congregacion celebró veinte y una conferencias, pero no se atrevió á decidir cosa alguna; viéndose obligado el mismo Papa á formar otra congregacion compuesta de los cardenales mas ilustres del sacro colegio, la cual se juntó cincuenta y dos veces para ventilar y poner en órden las proposiciones que se creian censurables. Concluido este trabajo tuviéronse todavía mas de treinta conferencias empleadas en arreglar la forma de la censura: resultando haber invertido en todos estos preparativos cerca diez y ocho meses. De todo lo que se desprende que á pesar de la voluntad manifiesta de Luis XIV y de las razones de conveniencia que mediaban para restablecer la calma, alterada por las exigencias de unos, el celo de otros y las preocupaciones de los mas, la córte de Roma no quiso condenar sin un detenido exámen la obra de un arzobispo ilustre como Fenelon. Una lentitud tan extraordinaria y que hace honor al papa Inocencio XII dió campo abierto al talento del acusador y al del acusado, pues miéntras que los jueces balanceaban sobre la decision que debian tomar, los escritos de los dos adversarios se sucedieron y multiplicaron con prodigiosa rapidez. Bossuet despues de haber apurado todos los recursos que le proporcionaba el dogma pasó á tratar de los hechos; y la *Relacion del quietismo* parecia destinada para ridiculizar á Fenelon. El abate Bossuet por su parte, traspasando los límites de la prudencia, se valió de odiosos rumores para herir á mansalva la pureza del arzobispo de Cambray; y entónces fué cuando éste guiado por los impulsos de la inocencia y de la nobleza de su corazon escribió aquella bellísima apología, que forma una de las muchas y mas hermosas páginas de su vida. Nunca la indignacion de una alma virtuosa y calumniada se mostró mas elocuente ni mas sublime. Con esta preciosa

obra pulverizó fácilmente tan viles acusaciones é hizo desaparecer desde el momento todo el mal efecto que podian haber causado. Recopilados todos estos hechos nos demuestran hasta la evidencia los manejos y las intrigas que mediaron para alcanzar un triunfo, que por la impotencia de las armas del raciocinio exigia unos socorros extraordinarios, hallados únicamente en aquella sábia máxima del hombre prudente que sacrifica una parte para no perder el todo. La córte de Roma conoció sin duda cuan absolutamente necesario era no herir la cabeza de una monarquía para no exponer á los pueblos á un desórden inevitable, atendido el giro que habian tomado los negocios en la córte de Francia en una cuestion que hasta cierto punto debia ser extraña á la política; sin embargo esta determinacion exigia tiempo, madurez y prudencia, y Luis XIV que ardia en deseos de verla terminada segun sus ideas, redobló sus esfuerzos, reiteró sus instancias, y aun hay historiador que asegura que tomó cierto aspecto hostil que se aproximaba muchisimo á la amenaza. El obispo de Meaux por su parte, á pesar de verse apoyado en la nombradía de gran teólogo y de elocuente orador justamente adquirida, andaba desazonado porqué conocia muy bien el terreno resbaladizo que pisaba, mayormente habiendo elegido por representante suyo á un sobrino que estaba muy léjos de poseer en tan alto grado las virtudes y la sabiduría de su tio; de modo que si Bossuet hubiese llegado á presumir lo que debia acontecer á causa de la poca premeditacion de un jóven que se empeñaba en valerse de armas vedadas pensando complacer á su tio, á buen seguro que no hubiera depositado en él parte de su confianza. Hemos visto ya que la lentitud que se observaba provenia de la suma delicadeza del jefe de la Iglesia y de la naturaleza misma de las cuestiones sujetas al exámen de los teólogos; sin embargo, acusaban de ella á Fenelon atribuyéndola á sus manejos y artificios: temeridad ó mas bien calumnia inaudita, pues que ni su carácter ni sus principios le hacian á propósito para representar semejante papel. Muy al contrario, se concretó siempre á la justa defensa de su obra; de modo que habiéndole aconsejado que atacase á su vez las opiniones y los libros de Bossuet acusándole de destruir la caridad para establecer la esperanza, no quiso aceptar este consejo diciendo, que jamas se valdria de recriminaciones con un cofrade tan ilustre y piadoso como su adversario; y como le exhortasen al propio tiempo á que se pusiese en espectativa contra los artificios de aquellos hombres á quienes conocia ya por experiencia, dió esta bella respuesta, digna de su excelente corazon: *Moriamur in simplicitate nostra*: Muramos en la verdad. ¿Y un hombre que abriga estos sanos principios, un varon justo que ama de veras á Dios, un sabio y virtuoso prelado que guió constantemente su rebaño por la via de la salvacion, inculcando á sus

ovejas el amor á la caridad evangélica, podia suponérsele amigo de intrigas y de ocultos manejos propios de un cortesano ó de un infame adulador? No, no; mil veces no: la dilacion como hemos visto ya derivaba de la naturaleza del negocio que se ventilaba, en el que estaba interesada muy particularmente la córte de Francia. Finalmente, ya fuese que el sabio y piadoso prelado no hubiese distinguido suficientemente los principios de los verdaderos místicos de los sentados por Molinos, ya sea que en materias abstractas, ocultas en la intimidad del alma y en las vias secretas de Dios y por lo mismo difíciles de tratar sin obscuridad y sin equívocos, no se hubiese valido de aquella exactitud teológica, de aquella precision de ideas, y de aquel lenguaje que exige la conservacion de la fe y de la moral cristiana; lo cierto es que el papa Inocencio XII en 12 de Marzo de 1699 pronunció la sentencia tan deseada de Luis XIV, por un decreto en forma de breve, cuya cláusula *motu proprio* era tan contraria, dice un escritor, á las máximas de Francia como otras expresiones que bastan para no aceptar en aquel reino los rescriptos de Roma. En ella condenaba el Papa veinte y tres proposiciones extractadas del *Libro de las máximas de los Santos*; declarando que así en el sentido propio de los términos, como respecto á la union de ellas con los principios establecidos en el libro, son temerarias, escandalosas, mal sonantes, *ipsarum aurium ofensivas*, peligrosas en la práctica, y respectivamente erróneas. Digno es de notarse que los escritos justificativos del autor no fueron comprehendidos en la censura; pues á pesar del empeño con que se solicitó, el Papa no quiso consentir jamas en ello; y aun mas digno de notarse es el haberse manifestado el mismo Papa ménos escandalizado del *Libro de las máximas*, que del desmesurado celo ó mas bien del calor con que se portaron sus adversarios; pues que escribia á algunos prelados estas significativas palabras: *Peccavit excessu amoris divini; sed vos peccasti defectu amoris proximi.* Apénas llegó á Francia la decision de la Silla Pontificia, cuando el arzobispo de Cambray abandonó para siempre toda idea de defender sus opiniones, tomando el partido de someterse sin réplica ni excepcion alguna. Se habia obligado á ello al invocar el oráculo de la Silla Apostólica, y cumplió este empeño con una entereza digna de servir de ejemplo en todos los siglos. Al leer el breve inclinó su cabeza, mas luego la levantó para dirigir la voz á sus ovejas. Les habló con aquella elocuencia tierna y persuasiva que tenia de costumbre, y expidió un edicto lacónico si se quiere, pero muy enérgico para la aceptacion del breve y la condenacion de su libro; lacónico, dice un escritor, porqué allí no se trataba de explicar sus pensamientos, sino de hacer constar su docilidad á la voz del primer Pastor; y enérgico, porqué en un acto de esta naturaleza se exigen términos claros y expresivos, y este fué el lenguaje de que se valió. Decia así: «En

fin, N. S. P. ha condenado el libro titulado: *Explicacion de las máximas de los Santos* con 23 proposiciones que se han extractado de él por un breve de 12 de Marzo. Nos adherimos á este breve, muy amados hermanos, así en cuanto al texto del libro como á las 23 proposiciones siempre y absolutamente y sin sombra de restriccion. » Pocas líneas despues dice: « Os exhortamos de todo nuestro corazon á una sumision sincera y á una docilidad sin reserva, temiendo de que se altere insensiblemente la simplicidad de la obediencia debida á la Santa Sede, cuyo ejemplo queremos daros mediante la gracia de Dios hasta el último suspiro de nuestra vida. » Y concluye con estas admirables palabras: « No quiera Dios que se hable jamas de mí sino para acordarse que un pastor ha creido debia ser mas dócil que la última oveja del rebaño, y que no ha puesto límite alguno á su sumision. » Luis XIV sin detenerse en los términos en que estaba extendido el breve de Su Santidad, siendo así que, como hemos indicado ya, no eran conformes á las prácticas establecidas en el reino de Francia, mandó desde el momento expedir órdenes á todos los arzobispos á fin de que convocasen los prelados de sus provincias para la aceptacion; poniéndose por lo mismo en movimiento todos los obispos, quienes dieron una idea muy horrorosa de la doctrina enseñada en el *Libro de las máximas*. El arzobispo de Cambray por su parte tuvo tambien su sínodo como los demas metropolitanos, expresándose con tanta libertad de espíritu como si no se tratase de la proscripcion de su propia obra. Todos los concurrentes quedaron pasmados al oirle, y le tributaron la debida justicia ménos uno de sus sufragáneos, que hizo algunas observaciones mas mortificantes para el arzobispo que el objeto de la reunion. No contento todavía se desencadenó en palabras las mas injuriosas y denigrantes; pero el buen Fenelon sufrió aquellos injustos baldones con la dulzura y con aquella constancia de ánimo de que no se separó jamas ni aun en la mayor de sus desgracias. Sin duda que estaba muy distante aquel detractor de poderse comparar con el que presidia el sínodo. Sin embargo, éste se contentó con calmar las inquietudes de su co-hermano, reiterando las protestas que habia hecho ya al juicio de la Santa Sede; tales como las de una sumision absoluta y sin reserva: « os declaro, dijo en presencia de todos « los obispos de su provincia, os declaro con toda la franqueza de mi « corazon, que he renunciado con toda mi alma á todo pensamiento de « explicar mi libro, prefiriendo á mis cortas luces la autoridad de la « Santa Sede: soy incapaz de volver jamas contra su juicio bajo el pre- « texto de sentido doble para eludir indirectamente mi condenacion: si « Su Santidad tiene por defectuosa mi sumision, estoy pronto á hacerla « del modo que la Santa Sede tuviere por conveniente. » Desengañémonos, Fenelon fué uno de aquellos hombres que en todos los actos de su

vida manifestó siempre el mismo carácter, las mismas circunstancias de aquella extraordinaria humildad que no declina á bajeza; fué siempre un héroe, pero un héroe sin pretensiones de serlo. Recorramos la historia, este voluminoso libro que encierra tantos y tan grandes ejemplos de las vicisitudes de los hombres y de los siglos, en donde la mano diestra del hábil pintor nos ha trazado el grandioso cuadro de combates y triunfos, y en el cual resalta en primer término el valor, la constancia y la humildad de los amigos de la Religion santa que veneramos; y veremos que entre sus infinitas páginas brilla de un modo sorprendente la que encierra esta parte de la vida de Fenelon. En efecto, si hubo en algun tiempo autor condenado por la Iglesia que se haya sometido plena y absolutamente al decreto de su sentencia, este fué el arzobispo de Cambray; puesto que su sumision excluia toda excepcion y toda réplica. Dijimos ya en otra ocasion que Bossuet triunfó con la condenacion del *Libro de las máximas;* pero que la mayor gloria la adquirió Fenelon, siendo el primer obispo de la Francia que subió al púlpito de su iglesia para publicar la decision de Roma. La sumision modesta de este prelado ejemplar y humilde, dijimos tambien; su silencio, sus virtudes episcopales y la admiracion que inspiraba con ellas no bastaron para suavizar el encono de Luis XIV (1); excitado, debemos añadir, por sentimientos mezquinos nacidos cuando ménos de una inconcebible preocupacion. En efecto, suscitáronse dudas sobre la sinceridad del arzobispo de Cambray. Suponíanle disimulado, astuto y político, que procuraba acomodarse á las circunstancias, afectando una humildad que no conocia para aguardar una época mas favorable en la que pudiese vengarse de los ultrajes recibidos; y la audacia mayor fué que intentaron persuadir de ello á los que le eran mas adictos: suposiciones gratuitas, sentadas sin duda por hombres que no conocian perfectamente el verdadero carácter de Fenelon. Jamas podian pensar ni aun remotamente que en época mas feliz pudiese poner en disputa lo que miraba como decidido irrevocablemente; como en efecto lo acreditó luego que las disposiciones de la córte se le manifestaron mas favorables ó ménos contrarias: de modo que en todos tiempos estuvieron perfectamente acordes su corazon y sus palabras. Para convencernos de ello basta referir lo que dijo varias veces al autor de su Vida. Es de advertir que no es una declaracion hecha para el público, ni puede recelarse que haya sido dictada por la necesidad; es sí una conversacion libre y sincera de un amigo que habla á su amigo en aquel punto en que el alma se muestra tal como ella es. «Mi sumision, le decia, no era un proceder de política, ni un silencio

(1) *Diccionario histórico ó Biografía universal compendiada*, tomo V, pág. 649, col. 2.ª, Barcelona, imprenta de Oliva, 1831, en 4.º.

« respetuoso, sino un acto interior de obediencia hecho á Dios solo, que « hablaba en la cabeza de la Iglesia. Siguiendo los principios de los católicos, he mirado el juicio de la Santa Sede y de los obispos como una « expresion y un eco de la voluntad Suprema: no me he detenido en las « pasiones, preocupaciones, ni disputas que precedieron á mi condenacion: « conocí que me hablaba Dios como á Job desde en medio de este torbellino, y que me decia: *¿ Quién es el que mezcla sentencias con discursos « inconsiderados? Yo le respondí desde el profundo de mi corazon: pues « hablé indiscretamente, solo me resta taparme la boca y callar.* Desde entónces dejé los vanos subterfugios de la cuestion de hecho y de derecho, y « acepté mi condenacion en toda su extension, sin haber debido ni querido « portarme de otra manera. » No cabe la menor duda de que el arzobispo de Cambray con ménos sinceridad y buena fe y con ménos humildad, teniendo en cuenta el gran número de admiradores que le rodeaban, el arte que poseia de ganar los corazones y su gran talento como á orador y como á místico, podria haber eludido fácilmente el compromiso que contrajo cuando sujetó su obra al juicio de la Santa Sede. Hubiera podido alegar entre otras cosas la novedad y la dificultad de las cuestiones que se ventilaban, por lo mismo que eran abstractas y sutiles, y no se habian tratado jamas á fondo ni examinado con claridad por teólogo alguno de nombradía hasta entónces. Podia acudir á la distincion de sentidos y poner en paralelo sus proposiciones con las de los autores mas respetables. Podia finalmente reclamarse sobre la forma del decreto que condena veinte y tres proposiciones sacadas de su libro bajo diversas calificaciones, sin que pueda distinguirse en esta censura indeterminada que calificacion conviene á cada una de ellas. Tales eran, entre otras, las poderosas armas que le quedaban para combatir contra su condenacion, eternizando la disputa y perseverando en sus opiniones con desprecio de la autoridad legítima que las habia condenado. Al intentar sus adversarios presentarle como artificioso y disimulado dieron á entender que esto era lo que deseaba; pero á nuestro modo de ver no eran estas armas de buena ley, y el que estaba acostumbrado á combatir con franqueza, á cumplir lo que prometia, á no separarse del camino recto que le dictaba su conciencia y su corazon sin mancilla, las rechazó como indignas de su carácter, pues solia decir que en los principios católicos el juicio de la Iglesia es el eco de la voluntad Suprema. Podia decir tambien que la Santa Sede al condenar su libro se habia visto apremiada por un Monarca que podia hacer alarde de su prepotencia. Así lo han opinado algunos; pero esta idea tampoco cupo en la mente del sabio, enamorado de la caridad evangélica. Cuando se trata de una sentencia pronunciada por el pastor universal de la Iglesia, todo cristiano cualquiera que sea su posicion debe sa-

crificar todas sus miras, callar y obedecer. Fenelon obró así y sin la menor restriccion; y valiéndonos de la expresion de un escritor moderno añadirémos, que jamas mostró sobre esto ni sentimiento de haber hecho mucho, ni temor de no haber hecho lo bastante. En esta ocasion la envidia que se complace siempre en perseguir al verdadero mérito, no contenta de haber seducido á un gran número de gentes de todas clases y categorías para que se declarasen enemigos irreconciliables del sabio prelado favorecedor y agradecido, sedujo tambien á otro gran número para que se declarase contra el gran Bossuet, adversario no mas que hasta cierto punto de su co-hermano. Acusáronle de envidioso, ambicioso y vengativo. Deciase en varios folletos que circulaban impresos, que no habia visto sin disgusto la reputacion naciente de Fenelon, ya por el crédito que gozaba en la córte, ya por la facilidad con que ganaba los corazones de cuantos le trataban, é ya por la tierna y afectuosa inclinacion que le mostraba un príncipe próximo segun el órden natural á sentarse en el trono de sus mayores. Suponian que habiendo solicitado el mismo Bossuet el arzobispado de Paris, despues de la muerte de Harlay, habia aspirado tambien al de Cambray, para el cual fué preferido su antagonista siendo así que le consideraba muy distante de podérsele comparar. Añadian á todo esto, que nunca jamas pudo perdonar al autor de las *Máximas de los Santos* el no haber querido aprobar la *Instruccion sobre los estados de la oracion*, lo que habia mirado como una injuria inaudita; fundándose la malignidad en todas estas causas para explicar el extraordinario calor con que el obispo de Meaux habia procedido contra su co-hermano: bien que estas imputaciones son demasiado odiosas para que pueda dárselas crédito, y tan solo una ciega preocupacion á nuestro modo de ver pudo dar motivo al orígen de ellas en una época precisamente en que los espíritus no habian vuelto todavía de su asombro y efervecencia. Bossuet era demasiado grande y muy sabio y religioso para dejarse arrastrar de ideas tan mezquinas. Sus enemigos le han querido presentar como un criminal, y sus enemigos se han engañado: Bossuet no fué un criminal; fué un entusiasta por la Religion. Si ahora mismo que examinamos la cuestion á sangre fria y léjos del torbellino de las pasiones, que entónces obscurecian al sol de la verdad, hallamos que se sirvió algunas veces de expresiones demasiado duras y por lo mismo amargas en los escritos que publicó cuando el mayor calor de la disputa; si nos causa gran pena leer que madama Guyon se proponia la seduccion de todo el mundo, y que esta Priscila se habia encontrado con su Montano (1), léjos de nosotros la idea de atribuir

(1) Montano: este visionario era cabeza de los montanistas y tuvo por discípulas á Priscila y Maximila, tan apasionadas á la doctrina de su maestro que se fingian profetisas para apoyar y propagar sus errores y delirios.

estas expresiones al despecho de un hombre irritado. Seremos mas justos, no hay duda, si buscamos el orígen de esta exaltacion impropia de un varon tan sabio como Bossuet en el extremado horror que tuvo siempre á toda especie de innovacion en órden á la fe; y acordémonos que los Padres usaron de expresiones todavía mas fuertes cuando combatian los errores de su siglo. Se nos dirá que estos errores no existian entónces; pero nosotros contestarémos que Bossuet creia ver errores en el *Libro de las máximas de los Santos*, y que la Sede Apostólica condenó de este libro veinte y tres proposiciones, ora lo exigiese la prudencia, ora la necesidad, ó el bien de la Iglesia. Á nuestro modo de ver tan desacertados anduvieron en lo sucesivo los que continuaron mirando con malos ojos á Fenelon, como los que juzgaron tan atrevidamente al obispo de Meaux. Ámbos merecieron el renombre de grandes por haber contribuido poderosisimamente á la gloria de su siglo. Reconozcamos en el arzobispo de Cambray aquel prelado que con tanta facilidad hacia suyos los corazones de cuantos llegaban á conocerle, y que no tuvo nunca otra pasion ni afecto que el del amor de Dios y por consecuencia precisa el de la virtud. Admiremos en Bossuet aquel varon fuerte, que combatió siempre contra los enemigos de la Religion, y cuyos esfuerzos se vieron siempre coronados con la gloria del triunfo, sin que jamas le dirigiese otro interes que el de la Iglesia y el de la verdad. Echemos un velo á lo acontecido en el malhadado período de sus controversias: no les miremos como á dos competidores que procuraban triunfar el uno del otro con el deseo de acrecentar su nombradía; sino como dos sabios, dos varones justos, ámbos adheridos firmemente á la antigua tradicion, de los cuales el uno emplea todos los encantos de su pluma de oro para demostrar que su doctrina no es hija del error, miéntras el otro se vale de toda la elevacion de un ingenio vigoroso para desvanecer las nubes que rodean la verdad. Seria una temeridad, una injusticia, que cada uno de ellos hubiera condenado, si para exaltar á cualquiera de los dos tratásemos de humillar la opinion del otro. Despues del desenlace que tuvo la ruidosa cuestion que arrancó de los labios de Inocencio XII la famosa condenacion hecha sobre el *Libro de las máximas*; despues del gran paso dado por Fenelon con el mero hecho de haber sido el primero en publicar á sus diocesanos la condenacion de su misma obra, debia al parecer desvanecerse la tempestad que descargaba tan reciamente sobre su cabeza; debia respirar á la sombra de una paz duradera; y debia prometerse dias de bienandanza y felicidad. Su silencio, sus virtudes episcopales y la admiracion que inspiraba con ellas podian haber desarmado á Luis XIV de su cólera; pero muy al contrario: otro acontecimiento inesperado acabó de irritarle para siempre. El *Telémaco* compuesto algunos años ántes, precisamente en la época del favor de Fenelon, fué pu-

blicado algunos meses despues de las controversias con Bossuet por la infidelidad de un familiar suyo encargado de copiar el manuscrito. Esta obra apénas vió la luz pública fué leida con avidez y generalmente aplaudida segun lo merecia por su misma bondad : sin embargo , Luis XIV la prohibió en Francia , miéntras que se reimprimia en Holanda y obtenia en toda la Europa un éxito prodigioso , que la malignidad lo atribuyó á una atroz injuria hecha al monarca de la Francia , suponiendo que hacia alusion á las conquistas y á los reveses de su reinado. Luis , que en otro tiempo habia oido con agrado las ideas de Fenelon , miró desde entónces al autor del *Telémaco* como un detractor de su gloria , como un hombre vengativo , que se valia de su pluma para trazar su retrato con negros colores , satirizando su política y sus costumbres , ya que no habia podido triunfar en la cuestion sobre el quietismo ; pero en esto se engañaba Luis XIV. Fenelon era demasiado noble para buscar un desagravio en la venganza , y era harto agradecido para olvidar que en época mas bonancible debió á la munificencia del Monarca el arzobispado de Cambray. El mismo Fenelon en el acto de morir protestó de su respeto por la persona y por las virtudes de este príncipe. Este testimonio formal comparado con el juicio severo que anunciaba en su carta á madama Maintenon , de la cual hemos hablado ya anteriormente, no admite mas que una sola explicacion; pero que basta para que no se dude de la veracidad de las palabras de un prelado , que en todas épocas se mostró consecuente y dispuesto á sostener con gloria la verdad. Este hombre sensible y virtuoso , preocupado por las desgracias que se mezclaban en el feliz y glorioso reinado de Luis *el Grande* , continuó involuntariamente en una obra de imaginacion , dictada por el fuego de su entusiasmo , algunos rasgos del cuadro que tenia á la vista , y que con frecuencia afligia su alma sensible. ¿Cómo podia prescindir de ello? ¿cómo podia hablar de los pueblos y de los reyes sin verter algunas frases que podian aplicarse á sus contemporáneos? El círculo de las calamidades y de los defectos humanos es mas ilimitado de lo que comunmente se cree. *Habrá vicios miéntras haya hombres , dice Tácito , y miéntras haya vicios la historia de los tiempos pasados parecerá una sátira del siglo presente.* El *Telémaco* á la verdad , y esto ya lo dijimos en otra ocasion , contiene algunas reflexiones que pueden aplicarse á Luis XIV ; pero es un absurdo , es una injusticia buscar en esta obra de imaginacion la censura alegórica y meditada del gran rey de la Francia. Era igualmente imposible hacer tal combinacion , que destruyese todas las alusiones y evitase toda semejanza. Segun nuestra creencia Fenelon intentó vencer este imposible , pero inútilmente. Ocupado en escribir para educar á un príncipe que debia hacer en algun dia la felicidad de los pueblos que la Divina Providencia encomendaria á su cuidado, se valió para su composicion

poética de las primitivas costumbres de la antigua sociedad, tan lejana del cuadro que ofrece la Europa moderna; porqué de lo contrario, su delicado pincel hubiera pintado á Luis XIV bajo los rasgos del imprudente Idomeneo, ó del sacrílego Adrastro, mas bien que bajo la imágen del grande y virtuoso Sesóstris..... Pero debemos tener presente que sus diversas figuras son el juego de una imaginacion variada, que busca multiplicar contrastes interesantes sin que ninguno de ellos en particular presente el retrato satírico del gran Rey, cuyo reinado formó la mas bella época moral de la Europa moderna. Fenelon penetrado del mal efecto que la impresion del *Telémaco* habia ocasionado en el corazon de Luis XIV, se resignó absolutamente á su suerte. «Pareció, dice un biógrafo frances, que se resignaba á su destierro de la córte, siendo así que algunas veces habia tenido la debilidad de llamar su desgracia á este mismo destierro»; como si la larga permanencia de un arzobispo en medio de su rebaño, al cual ilustra y santifica, pudiese presentarle jamas la idea de humillacion y de infortunio». «Por lo demas, concluye, si Fenelon volvió á acordarse con dolor de la córte de Luis XIV, debió consolarle la idea del bien que derramaba al rededor de sí en su retiro de Cambray». «La santidad de los antiguos obispos, la severidad de la primitiva Iglesia, la dulzura de la mas indulgente virtud, el encanto de la mas seductora política, el celo con que procuraba llenar aun los mas humildes deberes de su ministerio, una infatigable bondad, y una inagotable caridad»: tales son los rasgos con que pinta á Fenelon en su retiro de Cambray un elocuente y virtuoso obispo que le conoció y le trató muy de cerca. Ya que el biógrafo frances se complace en presentarnos los rasgos con que describe á Fenelon este ilustre obispo, ¿cómo es que al principio quiere rebajar su mérito suponiéndole tan amante de la córte y tan deslumbrado por su oropel, que hallándose en medio de su rebaño se aflige al considerarse desterrado? Nosotros convendremos en efecto que el arzobispo de Cambray sintió en el alma verse alejado de la córte; pero no por el oropel de aquella Babilonia, sino por verse separado de un príncipe, á quien habia educado; de un príncipe que dócil á los consejos de su buen preceptor poseia un alma tierna, amoldada perfectamente á las bellas circunstancias del que le habia instruido y educado; de un príncipe que no podia tardar en regir los destinos de una nacion que era tambien la patria del preceptor del duque de Borgoña. De este modo se explica el disgusto que sentia Fenelon al verse alejado de una córte que instruyó con sus consejos, y á la cual admiró con su sabiduría y edificó con sus costumbres. Uno de los primeros cuidados de Fenelon consistia en instruir á los clérigos de un seminario que él mismo habia fundado. Empleaba tambien una parte del tiempo en enseñar el catecismo á los niños de su diócesis: siguiendo el ejemplo de los antiguos obispos subia con frecuencia al púlpito,

y entregado á su corazon y á su fe improvisaba sus discursos derramando por do quiera los tesoros de su piedad y de su raro y feliz ingenio. El sermon que pronunció en la catedral de Lille en el solemne acto de la consagracion del arzobispo de Colonia, y en el cual desplegó en mayor abundancia su natural elocuencia, es uno de los trozos mas tiernos y mas perfectos de la oratoria cristiana. Tal era el comportamiento de Fenelon en su diócesis; así es que todas sus ovejas le veneraban como á pastor, le amaban como á padre y le admiraban como á verdadero espejo de todas las virtudes que deben adornar á un buen prelado. Los azares de la guerra, que por fin introdujeron algunos lunares en la larga y gloriosa carrera de Luis XIV, habian conducido las tropas enemigas á la diócesis de Cambray; y entónces fué cuando el santo obispo redobló sus esfuerzos y sus sacrificios para hacer ménos sensible á sus queridos hijos el peso de aquella calamidad. Su sabiduría, la firmeza de su carácter y la nobleza de su lenguaje inspiraron á los generales enemigos un respeto saludable á las desgraciadas provincias de Flándes. Eugenio, el príncipe generalísimo del ejército invasor, dice un autor moderno, era digno de escuchar la voz del varon justo y sabio, á quien perfectamente conocia. En medio de tantos y de tan ímprobos trabajos Fenelon mantenia una extensa correspondencia con los eclesiásticos que le consultaban sobre varios asuntos, con sus amigos y con sus parientes. En esta correspondencia se descubre tambien aquel genio sublime, aquella profundidad de ideas y aquellos conocimientos generales que le daban campo abierto para solventar cualquiera duda; de modo que muchas de sus cartas encierran todos los secretos de la ciencia del mundo, analizados con la finura y delicadeza propias del que nada ignora, y expresados sin esfuerzo y al estilo de La Bruyere, de aquel hombre que segun expresion de un sabio fué el que *mejor conoció el mundo y el que mejor pintó á los hombres*. La situacion de Cambray en las fronteras de la Francia atrajo cerca de Fenelon muchísimos extranjeros que deseaban conocerle de cerca, y que nunca se separaban de su lado sino penetrados de una religiosa admiracion. Sin hablar de Ramsay que moró muchísimos años en el palacio de Fenelon, el famoso mariscal Munich y el infortunado Jacobo III (1) quedaron pasmados y extraordinariamente complacidos de haber oido sus santas y sábias máximas. En pocas palabras, Fenelon se presentaba igualmente admirable á los ojos del sacerdote, del político, del militar: privilegio al parecer reservado entónces al arzobispo de Cambray, aventajado como era en la ciencia de la verdad en una época en que la Religion y la moral formaban un lazo comun. Fenelon en los sabios

(1) Jacobo Estuardo, conocido en el ejército bajo el nombre de *el Caballero de S. Jorge*, y á quien Luis XIV habia reconocido por rey de Inglaterra.

consejos que daba á Jacobo III le mostró mas de una vez cuan elevado concepto habia formado de la constitucion inglesa en cuanto á la parte política, tan fuerte á la vez contra el despotismo y contra la anarquía; de modo que el patriotismo de Fenelon no era como aquel patriotismo limitado que condena y calumnia por lo regular todo lo que existe mas allá de las fronteras. Su virtuosa alma tenia mas necesidad de extenderse por todo el universo y de buscar en todas partes la dicha y la felicidad de los hombres. En cierta ocasion decia al príncipe inglés: « amo mas á mi familia que á mí « mismo; amo mas á mi patria que á mi familia, pero mas al género hu- « mano que á mi patria. » ¡Admirable progresion de sentimientos y de deberes!: de cuyo principio han abusado espíritus falsos y perversos; sin embargo, ha merecido ser autorizado por el ilustre Fenelon. Esta es la *caritas generis humani* que se deslizó de la boca de Ciceron, del grande orador de Roma; pero que tanto desmintieron los romanos, cuando orgullosos y feroces con sus conquistas y no ménos inconsecuentes que bárbaros se gozaban en las heridas y en la muerte de sus gladiadores en el mismo teatro donde aplaudian con entusiasmo este verso humano mas que patriótico:

Homo sum, humani nihil á me alienum puto.

Máxima digna de ser pronunciada por la boca de Fenelon y que no debiera borrarse jamas del corazon del hombre. Cuando esta verdad triunfará, decia un escritor moderno á principios del presente siglo, entónces principiarémos á creer en el progreso de las luces. Al oir todos estos gritos patrióticos que casi siempre no han sido mas que la divisa del egoismo, los pretextos de la ambicion y los señales de la guerra, quisiéramos á la verdad verlos trocados por otro voto mas conforme á la razon, á la justicia y al bien general. ¡Dichoso momento aquel en que separándonos de la via torcida, deponiendo enteramente las armas, abrazando la virtud, enfrenando las pasiones, rechazando los vicios, huyendo de la perversidad, y amando á Dios de todo corazon, como le amaba el arzobispo de Cambray, gritemos unánimes y conformes y con aquel santo entusiasmo, que hace digno al hombre del amor de Dios, *Viva el género humano*! La humanidad del arzobispo de Cambray era grande tan grande como su corazon, tan grande como su fe: expresion si se quiere exagerada, pero necesaria para presentarle con aquel amor al prójimo que Dios ha encargado tan particularmente á sus hijos. Habia visto, habia juzgado la córte y los hombres, conocia la historia de todos los siglos, estaba dotado ademas de unos conocimientos tan profundos así en materias de religion como en política, que pocos ó ninguno le aventajaban en la época en que vivia. En las diversas memorias que dirigia al duque de Beauvilliers es en donde se puede estudiar la sabiduría de sus miras sobre los mas gran-

des intereses, sobre la sucesion de España, sobre la política que convenia á Felipe V, sobre los aliados, sobre el modo de conducirse en la guerra, y mas particularmente aun sobre la necesidad de una paz duradera. Tales son las ideas que arrojan de sí los extractos que ha dado de estas memorias el último historiador de Fenelon; y seria de desear que se publicasen enteras para que pudiésemos admirar por completo estos bellos monumentos de la sabiduría del prelado. Durante la guerra de sucesion de España tan desastrosa para los franceses, habiendo entrado los ingleses en el Cambrésis, preguntaban los jefes á los paisanos cuales eran los dominios del arzobispo frances para libertarlos y substraerlos de la codicia del soldado. De este modo respetaban los enemigos de la Francia el mérito de un hombre grande, y á quien habian perseguido y calumniado algunos hijos de la misma Francia; y esto que el arzobispo de Cambray trabajaba constantemente por la gloria de su nacion, y los ingleses y los austríacos lo sabian con tanta certeza como los que habian intentado calumniarle. En aquella época tuvo la gran satisfaccion, despues de diez años de ausencia de la córte, de recibir en su diócesis al jóven príncipe á quien habia formado, y que venia á mandar las últimas tropas de Luis XIV vencido. Difícil es pintar una entrevista tan tierna, tan afectuosa: los dos amigos se estrecharon entre sus brazos y derramaron lágrimas en abundancia; pero estas lágrimas del placer mas puro iban mezcladas con lágrimas de dolor. El momento en que se reunian, el lugar donde se hallaban y la proximidad de un enemigo terrible, y con frecuencia afortunado, fueron otras de las circunstancias que se agolparon en la imaginacion de aquellos dos modelos de la mas perfecta amistad. El buen Fenelon recordaba aquellos momentos felices en que se complacia derramando en el corazon del jóven príncipe la preciosa semilla de la virtud, para hacerle en lo sucesivo digno del amor de los pueblos que debia gobernar; se complacia al considerar cuan eficaces habian sido sus consejos, cuan provechosas sus instrucciones y cuan grande el cariño que se habia granjeado de un príncipe nacido para labrar la felicidad de la Francia; pero al propio tiempo recordaba sus pasadas desgracias que le habian alejado de uno de sus mejores amigos; sin embargo, este dolor suavizado con la presencia del mismo príncipe no era el que mas le atormentaba: le atormentaban, sí, las desgracias de su querida patria: veia desaparecer por instantes toda la gloria de un reinado como el de Luis XIV. Sus ejércitos derrotados, la nacion agobiada y próxima á una invasion, una gran parte de los pueblos gimiendo bajo el peso de la mas terrible de las desgracias: tal era el aflictivo cuadro que en aquel momento se presentaba á su imaginacion exaltada. El duque de Borgoña participaba de los mismos sentimientos, de las mismas ideas de su buen preceptor; y por lo mismo lloraba tambien amargamente,

y como por instinto le pedia consejo en tan apuradas circunstancias. El genio previsor del arzobispo de Cambray no dejó pasar desapercibida aquella feliz coyuntura: le habló extensamente sobre lo que mas le convenia, y le animó para que no desfalleciese á la vista de tan inminentes peligros; y lo hizo con tanta mas energía atendido á que el duque de Borgoña instruido, dócil, virtuoso, pudo manifestar en algunas ocasiones un carácter demasiado tímido en época tan decisiva; y aun así lo da que sospechar tambien la correspondencia que medió entre los dos, en la cual Fenelon habla siempre á su discípulo con el lenguaje de una política activa y esclarecida, reprobándole al propio tiempo cuan inoportunamente demuestra en circunstancias tan azarosas su gusto por la soledad, al paso que elogia sus virtudes, su piedad sin límites y su amor por la Religion. En sus cartas continúa dándole sabios consejos para que pueda adquirirse el renombre de héroe; pero no quiere que su pupilo alcanze esta gloria á costa de la sangre de sus compatriotas, ni de la ruina de los pueblos, sea cual fuere la nacion á que pertenezcan. Prefiere verle resplandecer en medio de las dulzuras de la paz, que verle coronado con los laureles del triunfo entre el terrible estruendo de las armas: quiere mas bien que se admire al héroe, iluminado por el esplendor de la patria, que no por las llamas que levantan los pueblos abrasados por la antorcha de la desoladora guerra: quiere por fin que ame la Religion como él la ama, y que la Religion sea el báculo donde se apoye la felicidad de la Francia: en una palabra, que pueda ostentar en el dia en que se siente en el trono de sus mayores el timbre de *Rey cristianisimo*. Hay un autor, no muy cristiano por cierto, que ha dejado deslizar su pluma pintándonos durante la guerra de sucesion al duque de Borgoña como á un príncipe monje, sin las calidades de guerrero tan necesarias en aquella época, y por lo mismo le reprueba hasta cierto punto que ante todo dé la preferencia á la virtud; como si la virtud no fuese una calidad indispensable así en tiempo de guerra como en tiempo de paz. Por lo demas, se nota que Fenelon concibe siempre unas ideas absolutas y decisivas, y que la atencion continua con que miró los intereses políticos de la Francia en nada disminuyeron su celo por la Religion y la Iglesia. Los que honran particularmente á Fenelon como á filósofo, y no mas que como á filósofo, se admiran tal vez de verle entrar en todas las cuestiones eclesiásticas con igual ardor, con igual fuerza, con igual energía que el mismo Bossuet; pero han de advertir que si Fenelon no hubiese sido ante todo lo que debia ser por conciencia y por estado, obispo y teólogo, no hubiera sido ni de mucho tan grande su nombradía, al paso que hubiera faltado al principal carácter del siglo en que vivió; esto es, se hubiera separado de la beneficencia y de sus deberes. En la época en que se renovaron las controversias sobre el jansenismo, despues de una larga interrupcion, el

arzobispo de Cambray escribió contra aquellos hombres que no supieron imitar su respeto por la córte de Roma, y por lo mismo se vió empeñado en sostener la verdad con aquel vigor y elocuencia que tenia tan acreditadas: y de aquí tomaron motivo los cortesanos para tratarle de ambicioso y de adulador; como si Fenelon tuviese necesidad para granjearse la voluntad del Soberano de valerse del miserable recurso de un supuesto celo. Si tal hubiese pretendido no tenia necesidad de entrar en nuevas controversias, pues que le bastaba la noble generosidad con que á sus expensas mantuvo al ejército frances durante el desastroso invierno de 1709; pero sus miras solo se dirigian á evitar los males que aquellas nuevas disputas podian ocasionar á la Francia, sirviendo de este modo á la vez á la Religion y á la patria. En el año siguiente los mismos sentimientos le inspiraron la pintura elocuente de los males de la Francia y el proyecto de asociar la nacion al gobierno por medio de una asamblea de *notables*, cuya idea manifestó en una memoria del mas grande interes en aquella época. Fenelon juzga admirablemente en esta memoria de la fuerza y de la debilidad del despotismo, y del poder saludable y de la influencia de personas amantes de la Religion, de la patria y del Rey. Sin duda preveia ya entónces el desborde á que debian conducir á la Francia las ideas exageradas, y por lo mismo buscaba los medios de evitarlo. Sin embargo, halló una contradicion abierta por los que sin duda no eran tan previsores como él. Las memorias que dirigió al duque de Beauvilliers no eran mas que el voto de un sabio celoso por su pais, pero sin la autoridad competente para servirle. Un acontecimiento imprevisto dejó entrever el momento en que los consejos de Fenelon podian ser de grande utilidad á la Francia. Murió el Delfin, y el duque de Borgoña largo tiempo oprimido por la mediania de su padre se vió de repente aproximado al trono que debia heredar, y al Rey de quien desde entónces fué el confidente y el apoyo. El virtuoso príncipe exento de tutela ambiciosa pudo obrar libremente segun las inspiraciones que habia recibido y estaba recibiendo de su excelente amigo y preceptor, y entónces fué cuando manifestó su carácter á entera satisfaccion de la Francia. La satisfaccion del arzobispo de Cambray llegaba ya á su colmo; veia muy cercano el momento en que para el bien de su patria iba á quedar completamente justificada su obra: así es que lleno de esperanza escribia á su discípulo que el mejor medio de alcanzar el amor de los pueblos era el de trabajar constantemente para labrar su felicidad. Al mismo tiempo comunicaba al duque de Beauvilliers varios planes de administracion y de gobierno, que debian proponerse al príncipe. Una de las ideas mas importantes en el sentir de Fenelon era la formacion de los estados provinciales en toda la Francia. «Esta institucion, dice un autor del siglo presente, que da una libertad

« ménos grande y ménos noble que la representacion legislativa, hubiera « tal vez en su orígen evitado muchos males. » Miéntras que Fenelon preparaba el reinado del duque de Borgoña, una repentina muerte arrebató al jóven heredero del anciano Rey, quien se mantenia impasible en medio de las humillaciones de su gloria y de los desastres de su familia; y entónces fué cuando se desvanecieron las esperanzas que habia hecho concebir la virtud del príncipe. Sin embargo, Fenelon á pesar de hallarse sumido en el mayor dolor no abandonó por esto el cuidado de su patria, que desde el momento de la inesperada desgracia descansaba en un Monarca de setenta y seis años y un niño de cuna. Esta aflictiva idea le tenia desazonado, y por lo mismo hubiera querido prevenir los males de una inevitable y larga minoría. En varias memorias confidenciales que escribia sobre este objeto, daba á conocer sus sanas y sábias miras acerca de la política que debia seguirse. Uno de estos escritos estaba consagrado á la discusion de las probabilidades, que acusaban al duque de Orleans de un crímen el mas espantoso y de una ambicion que tenia necesidad de otros crímenes. El Delfin, el duque, la duquesa de Borgoña y su hijo primogénito murieron en el espacio de un año y casi todos repentinamente. Hablábase de envenenamientos, y las sospechas recayeron sobre el duque de Orleans por haberse hecho memoria de que habia estudiado la química; y el pueblo hubiera cometido los mayores excesos contra él á no mediar las eficaces precauciones del lugarteniente de policía de Argenson. Habiendo caido tambien enfermo el hijo segundo del duque de Borgoña, las sospechas aumentaron, y Felipe de Orleans se echó entónces á los pies del Rey pidiendo con las mas vivas instancias que se le hiciesen cargos; pero el altivo Monarca no quiso que su sobrino fuese juzgado, y habiendo empezado el jóven Delfin á restablecerse, el público manifestó arrepentirse de sus precipitadas acusaciones. Despues de leida la memoria del arzobispo de Cambray, en la cual el autor sin acoger todo el horror de los rumores populares juzga severamente los escándalos y los vicios del duque de Orleans, no dejará de causar bastante sorpresa el ver que mantiene con el mismo príncipe una correspondencia filosófica; pero esta sorpresa desaparece desde el momento que obra la reflexion y que da á conocer las verdaderas intenciones del sabio y virtuoso prelado. Fenelon, no cabe la menor duda, esperaba vencer por medio de la virtud y de la verdad una alma abandonada á todos los vicios; pero segun se asegura incapaz de un crímen. Es Platon que escribe á Dionisio; y la semejanza es tanto mas verdadera si se atiende á que sin abandonar nunca la Religion revelada se concreta ante todo á probar los principios de la Religion natural: principios ordinariamente débiles y mal establecidos en un corazon que ha perdido todos los otros; pero á los cuales el genio luminoso y sencillo del

pastor de la iglesia de Cambray da una fuerza que debe anonadar la frívola incredulidad del duque de Orleans. El empeño que se habia propuesto el arzobispo de Cambray era noble, grande como todos sus pensamientos, bien que no alcanzase el fruto que se habia prometido de convertir aquella alma encenagada en el vicio, como desgraciadamente se vió por la experiencia. Fenelon en los últimos dias de su vida tomó una parte muy activa en los debates teológicos sobre la bula *Unigénitus*; y este hombre verdaderamente grande, fiel ante todo al carácter episcopal creyó y con razon que el objeto mas noble en que podia ocuparse era el de combatir los errores que turbaban las conciencias y la Iglesia. La maledicencia quiso suponer que el celo de Fenelon no derivaba mas que de un inveterado despecho contra el cardenal de Noáilles; pero en vano se esforzó la malignidad en atacarle: las intenciones del arzobispo de Cambray eran rectas, puras como su alma; y cuando la conducta del hombre virtuoso es autorizada por sus deberes desaparece aquella vergonzosa debilidad hija de las pasiones. El que amaba tan tiernamente á Dios por precision debia ser tambien extraordinariamente sensible á las amistades de la tierra; así es que se le oia pronunciar con frecuencia estas palabras, que á cualquier otro que no fuese Fenelon bastarian para formar su apología: «Quisiera morir al mismo tiempo que mis amigos; « pues yo no vivo mas que de amor, y éste será el que acabará mis dias.» Así sucedió; pues á los cuatro meses de haber espirado el duque de Beauvilliers cerró Fenelon los ojos para descansar, piadosamente hablando, en santa paz á la edad de sesenta y cuatro años de resultas de una lijera caida. Murió como habia vivido, con afectos de la mas viva fe y de la mas tierna piedad en 7 de Enero de 1715. ¡Fenelon murió! y la Francia se cubrió de luto, y los hijos de Cambray lloraron amargamente, y la Europa entera depositó sobre sus restos un justo tributo de admiracion y de respeto. La Francia se cubrió de luto por haber perdido una de las mas brillantes antorchas de la Iglesia: los hijos de Cambray lloraron amargamente por haber perdido un pastor solícito, un padre cariñoso que se complacia en derramar á manos llenas el bien en todas las clases de la sociedad; y la Europa entera pagó á los restos del finado un tributo de admiracion y de respeto; de admiracion, por los preciosos monumentos de su vasto y feliz ingenio que legó á la posteridad por haberse adquirido con sus obras un nombre verdaderamente europeo; de respeto porqué ¿quién hay en el globo, á ménos que sea un insensato, que no tribute la debida veneracion á las acciones del varon justo que desea la felicidad del mundo entero? Se ha dicho que si el Papa habia determinado crearle cardenal, y nosotros no lo dudamos, porqué lo merecia por sus virtudes muy ensalzadas por el mismo Papa y por la inmensa mayoría de la córte de Roma. Entrarémos ahora en

el análisis de sus obras, que por ser tantas y tan preciosas no deja de ser un trabajo si se quiere indispensable pero superior á nuestras fuerzas. Estas obras y sus virtudes inmortalizaron su nombre; siendo uno de los principales títulos de su gloria su misma humildad, como lo comprueba el que despues de haber apurado todos los recursos de su inagotable ingenio no quiso solicitar nunca el título de autor. Así es, que muchos de sus escritos, que salieron á luz durante su vida, se publicaron sin su consentimiento, y otros muchos no se conocieron sino despues de su muerte. Fenelon, como hemos indicado ya repetidas veces, se hizo admirar en el púlpito por su elocuencia á la vez dulce y persuasiva; poseyendo el arte oratorio en el mas alto grado de perfeccion como se ve en tres *Diálogos* que compuso al estilo de los de Platon, llenos de raciocinios sacados de este autor y aplicados con admirable gracia. El estilo es sumamente sencillo, extraordinariamente agradable y tan variado, que difícil seria encontrar otro libro en su clase que ofreciese mas amenidad en su lectura. Finalmente, en toda esta obra reina aquel juicio delicado de que se valian los antiguos para templar la severidad didáctica. Esta produccion pertenece á los juveniles años del autor. La *Carta* sobre la elocuencia que escribió hácia á la fin de su vida contiene la misma doctrina, aplicada con mas extension, adornada de ideas mas luminosas y nuevas, anunciada en todas sus partes con aquella autoridad tambien dulce y persuasiva de un hombre de genio, consumado en la experiencia, que entra muy poco en la discusion, pero que juzga con acierto. No hay otro escrito tan corto que contenga una coleccion mas rica y mas exquisita de recuerdos y de ejemplos. Fenelon los cita con elocuencia, porqué salen de su alma mas que de su memoria: en ella se ve que ha tenido siempre presente la antigüedad, pero entre tantas bellezas se remonta á las que le son mas gratas, mas naturales, mas candorosas; y entónces para expresar lo que siente, se vale de frases y de palabras de inimitable gracia. Esta *Carta* á la academia, los *Diálogos* sobre la elocuencia, algunas *Cartas* á La Mothe sobre Homero y sobre los antiguos colocan á Fenelon en el primer lugar entre los críticos, y sirven para explicar la sencillez original de sus propios escritos y la composicion tan antigua como nueva del *Telémaco*. Fenelon, prendado de las bellezas de Virgilio y de Homero, busca ante todo aquellos rasgos de una verdad encantadora y apasionada que encuentra aun mas en el Homero, y á la cual llama *amable sencillez del mundo naciente*. Á Fenelon le pareció que los griegos fueron los que mas se aproximaron á aquella primera época, y por lo mismo los estudió y los imitó con preferencia. Xenofonte, Homero y Platon le inspiraron el *Telémaco*; y se engañará el que crea que Fenelon no es deudor á la Grecia mas que del encanto de las ficciones de Homero: la idea de una buena moral en la

educacion de un jóven príncipe, aquellas conferencias filosóficas, las pruebas de valor y de paciencia, la humanidad en la guerra, la inviolabilidad en los juramentos; todo esto está sacado de la Ciropedia. En las *teorías* sobre la dicha de los pueblos y en el *plan* de un Estado arreglado como si fuese una sola familia se reconocen la imaginacion y la filosofía de Platon; sin embargo, debemos creer que Fenelon hermoseando las fábulas de Homero con la sabiduría de Sócrates, y formando esta preciosa mezcla de las mas seductoras ficciones con la filosofía mas pura y la mas humana política, puede aspirar por el acierto y habilidad que tuvo á la gloria de inventor que con su modestia cede el propio Fenelon á cada uno de los bellos modelos que hemos citado. No hay duda que éste ha participado de los defectos de los mismos que imitó: así es, que si bien los combates del *Telémaco* tienen igual grandiosidad y el mismo fuego de los combates de la *Iliada*, Mentor habla algunas veces tan difusamente como un héroe de Homero; y tambien una extremada extension en los pormenores de una moral sumamente sencilla recuerda las largas pláticas de la Ciropedia. Considerando el *Telémaco* como una inspiracion de las musas griegas, parece que el genio de Fenelon ha recibido una fuerza que no le era natural. La vehemencia de Sofócles se conserva entera en las salvajes imprecaciones de Filoctétes, y el amor arde en el corazon de Eucáris como en los versos de Teócrito. Aunque al parecer la antigüedad ha sido completamente vendimiada para componer el *Telémaco*, ha quedado al autor la gloria de la invencion, sin contar la que tiene de creador, á semejanza de los antiguos, inimitables en sus bellezas ántes y despues de Fenelon. Nada hay mas hermoso que el órden que establece en el *Telémaco*, donde no es menor la grandeza de la idea en general, que el gusto y destreza en la reunion y en el contraste de los episodios. Los castos y modestos amores de Antiope introducidos al final del poema son el mas sublime antítesis de los desvarios de Calipso: así es que el interes de la pasion se encuentra dos veces reproducido, ya bajo la imágen del furor é ya bajo la imágen de la virtud; pero como el *Telémaco* es sobre todo un libro de moral política, lo que el autor pinta con mas fuerza es la ambicion ¡esa enfermedad de los reyes que mataba á los pueblos!; la ambicion grande y generosa de Sesóstris; la imprudente ambicion de Idomeneo; la ambicion tiránica y miserable de Pigmalion; la ambicion bárbara, hipócrita é impía de Adrastro. Este último carácter, muy superior al de Mejencio de Virgilio, está trazado con un vigor de imaginacion que ninguna verdad histórica puede aventajar. Esta invencion de personajes no es ménos ingeniosa que la invencion general del plan. El mas bello tipo en esta rica variedad de retratos es el del jóven Telémaco, mas desarrollado, mas vivo que el del Telémaco de la *Odisea*; reune todo lo que puede sorprender, atraer, instruir. Á la

edad en que las pasiones ejercen un extraordinario influjo en los corazones se halla Telémaco bajo la salvaguardia de la Sabiduría, que le deja con frecuencia desfallecer, porqué á veces de las faltas nace, digámoslo así, la educacion del hombre; pues no hay duda que la propia experiencia nos enseña mas que los ejemplos que nos pueden presentar del resultado de un acto vergonzoso ó de una accion criminal. En el jóven Telémaco se observa á veces el orgullo del hombre, su inclinacion al heroismo y el candor de los años juveniles. Esta mezcla, digámoslo así, de altanería y de candor, de fuerza y de debilidad forma sin duda el carácter mas tierno y mas amable que haya inventado la musa épica; y esto ha dado márgen á que un gran maestro en el arte de pintar y de conmover haya sentido el encanto prodigioso, cuando se adelanta á suponer que Telémaco seria á los ojos del pudor y de la inocencia el modelo ideal digno de un amor puro. Muchos críticos son los que se han esforzado en probar que el héroe de un poema ó de una tragedia no debe ser enteramente perfecto, y por lo mismo han admirado en el Aquiles de Homero y en el Reynaldo de Taso el interes que ofrecen las faltas y las pasiones; pero no han previsto el interes mas encantador y mas moral en toda la extension de la palabra, que presenta un carácter sujeto al principio á todas las debilidades humanas, y que insensiblemente va desprendiéndose de ellas para colocarse á la elevada esfera de la virtud. El carácter de Telémaco ofrece al propio tiempo el encanto de la misma virtud y las vicisitudes de la debilidad; pero considerando que camina á pasos agigantados hácia la perfeccion y que se anima y se corrige á la vez, el interes que infunde es agitado como la lucha de las pasiones y al propio tiempo dulce como el triunfo de la virtud. Sin duda Fenelon al dar esta forma al héroe de su poema buscó ante todo la instruccion de su discípulo, pero creó al propio tiempo una de las concepciones mas originales y mas interesantes de la epopeya. Para poder entresacar del *Telémaco*, de este tesoro de riquezas antiguas, la parte de invencion que pertenece al autor moderno, es preciso comparar el infierno y los campos elíseos de Fenelon con las pinturas trazadas por Homero y por el príncipe de los poetas latinos. Por sublime que sea el silencio de Ayax, por mucha que sea la grandeza y la perfeccion del libro VI de la *Eneyda*, conocerá el lector todo lo que Fenelon ha creado de nuevo, ó mas bien todo lo que ha tomado de los dogmas de nuestra santa religion con un arte admirable. Desengañémonos, Fenelon ha excedido á los antiguos en lo sublime y se ha valido mejor que el Dante del grande recurso del cristianismo. Nada hay mas filosófico y mas terrible que los tormentos morales que coloca en el corazon del culpable. Su estilo entónces adquiere tal energía, tal fuerza, que llega á excederse á sí mismo y que ningun otro en Francia ha sabido imitar. El corazon se entristece al leer estos rasgos tan horro-

rosos como la misma maldad, y al propio tiempo siente que necesita de otra fuerza que venga á restablecer aquel placer que inspira la virtud premiada, y esto lo consigue desde el momento que se traslada á la morada de los justos; entónces el alma entusiasmada exclama: *Por fin respiro ya, porqué oigo los acentos dulces y agradables de los que han seguido siempre la senda del bien, y que se han dedicado constantemente en proteger á la humanidad desvalida.* Estas ideas por su misma grandeza y elevacion pertenecen á la caridad cristiana, á la religion del Evangelio, interpretada perfectamente por el tierno y virtuoso Fenelon. El *Eliseo de Fenelon* pertenece á una de las creaciones del genio moderno, en la cual la lengua francesa ostenta una flexibilidad y una melodía que en vano buscarémos en otros muchos autores. Si pudiésemos gustar de la verdad enteramente desnuda, no tendria ésta la necesidad de los adornos con que la engalana la imaginacion para hacerla amar de todas las gentes; pero debemos advertir que su luz pura y delicada no basta para formar el encanto del hombre sensible y que tiene necesidad de una atraccion particular: por lo mismo esta misma sensibilidad del hombre demanda una atencion que sujete lo suficiente su natural inconstancia. Para instruirle no es solamente necesario darle ideas puras que le ilustren; es preciso presentarle imágenes sensibles que le sorprendan y que le hagan fijar constantemente su vista en la verdad. Tal es el manantial que producen la elocuencia, la poesía y todas las ciencias de imaginacion; de lo que podemos deducir que la debilidad del hombre hace que estas ciencias sean absolutamente necesarias. Hay dos modos de instruirles para procurar que sean buenos; el primero consiste en demostrarles la deformidad del vicio y sus funestas consecuencias: tal es el objeto principal de la tragedia; el segundo, patentizándoles la belleza de la virtud y su dichoso fin: y este es el carácter propio de la epopeya ó del poema épico. Las pasiones que pertenecen á la una son el terror y la piedad; las que corresponden á la otra son la admiracion y el amor: en la una hablan los actores, en la otra el poeta es el que hace la narracion. La accion épica debe ser grande, única, entera, maravillosa; no obstante verosímil y de cierta duracion. El *Telémaco* participa de todas estas calidades. Continuemos comparándole con los dos modelos de la poesía épica, Homero y Virgilio. Hablarémos tan solo de la *Odisea*, cuyo plan es mas conforme con el del *Telémaco* de Fenelon. En la *Odisea* Homero introduce un rey sabio que regresa de una guerra extranjera, donde dió pruebas inequívocas y brillantes de su prudencia y de su valor. La nave que le conduce se ve expuesta con frecuencia á ser destrozada por horrorosas tormentas que la hacen aportar á diversos paises, de los cuales el héroe estudia las costumbres, las leyes y la política. De ahí nace naturalmente una infinidad de incidentes y de peligros. Mas, no ignorando los males y los

desórdenes que durante su ausencia se han introducido en su reino, vence todos los obstáculos que se oponen á su regreso, desprecia todos los placeres de la vida, y ni aun la misma inmortalidad le conmueve, pues lo único que desea es aliviar á su pueblo y abrazar á su familia. En la *Eneyda* un héroe piadoso y valiente se liberta de las ruinas de un poderoso estado, y los dioses le destinan para conservar la religion y para establecer un imperio mas grande y mas glorioso que el primero. Este príncipe, á quien los desgraciados restos de sus conciudadanos eligen por rey, anda errante por largo tiempo con ellos por varios paises, donde aprende todo lo que es necesario para ser un buen rey, un buen legislador, un buen pontífice. Encuentra finalmente un asilo en tierras lejanas, de donde descendian sus antepasados; derrota muchisimos y poderosos enemigos que se oponen á su establecimiento; y echa los fundamentos de un imperio destinado á ser el señor del universo. La accion del *Telémaco* reune todo lo que hay de grande en ámbos poemas. Vemos á un jóven príncipe, animado por el amor á la patria, ir en busca de su padre, cuya ausencia causa la desgracia de su reino y de su familia. Se expone sin vacilar á toda clase de peligros, señala sus primeros pasos con las mas heróicas virtudes, renuncia la corona de un reino mas poderoso que el suyo, y recorre muchisimas tierras desconocidas, instruyéndose particularmente en el arte de gobernar, haciéndose digno de adquirir la prudencia de Ulises, la piedad de Enéas y el valor de ámbos, y como ellos sabio político, príncipe religioso y héroe en toda la extension de la palabra. La accion de la epopeya debe ser una. El poema épico no es una historia como la Farsalia de Lucano y la guerra púnica de Silo Itálico, ni la vida entera de un héroe, como la Aquileyda de Estacio: la unidad del héroe no es la que forma la unidad de la accion. La vida del hombre, desigual á cada paso, cambia con frecuencia de designios ó por la inconstancia de sus pasiones, ó por accidentes imprevistos; y este es el motivo porqué la epopeya no es el elogio del héroe que el autor propone por modelo, pero sí el relato de una accion grande é ilustre que presenta como un ejemplo que conmueve el ánimo é inclina á la virtud. Así en la poesía, como en la pintura, la unidad de la accion principal no impide el añadir varios incidentes particulares. Desdel momento que empieza el poema el designio queda ya formado, y el héroe lo lleva á cabo venciendo cuantas dificultades se le presentan; y la relacion de estos obstáculos viene á formar los episodios: bien que todos los episodios dependen de la accion principal y van de tal modo enlazados con ella, y tan unidos entre sí, que todo el conjunto no presenta mas que un solo cuadro compuesto de varias figuras bellamente ordenadas y colocadas en justa proporcion. Aquí no tratamos de examinar si es ó no verdad que Homero debilita algunas veces su accion principal

con la extension y el número de sus episodios ; si su accion es doble , ó si pierde con frecuencia de vista sus principales personajes. Basta indicar que Fenelon en su *Telémaco* ha imitado la regularidad de Virgilio , evitando en lo posible los defectos que se imputan al poeta griego. No lo ha conseguido completamente segun lo hemos indicado ya , pero ha logrado en gran parte lo que deseaba. Todos los episodios del autor frances son continuos y tan hábilmente enlazados los unos con los otros , que el primero conduce al que le sigue. Sus principales personajes nunca desaparecen de la vista , y las transiciones del episodio á la accion principal hacen sentir constantemente la unidad del designio. En los seis primeros libros donde Telémaco hace la relacion de sus aventuras á Calipso , este largo episodio muy semejante al de Dido es hecho con tanto arte , que la unidad de la accion se mantiene siempre perfecta. El lector queda aguardando el desenlace , y se conoce desde el principio que la morada del héroe en la isla de Calipso y todo lo que pasa en ella es uno de los obstáculos que deben vencerse. En los libros XIII y XIV , en los cuales Mentor instruye á Idomeneo , Telémaco se halla ausente en el ejército ; pero es de advertir que Mentor es uno de los principales personajes del *Poema* , que todo lo hace en beneficio de Telémaco y para darle nuevas reglas despues de su regreso del acampamento. Esta habilidad del autor , este arte admirable con que introduce en su *Poema* episodios que no pueden considerarse como una continuacion de la fábula principal , y que sin embargo no interrumpen ni la unidad ni el progreso de la accion , es la que mas sorprende y admira. Estos episodios se encuentran colocados no solo como instrucciones importantes para un príncipe jóven , sino para hacerlos contar á su héroe , sirviendo de este modo para llenar un vacío. Asi es que durante la calma de una navegacion Aduam instruye á Telémaco de las costumbres y de las leyes de la Bética , y que Filoctétes refiere sus desgracias miéntras que el jóven príncipe se halla en el campo de los aliados aguardando el momento del combate. La accion épica debe ser entera , y esta integridad supone tres cosas ; la causa , el nudo y el desenlace. La causa de la accion debe ser digna del héroe y conforme á su carácter. Tal es el designio del *Telémaco* como lo hemos visto ya. El nudo debe ser natural y sacado del fondo de la accion. En la *Odisea* lo forma Neptuno , en la *Eneyda* es la cólera de Juno , en el *Telémaco* es el odio de Vénus. El nudo de la *Odisea* resulta natural porqué no presenta naturalmente otro obstáculo que el de los mares por donde navega. La oposicion de Juno como enemiga de los troyanos del modo que la pinta Virgilio es una bella ficcion ; pero el odio de Vénus contra un jóven príncipe , que desprecia los placeres para entregarse sin reserva á la virtud , y que se esfuerza en domar sus pasiones con el auxilio de la Sabiduría , es una fábula sacada de la naturaleza , que en-

cierra al mismo tiempo una sublime moral. El desenlace debe ser tambien tan natural como el nudo. En la *Odisea* Ulises llega entre los feacios, les refiere sus aventuras, y estos isleños entusiasmados con las maravillas que el héroe les pone á la vista le proporcionan una nave para regresar á sus dominios. En la *Eneyda* Turno es el único obstáculo que se opone al establecimiento de Enéas. Este héroe, deseando evitar el derramamiento de sangre troyana y latina en medio de los cuales debe gobernar cuanto ántes como Rey, reta á su enemigo á un combate singular; y este desenlace es noble, grande como toda la idea de Virgilio. El del *Telémaco* reune tambien las circunstancias de natural y de grande. Este jóven héroe para obedecer las órdenes del cielo se sobrepone al amor de Antiope y á la amistad de Idomeneo que le brinda con la corona y con su hija. Sacrifica las mas vivas pasiones y aun los placeres mas inocentes á su amor á la virtud. Se embarca para Itaca en una nave que le proporciona el mismo Idomeneo, á quien habia prestado tantos y tan grandes servicios. Cuando se halla ya cerca de su patria, Minerva desvia la embarcacion y la hace aportar á un islote desierto, en donde se le descubre despues de haberle acompañado al traves de los borrascosos mares, despues de haberle servido de guia en tierras enteramente desconocidas, despues de haberle conducido á las sangrientas guerras y despues de haberle hecho conocer todos los males que puede experimentar el corazon humano. La Sabiduría le conduce por fin á un lugar solitario, y allí le anuncia la conclusion de sus trabajos y el afortunado destino que le aguarda; y desde el momento la divinidad desaparece de su lado. Cesa lo maravilloso, y la accion heróica termina. En los sufrimientos y en las penalidades es donde el hombre se manifiesta héroe; es cuando mas necesita de un apoyo divino. Es de advertir que en el *Telémaco*, en ese grandioso poema, la observacion de las mas pequeñas reglas del arte va siempre acompañada de una profunda moral. Ademas del nudo y del desenlace general de la accion principal, cada episodio tiene su nudo y su desenlace propio, y para ello es necesario que todos participen de las mismas condiciones. En la epopeya no se buscan las intrigas sorprendentes de la novela moderna, pues que la sorpresa por sí sola no produce mas que una pasion imperfecta y pasajera. Lo sublime consiste en imitar la simple naturaleza, preparar los acontecimientos de un modo tan fino y delicado que no puedan preverse, y conducirlos con tal arte que el todo aparezca sumamente natural. No hay hombre medianamente instruido que prescinda del principal objeto de la poesia heróica, que es el de la instruccion, para ocuparse de un desenlace absolutamente fabuloso y de una intriga imaginaria; y si alguna vez se emplea en su lectura no es mas que por via de pasatiempo. El poema épico es una especie de filosofía moral, y sus intrigas consisten en juegos de espíritu llenos siem-

pre de gravedad y de nobleza. Si Fenelon ha evitado en su *Telémaco* las intrigas de las novelas modernas, no por esto se ha entregado tan sin reserva á lo maravilloso que haya hecho hablar á los caballos ni trabajar á las estatuas, porqué esto se opone á la razon, aunque quiera suponerse que deriva de las divinidades que todo lo pueden. Los antiguos han introducido los dioses en sus poemas no solamente para ejecutar por su medio los grandes acontecimientos de unir lo verosímil con lo maravilloso, sino para enseñar á los hombres que los mas valientes y los mas sabios nada pueden ejecutar sin el socorro de los mismos dioses. En el poema de Fenelon, Minerva nunca se separa de Telémaco y por este medio el poeta todo lo hace posible en el héroe, dando á comprehender perfectamente que el hombre nada puede sin el auxilio de la sabiduría divina; y no consiste en esto todo su arte. Lo mas sublime deriva de haber ocultado la diosa bajo una forma humana, y de este modo ha unido lo natural con lo maravilloso. Todo es divino y al parecer todo es humano. Aun hay mas; si Telémaco hubiese sabido que la misma divinidad era la que le servia de guia no hubiera sido ni de mucho tan grande el mérito que habria alcanzado. Los héroes de Homero sabian casi siempre cuanto hacian por ellos los inmortales. El poeta frances ocultando á su héroe la parte maravillosa de ficcion, ejercita verdaderamente su virtud y su valor. Aunque la accion debe ser siempre verosímil, no hay necesidad de que sea verdadera; pues que el objeto del poema épico no es el de formar el elogio ó la crítica de un hombre particular, sino de instruir y de agradar por medio del relato de una accion que deja al poeta en libertad de obrar segun las inspiraciones de su genio, pintando los caractéres y los personajes, y formando los episodios enteramente conformes á la moral que quiere insinuar. La verdad de la accion no es contraria al poema épico, con tal que no impida la variedad en los caractéres, la belleza de las descripciones, el entusiasmo, el fuego, la invencion y las demas partes de la poesía; y con tal que el héroe sea formado para la accion y no la accion para el héroe: y no cabe duda que puede componerse un poema épico de una accion verdadera asicomo de una accion fabulosa. La proximidad del tiempo no debe sujetar á un poeta en la eleccion de su objeto, con tal que lo supla con la distancia de los lugares ó por acontecimientos probables ó naturales, cuyos pormenores han podido pasar desapercibidos de los historiadores, y que segun se suponga no pueden ser conocidos sino de los personajes que se ponen en accion: así es que puede formarse un poema épico de una accion de Henrique IV, ó de Motezuma, porqué lo esencial de la accion épica como dice el P. Bossu no consiste en que sea verdadera ó falsa, y sí que sea moral y que represente verdades importantes. La duracion del poema épico es mucho mayor que la de la tragedia; en el uno se cuenta el triunfo de la

virtud que á todo se sobrepone; en la otra se demuestran los males inopinados causados por las pasiones. La accion del uno debe ser pues por consecuencia precisa de mas grande extension que de la otra. La epopeya puede contener las acciones de muchos años; pero segun algunos críticos el tiempo de la accion principia desde el momento que el poeta empieza su narracion: no puede contener mas que el espacio de un año, asicomo la tragedia debe concretarse á lo que puede pasar en un solo dia. Sin embargo, Aristóteles y Horacio nada dicen sobre el particular, miéntras que Homero y Virgilio no han observado ninguna de las citadas reglas. La accion de la *Iliada* pasa en cincuenta dias: la de la *Odisea*, desde el lugar en que el poeta empieza la narracion, no comprehende mas que unos dos meses: la de la *Eneyda* es de un año. Una sola campaña basta á Telémaco despues de su salida de la isla de Calipso hasta su regreso á Itaca. El poeta frances ha escogido el justo medio entre la impetuosidad y la vehemencia con que el poeta griego corre al desenlace y la marcha majestuosa y mesurada del poeta latino, que parece algunas veces lenta y que prolonga su narracion. Cuando la accion del poema épico es larga é interrumpida el poeta divide la fábula en dos partes; en la una el héroe cuenta sus pasadas aventuras; en la otra el poeta por sí solo refiere lo que despues acontece á su héroe. Así es que Homero no empieza su narracion hasta que Ulises ha partido de la isla de Ogigia; y Virgilio la suya, despues de la llegada de Enéas á Cartago. El autor del *Telémaco* ha imitado perfectamente á estos dos grandes modelos, dividiendo la accion como ellos en dos partes. La principal contiene todo lo que el autor cuenta, y empieza así que Telémaco concluye la relacion de sus aventuras á Calipso: no acopia para su narracion grandes materiales; pero en cambio desarrolla ampliamente los de que se sirve empleando en ella diez y ocho libros. La otra parte es mucho mas extensa por el número de los incidentes y por el tiempo; pero es mucho mas reducida en razon á las circunstancias, de modo que no contiene mas que los seis primeros libros. Por esta division de lo que el poeta frances cuenta y de lo que pone en boca de Telémaco recuerda toda la vida del héroe y reune todos los acontecimientos sin alterar la unidad de la accion principal, y sin alargar demasiado su poema. Finalmente, en este poema todo es movimiento, todo es accion: los personajes jamas están ociosos ni el héroe desaparece de la escena. Hemos hablado ya anteriormente de la moral del *Telémaco*, comparándola aunque de paso con la de la *Odisea* de Homero y la de la *Eneyda* de Virgilio; sin embargo, toda vez que tenemos á la vista el *Telémaco* y el discurso que escribió sobre la poesía épica el laborioso y entendido Ramsay, que debió al virtuoso Fenelon la felicidad de haber entrado en el seno de la religion católica; y ya por fin que nos hemos propuesto dar un extenso análisis de la pre-

ciosa joya que ornó las sienes del autor frances, continuarémos hablando de esta moral segun el sentir del mismo Ramsay, que lo juzgamos muy acertado. Perdónennos nuestros lectores si nos separamos algun tanto del laconismo que exige un artículo biográfico, pues á nuestro modo de ver la bondad misma de la obra de Fenelon lo reclama. No hay duda que puede exaltarse la virtud por medio de ejemplos, por medio de instrucciones y por medio de las costumbres y de los preceptos. En esta parte es donde el autor frances aventaja á los demas poetas. Debemos á Homero la rica invencion de haber personificado los atributos divinos, las pasiones humanas, y las causas físicas: manantial fecundo de bellas ficciones que todo lo animan y vivifican en la poesía; pero debemos tener presente que su religion se reduce á un tejido de fábulas, que tan solo nos representan á la Divinidad bajo imágenes muy poco ó nada dignas de amor y de respeto. Sabemos ya el gusto que reinaba en toda la antigüedad sagrada y profana, griega y bárbara por las parábolas y las alegorías. Los griegos sacaron su mitología del Egipto, y sabido es que los caractéres geroglíficos eran entre los egipcios el principal, por no decir el mas antiguo modo de escribir. Estos geroglíficos consistian en figuras humanas, en aves, en animales, en reptiles, y en diversas producciones de la naturaleza, que designaban como otros tantos emblemas los atributos divinos y las calidades de los espíritus. Este estilo simbólico estaba fundado en una opinion muy antigua, la cual consistia en que el universo no es mas que un cuadro representativo de las perfecciones divinas: que el mundo visible viene á ser una simple copia imperfecta del mundo invisible, y que hay en su consecuencia una analogía oculta entre el original y los retratos, entre los seres espirituales y corporales y entre las propiedades de los unos con respecto á las de los otros. Este modo de pintar la palabra y de dar cuerpo á los pensamientos fué el verdadero manantial de la mitología y de todas las ficciones poéticas; pero en la sucesion de los tiempos y sobre todo cuando se traducia el estilo geroglífico en estilo alfabético y vulgar, habiendo olvidado los hombres el sentido primitivo de estos símbolos, cayeron en la mas grosera idolatría, y los poetas entregándose á su propia imaginacion todo lo acabaron de degradar. Arrastrados por un gusto particular hácia lo maravilloso formaron de la teología y de las antiguas tradiciones un verdadero cáos y una mezcla monstruosa de ficciones y de todas las pasiones humanas. Los historiadores y los filósofos de los siglos posteriores, como por ejemplo Herodoto, Diodoro de Cicilia, Luciano, Plinio, Ciceron, que no se remontaron hasta la idea de esta teología alegórica, tomándolo todo al pie de la letra, se burlaban igualmente de los misterios de su religion y de la fábula; pero cuando consultamos los persas, los fenicios, los griegos y los romanos que son los que nos han dejado algunos fragmentos imperfectos de la

antigua mitología, como Sanchoniaton y Zoroastro, Eusebio, Felon y Maneton, Apuleo, Damaso, Apolonio, Orígenes, y S. Clemente de Alejandría, vemos que todos estos nos han demostrado que los caractéres geroglíficos y simbólicos designan los misterios del mundo invisible y los dogmas de la mas profunda teología; *el cielo y las faces de los dioses*. La fábula frigia inventada por Esopo, y segun han pretendido algunos por el mismo Sócrates, nos advierte ante todo que no debemos atenernos á ella ó á la letra; pues que los actores á quienes han hecho hablar son animales privados de palabra y de raciocinio. ¿Por qué, pues, debemos atenernos á la letra en la fábula egipcia y en la mitología de Homero? La fábula frigia exalta la naturaleza de los brutos atribuyéndoles espíritu y virtudes. La fábula egipcia parece á la verdad destinada para degradar la naturaleza divina, atribuyéndole cuerpo y pasiones las mas vergonzosas y humillantes. Sin embargo, cualquiera que lea la *Odisea* con la debida atencion deberá convencerse que el autor se hallaba penetrado de verdades sublimes aunque aplicadas á las falsas deidades, de verdades diametralmente opuestas á la religion insensata que la ficcion por lo regular nos presenta. Este poeta establece por principio en muchos de sus versos, que es una locura creer que la divinidad asemejándose á los hombres pasa con la mayor inconstancia de una á otra pasion, entregándose á los mas vergonzosos placeres y las mas inauditas injusticias: que todo lo que los dioses poseen es eterno, y que todo lo que nos pertenece pasa y se destruye: que el estado de las sombras despues de la muerte es un estado de castigo, de sufrimiento y de expiacion; pero que las almas de los héroes no se detienen ni un momento en los infiernos, muy al contrario, que se elevan hácia los astros y que se sientan en la mesa de los dioses y gozan de una dichosa inmortalidad: que hay una relacion continua entre los hombres y los habitantes del mundo invisible: que sin la divinidad nada pueden los mortales: que la verdadera virtud es una fuerza divina, que desciende del cielo y que transforma los hombres mas brutales, mas crueles, y mas sujetos á las pasiones, en humanos, tiernos y bienhechores. Cuando leemos estas palabras en el *Homero*, inculcadas, especificadas é insinuadas con mil ejemplos y con mil imágenes tan hermosas como variadas, no podemos al propio tiempo dar ascenso á todo lo que preconiza este poeta si se atiende que en otros lugares atribuye á la divinidad Suprema preocupaciones, pasiones, y crímenes. Varios modernos, á imitacion de Pitágoras y de Platon, han condenado á Homero por haber rebajado hasta tal punto la naturaleza divina, y han declamado con bastante fuerza y energía contra el absurdo sistema que ha seguido de presentar los misterios de la teología por medio de acciones impías, atribuidas á las potestades celestes; y de haber enseñado la moral por medio de alegorías que no demuestran otra cosa que

el vicio : pero sin faltar á las consideraciones que estos críticos se merecen por su buen juicio y por su buen gusto en la crítica ¿ no podia contestárseles que tal vez han llevado mas allá de lo que debian su aversion contra *la alegoría* de la antigüedad? El que esto dice no pretende justificar á Homero en el sentido con que lo han hecho sus ciegos admiradores. Es de entender que Homero vivia en un tiempo en que las antiguas tradiciones sobre la teología oriental principiaban á caer en desuso ; los modernos pues han tenido bastante razon para no dar gran ascenso á la teología del autor de la *Odisea* , y los que pretenden justificarle bajo pretexto de una alegoría perpetua muestran que no conocen lo suficiente el espíritu de estos verdaderos antiguos. Sin continuar por mas tiempo en esta discusion nos contentarémos con notar que el autor del *Telémaco* imitando lo que hay de bello en las fábulas del poeta griego ha evitado los dos grandes defectos que se le imputan. Ha personificado como él los atributos divinos , formando divinidades subalternas , pero nunca las ha presentado sino cuando era absolutamente indispensable , y jamas las hace hablar ni obrar sino de un modo digno de ellas , uniendo con admirable arte la poesía de Homero y la filosofía de Pitágoras. Nada dice que no sea propio de los paganos ; sin embargo , pone en su boca lo que hay de mas sublime en la moral cristiana , demostrando así que esta moral está escrita con caractéres indelebles en el corazon del hombre , y que infaliblemente debe descubrirla si sigue la voz de la razon pura y universal que á cada momento le advierte esta verdad soberana , que ilumina todos los espíritus como el sol ilumina todos los cuerpos , y sin la cual toda razon particular no es mas que tinieblas y error. Las ideas que el poeta frances nos da de la divinidad por lo mismo que son dignas de ella la hacen infinitamente amable á los hombres ; todo , absolutamente todo inspira la confianza y el amor , una piedad dulce , una adoracion noble y libre , debida á la perfeccion absoluta del Ser eterno é infinito , y no un culto supersticioso , sombrío y servil que atemoriza y abate el corazon cuando se considera á la divinidad exclusivamente como una potestad legislativa que castiga con rigor la violacion de sus leyes , aunque siga el arrepentimiento. Fenelon nos representa á Dios como á amador de los hombres y cuyo amor y bondad les levanta del cieno , les guia por el camino de la virtud , les anima y nunca jamas les abandona á los decretos ciegos de un destino fatal ; y si les castiga es cuando ingratos y pérfidos se apartan de este amor infringiendo las mismas leyes divinas. Les convida con el premio si le siguen constantemente , esto es , si le aman con amor puro. El Dios que pinta Fenelon no puede ni remotisimamente compararse á las divinidades paganas , á cuyo extravagante capricho sujetaban los poetas á los hombres. Es mas fácil justificar los caractéres que Homero ha dado á sus héroes , que no los que ha dado á sus dioses. Es cier-

to que ha pintado á los hombres con sencillez, fuerza, variedad y pasion. La ignorancia en que por lo regular nos hallamos de las costumbres de un pais, de las ceremonias de su religion, del genio de su lengua; el defecto que padecen la mayor parte de los hombres de juzgar de todo segun el gusto de su siglo y de su nacion; el amor al fausto y á la falsa magnificencia que ha dañado á la naturaleza sencilla y primitiva: todas estas causas á la vez pueden á la verdad engañarnos y disgustarnos de lo que mas estimaba la antigua Grecia. Segun Aristóteles hay dos clases de epopeyas, la una patética y la otra moral; en la una reinan las mas grandes pasiones, en la otra triunfan las virtudes. La *Iliada* y la *Odisea* pueden servir de ejemplo para cada una de estas dos clases. En la una Aquiles está representado naturalmente con todos sus defectos; tan pronto arrebatado hasta no conservar dignidad alguna en medio de su cólera, tan pronto furioso hasta sacrificar su misma patria á su resentimiento. Si bien el héroe de la *Odisea* es mas regular que el jóven Aquiles guiado por la impetuosidad de su genio, no obstante el sabio Ulises es representado con frecuencia como hombre falaz y engañador; y esto consiste en que el poeta pinta los hombres tales como son en sí generalmente hablando. El valor se encuentra con frecuencia unido á una violencia furiosa y brutal, la política va casi siempre acompañada del disimulo y de la falsedad; en una palabra, pintar segun la naturaleza es pintar como Homero. Sin que pretendamos criticar las diferentes miras de la *Iliada* y de la *Odisea*, basta que hayamos notado aunque de paso sus bellezas para hacer admirar aquel arte con que el autor frances reune en su poema estas dos clases de epopeyas, la patética y la moral; cuya circunstancia nos presenta en este maravilloso cuadro un admirable contraste de virtud y de pasiones. Nada ofrece de aquella grandeza que raya en lo imposible; sin embargo, nos representa igualmente con justa gradacion la excelencia y la humillacion del hombre. Peligroso es sin duda presentar la una sin el concurso de la otra, y no hay nada mas útil que el darnos á conocer las dos á un mismo tiempo, formando entre ámbas un contraste que nos estimule á seguir lo mejor. Fenelon no pinta el Telémaco de modo que sobrepuje á la humanidad; hace que participe de las debilidades, pero de aquellas debilidades que sirven para corregirle, inspirándole la desconfianza en sí mismo y en sus propias fuerzas: Telémaco no es inimitable, á pesar de que le dé una perfeccion sin tacha; pero el autor excita nuestra emulacion poniéndonos á la vista un jóven que sujeto á las imperfecciones propias de la edad se entrega á las acciones mas nobles y mas virtuosas: de modo que ha unido en el carácter de su héroe el valor de Aquiles, la prudencia de Ulises y la natural terneza de Enéas. Telémaco participa del genio fogoso y colérico de Aquiles sin ser brutal; de la política de Ulises sin doblez ni en-

gaño, y de la sensibilidad de Enéas sin aquella afeminacion que degrada al hombre aun en los momentos de su mayor gloria. Existe en efecto una grande variedad en los caractéres de Homero: el valor de Aquiles y el de Hector, el valor de Diomédes y el de Aiax, la prudencia de Nestor y la de Ulises, el amor de Elena y el de Briséis, la fidelidad de Andromaca y la de Penelope en nada se asemejan; de modo que esta variedad de caractéres que todos conducen á un mismo fin forma una belleza encantadora que hace digno al cantor de Grecia del renombre de primero de los poetas. Pero ¿qué es lo que no se encuentra de estas preciosidades en nuestro *Telémaco*, atendidos los caractéres tan variados y siempre tan bien sostenidos de Sesóstris y de Pigmalion, de Idomeneo y de Adrastro, de Protesilao y de Filócles, de Calipso y de Antiope, de Telemaco y de Boccóris? Grandes son los *poemas* de Homero y de Virgilio, pero aunque nos juzguen de entusiastas por el poeta frances, nos atreverémos á sostener que tan grande ó mas es en el poema saludable é instructivo del *Telémaco*, no solamente por su exquisita variedad de debilidades y de virtudes, sí que tambien por la diversidad tal de caractéres opuestos; en términos que esta preciosa obra presenta la verdadera anatomía del espíritu y del corazon del hombre, dando Fenelon á entender con esto que ha conocido *al hombre y á los hombres*. Habia estudiado particularmente las circunstancias del príncipe que tenia bajo su direccion, y á los otros en medio de una córte floreciente. Compartia su vida entre la soledad y la sociedad; vivia continuamente atento á la verdad que nos instruye sin rebozo, y no se apartaba de este trabajo tan útil como asombroso, atendidas las circunstancias, sino para estudiar los caractéres á fin de sofocar las pasiones de los unos ó de perfeccionar las virtudes de los otros. Sabia por otra parte acomodarse á las circunstancias, lo que le proporcionaba un profundo conocimiento de lo que pasaba en el interior de los que rodeaban al Monarca y al mismo príncipe; de modo que tomaba toda clase de formas sin perder jamas su carácter esencial. Se complacia en la virtud: una sonrisa noble daba á conocer que compadecia los defectos de los hombres; pero procuraba al propio tiempo conquistar con aquella suavidad que atrae, sin valerse jamas de aquella severidad que al paso que infunde respeto inclina al desvío. El autor del *Telémaco* procuró unir á sus grandes instrucciones ejemplos heróicos, esto es, la moral de Homero dulcificada con las máximas del Evangelio, con las costumbres pintadas por Virgilio, y amoldadas hasta cierto punto á las de los cristianos. Así es que su moral participa de tres calidades que no se encuentran en ninguno de los antiguos, ya sean poetas ya sean filósofos; esto es, sublime en sus principios, noble en sus motivos, y universal en sus usos. Sublime en sus principios porqué posee un profundo conocimiento del hombre, se introduce en su interior, desenvuelve los re-

sortes secretos de sus pasiones, los pliegues mas recónditos de su corazon y la diferencia que media entre las falsas virtudes y las sólidas y verdaderas: del conocimiento del hombre se remonta al conocimiento del mismo Dios; hace sentir en cada palabra que el Ser eterno é infinito obra sin cesar en nosotros para hacernos buenos y felices, y que es el manantial inmediato de nuestras luces y de todas nuestras virtudes; que á él debemos nuestra razon así como le debemos la vida; que su verdad soberana debe ser nuestra única antorcha y su voluntad suprema la regla de nuestros amores; que no consultando esta sabiduría universal é inmutable el hombre no ve mas que fantasmas seductores; que no escuchándole, no oye mas que el ruido confuso y devorador de las pasiones; que las sólidas virtudes las debemos hasta cierto punto á nuestro buen corazon, á nuestro esfuerzo y á nuestro amor, pero que en vano las alcanzaríamos si no fuese con la ayuda de aquel que nos ha dotado de alma y de quien derivan estos mismos esfuerzos, y que por lo mismo debemos considerarlas como obra de un poder superior al hombre que obra en nosotros cuando nosotros no le oponemos obstáculos, y cuya accion se nos hace á veces incomprehensible á causa de su incomparable delicadeza. Nos demuestra finalmente, que sin esta potestad soberana que hace al hombre superior á sus fuerzas, las mas brillantes virtudes no son otra cosa que las sutilezas del amor propio, que concentrándose en él le convierten al mismo tiempo en idólatra y en ídolo de sí mismo. Nada hay de mas admirable que el retrato del filósofo que Telémaco ve en los infiernos, y cuyo crímen tan solo consistia en haberse enamorado de su propia virtud. Así es, que la moral de Fenelon tiende á que nos olvidemos á nosotros mismos para pensar enteramente en Dios, objeto de nuestras adoraciones; así como el objeto de su política consiste en hacernos preferir el bien público al bien particular, y á hacernos amar al género humano. Sabidos son los sistemas de Maquiavelo, de Hóbbes y de otros dos autores mas modernos, Puffendorf y Grocio. Los dos primeros hemos visto que establecen por únicas máximas en el arte de gobernar el disimulo, los artificios, las estratagemas, el despotismo y la irreligion. Los dos últimos no fundando su política mas que sobre máximas de puro gobierno, que no igualan ni de mucho á las de la *República de Platon*, ni á las de los *Oficios* del grande orador de Roma, han trabajado no obstante en bien de la sociedad en cuanto á lo civil y no mas; pero el autor del *Telémaco* es original en cuanto ha unido la política mas perfecta con la idea de la mas consumada virtud. El gran principio sobre que versa el todo consiste en que el mundo entero no forma mas que una sola república, de la cual Dios es el padre comun; y cada pueblo viene á formar una gran familia. De esta bella y luminosa idea nace lo que los políticos llaman *derecho natural y de gentes*: derecho equitativo, gene-

roso, lleno de humanidad; y por lo mismo no se mira aquí á un pais como independiente de otro, sino al género humano como á un todo indivisible. No se limita el hombre al amor de su patria: su corazon se extiende, se hace inmenso, y por una amistad universal abraza á todos los hombres: de ahí el amor á sus semejantes, la confianza mutua entre las naciones vecinas, la buena fe, la justicia y la paz, así entre los príncipes del universo como entre los particulares de cada estado. El mismo Fenelon nos demuestra ademas que la gloria de un Rey consiste en gobernar los hombres de modo que sean exactos observadores de las leyes y al mismo tiempo felices; que la autoridad del príncipe nunca está mas bien afianzada que cuando cuenta por apoyo el amor de los pueblos; y que la verdadera riqueza de un estado consiste en suprimir todas las falsas necesidades de la vida, haciendo que cada uno se contente de lo necesario y de los placeres sencillos é inocentes: por este medio hace ver que la virtud contribuye no solamente á preparar al hombre para una felicidad futura, sí que tambien dulcifica el destierro en esta vida. La moral del *Telémaco* es noble en sus motivos: su gran principio consiste en que es necesario preferir *el amor á lo bueno al amor al placer*, como dicen Sócrates y Platon: *lo honesto á lo agradable*, segun la expresion de Ciceron. De ahí nace el inagotable manantial de sentimientos nobles, de grandeza de alma y de todas las virtudes heróicas que colocan al hombre á la elevada esfera de la inmortalidad. Por medio de estas ideas puras y sublimes destruye de un modo infinitamente mas tierno y fácil que con la controversia la falsa filosofía de aquellos que forman del placer el único resorte del corazon humano. Fenelon muestra, por la bella moral que pone en boca de su héroe y por las generosas acciones que le atribuye, lo que puede el amor por la virtud en un corazon noble y verdaderamente grande. Nadie ignora que hay almas tan vulgares que miran esta virtud heróica como un fantasma; así como hay hombres de imaginacion que se desencadenan contra esta verdad á la vez sublime y sólida, valiéndose de palabras especiosas para convencer de que nace por lo regular de un espíritu frívolo y despreciable; y esto consiste en que no encuentran nada en ellos mismos que sea comparable con estos grandes sentimientos, y de ahí concluyen que no son mas que ideas quiméricas: estos tales son como enanos, que juzgan de la fuerza de los gigantes por la suya propia. Estos espíritus mezquinos, que nunca saben separarse de los estrechos límites del amor propio, no llegarán nunca á comprehender el poder y la extension de una virtud que hace al hombre superior á sí mismo. Algunos de estos que se llaman filósofos y que creen que han hecho grandes descubrimientos en la ciencia que pretenden conocer se han dejado arrastrar por sus preocupaciones hasta el extremo de no distinguir lo bastante el amor del

órden del amor del placer, y en su consecuencia han negado que la voluntad pudiese ser guiada con tanta fuerza por la luz suprema de la verdad como por el gusto natural del mismo placer. Es imposible que el que lea con detencion el *Telémaco* no deseche absolutamente estas preocupaciones ó mas bien errores. Telémaco descubre sentimientos generosos de un alma que nada concibe que no sea grande, noble, majestuoso; de un corazon desinteresado que rara vez ó nunca se acuerda de sí mismo; de un filósofo que no se limita al reducido círculo de su persona, ni á su nacion, ni á nada en particular, sino que todo lo hace por el bien general y en obsequio siempre del Supremo Hacedor. La moral del *Telémaco* es universal en sus usos, extensa, fecunda, proporcionada á todos los tiempos, á todas las naciones y á todas las condiciones: allí se encuentran los deberes de un príncipe que es á la vez rey, guerrero, filósofo y legislador; se encuentran igualmente el arte de gobernar naciones diferentes, el modo de conservar la paz exterior con sus vecinos, sin olvidar por esto que la prudencia y la política exigen mantener en el interior del estado una juventud guerrera pronta á defenderle, enriquecerlo sin dejarle caer en el lujo ni en la molicie, encontrar un justo medio entre el poder despótico y los desórdenes de la anarquía; en ella se dan preceptos relativos á la agricultura, al comercio, á las artes, á la policía y á la educacion de los niños. El autor frances hace entrar en su *poema* no solamente las virtudes heróicas y reales, sí que tambien las que corresponden á toda clase de personas: de modo que formando el corazon de un príncipe instruye á cada uno de los hombres en particular. La *Iliada* de Homero tiene por objeto demostrar las funestas consecuencias de la desunion entre los jefes de un ejército. La *Odisea* nos hace ver lo que puede en un Rey la prudencia unida con el valor. En la *Eneyda* se pintan las acciones de un héroe piadoso y valiente; pero todas estas virtudes particulares no son las que forman la verdadera felicidad del género humano. El *Telémaco* ha llevado mas allá su plan admirable por la grandeza, el número y la extension de sus miras morales: de modo que podemos decir con el filósofo crítico de Homero (el abate Terrason): *el don mas útil que las musas han hecho á los hombres es el Telémaco; pues si la dicha y la felicidad del género humano pudiesen nacer de un poema, nacerian sin duda del que compuso el célebre y virtuoso Fenelon.* Á pesar de que la obra de Fenelon es verdaderamente europea, á pesar de que se ha visto coronada con los mas justos y unánimes aplausos de todas las naciones, á pesar de que su bondad misma ha colocado á su autor en el rango de los mas insignes escritores; se han levantado contra ella algunos genios inquietos, algunos críticos mordaces, que han procurado, pero en vano, desacreditarla: bien que todas sus críticas se han convertido por fin en elogio del mismo autor criti-

cado. Es cierto que su diccion tan natural y dulcemente animada, algunas veces enérgica y atrevida, participa tambien en ciertos pasajes de un estilo algo débil y lánguido; pero estos defectos se desvanecen entre las bellezas de que abunda y la delicadeza del mismo estilo. El interes del poema conduce al lector siempre agradablemente sorprendido en términos, que con frecuencia llega á entusiasmarse, y con frecuencia derrama tambien lágrimas de ternura á la vista de un cuadro animado, cuyas figuras en continuo movimiento representan como á verdadero lo que no es mas que una ficcion. Los que se ofenden de la repeticion de algunas palabras, de algunas construcciones incorrectas, lo dijimos ya en otro artículo del mismo Fenelon, y lo repetimos ahora, deben tener presente que la hermosura del lenguaje no se encuentra solamente en una coleccion severa y calculada sino en la eleccion de palabras sencillas, tiernas y expresivas; en una armonía libre y variada que acompaña el estilo y le sostiene como el acento sostiene la voz; en fin, en un dulce calor esparcido por todas partes, el cual da alma y vida al discurso: y este es el gran mérito de la diccion del *Telémaco*, que unida á la belleza del plan forma una de las obras mas originales de la literatura moderna. Las *Aventuras de Aristonóo* respiran aquel melodioso encanto, que tan solo es dado producir á hombres como Virgilio, Racine y Fenelon. En este pequeño poema compuesto no mas que de algunas páginas se descubre desdel momento al autor del *Telémaco*, así como en el diálogo de *Sylla* y de *Eucrátes* se reconoce á Montesquieu. Tan solo pertenece á hombres verdaderamente superiores el poder encerrar en un cuadro tan sumamente estrecho el ensayo de todo su genio. Despues del *Telémaco* la obra mas importante de Fenelon, tanto por el objeto como por su extension, es el *Tratado de la existencia de Dios*. Fenelon procede segun el argumento de las causas finales, lo que es sin duda muy favorable á la imaginacion descriptiva; derrama en esta obra tesoros inmensos de elegancia; y pintando la naturaleza sabe dar igual gradacion á las riquezas y á los coloridos por medio de su estilo tan ameno como brillante, deslizándose con frecuencia de sus labios aquella abundancia de sentimientos tiernos y apasionados, que son el verdadero lenguaje de su corazon. Hay igualmente en esta obra algunos pasajes animados de aquella lógica luminosa y concluyente de la que dió tantos ejemplos en sus controversias con Bossuet. Esta misma lógica se encuentra tambien y en mas alto grado en sus *Cartas* sobre la Religion: modelo de una discusion sincera y convincente. Finalmente, como el estilo, siguiendo la expresion de un antiguo, es la fisonomía del alma, todas las obras de Fenelon selladas con esta preciosa prerogativa merecen ser leidas con detencion por deleitosas é instructivas. Y en efecto, su estilo lleva siempre un carácter reconocido de sencillez, de gracia y de dulzura, ya sea en el lenguaje

altamente místico de sus *Pláticas afectuosas*, ya sea en la gravedad de sus *Direcciones para la conciencia de un Rey*, ya sea en la prodigiosa fecundidad, en la sutileza, en la noble elegancia de su teología polémica. Este estilo no es jamas el de un hombre que quiere escribir; es el de un hombre poseido de la verdad que la expresa como la siente allá en el fondo de su alma. Á pesar de que en el siglo presente se admira con preferencia una composicion estudiada, cuyo trabajo es mas sensible y donde las frases hechas con mas esfuerzo al parecer encierran mayor número de pensamientos, debemos creer no obstante que el estilo de Fenelon, acercándose mas al carácter de la lengua francesa, supone un genio mas raro y mas afortunado. Fenelon encontró un historiador digno de él. Bausset, exconsejero de la universidad de Francia, se entregó á las mas curiosas investigaciones para escribir la vida de un arzobispo, cuyas virtudes conocia bien á fondo; y lo que forma el mas grande y bello elogio de este trabajo es el haber conservado en el candor noble y tierno de su narracion algo del gusto y del estilo del mismo Fenelon. Las principales obras del célebre arzobispo de Cambray citadas por órden son las siguientes: 1.ª: *Tratado de la educacion de las niñas*. Esta obra, compuesta en 1681 pero que no se publicó hasta 1687 en 12.°, es una de las primeras que compuso Fenelon. Hemos hablado ya al principio de este artículo de su mérito. Dijimos entre otras cosas que no llegaron á igualarla el autor del *Emilio* ni el pintor de *Sofía*. En esta obrita campean todas aquellas prendas que han hecho á Fenelon digno de la admiracion universal. No ha empleado en ella un gran número de páginas, pero cada página dice lo suficiente para darnos á conocer la grande importancia de la educacion de las niñas. El autor despues de lamentarse del descuido con que se ha mirado esta misma educacion prueba hasta la evidencia la necesidad que hay de emplearse en un deber que imperiosamente exige el bien de la sociedad. « ¿Qué es lo que se sigue, dice, de la debilidad natural de las mujeres? Cuanto mas débiles son tanto mas importa fortalecerlas. ¿No tienen deberes que llenar, deberes que son el fundamento de toda la vida humana? ¿No son las mujeres las que arruinan ó sostienen las casas, que arreglan todos los pormenores de los quehaceres domésticos y que por consecuencia deciden de lo que toca mas de cerca á todo el género humano? De ahí deriva que tienen la principal parte en las buenas ó malas costumbres del mundo. Una mujer juiciosa, aplicada y llena de religion es el alma de una gran familia; introduce el órden para los bienes temporales y para la salvacion. Aun los mismos hombres que gozan de toda la autoridad pública no pueden por medio de sus deliberaciones establecer un bien efectivo, si las mujeres no les ayudan á ejecutarlo..... Las mujeres, dice mas adelante, son la mitad del género

humano rescatada por la sangre de nuestro Señor Jesucristo y destinada á la vida eterna. En fin, concluye, es necesario considerar por otra parte el bien que hacen las mujeres cuando han recibido una buena educacion, y el mal que causan en el mundo cuando carecen de una educacion que les inspire la virtud. » Es constante que la mala educacion de las mujeres causa mas perjuicios que la de los hombres; pues que los desórdenes de éstos derivan con frecuencia ya del mal ejemplo que han recibido de sus madres é ya de las pasiones que otras mujeres les han inspirado en edad tierna. Entra luego á hacer ver los inconvenientes de una educacion vulgar; propone los fundamentos que deben escogerse, y se detiene mas adelante en el modo como han de instruirse sobre el Decálogo, sobre los Sacramentos y sobre la oracion. «Lo que ha de ponerse principalmente ante la vista de la niñez, dice, es á Jesucristo autor y consumador de nuestra fe, el centro de nuestra religion y toda nuestra esperanza. No entraré aquí, continúa diciendo, en el modo de enseñar el misterio de la Encarnacion, pues este empeño nos llevaria muy adelante y ya hay bastantes libros donde puede encontrarse á fondo todo lo que debe enseñarse sobre el particular. Establecidos los principios es necesario reformar todos los juicios y todas las acciones de las personas que pretendemos instruir bajo el modelo del mismo Jesucristo, que no tomó cuerpo mortal sino para enseñarnos á vivir y á morir, mostrándonos en su carne semejante á la nuestra todo lo que debemos creer y practicar. No pretendo decir por esto que sea necesario en todo momento comparar los sentimientos y las acciones del niño con la vida de Jesucristo. Esta comparacion llegaria á ser penosa é indiscreta; pero es necesario acostumbrar á los niños á mirar la vida de Jesucristo como nuestro ejemplo, y su palabra como nuestra ley: escoged sus discursos y de sus acciones lo que sea mas proporcionado al niño. Si se impacienta de alguna incomodidad, recordadle á Jesucristo en la cruz: si no puede resignarse á un trabajo repugnante, mostradle á Jesucristo trabajando hasta la edad de treinta años en un taller: si quiere ser elogiado y estimado, habladle de los oprobios con que el Salvador se sació: si no puede alternar con las gentes que le rodean, hacedle considerar á Jesucristo conversando con los pecadores y con los hipócritas mas abominables: si manifiesta algun resentimiento, apresuraos á representarle á Jesucristo muriendo en la cruz para salvar á los mismos que le hacian morir: si se deja arrebatar de alguna alegria inmodesta, pintadle la dulzura y la modestia de Jesucristo, cuya vida ha sido tan circunspecta y tan grave: finalmente, haced que tenga siempre presente lo que pensaria Jesucristo y lo que diria de nuestras conversaciones, de nuestras diversiones, y de nuestras ocupaciones las mas importantes, si se hallase aun visiblemente entre nosotros. ¿Cuál seria nuestra sorpresa si se

presentaba de repente entre nosotros cuando nos hallamos en el mas profundo olvido de su ley? » Por fin, concluye este capítulo de un modo tan admirable como lo ha principiado, demostrando hasta la evidencia aquella insigne piedad que forma digámoslo así el principal tipo de todas sus acciones y pensamientos. Seria nunca acabar si quisiésemos referir una por una las preciosidades de este libro, pequeño en volúmen, pero grande si se atiende la importancia de la materia que en él se trata y el objeto que se propuso el autor. Ademas de la edicion que hemos citado se han hecho otras varias, y la prensa francesa lo está reproduciendo aun todos los dias. 2.ª: *Tratado del ministerio de los pastores*, 1688, en 12.°. Dijimos ya que esta obra habia merecido al autor un aplauso universal, y particularmente los sufragios del célebre Bossuet. 3.ª: *Explicacion de las máximas de los Santos*, 1697, en 12.°. La mejor edicion es segun dicen la de Brusélas, 1698, en 12.°, de 164 páginas. Esta obra es una de aquellas que no ha sido reproducida en las colecciones de las obras de Fenelon. 4.ª: *Aventuras de Telémaco*. Despues de haberse concedido el correspondiente privilegio para su impresion, Luis XIV la mandó suspender cuando se hallaban ya en la página 208. Esta primera edicion ó mas bien fragmento que comprehende cuatro libros y medio se titula: *Continuacion del lib. IV de la Odisea de Homero* ó las *Aventuras de Telémaco hijo de Ulises*, y lleva la fecha de 1699. Hiciéronse sobre la marcha dos reimpresiones, la una que contiene 208 páginas y la otra 80. En el mismo año 1699 fueron publicándose sucesivamente cinco partes que formaban la obra completa. Las ediciones se multiplicaron hasta lo infinito sin que ninguna de ellas sea notable, si exceptuamos la del abate San-Remigio, de 1701, en 12.°, con un prólogo que no se encuentra en ninguna otra edicion. Las divisiones que se hicieron en el *Telémaco* no seguian otra regla que el capricho de los editores, de modo que las hay distribuidas en nueve libros, otras en diez y otras en diez y seis. En fin despues de la muerte de Luis XIV la familia de Fenelon pudo dar una edicion completa del *Telémaco*, y el marqués de este nombre primo del arzobispo publicó dos á la vez en la imprenta de Estévan, 1717, cada una en un tomo en 12.° y dividida en veinte y cuatro libros. Púsose al frente una disertacion sobre la poesía épica de Ramsay, y esta edicion sirvió de modelo para todas las que se han dado despues y entre las cuales bastará indicar las siguientes: I.ª: la de Amsterdam Wetstein 1719 ó 1725, con notas alegóricas y satíricas de H. F. de Limiers, formando una pretendida clave de la obra. II.ª: la de Amsterdam, Wetstein, 1734, en folio, de la cual no se tiraron mas que 150 ejemplares costeada por el mismo marqués de Fenelon. III.ª: la de David Durando con las imitaciones de los antiguos de J. A. Fabricio, la Vida del autor y un pequeño Diccionario mitológico y geográfico, Hamburgo, 1731 ó 1732, en 12.°; reim-

presa en Lóndres en 1745. IV.ª: las ediciones impresas por los señores Didot, 1781, cuatro tomos en 18.°; 1783, dos tomos en 4.°; 1783, cuatro tomos en 18.°; 1784, dos tomos en 8.°; 1785, dos tomos en 4.°; 1790, dos tomos en 8.° con láminas. V.ª: una edicion con variantes notas críticas y la historia de las diversas ediciones de este libro (por Bosquillon) hecha en Paris, T. Barróis, año VII; 1799, dos tomos en 18.°. VI.ª: la edicion dada por Adry, con las principales variantes y una lista motivada de las ediciones anteriores, 1811, dos tomos en 8.°: el editor corrigió el texto, ya sea por el manuscrito, ó ya por las mejores ediciones. No se limita solamente á indicar las principales ediciones del *Telémaco;* menciona tambien cronológicamente las críticas, sátiras, apologías, parodias, traducciones, é imitaciones que se han hecho, indicando igualmente las composiciones dramáticas á que ha dado asunto esta célebre composicion. VII.ª: la edicion de Parma, 1812, dos tomos en folio; reimpresa por órden del rey de Nápoles para la educacion de su hijo primogénito. En esta edicion se ha seguido el texto de Adry. VIII.ª: la de Lyon, 1815, tres tomos en 8.°, en la cual se ha reproducido el *Prefacio* de San-Remigio, el *Tratado* de Ramsay, las *Notas* de David Durando, y de Fabricio, las de Limiers inclusas las variantes: el editor ha añadido tambien su trabajo particular, indicando las imitaciones de la Escritura Santa: ademas añade la traduccion del libro V-X y el compendio de otros libros de la *Odisea* por Fenelon, que no habian sido nunca impresos sino en las obras del autor; finalmente, se da en ella el catálogo de todas las obras del arzobispo de Cambray. El *Telémaco* ha merecido tal aceptacion, que ha sido traducido en prosa en todas las lenguas de Europa, y asimismo en griego y en latin. De estas traducciones se han hecho igualmente varias ediciones. La traduccion polaca ha sido reimpresa en Leipsick, 1750, en 12.°. El señor Fleury de l'Ecluse dió un *Ensayo de un Telémaco poligloto*, ó las *Aventuras del hijo de Ulises, publicadas en las lenguas francesa, griega moderna, armenia, italiana, española, portuguesa, inglesa, alemana, rusa, holandesa, polaca, é iliriana, con una traduccion en versos griegos y latinos* por el editor, 1812, en 8.°; pero no es presumible que esta empresa gigantesca haya podido ejecutarse completamente; á lo ménos no ha llegado á nuestra noticia. El *Telémaco* ha sido traducido en verso en varias lenguas. Pelletier publicó el *séptimo libro* en versos franceses, 1777, en 8.°, dando el primero en 1778. Hardouin hizo imprimir las *Aventuras de Telémaco puestas en verso frances con el texto al frente*, Paris, Didot, 1792, seis tomos en 12.°. Bouricaud hizo imprimir: *Telémaco, primer libro, traduccion en verso frances*, etc., Limóges, 1814, en 8.°. Imprimióse asimismo en Tárbes en 1815 el *tercer libro de las Aventuras de Telémaco, puestas en verso frances*, y segun parece el mismo autor habia dado anteriormente los dos libros primeros. Existen

varias traducciones en versos alemanes por Benjamin Neukirch, 1727—39, dos tomos en folio; reimpresos en el mismo año 1739, en 8.°, y 1751, en 8.°, en versos holandeses; en versos italianos por Scarselli, 1742, dos tomos en 4.°; reimpresos en 1747, tambien en 4.°, y en 1748, tres tomos en 8.°; y por F. Hermando 1749, en 12.°. Publicóse ademas una traduccion entera en versos latinos, sin nombre de autor, Berlin, 1743, dos tomos en 8.°. El *diario de Verdun* Abril y Agosto de 1753 contiene dos fragmentos de dos traducciones; y la del primer libro en versos latinos se encuentra tambien en la *Coleccion de las Odas sagradas* etc., de M. de Bologne, 1758. José Claudio Destóuches dió una traduccion entera en Munich, 1759, en 4.°; reimpresa en Ausburgo, 1764, en 4.°. Finalmente se publicó en Paris: *Telemachiados libros XXIV*, etc., traducido en versos latinos por E. Alejandro Viel, P. del Oratorio, 1808, en 12.°; reimpreso en 1814, en 12.°. Los críticos de Fenelon ya no se leen en la actualidad; sin embargo se citan aun algunas veces á dos de ellos, Faydit y Gueudeville. Muchisimas son las obras que se han compuesto á imitacion del *Telémaco*. En 1703, Lesconvel dió los *Viajes de la isla de Naudely ó la idea de un dichoso reyno*, reimpreso en 1705. En 1718 salieron á la luz pública en un tomito en 12.° las *Aventuras de Neoptolemo hijo de Aquiles, propias para formar á un jóven príncipe* por Chansiérges. Quesné hizo imprimir *Busiris* ó el *Nuevo Telémaco*, 1802, dos tomos en 12.°; reimpreso en 1809, dos tomos en 12.°. Los franceses deben á un anónimo, que segun se cree es Panckoucke, una obra titulada: *Mentor en Tyrenta: narracion instructiva, crítica y moral sobre los acontecimientos, la existencia natural, el espíritu y la política de los tyrentios*, 1802, dos tomos en 8.°: obra rara por haber sido prohibida. Viene á ser una sátira alegórica de la revolucion francesa, y sobre todo del gobierno consular, que regia entónces los destinos de la república. El autor tiene de comun con el *Telémaco* el haber censurado ámbos las costumbres de los hombres en diferentes épocas de la vida, y segun la política de los tiempos en que han vivido; pero existe una gran diferencia entre la obra de Fenelon y el anónimo; pues el primero, como hemos manifestado ya, no trató de menguar la gloria de Luis XIV, miéntras el segundo escribió ex-profeso para satirizar los hechos y las acciones de los hombres de la revolucion: por otra parte media una distancia inmensa entre el estilo de las dos obras. 5.°: *Diálogos de los muertos, compuestos para la educacion de un príncipe*, 1712, en 12.°: edicion que no contiene mas que cuarenta y cinco *Diálogos*. La de 1718 dada por Ramsay en dos tomos contiene muchos mas. Los *Diálogos de Parrasio y de Pousino, de Leonardo de Vinci y de Pousino*, se publicaron por la primera vez á continuacion de la *Vida de Mignard* por el abate Monville, 1730, en 12.°; y fueron reimpresos separadamente en el

mismo año en 12.°. Otros cuatro *Diálogos* se publicaron en 1787 en la edicion en 4.° de las obras: de modo que llegan al número de setenta y dos los *Diálogos de los muertos* que tenemos de Fenelon. Esta obra ha sido traducida al español. 6.ª: *Diálogos sobre la elocuencia en general, y sobre la del púlpito en particular con una carta á la Academia francesa*, publicados por Ramsay, 1718, en 12.°. Esta es la primera de las varias ediciones que se han hecho de esta obra. 7.ª: *Exámen de la conciencia de un Rey*, compuesta tambien para el duque de Borgoña, é impresa por primera vez á continuacion del *Telémaco* de Holanda, 1734; pero suprimida de casi todos los ejemplares por órden y en virtud de invitacion hecha por el gobierno frances; reimpresa por la primera vez en Lóndres, 1747, en 12.°; y en el mismo año en La Haya, bajo la direccion de Félix de S. German, con el título de: *Direcciones para la conciencia de un Rey*, con cuyo título es mas conocida, y es el mismo que ha conservado en las ediciones posteriores. La edicion de 1774 fué, segun dicen los editores, hecha con permiso real, esto es, de Luis XVI que acababa de subir al trono. 8.ª: *Cartas sobre diversos asuntos concernientes á religion y á metafísica*, 1718. Estas cartas son en número de cinco. 9.ª: *Demostracion de la existencia de Dios, sacada del conocimiento de la naturaleza, y proporcionada á la débil inteligencia de los mas sencillos*, 1713, en 12.°, con un *prólogo* del P. Tournemine y reimpresa en el mismo año: bien que el *prefacio* fué desaprobado por el autor de la obra. La edicion de 1718 es la primera que se ha hecho completa: existen muchisimas reimpresiones, de las cuales la que se publicó en 1810 lleva un gran número de *notas* de M. L. A. Martin. La traduccion alemana por J. A. Fabricio, hecha en 1714, es incompleta. 10.ª: *Coleccion de sermones escogidos sobre diferentes asuntos*, 1710, en 12.°, de los cuales hay algunos que no son de Fenelon. Publicóse en 1727 otra *Coleccion de diez sermones*, y en Paris en 1803 un tomo en 12.° titulado: *Sermones escogidos de Fenelon, precedidos de sus Diálogos sobre la elocuencia*; pero los únicos sermones escritos por Fenelon consisten en el *del dia de los Reyes*, y en el *Discurso pronunciado para la consagracion del elector de Colonia*. Sabemos ya que el arzobispo de Cambray opinaba, que los predicadores no debian componer discursos que despues tuviesen que aprenderlos y pronunciarlos de memoria; y que era mucho mejor improvisarlos despues de haber borroneado el plan, cuyo sistema siguió constantemente; así es que en el tomo en cuestion se encuentra el *plan de un Sermon de Fenelon, figurado en vista de sus manuscritos*. 11.ª: *Obras espirituales*, publicadas primero en uno, despues en dos, en cuatro y tambien en cinco tomos, pero estas *Colecciones* no contienen mas que una parte de los *Opúsculos* que Fenelon habia compuesto sobre esta materia. Ninguna edicion completa existe de las *Obras* del arzobispo de

Cambray. El clero de Francia habia emprendido una algunos años ántes de la revolucion. Confiaron la direccion de ella al abate Gallard y despues al abate Querbeuf; de la cual no llegaron á salir mas que nueve tomos en 4.°, Paris, Didot, 1787–92. Ya fuese por efecto de la revolucion, que impediria tal vez el continuarla, ó ya que el clero creyese que no debia reproducir ciertos documentos, lo cierto es, que en vano se buscaron en esta *Coleccion* los escritos sobre el *quietismo* y sobre el *jansenismo*, ni su *Explicacion de las máximas*, ni sus *mandamientos*. La lista de los opúsculos omitidos se encuentra en el *Almacen enciclopédico*, año V, tomo II, pág. 513–516. Esta edicion en 4.°, que contiene una *Vida de Fenelon* por el abate Querbeuf, ha servido de modelo para la otra de diez tomos en 8.°, ó en 12.°, publicada en Paris en 1810. En lugar de la *Vida* del autor por Querbeuf se han limitado á poner un *Compendio* de la misma por M. Chas. En la edicion de las *Obras de Fenelon*, Tolosa, 1809–1811, diez y nueve tomos en 12.°, se ha reproducido la *Vida* del autor por Querbeuf; y esta edicion contiene ademas, que las precedentes, cuatro *Instrucciones pastorales* y el *Compendio de las Vidas de los antiguos filósofos*. Se sabe ya que esta última obra que se publicó por la primera vez en 1726, en 12.°, ha sido disputada á Fenelon; y lo mas que hizo fué dejar los borradores ó bosquejos. Segun se cree el P. Ducerceau la redactó, y añadió á ella las *Vidas de Sócrates y de Platon*. El abate Jaufret, despues obispo de Metz, hizo imprimir algunas *Obras escogidas de Fenelon*, Paris, año VIII, seis tomos en 12.°, y dió despues cuatro tomos de las *Obras espirituales y escogidas*. Ademas se encuentran algunas *Cartas* inéditas de Fenelon en el *Almacen enciclopédico* de Setiembre de 1813. Algunos años despues de la muerte del arzobispo de Cambray se imprimió una *Coleccion de varios opúsculos de M. de Salignac de Lamotte–Fenelon, arzobispo de Cambray, sobre diferentes materias importantes*, en 8.°; reimpresa en 1722, en 8.°: volúmen sumamente raro y apreciabilisimo, y sobre todo porqué contiene el *Catálogo* detallado ó *Noticia* de todas sus obras: *Catálogo* que ha sido reproducido en la edicion del *Telémaco* hecha en Lyon en 1815. Fenelon fué reemplazado en la Academia francesa por Boze; y su elogio fué el objeto del premio propuesto por esta corporacion de sabios. La–Harpe obtuvo el triunfo, y el abate Maury el *accesit*, así como el abate Remi. Concurrieron tambien Doigny de Ponceau y Pezai, cuyos cinco *Discursos* se imprimieron, bien que el último bajo el velo del anónimo. D' Alambert hizo tambien el elogio de Fenelon. (Véase la *Historia de los miembros de la Academia francesa* en 12.°, tomo I y III). Un tal Marchaut compuso un *poema*, que tituló: *Fenelon*, en un canto, 1787, en 8.°; reimpreso en Cambray, 1804, en 8.°. Vió despues la luz pública otra obra titulada: *La Feneloniada* ó el *Cisne de Cambray*, poema en tres cantos, 1809, en 8.°.

Chenier compuso una tragedia titulada: *Fenelon* ó las *Religiosas de Cambray:* Fenelon es el héroe del drama, pero lo que ha proporcionado el asunto es un rasgo de la vida de Flechier. El abate Galet publicó sobre Fenelon un reducido tomo titulado: *Coleccion de las principales virtudes de Fenelon*, 1725, en 12.°: en el mismo año Ramsay dió una *Vida* de Fenelon en 12.°; reimpresa en 1729, en 12.°. Á continuacion de la reimpresion hecha en Lóndres en 1747 de las *Direcciones para la conciencia de un Rey* se habia continuado una *Relacion compendiada de la Vida de Fenelon*, que Próspero Marchand reimprimió en La Haya en 1747 con el título de: *Nueva historia de M. Francisco Salignac de Lamotte-Fenelon*, en 12.°. Briand publicó en Paris, 1788, en 12.°, una *Nueva Vida de Fenelon* por M. Chas que se reimprimió, como hemos indicado ya, al frente de la edicion de las obras, en diez tomos en 8.° ó en 12.°. Finalmente, M. de Bausset, antiguo obispo de Alais dió su *Historia de Fenelon*, 1808, tres tomos en 8.°; reimpresa en el año siguiente con varias correcciones y adiciones, tres tomos en 8.°, que es sin duda alguna la mejor; pues su autor supo interpretar perfectamente los bellos sentimientos del héroe, á quien se propuso retratar. Todos los filósofos de la antigüedad se distinguieron por sus dichos, sentencias y acciones. Hemos visto que Sócrates conquistaba los corazones con sus sentencias, y aumentaba con su palabra el número de sus discípulos: Platon, á quien algunos llaman el mas grande filósofo de la antigüedad, lo debió tambien á sus sábias máximas; y en efecto lo fué, pues sino dejó consignado en sus escritos todo lo que tenia de grande, á lo ménos dejó grabadas en el corazon de sus admiradores aquellas sublimes palabras de virtud, amor y respeto: Séneca, el mas célebre filósofo de una de las épocas de la tiranía en Roma, murió en el baño repitiendo algunas sentencias: por fin, no hay mas que recorrer las páginas que Diógenes legó á la posteridad, y allí encontrarémos repetidísimos ejemplos de esos dichos y sentencias que hacen amena y provechosa su lectura. Fenelon se habia dedicado constantemente al estudio de estos antiguos, que tan bellas máximas habian pronunciado; y con el auxilio de la moral sublime del Evangelio, con un corazon extraordinariamente sensible y con un amor sin límites hácia el Supremo Hacedor, por absoluta necesidad debia dejarcon signadas ciertas máximas y ciertas sentencias que acompañadas de las acciones mas sublimes bastaban por sí solas para colocarle en una esfera superior á la de Sócrates, Platon, Séneca y otros hombres célebres de la religion pagana. Con sus dichos, sentencias y acciones Fenelon pudo aspirar á la gloria de excelente filósofo cristiano; y seria defraudar á nuestros lectores de los principales rasgos de su vida, si no concluyésemos este artículo refiriendo algunas de sus bellas máximas atestiguadas no solamente con sus escritos, sino aun con sus mismas obras. « La

« sencillez, decia, es la probidad de un alma que no ambiciona la gloria « de su pureza ni la que puede reportar por sus buenas acciones. Esta vir- « tud no solo se diferencia de la sinceridad, sino que la sobrepuja en mu- « chos quilates. Vemos á muchos que son sinceros sin ser sencillos; éstos « no quieren pasar mas que por lo que son en sí y tiemblan al pensar que « tengan que pasar por lo que no son. El hombre sencillo no afecta ni la « virtud, ni aun la misma verdad: nunca se concreta en sí, y parece haber « olvidado aquella palabra *yo* de la que estamos por lo regular tan celosos.» Y no cabe duda que en este retrato Fenelon se pinta á sí mismo aun sin pretenderlo. En cierta ocasion que se hallaba en su diócesis oyó que uno de los cura-párrocos se felicitaba de haber abolido en los domingos y dias festivos los inocentes bailes entre los campesinos. «Señor cura, le dijo Fenelon, no bailemos, pero permitamos que estos pobres y sencillos labradores se diviertan, porqué seríamos injustos si les impidiésemos olvidar por un momento lo muy desgraciados que son.» En otra ocasion, y por cierto que era la mas crítica de su vida, cuando le desterraron de la córte, ó mas bien cuando le arrebataron de los brazos de su querido discípulo destinado para labrar el bien de la Francia, anunciáronle que su palacio y su biblioteca habian sido presa de las llamas; pero el arzobispo de Cambray, superior á todas sus desgracias, se contentó diciendo: « Vale mas que se haya que- « mado mi palacio que la cabaña de un pobre labrador»: contestacion digna de un prelado como el arzobispo de Cambray, y que debiera servir de leccion á los que no viven mas que para ostentar las dignidades, las distinciones y las riquezas. Iba una vez al templo á celebrar el Santo Sacrificio de la Misa, cuando observó que una pobre anciana manifestaba deseos de hablarle, bien que el respeto la detenia. Se le acerca el arzobispo, y con la mayor dulzura le dice: « Hablad, ¿qué quereis buena mujer?» Á estas palabras, arrojándose á sus pies con los ojos arrasados en lágrimas, exclamó la infeliz llena de confianza: « No me atrevia, señor, pero tengo tanta fe en vuestras oraciones que quisiera que hoy celebraseis la Misa á mi intencion; no tengo mas que los doce sueldos que os entrego.» — « Muy bien, le contestó el arzobispo recibiendo la limosna: lo que haceis será agradable á Dios»; y luego volviéndose á los sacerdotes y familiares que le acompañaban: «Señores, les dijo, aprended el modo como debeis honrar vuestro ministerio». Despues de la Misa, sabiendo que la mujer era una infeliz le envió lo suficiente para que pudiese remediar sus necesidades, prometiéndole que al dia siguiente celebraria otra Misa á su intencion. Este rasgo, no hay duda, pertenece á la caridad cristiana, y el corazon del arzobispo de Cambray se hallaba lleno de esta caridad. Cuando el ejército enemigo de la Francia se apoderó de una parte de la Flándes, todas las familias se retiraban

en tropel á la diócesis de Cambray. El arzobispo, que se habia declarado en todas épocas el amigo de la humanidad desvalida, fué el primero que abrió las puertas de su palacio y que agotó todos los recursos que estaban á su disposicion para recibir á los desgraciados, que habian tenido que abandonar sus hogares y que iban divagando y buscando la mano de un protector que hiciese mas llevadera su desgraciada suerte. Contemplando Fenelon con el corazon afligido y la dulzura en los labios aquel triste cuadro trazado por la mano homicida observó á un jóven que, al parecer mas que todos, sentia aquella terrible catástrofe. La atencion del arzobispo de Cambray se extendia sobre aquella inmensa reunion; sin embargo, bajó precipitadamente de su palacio y atravesando la multitud vino á sentarse al lado de aquel jóven que poblaba el aire con sus lamentos. — « Consolaos jóven, le dijo: mañana deben llegar tropas que echarán de vuestro territorio á los enemigos, y entónces podreis regresar libremente á vuestra patria; el momento no está léjos: confiad en Dios. — « Sí, pero ya no encontraré mi vaca, contestó el « pobre labrador; este pobre animal me daba la leche suficiente para man- « tener á mi padre, á mi mujer y á mis hijos. » — « No os aflijais por esto, « le repuso el arzobispo: yo os proporcionaré otra vaca que supla á la que « habeis perdido. — ¡ Ah ! Señor, mi pobre vaca; mi pobre vaca; la queria « tanto ! » Entónces conociendo Fenelon que aquellas lágrimas nacian de la mas íntima gratitud, intentó completar la obra de su caridad. Prometióle que la recobraria, é informándose de la cabaña de aquel pobre labrador que se hallaba situada á una hora de distancia de Cambray, salió á las diez de la noche á pie sin mas compañía que la de un familiar; y habiendo encontrado la vaca la condujo por sí mismo hasta su palacio y la presentó al infeliz expatriado, quien bendijo á Dios, bendijo al arzobispo y sonrió olvidando sus pasadas desgracias. En vista de un rasgo de virtud del que no hay ejemplo en las historias; si Fenelon durante el curso de su vida no hubiese alcanzado la celebridad á que se hizo acreedor, este solo hecho bastaria para colocarle á la elevada esfera de la gloria. Entre los rasgos que hemos citado y el inmortal libro del *Telémaco* ¿ qué es lo que elegiríamos? De todos modos su amor á la virtud y su sabiduría han eternizado su nombre; y ¡ ojalá tuviese muchos imitadores para que menguase la infelicidad de los hombres ! — J. M. G.

FENELON (J. B. A. Salignac) de la familia del precedente. Nació en S. Juan de Estissac, en el Perigord, en el año 1714. Apénas salió de la infancia abrazó el estado eclesiástico, y en lo sucesivo fué limosnero de la esposa de Luis XV rey de Francia. Despues de la muerte de esta piadosa princesa, abandonó la córte para retirarse al priorato de S. Sernin de los Bosques, á tres leguas de Autun, situado en los montes y cuyo aspecto salvaje representaba un verdadero desierto; y este fué el único beneficio que disfrutó du-

rante su vida. Sin embargo, en aquel lugar solitario donde moraba la virtud tuvo ocasion de ejercer sus miras benéficas, que no hicieron ménos celébre su memoria en los corazones sensibles, que la del gran Fenelon. El terreno pertenecia á manos muertas, y en este estado dispuso el buen prior que se abriese un nuevo apeo, resultando de él que todos sus vasallos quedaron libres de las prestaciones á que hasta entónces se habian visto obligados. Dió al propio tiempo nuevo vigor, nueva vida á la agricultura; y para facilitar la pronta salida del carbon que tanto abunda en aquellas comarcas estableció allí varias forjas, á cuyos propietarios dejó el total producto de un vasto estanque que formaba la parte mas principal de sus rentas. No contento todavía con este modo de proceder tan liberal, mandó en una época de mucha sequía abrir una grande via vecinal que partiendo de S. Sernin llegaba hasta á Cónches, pueblo de gran mercado; obteniendo de este modo la doble ventaja de facilitar á sus vasallos la venta de sus géneros, y de procurar á las mujeres, á los niños y á los ancianos empleados en estos trabajos una existencia asegurada en épocas de miseria. Llamado Fenelon por sus negocios particulares á Paris fijó allí su domicilio y se unió á las misiones extranjeras. Enteróse muy luego del establecimiento formado por el abate de Pontbriant á favor de los saboyardos, de cuya direccion se encargó para bien de la humanidad. Compadecido de la suerte de esos desgraciados, á quienes sus padres envian á Paris á buscar su subsistencia en trabajos penosos y repugnantes, y que con frecuencia en los largos ratos ociosos se exponen á contraer los vicios inherentes á la falta de educacion; emprendió la grande obra de darles á conocer las útiles verdades de la religion sacrosanta, proporcionándoles una enseñanza que pudiese ponerles al abrigo de los peligros de su inexperiencia. Reunialos á su al rededor, los catequizaba, hacia vigilar su conducta y socorria con su peculio á los enfermos y á los que carecian de trabajo. Á los que se distinguian por un buen comportamiento, con una aplicacion constante en el desempeño de sus deberes, les distribuia en premio algunas medallitas de cobre que habia hecho acuñar al efecto. Estas medallas que les servian de botones les daban á conocer á la policía y era para ellos una poderosa recomendacion; y Fenelon fué el que procuró que uniesen á la sucia ocupacion de *limpia-chimeneas* la de *limpia-botas* que á lo ménos era mas decente, proporcionándoles ademas los útiles necesarios. Veíase con frecuencia á este buen sacerdote pararse en las encrucijadas, donde por lo regular se reunian los saboyardos, informarse de sus ganancias, de sus necesidades, y proveherles de todo cuanto les hacia falta, no dejando de serles útil á cada paso. Cuando estos medios eran impotentes, interesaba á favor de aquellos infelices á los pudientes para que tendiesen una mano generosa á su pobre y numerosa familia. Este heróico comportamiento, que le

mereció el título de *obispo de los saboyardos*, excitó por otra parte la malignidad de los que profesan un odio implacable á la virtud y al talento. Fenelon fué detenido como sospechoso y encerrado en la cárcel de Luxemburgo. Los saboyardos aterrorizados presentaron al gobierno una peticion en la cual reclamaban á su padre, á su único apoyo: exponian todo cuanto habia hecho por ellos, y finalmente descorrian el velo de sus secretas virtudes; pero ni sus lágrimas, ni su desesperacion pudieron ablandar á los tigres sedientos de la sangre francesa. Fenelon fué conducido ante el tribunal revolucionario, condenado á muerte y decapitado en 7 de Julio de 1794, á la edad de ochenta años. Á la salida del Luxemburgo encontró un portero, que era precisamente uno de los saboyardos que le debian su bien estar. Difícil es pintar la escena que pasó entre el desgraciado protector y el protegido, entre el hijo de un padre cariñoso que tanto se habia desvelado con todos aquellos que la Divina Providencia confió á su cuidado durante su triste peregrinacion. Durante el camino no cesó nunca de exhortar á sus compañeros de infortunio; nunca su voz fué tan clara, tan enérgica, tan sublime como en aquellos terribles momentos: no parecia no un hombre de ochenta años, parecia sí un ángel destinado para consolar á las víctimas del sacrílego tribunal. Hallándose ya en el pie del cadalso, puestos todos de rodillas, pronunció Fenelon las palabras de la absolucion; y lo que hay mas digno de notarse es, que el mismo verdugo inclinó la cabeza en señal de veneracion ante el hombre á quien iba á inmolar. Pero faltaba esta infamia á las muchisimas que se cometian: cayó la cuchilla que separó la cabeza del tronco, y la sangre del mártir perpetuó su nombre y contribuyó á manchar las sangrientas páginas de la desastrosa revolucion de Francia. Fenelon fué el que emprendió en nombre de su familia la edicion en 4.° de las *Obras* de su ilustre pariente, cuya direccion fué confiada al P. de Querbeuf, y firmó la carta dirigida al Rey que se encuentra al frente; pero no vivió el tiempo suficiente para ver coronada su empresa. Su elogio se encuentra en el tomo II de los *Anales filosóficos, morales y literarios*, que son como una continuacion de los *Anales católicos*, Paris, 1800, en 8.°.—G.

FENENNA ó Phenenna, segunda mujer de Elcano. Fenenna fué segun se lee en el libro I de los *Reyes*, cap. 1, versículos 1, 2, 3, etc., la que insultó á Anna por su esterilidad. Fenenna debia reconocer que Dios era el único autor de su fecundidad; pues habiendo el Señor visitado á Anna, su detractora quedó humillada. Algunos intérpretes han creido que Dios le quitó todos los hijos que le habia dado, ó á lo ménos que desde entónces ya no tuvo mas sucesion, siguiendo estas palabras del cántico de Anna: *Sterilis peperit plurimos, et quæ multos habebat filios, infirmata est:* « Y los hambrientos se hartaron, hasta que la estéril parió á muchisimos, y la que te-

« nia muchos hijos se debilitó. » Fenenna representa la viva imágen de la Sinagoga, que habiéndose ensoberbecido dejó de tener hijos; miéntras que Anna es el símbolo expreso de la Iglesia á quien se concedió una prodigiosa fecundidad para que se agregaran á ella todas las naciones. Esta es la opinion manifestada por S. Agustin en su obra: *De Civit. Dei, lib. XVII, cap. IV.* (Véase Anna.) — O.

FENIER (Juan de) dominico del convento de Morlas, en el Bearne. Desplegó un extraordinario celo por la Religion. Despues de haber predicado por espacio de mas de cuarenta años, y despues de haber gobernado la provincia de Tolosa con sabiduría y prudencia fué elegido vicario general de su Órden y luego general. Trabajó segun dicen con el mayor esmero en la reforma de los conventos de su Órden en España, sirviéndose para ello de los consejos del piadoso cuanto ilustrado V. Fr. Luis de Granada. Hallándose en Francia sufrió un contratiempo que debió serle extraordinariamente sensible. El rey Francisco I mandó arrestarle en Tolosa prohibiéndole salir de su convento de resultas, segun refieren, de una delacion que contra él hizo Juan de Amboise, primer superior nombrado por el Rey contra el parecer de Fenier que no juzgaba esta eleccion bastante regular. Fenier vivió en este estado en Tolosa algunos años, hasta que por fin debió de declararse su inocencia, cuando obtuvo la libertad de la cual disfrutó poco tiempo, pues murió en 15 de Julio de 1538. Fué enterrado en el convento de aquella ciudad frente el altar mayor donde se leia su epitafio. — U.

FENOLLAR (Bernardo) sacerdote, natural de Penáguila, reino de Valencia, descendiente de una familia distinguida é íntimo amigo del célebre Ausías March, con quien rivalizó en ingenio y númen poético. Residió segun Ximeno en la santa iglesia de la misma ciudad uno de los beneficios llamados de *Domeros de Alva*, que eran los que tenian á su cargo el cantar todos los dias al amanecer la misa de Nuestra Señora. Fundó un beneficio en la iglesia parroquial de S. Lorenzo mártir, del que fué el último poseedor D. José Fenollar su pariente: fué nombrado catedrático de matemáticas en 4 de Mayo de 1510; y por último, de los apuntamientos de Lorga se desprende que en 10 de Junio de 1503 era subsíndico de la ciudad de Valencia. Se ignora la época en que murió. Estas son las únicas noticias que tenemos del célebre poeta Fenollar, á parte de las obras que compuso. Los franceses dicen que contribuyó á reanimar en sus compatriotas el gusto de la literatura española. Ximeno, que nos cita de Fenollar diversas obras, añade que fueron éstas muy celebradas, así por lo juicioso de ellas como por el donaire y erudicion con que las viste. Fuster en su *Biblioteca valenciana* observa, que Luis Velázquez en sus *Orígenes de la poesía castellana* le hace catalan; pero sin mas fundamento que el que suelen tener algunos en con-

fundir á los dos reinos. Algo podríamos deducir de estas lijeras apúntaciones; pero pasemos á tratar de sus escritos que son los que forman su principal apología como escritor, poeta y varon piadoso. El primero, que fué el primer libro, segun se asegura, que se imprimió en España, Valencia, 1474, en 4.°, tiene por título: *Obres ó trobes, les cuals tracten de laors de la Sacratissima Verge María.* Es un certámen celebrado en 25 de Marzo del mismo año en la cofradía de S. Jorge mártir, despues colegio de la Órden de Montesa, para complacer á D. Luis Despuig, maestre de la citada Órden y virey del reino; de cuyo certámen fué secretario Fenollar. Fr. José Rodriguez en su *Biblioteca valentina*, pág. 81, col. 2.ª, titula esta obra: *Certámen poétich en laor de la Concepció*, y pone su introduccion en los términos siguientes: *Les obres, ó trobes, devall escrites, les cuals tracten de laors de la Sacratissima Verge María, foren fetes y ordenades per los trobadors de ius, é en cas una de les dites obres, escrits*, etc, sin nombre de impresor. Pero Ximeno en sus *Escritores del reino de Valencia*, pág. 59, col. 1.ª, manifiesta que á pesar de haber tenido á la vista un ejemplar que se hallaba en el convento de predicadores, y si bien algunas de las poesías que contiene tratan de la Concepcion Purisima de la Virgen María, no ha podido hallar el primer título citado por Rodríguez; y esto sin duda dió márgen á Wéis á copiar y malisimamente el título que cita el mismo Rodríguez. Finalmente, Fuster nos da la lista de todos los poetas que concurrieron á este certámen, cita hasta cuarenta, y el tercero es Bernardo de Fenollar. La segunda obra de este autor se titula: *Historia de la passió de Nostre Señor Deu Jesuchrist, ab algunes altres piadoses contemplacions, sèguint lo Evangeliste S. Joan*, Valencia, por Jaime de Vila, 1493, y por Juan Navarro, 1564, en 4.°. Este poema está escrito en forma de diálogo entre Fenollar y otro poeta tambien valenciano llamado Pedro Martínez, y está dedicado á la V. abadesa Sor Isabel de Villena, de cuya señora alaban la virtud, la sabiduría y la estirpe. Sigue á continuacion otro poema con el título de: *Contemplació á Jesus crucificat fete per M. Joan Escrivá, mestre racional, y per M. Fenollar.* La tercera tiene por título: *Lo proces de les Olives é disputa dels jóvens y dels vells. Fet per alguns trobadors avant nomenats, é lo sompni den Joan Joan.* En la última página se lee en lemosin la siguiente advertencia: *En alabanza y gloria de Nuestro Salvador y Redentor Jesucristo Señor nuestro fué concluida la presente obra á los veinte y tres dias del mes de Octubre del año de la Encarnacion 1497*, impreso por Lope de la Roca Alemany en la insigne ciudad de Valencia en 4.°; hízose una segunda edicion en Barcelona, imprenta de Cárlos Amoros, 1532, en 4.°. Mas adelante se emprendió una tercera edicion que se tituló: *Lo proces de les Olives y sompni den Joan Joan, ordenat principalment per lo reverent mòssen Bernat Fenollar, y lo discret en Joan Moreno notari, é*

apres per lo magnifich mòssen Jaume Gazull cavaller é altres amplificat. Es obra útil y molt graciosa, ara novament corregida y affegida la Brama des pagésus ó vocables bandejats, escrita per mòssen Gazull al dit mòssen Fenollar, Valencia, imprenta de Juan Árcos, 1561, en 8.°. Esta obra sumamente ingeniosa, en la cual bajo la metáfora de *les Olives* se describen las costumbres y se ponen de manifiesto los escollos en que pueden caer los jóvenes y los viejos que se entregan á los deleytes mundanos, va precedida de un prefacio de Almudévar; y siguen luego las *demandas de Fenollar* y las *respuestas de Moreno* hasta la pág. 4.ª, donde se encuentra una *Octava de Fenollar á la senyora Olives*. Fuster da otras varias noticias de las que prescindimos para no separarnos de nuestro principal objeto, y en su consecuencia nos limitarémos á decir que figuran hablar en este *Proceso* Fenollar, Moreno, Gazull y algunos otros poetas todos ellos valencianos. 4.ª: *Obra feta sobre un deport de l' Albufera*. Llámase así, dice Ximeno, un lugar que hay á ménos de legua y media de Valencia, muy delicioso por la abundancia de caza que suele encontrarse allí en el invierno. Concurrió á esta obra Juan Escrivá de quien hemos hecho ya mencion. 5.ª: *Tratado de las palabras que se deben desterrar de la lengua valenciana por ser ajenas del idioma*. Gazull en la *Brama* citada en el n.° 3.° manifiesta que Fenollar la habia escrito satirizando los términos que habian introducido los labradores de Valencia. Finalmente, en el *Cancionero general*, impresion de Ambéres, pág. 240: *Demana mòssen Fenollar á Vinyoles:* poesía que consta de diez versos de arte mayor. En la pág. 351: *Demanda adevinativa de mòssen Fenollar á D. Franci de Castellví*, y en la pág. 307 hay una cancion del mismo autor que empieza:

De tí, mundo, me despido
Para el otro que nací,
Y sin tí de tí partido,
Queda tú con tu gemido,
Que yo ledo voy sin tí.

Esta cancion fué glosada por Gerónimo de Artes, tambien valenciano, cuyas poesías se hallan en la edicion de Ambéres de 1540 en los folios 121, 126, 142 y 159. En un códice manuscrito en prosa y verso por Juan Roiz de Corella se hallan dos demandas de Fenollar al mismo Corella con las respuestas de éste en octava y el siguiente elogio:

Fenoll molt dolç, esculpit vos han marbre
hon sereu tret del viu en bella pedra,
é dirá l' mot: Aquest es lo bell arbre,
que per la flors en rim plus verts que l' edra.

Á mas una *Copla* muy ingeniosa en la que Fenollar se expresa así:

Un altre Sent Pau.... no sou vos monsenyor,
ohint vos contemple.... daquells ralladors,
quand vos sermonau.... nos pot goig atenyer,
alégras lo temple.... sens vostres favors
tot hom sentistreix.... dohirvos en trona
de vostre silenci.... lo poble 's content:
la fama vos creix.... sens be que ressona
dun altri Terenci.... nous loa la gent.

Varios son los autores que hablan con elogio de Fenollar, entre los cuales citarémos Sarmiento, Ausias March, Escolano, Rodríguez, Ximeno, Fuster, Wéis, etc. — E. A. U.

FENOLLET (J. Antonio Vicente). Sevalls en su edicion á la *Biblioteca valentina* de Rodríguez afirma que nació en Valencia; pero Ximeno, que al parecer se valió de unas notas sacadas del archivo del convento de dominicos de aquella ciudad dice, que nació de una familia noble en Segorbe, que vistió el hábito del Órden de predicadores en Valencia el dia 5 de Abril de 1623, que fué predicador general y presentado de púlpito, y finalmente que murió en su convento en 19 de Febrero de 1664. Merece ser citado mas bien por la elocuencia que desplegó en la cátedra del Espíritu Santo y por el celo que mostró á favor de la Religion, que por sus escritos; pues no publicó otra cosa que un librito titulado: *Guirnalda de quince rosas*, imprenta de Silvestre Esparza, 1657, en 16.°. — U.

FENOLLIET (Pedro) obispo de Montpeller. Nació en Annecy hácia fines del siglo XVI de padres honrados pero muy poco favorecidos de la fortuna. Estudió en el colegio de esta ciudad, y habiendo abrazado el estado eclesiástico se dedicó enteramente al ministerio de la predicacion. Era varon tan ejemplar y de tanta doctrina, que S. Francisco de Sáles quizo tenerle cerca de sí, á cuyo fin le nombró para un curato y despues para un canonicato de su catedral. Sin embargo, aceptó el empleo de teologal del capítulo de Gap, y poco tiempo despues le enviaron á Paris donde predicó ante Enrique IV con tanta elocuencia y fervor, que este príncipe le nombró predicador suyo. Vacó en 1607 el obispado de Montpeller por muerte del titular, y Fenolliet fué nombrado para sucederle. Esta noticia fué recibida con muestras del mayor júbilo por parte de los católicos, quienes enviaron una diputacion á Enrique IV para darle las gracias por lo muy acertada que habia sido aquella eleccion. El nuevo prelado desplegó un extraordinario celo para contener los progresos de la herejía, llamó á sus conventos á los religiosos que habian sido echados, estableció misiones en toda su diócesis y logró por fin hacer volver al seno de la Iglesia un gran número de personas descarriadas. Miéntras tanto el edicto que mandaba la restitucion de todos los bienes eclesiásti-

cos, que estaban en poder de los protestantes, excitó un descontento extraordinario entre ellos, que concluyó en 1621 con una terrible revolucion. Los sublevados se apoderaron de Montpeller, y el obispo se vió obligado á buscar su salvacion en la fuga. Apaciguado ya en 1622 el alboroto, volvió el prelado á su diócesis, que continuó administrando con tanto celo como sabiduría. En 1635 asistió en la asamblea general del clero convocada para pronunciar sobre la validez del matrimonio de Monseñor con Margarita de Lorena, y fué de opinion que esta union era nula por haberse verificado sin consentimiento del Rey. Finalmente, habiéndole obligado los negocios de su diócesis á pasar otra vez á Paris en 1652, murió allí en 23 de Noviembre del mismo año, y fué sepultado en la iglesia de S. Eustaquio. Tenemos de este prelado: 1.°: *Representaciones al Rey contra los desafios*, Paris, 1615, en 8.°. 2.°: Una *Arenga al Rey* pronunciada en Beziéres en 20 de Julio de 1621, que se imprimió en el tomo VIII del *Mercurio frances*. Esta arenga, dice Lelong, es bien escrita, viva y patética; las desgracias de la Iglesia y el furor de los protestantes que acababan de apoderarse de Montpeller están representados con mucha fuerza. 3.°: *Discurso sobre el matrimonio de Monseñor* (Gaston de Francia), impreso en el *Mercurio frances* tomo XX. 4.°: *Oraciones fúnebres* del canciller Pomponio de Bellievre, Paris, 1607, en 8.°; de Luis I, duque de Montpensier, 1608, en 8.°; de Enrique *el Grande*, 1610, en 8.°; y de Luis XIII, 1643, en 4.°.—O.

FENWICK (Eduardo) obispo de Cincinnati. Las noticias sobre la vida y la muerte de este celoso é infatigable misionero apostólico fueron recogidas y enviadas por M. Rezé, administrador de la diócesis en sede vacante. El señor Fenwick descendia de una antigua familia inglesa llamada *Fenwick Pawer*, del condado de Northumberland. Nació en América, en Maryland, en el año 1766. Habiendo perdido su padre en 1784 fué enviado á Europa para recibir allí una educacion completa, y entró en el colegio de Bornheim dirigido por los dominicos ingleses y situado cerca de Ambéres en la Bélgica. No tardó mucho en cobrar apego á estos religiosos, de suerte que el mismo se hizo dominico. En la época de la revolucion francesa hallábase de procurador de aquel establecimiento, y tuvo no poco que sufrir. Fué considerado como inglés, y no queriendo dar desde luego lo que se le pedia fué preso con amenazas de ser fusilado; y solo se salvó segun él mismo confesaba por un favor particular de Dios y por la intercesion de la SSma. Virgen. Todos los PP. se vieron entónces obligados á retirarse á Inglaterra, en donde el P. Fenwick permaneció hasta el año 1804, en cuya época obtuvo el permiso de su superior para regresar á América á fin de consagrar allá su vida á la conversion de sus compatricios. Deseaba asimismo preparar en su patria un asilo para su Órden, y el resultado que ha coronado sus esfuerzos ha demos-

trado muy bien que no fué vano su trabajo. Durante dos años empleó su celo en el Maryland su pais natal para extender el reino de Dios. El arzobispo de Baltimore monseñor Carroll le envió en 1806 al Kentucky, en donde pudo conseguir con el auxilio de su patrimonio fundar el convento de Santa Rosa, y despues de algunos años todo estaba ya dispuesto para admitir allí á sus hermanos religiosos de Inglaterra. La Órden de Sto. Domingo llegó entónces en América á un punto de prosperidad cual no habia podido recobrar despues del trastorno general de Europa. Tales son muchas veces los designios de la Providencia, que los ministros del Evangelio sean echados de un pais para que puedan ir á llevar la luz del cielo á otras comarcas, en donde los pueblos yacen todavía sumidos en las tinieblas y en la sombra de la muerte. El convento de Sta. Rosa no tardó en tocar al colmo de las bendiciones divinas: los hijos de Sto. Domingo henchidos de celo se esparcieron por el Kentucky, é hicieron probar á sus habitantes los beneficios de la religion de Jesucristo. Llegó de Roma una bula nombrando al P. Fenwick provincial de la Órden para toda la América del Norte. No pudo sin embargo resolverse á aceptar esta dignidad temiendo que no le obligase á ciertas ocupaciones, que le hubieran impedido el convertir almas á Dios. Y es un rasgo muy notable, que siempre se ha considerado como la mayor prueba de las altas virtudes del P. Fenwick, el que despues de haber obtenido de Roma el nombramiento de provincial para el P. Wilson, con la autorizacion de revocarla si queria retenerle para él, no vaciló un sólo instante en remitirla á dicho P. Wilson. El deseo de asegurar la educacion de la juventud del bello sexo le hizo emprender el establecimiento de las religiosas dominicas, que despues han producido los mayores bienes. En 1810 empezó á recorrer los bosques del Ohío, lo cual le ha merecido el sobrenombre de *apóstol del Ohío*. En su primera excursion de misionero encontró tres familias católicas en el centro de aquella provincia, que componian el número total de veinte individuos, ocupados todos en desmontar sus campos y que de diez años no habian visto sacerdote. La alegría de aquellas buenas gentes fué tan grande á su llegada, que monseñor Fenwick cuando se acordaba de aquel instante derramaba lágrimas de enternecimiento, porqué aquellas eran las primicias de su apostolado en el Ohío; y estas mismas familias hablan aun de aquel acontecimiento con grandes transportes de reconocimiento. En aquel mismo paraje se edificó despues un pueblo llamado Sommerset. El buen obispo habia conservado hácia aquella mision un particular afecto: en ella se han establecido ya dos hermosas iglesias y dos conventos, uno para los PP. y otro para las hermanas de la Órden de Sto. Domingo; y aquella es al mismo tiempo la parroquia mas numerosa y la mas bien arreglada de toda la diócesis. El P. Fenwick continuó en recorrer los bosques vírgenes del Ohío en

todos sentidos, y en ellos encontró muchas gentes que despues de haber escuchado sus instrucciones manifestaron su deseo de hacerse cristianos. Empezaron luego á emigrar tambien algunos católicos, y el celoso misionero dejó dos veces cada año el convento de Sta. Rosa para visitar y consolar á sus nuevos hijos. Construíase asimismo á la sazon la ciudad de Cincinnati, y en ella encontró siete familias católicas. El territorio de Michigan no contaba mas que la iglesia de Sta. Ana del Estrecho, ocupada por el señor Richard. En 1823 el P. Fenwick fué nombrado obispo de Cincinnati y administrador del Michigan y del Nordeste. Apénas supo que habian llegado las bulas de Roma hundióse por decirlo así en sus misiones, procurando buscar un medio para librarse de la carga que se creia incapaz de sobrellevar; mas no le fué posible substraerse á las pesquisas de su superior, el cual se vió forzado á valerse hasta de las amenazas de excomunion para obligarle á que se hiciese consagrar. En la época de su ereccion no habia en aquella diócesis sino dos iglesias y dos sacerdotes, desprovistos de todo género de recursos. Al considerar su actual situacion y el acrecentamiento del número de iglesias, de conventos y de otros establecimientos de esta clase, así como el aumento de los católicos y de los sacerdotes, no es posible cansarse de admirar las maravillas del poder del Altísimo. El nuevo obispo, que al comenzar sus operaciones halló apénas muy pocos católicos esparcidos aquí y allá y dos misioneros solamente, tuvo el consuelo ántes de morir de ver el número de los primeros ascendido á cuarenta mil, y de contar treinta celosos cooperadores en aquella viña del Señor, que parece como por encanto haber salido de la nada. Los recursos del convento de Sta. Rosa en Kentucky se habian de tal manera agotado con los gastos que las misiones le habian causado, que cuando el P. Fenwick fué ascendido á obispo se vió obligado á pedir de casa en casa en su parroquia de Sta. Rosa los medios para procurarse los hábitos episcopales, algunos muebles, y lo mas necesario para trasladarse él y sus compañeros junto con sus efectos á Cincinnati. Llegado á su ciudad episcopal alquiló una pequeña casa de la cual no se reservó para su uso personal mas que el desvan en donde se acostaba; el resto del edificio servia de capilla y de locutorio. Pero muy presto vió que no podia pagar el alquiler, ni hacer comprar en el mercado lo que necesitaba para su alimento: lo cual le ponia en precision de ir á pedir muchas veces la comida á algun católico acomodado. Su catedral, si así puede llamarse una especie de recinto formado de tablas de madera, estaba á dos millas de la ciudad, y fácil es deducir que en tiempos lluviosos se hacia inaccesible. La tentativa de transportarla á la ciudad fracasó completamente, pues se rompió por el camino. Era indispensable comprar una porcion de tierra en la ciudad y construir la catedral, pero monseñor Fenwick ni tenia dinero, ni esperanza

de tenerlo para pagar las deudas ya contraidas, lo cual era no obstante lo primero que debia procurarse. En tan extremada penuria monseñor tomó la resolucion de partir para Roma á fin de deponer la carga de su dignidad. Leon XII sin embargo le alentó, le dió ornamentos para la iglesia y 1,200 escudos romanos para su viaje. Ademas el buen Dios le colmó de bendiciones, proporcionándole recursos y particularmente en Francia en la asociacion de la propagacion de la Fe. Á imitacion de la Francia, la Bélgica y la Alemania han contribuido á ayudarle: pudo pagar sus deudas, edificar una catedral de ladrillos y un colegio, un seminario, colegios y escuelas. Emprendiéronse entónces misiones muy dispendiosas entre los salvajes, y con la ayuda de Dios el fruto fué donde quiera muy abundante. Pero con todo, si por desgracia viniesen á faltar estos recursos (lo que no permita Dios) ¿qué seria de aquella diócesis? Para dar una idea de la infatigable laboriosidad y del ardiente celo de monseñor Fenwick, transcribiremos aquí la relacion de la mision hecha por él en los salvajes del Michigan, redactada por el señor Mullon que acompañaba al prelado. Mucho tiempo hacia que monseñor Fenwick habia formado el proyecto de visitar las partes mas septentrionales del Michigan; pero no habia podido aun ejecutarlo á causa de sus ocupaciones y de diversos obstáculos que sin cesar se iban reproduciendo: en fin en 12 de Mayo de 1829 se puso en camino para la Bahía-Verde, acompañado del señor Mullon. El prelado llegó á aquella parroquia el 27 de Mayo, víspera de la Ascension. Difícil seria expresar el júbilo y la satisfaccion que causó su presencia á todos los habitantes. En el dia de la Ascension muy temprano se distinguieron las canoas vogando en el rio y dirigiéndose hácia la capilla. Al punto que fué reunida la congregacion el obispo celebró de pontifical la Santa Misa, durante la cual los que habian sido preparados de antemano, recibieron la Sagrada Comunion. Con todo el celo de un apóstol dirigió á sus hijos espirituales un discurso, en el cual les suplicaba que conservasen la unidad del espíritu en el vínculo de la paz, que se guardasen mucho de los peligrosos esfuerzos de aquellos que probarian corromper en ellos la fe que habian recibido de sus padres, y que debian ellos transmitir íntegra y pura á sus hijos. Como sus fuerzas no corrian parejas con su celo, su discurso no duró mas que media hora; pero la multitud ávida de oir una nueva exhortacion se quedó en la iglesia hasta que el señor Mullon les dirigió otra mas larga. Sorprendentes fueron en efecto los bellos resultados de esta visita. « Desde la Bahía-Verde, dice la relacion, nos fuimos á Mackinac, y nuestro primer cuidado fué el procurarnos medios de transporte para pasar á Árbol-Corvo, habitado por cerca de trescientos católicos indios, pertenecientes á la tribu de los ottavas. Quince leguas nos quedaban que hacer en el lago Michigan para pasar de Mackinac á Árbol-Corvo. Un rico católico llamado M. Briddle puso

á nuestra disposicion uno de sus botes, y quiso acompañarnos. Cercanos ya al punto de nuestro destino advertimos luego que los indios se dirigian hácia la parte en que debiamos abordar. Al acercarnos mas á la orilla vimos una procesion que bajaba por un sendero tortuoso para recibirnos. La diputacion se componia de unas cincuenta personas, llevando á su frente Assakinac, que se distinguia de los demas por una grande cruz de plata que llevaba sobre su pecho. Mandó poner á la comitiva en línea á lo largo de la orilla y se adelantó para ayudar al obispo á bajar de su bote. Tanto este jefe como los demas miembros de la diputacion se pusieron de rodillas para recibir la bendicion del prelado. Al subir por la ribera, el primer objeto que se presentó á nuestra vista fué la iglesia de los ottavas, la cual no pasa de ser un abrigo contra el rigor de los hielos, pues está enteramente construida de vigas hundidas en la tierra y rodeadas de cortezas de árboles. Es capaz para contener doscientas personas y los únicos adornos del santuario son dos ó tres estampas que representan asuntos sacados de la Escritura. Nosotros fijamos nuestras tiendas cerca de la capilla. Vinieron á vernos un grande número de indios de los campos del rededor, y pasaron luego á la iglesia, en donde quedamos sobremanera edificados de la devocion con que parecian hacer su oracion de la noche. El jefe la leyó en alta voz en la lengua ottavasa. Despues de este ejercicio retiráronse á sus cabañas. Al dia siguiente muy de mañana nos dispertó el toque del *Ángelus*, y á esta señal centenares de salvajes corrieron luego hácia la capilla. El obispo empezó á oir sus confesiones por medio de dos intérpretes que ellos mismos habian designado, un hombre para los hombres y una mujer para las mujeres. En el servicio divino fueron notables la atencion y el respeto de los asistentes; durante la elevacion cantaron un himno traducido del frances en honor del Santisimo Sacramento. Admirados quedamos de la dulzura de su voz, y hallé su canto mas armonioso de lo que pudiera esperarse. Elevóse involuntariamente de nuestro corazon un tributo de alabanzas hácia el Dios de las misericordias, que tan fecunda habia hecho la semilla de la fe esparcida entre aquellos hijos de los bosques. Despues de la Misa se dió la bendicion á tres matrimonios: el sacramento de la Confirmacion fué administrado á una veintena de personas, y el Bautismo á otras doce entre las cuales habia dos jefes. Hasta mas de las dos de la tarde no pudo tomar monseñor un poco de alimento. Durante nuestra comida nos sentamos sobre esteras, segun la costumbre de los indios: teníamos á nuestro lado tres jefes, cuyos nombres indios son: Assakinac, ó sea *Pájaro Estornino*, *Papoisigan*, ó *Corteza de Sauce*, *Macatabánis*, ó *Merla*. Los indios de Árbol-Corvo tienen un buen trigo; son hacendosos, visten bien y son superiores en su modo de vivir á los indios errantes y mal instruidos de otras

tribus. Ciento veinte de ellos han formado una sociedad para destruir el uso de licores fuertes, y nos han asegurado que su número va aumentando diariamente. Han construido dos cabañas muy cómodas para el Rdo. señor Dejean y para dos damas piadosas que han tenido el valor de sacrificarlo todo para trabajar en la gloria de Dios y en la salud de las almas, instruyendo las mujeres indias de la congregacion. Una de estas damas ha traducido un libro de oraciones en la lengua ottavasa. Ellas se han consagrado enteramente á los trabajos de esta penosa mision, resueltas á no renunciar á su proyecto sino en el caso de que la experiencia les demostrase la imposibilidad de su ejecucion. No cuentan con otro apoyo que con los cuidados de aquel cuya providencia alimenta los pájaros del desierto. Despues de la mision de *Árbol-Corvo* regresamos á Mackinac, en cuya isla hay una pequeña iglesia nuevamente construida. Los católicos parecian quedar encantados por nuestra llegada. Un grande número de salvajes de Árbol-Corvo nos habia seguido para asistir en las funciones espirituales que tuvieron lugar durante nuestra permanencia allí. En la víspera de Pentecóstes bautizamos á nueve indios. Aquella era la temporada en que los comerciantes que hacen el tráfico de las pieles van llegando de sus diversas estaciones. La mayor parte son hijos de la Iglesia católica, y se aprovecharon de nuestra presencia para acercarse á los Sacramentos. Nosotros permanecimos en la isla sobre tres semanas, durante cuyo tiempo mas de sesenta personas recibieron la Confirmacion, y un número igual la santa Comunion. El señor Mullon predicaba allí tres ó cuatro veces cada semana. Muchos de los ménos obstinados de nuestros hermanos separados vinieron á estas instrucciones, y algunos de ellos quedaron movidos y penetrados por los raciocinios del predicador. Mucho tenemos que quejarnos de la conducta del señor Ferry, ministro protestante, que reside en Mackinac. Miéntras nosotros permanecimos prohibió á todos los niños católicos que van á su escuela el venir á la iglesia los domingos. El hijo de uno de los jefes de *Arbol-Corvo*, Guillermo Macatabánis, pidió permiso para ir á ver al obispo, pero no le fué concedido; de lo cual indignado su padre, retiró su hijo de aquella escuela. Los ministros protestantes publican relaciones en las cuales hablan con admiracion de sus propios resultados; mas yo puedo asegurar que sus conquistas están aun por hacer, y que operan muchas mas conversiones sobre el papel que entre los indios. Ellos desprecian nuestra pobreza, porqué tienen sumas considerables á su disposicion; mas ¿qué nos importan las riquezas con tal que salvemos las almas? *Da animas, cætera tolle tibi.* El 18 de Junio dejamos la isla de Mackinac para al Estrecho, donde llegamos el 21. La congregacion de Sta. Ana en el Estrecho es muy numerosa: durante toda una semana estuvimos constantemente ocupados en oir confesiones á los que se preparaban á la Confirmacion y á la primera

Comunion. El dia 28 que era el tercer domingo despues de Pentecóstes monseñor confirmó á ciento y cincuenta personas, y cincuenta hicieron su primera Comunion. » Despues de haber dejado el Estrecho, monseñor Fenwick visitó todavía las parroquias de S. Pablo y de S. Antonio, sobre las orillas de las Ubas, de Lourd-Sandusky, de Tiffin etc. y llegó felizmente á Cincinnati despues de tres meses de ausencia. Durante aquel viaje pudo convencerse de las felices disposiciones de los salvajes para con el cristianismo. Si el señor Dejean, á quien el obispo ha establecido entre los ottavas estuviera secundado por algunos misioneros celosos, todos los salvajes del territorio de Michigan y Huron se convertirian á la verdadera fe. Este mismo señor Dejean hablando en otra comunicacion de estos salvajes hace una curiosa observacion. «Mi opinion es, dice, que los ottavas, los chipeoas, los menómonis, etc. descienden de los antiguos hebreos, pues cada dia descubro nuevos motivos que me fortifican en mi creencia; y no dudo que un ojo mas perspicaz que el mio descubriria muchos mas. He aquí algunas de las razones en las que fundo mi opinion. Primera: sus sacrificios son casi diarios. Segunda: la mujer no se queda en la cabaña y come separadamente cada mes, en la época en que las mujeres judías seguian una práctica análoga. Tercera: las mujeres comen despues de los hombres. Cuarta: el cuñado ó hermano político se casa casi siempre con la viuda de su hermano. Quinta: admiten la poligamia. Sexta: el divorcio que se hace sin ceremonias es entre ellos muy comun. Séptima: he encontrado en su idioma diez palabras hebreas, como *missach*, *mimi*, etc. Octava: ellos cuentan por lunas. Novena: encuentro en una de sus fábulas á Moises que con su vara hace saltar agua de un peñasco: hacen ayunos en determinadas épocas. Décima: prestan fe á sus sueños, que creen casi siempre significativos. Undécima: en tiempo de guerra, grandes y pequeños á todos se extermina. Duodécima: viven en cabañas hechas de juncos entrelazados, que tienen la forma de un embudo al reves, como las tiendas de los hebreos. Décimatercia: la fisonomía de los ottavas se parece mucho á la de los judíos. Guillermo Penn, sabio americano, hallándose en medio de una asamblea de salvajes, creyó reconocer rasgo por rasgo los judíos que habitan en Lóndres: tanto era lo que se parecian. Diráse tal vez que estos salvajes no observan el sábado y que en mi hipótesis parece deberian tener á lo ménos de él un recuerdo; pero puede muy bien ser que la necesidad de proveer á su subsistencia y la precision de dedicarse á la pesca ó á la caza se lo haya hecho olvidar. » En otra comunicacion el mismo señor obispo de Cincinnati, Eduardo Fenwick, dirigiéndose á los miembros del consejo central de Lyon en el mismo año 1823 da cuenta del estado de sus misiones. Despues de dar las mas expresivas gracias á la Asociacion de la propagacion de la Fe, este admirable apostolado que honra nuestro siglo

en medio de todas sus divergencias é ingratitudes, dice : « Pero son vanos todos mis deseos : yo soy un obispo pobre y habitante en el centro de los bosques que cubren el vasto dominio de los Estados-Unidos : no tengo en mi poder sino oraciones, y este es el único medio por el cual puedo mostrar mi reconocimiento á tan generosos bienhechores : he de contentarme pues, señores, en aseguraros que en verdad no descuido este medio. Cada dia dirijo mis votos al cielo para atraer bendiciones sobre la Asociacion y sobre todos sus miembros y en particular sobre los miembros del consejo. Lo mismo recomiendo á todos mis misioneros y á los fieles de mi diócesis. Espero que aquel que no deja sin recompensa un vaso de agua dado en su nombre no dejará de recompensar vuestra inmensa caridad. Él os tendrá en cuenta el bien que yo habré hecho por medio de las tan considerables sumas que habeis destinado para aumentar el número de los servidores de Dios, en un pais poco hace habitado por salvajes que lo ignoraban, despues por protestantes que le daban un culto que él rehusa y en el cual se encuentran ya en el dia un grande número de congregaciones católicas, que profesando su verdadera fe le rinden tambien un verdadero culto. El Divino remunerador se dignará suplir mi insuficiencia y daros el céntuplo por el bien que nos haceis. Veo por la misma carta que el deseo de la Asociacion es que yo dé sobre la cuarta parte de la suma á la mision de Michigan, y no dejaré de cumplirlo. He empleado el dinero que me enviasteis el año último en hacer construir una escuela de ladrillos frente de mi casa y en pagar los gastos de viaje de los misioneros, sus equipajes, la compra y la manutencion de los caballos destinados á los que visitan las parroquias en que no hay sacerdote residente. Á mas he comprado por seiscientas piastras un terreno en la ciudad de Canton, en el otro extremo de la diócesis : terreno que me era indispensable para la ejecucion de los proyectos que tengo formados en favor de la Religion. Otro he comprado de cinco jornales en Cincinnati, en donde construiré mas tarde mi colegio. La ocasion era favorable y no podia yo dejarla escapar sin exponerme á tener que pagar veinte piastras el pie cuadrado de tierra, precio ordinario del terreno en esta ciudad á causa del considerable número de extranjeros que vienen á establecerse en ella. De otra parte no tengo ya ninguna deuda : quédame todavía algun dinero y pienso destinarlo á lo siguiente : 1.° : Tendré en accion durante todo el año dos misioneros llenos de celo y buenos predicadores, que visitarán sin cesar todas las congregaciones en donde no hay sacerdote ; y así sucederá que no quedarán por tan largo tiempo privadas de los auxilios de la Religion. 2.° : Hay cerca de la catedral un pequeño campo en donde tengo intencion de edificar mi seminario ; pero no es mio, y para lograrlo necesito cuatro mil piastras : voy pues á comprarlo dentro de poco á fin de erigir allá este seminario por el

cual tanto he suspirado, y sin el que nada podria instalar de estable y permanente. Sin seminario bien podré obtener algunos sacerdotes de Europa de tiempo en tiempo, pero siempre serán en corto número para llenar las necesidades de la diócesis. Ademas, véome obligado á tenerlos á mi cargo y á mantenerlos por dos ó tres años á fin de darles tiempo para aprender el inglés, etc. Si tengo un seminario, sin perder por esto á los que vienen de Europa, formo un clero indígena, acostumbrado á los usos del pais, versado en la difícil práctica de los caminos, que conoce bien la lengua, etc. Podré á mas formar un colegio y lograr con ello algunos recursos para mejorar nuestra suerte y formar algunos otros establecimientos útiles ó necesarios. Adquiriré asimismo influencia sobre la instruccion y sobre la educacion de la juventud en este pais, lo cual será una grande ventaja para la Religion. En una palabra, señores, con un seminario se me abre una de las perspectivas mas consoladoras, y sin seminario no veo nada en el porvenir que no sea aflictivo. Estoy, pues, absolutamente decidido á dirigir á este fin todos mis esfuerzos y á no diferirlo un solo instante. Empezaré por comprar á ínfimo precio la tierra de que os he hablado con el dinero que tengo y una parte del que habeis tenido la bondad de señalarme, y luego me ocuparé de la construccion de los locales que se necesiten. Puedo obtener algunos jóvenes europeos y americanos que han estudiado sus humanidades: por manera que luego de concluido el edificio, y aun ántes, tendré siete ú ocho seminaristas, que dedicaré desde luego á enseñar los primeros elementos del latin á algunos niños de catorce á diez y seis años, y tengo motivos para esperar que por esta parte saldrá bien la empresa; pero tiemblo cuando pienso en los gastos. El resto de la suma no bastará para construir el edificio; y á pesar de esto me será preciso atender á la manutencion de los seminaristas y probablemente de la mayor parte de los niños, y esto producirá tal vez obstáculos á la construccion del colegio. Sin embargo, visto el ejemplo del obispo de Bardstown, voy á empezar confiando en los cuidados de la Divina Providencia y de la Asociacion de la propagacion de la Fe, y espero que ni la una ni la otra me abandonarán. Ruégoos pues, señores, que tengais presente mi situacion cuando hagais la distribucion de vuestras limosnas, y os ruego encarecidamente en nombre del Señor que no olvideis este número infinito de protestantes de mi diócesis que solo piden instruccion para convertirse. Me tomo tambien la libertad de recomendar esta obra á vuestras caritativas oraciones, y entre tanto voy á daros algunas noticias de la mision. Mi diócesis acaba de tener una sensible pérdida en la persona del Rdo. P. Hill, dominico, mi vicario general, fallecido en Canton en 3 de Setiembre de 1828. Éste era el mejor de mis misioneros, el mas instruido, el mas elocuente, el mas celoso; era uno de los predicadores mas hábiles de los

Estados-Unidos. Las iglesias y otros lugares en que predicaba estaban llenos de auditorio, y en todos los puntos de la diócesis la mayor parte de los convertidos lo han sido por él. Era infatigable en sus correrías, y cuidaba él solo de seis congregaciones, distantes veinte, treinta y cuarenta leguas las unas de las otras. Los calores excesivos del último estío (1828) le causaron una indisposicion á la vuelta de una expedicion de dos meses; y la enfermedad hizo tan rápidos progresos, que en ocho dias le precipitó al sepulcro. He aquí en cortas palabras el contenido de la carta que me escribió poco tiempo ántes de su muerte: «He estado de mision durante dos meses; he recorrido muchos condados; he predicado sobre treinta veces en las iglesias, en los templos protestantes, en las casas de poblado, al aire libre. He bautizado muchos adultos y muchos niños; he bendecido muchos matrimonios; he rehabilitado muchos otros; he preparado protestantes para hacer la abjuracion. He estado entre los salvajes á las orillas del lago; he bautizado de ellos dos adultos; pero el jefe estaba en la caza con la tribu casi entera. Pienso volver allá á la primera ocasion, porqué estos pobres indios parecen muy bien dispuestos, etc. etc. etc..... » Se ha celebrado un oficio en la catedral para el descanso de su alma, y todas las personas de la congregacion habian tomado espontáneamente el crespon negro. He leido en el púlpito su última carta, y he tenido que detenerme muchas veces para dar libre curso á mis lágrimas, y todas las personas presentes lloraban igualmente. Todo el clero (es decir el de Ohio) consiste en siete sacerdotes, tres diáconos y dos subdiáconos; pero se espera algun socorro de Europa.... En Michigan hay tambien tres sacerdotes. M. Badin, el mayor, que llega de Europa hará el cuarto. La Religion hace siempre grandes progresos aquí y en toda la diócesis: todos los domingos se reciben personas que entran en el seno de la Iglesia, y muchas mas pudieran recibirse si se tuviesen mas sacerdotes para instruirlas. Los ministros protestantes braman de rabia y despliegan todas sus fuerzas para contrarestarnos; pero son vanos sus esfuerzos, y aparece claramente que la Providencia tiene sus miras sobre este pais. Últimamente han emprendido el publicar un periódico religioso en el cual atacan continuamente la religion católica. El nombre de este periódico es *The Pandect;* parece dos veces á la semana. Bien quisiéramos volverles la contraria, pero falta tiempo para la redaccion y dinero para la impresion. Nos contentamos, pues, con refutarles de cuando en cuando por medio de algunos artículos insertos en otro diario (en Cincinnati se publican ocho diarios); y M. Mullon ha publicado sobre la primacía de S. Pedro tres artículos que parece les han hecho un poco mas moderados y tambien haber hecho reir á costa suya. » Hasta aquí explica el mismo monseñor Fenwick sus trabajos apostólicos, y en obsequio de la brevedad prescindirémos de lo que dice tambien desde

Cincinnati su secretario M. Clicteur, tambien misionero, acerca de los trabajos continuos, asiduidad é infatigable celo del ilustre prelado; mas como en su biografía parece que nò interesa tanto todo lo que no es su misma voz ó palabra escrita, insertarémos á continuacion lo que en 3 de Setiembre de 1829 escribia á un amigo suyo de Burdéos. « Acabo de recibir por fin una carta de M. P.***, en la cual me anuncia que ha remitido para mí á mi barquero de Lóndres veinte y nueve mil francos que me han sido asignados sobre los fondos de 1828, y que él ha añadido á esta suma la de veinte y siete mil quinientos francos, á que asciende la reparticion de este año 1829. Me indica tambien que yo deberia remitir siete mil quinientos francos á M. Richard para el Michigan; y tan luego como haya recibido los fondos me apresuraré á cumplir con las intenciones del consejo. Os he noticiado ya mi viaje al Estrecho, á Mackinac, á Bahía-Verde, á Árbol-Corvo, en donde visité los buenos salvajes ottavas. He llevado conmigo dos jóvenes de esta nacion de quince años de edad, que se disponen actualmente al Bautismo y á la Confirmacion. Aprenden el latin y el inglés; si continúan en portarse bien me propongo enviarlos dentro de un año á la propaganda en Roma, en donde serán educados para el estado eclesiástico si éste les conviene; entónces podrán sernos muy útiles: cuando serán sacerdotes les volverémos á enviar á su pais entre sus compatriotas, á quienes les será fácil convertir. Os participo con el mas vivo dolor que M. Clicteur mi secretario está enfermo de gravedad y que desesperamos de su curacion. Esta será grande pérdida para mí: otros dos de mis misioneros me han abandonado, y un tercero pide su *exeat*. Vedme pues aquí bien desamparado, amigo mio, como ya podeis pensarlo. Sin la confianza que pongo en Dios y en su bondad sucumbiria sin remedio. *Sed, in te, Domine, speravi, non confundar in æternum.* Rogad, amigo mio, por mí que el buen Dios me sostenga como hasta aquí ha hecho; mi salud es bastante buena y el valor no me falta. Si M. Rezé estuviera de vuelta me serviria de grande alivio. Á Dios, mi caro amigo, etc. » En 16 de Octubre del mismo año 1829 monseñor Fenwick escribia desde Baltimore al eminentisimo cardenal gran limosnero de Francia lo siguiente: « Monseñor: Habiendo sabido por una carta de M. P.*** que se acababa de acordar un nuevo socorro por la asociacion de la propagacion de la Fe para las diferentes misiones confiadas á mis cuidados, me apresuro á dirigirme á V. Ema. para rendirle el homenaje del mas sincero reconocimiento. En medio de las penas inseparables de un ministerio tan laborioso como el nuestro, Monseñor, no es un pequeño solaz para mi corazon el ver los esfuerzos reunidos de tantas almas piadosas disputarse á porfía el honor de tomar parte en alguna manera en los trabajos de los misioneros. Dignese el cielo escuchar mi súplica, y ellos participarán de nuestros méritos si

tenemos la dicha de adquirirlos, por lo que se debe á su caridad. ¡Qué no pueda yo hacerles entrar asimismo en la participacion de los abundantes consuelos con que el Señor se place en recompensar nuestros trabajos! La conversion de los salvajes ha interesado en todo tiempo á la cristiandad: yo tengo la satisfaccion de poder anunciar á V. Ema. que, no obstante el corto número de obreros que trabajan bajo de mi jurisdiccion, he sido bastante feliz para poder consagrar á una obra tan difícil como meritoria el ministerio de un ferviente misionero. Su infatigable celo me procuró la última primavera el dulce consuelo de administrar el sacramento del Bautismo á unos veinte indios, y el de la Confirmacion á mas de ciento. Nada hay tan edificante como el espectáculo de estos nuevos cristianos cuando se dedican á sus ejercicios religiosos. Á esta mision, conocida bajo el nombre del *Árbol-Corto* en el Michigan (antigua mision de los jesuitas) y junto al sepulcro del último de los Padres misioneros, va unida una escuela cristiana dirigida por dos personas sólidamente piadosas que se consagran á la educacion de los párvulos de su sexo. Este establecimiento naciente todavía da ya los mas brillantes resultados; pero es dudoso que los mismos puedan obtenerse en otra parte, porqué no es fácil donde quiera el aislar como hemos conseguido hacerlo aquí á los salvajes de toda comunicacion con la poblacion blanca, que es el mayor obstáculo para la conversion y sobre todo para la perseverancia de los indios. Al hablaros de la mision de Michigan no puedo resistir, Monseñor, al deseo de deciros dos palabras en favor del mas antiguo, así como del mas respetable y mas meritorio de los misioneros en este distrito, el excelente M. Richard, residente en el Estrecho, y que treinta años hace á lo ménos trabaja en la salud de las almas en este pais. Este hombre apostólico desde largo tiempo se ve como encadenado en el ejercicio de su ministerio por no tener los recursos pecuniarios suficientes..... Si por la mediacion de V. Ema. pudiesen consignársele algunos socorros al efecto de ponerle en estado de utilizar su celo en toda su extension, la Religion sentiria por ello los mas dichosos resultados, y su reconocimiento seria tan sincero como la expresion de los sentimientos de profundo respeto y de alta consideracion con la cual tengo el honor, etc.» Transcribirémos en seguida la última comunicacion del señor obispo de Cincinnati al señor abate R. en Burdéos del 25 de Febrero de 1830: «Querido amigo: Los dos jóvenes salvajes que he traido desde Mackinac se conducen bien; hállanse muy felices con estar aquí, y se aplican con ardor al estudio y á la práctica de los deberes del cristiano. Han sido bautizados, confirmados y admitidos á hacer su primera comunion. M. Rezé nos ha traido de los Paises-Bajos un excelente misionero que sabe el aleman y el frances, y éste me indemnizará de la pérdida de M. Clicteur, á quien me arrebató la muerte el 23 del último Setiem-

bre. Me ha llegado tambien otro aleman que conoce asimismo el frances: ha emigrado con su familia y es diácono. Dentro de algun tiempo le ordenaré de sacerdote así como á otros dos subdiáconos. He hecho venir de Baltimore cuatro hermanos de la Caridad: su establecimiento prosperará, como yo lo espero. Tienen ya ciento y seis niñas en su escuela y cinco huérfanos en el hospicio. He puesto tambien hermanas de la Órden de Sto. Domingo en la ciudad de Sommerset, á cincuenta leguas de aquí. Allí han abierto una escuela; y luego enviaré otras á Canton y á Zanesville, en donde hay mucho bien que hacer, y no dudo de modo alguno de su éxito. Debo hacer edificar cuatro iglesias durante este año si me es posible; una en Hamilton á veinte y cinco leguas de aquí, la segunda en Urbana, la tercera en Tiffin y la cuarta en Clinton, á la orilla del lago Erié; todas sobre terrenos que me han sido ofrecidos por protestantes. Así tendré iglesias de distancia en distancia desde Cincinnati hasta el lago Erié. En este momento empezamos tambien á procurarnos materiales para la construccion de nuestro colegio, que debe tener ciento treinta pies de longitud y cincuenta de anchura: he aquí, amigo mio, trabajo con que ocuparme dia y noche el resto de toda mi vida, si es que nuestro buen Dios quiera dejarme acá en la tierra el tiempo bastante para ejecutar todas estas empresas; pues *homo proponit*, *Deus disponit*, etc. No deseo vivir sino para él y para la salud de las almas. Será necesario asimismo que yo visite á mis buenos salvajes de Mackinac, de Árbol-Corvo y de Bahía-Verde. M. Rezé me acompaña en esta vuelta, de la cual él os dará cuenta á falta mia, y estoy persuadido que los pormenores dados por él serán de mucho consuelo y del mayor interes. Ahora no necesito, amigo mio, reclamar de nuevo vuestro celo y vuestros esfuerzos para procurarnos todos los socorros pecuniarios de que necesitamos para la ejecucion de nuestros proyectos. Me lisonjeo, pues, que la Asociacion de la propagacion de la Fe no me olvidará este año en la caritativa distribucion que hará á las misiones extranjeras. » Prescindirémos de insertar las comunicaciones de M. Badin escritas desde la mision de Michigan, que se hizo bajo la administracion del señor obispo Fenwick; pues con las ya transcritas suyas y de su propio puño puede formarse una idea de la prudencia, del celo, de la constancia y del ardor de sus trabajos apostólicos. Réstanos el triste deber de ir siguiendo su biografía para anunciar su muerte, segun la refiere el mismo M. Rezé, administrador de aquella diócesis en sede vacante. « El establecimiento de las nuevas misiones y los progresos de las antiguas obligan á una visita diocesana no interrumpida. Como monseñor Fenwick habia estado ausente de Cincinnati casi un año entero, me rogó que volviese á empezar la visita; é yo partí en efecto primero para Nueva-York, á donde acompañé los dos jóvenes salvajes que han entrado ya en el colegio de la propaganda

de Roma. Apénas habia yo visitado algunas congregaciones cuando monseñor, á causa de una cruel enfermedad que habia venido á añadirse á la que le afligia ya, me llamó cerca de sí. Él habia partido de Cincinnati en el mes de Junio, y nosotros nos encontrábamos en S. José, centro de la diócesis. Despues de haber recibido de su propia boca todas las instrucciones que teníamos que seguir despues de su muerte, tomé yo el camino de Cincinnati; y el virtuoso obispo por el deseo de morir en medio de sus trabajos apostólicos volvió á tomar el curso de las misiones, recorriendo una extension de mas de dos mil millas. En estas misiones las dificultades se tocan unas con otras: todo el mundo implora la asistencia del obispo; todos desean tener iglesias, y los misioneros quieren vivir. Mucho bien se ha hecho aun en esta última mision episcopal: sobre los lagos asistió á los moribundos atacados del cólera, y de este mismo mal cayó enfermo en el salto de *Santa María*, cerca del lago Superior. En Michilimakinac se desesperaba de su curacion. No pudiendo ya visitar á Bahía-Verde, envió allí al abate M. Jean-jean, que habia tenido el gusto de acompañar al buen prelado en su última mision. Visitó aun personalmente el Árbol-Corvo, y su corazon se llenaba de consuelo en vista de los progresos que esta mision floreciente continúa haciendo. Á su vuelta del Estrecho monseñor encontró al abate Richard atacado del cólera, del cual murió pocas semanas despues. Monseñor recorrió tambien las estaciones del Este, las mas distantes de la diócesis, y volvió á Canton agotado de fuerzas, y allí fué cuidado con particular solicitud. El 25 de Setiembre celebró la Misa y escribió dos largas cartas para instruirnos sobre muchos puntos. Al llegar el carruaje á la puerta de su casa cerró sus cartas y las selló; subió al coche, y á la mañana siguiente á la misma hora estaba ya enterrado. Vióse obligado á detenerse en Wooster, á treinta millas de Canton, y allí murió del cólera. Por donde quiera que pasaba decia que aquella era su última visita. En la carta que me escribió (M. Rezé es quien habla) me decia que él visitaria tambien (*Deo volente, quia*, añadia, siguiendo su costumbre, *homo proponit sed Deus disponit*) dos ó tres congregaciones cerca de S. José por término de su visita, y que despues regresaria á Cincinnati porqué las fuerzas le faltaban. Nunca he estimado ni amado tanto á nadie como á monseñor Fenwick, porqué era el mejor y mas santo varon que pueda verse, por cuyo motivo esta pérdida me cuesta tantas lágrimas y tantos suspiros.» Ved ahí como un diario de Cincinnati anuncia la muerte de este prelado: «El triste color de nuestros vestidos es una muy débil señal del amargo dolor de que están llenos nuestros corazones. Nuestro venerable y querido pastor ha ido ya á recibir el premio de sus trabajos y de sus fatigas: ya no nos queda de él mas que el recuerdo de su mérito, el ejemplo de sus virtudes y el perfume de su santidad. — Murió. — ¡Eduar-

do Fenwick ya no existe ! ¿ Qué se ha hecho aquel cuya sonrisa de aprobacion estaba siempre para alentarnos , cuyo corazon simpático participaba de todas nuestras penas y cuyos sabios consejos eran el faro luminoso y protector que nos guiaba en el viaje ? ¿ En dónde está aquel á quien con tanto placer contemplábamos nosotros postrado ante las aras de su Dios ? ¿ á quien se encontraba siempre donde quiera habia necesidades y miserias que socorrer, al pie del lecho de los enfermos ó al lado de los afligidos , y á quien el salvaje de los bosques veia llegar á su miserable cabaña con palabras de misericordia y con tesoros de bendicion ? ¡ Ah ! ¡ aquel semblante en el cual respiraba la mas ardiente bondad yace helado por el invierno de la muerte ! ¡ aquel corazon ha cesado de latir á impulsos de la alegría , de la esperanza , del amor de la humanidad ! Aquel astro se extinguió , y los frios y húmedos gases de los valles se han agolpado sobre aquella majestuosa y veneranda figura. Si algo puede endulzarnos un poco el pesar desgarrador que nos ha causado su pérdida , es la esperanza consoladora de que si nos ha dejado es para ir á gozar de la eterna felicidad , que aguarda al justo en el seno de su Dios , en aquella mansion celestial hácia la cual dirigia todos sus deseos y en donde estaban todos sus tesoros. El dolor que nos agobia no nos permite extendernos en este momento acerca de su carácter y de sus virtudes ; mas en todo el curso de la peregrinacion de nuestra vida su memoria será para nosotros un objeto delicioso de reconocimiento y de meditacion. » Ahora nos limitarémos á dar algunos pormenores acerca del curso de su enfermedad. Regresaba de Canton , en el condado de Stark , despues de haber dado una larga y penosa vuelta á los confines mas distantes de su inmensa diócesis , durante la cual se consolaba de los sufrimientos que minaban su constitucion y de las fatigas que agobiaban sus fuerzas , contemplando los frutos de su caridad y de su ilustrado celo. La epidemia que desolaba á la sazon aquel pais vino á detener el curso de su vida y á terminar su carrera mortal en Wooster , en el condado de Waina. Dejemos á una persona que debia acompañarle hasta á Cincinnati el cuidado de referir sus últimos padecimientos. « Wooster 26 de Setiembre de 1832. El reverendo obispo é yo dejamos á Canton ayer al mediodía. Lamentábase de su flaqueza y de la disentería que , segun aseguraba él mismo , no le habia dejado de seis semanas. Á las cuatro se dolió fuertemente de una contraccion ó calambre , de lo cual tuvo dos ó tres violentos accesos en el coche. Llegamos aquí al ponerse el sol : tomó una taza de té y fué á acostarse pasado un cuarto de hora : ántes de las once de la noche teníamos á su lado dos médicos , é ya perdimos las esperanzas de salvarle. Le dije que escribiria á M. Henny por el mismo coche que volvia á Canton á las dos. Advertidle , me contestó , que traiga consigo al Santisimo Sacramento y los santos Óleos ; bien que mucho me temo el haber muerto ántes de su

llegada. Al efecto hice partir al postillon dos horas ántes de lo que debia hacerlo. Como monseñor tenia algunas comisiones para el señor Galegher, le envié á buscar aquella misma mañana. Los médicos se retiraron muy alarmados de su situacion. Quedé absolutamente solo con él por la mañana; le pregunté si me conocia, y me respondió que no. Aproveché un momento en que se volvió hácia mí para decirle quien era. Habiéndome puesto á orar y á rezar las letanías ó algunos versículos de los salmos con el fin de excitar en él alguna emocion, ha exclamado de repente abriendo los brazos: ¡Venid, vamos al Calvario! Ved ahí las únicas palabras que han salido de su boca desde que salió el sol. Ahora son las diez: respira con bastante facilidad, pero tanto en lo moral como en lo físico parece hallarse en un estado de insensibilidad completa. Ha sido tratado por los doctores Cólter y Bissel de esta ciudad, que le han prodigado los mayores cuidados, y que han pasado la noche á su lado conmigo y el negro que yo tenia para ayudarme: frotábanle las piernas cada cual á su vez para temperar el efecto de los calambres: de rodillas arriba le hemos envuelto con flanela rociada con espíritu de vino: sus piernas desde las rodillas no formaban mas que un vejicatorio durante todo el tiempo de su violento calambre, que ha durado cerca de cinco horas. ¡Oh! de que dolor me sentia traspasada el alma cuando oia exclamar á la huéspeda al entrar: « ¡Y bien! ¡ese hombre que ha administrado á tantos moribundos, no tendrá nadie que pueda administrarle á su vez! » Sin embargo, espero que vivirá hasta la noche, y de seguro M. Henny habrá llegado. Tal vez el estado letárgico en que se halla sea debido á la grande cantidad de opio que esta noche ha bebido. Pero la opinion de todos es que nada hay que esperar. » Se supo despues que habló aun una vez, pero fué para responder á una pregunta que se le hacia, que ya no tenia que ocuparse en negocio alguno de este mundo. El siguiente correo trajo á Cincinnati esta noticia dirigida por el Rdo. M. Henny del Canton. « Wooster 24 de Setiembre de 1832. — Mi caro amigo: Miss Powell os ha participado la terrible enfermedad de nuestro buen obispo. Quédame un doloroso deber, cual es el de comunicaros las consecuencias. ¡Ya no existe! Murió ayer miércoles al mediodía y fué enterrado inmediatamente. Yo mismo he tributado los últimos deberes á sus despojos mortales. *Requiescat in pace.* — M. Henny. — *(Telégrafo católico.)* La muerte de monseñor Fenwick habia sido precedida de algunos dias por la de M. Richard. » Nos hemos detenido en algunas minuciosidades acerca de los hechos y la muerte de este prelado, tanto para dar una idea ya que lo permitia la oportunidad de los incesantes desvelos, frutos inmensos y heróica constancia de la grande obra de la propagacion de la Fe, que viene á ser el admirable apostolado de nuestro siglo, como para tributar un homenaje debido de interes y de reconocimiento á las altas vir-

tudes y hasta al género de muerte de uno de los muchos misioneros que se consagran sin temor de peligro alguno y sedientos de caridad á extender sobre la tierra el imperio de la Cruz y á conquistar almas para Jesucristo: ambicion santa, martirios multiplicados y obras de alta virtud que tal vez detienen el brazo de la ira de Dios sobre un mundo ingrato, olvidado y corrompido. —J. R. C.

FEO (F. Antonio) portugues, del Órden de PP. predicadores en el monasterio de la ciudad de Lisboa, varon muy versado en las Sagradas Letras y uno de los buenos talentos de su tiempo. Murió en 1627 de cincuenta y cuatro años de edad. Escribió en portugues: 1.°: *Tratados cuadragesimales de la Pascua*, Lisboa, imprenta de Jorge Rodriguez, 1612, en folio; traducidos al castellano por Tomas Antillon de Albarracin y por Francisco Morago, del Órden de la Merced redencion de cautivos en Castilla, cuyas versiones se imprimieron, Lérida, 1613; Valladolid, 1614, en folio. 2.°: *Sermones de Nuestra Señora*, Lisboa, 1615, en folio. 3.°: *Tratados de las fiestas y Vidas de los Santos*, divididos en dos partes, Lisboa, imprenta de Pedro Craesbek, 1612 y 1615, en folio; traducidos al castellano por Alfonso Mexía Galeote, Beza, imprenta de Mariano Montoya, 1617, en folio. 4.°: *Sermones de los Santos Apóstoles y de la Santa Cruz*.—J.

FERAUD, Feraldo ó Ferrando (Raymundo) poeta del siglo XIII. Descendia de la antigua casa de Glandéves en la Provenza. Juan Nostradámus dice que escribia bien y muy doctamente en la lengua provenzal toda clase de versos rimados, y que la reina María condesa de Provenza prendada de su ingenio le llamó á su córte. Feraud pasó sus años juveniles en medio de la disipacion y de la corrupcion de costumbres. Se apasionó de la dama de Curban, uno de los presidentes de la córte de amor en el castillo de Romanin, la robó y vivió con ella escandalosamente durante algunos años. Mas luego reconociendo sus faltas pidió de ellas perdon á Dios, y se retiró al monasterio de Lerins del que la reina María su bienhechora le dió el priorato. No se contentó solamente con haber abandonado el mundo y sus placeres; aun hizo mas: convirtió á la compañera de su libertinaje, la cual tomó el velo de monja, quemó ademas sus versos amorosos con los cuales corrompia la juventud, y se entregó á una vida retirada y contemplativa. Su biógrafo refiere que Feraud á instancia de Roberto conde de Provenza tradujo varios libros en rima provenzal, y compuso muchos poemas en su elogio cuando fué coronado rey de Sicilia. La única obra que nos queda de Feraud es la *Traduccion en versos provenzales de la Vida de S. Honorato primer abad y fundador de Lerins*. La copia que presentó el autor á la reina María se conservaba en el precioso gabinete de Cámbis-Velleron, en Aviñon, y otras dos copias en la biblioteca imperial. Feraud murió en Lerins en 1300.—O.

FERAUD (Francisco) jesuita, célebre gramático. Nació en Marsella en 17 de Abril de 1725; estudió en el colegio de Belzunce, y habiéndose hecho acreedor al aprecio y admiracion de sus maestros, no halló la menor dificultad en ser admitido en el Órden de S. Ignacio de Loyola cuando apénas habia cumplido los diez y siete años de edad. Despues del noviciado fué enviado á Besánzon, donde profesó los elementos de la lengua latina y la retórica, adquiriéndose la reputacion de hábil profesor. Confiáronle luego la vigilancia y cuidado de los jóvenes profesos á los cuales enseñó la retórica y la filosofía. Dedicóse muy particularmente al estudio de las lenguas, y su *Diccionario gramatical de la lengua francesa* hubiera bastado para darle á conocer de un modo ventajosisimo si su modestia no hubiese sido un obstáculo para poner su nombre al frente de esta obra. Despues de la supresion de la Sociedad á la cual pertenecia se retiró al condado de Venaissin donde obtuvo sin embargo poco despues el permiso de regresar á su patria, y allí vivió casi enteramente ignorado compartiendo el tiempo entre el ejercicio de sus deberes como á religioso y las ocupaciones literarias que él mismo se habia creado, ó las que le daba la academia de Marsella de la cual era uno de los individuos mas distinguidos. Por fin sobrevino la desastrosa revolucion de Francia, y entónces emigró con otros muchos compañeros de infortunio. De regreso á Francia hácia fines del año VI (1798), se consagró enteramente al servicio de los altares, casi enteramente abandonados por falta de sacerdotes; y á pesar de ser de edad muy avanzada hizo con tanta asiduidad como buen éxito varias conferencias religiosas en la iglesia de S. Lorenzo de Marsella. Nombróle la segunda clase del instituto miembro correspondiente; lo que no dejó de sorprehenderle atendido á que nunca pensó en solicitar un puesto para cuyo desempeño se consideraba indigno. Murió este virtuoso jesuita en Marsella en 8 de Febrero de 1807 á la edad de noventa y dos años. Tenemos de él: 1.°: *Diccionario gramatical de la lengua francesa*, Aviñon, 1761, en 8.°; cuarta edicion considerablemente aumentada, Paris, 1786, dos tomos en 8.°. Esta obra, dicen los redactores de la *Biblioteca de un hombre de gusto*, es uno de los mejores repertorios publicados en el último siglo. En ella están expuestos los principios de la gramática en el órden mas claro y el mas cómodo que pueda desearse; pero como el autor apénas vivió en Paris, no debe sorprehendernos que sus notas sobre la pronunciacion no participen todas ellas de una misma justificacion. 2.°: *Diccionario crítico de la lengua francesa*, Marsella, 1787—88, tres tomos en 4.°: obra capital y en la cual se encuentra sobre un gran número de dificultades varias soluciones que en vano se buscarán en el *Diccionario de la academia francesa*. Domergue la criticó vivamente en su *Diario de la lengua francesa*, pero esto no ha impedido el que sea muy estimada y buscada de los extranjeros. El autor

supo evitar la prolijidad y el mal gusto de los diccionarios de Furetiere, de Richelet y de Trevoux, y reune ademas sobre el de la academia la ventaja de apoyarse siempre en la autoridad de los mejores escritores franceses, en lugar de dar por ejemplos frases hechas ex-profeso. Con relacion á estos extremos, no hay ni un diccionario frances que se acerque tal vez tanto á los diccionarios tan estimados de Johnson, de la Crusca y de la Academia española. Las numerosas adiciones y correcciones que Feraud habia preparado á los tres tomos en 4.° le habian dado materia para una nueva edicion; pero como la primera no llegó á agotarse quedaron estos trabajos manuscritos. Es de advertir que si en Francia no tuvo la salida que era de esperar segun su mérito, puede atribuirse á la concurrencia del *Diccionario de la academia* que formaba una autoridad mas imponente, y á un gran número de Diccionarios compendiados que se publicaron despues en un tamaño mas cómodo. Feraud cooperó con su cofrade el P. Pezénas á la traduccion del inglés del *Nuevo diccionario de ciencias y de artes* de Th. Dyche, Aviñon, 1753—54, dos tomos en 4.°. Esta obra de la cual el *Manual Lexicon* del abate Prevost no era mas que un compendio apareció otra vez con un nuevo frontispicio bajo el título de: *Enciclopedia francesa, latina é inglesa*, ó *Diccionario universal de ciencias y de artes*, Lóndres (Lyon, J. M. Bruyset), 1761. Feraud se habia ocupado tambien con mucha detencion de un *Tratado de la lengua provenzal*, del cual no quedaron mas que fragmentos informes de resultas de haber perdido sus manuscritos y todos sus efectos á la evacuacion de Niza por haber rehusado prestar un juramento que repugnaba á su conciencia, y que le obligó á huir momentáneamente de su patria y buscar un asilo en Ferrara y en otras ciudades de los Estados Pontificios. M. Casimiro Rostan de la academia de Marsella dió una *Noticia literaria* sobre J. F. Feraud en el *Almacen enciclopédico* de 1808, tom. IV, pág. 134.—E. A. U.

FERIA (F. Pedro de). Se le llamó así del nombre de la ciudad donde nació. Abrazó el Órden de Santo Domingo en la provincia de Méjico, y desde allí pasó en calidad de prelado ó general de la misma Órden á la isla de Quio. Escribió un *Diccionario de la lengua zapotea*. Agustin Dávila al fin de la *Historia de la provincia de Méjico del Órden de predicadores* dió á la obra de Feria el título de: *Confesionario zapoteo:* bien que podria ser otro tratado escrito por el mismo Feria. Murió este religioso en el año 1588 segun afirma Egidio González Dávila, cronista del Rey, en su obra titulada: *Teatro judicæ Ecclesiæ*. — J.

FERLET (El abate Edmo). Nació á mediados del siglo XVIII; recibió una educacion esmerada; profesó las bellas letras en la universidad de Nancy; fué nombrado subsecretario del arzobispo de Paris, cuyo empleo desempeñó al lado de Beaumont y despues de Juigné; y nombrarónle por último canó-

nigo de S. Luis del Louvre, cuyos cargos desempeñó hasta la época de la revolucion. Como que su carácter y sus costumbres convenian muy poco con las ideas de aquella desastrosa década, se vió separado de todo, y por gran fortuna vivió enteramente ignorado; pero por fin en 1801, cuando el concordato, se vió reinstalado en calidad de secretario del arzobispo. Murió en Paris en 28 de Noviembre de 1821. Tenemos de él: 1.°: *Sobre el bien y el mal que el trato de las mujeres ha ocasionado á la literatura*: obra premiada por la academia de Nancy, 1772, en 8.°; impresa á continuacion de un discurso del caballero de Solignac pronunciado en nombre de la academia. 2.°: *Del abuso de la filosofía con relacion á la literatura*, Nancy, 1773, en 8.°. 3.°: *Elogio del caballero de Solignac, secretario del gabinete del difunto rey de Polonia*, Lóndres y Paris, 1774, en 8.°. 4.°: *Oracion fúnebre de M. de Beaumont arzobispo de Paris*, 1784, en 8.°. 5.°: *Observaciones literarias, críticas, políticas, militares, geográficas, etc. sobre las Historias de Tácito con el texto latino corregido*, Paris, 1801, en 8.°, dos tomos y un tomo en 4.° con láminas. 6.°: *Respuesta á un escrito anónimo titulado: Aviso á los lectores sin parcialidad*. Este aviso era una crítica de las observaciones sobre Tácito, Paris, 1801, en 8.°. Se atribuyen tambien al abate Farlet: *Reflexiones á una carta dirigida* (por el abate Masillon) *al obispo de Senéz* (M. de Beauvais) *con motivo de su oracion fúnebre de Luis XV*, Lováina (Paris), 1776, en 8.°.—O. R.

FERLITO (Juan Bautista) religioso carmelita calzado. Fué su patria la ciudad de Palermo, capital de la isla de Sicilia. Hizo grandes progresos en los estudios, sobresaliendo en la sagrada teología, á que se dedicó con particular esmero, y en cuya facultad alcanzó la borla de doctor. Ejerció con honor el cargo de lector de lógica en el gran colegio de Pisa, fué provincial de la provincia de Inglaterra, y despues consejero y teólogo del rey católico Felipe II. En todos estos empleos manifestó gran habilidad y prudencia, captándose el aprecio universal por su singular probidad, excelente ingenio, erudicion y sobre todo por su eminente virtud. Floreció por los años de 1592, en cuya época escribió: *Lucubrationes theologicæ et philosophicæ*. Hacen de él honorífica memoria Pedro Lucio, José Falco, Luis Jacob, Pablo de todos los Santos y otros. — S.

FERLUS (Francisco) director de la escuela de Soreze. Nació en 1748 en Castelnaudary; entró en la congregacion de S. Mauro y en breve se distinguió por su amor al estudio. Gozaba ya de buena reputacion como á literato, cuando aconteció la supresion de los jesuitas. Habiéndose confiado en esta época una parte de la educacion que hasta entónces habia corrido á cargo de aquellos á los benedictinos, Ferlus desempeñó varias cátedras de bellas letras y de filosofía en diferentes colegios. Sobrevino la revolucion de

Francia, y habiendo prestado Ferlus el juramento exigido á los eclesiásticos, algun tiempo despues volvió á abrir en Soreze una escuela cuya reputacion en el mediodía de la Francia creció de un modo asombroso por el gran número de distinguidos discípulos que por sus bellas prendas hicieron honor al establecimiento, debido á los desvelos del barnabita. En 10 de Junio de 1791 presentó Ferlus á la Asamblea constituyente un *Proyecto de educacion nacional*, que mereció la aprobacion de los legisladores, y que cuando se imprimió obtuvo unánimes aplausos. Soreze fué el único establecimiento de instruccion respetado por el terror, y continuó siendo un asilo abierto á todos los literatos; y muchísimos fueron los que debieron la vida á la humanidad de Ferlus, que nunca dudaba en comprometerse cuando se trataba de prestar algun servicio á los perseguidos y proscritos. Esta conducta en aquellas críticas circunstancias no solo le disculpa de haber seguido en la apariencia los principios revolucionarios, sino que forma hasta cierto punto su apología. Poco faltó para que en 1796 aquel establecimiento que hasta entónces habia sostenido á costa de mil fatigas y sacrificios sufriese un terrible golpe; pero tuvo la fortuna de encontrar en el consejo de los quinientos defensores que lograron salvarle de su ruina. Cuando se creó el instituto Ferlus fué nombrado correspondiente por la clase de ciencias morales. Este hábil preceptor murió en Soreze en 11 de Junio de 1812. Independientemente del *Plan de educacion* que hemos indicado ya, Ferlus es autor de muchos *Discursos*, y de algunas composiciones dramáticas, de las cuales no conocemos mas que una de impresa titulada: *Caseno y Zame* ó la *Libertad de los negros:* drama en tres actos y en prosa, Revel, un tomo en 8.°. Fué reemplazado en la direccion de su escuela por su hermano Domingo Raymundo Ferlus. — O.

FERMESTA ó Phermesta, hijo séptimo de Amán, enemigo de los judíos. En el cap. IX de Esthér, donde habla de cuando los judíos en todos lugares en donde se hallaban quitaron la vida á sus enemigos y puesto en horcas los diez hijos de Amán instituyó Mardoqueo perpetuamente el dia solemne de Ferim ó *de las suertes*, versículo 7.°, se cita entre los muertos á Fermesta. Esta matanza aconteció en el año del mundo 3496, ántes de Jesucristo 504, ántes de la era vulgar 508. — J.

FERMIN (S.). Era abad de un monasterio de camaldulenses en el territorio de Amiens. Son muy escasas las noticias que tenemos de este Santo. El Martirologio romano en 11 de Marzo no hace mas que citarle; se sabe únicamente que fué varon admirable en santidad, y que vivió ántes que S. Pedro Damian, quien le propone como á modelo de religiosos. — U.

FERMIN (S.) mártir. (Véase Oroncio (S.) mártir.

FERMIN (S.) obispo y mártir, á quien otros llaman Firmio ó Firmo,

primer obispo de Amiens. Nació en Pamplona en el reino de Navarra. Su padre era un senador que gozaba de las mas altas consideraciones, ya por el distinguido lugar que ocupaba en la sociedad, é ya por sus bienes de fortuna. Este ilustre varon dió á su hijo una educacion cual correspondia á su clase, y sabiendo Fermin aprovecharse de ella debió á su constancia y á sus bellas disposiciones salir muy aventajado en virtud y en letras; porqué no fiándose de sus propias fuerzas se colocó al lado de un sabio preceptor, del célebre S. Honesto, quien le instruyó en las verdades de la Religion y le fortificó con las aguas regeneradoras del Bautismo. Sintióse inclinado al estado eclesiástico, y debió mas á su grande piedad, que al lustre de su cuna el ser elevado á la dignidad de obispo de la misma ciudad que le vió nacer; pero el rebaño que la Divina Providencia confiaba á este solícito pastor era muy reducido si ha de compararse con el ardiente deseo que le animaba para la propagacion de la fe. Principió, pues, su mision apostólica con inconcebible actividad, derramando en todas partes el bien con el don de la divina palabra que poseia en alto grado. No se contentó con recorrer los pueblos de su diócesis, trepó los montes, pasó á Francia y fijó particularmente su atencion en la Galia Lugdunense, logrando los mas señalados triunfos y dando cada dia nuevos hijos á la Iglesia. Habiendo pasado á una ciudad llamada entónces Belbaco, (Beauvais) situada en el mismo territorio, el presidente Valerio mandó prenderle y azotarle cruelmente en odio al cristianismo; en términos, que habiéndole dejado ya por muerto le arrojaron á un obscuro calabozo, creyendo sin duda el tirano que dejaba completada su obra de iniquidad; pero afortunadamente se engañó. El amor que habia inspirado en el corazon de cuantos habian tenido la dicha de oir por sus labios la divina palabra, habia echado ya profundas raices. Fermin contaba con un gran número de verdaderos amigos; y estos indignados de lo que se habia hecho con el Santo se amotinaron, corrieron á la cárcel, y le pusieron en libertad. Fermin continuó el curso de sus predicaciones con inextinguible celo, logrando en corto espacio de tiempo convertir y bautizar á todos los moradores de dicha ciudad, donde edificó un gran número de iglesias. Trasladóse despues á la ciudad de Amiens, y allí en solos cuarenta dias logró reducir á la fe del Crucificado á mas de tres mil personas. Gobernaban aquella ciudad los presidentes Longinos y Sebastian, quienes pretendiendo distinguirse por sus crueldades, y observando el prodigioso aumento que experimentaba la religion cristiana, prendieron inmediatamente á Fermin, y á fin de evitar el lance que habia acontecido en Belbaco le mandaron degollar secretamente en la cárcel en 25 de Setiembre del año 303. Fermin voló á la eternidad coronado con la aureola del martirio, miéntras que los de Belbaco ó Beauvais indignados y deseosos de vengar la muerte de su apóstol y padre espiritual quitaron la vida al infame Sebastian. Longí-

nos debió su salvacion á la fuga. El cuerpo del glorioso mártir fué sepultado honoríficamente por Faustiniano, senador, padre de S. Fermio obispo de Amiens, á quienes el mismo Fermin habia convertido á la fe. Con el transcurso de los siglos perdióse la memoria del lugar donde habia sido sepultado; pero nunca se borró la imágen de aquel varon apostólico que lleno del espíritu de Dios habia obrado durante su vida y aun despues de su muerte grandes y señalados portentos. Así es que muchos fueron los obispos de Amiens que se empeñaron en buscar sus preciosas reliquias; pero en vano porqué este feliz hallazgo estaba reservado al obispo Cilvio quinientos años despues de inútiles investigaciones. Habiendo llegado á su noticia que S. Fermin habia sido sepultado en una iglesia dedicada á la Virgen Santísima, oró fervorosamente, derramó abundantes lágrimas, y por último reunió al pueblo al rededor de sí y le exhortó para que le ayudase en su santa empresa; de lo que resultó que movido Dios por la piedad de aquel santo pastor accedió á sus súplicas descubriéndole milagrosamente lo que tanto anhelaba, y en la octava de la Epifanía se verificó su traslacion con toda la pompa digna de los restos de tan esclarecido varon. Su cuerpo, que mas adelante habia sido depositado en Pequigny, fué trasladado á S. Dionisio por órden de Dagoberto I. La relacion de esta piadosa ceremonia hecha por un autor contemporáneo se insertó en el *Apéndice* de las obras de Guiberto, abad de Nogent. Varios son los autores que han escrito de la vida de este célebre español, entre los cuales citarémos á Beda, Usuardo, Adon, Pedro de Natálibus, *in Catalogo sanct. lib. VIII, cap. CXIX;* Trujillo *in Thesauro concionatorum,* tomo II; Moráles *in Chronic. Hispan, lib. IX, cap. V;* el Martirologio romano en 25 Setiembre, y Baronio en sus Anotaciones y en el tomo II de sus *Anales*, año 303, núm. 130. Vicencio Burgundio belovacense *in Speculo majori*, tomo IV, lib. XVI, cap. XCI, trata de su invencion y traslacion, extendiéndose en varios pormenores todos milagrosos y tan extraordinarios, que si la descripcion fuese hecha con aquel gusto que exige el bien decir podríamos graduarla de poética; pero ¿qué nos importan á nosotros estos pormenores? ¿acáso no sabemos que Fermin fué un español, un sabio, un Santo? Estas noticias nos bastan para que le tributemos la veneracion debida á los siervos de Dios. La iglesia de Amiens celebra el recuerdo de su traslacion con toda solemnidad, y la iglesia y la ciudad de Pamplona le cuentan como á hijo suyo, como á su obispo y como á su patron. — G.

FERMIN (S.) obispo y confesor, citado en el Martirologio romano en el dia 18 de Agosto. Fué el onceno obispo de Metz, consagrado por el papa S. Simaco. Dícese que asistió en varios concilios; que hizo dos viajes á Roma para tratar de varios asuntos sobre disciplina; que sufrió muchas persecuciones y trabajos por la fe católica; y que combatió con inextinguible celo

la herejía. Murió en santa paz el 18 de Agosto del año 496. Escribió un libro de *Sacrificio Missæ*. — O. R.

FERMIN (S.) obispo y confesor. Nació en la Galia narbonense y á los doce años de edad pusiéronle sus piadosos padres, que eran gente muy distinguida en aquella época, bajo la tutela de un tio suyo obispo de Usez. Fermin al paso que se mostró sumamente dócil á las mas leves insinuaciones de su preceptor, desplegó un carácter tan dulce, tan afable y unos conocimientos tan extensos en las Sagradas Letras que bien pudo vaticinarse desde entónces que llegaria á ser una de las principales lumbreras de la Iglesia. Tan adelantado en la ciencia de la virtud como en la de las letras, ántes de haber cumplido la edad prevenida por los cánones fué ordenado de sacerdote. Murió poco tiempo despues el obispo, y cuando Fermin lloraba aun sobre sus cenizas supo con sorpresa que el pueblo y el clero le habian elegido para suceder á su ilustre preceptor. Aquel, pues, sin duda alguna fué el momento mas terrible de su vida. No contaba mas que veinte y dos años, y en edad tan temprana se veia investido de una dignidad que juzgaba superior á sus fuerzas. Sin embargo, apénas se vió al frente de su rebaño desplegó un celo tan extraordinario que acompañado de su humildad, de su candor y de su sabiduría le hizo en breve acreedor á los gloriosos timbres de padre, de sabio y de Santo. Conocióse desde luego que su eleccion habia sido inspirada de Dios para la felicidad del numeroso rebaño que estaba bajo su cuidado. Asistió en los concilios cuarto y quinto de Orleans celebrados en los años 541 y 549 y en el de Paris en 551. En el primero se hicieron treinta y ocho cánones que fueron firmados por treinta y ocho obispos presentes, por los ausentes y por once presbíteros y un abad. El mas notable es el treinta y tres que dice: que el que quiera tener una parroquia en su territorio debe darla primeramente renta suficiente y clérigos para servirla; y la disposicion de este cánon se mira como el orígen de los patronatos; hay otros que prohiben á los seglares quitar los bienes dados á la Iglesia, y á los eclesiásticos el enagenarlos. El de 21 de Octubre de 549 se juntó á instancias de Childeberto rey de Francia, en el cual asistieron cincuenta obispos y veinte y un diputados que promulgaron veinte y cuatro cánones. El primero de estos cánones condena los errores de Eutíques y de Nestorio: el segundo dispone que no se dé á un pueblo un obispo que no quiera, ni que se obligue al pueblo ni al clero á sujetarse á él por la opresion de personas poderosas porqué de otro modo el obispo así ordenado por simonía ó por violencia será depuesto: de lo que se desprende que la libertad de las elecciones se disminuia desde el dominio de los bárbaros. Finalmente, en el de Paris celebrado en 551 se depuso á Saffarac, obispo de aquella diócesis por un delito considerable, ordenando á Eusebio en su lugar. La reputacion de S. Fermin iba

aumentando á medida que se le presentaban ocasiones para defender los intereses de la Iglesia. No habia pastor que fuese mas amado de sus ovejas, porqué no existia quien le aventajase en las prácticas de la virtud y en las buenas obras. Este excelente prelado murió en santa paz despues de un pontificado de quince años en 11 de Octubre del año 553 á los treinta y siete de su edad en la misma ciudad de Usez, en el Languedoc. El Martirologio romano le menciona en el mismo dia 11 de Octubre. — J. M. G.

FERMO (Tomas) religioso del Órden de Santo Domingo, así llamado del lugar de su nacimiento. Fué creado general de su Órden en 1401 en Udina en la época del cisma por aquellos que obedecian á Bonifacio IX. Segun se asegura trabajó con extraordinario celo para mantener la disciplina regular, de lo cual dejó pruebas evidentes en las actas de los seis capítulos generales que se celebraron bajo su presidencia. Asistió en 1409 en el concilio de Pisa donde fué elegido papa Alejandro V, que fué reconocido por una parte de las dos obediencias, y desde el año siguiente los dominicos de Francia se sometieron á Tomas de Fermo. Sin embargo, el papa Gregorio XII le opuso á Hugo de Camedino, que retuvo una parte de los conventos de Italia en calidad de vicario general. El papa Juan XXIII reconociendo el mérito de Tomas le eligió para que negociase la paz entre los florentinos y los genoveses, y acababa de concluir felizmente esta negociacion cuando murió en 27 de Abril de 1413. — J.

FERMOSELDO (Juan Pedro) cuyo apellido deriva tal vez del pueblo de Hermosilla. Tomó el hábito del Órden de S. Francisco. Estudió con aprovechamiento y se hizo acreedor al aprecio de sus cofrades. Finalmente, fué prefecto de su Órden: estas son las únicas noticias que tenemos de él. Compuso una obra que tituló: *Logicalium terminorum rationem, sophisticis quibusque rescissis.* Item. *Tractatus argumentationum et solutionum in totam Francisci Titelmani dialecticam*, Sevilla, imprenta de Martin de Montesdoca, 1555, en 4.°. — U.

FERMOSINO (Nicolas Rodríguez de). Nació en el lugar de la Mota de Toro, en Castilla la Vieja. Emprendió con constancia y aplicacion el estudio de las letras divinas y humanas, y abrazó el estado eclesiástico. Graduóse de doctor en ámbos derechos; fué canónigo penitenciario de la santa iglesia de Valladolid y fiscal en las causas de fe en aquella curia, cuyos cargos desempeñó con celo, actividad y prudencia; desplegando tan grande caudal de doctrina que dejó pasmados á cuantos intervinieron en los negociados que tuvo bajo su direccion. Por último fué promovido á la dignidad de obispo de Astúrias en 5 de Junio de 1662, y murió colmado de merecimientos en 22 de Enero de 1669. Escribió: 1.°: *Super secundum librum decretalium*, tres tomos. El primero sobre el título *de Judicis*, Leon, imprenta de Felipe Bor-

de y socios, 1656, en folio. El segundo sobre el título *de Foro competenti*, impreso en el mismo lugar y en el mismo año. El tercero versa sobre los demas títulos del tratado XV del mismo libro, Leon, 1677, en folio. 2.ª: *Allegationes fiscales, seu de confiscatione bonorum in S. officio inquisitionis*, dividido en dos partes, y otra tercera titulada: *Quæstionum pro S. Officio*, Leon, imprenta de Horacio Boissat y Jorge Romeus, 1663, en folio. 4.ª: *De officiis et Sacris Ecclesiæ, à Tit. de Postulatione Prælatorum usque ad titulum de officio Vicarii*, en la misma imprenta, 1662, dos tomos en folio. 5.ª: *De probationibus*, Leon, 1662, dos tomos en folio. 6.ª: *De legibus ecclesiasticis*, Leon, 1662, en folio. 7.ª: *De potestate capituli sede vacante, et sede plena*, Leon, 1666, en folio.—O.

FERNAND ó FRENAND (Cárlos) á quien Moreri y otros biógrafos llaman equivocadamente *Fernando*. Nació en Boúrges, en el siglo XV, de una familia distinguida, pero pobre en bienes de fortuna, ó á lo ménos no muy rica. Despues de haber estudiado con grande aprovechamiento enseñó ante todo la teología, la filosofía y las bellas letras en la universidad de Paris, cuyas ciencias poseia en alto grado, así como la música. Luis XI estaba tan prendado de sus bellas circunstancias que le continuó, segun Naudé, en el número de sus pensionarios. Tritemio, Auberto Lamire, Posevino, Valerio Andres y todos los que les han copiado, han cometido un error suponiendo que Fernand era ciego de nacimiento. Ni en sus escritos, ni en el gran número de cartas que dirigió y que recibió de varios sugetos se indica la mas leve circunstancia que pueda dar á sospechar que real y efectivamente era ciego. Disgustado de la vida tumultuosa á que le conducia la carrera que habia emprendido, abandonó la córte para vestir en 1494 el hábito de monje en la abadía de Chezal-Benoit á tres leguas de Issoudun. Cambió de residencia en 1510, trasladándose á la abadía de S. Vicente de Mans, donde fué nombrado muy luego bibliotecario. Este religioso murió en 17 de Junio de 1517. Estaba en relaciones con Guillermo Bude, Santiago Lefebre, José Clichtove, Fausto Anduelini, Cárlos Bonille, José Badino, y muy unido en amistad con Roberto Gaguin, Juan Raulin y otros varios. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *Epistola parænetica observationis regulæ benedictinæ ad Sagienses monachos*, 1512, en 4.°. 2.ª: *De tranquillitate animi, libri II*, 1512. 3.ª: dos libros sobre la *Inmaculada Concepcion* en latin. 4.ª: *Conferencias monásticas dirigidas á Juan Fernand su hermano*, 1515. 5.ª: *Epistolæ familiares ad Robertum Gagumum*, en 4.°, de 28 pág. 6.ª: *Epistolæ*, Paris, 1506, en 8.° mayor. Dejó un número mucho mayor en una coleccion manuscrita de 523 hojas que contienen las obras suyas que no se imprimieron. Este manuscrito se conserva en la biblioteca de S. Vicente de Mans.—FERNAND (Juan) hermano del precedente, y como él monje de Chezal-Benoit. Dió una Vida

de S. Sulpicio Severo, obispo de Boúrges, que se encuentra en la coleccion de los Bolandos, 17 de Junio, y en las *Actas* de los Santos de la Órden de San Benito, tomo II, pág. 167. —G.

FERNAND Gómez religioso del Órden de S. Benito. Instituyó en 1170 el Órden de caballeros de S. Julian del Perero, llamado despues de Alcántara, y habiéndolo aprobado el papa Alejandro III, fué elegido el mismo Fernand Gómez primer gran maestre. Fué aprobado en 1177 y confirmado por el papa Lucio III en 1183. Fernand Gómez murió en 1200. Estas son las únicas noticias que se tienen de este religioso. La Órden de S. Julian del Perero tuvo orígen en 1155 por los desvelos de un tal D. Suero Fernández, pero Gómez Fernand la organizó; y con este motivo nos manifiesta la historia que fué un gran caballero en quien corrian parejas la piedad y el valor. El rey D. Fernando II de Leon se declaró protector decidido de la citada Órden, que como hemos indicado ya, tomó el nombre de Alcántara por haber encargado Alfonso IX en 1228 á los caballeros de S. Julian la defensa de la villa de este nombre en Extremadura, que ántes estaba confiada á los caballeros de Calatrava. Mas adelante el Rey católico unió los maestrazgos de Santiago y de Alcántara á la corona en 1495, como ántes lo habia hecho ya con los de Calatrava.—G.

FERNÁNDEZ Barroso (V. Fr. García). Natural de Toledo, hijo de D. Fernan Pérez Barroso y de D.ª Mayor. Por muerte de sus padres entró á heredar el rico patrimonio que estos poseian, y fué señor de Parla, Calabazas y otros varios lugares. Casó con Dª. Elvira de Córdoba, de la cual tuvo algunos hijos. Habiendo fallecido esta señora contrajo segundas nupcias con D.ª Guiomar de Aguilar, señora que descendia de sangre imperial y era natural de Navarra; mas habiendo enviudado otra vez abandonó Fernández para siempre el mundo, tomando el hábito de la Órden de S. Agustin en el convento de Toledo. Ante todo dispuso de sus cuantiosos bienes á favor de sus hijos, reservando una gran parte para los pobres y otra para la Iglesia. No hubo religioso mas ejemplar ni mas humilde: llamábanle sus hermanos el Santo, y bien lo merecia segun cuentan los historiadores atendido el fervor con que oraba y el solícito empeño con que procuraba socorrer á los pobres y consolar á los afligidos. Tan afable y caritativo era con los demas, como riguroso y severo consigo mismo: maceraba su cuerpo, ayunaba con muchisima frecuencia, y no dormia mas que lo preciso, porqué consideraba sin duda que el que vela mucho tiene mas tiempo para mostrarse agradecido al Dios de las misericordias. En pocas palabras: era un perfecto modelo de religiosos. Su devocion á los Santos era grande, pero mayor fué la que manifestó constantemente á la Virgen Santisima. En estos devotos ejercicios le alcanzó la muerte hácia el año 1430, contando ya la

edad de ciento diez. En el convento donde murió se veneraba muy particularmente un cuadro pintado al óleo que representaba á Ntra. Sra. de Gracia con el niño Jesus en los brazos y á un lado S. Agustin, hallándose en primer término retratado el mismo Fr. García y puesto de rodillas. Este cuadro se tenia en tan grande estima, que el obispo Balunda le consagró un altar en 1529, y mas adelante el conde de Melito señor de Almenara, D. Diego Hurtado de Mendoza, mandó fabricar otra capilla aun mas suntuosa, tomando el patronato de ella para sí y sus sucesores y dotándola y enriqueciéndola con gran liberalidad. —G.

FERNÁNDEZ DE MADRID (Alonso). Nació hácia el año 1474. Era de noble linaje. Llamábase su padre Pedro González, y contaba entre sus títulos el de hijodalgo y el de consejero de los reyes D. Juan II y D. Enrique IV. Estaba casado con D.ª María de Armunia, descendiente de una familia tan ilustre como la de su marido. Apénas salió Fernández de la infancia cuando sus padres confiaron su educacion al celo ilustrado del arzobispo de Granada D. Fernando de Talavera; y esta circunstancia por sí sola basta para dar una idea del fruto que pudo alcanzar al lado de tan insigne preceptor. Es verdad que sus bellas disposiciones anunciaban ya un genio precoz, delicado y profundo; pero tampoco cabe la menor duda que bebió en la fuente de la piedad y del saber humano, logrando con su aplicacion y solícito empeño un caudal inagotable de sólida doctrina. Abrazó el estado eclesiástico, que era el que mas se conformaba á sus inclinaciones; y en breve sus virtudes le granjearon el aprecio de cuantos llegaban á conocerle. Fué un verdadero modelo de sacerdotes, y tan cumplido que no bien principió su carrera cuando D. Francisco de Mendoza le nombró vicario general del obispado de Palencia. Sucedió despues á su tio D. Francisco de Madrid en el arcedianato del Alcor y en un canonicato de aquella santa iglesia; y en todos estos puestos se portó como quien era, como un sabio y virtuoso sacerdote. En la cátedra del Espíritu Santo pocos hubo en su tiempo que llegasen á igualarle: su elocuencia era á la vez enérgica, dulce y persuasiva; sus palabras eran la voz de la virtud que salia del íntimo de su corazon enamorado de la verdad y de la caridad evangélica; su estilo era puro, elegante y florido, acompañando todas estas circunstancias con una accion noble y majestuosa, tal como lo exigia la importancia de los asuntos que debia tratar; en una palabra: era un completo orador sagrado, y como á tal Antonio de Honcala le tributó los mas bellos elogios en su *Gramática Peopœgnia*. No fueron menores ni ménos bellos los que le rindió Erasmo, cuyo voto en la materia se ha mirado siempre como decisivo. Fernández de Madrid lleno de méritos, debidos á su sabiduría y á su piedad, murió en 18 de Agosto de 1559. Habia adornado y dotado, en el año 1545, la capilla de S. Ildefonso, que está en aquella santa iglesia en que fué

sepultado su tio, ó alguno de sus antepasados, siendo tambien en ella el lugar de su sepultura, como lo expresa una lápida de mármol negro colocada en una de las paredes del interior del templo con la siguiente inscripcion:

DON ALONSO FER
NÁNDEZ, DE MADR
IL. ARCEDIANO. DEL AL
COR. Y CAN.° EN ESTA SAN
TA. IGLESIA EN LA QUAL
RESIDIÓ. SETENTA
AÑOS. FUÉ HIJO DE PE
RO GONZÁLEZ DE
MADRIL. ADORNÓ
ESTA CAPILLA. PARA ONRA
GLORIA. DE DIOS Y DE
SUS PASADOS. QUE EN
ELLA ESTABAN. FINÓ
Á XVIII DE AGOSTO DEL AÑO.
MDLIX.

En el pie de la misma lápida hay un escudo de armas de relieve dividido en tres cuarteles; el de la derecha es una banda de plata con dos bocas de sierpes de oro sobre campo colorado; en el cuartel superior del lado izquierdo se ve un castillo de oro y cinco flores de lis de plata en campo azul; y en el inferior en campo de plata dos leones, agarradas las manos. Fernández de Madrid escribió un volúmen muy abultado que no llegó á imprimirse, cuya obra que era de gran mérito se conservaba en la biblioteca de los señores marqueses de Villena, y se dudaba si era una copia muy antigua, ó el original. Su título es el siguiente: *De la antigüedad y nobleza de la ciudad de Palencia, de sus fundaciones y destruiciones en veces diversas, y de su insigne iglesia; cosas notables que en ella hay; con los nombres de los prelados que en ella han presidido, y concurrencias señaladas en tiempo de cada uno*, dividida en dos tomos en folio. Estos fueron los que vió D. Nicolas Antonio, segun lo indica en su *Bibliotheca Hispana Nova*, tomo I, pág. 23, coluna II; y como Álvarez de Baena en sus *Hijos de Madrid*, tomo I, pág. 26, cita no mas que un solo volúmen, nada tendria de extraño que se hubiese sacado de él alguna copia. Al fin del manuscrito archivado en la biblioteca de los marqueses de Villena hay una nota concebida en los términos siguientes: *Á los 18 de Agosto de este año de 1559 murió en Palencia Alonso Fernández de Madrid, arcediano del Alcor, y canónigo de la dicha iglesia, el cual copiló con harto trabajo suyo todo lo contenido en este Memorial ó Silva; vivió casi ochenta y cinco años virtuosamente.* Se le atribuye tambien otra obra titulada:

Memorial de los tiempos. Hermano de este sabio literato era Francisco Fernández de Madrid, canónigo de la misma iglesia y sucesor de Alfonso en el arcedianato de Alcor. Francisco publicó, corrigió y anotó con grande erudicion y sabiduría la obra del Petrarca: *De próspera y adversa fortuna*. —E. A. U.

FERNÁNDEZ de Santa-Ella (Rodrigo). Era natural de la ciudad de Carmona, en la diócesis de Sevilla. Se ignora el año en que nació. Fué maestro en artes y en teología en el colegio de los españoles de Bolonia. Era excelente orador sagrado y ostentó su elocuencia y el grande caudal de doctrina que poseia en la cátedra del Espíritu Santo, durante los pontificados de Sixto IV y de Inocencio VIII, como lo dejó bien acreditado con los varios sermones que legó á la posteridad. De regreso á su patria fué notario apostólico, canónigo de la metropolitana iglesia de Sevilla y al mismo tiempo arcediano, por la reyna D.ª Isabel. Regentó con distincion la cátedra de cánones del colegio de la misma ciudad, dejando indelebles recuerdos de los grandes servicios que prestó á la juventud estudiosa; y desde su época se llamó aquel colegio de Sta. María de Jesus. Ejerció el cargo de abogado de la familia de Guzman y de la de Olivares. Algunos han querido suponer que fué confesor de los reyes católicos D. Fernando y D.ª Isabel; pero esto no queda comprobado. Finalmente, habia sido promovido al obispado de Zaragoza, cuando murió segun se dice en 1509. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *Oratio habita coram Sixto IV. Pont. Max.* (en el dia de la Preparacion), *anno 1477, de misterio crucis et Christi passione*. Principia así: *Humiliavit semetipsum etc.*, impresa en Italia. 2.ª: *Oratio habita in die Parasceves coram Innocencio papa:* manuscrito que se conservaba en la biblioteca ambrosiana. 3.ª: *Vocabularium Ecclesiasticum partim latina, partim hispana lingua scriptum, Elisabethæ reginæ nuncupatum*, Sevilla, 1499, en folio, y 1550 en 4.°; Zaragoza, imprenta de Bartolomé de Nájera, 1549, en 4.°; Toledo, imprenta de Juan de Ayala, 1559, en folio; Salamanca, aumentada y enmendada por Eustaquio Moro Cervanteo ó de Cervantes, 1561, en 4.°; Alcalá de Henáres, imprenta de Juan Graciano, 1572, en folio. 4.ª: *De ignotis arborum atque animalium apud indos speciebus, et de moribus indorum*: existia manuscrita en la biblioteca de D. Lorenzo Ramírez de Prado vicecanciller real. 5.ª: *Odæ in Divæ Dei Genitricis laudes ab eo distichis atque exposita et aperta elegantique forma carminis redditæ*, Sevilla, imprenta de Santiago Cromberger, 1504, en 4.°. 6.ª: *Didlogus item contra impugnatorem cœlibatus et castitatis ad Sixtum IV papam directus*: existe manuscrita en el códice 3639 de la biblioteca del Vaticano. Principia así: *Pervenit nuperrimè ad manus meas, Beatissime Pater, sacrilegus quidam, detestandusque libellus cujusdam Leonardi Basianensis, divino quodam præsagio cognomenti Lethi, quod lethum insipientibus, apud quos solos aliquis est, minitetur*

atque perfundat. Quem, quoniam de Uxoribus Presbyterorum inscriptum suspexi, simul et accepi per multorum manus prœlatorum volitare, et ab eis legi curiose, impieque probari, studio explorandœ novitatis illectus lustravi uno, ut ajunt, spiritu totum. Et ecce invenio monstrum quoddam ignorantiœ et levitatis et (apertiore cum stomacho loquar) hœreticœ impietatis plenum. Cogitavi paulisper mecum, utrum tam levi, garrulo, et impio, spureoque lenoni respondendum esset, et cum piœ veritatis mucrone de pudicissima Ecclesia Christi abscindendum etc. Es un diálogo entre el *Apetito* que se declara contrario de la *Castidad*, y sirve para impugnar una obra manuscrita de Leonardo Leto titulada: *De uxoribus Presbyterorum, quod iniqua lege vetitœ videantur:* obra inmoral. 7.ª: *Pasiones, quas Beatissimi Apostoli, martyres, virginesque in agone suo passi sunt, gestaque quœ lucidissimi confessores in vita sua peregerunt, uti in sacrosancta Ecclesia Hispalensi per circulum anni decantantur, feliciter incipit*, Sevilla, 1503, con la siguiente nota: *Visum et approbatum à Rever. in S. Theolog. Mag. Roderico de Santaella de Reyna archidiacono.* 8.ª: *Manual de visitadores*, en 4.°. Tradujo del italiano por Marco Paulo Veneto: 9.ª: *La Historia oriental*, impresa en Logroño, 1529. 10.ª: *Cosmografía introductoria en el libro de Marco Paulo Veneto de las cosas maravillosas de las partes orientales, y tratado de Marco Pogio florentino*, impreso en Sevilla por Juan Varela, 1518, en folio. Tradujo del latin: 11.ª: *Los sermones de S. Bernardo, del modo de bien vivir en la religion cristiana*, Salamanca, imprenta del mismo Juan Varela, 1515, en 4.°. 12.ª: *Tratado de la inmortalidad del alma*, escrito en forma de diálogo. 13.ª: *Arte de bien morir*, manuscrito. — G.

FERNÁNDEZ (Sor Margarita). En el numeroso catálogo de los santos, beatos y venerables de la Órden de Sto. Domingo en 16 de Enero se lee el nombre de esta ilustre religiosa modelo perfecto de todas las virtudes cristianas. Nació en la villa de Estremoz, en Portugal, cuando este reino estaba unido á la España. En su infancia quedó huérfana de padres, y sus parientes la colocaron en el convento de Sta. Clara de la misma villa, donde á medida que crecia en años iba perfeccionándose en la vida espiritual en términos que llegó á ser una de las mejores jóvenes que moraban en aquella santa casa. Al parecer habia nacido para tomar el velo ya por la rigidez de sus costumbres, é ya por su amor á la oracion y á la penitencia; pero sacáronla sus parientes del convento y la colocaron en matrimonio. No fué su enlace de larga duracion: murió el marido y una hija que Dios le habia dado, y entónces viéndose libre determinó llevar á cabo el objeto principal de sus deseos, que fué el de vestir el hábito de la tercera Órden de Sto. Domingo; en cuya ocasion hizo voto solemne de andar descalza todos los dias de su vida, de rezar cotidianamente el oficio divino y de ayunar á pan y

agua todos los viérnes del año. Así vivia Sor Margarita olvidada enteramente del mundo, y sin pensar no mas que en las cosas celestiales. Quiso por fin dar mayores creces á su piedad, y por lo mismo llena de un santo celo determinó visitar los lugares santos de Jerusalem, la capital del mundo cristiano y el sepulcro de su patriarca Sto. Domingo: empresa ardua y casi podemos decir superior á sus fuerzas, si se atiende á su delicada complexion y á lo muy enflaquecida que se hallaba por razon de las rigurosas penitencias. Sin embargo, ninguna de estas consideraciones pudo detenerla. Obtiene el permiso y la bendicion de sus superiores, y emprende el viaje á pié descalzo guiada por la mano de Dios que nunca la abandonó. Llegó por fin á Jerusalem y al descubrir aquellos Santos Lugares su alegría no conoció límites. Derramó abundantes lágrimas de ternura, y alabando al Supremo Hacedor quedó extasiada á la sola consideracion del gran beneficio que acababa de recibir. Despues de haber visitado por algunos dias consecutivos aquel lugar santo, que nos recuerda los grandes sacrificios que el hijo del Dios vivo hizo para la redencion del género humano, se trasladó á Roma, oró tambien ante las santas reliquias y luego pasó á Bolonia donde se hallaban depositadas las de su santo padre. Esta sucinta narracion bastaria para dar celebridad á la mujer que tuvo bastante resolucion y valor para recorrer millares de leguas, pisando espinas y abrojos, venciendo obstáculos insuperables y no alimentándose mas que de algunas yerbas y de las escasas limosnas que recogia; pero no habia llegado todavía al punto que deseaba. Llena de la mas ardiente fe determinó no acordarse ni aun de su patria para vivir enteramente solitaria en una cueva abierta en un peñazco. Allí se entregaba de dia y de noche á la contemplacion y á la oracion, no saliendo mas que para ir á la iglesia donde redoblaba sus fervores, anegada en lágrimas de puro amor hácia Dios: pasaba horas enteras con los brazos en cruz, sin que al parecer la fatigase aquella penosa posicion: no se acordaba ni del frio ni del calor; del mismo modo pisaba los hielos del riguroso invierno como la tierra abrasada por el sol de Julio. En cierta ocasion la aconsejó su confesor que no saliera de su humildísima habitacion durante los rigores del invierno ó á lo ménos que se calzase. La respuesta que dió Margarita á su padre espiritual fué digna de una santa: ¿cómo podrá temer, le decia, esta miserable pecadora un poco de nieve ó de hielo cuando el gran Bautista, santificado en el seno de su madre y otros muchos ermitaños sucesores suyos, viviendo en los áridos desiertos perseveraron siempre descalzos sufriendo todas las calamidades de los tiempos? Padezcan pues mis pies por los malos pasos que en otras ocasiones han dado. Padezcan el frio del hielo en esta vida para que no sufran en la otra el voraz incendio de los condenados. Tal fué la respuesta que dió la insigne Margarita á su piadoso confesor. Llegó por fin el 14 de

Enero del 1540, en cuyo dia atacó á Margarita su última enfermedad, y despues de haber recibido con gran fervor lo Santos Sacramentos su alma voló, piadosamente hablando, á la morada celestial el 16 del mismo mes. Sepultáronla en la iglesia de Sto. Domingo, y algun tiempo despues trasladaron sus restos dentro del altar donde descansan los del santo patriarca de la Órden. Fué su cuerpo venerado y en particular del arzobispo de Praga Fr. Bartolomé de los mártires, quien le visitó cuando pasó á Roma de regreso del concilio de Trento. — G.

FERNÁNDEZ (Miguel) jesuita. Nació en Mora, poblacion de la diócesis de Toledo, en España. Habiendo llegado á la edad de diez y nueve años, fastidiado ya del mundo cuyos escollos tenia cada momento á la vista, abandonóle completamente para abrazar la vida religiosa en la Compañía de Jesus, el año 1561. Aprovechó muchisimo en las ciencias, y fué rígido en la observancia de las reglas de su instituto, lo que le hacia muy recomendable y querido de todos. Por encargo del pontífice Gregorio XIII y de Felipe II, rey de España, trasladó á nuestra patria desde la abadía leciense en la Germania Inferior, los huesos de la santa virgen Leocadia, de los que hizo entrega en Toledo en manos del mismo rey Felipe II y de Gaspar Quiroga, cardenal, arzobispo de la misma ciudad. Escribió en lengua española: *Vida, martirio é historia de la translacion de Sta. Leocadia virgen y mártir desde Bélgica á España*, impresa en Toledo por Pedro Rodríguez, en 1591, en 8.°. — J. S.

FERNÁNDEZ (Juan) jesuita. Nació en Córdoba, ciudad de Andalucía, en España, de padres honrados, piadosos y muy ricos. Manifestó desde jóven mucha inclinacion á la piedad, y habiendo sido conducido por un amigo suyo á Lisboa al objeto de oir una suavisima sinfonía en la congregacion que florecia en el colegio de jesuitas de aquella ciudad, movido por aquella divina melodía, que enciende los corazones, y por los piadosos ejercicios con que los socios azotaban sus cuerpos, hizo firme propósito de mejorar su vida que por otra parte no era ya desarreglada. Empezó desde entónces á amar sobremanera la vida ejemplar de los PP. de la Compañía, con quienes se complacia en conversar, hasta que inscrito en su santo instituto en el año 1548 dió desde luego entre ellos edificantes ejemplos de humildad y caridad: insignes pruebas de la esclarecida victoria que habia conseguido de sí mismo. Llegó por fin el dia 16 de Marzo del mismo año y con él el cumplimiento de sus mas vivos deseos de hacerse á la vela para el Oriente, verificándolo con Gaspar Barzeo y otros compañeros. Durante el camino se ocupó en ejercicios de caridad y en dar su provision á los enfermos; cuyas buenas obras le recompensaba Dios larguisimamente. Á principios de Abril del año siguiente partió al Japon con S. Francisco Javier, encendido en amor de

Dios y sediento de angustias y trabajos. Hallóle Javier fiel en todas las cosas, compañero leal é inseparable, y casi igual á sí mismo en la grandeza de virtud y de ánimo. Arribaron ámbos á la ciudad de Cangoxima, en el reino sazzumano, en el mes de Agosto del año 1549, donde aprendió nuestro Fernández con tanta facilidad la lengua del pais, que pronto pudo hacer los oficios de predicador y de intérprete. Allí experimentó los primeros frutos de su predicacion, sufriendo oprobios, injurias, afrentas, hasta ser apedreado por aquellos bárbaros infieles. De allí partió á Firando con el mismo Javier, donde por voluntad de éste anunció el Evangelio, y tuvo la satisfaccion de convertir á muchos á la fe. Despues predicó en Amanguccio por espacio de una hora en presencia del Rey sobre el misterio de la creacion y redencion humana con tanta fuerza y elocuencia, que arrebató la admiracion de toda la córte; mas explicando despues los mismos misterios á la plebe fué recibido por ésta con mofas, escarnios y silbidos. En los meses inmediatos de invierno partió con el mismo Javier para Meaco, sufriendo con admirable resignacion en tan largo y difícil viaje aquellos trabajos, angustias y penalidades, que tanto se admiran en aquel grande apóstol de Oriente; pero como estuviese entónces aquella ciudad agitada por bélicos tumultos, y por consiguiente ménos apta para recibir la semilla del Evangelio, regresaron con las mismas dificultades y trabajos á Amanguccio. Repitiéronse aquí las irrisiones y los oprobios: de modo que predicando en cierta ocasion nuestro Juan á una inmensa multitud, llegaron algunos de la plebe á escupirle á la cara en medio de los aplausos del populacho que celebraba el hecho con impías risotadas; pero Fernández, sin inmutarse, sacó modestamente el pañuelo y se limpió el rostro; y como si esto nada le hubiese afectado, con la mayor serenidad y calma concluyó el sermon. Este suceso conmovió de tal manera á un varon grave, que casualmente habia asistido mas para burlarse que para sacar fruto alguno de la doctrina del celoso predicador, que conociendo la verdad del dogma por la grandeza de aquella obra, arrojándose despues de concluido el sermon á los pies de Fernández, recogió en Amanguccio las primicias del espíritu por medio del Bautismo. De este principio se siguió despues la conversion de muchos japoneses á la fe de Cristo. Adornaba la virtud de Juan una maravillosa ciencia, con la que refutaba los sofismas de los bonzos, que contra su doctrina disputaban, y afirmaba la verdad de la fe; lo que no pudiendo sufrir sus adversarios, excitaron al pueblo en tales términos que suscitaron contra él la mas encarnizada persecucion, viéndose obligado á esconderse para substraerse de su poder. Cuando se habia apaciguado el tumulto salia otra vez al público y se entregaba de nuevo á la predicacion, recogiendo copioso fruto. Doblábasele el trabajo á causa de su particular conocimiento de aquel idioma, por-

qué se le mandaba enseñar en casa á los misioneros que llegaban de nuevo, y entregarse fuera de ella á la predicacion. Su amabilidad y dulzura era tanta que fácilmente se granjeaba la amistad de los demas PP., quienes le querian por compañero en todas ocasiones, haciendo esto que participase de los trabajos y penalidades de todos. No ménos sabio que misionero infatigable, varones principales y aun reyes le llamaban á sus consejos y fiaban á su grande prudencia la conciliacion de sus intereses y negocios. Fué compañero del gran Javier en los viajes y trabajos que este padeció miéntras permaneció en el Japon; luego acompañó al P. Cosme Turriano; y habiendo despues seguido sucesivamente á Baltasar Gago, al P. Gaspar Vilella, y al P. Luis Froës, participó de las glorias y fatigas que de estos esclarecidos varones se cuentan. Cumplidos los ejercicios de la oracion á la que se entregaba dos veces al dia y por largo tiempo, empleaba el que le sobraba en asistir á los enfermos, enseñar el catecismo á los niños y á los rudos, instruir á los gentiles, en responder á cuestiones dudosas, y en refutar los sofísticos argumentos de los bonzos. Á estas penosas ocupaciones añadia el de componer y escribir en lengua japonesa obras que fuesen de provecho á aquellas gentes, las que fueron consumidas por las llamas en el incendio de su casa, en Firando; cuyo contratiempo sufrió Fernández con santa resignacion y tranquilidad de ánimo. En el año 1564 edificó en la misma ciudad un templo á la SSma. Vírgen María, y ganó para Cristo á mas de ciento cincuenta bonzos, dos de ellos varones principales. Haciendo desde allí una excursion por los lugares circunvecinos, convirtió á una señora respetable con quinientos cincuenta de sus súbditos. En estos santos ejercicios se aplicaba con un celo extraordiario y verdaderamente apostólico, cuando quebrantado por sus incomodidades y trabajos mas bien que por su avanzada edad, extenuado por los ayunos y penitencias y fatigado por una larga y continua tos, le acometió una fiebre leve al principio, segun parecia á los socios, pero mortal en realidad segun él mismo pronosticaba. Fortalecióse con el santo Viático el dia de la natividad de S. Juan Bautista, y en el siguiente al llegar la noche que aseguraba seria para él la postrera tuvo que meterse en cama, y habiéndola pasado en tiernos coloquios sobre la pasion de Cristo, á la mañana siguiente exhaló su inocente alma, repitiendo los nombres de Jesus y María, á los 26 de Junio del año 1567. Su muerte fué sumamente sentida y llorada por los neófitos, que le querian como á un bondadoso padre, testificando con su dolor é inconsolable llanto su afecto y la opinion de santidad en que le tenian. Dieron tambien testimonio de las virtudes de este siervo de Dios varones gravisimos. Melchor Nuncio prepósito provincial admiraba su espíritu de mortificacion, su desprecio de la vida y su maravillosa paciencia y alegría en las adversidades. S. Francisco Javier le tenia en tanta estima por

su piedad tiernisima alimentada con el don de lágrimas, que en la ciudad de Cangoxima, habiendo de resucitar á una doncella, quiso que Fernández preparase orando juntamente consigo el camino para el milagro. Fué tan humilde, que cuantos hechos esclarecidos él obraba, en sus cartas á la India y á Europa atribuíalo todo á los méritos de los demas. Tenia una suma reverencia á los sacerdotes; por manera que jamas hablaba en presencia de los mismos á no ser que se lo mandasen, aunque estaba mas instruido que todos en el idioma del pais y á todos aventajaba en otras recomendables dotes. Ilustraba su humildad con la grandeza de ánimo y con la constancia con que oportunamente reprehendia y perseguia los vicios; y cuando S. Francisco Javier con espíritu y libertad apostólica increpaba á los reyes y bonzos por la violacion torpe y repetida de la ley natural, Fernández con igual libertad y espíritu despreciando la muerte que le amenazaba les repetia lo mismo. Escribió: 1.°: *Epistolæ octonæ de rebus Japonicis, ab anno millesimo quingentesimo quinquagesimo primo ad millesimum quingentesimum sexagesimum sextum.* 2.°: *Grammatica linguæ Japonicæ.* 3.°: *Dictionarium Japonicum duplex.* —J. S.

FERNÁNDEZ (Gaspar) jesuita. Era natural de Toledo y vivia en el siglo XVI. El doctor Navarro habla muy ventajosamente de él, y en efecto debia ser varon de gran piedad y conocimientos cuando S. Francisco de Borja le eligió por confesor suyo. Murió en 1575 en la misma ciudad de Toledo, y dejó escritas las obras siguientes, que no llegaron á imprimirse: 1.ª: *De statu et officio S. Romanæ Ecclesiæ cardinalium*, en tres libros. 2.ª: *De dialectica.* 3.ª: *De immortalitate animæ.* —O. R.

FERNÁNDEZ (Luis) misionero jesuita. Nació en Lisboa en 1550. Se embarcó para las islas orientales en 1580. Fué nombrado superior en Bazains y despues en las Molucas. Desempeñó su cargo con celo verdaderamente apostólico, acompañado de una consumada prudencia y de una actividad digna del grandioso objeto á que se dirigian aquellas misiones. Murió en las Molucas hácia el año 1609. Tenemos de él: *Annuas litteras è Maluccis insulis anni 1603.* —U.

FERNÁNDEZ (Antonio) jesuita. Nació en Lisboa en 1566. Manifestó desde su infancia las mas bellas disposiciones para los estudios. Su corazon sumamente dócil se mostró inclinado á la piedad, y apénas habia salido de la infancia cuando abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola. Sin duda reconocieron en él sus superiores un genio particular para la predicacion y un arte admirable para la conversion de las almas, cuando á la edad de treinta y dos años le destinaron á las misiones. Embarcóse para Goa en 1602, donde llegó felizmente, y dos años despues penetró en la Abisinia disfrazado de armenio á fin de burlar la exquisita vigilancia que ejercian los enemigos del

cristianismo en aquellas tierras. Treinta años residió en aquel pais alcanzando tantos y tan grandes frutos que hasta llegó á granjearse la íntima confianza de Socinio ó Melec-Segned. Este príncipe, que habia subido al trono en 1607 movido por las sábias lecciones de Fernández, abrazó la religion católica; y mas adelante creyó que para corresponder dignamente á la confianza que le manifestaban en sus cartas el rey de España Felipe IV y el papa Paulo V de nadie podia valerse mejor que de Fernández. Éste debia ser el portador de la feliz noticia de su conversion á la fe. Y en efecto, no podia escoger embajador mas á propósito. Fernández conocia perfectamente el corazon de aquel Rey, estaba enterado de sus mas íntimas convicciones, y penetrado de la sinceridad de sus promesas podia representarle dignamente; pero el viaje era peligroso y ante todo se necesitaba tomar todas aquellas medidas necesarias para vencer las barreras y los obstáculos con que á cada paso debia tropezar. Juzgóse que la via que ofrecia mas inconvenientes era la de Muzana, porqué indefectiblemente debia atravesar el Tigre que entónces habia levantado el estandarte de la rebelion, y en su consecuencia los enemigos de la fe católica podian con facilidad detener al enviado ó enviados, interceptar los despachos y divulgar su contenido por todas aquellas comarcas. Resolvieron, pues, de comun acuerdo que los enviados del Rey tomarian el camino mas largo pero mas seguro, que era el de pasar por Naréa y por los paises situados al sud de la Abisinia habitados por paganos y mahometanos, llegando por esta via á Melinda, en el océano de las Indias, donde podrian embarcarse para Goa. Socinio dió á conocer su proyecto á los jesuitas, sin ocultarles los peligros que debian correr en este viaje atravesando el África, y les pidió al propio tiempo que eligiesen de entre los Padres el que considerasen mas á propósito para ser el portador de los pliegos. La voz general indicó al P. Fernández, no haciendo en esto mas que interpretar la verdadera intencion del Rey. Fernández pidió por compañero á Feciur Egzy, esto es, *el querido del Señor:* hombre que gozaba de mucha consideracion como á sabio, animoso y lleno de espíritu, y que habia manifestado constantemente grande celo por la religion católica. Hechos ya todos los preparativos salieron Fernández y su compañero de Goiam á principios del mes de Marzo de 1613; atravesaron los reinos de Naréa, de Zendero ó Gingiro y de Cambat, que era el mas lejano de los que reconocian la soberanía del emperador de Abisinia. Llegaron luego á Alaba, y el Rey de este pais que era mahometano mandó arrestarles y conducirles á la cárcel; y á buen seguro que si no hubiesen sido portadores de las cartas y de los presentes del Monarca de los abisinios su muerte era inevitable. Finalmente, los puso en libertad, pero con la condicion de que debian regresar al pais de donde habian salido. Despues de diez y ocho meses de

ausencia lograron entrar otra vez á Goiam, y podemos decir que se salvaron por milagro, porqué ademas de ser atacados por los gayas tuvieron que salvar millares de inconvenientes. Todas las desgracias que experimentaron por parte del rey de Alaba las debieron á las maniobras de un abisinio, enviado probablemente por alguno de sus compatriotas enemigos de la fe. Este emisario, que habia recorrido ya el reino de Cambat, hizo correr la voz que aquella embajada tenia por objeto pedir auxilio á los portugueses para que con fuerzas considerables pasasen á apoderarse del imperio de Abisinia y obligar á sus habitantes á que cambiasen de religion. Despues de la muerte del P. Páez, Fernández que le asistió en sus últimos momentos llenó durante algun tiempo las funciones de superior de aquella casa. Sirvió despues de grande auxilio al patriarca Méndez, y acompañó á este prelado cuando con los demas sacerdotes católicos fué expulsado de Abisinia por Jadillas que en 1632 habia sucedido á Socinio. El P. Fernández despues de haber llenado cumplidamente los varios cargos que se le confiaron, despues de haber desplegado un extraordinario celo en la propagacion de la fe; despues de haber experimentado muchos é inauditos peligros y privaciones sin límites, murió en Goa en 12 de Noviembre de 1642. Méndez en su *Historia* manuscrita de la Etiópia se extiende muchisimo sobre los trabajos que padeció Fernández, y cuenta particularidades que cuando ménos denotan en este historiador una extraordinaria credulidad. Tenemos de Fernández las obras siguientes: 1.ª: *Tratado de los errores de los etiopes*, Goa, 1642, en 4.°, en etíope. Este libro fué impreso con los caractéres etíopes enviados por el papa Urbano VIII. 2.ª: En dialecto amharico: *Instruccion para los confesores*. 3.ª: *De la inmunidad eclesiástica*, en etíope. 4.ª: *La obra de los seis dias*, en la misma lengua. 5.ª: *Instrucciones sobre el ayuno*, en idem. 6.ª: *Traduccion* tambien al etíope del *Misal romano*, á la cual añadió la del *Ordinario y ceremonial del Misal con algunas misas de fiestas particulares*, etc. y el *Calendario de las fiestas movibles, conforme al computo del año etíope*. 7.ª: *Vida de la Vírgen María*, que insertó Juan Nadaso en los *Annalibus Marianis Societatis Jesus*, núm. 1133. 8.ª: *Libros de los sínodos*. 9.ª: *Viaje á Gingiro*, verificado con Feciur Egzy, embajador enviado por el emperador de Etiópia en 1613, que contiene el camino peligroso del expresado viaje, su cautiverio y su libertad, como tambien la descripcion de los reinos de Naréa, de Gingiro y de Cambat con particularidades curiosas. Esta relacion se encuentra en el tomo II de una *Coleccion* publicada en holandes por Vander Aa, 1707, dos tomos en 12.°. El frontispicio indica que es traducido por la primera vez sobre el manuscrito del mismo autor. El editor añadió á esta obra un mapa muy bien grabado pero inexacto. El título que es bastante extenso indica lo que contiene este viaje, y consta de veinte y dos

páginas. Es sumamente curioso, pues trata de paises que ningun europeo habia recorrido hasta entónces. Se encuentran tambien en el mismo libro pormenores interesantes sobre los usos y costumbres de aquellas lejanas comarcas y algunos hechos relativos á la geografía física; pero Lundolf hubiera querido y con razon que Fernández hubiese notado sus jornadas durante el viaje con sus respectivas distancias, así como la altura del polo de cada lugar: circunstancias, añade, que podia fácilmente observar, así como las estaciones y la temperatura. Bruce que confirma varios de los pormenores que nos ha dado Fernández sobre Gingiro, observa que este viaje se terminó sin utilidad por los enviados del monarca de Abisinia, pues lo único para que ha servido es para rectificar la geografía de los paises que atravesaron; pero son muy pocos los materiales que proporcionan, al paso que les hubiera sido fácil recogerlos en mayor abundancia. Téllez en su *Historia de la Etiópia* y Bruce en su *Viaje*, tomo II de la edicion original y de la traduccion francesa, dan la relacion entera del viaje de Fernández. Comparándolas entre sí y con la publicada por Vander Aa, vemos que está mas completa que la que dió Bruce, y difiere poco de lo que se lee en la *Historia de Etiópia*; pero el viajador inglés añadió á su narracion algunas observaciones dignas de ser consultadas. — G.

FERNÁNDEZ (Francisco) jesuita. Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* presume que era portugues; pero se sabe que nació en la diócesis de Toledo en 1557. Destinado á la carrera del foro habia obtenido ya el grado de bachiller en leyes, cuando en 1570 su piedad le hizo abrazar el estado eclesiástico. Despues de haber estudiado con buen éxito las Letras Sagradas en su convento, siguió en su viaje á Goa al P. Alejandro Valignani. Nombrado visitador de este establecimiento en 1595 recibió sagradas órdenes. Desempeñó con distincion la cátedra de teología; dirigió muchas casas de su Órden en Goa y en el Concan, y pasó en 1598 á Bengala donde se entregó á las misiones con prodigioso éxito. Suscitáronse en aquel entónces varias disputas en Chatingam entre los portugueses y los indígenas, y habiendo pretendido el piadoso Fernández ponerlos en paz valiéndose para ello de su sagrado ministerio, cayó en manos de los mas furiosos, quienes despues de haberle maltratado le arrojaron á una cárcel donde murió en 14 de Noviembre de 1602. Dejó dos obras; la 1.ª titulada: *Tractatum, quo catholicæ fidei capita explanantur*; y la 2.ª: *Catechismum*, en forma de diálogo: ámbas escritas tambien en idioma del pais donde se hallaba.—U.

FERNÁNDEZ Salcedo (P. Gerónimo). Nació en Madrid en 30 de Setiembre de 1594. Piadoso desde su infancia y muy aplicado á los estudios, huyó en sus años juveniles del bullicioso mundo, teniendo siempre fija la idea en el feliz porvenir de un alma pura y candorosa. Tomó el hábito de

clérigo menor en la casa del Espíritu Santo de su patria en 1611 cuando apénas habia cumplido la edad de diez y siete años. Continuó constantemente entregado á los estudios, y llegó á formarse un caudal tan grande de erudicion, que segun refieren causaba asombro. Obtuvo sucesivamente los cargos de lector de teología en Alcalá, Salamanca y Roma; de asistente general, prepósito de aquella provincia y provincial de la de España; de calificador de la suprema inquisicion, con asistencia en sus juntas secretas; de predicador del rey D. Felipe IV, y de teólogo de su real junta de la Concepcion de Nuestra Señora. Felipe habia formado tan elevado concepto del carácter, sabiduría y demas circunstancias de Fernández, que le eligió para que pasase en nombre de sus reinos, acompañando al illmo. Sr. D. Luis Crespí de Borja, obispo de Plasencia, su embajador extraordinario cerca del papa Alejandro VII, para obtener la bula mas favorable al misterio de la Inmaculada Concepcion, dada en 8 de Diciembre de 1661. Desempeñó Fernández este delicado cargo con extraordinario celo y con tanta satisfaccion del Monarca, que habiendo caido enfermo el embajador quiso que el mismo Fernández le substituyese en la embajada, que desempeñó tambien felizmente. Por fin, despues de una carrera llena de méritos murió en Madrid el 7 de Enero de 1670 á la edad de setenta y cinco años cumplidos. Fernández de Salcedo al paso que fué un verdadero modelo de religiosos por su piedad, por la pureza de sus costumbres y por la exactitud con que cumplió los deberes de su estado, halló todavía tiempo para dejarnos monumentos de su grande erudicion, de su ingenio y de su sabiduría. Tenemos de él: 1.°: *Comentarii et disertationes filosofo-teologico-historico-politicæ, in opusculum Sancti Thomæ de Regimine principum*, Francfort, 1655, en folio. 2.°: *Varios opúsculos de la Inmaculada Concepcion de María Santísima*. — U.

FERNÁNDEZ DE VILLÉGAS (Pedro) arcediano de Búrgos. Se ignora el año de su nacimiento y tambien el de su muerte; pero de sus obras se deduce que floreció en el siglo XVI. Tradujo las obras del Dante en verso antiguo español y las ilustró con notas y comentarios que publicó con este título: *La traduccion del Dante de lengua toscana en verso castellano, comentado allende de los otros glosadores*. Tenemos ademas de Fernández: 1.°: *Querella de la fe*. 2.°: *La aversion del mundo y conversion á Dios: en coplas antiguas de ocho versos pequeños*. 3.°: *La sátira decena de Juvenal*, Búrgos, imprenta de Federico Alemany, 1515, en folio; y se le atribuye igualmente otra obra titulada: *Flosculus Sacramentorum et modus atque ordo visitandi clericos*, Búrgos, imprenta de Juan Juntam, 1558, en 8.°; y Alcalá de Henáres, 1532. — O. R.

FERNÁNDEZ (Alfonso) presbítero natural de Sevilla. Floreció á principios del siglo XVI, y fué hombre versado en las letras divinas y humanas.

Siendo protonotario apostólico publicó y dedicó al cardenal de la Sta. Iglesia romana D. Bernardino de Carvajal una obra que tituló: *Historia parthenopea*, que viene á ser una relacion de las hazañas de Gonzalo Fernández de Córdoba, llamado el *Gran capitan*. Está escrita en versos de arte mayor y empieza con los siguientes:

El Rey que á su mesa á comer convidara
Al muy sabio Ulises del mar destrozado.

El papa Leon X autorizó para la publicacion de esta obra á un clérigo napolitano llamado Luis de Gibraleon, expidiendo al efecto un breve: circunstancia notable, atendido que era el papa Leon X tan amante de las letras; lo que no deja de ser una recomendacion muy particular para el autor. Dejó tambien Fernández escritas otras obras cuyos títulos son: 1.ª: *La vida de Cristo*. 2.ª: *Doce libros de la Esperanza*. 3.ª: *Doce libros de la Justicia*. 4.ª: *Ocho libros de la educacion del buen príncipe*. 5.ª: *Siete triunfos de las siete virtudes*. En todas las cuales al parecer se propuso imitar las obras de Prudencio. —O. R.

FERNÁNDEZ (Juan) religioso de la Órden de trinitarios calzados. La ciudad de Cuenca fué patria de este religioso, que habiendo hecho una vida santa en el convento de Búrgos, terminó felizmente su carrera en el mismo en el año de 1600. El Padre maestro fray Francisco Manzano, en su libro intitulado: *Centellas del amor de Dios*, dice del P. Juan Fernández que vivió tan santamente, que habiendo muerto al principio del año 1600, se conservaba en el convento de Salamanca, donde estudió, la fama de su virtud, cuando el referido Padre maestro, poco despues de su muerte, tomó el hábito de la Órden en el mismo convento.—S.

FERNÁNDEZ (Manuel) portugues, natural de Lamego, doctor en sagrada teología y canónigo magistral de la iglesia de su patria. Escribió segun se lee en la obra de Gaspar Estasio titulada: *Examine antiquitatum*, y tambien en Cardoso, portugues, en su *Agiologio* tomo III, dia 6 de Mayo letra A en el final: 1.ª: *Recapitulacion de las antigüedades de Lamego*, año 1596. 2.ª: *Tractatum P. F. Riceri socii S. Francisci: Quomodo homo possit cito pervenire ad agnitionem veritatis*. 3.ª: *Expositiones super psalmos CIII, XXXVI, XXIV et LXXXIII*, Braga, 1565.—O.

FERNÁNDEZ (Antonio) portugues, natural de Coimbra. No bien habia cumplido la edad de 14 años cuando en 1.° de Febrero de 1572 abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola. Dotado de un talento precoz fué uno de los discípulos mas aventajados que salieron de las aulas de aquella célebre institucion. Recibió el grado de doctor en teología en la universidad de Évora, y despues de haber enseñado la Sagrada Escritura con general aplauso se embarcó para Goa donde llegó felizmente. Nombráronle allí superior de la

casa profesa, cuyo cargo llenó á entera satisfaccion tanto de su general como de sus gobernados. De regreso á su patria se entregó al ministerio de la predicacion y á la composicion de varios comentarios sobre la Escritura Santa. Despues de haber empleado útilmente todo el tiempo que vivió, descansó en paz en su patria en 14 de Mayo de 1628. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *Commentarios in visiones Veteris Testamenti cum paraphrasibus capitum, è quibus eruuntur*, Leon, 1617—22, en folio, imprenta de Jaime Cardon. 2.ª: *Commentarios M. s. in Isaïam Prophetam.*—J.

FERNÁNDEZ DE AYUSO (Juan) presbítero. Se ignora la época en que nació, pues los biógrafos nos indican tan solo que en Junio de 1627 dió sepultura á su madre llamada Catalina en la iglesia parroquial de S. Juan Bautista de la córte de Madrid, donde muchos años hacia que Fernández desempeñaba el cargo de teniente de cura. En 22 de Setiembre de 1625 entró en la congregacion de sacerdotes. Algun tiempo despues pasó á ejercer el cargo de cura-párroco de la iglesia de S. Miguel de la villa de Escalona, donde residia en 1633 cuando compuso en alabanza del célebre Vicente Cardoso un *Epígrama latino*, que se halla al principio de los *Diálogos de la pintura* de este mismo autor. Se ignora igualmente la época en que murió. Fué excelente teólogo, muy buen predicador y gran poeta latino. Compuso una obra que quedó manuscrita con el título de: *El templo místico y moral de Salomon.* —O. R.

FERNÁNDEZ DE CÓRDOBA (Antonio) jesuita español, natural de la ciudad de Córdoba. Fué varon sumamente piadoso y muy instruido así en la teología moral como en ámbos derechos; pero lo que sobre todo le hizo mas recomendable fué la ardiente caridad que manifestó, prestando con amorosa solicitud sus cuidados y auxilios á los pobres enfermos y principalmente á los infelices apestados. Murió en Granada lleno de dias y de virtudes en el año 1634. Dió á luz: *Summula casuum conscientiæ.* Juzgan algunos que esta obra es la misma de que hace mencion Antonio Diana en el *Índice* de los autores, de quienes sacó sus *Moralia* con el título de: *Instructio confessariorum.* — S.

FERNÁNDEZ DE OTERO (Gerónimo) natural de Carrion, y segun se presume hermano de Antonio Fernández, autor de la obra titulada: *De Pascuis et jure pascendi.* Fué comprofesor en el colegio de los españoles de Bolonia en el año 1610, y desempeñó la cátedra vespertina de sagrados cánones. En Nápoles fué profesor de derecho civil, juez en la Calabria y en la Pulla, vicario general castrense y refrendario de las tres signaturas en el pontificado de Gregorio XV, canónigo y decano de la iglesia de Aurea, y finalmente inquisidor en Sárdis y en España; y hay quien cree que lo fué tambien en Barcelona, donde murió en el mes de Enero de 1635. Compuso

so las obras siguientes: 1.ª: *Selectarum interpretationum juris*, Bolonia, 1613, en 4.°. 2.ª: *Diversarum juris quœstionum*, Nápoles, 1619. 3.ª: Un tratado *De Actionibus*, Cagliari, 1628, en 4.°, imprenta de Antonio Galcerin. 4.ª: *Romanas lucubrationes, seu Miscellaneas juris disputationes*, Roma, imprenta de Santiago Mascardo, 1623, en 4.°; y en español: 5.ª: *El Maestro del príncipe*, Madrid, 1633, en 4.°.—J.

FERNANDEZ (Benito) portugues, natural de Borba, en la diócesis de Évora. Entró en la Compañía de Jesus en 1579, y murió en Lisboa en 7 de Diciembre de 1670. Fué hombre extraordinariamente estudioso, de abundante doctrina y tan constante en el trabajo, que despues de llenar exactamente las obligaciones de su estado, aprovechaba todos los momentos que le quedaban libres para ilustrarse y para ilustrar á los demas. Buen testimonio de ello son las obras siguientes: 1.ª: *Commentationes, et observationes morales in Genesim*, en tres tomos, Leon, imprenta de Horacio Cardon. 2.ª: *Commentaria in Lucæ Evangelium*.—Hubo otro Fernández (Benito) del Órden de predicadores, que siendo vicario de la provincia de Mixteca, en la Nueva España, escribió: 1.°: *Doctrina cristiana, en lengua mixteca*, Méjico, 1668, en 4.°. 2.°: *Epistolarum et Evangeliorum translationem in eandem linguam*; ó á lo ménos Antonio Leonio se la atribuye en su *Bibliotheca Indica*. — U.

FERNÁNDEZ (Fr. Juan de la Presentacion). Nació en Madrid de distinguida familia: llamáronse sus padres Juan Fernández é Isabel de Herrera, quienes procuraron educar á su hijo en los principios de la mas tierna piedad. Sintiéndose éste llamado al estado religioso tomó el hábito en el convento de recoletos agustinos de la córte donde profesó en 30 de Noviembre de 1650. Distinguióse en las aulas entre todos sus condiscípulos, y era muy jóven cuando principió la carrera de los empleos en su Órden. Fué nombrado superior de Valdefuentes, secretario de provincia, rector de Alcalá, definidor y luego provincial de Castilla, cuyo cargo desempeñó hasta 1678. En este mismo año en el capítulo general que se celebró en el convento del Toboso fué electo vicario general absoluto de toda la reforma: cargo que exigia piedad, sabiduría, prudencia y otras prendas que rara vez se ven reunidas en un solo hombre; pero Fernández era un modelo de religiosos, poseia grandes y profundos conocimientos así en las ciencias sagradas como en el arte de conocer y conmover el corazon del hombre, y con tan bellas dotes gobernó la Órden conduciéndola á pasos agigantados al apogeo de su gloria. En 17 de Mayo de 1686 celebróse á instancias suyas otro concilio en Alcalá, saliendo electo el P. Fr. Agustin de S. Bernardo, y un año bastó para dejar bien acreditado el acierto con que se procedió en esta eleccion. Murió Fr. Agustin en 24 de Diciembre de 1687, y si bien estaba dispuesto

que por fallecimiento del vicario general recayesen los sellos en el provincial del convento de donde era hijo el difunto, en esta ocasion no aconteció así; pues era tanta la confianza que se habia granjeado Fernández, que le nombraron vice-vicario general, cuyo puesto desempeñó hasta la Pascua del Espíritu Santo de 1688 en que volvió á convocar capítulo en Calatayud. Este varon sabio y piadoso léjos de envanecerse por el grande ascendiente que tenia sobre sus hermanos, se les mostró siempre humilde, afable, placentero, como quien conoce perfectamente que para gobernar con acierto debe preferirse la dulzura al rigor, y que el ejemplo es el mejor medio para que todos se esfuerzen en imitar lo bueno, abrazar la virtud y rechazar con indignacion el vicio; y la palabra *padre* que prodigaban á Fernández todos sus hermanos forma la verdadera apología de este célebre religioso. Atacóle por fin la última enfermedad, y nunca su corazon se mostró mas tranquilo; recibió con inexplicable fervor los Sacramentos, y pasó á mejor vida piadosamente hablando á los 29 de Julio de 1689. No se menciona que hubiese escrito obra alguna; pero ¿para qué la necesitaba cuando su gobierno puede citarse como una obra maestra de prudencia y de piedad? La crónica de su religion le colma de grandes y merecidos elogios.—U.

FERNÁNDEZ (Manuel) jesuita portugues. Nació en un lugar de la diócesis de Coimbra llamado Fermoselle, y tomó la sotana de jesuita en 1631. No tardó en hacerse digno del aprecio de sus superiores, y la Sociedad entera le distinguió con varios empleos de la misma Órden. Sin embargo, la época en que se adquirió mas nombradía fué en 1649 cuando la peste invadió á Faro, ciudad de los Algarbes, en cuya ocasion desplegó un celo tan extraordinario en socorrer á los infelices apestados que ni siquiera se entregaba al preciso descanso. Dios le armó de valor y de paciencia, y al propio tiempo le libertó de la destructora plaga que á cada momento diezmaba á los habitantes. Destináronle despues á las misiones, en cuyo desempeño se portó como quien era, como un varon piadoso interesado en la propagacion de la fe y en su consecuencia en la felicidad del género humano. Llamábanle el Santo; y con razon, porqué todas sus obras llevaban el sello de la caridad cristiana. El rey de Portugal D. Pedro II le eligió por confesor suyo, cuyo cargo desempeñó por espacio de veinte y seis años. Se hallaba ya en los últimos dias de su vida cuando compuso, en tres tomos en folio, varias instrucciones cristianas que se publicaron en 1688, 1690 y 1699 en Lisboa con el título de: *Alma instruida en la doctrina y vida cristiana*. Fernández murió en 10 de Junio de 1693 de edad de setenta y nueve años. —Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* cita otro Manuel Fernández, á quien cree jesuita por hacerse mencion de él en la *Bibliotheca Societatis* que trata de los jesuitas de Portugal. Compuso en portugues la *Vida del Pintor santo*. Cardoso en su *Agio-*

logio 3 de Abril, página 412, elogia extraordinariamente á Fernández.—G.

FERNÁNDEZ DE ROZAS (Mateo). Nació en Madrid: se ignora el año. Abrazó el estado eclesiástico, y en 1667 se hallaba de cura-párroco en la villa de Miraflores de la Sierra, y en esta misma época entró á formar parte de la venerable congregacion de S. Pedro de sacerdotes naturales de Madrid, prestando el juramento de costumbre en 6 de Junio del mismo año. Fué hombre extraordinariamente estudioso y muy aficionado á las matemáticas, como lo comprueba el tratado que compuso y publicó con el título de: *Resolucion geométrica del célebre problema de la triseccion del ángulo*, Madrid, 1693, en 4.°. En esta obra impugnó otra sobre el mismo asunto publicada en 1691 por el doctor D. Nicolas Coppola, palermitano, quien le contestó con un papel titulado: *Formacion exacta del heptágono geométricamente hallado por medio de la línea conmensuratriz del cuadrante*, Madrid, 1693. Murió Fernández de Rozas en Madrid en 23 de Febrero de 1698, y fué sepultado en el convento de carmelitas descalzos.—O.

FERNÁNDEZ PORTOCARRERO (Pedro). Nació en Madrid en el mes de Enero de 1671. Era hijo primogénito de D. Luis Portocarrero, V conde de Palma, marqués de Montes-Cláros, lugar-teniente y capitan general del principado de Cataluña, y de D.ª María Leonor de Moscoso Osorio. Á pesar de que su posicion social era la mas brillante que darse pueda, siendo ya marqués de Almenara todo lo renunció, bienes, honores y riquezas para encerrarse en la estrechez del claustro. Tomó, pues, el hábito de agustino calzado en el convento de S. Felipe el Real, profesando en manos del P. maestro Fr. Miguel Manzano, prior, en 29 de Agosto de 1687. Distinguióse en las aulas por su constante aplicacion y por sus buenas disposiciones, en términos que muy en breve aventajó á todos sus condiscípulos; de modo que se graduó luego de maestro, de cuyo empleo tomó posesion en 7 de Noviembre de 1701 en el convento de Salamanca. Algun tiempo despues fué nombrado rector del colegio de D.ª María de Aragon en la misma villa de Madrid y predicador de los reyes D. Cárlos II y D. Fernando V. Finalmente, despues de una carrera llena de méritos, murió en el convento de Medina del Campo cuando iba á capítulo provincial.—G.

FERNÁNDEZ PORTOCARRERO (Joaquin) hermano del anterior. Nació en 27 de Marzo de 1681, en Madrid, siendo bautizado en 2 de Abril en la parroquia de S. Martin. Habiendo heredado de su hermano el título de marqués de Almenara entró á servir al rey D. Felipe V, y fué tan apreciado de este Monarca, así por su valor como por sus demas prendas personales, que ascendió á maestre de campo de un tercio de infantería española del ejército de Cataluña y á general de caballería. Mas, siguiendo despues el ejemplo de su hermano renunció todos sus empleos; cedió sus estados á favor de otro

hermano suyo llamado D. Gaspar, y se ordenó de sacerdote. Vestia ya desde 1700 el hábito de Santiago, que trocó por el de S. Juan de Jerusalem, de cuya Órden era gran cruz. Pasó á la córte de Roma en calidad de ministro plenipotenciario del Sr. D. Felipe V, y con este motivo recibió de manos de Su Santidad las dignidades de obispo de Sabina, patriarca de Antioquía, y en 1743 la de cardenal del título de Sta. Cecilia con la presidencia de la congregacion de indulgencias y reliquias. En 1747 el rey D. Fernando VI le nombró protector de España en aquella córte en la misma forma que lo habia sido el cardenal Aquaviva. En 1749 regresó á Madrid, y habiendo salido á obsequiarle una comision de la venerable congregacion de S. Pedro de sacerdotes naturales de la villa, manifestó vivos deseos de que le contasen en el número de sus individuos. Guiado Fernández de su humildad en medio de tantos honores y distinciones, creyó que si lo alcanzaba, como no debia dudarlo, le serviria aquel acto de mucho consuelo; miéntras que la congregacion por su parte regocijada de contar en su seno un varon tan ilustre se apresuró á acceder á sus deseos, dándole al propio tiempo en 11 de Junio los honores de capellan mayor. Este acto, que al parecer nada presenta de extraordinario lo fué en efecto, porqué en él manifestó el cardenal la grandiosidad de su alma tan piadosa como humilde. En el mismo año volvió á la capital del mundo cristiano á ejercer las funciones de sus empleos, en los cuales se portó siempre con aquel lustre y magnificencia que tanto han distinguido en todas ocasiones á la córte de España. Como á muestra de ello citarémos las honras fúnebres hechas al Sr. D. Fernando VI en 4 de Diciembre de 1759 en la iglesia de Santiago de los españoles, en las cuales asistió todo el sacro colegio. No nos detenemos en indicar las circunstancias de aquel acto, porqué ademas de que esta relacion seria hasta cierto punto impropia de la biografía de Fernández podria atraernos la nota de difusos. Bastará pues manifestar que sobre ella se escribió é imprimió un tomo en folio. Este célebre prelado llegó á una dichosa senectud. Atacóle su última enfermedad cuando contaba la edad de ochenta años, y murió tranquilamente en 22 de Junio de 1760, siendo sepultado en la iglesia del priorato de Malta del monte Avelino donde se le levantó un magnífico sepulcro de mármol con adornos de mosáico trabajado por el célebre Francisco de Vergara escultor pensionista en Roma.—G.

FERNÁNDEZ DE PORTOCARRERO (D. Agustin) hermano del anterior. Al parecer estaba vinculada entre los hijos del conde de Palma la decidida inclinacion al estado religioso. La única diferencia que se nota entre los dos primeros y Agustin es que éste desde muy niño manifestó ya su vocacion. Nació en Madrid en 19 de Marzo de 1689, y aunque era el quinto de sus hermanos varones, por renuncia de unos y muerte de otros entró por órden

de primogenitura á obtener los títulos de conde de Palma, marqués de Montes-Cláros, de Almenara, etc. Sin embargo, no por esto renunció al voto que tenia hecho: ordenóse de sacerdote cuando era caballero de la Órden de San Juan y grande de España. Obtuvo sucesivamente la dignidad de arcediano de la santa iglesia de Toledo y la de capellan mayor de S. M. en la real capilla de la reyna D.ª Catalina de la misma iglesia. Fernández reunia á un carácter sumamente franco y leal la piedad mas acendrada y extraordinarios talentos, en términos que era admirado de cuantos le conocian. Una de las prendas que mas le distinguian era su inagotable caridad. Se complacia en contar entre sus amigos á los pobres, porqué la pobreza para él era el título mas honorífico que podian presentarle. Las grandes virtudes que le adornaban aun mas que su penetracion y buen juicio le pusieron en estado de poder distinguir la verdadera sabiduría de la falsa, y por lo mismo se le veia siempre rodeado de aquellos grandes ingenios que tanto sobresalieron en España en el siglo XVII. Este sabio sacerdote murió en 27 de Julio de 1748, y fué sepultado en el colegio de D.ª María de Aragon de religiosos agustinos. — G.

FERNÁNDEZ DE NAVARRETE (Pedro). Natural de Logroño y uno de los varones mas ilustres del siglo XVII. Adiestrado en las ciencias sagradas y profanas abrazó el estado eclesiástico, y habiéndose ordenado de sacerdote fué agraciado con una canongía en la iglesia de Santiago de Galicia. Debió á su extraordinario mérito el ser nombrado mas adelante capellan y secretario del infante D. Fernando de Austria, el Papa le honró con el capelo, y por último fué promovido á la sede arzobispal de Toledo. La reyna D.ª Isabel de Borbon, esposa de Felipe IV, le nombró tambien su secretario, cuyos cargos y dignidades desempeñó con aquel celo propio de un sabio y piadoso eclesiástico. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *Conservacion de monarquías y Discursos políticos sobre la gran consulta que el consejo hizo al señor rey D. Felipe III*, Madrid, 1626, en folio. Una parte de esta obra se publicó tambien sin permiso del autor en Barcelona con el título de: *Discursos políticos*, escrita en 1621, en 4.°. 2.ª: *Carta de Lelio Peregrino á Estanislao Borvio, privado del rey de Polonia*, Madrid, 1625, en 4.°. 3.ª: *Siete libros de Lucio Anneo Séneca*, traducidos al español: tales son: 1.°: *De la Divina Providencia*. 2.°: *De la vida bienaventurada*. 3.°: *De la tranquilidad del ánimo*. 4.°: *De la constancia del sabio*. 5.°: *De la brevedad de la vida*. 6.°: *La consolacian á Polibio*. 7.°: *De la pobreza*: compuesto de varias sentencias de Anneo Lucio Séneca, Madrid, imprenta real, 1627, en 4.°.—J.

FERNÁNDEZ DE SARAVIA (Juan) religioso carmelita descalzo. Era conocido en el claustro por el nombre de Fr. Juan de la Madre de Dios, que es el que

tomó cuando renunció al siglo. Nació Fernández en Arnedo, en la Rioja, de padres nobles y ricos; siguió los primeros estudios en su patria y luego de haberlos concluido la abandonó para trasladarse á Salamanca, que debia ser muy en breve el teatro de sus glorias literarias. Cursó en aquella célebre universidad el derecho canónico y civil, siendo tan grandes sus adelantamientos que aun no habia salido de las aulas era ya consultado por sus mismos maestros; de modo que estos no dudaron en vaticinar su futura gloria dándole por lo mismo el lugar mas distinguido entre todos los cursantes. Tomó beca en la floreciente universidad de Oviedo, y presentóse en todos los actos públicos con aquella tranquilidad de ánimo y con la confianza propia del que posee á fondo la ciencia. Sostuvo varias controversias con una elocuencia, con un fuego de imaginacion y con tan grande caudal de sólida doctrina, que muy en breve quedó sin competidor porqué no hubo quien osase medir las armas del raciocinio con las de tan terrible adversario. El triunfo le acompañaba por todas partes, su nombre corria de boca en boca, no siendo pronunciado sino con admiracion y asombro. Se envaneció, se llenó de orgullo y por lo mismo de aquel amor propio que rebaja al hombre cuando es excesivo. Soñaba nuevos triunfos y miraba ante sí un mundo lleno de ilusiones, el cual debia recorrer para hacerse inmortal entre los hombres, cuando le acometió una grave enfermedad que le colocó al borde del sepulcro. Las sombras de la muerte le condujeron á la consideracion de las cosas santas; entónces vió que habia soñado y conoció que no existia verdadera felicidad, si la ciencia no iba acompañada de la virtud, que es cuando produce ópimos frutos en el corazon del hombre. La eternidad, esta palabra tremenda que llena de pavor y espanto en los terribles momentos de la agonía, sonó en sus oidos y Fernández tembló. En este estado se dirigió á Dios pidiéndole perdon y haciendo al propio tiempo voto de tomar el hábito de religioso carmelita si recobraba la salud. Consiguió lo que deseaba, desaparecieron las sombras de la muerte, pero vinieron á substituirlas las tinieblas del engaño. Se mostró ingrato al beneficio recibido, olvidó su voto y corrió en busca de nuevos aplausos. Infeliz hubiera sido sin la gran misericordia de Dios. Volvió Fernández á caer enfermo y acordóse de su ingratitud: pidió de nuevo perdon y lo alcanzó; pero no bien habia convalecido, cuando siguió otra vez los impulsos de su imaginacion, y corrió en pos de la gloria mundana sin ni siquiera acordarse del pasado peligro. En este estado acometióle otra enfermedad mas terrible que las dos primeras, y entónces leyó en el libro de la Providencia escritas con caractéres indelebles las palabras *¡ Muerte ! ¡ eternidad !* Bañaba ya su rostro el sudor frio de la muerte cuando pidió que levantándole del lecho del dolor le trasladasen al colegio del Cármen; y hallándose allí, con balbucientes palabras, tal como se lo per-

mitia el infeliz estado en que se hallaba, redobló sus súplicas, renovó sus votos y Dios le oyó y le libertó de aquel terrible trance. La suerte de Fernández estaba ya decidida, porqué en esta ocasion sus promesas eran sinceras, eran verdaderas. En efecto, desvanecido el peligro regresó á su colegio, dispuso todo lo necesario y volvióse al del Cármen donde recibió el hábito á presencia de la universidad, de sus maestros y condiscípulos, de la nobleza y del pueblo, que presenciaron aquel solemne acto con respetuoso silencio y con los ojos arrasados en lágrimas de ternura al ver la grande edificacion con que Fernández puesto á los pies del superior recibia aquel distintivo que debia conducirle por otra via mas segura; la de la salvacion. En su noviciado se portó como quien era, como un sabio piadoso enamorado de Dios y de la Reyna de los Ángeles. La penitencia, la oracion y el ayuno, una modestia sin límites, una constante humildad, un solícito empeño en cumplir aun aquellos actos que mas podian repugnarle: tales fueron los medios que adoptó para justificar su verdadera vocacion. Por fin llegó el momento de profesar, y lo efectuó con general contento de todos los religiosos que fundaban en él las mas bellas esperanzas. En esta ocasion fué cuando trocó el apellido de su familia con el nombre de *Juan de la Madre de Dios*, en justo reconocimiento de los favores que habia recibido de esta excelsa Señora. Si bien Juan era ya un sabio consumado, juzgaron los prelados necesario que oyese en la religion las artes y la teología para que adiestrado tambien en estas ciencias y unidas con el grande caudal de doctrina que poseia en el derecho civil y canónico pudiese en lo sucesivo transmitirlas á los demas novicios. Concluido el trienio de teología, le nombraron lector en filosofía, cuyo cargo desempeñó tan felizmente que en breve su aula se convirtió en un semillero de varones muy aventajados é ilustres en ciencia y en virtud. Entre los muchos y muy buenos discípulos que salieron de su cátedra se cuenta el venerable y muy docto salmaticense Fr. Domingo de Sta. Teresa. No habia concluido aun Juan de la Madre de Dios la carrera de lector cuando fué llamado á las prelacías, porqué se juzgó muy oportunamente que aquella imaginacion tan fecunda debia poseer por precision el difícil arte de gobernar. Fué maestro de novicios en Valladolid, de donde desempeñó tambien el cargo de superior. Pasó despues de prior al convento de Rio-Seco, pero en el momento en que debia darse mas á conocer fué al llegar á Roma donde le envió la religion en calidad de procurador general, habiéndole precedido ya la fama de su sabiduría y de sus virtudes. Los sabios, los prelados, los príncipes, todos mostraron deseos de conocerle y de tratarle de cerca. Complacíanse en su amena á la par que instructiva y edificante conversacion. Anhelaban su consejo, se aprovechaban de sus máximas y de sus sentencias, y nunca se separaban de su lado sin el vivo deseo de escucharle de nuevo para oir las palabras de

verdad que continuamente brotaban de sus labios. Regresó por fin á España para desempeñar el cargo de prior de la casa de Segovia, y desde allí se trasladó de provincial de Castilla la Vieja. El cronista P. Fr. Anastasio de Santa Teresa dice, que no puede atinar que contradicciones encontró en este empleo que le obligaron á retirarse sumamente mortificado. Según el mismo cronista se retiró entónces á la casa de Valladolid como á súbdito y allí cerró los labios y abrió los ojos (son expresiones suyas); lo primero para disimular sentimientos y lo segundo para atesorar desengaños. El suyo, concluye, parecia no poder ser mayor; pero le avivaron las experiencias que añaden aquella clarisima luz al entendimiento sin la cual *el mas lince es topo*. Nada mas nos dice acerca de los disgustos que experimentó el P. Juan en aquella ocasion; y si mediaron disputas estaria sin duda la razon de su parte cuando la religion no queriendo que viviese en la obscuridad le nombró desde luego definidor general. Eligiéronle despues rector de Salamanca, volviendo mas adelante á ser provincial de su provincia. Existen testimonios indelebles del celo que desplegó en esta ocasion, que fué mayor si cabe que la primera vez, pues si entónces dió admirables ejemplos de acierto, en esta llegó á exceder aun á sus propias fuerzas. Recorrió la provincia todos tres años á pie, sin tomar mas alimento que el puramente necesario para subsistir. No queria que se le tributase ninguna clase de honores; al llegar á un convento se metia en una celda y permanecia retirado todo el tiempo que le quedaba libre despues de llenadas las funciones de su ministerio, ya como á provincial, ya como á sacerdote. Su austeridad era grande, pero comparada con su afabilidad y con su mansedumbre, era nada, absolutamente nada; trataba á todos sus súbditos como amigos, como á hijos; les hablaba con inexplicable dulzura y si alguna vez tenia que reprehenderlos lo hacia de modo que al paso que lograba el objeto que se proponia, nunca se daban por resentidos. Muy al contrario, el amor de Juan cautivaba los corazones mas empedernidos y les hacia sentir sin el menor esfuerzo los dulces afectos del verdadero amor; del amor puro y desinteresado. *Amo á Dios por su infinita bondad; Juan me lo dice, y las palabras de Juan penetran en mi corazon que se siente trocado desde el momento que las oye.* Las reprehensiones de Juan no eran de una severidad que se aproxima al castigo; eran sí el efecto del amor y de la persuasion; de aquella persuasion que no puede resistirse. Así caminaba el ilustre carmelita por la via de la mas estricta justicia, y si volvia el rostro veia á millares que le seguian porqué sus pasos eran tan mesurados como sus palabras. Concluido su provincialato se retiró al convento de Ávila, donde eligió por aposento una celda apartada de todo ruido, en el cuarto mas alto de la casa; allí continuó entregándose á sus continuos y fervorosos actos de virtud. En aquel retiro pasaba á visitarle D. José de Argáez su compa-

triota y obispo de Ávila, varon insigne tambien en virtud, y en quien resplandecia igualmente la humildad en grado heróico. Este excelente prelado jamas permitió que Juan bajase de su celda para recibirle. No; á pesar de sus años subia las escaleras con el mayor anhelo para hallar el recreo que el justo encuentra en la conversacion de otro justo. «La celda del P. Juan de la « Madre de Dios, decia, es para mí un cielo donde respiro; mi imaginacion « cobra nuevos brios, mi corazon se ensancha porqué encuentro la virtud « personificada, que me consuela, que me anima derramando en mí el « bálsamo de la caridad cristiana.» Bien podemos figurarnos que sus coloquios serian tan dulces, tan agradables que nada en el mundo podria compararseles. Así vivia Juan de la Madre de Dios con la firme conviccion de que se habian olvidado ya enteramente de él para ocuparle en nuevos cargos, cuando se vió obligado á abandonar su plácida morada para entregarse de nuevo al desempeño del cargo de definidor general. Cumplió exactamente y con celo verdaderamente apostólico su mision, y por último enviáronle en calidad de prior al convento de Ávila. El peso de los años, sus continuas fatigas, el rigor de sus penitencias le habian reducido á tal extremo que con todos sus buenos deseos le fué preciso renunciar. Retiróse, pues, á su antigua celda; mas como recobrase á poco tiempo la salud perdida, los prelados le enviaron entónces á desempeñar el cargo de rector de Salamanca vacante por la promocion del P. Fr. Gabriel de la Madre de Dios al oficio de vicario general. Como Juan mantenia íntegras sus facultades intelectuales, dirigió aquella universidad con tal tino, prudencia y sabiduría, que al parecer no era un anciano, sino un jóven consumado en la ciencia del gobierno; de modo que su dictámen era siempre voto decisivo aun en los negocios mas arduos. La fatalidad quiso que los regulares rompiesen con el señor obispo sobre puntos de jurisdiccion. Las circunstancias eran críticas, los ánimos estaban acalorados, en términos que los regulares habian determinado cerrar los confesionarios y no predicar mas que en sus iglesias: ocurrencias terribles, escandalosas, que podian haber conducido á extremos sumamente perjudiciales á la caridad cristiana. Para evitar tamaños escándalos se reunieron varias veces todos los prelados de los conventos y trataron de proveer el oportuno remedio. En una de estas juntas Juan de la Madre de Dios usó de la palabra en los varios puntos que se tocaron, tratando las cuestiones con tanto acierto, citando tal abundancia de textos y dando razones tan plausibles, que dejó admirados á cuantos le oian; siendo así que aquella junta contaba en su seno lo mejor y lo mas escogido de la célebre universidad de Salamanca. Tenia ya bien sentada su reputacion; sin embargo desde entónces acabó de popularizarse en términos, que no habia hombre que no desease conocerle, y muy particularmente muchos religiosos de las demas Órde-

nes, que iban á escuchar de sus labios en su misma celda y con grande solicitud palabras de paz y de caridad, que pronunciadas por Juan adquirian aun mas fuerza, si cabe en lo posible, de lo que tenian en sí. Concluido el rectorado asistió en el capítulo general como socio primero de su provincia, y allí consiguió despues de reiteradas y vivas instancias que le dejasen libre de todo gobierno, manifestando que no estaba lejano el dia en que debia comparecer al tribunal del Eterno para dar cuenta de su vida. « Ya veis, les dijo, queridos hermanos lo que me resta que hacer para alcanzar del Dios de las misericordias el perdon de tantas faltas como he cometido. » Añadió á estas otras varias razones y habiendo conseguido por fin lo que deseaba, partió otra vez para Salamanca, donde en efecto se preparó con la mas fervorosa solicitud. Recibió los Santos Sacramentos con incomparable edificacion, y despues de haber exhortado con la mayor ternura á los religiosos que tenia al rededor de sí, despues de haber procurado fortificarles con sus palabras y con su ejemplo, dió el último suspiro, cerró los ojos y descansó en paz; dejando á sus queridos hermanos sumidos por una parte en la mayor afliccion, pero por otra tranquilizados al considerar que si se hallaba en la morada celestial, como piadosamente hablando debe creerse, rogaria allí por ellos al Dios de las misericordias. Su cronista dice estas precisas palabras: «El P. Juan de la Madre de Dios dió su espíritu al Criador con serenidad apacible en el colegio de Salamanca, donde es gloriosa su memoria. Queriendo Dios llamarle para el premio, donde le llamó para el desengaño, darle la corona en el mismo teatro donde empezó la carrera. » Este célebre religioso compuso unos *Escolios sobre la regla y las constituciones*, llenos de singular erudicion. Floreció en el siglo XVII. —J. M. G.

FERNÁNDEZ (José). Natural de Aragon; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola, y habiéndose ordenado de sacerdote no solo se esmeró en el cumplimiento de las obligaciones que le imponia su estado, sino que manifestó constantemente una decidida aficion al estudio, haciéndose acreedor por su celo y por el mérito de sus obras á la estimacion de los hombres mas distinguidos de su época. En todos sus escritos campea aquella elegancia cristiana que los hace á la vez amenos y provechosos. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él: 1.°: *De la vida del P. Pedro Claver, de la Compañía de Jesus*, Zaragoza, 1666, en 4.°. Tradujo al español: 2.°: *Hortulum Marianum* del P. Francisco de la Croix, Zaragoza, 1660. 3.°: *Medullam theologiæ moralis* de Hermando Busembaum, Zaragoza, 1664.—J.

FERNÁNDEZ (Juan Patricio) jesuita y misionero en el Paraguay. Se ignora el pueblo donde nació este célebre español. Publicó la *Relacion histórica de la mision en la nacion llamada Chiquitos*, Madrid, 1716, un tomo en 8.°. Esta obra ha sido traducida en aleman, Viena, 1729, en 8.°; y al latin en

la misma ciudad, 1733, un tomo en 4.°. Contiene la historia de Chiquitos y la de algunas naciones vecinas; pero en ella no se encuentran otros pormenores que los relativos á la mision. El P. Juan Patricio se disponia para ir á fundar una mision en Chaco cuando murió en 1772.—J.

FERNÁNDEZ. Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Hispana Nova* cita á un gran número de autores de este apellido; pero como de la mayor parte de ellos no indica mas que la calidad y las obras que dieron á luz, hemos considerado que lo mas propio será continuarlos en un solo artículo, ya que como españoles y como autores los juzgó el mismo Nicolas Antonio dignos de figurar en el numeroso catálogo de los que han empleado su pluma para exaltar la Religion, para ilustrar la historia, para deleytarnos con la amena literatura, y finalmente para dar impulso á las ciencias y á las artes.—Fernández (Fr. Cárlos) monje benedictino, escritor muy elogiado. Escribió: 1.°: *De carmelitis*. 2.°: *Epistolam paræneticam*, Paris, 1512, en 4.°. 3.°: *Speculum monasticæ disciplinæ*, Paris, 1515, en folio. 4.°: *Confabulationes monasticas*, Paris, 1516, en 4.°. Estas tres obras se hallaban en la *Biblioteca sevillana*.—Fernández (Fr. Francisco) religioso de la Observancia regular en la provincia de la Concepcion. Fué confesor de la serenisima señora D.ª Ana de Austria, y dió á luz: *Guia de la vida espiritual para conseguir nuestro fin*, Paris, 1643, en 12.°. —Fernández de Ayala (Fr. Francisco) dominico. Escribió: *De la vida y venida del Anticristo*. —Fernández Blasco (Francisco) natural del lugar de Sonseca, diócesis de Toledo, presbítero. Compuso un poema sacro que tituló: *Universal redencion, pasion, muerte y resurreccion de Ntro. Sr. Jesucristo*, Alcalá de Henáres, imprenta de Juan Graciano, 1584, en 4.°; Madrid, imprenta real, 1609, en 4.°.—Fernández Galvaon (Francisco) portugues; doctor en teología, canónigo y arcediano de Villanueva de Cerveira en la iglesia de Braga. Escribió: 1.°: *Sermones. Primera parte que empieza en la cuarta feria de ceniza y concluye en la primera octava de Pascua*, Sevilla, imprenta de Alfonso Rodríguez Gamarra, 1615, en 4.°. Estos sermones fueron traducidos del portugues al castellano por Antonio de Azevedo é impresos en Madrid, en el mismo año 1615, en 4.°. 2.°: *Sermones de las fiestas de Jesucristo Ntro. Señor*, Lisboa, imprenta de Pedro Craesbek, 1614, en 4.°. 3.°: *Sermones de las fiestas de los Santos*, Sevilla, 1616, en 4.°. Segun Nicolas Antonio Amador Vieira escribió la *Vida de este autor*.—Fernández (Gaspar) natural de Toledo. Abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola. Martin Navarro en su *Prefatione sui Manualis* le llama *eruditissimum societatis decus egregium*. Fué confesor del conde Francisco de Borgia. Escribió: 1.°: *De statu et officio S. Romanæ ecclesiæ cardinalium*. 2.°: *De dialectica*. 3.°: *De inmortalitate animæ*. Murió segun parece en Toledo en el año 1625. —Fernández Navarrete (Juan Bautista) presbítero,

natural de Córdoba, hombre muy versado en las Sagradas Letras. Escribió y publicó: *Commentaria in Threnos Hieremiæ prophetæ, cum expositione textus hebræi et septuaginta interpretationes in Chaldea versione*, Córdoba, imprenta de Gabriel Rámos Bejarano, 1602, en 4.°. — Fernández (Lupo) religioso de la Órden de ermitaños de S. Agustin. Escribió: *Espejo del ánima en que se trata de los vicios y de las virtudes, con un tratado de la penitencia y sus partes:* manuscrito que se hallaba en la biblioteca del conde de Villaumbrosa.—Fernández (Pedro) presbítero. Compuso la obra siguiente: *Festividades de la Santísima Madre de Dios, y lo que pertenece á su devocion*, Madrid, imprenta de Luis Sánchez, 1618, en 16.°.—Fernández (Silvestre) de la Órden de Padres mercenarios. Publicó: 1.°: *Ceremonial de la Órden de la Merced*, Madrid, en 4.°. 2.°: *Ceremonial romano*, Madrid, en 4.°. 3.°: *Ceremonial para la capilla real*, Ms. 4.°: *Del modo de decir la misa*, del cual se hicieron varias ediciones.—Fernández Álvarez de Miranda (Antonio) canónigo de Leon. Nació en el lugar de Benllera, en la misma diócesis. Publicó una obra titulada: *De la antigüedad de la milagrosa imágen de Ntra. Sra. de Campo Sagrado.* — Fernández de Ayala (Fr. Lúcas) del Órden de Sto. Domingo en la casa de Murcia, lector en sagrada teología. Escribió: 1.°: *Hortem augustissimi nominis Mariæ variis areclis et aromatibus moralibus consitum, sive elucidationem ad verba Lucæ cap. 1, vers. 27. Et nomen Virginis Mariæ*, Madrid, 1648, en 4.°. 2.°: *Historia de la perversa vida y horrenda muerte del Anticristo*, Madrid, imprenta de Francisco Garzia, 1649, en 4.°; Murcia, 1635, en 4.°. — Fernández de Braga (Diego) portugues, del Órden de Padres menores. Publicó: *Adiciones á la obra de Juan Escoto.* — Fernández de Miñano (Francisco). Navarro, nacido en el lugar de Peralta, doctor en leyes, protonotario apostólico, capellan mayor de la capilla real, juez ordinario eclesiástico, etc. Compuso: *Basim Pontificiæ jurisdictionis et potestatis supremæ, sive de ejusdem origine, fundamentis et succesiva continuatione*, Madrid, imprenta de Lúcas Antonio de Bedmar, 1674, en folio.—Fernández de Moura (Antonio) portugues, natural de Braga, sacerdote. Escribió: *Examen theologiæ moralis;* cuya obra dividió en cuatro partes: en la primera trata, *De præceptis decalogi;* en la segunda, *De mandatis Ecclesiæ;* en la tercera, *De ejusdem sacramentis;* y en la cuarta, *De materia peccatorum;* y á las cuales añadió: *De operibus misericordiæ*, Braga, 1613, en 4.°; Colonia, imprenta de Pedro Henn, 1616, en 8.°; Leon, 1620, en 8.°; Lisboa y Leon, 1625 y 1627, en 8.°, en la imprenta de Claudio Larjot; sin contar otras varias ediciones hechas en diferentes parajes, como por ejemplo 1639, 1641, 1648, etc.—Fernández de Navarrete (Domingo) religioso de la Órden de Sto. Domingo; misionero apostólico en las islas Filipinas y en la China; prefecto de su Órden; regente de la primera cá-

tedra de teología en el colegio y universidad de Sto. Tomas de la ciudad de Manila y procurador general en la provincia del Santo Rosario de aquellas islas. Compuso un libro que tituló : *Tratados históricos , políticos , éticos y religiosos de la monarquía de la China. Descripcion breve de aquel Imperio , y ejemplos raros de emperadores y magistrados de él , con la narracion difusa de varios sucesos y cosas singulares de otros reinos y diferentes navegaciones. Añádense los decretos pontificios y proposiciones calificadas en Roma para la mision de la China , y una bula de nuestro muy santo padre Clemente X en favor de los misionarios* , Madrid , imprenta real , 1676 , en folio. Dícese que compuso otro tomo de *Controversias* sobre la China y sus misiones. — Fernández de Otero (Alfonso) canónigo doctoral de la iglesia de Valladolid. Compuso : 1.° : *Interpretationes juris pontificii* , Bolonia , 1616. 2.° : *De actionibus et earum origine* , Cagliari , 1628. 3.° : *Diversarum quæstionum juris* , Nápoles , 1619. 4.° : *Miscellanea juris* , Roma , 1623. — Fernández de Otero (Antonio). Nació en Mogro , lugar situado en los montes de Santander. Así en el desempeño de la cátedra de derecho en Valladolid como en la defensa de las causas forenses desplegó un extraordinario talento , y fué aplaudido de cuantos le oyeron ; por último fué canónigo doctoral y escribió : *De Pascuis et jure pascendi :* obra dividida en dos tomos , Valladolid , 1632 , en folio. —Fernández de Ovalle (Pedro) natural de Plasencia , del Órden de S. Ignacio de Loyola. Escribió : *Obligacion que tenemos los fieles á reverenciar los santos ángeles de nuestra guarda* , dividida en dos partes. — Fernández del Pulgar (Pedro) natural de Medina de Rioseco , doctor en sagrada teología y canónigo penitenciario de la iglesia de Palencia. Compuso las dos obras siguientes : 1.ª : *Vida y motivos de la comun aclamacion del venerable siervo de Dios Fr. Francisco Ximénez de Cisnéros* , Madrid , 1673 , en folio. 2.ª : *Defensa del patronato de S. Antolin en su santa iglesia de Palencia.*—Fernández de Torrejon (Pedro) natural de un lugar situado en la parte meridional de la ciudad de Seseña , en la provincia de Madrid , arzobispado de Toledo. Fué profesor en sagrada teología en la universidad de Alcalá de Henáres , en la cual desempeñó la cátedra llamada vespertina y agraciado con una canongía magistral en la iglesia de S. Justo y S. Pastor. Compuso las obras siguientes : 1.ª : *Institutionum dialecticarum libri tres , in quibus Summulæ Gasparis Cardilli Villalpandæi opportunis elucubrationibus elucidantur* , Alcalá de Henáres , imprenta de Juan de Orduña , 1626 , en 8.°. 2.ª : *In universam Aristotélis dialecticam expositionem* , Alcalá de Henáres , imprenta de Juan de Villódas , 1626 , en 4.°. 3.ª : *Antiquæ philosophiæ enucleationem per expositionem in octo libros phisicorum.* 4.ª : *Philosophiam antiquam ex Aristotele et D. Thoma , ad libros de ortu et interitu expositivis disputationibus enucleatam* , Alcalá de He-

nares, imprenta de Antonio Vázquez, 1641, en 4.°. La resolucion del autor era tambien presentar sus observaciones sobre los *Libri de anima*, pero murió poco despues de haberlas dado á la prensa. Fué sepultado con la sotana jesuítica que en otro tiempo habia usado.—Fernández de Villalumbráles (Pedro) sacerdote y cura-párroco de Sta. María de la Antigua, lugar de Becerril. Dedicó á Felipe II, rey de España: *Comentarios en que se contiene lo que el hombre debe saber, creer y hacer para aplazer á Dios*, Valladolid, impreso por Sebastian Martínez, 1566, en 4.°.—Fernández de Santa Cruz (Manuel). Se sabe que era español, pero se ignora donde nació. Fué togado y comprofesor en el colegio de Salamanca; canónigo magistral de la iglesia de Ávila, y mas adelante obispo de Chiapa en las Indias occidentales, desde donde fué transferido al obispado de Guadalajara, tambien en América. Escribió é hizo continuar una obra titulada: *Antilogiam totius sacræ Scripturæ*, cuyo tomo I comprehende el *Génesis* y el *Exodo*, Segovia, 1671, imprenta de Bernardo de Hervada, en folio. Posteriormente en 1681, Leon, se publicó á continuacion de la otra obra titulada: *Conciliationem Genesis et Exodi, locorum qui apparentem continent antinomiam*; y tambien en una *Exposicion moral* aumentada y corregida de la *Conciliacion del Génesis*. El segundo tomo se publicó con el título de: *Conciliatio librorum Pentateuchi, Levitici Numerorum et Deuteronomii*, etc., Leon, imprenta de Luis Mabie, 1677, en folio.—J.

FERNÁNDEZ (Alfonso). Natural de Plasencia, del Órden de PP. predicadores, varon sumamente docto en las letras sagradas y profanas, incansable en el trabajo y muy apreciado de sus cofrades que le contaron en el número de los generales de la misma Órden; en cuyo desempeño desplegó un celo y una prudencia extraordinarias tal como exigia la dignidad que representaba. Se ignora la época en que murió. Dejó escritas en latin las obras siguientes: 1.ª: *Concertationem prædicatoriam pro Ecclesia catholica contra hæreticos, gentiles, judæos, et agarenos per epitomen in Annales distributam*. 2.ª: *Notitia Scriptorum prædicatoriæ familiæ*. 3.ª: *Catalogus summorum Pontificum, S. R. E. Cardinalium, Archiepiscoporum, et Episcoporum ejusdem familiæ, necnon et Magistrorum Sacri Palatii Apostolici, confessariorumque aliquot Regum et Imperatorum: item aliarum religionum reformatorum; denique aliquorum ejusdem ordinis magistrorum, qui in Hispaniarum, et Indiarum nobilioribus academiis theologiæ præcipuas cathedras moderati sunt*, Salamanca, imprenta de Diego Cussio, 1618, en folio. Estaba redactando tambien en latin otra obra titulada: 4.ª: *Annales ecclesiasticos Hispaniæ*, de los cuales segun asegura el mismo autor tenia ya cinco tomos completos. Ademas compuso en español las siguientes: 1.ª: *Historia eclesiástica de nuestros tiempos*, Toledo, imprenta de Rodríguez, 1611, en folio. 2.ª: *Historia de la devocion del ro-*

sario desde su origen, confirmada con milagros, Madrid, 1613; Valladolid, 1614, reimpresa en la misma villa de Madrid en 1620 y 1627, en 4.°. 3.ª: *Manual de devocion y ejercicios del rosario*, Madrid, 1626. 4.ª: *Tratado de los servicios de la Órden de predicadores de estos reynos de España con la institucion del Santo Oficio de la Inquisicion*, Valladolid. 5.ª: *Historia y anales de la ciudad y obispado de Plasencia*, Madrid, imprenta de Juan González, 1627, en folio. 6.ª: *Historia de los corporales de Daroca*, en dos libros. 7.ª: *Historia del convento de Salamanca de la Órden de predicadores*, en tres libros. 8.ª: *Vida y milagros del Santo Fr. Álvaro de Córdova.* 9.ª: *Vida del Santo Fr. Domingo de Sta. María.* 10.ª: *Vida y martirio del Santo Fr. Domingo de Navarrete, y de sus compañeros en el Japon.*—J.

FERNÁNDEZ (Isabel). En la *Historia* de las personas ilustres y notables en santidad de la provincia de Cartagena, que florecieron á principios del siglo XVI pertenecientes á la Órden seráfica del P. S. Francisco, se refieren entre otras las vidas ejemplares de ocho religiosas pertenecientes al insigne convento de Sta. Clara la Real de la ciudad de Murcia, entre las cuales se halla la llamada Isabel Fernández. Poco interes ofrece por lo regular al comun de los hombres la historia interior de una humilde hija del claustro, cuyos dias se pasan en el silencio del retiro, y cuya íntima comunicacion con Dios se recata muchas veces y casi siempre de las curiosas miradas de los hombres. Así pues, en lo posible procurarémos evitar la motonía inseparable de esta clase de biografías, fijándonos únicamente en aquellas particularidades ó circunstancias que pueden presentar alguna importancia, ó halagar la curiosidad. En la vida de esta religiosa y de sus compañeras de hábito no resplandecen sino aquellas virtudes que hacen grandes á las almas delante de Dios, pero que no lucen á los ojos de los hombres. Las vírgenes, dice un grande y santo maestro de espíritu, que tienen la dichosa suerte de dedicarse al amor de Jesucristo, consagrándole el cándido lirio de su pureza, se hacen en primer lugar amables á los ojos de Dios, como le son amables los mismos ángeles, haciéndose semejantes á ellos, segun la expresion de S. Mateo: apreciable efecto de la preciosa virtud de la castidad. Á mas, una vírgen que dedica su virginidad á Jesucristo viene á ser su esposa; y por esto el Apóstol escribiendo á sus discípulos no dudó decirles que habia prometido á Jesucristo presentarle sus almas como otras tantas esposas. Y el mismo autor hace notar, que Jesucristo en la parábola de las vírgenes que refiere el Evangelio de S. Mateo quiere ser llamado su esposo no obstante que, hablando con otras personas, se hace llamar ya su maestro, ya su pastor, ya su padre; con todo en hablando de ellas el nombre dulce de esposo es el que quiere se le dé. Así pues, la historia secreta de este purísimo amor se habrá verificado seguramente en la mayor parte de estas

felices esposas de Jesucristo, y se verificaba, segun se refiere, en esta religiosa modelo de toda virtud. Lo que el historiador hace notar mas en ella es su tierna y especial devocion á la Madre de Dios, que es la devocion de todas las almas ardientes y castas; pues le era tan devota, que por las cuentas que le rezaba y ofrecia su corona ó rosario, no rezaba otra cosa alguna sino lo de obligacion. Parece que Dios quiso probarla enviándole una grave enfermedad, y ensayando su fidelidad con la amargura de la tribulacion como suele hacerlo con sus almas escogidas. Isabel, resignada y alegre con esta señal de predestinacion, se aparejó para morir recibiendo con el mayor fervor los Santos Sacramentos. Convaleció de aquella enfermedad, lo cual permitió Dios tal vez para probarla mas y ver si se resignaria á vivir en este destierro y dilatar el entrar en el goce de la posesion de Dios; pero de allí á pocos dias volvió otra vez Dios á purificarla: perdió primero el habla, y dándole despues unos terribles vómitos, entregó su espíritu al Criador. Refiérese ademas otra circunstancia notable, y es, que dudando de su salvacion otra religiosa amiga suya por haber fenecido con aquel género de muerte, despues de nueve dias, estando durmiendo todas las religiosas, y solo tres monjas velando, vieron estas como aquella religiosa que dudaba, llamada Doña Catalina Faxardo, fué advertida milagrosamente de que el alma de Isabel Fernández iba á entrar desde luego en la gloria del paraiso. Con esto creció la reputacion de santidad de que gozaba ya la difunta religiosa para mayor edificacion de las demas que vivian en aquel ejemplar convento. —J. R. C.

FERNÁNDEZ (Antonio). Nació en Souzel, en Portugal. Fué maestro de coro en la parroquia de Sta. Catalina de Lisboa. Se ignora la época en que murió. Tenemos de él un tratado del órgano, del canto llano, de la armonía, etc. titulado: *Arte de música, de canto, de órgano*, etc. Lisboa, 1625, en 4.°. Ha dejado ademas otros manuscritos mencionados por Barbosa en su *Biblioteca*. —O.

FERNANDIO (Antonio) jesuita portugues, y natural de la ciudad de Coimbra. Habiendo vestido la sotana de S. Ignacio, aprovechó admirablemente en este santo instituto en la virtud y en las ciencias, recibiendo despues el grado de doctor en teología y siendo profesor de Sagrada Escritura en la universidad de Évora. Deseoso de trabajar en la conversion de los infieles pidió y obtuvo permiso para pasar á las misiones de Indias donde estuvo por algun tiempo. Habiendo regresado á su patria habitó en Lisboa, donde dió á luz la obra siguiente en que habia trabajado por espacio de muchos años: *Commentarii in visiones Veteris Testamenti, cum paraphrasibus capitum é quibus eruuntur*, impresa despues en Lyon, costeando la impresion Jayme Cardon y Pedro Canellat, 1622, en folio. —A.

FERNANDIO (Francisco) jesuita. Créese que fué portugues. Enviado al reino de Bengala, en la India, corrió durante el viaje grandes peligros, ya por los piratas, ya por desechas borrascas en que estuvo á punto de naufragar; pero abordando por fin á Cocino, aprendió en breve el idioma del pais, y empezó su mision con tanto celo que logró convertir é ilustrar con la fe católica á un sin número de infieles. Suscitáronse á la sazon entre los naturales del pais y los portugueses allí residentes animosas riñas, las que tratando de apaciguar el celoso y pacífico Fernandio, fué inhumanamente maltratado por una turba enfurecida y bárbara, y por fin preso y metido en la cárcel, donde consumido en breve por los trabajos y la vejez pasó de esta vida mortal á la eterna el dia 14 de Noviembre del año 1602. Dió á luz en idioma bengalano un *Tratado*, en que se explican los principales misterios de la fe, y un *Catecismo* en forma de diálogo.—A.

FERNANDIO (Gil) carmelita calzado, español de nacion. Este religioso era natural de la ciudad de Requena, en Castilla la Nueva. Vistió y profesó el hábito del Carmelo en el convento de Valladolid, del cual desempeñó despues el cargo de prior. Fué varon sapientisimo y amante de la disciplina religiosa; consultor del santo tribunal de la fe, y por algun tiempo intérprete de la Sagrada Escritura en la célebre universidad de Alcalá de Henáres. Estaba sobremanera instruido en todo género de ciencias, como lo comprobaron los admirables certámenes que sostuvo en Valladolid, Salamanca, Alcalá de Henáres, Roma y Cremona, llevándose en todas partes la admiracion y aplauso de todos los concurrentes. Ignórase el año en que murió; pero se asegura que cerca del año 1605 escribió los tratados siguientes: 1.°: *De Metaphysicis*. 2.°: *De theologicis*. 3.°: *De variis fidei misteriis*.—S.

FERNANDIO (Benito) jesuita tambien portugues. Habiendo abrazado la profesion religiosa en el instituto de Loyola, se distinguió de un modo muy notable por su aplicacion á las letras y por su virtud. Fué por muchos años profesor de humanidades, y ocupóse despues enteramente en socorrer temporal y espiritualmente á los prójimos, en cuyo piadoso y caritativo ejercicio se mostró constante é infatigable operario. Destinado al ministerio de la predicacion, dedicóse á ella con incansable celo sin que por esto dejase de entregarse tambien á otros ejercicios, desempeñándolos todos con tanto esmero y acierto, que cualquiera hubiese podido creer que en uno solo se ocupaba. Su trabajo era continuo y penoso; tan pronto en oir confesiones como en acudir á los hospitales y cárceles para llevar auxilios y consuelos á los enfermos y presos, hallaba todavía tiempo para instruir á los judíos y á los moros que deseaban prepararse para recibir el Bautismo, y para enseñar á los rudos el catecismo por las calles de una ciudad populosisima: en lo que por espacio de muchos años se ocupó tres y á veces cuatro dias en la sema-

na. Su laboriosidad era admirable; así fué que concluyó en año y medio el primer tomo de una obra bastante voluminosa, trabajada toda en las horas de la noche que robaba al preciso descanso. Fué tiernisima su devocion á la Santisima Virgen María, como lo acreditan sus escritos, pues no solo los dedicó á aquella soberana Reyna, sino que no deja pasar en ellos leccion alguna sin adornarla y hermosearla con sus elogios. Una vez experimentó visiblemente la poderosa proteccion de tan cariñosa madre, cuando ocupándose en escribir el segundo tomo de su obra fué afligido de dolores gravisimos que se temia le ocasionasen la muerte; é implorando con lágrimas el patrocinio de la Virgen, casi repentinamente recobró la salud y su robustez antigua. Por fin, despues de una vida consagrada toda al bien de sus prójimos, murió en Lisboa á 8 de Diciembre, dia de la Inmaculada Concepcion de la Santisima Virgen, el año 1630 á los sesenta y cuatro de su edad. La obra de que hemos hablado es la siguiente: *Commentationes et observationes morales in Genesim*, tres tomos, Lyon, imprenta de Cardon desde el año 1618 hasta el de 1629. Esta obra ha sido muy aplaudida y elogiada por los hombres doctos. Tambien dejó escritos Benito Fernandio: *Comentarios en el Evangelio de S. Lúcas*, que se conservaban en las librerías de jesuitas de Portugal.—S. I.

FERNANDO (S.) hijo de D. Alfonso IX rey de Leon y de D.ª Berenguela, hija del rey de Castilla D. Alfonso VIII. El siglo XIII se habia inaugurado con gloria en España con el reinado de Alfonso VIII fundador de la Órden de Santiago y de la universidad de Palencia. El abuelo de S. Luis de Francia se habia visto ayudado en la administracion de su reino por el ilustre Rodrigo Jiménez, arzobispo de Toledo, digno precursor del que dos siglos mas tarde debia inmortalizar el mismo nombre. Como tantos otros prelados de su clase Rodrigo era á la vez guerrero intrépido, político profundo, predicador elocuente, historiador exacto y limosnero generoso: el Rey y el obispo habian sido los héroes de la gloriosa jornada de las Navas de Tolosa en 16 de Julio de 1212. Despues de la victoria, encargado el bravo Diego López de Haro por el rey de Castilla de repartir entre los reyes católicos los despojos de los moros, dió á los reyes de Navarra y de Aragon todas las riquezas cogidas en el campo á Miramamolin: «Y para vos, dijo á su señor, guardad la gloria y el honor de la batalla;» y cada cual quedó contento con su parte. Al morir pues Alfonso legó á sus sucesores una gloria inmensa; ellos aumentaron la herencia sobre este suelo, y lo que es mas, su nieto la santificó y la hizo eterna porqué realizó en su reinado las palabras de la Escritura Santa: «Seré bueno para mi pueblo, fuerte y animoso en la guerra.» En el mes de Agosto de 1217 se reunieron en Valladolid con los grandes y el clero castellano los diputados de todas las ciudades belicosas de Extremadura y del Duero para

Sn FERNANDO.

ofrecer á Berenguela, hermana de Blanca, reyna de Francia y heredera de los estados de Castilla, homenaje solemne de fidelidad; pero la discreta princesa, convencida de que se necesitaba una mano mas firme que la de una mujer para gobernar aquel pueblo belicoso, renunció sus derechos en favor de Fernando su muy amado hijo, y el pueblo todo reunido en la ardorosa llanura que comienza en las puertas de Valladolid saludó á su jóven rey con el nombre de Fernando III: raro ejemplo de magnanimidad y generoso desprendimiento que se lee pocas veces en las historias ¡Sacrificar la propia ambicion á los verdaderos intereses de un pueblo! Como la historia de este gran Rey interesa muy particularmente á nuestra nacion y á la historia general de la Península, no será inoportuno ántes casi parece indispensable entrelazar los hechos de S. Fernando con los de su madre la insigne D.ª Berenguela reyna propietaria de Castilla. «Como Castilla, dice el P. Flórez, habia jurado dos veces por Señora á D.ª Berenguela para en caso de faltar hijo varon, quedó en ella como primogénita el derecho del reino al punto en que falleció su hermano. De este modo la que desde el año 1171 se habia criado con repetidas esperanzas de reyna de Castilla llegó á ceñir la corona en el 1217. Pero acreditado el dictado de *Prudentísima* con que la elogiaron los escritores de su tiempo, manifestó ahora nuevos fondos de su rara prudencia con la suma y casi inaudita moderacion de no mantener en sus manos el cetro que el cielo le entregó, sino pasarle á las de su hijo S. Fernando. Este se hallaba ya en la edad de diez y ocho años. El cúmulo de sus prendas le vaticinaba la delicia de los reinos. No habia fuerza que pudiese resistir á la amabilidad del príncipe, y así todos le aclamaron Rey, celebrando la heroicidad de la madre y la dicha del hijo. Fué el teatro de esta feliz coronacion Valladolid, en el sitio que es hoy plaza mayor, entónces lugar para el mercado, fuera de las puertas donde por tener cada uno parte y no caber en otra concurrió la multitud saliendo todos fuera de la ciudad y de sí por el gozo que los arrebataba. No señalan los historiadores el dia, pero una recóndita memoria de un misal antiguo de Cerdeña nos declara haber sido el 1.° de Julio del año 1217, en cuyo dia la puso el esmerado coetáneo que tuvo aquel buen gusto; y corresponde con el tiempo de la muerte del Rey, acontecida veinte y cuatro dias ántes, los cuales gastaron en allanar dificultades. Otra memoria de Briviesca, publicada por Lupian Zapata en la *Vida de D.ª Berenguela*, dice fué el dia último de Agosto; pero lo primero parece mas probable.» Habian agitado la infancia de Fernando muchas turbulencias y calamidades. En 1198 Berenguela, viuda ya de Conrado de Suabia, sin haber estado casada con él, se habia desposado despues de larga indecision con su primo Alfonso IX, rey de Leon; pero una fatalidad perseguia todas las alianzas de aquella princesa, pues Inocencio III despues de un serio exámen

que duró muchos años, rompió su segundo enlace contrario á las leyes de la Iglesia, y la piadosa Berenguela renunció valerosamente á los goces de la familia y se retiró con su hijo Fernando al lado de su padre Alfonso VIII, dejando gratos recuerdos á los leoneses, porqué habia logrado de su esposo que revisase las leyes y los fueros municipales, y habia hecho levantar en Leon un palacio espléndido y reedificar los muros y las torres de la ciudad, destruidos dos siglos ántes por los moros. Nacido en 1199 Fernando, fué educado cristianamente por su madre y por Alfonso. Nació en un monte entre Zamora y Salamanca, por lo cual le llama un cronicon coetáneo el *montesino: Regnavit Rex Fernandus montesinus* (Cronicon Cervatensis, tomo II, *Hispaniæ Sacræ*). Y Gil de Zamora, escritor de aquellos tiempos, le apellida el *Montano* ó el *Montañés: Montanus dictus quia in monte quodam inter Zamoram et Salamanticam natus fuit.* Fernando demostró ya desde su niñez un natural amable y virtuoso. Este hijo de la cruzada amaba la cruz con un ardor sencillo, la cogia en sus tiernas manos, la besaba y era lo primero que enseñaba á los grandes que se presentaban en el palacio paterno. Cuando se hablaba de los moros en su presencia temblaba, pataleaba y lloraba de indignacion. Á menudo dejaba sus juegos por asomar al balcon á ver si habia pobres en la calle ó en los patios y con palabras cariñosas les echaba dinero y golosinas. Educóse bajo la direccion de nobles ayos, diéronsele maestros bábiles; de suerte que era ya un hombre cumplido cuando Berenguela le llamó junto á sí para ceñir su frente cándida y pura con la corona victoriosa de Castilla. Alfonso IX luego de sabida esta noticia, que debia regocijarle, pasó al frente de su ejército á asolar el territorio de Castilla. Halláronse entónces tres partidos luchando á la vez, el del rey de Leon, el del conde Álvar de Lara y el de Fernando. El rey de Leon encendia la guerra en el norte del lado de Búrgos; el conde Álvar de Lara era dueño de la mayor parte de las plazas fuertes del sur; y la Reyna y su hijo contaban con el apoyo de Búrgos, Segovia, Valladolid y de las ciudades del Duero. Mas, presto se declaró Dios por Fernando: el rey de Leon conoció la inutilidad por no decir el crímen de su empresa, y se volvió á su reino: el conde Lara desesperó de su propia causa viendo algunas de sus ciudades caer en poder de Fernando, y resolvió dar una batalla decisiva, en la cual fué cogido por los grandes del Rey; perdonóle el vencedor, le devolvió su libertad y le dejó algunas fortalezas como á un gran vasallo de la corona. Así quedaron apaciguadas al cabo de seis meses una sedicion y una guerra que amenazaban á Castilla con su total ruina, y el Rey jóven tomó pacíficamente posesion de su reino. En esta primera guerra Berenguela se mostró sublime, despojándose de sus joyas para proveer á la paga de sus tropas: supo inspirar á su hijo el mas ardiente amor de Dios y la mas generosa adhesion al pueblo; y mas tarde Fernando

en medio de todas sus guerras nunca consintió que se gravase á sus súbditos con nuevos pechos. « Dios proveerá, decia, por otros medios á nuestra defensa; temo mas la maldicion de una sola mujer pobre, que á todo el ejército de los moros. » Pero la paz, don del cielo, no debia durar largo tiempo; la ambicion de los condes de Lara no podia acomodarse con la dependencia de vasallos, y aparecieron con armas en el territorio de Palencia. Fernando, con una actividad que presagiaba ya un gran Rey, salió al momento á campaña á la cabeza de un poderoso ejército: llamaron los Laras en su ayuda al rey de Leon, á quien hicieron homenaje de las ciudades que poseian. Alfonso XI se apresuró á socorrerlos, é instrumento injusto de una ambicion que estimulaba á la suya propia comenzó de nuevo la guerra contra el hijo á quien debia legar un dia su corona. S. Fernando, no queriendo desenvainar la espada contra su padre, le escribió esta noble y tierna carta: « ¡Señor y padre mio! ¿qué ira es la vuestra para que me hagais injusta guerra á mí, vuestro hijo, que no la merece en manera alguna? No parece sino que estais enojado de todo lo bueno que me sucede. Debierais regocijaros de tener un hijo rey de Castilla y que siempre os dará honra, porqué no hay Rey cristiano ni moro que por temor de mí se atreva á acometeros. ¿Y de donde os viene esa grande ira? porqué de Castilla ni daño ni guerra os ha de venir miéntras yo viva. Lo que me haceis vos no lo sufriria yo de ningun Rey del mundo; pero de vos no puedo oponerme á ello, porqué sois mi padre. » El conde Álvaro murió, los obispos emplearon la autoridad de su palabra santa para reconciliar al padre y al hijo, y ajustóse una alianza estrecha y duradera entre Castilla y Leon interin llegaba la hora que debia reunir ámbos reinos. « ¡Tiempo venturoso, exclama Lúcas de Tuy con un entusiasmo lírico, en que la fe católica triunfa, la herejía sucumbe, los baluartes de los sarracenos se ven amenazados por el filo de la espada, los monarcas españoles combaten y triunfan por la fe, los obispos y los monjes edifican iglesias y monasterios, y los labradores cultivan sosegadamente sus campos y gozan de los beneficios de la paz! El cronista arriba citado, aludiendo á la época borrascosa y turbulenta del santo Rey, y á la gallarda y noble conducta de su madre, se explica así: « La cautela con que la prudentisima Reyna sacó de manos de su padre al hijo, sin que supiese el fin ni la muerte de D. Enrique, mostró bien que penetraba el estado de las cosas y ántes que se turbasen quiso aclarar el derecho y afianzar al hijo en la corona, de suerte que primero fuese jurado que perseguido. En efecto, luego que el rey de Leon supo la muerte de D. Enrique, movió su gente contra Castilla. Habia sido aquel Rey marido de D.ª Berenguela, y viendo esta renovadas las escenas de la reyna D.ª Urraca, mujer del rey de Aragon, divorciada como ella, no quiso que su reino padeciese como entón-

ces por el marido, y próvida como madre de la patria, le dió un padre que cuidase del cetro como suyo. El rey de Leon pudiera lisonjearse de ver á su hijo rey de Castilla, pues, como este le escribió, podia ya asegurarse de lo que ántes le solia sobresaltar. Mas para ejemplo de lo que ciega la ambicion no queria que tuviese el hijo lo que faltaba al padre, y por gozarlo él hay quien diga que propuso á la Reyna nuevo casamiento, ofreciendo sacar dispensacion del parentesco, que ántes los hizo separar. Desechada la propuesta, prosiguió el rey de Leon con invasiones, hasta que el hijo con prudencia y liberalidad le hizo desistir, y ajustaron paces, obligándose madre é hijo á la paga de once mil maravedis que el rey D. Enrique debia al rey de Leon: de cuya concordia se ha descubierto copia. Entre la prosperidad de la coronacion y adversidades domésticas y extrañas por el rey de Leon y por los Laras, no se olvidó la Reyna de su hermano difunto, y enviando los obispos de Palencia y de Búrgos por el cuerpo, ella misma le acompañó y condujo á las Huelgas de Búrgos, donde le dió sepultura junto al infante D. Fernando con la pompa correspondiente al que habia sido Rey, y á la ternura y devocion de una Reyna, que habia ya regado aquel templo con sus lágrimas en las demas funciones funerarias que hizo suyas, mostrando siempre constancia varonil, nunca melindres ni desdenes de mujer. Cada dia iba Dios dando á los nuevos Reyes, madre é hijo, conquistas de sus mismos estados, pues siendo suyos, necesitaban irlos conquistando por haber enajenado muchos la turbacion y violencias precedentes. Estas habian tambien extenuado el erario; mas la gran Señora echó mano de cuanto tenia, sin reservar sus alhajas de oro, plata y joyas, para pagar las tropas y rendir prontamente la ambicion y soberbia de los Laras. Luego se fueron consiguiendo las ventajas, pues el conde D. Álvaro, jefe de los desórdenes, fué hecho prisionero por unos soldados que castigaron su soberbia poniéndole á los pies de aquella cuyas manos no quiso besar como Señora. Llevároule preso á Valladolid, celebrando todos la visible mano del Altísimo, que iba dando prosperidad á todas las cosas de la Reyna, pues no solo recobró las plazas que tenia el conde sino las de su hermano D. Fernando, haciéndose éste vasallo del Rey para mantenerlas en su nombre. Pero ingratos á la real moderacion, ni supieron guardar fidelidad, ni sostener una rebelion que excitaron: por lo que se pasaron á Leon, instigando al Rey á que moviese guerra contra el hijo, como de hecho se empezó; pero no continuó, ajustándose treguas en ocasion de enfermedad del conde, que así por la dolencia como por sentimiento de lo mal que le salian sus inquietas ideas murió en Toro tan pobremente, que no dejó para conducir el cadáver á Ucles, donde se mandó enterrar, ni para luces del féretro. La gran Reyna olvidada de las ingratitudes ó teniéndolas muy presentes, para realzar la grandeza del corazon y del mérito mandó

dar cuanto fuese necesario para cumplir su última voluntad y un paño de oro para cubrir el ataud, como escribe la Crónica general. Poco despues acabó tambien el hermano D. Fernando, que se habia pasado á Africa con los moros: falleciendo ámbos sin gloria por haber tenido principios y progresos poco justificados. Así castigó Dios á los rebeldes, y así fué remunerando con prosperidades la buena conducta de la Reyna y de su hijo; pues rendidos los perturbadores, quedó todo el reino en paz y la Reyna introdujo el órden de gobierno de su padre como el mas acertado, estampándole tan firmemente en el corazon de su hijo S. Fernando, que muy léjos de apartarse de las máximas de religion, justicia y buen tratamiento de los vasallos, en que estriba la prosperidad del reino, las esmaltó con su piedad y esfuerzo militar contra los enemigos de la fe; á cuyo fin consagró todo el poder de sus armas. Reasumiendo ahora todo lo dicho por lo tocante á esta primera época de la vida de S. Fernando, diremos que cuando su madre por disposicion del papa Inocencio III tuvo que separarse de su marido, quedó el jóven Fernando al lado de éste hasta que habiendo fallecido D. AlfonsoVIII y poco despues Enrique I su succesor, quedando D.ª Berenguela dueña y posehedora del reino de Castilla, llamó á D. Fernando bajo pretexto de verle, y luego que le tuvo en su poder le cedió el cetro y le proclamó Rey en 1217 con general aplauso de todos los castellanos. Las discordias que de este hecho se promovieron entre marido y mujer supo D.ª Berenguela apaciguarlas, asegurando á su hijo un reinado pacífico y glorioso entre los príncipes cristianos. Entremos ya en la segunda época de la vida del jóven Fernando III. Sosegados los disturbios que tan agitado trajeron el reinado de D. Enrique y los primeros dias del de D. Fernando, quedó este sentado en el trono de Castilla, y gobernando sin contradiccion en 1219. Y hallándose en la florida edad de veinte y dos años, casóse Fernando III con Beatriz de Suevia, doncella afable, como dicen las Crónicas. La ceremonia del matrimonio se verificó en Búrgos. El Rey tomó de sobre el altar la espada que ya no habia de desenvainar sino contra los infieles y se la ciñó con sus propias manos. Cubrióse en seguida con la armadura bendita y confirióse á sí mismo la Órden de la caballería por no haber allí persona tan alta que pudiese armar al Rey caballero. El biógrafo ya citado ofrece sobre este enlace (en el resplandeció tanto la prudencia de la madre como la dócil sumision del hijo) los mas interesantes pormenores, que sirven para marcar muy bien el bellísimo fondo de nuestro Santo. «No cabe, dice, en los reinados precedentes la grandeza de D.ª Berenguela: todavía vive y reina felizmente con su hijo. Dióle el ser, dióle el reino y luego le dará otra corona. El hijo no parece que habia recibido el cetro sino para que reinase la madre. Nunca se vió otro mas obediente, ni hubo madre mas digna de ser obedecida.» La Crónica general lo apoya así: «Siempre, dice, fizo

« quanto su padre le mandó, è tambien su madre: et ningun fecho grana-
« do facié sin su consejo de ella: et nunca fué fijo mas obediente á su padre
« et á su madre, ca ella lo merecie muy bien: ca era muy sesuda Dueña,
« et verdadera et muy comprida de todos bienes. Todos tenien ojo en ella,
« et por el su consejo se guiaban; et bien semejaba fija del nobre Rey D.
« Alfonso: ca en ella fué comprido el proverbio: *Cada una criatura remeda*
« *á su natural:* ca bien recudió esta dueña á los fechos de su padre. (Fol. 404). Esto es, que la prudencia, el celo, la bondad y práctica de la Reyna D.ª Berenguela en los negocios de Estado era el alma del reino. Todos miraban á lo que ella disponia, y ella miraba por todos. Entre estas solicitudes de madre, una era dar esposa al hijo que entraba ya en veinte años; y aunque le habia criado con puntualisima atencion de horror á la impureza, no debia estar abandonado á los combates de una lozana juventud, ni dilatar al reino ya que estaba pacificado el gozo de asegurar sucesion. Para esto escogió, con acuerdo de los señores del reino, á *D.ª Beatriz*, hija de Felipe duque de Suevia, electo Emperador de romanos y de Irene Ángela, llamada tambien *María*, nacida del emperador Isaac Ángelo, y de Margarita hija de Bela, rey de Hungría, que tomó el nombre de María entre los griegos y era segunda mujer de Isaac, segun Hweden. Á esta esclarecida princesa D.ª Beatriz fueron á pedir nuestros embajadores D. Mauricio, obispo de Búrgos, los abades de Arlanza y Rioseco y un prior de la Órden de S. Juan. Llegaron al palacio del emperador Federico II que por muerte de su tio Felipe cuidaba de la prima Beatriz, y despues de tres meses la entregó á nuestros embajadores con la comitiva y grandeza correspondiente. Esta es la primera Reyna que vino de Alemania, á quien nosotros habíamos dado ántes princesas de Suevia. Trajeron á D. Beatriz nuestros embajadores por Paris, donde los obsequió dignamente el rey de Francia Felipe II añadiendo comitiva por todos sus estados hasta que llegasen á la raya. Llegaron en fin á Victoria, donde la reyna D.ª Berenguela habia pasado á recibirlos con una lucida córte de señores y señoras, que condujeron á la novia á Búrgos, donde el rey S. Fernando la esperaba con mayor número de grandes y los principales de todas las ciudades. Entró D.ª Beatriz en Búrgos á fin de Noviembre, en cuyo dia 27 celebró Misa solemne el obispo D. Mauricio en la real iglesia de las Huelgas, bendiciendo las armas con que el Rey habia de armarse caballero segun el estilo de aquel tiempo. El mismo Soberano tomó la espada del altar, ciñéndose el cíngulo militar y poniéndole la madre el de la espada. Al tercer dia, fiesta de S. Andres, se hizo solemnemente el casamiento con la reyna D.ª Beatriz en la catedral de Búrgos, celebrando su obispo la Misa y dando su bendicion á los casados. Así lo testifica el arzobispo de Toledo; y el mismo Rey en una escritura de Segovia individualizó la data, diciendo ser en el año tercero de

su reinado en que se armó de caballero y al tercer dia se casó con la reyna D.ª Beatriz hija de Felipe rey de los romanos. Celebráronse las bodas con un aparato cual correspondia á tan gran princesa y cuanto pudo realzar nuestro Monarca; pues hizo concurrir á los magnates del reino, señoras y jefes de milicia con los mas sobresalientes de todas las ciudades. La reyna D.ª Beatriz juntaba con lo ilustre de su sangre imperial una singular hermosura, esmaltada con prendas dignas del gran Rey para quien fué escogida; pues el Tudense la llama *dedicadisima á Dios:* el arzobispo de Toledo la celebra de *honesta, prudente, hermosa. óptima y dulcisima.* Con tan devota Reyna, con Rey tan santo y madre prudentisima eran las máximas de palacio ordenadas á la exaltacion de la Iglesia y al mayor bien del reino. Luego que se hicieron las bodas cuidaron de consagrar á Dios un magnífico templo que sirviese de catedral en Búrgos, y dispuestas todas las cosas, puso la primera piedra el santo Rey con el obispo D. Mauricio en el dia de Sta. Margarita 20 de Julio del año 1221, como expresan las *Memorias de Cerdeña*, en la era 1259; de lo que resulta no poder atrasarse del 1220 el referido casamiento, pues en Julio del año siguiente empezó la fábrica de la nueva catedral por no ser digna la antigua, y el santo Rey quiso ensalzar con aquella demostracion la iglesia en que se habia desposado. Al año siguiente manifestó su fecundidad la reyna D.ª Beatriz, dando á luz su primer hijo D. Alfonso en 23 de Noviembre del año 1221 dia de S. Clemente, mártes, como expresan los *Anales toledanos:* dia doblemente feliz para el santo Rey, pues ademas de haberle nacido en aquel dia quien le sucediese en los reinos, en el mismo dia logró tambien la feliz conquista de Sevilla.» «Sosegadas las alteraciones interiores en el año 1222 D. Fernando mandó reunir las Córtes en Búrgos, dice un historiador contemporáneo, en donde hizo reconocer por sucesor á su hijo Alfonso, y desde entónces resolvió dedicarse á guerrear á los musulmanes, que muy divididos entre sí iban á recibir golpes fatales. En efecto, preparábanse entónces dias muy funestos para la morisma. Harto conocidas son las grandes pérdidas que les hizo experimentar D. Jayme I de Aragon, cuyas conquistas sobre los moros coincidieron con las que alcanzó D. Fernando. Pocas veces tuvieron que luchar los mahometanos con dos enemigos tan terribles. Jóvenes ámbos, ámbos valientes y estimulados á porfía por el celo de la Religion, lograron reunir ejércitos formidables, y dar principio á la venturosa lucha que aumentó en gran manera su poder y cubrió de gloria sus nombres. Al comenzar Fernando la guerra eligió por teatro de sus proezas la Andalucía, llevando siempre la mira de dirigirse mas tarde contra Córdoba y Sevilla, que eran los dos baluartes de mas cuenta que los árabes poseian. Desde que este Rey resolvió hacerles la guerra no tuvieron un momento de reposo, pues durante ocho meses del año batallaba con ellos

en persona y cuando en el corazon del invierno solia retirarse á Toledo, no era sin dejar en el territorio conquistado las fuerzas necesarias para que conservasen lo que se habia adquirido. Así fué como logró talar las llanuras de Valencia y la vega de Granada, amenazando de cerca á estas dos ciudades. Encuentros parciales, escaramuzas, ataques de castillos y salidas de los cercados: todo esto se presenta en tanta copia, que la historia correria con mucho embarazo si hubiéramos de detenernos en exponerlo. Mas todos estos acontecimientos no tuvieron por de pronto mas importancia, que dar á conocer la decadencia del poder de los árabes, y las ventajas que el rey de Castilla habia de alcanzar sobre ellos, si la muerte no cortaba el hilo de sus dias. Por fortuna no fué así, pues no solo Dios le conservó la vida, sino que el fallecimiento de su padre D. Alfonso de Leon vino á dar mayores brios á su espíritu emprendedor y muchos aumentos á su poder. En efecto, en el mismo año 1230 en que las armas del rey de Aragon D. Jayme *el Conquistador* ganaron la isla de Mallorca, D. Alfonso de Leon, despues de haber alcanzado una señalada victoria contra los moros, y apoderádose de Mérida, falleció en Villanueva de Sarriá cuando iba de camino á Santiago de Galicia con el objeto de cumplir un voto y de dar gracias al cielo por las singulares ventajas que sobre los moros le habia concedido. En medio de las bellas calidades que adornaron á este príncipe que reinó cuarenta y dos años, tuvo la debilidad de dar oidos á los intrigantes y ambiciosos que le rodeaban, y los cuales fueron mucha parte para que toda la vida y aun poco ántes de su muerte conservase un odio inextinguible hácia su hijo D. Fernando de Castilla. Arrastrado por esta pasion que debiera acallar, á lo ménos por el bien de sus súbditos, no quiso dejarle el reino de Leon, y nombró herederas á otras dos hijas suyas llamadas D.ª Sancha y D.ª Dulce, habidas de su segunda mujer D.ª Teresa. D. Fernando luego que supo la muerte de su padre, movido por los repetidos mensajes de su madre y por las instancias de todos los grandes de su reino, se dirigió al de Leon, cuyos pueblos le abrian las puertas y proclamaban Rey. Sin embargo, no hubiera dejado de haber discordias intestinas sin la mediacion de los prelados del reino y de D.ª Berenguela, que tuvo una entrevista con la madre de las infantas, en la que se acordó que estas cediesen á D. Fernando sus derechos á la corona mediante una pension anual para cada una de ellas. Reunióse, pues, otra vez el reino de Leon al de Castilla para formar uno solo y no volverse á separar jamas. D. Fernando entónces recorrió el territorio que acababa de agregar á su corona, hizo mercedes, agasajó á los nuevos súbditos y pudo mas seguramente contar con la obediencia de todos. » Desde entónces puede decirse con alguna verdad, que existió una España cristiana, de la cual solo se hallaban ántes los fragmentos. S. Fernando no

tuvo ya sino un pensamiento, el de acabar la reconquista de Andalucía, y purgar el suelo español de la presencia de los musulmanes. El Imperio almohada se hallaba á la sazon en decadencia. Youssouf-Abou-Yacoub vivia encerrado en Marruécos en los jardines de su alcázar sin cuidarse mas que de sus placeres y entregado á pasatiempos indignos de la majestad del trono. En vez de ser el pastor de sus pueblos, solo se ocupaba en apacentar sus vastos rebaños, conversando únicamente con pastores y esclavos, y aniquilando á fuerza de excesos su ya marchita juventud. Su muerte fué digna de su vida, pues en 1224 una vaca le atravesó el corazon de una cornada. Como no dejó posteridad, la mayor parte de sus validos que ocupaban los diversos reinos de España se declararon independientes, y S. Fernando se aprovechó de estas turbulencias para hacer agresiones continuas. En 1233 el infante Alfonso, hermano del Rey, y Álvar Pérez, uno de aquellos caballeros castellanos de raza inquieta y heróica que necesitaban siempre en lo interior una revuelta ó en lo exterior una cruzada, entraron á la cabeza de mil y quinientos soldados de caballería en el reino de Córdoba, el mas rico de la abundante llanura del Guadalquivir, y como una flecha que vuela derechamente al término, no pararon hasta en frente del mar de África sobre aquellas orillas mismas del Guadalete, donde cinco siglos ántes se habia jugado y perdido en una batalla sola la suerte de España. Bien que el número de los cristianos fuese corto, su audacia espantó á los musulmanes; conmovióse la Andalucía entera; el emir Ben-Hud reunió los moros bajo el pendon de la media luna y salió al encuentro de los cristianos, que se hallaban rodeados en Jerez por enemigos veinte veces mas numerosos que ellos. Álvar Pérez les recordó que en aquel mismo lugar Thareck con algunos millares de soldados habia vencido á los godos antepasados suyos y que los cristianos tenian que seguir el ejemplo del vencedor y vengar la vergüenza de los vencidos. En seguida se puso á la cabeza de la vanguardia, compuesta de hombres escogidos, quedando el grueso del ejército al mando del infante D. Alonso. Los cristianos confesaron sus culpas, se perdonaron sus mutuas ofensas, recibieron la comunion, invocaron en alta voz á Dios y á Santiago, patron de España, y cargaron resueltamente sobre los enemigos sin pensar siquiera en contarlos. Despues de desesperados esfuerzos, lograron abrirse un camino sangriento por entre la caballería musulmana, que replegándose sobre la infantería introdujo el desórden en sus filas; de lo cual se aprovecharon los cristianos para hacer gloriosamente su retirada. El año siguiente fué señalado con nuevas expediciones, todas coronadas con el triunfo. S. Fernando se apoderó de Úbeda, que habia resistido largo tiempo á sus armas. Los caballeros de Calatrava y los de Alcántara y el obispo de Palencia tomaron á Trujillo y otras muchas plazas de Extremadura; los ca-

balleros de Santiago se hicieron dueños de Montilla, y el infatigable Rey, que habia confiado á su madre el gobierno de sus estados, se apoderó de S. Estévan y de algunas otras ciudades. Pero una conquista mas importante por largo tiempo meditada debia recompensar muy presto el valor de S. Fernando. El 2 de Enero de 1236 miéntras llovia á mares un puñado de cristianos llegó sin ser visto al pie de las murallas de Córdoba, y levantando escalas subió el primero Álvar Colodro; se apoderó de una torre, donde habia cuatro moros dormidos, tapóles la boca y los arrojó por la muralla. La torre conserva todavía el nombre de este bravo cristiano. La puerta de Mártos fué abierta á la caballería, y al despuntar la aurora los árabes vieron con terror el arrabal entero en poder de los cristianos. Conocieron estos que eran demasiado pocos para apoderarse de una ciudad tan fuerte y tan populosa, y enviaron dos mensajeros: uno á Álvar Pérez que acudió corriendo con sus milicias de las fronteras, y los caballeros religiosos de las órdenes militares, á quienes la guerra jamas cogia desprevenidos; y otro al Rey que á la sazon se hallaba en Benavente cerca de Leon. Sentábase Fernando á la mesa cuando recibió el mensaje: se levanta, da sus órdenes, y parte al punto, seguido de cien caballos. Grande fué la alegría de los sitiadores al ver á su Rey; olvidaron todos los males que habian sufrido, recobraron valor y solo pensaron en proseguir su obra y apoderarse de Córdoba. Estrechóse el sitio con rigor; el Rey recibia diariamente nuevos refuerzos; los asaltos continuos hicieron decaer el ánimo de los musulmanes; el hambre llegó á aumentar todas las miserias, y renunciaron á una resistencia sin esperanza. Alentaba el valor de los infieles por una parte el natural deseo de conservar la libertad, por otra el empeño de que no cayera en poder de cristianos la ciudad que por tanto tiempo habia sido la metrópoli de la España árabe, y finalmente la esperanza que tenian de inmediato socorro. Aunque las dos primeras causas subsistieron siempre, la vista del ejército sitiador y la noticia de que Aben-Hud no solo se habia retirado, sino que fué muerto por los suyos en Almería, sembraron el desaliento en los moros, que ya no veian mas recurso que sus propias fuerzas. Desde entónces entendiendo que les seria imposible defender su patria contra los cristianos, solo trataron ya de hacer las capitulaciones mas ventajosas que les fuese dable; pero el rey Fernando que conocia su aprieto y que de grado ó por fuerza tendrian al fin que rendirse, no quiso en manera alguna hacer mudanza en los pactos que desde luego les propuso; y los moros forzados por la necesidad hubieron de contentarse con que se les respetaran las vidas y poner la capital en manos de D. Fernando, que penetró en ella el dia 29 de Junio de 1236. En la capitulacion se concedió á los infieles la vida y la libertad, pero so condicion que condujesen luego á Compostela sobre sus hombros las campanas que el califa Al-

manzor habia sacado de allí sobre los de los cristianos. El dia de S. Pedro y S. Pablo entró S. Fernando en la ciudad de Córdoba, la perla de Andalucía, y en el mismo dia fué lavada de las manchas del mahometismo, y sobre la mas alta torre se vió brillar la cruz triunfante con el pendon de Leon y de Castilla. Córdoba fué erigida en silla episcopal: su suntuosa mezquita fué convertida en catedral. Tal fué la caida de aquella célebre ciudad, que elevada al rango de capital por Abderraman á causa de haber nacido en ella su hijo Hixem, fué la sede del califato en España y el lugar en donde todos los califas habian hacinado, por decirlo así, sus tesoros y derramádolos con profusion para convertirla en una nueva Damasco. La riqueza del suelo y la dulzura del clima atrajeron habitantes que «corrieron allá, dice la Crónica, como á las bodas de un Rey.» ¡Ciudad gloriosa, pudiera decirse hoy, cuanto te abruma el peso de lo pasado! Ceñida aun de tus torres contemporáneas de los califas, tu vasto circúito no encierra ya sino raros moradores que cruzan tus calles desiertas y cubiertas de yerba. La palma de Abdel-Raman II mece todavía su verde copa por encima de esas ruinas habitadas que tantas veces han visto cambiar de dueño: tu hermosa mezquita, templo el mas misterioso que S. Fernando habia consagrado á la Reyna del cielo, no es ya mas que un asilo solitario y triste: el desierto se ha extendido sobre las llanuras del Guadalquivir: faltan los brazos á esa tierra fecunda, que despues de tantos siglos no se ha cansado aun de dar fruto. Gloriosa ciudad de Córdoba ¡quién te volverá el poderío de los tiempos de S. Fernando! Poco despues de esta ciudad de los grandes recuerdos cayó en poder de D. Jayme de Aragon la ciudad de Valencia, capital rica tambien y asaz poderosa. Desde la pérdida de Córdoba los cristianos se fueron apoderando de varios pueblos del territorio inmediato, miéntras Don Fernando estaba en Búrgos celebrando su segundo matrimonio con D.ª Juana, hija del conde de Poitiers. Trasladóse luego á Córdoba, llevando á sus dos hijos D. Alfonso y D. Fernando, de quienes hablarémos mas adelante, para adiestrarlos en las armas y dedicarlos desde jóvenes á combatir á los infieles. Entónces asentó treguas por un año con Mohamad-Aben-Alahmar, quien reuniendo á su territorio varios estados limítrofes erigió el reino de Granada que vino á substituir al de Córdoba, y que fué el último que resistió á las fuerzas de los cristianos. La reyna D.ª Beatriz habia pasado á cuidar de la ciudad de Cuenca, y enfermó allí tan gravemente que fué desahuciada de los médicos. Viéndose la Reyna en tal conflicto acudió á la del cielo. Mandó que le trajesen una imágen de Nuestra Señora, que era de metal bellamente labrada, y besándola de pies á manos con gran fe de que la habia de sanar, logró lo que le vaticinaba su devoto y bien esperanzado corazon; recobrando sin mas medio la salud, como afirma su hijo D. Alfonso *el Sabio* que se ha-

llaba en Cuenca, quien dice lo vió y que se acordaba de ello aunque era muy pequeño, y á perpetuar aquel milagro dedicó una de sus poesías que empieza así: *Quen na Virgen groriosa—esperanza muy grand'ha—macar seia muit enfermo—ela muy ben o guarirá.* Una de sus memorias es la iglesia de *Mataplana* en Cámpos, que esta Reyna empezó á edificar en el año 1228, y luego continuó D.ª Berenguela *la Grande*, como expresa una piedra del referido monasterio, cuya inscripcion publicó Manrique, y traducida del latin dice así: « La reyna D.ª Beatriz de buena memoria empezó á edificar esta iglesia en el año de 1228 y falleció en la era 1273 continuando entónces la obra la reyna D.ª Berenguela. » D.ª Beatriz llegó á ser reyna de Leon juntamente con Castilla desde el año 1230, y fué la primera que gozó de los reinos unidos establemente como se mantienen hasta hoy, por lo que desde el referido año se halla muy mencionada en privilegios; pero disfrutó el solio poco tiempo, pues falleció en Toro, como expresa el arzobispo de Toledo en el año de 1235 (que corresponde al de la era de 1273). Esta Reyna falleció en buen olor de virtud, tanto que su hijo el rey D. Alfonso dijo en uno de sus *Cantares*, que el Hijo de la Emperatriz del cielo hizo muchos milagros por medio del siempre justo rey S. Fernando y de su mujer la reyna Doña Beatriz:

Muytos miragros o fillo
Da santa Emperatriz
Mostrou por el sempre justo,
E su moller Beatriz.

Enviudando, pues, el santo Rey al fin de 1235, y aunque tenia frutos del primer matrimonio, no quiso la Reyna madre viviese sin consorte. «Extendió la vista por la Europa, dice el biógrafo ya citado, y halló en Francia una princesa, biznieta del rey de Francia Luis VII por su tercera mujer Alix (ó Adelodis) bisabuela de nuestra novia. Ésta se llamó Juana, nombre que empezó entónces en nuestra casa real. Habia estado tratada de casar con el rey de Inglaterra Enrique III, mas no se efectuó la boda por haberse descubierto parentesco. Este casamiento se hizo en el año 1237 (de la era el 1275) como expresa el arzobispo D. Rodrigo, á quien copió con los mismos números Fr. Juan Gil de Zamora. La Reyna madre dispuso que trajesen á Búrgos á la novia, y allí se celebraron las bodas con una córte muy sobresaliente y festejos lucidos. La Crónica general lo cuenta así: « La dicha D.ª « Juana fué rescebida del Rey á la costumbre de los Reyes, et fechas sus « bodas muy honradas. Et fué alzada del Rey por Reyna ante toda la córte, « et otorgáronlo todos. Mas diz que fué grande de cuerpo, et fermosa ade- « mas, et guisada en todas buenas costumbres, et por tal se probó ante « todos los omes buenos que le conoscen, etc. » El arzobispo de Toledo que

cerró su historia con esta Reyna dice que fué D.ª Juana tan sobresaliente en hermosura, agrado y modestia, que no solo cayó muy en gracia al Rey por sus virtudes, sino que se hizo muy acepta delante de Dios y de los hombres. Este es el grande imperio y privilegio de las virtudes, reinar sobre los corazones, cuando ellas ocupan el pecho de los reyes. Despues de la conquista de Córdoba, la España musulmana solo fijó sus ojos y esperanzas en el emir de Granada Mohamad-Aben-Alahmar, y todos los restos de las comarcas vencidas, que iba dispersando delante de sí la conquista cristiana, se refugiaron en torno de aquella columna majestuosa en medio de las ruinas. Alarmado Aben-Alahmar con los continuos progresos de S. Fernando, hizo en 1238 un postrer llamamiento al odio de los moros contra los cristianos. Entre tanto el reino de Murcia se sometió enteramente al rey de Castilla, y he aquí de que modo. Corria el año 1240 cuando asentadas como hemos dicho las treguas con el de Granada volvió D. Fernando á Toledo y luego á Búrgos, desde donde trasladó la universidad de Palencia á Salamanca, en la cual ya D. Alfonso su padre habia erigido algunos estudios. Pero D. Fernando le concedió mayores riquezas y grandes distinciones, elevándola á aquel grado de esplendor que desde entónces no ha desmentido nunca. Imposibilitado el rey de Castilla por una enfermedad de continuar la guerra de Andalucía, y estando próximo el momento de acabarse la tregua con el de Granada, resolvió mandar allí á su hijo Alfonso que se hallaba ya en Toledo y quien recibió una embajada del rey de Murcia, enemistado á la sazon con el de Granada, en que le ofrecia la mitad de las rentas del reino si le amparaba contra la saña de su enemigo. Marchó D. Alfonso con los embajadores, puso guarniciones en los pueblos y en la ciudad de Murcia, y apénas habia vuelto á Búrgos cuando por órden de su padre se dirigió de nuevo allí mismo á fin de tener seguro aquel reino miéntras él se encaminaba á Andalucía. Los cristianos animados con sus triunfos se apoderaron de Arjona y pusieron sitio á Jaen. Defendió la ciudad con gran valor su gobernador Abou-Omar: Aben-Alahmar acudió á su socorro, pero sus tropas no pudieron resistir á las milicias veteranas de Castilla y fueron derrotadas. » Aquí la historia nos presenta uno de aquellos rasgos de heroismo y de ternura: rasgos espléndidos de generosidad que honran tanto al vencedor como al que se confiesa vencido. Á pesar de hallarse en la estacion del invierno, juró Fernando no levantar el sitio de Jaen hasta tomar la ciudad, y su triunfo fué mas general, completo y glorioso de lo que él habria podido prometerse. Aben-Alahmar, aquel hombre animoso que jamas dormia, dice la Crónica, viendo que la lucha se hacia demasiado desigual, tomó de repente una resolucion desesperada y se presentó solo á entregarse en las manos de Fernando y declararse vasallo suyo. Conmovióse el alma grande del

santo Rey con aquella noble confianza: levantó del suelo á Aben-Alahmar que se habia arrodillado á sus pies para besarle la mano en señal de vasallaje; le abrazó tiernamente llamándole su amigo, y resuelto en no dejarse vencer en generosidad, le dejó en posesion de todas sus ciudades mediante un tributo y un socorro de armas. Esto pasaba en 1246: y este paso magnánimo, que parecia deber precipitar la caida del Imperio musulman en España, lo alargó quizas por mas de dos siglos. Tomada ya Jaen, y Granada sometida con su emir, otro Rey cualquiera se hubiera entregado al descanso; pero dice la Crónica escrita por el hijo de S. Fernando: «Este buen Rey era así: cuando acababa una conquista no pensaba sino en comenzar otra; no sabia comer el pan con sosiego ni estarse parado á fin de poder dar cuenta al gran Juez de lo Alto de que empleara su tiempo como debe hacerlo todo rey buen cristiano.» Una sola ciudad importante quedaba aun por conquistar para acabar la sumision de la Andalucía entera, y era Sevilla su capital. Consecuente Mohamad en sus conciertos, apénas D. Fernando dió á entender su ánimo de dirigirse contra Sevilla, cuando saliendo de Granada con quinientos caballeros escogidos, colocóse en la vanguardia que se encaminaba hácia Carmona. Tropas cristianas recorrian el territorio de Sevilla, talando y quemando cuanto les venia al paso, miéntras por otro lado los campos de Jerez sufrian la misma suerte. Todo esto puso á los árabes en gran zozobra; de modo que unos se recaudaban en Sevilla, y otros condolidos al ver tantos estragos preferian ser tributarios de los cristianos á presenciar el destrozo de sus haciendas y pueblos. S. Fernando hizo sus preparativos para el sitio de Sevilla, y comenzó los ataques en la primavera de 1247. El emir de Granada cumplia lealmente con los deberes de un vasallo viéndose obligado por su palabra á dar auxilio á Fernando en aquella grande empresa que se preparaba. Su lealtad le valió cierto ascendiente en el ánimo del Rey, del cual obtuvo por sus súplicas que se tratase con dulzura á los moros que se sometiesen sin resistencia. Mandó, pues, D. Fernando á los suyos que no molestasen las personas ni los bienes de los musulmanes sino cuando la persuasion no hubiese producido efecto alguno; y así fué, que empleados desde entónces con preferencia los medios de suavidad, rindiéronse espontáneamente varias ciudades, entre ellas Carmona y Constantina. Fácil era obtener gracia de Fernando, que con frecuencia decia á sus capitanes: «¡Válgame Dios! ¿creeis que estos infelices me odian? No, solo quieren defender su patria de la cual yo los arrojo.» Resuelto estaba D. Fernando á poner cerco á Sevilla cuando le causaron alguna inquietud las desavenencias entre su hijo D. Alfonso que estaba en Murcia y D. Jayme de Aragon sobre los términos de las fronteras. Pero felizmente se dió con el medio de zanjarlas casando al heredero del trono de Castilla con D.ª Violante, hija del segundo

matrimonio del Monarca aragones, cuyas bodas fueron celebradas en Valladolid. Tranquilo con esto el ánimo del Rey y asegurada con gran provecho de España la paz entre los dos Monarcas mas poderosos de ella, pudo el castellano dedicarse exclusivamente al objeto que desde tanto tiempo le ocupaba. El emir de Sevilla habia pedido socorros á los almohadas de África, los cuales le enviaron algunos bajeles que anclaron á la embocadura del Guadalquivir para cerrar su entrada á la flota castellana. Á fin de sitiar á Sevilla por mar y tierra á un tiempo, envió el Rey á Vizcaya á Ramon Bonifaz, mercader de Búrgos, con el objeto de que procurándose allí una armada viniese con ella al Guadalquivir. Cumplió Bonifaz con su encargo, y se presentó en boca del rio con trece buques, que desde luego acometieron á los de los moros y les ganaron la batalla. La flota africana constaba de veinte galeras, pero atacada denodadamente por los trece de la castellana, le tuvo que ceder el paso. Así fué que la flota del Rey despues de haber abandonado ó cojido la mayor parte de los buques contrarios subió hasta Sevilla. Esta victoria naval, única en aquella guerra de sitios y de batallas, prueba á la vez el valor y la habilidad de los castellanos. Mandaba en Sevilla el wali Abul-Hasan, quien habia juntado cuanta gente le fué posible para resistirse al cristiano. No anduvo empero éste escaso en allegar gentes; así es que tanto por una como por otra parte se habian tomado las disposiciones necesarias para resistirse y atacar denodadamente. Enojoso seria por cierto referir la infinidad de lances á que dió lugar el empeño de unos y otros, pues entre enemigos valientes y que no economizaban su sangre es fácil comprehender cuantas veces y con cuanto furor llegarian á las manos durante el largo cerco de diez y seis meses. En este período puede decirse que todos los hechos de armas vinieron á redundar en favor de los cristianos; de manera que las continuas ventajas de estos y el convencerse los de dentro de que era inútil que esperasen socorro alguno, les movió al fin á pensar en negociaciones. Un año habia que duraba el sitio, y los moros no pensaban en rendirse. Sus poderosas máquinas, de las cuales algunas lanzaban cien dardos á la vez y atravesaban un caballo cubierto de su armadura de hierro, hacian gran estrago en las filas cristianas: trabábanse todos los dias cerca de Triana y debajo de las murallas de la ciudad escaramuzas encarnizadas, en las cuales casi siempre sacaban ventaja los sitiadores; pero faltaron los víveres, y los moros de Sevilla vencidos mas por el hambre que por las armas perdiendo toda esperanza de socorro pidieron capitulacion. Hiciéronse treguas entre tanto, y despues de mil mensajes, en cada uno de los cuales los sitiados iban cediendo, se convino por fin en que los moros podrian vivir en la ciudad pagando los mismos tributos que hasta allí satisfacieron á sus reyes, ó bien salir de ella llevando sus alhajas y dinero; y que Sanlúcar y Niebla

quedarian por los moros, entregándose al castellano los demas pueblos y fortalezas dependientes de Sevilla. El emir Abou-Hassan entregó las llaves de la ciudad, y S. Fernando entró en ella en 23 de Noviembre de 1248 cuando cumplia ya un mes que habian salido para trasladarse á África ó derramarse por España mas de cien mil moros entre varones, mujeres y niños. S. Fernando quiso preparar para la entrada una grande solemnidad triunfal: el ejército cristiano permaneció algunos dias en el campo donde habia pasado diez y siete meses, y que se asemejaba á una ciudad edificada bajo los muros de otra ciudad: convirtiéronse todas las mezquitas en iglesias, y el alcázar en palacio del Rey: la ciudad tuvo sus franquicias y sus fueros copiados de los de Toledo y de Córdoba, y luego que los moros salieron en sus carros, los cristianos entraron victoriosos. Fernando queria que todos los honores de la fiesta fuesen para la Vírgen Nuestra Señora de las Victorias. Abrian la marcha las trompetas de guerra: seguian los caballeros con sus estandartes; las órdenes militares con sus cruces encarnadas; los obispos cubiertos de oro y de jacinto; los monjes con hábitos de sayal, y á lo último el carro triunfal magníficamente adornado en el que iba la imágen de Ntra. Sra. de las Victorias, en pos de la cual caminaba á pie el santo Rey, llorando de alegría. Su amado hijo Alfonso, que compartia su júbilo y sus conquistas, habia compuesto en honor de la Madre de Dios este himno, que cantaba el pueblo, esparciendo flores y perfumes:

Beneydo foi o dia
E bena venturada
A hora que a Vírgen
Madre de Déus foi nada.

El mismo Alfonso historiador sencillo de su padre nos cuenta así las magnificencias de Sevilla: « Esta noble ciudad es la mas grande que se ha visto nunca: no la hay mas llana ni de aspecto mas agradable. Sus muros son altos y fuertes: están guarnecidos de torres altas á distancias iguales y hechas con muchos labores: su torre de oro tiene cimientos profundos en el agua, y es de un trabajo tan sutil que no se podria tasar lo que ha costado. La torre de la mezquita mayor, la Giralda, tan afamada por su riqueza, su hermosura y su elevacion, tiene sesenta codos de ancho, y cuatro tantos de alto, y su escalera está hecha con tal arte, que se puede subir á ella á caballo: encima de la torre hay otra, de ocho codos de altura, y sobre ella cuatro manzanas redondas, una sobre otra, y doradas de suerte que, cuando las hiere el sol, se las ve brillar á una jornada de distancia, y la que está encima es tan grande, que cuando la entraron en la ciudad fué preciso echar abajo la puerta. Y llegan á Sevilla por el rio naves de África, de Inglaterra, de Italia y de Francia; y su hermosura y su riqueza son afamadas

en todo el mundo, y su conquista fué una de las mas nobles que se pudieron hacer en el mundo; y esto fué una merced de Dios para el santo rey Fernando su fiel servidor y para la lealtad grande de sus buenos vasallos, porqué jamas Rey alguno en el mundo los tuvo mejores. » Así dice Alfonso; y nosotros podemos añadir, que si Fernando tuvo buenos capitanes, fué porqué los recompensaba noblemente, porqué su munificencia no reconocia límites, y tenia para con ellos las atenciones mas delicadas; abrazaba á los que volvian de una arriesgada expedicion, curaba él mismo sus heridas, y los llamaba afectuosamente sus amigos y sus hijos. Un dia en el campamento sus caballeros le daban quejas porqué no descansaba lo necesario. « Ya sé, les respondió, que dormís mas que yo; pero si yo, que soy vuestro Rey y vuestro padre no velase por vosotros, ¿cómo pudierais dormir? » Aben-Alahmar, habiéndose despedido del rey Fernando, se marchó mas triste que satisfecho de las ventajas de los cristianos, cuyo engrandecimiento le hacia temer por su reino. Habia cumplido con un deber, pero este cumplimiento al que no se habia podido denegar, tenia que redundar al cabo en perjuicio de él y de los suyos y apresurar el momento de su completa expulsion de la hermosa Iberia. La mezquita de Sevilla fué como la de Córdoba convertida en catedral, y gracias á las exenciones y privilegios que concedió el Rey á los que de nuevo fueran á habitarla, pasó luego desde un desierto en que la habia convertido la grande emigracion de los moros á ciudad regularmente poblada. Así cayó en manos de los fieles aquella famosa Sevilla, reyna de Andalucía, hermoso vergel de la Península, rica en templos y en palacios, circuida de fértil campiña, recreada siempre por dulce y embalsamado ambiente, y puesta bajo la influencia de aquel cielo puro y encantador, que es preciso llamar cielo de Sevilla. Por su pérdida habia derramado el rey Aben-Abed muchas y muy acerbas lágrimas al tiempo en que, desposeido del trono por los almohadas, desde el confin del horizonte vió desvanecerse entre el mar y el cielo sus altas torres. Cuando D. Fernando, aparejándose para la guerra de Sevilla, se hallaba ya en Andalucía, fallecieron su madre D.ª Berenguela y el historiador Rodrigo de Toledo en el año 1246: si bien por lo que toca á la muerte de este no están acordes los historiadores. Ved ahí algunos pormenores interesantes sobre la muerte de la gran Reyna, madre de S. Fernando. Pasaba ya de setenta años de edad la reyna D.ª Berenguela, y cada dia se le aumentaba el peso así del tiempo como de los cuidados. Miéntras su hijo andaba en la frontera, era ella Gobernadora de los reinos, residiendo ya en Búrgos, ya en Toledo, desde cuya ciudad resolvió pasar á verse con el Rey, que estaba en Córdoba, cerca del año 1244. El Santo la salió á recibir acompañado de la reyna D.ª Juana, y se encontraron en Pozuelo, llamado hoy Vi-

llareal, donde residieron con recíproco placer seis semanas: y despedidos, nunca jamas se volvieron á ver. Los hijos continuaron sus expediciones, y el Santo no volvió mas á Castilla. La madre se retiró á Búrgos, á su amado monasterio de las Huelgas, donde empleada en devotos ejercicios, y rendido el anciano cuerpo á una robusta enfermedad, subió el alma á mejor reino, dejando á estos llenos de un luto, que cubria en los vasallos el ánimo y corazon mas que los cuerpos. El tiempo de tan irreparable pérdida no se halla averiguado en muchos. Concedióle Dios el gozo de que viese reducida al verdadero culto la ciudad de Jaen conquistada en el mismo año de su muerte. Sepultáronla en el monasterio de las Huelgas en sepultura llana, manifestando con aquella humildad que su moderacion pasaba mas allá de la vida. En esta conformidad se mantuvo cinco años, hasta que su nieta D.ª Berenguela, religiosa en aquel real monasterio, concluyó un sepulcro mas honorífico donde trasladarla, como en efecto lo hizo. El principal sepulcro seria el corazon de sus vasallos, en cuya memoria y amor viviria la que miró por todos en su vida. La Crónica general, refiriendo el dolor del Santo Rey, dice: « Non era muy maravilla de haver gran pesar: ca nunca Rey en su tiempo otra tal perdió de cuantas ayamos sabido, nin tan comprida en todos sus fechos. Espejo era cierto de Castiella et de Leon et de toda España: et fué muy llorada de todos los Concejos et de todas las gentes de todas leyes, et de los fidalgos pobres á quien ella mucho bien facia. Á la qual haya Dios merced é piedad. (fol. 416.) » Zurita la aclamó *Mujer santisima*: Colmenáres, *admirable ejemplo de las virtudes*: Zuñiga, *heroina de incomparable virtud*: y así otros que se deshacen en elogiarla. Los mudos monumentos que perpetúan su nombre son casi innumerables, ademas de los ya mencionados; pues los privilegios del Rey su hijo llevaban la expresion de hacerse con otorgamiento de su madre, por ser ella la Reyna propietaria de Castilla. Y esto duró treinta y dos años en que se expidieron muchas cédulas reales. La iglesia de Matallana fué tambien obra suya: las iglesias de Astudillo, Castro-Jeriz, y la Real de las Huelgas la veneran como particular bienhechora. Hasta en los registros de los papas han quedado memorias suyas, no solo por la concesion de indulgencias á los que visitasen su sepulcro, sino en una carta muy tierna que escribió al papa Gregorio IX, donde entre otras cosas leemos: « Que el no escribirle mas frecuentemente no nacia de falta de cariño, sino del mismo natural encogimiento de mujer y de la reverencia debida al vicario de Cristo; pues sabe Dios (dice) que cuando con los ojos del entendimiento veo la claridad de la dignidad pontificia, me deslumbra el mismo resplandor, retardándome que escriba: y sobrecogida del pasmo me parece atrevimiento presuntuoso aun querer tocar el ruedo de vuestras vestiduras. Pero cuanto mas frecuentemente recibiera yo vuestras

letras ó preceptos, tanto mayor gozo fuera el mio, y tanto mas lleno recibiria mi deseo. » Con toda esta reverencia escribia la católica Reyna al vicario de Cristo, dejándonos en cada letra un espejo de su ternura, de la grandeza de su espíritu y de su devocion. La toma de Sevilla, comprada á costa de tantos peligros y sufrimientos, consumó la conquista de Andalucía; pero Fernando no creia su obra terminada, miéntras que una sola ciudad de la Península viese ondear sobre sus muros el pendon del islamismo. Redujo, pues, una tras otra todas las ciudades situadas entre Sevilla y el mar hasta los Algárbes; y animado por el triunfo de la fe cristiana, de un santo ardor que reemplazaba en su corazon todas las ambiciones de la tierra, creyéndose ya bastante fuerte, resolvióse á ir á embestir á los moros en su misma casa: meditaba ya la conquista de África, y se preparaba á pasar á ella con una flota, que habia mandado aprestar en Vizcaya, arsenal marítimo de la España. No hay duda que, en medio de la sangrienta anarquía que reinaba en el Magreb, la presencia del santo Rey hubiera podido acarrear su completa sumision y vengar á España de las tres conquistas africanas; y aun la flota vizcaina, mandada por el almirante Raymundo, obtuvo una victoria sobre la flota marroquí en 1251. Pero Dios, cuyos altos juicios suelen cortar los intentos de los hombres cuando mas bien encaminados los cree el limitado entendimiento humano, le queria ya llamar á sí. La muerte, pues, de S. Fernando dejó esta victoria sin resultados. Treinta y cinco años habia reinado en Castilla y veinte y dos en Leon: reinado laborioso, que no fué sino una cruzada perpetua, y que habia agotado las fuerzas del santo Rey, el cual murió de una lenta hidropesía. Habia peleado en un continuo combate, y Dios queria darle el reposo de una gloria eterna. La santidad y la pureza de Fernando fueron necesarias para salvar á la España, perdida por los crímenes de Rodrigo. Á un Monarca muelle, descuidado é indolente que perdió á España, debia suceder con el transcurso de los años otro Monarca santo, activo é infatigable que la reconquistase y restaurase en independencia y en costumbres. Nada igualaba á su adhesion á la Iglesia de Jesucristo; buscaba ante todas cosas su exaltacion, y prosternado delante del Santísimo Sacramento decia: « Dios mio, bien sabeis que no hago estas conquistas por aumentar mis estados, sino solo por vuestra gloria y la utilidad de la Iglesia. » Y esto nos explica su severidad contra los herejes, á los cuales persiguió con todo el rigor de las leyes. Dios era su ayuda; y despues de pronunciar estas palabras sagradas: *Dominus mihi adjutor*, ya no temia nada sobre la tierra. Era muy humilde, dice el cardenal Baronio, y por esto fué tantas veces vencedor, y no se vió jamas bochornado con el vencimiento, como sucede á los guerreros orgullosos, que si bien triunfan á veces, Dios suele reservarles alguna humillacion degradante para abatir

su soberbia. Amaba naturalmente la paz, pero la Providencia le lanzó en los combates. Se preparaba para una batalla como para una accion santa: distribuia abundantes limosnas; se ponia el cilicio bajo la armadura de hierro, oraba y lloraba al pie de la Cruz. Despues de la victoria daba gracias á Dios, y decia á sus cabos: « Amigos, no atribuyamos nuestras victorias á nuestro mérito ni á nuestro valor, sino á que son infieles nuestros enemigos. » San Fernando sentia el amor de Dios y de los hombres hasta un grado sublime; iba á visitar á los pobres, les llevaba socorros, y hacia rescatar los cautivos en las regiones bárbaras. En 1242 estableció la preciosa costumbre, seguida por todos los reyes cristianos, de lavar los pies á doce pobres el dia del juéves Santo; así es que los pintores siempre le han representado como caritativo: aquí hace larguezas al pueblo: allí tiene la espada desenvaynada para defenderle y libertarle: en otra parte empuña su cetro para administrar justicia, que la administró siempre con la mayor rectitud é igualdad sin excepcion de personas. Ni tampoco ha de olvidarse que habia revisado las leyes para hacerlas mas justas, y que todos los dias salia á un balcon del alcázar á oir á los desgraciados y á derramar sobre las almas destrozadas por la injusticia consuelos inexplicables. Como su primo S. Luis de Francia, amó las artes é hizo edificar iglesias y conventos para refugio de las almas en aquellos tiempos calamitosos. Asistia diariamente al santo Sacrificio de la Misa, ya en su palacio, ya en el campamento: explayaba su alma delante de la Hostia Santa que ha salvado al mundo, y solicitó del Papa una fiesta solemne para el Santisimo Sacramento, que no pudo celebrar sino en el cielo, pues en la tierra la Iglesia no llegó á celebrarla hasta el año 1261 como verémos en la biografia de Sta. Juliana. En medio de sus victorias S. Fernando experimentó las aflicciones inherentes á nuestra naturaleza. Despues de la toma de Córdoba vióse acometido de una grave enfermedad, y dió el mando de sus tropas al infante D. Alfonso, su hijo primogénito, con encargo especial de reducir las demas plazas que restaban de los estados de Córdoba. El rey moro de Murcia, amedrentado por las rápidas conquistas de D. Fernando, prefirió entrar en negociaciones de paz ántes que continuar una guerra que debia serle muy funesta; y con este fin ofreció al hijo de Fernando el reino que tenia en su poder, con solo la reserva del título de Rey, la mitad de las rentas y la proteccion de Castilla contra el rey moro de Granada, que con su poder tenia turbados y atemorizados á los demas reyezuelos de África. D. Alfonso, que aceptó la oferta, pasó á tomar inmediatamente posesion del reino de Murcia; y Lorca, Mula y Cartagena, las únicas ciudades que se le resistieron, fueron sitiadas y tomadas por asalto en 1242. Esto pasó durante la enfermedad de S. Fernando, de la cual quedó enteramente restablecido ántes de emprender su reconocimiento

sobre Granada. Otra de sus aflicciones fué la pérdida de su esposa D.ª Beatriz que como ya hemos visto falleció en 1234. Tambien hemos visto la pérdida que tuvo de su madre D.ª Berenguela, á quien habia respetado siempre con amor de hijo y á la cual apellidan los cronistas *el espejo de Castilla y de toda España*. Mas él debia tambien pagar su comun tributo, cuando sabiendo que su primo S. Luis de Francia iba á hacer la guerra á los infieles habia determinado ayudarle en tan heróica expedicion, que costó la vida á aquel príncipe. Su objeto era hacer un desembarco en Marruécos y conquistar aquel Imperio para quitar con este medio á los moros toda esperanza de volver á incomodar á España. Recojamos sobre la muerte de este santo Rey las preciosas y sinceras palabras de su mismo hijo. « Cuando vió el Rey, dice Alfonso, que la hora de morir era llegada, y que se acercaba la vida mas duradera del cielo, mandó llamar á D. Ramon, arzobispo de Sevilla, á los demas obispos y al clero: pidió la cruz y la Santa Eucaristía, que recibió de rodillas con una cuerda al cuello, golpeándose el pecho y acusándose de sus culpas: despues reunió en torno de sí á sus hijos, á la Reyna muy afligida y llorosa y á sus caballeros: encargó á su hijo Alfonso, el primogénito y único sucesor suyo, que respetase los privilegios, las franquicias y las libertades de las comunidades y de su pueblo, á quien tanto habia amado: le mandó que cuidase de sus hermanos y honrase á Juana como á madre propia, y le bendijo. Y acabado esto, viendo que la muerte se acercaba, alzó los ojos al cielo y dijo: ¡Ó Señor! vos habeis sufrido tanto por mi amor, y yo, infeliz ¿qué he hecho por el amor vuestro? Dios y Señor mio, me habeis dado reinos, y el honor y el poder que yo no merecia: ahora yo os lo devuelvo todo con mi alma, y os pido perdon de mis faltas á vos y á todo el pueblo. Y por órden suya cantaron los obispos el *Te-Deum*, y durante este cántico de accion de gracias, él entregó dulcemente su alma á Dios en la noche del juéves 30 de Mayo de 1252. » Así murió S. Fernando, uno de los mas grandes monarcas que han reinado en la tierra. La historia le hubiera apellidado por excelencia el *Grande* si la Iglesia en 1677 no le hubiese proclamado el *Santo*. Fué en efecto uno de los príncipes mas grandes de su siglo: unido con lazos de parentesco con S. Luis, rey de Francia, parece que ámbos monarcas intentaron rivalizar en virtudes; pues si las desgracias no pudieron abatir la constancia y la resignacion de Luis, puede asegurarse que ni la victoria ni la fortuna que por todas partes seguian á Fernando pudieron jamas ensoberbecerle. Modestos entre el esplendor del trono, supieron uno y otro sostener con dignidad el alto puesto en que los habia colocado la Providencia. Fernando protegió al pueblo contra la tiranía de los grandes: fué tambien legislador: hizo reunir todas las leyes de sus predecesores en un solo código regular conocido por el título de las *Partidas*, á

las cuales dió el primer impulso ; mas no habiéndose concluido hasta el reinado siguiente , Alfonso *el Sabio* fué el que dió la última mano á esta obra. Mandó tambien traducir en idioma vulgar el cuerpo de leyes que los moros seguian en Córdoba. Por fin , Castilla aumentada en sus dos terceras partes por el valor de su Rey le debió su gloria , sus tribunales , sus leyes : en una palabra , bajo el reinado de Fernando fué cuando los castellanos principiaron á tomar aquel carácter de elevacion y de nobleza , de valor y de probidad que les distingue. Este sabio Monarca , fundador de la universidad de Salamanca , reunió en sí solo las dos principales glorias , cada una de las cuales honra á dos de nuestros mas celebrados reyes , Alfonso *el Sabio* y Fernando *el Católico* , los cuales fueron grandes porqué prosiguieron y consumaron la obra del primero , el uno en letras , el otro en armas. Clemente X puso á este príncipe en el catálogo de los Santos. La historia de su reinado hasta el año 1243 se publicó con el título de : *Crónica del Santo rey D. Fernando III , sacada de la iglesia de Sevilla*. Su milagroso sepulcro está en Sevilla , y se conserva preciosamente en el tesoro de la iglesia la copa de cristal en que el gran Rey acostumbraba á beber y que le acompañó en todas sus campañas. Aquel ataud conmueve el alma mas profundamente que las tumbas fastuosas de otros conquistadores , á quienes Bossuet llamaba en su enérgico lenguaje *los asoladores de la tierra* , y el caballero Florian *fieras , á las que los hombres aplauden porqué no pueden encadenar*. La España no olvidará jamas á S. Fernando su protector. Este Rey , ceñido con una de las primeras coronas cristianas , era valiente casi hasta la temeridad : tan poco titubeaba en exponer su vida como en doblar su cabeza delante de Dios ; era amante de los peligros como de la humillacion y de la penitencia ; ayunaba frecuentemente y llevaba siempre una cadena de hierro sobre su cuerpo. Campeon infatigable de la justicia , del oprimido y del débil , era la personificacion sublime de la caballería cristiana en toda su pureza y de la verdadera monarquía en toda su augusta grandiosidad. Encontraba en la oracion y en la frecuencia de los Sacramentos la fuerza de que necesitaba para ser primeramente rey de sí mismo y despues un verdadero Rey de los demas. S. Agustin ha escrito en el libro V de la *Ciudad de Dios* estas palabras notables sobre el poder : « Los reyes no son felices por sus riquezas ni por su poder ; son verdaderamente felices si gobiernan con justicia á los pueblos que les están sometidos ; si no se envanecen con los discursos de sus aduladores , ni en medio de las bajezas de sus cortesanos ; si su elevacion no les impide acordarse de que son mortales ; si son lentos para castigar y prontos para perdonar ; si emplean su poder en extender el reino de Dios ; si prefieren al reino en que son los amos el reino en que serán iguales á los demas. » La vida de S. Fernando no fué mas que un largo combate , una cruzada ;

él se santificó llevando su acero con celo y humildad como el pobre trabajador puede ganar el reino del cielo llevando con resignacion las penas de su trabajo. Dada una sucinta idea de los principales hechos que descollaron en la vida heróicamente ejemplar del Santo rey D. Fernando III, solo falta para completarla el dar otra sucinta y mas rápida idea de cada uno de sus hijos, en los cuales ó en su mayor parte se admiran delineadas ó reproducidas las virtudes, las prendas y las grandezas de un tal padre. Y empezando por los de D.ª Beatriz dirémos, que D. Alfonso fué el primogénito de su padre y el que primero nació á dicha Reyna en 1221. Crióle D.ª Urraca Pérez. Este hijo sucedió á su padre en la corona de Castilla y de Leon, y de su prudencia, sumision y valor cuando príncipe hemos visto ya algunas muestras durante la vida de su padre. De él dirémos solamente que fué un digno sucesor de S. Fernando y uno de los reyes mas sabios que ilustran las páginas de la historia. El Sr. Várgas Ponce, en un elogio de D. Alfonso *el Sabio* premiado por la real Academia española en 1782, reasume del modo siguiente los principales rasgos que distinguen al célebre hijo de S. Fernando: «Alguna vez habia de tener lugar un hombre, cuya primera ocupacion fué el estudio: un guerrero que sabia arrimar la espada: un príncipe todo para los suyos, hasta olvidarse de sí: un Rey que entre el polvo de la campaña, que entre los afanes del trono se acordaba de las musas: un héroe, ni abandonado al furor de las conquistas, ni enervado en brazos de la ociosidad: un hombre grande, un guerrero afortunado, un Alfonso en fin gran político, gran general, gran Monarca, por cualquier parte grande, ilustre, admirable. Á la frente de los ejércitos pasma su valor, su presencia de ánimo, su vigor, su constancia. En el solio admira su inexorable justicia, su tierna piedad, su cuidado en dar leyes, su celo en velar sobre su observancia, su atencion al progreso de las ciencias, el adelantamiento de las artes, de la navegacion. En el gabinete espanta su infatigable aplicacion al despacho y á las letras, su fina política, su talento en conocer los de sus vasallos, su cuidado en premiarlos. En su vida privada se nota un hijo sumiso, un esposo fiel, un padre vigilante en formar de sus hijos reyes dignos de tal padre y de tal madre. Y en todas partes y por todo luce su piedad, brilla su religion, y llena todos los números de un Alfonso *el Sabio*.» La historia de nuestra legislacion le coloca al lado de Teodosio y de Justiniano, y su nombre es inseparable del primer código de leyes mas respetable de Europa, que nos recuerda la memoria de aquellos siglos mas gloriosos para nosotros en que bajo todos conceptos marchábamos al frente de la civilizacion europea. D. Fadrique fué el segundo hijo y habia ya nacido en 6 de Junio de 1224 como lo atestigua una escritura de aquel dia. Éste pasó á Italia con motivo de los derechos que su madre D.ª Beatriz tenia en Alemania. Pidió

S. Fernando al emperador Federico los estados que le pertenecian, aplicándolos al infante D. Fadrique, que era el primero despues del heredero de la corona; y su madre D.ª Beatriz, estando para morir, habia mandado que pasase á Alemania, como expresa S. Fernando en carta escrita al Papa. El Emperador que ocupaba aquellos estados dificultaba cederlos al infante; pero en fin llegó á ofrecerlos con tal que fuese allí D. Fadrique, y el santo Rey le encaminó por Italia recomendándole al Papa, y mandando al hijo bajo pena de su real indignacion, que á imitacion de sus mayores los reyes y emperadores de España, rindiese todo obsequio y reverencia á la Iglesia romana, para cuyo servicio le daba los estados de su madre, como expresa el mismo Rey en la citada carta. La reyna D.ª Berenguela escribió tambien al Pontífice desde Búrgos en 5 de Diciembre de 1239, pues el infante se hallaba ya en Italia en Abril de 1240. La herencia de los estados de Alemania parece no tuvo efecto, pues no pasó allá Fadrique y casó con la infanta Despina ó Catalina, hija de D. Pedro, príncipe de Romanía. El infante Don Fadrique vivió algun tiempo en Italia con su hermano D. Enrique, pero vuelto á España con una hija suya, le prendió su hermano el rey D. Alfonso en Búrgos por razones de Estado, y afirma el P. Flórez que hasta le quitó la vida: lo cual seria una mancha de sangre que deslustraria todo el brillo de D. Alfonso. D. Fernando que es el tercer hijo se halla mencionado por el arzobispo D. Rodrigo, omitiéndole la Crónica general y otros, pues segun se cree murió mozo. Habia ya nacido en 15 de Enero de 1227. Vivia aun D. Fernando en 1243. El cuarto hijo fué D. Enrique, el cual habia nacido en 1230. Empezó éste y prosiguió manifestando mucho espíritu y valor militar. Sobresalió en la guerra de Sevilla, y conquistó las villas de Árcos, Lebrija y sus comarcas en el año de 1255, donde quedó residiendo para tenerlas mas sujetas; pero dando allí algunos pasos falsos en materia de Estado, y siendo esto muy perjudicial á las pocas raices que habia echado en Andalucía la nueva planta de la reciente conquista, envió el Rey á su hermano D. Alfonso á que le prendiese. El infante se atrevió á salir contra los que venian á buscarle, lidiando personalmente con el jefe de la partida D. Nuño de Lara con tanto vigor que ámbos salieron heridos; pero no pudiendo resistir contra el socorro de gente que le llegó á D. Nuño, se retiró á Cádiz el infante, y de allí por mar á Aragon, buscando proteccion en el rey D. Jayme. Éste no tuvo por conveniente el defenderle, pero le dió un navío en que salir del reino, y el infante fué á Túnez, en donde vivió cuatro años muy querido del Rey por el valor militar con que se distinguia en las guerras de aquel pais, haciéndose tan formidable á los enemigos cuanto amable á los que defendia, así moros como cristianos. Creció tanto su poder, que llegó á dar zelos á los ministros de la córte, y persuadieron al Rey que le echase

de allí. Pero esto ofrecia el inconveniente de que resentido por el recelo se pasaria al enemigo. Viéndose en tan perpleja coyuntura de no poder mantenerle ni despedirle, tuvieron por mas seguro el quitarle la vida. Sobre esto, dice la Crónica de D. Alfonso *el Sabio*, que el Rey le llamó á una huerta en la que tenia preparados dos leones para hacerle su víctima; pero su hermano D. Enrique se libró de ellos con la espada, y pasó á Italia donde estaba ya D. Fadrique. Llegó D. Enrique á ser senador de Roma, atrayendo á muchos la autoridad de su sangre y el arte de las palabras, con lo demas que refieren los escritores coetáneos de Italia. Volvió en fin D. Enrique á España en el 1294 despues de una larga prision de resultas de una batalla; y se halló en la muerte de D. Sancho *el Bravo*, por la cual pretendió la tutoría del reino y se la dieron en compañía de la Reyna; pero no mostró el celo que debia sobre el bien del reino, ladeándose mas á los intereses propios que á los de sus súbditos. Tuvo tambien el ser *adelantado* mayor de la frontera y mayordomo de D. Fernando IV; pero disgustado de que éste favoreciese á sus émulos, dejó la mayordomía y trató de aliarse con el rey de Aragon contra D. Fernando, en cuyo reinado murió en Roa por Agosto de 1303, dejando dispuesto el entierro en S. Francisco de Valladolid, donde se halló la reyna D.ª María con su hija D.ª Isabel, y le hicieron oficio y funeral honorífico. En su vejez casó con D.ª Juana Núñez de Lara, llamada la *Palomilla*, hija de D. Juan Núñez II, cerca del año de 1300, de la que no tuvo sucesion, y la dicha D.ª Juana pasó á segundas nupcias con D. Fernando de la Cerda. Al infante D. Felipe, hijo de S. Fernando y de D.ª Beatriz, que nació despues de los cuatro ya mencionados, no le nombra el Rey en los *privilegios*, ó bien por contentarse con los tres primeros, ó porqué desde luego fué destinado al estado eclesiástico; pues la reyna D.ª Berenguela se lo entregó al arzobispo de Toledo D. Rodrigo para que le criase en la iglesia, y el prelado le señaló una prebenda y otros beneficios como él mismo refiere. Este infante parece ser la primera persona real que sirvió á la iglesia de Toledo. En el año 1243 firma entre otros una donacion que su padre hizo al arzobispo, por estas palabras: *Felipe, hijo del señor Rey, canónigo toledano*. Fué abad de Valladolid y de Cobarrúbias, y añade la Crónica de D. Alfonso *el Sabio* que estudió en París. Fué electo arzobispo de Sevilla; pero renunciándolo todo, casó con D.ª Cristina, infanta de Noruega, pedida por esposa de D. Alfonso *el Sabio*, como dirémos luego. El infante fué poco afortunado en la conducta de su vida, no tan pacífica ni quieta como hubiera logrado en el estado eclesiástico. Cuando Alfonso X, hijo de S. Fernando, hubo casado con D.ª Violante de Aragon, viendo que no daba indicios de madre y empeñado tenazmente en tener legítima sucesion, resolvió desecharla y buscar otra con mas celeridad de lo que pedia la tierna edad de la Reyna. Extendió léjos la vista, y

envió embajadores á Noruega pidiendo al Rey su hija llamada D.ª Cristina, á quien condujesen los mismos que la pedian; y como no podia esperarse mayor fortuna para la infanta, la envió prontamente el Rey su padre acompañada del obispo Hammerense y de algunos otros próceres de su reino. Llegaron á Búrgos en el año 1254; pero en lugar de recibirla con los placeres de novia, causó al Rey su llegada una excesiva confusion, cercado de multiplicados embarazos; uno, de haber manifestado su fecundidad la reyna D.ª Violante; otro, de hallarse con la infanta pedida por mujer en ocasion que era preciso despedirla. Ántes se habia expuesto á pesados disgustos con el rey de Aragon si desechaba la hija: ahora hacia gravisimo desayre al de Noruega si no admitia á la que pidió por esposa. Ni podia recibir la una, ni desechar la otra. La ingenua confesion del suceso traia mucho rubor, publicando liviandad en pedir nueva mujer quien se hallaba ya casado é ya á la sazon con fruto. Era verdaderamente caso arduo. Pero no siendo posible el extremo de casarse con D.ª Cristina, miró al otro de ¿qué haria de ella? El éxito fué casarla con su hermano el infante D. Felipe, que se hallaba electo arzobispo de Sevilla, pero no con inclinacion de aquel destino. Unos dicen que el infante, viendo perplejo al Rey en el conflicto, le propuso este medio: otros, que el Rey hizo la propuesta. Lo cierto es que el infante Don Felipe tomó á D.ª Cristina por mujer, apartándose del estado eclesiástico en que no tenia contraido impedimento. Dotó el Rey á los novios con liberalidad dándoles el señorío de Valdecorneja con las villas de Piedraita, el Barco y otras que son hoy del Exmo. duque de Alba. Pero aunque eran grandes señores, no pudo D.ª Cristina mirar con indiferencia hallarse infanta habiendo venido para Reyna. Esta desigual fortuna batió con tantos golpes á su pecho, que la acabó luego consumida de melancolía. No dejó sucesion, y luego casó el infante con D.ª Leonor Rodríguez de Castro, en quien algunos no conocieron sucesion, pero parece tuvo una hija llamada D.ª Beatriz. Indica el ya citado P. Flórez, que no bien avenido D. Felipe con el Rey su hermano, pasó al servicio del moro de Granada. Dice el mismo biógrafo, que el rey D. Alfonso era mas inclinado á hacer brillar su nombre que á mirar por el bien de los vasallos; y que esto puso al Estado en unas tan delicadas circunstancias, que el infante D. Felipe seguido de gran parte de señores y de algunos prelados trataron de apartarse del servicio del Rey, y los primeros se fueron con el de Granada. Hubo muchas demandas de parte á parte, y D. Alfonso nombró algunas personas que tratasen los puntos; siendo la primera la Reyna con el infante D. Fadrique y otros señores y prelados. No lográndose por aquí composicion, enviaron los disgustados á pedir plazo para salir del reino. La Reyna, que estaba en Búrgos, detuvo á los diputados dos dias sin que hablasen al Rey, con el fin de emplear sus buenos ofi-

cios de mediacion ; y viendo que á las primeras propuestas no se reducia el infante y sus aliados, propuso al Rey otras condiciones mas ventajosas, á que junto con el infante D. Sancho, arzobispo de Toledo, le hizo condescender. No se aquietó con esto D. Felipe, y atrevióse á pedir otras que al Rey le parecieron muy altivas; con todo eso la pacífica Reyna tuvo bondad para unirse con el arzobispo, con los infantes D. Fadrique y D. Manuel y persuadir al Rey que todo lo otorgase, escribiendo luego en su nombre á los quejosos esta carta: « Sépades que Nos (la Reyna con los mencionados infantes) consejamos, y rogamos y pedimos al Rey, que quisiese que viniésedes á su servicio, y oviésedes su merced, y que vos otorgase todas aquellas cosas que le enviasteis á pedir en vuestra razon, y otorgóvoslas y quiérelas hacer, así como vos lo enviará á decir por su carta, etc. » Esta benigna condescendencia parece que debia haber sellado todas las disensiones; pero el que no quiere la paz no se aquieta con el que la promete. Volvieron á proponer otras condiciones que desazonaron mas al Rey; pero considerando que no podia salir de España para ir al Imperio como deseaba si dejaba el reino inquieto, y añadiéndose las suaves y eficaces persuasiones de la Reyna que estaba sacrificada á la paz, resolvió enviarla desde Ávila, donde á la sazon estaba, á Córdoba para que tratase los negocios con las ventajas y prontitud posible, miéntras el Rey pasaba á verse con el de Aragon. Dióle algunas instrucciones, pero su historia las omite prudentemente á causa de que la Reyna logró una negociacion mas ventajosa que la pretendida por el Rey; y éste, sumamente satisfecho por su feliz conducta, respondió á la carta de aviso diciendo, que agradecia mucho su actividad y acierto en la composicion de los negocios, y que aunque ántes fiaba mucho de ella como su propia esposa y prenda que tenia en lugar de hija, ahora mucho mas por haber ajustado los tratados mas ventajosamente; y que lo tenia por mas honra y mas de su gusto que si él mismo los hubiese ajustado, y que los podia firmar del mismo modo que se habia tratado, pues él enviaba sus cartas para que todo fuese ratificado: expresiones que dan bien á entender la gran satisfaccion que el Rey tenia de la Reyna, y lo hábil que era esta señora en materia de negociaciones políticas, las cuales necesitan lo mas fino del arte y de la industria. El éxito fué que el infante D. Felipe con los demas señores y el mismo rey de Granada llegaron á Córdoba por honor de la Reyna, y quedaron las cosas ajustadas; con lo que el Rey dispuso salir para el Imperio, dejando á la Reyna por gobernadora con su hijo D. Fernando de la Cerda. Todo esto pasaba cerca el año 1274, en cuyo año á 28 de Noviembre se verificó el fallecimiento del infante D. Felipe, cuyo cuerpo fué sepultado en un hermoso sepulcro en Villa-Alcázar de Sirga, junto á Carrion. El sexto hijo del santo rey D. Fernando y de D.ª Beatriz fué D. Sancho, el

cual fué tambien confiado al arzobispo de Toledo D. Rodrigo, que le dió el oficio de psalmista, prebenda y beneficio. Perseveró en la Iglesia, y llegó á ser arzobispo de Toledo. Yace allí en la capilla del *Sepulcro*, debajo del presbiterio. D. Manuel fué el último hijo que tuvo D. Fernando de D.ª Beatriz. Casó en primeras nupcias con D.ª Constanza, hija del rey D. Jayme I de Aragon. Muchos omiten el segundo casamiento que fué con D.ª Beatriz de Saboya en 1275. Murió en Diciembre de 1283 en Peñafiel. Ademas de estos hijos tuvo la reyna D.ª Beatriz algunas hijas: una se llamó Leonor que murió niña: otra Berenguela, que se metió religiosa en el Real de las Huelgas en 1241 estando allí su padre, y le puso el velo D. Juan, canciller del Rey. Añade el Tudense una tercera hija llamada María, que dice murió pocos dias ántes que su madre en 1235, y que fué sepultada en Leon donde tiene epitafio. Resultan pues diez hijos en este matrimonio, con cuya gloriosa fecundidad, añade el citado biógrafo, premió Dios la honestidad conyugal del Santo, que jamas violó la fe del matrimonio: especie digna de notarse por el que vió la licencia de aquel tiempo en Leon, y no ménos recomendable por la que en faltando el Santo inficionó á Castilla. D.ª Juana dió á S. Fernando nuevos sucesores en tres hijos llamados Fernando, Leonor y Luis. Todos habian nacido ya en 1243. Al primer hijo de este matrimonio, D. Fernando, suelen hacerle algunos arcediano de Salamanca; pero el crítico y erudito P. Flórez prueba que no era éste, el cual despues de la muerte de su padre se fué con su madre D.ª Juana á Francia, y dicen casó allá con Lora de Monfort, señora de Espernon, siendo conocido allá con el título de infante de Castilla. Vuelto á Francia con la Reyna consta que habia muerto en 1269. El hijo mas pequeño de D.ª Juana se llamó D. Luis, nacido muy poco ántes de 1243. Casó con D.ª Juana Gómez de Manzanedo, señora de Gaton, á la que algunos hacen de la casa de Villamayor. Fué este infante señor de Marchena y de otros varios lugares; pero falleció, como el precedente, ántes de su madre, y quedó en ella el derecho de sus estados en los que le sucedió la hija. Entre los dos hijos referidos parió la Reyna á D.ª Leonor. El rey de Inglaterra Enrique III la envió á pedir por esposa de su hijo Eduardo en 1253, señalando para la embajada al obispo Bathoniense y al señor Juan Mansel su capellan, con el fin de ajustar la paz por este medio en las disensiones que habia en la Gascuña; y en efecto, lo consiguió en 1254 en que el rey D. Alfonso *el Sabio* cedió á su hermana D.ª Leonor por dote la Gascuña, con todo el derecho que á allá tenia por concesion de Enrique II, confirmada por Ricardo y Juan, reyes de Inglaterra. El expresado Mansel se llevó la princesa á Inglaterra, habiendo obtenido varios privilegios para los que venian de ella á Santiago en romería. El rey de Castilla significó á los embajadores, que deseaba ver la persona del príncipe Eduardo,

su futuro cuñado, y armarle solemnemente de caballero. Temió el inglés si debajo de aquel honorífico pretexto habria alguna intencion de apoderarse del heredero del reino; pero Mansel le aseguró no ser posible tal mancha en el generoso candor de nuestro Soberano. En efecto, vino con pomposa soberbia el príncipe Eduardo á la ciudad de Búrgos, donde estaban ajustadas las vistas, y nuestra córte le recibió con no menor grandeza. Hiciéronse allí los desposorios, y el Rey armó de caballero al príncipe. La entrada del novio en Búrgos fué en 18 de Octubre de 1254. Tuvo tanto gusto el Rey de armar de caballero al príncipe, que se notó en datas de privilegios de aquel año, diciendo ser aquel en que *D. Odoart fijo del rey de Inglaterra recibió en Búrgos caballería*; lo cual se practicó en los meses siguientes del 1255. El príncipe llevó á su casa D.ª Leonor, y el rey de Inglaterra les hizo tantas donaciones, que no fué á gusto de los ingleses. Siguió la princesa á su marido en la guerra de la Tierra Santa en el año de 1271, y parió allí una hija llamada Juana, y de Ácres por el lugar del nacimiento. El P. Le-Moine, citado por el P. Flórez en su *Galería de las mujeres fuertes*, nos ofrece una insigne infanta de Castilla casada con Eduardo, príncipe de Gáles, cuyo valor compitió con el amor, atreviéndose á chupar el veneno de la llaga que su marido recibió en la Tierra Santa, y le quitaba la vida si no hubiese quien chupase aquel veneno, escogiendo morir porqué viviese el príncipe. Á este funesto teatro salió la valerosa española, conducida por un valor mas fuerte que la muerte; y recogiendo en sus labios enamorados la ponzoña logró dos vidas, premiando Dios la accion con que ninguno muriese. Este admirable triunfo le defiere el autor á Isabel, hija del rey de Castilla; pero con tal cautela de no expresar al padre, ni declarar el tiempo, que no podemos asegurar la infanta de quien habla. Con Eduardo príncipe de Inglaterra y herido en la Tierra Santa, no casó mas infanta de Castilla que D.ª Leonor hija de S. Fernando, de quien hablamos. Sea pues ésta la que se lleve la palma de tan heróica accion. Falleció en el año 1290 como aseguran los *Anales terceros toledanos*. Y aunque Núñez de Castro atribuye otro hijo á S. Fernando, llamado D. Alfonso Fernández, el P. Flórez desmiente con pruebas semejante asercion.—J. R. C.

FERNANDO DE JESUS (Beato) portugues. Del beato Fernando de Jesus de Santaren, en Portugal, se refiere en el *Año Dominicano*, como habiendo entrado en el Órden de predicadores manifestó una invencible paciencia en sufrir la cruz continua de enfermedades y dolores que le afligieron hasta la muerte. Esta grande constancia nacia del intenso deseo de conformarse con su dolorido Redentor, el cual para manifestar al mundo la gloria que le tenia prevenida en el cielo al beato Fernando (dice una Crónica) que le comunicó en la hora de su muerte tanta luz en el rostro, que resplandecia como un

hermoso sol. Despues de su dichosa muerte, que fué por los años 1260, añade el *Sacro Diario Dominicano*, que apareció glorioso al beato Egidio de Portugal, quien preguntándole del estado de algunos religiosos ya difuntos, respondió: « Todos están bien, porqué has de saber que los hermanos predicadores que mueren en la religion habiendo cumplido con sus obligaciones, todos se salvan; pues en la hora de la muerte son especialmente ayudados por la Virgen Madre. » Y en confirmacion de la verdad, dió señales en que se verificó lo que habia dicho. — C. R.

FERNANDO DE LISBOA (Beato) portugues. Este jóven, de la nobilísima familia de Plúres, canónigo de la catedral de Lisboa, su patria, vivia entre las conveniencias de su casa dado mas á las delicias del siglo, que atento á los deberes del estado eclesiástico, cuando tuvo noticia que el beato Gil de Poncella, su pariente, se habia convertido, pasando de una vida licenciosa á abrazar la penitencia en la religion dominicana. Resolvióse totalmente á mudar de vida, y habiendo tomado el hábito de la misma religion, guardaba una perfecta y rigorosa observancia del instituto; de suerte que en pocos años alcanzó en virtud y santidad á los mas consumados en la perfeccion. Adquirió con las heróicas virtudes que practicaba tanto crédito y estimacion, que el arzobispo de Braga le propuso al rey D. Sancho por árbitro y juez sobre las diferencias que habia entre el mismo arzobispo y el Rey; y en efecto, las compuso á satisfaccion de ámbas partes. Despues de cuatro años de religion, estando ya dispuesto para el cielo, le visitó el Señor con una gravísima enfermedad, la que sufrió con admirable paciencia; y segun escribe el maestro Castillo, preguntándole el beato Gil como se sentia, respondió que tenia grande esperanza de que el infierno estaba cerrado para él: y sin decir otra palabra, entregó su alma al Señor en el año 1262, habiendo ántes recibido los Santos Sacramentos. Este bienaventurado Fernando es una prueba de que la penitencia, cuando es verdadera nunca es tardía, y es siempre agradable á Dios. — A. C. R.

FERNANDO (El Beato) príncipe de Portugal, maestro de Avis de la congregacion de la Órden benedictina. Su padre fué D. Juan I rey de Portugal y su madre Felipa, sobrina de Eduardo III rey de Inglaterra é hija de Juan duque de Lescestria. « Tuvo, dice la Crónica, desde su niñez como innato el temor de Dios, y nunca afeó su alma con algun pecado mortal. » Guardó perpetua virginidad, absteniéndose de los regalos de la mesa y de todos aquellos placeres que son otros tantos incentivos para la liviandad. Fué admirable en sus ejercicios y digno ejemplar para que los príncipes le imiten, en especial los que gozan encomiendas y rentas de Órdenes militares. Pasaba casi todo el dia en oracion puesto en la presencia de Dios: visitaba á los enfermos, cuidaba de consolar á los presos, redimia á los cau-

tivos, hacia limosna á los pobres, y era tan piadoso y bienhechor para con todos, que nunca dejó sin auxilio á los que acudian á su socorro. Habiendo sido religioso profeso de la Órden á un tiempo religiosa y militar del P. San Benito de Avis y elegido maestro de ella, mostró con sus obras que la habia profesado, guardando la regla del gran patriarca como monje en todo, y siendo espejo de monjes, salvo en el ceñir espada, que era su instituto, porqué en las épocas en que era preciso pelear con los infieles, muchas de las Órdenes religiosas se hicieron tambien militares. Fernando, pues, estaba siempre pronto para defender la Iglesia de Dios; y tal era el celo que le inflamaba, que estaba resuelto á derramar su sangre si fuese necesario. Y no fué vana esta su resolucion; pues Dios le concedió lo que tan de veras deseaba. Pasó á África para pelear contra los moros de Tánger en compañía del rey Eduardo y de D. Henrico su hermano, y allí dió muestras de su grande esfuerzo y valentía, hasta que llegó el rey de Fez con socorro para los de Tánger; y los cristianos se vieron reducidos á tal extremo, que la necesidad les forzó á pactar el paso seguro para sus naves, y no lo pudieron alcanzar sin entregar la ciudad cercada, y dejando por prenda y en rehenes á Fernando, al cual nunca quisieron entregar, ni recibir por su rescate dinero alguno, ufanos de tener en su poder un capitan tan ilustre y valeroso, sin que pudiese alcanzarlo de manera alguna el rey Eduardo á pesar de todos sus esfuerzos. Sufrió de aquellos bárbaros los mas duros tratamientos, encerrado cruelmente en una obscura y estrecha mazmorra; de suerte que su cautiverio fué mas amargo que la misma muerte y último castigo. Finalmente, agotadas sus fuerzas con tanto sufrir, se preparó á la muerte por espacio de quince meses de martirios, y pasó á recibir la corona de su prolongado martirio en el dia 17 de Junio de 1443. En prueba de la grande opinion de Santo en que murió el beato Fernando, copiarémos literalmente lo que la Crónica añade de sus virtudes y de su recompensa. « Fué devotisimo « de la Madre de Dios, á cuya honra ayunaba á pan y agua todos los sábados y vigilias de sus festividades, y se le apareció estando para morir « acompañada de cortesanos celestiales, y le consoló y vió que se arrodillaba ante esta Soberana Reyna el Arcángel S. Miguel, y le decia: *Señora*, « *rogad á vuestro santisimo Hijo, que este vuestro siervo y devoto de los dos*, « *sea libre de tantos males y trabajos y sea bienaventurado como nosotros*. Y « el glorioso Evangelista S. Juan dijo: *Madre y Señora, no permitas que este* « *devoto é imitador tuyo padezca mas trabajos: sea admitido al convite de las* « *bodas del Cordero, puesto que nunca manchó sus vestiduras con suciedad* « *alguna*. Entónces la Madre de Misericordia, mirando con aspecto suavisimo á Fernando, concedió lo que le pedian, y respondió que seria contado « entre los cortesanos celestiales. » Esta piadosa leyenda, apoyada en la

tradicion ó en algun texto de religiosas escrituras, manifiesta lo mucho que mereció de Dios y del pueblo cristiano la constancia de su siervo y su heróico martirio, comparable únicamente con el que padecian los ínclitos hijos del Órden mercenario y trinitario cuando quedaban cautivos ellos para redimir á sus hermanos: género de martirio superior al que padecian los mártires de los primeros siglos. El santo cuerpo del mártir quedó colgado en la puerta de la ciudad y fué ilustrado con milagros, segun la tradicion; y llevado despues á Portugal, se le colocó en Batalia dentro un honorífico sepulcro. — N. A. T.

FERNANDO (Gondisalvo de Heredia) centésimo nono obispo de Barcelona. Habia nacido en Aragon de la ilustre familia de Heredia, y habia sido educado en las virtudes propias de un caballero cristiano y dignas de sus preclaros ascendientes. Entregado á los estudios desde su mas tierna edad, fué instruido en las ciencias tanto seglares como eclesiásticas, ganándose la voluntad de todos por la rectitud imperturbable de sus costumbres y por el fulgor de su ciencia; de manera que con su nombre daba nuevo lustre á la Iglesia. Desempeñó con tal perfeccion los varios y delicados encargos que se le hicieron, que á instancias del Rey el Sumo Pontífice le consagró con el mayor júbilo la dignidad de obispo de Barcelona, cuya sede se hallaba vacante por muerte de Rodrigo Borja, de la cual tomó posesion en 8 de Junio del año 1479. Y despues de haber obtenido la presidencia y todos los demas grados y honores propios de sus altas virtudes, se desveló en instruir á su clero y á toda la ciudad; procurando dedicarse á todos los deberes de su ministerio pastoral, á la lectura, á la predicacion de las Santas Escrituras y á la visitacion de su diócesis. Cuidaba de prevenir todos los daños que amenazaban á sus diocesanos, y lo arreglaba todo con suma prudencia, y los males inevitables los procuraba curar ó aliviar con saludables remedios. Era manso con los caidos, humano y justo con los rebeldes, prodigaba el pan á los hambrientos, mostrábase generoso bienhechor de las viudas, y con todos se portaba con singular benignidad. Encendido todo en amor de Dios, é inflamado en caridad hácia el prójimo, empleó todos los medios para defender y propagar la fe de Jesucristo, valiéndose entre otros del tribunal de la inquisicion, que entónces se habia introducido en España, y que segun Salazar y otros autores Barcelona fué la primera ciudad de España en la cual se estableció. Apóyase el referido Salazar no solo en la autoridad y comun opinion de los autores catalanes de la época, ya tambien porqué S. Raymundo de Peñafort, que fué el primer inquisidor de la corona de Aragon, residia en Barcelona. *Insulæ Baleares, quarum caput Majorica* (son palabras del referido Salazar) *et quasi Hispaniæ partes sunt, necnon Aragonia et Cathalonia demum et Valentia, itidem hoc S. Inquisitionis officium, acceperunt anno*

Domini 1235 instante Sancto Raymundo de Penyafort. Y un autor mas moderno y nada sospechoso, hablando de la antigua Inquisicion de España, se expresa así: «De Portugal nada sabemos con seguridad, y el resultado general es que durante el siglo XIII solo hubo inquisicion permanente en la diócesis de Tarragona, Barcelona, Urgel, Lérida y Gerona que confinaban con Francia, en cuyas provincias meridionales proseguia con vigor.» No entrarémos ahora en calificar ese tribunal, del que tanto se ha dicho y escrito, pues no es tal nuestro intento. Diremos tan solo en obsequio de la verdad que poquisimas veces la Inquisicion ha sido juzgada como una institucion altamente popular en las varias épocas en que estuvo mas en auge, apreciándola segun las ideas dominantes que entónces regian, y haciendo abstraccion para ello de las ideas que dominan en el dia. Esta falta de criterio es casi general en todos nuestros escritores contemporáneos, que juzgan de las cosas pasadas mirándolas bajo el mismo prisma con que contemplan las presentes, y no haciéndose cargo de la diferencia casi inmensa de los tiempos y de las circunstancias. En esto no intentamos ni elogiar ni deprimir, sino hacer una observacion importante acerca de todas las críticas ó juicios que se han hecho en nuestros dias de la Inquisicion, cuya historia ignoran la mayor parte de los que hablan de ella. Fernando Gondisalvo fué por sus virtudes y saber promovido á la silla metropolitana de Tarragona, en la cual se portó como hasta entónces habia hecho, y murió en el año 1500, como afirma el mismo Salazar con estas palabras: *Gundisalvus cognomento de Herediæ Archiepiscopus Tarraconæ ex Barcinonensi Præsule, suo munere respondere curavit: obiit anno 1500.* — R.

FERNANDO DEL CASTILLO, predicador y confesor del rey católico Felipe II y su embajador en la córte de Portugal. (Véase CASTILLO (Fernando del).

FERNANDO DE ARAGON, hijo de Alfonso, arzobispo de Zaragoza y nieto de D. Fernando rey de Castilla y de Aragon. Nació en Madrid en 1514. Desde sus juveniles años buscó su recreo en el estudio, y habiendo abrazado el estado eclesiástico fué elevado á la silla arzobispal de Zaragoza despues de la muerte de su padre, en el año 1539. Finalmente, en el de 1565 nombráronle virey de Aragon. Cumpliendo este prelado exactamente los deberes de pastor de un numeroso rebaño, halló todavía tiempo para dedicarse al cultivo de las bellas letras, y especialmente al estudio de la historia de Aragon, haciendo exquisitas investigaciones que le dieron por resultado materiales suficientes para componer algunos tomos en folio, que sirvieron en lo sucesivo de grande auxilio á los historiadores que le sucedieron. Despues de treinta y seis años de haber ejercido la dignidad arzobispal, ilustrando á sus ovejas con sus virtudes y sus escritos, falleció en Zaragoza en el año 1575. Las obras que compuso son las siguientes: 1.ª: *La historia de los reyes de Ara-*

gon. Juan Francisco Andres de Uztaroz, tambien historiador del mismo reino en su *Panegírico sepulcral á la memoria póstuma del doctor D. Tomas Tamayo de Várgas cronista mayor de las Indias*, y en la *Notitia auctorum*, afirma haber tenido en su poder este manuscrito, al cual tributa grandes elogios en su libro de las *Coronaciones de los serenisimos reyes de Aragon*, y en la otra obra titulada: *Defensa de la patria de S. Lorenzo*. Afirman tambien haber visto el manuscrito de Fernando de Aragon y le colman igualmente de elogios Gerónimo Zurita, Diego de Spes, Diego de Murillo y D. Martin de Carrillo. 2.ª: *Catálogo de todos los prelados del reyno de Aragon*, del cual se sirvió Martin Carrillo para componer el suyo que tituló: *Catálogo de todos los prelados, obispos y arzobispos y abades del reyno de Aragon*. Así lo confiesa en el prólogo que puso al frente de su obra. 3.ª: *Noviliario de las casas principales de España, esto es: Castilla, Aragon, Cataluña, Navarra y Vizcaya*. Menciona esta obra D. Martin Vizcai en su escrito: *De la nobleza de la Merindad de S. Juan del Puerto;* y segun se asegura constaba de cuatro grandes volúmenes. — U.

FERNANDO (Gaspar) jesuita, español tambien y natural de Toledo. Fué constante compañero de S. Francisco de Borja y por algun tiempo ejerció el cargo de su confesor. Varon verdaderamente religioso, letrado y sumamente amable por la suavidad de sus costumbres, el cual despues de muchas y largas peregrinaciones, despues del acertado desempeño de varios cargos de gobierno y de enseñanza, vuelto á su patria en el año 1575, murió en Toledo para volar al cielo, segun piamente se cree, á recibir el premio de sus trabajos y virtudes. Martin Navarro le llama *eruditisimo y esclarecido ornamento de la Compañía de Jesus*. Escribió: 1.°: *De Dialectica*. 2.°: *De statu et officio cardinalium sanctæ Romanæ Ecclesiæ*, tres libros. 3.°. *De inmortalitate animæ* y algunas otras obritas, que se dieron á la prensa. — S.

FERNANDO (Juan) jesuita. Fué natural de Toledo, en España. Transcurridos los primeros años de la niñez, su padre, de quien era hijo único, quiso separarle de los estudios á que se aplicaba gustosamente y con fruto para dedicarle al comercio; lo que le afectó tanto, que postrado delante de una imágen de la Santisima Virgen no cesaba de rogarla con gran ternura que no permitiese le arrancasen de sus estudios favoritos, las letras, para consagrarle á la vida ambiciosa del comercio. Algun tiempo habia pasado haciendo constantemente la misma súplica, cuando un dia cogióle en ella un leve sueño y le pareció oir á la Divina Madre, que le hablaba desde la misma imágen y le prometia el curso no interrumpido de los estudios; prediciéndole ademas que seria alumno de la Compañía de Jesus, de cuya intencion estaba él por aquel entónces bien ageno. Dispertó Juan despues de esto, sintiendo inundado de alegría su corazon y tan consolado, que queriendo

corresponder fervorosamente con su agradecimiento á un favor tan singular, acto continuo hizo á la Santisima Virgen voto de perpetua virginidad. Continuó, pues, haciendo rápidos y admirables progresos en sus estudios; y habiendo ya enseñado letras griegas en Toledo, á la edad de veinte y dos años, entró en la Compañia en el de 1555. Dedicóse despues con tanta avidez y aplicacion á la sagrada teología, que habiendo bebido en ella como en una clara fuente y recogido un gran caudal de sabiduría y de virtud, como varon completo en todas sus partes, fué enviado á Roma para interpretar las Sagradas Escrituras. Ejerció este honorífico é importante cargo por muchos años, durante los cuales se ocupó tambien en el ministerio de la predicacion con celo y fruto, y despues fué enviado á Bélgica para prestar los espirituales auxilios á los soldados católicos en los campamentos. Continuó en este ejercicio por espacio de cinco años, sufriendo con alegría y constancia los trabajos y peligros que á tal género de vida son consiguientes. Muchas veces le aconteció salir libre mas no sin peligro de una muerte que parecia inminente y cierta; porqué no pudiendo sufrir su ardiente y caritativo celo que los soldados heridos en el foso y á punto de morir espirasen sin confesion, arrojábase denodadamente en el peligro para recibírsela á pesar de que á él solo dirigian entónces sus tiros los enemigos. Habiéndose en cierta ocasion, dice una Crónica, apeado del caballo en un lugar campestre y sido sorprehendido allí por las tropas de los herejes, inmóvil de pavor y sin ánimo para volver á montar á caballo, no esperando socorro humano, invocó con gran confianza el auxilio del Ángel tutelar de los católicos ejércitos, y sintiéndose repentinamente levantado como en brazos de un hombre vigoroso, halióse colocado en la silla de su caballo, de cuya ligereza se valió y escapó del peligro. En otra ocasion caminando solo vióse acometido por un caballero hereje, que así que le divisó, dando á su caballo todo el escape, corrió hácia él con lanza en ristre en ademan de herirle; mas no bien le alcanzó, cuando reprimiendo el ímpetu de su fogoso corcel, le preguntó cortés y dulcemente si era jesuita. Contestóle Fernando afirmativamente con ánimo resuelto; y cambiando entónces el caballero su coraje en mansedumbre, rogóle amorosamente que le diese su mano para besársela; despues de lo cual se retiró sin hacerle daño alguno. Vuelto de Bélgica á España consagróse todo al ministerio de la predicacion por espacio de quince años, haciendo abundantisimo fruto. En su extrema edad, siendo tan débil que para predicar era preciso que otros le condujesen al púlpito, cuando estaba en él y empezaba el sermon aparecia tan vigoroso y ardiente, cual pudiera otro cualquiera en lo mas florido de su juventud. Fué varon muy esclarecido por el olor de su santidad, y no ménos ilustre y recomendable por su piedad que por su gran sabiduría, la que tuvo ocasion de manifestar enseñando

teología en España, en Roma y en la Germania Inferior. Entre sus demas virtudes sobresalia una sencillez admirable, acompañada de no ménos rara y maravillosa prudencia. Amante apasionado de la pobreza, no usaba con gusto otros vestidos, que aquellos que despreciaban los demas ya por inútiles. Sus túnicas interiores eran tan gastadas y tan rotas, que ni aun á los pobres se hubieran dado en limosna para vestírselas. Por espacio de seis años fué su cama una sola estera ó corcho extendido en tierra, y para cubrirse no empleaba otra cosa que sus mismos vestidos. Al mismo tiempo se azotaba cruelmente todas las noches, pasando dos ó tres horas en fervorosa oracion. Era muy dado á este santo ejercicio, al de la lectura y al silencio; y ageno de conversaciones y trato comun de los hombres, solo hablaba cuando de sus palabras podia resultar algun bien para los mismos. Así es que vivia en continua oracion é intimidad con Dios y se recreaba como con un maná celestial con la leccion de las Santas Escrituras; habiendo alcanzado una maravillosa facultad de contemplacion, en la que es opinion se le revelaron de parte de Dios cosas sobrenaturales. Encontrósele despues de su muerte un librito de memorias, que señala los cursos de sus meditaciones desdel año 1587 hasta el 90 del mismo siglo. En él se consigna que dos veces se le apareció su santo patriarca Ignacio, y que tambien se le mostraron visibles la Santisima Virgen con brillante acompañamiento de celestiales vírgenes y S. Mauricio con su legion de compañeros mártires. Habiendo llegado por último á los cincuenta y nueve años de edad, lleno de achaques y sumamente débil, sintió y predijo el dia de su muerte; y dos dias ántes de caer en la última enfermedad pasó á encontrar al rector á deshora de la noche, suplicándole le recibiese una confesion general de toda su vida, porqué en breve habia de morir. El tiempo que le restó de vida lo empleó en el recuerdo y contemplacion de los divinos beneficios, en cantar las divinas alabanzas y en rezar himnos y salmos. Murió por fin en Palencia, el dia 9 de Marzo del año 1595, habiendo vivido unos cuarenta años en la Compañía y hecho el cuarto voto prescrito por los estatutos de la misma en manos de su prepósito general. Hízole públicas y solemnes exéquias la iglesia catedral de Palencia, en las que predicó un célebre orador de la misma Compañía, siendo su discurso, mas bien que oracion fúnebre un panegírico de las virtudes y santidad de Fernando. Era tal la opinion que de esta se tenia, que apénas murió cuando ya muchos se encomendaron á él y aplicaron devotamente rosarios y otras prendas á su cuerpo, como al de un varon de manifiesta y esclarecida santidad. Sus vestidos, á pesar de ser tan pobres, humildes y rotos, llevároselos por reliquias y partiéronlos entre sí algunos varones principales, á pesar de la resistencia que á ello opusieron los de la Compañía. Fué preciso diferir por algun tiempo el darle sepultura para sa-

tisfacer la piadosa curiosidad del inmenso concurso, que á verle y venerarle concurria. Escribió una obra dividida en tres tomos con este título: *Divinarum scripturarum juxta S. S. Patrum sententias locupletissimus thesaurus*, en la que por órden alfabético se declaran todas las parábolas, metáforas, frases y lugares mas difíciles de la Sagrada Escritura; pero á causa de su muerte no pudo concluirla.—J. S.

FERNANDO DE STA. MARÍA (Fr.). Llamado en el siglo *Fernando Martínez*, conocido mas comunmente por el apellido de Sta. María, que tomó al entrar en religion. Nació este varon esclarecido cerca de Astorga, en el reino de Leon en España, en el año de 1554. Hizo solemne profesion religiosa en la Órden de carmelitas descalzos el dia 10 de Junio de 1570 bajo la disciplina de S. Juan de la Cruz y de Antonio de Jesus. Fácil es de imaginar cuanto adelantaria Fernando en el camino de la perfeccion con tan sabios y santos maestros. En efecto, sus progresos fueron tales y de tal manera llegó á desprenderse de todo lo del mundo, que pudiendo ver miéntras vivo á Santa Teresa, con admirable ejemplo de modestia y mortificacion cerró los ojos diciendo que solo deseaba verla gloriosa en el cielo. Atendiendo sus prelados á la fama de virtud y prudencia que se habia adquirido Fernando, en 1585 enviáronle á Génova, donde fué nombrado primero suprior y vicario y despues prior del convento de Sta. Ana. Elegido en 1605 primer prepósito general de la Congregacion italiana, promovió con gran celo la mision de Persia, que se estableció en 1608. Instituido vicario general de la Órden despues de la muerte del venerable Fr. Pedro de la Madre de Dios, envió en 1613 á los celosos Fr. Dionisio de la Madre de Dios y Fr. Bernardo de S. José á las Gálias para que allí introdujesen y propagasen su instituto. Nombrado de nuevo prepósito general en 1614, obtuvo la beatificacion de Sta. Teresa, y fué el primer general que visitó los monasterios de su Órden en Francia, dando testimonio de que el mismo fervor de espíritu reinaba en el noviciado de Paris, que en el de Pastrana. Nombróle comisario para las siete provincias reformadas de S. Francisco de Italia el papa Urbano VIII, de quien era muy amado y cuyas confesiones tuvo el honor de oir varias veces. Dotado de suma prudencia, logró componer graves desavenencias entre el arzobispo y el virey de Nápoles, y mas graves todavía entre el mismo virey y el mencionado sumo pontífice Urbano. Elegido por tercera vez prepósito general en 1629, alcanzó del referido Soberano Pontífice que confirmase con su autoridad apostólica las constituciones de su Órden; y lleno por fin de dias y buenas obras murió en Roma con gran fama de santidad en el dia 23 de Marzo de 1631. Escribió: 1.°: *Privilegia congregationis carmelitarum excalceatorum Italicæ concessa*, Roma, 1617, en 4.°. 2.°: *Epistolæ sex pastorales ad totam congregationem scriptæ*.—S.

FERNANDO (Fr. Juan) religioso del Órden de Sto. Domingo á principios del siglo XVII. Nació en el lugar de Vililla. Fué en su Órden nombrado maestro en sagrada teología. Enseñó en Valencia y despues en la ciudad de Tortosa artes y teología. Fué tambien catedrático de Sagrada Escritura, y como poseia perfectamente las lenguas griega y hebrea pudo lucir en su cátedra de un modo sorprendente. Este excelente religioso, tan apreciado por su virtud como por su ciencia, murió en 1625. Escribió: *Commentaria in librum Ecclesiastes, in quo Vulgata ad verbum cum originali hebræo confertur et probatur eam omnes alias versiones excellere*, Roma, imprenta de Juan Paulo Profilio, 1621, en folio.—J.

FERNANDO DE SANTIAGO (Fr). Nació en Sevilla, se ignora el año, y vistió el hábito de religioso de Ntra. Sra. de la Merced, redencion de cautivos, en su patria, en el convento llamado la *Casa grande*. Entregóse decididamente al estudio de las Letras Sagradas, en el que sobresalió entre todos sus condiscípulos. Llegó por fin la época en que se dió á conocer en la cátedra del Espíritu Santo, no solo por el grande caudal de doctrina que habia adquirido, sí que tambien por su elocuencia enérgica y persuasiva. Predicó ante el rey D. Felipe IV, y mereció ser elogiado tan extraordinariamente que desde entónces le dieron el nombre de *Pico de oro*. Iguales aplausos adquirió en la córte de Roma, donde predicó ante el papa Paulo V con un fuego de imaginacion que tan solo puede obtener el que está bien penetrado de las verdades del Evangelio. Sus discursos causaban portentosos efectos. No habia quien los escuchase sin interes; siendo las lágrimas de los oyentes el mejor testimonio de la ternura que excitaba el orador, principalmente cuando trataba de convencer al incrédulo para que deponiendo la ingratitud emprendiese la via de la salvacion. En este caso no habia corazon que se resistiese, ni lengua que no confesase la verdad, vertida por los labios del orador español. Su candor, su modestia y su humildad le granjearon el aprecio de reyes, de prelados, de príncipes y de lo mejor y mas instruido que contaba entónces la Religion y el Estado. Nombráronle mas adelante comendador del convento de Granada, cuyo cargo desempeñó como era de esperar de su celo y de su sabiduría. Era ya de edad muy avanzada cuando se retiró al colegio de S. Laureano de su patria para prepararse á bien morir. Allí se entregó enteramente á la oracion y á la penitencia, y en estos ejercicios le alcanzó la muerte en el 1639, siendo de edad de casi cien años. Segun dicen sus biógrafos fueron muchas las obras que escribió, pero no se imprimieron mas que las siguientes: 1.ª: *Consideraciones sobre las dominicas y ferias de cuaresma*, Salamanca, 1597; Barcelona, 1598, en 4.°; y Valladolid, imprenta de Luis Sánchez, 1606, en 4.°. 2.ª: *Consideraciones sobre los Evangelios de los Santos, con una bre-*

ve paráfrasis de las letras de los Evangelios, Madrid, 1593, en 4.°; Zaragoza, 1605; Salamanca, 1615, en 4.°, imprenta de Antonio Ramírez. 3.°: *Sermon que predicó en Málaga en las honras de Felipe II*, Sevilla, 1598, en 4.°. 4.°: *Otro sermon en las honras de Felipe III*, Granada, 1621, en 4.°. 5.°: *Tratado del acto de contricion*, Sevilla, 1634. 6.°: *Marial ó sermones de Ntra. Sra.* El illmo. Dr. Fr. Gabriel Adarzo y Santander, arzobispo hydruntino, afirmó á D. Nicolas Antonio haber escrito ademas Fr. Fernando de Santiago; 1.°: *Apología para el uso de la moneda de cobre en España*. 2.°: *Explicacion del Jubileo Santo;* y otras varias obras. Los restos de Fernando fueron depositados en un sepulcro con una elegante inscripcion. — U.

FERNANDO DE JESUS (Fr.) carmelita descalzo, apellidado *el Crisóstomo* de su siglo á causa de su elocuencia y fuerza en el decir. Fué de nacion español, y hallándose en Granada conoció allí al glorioso fundador de la Órden de carmelitas descalzos, á cuyas insinuaciones profesó su hábito en el año 1588. Esclarecido en santidad y doctrina, distinguióse particularmente por su pericia en las tres lenguas latina, hebrea y griega. Cogió abundantísimo fruto para Cristo en Baeza y Coimbra, donde se dedicó con ardiente celo á la predicacion evangélica, conquistándose tambien grande fama en toda España. Nombrado varias veces lector de filosofía y teología, enseñó á sus discípulos de tal manera, que á todos causaba admiracion. Lleno por fin de virtudes y de méritos, murió plácidamente en 1644, á los setenta y tres años de su edad. Escribió innumerables libros con que enriqueció la república literaria; si bien muchos de ellos se perdieron. Otros se conservaron manuscritos en el archivo de los carmelitas descalzos de Baeza y son los siguientes: 1.°: *Commentaria in Logicam Aristotelis*. 2.°: *Commentaria in octo libros Physicorum*. 3.°: *Commentaria in Libros de anima*. 4.°: *Tractatus de Trinitate*. 5.°: *Commentaria super primam, secundam D. Thomæ*, desde la cuestion sexta hasta la décima séptima inclusive, Coimbra, 1606; mas desde la cuestion cuarenta y nueve hasta la cincuenta y cuatro, en la misma ciudad y en el mismo año. 6.°: *De donis Spiritus-Sancti, et de Legibus*, 1612. 7.°: *De Peccatis*, desde la cuestion setenta y una hasta la ochenta. 8.°: *De Gratia et Merito*, desde la cuestion ciento nueve hasta la ciento catorce. 9.°: *In secundam secundæ*, desde la cuestion primera á la sexta inclusive. 10.°: *De regulis Fidei, de Ecclesia, de Pontifice, de Conciliis, de Scriptura sacra, de Traditionibus*. 11.°: *De Charitate*, desde la cuestion veinte y tres á la veinte y siete inclusive. 12.°: *De sacramentis in genere*. 13.°: *De Pœnitentia, Virtute et sacramento*. 14.°: *De Justitia et Jure*. 15.°: *De electione Prælatorum*. 16.°: *De forma et modo absolvendi à casibus Papæ reservatis*. 17.°: *Opusculum de Miraculis*. 18.°: *Institutiones*

Isagogicæ ad Scripturam sacram. 19.° : *Antropologia Sacro-prophana.* 20. : *Pædagogus studentium sacris et honestis Litteris.* 21.° : *Stimulus pro studio Scripturæ sacræ.* 22.° : *Apologia pro scripturaria veritate tuenda.* 23.° : *Speculum sacrum pro laude Scripturæ.* 24.° : *Quodlibeta pro libertate scriptoris canonici.* 25.° : *Orator Evangelicus, cum Rhetorica sacra.* 26.° : *Institutiones Grammaticæ Linguæ Hebraicæ.* 27.° : *Institutiones Grammaticæ Linguæ Grecæ.* 28.° : *Commentaria in psalmum septuagesimum quintum.* 29.° : *Commentaria in Abdiam Prophetam.* 30.° : *Commentaria in Nahum Prophetam.* 31.° : *Commentaria in Aggæum Prophetam.* 32.° : *Elucidarium exagesticum de duodecim Tribubus Israel.* 33.° : *Opusculum deducta et continua serie scripturæ á Christo Domino ad nostra usque tempora per Patres.* 34.° : *Opusculum de nomine Jesu.* 35.° : *Opusculum de jugi monachorum habitatione in monasterio et in cella.* 36.° : *Opusculum de Throno excelso Dei, pro immaculata Virginis Conceptione.* 37.° : *Elogia carmelitanæ religionis.* 38.° : *Laurus Hispaniæ S. Laurentius.* 39.° : *Cathechesis et instructio infirmorum.* 40.° : *Elucidarium Heroici operis, ingressus in religionem.* 41.° : *Nudipedium Christi et Apostolorum.* 42.° : *Tractatus de S. S. Elia, Angelo.* 43.° : *De Christo in Sacramento.* 44.° : *Notitia insignium nobilitatis.* 45.° : *Conciones ducentæ et sexaginta quinque.* 46.° : *Commentaria in tertiam partem D. Tomæ*, desde la cuestion primera hasta la veinte y seis, Baeza, 1613, en 4.°. 47.° : *Prœmium totius sacræ Scripturæ*, Baeza, 1625, en 4.°.—S. J.

FERNANDO DE S. JOSÉ (Fr.) carmelita descalzo. Fué natural de Andalucía, en España, y aprovechó tanto en los estudios, que se le confió la enseñanza de filosofía y teología en Málaga y en Baeza, cuyos cargos desempeñó esclarecidamente. Deseando renunciar el mundo y sus vanidades, vistió y profesó el hábito religioso entre los carmelitas descalzos en la ciudad de Granada. Nombrado en esta sagrada Órden regente de estudios, sobresalió de un modo admirable, ya por sus actos en la cátedra, ya por sus sermones en el púlpito; siendo esclarecidisimo tambien por su elocuencia y facilidad en la declaracion de las Santas Escrituras. Murió en Ronda, el año 1710, á los cuarenta de su edad. Escribió una *Apología* muy erudita en defensa de los abades de S. Benito y S. Basilio, en la que trata del poder de estos para conferir ciertas órdenes segun el Concilio tridentino. Esta *Apología* escrita en 1702 se conservaba en la biblioteca de D. Bartolomé de Espeso y Cisnéros, obispo de Málaga. Dejó tambien muchos excelentes discursos, sacados principalmente de las abundantisimas fuentes de S. Juan Crisóstomo, á quien se habia propuesto imitar como principal modelo de elocuencia; con los cuales enriquecidos muchos de sus compañeros de religion, alcanzaron un nombre célebre entre los mas grandes predicadores.—A.

FERNO (Miguel). Sabio literato del siglo XV, y segun Argelati en su *Bib.*

scriptor. mediolanens. debiera haber obtenido un distinguido lugar entre los eruditos precoces por haber publicado varias obras ántes de la edad de veinte y seis años; pero Argelati no indica las producciones de Ferno, á las cuales debia hacer este honor, ni indica sino de un modo inexacto la época de su nacimiento; pues se contenta con insinuar que el nombre de Miguel se encuentra en el año 1486 en el registro de matrícula de los notarios de Milan. Ferno se trasladó á Roma donde ejerció durante muchos años la profesion de abogado, en la cual desplegó unos conocimientos tan extensos que le valieron la estimacion de sus contemporáneos. El extraordinario trabajo á que se entregó para corresponder á la confianza del público no disminuyó lo mas mínimo su ardor por la literatura. Segun se conjetura era miembro de la famosa academia de Pomponio Leto; á lo ménos es cierto que miraba á Pomponio como á su maestro, y que en diversas circunstancias le dió pruebas inequívocas de su profunda admiracion. Á pesar de hallarse en un estado muy reducido y casi sin fortuna, Ferno buscaba con anhelo los manuscritos de los buenos autores, no para conservarlos en su gabinete, sino para darlos á conocer del público. Es así, pues, que habiendo encontrado en manos de su emanuense una copia del opúsculo de Felino Sandeo: *Epitome de regno Apuliæ et Siciliæ*, quedó tan prendado de esta obra, á la cual la conquista del reino de Nápoles por Cárlos VIII añadia un nuevo interes, que se apresuró á publicarla con una carta de Pomponio Leto, que manifestaba que la entrada de los franceses en Italia le habia interrumpido en sus estudios. Por la fecha de esta carta *Idus Aprilis* 1495 se conoce la de la impresion de este rarísimo *Opúsculo*, que de todos los bibliógrafos el único que lo ha descrito con exactitud es el P. Audiffredi en el *Catalog. libror. Romæ impressor.* 332. Si hemos de dar crédito á Argelati, Ferno supo granjearse el aprecio del papa Alejandro VI; pero no vemos que este pontífice haya hecho por él cosa alguna. Todos los amigos de Ferno fueron sabios y eruditos, y en el número de ellos se cita á Santiago Antiquario que le amaba como á hermano, Lancino, Curzio, etc. Ferno salió de Roma probablemente despues de la muerte de Pomponio Leto. En 1500 se hallaba adicto como á simple clérigo á la iglesia de Monza, y despues fué provisto de un canonicato en la catedral de Scala, en el reino de Nápoles. Murió repentinamente ó tal vez de muerte violenta en 1513 (1) á la edad de lo mas de cincuenta años. Tenemos de él: 1.°: *De legationibus italicis*, Roma, 1493, en 4.°. Este raro *Opúsculo* no llegó á noticia del P. Laire, pues que no lo menciona en su *Specimen typograp. roman.* 2.°: La primera edicion de las *Obras de Campani*, va precedida de la Vida del autor y enriquecida de *Cartas* ó

(1) *Acerba morte sublatus est*, dice Argelati.

de *Prefacios* colocados al frente de las diferentes partes de esta coleccion. Estas obras han sido reimpresas en el *Catalog. biblioth. Smith*, 245—80. Por estas cartas se sabe que Ferno á invitacion de Antiquario habia recogido á toda costa los manuscritos de Campani para darlos á la prensa. 3.ª: La *Vida* ó el *Elogio de Pomponio Leto*. Mansi la publicó en su edicion de la *Biblioth. mediæ et infimæ latinitatis* de Fabricio. 4.ª: Una *Carta* á Antiquario escrita pocos dias despues del acontecimiento. Por ella se ve la profunda impresion que produjo en Roma la muerte de este ilustre profesor. 5.ª: Algunos *Versos latinos* diseminados en las obras de sus amigos. Argelati cita muchisimas producciones de Ferno que quedaron manuscritas y de las cuales si algunas de ellas se hubiesen publicado no hay duda, dice, que hubieran dado un nuevo dia á la historia de la literatura de su tiempo.—U.

FERÓRAS ó Pheroras, hijo IV de Antipáter y hermano de Heródes *el Grande*. Apénas es conocido en la historia de los judíos sino por sus malas artes y por el desórden que introdujo en la familia real de su hermano. Fué la principal causa de la muerte de Mariamné esposa de Heródes y de la de sus dos hijos Alejandro y Aristóbulo. (Véanse sus artículos). Rehusó casarse con Salampso su sobrina, hija de su hermano, porqué estaba apasionado de una sirvienta de su casa. Sin embargo, mas adelante casó con Cypros, otra de las hijas de su hermano, y entró en la conspiracion de Antipáter contra Heródes. Se retiró de Jerusalem á la otra parte del Jordán y resolvió no comparecer mas ante su hermano; lo que cumplió á pesar de haberle llamado en cierta ocasion que se hallaba gravemente enfermo. Heródes léjos de seguir su ejemplo, luego que supo que Feróras estaba próximo á morir pasó á visitarle dándole inequívocas pruebas de la mayor consideracion y afecto. Feróras ántes de espirar mandó quemar un bote de veneno que Antipáter le habia dado para que propinase á Heródes el tósigo mortal. Éste luego que Feróras hubo cerrado los ojos mandó hacerle las honras fúnebres con toda magnificencia, y no conoció hasta algun tiempo despues las tramas que mediaban entre él y Antipáter para envenenarle. Este descubrimiento fué la primera señal de la desgracia de Antipáter.—J.

FEROUX (Cristóbal Leon). Nació en 1730 en Frevent cerca de la abadía de San-Pol en Artóis; mostró desde sus primeros años un extraordinario amor á la meditacion. Inclinado al estado eclesiástico entró en el Órden de los barnabitas, y fué tal el crédito que se adquirió que á la edad de veinte y siete años fué nombrado ya prior de su Órden. Mas adelante fué colocado al frente de muchas de las casas mas considerables por la extension de sus posesiones, cuyas rentas procuró aumentar, empleándolas de un modo digno del objeto á que estaban destinadas. Entre otras se cita á Pontigny, donde hizo numerosas plantaciones. Su posicion le hizo concebir en economía par-

ticular y general miras sumamente útiles y que dejó consignadas primeramente en un libro titulado: *Miras de un solitario patriota*, Paris, Clousier, 1784, dos tomos en 12.°. El objeto del autor consistia en disminuir gradualmente la desigualdad de las fortunas, aumentando el número de los pequeños propietarios y dividiendo los grandes. Defiende entre otras cosas la utilidad política de las Órdenes religiosas (cuestion muy agitada en aquella época) y combate á sus adversarios con hechos y con raciocinios. Para limitarnos á lo que tiende al alivio de los pobres «¿Creeremos, dice, que un laico que poseyese los bienes del arzobispo de Paris quisiese imitar al virtuoso prelado M. de Juigné que los posée?..... Los celestinos de esta ciudad distribuian todos los años doce mil libras á los pobres de su cuartel. ¿Podremos pensar que un laico que comprase los bienes de esta casa fuese tan generoso como estos religiosos? ¿Cuál seria el laico propietario de la casa de S. Lázaro que quisiese mantener semanalmente á trescientos pobres?» Insertóse un análisis substancial de esta obra en el *Diario Enciclopédico* de Octubre de 1784. Publicóse una nueva edicion de las *Miras* en 1788 aumentada de una tercera parte con el título de: *Nueva institucion nacional*, en 12.°, de 300 páginas, con este epígrafe sacado de la *Balanza natural* de Antonio Lasalle: *Una coleccion de hombres viciosos no formará jamas una nacion de hombres virtuosos; Haced hombres esclarecidos, santos, y entónces lo combinaréis.* En esta última division de la obra Feroux demuestra el partido que podria sacarse de los monasterios destinándolos á la educacion pública. Las *Miras de un solitario patriota* se habian publicado bajo el velo del anónimo. No sucedió lo mismo con las *Miras políticas sobre la division de las grandes propiedades*, por Feroux, 1793, 24 páginas en 12.°. En la introduccion de esta obra dice Feroux que la que habia publicado diez años ántes le suscitó persecuciones y «ahora, añade, se han adoptado algunas de nuestras miras. Tal « vez no falta mas para determinar la aplicacion de las que conciernen á *las* « *grandes propiedades*, que reproducirlas oportunamente como lo hace- « mos.» Entiéndase que Feroux habla aquí como económico. Todos sus escritos están sembrados de ideas sumamente juiciosas sobre la educacion y sobre la organizacion social. Poseia tambien en economía rural conocimientos fundados en una larga experiencia. Las mejoras introducidas ó sujeridas en su priorato de Fontaine-Jean, ó en la abadía de Chalis y despues en los departamentos de Sena-y-Oise y de Sena-y-Marne, ya creando praderías artificiales donde se hallaban aguas estancadas en una superficie de muchas leguas de extension, ya dirigiendo con buen éxito varias plantaciones en un terreno árido con la ayuda de los colonos que procuraba reunir, ya finalmente indicando varios métodos seguros para el cultivo y para la poda de los árboles productivos, han sido otros tantos beneficios que prodigó en los

lugares donde vivia. Sus conocimientos y los grandes servicios que habia prestado á la agricultura tal vez fueron las únicas causas que salvaron su cabeza en la época del terror. El monje exclaustrado tuvo bastante fortuna en haber encontrado un abrigo bajo el honroso título de profesor de agricultura, que le abrió las puertas de la sociedad académica de ciencias, nuevamente formada. Su amigo Gence, uno de los mas antiguos colaboradores de la *Biografía Universal*, le pinta en uno de sus escritos (Biografía literaria 1835, 44 pág. en 8.°) como un hombre á la vez de accion y de consejo, filántropo esclarecido, prudente y piadoso. Feroux murió en Paris en 1803.—U.

FERRADA (Jayme) religioso trinitario calzado. Este religioso, doctor parisiense, se distinguió por su firmeza y constancia en defender los privilegios de la Órden trinitaria. Para pedir limosnas y redimir cautivos en el reino de Aragon entabló pleito contra los Padres mercenarios en Barcelona, y lo siguió hasta sentencia definitiva, que dió la reyna D.ª María á 29 de Julio de 1423 contra dichos Padres, con ejecutoria dada en el mismo dia. Siguió tambien pleito segunda vez en la ciudad de Teruel delante del rey de Aragon Alfonso V, consiguiendo tambien sentencia favorable á su Órden, con cargo de costas á la parte contraria, á 17 de Diciembre de 1427, con ejecutoria dada á 24 de Enero del siguiente año 1428. En esta causa tuvo Ferrada por compañero á Fr. Antonio de Scio. Estas son las únicas noticias que han quedado de este Padre tan celoso y activo en defender los privilegios y prerogativas de su Órden, ignorándose tambien la época en que falleció. — S.

FERRAN (Jayme) de nacion turco, regenerado en España con las aguas del Bautismo. Tomó el hábito de religioso de Sto. Domingo en la provincia de Aragon. Graduóse de doctor en teología, y fué varon de gran doctrina y piedad. Escribió la *Vida de S. Raymundo de Peñafort*, impresa en Valencia, en 4.°. Segun se cree fué tambien provincial y prefecto. Murió en Pamplona en el año 1553. —J.

FERRAN (Jayme) jesuita, de nacion español. Fué varon de una constancia invencible, á quien probó el Señor con una larga y molestísima enfermedad. Estaba muy desprendido del mundo, y era amiguísimo de mortificar su carne, á la que habia domado para siempre, cuando novicio, con una accion heróica. En efecto, consiguió de sí mismo una gran victoria cuando refrenó el ardor de su impetuosa naturaleza. Murió en Barcelona en el año 1621, á los treinta y nueve de su edad, veinte y uno de su entrada en la Compañía de Jesus, y cinco despues de su profesion de los cuatro votos solemnes, que prescribe la misma. Escribió una insigne obra, que su prematura muerte le impidió dar á luz con este título: *De Repudio Synagogæ, et Ecclesiæ cum Christo connubio.* — S.

FERRAN (D. Juan) catedrático de prima de teología de la universidad de Barcelona, y canónigo de la Santa iglesia de la misma ciudad: floreció en el siglo XVII. Estas son las únicas noticias que tenemos de Ferran. Compuso: 1.°: Una obra en catalan con estos títulos: *De la principal Patrona de la insigne ciudad de Barcelona, Emperatriz del cielo y Reyna de los ángeles y Señora nuestra, la virgen María Madre de Dios concebida sin pecado original; y de la antigua y real cofradía situada en la catedral. Sumaria relacion de las antigüedades, con el sermon que el expresado canónigo Ferran predicó en el año 1647 en el dia de la Concepcion;* imprenta de Pedro Juan Dexen en la bajada de Sta. Eulalia, 1648. 2.°: *Poesías premiadas en las fiestas por la extension del rezo de Sta. Eulalia*, 1686. —U.

FERRAND ó FERRANDO (Fulgencio) en latin *Ferrandus-Fulgentius*, diácono de Cartago y teólogo. Fué discípulo de S. Fulgencio, y floreció hácia el año 530. Su gran ciencia, atendido el tiempo en que vivia, y sus vastos conocimientos hicieron que fuese consultado con frecuencia sobre cuestiones las mas importantes en una época precisamente que tan en voga estaba la controversia. Ferrando tomó parte en la famosa cuestion de los *tres capítulos*, y se declaró sobre todo contra la condenacion de la carta de Íbas. Lo único que nos queda de Ferrando es: *Una Exhortacion* al conde Regino sobre los deberes de un capitan, y una *Coleccion* compendiada de los cánones. Ámbas obras forman parte de la *Biblioteca de los Padres*. Finalmente, se le atribuye la *Vida de S. Fulgencio* y algunos otros fragmentos impresos en Dijon en 1649. Fulgencio Ferrando fué objeto de una discusion histórica y crítica, entre dos jesuitas, el P. Ferrand y el P. Chiflet. Sus escritos sobre este asunto se publicaron en Leon de Francia, 1650, y en Dijon, 1656.—O. R.

FERRAND ó FERRANDO (Pedro) dominico español. Lo único que se dice de este religioso es que floreció en el siglo XIII, y que es autor de una *Historia de la vida de Sto. Domingo*. Así le cita Leandro Alberti y algunos otros autores. Ferrand vivia aun en 1245, pero en 1260, segun Echard, ya habia muerto.—U.

FERRAND (P. Juan) jesuita. Nació en Puy, en Velay, el año 1586, y no en Annecy como lo han dicho equivocadamente algunos autores que han tomado *Anicium* (Puy) por *Annecium* (Annecy). Abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en 1604; profesó la retórica durante diez años, y despues la teología, siendo por último rector del colegio de Embrun. Designado para pasar al de Carpéntras, rehusó este empleo y murió en Leon de Francia en 30 de Octubre de 1672. Tenemos de él muchisimas obras, cuyo catálogo se encuentra en la *Bibliotheca scriptorum Societatis Jesu*. La única que, segun dicen los críticos merece ser citada, es su *Disquisitio reliquiaria, sive de sus-*

picienda et suspecta earumdem numero reliquiarum quæ in diversis ecclesiis servantur multitudine, Leon de Francia, 1647, en 4.°. En 1650 publicó otra obra, en la cual se esfuerza en probar que Fulgencio Ferrando que vivia en el siglo VI (véase su artículo) habia sido obispo, así como transforma un diácono de Cartago, en África, en un arzobispo de Toledo, en España, fundándose en la autoridad de algunos escritores de poca nota. El P. Pedro Francisco Chiflet le contestó en sus *Animadversiones* sobre S. Ferrando resucitado, cuya obra hizo imprimir en Dijon en 1656. El P. Ferrand á su vez dió otra obra en 1667 y 1671 contra Chiflet para probar que las antiguas armas de Francia eran de lis y no de abejas.—G.

FERRÁNDEZ (V. Fr. Francisco) religioso del Órden de Sto. Domingo. Nació en Elda, en el reino de Valencia, y fueron sus padres Francisco Ferrández, notario, y Gerónima Bernabeu, mas conocidos por su honradez que por sus riquezas. Ferrández recibió una educacion cristiana; y apénas salió de la infancia se sintió tan inclinado al estado religioso, que con el beneplácito de sus padres tomó el hábito de Padres predicadores de Valencia en 19 de Setiembre de 1552. Desde luego se conoció que su vocacion era verdadera, porqué ninguno de sus condiscípulos le aventajó en sumision. Nadie se manifestó mas enamorado que él de la pobreza religiosa, ni hubo quien se presentase mas aventajado en el estudio de las Sagradas Letras. Estas recomendables circunstancias le abrieron la via de la celebridad; no de aquella celebridad que atrae los aplausos mundanos, sino de aquella celebridad que da la virtud y la ciencia, principalmente cuando ésta se emplea para exaltar las bondades de Dios y para convertir los corazones mas empedernidos. En las actas de un capítulo celebrado en Gerona le designaron para desempeñar el cargo de lector de artes de su convento. En 1567 fué elevado á la dignidad de prior en el convento de S. Onofre, y el cardenal D. Gaspar Cervántes, arzobispo de Tarragona, despues de fundada su universidad « para plantar en ella (como dice Antist) la sólida doctrina de « Sto. Tomas, quiso que dos de los primeros catedráticos de teología esco- « lástica fuesen dominicos, uno de los cuales fué el maestro Fr. Francisco « Ferrández á quien el P. Bertran habia educado; » pero Dios le habia llamado ya para sí, y en efecto falleció en medio de los mas ardientes fervores de piedad en Tarragona á principios del mes de Abril de 1575. Hablan con elogio de este religioso, Prádes, Falcó, Savorit, Vidal y otros varios. Escribió un tomo en 4.°, que se conservaba manuscrito en la librería de Padres predicadores de Valencia, cuyo título es como sigue: *Expositio Sancti Evangelii secundum Mathæum lectionibus distincta feliciter incipit*, y en una nota marginal se lee: *Fr. Franciscus Ferrandez in conventu Sancti Onophrii 17 Maii 1568*.—J.

FERRÁNDIS (Fr. Gabriel) religioso dominico. Nació en Payporta, en la Huerta de Valencia, el 15 de Mayo de 1701, y al llegar á los catorce años de edad vistió el hábito en el convento de Padres predicadores en la misma ciudad de Valencia en 10 de Setiembre de 1715 y profesó en 17 de Mayo de 1717. Acabados los estudios de artes y teología defendió el acto mayor de ámbas facultades en el mismo convento. Despues leyó filosofía, fué maestro de novicios y enseñó por diez años consecutivos y con general aplauso la teología, defendiendo por último públicamente toda la primera parte de la *Suma* de Sto. Tomas en el capítulo provincial celebrado en 1730; de modo que á la edad de veinte y nueve años dió una idea tan grande de su vasta erudicion y doctrina, que por precision los que le oyeron debieron confesar que aventajaba á muchos consumados en la ciencia; pero los aplausos no eran los que mas gustaban á Ferrándis: lo que queria y de todo corazon era entregarse con todas sus fuerzas al ministerio sublime de la salvacion de las almas. Las misiones llamaban toda su atencion, y por lo mismo rogó encarecidamente á sus prelados que le exonerasen del cargo de lector. No querian éstos privar á las aulas del convento de un catedrático tan sabio y tan santo, y por lo mismo sus súplicas hasta cierto punto fueron desatendidas. Sin embargo, no por esto desistió Ferrándis de aquella sublime idea que á todas horas ocupaba su imaginacion; así es que sin desatender las obligaciones que pesaban sobre él como á lector, se ensayaba, digámoslo así, para hacerse digno en lo sucesivo del puesto que debia ocupar. Predicaba muchos sermones y pláticas espirituales; se entregaba sin descanso á la lectura de los Libros Santos; meditaba con igual empeño sobre las verdades del Evangelio; estudiaba detenidamente el corazon del hombre y aprendia el lenguaje que debia hablar á cada uno. Llega el momento tan deseado; se ve libre del cargo de lector, y desde el instante principia el curso de sus misiones con un celo digno de los primitivos Apóstoles. No encuentra enemigos de la fe á quienes conquistar, pero sí indiferentes, hombres de corazon endurecido, ingratos á Dios y entregados al desórden y á la corrupcion de costumbres. Á éstos busca, háblales palabras de paz, palabras llenas de uncion y de caridad, y su voz es oida y los malos se arrepienten, miéntras los buenos se regocijan con el varon apostólico á la vista de los triunfos que le rodean. La mision de Ferrándis no se limitaba á convertir á los pecadores; al propio tiempo recorria los pueblos, fortificaba á los débiles, alentaba á los tímidos, socorria á los necesitados, consolaba á los afligidos, enseñaba la doctrina cristiana á los niños, instruia á los ignorantes, y en todas partes procuraba promover la devocion del rosario para alcanzar el patrocinio de la Emperatriz del cielo y de la tierra. Algun tiempo despues nombráronle prior de la villa de Carlet, cuyo convento reedificó,

miéntras que con su ejemplo edificaba á todos los religiosos. Recorria á pie los lugares circunvecinos, y en todas partes hacia sentir la benéfica influencia de un amor sin límites al Autor de todo lo creado. Este varon apostólico murió en el convento de predicadores de Valencia en 5 de Noviembre de 1782, de edad de ochenta y un años cumplidos. Pronunció su oracion fúnebre el Dr. D. José Faustino de Alcedo, canónigo de la catedral de Valencia: oracion fúnebre que se imprimió en la imprenta de Manuel Peleguer, 1784, en 4.°. Ferrándis dió á la prensa las obras siguientes: 1.ª: *Explicacion breve del Santisimo Rosario, y de algunas de sus gracias. La devocion utilisima del Via-Crucis; É instruccion moral para los padres y amos de lo que deben enseñar á su familia*, Valencia, imprenta de Juan González, 1721, en 4.°; reimpresa por José Tomas Lúcas, 1749, en 16.°. *La instruccion moral* se habia reimpreso ya separadamente traducida al valenciano con este título: 2.ª: *Instrucció moral, breu y clara de lo que los pares y amos han de amostrar á la familia*, Valencia, 1739, en 24.°. 3.ª: *Maná divino escondido en el Santisimo rosario, el que manifiesta breves reflexiones sobre sus quince misterios, con un método claro y fácil para unir y componer la meditacion miéntras se reza*, Valencia, imprenta de Tomas Lúcas, 1745, en 16.°. Al final del prólogo anuncia otra obra sobre el mismo asunto con muchos ejemplos de la Vírgen: obra, dice, que podria ser muy útil para los curas que quisiesen por este medio instruir al pueblo segun están obligados. 4.ª: *Breve exhortacion á la frecuencia de los Santos Sacramentos*, Valencia, en la misma imprenta, 1748, en 12.°. 5.ª: *Rosario de María Santisima*, Valencia, 1748, en 12.°. 6.ª: *Formulario para la confesion, con una leve insinuacion del ejercicio de la virtud*, Valencia, viuda de Gerónimo Conijos, 1752, en 12.°. 7.ª: *Método fácil para conciliar la meditacion miéntras se reza el rosario, con una instruccion y práctica de la oracion mental*, Valencia, impresa por José Estévan Dolz, 1736, en 12.°. 8.ª: *Tratado de la tercera Orden de Sto. Domingo* Valencia, 1742, en 12.°.—G.

FERRANDO (P. Francisco) jesuita. Nació en la villa de Oliva, cabeza del marquesado de este nombre, en 7 de Junio de 1638. Habíale dotado Dios desde su infancia de todas las prendas que prometen al hombre un porvenir dichoso aun en esta vida miserable, y por lo mismo diéronle sus padres una educacion esmerada, y pusiéronle bajo la direccion de sabios y virtuosos maestros. Principió sus estudios en su misma patria, pasó despues al colegio de Gandía, y habiéndose perfeccionado en la gramática latina, cursó filosofía en la universidad de Valencia. Su virtud, su aplicacion y su buen ingenio podian servir ya entónces de modelo á los demas cursantes; pues no se limitaba Ferrando en aprender simplemente de memoria las lecciones que se señalaban en las aulas; hacia mas, profundizaba la mate-

ria que debia tratar, consultaba los autores de mas nota y cuando se presentaba en las mismas aulas respondia á las preguntas que le hacian los maestros haciendo varias citas y ostentando un gran caudal de erudicion y de doctrina. Á la sazon vivia el P. D. Juan Gerónimo Vives, presbítero de la congregacion de S. Felipe Neri, varon sumamente piadoso, noble por sus hechos y por su linaje y rico en bienes de fortuna. No hubo hombre que emplease mejor los réditos de su patrimonio. Despues de asistir con mano liberal á los pobres enfermos y á las familias necesitadas, escogia de la universidad aquellos jóvenes mas sobresalientes en virtud y en letras, y siendo pobres los mantenia en su propia casa donde tenia establecido un seminario, que llegó á ser con el tiempo abundante y rico semillero de varones ilustres. Ferrando fué uno de los elegidos. Este jóven agradecido á los favores que le dispensaba su protector redobló sus esfuerzos para hacerse aun mas digno de su estimacion. Hallándose ya en estado de poder seguir su vocacion, abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola; y á su entrada en la Compañía le hallaron los PP. tan aventajado en la ciencia filosófica, que á pesar de haber estudiado en la escuela contraria, no solo quedó admitido, sino que aquella sábia religion le aprobó con justicia en todo el curso de artes. Principió el noviciado en Huesca en 8 de Mayo de 1659 á los veinte y un años de su edad, y pronunciados los primeros votos pasó á perfeccionarse en las letras humanas en el colegio de Calatayud, y muy luego se trasladó á Gandía para seguir en aquella universidad el curso de teología. No tardó en dar á conocer los grandes adelantamientos que habia hecho en esta ciencia, y principalmente cuando le señalaron para defender el acto mayor. Hallábase entónces por órden expresa de sus superiores enseñando los rudimentos de latinidad en Alicante, cuya enseñanza le daba mucho que hacer atendido el número de discípulos que asistian en su aula. Por lo mismo le quedaba poco tiempo para poderse preparar segun lo exigia aquel delicado empeño; pero Ferrando incansable en el estudio, robó el tiempo al preciso descanso empleándole en recorrer los tratados teológicos que mas podian convenirle. El resultado fué que defendió el acto con tal maestría, que se atrajo los aplausos y las simpatías del numeroso concurso. Continuó despues su lectura de gramática en Alicante, produciendo su aula ópimos y sazonados frutos, tanto en piedad como en letras. Mandáronle luego sus superiores que leyese filosofía en el mismo colegio, y por último pasó á enseñar teología en la misma universidad donde habia defendido el acto mayor. Los jesuitas que sabian distinguir perfectamente el verdadero mérito del ficticio, se dieron el parabien de haber adquirido un varon de tan relevantes dotes, y juzgándole por lo mismo digno de premio le distinguieron con la presidencia de grados: empleo que exigia mucha expedicion y gran caudal de noticias, atendidas las varias opiniones

y escuelas que habian seguido los que pasaban á graduarse. Pero Ferrando justificó en breve lo acertado de la eleccion en el desempeño de los varios actos literarios de aquella universidad, donde ostentó tan grande caudal de erudicion y de doctrina que dejaba pasmados á todos cuantos le oian. En 15 de Agosto del año 1672 hizo la profesion solemne de los cuatro votos, y desde luego le mandaron á gobernar el colegio de Alicante cuando apénas contaba treinta y cuatro años de edad. En todo aquel tiempo y miéntras leyó teología se empleó tambien en la carrera del púlpito y en el confesionario con un celo digno del varon justo, que trabaja para la salvacion de las almas. Notaron sus prelados la particular inclinacion que tenia á las misiones, y por lo mismo le ocuparon por algunos años en este ministerio apostólico; así es que en compañía del V. P. Miguel Ángel Pascual recorrió todo el arzobispado de Valencia y varios de los pueblos fronterizos del mismo reino, corrigiendo abusos, desterrando vicios, reconciliando enemigos, protegiendo desgraciados, consolando á los afligidos; y para decirlo de una vez, derramando el bálsamo de la caridad cristiana en todos los puntos por donde pasaba. Continuó en esta gloriosa tarea hasta 1681, que fué cuando le nombraron rector del colegio de Monte-Sion, en la ciudad de Palma, capital de las Islas Baleares, donde continuó con sus sermones alcanzando á cada paso nuevos triunfos. Concluida esta prelacía regresó al reino de Valencia con la firme resolucion de proseguir el curso de sus misiones; pero tuvo que desistir de su empeño por haber recibido la patente de rector del colegio de Gandía. Al propio tiempo falleció el confesor de la Exma. duquesa D.ª Juana de Córdoba, y esta señora que estaba bien enterada de la virtud y sabiduría de Ferrando no dudó en nombrarle director suyo espiritual, cuyo acto de extraordinaria confianza afligió el corazon del buen jesuita por la gran repugnancia que sentia en visitar los palacios de los reyes y de los grandes. Sin embargo, le fué preciso acceder á las reiteradas instancias que se le hicieron; pero se dió buen cuidado, segun expresion de un escritor, en no tomar ni siquiera un vaso de agua, rehusando con noble cortesanía todos los ofrecimientos que se le hicieron por parte de la duquesa. Concluyó el trienio de su rectorado, pero debió continuar en este cargo hasta 1692 por haberlo dispuesto así el P. general. En este año determinaron los duques de Gandía establecerse en la córte, y Ferrando tuvo que acompañarles hasta que la duquesa hubiese elegido otro confesor; mas cuando creia poder regresar á su provincia recibió una órden del general para que no se separase del lado de aquella señora. Así es que desde 1692 hasta 1707 vivió en el colegio imperial siendo la admiracion de aquellos Padres, quienes le consultaban con frecuencia sobre los asuntos de mayor importancia, porqué sabian ya por experiencia cuan acertado era en el consejo. Su retiro y abstraccion del mundo en aque-

lla córte excedió á todo encarecimiento. Bastará decir que en todos los quince años que residió en ella no vió á los reyes sino cuando visitaban la iglesia del colegio. Aprovechando todos los momentos para el estudio de los Santos Padres leyó con la pluma en la mano las obras de S. Agustin, los seis tomos del P. Juan Pablo Oliva general de su Órden, y otros autores tambien de gran nota, tomando apuntes, meditando sobre su sentido y haciendo comentarios y observaciones dignas del mayor elogio. En la cátedra del Espíritu Santo se hizo admirar de sus oyentes por aquella elocuencia hija de los sentimientos de un alma pura enamorada de Dios; pero sobre todo en la ocasion que mas se distinguió fué cuando por órden del cardenal Portocarrero predicó en la parroquial de S. Andres de Madrid, cuya mision desempeñó con tanto celo y maestría que no solo excitó la admiracion de sus oyentes sino que logró la conversion de muchas almas perdidas. En 1707, siendo ya de edad de cerca de setenta años, le permitió la duquesa aunque con harto sentimiento, que se retirase á su provincia; y entónces sus superiores le destinaron al colegio de S. Pablo de Valencia, donde encontró su deseado retiro: pues, si bien el general habia determinado que pasase de prepósito á la casa profesa, Ferrando dió tales razones y habló con tanta humildad y ternura, que el general por último cedió á sus ardientes súplicas, contentándose con dejarle de consultor de provincia. Parece increible lo que Ximeno refiere de este varon apostólico. Un hombre que contaba ya la edad de setenta años, extenuado por los ayunos y las penitencias, agobiado de un trabajo nunca interrumpido, continuaba todavía en su retiro macerando su cuerpo, privándose del preciso descanso, entregándose á la oracion y á todos aquellos actos propios de uno que conserva todavía el vigor de la juventud. «Faltándole la fuerza de sus brazos para castigarse, dice Ximeno, buscaba reservadamente mano mas robusta que le azotase hasta derramar la sangre.» Despues de sus ejercicios cotidianos, en vez de dar solaz á sus continuas fatigas, se entregaba todavía al estudio de las Santas Escrituras y recorria todos los autores que iban saliendo de teología escolástica; así es que mantenia las especies y formalidades de la escuela tan recientes, que causaba asombro el oir el acertado juicio que hacia de los argumentos, soluciones y respuestas en los actos literarios y domésticos, en los que asistió constantemente hasta los últimos momentos de su vida. Por fin llegó la época en que debió presentarse ante el tribunal de la divina justicia: atacóle una grave enfermedad; y como se hallaba tan sumamente débil, espiró á los pocos dias tranquilamente; esto es, en 10 de Julio de 1723 de edad de ochenta y seis años. Durante el tiempo que se mantuvo en la córte tradujo y dió á luz las obras siguientes: 1.ª: *Maná del Alma, ó Ejercicio fácil y provechoso para quien desea darse de algun modo á la oracion*, Madrid, imprenta de

los herederos de Antonio Roman, 1702; Barcelona, por Juan Piferrer, 1724, cuatro tomos en 4.°, sin contar otras varias ediciones. En la de Piferrer se añadió á lo último del tomo cuarto *El infierno abierto para que le halle el cristiano cerrado.* Esta obrita consiste en siete consideraciones una para cada dia de la semana. Ferrando las tradujo del italiano del P. Pablo Séñeri de la Compañía de Jesus; y el *Maná del Alma* salió con el nombre del *doctor Francisco de Rofran*, cuyo apellido es anagrama de Ferrando. 2.°: *Exhortaciones á la devocion con los Santos Ángeles de nuestra Guarda, hechas en la congregacion de nobles de la casa profesa de Nápoles de la Compañía de Jesus por el P. Andres de Pozo*, Madrid, por Diego Martínez Abad, 1708, en 4.°. Las habia sacado á luz el P. Pozo en lengua italiana, dedicadas á la santidad de Inocencio XII, y las tradujo y redujo á compendio el P. Ferrando; y callando su nombre las dió á la estampa con el del *doctor D. Clemente Sánchez de Orellana*, canónigo de la santa iglesia catedral de Quito. 3.°: *Ejercicios del P. S. Ignacio de Loyola*, Madrid, por Juan García Infanzon, 1709. Es traduccion del libro que compuso en italiano el *P. José Guizzardi* y le publicó como la primera obra con el nombre del *doctor D. Francisco de Rofran*. 4.°: *Retrato del glorioso capitan de Cristo, defensor y amplificador de su fe, S. Ignacio de Loyola, fundador de la Compañía de Jesus*, impreso cuatro veces en italiano y traducido al español, Madrid por Antonio Roman, año 1697, en 16.°; y despues al principio del siglo XVIII se imprimió tambien en Madrid en 8.°.—J. M. G.

FERRARI (Felipe). Nació en Sicilia, siendo su padre un hombre muy honrado llamado Simon Ferrari, el cual por los méritos de su hijo recibió del rey Martin una pension anual de quinientos pesos. Felipe vistió y profesó el hábito religioso en la Órden de carmelitas calzados, en la que hizo la carrera de sus estudios con tanto aprovechamiento, que despues de ellos recibió el grado de maestro en sagrada teología, en cuya ciencia fué doctísimo; al mismo tiempo que predicador insigne y versadísimo en la Sagrada Escritura. Ejerció con fruto y aplauso en Roma el cargo de regente de estudios, explicando tambien allí los Libros de las Sentencias y Letras Sagradas con gran copia de erudicion y doctrina. Fué varon digno á la verdad de compararse con los mas eminentes, habiéndose granjeado gloria perenne en Europa por la agudeza y prontitud de su ingenio, por su singular erudicion, por su gran sabiduría y por la irreprehensibilidad é inocencia de sus costumbres. En Sicilia ejercitóse en el ministerio de la predicacion; y como á la fuerza de su elocuencia unia la mas viva aun de su ejemplo, cogió copiosísimo fruto en beneficio de las almas, reduciendo innumerables pecadores á abandonar sus vicios y abrazar el camino de la salvacion por medio de una conversion sincera y de una verdadera penitencia. Fué definidor y por mucho tiempo pro-

vincial en la misma provincia de Sicilia, cuyos empleos ejerció con admirable acierto, como tambien el de vicario general que desempeñó en la isla de Chipre. Asistió en varios capítulos generales congregados en Francfort en 1393, en Plasencia en 1396, y en el celebrado en el convento de las *Selvas* de la provincia de Toscana. Juan de Raude maestro general de la Órden, prendado de su elocuencia y del esplendor de sus virtudes, por letras dadas en el mismo convento de las *Selvas* con fecha 18 de Mayo de 1399 le envió á Roma al papa Bonifacio IX para promover en nombre de la Órden la canonizacion de S. Alberto. Túvole en mucho aprecio el rey D. Martin, el cual le nombró su capellan mayor y su limosnero. El mismo Monarca escribió tambien con fecha 8 de Abril del año 1396 una carta en Catana, en la cual recomienda con ahinco á nuestro Felipe al mencionado pontífice Bonifacio IX y á los cardenales Monopolitano, Florentino y Novoniense para que fuese promovido aquel á la primera silla episcopal que hubiese vacante en la isla de Sicilia. El mismo Rey delegó tambien á nuestro Felipe para tratar en la córte de Roma negocios gravísimos tocantes á su reino de Sicilia; y el papa Urbano VI le tuvo en tanto, que le nombró su teólogo y le encargó varias legaciones: mostrando Felipe en el desempeño de todos estos elevados cargos rara habilidad y singular prudencia. En el año 1402 fué elevado por el memorado pontífice Bonifacio IX á la silla episcopal pactense en Sicilia. Juan XXIII le eligió por su camerero y presidente de la Inquisicion general. Enviado junto con Ubertino de Marinis, arzobispo de Palermo, á D. Fernando rey de Aragon y de Sicilia, nombróle éste en 1412 su consejero, limosnero y predicador. Habiendo alcanzado de la real munificencia algunos favores en beneficio de su iglesia, en el año 1414 fué trasladado al obispado de la iglesia agrigentinense; el cual gobernando con gran solicitud y vigilancia pastoral, fué condecorado con muchos honores: obteniendo por fin la púrpura cardenalicia segun atestigua Juan Grossi, autor contemporáneo. Sobre la época de la muerte de este celebérrimo carmelita no están contestes los autores. Mongitor la pone poco despues del año 1421; mas Luis Jacob opina que vivia todavía, aunque muy consumido ya por la vejez, en el año 1431; y añade, que habiendo Felipe dejado el obispado pactense y sido trasladado al agrigentinense, no fué admitido en este por el clero; y que en recompensa y satisfaccion de lo que sufrió por esta repulsa el Rey proveyó en él el priorato de Sta. María de *Sambucho de Leocata;* y que por fin en 1431 fué creado obispo pacense (de Badajoz) en España, y que allí murió. Lo mismo sientan Tritemio, Pedro Lucio, Gesnero, Posevino, Maraccio, Oldoino, Dupin, Pedro Crescencio y Moreri; pero Daniel de la Virgen María asegura lo contrario, afirmando que jamas fué nuestro Felipe obispo de Badajoz, y probándolo por los registros de los pontífices sobre las promociones de obispos de

Badajoz en aquel tiempo : por lo que juzga que por error de imprenta ó por otra causa se leyó pacense en vez de pactense. Lezana , sin embargo , siguiendo una opinion media , juzga creible que Felipe obtuvo una y otra silla , la pactense y la pacense. Escribió Felipe : 1.° : *Sermones de Tempore* , un libro. 2.° : *Sermones de festis Deiparæ Virginis Mariæ*. 3.° : *Sermones de sanctis* , un libro. 4.° : *Ad Rempublicam Venetam Epistola hortatoria ad unionem cum Rege Galliæ*.—S.

FERRARI (Bartolomé) á quien algunos llaman *Ferrera*. Nació en Milan en 1497. Su familia era una de las primeras y mas ilustres de la ciudad. Habiendo quedado huérfano en edad temprana , fué declarado fuera de tutela y se puso al frente de sus negocios en los cuales demostró una inteligencia superior á sus años. Pero lo que le hizo sobre todo apreciable fué su gran piedad. En una época en que precisamente las guerras habian agotado los recursos á muchas familias , Ferrari guiado por la bondad de su corazon distribuia con mano liberal el producto de sus bienes entre los pobres , atrayéndose de este modo las bendiciones del cielo y de los hombres. Por aquel mismo tiempo se unió en amistad con dos nobles , el uno llamado Antonio María Zacarías y el otro Santiago Antonio Morigia , ámbos animados de los mismos sentimientos de piedad y del deseo de ser como Ferrari útiles al servicio de la Iglesia. Reuniéronse , pues , para instituir una nueva congregacion , que tuvo principio en 1530. Á este fin pusiéronse bajo la direccion de un célebre predicador , quien les aconsejó la asidua lectura de las Epístolas de S. Pablo. Este instituto fué confirmado en 1533 , y los que le habian abrazado se obligaron con votos solemnes despues de haber obtenido en 1535 el permiso del papa Paulo III. El objeto de este establecimiento piadoso se dirigia á formar ministros del Evangelio tan recomendables por la pureza de sus costumbres y por su instruccion , como por su desinteres y por su celo para la salvacion de las almas. Paulo III les dió el nombre de *clérigos regulares de S. Pablo* , y tambien fueron llamados *barnabitas* ; ya fuese por su devocion á S. Bernabé , que algunos tienen por fundador de la iglesia de Milan , ó ya porqué hicieron los primeros ejercicios en la iglesia de canónigos regulares dedicada á este santo Apóstol. Esta institucion se extendió por toda la Italia y levantó algunas casas en Francia. Ferrari fué elegido superior gegeneral en 1542 , y murió en olor de santidad en 1544.—O. R.

FERRARI DE REGIO (Jayme). Vistió el hábito religioso entre los carmelitas de la congregacion mantuana y fué varon eruditisimo en las ciencias divinas y humanas y muy versado en los idiomas latino , griego y hebreo. Recibió la borla de doctor en el gran colegio de teólogos de Bolonia con gran aplauso en el año del Señor 1451 , el dia 10 de Enero. Por su gran sabiduría , virtud y méritos fué nombrado prior provincial de la Tierra Santa

en el capítulo general celebrado en Brusélas por el reverendísimo Juan Soreth, en el año 1462. Elegido por fin obispo en la isla de Córcega, murió allí lleno de dias y de méritos en el año 1465. Dejó las obras siguientes: 1.ª: *In novum et vetus Testamentum commentaria*, manuscrito. 2.ª: *Opus quadragesimale; sive sermones quadragesimales*, manuscrito. 3.ª: *In Metaphysicam commentaria*, manuscrito. 4.ª: *In libros Aristotelis, commentaria*, manuscrito. 5.ª: *Carmina plurima*, manuscrito.— S.

FERRARI (Gerónimo). Sabio filólogo, á quien algunos biógrafos suponen hermano y otros hijo de Octavio Ferrari, célebre filósofo del siglo XVI, siendo así que no era de la misma familia, segun el parecer de quien ha examinado detenidamente su orígen. Nació Ferrari en 1501, no en Milan, como algunos han querido suponer, sino en Correggio. Estudió con aprovechamiento, y habiendo abrazado el estado eclesiástico, en 1527 obtuvo un beneficio por resignacion de un tio suyo cura-párroco de S. Blas en Correggio. Pasó algun tiempo despues á Roma, donde sus talentos le granjearon muy luego la proteccion de los miembros mas distinguidos del Sacro Colegio, y entre otros del cardenal Cesarini, que se empeñó en alojarle en su propio palacio. Aguardábase con impaciencia el fruto de sus trabajos, cuando murió en 1542. Celebráronse sus honras fúnebres en la iglesia de S. Lorenzo *in Damaso*, donde sus amigos le levantaron un monumento con una inscripcion que refiere Colleoni en los *Scrittori di Correggio*, 32; y tambien Tiraboschi, *Bibliot. modenese*, II, 274. En el mismo año habia publicado Ferrari sus *Enmiendas á las Filípicas de Ciceron* precedidas de una epístola á Pablo Manucio impresor. Esta obra sumamente apreciable fué reproducida en 1562 por unos contrafactores lioneses. — J.

FERRARI (Francisco Bernardino) sacerdote de la congregacion de los *Oblatus*, sabio italiano. Nació en 1576 ó 1577 en Milan, y estudió al lado de los mas célebres maestros del siglo XVII. Cuando el cardenal Federico Borromeo, sobrino del santo cardenal Cárlos, sucedió á su tio en el arzobispado de Milan, y tan luego como hubo formado el proyecto de juntar de todos los puntos de Europa los libros mas raros y curiosos para formar con ellos la *Biblioteca Ambrosiana*, dió á Ferrari la comision de pasar á España, miéntras que otros sabios recorrian con igual objeto la Italia, la Francia, la Alemania y aun las islas y el continente de la Grecia. Abrióse la biblioteca compuesta del resultado de estas grandes investigaciones en 1609; y para hacerla mas útil, el Cardenal unió á ella un colegio al cual dió igualmente el título de Ambrosiano, debiéndose componer de diez y seis doctores en todas las facultades: bien que su número nunca pasó de nueve. Ferrari fué uno de los primeros que se admitieron, y uno de aquellos que mas le ilustraron con sus lecciones y con sus obras. Tenemos de él: Tres libros *De Ritu sacra-*

rum ecclesiæ catholicæ concionum, Milan, 1618 y 1620, en 4.°; reimpreso varias veces en Paris, en Utrecht, etc. Esta obra llena de investigaciones curiosas y sábias, sobre todo por lo que respecta al modo de predicar en los diferentes siglos y en las diversas naciones, prueba que su autor estaba profundamente versado en el estudio de los poetas griegos y latinos, en la historia eclesiástica y en la literatura sagrada y profana. El cardenal Borromeo por su parte habia compuesto otro sobre el mismo objeto, titulado: *De Episcopo concionante;* pero era mucho ménos extenso y profundizaba ménos la materia. Dupin, que ha dado un largo extracto del de Ferrari (Bibliot. de Aut. ecles. tomo XVII pág. 109 etc.), refiere que viendo el Cardenal que Ferrari habia tratado mucho mejor que él esta materia, buscó todos los medios imaginables para prohibir esta obra á fin de que no perjudicase á la suya; pero esto no es creible, ni Dupin dice de donde ha sacado esta noticia. Tiraboschi tampoco la encuentra verosímil, porqué ¿cómo debemos suponer que un cardenal tan ilustrado, tan noble y tan generoso como Borromeo fuese capaz de cometer una accion que tanto hubiera distado de su carácter? Por otra parte, si tanto interes hubiese tenido en prohibir la obra de Ferrari le era muy fácil atendida la autoridad de que gozaba en Milan; no tenia mas que hacer que impedir la impresion. Sin embargo, hiciéronse dos ediciones de la obra durante su vida y en cierto modo á su vista. Á todo esto debemos añadir que Borromeo estaba tan poco celoso de su propia gloria, que ni siquiera soñó en publicar su libro; pues no salió á luz hasta 1632, esto es, un año despues de su muerte. Ferrari dió una segunda obra sobre antigüedades eclesiásticas tan sábia como la primera. Lleva por título: *De antiquo epistolarum ecclesiasticarum genere*, Milan, 1612; reimpresa en Venecia, 1615, en 8.°, en la cual el autor trata de todas las formas de las epístolas pascuales, encíclicas, pacíficas, etc. que estaban en uso entre los obispos y el clero de los primeros siglos. Contribuyó igualmente á esclarecer la antigüedad profana en su excelente tratado, *De veterum acclamationibus et plausu*, Milan, 1627, en 4.°; reimpresa por Grevio *Thesaur. antiquitat. Roman.* tomo VI. (1) Argelati en su *Biblioteca de escritores milaneses* cita otras varias obras de Ferrari que quedaron inéditas. Su reputacion hizo que le llamasen en Padua en 1638 para desempeñar el cargo de rector del colegio de los nobles que acababa de fundarse; pero este establecimiento fué de poca duracion, y Ferrari de regreso á Milan en 1642 fué

(1) En esta obra nos demuestra que la costumbre de aplaudir entre los antiguos en el teatro se habia introducido no solamente en el foro sí que tambien en las asambleas de los cristianos. Aplaudíanse á los obispos cuando predicaban, y con frecuencia de un modo estrepitoso é impropio de la santidad del lugar. S. Juan Crisóstomo se quejaba de este abuso, y trató de hacer un reglamento que lo reprimiese.

puesto al frente de la Biblioteca Ambrosiana que tanto debia á sus desvelos. Murió de edad muy avanzada en el año 1669. — G.

FERRARI (Sigismundo) religioso dominico. Nació en Vigevano, en el ducado de Milan, en 1589. Entró siendo aun muy jóven en el convento del Órden de Padres predicadores de aquella ciudad, y profesó muy luego despues. Enviado á España para estudiar las ciencias sagradas tuvo por profesor á Pedro Ledesma, célebre teólogo de la misma Órden, á cuyo lado sobresalió Sigismundo en ciencia y en virtud. De regreso á Italia pasó por órden de sus superiores á Gratz, en 1627, para ponerse al frente de las aulas en la provincia de Stiria, y en 1633 se trasladó con el mismo objeto á Viena. Nombráronle al propio tiempo procurador general de la nacion austríaca, cuyo cargo desempeñó con celo, discrecion y prudencia, así como el de comisario de las misiones establecidas en Hungría. Mostrábase incansable en el trabajo; sin embargo debilitáronsele las fuerzas, y hallándose con la salud muy deteriorada obtuvo el permiso de retirarse á Roma, donde murió en el convento de Sta. Sabina en 1646, de edad de cincuenta y siete años, extenuado por los ayunos y las vigilias; pues vivia tan austeramente que se habia privado de comer carne durante su vida. Ejemplar en sus costumbres, tan asiduo en la oracion como en el estudio, lleno de celo y de caridad, fué el restaurador de la disciplina regular en Stiria y en Hungría. Este es el elogio que hace de Sigismundo Ferrari el historiador de su Órden. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *De rebus Hungaricæ provinciæ sacri ordinis prædicatorum, partibus quatuor et libris octo distincti commentarii*, Viena, 1637, en 4.°, de 611 pág. Esta obra va continuada de un *Appendix, scilicet vita B. Augustini ordinis prædicatorum..... per Joannem Tomeum Marnavitium, Bosnensem episcopum et coadjutorem Zagrabiensem, fideliter collecta.* 2.ª: *Correctorium poematis super universam summam Sancti Tomæ;* y algunas otras obras de teología que segun parece no llegaron á imprimirse.—O. A. R.

FERRARI (Juan Bautista) jesuita. Nació en Sena, ciudad de Italia; y habiendo despreciado el mundo para vestir la sotana del instituto de S. Ignacio floreció mucho en él por la perspicuidad de su ingenio y por su aventajada erudicion. Enseñó por mucho tiempo Sagrada Escritura en el colegio romano, y escribió y publicó las obras siguientes: 1.ª: *Laudatio Marsilii Cagnati Medici, in ejus funere habita*, Roma, por Mascardi, 1622, en 4.°. 2.ª: *Nomenclator Syriacus*, Roma, por Estévan Paulini, 1622, en 4.°. 3.ª: *De Christi liberatoris obitu:* discurso pronunciado por el autor en presencia del papa Gregorio XV el dia de Viérnes Santo, Roma, imprenta de Alejandro Zannetti, 1623, en 4.°. 4.ª: *Orationes viginti quinque*, Lyon, 1625, en 12.°; Milan, 1627; y añadidas por fin otras doce, Roma, por Facciotti,

1635, en 24.°. 5.ª: *Flora, seu, de florum cultura*, cuatro libros con láminas, Roma, por Estévan Paulini, 1633, en 4.°. La misma obra salió tambien á luz en Roma, en idioma italiano, 1638, en 4.°.—S.

FERRARI (Rafael) religioso carmelita calzado. Vistió y profesó el hábito en el convento de S. Juan *ad Concham* de la ciudad de Milan, cedido á los carmelitas de la congregacion mantuana en el año 1480. Habiéndose ejercitado por muchos años en los estudios filosóficos y teológicos, obtuvo el grado de doctor y maestro en esta última facultad. Enseñó tambien dichas ciencias á los religiosos de su Órden en varios conventos, adquiriendo gran fama de sabio y virtuoso, y siendo nombrado por ello definidor; cuyo cargo desempeñó con prudencia y acierto en el año 1610. La fama de su erudicion no pudo contenerse dentro del claustro; hubo de salir tambien á fuera, siendo solicitado para que ejerciese el ministerio de la predicacion en muchas ciudades y pueblos, y oyéndole las gentes con gran aplauso y con no ménos fruto. Murió en la isla de Corfú, en el mar de Venecia, cerca del año de la Redencion 1620. Sus obras son las siguientes: 1.ª: *D. Caroli Borromæi S. R. eccles. cardinalis et archiep. Mediolan. pia et devota laudatio*; con la cual Fr. Rafael Ferrari, carmelita mediolanense, doctor en sagrada teología y prior del convento de S. Juan *ad Concham* de Milan, habiendo oido la nueva de la canonizacion de aquel, felicitó por ella á los vecinos de Milan: en esta misma ciudad, en la imprenta del arzobispo, 1610, en 4.°. 2.ª: *Oratio pro coaptatione Philippi Pirovani in collegium J. C. C. Mediolani*, en la misma ciudad, por Poncio, 1612, en 4.°. 3.ª: *Commentaria in octo libros physicorum Aristotelis*, Ms. en 4.°. 4.ª: *Lectiones in metaphysicam*, en 4.°. 5.ª: *Lectiones Aristotelis lib. de Anima*, Ms. en 4.°. 6.ª: *Conciones per sacrum quadragesimale tempus*, Ms. en 4.°. Estos cuatro manuscritos se conservaban en la librería del citado convento de S. Juan *ad Concham* de Milan. —S.

FERRARI ó FERRARO (Cherubin) religioso profeso de la Órden de carmelitas calzados. Fué natural de Milan, capital de la Lombardía, en Italia, y abrazó el estado religioso entre los carmelitas de la congregacion mantuana. Dotado de una rara agudeza y de extraordinario ingenio sobresalió principalmente en el conocimiento de las lenguas latina, griega y hebrea, como tambien en la filosofía y teología; en cuyas facultades alcanzó el lauro de maestro y doctor. Dedicóse tambien mucho á la oratoria y poética, haciéndose en ellas esclarecido y célebre. Teníale en mucho S. Cárlos Borromeo; por manera que en cierta ocasion queriendo comer en el convento de S. Juan llamado *ad Concham*, de la ciudad de Milan, hizo que predicase Ferraro desde el púlpito del refectorio para tener el gusto de oirle. Elegido teólogo del serenísimo duque de Mantua, Guillelmo, habitó en el palacio de este

príncipe captándose en él la estimacion y veneracion de todos por las costumbres verdaderamente religiosas que unia á todas las demas brillantes dotes que adornaban su ánimo. Ejerció el cargo de predicador evangélico en muchas ciudades de Italia con tanto fruto y fama, que llegando esta á Roma fué nombrado para el mismo cargo en el palacio apostólico. Habia hecho un estudio particular en investigar la significacion de las abreviaturas de las monedas, códices y mármoles antiguos, llegando á fuerza de trabajo á adquirir tanto conocimiento en ellas, que acudian á él como á un oráculo cuando habia necesidad de leer y entender alguno de aquellos monumentos. Finalmente, insigne y célebre por su saber y virtud, murió este religioso cerca del año 1625. Escribió muchas obras casi todas en idioma italiano, y que son las que á continuacion se expresan: 1.ª: *Orazione in lode della città di Bologna*, Bolonia, 1594, en 4.°. 2.ª: *Predica sopra le parole del Evangeli: Memento homo quia cinis es: detta nella cattedrale di Bologna*, en la misma ciudad, 1599, en 4.°. 3.ª: *Orazione in lode di S. Cecilia Vergine è Martire*, Milan, 1599, en 4.°. 4.ª: *Orazione nelle nozze di D. N. Ode Calchi è D. Angela Marliana*, en la misma ciudad, 1619, en 4.°. 5.ª: *Orazione nella nascitá del Prencipe Francesco Gonzaga*, en la misma ciudad, 1611, en 4.°. 6.ª: *Lagrime dell' Insubria nel' compassione vol caso avvenuto al sign. Marchese Dom. Ottavio Gonzaga sotto l' assedio di Vercelli: Orazione*, en la misma ciudad, por Malatesta, 1617, en 4.°. 7.ª: *Orazione avuta in Bologna nell capitulo della sua Religione*, Bolonia, 1598, en 4.°. 8.ª: *Predica nella quale con ragioni, autorità, ed esempli, si mostra, che giusta, è santa e l' impressa di cacciar gli eretici dalla Valtellina*, Milan, por Malatesta, 1621, en 4.°. 9.ª: *Orazione in lode della nuova elezione del suo Vicario Generale*, Bolonia, 1599, en 4.°. 10.ª: *Orazione per la nascità del primogenito di Mantoa*, Milan, 1611, en 4.°. 11.ª: *Orazione per le nozze di Francesco Filiberto Ferrari de Fieschi, è Francesca Grilietta de Prencipi di Masserano*, Milan, 1603, en 4.°. 12.ª: *Predica sopra la fede cristiana, per la quale alcuni soldati abjurarono pubblicamente la loro eresia*, Milan, 1619, en 4.°. 13.ª: *Lettera consolatoria alla Prencipessa Orsini*, Milan, 1619, en 4.°. 14.ª: *Vita della Beata Giovanna de Scopelli fondatrice delle Monache carmelitane di Santa Maria del Popolo nella città di Reggio di Lombardia*, Milan, por Malatesta, 1617, en 4.°. 15.ª: *Giubilo della città di Casale del Monferrato per l' ingresso del vescovo monsignor Scipione Agnelli*, Casale, 1624, en 4.°. 16.ª: *Racconto della solemnissima processione fatta in Milano con l' imagine della Beata Vergine di S. Gio. in Conca*, Milan, 1614, en 4.°. 17.ª: *Istoria della miracolosa statua di Maria Vergine ritrovata in un campo suori di Vinovo, terra del Piemonte*, Turin, 1614, en 8.°. 18.ª: *Fiori delle grazie, è delle belleze di nostra Signora di Casale Monferrato*, Milan, 1613, en

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

4.°. 19.ª: *Componimenti poetici sopra diversi bellissimi soggetti, dedicati all' arcivescovo di Salsburg*, Milan, 1617, en 4.°. 20.ª: *Stanze sopra le stigmate di S. Francesco, con l' esposizione del padre Aurelio Corbinellini Agostiniano*, Casale, 1611, en 4.°. 21.ª: *Gaudio di Maria Vergine nella Natività di Cristo, è pianto nella di lui morte: Rime, colla musica altre voci*, Milan, 1618, en 4.°. 22.ª: *Rime sopra la salutazione angelica*, Parma, 1624, en 4.°, 23.ª: *Poesie in lode dell' orazione del P. Maestro Cornelio Guarguanti, ditta in onore di Santo Girolamo*, Bolonia, 1592, en 4.°. 24.ª: *Elogi della nobile familia de Borzi–L' Allegrezza di Milano: Orazione nella venuta del excelentissimo sign. Don. Pietro di Toledo Osorio Marchese di Villa Franca, é Governatore di Milano, dopo l' espulsione degli eretici della Valtellina*, Milan, por Malatesta, 1616, en 4.°. 25.ª: *Il trionfo di Milano, nella ventura del excelentissimo sign. Don. Gornez Suarez, Duca di Feria, è Governatore di Milano*, Milan, 1618, en 4.°. 26.ª: *Il trionfo di Novara nella venuta del cardinale Ferdinando Taberna vescovo di Novara*, Milan, 1616, en 4.°. 27.ª: *Lagrime della B. Verg. presso la Croce: Poesie*, Milan, por Nava, 1623, en 4.°. 28.ª: *Devotissime lodi, ed Orazioni da cantarsi, è recitarsi alla Madona Santissima delle Grazie di Vimercato*, Milan, por Malatesta, 1621, en 4.°. 29.ª: *Quadragesimale compiuto:* manuscrito autógrafo en 4.°, de gran tamaño, el cual se conservaba en la biblioteca del convento de S. Juan *ad Concham* de la ciudad de Milan. Algunos otros escritos dejó todavía este sabio religioso, que no llegaron á publicarse. — S.

FERRARI (Felipe) religioso servita. Nació en Ovillo, pueblo situado cerca de Alejandria en el Milanesado. Laborioso y ávido de conocimientos, aprendió las lenguas, cultivó la teología y la literatura, y se aplicó sobre todo á las matemáticas por las cuales mostró un gusto particular; y por fin las enseñó en la universidad de Pavía con mucha reputacion. Su mérito le valió el aprecio de los papas Clemente VIII, Paulo V y Urbano VIII; y la estimacion que supo inspirar á sus cofrades hizo que le nombrasen para desempeñar los primeros cargos de su congregacion. Llegó á ser nombrado dos veces general y otras dos vicario general. Este sabio religioso murió en 1626. Tenemos de él: 1.°: *Nova topographia in martyrologium romanum*, Venecia, 1609, en 4.°. 2.°: *Epitome geographica in IV libros divisa*, Pavía, 1605, en 4.°. (1) 3.°: *Catalogus sanctorum Italiæ*, Milan, 1613, en 4.°. Algunas páginas de esta obra han sido insertadas en la coleccion de los bolandistas. 4.°: *Catalogus sanctorum qui in Martyrologio non sunt*, Venecia, 1625, en 4.°. 5.°: *Topographia poética*

(1) Esta pequeña obra sumamente rara se compone de cuatro diccionarios, cada uno con compaginacion á parte. El primero es por lo que respecta á las ciudades y contiene 12 páginas. Los tres restantes contienen los rios, las montañas y los lagos.

Pavía, 1612, en 4.°; 1627, en 8.°. Esta obra es un diccionario de la geografía antigua. 6.°: *Lexicon geographicum*, Milan 1627, en 4.°, la mas célebre de las obras de Ferrari, y es totalmente diversa del *Epitome geographica*: los artículos siempre van acompañados de la cita de los autores que han hablado sobre ella, colocados segun el órden alfabético de sus nombres latinos; bien que la obra va precedida de un índice de los nombres vulgares con la correspondencia de los nombres latinos, y contiene mas de 9,600 artículos. Fué reimpresa en Paris en 1670 en folio bajo la direccion del abate Baudran, quien la aumentó de mas de la mitad; pero en lugar de corregir lo que contenia de defectuoso añadió nuevos errores á los que ya existian.—O.

FERRARI (Andres) religioso profeso en la Órden de carmelitas calzados. Nació de una familia honrada en Castroreal, poblacion de la diócesis de Mesina, en la isla de Sicilia. Cuando llegó á la edad competente deseoso de abandonar el mundo, abrazó la disciplina regular entre los antiguos carmelitas de la provincia reformada, llamada vulgarmente del primitivo instituto del *Monte-Santo*. Cursó allí los estudios acostumbrados, cuya carrera concluida fué tanto lo que hubo aprovechado, que pronto adquirió una clarísima fama, ya en el púlpito predicando, ya en la cátedra enseñando. En el ejercicio de la predicacion manifestó la fecundidad de su erudicion y la fuerza de su elocuencia, predicando repetidas veces la cuaresma en las principales ciudades de Sicilia y de Italia; añadiendo á estas eminentes calidades mayor peso en el celo ardiente que por la salvacion de las almas le animaba. Ocupóse tambien por mucho tiempo en enseñar en su Órden las facultades de filosofía y teología con grande aprovechamiento de sus alumnos y no ménos gloria suya. Sus méritos le elevaron á algunos honores y empleos de la Órden; siendo prefecto de estudios en el convento de Nápoles; dos veces prior del de Monte-Santo; definidor y vicario provincial de la misma provincia. Gobernó dos veces la misma, habiendo sido la primera vez por nombramiento del papa Alejandro VII, dado el dia 12 de Abril del año 1658. Adornó su saber y doctrina con la inocencia de costumbres y el esplendor de las virtudes; y esclarecido por fin por la santidad de vida y por el celo de la disciplina religiosa, murió en Nápoles el dia 24 de Julio del año 1685. Escribió y dió á luz en latin: 1.°: *Intelligentiæ divinæ beatæ Mariæ Magdalenæ de Pazzis, ordinis carmelitarum*: obra dividida en siete libros; Nápoles, imprenta de Jacinto Passari, 1666, en folio. 2.°: *Divinis amoris spicula Sanctæ Mariæ Magdalenæ de Pazzis*, en la misma ciudad é imprenta, 1673, en 16.°. En italiano publicó las siguientes: 1.°: *Discorso funerale nella morte dell' Ill. Sig. D. Diego Marotta, presidente di giustitia nel regno di Sicilia*, Palermo, por Agustin Bossio, 1661, en 4.°. 2.°: *All' una delle due discorsi disingannanti*, Nápoles, por Jacinto Passari, 1667, en 4.°;

reimpresa en la misma ciudad y por el mismo impresor, 1679, en 8.°. 3.ª: *Sacra novena problemàtica dell' Incarnazione del Verbo per li giorni d' innanzi il parto di Maria Vergine*, en la misma ciudad é imprenta, 1679, en 4.°. 4.ª: *Compendio della vita di S. Maria Magdalena de Pazzis carmelitana*, en la misma ciudad é imprenta; y en Palermo, por Pedro de Ínsula, 1679, en 16.°. 5.ª: *Saette d' amor divino de S. Maria Magdalena de Pazzis carmelitana;* Nápoles por Jacinto Passari, 1674, en 16.°.—S.

FERRARI (Tomas María) maestro del sacro palacio, cardenal presbítero bajo el título de S. Clemente. Manduria, corto pueblo del reino de Nápoles fué la patria del ilustre Ferrari, cuyo nacimiento debe fijarse en el año 1647 bajo el pontificado de Inocencio X y el reinado de Felipe IV, rey de España y de las Dos Sicilias. Prevenido tempranamente por la Gracia, abrió desde muy tierno su corazon al amor de la virtud; y el estudio de la sabiduría fué su mas sabrosa ocupacion luego que se halló en estado de conocer toda su hermosura y todas las ventajas que procura á cuantos la buscan desde muy jóvenes. Así, ni las atenciones de sus piadosos padres en perfeccionar por medio de una educacion cristiana los dones de la naturaleza fueron inútiles, ni las lecciones de sus primeros maestros quedaron sin fruto. Parece que fué en su patria donde Tomas Ferrari aprendió las bellas letras, así como en el convento del Rosario de la misma ciudad de Manduria se consagró al servicio del Señor tomando el hábito de Sto. Domingo. Si entre sus condiscípulos habia siempre sido de una extrema continencia, de un grande pudor y de una continua vigilancia en evitar todo cuanto hubiera podido menoscabar su inocencia, redobló su fervor en el claustro, y solo se mostró solícito en lo que podia hacerle adelantar en el camino de la perfeccion por la práctica de la obediencia, de la humildad y de todas las virtudes religiosas. Su piedad era sólida y se sostenia en medio de las pruebas. El mismo espíritu de religion que habia animado sus primeros pasos, y que dió un nuevo precio al sacrificio que hizo de su libertad por los votos solemnes, le enseñó á santificar sus estudios, y le hizo entrar en las disposiciones necesarias para recibir la plenitud de la Gracia con la imposicion de las manos. Amigo del silencio, de la oracion y del trabajo, habíase propuesto por modelo á Sto. Tomas, y á su ejemplo se aplicó igualmente á ser de dia en dia el mas sabio y el mas virtuoso. Su asiduidad en la oracion y en todos los ejercicios de la vida regular parecian no dejarle mucho tiempo para el estudio; y sin embargo sus progresos en las ciencias fueron rápidos. Miéntras estudiaba en Nápoles en el convento del Espíritu Santo, cada uno de los actos escolásticos que sostuvo fué para todos sus hermanos un nuevo motivo de admirar la brillantez de su talento y mas aun su rara modestia. Con el mismo brillo pareció en otro colegio de la misma congregacion, y por gran-

de que fuese la reputacion de sus maestros, asegúrase que la del discípulo parecia eclipsarla. En la eleccion que se hizo de predicadores para la solemnidad de la canonizacion de Sta. Rosa de Lima, Ferrari, estudiante todavía, fué preferido á otros de no mediano talento; y por cierto que no tuvieron que arrepentirse de esta eleccion: su discurso agradó en alto grado á un auditorio inmenso, y la comunidad del Espíritu Santo creyó no poderle dar mayor prueba de su satisfaccion, que rogándole tuviese á bien ser contado en adelante entre los hijos de aquel convento. Á ello accedió Ferrari de muy buen grado, á cuyo efecto se logró el permiso de la congregacion de regulares. Fué no pequeño consuelo para el servidor de Dios el pertenecer á una comunidad en donde hallaba tan bellos ejemplos, y no poca ventaja para la misma comunidad el haber adquirido un sugeto que tanto prometia, único capaz de sostener allí por largo tiempo el espíritu de fervor y de regularidad junto con el amor del estudio. El obispo de Estadia Pedro Tomas Milante, que habia pasado muchos años vistiendo el hábito de Sto. Domingo en aquella misma casa, y que publicó la Vida de nuestro cardenal entre las de los hombres ilustres de la congregacion de Sta. María de la Salud, nos asegura que Ferrari miró siempre como un favor particular el honor que le hacia el convento del Espíritu Santo, y que al morir dejó un monumento eterno de su agradecimiento. Sin descuidar el ministerio de la palabra, que el celo por la salud de las almas le hubiera siempre hecho preferir á toda otra ocupacion, el P. Ferrari trabajó muchos años, segun la voluntad de los superiores, en formar los jóvenes religiosos de las escuelas de la Órden. Ya profesor de filosofía y de teología, ya maestro de estudiantes en el colegio de Santo Tomas en Nápoles, su primera y principal atencion fué inspirar á sus discípulos el gusto de las cosas santas, el amor de la religion y la práctica de las virtudes. Hubiera creido perder el tiempo si no hubiese hecho mas que filósofos ó teólogos: él queria hacer cristianos, santos, hombres apostólicos segun su vocacion. Bendijo el Señor sus loables esfuerzos, pues sus discípulos se aprovecharon tan bien de sus lecciones y de sus ejemplos, que muchos fueron utilísimos al prójimo y á la Iglesia. Pero miéntras él trabajaba en agradar á aquel que le habia llenado de sus dones y á darle gloria por todo, el honor que no buscaba seguia sus pasos, su reputacion se extendia á grandes distancias, y segun refiere el prelado que escribió su Vida si se respetaba su virtud, no se estimaba en ménos su doctrina, pues se le llamaba el *Arca de la ciencia*. Donde mas ostentó este tesoro de erudicion fué en el capítulo general de su Órden, celebrado en Roma en el mes de Junio de 1677. Ferrari habia sido escogido por su provincia para sostener allí unas tésis públicas dedicadas al cardenal Altieri: el concurso no podia ser ni mas numeroso ni mas escogido; pues ademas de los mejores teólogos de la Órden de

Sto. Domingo que habian venido al capítulo de todos los puntos de Europa, la dignidad del Mecénas y la reputacion del defendiente habian atraido todos cuantos sabios contaba el clero regular y secular de Roma. Los mas hábiles que propusieron sus dificultades lo hicieron de una manera que les honraba, pero aun hicieron mas honor al respondiente. La sutileza, los giros y la fuerza de sus argumentos sobre las materias mas abstractas ó mas profundas de la teología, solo sirvieron para darles mas á conocer la elevacion de genio y la extension de conocimientos de nuestro teólogo, y su facilidad en tratar con tanta claridad como precision y exactitud las materias y cuestiones mas difíciles. No creian oir á un discípulo de Sto. Tomas consumado en el estudio de su doctrina, sino á Sto. Tomas mismo. Así que solo hubo una voz unánime para coronarle. Los que habian atacado sus tésis con mas vivacidad fueron los primeros en aplaudir su victoria, y toda la asamblea pidió que el Padre general le concediese sobre la marcha el honor del doctorado. Desde entónces la reputacion de Tomas Ferrari se hizo no ménos célebre en la ciudad y córte de Roma de lo que lo era ya en el reino de Nápoles. Conciliése muy particularmente la estimacion y el afecto de muchos cardenales, que no le perdieron ya mas de vista. Otro con los mismos talentos y ménos piedad hubiera creido deber aprovecharse de este favor para su adelantamiento. Pero el modesto religioso no conocia otros adelantos que los que mas le acercaba á la perfeccion de la santidad y de la ciencia, únicos objetos de sus deseos. Poco impresionado por las alabanzas que se le daban, si no podia ignorarlas sabia por lo ménos despreciarlas, y hasta se menospreciaba á sí propio; pues acostumbrado á considerarse en su propia nada, ó bien no ponia atencion alguna á lo que los otros admiraban en él, ó si pensaba en ello era para dar la gloria á Dios y excitarse á mayor reconocimiento. Si se le hubiese dado á escoger para tomar el partido mas conforme á su gusto, se hubiera ocultado con sus libros en una profunda soledad, en donde hubiera repartido todo su tiempo entre los santos ejercicios del retiro y los trabajos del apostolado. Preferia sin embargo el mérito de la obediencia, y estuvo siempre entre las manos de sus superiores para trabajar no segun sus propias inclinaciones, sino segun la voluntad de aquellos. El nuevo general de la Órden Antonio Monroi, que acababa de honrarle con el bonete doctoral, quiso que fuese á continuar sus lecciones públicas en el colegio de Sto. Tomas de Aquino. El cardenal arzobispo de Nápoles y todo su clero lo deseaban tambien. Ferrari regresó, pues, á Nápoles en donde se veian crecer mas cada dia sus discípulos, en número, en emulacion y en progresos. Los mas célebres directores y los superiores eclesiásticos mas celosos para el adelantamiento espiritual de sus jóvenes clérigos se complacian en dirigirles á tan eminente maestro, á fin de que los

formase á un mismo tiempo para la ciencia y para la piedad. Con todo, los napolitanos no pudieron gozar por largo tiempo de esa dicha, porqué el Sumo Pontífice creyó que el ministerio de nuestro teólogo era mas necesario en otra parte. Inocencio XI, justo apreciador del mérito, no ignoraba el del P. Ferrari, sobre todo desde el capítulo de Roma. En el designio en que estaba este Papa de hacer adelantar el espíritu regular y el estudio de las ciencias en el convento de Sto. Domingo, en Bolonia, escogió á muchos virtuosos y sabios personajes, tomados en su mayor parte de la misma provincia de Lombardía, mucho tiempo hacia fecunda en grandes hombres. Y aunque Tomas Ferrari no fuese de esta provincia, esto no impidió á Su Santidad el colocarle con distincion entre el número de aquellos que debian trabajar en tan buena obra. El mismo empleo que con tanto fruto y honor desempeñaba en el colegio de Nápoles se le mandó que desempeñase en las escuelas de Bolonia, y el éxito fué siempre el mismo; pues Ferrari se hacia estimar de los boloneses no solo por su profunda erudicion, sino por sus talentos y por las luces que difundia en las materias teológicas. La dulzura y la pureza de sus costumbres, su carácter franco, lleno de rectitud y de candor, el celo con que se consagraba en todas ocasiones en favor de las gentes de bien, todo esto le cautivaba los corazones: y puede decirse que si era generalmente apreciado, no era ménos querido de todos cuantos le trataban. Los doctores de la universidad, el senado de Bolonia y el mismo cardenal legado le dieron mas de una vez testimonios inequívocos de consideracion y de benevolencia, sin que estas muestras de distincion le expusiesen nunca á la envidia de sus hermanos, que se le mantuvieron al contrario muy adictos y le quisieron siempre con ternura. Todo el bien que Tomas Ferrari hacia en la ciudad y en las escuelas de Bolonia, ya sea por sus lecciones públicas, ya sea por sus predicaciones y sus ejemplos, conservaba á los amigos que tenia en Roma en el ventajoso concepto que de él habian formado. El Papa no parecia ménos prevenido en favor suyo que los cardenales que mas afectos le eran; y no se dudó de que Su Santidad le llamaria cerca de su silla para llenar algun destino digno de sus vastos conocimientos. El de maestro del sacro palacio era ocupado entónces por el P. Domingo María Pozzobonelli, salido de una familia patricia de Savona, religioso no ménos piadoso que sabio, el cual despues de haber sido reputado un eminente profesor en los colegios de su Órden de Mantua, de Verona, de Cremona y de Génova, y haber ejercido el cargo de comisario general del Santo Oficio en Roma bajo los papas Alejandro VII, Clemente IX, Clemente X é Inocencio XI, habia sucedido al célebre Raymundo Capisucchi, honrado con la púrpura romana en el mes de Agosto de 1681. Pozzobonelli, pues, de quien el abate Miguel Justiniani habla con elogio entre sus *escritores de Liguria*, despues de haber llenado el

cargo de maestro del sacro palacio por el espacio de siete años, murió en el mes de Julio de 1688. Muchos sugetos de mérito fueron desde luego presentados á Su Santidad para reemplazarle; pero el papa Inocencio XI prefirió sobre todos al P. Tomas Ferrari, que no cuidaba de proponerse á sí, y se hubiera incomodado que otro se hubiese interesado por él. Verdad es que su mérito era harto conocido y harto estimada del Pontífice la santidad de su vida para que pudiese olvidarle. Su Santidad no se contentó con escogerle para su teólogo, sino que le nombró al mismo tiempo para ser su predicador. En uno y otro empleo Ferrari se portó honorificamente, predicando á menudo en presencia del Vicario de Jesucristo y del Sacro Colegio con tanto celo como gracia y uncion. Aunque anunciaba las verdades de la Religion con una libertad verdaderamente apostólica, la exactitud de su moral vertida por sus labios nunca ofendió remotamente á nadie; pues se sabia que él no predicaba cosa que no fuese el primero en practicarla, y que incapaz de abusar de su ministerio, no á las personas sino á los vicios pretendia hacer la guerra. Sin embargo, la asiduidad en el santo ministerio era tanto ménos compatible con las ocupaciones de un maestro del sacro palacio en cuanto éstas se habian entónces multiplicado extraordinariamente. El Papa habia condenado ya los errores de Miguel Molínos; pero las sutilezas de un gran número de sus sectarios ocuparon aun por largo tiempo los teólogos de Su Santidad. Tomas Ferrari en particular se halló mas de una vez en la ocasion ó en la necesidad de examinar diversos escritos, en los cuales los nuevos místicos habian tratado de disfrazar con astucia su doctrina y de insinuar sus errores. Encargósele tambien el escribir sobre una materia no ménos delicada, que metia entónces mucho ruido en Roma y en algunos otros reinos. Estas diferentes razones le obligaron á suplicar á Su Santidad que le alijerase de su empleo de predicador apostólico, para que pudiese dedicarse enteramente al de maestro del sacro palacio. No quiso el Papa negarse á su demanda porqué era justa, si bien se lo concedió con disgusto, pues se complacia siempre en escucharle. Los sucesores de este santo Papa fueron de su mismo sentir en favor del maestro del sacro palacio, y uno de ellos adelantóse aun mucho mas en las muestras de estimacion y confianza. Hallándose de legado en Bolonia el cardenal Pignatelli, miéntras que Ferrari dirigia allí los estudios en su colegio dominicano, habia concebido tan alta idea de la virtud y capacidad de éste, que hablaba de él á menudo con elogio; y decia alguna vez que seria prestar un útil servicio á la república cristiana el hacer entrar un hombre de tal peso en los negocios eclesiásticos. Llegado á ser Papa bajo el nombre de Inocencio XII, se alegró de hallar á nuestro teólogo en un destino que habia puesto mas en claro la elevacion de sus talentos, y que permitia á Su Santidad el hacerle subir mas alto sin separarse en lo mas mínimo

de la primera de sus máximas. Se ha hecho la observacion que desde el principio de su pontificado Inocencio XII habia expresamente declarado, que no pretendia dar los empleos, las cargas y las dignidades sino al mérito, y que preferiria siempre la virtud, los talentos, ó los servicios ya prestados á la Iglesia á todas las razones de amistad, de parentesco, y á las mas fuertes recomendaciones. Tan sábia resolucion no podia ser un obstáculo á la elevacion del maestro del sacro palacio; pues que se le reconocian todas las calidades que se pueden desear en un príncipe de la Iglesia; la probidad, la ciencia, los talentos, el amor de la Religion, el celo, la experiencia, el desinteres, una firmeza á toda prueba y una rara modestia que realzaba todas sus demas virtudes. Todo esto era perfectamente conocido del Papa reinante, y de ello habia tenido nuevas pruebas en los primeros años de su pontificado. Y con todo, quedó sorprehendido y mas edificado aun de la profunda humildad de aquel grande hombre cuando quiso coronar su mérito. El maestro del sacro palacio no estaba prevenido de las intenciones de Su Santidad, y solo por las felicitaciones que de todas partes le venian supo que acababa de ser inscrito en el número de los cardenales en la promocion del 12 de Diciembre de 1695. No le fué posible disimular su dolor, y se le conocia lo bastante para persuadirse que este dolor era sincero. Al momento se le vió postrado á los pies de Su Santidad para suplicarle con lágrimas en los ojos que se dignase honrar con la púrpura á otro sugeto ménos indigno que él. Á sus humildes súplicas añadió las razones que creyó mas poderosas para persuadir al Papa de su pretendida indignidad. Asegura un autor italiano que la constancia de Ferrari en rehusar un honor, objeto de la ambicion de tantos otros, solo pudo ser vencida por el mandato expreso que le dió el Papa de aceptar la púrpura con el título de S. Clemente. Cuando el nuevo cardenal se presentó despues al Vicario de Jesucristo para darle sus mas humildes acciones de gracias no pudo expresar sus sentimientos sino por medio de estas palabras de la Escritura tomadas del cántico de Ana: « Vos habeis sacado, Santísimo Padre, al pobre del polvo, y al indigente del estercolero ó basura, para hacerle sentar entre los príncipes, y darle un trono de gloria. » Toda su conducta pasada y la manera con que vivió durante veinte y un años en el Sacro Colegio dan bastante á conocer que él pensaba como obraba, pues se le vió siempre tan modesto y tal vez mas penitente, mas desprendido de sí mismo y de las cosas de la tierra en una eminente dignidad, de lo que habia sido en su primer estado. El historiador de su vida refiere aquí minuciosamente las santas prácticas del cardenal de S. Clemente, su amor á la pobreza y á los pobres, su exactitud en todas las observancias regulares compatibles con su dignidad; su asiduidad en el estudio y en la oracion, sus rigurosos ayunos y casi continuos, su fidelidad en fin en todos los

deberes de un religioso sin descuidar ninguno de los de un cardenal. Nos contentarémos con decir que su ilustre colega el cardenal Orsini, que desde veinte y tres años era el objeto de la admiracion de todo el Sacro Colegio fué tambien el modelo del cardenal Ferrari. Habia tenido que hacérseles la misma violencia para forzar su modestia, y los dos manifestaron siempre el mismo amor á ese género de vida humilde y pobre, que habian abrazado para hacerse conformes á Jesucristo. En la misma dignidad habian mostrado el mismo alejamiento del fausto mundano y de todo cuanto no se concilia con las máximas severas del Evangelio. Con todo, léjos de que esta noble sencillez que se vió siempre en sus personas, en sus casas y en su tren rebajase en algun modo su dignidad, la sublimaban mas por esta parte y por el resplandor de sus virtudes, de lo que pudiera hacer toda la pompa y magnificencia que dan las riquezas. La conformidad de costumbres, de inclinaciones y de sentimientos, tanto como la profesion de la misma regla unian estrechamente á estos dos grandes cardenales. Pero unidos así de corazon por una santa amistad, no pudieron gozar sino por muy cortos intervalos del consuelo que la dulzura de la conversacion hace gustar á los verdaderos amigos. Miéntras aquel se ocupaba enteramente en el cuidado y en las necesidades de su rebaño en la diócesis de Benavente, éste se vió obligado á fijar constantemente su residencia en Roma, en donde el Sumo Pontífice le hizo entrar en casi todas las congregaciones de cardenales. Distinguióse particularmente en las del Santo Oficio, del concilio de Trento, de los obispos y de los regulares, del Índice y de las Indulgencias. Estas multiplicadas obligaciones no hicieron nunca que el cardenal de S. Clemente abandonase sus libros, ni el ejercicio de la oracion; sin embargo, cuando era necesario interrumpia sin pesar sus ejercicios particulares para dedicarse con mayor atencion á lo que interesaba al bien comun de la Iglesia. Sabido es de que peso era siempre su dictámen en la decision de los mas importantes negocios. Dos cosas contribuian principalmente á dar mucha autoridad á su voto; la extension de sus luces y la rectitud de sus intenciones. Gozaba de tan alta reputacion de doctrina, que segun la expresion de un autor en las cuestiones difíciles su decision era tan estimada como la de una sábia academia. Insensible ó indiferente á todo otro interes que al de la justicia y de la verdad, ninguna esperanza, ningun temor, ninguna afeccion humana fué nunca capaz de hacerle ni aprobar lo que su conciencia condenaba, ni olvidar, ni descuidar una causa que la Religion ó la equidad le obligaba á defender. En mil encuentros, sobre todo en la congregacion llamada de los obispos y de los regulares, nuestro cardenal dió las mas brillantes muestras de ese generoso desinteres y de esa prudente firmeza que le ponian á la prueba de las mas fuertes tentaciones. Las recomendaciones, el favor, el crédito, las razones particulares de instituto nunca hicieron impresion en

su espíritu, y solo aquellos que podian estar confiados en la bondad de su causa no debian temer el tenerle por juez Tal era la idea que se tenia del cardenal Ferrari, no solamente en Roma y en las provincias de Italia, sino tambien en los reinos extranjeros, y así entre los católicos, como entre aquellos que estaban separados de la comunion de la Iglesia romana. Para conservarse siempre en la libertad de hablar y de obrar, segun le pareciese conveniente al bien de la Religion ó de la justicia, el sabio cardenal se habia impuesto por ley el no recibir beneficio alguno de los príncipes, ni presente alguno de los particulares, sobre todo de parte de aquellos que tenian negocios en la córte de Roma. Las munificencias del Papa le habian puesto en estado de sostener su rango, y la frugalidad de su mesa era para él otro recurso: si sus rentas no eran muy considerables, sus gastos lo eran mucho ménos; y así lo que apénas hubiera bastado á otro para su manutencion y para la de su casa daba á nuestro cardenal para hacer muchas buenas obras. Su elevacion no le habia hecho desconocer á aquellos que le estaban unidos por los vínculos de la sangre; pero aunque sintió para con ellos siempre los sentimientos de afeccion y de bondad que la naturaleza inspira, no pensó nunca en enriquecerlos; y no empleó los bienes de la Iglesia sino segun el espíritu de los sagrados cánones, queremos decir, en alimentar al pobre, en acomodar infelices doncellas, cuya indigencia hubiera podido ser ocasion de caida, en procurar lo necesario á recien convertidos, y á los que sufrian la miseria para conservar su fe en un destierro voluntario. Muchas comunidades religiosas, muchos monasterios experimentaron en sus necesidades las larguezas del generoso cardenal. La exacta regularidad que veia florecer en su convento de Sta. Sabina, al paso que le llamaba con frecuencia á aquel santuario, le obligó tambien á dar allí muestras mas particulares de su afeccion. No contento con ir á pasar allá todo el tiempo que podia tomar de sus negocios para no ocuparse sino en su salud, hizo edificar en aquel sitio una hermosa biblioteca, la llenó con sus libros, y señaló un fondo para conservarla y aumentarla. No se ha de mirar como el ménos precioso de sus dones el que hizo de sus propias obras en manuscrito; pues este sabio cardenal tenia compuestas ya muchas, y meditaba hacer de nuevas en cuanto podia permitírselo la variedad de sus ocupaciones. Por la muerte del papa Inocencio XII acaecida al 28 de Setiembre de 1700 la Iglesia universal perdió su jefe visible, cuya primera y mas poderosa inclinacion habia sido siempre el gobernar bien la república cristiana; y aquel funesto golpe hizo perder á nuestro cardenal un padre, un amigo, un bienhechor. No podia ser mayor ni la confianza con que S. S. habia honrado constantemente al cardenal de S. Clemente, ni el celo que el cardenal habia siempre desplegado en todas ocasiones para la gloria y la conservacion de aquel buen Papa. En el cónclave que

siguió á la muerte y á los funerales de Inocencio XII y que fué muy numeroso, pues se hallaban en él cincuenta y nueve cardenales, la conducta del cardenal Ferrari correspondió perfectamente á la opinion que se tenia formada de su sabiduría y de su moderacion. Unido siempre con el cardenal Orsini, que tenia mas experiencia en los negocios del cónclave, y cuyas intenciones eran tan puras como las suyas, no entró en faccion alguna, ni se entregó al capricho de nadie: por esto no dejó de granjearse la estimacion general y la confianza del nuevo Papa, que fué elegido el tercer dia de Noviembre, despues que la Santa Sede habia estado vacante cerca de cinco semanas. Clemente XI, siguiendo las huellas de su predecesor, consultaba de muy buen grado al cardenal de S. Clemente en los importantes negocios de la Iglesia y del Estado. El primero que se presentó en seguida y que era de ménos consecuencia para el reposo de la Italia en general, que para el de la córte de Roma en particular, se referia á las pretensiones de dos soberanos que pedian al mismo tiempo la investidura del reino de Nápoles. Era pues necesario, ó anular el testamento del rey católico Cárlos II, como solicitaba una de las dos potencias, ó confirmar este mismo testamento y favorecer su ejecucion segun los justos deseos de la otra. En circunstancias tan críticas, jamas podian ser excesivas la prudencia y la circunspeccion para no hacer depender la tranquilidad de la Santa Sede de la suerte de las armas, y del éxito feliz ó desgraciado del príncipe que hubiera sido preferido. Nada al propio tiempo parecia mas conveniente á la calidad de Padre comun de los fieles que ofrecer su mediacion á las dos potencias, sin descuidar el poner el Estado eclesiástico en seguridad y sus plazas fronterizas en estado de defensa. Este era el sentir del cardenal de S. Clemente y su dictámen fué seguido en parte. Entretanto el rey Felipe V, ya reconocido en los reinos de España por legítimo sucesor de Cárlos II, no tardó en tomar posesion en persona del reino de Nápoles. El archiduque Cárlos de Austria tenia tambien allí un gran partido, que sus amigos se esforzaban en mantener y engrosar, esperando que sus ejércitos estuviesen en estado de oponerse á los de su competidor. En tal situacion, miéntras que la córte de Roma continuaba en mantenerse en guardia para no comprometerse en un partido, muchos particulares tomaban el suyo, segun les dictaba su inclinacion ó su interes; y las personas que por su profesion hubieran debido estar mas distantes de esta especie de contestaciones eran algunas veces las que tomaban mayor parte en ellas. La historia habla de una religiosa, abadesa de un monasterio de Sessa, la cual abusando de la credulidad del pueblo, que la veneraba como una Santa favorecida con revelaciones, obraba y hablaba directamente contra los intereses de Felipe V, é inflamaba los espíritus en favor del archiduque, cuya causa decia ella era la causa de Dios. El Papa mandó examinar el espíritu de

la pretendida santa, que habia sido conducida á Roma; y el cardenal Ferrari fué del número de aquellos á quienes se confió este exámen. La malicia y la hipocresía no pueden ocultarse por largo tiempo á las luces de un hábil teólogo, versado desde mucho tiempo en las vias interiores. La nueva profetiza, convencida de impostura, hizo de ello una confesion la mas humillante. En una asamblea extraordinaria de cardenales y de todos los oficiales de la congregacion del Santo Oficio, obligada á comparecer esta abadesa, confesó que habia tenido la loca vanidad de querer darse por profetiza, inspirada de Dios: no tuvo dificultad en declarar ingenuamente que todas sus respuestas á diversas preguntas que se le habian hecho, no eran mas que puras ilusiones; y que prevaleciéndose de la confianza que muchas personas tenian en su santidad les habia exhortado á tomar las armas á favor del archiduque. El autor frances de la *Historia general de España*, Bellegarde, pone este suceso en 1702; y es sabido que en el estío de este mismo año el rey católico Felipe V llegó á su reino de Nápoles. La inundacion del Tiber y un grande temblor de tierra, que señalaron el principio del año siguiente, llenaron de espanto y de desolacion la ciudad de Roma y todo el Estado eclesiástico: los sacudimientos en extremo violentos del dia 2 de Febrero duraron quince minutos: la noche del tercero al cuarto dia esparcióse sin saber cómo un terror pánico por toda la ciudad: ciertas gentes que no fueron conocidas, pero cuyas intenciones pudieron despues penetrarse, caminaban en masa por la ciudad, recorriendo todas sus calles, llamando á todas las puertas y gritando de una manera espantosa, que cada cual saliese inmediatamente de su casa si queria evitar las consecuencias funestas de un segundo terremoto que iba á repetirse con mucha mas furia que nunca. Cada cual, dice un autor anónimo, se arrojó fuera del lecho y en un instante los jardines y las plazas públicas se hallaron llenas de personas de toda edad, de todo sexo, de toda condicion. No se sintieron nuevos sacudimientos; pero aquella alarma pública tuvo funestas consecuencias á causa de la multitud, del grande frio y del espanto que se apoderó de la mayor parte. De otro lado las calamidades dieron lugar á la reforma de muchos abusos; y como familias enteras se hallaban arruinadas, ya sea por la inundacion, ya por el derribo de sus casas, los ricos hicieron grandes limosnas, y nuestro cardenal sin haber acumulado mas riquezas aumentó considerablemente sus limosnas ordinarias. Continuó siempre sus ejercicios de devocion, y su asiduidad á todas las congregaciones era la misma. Clemente XI le hizo todavía entrar en una nueva congregacion recientemente instalada para revisar el *Calendario romano*. Entre muchas otras comisiones con que S. S. aumentó las ocupaciones del cardenal Ferrari, no puede pasar desapercibida la que le dió encargándole examinase con cuidado las célebres cuestiones tocantes al culto y á

las ceremonias de los chinos. El Cardenal siempre celoso por el honor de la Religion trabajó segun las intenciones del Papa, é hizo sobre las materias controvertidas un sabio escrito que se conserva original en el colegio de Santa Sabina en Roma, hasta que plugo á Benedicto XIV hacer trasladar este precioso documento á la Biblioteca Vaticana. El autor italiano que nos refiere este hecho añade, que se han sacado dos copias muy exactas de este manuscrito y que se conservan aun, la una en la biblioteca de Sta. Sabina, la otra en la de Casanate sobre Minerva. Y esta es una prueba no pequeña del aprecio que se hacia entónces de la capacidad de nuestro cardenal, y del que se hace todavía de todo lo que salió de su pluma. Hay á mas otro testimonio, que no le es ménos glorioso; el establecimiento de una nueva facultad de teología, que nació en Roma bajo el pontificado de Clemente XI. Este Papa se complació en conceder á una escuela, que era en cierto modo su obra, los mas bellos privilegios, muchos derechos y prerogativas muy propias para excitar una noble emulacion tanto entre la juventud romana, como entre los sabios de reputacion que podian desear ser recibidos en el número de maestros destinados á dirigir los estudios y los ejercicios, ó á presidir las asambleas. Pero á fin de dar á esta institucion todo el perfeccionamiento posible, el Sumo Pontífice escogió al cardenal de S. Clemente para formar las leyes y los reglamentos de la nueva academia, ó para revisar los que habian sido trazados por los mismos académicos. Cuando el Santo Padre confirmó despues aquel establecimiento mandó que todos los doctores, los regentes y los escolares estuviesen obligados á observar exactamente los estatutos que el cardenal Ferrari habia leido, examinado y aprobado en nombre y de parte de S. S. La bula de confirmacion, que puede verse en el tomo VI del *Bulario de los hermanos predicadores*, comienza con estas palabras: *Inscrutabili Divinæ bonitatis*, etc. Durante los diez y seis primeros años del pontificado de Clemente XI, que fueron los últimos de nuestro cardenal, se trataron en Roma muchos otros negocios eclesiásticos de la mayor importancia, y se sabe que en tales ocasiones el cardenal Ferrari era uno de aquellos cuyo voto queria siempre saber S. S.; pero no habiéndonos explicado los historiadores cual fuese su dictámen, ni que parte tuvo en la decision de estos mismos negocios, debemos respetar é imitar este prudente silencio. Contentémonos con decir que á proporcion de las necesidades de la Iglesia afligida por las disensiones de sus mismos hijos, el servidor de Dios aumentaba el fervor de sus oraciones, el rigor de sus mortificaciones y su aplicacion siempre asidua á todo cuanto podia servir para ilustrar la verdad y procurar la paz. Sus trabajos, empero, y sus austeridades habian agotado sus fuerzas, y los santos deseos de la muerte le hacian esperar como al mas feliz de sus dias aquel en que veria acabar su destierro para volar al Criador. En 20 de Agosto de

1716 reposó en el Señor, no tan cargado de años como de merecimientos y mucho mas recomendable por la solidez de sus virtudes, que por el brillo de la ciencia y por el don de profecía que se le atribuye. El cuerpo del piadoso cardenal fué enterrado en la iglesia de Sta. Sabina; y se hizo grabar sobre un mármol blanco un epitafio muy sencillo que el mismo se habia dictado:

D. O. M.

Fr. Thomas M. Ferrari, cardinalis S. Clementis
Sacri Ordinis Fratrum Prædicatorum
Obiit die XX Augusti, Anno Domini MDCCXVI. ætatis suæ LXIX.

El Sacro Colegio no fué por cierto insensible á la pérdida que sufria de uno de sus mas ilustres miembros, que le habia por largo tiempo honrado con sus luces y edificado con sus ejemplos. Los oradores cristianos publicaron á porfía sus elogios, y en muchas casas de la Órden de Sto. Domingo se le hicieron magníficas exéquias, particularmente en el convento del Sto. Espíritu en Nápoles, y en el de Sta. Sabina en Roma. El primero habia sido colmado de beneficios por el cardenal durante su vida y en su muerte: así es que esta comunidad hizo un gasto de cerca de cuatrocientos escudos de oro para honrar sus funerales. El P. Cárlos de Bons, célebre orador jesuita, pronunció allí la oracion fúnebre que fué impresa en Nápoles y dedicada al cardenal Orsini, á la sazon arzobispo de Benevento. Los religiosos de Sta. Sabina, para dejar á la posteridad un recuerdo de los beneficios del cardenal y un monumento de su gratitud, hicieron grabar sobre una lápida de mármol una bellísima inscripcion y la colocaron en la entrada de la biblioteca, que él les habia hecho edificar para ellos y que habia enriquecido de muchas maneras. La atencion continua de Tomas Ferrari en tener ocupados todos sus momentos, el celo que tenia para con la religion y algunas veces la necesidad en que se hallaba de responder á los que le consultaban y de satisfacer los deseos de los papas; todo esto le habia obligado á menudo á tomar la pluma y componer muchas obras teológicas ántes y despues de su promocion. Todas se conservan manuscritas en diferentes bibliotecas de Italia y ninguna se ha impreso hasta hoy; y esto no priva que muchos autores haciendo el elogio del sabio cardenal no le hayan distinguido poniéndole en el número de los escritores eclesiásticos. Nadie quizas le ha elogiado con mas nobleza y con ménos palabras que el papa Benedicto XIII, cuando en su consistorio secreto de 9 de Diciembre de 1726, hablando de los cardenales de la Órden de Sto. Domingo que habia él visto de su tiempo en el Sacro Colegio, llamó al cardenal Ferrari un hombre *todo de oro: Tres adhuc alii nostri ordinis cardinales nobiscum dignissima, nostrâ sana cum confusione, floruere; unoque per mortem avulso, alter non defuit vere aureus*, etc.—J. R. C.

FERRARI (Guido) célebre literato. Nació en Novara en 19 de Enero de 1717 de una familia noble. Estudió con aprovechamiento, y sintiéndose inclinado al estado religioso abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en la provincia de Milan en 20 de Junio de 1733, y pronunció los cuatro votos en 15 de Agosto de 1750. Enseñó humanidades y retórica en los principales colegios de Italia, y dió cuenta del método que seguia con sus discípulos en una carta no ménos notable por el fondo de las ideas que por la elegancia y la perfeccion del estilo. Algunos discursos que pronunció en público aumentaron de tal modo su reputacion, que se vió colocado al frente de un corto número de escritores que aun cultivaban las musas latinas. Entre los discípulos de Ferrari debemos citar á Pedro Antonio Crevenna, tan conocido por su gusto particular por la literatura como por la biblioteca que logró reunir. Maestro y discípulo continuaron unidos con los lazos de la mas estrecha amistad. Despues de la supresion de los jesuitas, Ferrari se dedicó exclusivamente al trabajo del bufete. Poesia, elocuencia, historia, biografía, inscripciones, todo le era familiar, pues no habia ciencia que no hubiese cultivado con notable esmero. Habia hecho un estudio profundo de los modelos de la antigüedad, y habia llegado al extremo de amoldarse hasta á las formas de su estilo sin dejar por esto de ser siempre el mismo: esto es, de seguir los impulsos de su inagotable imaginacion. Encuéntranse en sus historias trozos que á juicio de los mejores críticos pueden sostener la comparacion con las mas bellas páginas del Salustio, al paso que en sus biografías iguala con frecuencia al mismo Cornelio Nepote. No obstante, su estilo se resiente á veces de cierta sequedad, y ademas se le notan algunas inexactitudes y tambien anacronismos. Ferrari murió en 1791 á la edad de ochenta y cuatro años. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *De rebus gestis Eugenii principis à Sabaudiâ, bello pannonico, libri III*, Roma, 1747, en 4.°; La-Haya, 1749, en 8.°: traducida al italiano por el P. Savi. 2.ª: *De rebus gestis Eugenii principis à Sabaudiâ, bello italico, libri IV*, Milan, 1752, en 8.°: traducida al italiano por el mismo autor. 3.ª: *De rebus gestis Eugenii principis, bello germanico libri I, bello belgico libri III*, Zutphen, 1773, en 8.°. 4.ª: *Res bello gestæ auspiciis M. Theresiæ augustæ, ab ejus regni initio ad annum 1763, inscriptionibus explicatæ*, Viena, 1773, en 8.°. 5.ª: *De vitâ quinque imperatorum germanorum*, Viena, 1775, en 8.°, que vienen á ser varias noticias sobre los cinco generales austríacos que mas se distinguieron en la guerra contra la Prusia. Estos generales son: Brown, Daun, Nadasti, Serbelloni y Laudon. 6.ª: *Epistola de institutione adolescentiæ*, Milan, 1750, en 8.°: traducida al italiano por Savi. 7.ª: *De politica arte oratio dicta*, 1750, Nimega, en 4.°: *De optimo statu civitatis dicta*, 1751, idem: *De Jurisprudentia*, 1755, en 4.°. 8.ª: *Orationes actionesque academicæ*, Augsburgo,

1756, en 4.°. En esta coleccion se encuentran los tres discursos que acabamos de citar, y otros varios documentos de la misma clase. 9.ª: *Inscriptiones, dissertationes de origine, antiquitate, monumentis Insubrum, gentiumque illis finitimarum: epistolæ italicè scriptæ ad Insubriam pertinentes*, título: Lettre Lombarde, Milan, 1765, tres tomos en 8.°. Ferrari tradujo á continuacion las inscripciones en italiano, y añadió doscientas de nuevas, publicándolas en Milan, en 1772, en 12.°. 10.ª: *Caroli Emmanuelis Sardiniæ regis universa vitæ et principatûs forma inscriptionibus explicata*, Lugano, 1780, en 4.°, de 8 y 161 pág. Esta obra es una historia en estilo lapidario del rey de Cerdeña Cárlos Emanuel III, dividida en trescientas catorce inscripciones latinas, puramente imaginarias y que no han sido ni siquiera esculpidas. Andres mira á Ferrari como uno de los modernos que mejor han acertado en el género de la inscripcion. Sus cartas y sus disertaciones son sumamente curiosas y llenas de una erudicion variada. Tiraboschi cita con elogio su *disertacion sobre la muerte de Boecio*. 11.ª: *Guidonis Ferrarii opusculorum collectio*, Lugano, 1777, en 4.°. Este tomo comprehende las Vidas de cinco generales austríacos, y las de tres hombres célebres en la literatura italiana: Julio César Brusato, (1) Tomas Ceva y Antonio Lecchi; siete discursos latinos y dos alegatos. Entre los discursos se distingue el que lleva por título: *De optimo patre familias*. Este discurso contiene observaciones tan sábias como útiles sobre la educacion de los niños. Los alegatos son de todas las obras de Ferrari los ménos estimados; pero la falta consiste no en el autor, sino en el género de composicion. El talento flexible de Ferrari sabia acomodarse no obstante á todos los asuntos.—J. M. G.

FERRARI (Luis María Bartolomé). Nació en Milan en 5 de Junio de 1747. Estudió en las escuelas *Arcimboldas* bajo la direccion del célebre Branda, muy conocido por sus polémicas literarias, y del abate Barelli, autor de un poema sobre la Religion. En 1764 fué admitido Ferrari en la congregacion de los barnabitas, recibiendo entónces el pronombre de *Bartolomé*, y en el año siguiente pronunció sus votos. Siguió durante dos años el curso de filosofía de Régis y de Racagni, y los célebres teólogos Ugo y Alproni le enseñaron esta ciencia en Bolonia. Despues de haber terminado felizmente los estudios, fué nombrado profesor de matemáticas y de física, y ejerció este empleo durante treinta años, esto es, hasta 1810: época en que fué suprimida la congregacion de los barnabitas y otras instituciones religiosas y científicas que aun el mismo José II habia dejado subsistir en la Lombardía. Ferrari vivió entónces en el retiro; pero en 1816 el conde Scopoli, director

(1) Guido Ferrari habia dado ya separadamente la *Vida* de este jesuita en la coleccion de Calogera, tomos XXII y XXXII.

general de instruccion pública, le llamó para desempeñar la cátedra de instruccion religiosa, creada en el liceo de S. Alejandro de Milan dirigida por barnabitas. Ferrari murió ejerciendo las funciones de profesor el 19 de Mayo de 1820, despues de haber legado el fruto de sus economías al hospital mayor de la misma ciudad de Milan. Se dedicó especialmente al estudio de la ciencia hidráulica, y publicó en 1793, 1797 y 1811, tres tomos de disertaciones en las cuales trata primero; de la *Percusion de los fluidos;* segundo, de la *Velocidad de las aguas de los surtidores;* tercero, de la *Construccion de la vena de agua y de la formacion de los torbellinos;* cuarto, de la *Dilatacion de la vena producida por los tubos;* quinto, de los *Caños de conduccion;* sexto, del *Agua que corre libremente;* séptimo, de *Diversos instrumentos propios para medir el agua corriente;* octavo, del *Sistema de los rios;* noveno, de la *Confluencia de las aguas;* décimo, del *Movimiento actual de las aguas;* undécimo, del *Instrumento cilíndrico de péndula.* Ferrari publicó ademas en 1804 otra obra muy importante en forma de suplemento á una segunda edicion del *Tratado sobre el uso de la tabla parabólica para los manantiales de irrigacion,* de su profesor el P. Régis. Emprendió al propio tiempo Ferrari el modo de resolver por medio del análisis el problema general de señalar la expulsion de la cantidad de agua que deriva de un manantial indeterminado. La fórmula integral encontrada por este célebre físico ha sido aplicada y probada por muchos ejemplos. Habla luego de la velocidad mediana, de la cual encuentra tambien la fórmula; finalmente trata de la pendiente del lecho de un rio y del hinchamiento, así como de la tabla parabólica de la cual hace la aplicacion á todo el reino Lombardo Veneto para la distribucion de las aguas. Ha dejado manuscrita una memoria que habia enviado á la sociedad real-imperial italiana sobre esta cuestion propuesta para el concurso: *¿Cuál seria la mejor regla que podria seguirse en la distribucion de las aguas en Italia?* Esta memoria obtuvo una mencion honorífica, pero ganó el premio el profesor Brunacci de Pavía. Ferrari dejó igualmente varias obras religiosas en italiano, entre las cuales citarémos: 1.°: *Memoria sobre la mision del profeta Moysés;* á la cual va unida una *Disertacion sobre el Pentateuco samaritano.* 2.°: *De la verdad de la religion cristiana:* obra dedicada á la Emperatriz de Austria, con un Apéndice sobre los misterios. 3.°: *Introduccion al estudio de la Religion Revelada:* obra en la cual ha insertado las lecciones que daba como profesor en el liceo de Milan.—G.

FERRARI (El abate Juan Bautista) italiano. Nació el 21 de Junio de 1732 en Tresto, cerca de Este, y murió en Padua el 14 de Abril de 1806. Estudió en el famoso colegio de Padua, llamado seminario: llegó á ser allí prefecto de estudios, y en el ejercicio de sus funciones aplicóse sobre todo en perfeccionar entre los jóvenes el gusto de la literatura latina, griega é italia-

na. Escribió mucho en latin siendo puro y elegante; pero sus obras casi no se refieren sino á materias eclesiásticas, si se exceptúan sus poesías, entre las que se encuentran diálogos, elegías, odas y hasta epigramas: empero estas poesías han quedado inéditas. Las obras mas notables y estimadas que de él nos han quedado son las siguientes: 1.ª: *Laudatio in funere Clementis XIII*, Padua, 1769. 2.ª: *Vita Ægidii Forcellini*, Padua, 1792, en 4.°. 3.ª: *Vita Jacobi Facciolati*, Padua, 1799. 4.ª: *Vitæ illustrium Virorum Seminarii Patavinensis*, Padua, 1799. 5.ª: *Vita Pii sexti, cum appendice*, Padua, 1802.—R.

FERRARI ó Ferrary (Andres). Natural de Puerto-Mauricio en el estado de Génova. Educado por padres sólidamente virtuosos, era sus delicias por su dulzura, su piedad filial, sus progresos en las ciencias y su tierno amor para con la Religion. La inocencia de sus primeros años hizo germinar en su corazon los sentimientos sublimes, que preparan al hombre para las grandes acciones y para los sacrificios generosos. Siguió distinguiéndose por su talento en los cursos de matemáticas y de anatomía; leia con facilidad los autores griegos y españoles; hablaba y escribia con elegancia el latin, el inglés, el frances y el italiano. Teólogo profundo, moralista esclarecido, predicador sólido, no abrazó el estado eclesiástico sino para anunciar la doctrina de Jesucristo, consagrarse al socorro de la humanidad que sufre, hacer á los hombres mejores y dignos de la eternidad. Apénas consagrado á los altares, entrevió que su celo tendria un campo mas vasto en el nuevo Mundo, que sus trabajos serian mas útiles en los desiertos de la América que en su patria, en donde la Religion estaba floreciente. Una inspiracion celeste le llevó hácia esas regiones en las cuales el culto de nuestros padres se hallaba como abandonado por la escasez de operarios evangélicos, y corrió en pos de las huellas de un prelado ilustre para recoger sus restos, y levantar otra vez las ruinas. Arráncase con dolor de las lágrimas y de los abrazos paternales, y echa á ménos todavía una patria en donde deja sus amigos y recuerdos tan queridos; pero la Religion le arrebata y no escucha mas que su voz. Los fieles de Kentucky han admirado sus virtudes, han rendido homenaje á su elocuencia dulce é irresistible: ellos conservarán por largo tiempo la memoria de una sencillez tan noble y de un fervor tan ejemplar. Vincénnes y S. Luis en la Luisiana fueron sucesivamente el teatro de su ministerio apostólico. Por todas partes hizo escuchar la palabra de Dios en toda su fuerza; y consagrado enteramente á los desgraciados, supo conciliarse el aprecio y la veneracion de los pueblos. Desde cuatro años estaba agregado á la congregacion de S. Lázaro. Esta sociedad, compuesta de sacerdotes dignos de los mas bellos siglos del cristianismo, tiene á S. Vicente de Paul por fundador y por padre: su regla tomada de la fuente misma de la caridad no conocia otro

interes que el de los pobres y de los desgraciados. ¿Era menester mas para determinar su pecho y su vocacion? Si este elogio pudiese parecer exagerado, apelaríamos al testimonio de un hombre imparcial, sabio y juicioso. Id, decia el juez Lúcas de S. Luis, id á escuchar aquel jóven orador; estudiad en sus exhortaciones familiares el arte de raciocinar, de mover y de penetrar hasta el corazon. Así es como le juzgaba un antiguo miembro del congreso, un profundo jurisconsulto. ¿Mas para qué recordar tantas calidades brillantes? La tumba las ha devorado y no quedan mas que nuestros recuerdos y nuestras lágrimas. ¿Para qué fijar aun nuestras miradas sobre dones frágiles y perecederos? ¿nó le bastaba el ser inmortal en los anales de la Religion? ¿qué título mas sublime que el adquirido por medio del sacrificio de su vida á los deberes de su estado? Preservado de los ataques del azote que cubre de luto todas las familias de esta ciudad, decia desde Nueva Orleans un jóven misionero M. Portier, previendo claramente que un dia seria su víctima, Andres Ferrary no fué por esto ménos asiduo á la cabecera de los enfermos y de los desahuciados. Ni las repugnancias de la mas espantosa miseria, ni las influencias de un clima abrasador, ni las fatigas de su penoso ministerio pudieron abatir su coraje ni entibiar su caridad: él desafiaba el soplo morbífico de los cadáveres aun vivientes: él estudiaba la muerte hasta en sus estragos, y parecia querer familiarizarse con su proximidad. Al fin ella misma le ha herido: él la vió venir sin temor, con el sonris en los labios, miéntras que el dolor le rasgaba interiormente las entrañas; y hasta en los últimos momentos triunfó de las flaquezas de la humanidad. La Religion consoló uno de sus mártires, que partió lleno de la fe de su inmortalidad, y de esperanza en las promesas de su Dios. Su tránsito envidiable se verificó en Nueva Orleans, en la Luisiana, el dia 2 de Noviembre de 1822. —J. R. C.

FERRARINI (Miguel Fabricio) anticuario. Nació en Reggio en la Lombardía en el siglo XV. Entró en el Órden de carmelitas, y hallándose ya bien instruido en las ciencias sagradas y profanas, aprovechó del permiso de sus superiores para visitar las principales ciudades de Italia y recoger un gran número de inscripciones de que tanto abunda aquella nacion. Los conocimientos que adquirió en sus viajes le dieron una reputacion extraordinaria, proporcionándole la amistad de los hombres mas sabios de aquella época. Mas adelante fué nombrado prior del convento de su Órden en Reggio, esto es en 1481, y murió en esta misma ciudad á fines de 1492, ó en los primeros meses del año siguiente. Las inscripciones copiadas por Ferrarini forman un tomo en 4.° de 182 hojas escritas en pergamino. Este hermoso manuscrito está adornado de dibujos y arabescos de muy buen gusto. El temor de que los religiosos consintiesen en su venta determinó á los magistrados de

Reggio á encerrarlo en un cofre con tres llaves depositadas en poder de otros tantos sugetos. Sin embargo, existe de él una hermosa copia en la biblioteca imperial de Paris. Juan Guasco publicó el prefacio de esta obra en su *Historia de la Academia de Reggio*. Á Ferrarini es á quien se debe la primera edicion de la obra de Valerio Probo : *Significatio litterarum antiquarum*. Segun Tiraboschi *(Biblioteca Modenesa)* esta edicion sumamente rara fué impresa en Bolonia en 1486, por Bonino de Boninis, pero se equivoca á nuestro modo de ver Tiraboschi, pues ya se sabe que este impresor no ejerció jamas su arte en Bolonia y sí en Brescia, donde se habia establecido en 1480. Por otra parte una nota colocada al márgen del ejemplar que cita Tiraboschi, perteneciente á la biblioteca pública de Besanzon, nos demuestra que esta edicion de Valerio Probo no trae el lugar en que se imprimió. Así es que la semejanza del nombre del impresor con el de la ciudad de Bolonia será sin duda la causa de la equivocacion padecida por este crítico, que sin embargo se ha tomado en consideracion tan solo por respeto á la autoridad que goza entre los bibliógrafos.—Ferrarini (José María Félix) dominico milanes. Nació en 1670, y murió en su patria en 3 de Julio de 1744, despues de haber ejercido las funciones de comisario del Santo Oficio. Publicó : *Ragguaglio istorico della vita di S. Vincenzio Ferreri*, Milan, 1732, en 4.°.—E. A. U.

FERRARIO ó Ferler (Fr.) catalan y maestro de sagrada teología en Paris. Vivia por los años 1272, en cuya época se graduó de licenciado en la capital de la Francia, segun se desprende de la historia de aquella universidad. Amat nota que Diago no hace mencion de él en los *Varones ilustres de Cataluña*, y opina que esto deriva tal vez de que Ferrario seria de algun convento de la vecina Provenza, provincia que entónces abrazaba la porcion de Cataluña que está de la otra parte de los montes con el Rosellon; quizá, añade, fué hijo del convento de Perpiñan erigido en 1243. Bernardo Guidon habla de otro Ferrario, aunque segun parece mas antiguo, en los términos siguientes : « Fr. Ferrario catalan de nacion, oriundo de Vilallon-« ga, á una legua de Perpiñan. Fué varon magnánimo y constante, y terror « de los herejes ; tuvo el empleo de inquisidor. En 1252 era prior del con-« vento de Carcasona, y murió al cabo de cuatro años en Perpiñan. » Castro en su *Biblioteca* conjetura que este maestro de Paris aunque mas jóven fué de la misma casa ; pero Amat no ve razon para decir que éste es diferente del Fr. Ferrario arriba mencionado. El P. Echard asegura, que en la biblioteca de Paris hay un manuscrito de pergamino en folio, donde en la pág. 678 se lee lo siguiente : « Istud quodlibet est determinatum à fratre Fer-« rario jacobita de paschate anno dni. 1275 circa nostram disputationem quæ-« situm fuit, de duobus, primo de pertinentibus ad creatorem, etc. » Fol. 237

se lee: «Quæstio est Fr. Ferrarii jacobitæ; utrum primus motus vel cogita-«tio de re ilicita, sit peccatum, etc.» Ya se sabe que por jacobita se entendia entónces dominico. Y en el códice se lee de Sto. Tomas: «Fr. Tomas de «Aquino, jacobita.» Y que Ferrario fuese entónces maestro ó licenciado, se deduce de que en la universidad de Paris solamente los graduados podian responder á los *Quodlibetos*. De que era el mismo Ferrario catalan, es una prueba el no tener los dominicos otro maestro parisiense de su nombre ni de su tiempo. Acaso dejó otros escritos sobre la Escritura, ó sobre el libro de las.... Latasa, tom. I, pág. 259 le supone aragones solamente porqué segun Martene, tom. VI, *vet. scrip.* pág. 566 en un catálogo de dominicos que leyeron en Paris sobre los sentenciarios en las dos cátedras de teologia encargadas á la Órden se pone en el n.° 23, y en el onceno despues que leyó allí Sto. Tomas de Aquino, *à Fr. Ferrarius aragonensis*, esto es, del reino de Aragon. Claro está que en Paris llamarian aragoneses á todos los catalanes y valencianos, como castellanos á todos los de las provincias que comprehendia entónces el reino de Castilla. Hemos trasladado aquí todo lo que dice Amat en sus *Escritores catalanes* porqué son las únicas noticias que hemos podido recoger acerca de Ferrario.—G.

FERRÁRIS (Lucio) natural de Alejandria, religioso del Órden del seráfico P. S. Francisco, célebre canonista. Estudió con grande aprovechamiento y manifestó las mas bellas disposiciones. Estas son las únicas noticias que podemos dar acerca de las circunstancias particulares de Ferráris. Ignoramos la época en que nació, y tambien la de su muerte; pues á pesar de haber florecido en el siglo XVIII, no hemos encontrado ningun biógrafo que haga mencion de él. Compuso la obra siguiente: *Prompta bibliotheca canonica, juridica, moralis, theologica, partim ascetica, polemica, rubriscistica, historica de principalioribus, et fere omnibus, quæ in dies occurrunt, et nec omnia ab omnibus penes omnes facilè, ac promptè reperiri possunt, ex utroque jure, pontificiis, constitutionibus, conciliis, sacrarum congregationum, decretis sacræ romanæ rotæ decisionibus, ac probatissimis, et selectissimis auctoribus accuratè collecta, satis adaucta, in unum redacta, et ordine alphabetico conjesta*, dividida en ocho tomos en 4.° mayor, y de la cual se hicieron varias ediciones. La tercera que es la que tenemos á la vista fué impresa en Bolonia, 1758; obra sumamente curiosa é interesante. El licenciado D. Francisco M.ª Vallarna del colegio de abogados la publicó en Madrid en 1786, imprenta real, diez tomos en folio, corregida, variada y aumentada; cuya edicion fué bien recibida en España, de modo que no hay librería pública ni particular donde no ocupe un lugar preferente. Ya que no ha sido fácil dar una noticia biográfica de su autor, nos extenderemos á lo ménos en la parte bibliográfica de una obra que ha merecido tanta aceptacion, á pesar

de los defectos que le atribuye el autor de la *Bibliografía universal sagrada y profana*, publicada en Venecia en 1842. Este advierte que debe leerse con cautela por la inexactitud de las citas de los autores, de las decisiones de la sagrada congregacion, de las bulas de los papas y del texto de la ley. En efecto, Ferráris anduvo algo precipitado en varios pasajes y esta circunstancia es lo que ha dado lugar á la crítica; pero de todos modos los elogios que le prodigó Benedicto XIV son el mejor testimonio de la sabiduría de Ferráris: «Tú has compuesto una gran obra, le dijo, pero habiéndola puesto en órden alfabético y ocupando muchos tomos, será muy poco leida en la época en que vivimos; porqué nuestros sabios desean que un reducido volúmen contenga mucha doctrina.» La Biblioteca canónica jurídico-moral-teológica, que participa á la vez de ascética, polémica, titular, é histórica, contiene en órden alfabético casi todos los casos de duda acerca del derecho civil y canónico, las constituciones, los concilios, los decretos de la sagrada congregacion, las decisiones de la Sacra Rota y los comentarios de los autores de mas nota. El autor la dedica á la SSma. Trinidad, y esta dedicatoria escrita en versos latinos es una muestra inequívoca de su profunda erudicion y de su gran ciencia moral. En ella hace palpable con un órden y precision, que á la verdad admira, la tan controvertida materia sobre el principio de la ortodoxia católica, esto es, que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son uno en substancia y trino en personas, impugnando con aquel celo hijo de la mas íntima conviccion los errores de Arrio y de Sabelio, apoyándolo al propio tiempo con la lógica y la verdad de S. Gregorio Nacianceno y de S. Agustin, y fundándose tambien en Isaías, en S. Ambrosio, en el Símbolo de S. Atanasio, en el Eclesiástes, en los Salmos, en S. Bernardo y en otros autores respetables; y concluye suplicando á la SSma. Trinidad que le conceda su gracia para que pueda llevar á cabo su piadoso deseo. En la carta dirigida al papa Benedicto XIV le dice entre otras cosas: «que si bien los primeros tomos van dedicados á la SSma. Trinidad, los demas los dedica á él como á representante de Dios en la tierra; y añade, que habiendo adquirido sus estudios parte en Bolonia y parte al lado de los esclarecidos profesores de la escuela lambertina, considerándolo nacido y educado entre la ciencia, no sabe determinar si su virtud como á Pontífice la aprendió, ó le es innata....» Sigue luego llenándole de elogios descriptivos, valiéndose para ello de todas las reglas del arte epistolar; aplaude su acertada eleccion y le ensalza por su brillante obra: *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione.*» Sobre esta materia, dice, se habian publicado varios *Tratados*, pero estos cedieron la preferencia al vuestro que quedó sancionado por la elegancia y la pericia en el decir, por su abundante é ilustrada erudicion y por la sencillez en la explanacion de ideas: de modo que sirve de guia,

maestro y cánon, cuyas dotes han sido reconocidas por el mundo literario que la ha proclamado única en su clase». Admírale por sus relevantes méritos, compara su solicitud como á Pontífice en posponer su comodidad al cuidado de su grey, sin perdonar trabajos ni vigilias para hacer mas llevaderos los gravámenes que sufren sus pueblos; exalta no solamente su celo en administrar justicia, procurando con magnanimidad verdaderamente apostólica proteger la viudez y la horfandad contra las asechanzas del poderoso, sí que tambien la dignidad en proveer las prebendas, el interes en reformar las costumbres de los fieles, en aumentar el espíritu religioso, en premiar la virtud, y en dar impulso á las ciencias y á las artes para romper los obstáculos que se oponian en tan difíciles tiempos al progreso de la fe y al establecimiento de leyes justas y benéficas, que siempre engrandecen á la Iglesia católica. «Con tu apoyo, exclama, con tu ejemplo y con tu autoridad contribuyes poderosamente á su esplendor. Resuelves con admirable diligencia las dudas de los concilios y como otro apóstol basta tu mirada para que aparezca la verdad.» Ferráris á ejemplo de lo que dijo S. Bernardo de otro Pontífice aplica á Benedicto XIV aquellas palabras: *Tu Sacerdos Magnus, Tu Princeps Episcoporum, Tu Hæres Apostolorum, Tu Primatu Abel, Gubernatu Noe, Patriarchatu Abraham, Ordine Melchisedech, Dignitate Aaron, Aucthoritate Moses, Judicatu Samuel, Potestate Petrus, Unctione Christus.* Que con el Evangelio alimenta á las ovejas que Cristo puso al rededor de sí; que derrama el bien entre los que con caridad eterna ama, y que proteje con su autoridad á los que con su gracia defiende, de donde deriva que el mundo le venere y le admire de tres modos sobre las cosas terrestres; esto es, de corazon, de entendimiento y de espíritu, y le señale superior é invencible á los honores, inflexible al cansancio, é inalterable al frente de la codicia, y mas superior aun á la condicion de los vivientes por su ardor apostólico, por su candor angelical y por su fervor hácia Dios. Finalmente continúa en una serie de elogios y de comparaciones tan felices como dignas del gran Benedicto á quien las dirige. Se conoce que Ferráris estaba bien penetrado de lo que decia y bien persuadido de que con ello no hacia mas que tributar la debida justicia al jefe de la Iglesia, al célebre autor de la obra titulada: *De Servorum Dei Beatificatione et Beatorum Canonizatione.* Entra luego en materia y, á pesar de lo que dicen los críticos, resuelve con la mayor claridad un gran número de dudas con el acierto de un excelente teólogo y de un célebre canonista. No obstante que Ferráris gozaba de la opinion de sabio, escribiendo con aquella desconfianza propia de hombres ilustrados, advierte que despues de tantos y tan célebres escritores que le han precedido y despues del sin número de colecciones que se han publicado, cualquiera le juzgará de atrevido al ver que entrega á la prensa sus producciones; pero

que al propio tiempo nadie las considerará supérfluas si recuerda lo que escribió S. Agustin en su libro primero del *Tratado de Trinitate* cap. III: *Neque enim, ait, omnia quœ ab omnibus conscribuntur, in manus veniunt, et fieri potest, ut nonnulli, qui hœc nostra intelligere valent, illos planiores non inveniant libros, in istos saltim incidant. Ideoque utile est plures á pluribus fieri diverso stilo, non diversa fide, etiam de quœstionibus eisdem ut ad plurimos res ipsa perveniat, ad alios sic, ad alios autem sic.* Y lo que escribió ántes que S. Agustin S. Cirilo de Alejandría, en el *Prœfacio in Oseas prophetam in init.*, argumentando de este modo: *Existimabit fortasse quispiam otiosum esse quodammodo, et cum temeritate conjunctum, parumque conductibile etiam ante à pluribus disputata et explicata tantum non refodere, prœscutarique velle et laboribus aliorum superadditis novos superaddere;* que por lo mismo, siguiendo el dictámen de hombres sabios y accediendo á las vivas instancias que se le han hecho tanto de palabra como por escrito se ha visto como quien dice obligado á publicar su obra: mayormente si se atiende á que los religiosos no pueden resistirse á los mandatos de sus superiores: qué entre la esperanza y la desconfianza del éxito accedió porqué debia y redobló sus esfuerzos para dar impulso á una obra en cuya redaccion usaba de la sencillez que exige un tratado de leyes. Añade que en ella al dar su parecer sobre ciertos puntos se atenia á las opiniones mas estrictas, y que fiel observador de lo prescrito por su seráfico P. S. Buenaventura habia tenido un particular cuidado en no aventurar ideas; que á pesar de su natural desconfianza consideraba que su libro no seria tan malo que no contuviese algo de bueno; que siguiendo el consejo de S. Gerónimo escribia para apartarse de la ociosidad; finalmente ruega que se suspenda el juicio y se retarde el fallo de los críticos hasta despues que puedan haberse hecho cargo de lo que contiene. Veamos ahora la opinion que de esta obra formó el P. Francisco Soleri. Dice: la *Prompta Bibliotheca* basta por sí sola para sacar de una duda en cualquiera ocasion que se ofrezca: su método es sencillo y claro y pone el camino expedito para conocer perfectamente ámbos derechos. Se conoce que Ferráris habia profundizado el derecho civil y canónico, y que superior á muchos de los que en su tiempo se vanagloriaban de buenos canonistas y buenos jurisconsultos, apura las resoluciones en términos, que en ciertos puntos muy poco ó nada deja que desear. La obra de Ferráris, lo repetimos, no es de aquellas que apénas nacen cuando mueren, ni de las reservadas para alimentar la polilla que roe el corazon de aquellos libros que no sirven mas que para ostentar volúmenes en un estante de una biblioteca arrinconada. Cometió defectos, es verdad; pero ¿qué autor por célebre que sea se libra de ellos cuando escribe una obra magna, y mas particularmente aun sobre asuntos intrincados y delicados á la vez? Concluirémos diciendo, que aunque

nos sean ignorados los pormenores de su vida que por precision deben ser curiosos, aunque no lo juzguemos mas que como un buen religioso y como un hombre constante en los estudios, su obra por sí sola bastaba para que uno de los muchos biógrafos le colocara al ménos entre otros hombres cuyo mérito consiste en haber escrito una mala novela, ó una poesía insignificante y desabrida.—G.

FERRARO (Juan Bautista) cardenal, obispo de Módena y arzobispo de Capua en el siglo XV. Habia nacido en Módena, y despues de haber terminado sus estudios felizmente se trasladó á Roma donde compró un cargo en la cancillería; sabiendo granjearse el aprecio del cardenal de Borgia, vicecanciller, quien le confió en lo sucesivo algunas comisiones sumamente importantes. Cuando este cardenal fué elegido papa bajo el nombre de Alejandro VI nombró á Ferraro datario, refrendario, regente de la cancillería, dándole al propio tiempo el obispado de Módena, el arzobispado de Capua y finalmente el capelo de cardenal en el mes de Setiembre del año 1500. Murió en 27 de Junio de 1502. Algunos historiadores nos representan á Ferraro como un cardenal ávido de riquezas, y hay quien dice que fué víctima de un veneno que recibió de manos de un criado suyo comprado al efecto por César de Borgia, cuya historia á la verdad da motivos á lo ménos para sospecharlo. Su cadáver fué trasladado á Módena y sepultado en aquella iglesia.—G.

FERRARO (Andres) nacido en Nola, en el reino de Nápoles. Fué canónigo y tesorero de la catedral de aquella ciudad, y no es conocido mas que por la obra siguiente: *Del cimiterio Nolano, con le vite d' alcuni santi che vi furono sepeliti*, Nápoles, 1644, en 4.°. Encuéntranse en esta obra pormenores é investigaciones sumamente curiosas; pero, segun expresion de un escritor moderno, el autor no se mostró muy escrupuloso en la eleccion de los documentos que escogió para escribirla.—U.

FERRARO (Querubin). (Véase Ferrari).

FERRÉ (Miguel) natural de Chártres, religioso del Órden de Santo Domingo. Fué recibido de doctor en teología de la facultad de Paris en 1566. Apénas hubo obtenido este grado, cuando María reyna de Francia y de Escocia le nombró su confesor, y se le llevó consigo al pasar á Escocia en 1561. Cárlos IX y Enrique III le eligieron predicador de la córte, y este último le confió ademas en 1589 comisiones sumamente importantes cerca de la córte de Nápoles: correspondiendo Ferré de un modo digno de un hombre sabio y agradecido. Contento con la pension de 200 escudos que el Monarca le habia señalado, no quiso jamas otra recompensa, llegando hasta rehusar la abadía de Livri con que le brindó el mismo Monarca. Murió este célebre religioso en 29 de Enero de 1603, de edad de setenta y tres años en Chártres,

de cuyo convento habia sido tres veces prior. Compuso un *Tratado sobre los siete pecados mortales*, que se conservaba manuscrito en aquella iglesia.—J.

FERRÉ (Vicente) religioso del Órden de Sto. Domingo, natural de la ciudad de Valencia. Tomó el hábito en el convento de S. Estévan de Salamanca, donde profesó en 1625. Estudió bajo la direccion del sabio obispo de Segovia D. Fr. Francisco de Araujo, que ántes habia sido catedrático de prima de teología. Descolló Vicente entre sus condiscípulos de tal modo que muy luego se hizo admirar como un portento de sabiduría y de virtud en una universidad, entónces la primera, y sin duda alguna la mas célebre de Europa. Llegó á poseer perfectamente la lengua hebrea, y sobresalió en el estudio de la Sagrada Escritura y de los Santos Padres. Por otra parte, la profundidad de sus ideas, su genio vivo y perspicaz, su natural elocuencia, su grande erudicion, su amor á la virtud, y la pureza de sus costumbres le hicieron tan apreciable á los ojos de sus superiores, que habiendo pasado á Valencia luego de concluidos los estudios, temieron que se quedase en su patria; por cuyo motivo le obligaron al cabo de poco tiempo á regresar á Salamanca. El que mas afligido se mostraba por su ausencia era el maestro Fr. Tomas de Bustamante, prior de aquella casa y provincial de la de Castilla, quien desdel momento de la llegada de Fr. Vicente le nombró maestro de novicios y lector de Escritura. Habiendo tenido que pasar á Roma por mandato del general de la Órden Fr. Juan Bautista de Marinis, éste le nombró regente de estudios del colegio de Sto. Tomas en el convento de la Minerva, cuyo cargo desempeñó por espacio de diez y ocho años. Tomó entre tanto el grado de maestro; y elevóse á tal altura que la fama de su sabiduría hizo que su nombre fuese conocido del papa Clemente IX, quien le consultó varias veces sobre asuntos de la mayor importancia. Permaneció en la capital del mundo cristiano hasta el año 1672, y en esta época regresó á su convento de Salamanca, donde le recibieron con extraordinaria alegría. Poco ántes de su llegada le habian elegido prior, y aunque por de pronto su excesiva humildad no le permitió aceptar esta prelacía, tuvo despues que acceder á las reiteradas instancias que se le hicieron. Ejercia el cargo de tal en 1675 cuando sacó á luz el tomo III de sus obras, siendo de advertir que los dos primeros los habia dedicado ya á Clemente IX. Sus continuas tareas literarias le debilitaron en términos, que dos años ántes de morir ya no podia celebrar el Santo Sacrificio de la Misa. Era muy devoto del angélico doctor Sto. Tomas de Aquino, á quien como buen discípulo procuraba imitar en sus virtudes. Grande é inextinguible era tambien el amor que profesaba á la Vírgen Santísima, y por esto sin duda le premió Nuestro Señor, dice Ximeno, concediéndole que muriese un

domingo del Rosario en el mismo colegio de Sto. Tomas en 7 de Marzo de 1683, de edad de setenta y siete años. En el capítulo provincial celebrado por su provincia de Castilla en el convento de S. Ildefonso de la ciudad de Toro á 9 de Marzo del mismo año, se hizo honorífica mencion de su muerte y entierro en estos términos: *In conventu S. Stephani Salmantini obiit R. A. P. M. Fr. Vincentius Ferré, vir qui suo sæculo merito potest inter sapientissimos computari. In legendis, et scribendis libris totam vitam consumpsit. Multisque editis voluminibus in defensionem, et explicationem S. Thomæ doctrinæ, qui in Theologorum manibus cum plausu, et æstimatione per orbem volitant, in ejusdem doctoris sanctissimi festo (quod, ut piè creditur, laborum suorum præmium fuit) mortuus est: et ita etiam honorificè fuit sepultus, ut possit dici de eo quod ejus sepulchrum gloriosum fuit. Obiit ætatis suæ septuagesimo septimo.* Compuso el P. Fr. Vicente Ferré las obras siguientes: 1.ª: *De virtutibus Theologicis, et vitiis his oppositis, juxta miram doctrinam Divi Thomæ*, Roma, imprenta de Nicolas Ángelo Tinasi, 1669, dos tomos en folio, dedicada al papa Clemente IX. 2.ª: *Tractatus theologici in primam partem D. Thomæ à quæstione prima usque ad quartamdecimam inclusivè*, Salamanca, por Melchor Estévez, 1675, en folio. 3.ª: *In primam partem D. Thomæ à quæstione quartadecima, usque ad vigesimamseptimam exclusivè*, Salamanca, imprenta de Lúcas Pérez, 1676, en folio. 4.ª: *In primam partem D. Thomæ à quæstione vigesimaseptima, usque ad centesimamquintam*, Salamanca, por Pérez, 1678, en folio. 5.ª: *In primam secundæ D. Thomæ à quæstione prima usque ad decimamnonam inclusivè*, Salamanca, por Pérez, 1679, en folio. 6.ª: *In primam secundæ D. Thomæ à quæstione decimanona, articulo quinto ubi de conscientia; et deinceps à quæstione septuagesimaprima, usque ad octogesimamquartam exclusivè*, Salamanca, por el mismo impresor, 1681, en folio. 7.ª: *In primam secundæ D. Thomæ, de Gratia et justificatione*, id., id., 1690, en folio. Este tratado es póstumo, y añadió al mismo otro de *Merito justi* el maestro Fr. Francisco Pérez de Serna. Ademas de las obras que anteceden dejó Ferré otras manuscritas en el convento de Salamanca, tituladas: 8.ª: *In tertiam partem D. Thomæ, de mysterio Incarnationis, usque ad quæstionem vigesimamquintam.* 9.ª: *Opuscula varia.* 10.ª: *De fide Cajetana.* Es de advertir, que los *Opúsculos* contienen varias *respuestas* á diferentes *consultas* de la inquisicion de Roma.—O. A. R.

FERREIRA (Gaspar) jesuita portugues. Nació en el lugar de Fornos. Tomó la sotana en 1588 á la edad de diez y siete años, y fué enviado á las Indias en 1593 donde enseñó en su convento las letras sagradas y humanas. Habiendo pasado á la China con el P. Ricci, predicó la religion en Pekin por espacio de cuarenta años, y murió en 27 de Diciembre de 1649. El P. Gaspar compuso y publicó en lengua china las obras siguientes: 1.ª: *Vidas de*

los Santos por cada mes, con varios pasajes de la Escritura y de los Padres. 2.ª: *Una coleccion de meditaciones sobre los quince misterios del rosario.*—U.

FERREIRA (Cristóbal) jesuita misionero portugues. Nació en Torres-Védras en 1580; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola á la edad de diez y seis años. Distinguióse por su talento y por sus virtudes, y pasó al Japon en 1609, donde residió hasta 1633. Las grandes persecuciones que sufrió no disminuyeron su celo por la propagacion de la fe. Predicaba sin descanso las verdades del Evangelio, alcanzando á cada paso repetidos triunfos; sin embargo, arrestáronle y despues de cuatro dias de horrorosos tormentos viéndose obligado á optar entre la renuncia de la fe y la muerte, se mostró débil; pero no tardó en reconocer la gravísima culpa que habia cometido, la lloró amargamente, y para borrarla se entregó voluntariamente al martirio que sufrió en Nangasaki hácia el año 1652, siendo de edad de setenta y dos años. Tenemos de él: *Annuæ litteræ è Japonia, anni 1627.*—U.

FERREIRA (Antonio Álvarez) jesuita portugues. Nació en Cháves en la diócesis de Braganza; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola, y murió en Castilla en 7 de Setiembre de 1672. Escribió: *Sermones de cuaresma*, Madrid, imprenta de Quiñónes, 1657, en folio.—J.

FERREOL (S.) primer obispo de Besanzon. Fué de una de las ilustres familias de Aténas; acompañó á S. Ireneo á las Gálias, y fué enviado por este Santo á la Secuania con S. Ferrucion, su hermano, que disfrutaba de la calidad de diácono, miéntras que el primero era ya sacerdote. Estos dos apóstoles fijaron su residencia en Besanzon, donde se mantuvieron ocultos durante algun tiempo. Desde el amanecer se empleaban en el ejercicio de su santo ministerio; mas luego que anochecia se retiraban á una gruta á corta distancia de la ciudad. Eran tantas y tan grandes las conversiones que hicieron en poco tiempo, que tanto en la ciudad como en sus alrededores se hablaba de estos dos varones apostólicos como de dos ángeles enviados por Dios para derramar el bálsamo de la caridad cristiana en los corazones afligidos por los errores de la idolatría. El orgulloso Claudio no pudiendo mirar con indiferencia el honor que se tributaba á los dos Santos, mandó prenderlos y presentarlos ante el tribunal. Luego que los tuvo en su presencia, les echó en cara el desprecio con que trataban á los dioses, y les amenazó con los mas crueles castigos sino les tributaban incienso. Los Santos contestaron valerosamente que ellos no podian reconocer á otro Dios que al Criador de cielo y tierra; que despreciaban á las mentidas deidades; y que bien podia apurar contra ellos toda clase de tormentos que todo seria inútil, pues que estaban resueltos á derramar su sangre, así como el Salvador del mundo la habia derramado por ellos. Encontrándoles, pues, Claudio inalterables en la fe, los entregó á los verdugos, quienes despues de haber apu-

rado su rabia contra estos dos firmes atletas del cristianismo, los decapitaron en 16 de Junio del año 211: dia en que la Iglesia celebra su memoria. Sus preciosas reliquias fueron secretamente recogidas durante la noche por personas piadosas, y depositadas cerca de la gruta donde los Santos habian vivido. Descubiertas en el año 370 durante el episcopado de S. Agnano, fueron trasladadas á la catedral, donde quedaron expuestas á la veneracion de los fieles. La fiesta de estos dos apóstoles del Franco-Condado se celebra tambien en la diócesis de Besanzon en 16 de Junio, y la de la invencion de sus reliquias en 5 de Setiembre. Dunod insertó en el primer tomo de la *Historia de la iglesia de Besanzon una disertacion* en la cual prueba que S. Ferreol debe ser mirado como el primer pastor, y que por lo mismo la sucesion de los obispos de aquella iglesia se halla establecida sin interrupcion desde San Ferreol hasta nuestros dias.—J.

FERREOL, Ferreolo ó Ferriol (S.) mártir de Viena de Francia. Preciso nos es repetir que fué larga y horrible la persecucion que afligió á la Iglesia bajo el imperio de Diocleciano y Maximiano, y esta necesidad nace de su misma duracion y universalidad; pues son infinitos los héroes de la fe que dieron testimonio de ella con su sangre en aquella época de crueldad, y que la historia de la Iglesia consigna en sus mas preciosas páginas. Propagóse aquella persecucion por todas las provincias, y es la décima de que se hace mencion en los Anales del cristianismo. Todo induce á creer que S. Julian y S. Ferreol recibieron en las Galias la palma del martirio; y aunque no lo dicen expresamente las Actas de su pasion, los críticos y escritores eclesiásticos están casi acordes en este punto, y la opinion mas generalmente recibida señala la época de su glorificacion en el año 304 de nuestra Era: año insigne en los fastos de la iglesia de Occidente por el martirio de San Vicente en España y por los de S. Sebastian y Sta. Ines en Roma. Era tanta la santa é íntima amistad que unia á Ferreol y á S. Julian, que así como reciben juntos los homenajes y la veneracion de los fieles, así deben enlazarse en la historia, porqué las Actas del mártir de Brioude se completan naturalmente con las del mártir de la ciudad vienesa. Pero debiéndolos trazar por separado, no podemos hacer mas que remitir el lector á la biografía de S. Julian para que con ella pueda completar la de S. Ferreol, á cuyas particulares circunstancias nos limitarémos ahora para evitar repeticiones. El bienaventurado S. Ferreol fué, pues, natural de la ciudad de Viena, en Francia, y segun se colige de su historia era caballero muy principal y tribuno del ejército; cuyo grado equivalia al de coronel ó jefe de regimiento de nuestra actual disciplina militar. S. Julian, natural de la misma ciudad, se alojaba en su misma casa y hacia profesion pública de la religion cristiana. Cuando la tormenta de la persecucion empezó á enfurecerse en Viena,

S. Ferreol indujo á S. Julian á que se fuese, y él esperó con ánimo tranquilo los furores del presidente de aquella parte de la Galia, llamado Crispino; quien habiendo comenzado á perseguir á todos los cristianos que hallaba renitentes á sus decretos, mandó prender entre otros á Ferreol por sospechas que de él se tenian. Ferreol, como se ha indicado ya, mandaba una legion en Viena en calidad de tribuno, cuyo hecho basta para significar que era de orígen patricio, no dudando muchos autores que pertenecia á la familia de los Ferreol, ilustre y poderosa en las Galias, la cual dió prefectos del pretorio al Imperio y ha dado obispos á la Iglesia, siendo, segun una opinion á lo ménos probable, el tronco materno de la segunda dinastía de los reyes de Francia. El tribuno Ferreol profesaba el cristianismo ocultamente: verdad es que no provocaba los suplicios, pero su reserva no era tibieza, porqué cuando llegaron los dias de prueba y se halló en ocasion de confesar en alta voz su fe rindiendo homenaje á Jesucristo, no cejó ante las amenazas del martirio. Cuando los emisarios, que por órden de Crispino habian decapitado á S. Julian en Auvernia, trajeron la cabeza á Viena, Ferreol rescató esta sagrada reliquia de manos de los verdugos á precio de oro; y así fué como sin hablar se denunció él mismo al procónsul. Crispino le llamó á su presencia, y quiso obligarle á hacer sacrificios á los ídolos y á ofrecer incienso á las estatuas de los emperadores: porqué el orgullo de aquellos tiranos del mundo no se retraia de semejante sacrilegio, no ménos que la bajeza de sus cortesanos. «Sois oficial de los emperadores y estais á su sueldo, dijo el procónsul al cristiano, y bajo ese doble título debeis á los demas el ejemplo de la obediencia y del respeto.»—Con tanta moderacion como firmeza Ferreol respondió: «Sé á lo que me obliga la obediencia y el respeto á la majestad de los emperadores, por eso nunca he desobedecido lo que legítimamente se me ha mandado en nombre de la autoridad imperial; pero yo no antepondré esta autoridad á la de Dios, ni la violencia me llevará á violar las leyes de mi religion. ¿Hablaisme del honor y de los provechos de mi empleo? Los renuncio voluntariamente, y no os pido en cambio mas que la vida y la libertad para poder honrar á Dios segun mi conciencia y mi corazon; y si todavía os parece demasiado, quitadme la vida y la libertad, pero no me quiteis la fe, porqué estoy dispuesto á sufrirlo todo ántes que renunciar á ella.»—Tan noble y tan severa respuesta, que debia admirar á la misma barbarie, no hizo mas que excitar el furor del procónsul, el cual replicó con fiereza, y con el acento de rabia de un hombre cuando ve herido y pisoteado su cobarde orgullo por un heroismo sobrenatural: «¿Qué blasonar de muerte es este? ¿Es por ventura, que despues de haber proferido tantas injurias contra nuestros príncipes, la menosprecias como desesperado? Te intimo que todas estas injurias que has proferido

contra nuestros dioses y emperadores te serán perdonadas si expiando tu falta te despides de la secta de los cristianos. »—Y replicó el invencible cristiano : « La humanidad y perdon que me prometes , guárdalo para el que ha de militar bajo tu bandera ó de los emperadores ó de tus leyes , á las cuales ninguno hace injuria anteponiendo á ellas el verdadero Dios. Ántes comete crímen de lesa majestad aquel que venera las cosas insensibles y caducas como son tus dioses. Me he propuesto firmemente adorar al Criador y no á la criatura , ni á esos dioses que forjó la mano del hombre. Porqué el Dios de los cristianos es el Hacedor supremo de toda la tierra , y todo lo que está en ella es para su gloria y para nuestro bien , y no para que nos señoree ni mande. » Pero la impiedad nunca cede ni á la firmeza del valor , ni á la fuerza de la evidencia. El fanastismo ha sido siempre ciego y cruel en su humillante debilidad. Ferreol fué cargado de cadenas , ultrajado y lastimado con azotes y encerrado en los calabozos , de donde salió el tercer dia ; asegurando la historia que sus cadenas , cual las de otro S. Pedro , se rompieron por sí mismas , y que halló libre la puerta de la cárcel. Reconociendo el Santo este singular favor de Dios y viendo á los guardas dormidos , salió del calabozo y de la ciudad , y se fué por el camino real sin buscar sendas ni escondrijos por las puertas que guiaban á Lyon. Atravesó el Ródano á nado , tomó contra la corriente la orilla derecha del rio hasta el paraje en que se le une el riachuelo Gier, á seis millas de Viena, donde fué alcanzado y detenido por los satélites que Crispino habia mandado á su alcance. Y sea que los habitantes del pais hicieran alguna tentativa para salvarle , sea , como dicen las Actas , efecto de un movimiento repentino y espontáneo de crueldad , los emisarios del procónsul que le custodiaban inmolaron á Ferreol decapitándole , y abandonando su cadáver en la plaza. « Cayó otra vez en manos de sus perseguidores , dice un Cronista , los cuales le ataron las manos á la espalda , y le llevaron consigo parte del camino hasta que , asaltados de un furor salvaje , le cortaron la cabeza á las orillas del Rhona por los años 304. Los cristianos enterraron este nuevo testigo de la fe á orillas del rio , en el mismo sitio en que habia padecido el martirio , y edificaron una capilla sobre su tumba , objeto de la veneracion de los pueblos ; mas como los desbordes continuos del Ródano comenzasen á arruinar esta capilla , hácia el año 470 S. Mamerto , célebre obispo de Viena , hizo construir otra á una considerable distancia del agua. Cuando descendieron á la tumba para trasladar el cuerpo del Santo á su nueva morada , hallaron en ella tres sepulcros , causando gran dificultad el reconocer cual de ellos contenia las reliquias del mártir ; mas uno de los concurrentes declaró , que una tradicion constante en el pueblo indicaba que la cabeza de S. Julian , martirizado en Auvernia , habia sido en otro tiempo depositada en la tumba de S Ferreol ,

y que abriendo los sepulcros se tenia un medio infalible de conocer cual de los tres contenia realmente las reliquias de los dos mártires. Lo cual se fundaba en lo que refiere S. Antonino de Florencia en su primera parte historial, esto es, que habiendo los gentiles cortado la cabeza de S. Julian, la llevaron á su amigo S. Ferreol, amenazándole que si no adoraba á los dioses, harian otro tanto con él; y viendo que no le acobardaba el espectáculo de la cabeza de su Santo amigo, se resolvieron á matarle, como lo efectuaron, y que despues llevaron la cabeza de S. Julian y el cuerpo de San Ferreol á Viena, y los colocaron en un mismo sepulcro. En vista de esta tradicion dijo el obispo á los concurrentes que se arrodillasen con él para dar gracias á Dios por esta revelacion; despues de lo cual procedieron al reconocimiento de los sepulcros. En cada uno de los dos primeros que abrieron hallaron un cadáver de hombre; pero en el tercero un cadáver y dos cabezas, en tal estado de conservacion, que parecia que éstas respiraban todavía: tanto era lo que la muerte y la corrupcion las habian respetado. «Todas las dudas se han disipado, exclamó el obispo Mamèrto; ved ahí el cuerpo de S. Ferreol y la cabeza de S. Julian.» Cuyas preciosas reliquias fueron trasladadas entonando salmos en medio de las aclamaciones del pueblo á la nueva basílica que les estaba preparada.» He aquí lo que refiere Gregorio de Tours, de conformidad con lo que le habian enseñado los custodios de la basílica de S. Ferreol en Viena. Un dístico que él habia leido en la tumba del mártir le puso en la senda de ese conocimiento, y dice así:

...Heros Christi gemina hæc continet aula;
Julianum capite, corpore Ferreolum.

Esto es: «Aquí están encerradas las reliquias de dos héroes de Cristo: la cabeza de S. Julian y el cuerpo de S. Ferreol.» Habiendo los sarracenos en el siglo VIII destruido la basílica de S. Ferreol, Wilicario, obispo á la sazon de Viena, le consagró una nueva iglesia en el interior de la ciudad, á la cual trasladó las santas reliquias; y en esta época, segun los breviarios de Brioude y de Puy, el clero y los habitantes de la ciudad antigua alcanzaron en donativo la cabeza de S. Julian y un brazo de S. Ferreol, inseparables porqué estaban como pegados. La conmemoracion de la traslacion de estas reliquias se celebraba en la iglesia colegial de Brioude el dia 15 de Febrero, y el Martirólogio romano fija en el 18 de Setiembre el aniversario de la glorificacion de S. Ferreol. Refiere Bútler que los ciudadanos de Viena experimentan la proteccion de este Santo con frecuentes beneficios que de Dios reciben por medio de las preces que se hacen en su tumba, segun confirma el autor de sus Actas, las cuales aunque no originales son auténticas y conformes con la relacion que de su vida hace S. Gregorio de Trours. En algunas partes del

principado de Cataluña se profesa particular devocion á S. Ferreol mártir, que en lengua vulgar catalana se llama S. Ferriol. En el término de Besalú, en el obispado de Gerona, existe un devoto templo bajo su invocacion con parte de sus reliquias, y en él por intercesion del Santo se digna obrar el Señor numerosos milagros, segun aseguran algunos de nuestros historiadores; por manera que en las paredes de este templo se ostentan innumerable multitud de trofeos y retablos ofrecidos por los muchos enfermos que han encontrado en la invocacion del Santo la curacion de sus dolencias.—N. A. T.

FERREOL (S.) obispo de Uzes, hijo de Ausberto y nieto de Tonancio Ferreol, prefecto del pretorio de los galos en el siglo V. Fué elegido obispo de Uzes en el año 557, y trabajó felizmente en la conversion de los judíos de su diócesis, que eran en gran número. El ascendiente que disfrutaba sobre todos ellos dió pábulo á la calumnia para que se cebase contra el santo obispo de Uzes: acusáronle algunos malvados que mantenia relaciones perniciosas al Estado, por cuyo motivo Childeberto le desterró á Paris; mas triunfó la inocencia, y el mismo Monarca que habia desterrado al Santo le alargó una mano protectora permitiéndole que continuase en su diócesis en la noble tarea de convertir á los judios y á las gentes perversas. Ferreol mandó levantar un monasterio, y compuso al mismo tiempo una regla monástica sacada de la de S. Cesario de Árles; reformó igualmente á su clero, y despues de haber gobernado su rebaño durante veinte y ocho años con tanta sabiduría como piedad, murió en 4 de Enero de 581 de edad de cerca sesenta años.—E. A. U.

FERREOL (S.) obispo de Limóges, que vivia en tiempo del rey Chilperico. Gregorio de Tours nos refiere varias circunstancias de su vida y de sus acciones que denotan una grande firmeza de carácter. No se sabe precisamente el año en que murió; pero los martirologios, junto con el romano, le mencionan tambien en 18 de Setiembre.—U.

FERRER (S. Vicente). Atenta siempre la Providencia á las necesidades de la Iglesia y al consuelo particular de los elegidos, jamas permite que falten socorros necesarios en los tiempos mas dificiles. Miéntras que una secta impura, pero ya extendida en demasía, se esforzaba en renovar en el siglo XIII todas las antiguas herejías, y añadia todos los dias nuevos errores á los que habian sido en otro tiempo fulminados por los concilios con el rayo del anatema, el espíritu de Dios escogió un hombre segun su corazon y le condujo como por la mano á las provincias que la herejía parecia haber tomado por teatro de sus estragos, y le inspiró el designio de formar discípulos capaces de trabajar con él en la viña del Señor. Y le dió muchos que reunidos de diferentes naciones se pusieron desde luego bajo su direccion para aprender con su ejemplo el verdadero modo de predicar las máximas

S.n VICENTE FERRER.

del Evangelio y de hacer respetar sus verdades. Ántes de concluir el siglo XIV y á principios del XV las iniquidades demasiado multiplicadas del pueblo cristiano atrajeron un nuevo azote no ménos espantoso que la herejía, y de la cual suele ser causa ó resultado. Un cisma cruel, despues de haber roto la unidad de la Iglesia y afeado gran parte de su belleza, habia tornado como insípida la sal de la tierra; y los que hubieran debido oponerse con mas celo al progreso del contagio, se resentian demasiado ellos mismos de las flaquezas de la condicion humana. Digno era de la bondad de Dios y de su infinita sabiduría suscitar hombres poderosos en obras y en palabras, igualmente propios para instruir que para edificar, hacer amar la justicia y la paz, recordando á los pueblos sus deberes, llamándolos á la obediencia de la ley, y demostrando á aquellos que eran sus doctores y ministros cuales debian ser ellos mismos para anunciarla á los demas con autoridad y con buen éxito. Muchos de ellos hemos dado y daremos á conocer en el decurso de esta obra; pero el nuevo apóstol, cuya historia merece ocupar un distinguido lugar y colocarse en primera línea, parece haber reunido en su persona todo el celo, santidad y talentos que pueden haber tenido los mas ilustres para la felicidad de la república cristiana, la conversion de los pecadores y la salud de los fieles. Otra idea no puede formarse de S. Vicente Ferrer. Destinado como S. Pablo á anunciar el nombre de Jesucristo y su Evangelio á los pueblos y á los reyes, á los domésticos de la fe y á los infieles, á los pastores y á su rebaño, supo hacer respetar la santidad de su mision así por la santidad de sus costumbres como por la voz de sus milagros; y el gran número de conversiones, fruto de su laborioso ministerio, le asegura un lugar distinguido entre los hombres apostólicos que con mas brillantez han aparecido desde el tiempo de los Apóstoles. Su vida se halla escrita en todos los idiomas, pero algunas veces con poca exactitud; sin embargo, sus acciones fueron tan bellas, sus virtudes tan heróicas y tan útiles á la Iglesia sus trabajos, que jamas será sobrado el esmero en recoger todas las circunstancias, en ilustrar la cronología, y en marcar la serie y el curso de una historia tan rica como edificante. Hemos procurado reunir de los autores mas acreditados lo mas selecto, sin descuidar curiosas minuciosidades que se hallan sueltas y de no fácil investigacion para quien no tenga á la mano tantos recursos como los que nos proporciona nuestra particular posicion. Procuremos, pues, presentar tan exacto y completo como nos sea posible el cuadro de esta lumbrera ilustre de la historia y de la iglesia española. Nació Vicente Ferrer en Valencia de España en el 23 de Enero de 1357, bajo el pontificado de Clemente VI, en el último año del reinado de Jayme II rey de Aragon, ciento veinte y nueve años despues que por la derrota de los moros los cristianos se habian por fin hecho dueños de la ciudad y reino de Valencia, guiados por el célebre rey D.

Jayme I llamado *el Conquistador*. Algunos historiadores, españoles entre los modernos, adelantan esta época de muchos años; pero su cronología no parece muy bien seguida en esta parte: y los buenos críticos prefieren con razon la de Pedro Ranzana, autor exacto y casi contemporáneo, que en 1455, treinta y seis años despues de la muerte de nuestro Santo, escribia su historia apoyado en memorias originales, en hechos justificados y en las actas jurídicas que habian servido para el proceso de su canonizacion. Guillermo Ferrer, padre de nuestro Santo y su madre llamada Constancia Miquel, uno y otra de una honrada y antigua familia, y añaden algunos ilustre por su nobleza, habian pasado su juventud en los placeres y diversiones del mundo; pero desengañados al fin de sus vanos entretenimientos, se distinguieron entre sus conciudadanos por una piedad ejemplar, sobre todo por su caridad hácia los pobres; pues se habian hecho un deber en distribuir entre ellos por limosna todo el sobrante anual de sus rentas, despues de haber sacado lo que juzgaban necesario para la decorosa manutencion de su familia. El Señor bendijo su matrimonio, y recompensó sus virtudes con el nacimiento de muchos hijos de uno y otro sexo; y se asegura que correspondieron todos con su prudente conducta á la solicitud y atenciones de sus padres. Los dos empero que hicieron mas célebre su nombre fueron Vicente y Bonifacio Ferrer. Este llegó á ser un famoso jurisconsulto y empezó estableciéndose muy ventajosamente en el mundo, adquiriéndose mas reputacion aun por su rectitud y probidad, que por su rara erudicion, su prudencia y sus demas talentos. Despues de la muerte de su mujer, entró por consejo de su hermano S. Vicente en la Cartuja de Valencia, llamada *Porta Cœli*, que á mediados del siglo XIII habia fundado Andres de Albalate, dominico del convento de Valencia y obispo despues de aquella ciudad; y cuatro años despues de su profesion fué elegido general de aquel Órden santo y austero. La *Historia de los cartujos* habla con mucho elogio de aquel grande personaje y se hace de él frecuente mencion en *la de España*. (Véase Ferrer Bonifacio.) Aunque Vicente Ferrer no fué el primer fruto de este dichoso matrimonio, fué con todo considerado siempre como el mas precioso. En sus mas tiernos años (ó segun el antiguo historiador de su Vida ántes aun de su nacimiento) se atrajo las particulares atenciones de sus padres; pues que uno y otro creian haber recibido del cielo algun conocimiento de lo que debia ser algun dia. Todo lo que pareció en él casi desde la cuna, todas las calidades que pueden hacer un niño amable, sirvieron para confirmar á sus padres en la ventajosa idea que de él habian concebido; así que nada descuidaron para procurarle una educacion que correspondiese á tan bellas esperanzas. Como aventajaba en talento y en memoria á todos sus jóvenes compañeros de estudio y un candor lleno de modestia derramaba mil gracias en su exterior, era igualmente

amado, estimado y respetado de todos. Hubiérase dicho que todos ellos se habian convenido en considerarle ménos como su igual que como su maestro, y en prestarse dóciles en hacer cuanto les prescribia. Esto era empezar muy temprano á ejercer sobre los espíritus y sobre los corazones aquella especie de imperio que sirvió despues á la conversion de tantos pueblos. Ademas de estas preciosas semillas de virtud que parecian haber nacido con él, y una madurez de juicio que superaba en mucho á su edad, Vicente habia recibido tambien de la naturaleza el talento de la imitacion, con las mas bellas disposiciones para hablar en público. Hizo desde entónces como el ensayo del santo ministerio de la predicacion á que le destinaba el cielo. Sirviéndose con mucha oportunidad de aquel ascendiente que su mérito le habia dado sobre sus condiscípulos, los separaba alguna vez de sus pequeñas diversiones, les reunia para entretenerlos con algunos piadosos discursos, é imitando el tono de voz, los gestos y las demas maneras de un predicador, les recitaba ya algunas historias edificantes que acababa de leer, ya algunos pedazos de sermon que habia oido en las iglesias de Valencia. Las calidades de su corazon igualaban cuando ménos á las de su espíritu dulce, afable, respetuoso con todos. Huyendo siempre de la ociosidad y profesando al vicio un horror infinito, sobre todo al que hubiera podido mancillar su angélica pureza, aplicábase ya á los santos ejercicios de la penitencia, y rogaba con un fervor que llegaba á inspirarlo á las personas mas avanzadas en años. Dícese con mucha razon que fué muy poco tiempo niño, y que no se le conoció ninguno de los defectos de la juventud. En aquel tiempo en que las pasiones acostumbran á hacer sentir su primera rebeldía, el servidor de Dios empezaba á ayunar con rigidez dos veces la semana, el miércoles y el viérnes, y pasaba estos dos dias en el mayor recogimiento. El objeto de su particular devocion era la pasion de Ntro. Señor Jesucristo; y distinguióse muy de antemano en una precoz, ardiente y tiernisima devocion hácia la madre de Dios. Miró siempre á los pobres como á miembros vivos de Jesucristo, les amaba como hermanos y les conducia algunas veces en gran número á la casa de su padre, en donde eran siempre bien recibidos y tratados con caridad; pues léjos de que padres tan cristianos pareciesen importunados por estas laudables prácticas de su hijo, las favorecian al contrario con todo su celo y le encargaban de muy buen grado el que cuidase de repartir las limosnas que ellos hacian. No podian dar al niño Vicente mayor gusto que encomendarle repartiese con su tiernecita mano la limosna. Añade un autor que le dieron la tercera parte de lo que podia corresponderle del patrimonio, y que en pocos dias habia hecho ya Vicente la distribucion entre los que sabia que se hallaban necesitados; pero ya se deja ver que este hecho no debe referirse á los años de su infancia. Empezó su curso de filosofía á la edad de doce

años, y los estudios de teología á fines de sus catorce: edad muy precoz por cierto para cualquier otro que no hubiese desplegado prematuramente su capacidad y talento. Sus progresos, pues, en una y en otra ciencia correspondieron á la brillantez de su ingenio y al ardor con que se ponia á aprender todo cuanto pudiese disponerle para defender alguna de las verdades de la Religion y persuadirlas á los demas. Aunque su espíritu era tan vivo y penetrante como sólido y excelente su memoria, estudiaba con tanta aplicacion que parecia devorar los libros. No se ha dudado en asegurar que á la edad de diez y siete años Vicente Ferrer sabia ya todo lo que sus maestros habian podido enseñarle, y que no se conocia filósofo ni teólogo en las escuelas de Valencia que tuviese tanta reputacion como él. Mas, cuanto mas sabio se iba haciendo, tornaba mas virtuoso: el corazon corria parejas con el entendimiento, y el amor del estudio parecia aumentar en él el gusto de la piedad. Habia recibido de Dios el don de lágrimas en una edad poco susceptible de estas piadosas impresiones. Nunca se le veia disputar ni entrar en contestaciones con nadie; pues atento únicamente á regular sus acciones y sus palabras segun las máximas del Evangelio, no pensaba sino en hacerse perfecto en todo. Un jóven tan cumplido era ya un grande motivo de consuelo para sus padres, un objeto de admiracion para todos los habitantes de Valencia, y de espectacion para toda la Órden dominicana. Apénas hubo concluido sus estudios de teología, cuando su padre le propuso la eleccion de un género de vida, y le habló en estos términos: « Tres diferentes « pensamientos me ocurren á la vez, sin que sepa á cual deba atenerme; « pero quiero proponértelos, hijo mio, para saber cual es tu sentir en esta « parte, al cual me conformaré de muy buen grado, porqué no dudo que « lo habrás consultado ya con el Señor, para hacerte digno de conocer su « voluntad. Yo no deseo mas que conocerla para conformarme á ella, bien « sea que te llame á su servicio en los altares, en el claustro ó en el estado « eclesiástico, bien sea que me confie el cuidado de establecerte en el mun- « do, como puedo hacerlo muy ventajosamente, pues poseo yo tantos bie- « nes de fortuna como tienes tú buenas calidades. Y si no te hallas resuelto « todavía á tomar alguno de estos dos partidos, mi plan es el de mandarte á « Paris ó á Roma á fin de contribuir á hacerte mas célebre por tu virtud y « por tu doctrina. » Vicente respondió sin deliberar.—« Vos me habeis preve- « nido, padre mio, y doy gracias al Señor por haberos inspirado la idea de « proponerme en primer lugar lo que mas me conviene. Las riquezas, los « honores, los placeres del mundo podrian perderme: Dios me ha hecho la « gracia de despreciarlos todos y de llamarme á un estado mas santo, y nada « deseo con mas ardor, que consagrarme á su servicio en la Órden de San- « to Domingo.—Hoy conozco (replicó su padre abrazándole tiernamente)

« que la vision que habia tenido pocos dias ántes de tu nacimiento no era un « puro sueño. Me pareció, en el reposo de la noche, que entrando en la « iglesia de hermanos predicadores, uno de aquellos religiosos vino á felici- « tarme de que el cielo me daria á no tardar un hijo, que seria una de las « grandes lumbreras de su Órden y cuyo celo igualaria al de los Apóstoles. » —« Pues bien, mi querido padre, ¿á que diferir el cumplimiento de una « prediccion que me debe ser tan ventajosa? La voluntad de Dios es dema- « siado manifiesta para sufrir la menor dilacion.—» La piadosa madre de Vicente Ferrer léjos de poner el menor obstáculo á sus deseos, le daba aun mayor ánimo para seguir la vocacion del cielo. «He aquí, dijo, lo que siem- « pre he deseado, lo que mil veces he pedido á Dios: no puedo ménos pues « que llenarme del mas puro gozo tanto para tí como para nosotros de que « él os llame á tan santa profesion. » Un amor tan cristiano y una alegría tan pura, mezclándose en dulces lágrimas de recíproco enternecimiento, fueron seguidos de mil bendiciones que dieron á su hijo los dos felices esposos: aquella era una escena de ángeles sobre la tierra, escena verdaderamente digna del cielo. El dia siguiente su padre mismo le llevó al convento de hermanos predicadores de Valencia, que recibieron al santo jóven como un presente del cielo, y cuyo precio conocian ellos perfectamente. En 5 de Febrero de 1374, al empezar los diez y ocho de su edad, Vicente Ferrer tomó el hábito de religioso y entró por esta sagrada senda en la que se le vió caminar despues á pasos de gigante. Como si hubiese empezado desde entónces á morir para el mundo y para sí mismo, á fin de vivir únicamente del espíritu de Jesucristo, se propuso desde luego el ejemplo de los Santos, de quienes quiso ser el imitador; tomando por su modelo al grande Domingo, persuadido de que, como él, estaba llamado á ser no solamente un Santo, sino un apóstol destinado á procurar la gloria de Dios y la salud de las almas por la predicacion del Evangelio. Esto es lo que nunca perdió de vista, y nada descuidó de lo que podia conducirle á este fin. Á todos sus ejercicios de piedad, de oracion, de penitencia, añadió el estudio de la Religion, la lectura de los Padres y la meditacion de las Santas Escrituras. Así mereció que Dios le comunicase al mismo tiempo las luces con que debia ilustrar las almas para atraerlas á la fe, y la uncion que necesitaba para mover los corazones y hacer unas conversiones verdaderas. Los progresos del ferviente novicio en la ciencia y en la santidad eran tan sensibles, que poco tiempo despues de su profesion solemne se le obligó á dar lecciones de filosofía á los jóvenes religiosos. El modo con que desempeñó este encargo atrajo desde luego gran número de seculares que venian á aumentar el de sus discípulos y aprovecharse de sus instrucciones. Al fin de este primer curso S. Vicente de edad de veinte y tres á veinte y cuatro años publicó un trata-

do de las *Suposiciones dialécticas*; y aunque este no pasase de un ensayo, admiraron los sabios la belleza de la obra y el ingenio de su jóven autor. Los superiores se persuadieron que la ciudad de Valencia era estrecho teatro para hacerle aparecer en todo su esplendor; y le mandaron á Barcelona, ciudad ya entónces de las mas célebres de toda España, y en donde se dice se encontraban los hombres mas sabios de la Órden de Sto. Domingo. Los ejercicios escolásticos que Vicente continuó en la capital de Cataluña no le privaban de anunciar al mismo tiempo la palabra de Dios; y lo hacia con fruto, porqué sus raros talentos y su virtud suplian en él la falta de los años. El Señor empezó desde entónces á honrar su ministerio, ya fuese para hacerlo siempre mas útil á los fieles, ya fuese tambien para recompensar el celo del predicador y la pureza de sus intenciones. La carestía, consecuencia ordinaria del desarreglo de las estaciones, era entónces muy grande en el pais y sobre todo en la ciudad de Barcelona: el pan y los otros comestibles mas necesarios á la vida empezaban á faltar en ella; y se temian con tanta mas razon los horrores de una hambre cruel, en cuanto los socorros que se hubieran podido recibir por mar se hallaban detenidos por la tenacidad de los vientos, siempre violentos y siempre contrarios. En tan apremiantes apuros, cuando el cielo y la tierra, sin duda para castigar los pecados de los hombres, se negaban á socorrer sus necesidades, el obispo de Barcelona á peticion de los magistrados mandó hacer rogativas públicas y una procesion general, tanto para contener ó consolar en alguna manera al pueblo, como para implorar la asistencia del cielo, y aplacar la cólera de Dios. Vicente Ferrer, uno de los predicadores escogidos por el prelado para excitar la fe de los fieles y hacerles entrar en sentimientos de penitencia, se atrajo particularmente la atencion de todos los ciudadanos. Miéntras que en una de las grandes plazas de la ciudad cumplia su ministerio á presencia de un auditorio innumerable, el espíritu del Señor le dió á conocer la misericordia que iba á ejercer sobre aquel pueblo afligido; y él la anunció al momento con estas palabras: « Que vuestras lágrimas, ó fieles ciudadanos, se cambien desde ahora en « cánticos de alabanza; vuestros temores y vuestros gemidos en acciones de « gracias: levantad vuestras voces y unidlas en una sola para bendecir con « un mismo corazon la mano bienhechora de vuestro Dios: él la ha abierto « en favor vuestro: hoy mismo, sí, hoy mismo, y ántes de ponerse el sol, « vereis entrar en vuestro puerto dos grandes naves cargadas de trigo. Ala- « bad pues al Señor, y no le ofendais mas. » Aquel pueblo que estaba presente y aquella multitud que, segun refiere el historiador, no bajaba de treinta mil personas, se llenó en efecto de alegría; y sobre la palabra tan positiva del santo ministro, aguardó con confianza el próximo socorro que se le hacia esperar. Mas no pensaban del mismo modo los prudentes del siglo:

las tempestades iban siempre arreciando : la mar en extremo irritada ; y los mercaderes , que habian enviado sus embarcaciones á paises extranjeros , estaban persuadidos que aun con el viento mas propicio no podian recibir tan presto las provisiones que habian hecho comprar. El júbilo no era pues general en Barcelona , y el servidor de Dios tuvo que sufrir desde luego los reproches de muchas personas. Sus hermanos , mas interesados en su reputacion, parecian mortificados de que él hubiese hablado con tanta seguridad ; y por mucho que se apreciase su virtud , creíase con derecho de acusarle de imprudencia , ó cuando ménos de alguna temeridad. La modestia de aquel amigo de Dios era igual á su confianza ; pero la prueba no podia durar mucho. Ántes de terminar el dia tuvo el consuelo , y todo el pueblo de Barcelona el placer , de ver el cumplimiento de la promesa. La reputacion de Vicente Ferrer se hizo mucho mas célebre con este acontecimiento , y hubiera hecho sin duda muchos mayores frutos en la ciudad de Barcelona si la obediencia no le hubiese obligado á pasar luego á la de Lérida. Sin interrumpir jamas sus funciones apostólicas , desempeñó tan felizmente sus actos académicos en aquella universidad , la mas antigua de Cataluña , que mereció ser condecorado con la borla doctoral , que recibió de manos del cardenal Pedro de Luna , legado de Clemente VII en el año 1384 á los veinte y ocho de su edad. Entre tanto el obispo de Valencia , próximo pariente de nuestro Santo por parte de madre , el clero y el pueblo pedian con tantas instancias su regreso , que lo obtuvieron al fin del superior de la Órden. Cuanto mas le habian esperado y deseado en su patria , mas se esforzaron en recibirle con honor , esmerándose á porfía en dar muestras del público regocijo. Muchas personas calificadas y parte de los habitantes habian salido á recibirle á alguna distancia de la ciudad , y á pocos dias de su llegada los principales magistrados de Valencia con el cabildo juntaron sus ruegos con los del obispo para empeñarle en explicar públicamente la Escritura Santa y añadir el ministerio de la predicacion á sus lecciones de teología , como acababa de hacerlo en Lérida. Con el beneplácito de sus superiores Vicente se prestó gustoso á todo cuanto de él se exigia ; y el Señor , á quien consultaba siempre el primero , derramó tantas bendiciones sobre sus trabajos y dió á sus discursos tanta gracia y uncion , que no solamente los habitantes de Valencia , sino tambien todos los pueblos vecinos acudian en tropel á sus instrucciones , sin cansarse nunca de oirle , de admirarle y de publicar sus alabanzas. Tanto en la ciudad como en el campo el nombre de Vicente estaba de continuo en la boca de todo el mundo. Su rara erudicion , su natural elocuencia , sus ricos talentos atraian á los unos , miéntras que los otros estaban aun mas prendados de su piedad , de su modestia, del ardor de su celo apostólico, del cual se le veia abrasado. Y todos se reunian para dar gracias al Padre de las mise-

ricordias del presente que les habia hecho, del cual solo pensaban en aprovecharse para instruirse sólidamente en su religion y arreglar para lo sucesivo su vida á las máximas del Santo predicador. Una mediana virtud no hubiera sin duda sostenido la prueba de todos estos aplausos. Los elogios que se nos dan, lisonjeando nuestro orgullo, nos hacen perder muchas veces el mérito de la parte loable que teníamos. Pero la humildad de Vicente era aun mayor que su reputacion. Una y otra aumentaban de dia en dia; y Dios le hizo siempre la gracia de servirse de esta virtud que hace los Santos, para librarse de los lazos en los cuales una reputacion demasiado brillante ha hecho perecer á tantos grandes hombres. Únicamente penetrado de la santidad de Dios y de su propia nada, Vicente no veia en él sino lo que podia humillarle, miéntras que los otros no consideraban en el mismo sino lo que era digno de admiracion ó de respeto. El Señor para probar mas su fidelidad y temperar de una manera saludable la gloria que le ganaban entre los hombres los dones de que le habia revestido, permitió que fuese atacado por las tentaciones mas humillantes y al propio tiempo mas tenaces. El ángel de Satan, cuyas obras destruia, le trató como habia tratado á un apóstol que habia sido arrebatado hasta el tercer cielo. Á pesar de sus ejercicios continuos de penitencia, y en medio de las santas ocupaciones que llenaban todos sus momentos, el discípulo de Jesucristo se hallaba sin cesar expuesto á los tiros de un enemigo, que le daba poco descanso durante el dia y que le quitaba el reposo de la noche. Cuando no podia lograr el rebelar su carne contra el espíritu, trataba de turbarle la imaginacion. En el poco tiempo que el Santo se veia forzado á consagrar al sueño, Satan formaba espectros y fantasmas, ora agradables para seducir, ora, y muchas mas veces, horribles y asquerosos para aterrarle ó producirle alguna turbacion. Á todas estas pesadas sugestiones el espíritu impuro añadia otras con el designio ó de derribar en fin al soldado de Jesucristo, ó de hacerle perder á lo ménos su reputacion, é impedir así los frutos considerables que producia en los pueblos, tanto por el buen olor de su vida, como por la fuerza de sus predicaciones. Entre las personas del sexo débil que asistian con mas asiduidad en los sermones de S. Vicente, una habia sobre todo á la cual la naturaleza y la fortuna parecian haber prodigado sus favores, pero cuya modestia no era igual ni á su nacimiento ni á su hermosura. Siempre distraida acerca de las grandes verdades que el Santo predicador anunciaba con tanto celo, y que servian para la conversion de muchos, esta jóven no fijaba sus pensamientos sino en la persona del predicador, único objeto de sus miradas. Creia no ceder á nadie en el aprecio en que le tenia, y aplaudia gustosa los elogios que se daban á sus talentos, á su mérito y á sus virtudes, pero en realidad no era su virtud lo que ella mas estimaba; y á fuerza de ocuparse de él, su corazon se abrió

insensiblemente á una pasion ilícita, de la que no quiso triunfar. Descuidando el combatirla, como debia, no procuró por algun tiempo sino ocultarla, y no pensó despues sino en satisfacerla. Despues de mil crueles agitaciones que dia y noche la atormentaban, tanto mas en cuanto no tenia testigos de su dolencia y hasta temia su remedio, en lugar de dirigirse á Dios por la oracion, el ayuno y el recuerdo de los juicios del Señor, le ocurrió la idea de fingirse enferma (en realidad lo estaba su espíritu, y mucho mas que el cuerpo). Hizo pues rogar á Vicente Ferrer que viniese á confesarla; y despues de una acusacion vaga, poco comedida y llena de hipocresía, olvidando por fin todas las reglas del pudor, no tuvo rubor en descubrir al casto Vicente la pasion criminal que por él habia concebido: le solicitó, le instó con vehemencia á que correspondiese de su parte, y á tan humillante declaracion añadió descaradamente todo lo que el demonio es capaz de inspirar para abrasar en el ardor de la llama impura que la devoraba y que ella queria comunicar. Mas el Santo, atónito, pero en una humilde desconfianza de sus propias fuerzas, juzgando que aquel no era tiempo de hablar, y que seria inútil hacer amonestaciones á una persona tan poco en estado de atenderlas, toma al momento la fuga y deja á la supuesta enferma en la confusion y en el furor. Un crímen suele arrastrar á otro crímen, y desde que el corazon se ha entregado á todo el fuego de una violenta pasion, no hay exceso de que no sea capaz: todas las barreras entónces ó se rompen, ó son harto débiles para contener el impetuoso torrente. Esta desdichada criatura, que tan poco conocia la prudencia de Vicente Ferrer, como su amor á la castidad, temió demasiado tarde haberle faltado al respeto. La razon ni la Religion no habian podido privarla de hablar cuando hubiera debido callar, y el despecho de haber sido despreciada, junto al temor de la infamia si llegaba á descubrirse el secreto, le sugirió la idea de que para salvar su honor era preciso hacerle perder al ministro de Jesucristo: imitó en esto á la mujer de Putifar, y acusó con insolencia á Vicente Ferrer el haber intentado seducirla. Mas luego conoció que por su imprudencia se deshonraba sin remedio: la afrenta de no verse creida de nadie, y la violencia de su pasion que le hacia de verdugo, la precipitaron á un estado tan lastimoso, que reconociendo por fin la mano de Dios que la heria tan crudamente, recorrió á la clemencia de aquel mismo á quien habia doblemente ultrajado. Pidió con humildad el perdon de su crímen: el Santo rogó por ella, y la satisfaccion que le dió, sin que él la exigiese, fué luego seguida de la curacion del alma y del cuerpo. Todo esto metió mucho ruido, como es de suponer, en toda la ciudad de Valencia; pero solo sirvió para confirmar mas y mas en la idea que se tenia de la alta virtud de un hombre que habia sabido conservar la castidad y la caridad en tan críticas circunstancias. Pero esto no

impidió que otra persona del mismo sexo, ménos distinguida que la primera y de una reputacion mas equívoca, dejase de probar el tender un nuevo lazo á nuestro Santo. Miéntras que absorvido enteramente en las funciones de su ministerio corria tras la oveja extraviada, halló esta el medio de introducirse en su monasterio y deslizarse como una sierpe hasta en la estrecha celda de Vicente Ferrer: con el mismo artificio se mantuvo allí oculta, y no habiéndola advertido el servidor de Dios á su vuelta, se dedicó desde luego segun tenia de costumbre á la oracion y al estudio. No hay para que decir cual debió ser su embarazo, cuando muy entrada ya la noche aquella criatura se le presentó en el momento en que, rendido de fatiga, pensaba hacer seguir alguna hora de descanso al trabajo de todo el dia. Ya no estaba en su mano el huir, como habia hecho en la primera ocasion, y si echaba de sí con indignacion aquel instrumento del demonio, podia temer un escándalo que iba á turbar á toda la comunidad y poco despues á todo el pueblo. En tan extremado apuro Vicente se dirigió á Dios por la oracion, y la enérgica exhortacion que hizo en seguida á aquella mujer sin pudor, fué tan fuerte y la conmovió tanto, que la culpable postrada á sus pies los bañó con sus lágrimas y dió muestras del mas amargo arrepentimiento. Verdad es que los gemidos y los llantos en personas de tal ralea no siempre son pruebas seguras de conversion; sin embargo, se dice que el cambio de esta pareció siempre verdadero, y que por medio de una penitencia perseverante edificó al pueblo de Valencia tanto como hasta entónces le habia escandalizado con sus desórdenes. Estos dos hechos, y algunos otros asaz semejantes que pasamos en silencio, manifiestan de una manera muy sensible cuanto alarmaba á las potencias del infierno la guerra que el Santo habia declarado al vicio, y dan á conocer al mismo tiempo cuales eran los designios de la Providencia en permitir que un hombre abrasado todo del único deseo de procurar la gloria de Dios y la salud de las almas se viese tan á menudo expuesto á las mas peligrosas tentaciones. El gran número de conversiones qne hacia todos los dias, y las que podian prometerse aun de su ministerio, excitaban contra él el furor de la antigua serpiente. Para impedir tan grande bien, derribando si posible hubiese sido tan firme columna, Satanás hacia los mas tenaces esfuerzos y para llegar á sus fines, valiase de las diferentes pasiones de personas acostumbradas á no resistir á sus desdichadas sugestiones; pero el Señor, que no permite jamas que seamos tentados mas allá de nuestras fuerzas, sostenia las de su fiel servidor, y poniéndole á prueba, le hacia quedar victorioso. Si permitia que fuese atacado era para conservar siempre en él la humildad; y él le hacia triunfar de todos los ataques, pues habiéndole escogido para que resplandeciera el poder de su gracia en la conversion de una infinidad de pecadores, queria ser glorificado por su ministerio. Instruido de los designios

de Dios, no pensó Vicente sino en cumplirlos con una fidelidad constante, sin dejarse intimidar por el aspecto del trabajo ó del peligro, sin jamas atribuirse á si el buen éxito de sus predicaciones, ni el honor de sus victorias, y sin desconfiar del socorro divino que él se esforzaba en merecer por la práctica de la penitencia y por el fervor de sus oraciones. Teniendo siempre su espíritu y su corazon elevados á Dios para pedirle la inteligencia de sus misterios, se habia acostumbrado á hacer de sus lecturas, de su estudio y de su trabajo una súplica continua. Tal es la práctica que propone él á todos los religiosos, ó mas bien á todos los cristianos en su *Tratado de la vida espiritual* (cap. II): «¿Quieres estudiar con fruto? dice, pues procura que la devocion acompañe siempre al estudio. Consulta mas con el Espíritu Santo que con los libros; y pídele incesantemente á Dios la inteligencia de lo que lees. ¿Te cansa, te fatiga el estudio? pues descansa de tiempo en tiempo en las sagradas llagas de Jesucristo: algunos instantes de reposo en su sagrado corazon añaden nueva fuerza y nueva luz al entendimiento. Interrumpe la aplicacion con breves pero fervorosas jaculatorias: no des principio ni pongas fin á la tarea del estudio sin la oracion, porqué la sabiduría es don del Padre de las luces, y de ningun modo es obra de nuestro ingenio y de nuestro trabajo.» Estas sábias instrucciones que nos ha dejado nuestro Santo fueron para él una regla de conducta de la cual no se separó jamas. Asegúrase que despues que se hubo enteramente consagrado al ejercicio de la predicacion, que era su principal objeto y su vocacion particular, no compuso en otra parte sus sermones que á los pies de un Crucifijo, tanto para indicar que á imitacion del Apóstol queria referir todos sus conocimientos al de Jesucristo crucificado, como para animarse mas y mas á la vista de este objeto y sacar de él de que animar á sus oyentes á la penitencia y al amor de Dios. Seis años habia que S. Vicente Ferrer desempeñaba con increible fruto la plaza de teologal en la catedral de Valencia, y todos los deberes de un hombre apostólico en toda la extension de la diócesis, siempre semejante á él solo, siempre aplicado al trabajo, á pesar de la persecucion que le hacian los espíritus del infierno y los hombres carnales, siempre favorecido del cielo y admirado de las gentes de bien, que le respetaban como un amigo de Dios y le consultaban como un oráculo; cuando el cardenal Pedro de Luna, despues de su legacion de España, fué nombrado por Clemente VII para llenar las mismas funciones en Francia, cerca de Cárlos VI. Este legado, habiendo llegado á Valencia en el año 1390 quedó tan prendado de todo cuanto supo de la doctrina, del celo y de la elevada reputacion de nuestro Santo, á quien habia dado como vimos ya la borla de doctor en Lérida, que quiso llevárselo consigo para honrar su legacion en la córte del Rey cristianisimo. Todo el tiempo que el cardenal permaneció en Paris, obligó á estar allí á S. Vicente;

pero si el uno empleaba todos sus cuidados y su solicitud en los negocios de la política, el otro no se ocupaba sino en los intereses de Jesucristo, en la paz de la Iglesia, en la reforma de las costumbres y en la salud de las almas. Hizo en Francia lo mismo que habia hecho en los reinos de España, predicó y convirtió; pues era difícil que los mas grandes pecadores resistiesen por mucho tiempo el ardor de su celo, la fuerza de sus discursos y el ascendiente de su santidad. Teníanse tantas pruebas de que el espíritu de Dios hablaba por su boca, que los grandes y el pueblo le seguian y le admiraban igualmente. Su humildad, no obstante, crecia con su reputacion y sus austeridades con sus trabajos apostólicos. Creemos que fué durante su permanencia en Francia cuando Vicente Ferrer consagró algunas horas de sus vigilias en componer una parte de las obras que de él tenemos; pues en realidad la serie no interrumpida de misiones en que le vemos ocupado los veinte ó veinte y cinco últimos años de su vida, parecen poco compatibles con el estudio; y en esto fundamos el concepto de atribuirle el haber escrito entónces algunos tratados de piedad, que nada nos induce á suponer en otro año. Tales son; el *Tratado del hombre interior* ó *de la vida espiritual*, otro de la *Oracion dominical* y un tercero titulado *Consuelos en las tentaciones contra la Fe*. Á principios del año 1394 el legado Pedro de Luna partió para Aviñon, y Vicente fué aun muy instado para acompañarle y pasar con él á la córte de Clemente VII; pero persuadido que su ministerio seria mas útil en España, se excusó modestamente, y con permiso del cardenal volvió á tomar sus ejercicios ordinarios en Valencia. Entre las personas de piedad y de letras que gustaban visitarle alguna vez, bien fuese para consultarle en sus dudas, ó bien para edificarse con sus virtudes y recibir su bendicion, habia un jóven caballero llamado D. Alfonso Borgia, que dotado de talento y de buenas costumbres se habia ganado ya una reputacion entre los sabios del pais. En una conversacion particular, que el Santo tuvo con él en presencia de sus compatriotas, no vaciló en asegurarle que la Providencia tenia sobre él grandes designios; y despues de haberle exhortado que caminase firme é imperturbable por el sendero de la virtud, le predijo en términos expresos que seria algun dia elevado al Sumo Pontificado, y que le canonizaria. D. Alfonso podia tener entónces de diez y siete á diez y ocho años. Muchos años despues fué nombrado obispo de Valencia en España, despues cardenal y por fin sucesor de S. Pedro cerca de sesenta años despues que se le hiciese esperar esta suprema dignidad. Observan todos los historiadores, que no habiendo nunca Borgia perdido de vista la prediccion hecha en su favor, hablaba de ella á menudo; y estaba tan seguro de verla cumplida, que aunque se hallase ya muy viejo durante el pontificado de sus dos predecesores Eugenio IV y Nicolas V, no tenia reparo en decir que no podia faltarle el papado, pues que Vicente Ferrer le habia dado

seguridad de llegar á él. Se le tenia por un visionario, dice el abate Fleury, y no obstante fué elegido Papa por aclamacion unánime el 8 de Abril de 1455, quince dias despues de la muerte de Nicolas V. Luego que Borgia se vió sentado en la cátedra apostólica bajo el nombre de Calixto III, quiso cumplir la otra parte de la profecía poniendo al servidor de Dios en el catálogo de los Santos, como veremos mas adelante. Miéntras que Vicente continuaba sus predicaciones en el reino de Valencia, el Papa, llamado Clemente VII en su obediencia, murió en el mes de Setiembre de 1394. Entónces sucedió aquel gran cisma en el cual fué nombrado por Papa en Aviñon el cardenal Pedro de Luna, que tomó el nombre de Benedicto XIII, miéntras Bonifacio IX sucesor de Urbano VI ocupaba la santa silla de Roma. Lo primero que hizo Benedicto fué escribir á nuestro Santo mandándole que pasase inmediatamente á su lado. Las cartas que á este fin le envió eran tan urgentes, y los encargados de entregarlas obraron con tal eficacia, que el servidor de Dios, viéndose obligado á sacrificar su inclinacion á la obediencia, partió sin pérdida de momento para Aviñon. Creyendo que oia la voz del verdadero vicario de Jesucristo, llegó á esta ciudad, y el nuevo Pontífice le recibió con tanto mayor gozo, porqué creia tener necesidad de un hombre de su reputacion. Tomóle desde luego por su confesor y por su teólogo, confiriéndole el cargo de maestro del sacro palacio. Mas como todo cuanto tenia sonido ó ayre de dignidad era muy contrario al genio del humildisimo Vicente, todos aquellos honores no podian ser muy de su gusto, ya por conformarse tan poco con su humildad, ya porqué le distraian á menudo de sus estudios, de la oracion, y sobre todo del ejercicio del santo ministerio, del cual queria ocuparse principalmente y con preferencia á todo lo demas. Aguardaba, pues, con sumision que fuese del agrado del Señor el romperle aquellas ataduras, no atreviéndose á romperlas él por sí mismo. Pensaba obedecer al mismo Jesucristo obedeciendo á un Pontífice, que era entónces considerado como su Vicario legítimo en muchos reinos católicos y por grandes personajes eminentes en ciencia y en santidad. La obediencia de Vicente era sincera y humilde, como todo lo suyo, y solo pensaba en cumplir el doble destino que se le habia encargado. Era tan dificultoso y estaba tan obscurecido el derecho que todos los concurrentes pretendian tener al pontificado, que fueron muy excusables muchos y grandes santos que en aquel tiempo se declararon de buena fe por diferentes partidos. Mas no fué inútil por cierto la asistencia de Vicente cerca de Benedicto. No contento con gemir y lamentar á la presencia de Dios á la vista de tantos males como afligian al mundo cristiano por la continuacion del cisma, hablaba algunas veces á Benedicto con toda la libertad que convenia á su carácter y á su posicion. No cesaba en darle consejos de desinteres, y con su acostumbrada

prudencia aprovechaba todas las humillaciones que venian á este Pontífice para persuadirle que hiciese generosamente el sacrificio de sus propios intereses á fin de apresurar la paz de la Iglesia y la reunion de todos los pueblos cristianos por medio de la extincion de este cisma cruel. Benedicto no queria afligir á su Santo confesor con una negacion seca y repugnante; pero acostumbrado á disimular, prometia siempre lo que estaba bien resuelto á no ejecutar jamas, y así no hacia ó no daba algun paso hácia la paz que al punto no le retractase. Todos los dias habia nuevas promesas, nuevas proposiciones, y al mismo tiempo nuevas dificultades que alejaban siempre mas la reunion y disipaban las lisonjeras esperanzas que acababan de concebirse. Estos indignos artificios, de que fueron juguete por largo tiempo los príncipes y los pueblos, no podian ménos que contristar á todas las gentes de bien; pero á nadie eran tan sensibles como á nuestro Santo, que redoblaba con fervor sus oraciones, sus penitencias, sus tiernas exhortaciones y sus avisos. Esta inquietud tan santa y tan operadora que en él se veia, y que era tan sincera, como poco lo eran las promesas del Sumo Pontífice, fué causa de que muchos príncipes y celosos prelados, despues de haber trabajado inútilmente para hacer cesar tan deplorable cisma, pusiesen los ojos en Vicente Ferrer para agenciar un negocio de tanta importancia. Mas no habia llegado aun el tiempo señalado por la Divina Providencia para dar este consuelo á su Iglesia, y mucho quedaba aun que hacer á nuestro Santo ántes de ver el buen éxito de sus trabajos. No pudiendo obtener aun el permiso que pedia de salir de Aviñon, quiso á lo ménos alejarse algun tanto de una córte demasiado tumultuosa, y retirarse al convento de su Órden, ménos para gozar allí de algun reposo, que para entregarse con mas libertad á sus santos ejercicios de mortificacion y de plegaria. Pasaba noches casi enteras en exhalar su corazon y sus lágrimas á la presencia de Dios á fin de aplacar su justicia irritada contra los pecados de los hombres; y empleaba una parte del dia en instruir al pueblo, ó exhortarle á la penitencia. Refiérese que por su ministerio se hicieron grandes conversiones en el pais, y que como el resplandor de sus virtudes le hacian siempre mas digno de veneracion, tanto el Papa como el Sacro Colegio, el clero y el pueblo le miraban como un ángel de paz y un apóstol. Mas toda esta estimacion de los hombres no le indemnizaba de lo mucho que le hacia sufrir la division de espíritus y la pérdida de las almas. Este vivísimo dolor, que penetraba en lo mas íntimo de su alma, aumentaba siempre á medida que se multiplicaban los escándalos. El ardor de su celo le absorvia y debilitaba, y sus grandes austeridades, juntas á un trabajo continuo, acabaron en fin de agotarle. Solo habia diez y ocho meses que Vicente estaba en Aviñon cuando fué acometido por una fiebre, cuya violencia y tenacidad parecian deber

conducirle al sepulcro. La muerte era para él una ganancia, y hubiera entonado con el mayor júbilo el cántico de su libramiento si entre las calamidades que afligian á la Iglesia hubiese sido capaz de entregarse á la alegría. Y precisamente cuando los médicos no se atrevian á esperar el restablecimiento de su salud fué cuando plugo al Todopoderoso el restituírsela completa, y de manifestarle el uso que debia hacer de ella para llenar sus designios de misericordia sobre una infinidad de pecadores, á quienes queria salvar por su ministerio. Le dió á conocer tambien lo que debia formar el asunto ordinario de sus predicaciones, y el modo con que debia portarse para que su trabajo pudiese ser útil á los fieles y á los infieles. Le aseguró, por fin, su divina proteccion y le mandó que empezase sus correrías evangélicas, no dejándole ignorar tampoco el pais en el cual acabaria algun dia su gloriosa carrera. El Santo despues de haber tributado acciones de gracias á la Divina Bondad, iba á pedir el correspondiente permiso al Sumo Pontífice, cuando éste acompañado de los prelados de su córte entraba en el convento para visitar al enfermo. Y al paso que Benedicto XIII quedó agradablemente sorprehendido de ver en pie y en su entera salud á un hombre al cual habia creido moribundo, no pudo disimularle su pena cuando escuchó de su misma boca que para ejecutar las órdenes del cielo debia él ir anunciando el Evangelio de provincia en provincia y de reino en reino. Aunque el Papa tenia á la vista una prueba la mas sensible de aquella mision extraordinaria, no pareció por de pronto persuadirse de ello, ó á lo ménos se portó como si no lo estuviera; y en el deseo inmenso que tenia de conservar á Vicente cerca de sí, nada olvidó para empeñarle en continuar su permanencia en Aviñon. Ora le ponia de manifiesto los ópimos frutos que en todo aquel pais habia conseguido, como una prueba de ser la voluntad de Dios que se detuviese allí mas tiempo, y como una garantía del mayor número de conversiones que lograria en adelante; ora le ofrecia el obispado de Valencia su patria, ó cualquiera otra prelatura en España ó en Francia que le conviniese. Quiso por fin revestirle con la púrpura segun los deseos de los cardenales, cuya mayor parte le mostraban y le tenian no ménos afecto y voluntad que el Papa; pero poco movieron todas estas propuestas al ministro de Jesucristo siempre enemigo del fausto y tan superior á todas las grandezas humanas, como celoso por la salud de las almas. Veia ya delante de sí una rica cosecha que solo aguardaba la mano del operario, y bien instruido de la voluntad de Dios, hubiera tenido por un crímen el mas leve retardo en obedecerla. Inflexible en su resolucion, suplicó con la mayor humildad al Papa Benedicto, á quien consideraba aun como á verdadero vicario de Jesucristo, que le honrase con su bendicion y le permitiese seguir su celeste vocacion. El general y alto concepto de santidad de que gozaba Vicente Ferrer abre-

vió las pruebas, y venció luego todos los obstáculos. Temióse resistir al mismo Dios oponiéndose por mas tiempo á los deseos de su servidor, y Benedicto XIII no pudiendo hacer otra cosa, le dió por fin la bendicion apostólica con todos los poderes que tenia costumbre de dar á sus legados. Todo cuanto nuestro Santo habia hecho hasta entónces en los diferentes puntos en donde habia anunciado el Evangelio en el principado de Cataluña, en Francia, en Valencia, en Paris y en Aviñon; todo esto no debe considerarse sino como las primicias ó los débiles preludios de su apostolado. Aquí es donde propiamente comienza la larga serie de sus trabajos, de sus milagros de conversion, y de los sucesos extraordinarios que con tanto lustre distinguen á Vicente entre los ministros de la divina palabra mas célebres desde los tiempos apostólicos. Razon tuvo un antiguo escritor al empezar este relato de tomar las palabras de S. Gerónimo en su *Prefacio á la Historia de San Hilarion:* « Hoy, dice este Santo doctor, voy á escribir la Vida y las proe- « zas de un héroe tan admirable, que si Homero viviese aun, ó envidiaria « un asunto semejante, ó sucumbiria si emprendiese el tratarlo. » Mas nos conviene aun á nosotros el hacer la misma confesion. Si el mas elocuente de los Padres al hacerse historiador y panegirista de un Santo anacoreta temió con razon no poder corresponder con la nobleza de su estilo á la grandiosidad del asunto, mucho mas debemos reconocer nosotros que cuanto vamos á referir acerca de los trabajos inmensos y los prodigiosos sucesos de nuestro apóstol será siempre muy inferior á la realidad, y á lo que otra pluma mucho mejor cortada podria escribir sobre el mismo asunto sin agotarlo. No es en una ciudad ni en la extension de una provincia ó de un reino particular, sino en la mayor parte de Europa donde deberemos seguir á un hombre á quien el espíritu del Señor parecia hacer volar como una nube mística, destinada á llevar las aguas saludables de la Gracia á las tierras mas estériles para fertilizarlas. No tendremos ya que contar el número de conversiones por el de sus sermones: veránse alguna vez una multitud de pecadores, sinagogas enteras de judíos, pueblos, naciones, dar á un mismo tiempo las señales mas consoladoras de un cambio inequívoco despues de haber tenido la dicha de oir una sola predicacion de Vicente Ferrer. Verémos millares de penitentes siguiendo á aquel que separándoles de las sendas de iniquidad habia sabido hacer de ellos otros tantos hombres nuevos, despegados de todos los placeres de la tierra, únicamente ocupados en la idea de la Eternidad, y no suspirando sino por las delicias del cielo. Verémos á los hijos de los profetas, piadosos eclesiásticos, santos religiosos, ejercitarse bajo la direccion de tan hábil maestro en aprender el arte divino de hablar á los corazones, y de convertirlos hácia el único objeto capaz de llenarlos y de hacerlos verdaderamente felices. Verémos por

fin á los reyes, y á los príncipes de la Iglesia, disputarse el honor de recibir en su casa ó de procurar á sus pueblos un ministro de salud de cuya boca la palabra de Dios no salia jamas inútilmente. Entre los aplausos, las conversiones y los milagros, tendremos el placer de contemplar al humilde discípulo de Jesucristo mas modesto, mas penitente, mas pequeño á sus ojos, que el dia en que dió los primeros pasos en su carrera. Esta es en resúmen la vida de S. Vicente Ferrer, y una ligera idea de sus acciones durante los veinte y dos últimos años de su vida. M. Baillet habla de él en estos términos en la *Historia compendiada* de nuestro Santo: «Recorrió, dice, en breve tiempo una gran parte de la Europa, empezando su mision por la España, á cuyos reinos llevó la palabra de Dios, si exceptuamos el Portugal y la Galicia. Entró en seguida en Francia, detúvose algun tiempo en el Languedoc, y fué predicando siempre por las ciudades y por las aldeas en la Provenza y en el Delfinado. Pasó asimismo á Italia, ejerciendo las mismas funciones por toda la ribera de Génova, la Lombardía, el Piamonte, la Saboya. Quiso tambien ir á Alemania por lo largo del alto Rhin, y volvió á entrar en Francia, combatiendo el vicio y el error con las armas invencibles de la verdad, que llevó hasta al fondo de la Flándes. Esparramada por este medio en toda la Europa la fama de sus predicaciones, se le miró como á un apóstol, que Dios por su misericordia habia querido enviar en aquellos últimos tiempos para hacer revivir la fe y la caridad, que parecian extinguirse poco á poco en el corazon de los cristianos. Pareció asimismo como un precursor del segundo advenimiento de Jesucristo, no haciendo apénas un sermon en que no hablase del último juicio que Jesucristo debe hacer de todos los hombres, segun órden expresa que decia haber recibido de aquel divino Maestro que le habia enviado. Sabiendo el rey de Inglaterra las maravillas que Dios obraba por el ministerio de su servidor, no quiso que sus estados quedasen privados del fruto de sus predicaciones. Escribióle en términos muy respetuosos, y le diputó un gentilhombre para rogarle que tuviese á bien extender hasta su reino los beneficios de su caridad. Le envió á buscar en las costas de Francia en uno de sus navíos, y le recibió con todos los honores imaginables. El Santo despues de haber dado varias advertencias para su salud y para el comportamiento de sus súbditos, empleó algun tiempo en predicar en las principales ciudades de Inglaterra. Lo mismo hizo en Escocia y en Irlanda, y volvió desde allí á Francia, en donde continuó en predicar la penitencia y la reforma de las costumbres desde la Gasconia hasta la Picardía. Los desórdenes en que la debilidad y las enfermedades del rey Cárlos VI junto con las divisiones y animosidades de los grandes habian precipitado al reino desde muchos años, habian tambien reducido la iglesia de Francia á un estado digno de compasion, y desquiciado casi toda la disciplina; á

lo cual puede añadirse que el cisma de los pretendientes al pontificado, con la ambicion y desmedida avaricia de los cardenales de Aviñon, habian tambien contribuido mucho : y esto es lo que aumentaba la materia de los trabajos de nuestro Santo. Aunque la ignorancia de las verdades saludables era casi igual á la corrupcion de costumbres, tuvo mucho mas que sufrir del endurecimiento de los corazones, que de la ceguera de los entendimientos; siendo esto causa de que tomase mas á menudo por materia de sus predicaciones sobre el pecado, la muerte y los tormentos de los condenados. Lo desempeñaba con un celo tan vehemente, con un tono tan fulminante, que introducia el terror hasta en las almas mas insensibles. Se le notó que predicando un dia en Tolosa sobre el último juicio aterró de tal modo á los oyentes, que los puso en un estado de estremecimiento semejante á un acceso de calentura. Viéronse de otra parte mujeres, jóvenes, y niños sobrecogidos de espanto, y gran número de personas sobresaltadas y desmayadas en las plazas públicas en donde él predicaba, así como en las iglesias y en campo raso. Ya todos estaban acostumbrados en sus sermones á oir los gritos y los gemidos de los concurrentes, y á veces se veia obligado á hacer alguna pausa para aguardar que hubiese calmado algun tanto el ruido de su auditorio. No le bastaba sin embargo que sus sermones fuesen altamente patéticos, sino que los fortificaba tambien con poderosos raciocinios que sacaba de las Escrituras y de los Padres en tanta abundancia, que se admiraba en él aquella plenitud con que dominaba todos los Sagrados Libros, la doctrina moral de los Padres y los usos de la tradicion de la Iglesia. Entre las gracias que formaban en él el gran talento de la palabra, tenia ademas la fuerza y la soltura del órgano, el don de anunciarse con una claridad maravillosa. Todo lo que decia era de otra parte lleno de una uncion santa, y torneado por un género de elocuencia que le era peculiar. Tenia tambien admirable facilidad para adaptarse y hacerse inteligible á todo el mundo; y esto es lo que hizo decir que poseia el verdadero don de lenguas, y que hace muy creible lo que se dice del prodigioso número de judíos, de moros, de árabes, de turcos y de eslavones que convirtió y separó de la infidelidad, á mas de los millares sin número de herejes, de cismáticos, de malos católicos ó pecadores endurecidos que la Gracia por su ministerio hizo entrar en el buen camino. No bastaba que hablase en nombre de Dios: debia mostrar tambien el poder que de él habia recibido, y que confirmase su mision por pruebas que no pudiesen contradecirse. Y esto es lo que hizo por la virtud de los milagros con que fué favorecido y por el don de profecía. Pero bien puede decirse que la fuerza que daba Dios á sus predicaciones venia no ménos del ejemplo de su vida que de la sabiduría de sus discursos y del efecto de sus milagros. En todos sus viajes, en medio de sus distracciones y de sus mayores

fatigas, no relajó un ápice de la exacta observancia de la regla que habia abrazado, ántes bien muchas veces multiplicaba con aspereza sus rigores: ademas de las austeridades y de las abstinencias prescritas por su Órden, practicaba muchas otras que se hubieran creido incompatibles con sus tareas. Desde que entró en religion hasta su muerte se abstuvo de comer carne en todos tiempos, ménos en las necesidades inevitables. Guardó por espacio de cuarenta años un ayuno continuo que solo interrumpia en los domingos, reduciéndose á pan y agua los miércoles y los viérnes. Sus demas mortificaciones voluntarias correspondian á esta abstinencia: jamas se acostó sino sobre paja ó sobre sarmientos; castigábase el cuerpo todas las noches con una severa disciplina, y no se la dispensaba ni aun en las frecuentes indisposiciones que le sobrevenian, haciendo suplir entónces por ajenos brazos lo que él no podia por la flaqueza de los suyos. Habia siempre vivido en una castidad admirable, y tenia tan grande amor á la pobreza evangélica, que exhortaba á todo el mundo á abrazarla; y es innumerable el número de ricos de todos estados que á persuasion suya distribuyeron los bienes entre los pobres, y que por este medio se hicieron pobres ellos mismos para seguir á Jesucristo con mas desprendimiento. Conservó siempre de tal manera el espíritu de obediencia y de sumision, que nunca sufrió que se le elevase á superioridad alguna en su Órden, y el mismo espíritu fué quien le hizo renunciar los obispados de Valencia y de Lérida y de algunos otros puntos que le fueron ofrecidos. Ved ahí, continúa siempre el mismo autor, cual era el ministro que Dios habia escogido para anunciar su palabra y volver á los hombres á su deber. Acostumbraba á bajar de la cátedra ó púlpito al confesionario para escuchar á los pecadores á quienes Dios habia movido durante su sermon, y á menudo acababa en el tribunal de la penitencia lo que habia empezado en la predicacion; y eran allí tan eficaces sus exhortaciones, que se vió alguna vez á algunos penitentes morir á sus pies por el exceso de su compuncion. Cuando habia salido de un punto veíanse muchas veces procesiones de penitentes públicos que él habia convertido marchar en órden por las calles, los pies desnudos y las espaldas descubiertas sin avergonzarse de aquella humillacion, golpeándose hasta hacer salir sangre por la expiacion de sus pecados. Cuando se sabia que debia llegar á otro lugar, los traficantes le tomaban la delantera para disponer allí una especie de mercado, en donde por lo comun no presentaban sino sacos de penitente, cilicios, ceñidores de clin ó de hierro y otros instrumentos de penitencia. Hacíase acompañar, sobre todo en sus últimos años, de algunos misioneros que le ayudasen, entre los cuales habia cinco religiosos de su Órden y muchos otros sacerdotes seculares ó regulares de varios institutos. Seguíanle asimismo algunos notarios públicos para autorizar las reconciliaciones y los convenios

ó transacciones que él hacia para que no hubiese lugar á desdecirse. Veinte años hacia ya que Vicente trabajaba de este modo, durante cuyo tiempo habia vuelto varias veces á España á las Islas Baleares, á Italia y regresado despues á Francia, cuando en 1417 hallándose en Boúrges recibió cartas de Juan V, duque de Bretaña, suplicándole que hiciese llegar la mision evangélica hasta sus estados, como lo habia hecho en las otras provincias de Francia. Partió sin deliberar, y fué recibido en todas las ciudades de su tránsito, sobre todo en Tours, en Angers y en Nántes, como los obispos en el dia de su entrada. Cuando se supo en Vánnes que se acercaba, siendo allí la residencia de aquel príncipe, el obispo seguido de todo su clero, el duque mismo y la duquesa, los magnates, los magistrados y los principales de todos los cuerpos de la ciudad rodeados del pueblo fueron á encontrarle á mas de media legua. Con aquella especie de triunfo fué conducido en medio de las aclamaciones populares y puesto en posesion de la catedral y de las demas iglesias de la ciudad, en la cual sentó la silla de su mision de la Bretaña y Normandía, que fué la última de su vida. » Sin desviarnos de este relato de M. Baillet, que puede considerarse como el sumario de la historia de S. Vicente Ferrer ó el cuadro en compendio de su apostolado, aprovecharémos lo que dejaron escrito antiguos autores para añadir algunos rasgos interesantes y muchas edificantes circunstancias, que merecen ser explicadas segun el órden cronológico. Ántes de concluir el año 1398 cuando era de edad de cuarenta y dos años, enviado por el mismo Jesucristo, y honrado con la mision apostólica, partió de Aviñon dirigiendo sus pasos hácia Cataluña, ménos como viajero que como misionero, anunciando por todas partes el reino de Dios y haciendo muchas conversiones en todos los lugares por donde pasaba. Desde luego se esparció la voz á largas distancias, excitando una emulacion general entre todos los pueblos. Cuando se detenia algunos dias en alguna ciudad ó villa, veíanse llegar en tropel personas de toda condicion que suspendian todos sus demas negocios para venir á saber trabajar cual conviene en el de su salud. Eran escuchadas con infinito placer todas las palabras que salian de la boca de aquel amigo de Dios, y se tenia por un deber el ejecutar religiosamente los consejos que á cada cual daba segun su estado y sus necesidades. Todo cuanto encontraba contrario á la ley de Dios, ó á la disciplina de la Iglesia, lo corregia con libertad apostólica. Mas este celo, que no le permitia disimular los abusos ni los vicios de los grandes, iba acompañado de prudencia; notándose en particular que usaba de una discreta moderacion con respecto á los ungidos del Señor, para no debilitar en el espíritu de los pueblos los justos sentimientos de respeto, de veneracion y de aprecio que se debe tener siempre á los ministros del altar. Tan presto advertia á los culpables en secreto, como les reprehendia á presencia tan solo

de sus hermanos, previniendo siempre el escándalo ó haciéndolo cesar. Así es como la confianza de los fieles y de sus conductores crecia con su veneracion para con el ministro de Jesucristo, y el deseo de aprovecharse de sus instrucciones se hacia cada dia mas ardiente. Despues de haberle oido predicar en un punto le seguian á otro: hubiérase dicho que todo su interes supremo, toda su ocupacion, toda su felicidad era el no perder de vista á aquel á quien habian empezado á mirar como el enviado de Dios, su guia y su apóstol. Los milagros de conversion que obraba el Señor á sus ojos por el ministerio de S. Vicente, sostenian la ventajosa idea que de sus virtudes se tenia. Veíase abrazar los trabajos de la penitencia á pecadores conocidos por sus crímenes, á malvados de profesion, á hombres sanguinarios, á piratas, á usureros públicos, blasfemos, mujeres pecadoras: en una palabra, personas de todo sexo y de toda edad que se abandonaban en otro tiempo á sus brutales pasiones y que desde muy largo tiempo derramaban un hedor de muerte por todo el pais. La concordia, la union y la tranquilidad se iban restableciendo en las familias, así como en las villas y ciudades á donde el Santo llevaba la divina palabra. Seria imposible referir minuciosamente todas las querellas que hizo cesar, los procesos que terminó, las mortales enemistades que extinguió, las reconciliaciones que hizo. El antiguo historiador de su Vida hace notar algunas en particular, y asegura que como un ángel de paz Vicente nunca se retiró de una ciudad ó de una provincia sin haber echado de allá el demonio de la discordia y restablecido el buen órden, la justicia y la union entre los ciudadanos, como las señales preciosas de su apostolado. Y esto es lo que observa desde luego en el principado de Cataluña. Entre los milagros y las predicaciones que hizo en este pais se distingue la curacion de un jóven, llamado Juan Soler, el cual casi desde la cuna habia contraido una enfermedad que se habia tenido por incurable. Su piadosa madre le presentó á nuestro Santo, el cual le volvió la salud imponiéndole las manos, despues de haber declarado que aquel niño seria algun dia por sus virtudes y por su doctrina el honor no solo de su familia sino tambien del clero de Barcelona. Despues se vió el cumplimiento de la profecía: cuando Pedro Ranzane escribia esto á mediados del siglo XV, Juan Soler era ya muy distinguido entre los eclesiásticos de Cataluña y honrado con la amistad de Alfonso V, rey de Aragon: poco tiempo despues sucedió á Gerardo, obispo de Barcelona. Lo que Vicente acababa de hacer en todas las diócesis de Cataluña, lo hizo despues continuando sus misiones en el reino de Aragon y en el de Valencia; mas se detuvo algun tiempo en la capital de este nombre, en donde hemos visto que habia ya trabajado con un éxito asombroso. Aquellos primeros frutos habian sido las felices primicias de una mas abundante cosecha que le estaba reservada. Fué, como creemos, en este

año (1399) en que nuestro Santo por la fuerza de sus discursos y por la sabiduría de sus consejos procuró por fin la entera reconciliacion de dos familias, las mas antiguas y las mas ilustres de Valencia, cuyas mortales enemistades, que turbaban largo tiempo hacia el reposo de la ciudad, habian causado muchas muertes y hecho derramar aun mas lágrimas que sangre. La conversion de un gran número de otros pecadores escandalosos y la reforma general de costumbres, que pareció en todos los estados, no fueron un menor motivo de consuelo para la Iglesia y de edificacion para los fieles. Despues de haber anunciado el Evangelio con tanto celo y feliz éxito en todos los paises que estaban bajo el dominio soberano del rey de Aragon, Vicente volvió á recorrerlos para afirmar mas á los pueblos en las santas disposiciones en que la Gracia los habia puesto. Los exhortó á todos á la perseverancia, y pasó otra vez á Barcelona ántes del fin del siglo XIV. De allí se embarcó para ir á llevar la palabra de Dios á la Provenza. Sabemos que estaba en Áix en el mes de Octubre y de Noviembre de 1400, y pasó aun allí algunos dias del principio del año siguiente. Habiendo ejercido su ministerio en muchos otros puntos de aquella provincia, atravesó los Álpes en la mas cruda estacion del año é hizo alguna permanencia en el Piamonte, en la Lombardia y en Montferrato, que fueron el teatro de sus trabajos apostólicos todo el resto del año 1401. Aunque el Santo estaba aun bajo la obediencia de Benedicto XIII, predicaba indistintamente las verdades de la salud en todas las comarcas donde le conducia el espíritu de Dios, y no obraba ménos maravillas entre los pueblos que obedecian á Benedicto IX, sucesor de Urbano VI. En todas partes daba los mismos señales de su mision: corriase con la misma prisa á sus predicaciones, y como se escuchaban con la misma docilidad, se reportaban iguales ventajas. Él hacia cesar las disensiones, los escándalos, los juegos prohibidos, las prácticas criminales, y no salia de una poblacion sin haberla renovado en todo Miéntras hacia su mision en la de Alejandría de la Paja, recibió la visita de un jóven religioso de S. Francisco, cuyo nombre se hizo despues célebre en todo el mundo cristiano. Habiendo tenido Vicente con él varias conversaciones, con grande efusion de caridad le predijo todo lo que seria con el tiempo, y el honor que la Iglesia le daria despues de su muerte: éste era el ilustre Bernardino de Sena, que empezó ya desde entónces aquella carrera que llenó despues con tanta gloria. S. Vicente no penetró por entónces mas adelante en la Italia; mas para aproximarse á las fronteras de Francia pasó segunda vez los Álpes, entró en la Baja Saboya, recorrió el Delfinado, y casi no dejó ciudad ni aldea sin instruccion y consuelo. Habia en el Delfinado un valle que las gentes del pais llamaban *Vaupute*, es decir, Valle de corrupcion. Los que lo habitaban estaban en efecto sumidos en toda suerte de inmundicias, y familiarizados con los mas

vergonzosos crímenes, cual otros moradores de la nefanda Pentápolis, gentes sin religion y sin costumbres, feroces, insolentes y tan crueles que echaban de sí con ignominia y alguna vez mataban á los predicadores y á los otros ministros de la fe, que los Papas les enviaban para sacarles de sus errores y hacerles abandonar sus prácticas detestables. Despues de la muy repetida experiencia de la brutalidad de aquellos bárbaros, ya nadie se encontraba que osase arrostrar una empresa tan azarosa y hasta entónces inútil. El buen éxito de esta empresa estaba reservada á nuestro apóstol. Nada le movió el temor por fundado que pareciese, ó si le hizo alguna mella, ésta cedió al deseo de ganar tantas almas á Jesucristo y de arrancar al demonio una presa que él tenia ya á media boca. En 1402 Vicente Ferrer, seguido de un considerable número de penitentes que le acompañaban por todas partes (cuyo número, segun refieren las Crónicas, llegaba á veces á diez mil), entró en el famoso Valle, resuelto á no salir de él que no hubiese adquirido para Jesucristo un pueblo nuevo, santificado por la fe y por frutos dignos de penitencia. El Señor que tan puro celo le habia inspirado escuchó sus oraciones. Los habitantes de Vaupute atraidos ó por el brillo de su reputacion, ó por la fama de sus milagros acudieron de todos lados para escucharle; y obrando desde aquel momento la Gracia en sus corazones, las predicaciones del Santo ministro juntas al ejemplo de sus penitentes hicieron tal impresion sobre aquellos ánimos, que renunciaron á un mismo tiempo á sus groseras supersticiones y á sus impias costumbres. Abrazando la fe de la Iglesia, se sometieron dóciles á su disciplina; y no solamente cesaron de cometer mas crímenes, sino que por una vida del todo cristiana se esforzaron en reparar todo el mal que habian hecho. Este cambio de conducta y de costumbres hizo cambiar tambien el nombre de aquel Valle. Quiso S. Vicente que se llamase en lo sucesivo el *Valle puro*, y así se nombra aun en el dia. Al salir de este pais el hombre apostólico recorrió los otros valles del contorno y casi todas las diócesis tanto de Saboya como del Delfinado, no deteniéndose en cada lugar sino el tiempo necesario para instruir á los pueblos en las verdades de la Religion, combatir los vicios mas comunes, destruir las supersticiones y formar las costumbres de los fieles. Parece que muchos años bastarian apénas para hacer todo esto en una cierta extension de pais. Mas el espíritu de Dios que animaba el celo de su servidor le habia hecho tan poderoso en obras y en palabras, que lo que hubiera sido para algunos otros ministros la obra de muchos meses, el Santo lo ejecutaba en pocos dias y algunas veces desde su primer sermon. Ántes de la fin de 1403 ejercia su ministerio en la ciudad de Ginebra, y desde allí escribió al general de su Órden para darle cuenta de lo que habia hecho durante los dos ó tres últimos años en una y otra parte de los Álpes. Los editores de las *Actas de los*

Santos trasladan un fragmento de aquella carta, y Fontana la ha insertado íntegra en sus *Monumentos*. Nosotros la daremos aquí con tanto mayor gusto, en cuanto sirve mucho para ilustrar la historia de nuestro Santo, ó á lo ménos una buena parte de sus misiones evangélicas: «La serie no interrumpida de mis ocupaciones no me ha permitido escribiros, mi reverendo Padre, como era menester. Desde mi partida de Romans me he encontrado y me encuentro aun continuamente sitiado de una multitud de pueblo, á quien es fuerza cortar á menudo el pan de la palabra. Despues de haber cantado la Misa, predico dos ó tres veces cada dia, y con esto y con la precision de viajar incesantemente, puedo apénas aprovechar algunos cortos momentos para tomar un poco de reposo y de alimento; y siempre miéntras hago mi camino preparo mis sermones. Mas por temor de que V. Rev.ª no atribuyese mi demasiado largo silencio á descuido ó á culpable olvido, he tomado un momento de mis ocupaciones para marcar de mes en mes ó de semana en semana el resultado de mis misiones y daros cuenta de ellas. Sabreis, pues, mi reverendo Padre, que despues de nuestra última entrevista en Romans empleé tres meses enteros en recorrer el Delfinado, anunciando la palabra de Dios en todas las ciudades, villas y aldeas en donde no habia predicado aun; pero me detuve principalmente en los tres famosos Valles de la diócesis de Embrun, uno de los cuales se llama Lucerna, el otro Argenteya, y el tercero Vaupute. Aunque todo este pais por donde he pasado dos ó tres veces fuese lleno de herejes, el pueblo escuchaba la divina palabra con tanta devocion y respeto, que despues de haber plantado allí la fe con el socorro del cielo, creí que debia volver de nuevo para confirmar á los fieles en la profesion de las verdades que habian abrazado con tal laudable apresuramiento. Entré despues en Lombardía á ruegos de muchas personas, algunas de las cuales me habian invitado con sus cartas y otras habian venido á mi encuentro para conducirme allá. Por quince meses seguidos no he cesado de anunciar el Evangelio á todos aquellos pueblos, en las villas y en los castillos que se hallan en una y en otra obediencia. He penetrado despues en Montferrato y en algunos otros paises de la otra parte de los Álpes, en donde he encontrado gran número de herejes muy diseminados sobre todo por la diócesis de Turin. Al recorrer cuidadosamente aquellas diversas regiones sin cesar de combatir el vicio y la herejía, he tenido el consuelo de ver la prisa siempre mayor de escuchar las verdades de la fe y de recibirlas con sumision. Verdad es que la Gracia del Señor sostenia visiblemente mi ministerio, y confirmaba con señales las palabras de salud que anunciaba á aquellos pobres pueblos. El principal orígen de estos errores y de estas herejías, en cuanto he podido descubrir, es la profunda ignorancia ó la falta de instruccion. Muchos habitantes del pais me han asegurado que de mas de

treinta años á esta parte no se habian visto ni oido otros predicadores que algunos ministros de los vaudenses que acostumbraban venir allí de la Pouille dos veces al año. Esto es, mi reverendo Padre, lo que me causa rubor y temblor al mismo tiempo al considerar la terrible cuenta que tendrán que dar al Supremo Pastor los superiores eclesiásticos y todos aquellos que por su estado y segun su profesion tienen obligacion de ir á buscar á aquellas pobres ovejas para instruirlas, y que sin embargo piensan tan poco en cumplir con este deber. Miéntras que los unos descansan tranquilamente en sus ricos palacios ó en sus cómodas habitaciones, los otros no quieren ejercer su ministerio sino en grandes ciudades, dejando así perecer almas que Jesucristo rescató por la efusion de su sangre. Por falta de un caritativo ministro que reparta el pan de la palabra á aquellas gentes olvidadas ó despreciadas, viven en el error y mueren en el pecado; y hoy dia mas que nunca es una verdad el decir que la cosecha es abundante y muy escaso el número de operarios. Yo suplico incesantemente al Dueño de la cosecha que se digne enviar él mismo operarios en su viña. En otro valle llamado *Luferia* he encontrado un obispo de herejes, el cual no habiéndose negado á entrar en conferencias conmigo ha por fin abierto los ojos á la luz y abrazado la fe de la Iglesia. Paso aquí en silencio tanto lo que respecta á las escuelas de los vaudenses y lo que he hecho para destruirlas, como las abominaciones de otra secta encerrada en un valle que se llama *Poncia*. Bendigo al Señor por la docilidad con que sus sectarios han renunciado á sus falsos dogmas y á todas sus costumbres tan criminales como supersticiosas. Otro dia os diré de que modo se me ha recibido en cierta comarca donde los matadores de S. Pedro mártir fueron á refugiarse en otro tiempo. Tampoco hablaré de la reconciliacion de los güelfos y de los gibelinos y de la pacificacion general, que en estos distritos ha sucedido felizmente á un gran número de facciones. Vale mas callar todo esto, y dar á Dios solo toda la gloria de lo que se ha dignado obrar por mi débil ministerio, por el honor de su Santo nombre y para la salud de las almas. De Lombardía he sido llamado á Saboya por las reiteradas instancias de muchos obispos y de algunos señores del pais, en donde por espacio de cinco meses no he cesado de ir de ciudad en ciudad y de pueblo en pueblo, recorriendo todos los puntos de las cuatro principales diócesis de Aoste, de Taranto, de S. Juan de Moriena y de Grenoble, que tiene gran parte de su territorio en la Saboya; y ahora me hallo en la de Ginebra, en la cual entre otras muchas criminales supersticiones, que es menester combatir, hay una muy esparcida y ya arraigada por antigua costumbre, segun la cual todos los años despues que se ha celebrado la fiesta del cuerpo de Jesucristo los pueblos se reunen de nuevo para solemnizar otra bajo el nombre imaginario de S. *Oriente*. Los religiosos y hasta los curas de

este pais, aunque condenan todos esta supersticion detestable, me han confesado sin embargo que no se atreven á combatirla ya públicamente contenidos por el temor á los pueblos, los cuales no contentos con negarles en lo sucesivo sus limosnas, atentarian contra la vida del predicador. Dios me ha hecho la gracia de despreciar esos vanos terrores, y su divina palabra, que yo no me canso en anunciar, ha tenido ya la fuerza de desarraigar enteramente la impiedad. Estos mismos pueblos, por tanto tiempo entregados á un furor ciego, parecen en el dia confusos de haberse hasta tal punto extraviado, alejándose de la pureza de la fe. Cuando les vea bien confirmados en estos sentimientos de conversion, estoy resuelto á penetrar en la diócesis de Lausana, en donde me dicen que reina aun el paganismo: allí los pueblos, sobre todo los campesinos, hacen abierta profesion de adorar al sol y de dirigir todas las mañanas á este astro sus votos y sus súplicas. El obispo de Lausana, que ha hecho dos ó tres jornadas para venir á invitarme á emprender aquella mision, refiere que los herejes son en gran número en su diócesis, principalmente en las ciudades fronterizas de Alemania y de la Saboya. Asegúrase ademas que estos sectarios son naturalmente fieros, temerarios y audaces. Mas el Señor es mi fuerza, y yo no pongo confianza sino en su socorro: habiendo prometido ya pasar á aquellas regiones podré llegar allí ántes de la próxima cuaresma. Sea cual fuere la voluntad de Dios, la adoraré con sumision. Yo me recomiendo humildemente á V. Reverencia, y lo mismo hace el P. Antonio compañero de mis viajes. Rogamos al Señor que os conserve largo tiempo para el ejemplo de nuestros hermanos y el sosten de la vida regular. Así sea. Acabo esta carta en la ciudad de Ginebra el 17 de Diciembre de 1403.—Fr. Vicente de la Órden de los hermanos predicadores, inútil servidor de Jesucristo y vuestro humildísimo hijo. » M. Sponde que hace mencion de esta carta sobre el mismo año 1403 habla así de nuestro Santo y de sus gloriosos trabajos por la fe: « Era un predicador divino, dado al mundo para la conversion de las almas. Llevó la palabra de salud en todas las comarcas de España, de Francia y de Italia; y como ordinariamente confirmaba sus discursos con milagros, es imposible el decir cuantos millares de pecadores retiró de las vias de iniquidad, ni que multitud de herejes, de judíos y de mahometanos llamó á la fe, sometiéndoles al yugo de Jesucristo, y aun ménos á cuantos enfermos restituyó la salud y las fuerzas. El buen éxito de sus predicaciones era tanto mayor en cuanto era mas excelente su doctrina, su vida muy pura, y llena de prudencia su conducta. Ilustre por el don de profecía, se hizo admirar de todos, amar de todos, y contenia á todo el mundo en su deber. Tenia sobre todos los predicadores del Evangelio, que habian parecido desde el tiempo de los Apóstoles, la particularidad de que sin servirse de otra lengua que la que le

era natural, era entendido de las naciones extranjeras. Los que en el auditorio estaban mas distantes del predicador tenian el placer de oirle como los que se hallaban á su lado; así los ignorantes como los sabios comprehendian todo cuanto se les explicaba, y por largos que pudiesen ser sus discursos, nadie jamas se cansó de escucharle. » Acabamos de ver por el propio testimonio de nuestro Santo, de que manera los pueblos mas groseros, los mas bárbaros, los mas corrompidos acostumbraban recibirle; con que prisa acudian á sus predicaciones, y con que docilidad se les veia someterse á todo lo que él les prescribia para corregir sus creencias ó sus costumbres, ó hacerles abandonar añejas supersticiones. Las que tuvo que combatir en los cantones de Suiza, particularmente en el de Berna, en donde estaba la diócesis de Lausana, ocuparon los primeros meses del año 1404. De allí Vicente Ferrer entró en la Lorena y se detuvo algun tiempo en Toul, en donde por algunos siglos se ha conservado el púlpito desde el cual anunciaba la palabra de Dios á los fieles. Miéntras que continuaba en ganar almas á Jesucristo en el Tulones ó en los paises vecinos, el papa Bonifacio IX murió en Roma en el año décimo quinto de su pontificado. Esta muerte y la promesa solemne que habia dado Benedicto XIII de consentir en la via de la cesion, hicieron por de pronto esperar la terminacion del cisma; pero los cardenales romanos se dieron demasiada prisa á dar un sucesor á Bonifacio. La única precaucion que creyeron deber tomar ántes de proceder á la eleccion fué el prestar juramento en presencia de notarios y de testigos, que aquel de ellos que seria nombrado Papa cederia al pontificado para llegar á la uncion, en caso que Benedicto renunciase tambien á su derecho ó á sus pretensiones. Convínose asimismo que nadie pediria el ser dispensado de este juramento, ni aceptaria su dispensa, y que el que saliese elegido no lo dispensaria á nadie; y por fin, que se obligaria á los cardenales ausentes y á aquellos á quienes el Papa futuro pudiese crear á prestar el mismo juramento. Tomada esta precaucion, eligieron todos á una voz al cardenal de Bolonia, que tomó el nombre de Inocencio VII y fué coronado con las acostumbradas solemnidades el domingo 2 de Noviembre de 1404. Benedicto que sosteniendo siempre su papel, habia enviado ya una embajada á Bonifacio IX para proponerle, segun decia, el contribuir á la union de la Iglesia por la voluntaria cesion de los dos concurrentes, continuó en hacer las mismas proposiciones á Inocencio VII; pero siempre con la misma poca sinceridad y con la lisonjera persuasion de que, no aceptando éste el partido, se honraria á sí propio por sus buenas intenciones á lo ménos á la faz del público. Aun hizo mas: llevando mas adelante el disimulo, hizo publicar por todas partes que nada habia que no estuviese dispuesto á hacer para reunir la Iglesia: decia á todo el mundo que queria ir él mismo á Italia á fin de excitar á Inocencio, á quien trataba

de intruso, á tomar como él la via de union. Segun la reflexion de S. Antonino todos se dejaron engañar con esta promesa; y Benedicto, habiendo logrado para hacer su viaje el décimo en dinero sobre todos los bienes del clero de Francia y de las otras iglesias de su obediencia, se embarcó en Niza en Provenza y llegó en el mes de Mayo de 1405 á Génova, que estaba entónces bajo el dominio del Rey cristianisimo. Uno de los primeros cuidados de este Papa habia sido el mandar á Vicente Ferrer que viniese á unírsele en Italia, y el Santo habia obedecido sin la menor dilacion y habia pasado á Génova casi al mismo tiempo que el Pontífice; pero las miras del uno y del otro no eran las mismas. Benedicto no pensaba sino en servirse del crédito y de la grande reputacion del servidor de Dios para dárselo á su causa y asegurar la tiara sobre su cabeza. Vicente, siempre en ocupaciones mas santas, no buscaba sino el hacer nuevas conquistas á Jesucristo. Deseaba sobre todo la salud del Papa, á quien respetaba como al sucesor de S. Pedro, pero cuya ambicion y terquedad harto conocidas le hacian gemir y temblar. Probó de nuevo el inspirarle el menosprecio de una gloria para que no se expusiese mas á la pérdida de una felicidad eterna. Todos los horrores de un cisma, que duraba hácia ya veinte y siete años, las divisiones y los escándalos que todo el mundo cristiano sufria y de que se lamentaba, la turbacion de las conciencias y la pérdida de una infinidad de almas que perecian en aquella ocasion; todo esto era lo que el hombre de Dios no cesaba de presentar con generosa libertad al obstinado Pontífice. No tenia temor en decirle (y habia diez años que se lo decia) que en el terrible tribunal de Jesucristo todos los males de la Iglesia serian imputados á aquel que se creia ser su jefe, sino los hacia cesar renunciando al papado, cualquiera que fuese el derecho que pudiese asistirle de otra parte; pues que de aquella renuncia dependia la extincion del cisma. «El rebaño, decia, no es para el pastor, sino el pastor para el rebaño; y si el pastor tiene la caridad de Jesucristo, debe estar pronto á dar su vida por sus ovejas. ¿Cuál será pues su crímen si las ve tranquilo perecer? ¿Mas cuál será su castigo, si para conservarse un vano fantasma de grandeza, él mismo ha sido la causa ó la ocasion de la pérdida de ellas?» Estas grandes verdades tan capaces para aterrar los mas endurecidos no movieron aquel corazon, mas duro que un diamante; pero Dios consoló á su servidor por un gran número de otras conversiones, con las cuales continuó en honrar su ministerio. El comercio de genoveses atraia á su ciudad negociantes de todas las naciones, y S. Vicente animó su celo por la instruccion de aquellas gentes. Á mas de los italianos, franceses y españoles contaba entre sus oyentes alemanes, húngaros, sardos y griegos; y se asegura que todos le escuchaban con igual placer. «Esto, dice el Sr. Baillet, pudo hacer el Santo guiado por el espíritu de Dios, por el ministerio de tres ó

cuatro lenguas, cuyo conocimiento el Santo habia adquirido. Las lenguas vulgares de Francia, de España y de Italia eran fácilmente entendidas por todos los extranjeros que vivian en aquellos paises ó que estaban acostumbrados á ellas, y la latina podia suplir para los demas. » Pero este autor, multiplicando así los idiomas de que supone usaba nuestro predicador, habló sin garantía y por solo su cálculo, y parece haber ignorado lo que el antiguo historiador observó tan expresamente, esto es, que en las diferentes regiones en las cuales el ministro de Jesucristo anunciaba el Evangelio nunca hablaba otra lengua que la de su pais; lo cual no impedia que tantos diferentes pueblos y toda suerte de personas de toda edad y de todo sexo entendiesen muy distintamente todo cuanto les enseñaba: lo cual Mariana en su *Historia de España* llama un milagro, del que no se habia visto aun ejemplo desde los primeros comienzos de la Iglesia. Mas no olvidemos una circunstancia, de la que Vicente Ferrer, despues de haber dado tantas pruebas de su caridad y de su tierna compasion hácia los afligidos, dió una muy particular por su amor á la justicia y al reposo público. Sucedió miéntras se hallaba aun en Génova, que un malhechor natural de Valencia en España fué preso por órden de los magistrados, convicto de muchos crímenes y condenado á perder la vida. Muchas gentes y hasta algunas de las que seguian al Santo le rogaron con mucha instancia intercediese con el Dux ó con el senado para que hiciesen poner al reo en libertad: y no le hubiera sido difícil el alcanzarlo; mas él no tuvo por conveniente el turbar el curso de la justicia y se contentó con salvar la vida al criminal, haciendo conmutar la pena de muerte en un castigo menor, y dándole así tiempo para llorar sus primeros desórdenes, quitándole empero la ocasion de cometer otros de nuevos. Las enfermedades epidémicas, que empezaron á aparecer en la ciudad de Génova y que obligaron á Benedicto XIII á salir de ella asaz precipitadamente, no impidieron á nuestro Santo el continuar predicando allí un mes casi entero y proseguir despues su mision por lo largo del Mediterráneo, en toda la provincia que se llama la Ribera ó la costa de Génova. Tenia resuelto entrar en la Toscana y recorrer las demas partes de la Italia; pero fué llamado á otra parte. El rey de Castilla deseaba con el mayor empeño oirle y procurar á sus pueblos un medio de salud de que muchos años habia se aprovechaban los extranjeros. El historiador parece indicar aquí que Vicente Ferrer pasó allá á las primeras instancias de aquel Monarca. Sin embargo, segun la cronología de Henschénius, el rey de Inglaterra solicitaba al propio tiempo la misma gracia; y el Santo difirió su viaje á España, sin duda con la idea de hacer despues una mision mas larga. Despues de haber recorrido los Paises-Bajos y hecho grandes frutos en las ciudades de Flándes, se embarcó para la Gran Bretaña, en donde se cree que estaba ya en 1406. El rey Enrique IV y su

córte fueron los primeros á quienes S. Vicente anunció la palabra de Dios é hizo abrazar las máximas del Evangelio. La ciudad de Lóndres se aprovechó tambien durante aquel tiempo de sus instrucciones, y no salió de aquella capital sino para ir á cumplir con su ministerio no solamente en las provincias de Inglaterra, sino tambien en uno y otro reino de Irlanda y de Escocia. Despues de todas estas correrías apostólicas tan ventajosas para los pueblos, como penosas para el ministro, vino á parar á Francia, en donde parece habia establecido el centro de sus misiones. Apénas es concebible por cierto como un hombre, cuya vida era por otra parte tan austera y tan rigurosas las penitencias, podia sostener con el mismo vigor esta continuidad de trabajos, de fatigas y de viajes por tierra y por mar. ¿Mas hay por ventura cosa alguna difícil para el Todopoderoso? Desde que habia escogido á Vicente para anunciar sus juicios á los pueblos y llamarlos al conocimiento ó á la práctica de su ley, reservado estaba á la Providencia el continuar su socorro y todas las fuerzas de cuerpo y de espíritu que necesitaba para llénar cumplidamente su ministerio. Así que, sin poner jamas su confianza en sí mismo ni en sus propios talentos, nunca el Santo deliberó sobre una empresa por la sola razon de que era difícil. Bastábale que la voluntad del Señor fuese conocida; pues miraba como una consecuencia de su apostolado todo cuanto podia procurar la gloria de Dios ó la salud de las almas, y no descansaba de un trabajo sino por medio de otro. Los dos años de 1407 y 1408 fueron casi enteramente empleados en la reforma de las costumbres de algunas de las provincias francesas, el Poitou, la Gascuña, el Languedoc, la Provenza, la Auvernia. Predicó durante todo el mes de Diciembre de 1407 en la ciudad de Clermont, en donde se conserva una parte de su púlpito en la iglesia catedral y la otra parte se conservaba poco hace en la de los hermanos predicadores. Llevó despues la palabra de Dios al Lyones y á lo largo del Ródano. Despues de haberse detenido algun tiempo en Aviñon, pareció de nuevo en Áix en la Provenza, en donde se cree que continuaria sus trabajos apostólicos en el mes de Octubre de 1408. Henschénius creyó que S. Vicente habia pasado algun tiempo en Aviñon con Benedicto XIII ántes del mes de Octubre de 1408; mas la historia nos dice que este Papa, despues de haberse retirado de Génova en el año 1406, no volvió mas á Aviñon conservándose ya en Marsella, ya en Portvéndres, desde donde pasó á Perpiñan para reunir allí su concilio, que empezó en 1.° de Noviembre de 1408. Miéntras que, al ejemplo de S. Pablo, Vicente Ferrer visitaba por segunda ó tercera vez los pueblos en cuya salud habia ya trabajado, á fin de asegurar mas y mas su conversion y de sostener su fervor, vió con el mayor placer que el Señor abria una nueva puerta á la predicacion del Evangelio. Verdad es que era ya comun el ver á los prelados y á los príncipes cristianos santamente empe-

ñados en llamar á su pais á un ministro de Jesucristo, cuyos ejemplos y discursos parecian renovarlo todo en los lugares que tenian la dicha de acogerle; pero no se habia visto aun el mismo empeño entre los infieles. Á fines de 1408 el rey de Granada, aunque mahometano, habiéndole llamado la atencion todo lo que la fama publicaba de las grandes acciones de Vicente Ferrer, le envió sus cartas y sus diputados para rogarle que le fuese á encontrar, con formal promesa de que podria con toda libertad predicar la fe de Jesucristo en todo su reino. El editor de las *Actas de los Santos* ha creido que este rey moro era Mahometo, por sobrenombre *Abenvalva*, príncipe bravo y generoso, que por sus grandes calidades habia sido preferido á su hermano mayor y habia subido al trono en el año 1396; mas, segun la *Historia de España*, Mahometo murió el 11 de Mayo de 1408, y Henschénius asegura que S. Vicente no partió de Francia para pasar al reino de Granada hasta fines del mismo año. Es pues probable que lo que se acaba de referir debe atribuirse á Joseph, hermano de Mahometo, que habia sido sacado de la cárcel para ceñir la corona de su predecesor. Sea de esto lo que fuere, apénas San Vicente hubo recibido las cartas del príncipe, creyó de su deber el corresponder á sus buenas intenciones. Embarcóse en Marsella y llegó á Granada felizmente, predicó la gloria de Jesucristo y de su cruz á la córte del Rey moro, y lo hizo con tanta dignidad, tanto celo y tanto suceso, que fué aplaudido, estimado del Monarca y admirado de todos los sarracenos. Sus milagros hacian mas eficaces sus predicaciones: ya muchos abandonaban el Koran para recibir el Evangelio, y la multitud del pueblo que pedia la gracia del Bautismo era considerable. Podia muy bien esperarse que estas primeras conversiones serian muy luego seguidas de muchas otras; pero tan asombrosa novedad intimidó á los políticos; y algunos palaciegos amenazaron al Soberano con una próxima revolucion en todo el reino si no mandaba salir de él inmediatamente á aquel predicador cristiano. Aquellos por cuya salud habia sido enviado entre los infieles son conocidos de Dios, pero el don de la fe no fué á todos concedido. Algunos historiadores añaden, que ántes de retirarse de los Estados de los moros S. Vicente hizo abrazar el cristianismo á los pueblos de dos pequeñas villas que pertenecieron despues al reino de Valencia. De regreso á los dominios del rey de Aragon, el hombre de Dios visitó de nuevo los diferentes pueblos que habia tantas veces edificado; recorrió con bastante rapidez una parte de Cataluña, haciendo un poco mas de detencion en la diócesis de Vich y de Gerona sin duda porqué halló allí ó mas abusos que reformar ó frutos mas copiosos que recoger. Por las Actas públicas pasadas en Vich de Ausonia el 31 de Mayo de 1409 parece que nuestro Santo predicaba allí entónces con un éxito extraordinario, que extinguia las enemistades inveteradas, y que aquellas célebres reconciliaciones, cuya

data quiso conservarse, causaron en todo el pais un júbilo universal. En una aldea de la misma diócesis renovó Dios en favor de su ministro, quizas tambien para recompensar la piedad del pueblo que le seguia, el milagro de la multiplicacion de los panes. Este hecho con todas sus circunstancias se halla largamente referido en las *Actas de los Santos*, en el primer tomo de Abril. Á ruegos de D. Martin, rey de Aragon, Vicente partió de la diócesis de Vich en el mes de Junio para ir á juntarse con este Soberano en Barcelona. En esta ocasion fué cuando predijo á algunos de su comitiva la muerte próxima del abad de Monserrate, y cuando anunció al rey de Aragon la de su hijo Martin, rey de Sicilia, acaecida el 15 de Julio de 1409 despues de una famosa victoria que acababa de conseguir sobre los rebeldes de Cerdeña. Puede juzgarse del justo dolor del padre por las grandes calidades de un hijo único, en el cual fundaba todos sus esperanzas, y que fué menester nada ménos que la elevada piedad de S. Vicente y su natural elocuencia para detener las lágrimas del angustiado Monarca. Consolóle cristianamente, y fué tal vez otro de los que le aconsejaron que proveyese para el reposo de su reino para un segundo enlace, que previniendo las contiendas hiciese cesar las cabalas de los pretendientes á la corona, mantuviese la paz entre los pueblos, y desviase las tormentas de que Sicilia y Aragon estaban amenazados. El Rey que solo tenia cincuenta y un años aprobó este consejo y le siguió. Puso los ojos en Margarita de Prádes, princesa de la sangre real de Aragon. Las ceremonias del matrimonio se hicieron en Barcelona el 16 de Setiembre, y nuestro Santo fué invitado á cantar la misa á presencia de Benedicto XIII. Á esta ocasion puede referirse seguramente lo que dice el autor de los *Anales de Cataluña*, de la cual dejó profetizado el Santo que seria tan venturosa en la fe, como en su propagacion, y es que en una de las muchisimas veces que entró el Santo en su amada ciudad (que así llamaba á Barcelona) vió junto á la puerta por donde entraba un resplandeciente mancebo, que con una espada en una mano y un escudo en la otra estaba como haciendo centinela. Preguntóle el Santo, que hacia allí? Y respondió el celeste espíritu, que era el custodio de Barcelona, que la estaba guardando. Participó el Santo en el primer sermon que predicó en la ciudad la maravilla y la felicidad que lograban sus ciudadanos, dando y haciéndoles dar gracias á Dios y al Ángel que les guardaba. Para memoria del prodigio llamáronla desde entónces *Puerta del Ángel*, mandando la ciudad fabricar encima de la misma puerta una capilla consagrada al Ángel Custodio barcelones, y que todos los años á 2 de Octubre se festejase al Ángel en dicha capilla y se celebrasen en ella cuantas misas se pudiese, venerándole por uno de los tutelares de Barcelona, donde es tradicion el prodigio, confirmado en un altar de mas de doscientos años de antigüedad de la catedral de Barcelona dedicado al Ángel Custodio y á San

Bernardino de Sena en la capilla cuarta á mano izquierda al entrar por la puerta principal de la iglesia, donde está representado con pintura antiquísima el prodigio en uno de los tablones á la parte del Evangelio. «Á todo lo cual añade el cronista, que á nuestro Santo se le llamaba comunmente Fray Vicente catalan, no porqué lo fuese por naturaleza, pues su patria era Valencia, aunque originario de Cataluña, sino porqué las naciones á todos los de los reinos de la corona de Aragon llamaban catalanes; y por lo mucho que favoreció á Cataluña, como hemos visto ya.» Y aludiendo sin duda á esta misma época, refiere el citado cronista, «que se hallaba en este tiempo clarin evangélico S. Vicente Ferrer en Barcelona, á la cual favoreció en distintas ocasiones, colmándola de favores y raras maravillas. Venia el Santo acompañado de grande multitud de discípulos de todas lenguas y naciones: entre tantos, hallábanse algunos pobres y mal arropados: ocasion que movió la piedad de Barcelona á deliberar en el consejo trescientos florines de oro para que se empleasen en la asistencia y vestidos de la comitiva del Santo, con atencion á la necesidad y estado de los menesterosos. Hallábase tambien en Barcelona el papa Benedicto para tratar con el Rey y las córtes la forma del bien de la Iglesia, ó bien de mantener la Suprema silla: y como hubiese llegado la noticia de la muerte del rey de Sicilia, hijo único de D. Martin, S. Vicente y los concelleres de Barcelona llevaron al Rey la triste nueva; miéntras que los cardenales de los dos colegios, es decir de Benedicto y de Gregorio XII que habia sucedido á Inocencio VII, reunidos en el concilio de Pisa, trabajaban para volver la paz á la Iglesia, eligiendo por pontífice á Fr. Pedro Philareto de la Órden de los menores, que se nombró Alejandro V y dando por cismáticos á Benedicto y á Gregorio.» Vicente continuaba con el mismo celo en edificar y regocijar á la misma Iglesia tanto por la conversion de los pecadores y de muchos judios, como por la santidad que hacia reflorecer en el clero. Despues de haber ejercido su ministerio en la ciudad y en la diócesis de Barcelona desde 14 de Junio hasta 17 de Setiembre, fuése á hacer la mision en la ciudad de Tortosa y en todas sus cercanías. Refieren que habiéndose un dia reunido en Tortosa el pueblo para oir la palabra de Dios y habiendo aparecido el Santo en el púlpito, guardó silencio por bastante tiempo y sorprehendido el auditorio, no sabia á que atribuirlo. El Santo predicador interrumpió su oracion para calmar la inquietud de sus oyentes. «No os admireis, les dijo, si no empiezo todavía mi discurso: espero el efecto de la gracia de Dios, de que presto vais á ser testigos. Recibid con bondad las personas que van á entrar en este auditorio y cededles los mas cómodos locales.» Apénas habia acabado de decir estas palabras, cuando todos los judios que componian la sinagoga de Tortosa entraron á la iglesia: todos los demas circunstantes se apresuraron á hacerles lugar; y cuando

todo el mundo estaba sentado, Vicente Ferrer dirigiendo la palabra á algunos de estos judíos, les preguntó si alguien les habia persuadido á venir á mezclarse así con los cristianos en un acto de Religion. «Nadie, respondieron ellos, ha pensado en darnos este consejo: por nuestro propio movimiento, ó mas bien por la inspiracion de Dios, hemos resuelto el venir á escucharos.» El Santo no les preguntó mas, sino que tomando de su confesion misma la materia de su discurso, habló con tanta fuerza y uncion de la vocacion á la fe, explicó con tal claridad los principales puntos de la Escritura que miran al Mesías, y al mismo tiempo la Gracia hizo tan poderosa impresion en los corazones de sus oyentes, que la mayor parte de aquellos judíos y lo mas escogido de ellos abandonó aquel mismo dia la sinagoga para recibir el Bautismo y profesar en adelante la fe de Jesucristo. En otra ocasion, miéntras que S. Vicente anunciaba la palabra de Dios á las orillas del rio Ebro, en donde habia varias chozas para albergar á los pobres campesinos ó destinadas á custodiar el heno y la paja, advirtió que en una de aquellas cabañas se encendia un fuego peligroso y mandó partir algunas personas para contener las llamas. Los que para esto habian sido enviados quedaron al momento sorprehendidos de no ver ni fuego ni vestigio alguno de incendio en el lugar señalado; pero muy luego sus investigaciones les condujeron á un rincon mas oculto, en donde dos jóvenes de diferente sexo habian creido poder ocultar al conocimiento de los hombres el fuego impuro que les devoraba. La Providencia hizo servir su confusion para su enmienda y para la correccion de muchos otros. Los frutos de las predicaciones de S. Vicente en la diócesis de Tortosa le detuvieron en aquel pais hasta la semana santa del año 1410. El dia de viérnes Santo fué á despedirse de aquel pobre pueblo, que quiso acompañarle léjos de la ciudad, colmándole de bendiciones; mas su piedad y su reconocimiento les hubieran costado caros, si el Santo, despues de haber trabajado con tanto fervor en la salud de su alma, no hubiese obrado aun otro milagro para salvar la vida de su cuerpo. Sobre la orilla del Ebro no hay mas que un puente de barcas unidas las unas con las otras, y cubiertas por gruesas tablas de madera. Sobre este puente pasaba el rio nuestro Santo al retirarse de Tortosa: la multitud de pueblo que le seguia era tan grande, que muchas de aquellas barcas cediendo al peso se llenaron de agua, las tablas se descoyuntaron en algunos puntos y todo el puente parecia ya derribado. Aquel gentío espantado reclamó con lágrimas la misericordia de Dios y el socorro de su servidor. Vicente unió su humilde plegaria á los votos de todo el pueblo, le bendijo en seguida, le confortó y le libró del peligro. Segun las apariencias, pocos deberian de haber escapado, y por un milagro de proteccion nadie pereció. Estando Tortosa á cuatro leguas de las fronteras del reino de Valencia, nuestro Santo no pudo de-

negarse á las necesidades y á las reiteradas instancias de sus compatricios, que no solo le enviaron mensajeros, sino que vinieron en tropel á su encuentro para suplicarle que no olvidase su patria, la cual deseaba aprovecharse todavía de sus instrucciones. Vicente no obstante no se detuvo en la capital sino muy pocos dias, porqué en todas las villas y aldeas que hallaba en su tránsito se detenia tanto como juzgaba necesario para catequizar familiarmente á los pueblos, reconciliar á los enemigos, terminar los litigios, destruir las supersticiones, remediar los escándalos é inspirar á todo el mundo el temor de los juicios de Dios y la observancia de su ley. Entre los fieles, que movidos por sus discursos se proponian un nuevo plan de vida para asegurar su salvacion, habia algunos que, despues de haber restituido los bienes mal adquiridos, vendian todo lo que podia pertenecerles, distribuian el precio entre los pobres, y se ponian á seguir á S. Vicente para aprovecharse por mas tiempo de sus divinas instrucciones y sostener su naciente fervor con la fuerza de sus ejemplos. Un ciudadano de Valencia llamado Gaja, entre muchos otros, habiendo tomado la misma medida, vino á encontrar á Vicente Ferrer y le declaró que con el objeto de seguirle donde quiera que fuése habia vendido todos sus bienes por la suma de cuatrocientos escudos de oro, y le rogó al propio tiempo le dijese que es lo que deberia hacer de aquel dinero. Id, le respondió el Santo y poned vuestro tesoro en manos de los pobres, é imitad la pobreza de Jesucristo, el cual os hará participar un dia de sus riquezas. Gaja no quiso oir mas razones, empezó desde luego á tomar sus medidas; pero no hizo tanto como parecia estar resuelto á hacer. Despues de haber dado solamente una parte de su dinero, volvió al momento á encontrar al hombre de Dios y le dijo con confianza: «Padre mio he practicado todo cuanto vos me mandasteis»: *feci, inquit, Pater, quod suasisti.* Pero Vicente Ferrer, instruido de la accion de Gaja, como S. Pedro de la de Ananías, le hizo á corta diferencia la misma respuesta, sin tratarle con el mismo rigor. «La precaucion que habeis tomado, le dice, de retener doscientos escudos para las necesidades en que temeis encontraros, es una prueba de que no poneis toda vuestra confianza en el Señor, y por esto solo no os teneis por digno de ser asociado á los que me siguen con un entero desprendimiento. No quiero yo en mi compañía hombres cargados de oro ni de plata, sino cristianos llenos de fe y ricos en virtudes.» Humillado Gaja no añadió la terquedad á la mentira; prosternado á los pies del Santo confesó todo lo que habia hecho y obtuvo el perdon de su falta; y habiendo distribuido de buena fe todo cuanto le quedaba, se unió á aquel gran número de penitentes que iban por todas partes en seguimiento del Apóstol del siglo XV. Á fines de Mayo, predicando Vicente en una poblacion llamada Morella, cerca de Valencia, interrumpió por un momento su discurso, y dijo en se-

guida á su numeroso auditorio: «para prepararos á grandes acontecimientos y llamar hácia ellos vuestra atencion, quiero advertiros que ántes de ocho dias se oirá un espantoso trueno que infundirá el terror por todo el pais, y despues que habrá herido el rayo, habrá mucha sangre derramada.» Atemorizado todo el pueblo, aguardaba la explicacion de aquellas palabras, y el Santo no tuvo dificultad en declararles que muy pronto sabrian las tristes nuevas de la muerte de su Soberano: profecía que fué demasiadamente cumplida en todas sus circunstancias. D. Martin rey de Aragon, el último de los condes de Barcelona que habian reinado por espacio de mas de seiscientos años, murió en Barcelona á 31 de Mayo de 1410, durante la asamblea de los estados que habia reunido en la capital de Cataluña. Como no dejaba hijos, ni habia designado su sucesor á la corona de Aragon, empezaron desde entónces las facciones y las contiendas que fueron seguidas de muchas muertes. Luego veremos lo que hizo nuestro Santo para terminar aquellas grandes disputas, y prevenir guerras mas sangrientas. Pasamos ahora en silencio los pormenores de los milagros que obró en la ciudad y en la diócesis de Valencia, y que contribuyeron no poco al buen éxito de la mision. Viéronse enfermos curados, poseidos del demonio libertados, hipócritas confundidos, y todos aprendieron á admirar la misericordia de Dios en los juicios de su justicia. El 24 de Junio, miéntras que se solemnizaba la fiesta de S. Juan Bautista, fué presentada á Vicente Ferrer una mujer, que se aseguraba ser muda de nacimiento. El Santo, sin embargo, dirigiéndole la palabra, le dijo: «¿Qué pedis, hija mia?» «Pan, le respondió ella, y la facultad de hablar:» *Panem volo et officium linguæ*. «Jamas os faltará pan, replicó el servidor de Dios, pero vuestra lengua no será desatada: por beneficio vuestro el Señor le ha puesto lazos, necesarios á la conservacion de la vida del alma y del cuerpo. No le pidais pues lo que su misericordia os niega: contentaos con rogarle y alabarle en espíritu, no cesando jamas de rendirle acciones de gracias.» «Así lo haré,» respondió todavía aquella mujer; y asegura el antiguo historiador que aquellas fueron las últimas palabras de su vida, aunque vivió muchos años. Este hecho, que puede servir de materia á muchas reflexiones, no debe confundirse con un gran número de otros, que nos vemos obligados á omitir. Mariana en el libro XIX de su *Historia general de España* hablando de los muchos varones de los mas señalados por su doctrina y santa vida, que defendian y seguian el partido de Benedicto XIII, dice: «Entre « otros S. Vicente Ferrer, gran gloria de Valencia su patria, y de su Órden « de Sto. Domingo por el buen olor que de sí daba, y el grande fruto que « hizo en todas las partes en que predicó la palabra de Dios, que fueron « muchas, como trompeta del Espíritu Santo y gran misionero del Evange- « lio. Averiguóse que las naciones extrañas le entendian, si bien predicaba

« en su lengua vulgar, los italianos, los franceses, los castellanos: gracia « singular, y despues de los Apóstoles, á él solo concedida. Los milagros « que obraba, y con que acreditaba su doctrina, eran muy ordinarios: « daba vista á los ciegos, sanaba cojos, mancos, enfermos, y aun resuscita- « ba los muertos. Todo lo cual hace mas creible lo que se dice de la innu- « merable muchedumbre de gente, que por su medio salió de las profundas « tinieblas de vicios y de ignorancia en que estaban. De los viciosos que « convirtió no diré nada: en sola España por su predicacion se bautizaron « ocho mil moros y treinta y cinco mil judíos, cosa maravillosa. En particu- « lar, en el obispado de Palencia, se hicieron cristianos casi todos los judíos, « que por ser hacendados y en favor del bautismo quedar libres de diezmos « y otros pechos y derramas, las rentas del obispo D. Sancho de Rójas, que « á la sazon lo era de aquella ciudad, se adelgazaron de suerte, que le fué « necesario hacer recurso al Rey y ganar un privilegio real, que hoy se « muestra, en que le concede para recompensa de aquel daño cierta cantidad « de maravedis de las rentas reales. La alegría que por esta causa resultaba « en todo el reino se aumentó con el parto de la Reyna, etc. » Mas estos fru- tos de bendicion, que el Santo predicador recogia con tanta abundancia en las provincias de España, nunca le impidieron el correr, ó por decirlo me- jor, volar á todos los lugares á que el espíritu de Dios le conducia. El sabio Henschénius cree que fué durante este año 1410 cuando los pueblos de Italia enviaron á rogar á nuestro Santo que tuviese á bien el ir á hacer en la Tos- cana lo que habia resuelto en otro tiempo ántes de su viaje á Inglaterra. Accedió á sus instancias, volvió á aparecer en Italia, y el principal fruto de su ministerio en las diócesis de Pisa, de Sena, de Florencia y de Luca fué la pacificacion de las turbulencias, la reconciliacion de las familias divididas, la renovacion de la piedad cristiana y de muchas prácticas de Religion, ya olvidadas ó en demasía descuidadas en aquellos infelices tiempos de faccion y de cisma. La muerte del papa Alejandro V, el partido de Gregorio XII, que si bien muy debilitado y humillado se sostenia aun, y la creacion de Juan XXIII, cuya reputacion era demasiado equívoca para captarse la confianza de los fieles, todo esto habia puesto las cosas de Italia en un espantoso cáos. No fué pues inútil la presencia del Santo en aquel pais; pero su permanencia en él fué demasiado corta para el consuelo de las gentes de bien. Hallándose hácia el fin de 1410 ó á principios del siguiente en Porto-vénere, hoy Port- véndres, cerca del golfo de la Specia, Vicente recibió cartas y un enviado de Juan II, rey de Castilla, que le suplicaba con tal encarecimiento que pa- sase sin dilacion á sus Estados, que el Santo no lo difirió un momento. Toda la serie de sus correrías evangélicas en los reinos de Leon, de Murcia, de Castilla, de Andalucía, de Astúrias, y de muchas otras comarcas que él re-

corrió por el año 1411 y siguientes, se halla en uno de sus sermones, cuyo manuscrito conservaba todavía Juan Ribera, arzobispo de Valencia en el principio del siglo XVII. Hemos ya señalado, con Mariana, una parte de lo que habia hecho el servidor de Dios en la diócesis de Palencia en el reino de Leon; pero no fué ni ménos útil ni ménos glorioso su ministerio en el de Murcia. Los malos cristianos, los judíos y los moros que convirtió en la capital de este nombre, en donde predicó sin interrupcion desde el domingo de sexagésima hasta el mártes despues de Pascua, fueron en número muy considerable. La mano de Dios estaba con él para arrojar á los demonios y destruir las obras de Satanás. Servíase tambien útilmente del don de profecía para descorrer el velo á los malignos artificios de un impostor. Y para animar mas el reconocimiento de los fieles y su fervor en el servicio de Dios, despues de haberles procurado las riquezas espirituales, no rehusó el socorrerlos en sus necesidades temporales. Las orugas y las langostas desolaban sus trigos y sus viñedos, y el Santo bendiciendo todos sus campos hizo desaparecer aquellos insectos; y las vendimias y la siega fueron asaz abundantes para que en aquel año nada se sintiese de los estragos de la carestía de que se creian amenazados. Despues que el ministro de Jesucristo, cuyo celo no descansaba jamas, hubo anunciado el Evangelio en todas las villas y lugares del reino de Murcia, que bajo el dominio de los reyes moros habian formado parte de la vieja Andalucía, entró en Castilla la Nueva y recorrió todos sus puntos desde el mediodía al septentrion, haciendo donde quiera frutos increibles. Todos los dias parecia en el púlpito, y todos sus sermones quedaban señalados por algunas nuevas conversiones. Cuando la enfermedad le obligaba á suspender un poco la continuacion de tantos trabajos, hacia anunciar la palabra de Dios por alguno de los eclesiásticos ó de los religiosos de su Órden que le acompañaban en sus misiones; pero á pesar del mal y de los vivísimos dolores con que se hallaba agobiado, como no por esto dejaba de continuar sus prácticas ordinarias de penitencia, trabajaba tambien de otra manera en la salud de aquellos que venian á visitarle, los unos por recibir su bendicion y encomendarse á sus oraciones, los otros por comunicarle sus tribulaciones y sus penas, sus dificultades y sus apuros. En un estado en que por lo regular solo se ocupa el doliente en lo que sufre, Vicente se ocupaba del todo en el interes espiritual de sus hermanos. Instruia y consolaba con caridad á los afligidos, hacia cesar las disensiones y las querellas entre aquellos que se arruinaban para proseguir sus animosidades. Obligaba á aquellos á restituir lo que habian injustamente adquirido, ó á dar algun descanso á sus deudores, y comprometia á éstos á que tomasen sus medidas para satisfacer á sus acrehedores. Su reposo venia, pues, á ser casi tan útil como su trabajo; y desde que sus fuerzas empezaron á restablecerse,

volvió á emprender con un nuevo fervor el curso de sus viajes y de sus predicaciones. Entre las ciudades y pueblos de la Nueva Castilla, que honró con su permanencia en los meses de Mayo, de Junio y de Julio, son particularmente notables los de Marina Seca, de Originela y de Barbastro. En ésta reunió el pueblo consternado por una horrible tempestad, y la hizo cesar en el momento en que los vientos, los relámpagos y los rayos parecian ir á abismarlo ó abrasarlo todo. Atribuyó este inesperado favor á la intercesion de los príncipes de los Apóstoles, cuya fiesta se solemnizaba en aquel dia. « Los « ruegos de los Apóstoles, dijo desde el púlpito, cuya celebridad solemni- « zamos en este dia nos han valido en gran manera; y si no hubiesen ellos « corrido ante la majestad de Cristo intercediendo por nuestra salud, sin « duda que la tempestad hubiera asolado toda esta comarca, pues ni hojas « hubieran quedado en los árboles, ni un ramo verde en los campos, por- « qué no solo agua, nieve y granizo caian del cielo, sino hasta piedras « ígneas, etc. » Á principios del mes de Agosto se hallaba en Ocaña, en donde predicó el panegírico de Sto. Domingo y de S. Lorenzo. Los habitantes, llenos de veneracion hácia el hombre de Dios, hallaron el medio como apoderarse de su capa, que miraron desde entónces como una preciosa reliquia, y la conservan todavía religiosamente en una de las parroquias de aquella villa, y la llevan en procesion en las calamidades públicas. De Ocaña el Santo pasó á Toledo, y el pueblo de aquella ciudad célebre, que tenia un extremado deseo de oirle, corrió tan apresurado á sus predicaciones, que los judíos se confundieron muchas veces con la multitud de los cristianos. Si una simple curiosidad, ó el prurito tal vez de contradecir, habian sido los primeros motivos que los impulsaron, la Gracia purificó despues sus intenciones. Movidos desde luego y casi persuadidos ya en su primer discurso, quisieron continuar en oir al predicador apostólico; y aquellas semillas de conversion que habia echado ya en sus corazones no tardaron en dar el fruto que él esperaba. Ántes de salir de Toledo tuvo el consuelo de poder recomendar á la vigilancia de los párrocos algunos millares de judíos, que debian acabar de instruirse mas despacio para prepararlos á la gracia del Bautismo, que pedian con humildad. El Santo transformó su sinagoga en una iglesia, que fué consagrada á Dios bajo la invocacion de la Santísima Vírgen. En la misma ciudad de Toledo, durante la celebracion de los santos misterios, tuvo revelacion de la muerte de una de sus hermanas que acababa de terminar sus dias en Valencia, la cual habia conservado siempre su virginidad y coronado con una muerte cristiana una vida preciosa y rica en virtudes. Vicente Ferrer no dejó de recomendarla á las oraciones de su auditorio. Esta fué la última mision que hizo nuestro Santo ántes de pasar á la córte de Castilla. Omitirémos aquí lo que refieren los historiadores acerca del magnífico re-

cibimiento que le hizo el rey D. Juan II. Predicó Vicente delante de S. M. el primer domingo de adviento, y obtuvo del príncipe un edicto para obligar á los judíos y á los moros que persistian en su falsa religion á llevar consigo alguna seña particular que los distinguiese de los cristianos, porqué se habia observado que su comercio con éstos, sobre todo con los nuevos convertidos, tenia á menudo consecuencias contra las cuales convenia tomar algunas precauciones. Habiendo continuado sus predicaciones en Valladolid durante todo el mes de Diciembre, Vicente Ferrer pasó á principios de 1412 á Salamanca, en donde Dios glorificaba tambien su ministerio con nuevos prodigios y por número aun mas considerable de conversiones. La resurreccion de un muerto, que obró en presencia de un pueblo infinito y cuya memoria se quiso conservar por medio de un monumento que todavía subsiste en aquel lugar, no influyó quizas tanto en que se respetase la santidad del servidor de Dios como el inopinado cambio de todos los judíos que se hallaban en Salamanca. En cuanto al prodigio de la resurreccion de un muerto, las *Actas de los Santos* consignan el hecho con estas palabras: *Jussit adduci cadaver occisi hominis, qui tunc afferebatur ad sepulchrum; illumque coram omnibus suscitavit; præcepit enim in nomine Christi, ut è feretro surgeret, et statim surrexit. In cujus rei testimonium fixa ibi fuit crux lignea, quam per plures annos ego sæpe vidi*, etc. En cuanto al inopinado cambio de los judíos se refiere, que miéntras que aquellos infieles estaban reunidos en su sinagoga para sus ceremonias ordinarias, nuestro predicador entró allí de repente con una cruz en la mano, y habiéndoles suplicado que quisiesen escuchar con paciencia lo que venia á anunciarles, empezó su sermon. El Espíritu Santo, que hablaba por su boca, se insinuaba al mismo tiempo en los corazones de aquellos. De la sorpresa pasaron los judíos á la admiracion, y escucharon con gusto unas verdades, que si las habian despreciado hasta entónces era porqué no las habian profundizado. Derramándose así profusamente la luz en su alma, cayó la venda de su corazon; declararon que ellos querian ser cristianos y pidieron el Sacramento que debia regenerarlos en Jesucristo y hacerlos hijos de su Iglesia. Cambiada aquella sinagoga en una casa de oracion para uso de los fieles, conserva en el dia el nombre de Sta. Cruz, y pertenecia hasta la supresion de los conventos en España á los religiosos de la Órden de la Merced. Pretenden algunos que al salir de Salamanca Vicente Ferrer fué á predicar en las ciudades de Zamora y de Plasencia, y que de allá habiendo vuelto á entrar en Castilla la Nueva hacia su mision en Guadalajara, cuando los estados del reino de Valencia le rogaron que pasase á Aragon en la ocasion de las disputas de los pretendientes de aquella corona. La conclusion de este grande negocio, que dos años habia llamaba la atencion general en los rei-

nos de España, hizo mucho honor á nuestro Santo; pues de todos los medios humanos de que quiso servirse la Providencia, se echa de ver que el voto de Vicente Ferrer, sus luces, su sabiduría, su elocuencia y su crédito contribuyeron sobre todo lo demas al deseado suceso. Y como este es quizas único en la historia de los pueblos y honra sobremanera la cordura, sensatez y alto grado de civilizacion de nuestros mayores, no será inoportuno que lo presentemos con algunos de sus curiosos pormenores. Inmediatamente despues de la muerte del rey D. Martin de Aragon los catalanes, los aragoneses y los del reino de Valencia habian convocado, cada cual separadamente los estados de sus provincias respectivas, á fin de deliberar acerca de las medidas que deberian tomarse para arreglar la sucesion del reino. Los pareceres de las tres naciones eran, como suele suceder en tales lances, enteramente divididos y las inclinaciones del todo opuestas. En Cataluña, así como en los dos de Aragon y de Valencia, habia diferentes facciones: cada uno de los concurrentes podia gloriarse de tener su partido y sus amigos, y cada partido no pensaba sino en hacer recaer la corona en la cabeza de aquel de quien esperaba sacar mas ventajas. Todos, dice un historiador español, tenian sus miras y sus intereses particulares á las cuales se mostraban mucho mas sensibles que al bien comun y á la gloria del reino. Una gran parte de los señores catalanes se declararon abiertamente por el conde de Urgel; pero los mas acérrimos en favor de este partido eran los *Cardonas* y los *Moncadas*, dos de las mas poderosas casas de aquel principado. El conde de Urgel tenia tambien sus partidarios entre los aragoneses. Los señores de *Alagon* y de *Luna* estaban unidos en su favor con los Moncadas y los Cardonas. Verdad es que D. García de Heredia, arzobispo de Zaragoza, se opuso á aquel conde, y parecia el único capaz por su crédito y por sus intrigas de hacer quedar burladas sus pretensiones. Así D. Antonio de Luna para llevar á cabo su proyecto habia hecho cobardemente asesinar á aquel arzobispo cerca de Almunia. Este atentado, sin embargo, no tanto sirvió para adelantar los negocios de los que habian sido sus autores, como para arruinarlos sin recurso. El horror de tan enorme crímen hirió hondamente todos los ánimos y los indispuso. Como no podia concebirse que lo que se habia concertado á favor del conde de Urgel se hubiese ejecutado sin participacion suya, fué por ello generalmente acriminado: muchos de los que por él se habian interesado se unieron con sus enemigos para no hacer que les mandase ya mas un hombre que queria, al decir de ellos, subir al trono por el crimen y cimentar desde luego su corona sobre la sangre de uno de los primeros prelados de la nacion. Toda la nobleza de Aragon tomó las armas: los vasallos, á ejemplo de sus señores, se armaron tambien; los unos para vengar al arzobispo y á su ilustre familia; los otros para defender

al conde á quien no se habia convencido de ser el autor ó el cómplice del asesinato. Vióse ya desde entónces el triste cumplimiento de lo que habia predicho nuestro Santo en el momento en que Dios le habia dado á conocer la muerte próxima del rey D. Martin. Para cortar de un solo golpe la raiz á los males que se sufrian ya, y prevenir otros mucho mayores que amenazaban, era necesario terminar cuanto ántes un negocio tan capaz de encender el fuego en todas las partes de la monarquía. Y urgia tanto mas el procurarlo á toda costa en cuanto se temia al propio tiempo la guerra por parte de Francia y de Castilla, que teniendo cada cual sus pretensiones, parecian la una y la otra resueltas á emplear la fuerza si no se les cedia de buen grado la corona. En tan embarazosas circunstancias, los estados de Aragon, de Valencia y de Cataluña nombraron sus diputados con órden de reunirlos y de conferenciar en un espíritu de paz sobre el partido que debia tomarse. Congregados por fin los parlamentos, dice el estimable autor de los *Condes de Barcelona vindicados*, el de Cataluña en Tortosa y el de Aragon en Alcañiz, por la proximidad de estos dos pueblos entre sí, y con la desunida Valencia, y superados no sin gran trabajo todos los obstáculos, se aprobó en la iglesia de Alcañiz el dia 15 y el 16 de Febrero de 1412 por los síndicos de las tres provincias ó reinos, incluso el de Mallorca que representaba unido á Cataluña, el concierto y resolucion que contiene veinte y ocho capítulos, reducidos á que aquella gran causa se cometiese á nueve personas de conciencia pura, buena fama, y tan constantes que pudiesen proseguirla hasta su fin, y que hubiesen de declarar y nombrar la persona á quien segun justicia debiese prestarse el juramento de fidelidad. Se les señaló el castillo de Caspe, de la Órden de S. Juan, concediéndoles la mas amplia jurisdiccion en dicho castillo y villa, con autoridad del sumo pontífice Benedicto Luna, que para esto dió su consentimiento y plena voluntad: que estas nueve personas ó jueces fuesen graduados, á saber; tres en primer grado, tres en segundo y tres en tercero, y que no pudiesen llevar en su compañía mas de cuarenta familiares, con armas ó sin ellas: que se diese poder amplio á estos jueces para entender en el negocio: y que lo que los nueve, conformes, ó seis declarasen, con tal que en este caso hubiese á lo ménos uno de cada provincia, se tuviese por verdadero y firme: que esta declaracion ó fallo debiesen darla dichos jueces desde el dia 29 de Marzo hasta el 29 de Mayo de aquel año, facultándoles para prorogar el plazo en caso necesario hasta el 29 de Julio, y no mas: que los jueces, despues de haber confesado y comulgado públicamente, jurasen á Dios Ntro. Señor con grande solemnidad que procederian en aquel arduo negocio con toda la prontitud que les fuese posible; y que segun Dios, buena conciencia y justicia publicarian el verdadero Rey y señor pospuesto todo

amor y odio, y que guardarian inviolable secreto hasta la publicacion: que los competidores fuesen oidos por turno de su llegada: que en caso de imposibilitarse alguno de los nueve, los ocho restantes eligiesen en su lugar otro juez de la misma provincia del imposibilitado: que se nombrasen tres capitanes, uno aragonés, otro catalan y otro valenciano para guardas del castillo, con juramento de fidelidad y de obediencia á los nueve jueces; señalando á cada capitan cincuenta hombres de armas y cincuenta ballesteros, y que nadie pudiese acercarse al castillo de cuatro leguas al radio con mas de veinte hombres á caballo armados, sino los embajadores de los pretendientes, los cuales podrian ir acompañados de cincuenta personas y cuarenta cabalcaduras; y finalmente, que los parlamentos de las tres provincias no se disolviesen hasta la publicacion de la sentencia, y que debiesen reconocer por legítimo al Rey que los nueve jueces declarasen en la forma predicha. Este fué en substancia el auto de concierto de los síndicos de los parlamentos que se notificó inmediatamente á los aspirantes para que enviasen á Caspe sus procuradores y abogados á deducir de su derecho: y aunque precedieron varias contradicciones y disputas sobre el nombramiento de los nueve jueces y otros puntos, fueron al fin elegidos los siguientes: Por Aragon en primer grado, D. Domingo Ram, obispo de Huesca, doctor en cánones. 2.°: Fr. Francisco Aranda, donado del monasterio de PP. Cartujos de Porta Cæli, natural de Teruel. 3.°: Berenguer de Bardaxí, letrado. Por Cataluña en primer grado, D. Pedro de Zagarriga, licenciado en sagrados cánones y arzobispo de Tarragona. 2.°: Guillelmo de Vallseca, doctor en leyes. 3.°: D. Bernardo Guálbes ó Guálbis, doctor en ámbos derechos. Por Valencia en primer grado, D. Bonifacio Ferrer, prior general de la Cartuja, doctor en cánones. 2.°: Fr. Vicente Ferrer, del Órden de predicadores, maestro de teología. 3.°: Ginés Rabassa, doctor en leyes, y por su trastorno de razon fué nombrado Pedro Bertran, doctor en derechos, de la ciudad de Valencia. Los aspirantes eran los siete personajes siguientes, habiendo todos derecho y teniendo por tronco comun á D. Jayme II, rey de Aragon: D. Luis, duque de Calabria; D. Fadrique conde de Luna, hijo bastardo de D. Martin rey de Sicilia; D. Fernando, infante de Castilla, aspirante electo; D.ª Isabel, con el último conde de Urgel; D. Jayme, último conde de Urgel, con D.ª Isabel de Aragon; D. Alonso, duque de Gandía, menor, y D. Juan conde de Prádes. ¡Resolucion extraordinaria la de este parlamento, exclama el historiador Mariana, de la cual no nos habian dado aun ejemplo los siglos pasados, y de que no se hallará tal vez otro en los siglos que han de venir! Porqué, ¿puede darse cosa mas sorprehendente que dejar en manos de un corto número de personas el poder de disponer á su gusto de una corona? Mas ¿como se dice que aquellos prudentes árbitros podian disponer á su

gusto de la corona? Su comision y su deber eran de examinar maduramente el derecho de cada uno, discutir con cuidado sus razones, ver sus títulos y examinarlos, y pronunciar en nombre de las tres naciones en favor de aquel á quien juzgasen que pertenecia el trono. Todos los árbitros, de otra parte, eran hombres justamente estimados por su prudencia, sus luces, su probidad; y todo hacia esperar una resolucion acertada. Desde el momento en que los jueces fueron nombrados por los estados de sus provincias respectivas, pasaron todos al lugar destinado para las conferencias. San Vicente partió de Castilla, y fué á juntarse con los demas en Caspe. La primera cosa que hicieron los árbitros fué expedir cartas circulares, por las cuales citaban á los pretendientes á la corona de Aragon para comparecer delante de ellos, con una expresa declaracion, de que serian considerados como declinados de sus derechos y de sus demandas si en el dia señalado no comparecian, ó por sí, ó mediante apoderado. Algunos asistieron: otros se contentaron con enviar diputados hábiles y de confianza para hacer valer sus pretensiones y mirar por sus intereses. Á medida que iban llegando se les hacia prometer con juramento que estarian y se sujetarian á la decision de los árbitros. Esta precaucion era necesaria, y veremos que ni aun fué suficiente. Habiendo sido rigurosamente examinado el derecho de las partes, dice un historiador frances de nuestro Santo, y despues de haber sido discutido con toda la atencion que merecia la importancia del negocio, Federico conde de Luna primer hijo natural de Martin rey de Sicilia fué ante todo excluido del número de los aspirantes, á pesar de todas las intrigas del papa Benedicto, que siendo pariente suyo obraba vivamente por él. Mas los jueces, dice Mariana, creyeron no deber ajar el antiguo lustre de la casa de Aragon y de sus reyes dándoles por sucesor una persona, cuyo nacimiento tenia algo de que avergonzarse. El conde de Urgel y D. Fernando de Castilla tenian derechos mas reales, y se reconoció que este último era el mas próximo heredero de la corona. Fernando era hijo de Juan I, rey de Castilla y de Eleonor, hija de Pedro II, rey de Aragon, hermana de D. Martin, cuya muerte dejaba vacante el trono. Á mas de que Fernando sobre ser valiente en su persona y haber vencido muchas veces á los moros y tomado de ellos muchas ciudades, habia dado grandes pruebas de su probidad y de su rara moderacion cuando rehusó la corona de Castilla que los grandes del reino le ofrecian por temor de que los sarracenos, con quienes estaban en guerra, no se prevaleciesen de la edad demasiado tierna de su sobrino, á quien tocaba el trono de Castilla por derecho de nacimiento. Tal fué el príncipe á cuyo favor se reunieron los votos de los árbitros para hacerle señor de muchos bellos reinos, miéntras que suspendidos todos los pueblos é inquietos todos los pretendientes, aguardaban con impaciencia la última deci-

sion de aquel grande negocio. El autor de los *Anales de Cataluña* da alguna idea acerca de los encontrados pareceres de los jueces. «En aquel tiempo, dice, con poder de numeroso concurso de nobles del principado presentaron sus disentimientos al parlamento de Cataluña Galceran de Rosánes y Marco de Aviñon contra la eleccion de los nueve jueces por ilegítima, inusitada y contra la deliberacion del parlamento; y no se declaró sobre este punto, ántes bien pasaron los nueve á su declaracion encerrados en el castillo de Caspe, ejecutada dia 24 de Junio de aquel año, dando el concurso de la mayor parte la corona de esta monarquía y declarado por S. Vicente Ferrer deberse al infante D. Fernando, como varon mas propinquo al rey D. Martin y mas á propósito para gobernarla. El obispo de Huesca Bonifacio Ferrer, Bernardo de Guálbes, Berenguer de Bardaxí y Francis de Aranda conformaron en todo con el voto del Santo, sin añadir razon, como queda referido, quedando rey el infante con el sufragio de los seis votos. El arzobispo de Tarragona dijo deberse la corona al conde de Urgel ó al duque de Gandia, como varones de la línea masculina de los serenisimos condes de Barcelona y reyes de Aragon nunca excluida, y que de estos elegia al que se juzgase mas á propósito para la república. Guillen de Vallseca, fortificando las razones del arzobispo con los testamentos de los antecedentes reyes y universal consentimiento de los pueblos, añadió deberse á los dos mas propinquos de la línea masculina, y que tenia por mas á propósito al conde de Urgel. Pero político Beltran se excusó de dar su voto con el pretexto de no hallarse, como debia, informado. Aunque S. Vicente Ferrer, como refieren las historias, con su espíritu profético y santidad elevada dió la corona al rey D. Fernando, lo cierto es que se la dió tambien únicamente Bernardo de Guálbes; pues si no hubiese votado á favor del infante, no podia ser electo por faltarle los votos de Cataluña, siendo preciso en la nominacion concurrir los mas votos, miéntras concurriesen de todos los reinos y principado, como consta del proceso. Dia 25 presentes D. Ramon Faviller, Domingo Lanaya y Guillen Zaera, alcaydes de Caspe, por seis escribanos del principado y reinos se recibió público instrumento de la declaracion, y guardóse el secreto hasta 28 de Julio, dia señalado para la publicacion de la sentencia.» Para anunciar esta decision con todas las ceremonias convenientes, y dar á este solemnisimo acto toda la pompa posible, levantóse delante de la puerta principal de la iglesia de Caspe un rico y eminente tablado, cubierto de preciosas tapicerías y asaz grande para contener todas las personas que debian asistir en él, y asaz alto para ser visto de todo el pueblo reunido en aquella anchurosa plaza. Sobre aquel magnífico teatro se levantaba un altar rica y maravillosamente adornado, y cerca de él en un escaño los nueve electores teniendo en medio al arzobispo, y

mas apartados á la diestra y siniestra mediando un cancel, en dos líneas de escaños, los embajadores del principado y reinos, mas abajo los alcaydes y capitanes, y en otros tablados los embajadores de los príncipes extranjeros y los procuradores ó representantes de los príncipes pretendientes de la corona de Aragon. El papa Benedicto, que á pesar de todos sus manejos no estaba mas instruido que los otros acerca del juicio ó fallo que iba á pronunciarse, quiso tambien estar presente, segun asegura el P. Touron, cronista del Santo. Celebró de pontifical el obispo de Huesca, como se acostumbra hacer en las mayores solemnidades, y S. Vicente encargado de publicar la sentencia arengó al pueblo con el siguiente discurso, que nos han conservado los historiadores españoles:—*Regocijémonos en el Señor, demos muestras de nuestra alegría en su presencia, y démosle gloria, porqué el tiempo de las bodas del Cordero ha venido ya.* « Despues de haber probado las mas deshechas tempestades, vemos por fin calmados los vientos, nos ha vuelto el sosiego, y nuestra nave combatida por la tormenta, despues de haber perdido su piloto y su gobernalle, toca dichosamente al deseado puerto. Salimos de la iglesia en donde acabamos de ofrecer nuestras humildes preces al Dios viviente para implorar sus luces, y vamos á hablaros con el mismo celo con que habíamos ofrecido nuestros votos al Señor. Y confiamos tambien que tendreis á bien escucharnos con la misma piedad. Trátase en este dia de la eleccion de un Rey. ¡Qué mas noble, que mas interesante asunto puede darse para hablaros, si el tiempo lo permitiese, que la majestad y la santidad del poder soberano! Sabemos que Dios ha establecido los reyes sobre la tierra para que ocupen en ella su lugar, para hacer entre nosotros, me atrevo á decir, las funciones de la Divinidad, y para tener una especie de conformidad con ella. Un Rey debe reunir en su persona las mas heróicas virtudes; y no debe proponerse un modelo ménos perfecto que la Divina Bondad. Indigno seria del lugar que le eleva entre los demas hombres si no reuniese en sí solo todo lo bello, lo grande, lo maravilloso que en ellos se encuentra. Es necesario que la virtud le distinga de sus súbditos, mas aun que la eminencia de su rango y el resplandor de su corona. Los pueblos no deben considerarle como un hombre mortal, sujeto á las miserias y á las debilidades comunes, sino como un héroe descendido del cielo para hacerlos felices. Un príncipe debe pensar tambien, que no ha nacido para manejar sus intereses particulares, para satisfacer sus inclinaciones, para abandonarse á sus pasiones. No debe tener otra mira que la utilidad pública, y dia y noche no debe velar sino para el bien de su Estado y para la felicidad de sus vasallos. Vasto campo se nos abriera aquí por donde podríamos extendernos si se tratase de explicar minuciosamente los deberes inseparables de la dignidad real. Mas como el Rey está ausente, no hay necesidad de dete-

nernos mas en este punto. Lo que acabo de indicar en breves palabras servirá para convencer á cuantos se hallan aquí presentes que en la eleccion de un Rey solo se ha pensado en daros uno en quien la prudencia, el valor, la piedad y todas las virtudes reales se hallasen en el grado mas sublime. Mas oportuno es el exhortaros á rendirle la obediencia que le debeis, y á conformaros con los sentimientos de aquellos que vosotros mismos habeis escogido por jueces en un negocio tan delicado, y á los cuales habeis jurado solemnemente someteros. Creo poder aseguraros que el mismo Dios os manifiesta por órgano de los mismos su voluntad, porqué sin esto todos nuestros esfuerzos y cuidados vendrian á perderse inútilmente. ¿Y de qué serviria la autoridad del que debe mandaros, si aquellos que deben ser sus súbditos rehusasen obedecerle y someterse? Renunciad, pues, hoy á toda afeccion particular; olvidad, sacrificad todas las consideraciones humanas; y bien persuadidos de que el Rey que se os va á dar de tan unánime consentimiento será el mas ventajoso para el reino en general y para cada uno de vosotros en particular, no os propongais otra mira que Dios y el bien comun en la sumision que le prestareis. Os lo repito: la conformidad de dictámenes en los jueces debe ser para vosotros una señal inequívoca de la voluntad divina. Alegraos pues, haced patente vuestro regocijo en este dia, solemnizadlo con vuestros aplausos. Reconoced las obligaciones que teneis hácia el Santo Padre que honra con su presencia y con su autoridad esta augusta ceremonia: acordaos que si todos vosotros debeis estar agradecidos á los que os han dado la vida, no lo debeis estar ménos á los jueces desinteresados que con sus afanes, su aplicacion y sus luces han felizmente terminado sin turbulencia el negocio mas importante que haya sido confiado al arbitrio de un corto número de particulares.» Despues de esta arenga, pronunciada en presencia de una multitud infinita de pueblos que habian acudido allí de todas partes, se esperaba aun con nueva impaciencia la palabra mas esencial, el nombre del que habia sido elegido para Rey. S. Vicente, viendo todos los ánimos dispuestos segun sus deseos, despues de haber impuesto silencio á aquel innumerable gentío, pronunció en alta voz la sentencia de los jueces que ponemos á continuacion por ser un documento importante de nuestra historia, traducida del original latino tal como se conserva en el archivo de la corona de Aragon, y la transcribe en sus *Condes de Barcelona vindicados* el Sr. de Bofarull. «En el nombre de Nuestro Señor Jesucristo. Sepan todos como el sábado dia 25 del mes de Junio del año del Nacimiento del Señor 1412 á las tres horas poco mas ó ménos, reunidos personalmente en un castillo de la villa de Caspe, cerca del rio Ebro, en el reino de Aragon, las muy reverendas y honorables personas infrascritas, diputadas y elegidas para examinar, conocer, instruir, informar,

reconocer y publicar lo que abajo se expresará, en presencia de nosotros los notarios que suscribimos, los cuales, junto con otros nombrados por el órden que abajo se dirá, y previa la correspondiente autoridad, facultad y poder á nosotros concedida por dichos señores diputados, certificamos y damos fe: Que en presencia de los honrados testigos infrascritos, mandaron al reverendo maestro Vicente Ferrer que en nombre de los mismos señores diputados leyese y publicase una escritura, que en el mismo acto y de parte de éstos le entregó el muy reverendo padre en Cristo Domingo Ram, obispo de Huesca abajo firmado, y requirieron al propio tiempo á nosotros los infrascritos notarios para que de todo lo referido hiciéramos una y muchas escrituras y públicos instrumentos. Á consecuencia de lo mandado, el reverendo Padre Fr. Vicente Ferrer tomó, leyó y publicó en presencia de todos la predicha escritura, cuyo tenor es como sigue:—Nosotros Pedro de Zagarriga, arzobispo de Tarragona, Domingo Ram, obispo de Huesca, Bonifacio Ferrer, prior de la Cartuja, Guillelmo de Vallseca, doctor en leyes, Fr. Vicente Ferrer, maestro de sagrada teología, de la Órden de predicadores, Berenguer de Bardaxí, señor del lugar de Çaidí, Francisco d' Aranda ó Aranda, donado del monasterio de Porta-Cæli de la Órden de cartujos, oriundo de la ciudad de Teruel, Bernardo de Guálbes y Pedro Bertran, doctores en ámbos derechos y de decretos todos nueve, los cuales segun es de ver de la eleccion y substitucion hecha por mí Pedro Bertran, cuya eleccion y substitucion constan en los instrumentos públicos otorgados en Alcañiz á los 14 dias del mes de Marzo año del nacimiento del Señor 1412, en Tortosa el dia 13 del mismo mes y año, y en el castillo de Caspe el dia 16 de Mayo del presente, hemos sido diputados y elegidos con pleno y general poder, autoridad y facultad para examinar, instruir, conocer, informar, reconocer y publicar con arreglo á los principios de justicia, de la ley de Dios y nuestras conciencias, la persona á quien los mencionados parlamentos, súbditos y vasallos de la corona de Aragon deben prestar juramento de fidelidad, y tener y reconocer por su verdadero Rey y señor; por manera que aquello que hagamos, ejecutemos y publiquemos los nueve sugetos con unanimidad de votos, ó en falta de ella, seis de nosotros, entre los cuales haya un individuo de cada terna ó provincia, lo tendrán y reconocerán por justo, firme y válido con arreglo á los capítulos otorgados y convenidos entre los sobredichos parlamentos, segun todo consta de los mencionados poderes y capítulos contenidos en los instrumentos públicos, hechos en Alcañiz el dia 15 de Febrero del año prenotado en poder de los notarios Bartolomé Vicente, Pablo Nicolay y Raymundo Bayle: atendiendo que entre otras solemnidades públicas, cada uno de nosotros prometió y juró, que en union con los demas diputados y con arreglo á los poderes concedidos deci-

diria á la mayor brevedad posible el presente negocio, y publicaria la persona que fuese verdadero Rey y señor, segun consta mas largamente por las sobre dichas promesa y juramento contenidos en los instrumentos públicos otorgados en la villa de Caspe á los 17 y 22 dias del mes de Abril, y el 18 de Mayo del año referido, ante los notarios Pablo Nicolay, Raymundo Bayle y Jayme Monfort: vistos el contexto, tenor y forma de la eleccion que se hizo de nosotros, como y tambien el poder y facultad que se nos concedió, el juramento y promesa prestados: previo el exámen, instrucciones, informes, conocimientos y averiguaciones que debian preceder, y estábamos obligados á hacer, y habido mérito, examinado, reconocido, reflexionado y considerado con arreglo á derecho, á la ley de Dios y nuestras conciencias, cuanto se ha alegado, presentado y comunicado, con las objeciones, dichos y votos proferidos, y teniendo presente solo á Dios; en fuerza y virtud de los poderes, juramentos y votos referidos, decimos y publicamos: Que los parlamentos predichos y los súbditos y vasallos de la corona de Aragon deben y están obligados á prestar el homenaje de fidelidad al muy ilustre y muy poderoso príncipe y señor D. Fernando, infante de Castilla, y tenerle, y reconocerle por su verdadero Rey y señor. De todo lo que, y para perpetua memoria de este negocio y decision, pedimos y requerimos á vosotros los notarios infrascritos que hagais uno y muchos públicos instrumentos. Todo lo que fué hecho, leido y publicado en el palacio ó córte de dicho castillo de Caspe, el sábado dia 25 de Junio del año del nacimiento del Señor 1412, siendo presentes por testigos Francisco de Pau, militar, Domingo Ram, graduado de licenciado en leyes, y prior de la iglesia colegiata de la villa de Alcañiz, Melchor de Guálbes, militar, Domingo de la Naja, Raymundo Faviller de Barcelona, y Guillelmo Çaera castellanos y encargados de la custodia de dicho castillo de Caspe, testigos todos llamados y rogados especialmente para el sobre dicho negocio y en presencia de nosotros Bartolomé Vicente, Pablo Nicolay, Raymundo Bayle, Francisco Fonolleda, Jayme Pla y Jayme Monfort, notarios y secretarios, segun queda referido.» Esta sentencia fué leida y publicada en la iglesia mayor de la villa de Caspe el dia 28 de Junio del referido año de 1412 con la mayor solemnidad por S. Vicente Ferrer, como ya se ha indicado; debiendo añadir únicamente que en seguida se notificó por escrito á los interesados, y particularmente al nuevo Rey, á quien dirigieron los nueve jueces la carta siguiente, segun consta en el real archivo de Aragon en uno de los tomos de los *Procesos de córtes*: «Excelentisimo y serenisimo Rey, príncipe y señor:—Llenos de gozo y alegría inexplicable notificamos con el mas profundo respeto á Vuestra Real Majestad, que en el dia de hoy, iluminados por la gracia del Espíritu Santo, y segun la facultad, autoridad y pleno poder á nosotros

concedido, decimos y publicamos: Que los parlamentos, súbditos y vasallos de la corona de Aragon deben y están obligados á prestar á Vuestra Majestad el homenaje de fidelidad, y á tener y reconocer á Vuestra Alteza por su verdadero y legítimo Rey y señor. Por tanto nosotros, que deseamos en extremo la elevacion de Vuestra Alteza, á quien adornan las mas brillantes y distinguidas virtudes reales, tomando parte en la alegría y gozo públicos por la eleccion referida, en atencion á que ha recaido sobre una persona esclarecida, y cuyo nombre publica la fama por todo el orbe, hemos acordado notificar á Vuestra Majestad lo resuelto y publicado por nosotros, enviando al efecto al venerable Sr. Pedro Blan, sobrino del arzobispo de Tarragona, única persona encargada de llevar esta carta: suplicando al propio tiempo al Todopoderoso se digne llenar á Vuestra Majestad de su gracia divina y celestial, y concederle un largo y feliz reinado. Escrita ha sido esta carta en la villa de Caspe y sellada con el sello del muy reverendo señor arzobispo de Tarragona, por mandado de todas las personas que abajo subscriben, el dia 28 de Junio del año 1412.—Serenisimo Rey, príncipe y señor.—Los nueve diputados elegidos para examinar, conocer y publicar al que debiese ser con arreglo á derecho verdadero y legítimo Rey en las tierras y dominios de la real corona de Aragon, todos fieles servidores y muy humildes vasallos de Vuestra Majestad.» En iguales términos escribieron los nueve jueces á la esposa de D. Fernando y á todos sus hijos, y tambien al rey D. Juan II de Castilla y de Leon, y á su madre D.ª Catalina, y finalmente á los ministros ó individuos del consejo del reino de Mallorca; y á su consecuencia los parlamentos de las tres provincias ó estados de Aragon, Cataluña y Valencia enviaron sus embajadores á saludar y acatar al nuevo Monarca á la raya de Castilla, donde fueron recibidos por D. Fernando, que se hallaba en Cuenca, con las mayores demostraciones de aprecio y consideracion. El historiador Mariana, con otros que le han seguido, supone que cuando en aquella lectura solemne de la publicacion vino el nombre de *Fernando, infante de Castilla*, ni el Santo mismo, ni todos aquellos pueblos presentes pudieron contener su alegría. «El aplauso y vocería, dice, fué cual se puede pensar; apénas por la alegría se podian reprimir, ni por el ruido oir unos á otros. Aclamaban para el nuevo Rey vida, victoria y toda buena andanza. Mirábanse unos á otros maravillados como si fuera una representacion de sueño. Los mas no acababan de dar crédito á sus orejas: preguntaban á los que cerca les caian, quien fuese el nombrado. Apénas se entendian unos á otros: que el gozo cuando es grande, impide los sentidos, que no puedan atender ni hacer su oficio.» Miéntras los pueblos así se abandonaban á un exceso de alegría, los músicos, que prestos estaban, empezaron á entonar el *Te-Deum* para dar á Dios públicas acciones de gracias

de aquel fausto suceso, de donde dependian la seguridad y el reposo de muchos millones de hombres. Acabadas las preces, los jueces despacharon embajadores en nombre de todo el reino á D. Fernando para invitarle á que viniese á tomar posesion del trono, y remitiéndole la carta ya transcrita. Todos los príncipes, vecinos suyos ó aliados, le enviaron tambien para felicitarle sobre su feliz advenimiento á una corona que por sus prendas personales merecia. Los unos, segun observa el ya citado historiador español, le manifestaron su gozo de buena fe, los otros por política y para acomodarse al tiempo. Y el nuevo Rey cuyo carácter era un compuesto de modestia y de dulzura recibió todas aquellas demostraciones con las mismas muestras de reconocimiento. Habia pasado á Cuenca para aguardar el éxito de las deliberaciones, y despues de la publicacion del fallo pasó en diligencia á Zaragoza, en donde fué desde luego reconocido y aclamado por rey de Aragon por todos los estados del reino con las debidas solemnidades, el 3 de Setiembre de 1412. Su hijo mayor D. Alfonso fué al mismo tiempo declarado sucesor suyo, y se le dió desde entónces el título de príncipe de Gerona. El conde de Urgel, resuelto siempre á sostener sus derechos con las armas, no se encontró en aquella asamblea. Aunque no seremos nosotros los que fallemos acerca de la justicia de una eleccion que puede ser considerada y calificada bajo varios aspectos; diremos sin embargo que á pesar de las muchas virtudes y preciosas calidades del rey D. Fernando, data con todo de aquella época la decadencia de los reinos de la corona de Aragon que á tan alto punto de pujanza y de civilizacion habian llegado hasta la muerte del rey D. Martin; pues desde entónces estos reinos, donde siempre habia brillado tanto valor, tanta virtud, tanta prudencia y heroismo, y que se habian hecho respetar por toda la Europa y por todos los mares, no fueron mas que unos humildes tributarios de la córte de Castilla. « Fué la eleccion aplaudida de algunos y extrañada de los mas, dice el autor de los *Anales de Cataluña*, por ver excluida la línea masculina de los serenísimos condes de Barcelona y electa la femenina, y llamado un príncipe forastero á competencia de los naturales. Para consolar á los pueblos, dia de S. Pedro y S. Pablo, volvió á predicar en el propio lugar S. Vicente: sus razones van en su sermon, que refieren Diago, Blancas, Zurita, Abarca y todas las historias catalanas, aragonesas y valencianas. » « La singular decision del parlamento de Caspe, dice el Sr. D. Próspero de Bofarull en sus *Condes*, á favor de este infante de Castilla, nieto como se ha dicho del rey D. Pedro III de Aragon por la línea femenina de su hija D.ª Leonor, que se halla en continuacion cronológica de la genealogía de los primitivos condes soberanos de Barcelona, no satisfizo del todo en un principio los deseos de la generalidad de las diferentes provincias ó estados que debia regir el nuevo Monarca;

pues si bien la mayoría del partido estaba en Aragon por D. Fernando, Sicilia, Valencia, Mallorca y sobre todo Cataluña miraban aquel fallo como un atentado contra los derechos de alguno de los aspirantes al trono, y en particular de D. Jayme, conde de Urgel, á quien muchos creian pertenecer de rigurosa justicia la sucesion por su proximidad y varonil descendencia, no ménos que por la de su esposa D.ª Isabel, como hija de D. Pedro *el Ceremonioso* y hermana del último rey D. Martin. Sin embargo, la imprudente conducta del jóven conde ántes y despues de la memorable sentencia: el grande influjo del taumaturgo apóstol de Valencia en aquel tiempo S. Vicente Ferrer, uno de los seis jueces que habian fallado á favor del nuevo Rey: las gestiones del anti-papa Benedicto Luna, que anhelando conservar la tiara trataba de hacerse propicias las córtes de Aragon y Castilla: la fuerza armada que bajo estos y los otros pretextos habia introducido en Aragon y Valencia D. Fernando: pendiente la ruidosa causa con la buena coyuntura de hallarse regente de Castilla por la menor edad de su sobrino y rey D. Juan II; y finalmente, la sin ejemplar prudencia en respetar y consentir el fallo, que en tan crítica situacion acreditaron los parlamentos particulares de las tres provincias de Aragon, Cataluña y Valencia, é imitaron unánimes todas las gerarquías y clases del Estado, y en particular el duque de Denia D. Alfonso, que á pesar de haber sido uno de los candidatos de preferencia fué el primero en allanarse y prestar el homenaje debido al nuevo Rey; colocaron, sin mas ocurrencia que la rebelion del conde de Urgel, á D. Fernando I en el trono, que ocupó dignamente por su sangre, virtudes y morigerada conducta con sus desafectos, que le merecieron el renombre de *Honesto* y *Justo*, á pesar de los reproches que le hace la maledicencia de algunos escritores por haber condenado á cárcel perpetua y confiscacion de bienes á su competidor y deudo el conde de Urgel, que al fin murió asesinado por los infantes hermanos de D. Alfonso IV en el castillo de Játiva el dia 1.° de Junio de 1433, segun largamente lo refiere Diago Monfar en su *Historia inédita de los condes de Urgel*, cap. XXXIII, á los veinte años de prision y sufrimientos, pero cuando no existia ya su antagonista. » Y volviendo á tomar el hilo de la historia de nuestro Santo, su celo le ocupaba ya en otra parte. El bien público le habia detenido en Caspe desde el 24 de Marzo hasta fines de Junio. Mas apénas habia terminado el importante negocio de que se habia encargado, cuando volvió á tomar el curso de sus misiones, y empezó por Alcañiz, pequeña ciudad de España en Aragon, sobre el rio de Guadalupe, á cuatro leguas sobre Caspe. Ántes de partir de este lugar envió al papa Benedicto su tratado, cuyo título era: *De la fin del mundo, ó Del último juicio*. Entre tanto el rey Fernando, en medio de los honores que se le tributaban en Zaragoza, rodeado de personas que se apre-

suraban á hacerle la córte, manifestó un deseo particular de ver á Vicente Ferrer; le envió á rogar que pasase á reunirse con él, y habiendo venido el Santo á encontrarle, no dejó de darle muchos sabios consejos tanto para su propia conducta como para la de su reino. Y podia tomarse esta libertad con tanta mayor confianza, en cuanto el príncipe acababa de darle pruebas de la suya escogiéndole por su confesor y predicador: empleo que el Santo no pudo cumplir por mucho tiempo, porqué el deber de su ministerio le llamaba á otra parte: acompañó no obstante á su Soberano á Lérida, y tal vez se halló despues en la conferencia que Benedicto XIII tuvo en Tortosa con Don Fernando. Pero cuando, despues de los Estados Generales convocados en Barcelona á fines del mismo año 1412, el Rey se puso en campaña para reducir al conde de Urgel y apoderarse de la ciudad de Balaguer, en la cual aquel conde se habia retirado con sus principales partidarios, el servidor de Dios, acostumbrado á una guerra mas espiritual, pidió permiso á S. M. y continuó en combatir con la espada de su palabra á los enemigos de la salud, el vicio y el error. Habia llegado á Valencia á principios de Diciembre: allí predicó durante el adviento, y los tres primeros meses del año siguiente aplicado como siempre á instruir á los fieles y á hacer permanentes las reconciliaciones que habia ya procurado, ó á obtener de nuevas; pues el cambio de Soberano habia sido una ocasion de muchas nuevas divisiones entre las mas ilustres familias. Cuando Vicente se disponia en seguida á llevar á otra parte la palabra de Dios, recibió cartas del Rey que le suplicaba que continuase por algun tiempo mas su permanencia y su ministerio en aquella capital, en donde uno y otro se juzgaban necesarios á los intereses de S. M. Obedeció, y no partió de Valencia hasta haber recibido de nuevo órdenes del príncipe, el cual le hizo saber sus intenciones por sus cartas de 29 de Junio de 1413. Desde su llegada á Trayguera, pueblo del reino de Valencia en los confines de Cataluña, volvió el uso de la palabra á una mujer muda y herida mortalmente, que tuvo tiempo para confesarse y recibir todos los Sacramentos. Tambien hizo poner en libertad y volver á su pais á un jóven lunático, que imaginándose atacar á un demonio, habia descargado muchos golpes mortales sobre aquella pobre mujer. En aquel mismo lugar libró nuestro Santo de la fiebre á un sacerdote llamado Lorenzo, á quien mandó que volviese al momento á continuar sus funciones. Y él tampoco tardó á ir léjos á ejercer las suyas. La caridad de Jesucristo que le urgia le hacia atender á todo. Miéntras que el sitio de Balaguer se iba estrechando con teson, llegó el Santo por el mes de Agosto en Barcelona, en donde habiéndose embarcado para la isla de Mallorca, trabajó por seis meses seguidos en instruir aquellos isleños dados desde mucho tiempo á los vicios mas groseros y á toda especie de supersticiones. Los trabajos de S. Vicente y su celo infatigable en recorrer

todos los pueblos y las campiñas de aquel reino, fueron acompañados de una infinidad de conversiones, entre las cuales se cuentan las de muchos millares de moros que sujetó al yugo de Jesucristo. Lo que hubiera bastado para ocupar dignamente la vida de otro, y para hacer su nombre para siempre precioso á la Iglesia, no era por lo comun para nuestro apóstol sino la ocupacion de pocos meses, y un trabajo que parecia siempre la preparacion para otro. De regreso á Cataluña, tuvo el consuelo de ver los nuevos frutos que concedia Dios á su palabra para llamar los pecadores á la penitencia y los infieles á la fe. Los habitantes de Tortosa y de Zaragoza se aprovecharon nuevamente de sus instrucciones. El dia de la fiesta del Santísimo Sacramento predicó en la ciudad de Daroca, y despues de su sermon, ciento y diez judíos vinieron á abjurar el Talmud para profesar la religion cristiana. Á fines de Julio habiendo pasado al castillo de Maëlla, tuvo allí muchas conferencias con el papa Benedicto XIII y el rey Fernando acerca de los verdaderos medios de hacer cesar el cisma y reunir en fin las Iglesias. Nada se dijo sobre el resultado de aquellas conferencias; pero se sabia ya por una demasiado larga experiencia que el obstinado Pontífice no procuraba otra cosa que divertir siempre los pueblos, asegurarse el apoyo de los príncipes y eludir todos los medios de paz que no se aviniesen con sus ambiciosos designios: por manera que era mas difícil mover el corazon de aquel viejo ambicioso, que convertir muchos millares de infieles. El Santo lo habia probado repetidas veces; y tuvo de ello una nueva experiencia cuando, despues de las conferencias de Maëlla, habiendo vuelto á Zaragoza á principios del mes de Noviembre, atrajo todavía un gran número de judíos á la luz del Evangelio. Miéntras que los príncipes cristianos, y sobre todo el emperador Segismundo, trabajaban con el mayor celo para extinguir el cisma por medio de la autoridad de un concilio general, y la cesion voluntaria ó la deposicion canónica de los tres papas Benedicto XIII, Gregorio XII y Juan XXIII; San Vicente, que no cesaba de exhortar al primero á que se prestase de buen grado á tan laudable resolucion, persistia al mismo tiempo en el ejercicio del divino ministerio. Empezó el año 1415 por una renovacion de fervor, que pareció excitar el de los fieles en diferentes puntos de Aragon y de Cataluña. Llevó la palabra de salud á pueblos que no habia honrado aun con su visita, é hizo revivir en algunos otros los sentimientos de penitencia que sus primeras predicaciones habian hecho nacer en su corazon. El mas fuerte rigor de la estacion no podia entibiar la actividad del fuego que le abrasaba; y no habia colina ni montaña que no le viese correr tras la oveja descarriada, mas contento con catequizar un labriego y su reducida familia bajo un miserable techo, que con predicar delante de los reyes y de escuchar los aplausos de la córte. Convino no obstante interrumpir sus obras de caridad para

no descuidar otra mas importante y mas necesaria al bien general de la cristiandad. El emperador Segismundo y el rey de Aragon debian pasar ámbos á Perpiñan y conferenciar allí acerca de la paz de la Iglesia con Benedicto XIII. Aquellos dos príncipes, así como los embajadores de Castilla, de Navarra y de Escocia deseaban que S. Vicente se hallase allí y que dirigiese sus deliberaciones. Recibió la invitacion con gusto, y fué tan diligente que hasta se adelantó á la llegada de los dos Soberanos; habiéndose hallado en Perpiñan el último dia de Agosto, cuando el Emperador no hizo su entrada hasta el 18 de Setiembre, pues se habia detenido algun tiempo en Narbona para esperar allí noticias de la convalescencia del rey de Aragon. Pedro de Luna, ó Benedicto XIII, que habia pasado allí desde el mes de Junio, habia ya salido para retirarse á Valencia; y cuando los dos Monarcas con los embajadores de los demas príncipes se hubieron reunido en Perpiñan, fué menester emplear muchas súplicas, instancias, amenazas y promesas para comprometerle á que se hallase personalmente en las conferencias que él mismo habia propuesto, ó que habia parecido por lo ménos que aprobaba. Miéntras que se enviaba á aquel Pontífice el salvo conducto que él pedia, y que para vencer su obstinacion se apuraban en algun modo todos los medios que es capaz de inspirar la caridad, Vicente aprovechaba todos los momentos, ya tratando con el Emperador y el rey de Aragon del principal negocio que les habia hecho venir á Perpiñan, ya exhortando á los fieles á que adelantasen por su parte la paz de la Iglesia por el fervor de sus oraciones y la reforma de sus costumbres. Entre tanto, habiendo agotado sus fuerzas una larga serie de trabajos, fué atacado de una violenta fiebre que hizo temer desde luego por su vida. Sus hermanos de hábito se apresuraron á prestarle algun alivio, y los médicos le proponian diferentes remedios; pero el Santo enfermo les alentó asegurándoles que él no habia terminado todavía su carrera, y que la fiebre le haria sufrir aun algunos cuatro dias, despues de los cuales, sin auxilio de la medicina, le volveria Dios la salud y sus primeras fuerzas. Retiráronse los médicos, y S. Vicente se halló curado en el quinto dia. Benedicto XIII despues de haberse dejado hacer muchos requirimientos volvió por fin á Perpiñan en el mes de Octubre; pero casi no hizo allí mas que renovar las mismas proposiciones que habia hecho ya en Valencia. Entre otros artículos, que con mucha razon se desecharon, pedia, que no se hiciese caso alguno del concilio en aquella sazon reunido en Constanza, sino que se convocase otro en Lyon, ó en Aviñon, ó en Montpeller; en el cual, despues de haber él sido confirmado Papa, haria su deposicion, con las condiciones siguientes: 1.ª: que quedaria cardenal legado *á Latere*, con un pleno poder espiritual y temporal en todos los paises en donde era entónces reconocido: 2.ª: que todos aquellos á quienes habia

promovido á algun oficio, ó dignidad, serian mantenidos en ella: 3.ª: que el nuevo concilio que él pretendia convocar empezaria por romper y anular todos los procedimientos que el de Pisa habia hecho seis años ántes contra él. Era harto visible que aquel inflexible hombre, poco movido por todas las calamidades de la Iglesia, solo buscaba por medio de afectados rodeos y dilaciones interminables dejar pasar el tiempo y conjurar la tempestad que contra él se levantaba ó se estaba formando. Así pues el Emperador rechazó desde luego todas sus proposiciones. El rey Fernando y los embajadores de los otros príncipes no parecieron quedar mas satisfechos; y el celo de S. Vicente le impulsó á hacer sus últimos esfuerzos para inspirar á Benedicto sentimientos ménos opuestos á la paz de la Iglesia, y á su propia salud. Todo cuanto le habia ya dicho y escrito en mas de una ocasion se lo renovó con una generosa libertad; y se creyó tanto mas obligado á insistir fuertemente para determinar á Pedro de Luna á renunciar al fin el pontificado, en cuanto despues de todo lo obrado en el concilio de Constanza con respecto á Gregorio XII y á Juan XXIII, solo dependia de Benedicto XIII el hacer cesar enteramente el cisma. Pero aquella voz de un apóstol, á quien Dios habia dado la virtud de hacer oir á los sordos y de resucitar á los muertos, no logró ablandar al mas obstinado de todos los hombres. Benedicto se vió en el momento en que iba á ser abandonado de todo el mundo; y sin por esto espantarse, se contentó con retirarse secretamente á Collioure sobre el mar, á algunas leguas de Perpiñan. Vicente Ferrer, sin desesperar aun del todo de la vuelta en sí de aquel Pontífice, porqué la caridad todo lo espera, resolvió hacer nuevas tentativas; y miéntras que el Emperador con el rey de Aragon y los embajadores volvian á entrar en sus negociaciones, el Santo continuaba en rogar, en gemir delante de Dios y en escribir á Pedro de Luna, ó para moverle si posible fuese por el terror de los juicios del Señor, ó para intimidarle á lo ménos haciéndole entrever la última desgracia de que se veia tan de cerca amenazado. Todo fué en vano; y el servidor de Dios juzgó que era tiempo de emplear el único remedio para tan grande mal. La obediencia que prestaban los hombres á Benedicto le hacia olvidar la que él mismo debia á Dios, á las leyes y á su conciencia. No quedaba pues otro medio, despues de haber probado inútilmente todos los demas, que substraer á los príncipes y á los pueblos á la obediencia de aquel falso Pastor, reconocido ya por tal, por el juicio de la Iglesia, y por los indignos artificios de que no cesaba de servirse para fomentar siempre el cisma y paliar su excesiva ambicion. Muchos años habia ya que toda la iglesia de Francia, despues de haber con harta frecuencia probado las variaciones y la poca buena fe de aquel Papa, se habia retirado de su obediencia; pero muchos reinos de España, Castilla, Aragon, Navarra, lo mismo que los pueblos de Esco-

cia continuaban aun obedeciéndole. Convienen todos los autores en que la alta reputacion de Vicente Ferrer, su eminente santidad y sus asombrosos prodigios habian contribuido á tenerlos en aquel partido. Verdad es que en la obscuridad en que estaban los negocios desde el principio del cisma, miéntras que se veia á un mismo tiempo á muchos Papas sostener cada cual su derecho, persuadido el Santo con una parte considerable de la Iglesia, que el de Benedicto era el mas legítimo, habia permanecido firme en su obediencia, y habia retenido en ella muchos príncipes, sin cesar no obstante, como hemos repetidamente observado, de exhortar á este Papa á sacrificar sus particulares intereses al bien público desde que sus concurrentes quisiesen tomar tambien el camino de la cesion. Siguió, pues, el mismo sistema cuando los dos Papas que estaban en Italia habian sido depuestos en el concilio de Constanza: no podia desearse mas que la abdicacion de Benedicto para ver extinguido el cisma, y toda la Iglesia reunida bajo un mismo jefe elegido canónicamente y reconocido en toda la cristiandad. Permitió Dios que Pedro de Luna, siempre semejante á sí mismo, rehusase con la mayor obstinacion á concurrir á tan grande bien. El rey de Aragon y los demas soberanos, que habian vivido hasta entónces bajo de su obediencia, pidieron á San Vicente lo que debian hacer en aquellas presentes circunstancias. El consejo que el servidor de Dios les dió, particularmente á D. Fernando en cuyos dominios se hallaba el Anti-Papa, fué el de interpelarle por tres veces á que se sometiera al concilio general de Constanza, y en caso de negarse á ello, que substrajese todos sus estados de la obediencia de un cismático temerario, declarado ya desde entónces enemigo de la paz y de la union de la Iglesia. Así lo refieren algunos autores contemporáneos citados por Oderico Reynaldo. *Ferdinandus Aragonum Rex S. Vincentium Ferrerium consuluit quid in tanta rerum perturbatione agendum esset; qui, divino lumine collustratus respondit, deserendas illius partes, si trina voce postulatus, voluntaria abdicatione Ecclesias in pristinam concordiam reducere detrectaret. His consentanea refert Theodorus Niem*, etc. (Odoric. ad an. 1415. n. 52.) Por fin, segun Mariana, viendo el rey de Aragon que salian vanas todas sus tentativas, resolvió apelar al último remedio, que fué el de renunciar á la obediencia de Benedicto; lo cual hizo por medio de un edicto público en 6 de Febrero de 1416, por el cual se prohibia á todos los aragoneses el reconocer á Benedicto por verdadero Papa, ni recorrer á él en adelante en los negocios de la Iglesia. *S. Vicente Ferrer*, añade, *fué el principal autor de esta resolucion*. Lo mismo asegura M. Sponde, con la sola diferencia de que la publicacion del edicto que el historiador español habia fijado en 6 de Febrero, el analista lo pone con mas fundamento en el 6 de Enero, dia de la Epifanía: *At vero Rex Ferdinandus Aragoniæ..... principio hujus anni*,

nempe octavo idus Januarii, ipsa die Epiphaniæ, præcipuo consilii auctore Vincentio Ferrerio, qui Benedicti auctoritatem constanter antea secutus erat, eumdem rursus monitum et reluctantem omnino deserens, publico edicto Perpignani promulgato, narrans quæ cum illo ipse aliique egissent; ejusdemque obstinatum in Schismate animum exponens, ac damnans, interdixit ne quisquam suorum subditorum..... eum amplius in Papam agnosceret, aut ei ut tali obsequeretur, etc. (Spond. ad an. 1416. n. 2.). Pero lo que merece aun mas la atencion es, que los Padres del concilio, reunidos entónces en Constanza, se creyeron deudores al celo de nuestro Santo de la sábia resolucion que el rey de Aragon acababa de tomar para hacer cesar aquel cruel cisma. De ello verémos una prueba en una carta que el célebre Gérson, presente en aquel concilio, escribió luego despues á S. Vicente Ferrer. No obstante, un moderno historiador poco instruido ó ménos sincero no hace la misma justicia á S. Vicente. Segun este anónimo, que se dice continuador de la *Historia eclesiástica*, sin dar garantía alguna de lo que dice, no fué el servidor de Dios quien aconsejó la substraccion, pues no hizo mas que acomodarse á las intenciones de los reyes de España cuando les vió absolutamente determinados á tomar este partido. « El célebre Vicente Ferrer, dice, publicó desde el púlpito en Perpiñan en el dia 6 de Enero el edicto de substraccion de que se acaba de hablar. Habia sido confesor de Benedicto durante muchos años, y su mas celoso defensor; *mas desde que vió que los reyes de España querian decididamente abandonarle, y que el bien de la Iglesia exigia esta substraccion, se puso de su parte, y abrazó los intereses del concilio.* » Esto no es exacto. No referiremos aquí las amargas quejas que Pedro de Luna en su despecho exhaló contra la conducta de S. Vicente y del rey de Aragon. Acusó públicamente á éste de ingratitud y de perfidia, y le amenazó con quitarle la corona que decia él le habia dado. Mas en esto se gloriaba de un bien que él no habia hecho; y amenazaba con un mal que no se hallaba en estado de hacer. Y si el rey Fernando temia poco sus impotentes amenazas, Vicente Ferrer debia aun ménos embarazarse por ellas. Verdad es que tuvo siempre para con este Pontífice degradado los mismos sentimientos que Samuél habia conservado en toda su vida por Saúl, á quien el Señor habia rechazado. Deploraba su ceguera, y no cesaba de rogar por su conversion; pero se guardaba muy bien de preferir á la salud de los fieles y al reposo de la Iglesia la satisfaccion particular de un hombre ambicioso únicamente movido por la gloria de mandar. No contento con haber aconsejado una substraccion que se habia hecho necesaria, San Vicente quiso tambien publicarla para dar á conocer á los pueblos la necesidad de esta medida: primero en la principal iglesia de Perpiñan, á presencia del rey de Aragon, de su hijo mayor D. Alfonso, de muchos otros príncipes

y embajadores, de toda la nobleza del pais, y de un pueblo innumerable. Despues de haber leido en alta voz el edicto de substraccion, el Santo predicador demostró con su natural elocuencia los justos motivos que habian determinado al Soberano y á su consejo á tomar aquel camino, como el único capaz de reunir la Iglesia, haciendo cesar las fatales divisiones que desde tanto tiempo la desgarraban. Exhortó á todos los fieles á entrar en las propias miras, y á redoblar el fervor de sus oraciones á fin de que el Señor se dignase derramar sus divinas luces sobre el santo concilio de Constanza para la consumacion de un negocio el mas importante que hubo jamas. Añadió que se podia esperar muy bien que los reyes de Castilla y de Navarra seguirian muy presto el ejemplo del de Aragon; que ya se les habia despachado mensajeros á este fin; y que era de desear que en el dia mismo en el cual tres reyes habian venido del Oriente para ofrecer sus presentes á Jesucristo, los monarcas reinantes actualmente en España diesen á un mismo tiempo á Dios y á su Iglesia esta prueba de su celo en favor de la reunion de todo el mundo cristiano. Si hemos de dar crédito á Tierry de Niem, Vicente Ferrer recorrió en seguida muchas provincias de Aragon para hacer pasar los pueblos de la obediencia de Benedicto á la del concilio de Constanza; y necesitaba de todo su crédito y del brillo de su santidad para salir bien de su empeño. Pedro de Luna tenia en todo el pais gran número de poderosos amigos y de parientes muy distinguidos. Casi todos los prelados y altos prebendados habian recibido de él muchos beneficios. Los pueblos veinte años hacia que estaban acostumbrados á obedecerle, y no habian olvidado que el mismo S. Vicente les habia dado el ejemplo de aquella obediencia; y nadie ignora cuanto poder tiene sobre los ánimos una larga y arraigada habitud. Pero á todas estas prevenciones oponia el Santo razones sin réplica. Vosotros habeis podido, les decia, y habeis debido reconocer un Pontífice que vuestros soberanos y vuestras iglesias reconocian en tanto que su derecho ha parecido tan probable y mejor fundado que el de sus concurrentes. Vuestra conducta era entónces tanto mas sensata, en cuanto no hubierais podido tomar otro partido sin turbar el Estado, y aumentar las divisiones de la Iglesia; pero la situacion de hoy es muy distinta: la Iglesia reunida en un concilio general acaba de pronunciar, y nada mas justo, nada mas prudente que someterse á su decision. Sometido está ya vuestro Soberano, y él os invita á seguir su ejemplo. Todas las naciones, todos los pueblos que obedecian ántes á Gregorio XII ó á Juan XXIII han creido un deber el manifestar una pronta y absoluta sumision. El último de estos Papas ha sido depuesto, y el otro tuvo la prudencia de prevenir su deposicion por una voluntaria renuncia al pontificado. ¡Pluguiera á Dios que Benedicto hubiese querido seguir este ejemplo, pues el cisma estaria ya extinguido! Aunque

su derecho al pontificado hubiese sido tan bien fundado como él cree, seria propio de su religiosidad el sacrificar sus intereses particulares al bien general de la Iglesia. Esto es lo que rehusa tenazmente hacer: teme perder un fantasma de soberanía y no teme vivir como un Anti-Papa, como un cismático fulminado con todos los rayos de la Iglesia. Si tan poco caso hace él de su salud espiritual, ¿os convendrá á vosotros despreciar la vuestra y afligir de continuo la esposa de Jesucristo para complacer á su enemigo? Estos discursos de S. Vicente y otros por el estilo produjeron el efecto apetecido. Mas el rey de Aragon, enfermo desde mucho tiempo, no pudo ver la conclusion de este negocio, habiendo muerto en Igualada á algunas leguas de Barcelona el 2 de Abril, segun Mariana, ó el 16 del mismo mes, segun otro autor. Su hijo D. Alfonso le sucedió en sus Estados y en sus sentimientos por la paz de la Iglesia. En efecto, el concilio de Constanza en su sesion del 26 de Julio de 1417 pronunció su sentencia de deposicion contra Benedicto. Declaró que Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII, era un perjuro, que escandalizaba la Iglesia universal; que era el fautor del cisma ó de la division que reinaba desde largo tiempo; un hombre indigno de todo título, y excluido para siempre de todo derecho al papado; y como tal el concilio le degradaba, le deponia y le privaba de todas sus dignidades y oficios; le prohibia que se considerase en adelante como Papa; prohibia tambien á todos los cristianos de cualquiera órden y condicion que fuesen el obedecerle, so pena de ser tratados como fautores de cisma y de herejía, etc. Esta sentencia fué aprobada por todo el concilio, y fijada en la ciudad de Constanza; y en la sesion del 28 se leyó el decreto del concilio que anulaba todas las sentencias y censuras de Benedicto XIII contra los embajadores, parientes ó aliados del rey de Castilla. D. Fernando habia rogado á Vicente Ferrer que pasase al concilio de Constanza; y habiéndole el nuevo Rey hecho la misma súplica, el Santo juzgó como undeber el corresponder á sus deseos. Emprendió su camino para Francia y llegó á Tolosa el viérnes ántes del domingo de Ramos. Vióse desde luego en aquella populosa ciudad lo que desde mucho tiempo se acostumbraba ver en todos los lugares en que parecia el hombre de Dios. Los artesanos dejaban su trabajo: los negociantes cerraban sus tiendas: las lecciones ó escuelas públicas cesaban: la nobleza, el pueblo, toda la poblacion en general no parecian ocupados ya en otra cosa que en el deseo de escuchar la palabra de Dios que aquel apóstol les anunciaba. El terror que sabia inspirar en el alma de los mas endurecidos, y las palabras de consuelo con que sostenia la esperanza de los justos, daban frutos igualmente preciosos. Un saludable temor preparaba los unos para abrir su corazon á la verdadera caridad, que hacia de ellos unos hombres nuevos por medio de una sólida conversion. Y la idea que daba á los otros de la bondad infinita del Señor les animaba á

adelantar siempre en el camino de la perfeccion. Los milagros con que el cielo continuaba en honrar el ministerio del Santo servian todavía para multiplicar las conversiones, y en pocas semanas la ciudad de Tolosa pareció haber mudado de aspecto. Los juegos, los espectáculos, todos los divertimientos profanos, las animosidades, las querellas, los comercios ilícitos dieron su lugar á prácticas de piedad, de penitencia y de religion. Los que por medio de usuras ó de malos procedimientos se habian enriquecido á costa de los pobres ó de los mas débiles, restituian de buen grado lo que no les pertenecia. Los que desde mucho tiempo no querian verse, ni hablarse, ni saludarse, se perdonaban mutuamente las injurias que se habian hecho y recibido, y vivian todos entre sí como amigos y hermanos. En un lugar cerca de Tolosa curó S. Vicente un hombre atacado de epilepsia. Alcanzó para el pueblo de Carcasona la lluvia, objeto de sus deseos, despues de una larga sequedad. El 25 de Mayo estando en Cástres de Albiges apaciguó una deshecha tormenta, y en la mañana siguiente, dia de la Ascension de Nuestro Señor, despues de su sermon, curó un paralítico. Todos estos prodigios que admiraba el pueblo solo los empleaba como medios para adelantar la obra de Dios y la salud de las almas. En esto trabajó el Santo con nuevo y felicísimo éxito en la ciudad y en la diócesis de Alby, é hizo mas larga permanencia en la de Beziéres, en donde la palabra de Dios producia considerables frutos. Cuando se supo de cierto el dia de su partida, los magistrados le presentaron una cantidad de dinero, invitándole á que recibiese aquella limosna, la cual él rehusó con tanta constancia como modestia. Hasta emplearon el santo nombre de Dios para obligarle á aceptarla, y Vicente dijo entónces á un hombre de su séquito que la aceptase, pero que acto continuo la distribuyese entre los pobres, viudas y huérfanos del lugar ántes de que saliesen de allí; pues tenia estrechamente prohibido á todas las personas que le acompañaban el recibir jamas ni regalos ni limosnas, sino únicamente para las necesidades del dia, sin inquietarse por las de mañana, practicando así literalmente el consejo del Evangelio y enseñando á los demas á practicarlo. Despues de haber trabajado con el mismo celo en diferentes comarcas del Alto y del Bajo Languedoc, pasó Vicente Ferrer á la provincia de Borgoña, visitó los monjes de Claraval, y curó á muchos de ellos atacados de peste. Entre tanto los Padres del concilio de Constanza deseaban con ardor ver llegar allí á nuestro Santo, y no cesaban de rogar al rey de Aragon que procurase hacer llegar cuanto ántes Vicente Ferrer á su asamblea; y esto aparece claramente por las dos cartas de D. Alfonso que encontramos en los *Anales de Bzóvius*. La una tiene la fecha del 15 de Abril de 1416 y la otra del último dia de Agosto del mismo año. Ignoramos en que tiempo y en que lugar S. Vicente habia recibido la primera; pero sabemos que estaba en Di-

jon sobre la mitad de Setiembre cuando recibió la segunda. Daremos la traduccion de las dos, pues lo permite el ser sucintas. «Á nuestro querido religioso y afecto hermano Vicente Ferrer, profesor de teología. Pues que la asamblea de Constanza, por su carta de convocacion que os remitimos con esta, os invita á pasar en persona al concilio para trabajar con los demas en la extincion del cisma y en la union de la Iglesia, que nosotros prometimos procurar por nuestra parte, os rogamos afectuosamente, nuestro querido y religioso hermano, y os requerimos por las amorosas entrañas de Jesucristo, que hagais cuanto os sea posible para pasar á Constanza á fin de que todo el mundo conozca mas y mas la pureza de vuestras intenciones y el ardor de vuestro celo para la paz de la Iglesia.— Hemos resuelto suministraros de nuestro propio bolsillo quinientos cuarenta florines para los gastos que pudierais hacer durante seis meses, y cuidarémos de enviaros mas si los negocios os detuvieran por mas tiempo en aquella ciudad; pues que un defensor de la fe católica no debe negarse cuando se trata de prestar un servicio agradable á Dios y á la Iglesia. En tal caso no deben perdonarse ni trabajo ni gastos, y se han de emprender con gusto los mas largos viajes. Dado en el monasterio de Poblet bajo nuestro sello privado el 15 de Abril de 1416. El rey Alfonso.»—«Á nuestro querido y religioso hermano Vicente Ferrer, etc.» —«He aquí dias de salud y un tiempo favorable, de que debemos aprovecharnos todos para hacer el bien. Á fin pues que este, que habeis comenzado con tanta gloria, sea aun mas gloriosamente consumado, os exhortamos y os rogamos por las entrañas y la misericordia de Ntro. Señor Jesucristo, que no diferais un momento el pasar á la ciudad de Constanza; pues el grande negocio de que allí se trata para el interes comun de la Iglesia necesita de vuestro socorro, y que se os pide sin cesar. No permita Dios que jamas se os pueda arrostrar el haber faltado en esta ocasion por celo ó por caridad. Á mas de la gloria que os resultará de ello, y del mérito que adquiriréis delante de Dios por vuestros servicios, haréis una accion que me será sumamente agradable. Dado en Barcelona y sellado con nuestro sello el 31 de Agosto, año de Nuestro Señor de 1416. El rey Alfonso.» Si Vicente Ferrer no se daba tanta prisa para llegar á Constanza como el rey de Aragon y el mismo concilio parecian desearlo, debe atribuirse sin duda esto ó á las necesidades de los pueblos que hallaba en su tránsito, ó á sus piadosas importunidades y á la prisa que tenian de oirle y de aprovecharse de sus predicaciones para reformarse. Parece que en el ejercicio de las funciones apostólicas el espíritu del Señor no le permitia pensar en otra cosa que en la salud de las almas, las cuales venian en algun modo á echarse entre sus manos para que las reconciliase con Dios. Con todo no debe ponerse en duda que no hubiese tenido mas de una vez el honor de escribir á su Soberano para

darle cuenta de todo y hacerle grato su retardo. Pero no tenemos ahora estas cartas. Sabemos únicamente que en el tiempo en que recibia las del rey de Aragon, recibia una diputacion de parte del concilio de Constanza. Los Padres de aquel concilio, despues de haber cuidadosamente examinado un punto en extremo difícil, sin poder ponerse de acuerdo sobre la decision del caso, enviaron á Vicente Ferrer el cardenal de S. Ángelo acompañado de dos sabios teólogos y de dos célebres canonistas para proponerle la dificultad y saber su sentir sobre ella. El Santo, despues de haber ante todo ofrecido sus respetos al cardenal, y sabido de él el motivo de su diputacion, preténdese que se mostró igualmente sorprehendido y confuso, y que respondió en estos términos: « No me canso de admirar lo bastante que tan grande número de personas tan ilustradas hayan podido encontrar dificultad en una cosa que tan poca presenta. Mas lo atribuyo á la vanidad de algunos, que en vez de buscar únicamente la gloria de Dios en tan santa asamblea, no buscan al contrario sino sus propios intereses. » Y explicó en seguida tan claramente al cardenal de S. Ángelo y á los sabios que le acompañaban el caso de que se trataba y la manera como debia decidirse, que no les quedó ya la menor sombra de duda. Puede suponerse que los diputados del concilio estaban al mismo tiempo encargados de hacer las mas fuertes instancias para determinar á nuestro Santo á suspender por lo ménos el curso de sus misiones á fin de llegar cuanto ántes á Constanza en donde se le esperaba. Fontana, despues de Bzóvius y algunos otros escritores, asegura positivamente que allí fué en efecto; y que habiendo sido recibido muy honoríficamente por el concilio, sirvió de un grande socorro para terminar muchas disputas y adelantar la conclusion de los negocios que tenia aquel por objeto. Mas esta opinion, que el antiguo historiador no favorece, parece poco conciliable con la serie consiguiente de las acciones de nuestro Santo, y con la cronología que encontramos en los mejores autores. Lo que puede asegurarse con certeza es que S. Vicente Ferrer no partió de Dijon con el cardenal de S. Ángelo, y que no habia pasado aun al concilio de Constanza el 9 de Junio de 1417. La prueba de ello la tenemos en la carta que le escribió en este mismo tiempo el célebre Gérson (Véase Gérson) y que merece que la insertemos á continuacion. « Carta de Gérson, canciller de la universidad de Paris escrita desde el concilio de Constanza el 9 de Junio de 1417.—Al famosisimo doctor y celoso predicador, mi muy querido padre en Jesucristo, maestro Vicente, de la Órden de hermanos predicadores.=Lo que la fama pregona por donde quiera de vuestras virtudes, y lo que he oido decir muchas veces, particularmente en mis conversaciones familiares con el reverendo P. general de vuestra Órden, me ha dado tan alta idea de vuestro mérito, que me parece que segun la significacion misma de vuestro nombre puede decirse

que sois muy bien representado por aquellas palabras de S. Juan en su Apocalipsis: *Vi parecer un caballo blanco, y el que sobre él iba montado tenia un arco, y se le dió una corona, y pareció un vencedor para continuar á vencer.* Vos habeis verdaderamente empezado vuestra carrera como vencedor; ¡ó ilustre Vicente! Mas ¿cuáles son los enemigos que debeis vencer? y por qué medios? con qué armas? con qué aparato de guerra? y de qué arco debeis serviros para alcanzar la corona y el honor del triunfo? S. Pablo, á quien tan bien imitais, nos lo enseña cuando dice que *las armas de nuestra milicia no son materiales.* Y vos sabeis mejor que yo lo que añade. Agólpanse aquí mil cosas á mi espíritu que yo quisiera poder comunicaros; pero lo haria con mas gusto y seguramente con mas provecho de viva voz, si mis ocupaciones pudiesen permitirme el venir á encontraros. De otra parte, los importantes negocios de que vos mismo estais ocupado de continuo me dan asaz á conocer que seria tan contrario á la equidad como á la modestia el fatigaros con un largo escrito. Me contentaré, pues, con insinuaros en pocas palabras lo que tengo principalmente en el corazon, y lo que ocupa asimismo la atencion de muchos otros. Multitud de personas, y entre ellas vuestro general en particular, os rinden el ilustre y glorioso testimonio de que por vuestros cuidados y por vuestra habilidad se han apaciguado las turbulencias que agitaban el reino de Aragon. Todo el mundo sabe que no se necesitaba ménos que el peso de vuestra autoridad y la sabiduría de vuestros consejos para terminar el negocio de la substraccion de obediencia á Pedro de Luna, aquel hombre obstinado y por tanto tiempo el perturbador del reposo de la Iglesia nuestra madre. Esta es una accion que os cubrirá de gloria para siempre, y cuyos frutos esperamos recoger cuanto ántes todos los que nos hallamos presentes en este concilio general por la vuelta de la paz, que parece desterrada de la Iglesia de cuarenta años á esta parte. ¡Ó cuan feliz sois! y cuanto mayor seria vuestra felicidad si quisierais hallaros á nuestro lado, y ver con vuestros propios ojos la eleccion que va á hacerse de un Sumo Pontífice! Si miéntras se está trabajando en terminar enteramente las contestaciones, apresuraseis vuestra marcha á Constanza para dejaros ver en este santo concilio, no dudo que esto produjera un mejor efecto, y que procuraria un fruto mas abundante y mas digno de vuestro celo, que el que pudierais hacer de otra manera no tomando ese partido. Traed á la memoria lo que dice S. Pablo escribiendo á los de Galacia: *Catorce años despues yo fuí á Jerusalem con Bernabé, y tomé á Tito conmigo, y expuse á los fieles, y en particular á los que parecian los mas considerables, el Evangelio que predico entre los gentiles, á fin de no perder el fruto de lo que habia ya hecho, ó de lo que debia hacer en la carrera de mi ministerio.*—Bástame el haberos recordado estas palabras del Doctor de las Gentes; pues no ignorais que aquí se ve

otra Jerusalem, quiero decir, la santa asamblea de los sucesores de los Apóstoles, un grande número de ilustres prelados, queridos de Dios, y de sabios doctores de la ley, con los cuales, si quisieseis venir al concilio, pudierais tener útiles conferencias tocante al ministerio santo que ejerceis. No hablo aun de muchas otras ventajas que pudieran esperarse. Creedme, mi querido é ilustre doctor, si os digo que aquí muchos tienen varias conversaciones acerca de vuestra predicacion, y sobre todo con ocasion de esa secta de flagelantes que ha sido condenada mas de una vez. Vuestros amigos testifican que vos no la aprobais; pero no faltan otros que piensan que tampoco la condenais en todo. Sobre esto circulan entre los pueblos y aun entre nosotros no sé que rumores, que no hacen, es verdad, la menor impresion en el ánimo de aquellos que teniendo el honor de conoceros particularmente miran tales discursos como cuentos despreciables. Yo quisiera, sin embargo, que para destruirlos del todo pudieseis aun en esto conformaros con el ejemplo de S. Pablo, el cual, aunque bien seguro por una expresa revelacion, que su mision era divina, no obstante, sea por condescendencia para con los débiles, sea tambien para mas autorizar su doctrina, no rehusó el conferenciar sobre ella con los demas Apostóles que se hallaban en Jerusalem. Aceptad benigno mis votos en favor de vuestra salud, y recibid favorablemente estas cortas líneas que he escrito en 9 de Junio de 1417, víspera de la fiesta del Santisimo Sacramento, dos dias ántes del de S. Bernabé: el fiel discípulo de S. Pablo. »—El ilustre Pedro de Ailli, llamado el cardenal de Cambray, quiso añadir algunas líneas á esta carta para dar nuevas muestras de su aprecio á S. Vicente Ferrer, cuyas virtudes habia admirado, y cuyos sermones habia oido en Génova, en Padua y en algunas otras ciudades de Italia. *Reverende Magister*, le decia, *et Pater charissime, familiaria colloquia quæ tecum in Janua et Padua, et quandoque alibi me habuisse recolo sermonesque tui salutares, quos audivi, de te omne bonum, præcipuè de humilitate, quæ virtutum omnium fundamentum est, præsumere agunt. Ideo cum dilecto fratre meo et socio Cancellario Parisiensi, ad præmissa de charitate exhortari persuasus sum. Tuus per omnia Petrus cardinalis camerasensis.* (Ap. Bzovi in An. tom. XV. Gersonis opera, tom. II). Por este escrito se echa de ver con que ardor deseaba Gérson atraer á nuestro Santo al concilio de Constanza, y cual era su piadosa inquietud por ocasion de aquellos penitentes públicos que seguian por todas partes al servidor de Dios. El canciller de Paris, cuya sincera piedad corria pareja con sus luces, temia que la autoridad de un hombre tan grande no sirviese tal vez, contra su intencion, para renovar la secta de los flagelantes que acababa de aparecer en Alemania, y que habia sido proscrita desde luego por el vigilante celo de sus pastores. Pero entre estos herejes llamados los *Hermanos de la Cruz* y los

penitentes formados por la mano de S. Vicente, y que caminaban bajo su inspeccion inmediata, nada de comun podia haber, ni en la creencia ni en la práctica. Para convencerse de ello basta parar un momento la atencion sobre lo que acerca de unos y de otros nos dice la *Historia de la Iglesia*. No es tan opuesta la luz á las tinieblas, ni la verdad á la mentira como el carácter de estos lo era de la conducta de aquellos. He aquí como habla de los primeros el abate Fleury: « En este año 1414 en la ciudad de Sangerhäusen, en el marquesado de Misnia, descubrióse á muchos herejes que se llamaban los *Hermanos de la Cruz*, y pretendian poseer su doctrina tomada de un escrito traido por los Ángeles sobre el altar de S. Pedro en Roma hácia el año 343: lo cual corresponde á poco tiempo despues de S. Silvestre. Desde aquel tiempo, decian ellos, que vamos por el mundo azotándonos, porqué entónces fué cuando Dios desechó al Papa y á los demas prelados, y les quitó toda autoridad de atar y de desatar y todo poder de consagrar cosa alguna. Porqué así como Jesucristo arrojando del templo á los traficantes desechó el sacerdocio judáico, á causa de la malicia de los sacerdotes, así tambien al venir los *Hermanos de la Cruz*, rechazó Dios el sacerdocio evangélico, á causa de la malicia de los eclesiásticos. » Ellos rechazaban asimismo el bautismo de agua, y substituian el de su propia sangre. Decian que el Sacramento del Altar no contenia el verdadero cuerpo de Jesucristo, y persuadidos que para la remision de los pecados la flagelacion bastaba con la contricion, condenaban la confesion hecha al sacerdote, y despreciaban la absolucion. No reconocian la existencia del Purgatorio, ni virtud alguna en las oraciones hechas para los difuntos. Y su vida tampoco era mas pura que su fe, ni sus costumbres ménos corrompidas que sus sentimientos; y su terquedad en el error fué tal, que prefirieron perecer entre las llamas que abjurar su nueva herejía. Estos fanáticos fueron condenados y sentenciados en la ciudad de Sangerhäusen en Sajonia. ¿Mas, habia nada de parecido que echar en cara á esta multitud de penitentes que, retirados de los caminos de la iniquidad por las vivas exhortaciones de nuestro Apóstol, no pensaban sino en satisfacer á la divina justicia por las lágrimas de la penitencia, y en reparar por públicas humillaciones el escándalo que sus primeros desórdenes podian haber dado á los hombres? Su fe era pura, su conversion sincera, su modestia religiosa, y todas sus acciones daban testimonio de que su corazon era de Dios. Muchos de ellos habian distribuido entre los pobres riquezas considerables para predicar la pobreza Evangélica en toda su perfeccion. Renunciaban á todas las delicias y á todas las comodidades de la vida por la esperanza de los bienes futuros; y á fin de que jamas se debilitasen en ellos los sentimientos de penitencia, que el hombre de Dios les habia una vez inspirado, trataban de seguirle tan léjos y por tanto tiempo como podian, prefiriendo á todas las

ventajas de la patria la de oirle todos los dias anunciar las mismas verdades, que habian tenido la fuerza de disipar sus tinieblas y de romper sus cadenas. Los solícitos cuidados de S. Vicente en cultivar y en perfeccionar aquellos felices comienzos eran admirables. Él se consideraba como el jefe de una gran familia de la cual debia responder; y así nada descuidaba para depurarla de sus mas leves faltas, y hacerla crecer en todo género de virtudes. Todas las mañanas cantaba la Misa en la cual asistian todos estos penitentes; y muchos de ellos participaban de los santos misterios por medio de la Comunion. En cuanto sus gravísimas ocupaciones podian permitírselo oia él mismo sus confesiones, y en este ministerio de religion y de caridad le ayudaban excelentes eclesiásticos y santos religiosos que se repartian con él las funciones del apostolado. Nómbranse cinco de la Órden de Sto Domingo, cuyas virtudes se encomian en gran manera, y entre los cuales habia dos, llamados Geofredo de Blánes y Pedro de Cerdan, igualmente ilustres por su doctrina que por sus milagros, dice el Sr. de Andilly, siguiendo á un autor antiguo. Bajo la direccion de tan sabios y virtuosos ministros aquella multitud de fieles no solamente evitaba la confusion y todo cuanto podia oler á vicioso, ó capaz de conducir al vicio, sino que mostraba en todo tanto órden, modestia y regularidad, y despedia tan buen olor, que muchos habitantes de los lugares por donde pasaba se juntaban á ella para imitarla. El Santo tenia mucho cuidado en separar los hombres de las mujeres y los eclesiásticos de los láicos. Como la piedad misma de los fieles los impulsaba á contribuir á su manutencion, y no faltaba quien hasta llegaba á ofrecer grandes limosnas, Vicente no permitia que los suyos aceptasen este dinero, ni que se proveyese para mas de un dia á sus necesidades. Era en esto, como en todo, exactamente obedecido, y tenia el placer de ver como el ejemplo de aquellos penitentes, cuyo desinteres, union y caridad representaban tan al vivo las costumbres de los primeros cristianos, contribuia tambien á nuevas conversiones. Instruidos los pueblos y conmovidos por sus patéticos discursos hallaban al propio tiempo en la conducta de los que le seguian la práctica de todas las máximas que él les proponia. Hicimos ya observar que los habitantes del Valle de *Vaupute*, en otro tiempo tan famosos por sus desórdenes, no habian podido hacerse insensibles á este edificante espectáculo de penitencia que les acriminaba su libertinaje y sus torpísimos deleites: tan verdad es que los hombres mas groseros ó los mas corrompidos pueden apénas resistirse contra la fuerza de tales ejemplos. Si lo que era edificacion para los unos era para algunos otros un motivo de crítica ó de maledicencia, esto no podia ser sino para gentes mal instruidas ó propensas á juzgar poco favorablemente de lo extraordinario ó singular que se les contaba. Así Gérson tuvo buen cuidado de observar que todos cuantos conocian bien el mé-

rito del Santo predicador hacian poco caso de estos rumores harto ligeramente esparcidos. Hasta algunos hallaban á mal que insistiese tan fuertemente sobre el último Juicio, como si este dia en el cual este mundo visible ha de finir estuviera muy cercano. Esto es sin duda lo que el canciller de Paris quiso insinuar que se censuraba en sus predicaciones. Mas Vicente Ferrer no hablaba de este grande suceso, sino como habian hablado de él muchos Padres en los primeros siglos de la Iglesia, y como hablaba de él el mismo Apóstol cuando decia que el misterio de iniquidad empezaba ya á obrar. Hay ya desde ahora muchos Anti-Cristos, lo cual nos da á conocer, decia otro Apóstol, que nos hallamos ya en la última hora, esto es, en el último período. Sin pretender fijar los momentos, cuyo conocimiento se ha reservado el Padre celestial, aquellos Santos llenos del espíritu del Señor solo se proponian inspirar el saludable temor de sus juicios á hombres carnales para apartarlos del pecado y de sus criminales habitudes por medio del recuerdo de la cuenta terrible que darémos todos de nuestras acciones ante el tribunal del Soberano Juez. Este momento indudablemente está siempre próximo para cada uno de nosotros: para el que muere acaba el mundo entero, y el postrer Juicio no cambiará la sentencia que le habrá sido pronunciada en su última hora. Volvamos á tomar el hilo de nuestra historia. De Dijon, volviendo atras S. Vicente, dice un autor, pasó á Boúrges, en donde miéntras continuaba con un fervor siempre nuevo sus funciones apostólicas, recibió las cartas de Juan V duque de Bretaña, que le habia muchas veces pedido y le renovaba entónces sus instancias para empeñarle á que viniese á hacer en sus Estados lo que hacia desde tanto tiempo en otros muchos paises. Conoció el Santo que la voluntad de Dios era que emprendiese tambien aquella mision, que debia coronar todos sus trabajos. Pasó por Tours, Angers, Nántes: fué recibido en todas partes como un ángel del cielo, y en todas partes curó enfermos y convirtió pecadores. Hemos dicho ya, reproduciendo á M. Baillet, de que manera el duque de Bretaña Juan, por sobrenombre *el Sabio*, el clero en cuerpo, y casi todo el pueblo de aquella provincia le recibieron en Vánnes, en donde el Soberano tenia su ordinaria residencia. Vicente, para corresponder á los santos deseos de los fieles, predicó en aquella ciudad desde el cuarto domingo de cuaresma de 1417 hasta el mártes despues de Pascua. En el primer sermon que hizo en Vánnes tomó por tema aquellas palabras de Jesucristo relatadas por S. Juan: *Recoged los pedazos que han sobrado para que nada se pierda.* Exhortó fuertemente á su numeroso auditorio á aprovecharse de los restos del festin de la palabra de Dios, que él les traia, como si hubiese querido darles á entender que su mision presto terminaria con su vida. La duquesa, que tenia ya un hijo en estado de suceder á su padre, estaba en cinta; y el Santo le predijo que el

hijo, á quien daria felizmente á luz, ceñiria algun dia la corona de Bretaña. Lo cual se verificó en efecto habiendo muerto el duque Francisco I su hijo mayor sin dejar hijos mucho tiempo despues. Todas las diócesis, todas las ciudades y campos de la Bretaña escucharon con fruto la predicacion, y fueron testigos de sus milagros. Su edad y sus enfermedades, léjos de entibiar el ardor de su celo parecian añadirle algun nuevo grado de vivacidad; y combatió con tanta fuerza los abusos, los vicios, las supersticiones, que se tuvo la satisfaccion de ver en todo el pais una reforma general. Mas estas ocupaciones, aunque continuas, no distraian en nada la atencion de S. Vicente para el adelantamiento de la paz de la Iglesia. Alejado de los reinos de España, continuaba todavía haciendo en ellos mucho bien; y tanto por sus oraciones como por sus cartas inclinó á la córte de Castilla á seguir el ejemplo de la de Aragon para abandonar el partido de Pedro de Luna y reconocer al Papa que seria canónicamente elegido en el concilio de Constanza. Juan II rey de Castilla era todavía menor; y despues de la muerte de D. Fernando regente de aquel reino, algunos prelados, teniendo á su frente los arzobispos de Toledo y de Sevilla, habian hecho los últimos esfuerzos para restablecer el Anti-Papa á pesar de lo que habia sido tan sábiamente determinado en las conferencias de Perpiñan. Pero D. Alfonso, hijo y sucesor de Fernando, animado por el celo de Vicente Ferrer, se propuso disipar aquella cabala, logró inclinar á casi todos los grandes á la observancia del tratado, y la córte de Castilla envió por fin sus embajadores al concilio de Constanza que los acogió con júbilo el dia 3 de Abril de 1417. Mas hasta el 18 de Junio los castellanos no se presentaron de nuevo á la asamblea, pues tuvieron ántes que terminar diferentes contestaciones, y manifestaron que tres razones les habian obligado á venir á Constanza, á saber; para convocar allí el concilio, para unirse á él, y finalmente para confirmar la substraccion de obediencia á Benedicto. Y hablaban así los castellanos, porqué ántes de la llegada de sus obispos y de sus embajadores no habian reconocido la autoridad de la asamblea, ni le habian dado el nombre de concilio. Gérson se apresuró á escribir tan agradable nueva á nuestro Santo, renovándole sus protestas de amor y de respeto, y exhortándole á que no cesase de trabajar en la paz de aquellos reinos. Vencidos ya los principales obstáculos para la union por el concurso de los reyes de España, adelantóse con mucha mayor celeridad en aquel grande negocio, que tenia en espectacion toda la Europa, y que fué dichosamente consumado en el mes de Noviembre por la eleccion de Martin V. Este nuevo Papa, sensible á todo lo que habia hecho nuestro Santo para la extincion del cisma, envió á él á Antonio Montano, que pasaba por uno de los mas grandes teólogos de su siglo, y le escribió para confirmarle el poder que Benedicto XIII le habia en otro tiempo conferido de

atar y de desatar, y de predicar por todas partes la doctrina del Evangelio como un Apóstol. El rey de Inglaterra Enrique V, que se hallaba entónces en Caën, le hizo rogar casi al mismo tiempo que tuviese á bien extender su celo hasta la Normandía. Vicente accedió gustoso á sus deseos sin abandonar la Bretaña; y aquellas dos provincias fueron igualmente el teatro de sus últimos trabajos. Aquel tiempo no fué por cierto el ménos lleno, pues que la caridad del Santo parecia crecer todos los dias con el número de los años. Pero se diria que el historiador, fatigado asimismo por el largo relato de correrías evangélicas, ha sido ménos exacto en referir minuciosamente el éxito ó los frutos de las postreras, y pretende que juzguemos del grande número de conversiones que hizo durante aquellos dos años por todo lo que habia ya hecho en diferentes lugares donde solo se habia detenido pocos dias. Si aquellas ciudades, que habia visitado como de tránsito, parecian en alguna manera cambiadas en otros tantos templos en donde no se cantaban mas que alabanzas al Señor, habiendo sucedido los santos cánticos á las canciones profanas, y las obras de misericordia y de piedad á las de la carne y del pecado, ¿cuánto mas los pueblos de Bretaña sabrian aprovechar para su conversion las lecciones de sabiduría que les dió con tanta asiduidad y durante un tiempo tan considerable? Mirábase como un milagro continuado que á pesar de la extenuacion y abatimiento de fuerzas que le permitia apénas subir al púlpito, desde que empezaba á hablar, lo hiciese con tanta fuerza, órden, elocuencia y uncion, como en los mas bellos años de su vida. Toda especie de personas, de toda edad, de toda condicion, de todo sexo hallaban en sus instrucciones ó en sus consejos, y siempre en su caridad, el socorro de que necesitaban. Si comunicaba muy gustoso sus luces á los que parecian capaces de grandes cosas, se abajaba con la misma bondad á instruir á los pequeños, á quienes explicaba los elementos de la Religion y las prácticas de piedad convenientes á sus años. Por estas instrucciones sencillas y familiares, pero siempre sostenidas con aquel olor de santidad, que daba tanto peso á sus palabras, grababa en los corazones tiernos las máximas mas importantes para enseñarles á regular santamente toda su vida, cumpliendo con todo lo que debian á Dios, á la patria y á sus padres. Las viudas y los afligidos se dirigian con confianza al Santo ministro como á su único consolador; los huérfanos le miraban como su padre; los pobres como su protector, y los enfermos como su médico. Y en efecto, les devolvia la salud del alma y del cuerpo, ora por el fervor de sus oraciones, ora haciendo sobre ellos la señal de la Cruz, ó imponiéndoles las manos. Entre esta multitud de enfermos milagrosamente curados, se distingue un paralítico de diez y ocho años que fué presentado al Santo, rogándole que tuviese piedad de él. Vicente Ferrer le dijo desde luego lo que habia dicho S. Pedro al que pe-

dia limosna á la puerta del templo de Jerusalem : «yo no tengo oro ni plata, pero ruego á Ntro. Señor Jesucristo que se digne concederos por su pura misericordia lo que vos pidais con fe. » Dichas estas palabras , hizo la señal de la Cruz sobre el enfermo , el cual sintiéndose al momento curado se levantó en presencia de todo el mundo , dió gloria á Dios y sus acciones de gracias al Santo , hácia el cual conservó despues una particular devocion. Tambien se asegura que en una ciudad de Normandía Vicente Ferrer halló un viejo pecador , que á sus antiguos crímenes habia añadido el haber firmado con su propia mano una cédula por la cual daba su alma y su cuerpo al demonio. El hombre de Dios no abandonó por cierto este malvado á su desdichada suerte ; ántes al contrario le tendió una mano caritativa y poderosa , pues que despues de haberle hecho concebir los mas vivos sentimientos de penitencia y de confianza en la misericordia infinita de Dios, forzó, segun se dice, al enemigo de los hombres á devolver la fatal cédula , que fué desde luego hecha pedazos. No hablarémos aquí de muchas otras maneras con que el Santo trabajó en destruir las obras de Satanas. Si él le arrojó repetidas veces, como se asegura , de los cuerpos de los poseidos , es aun mucho mas cierto que le hizo salir de una infinidad de almas á quienes el pecado habia hecho esclavas suyas voluntarias ; y todos aquellos paises se resintieron por largo tiempo de los cambios que habia hecho por la fuerza de sus admirables predicaciones. No sabemos si se ha de tomar á la letra lo que dice un autor moderno , Giry , el cual pretende que despues de la mision de nuestro Santo en Normandía , el presidente del tribunal de Caën estuvo muchos años sin tener procesos que juzgar , administrando la caridad cristiana por sí sola la justicia , y previniendo ó terminando sin estrépito todas las diferencias de los particulares. No fué este sin duda el menor fruto del ministerio de S. Vicente ; pues hay otro que merece asimismo ser señalado , y es el santo horror que habia sabido inspirar á todos aquellos pueblos por la mentira , el perjurio , los juramentos y todas aquellas maneras de hablar que ofenden la verdad , ó la Religion , y el sumo respeto que es debido al santo nombre de Dios. Desde el principio de su apostolado se habia propuesto enseñar á los fieles no solamente á vivir , sino tambien á hablar como cristianos , á fin de desterrar de todos los lugares donde llevaria el Evangelio aquellos vicios tan indignos de la santidad de nuestra Religion , y sin embargo tan comunes. Las palabras de Jesucristo á sus discípulos : *No juraréis : contentaos con decir esto es ó esto no es , pues todo lo que se añade viene del mal ;* estas palabras , repetimos, en la boca de nuestro Santo eran la materia ordinaria de sus predicaciones. Pero insistia sobre esto con mas fuerza en los paises en que sabia que el padre de la mentira habia acostumbrado á los pueblos á hablar como él , y á añadir á la mentira el juramento, la imprecacion, la blasfemia. Difícil

seria el explicar con cuan enérgico celo, con que fuerza, con que vivacidad atacaba Vicente estas criminales costumbres, y con que consuelo vió mas de una vez los frutos preciosos de sus instrucciones, que continuaba siempre en la Baja Bretaña; y no pensaba mas que en acabar allí sus dias trabajando en destruir el reino del pecado, miéntras que los compañeros de sus trabajos no pensaban sino en volverle á su patria en donde creian que debia terminar su carrera. El Santo hombre, que no conocia otra patria que el cielo, no escuchaba con gusto las reiteradas instancias que se le hacian sobre el particular. Mas, como los religiosos de su Órden que habia traido de España, y que no le dejaban nunca, redoblasen siempre sus ruegos, siendo piadosamente importunos, se le hizo en fin consentir en este último viaje. Despues de haber exhortado á los habitantes de Vánnes á no olvidar jamas las verdades que él les habia anunciado, partió de noche con sus hermanos para tomar la ruta de España, sin embargo de saber que no deberia llegar á ella. En efecto, ya sea por la violencia del mal, como lo dice M. Baillet, ya sea que Dios hubiese manifestado su voluntad de un modo aun mas sensible, como lo asegura un autor contemporáneo, el Santo enfermo quiso que le volviesen á entrar en Vánnes, y declaró desde entónces á sus compañeros que Dios habia escogido aquella ciudad para lugar de su sepultura. No sabemos con que fundamento han dado algunos modernos en la manía de decir, que el Santo habia añadido que Valencia jamas poseeria sus huesos porqué no habia querido seguir sus avisos. Prescindiendo de que nada mentan sobre esto los antiguos autores, todo cuanto hemos referido en el decurso de esta historia prueba bastantemente que Vicente Ferrer habia sido siempre mirado por los habitantes de Valencia como su oráculo; habiendo ido á ella repetidas veces, y hecho allí repetidas conversiones, sobre todo por las célebres reconciliaciones que habia procurado con sus sabios manejos entre las familias mas distinguidas. Muy difícil seria, pues, señalar la ocasion ó el motivo de descontento que la ciudad de Valencia hubiese dado á uno de sus hijos, que ya en vida hacia toda su gloria. Á mas de que este sentimiento de S. Vicente tendria cierto sabor de venganza ó de pique, que por cierto estaba muy distante de su carácter manso, bondadoso y caritativo hasta con sus enemigos. Sea como fuere, desde el momento en que se le vió reaparecer en Vánnes, la alegría fué general. Grandes y pequeños, ricos y pobres, hombres y mujeres, niños, viejos, adultos, todos vinieron en tropel á su presencia. Los unos se esforzaban para acercarse hasta poderle besar el hábito; miéntras que los otros no se cansaban de repetir aquellas palabras: *Bendito sea el que viene en nombre del Señor*. Los ayres resonaban con estos gritos, y el sonido de las campanas de todas las iglesias anunciaba de léjos el exceso de la pública alegría; pero esta alegría fué de corta duracion. Vuelto á conducir á la

casa en donde habia tenido su residencia ordinaria, declaró Vicente á todos cuantos venian á visitarle, que no habia vuelto á su ciudad para continuar su ministerio, sino para buscar en ella un sepulcro. Estas palabras y una corta exhortacion que les hizo para animarlos mas y mas al temor de Dios hicieron derramar muchas lágrimas; y á un exceso de alegría sucedió un exceso de afliccion. El ardor de la fiebre y los vivos dolores que agobiaban al enfermo no podian disminuir la aplicacion de su espíritu á la oracion, y no quiso ver á los médicos, sabiendo que su enfermedad era ordenada de Dios para disponerle á morir; pero en los Sacramentos, que recibió con tanto fervor como humildad, buscó el remedio de que creyó tener necesidad, bien persuadido que por trabajos que se hayan emprendido por la gloria de Dios, siempre se ha de esperar de su misericordia. El dia tercero de haber vuelto á entrar S. Vicente en la ciudad de Vánnes le creyeron ya en vísperas de su muerte. El obispo llamado Amaury de la Motte con los principales del clero, los magistrados y una parte de la nobleza le hicieron juntos una visita, que el servidor de Dios admitió con sus muestras acostumbradas de urbanidad y de modestia. Mas para sacar provecho de esta última ocasion de trabajar en la gloria de Dios y en la salud de las almas, recordó en pocas palabras á todos los que presentes estaban lo que habia tratado de hacer entre ellos durante aquellos dos años, los felices comienzos de conversion que habia visto en unos, el entero cambio en muchos otros, y todo lo que se le habia prometido para acabar de abolir los abusos y las malas costumbres, ó para impedir que se introdujesen de nuevo las que se habian ya desterrado. Suplicó con encarecimiento y humildad al prelado que pusiese en ello toda su solicitud pastoral; recomendó á los magistrados que apoyasen con su autoridad el celo del clero; y amonestó á los señores que tratasen siempre á los pueblos con humanidad. Habiéndoles en seguida exhortado á la perseverancia en sus buenas resoluciones, les aseguró que tendria aun diez dias de vida, y que cuando hubiese conseguido de Dios la misericordia que esperaba, les ayudaria con su intercesion en el cielo, con tal que ellos se mostrasen siempre fieles en practicar lo que les habia predicado. Continuó entre tanto en edificarlos é instruirlos con sus ejemplos: entre la violencia del mal, que hizo admirar en él aquella paciencia heróica que habia desplegado en sus otras enfermedades, se le veia siempre unido á Dios, teniendo el espíritu y el cuerpo siempre elevados á la consideracion ó al amor de las divinas perfecciones. Nunca abrió sus labios para quejarse de sus sufrimientos sino para dar gracias al Señor porqué le hacia sufrir, y con esto le hacia un poco semejante ó conforme con su Hijo crucificado. Para que le interrumpiesen lo ménos posible en su espíritu de oracion y de union con Dios, habia deseado que dejasen entrar pocas personas en su aposento, y siempre para cosas

necesarias. Entre tanto el enfermo se iba debilitando mas y mas, y los moradores de Vánnes, atentos al progreso del mal, tomaban ya sus medidas á fin de no quedar privados de los santos despojos que ellos creian pertenecerles. Los magistrados enviaron una diputacion al servidor de Dios para rogarle que les declarase su voluntad acerca del lugar de su sepultura, no teniendo segun decian otro objeto que prevenir las disputas que podrian suscitarse, atendido á que no habia entónces religiosos de su Órden establecidos en aquella ciudad. Á lo cual el enfermo, semejante siempre á él mismo, respondió, que siendo un pobre de Jesucristo y un servidor inútil, no debia ocuparse sino de la salud de su alma y dejar á los otros el cuidado de lo que miraba solo al cuerpo. Pero, añadió; á fin de que la paz que os he predicado durante mi vida no se turbe despues de mi muerte, os ruego que dejeis la eleccion del lugar de mi sepultura á la voluntad del prior de mi Órden, cuyo convento esté mas cercano á esta ciudad. Nada mas dice acerca de esto el autor antiguo; pero podemos creer que los diputados lo prometieron todo, resueltos, sin embargo, á no permitir nada que se opusiese al designio ya formado de guardar las santas reliquias. Tocábase ya al momento que iba á eclipsar aquella hermosa y radiante lumbrera de la Iglesia; y el discípulo de Jesucristo, absorvido todo su pensamiento en la eternidad, tanto mas humillado bajo la mano de Dios, cuanta mas elevada idea tenia de aquella santidad infinita, en comparacion de la cual toda la justicia del hombre no es mas que imperfeccion é impureza, moderaba los santos deseos de la muerte por los sentimientos de la mas sincera humildad. Pedia á su alma que se apresurase á salir de su prision para ir á abismarse en la fuente inagotable de todos los bienes, formando al mismo tiempo muchos actos de amor, de contricion y de penitencia. El décimo dia de su enfermedad, que él habia predicho seria el de su muerte, se hizo leer la historia de la Pasion de Ntro. Señor Jesucristo: pidió que se le aplicase la indulgencia plenaria, que el papa Martin V le habia especialmente concedido para la hora de la muerte; y tanto como podia permitírselo la elevacion de su espíritu, con frecuencia absorvido enteramente en Dios, rezaba con sus hermanos los salmos de la penitencia. El miércoles de la semana de Pasion, 5 de Abril de 1419, adormecióse aquel justo en el ósculo del Señor, de edad, segun algunos autores, de setenta años, ó de setenta y ocho segun la opinion de algunos otros; pero segun el cómputo mas exacto, que hemos siempre seguido, no habia vivido mas que sesenta y dos años, dos meses y treinta dias. El cuerpo de S. Vicente fué solemnemente colocado en el coro de la iglesia catedral de Vánnes, donde se vieron desde luego acudir en tropel los pueblos de casi toda la Bretaña, atraidos por el olor de sus grandes virtudes y por la fama de los milagros con que el cielo continuaba en honrar su santidad. Pasa-

rémos aquí en silencio la minuciosa descripcion de sus prodigios, que pueden verse en Súrio y en las *Actas de los Santos*, y nos contentarémos con decir que todo lo que habia servido para el uso del servidor de Dios, su vestido, su báculo, su cinturon, sus instrumentos de penitencia, hasta el agua con que la duquesa de Bretaña Juana de Francia hija de Cárlos VI habia lavado por sí misma el santo cuerpo despues de su muerte, todo esto fueron otros tantos instrumentos de que plugo á Dios servirse para la curacion de muchos enfermos y para la libertad de muchos poseidos. Habiendo determinado el Duque con el obispo que la iglesia catedral quedase en posesion de las santas reliquias, mandó que la ceremonia de las exequias se hiciese con toda la posible solemnidad. Mas, preciso es confesar que el concurso y la devocion de los fieles, sus lágrimas y los votos que hacian públicamente para obtener de Dios algun favor particular por la intercesion de su servidor, honran mucho mas su memoria, que todo el pomposo aparato y los gastos extraordinarios que por ello se hicieron. Esta larga serie de bellas acciones de S. Vicente Ferrer, que hemos procurado presentar sin artificio y con la mayor naturalidad posible, nos dispensa de hacer ahora su elogio. ¿Y qué pudieran añadir las palabras á la idea que nos dan de ese héroe cristiano las virtudes con que resplandeció, los grandes talentos con que la naturaleza y la Gracia le habian enriquecido, los trabajos inmensos que durante tantos años y con tanto valor habia sostenido; en fin, los sucesos prodigiosos y casi increibles, y las conversiones sin número, que fueron los frutos de su celo y las muestras ó la corona de su apostolado? Al darle la Providencia á la Iglesia en un tiempo de obscurantismo, de corrupcion y de cisma, le habia favorecido con todas las excelentes calidades que pueden formar un Santo, un profeta, un apóstol. Apareció en el mundo como un hombre que nada tiene de la tierra, ni en nada está asido de ella, y que no obra ni habla sino para mostrar á los demas el camino del cielo. Casi todos los pueblos, todos los reinos de Europa quisieron escucharle; él predicó en todas partes, y en todas partes obró conversiones que nadie se hubiera atrevido ni aun á esperar. Las naciones ménos cultas, los hombres ántes sin costumbres, sin sentimientos, los infieles mas alejados de la dulzura del Evangelio y de la pureza de sus máximas no pudieron resistir á la predicacion de S. Vicente. Él les manifestó que no habia salud sino por la fe de Jesucristo, y ellos creyeron en él; él les mostró la necesidad de vivir segun su fe para ser justificados, y ellos abrazaron las máximas del Evangelio. No fué ciertamente un número de particulares los que este hombre apostólico sometió al yugo de Jesucristo ó á los trabajos de la penitencia: viéronse repetidas veces sinagogas en cuerpo, ciudades enteras, valles muy poblados, grandes provincias acoger con docilidad la ley y hacerse un deber en cumplirla. Los que se han

propuesto contar la multitud de estas conversiones han emprendido una obra que no se hallaban en disposicion de ejecutar. Y los rabinos en esta parte hacen mas honor á nuestro Santo que los cristianos mismos; pues así como nuestros historiadores por lo comun no cuentan mas que ocho mil moros convertidos, treinta ó treinta y cinco mil judíos, y cien mil malos cristianos; los rabinos hacen subir á doscientos mil los de su nacion que recibieron el Bautismo. Esto es lo que leemos en la continuacion de la *Historia de los judíos* (tomo III, pág. 305). Creemos que en esto habrá mucha exageracion, pues de ella son muy capaces los rabinos, y tampoco pasarémos por alto que los judíos, llamados por S. Vicente á la fe de Jesucristo, no perseveraron todos en la profesion de la verdadera fe. Pero la ligereza ó la hipocresía de algunos solo sirvió para hacer mas digna de aprecio la fidelidad y la perseverancia de los otros; y la caida de estos apóstatas en nada disminuye el mérito ni la gloria del Santo predicador, que tan acertadamente habia disipado sus tinieblas. Y debe parecer tanto mas digno de las alabanzas de todos los siglos, cuanto ménos habia procurado ser encomiado por los hombres; pues nunca quizas hablando en lo puramente humano se habia visto unida tanta modestia con tanta grandeza. Si rehusó las primeras dignidades de la Iglesia fué porqué se creia sinceramente indigno de ellas: y miéntras se le consideraba en todas partes como el árbitro de los negocios mas importantes, el sabio consejero de los príncipes, de los reyes, de los soberanos pontífices, el taumaturgo, el oráculo del mundo cristiano, Vicente, aun mas humilde que elevado, no hablaba jamas de sí mismo, porqué de la nada, nada hay que decir, ó si alguna vez hablaba, era segun los sentimientos de su corazon para oponerlos á los que los demas tenian de él. Hablaba como pensaba; ¿y cuáles eran sus pensamientos? Vedlos aquí reducidos por sus propias palabras. En su *Tratado de la vida espiritual*, despues de haber dado gracias á Dios de todo cuanto habia obrado en él por su infinita misericordia, no considerándose sino segun lo que procedia de su propio fondo, decia: «Toda mi vida no es mas que un odor de muerte: todo yo estoy infecto tanto en el cuerpo como en el alma, y todo cuanto hay en mí siente la corrupcion causada por la abominacion de mis pecados y de mis injusticias; y lo peor es, que yo conozco y siento que esta putrefaccion va creciendo en mí todos los dias, y que se renueva de una manera aun mas insoportable: *Tota vita mea fœtida est: totus fœtidus sum: et corpus meum et anima mea et omnia quæ intra me sunt, fœce et putredine peccatorum et iniquitatum fœdissima et abominabilissima sunt: et quod deterius est, quotidie hunc fœtorem in me sentio recentius et angustius renovari, etc.* (Tract. vit. spirit. cap. XVI). » ¡Qué asombrosa humildad! ¿Pueden darse mas bajos sentimientos de sí propio, ó expresarse en términos mas opuestos á todo cuanto la vanidad, el orgullo y el amor

propio acostumbran inspirar á las almas muy distantes de la santidad del discípulo de Jesucristo? No ha faltado empero la maledicencia del mundo impío, de ese mundo incapaz de conocer toda la grandeza de la humildad y que blasfema siempre de lo que ignora, en calumniar á nuestro Santo, no solo contra la evidencia de la verdad, sino hasta contra las apariencias de la verosimilitud, suponiendo que el apartarse de la obediencia de Benedicto XIII despues de haberle sido adicto fué por no haberle éste condecorado con la dignidad eminente del capelo cardenalicio. ¡Y esto se ha repetido por hombres que se llaman críticos en el siglo XIX! Sobre tan profunda humildad, pues, debia basarse el edificio de la perfeccion mas sublime á la cual la Gracia queria elevar á nuestro Santo; y por el mérito de su humildad atraia hácia sí la abundancia de los dones celestiales. Esta virtud amada de Dios y consagrada en la persona del Hombre-Dios es la que le hacia un instrumento propio de la cooperacion del Todopoderoso para obrar milagros sin temor de que le deslumbrase su brillo, ni de abusar de ellos atribuyéndose á sí mismo la gloria. La humildad fué tambien, segun lo observa un grande cardenal, la que hacia toda su vida tan edificante y la que comunicaba tanta virtud á sus ejemplos, tanta fuerza á sus virtudes, tanto vigor á sus discursos, tanta eficacia á sus oraciones. Si le fué dado poder arrojar los demonios, las enfermedades, las bestias dañinas y resucitar los muertos; si tuvo en su mano calmar los vientos y las tempestades, atraer ó suspender las lluvias, leer en el porvenir y en el secreto de los corazones, explicar con una facilidad admirable lo que era un misterio impenetrable á los mas ilustrados entendimientos, remover y hacer girar como á su sabor las voluntades y los corazones para reunir los pueblos divididos, ó para desprenderlos á su tiempo de un partido cuya mala causa se manifestaba por la terquedad de su jefe; puede sin temor ponerse la humildad de S. Vicente al frente de todas las virtudes morales, que le hacian digno de recibir del cielo favores tan poco comunes. La fe y la caridad inspiraban sus oraciones, el celo las inflamaba, y la humildad las hacia siempre poderosas. Y así, no sin razon se atribuyó aun mas á sus oraciones que á sus trabajos la extincion de un cruel cisma y la vuelta de la paz por tan largo tiempo deseada. Despues de aquel grande acontecimiento, que nuestro Santo no habia cesado de pedir á Dios por mas de treinta años, nada mas le quedaba que decir sino aquellas palabras de un antiguo justo: «Ahora, Señor, dejad morir en paz á vuestro siervo pues que mis ojos han visto ya la que acabais de conceder á vuestra Iglesia.» Así, pues, esta esposa de Jesucristo no olvidó los importantes servicios que aquel con tanto celo le habia prestado. Y así como él, en todo el decurso de su vida no habia trabajado sino para enriquecerla, para purificarla, y procurarle el reposo, ella no tardó en hacerle tributar despues de su muerte todos los honores que

él tenia tan justamente merecidos. El culto que se le dió en la iglesia de Vánnes empezó en cierto modo con sus exequias, y los soberanos pontífices le extendieron despues á todos los pueblos cristianos. El papa Martin V fué desde luego instado para ello por muchos príncipes y prelados de España. El duque de Bretaña obró en esta ocasion con tanto mayor celo, en cuanto habia muchas veces admirado por sí mismo las heróicas virtudes de San Vicente durante su vida, y habia tambien sido testigo de los milagros que se hacian todos los dias en su sepulcro. El Pontífice, á quien no era ménos conocida la santidad del servidor de Dios, se prestaba de muy buen grado á hacer comenzar las informaciones necesarias para proceder á la canonizacion. Se hicieron cuatro procesos, dice el obispo de Menópoli, en Aviñon, Tolosa, Bretaña y Nápoles, en los cuales se comprobaron ochocientos y sesenta milagros. Tambien se hizo proceso en Barcelona, Valencia y otros lugares de España y de Francia. Pero las turbulencias sobrevenidas entre la córte de Roma y D. Alfonso de Aragon, que queria hacerse dueño del reino de Nápoles, hicieron suspender todo otro negocio. Eugenio IV animado del mismo celo de su predecesor, y vivamente solicitado por los mismos príncipes, entró tambien en el mismo designio. Mas permitió Dios que nuevas inquietudes causadas al mismo Papa en el concilio de Bala, sobre todo por la creacion del anti-papa Félix V, retardasen todavía mas el proceso de la canonizacion. Nicolas V, habiendo sucedido al papa Eugenio IV, nombró comisarios y eligió tres cardenales para examinar las informaciones que se habian hecho en Francia, en España y en Italia. El celo de Juan II rey de Castilla, de D. Alfonso de Aragon y del nuevo duque de Bretaña, dió el ejemplo á la Órden misma de Santo Domingo que en un asunto que tan particularmente le interesaba parecia obrar con ménos viveza que aquellos tres soberanos. Guido Flamotétes, frances de nacion, habiendo sido nombrado general de los hermanos predicadores en el capítulo celebrado en Roma en el año 1452, practicó muchas mas diligencias que sus predecesores; y para poner de su parte las últimas disposiciones concernientes al feliz éxito de aquel negocio, que los pueblos, las universidades y las iglesias de España deseaban con igual ardor, se indicó á propuesta misma del Papa el próximo capítulo general en la ciudad de Nántes en Bretaña. La muerte de Guido Flamotétes, que falleció muy poco despues en Nápoles, no impidió la celebracion del capítulo de Nántes, en donde, habiendo sido elegido general de su Órden Marcial Auribelli, concertó sus medidas con el duque y los obispos de Bretaña, los cuales resolvieron unánimemente suspender toda otra gestion para ver el fin de aquella. Nicolas V recibió bondadosamente su demanda, viendo con sumo placer el extremo á que se habia llevado la exactitud para la perfeccion de las actas de informacion. Este Papa se prometia

ya ser él quien anunciase á toda la Iglesia la canonizacion de S. Vicente. Mas, segun la profecía misma de nuestro Santo, esto estaba reservado á otro. Nicolas V murió en el año 1455, y pocos dias despues de su muerte Alfonso Borgia, natural de Valencia en España, cardenal del título de los Cuatro Santos Coronados, fué elegido Papa bajo el nombre de Calixto III. Sesenta años habia que aguardaba este honor y el de poner el nombre de Vicente Ferrer en el catálogo de los Santos. El negocio estaba ya tan adelantado, que para poner en él la última mano el nuevo Pontífice necesitó de muy pocos meses. Su pontificado habia tenido principio el 8 de Abril, y el 29 de Junio del mismo año hizo la ceremonia de la canonizacion, treinta y seis años despues de la muerte del Santo. No obstante, la bula de la canonizacion no fué publicada hasta 1.° de Octubre de 1458 bajo el pontificado de Pio II. Calixto habia ordenado que la fiesta de S. Vicente se hiciese todos los años en 6 de Abril con el oficio de un confesor no pontífice; pero despues se fijó en el 5 que era el dia de su muerte, y esto fué despues aprobado por la Sagrada congregacion de ritos, que recibió órden del papa Clemente IX mas de doscientos años despues de insertar este oficio en el Breviario romano en la clase de los semidobles. La bula de la canonizacion que trasladamos aquí en parte, para no omitir nada de lo que pueda redundar en gloria de tan grande Santo, segun la trae el citado historiador obispo de Monópoli, está concebida en estos términos: «Pio obispo, siervo de los siervos de Dios, para perpetua memoria. Es muy puesto en razon que aquellas cosas que con deliberacion del romano Pontífice y parecer del colegio de los cardenales y de todos los prelados que entónces se hallaron en la córte romana fueron establecidas, aunque no hayan sido hechas letras apostólicas por la muerte del predecesor, tengan su debido efecto; y asi, habiendo Dios proveido siempre su Iglesia de apóstoles, mártires y varones apostólicos, estando el mundo en grandisima perdicion y las partes Occidentales llenas de judíos é infieles, olvidados los hombres del último Juicio, la alteza de la Divina Providencia que quiso restaurar la Iglesia con tan esclarecidos varones, dió á Fr. Vicente Ferrer, valenciano, de la Órden de los frailes predicadores, que tenia en sí las verdades del Evangelio eterno para convencer los errores de los judíos, moros y herejes, que fué el otro ángel que vió S. Juan que volaba por medio del cielo y predicaba la vecindad del último Juicio. Y como nuestro predecesor Calixto para gloria de los venideros hubiese determinado de hacerla, en sabiendo parte de la excelencia de este célebre varon, que por Gracia alcanzó lo que los ángeles tienen por naturaleza, y tambien los actos de su vida y conversacion atestiguan que nació en la ciudad de Valencia, y que desde la tierna edad habia tenido corazon de viejo, etc.» Aquí prosigue el Pontífice haciendo una extensa reseña de su ejemplar vida, celo extraor-

dinario, asombrosos trabajos y copiosísimos frutos así en la conversion de los pecadores, como en la paz de la Iglesia. Y despues de haber hecho mencion de los muchísimos informes y procedimientos tomados en diferentes puntos por varones y prelados eminentes delegados al efecto, ya por sus predecesores, y sobre todo por su antecesor Calixto III que le canonizó ya con autoridad apostólica, concluye: «Mas porqué sobreviniendo la muerte del expresado Pontífice (Calixto III) no se despacharon las letras de su canonizacion, de lo cual podria resultar alguna duda de lo que en ello sucedió, aunque se publicó en la basílica de S. Pedro, hallándose presentes los cardenales y prelados y gran muchedumbre de pueblo; queremos y por autoridad apostólica determinamos, que la canonizacion y otras cosas tocantes tengan entero efecto como si se hubiesen despachado las letras, y que basten las presentes para probar enteramente la misma canonizacion, y lo demas que en ella sucedió. Dado en Roma en S. Pedro, año de la Encarnacion del Señor de 1458, en las kalendas de Octubre, en el primer año de nuestro pontificado.» Á mas del cuerpo del Santo que se ha siempre conservado religiosamente en Vánnes, se tuvo asimismo un grande cuidado en recoger sus demas despojos, y en no dejar perder nada de lo que le habia pertenecido. Desde el año 1456 se sacaron de su sepultura sus santas reliquias en presencia de un cardenal legado, del arzobispo de Rouen, de quince obispos y del general de los dominicos. El duque y la duquesa de Bretaña con toda su córte asistieron muy devotamente en la procesion solemne hecha en Vánnes con ocasion de la translacion, despues de la cual las reliquias fueron colocadas en una caja bajo tres llaves. El legado apostólico tomó una, la segunda se dió al duque de Bretaña, y la tercera al obispo de Vánnes Íves de Pontsal, de la Órden de Santo Domingo. Dejáronse algunos pequeños huesos en el primer sepulcro, y se encajaron otros en mayor número en un precioso relicario. Al mismo tiempo se hicieron muchas distribuciones secretas de algunas pequeñas partes de santas reliquias, que con el decurso del tiempo vinieron á parar á las iglesias de Nuestra Señora y de S. Pedro de Nántes, á los cartujos del mismo lugar, á los dominicos de Guingamp, y á los carmelitas de Vánnes y de Morlaix. No debe olvidarse que el General de los hermanos predicadores, segun la expresa comision que le habia encargado el último capítulo general, aprovechó esta ocasion para pedir que el cuerpo del Santo fuese devuelto á su Órden, é hizo su protesta en presencia de notarios y de testigos. Mas aun cuando el obispo y todo el cabildo de Vánnes hubiesen estado en las mejores disposiciones, no era de pensar que el duque de Bretaña ni los habitantes consintiesen jamas en ceder un tesoro, de que se mostraron siempre tan celosos. No obstante, mas de una vez se han visto expuestos al peligro de perderlo; y cuando los calvinistas en Francia á mediados del siglo

XVI declararon la guerra á las reliquias de los Santos, la Bretaña tuvo ménos que temer de su furor que de la piedad interesada de los españoles que vinieron despues en el reino al auxilio de la Liga. Algunos de los que formaban la guarnicion de la ciudad de Vánnes, y que casualmente se hallaron ser naturales de la de Valencia, patria de nuestro Santo, dieron aviso á la córte de España que las circunstancias parecian favorables para apoderarse del santo cuerpo y restituirlo á su patria. El rey católico Felipe II aprobó el celo de sus oficiales, pero creyó que si él mismo se lo rogaba, el cabildo de Vánnes haria de buen grado lo que de seguro hubiera negado en otra ocasion. Su Majestad, pues, escribió á los canónigos de la catedral para obtener de ellos como un favor lo que pensaba poder pedir á título de justicia. Mas, la respuesta no se conformó con sus deseos; y los oficiales españoles, que se hallaban de permanencia en Vánnes, volvieron á tomar su resolucion primera. Para ejecutarla con mas seguridad imaginaron el dar un espectáculo al pueblo, y se dispusieron á hacer el piadoso robo miéntras que todos los ciudadanos, atraidos á otra parte, tendrian ocupada su atencion en aquellas vanas representaciones. Pero los canónigos fueron advertidos con tiempo de esta estratagema; y para precaucionarse de una vez contra toda especie de sorpresas, algunos de ellos comisionados para esto por el cabildo aprovecharon las tinieblas de la noche para ocultar la caja, lo cual ejecutaron con tanto sigilo, que quedó ignorada y casi sepultada en el olvido desde el año 1590 hasta el de 1637, que fué al fin descubierta por los cuidados de un obispo de Vánnes. Y habiéndose debidamente comprobado y exactamente justificado las santas reliquias, se hizo de ellas una segunda traslacion el dia 6 de Setiembre, dia desde entónces consagrado para renovar anualmente su memoria, la cual se continúa todavía con la mayor solemnidad. La pastoral ó edicto del prelado que anunció la invencion de las reliquias de S. Vicente, contiene muchas circunstancias dignas de excitar la curiosidad. Copiarémos tan solo las cláusulas mas notables. —« Sebastian de Rosmadeo, por la Gracia de Dios y de la Sede Apostólica obispo de Vánnes, á todos los fieles de nuestra diócesis. Si fué en otro tiempo para D. Amaury de la Motte, nuestro predecesor, gran motivo de júbilo y de consuelo ver á S. Vicente Ferrer derramar en toda esta diócesis la semilla de la palabra divina, y dejar en esta iglesia sus santos despojos, cuando plugo al Señor llamarle para sí: si esta alegría espiritual fué despues renovada para otro de nuestros predecesores, Ives de Pontsal, cuando el papa Calixto III habiendo canonizado al mismo Santo en el año 1455 se hizo en el año siguiente la traslacion solemne de sus reliquias en presencia de Alano de Contigny, cardenal de la Santa iglesia romana, del título de Santa Práxedes, y legado apostólico; no tenemos hoy dia menor motivo de regoci-

jarnos en el Señor, pues que la Providencia acaba de hacernos encontrar otra vez aquellas preciosas reliquias que por tanto tiempo habian estado ocultas. Mas, no seria completa nuestra alegría si descuidáramos el anunciárosla é invitaros á participar de ella con nosotros. Tenemos el gozo de manifestaros, que si bien, segun la comun opinion de los fieles, á las súplicas de S. Vicente, nuestro glorioso patron, debe esta ciudad el haber sido preservada de los horrores de la peste y del azote de la guerra; aunque sea tambien cierto que todo cuanto se ha dado de algun tiempo á esta parte para adornar y enriquecer esta iglesia catedral debe ser considerado como un efecto de la devocion de los príncipes y de los pueblos al glorioso S. Vicente; teníamos sin embargo el dolor de ver que el fervor de los fieles se habia entibiado en gran manera desde que nuestros antepasados, tan temerosos de la piadosa avidez de los españoles como de las manos sacrílegas de los herejes, habian substraido á sus investigaciones y pesquisas el santo cuerpo, sin dejarnos la menor noticia del lugar en el cual lo habian ocultado. Pero el Señor que quiere ser glorificado en su Santo no ha permitido que su culto fuese por mas tiempo olvidado; y para excitar de nuevo la piedad de los pueblos se sirvió de la de D. Jayme de Martin, nuestro inmediato, que decoró esta catedral de muchas y ricas tapicerías, en donde cuidó que se representasen una parte de los milagros que S. Vicente habia obrado durante su vida. Tampoco ignorais que desde su dichoso tránsito se hacia todos los años una procesion solemne el dia 5 de Abril: esta piadosa costumbre que habia estado interrumpida, fué renovada aun con mayor aparato por la solicitud de uno de los principales ministros del Rey en esta ciudad, que hizo para ello una fundacion en 1600. El sepulcro de S. Vicente fué desde entónces mas frecuentado, y nosotros hemos visto venir á él príncipes, grandes señores y muchos otros ilustres personajes; siendo de notar entre otros muchos el señor príncipe de Condé, los duques de Guisa y de Brissach, padre é hijo, y el general de la Órden de hermanos predicadores el P. Rodolfo, que habiendo llegado á Vánnes el año 1631 obtuvo nuestro consentimiento y el de los demas ciudadanos para hacer edificar aquí un convento de su Órden, del cual quiso ser fundador M. de Plessis Rosmandeo. Un mismo sentimiento de devocion ha impulsado á los venerables canónigos de esta iglesia á hacer elaborar una caja de plata para encerrar las santas reliquias. El señor duque de Brissach que vive todavía, y el señor de Galesoniere, consejero de estado han presentado lámparas de plata, y este último ha declarado que habia hecho el viaje de Paris á Vánnes tan solo para cumplir un voto, porqué estando enfermo y reducido casi á la agonía, al momento de haber invocado al Señor por la intercesion de S. Vicente, recobró su primera salud. » Despues de haber referido aquí extensamente el obispo de Vánnes la manera

con que se habia hecho la invencion y la comprobacion auténtica de identidad de las santas reliquias, concluye así su pastoral: « Ved ahí, pues, mis carísimos hermanos, las faustas y agradables nuevas que tenemos el placer de hacer saber hoy dia á toda nuestra diócesis. Y os exhortamos en Nuestro Señor, á dar tambien de vuestra parte nuevas pruebas de una sincera piedad á fin de que, así como S. Vicente empezó en otro tiempo su mision en vuestro pais por aquellas palabras de Jesucristo: *Recoged los pedazos de pan que han quedado para que no se pierdan*, recojais tambien ahora los restos de sus santas reliquias, y dándoles el culto que les es debido, atraigais las bendiciones del cielo sobre la sagrada persona de nuestro glorioso monarca Luis XIII, sobre sus ejércitos y sobre vuestras familias. Despues de haber encerrado en una caja de plata los huesos de nuestro Santo en presencia del obispo de Treguier y de nuestro cabildo, los hemos llevado con toda pompa á diferentes iglesias de esta ciudad, y hemos en seguida colocado la caja sobre el altar de la nueva capilla, edificada detras del coro de nuestra catedral bajo la invocacion de la Santísima Vírgen y de S. Vicente. Mas de ciento cincuenta mil fieles que se han hallado presentes á esta traslacion, y á las oraciones de cuarenta horas, han dado grandes muestras de la mas tierna devocion. Dado en Vánnes el juéves 10 de Setiembre de 1637. » Tal vez cause alguna sorpresa que los habitantes de Vánnes, tan devotos y al mismo tiempo tan deudores á los beneficios de S. Vicente Ferrer, no se hubiesen apresurado por mas de dos siglos á llamar á los religiosos de su Órden; pero cesará esta sorpresa al considerar que los hombres ordinariamente no gustan ver demasiado cerca de sí á aquellos de quienes son deudores, cuando no se hallan con voluntad de restituir lo que á aquellos es naturalmente debido. No debemos concluir esta historia sin decir algo de los escritos de S. Vicente Ferrer, aunque las funciones del apostolado parezcan haber llenado todos sus momentos. Nos ha dejado sin embargo algunas obras que han sido recogidas y publicadas por la solicitud de Vicente Justiniano Astit, célebre doctor de la Órden dominicana. Á mas del pequeño *Tratado de lógica*, que fué como el primer ensayo de nuestro autor en sus años juveniles, se le atribuye otro tocante al cisma entónces naciente; pues en 1380 dedicó este *Opúsculo* á D. Pedro, rey de Aragon, en favor de Clemente VII, cuya eleccion le parecia mas canónica que la de Urbano VI su competidor. M. Baluze hace mencion de esta obra en sus *Notas* sobre las vidas de los papas de Aviñon. Todos los demas escritos de S. Vicente son: ó tratados de piedad, ó cartas, ó sermones. Entre los primeros se hacen notables: 1.°: *El Tratado de la vida espiritual ó del hombre interior*. 2.°: *El de la fin del mundo ó de la ruina de la vida espiritual, de la dignidad eclesiástica y de la fe católica*. 3.°: Un tratado intitulado: *De los dos advenimientos del Anti-Cristo*, en donde se

hallan muchas predicciones y amenazas contra los hombres carnales. 4.°: *Una explicacion de la oracion dominical*, y un *Opúsculo* para servir de consuelo á las almas piadosas en sus tentaciones contra la fe. Algunos de estos *Tratados* han sido traducidos en muchas lenguas, y todos han parecido impresos en Valencia de España, en Magdeburgo, en Venecia, en Nápoles, en Lyon y en Ambéres. Entre las *Cartas* de S. Vicente, las unas son escritas al papa Benedicto XIII, las otras á tres reyes de Aragon D. Pedro, D. Martin y D. Fernando. No se nos han conservado las que dirigió á D. Alfonso. Solo un fragmento nos ha quedado de su respuesta á la carta de Gérson, así como de la que habia escrito á D. Bonifacio Ferrer, general de los cartujos. Hemos ya visto lo que escribia desde Ginebra á Juan de Puinoix, general de los hermanos predicadores en la obediencia de Benedicto XIII. Es tambien cierto que el Santo habia publicado y dedicado al rey D. Martin un tomo de sus *Sermones*, del cual hace mencion en una de sus *Cartas* al mismo príncipe, y entre estos mismos *Sermones* se hallaba una especie de *Diario* ó itinerario, del cual algunos autores españoles se han aprovechado para escribir la historia de su vida. Mas no podremos asegurar ni que este tomo haya llegado hasta nosotros, ni que la nueva *Coleccion de sermones* dividida en cuatro tomos é impresa en los últimos siglos bajo el nombre de S. Vicente sea verdaderamente suya. Pudiera á lo mas presumirse que alguno de sus oyentes habia creido poder atribuirle lo que le habia oido predicar, pero cambiando ó supliendo á su manera y añadiendo muchas cosas. Porqué es una verdad, como observa M. Dupin, que se hallan muchas en estos *Sermones* que no parecen dignas de la gravedad del Santo, cuyos verdaderos escritos fueron siempre llenos de sabiduría, de piedad, de luz y de uncion. Terminarémos el vasto cuadro de la vida de S. Vicente Ferrer con los brillantes rasgos con que un moderno escritor nos le presenta como el ángel del Apocalípsis que Dios ha enviado, próximo á la fin del mundo, y como una prueba de que no está muy distante el último Juicio. Son dignas de reproducirse sus mismas palabras: « Que el mundo tienda hoy dia á tocar el fin de su carrera, lo dicen una multitud de Santos, de doctores y de hombres graves y concienzudos, que pertenecen á todos los siglos, á todos los paises y aun á todas las religiones. ¿Qué imposibilidad aparece de que esto sea así? En el comun acuerdo de tantos testigos irrecusables sobre un hecho de tal importancia, ¿no hay una vehemente presuncion de verdad? ¿No se tendrian por felices nuestros jurados si en todas las causas sometidas á su exámen tuviesen iguales pruebas para formar su conciencia y apoyar su juicio? Añádese á esto, que esta tradicion tan respetable en sí misma parece sacar una nueva autoridad de los sucesos de la historia moderna. En aquel libro profético, dejado á la Iglesia como una antorcha para dirigirla

durante los últimos tiempos de su gloriosa peregrinacion, está escrito: « Yo « veo un ángel volando por medio del cielo, que tiene el Evangelio eterno para « evangelizar á los habitantes de toda la tierra, de toda nacion, de toda tribu, « de toda lengua y de todo pueblo, clamando á grandes voces: Temed al Se- « ñor y dadle gloria porqué la hora de su Juicio se acerca.» «Vosotros lo igno- rais quizá; pues bien, ese ángel, encargado de anunciar al mundo la proxi- midad de su última hora, ha venido ya. » Á fines del siglo XIV, un personaje extraordinario pareció en el fondo de las Españas. Santo y profeta, desde su juventud, fué creciendo en medio del asombro universal. El espíritu de Dios reposa en él: está en su corazon, que arde en un celo no conocido desde el apóstol S. Pablo: está en su espíritu, que él ilustra con las luces del porve- nir: está en sus manos, que siembran á millares los milagros: está en sus labios, que abre á la palabra mas prodigiosamente poderosa que se habia oido jamas: está en su cuerpo, que sostiene á pesar de su extremada debi- lidad en medio de las mas duras austeridades y de las mas agobiadoras fati- gas. Ser sobrehumano, aunque sea hombre, rehusa constantemente las dignidades que un Papa le obliga á aceptar: su vida es una oracion, un ayuno y una predicacion continuas. Por espacio de veinte años recorre la Europa entera, y por espacio de veinte años la Europa entera se estremece y palpita bajo el poder de su voz. Predica en su lengua nativa y es enten- dido en todos los paises. Sacerdotes y láicos, reyes y pueblos, pecadores inveterados, lázaros sepultados en la tumba del vicio, herejes, judíos, mahometanos, todos dispiertan al ruido atronador de esta trompeta, y salen los unos de la tumba del crímen, los otros del sepulcro del error. El estupor y el entusiasmo encadenan sucesivamente á su seguimiento diez, doce, veinte mil personas, que le siguen de un pueblo al otro, igualmente ávidos y aterrorizados de su palabra. Durante los veinte años de su apostolado, el Juicio final es el asunto ordinario de sus predicaciones. Él mismo anuncia al mundo, *que ha sido enviado especialmente por el Supremo Juez para anun- ciar la proximidad del último de los dias*. Como Pedro, como Pablo, como todos los grandes misioneros del cristianismo, prueba su mision por claros y estupendos milagros. Hallábase en Salamanca, la ciudad por excelencia de los teólogos y de los sabios: un pueblo innumerable se apiñaba para oir al enviado del cielo. No pudiendo iglesia alguna contener la multitud, sube el Taumaturgo á una colina. Un profundo silencio acoge su palabra, y de re- pente elevando la voz exclama: « Yo soy el ángel del Apocalipsis que San « Juan vió volar en medio del cielo, y que gritaba en voz alta: Pueblos, « temed al Señor, y dadle gloria porqué la hora del Juicio se acerca. » Á tan extrañas palabras levántase un sordo murmullo del seno de la muchedum- bre: gritase: demencia! jactancia! impiedad! El enviado de Dios se detiene

un instante, fijos los ojos al cielo y como arrobado en éxtasis: vuelve despues á hablar, y con una voz mas fuerte exclama de nuevo: «Yo soy el « ángel del Apocalipsis, el ángel del último Juicio.» El murmullo llega á su colmo. «Tranquilizaos, dice el celeste mensajero, y no os escandalizeis de « mis palabras. Vosotros vais á ver con vuestros propios ojos, que yo soy lo « que digo. Id al extremo de la ciudad, á la puerta de S. Pablo, allí halla- « réis una mujer muerta: traédmela aquí, yo la resucitaré en prueba de lo « que S. Juan ha escrito de mí.» Un increible tumulto acogió aquella proposicion. Sin embargo, algunos hombres corren á la puerta de la ciudad indicada, y en ella encuentran en efecto una mujer muerta: toman el ataud y vienen á colocarlo en medio del auditorio. Acércase todo el mundo, y cada cual se asegura por sí mismo de que aquella mujer está verdaderamente privada de la vida. Acabado de hacer este reconocimiento por millares de testigos, todo el auditorio, atónito y lleno de estupor, forma un círculo inmenso al rededor del cadáver. El ángel, que no ha dejado ni un instante su lugar elevado, se dirige hácia la difunta, y con una voz poderosa, le dice: «Mujer, en nombre de Dios te mando que te levantes.» Al momento se levanta sobre su féretro. Añade el ángel: «Para la salud de todo este « pueblo, dime, ahora que puedes hablar, si es verdad ó no que yo soy « el ángel del Apocalipsis, encargado de anunciar al mundo la proximi- « dad del último Juicio?—Sí, Padre, responde la muerta, vos sois este « ángel, vos lo sois realmente.» Y para colocar este milagroso testimonio entre dos milagros, le dice el Santo: «Quieres quedar viva, ó quieres morir « de nuevo?—Prefiero quedarme en la tierra, contestó la mujer.—Vivid « pues.» Y vivió en efecto un gran número de años, testigo viviente y muerto, dice un historiador, de este asombroso prodigio, y de una mision mas asombrosa todavía. Y no se crea que este admirable hecho sea una circunstancia, por decirlo así, desapercibida en la vida del hombre de Dios, ó una particularidad referida tan solamente por un historiador obscuro. Este hecho y la mision divina que establece es de tal manera capital en la vida del Santo, domina y caracteriza de tal modo su apostolado, que vereis en todas partes en Italia como la pintura representa al grande misionero bajo la forma de un ángel volando por medio del cielo, y que no hay uno solo de los numerosos historiadores del Taumaturgo que no refiera este prodigio con todos sus pormenores, y no le dé un extenso lugar en su narracion. ¿Qué mas diremos aun? Informaciones, averiguaciones, deposiciones, testimonios sobre la fe del juramento, pruebas de todo género, nada falta á la autenticidad del hecho. Y para coronar todas estas pruebas, la Iglesia por el órgano del supremo pontífice Pio II ha rendido un solemne homenaje á la verdad de este grandioso acontecimiento. En la bula de canonizacion reconoce al

Taumaturgo por el ángel del Apocalipsis; y dice con S. Juan: «Tuvo las pa-
« labras del Evangelio eterno para anunciar, como el ángel que volaba por
« medio del cielo, el reino de Dios á toda lengua, á toda tribu, á toda nacion,
« y para manifestar la proximidad del Juicio final...»: *Æterni Evangelii in se documenta habentem..... Ad extremi tremendique judicii diem, quasi angelum volantem per cœli medium, pronuntiandum, evagelizandumque sedentibus super terram.... ut in omnes gentes, tribus et linguas, populos et nationes.... Regnum Dei, diemque judicii appropinquare ostenderet:* (Bull. Canonizat.). Y no es esto una aplicacion arbitraria de las palabras de la Escritura. ¿En un acto auténtico, caracterizar con semejantes expresiones un hombre que se hubiese dado á sí mismo falsamente por el ángel del Apocalipsis, no hubiera sido acreditar la impostura? Ved por otra parte todas las Vidas del Santo, que son muchisimás: nosotros conocemos ya catorce: anotarémos únicamente los Bollandos, Valdecebro, Teoli, que citan un gran número de historiadores distinguidos en apoyo del hecho de que acabamos de hablar. ¿Queréis saber el nombre de este ángel? Se llama S. Vicente Ferrer. (Lib. I, tract. 3.°, cap. XIX). S. Luis Bertran, dominico, ha dado una explicacion literal de la revelacion de S. Juan, que muestra haber sido llenamente cumplida en S. Vicente Ferrer. (Tomo II *Serm. de S. Vincentio*). Ademas, que el ángel del último Juicio sea un hombre y no una inteligencia celeste, nada hay en esto que deba admirarnos. ¿No nos dice el mismo Salvador, que S. Juan Bautista es el ángel anunciado por los profetas para prepararle los caminos? *Dixit Jesus ad turbas de Joanne: Hic est de quo scriptum est: Ecce ego mitto angelum meum ante faciem tuam, qui præparabit viam tuam ante te.* (Matt. II. 10.). No dejará empero de preguntarse: Si S. Vicente Ferrer era el ángel del Juicio, ¿cómo el suceso no siguió de cerca la prediccion? Fácil es la respuesta. Preguntarémos nosotros á nuestra vez: ¿Porqué la ruina de Nínive no siguió inmediatamente la prediccion de Jonás? Y con todo Jonás era un verdadero profeta que decia: Cuarenta dias mas, y Nínive será destruida: *Adhuc quadraginta dies et Ninive subvertetur.* (Jon. III. 4). ¿Tal vez no se conocen las promesas y las amenazas condicionales de Dios? Llena está de ellas la Escritura. Los pecados de los ninivitas merecian, verdad es, la ruina de su ciudad, y sin duda alguna el castigo debia descargar en el dia anunciado por el profeta; pero la penitencia de la ciudad culpable suspendió el azote, y Nínive no fué destruida en el tiempo señalado. Esta es una imágen exacta de lo que se verificó en la época y en la predicacion de S. Vicente Ferrer. «Cuando se tienen conocidos, dice Riccardi, los desórde-
« nes y los escándalos de todo género que durante la segunda mitad del siglo
« XIV y principios del XV habian desfigurado la faz del cristianismo, nada
« difícil se hace el admitir la mision divina del grande Taumaturgo, y recono-

« cerle por un primer Enoch, precursor del Juez Supremo. Mas cuando se « contempla, de otra parte, el gemido universal que se levantó de todos los « puntos de la Europa, la penitencia solemne, el cambio prodigioso que se ve- « rificó al escuchar la formidable amenaza, la cesacion del gran cisma de « Occidente, que hubiera sido capaz por sí solo de apresurar el fin de los si- « glos; en una palabra, cuando se considera todo cuanto precedió y todo lo « que siguió al vuelo apostólico del hombre de Dios al traves de la Europa, se « hace muy fácil el creer, sin faltar á la verdad de la profecía, que Dios se « dejó mover á vista de una penitencia tan universal, tal como lo hacia entre- « ver y esperar el mismo grande apóstol en medio de sus espantosas amena- « zas. Mas, lo que quedó suspenso entónces, no podria tener lugar ahora? ¿Un « castigo, que debe ciertamente llegar un dia, y que sin una penitencia del « todo extraordinaria hubiera ya descargado sobre el mundo cuatro siglos « hace, parecerá pues increible ó en demasía precipitado cinco siglos mas tar- « de, en una nueva época de corrupcion tal vez mas profunda, y de incre- « dulidad ciertamente mas universal: época sobre todo en que el mundo no « piensa de modo alguno en oponer al azote de Dios el muro poderoso de una « conversion universal, único capaz de detenerlo?» Así se ve, pues, que la dilacion concedida al mundo penitente no destruye ni desvirtúa la certitud de la mision divina de S. Vicente Ferrer, así como la conversion de Nínive no destruyó la del profeta Jonás. Con todo, si se exige que la prediccion del ángel del Juicio tenga un sentido mas literal y mas directo, fácil es el satisfacerse. Ved á un viejo; sabeis que no debe tardar una enfermedad mortal en atacarle y llevárselo: no podriais decirle con toda verdad: ¿Vuestra última hora se acerca? Tal es el lenguaje que pudo usar con el mundo el grande Taumaturgo del siglo XIV. Este lenguaje tuvo en efecto, y este lenguaje fué verdadero, porqué sintomas de muerte, que nadie sospechaba, existian en el momento de declararse: *el mundo tocaba al principio de su fin.* La verdad de esta respuesta parece tanto mas inatacable á los ojos mismos de la razon, en cuanto toda la historia posterior le sirve de prueba la mas evidente. Si el Santo dijo verdad, anunciando la *proximidad* del último Juicio, han debido aparecer despues de su tránsito signos precursores de la fin de los tiempos. Y estos signos son de dos maneras; los unos *distantes*, los otros *próximos*. Entre los primeros hay algunos que están ya indicados por la tradicion: tales son la caida del Imperio romano y la fin del reino de Mahoma, seguida del grande Imperio anti-cristiano. Las demas señales se hallan consignadas en la Escritura: tales son la predicacion del Evangelio por toda la tierra y la apostasía general. En cuanto á los signos próximos están reservados mas bien para acompañar que para anunciar muy de antemano la terrible catástrofe. Cuéntanse dos principales: de estos dos últimos el segundo no se

ve todavía, pero se diria que el segundo empieza á anunciarse. » Así se expresa en el discurso preliminar de su *Historia de la sociedad doméstica en los pueblos antiguos y modernos* un célebre y profundo escritor de nuestros dias, el abate J. Gaume; y no hemos querido privar á nuestros lectores, á cuyo buen criterio sometemos las transcritas reflexiones, este brillante coronamiento de la santidad y fama extraordinarias de que ha gozado, goza y gozará en el mundo cristiano nuestro ínclito Taumaturgo S. Vicente Ferrer. —J. R. C.

FERRER (V. P. D. Bonifacio) religioso cartujo, hermano de S. Vicente Ferrer, y célebre como él en piedad y sabiduría. Los dos al parecer habian nacido para dar lustre y prez no solamente á su familia, sí que tambien á la ciudad de Valencia, su patria, que se honra y con razon de contar entre sus innumerables glorias al *Apóstol de Europa*. Nació Bonifacio en la misma casa que su Santo hermano, en 1355; recibió igual educacion; mostróse tambien muy aficionado á la literatura; y como Dios le habia dotado de un genio precoz y profundo, hizo tan grandes adelantamientos en el estudio de la jurisprudencia, que aun no habia cumplido los veinte años de edad, cuando ya recibió el grado de bachiller en la universidad de Lérida, famosa en aquel siglo entre las mas célebres de Europa. Pasó luego á Italia, y continuó perfeccionándose al lado del célebre Baldo que entónces regentaba con extraordinario brillo la cátedra de jurisprudencia de la universidad de Perusa, y residiendo en el extranjero; hasta que en 1375, habiendo tomado desgraciadamente mucho cuerpo la rebelion de Pisa contra el papa Gregorio XI, se restituyó á su patria en donde obtuvo dos beneficios, el uno en la iglesia mayor bajo la invocacion de S. Antonio, y el otro en la parroquial de Sto. Tomas apóstol con título de Sta. Ana, que era el mismo que habia poseido su hermano S. Vicente ántes de entrar en el noviciado. Partió segunda vez para Lérida; recibió el grado mayor de leyes, y de regreso á Valencia contrajo en 1382 matrimonio con una señora tan noble como virtuosa llamada D.ª Jaymeta Despont: de cuyas resultas incorporó al blason de su casa, que consistia en dos herraduras, dos puentes que eran las armas del linaje de esta señora. Nombráronle en 1386 asesor del Justicia criminal, y en 1388 jurado de la misma ciudad de Valencia; y en esta misma época compró de Guillen Jafer el lugar de Alfara, llamado posteriormente del Patriarca. Todos los historiadores hablan con elogio de Bonifacio por el celo que desplegó en este período de su vida en el desempeño de los varios y distinguidos cargos que se le confiaron. Valencia le amaba, y como sabia bien cuanto valia por su ciencia y su virtud le eligió por embajador suyo cerca del rey D. Juan I de Aragon para que acompañado de otros ciudadanos le suplicaran que prosiguiese las córtes de Monzon, en las que asistió el mismo

D. Bonifacio como uno de los apoderados de la ciudad y como á su abogado. En esta misma época sufrió la irreparable pérdida de su amada esposa. Se le habian muerto ya ántes siete hijas; y de cuatro hijos no le quedaban mas que dos de menor edad. Tantos y tan fuertes golpes á la vez habian de lastimar por necesidad su sensible corazon; pero era religioso y supo conformarse con su desgracia. Determinó no obstante abandonar el mundo para acercarse mas á Dios; lo consultó ántes con su Santo hermano, quien se alegró con él de haber tomado tan buena determinacion, y le animó para que no la abandonase. En efecto, en 21 de Marzo del año 1396, y á los cuarenta y uno de su edad, tomó el hábito de cartujo en la casa de Porta-Cæli, distante cuatro leguas de Valencia, profesando en 24 de Junio despues de tres meses de noviciado por haber obtenido dispensa del Papa. No tardó en ordenarse de sacerdote, y sobresalió tanto por sus virtudes religiosas, que para darle sus hermanos una prueba de lo mucho que le apreciaban le nombraron prior de aquella casa en 8 de Enero del año 1400. En el mes de Marzo siguiente asistió en el capítulo general en la gran Cartuja de Grenoble, y á su regreso pasó por la córte de Aviñon con el objeto de visitar á D. Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII, á quien estaba unido Bonifacio con los vínculos de una sincera y estrecha amistad. Éste le recibió con los transportes de la mayor alegría, y considerando que podia servirle de grande utilidad en las críticas circunstancias en que se hallaba, le rogó y aun le mandó que se quedase en su compañía para que le consolase en sus aflicciones y para que le animase en sus trabajos. Bonifacio accedió, y al propio tiempo obtuvo una indulgencia plenaria para Valencia, víctima en aquella ocasion de un cruel azote que diezmaba á los ciudadanos. En el año siguiente 1401 le envió Benedicto en calidad de legado al rey de Francia Cárlos VI, que, como se lee en la historia, tenia á Benedicto como preso en el mismo palacio de Aviñon; y Bonifacio, fiel á la amistad, trabajó tan acertadamente en este negociado, que logró muy en breve predisponer otra vez el ánimo del Monarca y de la Francia á favor de la córte de Aviñon. Murió en 1402 D. Guillermo Raynaldo, prior general de la Cartuja; y en 23 de Junio fué elegido para reemplazarle el piadoso Bonifacio, quien sintió tanta repugnancia en aceptar un puesto tan elevado, ya porqué su excesiva humildad se lo representaba como un cargo superior á sus fuerzas, ya porqué en las críticas circunstancias en que se hallaba la Iglesia consideraba sin duda que este nombramiento podia producir resultados desfavorables á la paz y tranquilidad del Órden que tan sábiamente habia gobernado su antecesor. Fué, pues, necesario para que lo aceptase que Pedro de Luna, á quien entónces reconocia por papa legítimo bajo el nombre de Benedicto XIII, se lo mandase. Entónces no le quedó otro recurso que inclinar la cabeza y encomen-

darse á Dios. Benedicto le detuvo á su lado hasta el 12 de Marzo de 1403; y cuando este Papa se consideró libre, Bonifacio volvió á la gran Cartuja. En 1408, hallándose en Perpiñan, intervino en una gravisima junta de prelados á la cual da el mismo Bonifacio el nombre de concilio general, en donde ademas de algunos encargos que le hicieron cerca de Benedicto y del rey de Francia, quedó nombrado en calidad de embajador con otros varios para asistir en el concilio de Pisa en nombre y representacion de Benedicto á fin de trabajar para la extincion del cisma, que tanto afligia en aquella época á la Iglesia. Llegó á aquella ciudad en el mes de Mayo del año 1409. Veamos lo que refiere Berault-Bercastel acerca del resultado de este paso dado por los enviados de Benedicto; se expresa así: «Los legados de Pedro de Luna habian tomado la precaucion muy acertada, pero insuficiente, de ir en compañía de los embajadores del rey de Aragon; lo que no impidió que fuesen insultados por el pueblo al dirigirse al lugar de la audiencia. Se oyó á los embajadores con el respeto que era debido al Rey su amo; y por consideracion á sus personas se consintió en oir igualmente á los legados, sin embargo de que en todo rigor no debia tratarse con los ministros de un excomulgado y de un hereje. Habiéndose dado á sí mismos el título de nuncios del papa Benedicto, se suscitó un murmullo general, y se les llamó nuncios del hereje y del cismático. Luego que se cerró la puerta se les leyó la sentencia de condenacion, pronunciada contra aquel obstinado Pontífice. Preguntaron si podian hablar con libertad, no obstante haberse prohibido, segun se decia, contradecir á lo que estaba ya decidido: y como no se habia juzgado conveniente á la dignidad del concilio oirles en sesion plena, se les respondió que la congregacion particular en que se hallaban no tenia facultad para dispensar en las leyes dadas en comun; y que si tenian que hacer presente alguna cosa, reflexionasen bien lo que habian de decir. Consultaron un momento con los embajadores de Aragon, y pidieron todos ellos que se les esperase hasta el dia siguiente; pero al salir de la asamblea huyeron furtivamente de la ciudad y tomaron á toda prisa el camino de España. Uno de ellos llamado Bonifacio Ferrer, hermano de S. Vicente Ferrer y general de los cartujos, nos ha dejado una relacion que atribuye las mayores violencias á los Padres de Pisa y en particular á Simon Cramaud; pero este religioso de diferente piedad y carácter que su Santo hermano escribió con tanta preocupacion y acrimonia, que ningun lector juicioso puede hacer caso de lo que refiere. Así lo juzgó, aun entre los protestantes, un historiador de los mas ilustrados é imparciales.» Estas son las palabras textuales del célebre historiador frances; y en efecto, el piadoso y profundo Bonifacio, que estaba léjos de participar de las opiniones galicanas, dice: «que por mas que procuró se les diese audiencia pública á él y á los otros embajadores para pro-

poner los medios que habian meditado para la quietud, jamas pudo lograrlo; ántes le respondieron con ultrajes, dicterios, y horrendas persecuciones, hasta amenazarlos de muerte: tanto, que se hubieron de salir disimulados de la ciudad.» Mas adelante continúa Berault-Bercastel diciendo: «Por consiguiente, sin extinguir el cisma hicieron los Padres de Pisa cuanto era posible en las circunstancias en que se hallaban contra un monstruo tan obstinado en su defensa (hablando de Benedicto); y sino fué enteramente exterminado, recibió á lo ménos una herida mortal, de cuyas resultas quedó con muy pocas fuerzas hasta que espiró por último en el concilio de Constanza. Inmediatamente, ó muy poco despues del concilio de Pisa, mudaron de semblante los asuntos de la Iglesia, y en vez de un cisma general, llamado con tanta razon el gran cisma de Occidente, no hubo ya mas que un cisma ordinario; de suerte que se redujo todo al estado de tantas divisiones precedentes en que el verdadero Papa (Alejandro V) era reconocido de la Iglesia católica, y el Anti-Papa sostenido por algunas *facciones infamadas*.....» Todo esto debe tenerse en cuenta para contestar del modo debido á un autor alucinado, cuya pluma asaz ligera en esta parte de la historia debiera ser ménos ponzoñosa, si es que intentase evitar la justa defensa de los reyes de España y de un varon tan ilustre como Bonifacio. Afortunadamente esta misma ligereza del escritor frances, si nos faltasen otros datos, nos proporcionaria las armas convenientes para combatirle victoriosamente, y no armas vedadas sino de buen temple y de buena ley: armas de aquellas que ni están gastadas por el orin ni hieren alevosamente. Ya pues que queda consignado en una historia eclesiástica, que goza hasta cierto punto de autoridad, una opinion en nuestro concepto equivocada; séanos permitido refutarla aunque nos separemos en cierto modo de los estrechos límites á que debe circunscribirse un biógrafo, mostrando nuestra imparcialidad para destruir una parcialidad que afecta á la nacion y al hombre probo que ha merecido por sus virtudes el título de *Venerable*. No hay autor, ni aun el mismo Berault-Bercastel, que no haya mirado como cosa sumamente difícil determinar cual de los papas en aquella época de cisma era el legítimo. Así es, que cuando este historiador trata de los graves males que producia el cisma, tales como la ruina de una infinidad de personas, la degradacion de los hombres de bien, la elevacion de vasallos indignos, la depravacion de las costumbres, los errores, la simonía, la rebelion y la apostasía, la multiplicacion de todo género de delitos y todas las calamidades de la guerra y de la discordia; añade apoyándose en el dicho de S. Antonino: «que no por esto se cerró el camino de la salvacion á los fieles que obedecian de buena fe al Papa que creian legítimo.» Y concluye: «que absteniéndose de los excesos á que daba lugar el espíritu de division, y conformándose en todo lo demas con el espí-

ritu del Evangelio podian seguir sin peligro cualquiera de las dos obediencias (la de Urbano VI y la de Benedicto XIII); supuesto que una y otra tenian á su favor hombres muy hábiles y Santos distinguidos con el don de hacer milagros.» Sentado este principio y sin que nuestro ánimo sea el de resucitar cuestiones harto dilucidadas ya é impropias de este lugar, nos concretarémos á rebatir la parte en que el historiador frances ataca al sabio y piadoso cartujo, de quien cuando ménos aparentó tener muy pocas é inexactas noticias. En la relacion que hace sobre el recibimiento que dieron los de Pisa á los embajadores de Benedicto empieza manifestando, como hemos dicho ya, que el pueblo los insultó al dirigirse al lugar de la audiencia. Preguntarémos ahora: ¿en qué ocasion se conmueve el pueblo que no sea á impulsos de algun resorte? Cuidado que no queremos atribuirlo en ningun concepto á manejos innobles por parte de los Padres. Léjos de nosotros semejante idea; pero atiéndase á que la cuestion que se ventilaba era tambien cuestion de naciones; que en el concilio asistian príncipes y otros personajes que podian obrar por espíritu de política, y que en todas épocas este espíritu ha considerado legales ciertos actos que nosotros reprobamos y de buena fe. Al momento que se presentaron dándose el título de nuncios del Papa, el mismo Berault-Bercastel se limita á decir que se suscitó un murmullo general, y que se les llamó nuncios del hereje y del cismático. ¿Era esto un insulto, una amenaza ó un ultraje? ¿Era tratar de paz á los enviados de Benedicto? Si Berault-Bercastel pudiese contestar, su respuesta no seria problemática. Se cerró la puerta y la comision se limitó á leerles la sentencia de condenacion pronunciada contra aquel obstinado Pontífice, que es lo mismo que decir, se les cerró la boca con un anatema para que no pudiesen hablar. ¿Y esta fué una atencion ó una condescendencia que se tuvo con ellos? No obstante, preguntaron si podian hacerlo con libertad; y como habian juzgado que no era conveniente á la dignidad del concilio oirles en sesion plena, se les dijo que en la congregacion particular en que se hallaban no tenian facultad para dispensar de las leyes dadas en comun; y que si tenian que hacer presente alguna cosa reflexionasen bien lo que habian de decir: ¿y esta advertencia no fué bastante significativa despues de los antecedentes que habian mediado? Añadamos á todo esto, que el historiador eclesiástico ha hecho segun se ve un estudio particular para debilitar en lo posible lo que no puede ocultarse, á fin de presentar al concilio de Pisa con todo aquel carácter de tal, á pesar de no haber sido dispuesto ni autorizado por la cabeza de la Iglesia. Atendida esta circunstancia, cotejemos ahora su relato con lo que dijo Bonifacio sobre su recibimiento en Pisa, y veremos que sus quejas cuando mas pueden ser en sentir

de algunos exageradas (1); pero no inexactas, ni ménos que merezcan ser despreciadas por todo hombre juicioso. Hace bien Berault-Bercastel en citar el dictámen de un historiador protestante, porqué de este modo da mayor cuerpo á las fundadas razones en que nos apoyamos para despreocupar á los que sigan ciegamente á Berault-Bercastel, y para atacar y desmentir al autor protestante, que como á tal era el mas á propósito para mancillar la memoria de un varon piadoso, cuyos restos descansan en un sepulcro y son venerados por la ínclita Órden á que perteneció. Ligereza fué, lo repetimos, la que cometió Berault-Bercastel en esta parte de su obra: calumnia atroz podria decirse el infamar á los reyes de Aragon, de Castilla y de Navarra, y mas particularmente aun al apóstol de Europa el ínclito S. Vicente Ferrer, honor y gloria no solamente de la España sino de todo el orbe católico. Los reyes de Aragon, Castilla y Navarra lo mismo que Bonifacio Ferrer y S. Vicente Ferrer, su hermano, y otros y otros muchos reconocieron por papa legítimo, hasta despues del concilio de Constanza, á Pedro de Luna, llamado Benedicto XIII. El mismo Berault-Bercastel refiere el siguiente hecho de S. Vicente Ferrer, que desvanece cualquiera especie de duda que pudiese ofrecerse sobre la verdad que dejamos sentada. Cuando habla de la substraccion de obediencia por parte de los tres reyes de España, de los condes de Foix y de Armañach y poco despues por parte del rey de Escocia, se expresa así: «S. Vicente Ferrer fué el que publicó esta substraccion el dia 6 de Enero, fiesta de la Epifanía, del año 1416; y aprovechándose de la circunstancia del dia para entrar en materia dijo, que tres reyes acababan de ofrecer presentes muy agradables á Dios y á la Iglesia: cosa que pareció muy ingeniosa y le mereció generales aplausos. Se declaró el Santo contra Benedicto XIII con la mayor energía, porqué habia vivido engañado mucho tiempo con sus artificios, y le trató de perverso y perjuro, digno del desprecio y de la indignacion de los fieles. En el año siguiente volvió á pasar á Francia á fin de someterse con toda solemnidad y aparato á la única cabeza que debia darse muy en breve á la Iglesia.» No podemos ó no sabemos atinar como Berault-Bercastel en vista de este pasaje se atrevió, apoyándose con el dicho de un autor protestante, á calumniar al general de los cartujos suponiendo que era de diferente piedad y carácter que su Santo hermano, ni como osó dar el apodo de *faccion infamada* á los reyes de Aragon, Castilla y

(1) Nosotros, atendido á que abrazamos la opinion, á nuestro modo de ver indisputable, de que la cabeza de la Iglesia universal es superior á los concilios, y no los concilios superiores al Papa; y que por lo mismo vemos que el concilio de Pisa carecia entónces de las circunstancias necesarias para ser llamado tal concilio: ni aun queremos suponer en la relacion de Bonifacio una exageracion que hasta cierto punto hubiera sido impropia de su grande piedad y de su reconocida mansedumbre.

Navarra, á los condes de Foix y de Armañach y al rey de Escocia; pero afortunadamente miéntras transcurren los siglos los errores se enmiendan, las calumnias se desvanecen y la inocencia brilla aun entre las tinieblas. Hemos dicho finalmente, que Berault-Bercastel no tuvo ó aparentó no tener noticias exactas de nuestro venerable Bonifacio, y vamos á manifestarlo en la continuacion de este artículo. Despues de la congregacion de los Padres de Pisa muchos prelados de la Cartuja representaron al padre D. Bonifacio que para unir la religion, que estaba como las demas dividida en dos cabezas, convendria que renunciase el generalato, indicándole que otro tanto haria Estévan de Sena, por otro nombre Mazonio, á quien seguian las provincias sujetas á Gregorio XII. No podia hacérsele proposicion que mas le gustase: deseaba por una parte libertarse de un cargo que consideraba superior á sus fuerzas; y por otra al igual del secretario de Sta. Catalina de Sena (véase Estévan de Sena) nada podia complacerle mas que contribuir tambien á cortar de raiz los males que traen consigo las desavenencias introducidas en el seno de una corporacion respetable en todos conceptos. Efectivamente, apénas se le indicó ejecutólo sin vacilar ni un momento, á pesar de que seguia entónces todavía adicto á Benedicto XIII considerándole como legítima cabeza de la Iglesia. En 1410 fué elegido otro general en la persona del padre Don Juan de Grifomoute, prior de la cartuja de Paris, segun lo refiere Martene al principio de las obras del mismo Bonifacio. Benedicto por su parte sintió extraordinariamente aquella novedad; y queriendo enmendar lo hecho mandóle reasumir la prelacía, dándole aun mas amplios poderes. Y en esta época fué cuando Bonifacio fijó su residencia en la casa de Val de Cristo, junto á Segorbe. Era el hermano de S. Vicente Ferrer, como hemos visto ya, hombre de grandes y profundisimos conocimientos; de modo que se le consultaba en los asuntos de mayor importancia, y se seguia su opinion con preferencia á la de otro cualquiera. En aquel mismo año los caballeros de la ínclita órden de Montesa se dirigieron á él para que dirimiese una cuestion, que podia haber tenido fatales consecuencias. Al parecer, divididos los caballeros se habian nombrado maestres, y ninguno de ellos queria ceder en beneficio de la paz, creyéndose ámbos con derecho de sostener su puesto. En tan críticas circunstancias, y cuando mas divididos estaban los ánimos, la suerte quiso que se sujetasen á la decision de Bonifacio, quien dispuso que se anulasen ámbas elecciones, nombrando en su lugar en virtud de la autorizacion que le concedieron á D. Fr. Romeo Corbera; cuya eleccion fué á gusto de todos y restableció la calma y la tranquilidad. En el célebre parlamento de Alcañiz y en la villa de Caspe fué uno de los jueces nombrados por el reino de Valencia para declarar en quien debia recaer el derecho á la corona de Aragon; y en esta ocasion tuvo tambien la honra de ser uno de los nueve electores

nombrados por el rey D. Fernando I. Todas estas circunstancias demuestran el grande concepto que se merecia el célebre cartujo. Dijimos que ántes de tomar el hábito habia dejado acomodados á los dos hijos únicos que le quedaban ; el mayor de los dos, siguiendo enteramente las huellas de su padre, miraba con indiferencia las vanidades del mundo y deseaba encontrar la verdadera tranquilidad en el claustro. Lleno de estas ideas determinó por fin abandonar el siglo precisamente cuando aun vivia su padre. Si : el venerable Bonifacio tuvo la grande satisfaccion de vestir por sí mismo el hábito de cartujo de Val de Cristo á su hijo Vicente. ¡ Oh ! ¡ cuántas lágrimas derramaron los dos en aquel momento!: lágrimas de ternura nacidas del incomparable amor que ámbos profesaban al Crucifijado. Verificóse aquel tierno acto cuando Bonifacio regresaba de Caspe en 1412. Quiso serle maestro de novicios , y al profesarle escojió por tema aquellas palabras de David : *Filius meus es tu , ego hodie genui te ;* las cuales aplicó tan admirablemente , que arrancó lágrimas á todos los que asistian en aquel solemne acto. En 18 de Enero de 1415 asistió en la consagracion , dice Viciana , del cementerio que se halla situado en el centro del claustro mayor de Val de Cristo, cuya ceremonia practicó como legado de Benedicto Fr. Guillermo de Peyrot , de la Órden de predicadores. En este mismo año se trasladó á Perpiñan , en donde concurrieron con Pedro de Luna todos los cardenales y demas prelados de su obediencia , el emperador Segismundo, el rey de Aragon D. Fernando, cuatro embajadores del concilio de Constanza , los de los reyes de Castilla , Navarra , Francia , Inglaterra y Hungría , y otros muchos príncipes y varones insignes tanto por su influencia como por su sabiduría. El objeto de esta célebre asamblea era el obligar á Benedicto á que desistiese de su pretendido pontificado en beneficio del bien comun de la Iglesia. ¡Sensible es que no haya llegado á noticia de Berault-Bercastel lo que entónces trabajó Bonifacio para disuadir al tenaz anciano de su empeño , y sensible es tambien que haya ignorado la parte directa que tomó para que el rey de Aragon y demas príncipes de su parcialidad le negasen absolutamente la obediencia ! No fueron infructuosos sus esfuerzos ; pues en efecto el rey de Aragon se separó del todo de la obediencia del obstinado Anti-Papa en 6 de Enero de 1416. Si esto hubiese llegado á noticia del historiador frances , no hay duda que hubiera rectificado su opinion con respecto á Bonifacio. Despues de una carrera bastante agitada y llena de sinsabores, conociendo Bonifacio que se acercaba al sepulcro , se retiró enteramente á Val de Cristo para entregarse mas de lleno á la contemplacion , sirviendo de ejemplo á todos sus hermanos con aquellos rasgos de virtud heróica que le hicieron digno , piadosamente hablando , de la gloria eterna y de que su nombre en el transcurso de los siglos no quedase sepultado en el olvido. El fervor con que ora-

ba, las austeras penitencias, los discursos que dirigia á todos sus queridos hermanos le hacian cada dia mas apreciable; pero llegó en esto el momento del descanso, y espiró tranquilamente en aquella real casa en 29 de Abril de 1417, á los sesenta años de su edad. Depositaron su cuerpo en el cementerio del claustro, cerca de la capilla: allí le acompañaron aquellos santos varones que condenados por su regla al silencio oran de corazon para que Dios se apiada de los míseros mortales: allí inclinados sobre la fosa derramaron algunas lágrimas de ternura, y luego elevando su vista al cielo rogaron por el alma de su prelado, y pidieron al Dios de las misericordias que no les abandonase. Viciana en su *Crónica de Valencia* refiere, que habiendo puesto por señal en el lugar de su sepultura una cruz de piedra, se observó que de la tierra que cubria la cabeza del venerable Bonifacio solia nacer una frondosa mata de azucenas, cuyas hojas tenian una especial virtud para curar toda clase de enfermedades. Ximeno afirma, que segun el maestro Vidal duraba aun este prodigio por los años 1735, y que de ahí deriva el que en la estampa de los generales de la Órden de los cartujos se dé á Bonifacio una vara de azucenas por divisa. Compuso el venerable P. D. Bonifacio Ferrer las obras siguientes: 1.ª: *De Schismate Pisano anno 1411*. Dice haberla visto el arcediano Diego José Dormer en su obra *Progresos de la historia*, pág. 267, col. 1.ª, y expresa que era con *notas* de Gerónimo Zurita y que se hallaba en poder del conde de S. Clemente; pero la designa con el título siguiente: *Specula contra vasa iræ super hæretica pravitate Pisana*. Consiste este *Tratado* en una muy docta apología escrita en respuesta de un *Memorial*, en el que le culpaban haber obedecido al nombrado papa Benedicto cuando le mandó reasumir el generalato que habia renunciado espontáneamente. Escribióla igualmente para atraer á la obediencia del mismo Benedicto (á quien entónces reconocia como á Pontífice legítimo) á muchos de sus cartujos que se habian separado de ella. Esta obra se conservaba manuscrita en el archivo de Porta-Cæli. Los Padres Dom Edmundo Martene y Dom Ursino Durando, monjes benedictinos de la congregacion de S. Mauro, sacaron una copia de otro manuscrito que existia en Val de Cristo, y la imprimieron en su apreciable coleccion de manuscritos que titularon: *Thesaurus Novus*, publicada en Paris en 1717. Hállase en el segundo tomo, pág. y col. 1436 con este epígrafe: *Tractatus pro defensione Benedicti XIII*. Finalmente, esta obra merece ser leida por la gran copia de noticias que contiene sobre la época en que el autor escribia. 2.ª: *Epistolæ quædam*. Este es el título que le da Rodríguez en su *Biblioteca Valenciana*, pág. 90, col. 1.ª. Sin embargo Ximeno, *Escritores del reino de Valencia*, pág. 22, col. 2.ª, dice haber visto una en la referida *Coleccion* de Martene titulada: *Epistola Bonifacii Ferreri, prioris majoris Cartusiæ ad fratrem Bernardum*, en la

cual trata de la reduccion de Fr. Guillermo de Mota á la obediencia de Benedicto. Existia el original en Val de Cristo unido á otras cartas concernientes al cisma, así de Benedicto como de otros príncipes, dirigidas al P. D. Bonifacio. Todas ellas se encuentran en la *Coleccion* de Martene; algunas otras que las seguian se guardaban manuscritas en el archivo de Porta-Cæli; así lo nota Rodríguez. 3.ª: *Libellus ostendens, quod ad probandum sanctitatem et pietatem Ordinis cartusiensis, non est necessarium, quod dictus Ordo habeat sanctos canonizatos, vel quod in eodem Ordine fiant miracula, sicut fit in cæteris ordinibus probatæ religionis.* 4.ª: *Tractatus de cæremoniis monachorum cartusiensium, et præcipuè de apud eosdem venerabili Missæ sacrificio.* 5.ª: *De approbatione Ordinis cartusiensis.* Teófilo Raynaudo advierte, que algunos atribuyeron falsamente este *Opúsculo* al venerable Juan Gérson, y que por lo mismo lo insertaron en la segunda parte de sus obras; pero que no cabe la menor duda que pertenece á D. Bonifacio Ferrer, hermano de San Vicente. Sus palabras repetidas por Rodríguez son como siguen: *Opusculum Bonifacii Ferrer, germani S. Vincentii, perperam adscriptum Gersoni ejusque secundæ parti insertum.* Y en otro lugar: *¿Quis crederet futuros qui effutirent, Ordinem cartusiensem non esse à Sede Apostolica approbatum, ita ut opus fuerit Bonifacio Ferrer, S. Vincentii germano, lucubratione quadam Gersoni falso adscriptam, eam insultantem depellere?* Sin embargo, el P. D. Juan Bautista Civera, monje muy erudito de Porta-Cæli, que segun parece compulsó ámbos opúsculos, dice en su obra titulada *Varones ilustres*, que el de Gérson es como un epítome del que escribió D. Bonifacio, aunque en aquel se encuentran añadidas algunas cláusulas. Se sabe que Gérson fué coetáneo y muy amigo del P. D. Bonifacio, afectísimo á su Órden, y que habitaron juntos en Francia, donde, segun dice Rodríguez, pág. 89, col. 1.ª, escribió Ferrer; que por lo mismo es creible que éste consultase su opúsculo á Gérson, quien por otra parte era considerado como el oráculo de su siglo, y que en su consecuencia este sabio canciller hiciese esta especie de compendio, y que despues de su muerte le publicasen juntamente con sus obras: pues con bastante fundamento Rodríguez lo conjetura así. 6.ª: *De Passione Domini*: obra citada por Fr. Juan de los Ángeles, franciscano descalzo, en su *Vergel espiritual del alma religiosa*, cap. XVI, § I, y Rodríguez añade que la sacó de Porta-Cæli. 7.ª: *Notæ super Foris Regni Val.* 8.ª: *Ordinatio facta per reverendissimum in Christo Patrem Dominum Bonifacium, priorem Cartusiæ, de novitio induendo et introducendo in cellam:* Ms. que se hallaba en el archivo de la Cartuja de Porta-Cæli. 9.ª: *Traduccion de latin en nuestra lengua valenciana lemosina de toda la Biblia sagrada.* Rodríguez dice que se imprimió en Valencia en 1478, y añade: «Aunque la Iglesia nuestra Madre ha prohibido despues todo género

de traduccion del Sagrado Texto en idioma vulgar, para que no pereciese la memoria de este escrito, los cuatro últimos folios de él contenidos en un pliego de marca mayor, que notan la impresion y el año, fueron hallados en el archivo de nuestra santa iglesia metropolitana de Valencia, año 1645, y por ciertas vias pararon en poder de nuestro valenciano el P. D. Juan Bautista Civera, monje de la santa Cartuja de Porta-Cæli, el cual los insertó en su libro de los *Varones ilustres* del monasterio ya nombrado de Porta-Cæli.» Ximeno contesta á Rodríguez sobre dos puntos, esto es, acerca de las prohibiciones de la Biblia traducida en idioma vulgar y acerca de si la traduccion que aquí se cita es ó no del padre D. Bonifacio Ferrer. En cuanto al primero observa muy acertadamente, que ni ántes ni despues ha prohibido la Iglesia nuestra Madre absolutamente las traducciones del Texto Sagrado en idioma vulgar hechas por autores católicos como lo fué D. Bonifacio, si es que hizo, dice, él solo esta version. La sagrada congregacion del Índice, añade, que el sumo pontífice Pio IV mandó reunir en Roma de varones escogidos por el santo concilio de Trento, que fueron de todas las naciones los mas sabios, únicamente ordenó, como puede verse en la regla 4.ª del *Índice*, que la Sagrada Biblia vertida en lengua vulgar por autores católicos, no se permita á todos indiferentemente, sino solo á aquellos que á juicio de los obispos ó inquisidores, con consulta del párroco ó confesor de los tales, se entendiese que hubiesen de sacar de su leccion no daño, como puede recelarse de la temeridad de los hombres, sino aumento en la fe y devocion: y que esta facultad se les hubiese de dar por escrito. Véanse sus palabras: *Cum experimento manifestum sit, si Sacra Biblia vulgari lingua passim sine discrimine permittatur, plus inde ob hominum temeritatem detrimenti, quam utilitatis oriri, hac in parte judicio Episcopi, aut Inquisitoris stetur, ut cum consilio Parochi vel confessarii, Bibliorum à catolicis auctoribus versorum lectionem in vulgari lingua eis concedere possint, quos intellexerint ex hujusmodi lectione non damnum, sed fidei atque pietatis augmentum capere posse, quam facultatem in scriptis habeant.* Esta regla, con todas las demas del expresado Índice, fueron aprobadas por los Padres del concilio tridentino, examinadas segunda vez en Roma por prelados doctísimos, leidas por el mismo Pio IV, confirmadas con bulas apostólicas de este Pontífice, de Sixto V y Clemente VIII, y mandadas observar en el arzobispado de Milan por S. Cárlos Borromeo en los sínodos de los años 1565 y 1573, y es la única ley eclesiástica que se halla en este asunto: de suerte, que en ella no se prohibe traducir en lengua vulgar el Sagrado Texto, sino que estas traducciones corran indiferentemente por manos de todos, para precaver el daño que puede resultar de su lectura á los que atendiesen á la letra desnuda, como hacen los herejes, y no al espíritu ó verdadero sentido de ella; pues segun doctrina de S. Pa-

blo, *Litera occidit, spiritus autem vivificat.* En efecto, en esta parte Ximeno vemos que supo refutar con abundancia de datos incontestables al autor de la *Biblioteca Valentina*, contribuyendo en despreocupar á todos aquellos que siguiendo el sentir de Rodríguez podian haber juzgado de demasiado severa la disposicion dada por el sabio pontífice Pio IV. En cuanto al 2.° punto no anduvo tan acertado. No cree que la citada *traduccion de la Biblia* fuese hecha por D. Bonifacio, y se funda primero: en que Cipriano de Valera en una *traduccion castellana de la Biblia* que imprimió en Amsterdam en el año 1602, en la exhortacion al lector que pone al principio dice: «que los libros impresos de la Biblia en español que habia visto eran los siguientes: La *Biblia* en lengua valenciana con licencia de los inquisidores, á cuya translacion asistió S. Vicente Ferrer, que ha mas de ciento y tantos años que se imprimió en folio de papel real.» Se hace cargo Ximeno de que este autor Valera era calvinista; sin embargo, juzga que en cosa de hecho propio puede ser creido. «Todas las señas, dice, cuadran con la referida por Rodríguez, segun el pliego que se halló en el archivo de la santa iglesia de Valencia. La de Rodríguez estaba en lengua valenciana como aquella; se estampó en papel de marca mayor; y el papel real es de esta marca. Se notaba su impresion año 1478, y Valera dijo en el de 1602, y dijo bien, que habia mas de ciento y tantos años que se habia impreso. Luego Rodriguez y Valera hablan de una misma *Biblia* valenciana. Así lo parece por las señas. Esto supuesto, volvamos á leer á Valera. Este autor dice, que S. Vicente Ferrer asistió á su translacion. Luego no constaba por ella, que la hubiese hecho su hermano D. Bonifacio, porqué tambien lo hubiera dicho para autorizar la suya el calvinista. Confirma esto el erudito Calmet en su *Diccionario sacro*, pues, á mas de afirmar que esta *traduccion valenciana* fué entre las *versiones* españolas la primera que se dió á la estampa, dice: *Latet adhuc ejus author, qui tamen circa annum 1420 claruisse, et integram Scripturam in idioma valentinum vertisse creditur*; y añade, que D. Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Vetus* tomo II, pág. 259, col. 2.ª, hombre muy atinado en su juicio, pone esta *traduccion de la Biblia* en valenciano, que acuerda Valera *inter scriptores incerti temporis*, y como de autor anónimo; luego no consta fuese de Bonifacio.» Tales son las razones en que se funda Ximeno, razones á nuestro modo de ver muy poco plausibles y que para la debida aclaracion de la parte bibliográfica merecen ser refutadas. Así lo hace Fuster con su acostumbrada erudicion en su obra titulada *Biblioteca Valenciana*, tomo I, pág. 15, col. 2.ª; dice así: «Hablando Ximeno de este autor (Bonifacio Ferrer) se inclina á creer que la *traduccion de la Biblia* en lengua valenciana es hecha por S. Vicente, ó por un anónimo y no por D. Bonifacio, citando á Calmet y á D. Nicolas Antonio; pero si estos hubieran visto y leido el frag-

mento de dicha *Biblia* de que habla Rodríguez, y se halla insertado en la pág. 362, en el libro de los *Varones ilustres de la real cartuja de Porta-Cœli*, quedarian convencidos de haber sido D. Bonifacio Ferrer el autor de dicha *Traduccion*: la referida hoja que es la última del Apocalipsis la traen impresa Castro, *Biblioteca Española*, tomo I, pág. 446 y el P. Jayme Villanueva en un *Viaje literario á las iglesias de España*, tomo IV, pág. 56. Los curiosos podrán ver á estos autores, cuyas pruebas no es del caso repetir en este artículo. Me contentaré con trasladar la última hoja de dicha traduccion como se halla en aquella edicion antigua ». Concluye pues así: « Gracies infinides sien fetes al omnipotent Deu, é Senyor nostre Jesu-Crist: « é á la humil, é sacratissima Verge María mare sua. Acaba la biblia molt « vera, é católica: treta de una biblia del noble mossen Berenguer Vives « de boil caballer: la cual fon trelladada de aquella propria que fon arro- « mansada en lo monestir de Porta-Cæli de lengua latina en la nostra « valenciana per lo molt reverent micer Bonifaci Ferrer, doctor en cascun « dret, é en facultat de sacra Theología: é don de tota Cartoxa: germá « del benaventurat sanct Vicent Ferrer del Órde de pricadors: en la cual « translació foren é altres singulars homes de scientia. É ara darrera- « ment aquesta es stada diligentment corregida vista é regoneguda per « lo reverent mestre Jaume Borrell, mestre en sacra theología del Órde « de pricadors é inquisidor en regne de Valencia. Es stada empremptada « en la ciutat de Valencia á despeses del magnífich en Philip Vizlant merca- « der de la vila de Isne de alta Alemanya: per mestre Alfonso Fernández « de Córdoba del regne de Castella, é per mestre Lambert Palomar Ala- « many mestre en arts: comenzada en lo mes de Febrer del any 1477: é « acabada en lo mes de Mars del any 1478.» (1) Ademas de esta interesantisima noticia que nos da Fuster añade que el maestro Fr. Francisco Vidal en la vida de S. Vicente Ferrer, en la pág. 120, col. 2.ª, hablando de lo que

(1) Que traducido del antiguo valenciano dice así: Gracias infinitas sean dadas al Omnipotente Dios y Señor nuestro Jesucristo, y á la humilde y sacratisima Vírgen María su Madre. Concluye la *Biblia* muy verdadera y católica: sacada de una *Biblia* del noble mosen Berenguer Vives de Boil, caballero, la cual fué trasladada de la misma que queda en el monasterio de Porta-Cæli de la lengua latina á la nuestra valenciana por el muy reverendo señor Bonifacio Ferrer, doctor en ámbos derechos, y en la facultad de sagrada teología, y superior de toda la Cartuja; hermano del bienaventurado S. Vicente Ferrer del Órden de predicadores, en cuya traduccion intervinieron varones de gran ciencia. Y ahora últimamente ha sido cuidadosamente corregida, vista y reconocida por el reverendo Jayme Borrell maestro en sagrada teología de la misma Órden de predicadores, é inquisidor en el reino de Valencia. Fué impresa en la ciudad de Valencia á costas del magnífico Felipe Vizlant, negociante de la villa de Isne de la alta Alemania por el maestro Alfonso Fernández de Córdoba, del reino de Castilla, y por el maestro Lamberto Palomar Alemany maestro en artes, empezada en el mes de Febrero del año 1477 y concluida en el mes de Marzo del año 1478.

escribió dicho venerable Bonifacio, concluye: «y una version de la Biblia que se imprimió en 1478. Federico Furió Ceriol valenciano en su *Bononia sive de libris sacris convertendis invernaculam linguam*, impreso en 1555 citado por Lelong *Bibliotheca sacra*, cap. IV, art. III, pág. 362, dice: » Fuit centum et triginta abhinc annis plus minus versa sacra scriptura (hoc est circa annum 1408) in Valentinam linguam: et quadraginta aut circiter abhinc annis (hoc est circa annum 1516) iterum iisdem litteris elegantius multo impressa.» Nota tambien que Conrado Gesnero citado por el mismo Lelong expresa que todos los ejemplares de esta Biblia fueron quemados; y concluye: «No es difícil el creer que sea esta la que se conserva manuscrita en la biblioteca real de Francia, en tres volúmenes de á folio (códice 9831, 9833), con el título: *Biblia catalana*. Otra *Biblia catalana historiis illustrata*, se conserva manuscrita en la Colbertina, en 4.° (códice 381). De entrámbas hace mencion Lelong en el citado cap. IV. Nosotros hemos creido no deber omitir ninguna de estas circunstancias tratándose de un libro raro y que tanto ha ocupado la atencion de los bibliógrafos. — J. M. G.

FERRER (Fr. Jayme) religioso del Órden de Sto. Domingo. Echard en su obra titulada: *Script. Ord. Præd.* tomo I, pág. 821, col. 1.ª, dice que fué natural de S. Felipe ántes Xátiva en el reino de Valencia. Diago en su *Histor. de la Prov.*, pág. 274, col. 1.ª, le coloca entre los religiosos del convento de la misma ciudad, pero no nos dice en que época vivió. Fernández supone que floreció por los años 1460 que es en el siglo en que le coloca Ximeno. Escribió: *Volúmen concionum de sanctis*.—O.

FERRER (V. P. Fr. P.). Religioso del Órden seráfico y fundador de la iglesia de Cáceres en la provincia de S. Miguel, varon tan distinguido por sus virtudes que como veremos Dios le distinguió de un modo extraordinario con su divina gracia; y esto se deduce de que siendo ejemplarisimos en aquella época los religiosos de S. Francisco, Ferrer brilló entre ellos hasta tal punto que mereció ser citado en lo sucesivo como el primero y el mas sobresaliente en virtud. No dice el que escribió su Vida el año en que nació y por lo mismo es difícil fijar la edad que tenia cuando entró en religion. Era del esclarecido linaje de los Ferrers de Valencia y sobrino segun parece del nunca bien ponderado S. Vicente Ferrer. Tomó el hábito en uno de los primeros conventos de la Observancia de que se componia la custodia que se llamó de Ntra. Sra. de la Vega. Sus primeros pasos durante el noviciado dieron ya á conocer á sus superiores aquella alma pura dotada de un espíritu verdaderamente apostólico; pues su aplicacion al estudio era tan grande, que en muy corto espacio de tiempo se hizo muy consumado en el conocimiento de las Sagradas Escrituras y en la ciencia teológica. Apénas salió de las aulas se presentó como quien habia heredado la ciencia y la virtud del grande Vicente.

Principió la carrera del púlpito y en ella sobresalió como era de esperar de un varon que supo agotar un caudal de doctrina tan inagotable. Hizo guerra sin tregua al vicio, y exaltó la virtud con palabras tan enérgicas al paso que tan tiernas y persuasivas, que miéntras que el vicio digámoslo así quedó anonadado, la virtud recobró todo su imperio fijándose de un modo estable y duradero en el corazon de los fieles. Habiendo predicado por algun tiempo en el reino de Valencia obtuvo la vénia de sus prelados para elegir dos compañeros de su satisfaccion, y ejercer con ellos el ministerio apostólico por toda la España. Despues de una peregrinacion bastante penosa penetró por la Extremadura y se detuvo en la villa de Cáceres hácia el año 1472. Hizo allí su mision y se detuvo por algun tiempo entre sus moradores, quienes enamorados de la dulzura de su carácter y aun mas que todo de su caridad evangélica le dieron el dulce título de *padre espiritual*. Existia muy cerca de esta villa una ermita que fué donde el siervo de Dios se hospedó, entregándose con sus compañeros á una vida verdaderamente de ángeles. Empleábanse en aquel silencioso lugar á la contemplacion y á las mas ásperas penitencias todo el tiempo que les quedaba libre despues del ejercicio de la predicacion. Como Ferrer tenia un deseo ilimitado de propagar el espíritu de la Órden, resolvió fundar en la misma villa de Cáceres un convento creyendo que esta obra seria muy grata á Dios y no hallaria en su empresa obstáculo alguno. Propuso su plan al ayuntamiento encareciéndole la necesidad que tenian los fieles de maestros evangélicos que supiesen guiarlos por el camino de la salvacion. Á los primeros pasos que dió conoció ya Ferrer que como la idea era grandiosa habia de experimentar por necesidad los efectos de la contradiccion como acontece con frecuencia en todas las obras de pública utilidad. Á pesar del celo con que manifestó sus rectas intenciones, el ayuntamiento votó contra su proposicion, fundándose en las ordenanzas de los frayles y caballeros del órden de Santiago á quien el rey D. Alfonso de Leon su conquistador habia cedido la villa y la fortaleza; y esta siniestra interpretacion dada á las citadas ordenanzas fué el escollo al parecer insuperable en que tropezó el V. Pedro. Sin embargo, no por esto desistió de su empeño pues fundaba toda su confianza en Dios, y por lo mismo redobló sus esfuerzos con un celo digno de todo encarecimiento. Un año seguido empleó en sus fervorosas súplicas; mas viendo que los obstáculos eran cada dia mayores resolvió proseguir su mision por los demas pueblos, aguardando ocasion mas favorable. La Crónica refiere que llevaban consigo un jumentillo destinado para transportar el equipaje. Habiéndose parado por un momento en los arrabales, dice el cronista, acertó pasar un caballero muy rico llamado Diego García de Ulloa, llamado por apodo *el rico*. Pidióle el buen Ferrer una limosna para herrar el jumento á fin de que pudiesen continuar su viaje. Con-

testóles García que no llevaba ni acostumbraba llevar dinero. Fr. Pedro entónces insistió con la mayor humildad, que por amor de Dios mirase bien los bolsillos. Tratóle el viajero de importuno; sin embargo, metió mano á la faltriquera y encontró una moneda de oro. Debió de ser verdad lo que decia, pues quedó tan pasmado de aquel hallazgo, que poniendo desde luego pie á tierra se arrojó á las plantas del buen Ferrer pidiéndole perdon; y enterado de los motivos por que se habia separado de su ermita le rogó encarecidamente que volviese á ella, ofreciéndole facilitar los medios para alcanzar la fundacion que tanto deseaba. En efecto, reunió el consistorio y en él se votó favorablemente la peticion del insigne religioso ofreciéndose todos á coadyuvar á su empresa facilitándole el local que designase. Obtenida por fin la bula del papa Sixto IV dirigida al obispo de Coria se echaron los cimientos al nuevo convento de la Observancia siendo sus fundadores el V. Fr. P. Ferrer y sus dos compañeros, cuyo convento fué incluido mas adelante en la santa provincia de Santiago, perteneciendo á la custodia de Extremadura hasta el año 1548, que en el célebre capítulo de Benavente se erigió esta custodia en provincia en virtud de bula del papa Paulo III con el título del Arcángel S. Miguel. Era tanto el amor que profesaban los vecinos de Cáceres al Santo fundador, que movido de sus ruegos tuvo que quedarse en el convento, residiendo en él por espacio de treinta y ocho años que fueron otros tantos de glorias y de triunfos para la religion; pues que el incansable fundador nunca cesó de predicar á los fieles el socorrer á los pobres, consolar á los afligidos y tender su mano protectora á los que gemian bajo el peso de la persecucion ó de la calumnia. En todos los actos se portó como quien era, como un hombre venerable, lleno de fe y de celo en beneficio de la religion: de modo que tanto en la villa como en los lugares circunvecinos le miraban como un ángel tutelar que nunca les desamparaba. Refiere su cronista otro lance que pudiera servir para probar á que grado de heroismo llegaron sus virtudes. Hubo un año de gran sequía de modo que se perdió enteramente la cosecha del vino, y hasta tal punto llegó la carestía, que aun faltaba lo necesario para la celebracion de la Misa. En tan apuradas circunstancias acudió el venerable Ferrer á su protector Diego García; y como este le manifestase que era imposible darle lo que no tenia, le replicó el buen religioso con cierto aire de confianza que levantase un poco las cubas ó tinajas que tal vez le sacaria del apuro. García, que sabia ya por experiencia que no debia replicarle, bajó inmediatamente á la bodega y quedó pasmado al ver que en efecto la mayor parte de las cubas estaban llenas. Entiéndase que al referir nosotros este milagro no hacemos mas que repetir en resúmen lo que dice el cronista Hebrera, quien al escribir la historia de este venerable tuvo presente lo que dicen Márcos de Lisboa en el tomo VI de sus *Anales*, año

1472 núm. 8. Lib. 8; otro cronista llamado Gonzaga en la parte tercera de su obra á Fr. José de Sta. Cruz *Crónica* de S. Miguel, lib. 4, cap. I, fol. 260; el *Martirologio franciscano* dia 1.° de Febrero; el P. Fr. Lorenzo Guardiola en sus *memorias históricas de la provincia de Valencia*; Lazo en su *historia de Cáceres*, parte tercera, cap. XII; el licenciado Juan Oxalus, etc. Finalmente, llegó el momento feliz en que Dios llamó á este varon para el eterno descanso: despues de una vida llena de virtudes espiró tranquilamente en 1.° de Febrero del año 1510. Fué sepultado en la capilla edificada por su amigo Diego García de Ulloa junto á la puerta del claustro del convento que habia fundado. Cien años despues hallaron su cuerpo entero é incorrupto y entónces le colocaron en una arca de piedra en la capilla mayor á la parte del Evangelio con el siguiente epitafio: *Aquí yace el V. R. P., de buena memoria, Fray Pedro Ferrer, fundador de este notable monasterio.* La cabeza la depositaron en una preciosa urna y la guardaban con grande veneracion en la sacristía. —J. M. G.

FERRER (Juan) religioso de la Órden de trinitarios calzados. Fué natural del reino de Valencia, en España; y entrado en la religion, floreció en ella en santidad y letras, obteniendo y desempeñando con prudencia y aplauso los mas honoríficos empleos. Fué catedrático de prima de la universidad de Zaragoza y primer ministro de su convento de la misma ciudad. Fué tenido en tanto y tan general aprecio, que llegando á todas partes la fama de su eminente saber y virtudes, nombráronle su predicador y consejero el emperador Cárlos V, y el sumo pontífice Adriano VI. Ignórase la época en que falleció este insigne religioso; pero se sabe que en 1522 fundó con la proteccion de los citados Monarca y Pontífice el convento de S. Lamberto de la ciudad de Zaragoza, del cual segun llevamos dicho fué primer ministro.—A.

FERRER (Fr. Clemente) natural de Valencia y no aragones como dice equivocadamente Echard. Fué Fr. Clemente uno de los memorables hijos de la villa y convento de predicadores de S. Mateo del reino de Valencia. Diago en su *Historia de la provincia*, fol. 278, col. 1.ª, le llama maestro; cuyo grado debió indudablemente á sus grandes conocimientos en la teología y en las Letras Sagradas. No se dice en que época vivió; pero Ximeno le coloca entre los autores que florecieron en el siglo XV: bien que no lo asegura. Finalmente, Vaciana en su *Crónica de Valencia*, parte tercera, fol. 49, col. 1.ª, le nombra entre los religiosos de S. Mateo, y añade que fué elector en Tortosa y que en la conversion de los agarenos de la ribera del Ebro aprovechó mucho; pero tampoco nos da noticia alguna de la cual podamos colegir el año en que nació, ni tampoco el de su muerte. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Sermones dominicales y de Santos:* así el M. Diago; pero el M. Sorió en su tratado ma-

nuscrito *De Viris Illustribus Provinciæ Aragoniæ Ordinis Prædic.*, que fué de donde sacó Diago la noticia, dice que tambien compuso: 2.ª: *Tres Cuaresmas*; y es mucho lo omitiese un autor tan diligente como Diago.—J.

FERRER (V. Fr. Antonio) religioso franciscano. Nació en la ciudad de Valencia hácia el año 1570. Su padre Juan Ferrer contaba entre sus ascendientes al glorioso S. Vicente; y si bien la suerte le condenó á la esclavitud bajo la dependencia de una mora de Argel, fué tan rico en virtudes y tan grande su amor á la castidad, que ántes de faltar á la fidelidad que habia jurado á su esposa resistiéndose á los torpes amores de su impúdica ama prefirió morir apaleado. Antonio al lado de sus piadosos padres recibió aquella educacion santa que viene á ser la piedra fundamental, digámoslo así, de la verdadera sabiduría del hombre. Desde su infancia manifestó una particular aficion al estudio; pero como sus padres eran pescadores al parecer querian que siguiese el mismo oficio. Antonio no quiso disgustarles; mas creciendo con los años su amor á la virtud y á las letras, conociendo por otra parte que Dios le llamaba á la soledad del claustro, abandonó los aparejos de pescador, estudió con grande aplicacion y aprovechamiento la gramática y la filosofía; y si bien sus bellas disposiciones podian abrirle un nuevo campo á la ambicion humana, cerró los ojos á toda la ilusion y ya no pensó mas que en aprender la ciencia de los Santos. Ocupada exclusivamente su imaginacion por esta sublime idea, siguió sus impulsos tomando el hábito de franciscano en el convento de S. Juan de la Ribera en 8 de Noviembre de 1592 á los veinte y dos años de edad. Durante el tiempo de su noviciado fué tan exacto en el cumplimiento de sus deberes, tan fervoroso en la oracion, tan solícito en la penitencia, tan estudioso, tan amable, que bien pudieron sus superiores presentarle como un perfecto modelo de novicios. Entónces se conoció ya cuan verdadera era su vocacion, cuan grande su amor á Dios y el inextinguible deseo que le animaba de perfeccionarse con la lectura de los Libros Santos en las eternas verdades para poderlas transmitir con fruto á sus compatriotas. Hizo su profesion solemne, y concluidos felizmente los estudios nombráronle sus superiores lector de artes y teología. Acertados eran siempre por lo regular los prelados de las Órdenes en la eleccion de profesores, y en esta ocasion la de S. Francisco fué afortunada por haber encontrado en Fr. Antonio, no solo la ciencia necesaria para hacer grandes teólogos, sí que tambien para hacer de estos grandes teólogos varones insignes en virtud. En efecto, el venerable lector revestido de aquella humildad santa con cuyo auxilio el hombre logra vencer sus pasiones, sujetar el vicio y libertarse de las asechanzas de sus enemigos, porqué sabe rechazar en todas las épocas de su vida la vanidad y el orgullo que son los manantiales inagotables del desórden, procuraba ante todo allanar á sus discípulos el camino de la per-

feccion evangélica, que era el mejor medio para que se consolidasen en las ciencias teológicas que despues les enseñaba con admirable acierto. Si los filósofos de todos los siglos y de todas las creencias han aparentado buscar con avidez la verdad y por lo mismo los principios de la sana razon, ¿con cuánto mas motivo han debido buscarla realmente los filósofos cristianos que reconocen como á fundamento de las verdades eternas el conocimiento del verdadero Dios y de sus atributos? Ferrer en esta parte era un sabio consumado, y esta era la sabiduría que procuraba transmitir á sus discípulos: por lo mismo, su escuela era un abundante semillero de esclarecidos varones. Sabio sin pretensiones de serlo, el manantial de su doctrina rebozaba de su corazon y producia en sus labios palabras encantadoras llenas al propio tiempo de amor y de caridad: así es que habianse establecido entre maestro y discípulos aquellas relaciones íntimas que dan frutos mas sabrosos que el árbol ufano de la vana ostentacion. Gustábale á Fr. Antonio vivir confundido entre los demas religiosos para que nunca jamas se le diese la preferencia; pero á pesar de que huia cuidadosamente de las distinciones, su mismo amor á la virtud y á la ciencia le hacia resplandecer de un modo asombroso: de modo que contra su voluntad tuvo que entrar en la carrera de las prelacías, siendo guardian en diferentes conventos, dos veces definidor, una provincial y por último custodio. Si como á profesor se distinguió entre los demas profesores; si como á prelado ostentó la prudencia y los conocimientos que hacen al hombre digno de las prelacías, mayor fué si cabe la gloria que se adquirió en la cátedra del Espíritu Santo. Elocuente en sumo grado, sus palabras eran escuchadas como las de un oráculo, porqué la elocuencia de Ferrer léjos de ser afectada llevaba por principal adorno la verdad que llenaba su alma. Haciase por lo mismo inteligible á toda clase de personas. El sabio admiraba el gran fondo de su doctrina; el literato el manantial inagotable de erudicion; el filósofo la profundidad de sus ideas; el hombre de mundo el grande conocimiento que poseia del corazon humano; el padre de familias las saludables máximas en el gobierno paternal; miéntras que el vulgo se enternecia y se deleytaba en repetir con el varon apostólico el nombre del Dios de las misericordias, mas dispuesto al perdon que al castigo. Los malvados, los ingratos, los hombres de corazon empedernido le comprehendian tambien con frecuencia, y con frecuencia abjuraban sus errores y lloraban amargamente sus extravíos, no acertando á pronunciar mas palabras que las de ¡perdon! ¡perdon!: por decirlo de una vez, el celo, el amor y la doctrina de Ferrer exaltados con el fuego de la Divina Gracia aumentaban á cada paso el número de los buenos cristianos. Setenta y cuatro años de una vida tan activa y laboriosa bastaban ya para dar al mundo una idea de lo muy favorecido que era de Dios el V. P. Fr. Antonio Ferrer. Llegó

por fin el momento en que podia disfrutar del eterno descanso. Su alma, piadosamente hablando, debia volar al seno del Eterno á recibir el premio á que se habia hecho acreedora por su pureza. Así aconteció: acometióle la última enfermedad, que sufrió con la mayor resignacion; y á pocos dias el lúgubre sonido de la campana anunció que ya no existian en la tierra mas que los restos inanimados del varon apostólico, que tantas dulzuras habia derramado durante el curso de su peregrinacion. Su muerte aconteció segun Ximeno en 28 de Junio del año 1644 en el convento de S. Juan de la Ribera: bien que el P. Fr. Juan de S. Antonio en el tomo I, pág. 104, de la *Biblioteca franciscana*, dice que falleció en 22 del mismo mes. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *Arte de conocer y agradar á Jesus*, Orihuela, imprenta de Luis Béros, 1620, en 4.°. Esta preciosa obra contiene ademas de la explicacion de la doctrina cristiana varios documentos y ejercicios espirituales por los misterios y festividades que celebra la Iglesia en el decurso del año. Trata tambien de la significacion de las ceremonias de la Misa; de la disposicion y frecuencia de la sagrada Comunion, y accion de gracias de haberla recibido; de la oracion mental y vocal; de la vida de Cristo nuestro Redentor; y todo con tanta uncion, tanta elevacion de espíritu, que enardece al lector llenándole al propio tiempo de dulzura y de placer. Se han hecho de este libro innumerables ediciones, de las cuales citarémos tan solo la reimpresion hecha tambien en Orihuela, 1631, en 4.°: volúmen que consta de 1108 páginas, sin contar dos tablas copiosisimas. 2.ª: *Tratado de la virtud de la virginidad*. Esta obra, que estaba ya arreglada para entregar á la prensa, quedó manuscrita por muerte del autor, segun refiere el padre Panes—J. M. G.

FERRER (P. Juan) natural de Tremp. Entró en la Compañía de Jesus en 1574 á los diez y seis años de edad. Graduóse de doctor en Gandía; enseñó con mucho aplauso filosofía en Valencia, y teología en Barcelona, donde fué doctor del colegio y calificador del tribunal de la Inquisicion. Murió en la misma ciudad de Barcelona en 20 de Noviembre de 1636. Escribió y publicó con el nombre del doctor Fructuoso Bisbe Vidal: *Memorial de algunos tratados espirituales*, Barcelona, imprenta de Pedro Lacaballería, un tomo en 12.°; *Oracion fúnebre de Felipe III rey de España*, predicada en Calari. Amat cita ademas á otros dos autores del mismo apellido; el uno conocido no mas que por—Ferrer, canónigo de Guisona que compuso varias *Poesías* que se encontraban en la biblioteca de franciscanos de Tarragona entre las de Blanch; y otro—Ferrer (Fr. Gerónimo) del Órden de menores, que escribió la obra titulada: *El cristiano reformado*.—E. A. U.

FERRER (Fr. Leonardo) natural de Valencia, religioso del convento de S. Agustin de la misma ciudad, donde profesó en 10 de Setiembre de

1641, segun se desprendia del libro de profesiones, que se hallaba archivado en dicho convento. Se graduó de doctor en sagrada teología y fué maestro y examinador de artes en la universidad, obteniendo en ella la cátedra de matemáticas. Distinguiéronle en su religion con los cargos siguientes: fué dos veces rector del colegio de S. Fulgencio de Valencia, vicario provincial de los conventos de aquel reino, y en el año 1684 visitador de toda la provincia en la cual habia ascendido al grado de maestro. Gozó de la fama de grande astrónomo, y murió en su convento en 11 de Abril de 1695 de edad de setenta y dos años, habiendo dejado en testimonio de su ciencia y laboriosidad las obras siguientes: 1.ª: *Astronomía curiosa y descripcion del mundo superior é inferior. Contiene la especulacion de los orbes y globos de entrámbas esferas*, Valencia, por los herederos de Gerónimo Vilagrasa, 1677, en 4.°. 2.ª: *Cielo favorable para la monarquía de España, manifestado por los dos superiores planetas Saturno y Júpiter en su magna conjuncion, que se celebrará en el cielo en el año 1682, á 30 de Octubre á las diez horas cincuenta y cuatro minutos del dia en el signo de Leon*, Valencia, por Francisco Mestre, 1681, en 4.°. 3.ª: *Juicio de la impresion matemática ígnea, que se ve en el ayre en esta ciudad de Valencia*, impresa por el mismo Mestre, 1681, en 8.°. 4.ª: *Celeste Lira acordada en la hora del juramento de virey y capitan general de esta ciudad de Valencia y su reino del Exmo. Señor D. Luis de Moscoso y Osorio, conde de Altamira*, etc., Valencia, 1688, en 4.°. 5.ª: *Juicio filosófico, astronómico y conjetural del deseado arribo de la católica reyna nuestra Sra. D.ª María de Neoburg y Baviera á la monarquía y reinos de España*, Valencia, por Lorenzo Mesnier, 1690, en 4.°. 6.ª: *Discurso filosófico y conjetural del cometa que se vió en la ciudad de Valencia el dia 12 del mes de Diciembre del año 1689*, Valencia, por dicho Mesnier, 1690, en 4.°.—O.

FERRER (D. D. Estévan) canónigo de Vich. Era natural de Castellon de Ampúrias donde nació por los años 1664. Fué coadjutor y canónigo por espacio de cuarenta años y muy devoto de la Vírgen de los Dolores en cuya capilla empleó catorce mil libras catalanas. Falleció en 18 de Octubre de 1744 de ochenta años de edad. Publicó una obra titulada: *El devoto entretenido, ó piadosas meditaciones para los congregantes de la Vírgen adolorida*, Vich, imprenta de J. Tolosa, 1765, en 8.°.—O.

FERRER (Fr. Vicente) religioso dominico. Nació en la villa de Trayguera, diócesis de Tortosa en 21 de Julio del año 1675. Tomó el hábito en el real convento de predicadores de Valencia en 20 de Diciembre de 1691 á la edad de diez y seis años; cursó la filosofía en el mismo convento; estudió la teología en el de S. Estévan de Salamanca, y á su regreso fué nombrado lector en artes y en teología, y maestro de novicios en su primitiva casa. Obtuvo en la

universidad el grado de maestro en artes y de doctor, siendo promovido luego á las cátedras perpetuas de filosofía moral y tambien de teología; y regentó esta última hasta el año 1735 con grande aplauso, ya como á catedrático, ya como á examinador en ámbas facultades. Un mérito tan sobresaliente y tantos trabajos á la vez no podian quedar sin recompensa; viendo pues lo mucho y lo muy bien que trabajaba en beneficio público, la ciudad le aumentó el salario de la cátedra en 9 de Febrero de 1733 en treinta libras, ó sean trescientos veinte reales anuales durante su vida. Ademas del desempeño de sus funciones como á catedrático, tuvo que atender al cargo de calificador de la Inquisicion. Finalmente, en su Órden le distinguieron con el grado de maestro, y á pesar de sus graves ocupaciones hallaba todavía tiempo para subir á la cátedra del Espíritu Santo y de sentarse en el confesionario con grande aprovechamiento de las almas extraviadas que iban en busca de buen consejo: de modo que Ferrer era tan sabio como piadoso y caritativo. En 1738 partió de Valencia para el capítulo que su provincia iba á celebrar en Barcelona en 27 de Abril del mismo año, y al llegar en el lugar de Albalat dels Sorells, á corta distancia de Valencia, le acometió una grave enfermedad de cuyas resultas falleció en 22 del mismo mes con grande sentimiento de su escuela y de cuantos supieron apreciar sus ínclitas virtudes. Bastará, como á sabio, decir en su elogio que fué uno de los maestros mas perfectos en su facultad, y como á religioso un espejo de todas las virtudes. Su cadáver fué trasladado á su convento donde le enterraron al dia siguiente. Dió á luz las obras siguientes: 1.ª: *Epitome cursus theologici ad mentem Divi Thomæ doctoris Angelici, complectens controversias omnes quæ hac tempestate exagitari solent in scholis.* Esta obra dividida en cuatro tomos, en 8.°, se imprimió en Valencia; el primero por Antonio Bordazar, 1720, y despues por Antonio Balle en 1734; el segundo por el mismo Balle, 1725; el tercero en 1728; y el cuarto por José García, 1730. 2.ª: *Suma moral para exámen de curas y de confesores*, Valencia, por José Tomas Lúcas, 1736, en 4.°. Esta obra fué muy bien recibida: de manera que no tardó en agotarse esta impresion. Reimprimióse en 1754, en 4.°, corregida en vista de las notas marginales que de letra del mismo autor se hallaban en el ejemplar de su uso; habiendo añadido ademas el resúmen de las definiciones morales y el índice de cosas notables de que carecia la primera edicion. Por fin se hicieron otras tres ediciones en la misma ciudad de Valencia por Francisco Burguete en los años 1770, 1775 y 1779; y en Murcia, 1771, en dos tomos en 4.°. 3.ª: *Opusculum theologicum de conscientia SS. Dom. N. Benedicto XIII consecratus in quo declinatis mimiæ severitatis, et benignitatis extremis medium tritum inoffensumque demonstratur iter ad incorruptæ disciplinæ sanctitatem tuendam ac vindicandam, juxta inconcussa tutissimaque dogmata D. Thomæ Doctor.*

Angelici, Valencia, imprenta de Antonio Balle, 1725, en 8.°. Este *opúsculo* es precisamente el tratado IV del tomo II de su *Epitome cursus theolog.*—J.

FERRER (Fr. Jayme) natural de la villa de Alcira en el reino de Valencia. Ni Ximeno ni Fuster dicen en que año nació: por lo mismo, lo único que sabemos es que floreció á principios del siglo XVII. De las muy escasas noticias que ámbos autores nos dan de su vida y circunstancias se deduce, no obstante, que Ferrer fué religioso franciscano descalzo, hijo de la provincia de S. Juan Bautista donde cursó con aprovechamiento filosofía y teología, y que así lo demostró en el púlpito ostentando de un modo asombroso el gran caudal de doctrina que habia sacado de las Sagradas Escrituras. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Histórica y predicable Trialpha de la gloriosa Santa Bárbara.* 2.ª: *El laurel Triunfante de la gracia Sta. Úrzula, anagramática, Úrsola—Laurus. Historia de Sta. Úrzula y sus compañeras laureada.....*, Barcelona, imprenta de Bartolomé Giralt, 1710, en 4.°, segunda edicion; Barcelona, imprenta de Martin Gelabert, 1703, en 4.°, primera edicion dividida en tres tomos que contiene tambien la obra del número primero. Es de advertir que Ximeno divide la de n.° 2 en dos obras; siendo así que segun observa muy acertadamente Fuster no es mas que una. Los manuscritos se hallaban archivados en el convento de los descalzos de Alcira. 3.ª: *Ternarius Enigmaticus prædicabilis Sanctæ Barbaræ*, dos tomos en 4.°. 4.ª: *Tres Ternarios de Sermones*, tres tomos, en 4.°. 5.ª: *Vaso áureo de asuntos varios*, en tres partes. 6.ª: *Camino Enigmático de Santiago el Mayor*, en 4.°. 7.ª: *Tesoro de los Tesoros de Dios, Trino y Uno*, en 4.°.—O. R.

FERRER (Andres) jesuita. Nació en Palma de Mallorca en 25 de Diciembre de 1717, y abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola en 24 de Octubre de 1731. Este excelente religioso debió á su constante aplicacion, á sus bellas disposiciones y á la profundidad de sus ideas que los superiores le destinasen muy luego á la enseñanza de filosofía en su patria, desde donde pasó á Gandía para desempeñar la cátedra de teología de aquella ciudad. Habiendo ostentado por algunos años su buen método en la enseñanza de esta facultad, regresó á Mallorca, y allí residió hasta la expulsion de su Órden; viéndose por último obligado á buscar, como otros muchos, un asilo en Italia, permaneciendo en Roma hasta que la España volvió á abrirles las puertas. Embarcóse, pues, para regresar á su querida patria; pero no le dejaron por mucho tiempo tranquilo. Sin embargo, esta vez ni la debilidad de sus fuerzas ni su avanzada edad le permitieron expatriarse de nuevo. Se ignora la época en que murió. Tenemos de este sabio jesuita una obra que tituló: *Medios para la verdadera felicidad.*—O.

FERRER (R. Sr. Vicente) sacerdote y superior de la casa de mision de Barcelona. Nació en 26 de Octubre de 1721 en una casa de campo situada

á un cuarto de legua de la villa de Blánes en la diócesis de Gerona. Llamábase su padre Juan Buenaventura Ferrer, labrador de profesion, y su madre Margarita Puig, mas honrados que ricos y aun mas nobles por sus virtudes que por sus ascendientes. Este afortunado matrimonio contaba cinco hijos, y el primero de ellos, Vicente Ferrer, apénas tenia ocho años de edad, cuando se presentó ya como un perfecto modelo de niños; su docilidad, su modestia, su aplicacion eran otras tantas circunstancias que llamaban muy particularmente la atencion de sus maestros, quienes se complacian en señalarle como un verdadero espejo de todas aquellas calidades que ofrecen un porvenir brillante. El párroco de la villa de Blánes le estrechó en su seno con amor y le predispuso, digámoslo así, para la carrera que debia emprender á los once años. Envióle su padre á estudiar gramática en la villa de Pineda, poco distante de Blánes, donde existia uno de aquellos genios predilectos para la enseñanza y que por lo regular huyen de las grandes poblaciones porqué aborrecen á la vez la lisonja y los aplausos. Adiestróse allí el jóven Ferrer en la lengua del Lacio, y en Setiembre de 1737 pasó á Barcelona para emprender el curso de filosofía en las salas de los clérigos menores de S. Sebastian. Ferrer dotado de un juicio recto y deseoso de corresponder con la mayor gratitud á los desvelos de sus piadosos padres, en edad tan temprana juzgó ya cuan gravosa debia ser su enseñanza á unos pobres labradores, y ocupado de esta idea para aligerarles en lo posible se unió con dos compañeros para hacer vida comun. El uno de ellos enamorado de las gracias que adornaban á Vicente siguió sus pasos; mas el otro algo holgazan y distraido en las cosas del mundo procuraba por su parte distraer á los dos fieles amigos no solamente de sus piadosas intenciones sí que tambien del cumplimiento de sus deberes. Le despreciaron ámbos como un niño indócil miéntras caminaban constantemente por la via de la perfeccion. Los dos empleaban los dias de fiesta cuatro horas para asistir en S. Felipe Neri, donde se confesaban y comulgaban con un fervor digno de sus inocentes costumbres. Vicente era tan humilde que cuando en los argumentos quedaba vencido manifestaba una extraordinaria alegría, porqué al paso que celebraba la victoria del vencedor se consideraba tambien triunfante, á lo ménos por haber reconocido los errores que le habian hecho sucumbir. Burlábanse algunos estudiantes de esta preciosa sencillez; pero los mas avisados le respetaban y aun al ver que en los argumentos huia de confundir al contrario, ciñéndose precisamente á buscar la verdad, le llamaban el Santo. En 1740 comenzó el curso de teología en la misma casa de S. Sebastian. Habia cumplido entónces veinte años, y su vida era ya la de un verdadero cartujo; de modo que habiéndose apoderado de él una extraordinaria debilidad su director espiritual le mandó que moderase su vida, que abandonase su silen-

cio, pues podia conversar con sus compañeros y demas conocidos sin peligro de que menguase su religiosidad. En 1752 empezó el curso de teología moral, y en este mismo año murió su piadoso padre. Pidióle su madre con repetidas instancias que no se separase de su lado; mas Vicente habia pedido ya el hábito al prior de los cartujos de Montalegre. Dignos son de notarse los extremos en que luchó en este momento el corazon de Vicente. Su vocacion al claustro era verdadera: nunca habia desmentido ni aun en lo mas mínimo el amor que profesaba á su madre: hubiera deseado complacerla; pero ¿como podia desistir cuando estaba tan enamorado de Dios, de la contemplacion y de la soledad, tres objetos predilectos que si bien no ahogaban la ternura filial, le obligaban al cumplimiento de un voto que tenia formado allá en su interior? Por fin, ayudado de la Divina Gracia salió de aquel terrible conflicto y pudo pasar adelante en su proyecto. Exigióle el prior de los cartujos ante todo que hiciese unos ejercicios en la casa de la mision; y el resultado fué que viendo que los misioneros eran cartujos en su casa y apóstoles en los pueblos y ciudades pidió entrar en ella, vistiendo la sotana en 2 de Junio de 1743 á los veinte y dos años de edad. Tuvo por maestro de novicios al M. R. Sr. Estévan Pinell sacerdote á la vez sabio y virtuoso. Treinta y ocho años habia que estaba fundada la casa de la mision por una colonia de santos misioneros que vinieron de Italia, en vista de lo dispuesto por el ilustre señor arcediano de Barcelona D. Francisco de Sentjust y Pagés, el fundador de esta misma casa: asi es que se conservaba todavía el primitivo fervor. Ferrer fué ordenado de sacerdote en 26 de Marzo de 1746, destinándole desde luego sus superiores á la enseñanza de filosofía. En 1751 empezó el curso de sus misiones; la primera fué en S. Culgat del Vallés, despues en Granollers y en otros muchos pueblos. En las de Vich y Valls fueron grandes y brillantes las victorias que alcanzó, y el ópimo fruto que produjeron sus ardiente exaltaciones. En 1754 se embarcó para Mallorca, y á su regreso á Barcelona fué elegido superior de la casa que gobernó por muchos años con grande prudencia, sabiduría y edificacion. El señor arzobispo de Palmira le habia elegido por su director espiritual; y al paso que tal vez no convenian en ciertas ideas, le respetó siempre como el mas sabio y virtuoso eclesiástico que habia conocido. Este varon digno del elogio de la posteridad tanto por su doctrina, como por el esmero con que procuró conservar aquella pureza, que le hizo apreciabilísimo en su juventud á los ojos de sus preceptores y que en lo sucesivo le elevó á la esfera de la gloria, falleció en 1798 en la misma casa de la mision. Era de estatura mediana, de complexion flaca, pero sana, largo de cara, de ojos negros y agudos, de nariz aguileña y de pequeña boca; de exterior grave y modesto y tan invariable como su mismo rostro. Tal es la pintura que de él nos hace Amat en su *Diccionario de autores catalanes*. Nos retrata aquí

su fisonomía y mas adelante nos dice que su alma se halla retratada en los mismos escritos que dió á luz y son los siguientes, los cuales forman once tomos en 8.° menor, todos impresos en Barcelona desde 1778 á 1817: 1.°: *De la confesion general*, un tomo. 2.°: *De la Oracion mental*, un tomo. 3.°: *Máximas de perfeccion*, un tomo. 4.°: *Medios de perfeccion*, un tomo. 5.°: *Medios preservativos para librarse del mal y perseverar en el bien*, un tomo. 6.°: *Impedimentos de la perseverancia*, tres tomos. 7.°: *De la religion ó máximas fundamentales de ella*, un tomo. 8.°: *Ejercicios de piedad*, un tomo. 9.°: *De las tertulias*, un tomo. Todos sus escritos respiran aquella noble sencillez que hace benévolo al lector y le interesan á no dejar el libro de las manos hasta haberlo concluido. Su estilo es claro, sencillo, enérgico y lleno de aquella uncion y de aquella caridad cristiana que atraen sin esfuerzo é instruyen sin obstáculo. Se conoce que era un sabio el que escribia, un sabio penetrado de las verdades evangélicas.—O. A. R.

FERRER (P. Antonio). Nació en Olot en 1.° de Octubre de 1728. Mostró desde muy jóven una particular inclinacion al estado religioso, y apénas contaba la edad de diez y ocho años cuando tomó la sotana de jesuita en 7 de Setiembre de 1746. Hallándose en Tortosa enseñó humanidades, filosofía y teología á entera satisfaccion de sus superiores y con grande aprovechamiento de sus numerosos discípulos. Dedicóse despues con celo verdaderamente apostólico á procurar la salvacion de las almas; y á pesar del tiempo que invertia en el exacto cumplimiento de sus deberes halló todavía el necesario para publicar, callando su nombre, varios libros espirituales y de provechosa doctrina que se complacia en distribuir entre los fieles sin contar otros que su muerte, acontecida en 1803, le impidió dar á luz.—U.

FERRER (P. José) religioso del Órden de S. Ignacio de Loyola. Nació en Olot en 29 de Enero de 1741, y entró en el noviciado en 7 de Diciembre de 1757. Enseñó por algun tiempo la gramática en Cervera, y prosiguió con grande aplicacion el curso de teología que concluyó en Ferrara. Pasó despues á Bolonia y allí imprimió: *Vida del sacerdote D. Antonio Gou*. Se ignora la época en que murió.—J.

FERRER (Lleopard José) jesuita. Nació en Barcelona en 26 de Febrero de 1752. Estudió con grande aprovechamiento y fué muy versado en las letras divinas y humanas y tambien buen poeta. Murió en Roma en 25 de Setiembre de 1813 despues de una terrible y larga enfermedad, que sufrió con un valor y sobre todo con una resignacion enteramente cristianos. Tenemos de este célebre jesuita: 1.°: *Hymnodia sacra española*. 2.°: Tradujo en hermosos y variados versos españoles todos los *Himnos del Breviario romano*, el *Himno ambrosiano*, el *Símbolo de S. Atanasio* y las *Cinco secuencias del Misal romano*. Queda manuscrito, dice Amat en sus *Memo-*

rias para ayudar á formar un diccionario crítico de autores catalanes, y le he leido, añade, con muchisimo gozo por la pureza del lenguaje, excelencia del verso, y muy agradables sonidos que abundan en toda la obra, muy digna ciertamente de imprimirse. 3.°: Un tomo de *Poesías* en italiano y en español, manuscrito. 4.°: *La Geórgica de Virgilio*, en verso español, manuscrito. 5.°: *Traduccion del arte poético de Horacio*, en verso español.—O.

FERRER (P. D. Raymundo) natural de Barcelona. Nació en 1777: fué educado con particular esmero, y despues de haber estudiado gramática y retórica y cursado filosofía y teología en el colegio episcopal de la misma ciudad entró en el Oratorio de S. Felipe Neri en 7 Octubre de 1801. No tardó en darse á conocer y en hacerse apreciar de todos sus cofrades, porqué dotado de una imaginacion fecunda y de un carácter sumamente sencillo y amable sabia cautivar sin esfuerzo los corazones y hacerse amar de cuantos llegaban á hablarle; puesto que á un semblante risueño, á un metal de voz sumamente agradable y á un mirar dulce y penetrante reunia la circunstancia de insinuarse fácilmente en el corazon de los demas, como quien arde en deseos de entregarse sin reserva á los impulsos de la caridad cristiana y en su consecuencia de servir al prójimo, estableciendo estas circunstancias cierta semejanza entre él y el santo fundador de la Órden á que pertenecia. Enemigo del ocio, juzgaba que el tiempo era sumamente precioso y que debia aprovecharse en bien de los demas; asi es que poseido de esta idea, contaba las horas por minutos, no entregándose al descanso mas que el tiempo preciso é indispensable, de modo que generalmente no empleaba en dormir mas que cuatro ó cinco horas diarias. Mostróse aficionadisimo á la historia de Cataluña recogiendo cuantos libros le venian á la mano relativos á este objeto con los cuales formó una pequeña y escogida librería. Le alcanzó la guerra llamada de la independencia, aquella guerra cruel que por espacio de seis años martirizó á los pueblos, arruinó á las familias y llenó de luto y desolacion á los que tuvieron la desgracia de experimentar los funestos efectos de la ambicion de un hombre que pretendia extender su dominio por toda la Europa. Obligado Ferrer á abandonar la casa del Oratorio se puso á servir de vicario en la parroquia de S. Justo de Barcelona, cuyo cargo desempeñó con celo, actividad y ciencia hasta que desvanecida la tempestad que descargaba sobre la infeliz Cataluña y la España entera, Fernando volvió á sentarse al trono de sus mayores para recompensar el mérito y desterrar los abusos. Si esta era la verdadera mision de Fernando; pero como Ferrer no aspiraba mas que volver á su amado retiro quedó alegre por haberlo conseguido. Dedicóse desde entónces con grande celo á los ministerios eclesiásticos de confesar, predicar, enseñar la doctrina cristiana, asistir á los moribundos y otras obras todas dignas de su inagotable celo. Despues de cumplir con los

deberes que le imponian su estado y su amor á la religion, destinaba los momentos que le quedaban libres para recopilar las memorias de los acontecimientos de Barcelona durante la tiránica invasion de las tropas del coloso de Europa; en cuyo trabajo invirtió seis años, esto es, desde 1814 á 1820: dando por resultado una obra de seis tomos que tituló: *Barcelona cautiva, ó sea Diario exacto de lo ocurrido en la misma ciudad miéntras la oprimieron los franceses, esto es, desde el 13 de Febrero de 1808 hasta el 28 de Mayo de 1814.* Acompaña á los principios de cada mes una idea del estado religioso-político-militar de Barcelona y Cataluña. Habíase propuesto el autor en esta obra ó *Diario* dar al principio de cada mes una idea bastante extensa del estado en que se hallaba Cataluña en aquella época; pero desistió de su empeño desde el momento que vió que D. Francisco Javier Cabánes brigadier de los reales ejércitos continuaba su *Historia de las operaciones del ejército de Cataluña en la guerra de la usurpacion.* Sin embargo, creyó haber hecho lo bastante limitándose á algunos apuntes y en decir todo aquello que no se encontraba en la historia del Sr. Cabánes. Es de advertir que aunque Ferrer fué testigo ocular de una gran parte de los sucesos que refiere, tres meses y veinte dias ántes de que Barcelona respirase en libertad se habia visto obligado á huir de la persecucion de los invasores, confiando la prosecucion del *Diario de Barcelona* á un fiel é inteligente amigo suyo, que es como le llama. Á pesar de que el resultado de este trabajo no es mas que como lo titula el mismo autor un simple *Diario*, no deja de contener una multitud de noticias sumamente interesantes al que se dedique á la honrosa tarea de escribir esta parte de la historia de Cataluña, que comprehende una de las épocas mas fecundas en grandes acontecimientos, y en la cual resalta de un modo sorprendente la lealtad catalana y el valor de los hijos de esta importantisima porcion del reino de España. Exacto Ferrer en referir todo lo que presenció, pudo haber cometido algunos errores en lo que tuvo que continuar por referencia; pero esto aunque fuese así no serviria de óbice para dar á su obra todo el mérito que en sí misma encierra. En ella se halla retratado el corazon de este ilustre español. Le hemos admirado ya como excelente religioso, como lleno de una piedad sincera é ilustrada y que no encuentra obstáculos cuando trata de derramar en abundancia el bálsamo de la caridad cristiana. Leyendo su obra vemos un verdadero español, amante de su Rey y de su patria; vemos un catalan del año 1808 y de aquellos tiempos en que Cárlos V preferia mas el ser conde de Barcelona que Rey de romanos. Contiene por fin la obra grande abundancia de documentos oficiales, de los cuales algunos podrian haberse omitido por no conducir hasta cierto punto al objeto que el autor se propuso. Veamos lo que él mismo dice sobre el particular en el tomo IV; se expresa así: «Aunque al que lea esta coleccion le parezcan ajenas

« de la guerra de Cataluña algunas de las piezas oficiales continuadas en este « apéndice, no al que las una con el todo de la coleccion. Los números 11, « 12 y 13, partos de la fecunda pluma de D. Martin de Garay secretario « entónces y vocal de la suprema junta central, ofrecen á los políticos una « idea exacta del estado de nuestra España desde el Junio de 1808 hasta el « Agosto de 1809. Temeria que la posteridad culpara mi indolencia no pu- « blicando unas piezas que, al paso que se leian con el mayor interes por « los barceloneses cautivos, serán un testimonio indeleble de la constancia « española en tan aciagos años. » Esta obra impresa en Barcelona, imprenta de D. Antonio Brusi en 1815, consta de siete tomos en 4.°, que el autor remitió á la Academia de la historia por cuadernos así como iban saliendo de la prensa, junto con una coleccion de las monedas acuñadas en Cataluña en dicha época, á saber; un doblon de oro, tres pesos fuertes con diferentes marcas, medio peso fuerte, una peseta, y nueve monedas de cobre con diferentes valores y tipos. Hemos hablado ante todo de su *Barcelona cautiva*, porqué fué por decirlo así la que ocupó todos los momentos que le quedaron libres despues del cumplimiento de sus deberes desde 1814 hasta 1820. Concluyamos su artículo, que luego despues hablarémos de las otras que dió á luz. Ferrer continuó ejerciendo su sagrado ministerio con singular edificacion, granjeándose por su carácter sumamente amable, por la pureza de sus costumbres y por el gran fondo de caridad que le animaba la estimacion de cuantos llegaban á conocerle de cerca. Durante la horrorosa epidemia que en 1821 diezmó á los habitantes de Barcelona, no quiso jamas separarse del lado de los enfermos y de la cabecera de los moribundos. Habia asistido ya á ochenta y tres individuos atacados de la destructora enfermedad, siendo por último víctima de ella en 20 de Octubre del mismo año y á la edad temprana de los cuarenta y cuatro. Ferrer murió como habia vivido, como un héroe de la patria así como lo habia sido de la cristiandad, pues que nunca desmintió sus ínclitas virtudes. Sus restos descansan en medio del cementerio general debajo del monumento que la piedad barcelonesa levantó á los principales funcionarios públicos, que por no desamparar á sus desgraciados hermanos hicieron el sacrificio de sus propias vidas. Ferrer ademas de la obra que hemos citado dió á luz las siguientes: 1.ª: *El jóven frances en la Trapa de España*, un tomo en 8.°. 2.ª: *Relacion de lo ocurrido en la gloriosa muerte que el dia 5 de Junio de 1809 sufrieron en Barcelona por la tiranía francesa los cinco héroes*. Esta *Relacion*, tan sencilla como tierna y aflictiva para todo buen español, es tan patética como llena de verdad. No necesita, como dice su autor, de *pinturas estudiadas;* el cuadro por sí solo es de los mas interesantes: no necesita, lo repetimos, de accesorios para darle mayor realce, pues estos en vez de aumentar su grandiosidad, tan solo servi-

rian para achicar sus colosales formas. Conocido es de todos los barceloneses aquel dia terrible en que perecieron cinco de sus mas esclarecidos hijos, que deseosos de secundar los esfuerzos de la nacion entera contra el usurpador de las coronas, contra el hombre que aspiraba al dominio de todos los pueblos, ya que no lograron ceñir en vida la corona de héroe, á lo ménos alcanzaron que sus nombres quedasen grabados en una de las páginas de la historia. En efecto, el D. D. Joaquin Pou, cura-párroco de la ciudadela, el P. D. Juan Gallifa, religioso de S. Cayetano, D. José Navarro sargento del regimiento de infantería de Soria, D. Juan Massana y D. Salvador Aulet, que así se llamaban las cinco víctimas sacrificadas por el furor de los invasores, se hicieron acreedores á la gratitud de los españoles y á la fama póstuma. Nadie podia á la verdad hacer una relacion mas exacta de aquel trágico suceso que el piadoso Ferrer, que fué uno de los que les auxiliaron en sus últimos momentos. Este buen sacerdote nos da en su obra una noticia circunstanciada de todos los pormenores que mediaron desde el momento que se tramó la conspiracion para libertar á Barcelona del cautiverio en que gemia, hasta despues de ejecutada la sentencia en las ilustres víctimas. Su estilo es sencillo y expresivo á la par que enérgico y verdaderamente patriótico; y estamos bien seguros que si él viviera estos cinco héroes de la libertad no permanecerian depositados en un lugar obscuro, donde existen seguramente ignorados aun de aquellos que presenciaron muchos de los hechos que el mismo Ferrer refiere. La *Relacion* de Ferrer se imprimió en Barcelona en la imprenta de D. Antonio Brusi, 1814, en un cuaderno de cuarenta y ocho páginas en 4.°. Finalmente, compuso otra obra que tituló: *Idea de la fidelidad de Barcelona cautiva á su adorado rey D. Fernando VII, tambien cautivo.*—J. M. G.

FERRER (Sor Julia) natural de Valencia; religiosa dominica en el convento de Sta. Catalina de Sena en la misma ciudad. Entre las vírgenes memorables dignas esposas de Jesucristo, que florecieron durante el siglo XVII en el célebre convento de Sta. Catalina se cuenta á Sor Julia. Esta afortunada criatura con un corazon de ángel principió su peregrinacion en este valle de lágrimas dando muestras inequívocas del grande é inagotable amor que profesaba á su Divino Esposo, cuyo amor fué tomando cada dia nuevas creces; y por lo mismo las virtudes de Sor Julia llegaron á un grado eminente hasta la época de su muerte, que fué la del justo y que aconteció por los años 1650. Vivia en aquella misma época y en el mismo monasterio la venerable Sor Gabriela de la Presentacion, religiosa de servicio, natural de Orihuela, vírgen estática y de extraordinaria santidad. Ésta falleció en 14 de Enero del año 1642, siendo elogiada cual se merecia por sus ínclitas virtudes en las actas del capítulo general celebrado en Valencia en 1647. Man-

dó, pues, á Sor Gabriela su confesor que dictase su Vida á Sor Julia. El resultado fué que esta señora, tan insigne como su compañera, tomó la pluma por espíritu de obediencia é impulsada por una fuerza superior escribió: *Vida de Sor Gabriela de la Presentacion, religiosa del real convento de Sta. Catalina de Sena de la ciudad de Valencia*. Constaba de dos cuadernos, que Sor Julia escribió de su propia mano; el uno en 4.° de ciento tres páginas, y el otro en 8.° de mucho mayor número. Ámbos se conservaban en el archivo del mismo monasterio.—G.

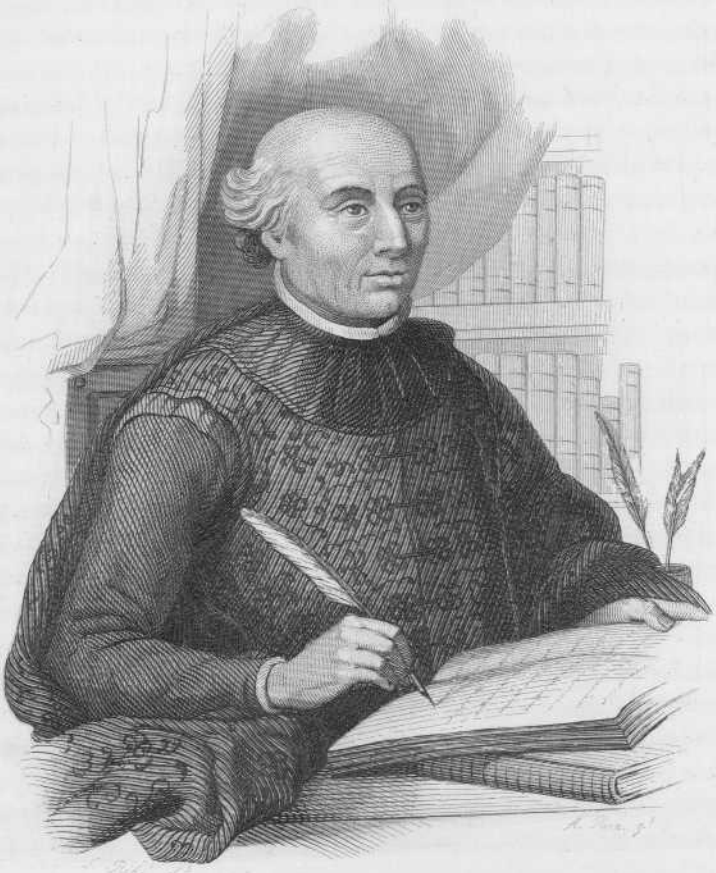
FERRER (Vicente) sacerdote en el siglo XVII. Nació en Gandía, y habiendo determinado cuando aun era muy jóven abrazar el estado eclesiástico, manifestó vivos deseos de entrar en el claustro en el Órden de S. Ignacio de Loyola; pero tuvo que desistir de su empeño porqué la falta de salud no se lo permitió. Sin embargo, ordenado de sacerdote se dió á conocer muy en breve por el gran caudal de doctrina que habia adquirido en el estudio de las letras sagradas y profanas. Obtuvo un beneficio en la santa metropolitana iglesia de Valencia; se graduó de doctor en teología, y fué nombrado catedrático de retórica en aquella famosa universidad, donde se hizo acreedor á las mayores distinciones; siendo el mayor testimonio de su ciencia los aventajados discípulos que salieron de su aula. Enseñó tambien teología moral, se dedicó á los ministerios del confesionario y del púlpito con grande aprovechamiento de las almas; y despues de una carrera llena de merecimientos, falleció á los cuarenta y un años de edad: se ignora el año. Publicó las obras siguientes: 1.ª: *Breves rethoricæ institutiones Petri Joannis Nuñez, et Francisci Novella, interpretibus in universitate Valentina, repurgatæ, et novis tabulis illustratæ*, Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1655, en 8.°. 2.ª: Existen varios *versos* suyos en las *Fiestas de la canonizacion de Sto. Tomas de Villanueva* de D. Marco Antonio Ortí, cap. VI, pág. 85, y en las *De la Concepcion* de D. Juan de Valda en los caps. IV, V y VI.—O. R.

FERRER (Fr. José). Nació en la ciudad de Valencia, y floreció en el siglo XVII. Entró de religioso en el Órden de S. Francisco de la provincia de S. Juan Bautista, saliendo de las aulas tan sobresaliente en letras divinas y humanas que leyó artes y teología con particular distincion, mereciendo mas adelante ser distinguido con el cargo de provincial. Publicó en aquella época la obra filosófica que citarémos en primer lugar, la cual fué muy bien recibida, y despues se dedicó por espacio de treinta años á recoger materiales para otra obra de teología, que segun expresion suya hubiera llegado á completar doce tomos en folio; pero ya fuese que la muerte arrancase la pluma de su mano, ó ya que le faltasen medios para proseguir su impresion, lo cierto es que no se publicó mas que el primer tomo. Falleció Fr. José Ferrer en

S. Juan de la Ribera en 22 de Setiembre de 1682. Tenemos de él : 1.° : *Logicæ et metaphisicæ summulisticum prælium*, Valencia, por Silvestre Esparsa, 1636, en 4.°. 2.° : *Pharus Evangelica, seu commentaria in quatuor Evangelia. Tomus primus. De præludiis Evangelici, et de primis Christi mysteriis*, Leon de Francia, por Felipe Borde, Lorenzo Arnaud y Claudio Rigaud, 1661, en folio. En esta obra el autor mezcla conceptos predicables para comodidad de los que siguen la carrera del púlpito sobre diversos asuntos. Los manuscritos que siguen se conservaban en el convento de S. Juan de la Ribera. 3.° : *Pharetra concionatorum*. Esta obra está dividida en cuatro tomos en 4.°. 4.° : *Epitome concionum de tempore, Sanctis, et aliis extraordinariis assumptis*, en dos tomos, en 4.°. 5.° : *Tractatus in Evangelia et sermones de Sanctis*, dos tomos, en 4.°. 6.° : *Sertum conceptuum prædicabilium*, dos tomos, en 4.°.—U.

FERRER (Vicente) religioso profeso en la Órden de trinitarios calzados. Vistió y profesó el santo hábito en la ciudad de Barcelona, populosa capital del principado de Cataluña en España. Entregóse con gran celo á la predicacion evangélica, para cuyo ministerio le dotó el Señor de una gracia especial; por lo que le ejerció con abundante fruto de sus oyentes. Disponíase para predicar la cuaresma en Monzon, en el reino de Aragon, cuando cayó gravemente enfermo. Conociendo que habia llegado el fin de su carrera, retiróse á su celda pensando tan solo en disponerse para la muerte. Recibió con devocion y lágrimas los Santos Sacramentos, y esperó tranquilo, alegre y con una perfecta sumision á la voluntad de Dios la exhalacion de su último aliento. Sucedió su muerte en 14 de Noviembre, pero se ignora en que año.—S.

FERRER (Luis) jesuita. Fué natural del pueblo de Caravaca, en el reino de Murcia, en España. Siendo de edad de diez y ocho años, y estudiando con mucha aplicacion letras humanas, ilustrado con luz celestial, abandonó del todo las cosas del mundo y entró en la Compañía de Jesus, donde hizo admirables progresos en la virtud, siendo un modelo de recogimiento y observancia. Concluidos los cursos de filosofía y teología en Alcalá de Henáres, lleno de celo por la salvacion de sus prójimos, dedicóse en la misma ciudad y en otras partes á oir confesiones, siendo incansable en este santo ministerio. Ocupóse tambien frecuentemente y con fruto en excitar á sus domésticos al adelantamiento espiritual, y en conducir á los extraños á la piedad y amor de toda virtud; continuando en tan santas obras hasta que el Señor tuvo á bien llamarle á sí. Ignórase el dia y año de su muerte. Tradujo del latin al español : 1.° : *Francisci Costeri Libellus Sodalitatis B. Virginis Mariæ*. 2.° : *Ejusdem Costeri Meditationes quinquaginta de eadem Beatissima Virgine; et totidem aliæ de Passione Domini Nos-*



J. DE FERREIRAS.

tri Jesu Christi. Escribió tambien en español un *Tratado sobre la oracion y meditacion.*—J. A.

FERRER Y TORMO (D. Vicente). Nació en Montavernér, gobernacion de S. Felipe, y ha florecido en el presente siglo. Despues de haber estudiado en la universidad de Valencia la filosofía, la teología y los cánones, se graduó de bachiller en artes y cánones y de doctor en teología. Fué familiar del arzobispo de aquella diócesis D. Francisco Fabian y Fuero; y destinado á la secretaría, desempeñó este empleo durante muchos años. Consiguió un beneficio eclesiástico en la parroquial de Concentayna, y mas adelante obtuvo otro en la de los Santos Juanes de Valencia. Fué finalmente vice-rector, y en 1828 desempeñaba otros destinos con aquel acierto que era de esperar de su ilustracion. Estas son las noticias que hasta ahora hemos podido adquirir de este escritor, que cita Fuster en su *Biblioteca Valenciana*, tomo II, pág. 470, col. 1.ª. Ignoramos el año en que murió. Publicó sin nombre de autor, dice el mismo Fuster, la obra siguiente: *Seis puntos útiles y aun necesarios á todo eclesiástico.* Los puntos son: 1.°: Que no puede lícitamente celebrarse la Santa Misa en el altar cuya ara no incluya sepulcro de sagradas reliquias. 2.°: El celebrante (Misa rezada) pasando por delante del Santísimo Sacramento expuesto debe llevar el bonete puesto en la cabeza en el tránsito al altar ó de este á la sacristía, hecha la genuflexion y adoracion. 3.°: En la noche de Natividad del Señor no puede celebrarse Misa rezada ni aun por el que cantó la solemne sin privilegio especial, y débese esperar la aurora. 4.°: Donde debe colocarse la cruz procesional y preste en las exequias, contra lo que de ordinario se practica. 5.°: Si la costumbre de celebrar Misa de *réquiem* siempre en los semidobles y feriales es mas laudable que la del rezo ú oficio del dia. 6.°: Del uso de la estola, que solo debe ser en la administracion de Sacramentos; por consiguiente ni el hebdomadario ni otros deben usarla. Añádese un decreto, del que puede usar la palmatoria en las funciones eclesiásticas. Sus resoluciones están tomadas de las mismas rúbricas y decretos, y de los autores clásicos. Imprenta de Manuel López, 1828, en 8.°.—U.

FERRÉRAS (Juan de). Este célebre historiador español, digno de ocupar un lugar distinguido, y segun opiniones en mejor escala, por lo que respecta á la verdad histórica, que los Moráles, los Garibays, los Marianas, y otros y otros que ántes y despues de él han ejercitado su pluma para transmitir á la posteridad los grandes acontecimientos, los triunfos y las glorias de una nacion en todas épocas generosa y fecunda en varones ilustres, nació en Labañesa, diócesis de Astorga, en 7 de Junio de 1652. Llamábanse sus padres D. Antonio Ferréras y D.ª Antonia García de la Cruz, cuya nobleza buscaba su orígen en la obscuridad de los siglos, bien que muy poco

dotados en bienes de fortuna. Encargóse de la educacion del jóven Ferréras un tio suyo paterno, abad de Viana del Bollo, quien deseoso de cultivar las bellas disposiciones del sobrino le envió desde luego al colegio de jesuitas de Monforte de Lémos; y estos Padres tuvieron la satisfaccion de contribuir sin grande esfuerzo al desarrollo de sus facultades intelectuales. Ferréras aprendió con prodigiosa facilidad las lenguas griega y latina, en términos que dejó pasmados á maestros y condiscípulos. Continuó sucesivamente sus estudios en tres conventos de dominicos, donde le enseñaron la poesía, la elocuencia, la filosofía y la teología con tanta perfeccion, que muy en breve mereció los dictados de buen poeta, de aventajado filósofo y de excelente teólogo: circunstancias que unidas al don de la palabra le atrajeron ya la admiracion de cuantos pudieron observar de cerca sus brillantes calidades, puesto que no habia tenido tiempo todavía de ejercitar su pluma para excitar el entusiasmo de nacionales y extranjeros. Como los extraordinarios adelantamientos de un discípulo contribuyen siempre á la celebridad de un buen preceptor, seríamos injustos si no citásemos al catedrático Fr. Francisco Pérez de Laserna, que en su tiempo gozaba de una bien merecida reputacion en el colegio de S. Gregorio de Valladolid. Éste abrió la senda á Ferréras para emprender con fruto el estudio de la teología con tan buen éxito como el que habia alcanzado en el curso de filosofía en Triános, cuyo convento estaba situado á las inmediaciones de las villas de Sahagun y Cea. Ferréras se distinguia en todos los ramos del saber humano muy particularmente, así por la penetracion de sus ideas, como por su constancia y asiduidad en el trabajo, y aun mas por la dulzura de su carácter y por su excesiva humildad. Este jóven no se conocia á sí mismo; ó mejor diremos, conociéndose tal vez, huia de aquel orgullo que algunos llaman noble y que sienta tan mal al que pretende pasar por filósofo á la vista de sus semejantes. Ferréras, que estaba destinado al estado eclesiástico, comprehendió perfectamente que para ser elevado á este santo ministerio necesitaba penetrar en el vasto campo de las ciencias sagradas, que es en donde se adquiere aquel aplomo indispensable para seguir con pie firme por la via de la virtud. Lleno de estas sábias máximas procuró perfeccionar sus estudios teológicos, no obstante de que entónces era contado ya como uno de los buenos teólogos y excelentes ingenios de su época. Con este objeto pasó á la universidad de Salamanca, donde oyó las lecciones de los insignes maestros Castillo, Somoza y Aguirre: este último despues cardenal de la Santa iglesia romana. Entónces fué cuando, observando la diversidad de opiniones acerca de algunos puntos entre sus nuevos y antiguos maestros, y no pudiendo tranquilizarse con las respuestas que algunos de ellos daban á sus dudas y consultas, resolvió no ligarse á los principios de buena escuela; y por lo mismo procedió despues examinando los de todas y siguien-

do lo que le parecia mas fundado. En aquella universidad recibió órdenes sagradas; mas, faltándole los recursos, con el único objeto de proveer á sus necesidades acudió al concurso de los curatos del arzobispado de Toledo, obteniendo fácilmente el de Santiago de Talavera de la Reyna. Versadisimo en las Santas Escrituras y en los Padres, dotado de una elocuencia sublime y verdaderamente evangélica, subió al púlpito y desde el momento pasmó á todos sus oyentes; quienes debieron confesar que ademas del gran caudal de doctrina que habia adquirido con su constante aplicacion poseia el arte de conmover, de enternecer y de atraer los corazones aun de aquellos ménos dispuestos á oir las santas verdades. En efecto, su boca de oro era entónces la mas propia para encarecer la virtud, para desterrar el vicio y para dar á conocer todo el valor de la caridad cristiana. Brilló Ferréras en la cátedra del Espíritu Santo como el astro deslumbrador que vivifica todo lo que tiene bajo su dominio. Desde aquella época continuó en extraordinario aumento la fama del célebre soriano. Amábanle ya, como hemos dicho, por sus virtudes y por sus profundos conocimientos; pero desde que se dejó oir como predicador, ó mas bien como conquistador de almas perdidas, aumentó progresivamente el número de sus apasionados, y aun mas el de sus amigos. Entre estos últimos contó á su arzobispo y cardenal D. Pascual de Aragon, quien depositó en Ferréras toda su confianza, dándole al propio tiempo muestras de grande estimacion. Vivia tranquilo en su curato; sin embargo, los calores excesivos y el clima de Talavera alteraron de tal modo su salud, que vino á perder casi enteramente la vista, la que recobró milagrosamente; y podemos decirlo así, porqué habia llegado ya al extremo de quedar casi desahuciado de los médicos; de modo que algunos miraban aquella pérdida como irreparable. Obstruyéronse, dice él mismo, los nervios de la sensacion, hiciéronme muchisimos remedios y muy penosos; pero en fin un médico determinó sangrarme por las venas cefálicas, y lo mismo fué abrir las venas que empezar á ver. En 1681 fué transferido al curato de Álvares donde acabó de restablecerse completamente. Vivia en Mondéjar, lugar poco distante, el marqués de Mendoza D. Gaspar Ibáñez de Segovia, personaje distinguido, mas aun por su extraordinaria aficion á las bellas letras, que por la nobleza que habia heredado de sus antecesores. Las musas, la sabiduría y el buen gusto habian acompañado á este señor en su retiro; de cuya circunstancia aprovechó Ferréras por ser una de las que lisonjeaban su natural inclinacion. El marqués se dió el parabien de haber admitido en su sociedad á un eclesiástico, que aunque jóven en años mostraba la ciencia de un hombre consumado en los estudios. Comunicóle sus luces sobre la geografía, la cronología y la crítica, y se complació en cultivar las excelentes disposiciones de su discípulo, dándole un buen método para aprender

y escribir la historia; de modo que la posteridad es deudora al sabio preceptor de todo lo que Ferréras ha hecho en este género. En 1685 pasó á desempeñar éste el curato de Camarma de Esteruélas, y desde el momento al acordarse de la célebre universidad de Alcalá de Henáres, y el continuo trato que tenia con los sabios, le hizo emprender de nuevo y con mas ardor que nunca el estudio de la teología. Doce años continuos dedicó en recorrer los mejores libros de esta ciencia, y esta asiduidad le puso en estado de publicar mas adelante una *Teología* completa que se conserva manuscrita en la biblioteca real. Aunque Ferréras habia vivido hasta aquella época confinado, digámoslo así, en pequeñas parroquias, extendióse maravillosamente su reputacion, en términos que los personajes mas distinguidos deseaban conocerle de cerca para deleitarse en su conversacion, á la vez amena é instructiva. El cardenal Portocarrero, tan distinguido tambien por su ciencia como por el interes con que procuraba reunir al rededor de sí todos los hombres de mérito, le llamó á la capital dándole el curato de San Pedro, desde donde fué promovido por su solo mérito en 1701 al de San Andres de la misma córte, nombrándole al mismo tiempo confesor suyo. Colocado Ferréras en un lugar mas correspondiente á su extraordinario mérito, en breve se vió colmado de cargos y de honores, en cuyo desempeño se portó como quien era, como un sabio y como un piadoso eclesiástico. El cardenal que le conocia á fondo le consultaba sobre los asuntos mas importantes, y como arzobispo de Toledo y como á ministro y gobernador del Consejo de estado le pedia con mucha frecuencia su parecer, el cual seguia como si saliese de la boca de un oráculo. El nuncio del Papa le nombró examinador y teólogo de su tribunal, miéntras que la Congregacion de la Inquisicion le daba los títulos de calificador y de provisor; y miéntras Clemente XI, apreciando en su justo valor los servicios que Ferréras habia prestado á la Santa Sede en los varios asuntos que el nuncio le confiaba, le dirigia algunos breves tan honoríficos que, segun expresion de un escritor, podian avivar las esperanzas mas amortiguadas del que aspirara á las primeras dignidades de la Iglesia. En esta ocasion fué cuando Ferréras se mostró al Pontífice con toda su humildad: agradeció la benevolencia, pero se apartó del favor. Como agradecido tradujo en castellano sus aplaudidas *Homilias latinas*, que en ámbos idiomas se imprimieron, como veremos, en Madrid en 1705; como á sacerdote humilde y rígido en sus costumbres, inclinó la cabeza ante el jefe de la Iglesia, mostrando su gran veneracion, pero nunca la levantó para suplicar honores y distinciones. El mismo Rey quiso que presidiese los consejos de estado; y aun se conservan muchísimos escritos sobre las diferentes materias que se propusieron en aquellas reuniones. Á pesar de tantas y tan grandes distinciones, léjos de envanecerle, no pudieron vencer

lo que le dictaba su humildad para hacerle aceptar varias dignidades con que Felipe V le brindó. Habíase resistido á admitir el obispado de Monópoli, que le daba asiento en el Consejo del reino de Nápoles; tampoco quiso aceptar el de Zamora que el Rey mandó ofrecerle por conducto del P. Daubenton, su confesor: de suerte que en todos los pasos de su vida no se halla uno movido á impulsos de la ambicion ni del deseo del mayor acrecentamiento. Así lo expresa D. Blas Nassarre en el *Elogio histórico* que trazó del mismo Ferréras. La nueva Academia española le eligió por uno de sus miembros, prestó en ella los mas relevantes servicios, cooperando sobre todo y de un modo directo á la formacion del diccionario de la lengua castellana que se publicó con el siguiente título: *Diccionario de la lengua castellana en que se explica el verdadero sentido de las voces, su naturaleza y calidad con las frases ó modos de hablar, los proverbios ó refranes y otras cosas convenientes al uso de la lengua, dedicado al rey D. Felipe V, compuesto por la real Academia española*, Madrid, en la imprenta de la misma Academia, por los herederos de Francisco del Hierro, año 1734, seis tomos en folio: obra apreciabilisima y una de las mejores en su clase. Al mismo tiempo Felipe V le nombró su bibliotecario, en cuyo cargo reemplazó á D. Gabriel Álvarez de Toledo, caballero del hábito de Alcántara, oficial traductor de la secretaría de estado, que falleció en 17 Enero de 1714; y hallándose Ferréras desempeñando este distinguido empleo escribió su *Historia de España*: empresa que habia principiado cuando se hallaba de cura-párroco en Álvares, invirtiendo por lo mismo en esta tarea un gran número de años. Rayaba ya á los ochenta años de su edad y todavía conservaba íntegras sus facultades intelectuales; de modo que si hay hombre que haya aprovechado todos los momentos de su vida para dejar un legado á la posteridad que eternize su nombre, este ha sido Ferréras, como escritor público, como teólogo y como historiador, sin que por ello hubiese olvidado en lo mas mínimo el exacto cumplimiento de los deberes que le imponia su sagrado ministerio. Este español célebre por sus escritos no lo fué ménos por su piedad, por la bondad de su corazon, por aquel amor puro digno del varon justo que ama á Dios y que quiere que todos le amen: por aquel amor hijo de la voluntad mas decidida, amor santo que forma, digámoslo así, el verdadero retrato del varon justo y agradecido. En medio de sus tareas literarias le alcanzó la muerte; bien que Ferréras estaba ya prevenido. Desde sus juveniles años habia fijado la vista en la eternidad, y la eternidad jamas se separaba de su mente. Sabia que debia comparecer ante el tribunal de la Divina Justicia, y por lo mismo se predisponia para presentarse ante el Supremo Juez con el rubor de la inocencia y con la conviccion de no haber despreciado el tiempo que Dios le habia concedido para recorrer

este valle de lágrimas. Falleció Ferréras en 8 de Junio de 1735, á los ochenta y tres años de edad, y sus amigos le lloraron, le lloraron los sabios; y todos aquellos que habian experimentado los efectos de su celo y de su inagotable beneficencia derramaron tambien lágrimas de dolor sobre sus inanimados restos. Hemos hablado de Ferréras como de un ministro del Señor y como de un escritor público que enriqueció á su patria con un gran número de producciones dignas de ocupar un lugar distinguido en las bibliotecas públicas y particulares; ahora pues pasarémos á tratar de estas mismas obras con la extension posible. La primera se titula: *Disputationes Scholasticæ de fide theologica*, Alcalá de Henáres, 1692, imprenta de Francisco García Fernández, un tomo, en 4.°. 2.ª: *Disputationes thelogicæ de Deo, ultimo hominis fine*, Madrid, imprenta de Juan Stúnica, 1695, un tomo, en 4.°. 3.ª: *Disputationes theologicæ de Deo uno et Trino, primoque rerum omnium Creatore*, Madrid, imprenta de Juan Stúnica, 1735, dos tomos, en 4.°: obra muy estimada, siempre consultada y muy particularmente por las universidades de España. 4.ª: *Parœnesis ad Galliarum parochos*, Madrid, 1696, un tomo, en 4.°. En esta obra exhorta á los curas-párrocos de Francia para que se muestren enteramente sumisos á los decretos y bulas del Papa. 5.ª: *Homilias de N. SS. P. Clemente XI latino-españolas*, Madrid, 1705. Ferréras, como dijimos ya, tradujo estas *Homilias* y las dedicó al mismo Pontífice en justo reconocimiento de varios breves sumamente honoríficos que habia recibido de S. S. 6.ª: *Dissertatio de prædicatione Evangelii in Hispania per S. Apostolum Jacobum Zebedæum*, Madrid, 1705. 7.ª: *Dissertatio Apologetica de prædicatione S. Jacobi in Hispania, Joanni V Portugaliæ Regi nuncupata*, Madrid. Estas *disertaciones* históricas fueron muy bien recibidas de nacionales y extranjeros, y por lo mismo traducidas en varios idiomas. El autor defiende en ellas una tradicion atacada por algunos críticos, tales como el P. Lupo, Dupin, etc.; y en su obra escrita en estilo puro campea un gran fondo de erudicion y al propio tiempo de doctrina. 8.ª: *Disertacion del Monacato de S. Millan*, Madrid, 1724. 9.ª: *Desengaño católico*, Madrid, por Francisco Monge. 10.ª: *Desengaño político*, Madrid. Existian aun en España y en particular en Cataluña muchos partidarios de la casa de Austria, restos de las guerras de sucesion. Ferréras al escribir esta obra tuvo por objeto persuadir á sus compatriotas de la necesidad que tenian de permanecer fieles al Rey si aspiraban á su propia felicidad y á la de la patria. Esta obra fué generalmente aplaudida, tanto por la solidez de sus argumentos como por sus sábias reflexiones, y aun se asegura que fué muy favorable por lo mismo á la causa de Felipe V. 11.ª: *Demostracion de la falsedad del instrumento intitulado: Fundacion del Mayorazgo del maestre de Calatrava D. Pedro Téllez Giron*. Sin contar la *His-*

toria de España, de la cual hablarémos luego, compuso Ferréras otras varias obras que quedaron manuscritas, tales como: 12.ª: *De Incarnatione*, dos tomos, en folio. 13.ª: *De Spe*, un tomo, en folio. 14.ª: *De charitate*, un tomo, en folio. 15.ª: *Quæstiones variæ theologico-scholasticæ*, un tomo, en folio. 16.ª: *Quæstiones variæ theologico morales*, un tomo, en folio. 17.ª: *Quæstiones variæ theologico-morales*, un tomo, en 4.°. 18.ª: *Expositio literalis in IV libros Magistri sententiarum*, un tomo, en folio. 19.ª: *Sermones varios*, dos tomos, en folio. 20.ª: *Sobre la bula de la cruzada*. 21.ª: *Novena de S. Francisco de Sáles*. 22.ª: *Discurso sobre la secta de Mahoma*. 23.ª: *Consultas sobre varias materias*. 24.ª: *Annales ab Augusto ad annum 1700*, tres tomos, en folio. 25.ª: *Annales ab anno 1600 ad 1700*, un tomo, en folio 26.ª: *Relacion de la fábrica de la capilla de S. Isidro Labrador de Madrid*. 27.ª: *De ritu triumphandi*. 28.ª: *Asunto académico en octava rima en alabanza del príncipe, despues rey nuestro señor D. Luis*, aprobado por la real Academia. 29.ª: *La paz de Augusto, auto del nacimiento del Hijo de Dios*. 30.ª: *Divertimiento de Pascua de Navidad*: obra en prosa y en verso. 31.ª: *Varias poesías*. 32.ª: *Sobre el vicariato del estado de Sena*, de órden del Rey, año 1715. 33.ª: *Sobre la sucesion de los varones descendientes de las hembras de la casa de Médicis*, de órden del Rey, año 1716. 34.ª: *Sobre la monarquía de Sicilia y protesta que se mandó hacer en Roma á Monseñor Molines*. 35.ª: *Sobre las regalías en cosas eclesiásticas, y remedios de algunos perjuicios y abusos*. 36.ª: *Sobre el derecho de diezmar de algunos curatos de Madrid*. La primera de sus obras poéticas es el elogio de las calidades de un príncipe querido de sus pueblos, que la muerte arrebató á la flor de su edad. El autor adoptando un estilo noble y elevado supo adornar este precioso rasgo de su imaginacion verdaderamente poética de todas las riquezas de la elocuencia. Las musas en esta ocasion correspondieron á sus deseos, inspirándole y llenándole de aquel fuego que arde á impulsos de la piedad y del amor. Ferréras en esta obra se muestra á la vez enérgico, patético y sublime: feliz en la idea, afortunado en el plan y dichoso en el desenlace, nada deja que desear; de modo que esta poesía por sí sola bastaba para señalarle un lugar distinguido entre los buenos poetas de su época. Sin embargo, no le vemos continuado como á tal en el catálogo de los muchísimos que florecieron en España durante el siglo XVII. Le acreditó tambien de poeta el auto sacramental titulado: *La Paz de Augusto*. Llamábanse entre nosotros *autos sacramentales* las comedias sacadas de asuntos sagrados, en las cuales se hacia alusion á estos mismos asuntos. Estos misterios, que en tiempos remotos se representaban en Francia y en Italia en las iglesias para solemnizar las fiestas mas solemnes, en España se representaban en los teatros; y de ellas tenemos un

gran número debidas á los ingenios de Calderon, de Lope de Vega y de otros varios poetas: composiciones que en aquella época atraian á los teatros una numerosa concurrencia. La de Ferréras no se representó mas que en la córte: circunstancia que no deja de ser notable atendidas las bellas disposiciones de su autor como poeta. Aunque Ferréras no era improvisador, ni tan fecundo como Lope de Vega, Calderon, Tirso de Molina, etc.; no obstante, sus composiciones serán siempre apreciadas tanto por la pureza, la concision y energía de su estilo como por su versificacion fácil y amena. En sus *varias Poesías* se encuentran sonetos muy brillantes, que compiten en mérito con los de los mejores poetas; canciones compuestas con exquisito gusto; y sobre todo resaltan sus odas admiradas y aplaudidas en todos tiempos, siendo la mejor la que trata de la inconstancia de las grandezas humanas. Hasta aquí hemos citado las obras que Ferréras compuso como á teólogo, como á político y como á poeta sacrificándose, si se quiere, el órden cronológico con que las compuso: hemos reservado para lo último la *Historia de España*, que es sin duda la que mas llamó la atencion, y la que contribuyó en gran parte á inmortalizar su nombre. Nuestra nacion fértil en historiadores, los habia producido ya en cada provincia en particular, miéntras que entre las *Historias generales* gozaban de justa nombradía las de Moráles, Ocampo y Garibay que sirvieron de guia al célebre Mariana. Se presentó Ferréras, notó los errores en que habian incurrido los que le habian precedido en tan gloriosa carrera, los corrigió, estableció un órden en la cronología, desechó los escritos y las tradiciones mezcladas de fábulas, y dió una historia la mas exacta, la mas imparcial y la mas completa de las que hasta entónces habian visto la luz pública: obra que en lo sucesivo pudo servir de modelo á todos los que se dedicaron á este género de literatura. Ferréras se remonta en ella al orígen de los pueblos de España, y concluye en 1589. Imprimióse por primera vez en diez y seis tomos, en 4.°, en Madrid desde 1700 hasta 1726. Salió despues una segunda edicion en diez y siete tomos, que principió en 1775 con el título de: *Synópsis histórica, cronológica de España*. El autor la dividió en diez y seis partes; la primera comprehende los sucesos desde la creacion del mundo hasta el nacimiento de Jesucristo; la segunda abraza los cuatro primeros siglos del cristianismo; la tercera el quinto, sexto y séptimo; la cuarta el octavo, el nono y el décimo; la quinta el once y el doce; la sexta el trece; la séptima y octava el catorce; la novena, décima y undécima el quince; y la duodécima y siguientes el diez y seis. Contiene ademas el penúltimo tomo un apéndice, en el cual menciona el autor los manuscritos de que se ha valido para la composicion de su obra. « Esta segunda « parte, dice, sale á luz con dos objetos; el primero, satisfacer el deseo de « ver los manuscritos de que me he valido en mi historia; y el segundo, des-

« mentir la calumnia de que estos autores solo son hijos quizas de mi ima-
« ginacion : pero estas y otras calumnias despreciaré siempre, porqué se
« atienda á la verdad de nuestra historia. » Cada parte en que hemos visto que divide su obra va acompañada de un prefacio que demuestra la via que el autor ha seguido, presentando casi siempre los hechos bajo un aspecto interesante, é inspirando á sus lectores una suma confianza en la certeza y verdad de sus relaciones. Siguiendo este rumbo y desechando los hechos apócrifos ó contradictorios da á su trabajo aquel carácter de veracidad tan precioso en un historiador. Tal es el juicio que de esta obra han formado varios escritores así nacionales como extranjeros. Nosotros al suscribir esta opinion debemos sin embargo hacer presente que no en todas sus partes ha sido tan feliz como se quiere suponer. En cuanto á la verdad histórica al remontarse á la primera época ha tenido que valerse por necesidad, como todos los demas historiadores, de tradiciones transmitidas por los escritores que ha tenido á la vista; y aunque haya elegido lo mas verosímil, no podemos por esto asegurar que en esta parte no haya dicho cosa que fuese dudosa : bien que milita á su favor la indispensable circunstancia de haberse tenido que sujetar á la ley de la necesidad. Su estilo es extraordinariamente seco y por lo mismo bastante desabrido; de modo que debiera considerarse mas propio de un analista que de un historiador : á esto se alega que el autor no quiso infringir las leyes de la historia, introduciendo en su obra relaciones poco seguras ó inciertas, que hubieran amenizado el cuadro pero sin provecho ni utilidad alguna. Por otra parte, los que se han mostrado pródigos en los elogios han mirado los defectos de su estilo como hijos de la época : intentando de este modo disculparle de la falta de suavidad y fluidez, y aun de la pureza en que tanto se distinguieron los clásicos del siglo XVI; fundándose en que es notorio que desde mediados del siguiente comenzó la España á descuidar la cultura de la lengua, decayendo en gran parte de su natural hermosura y gracia. Añaden ademas el desvío que se observaba en el estudio de la lengua latina, y concluyen diciendo que cuando Ferréras escribió no se habia aun publicado el Diccionario de la real Academia española, que hubiera sin duda contribuido á reparar el daño. Nosotros al paso que reconocemos, como lo hemos indicado ya, el mérito que contrajo nuestro historiador, á fuer de imparciales nos lamentamos de la parte de negligencia que se observa en el estilo de la obra de Ferréras, bien persuadidos de que la razon nos asiste en decir que es lástima que no participe, en cuanto al mismo estilo, de las bellezas que campean en la obra *Historia de España* escrita por Mariana, mayormente si consideramos que la tuvo á la vista cuando Ferréras escribió la suya; pues ya que supo hasta cierto punto purgarla de las fábulas que observó en aquella, debia tambien aprovechar de

lo bueno en la parte del lenguaje y del estilo que hará agradable la de aquel escritor en todos tiempos. Tal vez algunos nos acusarán de demasiado severos; pero entiéndase que así como no ha sido nuestro ánimo rebajar en lo mas mínimo el alto aprecio que se ha adquirido Ferréras como historiador, tampoco queremos prescindir de lo que exije la sana crítica, tanto mas á próposito, cuando se dirige á un escritor sabio que poseia perfectamente la lengua latina, que contribuyó á la redaccion del Diccionario de la real Academia, y que ademas poseia el arte de bien decir. Á pesar del aplauso que obtuvo su *Historia de España*, no bien vió la luz pública cuando algunos envidiosos trataron de desvirtuarla atacándola sin consideracion alguna. El autor contestó modestamente en 1729 con un escrito titulado: *D. Juan Ferréras vindicado;* pero desde entónces los sufragios de todas las naciones le indemnizaron completamente de aquellos disgustos colocándole los unos al nivel de los mejores escritores españoles, y otros suponiéndole muy superior en todos conceptos á los que le habian precedido. Es verdad que Ferréras se ha extendido en su segunda parte mas allá del círculo á que debe circunscribirse el autor de una historia, introduciendo en la de España sucesos que mas bien pertenecen al Imperio romano y á los emperadores que dominaron la provincia en los cuatro primeros siglos de la Iglesia; pero este defecto, si tal puede llamarse, se desvanece entre la multitud de circunstancias que adornan el cuadro histórico que nos presenta. Su cronología es bastante segura y continuada, logrando sacar del cáos tenebroso de los escritos antiguos varios hechos casi enteramente desconocidos ó ignorados. Nos da ademas una lista biográfica de los autores que han florecido en cada siglo, y nada ha olvidado para hacer su libro instructivo é interesante. Bajo este concepto debemos comparar á Ferréras con Mariana, y hallarémos que militan iguales circunstancias que entre los dos historiadores italianos Güichardin y Muratori, de los cuales el primero adoptó precisamente aquel estilo elocuente, florido y vigoroso que es el que mas conviene al gran cuadro que se presenta en su historia; miéntras que el otro dividiendo su objeto en anales se contenta con explicar los hechos con claridad y precision. Finalmente, la obra de Ferréras fué traducida al frances por Mr. Hermily, enriquecida con notas, sumarios, mapas de la España antigua y moderna, y con un excelente prefacio, Paris, 1751, diez tomos, en 4.°; magnífica edicion. —J. M. G.

FERRÉRAS (Fr. Vicente) natural de Barcelona. No sabemos la época en que floreció, ni tampoco el año de su muerte. Fué religioso del Órden de predicadores y doctor en sagrada teología en la universidad de su patria. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Psalterio ó rosario de la soberana Madre de Dios*, Barcelona, 1628, en 8.°, imprenta de Pedro Lacaballería. 2.ª: *His-*

toria de la vida, excelencias y muerte del Angélico doctor de la Iglesia Sto. Tomas de Aquino, en catalan, Barcelona, por Jayme Mathevat, 1643, un tomo, en 8.°.—O.

FERRERI (Zacarías) religioso del Órden de S. Benito y poeta latino. Nació en Vicenza en 1479 de una familia de Milan, ménos distinguida por su antigüedad que por los virtuosos ciudadanos que produjo. Despues de haber estudiado Ferreri el derecho canónico en Padua, tomó cuando era aun muy jóven el hábito del Órden de S. Benito de la congregacion de Monte-Casino, y muy en breve llamó la atencion de sus cofrades tanto por su ciencia como por su amor al estudio. Logró con el tiempo formarse en su celda una rica biblioteca, y muy numerosa por el tiempo en que vivia. Wéiss ha querido suponer que su aficion á los libros fué un objeto de escándalo por sus superiores, quienes no pararon hasta que el presidente de la Congregacion hubo dado órden para que quitasen aquel tesoro de su celda, insinuando al laborioso monje que debia limitarse tan solamente al breviario. Añade el mismo Wéiss que, despues de dos meses de súplicas infructuosas para obtener á lo ménos el uso de sus libros, Ferreri pidió el permiso de pasar al Órden de los cartujos; y no habiéndolo obtenido se refugió entre ellos, mas fué sacado á viva fuerza y obligado á seguir en su Congregacion, de donde salió en 1506 para Roma á fin de continuar sus estudios. La relacion de Wéiss para nosotros es muy sospechosa, porqué parece imposible de que en una época en que las ciencias estaban encerradas en el claustro, parece increible repetimos que el estudio, la aplicacion á los libros fuese, digámoslo así, un pretexto para perseguir á Ferreri, que segun Wéiss no habia cometido otra falta. En Roma obtuvo los grados de doctor en teología y de derecho civil y canónico, recibiendo al mismo tiempo la corona poética. Hallándose en Venecia en 1508 tomó el hábito de cartujo, recibiendo entónces el nombre de hermano Zazarías; pero, segun expresion del mismo Wéiss, sus enemigos le suscitaron tantos enredos, que por fin se vió obligado á abandonar tambien aquella Órden ántes de profesar. Sin embargo, su reputacion habia traspasado ya los límites del claustro, y por lo mismo halló poderosos protectores que le proporcionaron la abadía de Subbachio. En 1511 fué uno de los que asistieron en el conciliábulo de Pisa, donde se distinguió por la vehemencia de sus discursos y por el arte de bien decir. Para juzgar con el debido acierto de la conducta que observó en aquella ocasion es necesario ante todo dar una sucinta idea de las causas que promovieron aquel conciliábulo. Teniendo el emperador Maximiliano y Luis XII, rey de Francia, motivos de quejarse del papa Julio II, que se habia declarado abiertamente enemigo de ámbos, empeñaron por medio de sus embajadores á los cardenales de Sta. Cruz de Narbona y Consenza á que convocasen un concilio en

Pisa, al cual dieron el nombre de concilio general segun sus deseos. En él debia tratarse de la reforma de la Iglesia en su cabeza y en sus miembros, debian castigarse los notorios delitos de los que mucho tiempo habia escandalizaban la Iglesia universal. Deciase que el papa Julio II no solo habia omitido convocar uno, sino que eludia la proposicion siempre que se hablaba de ello. Finalmente, se citaba al mismo Papa á comparecer pero en términos respetuosos. Ademas de esto, para responder á las quejas de Julio II publicaron una apología de su conducta y establecieron por principio la convocacion del concilio de Pisa; 1.° sobre el precepto de la Iglesia sacado de la sesion 39 del concilio de Constanza; sobre el voto del Papa que habia ofrecido celebrar un concilio; sobre el juramento de los cardenales; y para evitar un escándalo muy grande, por último expusieron que los cánones que enseñan que el Papa ha de convocar el concilio deben entenderse segun la regla ordinaria; pero que hay casos en que el concilio puede indicarse y juntarse sin el Soberano Pontífice. El Papa por su parte para rechazar el golpe quiso oponer concilio á concilio; á cuyo fin expidió una bula por la que convocaba un concilio general en Roma, citando al propio tiempo á los tres cardenales que habian indicado el de Pisa á que comparecieran dentro cierto tiempo con pena de ser privados de la dignidad de tales; sin embargo, esta medida no fué suficiente para impedir lo que se habia principiado ya. Ferreri pronunció el discurso de apertura, en el cual habló públicamente y en términos muy poco favorables de la conducta de Julio II. Luego fué nombrado secretario, y en calidad de tal redactó las actas, tomando en otro discurso la defensa de los promovedores de aquel conciliábulo en ocasion en que no se hallaban sin peligro. La conducta observada por Ferreri atrajo sobre sí la animadversion; no obstante, hízose agradable á los ojos del papa Leon X, quien le nombró en 1519 obispo de Guardia, en el reino de Nápoles, dándole ademas otras pruebas de lo mucho que le queria. En 1520 le envió en calidad de nuncio apostólico á Alemania para reconciliar á Segismundo, rey de Hungría, con su sobrino Alberto de Brandeburgo, gran maestre de la Órden teutónica, y para que tomase informaciones sobre la vida y los milagros de S. Casimiro, cuya canonizacion se solicitaba; y esto le dió asunto para escribir la *Vida* de este príncipe. Habiendo regresado á Italia, hallándose vacante la Santa Sede despues de la muerte de Leon X, fué nombrado gobernador de Faenza, y volvió luego á Roma donde en 1523 compuso los *himnos* que hizo imprimir en 1525. Murió segun se cree poco tiempo despues, y los que así opinan lo fundan en que en el frontispicio de esta edicion promete dar inmediatamente un *Breviario reformado* que no ha visto la luz pública. Ferreri consagró enteramente sus talentos en defensa de la Religion. Tiraboschi publicó una brillante noticia de él en el *Diario de Móde-*

na, tomo XVI. Nosotros nos limitarémos aquí á indicar sus principales obras; tales son: 1.ª: *S. Carthusiensis ordinis origo*, Mantua, 1509. Á continuacion de esta vida de S. Bruno se encuentran varias poesías, y la apología del autor en prosa. Dicha Vida se insertó en la *Coleccion* de las obras de S. Bruno, Paris, 1524. 2.ª: *Promotiones et progressus sacrosancti Pisani concilii, inchoati an. 1511, necnon acta et decreta sacrosancti generalis Pisanæ synodi*, en folio. En la biblioteca del Vaticano se conserva de esta rara edicion un ejemplar en vitela, firmado por el mismo Ferreri. 3.ª: *Apologia sacri Pisani concilii moderni*, Pisa, 1511, en folio. 4.ª: *Acta scitu dignissima Constantiensis concilii*, Milan, 1511, en folio. 5.ª: *Decreta et acta concilii Basiliensis*, Milan, 1511, en folio, muy rara; Paris, 1512, en 8.°. 6.ª: *Lugdunense somnium de divi Leonis X, pont. max. ad summum pontificatum divina promotione carmen*, Lyon, 1513, en 4.°. Este poema se insertó en el tomo IV de las *Carmina illustr. poëtar. italor.*, Florencia, 1721. Á pesar de que consta de mil versos exámetros, Alejandro Lelio asegura que Ferreri lo habia compuesto en tres dias, y que era el ciento diez de sus *Selvas*; lo que, cuando ménos denota una rara fecundidad, de la cual pocos ejemplares pueden presentarse: bien que en España hemos tenido un Calderon, un Lope de Vega, un Tirso de Molina que no necesitaban mas que veinte y cuatro horas para escribir una comedia de cuatro jornadas, cuya versificacion es siempre digna de los autores que la escribian. 7.ª: *Vita S. Casimiri*, Cracovia, 1520, en 4.°. Panzer cita esta edicion, Thorn, 1521, en 4.°, y se halla tambien en las *Actas sanctorum* de Bollando. 8.ª: *Oratio de eliminandis è regno Poloniæ erroneis traditionibus Lutheri*, Cracovia, 1521, en 4.°. 9.ª: *De reformatione ecclesiæ suasoria oratio ad beat. patrem Adrianum VI pont. max.* Venecia, 1522, en 8.°. 10.ª: *Himni novi ecclesiastici juxtà veram metri el latinitatis normam*, Roma, 1525, en 4.°; Roma, 1549: coleccion *de himnos* sumamente apreciada. Los críticos elogian la feliz eleccion de los pensamientos, la grandeza de las imágenes y el estilo constantemente puro y armonioso, cuyo conjunto de circunstancias dan á los cuadros que el poeta nos representa la verdadera fuerza de la expresion y del colorido. La gradacion de estos cuadros es tan pura como el mismo estilo; de modo que con frecuencia dan tanto que admirar los objetos de primer término, como los accesorios. La edicion que se publicó en 1525 es magnífica, digna de las bellezas de los poemas que contiene; y debemos admirarnos que no haya subido de precio, atendido su mérito y la escasez de esta edicion. Ferreri nos ha dejado otras varias obras manuscritas, cuya lista nos ha conservado Tiraboschi.—E. A. U.

FERRERI (Matías) capuchino piamontes. En el catálago de los buenos

y piadosos capuchinos se halla continuado el nombre de Ferreri; y con justa razon, porqué no hubo tal vez durante el siglo XVII otro religioso que le aventajase en amor á la virtud y á la sabiduría. Fué profesor en sagrada teología, y luego definidor de varias casas de su Órden, habiéndose adquirido una reputacion digna de su celo verdaderamente apostólico en la cátedra del Espíritu Santo. Como su amor á la religion era inextinguible, muchas misiones que hizo en los Álpes dieron por fruto la conversion de un gran número de protestantes. Fervoroso en sumo grado, tierno, expresivo, amigo de los pobres y digno hijo de su Santo Patriarca, conquistaba con su amor el amor de todos, con su caridad el puro agradecimiento, y con su ternura atraia los corazones aun mas empedernidos, que enamorados luego de las verdades evangélicas abjuraban sus errores entregándose enteramente á Dios. Ferreri es autor de una obra titulada: *Jus regnandi apostolicum per missiones ecclesiasticas, religiosorum totius ordinis hierarchici, ab initio ecclesiæ, sive rationarium chronographicum missionum evangelicarum ab apostolicis operariis præsertim capuccinis.... in quatuor mundi partibus, signanter in Gallia cisalpina, exercitarum*, Turin, 1659, dos tomos, en fol. En el primer tomo trata de las misiones en general, pero con ménos extension de lo que hizo despues Fabricio en su *Salutaris lux evangelii*; mas luego se extiende, y muy particularmente, sobre los trabajos apostólicos de los capuchinos en el Piamonte, dando el texto de todos los breves de los Papas y de los edictos de los soberanos relativos á las misiones. En el tomo segundo se explana extraordinariamente, haciendo relacion de todos los pormenores de la historia de las misiones hechas por los religiosos de su Órden en los valles de los Álpes, ocupados entónces por los *Barbets*. Este tomo por fin ofrece algunas particularidades sumamente importantes para la historia y la topografía de estas comarcas poco conocidas.—O.

FERRERIO (Antonio) cardenal obispo de Perusa. Habia nacido en Savona de una familia confundida entre lo mas infeliz del pueblo. Sus ascensos fueron asombrosos; y de ello podemos deducir que, desmintiendo su orígen, habia dado pruebas de un talento superior sino es que el favor y la fortuna se hubiesen decidido abiertamente para protegerle. Era simplemente escudero del cardenal de Recanati; despues entró á formar parte de los domésticos del papa Julio II, quien le nombró proto-notario y maestro del Sacro palacio. Obtuvo mas adelante los obispados de Nola, de Eugubio y de Perusa, y fué elevado finalmente á la dignidad cardenalicia en el año 1505. Hay un biógrafo que le pinta con los mas negros coloridos; dice afirmativamente que varios cardenales que conocian sus inclinaciones se opusieron, aunque en vano, á su promocion, y que el Papa no tardó en arrepentirse de haber dado este paso, porqué habiéndole enviado de legado á Bolonia, los habi-

tantes de aquellas provincias levantaron el grito al cielo contra su modo de proceder á la vez tiránico y poco conforme á su mision. Se le imputan otras varias faltas; pero nosotros guiados por la rectitud de nuestras miras, á pesar de que vemos que Ferrerio hizo unos ascensos asombrosos, suspendemos nuestro juicio acerca de lo que de él se cuenta. Murió en 13 de Julio de 1508.—J.

FERRERIO ó FERRER (Cárlos Vicente María) obispo alejandrino y cardenal. Nació en Niza en 13 de Abril de 1682 de la noble familia Ferreria, que fué conocida primero en la ciudad de Monte Real y despues en Niza bajo el nombre de *Ferrer de Ormea*, y emparentada por todos lados con ilustres prosapias: era oriunda del reino de Valencia. Su padre se llamaba Bartolomé y su madre de Tacon, señora de la primera nobleza. Educado é instruido por sus padres con todo el esplendor que requiria su cuna, empezó á brillar por la integridad de sus costumbres y por su irreprehensible conducta y amor á la castidad; por lo que, apénas salido de la edad pueril, alcanzó con grande afan de sus padres el poder entrar en la sagrada familia dominicana. Pasado el primer año de prueba se ligó con los votos en aquella Órden respetable, y de tal manera descolló en el estudio de la facultad de teología, que fué ascendido á lector de la misma para enseñarla á sus demas compañeros. Apoyado en el auxilio del marqués de Ormea, pariente suyo, gran privado del rey Víctor Amadeo II y condecorado con las mas altas dignidades de palacio, fué elevado á profesor de teología en la universidad de Turin, y despues en 1727 fué promovido á la silla de la iglesia de Alejandría que se hallaba vacante. Al llegar á Roma fué acogido con el mayor agrado y urbanidad por Benedicto XIII que era de la misma familia dominicana, el cual le consagró obispo con sus propias manos. Al momento de llegar á la posesion de su cátedra de obispo se dedicó al ministerio pastoral; y por consideracion del mismo marqués de Ormea, que se mostró siempre protector suyo, mereció ser ascendido á mayor elevacion. Y como el referido magnate habia ya desempeñado el cargo de embajador cerca del mismo Benedicto XIII con la mayor fidelidad y esplendor, y gozaba despues aun de mayor autoridad y valimiento en la córte del rey de Cerdeña, gozó de tal ascendiente con el Papa, que logró casi por su solo impulso ascender á este su pariente á los honores de la sagrada púrpura; pues Benedicto XIII deseaba para captarse mas y mas la benevolencia del rey de Cerdeña el nombrar cardenal á alguno de entre sus súbditos: por lo cual el marqués de Ormea indujo el ánimo del Rey á que recomendase muy particularmente al Pontífice el obispo alejandrino. Con sumo agrado condescendió el Soberano Pontífice con la voluntad del Monarca para promover á tan excelsa dignidad al varon que se le presentaba, y añadir este nuevo ornamento á todo el Órden de

predicadores. En el dia 6 de Julio del año 1729 fué nombrado cardenal. Para tomar el capelo volvió otra vez á Roma. Entónces tomó tambien el título presbiterial de Santa María *in Via*, y fué admitido en las juntas cardenalicias de los obispos, de los regulares, del santo oficio, del exámen de obispos, de la disciplina de los regulares, de la inmunidad eclesiástica y de los sagrados ritos. En el mismo año 1729 á 23 de Diciembre de la silla episcopal de Alejandría fué trasladado á la de Versálles, y fué aun mas favorecido del Rey con nuevos beneficios. Fué nombrado tambien abad de Sta. María de Caburro, por otro nombre de Cavorre, y de S. Mauro taurinense. Fué asimismo nombrado para la abadía de S. Estévan de Yvrea; mas este último nombramiento no tuvo efecto. Habiéndose vuelto á suscitar de nuevo en Roma bajo el pontificado de Clemente XII las controversias acerca de las cosas beneficiarias, impidieron al cardenal el gozar pacíficamente de la posesion de este sacerdocio. Y él, despues de haber desempeñado por muchos años todas las atribuciones del oficio pastoral que tenia cometido, consumido por una tísis cruel, murió en la misma ciudad de Versálles el dia 9 de Diciembre del año 1742, y fué sepultado en aquella iglesia catedral, no habiendo cumplido aun los sesenta y un años de edad. Celebró por dos veces los sagrados comicios del Vaticano, á saber; por la eleccion de Clemente XII y por la de Benedicto XIV.—C.

FERRERO (Juan Estévan) cardenal obispo de Bolonia. Era natural de Biella, en el Piamonte, é hijo de Sebastian Ferrero. Se dice que pertenecia á una rama de la familia de Acciaïoli de Florencia, que emigró durante las guerras civiles de los güelfos y de los gibelinos, y que pasó á establecerse en la Lombardía. Juan Estévan se distinguió en las ciencias y sobre todo en la piedad. Fué nombrado primeramente auditor de la Rota, luego obispo de Vercelli y despues de Bolonia, y últimamente elevado á la dignidad de cardenal por el papa Alejandro VI en 1500. Este prelado protegia á los sabios y sobre todo á los hombres de bien; pero su peregrinacion en este mundo fué corta, pues murió en 5 de Octubre de 1510 á los treinta y seis años de su edad. Redactó las *Decisiones de la Rota*, é hizo componer por Paris Grazzi, canónigo de Bolonia, y despues obispo de Pésaro, el *Ceremonial de los cardenales*.—U.

FERRERO (Bonifacio) cardenal y obispo de Vercelli, hermano del anterior y tan ilustrado como él. Fué creado cardenal por el papa Leon X en el dia 1.° de Julio de 1517. Es de advertir que este Papa, cuando hizo esta promocion, quiso atestiguar á Sebastian Ferrero, padre de Bonifacio, cuan reconocido estaba á sus servicios: bien que por otra parte lo merecia por sus talentos y por sus virtudes. Llamáronle desde entónces el *cardenal de Ivrea*, porqué era obispo de esta ciudad, obteniendo mas adelante los obispados de Niza y de Vercelli. Se halló en las elecciones de Adriano VI, de Clemente

VII y de Paulo III. Este último, reconociendo su mérito le habia destinado para presidir el concilio que se habia indicado en Vicenza, y que se celebró en Trento. Le envió despues de legado á Bolonia, donde fundó un colegio para los nobles pobres del Piamonte. Ferrero hizo otras varias fundaciones piadosas, y murió en Roma en 2 de Enero de 1542.—J.

FERRERO (Pedro Francisco) cardenal, obispo de Vercelli. Nació en Biella, ciudad del Piamonte. Era hijo de Geofredo, señor de Casalevalone, nombrado presidente del senado de Milan por el rey de Francia, Francisco I, y hermano de Filiberto, cardenal; de Almerico, marqués de Bordelano; y de Sebastian, señor de Casalevalone, marqués de Romagnano, etc. Cuando formó parte de la córte de Roma era ya abad de S. Estévan de Vercelli; fué nombrado luego refrendario apostólico, y finalmente obispo de la misma ciudad de Vercelli. Bajo esta calidad se encontró en el concilio de Trento, cuyos decretos hizo publicar en su diócesis, donde estableció un seminario para los eclesiásticos. El papa Pio IV le creó cardenal en 26 de Febrero de 1561 cuando era nuncio en Venecia. Ferrero renunció el obispado de Vercelli á favor de su sobrino Guido, de quien luego hablarémos, y murió en Roma en 12 de Noviembre de 1566 de edad de sesenta y tres años. Su cuerpo fué sepultado en Santa María la Mayor, donde se le levantó un magnífico sepulcro. Agustin Ventura compuso su elogio.—G.

FERRERO (Guido) cardenal, obispo de Vercelli, hijo de Sebastian, marqués de Romagnano y de Magdalena Borromeo, y sobrino del anterior. Nació en 1537, en el mes de Agosto. Era su madre una señora de ejemplar piedad, la cual habia fundado un monasterio de arrepentidas en Milan. Hallábase viuda y todos sus cuidados se distinguian en educar á tres hijos en la piedad: los dos primeros, Federico y Filiberto, murieron sin posteridad. Guido les sucedió en el marquesado de Romagnano y en los otros estados. Su tio el cardenal Pedro Francisco se encargó entónces de su instruccion, y el jóven Ferrero, á la vez aplicado y agradecido, correspondió á sus desvelos, haciéndose muy versado en la literatura, en la filosofía y en el derecho civil y canónico. Recibido de doctor en ámbas facultades, la academia llamada de los *Affidati* de Pavía le abrió sus puertas en edad todavía muy temprana. Entónces el mismo cardenal dimitió á su favor la abadía de S. Estévan de Vercelli, de donde era abad en 1220 el célebre Juan Gérson. El duque de Saboya le dió tambien las de Sta. María de Pignerol, de S. Justo, etc.; y finalmente, fué elevado á la sede de Vercelli, tambien por dimision que hizo su mismo tio á su favor. El sol brillaba ante el jóven Bonifacio con todo su esplendor, y debia suceder así en un jóven de tan bellas disposiciones, y sobre todo de tanta piedad. Portábase el nuevo obispo en su diócesis como un hombre consumado en la virtud y en la ciencia, amaba á sus ovejas, se des-

velaba para hacerles felices; de modo que su conducta derramaba sobre él las bendiciones de un pueblo que le amaba como á padre, le veneraba como á prelado y le admiraba por su ciencia y por su constancia en el trabajo. Algun tiempo despues diéronle la nunciatura de Venecia, y en 1565 fué llamado á un concilio provincial congregado por S. Cárlos Borromeo en el arzobispado de Milan. Al mismo tiempo fué creado cardenal por el papa Pio IV y destinado por Gregorio XIII á la legacion de la Romania. En esta ocasion se portó tambien como quien era, derramó el bien en aquellas provincias, que agradecidas levantaron en su honor una inscripcion que colocaron en el lugar mas concurrido de Faenza. Ferrero murió lleno de méritos en Roma en 16 de Mayo de 1585, y su cuerpo fué sepultado en la iglesia de Sta. María la Mayor al lado del de su tio. Habia legado á la posteridad, entre otras fundaciones piadosas, dos colegios en Vercelli, y ademas escribió las obras siguientes: 1.ª: *Sommario di decreti conciliarie diocesani spettanti al culto divino*, 1572. 2.ª: *Synodus in qua multa pro cleri et populi reformatione decreta sunt*, 1567 y 1572. 3.ª: *Decretum Gratiani emendatum*, con un excelente prefacio, Roma, 1582: obra publicada por órden del papa Gregorio XIII.—O. R.

FERRETI (Juan Pedro) hermano del célebre jurisconsulto Julio Ferreti. Nació en Ravena en 1482; dedicóse á la carrera literaria con particular aplicacion, y á ella y á sus bellas disposiciones debió el gran caudal de doctrina que se hizo en lo sucesivo. Abrazó el estado eclesiástico y en breve fué ascendido á las primeras dignidades de la Iglesia, no por el favor y la intriga, sino por sus talentos y por sus virtudes. Dióle el Papa el obispado de Milazzo en Sicilia, cuya diócesis gobernó admirablemente y con entera satisfaccion de su numeroso rebaño. Algunos años despues fué transferido á Lavello, en el reino de Nápoles, pero muy luego renunció aquel obispado á causa de sus muchos años, y murió á poco tiempo, esto es, en 1557. Este célebre prelado, dice Tiraboschi, fué un escritor infatigable; de modo que no hubo género de literatura que no cultivase, y con buen acierto, como lo prueba el catálogo de sus obras publicado por el abate Ginnani (*scritti. Ravenn.* tomo I, núm. 228). Sus opúsculos no son hoy dia de grande interes; sin embargo, se distinguen entre sus manuscritos varias *Memorias en latin relativas al exarcato de Ravena*, un poema sobre la fundacion de Rovigo *De origine urbis Rhodiginæ*, atribuido por error á Francisco Bansoni, y otro poema *De Hadrià civitate*. El que desée mas noticias sobre este autor podrá consultar la *Biblioteca de los escritores de Ravena*, escrita por el mismo Ginnani.—O.

FERRETI (Juan Bautista) anticuario. Nació en Vicenza en 1639; estudió con aprovechamiento en las escuelas públicas de esta ciudad, y tomó el hábito del Órden de benedictinos de Monte-Casino. Se dedicó con inalterable constancia á la investigacion de las antigüedades, emprendiendo varias obras

que no pudo concluir por haberle arrebatado una muerte prematura en 1682, á la edad de cuarenta y tres años. El último libro que ha publicado se titula: *Musæ lapidariæ antiquorum in marmoribus carmina seu deorum donaria, hominumque illustrium obliterata monumenta et deperdita epitaphia*, Verona, 1672, en folio: obra muy rara. Consiste en la coleccion de todas las inscripciones en verso que se encuentran en la de Grúter. El autor añade algunas de inéditas, dando la explicacion de estos pequeños monumentos en varias notas sumamente curiosas é interesantes. Dedicó esta obra al delfin, y Luis XIV rey de Francia le recompensó con un presente digno de la mano de una persona real. Este príncipe, que deseaba atraer á sus estados todos los hombres de mérito reconocido, dispuso que le ofreciesen en su nombre el título de su *Historiógrafo*, con una pingüe pension, caso que trasladase su domicilio á Francia. Ferreti aceptó, pero murió cuando estaba haciendo los preparativos de su viaje. El P. Ferreti habia entregado la lista de las doce obras que se proponia dar sucesivamente á la prensa. En el número de ellas, cuya pérdida ha sido sumamente sensible, deben citarse las siguientes: *Bibliothecarum deperditarum opus*, que consistia en un catálogo de las obras griegas y latinas que no han llegado hasta nosotros y que segun cálculo ascendian hasta cien mil. *Antiquorum subterranea*, que venia á ser la indicacion de los trozos mas preciosos de la antigüedad, encontrados en hojas sueltas, y la lista de los que habia fundada esperanza de descubrir á fuerza de investigaciones.—U.

FERREYRA (Sor Isabel). En el primer tomo del *Diario Dominicano* se lee en 28 de Enero la vida de esta perfecta vírgen, que fué una de las primeras que florecieron en el convento de Sta. Ana de Leria, en Portugal. Su vocacion era verdadera, y por lo mismo renunció de muy buena voluntad el mundo y sus placeres para entregarse enteramente á Dios. Veíasela con mucha frecuencia postrada al pie de los altares derramando copiosas lágrimas de ternura, rogando siempre á Dios por sí misma y por los infelices de la tierra. La disciplina, el ayuno y las mayores incomodidades eran para esta vírgen santa otros tantos atractivos que llenaban su corazon de una alegría tan pura como su alma. Admirábanla todas sus hermanas, y aun mas particularmente su confesor, que como partícipe de todos sus secretos llegó al extremo de afirmar que jamas habia cometido pecado mortal. Su vida fué corta, si se atiende á que murió á la edad de diez y ocho años; pero pareceria muy larga si pudiesen enumerarse sus actos heróicos de virtud, los cuales pasmaron á sus hermanas y á cuantos tuvieron la dicha de conocerla de cerca. La pureza y el candor estaban retratados en su semblante; su agradable sonrisa, aun en los últimos momentos de su vida, revelaban la candidez de un alma digna del Divino Esposo. Luchaba con

las angustias de la muerte; sin embargo, se desprendian de sus ojos algunas lágrimas, que manifestaban bien claramente que esperaba con vivas ansias alcanzar el premio con que Dios galardona á los justos. Murió, y segun refiere la Crónica, cesaron desde el momento las dulces melodías que se oyeron durante su último trance. El *Diario Dominicano* refiere cosas extraordinarias acontecidas despues de su muerte, y sobre su sepulcro cosas milagrosas, tales como la de volver la salud á los enfermos, curar á los paralíticos: gracias que dicen que Dios ha concedido por la intercesion de su sierva. No están aprobados por la Santa Sede, y aunque lo atestigüe un autor veraz, nosotros nos limitamos á referirlo en resúmen como él lo indica. Ferreyra murió en 28 de Enero de 1396.—J.

FERRIER ó FERRER (Guillermo) cardenal, frances de nacion. Fué preboste de Marsella y elevado á la dignidad cardenalicia por el papa Celestino V en 1294. Era uno de los prelados mas ilustres de su tiempo, y segun se dice, la ciencia y la virtud formaban su principal distintivo. Enviáronle de legado á España, cuyo cargo desempeñó á entera satisfaccion del Pontífice, y á su regreso, al llegar á Perpiñan murió en 1295. Hay algunas probabilidades, segun dice un biógrafo frances, de que este cardenal era de Provenza, y que Celestino le dió el capelo para complacer á Cárlos II, rey de Nápoles, conde de Provenza que habia contribuido á colocarle en el trono pontifical. No obstante, nosotros no podemos atinar como se opina así, cuando se sabe que S. Celestino papa aceptó la tiara contra su voluntad, y que la dimitió tan luego como se le presentó ocasion oportuna. Los dichos del biógrafo frances indicarian que Celestino se complació en su propia elevacion, y esto seria una contradiccion notoria en el que deseaba vivir y morir en una estrecha cueva, entregado á la austeridad eremítica. Es tambien inverosímil que Guillermo Ferrier ó Ferrer fuese de la familia de los Ferrers que se hallaban en Salon, como varios lo aseguran; pues esta familia, originaria de España, no se estableció en Provenza hasta fines del siglo XV, en la época en que Juan Ferrer y su sobrino, despues de él, fueron arzobispos de Árles.—O. R.

FERRIER ó FERRER (Juan) jesuita frances. Nació en Rhódez en el año 1619. Los biógrafos de aquella nacion no dicen quienes fueron sus padres, ni la clase de educacion que recibió de ellos. Tampoco se detienen en la época de sus estudios; pero debemos suponer que estos serian brillantes, cuando sus superiores le nombraron rector del colegio de Tolosa. Enseñó la filosofía por espacio de cuatro años, y la teología en cuyos cursos empleó doce años, y otros doce en los de moral. En 1670 Luis XIV, rey de Francia, le eligió por confesor suyo, y despues de haber ejercido todos estos cargos del modo que era de esperar de un hombre lleno de fe y de doctrina falleció en Paris el 29 de Octubre de 1674. Escribió contra los jansenistas un *Tra-*

tado de la ciencia media, y otros varios de teología. Algunos le han atribuido un libro de la *Inmortalidad del alma* y otro de la *Belleza de Jesucristo*; pero estas obras segun parece pertenecen á otro autor.—U.

FERRIER (Pablo de) primo de Pellisson Fontanier. Nació en Cástres en 1639; abrazó el estado eclesiástico, y obtuvo el priorato de Saint-Vivant-sous-Vergy. Mantenia correspondencia con los literatos mas célebres de su tiempo, y en particular con su primo. Apénas recibió la noticia del grave peligro en que se hallaba la vida de éste, corrió inmediatamente á visitarle y llegó aun á tiempo en que pudo recibir sus últimos suspiros. Le amaba entrañablemente, así es que derramó sobre sus inanimados restos abundantes lágrimas de dolor. El Rey puso en manos de Ferrier todos los papeles de la sucesion, y desde entónces este buen sacerdote se ocupó en publicar las obras completas que el difunto habia dejado manuscritas; sin embargo, celoso en el cumplimiento de sus deberes como eclesiástico, y no pudiendo continuar en su empresa, la confió á La Riviere, yerno del famoso Bussy-Rabutin: bien que éste tampoco fué el editor, pues últimamente se imprimieron bajo la direccion de Souchay y de Terrail. Unido en estrecha amistad con el presidente Bouhier, Ferrier le regaló algunas obras de su primo. Continuaba desempeñando el cargo de prior cuando falleció en 30 de Setiembre de 1725. Tenemos de este eclesiástico la obra siguiente: *Aclaracion á los artículos propuestos por el presidente Bouhier, en la cual se han añadido varios hechos particulares, que segun se cree pueden servir al que quiera escribir la vida de Mr. Pellisson.*—O. R.

FERRINI (Vicente) escritor italiano. Nació en Castel-nuovo de Garfagnana, en la Toscana, y vistió el hábito de religioso de Sto. Domingo. En 1583 fué nombrado vicario general de la inquisicion de Parma, y en el año siguiente provincial de Styria. Tenemos de él: 1.°: *Alfabeto espiritual*. 2.°: *Alfabeto ejemplar*. 3.°: *Lima universal del vicio*. Esta última fué impresa bajo la direccion del mismo autor; Venecia, 1594. 4.°: *Coleccion de máximas extractadas de las obras de los mas célebres predicadores de su tiempo puestas por órden alfabético.*—J.

FERRINI (Lúcas) religioso servita. Nació en Florencia durante el siglo XVI. Fué en lo sucesivo el editor de las obras del P. Poccianti. Estas son: 1.°: *Mich. Pocciantii Catalogus scriptorum Florentinorum omnis generis, quorum et memoria extat, atque lucubrationes in literas relatæ sunt ad nostra usque tempora*, Florencia, 1589, en 4.°. Ferrini añadió á la lista dada por Poccianti mas de doscientos escritores; pero no por esto deja de ser muy incompleta. Las demas obras que publicó son iguales á los manuscritos, de modo que no se encuentra en ellas ninguna reflexion crítica, que pueda poner al lector en estado de poder juzgar del mérito de los escritos, cuyo catálogo

se le pone á la vista. 2.°: *Poccianti Mich. vite de sette Beati Fiorentini fundatori dell' ordine de' Servi, con un epilogo di tutte le chiesse, monasteri, luoghi pii et campagnie della città di Firenze*, Florencia, 1589, en 8.°. Ferrini insertó en este tomo dos trozos de su composicion, titulado el uno: *della nobilità de' Fiorentini*, y el otro *della religione de'servi*.—U.

FERRIOL (Fr. Felipe) religioso franciscano descalzo. Vistió el hábito en el convento de S. Juan Bautista de Valencia, su patria. Siguió los cursos de filosofía y teología, y habiendo obtenido la nota de sobresaliente, sus superiores le eligieron predicador; cuyo cargo desempeñó del modo que era de esperar de su grande erudicion, de su abundante y sólida doctrina, y de su mucha piedad. El celo que desplegó en la cátedra del Espíritu Santo produjo abundantes y sazonados frutos. Oíanle los concurrentes con aquel entusiasmo religioso que inspira la verdad evangélica pronunciada por un varon tierno y expresivo. Obtuvo ademas varias prelacías en su provincia, siendo en 31 de Enero de 1654 elegido provincial de la misma. En todos estos cargos correspondió dignamente á la confianza que se le habia dispensado: celoso por la observancia de su regla, ejemplar en sus costumbres, su ejemplo bastaba para mantener la disciplina en todo su vigor. Ferriol no se limitaba precisamente á la predicacion y en el desempeño de sus obligaciones como superior; hacia aun mas: trabajaba para que su Órden prosperase y resplandeciese, hallando todavía tiempo para escribir á favor de la religion, emprendiendo asimismo con un ardor inconcebible la conclusion de la fundacion del convento de Guadix, que logró ver terminada. El P. Panes, hablando de Ferriol, confiesa ingenuamente que trabajó mucho y bien en la formacion de la Crónica de su Órden, diciendo entre otras palabras: *No le alabo como merece, por no ofender su modestia*. Se ignora la época en que murió. En el tomo segundo de la *Biblioteca seráfica*, pág. 485, col. 1.ª, se cita de Ferriol la siguiente obra: *Vitas 18 V. V. Filiorum Descalceatorum ejusdem Provinciæ ac Septem Terciarorum virtute insignium* (manuscrita): *Aservatur* (dice) *in Archivo laudate Provinciæ memoraturque á Fr. Josepho Chatino in ejusdem Chronicis, folio 910*.—O.

FÉRRIS (Pedro) cardenal, arzobispo de Tarragona. Nació en Concentayna, en el reino de Valencia; estudió en aquella ciudad y en Lérida, y pasó luego á Italia recibiéndose de doctor en Bolonia. Era varon de gran ciencia, y muy luego se dió á conocer en la córte de Roma, en términos que obtuvo la plaza de auditor de la Rota. El papa Pio II que le conocia á fondo le nombró comisario apóstolico, y á su regreso entró en casa del cardenal de S. Márcos, que fué poco tiempo despues papa bajo el nombre de Paulo II, quien le dió el arzobispado de Tarragona. Este Papa le confió al mismo tiempo una parte de los negocios del estado eclesiástico, cuyo car-

go desempeñó felizmente y á entera satisfaccion del mismo Pontífice; de modo que Sixto IV su sucesor continuó depositando en Férris igual confianza, premiando sus servicios con el capelo de cardenal del título de San Sixto en el año 1476. Un autor dice que Férris supo honrar esta dignidad tanto por su sabiduría como por su piedad y su moderacion. Murió en Roma en 25 de Setiembre de 1478 á la edad de 64 años, y fué sepultado en la iglesia de los dominicos de la Minerva, esculpiéndose en la loza de su sepulcro un epitafio redactado por el cardenal Domingo de la Rovera, amigo íntimo de Férris, y por Andres Martínez su sobrino, que le sucedió en el arzobispado de Tarragona.—U.

FÉRRIS (El abate de). Era limosnero del Rey en la época de la revolucion, canónigo de Amiens y promotor de aquella diócesis. En 1791 dejó la Francia, y fué á juntarse con los extranjeros en las llanuras de la Champaña. El abate, dominado del espíritu guerrero, como se ha visto en otras ocasiones á varios eclesiásticos, dejó el *rabat* ó cuello de eclesiástico por la corbata militar, llegó á ser capitan del regimiento de Berwick, é hizo aquella campaña inmortal en favor de aquellos á quienes acababa de combatir; pues dejó presentir el grado de gloria á que podia llegar el valor frances. El abate capitan Férris figuró en la derrota de los prusianos, que el esfuerzo de los emigrados no pudo impedir. Volvió á entrar en Francia bajo el gobierno imperial, y creyó no debia rehusar de aquel gobierno la plaza de administrador del colegio de irlandeses en Paris. Despues del restablecimiento del gobierno de los Borbones, en 1814, el abate Férris fué no se sabe por cual motivo privado de sus funciones; pero el Rey le nombró caballero de San Luis el 29 de Enero de 1817.—R.

FERRO MANRIQUE (Miguel) célebre jurisconsulto. Abrazó el estado eclesiástico en tiempo de Felipe IV, y fué elevado á la dignidad de obispo bajo la proteccion del infante D. Fernando. Habia sido vicario del lugar de Talavera, y escribió las obras siguientes: 1.ª: *De Præcedentiis et Prælationibus Ecclesiasticis*, Lyon, por Jayme y Pedro Prost, 1635, en 4.°. 2.ª: *Resolutionum Quæstionum moralium, et vicarialium partem primam, in qua plures ad vicarios ac judices ecclesiasticos, Visitatores et Syndicatus judicium digeruntur quæstiones*, Lyon, en la misma imprenta, 1640, en 4.°; Venecia, 1641. 3.ª: *Resolutionum earumdem secundam partem, necnon variarum opinionum accuratius contra Dianam et modernos selectarum collectionem*, Lyon y Venecia, en los citados años. 4.ª: *Tractatum de diferentiis et concordiis utriusque fori, et Miscellaneam quæstionum et resolutionum ad Joannem Valerum ejusdem materiæ, et tractatus interpretum, cujus differentiæ plures examinantur, simul et Dianæ, Joan. Sancii, et Joan. Scobaris, Joan. de Molina et Joannis Parladorii, et aliorum neotericorum sententiæ, et ad meliorem concentum*

reducuntur, Lyon, imprenta de Gerónimo de la Garde y Juan Girin, 1657, en folio.—J.

FERRO (Fr. Nicolas). Floreció segun parece á principios del siglo XV. Lo único que se sabe de él es que abrazó el Órden de S. Francisco de Paula, y que escribió: *Compendium privilegiorum*, etc., Valladolid, 1525, en 4.°.—J.

FERRO (Bartolomé). Nació en Comachio, se ignora el año; abrazó la vida religiosa en la Congregacion de los teatinos, é igualmente se ignora el año en que murió. Publicó una obra con el título de la *Storia delle missioni de cheriis regolari teatini*, Roma, 1704, dos tomos, en folio.—J.

FERRON (D. Anselmo) benedictino de S. Vánnes. Nació en 30 de Setiembre de 1751 en Ainvelle, bailía de Vesoul. Habiendo abrazado á la edad de diez y ocho años la vida monástica, encargáronle primeramente la enseñanza de retórica en Faverney, despues en Luxeuil; y en el desempeño de ámbas cátedras justificó lo muy acertada que era la eleccion que de él habian hecho sus superiores. Tan laborioso, como instruido, ganó por tres veces consecutivas el premio de erudicion en la academia de Besánzon; en 1776, por medio de una disertacion sobre este punto: *¿Cual es el orígen de la autoridad concurrente de los obispos y de los condes en las ciudades de las Gálias? ¿y en que tiempo los prelados del reino de Borgoña obtuvieron el título y los derechos de príncipes del Imperio?*; en 1779, por una sábia *Memoria* sobre la *Cronología de los obispos de Besánzon*, desdel establecimiento del cristianismo en la provincia sequanesa, hasta el siglo VIII; y en 1784, por el *Elogio histórico del parlamento del Franco Condado*. Ferron habia sido elevado mucho tiempo habia á las primeras dignidades de su Congregacion á causa de sus grandes conocimientos científicos. Asistió como definidor en 1789 en el capítulo general, que debia ser el último, y en él llenó las funciones de secretario. Despues de la supresion de las Órdenes religiosas pasó á buscar un asilo en Buffigney-court-les conflans, donde su madre habia sido enterrada, y allí supo conciliarse la estimacion de todos los habitantes por sus buenas costumbres, por su gran piedad, y por la dulzura de su carácter. Murió en esta comarca en 14 de Marzo 1816. Las *Memorias* de Ferron se han conservado en los archivos de la antigua Academia de Besánzon, y verosímilmente formaron parte de la *Coleccion de los documentos históricos inéditos sobre la provincia del Franco Condado*.—O. R.

FERRONNAYS (Julio Basilio Ferron de La). Nació en el castillo de Saint-Mards-les-Ancenis en 2 de Enero de 1735 de una de las mas ilustres familias de la Bretaña; era tio del conde de La Ferronnays, ministro de Luis XVIII. Despues de haber dado pruebas inequívocas de aplicacion y de las bellas disposiciones que le adornaban; despues de haber obtenido varios beneficios, fué destinado al estado eclesiástico. Uno de los amigos y aliados

de su familia, Marnays de Vercel, obispo de Couserans, le colocó en el número de sus vicarios generales; y algunos años despues el cardenal de Bérnis le llamó cerca de sí para asistir en el cónclave de 1769, que elevó á Clemente XIV al trono pontificio. Los buenos servicios que prestó en aquella ocasion el abate de La Ferronnays no tardaron en recibir la debida recompensa. En 24 de Diciembre del mismo año nombróle el Rey obispo de San Brieuc, desde donde fué transferido al obispado de Bayona en 1774. Habiendo muerto M. Condorcet, primo del académico, en 1783, La Ferronnays fué llamado por último á la sede de Lisieux, de la cual tomó posesion en 31 de Marzo de 1784, desempeñando sus funciones de obispo hasta el año 1790. Habíase señalado en sus dos primeras diócesis por un celo extraordinario en socorrer á la humanidad desvalida. En la una de ellas, que sufrió los efectos de una terrible inundacion, se vió al piadoso prelado arrojarse al agua para socorrer á los desgraciados que estaban á punto de perecer. Luego que Luis XV tuvo noticia de este rasgo de excesiva caridad exclamó, haciendo alusion á los tres hermanos del obispo que se hallaban sirviendo en el ejército en calidad de oficiales generales: *En este acto de beneficencia reconozco á los hermanos La Ferronnays; el obispo se arroja al agua, como sus hermanos al fuego.* En la otra diócesis acudió tambien al socorro de los pobres labradores, á quienes una cruel epizootia habia arrebatado sus ganados. En lugar de aceptar la brillante recepcion que se le preparaba en la ciudad de Lisieux, La Ferronnays escribió al maire rogándole encarecidamente que empleasen los fondos destinados para su recepcion en un monumento útil y duradero; y la ciudad debió á este rasgo de humildad y desprendimiento una hermosa fuente, miéntras que al piadoso obispo le cupo la dulce satisfaccion de ver que habian comprehendido perfectamente sus rectas intenciones. En 1787 nombróle el Rey presidente de la asamblea provincial de la Mediana Normandía, que celebraba sus sesiones en Lisieux. La beneficencia era una de las calidades mas notables en este prelado. Durante el riguroso invierno de 1789, que tanto afligió á las provincias de Francia, La Ferronnays no se limitó precisamente á las grandes limosnas que por sí mismo hacia para socorrer á los pobres, sino que obligó á todos los dignatarios de su iglesia á que siguiesen su ejemplo. Varon piadoso, modesto y dotado de un carácter sumamente amable, ejercia tal influencia al rededor de sí, que nadie se resistia al encanto de sus palabras. Sin embargo, su clero no se le portó como debia; ingrato á los beneficios que de él habia recibido, dejó de nombrarle diputado para los estados generales, prefiriendo á un simple cura de una parroquia. Habiéndose declarado La Ferronnays contra la constitucion civil del clero con un celo digno de un celoso pastor, y habiendo rehusado prestar el juramento que se exigia entónces á los

eclesiásticos, tuvo que abandonar la Francia en Julio de 1791 precisamente en la misma época en que quedó suprimido el obispado de Lisieux. Retiróse primeramente á Ginebra, donde residió hasta fines de 1792, que habiendo entrado los franceses en Saboya y no creyéndose seguro pasó á Soleure y de allí á Erlang, en la Franconia. En 1794 se hallaba en Brusélas cuando tuvo que huir de nuevo por la proximidad de las tropas francesas, y tambien por la misma causa tuvo que abandonar á Dusseldorf, viéndose exhausto de todo recurso y por lo mismo expuesto á las mas rigurosas privaciones; pero por fortuna algunos sacerdotes de su diócesis que se hallaban refugiados en Inglaterra abriéronle entre ellos una suscripcion, cuyo resultado le enviaron sin pérdida de momento. Despues de haber salido de Múnster, al llegar á Brunswick dió á la prensa en esta última ciudad y bajo la direccion del abate Duvoisin, despues obispo de Nántes, *La Religion vengada*, poema del cardenal de Bérnis, destinando el beneficio de esta reimpresion al socorro de sus compañeros de infortunio. Dispuso el duque de Brunswick que los emigrados se alejasen de su territorio, y en este estado La Ferronnays partió para Constancia, donde se reunió con quince obispos franceses, entre los cuales se encontraba Juigné, arzobispo de Paris. Habiendo penetrado las tropas de la república en Suiza, se vió obligado á huir de nuevo; y mas agobiado por las penas que por la edad, murió en Munich en 15 de Mayo de 1799.—G.

FERRUCCIO (S.) mártir. No se ha determinado si floreció en el siglo IV ó en el V. Refiérese de este Santo, que servia en las tropas del Imperio cuando establecieron sus cuarteles de invierno en Maguncia. Considerando que esta profesion no era análoga ni á su corazon, ni á su carácter, la abandonó para entregarse al servicio de Dios. Esta accion digna del mayor elogio produjo el efecto que era de esperar en el ánimo del gobernador, hombre inhumano y sin fe. Este malvado dejándose arrastrar por su natural ferocidad mandó prenderle, y cargado de cadenas le encerraron, tambien por su órden, en un obscuro calabozo de una fortaleza del Rhin, donde pereció el Santo al cabo de pocos meses, víctima del odio que los que le guardaban tenian á la religion del Crucificado. Su santidad quedó atestiguada con un gran número de milagros, así es que la Iglesia, segun el Martirologio romano, celebra su fiesta en 28 de Octubre.—J.

FERRUCCION (S.) mártir. (Véase Ferreolo) presbítero y mártir.

FERRUSOLA (Pedro) jesuita. La Compañía de Jesus ha dado al mundo desde su establecimiento una multitud de hombres célebres así en literatura como en ciencias y en artes; muchos Santos, grandes oradores, teólogos consumados y escritores fecundos y selectos que han llenado las bibliotecas de preciosos libros, en los cuales ostentaron sus autores gran caudal de eru-

dicion y de doctrina. Penetrados la mayor parte de ellos del espíritu de su fundador, al parecer se han dejado como por herencia el decidido empeño de rivalizar con él en virtudes, en sabiduría y en el exacto cumplimiento de cuanto se previene en su regla. Ni las vicisitudes de los tiempos, ni las persecuciones que han sufrido han podido debilitar su constancia y su ardor. Vémoslos en España arrojados de su patria, extinguidos en Roma, divagando de un punto á otro, y vemos tambien siempre los mismos hombres, la misma constancia, la misma fe. En todas partes difunden sus luces, en todos los puntos se distinguen, y aun los mismos soberanos que los han arrojado de sus Estados los buscan particularmente con avidez para no privar á sus súbditos de una instruccion sólida, como si en su expatriacion quedase desierto el vasto campo de las ciencias. No los quieren reunidos en sociedad, pero les confian al propio tiempo y separadamente el sagrado depósito de la moral y de la Religion: en una palabra, se les calumnia, y se les persigue y al propio tiempo se les bendice y se les da el ósculo de paz. ¿Y esto por qué? Dicen sus mismos enemigos que la política y la razon lo exijen, que su ambicion es grande, que han tratado de avasallar á todo el mundo; y se buscan otras mil causas que el entendimiento humano no llega á comprehender. Nosotros vemos en la Compañía de Jesus una congregacion de hombres como en todas las demas religiones, que se han esmerado y se esmeran en dar varones ilustres en toda la extension de la palabra. No es nuestra intencion, porqué esto seria impropio de un artículo biográfico, emprender aquí la defensa de los jesuitas; pero ya que tratamos de un varon tan esclarecido como Ferrusola hemos creido que no seria inoportuno principiar su artículo manifestando algunas de las circunstancias de la religion á que perteneció. Nació en la villa de Olot en la provincia de Gerona, principado de Cataluña, en 1.° de Agosto de 1705 de una familia que aunque rica abundaba mas en honradez que en bienes de fortuna. Dieron á su hijo una educacion esmerada no escaseando los medios porqué segun las bellas inclinaciones que mostró desde su niñez preveyeron ya sin duda que habia nacido para esclarecer aun mas su linaje. Ferrusola dócil é inclinado á la virtud correspondió perfectamente á sus desvelos estudiando con asiduidad, y escitando con sus progresos la admiracion de sus preceptores. Estudió gramática en su patria y la retórica en Gerona en las escuelas públicas que la Compañía de Jesus dirigia en aquella ciudad. Cursó filosofía en la universidad literaria de Cervera, precisamente en la época de la instalacion de aquel empíreo de las ciencias: allí se distinguió tambien como tenia de costumbre, y entónces fué cuando sintiéndose llamado por Dios al estado religioso pidió la sotana jesuítica, que le concedieron de muy buena voluntad en 15 de Octubre de 1722; pero no llegó á pronunciar sus cuatro votos hasta 1740. La vocacion del hijo llenó al

principio de amargura el corazon de sus padres: y nada tiene de extraño atendido que era el primogénito de su familia, y que le consideraban como el único que podia dirigir con acierto los negocios de su casa: mas conociendo luego que aquella era la voluntad de Dios, la tristeza se convirtió en alegría, porqué no puede haber satisfaccion mayor para un padre, que al observar que la virtud se anida en el corazon de su querido hijo. Ofrécele el mundo honores y riquezas; pero el jóven Ferrusola todo lo desprecia y lo aleja de sí para no pensar mas que en Dios á fin de dedicarse con empeño en procurar la felicidad de sus semejantes. Principió su noviciado á la edad de diez y seis años en la casa de probacion de Tarragona el dia 15 de Octubre de 1722 que fué, como hemos visto ya, el primero que obtuvo lo que deseaba. Resplandeció desde luego entre los demas novicios, como dice un autor, por una singular inocencia de costumbres, por un grande fervor de espíritu, por un vivo deseo de aprovechar en la virtud, por un alto aprecio de las cosas espirituales, por un teson constante en la práctica de sus devociones, y por una observancia tan puntual y tan exacta que parecia una copia animada de las reglas establecidas en la Órden: y lo que hay de mas particular es, que no por esto se entibió en lo mas mínimo su amor al estudio de las letras humanas; conocia perfectamente que la virtud enlazada con la ciencia, al paso que presenta un muro inexpugnable, donde se estrella la perversidad y el sofisma, es el mejor garante del triunfo para aquellos cuyo empeño decidido se dirije á procurar que la verdad resplandezca con todo su brillo. Su tránsito del seminario al noviciado no alteró en lo mas mínimo aquella dulzura de carácter, aquella flexibilidad que acompañada de la prudencia hace al hombre superior á sí mismo; finalmente, aquella humildad que en vez de abatir al hombre le enaltece haciéndole superior á los que se creen superiores á los demas en talentos, no en virtud, porqué la virtud siendo sincera y verdadera siempre presenta el mismo espejo. Habíale dotado Dios de un genio perspicaz y profundo, de una memoria feliz, y estas bellas circunstancias acompañadas de una constante aplicacion dieron en Cataluña á la Órden de Loyola un verdadero asombro de su instituto. Amaba á Dios y se persuadió que Dios le habia destinado para empresas superiores á sus fuerzas, y que como no podia oponer la menor réplica debia vencer por necesidad aquella timidez natural que ataja los pasos del ménos advertido. Enviáronle sus superiores á cursar artes en la universidad de Gandía, y apénas aquellos profesores le conocieron, cuando le tributaron iguales ó mayores elogios que los que habia alcanzado en los demas cursos. Si la Compañía le habia admirado como humanista, la universidad no tardó en aplaudirle como á filósofo. Ferrusola no conocia rival: bien que no se tendrá por cosa extraordinaria si se atiende á que en sus acciones, en su porte, en su conducta, en una pa-

labra, en todos los actos de su vida, así públicos como particulares manifestaba siempre las únicas ideas que ocupaban su mente, que eran las de agradar á Dios y ser útil á sus semejantes: y como estos rasgos de virtud pertenecen exclusivamente á la filosofía cristiana, lo repetimos, Ferrusola no encontró rival: de modo que pudieron llamarle ya entónces sin exageracion el Santo y el sabio. Sin embargo, estaba tan empeñado en llegar al último grado de perfeccion, que habiendo caido por casualidad en sus manos el *Hygiasticon* del P. Leonardo Lessio queriendo seguir su doctrina expuso su vida á un inminente peligro. Manifestaba aquel autor que con muy escasos recursos y con un alimento extraordinariamente frugal podia conservarse la vida y la salud completa, con la ventaja de llegar á la ancianidad sin experimentar detrimento los sentidos, el juicio y aun la memoria. Ferrusola, guiado por su piedad, creyó haber descubierto en este libro un tesoro inapreciable: así es que siguiendo de buena fe las máximas del autor fué cercenando poco á poco la comida, siendo así que ya era muy escasa, porqué no hubo quien le aventajase en la abstinencia, llegando á tal punto, que se le estragó el estómago, se debilitaron sus fuerzas y quedó reducido á un estado tal, que los médicos le desahuciaron; mas Dios que queria conservarle para gloria de su Órden le alargó su poderosa mano, le devolvió la salud, y le enseñó que el que le sirve debe ser mortificado, pero discreto. Destináronle despues sus superiores al colegio de Barcelona para que cursara en él la teología; y en este estudio profundo fué tan feliz como en los demas. Versado ya en las cuestiones filosóficas y teológicas se presentó en el campo de la discusion como un atleta invencible: sostenia las conclusiones con la entereza de ánimo propia del que está convencido que la razon le asiste; hablaba como un oráculo y con tanta propiedad y elegancia, que dejaba pasmados á cuantos le escuchaban. Bien persuadidos los profesores de que era el que mejor podia ostentar la doctrina que se enseñaba, le elegian siempre para el desempeño de las funciones literarias de mayor importancia. En prueba del grande concepto que se habia merecido bastará citar que sus superiores, aun ántes de que concluyese los estudios, le encargaron que extendiese en mejor forma las *Meditaciones de los ejercicios de S. Ignacio*, disponiendo así para entregar á la prensa un nuevo libro que pudiese servir de guia á directores y ejercitantes. Miéntras se ocupaba en este trabajo se dedicaba al estudio de la moral y se predisponia del modo debido para recibir sagradas órdenes; no obstante continuó su obra á entera satisfaccion de los que se la encargaron, y al propio tiempo defendió con el mayor lucimiento el acto general. En 1732 presentó sus trabajos que fueron recibidos del público con tanta satisfaccion, que su *Libro de los ejercicios* sirvió desde entónces de texto en toda la provincia. Hallábase todavia en Barcelona cuando fué nombrado maestro de

retórica de las mismas escuelas en donde la habia aprendido ; pero Gerona no pudo disfrutar por largo tiempo de tan buen profesor, pues que habiendo determinado la Compañía abrir nuevos cursos en el colegio de la ciudad de Vich, le destinaron allí sin duda para que le cupiese la gloria de ser á la vez su fundador y su primer maestro. Desvanecióse el plan por causas imprevistas ; y en este estado le enviaron al colegio de Cervera, que debia ser en lo sucesivo el teatro de sus glorias literarias. En efecto, toma posesion de su nuevo empleo y comparte el tiempo entre la cátedra del Espíritu Santo y la de la universidad. En la primera, ostenta con admirable elocuencia las verdades del Evangelio, corrige las costumbres, inculca la buena moral, hace resplandecer con todo su brillo la religion católica y consigue tan copiosos frutos, que bien pudieron llamarle los habitantes de Cervera su apóstol y su bienhechor. En la segunda, se presenta como un padre que ama entrañablemente á sus hijos y que desea verlos felices : enséñales el arte de aprender, y muy en breve da á conocer á sus superiores y á sus mismos discípulos que ni aquellos podian haber hecho mejor eleccion, ni estos podian encontrar otro profesor mas aventajado que Ferrusola ; pues dos años le bastaron para convertir aquellas aulas en un semillero de hombres ilustres. El mérito que habia contraido no podia quedar sin recompensa. Vacó la cátedra de artes, que por real cédula estaba vinculada en la Compañía, y á consulta del provincial obtuvo Ferrusola su desempeño. La fama que disfrutaba ya el nuevo catedrático dió tal nombradía á la misma universidad, que de todos los puntos de Cataluña acudieron una multitud de jóvenes que deseaban beber en la fuente de las ciencias de un agua tan saludable y abundante. Nunca jamas se habia visto una concurrencia como aquella : Ferrusola continuó portándose como tenia de costumbre, y aun podemos decir que redobló sus esfuerzos no para aumentar su gloria, que no la deseaba en este mundo, sino para corresponder á la confianza que se le dispensaba. Empeñado en granjearse el amor de sus discípulos observó con respecto á ellos una perfecta igualdad ; premió á los sobresalientes, que eran los mas, y esta sola distincion fué el único castigo que impuso á los ménos aplicados ; de donde nació una emulacion tal, que si naturaleza hubiese dotado de igual talento á todos los asistentes, todos ellos hubieran salido aventajadisimos en la ciencia que estudiaban. Si alguna vez la humildad se vió ensalzada cual se merece fué en esta ocasion. Ferrusola se perpetuó en la enseñanza, disfrutando la universidad de Cervera por largo tiempo de tan hábil preceptor : gracias al ilustrisimo señor D. Narciso de Queralt, ilustre vástago de la casa de los condes de Sta. Coloma, entónces cancelario de la misma universidad y despues obispo de Ávila, quien asombrado del celo que desplegó Ferrusola, y justo admirador por lo mismo de su ciencia y de sus virtudes, se creyó obli-

gado á encarecer la absoluta necesidad que habia de que se sostuviese Ferrusola en su puesto; no obstante, á la justa pretension del cancelario se oponia una dificultad casi insuperable: el provincial juzgaba, muy oportunamente, que segun la regla de su instituto no podia proponerse al P. Pedro para el segundo trienio de la cátedra de artes, y sobre todo porqué apremiaba ya el tiempo para hacer la tercera probacion. En este estado acudió Queralt al general de la Órden, quien atendiendo las justas razones que militaban á favor de su pretension y elogiando al propio tiempo el celo que desplegaba aquel director para secundar las miras de S. M. sobre el lustre de aquellas escuelas, se conformó gustosisimo á todo cuanto le pedia; cuya concesion en los términos que fué redactada forma la verdadera apología del maestro y de su protector, ó mejor del admirador de Ferrusola y del protector de la universidad: bien que guiado el general por su singular prudencia dispuso al propio tiempo que durante los dos meses de vacaciones pasase el catedrático á la ciudad de Tarragona para ejercitarse á la tercera probacion, asistiendo luego en la apertura de las aulas caso de que S. M., como era de esperar, ratificase su nombramiento: así sucedió, y Ferrusola emprendió el segundo trienio con igual celo y esmero aumentándose cada dia el número de sus discípulos, el número de sus apasionados y el número de aquellos que debian atestiguar en lo sucesivo cuan portentosa era la enseñanza de su preceptor. Durante este segundo trienio hizo Ferrusola profesion de sus cuatro votos en 25 de Febrero del año 1740, en cuya ocasion le condecoraron tambien con el grado de doctor en teología; pues hasta entónces no habia disfrutado mas que el de bachiller en artes, y esto por ser absolutamente indispensable para regentar la cátedra: circunstancia digna de notarse, si se atiende á que como á tal bachiller no tenia ni asiento ni voz en el claustro, y á que á todos sus antecesores se les habia graduado desde luego, por lo ménos de maestros en artes, ó de doctores en filosofía. Vacó en este intermedio la cátedra de teología por jubilacion del que hasta entónces la habia obtenido, y hallándose igualmente esta cátedra vinculada en la Compañía de Jesus por real cédula, fué propuesto Ferrusola para reemplazar á su digno antecesor. S. M. accedió; pero como todavía no habia concluido el segundo curso de filosofía continuó en él para que los cursantes no sufriesen perjuicio. Desempeñó Ferrusola por veinte años consecutivos la cátedra de prima, correspondiendo el éxito á las fundadas esperanzas que de él se habian concebido; de modo que cotejando sus estudios con su enseñanza, veremos siempre que Ferrusola siguió los mismos pasos, y que su constancia y aplicacion le condujo en uno y otro estado al apogeo de su gloria: con la sola diferencia que cuando discípulo recogió el fruto que despues derramó con abundancia. Obtuvo por fin despues de tantos años de incesante trabajo su jubilacion; no

obstante, continuó permaneciendo en el mismo colegio en calidad de operario, siguiendo en la universidad en la de jubilado y de decano de la facultad de teología; fué tambien rector del colegio, y por último nombrado para el gobierno del máximo de S. Pablo: bien que no llegó á encargarse de él, pues que á vivas instancias logró que se le admitiese la renuncia. En esta época contaba ya una edad bastante avanzada; sin embargo, considerando que por mucho que se dedique el hombre al estudio de las ciencias llega á su postrimera hora sin haber adelantado gran parte de la via que se propone seguir, continuaba con mas ardor que nunca en recorrer las páginas de los Sagrados Libros, y tenia ya cincuenta años de edad cuando emprendió el estudio de la lengua griega juzgándolo indispensable á todo buen teólogo. Llegó á poseerla bastante bien, y no contento todavía quiso saber tambien la hebrea: esta circunstancia bastaria por sí sola para dar á conocer su constancia en el estudio y su asiduidad en el trabajo. Admirémosle ante todo en el primer período de su vida; inclinemos la cabeza ante un varon justo en el de su jubilacion y hasta la época en que debió sujetarse al golpe fatal que experimentó su Órden; y finalmente, observémosle en su destierro, no le perdamos de vista, y veremos siempre el mismo hombre, el mismo religioso, el mismo sabio. Hemos tocado someramente el comportamiento que observó durante todo el tiempo que desempeñó las cátedras de humanidades, de filosofía y de teología; bueno será que nos detengamos en la relacion de ciertos pormenores que forman, por decirlo así, el tipo de su carácter, de sus costumbres, de su religiosidad y de su ciencia: observémosle en la enseñanza de las letras humanas. Desde jóven se habia ejercitado en ellas: su incansable pluma habia vertido preciosidades dignas de un autor consumado: tuvo que enseñarlas y entónces redobló sus estudios tomando por modelo á los clásicos latinos á quienes conocia perfectamente; así es que se habia formado un gusto exquisito como lo mostró en varias de sus oraciones en las cuales campean la elegancia, la erudicion y un estilo florido y ameno: y á buen seguro que sin el auxilio de la naturaleza, hubiera necesitado de todos los recursos del arte el que llegó á redactar hasta el número de cien de esta clase de composiciones, pronunciadas todas en actos públicos. Orador y poeta, de ingenio creador, y consumado maestro, no le faltaba ninguna de las dotes que constituyen un excelente humanista. Como á filósofo examinó detenidamente los libros que le habian servido de texto para aprender esta ciencia, á fin de poderla transmitir á sus discípulos pura como debe ser en sí: no ignoraba que la filosofía es el pedestal donde se apoyan las demas ciencias; por lo mismo para profundizarla con el debido acierto la enlazó con los principios de la geometría y de la astronomía. Ferrusola fué el primero que adornó la filosofía antigua con lo ameno de la moderna, siendo el primero de los que abrie-

ron la puerta á los maestros que le reemplazaron para que floreciese cada dia mas en aquella universidad esta parte del saber humano. Tan aficionado se mostró en esta clase de estudio, que aunque engolfado despues en la teología nunca se menguó el ardor de nuestro filósofo como á tal. Procuraba al propio tiempo instruirse en los adelantos de la física cotejándolos con lo que habian dicho los primeros físicos; se dedicó tambien á la geometría: en una palabra, recorrió todas las matemáticas porqué las consideró no tan solo útiles, sino tambien absolutamente necesarias. Este buen orador, este profundo filósofo, fué tambien excelente teólogo. Hemos visto que habia profesado esta intrincada ciencia por espacio de veinte años, y estos veinte años de un incansable estudio al parecer no le bastaron todavía para dejar satisfechos sus deseos. Anhelando siempre nuevos adelantos, léjos de ceñirse exclusivamente á las especulaciones escolásticas y cuestiones morales, procuró amenizarla con las varias materias propias para crear buenos teólogos. Los concilios, los Santos Padres, la serie de las herejías, las controversias del dogma, la historia eclesiástica y profana; de todas estas materias hizo un minucioso exámen: por otra parte estaba tan versado en la Sagrada Escritura que, segun expresion de su biógrafo, al *parecer estaba enteramente penetrado de ella y de sus muchos y profundos sentidos;* así es que con tanta abundancia de materiales podia con facilidad explicarse sobre cualquier punto por difícil que fuese, de modo que sus discípulos pudiesen comprehenderle, aplicando al mismo tiempo con tal propiedad el Sagrado Texto cuando las circunstancias lo exigian, que cualquiera hubiera dicho ó hubiera creido que Ferrusola era inspirado; pues parecia increible que hubiese llegado á adquirir un caudal tan inagotable de erudicion. Cuando el hombre llega á cierta edad, de la cual se resiente la parte física, decae por lo regular su ánimo, desaparece el ardor de sus deseos, se postra, y lo que mas hace es lamentarse de la cortedad del tiempo y de cuan limitada es la comprehension humana. En este estado conoce cuan poco ha aprendido; su imaginacion se desvanece, y con los ojos fijos hácia la eternidad aguarda el momento terrible de la agonía porqué sabe que su cuerpo ha de convertirse á la nada; miéntras que su alma ha de dar cuenta al Supremo Juez de aquel tiempo que ha invertido bien ó mal. Ferrusola, que habia comprehendido perfectamente la mision del hombre en esta triste peregrinacion, en sus juveniles años aprovechó los momentos, no para adquirir una gloria que perece, sino para contribuir al gran legado con que los sabios y las almas piadosas procuran enriquecer á la posteridad. Al salir de las aulas se engolfó en el dilatado mar de la enseñanza; y cuando la nieve de los años cubrió su cabeza redobló sus esfuerzos, trabajó aun con mas constancia, y léjos de olvidarse de lo perecedero de esta vida dijo

á la muerte lo que Arquímedes á los soldados que le prendieron : *dejadme resolver este problema y haced de mí lo que gusteis ;* esto es, déjame vivir un soplo mas para que este soplo pueda servir de utilidad á los que me sobreviven : ó mas bien , ¡Dios mio, concédeme un momento mas y lo destinaré, con tu ayuda, al bien de mis semejantes! Que su vista estaba fija siempre en la eternidad lo demuestran sus mismas obras , sus mismas acciones , sus mismas costumbres. El amor que tenia á la literatura y á las ciencias , perfectamente demostrado en sus escritos , no era la pasion estéril del sabio pagano , del desgraciado idólatra , del atrevido y malvado heresiarca , ni del vano especulador : Ferrusola amaba las ciencias porqué amaba á Dios , y amando á Dios con verdadero amor atribuia á su gran misericordia , á su inagotable ciencia el limitadisimo caudal que los hombres adquieren de la misma ciencia á fuerza de constancia y de aplicacion. Esta feliz y verdadera interpretacion era al propio tiempo el móvil de su grande humildad : superior como era á los demas , se juzgaba siempre inferior á todos ; y desconfiando de sus propias fuerzas , no se desdeñaba de oir las observaciones aun de sus mismos discípulos cuando podian servir de alguna utilidad. En sus discursos , en sus polémicas y en todos sus escritos se veia un alma llena de celo , llena de ardor cuando se trataba de las eternas verdades ; miéntras que en su rostro se veia pintada la modestia del justo , la calma del meditabundo y aquella sonrisa encantadora hija de la candidez de su alma. Tratemos ahora de sus costumbres : y ¿qué dirémos de Ferrusola que no excite la admiracion y no arranque lágrimas de ternura? Este hombre oido con asombro en la cátedra , permanecia por largos ratos meditando al pie de los altares , engolfado en sus reflexiones cristianas y orando con el fervor del que se hace digno del amor de Dios : retirado en su aposento podia decir cual otro S. Buenaventura, señalando la imágen de Cristo Crucificado : *de este Señor aprendo todo lo que enseño.* Su vida frugal era mas propia del anacoreta del desierto , que del religioso destinado á suportar las fatigas de una serie no interrumpida de trabajos literarios y científicos : huia aun de aquellos inocentes desahogos que el sabio anhela para hacer mas llevadera la carga que pesa sobre sí ; sin embargo , este hombre tan austero , tan entregado á la penitencia , tan parco en el sueño como en la comida se presenta siempre amable , siempre complaciente , siempre amigo de los amigos, compasivo y dadivoso con los pobres : consuela al afligido , anima al pusilánime , da consejo á quien lo necesita , y quiere que todo el mundo participe de las verdades santas de la caridad evangélica ; y por esto le conocen , por esto le tratan con amor y por esto preconizan su nombre como á sabio y como á virtuoso. La fama de su amor á la caridad cristiana se habia extendido por todos los puntos del antiguo principado de Cataluña ; y esta circuns-

tancia contribuyó á que se aumentase progresivamente el número de sus discípulos: muchos de ellos no hubieran concurrido tal vez en sus aulas porqué, condenados á la triste condicion del miserable, les habrian faltado los medios para salir del estrecho círculo del hogar paterno. Sin embargo, saben que Ferrusola ama la caridad y por lo mismo confian en su beneficencia: no se engañaron, no; Ferrusola los acogió á todos, y viendo que escaseaban los recursos alquiló una casa que llamó de la Concepcion, y formó de ella una especie de colegio donde fueron admitidos todos aquellos que por falta de medios carecian de domicilio. Eligió de entre ellos el mas aventajado, constituyóle superior, le dictó reglas para su buen gobierno, y dispuso que todos los que se albergasen en aquel asilo de beneficencia fuesen asistidos con una pobre cama, algunos bancos, sillas, etc. Para una empresa tal necesitaba auxilios pecuniarios que no tenia á su disposicion; no obstante, con su celo y con su caridad Ferrusola todo lo suplió, logrando ver montado un establecimiento utilísimo, al principio no mas que con aseo, pero en lo sucesivo provisto de todo lo necesario y adornado segun lo permitia el local y el objeto á que estaba destinado. Otra de las obras mas benéficas debidas al cristiano celo del P. Ferrusola fué sin duda alguna el establecimiento en el mismo colegio de una congregacion de estudiantes, cuya idea no habia podido efectuarse ántes por ciertos obstáculos insuperables que Ferrusola venció con la mayor facilidad: asociáronse á esta congregacion doctores y catedráticos de todas las facultades, los teólogos, los filósofos, los retóricos, los gramáticos y todos los demas alumnos de las diferentes escuelas. Agregada luego á la congregacion primaria de Roma, tomó por titular á la Santísima Vírgen en el misterio de su Purísima Concepcion, y por patronos á S. Pablo apóstol y á Sta. Catalina vírgen y mártir. Con este objeto el mismo Ferrusola cuidó que en la aula de teología se añadiese sacristía y tribuna, erigiéndose al propio tiempo un altar para celebrar las funciones de la congregacion. El incansable jesuita, á pesar de las muchísimas y graves cargas que pesaban sobre sí, tomó el de profesor doméstico, y comprehendiendo perfectamente la importancia de este nuevo empleo no perdonó medio ni fatiga para dar á la nueva congregacion aquel lustre y aquella importancia que por sí propia se merecia. Cuando tratarémos de las varias obras que compuso verémos que no se contentó solamente con excitar con su ejemplo el celo de los congregantes, sí que tambien tomó la pluma para dejar eternizadas las prácticas que se establecieron á fin de que nunca jamas pereciesen. No tardó la experiencia en acreditar cuan saludable era esta institucion: el celo y el fervor del digno discípulo de S. Ignacio de Loyola promovió desde luego una noble emulacion entre todos los congregantes: desde el mas infeliz hasta el de mas elevada esfera, todos rivalizaban en el cumplimiento de

las obligaciones que acababan de imponerse. La boca de oro de Ferrusola acabó de dar impulso al santo y piadoso fin, excitando el amor hácia Dios y hácia la Virgen Santísima. Sus excitaciones, su ejemplo y sus pláticas tenian el atractivo del iman; sabia encarecer perfectamente el fruto que debian prometerse de una religiosidad pura, y sus palabras llenas de miel y de aquella elocuencia que se deja comprehender fácilmente de toda clase de personas penetraban en el fondo de los corazones, y cuando ménos arrancaban abundantes lágrimas de ternura; de modo que se generalizó la idea de que la verdadera ciencia se adquiere con el amor de Dios, y esto quedó comprobado con la mayor asiduidad en el estudio de los gramáticos, de los retóricos, de los filósofos, de los teólogos, que desde el pie del altar corrian en busca de sus libros, estudiaban con avidez, se presentaban en las aulas con lucimiento, porqué contestaban acertadamente á las preguntas que se les hacian, sostenian las cuestiones filosóficas y teológicas con aquel tino y prudencia que exigen tan delicadas materias: en una palabra, las aulas rebosaban en aplicacion, en ciencia, en candor, en inocencia de costumbres: todos los estudiantes querian hacerse dignos del aprecio de sus preceptores, miéntras que sus preceptores procuraban por su parte mantener aquel santo fuego que ardia en cada uno de sus discípulos. La universidad de Cervera llegó en aquella época al apogeo de su gloria, y pudo competir con las universidades mas famosas de Europa. Allí brillaba la ciencia como el astro del dia, convirtiéndose aquel recinto en un semillero mas abundante aun de varones ilustres. Las ramas de aquel frondoso árbol crecieron asombrosamente, extendiéndose tanto por Cataluña como por otras partes del reino, dando por fruto aventajados humanistas, muy buenos filósofos, excelentes teólogos, religiosos insignes en virtud y en letras, eminentes prelados, y finalmente hombres aventajadísimos en toda clase de ciencias. Se haria interminable esta parte de la biografía de Ferrusola si pretendiésemos detenernos en relatar todos los pormenores de la conducta que observaba con los escolares, el método que seguia en su enseñanza, el grande empeño que ponia en examinar las obras que debian servirle de texto para mejorarlas en cuanto le fuese posible, las conferencias que celebraba, el modo como compartia sus lecciones y otras mil y mil minuciosidades; pero esto al paso que haria interminable su artículo, no le daria, si se quiere, mayor importancia, porqué queda ya suficientemente probado que fué uno de los mejores profesores de su época, y el que mas contribuyó á los adelantamientos en todos los ramos del saber humano. El buen método queda tambien probado por los ilustres varones que salieron de su escuela; y esta sola idea basta para que no se dude en lo mas mínimo de su asiduidad, constancia y esmero en el trabajo. Algo hemos dicho ya acerca de su sistema de vida; sin embargo, no

debemos omitir que, á pesar del tiempo que invertia en difundir la ilustracion en todos conceptos, hallaba todavía el suficiente para entregarse con celo y fruto al mas exacto cumplimiento de su sagrado ministerio, acudiendo diariamente al confesionario, dando saludables consejos, buscando almas perdidas para volverlas á la via de salvacion, visitando los enfermos, auxiliando á los desvalidos, socorriendo á los miserables: de modo que Ferrusola era el ángel tutelar en el corazon de las aulas y en el seno de las familias. Podrá tal vez algun crítico acusarnos de repeticiones: en efecto, éstas son á veces imperdonables principalmente á un biógrafo; pero como nuestro objeto es mantener constantemente la idea de las brillantes virtudes de Ferrusola en el ánimo del lector á fin de que nunca le pierda de vista como á buen modelo, no dudamos que se nos perdonarán estas repeticiones en gracia de la buena intencion. El sabio jesuita era tan absolutamente desinteresado, que en esto llenaba tambien perfectamente una de las condiciones mas principales de un buen religioso: todo lo daba, todo lo distribuia, todo lo empleaba; nada, absolutamente nada se reservaba para sí: lo suyo era de todos, y como apénas habia entrado algun dinero en sus manos, lo empleaba en obras de caridad ó de utilidad pública; así es, que dejaba de ser suyo desde el momento que lo poseia, consiguiendo así una riqueza mas envidiable que la del potentado, que gozando de todas las comodidades de esta vida olvida lo que le aguarda allá en la eternidad. Tiempo habia ya que Ferrusola estaba meditando la fábrica de un templo digno de aquella universidad: rodeado de necesidades á causa de su inagotable beneficencia le faltaban los fondos necesarios: no desconfiaba de las limosnas, pero por sí solas éstas no hubieran bastado para llenar debidamente el fin que se proponia; sin embargo, determinó entrar en esta grande empresa, y ante todo para alcanzar con el menor gravámen posible de las gentes piadosas lo que deseaba arregló el ramo de rentas del colegio que se hallaba bastante atrasado. Este trabajo le produjo algunos recursos de bastante consideracion: añadió á ellos sus gajes, y acudió al propio tiempo á la generosidad de sus favorecedores. Todas estas cantidades reunidas no llegaban aun á cubrir ni la mitad del presupuesto; no obstante, confiando en la Divina Providencia, mandó edificar desde luego una nueva sala en el colegio, aumentó, varió las oficinas, desmontó el terreno, abriéronse zanjas, y el ilustrísimo señor obispo de Solsona D. Fr. José de Mezquía puso por sí mismo la primera piedra de aquel templo que debia contribuir á perpetuar la memoria de su insigne fundador. Continuó éste dando cada dia mayor impulso á la nueva fábrica, en términos que al acabar su rectorado dejó levantada en gran parte la gran pared de la testera y en estado de continuarlo sin grandes dificultades, como quedó comprobado con la experiencia concluyéndolo fe-

lizmente sus sucesores. Hemos visto que su caritativo celo le conducia con frecuencia á la cabecera del moribundo para ministrarle los auxilios espirituales. Dos lances se cuentan dignos de eterno recuerdo y que no pueden por lo mismo pasar desapercibidos, porqué esto seria defraudar á la memoria del piadoso jesuita uno de los rasgos que mas caracterizan su insigne piedad: acude en cierto dia á la asistencia de un infeliz acometido de una enfermedad maligna, que por necesidad debia conducirle al sepulcro; encuéntrale postrado en el lecho del dolor, y con dulces palabras procura consolarle confortándole para que aguarde con resignacion cristiana el último trance. El paciente deseaba ser oido en confesion; y como observase el buen Ferrusola, que en la posicion en que se hallaba no era fácil oirle, se echa á su lado sin atender al inminente peligro á que se exponia y permanece en aquella actitud por largo rato hasta que hubo concluido: el resultado fué que el mismo Ferrusola se sintió atacado muy en breve de igual enfermedad: el mal fué progresivamente en aumento, de modo que se desconfió ya enteramente de los remedios del arte: ministráronle los Santos Sacramentos, que recibió con un fervor inexplicable, y aguardó conformado el momento de entregar su alma al Criador. Aquellos dias lo fueron de amargura, tanto para la universidad, como para todo el pueblo, que acudia ansioso de saber el estado en que se hallaba. En ninguna ocasion se vieron los templos mas concurridos que en aquella: se multiplicaban los votos, se repetian las ofertas, pidiendo un remedio á tan grande desconsuelo. Los unos le amaban como padre, los otros como preceptor, y todos miraban su pérdida como irreparable, y si hemos de decirlo de una vez, aquel fué un momento de prueba para todos; entónces se conocieron las simpatías que habia sabido granjearse Ferrusola y se conoció tambien el grande amor hácia Dios que ardia en el corazon del buen religioso: salió del peligro, cesó el conflicto, y todos alabaron á Dios por su infinita misericordia. Cuentan tambien que cuando regresaron los franceses á su territorio, despues de haber auxiliado á las tropas españolas en la expedicion de Portugal, en su tránsito por Cervera dejaron una multitud de enfermos en el hospital que acometidos de un terrible contagio la mayor parte sucumbian. Ferrusola siguiendo su instinto caritativo se complacia en auxiliarles sin atender á su propia seguridad: cayó enfermo otra vez, y en esta ocasion se redoblaron tambien las súplicas y las plegarias del clero, del pueblo y de los estudiantes para lograr de Dios el restablecimiento de su salud. Dios le conservó la vida, y la muerte se retiró respetando los decretos de la Divina Providencia. Nada hay mas tierno ni mas expresivo que la carta que escribió en esta ocasion á un amigo suyo; en ella le decia: «que se consideraba indigno de que Dios le hubiese hecho merced de haberle conducido por dos veces consecutivas al

borde del sepulcro. Dios, decia, no ha querido aceptar el sacrificio de mi vida, sin duda no lo merezco; pero me queda la esperanza de que en la tercera oirá mis votos, porqué estoy dispuesto á sacrificarlo todo á mayor honra y gloria suya y bien de mis semejantes. » Tanta ternura, tanta bondad, tanto amor no llenaban aun el corazon grande y magnánimo del hombre que habia nacido para amar y ser amado. En las cárceles, en aquel lugar donde los reos aguardan el fallo terrible á que les condenan sus propios crímenes, en aquel lugar donde la palabra muerte es la mas dulce de sus moradores, en aquel lugar donde la justicia y á veces la calumnia tiene detenido al hombre; allí penetraba Ferrusola con frecuencia, y allí aparecia como el sol que penetra por las rendijas de una puerta dando una esperanza de dia en medio de la obscuridad. El delincuente le oye compungido, el inocente recobra la perdida calma; y entónces era cuando se reconocia la mas extricta justicia, aun en el centro del mas obscuro calabozo. Felices eran en medio de su infelicidad los presos, porqué la felicidad se establece donde se derrama el bálsamo de la caridad cristiana. Mas, la época en que brilló la piedad y la sabiduría de Ferrusola fué cuando habiéndose visto obligada la córte de Madrid á tomar sérias providencias contra los gitanos, trasladados éstos de unos puntos á otros vinieron á parar muchos de ellos á las cárceles de Cervera: su mala crianza, su modo de vivir, sus costumbres y hasta sus acciones muy diferentes del comun de los hombres, su falta de instruccion, la extraordinaria pobreza á que se hallaban reducidos, arrojados á un pais, para ellos extraño, encerrados en una triste estancia; todas estas circunstancias exigian un hombre que, haciéndose cargo de su lamentable suerte, les hiciese mas llevadera la cadena de sus infortunios: y este hombre fué el incomparable Ferrusola. Enterado de su desgracia acudió, como tenia de costumbre, para alijerar el peso de sus males: resuena su palabra entre aquella multitud, y todos la oyen y todos la entienden y todos reconocen en Ferrusola su ángel tutelar; todos le llaman padre, maestro, amigo, todos le abrazan, y reconociendo á Dios de corazon, fundan en la proteccion de su bienhechor toda su esperanza. Sus votos no son estériles: Ferrusola es amigo sincero, excelente padre, buen protector, intercede por ellos y al propio tiempo les instruye en las verdades eternas, morigera sus costumbres y los convierte al igual de los demas cristianos; y el pueblo entusiasmado elogia el comportamiento del venerable jesuita, y con sus elogios traza la mas bella página de su historia. ¡Hombres malvados, reconoced el imperio que tiene la virtud: á la virtud nadie resiste sino el genio del mal! Séanos permitida esta especie de desahogo porqué nuestro corazon siente lo que hubiera sentido al presenciar aquellos actos de inclita virtud. De la cárcel á la iglesia no mediaba gran trecho, y Ferrusola lo recorria

como por instinto. Sabido es que en aquella ciudad se venera una preciosa reliquia denominada del Santo Misterio, la cual consiste en ciertas partículas del *Lignum crucis* con algunas gotas de sangre que milagrosamente salieron al dividirlas. Ferrusola, lleno de aquella fe viva con que siempre se distinguió, procuró exaltar aun mas la devocion de los fieles hácia aquel sagrado objeto; y á este fin estableció varias prácticas religiosas, con las cuales alcanzó que aumentase á cada momento mas y mas el amor hácia Dios, del que siempre han dado pruebas los piadosos cerverenses. Igual fué el impulso que dió al nuevo y hermoso templo que habia erigido en honor de la Inmaculada Concepcion. Cuenta tambien su biógrafo otra circunstancia que no deja de ser muy extraordinaria, y que en cierto modo contribuyó á la grande importancia con que se miró siempre aquella obra debida á la caridad y santos fines de Ferrusola. En el año 1745 aconteció cerca de la ciudad de Salta, en la provincia de Tucuman, en la América Meridional, y en una granja perteneciente al colegio que allí tenia la Compañía de Jesus, un horroroso incendio que todo lo redujo á cenizas. Despues de esta catástrofe al registrar los escombros, cuando aun existian restos del fuego devorador, se halló entera y sin haber sufrido el menor detrimento una pequeñita imágen de la Purísima Vírgen, de medio palmo de alta, de una madera odorífera, oleosa y muy fácil de inflamarse. Algunos años despues, esta misma imágen vino á parar en poder de un discípulo de Ferrusola y digno admirador de sus virtudes. *Este*, dice otro jesuita (1) *teniendo presente la encendida devocion que tenia Ferrusola para con la Inmaculada Señora, y noticioso de la suntuosa capilla que le estaba edificando en Cervera, pensó enviarle allá aquella prodigiosa imágen, para que en el continente de España, y en aquel santuario, fuese mas conocida y venerada y mas glorificado el Señor por el prodigio en ella obrado.* (2) Conservábala en su poder el discípulo de Ferrusola como una joya de inapreciable valor; así es que si se desprendió de ella hasta cierto punto contra su voluntad y contra la de otros varios que intentaron disuadirle de su resolu-

(1) Trasladamos aquí íntegras las palabras continuadas en el cuaderno manuscrito que tenemos en nuestro poder por habérnoslo facilitado el reverendo cura-párroco de la iglesia de S. Miguel Arcángel de la Barceloneta D. Francisco Bruguera, cuyo cuaderno junto con las demas noticias que hemos podido recoger nos han servido de guia para la redaccion de este artículo.

(2) Aquí concluyen las palabras del biógrafo de Ferrusola, habiendo sido nuestra intencion al transcribirlas dar á conocer que los jesuitas en todos los tiempos y en todas partes dieron pruebas inequívocas de su religiosidad y de que les animaba igual espíritu que á su Fundador; y que si hubo algunos, (como acontece siempre en todas las corporaciones) que se apartaron algun tanto de él, la inmensa mayoría procuró con celo verdaderamente apostólico cuando ménos neutralizar el mal efecto que el comportamiento de los pocos podia producir.

cion fué porqué creyó sentir una voz interior que le decia: «Ferrusola merece un premio: ha erigido un templo digno de recibir esta preciosa y milagrosa Imágen.» Envióla, pues, á Cervera perfectamente acondicionada y con todos los justificativos necesarios para hacer constar su identidad, y con los atestados que se requerian para la legítima prueba del milagro. Luego que Ferrusola la recibió se presentó con ella al illmo. señor obispo de Solsona, quien examinando el negocio en forma jurídica dió un decreto digno de su piedad, autenticando el prodigio y la identidad, y concediendo un gran número de indulgencias á los fieles que rezasen ante la misma en el altar donde se colocó bajo la invocacion de la Vírgen del Incendio. Ferrusola se mostró en esta ocasion con todo el fuego de su fe; la imágen de la Vírgen fué colocada en la nueva capilla de la Concepcion, en un nicho de primorosa escultura encima de las gradas. Celebróse una funcion solemne, en la cual predicó Ferrusola con su acostumbrada elocuencia, y establecida una fiesta anual, habia determinado encargarse miéntras viviese del sermon; mas sobrevino la estrepitosa providencia dada por el gobierno, segun la cual S. M. D. Cárlos III rey de España extrañaba en un mismo dia y en una misma hora á todos los jesuitas del reino, disponiendo al propio tiempo la ocupacion de sus bienes y rentas. Es bien sabida la reserva con que se procedió en este ruidoso expediente hasta su ejecucion: bien que en Cervera, por uno de aquellos incidentes extraordinarios, que á veces no dejan de ser bastante significativos, el corregidor la puso desde el momento en ejecucion en la residencia de *S. Guim*, sin que se entrometiese con los jesuitas del colegio de Cervera, tal vez por haberse extraviado la real órden ó por descuido involuntario. El resultado fué que el P. Ferrusola y los demas religiosos supieron siete dias ántes con certitud lo que debia acontecerles. En la dominica de Pasion habia principiado la funcion del oratorio ó rapto de S. Ignacio de Loyola: al dia siguiente al divulgarse la noticia de su extrañamiento, léjos de inmutarse continuó sus ejercicios con una tranquilidad de ánimo que pasmó á cuantos le rodeaban, y que hasta cierto punto pudo hacer dudosa la certeza del hecho. Hemos visto el interes que demostraron tanto los escolares como los habitantes de la ciudad de Cervera para la conservacion del hombre que, ya como á profesor, ya como á director de las almas, sacrificaba todos sus momentos para labrar la felicidad de sus semejantes. En los terribles momentos en que se recibió la noticia del destierro la consternacion creció de punto; no habia quien no llorase al hombre justo, al enamorado de Dios, al amigo de la ilustracion, al padre de los pobres. Aquel rayo de luz iba á desaparecer, y los estudiantes y el pueblo temian quedar desde entónces sumidos en la obscuridad. Ferrusola era el único que conservaba aquel espíritu imperturbable, aquella calma, aquella sonrisa de la inocencia y de la satisfaccion

con que acostumbraba cautivar los corazones ; con cuyas circunstancias demostró cuan resignado estaba á su suerte y la santa alegría en que rebozaba su alma al considerar que Dios le destinaba unos momentos para que se ejercitase mas y mas á la paciencia y á los sufrimientos, que tanto desean los humildes de corazon. Á pesar de que cuando principió á divulgarse la infausta nueva era ya demasiado cierta para los amigos de Ferrusola, éste continuó los ejercicios si cabe con mas fervor que ántes ; predicó, asistió en el confesionario mas horas de las que tenia aun de costumbre , redobló las visitas á los hospitales y á las cárceles públicas , como quien quiere despedirse de sus amados compatricios , no soltando ni una sola palabra que indicase la proximidad de su destierro. No obstante, dirigiendo sus miradas á una y á otra parte fijó su atencion en sus numerosos amigos y discípulos , en aquella universidad teatro de su piedad y de sus glorias literarias , en aquel hermoso templo debido en gran parte á su generosidad y á sus desvelos : detúvose á orar ante aquella Imágen milagrosa que habia recibido de manos de un discípulo suyo , y entónces se observó que asomaban en sus mejillas algunas lágrimas ; pero eran lágrimas de ternura , porqué luego levantando la vista hácia la bóveda celeste alabó á Dios y le dió infinitas gracias por los inestimables bienes que sobre él derramaba. Le rogó para que no dejase de su santa mano aquella multitud de jóvenes destinados á la carrera de las ciencias , á aquella poblacion piadosa y morigerada que se habia reunido en otro tiempo en los templos y en el rededor de su lecho , cuando la muerte le amenazó tan de cerca ; rogó por toda la España, y rogó tambien por aquella mano que habia firmado el decreto de su destierro y de toda la Compañía ; finalmente , rogó por la felicidad de toda la nacion española , y despues de haber cumplido con los deberes mas gratos de su corazon se preparó para la partida. Ocuparon por fin los ministros del Rey el colegio , y Ferrusola el 12 de Abril de 1767 emprendió su marcha para la casa de Tarragona, donde se embarcó con sus demas compañeros de infortunio , tomando la nave el rumbo hácia las costas de Italia. Despues de una navegacion bastante penosa, durante la cual Ferrusola observó el mismo método de vida , sin perder ni un momento aquella tranquilidad de ánimo que hace al hombre superior á las desgracias , llegaron al puerto de Bástia donde permaneció el convoy por espacio de cuarenta y ocho dias , durante los cuales , si alguna vez saltó en tierra fué con el único objeto de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa ; de modo que segun refieren ni tan solo un dia se detuvo á examinar la campiña. Trasladáronse á Ayaccio, y allí estuvo toda la Compañía alojada durante un mes, continuando Ferrusola cada dia mas enamorado del retiro. En Bonifacio le aposentaron con cuatro ó cinco de sus compañeros en una casa de la marina sumamente incómoda y triste ; sin embargo , allí permaneció casi

siempre encerrado, hasta que emprendieron de nuevo la navegacion hácia Córcega, y de aquí por fin pasó á Ferrara, donde fijó definitivamente su residencia. En aquella ciudad, emporio de las artes, cuyos ricos y preciosos monumentos llaman muy particularmente la atencion del extranjero, la ciudad de cien iglesias, que contaba entónces una famosa universidad y preciosas bibliotecas, no pudo ni por un momento hacer variar á Ferrusola de su determinacion. Durante los dos años que residió en ella vivió siempre retirado en su casa encerrado en su aposento, orando, meditando y recorriendo con tanta avidez los Libros Santos como quien busca una doctrina que no ha adquirido; siendo así que con justa razon le daban ya desde jóven los nombres de sabio y de piadoso. Rogábanle sus mismos compañeros que á lo ménos diese algun paseo por algun paraje solitario; pero nunca jamas accedió á sus súplicas: una vez sola lo consiguieron; mas apénas habia andado algunos pasos por la muralla, se retiró mostrándose disgustado de lo que habia hecho: de modo que Ferrara no llegó á conocer al hombre, cuya fama se habia extendido por todos los ángulos de España. Al cabo de los dos años se trasladó otra vez á Bonifacio, donde imposibilitado de ejercer sus acostumbrados ministerios, ya no pensó mas que en la oracion y en el estudio. Cogió la pluma y principió á atesorar el legado que destinaba á la posteridad La primera empresa de este género fué trasladar de la memoria al papel el poema griego de la gramática del P. Giraudeau, considerando que le era absolutamente necesaria esta obra para conservar á la vista la noticia de las raices griegas: este fué un trabajo verdaderamente prodigioso. Habian transcurrido ya bastantes años desde que se dedicó al estudio de la lengua griega; sin embargo, á fuerza de recapacitar y de combinar palabras llegó á trasladar de su propia mano todos los seiscientos versos del poema y la explicacion de todas sus voces, como si hubiese tenido la gramática á la vista. Tenia muy pocos libros á su disposicion; sin embargo, cogia todos los que le venian á la mano, de utilidad conocida, profundizaba la materia de que trataban y los comentaba con reflexiones dignas de su vasto ingenio: así es que dejó una infinidad de cuadernos llenos de interesantes apuntaciones sobre una gran variedad de asuntos y en particular sobre los libros pertenecientes á las lenguas latina, griega y hebrea, á la oratoria y poética, á la cronología, á la geometría y álgebra, á la filosofía antigua y moderna, á la teología escolástica, moral y dogmática y á la Sagrada Escritura; pero nada de esto parecerá extraordinario si se atiende que aun durante la navegacion desde Córcega á la ribera de Génova, á pesar de la estrechez del buque en que navegaba, escribió, segun se desprende de los mismos cuadernos, prólijamente sobre un libro que tenia en la mano. Mas, á lo que principalmente se dedicó en Bonifacio fué á la composicion de una importante obra

sobre los ejercicios de S. Ignacio de Loyola de la cual tratarémos en su lugar respectivo. Se sabe que habia determinado tambien componer unas nuevas instituciones de filosofía y otras de teología; pero la peregrinacion habia sido larga y penosa, y por lo mismo conociendo Ferrusola que se acercaba el momento del descanso eterno trató de prepararse para dar debida cuenta al Divino Juez de todas sus acciones. En el mes de Febrero de 1771 principió á experimentar alguna debilidad en sus fuerzas, la que fué progresando hasta el dia 26 en que ya no le fué posible levantarse de la cama; sin embargo, continuó en aquel estado hasta el mes de Abril sin que los médicos concibiesen la menor alarma: de manera que desvanecida enteramente la calentura que le sobrevino le creyeron próximo al restablecimiento. Miéntras tanto Ferrusola no continuaba sino pensando en la eternidad; no obstante, incansable en los estudios, ya que en aquellos momentos no podia valerse de los libros, se complacia en escuchar la conversacion de algunos sabios que nunca le abandonaron. En ninguna ocasion se habia presentado tan erudito, tan sabio y tan reflexivo como entónces; en términos, que cuando iban á visitarle no parecia aquel cuarto el de un enfermo, sino una verdadera academia en la cual resaltaban los discursos de piedad pronunciados por Ferrusola. Entre tanto adelantaba ya la primavera; pero ni el beneficio de la estacion, ni los remedios del arte producian en Ferrusola el menor efecto: la debilidad se aumentaba y la idea de la muerte no se separaba nunca de la mente del piadoso jesuita. Esta idea en vez de entristecerle llenaba su alma de inexplicable alegría. Sus cánticos de gloria en aquellos momentos llenaban de embeleso á todos los que rodeaban el lecho del paciente. « Deseo, les decia, que en mi último trance me ejerciteis al amor santo del Señor y á una firme y dulce esperanza en la pasion y muerte de nuestro Salvador, y finalmente en la intercesion de su Purisima Madre. » Encendido de amor, estando algunas veces recogido en su interior y hablando con Dios, prorumpia en voz alta con estas palabras: «No quiero saber, Señor, el como ni el cuando: solo deseo glorificaros á vos. » Ministráronle los Santos Sacramentos, y en este acto á la vez majestuoso é imponente no hubo quien no derramase lágrimas de ternura al observar el fervor con que aquel varon justo recibió al Divino huesped: al parecer todos envidiaban su suerte, todos los circunstantes hubieran querido hallarse en el lugar de Ferrusola. Teniendo ante sus ojos la Sagrada forma pidió licencia para hablar y pronunció en lengua latina este lacónico é interesantisimo discurso: «Tres son los principales afectos de mi ánimo en esta hora; el primero el grande dolor que siento de mis muchas y gravisimas culpas, pues reconozco y confieso que soy el mayor pecador del mundo: perdóname, Señor, y perdonadme todos vosotros; el segundo, el gran consuelo que siento de morir en la

Compañía de Jesus y mucho mayor de morir en ella desterrado; y el tercero, la firme esperanza de que, Dios mediante, prosperará la misma Compañía á pesar de las tribulaciones en que se halla.» Añadió, por fin, que no podia dejar de dar en aquella hora las mas humildes y afectuosas gracias á la Santísima y Purísima Vírgen María, por haberse dignado disponer con tan singulares providencias que fuese á parar á sus manos la prodigiosa imágen de la Vírgen del Incendio, lo que miraba como un incomparable beneficio. En 12 de Mayo recibió la Santa Uncion y conservó aun el uso de los sentidos hasta que el dia 20, despues de haber ofrecido su muerte por la Iglesia católica, por el reino de España, por la Compañía de Jesus y por todos los cristianos, se le ofuscó la vista y dejó de hablar: así permaneció hasta el 24 á las dos de la mañana en que falleció tranquilamente en los brazos de sus compañeros y amigos, á la edad de sesenta y seis años. Murió Ferrusola quedando su memoria grabada en el corazon de cuantos tuvieron la dicha de conocerle de cerca: su alma voló, piadosamente hablando, al seno del Señor para recibir el premio correspondiente á sus ínclitas virtudes; miéntras que los que le sobrevivieron lloraron con el mas profundo dolor la separacion del mas fiel de los compañeros, del amigo de las ciencias, del padre comun de todos los infelices. El autor de su Vida exalta su fe, su esperanza, su caridad; y ¿qué podemos añadir nosotros que no se desprenda ya de los varios rasgos de su vida en este compendio? Otra pluma mas bien cortada podria hacer mucho mas interesantes estos mismos rasgos, es verdad; pero circunscritos como estamos á escribir una simple biografía, no podemos traspasar los límites á que nos vemos reducidos: y por lo mismo concluiremos esta parte con lo que dijo uno de sus compañeros, á quien debemos en gran parte lo que hemos manifestado ya. «La virtud del P. Ferrusola era no solamente apreciada y venerada, sino que tambien amada universalmente de todos. De lo cual aunque siempre se habian visto muchas pruebas; pero se vieron muchas mas, y mayores, en el solícito cuidado por su salud durante la última enfermedad; en el general sentimiento por su muerte; en los elogios que por todas partes se oian del mérito del difunto; en la extraordinaria concurrencia á su entierro; en la aficion con que unos y otros al acabar los divinos oficios rodearon el respetable cadáver, repartiéndose entre sí con aprecio las flores que sobre el féretro se habian esparcido, y haciendo otras muchas demostraciones de veneracion y de amor.» Diósele sepultura el dia 25 de Mayo en la bóveda debajo del presbiterio de la iglesia de la Compañía de Ferrara, donde se delineó su retrato poniéndose al pie la siguiente inscripcion: «*Pater Petrus Ferrusola, doctor theologus societatis Jesu, insigni eruditione et doctrina, publico theologiæ per XX annos magisterio, ardenti Divinæ Gloriæ studio, et erga Immaculatam Dei Parentem eximia animi devotione*

« *clarissimus. Mortem obiit Ferrariæ. IX kal. Jun. MDCCLXXI cum* « *vixisset annos LXV, menses IX, dies XXIII.* » Entremos ahora á la relacion de sus obras, las cuales por su importancia, por su bondad y por su número ofrecen un campo tan dilatado como los mismos hechos del autor que los escribió; son las siguientes: 1.ª: *Ejercicios espirituales ó una explicacion de los ejercicios de S. Ignacio de Loyola*, Barcelona, imprenta de José Giralt, en 4.°. Dijimos ya que esta obra la compuso por mandato de sus superiores siendo aun estudiante, y fué tan feliz en su ejecucion que se hizo digno de la consideracion y aprecio de los mismos que le confiaron este trabajo. Para demostrar el acierto bastará repetir que sirvió, digámoslo así, de texto en toda la provincia de Aragon. 2.ª: *El congregante perfecto*, Cervera, imprenta de la academia, en 12.°. En esta obrita despues de dar noticia del orígen y naturaleza de semejantes congregaciones y de los grandes bienes que de ella se deben esperar, ya por las copiosas indulgencias concedidas por los romanos pontífices, ya por el singular patrocinio de María Santísima, da las principales reglas que los mismos congregantes deben observar: pocas en número, pero dictadas por la prudencia y las mas á propósito para estudiantes jóvenes. Finalmente, se detiene en explicar la práctica de las devociones que debian hacer para ser buenos congregantes de María. Púsoles en la misma obra un breve ofrecimiento á Dios para la mañana, con una instruccion, á fin de que no olvidasen á Dios en el resto del dia; ademas contiene una práctica para oir la santa Misa con devocion, un método para hacer con fruto la confesion y recibir del modo debido el pan de vida. Les da una guia para la confesion general, otra para rezar devotamente el santo Rosario, y otra para hacer cada noche el exámen de conciencia. No contento con lo que habia escrito, en ciertos dias del año les explicaba aquellas mismas prácticas y les exhortaba á la observancia de ellas. 3.ª: *Formulæ sive conceptiones verborum academiæ cervariensis*, Cervera, imprenta de la academia; cuya obra escribió por encargo de la universidad, la cual ha observado desde entónces estas fórmulas en sus funciones. Deseoso Ferrusola de corresponder á la confianza que de él se hacia, procuró informarse ante todo de las ceremonias y ritos que se usaban en semejantes funciones, no solo en las otras universidades de España, sino aun en las mas famosas de Europa; y habiéndose tratado entre otras cosas de las fórmulas con que debian crearse los doctores y con que habian de entregarse las insignias de su grado, y viendo que las que se habian usado hasta entónces no estaban concebidas con aquella propiedad de voces y gravedad de estilo que exigian su importancia y decoro, no perdonó trabajo ni diligencia para examinar cuanto en ese género podia hallarse en los autores, singularmente en los romanos antiguos; y partiendo de los datos que habia podido recoger, formó su libro, compre-

hendió en él todas cuantas fórmulas habian de usarse en la universidad, ya de los diferentes juramentos en la anual apertura de los estudios, en la posesion de una cátedra, en el ingreso de un oficio, en el acto de recibir su grado, en la colacion de unos y otros grados literarios, en la entrega de las insignias doctorales y proclamacion de los graduados, y finalmente en todos los demas asuntos que exigian el uso de cierta y solemne fórmula. La obra era de muy cortas dimensiones, pero perfecta en su género, pues toda ella respira cierto carácter de gravedad y majestad romana, que parece infundir respeto á las mismas cosas que en las fórmulas se trata. 4.ª: *Leyes de la academia de Cervera*, 1750. Pretendiéndose dar una nueva forma á los primitivos estatutos de la universidad, se estableció de real órden una junta de los profesores mas condecorados, entre los cuales ocupó el principal asiento Ferrusola. Habló en esta ocasion con tal precision, con tanta claridad y abundancia de datos, que desde el momento se le encargó la redaccion del informe; y lo que mas puede probar el acierto es, que en 2 de Octubre de 1749 fueron aprobados los nuevos estatutos: cuyo acontecimiento mereció ser recibido con solemne Te-Deum y oracion gratulatoria, en consideracion á que la universidad habia recibido por este medio leyes utilisimas que debian contribuir al adelantamiento de las ciencias y que proporcionaban ventajosas prerogativas para aquel cuerpo literario. 5.ª: *Novena del santisimo misterio de Cervera, sacada principalmente de la historia de la sagrada pasion, escrita por el venerable Luis de la Palma, de la Compañia de Jesus*, Cervera, en la imprenta de la universidad, 1763, en 12.°, escrita en catalan. En esta *Novena* relativa á la pasion y muerte del Redentor hace mencion en cada dia de una de las mas notables penas de las muchas que padeció en el árbol santo de la Cruz, acompañándola de una noticia histórica del Santo misterio y de los prodigios en él y por él obrados, ciñéndose á las informaciones auténticas que se conservan en el archivo de aquella iglesia. 6.ª: *Commentarii in illud lætum elegansque canticum hispanum super Deipara Immaculata, quod incipit:* «Para dar luz inmortal»: Cervera, imprenta de la academia. En estos *Comentarios* explica con sólida doctrina y copia de erudicion las altas y eficaces razones de la Concepcion, En Gracia, de María que en los gozos se insinúan; dándolos á la imprenta en nombre de la congregacion de estudiantes y en demostracion del regocijo de toda España por haber logrado tan Soberana protectora. 7.ª: *Classicum ad Hispaniæ gaudia*, Cervera, imprenta de la academia. Ferrusola dispuso el que se recitasen en la universidad estas arengas, en las cuales se expone sábiamente á favor de la Concepcion de María, En Gracia, el célebre lugar del Apóstol en el capítulo V de su carta á los romanos: *Por tanto así como por un hombre entró el pecado en ese mundo y por el pecado la muerte; así tambien pasó la muerte á todos*

los hombres por aquel, en quien todos pecaron, porqué hasta la ley del pecado estaba en el mundo: mas no era imputado el pecado cuando no habia ley. Esto no obstante reinó la muerte desde Adam hasta Moysés, aun en aquellos que no habian pecado con una transgresion semejante á la de Adam, el que es figura de aquel que habia de venir, etc. 8.ª: *Novenario en honor de la Inmaculada Virgen María patrona electa de las Españas*, Cervera, en la imprenta de la academia. Compuso esta *Novena* para obsequiar á la Purisima Reyna como patrona, para prevenir su festividad anualmente, y para acudir á su amparo en cualesquiera necesidades. Tan luego como la hubo impreso la dirigió á todos los prelados del Continente, suplicándoles se sirviesen autorizar y promover su uso y práctica con sus indulgencias. El buen recibimiento que tuvo recompensó con largueza las piadosas intenciones de su autor; introdujóse esta *Novena* en varias provincias; de modo que se agotaron los ejemplares y tuvieron que hacerse repetidas reimpresiones. El mismo P. Ferrusola por medio de sus discípulos y amigos la puso en práctica en muchos pueblos de Cataluña. La instituyó con gran solemnidad en la propia ciudad de Cervera; y hasta su salida de España la hizo por sí mismo en la iglesia del colegio con tal ternura de devocion, dice el autor de la Vida de Ferrusola, con tal fervor de espíritu y con tan eficaces exhortaciones, que inflamaba al concurso en el amor de la Purisima Patrona, y en deseos de la virtud para agradarla y merecer la proteccion de tan piadosa y poderosa Reyna. En efecto, la devocion que tenia el piadoso jesuita es digno de todo encarecimiento: nada olvidaba de lo que pudiese serle grato; y así vemos que observando que aunque la universidad desde su fundacion la habia elegido por su única patrona, como no hubiese de este patronato expresa ley en los primitivos estatutos hizo de manera que en la formacion de los nuevos se añadiese este título mas, y que fuese el primero de todos, sin que sobre el particular se introdujese otra ley. Ademas dispuso que su escudo de armas fuese la imágen de la misma soberana Señora con el lema tomado del salmo: *Mirabilis facta est scientia tua ex me.* Era tan grande la confianza que tenia en su proteccion, que no solo fundaba en ella su felicidad propia, sí que tambien la de todos los estudiantes que la invocasen de corazon. Así se explica él mismo en uno de sus escritos, en el que hablando con los discípulos les dice: « *Igitur nihil opus est ut pauca ea, qua in profectum vestrum fortasse præstiti, perinde ac magna prædicem; sed illud potius, ut ab Immaculata Patrona vestra, quæ carissimos suos filios vos mihi severa tradidit, posceretque terribilis non custoditos; præteritæ negligentiæ culpam deprecer, majoremque in posterum vestri curam, quantum par fuero, habiturum me promittam. Promitto volens ac libens, coram Divina ipsa Patrona, coram Patrono nostri Gymnasii Apostolo Divo Paulo Quod si ope utriusque, qua indigere me multum sentio,*

quam supplex imploro, quam ipsorum bonitate fretus spero, etc.: palabras, que no solo dan á conocer su devocion y piedad, sí que tambien el humilde concepto que habia formado de sí mismo; pues que á pesar de su decidido empeño y aplicacion para dar á sus discípulos una instruccion sólida, creíase no obstante obligado á pedir perdon de su negligencia. 9.ª: *Oratio ad academiam cervariensem ob decretam magisterii vacationem RR. PP. doctori Francisco Llobera*, etc., Cervera, imprenta de la academia. 10.ª: *Oratio ad academiam cervariensem ob inauguratum hispan. regem Ferdinandum VI*, en la misma imprenta. 11.ª: *Oratio ad academiam cervariensem in doctoratus theol. inauguratione Blasii Larraz*, en la citada imprenta. Manuscritos de Ferrusola: 12.ª: *Orator in schola theologiæ*. Lamentábase Ferrusola que jóvenes de las mas bellas disposiciones y al propio tiempo de extraordinaria penetracion, y que por lo mismo resolvian con la mayor facilidad los puntos mas difíciles de la teología, no sabian explicarse con desembarazo porqué no poseian el arte de bien decir por falta de un conocimiento exacto de la lengua latina. Para remediar este mal, era casi indispensable abrir una escuela de retórica en la aula de los teólogos, y por lo mismo Ferrusola ejecutó sin dilacion su proyecto. Habia estudiado y profundizado los mejores maestros de la elocuencia y muy particularmente á Ciceron y á Quintiliano, y con este poderoso auxilio compuso la citada obra, prescindiendo de preguntas y respuestas segun se acostumbraba en aquella época. Su libro está escrito con un estilo puro y á la vez grave y adornado: por fin fué entónces una obra maestra y que llenó en gran parte los deseos de su autor. 13.ª: *Dissertatio theologica de sancto Mysterio cervariensi*. 14.ª: *Exercitia divi Ignatii*. Hallábase Ferrusola sufriendo su destierro cuando compuso esta preciosa obra. El extraordinario celo con que siempre habia mirado el ministerio del Octavario ó rapto de S. Ignacio, y el deseo de generalizarlo entre el clero secular donde no hubiese casa de la Compañía, le habian hecho concebir ya en España un libro en donde se hallasen por extenso las principales meditaciones de los ejercicios con oportunas advertencias para aclaracion de la obra; y púsolo en ejecucion durante su residencia en Bonifacio y despues en Ferrara. Dividió su obra en tres partes, de las cuales la primera debió comprehender el texto original de los ejercicios acompañados de copiosas notas explicativas de los verdaderos sentidos y del admirable método y espíritu que en aquel precioso libro se contienen; la segunda debió comprehender por extenso las principales meditaciones de los mismos ejercicios; y la tercera formaba un compendio de la vida del santo Padre escrita en estilo sumamente sencillo y claro y que daba á conocer los medios de que el Señor se valió para hacer santo á San Ignacio. Ferrusola que estaba bien penetrado, como hemos indicado ya, del espíritu de su maestro, siguió sus mismos pasos, no abandonando jamas la

via por donde S. Ignacio por medio de sus ejercicios pretende llevar á sus lectores y devotos á la perfeccion y santidad. Esta obra, cuya importancia han ponderado con justicia algunos bibliógrafos de la Compañía, costó á Ferrusola un trabajo continuado, una meditacion profunda y una exquisita diligencia en buscar todo aquello que consideraba mas propio para llevar á cabo su piadoso deseo. Concluyó felizmente la primera y tercera parte, que eran las mas importantes y cuyas notas contenian mas de nuevecientas páginas en 4.°, de una letra muy metida. Faltábale la segunda parte, que como ménos dificultosa la habia dejado para lo último; pero vino la muerte, atajó sus pasos, y no pudo concluirla. De esta preciosa obra segun indica Amat en su *Diccionario de escritores catalanes* existia un ejemplar en poder del baron de Perpiñá, como nos lo indica, dice, el eruditisimo caballero Don José de Vega Sentmanat, editor de la Vida del P. Ferrusola escrita por el P. Blas Larraz. Son tambien de Ferrusola las obras que cita Fontdevalle ausetano en su *Index*, etc.: 1.ª: *Jesuiticæ philosophiæ theses in decem centurias divisæ*. 2.ª: *Oratio ad acad. de SS. Eucharistiæ Sacramento*. 3.ª: *Oratio ad acad. in funere D. D. Michaelis Goncer cancellarii*.—J. M. G.

FERRUZ (Jayme) natural de la ciudad de Valencia. En su infancia se mostró dócil y aplicado; en su juventud piadoso, humilde y extraordinariamente modesto; abrazó el estado del sacerdocio, y su carácter y circunstancias dieron motivo á Escolano á decir de él que era *ángel en el entendimiento y limpieza virginal*. Estudió teología en la célebre universidad de Paris, entónces la mas concurrida y la que daba mas sazonados frutos, como lo atestigua la sabiduría de muchos de los españoles que florecieron en aquella época, y en particular valencianos. Recibió en ella el grado mayor de la misma facultad, y regresó á su patria con la dulce satisfaccion de no haber invertido malamente el tiempo que empleó en los estudios. Habíase introducido en la universidad de Valencia cierta sofistería y barbarie que causaba graves perjuicios á la instruccion. Ferruz lo conoció como lo conocieron tambien los dos célebres profesores Miguel Gerónimo Ledesma y Juan Navarro, y por lo mismo los tres se juntaron para plantear en ella la sólida y verdadera enseñanza. Ferruz gozaba de grande reputacion, era tenido por doctor consumado en la filosofía y en la teología, poseia las lenguas hebrea, latina y griega; así es que habiendo obtenido en la misma universidad dos cátedras, la una de Escritura y la otra de lengua santa desplegó un celo extraordinario para la reforma y felizmente la consiguió: de modo que, segun expresion del maestro Salon, la universidad de Valencia le fué deudora de los sabios maestros que sucesivamente continuaron en ilustrarla, en nada inferiores á los que florecian en otras universidades de España. Habia dado ya Ferruz con su enseñanza mucho que admirar á los valencia-

nos; pero debia llegar una época en que habia de brillar en campo mas dilatado. En efecto, D. Gaspar Jofre de Borja, obispo de Segorbe y de Albarracin, le escogió para teólogo en el santo concilio de Trento, donde no solamente predicó del misterio de la Asuncion de la Virgen, sino que fué oido con particular interes de los Padres de aquel célebre y piadoso congreso sobre varios puntos sumamente delicados y en particular sobre la necesidad de alguna dileccion para el valor del Sacramento de la penitencia. El cardenal Palavicino en su *Historia del Concilio Tridentino*, lib. XII, cap. X, núm. 24, pone su dictámen; pero es de advertir que el traductor latino de la *Historia* del cardenal confunde el obispo de Segorbe con el de Segovia: así lo advirtió muy oportunamente Ortí en sus *Memorias históricas*, pág. 231, y esta equivocacion hizo tropezar al sabio obispo de Meaux Santiago Benigno Bossuet que en su libro *De doctrina concilii tridentini circa dilectionem*, part. 2.ª, núm. 30, llama á Ferruz teólogo del obispo de Segovia, no siendo así; pues que el teólogo de este prelado fué el sabio Benito Árias Montano, segun lo asegura Diego de Colmenáres, exacto escritor de la *Historia de Segovia*, en el cap. XLII, §. XIII. D. Francisco de Navarra, arzobispo de Valencia, quedó tambien tan prendado de la sabiduría de Ferruz, que desde luego le depositó su confianza y le dió un canonicato en su iglesia metropolitana; pero Ferruz extraordinariamente humilde, si bien tomó posesion de él en 23 de Octubre de 1558, en el año siguiente lo resignó en manos del Sumo Pontífice, y Su Santidad lo proveyó en D. Juan Segrià, obispo auxiliar de la misma diócesis, contentándose Ferruz con los honorarios de sus cátedras y un beneficio que tenia en la iglesia de S. Juan del Mercado. Sin embargo, insistió el arzobispo en premiar su relevante mérito; así es que en la nueva eleccion de pabordías que se hizo en la santa iglesia de Valencia no solamente le dió una de ellas, sí que tambien le nombró catedrático de teología con general aplauso porqué se consideró que era un acto de rigurosa justicia. D. Martin de Ayala sucesor de D. Francisco de Navarra en el arzobispado de Valencia le mandó formar las actas del concilio provincial celebrado en el año 1565, y el venerable señor patriarca D. Juan de Ribera ademas de haberle nombrado examinador sinodal en el sínodo que se celebró en el año 1584 volvió á rectificarle en el mismo cargo en los de los años 1592 y 1594; nombróle tambien vice canciller de la universidad, y desempeñaba Ferruz estos cargos con admirable prudencia y sabiduría cuando le sorprendió la muerte en 20 ó 21 de Diciembre del año 1594. Pronunció su oracion fúnebre en latin en el teatro de la universidad el Dr. D. Baltasar Zapata, Valencia, 1596, y el insigne Vicente Mariner le elogió como á poeta en estos versos:

« Lingüis ecce tribus Ferruzius emicat ingens
« Virtute, ingenio, pectore, mente, manu.

« Sacra dedit nimium redolentia carmina divos ,
« Et quasi de Cælis lapsa fuisse putes.
« Hic plenum exhausit Phæbi divinitus amnem
« Et Musas duxit pectore sæpè novem.
« Cultus erat sermo , vox mira , et candidus ordo ,
« Et quidquid fecit constitit omne sacrum.
« Hic et Aristotelem , Thoman et percalluit altum ,
« Hebraico , et græco contulit hic Latium.
« Omnia congessit divino consita sensu ,
« Et versu Cælis semper ubique placet. »

Fuster en su *Biblioteca Valenciana* nos advierte que Ferruz fué tambien catedrático de Súmulas , nombrado en 18 de Agosto de 1541 , y el primero que las leyó por el texto de Aristóteles. Que el mismo Ferruz fué el que en el púlpito de la catedral de Valencia publicó las actas de los sínodos , y que es muy digno de notarse lo que de este autor escribe su coetáneo Lorenzo Palmireno en su *Retórica* , impresa en Valencia , en 1567 , part. 1.ª , pág. 58 y pág. 40 de la edicion de 1564 , trasladándole en los términos siguientes : « Annus agebatur 1541 quando Jacobus Ferruzius, relicta Lutetia Pari-
« siorum , in templo maximo Valentino splendida disputatione theologicas
« scholas , seu ut vulgus vocat , conclusiones defendebat. Conabantur so-
« phistæ acres et arguti hominem evertere ; sed illius responsionibus elin-
« gues fiebant. Quod animadvertens Ferdinandus Calabriæ dux , qui tum
« aderat, oravit Ferruzium , ut relicta tantisper theologia , dialecticam Aris-
« totelis interpretaretur : Cum id libenter pollicitus esset , sophistæ odio
« Vatiniano prosequi eum cœperunt. Nobiles tamen cum omni populo ip-
« sum studiosissime complexi sunt ... Piget , pudetque referre , quanta tum
« omnium bonarum artium ignoratio Academiam Valent. obsessam teneret ;
« quantis tenebris misera circumfussa ac penè dicam , sepulta esset. Hujus
« tamen adventu , tanquam aureo sole , illustrata conspicitur , nihil ad
« encyclopædiæ cognitionem desiderat.... Dialectica vero , si unquam alias ,
« expurgata nitet , et ab eruditissimis in summo splendore conservatur. »
Nos cita igualmente lo que dice Fr. Diego Mas en sus *Notæ miscellaneæ* :
« E Lutetia Valentiam rediens humaniores litteras Aristotelicam philoso-
« phiam et Sacras Litteras tanta ingenii ubertate et felicitate plusquam per
« quinquaginta annos ita docuit , ut merito harum litterarum et bonarum
« artium reparator ab omnibus judicari debeat. » Jayme Ferruz escribió las obras siguientes : 1.ª : *Jacobi Ferruzii valentini doctoris theologi oratio in festo Assumptionis Sacræ Dei genetricis Mariæ ad Patres , habita in concilio tridentino* , Venecia , imprenta Grasusiana , 1551 , en 4.º. El P. Felipe Labbé la insertó en el tomo XIV de su *Collectionis Magn. concil.* , pág. 1963 , y

por último se reimprimió en la obra titulada : *Hispanorum orationes in concilio tridentino habitæ*, Madrid, imprenta de Francisco Javier García, 1768. Esta oracion bastaria por sí sola para dar renombre y fama al escritor valenciano. Su estilo es á la vez sencillo y elevado; sencillo, porqué se deja comprehender fácilmente de cuantos poséen el idioma del Lacio; elevado, porqué es digno del elevado objeto que su autor se propuso por tema. 2.°: *Acta concilii valentini celebrati ab illustrissimo Domino archiepiscopo valentino D. Martino de Ayala anno 1565*, Valencia, por Juan Mey, 1566, en 8.°. Ximeno en sus *Escritores del reino de Valencia* supone que Ferruz es autor de los *Himnos de los dos Vicentes, mártir y Ferrer, de la sangre de Cristo, y Ángel custodio*, y añade que éstos, juntamente con sus *Oficios*, fueron aprobados para el arzobispado de Valencia por la santidad de Gregorio XIII y de órden del venerable señor patriarca Ribera, los mismos que se imprimieron en Valencia, por Juan Alberto, 1589, en 8.°, y de los cuales se han hecho innumerables ediciones; y á estos *Himnos*, concluye, parece que alude Vicente Mariner en sus *Versos*; y si bien el canónigo Ortí en sus *Memorias históricas*, pág. 232, omite los de S. Vicente, pero Ximeno los atribuye á Ferruz por la semejanza de estilo. Fuster, sin embargo, en su *Biblioteca Valenciana* observa que los *Himnos* de S. Vicente Ferrer son los que compuso el reverendísimo Fr. Marcial Auribelli, como podrá verse si se cotejan, y tan solo mudó una que otra palabra. Tampoco fué autor, segun expresion del mismo Fuster, de los de la *sangre*. Y concluye que aunque á lo último del núm. 3 cita Ximeno al canónigo Ortí, éste no afirma que los *Versos* de S. Vicente mártir sean de Ferruz. No son suyos, dice, sino de Prudencio, segun se desprende de sus obras, pág. 59, del Martirologio romano dia 22 de Enero y de la Biblioteca de los antiguos Padres, tomo V, pág. 1018, col. 2.°.—G.

FERRY (Juan Bautista) sacerdote de la sociedad literaria militar. Nació en Besánzon por los años de 1696; abrazó el estado eclesiástico, y murió en 1756 á la edad de unos sesenta años. Era canónigo prebendado de la iglesia de Sta. Magdalena de la misma ciudad, y escribió varios *Libros eclesiásticos* para que sirviesen de texto en su diócesis de Besánzon.—J.

FERRY (Andres) religioso mínimo, geómetra y matemático, miembro de la academia de Amiens y de algunas otras sociedades célebres. Nació en Réims, estudió con aprovechamiento, vistió el hábito de mínimo, y murió en 5 de Setiembre de 1773 de edad de unos 59 años. Este religioso fué el que dió el plan de la máquina hidráulica destinada á las fuentes de la ciudad de Réims, de las cuales el célebre abate Pluche habia concebido la idea mandada ejecutar despues por el canónigo Godinot y á sus costas en 1747. El P. Ferry dirigió la construccion de esta máquina que es de una sencillez sor-

prehendente y que excitó la admiracion de cuantos la han visto. Las ciudades de Amiens y de Dole deben al mismo Ferry las aguas que abastecen ámbas ciudades. Compuso al propio tiempo varias *Memorias* sobre el establecimiento de fuentes públicas en las mismas ciudades, cuyas *Memorias* se imprimieron la una en Amiens en 1749, en 4.°, y la otra en Dole, 1750, en 4.°. En 1748 dió el *Plan de las escuelas de matemáticas y de dibujo* de Réims, y lo dirigió á los señores de la academia de Paris. Ferry debió á sus grandes conocimientos el empleo de primer profesor de estas escuelas que se establecieron en 1749. Ademas de las *Memorias* que hemos indicado dejó otras varias obras, y entre ellas un *Poema* latino en elogio de madama de Tencin. La *Disertacion* sobre el proyecto de proporcionar aguas á la ciudad de Réims, impresa en dicha ciudad por Bartolomé Multeau en 1747, en 4.°, acompañada de un plano, y que segun parece es tambien de Ferry, merece ser leida con atencion é interes.—U.

FERTÉ (Emerico Márcos de la) obispo de Mans. Era hijo de un consejero del tribunal de contribuciones de Ruan. Aprovechando su padre de sus bellas disposiciones le colocó bajo la direccion de sabios maestros, quienes se dieron el parabien de haber encontrado un discípulo tan aventajado; pues que á la edad de diez y seis años recibió ya el grado de bachiller en la Sorbona; y habiendo abrazado el estado eclesiástico á los veinte y uno, obtuvo un canonicato en la iglesia metropolitana de su ciudad natal. Disfrutaba de tan buen concepto que el clero le nombró diputado para presidir en los estados de la Normandía, y al propio tiempo le encargó la honorífica comision de presentar las actas de la provincia al rey de Francia Luis XIII; cuyos cargos desempeñó á entera satisfaccion del distinguido cuerpo que lo habia nombrado. En el acto de su presentacion ante el Monarca pronunció un bello discurso, y luego despues otro en presencia del cardenal de Richelieu, quien quedó prendado al observar tanta sabiduría en un jóven de tan pocos años. El resultado fué que no tardaron en darle el empleo de limosnero; por cuyo motivo se vió obligado á tomar órdenes sagradas, siendo digno de notarse que cuando recibió la del sacerdocio el mismo Rey quiso asistir en su primera misa, recibiendo de sus manos la sagrada Comunion. Este príncipe se complacia en oir con frecuencia sus sermones, que podian en aquellos tiempos servir de buenos modelos de oratoria sagrada. En 1635 Ferté fué enviado con el cardenal de Leon de Francia á Urbano VIII, quien apénas le conoció le estimó: extendiéndose desde luego su nombradía por toda la capital del mundo cristiano. Algun tiempo despues, á su regreso, fué elegido por S. M. para pasar á Sedan á recibir un nuevo juramento de fidelidad al conde de Soissons, quien quedando igualmente prendado de las bellas circunstancias de Ferté dió las gracias al Monarca por haberle enviado un eclesiástico tan

distinguido por sus bellas prendas. Ferté alcanzó en esta última comision la gloria de haber confundido al ministro Moulin que era el mas estimado de los calvinistas, como lo atestiguó el conde de Soissons en la carta que dirigió á S. M. en elogio del célebre canónigo. Estaba éste muy léjos de pretender ó de aspirar á las primeras dignidades de la Iglesia, cuando el Rey de su propia voluntad le nombró para el obispado de Mans. En el momento en que el nuevo prelado se presentó al Monarca para darle las gracias, éste rodeado de toda la córte se adelantó, y alargándole la mano le dijo estas bellas y significativas palabras: «Á mí, obispo de Mans, me toca daros las mas expresivas gracias por haber puesto á cubierto mi conciencia con la sola consideracion de haber elegido un hombre de bien y capaz de gobernar esta gran provincia.» El mismo Papa atestiguó la grande alegría que sentia su alma al ver á Ferté elevado á la dignidad episcopal, como se lo mostró el nuncio en el acto de pasar á cumplimentarle en nombre de Su Santidad. Fué nombrado Ferté para el obispado de Mans en 1637, y en 1639 recibió las bulas; motivando esta tardanza ciertas causas que habian suspendido entónces en Roma los negociados de Francia. Nueve años estuvo Ferté en su diócesis, y estos nueve años lo fueron de felicidad para sus diocesanos, que reconocieron en el obispo las calidades de un excelente prelado, solícito en el pasto espiritual de sus ovejas, compasivo con los desgraciados, amigo de los pobres: en una palabra, excelente padre, consagró enteramente su vida á la práctica constante de todas estas virtudes. Murió de un tabardillo en 1648, y su cuerpo quedó expuesto durante ocho dias en la capilla episcopal en donde asistieron todos los colegios, todas las comunidades y todos los parroquianos á rogar por el descanso de su alma en las misas solemnes que allí se celebraron. Hiciéronsele los funerales con la mayor pompa en 16 de Mayo, y su cuerpo fué sepultado en el coro de la Santa Iglesia.—O. R.

FERTÉ (Luis de la) hermano del célebre duque y general de este apellido; pero así como éste se distinguió en la carrera de las armas, Luis buscando una vida mas tranquila la halló en la Compañía de Jesus, donde fué un modelo de piedad y de ciencia. Feliz en los estudios y feliz tambien en la enseñanza, supo penetrarse perfectamente del espíritu de su Órden; pero sobre todo, donde se adquirió mas celebridad fué en la cátedra del Espíritu Santo ostentando con frecuencia el caudal de doctrina que habia adquirido en la lectura de las Santas Letras. Este jesuita, que habia nacido en Paris en 1659, entró en la religion en 1677, y murió en La Feche en 1732 de edad de setenta y cuatro años, legando á la posteridad la memoria de una vida laboriosa y de una bondad extraordinaria.—U.

FERUS (Jorge) jesuita. Nació en Teyn, en la Bohemia, en 1585; fué admitido en la sociedad á la edad de diez y siete años, y habiendo concluido el

noviciado siguió los cursos de filosofía y teología con particular distincion; de modo que sus superiores le emplearon desde luego en la enseñanza de humanidades y de la filosofía en diferentes colegios. Se entregó despues al ejercicio de la predicacion con feliz éxito, y por espacio de veinte años se hizo sentir con universal aplauso en la cátedra del Espíritu Santo en diferentes ciudades de la Bohemia. Su extraordinario celo por la fe le impulsó para la composicion y traduccion de varias obras en idioma del pais. La mayor parte de ellas son ascéticas, y su catálogo se halla insertado en la *Biblioteca* de Sotwel, pág. 287 y siguientes. El P. Ferus murió en Brezniz, en 21 de Enero de 1655, á la edad de setenta años. Entre las obras que tradujo citarémos: 1.°: el *Martirologio romano*. 2.°: *La Historia de la santa casa de Loreto*, por Turselino. Muchos *Tratados* de Drexélius y el de la *Presencia de Dios* de Nieremberg. Las demas producciones del P. Ferus han caido en el olvido, y por lo mismo no citarémos mas que la titulada: *Gramática de la lengua bohemiana*, Praga, 1642, en 8.°: obra útil y al propio tiempo rara.—J.

FERVEHAN (Nicolas) inglés, sabio del siglo XIII. Habiendo estudiado en la universidad de Oxford, recorrió la Francia y la Italia, siendo su principal objeto visitar las universidades de Paris y de Bolonia. Dedicóse á la medicina, y llegó á ser uno de los mejores médicos de su tiempo. Emprendió despues el estudio de las Sagradas Letras, y salió tan aventajado que habiendo abandonado su primitiva profesion y abrazado el estado eclesiástico fué elevado á la sede de Chéster y transferido á la de Durham. Mateo de Paris y Mateo de Westminster le han prodigado sus elogios. Se dice que murió hácia al año 1241, bajo el reinado de Enrique III de Inglaterra. Hablan ademas de él Leland, Balæus y Pitséus, y se le atribuyen varias obras entre las cuales se citan: *De Viribus herbarum* y *Medicina práctica*, etc.—O. A. R.

FESAYO (Filiberto) carmelita calzado. Fué patria de este insigne religioso la ciudad de Aviñon, en Francia. Siguiendo las huellas de su hermano el eruditisimo Fr. Juan Bautista Fesayo, abrazó la religion carmelitana calzada, que pudo gloriarse de acoger en su seno un hijo tan ilustre. Desde luego hizo Filiberto rápidos y admirables progresos en las ciencias, valiéndole su aplicacion y talento la estimacion y respeto de sus maestros y condiscípulos. Habiendo alcanzado el grado de doctor en teología en la universidad de Áix, fué nombrado profesor regio de filosofía y teología, teniendo el honor de contar entre sus alumnos de filosofía en los años 1605 y los dos siguientes al célebre Pedro Gassendo. Fué prior en varios conventos de su Órden y tres veces provincial, desempeñando todos estos cargos con admirable tino y prudencia. Varon de pequeña estatura, pero de ingenio grande, no contento con dedicarse á las ciencias graves, cultivó tambien la poesía; siendo á este

noble arte sumamente aficionado. Amantísimo de la observancia regular, fué el restaurador del convento carmelitano de Áix, en el cual estableció una gran biblioteca, la que enriqueció y adornó con un sin número de obras escogidas, no escaseando gasto ni diligencia alguna. Agobiado por los años murió por fin en la misma ciudad de Áix en 18 de Abril del año 1649. Sus escritos son los que siguen: 1.°: *Elegia latina de morte maxime pià Illustr. et Nobilissimi D. D. Joannis de la Ceppede, Domini loci Aquilatarum, Equitis et Consistorii Regii Consiliarii, ac in supremo Aquensi Rationum, Vectigalium et subsidiorum senatu Proto-Presidis equissimi*, Áix, Juan Tolosano, 1623, en folio. 2.°: *Hymnus Sapphicus in laudem S. Andreæ corsini, carmelitæ Episcopi Fesulani.* 3.°: *De Mysterio Incarnationis in communi, cui annectitur in fine catalogus auctorum, qui in eo citantur:* opúsculo impreso en Áix por Estévan David, 1641, en 4.°. 4.°: *Duplex privilegium sacri scapularis ordinis et confraternitatis gloriosæ Virginis Mariæ de Monte-Carmelo*, Áix, por Estévan Durand, 1645, en 8.°. Tenia preparados ademas varios opúsculos *De Mysterio Incarnationis in particulari, secundum mentem Divi Thomæ.*—S.

FESCH (José) cardenal, tio de Napoleon. Entre los desahogos que daba el ex-Emperador á su abatido espíritu en su cautiverio de Sta. Elena, exclamaba con amargura: «Es muy cierto que he sido poco secundado de los mios, y que estos han perjudicado mucho á mí y á la grande causa. Muchas veces se ha ponderado la fuerza de mi carácter; pero yo he sido una gallina mojada, sobre todo para los mios, y bien lo sabian ellos. Dada la primera hocicada, su perseverancia, su obstinacion prevalecian siempre, y cansado ya de luchar con ellos, han hecho de mí todo lo que han querido.» Estas palabras no se dirigian sin duda al cardenal Fesch, porqué el tio de Napoleon nunca tomó parte alguna en estas disensiones de familia. Muy al contrario, cuando alguna nube de discordia obscurecia las interioridades de la casa imperial, él intervenia para restablecer la calma. El cardenal llenó constantemente el papel de mediador y de conciliador. Una sola vez, como veremos luego, se puso en oposicion con el Emperador; pero esto fué porqué se vió obligado á ello en su calidad de ministro de la religion y por deber de conciencia. Se han elogiado la extremada bondad de corazon, la inagotable beneficencia y la munificencia artística del cardenal; pero hay otro mérito aun que debe hacer recomendable su memoria, y es el no haberse nunca abandonado á aquel espíritu de dominacion temporal de que por desgracia se manifiestan á veces poseidos los miembros del alto clero. En ninguna circunstancia se le vió mezclado en los negocios políticos; y aunque su parentesco con Napoleon y su posicion influyente en el seno de la familia imperial eran muy capaces para que naciesen en su corazon ambiciosas tentativas;

con todo, el prelado supo resistir á ellas, encerrándose constantemente á la sombra del santuario. El cardenal Fesch es ciertamente uno de los bellos caractéres de la época; y es muy justo reconocer sus mo lestas calidades al traves del brillo que le rodeaba. Nació en Ayaccio en 3 de Febrero de 1756: era hermano uterino de Leticia Ramolino, madre de Napoleon, é hijo de un oficial suizo al servicio de la Francia. Consagrado desde su infancia al estado eclesiástico, hizo sus estudios en el seminario de Áix, y fué arcediano de la catedral de Ayaccio: bien que estaba aun en la Provenza en la época en que fueron convocados los estados generales. Algun biógrafo suyo ha indicado que en los primeros años de su juventud se habia declarado partidario de los principios de la revolucion francesa; pero la conducta que observó en toda su vida, ó desmiente esta asercion, ó manifiesta á lo ménos que aquello no fué mas que un entusiasmo pasajero, cual se ha visto en algunos hombres, alucinados al principio por las seductoras máximas de la revolucion, pero muy presto desengañados de sus mentirosas promesas. El obispo constitucional Guasco le eligió por su vicario general. Cuando la insurreccion de la Córcega contra la Francia, en 1793, tuvo apénas tiempo para refugiarse con su hermana, madama Leticia, y dos de los hijos mas jóvenes de esta última, Gerónimo y Carolina, en la casa de un amigo de su familia llamado Braccini, que les dió hospitalidad. Así fué como lograron escapar del partido paolista, que se encarnizaba en perseguirlos. Pocos dias despues Napoleon llegó de Calvi, donde se habian retirado los partidarios de la Francia junto con el representante del pueblo Lacombe-Saint-Michel. Él venia á salvar su familia, que sabia estaba expuesta á los mas inminentes peligros, con la cual se embarcó para Marsella. Declarada entónces la persecucion contra el clero durante el reinado del terror, no le llevó al tio de Napoleon á renunciar el estado eclesiásticó; pero le decidió á dejar el hábito clerical y le obligó á buscar un refugio en el ejército del general Montesquieu, en el cual obtuvo un modesto destino en el ramo de víveres, en Saboya. En 1796 su sobrino revestido del mando general de las tropas en Italia le hizo nombrar comisario de guerra. Bien que llenando sus funciones con una regularidad y una probidad que no dieron nunca lugar á la menor sospecha, Fesch realizó beneficios asaz considerables. Desde entónces empezó á hacer el mas noble uso de su fortuna: miéntras que el general Buonaparte partia para la expedicion de Egipto, volvió á Córcega, y se ocupó en proporcionar á su patria las luces y los beneficios de la civilizacion. Fundó escuelas, abrió caminos, hizo desmontar y reducir á cultura al estilo del Continente las vastas propiedades nacionales de que se habia constituido comprador. Obligado por segunda vez á dejar la Córcega á consecuencia de los levantamientos contra la Francia, fué á establecerse en Paris, en donde se entregó á su natural aficion á las

artes, y se dedicó á reunir colecciones de cuadros: obra que no abandonó hasta su muerte. Hay una circunstancia poco conocida, y es que Napoleon, que desde el tiempo del consulado soñaba ya en coronas para los miembros de su familia, propuso á su tio el hacerle nombrar gran duque de Báden. Éste declaró, que habiéndose consagrado al sacerdocio consideraba este carácter como indeleble, y sacrificó sin repugnancia el manto ducal á la sotana. Despues del concordato de 1801, en cuya conclusion tuvo no pequeña parte, fué desde luego nombrado arzobispo de Lyon, despues embajador cerca la Santa Sede, y despues cardenal en 25 de Febrero de 1803. Á poco de haber sido elevado al cardenalato, acompañó al Papa en su viaje á Paris y asistió á la coronacion del Emperador. En la víspera de aquella espléndida ceremonia, el cardenal Fesch, cuya conciencia timorata habia concebido algun escrúpulo acerca de la validez religiosa del precedente matrimonio de Napoleon y de Josefina, consagrado por un sacerdote injuramentado, pero sin la autorizacion del cura de la parroquia, persuadió á los dos esposos que se dejasen casar de nuevo por él, á puerta cerrada, en cuanto fuese necesario. Ántes de este viaje del cardenal á Paris, el vizconde de Chateaubriand en sus *Memorias póstumas*, tomo IV, hace mencion del palacio de dicho cardenal, que habia alquilado muy cerca del Tiber, que era el palacio Lancelotti, del cual dice lo siguiente: «Diósenos el piso mas alto del palacio: al entrar, tantas pulgas me saltaron á las piernas, que mi pantalon blanco quedó enteramente negro. El abate de Bonnevie é yo hicimos limpiar lo mejor posible nuestra morada. Yo me creia haber tornado á mis guardillas de New Koad: este recuerdo de mi pobreza no me disgustaba. Establecido en este gabinete diplomático, comenzaba á dar pasaportes y á ocuparme en funciones igualmente importantes. Mi letra era un obstáculo á mis conocimientos, y el cardenal Fesch se encogia de hombros cada vez que veia mi firma.» Entónces el vizconde se hallaba de embajador en Roma por la primera vez. En 1805, Fesch fué nombrado gran limosnero, gran cordon de la legion de honor, y recibió tambien del rey de España la órden del Toison de oro. En 1806 el príncipe-primado le nombró su coadjutor y sucesor, y siendo miembro ya del senado, Napoleon le hizo el ofrecimiento de nombrarle arzobispo de Paris. Mas entónces Napoleon no estaba de acuerdo con la Santa Sede en punto á negocios eclesiásticos. El cardenal Fesch, que no transigia jamas con lo que él consideraba de su deber como sacerdote, se denegó á aceptar esta alta dignidad de manos del Emperador. Aun hizo mas: elegido presidente del concilio de Paris en 28 de Febrero de 1810, se levantó con energía en aquella asamblea contra las miras del jefe del Imperio, y reprobó altamente las medidas que la política le dictaba contra el Papa. Esta conducta produjo violentas discusiones entre el tio y el sobrino. Un dia Napoleon,

apurado hasta al extremo, exclamó que al fin sabria forzar al cardenal á que obedeciese.—« Pues bien, respondió el prelado: ¿quién contraresta vuestro poder?; la fuerza no es la razon: pues si yo tengo razon, todo vuestro poder no hará que no la tenga. Ademas, ya sabe V. M. que yo no temo ni el martirio.—¡El martirio! replicó Napoleon, pasando de la violencia á la sonrisa, ¡oh! no conteis con él, señor cardenal; este es un negocio en que han de ser dos, y en cuanto á mí, no quiero martirizar á nadie.» Estas querellas tomaron un carácter aun mas grave hácia la fin de 1811. Desde aquella época meditaba Napoleon su gigantesca expedicion de Rusia. Refiere el conde de Segur que el cardenal Fesch, extraño hasta entónces á la política, se mezcló en las controversias del momento: conjuró á Napoleon que no se atreviese á atacar así á los hombres, á los elementos, á las religiones, á la tierra y al cielo á la vez, y al fin le manifestó sus temores de verle sucumbir bajo el peso de tantos enemigos. Por toda respuesta á este vivo ataque, el Emperador le tomó por la mano, le llevó hasta la ventana, se la abrió y le dijo: «¿Veis allí arriba aquella estrella?—No, Señor.—Mirad bien.—Señor, no la veo.—Pues bien, yo sí que la veo: es la mia!» exclamó Napoleon. El cardenal sobrecogido de pasmo calló, persuadido de que no habia voz humana bastante fuerte para hacerse oir de una ambicion tan colosal, que llegaba ya hasta los cielos. El descontento de Napoleon llegó al último punto; y sin embargo, acreditó el suceso que los presentimientos del cardenal no carecian de fundamento. En efecto, los elementos lucharon por los hombres: el fuego y el hielo, como guiados por la mano de la Providencia y por el impulso del mas patriótico entusiasmo, pelearon contra el ejército mas formidable que quizas vieron los siglos, y las llamas de Moscou fueron como el dedo visible de Dios que hizo temblar y retroceder estremecido á ese conquistador temerario. Fesch fué relegado otra vez al arzobispado de Lyon, y Napoleon revocó el consentimiento que habia dado para arreglar los negocios con el príncipe privado, que transportó al príncipe Eugenio Beauharnáis vice-rey de Italia, bajo el nombre de gran duque de Francfort. Esta especie de desgracia duraba aun en 1814. Estando amenazada Lyon por las tropas austríacas, el cardenal Fesch siguió á las autoridades hasta Roanne, y se retiró despues á una comunidad de religiosas que habia fundado en Pardines. Aunque desterrado en su diócesis de Lyon en castigo de sus resistencias ultramontanas, no por esto permaneció ocioso en su instinto generoso de hacer bien: fundó numerosos establecimientos de beneficencia; y en prueba de lo que dijimos al principio acerca de sus sentimientos anti-revolucionarios, que ó bien le dominaron siempre, ó si los tuvo opuestos alguna vez, fueron una llamarada transitoria de su primera juventud, los mismos que quisieron suponerle adicto siempre á estos últimos, se ven obligados á

confesar con sentimiento y á pesar suyo, que el cardenal Fesch fué el primero que introdujo los jesuitas en Francia bajo el nombre de Padres de la fe. Y para cohonestar este proceder, y no pudiendo hacerlo compatible con los principios que quieren atribuirle, suponen que en esta ocasion su conciencia religiosa fué sorprendida, y que él se habia manifestado siempre opuesto á la tan célebre Compañía. Los que conozcan la fuerza de carácter del cardenal, su conocimiento del mundo, y todas las circunstancias por las que habia pasado, decidirán si es admisible en buena lógica la suposicion de una sorpresa en aquella sazon. Mas ya que no se puede negar un hecho histórico y reconocido, se procura desvirtuar y torcer en el sentido favorable á la pasion que domina. Nosotros recordamos con gusto este hecho que revela, con otros muchos, los verdaderos sentimientos del cardenal prelado. Los reveses de 1814 dispertaron con todo sus afecciones de familia, así como el ardor de su patriotismo. Apresuróse á correr al lado del Emperador; pero fulminado con un decreto de destierro, se refugió á los Estados Pontificios, y fué muy bien acogido por el papa Pio VII. Roma es el grande refugio, la ciudad hospitalaria de todas las grandezas caidas, como si esas desgracias ilustres de la tierra no hallaran mejor amparo que asilarse junto á la cabeza y al centro de una religion siempre perseguida. Los acontecimientos del 20 de Marzo de 1815 le llamaron otra vez á Paris, en donde formó parte de la cámara de los pares de Napoleon; pero los famosos Cien-Dias no fueron mas que el renovado y postrer reflejo de aquella estrella que presto iba á eclipsarse. Despues de la segunda vuelta del Rey, desterrado de nuevo el cardenal, debió dejar la Francia para siempre. Vivió tranquilamente en Roma bajo la proteccion y en la benevolencia del gobierno pontifical, partiendo desde entónces su vida entre el cultivo de las artes, los deberes de la Religion, los recuerdos del Imperio y los cuidados que prodigaba á su muy querida hermana madama Leticia. Asegúrase que solicitado repetidas veces para que diese su dimision del arzobispado de Lyon se opuso constantemente á ello, y ni tampoco se manifestó dispuesto á admitir un coadjutor, para cuyo nombramiento se necesitaba que él consintiese. Y esta conducta debe sorprendernos poco, tratándose de un prelado que tuvo bastante firmeza para resistir á Napoleon en lo mas alto de su poder y atraerse voluntariamente el caer en su desgracia. Mas en aquel estado de cosas y sobre el año 1822 el señor abate de Ruan, que era poco ántes un simple seminarista, fué nombrado vicario general de aquella diócesis. Sabidas son las ideas que abrigaba Napoleon con respecto á la Iglesia; y de ellas se inferirá que no podian estar muy de acuerdo con los sentimientos del cardenal su tio, el cual se mostró siempre muy adicto á los derechos de la autoridad pontificia. He aquí estas ideas tales como las expone M. Alberto

Clerc, uno de los biógrafos que escribieron en la obra titulada: *El siglo de Napoleon*, ó sea *Galería de las ilustraciones del Imperio:* « El Papa, decia « á este propósito, (véase el *Memorial*) firmó el concordato de Fontaine- « bleau, á pesar de mis reveses de Moscou; ¿qué hubiera sido, pues, si yo « hubiese vuelto victorioso y triunfante? Yo hubiera por fin obtenido la tan « deseada separacion de lo espiritual y de lo temporal, cuya mezcla es tan « perjudicial á la santidad del primero, y causa tantas turbulencias á la « sociedad, en nombre y por la mano misma de aquel, que debe ser su « centro de armonía; y desde entónces, yo iba á exaltar al Papa fuera de « medida, y rodearle de pompas y de homenajes. Yo le hubiera llevado al « punto de no tener que sentir en nada la pérdida de su parte temporal; « yo habria hecho de él un ídolo, él hubiera permanecido cerca de mí. « París hubiera sido la capital del mundo cristiano, y yo hubiera dirigido el « mundo religioso lo mismo que el mundo político. Este era un nuevo medio « para unir mas estrechamente todas las partes federativas del Imperio, y « mantener en paz todo lo que quedaba fuera de ellas. Yo hubiera celebra- « do mis sesiones religiosas como mis sesiones legislativas: mis concilios « habrian sido la representacion de la cristiandad: los papas no hubieran « hecho mas que presidirlas. Yo habria abierto y cerrado las asambleas, « aprobado y publicado sus decisiones, como lo habian hecho Constantino « y Carlo Magno; y si á los emperadores se les habia escapado esta prima- « cía fué porqué cometieron la falta de dejar que residiesen léjos de ellos « los jefes espirituales, los cuales se aprovecharon de la debilidad de los « príncipes ó de la crísis de los acontecimientos para emanciparse de aque- « llos, y someterlos á su vez. » Véanse cuales eran las ideas de Napoleon con respecto á la libertad de la Iglesia, y considérese si podian tener eco en la opinion y sentimientos del sacerdote y del cardenal por poco que éste conservase la conciencia de su carácter y de su dignidad. En 1829, cuando el vizconde de Chateaubriand se hallaba por segunda vez embajador de Francia en Roma, mediaron entre él y el cardenal las relaciones que es muy curioso saber por relato del mismo vizconde. Cuando en el tomo IX de sus *Memorias póstumas* habla de sus relaciones con la familia Buonaparte, se expresa en estos términos: « Ahora inserto aquí mis relaciones como embajador con la familia de Buonaparte, á fin de disculpar á la Restaura- cion de una de esas calumnias que se le echan en cara sin cesar. En el des- tierro de los miembros de la familia imperial la Francia no obró sola: ella no hizo mas que obedecer á la dura necesidad impuesta por la fuerza de las armas; y los aliados son los que lo provocaron: pues convenios diplomáticos y tratados formales pronuncian el destierro de los Buonapartes, les prescri- ben hasta los lugares que deben habitar, y no permiten á un ministro ni á

un embajador de las cinco potencias librar solo un pasaporte á los parientes de Napoleon, porqué se exije el *visto bueno* de los otros cuatro ministros ó embajadores. ¡Tanto espantaba á los aliados esa sangre de Napoleon, aun cuando no corriera por sus propias venas! Á Dios gracias, nunca me he sujetado á estas medidas. En 1823 libré sin consultar á nadie, á pesar de los tratados y bajo mi propia responsabilidad, como ministro de negocios extranjeros un pasaporte á la condesa de Survilliers, que residia entónces en Brusélas, para venir á Paris á cuidar uno de sus parientes que estaba enfermo. Veinte veces pedí que se derogaran esas leyes de persecucion, y veinte veces dije á Luis XVIII que quisiera ver al duque de Reichstadt capitan de sus guardias, y la estatua de Napoleon repuesta en el vértice de la columna de la plaza de Vendome. Como ministro y como embajador he hecho todos los servicios que he podido á la familia Buonaparte, porqué yo entendí ampliamente la monarquía legítima de esta manera, á saber; que la libertad puede mirar la gloria de frente. Siendo embajador en Roma autorizé á mis secretarios y agregados para que se dejaran ver en el palacio de la duquesa de Saint-Leu, é hice que desapareciera la separacion entre franceses que conocieron igualmente la adversidad. Escribí al cardenal Fesch invitándole á unirse á los cardenales que debian reunirse en mi casa; le atestigüé mi sentimiento por las medidas políticas que se habian creido deber tomar; le recordé el tiempo en que habia formado parte de su mision al lado de la Santa Sede; y supliqué á mi antiguo embajador que honrara con su presencia el banquete de su antiguo secretario de embajada: por lo que, recibí esta contestacion llena de dignidad, discrecion y prevision: *Del palacio Falconieri, 4 de Mayo de 1829.*—« El cardenal Fesch está muy reconocido « á la atenta invitacion de Mr. de Chateaubriand; pero su posicion, á su « regreso á Roma, le aconsejó abandonar el mundo y llevar una vida enteramente separada de toda sociedad extraña á su familia. Las circunstancias que se sucedieron le probaron que tal partido era indispensable á su « tranquilidad; y no asegurándole los halagos del momento los disgustos del « porvenir, está obligado á no cambiar en nada su sistema de vida. El « cardenal Fesch suplica á Mr. de Chateaubriand, que esté en la íntima « conviccion de que nada iguala á su reconocimiento, y que con mucho « sentimiento no irá á la casa de S. E. con tanta frecuencia como hubiera « deseado. — El humildísimo etc., *Cardenal Fesch.* »—« La frase de esta esquela, continúa Chateaubriand, *no asegurándole los halagos del momento los disgustos del porvenir*, alude á la amenaza de Mr. de Blacas, que habia dado órden de echar escaleras abajo al cardenal Fesch, si se presentaba á la embajada de Francia: Mr. de Blacas olvidaba demasiado que no siempre habia sido tan gran señor. Yo que, en tanto que puedo, por mas que sea en

la actualidad, recuerdo sin cesar mi pasado, obré de otra manera con el arzobispo de Lyon; pues las pequeñas desavenencias que en otro tiempo existieron entre él y yo en Roma me obligaron á atenciones tanto mas respetuosas cuanto á mi vez estaba en el partido triunfante y él en el caido.» Estos sentimientos recíprocos de benevolencia honran por cierto á entrámbos personajes. El cardenal Fesch murió á principios de 1838, despues de una corta enfermedad. Él es el único de los parientes de Napoleon que haya manifestado afectuosos recuerdos á su tierra natal, y que se haya mostrado su benefactor: así es que su memoria es muy venerada en Córcega. Despues de haber colmado de beneficios aquel pais durante su vida, le concedió la parte mas considerable en sus munificencias testamentarias. Legó pues á la ciudad de Ayaccio: 1.°: todas sus propiedades urbanas y rústicas, con el cargo de aplicar sus rentas á la conservacion del vasto colegio fundado por él en 1826, así como á las dotaciones de sus profesores. 2.°: una coleccion de retratos y de bustos, representando los miembros de la familia Buonaparte, y ademas una magnífica estatua del primer cónsul; mil cuadros escogidos en sus galerías, y entre los cuales debian hallarse originales de cada escuela: la eleccion de estos cuadros se confiaba al director de la Academia francesa en Roma, asistido de dos profesores. 3.°: una suma de doscientos mil francos para la ereccion de una iglesia destinada á acoger sus cenizas y las de su hermana, madama-la-Madre, así como las de los demas miembros de la familia que deseasen ser en ella inhumados ó depositados. 4.°: su preciosa coleccion de grabados de lapislázuli, como y tambien los bellos libros y raros manuscritos de su biblioteca. Desgraciadamente, á consecuencia de la denegacion inexplicable hecha por el director de la Academia francesa en Roma de encargarse del escogimiento de los cuadros, y á consecuencia tambien de las cavilosidades y oposiciones judiciales promovidas por el legatario universal, el conde de Survilliers (el ex-rey José), las generosas disposiciones del cardenal Fesch han quedado en gran parte paralizadas; y la ciudad de Ayaccio no ha entrado realmente en posesion sino de un millar de volúmenes y de algunas docenas de cuadros de desecho. La Córcega y la Francia han quedado igualmente defraudadas de una magnífica coleccion de rarezas y de obras maestras del arte. Los restos mortales del cardenal y de la madre del Emperador reposan obscuramente en un monumento, sin una inscripcion siquiera, en un monasterio de mujeres en Corneto, pequeña poblacion de los estados de la Iglesia; á lo ménos así era en el año 1846. Tal vez ahora con el nuevo restablecimiento de la familia imperial en Francia se honre algo mas la memoria de aquellos personajes.—J. R. C.

FESSÉ ó Phessé. En el lib. I, cap. IV, de los Paralipómenos, que trata de nuevo de la posteridad de Judá y de Simeon y de los lugares donde moraron

los hijos de éste, los cuales acaban con el linaje de Cham y con los amalecitas, en el versículo 12, se cita á Fessé, hijo de Esthón.—J.

FESTA (Pedro Mártir) religioso del Órden de Sto. Domingo. Nació en Orzinuovi, en el Milanesado, y vivió á fines del siglo XVI y á principios del siguiente. Despues de haber sido profesor en Bolonia, fué nombrado inquisidor de aquella ciudad y prior en varias casas de su Órden. Se cree que murió hácia el año 1618 en atencion á que Tomas Marini corrigió su obra en el mismo año. Ésta consistia en un *Sumario* de las constituciones, declaraciones y reglamentos para el gobierno de la Órden. No se sabe la fecha de la impresion, y se cita de la misma una reimpresion en la expresada ciudad de Bolonia. Hallándose Festa de provincial en Lombardía publicó un *Sumario* de los reglamentos, de los capítulos generales y de los capítulos provinciales celebrados desde el concilio de Trento, cuya obra debia servir para uso de su Órden. Finalmente, hallándose de inquisidor mandó imprimir un reducido *Tratado* del modo de proceder en las causas del Santo Oficio. —U.

FESTO, diácono de la iglesia de Puzol, en Campaña; Desiderio, lector de la misma iglesia, socio diácono de la iglesia de Mesina; Próculo, diácono de la de Puzol, Eutíques y Acuzio (SS.) mártires. Sufrieron el martirio con S. Genaro. (Véase su artículo).—U.

FESTO (S.) mártir. (Véase Fuaro (S.).

FESULANO (Andres). Fué polaco de nacion, y en la misma abrazó primero el estado religioso entre los carmelitas de la antigua Observancia regular. Hizo la carrera de estudios acostumbrados, sobresaliendo tanto en ellos, que por su saber como tambien por su virtud mereció ser elevado á los mas altos honores y empleos de la Órden. Fué vicario general en Polonia y comisario general en Bohemia: cargos que ejerció por algunos años con singular prudencia y general aplauso. Deseoso empero de vida mas austera, despues de obtenido el competente permiso de los carmelitas calzados pasó á los descalzos el año 1629. Habitó mucho tiempo en la ciudad de Praga, donde confundiendo á los herejes con su lógica y sus discursos, y persuadiendo á los pecadores con la fuerza de sus exhortaciones y aun mas de sus ejemplos, logró atraer á la verdadera fe á muchos de los primeros y á verdadera penitencia un sin número de los segundos. Animado de un celo ferventísimo, era incansable en el trabajo, singularmente para promover la gloria de Dios y la salud espiritual de sus prójimos. Esclarecido por su piedad y por la fama de su erudicion y doctrina, exacto y fervoroso en el cumplimiento de todas sus obligaciones, aborrecedor de todos los vicios y cultivador ferviente de todas las virtudes, murió por fin en Polonia cerca del año 1651, despues de haber dado á luz una obrita titulada: *De Jubileo et indulgentiis tractatus*, impresa en Praga, en 1625, en 4.°.—S. J.

FESUR ó Pheshúr. En el capítulo II de Ésdras, en el número de los que volvieron del cautiverio de Babilonia á Jerusalem, llevando á su frente á Zorobabel, en el versículo 38, se citan los hijos de Fesur en número de mil doscientos cuarenta y siete.—G.

FETEÍA ó Pheteía. En el capítulo XXIV de los Paralipómenos, en el cual se trata de cuando David señaló veinte y cuatro clases de las familias de Eleazar y de Itamar para el ministerio del Señor, en el versículo 16, se lee que á Pheteía le tocó la décimanona.—U.

FETRUSIN ó Phetrusim. Citado en el libro X del Génesis, y del cual se dice que salieron los filisteos: fué hijo quinto de Mezraím. Pobló la comarca llamada Fatúres ó Phatúres ó Phetros en el Alto Egipto. Esta comarca es de la que hablan los profetas Jeremías XLIV, I, 15, y Ezequiel XXIX, 14, XXX.—O.

FEU-ARDENT (Francisco) célebre franciscano y uno de los que mas figuraron en la época en que las herejías de Lutero y de Calvino vinieron á turbar el reposo de la Iglesia católica. Nació en Coutances en el mes de Diciembre del año 1539 (1). Principió sus estudios en Bayeux, y á pesar de que era sucesor de un rico patrimonio, todo lo renunció, prefiriendo la pobreza religiosa á las vanidades del mundo; y por lo mismo abrazó el Órden del seráfico P. S. Francisco. Enviáronle sus superiores á Paris para perfeccionar sus estudios en aquella universidad, y allí recibió el grado de doctor en 15 de Mayo de 1576. Disfrutaba de la fama de sabio, y en efecto lo era en la época en que floreció. Versadísimo en la oratoria, en la teología, en las Santas Escrituras y en los Padres, se entregó con fruto al ministerio de la predicacion y á la controversia. Lutero y Calvino con sus depravadas máximas habian llegado ya á conmover el órden social: la Francia en desórden necesitaba hombres ilustres que trabajasen incesantemente para reconquistar el terreno que la fatalidad puso en manos de los partidarios de los heresiarcas; necesitaba de varones ilustres que sostuvieran la pureza de la fe y el imperio de las leyes establecidas á costa de mil fatigas y trabajos por el cristianismo. Los novadores querian destruirlo todo de una vez, y era necesario por fin que la Religion opusiera un dique impenetrable á sus tentativas y á su audacia. El P. Feu-ardent fué uno de estos varones que la Francia necesitaba: predicó y escribió contra los errores que habian cundido ya por desgracia en muchos puntos, y desplegó un celo digno de su amor á la fe. El protestante Daille dice, que su comportamiento correspondia

(1) Moreri y Bayle dicen que nació Feu-ardent en 1541; pero en una carta escrita en 28 de Noviembre de 1602 dice el mismo Feu-ardent á Antonio Possevino que en el mes de Diciembre próximo cumplirá los sesenta y tres años de edad, y esto comprueba que nació en 1539.

perfectamente á la significacion de su nombre, esto es; que era un *fuego ardiente* que todo lo abrasaba. Llámanle sus enemigos apasionado, intolerante, fanático, fogoso, partidario acérrimo de la furibunda liga, y que entregándose sin reserva á sus miras se le representaba en su imaginacion como una confederacion santa y como la causa de la Religion; que predicó contra Enrique III y Enrique IV, y que para ello se valió de las declamaciones mas virulentas. Bayle harto conocido por sus doctrinas añade que Feu-ardent, cuando observaba que el jefe de la liga hacia alguna cosa que pudiese perjudicar á los rebeldes, que es como él les llama, no perdonaba medio para estorbárselo; y concluyen sus detractores que con la edad se amortiguó su excesivo celo, que se apartó de la guerra, y que si ha de darse crédito á las *Memorias de l' Etoile*, en sus últimos años fué amigo tan ardiente de la concordia, como lo habia sido de la discordia. Tal es la pintura que hacen de este célebre franciscano Daille, Bayle y Lecuy; sin observar que sus mismas diatrivas se convierten en verdaderas apologias del varon que supo sostener con la energía que exigian las circunstancias el sagrado depósito de la fe. Pudo cuando jóven entregarse de buena fe al colmo de la exaltacion; pero que sus intenciones eran puras, eran rectas, y que todas se dirigian á un mismo fin, esto es, á la defensa de la Iglesia católica, sus mismos adversarios lo confiesan, y no se necesitan de otras pruebas para rechazar sus dichos aventurados é inexactos. Feu-ardent disfrutaba de la confianza de sus cofrades, quienes le confiaron el gobierno de varios conventos hallándose en 1579 de guardian en el de Bayeux. Murió este sabio religioso en Paris en 1.° de Enero de 1610 de edad de setenta y un años, y fué sepultado en medio del coro del convento de franciscanos, donde se leia su epitafio. Habia atacado varias veces y con ventaja á los calvinistas, quienes cuando no querian darse por convencidos eludian la cuestion con dicterios y amenazas suponiendo agresor al que trataba de convencerles. Las principales obras que publicó son: 1.ª: *B. Hildephonsi archiep. Toletani de virginitate Mariæ liber, manuscripti cujusdam veteris codicis collatione emendatus*, etc., Paris, 1576, en 8.°, con un largo prefacio contra los herejes de entónces. 2.ª: *Sancti Irenæi Lugdunensis episcopi adversus Valentini et similium hæreticorum hæreses libri quinque*, Paris, 1576, en folio. Habiendo revisto Feu-ardent la obra de S. Ireneo en un antiguo manuscrito, la aumentó con cinco capítulos que encontró en este manuscrito despues del libro VIII, adornándola con notas, muchas de ellas útiles é importantes, bien que demasiado numerosas. En una de estas notas cometió una falta que despues corrigió el jesuita Suárez. Feu-ardent habia citado á favor de la Inmaculada Concepcion un pasaje que parecia decisivo atribuido á S. Cirilo de Alejandria. Este pasaje pertenecia á José Clichtove, quien intentó llenar con él un vacío que se encontraba en las

obras de S. Ireneo. La correccion de Suárez no sentó muy bien al franciscano, quien le echó en cara un gran número de faltas la mayor parte de ellas de imprenta. De la obra de Feu-ardent hay otra edicion de Colonia, 1696, que es mucho mejor que la primera, porqué contiene los pasajes griegos que se encuentran en S. Epifanio y en otros autores antiguos. Esta obra ha sido reimpresa muchisimas veces. 3.ª: *Michaelis Pselli dialogus de energiâ seu operatione dœmonum, translatus á Petro Morello*, Paris, 1577, en 8.°. Feu-ardent la adornó con un prefacio en el cual compara á los herejes de su tiempo con los demonios y los mágicos. 4.ª: *Appendix ad libros Alphonsi á Castro, contra hœreses, in tres libros distributa*, Paris, 1578, en folio. Feu-ardent refuta las herejías cometidas por el autor. 5.ª: *Divinos opúsculos, ó ejercicios espirituales de S. Efrem, con un sermon de S. Cirilo de Alejandría y de la salida del alma del cuerpo humano, y ademas una respuesta á las cuestiones de un calvinista relativas á la Virginidad de la Madre de Dios*, Paris, 1579. 6.ª: *Censura orientalis ecclesiæ de præcipuis nostri sæculi hœreticorum dogmatibus.... post editionem primam diligenter recognita et à mendis purgata, etiam notis marginum illustrata, per Fr. Feu-ardentium franciscanum*, Paris, 1584. 7.ª: *Primera semana de los diálogos en los cuales se examinan y refutan ciento setenta y cuatro errores de los calvinistas*, Paris, 1585, en 8.°. Feu-ardent despues de haber compuesto esta obra en frances la tradujo al latin. 8.ª: *Segunda semana de los diálogos en los cuales entre un doctor católico y un ministro calvinista se examinan y refutan igualmente cuatrocientos sesenta y cinco errores de los herejes*, Paris, 1598, en 8.°. 9.ª: *Theomachia calvinistica sedecim libris profligata, quibus mille et quadringenti hujus sectæ novissimæ errores..... diligenter excutiuntur et refelluntur*, Paris, 1604, en 4.°. 10.ª: *Difamaciones ministrales*, esto es, *contradicciones, injurias, condenaciones y execraciones mutuas entre los ministros y predicantes de este siglo*, Caen, 1601; Paris, 1604: edicion aumentada de mas de la mitad. 11.ª: *Biblia sacra cum glossa ordinaria..... et postilla Nicolai Lyrani, etc., per Fr. Feu-ardentium, Joannem Dadrœum et Jacobum de Cuilly doctores parisienses*, Paris, 1590, seis tomos, en folio. 12.ª: *Historia de la fundacion de la Iglesia y de la abadía de S. Miguel en el peligro del mar; y de los milagros, reliquias é indulgencias de aquella*, Coutances, 1604, en 12.°. Esta historia del Monte S. Miguel ha sido traducida al italiano, Nápoles, 1612. Ademas de estas obras Feu-ardent compuso varios *Comentarios* sobre Ruth, Ester, Jonás, sobre la epístola de S. Pablo á Filemon; sobre las de Santiago, de S. Pedro y de S. Júdas. Anotó el *Tratado* de Arnobio *el jóven* relativo á la armonía de la Gracia y del libre alvedrío: finalmente compuso varios *discursos, homilías y sermones*. El P. Niceron en el tomo XXXIX publicó una lista completa de todas las obras de Feu-ardent, escritor tan laborioso como celoso controversista.—E. A. U.

FEUCÍ (Juan) canónigo regular de la Órden de S. Agustin en los Paises Bajos, y despues abad del monte de S. Eulogio ó Eloy en Artóis. Vivia en el siglo XIV hácia el año 1530. Fué consejero del emperador Cárlos V, quien le dió repetidas pruebas de lo mucho que le estimaba. Feucí compuso una *Crónica de los condes de Flándes*, segun se indica en la *Biblioteca de los escritores de los Paises Bajos* de Valerio Andres. Se ignora el año en que murió.—U.

FEUILLE (Gaspar la) natural de Lorena; abrazó el Órden de Sto. Domingo en 9 de Octubre de 1646: fué profesor en diversos colegios, y durante algunos años enseñó la teología en Paris. El excesivo trabajo debilitó de tal suerte su salud, que por fin le obligó á retirarse de sus ejercicios literarios, y desde entónces se dedicó al confesionario y á la composicion de varias obras de religion, entre ellas se cita: 1.°: una *Teología familiar;* una *Teología de espíritu y de corazon*, en seis tomos, de cuya obra se hicieron varias ediciones. 2.°: *Reflexiones de un alma penitente, para todos los dias del año*, que fué igualmente reimpresa, y otros diversos *Tratados*. Se ignora el año en que murió; pero en 1720, que vivia aun, contaba ya la edad de setenta años.—J.

FEUILLÉE (Luis) religioso mínimo, socio de la Academia de ciencias de Francia y botánico real; llegó á adquirir gran celebridad ya como astrónomo, ya como botánico. Nació en Mane cerca de Forcalquier en 1660, y apénas saludó las aulas, cuando mostró las mas bellas disposiciones por las matemáticas y mas notablemente aun por la astronomía. Feuillée consagraba al estudio de estas ciencias todo el tiempo que le quedaba libre despues de llenar los deberes de su estado, y adelantó hasta tal punto, que los notables progresos que hizo le inspiraron el mas vivo deseo de poner en práctica los conocimientos que habia adquirido y las observaciones que habia hecho; y por lo mismo creyó que no podia hacer mejor uso de estos materiales que empleándolos en perfeccionar la geografía y la hidrografía. Embebido en esta idea se le presentó la ocasion mas honrosa que podia desear. Sus trabajos le habian abierto relaciones íntimas con los miembros de la Academia de ciencias, y á estas relaciones debió sin duda que el Rey le destinase á Levante para determinar la posicion de muchas ciudades y de un gran número de puertos. Principió su expedicion á principios del año 1699, y de concierto con Santiago Cassini entró tambien en deseos de extender iguales observaciones en los mares de las Antillas. Partió pues de Marsella en 5 de Febrero de 1703, y despues de una travesía muy afortunada llegó á la Martínica en 11 de Abril; sin embargo, vió con dolor interrumpidos sus trabajos á causa de una grave enfermedad que le condujo al borde del sepulcro; pero afortunadamente quiso Dios que se libertase de la muerte para que pudiese continuar prestando grandes y señalados servicios al Monarca que

habia depositado en él su confianza. Restablecido ya enteramente, se embarcó en el mes de Setiembre de 1704 en una nave tripulada por filibusteros que dirigieron el rumbo hácia Carácas. Feuillée en esta ocasion dió una prueba de que era tan grande su resolucion y presencia de ánimo como su ciencia, atendido á que se embarcó con una clase de gentes que arrostraban resueltamente los mas inminentes peligros á trueque de satisfacer su nunca desmentida ambicion: bien que Feuillée no conocia tampoco peligro cuando se trataba del exámen de nuevas tierras. Aportó en este viaje á Puerto Cabello, á Sta. Marta, á Puerto Belo y á Cartagena, y en cada uno de estos lugares se detuvo el tiempo necesario para hacer sus observaciones astronómicas. Nada olvidó de lo que podia hacer mas interesante su viaje; formó una coleccion de plantas, que en todos conceptos merecian llamar la atencion del célebre botánico; visitó todos los alrededores de Cartagena, examinando las tribus de naturales del pais á fin de poder dar la relacion como testigo de vista. Regresó por fin á la Martinica despues de haber recorrido algunas de las islas situadas al norte y al oeste, y luego tomó la vuelta para Francia, entrando en Brest en 20 de Junio de 1706. Apénas habia recibido las muestras del mayor aprecio y las mas lisonjeras alabanzas de parte del gobierno por el celo que habia desplegado en sus investigaciones, cuando formó el proyecto de determinar la posicion de las costas del Perú y de Chile; completando de este modo la de la América Austral. Proveyóse ante todo de cartas de recomendacion de parte del ministerio frances, y ademas obtuvo el título de matemático real. Ántes de partir designó con los miembros de la Academia de ciencias todas las cosas sobre las cuales debia fijar su atencion; y en su consecuencia dirigió por sí mismo una especie de instruccion, que despues colocó al frente de su *Diario*, de la que se desprende que nada absolutamente olvidó de lo concerniente á la astronomía, á la física, á la historia natural y á la geografía; y su obra prueba hasta la evidencia que llenó con la mayor exactitud la obligacion que se habia impuesto. Partió por fin por segunda vez de Marsella en 14 de Diciembre de 1707; pero en este viaje no fué tan feliz como en el primero. Los vientos contrarios detuvieron la nave en el Mediterráneo: viéronse obligados á ponerse á salvamento en varios puertos, pero no por esto Feuillé dejó de trabajar; aun aquellas contrariedades fueron absolutamente útiles, pues que hizo observaciones astronómicas en todos los puertos donde tuvo que refugiarse. En fin, despues de mil peligros pudo llegar á Tenerife en 24 de Mayo de 1708, en 14 de Agosto á Buenos Ayres, y en 20 de Diciembre tomó conocimiento de la tierra de los Estados. Siguió despues el rumbo hácia el sud del cabo de Hórnos, y á pesar de que en aquel pais se hallaban en el rigor del verano Feuillée tuvo con frecuencia que sufrir el rigor del frio. En 20 de Enero de 1709 aportó á la

Concepcion, puerto de Chile, donde el buen recibimiento que le hicieron le indemnizó, por decirlo así, de todos los trabajos que habia experimentado durante la travesía. El célebre mínimo visitó sucesivamente los puertos mas notables de la costa hasta á Callao, y se detuvo en Lima desde el mes de Abril de 1709 hasta el mes de Enero de 1710; entónces notó que esta capital del Perú es muy poco favorable para las observaciones astronómicas cuyos habitantes rara vez ven el sol, muy al reves de lo que acontece en la Concepcion cuyo cielo se mantiene claro y sereno todo el año. Despues de haber determinado la posicion y despues de haber levantado los planos de todos los puertos que visitó; despues de haber coleccionado varias plantas y descrito los diferentes animales, abandonó la isla de la Concepcion en 8 de Febrero de 1711 tomando el rumbo al sud hasta mas allá del 59 grados paralelo, y en 9 de Abril se detuvo á hacer agua en la isla de Fernando de Noronha, de la cual hizo su descripcion. En 15 de Mayo la nave fondeó ante S. Pedro de la Martinica, y en 27 de Agosto en la rada de Brest. Queriendo Luis XIV recompensar los servicios de Feuillée le señaló una buena pension; y lo que recibió aun con mas agrado este hombre estudioso fué la órden que le dió el mismo Monarca de construir un observatorio en Marsella. Feuillée continuó en sus trabajos enviando con frecuencia varias *Memorias* á la Academia de ciencias, de la cual era socio correspondiente; hasta que agobiado de los males que le habian ocasionado sus fatigas falleció en 1732, habiendo perdido la Francia con su muerte uno de los sabios mas esclarecidos de aquella época. Tenemos de él: 1.°: *Diario de las observaciones físicas, matemáticas y botánicas, hechas sobre las costas orientales de la América Meridional y de las Indias Occidentales, desde 1707 á 1712*, Paris, 1714, dos tomos, en 4.°. 2.°: *Continuacion del Diario de las observaciones físicas, matemáticas y botánicas, hechas en las costas orientales de la América Meridional y en otro viaje en la Nueva España y en las islas de la América*, Paris, 1725, en 4.°. Estas dos obras adornadas de mapas y de un gran número de láminas, aunque escritas en estilo desabrido, contienen un fondo de instruccion sólida sobre todos los objetos que abrazan: encuéntranse tambien varias otras particularidades sumamente interesantes, y es muy digno de notarse que el autor concluya su segundo tomo del *Diario* durante su residencia en Ilo en la costa del Perú, y que indique que la continuacion de sus relaciones se hallará en otra obra que publicará mas adelante. Del título se desprende que la relacion de su primer viaje no viene hasta despues del segundo. Á pesar de que los astrónomos hayan juzgado que las observaciones hechas por Feuillée podian ser mas precisas, hay razones para contestarles con verdad, que es uno de los viajadores que mas ha contribuido á los adelantamientos de la astronomía, de la geografía y aun de diferentes partes de

la historia natural. Feuillée se presenta siempre como un hombre entusiasmado por las ciencias: las vigilias, las fatigas, los contratiempos de toda clase, los peligros de la navegacion, todo á su vista desaparece con tal que sus trabajos puedan contribuir á perfeccionar las ciencias que recorrió tan felizmente. Este hombre, por otra parte, estaba dotado de un carácter dulce y sencillo, tal como conviene á un verdadero filósofo, á un buen eclesiástico; así es que sorprende al leer en el prefacio de la continuacion de su *Diario* el modo acre como se expresa cuando habla del conde de Frezier que habia visitado como él las costas de la América Meridional. No se contenta en criticarle: hace aun mas; le trata con un desprecio que indica un profundo resentimiento. Frezier le contestó á su vez, segun parece, con algo mas de moderacion. El *Diario* de Feuillée y su *Continuacion* terminan con una especie de obra separada, cuyo título dice así: *Historia de las plantas medicinales que están mas en uso en los reinos del Perú y de Chile, compuesta en los mismos parajes por real órden en 1709, 1710 y 1711*. Estas descripciones de las plantas están hechas con la exactitud que permitia el estado de la botánica en aquella época, y sus virtudes medicinales son explicadas segun los efectos que producian en los lugares donde fueron descubiertas. Las láminas que representan estas plantas, la mayor parte desconocidas, son dibujadas con suma delicadeza y con grande exactitud; cuyas circunstancias se reconocen cotejándolas con las que se han aclimatado en los jardines de Francia. Por fin debe notarse que Feuillée les dió nombres diferentes de los que los nuevos botánicos les han dado ahora. Distínguese entre otras la *fuchsia* y la *datura grandiflora*, tan notable por la belleza de sus flores. Las cien planchas de botánica de la obra de Feuillée fueron publicadas de nuevo con su descripcion, traducida al aleman, por G. L. Huth, Nuremberg, 1756 y 1757, dos tomos, en 4.°. Para reconocer debidamente los servicios que Feuillée habia prestado á la botánica le dió el nombre de *Feuillea* á un género de plantas de la familia de las *cucurbitáceas*, que encierra una cierta clase de enredaderas que crecen en las Antillas y que van comprehendidas bajo la denominacion general de *bejuco* de América.—J. M. G.

FEUILLET (Magdalena) ascética. Ha sido colocada por sus contemporáneos en el número de las mujeres célebres del siglo de Luis XIV por la santidad de sus costumbres y por su sabiduría. Era sobrina de Nicolas de Feuillet, y este celoso y piadoso canónigo de St.-Cloud se encargó de su educacion, que fué mas esmerada de la que comunmente se daba entónces á las mujeres; de modo que le enseñó hasta la lengua latina. Bajo la direccion de tan excelente preceptor hizo Magdalena grandes adelantamientos en la vida espiritual. Madama Briquet dice que tomó el velo de religiosa: Wéiss le niega este hecho; pero sea de esto lo que fuere, atendidas las circunstan-

cias particulares que la adornaron y la imposibilidad en que estamos de averiguar lo cierto, no hemos vacilado en continuarla entre los personajes célebres que contiene nuestra *Biografía Eclesiástica*, atendida su piedad y la clase de obras que compuso. Es indudable que la práctica de las buenas obras no excluye la aficion á un estudio continuado; muy al reves, este fortifica aun mas los espíritus dispuestos á ensalzar la gloria del Señor con sus escritos. Magdalena consagraba los momentos de descanso á ilustrarse é ilustrar á los demas, publicando sucesivamente muchas obras de piedad que fueron muy bien acogidas de los lectores á quienes las dedicaba. Independientemente de la *Traduccion* de los dos tratados del P. Drexel ó Drexélius (véase este nombre) esto es: *El camino del cielo*, Paris, 1684, y el *Ángel de la Guarda*, 1691, en 12.°, se cita de la señorita Feuillet: 1.°: *Sentimientos cristianos sobre los principales misterios de Nuestro Señor Jesucristo*, Paris, 1689, en 12.°. 2.°: *Concordancia de los profetas con el Evangelio sobre la Pasion, la Resurreccion y la Ascension de Jesucristo*, Paris, 1690, en 12.°. 3.°: *Los cuatro novísimos y postrimerías del hombre; muerte, juicio, infierno y gloria*, Paris, 1694, en 12.°. 4.°: *El alma cristiana sometida al Espíritu de Dios*, Paris, 1701, en 12.°. En la fecha de la impresion de esta última obra la piadosa Feuillet no contaba mas que cincuenta años. Se ignora la época en que murió.—O.

FEUILLET (Juan Bautista). Nació en la capital de la Francia; estudió con aprovechamiento y entró en el Órden de Sto. Domingo en 3 de Marzo de 1644. Siguió los cursos de filosofía y teología, y concluidos estos pasó á América, donde residió por espacio de ocho años. A su regreso trabajó en la redaccion de las Vidas de varios Santos, y murió en Paris en 29 de Octubre de 1687 á la edad de sesenta y tres años. Tenemos de él las *Vidas de la beata Rosa, de S. Luis Bertran, del papa Pio V*, y compuso ademas los tres primeros meses del *Año dominicano*. Es de advertir que esta última obra no tiene de suyo mas que el estilo, habiéndole proporcionado todas las memorias el padre Estévan Tomas Souéges.—O. R.

FEUILLET (Nicolas) piadoso y celoso canónigo de St.-Cloud. Se hizo célebre en el siglo XVII, tanto en la cátedra del Espíritu Santo, como por sus incesantes trabajos en la conversion de los que se habian separado de la Iglesia católica. Era sumamente rígido en sus costumbres; de modo que el ejemplo de sus virtudes contribuia en gran parte á los brillantes triunfos que á cada paso obtenia: es verdad que sus discursos participaban mas de uncion que de elocuencia; pero tenian tal atractivo que no habia quien resistiese á sus persuasivas reflexiones. Por otra parte, su misma sencillez, su inextinguible celo, su gran piedad le hacian superior á sí mismo y á todos los demas. Aun ante los personajes de mas elevada esfera se expresaba con

libertad verdaderamente apostólica, y no vacilaba en reprehenderles si algo encontraba en ellos de reprehensible. Este santo entusiasmo le hizo aplicar mas de una vez las palabras del Salmo 118, que dicen: « Y hablaba de tus « testimonios delante de los reyes: y no me avergonzaba. » Dios bendijo el celo de Feuillet, pues tuvo el consuelo de volver á un gran número de pecadores á una vida arreglada y á la práctica de los deberes del cristianismo. Entre estas conversiones la que mas brilló fué la de M. Chanteau. Este jóven era primo hermano del consejero de estado Caumaurtin; estaba dotado de ingenio y era de un mérito sobresaliente; pero fundaba su gloria en el libertinaje y hacia gala de la incredulidad. Su madre, señora de gran virtud y de una piedad eminente, habia procurado en vano su conversion, cuando en cierto dia se encontró Chanteau, bien á pesar suyo, ó mas bien por haberlo dispuesto así la Divina Providencia, arrastrado á un sermon que en 1661 Feuillet predicaba en la iglesia de S. Nicolas de los Campos: el asunto era sobre la *Falsa Penitencia*. Apénas se hallaba el piadoso canónigo á la mitad del sermon cuando Chanteau sintiéndose conmovido derramó un torrente de lágrimas, resolviendo por último cambiar de vida. Se dirigió pues al mismo, cuyas palabras habian ejercido un poder tan extraordinario en su alma. El sabio director le dió á leer el Nuevo Testamento, le inculcó la humildad, la penitencia y la oracion, y el resultado fué que en lo sucesivo edificó tanto con su conducta, como ántes habia escandalizado con sus errores y sus estravíos; muriendo santamente pocos años despues de su conversion. Feuillet ha escrito la *Historia* de esta conversion, impresa por la primera vez en 1712, un tomo, en 12.°. En este tomo, que tuvo mucha aceptacion y que ofrece una lectura muy edificante, se encuentran varias cartas de Feuillet y á continuacion una *Arenga* del mismo dirigida á la reyna de España con ocasion de su enlace y de partir de Francia para reunirse á su augusto esposo: finalmente una *Carta* al duque de Orleans. Hiciéronse de este libro un gran número de ediciones, en algunas de las cuales se ha insertado el sermon de la *Falsa Penitencia*, móvil de la conversion de Chanteau. Feuillet murió en Paris en 7 de Setiembre de 1693 de edad de setenta y un año. Su cuerpo fué trasladado al cementerio de St.-Cloud, y Edelink, el incomparable grabador de la Francia, grabó su retrato que es una de las bellezas artísticas salidas de la mano de este célebre grabador. Del piadoso Feuillet, de este hombre apostólico es de quien dijo Boileau:

Y dejad á Feuillet, que reforme el universo.

Ademas de la historia de la conversion de Chanteau tenemos de Feuillet varias *Cartas* y una *Oracion fúnebre de Enriqueta de Inglaterra, duquesa de Orleans*.—G.

FEUTRIER (Juan Francisco Jacinto) obispo de Beauváis. Nació en 2 de Abril de 1785, y fué uno de los primeros discípulos del seminario de San Sulpicio restablecido despues de la revolucion francesa. Habiendo abrazado el estado eclesiástico, apénas fué ordenado de sacerdote, el cardenal Fesch entónces gran limosnero le llamó á su lado nombrándole su secretario. Feutrier vivia en casa del cardenal y al propio tiempo ejercia las funciones del ministerio eclesiástico. Acompañó á este prelado al concilio de 1811, y habiendo tomado parte aunque secretamente en las operaciones de esta asamblea, se atrajo cierto desvío de parte del Emperador. En la época de la Restauracion Feutrier continuó en las funciones de secretario general de la gran limosnería, y al propio tiempo fué nombrado vicario general cuando M. de Quelen, que desempeñaba este destino, tomó posesion del arzobispado de Paris. Entregóse al propio tiempo Feutrier al ministerio de la predicacion, y tenemos de él una *Oracion fúnebre* del duque de Berry y otra de la duquesa viuda de Orleans, y finalmente un *Elogio* histórico y religioso de Juana de Arc para el aniversario de la libertad de Orleans en 8 de Mayo de 1429, pronunciado en la catedral de la misma ciudad en 8 de Mayo de 1820, é impreso en 1823, en 8.°. Á pesar de su grande actividad y de su grande aptitud en los negocios no pudo evitar una desgracia. En 1822 fué separado de la gran limosnería; pero fué nombrado inmediatamente vicario general de Paris, y en 1823 cura-párroco de Sta. Magdalena. En esta gran parroquia pudo ejercitar ampliamente el celo que le animaba á favor de la caridad cristiana. Supo granjearse la confianza de los mas ricos parroquianos, y con su auxilio creó recursos para cubrir las necesidades de los pobres, edificó una capilla cerca de su iglesia, y finalmente demostró durante su administracion tanta inteligencia como actividad. Nombrado para el obispado de Beauváis en Enero de 1825, fué preconizado en Roma en 21 de Marzo siguiente y consagrado en la iglesia de Sta. Genoveva en 24 de Abril. No bien principió á ejercer las funciones de obispo cuando se dió á conocer ya por aquella imaginacion viva y fecunda, por aquel amor extraordinario hácia á los pobres, y finalmente, por el interes con que procuraba labrar la felicidad de sus diocesanos así en lo espiritual como en lo temporal. Residia continuamente en su diócesis, se entregaba á las misiones y predicaba con frecuencia. Para dar una idea de la rectitud de sus intenciones bastará indicar la circular que publicó dirigida á favorecer la instruccion primaria. Dió al propio tiempo un *Nuevo catecismo* y un *Nuevo breviario*; el primero fué censurado por el abate Clausel de Coussérgues en una obra que tituló: *Observaciones sobre el nuevo catecismo de Beauvais*: censura severa que fué reprobada por los mismos amigos de su autor (véase Clausel de Coussérgues Miguel); y sin duda alguna no seria muy fundada cuando el censor

publicó su obra bajo el velo del anónimo. Á fines del año 1827 presidió el gran colegio del departamento del Oise. En Marzo de 1828 habiendo Frayssinous, obispo de Hermópolis, hecho dimision del ministerio de negocios eclesiásticos, indicó el Monarca al obispo de Beauváis como uno de los prelados que mas convenian para el desempeño de este importantisimo cargo. Las circunstancias, á la verdad, eran bastante dificiles. En la cámara y en varias hojas impresas que entónces ejercian bastante influencia se manifestaban disposiciones poco favorables al clero. El obispo de Beauváis aguardó que calmase la violencia de los partidos por medio de algunas concesiones; y en 30 de Mayo de 1828 pronunció en la cámara un discurso, en el cual emprendia la defensa de los jesuitas atacados entónces por todas partes. Dos ordenanzas reales de 16 de Junio causaron una grande sensacion; la una cerraba los pequeños seminarios dirigidos por los jesuitas; la otra ponia trabas á los que quedaban en pie. La primera llevaba la firma del guarda sellos á pesar de que por su naturaleza correspondia á las atribuciones del ministro de negocios eclesiásticos; la segunda estaba firmada por éste é iba precedida de un informe. Estas dos ordenanzas elogiadas por todos los papeles liberales excitaron un vivo descontento entre el clero; de cuyas resultas se reunieron en Paris varios obispos que determinaron presentar al Rey una memoria para que fuesen atendidas sus reclamaciones. Esta memoria de fecha 1.° de Agosto de 1828 y firmada por el cardenal de Clermont-Tonnerre, arzobispo de Tolosa, en nombre de todos los obispos, fué presentada en efecto á Cárlos X; pero no produjo la suspension de las ordenanzas. El obispo de Beauváis se encontró, pues, colocado en una posicion muy delicada entrando en oposicion abierta con los demas obispos. Viéndose sindicado por ellos, expidió algunas circulares y otros escritos que no bastaron para reconciliar el clero con las citadas ordenanzas. Por otra parte las cartas del cardenal de Clermont-Tonnerre, que por fin vieron la luz pública, hirieron la delicadeza del ministro de un modo sensible. Finalmente, su crédito en la cámara se debilitó extraordinariamente á pesar de lo mucho que trabajó en utilidad del clero. En efecto, aumentó el número de los curas y señaló ocho mil becas destinadas á los pequeños seminarios. En el mes de Agosto de 1829 cayó el ministerio Portális y Martignac, del cual Feutrier formaba parte, cuya desgracia le fué muy sensible; y tanto en cuanto no la preveia. Regresó, pues, á su diócesis, y cayó desde luego en una terrible hipocondria que iba aumentando progresivamente. Los aires de la campiña, el cuidado de los médicos, las distracciones que se le proporcionaban, nada, absolutamente nada pudo detener los progresos del mal. El resultado fué, que habiendo pasado á Paris para consultar sobre el estado de su salud, fué encontrado muerto en su lecho en 27 de Julio de 1830, pocos dias despues de su lle-

gada. Su excelente trato y la dulzura de su carácter le habian granjeado numerosos amigos. Su gran piedad, su celo, su actividad eran las mejores garantías para sus diocesanos; cuando de repente se encontró colocado en el ministerio en circunstancias sumamente críticas y donde la pureza de sus intenciones no bastó para que evitase los escollos de un mar agitado.—O. R.

FEVIN (Pedro) preboste de la iglesia de Árras y panetero del rey de Francia Cárlos VII; vivia en el siglo XV. Se le atribuyen algunas obras, y entre ellas una *Historia de las cuestiones entre las casas de Orleans y de Borgoña*. Murió en 28 de Junio de 1433, y hace mencion particular de este escritor Valerio Andres en su *Biblioteca*.—J.

FEVRE (Dionisio le) religioso celestino. Nació en Vendoma en 1488; estudió en la universidad de Paris, y allí tomó el grado de maestro en artes en 1504. Á pesar de que no habia llegado mas que á la edad de diez y siete años estaba tan versadisimo en la literatura griega y latina, que sus superiores no dudaron en confiarle la enseñanza de estas lenguas; cuyas cátedras desempeñó con tanto aplauso, que hallándose en Paris los embajadores venecianos asistieron en sus aulas para oirle, y salieron de ellas maravillados. Continuó esta enseñanza por espacio de diez años, y fué el primero, segun expresion de Moreri, que emprendió explicar públicamente los autores griegos: bien que esta circunstancia no es exacta si se atiende á que ántes que Fevre se enseñaba ya la lengua griega y se explicaban los autores que servian de texto con bastante acierto. Es constante que desde 1458 esta célebre compañía habia autorizado á un sabio llamado *Gregorio*, discípulo de Manuel Chrysolóras, para dar lecciones públicas de griego, señalándole una pension de cien escudos. Hallándose le Fevre á la edad de veinte y seis años, y disgustado del mundo, entró en el Órden de los celestinos, profesando en 15 de Agosto de 1514 (1). Dióse á conocer desde luego á sus cofrades por su sabiduría, por su amor á la regla y por la práctica de todas las virtudes de su estado. Despues de haber desempeñado el cargo de superior en muchos monasterios, fué nombrado prior del de Paris y vicario general de provincia. Extenuado por los ayunos y las fatigas, murió en esta ciudad en 1538 á la temprana edad de cincuenta años. Compuso las obras siguientes, de las cuales las primeras fueron impresas y las demas quedaron manuscritas: 1.ª: *Vita Sancti Celestini, conscripta primùm à*

(1) La *Historia de los celestinos* y el autor de la *Biblioteca general de los escritores del Órden de S. Benito* dicen que le Fevre pronunció sus votos en 1510; pero esto se ve desde el momento que es un error, porqué es constante que no pudo principiar en la enseñanza ántes de 1504, en cuya época no contaba mas que diez y seis años. Los dos escritores que hemos citado convienen en que á lo ménos ejerció por diez años su profesion de catedrático; por lo mismo no podemos fijar la época de su profesion ántes de 1514.

Petro Alliacensi S. R. E. cardinali, limatiori stylo donata, Paris, 1539, en 4.°. 2.ª: *Poëma hebraïcum de Immaculata Conceptione Virginis Mariæ*, Tróyes, en 4.°. 3.ª: *Epithalamium Beatæ Mariæ Virginis, in antiphonam: Quam pulcra es!* Un *Comentario* sobre la regla de S. Benito, varios *Sermones* y otras obras.—J.

FEVRE (Juan le). Nació en Dijon en 1493; abrazó el estado eclesiástico, y obtuvo un canonicato en la catedral de Lángres por la proteccion del cardenal de Givry, de quien era secretario. Murió le Fevre en 1565 de edad de setenta y dos años. Su epitafio citado por Tabourot le representa como teólogo sabio, excelente matemático, aficionado á las artes mecánicas y sobre todo á la relojería y tambien á la pintura. Tenemos de él: 1.°: *Librito de los emblemas de Alciato, puesto en rima francesa*, Paris, Wéchel, 1536, en 8.°, gótico. Esta edicion no contiene mas que ciento quince emblemas; sin embargo, es muy buscada de los curiosos y se tiraron de ella algunos ejemplares en vitela. Las demas ediciones que se hicieron sucesivamente, aunque son muy raras, no tienen estima. «Le Fevre, dice Goujet, dió mas bien una imitacion que una traduccion de los *Emblemas de Alciato*; así es que Bartolomé Aneau no se equivocó en no citarle como á primer traductor. Su estilo se resiente de todos los defectos de los escritores de su época.» 2.°: *Diccionario de la rima francesa*, Paris, 1572, en 8.°. Le Fevre habia dejado esta obra manuscrita, y Tabourot, su sobrino, la publicó despues de haber cambiado el plan, siguiendo en las palabras el órden alfabético, así como el autor las habia puesto siguiendo su terminacion. El buen éxito que obtuvo la primera edicion animó á Tabourot á dar otra de nueva, aumentándola de un gran número de palabras, Paris, 1588, en 8.°. 3.ª: *Liber de orariorum compositione*. Este manuscrito se conservaba en la biblioteca de los carmelitas de Dijon. Papillon confundió á Juan le Fevre con otros varios autores de su mismo nombre y apellido, y le atribuye la *Traduccion de las lamentaciones del matrimonio de Matheolus*.—J. U.

FEVRE (Pedro le) primer compañero de S. Ignacio. (Véase Faber).

FEVRE (Juan le) religioso del Órden de Sto. Domingo, en cuyo claustro profesó la teología durante el siglo XV. Nació en Carvin Epinoi, en el Artóis, en las fronteras de este pais y de la Flándes. El emperador Maximiliano I le nombró capellan suyo en 1477. Tenemos de él una obra impresa en 4.°, sin nota de lugar ni año de impresion y sin el nombre del impresor: circunstancias que no dejan de ser bastante notables. El autor se hizo representar en el frontispicio predicando ante el Emperador; siguen luego varias exhortaciones al Papa, al Emperador, á los cardenales, á los obispos, á los reyes, etc., esto es, á cada clase la suya. Trata despues teológicamente de varias cuestiones; de las señales y de los prodigios que precedieron á la

destruccion de Jerusalem ; contiene tambien varios elogios á la Cruz , un comentario sobre el salmo LXXVIII , etc. Esta obra es sumamente rara. Hallábase un ejemplar en la biblioteca de los dominicos de Lovayna. Finalmente , se ignora la época en que este religioso murió.—J.

FEVRE (Raul le) romancista frances. Era capellan de Felipe *el Bueno*, duque de Borgoña. De la suscripcion de una de sus obras se desprende que vivia aun en 1464 ; pero no se sabe el año en que murió. Existen de le Fevre 1.° : *Coleccion de las historias de Tróyes que contienen la genealogía de Saturno y de Júpiter su hijo con sus hechos y gestos ; los hechos y las proezas del valeroso Hercúles* , etc. Esta obra segun se desprende del título consiste en una coleccion de fábulas de la antigua mitología ; pero lo que hay de particular es que el autor hace de los dioses del paganismo otros tantos caballeros de la tabla redonda, y que les atribuye los discursos y las acciones de los hazañosos del siglo XIV. Existen de esta obra segun Wéiss tres manuscritos sumamente preciosos por la belleza de los caractéres y la delicadeza de las miniaturas que los acompañan. Los mejores bibliógrafos conjeturan que la primera edicion salió á luz en Alemania hácia el año 1469 en folio pequeño gótico : consérvase uno de estos ejemplares en la biblioteca real. Entre las otras ediciones del siglo XV los curiosos dan la preferencia á las siguientes : Leon de Francia, por Santiago Maillet , 1484 , en folio ; idem, por Miguel Tapid , 1490 , en folio ; Paris , por Antonio Verard , 1498 , en folio. Se conservan de esta última edicion dos ejemplares en vitela. Cáxton que fué , segun aseguran , el primero que dió á conocer la imprenta en Inglaterra, compuso á ruegos de Margarita de Borgoña una traduccion en inglés que se imprimió en Colonia hácia 1471 en folio. Existe tambien una traduccion flamenca cuyo autor es anónimo. 2.° : *La vida del hazañoso y valiente Hércules, de donde se deducen por historias sus ilustres proezas , noblezas y liberalidades* , Leon de Francia , sin fecha , gótico, en 4.° ; Paris, 1500 y 1511 , en 4.°. Esta Vida de Hércules está extractada de la obra precedente. Hay de la misma un análisis en las *Misceláneas sacadas de una gran biblioteca* , tomo VIII. El estilo de le Fevre es por lo general descuidado ; pero su modo de expresarse es por lo regular original y enérgico. 3.° : *El libro del hazañoso y valeroso Jason y de la bella Medea*, en folio pequeño, gótico, impreso en dos columnas con láminas en boj ; esta edicion pasa por la mas antigua , en folio , sin fecha, pero que segun se cree salió á luz ántes de 1474 con los caractéres de Cáxton , Leon de Francia, 1491 , en folio ; Paris , Al. Lotrian , sin fecha , en 4.° , gótico. El estilo ha sido retocado en esta última edicion. La obra ha sido traducida al inglés por Cáxton é impresa hácia 1475, en folio; y en Ambéres , 1492 , en folio. Fué traducida igualmente al flamenco por un anónimo , Harlem , hácia 1485, en folio pequeño. Le Fevre la dedicó á Felipe *el Bueno* por

medio de una epístola en la cual compara este príncipe á Jason, porqué, como se sabe, á él es á quien se debe la institucion del Órden del Toison de oro. El análisis de esta obra se encuentra igualmente en las *Misceláneas sacadas de una gran biblioteca*.—G.

FEVRE (Santiago) canónigo de Etáples. (Véase Febure Santiago).

FEVRE (Santiago le) dominico. Nació en Tourcoin en la Flándes francesa, y en 8 de Julio de 1565 entró en el Órden de Sto. Domingo en Lila. Fué prior de esta casa, primer profesor en Lovaina, y finalmente doctor en teología en 31 de Julio de 1590. Gozaba en su pais de la reputacion de excelente predicador; y pasando á Hui en 1591 para predicar el adviento fué arrestado en 24 de Noviembre por algunos calvinistas, que le mataron despues de haberle hecho sufrir increibles tormentos durante tres dias. Se tienen de él algunos *Sermones* y un *Comentario* sobre las veinte y siete primeras cuestiones de la tercera parte de la *Suma de Sto. Tomas*, cuyas obras se conservaban en Lovaina.—J.

FEVRE (Juan le) natural de Leon de Francia, religioso del Órden de Sto. Domingo. Tomó su licenciatura en Paris, y se distinguió como á buen teólogo, siendo muy aventajado en la oratoria. Habíase ya adquirido una extraordinaria nombradía en el púlpito cuando el arzobispo de Viena, Pedro de Villars, no pudiendo atender tanto como deseaba al cuidado de su diócesis, le encargó su administracion despues de haberle propuesto para el obispado titular de Tasso en 9 de Noviembre de 1594. Habiendo muerto Pedro le Fevre, continuó gobernando la diócesis siendo obispo Gerónimo de Villars hermano y sucesor del difunto. Este dominico murió en 16 de Agosto de 1615. En 1605 habia publicado varios *Sermones* de cuaresma.—O. A. R.

FEVRE (Nicolas le). Nació en Montforte en la diócesis de Chártres en 1588. Entró en 27 de Enero de 1604 en el Órden de Sto. Domingo, cuando aun no contaba once años de edad; y fué recibido de doctor en Boúrges en 1628. Nombráronle sucesivamente prior de varias casas de su provincia, y á el se debe el restablecimiento del convento de la Rochela donde murió en 1653. Compuso varias obras, entre las cuales se citan: 1.ª: *Manuale ecclesiasticum historicum á Christo nato ad 1646*, impreso en el mismo año en la Rochela, en dos tomos. 2.ª: *La defensa del Santo Rosario*, en la cual describe con la mayor exactitud y con sus correspondientes pruebas toda la historia de esta devocion: obra impresa en la Rochela en el mismo año, en 4.°. 3.ª: Una *Exposicion del símbolo de S. Atanasio*, en latin. 4.ª: *Agematología*, esto es, la historia de una congregacion del capítulo provincial celebrado en Chártres, Angers, 1625. 5.ª: *Prædicator carnuteus, sive institutio conventus carnutensis*, Chártres, 1637. Estas dos últimas obras son sumamente curiosas.—O.

FEVRE DE CAUMARTIN (Francisco le) obispo de Amiens en Picardía. Era hijo de Luis le Fevre de Caumartin guarda sellos de Francia, y de María Miron. Nombróle el rey Luis XIII en 1617 coadjutor del obispado de Amiens, y en el mismo año Fevre pasó á Roma, donde el papa Paulo V le dió el obispado de Hierápolis, y las bulas del de Amiens, despues de la muerte de Godofredo de la Martonia. Se refiere de este prelado un hecho, que por sí solo basta para eternizar su nombre y para dar á conocer la bondad de su alma verdaderamente grande. Recibiéronle algunos de sus diocesanos con muestras del mayor disgusto, llegando á traspasar los límites del decoro debido á un pastor digno de ocupar el puesto á que la Providencia le destinaba. En el acto de hacer la visita fué ultrajado, escarnecido y amenazado hasta de muerte. La noticia de este horroroso atentado llenó de indignacion al papa Urbano VIII, en términos que puso en entredicho toda la diócesis, miéntras que el rey de Francia por su parte envió comisarios para castigar de muerte á los principales fautores y á sus cómplices; pero como el corazon de le Fevre no abrigaba ni por asomo la venganza, suplicó, rogó, instó y derramó abundantes lágrimas hasta alcanzar el perdon de aquellos miserables. Este rasgo de amor á sus semejantes pinta mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros aquel corazon tierno, que insensible á los mismos ultrajes no se acuerda de ellos, sino para volver bien por mal, sino para dar á conocer que como á buen pastor ama á su grey y desea labrar su felicidad instruyéndola, morigerando las costumbres de los descarriados, dándoles con el ejemplo de su gran piedad una leccion mas noble, mas solemne, mas grande y por otra parte mas persuasiva que la de severidad y la del castigo. El Rey cedió por fin á sus instancias; pero no queriendo que los delincuentes quedasen impunes, se limitó en imponerles una multa pecuniaria; y para dar un testimonio de la bondad de le Fevre mandó que se esculpiese en una lápida de mármol la relacion de los hechos para que nunca jamas se borrara la memoria de las bondades de aquel prelado, que supo imitar la conducta de su Divino Maestro. Murió le Fevre de un ataque de apoplegía en 17 de Noviembre de 1652, despues de haber gobernado su iglesia como un hombre verdaderamente apostólico; esto es, con la prudencia de un sabio, con la piedad de un santo, con el desprendimiento del amigo de los pobres, con el interes del defensor de los desgraciados: y por decirlo de una vez, con el amor de un padre que se desvela por sus queridos hijos. Murió le Fevre despues de treinta y cuatro años de episcopado; de treinta y cuatro años que pasaron como un soplo, porqué la felicidad de los hombres en este mundo falaz desaparece como un soplo por mucho que al parecer dure.—U.

FEVRE (Juan le) eclesiástico de Dréux. Ignoramos absolutamente las circunstancias de su vida, así como el año en que nació y el de su muerte;

pero merece ser citado por un poema que compuso titulado: *Las flores y antigüedades de los galos*, impreso en Paris en 1532, y en el cual habla de los antiguos filósofos galos, de los drúidas, etc.—U.

FEYDEAU (Mateo). Nació en Paris en 1616 de una familia ilustre en la Iglesia y en la magistratura. Estudió en su patria, abrazó el estado eclesiástico y fué agregado en la casa de la Sorbona. Apénas se vió condecorado con la dignidad del sacerdocio, cuando el arzobispo de Sens le encargó que hiciese las conferencias á los jóvenes eclesiásticos de su diócesis, que se preparaban para recibir las sagradas órdenes; cuyo cargo desempeñó hasta 1645, época en que su amigo Duhamel cura de St.-Merry intercedió y logró que le nombrasen vicario de su curato. Feydeau prefirió mas adelante la sucursal de Belleville, donde juntó piadosos eclesiásticos á fin de instruir á los clérigos, procurando ante todo inculcarles las virtudes de su estado; y durante el tiempo que se ocupó en esta útil tarea fué cuando tomó el grado de doctor. Habiendo regresado á St.-Merry, continuó allí sus conferencias y se desveló al propio tiempo en la visita de los enfermos, en la direccion de las conciencias y en la predicacion; sirvió en calidad de segundo á M. de Santa-Beuve en la célebre conferencia que tuvo con el abate Labbé con motivo del libro de este célebre jesuita titulado: *Triumphus veritatis catholicæ adversus novatores*. Unido en estrechos lazos de amistad con Arnauld y los demas solitarios de Port-Royal fué uno de los setenta y dos doctores que quedaron excluidos de la Sorbona por no haber querido suscribir á la condenacion de este hombre. Feydeau tomó entónces el partido de retirarse á la campiña y despues á Melun, donde desempeñó el cargo de director de las religiosas ursulinas. En el mes de Julio de 1657 fué desterrado de real órden á Cahors; sin embargo, vivió por algun tiempo oculto en los alrededores de Paris, conservando la esperanza de poder alcanzar algun alivio en su desgraciada suerte, á cuyo fin entró en la capital de Francia, no dejándose ver mas que de las personas de su confianza. Hízose entónces correr la voz de que se habia trasladado á Maestricht, y aun se añadió que se habia unido á los protestantes aceptando el empleo de ministro. Feydeau, que á pesar de haberse opuesto á la condenacion de Arnauld se mantenia adicto á la Iglesia católica, se manifestó altamente indignado por la calumnia atroz que se le levantaba; como lo demostró en una carta que escribió en 1660. M. Pavillon, obispo de Aleth, le hizo proponer para la teologal de S. Pablo de Fenouillédes, que aceptó y conservó hasta 1668. En 1669 el obispo de Chalons le dió el curato de Vitri, del cual hizo dimision en 1676 con gran sentimiento de sus parroquianos que le amaban entrañablemente. Entónces el obispo de Beauváis le ofreció la teologal de su iglesia, de la cual tomó posesion en 1679; pero cuando habia creido encontrar la paz en aquel asilo fué desterrado nuevamente á Boúr-

ges, donde residió por espacio de nueve años. Fué transferido de nuevo por real órden á Annonay, donde murió en 24 de Julio de 1694 á la edad de setenta y ocho años: siendo sepultado en la iglesia de los celestinos de Colombiéres, cuyos Padres hicieron esculpir sobre su tumba un honroso epitafio que reasume el elogio de su piedad y de sus virtudes. La circunstancia de haberse resistido á la condenacion de Arnauld, su amistad con los solitarios de Port-Royal, las reales órdenes que le condenaron al destierro, son otros tantos motivos que dan lugar á sospechar, sino de su ortodoxia, á lo ménos de que no siempre se manifestó enteramente sumiso á las decisiones de la Iglesia; sin embargo, hemos seguido sus pasos desde el momento que abrazó el estado eclesiástico; le hemos visto celoso en la instruccion de la piadosa juventud; le hemos visto solícito en el gobierno de sus curatos; hemos observado que muchos prelados depositaban en él su confianza, confiriéndole cargos importantísimos; le hemos visto por fin altamente indignado cuando se quiso suponer que se habia separado de la Iglesia católica: muere en su destierro, y los religiosos celestinos le dan sepultura en su propia iglesia y procuran eternizar su nombre en el mármol. Publicó Feydeau una obra religiosa, cuyo título al parecer es la expresion fiel de sus sentimientos: esta obra no está prohibida en Francia ni condenada en Roma, y se reimprime y circula con la mayor libertad. Feydeau adquiere celebridad; no obstante, no hay ni una bula del Papa que le declare culpable. Acaso las vicisitudes de aquellos tiempos, el espíritu de persecucion, ó el celo desmedido de algunos ocasionaron su desgracia; y en este caso cuando el jefe de la Iglesia no pronuncia, nosotros no tenemos derecho de juzgar sin exponernos cuando ménos á la nota de temerarios. Las obras de Feydeau son: 1.ª: *Meditaciones sobre las principales obligaciones del cristiano, sacadas de la Sagrada Escritura, de los concilios y de los Santos Padres*, 1649. Este libro, que servia de texto á los jóvenes eclesiásticos dirigidos por Feydeau, contribuyó poderosamente á la conversion del grande Condé. Hiciéronse de ella en lo sucesivo muchísimas ediciones. La cuarta salió á luz aumentada con varios pasajes de los Santos Padres. 2.ª: *Catecismo de la Gracia*, Paris, 1650. Compuso esta obra en ocho dias á peticion del obispo de Amiens, le Fevre de Caumartin, y se reimprimió luego con el título de: *Aclaraciones sobre varias dificultades tocante á la Gracia*. Algunos la han atribuido equivocadamente, segun expresion de Lecuy, á Mr. Hermant canónigo de Beauvais. Esta obra ora pertenezca al uno, ora pertenezca al otro, si bien obtuvo buena acogida del público siendo al propio tiempo traducida en varias lenguas, se hizo digna de la censura de la Inquisicion de Roma, cuyo tribunal la prohibió. 3.ª: *Meditaciones sobre la historia y la concordancia de los Evangelios*, dos tomos, en 12.°, Brusélas, 1673; Leon de Francia, 1689-96, tres tomos, en 12.°;

reimpresa varias veces. 4.ª: *Memorias de su vida, que llegan hasta el mes de Octubre de 1670.* Finalmente la *Vida de la Sra. Maton*, su penitenta, y otras obras que no han visto la luz pública. Se le atribuyen ademas *Las meditaciones cristianas sobre la providencia y la misericordia de Dios.*—J. M. G.

FEYDEAU (Claudio) hermano del precedente, pero del primer matrimonio: abrazó como él el estado eclesiástico, y se dedicó con preferencia al estudio del derecho canónico, en cuya facultad se graduó de doctor. Habiendo obtenido el deanato de la iglesia colegial de Moulins, del que tomó posesion en 16 de Mayo de 1602, le conservó hasta 1640, en cuya época le dimitió á favor de uno de sus parientes. Fué por mucho tiempo director de las religiosas de la Visitacion de Moulins, y asistió bajo esta calidad en el entierro de la madre de Chantal, fundadora de la Órden. Á las virtudes eclesiásticas reunia Feydeau una grande erudicion y vastos conocimientos. Compuso: 1.°: *Oracion fúnebre de Claudio Duret, presidente del presidial de Moulins.* 2.°: *Panegírico sobre las paráfrasis de los ciento cincuenta salmos de Antonio de Laval, señor de Bel-Air*, 1608; reimpreso con la *Parafrásis*, Paris, 1619, en 4.°. 3.°: Varios *Oficios de Santas y de Santos* para las iglesias particulares.—O.

FEYDEAU DE BROU (Enrique) obispo de Amiens y de la misma familia que los precedentes. Nació en 1653 siendo su padre consejero de estado. Tomó los grados de licenciatura en la Sorbona, recibió mas adelante el de doctor en teología, y se dedicó á la predicacion; alcanzando grandes aplausos en la córte. Fué limosnero de Luis XIV, y habiéndole nombrado este príncipe para el obispado de Amiens en 1687, discurrieron cinco años sin que pudiera recibir las bulas á causa de las cuestiones que se habian suscitado entre Inocencio XI y el rey de Francia sobre regalías. Sin embargo, durante este tiempo gobernó la diócesis en calidad de vicario del capítulo. Terminadas felizmente en 1692 aquellas diferencias, Feydeau obtuvo sus bulas; siendo consagrado en Paris. Desde entónces se dedicó enteramente al exacto cumplimiento de sus deberes episcopales, visitó con frecuencia las parroquias de su diócesis, celebró varios sínodos para el restablecimiento de la disciplina eclesiástica, y con su conducta mostró el ejemplo de todas las virtudes, que tanto recomendaba. En 1705 fué uno de los diputados en la asamblea del clero; mas en el año siguiente, habiendo empezado sus acostumbradas visitas, fué atacado de una enfermedad mortal que le condujo al sepulcro en 14 de Julio del mismo año y á los cincuenta y tres de su edad. El capítulo le hizo sepultar en la iglesia catedral ante el altar mayor contra la costumbre establecida, *(contra morem)* á fin de que el clero que durante su vida habia admirado sus virtudes tuviese siempre á la vista su epitafio á fin de que no olvidase jamas la memoria del prelado. Tenemos de

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

EL PADRE FEYJO.

él: 1.°: *Una carta latina á Inocencio XII escrita con motivo del libro del cardenal Esfrondati.* 2.°: *Una ordenanza para la jurisdiccion de los obispos y de los curas contra el P. Desimbriéux.* 3.°: *Una carta motivada por la de un curioso sobre las antiguas sepulturas descubiertas en 1697 en la abadía de Acheul, diócesis de Amiens.* El P. Bernardino de Pequigny, capuchino, dedicó á Enrique Feydeau su *Triple explicacion de las Epístolas de S. Pablo,* y Claudio de Vert su *Explicacion literal de las ceremonias de la Iglesia.*—J.

FEYJÓO. (Véase Lobariñas Gregorio de).

FEYJÓO DE VILLALÓBOS (Juan). Toledo, en España, fué la patria de este célebre hijo del Carmelo. Instruido en todas las ciencias, alcanzó el grado de doctor en sagrada teología. Dotado de gran talento y de una habilidad y destreza sumas en el desempeño de cualesquiera negocios, fué elevado á la suprema prefectura de toda la Órden carmelitana en el capítulo general celebrado en Roma en 1662. Aplicado fielmente á su nuevo encargo, puso todo el cuidado y diligencia para que el Órden carmelítico floreciese con los ejercicios de la observancia regular, con el brillo de una verdadera y firme piedad, con el resplandor de las ciencias, con el fervor en los estudios y con los méritos de sus maestros; principalmente en Italia, España y Portugal, cuyos reinos recorrió con la autoridad y dignidad de comisario y visitador apostólico, dotando sus conventos con varios estatutos religiosos y fortaleciéndolos con decretos de la santa Inquisicion. Recibido no solo benigna, sí que tambien honoríficamente por Cárlos II, rey católico de España, no contento este Monarca con ratificarle la continuacion de la prerogativa de grandeza de España para sí y los demas priores generales de la Órden, sus sucesores; con ennoblecerle é ilustrarle, quiso darle todavía mayor prueba de su veneracion y aprecio eligiéndole y presentándole para la silla episcopal de Cádiz, sufragánea de Sevilla; la que aceptada por Feyjóo en 1702, murió allí el dia 10 de Febrero del año 1706, á los sesenta y tres años de su edad. Escribió: 1.°: *Decreta super studiis et collatione graduum*, los que se imprimieron y fueron confirmados por Inocencio XII en 11 de Octubre de 1692; mas despues, á instancias del reverendísimo Pedro Tomas Sánchez, prior general de la misma Órden, fueron derogados por el sumo pontífice Clemente XI en 25 de Setiembre de 1711. 2.°: *Decreta pro reformatione Goyanensi in Brasilia Vicariæ*, impresos en Madrid y confirmados por el papa Inocencio XII en 11 de Enero de 1696. Cuidó de que se imprimiesen: *Acta comitiorum generalium Romæ celebratorum anno millesimo sexcentesimo nonagesimo octavo.* Tambien cuidó de que los misales, breviarios y diurnos de su Órden fuesen impresos en Ambéres, por Francisco Múller, 1698.—J.

FEYJÓO Y MONTENEGRO (Benito Gerónimo) célebre crítico español, superior á su siglo, honra de su patria y de la ilustre Órden benedictina. Des-

pues de haber estudiado las humanidades en su pais, pasó á la universidad de Oviedo y recibió el grado de maestro en artes. En 1717 entró en el convento de S. Benito de la misma ciudad. Aplicóse entónces á las ciencias sagradas; pero era tan vasta su comprehension, que los progresos rápidos y asombrosos que en éstas hacia no le impedian de consagrar muchas horas del dia al estudio de las lenguas, de la historia, de las matemáticas, de las bellas letras, etc. Poseyó á la perfeccion todos los autores clásicos latinos, griegos, españoles, franceses, ingleses é italianos. Nombrado sucesivamente doctor en todas las facultades, profesor de teología, abad del monasterio de S. Vicente de Oviedo, y ademas de los deberes que sus cargos le imponian, obligado á predicar en las ocasiones solemnes, halló tiempo para componer el número considerable de volúmenes que nos ha dejado. El P. Feyjóo concedia apénas cuatro horas al sueño, y no parecia en el mundo sino cuando á ello le obligaban los deberes de la cortesía ó los sagrados de su ministerio. Este retiro casi absoluto hace mas extraordinario el talento con que supo conocer á los hombres, descorrer el secreto de sus pasiones, debilidades y miserias, y atacar sus errores y preocupaciones. Habíase distinguido ya muy temprano por la facilidad en producirse, por una prodigiosa memoria, y sobre todo por un tacto fino, un espíritu observador y una crítica profunda y juiciosa. Con respecto á su memoria, dícese entre otras cosas, que bastaba el citarse en su presencia un pasaje, un texto cualquiera, para que él nombrase al momento no solo el autor sino hasta el libro y la página. En 1724 Feyjóo habia ya publicado, siendo de veinte y tres años de edad, muchos *Sermones* y algunas obras teológicas; pero la obra que le hizo mas honor y que le dió mayor celebridad es su *Teatro crítico universal*. Los dos primeros tomos fueron impresos dos veces en un mismo año en Madrid, 1726. El asombroso éxito que obtuvo este primer ensayo alentó al autor á continuar su obra en los años siguientes, cuyas ediciones se multiplicaron en casi todos los dominios de España. En aquella época fué cuando Feyjóo entró en correspondencia con los personajes mas distinguidos, tanto por su nacimiento como por sus talentos. Tuvo particulares relaciones con el célebre Campománes, ministro de hacienda, compatriota suyo, el cual procuró inútilmente hacerle abandonar el claustro por la perspectiva de los destinos y de las dignidades. Feyjóo se desprendió para lo sucesivo de su empleo de abad y se abandonó enteramente al estudio. El *Teatro crítico*, sucesivamente aumentado, fué impreso en Madrid, en 1738, ocho tomos, en 8.°. El *Suplemento* pareció en 1740 á 1746, en igual número y tamaño de tomos. Esta obra, tan luego como apareció, mereció la aprobacion de todos los sabios. El *Mercurio* de Francia hizo de ella los mayores elogios en los meses de Junio de 1730 y de Abril de 1731. Fué despues traducida en diferentes

lenguas : en frances por D'Hermilly , Paris , 1742 , doce tomos , en 8.° ; de ella se hicieron dos ediciones en italiano, una en Roma , 1744, otra en Génova , 1745 : John Brett , capitan de la marina real , y uno de los compañeros de lord Anton , tradujo muchas partes del *Teatro crítico* en inglés , de 1777 á 1780 , tres tomos , en 8.°. Aunque el *Teatro crítico universal* hizo mucho honor á Feyjóo , la obra que afirmó mas y mas su reputacion y que puede considerarse como una continuacion del *Teatro crítico* fueron sus *Cartas eruditas y curiosas* , Madrid , 1746–1748 , ocho tomos , en 8.°. En la primera de estas obras se deja ver el hábil y juicioso observador ; en la segunda se admira al sabio profundo. No hay materia , tanto en las ciencias sagradas y profanas , como en las letras y en las artes , que él no trate con seguridad , exactitud y discernimiento. Su estilo , aunque á veces algo prolijo , es puro , rápido , enérgico , elocuente , lleno de colorido y de vigor. Seria un error el considerar á Feyjóo como un sabio ó un crítico ordinario, que no osó traspasar los límites de su propio pais : él escribió para todos los hombres , y esta circunstancia es la que hizo sus escritos interesantes en todas las naciones civilizadas. Sin embargo , no estuvo exento de críticos , y cuando aparecieron sus primeros tomos, algunos zoylos se levantaron contra él ; pero el continuado buen éxito que obtuvo entre los verdaderos sabios y literatos , entre las gentes instruidas é imparciales , les forzaron muy luego á guardar silencio. El P. Sarmiento , benedictino y teólogo en el convento de S. Martin de Madrid , refutó á todos sus críticos en una obra titulada : *Demostraciones crítico–apologéticas del Teatro universal del P. Feyjóo* , Madrid , 1751 , dos tomos , en 8.°. En el mismo año se publicó en Madrid , en 4.° , un *Índice general* etc. , ó *Tabla alfabética* de las materias contenidas en el *Teatro crítico*. La variedad de asuntos de esta vasta coleccion requeria un repertorio de este género ; pero hubiera sido de desear en él un poco mas de exactitud , segun decia el *Journal des Savans* , Febrero , 1753. Despues de haber gozado de la mayor consideracion durante su vida , que le siguió hasta mas allá del sepulcro , Feyjóo murió en Oviedo á 16 de Mayo de 1764 , llorado y echado á ménos por todos , tanto por su ciencia extraordinaria como por la bondad de su corazon , la regularidad de sus costumbres y la afabilidad de su carácter. Cuéntanse muchas ediciones de sus obras , aun despues de su muerte ; pero la mas estimada es la que se hizo bajo la inspeccion y á expensas de Campománes , Madrid , 1780 , treinta y tres tomos , en 8.° , en la cual se halla la Vida del autor escrita por el mismo Campománes. « Feyjóo , dice el señor de Laborde en su *Itinerario de España* , abrazó todas las partes.... adquirió conocimientos profundos , escribió con un estilo puro , simple , claro , limado y metódico : desplegó un genio fecundo , atrevido , verdadero : sacudió las cadenas de las preocupaciones : echó por tierra la astro-

logía judiciaria, etc. etc. Fué el lustre de su patria y el sabio de todos los siglos.» Hemos querido transcribir íntegra esta biografía del sabio eminente del pasado siglo, tal como se lee en la famosa *Biografía universal* que se publica en Francia, por parecernos un justo tributo de admiracion y de reconocimiento al ilustre español, y sobre la cual no puede recaer por cierto la menor tacha de parcialidad. Nos reservamos, sin embargo, el añadir á ella algunos detalles interesantes, y el considerarle sobre todo en sus obras en donde se manifiesta el grande hombre en toda su extension. En efecto, la época en que aparece al mundo uno de estos personajes extraordinarios, inteligencias elevadas que parece coloca la Providencia como antorchas en la carrera de las generaciones, contribuye en gran manera á engrandecerlos. Bajo este punto de vista, pocos sabios presentará la historia del mundo civilizado comparables á nuestro Feyjóo. Darémos, pues, ántes de empezar á tratar del célebre escritor una reseña de la época en que apareció en nuestra patria por lo que hace á las letras; pues la degeneracion de éstas lleva consigo la ignorancia y el atraso de las ciencias, y con ello todas las preocupaciones. La época de la decadencia de nuestra literatura puede considerarse todo el tiempo que comprehende desde el segundo tercio del siglo XVII hasta mas de la mitad del XVIII; esto es, los reinados de Felipe IV, Cárlos II, Felipe V y Fernando VI. «Los gérmenes de la decadencia que fueron sembrados durante la anterior época se desarrollaron en ésta, dice un distinguido crítico contemporáneo, hasta acabar no solo con la elocuencia, sino casi con la misma lengua castellana. No es dable, ni tampoco razonable designar los causadores del mal entre los que con mayor ardor lo adoptaron: él tenia mas lejano orígen, y con el uso siempre creciente poco á poco habia ido preparando los ánimos á que lo aceptasen sin reserva. Para que no se exceptuase la literatura de lo que parece ser ley en todas las cosas humanas, las semillas de aquella decadencia habian nacido junto con la perfeccion: tan imperceptible es el punto que divide en todo lo de acá la corrupcion y la belleza, ó por mejor decir, tan de cerca sigue aquella á los mayores adelantos del humano ingenio. ¿Por ventura no existian los trozos retóricos y declamatorios en demasía del maestro Granada, aquellos en que disfrazó con la abundancia de giros y locuciones la monotonía, y reemplazó la conmocion verdadera con la amplificacion de las figuras? La prosa del maestro Leon no pocas veces habia llevado la elegancia al extremo de la afectacion y de la simetría, y los vuelos atrevidos de su imaginacion tambien á veces rayaban en desproporcionados ó violentos. Bien podian buscarse en Mendoza pasajes que autorizasen la concision afectada y la colocacion obscura; y el facilísimo Cervántes no en valde era tan sensible á la armonía, que á veces no traspusiese la colocacion de las palabras con demasiado estudio. Los ejem-

plos de tan insignes escritores naturalmente debian ser imitados por quienes no poseyesen bastante ingenio para excusar los defectos con las bellezas: sobran datos que confirman como la elegancia se iba volviendo rebuscada; y cuando no mediara otro impulso que el tan funesto de la poesía gongorista, sobrara con éste para que el contagio consumase la ruina del buen gusto. Mas, esta corrupcion procedió por distinto rumbo durante esta misma época; y por esta razon hay que dividirla en dos períodos, de los cuales el uno abraza los reinados de Felipe IV y Cárlos II, y el otro el de Felipe V hasta el siguiente. En el primero se vió alterada la sencillez, se afectó la cadencia, se enmarañó la manera clausular, y se acabó con el carácter grave y majestuoso que en la prosa castellana habia resplandecido. Á la confusion y desproporcion de las cláusulas, al revolvimiento de sus miembros se agregaron las imágenes exageradas, los tropos violentos y ridículos, y el uso de los equívocos con que la claridad desapareció del todo. La elocuencia del púlpito contribuyó mas que ninguna en dar autoridad al mal gusto: despues el estilo escolástico vino á agravarlo. Deshaciendo la obra de depurar el idioma, llevada á cabo á fuerza de tantos siglos, se esforzaron algunos en resucitar palabras latinas ó latinizar las españolas, y por dar á la construccion castellana el corte que tan solo en ciertos latinos domina. Para ello destrabaron lo que con tantas ventajas de la elegancia y de la armonía habian ligado los autores de la época precedente; y como si toda partícula copulativa hubiese de desterrarse, truncaron la marcha de las cláusulas en miembros sueltos y cortos, y crearon una nueva manera de decir la mas opuesta á la frase numerosa y rotunda que las obras de aquellos escritores habian hecho peculiar á nuestra lengua. Sin embargo, pronto advirtieron la sequedad del nuevo estilo; mas la advirtieron en mala hora, ya que para remediarla redoblaron las flores estrambóticas y los ornatos de relumbron ya admitidos. El mal no conoció entónces límite alguno: los mismos que quisieron oponérsele fueron arrastrados por el torrente; el ingenio paró en sutileza, la facundia en verbosidad, la concision en obscuridad enigmática, la elegancia por una parte en martilleo, y por otra en enmarañamiento; toda la prosa en fin en una confusa mescolanza de lo mas absurdo del estilo prosáico y del poético que entónces estaba en boga. No es extraño, pues, que en el reinado de Cárlos II ya no hubiese apénas libro que en la nueva jerga no estuviese escrito, cuanto mas sabiendo que en él acabó de ahogarse el ingenio bajo el peso de la erudicion mas pedantesca y desvariada. Para resumir en pocas palabras la historia de este lamentable período baste indicar que entónces nacieron las sectas de los *cultos*, de los *conceptistas* y *sentenciosos*, que alambicando los unos las formas de la elegancia y las flores del bien decir, yendo los otros á caza de pensamientos sor-

prendentes, peregrinos y recónditos, y afectando éstos un tono sostenido y magistral de máximas filosóficas, hicieron que el mal se difundiese con resultados todavía mas funestos por el período siguiente. Durante el primero, si la depravacion del gusto habia venido á convertirse en teoría y á confirmarse con un nuevo arte de escribir, cual nueva lengua y nuevo estilo, solo este habia sido indirectamente estragado, y la pureza de aquella no fué á lo ménos sino ajada; mas en este segundo, para que nada permaneciese en pie de la gran monarquía de Cárlos I, al mismo tiempo que se descuajaban los ricos florones de la corona de Castilla, se heria de muerte la lengua castellana. Primeramente pareció que se habia extinguido todo entusiasmo, todo talento para sobredorar lo malo, no recogiendo del anterior período sino la hinchazon, la pedantería y la obscuridad hiperbólica. Luego, subiendo al trono la familia de Borbon, la influencia francesa, que desde la córte trascendió á todas las clases, comenzó á quebrantar las leyes de la gramática y del buen sonido á la moda que favoreció la introduccion del idioma extranjero con todo lo concerniente á los usos de la vida y trato civil; juntóse despues la falta de tratados que iniciasen á la nacion en las ciencias, mayormente naturales y físicas: con esto, ingerto el frances en la médula del castellano, y se dió cima á la monstruosa union de los dos idiomas mas contrapuestos de todos los modernos. Fueron cayendo en desuso numerosas voces las mas propias; estrechóse mezquinamente al corte seco frances la marcha redondeada y tan valiente de nuestras antiguas cláusulas; el órden gramatical y lógico alejó toda coordinacion oratoria; y de los giros nobles y agraciados, del buen sonido en que los *cultos* y *conceptistas* habian pecado por exceso, no quedó el menor vestigio. De este modo una de las lenguas vulgares mas ricas y sonoras se trocó en la mas pobre y dura: así se labró la pérdida total de su armonía y elegancia. Al ménos durante el primer período brillaron ingenios que supieron suavizar yerros gravísimos con bellezas no menores. Bien que ciertamente espanta el número de los que en todo género desvariaron en aquel mal estilo, aun cuando gran muchedumbre de novelas habian creado una elocuencia peculiar por su misma extravagancia, como si corriese á su cuenta ser á la prosa lo que las comedias de entónces á la poesía, y la del púlpito se desenfrenó cada dia con mayores delirios; con todo, el género histórico conservó algunas de las nobles prendas de los antiguos, y mantuvo á la lengua en su reputacion de vigorosa, sonora y elegante.» Ved ahí bosquejado el sucinto cuadro de nuestra literatura cuando vino al mundo el P. Fr. Benito Gerónimo Feyjóo; y nos hemos detenido algun tanto en delinearlo para que pueda mejor apreciarse el talento superior y el genio vasto y despejado del que en tal situacion estaba destinado, así para combatir los errores del vulgo, como para vindicar hasta cierto

punto el honor de las ciencias y de las letras en nuestra decadente patria. Nació nuestro sabio crítico á 8 de Octubre de 1676 en Casdemiro, pequeña aldea de la feligresía de Sta María de Melias, en el obispado de Orense, á las riberas del rio Miño, poco mas abajo de su confluencia y union con el rio Sil. Fueron sus padres D. Antonio Feyjóo Montenegro y D.ª María de Puga. Eran ámbos de ilustre alcurnia; y separándose de la necia y generalizada costumbre de destinar el primogénito á la sola propagacion de su familia y goce de sus pingües rentas, no descuidaron por cierto su educacion y su enseñanza, aunque era el primogénito de su casa, fundando la primera en el santo temor de Dios, sin el cual ni hay sólida virtud ni verdadera sabiduría, y apoyando la segunda en el cultivo de las letras, á las cuales se mostró ya desde su niñez muy inclinado. Persuadiéronse aquellos nobles esposos de que la verdadera nobleza se adquiere con la virtud y con las acciones ilustres en todo género, y se conserva con la continuacion de ellas en los descendientes; no con la ociosa posesion de los bienes adquiridos por la virtud ó por los afanes de los antepasados. El olvido de esta máxima importante ha reducido á muchas casas nobles á la ignominia ó á la nada, desmintiendo ó haciendo olvidar sucesores indolentes ó disipados la fama y el lustre de sus progenitores. ¡Dichoso el que empieza ó el que realza la celebridad de un nombre que lleva de sus padres ó que funda por sí propio; pero desgraciado el que con su indolencia ó con sus vicios eclipsa, quizá para siempre, el brillo de una raza ilustre, que debia transmitir mas puro aun á sus descendientes! Nuestro jóven caballero, dotado de un entendimiento claro y perspicuo, y de una capacidad extraordinaria, se hizo superior al mundo, como debia hacerse superior despues á su siglo, y vió en la religion el asilo mas seguro, mas bello y mas respetable para hacer florecer el árbol fecundísimo de su ingenio que con tanto esmero cultivaba. Renunció, pues, al siglo á la edad de catorce años, y en el de 1688 recibió la cogulla de la insigne Órden benedictina en el monasterio de S. Julian de Sámos de mano de su abad Fr. Anselmo de la Peña, general que fué despues de la Congregacion de España y arzobispo de Otranto, en el reino de Nápoles. La vocacion del Padre Feyjóo no fué de aquellas que por desgracia son mas bien un incentivo de comodidad y de distinciones, que un verdadero llamamiento á la vida austera y altamente evangélica del claustro; pues la debilidad y la miserable condicion del hombre abusa hasta de las instituciones mas santas y respetables. La vocacion de nuestro jóven monje fué verdadera; pues le llamaba al retiro del bullicio del mundo y al silencio del claustro, en donde podia conciliar muy honestamente el amor á la religion y el amor al estudio, sin que los deberes de cenobita se opusieran en nada á las tareas del sabio. Ademas su vida era observante é incorruptible, y sus costumbres inocentes y puras,

cuales conservó en todo el largo decurso de su vida. Las pocas horas que dedicaba al sueño, su constante y asidua laboriosidad, aquella lectura inmensa y meditacion profunda con que debia prepararse para tratar de tantas y tan diversas materias, le alejaban naturalmente de toda mira de ambicion y de solicitar destinos y dignidades eclesiásticas, no solo fuera del claustro sino ni aun en el mismo claustro; ambicionando únicamente la paz y el sosiego de su retiro y de su celda para satisfacer su pasion al estudio que, despues del amor á Dios, es la mas digna del hombre. No solo se ocupó en los estudios monásticos con preferencia á los demas, sino que recorrió como todos los sabios de primer órden el vasto círculo de las ciencias divinas y humanas. En cuanto á los primeros, siguió su carrera con la mayor brillantez dentro del claustro, hasta el punto de serle sumamente familiar la carrera del profesorado; pues enseñó públicamente en las cátedras de teología, que obtuvo por rigurosa oposicion en la universidad de Oviedo, y en la cual alcanzó del consejo la jubilacion por mérito. Su religion, que tantos Santos y sabios ha dado á la Iglesia y al mundo, no podia ménos que complacerse en la justa y extraordinaria celebridad de tan ilustre hijo, y no pudo ménos que dispensarle los honores de maestro general, en nada incompatible, como en tantos otros se ha visto, con la humildad religiosa que resplandeció siempre entre las virtudes de este literato. La carrera regular de artes y teología escolástica á que estaban reducidos á la sazon los estudios monásticos no podia de modo alguno satisfacer la noble ambicion de saber del Padre Feyjóo, y era una esfera muy limitada para un espíritu y unos talentos como los suyos. Así, pues, como águila entre las inteligencias, remontó su raudo vuelo á una region mucho mas grande y elevada; y extendió su infatigable aplicacion á otros conocimientos muy superiores á los comunes de su tiempo. Pero en este vuelo sublime no puede tachársele, como tal vez á otros, que se distrajese en los estudios amenos con perjuicio y atraso de los útiles; pues bastaria para desengañarse leer los discursos 11, 12, 13, y 14 del tomo VII que publicó en el año 1736 á los sesenta de su edad, en los cuales manifiesta los abusos que se padecen en la enseñanza de la dialéctica, lógica, metafísica, física y medicina, acreditando en esto mismo el profundo conocimiento que tenia de todas estas facultades; y que el haberse extendido á otras materias en lugar de serle estorbo, le habia dado á conocer radicalmente la parte superflua y viciosa que se seguia en el método de estos estudios: porqué los conocimientos humanos están ligados entre sí con tan estrechos vínculos, que casi no es posible sobresalir en una materia sin estar mas ó ménos enterado de las accesorias. La absoluta universalidad de conocimientos es inasequible al hombre atendida la brevedad de la vida y los límites de sus facultades; pero los talentos privilegiados que habiendo llega-

do á cierta altura han podido dar á todas las ciencias una mirada de intuicion, aunque no las posean todas en toda su plenitud á ninguna son extraños, y como conocen todas sus relaciones, analogías y puntos de contacto, pueden hablar con seguridad y extension de la parte de ciencia que dominan. Luis Vives, aquel insigne crítico español del siglo XVI, á quien respetó el mismo Erasmo, así en su tratado *De corruptione artium et scientiarum*, como en el otro *De tradendis disciplinis*, abrió la senda para descubrir el atraso de las ciencias é indicar los medios de enseñarlas con mas método y con mejor aprovechamiento. Acaso uno y otro fueron la última obra maestra que se publicó en aquel tiempo para enseñar á los hombres el verdadero camino del saber, segun lo ha confesado modernamente el sabio escritor inglés de la *Historia de las ciencias morales y políticas*. Pero la circunstancia de haberse escrito aquellos tratados en latin contribuyó tal vez á que no fuesen muy leidos. Reconoció el P. Feyjóo esta falta, y acomodándose á las circunstancias del tiempo trató de escribir en lengua comun las *Observaciones* que acerca de este particular le parecieron mas propias de la época. Despues de Luis Vives el canciller Bacon dió un paso mas, y adelantó el plan de perfeccionar y clasificar los conocimientos humanos, como mas latamente puede verse en el *Ensayo crítico sobre las lecturas de la época*, en el apéndice V del tomo I. En efecto, la filosofía anterior habia olvidado la observacion de los hechos, y por esta parte se encontraba enteramente desarmada y desprovista; y como la razon habia conocido este defecto, proyectó su primer ataque sobre el terreno de la experiencia. Bacon, pues, abrió ó ensanchó esta senda luminosa; proclamó el vacío que se hallaba en la escolástica, y la necesidad de abandonar las categorías lógicas por los estudios experimentales. No contento con echar los fundamentos de la reforma filosófica, se entregó á la observacion de los fenómenos, y hasta hizo varias experiencias importantes, llegando á presentir desde entónces algunos de los resultados de la ciencia moderna. Esto pasaba en el siglo XIII; y partiendo de aquella época, la unidad se descompone, la filosofía tiende á separarse progresivamente de la teología, cuyo divorcio llevado á un extremo produce mas adelante los mas funestos resultados. La humana razon, sin abandonar el terreno de la experiencia, hace sus ensayos de independencia en la esfera mas elevada de la especulacion. Viéronse entónces germinar sucesivamente todos los errores de que el cristianismo habia venido á expurgar á la tierra: el dualismo en Tomas Campanella, el panteismo en Jordano Bruno, y hasta el ateismo en Vanini. Entre tanto Lutero habia aparecido, y el cisma producido en la Iglesia debia propagarse en la inteligencia. Bacon y Descártes marchan al frente del movimiento que preparó y realizó despues la separacion definitiva de la filosofía y de la teología: los

dos rechazan atrevidamente en materias filosóficas la autoridad de la revelacion, y emprenden el fundar las ciencias sobre una nueva base; pero difieren así en los principios como en el método. Bacon sienta por principio que la experiencia y la observacion son para la ciencia el único medio de llegar al conocimiento de la verdad. Recomienda en gran manera el observar la naturaleza, justificar la realidad de los fenómenos sin buscar como explicarlos, por miedo de no alterar la pureza de la observacion por medio de nociones concebidas de antemano y conjeturales. Prescribe la construccion de tablas ó mapas, en los cuales los hechos sean clasificados metódicamente para en seguida elevarse por la via de la induccion al conocimiento real de la naturaleza. Descártes empieza por la duda, y busca en el conocimiento del *yo* los fundamentos de la certitud humana: y procede por via de deduccion. Refiriendo todas las ideas á dos ideas primordiales, el pensamiento y la extension, y poniendo por principio que el pensamiento es la esencia del espíritu, así como la extension es la esencia de la materia, introduce ya en su filosofía naciente el gérmen de un divorcio funesto entre las ciencias físicas y las ciencias morales. Siendo la extension la esencia de la materia, concluye de ahí que las calidades y las propiedades de los cuerpos no pueden ser sino efectos del movimiento: de ahí la tendencia exclusivamente mecánica de su filosofía natural, que tan perjudicial ha sido á sus progresos y que subsiste aun en el dia. Leibnitz, que abrazó todos los conocimientos humanos, neutralizó parcialmente la doble impulsion dada por Bacon y Descártes; pero su influencia no se ha extendido mucho fuera de Alemania, en donde ha servido para fundar un idealismo racional y preparar de léjos la filosofía de Kant. El principio sentado por Bacon fué aplicado á la cosmología por Gassendi y á la psycología por Locke. Hóbbes lo habia ya aplicado á la moral y á la política; mas la escuela de Galileo, continuada en Florencia por Toricelli y Viviani, fué la que contribuyó mas eficazmente á extender la influencia de este principio; y los descubrimientos de Néwton mal interpretados la hicieron muy presto irresistible. La accion de Descártes fué asimismo subordinada á la de Bacon; y á parte de la tendencia mecánica que le pertenece y que ha persistido en las ciencias físicas, á pesar de los descubrimientos capitales con que ha enriquecido estas ciencias, y sobre todo las matemáticas, su influencia quedó refundida en la metafísica, la cual perdia diariamente de su importancia. Así se ha levantado la escuela experimental moderna, que ha minado indirecta pero profundamente las bases de la teología, y ejercido una tan poderosa influencia sobre los destinos del órden social. Hemos dado esta ligera idea del estado en que se hallaban los conocimientos humanos en el tiempo en que apareció Feyjóo, para poder apreciar debidamente el rumbo que se propuso tomar en la clase de estudios á que se

sentia movido para enseñar á su siglo. Mas, como nuestro sabio se hallaba profundamente penetrado de los sentimientos católicos, no se extralimitó con petulancia del círculo que le trazaban la moderacion y la prudencia; y la modestia y la sinceridad se dejaban sentir siempre en el fondo de todas sus reflexiones. « Cuanto dijere en los discursos que siguen, decia al entrar en su plan de los *Estudios de artes*, no quiero que tenga otra fuerza ó carácter que el de humilde representacion hecha á todos los sabios de las religiones y universidades de nuestra España. No se me considere como un atrevido ciudadano de la república literaria, que satisfecho de las propias fuerzas y usando de ellas quiere reformar su gobierno, sino como un individuo celoso, que ante los legítimos ministros de la enseñanza pública comparece á proponer lo que le parece mas conveniente, con el ánimo de rendirse en todo y por todo á su autoridad y juicio. No hay duda en que el particular que violentamente pretende alterar la forma establecida de gobierno, incurre en la infamia de *sedicioso;* pero asimismo el magistrado que cierra los oidos á cualquiera que, con el respeto debido, quiere representarle algunos inconvenientes que tiene la forma establecida, merece la nota de *tirano*. Mayormente cuando el que hace la representacion no aspira á la abrogacion de leyes, sí solo á la reforma de algunos abusos que no autoriza ley alguna, y solo tienen á su favor la tolerancia. Aun si viese yo que mi dictámen en esta parte es singular, no me atreviera á proferirlo en público; ántes me conformaria con el universal de los demas maestros y doctores de España, así como en la práctica de la enseñanza los he seguido todo el tiempo que me ejercité en las tareas de la escuela, por evitar algunos inconvenientes que hallaba en particularizarme. Pero en varias conversaciones en que he tocado este punto, he visto que no pocos seguian mi opinion, ó por hacerles fuerza mis razones, ó por tenerlas previstas de antemano. Así, con la bien fundada esperanza de hallar muchos que leyendo este escrito apoyen mi dictámen, propondré en él las alteraciones que juzgue convenientes en el ministerio de la enseñanza pública. Y porqué la materia es dilatada, la dividiré en varios discursos. » Así es como el P. Feyjóo se preparaba para explanar su plan de reforma en la enseñanza de los estudios elementales y de las mas importantes ciencias, y que fué desenvolviendo en varias disertaciones, de las que hablarémos luego al tratar de sus obras. Concluyamos ahora el breve bosquejo de su vida comun, ántes de extendernos en el de su vida literaria. El retiro del claustro facilitó al P. Feyjóo el tiempo para escribir, porqué nada mas favorable á la meditacion y á la laboriosidad literaria que aquellos tranquilos y casi siempre solitarios asilos en que las vastas y profundas inteligencias podian, elevándose siempre hácia el cielo, entregarse á una saludable actividad, útil no solo á los progresos del espíritu religioso, sino tambien á los

adelantos en todos los ramos útiles y provechosos á que puede dedicarse el espíritu del hombre. Desde el silencio del claustro podia contemplarse el bullicioso mundo á la luz de la ilustrada razon, de la historia y de la sabiduría; y nosotros vamos á ver cuan extenso y profundo conocimiento de su siglo y de sus miserias y debilidades poseia el sabio y modesto benedictino. Despues de haber concluido la carrera de sus estudios en Léres, Salamanca y Oviedo, eligió por su continua residencia el colegio de benedictinos llamado de *S. Vicente* de esta última ciudad, donde escribió todas sus obras, y desde donde dió un impulso á su siglo. «Su trato, dice su biógrafo, era ameno y cortesano, como lo era comunmente el de aquellos monjes, escogidos por su corto número, y que pertenecian á familias decentes y muchas veces distinguidas de la sociedad. En su conversacion debia brotar precisamente el chiste familiar de su estilo, y aquel gracejo decente y oportuno que revela bajo la sal de la agudeza al conocedor del mundo y al pensador sublime. Esta circunstancia debió hacerle doblemente agradable en el trato social, ademas de su aspecto apacible, su estatura alta y bien dispuesta, y una facilidad en el explicarse de palabra con la misma propiedad que por escrito. La viveza de sus ojos que chispeaban en medio de una frente despejada daban indicios de la perspicacia de su alma.» ¡Qué sabios tan preciosos aquellos en quienes el espíritu humano podia elevarse con todo su poder, y desplegarse la razon en toda su plenitud dentro el círculo de la fe, y que en todas sus doctrinas, en todas sus opiniones, en todos sus descubrimientos, unidos siempre á Dios, y amigos del hombre, ni chocaban con un petulante orgullo, ni se hacian temibles á la pureza de las creencias, ni al reposo de las sociedades! Libres de toda preocupacion, así como de todo remordimiento, discurrian sin traba y con buena fe por el campo de la observacion y de la ciencia, condenando los abusos de la religion y las supersticiones con la misma sinceridad y buen deseo con que combatian el vicio y el error donde quiera creian encontrarle. ¡Cuán franca, cuan amable, cuan encantadora es la ciencia cuando marcha escudada de la fe! Vióse el P. Feyjóo honrado y estimado en toda su vida por todos los hombres de bien y espíritus rectos que saben apreciar el mérito; y si bien fué con mas ó ménos acrimonía y comedimiento impugnado y zaherido como sabio, como autor y como reformador de su siglo, como veremos despues, estas mismas contradicciones le honran sobremanera, y no hicieron mas, aun durante su vida, que aumentar su reputacion y dar nuevos quilates de importancia al oro precioso de su reputacion científica. Vióse honrado hasta de papas y de monarcas, y la fama de su nombre pasó mas allá de los límites de su nacion. «Primero se rindieron en aquel sabio las fuerzas que la aplicacion como se lee en el resúmen de su *Vida*, y que la aplicacion la constancia en el

estudio y en la penosa fatiga de escribir para ilustrar á sus compatriotas. Terminó la serie de sus obras impresas en 1760 á los treinta y cinco años despues que empezó á escribir ; y otros tantos comprehenden sus *Anales literarios*. Un hombre , que habia cuidado de la instruccion de los demas por tanto tiempo , reservó para atender á sí mismo el corto período de vida que prometia lo avanzado de su edad. La sordera que empezó á molestarle , la debilidad de la memoria , y la flaqueza de sus piernas le apartaban de la sociedad , cuya falta recompensaba con la oracion , haciéndose con un carreton conducir al coro. Lleno de años y de fama falleció el R. P. fray Benito Gerónimo Feyjóo en su colegio de S. Vicente de Oviedo á 26 de Setiembre de 1764 , á las cuatro horas y veinte minutos de la tarde , de edad ochenta y siete años , once meses y diez y ocho dias. De sus virtudes hicieron puntual descripcion el doctor D. Alonso Frances y Aragon , magistral y maestre-escuela de la santa iglesia catedral de Oviedo , rector de su insigne universidad , en la *Oracion fúnebre* que de órden de la misma predicó en 27 de Noviembre de aquel año ; el R. P. Fr. Benito Uria , maestro de sagrada teología en el colegio de S. Vicente , en 17 de Diciembre del mismo , á nombre de aquella comunidad religiosa ; y el R. P. M. fray Heladio Novoa , en 22 de Enero de 1765 en el real monasterio de S. Julian de Sámos : y las tres han visto la luz pública. No sucedió así con los demas hechos particulares de su vida ; pues se quedaron reservados á los que trataron mas de cerca á tan distinguido literato. » Hasta aquí el resúmen de su Vida , que va al frente de sus obras en la edicion de Madrid de 1778 , y concluye con esta juiciosa observacion : « ¡Cuántos sucesos dignos de memoria se pierden en la vida de los hombres ilustres , porqué no todos logran un Xenofonte que nos conserve sus *dichos y hechos*!» Dado pues un sencillo bosquejo de lo poco que ofrece á la pluma del historiador la vida privada de un monje modesto y retirado , pasada en la contemplacion , en el estudio y en la composicion de libros ; pasemos á trazar brevemente lo que puede llamarse en un sabio escritor su vida pública , es decir , su vida literaria. Nadie ignora que la obra principal , entre otras que escribió , y la que le adquirió y le ha valido despues mayor reputacion y fama , y por la cual es generalmente conocido , fué el *Teatro crítico universal , ó discursos varios en todo género de materias , para desengaño de errores comunes*. El solo título recomienda ya de por sí el objeto de la obra : desengañar , é ilustrar. Nos dice el mismo autor , que instándole varios sugetos para que escribiese algo para comun utilidad y aprovechamiento , despues de haber meditado sobre lo que podria escribir , y haber formado varios planes y cálculos , se decidió al fin por el género crítico por parecerle el mas adecuado á su genio curioso y observador , y el mas á propósito para disipar y conjurar muchos errores y preocu-

paciones que la malicia de unos ó la ignorancia de otros conserva y mantiene entre el vulgo, y aun entre personas de alguna educacion. El mismo autor nos dirá el espíritu que le animaba en esta vasta y variada publicacion, que á pesar de su variedad y extension vamos á presentar en sencillo conjunto bajo la clasificacion que nos ha sugerido su repetida y meditada lectura. Y para esta clasificacion ha sido menester de nuestra parte algun trabajo, pues el mismo autor respondiendo al reparo de que no van los discursos distribuidos por determinadas clases, siguiendo la serie de las facultades ó materias á que pertenecen, dice que, si bien al principio tuvo este intento, luego descubrió imposible la ejecucion; porqué habiéndose propuesto tan vasto campo en el *Teatro crítico*, vió que muchos de los asuntos que se han de tocar en él no pueden comprehenderse bajo de facultad determinada, ó porqué no pertenecen á alguna ó porqué participan igualmente de muchas. Fuera de esto, hay muchos de los cuales cada uno trata aisladamente de alguna facultad, sin que otro le haga consorcio en el asunto. Solo en materias físicas, dentro de cuyo ámbito son infinitos los errores del vulgo, habia tantos discursos que podrian hacer tomo aparte, sin embargo de que el autor se sentia inclinado á diseminarlos en varios tomos en obsequio de la mas apacible variedad; por manera, que cada tomo, bien que uniforme en el designio de impugnar errores comunes, parecerá una verdadera miscelánea; y si bien el objeto final será siempre uno, los materiales precisamente hán de ser muy diversos. Á pesar pues de esta variedad hemos procurado reducir los ciento diez y siete discursos que abraza el *Teatro crítico*, á las diez clases ó secciones siguientes: 1.ª: Plan de estudios, ó materias pertenecientes al nuevo sistema de enseñanza que se proponia introducir, y mejoras y reformas en las varias especies de enseñanza. 2.ª: Filosofía, sus varios ramos, sus abusos y cuestiones filosóficas. 3.ª: Crítica ó criterio en sus varios casos y aplicaciones. 4.ª: Ciencias físicas en sus varias divisiones de medicina, astronomía, meteorología, elementos, secretos, paradojas, etc. 5.ª: Diversos y curiosos puntos de historia natural. 6.ª: Ciencias morales, sociales y políticas en sus mas útiles y vastas aplicaciones al trato comun y al órden social. 7.ª: Historia y biografía. 8.ª: Crítica escrituraria. 9.ª: Preocupaciones ó engaños en materias de Religion, ó que tienen analogía con ella. 10.ª: Literatura y bellas artes. Bajo este método daremos una rápida ojeada á cada una de las materias, mas bien para ofrecer una idea de su modo de tratarlas, que para aplicarles una calificacion que no nos permiten ni los límites de un artículo, ni la debilidad de nuestras fuerzas. 1.ª: Empieza su plan de reforma de estudios por las súmulas ó dialécticas que se usaban en su tiempo, condenando la molesta profusion de preceptos inútiles que solo sirven para confundir el entendimiento, y asegurando que en dos pliegos y medio redujo él mismo lo que en

ellas puede ser provechoso, cuando enseñaba su curso de artes á sus discípulos. Naturalmente inclinado á simplificar y facilitar los medios de la enseñanza, condena todas las superfluidades y hace consistir en este cuidado del preceptor el perfeccionamiento de los estudios. No se cansa de inculcar que convendria instruir solo con reglas generales y seguras sin descender á tanto pormenor, cuya enseñanza consume mucho tiempo, y despues de nada sirve; y lo comprueba con varios y oportunos ejemplos. No apartándose del mismo sistema de cercenar lo inútil, trata de reformar la lógica y metafísica: ciencia elemental la primera, de la que intenta desterrar todas las cuestiones pertenecientes á proemiales y universales, reduciendo el arte de raciocinar á preceptos claros y seguidos: lo cual supone podria hacerse en dos meses y poco mas. «¿Qué importa, dice, que entre tanto no disputasen? Mas adelantarian despues en poquísimo tiempo, bien instruidos en todas las noticias necesarias, que ántes en mucho sin ellas. La disputa es una guerra mental, y en la guerra aun los ensayos y ejercicios militares no se hacen sin prevenir de armas á los soldados.» Condena en la metafísica tantas vanas cuestiones sobre el *ente* y sus trascendencias, concretándose en su propio objeto, que comprehende todas las substancias espirituales separadas esencialmente de la materia, lamentándose de que se omita lo esencial y provechoso para otros estudios, y se malgaste el tiempo en sutilezas inútiles para el progreso de las facultades mayores. En el uso de las disputas verbales demuestra los abusos en ellas introducidos; penetra en el intrincado laberinto del amor propio, en el amor de la propia opinion cuya defensa, y no la investigacion sincera de la verdad, suele ser el principal si no el exclusivo objeto de los disputantes: de cuyo abuso nace el desarreglo de las palabras ofensivas, de los dicterios y hasta de las injurias que revelan un mal oculto orgullo, desdoran el noble uso del raciocinio, y entorpecen ó enredan el descubrimiento de la verdad en la mayor parte de las polémicas, extendiéndose aun á las que se sostienen por escrito; y hallando el tercer abuso en la falta de explicacion, de la que resulta la confusion de las ideas. Otros abusos combate en las polémicas de palabra, cuales son el sofisma, tan extendido en nuestros tiempos en las cuestiones del mayor interes religioso y social, y el tenaz empeño en conceder ó negar una proposicion en su totalidad, no procurando buscar entre estos dos extremos el medio modesto de la duda, ó no teniendo bastante sinceridad y buena fe para adherirse al dictámen ajeno. Ese tono magistral con que muchos fallan en todas las materias ha sido siempre y es todavía el distintivo de los necios ó de los pedantes; pues el sabio ó el discreto casi siempre asegura, con temor por la desconfianza que tiene en su propio juicio. Insistiendo el autor en la materia de los sofismas concluye con la necesidad de desterrar de las escuelas y tratados las explica-

ciones vagas, indeterminadas y equívocas que los producen, las cuales con la mayor frecuencia enredan de tal modo á los disputantes, que no solo les imposibilitan de aclarar la verdad sino que hasta estorban que uno á otro se entiendan. Manifiéstase el autor enemigo del sistema de lo que llama el dictado de las aulas, es decir, la demasiada complicacion de formas escolásticas y la prolija y excesiva demostracion de materias en la que muchos maestros gastan el tiempo é impiden el adelanto de la ciencia ó facultad, condenando asimismo el muy generalizado método de hacer estudiar de memoria las lecciones, dando cuenta de ellas palabra por palabra y letra por letra; con lo cual ademas de fatigar inútilmente al discípulo, entorpecen el curso del saber, y sujetan á las mejores inteligencias á una traba pueril é incómoda. Las alas del genio necesitan de mas libertad para elevar y extender su vuelo. En su discurso sobre los argumentos de autoridad muéstrase el P. Feyjóo un verdadero filósofo y hombre muy superior á su siglo. Fija con ilustrada crítica todo el valor que puede darse á la autoridad, fuera del círculo de la fe, en materias controvertibles, aun cuando sea en el órden teológico, pero mucho mas en el filosófico; concediendo á la autoridad puramente humana, cuando es de algun sabio ó santo, toda la deferencia del respeto, pero no los derechos de la razon; y siguiendo en gran parte las huellas del célebre obispo Melchor Cano en su incomparable obra de *Los lugares teólogicos*, cuyos pasajes copia literalmente. El principio de autoridad, es decir, de la autoridad divina en lo que Dios reveló á su Iglesia y á sus legítimos pastores es el cimiento sobre que descansan la Religion y la sociedad, y aquel debe respetarse y seguirse so pena de precipitar la razon y el mundo en el abismo de la duda y de la confusion. Mas en el órden científico la autoridad tiene sus límites, como la fe humana; en tanto es atendible en cuanto se apoya en la razon, y el *jurare in verba Magistri* es y será siempre el distintivo de los entendimientos indolentes ó limitados. Mas ello es tambien por desgracia la divisa de los mismos que mas se precian y se glorian de la libertad de pensar y de la emancipacion de la razon humana. 2.ª: Pasemos á los diversos puntos de filosofía, propiamente dicha, que ventila nuestro autor en su *Teatro*. Empieza por las guerras filosóficas; demuestra con la historia de estos combates intelectuales los extremos y el encarnizamiento de sus contrincantes, los males, los errores, los odios y estragos producidos por el espíritu de partido, las infamias que unos contra otros se han prodigado los filósofos, y la mucha parte que han tenido en sus disputas el orgullo, la altivez, el espíritu de bandería, y la ambicion de hacer que prevalezca el propio dictámen y de dominar con él á las inteligencias. Á este fin recuerda las luchas entre aristotélicos, cartesianos, gasendistas, etc.; concluyendo con el exámen del sistema cartesiano y de la filosofía corpuscular. Los falsos sabios, la hi-

pocresía de la ciencia, llaman muy oportunamente la atencion de nuestro insigne crítico, manifestando los medios de que se valen los necios para adquirirse entre el vulgo reputacion de entendidos, y arrancando la máscara á todos estos sabios de perspectiva, tanto á los que lo son por artificio propio, como á los que lo son por error ajeno, por la ignorancia del vulgo, el cual tiene regularmente por muy doctos á los que han estudiado mucho. Este error es mas perjudicial aun en nuestro siglo que en el suyo; pues ahora ese engaño de la falsa ciencia trasciende á las doctrinas erróneas y disolventes con detrimento de los sanos, rectos y sólidos principios de la Religion y de la sociedad. Impugna la existencia de la simpatía y antipatía en el órden físico como causas ocultas de la atraccion y de la repulsion; bien que la acepta en el órden moral, pero no como efectos de causas secretas é inexplicables, sino de causas muy conocidas y naturales por poco que se reflexione. Esta materia, aunque la concrete el autor al órden físico, puede considerarse como una parte de criterio filosófico para juzgar muchos fenómenos de la naturaleza. Entra de lleno nuestro sabio crítico en un punto importante de filosofía, cuya solucion afecta profundamente la economía del mundo moral; y tal es la racionalidad de los brutos, exponiendo los tan opuestos sistemas de los filósofos en esta parte, atribuyéndoles unos casi inteligencia, y considerándoles otros como puras máquinas, y teniendo por la opinion mas razonable la media entre las dos, que les niega discurso y les concede sentimiento, sin afirmar empero nada positivamente. Conténtase, pues, con proponer al exámen de los sabios las razones que se han alegado y que le parecen mas admisibles. Si el autor hubiese tenido que tratar en nuestros dias del *escepticismo filosófico*, ¡qué campo mas vasto se abriera á sus sábias investigaciones! Sin embargo, el escepticismo filosófico moderado que alaba y profesa, le sirve como de arma ofensiva para combatir el escepticismo religioso, que empezaba ya á asomar en nuestro pais en la region de la filosofía. Despues de hablar de los muchos motivos que hay para dudar, atendida la cortedad de nuestra razon y los infinitos misterios que hay en la naturaleza y que se ocultan á la mas sutil investigacion del hombre, deduce de aquí un argumento en favor de la incomprehensibilidad de los misterios de la fe, apoyado en que, quien conoce que no puede penetrar los misterios de la naturaleza, ¿cómo presumirá sondear los de la Gracia? Y bajo este punto de vista inculca como buen católico la necesidad de someterse á la autoridad infalible de Dios manifestada en la Revelacion, combatiendo la locura de los que niegan los misterios revelados tan solo porqué ellos no los alcanzan. 3.ª: Á un ramo particular de la filosofía llamado crítica ó criterio dedica asimismo algunas disertaciones importantes, procurando prescribir algunas reglas para encontrar la verdad en el trato comun y ordinario de la vida. La

regla matemática de la fe humana es un tratado muy sensato de la credibilidad que se merece la autoridad humana, que contiene útiles y saludables advertencias para no dejarse alucinar por el testimonio de ciertos hombres, y un preservativo contra las flaquezas de la credulidad, así en los dichos como en los escritos; es un verdadero tratado de crítica puesto al alcance de todos. En este discurso se echa de ver la sinceridad y verdadera despreocupacion del sabio cristiano, cuando declama contra la facilidad con que el vulgo, siempre amigo de lo maravilloso, presta asenso á los falsos milagros y á hechos extraordinarios y sorprendentes, sin atender al conducto por donde le viene su noticia. En las fábulas gacetales pone de manifiesto la falta de crítica y de buena fe de las noticias, que ya en su tiempo circulaban en los únicos periódicos que veian la luz pública, llamados *gacetas*. No podia prever el P. Feyjóo la extension que habia de tomar el periodismo hasta llegar á invadir el mundo, y los engaños, las patrañas, el veneno y las infamias que debia derramar con el tiempo sobre la sociedad. Del mismo modo ensalza el gran magisterio de la experiencia, especialmente en las ciencias naturales, en contraposicion á las aberraciones é idealismo de la razon abstracta y que desdeña el auxilio del experimento. Siguiendo el mismo principio de sano criterio, declama contra aquellas tradiciones populares que son creidas de generacion en generacion sin ni siquiera examinar su orígen, y entre las cuales existen tantos y tan singulares absurdos inventados por la ignorancia ó por la astucia de prestigiadores ó fanáticos. Para ello cita como otras de las mas famosas tradiciones las dos cartas de Abgaro rey de Edesa á Jesus, y la contestacion de este al rey, que pretende probar (véase Abagaro) ser apócrifas en todos sentidos. Despejada de este modo la senda para proceder con crítica y seguridad en nuestros juicios, entra de lleno en el campo de las ciencias en el cual combate á su sabor y con mas extension los errores y preocupaciones vulgares. Pero oigamos ante todo de él mismo lo que entiende bajo el nombre de errores. «Culparáseme acaso porqué doy el nombre de *errores* á todas las opiniones que contradigo. Seria justa la queja si yo no previniese quitar desde ahora á la voz el odio con la explicacion. Digo pues que *error*, como aquí le tomo, no significa otra cosa que una opinion que tengo por falsa, prescindiendo de si la juzgo ó no probable. Ni debajo del nombre de errores comunes quiero significar que los que impugno sean trascendentes á todos los hombres. Bástame para darles este nombre que estén admitidos en el comun del vulgo, ó tengan entre los literatos mas de ordinario séquito. Esto se debe entender con la reserva de no introducirme jamas á juez en aquellas cuestiones que se ventilan entre varias escuelas, especialmente en materias teológicas: porqué ¿qué puedo yo adelantar en asuntos que con tanta reflexion meditaron tantos hombres insignes? ¿Ó quien soy yo para presumir

capaces mis fuerzas de dirimir aquellas lides donde batallaron tantos gigantes? En las materias de rigurosa física no debe detenerme este reparo, porqué son muy pocas las que se tratan en nuestras escuelas, y estas con poca ó ninguna reflexion.» 4.ª: Así pues, la mas general materia del *Teatro crítico* es la física y la medicina. En esta serie, pues, hállanse diseminados con bastante profusion en toda la obra los discursos de materias pertenecientes á ciencias naturales, y muy en especial á ciencias médicas, á las cuales parece se habia dedicado el autor con preferencia. Así lo indican los mismos títulos de astrología judiciaria y almanaques, eclipses, cometas, peso del aire, esfera del fuego, paradojas físicas, secretos de naturaleza, lámparas inextinguibles, nuevas paradojas físicas, nuevas paradojas de la luz, existencia del vacío, intransmutabilidad de los elementos, nueva precaucion contra los alquimistas, de lo que sobra y falta en la física, incorruptibilidad de los cielos, exámen filosófico de un caso de la actividad del fuego, patria del rayo; y algunos otros puntos pertenecientes exclusivamente á las ciencias de la naturaleza. Y como la mas importante de estas es la que tiene relacion con el mantenimiento y recobro de la salud corporal, y al mismo tiempo por su íntima conexion con los demas estudios filosóficos, consagra varios discursos á la discusion de materias médicas, ya higiénicas, ya fisiológicas, ya patológicas, ya terapéuticas; á cuyo estudio se habia dedicado muy especialmente, y con una asiduidad de que no hay muchos ejemplos en un sabio de tan distinta carrera literaria, y que en tantas otras materias poseia vastos y profundos conocimientos. En uno de sus discursos refiere habérsele elegido por individuo honorario de la real sociedad médica de Sevilla, da noticia de los progresos de esta, y de la fundacion de la Academia médica matritense en 1734, habiendo aprobado sus estatutos el Consejo atento siempre á adelantar las ciencias. Concluye en que el rumbo para acertar en esta facultad es el de la observacion y de la experiencia, como ya hace años lo habia propuesto el célebre Cornelio Celso. En estos dos libros abiertos estudió el grande Hipócrates los principios de donde sacó sus aforismos é historias de las enfermedades. En el tiempo mismo en que nuestro autor se inclinaba á mejorar el estudio de la medicina, florecia el doctor D. Martin Martínez, individuo que fué de la misma sociedad de Sevilla y médico de cámara de S. M., el cual en sus obras echó los cimientos del verdadero estudio de la física, medicina y anatomía en el reino, enseñando á los españoles á tratar en la lengua materna estas materias con pureza y elegancia. Y con la amistad del doctor Martínez logró nuestro Feyjóo un grande y esclarecido defensor contra las impugnaciones que suscitó la novedad de las materias del *Teatro crítico*, luego que empezó á publicarse el primer tomo en 1726. Y no fueron menores las que padeció el mismo Martínez por sus obras. Es muy digno de

leerse el estudio que hace de él nuestro autor, y prueba al mismo tiempo la conformidad de ideas y de miras que existia entre aquellos dos sabios. «La memoria que V. E. me hace del doctor Martínez no solo renueva sino que agrava mi dolor en asunto de su muerte; porqué aquella expresion de V. E., *este glorioso ingenio fué víctima, que la ignorancia consagró á su obstinacion, ó murió, como se dice, en el asalto*, si no yerro su inteligencia, significa que el villano desquite que abrazaron algunos de aquellos, cuyos errores impugnaba Martínez, de oponer injurias á razones, hizo tan profunda impresion en su noble ánimo que le aceleró la muerte. Y aunque no ignoraba yo cuanto se ensangrentaron en él la envidia y la ignorancia, estaba muy léjos de pensar que hubiese inspirado tanta afliccion en su espíritu lo que solo merecia su desprecio. No ménos distante me considero de la gloria que V. E. me atribuye, de haber conseguido el triunfo á que no pudo arribar Martínez; siendo á mi parecer la única distincion que puedo arrogarme, el que si Martínez murió en el asalto, yo me mantengo sin herida alguna en la brecha.» Así pues, el autor del *Teatro* al tratar de la medicina por la primera vez empieza con esta sentencia, que es la clave de todos sus demas discursos médicos. «La nimia confianza que el vulgo hace de la medicina es molesta para los médicos, y perniciosa para los enfermos. Para los médicos es molesta, porqué con la esperanza que tienen los dolientes de hallar en su arte pronto auxilio para todo, los obligan á multiplicar visitas que por la mayor parte pudieran excusarse.... Para los enfermos es perniciosa, porqué de esta confianza nace el repetir remedios sobre remedios, cuya multitud siempre es nociva y muchas veces funesta: siendo cierto que, como al emperador Adriano se puso por inscripcion sepulcral: *Turba medicorum perii*, á infinitos se pudiera poner con mas verdad alterada de este modo: *Turba remediorum perii.*» É insiste siempre acerca de la dificultad, el atraso y la incertidumbre de la medicina, mostrándose sobre todo muy tímido y receloso en el uso de las dos piernas de la medicina (en expresion de Galeno) que son la sangría y la purga: concluyendo siempre de todo, que en medicina no hay cosa segura. Muéstrase higiénico en el régimen para conservar la salud, en cuanto al uso de alimentos y bebidas así en su calidad como en su cantidad, clima, temperatura, sueño, ejercicio, habitacion y demas cosas que componen el régimen de vida. Extiéndese asimismo en examinar la falsedad de los años climatéricos, por una especie de fatalismo númerico en que cree el vulgo, lo mismo que en los dias críticos, los saludadores, la piedra filosofal; y en el *Médico de sí mismo* diserta sobre la proposicion de si el médico enfermo puede ó no curarse á sí propio mejor que otro médico. En otro discurso examina detenidamente las señales que indican la muerte actual, de cuan falibles son muchas de las que comunmente se creen, y de las que

se pueden tener por ciertas con alguna seguridad. Y como casi siempre procura deducir de sus discusiones algun aviso ú observacion importante, saca de sus reflexiones sobre la falibilidad de las señales de la muerte en el hombre dos advertencias interesantes, una para los teólogos con respecto al modo de dar la absolucion condicional, y otra para los casos de ahogados. Y pasa en seguida á ilustrar los estragos de observarse estrictamente aquel aforismo, al cual llama exterminador; á saber, que cuando el médico obra en todo conforme á razon, aunque el suceso no corresponda á su deseo, no ha de mudar el modo de curacion sino insistir ó proseguir en el que al principio juzgó conveniente, es decir, que haya de sacrificar al espíritu de sistema la evidencia de los resultados. El P. Feyjóo declama enérgicamente contra esta que llama barbaridad de algunos médicos. Y no se crea que deje de dar importancia al arte de curar, tal como se hallaba en su tiempo; pues en otro discurso se queja de lo que sobra y falta en la enseñanza de la medicina, sobrando en su concepto muchas de las nociones filosóficas que se les dan á los cursantes en las escuelas, y faltan muchas otras especies que á su parecer debieran inculcarse mas especial y extensamente. Concluye sus estudios sobre la medicina con presentar varias sentencias ó máximas, á las cuales da el nombre de paradojas médicas; tales como las siguientes: =No hay curaciones radicales.=Si la gota es incurable, todas las fluxiones reumáticas lo son. =Consultas á médicos ausentes, casi todas inútiles.=Es error insigne procurar la curacion de toda fiebre, etc. etc., hasta el número de veinte y siete, recomendando por último muy estrechamente para el ejercicio de arte tan noble como delicado el ilustrado y reflexivo magisterio de la experiencia. 5.ª: Otro de los ramos á que con asiduidad parece haberse dedicado el Padre Feyjóo es el de la historia natural, tan análogo con el de las ciencias precedentes; pues se recomienda en muchas partes y discursos de la obra que vamos examinando: estudio que en los últimos tiempos, y especialmente en la época en que escribió el autor, habia decaido y estaba muy descuidado en España, y que habia florecido algun tanto en los reinados de Cárlos I y de Felipe II. Da comienzo pues el P. Feyjóo á la serie de los discursos diseminados en su obra sobre historia natural por su interesante discurso acerca de la senectud física del mundo, impugnando como comun error la idea de su vejez imaginaria, tanto por la longevidad, como en todo lo que se refiere á la robustez y economía de la vida humana; probando que, si en nuestra especie de veinte siglos á esta parte no ha habido decadencia alguna, hay una conviccion de que no la hubo tampoco en todo aquello que comunmente sirve á la vida del hombre; porqué si los influjos celestes ó los alimentos que nos prestan las plantas y los brutos se hubiesen deteriorado, en nosotros resultaria el daño, y así seriamos mas débiles y de vida mas corta. Impugna las

opiniones de que faltan en el dia algunas especies en el universo, que hubo en los pasados siglos; que las plantas han perdido parte de la eficacia de sus virtudes; y otras varias opiniones que tienden á creer la deterioracion física y progresiva del mundo que habitamos, insistiendo despues en lo mismo en su otro discurso del hallazgo de las especies perdidas, como la púrpura, el bálsamo, el cinamono y otros, y atribuyendo esta equivocacion á varias causas obvias y conocidas. Esta materia le da márgen para pasar inmediatamente á discurrir, como comentario del discurso antecedente, acerca de la produccion de nuevas especies; sobre lo cual vierte muchas noticias tan curiosas como interesantes en la historia de la naturaleza. La vasta erudicion y buen gusto del sabio benedictino campean en otros discursos de igual materia, como son por ejemplo; las maravillas de la naturaleza; el exámen filosófico del suceso de un hombre, que vivió muchos años en el mar entre los peces; en las peregrinaciones de la naturaleza, en los sátiros, tritones y nereydas; en lo máximo; en lo mínimo, ó exámen de los animalillos microscópicos; en el color etiópico; y en algunos otros discursos consagrados á describir y examinar algunos de los prodigios de la economía de la creacion. Todas estas materias, que parecerian en el dia muy familiares y hasta triviales si se quiere, tenian en la época del P. Feyjóo la mayor novedad é importancia. El célebre aleman Strum no habia aun publicado su bellísima obra de las *Reflexiones sobre la naturaleza*, ni otros muchos que le siguieron despues imitándole ó mejorándole habian explotado en lenguas vivas, y sobre todo en la nuestra, la brillante pintura de las maravillas del universo, que se hallaban encerradas en los libros de los filósofos, y eran casi del todo desconocidas del vulgo. El Padre Feyjóo pues hizo un servicio importante, dando en sus discursos un lugar preferente á esta hermosa é importantísima porcion de la filosofía y de la ciencia, y deduciendo de ella una victoriosa impugnacion contra el ateismo bajo cualquiera de sus aspectos con toda la sinceridad y buena fe de un filósofo católico, no sospechando siquiera que pocos años despues de él se levantarian filósofos que confundirian la creacion con el Criador; pues á haber sospechado la reaparicion del panteismo en nuestras escuelas, hubiera marcado mas la distincion entre el Criador y la criatura, el artífice y la obra. 6.ª: Tiempo es ya de dar una rapidísima ojeada sobre la parte moral del *Teatro crítico*, abrazando en una misma clase las ciencias morales, sociales y políticas. El discurso que inaugura el gran *Teatro*, si bien pudiera considerarse como crítico, puede tambien ser mirado bajo el aspecto moral por las trascendencias que puede traer el admitirlo ó no admitirlo. Se trata de la autoridad que ha de tener la *Voz del pueblo*, que se ha querido considerar algunas veces por voz de Dios: preocupacion capital que impugna ántes que todas nuestro sabio, fundado en que el valor de las opiniones se ha de

apoyar en el peso no en el número de los opinantes. Era del caso impugnar en el órden filosófico la soberanía de la inteligencia en la multitud, como fué despues necesario impugnar en el órden político su soberanía del poder. «Para desconfiar enteramente de la voz popular, dice nuestro sabio, no hay sino hacer reflexion sobre los extravagantisimos errores, que en materias de Religion, política y costumbres se vieron y se ven autorizados con el comun consentimiento de varios pueblos. Y así como decia Ciceron que no hay disparate alguno tan absurdo que no le haya afirmado algun filósofo, con mas razon diré yo, que no hay desatino alguno tan monstruoso que no esté patrocinado del consentimiento uniforme de algun pueblo. No hay mas que abrir la historia para convencerse de esta verdad, y no hay mas que extender la vista sobre el mundo actual para ver y lamentar lo que ha producido su olvido.» Señala nuestro autor dos solos casos en que la voz del pueblo es voz de Dios; esto es, cuando es la voz general de todo el pueblo cristiano, al que llamamos Iglesia, y cuando es la voz universal de todo el género humano: en el primer caso es la voz de la verdadera Religion; y en el segundo es el clamor de la razon natural, que tampoco permitió Dios que nos engañase. Siguiendo una idea moral análoga pasa el autor á tratar del vicio y de la virtud en general, desvaneciendo la falsa idea de que el vicio sea siempre lisonjero y dulce, y severa y amarga la virtud, y presentando las fatigas, ansias y tormentos del vicioso, y mas aun si es coronado, junto con la memoria de la muerte, y á su lado las delicias y excelencias aun temporales de la virtud. Y concluye esta bella disertacion moral y filosófica con una idea religiosa sobre las ventajas que lleva á la mujer el estado de religiosa sobre el de casada. La idea del sensato sacerdote fué ante todo manifestar la sabiduría de Dios en la distribucion de la humilde y alta fortuna, y desenvolver en un hermoso cuadro la economía de la Providencia, demostrando cuanto se engañan los hombres en general calificando la felicidad y la desgracia, y juzgando por felices á los ricos y poderosos y por infortunados á los humildes y menesterosos. Ved ahí una idea sobre este punto que encierra largas páginas. «Es cierto, é importa infinito esta reflexion, que respecto de muchos no vemos mas que la mitad de la vuelta de la rueda (de su fortuna); porqué lo restante del círculo se absorve en el otro mundo. Vemos que á unos los sube la fortuna y no los baja; á otros los baja y no los sube. ¿Qué es esto? No es otra cosa sino que en esta vida mortal no da la Providencia mas que media vuelta á la rueda. En el otro hemisferio se concluye el giro; y así los que aquí suben allá bajan, los que aquí bajan allá suben.» Descubre con elocuente energía, y sin apartarse de lo que sugieren la razon y la experiencia, los profundos sinsabores y espinas que se ocultan en las delicias aparentes de los poderosos del mundo, y las secretas y olvidadas dulzuras de la modesta y

á veces pobre virtud y del sosiego de la vida. Todas estas grandes verdades compendió un sabio moderno cuando dijo : « Nos llenariamos de espanto si viésemos las gruesas lágrimas que corren de los ojos de los reyes. » Ántes de entrar en materia de ciencias naturales, que empieza por la medicina, se dedica en el cuarto discurso moral á presentar los estragos que causan la astuta y maliciosa política y la falsedad de aquella máxima, que para hacer fortuna y subir es indispensable el andar por la senda torcida del engaño, de la lisonja, de la adulacion y del delito. Detesta el autor la bajeza de tales políticos, como si presagiara la abundancia que de ellos habia de venir al mundo ; y manifiesta que aun sin salirse de la senda de la virtud y del deber se puede subir á puestos encumbrados y medrar sin delinquir. Declama contra los políticos malvados, pestes de las repúblicas, ateistas encubiertos, demonios disfrazados, que sin embarazo se sirven de los mas feos vicios para el logro de sus intentos ; que para alcanzar con la mano las dichas se ponen de pies sobre las leyes ; que con las feas prendas del perjurio, la ingratitud, la alevosía, galantean de noche y dia á la fortuna. Estos son los mas ciegos de todos los políticos ; pues el camino por donde piensan llegar á la felicidad y á la honra es el que los lleva en derechura á la desdicha y á la afrenta. Parece que este sabio observador veia al traves de un siglo los falsos políticos que habian de pulular en su misma nacion, y que les fulminaba de antemano el anatema de la execracion y de la desdicha. Y pone por último como modelo de políticos sabios, rectos y virtuosos la grande y noble figura de Sixto V: deduciendo de todo la bella máxima de que, en igualdad de talentos, con mas seguridad y facilidad logran sus fines los políticos sanos que van por el camino de la rectitud y la verdad, que los que siguen la senda del artificio y del dolo; que aquella es la política fina y esta es la falsa. Atento el sabio benedictino á amenizar su obra crítica con la variedad, importancia y curiosidad de las materias, concluye su primer tomo con la *Defensa de las mujeres*. Nos apartarémos del campo inmenso que abre este punto á la discusion, y dejarémos que hable de nuestro Feyjóo un crítico extranjero : « El último discurso del tomo I es tanto mas notable en cuanto es un religioso el que emprende la defensa de las mujeres, no olvidando ni pruebas, ni erudicion, ni elocuencia para llegar á su objeto. La fuerza, la constancia, la prudencia son las prerogativas de los hombres : la belleza, la docilidad, el pudor, la sensibilidad son las calidades que distinguen á las mujeres. » Despues de haber demostrado la existencia de estas calidades, trae muchos ejemplos de mujeres que se han distinguido por su virtud, por su firmeza y por su valor, y que han brillado en las artes y en las ciencias. « Lo que forma la materia de este discurso, añade, no tiende á aumentar la presuncion de las mujeres, sino á destruir la de los hombres. En toda especie de combates la confianza ó

la desconfianza de sus fuerzas contribuye mucho á ganar ó perder una batalla...., ¿Quién puede negar que esto no sea una grande disposicion para que el hombre *triunfe*, y la mujer se *rinda*? Sepan pues las mujeres que su entendimiento no es inferior al de los hombres. Con esto se hallarán ellas en estado de refutar sus sofismas dirigidos ya sea contra su virtud, ya sea contra su ciencia, en los cuales los descarrios del pensamiento se ocultan bajo el manto de la razon. » ¡ Qué elogio mas glorioso para el bello sexo el de un sabio cenobita, y cuyo lenguaje no está empapado ni en la lisonja ni en la pasion ! Análogo á este discurso es el de las modas, en el cual entra el hombre del claustro en el gran mundo para pintar su frivolidad y su voluntaria sujecion á la versatil tiranía de una deidad tan caprichosa ; concluyendo con una excelente leccion moral acerca de las modas inmodestas y escandalosas. Pero mucho mas admirable se encuentra cuando en medio de sus graves discusiones, ya críticas ya científicas, introduce de improviso su tacto filosófico en investigar las causas y los remedios del amor. Empieza por las causas generales del amor, latamente considerado, manifestando que no es la semejanza, como comunmente se cree, sino la desemejanza y á veces la diversidad ; y extendiéndose en reflexiones acerca de todo amor social desde el tálamo hasta la república. En todas estas investigaciones no sale del órden puramente filosófico ; analiza las causas físicas y naturales de este atractivo que impele unas personas hácia otras. « El amor patético, dice, es aquel afecto fervoroso que hace sentir sus llamaradas en el corazon, que le inquieta, le agita, le comprime, le dilata, le enfurece, le humilla, le congoja, le alegra, le desmaya, le alienta, segun los varios estados en que halla al amante respecto del amado ; y segun los varios objetos que mira, ya es divino, ya humano, ya celeste, ya terreno, ya santo, ya perverso, ya torpe, ya puro, ya ángel, ya demonio. » Distingue pues del amor el puro apetito, y hace la delicada observacion que los lascivos no son de genio amatorio : apetecen, no aman : son como los brutos, quieren no el objeto sino el uso : de que se sigue que, saciado el apetito, queda el corazon en perfecto reposo. Así da por muy posible que en un amor de sí puro se mezcla una parte de mero apetito ; pero son dos pasiones, dos distintos fuegos : el uno se siente en el corazon, el otro en la parte mas baja del organismo. Con tan finas distinciones mezcla otras observaciones metafísicas y de escuela, mas recomendables por la erudicion y por el raciocinio, que por el íntimo y delicado análisis de los misterios del alma. Y concluye con algunas advertencias muy oportunas sobre la vanidad de los filtros y hechizos. Al entrar en el exámen de los remedios del amor confiesa francamente que, si hablara como teólogo, tiene por infalibles los de la Gracia Divina ; pero hablando como filósofo se circunscribe á la indicacion de los remedios naturales. Toca algunos remedios físi-

cos, y pasa despues á la ausencia: indica el lidiar contra la pasion en los principios, ocupar mucho la atencion en otros objetos, atender bastante á los defectos de la persona amada; y por último propone el autor el contrabalanzar la imaginacion hácia otro objeto igualmente fuerte, que la avasalle y le quite la fuerza del primero. Mas este remedio de un objeto contrapesante por mas que se halla presentado con aparato de raciocinio es tan débil como los demas. Aquí pues el P. Feyjóo debia á lo ménos por un momento hablar como teólogo, sin por esto dejar el campo de la filosofía; pues solo las grandes verdades, amenazas, promesas y esperanzas de la Religion pueden ofrecer recursos para realizar el gran sacrificio de la voluntad, y sujetar ese fuego que hierve en el fondo del corazon y aprisiona el alma. En esta parte, tan débil queda Ovidio como Feyjóo. La senectud moral del mundo, mas aun que la senectud física, es uno de los cuadros mas interesantes y mas bien acabados de la obra. Ved ahí todo su resúmen, extendido y animado con las vivas pinceladas de la historia: « Quisiera que se me dijera qué siglos felices fueron esos en que reinaron las virtudes. Búscolos en las historias y no los encuentro. Tan semejante me parece el hombre de hoy al de ayer, que no le distingo. No bien se perdió el estado de inocencia, cuando se vió en su mayor altura la malicia..... No ménos entre los hombres que entre los ángeles se observa gigante el vicio desde su propio nacimiento. Como se fueron multiplicando los hombres se fueron multiplicando los vicios: al paso que iba el hombre poblando la tierra, la iba desolando la culpa. » He aquí todo el cuadro, en el cual se observan rasgos dignos de Bossuet. No hay duda que ha habido siglos peores que otros, segun los errores que han dominado el mundo; pues el vicio guarda siempre proporcion con el error, porqué es su expresion práctica. Así se dice con mucha razon, sin contrariar el principio general de que el mundo ha sido siempre el mismo, que nuestro siglo, en el cual dominan mas errores, es bajo cierto aspecto peor que algunos de sus predecesores. « Seguramente, dice un autor contemporáneo, se han visto en otros tiempos escritos impíos y licenciosos; pero lo que no se habia visto es la impiedad erigida en religion, y la licencia en moral, la violacion de todas las leyes bajo el nombre de reforma, la barbarie bajo el de progreso; es en fin el genio del mal bajo el nombre santo de Dios. » El P. Feyjóo tuvo la dicha de no alcanzar dias tan aciagos. Continúa pues sus disertaciones morales presentando los funestos efectos de la ambicion cuando va unida con el poder, y arranca la máscara á esos conquistadores famosos, que el vulgo admira, y que el filósofo detesta: fieras, como decia un moderno, á quienes los hombres aplauden porqué no pueden encadenar. « Descártense del número de los héroes esos coronados tigres, que llaman príncipes conquistadores (dice Feyjóo en una de aquellas valientes pinceladas que á

veces prestan animacion á su correcto estilo), para ponerse en el de los delincuentes. Derríbense sus estatuas, ó trasládense sus imágenes del palacio á la casa de las fieras, porqué esté siquiera la copia donde debiera haber estado el original. » Oh ¡ cuánto honra este discurso á la grande alma del escritor! Con cuan vivos colores pinta el despotismo y la tiranía de muchos príncipes, que solo piensan en ser conquistadores de sus propios vasallos. La franca y prudente libertad con que habla el autor contra los reyes violentos y tiranos, desmiente la atroz calumnia de que en España no se podia escribir libremente ántes de asomar la revolucion, que se ha calificado de libertad política. Quevedo, Saavedra y Feyjóo han dicho verdades, que no se hubieran atrevido á proferir muchos de nuestros modernos políticos que quizas temblarian ante el poder. Este discurso, pues, es notable porqué revela los sentimientos de la época, su grado de civilizacion en esta parte, la libertad con que han hablado siempre nuestros sabios, sin embargo de existir el coco de la *Inquisicion de España*; y sobre todo hace honor á los ministros del Altar, que sin necesidad de proclamar la soberanía del pueblo han sabido declamar contra la tiranía de los reyes. Y se confirma el buen juicio del autor en las máximas de buen gobierno que prescribe á los príncipes, dictadas por la Religion, por la virtud y por la humanidad. Así como declama contra la tiranía, que es el abuso del poder, declama tambien contra la hipocresía, que es el abuso de la virtud; y se muestra no ménos inflexible contra los falsos virtuosos que contra los falsos sabios. En este discurso de la virtud aparente analiza con delicada verdad el corazon humano, sondeando todos los veneros de hipocresía á que le inducen su interes y su amor propio; y sin pintar á los hombres peores de lo que son, los presenta con todas sus debilidades. Parece en algunos puntos haber tomado el pincel de Teofrasto y de La-Bruyere; y sus finas observaciones honran tanto la gran capacidad de su inteligencia como lo exquisito de su discernimiento. Ameniza la lectura con el episodio de Abelardo, para probar que para la conversion sincera de los corazones ha hecho grandes milagros la benignidad en ocasiones en que se veia ser inútil el rigor. Siguiendo sus aclaraciones morales, pasa el despreocupado crítico á desvanecer la general preocupacion de que la nobleza ó la buena ó mala sangre tiene un oculto influjo en pensamientos y en acciones, como la semilla en el árbol ó éste en el fruto: preocupacion sobre la naturaleza tan arraigada en el vulgo, que apénas han podido desterrarla en parte los continuos ejemplos de la experiencia. Contra esta falsa máxima opone la recta razon que cada cual es hijo de sus obras, y que si bien la sociedad ha dado á la nobleza un título de distincion, es con tal que se continúen las virtudes de los ascendientes, y no se hagan indignos los hijos de los honores que se dieron á sus padres. Por esto el autor no desprecia la nobleza, sino que la

honra, siempre que sepa honrarse ella á sí misma. «La vanidad, dice, que se saca solamente de los progenitores, no es bien fundada; mas con todo, esta ilustre quimera que tan dulcemente lisonjea el corazon de todos los hombres está tan universalmente establecida en el mundo, que no puede ménos de hacerse consideracion de ella. Esta prerogativa, pues, si no es laudable, es honorable. El crítico guarda en esto un justo medio entre lo que dicta la razon y lo que el uso comun exige. Ingenioso nuestro sabio en atacar todos los flancos débiles de la sociedad humana, fíjase en otra parte sobre la impunidad de la mentira, considerándola no como teólogo sino como filósofo observador ó político. Laméntase del descuido de las leyes en castigar la mentira, y manifiesta que aun las mentiras oficiosas y jocosas causan su daño, y son muchas veces perniciosas con alguna gravedad de trascendencia; y así resultan impunes muchos delitos. Y despues de haber trazado el negro cuadro de toda clase de mentiras se fija en las judiciales, que hasta cierto punto se permiten para desfigurar los hechos y favorecer á la parte que las usa; considerando tan solo filosóficamente tolerable la mentira cuando no se encuentra otro arbitrio para repeler la invasion de la injusta pesquisa de algun secreto. Consagra por fin otro discurso á la viva y discreta pintura del amor propio, al cual llama error universal, y dice, que es un error voluntario, pues muy bien el hombre, si quiere, puede conocerse á sí mismo. De aquí toma motivo para ensalzar la grandeza y la capacidad del entendimiento humano; y sin embargo, deplora la general enfermedad de esta ceguera voluntaria, de este exceso de amor propio, que hace sentir tan altamente de sí y que tanto fomenta nuestro orgullo. La dificultad se halla en conocer cada cual esta dolencia, pues en su conocimiento está su curacion; pero es lástima que la aumenten los aplausos de los aduladores ó de los necios. Despues de las materias puramente morales, fijémonos en las que tienen mas relacion con la política, con la cortesía, con el trato de la sociedad. Á la primera de estas materias pertenecen sus observaciones acerca de la antipatía entre franceses y españoles, cuyo orígen intenta examinar á la luz de la historia por las guerras que han tenido entre sí los dos pueblos; pero sin que hayan existido otras causas antipáticas, como pretendian algunos. Sin embargo, hace bien el crítico de no excluir enteramente alguna otra causa en circunstancias dadas; pues algo y no poco puede contribuir el carácter si no opuesto á lo ménos diverso de las dos naciones, el excesivo orgullo nacional de la una, y la tal vez extremada indiferencia de la otra. En el mapa intelectual y cotejo de naciones sienta la verdad de lo que influyen los climas, temperamentos, usos, costumbres en los diversos grados del desarrollo de la inteligencia: bien que por lo que mira á lo substancial tiene nuestro sabio por casi imperceptible la desigualdad que hay de unas nacio-

nes á otras por lo que respecta al uso del discurso. Vindica á los alemanes y holandeses de la nota de ingenios tardíos y estúpidos por la ignorancia del vulgo, y extiende su vindicta á los turcos, persas, indios, chinos y americanos. Para justificar algun tanto su aserto de igualdad intelectual entra el escritor en varios pormenores en órden á las falsas religiones, excusando hasta cierto punto sus absurdas ridiculeces bajo el aspecto puramente intelectual. Por lo que hace á la sutileza del pensamiento parece que da nuestro crítico la preferencia á los ingleses, y concluye su discurso por una tabla sinóptica del P. Juan Zahn, en la cual no parece observarse la mayor exactitud. Sin apartarse de la misma idea pretende vindicar en otro discurso á los españoles americanos ó criollos de la nota de que así como son precoces en el discurso, así pierden mas temprano el uso de él; aduciendo el ejemplo de muchos personajes insignes que fueron criollos y llegaron á edad muy avanzada con claro, vivo y despejado entendimiento en los destinos mas elevados de la Iglesia y del Estado: así como impugna tambien la anticipacion de su discurso, atribuyendo esta falsa idea á la anticipacion de estudios que se da allí á la juventud. Los bellos sentimientos de tan ilustre escritor no podian prescindir de consagrar un discurso al amor de la patria y pasion nacional; sin embargo, este discurso es uno de aquellos en que el ilustre autor se muestra mas inferior á sí mismo. Hasta ahora nos hemos abstenido, como se ha visto, de calificar, y solo hemos tratado de exponer las opiniones del P. Feyjóo, haciendo solo justicia á la universalidad de sus conocimientos; pero confesamos que el título de este discurso nos hacia prometer mayor elevacion de miras y de sentimientos, cual en otras materias descubrimos en alma tan generosa y en tan perspicuo talento. El P. Feyjóo sentia en sí el noble impulso que calificó casi de otro de tantos errores comunes, ó á lo ménos rebajó cuanto pudo, ya por los datos de la historia, ya por sus propios conceptos, disminuyendo su mérito y atribuyendo este sentimiento sublime que ha formado tantos héroes á otras pasiones ménos nobles y á causas del todo extrañas á él. No hay duda que ha existido siempre y en todas partes y existe por desgracia un falso patriotismo, y aun no podia prever el P. Feyjóo que en nombre de la patria se encubriesen pasiones las mas viles y se cometiesen tantos crímenes; pero es tambien una verdad que existe un verdadero patriotismo, y que la nacion misma á que pertenecia el escritor no pasó un siglo sin dar al mundo el mas asombroso ejemplo de una virtud tan sublime, levantándose como un solo hombre contra un invasor poderoso que pretendia tiranizar su suelo. Conténtase Feyjóo en no condenar esta pasion cuando no es en daño de tercero; la considera muchas veces como un azote en las sociedades, y llega á considerarla cuando es extremada como una pasion mujeril. Y es que el Pa-

dre Feyjóo estaba afectado de algun abuso que se habia cometido, motivado de un exclusivismo de amor patrio; y creemos que no le dejó mirar la cuestion bajo su verdadero punto de vista. Mas, pasemos á la *Balanza de Astrea ó recta administracion de justicia*: carta que supone escribe un togado anciano á un hijo suyo recien elevado á la toga. Este es uno de los discursos mas sólidamente compactos y sensatamente trabajados de toda la obra: en él brilla la rectitud de miras y el espíritu de integridad por los excelentes consejos que incluye para los que se vean investidos con la magistratura. Hasta se distingue por la elevacion de estilo y por un buen sostenido lenguaje, cual corresponde á la dignidad de la materia. Hace justicia á la incorruptibilidad de la magistratura española, é inculca mas y mas la inflexibilidad de la justicia contra las seducciones del favor ó de la recomendacion. El mismo buen sentido, sana moral y sensata filosofía dominan al tratar del maquiavelismo de los antiguos. El ilustrado autor declama enérgicamente contra la tiranía y contra todos los medios que se dirijan á darle armas para oprimir; y trazando con algunos valientes rasgos la tiránica condicion de algunos antiguos pueblos, tanto en el órden monárquico como en el democrático, porqué la tiranía puede encontrarse en todos los sistemas, detesta y condena las máximas del político florentino por incompatibles con la honradez y virtuosos sentimientos de todo hombre de bien. Cuando Feyjóo trata de política, se echa de ver la incalculable distancia que media entre las ideas que sobre política se tenian en su tiempo de las que se tienen ahora. El imparsible filósofo trataba entónces de política con la misma calma y sangre fria con que resolvia una cuestion de física ó de medicina: entendiendo bajo esta palabra todo arte de medrar ó de hacer fortuna ó de salir con la suya, así en pequeño como en grande, á lo que él llama alta y baja política: esta considerada en el individuo, aquella en los príncipes ó en los que dirigen ó gobiernan los estados. «La primera, dice, ó la individual pide una índole noble, un entendimiento claro, una virtud firme. La segunda, es decir, la de los que gobiernan, pide astucia, disimulacion, hipocresía, siendo partidas precisas de una y otra la actividad y el valor.» Á pesar, pues, de la poca importancia que se daba en su tiempo á la política, propiamente dicha, la presenta ya con visos y colores desagradables y odiosos. Y hablando de los libros políticos manifiesta su inutilidad, y atribuye todo el poder de la política á la astucia y perspicacia natural. «Los romanos, dice entre otras cosas, sin libros conquistaron el mundo, y con los libros le perdieron.» Á la historia concede influencia, pero aun muy poca; pues á nadie hará político si no lo es ya por genio y naturaleza, como el poeta. Y últimamente, bajo el nombre de paradojas políticas y morales presenta varias sentencias ó proposiciones que pertenecen indistintamente á varios ramos de la ciencia social, ya

en la parte moral, ya en la económica, ya en la judicial, y hasta de ciencia canónica; de todo lo cual hace el autor un conjunto no muy homogéneo por cierto, pero cuyos puntos separadamente tratados convienen en que todos interesan á la sociedad ó al comun de los hombres. Ved ahí los títulos. Paradoja 1.ª: La invencion de la pólvora, utilisima á los hombres. Y en esto tiene razon, pues ahorra mucha sangre. 2.ª: La multitud de dias festivos, perjudicial al interes de la república y nada conveniente á la Religion. ¿Pudieran los descontentadizos modernos exigir de un monje sabio y virtuoso una mas clara muestra de lo que ellos llaman despreocupacion? 3.ª: Lo que se llama clemencia de príncipes y magistrados, perniciosa á los pueblos. Es cierto que cuando la prudencia no modera esta virtud, y degenera en impunidad, es un azote para los pueblos. ¡Cuánto de esta criminal impunidad se ha visto entre nosotros! 4.ª: Lo que se llama liberalidad en los príncipes, dañosa á los vasallos. Á esta debe aplicarse lo mismo que á la pasada: las mayores virtudes dejan de serlo si no las dirige la prudencia ó la recta razon. 5.ª: La edad corta es mas favorecida de los jueces en las causas criminales de lo que debiera ser. 6.ª: La edad corta es ménos favorecida de lo que debiera ser en la promocion á los empleos. Estas dos proposiciones son en cierto modo correlativas, en cuanto así para el bien como para el mal dan á la menor edad mas importancia de lo que se le da comunmente. 7.ª: Debieran todos los oficios ser hereditarios. Esta máxima es muy disputable, y en su defensa no puede mostrarse tan firme el escritor como en muchas otras. 8.ª: Debiera hacerse constar al magistrado de qué se sustentan todos los individuos del pueblo. ¡Excelente máxima de policía y de moral! 9.ª: Gran parte de lo que se expende en limosnas no solo se pierde, pero daña. Nos referimos á lo de la prudencia. 10.ª: La tortura es medio sumamente falible en la inquisicion de los delitos. Y pudiera añadirse, bárbaro é inicuo. 11.ª: La muerte por lo que es en sí misma no se debe temer. Tan poco como tiene de política esta máxima, tiene de moral, de útil, de interesante. De ella trata admirablemente el naturalista Buffon. 12.ª: Es vano y fútil el cuidado de la fama póstuma. Punto de moral cristiana, en el que podia haberse extendido mas. 13.ª: No hay hombre de buen entendimiento que no sea de buena voluntad. Verdad hasta cierto punto, pero que prueba la rectitud de alma del escritor. 14.ª: Deben ser bautizados debajo de condicion los hijos de madre humana y bruto masculino. Cuestion moral y teológica que trata el autor con tanta delicadeza como discernimiento. 15.ª: Es rarísimo el caso en que se debe negar el honor de sepultura eclesiástica al que á sí mismo se quitó la vida. ¿Quién tachará de intolerante al sabio sacerdote que así habla? ¿Qué razones alegarán nuestros modernos que no hayan sido sobre este punto indicadas ó previstas por el despejado benedic-

tino? ¿Puede darse mayor prueba de su buen corazon y de su claro entendimiento? Este solo discurso por los muchos ramos que abraza bastaria para acreditar á cualquier sabio, así por la extension de miras como por la rica y oportuna erudicion con que sabe enriquecer tantas materias. En la verdadera y falsa urbanidad se extiende en varias discretas reflexiones acerca de la vanidad y ficcion de muchos de nuestros actos de cortesía; indicando en que deba consistir la urbanidad cuando es natural, sólida y brillante, así como aquella gracia nativa que sazona dichos y acciones y que jamas puede suplir el arte; declamando contra los hombres que pretenden agradar hasta con sus mentiras, y que desagradan por verbosos hasta por sus verdades. Aquí se advierten tambien rasgos dignos de La-Bruyere. Declama tambien contra los que hacen ostension de lo poco que saben, y los que por demasiadamente urbanos son intolerables. Dice algo, aunque muy poco, sobre el modo de escribir cartas; y se deja caer en el apéndice sobre una reflexion moral acerca del desprecio que ya en su tiempo se manifestaba contra la profesion del estado regular, haciéndole objeto de irrision ó ludibrio, motejando como por mofa á sus individuos con el nombre de *frayle*. Por complemento de sus estudios morales discurre nuestro autor sobre la importancia de la ciencia física para lo moral. «Yo quisiera, decia el célebre médico Boherave, que los médicos fuesen un poco mas teólogos y los teólogos un poco mas médicos.» En este principio puede decirse que se funda el maestro Feyjóo cuando promueve varias cuestiones utilísimas á los eclesiásticos, para cuya solucion necesitan de algunos conocimientos en las ciencias médicas ó físicas. Indica al efecto varios puntos curiosos é interesantes; las señales de muerte para dar absolucion á un moribundo; la consumacion del feto humano para la administracion del Bautismo; si queda irregular el que causa deliberadamente aborto uno, dos ó tres dias despues de la concepcion; si tratando de la materia remota de la Eucaristía, lo es el pan que llamamos centeno; si es culpa grave el escupir poco despues de la Comunion, ó de donde viene la saliva; como deben conocerse los huesos ó restos del cuerpo humano para la veneracion de las santas reliquias; sobre la demencia ó fatuidad de algunos hechiceros; hasta que punto puede obligar en conciencia el obedecer á los médicos; las causas físicas para exencion del ayuno, y que senectud excusa de él; y el conocimiento de la variedad del temperamento humano para medir el grado de culpabilidad en las cosas venéreas: de lo cual nacen otras cuestiones análogas acerca de los bailes, teatros, etc., todas de suma importancia en la teología y aun en la filosofía moral. De todo lo cual hay que concluir la importancia y casi necesidad de que los estudios morales se completen en cierta parte indispensable de conocimientos físicos, al modo que la administracion de justicia necesita en

muchos casos de los auxilios de la medicina legal. 7.ª: Entremos ya en otro órden de conocimientos, que no podian dejar de tener un lugar importantisimo en la vasta erudicion de nuestro sabio autor. Tales son los estudios históricos, que disemina con profusion y oportunidad en casi toda la obra, pero á los cuales consagra con especialidad algunos discursos. Ántes de entrar en la parte que pudiéramos llamar biográfica, fijémonos por un momento en sus reflexiones sobre la historia. Empieza ponderando la dificultad suma de descollar en la calidad de historiador perfecto, citando al efecto varios historiadores célebres á quienes se achacan notables defectos. Dificultad en el estilo que no raye á poético, que sea sostenido: la delicadeza de la crítica, la eleccion de los hechos, el acierto de la verdad, ora provenga el desacierto de credulidad, ora de negligencia, ora de mendacidad: la imparcialidad ya de su pais, ya de su tiempo: el espíritu de partido: ¡qué escollos! ¡cuántos peligros! ¡cuán fácil es al mas eminente historiador el que añada algo de su caudal propio! Agrégase á esto la falacia ó la impostura de muchos fingidos cronicones que cita el autor, el cual extiende aquí sin artificio el cauce fecundo de su erudicion inagotable en varios sucesos de la historia profana y moderna, en lo cual muestra tanta variedad y gusto, que hace amenisima su larga lectura; enriqueciéndola por último con el cap. VI del lib. I del *Tratado de la opinion*, ó discurso que sobre la incertidumbre de la historia hizo el marqués de S. Aubin, al cual añade algunas *Notas* críticas y curiosas. Por último, sienta la gran verdad que para ser buen historiador se necesita ser mas que historiador, es decir, poseer muchos y vastos conocimientos en otras ciencias, aun en aquellas que parecen mas distantes de la historia; pues de todas necesita para ser recto, crítico y veraz. Prosigue en cierto modo el mismo asunto en el divorcio de la historia y de la fábula, desmintiendo como error el que la mentira sea siempre hija de algo: máxima que «autoriza la ficcion, atribuyéndole un ilustre nacimiento en la cuna de la verdad:» lo cual comprueba con varios ejemplos. Mas, aquí es preciso hacer una observacion importante. Niega el P. Feyjóo que las fábulas del gentilismo tuviesen su principio en las verdades ó sucesos verdaderos referidos por la Escritura. En esta parte fuerza es confesar que el P. Feyjóo no se hallaba á la altura de la crítica actual que domina en los escritores ortodoxos, y que sus estudios no eran en este punto tan profundos; pues para defender su tema no tuvo otro recurso, como lo confiesa él mismo, que apelar á su propia razon. En tiempo de Feyjóo no se hallaba tan adelantada como en el dia la polémica religiosa entre el racionalismo y la escuela católica, y no habia nacido entre nosotros la necesidad de defender á la religion cristiana de los bruscos ataques de los que la confunden con los absurdos de las diversas teogonias que

han dominado sobre la tierra. La ciencia y el estudio de la antigüedad han descubierto la gran verdad de que la mayor parte de las falsas religiones eran alteraciones de las verdades primitivas, reveladas desde un principio al género humano y conservadas por la tradicion, pero mas ó ménos desfiguradas por las fábulas y caprichos del hombre: de lo cual ha resultado clara é incontestable una de las grandes pruebas de la verdad de la Religion, una, y tan antigua como el mundo, cuyo gérmen data del primer hombre, y cuyos restos se han conservado al traves de todas las revoluciones y de los delirios de la razon humana. Á pesar de esta observacion, el sabio benedictino obraba de buena fe y segun sus convicciones, y hasta cierto punto impugnaba con razon el abuso que se hacia en su tiempo en tomar varias fábulas mitológicas como explicacion exacta de algunas verdades de los Libros Santos; pues esta explicacion llevada hasta la nimiedad es asimismo ridícula é inadmisible. Solo hacemos esta advertencia para salvar cualquiera deduccion desfavorable á la causa de la Religion que se pretendiera sacar de lo que dice Feyjóo, manifestando la diversidad así de su intencion como de las circunstancias en que escribia. En el mismo tomo entra el autor en disertar acerca de la solucion del gran problema histórico sobre la poblacion de América y revoluciones del orbe terráqüeo. Esta cuestion, que pertenece en gran parte á la geología, no es una mera curiosidad histórica, sino un punto importante de Religion, por cuanto contradice la unidad de orígen de la especie humana. Ni la ciencia geológica ni la polémica se hallaban entónces tan adelantadas como en el dia, y el sabio escritor pasa de la parte conjetural á los abundantes recursos que le ofrecia su erudicion acerca de la posibilidad de una grave alteracion en la superficie del globo: alteracion ó cataclismo que la ciencia moderna ha llevado hasta el último punto de evidencia física. Mas, para apreciar debidamente al escritor es menester trasladarse á su época, y no dejarle la gloria de ser el primero que abrió la senda de poner al alcance de todos cuestiones de tan alta importancia. Hemos dicho que el autor no dió por cierto mucha importancia, como crítico, al amor á la patria; pero no obstante, su grande alma participaba de tan noble sentimiento, y de ello dió una prueba práctica en los dos discursos que dedicó á las glorias de España. Vése hervir en sus venas sangre española cuando en un animado bosquejo traza, con vivas y valientes pinceladas, la gloria de la antigua España, valiéndose primero para ello de autores extranjeros en prueba de su imparcialidad, y apelando despues á nuestros propios historiadores. Discurre por los ámbitos de la historia como por un campo conocido, y en este punto nos referirémos al mismo original. Y no se limita nuestro autor á las glorias militares, acude tambien á las religiosas y científicas. «En el discurso pasado, dice al empezar la segunda parte de su elogio, hemos celebrado á los espa-

ñoles por la parte del corazon ; ahora subirémos á la cabeza. » Feyjóo extiende aquí sus observaciones hasta la literatura y la poesía , y aunque en el gusto literario no era en lo que mas descollaba su ingenio , y que muchos de sus fallos pudieran parecer apelables ; con todo , campeá con admirable soltura por el terreno de la erudicion , hace observaciones importantes , juzga de muchos puntos con exactitud , y su estilo cobra de vez en cuando una animacion desusada , como si participase de la llama del genio de los autores que recuerda. Por última muestra de sus estudios en este género nos da la apología de algunos personajes famosos en la historia , como una especie de cuadros biográficos , pero variados ; pues los sugetos cuyo elogio presenta no solo son de diferentes tiempos , clases , sexos y profesiones , sino tambien de diversas especies los capítulos sobre que recae la apología. He aquí los personajes : Empedócles , Demócrito , Epicuro , Plinio el Mayor , Lucio Apuleyo ; reyna Bruniquilda (hija de Athanagildo , rey de España) ; reyna Fredegunda (primero concubina y despues esposa de Chilperico , rey de Francia) ; emperatriz María de Aragon , mujer de Othon III , Enrique de Villena , Guillelmo de Croí , señor de Gévres , el gran Tamerlan y el emperador Cárlos V. El objeto del autor no era el de escribir estas biografías , sino el de vindicar á estos personajes de alguna calumnia ó imputacion, sostenida por la creencia popular ó por la ignorancia del vulgo. 8.ª : Pasemos á otra materia que guarda cierta analogía con la precedente, pero que roza ya ó con las verdades de la Escritura ó con los dogmas de nuestra religion. El estudio de tantas y tan diversas ciencias no habia distraido á nuestro religioso del importante estudio de las Sagradas Letras y de sus sabios expositores ; de lo cual da larga muestra en sus dos discursos sobre las dos Etiópias y sitio del Paraiso , y sobre la venida del Anti-Cristo y fin del mundo , abrazando en cierto modo los dos extremos del tiempo , es decir , la época y el lugar de la inocencia y el fin del universo. En uno y otro despliega nuestro autor grande copia de escogida erudicion escrituraria en la investigacion del lugar ó region de la Etiópia , en donde nos dice el Sagrado Texto que estaba situado el Jardin terrenal , en la confluencia de los cuatro rios , impugnando las varias opiniones erróneas acerca de aquel sitio , y siguiendo en esta discusion á Calmet y demas célebres expositores. La misma copia de datos , cálculos y noticias presenta acerca del año en que muchos autores han colocado la fin del mundo , pretendiendo penetrar lo impenetrable y lo que solo Dios sabe y se ha reservado para sí. No olvida las dos autoridades de algun peso por ser de dos Santos , que creyeron próximo el fin del mundo , á saber , S. Martin de Turon y S. Vicente Ferrer. (Véase sobre este punto algun pasaje de la Vida de S. Vicente Ferrer , y sobre todo el fin de ella.) Y despues de haber trasladado una carta del Santo en la cual expone los funda-

mentos de su opinion, manifiéstase el crítico un tanto embarazado; pero corta la dificultad suponiendo que, ó bien semejante prediccion se atribuyó falsamente al Santo, ó bien que éste lo creyó así atendido el cisma espantoso en que se hallaba entónces la Iglesia, ó bien que Dios por sus divinos secretos alargó despues el plazo de la vida del mundo al modo que dilató por muchos años la destruccion de Nínive prenunciada por el profeta Jonás. Expone en seguida la opinion de los herejes modernos en órden al Anti-Cristo, que suponen ser el Sumo Pontífice romano, atribuyendo este delirio al protestantismo; y por via de apéndices desvanece algunas preocupaciones vulgares acerca del orígen del Anti-Cristo y sobre la esperanza judáica del Mesías, haciendo una enumeracion curiosa de los muchos impostores que se han querido hacer pasar por el Mesías. 9.ª: Natural era que llamasen no poco la atencion del católico y despreocupado escritor las muchísimas preocupaciones religiosas de que adolece el vulgo, y que desvirtúan y pervierten en las clases ínfimas de la sociedad el don sublime de la fe y el noble sentimiento que inclina á todo ser racional hácia la existencia del órden sobrenatural, convirtiendo en creencias ridículas y absurdas la fe que debe prestar á los verdaderos y soberanos misterios. Á ello dedicó Feyjóo una serie de discursos, que nos abstendremos de analizar uno por uno por versar todos sobre una materia parecida y tender todos á un mismo fin. Tales son: las *Artes divinatorias; Profecías supuestas; Uso de la magia; Duendes ó espíritus familiares; Vara divinatoria ó Zahories; Milagros supuestos; Transformaciones y transmigraciones mágicas; Purgatorio de S. Patricio; Cuevas de Salamanca y Toledo y mágica de España; El toro de S. Márcos; y los Demoníacos ó Energúmenos.* En todos estos discursos despliega el sabio crítico no solamente una profusion de raros conocimientos y de datos poco conocidos, sino un delicado discernimiento para separar todo lo que es efecto de la credulidad popular y de la comun ignorancia, de lo que toca ya á los límites de la fe y merece un racional asentimiento. En cuanto á los poseídos ó demoníacos, á que se llama vulgarmente *endemoniados*, hace la observacion de que realmente existieron, y es de fe, en tiempo de Jesucristo y los Apóstoles y aun posteriormente; pues así lo reconoce la infalibilidad de la Iglesia que usa de exorcismos para tales casos; pero sobre esta limitada realidad, ¿cuántos millares de impostores, embaucadores y embaucados han querido pasar por energúmenos por miras bajas de interes, por singularidad ó por el gusto de explotar la credulidad del vulgo? Á manifestarlo así, en este y otros puntos de magia, brujería, adivinacion y otras, se dirigen los desvelos de nuestro autor, el cual no se desdeña tampoco de indicar y examinar algunas de las señales extraordinarias que pueden inducir á sospechar de que realmente

existe una verdadera posesion del espíritu maligno sobre la criatura, cuya posibilidad no puede negar un cristiano sin faltar á la fe; pero al propio tiempo condena por falaces todas aquellas señales que por lo comun se hallan mas acreditadas entre los exorcistas. Á materia de Religion pertenece tambien el discurso sobre *Peregrinaciones sagradas y romerías*. Despues de recomendarlas y aplaudirlas cuando son inspiradas por una devocion verdadera, contra la opinion errónea de algunos sectarios que las condenaban por prácticas de supersticion, como todo lo que concierne al culto de las santas imágenes; pasa á lamentar los abusos que se tocaban en las peregrinaciones sagradas del pasado siglo, muchas de las cuales, especialmente de extranjeros, se hacian por espíritu de curiosidad ó de vagancia; pero sobre todo declama contra los excesos y desenvolturas que se cometian en las romerías ó reuniones para la fiesta de algun Santo. «Á la sombra del bullicio, dice, crece en un sexo el atrevimiento y en otro la confianza. Oculta despues la noche las consecuencias del dia, y no pocas veces descubre el discurso de muchos dias lo mismo que ocultó aquella noche.» *La cuaresma salutífera* encierra algunos documentos higiénicos acerca de la abstinencia de carnes, que ántes se guardaba durante el tiempo cuadragesimal, apoyando el precepto de la Iglesia y deshaciendo los pretextos que muchos alegaban para no cumplirla. Mas, como en el dia está permitido el uso de carnes en la mayor parte de los dias, carece ya de interes este asunto. 10.ª: Entremos ya en el último género de los que abarca el vasto *Teatro* de nuestro sabio, á cuya perspicua penetracion no se ocultaba por cierto la belleza y el gusto de la literatura y de las artes; y en su *Desagravio de la profesion literaria* vindica el cultivo de las letras del achaque de acortar la vida con que la denigraba el necio vulgo. Para ello se vale de razones higiénicas y apela al raciocinio y á la experiencia. De otras notas podia haberla vindicado, en contraposicion al cultivo de la fortuna, de la riqueza y del poder, que parece han aspirado siempre al dominio exclusivo del mundo, cuando las verdaderas reynas de la tierra son y serán siempre la virtud y la sabiduría. El P. Feyjóo, aunque no parecia inclinado á la lingüística, con todo se mostraba muy particularmente aficionado á la lengua francesa; y hablando en un discurso como filólogo se propone hacer el paralelo entre las lenguas francesa y castellana; y despues de haber ponderado la utilidad y casi necesidad de poseer la primera por las muchas obras buenas que hay en ella escritas, reduce la comparacion á estos tres puntos: propiedad, armonía y abundancia. En la propiedad da la ventaja á los franceses, entre los escritores de su tiempo; pues en la época de Feyjóo estaba en boga entre los autores el estilo hinchado y ampuloso, que verdaderamente debia chocar con la franca naturalidad del sabio benedictino: bien que hace algunas honrosas distinciones de españoles que

hablaban y escribian con suma naturalidad y propiedad el idioma nacional, y aun podia citar otros de los que cita; pero hace la sensata observacion de que la impropiedad ó afectacion de muchos escritores no nace del idioma, sino de falta de conocimiento en él, ó defecto de genio, ó corrupcion de gusto. En cuanto á la armonía no reconoce regla fija; pero nosotros creemos que la hay en cuanto se compara, se aplica ó se adapta mas ó ménos á la música, que es el verdadero tipo de la armonía: y en esta parte nos parece que el P. Feyjóo no hace al español la justicia que se merece, pues hasta llega á dar á la lengua francesa mayor blandura de pronunciacion, cuando el acento frances por razon de la supresion de muchas vocales favorece mas á la energía que á la suavidad. Mas en cuanto á la abundancia ó riqueza de voces da la preferencia al castellano. No seremos nosotros quienes fallarémos en esta materia, que requiere otros precedentes y no es para ser tratada aquí con la extension que corresponde. Dirémos únicamente que desde el Padre Feyjóo acá, por lo mucho que se ha cultivado la lengua de nuestros vecinos, podrá ser mas pobre de vocablos, pero es muy rica de fraseología y de modismos. Y concluye su discurso con algunas observaciones sobre el idioma lusitano y gallego. Échase de ver que el P. Feyjóo no tenia noticia alguna de la historia, ni de la índole, ni de la importancia del lemosin; pues á tenerla no hubiera despreciado la oportunidad de hablar de un dialecto que hablaron y hablan aun, bien que desvirtuado, una porcion de provincias de España. El discurso que bajo el título de *Nuevo caso de conciencia* dedica al abuso de vender libros malos por buenos es quizas el ménos importante de la obra, si se exceptúa una que otra justa invectiva contra los malos escritores y contra los malos libros: en lo demas desciende el autor hasta á trivialidades poco dignas de su talento. Pero acordémonos de lo que nos dice Horacio: *Ubi plura nitent in carmine non ego paucis offendar maculis*. Pasemos á la excursion que hace el autor al arte fisonómico, ó sea de conjeturar por medio de la fisonomía las propensiones ó calidades del alma. El autor toma la palabra *fisonomía* por un arte que enseña á conocer por los lineamientos externos y color del cuerpo las disposiciones internas que sirven á las operaciones del alma. « Del cuerpo, dice, « no precisamente del rostro, porqué, segun él, la inspeccion sola del « rostro toca á una parte de la *fisonomía* que se llama *metoposcopia*, y así « la fisonomía examina todo el cuerpo, la metoposcopia solo la cara. » No negarémos esto último; pero en cuanto á la palabra *fisonomía* no podemos convenir con Feyjóo que se extienda á todo el cuerpo, pues la palabra *fisonomía* (y no fisionomía, que no es voz castellana) significa el aspecto particular del rostro de una persona; y por tal la ha definido Lavater, y ántes de él un escritor italiano del siglo XVII, que habló con bastante extension

del arte fisonómico, tratado ya por Aristóteles, ó que se halla á lo ménos entre sus obras. Feyjóo sienta redondamente que los principios sobre que se funda este arte conjetural son vanos, antojadizos y desnudos de razon. Nos parece que el P. Feyjóo deberia haber hecho alguna distincion. Con mucho juicio impugna como un error vulgar la creencia de aquellos que creen que por la fisonomía se puede tener un exacto conocimiento del espíritu, y hasta adivinar y pronosticar las acciones del individuo; pero no hay duda que la fisonomía es por lo comun y hasta cierto punto una expresion del alma, y una indicacion del temperamento que tanto dominio ejerce en nuestras propensiones. El erudito crítico transcribe las tablas de la doctrina fisonómica del jesuita Honorato Niquet, el cual, segun asegura nuestro autor, gozaba en su tiempo de la reputacion de haber escrito en la materia con mas acierto que otros. La primera contiene los significantes del temperamento; la segunda lo que significan en particular el cuerpo y cada parte suya; y la tercera da por separado la coleccion de signos de cada significado particular. Admite, sin embargo, nuestro autor uno que llama el *Nuevo arte fisonómico;* es decir, que por el movimiento ó expresion que da el alma al cuerpo y sobre todo al rostro se puede hasta cierto punto conocer el estado actual ó habitual del ánimo: concesion que hubiera podido hacer el autor en el discurso precedente; pues toda su discrepancia de los fisonomistas consiste en que el autor todo lo niega á la configuracion ó lineamientos del rostro, y solo concede algo al movimiento. En prueba de la universalidad de materias, prueba tambien de la universalidad de ingenio del P. Feyjóo, hasta encuentra lugar en su gran *Teatro* el género del gracejo, como lo dice él mismo: «Con este motivo hallará el lector algo de gracejo en este *Teatro*, que es razon que, como universal, tenga algo de todo. Así, pues, los *Chistes de Ene* distraen agradablemente de otras muchas materias mas graves, y aun en ellos se propone el autor un objeto de comun desengaño, manifestando que muchos chistes usados por ciertas personas, ya en conversacion, ya por escrito, para pasar plaza de agudos y de salados, no son suyos sino de otros que ya los usaron ó inventaron, con la única diferencia de alterarse frecuentemente en las conversaciones las circunstancias de tiempo, lugar y persona; de modo que lo que se leyó en un libro, como sucedido en siglo ó region distante, se trae al siglo y provincia propia para dar mas sal á la relacion. La coleccion de chistes es asaz numerosa, variada y oportuna. Siguiendo el mismo género de amenidad, consagra otro discurso á la razon del gusto contra el vulgar adagio de que contra gusto no hay disputa. Parte del principio de que no hay gusto malo, absolutamente hablando; pues los que nos parecen tales no lo son respecto al que los tiene, pues para él aquello es deleitable. Defiende que se puede dar razon

del gusto, al cual se pueden señalar dos causas, el temperamento y la aprehension; y esto nos parece altamente filosófico. Y observa ademas, que cuando el gusto depende del temperamento no cabe disputa sobre él, pues de la variedad de los temperamentos nace la variedad de inclinaciones y gustos; pero que sí cabe disputa cuando el gusto viene de la aprehension, porqué los vicios de ésta son curables con razones, porqué no están en el organismo sino en la imaginacion. Montesquieu en su *Tratadito sobre el gusto* trató la materia de muy diverso modo, no tanto en su orígen como Feyjóo, como en su aplicacion á los objetos que le producen; y uno y otro de dichos autores se fijó en aquella parte inexplicable del gusto que se llama el *no sé qué*: «primor misterioso, que cuanto lisonjea el gusto, atormenta el entendimiento; que palpa el sentido, y no puede decifrar la razon.» La naturaleza en sus raras producciones es la que mas abunda de objetos que hacen sentir el no sé qué; pero donde se halla sobre todo es en las gracias ó maneras de las personas. El hombre, como á ser mas perfecto, debe abundar mas de estos hechizos inexplicables. El mirar, el gesto, la voz, aun los mismos defectos, hasta las mismas repugnancias, tienen un no sé qué de seductor que nos arrastra. El sabio benedictino prueba reducir á razonamientos estas causas ocultas, que ha hecho ya lo bastante de indicar como filósofo. No podia faltar en tan vasto repertorio alguna palabra sobre la música; y nada mas propio del escritor religioso que hacer recaer su discurso sobre la música de los templos y sobre la profanacion de aplicar á las severas y augustas solemnidades de la Religion la música muelle y provocativa de las reuniones del siglo. En una sola cláusula se compendia todo el asunto. ¿El que oye en el órgano el mismo minuet que oyó en el sarao, qué ha de hacer sino acordarse de la dama con quien danzó la noche antecedente? ¿Y qué diria el celoso benedictino si viese la invasion que ha hecho en nuestros templos la música del teatro? Entra despues el autor en algunos pormenores, por los cuales se conoce que no le era extraño el arte del solfeo; y despues de haber condenado muy justamente el abuso que pudiera llamarse sacrílego de introducir en las iglesias motes, tonos y aires profanos, ya por la afeminacion, ya por lo grotesco, reprueba la introduccion de violines en los templos, pero no el uso de otros instrumentos músicos como el harpa, el violon, la espineta, y sobre todo el órgano. Con esta ocasion hace el autor una excursion á la poesía sagrada, que en su tiempo se llamaba *á lo divino*; declama contra los malos poetas, contra su estilo hinchado y altisonante, contra las locuciones afectadas, y aunque se echa de ver que el crítico toma por poesía la versificacion (como hace lo comun de las gentes) pues dice que sin la propiedad y la naturalidad ni la *poesía* ni la *prosa* pueden ser buenas; con todo, no dejan de ser muy jui-

ciosas sus observaciones dirigidas especialmente á los vicios de las cantinelas sagradas, cuya gracia consistia en su tiempo en equívocos bajos, metáforas triviales, retruécanos pueriles, careciendo enteramente de espíritu y de mocion. Atribuye estos defectos aun en poetas de nota, como Solís, y que miran los asuntos de festividades sagradas como juguetes, cuando debieran considerarlos los mas dignos por su altura y nobleza de todos los esfuerzos del genio; y en esto tiene mucha razon. Aunque el alma de Feyjóo era de filósofo, no de poeta, con todo su grande talento le hacia comprehender la grande sublimidad de la poesía; como lo demuestra con estas palabras: «Si se me pregunta cuales son las artes mas difíciles de todas, responderé que la médica, la poética y la oratoria. Y si se me pregunta cuales son las mas fáciles, responderé que la poética, oratoria y médica. No hay licenciado que, si quiere, no haga coplas. Cuantos religiosos sacerdotes hay suben al púlpito, y cuantos estudian medicina hallan partido. ¿Pero en donde está el médico verdaderamente sabio, el poeta cabal y el orador perfecto?» Y definiendo despues la poesía sublime segun el criterio de su talento dice: «Lo grande de la poesía es aquella actividad persuasiva que se mete dentro del alma, y mueve el corazon hácia la parte que quiere el poeta.» En lo que dice Feyjóo aparece que en su tiempo no se conocia aun la poesía grave religiosa. Sin embargo, en vez de citar por grandes modelos de la poesía los Virgilios, los Ovidios y los Horacios, podia muy bien haberse acordado, y mas aun tratando del género sagrado, de los Fernández de Herrera y de los Fray Luises de Leon. Feyjóo no podia dejar de consagrar un discurso á combatir la presuncion de su siglo, que como padre del actual empezaba á envanecerse de sus adelantos deprimiendo la gloria de los antiguos. Á fuer de filósofo imparcial, así como habia impugnado el error de que el mundo antiguo era mucho mejor y mas virtuoso que el actual, tambien declama contra la petulancia de este en quererse pintar como muy superior á sus progenitores. Á esto dedica la *Resurreccion de las Artes* y la *Apología de los antiguos*. No se opone al principio del progreso y de la marcha de la humanidad, que enriquecida siempre de lo pasado, y con mas medios de aprovecharlo, añade á ello sus nuevos esfuerzos; pero trata de manifestar que muchos de los descubrimientos que pasan por de invencion moderna fueron ya ó hallados ó indicados por los antiguos, y que estos en algunos ramos del saber y sobre todo en bellas artes llegaron á un punto mas adelantado que los modernos. Recorre para ello varias ciencias, aun de las naturales, y justifica su aserto con escogida erudicion. ¡Cuánta falta hace un Feyjóo para nuestro siglo! ¡Un crítico consumado que le haga ver cuanto debe, aun en sus mas asombrosos adelantos al trabajo y afanes de los que le precedieron, y cuán atras se queda á ellos

en ciertos ramos de habilidad, de belleza y de gusto! ¡Y que le demuestre que para estos nuevos sistemas de error, á lo que llama injustamente filosofía, ha tenido que ir á desenterrarlos despues de muchos siglos de los sepulcros de los filósofos de la antigüedad, cuando la razon humana, destituida de la luz de la verdad, no hacia mas que palpar sombras! He aquí el oprobio, he aquí el lunar que ofuscará considerablemente á los ojos de la posteridad la brillantez de sus admirables conquistas en el terreno de la sabiduría humana. Ántes de concluir su *Teatro crítico* dedica dos discursos á dos puntos importantes, que hoy se llamarian de economía política: ciencia nueva que en tiempo de Feyjóo no se conocia como tal, á lo ménos en España, y de la cual dice un moderno escritor, que despues de haber repudiado la fe, el problema de la sociedad tomó una tal importancia, que el buscar su solucion dió orígen á una ciencia especial, de la que no se habia oido hablar jamas y que absorvió desde luego todas las demas hasta llegar á ser considerada como la ciencia general, la ciencia madre. Y esta ciencia, de la cual se ha excluido todo elemento sobrenatural y hasta espiritual, y que toma al hombre solo desde la cuna al sepulcro, sin admitir nada ni ántes ni despues, y no le considera sino en su cuerpo y en sus facultades físicas, para encontrar el equilibrio entre sus satisfacciones y sus necesidades, se llama economía política. Feyjóo, pues, que aun no la conocia como tal, pero que como sabio y filósofo estaba enterado de los verdaderos elementos que la constituyen, presentó en su *Honra y provecho de la Agricultura* un bello tratado acerca del glorioso orígen y los muchos títulos que tiene para ser honrada la agricultura, y la evidente utilidad é indispensable necesidad de su fomento y proteccion. Quéjase de la falta de libros y de escritores que den reglas para ejercer y perfeccionar este arte importantísimo; llegando á decir, que despues de la Religion y de la justicia, lo que mas debe protegerse es la agricultura. ¡Qué bello espectáculo el de este benedictino dirigiéndose al cardenal Molina, presidente del Consejo de Castilla, al que dedicó aquel tomo, abogando en favor de la pobre clase labradora, y haciendo jugar admirablemente en esta súplica los preceptos de la Religion y las máximas de la caridad! Propone la formacion de un consejo central y director de labradores; y para añadir algo de su cosecha, pasa á proponer algunos puntos de los que pudieran examinarse en esta junta, que vienen á ser un tipo de nuestros actuales institutos agrícolas, ideado ya mas de un siglo atras por nuestro sabio. Entra en el exámen de que conviene equilibrar la cosecha del pan con la del vino; propone la construccion de canales y obras de riego para utilizar los rios, y otras medidas que si bien mejores para puestas en teoría que para practicadas revelan los excelentes deseos y la extension de miras del que las indica. Entra despues en algunas minu-

ciosidades acerca del sistema de arar, y concluye aplaudiendo una medida del gobierno para la construccion de una acequia. Los mismos bellísimos deseos le animaron en su postrer discurso acerca de la ociosidad desterrada y la milicia socorrida, proponiendo el sistema de destinar á las armas la gente inútil de la república y dejar los brazos útiles para el cultivo de las tierras. Es muy digno de elogio el sentimiento que le mueve á esta proposicion; pero en los medios que para ello indica no estuvo tan feliz como en otros asuntos. —En lo dicho nos parece haber abrazado todas las materias de alguna importancia, que forman los ciento diez y siete discursos en que está dividido su *Teatro crítico universal;* pues exceptuando muy pocos, y de no mucha importancia, como la *fábula de las Batuécas y paises imaginarios*, sobre *la campana de Velilla*, la *fábula del establecimiento de la inquisicion en Portugal*, y algun otro, referente á errores que en el dia no ofrecen interes alguno, todos los demas se hallan comprehendidos en las diez materias por las cuales los hemos clasificado. Quedan únicamente el *mérito y fortuna de Aristóteles*, asunto al parecer biográfico, pero que en realidad no se refiere á la persona del filósofo, sino á la suerte que cupo y ha cabido posteriormente á su escuela y á su doctrina; las *Paradojas matemáticas*, de las cuales si exceptuamos la primera puramente geométrica, las demas tienen todas aplicacion á algun arte ó ciencia: una á la arquitectura, dos á la óptica, dos á la astronomía, una á la geografía y dos á la estática. El P. Feyjóo era un buen matemático en un siglo en que al hablar de matemáticas decia él mismo: « Entro en esta materia con el preciso desconsuelo de no poder darme á entender bastantemente á la mayor parte de mis lectores. Son en España tan forasteras las matemáticas, que aun entre los eruditos hay pocos que entiendan las voces facultativas mas comunes. » He aquí pues las *Paradojas* divididas segun el órden de las diversas facultades matemáticas á que pertenecen: «Posibles son dos líneas, que continuamente se vayan acercando mas y mas una á otra, y que por mas que se prolonguen nunca lleguen á tocarse: cuyo teorema aplica ingeniosamente en el órden metafísico á varias cuestiones teológicas.—Dos paredes de un edificio, si están hechas á plomo, no pueden ser paralelas ó equi-distantes; ántes bien es preciso que disten mas una de otra por la parte superior que por la inferior.—Es imposible saber si los objetos se nos representan á los ojos segun la verdadera magnitud que tienen en sí mismos.—Ningun objeto se ve clara y distintamente sino con un solo ojo.—Los dias naturales son entre sí desiguales.—Supuesta la duracion del mundo, vendrá tiempo que hiele en la canícula.—La tierra no es de figura esférica.—Los graves no descienden por la línea recta hácia el centro de la tierra.—Si el movimiento de los graves fuese uniforme, esto es, que no se acelerase en el decenso, una piedra molar, moviéndose continuadamente

por espacio de treinta mil años, no bajaria un dedo.—El sol se ve sobre el horizonte ántes de nacer y despues de ponerse.» Indicadas ya las materias del *Teatro crítico*, oigamos de boca del mismo autor como se va vindicando de los reparos que se iban oponiendo á su obra, así en los asuntos que contenia, como en el modo de tratarlos. Preveyó ya desde un principio los descontentos é impugnadores que iba á tener su obra, como lo declara él mismo dirigiéndose á su lector con estas palabras: «Seas quien fueres, no te espero muy propicio; porqué siendo verosímil que estés preocupado de muchas de las opiniones comunes que impugno, y no debiendo yo confiar tanto ni en mi persuasiva ni en tu docilidad, que pueda prometerme conquistar luego tu asenso, ¿qué sucederá sino que firme en tus antiguos dictámenes condenes como inicuas mis decisiones?» No debia suponer el P. Feyjóo á todos sus lectores rudos é indóciles; algo debia haber dicho á los entendidos y discretos. Y añade: «Dijo bien el P. Malebranche, que aquellos autores que escriben para desterrar preocupaciones comunes no deben poner duda en que recibirá el público con desagrado sus libros. En caso que llegue á triunfar la verdad, camina con tan perezosos pasos la victoria, que el autor miéntras vive solo goza el vano consuelo de que le pondrán la corona de laurel en el túmulo.» Cita por ejemplo el famoso Gillelmo Harveo, «contra quien, dice, por el noble descubrimiento de la circulacion de la sangre declamaron furiosamente los médicos de su tiempo; y hoy lo veneran todos los profesores de la medicina como oráculo. Miéntras vivió le llenaron de insultos: ya muerto no les falta sino colocar su imágen en las aras.... Bien sé que no hay mas rígido censor de un libro que aquel que no tiene habilidad para dictar una carta. En este caso, dí de mí lo que quisieres. Trata mis opiniones de descaminadas, por peregrinas; y convengamos los dos en que tú me tengas á mí por extravagante, y yo á tí por rudo.» Y despues de haber manifestado lo que entiende por errores comunes dice: «No por esto estoy muy asegurado de la utilidad de la obra. Aunque mi intento es solo proponer la verdad, posible es que en algunos asuntos me falte penetracion para conocerla, y en los mas, fuerza para persuadirla. Lo que puedo asegurarte es que nada escribo, que no sea conforme á lo que siento. Proponer y probar opiniones singulares solo por ostentar ingenio, téngolo por prurito pueril, y falsedad indigna de todo hombre de bien. En una conversacion se puede tolerar por pasatiempo: en un escrito es engañar al público. La grandeza del discurso está en penetrar y persuadir las verdades; la habilidad mas baja del ingenio es enredar á otros con sofisterías.» «Estoy esperando muchas impugnaciones.... y aun algunos me previenen que cargarán sobre mí injurias y dicterios. En este caso me aseguraré mas de la verdad de lo que escribo; pues es cierto que desconfía de sus fuerzas quien contra mí se

aprovecha de armas vedadas; si me opusieren razones, responderé á ellas; si chocarrerías y dicterios, desde luego me doy por concluido, porqué en ese género de disputa jamas me he ejercitado.» En la aparicion del segundo tomo manifiéstase el autor mas animado, sin dejar de ser igualmente ingenuo. «Segunda vez, parezco en público, dice, á leer invectivas y oir aclamaciones. Discurro de la suerte de este libro, como de la del primero; y como sea la misma, estoy contento. El público me ha favorecido liberalisimamente, y esto basta para que yo, bien léjos de desistir de lo empezado, continüe mas fervorosamente en servir á su diversion y utilidad. Algunos pocos quisieron con sus censuras detener la corriente de la general aceptacion que logró el primer tomo; pero el haber sido pocos me basta para consuelo, y si examino el motivo, me sobra para confianza. Los que para defender las facultades que profesaban y que consideraron agraviadas escribieron contra mí con tanto ardor, manifestaron hacer demasiada estimacion de mi pluma en el concepto que formaron de que esta era capaz de arruinar los créditos de su profesion: de estos no me quejo, aun comprehendiendo los que mas se destemplaron, porqué donde el honor de la facultad y el interes de la persona mueven la pluma, le dan tan recio impulso que la arrojan mucho mas allá de la raya que señala la decencia. Á quienes no disculpo, aunque los perdono, es á aquellos que en sátiras anónimas vertieron su saña sin mas motivo que el ver celebrada mi obra. Ó envidia! monstruo de tan infelices ojos, que no el humo sino la luz te saca lágrimas!» Lleno pues de satisfaccion, compárase en cierto modo con Balzac y con Corneille. «No hago esta memoria, dice, por compararme á aquellos por la parte del mérito, sino por la de la fortuna. Ellos merecieron la celebridad: yo la logré sin merecerla. Pero así á ellos como á mí el aire del aplauso nos llevó hácia el escollo de la envidia.» Y luego añade en tono de modestia: «No niego que justamente se me pudo censurar en muchas cosas. Conozco varios defectos mios; y es de creer que sean muchos mas los que no conozco. Pero la emulacion fué en este lance mas ciega que el amor propio; pues no vieron los censores las flaquezas de mi pluma, viéndolas yo mismo: y no advirtiendo los defectos verdaderos, me los achacaron fingidos. ¡Ó cuantos infieles comentarios parecieron de mis escritos, arrancando con mala fe y con violencia suma voces y cláusulas de su genuino sentido para escandalizar con quimeras al público! ¿Es esta correccion ó corrupcion? Otro linaje de censores ha habido mas dignos de compasion que de enojo. Hablo de aquellos pobres incapaces, condenados á la ignorancia de por vida, cabezas de cal y canto, cerebros amasados con el error, calloso por todas partes el discurso, para quienes toda novedad es mentira, toda vejez axîoma. Estos en oyendo ó leyendo algo contra la comun opinion, tocan á novedad como á fuego,

montan en cólera, ármanse de dos refranes añejos, enristran la lanza del *Quantaque*, plántanse por los méritos de su antigüedad el yelmo de Mambrino, ó la dureza de sus cascos les sirve de morrion; y veis aquí la mejor milicia que alista debajo de sus banderas el error inveterado: al fin, invencible á todo argumento.» Así con esta gracia califica Feyjóo sus críticos y detractores, y en seguida, hablando con los que le censuraron por lo colosal de la empresa, expone con ingenuidad lo que le movió á preferirla á otras y á seguirla. «Algunos, dice, alargaron la censura mas allá de la calidad de la obra, notando de osado el proyecto y de viciosa la intencion. Decian que el título de *Teatro crítico universal* era muy arrogante; que era tambien mucha presuncion mia esperar cumplir con lo que en él prometia; y que la magnificencia de la promesa manifestaba un apetito desordenado de gloria. Con decir que nada de esto es del caso, porqué es sacar la crítica fuera de su esfera, tengo respondido bastantemente. Pero añadiré, que en la resolucion de esta empresa no procedí fiado á mi dictámen. Años ha que muchos sugetos de mi sagrada religion, algunos de la primera magnitud, han estado lidiando con mi pereza, ó con mi cobardia, sobre que trabajase para el público. Vencido al fin de sus instancias, y determinado á escribir para imprimir, les comuniqué diferentes proyectos que tenia ideados, entre los cuales escogieron por mas útil y por mas honroso el que sigo. Y como tengo mas satisfaccion de la prudencia y buena intencion de los que me aconsejaron entónces, que de los que me fiscalizan ahora, proseguiré sin miedo en la obra, entre tanto que el público le da favorable acogida. Ceder á ajeno dictámen no fué osadía, sino docilidad. Nadie desconfia mas de mis fuerzas que yo mismo. Si parecieren inferiores al empeño, responderán por mí los que creyéndolas iguales me animaron.» Habla en seguida de su estilo en estos términos: «El estilo es el mismo que el del primer tomo, y si hasta aquí te agradó, no puede ahora desagradarte; digo el mismo respectivamente á las materias; pues ya sabrás la distribucion que el recto juicio hace de los tres géneros de estilos, consignando á la mocion de afectos el sublime, á la instruccion el mediano, y á la chanza el humilde. Yo á la verdad no pongo estudio alguno en distribuirlos de esta manera ni de otra. Todo me dejo á la naturalidad. Si en una ú otra parte hallares algo del sublime, sabe que sin buscarle se me viene; ó porqué la calidad de la materia naturalmente me arrebata á locuciones figuradas, que son mas eficaces cuando se trata de mover algun afecto; ó porqué tal vez la imaginacion por estar mas caliente me socorre de expresiones mas enérgicas. Y ni yo cuido de templarla cuando está ardiente, ni de esforzarla cuando está lánguida. En punto de estilo tanto me aparta mi genio del extremo de la afectacion, que declino al de negligencia.» Y despues de indicar el sistema que ha seguido en cuanto á la

ortografía concluye así: «Salgo al campo sin mas armas que el raciocinio y la experiencia; con las mismas se me ha de combatir. Oponerme, como algunos han hecho, que mas se debe creer á tantos y tales doctores que á mí, es salir fuera del coro: pues yo no pretendo ser creido sobre mi palabra, sino sobre mi prueba. Mis razones se han de examinar, no mis méritos. Pero los que no fueren capaces de pesar las razones, harán muy bien de contar los votos, y atenerse á aquellas opiniones en cuyo favor hallaren mayor número de sufragios.» ¡Qué modo tan ingenioso para acallar las calumnias de los ignorantes! Échase de ver que á medida que iban apareciendo los tomos, crecia la maledicencia, se enconaba la envidia, y se alarmaba la ignorancia. Al aparecer el tercer tomo le vemos ya precisado á sincerarse de la nota de plagio que se le acumulaba. Oigamos de él mismo su justificacion. «Si eres algo reflexivo, dice, excuso armarte de nuevas advertencias contra las sofisterías de mis contrarios; y ninguna bastará si te riges por primeras aprehensiones. En el cotejo fiel de lo que yo digo y de lo que dicen ellos consiste la mayor parte de mi defensa: porqué la mayor parte de las impugnaciones consiste en una inteligencia errada de mis escritos. Pero no pocas veces se hizo la malicia parcial de la rudeza, de que hallarás un insigne ejemplo en aquel embozado autor de la *Tertulia Apologética*, que ocultando la cara descubrió la intencion: aquel que con insulso y pesado estilo, con insulsos y pesados cuentos se hizo contemptible simio, pretendiendo imitar el estilo y chistes de un escritor bien conocido: lo que logrará cuando el avestruz siga el vuelo del águila, ó la tortuga el curso del ciervo: aquel que con groseras calumnias quiso degradarme del honor que me han dado eruditos bien intencionados: aquel que, mintiendo aun en el intento del escrito, estampó en el fondo una sátira, habiendo propuesto en la frente una apología. No se me extrañe el escribir contra mi costumbre con tanta licencia; pues cuando se habla de un incógnito, se corrige el vicio sin tocar en la persona. ¿Qué servia al intento del apologista la mentira de que lo que he dicho de Savonarola lo trasladé al pie de la letra de Gabriel Naudier? Seis hojas enteras gasta este autor en la relacion de las cosas de Savonarola, siendo así que es bastantemente conciso, y yo media página. ¿Puede ser este traslado al pie de la letra? Mi estilo es muy desemejante al de aquel docto frances. Lo que él dice de Savonarola lo dicen otros infinitos. Con que bien léjos de copiarle las palabras, ni aun era necesario sacar de él las noticias.» La especie de que Feyjóo habia copiado mucho de las *Memorias de Trevoux* no solo iba muy válida entre sus contemporáneos, sino que ha quedado todavía como por tradicion en el cerebro de algunos críticos. Veamos como se sincera de este pesado cargo el ilustre benedictino: «¿Qué le conducia la insigne falsedad de que mis escritos son una mera traduccion de

las *Memorias de Trevoux*, y del *Diario de los sabios (Le Journal des Savans)*? No tengo ni he visto jamas sino un tomito en dozavo, que es el décimo; y aun éste le adquirí despues de impreso mi primer tomo..... con que no habiendo parecido mas que mi primer tomo, cuando se escribió la *Tertulia apologética*, es preciso suponga el apologista que yo traduje el *Diario de los sabios* en profecía. Pongo por testigos á todos los religiosos de este monasterio de que ni en mi librería ni en este colegio vieron jamas otro libro del *Diario de los sabios* sino el dicho, y que saben que éste le traje de vuelta de Madrid, cuando fuí á imprimir mi primer tomo. Pongo asimismo por testigos á todos los eruditos de este principado, de que en todo él no vieron ni oyeron jamas decir que hubiese tales libros. En todo mi primer tomo no cité el *Diario de los sabios*, y solo lo cité una vez en el segundo. De las *Memorias de Trevoux* tengo la cantidad de cien tomos; y es cierto que me han servido, como todos los demas de mi librería, y muchos de las ajenas, para enriquecer la memoria de especies, de las cuales vierto las que hallo oportunas en el discurso de mi obra. Pero una cosa es aprovecharse de libros, y otra copiarlos. ¿Se dirá por ventura que un sermon es trasladado de Plinio porqué en él se hallan dos ó tres noticias sacadas de su historia natural? Lector mio, si estás en Madrid y entiendes el frances, ruégote que busques las *Memorias de Trevoux* y el *Diario de los sabios*, que no pueden faltar en la biblioteca real y en otras; que unos y otros libros vuelvas y revuelvas bien; y cuando halles ni un párrafo solo, ni aun cuatro líneas que sean traslado ó traduccion de ellos, ó en este tomo ó en alguno de los antecedentes, quiero que todos tres los dés al fuego, y me obligo á restituirte el dinero que te han costado..... Mas si quieres enterarte bien y á poca costa de la veracidad, buena intencion, modestia y otras prendas del apologista, lee con reflexion aquel desatinado soneto, con que coronó su obra..... Lo que sin embargo no se puede negar es que tiene dos grandes partidas de poeta, que son el furor y la ficcion. Aquel llega á rabia, ésta á quimera.» En otra parte del mismo tomo insiste en la misma especie sobre lo de las *Memorias de Trevoux*. «La mala fe de algunos, dice, ha llegado á un punto que asombra. ¿Quién creyera que habia de haber osadía para dar á la estampa que mis escritos no son otra cosa que una traduccion de las *Memorias de Trevoux* y del *Diario de los sabios* de Paris? Desatino tan extravagante, como si uno dijera que los sermones del maestro Navajas no son otra cosa que una traduccion de la *Biblioteca* de D. Nicolas Antonio; porqué así las *Memorias* como el *Diario* no son otra cosa que unos meros diálogos de los libros que van saliendo á luz, dando una noticia tan ligera y superficial de su asunto, que en media hora se lee el contenido de mas de treinta libros. Pero el que escribió esta patraña se hizo la cuenta de que entre los muchos

millares de sugetos que leen mis escritos, solo ocho, diez, ó doce han visto las *Memorias de Trevoux* y el *Diario de los sabios;* que éstos se reirán de la quimera del apologista, pero todos los demas, aunque no tengan las tragaderas de D. Santiago, tragarán el embuste y me tendrán por autor plagiario. Esta misma cuenta se han hecho otros para citar contra mí lo que no dicen los Autores, ó negar que dicen aquello en que yo los cito. Si el libro es muy raro, es levisimo ó ninguno el riesgo á que se expone la calumnia.» La idea del plagio hirió profundamente el amor propio de nuestro autor y ofendió su delicadeza mas que las críticas de todos los impugnadores. Y diremos en prueba de su ingenuidad, que añade á renglon seguido: «No por esto pienses que tan generalmente me indemnizo de las objeciones de mis contrarios, que siempre les niegue la razon por adjudicármela á mí en todo y por todo.» Y en muestra de esta sinceridad, hace justicia á la observacion de uno de ellos, dándole la razon, y retractando con gusto cierta especie que por inadvertencia expuso en una nota. Y concluye: «Esta misma sinceridad hallará en mí cualquiera que me impugne con razon, como yo la alcance. El evitar todo descuido no está en mano del hombre, pero sí el tratar verdad y hacer justicia, cuando se conoce, á quien la tiene. Naturalmente aborrezco todo engaño; de modo que en mí el ser sincero mas es temperamento que virtud. Jamas incurriré en la ruindad de dejar engañado al público por no confesar algun yerro mio, ni en el apocamiento de callar por algun servil y bastardo miedo la verdad que perteneciere á mi asunto, cuando honestamente pueda decirla.» Echase de ver que á medida que iban apareciendo tomos del *Teatro crítico*, iba creciendo asimismo la impugnacion, la envidia y la maledicencia; y la crítica mordaz hincaba en aquel sus afilados dientes. Y esto se manifiesta mas en el cuarto tomo, en cuya introduccion se dirige el autor no al lector discreto y pio sino al ignorante y malicioso, atacando de frente á sus detractores no sin alguna acritud. Figúrasele que el lector es otro de los que se ceban en la maledicencia y en la mordacidad, y le zahiere con toda la soltura de un amor propio lastimado. Parece que cundió la idea de que el P. Feyjóo podia aplicar su talento á materias mas graves; á lo cual responde el crítico que si se entiende teología dogmática, escolástica, moral ó expositiva, sobraban ya los buenos autores en tales materias. «¿Qué necesidad, decia, tiene el público de que yo escriba sobre cada una de estas facultades? De teología dogmática y expositiva tiene lo que basta, y moral lo que sobra. Quiero preguntarte mas: ¿Qué concepto tienes hecho de mi habilidad? Supongo que te guardarás bien de decir (y harás muy bien) que yo sea superior ni aun igual en ingenio y doctrina á los autores mas célebres que tenemos sobre aquellas cuatro facultades. Siendo así, ¿qué puedo hacer sino echar á perder lo que está bien trabajado, ó

copiar lo que ya está escrito? Tú no entiendes esas materias. Asegúrote que de tanto número sin número de teólogos como han llenado las bibliotecas de dos siglos á esta parte, exceptuando algunos pocos ingenios eminentes, los demas se pueden dividir en tres clases; unos que fueron meros copiantes de sus antecesores; otros que pusieron por pasiva lo que hallaron escrito por activa; otros que por decir algo de nuevo, nada dijeron de bueno. Á mí me fuera muy fácil escribir de cualquiera de estos tres modos sobre cualquiera de aquellas cuatro teologías. Fatigaria mucho ménos el ingenio y daria mayores cuerpos al público; siendo cierto que podria dictar tres pliegos de tratado teológico en el tiempo que ahora me cuesta un pliego de *Teatro crítico*. ¿Pero qué utilidad sacaria de esto el mundo?» Y hablando despues de comentarios sobre la Escritura, dice, que son de poquisimo consumo: con lo cual indica la falta de aficion á estudios serios y profundos. «Los que se despachan grandemente, añade, son los libros conceptistas ó de discursos acomodados al uso comun del púlpito; porqué como hay tantos millares de predicadores pobres, cuyo caudal no alcanza á mas que á hacer un sermon compuesto de remiendos, se ven precisados á andar por las puertas de los Elencos, buscando su socorro en estos libros.» Y despues de esta revista de materias reconoce, y no lo disimula, la superioridad de su empresa. «Fuera de que, si lo miras bien, yo escribo de todo, y no hay asunto alguno forastero al intento de mi obra. Pero acaso esto mismo te incomoda, porqué oyes decir á algunos (bien que realmente dista mucho de la verdad) que gozo una amplisima erudicion en todo género de materias; y nunca hubiera logrado yo este magnífico concepto, si hubiese aplicado la pluma á alguna facultad determinada. Dí lo que quisieres, no podrás negarme la novedad de esta obra, la cual me da el carácter de autor original por mas que lo sientas. Tampoco podrás negar que el designio de impugnar errores comunes, sin restriccion de materias, no solo es nuevo, sino grande.» Aquí la gravedad y sensatez de autor cede algun tanto á la debilidad de hombre. Pero se conoce la tenacidad de la guerra por la insistencia en la defensa. El tomo cuarto apareció rodeado de la misma falange de detractores y émulos, como él mismo lo indica. «Muchos dias ha hicieron liga contra mis escritos unos á quienes no sé como llamar: pobres de la república literaria, de estos que cuando quieren hacer algun papel en el mundo su miseria les precisa á andar por las puertas y zaguanes de los libros, los índices quiero decir, mendigando harapos de noticias, y cosiéndolos con imposturas, dicterios y chabacanismos: venden despues al rudo vulgo como tela de algun precio lo que, puesto en la mano de cualquier docto, al primer tiron descubre ser mera podredumbre. Por tales manos y por tales medios se forjaron casi todas las impugnaciones que hasta ahora parecieron contra mí....

Irritados mis impugnadores de verse tan claramente convictos, no hubo armas por vedadas que fuesen de que no echasen mano para herirme: pasó la hostilidad á rabia y furor. Si he de decir la verdad, miro esto como complemento de mi triunfo. Ezzelino, aquel tirano de Padua, furioso de verse vencido en una batalla, con sus propias manos rasgó mas las heridas que habia recibido en ella. ¿Qué otra cosa sucedió á mis contrarios? Respirando de la apostema que les engendró en las entrañas el dolor del vencimiento, venenoso hálito por las heridas recibidas, las empeoraron, haciendo de simples llagas úlceras hediondas.» Segun se va explicando el autor impugnado, el furor de sus impugnadores llegó á una lastimosa obcecacion. «¿No es seña clarisima de la ceguera de mis contrarios, y de que la ira los tenia enteramente fuera de sí, despues de aplaudirme repetidas veces en el primer escrito como sugeto de grande erudicion, en el segundo tratarme á cada paso de hombre ignorantisimo? ¿Tenian los que cayeron en tan enorme inconsecuencia á todos los lectores por unas bestias estúpidas, que no habian de advertir tan visible contradiccion? ¿Cómo podia yo pasar en el discurso de dos ó tres años de insignemente erudito á sumamente ignorante?» Feyjóo no tenia por cierto necesidad de descender á ciertas minuciosidades de sus méritos personales para sincerarse. Cedió demasiado al dolor de la injuria; y hubiera hecho mejor en despreciar como se merecian unos impugnadores miserables, de cuyo nombre nadie hacia caso entónces ni ménos se acuerda ahora: perros que ladran tras el trote de un brioso corcel que quisieran detener en su marcha. Muéstrase demasiado sensible á miserables injurias, y á mezquinos mordiscones, que eran con respecto á su reputacion ligerisimas picaduras. Hay en las grandes acciones un cierto orgullo noble y lícito, aunque no le cuadre bien por repugnante este nombre, que pudiéramos llamar el sentimiento de la propia dignidad; y en un alma tan grande y bella como la de Feyjóo le hubiera caido mejor la natural expresion de este sentimiento, que la pretension de sostener por mucho tiempo la lucha con estos pigmeos. Duele el que hasta cierto punto no pueda resistir á la tentacion de nivelarse demasiado con ellos quien de tan grande altura podia contemplarlos, dirigiéndoles cuanto mas una mirada de compasion. Debia confiar un poco mas de sí mismo, conociendo como realmente conocia su superioridad; por manera que quizas un poco de falta de amor propio le hizo incurrir hasta cierto punto en la apariencia de tener demasiado. Pero despues de algunas minuciosidades, que pudiera haber omitido, habla al fin como le corresponde, y concluye con un apóstrofe, que hubiera debido servir por única respuesta á todos sus mezquinos impugnadores. «Si tú eres, dice al lector, de aquellos cerriles cuyos cerebros de cal y canto son impenetrables á las evidencias; si no haces mas uso de tu razon que dejarte embobar de cada

papelon nuevo que sale; si eres tan insensato que reputas por legítimas impugnaciones las injurias, dicterios y calumnias; si tan estúpido que cantas la victoria por el último que gruñe ó grazna en la palestra; si, en fin, para tí cuanto parece escrito de molde todo es uno, y como si este fuere juego de naipes has de tener por triunfo la última carta de la baraja, desengañadamente te lo digo, no escribo para tí. No son para tí el *Teatro crítico* y sus apologías. Tan ignorante te quedarás despues de haber leido uno y otro como estabas ántes. Apaciéntate de torpes y groseras sátiras, come pullas de tabernas, bebe chistas de caballerizas, engulle patrañas sobre calumnias, que es lo mismo que tragar sapos y culebras; pues tienes estómago para estas cosas. Cree enhorabuena el sonsonete de reclamos gacetales; fiate de títulos engaña-bobos, y gasta tu dinero en comprar ilusiones. Igualmente desprecio tus vituperios y tus elogios. Mira que falta me harán los aplausos de un necio, ni de mil cuando veo volar glorioso mi nombre (dicha no merecida, yo lo confieso) no solo por toda España, mas por casi todas las naciones de Europa.» Los grandes genios no pueden ocultar ese placer secreto é indefinible que sienten en la expansion general de su propia gloria. «He llegado á influir en la opinion pública (decia Bálmes en circunstancias mucho mas críticas que Feyjóo) y en esto lo confieso, siento un vivo placer, porqué nada conozco mas grato que ejercer influjo sobre los hombres por el ascendiente de la verdad; nada conozco mas grato que escribir una palabra, y tener una seguridad profunda de que aquella palabra dentro de pocas horas volará á grandes distancias, y vibrará en millares de espíritus para producir una conviccion ó excitar una simpatía como una chispa eléctrica que saliendo de un punto conmueve la atmósfera hasta un remoto confin.» Tambien Bálmes tuvo que luchar con émulos y detractores, y hasta enemigos políticos que no se conocian en tiempo de Feyjóo, mas temibles y desalmados por cierto que los envidiosos literarios. Tambien tuvo que vindicarse personalmente de varias imputaciones de sus detractores, á semejanza del ilustre benedictino; respondiendo asimismo á un cargo muy análogo al que á este se hacia, de que «lástima que tan buen talento gaste sus fuerzas de la manera que lo está haciendo, cuando tanta gloria podia dar á España, limitándose á cosas puramente científicas.» Los dos sabios de que hablamos, y que tenemos un gusto en comparar, reconocieron al fin, sin nota de vanidad, lo que valian; y ámbos concluyen por desprenderse de una vez y con dignidad de todos sus contrarios. «No trabajaré mas por desengañar á quien no es capaz de desengaño, decia Feyjóo. Constante me ratifico en el propósito de no responder á papelon ó libro que salga contra mí. No solo no le responderé, pero ni le veré..... Para los que tienen uso de razon, lo que se ha escrito sobra: para los incapaces, nada basta. Así, lector mio, si eres

de estos, tú te quedarás con tu rudeza, los contrarios con su porfía, y yo con mi fama.» «Yo no tengo mas armas, decia Bálmes, que mi conciencia y mi pluma, y un corazon capaz de arrostrar los insultos y un sacrificio todavía mas doloroso: el de suportar la calumnia.... Entre tanto, si se continúa calumniándome, y no me resuelvo á rasgar velos que quizas podria rasgar, y dejo á mis enemigos que se saboreen en derramar la hiel de su corazon, seguiré mi carrera, compadeciéndome de los calumniadores, y despreciando altamente sus calumnias. El anónimo, con sus semejantes puede continuar diciendo lo que bien les parezca; yo seguiré mi camino: y ese desventurado que me calumnia con la cara cubierta no me inspirará mas que lástima si le veo gozarse en su repugnante posicion de arrastrarse de pecho por el polvo, acecharme cuando paso y picarme el pie.» No deja de ser notable la grande semejanza con que estos dos grandes hombres á la distancia de un siglo se defienden de sus alevosos detractores. Esto prueba lo que decia Feyjóo, que el vicio siempre ha sido el mismo, y que casi no puede distinguirse el hombre de hoy del hombre de ayer. Cuando apareció el tomo XI, ya se hallaba mas tranquilo el infatigable escritor, y alegra mucho el ver como toma ya por cosa de risa la pueril obstinacion de sus impotentes adversarios; pues hablando de ellos en chanza, llega hasta decir: «Por otra parte esta gente no es totalmente inútil en el mundo, porqué á muchos sirve de diversion. ¿Hay entremés como ver á uno de estos, que no ha estudiado ni aun gramática, meterse á filósofo y teólogo, y por no entender lo que lee en latin, ni aun en romance, leer cosas que no están escritas.?» Y despues de haber citado un gracioso ejemplo de necedad crítica, concluye así: «Déjalos pues á estos escribir cuanto quisieren y huélgate con la fiesta, que los libros son como las comedias que dan gusto ó por buenas ó por muy malas.» En los dos últimos tomos apénas parece afectado, y es que la majestuosa marcha de su talento y de su erudicion y el aplauso general de sus producciones apénas le dejaban tiempo para pensar en sus émulos. No debemos omitir en digno elogio del autor y en prueba de la poderosa influencia que ejercian sus reflexiones, no precisamente entre el pueblo sino empezando por el punto mas culminante de la autoridad sobre la tierra, que es la del Supremo pastor de los fieles, una circunstancia muy notable. En los dos discursos de la *Honra y fomento de la agricultura* y de la *Ociosidad desterrada* emprendió el autor del *Teatro* dos asuntos muy ventajosos al público; y prescindiendo de la mayor oportunidad y facilidad de los medios que proponia, no hay duda que dió en ellos á conocer su amor al buen órden político, á la prosperidad de la nacion. Tocó en estos discursos incidentalmente la necesidad de moderar los dias festivos en España: especie que mentada quizas con fines poco religiosos por algunos modernos, lo fué por

nuestro autor con la mas recta y saludable imparcialidad. Y en efecto, segun indicacion de su biógrafo, hicieron las razones del P. Feyjóo tanto efecto, que el gran papa Benedicto XIV asintió á esta reforma con grande utilidad del Estado; y el mismo concepto formó de los discursos de nuestro sabio sobre la reforma de la música de los templos. Luego que el autor acabó de dar al público los ocho tomos del *Teatro crítico*, publicó en 1740 uno de *Suplemento* á las materias contenidas en los antecedentes, que despues en las subsiguientes ediciones se incorporó en sus respectivos lugares. En el *Suplemento* se añaden aquellas autoridades ó citas con que el P. Feyjóo apoya sus opiniones ó rebate las objeciones que se le iban haciendo. En la advertencia al *Suplemento* previene que enmienda sus yerros para dar buen ejemplo, «porqué son muy pocos los autores (continúa) que conocen los propios, y muy raro el que aunque los conozcan los confiesen.» Y añade: «No de todos los que enmiendo debo á mí mismo el desengaño. Algunos en materia de noticias históricas me dió á conocer la caritativa admonicion de uno ú otro docto amigo; por lo que me considero muy obligado de encomendarlos á Dios.» ¡Qué noble y cristiana ingenuidad digna de un verdadero sabio! Nuestro crítico vino á gastar quince años en la composicion de su *Teatro*, desde 1725 á 1740, y lo concluyó á los sesenta y cuatro de su edad. No debia por cierto tener por muchas horas ociosa su pluma, aun prescindiendo del ímprobo y continuo trabajo de estudiar y meditar para el hallazgo y la combinacion de tantas y tan variadas materias. Aunque publicó despues este escritor infatigable cinco tomos con el título de: *Cartas Eruditas*, en nada se diferencian del objeto del *Teatro*, y pueden considerarse como una continuacion, en la cual aprovechó la multitud de materiales que le sobraron de sus primitivas investigaciones; pues tan solo se advierte la diferencia de tratarse en las *Cartas* las materias con ménos profundidad y extension, ya porqué el autor se hallase con mas débiles fuerzas para el estudio, ya porqué el estilo epistolar no requeria tanta exactitud, órden y disposicion como los discursos. Seriamos en demasía minuciosos si diéramos de las *Cartas* la misma clasificada reseña que de los discursos del *Teatro crítico*; pues basta haber indicado que sigue en ellas la misma soltura de crítica, despejo de erudicion y amenidad de materias que en la primera obra, y no deja de agradar aquella sencillez y variedad ligera y fugitiva que la forma misma de los escritos exigia. Ciento sesenta y tres asuntos se ventilan en sus *Cartas*, la mayor parte curiosos, interesantes, peregrinos, no esperados, tratados con simplicidad y sin pretensiones, y en los cuales campean sobre todo cuestiones físicas, médicas, morales, históricas, económicas, filológicas, crítico-religiosas, ciencias naturales, teología moral, literatura, milagros, sistemas de filosofía, terremotos, etc. etc.; entre cuya gran variedad de materias

sobresalen algunos puntos ascéticos, de que el autor no habia tratado aun, y que manifiestan la piedad y el fervor de sus sentimientos cristianos. Tales son en el tomo V: «Persuasion al amor de Dios fundada en un principio de la mas sublime metafísica, y que es al mismo tiempo un altísimo dogma teológico revelado en la Sagrada Escritura.—El todo y la nada, esto es, el Criador y la criatura, Dios y el hombre: discurso consiguiente á una parte de la materia del pasado, en el cual representando al hombre su pequeñez se procura abatir su vanidad: defensivo de la fe, preparado para los españoles viajantes ó residentes en paises extraños.—Cual debe ser la devocion del pecador con María Santísima para fundar en su amoroso patrocinio la esperanza de la eterna felicidad: doctrina que se debe extender á la devocion con otros cualesquiera Santos; y algunas advertencias sobre los sermones de misiones.» ¡Cuán dulcemente grato se hace el ver mezclado este sabor profundo y sinceramente religioso en medio de la variedad y extension de una capacidad vasta y de una inteligencia sublime que se adelanta á su mismo siglo, y en la cual el espíritu religioso no puede ni aun remotamente atribuirse á una imaginacion preocupada ni á un atraso de civilizacion! ¡Ó si todos los sabios se presentasen adornados con la doble divisa de la ciencia y de la religion! ¡Cuán feliz seria entónces el mundo! En la carta 36 del tomo I da noticia de la obra que Tomas Brown, médico inglés, escribió contra los errores populares, haciendo ver la diferencia que mediaba entre aquella obra y la del *Teatro;* y cita ademas otras obras que si bien coinciden con el título y se han propuesto el mismo objeto, con todo difieren enteramente en el plan, en la forma y en el género de materias, con el fin de repeler de sí la nota de plagio que tanto detestaba, y que la emulacion ó la maledicencia le atribuian, valiéndose de la semejanza ó analogía del título. Versan asimismo las *Cartas* sobre los géneros ya indicados, haciéndose notar por curiosas las que tratan del descubrimiento de la circulacion de la sangre, ignorada de los antiguos; sobre los curanderos y secretos medicinales; sobre los descubrimientos y sistema del gran médico D. Francisco Solano de Luque; sobre varias supersticiones; sobre un sistema de historia general de las ciencias y otros puntos importantes: y en el tercer tomo se interna en materias que rozan con la economía y con la política; como por ejemplo: la ereccion de hospicios y el exterminio de ladrones, disminuyendo y abreviando sus causas. En la ya citada *Carta*, acerca de cual debe ser la devocion con la Vírgen y con los Santos, aludió al célebre tratado de la *Devocion regulada* de Luis Muratori, y á lo que escribió el cardenal Vicente Petra que, si bien anteriores al año 1756 en que escribió esta carta, no se citan en ella. Cuando habla á los misioneros de las reglas del arte de predicar, hablando de sí mismo, confiesa ingenuamente que su robustez no le ayudaba para

dedicarse al sagrado ministerio de la divina palabra, porqué «la debilidad del pecho era totalmente incorregible, dice, siendo tan connatural á mi nativo temperamento, que aun en la adolescencia y juventud padecí el mismo defecto.» Y se observa por lo regular que á los grandes escritores suele faltar el don de la palabra hablada, como sucedia á nuestro Bálmes, que no se distinguió por orador, siendo de otra parte tan elocuente y fácil de producirse por escrito; y al contrario, los grandes oradores no han solido dejar monumentos notables de su sabiduría fuera de los discursos mismos que pronunciaron. Y es porqué regularmente no se alcanzan todas las gracias. En la *Carta* 14 del mismo tomo da noticia de las cinco que escribió sobre el terremoto de 1.° de Noviembre de 1755, impresas por su amigo D. Juan Luis Roche. Este terrible fenómeno parece que llamaba en aquella época gran parte de la atencion pública; y es muy notable que á pesar de lo mucho que ha sido estudiado, y de las diversas teorías que se han formado sobre sus verdaderas causas, esta materia no pasa mucho de la region de las conjeturas. La obra de las *Cartas eruditas* se concluyó en 1760 en que publicó el autor su quinto tomo dedicado al Rey. En las *Cartas* 22 y 23 del mismo tomo es muy de notar que el P. Feyjóo, que tan claro conocimiento poseia de la docta antigüedad, se muestre nada afecto al estudio de la lengua griega prefiriendo el de la francesa. No hay duda que para el uso comun, y para tener un tinte de todas las materias y estar al nivel de los adelantos de la época, era entónces, como es ahora, preferible el conocimiento de una lengua que por confesion del mismo Voltaire ha substituido á la española en la universalidad de su uso. Sin embargo, el conocimiento de la lengua helénica, madre de la del Lacio, y en cuyas raices van á buscar su etimología hasta las invenciones modernas; en la cual se escribieron los grandes conceptos filosóficos, históricos, literarios y hasta científicos que hoy nos sirven de elementos en los ramos mas importantes del saber humano; de la armoniosa, flexible, profundamente analítica é inagotable lengua griega, no debia ser pospuesto tan absolutamente á una de sus nietas, si se puede hablar así, que no se le pueden comparar en bellezas de ningun género, y que comparte con otras hermanas suyas las grandes y elementales calidades con que resplandece la lengua madre. Debia, pues, el crítico marcar una distincion, y conceder siempre una justa y absoluta preferencia al idioma de los sabios, á la cual debieron su nombradía y su profundo saber tantos hombres doctos anteriores y posteriores á nuestro célebre crítico; Piquer, Vallés, Cantalapiedra, Árias Montano, Antonio Agustin, Pérez Bayer, Juan de Iriarte, Manuel Martí, Gregorio Mayans, y mil otros que podrian citarse. Darémos á continuacion el catálogo de otras obras de nuestro sabio benedictino no comprehendidas en las anteriores, y de las cuales

nos da noticia su biógrafo; pues aunque sean de menor importancia, no deja de tenerla ninguna produccion de hombre tan eminente, y cuando ménos, da una prueba de la extension de sus estudios y de la capacidad de un talento al cual casi ninguna especie deja de serle familiar. De ahí viene el interes que inspiran esos rebuscos y colecciones de obras póstumas de los grandes hombres que ya fueron, de las privilegiadas inteligencias que ya no existen para el mundo, y cuyas mas ligeras y fugitivas ideas se conservan como el tesoro precioso de un manantial que se ha perdido. Consérvanse, pues, de nuestro sabio un *Manifiesto* del señor Castrillon, obispo de Oviedo, contra el P. Castañeda, sobre la fundacion del seminario de misioneros de Contruéces, que si bien salió á nombre de aquel prelado, lo escribió el Padre Feyjóo; *Sermon* predicado en el dia de la dedicacion de la capilla del Rey *Casto* en la santa iglesia catedral de Oviedo; *Carta* de un médico de Sevilla al doctor Aqüenza, impugnador de los discursos de medicina del *Teatro crítico*. Dejó completo, manuscrito, un *Discurso* sobre la adoracion de las imágenes. Otro que es una *Explicacion* del sentido de las proposiciones que se tildaron por órden de la Inquisicion, en el discurso sobre la importancia del conocimiento de las ciencias naturales para el estudio de la teología moral, de que hemos hablado ya en su lugar. Esta *Explicacion* fué aprobada por treinta y tres doctores salmantinos. Algunas *Pláticas* de año nuevo y del primer lúnes de cuaresma. Otras *Pláticas* que parece fueron hechas para cuando los Padres generales de la Congregacion visitaban los monasterios; y una *Carta* incompleta que tiene por título: *Conviccion de un idólatra*. Otras obras de las que emprendió en los últimos años dejó tambien empezadas por habérsele debilitado la memoria, y por no poderle ya secundar las fuerzas en su edad avanzada la costumbre de escribir. El P. Feyjóo no era poeta: ménos aun que Bálmes; pero á su despejado talento y penetrante fantasía sobraba chispa y facilidad para escribir en verso; y á sus fugitivas y ligeras composiciones no duda su biógrafo llamar poesías, pues este es el nombre que se da comunmente á todo lo que aparece con medidas métricas. Lo que de Feyjóo nos ha quedado en este género no tanto es muestra de un genio, como prueba de la generalidad de sus conocimientos, de su facilidad en escribir, y hasta de lo ameno y festivo de su carácter. En todas sus producciones se admira esa tranquilidad de espíritu, ese sosiego del corazon no agitado por pasiones vehementes, y que deja en toda su fuerza y robustez la actividad y soltura del entendimiento. Véanse pues las *Poesías* que escribió á varios asuntos. *Romance: Desengaños y conversacion de un pecador*, que andan impresas bajo el nombre de D. Gerónimo Montenegro. *Décimas* á la conciencia, bajo la metáfora del reloj. *Décimas* en los funerales que el principado de Astúrias celebró en memoria de Luis I, hijo de Felipe V. *Décimas*

contra el falso milagro que se publicó en el puerto de Sta. María, de haberse aparecido S. Francisco de Paula sobre la Sagrada Hostia un dia de la octava de Córpus de 1747, ocasionándose el error de la reflexion que hizo en el vidrio del viril la imágen del Santo colocada en el retablo. *Décimas* á una señora ministra. *Décimas* á las monjas de S. Pelayo de Oviedo, célebre monasterio de la Órden de S. Benito, por no haber dejado celebrar de pontifical la noche buena al P. Andrade, abad del monasterio de Villanueva de Óscos. *Romance* contra otro, que ni era romance ni latin, que sacó un poeta, que no era poeta ni orador, contra el autor. Otro en que el autor se vindica muy justamente de dos caballeros que sacaron unas coplas contra él, cuyas personas tiene la delicadeza de no nombrar por ser distinguidas. *Soneto* al impugnador del *Teatro crítico*, en dos tomos, impreso en Salamanca, que era el P. Soto Marne. *Romance* en que se descubre el autor de un entremés satírico que salió en Oviedo contra el autor, el cual aplica al mismo la fábula de Maricas en una décima. La mayor parte de estas composiciones, como se desprende de sus títulos, pertenecen al género crítico de sus escritos, ó la parte defensiva de los mismos, y son otras tantas ligeras críticas ó impugnaciones sazonadas con la sal del verso. Pero otro género hay en que se ejercitó, aunque muy ligeramente, la pluma siempre limpia del sensato escritor, y es el género galante ó amoroso á que deberia acceder ó por encargo ajeno, ó impulsado de las circunstancias. Y este leve tinte de su festivo genio retrata tan al vivo la pureza é integridad de su alma, que añade, si cabe, una prueba mas al candor y á la amabilidad de su corazon y de su carácter. Escribió, pues, la enfermedad, entierro y testamento del *Amor* por repetidas ofensas, hecho á ruego de un desengañado que se lo pidió al autor bajo el asunto propuesto, y de que hizo un *Romance*. Otro, hecho á instancias de un amante dejado por una señora, que se entró en Religion. *Liras* á una despedida, compuestas á lo que parece en este género de metro, para demostrar la buena índole de la versificacion española, susceptible de toda clase de asuntos, y en la cual cabe siempre natural la expresion de la delicadeza y de la ternura. *Retrato* de dos hermanas del principado de Astúrias, que hizo el autor á peticion de un caballero, que pretendia casarse con una de ellas, en un *Romance;* y su segunda parte, que es el retrato de la otra hermana. Otro á una dama, que se queja del mal natural de su galan; y por fin unas *Quintillas* á una dama muy linda, á quien cierto pretendiente irritado dijo que era una *peste*. Quiso el autor transformar este improperio en elogio, con ocasion de reinar entónces la peste en Marsella, que fué en 1721. Y estas *Quintillas*, segun de lo dicho se deduce, venian á ser la vindicacion de un agravio. Omitimos una que otra poesía de poca monta; y todas dan á conocer, dice el biógrafo y con razon,

la invencion de aquel docto religioso y su facilidad en escribir tanto en verso como en prosa. Y añade, de acuerdo con lo que llevamos dicho, que esta fecundidad de ingenio ni lo chistoso de su conversacion nunca alteraron la pureza y decencia de sus costumbres. En su trato era tan afable, que aun en la crecida edad á que llegó se reprimia, como él mismo lo confiesa en la *Carta sobre el estado de la senectud*, del tomo último, para no molestar la sociedad con sus amigos: carta que puede servir de leccion moral, y es digna de leerse por todos los que llegan á edad avanzada. Compárese esta existencia tranquila y jovial de un sabio cristiano con la agitada y turbia existencia de muchos de nuestros modernos talentos, inquietos siempre y arrastrados por mil pasiones diversas, ávidos siempre de placeres, insaciables en gozar, fastidiados de la vida que les sirve de carga, y que llegan á detestar hasta acabar con ella en momentos de arrebato. ¡Cuán diversamente influyen en el alma la Religion y el siglo! Pasemos ya á las obras apologéticas. No pudo, ó no supo ser tan templado en ellas este célebre benedictino cual era de esperar de la humanidad y bondad apacible de su carácter, como notamos ya en sus expresiones mismas á medida que se iban publicando los tomos de su *Teatro*. Dejemos hablar á su biógrafo. «El torrente de émulos que se levantaron contra el *Teatro crítico* le obligó no solo á valerse de la poesía para combatir una ú otra vez á sus impugnadores, como se ha visto ya en el catálago de las obras poéticas, sino que ejercitó tambien su pluma en prosa con bastante fuerza.» Hemos visto ya la fuerte impresion que le hacia la contradiccion ajena; pero se echa de ver que lo que mas le ofendia era la falta de fundamento y la carencia absoluta de criterio de muchos de sus impugnadores, y sobre todo las sátiras, personalidades é insultos de que estaban plagadas sus impugnaciones. El P. Feyjóo hubiera admitido reparos y observaciones presentados con el comedimiento y hasta con el respeto que su talento y celebridad merecian, como lo acreditó en varias ocasiones, mostrándose aun agradecido á sus correctores. Ensayóse muchas veces por necesidad en escritos de polémica, que no dejan de ser harto difíciles si han de hacerse leer agradablemente y sin fastidio; rebatiendo con oportunidad al adversario, poniendo en claro la opinion propia, y dejando en salvo las personas, como lo exije el decoro. En la época en que empezó á escribir y se dió á conocer el P. Feyjóo, empezaba la nacion á salir del marasmo de sus preocupaciones y dedicarse á la buena literatura. Acababa de terminar una sangrienta guerra civil que no dejó de influir en el retardo de su civilizacion, y que databa ya del indolente reinado de Cárlos II: época bastante cercana á la nuestra y que no se ha estudiado como debiera. Eran muy pocos los que todavía se alistaban en las banderas de la sana crítica, y que alcanzaban el provecho que de ella resulta. Y cuando hay pocos hom-

bres que se dediquen á fomentar y promover la general ilustracion, son muchos los que se obstinan en sostener las ideas vulgares, y en cerrar los ojos á cuanto puede desengañarlos. Menester es mucha perspicacia para despojarse cada cual de aquello que le alucina, cuando lo ve apoyado en la multitud. En casi todo lo que vamos á decir seguirémos, en cuanto nos parezca digno, el mismo órden de indicaciones de su biógrafo. En el año 1725 se estrenó el P. Feyjóo defendiendo la *Medicina Escéptica* del doctor D. Martin Martínez contra la *Centinela médico aristotélica* del doctor D. Bernardo López de Araujo, que fué despues médico de cámara de S. M.; el cual se proponia nada ménos que desterrar toda duda ó escepticismo en la medicina y en la filosofía, gobernando los principios filosóficos por las tradiciones de los aristotélicos, sin recurrir á la razon y á la experiencia, sin otro apoyo que la autoridad, ó jurando *in verba Magistri*, como decia aquel grande crítico, el obispo Melchor Cano. En esta primera *Apología* demostró nuestro benedictino con una solidísima erudicion la imposibilidad de hacer adelantos en las ciencias naturales y especialmente en la medicina, miéntras los estudios filosóficos y el modo de tratar las materias se mantuvieran en el antiguo método de los aristotélicos, como queria sostener el Dr. Araujo. La moderacion y la templanza que descuellan en este discurso apologético manifiestan cuanta mayor superioridad tienen aun los grandes hombres cuando defienden ajenas causas, en las cuales el amor propio no hace turbar el equilibrio del raciocinio. No hay duda que, si la ciencia médica dió en España algunos pasos á últimos del siglo pasado, se debe en gran parte á la solidez de razones con que el P. Feyjóo, y el doctor Martínez á un tiempo, hicieron ver la necesidad de que los profesores médicos se instruyesen en el conocimiento de los sistemas filosóficos antiguos y modernos. Sufrieron una inundacion de contradicciones las obras del doctor Martínez de parte de los mismos á quienes su autor trataba de ilustrar; y ¡tal es la condicion de los hombres!, que prefieren muchas veces el yugo ciego de la costumbre á la evidencia del desengaño que resulta de principios mejor combinados. Las obras del doctor Martínez se perpetuarán entre los verdaderos conocedores y apreciadores del mérito, como monumentos del talento del grande hombre que las produjo; al paso que de las de sus contradictores solo se conservará la memoria en las apologías como un trofeo que ellos mismos presentaron en el combate de la filosofía aristotélica y de la medicina galeno-escolástica de España, vencidas por la escéptica del doctor Martínez, superior no solo por la bondad de la materia, sino por la elocuencia, órden y pureza de idioma que reinan en sus obras. El doctor Martínez logró asimismo una mejora considerable en el modo de escribir las materias; pues al latin semibárbaro de los tratados físicos y médicos de su tiempo, prefirió

un castellano puro y corriente, en lo que le imitaron la mayor parte de los escritores que le siguieron; pues si bien se debe confesar que un latin cual corresponde es mas apto para tratar materias científicas por su mayor universalidad; con todo, en la suposicion de que son pocos los que lo poséen medianamente, así de escritores como de lectores, es preferible escribir bien y darse á entender en lengua patria, que escribir mal en latin y presentar en vez de lenguaje una gerigonza ridícula é ininteligible. Hecho ya á vencer en combates ajenos, apénas en 1726 salió el primer tomo del *Teatro crítico*, cuando nuestro ilustre escritor vió descargar sobre sus discursos un nublado de impugnaciones, que le obligaron á pensar en sí mismo. La variedad de los asuntos presentaba un campo abierto á la lucha, y las menores capacidades hallaban siempre un cabo en que asirse, sin respetar tal vez la nobleza del adalid que se presentaba él solo haciendo frente á todos. De otra parte, el mal método y las preocupaciones no eran menores en los demas estudios que en el de la física y medicina; y de consiguiente era forzoso que no cediesen los profesores ménos hábiles en la obstinacion de combatir toda novedad opuesta al estado actual de la literatura. Al mismo tiempo se ha de confesar que un autor polígrafo, que dijéramos ahora enciclopédico, no puede tratar con igual solidez todos los puntos. Cualquier descuido en tales circunstancias abre camino á los impugnadores para ganar aceptacion y aura popular; especialmente cuando lisonjea al vulgo, deseoso siempre de sostener sus métodos, por imperfectos y perjudiciales que sean: pues á proporcion es mas fácil pasar plaza de docto, y los hombres suelen admirar mas lo que entienden ménos. La mitad de las ciencias consiste en el desengaño de las opiniones recibidas sin exámen en todo género de materias. ¿Cómo se puede esperar, que los profesores que han adoptado como dogmas tales opiniones se despojen de ellas para empezar á estudiar de nuevo? De ahí nacen las grandes oposiciones que padece toda reformacion de estudios. Los primeros estorbos que encuentra son el odio, la sátira y la contradiccion. No pocas veces la autoridad y el poder impiden los progresos de los verdaderos y sólidos principios. Cógese al fin el fruto á beneficio del público; mas no es el grande hombre que establece la reforma quien saca para sí las ventajas. Adquiere una fama póstuma que hace respetar su nombre de los venideros; y solo las almas grandes se dejan llevar de este generoso deseo de gloria para no acobardarse en las oposiciones que sufren de todas partes, y en especial de aquellos que deberian agradecerles la ilustracion que les dan. Es un empeño ordinario de los hombres el sostener sus opiniones aun conociendo el yerro; y esto da no pocas veces pábulo á sus impugnadores. En una obra enciclopédica como la del *Teatro crítico*, y su continuacion de las

Cartas eruditas, cuyo total se aproxima á trescientas materias diferentes, no era posible que su autor dejase de caer en algunos descuidos. Y observa su biógrafo, con una imparcialidad que le honra, que para sostener en ellos su reputacion se nota en las apologías del P. Feyjóo alguna mayor adhesion á las propias producciones de la que conviene á un buen crítico. Y si bien la sinceridad no solo es conforme á la inocencia de las buenas costumbres, sino que es indispensable en un sabio; con todo, este es un lunar que suele deslustrar algun tanto el brillo de los mayores ingenios, olvidándose casi siempre por exceso de amor propio de aquella máxima: *sapientis est mutare consilium*. De todas las impugnaciones que sufrió el *Teatro crítico*, ocupa el primer lugar el *Antiteatro crítico*, que empezó á salir á principios del año 1729, tres años despues de haberse publicado el primer tomo del *Teatro*. Tres tomos de este se impugnan en los tres del *Antiteatro*. El estilo, segun reconoce su mismo autor D. Salvador José Mañer, no corresponde al de la obra impugnada; mas es preciso confesar que abunda toda esta impugnacion de buenas doctrinas en lo que mira á geografía, física y matemáticas. No deja de notarse algo de acrimonía y soltura en el modo de impugnar; pero aquel era el abuso que reinaba á la sazon en esta especie de escritos. Empeñóse bastante la disputa luego que en el mismo año 1729 publicó el P. Feyjóo su *Ilustracion apologética*, en cuyo prólogo no se trata por cierto con mayor moderacion la persona de Mañer. Explícase así el apologista: «En cuanto á la calidad del autor, uno me decia que el nombre era supuesto, porqué no habia tal D. Salvador José Mañer en el mundo, ó por lo ménos en la córte; pues habiendo solicitado noticias de él no las habia hallado. Otro me avisaba que conocia á dicho Mañer, pero le conocia por un pobre *zoylo*, que nunca habia hecho, ni podria hacer otra cosa que morder escritos ajenos: recurso fácil y trivial para que en el concepto de ignorantes hagan representacion de escritores aquellos á quienes Dios negó los talentos necesarios para serlo.» Llegando al juicio de los dos primeros tomos del *Antiteatro*, continúa así en el mismo prólogo: «En esta *Apología* se verá que el *Antiteatro* no es mas que una tramoya de teatro, una quimera crítica, una comedia de ocho ingenios, una ilusion de inocentes, un coco de párvulos, una fábrica en el ayre, sin fundamento, verdad ni razon.» La *Ilustracion* está escrita con órden, mucha exactitud, y un estilo muy organizado y conciso, muy propio para esta difícil especie de obras. Tal vez habria acortado la disputa nuestro sabio apologista, si hubiese formado mejor concepto de su competidor. En 1731 publicó Mañer la impugnacion al tercer tomo del *Teatro crítico*, y la *Réplica satisfactoria* á la *Ilustracion apologética*, pretendiendo notar á su adversario nuevecientos noventa y ocho errores. Si se hace atencion en el prólogo del tomo segundo del *Antiteatro crítico*, se en-

contrará que el calor era igual en D. Salvador Mañer. Nada aprovecha mas á las letras que el uso moderado de la crítica, y nada es mas opuesto á su progreso que la repulsion de la voluntad por medio de la sátira. «Los nuevecientos noventa y ocho errores, decia Mañer al lector, que numero en la frente de esta obra, no es para igualarme en la vanidad y jactancia á mi opositor, que en la fachada de su *Apología* se lisonjeó poniendo, que se hallaban en mi *Antiteatro* mas de cuatrocientos: ajustando aquesta suma su confianza y fantasía; pero los que aquí se le señalan con la mayor puntualidad se ajustan en los guarismos de los márgenes con aritmética precisa á los cálculos de su resultado.» Tal vez el deseo de aumentar el número de los errores atribuidos al *Teatro crítico* hace caer al impugnador en exageraciones. Hubiera sido mas ventajosa al progreso de las letras esta contienda literaria procediéndose en ella con mas templanza. Habia sido uno de los aprobantes de la *Ilustracion apologética* el Rmo. P. Fr. Martin Sarmiento, benedictino y discípulo del autor del *Teatro crítico*, el cual en su censura descubrió los paralogismos que notó en el *Antiteatro*; y de aquí vino el incluirle Mañer en la *Réplica satisfactoria*. Débese á esta disputa que con motivo de ella tomase la pluma el P. Sarmiento, escribiendo su *Demostracion apologética* en 1732 en defensa de los tres primeros tomos del *Teatro*, de la *Ilustracion apologética* y de sus *Aprobaciones*. La erudicion y doctrina que reinan en los dos tomos de la *Demostracion* son superiores á todo elogio; y no puede negarse que dejó sólidamente afianzados en el concepto de los imparciales la utilidad del *Teatro crítico* y el mérito de su autor. El órden que guarda el P. Sarmiento en la *Demostracion* es el mismo de los discursos del *Teatro*. ¿Cuánto podria escribir de propia invencion quien, siguiendo el método de otro, y solo para salir en su defensa, ameniza y aclara la materia con la copia de doctrina que se lee en aquella obra? En 1734 publicó Mañer su *Crisol crítico*, replicando en dos tomos á la *Demostracion crítica* del P. Sarmiento. Este fué su principal objeto; y en el prólogo refiere las dificultades que costó obtener en el consejo la licencia para imprimir el *Crisol*. No seria inútil trabajo reducir toda la impugnacion de D. Salvador Mañer por el órden de los discursos de los tres tomos del *Teatro crítico* á una especie de *notas perpetuas*, quitando toda la parte virulenta, satírica ó quisquillosa, que suele acompañar por lo comun las disputas literarias de esta naturaleza. Concluyó con estos cinco tomos su impugnacion D. Salvador José Mañer; y enfriado ya el calor de la disputa, fué en lo sucesivo uno de los que respetaron al P. Feyjóo. Los hombres cuerdos llegan por sí mismos á reparar sus defectos. No lo fué á la verdad la empresa del *Antiteatro*, y puede perdonarse el modo por lo que se ganó en la substancia. Un autor que sufre impugnaciones reconoce las faltas de que se le culpa, mejora el método, repara en la causa de sus descui-

dos, trata con mayor exactitud las materias, abandona el tono decisivo, y se dispone á recibir con mas moderacion la crítica ajena, porqué él mismo se la hace de antemano. Salió en 1735 una nueva obra con el título de: *Teatro anticrítico universal*, su autor D. Ignacio Armesto y Osorio, en que pretende ser árbitro en los puntos controvertidos por D. Salvador Mañer con los Padres Feyjóo y Sarmiento. Era á la verdad de moda entónces impugnar el *Teatro crítico*, y un medio muy á propósito para despachar esta clase de escritos. El prurito de contradecirle movió á muchos al estudio de materias, que á no ser por esta causa les hubieran sido siempre desconocidas. Esto solo bastaria para coronar de gloria al que dió el primer impulso á aquel gran movimiento, cogiendo por fruto de sus nobles é importantes tareas el promover el buen gusto general en la nacion hasta entónces estacionada, y ademas el enriquecer la lengua materna enseñando á tratar en ella todo género de asuntos científicos. Y en efecto, bastaria esto solo para inmortalizar la fama del *Teatro crítico*, de cuyo autor, así como de otro de quien hablarémos en su lugar, los dos españoles, modernos, y ministros del santuario, no se ha hecho en general el caso ni dado la importancia de que son tan dignos. Pero en esta *Biografía*, galería vasta de hombres ilustres, procuraremos vindicar á estos y á otros muchos del olvido con que paga sus fatigas una generacion tal vez no tan ingrata como descuidada. La segunda controversia literaria de mas consideracion suscitada contra el *Teatro crítico* fueron las *Reflexiones crítico-apologéticas*, que en dos tomos publicó en 1748 Fr. Francisco de Soto y Marne, lector de teología en su convento de observantes de Ciudad-Rodrigo. Dirigíanse estas *Reflexiones* á impugnar por el órden del *Teatro* las diferentes críticas que su autor se vió precisado á hacer á varios en el discurso de la obra. En tanta diversidad de asuntos en que se combatian las preocupaciones comunes era indispensable tropezar con personas condecoradas, sin que esta circunstancia se pusiese en contradiccion con su fama, con su celebridad, ni con sus dictados, distintivos y calidades. La autoridad puramente extrínseca no debe prevalecer sobre la razon, la experiencia ó las pruebas convincentes y decisivas. Raymundo Lulio, Nicolao de Lira, Antonio de Guevara, y las flores de S. Luis de Monte llevaban la primera atencion de estas reflexiones del P. Soto Marne. El estilo de esta impugnacion no degenera, en lo que mira al favor, de la disputa de otras obras, y tal vez el lenguaje no es el mas correcto. Con todo esto, el despacho de la primera impresion fué prodigioso. El crédito del *Teatro crítico* y la novedad de muchas de las materias que incluye habian aficionado al público para buscar con curiosidad cuanto se imprimiese en pro y en contra. En disputas de tan diversa índole era casi imposible que no se originase espíritu de partido; y éste se empezó á extender y hacerse sentir con la publicacion

de las *Reflexiones crítico-apologéticas*. Nada tenia de templada su censura contra el *Teatro*; y aun lo advierte el mismo autor en el prólogo de sus *Reflexiones*. Dice que en esto no hace mas que seguir el ejemplo que se le ha dado; pero á la verdad este pretexto no es admisible, ni excusa en nada la acrimonía ó virulencia del impugnador. Siempre será vituperable semejante modo de disputar, y jamas podrá captarse la benevolencia de los lectores imparciales. Á esta obra opuso el P. Feyjóo otra apología que intituló: *Justa repulsa de iniquas acusaciones*. En ella examina los motivos que alega el Padre Soto Marne para su impugnacion, el estilo de las *Reflexiones*, el de la dedicatoria, que es una especie de *sarcasmo*, y los cargos mas principales, en especial el de *plagio*, que le atribuia. Sosegóse esta disputa, cuya efervescencia parece exigia algun calmante poderoso, y daba ya indicios de la tendencia que tiene la facultad de imprimir á desbordarse de sus justos límites, aun en época en que no se conocia el volcan de las pasiones políticas. Sin embargo, la autoridad real parece debió intervenir en poner coto al desman de los escritores; pues se publicó una real órden de 23 de Junio de 1750 de Fernando VI comunicada al Consejo, en la que se dice: «Quiere S. M. que tenga presente el Consejo, que cuando el P. maestro Feyjóo ha merecido á S. M. tan noble declaracion de lo que le agradan sus escritos, no debe haber quien se atreva á impugnarlos, y mucho ménos que por su Consejo se permita imprimirlos.» Esta real órden es una prueba evidente del alto concepto en que estaban los escritos del P. Feyjóo, que llegaron á merecer hasta la espontánea proteccion del Soberano. No es fácil señalar á punto fijo si hubiera sido mejor, no el imponer silencio á las impugnaciones, sino á los desmanes y denuestos de los impugnadores, reduciendo á los límites razonables de la moderacion y del respeto aquellas lides literarias, y prohibiendo el valerse de armas que no fuesen de buena ley; pues no faltaron quienes tomasen motivo para sindicar el silencio impuesto á la oposicion, tachando la proteccion de la fuerza como último recurso del temor. De todos modos es muy justo que intervenga la autoridad para contener las demasías de todo género; y una triste experiencia ha demostrado mas tarde las funestas consecuencias que consigo lleva una licencia ilimitada de hablar y de escribir. Verdad es que al fin se embota la espada, y cae fatigada la fiera, y el exceso mismo de los abusos gasta y desvirtua la fuerza del mal, y vuelven las cosas á su equilibrio; pero esto no se alcanza sino tras horribles estragos y tras amargos desengaños. Desde entónces cesó la continuacion de la obra del P. Soto Marne y se acallaron unas controversias, que en gran parte se hallaban ventiladas y resueltas en la disputa literaria con D. Salvador Mañer, y que, segun el biógrafo á quien seguimos, era ya cortísimo el fruto que podia esperar el público de una ulterior discusion. El P. Soto Mar-

ne se habia dado á conocer con la publicacion de varios sermones, á cuya coleccion intituló *Florilogio*. No le faltaba ingenio á aquel religioso; pero la decadencia de los estudios inutilizaba muchas veces unos talentos, cuya doctrina dirigida por el estudio de las fuentes originales seria fructuosa á la Iglesia y al Estado. El P. Feyjóo interrumpió por algun tiempo la publicacion de sus obras desde que salió en 1749 la *Justa repulsa* y el tomo tercero de *Cartas*, hasta el año 1753 en que salió el cuarto tomo. Por mucha que sea la tranquilidad de espíritu, la continua oposicion no deja de turbar algun tanto el sosiego filosófico; y mas aun cuando aquella no se funda precisamente en indagar la verdad, sino en deprimir la opinion de los que sobresalen en criterio y en literatura. La tercera controversia se enlaza con la antecedente, y versaba sobre la recomendacion de la doctrina del célebre Raymundo Lulio á quien tratan extremadamente sus defensores é impugnadores. No solo el P. Soto Marne tomó la defensa del sistema luliano con motivo de lo que nuestro crítico escribió en su *Teatro* sobre esta materia; Fr. Bartolomé Fornés, religioso observante de S. Francisco publicó en 1746 en Salamanca un tomo en 4.° titulado: *Liber apologeticus artis magnæ B. Raymundi Lulii;* está escrito en idioma latino y en estilo escolástico; por cuyas dos circunstancias tal vez se ha hecho ménos conocida esta obra. El P. Antonio Raymundo Pascual, monje de S. Bernardo, catedrático de Lulio en Palma dió á luz el *Exámen de la crísis* del P. Feyjóo sobre el *Arte Luliano*, en dos tomos, en 1749 y 1750. Esta obra se escribió en castellano con bastante órden y método. La materia á la verdad se puso en toda su luz por parte del escritor, cuanto permitia la naturaleza de la controversia. En una de las *Cartas eruditas* se cita la *Apología*, que por Lulio escribieron tambien Fr. Márcos Tronchon y Fr. Rafael de Torreblanca, de que hace análisis nuestro autor con mucha solidez y copia de doctrina. No nos toca á nosotros y carecemos de antecedentes no solo para decidir, pero ni aun para entrar en la cuestion: diremos únicamente el concepto que por recapitulacion hace el P. Feyjóo del *Arte Luliano* en la *Justa repulsa*, contenida en la siguiente advertencia: « Digo que si los que se aplican á aprender el arte de Lulio, empleasen el tiempo que gastan en leer otros libros buenos, se hallaran al fin de la cuenta con muchas útiles noticias, cuando de Lulio no pueden sacar conocimiento alguno; sí solo explicar (mejor diria implicar) con una misteriosa gerigonza lo que ya saben por otro estudio. » Sobre cuya advertencia de Feyjóo hace su biógrafo esta reflexion: « Este resúmen del dictámen de Feyjóo no puede combatirse con reflexiones: era necesario demostrar por experiencia no equívoca cuales son los adelantamientos que han resultado ó produce á sus secuaces el *Arte magno de Lulio*. Todo lo demas es salirse de la cuestion, y perder el tiempo en discusiones vanas, como de-

mostró juiciosamente nuestro crítico. » Podria contarse por otra de las controversias literarias del P. Feyjóo la impugnacion que se lee en sus obras contra la incertidumbre de los sistemas usuales de medicina. Esta disceptacion es trascendental á toda la obra del *Teatro* y *Cartas eruditas;* pues apénas se hallará tomo en que no haya impugnacion contra la medicina, cual se profesaba en aquel tiempo. Érale muy comun no solo en sus escritos sino tambien en sus conversaciones familiares el hablar de esta materia. Á fuerza de lectura y con el uso adquirió un gran número de observaciones, que parece increible en un hombre de tan diferente estado y profesion, y dedicado á tantos estudios de distinto género. Sus observaciones, pues, ayudadas de su inteligencia en las materias del arte saludable, para las cuales parece estaba dotado de una disposicion y perspicacia particular, no dejaron de contribuir en gran parte á purgar la facultad de medicina en España de muchos errores comunes, adoptados en ella á causa del mal método de sus estudios. Tuvo por competidor en esta noble lid al mismo doctor Martin Martinez su grande amigo, el cual no solo llevó ventaja en la doctrina á los demas antagonistas, sino tambien en el juicio y moderacion con que trató la materia, cual á tan erudito médico y filósofo correspondia. Dijo éste en defensa de la verdadera medicina cuanto se puede desear, y superó á todos sino en la difusion, en el peso y solidez de sus escritos. Ántes de entrar en la serie cronológica de las publicaciones á que dieron lugar las obras de nuestro Feyjóo, se nos permitirá atendida la importancia en el orbe literario del autor que discribimos el dar una sucinta idea de los dos sabios contemporáneos y competidores del ilustre escritor, para completar en cierto modo el cuadro científico que presentaba la España de aquella época. Uno de ellos, el que se distinguió por la impugnacion de los tres primeros tomos del *Teatro crítico*, fué D. Salvador Mañer, de quien hemos hablado ya. Nació éste en Cádiz en el año 1680; pasó despues á Carácas provincia de Venezuela, de corta edad, atraido de la facilidad de tener allí un tio que podia darle la mano. Aplicóse sin embargo mas al estudio que al comercio, y un papel anónimo relativo á la sucesion de Cárlos II, que dió motivo á las guerras civiles de principios del último siglo, le atrajo muchos disgustos y calamidades. Venido á la córte, vivió en ella con estrechez, y empezó á escribir para mantenerse, mostrando ya desde entónces su inclinacion á materias políticas, cuyos conocimientos eran entónces muy raros en España. El *Sistema político de la Europa* le proporcionó la proteccion del Sr. D. José Patiño, aquel ministro conocedor y premiador del verdadero mérito, que algunos los ha habido en España aun en remotas épocas. Este fué el primer escrito en que ocultó su nombre bajo el anagrama de M. *Le-Morgne*, temeroso tal vez del suceso. La universal aceptacion del público se acredita con

haberse hecho la tercera edicion ántes que cumpliese un mes de haberse publicado la obra : éxito inaudito en España , y mas en aquellos tiempos. Mereció tanto la aprobacion del Sr. Patiño , que hizo vivas diligencias para saber quien era su autor ; le llamó , le dió gracias , le pidió dictámen sobre algunos asuntos , y le dió el primer sueldo que tuvo este infeliz literato despues de los mayores trabajos ; pues le dió el empleo de visitador de las fábricas de Madrid y sus cercanías , y con él un sueldo de quinientos á seiscientos ducados , que si bien moderado , le puso en disposicion de dedicarse á escribir teniendo ya asegurada su subsistencia. Á Mañer se debe la introduccion del *Mercurio histórico* y otro gran número de traducciones ; y es innegable que contribuyó no poco con sus trabajos literarios á dar impulso al gran movimiento intelectual que entónces empezaba. Salió el primer *Mercurio* en 8 de Julio de 1738 , y continuó en la traduccion é impresion de esta obra periódica hasta 1.° de Febrero de 1745 que otro alcanzó privilegio para su venta é impresion. Obtenido ya el aprecio público y mas de mediano caudal , lleno de años , pensó retirarse al hospital general con sus efectos ; como lo hizo en 22 de Febrero de 1745 privado ya de la intervencion del *Mercurio*. En 6 de Abril de 1749 dejó la residencia del hospital , y poco despues la córte , fijándola como seglar en el monasterio de la *Breña* , uno de los de S. Basilio de la provincia que llaman de Tardon , en el cual lleno de mérito y de desengaños falleció en 21 de Marzo de 1751 de edad de mas de setenta años. He aquí el catálogo de sus obras : 1.ª : *Ortografía española ;* de la cual se hicieron tres impresiones. 2.ª : *Historia crítica de la Pasion de Nuestro Señor Jesucristo :* en verso , con notas históricas y críticas. 3.ª : *Ronquillo defendido* , contra el error que le creia condenado. *Repaso general de los papeles de Torres.* 4.ª : *Belerofonte literario* : réplica á una respuesta del antecedente. 5.ª : *Disertacion crítico-histórica sobre el Juicio Universal* , donde por incidencia trata de los mil años literalmente entendidos del Reyno de Jesucristo en la tierra , que han de preceder al Juicio universal. *Defensa* de la precedente disertacion contra un anónimo. 6.ª : *Sistema político de la Europa.* 7.ª : *El árbitro suizo.* 8.ª : *Historia del príncipe Eugenio de Saboya.* 9.ª : *Novela histórica del conde Teckeli.* 10.ª : *Vida de Tomas Kulikan.* 11.ª : *Vida del duque de Riperdá* , en dos tomos. 12.ª : *El famoso hombre marino* , contra un discurso del *Teatro crítico.* 13.ª : *Antiteatro crítico :* impugnacion al mismo. Omitimos muchas otras traducciones suyas. Y dejó las siguientes obras inéditas , cuyas dos primeras acreditan la religiosidad de sus sentimientos. 14.ª : *Triunfo de la Religion cristiana , y su verdadera Iglesia Romana ;* cuyo objeto es probar contra el P. Feyjóo , que ésta no solo tiene mas votos que el Alcoran sino que todas las religiones juntas. 15.ª : *Explicacion nueva de muchos lugares*

de la Sagrada Escritura, que pretende no estan bien ilustrados por falta de conocimientos físicos y de ciencias naturales. 16.ª: *Historia de los Soberanos del mundo:* fruto de su grande aficion á la historia, y obra á la cual miraba él como su produccion de mas provecho, pues en ella puso el mayor esmero, y segun el biógrafo se conservaba en 1777 manuscrita en el monasterio del Tardon, donde falleció. El otro literato eminente que mas figuró en la época y en la amistad de Feyjóo era el doctor Martin Martínez. Nació éste en Madrid en 1684 en el reinado de Cárlos II. Fórmose en los estudios de medicina en la universidad de Alcalá por las obras del doctor Henríquez de Villacorta, y á la edad de veinte y dos años se halló ya adelantado para alcanzar por oposicion la plaza de médico del hospital general, cuya época coincide con el año de 1706: tiempo en que el estruendo de las armas y de las guerras civiles dejaba en España poco lugar á los estudios; pero los hombres de grandes talentos, como el doctor Martínez, sobresalen en todas épocas y situaciones á pesar de todos los obstáculos. La doctrina de Villacorta, que se miraba entónces en nuestras escuelas como única, no bastó á satisfacer la curiosidad y las luces de este profesor, ni á impedir que este célebre médico buscase en los originales griegos y latinos y en los mejores de sus contemporáneos los principios mas sólidos de la física y de la medicina, recurriendo á la anatomía, ó conocimiento de la estructura del cuerpo humano, á la fisiología, ó estudio de sus funciones, y demas ciencias integrantes, y distinguiendo en los principios fundamentales las preocupaciones del fruto de la juiciosa observacion. D. Miguel Boix, amigo de Martínez, empezó á declamar en España á favor del estudio de la medicina de Hipócrates, y escribió un *Tratado* para persuadirlo á los médicos españoles, con la mira laudable de desterrar de esta profesion muchas cuestiones inútiles, en que se malgastaba el tiempo. La aplicacion de Martínez al estudio de la física, química y anatomía le puso en estado de poseer con superioridad de luces su facultad médica, y de ilustrar á sus compatriotas en estos estudios, casi desconocidos á principios del siglo. Todos los eruditos extranjeros y nacionales de la córte de Felipe V, especialmente sus médicos particulares, hicieron grande aprecio de su mérito y prendas no comunes á la verdad en aquel tiempo; promoviéndole á todos los honores y empleos que habia en su carrera de catedrático de anatomía, médico de cámara de S. M., socio y presidente de la real sociedad de Sevilla. Poseia á la perfeccion el conocimiento de la lengua castellana y el de la latina y francesa; lo cual, á mas de facilitarle el método de escribir correcta y exactamente, le puso al corriente de la moderna literatura. En el año de 1720 empezó á poner por obra el generoso y utilísimo proyecto de reformar el estudio de la medicina en las universidades de España, y enseñar el verdadero método de adelantar

y mejorar esta profesion, la cirugía y la anatomía, para sacarlas de la lamentable decadencia en que se hallaban; y no cabe duda en que la ciencia de curar en todos sus ramos debió una gran parte de sus progresos en el pasado siglo á los conatos y estímulo de aquel grande hombre. Tuvo que vencer no pocas oposiciones hasta poder lograr la docilidad en sus comprofesores para mejorar notablemente sus estudios en beneficio de la salud pública. Tales reformas no se alcanzan sin un ingenio superior, un estudio profundo y una elocuencia capaz de convencer y persuadir á los que se niegan á la demostracion. El patriotismo, sea en el género que se quiera, exije valor y constancia á toda prueba. No es solo el militar quien debe estar dotado de tan recomendables prendas, sin las cuales no se logra llevar á cabo las grandes empresas. Tal es el carácter de las *Obras* del doctor Martínez, que sirvieron como de norma á los escritores que siguieron, y son las que á continuacion se expresan, con los años de su publicacion. En 1716: *Noches anatómicas;* que es una especie de ensayo de la anatomía completa. En 1722: *Medicina escéptica;* en que manifiesta el mal método de las universidades, desterrando los errores introducidos entre los médicos (cuyo ejemplo siguió luego el P. Feyjóo) en dos tomos. En 1728: *La Anatomía completa:* obra muy apreciada por su doctrina, estilo y amenidad con que trata cuantos inventos, observaciones y sistemas circulaban en aquel tiempo. En 1730: *La filosofía escéptica;* en que da noticia de los sistemas filosóficos de su tiempo, echando los fundamentos de la aplicacion á la física experimental: obra escrita con notable pureza de estilo y claridad, especialmente en unos asuntos poco trillados y conocidos entónces. En 1732: *Exámen de Cirugía*, con un tratado de las mejores operaciones que en aquel tiempo se practicaban. Esta profesion se hallaba aun mas decadente que la medicina; y por la analogía que hay en entrámbas, creyó aquel digno escritor propio de su celo patriótico extender á este importante ramo de medicina externa sus cuidados y su estudio. *Obras misceláneas*: Una *Disertacion latina* sobre la observacion anatómica de un infante, que nació con el corazon colocado monstruosamente. Otra sobre si las víboras son carne ó pescado, por una consulta que se le hizo. Otra sobre el ácido y álkali, en que demuestra varios errores de la química de un escritor de aquel tiempo. Estas tres *Disertaciones* son póstumas, y se imprimieron al fin de las *Noches anatómicas*, en 1750, con la *Carta defensiva* del tomo I del *Teatro crítico*, en la cual vindicó el doctor Martínez la medicina de la censura del *Teatro*. *Obras* sueltas: *Juicio final de la astrología*, y varios papeles apologéticos en defensa de sus obras y de las del P. Feyjóo. Últimamente empezó á escribir los *Comentarios de medicina práctica*, sobre el texto del famoso Areteo de Capadocia, uno de los príncipes de la medicina entre los griegos; y en este

estado le arrebató la muerte á 9 de Octubre de 1734 á los cincuenta de su edad. Ademas de los vastos conocimientos científicos que poseia, estaba muy versado en las buenas letras, en la poesía y en la música. De una y otra dejó algunas composiciones en prueba de la extension de su ingenio, á que añadia la pureza de estilo, y la amenidad que hacian recomendable su trato. Despues de esta corta digresion, que ha servido para completar la historia literaria de nuestro benedictino; los *Anales tipográficos* de la publicacion de las obras del P. Feyjóo, y de sus impugnadores ó apologistas, junto con la serie de los años, acabaron de dar una idea de la considerable progresion del movimiento en que se pusieron las letras, desde que empezó á salir el *Teatro crítico* hasta que nuestro sabio consumó la carrera de sus producciones en 1760.—Año 1725: *Carta apologética* de la medicina escéptica del doctor Martínez.—Año 1726: Tomo I del *Teatro crítico*, publicado en 3 de Setiembre. *Carta apologética* de este tomo, escrita por el doctor Martínez, publicada en 5 de Octubre, en la cual se defiende incidentalmente la medicina de las impugnaciones del *Teatro*: *Breves apuntamientos* en defensa de la medicina y de los médicos, contra el *Teatro*, por el doctor D. Pedro Aqüenza, médico de cámara, publicado en 22 de Octubre: *Templador médico* del doctor D. Francisco Ribera, médico que fué despues de cámara, contra el *Teatro crítico*, en 29 del mismo mes: *Diálogo armónico* sobre el *Teatro crítico*, en defensa de la música de los templos, por Don Eustaquio Cerbellon, en 3 de Diciembre: *Contra defensa crítica* á favor de los hombres, contra la nueva defensa de las mujeres: otro de los discursos del *Teatro*, en 17 de Diciembre: *Medicina cortesana* satisfactoria del doctor Ribera al P. Feyjóo, en 24 del mismo.—Año 1727: *Anotaciones al Teatro crítico*, anónimo: *Juicio final de la Astrología*, en defensa del *Teatro crítico*, por el doctor Martínez: *Discurso* filológico crítico sobre el *Corolario* del paralelo de lenguas: *Estrado crítico*, en defensa de las mujeres, contra el *Teatro crítico*: *Antiteatro*, por D. Gerónimo Zafra: *Noticias críticas* sobre el *Teatro crítico*: *Residencia médico-cristiana*, contra el *Teatro crítico*, por el doctor Bernardo Araujo: *Antiteatro délfico del Teatro crítico*: *Escuela médica* en respuesta al *Teatro crítico*, por D. Francisco Suárez de Ribera: *Medicina vindicata*, contra el P. Feyjóo, por el doctor Ignacio García Ros: *Cátedra de desengaños médicos*, en defensa del P. Feyjóo: *Respuesta* á la carta inserta en el *Teatro crítico* sobre el estado del matrimonio.—Año 1728: Tomo II del *Teatro crítico*: *Tertulia histórica*, impugnacion del *Teatro crítico*.—Año 1729: Tomo III del *Teatro crítico*: *Antiteatro crítico* sobre los dos primeros tomos del *Teatro crítico*, por D. Salvador José Mañer: *Apelacion sobre la piedra filosofal*, contra el tomo III del *Teatro crítico*.—Año 1730: *Ilustracion apologética* al primero y segundo tomos del *Teatro*

crítico, donde se notan mas de cuatrocientos descuidos al autor del *Anti-teatro*, que en su defensa publicó el P. Feyjóo: El tomo IV del *Teatro crítico*.—Año 1731: *Crítico y cortés castigo de pluma*, contra los descuidos del tomo IV del *Teatro crítico: Antiteatro crítico*, tomos II y III, por D. Salvador Mañer, en donde se halla la *Réplica satisfactoria* á la *Ilustracion apologética*. —Año 1732: *Demostracion crítico-apologética* del *Teatro crítico universal*, en defensa de los cuatro primeros tomos y de la *Ilustracion apologética* contra las impugnaciones y contradicciones del vulgo, su autor el P. Martin Sarmiento, benedictino, en dos tomos.—Año 1733: Tomo V del *Teatro crítico*.—Año 1734: *Crisol crítico, teológico, histórico, político, físico y matemático*, en que se quilatan las materias y puntos que se le han impugnado al *Teatro crítico* y pretendido defender en la *Demostracion crítica* el P. Fr. Martin Sarmiento, benedictino, en dos tomos, que son el IV y V del *Antiteatro*, su autor D. Salvador José Mañer: El tomo VI del *Teatro crítico: Combate intelectual* contra el *Teatro crítico*, por D. Manuel Ballester: *El famoso hombre marino*, contra un discurso del *Teatro crítico*, por Don Salvador Mañer bajo el anagrama de D. Álvaro Menárdas: *Impugnacion* al P. Feyjóo sobre la vida del *Falso nuncio de Portugal*, por D. Manuel Marin.—Año 1735: *Vindicias de Savonarola* contra el P. Feyjóo, su autor D. Jacinto Segura, del Órden de predicadores: *Teatro anticrítico*, los dos primeros tomos, su autor D. Ignacio de Armesto y Osorio.—Año 1736: El tomo VII del *Teatro crítico*. —Año 1737: *Teatro anticrítico* de D. Ignacio Armesto: el último tomo.—Año 1739: El tomo VIII del *Teatro crítico*.—Año 1741: *Suplemento* á los ocho tomos del *Teatro crítico: Teatro de la verdad* ó *Apología contra los exorcismos*, contra el *Teatro crítico*, su autor Fr. Alonso Rubinós, religioso de la Merced: *Duelos médicos*, en defensa y desagravio de la facultad médica contra el *Teatro crítico*, por D. Narciso Bonamich, médico de Villarejo de Salvanés.—Año 1742: *Bayles mal entendidos* y *Señeri sin razon impugnado por el P. Feyjóo*, su autor D. Nicolas de Zárate: El tomo I de *Cartas eruditas y curiosas*, en que por la mayor parte se continúa el *Teatro crítico universal*, impugnando ó reduciendo á dudosas varias opiniones comunes.—Año 1744: *El príncipe de los poetas, Virgilio*, contra las pretensiones de Lucano apoyadas por el P. Feyjóo, su autor el P. Joaquin de Aguirre, de la Compañía de Jesus.—Año 1745: El tomo II de *Cartas eruditas*.—Año 1746: *Carta respuesta á la 17.ª de las eruditas del P. Feyjóo*, por D. Antonio Rodríguez, monje cisterciense: *Liber apologeticus artis magnæ B. Raymundi Lulii, doctoris illuminati et martyris scriptus intus et foris ad justam et plenariam defensionem famæ sanctitatis et doctrinæ ejusdem ab injuriosâ calumniâ ipsi inique, opinative, et qualitercumque illatâ. Authore R. P. F. Bartholomæo Fornés, prædicatore apostolico et generali*, etc.—Año

1749: *Exámen de la Crísis del P. Feyjóo* sobre el *Arte luliano*, en la santidad y culto del iluminado doctor y mártir el B. Raymundo Lulio, la pureza de su doctrina y la utilidad de su arte y ciencia general, por el P. M. Antonio Raymundo Pascual, del Órden de S. Bernardo, doctor y catedrático de filosofía y teología luliana en la universidad de Mallorca, etc.: *Reflexiones crítico-apologéticas* sobre las obras del P. Feyjóo, en dos tomos, en defensa de las *Flores de S. Luis del Monte*; de la constante pureza de fe, admirable sabiduría y utilísima doctrina del iluminado doctor y esclarecido mártir el B. Raymundo Lulio; de la grande erudicion y sólido juicio del clarísimo doctor el V. Fr. Nicolao de Lira; de la famosa literatura y constante veracidad histórica del ilustrísimo y venerable señor Fr. Antonio de Guevara, y de otros clarísimos ingenios que ilustraron al orbe literario; su autor el Padre Fr. Francisco de Soto y Marne, lector de teología y cronista general del Órden de S. Francisco: *Justa repulsa de inicuas acusaciones*, escrita por el reverendísimo P. Feyjóo contra los dos tomos antecedentes del P. Soto y Marne.—Año 1750: El tomo III de *Cartas eruditas*: El tomo II del *Exámen de la Crísis del P. Pascual*, en defensa de la doctrina de Lulio.—Año 1753: El tomo IV de *Cartas eruditas*.—Año 1754: *Satisfaccion á la carta 16.ª del tomo IV de las eruditas sobre los fracmasones*; su autor el P. José Torrubia, cronista general del Órden de S. Francisco.—Año 1755: *Cartas* escritas sobre el terremoto acaecido en 1.º de Noviembre del mismo año; las cuales se publicaron juntas.—Año 1760: El tomo V de *Cartas eruditas*. Así, pues, tenemos en el decurso de treinta y cinco años sesenta publicaciones distintas, mas ó ménos importantes, mas ó ménos originales, pero que abarcan puntos de casi todos los ramos del saber, y materias de casi todas las ciencias. Si este movimiento, que empezó en el siglo pasado, se hubiese ido continuando hasta nuestros dias por hombres de la capacidad y celo de Feyjóo y de algunos de sus ilustres adversarios, no cabe la menor duda que España se hallaria hoy en primera línea entre las naciones de mayor progreso intelectual. Feyjóo habia tomado por modelos á los autores mas distinguidos y célebres de todas las naciones; griegos, latinos, españoles, franceses, ingleses, italianos; y habia logrado profundizarlos, sirviéndole de grande auxilio en sus vastas empresas literarias. El éxito felicísimo y nunca visto que tuvo la publicacion sucesiva de su *Teatro crítico* le animó para ir continuando siempre su obra y sus corolarios; pues las ediciones se multiplicaban con increible rapidez en casi todas las provincias de España, como ya indicamos al principio. Y es que los ánimos, fatigados de la larga indolencia en que habian estado sumidos hasta la conclusion de la sangrienta guerra civil, se desarrollaron velozmente y tomaron su vuelo hácia los progresos de la inteligencia. El haber acertado en todo no seria propio de

hombre; pues si nada puede salir de sus manos enteramente perfecto, ¿qué será teniendo que tratar de tantas, tan varias y tan delicadas materias? Repetirémos con todo lo que dice el P. Fr. Martin Sarmiento en la dedicatoria de su *Demostracion crítico-apologética*: «Tan claro y tan bien fundado se halla lo que el P. M. Feyjóo puso en su *Teatro*, que cualquiera podria tomar la pluma para *demostrar* que solo se impugnaba porqué no se entendia. *Inepcias*, *convicios* é *imposturas* son las tres cabezas de aquella cínica impugnacion. Hice poco caso de las dos primeras: solo entre idiotas pasarán por argumentos las inepcias; pero los convicios, ni aun entre idiotas pasarán por argumentos.» Y continúa: «Lo que principalmente he tomado á mi cargo es demostrar que las horrendas falsedades é imposturas contra el *Teatro* se han llamado errores de su autor. ¿Qué se dirá al ver que hubo valor en un vulgo desenfrenado para imprimir que el P. M. Feyjóo habia cometido nuevecientos noventa y ocho errores, no siendo estos otra cosa que *inepcias*, *convicios é imposturas* de sus falsos impugnantes? No admiro la osadía: extraño la tolerancia.» Lo cierto es que, como hemos ya indicado, aun el prurito de contradecir al *Teatro crítico* movió á muchos al estudio de materias, que á no ser por esta causa, las habrian para siempre desconocido; y el fruto general de esta lucha, aunque en ella se estampasen muchas fruslerías y tal vez necedades, fué provechoso al movimiento intelectual de la nacion. Por bello premio de sus tareas y de sus triunfos literarios, y para confusion de sus miserables contradictores (no de sus discretos críticos) recibió nuestro Feyjóo de otra parte muestras de aprecio y de admiracion de los mas altos personajes de su época. Es innegable que el mérito de los impugnadores es muy desigual entre sí; y que los mas de ellos escribieron no para ilustrar las cuestiones con la discusion y defender la verdad cual la reconocian, sino por espíritu de partido y de interes en mantener las ideas vulgares. El abate Verney, bajo el nombre de Barbadiño, impugnó con generalidad la obra del *Teatro crítico* en su *Verdadero método de estudios para Portugal*. Otras impugnaciones de ménos monta se publicaron contra el *Teatro*, que no merecen por cierto que nos ocupemos de ellas. Pero en cambio mereció nuestro Feyjóo los particulares elogios del papa Benedicto XIV, no ménos venerable como pontífice que respetable y admirado como un gran sabio; los del cardenal Querini, y de un gran número de literatos de primer órden. Fernando VI le concedió los honores de consejero en muestra de la estimacion que hacia de su saber y de sus trabajos. El mismo aprecio le mostró Cárlos III, el gran protector de los sabios, al tiempo de regalarle las *Antigüedades del Herculano*, y honrándole con su confianza. La fama del eruditísimo Feyjóo durará entre nosotros miéntras dure la cultura en nuestra nacion, y en los fastos de su literatura hará época la de su tiempo. Conclui-

rémos este artículo con lo que dice M. Laborde en su elogio, y repetirémos ahora: «Fué el lustre de su patria, y el sabio de todos los siglos.» Permítasenos por último exponer nuestros deseos de que el P. Feyjóo fuese reproducido entre nosotros por medio de una esmerada reimpresion de sus obras; pero acompañadas éstas de observaciones críticas é imparciales, haciéndose cargo del fino tacto y profundidad con que trató ciertas materias en las cuales nadie le ha aventajado; de la ligereza y ménos conocimiento con que tocó algunas otras; de lo que han adelantado desde su tiempo las ciencias físicas y naturales; y de los puntos en que merece ser ahora rectificado, contradicho ó completado; de la parte en que ha variado la opinion pública; de los errores que se han disipado y de otros que se les han substituido; analizando sus escritos y su época con ese espíritu filosófico y conocedor, que manifestase las ventajas y las desventajas que lleva á nuestros modernos y actuales sabios y hombres de letras; clasificando metódicamente las materias que trató, de lo cual hemos hecho nosotros un débil y ligerísimo ensayo. Obra seria esta que honraria á su autor, y que bien desempeñada, pudiera, si no igualarle, á lo ménos ponerle á su lado en el retrato que podria hacer de la época presente con el pulso con que trazó aquel el de la suya.—J. R. C.

FIACCHI (Luis) poeta y crítico distinguido. Nació en Mugello en la Toscana en 1754. Concluidos sus estudios abrazó el estado eclesiástico. Desempeñó el cargo de profesor de filosofía durante muchos años, y abandonando despues la enseñanza obtuvo un canonicato. Empleaba todo el tiempo que le quedaba libre, despues de llenar las obligaciones de su sagrado ministerio, en el cultivo de la literatura, distinguiéndose muy particularmente en útiles trabajos sobre la lengua toscana. La academia de la Crusca le abrió sus puertas, y fué uno de sus miembros mas laboriosos. Murió en Florencia en 26 de Mayo de 1825. Ademas de un gran número de artículos que insertó en los diarios de literatura, publicó en la *Collezione d' opuscoli scientifici*, etc., varias observaciones sobre las *Cene de Grazzini*, tomo VI; la *Leçon de Giacomini sobre los sonetos del Petrarca; La gola, il sonno e le oziose piume*, *XIX*, y varias *composiciones inéditas* de Rucellai, precedidas de investigaciones sumamente curiosas sobre la vida del autor, XXI. Contiene ademas en vista de un manuscrito insertado en la *Collezione d' opuscoli inediti*, Florencia, 1807, la *disertacion de Benito Varchi*, sobre el verbo, sus modificaciones y sus inflexiones. Le debemos ademas ediciones muy estimadas de la antigua version del tratado de Ciceron *Dell' amicizia*, 1809, en 8.°; de la *Dafne de Rinuccini*, 1810, en 4.° (1); de un *Scelta di rime antiche*,

(1) En esta obra el canónigo Fiacchi oculta su nombre bajo el velo del nombre académico *Luigi Clasio*, que puso tambien al frente de sus poesías, de las cuales hablarémos luego.

1812, en 8.°; y de varias *comedias de Cecchi*, *le Maschere e il samaritano*, 1818, en 8.°. Finalmente, tenemos de Fiacchi: 1.°: *Dichiarazione di molti proverbi, detti e parole*, 1820, en 8.°. Esta obra habia salido á luz en el año precedente en el tomo de las *Actas de la academia de la Crusca*. La nueva edicion es aumentada con varios pasajes de las *comedias inéditas de Cecchi*, conteniendo varias palabras y varios proverbios omitidos en los Vocabularios. 2.°: *Osservazioni sul Decamerone di Boccacio, con due lezioni dette nell' accademia*, etc., 1821, en 8.°. Estas notas, las unas puramente gramaticales y las otras históricas, hacen referencia á la edicion del *Decamerone*, publicado en 1812 por Miguel Colombo. 3.°: *Favole*, 1807, en 8.°: de esta obra existen algunos ejemplares en 4.°; 1820, en 8.°. Estas dos ediciones citadas por Gamba en la *Serie dei testi* comprenden cien fábulas y cuarenta sonetos sobre asuntos campestres. Estos sonetos á juicio del hábil crítico son otras tantas obras maestras; y las fábulas por la naturalidad y la pureza del estilo son dignas del siglo de oro de la literatura italiana. 4.°: *Poesie pastorali e rusticali*, Milan, 1808, en 8.° mayor. Esta coleccion no es ménos estimada que la precedente; y las dos colocan á Fiacchi en un lugar distinguido entre los poetas modernos de Italia.—G.

FIACHNA (S.) monje y confesor. Natural de Desies en Múnster. Floreció en virtud en el siglo VII, y mereció por su humildad, por su paciencia en los trabajos, por su fervor, por su penitencia y por su amor á la soledad ser continuado en el catálogo de los Santos. Se ignora el año de su nacimiento y tambien el de su muerte.— U.

FIACRIO, hermano lego del Órden de S. Agustin. Nació en Marly en 1609; creció con los principios de una moral pura, y se distinguió en lo sucesivo por su piedad. No habia estudiado para ser un sabio; sin embargo, aunque lego humilde y sencillo, subió al púlpito y derramó en sus predicaciones un raudal de elocuencia sagrada que dejó admirados á cuantos le oyeron: elocuencia que todos juzgaron sobrenatural. Luis XIII rey de Francia, la reyna Ana de Austria, Luis XIV, María Teresa su esposa y otra infinidad de personajes fundaban con frecuencia toda su confianza en las preces y oraciones de aquel buen lego. Estaba unido en estrecha amistad con Claudio Bernardo, llamado el *pobre sacerdote* (véase su artículo). Fiacrio continuó su carrera llena de virtudes hasta que descansó en paz en Paris en 1684. El autor de su *Vida* impresa en Paris en 1722 bajo el velo del anónimo, y que se sabe que es otro agustino llamado Gabriel de Sta. Clara, se conoce que se habia penetrado perfectamente de las circunstancias de su cofrade; pues el estilo de esta *Vida* es sencillo, pero interesante y persuasivo. En su discurso preliminar hace gala de la sana crítica que poseia tambien á la perfeccion: entre otras varias reflexiones muy oportunas se en-

cuentra la siguiente: « Nuestros padres estaban dispuestos á creer á ciegas, tomando á escrúpulo de conciencia el dudar del menor prodigio: la disposicion del espíritu de nuestros dias (1722) es el de la incredulidad; si yo tuviese que optar entre los dos extremos, preferiria la pueril credulidad de aquellos que todo lo creian. » En cuanto á lo demas el libro adolece á cada paso de incorrecciones, que no están salvadas en la *fe de erratas*. El abate de Artigny dió un extracto de él sobre lo concerniente al nacimiento de Luis XIV que la reyna Ana atribuye á las súplicas del hermano Fiacrio. Este extracto, que se halla en el tomo VI de las *Memorias* del mismo Artigny, demuestra que el autor no tuvo á la vista el libro de Gabriel de Santa Clara.—O.

FIACRIO (S.) anacoreta y confesor. Pertenecia á una familia noble y antiquisima de Irlanda, y debió su principal educacion al celo y desvelos de un piadoso obispo de las islas occidentales. Al lado de este santo prelado aprendió Fiacrio entre otras ciencias la mas principal, la de amar á Dios; y habiéndose persuadido ya desde sus primeros años, que el mundo aun en la brillante posicion en que Fiacrio se hallaba no podia ofrecerle mas que peligros y precipicios, prefirió el camino sembrado de espinas y abrojos que es el que conduce á la verdadera perfeccion, huyendo de aquella via sembrada de rosas que desvanece la imaginacion llenándola de ilusiones, ofreciendo placeres sin tasa, honores, distinciones y á cuyo término no se encuentra mas que una hoya para recibir el cuerpo y una profundidad interminable donde se precipita el alma. Fiacrio amó de veras á Dios y fué feliz haciendo felices á otros muchos jóvenes que le eligieron por compañero, por amigo, por guia. Retiróse Fiacrio con ellos á Francia, y de allí pasó á vivir en un desierto; pero ántes se presentó á Faron obispo de Meaux, quien le designó para su morada un lugar escarpado, situado dentro de un bosque á dos leguas de su diócesis. Así lo dicen las Crónicas. Fiacrio con sus compañeros apénas saludaron aquel lugar solitario dirigieron sus preces al Señor, rogándole que los fortaleciese en su santa empresa. Desmontaron luego una pequeña porcion de tierra, construyeron en ella una pequeña habitacion y un oratorio en honor de la Madre de Dios, y rodeáronle de un jardin que Fiacrio cultivaba con sus propias manos. La vida de este anacoreta y sus compañeros era extraordinariamente austera: la oracion, el ayuno, los cilicios y un incesante trabajo les mantenia en dulce correspondencia con su amantisimo padre, con el Dios de las misericordias. El canto de las aves, las plantas que crecian al rededor de sí, los frutos que recogian en abundancia, sabrosos por haber sido regados con el sudor de su rostro, les recordaban sin cesar que no se habian engañado, que la verdadera felicidad se halla en una continuada contemplacion. La pobreza, esta prenda inapré-

ciable cuando se ejerce con la verdadera humildad de corazon, se habia establecido entre nuestros santos anacoretas para nunca jamas separarse de ellos. Á pesar de aquel retiro absoluto no por esto huia Fiacrio del trato con el comun de los hombres; presentábase el pobre en su celda y hallaba un socorro á sus necesidades. Consultábale el potentado, y nunca se separaba del lado de Fiacrio sin haber alcanzado á lo ménos una leccion saludable que le sirviera para no amontonar en lo sucesivo tantas iniquidades como proporciona el estado de opulencia. El anciano decrépito, el desvalido jóven, el hombre perseguido por la calumnia, el criminal que reconociendo sus desvarios huye del rigor de la justicia; todos hallaban en Fiacrio una amable sonrisa, una palabra de paz, una expresion sincera de consuelo; y por decirlo de una vez, un manto protector, el árbol frondoso de la caridad cristiana donde podian cobijarse con toda seguridad. Las únicas personas para quienes aquel lugar santificado se hacia impenetrable eran las mujeres; sin embargo, indirectamente experimentaban tambien las bondades de aquel siervo de Dios. Allí vivia hasta cierto punto ignorado de los hombres de corazon duro, cuando pasó á visitarle un señor irlandes llamado Kilain pariente suyo que venia de Roma; y éste, despues de algunos dias de residencia, le persuadió del gran bien que haria á la Iglesia si se dedicaba á predicar el Evangelio en la diócesis de Meaux y otras vecinas bajo la direccion de los obispos. Sale en efecto Fiacrio de su retiro, sube al púlpito y su voz es oida con entusiasmo: el caido se levanta, el débil se fortifica, el infiel recibe la salud del alma con las aguas regeneradoras del Bautismo: todos se enternecen, todos derraman copiosas lágrimas al oir las verdades del Libro Santo pronunciadas por los puros labios del ínclito varon. La diócesis de Árras se acuerda todavía de los innumerables bienes que le proporcionó este piadoso anacoreta, y celebra su memoria como la de su apóstol. Transcurrieron los años, y el ardor de Fiacrio nunca se amortiguó; siempre fué el mismo, y aquellos años lo fueron de felicidad y de abundancia para todos: los que oyeron su voz creyeron y obraron el bien. En medio de sus continuados trabajos le alcanzó la muerte, que fué como su vida, la de un justo. Levantó los ojos al cielo; luego los cerró descansando en santa paz. Su alma voló al seno del Eterno y su cuerpo quedó en la tierra sirviendo de consuelo á los que habian admirado sus virtudes. «Su vida, dice un escritor, fué una continuada serie de abnegaciones y penitencias: vivió como un ángel en medio del mundo: estuvo dotado del don de profecía y de milagros, y murió santamente el dia 30 de Agosto del año 670. Su cuerpo fué enterrado en el mismo oratorio que en vida habia sido su deliciosa mansion, á cuyo sitio acudieron luego los devotos de todos los puntos de la Francia para venerar al Santo y alcanzar de su patrocinio grandes y señaladas mercedes.» Hay

otros escritores que aseguran que Fiacrio era hijo primogénito de un rey de Escocia, contemporáneo del rey de Francia Clotario II; añaden ademas que habiéndole convidado con la corona de su pais la despreció, prefiriendo la bienaventuranza y la corona de la inmortalidad que esperaba recibir en el cielo, que la de la tierra cuyo deslumbrante brillo podia manchar la candidez de su alma. Segun el Martirologio romano se celebra su memoria en 30 de Agosto. La *Vida* de Fiacrio se publicó en la *Coleccion* de Surio y en la de los bolandistas, tomo VI, pág. 507 y siguientes; en las *Acta SS. ord. Sancti Benedicti* de Mabillon, tomo II, y en otras agiografías. Finalmente, existen varias *Vidas* del mismo Santo impresas separadamente, entre las cuales se distinguen una en verso, publicada en 4.° sin fecha, sin nombre de ciudad, ni de imprenta. La de dom Pirou, benedictino de S. Mauro, salió á luz en Paris en 1636, en 12.°. La ermita de S. Mauro se convirtió en lo sucesivo en una villa conocida con el nombre de la-Brie, famosa por las peregrinaciones que en ella se hacian. La iglesia ó capilla estaba á cargo de los benedictinos; y era prohibido á las mujeres penetrar en el santuario. Es digno de notarse que la reyna Ana de Austria pasando allí en peregrinacion en 1641 se conformó á esta costumbre, y que anduvo á pie todo el camino desde Monceau hasta S. Fiacrio. Dom de Plessis en un artículo curioso que dió sobre este Santo solitario en su *Historia de Meaux*, tomo I, pág. 51 y siguientes, observa; que en esta capilla existe una piedra donde se sientan los piadosos peregrinos para curarse de las hemorroydas, ó segun otros del *fisc* ó *mal de S. Fiacro*. Algunos han pretendido que el nombre de *fiacre*, que los franceses dan á ciertos coches de alquiler, lo tomaron de S. Fiacrio, porqué al principio estaban destinados para conducir á los peregrinos hasta las cercanías de la ermita; pero Menage en su *Diccionario etimológico* dice como á testigo ocular, que estos coches se llamaron así de la imágen de S. Fiacrio que se hallaba en el fróntis de una casa de la calle de S. Antonio, que era donde se alquilaban esta clase de coches. Féller dice que pueden conciliarse fácilmente estas dos opiniones, suponiendo que el dueño de la casa habia tomado por señal la imágen del Santo porqué sus coches estaban destinados para hacer este servicio, atendido á que la calle de S. Antonio se halla precisamente en la direccion de Paris á S. Fiacrio. Despues se extendió el uso de estos carruajes para recorrer las calles de Paris.—J. M. G.

FIAMMA (Galvano) célebre historiador. Nació en Milan en 1283; descendia de una familia ilustre que poseia grandes bienes de fortuna, y disfrutaba de las primeras dignidades. Pero á pesar de las ventajas que Fiamma podia esperar con razon, atendida la posicion social de sus padres, prefirió la tranquilidad de la vida monástica, y á la edad de quince años entró en el convento de S. Eustorg de dominicos de Milan, donde pro-

nunció muy en breve sus votos. Ignoramos las demas circunstancias de la vida de Fiamma. Piccinelli dice, que profesó el derecho canónico en la universidad de Pavía, pero en esto se equivoca; pues que la cátedra de esta ciencia no se fundó hasta 1362, época en que Fiamma seria ya muerto ó á lo ménos de edad muy avanzada y fuera ya del estado de dar lecciones. La opinion que se presenta mas verosímil es la de Ambrosio Taëgio y la de Argelati, esto es, que Fiamma fué el primero que profesó la teología y la moral en el convento de S. Eustorg, y que la enseñaba en 1315 con buen éxito. Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que la composicion de sus obras históricas debieron ocupar la mayor parte de los momentos de Fiamma hasta su muerte, que algunos colocan en 1344, en cuya época concluyó su *Crónica del Órden de dominicos*, y que otros la ponen en 1371 porqué los manuscritos de su *Manipulus florum* no concluyen hasta este año: bien que Muratori prueba que Fiamma no redactó esta obra sino hasta el año 1336 y que la continuacion es, á no dudarlo, de otra mano; de modo que se ha hecho sumamente difícil fijar la fecha de la muerte de este escritor. De todas las obras que compuso dos son las únicas que se han publicado: 1.ª: *Manipulus florum sive historia mediolanensis, ab origine urbis ad annum 1336, ab alio continuatore producta ad annum usque 1371.* Esta historia se insertó en el tomo XI de los *rerum italicar. Scriptores.* Fiamma colocó al frente la lista de los autores que le sirvieron de guia. La primera parte de esta obra, que trata del orígen de Milan, no es mas que un tejido de fábulas desnudas de toda verosimilitud; pero es muy estimada la que contiene la relacion de todos los acontecimientos que el autor refiere como á testigo de vista; sin embargo, se le acusa de que algunas veces se muestra prevenido contra el papa Gregorio X, y de ser demasiado favorable á los Visconti: su estilo al paso que es sencillo no deja por esto de interesar, y los pormenores en que se detiene son extraordinariamente curiosos. 2.ª: *De rebus gestis ab Azone, Luchino et Joanne vice-comitibus, ab anno 1328 an annum 1342.* Esta obra se insertó con un prefacio y notas de Sassi en el tomo XII de los *rer. ital. Scriptores.* Las otras obras de Fiamma consisten: 3.ª: *Chronica ordinis prædicatorum*, de la cual se conservaba un precioso manuscrito en la biblioteca Casanate de Roma. Muratori sintió no haber podido tener á la vista esta obra. 4.ª: *Chronica extravagans.* 5.ª: *Chronicon majus.* 6.ª: *Politia novella.* Estas tres últimas obras muy importantes forman parte de los manuscritos de la biblioteca ambrosiana de Milan. Si se desean mas pormenores, podran consultarse la *Bibl. ord. prædicat.*, tomo I, de Echard., *Bibl. script. mediol.* y las *Memorias de Milan*, por Giulini, tomo IX.—U.

FIAMMA (Gabriel) canónigo regular de S. Juan de Latran en el siglo XVI, despues obispo de Chioggia. Ha dejado varios *Cánticos espirituales* y

una *Coleccion de sermones*, impresa por primera vez en Venecia, en 1579. —Hubo otro Fiamma (Domingo) religioso del Órden de clérigos regulares, que murió en 1650 y escribió entre otras obras de piedad: *Directorium mentalis orationis*, etc.—J.

FIANO ó Finiano (S.). Este Santo pertenece al Martirologio anglicano, en aquella época en que las Islas Británicas eran una escogida porcion del gran campo de la Iglesia, fecundo en virtudes y en Santos. Fué monje del monasterio hiense en Inglaterra; y por su eminente santidad fué creado obispo de los lindisfarnenses, á los cuales convirtió á la fe católica, predicándoles y bautizándoles con un celo de apóstol, superando dificultades sin número, así como convirtió tambien á los ingleses del Mediterráneo. Entre las célebres é interesantes conversiones que obró nuestro Santo, se cuenta el haber administrado el agua bautismal á Peacla, hija del rey Penda, con muchos otros magnates y señores del reino de los mercios. Acerca de la muerte de S. Fiano, acaecida en el siglo VII, discrepan de cuatro años los autores, poniéndola unos en el de 674 y otros en el de 671. Véanse acerca de este Santo á Golgano, Bucelino, los Bolandos, y á Heredia en las *Vidas de los Santos de la Órden de S. Benito*.—N. A. T.

FIARD (Juan Bautista) autor de varias obras que por su clase han llamado muy particularmente la atencion de los biógrafos. Fiard nació en 28 de Noviembre de 1736, en Dijon. Estudió en un colegio de jesuitas, y habiendo abrazado la misma Órden, se hallaba de profesor de retórica en Alenzon cuando se extinguió la Compañía. No habiendo tomado órdenes sagradas, podia quedar como á simple particular; pero se sentia llamado al estado eclesiástico y no abandonó su piadosa resolucion. Elevado al ministerio sacerdotal residió por algun tiempo en Paris en el seminario de San Nicolas de Chardonnet, hasta que regresó á Dijon á ejercer las funciones de vicario en S. Filiberto y despues en S. Pedro. Fiard era un sacerdote piadoso y caritativo; pero desde su infancia, segun aseguraban varias personas que le habian conocido íntimamente, mostró una imaginacion exaltada que se inflamó aun mas con la lectura de varios libros extravagantes. Tuvo la debilidad, dice el continuador del biógrafo Féller, de creer en la magia, y por lo mismo en todas partes no veia mas que brujos y encantadores; y citó como *démonolatros* los ventríloquos Mesmer, Cagliostro y otros truanes de la misma clase. Tomaba tambien por brujos á los titiriteros, á una muñeca autómata y otros objetos que generalmente hablando no son mas que el resultado de procedimientos físicos ó de puro charlatanismo. Ántes de la revolucion habia anunciado en el *Diario de Verdun*, en el *Diario eclesiástico* y en el *Espectador de Tolosa* la existencia de un gran número de *démonolatros*. En 22 de Octubre de 1775 escribió una larga carta á la asam-

blea del clero, en la cual le denunciaba igualmente una multitud de mágicos y de brujos que minaban sordamente el trono y el altar. Cuando estalló la desastrosa revolucion de Francia, el abate Fiard rehusó resueltamente prestar el juramento llamado *cívico*, y en 1793 fué deportado con los demas sacerdotes desgraciados por su adhesion á los principios religiosos y monárquicos. Habiéndose libertado de las enfermedades que diezmaron en Rochefort á un gran número de sus compañeros de infortunio, regresó á Francia en 1795. Las persecuciones que habia sufrido contribuyeron á exaltar mas y mas su imaginacion: segun el, la revolucion no era mas que efecto de un maleficio, y ochocientos mil parisienses se hallaban hechizados incluyendo en este número al mismo Luis XVI. Todas las obras que publicó versan sobre esta materia; sus títulos son: 1.°: *Cartas filosóficas sobre la magia*, 1801, en 8.°. 2.°: *La Francia engañada por los mágicos y por los démonolatros del siglo XVIII*, 1803, en 8.°. 3.°: *El secreto de Estado*, 1815, un cuaderno en 8.°. Se atribuye tambien á Fiard: *El misterio de los magnetizadores y de los sonámbulos descubierto por un hombre del pueblo*, 1815, en 8.°. Deleuze juzgó necesario refutar esta obra en sus *Anales del magnetismo animal*, y se trató tambien de ella en los *Anales políticos, morales y literarios* de 17 de Diciembre de 1815. En 1797 Fiard sometió á La Harpe una parte de su trabajo destinado á probar el orígen diabólico y mágico de la revolucion; pero La Harpe se limitó en contestarle; « que los revolucionarios no podian ser tan grandes brujos atendido á que no creian ni en Dios ni en el diablo. » Fiard despues de su regreso á Francia observó en Dijon una vida sumamente retirada; paseábase siempre solo por los parajes ménos concurridos, leyendo siempre alguno de los libros que llamaban mas su atencion. Lo que decia lo creia de buena fe; así lo aseguran los que le conocieron de cerca y que llegaron á profundizarle. Por otra parte era exactísimo en el cumplimiento de sus deberes como á sacerdote; no tenia nada suyo, todo lo daba para socorrer á los pobres. Este buen sacerdote murió en Dijon en 30 de Setiembre de 1818 á la edad de ochenta y dos años.—G.

FIARI (S.) obispo y confesor; otros le llaman *Febade*, *Phebade ó Fitade de Fitadius*, obispo de Agen. Fué del número de los que se presentaron á refutar la confesion de fe que los arrianos habian publicado en Sirmich, en 358, por medio de un *Tratado*, que ha merecido la atencion de S Gerónimo y que se insertó en la *Biblioteca de los Padres*, tom. IV, pág. 400. En esta preciosa obra se halla justificacion y solidez en los raciocinios. Las sutilezas y los equívocos de los arrianos exaltaron la imaginacion de Fiari; así es que, lleno de una justa indignacion, los rechazó defendiendo con la energía propia de un Santo la doctrina católica. Asistió en el concilio de Rímini celebrado en el año 358 ó 59: en aquel concilio donde los obispos

católicos propusieron anatematizar la herejía arriana ó bajo cualquiera denominacion que se presentase; en aquel concilio donde la faccion de Ursasio y de Valente pretendian ejercer un predominio, de modo que los arrianos apuraron todos sus ardides y toda la fuerza que les daba su perfidia para alcanzar un triunfo, que hubiera cedido en mengua de los ínclitos defensores de la pureza de la fe. Fiari con S. Serváis de Tóngres sostuvo á todo trance la ortodoxia; pero el enemigo siembra la zizaña, y esta mala yerba crece porqué se oculta entre las plantas saludables cuidadas por una mano benéfica. Así sucedió entónces. Fiari fué sorprendido por los arrianos; y arrastrado por el amor á la paz, firmó una profesion de fe, católica en la apariencia. Conoció luego el grave error en que habia incurrido, y atestiguó su dolor con una retractacion pública, manifestando que nunca jamas habia sido su ánimo destruir un principio que para él era inmutable. En el año 360 asistió en el concilio de Paris, en el cual entre otras cosas se despreció en todo la fórmula de Rimini dirigida por los arrianos y se apoyó la de Nicea. Asistió igualmente en el de Valencia del Delfinado en el año 374, en el que se establecieron varios cánones de suma importancia; y finalmente en el de Zaragoza en 380, celebrado por los obispos de Aquitania contra los prisilianistas, que formaban una secta de los errores de los gnósticos, de los maniqueos y de los sabelianos. Tal vez habrá quien eche de ménos los pormenores de cada uno de estos concilios, pues que cada uno de ellos puede aumentar la celebridad de los personajes que allí asistieron; pero advertimos que debemos evitar las repeticiones y referirnos á los que los presidieron. Fiari vivia aun en el año 392; pero habia muerto ya en el año 400, despues de cuarenta de trabajos y de episcopado. D' Rivet le atribuye un excelente *Tratado* contra el concilio de Rímini, del cual se halla una *Traduccion griega* entre los *Discursos* de S. Gregorio Nazianceno; siendo el cuarenta y nueve de este Padre.—G.

FIBICIO (S.). El Martirologio romano dice en el dia 5 de Noviembre, que de abad fué hecho obispo de Tréveris: estas son sus precisas palabras; pero hay quien asegura que nunca llegó á esa dignidad; que contó muchos años de vida, y que murió siendo abad de un monasterio. Baronio por su parte añade, que su nombre no se halla continuado en las tablas episcopales de Tréveris, y que las crónicas de los monasterios de Germania no le dan mas que el título de abad. Ignoramos la época en que murió. — U.

FICHET (Guillermo) doctor de la Sorbona. Nació en Petit-Bornand, en Saboya, y fué educado en la universidad de Paris. No era aun mas que pensionado y bachiller de la misma casa de la Sorbona, cuando en 1464 reclamó en una asamblea de la nacion francesa contra la nacion normanda, que

aspiraba á la exclusion de las otras tres, á saber; de la de Francia, Inglaterra y Picardía sobre las diez y seis plazas pensionadas del colegio de la Sorbona. En 1466 fué nombrado procurador de la nacion de Francia, y se encontró en 1467 de rector de la universidad. En la época de la *guerra del bien público*, Luis XI pretendió que todos los habitantes de Paris tomasen las armas desde la edad de diez y seis hasta sesenta años. Fichet en aquellas circunstancias levantó la voz para eximir á los estudiantes de este servicio, y no sin efecto, pues su voz fué oida del Monarca. En la época de su rectorado aconteció tambien que la universidad apeló de la pragmática-sancion al futuro concilio. Fichet emprendió de nuevo y con buen éxito el designio de Clemángis para el restablecimiento de las amenidades literarias y de la retórica en la universidad. Durante mas de diez y ocho años dió en el colegio de la Sorbona lecciones de filosofía y teología por la mañana, y de retórica por la tarde. Debióse á Fichet, y sobre todo á su amigo Lapierre, el establecimiento de la imprenta en Paris. Á este efecto llamaron á Ulrico Gering, Martin Crantz y Miguel Friburger, á quienes recibieron en el colegio con particulares muestras de distincion. Juan Rollin, cardenal de Autun, daba una pension á Fichet, que Guillermo Chartier, obispo de Paris, compensó con un beneficio. Á fines de 1471 el cardenal Bessarion se llevó á Fichet á Roma, donde éste supo ganarse la voluntad del papa Sixto IV, quien le nombró su camarero secreto y su penitenciario. Queria tambien elevarle á la dignidad de cardenal; pero segun parece Fichet murió en este intermedio. Este célebre doctor fué el editor del primer libro que se imprimió en Paris. Tenemos de él: 1.° : *Rhetoricorum libri tres, in Parisiorum Sorbona, Ulricus Gering, Martinus Crantz et Michel Friburger*, 1471, en 4.°. Este es el primer curso de retórica que se hizo metódicamente en Paris, y una de las primeras producciones de la imprenta de aquella ciudad. «Presentó tambien la particularidad de haber sido, dice Chevillier, compuesta, dictada é impresa en Sorbona, y este es el motivo porqué el autor puso al final: *In Parisiorum Sorbona conditæ Ficheteæ rethoricæ finis.* » 2.° : *Epistolæ, in Parisiorum Sorbona*, 1471, en 4.°. Esta obra consiste en unas cartas que escribió á varios sabios enviándoles su *Retórica*. En la biblioteca de Turin se conserva otra carta manuscrita de Fichet á Amadeo, duque de Saboya, y á sus hermanos; pero mas bien que una carta es un *Compendio histórico de Saboya* y una exhortacion que Fichet hace á sus soberanos para que se unan á los demas príncipes de Italia contra los turcos. Gibert, que concede á Fichet el honor de haber establecido ó á lo ménos restablecido en Paris el estudio de la retórica, olvidado por la grande aficion á la filosofía que habia impedido hasta entónces los progresos de esta parte esencialisima de las letras humanas, dice que el autor «fué empleado por el Rey

en asuntos importantisimos ; que fué su embajador cerca de sus enemigos, y autor de la paz que se concluyó con el duque de Borgoña. » Gaguin fué uno de los discípulos de Fichet. —J.

FICHET (Alejandro) jesuita. Nació en 1588, en Petit-Bornand, y probablemente de la misma familia que el anterior. Hizo brillantes estudios, y se distinguió en lo sucesivo por su talento en la predicacion y por su infatigable celo para la instruccion de la juventud. Despues de haber enseñado la retórica en Leon de Francia por espacio de siete años y de haber empleado cuatro en el de la filosofía, se consagró durante otros treinta al ministerio de la predicacion ; y siendo cierto lo que nos dice el P. Alegambe, la afluencia de sus oyentes era tan grande, que no cabiendo en las iglesias se veia obligado con frecuencia á predicar en el campo. Fué por algun tiempo rector del colegio de Nimes, y le enviaron á Roma en calidad de diputado de la provincia de Lyon para asistir en la octava congregacion general de su Órden. Poseia un talento particular para persuadir á sus discípulos á fin de que abrazasen el estado monástico ; de modo que se contaron mas de ciento treinta que, siguiendo sus consejos, abrazaron diferentes Órdenes religiosas. Fichet murió en 30 de Marzo de 1659 en Chamberí, de edad mas que septuagenaria. Ademas de muchos escritos ascéticos ó de controversia, debemos al P. Fichet las obras siguientes : 1.ª : *Favus mellis ex variis sanctis patribus collectus*, Lyon 1615—1617, en 24.°, de cerca 1.100 páginas, cuya obra viene á ser una coleccion de los trozos mas elocuentes de S. Cipriano, de Lactancio, de S. Basilio, de S. Ambrosio, de S. Euquerio, de S. Hilario de Árles, de S. Gerónimo y de S. Salviano. 2.ª : *La Vida de S. Bernardo de Menthon*. 3.ª : *Vida de la Madre de Chantal fundadora de las religiosas de la Visitacion*, Lyon, 1642, en 8.°. 4.ª : *Arcana studiorum omnium methodus, et bibliotheca scientiarum, librorumque earum ordine tributorum universalis*, Lyon, 1649, en 8.° ; reimpresa bajo la direccion de Fabricio á continuacion del *Prodomus historiæ literariæ* de Lambecio, Hamburgo, 1710, en folio : obra escrita con elegancia y de amena lectura. Entre muchos lugares comunes se encuentran excelentes métodos para facilitar el estudio, para formar extractos, etc. ; pero se deja entrever por intervalos un espíritu de charlatanismo que hace deducir que el autor se detenia mas en la teoría de la instruccion, que en la práctica, como acontece con frecuencia. La segunda parte, mucho mas extensa y consagrada á la bibliografía, supone una erudicion inmensa ; pues cita un gran número de autores que pueden consultarse y citarse en caso de necesidad, aunque cada uno de ellos va indicado por una ó dos palabras y sin designacion de ediciones. Esta bibliografía conserva cierta importancia, porqué se encuentran en ella citadas varias obras poco conocidas y manuscritos que se conservaban entónces en algunos colegios de

jesuitas. La edicion de Hamburgo hormiguea en faltas de imprenta precisamente en los nombres propios. 5.ª: *Chorus poëtarum classicorum duplex, sacrorum et profanorum*, Leon de Francia, 1616, en 4.°. Es una edicion aumentada *et ab omni obscenitate expurgata* del *Corpus poëtarum latinorum*, que se habia publicado en Ginebra en 1603 y en 1611. El Padre de Colonia, *Historia literaria de Lyon*, tom. II, pág. 708, conviene en que su cofrade expurgando el *Corpus poëtarum* usó de demasiada delicadeza. El editor, sin embargo, buscó el modo de justificarse de esta severidad en su *Edictum perpetuum chori poëtarum*, que viene á ser un prefacio, en el cual refiere una multitud de pasajes de autores antiguos y modernos que hacen ver el peligro á que se expone el que se entrega á la lectura de libros malos. El número de los poetas latinos comprehendidos en esta *Coleccion* es de cincuenta y ocho, de los cuales muchísimos es cierto que no nos han dejado mas que fragmentos. Falta en ella Fedro, Coripo, Rutilio, Avieno, Prisciano, Gracio, Falisco y otros varios que Fichet se proponia añadir en una nueva edicion que no se ha publicado. Esta *Coleccion* ha sido por mucho tiempo muy buscada. Los curiosos que ante todo buscan las obras completas dan la preferencia á la edicion de Ginebra; pero los institutores, que buscan la importancia en la conservacion de las costumbres de sus discípulos, aprecian mas el *Chorus poëtarum*, al cual el autor añade dos opúsculos, *Musæum rhetoricum* y *Musæum poëticum*. El número de los poetas de que se compone la *Coleccion* de Ginebra es de setenta y dos; pero el Padre Fichet prescindió de muchos que no tenian mas que fragmentos insignificantes, y añadió diez y ocho de mayor nota y que faltaban en aquella, tales como; Manilio, Columela, Boëcio, S. Próspero de Aquitania, etc. —E. A. U.

FICHET (Pedro Ireneo de Sta. Catalina). Este varon, de nacion frances, abrazó el estado religioso en la Observancia reformada carmelitana de la provincia de Tours, y profesó en Rénnes el dia 10 de Marzo del año 1619. Adornado de una vasta erudicion, y destinado por sus superiores al oficio de la predicacion ya en el año 1629, ejercitóse en él con fruto por algun tiempo. Entregado despues exclusivamente al estudio, adquirió un grado de saber eminente y profundo; si bien no le fué posible desentenderse de ejercer cargos públicos, porqué los religiosos, conociendo sus recomendables calidades, le eligieron diferentes veces por prior, hasta que por fin murió en Orleans el dia 14 de Octubre del año 1672. Escribió en frances las obras siguientes: 1.ª: *Oraison funebre de Françoise Roy, abbesse de Nidoiseau, dans Anjou*, Árras, 1643, imprenta de Gerardo de Ráisnes, en 4.°. 2.ª: *Vita et miracula S. Angeli Hierosolymitani martyris, Ordinis carmelitarum*, Paris, José Cottereau, 1651, en 8.°. 3.ª: *Vita B. Francisci Senensis carmelitæ,*

laici, Paris, José Cottereau, 1651, en 8.°. 4.ª: *La beauté du Carmel, qui contient les privileges, les indulgences et les devoirs de la confrairie de Notre Dame du Mont-Carmel*, Angers, Pedro Avril, 1663, en 16.°. 5.ª: *Entretiens ou conférences d'un voyageur avec un habitant d'Angers, touchant le culte des Saintes images, et principalement de la Vierge*, Angers, Pedro Ivain, 1657, en 8.°. 6.ª: *Mitologia sacro-profana, seu florilogium fabularum in classes et locos morales digestum; lucis, sententiis, historiis tum profanis, cum sacris, et puris fontibus Scripturæ illustratum: tribus centuriis comprehensum*, la-Flecha, Gervasio Laboc, 1666; librito en folio muy pequeño, pero de setecientas veinte y tres páginas. En él, dicen varios autores, luce una grande erudicion, unida con una suma elegancia y claridad de estilo, muy apta para afirmar é ilustrar las buenas costumbres. Manifiéstase el autor peritísimo en la antigüedad griega y latina, al mismo tiempo que estudioso lector de la Santa Escritura.—S.

FICINO (Marsilio) canónigo de Florencia su patria, sabio en las lenguas griega y latina. Nació en 19 de Octubre de 1433. Estudió al lado de los mas célebres profesores; y despues de haber salido muy aventajado en las letras humanas, su padre que era médico de Cosme de Médicis quiso siguiese su misma carrera. Mas observando el gran duque en aquel jóven brillantes disposiciones, mandó darle de su cuenta una educacion sumamente esmerada, eligiéndole maestro de su satisfaccion para que pudiese dedicarse con fruto á la literatura. Marsilio reunió en breve al estudio de la lengua griega el de la filosofía de Platon y el de la música. Tenia necesidad de esta última, y en lo sucesivo le sirvió de grande alivio; porqué siendo de complexion sumamente delicada, y padeciendo al propio tiempo de excesos de melancolía, no podia encontrar mejor distraccion. Esta disposicion morbífica influia, como se deja comprehender, en su carácter con una imaginacion exaltada que á veces rayaba á delirio. Era al propio tiempo dulce, afable, amigo del reposo, moderado en sus pasiones, fiel á la amistad y sobre todo inaccesible á la ambicion. Á la edad de cuarenta y dos años abrazó el estado eclesiástico; y revestido ya del carácter sacerdotal recibió de Lorenzo *el Magnífico*, que le amaba tanto como su abuelo, la direccion ó curato de dos iglesias de Florencia, y luego hácia 1474 un canonicato en aquella catedral. Entónces contento de su fortuna renunció su patrimonio á favor de sus hermanos. Este sacerdote, dotado de tan bellas circunstancias, tomó una aficion tan decidida á las obras de los antiguos, que no dejaron de contribuir en gran parte á la exaltacion de su fantasía. El estudio profundo que hizo en sus juveniles años de los dogmas de Platon, su entusiasmo por aquellas especulaciones metafísicas que sin ningun fundamento real no conocen mas límites que los de la imaginacion, llegaron casi á trastornar su juicio. Ha-

biéndose declarado partidario decidido de la astrología judiciaria, con frecuencia ininteligible á él mismo, adquirió un estilo obscuro y poco natural. Bien es verdad que en las obras de algunos filósofos antiguos, y particularmente en las de Platon, se encuentran lugares muy favorables á la religion cristiana, fruto sin duda de la lectura de los libros santos, de la tradicion primitiva, ó de las nociones que los judíos habian comunicado á las demas naciones; pero no obstante, Ficino dejóse arrastrar de su imaginacion mas de lo que debia, vertiendo expresiones erróneas, tal vez con la mejor intencion: y esta circunstancia, unida al empeño que puso en que se estableciesen academias en Florencia donde se enseñase la filosofía del mismo Platon, dió lugar á que la crítica le colocase algunas veces entre los visionarios. Á pesar de esto gozó durante su vida de grande consideracion, y contó en su escuela ilustres oyentes, entre los cuales se numeraban Ángelo Policiano, Accolti, Calderino, Cavalcanti, etc. Fué igualmente muy estimado de Cosme, de Pedro y de Lorenzo de Médicis, quienes le enriquecieron mas, por decirlo así, de lo que permitia su moderacion: en una palabra, fué feliz durante su vida cuanto se lo permitieron sus enfermedades, que por fin le condujeron al sepulcro en 1.° de Octubre de 1499, hallándose en su casa de campo situada en Carregi cerca de Florencia. Su cuerpo fué trasladado á la catedral de esta ciudad con gran pompa, y veinte y dos años despues colocaron en la sepultura su busto esculpido en mármol. Varios fueron los poetas que le dedicaron su pluma, y Ángel Policiano hizo en su honor el siguiente dístico: *Mores, ingenium, musas, sophiamque supremam: ¿Vis uno dicam nomine? Marsilius.* Baronio refiere que en cierto dia Ficino y Mercati su discípulo disputaban entre sí sobre la inmortalidad del alma, y no hallándose acordes convinieron que el primero que muriese sacaria de dudas al que le sobreviviese. Algun tiempo despues hallándose Mercati absorvido en profundas meditaciones oyó una voz que le llamaba y al propio tiempo los pasos de un caballo, que al parecer se detenia en su puerta; vuelve la vista y observa una sombra en la cual reconoce á Ficino que le dice: «Miguel, Miguel, lo que yo sostenia de que el alma es inmortal es cierto.» Mercati envió inmediatamente á la casa de Ficino, y le devolvieron la respuesta de que en aquel momento acababa de espirar. Niceron á pesar de la autoridad de Baronio pone en duda la realidad del hecho, que en caso de ser cierto probaria hasta cierto punto cuan acertada era la conviccion de Ficino cuando trataba de un punto tan interesantisimo como es el de la inmortalidad del alma. Ficino compuso muchisimas obras, de las cuales se hicieron en lo sucesivo cuatro ediciones; la primera en Venecia, 1516, en folio muy rara, pero incompleta; Basilea, imprenta de Enrique Pedro, 1561, 1576, dos tomos en folio; Paris, 1641, dos tomos en folio. Esta última es la mas estimada. Negri, Schelhorn y

Nicerón han dado una noticia de los documentos que contiene. Nosotros nos limitarémos á indicar las que se han publicado separadamente enmendando las omisiones y errores cometidos por Niceron. 1.ª: *De religione cristiana*: tratado compuesto en 1474, Paris, 1510, en 4.°, 1512 y 1559; Venecia, 1518; Brema, 1617, en 12.°; traducido al italiano por el mismo Ficino, Florencia, 1568, en 8.°; y al frances, Paris 1578, en 8.°. 2.ª: *Theologiæ Platonicæ de immortalitate animarum, lib. XVIII; in agro Caregio*, 1488, en 8.°; *editio princeps*, Florencia, Ant. Miscomino, 1492, en folio; Paris, 1559, en 8.°; Basilea, 1546. 3.ª: *De vitâ, libri tres*, Florencia, 1489, en folio; Paris, casi en la misma fecha, en 8.°; idem, 1547, en 8.°; sin nombre del lugar, 1497; Basilea, 1532, en 12.°; Venecia, 1584, en 4.°; en italiano, Venecia, 1548, en 8.°; y en frances por Guido Lefevre de La-Boderie, Paris, 1582, en 8.°. De estos tres libros el primero se titula: *De studiosorum sanitate tuenda*, que se publicó separadamente con notas de G. Pistorio; Basilea, 1569, en 8.°; el segundo lleva por título: *De vita producenda*; y el tercero: *De vita cœlitus comparanda*. 4.ª: *Apologia, in qua de Medicina, Astrologia, vita mundi, item de Magis qui Christum statim natum salutaverunt, agitur*, Venecia, 1498. 5.ª: *Epidemiarum Antidotus, tutelam bonæ valetudinis continens*, Augsburgo, 1518, en 4.°; Basilea, 1532; Leon de Francia, 1567, 1595, en 16.°, con el *De vita*, etc. Esta obra compuesta en italiano por Ficino fué traducida al latin por Gerónimo Ricci. Algunos bibliógrafos la atribuyen al padre de Ficino, lo que parece verosímil atendido á que éste jamas profesó la medicina. 6.ª: *Epistolarum libri duodecim*, Venecia, 1495, en folio, impresa bajo la direccion de Mateo Capcasa de Parma; Nuremberg, por Antonio Koberger, 1497, en 4.°; Venecia, 1546; traducida al italiano por Félix Figliucci, Venecia, imprenta de Gabriel Giolito, 1546, 1563, en 8.°, dos tomos. (Véase Figliucci) Estas *Cartas* ofrecen muy poco interes. 7.ª: *Oratio gregis christiani ad pastorem Sixtum IV*, Basilea, 1519. 8.ª: *De sole, liber allegoricus et anagogicus, cum apologia ejusdem libri*, Florencia, Miscomino, 1493. 9.ª: *Dionysii areopagitæ latina translatio, cum argumentis*, Colonia, 1536; pero desde el momento que Corder publicó su traduccion quedó enteramente olvidada la de Ficino. 10.ª: *Mercurii trismegisti Pimander de potestate et sapientia Dei*, Tréveris, por Gerardo de Lina, 1471, en 4.°, con el *Asclepio* traducido por Apuleo; Paris, 1505, 1554, en 4.°. 11.ª: *Jamblichus de mysteriis; Proclus de anima, dæmone, sacrificio, magia; Synesius de somnis; Psellus de dæmonibus; Theophrastus de anima, phantasia, intellectu; Alcinoüs de doctrina Platonis; Speusippus de Platonis definitionibus; Pythagoræ aurea verba et symbola; Xenocrates de morte*, Venecia, imprenta de Aldo, 1497, en folio; Leon de Francia, 1552, en 16.°; 1570, en 12.°. Estas

ediciones difieren en su composicion y en el órden en que están colocadas las diferentes obras. 12.ª: *Plotini opera*, Florencia, 1492, en folio: magnífica edicion costeada por Lorenzo de Médicis y precedida de la *Vida de Plotino* por Porfyro, Basilea, 1580, en folio, etc. 13.ª: *De voluptate:* comentario sobre el *Banquete de Platon*, Venecia, 1497; traducida al toscano por Hércules Barbarasa, Venecia, 1544; Florencia, 1594, en 8.°; y en frances por G. Lefevre de La-Boderie, Paris, 1588, en 8.°. 14.ª: *Platonis opera*, Florencia, sin fecha en folio, por Lorenzo Veneto. Esta edicion hecha con pequeños caractéres góticos es anterior á 1490 y hormiguea en faltas, Venecia, 1491. Esta traduccion la emprendió el autor por órden de los Médicis y empleó en ella cinco años; sin embargo, no mereció los sufragios de los críticos mas esclarecidos. Algunos de sus contemporáneos la elogiaron, es verdad; pero los modernos, y sobre todo Huet, juez competente en la materia, no encuentran en dicha obra ni el genio ni el estilo del filósofo griego. Ficino altera con frecuencia el sentido de sus palabras, abreviándolas ó dándoles mayor extension sin órden y sin medida. 15.ª: La coleccion de sus obras contiene ademas varios *Sermones* y un *Comentario* sobre una parte de la epístola de S. Pablo á los romanos, algunos trozos de Atenágoras, y finalmente la siguiente tabla: *Sententiæ pulcherrimæ, cum multarum rerum definitionibus ex Mars. Fic. operibus collectæ.* 16.ª: *De divinatione quæ sit per astra*, Colonia, 1580, en 8.°: escrito que no habia llegado á noticia de Niceron y que tampoco se encuentra en la coleccion que hemos citado. Se le atribuyen ademas otros tratados que no continuamos porqué la opinion de la mayor parte de los bibliógrafos es de que no le pertenecen. Ademas dejó otras muchas obras manuscritas enumeradas por Ángelo M.ª Baudini en su *Catal. Cod. manuscr. Bibl. Laurentianæ;* en el cual se notan varios *comentarios* sobre el *Filebo* de Platon, el *Parmenides*, el *Sofista*, el *Timeo*, el *Fedon*, y algunos *Tratados*, á saber: *De divino furore; De virtutibus moralibus; De quatuor sectis philosophorum;* algunas *Cuestiones sobre el espíritu;* una *Traduccion* de los *Himnos de Orfeo* y de los *dichos de Zoroastro*, frutos de sus años juveniles; una *Version* italiana de la *Monarquía del Dante*, etc. Domingo Mellini escribió una *Vida de Ficino* que se ha perdido. En 1506 Juan Corsi de Florencia tuvo mejor suerte porqué Baudini encontró el manuscrito de la que éste compuso y lo publicó en Pisa, en 1771, en 8.°, con este título: *De Platonicæ philosophiæ post renatas litteras apud Italos restauratione, seu vita*, etc. Tratan ademas de Ficino *Jul. Negri, Stor. de Scritt. Fior.; J. G. Schelborn, amœnit. lit. tom I,* acompañada de una *Apologia pro Ficino magiæ postulato;* Niceron tomo V; Brucker, *Hist., philos.*, tomo IV; Tiraboschi, *Stor. dell. Lett. ital.*, etc. Paulo Jovio, Bullart y otros varios han trazado el retrato de Ficino.—J. M. G.

FICOL ó Phicól, general del ejército de Abimeléch, rey de Gerára. (Véase Abimeléch y *Génesis* XXI, 22).—J.

FIDARLEO (S.) abad y confesor. Lo único que sabemos es que fué varon de eminentes virtudes, y que habiendo muerto en el año 772 mereció ser continuado en el catálogo de los Santos, y que como á tal le veneran los irlandeses sus compatriotas con singular veneracion.—O.

FIDATI ó de Cassia (Simon). Fué nombrado así porqué era natural de un lugar de este nombre en Italia en la campiña de Roma. Tomó el hábito de religioso de S. Agustin, y fué tan célebre por su ciencia como por su piedad. Fundó el monasterio de Sta. Catalina de religiosas de su Órden en Florencia, y murió en olor de santidad en 2 de Febrero de 1348. Escribió diversas obras, las unas en italiano y las otras en latin. Las mas dignas de mencionarse son: 1.ª: *De gestis domini Salvatoris*, en quince libros. 2.ª: *De Beata Virgine*, etc. Citan á este autor Pamphilio, *De vir. illust. ord. Aug.*; Sixto de Sena, lib. IV. *Biblioth. sac.*; Trithemio y Bellarmino, *De script. eccl.*; Sabellico, Volaterran, Possevino, etc. —U.

FIDE (Antonio de) religioso profeso de la Órden de carmelitas calzados. Fué de nacion toscano, y vistió el hábito en el convento de carmelitas de la ciudad de Florencia. Aprovechó notablemente en los estudios; recibió la borla de doctor en teología, y en el capítulo general que celebró la Órden en Bolonia el año 1411 fué nombrado para enseñar escritura sagrada á los alumnos religiosos del colegio florentino. El papa Juan XXIII le nombró obispo calvense, sufragáneo de Capua en el reino de Nápoles, por letras dadas en Constancia en 25 de Febrero del año 1415, quinto de su pontificado. Mas á causa de la gran calamidad de aquellos infelices tiempos, en que afligia á la Iglesia el mas obstinado y horroroso cisma, es verosímil que nunca tomó posesion nuestro Antonio de aquel obispado. Elevado despues al sumo pontificado Martino V y calmada aquella furiosa tempestad, que habia conmovido todo el orbe cristiano, fué Antonio promovido canónicamente al episcopado, no al calvense en Nápoles, sino al suanense en Toscana. El dia, pues, 12 de Agosto del año 1418 fué instituido Antonio obispo suanense, bajo la metrópoli de Sena, por letras de Martino V dadas en Génova el mismo dia, en el año primero de su pontificado. Gobernó aquella silla, cuidando de su rebaño con esmero y vigilancia, y cumpliendo exactamente con las obligaciones de un buen pastor. Consagró la iglesia de S. Jorge de Monte Marani, de su diócesis, como lo atestigua una inscripcion latina que se lee en la pared de la misma, en estos términos: « Anno Domini MCCCCXXX fuit consecrata Ecclesia S. Georgii, Montis- « Marani, per Dominum Antonium de Florentia, Episcopum Suanensem, « die XXX mensis Octobris. » Murió por fin nuestro Antonio en Luca, á

principios del año 1433, y fué sepultado en el convento de su Órden. Escribió: 1.°: *Quæstiones Theologicæ*. 2.°: *Sermones ad populum*. 3.°: *De fide Catholica*, un libro.—A.

FIDE ó Fides (Julio de) jesuita. Fué natural de Brescia, ciudad de Lombardía, en Italia. Á pesar de la nobleza de su linaje, y de sus grandes riquezas que le prometian una posicion brillante en el estado seglar, prefirió abrazar la carrera eclesiástica por creer este estado mas seguro para evitar los frecuentes escollos, que ofrece el mundo á la inocencia y á la virtud. Hecho sacerdote, procuró cumplir con exactitud las obligaciones anexas á esta sublime dignidad. No satisfecho empero todavía, y deseoso de mayor estrechez de vida, determinó dejar completamente el siglo, y acogerse á puerto mas seguro, entrando en alguna Órden monástica. Entre ellas fué preferida la de la Compañía de Jesus, que como recien fundada, brillaban sus afiliados con todo el esplendor de la santidad y observancia regular. Abrazó, pues, este instituto, siendo uno de los sacerdotes, que viviendo en congregacion, renunciaron al mundo, y se entregaron á la rigurosa disciplina de la Compañía. Julio floreció mucho en ella, ya por la nobleza de su linaje, ya por su puntualidad en la observancia de las reglas. De la entrada en la Compañía de estos sacerdotes, á quienes habia movido Julio con su ejemplo, nació el colegio brixiense, que estableció el mismo Julio y dotó generosamente con su propio patrimonio. Por fin, despues de haber edificado á sus compañeros con su eminente virtud y raros ejemplos, habiendo llegado á una avanzada edad, murió en Cremona en el mes de Marzo del año 1609. Ántes de entrar en la Compañía escribió un poema pio y elegante, cuyo título, tomado de su argumento es: *Odolympia*; el cual dieron á luz sus parientes, suprimiendo el nombre de la Compañía, pero conservando el de su autor.—S. J.

FIDEAS ó Phideas, hijo de Axioram. Fué segun Josefo el décimo séptimo sumo sacerdote de los judíos. Tuvo por sucesor á Sudeas, segun el mismo autor; sin embargo, es de advertir que no se hallan estos nombres continuados en la Sagrada Escritura.—J.

FIDEL (S.) mártir. Fué natural de Milan, discípulo de S. Materno, obispo de la misma ciudad, y digno imitador de sus virtudes. En aquella época el emperador Maximiano levantó la cruel persecucion contra los cristianos, que trazó la historia de su vida con caractéres de sangre. Fidel, que fué uno de los adalides mas esclarecidos, abandonó entónces su patria trasladándose á Como. Aquí fué preso, maniatado, cargado de cadenas; y como los idólatras no pudiesen conseguir que cambiase en su santa resolucion, redoblaron sus esfuerzos contra el Santo, que por último cerró los ojos derramando su sangre en defensa de la enseña del Crucificado. Recibió la corona del mar-

tirio, segun el Martirologio romano, en 28 de Octubre, ó á lo ménos en este dia se celebra su memoria.—O. R.

FIDEL, Félix y otros veinte Santos mártires citados en el Martirologio romano en 23 de Marzo. Lo único que se sabe es que fueron martirizados á principios del siglo IV.—J.

FIDEL (S.). (Véase Basa Sta.).

FIDEL de Sigmaringa (S.) mártir. Se llama de Sigmaringa por haber nacido en la capital de este nombre, del principado de Hohenzollern-Sigmaringen, cabeza de partido, situada en la márgen derecha del Danubio y obispado de Constanza. En 1577 la familia de Regi, noble y católica, celebró el natalicio de un hijo en que fundaron desde luego las mas lisonjeras esperanzas: amáronle entrañablemente, porqué reconocieron en él un don precioso con que les favorecia la Divina Providencia. Este era Fidel. Mecido en la cuna de la prosperidad, al parecer estaba destinado para representar un papel brillante en la sociedad, y en efecto era así. Fidel con sus prendas personales debia aumentar el lustre de su familia; no militando bajo el estandarte de un príncipe audaz y emprendedor, sino siguiendo la enseña del Crucificado, á cuyo rededor se reunen todos los que aman la paz y la felicidad del género humano. Era muy niño aun cuando falleció su padre Juan Regi, y habiendo pasado su madre Genoveva Roserberger á contraer segundas nupcias, púsole bajo la tutela de un excelente eclesiástico. Este cultivó con particular esmero sus buenas inclinaciones, inculcándole los mas bellos sentimientos de piedad y abriéndole la puerta del templo de las ciencias. El jóven agradecido correspondió á los desvelos de su buen preceptor y ayo, y habiendo estudiado humanidades en su patria rivalizando con sus condiscípulos en aplicacion, esmero y acierto, pasó á Friburgo en cuya universidad cursó la filosofía y el derecho civil y canónico, donde recibió el grado de doctor no por condescendencia ni empeño, sino porqué lo merecia: así es que podemos decir sin vacilar que debió aquella distincion á su solo mérito. Durante todo el tiempo de los estudios manifestó Fidel un carácter afable, mucha condescendencia, grande humildad, aficion extraordinaria á la oracion y á las demas prácticas religiosas, amor al retiro, mucha reserva. Era muy parco en las palabras, prudente, cortés, logrando con su conversacion amena é instructiva cautivar la voluntad de cuantos le trataban. Sabia por otra parte dominar las pasiones; así es, que el horror que le causaba el vicio le daba alas para huir de los peligros á que se ven expuestos los jóvenes en este mundo de ilusiones. No habia determinado aun elegir estado cuando ejercia ya todos los actos de buen religioso, frecuentando los templos, acercándose á la Sagrada Mesa para recibir el pan de vida, entregándose á los ayunos y demas penitencias, ento-

nando bellos cánticos de gloria en loor de la Vírgen María, de cuya Señora era muy devoto. En el año 1604 fué invitado por tres jóvenes nobles de Alemania para que les acompañara en un viaje que tenian proyectado. Bien educados y de distinguidas familias, buscaron á Fidel porqué consideraron que á su lado podian llevar á cabo su proyecto con fruto y sin riesgo: le buscaron como á Mentor y como ayo, y no se engañaron; porqué Fidel en todos los actos de su vida fué siempre el mismo: siempre cauto, siempre prudente en el consejo, siempre amigo de la virtud y siempre ávido de la adquisicion de nuevos conocimientos. Partió con ellos, y con ellos recorrió toda la Alemania, la Francia y la Italia; en cuyo viaje emplearon seis años y pudieron decir bien empleados, porqué su principal objeto fué enterarse de las costumbres de cada pais, examinar las bibliotecas, visitar los talleres, admirar los monumentos y no olvidar nada de lo que puede ilustrar á un viajero. Segun indica la historia fué un viaje verdaderamente científico. En 1610 regresaron á su patria con la dulce satisfaccion de haber aprovechado el tiempo, enterándose de la historia de las naciones que recorrieron. Fidel se retiró á Villinga, que era donde por real decreto se habian transferido los tribunales y la universidad de Friburgo. Emprendió allí la carrera de abogado, y no habia despacho mas concurrido; porqué amigo inseparable de la justicia, no defendia mas que aquellas causas que segun su conciencia eran dignas de defenderse: y por lo mismo fué uno de los pocos que, despreciando la mezquina ganancia que puede proporcionar un litijio, pesaba ante todo en el fiel de la balanza la verdad, para no defender mas que la justicia. Su extraordinaria delicadeza, su prudencia en el consejo, la severidad en sus principios le pusieron mas de una vez en terribles conflictos; porqué en efecto, es horroroso tener que luchar con aquellos que fundan su doctrina en interpretaciones siniestras, que muchas veces ocasionan la ruina de las familias; siendo el resultado que al que gana no le queda otra satisfaccion que la de ver sumido en la miseria á su adversario, porqué los gastos de un pleito ruidoso se absorven por lo regular el capital y los intereses que se cuestionan. Estas consideraciones y el verse expuesto á cada momento á perder un buen pleito, por un sofisma del defensor contrario, por una mala interpretacion del tribunal, ó por los tristes efectos del soborno y de la intriga, de los cuales encontramos muchísimos ejemplos en los anales del foro de todas las naciones y en causas así civiles como criminales; estas consideraciones, repetimos, separaron sin duda á Fidel de la carrera del foro, prefiriendo abogar para con Dios en beneficio de la humanidad desvalida y para el bien general de todas las clases de la sociedad: y esta noble profesion no era fácil que la encontrase sino al pie de los altares. La primera idea que le ocurrió fué tomar el hábito del seráfico P. S. Francisco, en la humildi-

sima Órden de capuchinos ; sientiéndose animado de esta vocacion , se presentó al P. provincial , que residia en Friburgo, y pidióle con vivas instancias que le admitiese entre sus religiosos , en cuya Órden tenia ya otro hermano que se habia entregado con fruto al ministerio de la predicacion. El provincial le contestó al principio que era necesario ante todo que lo meditase bien y lo consultase con Dios , ponderándole la estrechez del claustro , el rigor de las penitencias , y sobre todo la grande importancia de la sagradas obligaciones que iba á contraer. Fidel besó la mano del Padre y se retiró con la cabeza inclinada , para darle sin duda la primera prueba de su humildad y obediencia ; pero como estaba bien resuelto , desde luego abrazó el estado eclesiástico. Ordenado de sacerdote y habiendo pronunciado ya en su interior el voto de pobreza , se presentó de nuevo al Padre provincial , quien le recibió con los brazos abiertos, bien persuadido que era una grande adquisicion para la Iglesia un varon que á la mas insigne piedad reuniese la sabiduría y una verdadera vocacion. Conseguida ya la vénia , vistió el hábito que tanto habia deseado en 4 de Octubre del año 1611 , que era precisamente el dia en que se celebraba la fiesta del glorioso S. Francisco. En aquel dia fué cuando celebró su primera misa , siendo la concurrencia del pueblo á este sublime acto tan numerosa cual jamas se habia visto : y en esta ocasion fué cuando mudó el nombre de pila que era el de Márcos con el de Fidel , que es el que le hemos dado desde el principio de este artículo. Confiaba en la Divina Gracia , y estaba bien persuadido que jamas faltaria á la fidelidad con que debia corresponder á los beneficios de Dios ; y este fué sin duda el motivo que le impulsó á tomar el nombre de Fidel. Así es que en el frontispicio de todos sus libros se hallaban escritas estas palabras de la Santa Escritura : *Esto fidelis usque ad mortem , et dabo tibi coronam vitæ* : Seas fiel hasta la muerte en el divino servicio, y te daré la corona de la vida eterna. « Los hechos correspondieron perfectamente á las palabras , dice un escritor , porqué empezó y prosiguió constantemente y con mucho fervor de espíritu el arduo camino de la perfeccion evangélica hasta llegar al colmo de la caridad , derramando su sangre por la gloria de Dios y por la salud de las almas.» Sigamos sus pasos , no le perdamos de vista ni un solo instante , acompañémosle hasta el sepulcro , veámosle entregar su espíritu al Señor ; y todos dirán con nosotros, este resúmen de su vida es exactisimo en todas sus partes. Habia cumplido ya los treinta y cinco años de edad cuandó entró en la estrecha Órden de capuchinos ; sin embargo , le bastó la sola palabra *deseo* para amoldarse perfectamente á las santas costumbres de sus cofrades , al rigor de las penitencias , á la estrechez del claustro , á la soledad religiosa y á todo cuanto puede agradar á Dios , mereciendo por lo mismo ser citado muy en breve como perfecto modelo de los religiosos de la Observancia. En todos los actos

de su religion Fidel procuraba siempre ser el primero ; en la obediencia y en la humildad no habia quien le aventajase : llenaba con exquisito celo todas las obligaciones que se le imponian por penosas que fuesen , y aprovechaba todos los momentos que le quedaban libres para postrarse ante el Señor , en cuya actitud permanecia absorvido en sus meditaciones como si fuera una estatua. Lo único que se le notaba entónces era el movimiento de sus párpados , la brillantez de sus ojos y de cuando en cuando algunas lágrimas que se deslizaban por sus mejillas : señales evidentes del fuego que abrasaba en aquellos momentos su espíritu ; señales inequívocas de la terneza de su alma; finalmente , señales inequívocas de la dulzura de su corazon : y este es sino duda el retrato mas verdadero que puede trazarse del piadoso capuchino. No habia concluido aun el noviciado cuando hubo de luchar con una tentacion , tanto mas temible en cuanto iba encubierta con el especioso manto de la virtud y del bien público. Representósele el siglo con varios atractivos , muchos de ellos propios para conmover un corazon sensible , que habia nacido para amar y ser amado con aquel amor sincero que forma el principal distintivo del que sus acciones son siempre santificadas. Una voz secreta le decia que siguiendo la profesion de abogado podia derramar con mas facilidad el bien que en la religion ; representábasele el pobre, la viuda, el huérfano, prontos á sucumbir bajo el peso del potentado ; veíales expuestos á la calumnia , á la traicion , á la injusticia y al oprobio. Figurábasele que su mano podia apartarla del sacrílego, que en su frenesí se precipita á arrancar el único bocado de pan que sustenta la vida del infeliz. Estas ideas y otras muchas combatieron su espíritu en aquellos momentos ; se afligió , suspiró y lloró amargamente , y viendo que á cada instante se aumentaba su preocupacion , corrió en busca del Padre provincial , se arrojó á sus pies y le pidió consejo. Se lo dió ampliamente , y este consejo con la ayuda de Dios , hizo triunfar á Fidel del genio del mal. Concluyó por fin el año del noviciado , y rebozando su corazon de alegría hizo su solemne profesion dedicándose al estudio de la teología ; cuya ciencia aprendió con la facilidad que era de esperar de un hombre versado ya en el derecho civil y canónico. Reconociendo sus superiores en Fidel todas las disposiciones necesarias para emprender la carrera del púlpito , le destinaron á ella. Principió , pues , á anunciar la divina palabra , y no tardó en justificar lo acertado de la eleccion. La voz de Fidel en la cátedra del Espíritu Santo resonó en todos los ángulos de la Alemania. Para conmover á su numeroso auditorio no necesitaba de frases elevadas , ni de aquella elocuencia que hemos admirado en otros oradores sagrados. La sencillez con que explicaba las santas verdades del Evangelio las hacia comprehensibles á toda clase de personas. El débil se fortificaba ; el incrédulo abria los ojos ; el hereje reconocia sus errores; y todos á la vez confesa-

ban que la caridad cristiana, tan recomendada por Fidel, era la única que podia labrar la felicidad de los hombres en esta vida, y asegurarles la bienaventuranza eterna: y esta verdad quedó atestiguada con las innumerables conversiones que hizo, con los muchos corazones empedernidos que ablandó, y con la multitud de gentes que separándose del camino del error despues de haber oido el orador Santo siguieron la via de salvacion. Este prodigio, que tal puede llamarse; este prodigio que prueba hasta la evidencia que Fidel con el apoyo de la Divina Gracia se hacia invencible, hizo que el buen religioso con toda su humildad fuese elogiado y bendecido de toda clase de personas. Poseia á la perfeccion los Libros Santos; se conocia que los habia profundizado detenidamente, y se valia del Antiguo y del Nuevo Testamento para corroborar sus sentencias con tanta oportunidad y con tal acierto, que al parecer no hablaba Fidel, hablaban las mismas Escrituras. No sabemos atinar si fué mayor el entusiasmo que excitó en los pueblos de Alemania, que la consideracion que se granjeó de sus superiores y de todos los religiosos; pues que miéntras los alemanes le daban los dulces títulos de Santo y de padre, miéntras inclinaban su cabeza ante el varon justo que habia sabido infundirles amor y respeto, honrábanle en los conventos con el cargo de guardian porqué conocian que era grande su virtud, mucha su prudencia, al paso que se mostraba infatigable en el cumplimiento de sus deberes. En efecto, observémosle dentro del claustro y le veremos vigilando siempre por el exacto cumplimiento de cuanto se previene en la regla: huye de la severidad y del castigo porqué está bien penetrado que la dulzura, la humildad, y en una palabra, el ejemplo de todas las virtudes son el mejor correctivo, aun en aquellos momentos en que la obcecacion conduce al hombre por una via torcida. Á todos les llamaba hijos, y con este nombre tierno y expresivo lograba dar lecciones saludables y mantener entre todos los religiosos el espíritu del Santo fundador. Salia del claustro para subir al púlpito, y apénas concluia corria á la cabecera del enfermo para prodigarle los socorros espirituales y temporales. Encontraba un pobre y le socorria; auxiliaba al desgraciado, consolaba al afligido; y en medio de su pobreza siempre tenia que dar, porqué Dios le proveia con la beneficencia de los ricos. Aun aquellos que por un exceso de amor á las delicias mundanas volvian el rostro á la miseria cedian á la mas leve insinuacion del Santo, como si las miradas de este varon infundiesen por sí solas el espíritu de caridad y de amor al prójimo. Cuando mas resplandeció en Fidel este don precioso que habia recibido de Dios, fué en la época en que la peste invadió el campamento de los austriacos. En aquella ocasion se excedió á sí mismo; para los desgraciados que se veian atacados de aquella terrible plaga fué mas que un hombre; fué un ángel, que en medio de las angustias de la

muerte derramaba el bálsamo consolador de la caridad. Habia entre ellos muchisimos franceses; pero como Fidel cuando se trataba del bien no hacia distincion de naciones ni de clases, del mismo modo auxiliaba á los unos que á los otros, despreciando su propia existencia. Asistíalos sin descanso; él mismo les preopinaba los remedios, les curaba las úlceras, y cuando la guadaña de la muerte cogia algun desdichado le auxiliaba en su último trance con tal celo y eficacia, que muchos de los que hubieran perecido agobiados del mal y de los remordimientos cerraban los ojos en paz, porqué reconocian en Fidel el instrumento del Dios de las misericordias. Parecia imposible que el cansancio, ocasionado por el ardor con que trabajaba, no le hiciese partícipe de aquel cruel azote; pero no sucedió así porqué Dios le tenia de su santa mano. Fidel era necesario en aquella época de herejía y de desórden; la voz del abismo se hacia sentir entre los sectarios de Lutero y de Calvino, y en vez de menguar, su eco continuaba cundiendo por toda la Alemania. Se necesitaba, pues, de otra voz fuerte, enérgica y persuasiva, que explicando las verdades del Evangelio destruyese el error y anonadase al impío; y esta voz fué la de Fidel. Animado de un celo extraordinario por la pureza de la fe recorria los pueblos de la Alemania, predicaba en los templos, disputaba en las plazas públicas, exhortaba en las casas particulares, y en todas partes hacia prosélitos; aumentando el número de las conversiones, entre las cuales se contaban las de muchos ministros y las de personas de alta categoría, porqué no habia quien argumentase con él ó le oyese con atencion que no cediese á la solidez de sus reflexiones. Esta conducta verdaderamente heróica le ocasionó como era de esperar terribles persecuciones por parte de aquellos que, manteniéndose tenaces en sus malas doctrinas, aprovechaban todos los momentos para destruir las buenas obras de Fidel. Este, impávido en los peligros, observaba con ellos una conducta particular: procuraba con razones convencerlos como á los demas, y cuando esto no bastaba, acudia á los tribunales, no con la intencion de perderlos, sino con el único y exclusivo objeto de atajar sus pasos para que cesasen los obstáculos, y para que no obstruyesen á los convertidos el paso al templo del Señor. Habiendo el gran Leopoldo recuperado á fuerza de armas varios pueblos del pais de los grisones, y deseando restablecer en ellos el catolicismo, manifestó desde luego deseos de que se enviasen allí algunos misioneros, que trabajando con eficacia y celo procurasen desengañar á las gentes sencillas, que arrastradas por los sofismas de los calvinistas seguian sus máximas de perdicion. Á este fin fueron elegidos diez religiosos capuchinos, de los cuales, con autoridad del Sumo Pontífice, la congregacion de *Propaganda Fide* eligió por cabeza y prefecto á Fidel, considerando que este varon apostólico era el mas á propósito para desem-

peñar el arduo y delicado cargo que se le confiaba. Fidel lo aceptó con placer, porqué previó desde el momento que en el desempeño de sus funciones iba á conseguir lo que tanto deseaba, la corona del martirio. Á fines pues del año 1621 salió á luchar de nuevo con los herejes, no con el rigor y las amenazas, sino armado del escudo de la verdad y de la fuerza del raciocinio; marchaba á pie descalzo, trepando los montes, descendiendo á los valles, recorriendo las aldeas, penetrando en las grandes poblaciones; y en todas partes hablaba palabras de paz y de consuelo, en todas partes derramaba el bien y en todas partes, por fin, dejaba señales inequívocas de las ínclitas virtudes que le santificaron. Dios ponia la victoria en sus manos, porqué no pasaba dia en que no se multiplicase hasta lo infinito el número de sus conversiones debidas mas aun, segun expresion de un escritor, al fruto de las oraciones fervorosas en que empleaba la mayor parte de las noches, que á sus sermones y conferencias. Sus repetidos triunfos encendieron el odio de los enemigos de la fe: los calvinistas juraron su pérdida, y pronunciado este sacrílego juramento, no perdonaron medio ni fatiga para conseguirlo á mansalva. Temian estos malvados las consecuencias del inaudito crímen, atendido el grande influjo que ejercia Fidel en los corazones; y por lo mismo á fin de evitar los efectos de la venganza tantearon el engaño y valiéronse para ello de un gran número de asesinos, quienes presentándose encubiertos con el manto de la hipocresía hicieron entender al Santo que deseaban oirle en un templo de católicos en el lugar de Sevis, prometiéndole abjurar sus errores y entrar verdaderamente contritos en el seno de la Iglesia. Fidel sospechó del lazo, y desde entónces ya no pensó mas que en prepararse para el terrible trance, pasando las noches en fervorosa oracion ante el Santísimo Sacramento ó ante un Crucifijo y muchas veces postrado en tierra. En el mismo dia en que murió hizo su confesion sacramental con un compañero suyo, celebró el Santo Sacrificio de la Misa y predicó despues en Gruch, poblacion que contaba un número considerable de vecinos. Ántes de concluir su sermon, que pronunció con mas fervor que nunca, quedó silencioso repentinamente, con los ojos fijos hácia el cielo y arrebatado de un éxtasis que dejó pasmados á todos los que presenciaron aquel acto. Predijo despues su muerte á varias personas en los términos mas claros, terminando sus cartas con estas palabras: *El hermano Fidel que muy pronto será pasto de gusanos*. Parte luego para Sevis, se dirige á la iglesia, sube al púlpito y ántes de principiar su exhortacion baja la vista y descubre un billete que contenia estas precisas palabras: *Hoy predicarás y no mas*. Á cualquier otro que no hubiese sido Fidel aquel único hallazgo bastaba para cortar el hilo de su discurso: veia cercano su fin, conocia ya perfectamente las intenciones de los enemigos del Señor, de un momento á otro debia comparecer ante el trono del Eterno, y cada una

de estas consideraciones bastaba por sí sola para llenar de angustia el corazon del hombre mas prevenido y mas de sangre fria; pero á Fidel nada le arredra: comienza su sermon con el mismo espíritu, con la misma libertad que siempre: logra enternecer á muchos; no obstante, en el momento del triunfo penetran en la iglesia hombres de siniestro aspecto, armados de puñales y de otras varias armas: uno de ellos le dirige un disparo pero no logra el objeto. Entónces Fidel baja del púlpito, penetra entre la multitud y se arrodilla en el presbiterio donde pronuncia con voz sonora y clara la encomienda del alma. Su rostro brilla con la luz de la Gracia, y aquellos resplandores enervan por un momento los brazos de los asesinos: entre tanto considera Fidel que su muerte es inevitable; y deseando que no se aumente el horror del sacrilegio sale del lugar santo por una puerta del lado: los herejes le siguen, y al llegar á fuera, viéndole de rodillas, clavan el hierro homicida en su corazon, miéntras que el Santo con los ojos y los brazos levantados al cielo, á ejemplo del Proto-mártir S. Estévan, ruega á Dios por la conversion de los mismos que le matan. El puñal no cae de las manos de los asesinos, y redoblan los golpes causándole veinte y tres heridas, por donde arroja Fidel su preciosa sangre, en 24 de Abril de 1622, dia en que la Iglesia celebra su memoria. Bútler en sus *Vidas de los PP. mártires y otros principales Santos* refiere la muerte de S. Fidel con alguna variacion. Dice, que en efecto un atrevido calvinista descargó su mosquete en el acto de pronunciar Fidel la divina palabra; que los católicos le aconsejaron que huyera de aquel lugar, y que el Santo les respondió que la muerte era su ganancia y su alegría, y que estaba dispuesto á dar la vida por la causa de Dios; que al volverse á Gruch le salieron al camino veinte soldados calvinistas con un oficial que les mandaba; que le llamaron profeta falso y le quisieron persuadir que abrazase la secta de ellos; que el Santo contestó: «yo soy enviado á vosotros á estirpar, no á abrazar vuestra herejía: la religion católica es la fe de todos los siglos; y yo no temo la muerte.» Que uno de ellos le derribó en el suelo de un golpe que le dió en la cabeza con el puño de la espada; que el mártir volvió á levantarse; y que puesto de rodillas, y extendidos sus brazos al cielo en forma de cruz, dijo con una voz macilenta y débil: *Señor, perdonad á mis enemigos: ciegos de la pasion no saben lo que se hacen. Señor Jesus, tened misericordia de mí: María Madre de Cristo asisteme.* Que de otro golpe le hundieron el cráneo y cayó de nuevo en tierra inundado en su propia sangre; que no contentos con esto los soldados redoblaron sus golpes y le cortaron la pierna izquierda para castigarle, segun ellos decian, sus muchos y dilatados viajes emprendidos para predicarles la fe; y concluye, que una mujer católica estuvo escondida cerca de aquel sitio durante tan terrible escena, y que despues de haberse marchado los soldados quiso ver

mas de cerca sus efectos y halló al mártir con los ojos abiertos y elevados al cielo. Así lo refiere Bútler, fundándose sin duda en lo que dijo Plácido abad de Weissenau, ó Auguia Brigantina en la *Vida* que escribió de este Santo y que publicó Bernardo Pez, bibliotecario de la famosa abadía de Melch en Austria, en su *Biblioteca ascética*, tomo X, pág. 403. Pero aunque en el modo de referir este hecho se note alguna diferencia entre lo que dicen los historiadores, el resultado siempre es el mismo; el alma de Fidel subió al cielo coronada con la aureola del martirio, donde intercede por los infelices de la tierra. El cuerpo de este dichoso mártir fué sepultado en la iglesia de Sevis, desde donde le trasladaron con gran pompa á la ciudad de Coira. Refieren las historias que en cierta ocasion, cuando los austríacos católicos batallaban contra los herejes, muchos de los soldados, y aun el mismo general de los herejes vieron á S. Fidel en los ayres rodeado de inmensa luz, que con la espada en la mano les aterrorizaba; cuyo milagro atestiguaron los mismos herejes. De este hecho no se conserva mas que la tradicion; pero para que se vea hasta que grado distinguió Dios las reliquias del Santo de los trescientos cinco producidos en el proceso, referiremos seis aprobados por la Santa Sede en los actos de su beatificacion y canonizacion. El primero fué uno de aquellos que no puede referirse sin asombro. Pegóse fuego en el castillo de Mansfelt, y como el peligro creció instantáneamente la guarnicion se daba por perdida, atendido á que veian arder el techo de la cuadra donde estaba depositada la pólvora. En tan terrible conflicto invocan al Santo para que interceda por ellos, y el resultado fué que á pesar de que caian maderos encendidos sobre montones de pólvora, esta no llegó á inflamarse, debiendo de este modo los soldados su salvacion á la intercesion de S. Fidel. El segundo se refiere de este modo: una monja llamada Cecilia Nunsingerin se vió atacada de una terrible inflamacion, que no queria ceder á fuerza de remedios, y que por último dió que sospechar que se le formaba un cáncer en el pecho. Aplicaron á la parte infestada del mal algunas reliquias de S. Fidel y en el momento desaparecieron los síntomas quedando perfectamente restablecida. El tercero aconteció con un niño llamado Pablo Francisco Papusin: este pobre muchacho padeció desde su infancia un humor maligno en uno de sus ojos, en términos que llegó á perderlo casi enteramente, sin que de nada sirvieran todos los recursos del arte de curar. Acudió su madre á S. Fidel, y por su intercesion alcanzó de Dios libertar á su hijo del mal que padecia. El cuarto consta del modo siguiente: Gaspar Stigher padeció por espacio de cinco años de un dolor en las espaldas que concluyó con invadir todo el cuerpo dejándole enteramente paralítico. Este buen hombre rogó á S. Fidel, tocó con fervor el hierro de una de las lanzas que ocasionaron su muerte, y quedó inopinadamente sano y salvo y con mas robustez que ántes de sufrir

el ataque. Estos fueron los cuatro milagros aprobados, como hemos dicho ya, por la Santa Sede para su beatificacion. El papa Benedicto XIV procedió á su solemne canonizacion despues de justificados los dos siguientes: el primero lo obró el Señor con Fr. Cándido de Milan, sacerdote capuchino: diez años habia que este buen religioso padecia de una epilepsia que le causaba una continua desazon, privándole aun del preciso descanso; se hallaba ya con las fuerzas extenuadas y postrado en el lecho del dolor, sin que le quedase accion ni aun para mover las manos: imploró el auxilio del glorioso S. Fidel, oró ante su imágen, el confesor le bendijo con ella y desde el momento quedó libre, levantándose inmediatamente y siguiendo desde aquel dia toda la observancia de su instituto; siendo lo mas particular que en lo sucesivo anduvo algunas veces muchas millas á pie sin experimentar el mas leve síntoma del mal que habia padecido. Finalmente, quedó probado que un muchacho llamado Kizner, que siendo aun niño de leche quedó imposibilitado de pies y piernas á causa de una raquítis: llevado por su piadosa madre al altar de S. Fidel, apénas hubo orado arrojó las muletas y anduvo desde entónces por sus propios pies.—J. M. G.

FIDEL ó Fidelle (Luis) canónigo de Tournay y doctor en la universidad de Paris durante el siglo XVI. Estas son las únicas noticias que nos dan los biógrafos: añaden, que murió en 1562 despues de haber publicado varias obras, de las cuales citan: 1.ª: *De Mundi structura, seu sex dierum opificio*, lib. VIII. 2.ª: *De humana restauratione, seu de incarnatione Domini*. 3.ª: *De militia Spirituali*, lib. V. Hablan de este escritor Le Mire, *de Script. Sac. XVI.*, Valerio Andres, *Biblioth. Belg.* etc.—U.

FIDENCIANO (S.). (Véase Segundo (S.).

FIDENCIO y Terencio (SS.) mártires. Eran naturales de Capadocia; y habiendo pasado desde Syria á Roma cuando imperaban Diocleciano y Maximiano, recibieron la corona del martirio despues de haber sufrido los mas crueles tormentos con la presencia de ánimo y la paciencia de que dieron tantas muestras los cristianos en los primeros siglos de la Iglesia. Una piadosa mujer, agradecida al favor que le habian alcanzado de Dios devolviendo la salud á su hijo, les dió honorífica sepultura. La Iglesia segun el Martirologio romano celebra la memoria de estos Santos en 27 de Setiembre.—J.

FIDENCIO (S.) obispo y confesor. Segun dicen los libros que nos han conservado su memoria aprendió en la escuela de la virtud la doctrina de los Apóstoles, quienes le destinaron á predicar el Evangelio despues de haberle ordenado de sacerdote. Enamorado de las verdades del Evangelio alcanzó agradar á Dios; de modo que adornado de la Gracia alcanzó tambien ser dotado del don de hacer milagros. Su prudencia y el celo que desplegó en propagar la fe le señalaron un lugar distinguido entre los defensores

del cristianismo. Fué elegido despues obispo de Pavía, y entónces redobló sus trabajos apostólicos, hasta que le alcanzó la muerte en el año 166. Mereció por sus ínclitas virtudes ser continuado en el numeroso catálogo de los mártires: en este libro precioso que con el título de Martirologio romano nos recuerda las hazañas y victorias de cuantos militaron bajo la enseña del Crucificado. Su fiesta se celebra en 16 de Noviembre.—J.

FIDENZA. (Véase Buenaventura (S.).

FIDI (V. Madre Sor Inés) monja de Sta. Clara. Vamos á trazar el cuadro apacible de una vida pasada á la sombra del claustro cual muchas otras habremos ya trazado, pero que procurarémos caracterizar para huir en lo posible de la monotonía. En la provincia de la Marca, ducado de Urbino, hállase un castillo llamado Alfoglio, en el cual de nobles y opulentos padres nació esta sierva de Dios. Empezó ya desde su mas tierna edad á despreciar los placeres y halagos del mundo, y adelantando con los años en el verdadadero conocimiento del celeste Esposo, corria con pie tan puro por la senda de los divinos preceptos, que llamarse podia norma del vivir cristiano y espejo de las doncellitas de su patria. Apénas llegada á la edad de quince años, para tener mejor el cuerpo sujeto y pronto al servicio del espíritu, no solo le afligia llevando un áspero cilicio, que por ser demasiado crudo y punzante le rompió una vena que la redujo al fin de la vida, sino que con rigurosos ayunos y vigilias sobremanera lo afligia y crucificaba. Despues que los de su familia se habian separado para ir al descanso, simulando tambien ella con santa ficcion haberse entregado al mismo reposo, dejaba muy prestó la quietud de su lecho, y por largo tiempo de la noche se retiraba ocultamente á un angosto rincon de la casa, y allí, ó atormentaba su carne con azotes, ó devotamente oraba, hasta el punto de cogerla muchas veces el dia sin haber dejado la oracion. Con admirable paciencia toleraba las adversidades y las contradicciones de la ajena voluntad y sentimiento; y solo por el celo que en sí misma nutria de cumplir el precepto de amar á los enemigos, *Diligite inimicos vestros*, hasta con el homicida de su propio padre, mostrábase cuidadosamente cortés y amable. Era ademas tal y tanta su piedad hácia los pobres, que con especial virtud los amaba tiernamente, quitándose de la propia boca el pan y demas alimentos para socorrer á los necesitados. Pero en lo que superó la virtuosa niña á muchos siervos de Dios fué en el ardiente celo del honor divino: por lo cual, si acontecia que entre sus domésticos hubiese alguno que no prestase el debido honor y reverencia á Dios, ó bien que con palabras ó con hechos positivamente lo deshonrase, agriamente le reprehendia, y con fuerte resistencia se le oponia; de manera que todos, y en particular su hermano mayor, temian asaz sus justas reprehensiones. Mas, con un alma tan inflamada en el celo y en el amor de Dios, no podia

descansar en el siglo; y así vióse atraida por la dulce violencia del deseo á la religion del gran padre seráfico S. Francisco, y con fervientes súplicas rogaba al Señor y al Santo patriarca y á la vírgen Sta. Clara se dignasen aceptarla por hija suya, lo cual le fué concedido despues de haber superado las contrariedades de sus parientes que no fueron pocas ni ligeras; y al fin en 28 de Abril del año 1673, con júbilo inexplicable de su alma, obtuvo el tan suspirado hábito de la estrecha observancia de la Órden de Santa Clara en el venerable monasterio de Urbino, que con el mismo nombre se llama bajo el cuidado y direccion de los Padres menores reformados. ¿Mas quién podrá explicar cuanto se enfervorizase su espíritu al vestir el nuevo hábito, y cuanto procuró imitar las virtudes y la vida de su Santo patriarca Francisco y de la Santa madre Clara? Empezó el año del noviciado bajo la direccion de una grande maestra de espíritu, é hizo en breve tan considerables progresos en la virtud y en la mortificacion de todas sus pasiones, que dió señales, aun novicia, de adelantar á las mas provectas de aquel monasterio; por manera que desde entónces comenzó una vida mas angélica que humana. Terminado el año de la prueba fué por unanimidad de votos admitida por las Madres religiosas á la solemne profesion, que siguió en 3 de Mayo, dia dedicado á la Invencion de la Sta. Cruz del año 1674. Luego que se vió salida del estado de novicia, ponderando la grande obligacion que tenia de ser perfecta, dióse de todo punto á cerrar las puertas de su corazon á las criaturas y en particular á las cosas del siglo. Era su vida tan irreprehensible y tan grande su modestia, que sin hablar, aunque tan jóven con su ejemplo avivaba la tibieza y negligencia de las religiosas ménos cautas. Grande era el afecto que tenia á la oracion, en la cual empleaba mucha parte del dia y de la noche: especialmente por la tarde se encerraba en el coro delante del Santisimo Sacramento hasta que era tiempo de ir á acostarse para dar algun reposo al cuerpo; pero este era muy corto, pues levantándose de nuevo para la oracion, era la primera de ir á maitines, y asistia por la mañana en todas las misas que podia, sin que jamas en todo el tiempo de su vida, aun cuando estaba ocupadisima en los oficios de caridad y del servicio del monasterio, faltase una sola hora al oficio divino del coro. Á todas con palabras y con hechos prestaba amorosos obsequios de servitud, dándoles en todas sus necesidades dulce socorro y ayuda; con lo cual daba bien á conocer que quien posée el amor de Dios y la caridad del prójimo en el alma, como si se le comunicase la actividad de aquella llama, se vuelve tan ágil y operadora, que hace mas una de estas en una hora que otra en seis. En suma, teníase como milagro el que pudiese aquella sierva de Dios obrar tanto en los oficios de Marta, cuando unida á los pies de Cristo, parecia estar allí solo con Magdalena; pues que no apartando nunca los

ojos del alma de la divina presencia, solia á menudo en todas sus acciones dirigir amorosos dardos de oracion jaculatoria, que no podian dejar de ser muy gratos al amante Supremo procediendo de un corazon intacto que desde los diez años de su edad tenia siempre fijo é inmóvil el santo deseo de conservar el hermoso candor de la virginidad. Fué siempre puntualísima en la observancia de su regla hasta en sus mas mínimas circunstancias, como asimismo de la santa pobreza; pues que no solo no tenia nada propio, sino que era tan enemiga de su comodidad, que hasta en el vestir se contentaba de cubrir sus carnes con los hábitos estropeados y viejos de puro usados de las religiosas que habian pasado á mejor vida, asegurando que ni aun con éstos era digna de vestirse: y bien dió claras muestras de aborrecer sus propias comodidades, cuando ni aun de las pocas rentas necesarias para su uso quiso disfrutar sola, sino agregándose con las demas de las hermanas. No podia Inés dejar de estar unida siempre con su esposo Jesus, teniendo por costumbre el contemplar la pasion del Redentor; y se encendia mas aun cuando postrándose delante la imágen del Crucificado que habia en el coro, con el fin de implorar alguna gracia para sí ó para el prójimo, no se levantaba si ántes no era oida. Y si tal vez para alguna persona amiga suya no conseguia lo que deseaba, sabia tan bien satisfacerla con palabras de caridad, que se tenia por favorecida, como si hubiese alcanzado su intento. Así sucedió con Sor Gesualda Rivieri, monja en el mismo monasterio de Sta. Clara de Urbino, que afligida por la peligrosa enfermedad de Sor Carlota Albanini fué consolada por Sor Inés y dispuesta á conformarse con el beneplácito de Dios, manifestándole que estando en oracion le habia sido revelado que en aquella enfermedad Dios queria llamarla á sí; como sucedió pocos dias despues. Informados los superiores y asegurados de la bondad é integridad de aquella sierva de Dios, y habiéndola experimentado en muchos oficios, conocieron que seria muy á propósito y hábil para instruir la juventud, no ménos por el ejemplo de su vida religiosa que por la destreza y prudencia en dirigirla por la via espiritual; y por esto fué varias veces destinada para maestra de las novicias, en cuyo oficio procuró con incesante solicitud imprimir en el ánimo sencillo y abierto de aquellas tiernas plantas el amor santo de Dios y aquellas hermosas virtudes necesarias para adornar una verdadera esposa de Cristo: por lo cual era admirable el ver cuan grande era su paciencia en amaestrarlas, su mansedumbre en corregirlas y su vigilancia en tenerlas siempre ocupadas; de modo que las mismas sus hijas y discípulas aseguraban que si algo de bueno reconocian en ellas todo lo debian á su prudente y santa maestra, la cual para dar ejemplo á sus queridas discípulas ponia mano á los mas bajos y viles oficios del monasterio, considerando siempre que á

imitacion de su Esposo Divino habia venido á *ministrare* no *ministrari*. Mas porqué *omnis qui se humiliat exaltabitur*, cuanto mas se ponia bajo los pies de sus monjas, tanto mas á los ojos de los superiores se hacia digna de ser cabeza de todas, y por eso fué seis veces elegida abadesa. No es creible lo que sentia ocupar aquel primer lugar cuando se consideraba indigna hasta del último: y si bien lloraba inconsolable su miseria, viéndose forzada á hacer de la superiora y reprehender á tantos ángeles cuantas eran las monjas, aunque en las imperfecciones de sus súbditas siempre se miraba á sí misma como llena de ellas, y aun de mayores; con todo, mostrábase ansiosa de agradar no tanto á las monjas, como asimismo al Criador, no tolerando el mas mínimo defecto, sino aplicándole oportunamente el remedio. En todas las necesidades ponia la esperanza en Dios, y toda la confianza en la Divina Providencia; y cuando mas exhausta de dinero se encontraba para socorrer la necesidad de las pobres enfermas, entónces mas provista se veia de inesperados auxilios de piadosos bienhechores. Aplicábase voluntariamente á los quehaceres del convento, aunque abadesa, por viles y fatigosos que fuesen; era la primera en asistir á las enfermas; en la frecuencia del coro se dice que prevenia á todas las otras; proveia con la mayor caridad á las necesidades de sus súbditas, y para animarlas mas á la consecucion de la perfeccion religiosa exhortábalas á menudo con fervorosos discursos á la exacta observancia del instituto: por lo cual aquellas buenas madres, movidas por los raros ejemplos de virtud y de las excelentes lecciones de su prelada, vivian con tal inocencia de costumbres, que aquel monasterio parecia una casa de ángeles. Y así como vivia encendida en deseos de acercarse al Sacramento Eucarístico del altar, así procuraba con su frecuencia encender á sus monjas á imitarla. Y si advertia que alguna retardaba alimentarse con el Pan sagrado por escrupuloso respeto, la exhortaba á ejemplo del seráfico S. Buenaventura que depusiese todo temor y que se acercase á aquella Divina mesa para no privarse del provecho espiritual y de los dones celestes que allí se dispensan. Así que, tanto en el tiempo en que fué súbdita, como cuando se halló superiora, ejercitóse de continuo y se señaló en la santa virtud y especialmente en la conformidad con Dios; por la cual si mas sujeta se hallaba á muchas molestias y adversidades, así propias como de sus parientes, mas las sostenia con grande intrepidez y singular alegría. Á mas de las muchas virtudes y dones con que fué favorecida de Dios esta su ferviente sierva, opinaron muchas personas así seculares como religiosas que fué distinguida no solo con el espíritu profético, por haberles predicho muchas cosas que despues acaecieron y se verificaron todas tal como las habia prenunciado, sino tambien con la virtud de penetrar lo íntimo del corazon, habiendo descubierto á una religiosa un

secreto de su alma, que como despues confesó ella misma con toda verdad solo á Dios y á ella era conocido; refiriéndose haberlo hecho tambien en otras ocasiones. Finalmente, ejerciendo la sierva de Dios por la sexta vez el oficio de abadesa, la regaló el Señor con una dolorosa enfermedad de gangrena en el pecho, la cual sufrió con pasmosa paciencia por el espacio de catorce meses continuos, y particularmente en el decurso de un mes y medio ántes de su tránsito, que para mas purificarla parecia haber reunido en sí innumerables enfermedades, y especialmente atroces é intensisimos dolores en todos los miembros, que sufrió con inexplicable resignacion y constancia. Y así fué llamada por el Esposo Divino para las celestes bodas en el dia 5 de Enero sobre las cuatro de la madrugada del año 1714 con la mas apacible tranquilidad, sin una sola palabra desacertada como suele acontecer; por manera que su confesor ordinario el P. Lorenzo del Monte Filatrano, que se hallaba presente, creyó por largo rato que habia entrado en un placidisimo sueño. Cuando fué llamado el sobredicho confesor para asistir á la esposa de Cristo moribunda, se hallaba recargado en el mayor acceso de la fiebre; mas luego que hubo entrado en la clausura, no padeció la menor incomodidad, cual suele causar á cualquier otro tan fuerte accesion de fiebre; ántes al entrar en el aposento de la misma moribunda sintió un cierto confortativo y júbilo espiritual, como depuso él mismo, que no sabia explicarlo, y solamente añadió que parecia hallarse allí presente toda la córte del Empíreo por la suavidad del aire que casi sensiblemente le parecia percibir. Despues de haber espirado el alma bendita de Inés, su cadáver fué expuesto en el lugar acostumbrado, en donde estuvo casi dos dias continuos; y fué tan frecuente y numeroso el concurso del pueblo de todo sexo, edad y condicion, que era un pasmo, aclamándola todos por una gran sierva de Dios, en términos, que dejó al mundo un gran concepto y opinion de santidad: en prueba de lo cual muchos se tenian por dichosos si lograban obtener una pequeña parte de su hábito ú otra cosa de que hubiese usado en vida, esperando que con el tacto de tales reliquias y con la intercesion de Sor Inés alcanzarian gracias y beneficios temporales y espirituales. «Es verdaderamente grande, dice S. Liguori, la dicha de una vírgen, que santamente gloriándose pueda decir: Aquel mismo á quien sirven los ángeles en el cielo, el mismo es mi Esposo: él tuvo la bondad de ponerme el anillo y de coronarme como á esposa suya: siendo el Rey y Señor del universo se ha dignado ceñir mis sienes con la corona de reyna. Pero advertid bien, añade el Santo, religiosa que leeis esto, que esa corona, miéntras vivais sobre la tierra, no es eterna, ántes bien podeis perderla por vuestra culpa. «Mantén lo que tienes, decia S. Juan al obispo de Filadelfia, no sea que otro se lleve tu corona.» Si quereis, pues, no veros arrebatar

corona tan preciosa, es preciso la tengais con firmeza (como la tuvo nuestra Sor Inés) y por esto despegaos de las criaturas, y unios siempre mas con Jesucristo por medio del amor y de la oracion, diciéndole repetidas veces: Esposo mio, no permitais que yo me aparte jamas de vos: y cuando se presentarán las criaturas para ocupar vuestro corazon, y apartaros de vuestro Esposo, clamad entónces con el Apóstol, puesta toda la confianza en el Señor: ¿Quién será capaz de apartarme del amor de Jesucristo? nadie, ni la muerte, ni la vida, ni criatura alguna podrá apartarme del amor de mi Dios.» Hasta aquí S. Liguori, con cuyas palabras hemos pensado concluir la Vida de la ejemplar monja Sor Inés Fidi. Las noticias que hemos dado de esta sierva de Dios se han tomado de las *Relaciones de la provincia reformada de la Marca*, de que fué religiosa aquella vírgen, y del *Leyendario franciscano* del P. Benedicto Mazzara.—J. R. C.

FIDO ó FEYDO (S.). Cuando S. Martyrio, monje nitriota, huyendo de la persecucion que contra los ortodoxos promovió en el año 457 de nuestra era Timoteo Eluro, patriarca de Alejandría, pasó con S. Elías á ser discípulo de S. Eutimio; retiróse en lo mas profundo de la soledad, dándose á todas las austeridades de una vida contemplativa, y atrayendo á los rigores del desierto una infinidad de prosélitos. Muerto Eutimio, el patriarca Anastasio sacó á aquellos dos Santos de su vida solitaria, y llevados á Jerusalem los ordenó de presbíteros, haciéndoles entrar en el número de monjes clérigos de la Santa Resurreccion. Muerto Anastasio en 478, sucedióle Martyrio en aquella silla patriarcal; y al saber que el emperador Zenon era restablecido á su imperio, le envió por solemne legado al monje diácono Fido, con el objeto de que atajase los daños que causaban los cismáticos en la iglesia de Jerusalem. Embarcóse el legado en Jope; feliz al principio en su navegacion, pero cuando se halló en medio del mar Parténico, embravecióse de tal manera el inconstante golfo, que se hundió fracasado el buque en el abismo de las aguas. Viéndose Fido tristemente absorvido por las airadas olas, tuvo la dicha de dar con un madero de la inundada quilla, y sostenido de él pudo llegar á asirse de una roca. Destituido de todo humano socorro, invocó á su santo padre Eutimio, y, segun se lee en las actas de este Santo, luego que le hubo invocado de corazon le divisó pisando la encrespada espuma del mar. «No temas, Fido, le dijo, pues soy el siervo de Dios Eutimio. Sabe que no es de agrado suyo este viaje, ni de utilidad alguna á su Iglesia. Así, pues, conviene que te vuelvas al que te envió, y mándale en nombre mio que no le dé ansia la division de los cismáticos, pues en breve y ántes de terminar su gobierno logrará la apetecida union y paz, y todos los que están en Jerusalem formarán una sola grey debajo de un solo pastor. Conviene tambien que vayas á mi sitio llamado Laura, y derribes desde sus ci-

mientos sus celdas, y en el lugar mismo donde erigiste mi sepulcro levantes un monasterio, pues Dios no gusta que aquel lugar sea Laura sino Cenobio.» Apénas habia concluido el discurso, envolviéndole el Santo con su palio, se halló Fido á las puertas de su casa en Jerusalem, libre de los furores del mar. Fuése luego á S. Martyrio, el cual, atónito al verle, oida de su boca la relacion de lo acontecido, alabó á Dios por lo admirable que se ostenta en sus Santos. Aplicóse luego el patriarca en convertir en monasterio el lugar de la Laura, encargando á Fido la direccion de la obra. Y asimismo vióse en breve extinguido felizmente el cisma, que tanto afligia á la Iglesia, por la influencia de S. Marciano, archimandrita de Belen; y S. Martyrio rebozando en júbilo espiritual acogió á los extraviados en el redil católico. Concluida dentro de tres años la fábrica del monasterio é iglesia vino á consagrarla el Santo patriarca, á cuya solemnidad, que fué el lúnes 7 de Mayo del año 484, concurrió gran número de monjes, así de Jerusalem como de las soledades circunvecinas. En 486 quedó vacante la mitra de la ciudad de Doron, y el patriarca la puso en las sienes de Fido, en quien contemplaba no pocos rasgos de las excelentes virtudes de su gran padre San Eutimio. Finalmente, despues de muchos apostólicos afanes por la paz y tranquilidad de la Iglesia, acabó gloriosamente la carrera de sus dias. —N. A. T.

FIDOLO (S.) confesor. Floreció en Francia en el siglo VI. Las noticias que tenemos de este Santo son: el haber sido abad de un monasterio célebre por la regularidad de la vida que en él se observaba, y que murió en Tróyes por los años de 1540; pero su vida debió ser muy ejemplar cuando mereció ser continuado en el Martirologio romano en 16 de Mayo.—J.

FIESQUE (Guillermo de) cardenal. Era natural de Génova de la distinguida familia de los condes de Lavagne y sobrino del papa Inocencio IV, quien le elevó á la dignidad de cardenal diácono del título de S. Eustaquio en el mes de Diciembre de 1244. Este Pontífice le dió ademas la proteccion de los agustinos, y le puso al frente de algunas tropas que marcharon contra la Francia. El cardenal iba á cumplimentar estas órdenes cuando recibió la noticia de la muerte de su tio. Se encontró en la eleccion del papa Alejandro IV, y murió en Roma en 1256, siendo sepultado en la iglesia de S. Lorenzo, donde se le erigió un magnífico sepulcro.—U.

FIESQUE (Lúcas de) natural de Génova. Fué continuado en el número de los cardenales por el papa Bonifacio VIII en 1298. Mostróse muy reconocido á Su Santidad, cuyo partido abrazó en Anagnie cuando fué arrestado por Guillermo de Nogaret y Sciarra Colona. Fué nombrado por el papa Clemente V con otros cardenales para practicar la ceremonia de la coronacion del emperador Enrique VII. Este prelado fué enviado igualmente por Juan

XXII en calidad de legado á Inglaterra, y en todas partes se señaló por su sabiduría, por su prudencia y por su piedad. Murió en 1336, y fué sepultado en la iglesia metropolitana de Génova, donde se ve su sepulcro. Hay quien ha querido suponer, como por ejemplo Onofre y Ciaconio, que fué depositado en la iglesia de franciscanos de Aviñon; pero esta circunstancia no queda probada.—J.

FIESQUE (Juan de) cardenal, obispo de Vercelli. Fué elevado á la dignidad cardenalicia por el papa Urbano VI en 1378, y murió en 1381. El Papa sintió extraordinariamente su muerte, y como una prueba de lo mucho que le queria dió el capelo á Luis de Fiesque, segun unos en el mismo año 1381, ó segun otros en 1384. Luis se encontró en la eleccion de Bonifacio IX, quien le envió de legado en la Campaña de Roma, donde sometió á la obediencia de la Santa Sede algunas ciudades que se habian sublevado, y entre otras la de Anagni. Despues se retiró de la obediencia de Inocencio VII para seguir á Benedicto XIII mas para complacer á la ciudad de Génova, su patria, que por inclinacion; y en su consecuencia no tardó en abandonarle para reunirse con Alejandro V, segun la invitacion que se le hizo por parte del concilio de Pisa. Juan XXII le dió el gobierno de Bolonia; de allí se trasladó al concilio de Constanza, donde se encontraba en la época de la eleccion de Martino V. Éste le envió de legado á Sicilia, y murió á su regreso á Roma en 3 de Abril de 1423.—U.

FIESQUE (Jorge de) cardenal, arzobispo de Génova durante el siglo XV. Fué continuado en el catálogo de los cardenales por el papa Eugenio IV en el concilio de Florencia en 18 de Diciembre del año 1439, bajo el título de Sta. Anastasia. Nicolas V le quitó el obispado de Ostia y al propio tiempo le nombró legado de la Liguria. Supo granjearse la estimacion particular de Calixto III y de Pio II, y murió en Roma bajo el pontificado de este último en 11 de Octubre 1461. Su cuerpo fué trasladado á Génova y colocado en un sepulcro en aquella iglesia.—U.

FIESQUE (Nicolas de) cardenal, arzobispo de Embrun y de Ravena. Era hermano de Franco de Fiesque, conde de Lavagne. El papa Inocencio VIII habia determinado honrarle con el capelo; pero recibió esta dignidad del papa Alejandro VI en el mes de Mayo de 1503 por recomendacion de Luis XII, que miraba á los señores de la casa de Fiesque como personas muy adictas á su dinastía. Nicolas obtuvo tambien en Francia los obispados de Tolon y de Frejus y el arzobispado de Embrun, á pesar de haber sido elegido Claudio de Arces por el capítulo de aquella iglesia. Este cardenal obtuvo tambien en Italia el arzobispado de Ravena, del cual nombró sucesor suyo á Urbano de Fiesque su sobrino, que murió ántes que él. Los autores hablan con elogio de la probidad que desplegó en diversas ocasiones Nicolas de Fies-

que, y sobre todo cuando se opuso al designio que el papa Alejandro VI se habia formado de deponer al obispo de *Cittá de Castellon*, á pesar de ser inocente de lo que se le acusaba. Habló tambien con bastante libertad á Julio II al verle tan inclinado á la guerra, y advirtió asimismo á Adriano VI que se valia de un consejo secreto para concluir los negocios mas importantes: negocios que debia consultar con el sacro colegio, como habian acostumbrado hacerlo sus predecesores; diciéndole por último, que no debia tomar sobre el particular resoluciones que podian ser muy desventajosas á la cristiandad. Despues de la muerte de este Papa muchos cardenales pensaron colocar á Nicolas al trono pontificio; y hay quien añade, que sus parientes ponian á su disposicion cuantiosas sumas para comprar los sufragios de los que no estaban por él, pero que desechó estas proposiciones como indignas de un hombre que nunca se separaba de la via de la virtud. Siendo esto cierto no tuvo razon Rubei al escribir la historia de Ravena para decir que Nicolas de Fiesque murió de pesar por no habérsele nombrado sucesor de Adriano como lo esperaba en 14 de Julio de 1524.—U.

FIEUX (Santiago de). Entró aun cuando era muy jóven en el estado eclesiástico, y fué doctor de la casa de Navarra. Hízose célebre en la cátedra del Espíritu Santo, y á su sola ciencia debió que se le nombrase para el obispado de Toul en el año 1676. En el siguiente publicó varios *Estatutos sinodales*, que despues sirvieron de regla en esta iglesia, é hizo frecuentes visitas en su diócesis, siempre con gran fruto. Su celo, su dulzura y su elocuencia le granjearon el amor de sus ovejas y de cuantos llegaron á conocerle. Este digno pastor era recibido en todas partes como merecia, con testimonios indelebles de la grande confianza que inspiraba, y sobre todo en los Vosgues donde no existia memoria de hombres de haber visto un obispo. Este prelado poseia una ciencia singular para la decision de los casos de conciencia, y publicó en 1679 un *Escrito sobre la usura* muy estimado y que sirvió de grande utilidad para su diócesis, donde este vicio habia echado profundas raices. Murió en Paris en los sentimientos de la mas tierna piedad; se ignora el año.—E. A. U.

FIGARI (Santiago María) religioso agustino. Nació en el siglo XVII en el Estado veneciano; se ignora el año. Lo que hay de mas singular en este religioso es que reunia al título de doctor en teología el de profesor en el arte militar, lo que dió motivo á la composicion de varios epígramas. Intentó introducir algunas reformas en la *Ortografía italiana;* como por ejemplo, substituir la K á la CH, fundándose en que la K indica la verdadera pronunciacion. Hizo uso de este sistema, que atribuye al abate Rafiki en la única obra que se conoce de él y que se titula: *Trattato massimo delle venete la-*

gune, Venecia, 1714, en 4.°; pero es de advertir que no alcanzó lo que deseaba. Se ignora tambien la época en que Figari murió.—U.

FIGELO, Phigellus, ó *Phygellus* como le llaman otros. Era uno de los cristianos de Asia que encontrándose en Roma durante la prision de S. Pablo, en el año 65 de Jesucristo ó de la era vulgar, se apartó de él con Hermógenes: *Aversi sunt á me omnes qui in Asia sunt, ex quibus est Phigellus et Hermogenes*. Figelo no es conocido mas que por esta circunstancia, que á la verdad no le hace mucho honor. Metafrasto en el *Discurso sobre S. Pedro y S. Pablo* dice, que el Apóstol habia nombrado á Figelo obispo de Éfeso, y que este hombre sedujo á los judíos convertidos y les arrastró á renunciar la fe. Otras varias particularidades se leen de *Fileto y de Hermógenes* en la *Vida* de Santiago el Mayor escrita por Abdías. Es muy probable que este autor en lugar de llamarle Figelo le haya llamado Fileto como se lee en la *Edicion latina de Sixto V;* pero estas circunstancias son tan inciertas como las que refiere Metafrasto. El Ambrosiáster dice que Figelo y Hermógenes eran dos embusteros é hipócritas, que se unieron al Apóstol para saber de él todo lo que pudiesen descubrir, á fin de calumniarle despues y suscitarle persecuciones, y que por fin cuando se vieron descubiertos tomaron el partido de retirarse.—U.

FIGLIUCCI (Félix) religioso dominico; filósofo y célebre literato italiano del siglo XVI. Nació en Siena, donde principió sus estudios pasando despues á cursar filosofía en la universidad de Padua en la que siguió las lecciones de Claudio Tolomeo preceptor de la jóven nobleza veneciana. Figliucci redactó las lecciones en forma de pláticas, y en muy poco tiempo hizo un comentario sobre la moral de Aristóteles dándole á luz pública con este título: *Di Felice Figliucci senese, della filosofia morale, libri dieci, sopra gli dieci libri dell' ethica d' Aristotele*, Roma, Valgrisi, 1551, en 4.°. Esta obra está dedicada al papa Julio III llamado en el año precedente al soberano pontificado. El autor le dice en su dedicatoria que le ha consagrado su vida durante muchos años; de lo que se deduce que estuvo á su servicio desde su juventud. Figliucci le habia dedicado tambien tres años ántes una traduccion de la *Retórica de Aristóteles*, encontrándose entónces el cardenal de Monte, despues Papa bajo el nombre de Julio III, de legado en Bolonia, bajo cuya calidad habia asistido tambien en el concilio de Trento. El mismo Figliucci advierte que esta traduccion no es suya, sino de un sabio que habia vivido muchos siglos ántes, quien reconociendo que carecia de elegancia no se atrevió á darse á conocer. Esta traduccion se titula: *Traduzione antica della Retorica di Aristotele, nuovamente trovata*, Padua, 1548, en 8.°. La traduccion de las Filípicas de Demóstenes que publicó en 1550: *Le XI Filippiche de Demosthene, con una lettera di Filippo á gli Atheniesi dichiarate in lingua*

toscana, Roma, Valgrisi, 1550, en 8.°; va tambien dedicada á un cardenal de Monte, jóven favorito del nuevo Papa, á quien éste se apresuró á revestir de la púrpura desde el momento que se sentó en la silla de S. Pedro: y á pesar de que, segun dice un escritor, su conducta no era la mas propia para ejercer esta dignidad, Figliucci siguiendo la costumbre establecida, viendo que el Papa miraba al jóven cardenal con particular predileccion, no vaciló en dedicarle su obra. La primera que Figliucci habia dado á luz fué una traduccion del Fedro de Platon: *Il Fedro, ovvero del bello, tradotto in lingua toscana*, Roma, 1544, en 8.°, y seria entónces muy y muy jóven atendido á que el editor de sus *Diálogos sobre la moral de Aristóteles* publicados, como hemos visto ya, en 1551, esto es, siete años despues, le da aun el nombre de *jóven estudioso*. En 1546 dió la traduccion de los cinco primeros libros de las cartas latinas de Marsilio Ficino; y los otros siete en 1548 con este título: *Delle divine lettere del gran Marsilio Ficino tradotte in lingua toscana*, etc., tomos 1.° y 2.°, en 8.°, Venecia, imprenta de Gabriel Giolito de' Ferrari, cuyas cartas van dedicadas á Cosme I, duque de Florencia, cuando aun no era gran duque. En esta dedicatoria habla como si estuviera ya adicto al servicio del cardenal de Monte: *Restandomi*, dice, *nel mio solito servitio del reverendisimo ed illustrisimo cardinale di Monte*. Se le atribuye tambien un libro de Paradoxas, publicado bajo el nombre de los académicos *Intronati di Siena*. Despues de haber alcanzado la reputacion de célebre literato italiano, abandonó el mundo tomando el hábito del Órden de Sto. Domingo, en el convento de S. Márcos de Florencia bajo el nombre de hermano Alejo, y bajo este mismo nombre publicó en 1566 de órden de S. S. la traduccion italiana del catecismo del concilio de Trento, titulado: *Il catechismo cioé istruzione, secondo il decreto del concilio di Trento a' Parochi, etc., tradotto in lingua volgare da Alessio Figliucci, dell' ordine de' predicatori*, Roma, Pablo Manucio, 1566, en 8.°. Desde la época en que habia escrito sus diez libros sobre la moral de Aristóteles compuso otros ocho sobre la política del mismo autor, que regaló á Flavio Figliucci, y siendo ya muy anciano y retirado en el claustro permitió á su sobrino que los publicase, quien en efecto los dió á luz bajo el título de: *Della politica ovvero scienza civile, secondo la dottrina d' Aristotele, libri VIII, scritti in modo di dialogo*, Venecia, 1583, en 4.°. En el frontispicio se conserva aun el nombre de Félix; pero en la dedicatoria dirigida al conde María Bevilacqua el autor continúa el nombre de hermano Alejo Figliucci. Ningun autor da noticia de la fecha de su nacimiento ni de su muerte; pero suponiendo que no tuviese mas que diez y ocho ó veinte años cuando dió su primera obra en 1544, podemos calcular que nació hácia el año 1524 ó 1526, y que no sobrevivió mucho á la publicacion de

la última, siendo probable que muriese á lo mas tardar hácia 1590.—G.

FIGLIUCCI (Vicente) jesuita italiano, natural de Siena. Floreció en el siglo XVII. Enseñó en varios colegios y en particular en Roma, donde fué nombrado penitenciario, y allí murió en 1622. Compuso varios tratados tales como: 1.°: *Moralium quæstionum, tom. II, de statu clericorum, de beneficiis.* 2.°: *De pensionibus.* 3.°: *De spoliis.* 4.°: *De clericorum vita.* 5.°: *De simonia.* 6.°: *De alienatione rerum spiritualium, etc.* Escribieron de Figliucci Alegambe, *in Bibliot. Script. soc. Jes.*, Le Mire, *de Script. sæc. XVII.*—U.

FIGON (Luis) virtuoso sacerdote. Nació en 7 de Febrero de 1745 en les Pénnes, cerca de Marsella; estudió en Paris en el seminario de las misiones, y se hizo agregar luego á la congregacion de S. Lázaro. Confiáronle sus superiores la enseñanza de teología en el seminario de Árles y despues en el de Marsella donde se hallaba en 1791, época de triste recuerdo para los franceses. Figon fiel á sus principios no quiso prestar el juramento que se le exigia, y por lo mismo se vió obligado como otros muchos á expatriarse. Se trasladó á Italia, y durante todo el tiempo de su emigracion residió casi constantemente en Niza, donde fué oido con interes en la cátedra del Espíritu Santo. Tan luego como juzgó que podia regresar á Francia sin peligro se embarcó para Marsella, y allí desplegó un celo extraordinario para restablecer el ejercicio público del culto católico, y sirvió en la Iglesia de las misiones hasta la época del concordato de 1802, en cuyo año le nombraron cura-párroco de Aubagne. Cuando el restablecimiento de la congregacion de S. Lázaro en 1816, obtuvo el permiso de continuar residiendo en su parroquia, donde murió en 9 de Julio de 1824 despues de haberse adquirido la reputacion de piadoso é instruido eclesiástico. No tenemos de él mas que la *Encíclica de Benedicto XIV*, VIX PERVENIT, *explicada por los tribunales de Roma*, Marsella, 1822, un cuaderno en 8.°; en la cual demuestra hasta la evidencia que esta bula no es contraria al préstamo á interes como lo sostienen algunos teólogos.—O.

FIGUEIRA (Luis) jesuita, natural de Almodóvar, en Portugal. Fué enviado á las misiones del Brasil, y acompañó en 1606 á su cofrade que predicando la fe á los tapuyenses fué muerto por estos antropófagos. Figueira pudo libertarse como por milagro y regresó á Pernambuco donde le nombraron superior del colegio de esta ciudad, ejerciendo en seguida el empleo de jefe de las misiones de Marañon. Regresó á Portugal para llevarse consigo algunos operarios, y habia llegado ya con ellos á la embocadura del rio de las Amazonas cuando la nave que les conducia se estrelló contra las rocas de una isla habitada por los aruanos, y estos bárbaros le asesinaron con otros trece y devoraron sus carnes. Este trágico acontecimiento tuvo lugar en el

mes de Julio de 1643. Tenemos de Figueira una *Gramática de la lengua del Brasil*, en portugues, impresa en Lisboa, en 12.°. Este libro es sumamente curioso para los que se dedican al estudio comparado de las lenguas.—O. R.

FIGUEIREDO (Fr. Lúcas de) portugues, religioso de la Órden de S. Gerónimo, citado por D. Juan de Mello arzobispo de Évora. Compuso en portugues una obra titulada: *Declaraciones de las rúbricas del Nuevo Breviario*, impreso en Évora, segun se cree, en el año 1571.—J.

FIGUEIREDO (Rodrigo de) portugues. Fué natural de la villa de Coruche, provincia de Alentejo, de la diócesis de Évora. Siendo sacerdote de prendas muy recomendables fué agregado á la sociedad de la propagacion de la fe en la China, donde murió el dia 9 de Octubre de 1642. Dió á luz en lengua china: 1.°: *Tomos duos variarum precum et devotionum.* 2.°: *Explicationem totius Fidei Cristianæ libris IV*, cuya obra dedicó á un personaje de sangre real llamado *Chusoze* muy respetable por sus méritos y al mismo tiempo cristiano.—G.

FIGUEIREDO (Antonio Pereyra de) sabio portugues. Nació en Mazaon, villa ordinaria de Portugal comarca de Tomar, obispado de la Guarda, en 14 de Febrero de 1725, y entró en 1736 en el colegio de jesuitas de Villaviciosa donde principió sus estudios, y habiendo aprendido tambien la música obtuvo el empleo de organista en el monasterio de Sta. Cruz de Coimbra; pero la dejó muy luego para tomar el hábito religioso de la congregacion de padres del Oratorio de la casa del Espíritu Santo de Lisboa. Estaba cursando filosofía y teología cuando publicó sus *Ejercicios de la lengua latina y portuguesa*, y su *Nuevo método para aprender la lengua latina*, impreso sucesivamente en 1751 y 1752. Estas dos obras le dieron á conocer como excelente gramático, y fueron tan bien recibidas del público, que se multiplicaron las ediciones; pero no por esto pudo libertarse de un gran número de críticas particularmente de parte de los jesuitas de quienes se declaró muy luego uno de los mas ardientes antagonistas. Esta antipatía recíproca databa ya desde el tiempo en que Figueiredo habia abandonado su colegio, á pesar de las vivas instancias que le hicieron para que abrazase el Órden de S. Ignacio de Loyola. En los años siguientes dió otras varias obras de latinidad. El temblor de tierra acaecido en 1755 en Lisboa interrumpió sus estudios, y aun llegó á creer que iba á ser sepultado entre las ruinas de su convento. Muy luego despues estalló la famosa conspiracion contra el rey de Portugal José I, en cuya conjuracion implicaron al P. Malagrida; y algunos han opinado que esta circunstancia dió márgen á la expulsion de los jesuitas. Figueiredo no se mostró nada favorable á su causa y esto queda comprobado con la continuacion de su libro *Rerum lusitanarum*. Obligados á referir con imparcialidad lo que haga relacion

con la vida del personaje cuyo artículo biográfico nos ocupa, no podemos prescindir de hacer estas indicaciones aunque no le favorezcan y otras varias que probarán hasta la evidencia que Figueiredo no fué muy agradecido ni muy prudente, y que estuvo léjos de imitar á los que miraba como antagonistas despues de haberles debido los principios de una instruccion sólida, que fué la que le hizo brillar en la carrera que emprendió como historiador, como literato y como teólogo. Este sabio fué sucesivamente en su Órden profesor de gramática, de retórica y de teología, y se disponia para publicar otras varias obras cuando se suscitaron sérias contestaciones entre la córte de Roma y la de Portugal. Al principio dió Figueiredo muestras de haberse pronunciado á favor de la Santa Sede: circunstancia que al parecer le indispuso con el Rey y con su ministro Pombal; pero ya sea que se fraguasen en su imaginacion ideas plausibles, ó ya que se arrepintiese del hecho y que desease granjearse el favor de la córte, lo cierto es que posteriormente publicó y defendió la famosa controversia del poder de los reyes sobre las personas y los bienes eclesiásticos, dando inmediatamente despues á luz su *Ensayo teológico;* y estas dos obras elogiadas y criticadas á la vez con justicia le valieron el empleo de diputado ordinario en el tribunal real de la censura, creado en el año 1768. En el siguiente nombróle el Rey primer intérprete en los despachos de negocios extrangeros y de la guerra, y viéndose obligado á volver al siglo se creyó autorizado para poder dejar el hábito de religioso: acto que le atrajo la animadversion de muchas gentes que le miraban ya con prevencion, quienes en medio del disgusto que experimentaban no dudaron, con razon ó sin ella, afirmar que Figueiredo se habia vendido á la córte y á la ambicion del marqués de Pombal. En efecto, este ministro no podia encontrar hombre mas á propósito para los fines que se proponia, atendida su actividad, su penetracion y sus grandes conocimientos científicos. En 1772 fué elegido uno de los tres primeros diputados del *subsidio literario y de la instruccion pública*, y algun tiempo despues la Academia real de ciencias le abrió sus puertas en la clase de literatura portuguesa; y entónces fué cuando compuso sobre la lengua é historia antigua de Portugal muchas disertaciones que quedaron inéditas. Colocado Figueiredo en una posicion ventajosa, por lo que respectaba á la córte de Portugal, colmado de favores por el Monarca y por el ministro, se valió tanto de los elogios como de sus conocimientos para conservarse en su puesto, siendo en los primeros tan excesivo que acabó de excitar con ellos la crítica severa de sus adversarios. Sirvan de ejemplo las dos obras siguientes: *Paralelo de Augusto César y de D. José I, rey magnánimo de Portugal*, Lisboa, 1775. *Rogativas ó votos de la nacion portuguesa al Ángel de la Guarda* (hablando del marqués de Pombal), Lisboa, 1775. En 1792 la Academia le dió el título de decano,

pero no gozó por mucho tiempo de esta distincion honorífica, porqué aunque nacido de un temperamento robusto su grande asiduidad en los trabajos y su invencible constancia en el estudio alteraron de tal modo su salud, que atacado de una apoplegía falleció en 14 de Agosto de 1797 á la edad de setenta y dos años, dando en su última hora muestras inequívocas de arrepentirse de todo el mal que habia obrado. Solicitó con empeño que se le permitiese morir con el hábito de la Órden á que habia pertenecido, y los padres del Oratorio no dudaron en concederle esta gracia: circunstancia que prueba tambien que se reconocia sincero y verdadero su arrepentimiento; pero no tuvo el consuelo de llevarlo mas que cuatro horas, al cabo de las cuales espiró. Figueiredo era de mediana estatura, cabello rubio, fisonomía pronunciada, ojos vivos y de carácter afable. Su vasta erudicion contribuia á que su conversacion fuese tan instructiva como amena. Á pesar de todo lo que hemos dicho, ni aun sus mismos enemigos encontraron motivo para atacarle en sus costumbres; sin embargo, las personas sensatas al paso que admiraban sus talentos, no le perdonaron durante su vida el haber olvidado sus primeros votos, ni tampoco su encarnizamiento contra los jesuitas á quienes debia los principios de una ciencia, que mejor empleada le hubiera colocado en el apogeo de su gloria como á religioso sabio y desinteresado: ni tampoco le perdonaron el haber secundado las miras poco ortodoxas de un ministro tan hábil como emprendedor; no obstante, nosotros nos alegramos en el alma de poderlo continuar en nuestra biografía ortodoxa ya que murió arrepentido y en el seno de la Iglesia. Figueiredo dió muchas obras á luz de las cuales se han hecho muchas ediciones; las principales son: 1.ª: *Ejercicios de la lengua latina y portuguesa*, en latin y en portugues, Lisboa, 1751, en 8.°. 2.ª: *Nuevo método de gramática latina*, Lisboa, 1752, en 8.°. *Parte 2.ª, sintáxis*, 1753; décima edicion, 1797, en 8.°. 3.ª: *Defensa del nuevo método*, 1754, en 4.°, en la cual refuta las numerosas críticas que habian experimentado sus dos primeras obras. 4.ª: *Aparato crítico para la correccion del diccionario intitulado;* PROSODIA IN VOCABULARIUM BILINGUE DIGESTA, 1755, en 4.°. 5.ª: *Diccionario compendiado de la latinidad pura, é impura, con la significacion portuguesa de ámbas*, 1760, en 8.°. 6.ª: *Observaciones sobre la lengua y ortografía latina, sacadas de los mármoles, bronces y medallas de los antiguos Césares, desde Augusto hasta Antonino*, 1765, en 4.°. 7.ª: *Principios de la Historia Eclesiástica*, en forma de diálogo, 1765, dos tomos en 8.°. El autor habia prometido dar otros dos tomos, pero no llegaron á imprimirse y se ignora si existen manuscritos. 8.ª: *Rerum Lusitanarum ephemérides ab olissiponensi terræ motu ad jesuitarum expulsionem*, 1761, en 4.°. Esta obra se encuentra traducida al italiano en el tomo XVIII de una coleccion titulada: *Delle caso del portogallo rapporto ai gesuiti*, Lu-

gano, 1764. 9.°: *Doctrina veteris ecclesiæ de suprema regum etiam in clericos potestate, ex sanctis patribus, incorruptisque priorum sæculorum monumentis deprompta*, etc., 1765, en folio. Estas controversias se imprimieron en la *Collectio thesium in diversibus universitatibus*, etc., Paris, 1768, en 8.°; Leipsick, 1774. Existe de esta obra una traduccion en frances con el texto en latin, Paris, 1766, y se encuentra igualmente en algunas ediciones del *Tratado de las libertades de la iglesia galicana*, por el abate Fleury. 10.°: *Tentativa teológica*, etc. En esta obra pretende demostrar que en el caso de no poder acudir á la Silla apostólica los obispos entran en la facultad de proveer á todos los casos reservados al Papa, cuando lo exige la necesidad urgente de los súbditos, 1766 y 1769, en 4.°. Hiciéronse de esta obra varias traducciones, á saber: en frances por el abogado Pinault, Lyon, 1772; al italiano por Marcolino, Venecia, 1767: bien que esta traduccion no pasa por muy fiel; al latin, Venecia, 1770; traducida igualmente al latin por el mismo autor y enriquecida de *notas*, Lisboa, 1769. Se citan tambien varias versiones alemanas y españolas. Estas dos últimas obras de Figueiredo causaron mucho ruido no solamente en Portugal sí que tambien en toda la Europa católica. Están escritas con estilo enérgico y nadie podia defender con mas brio, erudicion y elocuencia los derechos que Figueiredo creia deber atribuir á su Soberano. 11.°: *Demostracion teológica, canónica é histórica*, sobre el derecho de los metropolitanos en caso de rompimiento con la córte de Roma para confirmar y consagrar los obispos sufragáneos nombrados por el Rey, Lisboa, 1769; Venecia, 1771, en 4.°. El título de esta obra basta para demostrar que cuando la escribió fué precisamente en la época de las desavenencias entre la córte de Roma y la de Portugal. Hiciéronse de ella varios extractos en Francia, en Italia y en Holanda. 12.°: *Compendio de las épocas mas notables de la historia general*, 1782, en 8.°. 13.°: *Elogios de los reyes de Portugal en latin y en portugues, con notas históricas y críticas*, 1785, en 4.°. 14.°: *Compendio de la vida de Gérson*, sacada de sus escritos y de las actas del concilio de Constancia, Lisboa, 1769, en 8.°. El autor de este compendio dió al mismo tiempo otro de los escritos y doctrina de este ilustre canciller de la universidad de Paris. 15.°: *La Santa Biblia*, traducida al portugues segun *la Vulgata* con prefacios, notas y variantes, 1778-90, veinte y tres tomos, en 8.°. En 1794 se principió una tercera edicion en 4.°, con el texto latino y con tantas correcciones, que bien podia mirarse como una nueva traduccion. El tomo cuarto se hallaba en prensa en 1800. Entre sus manuscritos que versan sobre diferentes materias históricas, teológicas etc., son dignos de notarse los siguientes: 1.°: *Los fenicios en España mas de 1400 años ántes de la era de Cristo*. 2.°: *Los griegos en España*, etc. En estas dos obras se esfuerza en probar que los griegos vinieron

á España ántes de la guerra de Troya, y los fenicios mas de 1400 años ántes de la era vulgar. 3.°: *Diccionario etimológico é histórico de los títulos y de las familias de muchos príncipes antiguos*. Para dar á conocer las muchísimas obras que Figueiredo escribió bastará citar el catálogo de ellas impreso en Lisboa en 76 páginas y que contiene hasta el número de ciento sesenta y nueve, de las cuales sesenta y ocho vieron la luz pública, cuarenta y cinco quedaron manuscritas, diez traducciones, veinte inscripciones y veinte y seis piezas de música. Contiene ademas un índice cronológico de la *Vida* del autor, pero escrito sin crítica, pues los principales hechos ó son desfigurados ó enteramente olvidados.—J. M. G.

FIGUEIRO (Pedro) portugues. Tomó el nombre de la villa donde nació; era hijo de Juan de Faria y de Isabel de Fonseca, ámbos de ilustre linaje, cuyo feliz matrimonio nada omitió de lo que podia contribuir al bien estar de su hijo. Éste en su juventud abrazó el estado eclesiástico, y ordenado de sacerdote fué canónigo regular en el real é ínclito monasterio de Santa Cruz de Coimbra. Hízose versadísimo en las lenguas hebrea, griega y otras varias hasta tal punto, que algunos no dudaron en llamarle el *Gerónimo de su siglo*; y en efecto, en esta parte imitó Figueiro al Santo doctor porqué conoció que sin la inteligencia de las lenguas orientales no podia dedicarse á la lectura de los Libros Santos en los originales, y salió en esta parte tan sobresaliente que el obispo de Coimbra Juan Suarezio le llamaba doctísimo, porqué no hay duda que llegó á formarse un gran caudal de doctrina, como lo manifestó en lo sucesivo en las diversas obras que escribió. Vió y profundizó todos los libros del Antiguo y Nuevo Testamento, así escritos en griego y en hebreo, como en syríaco, etc., y de ellos sacó curiosas é importantísimas noticias que esplanó con gran copia de erudicion y de doctrina en sus comentarios. Este sabio se presentó á la vez tan modesto y tan amigo de la pobreza religiosa, que en sus hechos y sus acciones manifestaba bien claramente que despreciaba de todo punto la vanidad formando aun de sí mismo muy pobre concepto. Segun se asegura escribió sobre la *Lógica de Aristóteles*, sobre el *Maestro de las sentencias*, y sobre la *Suma teológica de Sto. Tomas*; pero el único testimonio que nos ha dejado de su laboriosidad han sido sus comentarios bíblicos. Trata de este autor detenidamente Nicolas de Sta. María en su *Historia Lusitana Canonicorum Regularium*. Falleció Figueiro en el mismo monasterio de Sta. Cruz en 11 de Enero de 1592, y constan suyas las obras siguientes sobre la Sagrada Biblia divididas en dos tomos, conteniendo el 1.°: *Commentarium in XV priores Psalmos*: *Paraphrases in Prophetias Hieremiæ*: *Commentaria in ejusdem Lamentationes*, primera edicion, Leon, 1596: *In Malachiam Prophetam*, Leon de Francia, en el mismo año en 8.°. 2.°: *In XII Prophetas minores commentarios*.—G.

FIGUERA (Gaspar de la) natural del principado de Cataluña. Lo único que se sabe es que en el siglo XVI abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola, y segun el autor de la *Bibloteca de los religiosos de la sociedad* escribió: *Suma espiritual en la cual se explican todos los casos y dificultades que se ofrecen en el camino de la perfeccion*, Valladolid, 1637; Zaragoza, en el mismo año; Sevilla, 1648, en 16.°; Alcalá de Henáres, 1653; Cárlos Zannero la publicó en italiano en Bolonia, 1650, en 12.°.—U.

FIGUERA (D. Antonio de la) natural de Morella, diócesis de Tortosa. Citan á este escritor Rodríguez en su *Biblioteca valentina*, pág. 480, coluna primera, y Fuster en su *Biblioteca valenciana:* bien que éste se limita á copiar al pie de la letra lo que dice Rodríguez. Ninguno de los dos menciona el año en que nació, y lo único que puede deducirse es que floreció á últimos del siglo XVII. Abrazó el estado eclesiástico; fué nombrado juez conservador de la religion de S. Juan y canónigo doctoral de la santa iglesia de Segorbe; cuyos cargos demuestran que era hombre de ciencia y de virtud. Escribió: *Satisfaccion histórica, canónica, jurídica á varios papeles del ordinario de Valencia, en los cuales pretende justificar no poder en conciencia otorgar la concordia con la órden de Montesa, que firmaron entónces sobre la jurisdiccion ordinaria eclesiástica de las parroquiales de Montesa y Vallada*, en Valencia, por Francisco Mestre, segun se calcula en 1707, pues no trae el año.—O.

FIGUÉRAS Carpi (Fr. Juan de). Este célebre religioso á quien Ximeno en sus *escritores del reyno de Valencia*, tomo I, pág. 352, coluna primera, coloca por los años 1645 por colegirlo así de sus mismos escritos, abrazó el Órden de trinitarios calzados. Habia nacido en el lugar de Albalat de Pardines en la Rivera del Júcar; y segun parece aprendió en las escuelas de la virtud y de la ciencia lo suficiente para adquirirse los títulos de historiador y de erudito. Con el anhelo de perfeccionarse y de ser útil á su religion y á su patria recorrió una gran parte de Europa, haciéndose con la comunicacion y trato con las demas naciones versadisimo en varios idiomas: se detuvo en muchas partes para examinar los monumentos históricos, y registró detenidamente varios archivos y bibliotecas de Francia y de Inglaterra, ávido siempre de noticias y en particular de las de su Órden que tanto habia florecido en aquellos reinos. El grande conocimiento que adquirió de los ritos y costumbres de las naciones que habia visitado llamaron la atencion del papa Urbano VIII, quien bien penetrado del mérito del ilustre religioso le confió negocios de grande importancia. Como durante sus viajes tuvo por precision que transitar por paises donde la herejía habia tomado ya su asiento, no vaciló en disputar con ellos sobre varios puntos de religion defendiendo siempre la pureza de la fe y sosteniendo la necesidad absoluta que hay de la unidad de la Iglesia.

La libertad con que se expresaba, las sólidas razones en que fundaba sus argumentos y el vigor que demostraba en sus discursos hicieron tal vez que los mismos herejes sino le venerasen por su doctrina á lo ménos le respetasen por su ciencia; pero no sucedió así en todos los puntos que recorrió. En Amsterdam, capital de la Holanda, fué maltratado de palabra y de obra por haber defendido el rezo y rito sagrados de la Iglesia romana, faltándole ya muy poco para alcanzar la corona del martirio. Regresó por fin á su patria, y allí le distinguieron como merecia, dándole el grado de maestro, habiendo obtenido tambien los títulos de ministro provincial y vicario general de Inglaterra, de Escocia y de Irlanda. No sabemos el año que la muerte atajó sus pasos; pero vivió lo suficiente para dejar un ejemplo de constancia, de piedad, de amor al trabajo y de aplicacion. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Compendio histórico de la Órden de la SSma. Trinidad*, Venecia, imprenta de Verona, 1642, en 4.°. 2.ª: *Chronicon ordinis Sanctissimæ Trinitatis*, Verona, por Francisco de Rubéis, 1645, en 4.°. Estas dos obras están escritas en estilo árido, sin coordinacion en las muchas noticias que contienen y varias de ellas hasta llegan á ser inverosímiles; de modo que segun expresion de Rodríguez se necesitaba escoliarlas, corregirlas y purgarlas de muchas imperfecciones y defectos para que su leccion fuese mas grata y mas instructiva. El *Cronicon*, dice el mismo Rodriguez, fué un Aparato á la obra siguiente: 3.ª: *Anales de la Órden de la SSma. Trinidad*, cuyos trabajos dejó muy adelantados. Ximeno haciendo referencia á Rodríguez se expresa así: «Era « corriente en la Órden, segun el testimonio de *Rodríg.*, que paraban parte « de ellos en los conventos de las ciudades de Génova, Málaga y Úbeda; y « el mismo *Rodríg.* dice haber visto algunos pliegos y se lamenta de que se « fuesen esparciendo y perdiendo. » 4.ª: *Vida de D. Pedro Figuéras Carpi de Valencia, obispo de Jaen y mártir en Granada.* Habíala escrito el autor para promover el culto de aquel obispo entre los obispos y clero de España; pero Fr. Damian Estévan en su obra titulada: *Símbolo de la Concep. lib. 5., tit. apend. num. 45, de Regim. Regn. Val., tomo I, pág. 522, núm. 74.*, afirma que la obra fué prohibida por la sagrada Congregacion de ritos en 3 de Setiembre de 1661; y en su consecuencia quedó tambien prohibido lo que escribe del mismo en su *Chronicon* pág. 148: «Confundiendo á S. Pedro Pas« cual de Valencia con un Santo mártir, y obispo de Jaen, de los apellidos « mismos de Figuéras Carpi, que no hubo en el mundo; sin mas exámen « que haberlo hallado así en un códice manuscrito de Fr. Jorge Innes, es« coces, religioso de su hábito, que le escribió (segun advierte el M. Esté« van en el *Índice de los autores, litera G*) en el año 1395. El mismo Ro« drig. en su *Novenario de S. Juan de Mata y S. Félix de Valóis*, creyendo « ser cierta la noticia de este mártir y obispo le coloca entre otros varones

« insignes de su religion ; y en la márgen cita al maestro Figuéras , *in com-*
« *pendio Vitæ ipsius martyris D. Petri de Valencia , excuso Venetiis hispano*
« *sermon. Et in Chron.*, fol. 148. Pero conoceria despues lo fabuloso de esta
« noticia ; porqué en su *Biblioteca valentina* habla de Figuéras como puede
« verse , y jamas toma en boca tal obispo. » Y en efecto , Rodríguez elogia tanto la piedad , la constancia y la aplicacion de Figuéras de Carpi , como se ceba en la crítica de sus obras , que segun él , son un tegido de noticias mal coordinadas y peor digeridas , atribuyendo esta falta al anhelo con que procuraba recogerlas ; en términos , que le aplica estas palabras : *Pluribus intentus , minor est , ad singula , sensus.*—E. A. U.

FIGUÉRAS (P.) jesuita. Escribió : *Suma espiritual* , Sevilla , 1648 ; Alcalá , 1635 , en 16.°.—O.

FIGUEREDO (Fr. Luis). Nicolas Antonio , que le cita como autor de la obra titulada : *Oraciones y ejercicios de obras devotas recopiladas de la Sagrada Escritura* , Medina del Campo , en 24.° , ignora el año en que nació , de donde era natural , cuando murió y la religion á que pertenecia.—U.

FIGUÉRES (Fr. Nicolas José) natural de la villa de Sueca en el reino de Valencia , se ignora el año en que nació. Tomó el hábito de la Órden de Sto. Domingo en el real convento de la capital en 1.° de Octubre de 1610. Rodríguez afirma que leyó artes en el convento de Segorbe; y si bien Ximeno lo pone en duda fundándose en que aquel convento se hallaba en los principios de su fundacion y *no sin pleytos* y aun en su tiempo no era casa de estudios , Fuster se atiene á lo manifestado por Rodríguez , citando por testimonio de esta verdad al P. Texidor y á Alegre. Sea de esto lo que fuere resulta cierto , y en esto convienen todos los autores , que Figuéres fué un buen teólogo y muy versado en la lengua hebrea ; por cuya circunstancia , y las demas que sin duda le adornaban , se granjeó la estimacion del sabio maestro Fr. Tomas Malvenda. Figuéres reunió á su sabiduría tan grande humildad , que habiendo pasado á Valencia el maestro general de la Órden Fr. Tomas Turco, prendado como los demas de sus bellas calidades , quiso condecorarle con algun grado ; pero el buen religioso se contentó con mostrarse agradecido , pidiéndole por otra parte que se olvidase enteramente de él en tratando de empleos y condecoraciones. Murió el célebre Malvenda , y Figuéres tomó desde luego su pluma para trazar el cuadro de las virtudes de este religioso ; y escribió su *Vida* con aquella verdad que era de esperar de un varon sumamente delicado y al propio tiempo testigo de vista de sus tareas literarias y de su gran piedad. Las obras de Malvenda llamaron muy particularmente su atencion ; y lo primero que hizo fué formar *Índices* muy copiosos de los dos tomos del *Anticristo* de la edicion de Leon del año 1647 , procurando tambien que se diesen á la imprenta doce *Fragmentos* del mismo Malvenda

pertenecientes á la Sagrada Escritura, los cuales habia recogido con sumo cuidado. Figuéres al paso que se ocupaba en objetos de utilidad siempre comun se complacia en ejercitarse en todos los actos de virtud, cumpliendo exactamente todas las obligaciones de su estado. La caridad, esta prenda inapreciable que tanto ennoblece el corazon del hombre, era la que mas resplandecia en el humilde religioso. Tratábanle con particular cariño el arzobispo D. Isidoro Aliaga, amábanle los prelados de la Órden, procuraban imitarle los demas religiosos, y el pueblo de Valencia le veneraba porqué era bendecido de Dios y de los pobres y porqué desde la cátedra del Espíritu Santo supo inculcarles constantemente las verdades del Evangelio, mostrándoles con ellas los medios que debian emplear para no separarse de la via de salvacion. Llegó el momento en que debia comparecer al trono del Eterno para dar cuenta de sus acciones; y á pesar de sus virtudes, á pesar de la vigilancia que puso para no dejarse seducir ni de los honores, ni de los aplausos, tembló porqué no se consideraba aun bastante digno de presentarse ante el Supremo tribunal con la confianza que debe inspirar la pureza de costumbres. Descansó en paz, y el pueblo le lloró y con él los pobres corrieron al rededor de su féretro para tributarle los honores que destina la gratitud para las almas sensibles. Su muerte aconteció en 14 de Octubre de 1670, á los setenta y seis de su edad. Escribió las obras siguientes: 1.ª: *Breviarium vitæ R. P. Fr. Thomæ Malvenda ordinis Prædicatorum, Sacræ theologiæ Magistri.* Este compendio se imprimió en el primer tomo de los *Comentaria* de Malvenda *In Sacram Scripturam*, que se publicaron en Leon, por Claudio Prost y Comp.ª, 1650, en folio. 2.ª: *Indices rerum et verborum, ac Sacræ Scripturæ locorum copiosissimi, sacris concionibus concionandis, omniumque ferè scientiarum professoribus utilissimi, utriusque tomi A. R. P. M. Fr. Thomæ Malvenda, operis de Antichristo novæ editionis, in tredecim libros divisi, et typis Lugduni dati 1647*, en Valencia, por los herederos de Crisóstomo Garriz y por Bernardo Nogues, 1654, en folio. 3.ª: *Tratado de la cofradía del Santísimo Nombre de Jesus y del fin para el cual fué instituida*, Valencia, por Gerónimo Vilagrasa, 1665, en 8.°. Desde la página 99 trata del Rosario de este SSmo. Nombre que compuso el V. M. Fray Juan Micó, como dice en el tomo I pág. 125, col. 2; y él añade una breve oracion á cada decena. Tambien ordenó y publicó los doce *Fragmentos de opúsculos* del maestro Malvenda, que dejó insinuados con este título: *Duodecim fragmenta ad Sacram Scripturam pertinentia*, Valencia, por los herederos de Crisóstomo Garriz y por Nogues, 1655, en folio. Es de advertir que el mismo Figuéres haciendo relacion á los comentarios de Malvenda se expresa así: « Aggressus sum Malvendæ authographa omnia excribere, im- « pressionique disponere, ac aptare : : : : universam Malvendæ novam trans-

« lationem à Gen. usque ad Ezech. cap. 16, v. 16, in quinque prioribus « tomis contentam me perlustrasse, singula translationis verba cum he- « braicis et græcis librorum Scripturæ conferendo, et nonnullas voces « quas ab auctore per incuriam sine translatione prætermissas offendi, eis- « dem latinis vocibus, quibus eas ipse aliis in locis transferre solet, trans- « tulisse. » Debe observarse tambien lo que escribió al principio del tomo original de *Malvenda in psalmos* con motivo de haberse valido de Fr. Luis Marco como á muy inteligente en la lengua hebrea, cuya nota dice asi: « Sciat lector omnes dictiones his signis ( ) inclusas, in versione hac Mal- « vendæ aliquando interpositas et frequentius in margine sublineatas et « post signum † adpositas, me Fray Nicolaum Figueres addidere, ut Mal- « vendæ versionis defectus supplerem; ita tamen ut voces hebraicas, eis- « dem latinis, quibus eas alibi ille transfert, etiam ipse transtulerim, ad « habitis mihi concordantiis hebraicis. Quod præstiti præsertim à Ps. 41, « usque ad Ezechielem, nam à Genesi usque ad prædictum Psalmum fre- « quenter usus sum opera R. P. Fr. Ludovici Bertran Marco hebraice scien- « tis. Fr. Nicolaus Figueres. » Esto dió tal vez motivo á que Fr. José Agramunt, opina Fuster, se expresase del modo siguiente: *Copió todas las obras de Malvenda de su mano y hermosa letra y las dispuso para dar á las prensas. Sucedió copiándolas, que estando escribiendo á deshora de la noche, el emanuense rendido al sueño se durmió, y quemándose un pan de cerilla que habia sobre los originales, los abrasó por todo el puesto que ocupaba. Pero el docto Fr. Nicolas resarció la quiebra, como tan erudito en el hebreo, con tanta sutileza, que ninguno ha advertido donde estuviese la falta.* Bien que esto lo niega Fuster fundándose en que á los originales, que se hallaban en el archivo en veinte y tres tomos, no les faltaba cosa alguna. Rodriguez le atribuye otra obra que dió á la imprenta, titulada: *De Vitis Fratrum Prædicatorum qui initio ordinis vixere; cum Vita spirituali sancti Vincentii Ferrer*, Valencia, por Bernardo Nogues, 1657, en 8.°; pero Ximeno dice, que Figuéres no tuvo mas parte que haberla hecho imprimir; pues segun el mismo Ximeno el primer tratado de *Vitis Fratrum*, que es en el que podia haber duda, era del maestro Fr. Gerardo de Fracheto, hijo del convento de Paris, que floreció en el año 1271, cuyo tratado se habia impreso en Douay por Baltasar Bellero, 1619, en 4.°. Á pesar de todo esto, Fuster advierte que debe tenerse presente lo que dice el Señor Marona en su censura, esto es; *Summæ habendæ sunt gratiæ R. P. Fr. Nicolas Figueres, qui narrationem hanc virorum conservans ex pervetustis et pene obliteratis codicibus ingenti labore erutum, immortalitati consecravit.* Y Figuéres en el prefacio dice tambien: *Nonnullos antiquos manuscriptos codices vidimus, quorum aliquando in minutis quibusdam varietates adnotavimus: quas arctiore charactere, et quando necessa-*

rium visum est, inclusas intra parentheses angulatas imprimi curavi. Dejó ademas Figuéres manuscritas las obras siguientes. 4.ª: *Tratado de las tres misas del dia de las almas.* 5.ª: *Apología de las comedias.* Esta obra, que estaba escrita en 4.°, segun parece se ha perdido. Segun opinion de Teixidor pudo haberla compuesto en el año 1649, en que segun añade se disputó con mucho ardor en Valencia, si las comedias eran ó no lícitas, y al efecto en 26 de Agosto se tuvo una junta de veinte y siete teólogos versados tambien en el derecho civil y canónico. 6.ª: *Tratado de la regla de Sta. Clara vírgen*, en 4.°, cuya obra compuso á insinuacion del señor arzobispo Aliaga. 7.ª: *Notas y advertencias sobre la visita del maestro Ramírez.* 8.ª: *Resolucion moral acerca del real estatuto, con que se ha mandado que cualquiera que estampare algun libro en este reyno de Aragon haya de contribuir, y dar veinte juegos de la tal obra para que se repartan entre los señores del sacro supremo Consejo de Aragon.* Firmó Figuéres esta resolucion en su convento de Valencia en 27 de Junio de 1654, y él mismo la colocó en lo último del tomo en folio manuscrito de la *Poliantea sacra* del P. Fr. Jayme Falcó, y en cuya primera llana se lee: «Revocóse este estatuto por medio de esta resolucion, enviada « á S. M. por conducto de los señores de la junta de contra-fueros de esta « ciudad de Valencia.»—J. M. G.

FIGUÉRES (Fr. Francisco) natural de Barcelona; vistió el hábito de menores y fué electo provincial en 3 de Octubre de 1646. Publicó en la misma ciudad bajo el nombre de Francisco Subirats: *Apologeticum pro pie affectis et devotis stigmatum S. Francisci*, año 1651. Estas son las noticias que nos da Amat en su *Diccionario de Escritores catalanes.*—O. R.

FIGUEROA (Bartolomé Cairasco de). (Véase Cairasco).

FIGUEROA (Francisco de) natural de Sevilla, abrazó el Órden de San Ignacio de Loyola y fué procurador de las provincias de América en Madrid. Floreció bajo el reinado de D. Felipe III rey de España, y escribió: *Memorial de ocho Padres de la Compañía y algunos otros españoles é indios martirizados en la provincia de Méjico en el año 1614*, impresa en 1617, en 8.°. Hubo otros varios Figueroas á saber;—Figueroa (Fr. Francisco), que segun la *Biblioteca de la Sociedad de Jesus* escribió: *La vida del Padre Juan Sebastian de la misma Compañía.*—Figueroa (Fr. Francisco) de la Órden de Nuestra Señora de la Merced redencion de cautivos. Compuso: *Los Estatutos de los esclavos de Nuestra Señora.* Era este autor natural de Sevilla. Se ignora el año en que nació y cuando murió.—Figueroa (Fr. Pedro de) agustino del convento de Salamanca. Escribió: *Avisos de príncipes en aforismos políticos y morales meditados en la historia de Saúl*, Madrid, 1647, en 8.°.—Figueroa (Pedro Rodríguez de) cura-párroco del consejo de Escalona. Escribió: *Médico espiritual, en el cual se con-*

tiene doctrina muy provechosa para predicadores: obra que se imprimió en la ciudad de Toledo en el año de 1623, en 4.°.—Figueroa (Sebastian Gómez de) portugues, profesor de filosofía en Salamanca y en el convento de Sta. Magdalena. Fué rector del colegio de S. Pedro de Braga y canónigo de la metropolitana iglesia de la misma ciudad. Escribió: 1.ª: *Milicia cristiana de los tres enemigos del alma*, imprenta de Juan Fernández, 1596, en 4.°. 2.ª: *Homiliarium Dominicale á Dominica prima Adventus ad Dominicam Trinitatis*, Leon, imprenta de Horacio Cardon, 1606, en 8.°. 3.ª: *In Psalmum L. Miserere mei*, Salamanca, 1589, en 8.°; Leon, imprenta del mismo Horacio Cardon, 1601, en 8.°.—O. A. R.

FIGUEROA y Guzman (D. Fr. Baltasar de) natural de Madrid; floreció en el siglo XVIII. Era hijo de D. Lope de Figueroa Hervon, del consejo y secretario de S. M., y de D.ª Mariana de Guzman, ámbos esposos de noble y antiguo linaje. Baltasar vistió el hábito de monje del Órden del P. S. Bernardo. Distinguióse por su ciencia y por su virtud. Fué lector jubilado de sagrada teología, maestro de la Órden, definidor y abad de varios monasterios, y por último general de la congregacion de España: desempeñando todos estos cargos con celo, prudencia y piedad. El rey D. Cárlos II le nombró su predicador en la córte (empleo que ejercia en 1678); y por fin queriendo premiar sus servicios le presentó para el obispado de la iglesia de Cuba. En su diócesis supo granjearse como á buen pastor el amor de sus ovejas. Esto es lo único que se sabe, ignorándose la época en que murió.—J.

FIGUEROA (Juan de Fonseca). (Véase Fonseca).

FIGUEROLA (D. Honorato), descendiente de la ilustre familia de los señores de Naquera. Nació en la ciudad de Valencia, y sus parientes nada escasearon para darle aquella sólida instruccion que debe servir de base para adquirirse en lo sucesivo el renombre de sabio; y podemos decir sin exageracion que Figuerola vino al mundo para aumentar, con sus virtudes y con su amor á las letras, el lustre de su familia. Estudió sin descanso y salió muy versado en las lenguas latina, griega, hebrea y caldea, mereciendo el título de excelente humanista. Recibió en la universidad de Valencia el grado de doctor en filosofía y sagrados cánones, cuyas ciencias poseyó perfectamente, acompañando á todas estas dotes un profundo conocimiento de las sagradas. En 20 de Julio de 1583 entró en posesion de un canonicato en la santa metropolitana iglesia de Valencia, y al propio tiempo le nombraron juez y examinador sinodal de aquel arzobispado, visitador general de la diputacion de este reyno, comendador de la iglesia de S. Antonio Abad extramuros, segun mas largamente se desprende del sínodo celebrado por el señor patriarca en el año 1590, que publicó el cardenal de Aguirre. Finalmente, diéronle el car-

go de inquisidor apostólico en los tribunales de la Inquisicion de Murcia, Valencia y Zaragoza. Vivia entónces el muy celebrado auditor de la sagrada rota Francisco Peña, varon de tanta ciencia y tan prudente en el consejo, que el rey D. Felipe II dispuso que nada de importante emprendiesen sus embajadores en Roma, que no lo consultasen ántes con el insigne Peña. Este varon eminente, que conoció de cerca á Figuerola, confiesa lisa y llanamente en el prólogo de los *Comentarios In Directorium Inquisitorum* de Nicolas Eymerico, que debió al escritor valenciano haberle aclarado con frecuencia muchos lugares del derecho, con los cuales pudo superar varias dificultades que se le ofrecian cuando escribia la obra. Sus palabras son estas: « *Juvitque nos ad multas difficultates superandas Honoratus Figuerola, patricius Valentinus, juris utriusque doctor eruditissimus, et nunc ecclesiæ Valentinæ canonicus, qui nobis scribentibus freqüentia juris loca ad varias et difficiles controversias diluendas suppeditabat.* » Tal era el concepto que se merecia Figuerola de los sabios en el siglo en que vivió; pero no era la ciencia la única circunstancia que le daba celebridad: reunia como hemos indicado ya un celo extraordinario á favor de la Religion, grande amor al pobre, liberalidad sin límites cuando se trataba del socorro de los infelices y del mejor lustre de la Iglesia. Figuerola dotó la de Valencia con varias fundaciones en obsequio de la Santísima Trinidad para engrandecer aun mas el culto y veneracion del sagrado cáliz en que Cristo Nuestro Señor consagró en la noche de la cena; y finalmente en alivio de los pobres enfermos del hospital general. Dispuso al propio tiempo que para el sagrado cáliz se construyese una custodia de plata de gran valor y primorosamente labrada, y no pararon aun aquí sus liberalidades; pues si quisiésemos referir todos los rasgos de su inagotable beneficencia seríamos hasta cierto punto interminables. En medio de sus obras de piedad le alcanzó la muerte, y la campana señaló un dia de luto para la ciudad de Valencia en 2 de Febrero del año 1608. Dió á luz unas apreciables *Notas á las disputas de Zanchino Ugolino* con las *Adiciones de Campegio* y *Advertencias de Simancas*, las cuales se publicaron con esta inscripcion: *Breves ac perutiles Notæ in margine è regione singularum Disputationum de Hæreticis Zanchini Ugolini, jurisconsulti clarissimi, cum additionibus, et summariis R. P. Fr. Camilli Campegii, Ordinis prædicatorum, generalis inquisitoris in Ferraria, et Mantua, cum adnotationibus et animadversionibus Jacobi Simancas*, en Roma, 1579, en 4.°. Hace memoria de estas *Notas* y de la misma impresion el maestro Echard en el tomo II. *Scriptor. Ord. prædicat.* pág. 202, col. 1.ª.—G.

FIGUEROLA (Mossen Juan), á quien Ximeno da el título de caballero valenciano. No dice el año en que nació, pero indica que floreció durante el

siglo XIV. Fué maestro en sagrada teología y canónigo de la santa iglesia de Valencia. Pedro Antonio Beutèr hace de este prebendado los mas cumplidos elogios; dice que fué varon insigne en doctrina, y le cita repetidas veces en sus *Anotaciones á la Escritura*, designándole con el nombre de *Doctor egregio*. Al frente de sus obras no se lee el nombre de pila; sin embargo, Ximeno le llama Juan porqué el obispo D. Fr. Pérez de Valencia, autor bastante antiguo, se lo da tambien. Beutèr y Escolano no le designan mas que con el apellido, y esto fué sin duda lo que dió motivo á Morlá, Rodríguez y Orti á que le confundiesen con D. Juan Martin Figuerola, escritor que floreció en el siglo XVI, á quien atribuyen las citas y elogios de Beutèr y Escolano. Nicolas Antonio en su *Bibliotheca Hispana nova* da una noticia bastante extensa de Juan Martin, de quien hablarémos en el artículo siguiente. Éste escribió contra la secta mahometana, mossen Juan contra los judíos. El uno en romance, el otro en latín; la obra del primero consta de un tomo; la del segundo de tres y quizá cuatro. Mossen Juan fué canónigo del ilustre cabildo de Valencia; Juan Martin fué beneficiado de la misma iglesia y acólito y capellan pontificio como él mismo se titula. Éste finalmente concluyó su tomo en el año 1521, y mossen Juan el primero de su obra en 27 de Marzo de 1396 ó 97. Estas son las únicas noticias que se tienen de mossen Juan Figuerola. Escribió, como hemos indicado ya, una obra que tituló: *Contra judeos*, que se conserva manuscrita en vitela en la librería de aquella santa iglesia, en tres tomos muy grandes y voluminosos con cubiertas de madera; la letra es de buen carácter, bien que algo ininteligible para los que no se han dedicado á las antigüedades á causa de las muchas abreviaturas. El autor la dividió en tres libros, de los cuales el primero, segun el parecer de Ximeno, se extenderia á dos tomos atendido á que empieza con estas palabras: *Doctrina tertia:* lo que hace presumir que ántes habia escrito otras dos *Doctrinas*. Su título es como sigue: *Doctrina tertia. De effectu præcipuo, et generali passionis Messiæ, quæ est salvatio humani generis.* Y concluye: *Finit primus liber de conditionibus, seu proprietatibus et operibus Messiæ, scriptus XXVII Martii anno ab incarnatione Domini M.CCC,LXXXXVII. Deo sint gratiæ infinitæ, Matrique suæ Virgini Mariæ.* El segundo tomo se titula: *Liber secundus, qui est de Christi adventu.* Y concluye: *Hæc de Talmut dicta sufficiant. Deo gratias.* Y el tercero: *Distinctio prima tertii libri de Divinæ essentiæ Unitate, et Personarum Trinitate.* Y concluye: *Ad suæ falsitatis fulcimentum. Deo gratias.* Estos dos tomos carecen de año; y si ántes de los tres, dice el mismo Ximeno, escribió otro, faltará de tiempo muy antiguo porqué el obispo D. Fr. Jayme Pérez solo hace mencion de tres. *In hac quæstione* (dice en el citado lugar) *non intendo per singulas conditiones probare Christum fuisse verum Messiam*

omnes Scripturas particulariter adducendo ; quia de hac materia abundè scripsit Dominus Joannes Figuerola concivis noster Valentinus, in tribus voluminibuis contra judeos. Si hemos de atender á la observacion que hace el autor de los *Escritores del reyno de Valencia* sobre existir otro tomo atendido el modo como principia el primero, caerémos en otra duda de no menor importancia. Examinemos los dos siguientes y verémos que el segundo empieza por las palabras : *Liber secundus , qui est de Christi adventu* , y el tercero : *Distinctio prima tertii libri de Divinæ essentiæ Unitate , et Personarum Trinitate.* De lo que puede desprenderse tambien que el tomo II habia de constar ántes de un libro I que tratase de la misma materia , y el III de otros dos libros tocante á la materia que este contiene. Todo esto bien examinado nos inclina á creer como á mas verosímil que Figuerola escribió sobre tres libros de otra obra que abrazaba muchos mas; y no hay duda que si tuviéramos á la vista la obra de Figuerola podríamos solventar en gran parte las varias dudas que se ofrecen. Sea de esto lo que fuere ; estos tratados de Figuerola , segun el sentir de Ximeno, contienen abundante y sólida doctrina , por la cual prueba completamente que Nuestro Señor Jesucristo fué el verdadero Mesías , alegando todas las Escrituras que lo convencen.—G.

FIGUEROLA (D. Juan Martin) caballero valenciano. Floreció por los años 521 : abrazó el estado eclesiástico y fué varon piadoso y buen literato de su tiempo. Al salir de las aulas se graduó de doctor en sagrada teología , obtuvo un beneficio en la santa iglesia metropolitana y los títulos de acólito y capellan pontificio. Morlá , Rodríguez y el canónigo Ortí le confunden con mossen Juan del mismo apellido (véase su artículo). Escribió una obra que tituló : *Lumbre de la fe contra la secta mahometana* dedicada al ilustre magistrado de la ciudad de Valencia ; en el mismo tomo añadió ciertas *Disputas ó conferencias* que tuvo en Zaragoza con un alfaquí en la mezquita de los moros ; y finalmente , propone diferentes medios para la reduccion de aquella gente , de los cuales trató con el emperador Cárlos V y su consejo : empieza así : *In nomine Domini N. Jesu-Christi Salvatoris nostri , ego Joannes Martinus Figuerola , valentinensis , pono per ordinem disputationes , sive conferentias , quas habui Cæsaraugustæ in Mezquita agarenorum cum alfaquino , ut christiani hoc idem faciant ad salvandas animas ; et ea quæ contuli cum Domino imperatore , et ejus consilio.* Nicolas Antonio , que vió en Roma una copia de esta obra en poder del cardenal Camilo de Mâximis , personaje muy amigo de antigüedades y que se lo habia procurado cuando estuvo de legado apostólico en España , no da á Figuerola mas empleos ni títulos que los que hemos indicado ya ; mas en el elogio que hace del mismo dice que fué hombre docto en la lengua árabe y muy versado en las sagradas letras y en todo aquello que puede conducir á la defensa de

la fe y contra la secta de Mahoma: que de órden del rey D. Fernando el *Católico* pasó al reino de Aragon, donde desplegó el celo de los primeros Apóstoles procurando la conversion de los moros ya dirigiéndoles la palabra en público ya en conferencias privadas, en las cuales les demostraba hasta la evidencia las verdades del Evangelio y los efectos de la Divina Gracia. Agobiado por los años y no pudiendo continuar en su ministerio apostólico, tomó la pluma y escribió para fortificar á los que habia convertido con su palabra y para ilustrar á los que todavía permanecian en el error: objeto grandioso que le condujo á la redaccion de la obra que hemos citado, en la cual ostenta un gran caudal de erudicion presentando testimonios de la lengua árabe, del Alcorán y de otros libros de aquella secta, á fin de que todos los que la seguian le comprehendiesen, y abjurasen sus errores buscando su salvacion en las aguas regeneradoras del Bautismo. Pedro Agustin Morlá dice que, esta obra se dividia en dos tomos muy abultados (contra judíos, sarracenos y gentiles) y que existia manuscrita en la librería de la santa iglesia de Valencia, habiendo llamado la atencion de algunos franceses y flamencos que vinieron á consultarla; y concluye encareciendo su publicacion por lo muy útil que seria á los teólogos; pero hemos visto ya que Morlá confunde á Juan Martin de Figuerola con mossen Juan del mismo apellido: en su consecuencia es muy presumible que la obra que supone sea la misma de que hemos tratado en el artículo anterior, pues Ximeno con otro amigo suyo examinaron todos los códices manuscritos que existian en la librería de la santa iglesia de Valencia y no hallaron ni siquiera uno que tratase de esta materia escrito en español.—G.

FIGUEROLA (Fr. Rafael). (Véase Trobat).

FIGUEROLA (D. Francisco). (Véase Ortí).

FIGUEROLA Y BELVÍS (José) sacerdote, natural de la ciudad de Valencia, de noble linaje por ámbos apellidos. Fué doctor en teología y cánones de aquella universidad, canónigo magistral de la santa iglesia de Orihuela, comisario y calificador del tribunal de la Inquisicion, examinador sinodal en el arzobispado de Valencia y obispado de Orihuela, del cual fué tambien visitador en sede vacante, y tres veces rector de aquella universidad. El cabildo le nombró diputado del reino; fué señor del lugar de Maguella, y finalmente predicador y capellan de número del Emperador hasta 1711. Se ignora la época en que murió. Dió á la prensa los dos sermones siguientes: *Oracion fúnebre en las exequias que celebró la muy noble y leal ciudad de Orihuela á la reyna nuestra señora D.ª Mariana de Austria*, en Orihuela por Jayme Mesnier, 1696, en 4.°. *Sermon del ángel maestro Sto. Tomas de Aquino, con el enlace del celeste cíngulo*, en Mallorca, por Gerónimo Frau, 1711, en 4.°.—J.

FIGUEROLA (Márcos Antonio). (Véase Ortí).

FILACAYA. (Véase Filicaia).

FILADELFO (S.) mártir. (Véase Alfio (S.).

FILADELFO (S.). (Véase Diomédes (S.).

FILAMONDO (Rafael M.ª). Nació en Nápoles á la última mitad del siglo XVII; y abrazó la vida religiosa en el convento de dominicos de *Sta. María della Sanità*. Se distinguió en sus estudios así por su aplicacion como por su bello ingenio, y habiéndose dedicado muy particularmente al de la teología, no tardó en adquirir los vastos conocimientos que se necesitan para enseñarla con fruto. Sin embargo, no abandonó por esto la literatura, y algunos versos que destinaba únicamente á sus amigos le dieron á conocer como poeta. El superior general de la Órden, informado de las bellas circunstancias que adornaban á Filamondo, le llamó á Roma y le hizo nombrar algun tiempo despues conservador de la famosa biblioteca de la *Casanate*. El papa Clemente XI le confirió en 1705 el obispado de Suessa, en la tierra de Labor. Gobernó sábiamente su diócesis, y murió en 1716 de edad no muy avanzada. Tenemos de este prelado: 1.ª: *Il genio bellicoso di Napoli; Memorie istoriche d' alcuni capitani celebri Napolitani*, Nápoles, 1694, dos partes en folio. Hay algunos de los ejemplares fechados en 1714. Esta obra consiste en una coleccion de las Vidas de cincuenta y seis generales napolitanos del siglo XVII con sus retratos grabados en cobre. 2.ª: *Raguaglio del viaggio fatto da' padri dell' ordine de' predicatori nella Tartaria minore l' anno 1662, con la nuova spedizione del padre Francesco episcopo in Armenia e Persia*, Nápoles, 1695. 3.ª: *Theorhetoricæ idea ex divinis scripturis et politioris litteraturæ mystagogis deducta*, Nápoles, 1700, dos tomos en 4.°. Consiste en un curso de retórica para uso de los predicadores. El P. Echard la cita con elogio en su *Biblioth. ord. Prædicat.*—J.

FILANDRIER ó PHILANDRIER. Tomó en lo sucesivo el nombre de Philander haciéndole derivar del griego. Nació en Chatillon-sur-Seine, en 1505, de una familia antigua; recibió una instruccion sólida y variada al lado del célebre Juan Perrelle su compatriota, y fué tan feliz en los estudios, que al separarse de su maestro pudo ocupar ya un lugar distinguido entre los sabios. Habíase dado ya á conocer ventajosamente cuando Jorge de Armagnac obispo de Ródez le llamó cerca de sí, nombrándole su lector y honrándole con su íntima amistad. El jóven protegido aprovechaba de los momentos de recreo que le proporcionaba su Mecénas para continuar sus estudios literarios. Enamorado del Quintiliano le miró como su objeto predilecto y al propio tiempo enriqueció con preciosas *Notas* esta teoría completa del arte oratorio. Despues de haber hecho una gran parte de su trabajo fué presentado á la célebre reyna de Navarra Margarita de Valóis cuando pasó con su

BIBLIOTECA PROVINCIAL DE BURGOS

esposo para hacerse inaugurar condesa de Ródez. La princesa aplaudió extraordinariamente esta produccion é invitó al autor á que la publicase. Filandrier puso despues su atencion en el texto del Vitruvio, y entusiasmado por la teoría de la arquitectura y por los procedimientos de este arte enriqueció á Ródez de muchisimos monumentos, haciendo concluir tambien la catedral de la misma ciudad. Habiendo recibido Jorge de Armagnac la mision de representar á Francisco I, rey de Francia, cerca de la república de Venecia, invitó á su amigo para que le acompañara. Aceptó sin la menor dificultad la proposicion de su amigo, dándose por afortunado porqué desde el momento concibió la idea de que con tan buenos auspicios podria recorrer la Italia, conocer los artistas y disfrutar de los estudios en la capital del mundo cristiano al lado del célebre Sebastian Serlio de Bolonia. No se engañó en sus esperanzas, consiguió todo lo que deseaba; y ayudado de los socorros de este hábil arquitecto y de los de Bramante dió á luz su edicion esclarecida del Vitruvio que dedicó á Francisco I. La promocion de Jorge de Armagnac al cardenalato, en 1544, refluyó á favor de Filandrier. Armagnac gozaba de gran consideracion: Filandrier habia alcanzado ya el renombre de sabio; y estas dos circunstancias contribuyeron á que el Sacro Colegio dispensase su proteccion al hombre que se habia hecho acreedor á la amistad de Armagnac. Honrado con el título de ciudadano romano continuó mostrándose admirador de las bellezas del arte en la *Ciudad-Eterna*. De regreso á Ródez con su protector se dedicó de nuevo al embellecimiento de esta ciudad. Su corazon naturalmente sensible, lleno de respeto y de consideracion por todo lo bueno, le inclinó al estado eclesiástico; y habiendo recibido sagradas órdenes en 1554 obtuvo un canonicato en la santa iglesia de donde muy en breve fué nombrado arcediano. Estos nuevos lazos y el amor que profesaba á la independencia le retrajeron de seguir á Armagnac hasta Tolosa, á donde iba á tomar posesion de aquel arzobispado; sin embargo, con el fin de conservar los derechos de una antigua é inalterable amistad consintió en lo sucesivo emprender dos viajes para visitarle, y en el último de estos murió en Tolosa en 18 de Febrero de 1565. No quiso Armagnac como fiel amigo que quedase olvidada su memoria; regó con sus lágrimas el paño mortuorio, y mandó levantarle un mausoleo que en vida debia recordarle la distancia que media del aplauso al sepulcro, y despues de sus últimos dias debia servir para recordar la íntima union que habia mediado entre estos dos amigos que tanto se habian distinguido por su amor á la virtud y á las ciencias. Las obras de Filandrier son: 1.ª: *In institutiones Quintiliani specimen annotationum*, Lyon, imprenta de Grypho, 1535, en 8.°: muchisimas veces reimpresa y nunca acabada. 2.ª: *Annotationes in Vitruvium*, Roma, 1544 y 1552. Aumentada en una tercera parte por lo que respecta á las notas y al compendio de las obras

Jorge de Agrícola *De ponderibus et mensuris*. La mas bella edicion de este trabajo, en el cual el autor empleó tres años, es la de Elzevir, 1649, en folio. Juan Martin trasladó al frances el texto del Vitruvio y las notas de Filandrier, Paris, 1572, en 4.°; Ginebra, 1618. Filandrier dejó ademas varios manuscritos, de los cuales se citan: 1.°: *De sectionibus marmoreis et polituris*. 2.°: *De lapidum coloribus diatriba*. 3.°: *De pictura et colorum compositione*. 4.°: *De hyabargia plastice et graphicè de umbris*. Intentaba reemplazar con este *Tratado* el que habia escrito Leon Bta. Alberti, cuyo trabajo estaba léjos de satisfacerle. Filiberto de La-Mare hizo imprimir una *Carta* dirigida al cardenal Barberini fechada en Dijon en 1.° de Enero de 1667: *De vita, moribus et scriptis Guil. Philiandri, Castilionei, civis romani*, 1667, en 4.°, de sesenta y tres páginas.—J. M. G.

FILANO (S.). Floreció en Escocia á mediados del siglo VII. Poco dicen de él los cronistas; sí solo que fué de ilustre linaje, pero mucho mas ilustre y celebrado por su eminente santidad, y por los varios portentos que obró ántes y despues de su muerte. La virtud que mas hacen notar en él los que le mencionan es la oracion y meditacion, en cuyo santo ejercicio se dice pasaba los dias y las noches, como otro de aquellos espíritus, que separados en cierto modo de la carne por la contemplacion, se elevan hasta la region de los ángeles con quienes puede decirse que comunican aun ántes de morir, y sobre todo con su Dios y Señor que los regala con sus santas inspiraciones. Este es el último grado á que puede llegar la recompensa de la santidad: el hacer Dios participantes á los que habitan en la tierra de las delicias anticipadas del cielo, y pertenece ya á los goces inefables de la vida unitiva. Como en aquellos tiempos de fe se veia en todo el órden providencial que rige los destinos del mundo, y cuya vision se ha perdido ya para el comun de las gentes, pues los errores, los delirios y las preocupaciones humanas interceptan como un denso nublado á la vista del hombre la marcha siempre igual de la Providencia en los diversos acontecimientos; así es que, despues de la muerte de S. Filano acaecida en el año 640 se atribuyeron á su intercesion poderosa las insignes victorias que el rey Ruperto alcanzó sobre sus enemigos, en una de cuyas batallas se refiere que hizo perecer á cincuenta mil de ellos.—N. A. T.

FILAPIANO (S.). (Véase Feliciano (S.).

FILARETO (S.) monje benito, mártir. Con la púrpura de su sangre preciosa ilustró no ménos la ciudad de Palermo su patria que su familia el Santo mártir Filareto. Desde su edad mas tierna no solamente se dedicó á los estudios, de los cuales salió doctísimo, sino tambien se consagró á los ejercicios de la piedad cristiana, en los cuales se distinguió maravillosamente; por lo que, con las luces que le comunicaba el Señor, reconociendo cuan

volubles y caducos eran los bienes del mundo, y cuan engañosos sus placeres, con generosa resolucion resolvió abandonar el siglo, y acogerse al seguro asilo de la vida monástica. En un monasterio de Palermo vistió el hábito religioso del gran padre S. Basilio; y empezó la carrera de la perfeccion regular con un fervor en tanto grado, que dentro de breve tiempo se vió enriquecido de las mas nobles virtudes, y elevado al mas alto punto de una insigne y rarisima santidad. Entre tanto, saliendo del África en el año 826 un numeroso ejército de sarracenos, asaltó la Sicilia y ocupó la ciudad de Palermo, patria de Filareto, y con ella toda la Sicilia, imponiéndole el durisimo yugo de la servitud. Por cuyo motivo los fieles seguidores de Cristo sufrieron de la impía y tiránica opresion de aquellos bárbaros la mas fiera persecucion; y en Palermo muchos monasterios de monjes en odio á la santa fe fueron derribados ó entregados á las llamas, y muchos santos monjes por la misma católica fe bárbaramente degollados. En esto, viendo Filareto turbada la dulce quietud de contemplacion y de retiro en la cual gozaba su espíritu las delicias del paraiso, para recobrarla segun su deseo se transfirió á Calabria, creyendo que aquella provincia estaria entónces libre de las armas hostiles y de la tiránica dominacion de aquellos bárbaros que oprimian la Sicilia. Pasó pues á Calabria, y le sucedió lo contrario de lo que se figuraba, porqué encontró un pais asimismo infestado de bárbaros, si bien que le fué muy glorioso, pues pocos dias transcurrieron desde su llegada, cuando conociendo los sarracenos que era un fiel seguidor de Cristo le prendieron y le encerraron en un durisimo calabozo. Allí fué con acerbisimos tormentos atrozmente afligido á fin de que abandonase la fe católica; mas él, sufriendo con una constancia invencible la crueldad de los dolores, sentia aun en medio de la aspereza de los martirios un júbilo inexplicable. Encrudelecida mas la fiereza de los verdugos, se aplicaron nuevos y mas atroces tormentos para abatir la fortaleza de Filareto; pero estos no hicieron mas que redoblar y confortar la virtud insuperable del Santo mártir. Al fin, considerando inútil los atormentadores el probar por mas tiempo el ánimo invicto de nuestro campeon ilustre, le cortaron la cabeza, haciendo volar al cielo su alma gloriosa con la palma del martirio á 8 de Abril del año 828. Su cuerpo fué trasladado secretamente á Sicilia por los cristianos, y su cabeza se venera en el monasterio de S. Salvador de la ciudad de Mesina. La iglesia de Palermo celebra la fiesta de este Santo mártir, paisano suyo, á 8 de Abril, y su martirio está escrito por varios autores, como son el P. Octavio Caetano, tomo II de sus *SS. Siculor;* D. Pedro Forte en sus *Santos Palermitanos;* el P. Francisco Carrera en su *Panteon Siculo;* D. Agustin Invéges en el *Palermo Sacro;* el P. José Perdicaro en sus *Santos Sicilianos;* Don Antonio Mongitore en su *Palermo santificato*, y otros.—J. R. C.

FILARETO (S.) confesor y monje benedictino. Nació en la ciudad de Palermo en el año 1020 de padres muy piadosos y distinguidos por sus cristianas virtudes, los cuales estimulados por virtud celeste, aun ántes de nacer aquel hijo suyo le dedicaron á Dios. Impusiéronle en el santo bautismo el nombre de Felipe, y fué despues por ellos en su tierna edad santamente educado. Llegado á la edad conveniente, le entregaron á un sacerdote pio y letrado para que le enseñase las letras, del cual fué medianamente instruido en las mas nobles ciencias en cuanto le pareció bastante para que tuviese de ellas una tintura, y por ser tan feliz y elevado su ingenio las aprendió en brevisimo tiempo. Pero su mayor estudio en aquella edad fué el aplicarse á la adquisicion de las virtudes cristianas, por lo que observó una exactisima obediencia á los padres, haciendo con puntualidad todo cuanto le mandaban de los quehaceres domésticos; pero mucho mas admirable se mostró en la exacta observancia de los divinos preceptos. Solo comia una vez al dia, lo que practicó inviolablemente desde su niñez con el único objeto de satisfacer las necesidades del cuerpo. Frecuentaba los sagrados templos, en los cuales se aplicaba á la meditacion de los divinos misterios. Así llevaba arreglados sus sentidos y sus sentimientos, en particular la lengua; y tal modestia y compostura brillaba en el candor de sus costumbres, que hacia concebir manifiestos presagios de los progresos que debia hacer en la santidad adelantando en años. Corria el diez y ocho de la edad de Filareto cuando el emperador de Constantinopla Miguel Paflagon IV, á súplicas é instancias de los sicilianos se propuso sacudir el yugo de los sarracenos que bárbaramente dominaban la Sicilia. Para arrojarlos de la isla envió un ejército numeroso bajo el mando de Jorge Maniace, otro de sus capitanes, de bellas calidades y famoso por su valor y por las victorias que habia obtenido; el cual en el año 1038 se trasladó á Sicilia para tan laudable empresa. En nada se aterraron los sarracenos con la venida del ejército griego; ántes con fastuosa arrogancia, prometiéndose cierta la victoria, creyeron hacer de los fieles una sangrienta matanza. Por lo que, Apolafar Maumet, que poco ántes habia ocupado á Palermo, córte de Sicilia, y á todo el reino, confiado en su numeroso ejército de cien mil bárbaros, salió de aquella ciudad y esperó decidido y valiente, en su amenisima llanura al enemigo que ya se iba acercando. Pero llegado el ejército cristiano, apénas el intrépido Maniace confiado en el divino auxilio entró en batalla, cuando súbitamente y al primer empuje, azorados por el valor cristiano los soldados sarracenos, y acosados por un viento milagroso y muy vehemente que les sopló de cara, se entregaron á una precipitada fuga; de tal modo, que apénas el bárbaro jefe pudo escapar en una barquilla acompañado de algunos de los suyos, miéntras que el rio Oreto, cerca de Palermo, por muchos dias se vió correr túmido

y enrojecido por la sangre de los sarracenos degollados en número de cincuenta mil. Con esta singularisima victoria, libre Palermo de la bárbara esclavitud de los sarracenos y vuelta la libertad á los cristianos, no fué poco el gozo de nuestro Filareto por ver otra vez abierto el campo para ejercitar con libertad sus fervientes devociones. Mas Dios, que habia destinado á aquel capitan á ilustrar otra provincia con la santidad de la vida, mandóle poco despues, que huyendo de los estruendos marciales saliese cual otro Abraham de su patria, y navegase hácia otra parte consagrándose á obras gloriosas para su santo servicio. Obediente á la voz del cielo Maniace, de repente abandonó Palermo y todas sus relaciones en el año 1040, y salido de la Sicilia se transfirió á la vecina Calabria en donde, primero en la córte, y despues en un lugar llamado Aulino, cerca de la ciudad de Tauriano, fijóse por algun tiempo, y finalmente estableció su domicilio en la tierra de Sinópolis. Aquí, aplicándose Maniace (convertido ya en solitario) á ganar el sustento con el sudor de su rostro cultivando la tierra, tuvo por compañero de sus fatigas á nuestro Filareto, el cual, aunque aplicado á los trabajos del campo, no dejaba su interior recogimiento y los ejercicios de su piedad. Por lo que, meditando detenidamente los accidentes transcurridos, el motivo que le habia obligado á dejar la patria, la calamidad de la vida presente, y el engaño de los bienes temporales se inflamó aun mas en deseos de consagrarse todo á Dios en el estado monástico, que desde su niñez habia concebido. Esta resolucion era muy frecuente en los hombres de aquellos tiempos, y aun en los mas altos personajes, que aterrados por las grandes vicisitudes que veian en el mundo, en aquella época de grandes guerras y trastornos, ó buscaban en el claustro las dulzuras de una santa paz para satisfacer sus piadosos sentimientos, ó aguardaban espiar sus crímenes en las austeridades de la penitencia, sepultando para siempre en el asilo de la religion una borrascosa existencia. Así sucedió tambien con el mismo Miguel IV que se hallaba en aquella época, como hemos dicho, en el trono de Oriente; pues al punto que se sentó en él, hizo retirar de la direccion á la mujer que queria mandarlo: fué liberal y compasivo, pero hallándose muy quebrantado de salud, fió el gobierno á su hermano Juan; y deseoso de hacer penitencia de sus culpas, con que se entronizó, se retiró á un convento donde murió piamente despues de haber hecho César al sucesor su sobrino. Inflamado, pues, Filareto en un incendio de ardentisima caridad, despreciando todas las delicias que puede prometer el mundo, suspiraba con grande copia de lágrimas el alejarse del siglo y retirarse al estado religioso. Á esto se preparó con vigilias, ayunos y otras severisimas austeridades, y sobre todo con la custodia de la pureza virginal y ejercicio de otras santas

virtudes. Alimentó por algun tiempo en su interior estos santos pensamientos, y no resolvia manifestarlos á los parientes por el temor de no ver impedida la ejecucion de sus deseos. Pensaba retirarse del mundo con una tácita fuga, y sin preceder licencia verificar su generoso retiro al monasterio; pero temiendo si aquella oculta resolucion podia causar á los padres un dolor extremo, y podia ser causa de que le despreciasen ó le retirasen su afecto, haciendo fuerza á sí mismo en aquellos internos combates que le tenian indeciso, resolvió finalmente descubrir á sus padres sus resoluciones. Oyeron estos con grave dolor su revelacion, probándolo acerbisimo al pensar que debian privarse de un hijo único, en el cual se admiraban los principios de una elevadisima santidad; mas como eran tan tiernos amantes de Filareto como piadosos y amigos de Dios, considerando la constancia de ánimo de su hijo, y el fervor de espíritu que ardia en su seno, por no oponerse á la divina voluntad le dieron el permiso para partir, bien que profundamente afligidos, junto con su bendicion. Filareto poseido de una alegría inexplicable, arrojóse á sus pies, y estrechándolos y besándolos tiernamente con lágrimas copiosas les dió ardientes gracias por la suspirada licencia; y partiendo sin ruido ni demora alguna, al salir de la casa paterna, invocó la luz divina diciendo: *Notam mihi fac Domine viam, in qua ambulem.* Dirigióse via recta al monasterio basiliano de S. Elías llamado el *jóven*, en Calabria, en el cual florecia entónces maravillosamente la santidad, y allí presentóse al abad que se llamaba Oréstes y le manifestó su deseo, y con férvidas instancias le pidió el hábito monástico. Conoció el santo y prudente abad la bondad de la índole que relucia en el jóven, y admitiéndole en el monasterio, quiso sujetarle á la acostumbrada prueba del noviciado, hallándose él de edad de veinte y cinco años en el de 1045. Desde luego el Santo jóven, con el ejercicio de las santas virtudes y de la perfecta observancia de las reglas monásticas, manifestó á que altura de santidad debia elevarse con el decurso del tiempo, lo cual presagió el abad Oréstes que admiraba en la vida del novicio una consumada perfeccion; por lo que, exhortándole á proseguir la comenzada carrera de la virtud, le vistió el hábito religioso dándole el nombre de Filareto, que en su concision resume, segun la etimología griega, una larga expresion de bienes, pues equivale á decir: *Amador de la virtud*, habiéndoselo dado seguramente en consideracion al fervor manifestado en el ejercicio de las mas señaladas virtudes durante su estado de novicio. Cumplido, pues, el deseo del Santo jóven, con el nuevo hábito se revistió de nuevos ardores su espíritu, empezando una vida sumamente rígida. Depuso el manto y el capuz, y desde entónces y por toda su vida usó de un solo y ligerisimo vestido: empezó á caminar á pie descalzo, emprendió un áspero y admirable ayuno,

en tanto grado, que por una semana y á veces por dos no gustaba manjar alguno. Era observantisimo del silencio, derramaba copiosas lágrimas y procuraba enriquecer su alma con todas las virtudes, que observaba en la vida de los antiguos anacoretas, y sobre todo en S. Elías, monje de S. Basilio llamado *el jóven*, en la ciudad de Enna, hoy Castrogiovanni en Sicilia, cuya *Vida* no dejaba de las manos leyéndola y releyéndola á menudo para imitarla, teniendo el mayor placer en contemplar sus santas operaciones: de donde con su ejemplo hizo admirables progresos en la mas consumada perfeccion, y por la santidad de su vida se hizo estimar y respetar de todos. Considerando el abad la elevadisima santidad de Filareto, capaz de mantenerse constante aun fuera del claustro y léjos de la compañía de los otros monjes, resolvió confiar á su diligencia el cuidado de los ganados del monasterio: por lo cual, llamándole un dia le manifestó su voluntad, exhortándole á que aceptase con gusto aquella fatigosa ocupacion. Apénas el abad le descubrió su designio, cuando Filareto, con la misma modestia y humildad que siempre, respondió: «Venerable Padre, habiendo puesto yo en todo mi alma y mi suerte en las manos de Dios y en las vuestras, no me queda mas que obedecer. Á vos he elegido, despues de Dios, por protector y guia de mi espíritu y de mi vida: conozco que de ésta he de dar cuenta al tribunal divino; por lo cual no hallo el menor obstáculo que pueda impedir la pronta ejecucion de cuanto se me está mandando. Tan solamente os ruego que tengais á bien alentar y auxiliar mi flaqueza con el fervor de vuestras oraciones; pues temo que con mayor facilidad pueda el leon infernal lacerar la debilidad de mi espíritu, de lo que las mas bravías fieras pueden despedazar los ganados que pacen por los campos.» Mas habiendo el abad animado á Filareto á la constancia en su religiosa perfeccion, publicó dentro de poco la eleccion delante de todos los religiosos del monasterio; y Filareto, prosternándose en tierrra, con muchas lágrimas imploró ardientemente las oraciones de todos, que levántandole del suelo, le abrazaron con tiernisimo afecto. Partido pues del monasterio, Filareto lleno de santa alegria, salió al campo cantando: *Domine probasti me et cognovisti me.* Llegado al lugar destinado á su solicitud, viendo los animales esparcidos por el campo, elevando su espíritu hácia el cielo, con abundancia de lágrimas cantaba tiernamente: *Qui pascis Israel, intende, qui deducis velut ovem Joseph.* Llegado á su cabaña, y viéndola no de otra cosa provista que de una santa pobreza, y todo conforme con la aspereza de su religiosa austeridad, exclamó diciendo: *Quam pulchræ sunt domus tuæ Jacob.* Viendo despues á los pastores, les abrazó estrechamente, les dió las mas sinceras señales de un amor paternal, pues siempre los estimó en adelante como á sus queridos hijos. Venida entre tanto la hora de la comida, los pastores dispusieron su rústica mesa

de carnes y de legumbres; pero el Santo no comió mas que pan y algunas yerbas que le vinieron á la mano, con lo cual se dió por satisfecho, habiéndose propuesto firmemente no tocar fruto alguno de las huertas ó tierras que estaban bajo su cuidado. Y este mismo método de vida observó en todo aquel tiempo que vivió entre los pastores, no dejándose jamas vencer por las muchas y vivas instancias de estos que le procuraban persuadir que cediese algun tanto de su rigor; por lo que desde un principio quedaron admirados formando de él un altísimo concepto, y venerando su santidad le estimaban como á su padre y maestro, tanto en obedecer sus mandatos, como en escuchar dóciles sus advertencias y documentos. Continuó, pues, nuestro Filareto un perpetuo ayuno á pan y agua, con algunas yerbas; de lo que comia solamente en la hora de nona, y tenia por un grande beneficio de la Divina bondad el haberle sido concedido aquel ejercicio en el campo, con el que habia Dios satisfecho su deseo, alimentado desde su niñez, de poder llevar vida solitaria, y por ello daba gracias incesantes al Señor, y conservaba tiernísimo amor hácia el abad que para tal ministerio lo habia elegido. Aquí pues guardó el Santo puro el candor del alma, lejano de toda sombra de culpa: fué siempre asiduo en la oracion, no interrumpiendo jamas sus férvidas contemplaciones, y aunque ocupado en sus cuidados tenia siempre fija la mente en las cosas celestiales. Entre la turba de los pastores procuraba ocultar á los ojos de todos sus virtudes; así es que nunca descuidaba la custodia de los ganados, y precedia á los pastores en las fatigas: en los ardores del sol de estío y en los rigores de la mas fria estacion discurria por las campiñas, sosteniendo el continuado peso de los trabajos con invicta constancia y con extremado júbilo de su espíritu. No le retiraban de su faena ni el raudo soplar del viento, ni las nieves, ni los hielos: obligado tal vez á pasar noches enteras en los montes, á cielo descubierto, para guardar los ganados, lo sufria todo para adelantar en la mas perfecta adquisicion de las virtudes, y abrirse camino para la posesion del paraiso, cuya esperanza le hacia tornar sabrosas y deleitables las mas ásperas fatigas. Pasado algun tiempo en aquel durísimo tenor de vida, el superior del monasterio le dió junto con el cuidado de los ganados el de los caballos: con lo que se duplicó el trabajo á Filareto con el acrecentamiento de este mas que fatigoso ministerio, pues que los caballos por su mayor brio natural, divagando sin freno y con mayor velocidad, hacian que Filareto debiese seguirlos en lo mas alto de los montes y en lo mas profundo de valles y llanuras; con todo, nunca se debilitó la constancia de su invencible paciencia, y entre tantas fatigas y tras de tantos animales, siguió llevando una vida angélica, con el ejercicio de las mas señaladas virtudes. Despues de transcurrido mucho tiempo fué vuelto á llamar por el abad al monas-

terio, á donde regresó muy rico de merecimientos, y con las pasiones muy domadas y los sentimientos refrenados y compuestos; y llegado á la cima de la mas consumada perfeccion, gozaba de una tranquilisima paz en lo interior de su alma, de donde nació en él un alto grado de contemplacion, observándose siempre su pensamiento recogido en Dios y separado de los sentimientos mundanos. Regresado, pues, al monasterio, y alabada por el superior la diligente solicitud que habia manifestado en aquel ejercicio, le destinó á la cultura de un campo vecino del monasterio que se hallaba inculto y selvático, para que, vuelto fértil por sus fatigas, sirviese para la provision de los monjes, mandando que en él se edificase una cabaña para su habitacion. Obediente Filareto, al instante puso manos á la obra, y proveyéndose de los instrumentos necesarios para el trabajo empezó por limpiar el terreno y expurgarlo de los abrojos y malezas; y adornándolo con toda especie de yerbas domésticas de estéril que era lo redujo con el sudor de su frente á huerto útil y fructífero. Mas, aunque fuese grande su fatiga en el cultivo de aquel sitio, mas exacta era su diligencia en cultivar la virtud que en lo interior del alma crecia maravillosamente. Su manjar se componia de yerbas crudas y selváticas (en la hora de nona) á las cuales si queria tal vez parcamente refocilarse, añadia un poco de sal. Su beber era agua pura, con la cual mezclaba un poco de vino cuando se hallaba en presencia de alguno para ocultar su rígida penitencia; y por lo mismo hasta quizas probaba apénas un poco de pescado, pues era ingenioso para ocultar con mucho estudio sus virtudes: y así vivia muy contento en su humildisimo estado, y muy lejano de toda sombra de soberbia. Propúsose abstenerse de gustar las yerbas que nacian en el huerto por él cultivado, lo cual con invicta constancia observó hasta la muerte. Su vestido, que era tejido de las pajas mas groseras, á guisa de una saya y mezclado con cáñamo, era hórrido y espantable á la vista, y de paja era todo lo demas de sus vestidos, incluso lo que cubria su cabeza. Su lecho era la tierra cubierta de algunos ramos de árboles ocultos bajo heno y pajas para que no apareciese demasiado dura su cama á quien entrase en su aposento: por cabecera tenia una dura piedra cubierta de heno, y no tenia otro abrigo que el vestido. Ceñia con una asperisima soga ó cadena las carnes, y á estos ejercicios de severisima austeridad juntaba el asiduo trabajo de la cultura del huerto. La interna ocupacion de nuestro S. Filareto en este ejercicio del cultivo era de toda perfeccion. Sus pensamientos eran angélicos, y la llama del amor divino en que ardia su pecho era seráfica. Nutria sentimientos humildisimos y observaba un riguroso silencio, por donde rara vez hablaba despues de un largo pensar. Y en las pocas veces que hablaba eran sus palabras llenas de celestial sabiduría, pues no eran mas que saludables documentos en bene-

ficio de las almas, dictados por una ferventísima caridad. Al considerar su estado solia decir que era cosa horrible el ver á un monje dominado por la soberbia, pues que decia: «¿Qué otra cosa significa el manto sino el llanto? ¿qué el escapulario sino la figura de la cruz? ¿y qué representa un religioso con la cogulla sino un cadáver colocado en el sepulcro? ¿y qué denota la rasura de la cabeza sino el despojamiento y desprecio de todos los bienes que encierra el mundo?» De los que se habian retirado para llevar sosegada vida, decia: que no debian estimar las cosas fugaces y caducas de esta vida para no perder juntamente las cosas momentáneas y las eternas. De los monjes que divagaban juzgaba que debian temer, atendido á que errando léjos del redil se hallaban en manifiesto peligro de encontrar las diabólicas fieras que buscan de continuo nuestra ruina; pero que no debian mostrar debilidad de espíritu perseverando hasta recibir las divinas misericordias. Y finalmente, á los que se sujetaban al yugo de la obediencia llamaba soldados generosos, que derramaban la voluntad como sangre del alma. Con la dulzura de sus exhortaciones advertia á los que vivian en los peligros del siglo á que se adiestrasen para el camino de la virtud; y se esforzaba en inspirarles el amor á la templanza, á la castidad y al alivio de los pobres. Estimulaba á los jóvenes á que se encaminasen á las obras virtuosas de su edad para obtener felicísimos resultados; pues quien no comienza por laudable principio no puede proseguir sino con vituperables procederes. Á los viejos inculcaba que conservasen el ánimo modesto y humilde para no irritar á la Divina Majestad; pues parecia cosa muy irregular y fea el tener enflaquecidas las fuerzas del cuerpo bajo el peso de los años, y conservarse vigorosos en la concupiscencia y pasiones del ánimo. Procuraba inspirar á las mujeres el amor á la modestia, y las exhortaba á que se abstuviesen de hablar y conversar con los hombres, y de la disolucion en las palabras, risas y diversiones; añadiendo que sus adornos debian ser la honestidad y el silencio. Los caidos en la miseria eran exhortados á tolerar la calamidad con invicta constancia en atencion á la esperanza de los bienes eternos. Persuadia á los pecadores á colocar su esperanza en la divina misericordia, exhortándoles á detestar las culpas con vigoroso arrepentimiento y á no diferir la enmienda, para que no quedasen engañados con una imprevista y repentina muerte. Amonestaba á todos á que se acordasen del Juicio final, y que con esto se encendiesen para lograr los bienes celestiales. Á aquellos que lloraban la muerte de sus padres, parientes ó allegados, sugeria la idea de que no debian abandonarse al llanto con la tristeza como los infieles, que privados de la verdadera luz no tienen la esperanza de la resurreccion de los cuerpos; por lo que decia: «¿Puede darse cosa mas irracional que llorar á los vivos, descuidando los muertos? Vivos pues son los fieles que pasan de esta vida al

Señor; pero muertos son aquellos que sin luz de fe no conocen á Dios.» No descuidaba el consolar á los que estaban oprimidos por alguna calamidad, exhortándoles á que tuviesen buen ánimo y valor, y en particular si eran personas pias les decia que fuesen imitadoras de los Santos y émulas de su magnanimidad; pues que éstos en las tribulaciones abundaban de una suprema alegría con la esperanza de los premios que deseaban. Sus exhortaciones se extendian hasta á los príncipes y señores de autoridad, amonestándoles á ser modestos y á no abrigar pensamientos de orgullo y de altivez, refiriéndose á Dios, sin comparacion mas grande y mas poderoso que ellos; y por esto, que fuesen clementes y benignos hácia los pobres, moviéndose á piedad y compasion al aspecto de las miserias ajenas. Á los que tenian intencion de levantarse del lodazal de sus culpas ponia delante de sus ojos el temor de Dios, diciéndoles que hasta la muerte conservasen la humildad conveniente á su estado. Los sacerdotes y otros condecorados con órdenes sagrados se veian exhortados á llevar una vida irreprehensible, y á que con el ejemplo de la virtud y santidad de vida estimulasen á los demas á llevar una vida arreglada y laudable, por cuanto el pueblo suele acomodarse á las costumbres de los mayores. Decia que el estado virginal y el marital no debian regularse sino por las leyes de la propia voluntad, es decir, que era libre su eleccion; enseñaba empero como debian conservarse aquellos que se consagraban á uno ú á otro estado: sobre todo persuadia á todos la verdadera Religion, y que siguiesen los decretos de la Iglesia y sentencias de los Santos Padres, no innovando cosa alguna en los misterios de la santa fe, instigados por alguna razon imaginaria. Estas lecciones las daba acompañadas de una dulzura admirable y casi divina, y su lengua se mostraba como empapada de la Gracia del cielo. Y bien que con todos se presentaba agradable y manso, y distante de todo desdeñoso movimiento; con los pecadores empero, que caidos en el fango de la culpa y endurecidos en su obstinacion no cuidaban de resucitar con la saludable penitencia, daba á conocerse rígido y severo. Aborrecia las contiendas y los litigios, y toleraba con invencible paciencia la adversidad: así era que cuando se transferia al monasterio para recibir la porcion de pan que le estaba señalada, y que, ó bien por no haber llegado á tiempo oportuno, ó porqué el dispensero quisiese ejercitar su paciencia, tal vez se le negase la comida; él sin hablar palabra se volvia á su choza privado del pan pero sin turbarse; y habiendo determinado no gustar jamas el alimento cuando le fuese negado, pasaba aquel dia en ayunas. Con semblante alegre recibia las injurias, y rogaba por aquellos que le despreciaban, diciendo de ellos lo mejor que sabia: así daba gracias á Dios, viéndose objeto de odio para las criaturas y de vilipendio para todos. La caridad de Filareto era admirable y se extendia á beneficio

de todos, y muy particularmente de los pobres viajadores; pues estando situada su cabaña junto al camino público, luego que los veia acercarse, con voz humilde y corteses palabras los invitaba á que entrasen en su aposento, y acogiéndolos benignamente los regalaba con frutas de su huerta y con el pan que recibia del monasterio, mostrándose incomparablemente amable. Tenia siempre abierta su cabaña para que no sospechasen los demas que él estuviese ocupado en la oracion: ocultando con toda industria el ejercicio de sus virtudes, que debemos creer señaladisimas aunque quedasen escondidas en la soledad en que vivia, y en donde apuró todo su ingenio para ocultarlas. No pudo empero ocultarse un acto de heróica penitencia, y digno de que se refiera particularmente. Discurria por el huerto del monasterio un rio, y eran sus aguas en todo tiempo tan frias, que tal vez llegaban al grado de congelacion. Volviendo, pues, del monasterio una tarde, se entró y hundió en las aguas desnudo hasta el pecho, y allí permaneció constante por toda la noche, sufriendo la rigidez del hielo hasta quedar aterido y sin voz. En esta situacion fué encontrado por un transeunte, yerto y privado de movimiento cerca de la orilla del rio, en donde por la fuerza del frio no podia gobernarse, y hubiera quedado allí abandonado. Sacóle de las aguas el viajero, le retornó lo mejor que pudo; mas este piadoso socorro sirvió tambien de pena á Filareto, por cuanto habia manifestado su mortificacion á aquel pasajero: y así, cuando se vió medianamente restablecido, le rogó encarecidamente que á nadie dijese lo que habia visto. En cada dominica del año pasaba al monasterio para alimentarse con el pan de los ángeles, haciéndolo con rara modestia y humildad; y retirado despues y todo recogido en sí mismo comunicaba con Dios de cara á cara, conservándose con la cabeza y los ojos bajos, como si fuese un culpable delante de la Divina Majestad. Huia entónces de conversar con otros, porqué decia parecerle muy impropio el hablar juntamente con Dios y con las criaturas. Durante el tiempo en que se celebraban los divinos oficios estaba con los pies inmóviles en tierra, como si estuvieran enclavados fuertemente en el suelo, y tenia mucho mas fijo el ánimo en Dios, de cuya presencia sacaba luces celestiales y raptos dulcisimos de divino amor. Veneraba con extremada reverencia la divina palabra, y con sumo estudio se ingeniaba para escucharla. Con frecuencia se le veia con los Santos Evangelios en la mano, que leia con una atencion extraordinaria, y en ellos admiraba sobre todos los misterios el de la Encarnacion del Verbo eterno. Y para decirlo por último de una vez, fué celosisimo ejecutor de los divinos preceptos, y ferventisimo en el ejercicio de las mas señaladas virtudes, que le hacian maravillosamente admirable á cuantos le conocian. Llegado pues á tan alto grado de admirable santidad, fué lla-

mado por Dios á recibir el premio preparado á sus grandes méritos. Asaltado, pues, por una grave enfermedad y debilitadas las fuerzas, no pudiéndose ya mover, se postró sobre la tierra, no cesando de enviar fervorosas plegarias al cielo, como tenia de costumbre; lo cual sabido por los monjes del monasterio, algunos de ellos fueron á visitarle, y observándole oprimido por una grave enfermedad y que no habia en aquel lugar quien le suministrase los socorros necesarios, le rogaron estrechamente que se levantase de tierra, y se retirase con ellos al monasterio. Obediente el Santo levantóse un poco del suelo, y ayudado de los religiosos se trasladó al monasterio donde fué colocado en una celda para curarle con los oportunos remedios. Mas observando que conservaba la alegría en el semblante, y el vigor en el espíritu, creyéndolo no muy cercano á la muerte, se retiraron dejando solo al Santo. Éste empero pasando toda la noche en continuas alabanzas á Dios y á la grandeza y majestad divina, al despuntar la aurora fijando su pensamiento y sus ojos en el Señor, y profiriendo aquellas palabras: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum*, con alegre rostro y con extremo júbilo de su espíritu voló al cielo acompañado de los coros angélicos. Sucedió su dichosisimo tránsito á 6 de Abril del año 1070, á la edad de cincuenta años, en el monasterio de S. Elías de Calabria, cerca de Seminara. Vueltos por la mañana los monjes, encontraron al Santo que habia espirado, pero con rostro sereno y esplendente, y en actitud majestuosa y modesta; y así con velas encendidas le llevaron á la iglesia en donde celebraron su funeral, y el Señor manifestó su gran santidad haciendo que despidiese su cuerpo un olor suavisimo y milagroso. Mas como el Santo habia pasado la mayor parte de su vida léjos de la vista de los religiosos, y ocultado sus singulares virtudes sin haber obrado milagro alguno, no formando los monjes ningun otro elevado concepto de su santidad, honorificamente le sepultaron y su vestido roto y estropeado, como del todo inútil, lo pusieron colgado de un palo, abandonado sin estimacion ninguna. Transcurridos dos años, queriendo el Señor que á medida de sus méritos fuese venerada la gran santidad de Filareto, hizo, segun refiere Antonino Mongitore en su *Palermo Santificado*, que resplandeciese en lo mas obscuro de la noche una brillante luz sobre su sepultura, que maravilló á cuantos lo vieron, no atinando á pensar sobre el orígen de un tal prodigio. Despues con señales aun mas manifiestas mostró el Señor cuan grande fuese la santidad de Filareto con varias maravillas, y entre ellas se dijo que una mujer de aquellos alrededores, habiendo perdido la vista, se fué al sepulcro de S. Elías, llamado *el jóven*, célebre por la multitud de milagros, para recobrarla; pero pasó largo tiempo rogando sin experimentar el menor alivio. Miéntras empero, oprimida de grandisima afliccion, estaba ya próxima á partir, se le

apareció en una vision el santo abad Elías, el cual le dijo: «Á que aguardas aquí sin fruto y con grave peligro te afliges en tus vigilias? Levántate, y pasa al sepulcro de S. Filareto, en donde encontrarás la salud que deseas.» Vuelta en sí la mujer dudaba de la vision, pues no pensaba que Santo alguno con el nombre de Filareto estuviese en aquel lugar: mas tenida por segunda y tercera vez la misma vision con el propio mandato, asaltada de grave temor empezó á preguntar á cuantos le venian delante en donde se veneraba en aquel sitio S. Filareto; pero de sus preguntas no alcanzó otra cosa mas que la admiracion, asegurándole todos que en aquel lugar no habia Santo alguno de tal nombre: por lo cual dudosa la mujer no sabia que partido tomar. Adelantado ya el dia, cuando bajaban los monjes del monasterio para rezar segun costumbre los divinos oficios, la mujer puesta en medio de la iglesia empezó con grande abundancia de lágrimas á rogarles que le señalasen quien fuese S. Filareto, refiriéndoles sus visiones. Admirados los monjes, confesaron que no sabian quien fuese este Santo. Uno de ellos finalmente, que habia observado sobre el sepulcro de Filareto la luz prodigiosa, alumbrado por otra lumbre soberana, vuelto hácia los monjes del monasterio, les dijo: «Padres, tengamos por cierto que Filareto, aquel que habia sido en otro tiempo hortelano del monasterio, por sus altísimas virtudes fué puesto en el catálogo de los Santos, y este es el que esta mujer con tantas ansias anda buscando.» Y volviéndose despues á la mujer añadió: «Y tú vé á su sepulcro, ruega al Santo y verás las maravillas de Dios.» Á estas palabras fué la mujer conducida por la mano al sepulcro de Filareto, y aplicada á sus ojos una poca de tierra de su sepultura súbitamente volvió á ellos la luz: por donde rebozando en extremada alegría dió gracias con tierno afecto al Santo, y no cesó de publicar por todas partes el milagro obrado por intercesion de Filareto. El prodigio voló en alas de la fama y atrajo al sepulcro del Santo gran multitud de personas dolientes, no solo de las tierras vecinas, sino tambien de paises lejanos, las cuales oprimidas de varias enfermedades acudieron al sepulcro de Filareto, y volviéronse con la salud tan deseada; pareciendo de este modo su sepulcro una fuente perenne de milagros y un centro de suavísimos olores, que llenaban no ménos los cuerpos que los espíritus de celestes consuelos y dispertaban las almas para santísimos afectos. Con tantas maravillas conocida y aclamada la santidad de Filareto, fué venerado por la piedad de los fieles con la mayor religiosidad, y en aquel mismo sitio fué erigida en honor suyo una capilla noblemente adornada, siguiendo en dispensar en beneficio de los fieles continuas gracias y mercedes. Así, con el decurso del tiempo, aquella iglesia, dejado el antiguo nombre de S. Elías, empezó á llamarse de S. Filareto, conforme es ahora llamada comunmente de todos. Los rotos vestidos abandonados ya en el huerto y

colgados de un palo fueron hallados enteros, y despidiendo suavisimo olor; como preciosas reliquias fueron repartidos en pedazitos entre los fieles para satisfacer la devocion de los pueblos, pues á su contacto seguíanse segun es fama innumerables prodigios. El semblante de Filareto era mas angélico que humano; en tanto, que á su simple vista sin otro conocimiento alguno de sus obras mostraba á cada cual la eminencia de su santisima vida. Era su rostro algun tanto largo, y en él llevaba las señales de una gravisima enfermedad que en su tierna edad habia sufrido. Era su color pálido por su rigidisima austeridad, las cejas bellas, los ojos azulados, la barba algo larga, el cuerpo delicado y macilento y la estatura baja. Escribió la Vida del Santo el monje Lino en una oracion panegírica, que tradujo de la lengua griega á la latina el P. Agustin Ficrito, y la refiere el P. Octavio Caetano en el tomo II de los *Santos de Sicilia*. Escribiéronla tambien Josafat Prete en el *Breviario de su vida* escrito en griego, y conservado en la biblioteca del SS. Salvador de Mesina; el P. José Perdicaro en las *Vidas de los Santos de Sicilia*; D. Pedro Forte en las *Vidas de los Santos Palermitanos*; el P. Gerónimo Bescapé en las *Efemérides sagradas de Abril*; Don Agustin Invéges en el *Palermo sacro*, y varios otros. Reposó el cuerpo de S. Filareto por mucho tiempo en dicha capilla. Mas los antiguos monjes, temiendo el indómito furor de los sarracenos y de los corsarios que con sus correrías vejaban la Calabria, y desfogaban su barbarie no ménos en los habitantes que en las reliquias de los Santos; celosos de tan precioso tesoro como era el cuerpo de S. Filareto, le ocultaron debajo tierra en una pequeñita capilla vecina al altar del Santo: dejando á la pública veneracion tan solo un brazo suyo, que por mucho tiempo se veneró en el referido monasterio, y despues en la vecina ciudad de Seminara, y en su iglesia mayor colegiata. Del lugar en que se hallaba escondido aquel sagrado depósito se conservó siempre viva la memoria entre los monjes de aquel monasterio. Así que, no pocos, estimulados por el deseo de ver veneradas con el honor debido las reliquias del Santo, muchas veces probaron excavar la tierra para hallar el cuerpo; mas como no era llegado aun el tiempo fijado por la Providencia Divina para la invencion, fueron distraidos de la empresa por varias enfermedades que se dice les sobrevinieron y por diversos accidentes, impedidos de proseguir su comenzado trabajo. Llegado el año 1693, el formidable terremoto que en 11 de Enero trastornó con terribles sacudimientos la Sicilia extendió al mismo tiempo sus espantosas violencias á la vecina Calabria, y aterró el monasterio é iglesia de S. Filareto. Los monjes no tanto pensaron en restaurar el derribado monasterio, cuanto en recobrar el cuerpo de S. Filareto. Por donde, preparados con actos de ferviente devocion fueron á excavar el sitio en que la antigua tradicion indicaba estar

escondido, y despues de la mas diligente inquisicion hallaron el cuerpo del Santo en una cajita de ladrillos en 17 de Febrero de 1693. Divulgada con júbilo universal la invencion por la ciudad de Seminara y tierras circunvecinas, reanimóse la piedad de los fieles, y con llamas de nueva devocion hácia el Santo concurrió una innumerable multitud de pueblo al lugar en donde fué encontrado para invocar su validísimo patrocinio en las calamidades, que á todas horas oprimen la flaqueza de los adoloridos mortales. De ahí innumerables enfermos con solo aplicar á las diferentes dolencias la tierra excavada, ó los ladrillos del sepulcro, ó las reliquias, recobraron la salud, y vino á ser una fuente perenne de milagros el lugar del venerable sepulcro. Habiéndose esparcido la fama de los prodigios obrados en Palermo, su patria, encendióse en el corazon de aquellos afectuosos ciudadanos un deseo vehementísimo de obtener una prenda de proteccion para con el Santo en alguna de sus señaladas reliquias. El P. Pedro Minniti, general de la Órden de S. Basilio, recibió las súplicas de muchos que con amorosos impulsos le instaban para conseguirlo, á las cuales se juntaron las férvidas instancias del senado de Palermo. Así que, acogiéndolas todas el piísimo general, para satisfacerlas bondadosamente las expuso al sumo pontífice Clemente IX á fin de conseguir la necesaria licencia de la traslacion; y él al oir que se debian conceder aquellas reliquias á la ciudad de Palermo con aire de venerable majestad respondió: *Las concedemos muy gustosos, porqué sabemos que en Palermo se veneran las reliquias de los Santos.* Obtenido pues el indispensable permiso, pasó el general á la iglesia de San Filareto, reedificada en la ciudad de Seminara, y en 4 de Octubre de 1701 extrajó de la urna de las reliquias del Santo un brazo con tres fragmentos de la cabeza, dos dedos y tres dientes molares para hacer de ellos un preciosísimo don á la ciudad de Palermo, á donde él mismo quiso llevarlas á fines de 1701. La solemnidad empero de la traslacion, por los muchos impedimentos que se habian atravesado, se celebró con magnífica pompa á 14 de Enero de 1703 transfiriéndose las susodichas reliquias de la iglesia del monasterio de S. Basilio de Palermo, en donde se habian depositado, á la catedral en donde en el dia se veneran.—J. R. C.

FILÁRGUES ó Philárches. En el libro II de los Macabeos, cap. VIII, que trata de cuando Júdas Macabeo asistido del Señor despues de algunas victorias pone en fuga á Nicanór, que se lisonjeaba de vencer á los judíos, despues de haber pasado á cuchillo á veinte y nueve mil hombres de su ejército con Timoteo y Bacchides; en este capítulo, versículo 32, se leen las siguientes palabras: «Y mataron á Philárches que estaba con Timoteo, « hombre facineroso que habia hecho muchos males á los judios. »—U.

FILASSIER (Marin) sacerdote. Nació en Paris en el siglo XVII, y mu-

rió en 13 de Julio de 1733. Publicó bajo el velo del anónimo: *Sentimientos cristianos propios para los enfermos*, Paris, 1723, en 12.°, muchísimas veces reimpresa: obra que no se compone mas que de pasajes de la Escritura y de los Padres, llena de uncion y extraordinariamente apreciada en Francia. El autor habia sido tambien capellan de Miramiónnes. Se ignora la época en que murió.—U.

FILASTRO ó PHILASTRO (S.) obispo de Brescia, en Italia. No hay autor que nos cite el año y el lugar donde nació ni de quien fué hijo, pero sí convienen en que abandonó su casa y el patrimonio de sus padres para servir bajo la enseña del Crucificado. Ordenado de sacerdote recorrió varias provincias, anunciando en todas partes la divina palabra con celo apostólico. Se detuvo en la ciudad de Milan hácia el año 360, y segun opinion de algunos se encargó de aquella iglesia, haciendo brillar en ella el celo y la caridad que tanto le distinguian. Atacó con sus discursos y predicaciones á los arrianos, á quienes venció siempre con el escudo de la verdad; continuando sus piadosos trabajos hasta que Auxencio, obispo de Milan y protector de aquellos herejes, le arrojó de la ciudad, desde donde se trasladó á Roma. Habiendo muerto Auxencio, Filastro fué nombrado obispo de Brescia en el año 374. Hallóse en 381 en el concilio de Aquilea con S. Ambrosio, S. Justo de Lyon y otros grandes prelados. S. Agustin afirma haberle conocido en Milan. Escribió Filastro un libro de las herejías que se imprimió en la *Biblioteca de los Padres*. Ademas se imprimió separadamente en Basilea, en 1528; y en Helmstad, en 1611 y 1614. La grande piedad de Filastro, su extraordinaria humildad y su celo por la pureza de la fe le hicieron digno de la gracia de Dios y del amor de todos los católicos, que le miraban, y con razon, como digno compañero de los Ambrosios, de los Agustinos y de los demas insignes defensores del cristianismo. Con las miras fijas en el cielo, dice un autor, estaba en este mundo como una criatura fuera de su elemento, suspirando continuamente por volar hácia Dios. Este Santo prelado murió en 18 de Julio del año 387. S. Gaudencio, su sucesor, hizo su elogio en un discurso que pronunció con motivo de su ordenacion ante S. Ambrosio. Tratan de Filastro: Gaudencio, *Homil. de Philastrio*; S. Agustin, *De hær. 6, initio*; Sixto de Siena, *L. 5, B. S. an. 27*; Tritemio, *De script. eccles.*; Baronio, *In annal.*; Estio, *Præf. comment. in epist. ad hebr.*; Possevino, *In appar. sac.*; Le Mire, *In auct. Ughel, Ital. sac.*; Bellarmino, *De script. eccl.*; Vosio, *L. 2, de hist. lat. c. 9.*; M. Dupin, *Biblioteca de autores eclesiásticos del siglo V*; Baillet, *Vidas de los Santos, 18 de Julio*; y el Martirologio romano en 18 de Julio con estas palabras: «En Brescia el triunfo de S. Filastro obispo de aquella ciudad, el cual combatió vigorosamente con su predicacion y escritos contra los herejes, especial-

mente contra los arrianos, de quienes padeció muchos trabajos; y por último esclarecido en milagros, confesor murió en paz.—J. M. G.

FILASTRO ó FILLASTRE (Guillermo) arzobispo de Áix y cardenal del título de S. Márcos en el siglo XV. Nació en Suze, en el Maine, en 1344. Era hermano de Estévan á quien Luis, conde de Provenza, nombró gobernador de aquel departamento. Fué hombre muy sabio en las matemáticas y en el derecho, que enseñó en Réims, de donde fué dean, y en cuya ciudad formó una buena biblioteca para uso de los canónigos. Honróle Juan XXIII con el capelo de cardenal en 1411, y se encontró en el concilio de Constanza en la creacion de Martino V, quien le designó en calidad de legado cerca de la córte de Francia con el cardenal de los Ursínos. Á pesar de esta distincion cayó en desgracia de Cárlos VI de resultas de haber arengado en cierto dia en su presencia hablando con muy poco respeto de los privilegios de la iglesia galicana, en términos, que se le impuso silencio, y se le obligó, aunque indirectamente, á salir de Francia. Ademas de los grandes conocimientos que poseia en los derechos civil y canónico, estaba muy versado en la literatura griega y latina. Tradujo algunos libros de Platon, la *Cosmografía de Tolomeo*, y puso preciosas notas en el *Pomponio Mela*, cuyas notas no se imprimieron. El manuscrito en vitela se encuentra en la biblioteca de la ciudad de Réims, habiendo pertenecido ántes al capítulo de la misma ciudad, al cual legó sus libros. Este generoso prelado habia hecho reedificar las escuelas de teología de Réims, y concluir en 1427 una de las torres de la iglesia catedral que habia quedado imperfecta hasta aquella época. Murió en Roma en 1428, habiendo disfrutado de la administracion en la parte temporal del arzobispado de Áix desde 1422.—J.

FILASTRO ó FILLASTRE (Guillermo). Segun se cree fué sobrino del anterior. Nació hácia el año 1400. Algunos autores han querido suponer si era bastardo, y dicen tambien que el duque de Borgoña su bienhechor le legitimó por real cédula de 23 de Setiembre de 1460. Sintiéndose inclinado al estado religioso vistió el hábito de la Órden de S. Benito en Chalons-sur-Marne, y llegó á ser abad del monasterio de S. Thierry de Réims, de donde salió para desempeñar sucesivamente la sede episcopal de Verdun en 1437 y la de Toul en 1449. Renato de Anjou, rey de Sicilia y duque de Lorena le eligió por secretario suyo, y Felipe *el Bueno* le confirió en 1461 el obispado de Tournay. Este príncipe justo apreciador del mérito de Fillastre le nombró presidente de su Consejo de estado y canciller del órden del Toison de Oro que habia instituido en 1429, y le empleó útilmente en muchas y delicadísimas negociaciones. Felipe se habia obligado por voto solemne á hacer un viaje á la Tierra Santa para guerrear contra los turcos; pero sospechando de la política astuta de Luis XI, que pudiera haber invadido sus

estados durante su ausencia, diputó á Fillastre cerca del papa Pio II en 1463 para obtener de este pontífice la dispensa de una obligacion que no podia cumplir sino prescindiendo de sus intereses. El duque ofrecia contribuir con seis mil hombres mantenidos de su cuenta, pero la muerte del papa hizo inútiles todos los preparativos. Fillastre pronunció la oracion fúnebre de Felipe *el Bueno*, muerto en Brúges en 1467, y en el año siguiente hizo en la misma ciudad el discurso de apertura para la solemnidad anual del órden del Toison de Oro en presencia de Cárlos *el Temerario*. Este sabio y virtuoso prelado murió en Gante en 22 de Agosto de 1473. Legó ricos presentes á la iglesia de Tournay, y sus cenizas fueron trasladadas á S. Homero en la iglesia de S. Bertin que él mismo habia hecho construir. Tenemos de Fillastre: 1.°: Una *Crónica de la Historia de Francia*, poco estimada, 1517, dos tomos, en folio. 2.°: *El Toison de Oro*, órden de caballería, donde se hallan las virtudes de magnanimidad y de justicia pertenecientes al estado noble, y donde se contienen altos, virtuosos y magnánimos hechos de las cristianisimas casas de Francia, Borgoña y Flándes; Paris, 1510, 1515, 1517, dos tomos en folio; Tróyes, 1530.—O.

FILBERTO (Beato) conde. Aunque son muy escasos los detalles que nos suministran las Crónicas acerca de este personaje, se echa de ver que las circunstancias de su vida son muy interesantes, y marcan muy al vivo la época turbulenta y entre bárbara y religiosa en que floreció. Sabido es que la edad media nos presenta unos contrastes inexplicables de costumbres, como hemos tenido lugar de insinuar en otra parte, y que solo se pueden atribuir á los esfuerzos que tenia que hacer el cristianismo para domesticar la ferocidad salvaje de aquella raza, que comenzar debia una nueva era de civilizacion. Sabido es asimismo el poder omnímodo y absoluto de los señores feudales, que superaba muchas veces al de los mismos reyes, los cuales muy lenta y penosamente tuvieron que irlo refundiendo en sí, sacando á los pueblos de la opresion de los pequeños señores; por lo cual ha sido dicho con mucha razon por uno de nuestros compañeros de estudio, finado poco hace, que los pueblos en Europa debieron su libertad á los reyes, pues el dominio real siendo mas fuerte en sí era mucho mas blando y tolerable para los que le estaban sumisos. Con estas previas indicaciones serán mas fáciles de comprehender los extremos que abraza la vida de nuestro Filberto. Dícese que fué de muy noble linaje, como lo indica su gerarquía, y despues de ponderar sus riquezas, se le alaba por su intrepidez en la guerra, habiendo sido despues fundador del monasterio de Ubalciodoro, de la religion ilustre de S. Benito. Refiérese que un clérigo de la iglesia de Réims le hizo una leve ofensa, y que en venganza de ella prevalecido de su poder y de su fuerza se dirigió contra esta ciudad á mano armada y la destruyó, entregando á las

llamas en ella un noble templo dedicado á la Santísima Vírgen. Sea cual fuese el motivo que impulsase á Filberto á tan atroz y bárbara resolucion, haciendo pagar á tantos infelices la ofensa de uno solo, es muy notable la impiedad de dar á las llamas un santuario consagrado á María, cualquiera que fuese el agravio que de otros hubiese recibido. Mas por una de aquellas anomalías, que casi dejaban de serlo por tan frecuentes en la edad media, el sentimiento religioso penetró fuertemente en el alma del bárbaro y sacrílego destructor, y la gracia del Señor transformó milagrosamente su corazon. Arrepentido despues de sus atrocidades, edificó nada ménos que siete monasterios de la referida Órden en recompensa y satisfaccion, se dice, de siete pueblos que habia destruido. Y el último fué el de Ubalciodoro, dedicado á Nuestra Señora, como lo estaba la iglesia que habia quemado. Dióse pues entónces enteramente á obras de piedad, hasta que muerta su esposa Hortensia, y deseoso de mayor perfeccion, consagróse él mismo á la vida religiosa, profesando la misma regla de S. Benito en el último monasterio que habia fundado; y desde allí cuidaba de mantener y aumentar los monasterios que habia fundado, y ponerlos bajo su proteccion contra las incursiones de otros bárbaros ó magnates. Cuando el cristianismo no tuviese otras glorias que estos grandes triunfos conseguidos contra el crímen y la barbarie, estas asombrosas transformaciones que convertian un alma feroz en un alma contrita, benéfica, llena de amor á Dios y á los hombres; fuerza seria confesar que es la única religion divina que hay en la tierra. Ella es la que levantó en medio de aquel inmenso naufragio del mundo moral y social esos asilos maravillosos de piedad y de amor, en cuyas aguas apacibles se apagaban esas almas de fuego que hubieran abrasado al mundo para resucitar encendidas en otra llama de amor y de caridad. ¡Cuántas pasiones frustradas dice un autor contemporáneo, cuantos ocultos sentimientos descubiertos, cuantos disgustos amargos nos sacan todos los dias fuera del mundo! ¡Bellísima cosa era ciertamente encontrar en estas casas religiosas un solitario y seguro asilo contra los golpes de la fortuna, y contra las borrascas del corazon! Murió pues nuestro Filberto, cargado de virtudes y de merecimientos, despues de haber dado á Dios toda la satisfaccion que le fué posible de sus pasados desórdenes y de los males que habia causado, en el dia 28 de Marzo del año 977.—J. R. C.

FILCHIO, FILCHIUS ó FILCHINS (Benito) descendiente de una noble familia de Inglaterra. Nació en 1560 en el centro del protestantismo, imbuyéndole sus preceptores desde su infancia el sistema y las máximas de los puritanos. En este hombre verdaderamente célebre se reconoce la gran misericordia de Dios acompañada en lo sucesivo de la Gracia. Vivia en Lóndres entregándose en sus juveniles años sin freno á la disipacion y á los excesos con que convida á cada paso una capital como la de Inglaterra; pero

cuando mas engolfado estaba en los placeres que le proporcionaban sus riquezas y su extraviada imaginacion fijó la vista en la eternidad, se avergonzó de sus propias acciones y miró desde el momento con horror lo que ántes buscaba con avidez; abrió los ojos y vió; y desde el instante que reconoció sus extravíos se convenció que en el protestantismo no podia encontrar la verdadera felicidad, aquella felicidad que establece de un modo perpetuo la paz del alma. Placeres, riquezas, ilusiones, todo lo despreció desde entónces, no pensando mas que en su salvacion. Para resolucion tan grande y tan noble tuvo á la vez que cerrar los oidos al imperio de sus pasiones y á las reflexiones de los novadores, no oyendo mas que la voz de su conciencia, que le gritaba desde el fondo de su alma, caridad y amor, pobreza religiosa; y sus labios repetian el eco de su conciencia. Despreció pues las vanidades del mundo y abjurando el calvinismo entró en el seno de la Iglesia católica para brillar de un modo asombroso en lo sucesivo. Trasladóse inmediatamente á Paris, y allí abrazó el Órden del seráfico P. S. Francisco en la religion de capuchinos, siendo de edad de veinte y cuatro años. En el noviciado fué un ejemplar de novicios, dándose á conocer muy en breve por su fervor, por su humildad, por sus ayunos y austeridades, y por su aplicacion al estudio de las sagradas letras. Postrado al pie de los altares lloraba amargamente por sus pasados extravíos, y luego dirigiendo su vista hácia los cielos alababa con el mayor entusiasmo la inagotable bondad y misericordia del Señor. Vos me habeis sacado del cieno, diria, y me he visto milagrosamente curado de la lepra que cubria mi alma: ya soy vuestro, Señor, y nunca mas me separaré de vos. En efecto, era un perfecto modelo de todas las virtudes religiosas. Inflamado de celo por la conversion de sus compatriotas, sin atender á los peligros á que se exponia, ardiendo en deseos de derramar su sangre por la fe se atrevió en 1599 á pasar otra vez á Inglaterra, precisamente en la época en que severas leyes proscribian el catolicismo, y procuró con sus discursos confortar á los que se habian mantenido fieles á la Santa Iglesia Romana, y á llamar á los otros otra vez al seno de esta madre comun de los fieles. Sorprendiéronle en el ejercicio de esta piadosa y peligrosa mision; y denunciado por lo mismo á la reyna Isabel, esta digna hija y sucesora de Enrique VIII, mandó encerrarle en una estrecha cárcel. Tratáronle como un sedicioso, como un fautor de tramas ó jefe de conspiradores. Tres años estuvo allí privado enteramente de libertad sufriendo los rigores del hambre, de la sed, y por decirlo de una vez, todas las privaciones y males de un duro cautiverio; pero Dios quiso que triunfase de tantas adversidades para que pudiese continuar ensalzando su nombre en bien de una infinidad de almas. La reyna Isabel cedió por fin á las reiteradas instancias de Enrique IV rey de Francia, po-

niendo en libertad al piadoso capuchino. entónces regresó á Francia siendo recibido del Monarca con muestras del mayor cariño: estaba Enrique tan prendado de su virtud, de su humildad y de las demas prendas que le adornaban, que no dudó un momento en nombrarle director espiritual de las personas mas adictas á su servicio Esta es la expresion de Lecuy, expresion que nosotros consideramos equivocada, porqué á nuestro modo de ver lo que mas pudo hacer Enrique fué nombrar á Filchio para instructor religioso de sus servidores. En su convento le nombraron maestro de novicios y le hicieron otros varios encargos relativos al noviciado, los que desempeñó con inexplicable celo, logrando dar á la Órden muchisimos religiosos de eminente virtud. La *Historia* de su misma Órden indica que Filchio tuvo varias revelaciones, que estaba dotado de espíritu profético y del don de hacer milagros. Es indudable que con muchisima frecuencia Dios ha manifestado su poder en sus servidores; sin embargo, debemos desconfiar hasta cierto punto del espíritu de corporacion, que á veces conduce á los escritores á una credulidad bastante piadosa pero poco esclarecida. Se ignora la época en que murió. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *Regula perfectionis continens breve ac lucidum compendium totius vitæ spiritualis redactæ ad unum punctum voluntatis divinæ, in tres partes distributa.* Esta obra escrita en idioma inglés fué traducida al flamenco y al frances, y despues al latin por el mismo autor, é impresa en Roma por órden del Rdo. P. general de los capuchinos en 1625 y 1628; en Paris, en 1650; en Leon de Francia en 1658; y otras dos traducciones se publicaron la una en español y la otra en italiano; la primera en Zaragoza, en 1648; la segunda en Roma en 1650; y en Viterbo en 1667. 2.ª: *Soliloquium pium et grave in quo exponit conversionis suæ primordia*, 1602. 3.ª: *Liber variorum exercitiorum spiritualium*, Viterbo, 1608. 4.ª: *Eques christianus*, Paris, 1609. Esta obra contribuyó poderosamente á la conversion de M. Thayer ministro protestante, quien hizo de ella un magnífico elogio. 5.ª: *Epistola responsiva cuidam dubio, circa objectum divinæ voluntatis*, 1608. 6.ª: *Exempla cujusdam documenti traditi circà orationem, pro exercitatione cujusdam personæ afflictæ, ob defectum consolationis in illâ*, 1609. Escribieron la *Vida* de Filchio varios autores; entre los cuales se nota á Ágata Wisman religiosa de S. Benito, que compuso el elogio de este santo religioso en versos latinos rimados.—J. M. G.

FÍLEAS, Esiquio, Pacomio y Teodoro (SS.) mártires. En el Martirologio romano en 26 de Noviembre se lee que estos Santos eran obispos de Egipto, y que con otros seiscientos sesenta mártires *fueron levantados al cielo por la espada de la persecucion.*—U.

FÍLEAS ó Phileas y Filoromo (SS.) mártires. Fileas era obispo de la ciudad de Tanni, que otros llaman de Thmuís, en Egipto. Pertenecia á una

familia rica y poderosa, y despues de haber ejercido varios cargos adquiriéndose la reputacion de hábil filósofo, fué elegido obispo de aquella ciudad. El segundo era tribuno, y ámbos dignos defensores de la fe. En el año 309 Maximino suscitó la cruel persecucion que tanta sangre costó á los cristianos. Llamados Fileas y Filoromo ante el gobernador, y acusados de seducir el pueblo para que no adorase á los ídolos, se concedió á los dos Santos un breve plazo á fin de que apostataran, con la amenaza de que si así no lo hacian, caerian sus cabezas bajo la cuchilla del verdugo. Aconsejábanles sus amigos y parientes que condescendiesen para evitar la muerte; pero en vano: no quisieron manchar sus manos con el incienso que los gentiles prodigaban á las falsas deidades: permanecieron firmes y el gobernador cumplió su palabra. En el mismo año 309 las cabezas de los Santos fueron separadas de sus troncos, y sus almas cándidas como la paloma volaron al cielo coronadas con la aureola del martirio. Con ellos fueron tambien martirizados gran número de fieles de la misma ciudad, que quisieron seguir el ejemplo de su ínclito pastor. Fileas ántes de sufrir el golpe mortal escribió una excelente carta á los de Thmuis, que Eusebio nos ha conservado. En ella refiere los diversos géneros de tormentos que se hacian sufrir á los fieles, y cuya crueldad horroriza aun á los corazones mas empedernidos. S. Gerónimo habla de Fileas como de un autor eclesiástico, diciendo que compuso un libro en elogio de los mártires. Tenemos una relacion de las disputas de Fileas con el juez que queria persuadirle á tributar incienso á los dioses; pero esta relacion no es original, y por lo mismo no hace fe: de modo que se insertan en ella cosas sacadas de Eusebio y de Rufino. Tratan de este Santo: Eusebio, *L. 8, hist.*; S. Gerónimo, *De script. eccles.*; Nicéforo, *1*, 7, *hist. c. 9.*; Baronio, *A. Ch. 302 et in Martyrol. prid. nonas Febr.*; M. Du Pin, *Biblioth. des aut. eccles., les III premiers siecles*, y el Martirologio romano en 4 de Febrero.—U.

FILEMON Y APIA (SS.) mártires. Filemon era un rico ciudadano de Colóssas en Frigia, y fué convertido á la fe cristiana por Epafras discípulo de S. Pablo; pues se sabe que este Santo no predicó á los colossenses personalmente. Tal vez no tendríamos noticia, dice Calmet, de S. Filemon sino hubiese existido Onésimo, quien le robó y se fugó á Roma donde encontró á S. Pablo. Este esclavo prestó al Santo toda clase de servicios, y habiéndose convertido á la fe fué lavado de sus culpas con las aguas regeneradoras del Bautismo. Despues de esta feliz conversion S. Pablo envió al esclavo á Filemon con una carta, que se conserva aun, y que pasa por una obra maestra de aquella elocuencia natural, viva, animada y persuasiva propia de S. Pablo. Filemon habia convertido su casa en iglesia: sus domésticos eran tan fieles como él. Su caridad, su liberalidad, su misericordia eran un manantial ina-

gotable para los desgraciados. Las *Constituciones apostólicas* dicen, que San Pablo le nombró obispo de los colossenses, pero en otro paraje se asegura que en el año 65 de Jesucristo, hallándose S. Pablo encadenado en las cárceles de Roma, pasó Filemon á Gaza en la Palestina de donde fué el apóstol y el primer obispo; que de allí regresó á Colóssas, y que sufrió el martirio con Apia su mujer en tiempo de Neron. Apia era digna de su esposo por sus virtudes; siendo estas tan relevantes, que el mismo S. Pablo admirado de ellas la llamaba amada hermana: en una palabra, era la admiracion de todos los cristianos por su fe, por su piedad, y por la solicitud con que se empleaba al socorro y alivio de los pobres. Los griegos refieren otras particularidades de la vida de estos Santos esposos, pero carecen de testimonios auténticos; así es que lo único que se tiene como probable es, que murieron mártires en la misma ciudad de Colóssas á manos del populacho, en medio de una conmocion escitada contra los cristianos. Veamos por último como se expresa el Martirologio romano en 22 de Noviembre; dice así: «En Colóssas, ciudad de la Frigia, los santos Filemon y Apia discípulos del apóstol S. Pablo, los cuales en tiempo del emperador Neron, habiendo levantado los gentiles un tumulto en la iglesia en la fiesta de Diana, huyendo los demas, fueron presos y azotados por órden del gobernador Astócles; despues los sepultaron en un hoyo hasta la cintura y los apedrearon hasta que murieron.»—G.

FILEMON Y APOLONIO (SS.) mártires. En el Martirologio romano dia 8 de Marzo se lee lo siguiente. «En Antios, ciudad del Egipto, el triunfo de los santos mártires Filemon y Apolonio diácono, los cuales fueron presos y llevados delante del juez, y no queriendo sacrificar á los ídolos les barrenaron los carcañales de los pies, y atravesándolos con cuerdas los arrastraron con horror por la ciudad, y por último fueron degollados». Segun los Bolándos que tuvieron á la vista un manuscrito griego eran los dos Santos naturales de Tébas en Egipto, y padecieron martirio juntamente con otros muchos que habian sido bautizados por Filemon, presbítero, y por Apolonio su digno compañero. El feliz tránsito de estos Santos, segun los mismos Bolándos, aconteció á principios del año 287. Es de advertir que en el Martirologio romano en el apartado que sigue al que hemos ya indicado se expresa que en la misma ciudad padecieron el martirio los santos Ariano presidente, Testico y otros tres, los cuales fueron ahogados en el mar por órden del juez: sus cuerpos los sacaron á la playa los delfines, y esto sin duda dió márgen para decir que fueron compañeros de Filemon y Apolonio.—U.

FILEMON Y DOMNINO. Habian nacido en Roma en el siglo II y salieron de su patria para propagar la fe en otros puntos; recorrieron la Italia, y en todas partes hicieron sentir los efectos de la Divina palabra alcanzando un gran

número de conversiones. Encendióse la persecucion de Diocleciano, cuyo voraz incendio se extendió como la rapidez del rayo; pues no pasaba dia en que los verdugos no se cebasen en la sangre de los cristianos. Filemon y Domnino fueron presos y conducidos ante el juez. Éste intentó seducirlos con alhagüeñas palabras ofreciéndoles felicidad y riquezas; mas los Santos armados del escudo de la verdad rechazaron con indignacion sus ofrecimientos. Indignado el juez mandó desnudarles y azotarles hasta quedar desollados. Hiciéronlo así los verdugos; mas viendo que los Santos persistian en su propósito los degollaron hácia el año 300. El Martirologio romano los cita en 21 de Marzo.—O.

FILESAC (Juan) doctor de la Sorbona y cura párroco de S. Juan, en Greve. Nació en Paris, y principió sus estudios en aquella universidad, donde en 1571 fué recibido de maestro en artes. Despues de haber enseñado por espacio de seis años humanidades en el colegio de la Marca, obtuvo una cátedra de dialéctica; adquiriéndose en ámbos puestos una grande y bien merecida reputacion. En 22 de Abril de 1583 fué nombrado procurador de la nacion de Francia y rector en 24 de Marzo de 1586. En 1590 tomó el grado de doctor, y fué uno de los principales ornamentos de la facultad de teología en las diversas deliberaciones, en las cuales ejerció una grande influencia, presidiendo por mucho tiempo en calidad de dean. En los escritos de aquel tiempo y en los registros de la universidad se halla con frecuencia su nombre citado con elogio, tanto por su sabiduría como por su firmeza y su integridad. El autor de la *Vida de Edmundo Richer*, bien conocido por el interes con que defiende las doctrinas de este famoso galicano, intenta menguar la gloria que se adquirió Filesac defendiendo los derechos de la Santa Sede. Le echa en cara haber entrado en la liga de Duval contra su defendido, á quien estimaba por haber prestado grandes servicios á la Iglesia y al Estado durante el tiempo que fué síndico de la facultad. Este autor supone atrevidamente que el nuncio del Papa, que era el cardenal Duperron, y Gondi, obispo de Paris, intentaron separar á Richer del cargo de síndico, porqué su obra del *Poder eclesiástico y político* habia disgustado á la córte de Roma en atencion á que se oponia con todas sus fuerzas á las pretensiones de los partidarios de esta córte, que querian á todo trance establecer las opiniones contrarias. «Fijaron su atencion, dice este autor, en Filesac considerándole el mas á propósito para reemplazar á Richer. Al principio, añade, lo rehusó, pero habiéndole indicado que mas adelante podria aspirar al obispado de Autun, tuvo la debilidad de dejarse vencer. Richer fué depuesto del sindicato en 1.° de Setiembre de 1612 y Filesac elegido en su lugar; y concluye, que no tardó en arrepentirse de su debilidad, hija de la ambicion, procurando enmendar el mal que habia ocasionado;» pero esta

anécdota carece de pruebas, y tan solo se funda en el dicho de un escritor que, como todo el mundo conoce, hablaba con la parcialidad propia de un defensor de Richer. Filesac que vivió aun algunos años mas continuó gozando de la misma reputacion que siempre, y sobre todo del aprecio de los sabios de su siglo; y murió de dean en 2 de Junio de 1638 de edad muy avanzada. Su erudicion era grande pero mal digerida. Escribió sobre toda clase de materias; pero pasaba bruscamente de lo sagrado á lo profano sin método ni trabazon: sus libros están llenos de citas y abundan en digresiones que con frecuencia hacen perder de vista el objeto principal. Nos da noticia de cosas sumamente curiosas; pero á pesar de que sus escritos son como una rica mina, ésta es muy difícil de explotar. Compuso las obras siguientes: 1.ª: *De la sagrada autoridad de los obispos.* 2.ª: *Tratado de la cuaresma.* 3.ª: *Del orígen de las parroquias.* 4.ª: *De la confesion auricular.* 5.ª: *De la idolatría y del sacrilegio.* 6.ª: *De la antigüedad del orígen de la facultad de teología de Paris y de sus antiguos estatutos*: tratado sumamente sabio y curioso. Filesac remonta hasta el año 1300 la época de sus primeros estatutos, mucho tiempo despues de la fundacion de la universidad, y goza de la opinion de ser muy versado en las antigüedades de aquel cuerpo científico. Todas sus obras se reunieron con el título de: *Opera varia*, Paris, 1614, dos tomos, en 8.°; y *Opera selecta*, Paris, 1621, en 4.°. Esta coleccion es muy buscada.—G. R.

FILETO ó Phileto. Era un filósofo que despues de haberse convertido á la fe, abusando de su razon creyó en el error de los simonianos que negaban la resurreccion de los muertos. Escribiendo S. Pablo á Timothéo en el año 65 de Jesucristo y poco tiempo ántes de su martirio le dijo: «Evita las pláticas vanas y profanas porqué sirven mucho para la impiedad:» indicando con esto la extraña teología de los herejes de aquellos tiempos, llena de fábulas y de cosas hasta entónces no oidas en la Iglesia de Dios; y dice que «los artífices de semejantes novedades no descansarán en ellas, sino que cada dia darán nuevas creces á su impiedad, añadiendo errores á errores y fábulas á fábulas.» Tal es la interpretacion que da el P. Scio en su nota al versículo 16 del capítulo II de la segunda epístola de S. Pablo á Timothéo. En el versículo que sigue continúa S. Pablo con esta exhortacion, ó con esta advertencia: «La plática de ellos cunde como cáncer de los cuales es Hymenéo y Phileto, que se han extraviado de la verdad, diciendo que la resurreccion era ya hecha, y pervirtieron la fe de algunos.» Despues de esto muy poco ó nada sabemos de cierto tocante á Fileto, pues como dice Calmet debe contarse por muy poca cosa lo que se lee en el falso Abdías cuando trata de la vida de Santiago *el Mayor*; lo que se expresa á corta diferencia es como sigue: «Santiago hijo de Zebedéo yendo por las sinagogas de la Judea y

de la Samaria predicaba por todas partes la fe de Jesucristo. Hermógenes y Phileto se opusieron abiertamente á Santiago, negando que Jesucristo fuese el Mesías. Hermógenes era un gran mago y Phileto discípulo suyo. Habiéndose convertido éste é intentando conducir su maestro á Santiago, Hermógenes le ató por medio de su arte mágica y le impidió que pasase á verse con el Apóstol. Phileto hizo advertir á Santiago de cuanto pasaba y Santiago le desató y Phileto fué á verle. Convencido Hermógenes de la inutilidad de su arte contra el Santo se convirtió tambien como Phileto. » Esto es en resúmen lo que se lee en el falso Abdías, que en nuestro concepto no merece el menor crédito.—J.

FILETO (S.) senador, Lidia su mujer y Macedon y Teoprépides sus hijos. Moraba la virtud en el seno de esta familia, y servian de espejo en Ilírico por su amor á la fe, cuando Adriano se complacia en perseguir á los cristianos dándoles tormentos y muerte sino tributaban incienso á las falsas deidades. Fileto y toda su familia sufrieron los efectos de la cruel persecucion. El Emperador mandó prenderlos, y no queriendo los Santos renunciar á la fe de Jesucristo Nuestro Señor, dispuso el juez que fuesen metidos dentro de calderos de aceite hirviendo; y como Dios les preservase de aquel martirio, el tirano pronunció la sentencia de muerte, siendo todos ellos decapitados. La Iglesia segun el Martirologio romano celebra la fiesta de estos Santos en 27 de Marzo.—U.

FILGUEIRA (Manuel Ambrosio) clérigo regular. Abrazó el Órden de mínimos y fué catedrático de teología moral en el colegio de Salamanca. Hallándose en Madrid escribió: 1.ª: *Suma de casos de conciencia que se disputan en la teología moral*, Madrid, 1667, en 4.°; segunda edicion imprenta de Melchor Sanchez, 1671. 2.ª: *Tesoro católico*, Madrid, en la misma imprenta, en 4.°. 3.ª: *Del estado del Purgatorio*.—O.

FILIBERTO (S.) abad. Floreció en el siglo VII. Era natural de Gascuña, y fué educado con tanto esmero y tan cristianamente, que todos sus pasos se dirigieron en lo sucesivo á la mas insigne piedad. Enviáronle al principio á la córte de Clotario II, donde los ejemplos y las exhortaciones de S. Ouen causaron tal impresion en su alma entregada ya á la virtud, que renunció al mundo y en su consecuencia todas las ilusiones de un porvenir brillante con que le brindaba la córte; y tomó el hábito de religioso en la abadía de Rabáis, que el mismo S. Ouen habia fundado. Entónces Filiberto contaba la edad de veinte años. Nombráronle algun tiempo despues superior; mas como tuviese que luchar, á pesar de su sabiduría, de su prudencia y de su piedad, con algunos monjes indóciles é indignos de vestir el hábito pasó á visitar varios monasterios que vivian bajo la regla de S. Columbano: fijando por último su residencia en la Normandía. Allí fundó un célebre monasterio en las

tierras que le cedieron el rey Clodoveo y la reyna Batilde en el año 654. Filiberto siguiendo los impulsos de la mas ardiente caridad principió á derramar el bien á manos llenas; y como la fama de sus virtudes le diese á conocer no solo de los pueblos comarcanos, sino de otros puntos de mayor distancia, acudieron de todas partes un gran número de personas piadosas que determinaron vivir bajo la regla del nuevo abad, siguiendo en un todo su ejemplo, porqué consideraron y con razon que no separándose de la via que él les señalaba se verian favorecidos con la Divina Gracia. Fué tan numeroso el concurso, que en muy corto espacio de tiempo contó mas de nuevecientos monjes á su alrededor, á quienes dedicó en el desmonte de terrenos para edificar nuevos monasterios. Entre ellos no existia distincion alguna: desde el que habia nacido en la pequeña choza hasta el que habia sido mecido en dorada cuna, todos tomaban el azadon y regaban con su sudor la tierra y las peñas que arrancaban para facilitar la edificacion de los templos donde los fieles debian oir en lo sucesivo la Divina palabra; donde debia levantarse el asilo de la caridad cristiana, que llamaba á sus claustros al príncipe, al noble, al potentado, al infeliz que acompañado de los remordimientos ó perseguido por la calumnia buscaba la paz y el sosiego en el seno de la religion. En el año 674 una absoluta necesidad separó á Filiberto del claustro para trasladarle otra vez á la córte. Existia entónces en el real palacio un mayordomo llamado Ebroin, cuyo corazon inclinado á la maldad se distinguia entre aquellos cortesanos, que por lo regular abundan en los palacios de los reyes. Filiberto tuvo el valor suficiente para reprehender á Ebroin de sus crímenes é injusticias. El mayordomo léjos de reconocer las rectas intenciones del Santo se cebó contra él, suscitándole terribles persecuciones: de modo que á Filiberto no le quedó otro recurso que retirarse á la pequeña isla de Evio en las costas de Poitou, donde fundó otro monasterio. Aquella fué su última residencia. Allí acabó sus dias en santa paz en 22 de Agosto del año 684.—G.

FILIBERTO (S.) mártir español, compañero de S. Fabriciano. (Véase Fabriciano (S.).

FILIBERTO (S.) Fué este Santo de la mas noble sangre de la Francia, nacido en el territorio Elisano en una villa llamada Yulio. Su padre se llamaba Filibando, el cual, despues de haber perdido á su esposa, fué elevado á la dignidad de obispo de aquella comarca. Crió su hijo en la tierna edad, dándole maestro para las letras humanas y artes liberales, que fué disponerle para toda profesion é instituto. Á los diez y ocho años le llevó el rey Dagoberto á su córte, donde siguió por espacio de dos la vida cortesana y militar juntamente, como acostumbró siempre la nobleza de Francia. Era príncipe de palacio ó mayordomo del Rey S. Audoneo, que tenia

una particular aficion al virtuoso jóven ; y casi siempre le traia consigo , y de él aprendia á gozar de las cosas del siglo , ó por mejor decir , á usar de ellas sin gozarlas. Aun no habia cumplido los veinte años cuando lleno de sensatez y de prudencia dió una despedida al mundo ; y conociendo la observancia y rigorosa religion del monasterio resbacente , fundacion de Audoneo , de donde era abad S. Agilo , varon de ilustre santidad en aquel reino , pidió el hábito y cogulla de S. Benito , cortando la cabellera y deponiendo el traje y aparato militar , con menosprecio de cuanto el mundo prometia á su alto nacimiento y eminentes calidades. Repartió primero su hacienda entre los pobres , cumpliendo así al pie de la letra con lo que aconseja el Evangelio ; no acordándose de parientes y sangre , rémora ordinaria de santos pensamientos. No tardó en dar claras muestras de su virtud en el aprovechamiento espiritual, en el que hacia rápidos progresos, siendo humilde y rendido á todos, y juzgándose por indigno de la tierra que pisaba. Traia tan mortificada la vista , que se pasaron muchos dias y casi tocó en años , sin que conociese mas que á los maestros y á sus inmediatos superiores. Dormia sobre una tabla sin cabecera , y despues de haber pasado por un breve tiempo en este descanso natural , pasaba la noche en leccion , oracion y otras mortificaciones. Usaba siempre áspero cilicio , que le cogia todo el cuerpo : huia de las conversaciones , procurando siempre la quietud y el recogimiento de espíritu , que se evapora en la conversacion mas ajustada. Muchas veces ántes de sentarse á la mesa se compungia y provocaba á lágrimas , acordándose de algun paso doloroso de la vida de Cristo : costumbre que observó toda su vida , procurando de tal suerte la refeccion del cuerpo que se llevase lo principal el alma. Siendo mas aventajado en la virtud de la abstinencia que cuantos monjes encerraba aquella casa , oponíase á todas las sugestiones de la comodidad y del regalo , y se esforzó para sobrellevar esta vida penitente. Y así , cuando despues de haberse ocupado en algun trabajo de manos en la noche hacia colacion , resistia á toda tentacion de comer mas de lo ordinario , á pesar de sentirse impelido á refocilarse con los manjares y casi obligado por un hambre que parecia enfermedad al que conocia su modo ordinario. Molestado por ilusiones malignas , pero implorando siempre el auxilio de Dios , se hizo superior á todos los asaltos del enemigo espíritu , estando á veces uno ó dos dias sin comer y doblando sus penitencias. En vano se empeñó el enemigo del bien en perseguirle , segun se lee , en formas visibles , y estorbarle repetidas veces la costumbre que tenia el Santo de asistir de noche en el coro para hacer oracion delante del Santísimo Sacramento ; pues siempre quedó victorioso Filiberto. Murió por aquel tiempo S. Agilo , su abad , y por eleccion unánime le hicieron abad de aquella casa , y salió en este delicado encargo eminentísimo

maestro, porqué con dificultad yerra el prelado que fué buen súbdito y ajustado á las leyes de obediencia. Miró mucho por la hacienda de la casa, para que abundando fuese observante y la necesidad no obligase á quebrantar la quietud ni diese pábulo á la murmuracion, ni á los tibios pretextos para licenciosa vida; pues todo se experimenta al súbdito que no se le provée de todo lo necesario, por cuanto entónces murmura y es poco celoso de la religion si no se le acude, y es tan malo sino peor que aquel á quien todo le sobra. Á todos trataba como á hijos, con igualdad, no haciendo favores por sangre ni por otras consideraciones (cosa odiosa y semillero de graves males). No vestia diferente de los demas monjes: á todos acudia con igualdad, siendo una misma la tela del abad y del súbdito. Lo mismo era en la comida: solo estaba la diferencia en que S. Filiberto tenia cuidados de padre para el bien de todos. Pero aunque esto se conocia así, y algunos se habian prometido en su eleccion una vida mas licenciosa (pues muchas veces sucede y ha sucedido siempre querer los electores remuneracion de su voto á costa de la regular observancia), dos monjes á quienes, por no convenir, el Santo no habia dado oficio ó habia arreglado la vida conforme á la regla, determinaron rebeldes quitarle la abadía con algun falso testimonio: pues la calumnia es la única senda por donde suelen andar tales sugetos. Mas el Señor, justo vindicador de los suyos, ó en la eternidad ó en el tiempo, volvió por S. Filiberto, con grave detrimento de los contrarios; pues al uno mató un rayo del cielo, y el otro, como Arrio, arrojó con los excrementos los intestinos. Deshecho pues así el monopolio y mejorada y advertida la comunidad, S. Filiberto fué estimado como á padre. En muchos milagros que obraba por él el Señor, segun refieren las Crónicas, parecia serlo tanto S. Filiberto, que sin prevenirse con oraciones obraba lo que otras veces con afectuosos ruegos. Cierta ocasion necesitó de que un monje fuése á la córte, y cogióle una fiebre maligna postrándole en cama é imposibilitándole de hacer el viaje. Entró á visitarle S. Filiberto, y mandóle se levantase y fuése á la córte á unos negocios que importaban á la comunidad. Estaba el monje en lo mas fuerte de su calentura; con todo, obediente á su prelado, se levantó sin estorbo y libre de su afeccion cumplió con lo que mandaba S. Filiberto. En otra ocasion le cayeron casi todos los monjes enfermos, y el enfermero, con mas achaque que los demas estaba en la cama impedido, mas pesaroso por la comun falta que por su particular accidente. Entró á visitarle S. Filiberto, y dijo: «Ten fe, amigo, y levántate luego á servir á tus hermanos.» Sin mas tardanza, olvidado de su mal, acudió al comun bien: efecto de su fe y del poder de Dios, que se valió del Santo como de instrumento suyo para encenderla en aquel corazon, que quizas sin tal invitacion no la hubiera tenido. Estaba una

vez comiendo el Santo abad, y llegóse á la mesa un monje dándole cuenta como le habia cogido una calentura en aquel punto, y pidió permiso para irse á la enfermería. Mojó S. Filiberto un poco de pan en el aceite del plato, y mandóselo comer, con lo cual quedó aquel libre de la calentura, y fuése á sus ordinarias faenas. Junto al monasterio vivia una señora muy ejemplar, y en cierta ocasion envió á llamar á S. Filiberto, el cual fué con algunos monjes Sacó la señora de beber para los huéspedes y otras personas que acudieron á pedir al Santo su bendicion. Echó S. Filiberto el vino, y de un vaso mediano bebió un gran número de personas, y quedó lleno el vaso como la primera vez, multiplicando el vino su Divina Majestad que gustó ser glorificado en su siervo. Era tanta la opinion de su santidad y el respeto que le guardaban todas las personas, que para cualquier asunto grave le llamaban; y como la caridad ardia viva en su pecho, se ocupaba siempre en obras de esta virtud. Habia en Paris grandes bandos ó disensiones entre personas allegadas al Santo por amistad y sangre: y no pudiendo éste tolerarlas por ser graves ofensas á Dios, fué á componerlas y conciliarlas, y alcanzó cuanto quiso, porqué quiso lo justo, y pidió al Señor favor y gracia para tan grande empresa. Entró primero en el templo de S. Pedro, y postrado delante de Dios recomendó su venida, y pidió socorro para tan arduo negocio. Tan vivo y ferviente estuvo en la oracion, que casi se veia resplandeciente su rostro; lo cual aumentó la veneracion y respeto que le tenian los que con él se hallaban. Concluido felizmente su negocio, y conciliados los ánimos, regresó á su casa. Refiérese que un ladron se atrevió á robarle unos guantes en cierta posada, y que el ladron, atacado por un mal abrasador, no pudo descansar hasta que fué por sí mismo al monasterio para restituirlos, y al punto cesó su mal, recibiéndole el Santo con afecto y teniéndole consigo algunos dias. Á estos milagros que hacia San Filiberto por el poder ordinario, por decirlo así, que Dios le habia concedido, se añade otro de mas trascendencia y dificultad, y que para conseguirlo tuvo que apelar á ruegos y oraciones; al modo que costó alguna fatiga á Jesucristo, como á Hombre, la resurreccion de Lázaro, figura de los pecadores que resuscitan del sepulcro de la culpa y de la corrupcion espiritual. Estaba un religioso sin habla y en manos de la muerte, y con terribles ansias y acciones infundia pavor á los circunstantes. Avisaron á S. Filiberto, visitóle, y hablandóle al oido le dijo por no avergonzarle á la vista de sus hermanos: «Hijo, si ha dejado algun pecado grave que confesar por vergüenza ó por olvido, y ahora se acuerda de él, y le da congoja, apriéteme la mano para que yo le dé la absolucion y vuelva la salud á su alma.» Apretó la mano el monje, con lo cual dió á entender su mal espiritual al Santo, el cual se fué á su celda, y arrojándose á los pies de

un Crucifijo, se puso en oracion, pidiendo á Dios que se dignase conceder tiempo y habla á aquel infeliz para confesar su pecado. Oyó el Señor su peticion, y fué proveida tan á gusto que vino luego un monje muy alegre, participando que el enfermo estaba con su habla, llamando por S. Filiberto. Fué el Santo, llorando de placer, viendo en salvo al que temió y vió casi á pique de perderse. Entró en su celda, y abrazóle con inexplicable alegría, oyéndole á solas de penitencia, y al acabar de recibir este Sacramento dió al Señor su alma, y conocieron todos la diferencia que habia entre la salud del alma y la salud del cuerpo; pues para éste procedia S. Filiberto de su propio movimiento, y para el alma, apelaba á súplicas y fervorosos ruegos. Con estas maravillas juntó S. Filiberto el ser tan caritativo, que muchos años, contada la suma de las rentas, excedia el gasto con los pobres y gente que de diversas regiones á él acudian; porqué situada la casa y monasterio gemeticense donde entónces vivia á una legua del mar, cercada del rio Sequana, muchas veces acudian á valerse de su generosa mano gran copia de buques destrozados por la furia de las olas, y á todos de tal manera remediaba, que se volvian alegres y consolados por tanta beneficencia. Sabida por los reyes y gente poderosa de Francia la caridad y celo de S. Filiberto, parece que á porfía acudian á él con gruesas limosnas para que por su mano se repartiesen entre innumerables pobres tanta copia de tesoros. Esta riqueza y el sitio á propósito en que se hallaba dió ocasion al Santo, como dice el autor de su Vida, para que enviase monjes con naves cargadas de tesoros á redimir cautivos; y un año diezmó siete veces las limosnas y hacienda para este efecto, y fueron muchos centenares de cautivos los que con este medio alcanzaron la libertad. Y esto hacian los monjes de S. Benito, porqué como en aquel entónces ésta era casi la única religion que se conocia en la Iglesia latina, hacian los religiosos de esta Órden lo que despues por tantas y tan ejemplares religiones ejercitó la caridad cristiana, especialmente por la real, ilustre y militar de Ntra. Sra. de la Merced, que tuvo su cuna en Barcelona, como se verá en las biografías de S. Pedro Nolasco y de S. Raymundo de Peñafort. Porqué la sagrada religion y la santa regla de S. Benito de tal suerte abraza la vida contemplativa, que mira tambien la activa, y en muchas ocasiones como la referida y en la conversion de innumerables provincias lo vemos en las *Crónicas* de Alemania, Francia y del Septentrion, y en varias *Vidas* de Santos; pues la Iglesia en sus santas instituciones ha atendido siempre á todas las necesidades de la humanidad y ha procurado proveer á ellas. Y como la riqueza en manos del pobre de espíritu y siervo de Dios parece que se multiplica, no solo alcanzaba la mano y celo de S. Filiberto en estos enormisimos gastos á extraños y naturales, sino que edificó muchos monasterios y reformó otros; y con ser tan

numeroso el que tenia (que segun trae el P. Heredia pasaba de nueve-cientos monjes, y con familiares, donados y niños que tenia y educaba para semillero de tanta república rayaban á mil y quinientas personas las que contenia debajo de una cerca), para todo acudia el Señor con sobras, porqué la fe del Santo era premiada para remedio de sus fieles. La vida de S. Filiberto se halla tambien enlazada con altos acontecimientos políticos de aquella época; en lo cual se verá como la Iglesia ha tenido siempre que luchar contra las demasías del poder temporal, y que la persecucion contra la Iglesia ha sido siempre inseparable de la tiranía y de la opresion contra los pueblos; verificándose que siempre que la Iglesia ha clamado y defendido sus inmunidades ha proclamado y defendido el bien, el alivio y la verdadera libertad de los pueblos. Referirémos esta parte importante de la Vida de nuestro Santo del mismo modo que se halla en las Crónicas y cual la refiere un historiador del siglo XVII. Florecia tanto la opinion de San Filiberto en Francia, que se atrevió heróicamente contra el mayordomo de la casa real, privado grande, y que lo gobernaba con tiranía y violencia, padeciendo el reino, como suele con uno de tales sugetos, de ordinario introducidos para persecuciones de justos, aflicciones de vasallos y fin de las mas lucidas y poderosas monarquías. Éste, que se llamaba Ebroyno, grande estadista y cultivador de la doctrina de Cornelio Tácito (pues el crímen y la impiedad no han dejado de abrigarse siempre bajo el aparato de la ciencia) dió en recargar con nunca imaginadas gavelas el reino, no perdonando la inmunidad eclesiástica, con pretexto que defendia á su príncipe; pues así en aquellos tiempos como en los nuestros la malicia y la avidez imaginaron semejantes trazas; puesto que así como se oprimia al pueblo y se perseguia á la religion en nombre del príncipe, tambien hemos visto oprimir al pueblo y perseguir á la religion en nombre del pueblo. Fueron á S. Filiberto á darle quejas, y él veia ya muchos testimonios y pruebas de esta verdad; y como le pareciese justo argüir al malo en su malicia, fué á la córte y visitó al valido, tratando con el afable y cortesano puntos de buen gobierno de Francia, entablando la conversacion á este propósito suavemente para que Ebroyno no se exasperase como poderoso. Díjole el sentimiento comun, las generales quejas, acaso causadas por ministros ó subalternos; que procurase, pues el Rey con tal cabeza descuidaba en el gobierno, que todo se hiciese con bien y reparo de los vasallos que son los que sustentan la monarquía. Enfurecióse Ebroyno, levantó la voz y contestóle con palabras descorteses; mas el Santo, como por lo noble era tan conocido, y por lo religioso tan celoso y Santo, hablóle entónces con brio. Se le opuso con entereza y valor, le dijo que él era la ruina de la Francia, polilla de las haciendas, agresor de las iglesias y sus donaciones, el que perseguia sus prelados, hasta quitar la vida á los

obispos; y en suma, que de una persona que habia vuelto las espaldas á la Religion y sido apóstata, como lo era, no habia que esperar ménos de lo que lloraba la república. Quedó corrido el privado, y mucho fué ya que no le mandase quitar la vida inmediatamente como con otros varios habia hecho; pero temió ver á S. Filiberto superior á él en la sangre, temió el ascendiente poderoso de su fama y santidad, y que con acto tan atroz se atraeria el odio y la indignacion del mundo, que veneraba y admiraba los méritos del Santo. Mas, como Ebroyno tenia un depravado entendimiento, el espíritu del mal, que suele ser el oráculo de los perversos, le sugirió un ardid con que hacer padecer al Santo, sin contar que la proteccion de Dios sobre la inocencia de sus siervos es superior á todas las infernales astucias. Forjó unas supuestas cartas para el rey Teodorico, contrahecha la firma de S. Filiberto, en las cuales escribia contra el Santo arzobispo Audoeno levantándole el falso testimonio de que conspiraba contra la corona, calumniándole con este crímen de lesa majestad y con otros muchos; con lo cual quitaba al Santo el honor para con el Rey, y le hacia parecer indigno de la vida. Añadiendo á la calumnia la bajeza de proponer al Rey que le ofrecia gran suma de dinero si le deponia de la dignidad y á él le hacia arzobispo de Ruan: proposicion indigna de un varon tan conocidamente Santo como S. Filiberto, y que revelaba á las claras la impostura, juntando á la vileza del medio la grosería de la invencion. Estas cartas puso Ebroyno en manos del arzobispo, fundador de la abadía gemeticense, el cual sorprendido y poco cauto, sin mas exámen y engañado por la suplantacion de la firma, hizo prender á San Filiberto y le privó de la abadía que estaba bajo de su jurisdiccion: y así, malquistado nuestro Santo con su prelado sufrió por muchos dias las amarguras y trabajos consiguientes á la persecucion de un poderoso engañado, como lo estuvo entónces S. Audoeno. Ebroyno con tal ardid triunfó de San Filiberto; mas no podia durar mucho lo que nacia de la mentira y de una injusta venganza: la trama estaba mal urdida aun por la astucia humana, y Dios, que habia permitido algun tiempo de prueba para su siervo, no sufrió que esta se prolongase ni que durase siempre el triunfo de la perfidia. S. Audoeno empezó á reflexionar, vuelto ya de su primera sorpresa y de la primera impresion del amor propio ofendido, y no le costó el conocer que los dos eran víctimas de los ardides de un malvado. Conoció, en expresion del cronista, que la traza habia sido del infierno, del cual es ministro visible un mal privado; y Ebroyno lo era, segun todos decian y acertaban. Al punto que conoció su inocencia le mandó sacar de la cárcel, y se humilló como Santo hasta pedirle perdon, representándole con lágrimas su sentimiento, corrido de lo pasado, y dándole para en lo futuro fe y palabra de protegerle y ampararle en todo cuanto ocurriese. Aunque S. Fili-

berto se hallaba con los monjes como entre sus hijos, con todo, temiendo que por su causa no padeciesen con aquel tirano, con sentimiento los dejó en su casa, y al último tercio de su vida, estimando en mas el bien de sus hijos que el propio, abrazó el consejo del Evangelio; y cuando le perseguian en este lugar buscaba otro, aunque perdiese la quietud primera, porqué á la vista de Ebroyno no padeciesen sin culpa los monjes, como él sin ella habia sido blanco de su ira y de su persecucion. Mucho fué el sentimiento de aquellos religiosos con la pérdida de tal Padre, cuya vida habia sido tan milagrosa y penitente, y con cuyo ejemplo fué la casa gemeticense de las que mas Santos han dado á su Criador de cuantas leemos en las historias. Ya el Santo estaba dispuesto á pasar la vida en otro monasterio, cuando Ansualdo, obispo pictaviense, movido del Señor edificó en la isla de Herio un monasterio, y pidió á S. Filiberto que fuese abad de aquella casa, donde deseaba ver la observancia que en las demas S. Filiberto habia establecido. Y con esto escapó al furor de Ebroyno, dejando á sus hijos seguros de tan poderosa mano. En el monasterio de Herio vivió algunos años con la santidad que siempre, entablando la regular Observancia, mas con el ejemplo y modo de vivir en la santa regla, que con palabras. Á pesar de lo avanzado de sus años, como si la vejez hubiese reanimado las fuerzas de su espíritu, pasaba en contemplacion los dias y las noches, no ocupando ménos tiempo en el servicio de Dios de lo que habia hecho en sus mas floridos años. El alma parece que se desprende de las flaquezas del cuerpo, debilitado ó por la dolencia ó por los años, y remontándose hácia su centro, que es Dios, parece que ya en este mundo empieza á gozar del privilegio de su inmortalidad. Lleno, pues, de virtudes y de merecimientos nuestro Santo, se hizo digno de que Dios le revelase el dia de su muerte; y prevenido con los Santos Sacramentos acabó en manos de sus hijos á 20 de Agosto, dia en que se celebraba la fiesta de S. Bernardo. Su muerte fué como la de todos los justos, preciosa á los ojos de Dios; y de él pudo decirse como se dice del tránsito feliz de los Santos, que durmió en el Señor. Las Crónicas no fijan el año de su nacimiento ni el de su muerte; tan solo dicen que floreció á fines del siglo VII, esto es, sobre el año 690, y que fué abad de Jumiéres.—J. R. C.

FILICAIA ó FILICAYA (Luis de) natural de Florencia y de la religion de capuchinos. Vivia á mediados del siglo XVI. Manifestó un talento particular por la poesía, y como á poeta empleó todo el tiempo que le quedaba libre, despues del cumplimiento de las obligaciones de su estado, en poner en verso la parte histórica del Nuevo Testamento. Tenemos de él las obras siguientes: 1.ª: *La Vita del nostro Salvatore J. C., ovvero la sacra Storia evangelica, tradotta non solo di latino in volgare, ma etiam in verso*, Vene-

cia, 1548, en 4.°. 2.ª: *Gli atti degli apostoli secondo S. Luca, tradotti in terza rima*, Venecia, 1549, en folio. Es sorprendente el que este poeta religioso haya escapado á las investigaciones del P. Bernardo de Bolonia en su *Biblioteca de Padres capuchinos*, siendo así que lo citan Paitoni, Crescimbeni y Negri. Este último se queja de que el segundo le suponga franciscano, siendo así que á nuestro modo de ver no tenia para que quejarse, perteneciendo como pertenecen los capuchinos al Órden de S. Francisco.—J.

FILIPO, por otro nombre *Heródes-Filipo*, hijo de Heródes *el Grande* y de la segunda Mariamné, hija del sumo sacerdote Simon. Este Heródes Filipo casó con Herodías de la cual tuvo á Salomé, la baylarina (véase el artículo siguiente), que pidió á su padre la cabeza del Juan Bautista. Herodías se separó de él para casar con Heródes Antípas su hermano. (Véase Heródes Antípas, Heródes Filipo, Herodías, Salomé, etc.)—O.

FILIPO, hijo de Heródes *el Grande* y de una de sus esposas llamada Cleopatra. Casó Filipo con Salomé hija de Heródes apellidado Filipo y de Herodías tan conocida en el Evangelio por la muerte de S. Juan Bautista; y por lo mismo Salomé su hija, esposa de Filipo, es aquella baylarina que pidió la cabeza del precursor del Mesías. Heródes en su testamento llamó á Filipo cerca de Arquelão dándole el título de tetrarca de la Trachonita, de la Golonita, de la Batanëa y de Paneada. Habiendo emprendido Arquelão un viaje Roma con el objeto de pedir á Augusto la confirmacion del matrimonio de su padre, dejó á Filipo para que gobernase la Judea en su nombre y cuidase de todo cuanto podia interesarle. Algun tiempo despues Varo envió tambien á Filipo á Roma para sostener á Arquelão su hermano y para velar por sus propios intereses. Confirmado por Augusto el testamento de Heródes, Filipo volvió á encargarse de la tetrarquía, habiéndose mostrado en lo sucesivo amigo de la paz y muy solícito en procurar el bien á los pueblos que gobernaba. Este príncipe cuando salia de su palacio si alguno se le acercaba á pedir justicia, se detenia en cualquier paraje que fuese, se sentaba en una silla que le llevaban á prevencion, escuchaba las partes y pronunciaba el fallo. Este mismo príncipe fué el que circuyó de murallas la ciudad de Paneada y el que la dió el nombre de *Cesarea de Filipo*. Aumentó tambien la villa de Betsayda patria de S. Pedro cerca del lago Genezareth, dándola el nombre de *Juliada* en honor de Julia hija de Augusto. Filipo murió en el año 33 de la era vulgar, 37 de Jesucristo, despues de 37 años de reinado; esto es, en el año 20 de Tiberio.—G.

FILIPO, hermano de leche de Antíoco Epífanes, II. Mac. IX, 29. Era frigio de origen y muy estimado de Antíoco. Este príncipe le nombró gobernador de Jerusalem, donde causó grandes males á los judíos, persiguiéndoles de muerte para que renunciasen al judaismo. Viendo que Apolonio y

Seron habian sido derrotados por Júdas Macabeo, pidió nuevos socorros á Tolomeo, gobernador de Cele-Syria, quien le envió cuarenta mil infantes y siete mil caballos mandados por Nicanor y por Górgias hombres poderosos entre los amigos del Rey. En el año del mundo 3839, ántes de Jesucristo 161, ántes de la era vulgar 165, hallándose Antíoco á la otra parte del Éufrates para recoger dinero, Filipo le acompañó en esta expedicion. Finalmente, hallándose el mismo Antíoco próximo á la muerte nombró á Filipo regente del reino, poniendo en sus manos su diadema, su manto real y su anillo para entregarlo á su debido tiempo á su hijo el jóven Antíoco Eupator; mas habiéndose apoderado Lysias del gobierno bajo el nombre de aquel niño, Filipo no considerándose bastante fuerte para atacar al usurpador cambio de intento, y en su consecuencia, en vez de regresar á Syria pasó á Egipto llevándose el cuerpo del difunto rey con el objeto de pedir socorro á Tolomeo Filometor contra Lysias usurpador del reino de Syria. En el año siguiente y miéntras que Lysias se ocupaba en la guerra contra los judíos, Filipo penetró en la Syria y se apoderó de Antioquía. Lysias recibió la nueva de este desastre con aquella indignacion propia de su carácter indomable; así es que juntando inmediatamente sus tropas, pasó á reconquistar lo que habia perdido, y habiendo caido Filipo en sus manos, le dió la muerte.—J.

FILIPO, apellidado *Aridée*, hermano de Alejandro *el Grande*. Sucedió á este príncipe en el reino de Macedonia en el año del mundo 3681. Fué asesinado en el de 3687, ántes de Jesucristo 313, ántes de la era vulgar 317.—U.

FILIPO, rey de Macedonia y padre de Alejandro *el Grande*. Encuéntrase continuado en varios pasajes de la Escritura: bien que solo por incidente y con referencia á su hijo Alejandro *el Grande*. Filipo fué muerto en Egea, ciudad de la Macedonia, por Pausanias hijo de Cerasto en el momento en que celebraba las bodas de su hija Cleopatra con Alejandro rey de Epira, en el año del mundo 3668, ántes de Jesucristo 332, ántes de la era vulgar 336. Alejandro *el Grande* en su carta á Darío sostiene que los persas fueron los que compraron á los asesinos de su padre, á quienes entregaron una gran suma para que cometiesen el asesinato.—J.

FILIPO (El beato) abad en Alemania. Filipo de Ottebarc nació en Colonia de padres que se distinguian así en nobleza como en piedad; con la cual aquella es verdaderamente ilustre, y sin la cual no es mas que un vano oropel, y muchas veces un nuevo título de degradacion y de envilecimiento. Por razon de su elevada alcurnia, siendo aun estudiante, le hicieron canónigo de la iglesia catedral, como muchas veces sucede, que las grandes prebendas de la Iglesia destinadas para el premio de méritos relevantes, ó de eminentes servicios, se prodigan por empeño ó por favor á personas que no lo merecen, ó que aspiran á levantar con ellas su fortuna. Mas, como nues-

tro Filipo era un varon de insignes virtudes y un verdadero eclesiástico, que no seguia la carrera de la Iglesia para los honores y comodidades sino para adelantar en la perfeccion cristiana, mereció del Señor que le inspirase desprecio aquello mismo que otros pretendian y envidiaban; y así prefirió la cogulla de la Órden insigne de S. Benito á todas las conveniencias del mundo: á cuyo fin tomó una resolucion generosa para seguir la voz de Dios, que le llamaba á un estado de vida mas austero y de consiguiente mas perfecto. Trocó sus preciosos vestidos por los de un pobre estudiante; ignorándolo su maestro, se fué á Bonaval y rogó humildemente el ser admitido por hermano en aquel monasterio. Y como los monjes le viesen en aquel traje miserable y con un vestido roto, no sabiendo quien fuese, le tomaron por un estudiante vagabundo y perdido que pretendia quizas abusar de su hospitalidad, y se denegaron á admitirle. Aceptó el jóven aquel recibimiento con la mayor resignacion y como la primera prueba á que se ponia su humildad; mas no por esto dejó de mostrar una santa impaciencia de que se dilatase el cumplimiento de sus deseos, é implorando el auxilio del Señor acerca de lo que debia replicar á aquellos religiosos para darse en cierta manera á conocer sin descubrirse, dijo con aquel acento de seguridad que parece como inspirado: « Si no me recibiereis quizas os pesará, y cuando quisiereis no podrá ser. » Con aquella respuesta y por la vivacidad y modestia que advirtieron en su semblante, reconocieron los monjes que aquel jóven no tenia un alma vulgar, y le recibieron en su compañía y gremio, disponiéndolo así y facilitándolo Dios. Y salió tan buen monje y aprobado de tan santa comunidad, que por su santidad, ciencia y estrechisima observancia de la regla no tardaron en tenerle por digno de ser eligido abad; y habiendo gobernado algun tiempo, fué llevado por prelado al monasterio ottebargense; y como era excelente en el celo y cultura de las virtudes enseñó la vida monástica á sus monjes con grande aprovechamiento, elevándolos hasta la cumbre de la perfeccion. Murió lleno de méritos santisimamente; y aunque las Crónicas no señalan á punto fijo el año de su nacimiento ni de su muerte, pero se deduce que floreció sobre el siglo XII ó XIII.—N. A. T.

FILIPO, misionero apostólico y provincial de la Tierra Santa. Hizo grandes conversiones, y fundó muchos conventos en la Palestina, en donde introdujo el estudio de las lenguas orientales en favor de los misioneros. El patriarca de los jacobitas y algunos prelados nestorianos movidos por su predicacion abjuraron en manos de él sus errores, renunciaron al cisma, y recibieron el hábito de Santo Domingo. Gregorio IX escribió á estos nuevos católicos exhortándolos á la perseverancia. Ved ahí algunas pruebas de todos estos hechos que honran por cierto la vida de nuestro misionero. Aunque en los *Anales de la Iglesia*, no ménos que en los de la Órden de Santo

Domingo, se haga á menudo mencion del P. Filipo y del fruto de sus misiones en la Palestina, sin embargo, ningun historiador nos ha indicado ni el lugar de su nacimiento, ni las demas circunstancias de su vida; creyéndola tal vez bastante ilustrada con un solo hecho, que es verdaderamente glorioso á su memoria. Habiéndole el capítulo general de la Órden dominicana elegido en el año 1234 por superior de los misioneros de la Tierra Santa, el P. Filipo emprendió con grande ardimiento aquella difícil mision en tiempo en que los cristianos de Oriente tenian grande necesidad de ayuda y de consuelo; hallándose atacados por todas partes de los infieles, que se enseñoreaban de sus tierras, y los sacrificaban bárbaramente á su furor. La fama de las virtudes del P. Filipo, el ardor de su celo, y sus continuas predicaciones, al paso que sostenian la esperanza de los unos, así tambien tenian fuerza alguna vez para suavizar la ferocidad de los otros, y hasta para atraer á algunos á la fe de Jesucristo. No solamente conservó por su asidua vigilancia todas las casas de la Órden que su predecesor Enrique Alemanno habia fundado, sino que tambien aumentó su número. Á él tocó asimismo la suerte de recibir en la Tierra Santa á su ilustre general el P. Jordan de Saxonia, y de anunciar poco despues las maravillas que Dios obraba en su sepulcro, como para consolar á toda la Órden del doloroso accidente que le habia arrebatado aquel grande hombre. Habia casi tres años que Filipo se ejercitaba en el ministerio de la santa predicacion, cuando el patriarca de los jacobitas, cuya jurisdiccion era muy extendida en la Caldea, en la Persia, en la Media y en la Armenia, vino á Jerusalem en el año 1237. Acompañaban á este patriarca muchos prelados y un gran número de monjes, que seguian todos como él los errores de Eutíques y de Dióscoro, y habiéndose encontrado el domingo de palmas en la solemne procesion que se hacia en la falda del monte Olivete, nuestro celoso predicador aprovechó aquella coyuntura para anunciar la palabra de Dios á aquel célebre y numeroso auditorio; y manifestóles con tanta solidez y claridad los dogmas de la fe católica, y combatió con tanta fuerza los errores de los cismáticos orientales, que indujo al patriarca á hacer públicamente la abjuracion de su herejía. Y no contento aun con esto aquel prelado, á quien nos pintan como un hombre venerable por su edad, por su erudicion y por la pureza de sus costumbres, quiso ademas, despues de haber dado solemnes pruebas de su reunion á la Iglesia católica y de su sumision al vicario de Jesucristo, abrazar el instituto de los hermanos predicadores, cuyo hábito recibió de manos del P. Filipo. Dos arzobispos que se hallaban en su comitiva, el uno jacobita egipcio, y el otro nestoriano oriental, imitaron su ejemplo, y al mismo tiempo se supo que el patriarca de los nestorianos, reconocido en la Etiópia, en la Syria, en

el Egipto y en el reino del Preste Juan, habia asimismo prometido á Guillermo de Montferrato y á otros dos misioneros dominicanos el abandonar sinceramente el cisma, y conducir otra vez los pueblos todos de su obediencia á la comunion de la Iglesia romana. Conversiones tan ilustres y tan propias para hacer concebir las mas bellas esperanzas para lo sucesivo no podian dejar de ser infinitamente gratas al Sumo Pontífice; por lo cual el P. Filipo no olvidó el informarle exactamente de todo con una carta suya del año 1237. Esta nueva, dice Spondano, fué para toda la Iglesia un gran motivo de júbilo y de consolacion. Estas son sus palabras: « Annus Domini « 1237. Ind. X, maximam lætitiam attulit universæ Ecclesiæ ipsique im- « primis Gregorio Pontifici, de conversione Patriarchæ Jacobitanum Orien- « talium : qui cum magno Archiepiscoporum, Episcoporum et Mona- « chorum suæ sectæ comitatu,.... Hierosolymam veniens, ad Loca Sancta « visitanda, hortationibus et prædicationibus F. Filippi Ordinis Prædica- « torum, Prioris Terræ Sanctæ, divinitus tactus, in ipsâ processioni so- « lemni, quæ dic Palmarum in descensu Monti Oliveti fieri consueverat, « antiqua abjurata hæresi, promissaque obedientia Romanæ Ecclesiæ, « habitum ejus Ordinis assumpsit. Eamdemque abjurationem et obedientiæ « professionem imitati sunt duo alii Archiepiscopi, alter Jacobita Ægip- « tius, Nestorianus Orientis alter. Ipsique eorum Patriarchæ, aliorum FF. « Prædicatorum opera, idipsum præstare promisserunt. » *(Spondanus in Annalibus Eccles. ad ann. 1237 num. 1 pág. 124)*. Gregorio IX demostró particularmente su júbilo y satisfaccion en el breve que escribió al patriarca de los jacobitas para congratularle consigo por su feliz regreso á la unidad de la Iglesia, y para exhortarle á perseverar siempre en los buenos sentimientos, y á volver, mediante su ejemplo, al seno de la misma, aquel gran número de cristianos, caldeos, persas, medos y armenios que estaban bajo de su jurisdiccion. Mas, aunque aquel patriarca á fin de dejar á la posteridad un auténtico testimonio de su conversion hubiese depuesto en manos del P. Filipo un escrito firmado de su mano, que contenia su profesion de fe y la promesa de vivir en lo sucesivo bajo la dependencia de la Santa Sede; preciso es convenir, no obstante, que no se recogió de aquel paso todo el fruto que tal vez se habia esperado, bien fuese que la muerte ó la oposicion de los cismáticos no le permitieron poner en ejecucion todos sus buenos propósitos, bien fuese que la política ó la esperanza de obtener de los latinos algun socorro contra las incursiones de los tártaros hubiesen tenido la mayor parte en el empeño de sus contratos: así por lo ménos lo ha juzgado Mateo Paris, el cual ha insertado en su *Historia* la carta escrita por el P. Filipo al Papa dándole parte de aquella conversion. En ella aquel piadoso misionero se lamentaba aun con Su Santi-

dad de la obstinacion increible de los griegos, los cuales no desistian de atacar por todos lados la Iglesia romana y de blasfemar de sus ritos, de sus sacramentos y de sus dogmas; miéntras que los herejes y los otros cismáticos esparcidos en el Oriente, tornaban, decia él, como en tropel á la profesion de la santa verdad que les era anunciada. Y añadia que la bendicion dada por Dios á su palabra y á los sudores de sus ministros le habia inducido á aprender las lenguas orientales, especialmente el árabe, la mas comun entre los gentiles; y que él mismo habia ya establecido su estudio en todas sus casas de la Palestina á fin de que los misioneros, viendo que el Señor les abria tan ancha puerta para la propagacion del Evangelio, prosiguiesen con nuevo fervor en llevar la luz de la fe á los reinos mas remotos. « Unde videntes tantum ostium apertum, ut veritas Evangelii dilatetur, dedimus nosmetipsos ad linguas Gentilium addiscendas; et studium Linguarum in singulis Conventibus statuimus, laborem novum veteri apponentes; et jam per Dei gratiam similiter Fratres nostri lingüis loquuntur novis, et prædicant; et maxime in Arabicâ, quæ communior est inter Gentes, etc. » De la misma relacion se puede comprehender cuan considerable número de religiosos de la Órden de Sto. Domingo ya desde su principio hacia pasar á Oriente, siendo bastantes para predicar la fe y para fundar conventos en la Palestina, en la Arabia, en la Syria, en la Armenia, en el Egipto, en la Caldea, en la Mesopotamia y en muchas otras provincias, en donde hacian un fruto maravilloso en la conversion de los herejes y de los gentiles. Algunos de ellos tuvieron la feliz suerte de sellar con su sangre la verdad que predicaban; y de aquellos que por ellos habian sido llamados al conocimiento de Jesucristo hubo tambien muchos cuya perseverancia fué coronada con un glorioso martirio. Todos los esfuerzos del infierno no podian sofocar aquellas preciosas semillas de la fe, que nuestros predicadores sembraban con sus sudores, y que cultivadas siempre por los que les sucedian en sus fatigas iban produciendo cada dia nuevos frutos. La *Historia de la Iglesia* nos da noticia de dos ilustres personajes de la sangre real de los príncipes indios, los cuales habiendo recibido el Bautismo y el hábito de Sto. Domingo quisieron ántes perder la vida, que renunciar á la fe y á la santidad de sus doctrinas. « Per id tempus floruerunt in Oriente duo viri insignes ex ordine Prædicatorum, Philippus Patre Glareacas Rege in Indiis natus, et Thaclavareth nepos ex sorore Monarchæ Abyssinorum, quem Presbyterum Joannem vocant. Qui miraculis insignes, martyrio coronati sunt ab impiis Regibus, quorum impuritatem zelo christiano coargüebant, etc. » Filipo fué uno de los que Sto. Domingo habia por sí mismo admitido en la Órden, y que tuvieron la ventaja de ser instruidos por el mismo fundador, y fué como otros muchos de ellos recomendable por una eminente piedad y por

las fatigas que le hizo emprender el celo de la religion. La santidad de aquellos primeros discípulos añade ciertamente un nuevo esplendor á la gloria del Santo patriarca. Siempre fieles en observar la ley del Señor, nunca cesaron de anunciarla durante todo el curso de su vida, y segun sus deseos han proseguido predicándola despues de su muerte á los fieles y á los infieles. El Señor, á fin de recompensar la extension de su caridad, *ha derramado sobre él*, en sus hijos, *sus bendiciones.... Le ha siempre suscitado hombres llenos de bondad y de misericordia..... cuyo corazon no se ha pervertido, ni ellos se han alejado del Señor*: y destinados á llamar á los pueblos á la penitencia, *merecen que su memoria sea bendita, que su nombre se conserve eternamente, y pase de generacion en generacion con la gloria debida á los Santos.* « Permanens ad filios illorum Sanctorum Virorum gloria. »—J. R. C.

FILIPO AGAZZARI. Tuvo en Siena su cuna, y fué de ilustre sangre. Ya en su mas tierna edad dotado de una alma buena, sintió todas sus inclinaciones dirigirse al estudio de las virtudes, y no tuvo en sí mismo otro obstáculo que vencer la natural debilidad humana. Tuvo empero que contrarestar vivamente la fuerza que le hacia la voluntad de una madre para tomar el hábito de la Órden de S. Agustin, en el monasterio de Lecceto, el cual recibió de manos del bienaventurado Nicolas Tini, de quien imitó y siguió las costumbres y el espíritu. Escribió los fastos y memorias de aquella casa; pero esto no le dispensó de obrar el bien, pues cuanto mas escribia mas obraba; y así era poderoso en obras y en palabras. Puso una particular diligencia en huir de la ociosidad; y estando siempre alerta y vigilando, segun prescribe y amonesta el Evangelio, no dejaba lugar al enemigo para tenderle lazos. No pasó, pues, un solo dia sin trabajar, y transcribió tan grande copia de libros, que proveyó toda la casa de su comunidad. En aquellos tiempos, en que la imprenta no habia aun generalizado la lectura por medio de la prodigiosa multiplicacion de los ejemplares de las obras, era otro de los grandes servicios que prestaban los monasterios y casas religiosas á las ciencias y á la civilizacion la gran abundancia de libros manuscritos, ó esmeradas copias de las obras mas principales, ó que se consideraban de mayor utilidad para el general aprovechamiento. Pasma á la verdad el contemplar aquellos inmensos volúmenes escritos con admirable correccion y esmero, en donde apénas se percibe la versátil mano del hombre, y para cuya operacion eran indispensables no solo el sosiego y la paciencia incansable de los hijos del claustro, sino el mas depurado y perfeccionado gusto caligráfico. Todavía son los mas bellos y admirados adornos de nuestras bibliotecas esos Devocionarios, esas Biblias, esas obras de los clásicos sagrados y profanos, tan puntual y escrupulosamente transcritas en preciosas vitelas, ornadas con los mas ricos y variados colores y como recamadas de

oro en sus iniciales y viñetas con un primor tal, que dificilmente podria imitar el arte mas prolijo: tesoro inagotable de lo mas selecto en miniatura, arabescos, orlas, paisaje, florones y hasta caprichos del arte que suponen un ingenio fecundo y una finura inimitable de ejecucion. Ved ahí, pues, un ejercicio recomendable que se añadia á los demas trabajos monásticos de aquella época, y en el cual parece que se distinguió nuestro santo monje, quien ademas por su saber y virtudes fué el primer general de los escopetinos, hasta que cargado de años y de merecimientos murió santamente en Lecceto á 30 de Octubre de 1422. Segun el *Diario de los Santos y beatos de la Órden agustiniana* escrita por el P. Agustin María Arpe, de Génova, de quien tomamos estas noticias, el cual las trasladó de Ambrosio Landacio en su *Sylva*, la fiesta de este beato se celebraba en 15 de Noviembre.—J. R. C.

FILIPO (El venerable) lego. En el monasterio de Casino floreció el venerable hermano Filipo de Monte Scaglioso; el cual habiendo renunciado al siglo, á sus placeres y á un patrimonio mas que mediano prefirió servir á Dios en ejercicios de humildad y de las demas virtudes. Aun cuando tomase el estado de lego, no era esto óbice para que pudiera encumbrarse al mas alto punto de santidad; pues muchos grandes Santos hay, que juzgándose indignos de la augusta dignidad sacerdotal permanecieron toda su vida sin querer llegar á ella. El estado de lego es un estado de verdadera humildad, de obediencia y abnegacion absoluta de la propia voluntad, y no hay duda que brillarán en el cielo en tronos mas elevados los mas humildes; y quizas muchos pobres legos olvidados y desconocidos resplandecerán con mas gloria que otros condecorados con eminentes dignidades. Refiere de él la Crónica, que yendo con su abad en compañía de otro religioso á visitar el santuario de Nuestra Señora de Loreto, habiéndolos cogido una deshecha tempestad y lluvia se hallaron tan enjutos, que no se humedeció la menor parte de sus vestiduras. Dios que todo lo puede se manifiesta en sus Santos milagrosamente. Murió el lego Filipo, teniendo en la mano con tanta alegría una imágen de Cristo crucificado, que se dió bien á entender iba á gozar de Dios eternamente. Su muerte acaeció á 18 de Diciembre de 1653. —N. A. T.

FILIPO Diácono (S.). Apénas fué transplantada en Palermo la fe católica, con la fundacion de la iglesia palermitana, por otra, segun dice el autor del *Palermo santificado*, del príncipe de los apóstoles S. Pedro, cuando, cultivada por el primer obispo de ella, instituida por el mismo Santo apóstol, echó grandes y profundas raices en los pechos de sus ciudadanos, maravillosamente flexibles á los ejercicios de la piedad cristiana y de la Religion verdadera. Entre ellos, en aquellos primeros tiempos, florecia tanto en opulencia como en piedad un hombre de la noble familia

romana de los Septimios, hoy llamada de Settimi ó Settimo conforme nos lo refiere la tradicion, y segun lo atestigua Auria en la *Narracion histórica del Santo Crucifijo del duomo de Palermo*, y otros muchos escritores. El palacio de esta ilustre familia estaba en Palermo, en donde hoy se encuentra la suntuosisima casa profesa de los Padres de la Compañia de Jesus. Aquel noble vástago, pues, de la familia de los Septimios vivia sobremanera desconsolado y afligido por la esterilidad de su esposa; por lo cual, con frecuentes plegarias rogaba al cielo que se dignase concederle un hijo, que perpetuase su ilustre prosapia y heredase sus muchas riquezas. Corria por aquel tiempo muy esparcida la fama de la santidad de S. Felipe, sacerdote, cuya patria era Constantinopla, y florecia entónces en la ciudad de Argiro (que hoy por la venida de este Santo es llamada de S. Felipe); pues allí le habia enviado el apóstol S. Pedro para espulsar á los espíritus malignos que infestaban aquel sitio, como así lo testifica S. Atanasio arzobispo de Alejandría en la *Vida* que escribió del sacerdote S. Felipe, llamado de Argiro, añadida por el P. Octavio Caetano en el tomo I de los *Santos de Sicilia*, y en las *Advertencias*, Baronio, y muchos otros. Llegada, pues, la fama del Santo á oidos del noble palermitano, deseoso de conseguir aquello por lo que tanto suspiraba, salió de su patria á encontrarle á fin de que por medio de sus fervientes oraciones quedase consolado; y en este viaje andó no poco precipitado por un sueño que del Santo tuvo. Cerca estaba ya de la ciudad de Argiro, cuando vió de léjos al bienaventurado Felipe que delante la puerta de un templo estaba sentado: por lo que, vuelto á sus criados, y señalando con el dedo al Santo, les dijo: « Ved ahí la estrella que yo anhelo ver: aquel es el mismo que yo ví la otra noche en sueños que me llamaba, y con alegre semblante me invitaba. Ahora, pues, me aseguraré si lo que ví fué un mero fantasma ó vision celestial, por donde si levantándose nos llama y nos manda que entremos en la iglesia á orar, y nos pregunta de donde somos y el objeto que aquí nos ha conducido, creeré que el sueño me vino verdaderamente del cielo. » Entre tanto Felipe (así lo refieren las Crónicas) sabedor por revelacion de lo que acababa de decir el noble palermitano, levantándose en pie, dijo á su compañero Eusebio que llamase á aquellos dos que desde léjos se dirigian hácia ellos. Al punto Eusebio con placentero rostro los llamó y les dijo: « Bien venidos seais, peregrinos: nuestro padre Felipe, por el cual habeis venido, os llama al templo. » Oido esto por el noble palermitano, quedó sorprendido de un júbilo extraordinario; dió gracias á Dios, y concibió una viva fe de que habia ya obtenido lo que tanto deseaba. Y acercándose al Santo, fueron por él muy afablemente conducidos al templo para dar gracias á Dios y hacer oracion; la cual finida, le preguntó el Santo de donde y

para que objeto habian venido. Mas el ilustre caballero, poniendo á los pies del Santo muchos dones que consigo habia traido de su patria, respondió: «Me complazco en creer, ó gran siervo de Dios, que á tí se te ha manifestado por celeste revelacion el fin que á Argiro nos ha conducido.» «Ya lo sé, replicó el Santo: por esto, vuelve á tu patria, pues que en premio de tu grande fe alcanzarás del cielo lo que tan ardientemente has deseado.» Alegre ya por tan feliz esperanza concebida por las palabras del Santo volvióse á Palermo, en donde encontró su mujer llena de no menor contento por una vision que habia tenido en la noche precedente; pues se le habia aparecido el bienaventurado Felipe, diciéndole que ya habia alcanzado del Señor la gracia que deseaba, y que al regresar el marido daria á luz á su tiempo un hijo, á quien pondria el nombre de Felipe, el cual daria mucha gloria á Dios y seria su fidelisimo siervo. Luego que esto supo el marido, admirado de tan singular prodigio, prorumpió en mil alabanzas á Dios, que tan generoso se mostraba con él con tan extraordinario milagro conseguido por intercesion de su venerable siervo Felipe, dignándose hacerle á él participante de su misericordia. Refirió en seguida á su mujer lo que con el Santo le habia sucedido, y el haber penetrado sus intimos deseos, y el objeto de su viaje á Argiro, dándole segura esperanza de la consecucion de la gracia; y así, unidos los dos consortes, no cesaban de elevar á Dios infinitas alabanzas. No se pasó mucho tiempo sin que tuviesen su cumplido efecto las promesas del Santo, pues lograron tener un hijo hermosisimo, al que se puso el nombre de su intercesor. Criáronle sus padres con solícito esmero, y le dieron á beber ya con la leche la piedad que los animaba. Llegado á la edad de ocho años, considerando el padre de su deber que aquel don obtenido del cielo no podia ser quitado al cielo, llevó á su hijo á Argiro, al bienaventurado Felipe, y allí se le ofreció diciéndole: «Aquí teneis, ó Santo padre, el fruto de vuestras eficaces oraciones.» Y el Santo con muchas caricias le tomó por la mano, le ofreció en el templo, y le dió su bendicion. Despues le adoctrinó con santos preceptos, exhortándole al desprecio de las riquezas y á que distribuyese sus bienes entre los pobres. Volviéndole por fin á bendecir, le ordenó el regreso á la patria, y le dijo que edificase un templo á Dios, el cual le colmaria siempre, como le habia colmado hasta entónces, de sus santas bendiciones. Al punto empero de partir nuestro palermitano Felipe, junto con su padre, recibió del Santo viejo Felipe y en memoria suya una túnica, un pañuelo y un cíngulo. Y miéntras nuestro Felipe viajaba para Palermo encontróse con un hombre que habia sido mordido por un dragon. Entónces el piadoso niño, dice la Crónica, con grande fe y movido por un celestial impulso sacó el cíngulo que habia recibido de manos del Santo, ciñó con él á aquel pobre que yacia en tierra moribundo, diciéndole

como pudiera el mismo Santo : « En nombre del siervo de Dios Felipe , levántate sano. » Á estas palabras , de repente se levantó en pie recobrando la salud aquel moribundo , no cesando de dar gracias á Dios con la mayor efusion, y ensalzar su divina Omnipotencia tan prodigiosamente manifestada por los labios de aquel tierno chiquillo. Atónito quedó tambien de aquel milagro el mismo niño Felipe , admirando la grande santidad de su maestro Felipe, que no solo estando presente sino hasta tan lejano por medio de sus vestidos obraba estupendas maravillas, y tuvo justo motivo de inflamarse en el amor de Dios , el cual por sus fidelisimos siervos mostraba acá en la tierra su poder maravilloso. Entre tanto , próximo ya á la ciudad de Palermo nuestro Felipe , divulgóse la nueva de que su compaisano traia consigo la túnica milagrosa del Santo ; y es inexplicable la alegría que tuvieron todos los palermitanos , alabando á boca llena la bondad de Dios , que se habia dignado enviarles un tan admirable remedio para curar todas sus enfermedades. Por lo que , nuestro Felipe , poniendo en ejecucion las sábias advertencias de su Santo maestro , y atraido del deseo de consagrarse todo al servicio de Dios , dedicóse junto con su padre á repartir abundantes limosnas entre los pobres. Edificó una hermosisima iglesia , en la cual procuraba inflamarse en alcanzar las santas virtudes , y en servir con solícito cuidado á su Señor. Llegado despues á una edad conveniente , y conocida la santidad de su vida, fué por Felipe , primer obispo de Palermo , promovido al diaconato. Entre tanto no era otro su deseo sino emplearse de continuo en alabar á Dios , repartir todas sus riquezas en beneficio de los indigentes y llevar una vida en todo perfectisima y santa. Despues (quizas seguida la muerte de sus padres) volvió á Argiro , en donde bajo la santa direccion de su maestro S. Felipe adelantó asombrosamente en la vida espiritual ; de tal manera , que segun refieren las Crónicas excitó la envidia y el odio del maligno enemigo, el cual se empeñaba en estorbarle y turbar su altisima contemplacion , y hasta lleno de rabia y de despecho se atrevió á mostrársele en apariciones horribles para ver si lograba aterrarle y desviarle del buen camino. Mas nuestro piadoso y santo jóven quedó siempre con victoria del envidioso enemigo , ya por sus propias oraciones , ya por la poderosa virtud de que le habia llenado su Santo maestro. Finalmente , despues de haber llevado en Argiro una vida muy santa , y de haber sobrevivido á su venerable maestro Felipe por el espacio de cuarenta años , terminó felizmente su vida , segun atestigua Agustin Invéges en su *Palermo Sacro* , el año del Señor 84 á 12 de Mayo , en cuyo dia celebraba su fiesta la iglesia palermitana , y la ciudad de Argiro con su Santo maestro Felipe de Argiro : hoy empero la iglesia de Palermo celebra su fiesta á 12 de Julio. Su santo cuerpo descansa en la referida ciudad de Argiro junto con el de S. Felipe sacerdote , el

abad Lúcas y el monje Eusebio, en donde es venerado con la mayor devocion. No se tienen mas noticias de la vida de nuestro Santo Diácono Filipo, ó Felipe, que las pocas que acabamos de dar, tomadas de las *Actas* de S. Felipe de Argiro, del P. Octavio Caetano, y demas autores que dejamos citados. Mucho se desean otras noticias mas circunstanciadas de la vida de nuestro Santo, que por cierto no fué de las mas cortas, y que se cree serian extraordinarias; pero por la gran distancia de los tiempos faltan autores que se propusieran trasladarlas á la posteridad, ó si existieron escritas se habrán perdido entre tantos estragos acaecidos en aquel reino de Sicilia, y particularmente por haber sido saqueado dos veces, primero por los godos y despues por los sarracenos.—N. A. T.

FILIPO DE MINEO (Fr.) religioso francisco. Nació en la ciudad de Mineo, en el reino de Sicilia; y aunque el demonio, enemigo eterno de las almas buenas, procurase con muchas tentaciones impedir su vocacion al estado religioso, con el auxilio divino quedó vencedor de todas sus malignas sugestiones, y tomó el hábito de la sagrada Reforma en el humilde estado de láico, en el cual, atento siempre á la oracion, penitencia y mortificacion, hizo tan asombrosos adelantos con el buen ejemplo de tantos religiosos y seglares, que gozaba del concepto de gran siervo de Dios. Su asistencia fué muy rigida, su humildad profundisima y altisima su pobreza: y así, enriquecido por el Señor con estas y otras virtudes, llegó al fin de su vida en el convento de Sta. María de Jesus de la Ferla, y se predijo la hora de su muerte que debia ser en la de vísperas cuando los hermanos cantasen en coro el *Magnificat*, como así sucedió, habiéndose armado primero de todos los Sacramentos; y llegado el tiempo ordenado, levantó los ojos al cielo, y dijo aquellas palabras: *In manus tuas Domine commendo spiritum meum*. Espiró aquella alma bendita y voló al cielo en el año 1643, honrándole el Señor con muchos prodigios, entre los cuales se refieren dos: el primero, que tocando la campana para sus funerales y habiéndose roto la cuerda, continuó tocando milagrosamente por sí sola por el espacio de una hora poco mas ó ménos; fué el segundo, que en aquel mismo tiempo siendo de noche apareció una grande luz por toda aquella tierra, que la iluminaba como si fuese de dia, y duró aquel resplandor por el espacio de dos horas, con estupor de todos aquellos habitantes que bendijeron al Señor en su siervo.—N. A. T.

FILIPPINI (Antonio Pedro) arcediano de Mariana, en Córcega. Nació en el obispado de Casinca, territorio de Bastia, en 1529, de una familia noble originaria de Cerdeña. Despues de haber sido testigo y víctima de dos guerras encendidas en su patria en 1555 y 1564, concibió la laudable idea de transmitir á la posteridad el recuerdo de las sangrientas escenas que habian pasado ante sus ojos; á cuyo fin y para hacer su libro aun mas útil á sus com-

patriotas sacó del olvido tres crónicas inéditas de Juan de la Grossa, Pedro Antonio Monteggiani y Marco Antonio Ciaccaldi; las puso en órden, y despues de un concienzudo exámen las insertó en su obra publicada con el título de: *Istoria de Corsica*. Esta *Historia* dividida en trece libros contiene la narracion de todos los hechos acaecidos en Córcega desde los tiempos fabulosos hasta el año 1594. Los nueve primeros libros que llegan hasta el año 1559 contienen las crónicas de los autores citados, y los cuatro últimos son exclusivamente de Filippini. Algunos escritores confundiendo el trabajo de este autor con el de los cronistas que le han precedido, le acusan de haber repetido una multitud de cuentos absurdos y de noticias desfiguradas ó creadas por su imaginacion; mas este error proviene de que sus críticos no se han tomado la molestia de leer su *Historia*, en la cual tuvo la precaucion de advertir que cita los hechos tales como los cuentan los cronistas sin salir garante de su veracidad. En tiempo de Filippini no existia aun ninguna historia de la Córcega; así es que apénas se encontraban acerca de aquel pais mas que algunos pasajes tan inexactos como incompletos en las historias contemporáneas escritas por extranjeros. Por cuyo motivo deseando Filippini reparar en beneficio de su patria tanto como le fuese posible los ultrajes del tiempo y de la barbarie se guardó bien de pasar en silencio varias tradiciones, que aunque singularmente desfiguradas por imaginaciones populares habian echado profundas raices en el recuerdo de esta nacion. Por otra parte si alguna reconvencion puede hacerse debe dirigirse á Juan de la Grossa, pero nunca jamas á Ciaccaldi, ni á Monteggiani, escritores sin crítica pero notables por la exactitud de los hechos consignados en sus obras. Filippini, pues, no fué responsable mas que de los libros escritos por él acerca de los acontecimientos de su tiempo; y bajo este concepto no vacilamos en afirmar que su obra se recomienda á sí misma y lo suficiente por la imparcialidad, el candor y el interes que inspira; y si su estilo fuese mas vigoroso, su relacion ménos monótona, su marcha un poco mas lenta y ménos estudiada se hubiera hecho seguramente muy digno de ser colocado entre los historiadores italianos de segundo órden. Filippini publicó tambien algunas poesías italianas que se encuentran al final de su *Historia* y que merecen quedar en el olvido á que han sido condenadas ya mucho tiempo hace. La primera edicion de la *Istoria di Corsica* de Filippini salió á luz en Tournon en 1594, un tomo en 4.°; publicóse una segunda edicion considerablemente aumentada por De Gregory en Pisa, en Toscana, 1832, cinco tomos en 8.° y en 4.°. Esta edicion es debida á la munificencia de S. E. el conde Pozzo di Borgo embajador de Rusia: libro que ha sido distribuido gratis á las comunas, á las familias notables del departamento de Córcega y á las principales bibliotecas de Europa. La vida de Filippini no presenta ninguno de aquellos acontecimientos que merezcan ser transmitidos á la posteridad: modesto en

sus costumbres y en su habitud consagró muchos de los años de su vida al estudio y al cumplimiento de los deberes de su estado: extraño á los partidos que destrozaban su patria, tuvo sin embargo que probar alternativamente sus persecuciones y que gemir en las cárceles de Génova, así como fué el blanco de los ultrajes de sus compatriotas en la guerra contra los genoveses. Estas tribulaciones no fueron las únicas que probó durante su vida, atendido á que se queja amargamente en su prefacio del odio de sus conciudadanos, quienes habian empleado todos los medios de afligirle personalmente no cesando de desacreditar su libro: suerte bien deplorable por cierto, igual á la que ha cabido á muchos otros escritores recomendables de su pais, á quienes la posteridad ha tributado como á Filippini la justicia que la ingratitud de sus contemporáneos les habia negado. Se ignora la edad y la época de su muerte; pero cuando publicó su obra contaba ya sesenta y cinco años de edad.—G.

FILIPPINI (Juan Antonio). Fué natural de Roma, y vistió y profesó el hábito de carmelita calzado en la ciudad de Florencia así que llegó á la edad competente para ello. Emitida su profesion, enviáronle sus superiores á estudiar filosofía á la ciudad de Pavía, desde donde concluido el curso pasó á España, y estudió teología en las ciudades de Huesca y Zaragoza. Vuelto á Italia, concluyó en Roma y Nápoles el curso de teología, y fué condecorado con el grado de doctor en esta facultad. Fué el primero que abrió curso de filosofía en el carmelo de Palestrina, erigido y fundado á mucha costa por el reverendisimo P. Sebastian Fantono, prior general de toda la Órden. Llamado á Roma de nuevo, fué instituido prior del convento de los Santos Silvestre y Martin *in Montibus*, el cual casi del todo decaido y arruinado reparóle y adornóle de su propio peculio; mereciendo no obstante su preferencia la iglesia instaurada y adornada por S. Cárlos Borromeo, protector de su Órden; la que amplió Filippini de manera, que compite con los mas hermosos templos de la ciudad eterna en elegancia y ornato. Queriendo el papa Urbano VIII compensar estos trabajos de nuestro Juan Antonio agracióle con la prefectura perpetua del citado convento, expidiendo para ello un diploma apostólico á su favor. Movido Inocencio X del singular afecto que profesaba á Filippini por sus raras prendas, quiso honrarle visitando dicha iglesia y convento; lo que verificó en 26 de Octubre del año 1649. Fué elegido despues Filippini provincial de la provincia de Roma, durante cuyo cargo (que desempeñó con su acostumbrado tino y prudencia) restauró el convento de S. Julian mártir *en los montes esquilinos*, que amenazaba completa ruina. En el año 1642 fué socio de los reverendisimos Teodoro, Estracio y Alberto Massari, priores generales. Fué tambien examinador de maestros en sagrada teología, y teólogo del serenisimo duque de Mantua, Cárlos de Gonzaga III,

el cual quiso con este título honrar la doctrina y demas esclarecidas dotes de Filippini. En el año 1647, siendo vicario general Hipólito Sisoldo, fué nombrado Juan Antonio procurador de toda la Órden por un breve apostólico del papa Inocencio X; poco despues comisario general; y por último, en el capítulo general congregado en Roma en 1648, presente y asistente el cardenal Mario Ginetto, protector de la Órden, fué elegido Filippini con universal consentimiento y aplauso prior general de toda ella. Elevado á tan alta dignidad solo pensó en que no desmereciese en ella el concepto que se tenia de su celo y virtudes; así es que cumplió sus deberes con tanta sabiduría y prudencia, que con razon fué llamado padre de la estrecha observancia, la que propagó en muchas provincias, á la verdad con muchos trabajos pero con éxito felicísimo. Recorrió con gran fruto las provincias de Francia, Bélgica y Alemania inferior; y dió tales disposiciones y decretos, que fueron la admiracion de todos no solo en el reino de Francia, sí que tambien en Bélgica y posteriormente en Polonia. Fué varon de baja estatura, de semblante suavísimo, de corazon cándido, de ánimo elevado y nacido para empresas arduas; de elocuencia no vulgar y de ingenio muy perspicaz, felicísimo para componer discordias; de mucha gracia en presencia de los papas Urbano VIII, Inocencio X y Alejandro VII, de los reyes, príncipes y otros magnates de quienes era sumamente amado y respetado al mismo tiempo; de grande afecto hácia sus súbditos, y lo que es lo principal, de una esclarecida piedad y amor á Dios. Su preciosa memoria permaneció por mucho tiempo fija en la mente de los carmelitas de la provincia de Tours desde que presidió á su capítulo provincial, celebrado en esta ciudad en 1.° de Setiembre del año 1651, en el cual los padres capitulares renunciaron en honor de Filippini á su derecho de elegir provincial, suplicando á su paternidad reverendísima que tuviese á bien nombrarlo; como en efecto nombró al reverendo padre Fr. Daniel de S. José. Concluido por fin el tiempo de su generalato, y elegido su sucesor en el capítulo general congregado en Roma en 1654, retiróse nuestro Fr. Juan Antonio al convento de S. Martin, donde sobreviviendo tres años concluyó el curso de su honorífica y virtuosa carrera, muriendo en 7 de Agosto de 1657. Su cuerpo fué colocado en un elegante sepulcro de mármol, en el que se grabó un magnífico epitafio para perpetuar la memoria de un varon tan esclarecido. Sus obras escritas ya en italiano, ya en latin, son las siguientes: 1.ª: *La vita di B. Franco Senesi*, que compuesta en otro tiempo por el reverendo P. maestro Fr. Gregorio Lombardello, doctor teólogo del Órden de predicadores, dedicóla Filippini al P. maestro Fr. Ángel Alberto Pirovano, carmelita de la antigua Observancia regular y prior del convento de Milan; Roma, por Guillermo Faccioti, 1624, en 4.°. 2.ª: *La vita, e molti de miracoli di S. Angelo martire, gerosolimitano carmelita*,

Roma, 1640, en 8.°. 3.ª: *Ristretto di tutto quello, che appartiene all' antichitá, e venerazione della Chiesa di Santi Silvestro e Martino, di Monte di Roma*, Roma, por Andres Fey, 1639, en 4.°. 4.ª: *Epistola Encyclica, seu circularis et pastoralis ad omnes ordinis carmelitarum provincias, de reformationis progressu*, Roma, 1649, en 4.°. 5.ª: *Decreta varia collecta, sive articuli viginti octo, pro introducenda, conservanda et promovenda strictiori observantiâ in conventibus et provinciis ordinis carmelitarum, nondum totaliter reformatis, quæ in dies reformantur*, Roma, 1648, en 4.°. 5.ª: *Epistola pastoralis ad universos religiosos et moniales conventuum reformatorum, atque in dies reformandorum*, dada en Roma á 3 de Octubre de 1650. 6.ª. *Epitaphium Gregorii Canalii, prioris generalis.* 7.ª: *De officio et auctoritate reverendissimi prioris generalis.* Recomiendan y ensalzan á Juan Antonio Filippini los papas Urbano VIII é Inocencio X.—S.

FILIPS (Tomas) canónigo de Tóngres. Nació en la villa de Ickford, en el condado de Buckingham, en 1708; ejerció por largo tiempo las funciones de misionero en Inglaterra, y murió en Liege en 1774. Es principalmente conocido por la *Vida del cardenal Polus*, en inglés, cuya segunda edicion se publicó en Lóndres en 1769, en dos tomos, en 8.°. Muy interesante es esta historia de un hombre célebre que vivió en un siglo fecundo en grandes personajes y en grandes revoluciones; revoluciones de religion, revoluciones civiles y revoluciones literarias. El autor da cuenta de estos acontecimientos del modo mas noble. Hay mucha justicia y elevacion en las reflexiones, y calor y pureza en el estilo; traza con mano maestra los caractéres de Tomas Morus, de Fischer, de Contarini, de Sadolet, Bunel, Budeo, Giberti, Longolius, Buonamico, Flaminio, Erasmo, etc. En cuanto á este último le presenta por su buena y mala parte; hace ver de un modo muy tierno el estado del reino, gobernado entónces por un tirano entregado á las mas violentas pasiones. Nótase una gran diferencia entre el primero y el segundo tomo. El autor, hasta cierto punto, cometió la imprudencia de hacer imprimir el primero en Oxford poniendo al frente su nombre; y como hay muchisimos pasajes que por precision habian de disgustar á los protestantes, estos se alarmaron y empezaron con este motivo una persecucion contra los católicos. El autor á fin de no irritarles mas suprimió del segundo tomo varias cosas sumamente interesantes.—O.

FILOGONIO (S.) obispo y confesor. Despues de haber estudiado con aprovechamiento emprendió la carrera del foro; mas luego prefirió consagrarse á la Iglesia porqué consideró sin duda que el estado eclesiástico era mas conforme á la rectitud de sus miras, pues que allí no se veria expuesto á sufrir los efectos de la parcialidad, de las intrigas y de las calumnias que por desgracia se experimentan de cuando en cuando en la defensa de las

causas así civiles como criminales, porqué esto y mucho mas producen las debilidades humanas. Elevado al sublime estado del sacerdocio y colocado por lo mismo en el seno de la Iglesia, allí donde reina la paz y la justicia, allí donde el fiel de la balanza pende de la mano del Divino juez, allí se dió á conocer Filogonio por su amor á la oracion, por su caritativo celo á favor de los pobres, por el interes y ternura con que procuraba consolar á los afligidos, auxiliar á los desgraciados y proteger á los perseguidos; allí finalmente podemos decir que ejerció lo mas sublime de la abogacía trabajando sin descanso por el bien general y cerrando los oidos á la mezquina idea del interes, que pone en las manos de muchos hombres del mundo buenas y malas causas que hacen interminables los litigios. Murió S. Vital, y Filogonio le sucedió en el obispado de Antioquía, cuya diócesis no se equivocó en la eleccion porqué si habia perdido un Santo, encontró otro Santo á quien tambien pudieron llamar padre, porqué en efecto lo era de todo el mundo. Murió este Santo en el año 322. S. Crisóstomo nos dejó su elogio. Segun él Filogonio empleó su celo en extinguir los restos del incendio excitado en la Iglesia por la persecucion de Diocleciano y en sostener el peso de la de Licinio, y en esta ocasion fué cuando adquirió el glorioso título de confesor. Habiendo experimentado el dolor de haber visto nacer durante su episcopado la secta de los arrianos, tuvo la satisfaccion de detener en parte sus progresos atrayéndose las mayores injurias de parte de Arrio, quien le trató de ignorante y de hereje para vengarse de la firmeza con que se opuso á sus errores. Finalmente, hizo edificar la iglesia de la Palea ó antigua ciudad de Antioquía. Los griegos celebran su fiesta desde el tiempo de S. Crisóstomo en 20 de Diciembre y los latinos en igual dia. Segun el Martirologio romano le sucedió Eustaquio. Hablan de este Santo S. Crisóstomo *orat. 31; Theodoret., l. II, c. 2 y 6;* Baronio, *in annal.;* Hermant, *Vida de S. Athan.;* Tillemont, *Memorias eclesiásticas: M. Du Pin, IV siglo.*—U.

FILÓLOGO ó Philólogo y Patrobas (SS.). S. Pablo en su epístola á los romanos cap. XVI versículo 14 dice: «Saludad á Asynerito, á Phlegonte, á Hérmas, á Patrobas, á Hermes, y á los hermanos que están con ellos;» y en el versículo 15 se lee: «Saludad á Philólogo y á Julia, á Nereo y á su hermana, y á Olympiade, y á todos los Santos que con ellos están;» miéntras que en el Martirologio romano se expresa que en el dia 4 de Noviembre alcanzaron el triunfo S. Filólogo y S. Patrobas discípulos de S. Pablo. Los griegos suponen que los dos fueron obispos; Filólogo de Synope en el Ponto y Patrobas de Pousoles en la Campania ó en el reino de Nápoles, y Orígenes opina que Filólogo podia ser el marido de Julia; á pesar de que hay quien duda si Julia era mas bien un hombre que una mujer. Hemos notado todas estas circunstancias para demostrar que á pesar de que S. Pablo, segun el

órden con que los nombra, indica que Filólogo y Patrobas vivian separados, pudo suceder muy bien que alcanzasen en un mismo dia el triunfo; y en este caso pues seria en Roma por los años 58 de Jesucristo. Finalmente, otro autor hablando de los mismos Santos concluye diciendo: «Los dos se tejieron una corona de méritos celestiales ejerciendo su apostolado, como inspirado por aquel que les habia permitido gozar de su conversacion y presencia miéntras permaneció en esta vida; y despues de muchos trabajos y fatigas, descansaron en paz á fines del siglo I.»—U.

FILOMARINI (Carminio) caballero napolitano. Este varon despues de haber abandonado las delicias y placeres del siglo, entró en la religion de carmelitas calzados é hizo muchos progresos en las ciencias, particularmente en la teología, en cuya facultad alcanzó el grado de doctor, enseñándola tambien por mucho tiempo. Predicador fecundísimo, hizo con sus sermones admirable y abundante fruto. Fué prior y vicario general en Nápoles, cuyos cargos desempeñó con suma prudencia y acierto. Hiciéronle célebre su vasta erudicion é integridad de vida, y digno de que una vez y otra fuese elegido provincial de Tierra de Labor, conservando el título de provincial de la Tierra Santa. Floreció por los años de 1564. Escribió por mandato de Juan Bautista Rubeo, prior general de su Órden: *In Joannem de Baccone carmelitam interpretationes et decisiones:* manuscrito que se conserva en la biblioteca de carmelitas de Nápoles.—S.

FILOMARINI (Ascanio) cardenal, arzobispo de Nápoles. Nació en el castillo de Chianchisella en la diócesis de Benevento. Recibió una instruccion sólida y siguió al cardenal Ladislao de Aquino á Roma, donde supo granjearse la estimacion de varios personajes distinguidos y en particular la del cardenal Mafeo Barberini. Elevado éste á la silla de S. Pedro bajo el nombre de Urbano VIII, le colocó en el número de sus camareros secretos, llamados en la córte de Roma *participans*. Filomarini acompañó en 1625 al cardenal Francisco Barberini en sus legaciones de Francia y de España, rehusando el arzobispado de Salerno con que quiso agraciarle el Monarca español. Á su regreso á Roma continuó sirviendo con esmero y asiduidad al Papa y á su sobrino, en términos que Su Santidad depositó en él toda su confianza. Refiérese que en cierto dia habiéndole preguntado el Pontífice si esperaba ser cardenal: «Santo Padre, le contestó Filomarini: si me considero á mí mismo, no puedo nunca esperar esta dignidad; pero si he de atender á vuestra generosidad, nada tendria de extraño que lo pretendiese»: aludiendo tal vez á que habia visto elevar á las primeras dignidades á hombres que no habian trabajado como él. Vacó poco tiempo despues el arzobispado de Nápoles por muerte del cardenal Buoncompagno; Filomarini lo solicitó y el Papa le contestó riendo que lo habia destinado para un cardenal. Filomarini disgustado

de esta respuesta tomó el partido de retirarse; mas la generosidad del Papa no se lo permitió, pues habiendo celebrado un consistorio le dió el capelo y el arzobispado de Nápoles para hacerle comprehender que no en vano le habia dicho que este arzobispado no era sino para un cardenal. En 1641, que fué en el mismo año de su elevacion, pasó á Nápoles á desempeñar su ministerio pastoral, y tuvo que sufrir grandes pesadumbres en la revolucion del año 1647; por fin prestó, segun dicen los historiadores, grandes servicios á los españoles, á quienes un historiador frances supone poco agradecidos. En 1644 mandó Filomarini reedificar la iglesia metropolitana, que con el transcurso de los años se hallaba muy deteriorada. En 1655 reedificó tambien el palacio arzobispal, y en el año siguiente trabajó con celo verdaderamente evangélico en el alivio de los pobres napolitanos, víctimas entónces de una desoladora peste. Este cardenal murió lleno de méritos y servicios en 3 de Noviembre de 1666.—G.

FILOMENA (Santa) vírgen. Segun los Bolandistas esta Santa floreció en el siglo VI, y murió en la paz de Dios en una poblacion de la Marca de Ancona: mereciendo por sus ínclitas virtudes ser continuada en el catálogo de los Santos en 5 de Julio. Su cuerpo se conserva y venera muy particularmente en la ciudad de S. Severino, quien le habia trasladado á la iglesia de S. Lorenzo en tiempo de Tótila, rey de los godos, segun se desprende de una inscripcion, que se encontró juntamente con el cuerpo, debajo del altar mayor en el año 1527.—J.

FILOMENA (Sta.) vírgen y mártir, llamada la *taumaturga del siglo XIX*. Principiarémos este artículo como todos los escritores que han hablado de esta Santa; esto es, con el descubrimiento de sus reliquias. Habiendo encargado el papa Pio VII á Ponzetti que continuara las grandes escavaciones que se estaban practicando en las catacumbas conocidas bajo el nombre de Priscila, en 22 de Mayo de 1802 se descubrió en el corredor conocido por la via Salaria un nicho donde estaban escritas con lápiz estas palabras: *Lumena pax tecum* Fi..... (At.): Filomena la paz sea contigo, amen (1). Ademas á la izquierda se veia pintada una áncora que era el signo de inmersion; en el centro unos azotes que remataban en bolas de plomo, otro signo del tormento; á entrámbos lados del azote tres flechas y una vara con puntas de hierro, signo de otro tormento; y á la derecha la palma, signo del martirio. Levantóse la piedra tumularia y aparecieron los

(1) El erudito P. Mariano Portencio, religioso de la Compañía de Jesus, opina que las dos primeras letras *Fi* deben juntarse á la primera palabra de la inscripcion, fundándose en que era comun entre los caldeos, fenicios, árabes y judíos y aun entre los griegos, practicarlo así.

preciosos restos de la mártir, y junto á su cabeza medio vaso quebrado de un vidrio delgadisimo lleno de sangre cuajada. Miéntras se separaban con sumo cuidado las partículas de sangre, se observó con admiracion que el cristal despedia centellas, y que cada una de aquellas partículas formaba un cuerpo luminoso y de extraordinario brillo. Desde el momento que fueron descubiertas las reliquias de Sta. Filomena excitaron la veneracion mas sincera y ardiente, atribuyendo diariamente á su intercesion repetidas gracias y mercedes acompañadas de grandes milagros. La fe de los fieles llegó á su colmo; de modo que en el dia puede decirse que el culto de Sta. Filomena se ha extendido por toda la cristiandad. Finalmente, las santas reliquias fueron trasladadas á Nápoles y de allí á Mugnano, donde fueron colocadas en una magnífica capilla que llama muy particularmente la atencion de los fieles. Allí acuden llenos de fe y de esperanza: de fe, porqué la obra de Dios nunca es imperfecta, y miran á Filomena como esposa suya, como hija predilecta en quien ha concedido abundantes gracias; de esperanza, porqué la esperanza acompaña siempre á los fieles, porqué los fieles confian en Dios, y porqué, como desconfiando de sí mismos se valen de sus intercesores, consideran que Filomena es abogada de los desgraciados y esperan y confian. Si existiesen las actas del martirio de esta dichosa vírgen, no hay duda que pudiéramos dar una verdadera noticia de sus ínclitas virtudes, de su amor al Divino esposo, de su paciencia en los trabajos, de su constancia é inalterable tranquilidad en los tormentos, de su muerte por fin ó mas bien de su glorioso triunfo; veríamos volar su alma cándida como la paloma á la morada celestial, ser coronada allí por manos de ángeles con la aureola del martirio; podríamos considerar á Jesucristo Nuestro Señor poniendo en sus manos la palma de la virginidad. Todo esto será cierto, no lo dudamos; pero nos faltan, como hemos dicho ya, las actas auténticas que pudieran habernos transmitido todos los pormenores de su vida. No vemos mas que el descubrimiento de un esqueleto milagrosamente conservado, y una sangre cuajada que con su brillo nos demuestra, tambien milagrosamente, que habia pertenecido al cuerpo de una Santa vírgen. Tenemos de ello testigos que no han dudado en afirmar estos prodigios, (que han visto) con aquella sencillez característica de la verdad; y sus dichos no han sido impugnados, y la Santa Sede ha oido con asombro lo mismo que se ha referido. Leon XII, este papa de gloriosa memoria, que ha vivido en nuestros dias, al presentarle un ejemplar de la segunda edicion de la obra de D. Francisco de Lucia relativa á la Santa, y en vista de lo que refirió el misionero D. Salvador Pascali, varon conocido por su veracidad y por sus piadosos sentimientos, pareció penetrado de una grande admiracion; y alabando á Dios por el poder que le habia dispensado, bendijo en los términos

mas afectuosos á las personas que bajo la proteccion de esta *grande Santa*, que así la llamó, se dedicaban, aunque en el tumulto del mundo, á la práctica de la perfeccion. Y si un Papa como Leon XII se dignó dar asenso á lo que le referian, ¿no debemos nosotros cerrar los ojos á lo sobrenatural y creer de buena fe lo que queda consignado en las páginas de la *Historia* de una vírgen ilustre, cuyas reliquias son veneradas de todos los fieles en los templos del orbe católico con autorizacion de la Santa Sede, y sin prohibicion ni impugnacion de las obras que se han escrito acerca de su vida y de sus milagros? Aunque algunos críticos modernos, ménos piadosos que ilustrados, se atreviesen á contestar como se acostumbra ciertos hechos atestiguados por los mismos que viven aun, compadeciéndolos callaríamos; pues bastarian los hechos para que se enervasen sus brazos y cayese la pluma de sus manos. En todas las épocas, en todos los dias, el Supremo Hacedor ha manifestado su omnipotencia; en vano se han buscado las causas físicas y naturales, cuando una fuerza invisible ha destruido todos los cálculos, todas las especulaciones. Este poder invisible no convence en la apariencia á los que aspiran al título de sabios, pero les conmueve el corazon al paso que afectan no creer lo mismo que sienten. Dios obra con ellos lo mismo que con nosotros, pero no se hacen dignos de la Divina Gracia; y en el colmo de su desvarío se burlan de los que creen, y al mismo tiempo la sencillez y buena fe de los creyentes los abruma, porqué ellos no conocen la buena fe. Hechas estas reflexiones y sin ánimo de separarnos de la sana crítica, ya que nos falta un testimonio auténtico de los hechos de Sta. Filomena referirémos lo que de ella han dicho almas piadosas, que por lo mismo que lo son merecen que se les atienda; pues cuando ménos se les reconoce una intencion pura y una fe ardiente; y por lo mismo cuando los dichos son hijos de estas circunstancias nunca deben despreciarse. Vemos consignado en un libro que corre entre manos de los fieles é impreso con la debida autorizacion, que desde el año 1833 tres son los sugetos que han merecido de Sta. Filomena algunas luces acerca de su vida y su martirio, á saber: una religiosa de un convento observante de Nápoles, un sacerdote muy celoso, y un jóven artesano dotado tambien de mucha piedad. La calidad de buenos cristianos que adorna á los tres, el no conocerse entre sí y la concordancia que hay entre sus dichos no dejan de dar algun peso á sus relaciones. Segun ellos resulta que Filomena era griega y de sangre real; que viendo sus padres que no tenian sucesion, tributaban sacrificios y dirigian súplicas á sus falsos dioses; que un médico romano que vivia con ellos llamado Publio les habló de la fe, y él prometió el deseado fruto si recibian las aguas regeneradoras del Bautismo. Hiciéronlo así: el verdadero Dios entónces les oyó, y en 10 de Enero tuvieron una hija á la cual llamaron Lumena por haber

sido concebida y nacida en la luz de la fe; mas luego de bautizada la llamaron Filomena ó hija de la luz. Amábanla sus padres extraordinariamente; y el deseo de hacerla feliz en este mundo le proporcionó otro bien mayor, esto es, la corona del martirio y la palma de la virginidad. Imperaba en Roma Diocleciano, en quien ni el orgullo ni la ambicion conocian tasa. Este Emperador declaró guerra al padre de Filomena, que amigo de la paz se trasladó á Roma con su esposa y su hija con el fin de desarmar por medio de la persuasion á un enemigo tan temible. Constituido en el palacio imperial con su querida hija, defendió ante el tirano sus derechos con aquel noble orgullo que infunde la razon. Podia haber excitado la cólera del Emperador; mas éste fijando los ojos en Filomena como quien no oye lo que le dicen le interrumpió con estas palabras: «Concluidas se han nuestras contiendas con la condicion de que tu hija ha de ser mi esposa.» Aceptó el ofendido la proposicion, y aun se envaneció al considerar que su hija iba á compartir con Diocleciano el imperio de Roma; mas sus esperanzas se aguaron desde el momento que la tierna Filomena desechó, aunque con el candor propio de una buena hija, aquel enlace. En vano agotaron sus padres todos sus esfuerzos para hacerla ceder; ni las súplicas, ni las lágrimas, ni la autoridad de padre pudieron arrancar de sus labios otra respuesta que la declaracion de haberse consagrado desde la edad de once años á Jesucristo nuestro Dios con voto de virginidad perpetua. El padre llegó á indignarse: y mezclando la ira con la persuasion intentaba hacerla ver que siendo niña no habia podido disponer de sí, y que en su consecuencia sus votos eran nulos; pero siempre en vano, porqué la vírgen animada del espíritu de Dios se denegó constantemente á aceptar el lecho nupcial de un enemigo de los cristianos. Sus padres, como se ve por la relacion que hemos leido, habian olvidado la fe y por lo mismo aspiraban á una gloria pasajera que les cerraba la puerta del eterno descanso. En su cabeza no existian mas que ilusiones, y estas ilusiones les condujeron otra vez á palacio con su hija. Allí habló Diocleciano con la autoridad de un príncipe déspota: bien que afectando por un momento olvidar su natural ferocidad, acarició á la Santa y la halagó con un amor sin límites y con el tesoro del mundo. Filomena era mas desprendida, no pensaba mas que en Dios y aspiraba solo á los goces celestiales; por lo mismo los ataques del enemigo de su virginidad se estrellaron contra un corazon nacido para amar á Dios. Indignado entónces el genio del mal, que así llamarémos al perseguidor de los cristianos, dispuso hacer la última prueba. Mandó aherrojar á la Santa y echarla en un obscuro calabozo debajo de las salas de la armería del palacio real: cada veinte y cuatro horas iba el tirano á visitarla; mandaba entónces que le quitasen los hierros y que le diesen un escaso alimento; probaba su constancia y se retiraba siempre mas aver-

gonzado. ¿Pero qué importaba la obscuridad de la cárcel, que efecto podian causar las cadenas, ni el hambre, ni la sed, si aquella hija predilecta de Dios recibia la esperanza y el alimento de la Reyna de los ángeles y del Salvador del mundo? Allí vivia como nadando en un mar de delicias, porqué hablaba con su Divino Esposo, porqué participaba de la luz celestial, y porqué finalmente allí era en donde se preparaba para las grandes bodas que debian asegurar su eterna felicidad. Desesperado Diocleciano por no poder alcanzar lo que su impuro corazon pretendia, mandó redoblar los tormentos; luego dispuso que la desnudasen, y atada en una columna la expuso á la lubricidad de sus cortesanos y oficiales, haciéndola azotar por último desapiadadamente.—«Rehusas, le decia, dar la mano á todo un Emperador prefiriendo un malhechor á quien los suyos condenaron á muerte: sufre pues, infeliz, que estas son las primicias de los tormentos que te preparo.» Miéntras tanto manaba ya la sangre á borbotones del cuerpo de la Santa vírgen, en términos que juzgando el tirano que le quedaban pocos momentos de vida mandó que la arrastrasen otra vez á la cárcel para que allí espirase miserablemente, segun su modo de pensar; pero la Santa quedó milagrosamente curada por manos de ángeles y mas hermosa y radiante que ántes de sufrir el tormento. Supo el Emperador el portento que acababa de acontecer, y llamándola ante sí le dijo que tributase las debidas gracias á Júpiter, que era de quien habia recibido tanta merced. Luego la acarició insistiendo en sus pretensiones, porqué el miserable no conocia la distancia que mediaba de la pureza á la impureza, del amor divino al amor mundanal. Filomena resistió á sus caricias, y Diocleciano burlado de nuevo mandó que le atasen una áncora al cuello y que la precipitasen al Tíber para que allí quedase sepultado el cuerpo con su memoria. Dios la libertó tambien de aquel gran peligro, y el pueblo creyéndose testigo del suplicio vió un nuevo triunfo en la Santa que apareció libre y sana en las orillas del rio, y el pueblo abrió los ojos, y el pueblo vió, convirtiéndose muchas gentes á la fe. Los únicos que quedaron ciegos fueron el tirano y sus secuaces, porqué cogiendo de nuevo á la Santa la arrastraron por las calles de Roma y despues la asaetaron. Traspasada de agudos dardos, desangrada y moribunda la volvieron á su habitual estancia, á la obscuridad de la cárcel; mas los ángeles le dieron de nuevo la salud. En este estado Diocleciano guiado por su frenesí dispuso otra vez que la desnudasen y la asaetasen; pero ora fuese que los brazos de los verdugos quedasen enervados, ó que los arcos no quisiesen despedir las flechas, el resultado fué que la Santa no recibió lesion alguna. Ordenó, pues, que para evitar este inconveniente, que atribuia á la magia, le arrojasen las flechas candentes; mas Dios quiso que éstas volviesen encendidas contra los mismos que las disparaban: de modo, que seis de ellos pere-

cieron entre los mas agudos dolores, y muchos de los circunstantes al ver el prodigio se convirtieron á la fe. Era llegada ya la postrimera hora: Dios la llamaba para sí: los ángeles la aguardaban para coronarla con la radiante aureola del martirio y para poner en sus manos la palma de la virginidad. Diocleciano temió la defeccion; y para evitar sus resultados mandó degollarla en 10 de Agosto á las dos y media de la tarde. Tal es en resúmen y á corta diferencia lo que se cuenta del martirio de esta Santa y se sabe, segun dicen, mas extensamente por revelacion. Su culto, como hemos indicado ya, se ha extendido por toda la cristiandad; y Barcelona no es la que ménos se distingue en tributarla los honores debidos á sus ínclitas virtudes. Se refieren igualmente un gran número de milagros que Dios ha obrado por su intercesion; y resultando ciertos y aprobados por la Santa Sede, no seria el menor de ellos la revelacion de su vida. Nuestra piedad aparta de nosotros la severa crítica, al paso que concluirémos con la oportuna advertencia que hace D. Jayme Boy, autor de un libro titulado: *La Taumaturga del siglo XIX, ó Sta. Filomena vírgen y mártir*, Barcelona, imprenta de Valentin Tórras, 1844, en 8.°; esto es: «Que no dejarémos sin embargo de protestar como debemos y con uniformidad al breve de Urbano VIII, que no « pretendemos dar á ninguno de los hechos contenidos en esta biografía « mas autoridad de la que les da, ó les dará la Iglesia católica, apostólica, « romana, cuyo juicio es y siempre será en todo la regla de nuestro dictámen.» Ademas de la obra que hemos citado sumamente curiosa y digna de consultarse, se imprimió en Valencia otra obrita en 16.°, Valencia, imprenta de Martinez, 1835, con este título: « *Breve noticia del martirio y* « *milagros de Sta. Filomena vírgen y mártir, y su novena. Reflexiones* « *sobre las Postrimerías del hombre. Enriquecido todo de santas indulgencias.* »—J. M. G.

FILOMENO (S.). (Véase Clementino (S.).

FILOMENO (S.) mártir. Imperaba Aureliano cuando en Ancira de Galacia prendieron á Filomeno por el amor que profesaba á la religion del Crucificado. Presentáronle al prefecto, y habiendo contestado á las preguntas que éste le dirigió; que tan solo adoraba al Dios único autor de todo lo creado, Félix, que así se llamaba aquel desnaturalizado gobernador, digno ministro del perseguidor de los cristianos, mandó taladrarle las manos y los pies; echáronle despues á las fieras; metiéronle en un horno ardiente, y como saliese Filomeno triunfante de todos estos tormentos quedando milagrosamente libre de sus efectos, claváronle por último de pies, manos y cabeza; y en este estado entonando cánticos de gloria entregó su alma al Criador en el año 275. El Martirologio romano le menciona en 29 de Noviembre.—J.

FILON, célebre escritor judío. Era de la raza sacerdotal y de una de las

familias mas ilustres de Alejandría, hermano de Alejandro Lysimaco, *alabarco* ó uno de los jefes de los judíos que residian en gran número en la misma ciudad. Se ignora la época de su nacimiento; sin embargo Tomas Mangey la fija al año 30 ántes de Jesucristo. Se dedicó desde sus juveniles años y con bastante ardor al estudio de las bellas letras y de la filosofía, adquiriéndose en breve una extraordinaria celebridad; de modo que Josefo le llamaba el hombre mas ilustre en todo género de literatura. Eusebio de Cesárea nos dice, que le adjudicaron la palma sobre sus contemporáneos en el conocimiento profundo de Pitágoras y de Platon; y así era que comunmente se decia en su ciudad natal que, ó *Platon imitaba á Filon, ó Filon á Platon: Vel Plato philonizat, vel Philo platonizat;* de manera que le llamaban *el Platon judío, ó Filon el platónico*, segun lo refieren S. Gerónimo y Súidas. Á pesar de su inclinacion al estudio de las ciencias humanas, nada olvidó para adquirir un conocimiento de los libros sagrados del pueblo hebreo. Bajo este concepto no se contentó con examinarlos como teólogo, buscó en ellos los dogmas de Platon y creyó haberlos encontrado; pues el espíritu humano llegó en aquella época hasta tal punto que creyó descubrir en la Biblia todo lo que buscaba en ella con tenaz empeño. Es incontestable por otra parte, que la mezcla del catolicismo y del judaismo ha sido el manantial de las herejías que afligieron á la Iglesia durante los primeros siglos, y que la manía de alegorizar los pasajes de los libros santos introdujo entre los filósofos de Alejandría ya ántes del establecimiento del cristianismo varios sistemas erróneos, con los cuales invadieron la Judea y la Samaria, arrastrándolos á los ridículos extravíos de la gnosia y del figurismo. Téngase presente que á pesar de que Focio cree que de Filon derivó la costumbre en la Iglesia de explicar la Escritura por medio de alegorías, y que es cierto que con frecuencia los Padres y sobre todo S. Clemente de Alejandría y Orígenes han seguido el método de Filon; debemos convenir en que esta costumbre databa ya de muy antiguo, como puede verse en el libro de la *Sabiduría*, cap. XVIII–24, y en el *Eclesiástico*. Josefo manifiesta que tuvo el deseo de componer una obra en la cual se proponia explicar lo que Moysés habia ocultado bajo el velo de la alegoría: por último, S. Pablo ha empleado con frecuencia este modo de explicar la Escritura: de todo lo que se desprende que esto era entónces muy comun; y por lo mismo no puede decirse que Filon fuese el primero ni el principal autor; y adviértase por fin que al indicar los extravíos de los filósofos de Alejandría no ha pasado ni siquiera por nuestra mente confundir las alegorías de los filósofos paganos con las sábias é ingeniosas de los autores que acabamos de citar. Filon era ya un sabio y de edad avanzada cuando emprendió un viaje á Roma bajo el imperio de Cayo Calígula, hácia el año 40 de Jesucristo. Este viaje tenia por objeto

pedir al Emperador en nombre de sus compatriotas la confirmacion del derecho de ciudadanía, que habian obtenido de los Tolomeos y de los Césares, y la restitucion de algunas sinagogas que les habian quitado. Cayo Calígula se hallaba entónces en las Gálias; así es que Filon y los que le acompañaban aguardaron su regreso. En efecto, llegó y entónces le presentaron sus memorias, siendo recibidos de Cayo con muestras de una amistad que no esperaban. Algun tiempo despues les volvió á dar audiencia, extramuros de la ciudad en sus casas de recreo llamadas de Mecénas y de Lamia. El Emperador les echó en cara que eran los únicos pueblos del mundo que no querian reconocerle por Dios, y al propio tiempo profirió horrorosas blasfemias, tales que el labio no se atreve á pronunciar; les dijo, entre otras cosas, que era verdad que habian ofrecido sacrificios por su salud, pero que tambien era cierto, que habian ofrecido iguales sacrificios en honor de otro, y tomando luego un aire mas arrogante y severo les exigió el porqué no comian la carne de tocino; y finalmente, en que fundaban el derecho de ciudadanía; y no dando lugar á que contestasen les despidió sin resolver cosa alguna, contentándose con decir, que no le parecian tan malos como desgraciados é insensatos en no reconocerle por Dios. Filon y sus colegas regresaron á su pais despues de haberse salvado de inminentes peligros, y aun se dice que el autor judío se vió expuesto á perder la vida y que su hermano Lysimaco *alabarco de Alejandría*, fué encarcelado por órden del mismo Emperador. Filon escribió la *Historia de su Legacion*, bien que esta obra no ha llegado hasta nosotros. La que tenemos de él, con el título: *De virtutibus, sive de legatione ad Caium*, es enteramente independiente de la primera que fué conocida de Eusebio y de S. Gerónimo. Mangey presume que lo que dice Josefo relativo á la embajada enviada por los judíos de Alejandría *(Antiquités Judaïques*. lib. XVIII, cap. IX*)*, es sacado de la obra de Filon que ya no existe. Eusebio, S. Gerónimo, Súidas y algunos otros antiguos dicen que Filon siendo ya de edad de cerca cien años emprendió un segundo viaje á Roma para ver á S. Pedro de quien habia oido hablar, y que entónces abrazó la religion cristiana. Focio añade, que Filon no tardó en abjurarla á causa de algunos disgustos, pero todo esto carece de fundamento; de modo que no se ha presentado muy difícil á los críticos demostrar la falsedad de ello. Tambien es muy dudoso de que hubiese tenido conocimiento del Mesías. S. Agustin declara formalmente que Filon no profesó jamas la religion cristiana (Lib. XII *cont. Faust*). En cuanto á sus opiniones judáicas hay quien cree que habia adoptado las de los fariseos, por ser las mas análogas á su sistema filosófico (1).

(1) El P. Lami en su *Tratado de la Pascua*, pág. 134 y siguientes, pretende que Filon era cismático. Tillemont *(Carta al P. Lami)*, y P. Manduit (*Anális. de los evang.*, disertacion 29, §. 4) han tomado en esta parte la defensa del judío de Alejandría.

En conclusion, se ignora tanto la época de su muerte como la de su nacimiento. Habia compuesto un gran número de obras sobre la Escritura Santa, sobre la filosofía y sobre la moral, en las cuales no hay crítico que no admire la sublimidad de los pensamientos, la belleza del estilo y la fuerza de la expresion. Todas las que existen escritas en griego son todavía leidas con interes por los teólogos y por los filósofos. Nosotros citarémos las siguientes: 1.ª: *De mundi creatione secundum Mosen liber*: que consiste en un comentario literal y místico del primer capítulo del Génesis. Los críticos han agitado la cuestion sobre si Filon era ó no hábil en la lengua hebrea: Escaligero, Huet y Mangey sostienen la negativa, miéntras que los demas se han decidido por la afirmativa. 2.ª: *Sacrarum legum allegoriarum libri tres*: que viene á ser una continuacion de la precedente. Orígenes la menciona en su obra contra Celso; (lib. IV). 3.ª: *De Cherubim et flammeo gladio, et de Caïn, qui primus ex homine procreatus est*: que es un comentario sobre una parte del capítulo III del Génesis. 4.ª: *De sacrificiis Abelis et Caïni*. 5.ª: *De posteritate Caïni sive viri sapientis et quo pacto sedem mutat*, (Gen. c. IV, v. 16): impreso por la primera vez en 1742, en vista de un manuscrito que existe en el Vaticano. 6.ª: *De gigantibus*, (Gen. VI, v. 1): citado por Eusebio, por S. Gerónimo y por Súidas. 7.ª: *Quod Deus sit inmutabilis*, (Gen. VI, v. 4). Segun opina Tomas Mangey este opúsculo forma parte del precedente. 8.ª: *De agricultura*, sobre el capítulo IX del Génesis. Los antiguos la han unido con el tratado de: *Plantatione Noë*. 9.ª: *De ebrietate libri duo*. El primero conserva su título; el segundo trae el siguiente: *De his verbis; Resipuit Noë* (Génesis c. IX, v. 24); y este es ménos alegórico que el otro. 10.ª: *De confusione linguarum*: explicacion del capítulo XI del Génesis. 11.ª: *De migratione Abrahami* (Gen. c. XIII). 12.ª: *De eo, quis rerum divinarum hæres sit*. El autor comenta de un modo místico el capítulo XV del Génesis. 13.ª: *De congressu quærendæ eruditionis gratiâ*: exposicion del capítulo XVI del Génesis. 14.ª: *De profuguis* (Gen. c. XVI, v. 6): continuacion del precedente. 15.ª: *Quare quorumdam in Scripturis mutata sint nomina* (Gen. cap. XVIII): impreso separadamente por David Hœschel, con otros tres opúsculos, Francfort, 1587, en 8.°; en vista de un manuscrito de Augsburgo y traducido en latin por Morel. 16.ª: *De eo, quod à Deo mittantur somnia, libri duo*, (Gen. c. XVIII): de estos cinco libros no quedan mas que dos; pues el primero, el cuarto y el quinto se han perdido. 17.ª: *Vita sapientis per doctrinam perfecti, sive de legibus non scriptis, hoc est de Abrahamo*. 18.ª: *Vita viri civilis, sive de Joseph*. Si se exceptúa un libro titulado: *De eo quod deterius potiori insidietur* (Gen. c. IV, v. 8), que no se halla continuado en el catálogo de las obras de Filon á todos los que hemos citado se reducen los *Comentarios* que este sabio hebreo habia compuesto sobre el Génesis. 19.ª: *De*

vitâ Mosis, libri tres. Estos tres libros que ni Eusebio ni S. Gerónimo indican, pero que pertenecen tambien á Filon, fueron traducidos al latin por Adriano Turnebio é impresos sin el texto, Paris, 1554, en 8.°; los cuales contienen cosas sumamente curiosas. 20.ª: *De decem oraculis quæ sunt legum capitula*: libro citado con frecuencia por los antiguos aunque bajo títulos diferentes, y el cual se imprimió por Christophorson, Ambéres, 1553, en 4.°. 21.ª: *De circumscisione.* Despues que Filon hubo escrito sobre el Decálogo trató de cada ley particular, ceremonial y política, pero el tiempo ha devorado casi todos estos tratados. 22.ª: *De monarchiâ, libri duo:* continuacion de la precedente. 23.ª: *De præmiis sacerdotum; de animalibus idoneis sacrificio; de sacrificantibus; de mercede meretricis non accipiendâ in sacrarium; de specialibus legibus quæ referuntur ad tria Decalogui capita, videlicet tertium, quartum et quintum; de septenario; de specialibus legibus ad sextum et septimum præceptum; de specialibus legibus ad præcepta octavum, nonum et decimum.* Dióse á luz por primera vez este tratado en 1742, sacado de un manuscrito de la biblioteca bodleyana.—*De justitiâ; de constitutione principum.* Pilon, pretende probar que la eleccion de los reyes debe hacerse no por suerte sino por libre voluntad del pueblo. — *De tribus virtutibus: sive de fortitudine, humanitate et pœnitentiâ; de præmiis et pœnis; de execrationibus; de nobilitate:* traducido al latin por Lorenzo Homfroy.—*Quod liber sit quisquis virtuti studet.* De cuya obra se valieron S. Eusebio y S. Gerónimo. 24.ª: *De vitâ contemplativâ; sive supplicium virtutibus.* Es un opúsculo en el cual se trata de los therapeutas á quienes el historiador Eusebio y S. Gerónimo han tomado por cristianos, y de los cuales se han ocupado varios sabios modernos: (véase la coleccion titulada: *Cartas en pro y en contra sobre la famosa cuestion de si los solitarios llamados therapeutas de quienes habla Filon el judío eran cristianos*, Paris, 1712: véanse tambien las *Disertaciones* de Montfaucon que han motivado estas cartas; y el tratado: *De la vida contemplativa*, traducido al frances por este docto benedictino, Paris, 1709, en 12.°). 25.ª: *De mundi incorruptibilitate.* Los antiguos historiadores eclesiásticos han prescindido de este libro porqué el autor se aleja de la opinion comun sobre la conflagracion del mundo. 26.ª: *Liber adversus Flaccum.* Filon escribió este libro para conservar el recuerdo de los extraordinarios males con que Avidio Flaco, gobernador de Egipto, agobió á los judíos, y para demostrar al propio tiempo la justicia de la Providencia Divina; cuya mano se habia hecho sentir de un modo terrible sobre este perseguidor. El citado libro parece que es un fragmento de otro mas extenso contra Seyano. 27.ª: *De legatione ad Caium*, de la cual hemos hablado ya. 28.ª: *De mundo.* Este tratado es mas bien una compilacion de los varios pasajes que se han escrito sobre esta materia, que una obra particular de Filon; y ha sido impresa con las obras de Aristóte-

les y de Teofrasto, Venecia, 1497; traducida al latin por Guillermo Budeo, Paris, 1526. Nos abstendremos de enumerar los fragmentos de Filon sacados de la mayor parte de las obras que se han perdido; tampoco hablarémos de un gran número de tratados que han sufrido la misma suerte. Todas las obras que existen de este autor han sido coleccionadas é impresas en Ginebra, 1613, en folio, con la traduccion latina de Gelenius; Paris, 1640, en folio; en Witemberg, 1690, en folio; en Lóndres bajo la direccion de Tomas Mangey, 1742, en folio, dos tomos. Esta es sin contradiccion la mejor en todos conceptos. La de Federico Augusto Pfeiffer en cinco tomos, en 8.°, 1785-92, no es completa. Algunos de los tratados de Filon se han publicado separadamente en latin, en frances y en otras lenguas. Puede consultarse sobre el particular: 1.°: la *Historia general de los autores sagrados y eclesiásticos* por el benedictino Ceillier, (véase su artículo): 2.°: la *Biblioteca griega de Fabricio*, tomo IV, pág. 721-54, edicion de Árles: 3.°: el *Prefacio* de la edicion de Filon por Mangey: 4.°: la *Disertacion* de Daniel Godofredo Werner, *De Philone judeo teste integritatis scriptorum mosaïcorum*, Stargard, 1743, en folio: 5.°: la *Chrestomathia Philoniana* de J.-C.-G. Dahl, Hamburgo, 1800. En 1816 el abate May publicó en Milan un tratado que creyó de Filon con este título: *De virtute ejusque partibus*, precedido de una disertacion en la cual da á conocer algunas otras obras de las cuales no se tenia noticia; pero este tratado no es de Filon, sino de Gemisto Plethon como se ha reconocido despues, y habia sido ya impreso dos veces. En 1818 el mismo editor publicó el libro de *Cophini festo, et de colendis parentibus*, en el mismo tamaño. La *Disertacion* de May contiene entre otras noticias una sobre los escritos de Filon conservados en lengua armenia. Un antiguo manuscrito armenio del año 1296, descubierto por el Dr. Zohrab en 1791, en Lemberg en Galitzia, contiene la traduccion de trece tratados del filósofo judio, entre los cuales se citan ocho que ya no existen en griego. Estas ocho obras son: 1.ª: *Cuatro libros de cuestiones y respuestas sobre el Génesis*, que contiene cuatrocientos ochenta y nueve capítulos. 2.ª: *Cuestiones y respuestas sobre el Exodo*. 3.ª: *De los sacerdotes*. 4.ª: *Un tratado sobre Sanson*. 5.ª: Otro *Tratado sobre Jonás*, dividido en dos partes. 6.ª: *Sobre algunos pasajes de Daniel*. 7.ª: *Dos libros de la Providencia, dirijidos á un tal Alejandro*. 8.ª: *Sobre el alma de los brutos*. Los otros escritos de Filon traducidos al armenio y que existen aun en griego son: 1.°: *De sacrificantibus*. 2.°: *De especialibus legibus*. 3.°: *De vitâ sapientium*. 4.°: *Divinarum legum allegoria*. 5.°: *De vitâ et more contemplativo*. El convento de S. Lázaro de Venecia posée una copia del manuscrito de Lemberg, suplida en varios lugares con otro manuscrito del año 1298 traido de Constantinopla. Existe tambien otro ejemplar de esta copia corregida en poder del Dr. Zohrab. Los mismos religiosos de S. Lázaro anunciaron en

1821 una edicion armenio latina, en 4.°, de las diferentes obras de Filon, de las cuales se imprimieron ya algunas en el año 1822. Algunos autores han creido finalmente que Filon se habia propuesto escribir la Vida de los primeros cristianos de Alejandría en su libro titulado: *De la vida contemplativa*, donde se representa la vida de los therapeutas; pero no es así (véase lo que hemos dicho mas arriba sobre el particular). Finalmente hemos creido deber continuar en nuestra biografía el artículo de Filon por dos motivos; 1.°: porqué la mayor parte de sus obras todas versan sobre los libros santos, cuyos personajes describimos cualquiera que sea la clase á que pertenezcan; y 2.°: porqué Filon ha sido uno de aquellos autores que hasta cierto punto ha merecido ser consultado de todos los Padres de la Iglesia.—J. M. G.

FILON Y AGATÓPODIS (SS.) y ámbos diáconos. El primero era natural de Cilicia y discípulo de S. Ignacio, obispo, quien le ordenó para que le ayudase en el ministerio de la predicacion; y esta es su mejor apologia, porqué cuando S. Ignacio le consideró digno de subir á la cátedra del Espíritu Santo, es una prueba convincente de que le reconocia Santo, sabio, elocuente y persuasivo. Uniósele despues Agatópodis, natural de Galicia, en España, que habia sido ordenado por el apóstol Santiago, al cual acompañó en su viaje de vuelta á Jerusalem. Si es que pueda haber rivalidad entre los Santos, en esta ocasion la hubo, porqué ámbos rivalizaron en amor á Jesucristo, en constancia en los trabajos y en celo por la propagacion de la fe; en una palabra, ámbos se habian propuesto seguir las huellas de su maestro, y ser cada uno de ellos otro S. Ignacio. Ayudáronle en todos los ejercicios de su santo ministerio á entera satisfaccion suya, como lo demostró en sus cartas á los filipenses y tarsenses; añadiendo que habian sufrido graves persecuciones con aquel valor impávido de las almas justas, y que Dios nuestro Señor les sacó de todos los peligros, porqué su celo servia de gran provecho á la Madre comun de los fieles. Cerraron los ojos en paz durante el siglo II, y sus almas volaron al cielo como lo demuestra claramente el haber sido continuados en el Martirologio romano en 25 de Abril, dia en que la Iglesia celebra su memoria.—O. R.

FILON DE CARPATHA, llamado así por ser natural de la isla de Carpatha, donde S. Epifanio le ordenó de obispo. Vivia á fines del siglo IV, pero se ignora el año en que murió. Tenemos en la *biblioteca de los Padres* bajo su nombre: *Comentarios sobre el Cantar de los Cantares*, donde se encuentran varios pasajes tomados de los *Comentarios de S. Gregorio el Grande*. Esta obra fué traducida al latin por Estévan Salvari. Puede consultarse la epístola de este traductor dirigida á Nicolas Bargilesi, que se halla al principio de la obra. El R. P. Anselmo Banduri conserva el texto griego. Esto es lo que nos dicen Bellarmino en su obra titulada: *De script. eccl.* etc., y Possevino *In*

apar. sacr., etc. Dupin en su *Biblioteca de autores eclesiásticos del siglo IV* advierte, que lo que se dice en este artículo, esto es, que S. Epifanio ordenó á Filon de obispo de Carpatha, isla que se halla situada en la costa de Asia, cerca la isla de Creta, no se apoya mas que en el testimonio del autor de la *Vida de S. Epifanio* llena de fábulas. Por otra parte este autor, añade, no dice que Filon hubiese sido ordenado obispo de Carpatha, que no pertenecia á la jurisdiccion de S. Epifanio, y sí de Carpatha, ciudad de la isla de Chypre: bien que no se sabe que allí hubiese existido obispo alguno. En cuanto al *Comentario sobre el Cantar de los Cantares* que lleva el nombre de Filon, opina que es inventado de algun griego moderno y que contiene muchas cosas que se encuentran palabra por palabra en el de S. Gregorio *el Grande*, y concluye que el original griego que se ha citado es diferente y muy corto.—U.

FILONARDI ó Philonardi (Ennio) cardenal, obispo de Alba. Era natural de Bucca, ciudad del Abruzo, en el reino de Nápoles. Estudió el derecho y fué adicto á la córte de Roma, donde se dió á conocer desde el pontificado de Inocencio VIII. Alejandro VI le dió el obispado de Veruli, en la Campaña de Roma. Julio II le envió de vice-legado á Bolonia y le dió el gobierno de Imola, y Leon X le envió de nuncio á Suiza. Filonardi desempeñó todos estos cargos con prudencia y acierto; de modo, que continuó en el mismo empleo bajo los pontificados de Adriano VI y de Clemente VII. Finalmente, Paulo III le recompensó con el capelo de cardenal que le dió en el mes de Diciembre del año 1536. Obtuvo despues los obispados de Alba y de Sorrento, y fué empleado aun en algunas legaciones, hasta que murió en Roma en 19 de Noviembre de 1549, de edad de ochenta y tres años, durante el cónclave que se celebró para dar un sucesor al mismo Paulo III. Antonio Filonardi, obispo de Veruli, y Saturnino, sobrinos de este cardenal, hicieron trasladar su cuerpo á Bucca su patria, donde le levantaron un sepulcro con un honroso epitafio. Hablan de este cardenal: Guichardin, *L. 12 et 17*; Pablo Jovio, *In Pomp. Colon.*; Onofre Ughel. Auberi, *Hist. des cardin.*—O.

FILONILA (Sta.). (Véase Zenaida (Sta.).

FILOROMO (S.). (Véase Fileas (S.).

FILOTEO (S.). (Véase Domnino (S.).

FILOTEO ó Philotéo, monje y abad del monte Áthos. Fué elevado á la dignidad de arzobispo de Heraclea ántes del año 1354 y elegido patriarca de Constantinopla en reemplazo de Calixto, que fué arrojado de su silla á fines del mismo año. Cuando Juan Paleólogo quedó único señor de Constantinopla restableció á Calixto, viéndose Filoteo obligado á ocultarse para evitar la terrible persecucion con que se le amenazaba. Despues de la muerte de Calixto acontecida en 1362, Filoteo volvió á entrar en posesion del patriar-

cado, del cual gozó hasta el año 1376, que fué el de su muerte. Este patriarca que, segun Cantacuzeno, ha sido recomendable por su santidad y por su elocuencia, compuso diversas obras, de las cuales muy pocas han visto la luz pública. Una de las principales es su *Tratado de la substancia, de la operacion y del poder de la luz del monte Tabor*, dividida en quince libros contra los diez libros de Nicéforo Grégoras, que se hallaban manuscritos en las bibliotecas del duque de Baviera y del Vaticano; varias *Homilias sobre los Evangelios y las fiestas del año*, en la biblioteca del duque de Baviera y en la biblioteca real de España; un *Compendio de la economía de Jesucristo hombre;* y un *Panegírico del Santo mártir Demetrio*, en la biblioteca del Vaticano: todas manuscritas. Las impresas son; un *Tratado de las funciones del diácono*, en latin, en la última *Biblioteca de los Padres;* varios *Panegíricos de S. Gregorio Nazianzeno y de S. Juan Crisóstomo*, impresos en griego y en latin en la *Adicion á la biblioteca de los Padres* del año 1624; dos *Sermones*, el uno sobre la *Cruz* y el otro sobre el *Tercer domingo de cuaresma*, en griego y en latin, por Gretser, en su segundo tomo de la *Cruz*. Tratan de este autor: Dupin, *Biblioteca de los autores eclesiásticos del siglo XIV;* Banduri, *Imp. orient. l. 8, comm.*—G.

FILOTERO (S.) mártir. Nació en Nicomedia; amó á Dios de todo corazon, y siendo hijo de un procónsul despreció el favor y la opulencia para no separarse jamas del Divino maestro de los apóstoles. Su padre, que se llamaba Paciano, hubiera querido separarle de los peligros á que le exponian las persecuciones; pero él iba en busca de estos peligros para alcanzar la aureola del martirio. Dios llenó cumplidamente sus deseos: fué preso cuando imperaba Diocleciano, confesó la fe públicamente, le atormentaron, le desollaron: por todas las partes de su precioso cuerpo manaba la sangre, y nunca se le oyó el mas leve suspiro; pues sus labios pronunciaban sin cesar cánticos de gloria al Autor de todo lo creado. Finalmente, descansó en el seno del Señor en el año 313, y su nombre se halla continuado en el catálago de los Santos en 19 de Mayo.—U.

FIMBARR (S.) llamado tambien *Baroco* ó *Barr*, primer obispo de Cork, confesor. Vivió en el siglo VI: fué natural de Connaugh, y fundó un monasterio y escuela en Lough Eire. Este lago, llamado Lough Eire, segun Harris, es el hueco ó seno en que está ahora gran parte de la ciudad de Cork, que agotó la industria de sus habitantes, y despues se edificaron en él casas y habitaciones. Á la reputacion de este Santo debe su orígen la gran ciudad de Cork, la cual toma su nombre de Corcach, que en el idioma irlandes significa tierra baja pantanosa. Aquella escuela fundada por San Fimbarr adquirió gran reputacion como morada de la sabiduría y santuario de todas las virtudes, y á ella acudia tan gran número de discípulos, que

muy en breve de un desierto árido quedó aquel terreno convertido en ciudad. Tal fué el orígen de Cork, cuya mayor parte está fabricada sobre estacas, y en unas pequeñas islas pantanosas que forman las aguas del rio Lee. He aquí otro de los grandes beneficios que la religion católica hizo á la civilizacion del mundo; el poblar los desiertos, formar pueblos, promover centros de poblacion, promoviendo centros de instruccion y de enseñanza. La Irlanda, fiel á sus antiguas tradiciones, se ha conservado al catolicismo que la sacó de la barbarie, como la mayor parte de las regiones de Europa. S. Colman, discípulo de S. Fimbarr, hijo de Lenin, fundó la famosa silla episcopal de Cloyna, de que fué el primer obispo: aquel murió en 4 de Noviembre de 604. S. Nessan, que sucedió á Fimbarr en su escuela, y erigió la célebre ciudad de Cork, fué otro discípulo eminente, educado bajo su disciplina; cuya memoria se honra en aquella poblacion en 17 de Marzo y en 1.° de Diciembre. Nos dicen Jayme Ware y Tánner, que algunos, fundados en una copia manuscrita que se halla en la real biblioteca de Lóndres, atribuyen á S. Fimbarr una carta sobre las ceremonias del bautismo, impresa entre las obras de Alcuino. El legítimo nombre de nuestro Santo, que se le dió en el bautismo, fué el de Locham: el sobrenombre Fimbarr ó Barr, *el Blanco*, que se le dió despues, y en latin *Barocus*, que corresponde al de Baroco en nuestro idioma. Fué obispo de Cork diez y siete años, y murió entre sus amigos en Cloyna, quince millas distante de la otra ciudad. Dióse sepultura á su cuerpo en su propia catedral de Cork; y sus reliquias fueron depositadas despues en una caja de plata, y guardadas en la misma iglesia que en el dia tiene su nombre. La gruta ó ermita de S. Fimbarr se mostraba en un monasterio que parece haber sido principiado por nuestro Santo, y estaba al occidente de Cork. Mas adelante se dió á los canónigos regulares de S. Agustin, y fué llamado abadía de Gill, del nombre de Gil, Eda ó Mugin, famoso obispo de Cork en el año de 1570, el cual dió tales aumentos á esta casa, que ha sido considerado como principal fundador de ella. Sobre este S. Fimbarr puede verse su *Vida* manuscrita en el colegio de la Trinidad de Dublin; á Giraldo Cambrense: *De Mirabilibus Hibern.*; á Smith, *Antiguo y presente estado de Cork*; y á Albano Bútler.—R.

FIMIANI, carmelita. Nació en 1740 en S. Jorge, en el reino de Nápoles; enseñó el derecho canónico en la universidad de aquella capital, y en 1791 fué elevado al obispado de Nardo. Murió en 1799. Tenemos de él: 1.°: *Hist. juris canonici*, Nápoles, 1763, en 8.°. 2.°: *Adnotationes in Petri de Marca concordiam et opuscula*, Nápoles, 1771, cinco tomos en 4.°. 3.°: *De ortu et progressu metropol. ecclesiastic. in regno neapolit.*, Nápoles, 1776, en 4.°. 4.°: *Elementa juris canonici*, Nápoles, 1777, dos tomos, en 8.°.

5.°: *Ad Petri de Marca concordiam sacerdotis et imperii, supplementum*, Nápoles, 1781, en 4.°. 6.°: *Elementa juris privati neapolit.*, Nápoles, 1782, dos tomos, en 8.°. 7.°: *Elementa juris feudalis*, Nápoles, 1787, en 8.°.—U.

FINA (Santa) vírgen de Etruria. Nació en el lugar de S. Geminiano en el pais de la Etruria, á últimos del siglo XII ó principios del XIII; pues las Crónicas ni señalan á punto fijo el año de su nacimiento, ni nos dicen el nombre de sus padres. Solo indican que esta Santa hizo vida de monja benita en la casa de sus padres, conforme al estilo antiguo de aquella ilustre Órden, y que despues adoptaron otras religiones como la de S. Francisco de Asis; la cual, bajo el nombre de Terciarias ó de tercera regla, admite á los seglares que la profesan en sus casas hasta el punto que lo permitan las costumbres del siglo, participando, si se guardan las observancias de la regla, de todas las obras buenas de la Órden. Esta especie de monacato en medio del mundo debia ser aun mas comun en aquellos tiempos en que las guerras, turbulencias y desolaciones no permitian á muchas personas el hacer profesion formal en los monasterios. Á las que así vivian eran llamadas beatas, de lo cual habrán tomado orígen nuestros beaterios, cuyas religiosas, si bien hacen vida monástica, no están obligadas á guardar clausura. De esta Santa se dice que fué observantisima de la santa regla, y principalmente en el silencio y recogimiento; procurando guardar rigurosa clausura como si estuviese en un convento, y no comunicando con persona alguna sino en casos de mucha necesidad, y no saliendo de casa sino para asistir en el santo é incruento sacrificio. No se necesita añadir que á este género austerisimo de vida acompañaban todos los demas ejercicios de vigilias, ayunos, oracion, maceraciones, y otras obras propias de una vida penitente. Como vaso precioso de eleccion, probóla Dios, y quiso acrisolarla en el fuego de la paciencia, del sufrimiento y del dolor. Dotada de singular hermosura, tuvo este estorbo mas que superar; porqué en las mujeres la gracia y la belleza del cuerpo suelen ser un obstáculo mas para la virtud y un escollo para la debilidad humana, fomentando la vanidad, y el amor á esa idolatría del cuerpo de que tanto gusta el corazon de la mujer. Nuestra Santa haciéndose superior á este poderoso incentivo del orgullo y del placer tenia á raya la rebeldía de la carne, sujetándola á las leyes del espíritu, hasta merecer del Señor el ser atribulada en este mismo cuerpo; pues le envió una tan grave enfermedad que apénas podia moverse en su cama, que era una dura tabla, llegando á un extremo de corrupcion y de fetidez, que hasta hervia en gusanos, y era pábulo de inmundos ratones que acababan de lastimar su atormentado cuerpo. Agobiada de tantos dolores, y siendo ya su vida no mas que un prolongado é insoportable martirio, nunca

se quejó Fina con persona alguna, ni perdió el ánimo; ántes mostraba á todos una paciencia admirable, una quietud de alma milagrosa, y la alegría pintada en su semblante. Á todo esto se le añadió una suma penuria de todas las cosas necesarias, y así parecia á todos un milagro de paciencia. Y es que, así como los mártires sentian en medio de sus martirios una dulzura interior que les hacia como olvidar lo que por defuera padecian, así mismo las almas justas y amantes de Dios sienten en su interior un placer suavísimo que los indemniza en cierto modo de los dolores exteriores que están sufriendo. Añaden las Crónicas que fué su especial abogado el padre San Gregorio Magno, el cual le dió aviso de su muerte ocho dias ántes que sucediese, y esta acaeció en su misma festividad á 12 de Marzo: mas hoy se celebra su fiesta por haber sido este dia la elevacion de su santo cuerpo. Murió en el año 1253. Parece que su cuerpo fué ya visiblemente glorificado, pues en lugar del hedor intolerable que despedia en vida, dejaba despues de muerto una fragancia suavísima. Refiérense algunos milagros acaecidos en su dichosa muerte, con los cuales quiso Dios manifestar al mundo su rara santidad, curando entre otras personas con solo su contacto de una enfermedad incurable á la ama que la habia criado. Es tambien tradicion que en su sepulcro no solamente quedaron libres diferentes poseidos ó energúmenos, y sanos muchos enfermos, sino tambien resucitado un muerto. Y prescindiendo aun del grado de fe humana que puedan merecerse tales milagros, prueba siempre esta piadosa tradicion la veneracion suma en que los pueblos tenian su memoria; la cual es célebre en toda la Etruria, que la honra como mártir por la paciencia increible en medio de tantos dolores. Es de advertir que en las *Crónicas de la Orden del P. San Benito* se halla otra Santa Fina, que tan solo difiere de esta en decirse que nació en la Toscana en lugar de la Etruria, pero que casi no se puede dudar sea la misma, pues no solo hay entre las dos identidad de nombre, sino identidad en todas las circunstancias de su vida; en que fué beata de la Órden del P. S. Benito; que vivia en casa de su madre, como en un monasterio saliendo solo para ir á misa; que pasaba los dias y las noches en una continua maceracion y martirio de su cuerpo, y labor de manos; que fué un raro ejemplo de paciencia; que Dios Nuestro Señor le envió una gravísima y larga enfermedad que le duró hasta el fin de su vida, para que siendo, como era, hermosa en extremo, no pudiese su voluntad ser depravada por algun afecto carnal; que dormia en una tabla, la cual se corrompia con la podre y materia que salia de su cuerpo, al cual roian los ratones, y nunca se quejaba, permaneciendo siempre con un rostro alegre y sereno; que fué devotísima de S. Gregorio Magno el cual le predijo su muerte cercana ocho dias ántes, la cual aconteció en aquel mismo dia del

año 1253 como la de la anterior ; que su santo cuerpo se unió con la tabla de tal suerte que no fué posible separarle de ella , pero ya con una fragancia celestial en lugar del mal olor que despedia estando viva. Refiérese que sonaron las campanas sin que persona humana las tocase ; que cuando la llevaron al sepulcro alargó la mano y tocando á la ama que la habia criado la sanó de una enfermedad incurable ; y que en su sepulcro no solo sanan los enfermos y son libres los endemoniados, sino que resucitó un niño difunto. Hemos querido mentar todas estas circunstancias , idénticas en las dos Santas , así para fundar nuestra opinion de que es una misma Santa Fina la de que hablan las *Crónicas de S. Benito* , sino tambien para manifestar la poca crítica que acompañaba muchas veces á aquellas antiguas leyendas, y el tino con que deben proceder los biógrafos tanto para no confundir en uno mismo personajes que son realmente distintos , como para multiplicar infielmente distintas biografías de un solo y mismo personaje.—J. R C

FINANO (S.) obispo y confesor , ó sea S. Finan. Dos Santos se hallan de este mismo nombre , el uno en las *Crónicas de los Santos de la Órden de S. Benito* , y el otro en los catálogos generales de las *Vidas de los Santos*. Daremos noticia de uno y otro , anotando sus diferencias y dejando á la discrecion del lector el si puede ser un mismo Santo. En las *Crónicas de San Benito* se habla de un S. Finano en Inglaterra , obispo lindisfarnense , y confesor , compañero de S. Aidano , que en el monasterio y en la predicacion apostólica trabajó mucho , con gran fervor y espíritu , convirtiendo á la fe las provincias mediterráneas de aquella isla , digno verdaderamente del renombre que se le dió de *apóstol* de ella. Y fija su muerte á mediados del siglo VII , esto es , en el año 659. Pero encontramos despues á S. Finian ó Finan , (pues en la lengua irlandesa la palabra *fin* significa *blanco*) , obispo de Cluain-Irard (llamada Clonard) en Irlanda , y confesor ; asegurando que entre los primitivos maestros de la Iglesia irlandesa es uno de los mas famosos , despues de S. Patricio , el nombre de S. Finian ó Finan. Fué natural de Léinster y discípulo de los discípulos de S. Patricio , los cuales le instruyeron en los elementos de la cristiana doctrina. No contentándose con la sola instruccion , y deseando con ardor el hacer mayores progresos en la virtud , pasó á Gáles , en donde entró en relaciones íntimas con S. David , S. Guildas , y S. Cathmaël , tres Santos eminentes de los bretones. Despues de haber estado treinta años en Bretaña , en el año 520 volvió á Irlanda , en donde el espíritu de religion empezaba á decaer entre sus paisanos , y él procuró con todos sus esfuerzos á que se restableciera en todo su vigor. Como un clarin que sonando de improviso dispierta á los dormidos en su letargo , así resonó la voz apostólica de nuestro Santo para dispertar al perezoso y ablandar al corazon mas duro á las suaves influencias de la fe , y

mas profundamente sumergido en el piélago del mundo. En aquella época el gran medio para propagar la fe y extender la móral evangélica entre los pueblos era el fundar monasterios, verdaderos focos de sabiduría y de civilizacion cristiana. Así pues, para propagar la obra de Dios, estableció San Finian varios monasterios y escuelas, siendo el principal de ellos el de Clonard en Meath, que era la principal residencia del Santo. El elogio que de su escuela puede hacerse es que salieron de ella varios de los principales Santos y doctores de Irlanda, como Kiaran el menor, Columkille, Columbo hijo de Crimthain, los dos Brendanos, Laseriesno, Canico ó Kenni, Ruadán, Blankis y otros. Por sus altas virtudes y saber, San Finian fué electo y consagrado obispo de Clonard, cuyo último obispo, Simon Rochford, trasladó esta silla al monasterio de canónigos regulares que construyó en Trim en honor de S. Pedro y S. Pablo en el año 1209, siendo él y su predecesor Eugenio los primeros que se titularon obispos de Meath; á que fueron despues unidas otras dos sillas, la de Kenlis ó Kells, y la de Dulcec ó Damliag. El gran monasterio que erigió S. Finian en aquella misma ciudad llegó á ser un célebre seminario de sagrada doctrina. El monasterio de canónigos regulares de S. Agustin, que permaneció en Clonard hasta la disolucion de las casas religiosas, fué erigido sobre las ruinas de la abadía de S. Finian en honor de S. Pedro por Gualtero Lacy, señor de Trim, hijo del ambicioso Hugon de Lacy, que habiendo conquistado aquel pais fué hecho señor de Meath por Enrique II, y despues decapitado por un irlandes llamado O' Meey miéntras estaba midiendo el foso que rodeaba el castillo de Dairmabg, en el dia Durrow. S. Finian, por el celo que le devoraba para la salvacion de las almas, y el amor intenso que le inflamaba hácia sus ovejas, fué igualado á los Basilios y Crisóstomos. Era de aquellas almas grandes y generosas que el Señor plugo encerrar en cuerpos débiles y enfermizos para hacer resaltar mas su grandeza y la vasta extension de sus miras. Sensible como todos los corazones magnánimos, lloraba con los que lloraban, y siempre llevaba á los débiles, á los enfermos y desvalidos los consuelos y los socorros de su caridad. ¡Privilegio singular de los Santos, el ser doblemente médicos de las almas y de los cuerpos! Así era S. Finan un todo para todos; ménos para sí, pues se alimentaba de pan y de yerbas, siendo agua su bebida, y su cama el duro suelo, con una piedra por cabecera. Murió en 12 de Diciembre del año 552, segun los *Anales de Inisfallen*, citados por Usher; bien que segun otros fué su muerte en el año 564. Esta disparidad de fechas, y el celebrarse su festividad en 12 de Diciembre, induce á creer que fuese distinto del otro S. Finano, de que hemos hablado al principio, y cuya fiesta se celebraba en 10 de Enero. Véase su *Vida* publicada por Colgan en 23 de Febrero; Usher,

Ant. Brit. el índice cronológico; Jayme Ware, *Ant. Hib.*; y otros.—N. A. T.

FINBAR (S.) abad y fundador del célebre monasterio de la isla de Drimlen, entre Kinselech y Desies. No se dan noticias circunstanciadas de este Santo, citándole únicamente los *Manuscritos* de Colgan sobre el 4 de Julio.—C.

FINÉES, Phinées ó como le llaman los judíos *Phinéhas*, hijo único de Eleazár y de una hija de Futiel y nieto de Aarón. Fué el tercer Sumo sacerdote de los judíos, y ejerció esta dignidad desde el año 2571 hasta hácia 2590, ántes de Jesucristo 1410, ántes de la era vulgar 1414. Gozaba este personaje entre los israelitas de una reputacion grande y bien merecida por su valor y por su celo en la causa de Dios. Desde muy jóven se habia distinguido por sus brillantes rasgos, y el pueblo le estimaba porqué le veia paciente en los trabajos, sumiso á los mandatos del Señor, exacto en el cumplimiento de sus órdenes y celoso defensor de la gloria de Israél. Las Santas Escrituras nos refieren que cuando Zambri, hijo de Salú, apartándose de la via recta y mostrándose indiferente á las desgracias de sus compatriotas, consternados por las órdenes que acababan de recibir (órdenes dictadas por el Juez Supremo en castigo de las iniquidades), osó penetrar en un lugar de escándalo con Cozbi, hija de Sur, rey de Madián; Finées animado de una santa indignacion arrebató un puñal, y entrando tras ellos los inmoló de un solo golpe. Este ejemplo de obediencia á la voluntad del Señor fué en el mismo instante comprehendido de todo el pueblo; desapareció la indecision, las víctimas designadas se sacrificaron sin atender al efecto que estas demostraciones podian causar á los que el cielo habia escogido por ministros de su venganza. La accion de Finées tanto mas meritoria atendido á que la ejecutó en circunstancias las mas críticas, esto es, en medio de una efervescencia marcada, no fué solamente recompensada con la dádiva de la ciudad de Gabaath, donde el piadoso hijo sepultó á su buen padre, sino que recibió ademas la promesa solemne hecha á Moysés para que éste la transmitiese á Finées, y que la Escritura refiere en estos términos: « Finées hijo de Eleazár, hijo de Aarón *el sacerdote* apartó mi ira de « los hijos de Israél: porqué fué movido de zelo mio contra ellos, para que « yo mismo no acabara á los hijos de Israél en mi zelo. Por tanto le dirás: « Mira que le doy la paz de mi alianza, y será tanto para él como para su « descendencia sempiterno el pacto del sacerdocio porqué ha tenido zelo por « su Dios, y ha expiado la maldad de los hijos de Israél. » Magnífica prerogativa que veremos mas adelante transmitida tambien á la familia de Ithamar, pero para volver á la de Eleazár y de Finées en tiempo de David en la persona de Sadóc que la compartió primeramente con Abiathár (véase su artículo), descendiente de Ithamar, y que bajo el reinado de Salomon obtu-

vo exclusivamente para sí y su posteridad. (Véanse Sadóc é Ithamár). Debió igualmente Finées al ejemplo que habia dado de obediencia y de celo, cuyo recuerdo no debió borrarse jamas de la memoria de los hebreos, que fuese elegido para mandar un ejército de doce mil hombres, llamados á vengar al Señor de las repetidas injurias de los madianitas. Sale el dichoso campeon al encuentro del enemigo: con su sola vista le aterra porqué tiene la mano de Dios que le ayuda; le enviste, introduce la confusion en sus filas, emprenden la fuga, y la mayor parte caen al filo de la espada de Israél. La victoria que en esta ocasion ganó Finées fué tanto mas completa, atendido á que los cinco reyes, que se habian coligado contra él y que envalentonados por la superioridad numérica se habian puesto al frente de las tropas, perecieron todos en el campo de batalla: todos ellos besaron la tierra, todos ellos la regaron con su impura sangre. Regresa Finées triunfante en medio de un pueblo entusiasmado para dar cuenta á Moysés del resultado de su mision. Siguenle todas las mujeres y todos los niños reducidos á la esclavitud y acompáñale tambien un rico botin conquistado al enemigo, y pone en las manos del caudillo de todo el pueblo aquellos trofeos de su gloria. Moysés tiende la vista al rededor de sí y observando que las mujeres de los madianitas viven todavía y que sus hijos respiran, contra la expresa órden del Señor, se aflije y compadece á Finées; en efecto, mucho tiempo habia que las madianitas introducian en el campamento de Israél la idolatría y la licencia. Dios habia mandado exterminarlas y Finées no lo habia hecho: conservarles la vida y conducirlas esclavas era introducir en el seno de las tribus un foco permanente de corrupcion, un manantial inagotable de infidelidades. La desobediencia de Finées podia tener funestas consecuencias que sin duda no preveyó; así es, que cuando Moysés vino á turbar su natural alegría, manifestándole todo el resultado de una prevaricacion, de la cual el vencedor no habia calculado la importancia, se desenvainó de nuevo el acero, y de toda aquella multitud no quedaron mas que *las muchachas y las doncellas*, como dice la Escritura. Seria una temeridad por nuestra parte si quisiésemos excusar aquí estas ejecuciones sangrientas, estos sacrificios de mujeres y de niños, que pueden parecer inhumanos si se consideran prescindiendo de las circunstancias que los motivaban. Esta cuestion harto dilucidada ya nos induce solamente á recordar, que en un tiempo en que las verdades especulativas no causaban la menor impresion, sino cuando iban acompañadas de manifestaciones análogas con las ideas obscuras y con las inclinaciones arraigadas en el pueblo obstinado de Israél, era necesario, pues, que con solemnes, y algunas veces terribles expiaciones, se les forzase á comprehender la enormidad de un crimen y toda la latitud de una prevaricacion. Si nos remontamos á las épocas en que el castigo mas espantoso era olvidado

tan luego como se habian experimentado sus efectos, si estudiamos con alguna detencion las costumbres y el carácter de las tribus privilegiadas, vendremos en un exacto conocimiento del poco efecto que producian las amenazas y las palabras aunque fuesen pronunciadas por los labios de un profeta; verémos que apénas era atendida la voz de las innumerables víctimas, que rara vez la comprehendian los que debian comprehenderla, y que si abrian por un momento los ojos los cerraban luego. La incredulidad en medio de su frenesí ha creido encontrar una arma poderosa para patentizar, á su modo de ver, la injusticia en el principio de la justicia eterna, llegando al extremo de querer ridiculizar la verdadera creencia, burlándose sin pudor de esos *hecatombes humanos* impuestos por la voluntad suprema á los jefes de la nacion judáica. Los corifeos de esta misma incredulidad han ignorado ó han fingido ignorar las circunstancias en que se hallaba entónces Israél; su rebeldía manifestada con harta frecuencia; sus murmuraciones sin fin, y sus habituales inclinaciones á la idolatría. Finalmente, no han querido ver en la efusion de sangre mas que una carnicería, que se presenta á su mente extraviada ó perdida, tanto mas escandalosa en cuanto consideran fútiles los hechos que la motivaban. ¡Á tal grado llega á veces la aberracion del entendimiento humano! Estas objeciones han sido ya refutadas victoriosamente, y por lo mismo no nos detendremos en contestarlas; sin embargo, será bueno decir, aunque de paso, que las órdenes del cielo estaban fundadas, segun la humilde comprehension del hombre, en graves consideraciones, y que el Señor, que no debe darnos cuenta de las razones que determinan su voluntad soberana, permitió no obstante, que pudiésemos entrever aquellas que exigian de su parte una severidad que puede sorprender cuando no se sondean los principios, pero que admira cuando se profundizan y que en todos conceptos excitan en nosotros la indignacion ó cuando ménos la piedad hácia los desgraciados que han blasfemado y blasfeman de lo que hay de mas sagrado. La segunda mision confiada á Finées parece tanto mas importante atendido á que se dirigia contra hermanos y que la causa era tambien muy grave. Despues que las tribus de Rubén y de Gad y la media tribu de Manassés hubieron ayudado á sus compatriotas en la conquista del pais de Canaán, marcharon á la otra parte del Jordán, que era donde Moysés les habia señalado su lote. Habiendo llegado, pues, á orillas de aquel rio, erigieron un monumento para que sirviese de memoria á los venideros, de que habian pertenecido á la misma nacion establecida á la parte opuesta. (Véase Josué). Apénas esta noticia se divulgó entre el pueblo, se levantó un siniestro rumor, cuyas consecuencias eran tanto mas temibles en cuanto creyeron ver en este monumento un altar levantado á los dioses de la naciones ó bien un altar al verdadero Dios,

y en este caso lo consideraban como una profanacion terrible, un sacrilegio inaudito atendido á que en el tabernáculo era exclusivamente donde podian celebrarse los sacrificios. Para prevenir el mal y para acallar por otra parte las murmuraciones de un pueblo, en aquella ocasion muy celoso de la gloria de Dios, se nombró una diputacion compuesta de un individuo de cada una de las diez tribus, la cual llevando por jefe á Finées debia aclarar el misterio. Desde el momento que la embajada llegó á Galaad, habiéndose reunido los guerreros de las tres tribus, Finées les dirigió la palabra en estos términos: « ¿Qué transgresion es esta? ¿Por qué habeis abandonado al Señor Dios de Israél, edificando un altar sacrílego, y separándoos de su culto? ¿Os parece aun poco el haber pecado en Beelphegór, y que la mancha de este delito permanezca en nosotros hasta el dia de hoy? pues por eso perecieron muchos del pueblo. Y vosotros habeis hoy dejado al Señor, y mañana se ensañará su ira contra todo Israél. Y si creeis que es inmunda la tierra de vuestra posesion, pasad á la tierra en donde está el tabernáculo del Señor, y habitad entre nosotros: solamente que no os aparteis del Señor, ni de nuestra compañía, edificando otro altar fuera del altar del Señor Dios nuestro. ¿Por ventura no traspasó Achán hijo de Zaré el mandamiento del Señor, y se echó su ira sobre todo el pueblo de Israél? Y él era un solo hombre, y ojalá hubiera perecido él solo en su maldad. » La elocuencia encantadora de Finées, la solemnidad con que se verificó la embajada, todo contribuyó á dar mayor sublimidad á aquel acto que conmovió en realidad á todos los corazones causando efectos difíciles de describir. Pasado aquel momento de emocion y restablecida ya la calma, los jefes de aquellos á quienes habian creido culpables expusieron con franqueza los motivos que les habian inducido á levantar aquel monumento: « El muy fuerte Dios y Señor, dijeron, el muy fuerte Dios y Señor, él lo sabe, y tambien lo sabrá Israél: si con ánimo de rebelion habemos levantado este altar, no nos ampare, sino que nos castigue desde ahora: Y si lo hemos hecho con el designio de ofrecer sobre él holocaustos, y sacrificios, y víctimas pacíficas, él mismo nos lo demande y lo juzgue. Y si ántes bien no ha sido con el pensamiento y designio de decir: Mañana dirán vuestros hijos á los nuestros: ¿Qué teneis vosotros con el Señor Dios de Israél? El Señor puso el rio Jordán por término entre nosotros y entre vosotros, ó hijos de Rubén, é hijos de Gad: y por tanto no teneis parte en el Señor. Y con esta ocasion vuestros hijos apartarán á nuestros hijos del temor del Señor. Y así hemos tenido por mejor, y hemos dicho: Edifiquémonos un altar, no para ofrecer holocaustos, ni víctimas, sino para testimonio entre nosotros y vosotros, y entre nuestra estirpe y la vuestra, de que servimos al Señor y de que

« tenemos derecho de ofrecerle holocaustos, y víctimas, y sacrificios de « paz: y que el dia de mañana no digan vuestros hijos á los nuestros: No « teneis vosotros parte en el Señor. Porqué si lo quisieren decir, les repli- « carán: Ved aquí el altar del Señor, que hicieron nuestros padres, no « para holocaustos, ni sacrificios, sino como un testimonio entre nosotros y « vosotros. Guárdenos Dios de tal maldad que nos apartemos del Señor, y « abandonemos sus huellas, edificando altar para ofrecer holocaustos, y « sacrificios, y víctimas, sino en el altar del Señor Dios nuestro, que está « erigido delante de su tabernáculo » La sinceridad y la energía con que hablaron, el celo con que pronunciaron el nombre del Señor; todas estas circunstancias bastaron para que los embajadores de las diez tribus se diesen por satisfechos, llegando á manifestar que les sabia mal haber sospechado de sus hermanos. Notables son las palabras que les dirigió tambien Finées en el acto de despedirse; hablóles así: « Ahora sabemos que el Señor es con nosotros, pues- « to que estais ajenos de semejante prevaricacion y que habeis librado á los « hijos de Israél de la mano del Señor. » Y con estas dulces palabras les dió á entender el placer que sentia su alma al ver su firmeza en la observancia de la ley y la esperanza que tenia de que nunca jamas se turbaria una union que quedaba mas asegurada con el paso que se habia dado, y luego regresaron para dar cuenta á Josué del feliz resultado de su mision dándose juntos el parabien de haber evitado grandes desgracias. Finées, cuyo celo igualaba á su prudencia y á su sabiduría, habia sido nombrado ya sacrificador desde el momento que se le juzgó digno de desempeñar el delicado encargo que se le habia hecho, y compartió con Eleazár las augustas funciones que muy luego debia ejercer por sí solo, esto es, cuando hubiese recibido el título de Sumo sacerdote. Despues de la muerte de su padre le sucedió sin obstáculo alguno, fijando su residencia en Silo. La Escritura ya no vuelve á hablar de él sino para darnos á conocer que Abisué, su hijo, heredó su pontificado. Veamos ahora el elogio que Jesus, hijo de Sirach, hace de Finées: (*Eccl.*, cap. XLV, 28). « Finées hijo de Eleazár es el tercero en glo- « ria, imitando á aquel en el temor del Señor: Y estando firme en la afrenta « de la nacion: con la bondad y prontitud de su alma aplacó á Dios á favor « de Israél. Por eso le firmó pacto de paz para que fuese príncipe del san- « tuario y de su pueblo, y que tuviese él y su linaje la dignidad del sacer- « docio por siempre. Y el pacto con el rey David hijo de Jessé de la tribu « de Judá, haciéndole heredero á él y á su linaje, á fin de dar sabiduría á « nuestro corazon, para gobernar su pueblo en justicia, para que no pere- « ciesen los bienes de ellos, é hizo eterna la gloria de ellos en su nacion. » No sabemos precisamente el año de la muerte de Finées; pero como vivió despues de la muerte de Josué y ántes de la primera servidumbre bajo *Chu-*

san-Rafathaïm, durante el tiempo en que no habia Rey en Israél y que cada uno hacia lo que bien le parecia (*Juec.*, XVII, 6. XVIII, 1. XXI, 24), se calcula que murió hácia al año del mundo 2590, ántes de Jesucristo 1410, ántes de la era vulgar 1414. Durante su pontificado acontecieron las historias de Michás (véase su artículo), de los de la tribu de Dan que hicieron la conquista de Laïs, y la del ultraje contra la mujer del levita de la montaña de Efraím. Como este último hecho llenó de consternacion y asombro á todo el pueblo de Israél que respetaba á Finées como á padre y le veneraba como á sacerdote, creemos que este es el lugar mas oportuno para mencionarle una vez que Finées tuvo en esta venganza una parte activa. Sucedió, pues, segun expresa la Sagrada Escritura, (en el libro de los *Jueces*, cap. XIX, versículo 1.° y siguientes) que cierto levita que habitaba al lado del monte de Efraím al regresar á su casa desde Bethlehem, habiéndole cogido la noche por el camino se hospedó en Gabaa, aceptando el asilo que le ofreciera un anciano compatriota suyo. Miéntras estaban cenando presentóse una turba de hombres desalmados, que rodeando la casa donde cenaban los forasteros con sus familias, y llamando á la puerta pidieron desaforadamente al anciano que les entregase al levita porqué querian abusar de él. El buen anciano les contestó: «No querais, hermanos, no querais co-« meter semejante maldad: por cuanto este hombre ha entrado á hospe-« darse en mi casa, desistid pues de semejante locura. Tengo una hija « doncella, y este hombre tiene su mujer, os las sacaré, para que las aba-« tais, y sacieis vuestra pasion: solamente os ruego, que no cometais con « un hombre esta maldad contraria á la naturaleza.» Mas viendo el levita que no cedian, se levantó, cogió á su mujer del brazo y la entregó á los malvados. Al dia siguiente al emprender la marcha encontró al dintel de la puerta á su infeliz mujer tendida. Creyendo que dormia la llamó para que se levantase y le siguiese; mas viendo que era cadáver, cargóla sobre un asno y siguió su camino. Al llegar á casa dividióla en doce partes y enviólas, como dice la Escritura, á todos los términos de Israél. Este hecho excitó el horror y el entusiasmo de todos los israelitas; el horror por la maldad que cometieron los de Gabaa; y el entusiasmo para vengar la ofensa hecha al marido y la muerte de su desgraciada esposa. «Jamas se ha visto, ex-« clamaban, una cosa tal en Israél, desde el dia en que subieron de Egipto « nuestros padres hasta este tiempo. Decid lo que os parezca, decian los « unos á los otros, y de comun acuerdo resolvamos que es lo que debemos « hacer en este caso.» Por fin, se juntaron y presididos por Finées consultaron al Señor si debian salir á pelear contra los hijos de Benjamín, sus hermanos, ó mantenerse pasivos. «Salid, les dijo el Señor, que mañana « los pondré á vuestras manos.» Salieron y vencieron y vengaron la ofensa

del Señor y el honor del ofendido esposo. En cuanto á haber pasado el sacerdocio de una familia á otra, lo único que podemos decir es, que esta dignidad se conservó en la raza de Finées desde Aarón hasta el sumo sacerdote Heli, durante cerca trescientos treinta y cinco años; pues Aarón fué sumo sacerdote en el año del mundo 2513, y Heli fué reconocido sumo sacerdote y juez de Israél en 2848. Ignoramos el modo y las causas de este cambio. Volvió á entrar en seguida, como lo hemos indicado ya, en la familia de Eleazár bajo el reinado de Saúl, cuando este príncipe ordenó que matasen á Aquimeléch y á los demas sacerdotes de Nové, dando la soberana sacrificatura á Sadóc, que era de la raza de Finées. (Véase Sadóc.) En el mismo tiempo David tenia cerca de sí á Abiathár de la raza de Heli, que ejercia las funciones de sumo sacerdote: de modo, que despues de la muerte de Saúl, David conservó el sacerdocio en Sadóc y Abiathár; mas á la fin del reinado de David, habiéndose declarado Abiathár por Adonías en perjuicio de Salomon, cayó en desgracia, y Sadóc fué reconocido único sumo sacerdote. El sacerdocio desde entónces continuó en su familia hasta despues del cautiverio de Babilonia y aun hasta la ruina del templo. Así es, que desde que principió Sadóc en el sumo sacerdocio, y desde la exclusion de Abiathár hasta la ruina del templo, discurrieron 1084 años; pues que Sadóc fué reconocido único Sumo sacerdote y Abiathár cayó en desgracia en el año del mundo 2989, y el templo fué arruinado en el año del mundo 4073, el 69 de la era vulgar. Los rabinos dan á Finées una larga existencia. Algunos creen que vivió hasta el tiempo del sumo sacerdote Heli y aun hasta la época de Samsón: otros pretenden que era el mismo sumo sacerdote Heli, ó mas bien el profeta Elías, lo que aumentaria aun su edad de algunos siglos. El autor de las *Tradiciones hebreas sobre los libros de los Reyes* dice, que los judíos creen que el hombre de Dios que vino á encontrar al sumo sacerdote Heli de parte del Señor para echarle en cara su indolencia sobre sus hijos era Finées. Hay algunos que le hacen vivir hasta el tiempo de David, otros hasta el tiempo de Samuél; pero segun parece han querido significar sencillamente que vieron en la persona del profeta Elías todo el celo del sumo sacerdote Finées. Como decia el Ángel, que S. Juan Bautista vendria en el espíritu y con el celo de Elías, los judíos creen en una especie de metempsícosis para las almas de los justos.—G.

FINÉES Y OFNI Ó PHINÉES Y OPHNI, hijos del sumo sacerdote Heli. Honrados ámbos con la dignidad sacerdotal, perecieron juntos segun la prediccion hecha á su padre defendiendo el arca del Señor en el momento en que los filisteos se apoderaban de ella. (Véase Heli.) La Escritura ya no habla mas de Ofni sino para darnos á conocer que su hijo Abiathár (véase este nombre) fué llamado al sumo sacerdocio En cuanto á la mujer de Finées que se hallaba próxi-

ma al parto cuando él marchaba con el ejército, le asaltaron los dolores y dió á luz un niño en el momento mismo en que recibia la noticia de la derrota del ejército, de la muerte de su marido y de la de su suegro, y de la pérdida del arca. Á fin de perpetuar, pues, el recuerdo de esta fatal jornada, y como una advertencia útil para su posteridad, llamó á su hijo Ichabód, que en latin significa *ubi gloria* ó *væ gloriæ*, y murió gimiendo sobre el oprobio de Israél, sobre la pérdida de su mas preciosa riqueza, que fué presa de sus enemigos, y sobre las desgracias que agobiaron á su familia. Aquitób (vease este nombre), hijo de Finées y de una mujer diferente que la madre de Ichabód, fué llamado al sumo sacerdocio al mismo tiempo que Abiathár.—G.

FINÉSTRES Y MONSALVO (P. Daniel) religioso premostratense de las Avellánas. Floreció en el siglo XVIII y era hermano del doctor D. José, catedrático de leyes de la universidad de Cervera, hombre verdaderamente célebre por sus grandes conocimientos en el derecho. El P. Daniel escribió un *Catálogo* de los abades y priores de S. Nicolas de Fondarella en el llano de Urgel y otros varios *opúsculos* que quedaron inéditos. Se ignora el año en que murió.—U.

FINÉSTRES (P. Jayme) monje de Poblet, hermano del anterior. Nació en Barcelona, estudió con aprovechamiento, y fué en lo sucesivo muy erudito y muy versado en las antigüedades. Estas son las únicas noticias que nos da de Finéstres D. Félix Tórres y Amat en su obra de *Escritores catalanes* Añade ademas que en el año 1746 publicó un tomo en folio, que salió á luz en Barcelona con este título: *Historia del monasterio de Poblet*; que posteriormente en 1765 dió una segunda edicion aumentada con muchas y curiosas disertaciones, en cuatro tomos, en 4.°, que forman la historia de aquel célebre monasterio desdel año 1151 hasta 1752. El primero contiene la descripcion topográfica del monasterio; razones para señalar el año de su fundacion; un catálogo de los sepulcros de reyes y personas reales; de los prelados, magnates y otros varones ilustres; y por último una exposicion de las profecías sobre los reyes de Castilla y Aragon hecha por el abad Estévan; Cervera, por José Barber, 1753 Los tomos segundo, tercero y cuarto contienen el catálogo de los abades y actas del monasterio, hasta el último abad perpetuo, que fué en 1623.—G.

FINÉSTRES Y MONSALVO (D. Pedro Juan) tambien hermano de los anteriores. Se sabe que nació en Barcelona, pero se ignora el año. Fué catedrático de la universidad de Cervera, y habiendo abrazado el estado eclesiástico obtuvo un canonicato en la santa iglesia de Lérida. Era por otra parte hombre instruidisimo en la historia eclesiástica y profana. Tórres y Amat dice, que dejó muchos manuscritos aunque incompletos. El P. Martí canónigo de

las Avellánas indica que vió un tomo en folio que contenia la serie de los obispos de Lérida y de sus priores y deanes; las inscripciones sepulcrales de la misma iglesia y las romanas que se conservan en la ciudad; el catálogo de los obispos de Barcelona y de Valencia, y otras noticias sumamente curiosas que habia recogido con sumo cuidado. Esta obra puede servir de grande utilidad á los historiadores segun opinion del canónigo de las Avellánas D. Jayme Pascual que poseia este manuscrito. Existen finalmente otros tomos tambien manuscritos que contienen varias noticias históricas, los cuales se conservan en la biblioteca de la catedral de Lérida.—O.

FINETTI (P. Bonifacio) sabio orientalista. Nació hácia al año 1720, abrazó la Órden de Sto. Domingo y consagró todos los momentos que le quedaban libres, despues del cumplimiento de los deberes que su estado le imponia, al estudio de las lenguas. En 1756 dió á luz una obra que tituló: *Trattato della lingua ebraïca e dei sui affini*, Venecia, en 8.°, que venia á ser un ensayo de una grande obra, en la cual el autor se proponia demostrar los caractéres distintivos de cada lengua, indicando su orígen y su filiacion. El prefacio del tratado da por sí solo una idea ventajosa de los conocimientos que habia adquirido en esta materia; y es sensible, como dice M. Lombardi, que no hubiese podido encontrar la proteccion necesaria para llenar cumplidamente este útil proyecto. (Véase *Storia della letter. ital. nel secolo 18, III, 153.*)—U.

FINETTI (Francisco) jesuita. Nació en Ferrara en 1.° de Abril de 1762; abrazó el estado eclesiástico; y á pesar de que sus virtudes y su sabiduría le abrian el camino á las dignidades de la Iglesia, renunció el distinguido cargo de capellan mayor de la capilla del príncipe de Ferrara, y siguiendo los impulsos de su corazon marchó á Roma, abrazando en la capital del mundo cristiano la Órden de S. Ignacio de Loyola en 12 de Noviembre de 1814. Gozaba ya entónces de una reputacion bien cimentada como á orador sagrado, y mas de una vez se habia hecho sentir en la cátedra del Espíritu Santo causando grande emocion á todos los oyentes. Bien informados de ello sus superiores aprovecharon desde el momento sus talentos oratorios nombrándole presidente en los actos públicos, que siempre exigian grande elocuencia, profundidad de ideas y abundancia de doctrina. En el año 1816 tuvo que pronunciar un sermon relativo al ayuno en la primavera. El templo romano titulado de Jesus estaba cuajado de gente de todas clases y distinciones; todos deseaban oirle; todos querian saber de sus labios la verdad. Sube el sublime orador al púlpito, y desde el momento aquella multitud agrupada queda sumida en un silencio verdaderamente sepulcral. No se oye mas voz que la de Finetti: esta voz resuena en el templo á semejanza de la voz de un ángel de paz: brotan de sus labios palabras encantadoras: los corazones se conmueven:

las lágrimas brotan de los ojos de los circunstantes ; y no hay ni siquiera uno de los que le oyen que no quede convencido de lo que dice. Triunfa el imperio de la verdad , y esta verdad santa resuena por todos los ángulos del templo. La ciudad entónces reconoce al hombre de quien no tenia mas que algunas ligeras nociones en comparacion de lo que era en sí. Finetti repite en lo sucesivo sus discursos, y el auditorio aumenta en términos que el templo no puede contener tanta multitud. Filósofo cristiano , varon enamorado de la verdad , hombre profundo en el conocimiento de las sagradas letras , gran teólogo , moralista consumado , de finura , expresion y energía ; no le faltaba ninguna de aquellas dotes que constituyen un perfecto orador. El objeto que se proponia siempre era el de labrar la felicidad del género humano por medio de la persuasion , y no le era difícil porqué manejaba admirablemente el arte de hacerse agradar. El que le escuchaba con atencion , aunque fuese un corazon del mundo , al momento se trocaba ; aborrecia el vicio , detestaba la maldad , huia del peligro y corria al pie de la cruz para abrazarse con el árbol de la eterna salvacion. Muy bien dice Caballero , que pocos genios privilegiados se encontrarian en quienes la naturaleza se hubiese manifestado mas pródiga de dones para que pudiera expresarse con mas constancia de ánimo , con mas extension de ideas y con mas elegancia. Finetti habia nacido para granjearse el amor de cuantos le conocian. Llamóle cerca de sí el duque de Módena ; accedió el jesuita á sus instancias , y los modenenses al oirle en el púlpito se dieron el parabien de contarle entre ellos , pues arrebatados de admiracion exclamaban que era grande orador evangélico , y que en vano se buscaria otro que le aventajase. Por otra parte era dulce , afable , caritativo , amigo fiel , hombre agradecido ; en una palabra , excelente religioso. No sabemos el año en que murió. Tenemos de él : 1.° : *Elogio funebre del Marchese Guido villa ferrarese*, Ferrara , 1807, en 8.°. 2.° : *Discorso per l' apertura del cimiterio comunali di Ferrara* , Ferrara , Bianchi y Negri socios , 1811 , en 8.°. 3.° : *Orazione , e tributi poetici alla memoria del chiaris. sacerdote Alfonso Muzzarelli ferrarese nelle sue solenni esequie* , Ferrara , 1813 , en 8.°. Finetti hizo la oracion fúnebre de Muzarello , y fué tambien el que compuso el primer epígrama (soneto) itálico que introdujo la costumbre entre los poetas de Ferrara que le dedicaban sus inspiraciones de mostrarle su agradecimiento en esta clase de versos. 4.° : *Discorso recitato nella basilica di S. Pietro in Vaticano nel di 1 Agosto dell' anno 1815*, Roma, 1815, imprenta de los romanos. Este elocuentísimo discurso lo hizo basar Finetti magníficamente y con mucha oportunidad, sobre la singular providencia del númen divino hácia el papa Pio VII en las tan crueles aflicciones como le causaba Napoleon , haciéndole apurar la copa de la amargura hasta sus heces. Los panegíricos italianos que siguen ,

sino se han publicado fueron ya dados á la prensa ; tales son : 1.° : *Divi Henrici Trevisi :* 2.° : *Divi Joannis Buono :* le pronunció en Mantua en la capilla real , 1807 : 3.° : *D. Petri Thomasi :* pronunciado en Bolonia en la iglesia de S. Martin *el Grande* en 1797.—G.

FINGENO (S.). En Escocia , y en Francia en la ciudad de Métos, floreció S. Fingeno abad de la Órden benedictina , el cual dejó su pais , y á su ejemplo lo hicieron otros muchos monjes que eran llamados *escotos* por su patria. Sentíanse inflamados todos por el bien de las almas , cuyo celo infundieron por toda Europa , dedicándose al servicio de los prójimos en diferentes ministerios , y entre ellos desvelándose en cuidar y curar enfermos, que en el órden natural es el mas caritativo de todos. Fué S. Fingeno muy venerado de la Emperatriz Adelayda , y de los obispos de aquella ciudad Adalberon y Teodorico. Floreció en el siglo X , y murió , segun parece , en el año 970. Se hace memoria de él en los *Anales benedictinos* en el dia 5 de Febrero.—C.

FINIAN (S.) confesor. Este tuvo por sobrenombre *Lobhar* , ó sea *el leproso :* fué hijo de Conail , descendiente de Kian , hijo de Alildo , rey de Múnster , discípulo de S. Bredan. Floreció á mediados del siglo VI. La virtud que en él descolló fué la paciencia , pues era comparada con la de aquel famoso árabe , el Santo Job , en la lepra : enfermedad prolija y asquerosa que motivó su sobrenombre. Á este Santo se le hace fundador de la famosa abadía de Innis-Fallen , que estuvo en una isla de este nombre , en el grande y hermoso lago de Lough-Lane , en el condado de Kerry. En este monasterio se guardaba antiguamente una Crónica llamada *Anales* de Innis-Fallen , que á semejanza de muchas obras históricas de los tiempos antiguos contenia una serie de la historia universal desde la creacion del mundo hasta el año 430 de nuestra era ; desde cuyo tiempo el analista iba siguiendo con mucha latitud los negocios de Irlanda hasta el año 1215 en que escribia. Estos *Anales* fueron continuados por otra mano hasta el año 1320, y todos ellos son con mucha frecuencia citados por el obispo Usher , y por Jayme Ware. Segun el autor de las *Vidas de los padres mártires y otros principales Santos* , guárdase actualmente una copia imperfecta de ellos manuscrita entre la de la *Biblioteca del colegio de la Trinidad de Dublin* , y de ellos tenia una copia íntegra el difunto duque de Chandos , segun dice el obispo Nichólson en su *Librería histórica de Irlanda*. S. Finian erigió asimismo otra abadía en Tipperary , llamada de su mismo nombre Arofinnan ; y otra en Cluain-More Madoc en Léinster , donde fué sepultado su cuerpo. Aunque se asegura que murió en 2 de Febrero , con todo Colgan fija su festividad en 16 de Marzo segun se celebraba en todos los lugares que hemos mencionado. Ware habla de dos historias manuscritas de su vida. Véase á

Usher en sus *Antigüedades, y á Smith en su Historia natural y civil del condado de Kerry*, en 1755.—A. T.

FININGHAM (Roberto) natural de Norfolx. Vistió el hábito de franciscano en Inglaterra, y segun expresa Du Pin en su *Biblioteca de los autores eclesiásticos* vivia aun en 1460, y compuso un tratado en latin *De los casos reservados al Papa*.—O.

FINIO (Francisco Antonio) minerviense, cardenal. Nació de humildes padres en 6 de Mayo del año 1669. Su padre, luego que lo permitió la edad de su hijo, le hizo instruir en los rudimentos de las letras. Llevóle despues á Gravina, y allí fué iniciado con la tonsura clerical por el señor de Cavaleriis, obispo de aquella ciudad. Luego de llegar á la adolescencia, promovido á los grados mayores de la Iglesia, ascendió al Órden sagrado del subdiaconato. Dedicóse entre tanto á los estudios, y salió en la facultad de teología notablemente aprovechado. Recomendado despues por carta del mismo obispo de Gravina, fué admitido al servicio del cardenal Ursino arzobispo de Benavente. Ofrecióselе ya desde luego la esperanza de adelantar felizmente en su carrera; pues sirvió á su Señor con particular esmero, y le amó, y hasta le sirvió de ayuda en sus estudios. Poco tiempo despues fué nombrado residente de aquella metropolitana iglesia, despues canónigo, en seguida obtuvo entre sus dignidades el título de primiciero, hasta que por fin se le nombró arcipreste en la misma iglesia arzobispal. Con todos aquellos oficios se ganó de tal manera el ánimo y el aprecio de aquel cardenal que le encontró hábil é idoneo para desempeñar los primeros cargos de aquella su vasta diócesis, por manera que le hizo visitador y vicario general de la misma, y presidente ó director de todos los conventos de monjas de Cristo, condecorándole ademas con el honorífico destino de prefecto de cámara del mismo cardenal. Elevado con tantos honores y empleos, gozaba de la mayor autoridad y privanza cerca el mismo prelado; por lo que, á ruegos de éste, en el año 1722 fué promovido por Inocencio XIII al obispado abelinense, otro de los sufragáneos de la silla metropolitana de Benavente. Por dos años seguidos gobernó y dirigió la grey que se le habia confiado con toda la vigilancia é integridad pastoral. Pero habiendo en 1724 sido elevado el mismo cardenal Ursino á la cátedra de S. Pedro, bajo el nombre de Benedicto XIII, pasó desde luego á Roma, á ponerse humildemente á los pies del nuevo pontífice. Benedicto XIII le recibió con la mayor cordialidad y benevolencia, conforme á la bondad de su carácter; y no permitió de manera alguna que Finio se ausentase de Roma, ni se separase del lado del Pontífice. Libre por algun tiempo de honores y dignidades permaneció en el palacio apostólico, fué promovido á la dignidad de prefecto de la cámara apostólica, y creado despues arzobispo damasceno, hasta que

por fin en 9 de Diciembre de 1726 fué nombrado otro de los cardenales presbíteros. Con todo estuvo por largo tiempo reservado *in pectore*, y no fué promovido ó preconizado tal hasta el dia 26 de Enero del año 1728. Entónces adquirió el título de *Sanctæ Mariæ in Via*, y entró en las congregaciones del Santo Oficio, de los obispos y de los regulares, del concilio tridentino, de la inmunidad eclesiástica, de los sagrados ritos, de las indulgencias, del exámen de los obispos, de la residencia de los mismos obispos, de la signatura de gracia, de la satisfaccion de misas y de los negocios consistoriales. Muerto el prelado Pitonio, que era asesor del Papa, sucedióle Finio en el mismo oficio de asesor, ó como suele decirse auditor de causas, y en esta importante y delicada magistratura permaneció durante todo el tiempo del pontificado de Benedicto XIII. Luego de seguida la muerte de éste, y en ocasion en que se suscitaron grandes turbulencias en Roma contra los que habian abusado de la facilidad de aquel Pontífice, no quedó íntegra la fama de su nombre, y muchos hablaban de él; con todo, jamas fué hallado culpable en lo mas mínimo. Y en la congregacion ó asamblea que promovió Clemente XII, sucesor inmediato de aquel Pontífice, para castigar ó reprehender aquellos que estaban tildados de tal nota, salió Finio enteramente ileso, é intachable. Dos veces asistió en el cónclave de cardenales, á saber; para la eleccion del mismo Clemente XII y de Benedicto XIV. Y cuando este último fué ascendido al Sumo pontificado, pasó á Nápoles, y separándose enteramente de los vaivenes de la córte, solo trató de hacer una vida verdaderamente piadosa. Usó de singular misericordia para con los pobres, y para volver á la misma pobreza de donde habia salido, dimitió liberalmente en manos del Papa todas las dignidades y honores eclesiásticos que habia obtenido de la liberalidad del Pontífice, y en lo sucesivo solo se distinguió por la integridad de sus costumbres. Renunciado el título que tenia de *Sanctæ Mariæ in Via*, pasó á obtener el de *Sancti Sixti*, despues el de *Sancti Petri ad Vincula*, y finalmente el de *Sanctæ Mariæ Transtiberim*. Murió en Nápoles en 5 de Abril de 1743, y fué sepultado en la iglesia llamada del *Nuevo Jesus*.—C.

FINNENO (S.) abad y confesor en Bretaña. El modo con que se hallan escritas las vidas de los Santos y personas célebres en las antiguas Crónicas, de donde únicamente muchas de ellas pueden extraerse, no permite presentar las noticias con aquel órden y regularidad que exige el género de las biografías. Los mismos Bolandos, que puede creerse apuraron todos los recursos y agotaron por decirlo así las fuentes de donde podian sacarse noticias para sus Santos, se ven muchas veces por falta de datos en la precision de omitir puntos y circunstancias notables, que no se encuentran en los antiguos códices que les sirven de norma; y esta es la causa que nos

obliga á presentar ciertas biografías como en esqueleto, otras como pirámides truncadas en su cúspide y en su base, otras por fin, que no pueden llamarse biografías, sino algunas noticias ó recuerdos tradicionales y á veces obscuros y vagos acerca de varios personajes antiguos, aun de aquellos que florecieron con alguna celebridad. La falta casi absoluta de crítica, la escasez de escritores contemporáneos, la demasiada aficion á lo maravilloso y á lo exagerado exigen muchas veces una rectificacion razonable y otras muchas una absoluta y discreta pretericion. No hay duda que Dios ha obrado siempre y obra muchos milagros en sus Santos, lo cual no puede negarse sin contradecir á la fe; pero al traves de tantos siglos de barbarie, de descuido, de ignorancia y de agitacion, ¿como será fácil discernir los verdaderos de los falsos, supuestos ó exagerados? De otra parte, la fidelidad del historiador exige que refiera lo que encuentra escrito, á ménos que raye á lo absurdo; y no hay duda que en muchos casos la relacion de hechos asombrosos y extraordinarios, aunque no se hallen ajustados al juicio, al buen criterio y á la verosimilitud (ya que nunca falta á las obras de Dios la oportunidad y la discrecion, aun en las mas prodigiosas y extraordinarias) encierran siempre una verdad histórica, cual es el espíritu de la época, la existencia de una virtud descollante y superior, el poder de la santidad para avasallar la razon, y el eco fiel de las tradiciones, que con mas ó ménos exactitud dan testimonio de una existencia famosa y privilegiada, verdadera en su conjunto, aunque no tan exacta en sus detalles y circunstancias. Siempre veremos en la relacion de las cosas increibles una razon para dar asenso á las creibles aun en el órden sobrenatural, en el cual ha de creer un católico. Santos hay, cuyos prodigios están atestiguados por la aclamacion universal de los pueblos, y que han recibido la sancion de la Iglesia. En estos nada hay que replicar para una conciencia católica. Mas hay otros personajes, de reconocida santidad, pero cuyos hechos extraordinarios no tienen mas apoyo que alguna antigua Crónica; y aun ésta se funda únicamente en la voz de la tradicion. Para estos, pues, queda reservada la discrecion individual y el propio criterio, que sin negar su existencia histórica puede dar mas ó ménos asenso á lo que de ellos se refiera. Porqué de otra parte la verdadera santidad no necesita para existir del recurso de los milagros (don gratuito de Dios que distribuye cuando y á quien le place segun los altos designios de su providencia); y muchas almas habrán existido en el retiro de un claustro ó en el rincon de una choza, obscuras y desconocidas al mundo, que brillarán como astros de primera magnitud en el hemisferio de la gloria. Así pues, como verdaderos católicos tenemos fe en el poder de Dios y en la palabra de su Iglesia, y hasta prestamos fe humana y racional á todos los rasgos de este poder que se han manifestado en sus servidores en todos

tiempos, por medio de la suspension de las leyes ordinarias y naturales, cuando estas manifestaciones, innegables para todo cristiano, se apoyan en aquel grado de autoridad que merece un discreto y razonable asenso; pero dejamos al arbitrio de cada uno la credibilidad de aquellos hechos, que mas bien explican el espíritu de una época, y el candor y sencillez de aquella caridad que *todo lo cree*, que la realidad histórica en todo su rigor. Porqué no queremos pasar ni por crédulos ni por incrédulos, sino por creyentes, y repetimos con el Apóstol que nuestra fe ha de ser siempre racional, *rationabile obsequium vestrum:* sujecion de la razon á lo que está sobre ella, pero no contra ella, pues la Religion es el reflejo de la razon en el órden sobrenatural. Hemos creido indispensables estas salvedades (y valgan estas para todos los casos) porqué precisados á transcribir muchas veces noticias vagas y obscuras, tradiciones incompletas, y hasta especies incoherentes, no se crea que hablamos como rígidos historiadores, sino como sinceros y fieles intérpretes de lo que nos ha dejado la antigüedad ya sea por escrito, ya por tradicion. Por el modo con que nos expresamos ya puede conocerse el asenso que damos á lo que decimos, y el que tenemos derecho de exigir de todo lector católico y razonable. Bajo este punto de vista escribimos: cualesquiera otros sentimientos que se nos atribuyan, por cualquier extremo que sea, serán ó supuestos ó mal comprehendidos. Volvamos pues á nuestro Santo, del cual dicen las *Crónicas de S. Benito* que desde su niñez tuvo don de hacer milagros, algunos de los cuales se refieren con la mayor candidez. Dícese que cual otro Moysés hizo salir de cierto sitio una fuente caudalosa; que siendo mancebo, y estorbando una gran laguna la edificacion de un monasterio, mandó á sus aguas que corriesen hácia el mar, y que así sucedió, obedeciendo las corrientes á la voz imperiosa del Santo, y dejando seco el sitio: en donde se edificó no solamente el monasterio que él deseaba, sino muchas poblaciones. Recibió el hábito del P. S. Benito, y fué abad, y extendió la observancia de la santa regla felicisimamente en aquella isla, habiéndole dado licencia el rey Modoracho para edificar monasterios en donde quisiese, lo cual recompensó Dios al Rey y á su reino con innumerables beneficios. Vuelven aquí á referirse una serie de raros y ruidosos prodigios con que Dios premió á aquel Monarca por medio de S. Finneno. Estaban en guerra los sajones con los de Bretaña, y eran dentro de ella vencedores; porqué, segun dice el P. Flórez, despues que la Isla británica se vió desamparada de los romanos, y sin fuerzas para resistir las invasiones de los escoceses, y á los irlandeses, llamaron en su defensa á los alemanes anglo-sajones, de los pueblos Ánglen y Ánglesen, los cuales atraidos por la bondad de la tierra y su benigno cielo hicieron allí asiento; y sujetando poco á poco la isla, desde el año 450 no solo se hi-

cieron dueños de ella, sino que la inficionaron con la supersticion del gentilismo, en que ellos vivian; y quitándole el propio nombre antiguo, le dieron el suyo de ingleses é *Inglaterra*. En una pues de estas luchas los sajones robaban y mataban á cuantos se les ponian delante. S. Finneno, para calmar tanto estrago, les rogó que cesasen en aquella crueldad; y no habiendo podido conseguir nada con ruegos, refiere la Crónica que oró á Dios y le pidió que los montes cercanos á un valle en donde estaba el ejército victorioso cayesen sobre ellos, lo cual le concedió su Divina Majestad, y cayendo los montes, quedaron todos oprimidos. Añade, que resucitó á un hijo del rey Tuhalo, quien, movido por este milagro, dispensó muchos bienes á los de Bretaña. Léese tambien, que siendo ya viejo se le cayó una vez un diente, y fué manifestado á sus devotos con un rayo de luz, y le guardaron y veneraron como reliquia; que los ángeles le servian y asistian cuando caminaba, y que obró otras maravillas. La observancia de la regla del gran P. S. Benito se extendió en casi toda la Irlanda, á la cual se adaptaron fácilmente todos los monjes y conformaron con ella las constituciones que hasta entónces habian observado. Murió este Santo en el año 565.—J. R. C.

FINOTTO (Cristóbal) religioso somasco. Nació hácia el año 1570 en Venecia; abrazó siendo jóven la vida monástica, y cultivó en el claustro su gusto decidido por la literatura. Habiendo pronunciado en 1606 el elogio fúnebre del dux Marino Grimani, el senado atestiguó su satisfaccion al orador confiriéndole el título de profesor de bellas letras. Á mas estuvo otras dos veces encargado oficialmente en 1618 de las oraciones fúnebres del dux Nicolas Donato, y en 1630 de Juan Cornaro. En este intervalo habia recibido el laurel doctoral en el derecho civil y canónico. Los estudios graves no le distrajeron de su pasion á las musas latinas. Sus versos fueron recogidos con este título: *Parnassi violæ; odarum, disticorum, et anagrammatum, libri tres*, Venecia, 1617, en 8.°. Este tomo, que es muy raro, se halla citado en el catálogo de la biblioteca real, X, 2,261. El *Manual del librero* indica una edicion de 1619, que no debe ser muy abundante. Publicóse tambien una coleccion escogida de varias *Oraciones* ó *discursos* de este mismo escritor, Venecia, 1647, en 8.°. Finalmente, en el número de estas oraciones se distingue la que se titula: *De laudibus Aristotelis*.—G.

FINTAN (S.). Varios Santos se leen en las Crónicas y *Vidas* de este mismo nombre, que es muy fácil el confundir por la poca precision y por la vaguedad de los datos de donde nos vemos precisados á entresacar y coordinar las noticias, y de que mas de una vez nos hemos quejado. Raya á veces á lo imposible deslindar en diversas Crónicas las noticias que pertenecen á un mismo Santo, y es preciso á veces ocupar largas horas en investigaciones

enojosas y por lo comun inútiles, que podrian ocuparse con mas ventaja en el extracto de noticias mas á propósito para la formacion de las biografías. Pero es indispensable sujetarse muchas veces á tan penosa inquisicion, atendido el estado en que se hallan y el poco método y falta de órden y de exactitud con que fueron escritas muchas viejas Crónicas y *Vidas* de Santos. De los Santos, pues, de este nombre nos ocuparémos en primer lugar de S. Fintan, por sobrenombre Munnu, abad de Irlanda, de quien se lee que siendo descendiente de una ilustre familia de Nial, supo ya en su juventud abandonar los atractivos engañosos del mundo, y renunciar á todas las ilusiones del porvenir que promete pérfidamente á sus secuaces, deseando consagrarse todo á Dios en la vida penitente del claustro, y tomar el hábito en el gran monasterio de Hij bajo la direccion y disciplina de S. Columbo. Pero el Señor, si bien se dignó admitir con agrado el voluntario y entero sacrificio de su inocente corazon; con todo, como le tenia predestinado para mas altos designios, previno la ejecucion de aquel proyecto, y Fintan, despues de la muerte de S. Columbo, se embarcó otra vez para Irlanda, en donde fundó un gran monasterio, del cual por su eminente santidad y rara doctrina llegó á ser abad. Este monasterio tomó el nombre de su fundador, y se llamó *Teach-Munnu*: estaba situado á la parte meridional de Léinster, en el territorio de Kinselach, y se hizo famoso este gran Santo por sus virtudes, milagros y gran número de discípulos. Los *Anales* de Tigernach colocan su muerte á principios del siglo VII, esto es, á 31 de Octubre del año 634, y en el antiguo *Breviario* escoces se hace conmemoracion de él con el nombre de S. Mundo abad. Puede verse á Usher, á S. Adamnan en la *Vida* de S. Columbo, á Colgan en sus *Actas de los Santos de Irlanda*, y la *Britania Sancta*.—C.

FINTANO (S.) obispo Cluainfertense. En las Crónicas de la Órden benedictina se hace mencion de este Santo prelado, del cual se dice únicamente que fué irlandes, y que siendo abad del monasterio Cluin-Ednech, en la provincia de Lagisia, por la grande fama y reputacion de su santidad y méritos fué promovido á la dignidad episcopal. Nótase entre sus virtudes un celo extraordinario para las alabanzas de Dios y para su culto divino en el coro, en donde se le glorifica por medio de los cantos sagrados, imitando en la tierra el augusto ministerio de los coros angélicos en el cielo, que alaban incesantemente con sus cánticos inmortales la infinita grandeza y majestad de Dios; y se hace observar asimismo como una cosa notable, que Dios le alargó la vida para que la emplease en tan santos oficios hasta la edad de ciento treinta y cinco años que dice la historia que vivió, dejando en blanco empero el año en que pasó su alma á la eternidad para recibir su corona.—R.

FINTANO (S.). Otro Santo de este nombre se halla, abad, y discípulo de S. Colgano; abad tambien del monasterio de Benchor en Irlanda: escuela en donde aprendió virtudes y letras, saliendo tan aprovechado que mereció ser tenido por apóstol y misionero de la provincia de Calathmagh, en donde á fuerza de predicacion acompañada de portentos obligó á aquellas gentes bárbaras á sujetarse al yugo de la fe. En aquellos tiempos continuaba aun en muchos puntos de nuestra Europa, como continúa ahora en otras partes del mundo, la predicacion evangélica, y la Religion cristiana iba conquistando para la fe y la civilizacion las regiones bárbaras aun que se extendian por nuestros vastos territorios. Cuando se anuncia por primera vez la palabra de Dios, ya cuida éste de confirmarla con prodigios, si es necesario; continúa el fervor de la predicacion apostólica como en los primeros años de la Iglesia, y el poder de los propagadores de la fe, que es el poder de Dios, es el mismo que en tiempo de los Apóstoles. La tibieza y la indolencia en que ha caido entre nosotros el cristianismo nos hacen mirar como lejanas y casi increibles aquellas épocas de fe y de fervor; y sin embargo, la Religion de Jesucristo conserva siempre en un punto ú otro del globo la lozanía y robustez de la infancia y de la juventud, por mas que la corrupcion y el vicio la hagan parecer decrépita y gastada en otros lugares. Casi todos los Santos de que tratamos se refieren á los siglos VI y VII, en que se evangelizaba todavía gran parte del mundo conocido; y es notable que la historia atribuya á todos estos fundadores y patriarcas una respetable longevidad, por convenir así á su gloria y á la salud del mundo, pues refiere de este Santo abad, que lleno de merecimientos, despues de haber vivido ciento y sesenta años, murió en el de 680.—C. R.

FINTANO (S.) monje, presbítero y confesor en Escocia. Otro de los Santos de este nombre, si bien anterior á los primeros, hallamos en las historias, rarísimo, segun ellas, en santidad, milagros y espíritu de profecía. Era tal la celebridad de este Santo, que como á Santo Domingo de Gúzman, aun ántes de nacer se le supone predestinado del cielo, pues se refiere que apareció un ángel á su madre y le dijo que se retirase á la soledad, porqué habia de parir un niño que seria muy santo; que salió del poblado, y permaneció siete dias debajo de un árbol, viviendo de una manera celestial, despues de los cuales realmente dió á luz un niño, que llevó en el octavo dia á un varon de Dios, el cual habitaba en Duain; le bautizó, y despues le tuvo consigo, adiestrándole con la doble doctrina de la virtud y de las letras, hasta que despues viendo sus excelentes disposiciones le dió el hábito de monje. En su juventud para santificarse mas resolvió buscar los mejores maestros de perfeccion, y entre otros á S. Columbo, abad insigne en aquel tiempo. Estando éste cercano á la muerte tuvo revelacion de

que Fintano se dirigia á su monasterio, y dijo á Bataneo, que le sucedió despues: «Luego que yo fallezca, llegará á este monasterio un hermano monje, y te pedirá que le admitas entre los demas monjes de tu comunidad, y le dirás que Dios le tiene destinado para que sea padre de muchos monjes en Irlanda, á donde le enviarás.» Cumplióse la profecía, porqué fué despues padre de muchisimos monjes que instruyó segun la regla del P. San Benito, é hizo célebre su nombre en Irlanda, Escocia, Alemania, Francia y toda Europa. Este pasaje parece guardar alguna coincidencia con el de la vida del otro S. Fintan, en la que se dijo de aquel Santo, que si bien deseaba consagrarse á Dios en un monasterio bajo la direccion y disciplina de S. Columbo, el Señor previno la ejecucion de aquel proyecto, y Fintan despues de la muerte de S. Columbo se embarcó otra vez para Irlanda, en donde fundó un gran monasterio. Con todo, á pesar de esta coincidencia, este parece ser un Santo distinto, por cuanto discrepa la fecha de la muerte de entrámbos de casi un siglo, y difiere tambien el nombre del monasterio que despues uno y otro fundaron en Irlanda. Hecha esta sencilla observacion, para que no se crea que nos pase desapercibida, prosigamos. Habiendo fundado S. Fintano el monasterio Cluasin-fenoch, añadió á su regla tantas mortificaciones y asperezas, que le mandó Dios por medio de un ángel, que dispensase de algunas; lo cual hizo con los demas, pero no consigo. Refiérese de S. Fintano, que tenia en su monasterio dos monjes gemelos, ó nacidos de un parto. Murió el uno estando ausente el otro, y al volver le halló en un ataud para enterrarle. Y movido del dolor de la muerte de su hermano, y por divina inspiracion, se fué á S. Fintano y le dijo con la mayor humildad: «Padre, si me dais licencia, yo quisiera morirme, y que me enterrasen con mi hermano.—Bien haceis, le dijo el Santo; venid conmigo.» Llegóse al difunto, y le mandó que se levantase; y habiendo resucitado, habló á su hermano diciéndole: «Hermano mio, ya que tienes licencia y bendicion de nuestro abad, permitirá Dios que los mismos ángeles que vinieron por mi alma, llevarán consigo tambien la tuya.» ¡Cosa admirable! Al momento se acomodó el uno con el otro, y los dos espiraron, y fueron á gozar de Dios. Preguntándole una vez sus monjes, ¿qué utilidad se sigue á los difuntos de que sus cuerpos sean enterrados en los templos, cerca de los Santos? respondió: «Creemos y confiamos en Dios, que éstos por los méritos de los Santos y por honra suya no serán atormentados en el dia que fueren juzgados, y que los Santos pedirán y alcanzarán misericordia de Dios para las almas de aquellos que aquí se enterraron.» No hay duda de que era una piadosa costumbre el depositar en los templos los restos mortales de los fieles finados; pero si miras de pública salubridad hicieron variar esta costumbre, no dejan de

ser los cementerios unos asilos religiosos y pios para contener los cuerpos de los cristianos difuntos, que segun nos manda creer la Religion, solo aguardan el dia de la resurreccion universal para unirse con sus almas, y vivir para la eternidad. Otros muchos prodigios se refieren de S. Fintano, y entre otros, que faltando un dia la comida para los monjes, fué allí llevada milagrosamente, lo cual se atribuia siempre al ministerio de un ángel; pero es lo cierto que la Providencia Divina ha renovado siempre con frecuencia semejante prodigio en muchas casas de beneficencia y de comunidades religiosas que viven de la pública caridad. ¡Cuántos milagros hay de esta suerte que pasan desapercibidos entre nosotros, y que son no ménos dirigidos por el dedo de Dios! Finalmente, lleno de merecimientos y con las debidas preparaciones pasó nuestro Santo de este valle de lágrimas á mejor vida y á los goces eternos en un dia 17 de Febrero, en el cual se celebra su memoria; deduciéndose de las Crónicas que floreció en el año de 560 de nuestra era. Albano Bútler habla de un S. Fintan abad de Cluain-Ednech, (que Usher interpreta Yvy-Cave-) en la diócesis de Léthglean en Léinster durante el siglo VI. Añade que tuvo por discípulo á Comgal, que fundó la abadía de Benchor y fué maestro de S. Columbano. Y hace la observacion que Colgan reconoce veinte y cuatro Santos irlandeses con el nombre de Fintan; pero acaso todos estos, dice, fueron uno solo venerado en distintos lugares: bien que reconoce la existencia de otro S. Fintan por sobrenombre Munnu, de quien hemos hablado ya, y que es honrado en 21 de Octubre, refiriéndose últimamente á Colgan, Usher y Henschenio. Es de notar que muchos Santos que se conoce ser los mismos por el nombre, gerarquía, fechas y circunstancias de su vida se hallan en Crónicas de distintas religiones, reclamándolos cada cual como á suyos. Así sucede con S. Fintano, que le hallamos continuado en las Crónicas benedictinas y en las de la Órden de S. Agustin, reclamándole cada cual como Santo de su Órden. La antigüedad de estos dos institutos y su vasta propagacion por el mundo católico en aquellos remotos siglos hacen muchas veces casi imposible la designacion cierta de muchos Santos que en los mismos florecieron. La Órden de los ermitaños de S. Agustin remonta hasta el siglo IV, pues fueron instituidos junto á Milan, trasladados á África, establecidos en Tagaste y poco despues en Hipona en el huerto que el obispo Valerio dió al Santo patriarca para este efecto; y los canónigos reglares de S. Agustin fueron instituidos por el Santo en Hipona, despues de ser obispo. La historia nos refiere que ya en el siglo V los vándalos, que eran sectarios del famoso heresiarca Arrio, entraban á sangre y fuego en los monasterios agustinos de ámbos sexos. Los benitos, ó monjes benedictinos tuvieron su origen en el siglo VI, teniéndole tambien en S. Benito que puede llamarse el fundador de los monjes de

Occidente. Su primer monasterio fué el de Monte Casino. S. Gregorio Magno en el año 595 aprobó su regla ó instituto en un concilio romano; y desde el de Constancia se multiplicó tanto esta religion, y se ha hecho tan ilustre en el orbe cristiano, que segun el célebre Agustino Flórez se cuentan en ella cincuenta y cinco mil cuatrocientos sesenta Santos, treinta y cinco papas, doscientos veinte cardenales, mil ciento sesenta y cuatro arzobispos y tres mil quinientos doce obispos. « Sin hablar de S. Antonio, padre de los cenobitas, dice M. de Chateaubriand, de S. Pablo primer ermitaño, ni de Sta. Sinclética, fundadora de los monasterios de monjas; sin detenernos en el Órden de S. Agustin, que comprehende todas las comunidades conocidas bajo el nombre de *Regulares*, en el de S. Basilio, que encierra todos los religiosos y religiosas del Oriente; la regla de S. Benito reune la mayor parte de los monasterios occidentales ...» Pero la regla de S. Agustin se extendió por Oriente y por Occidente. S. Columbano, abad de Irlanda, fué fundador de unos monjes que se llamaban de S. Columbano; y este Santo, que segun la historia, fué el que principalmente convirtió la Escocia á la fe y que fundó allí un monasterio, cuyo abad se dice tenia jurisdiccion sobre muchos obispos (órden que despues se extendió mucho en Inglaterra), fué seguramente el mismo S. Columbo de quien hemos hablado en el principio de este artículo, y que fué maestro de nuestro S. Fintano. Las *Crónicas agustinianas* no añaden cosa notable á la vida de este Santo, y tan solo se extienden algo mas acerca de algunas de las circunstancias que dejamos ya indicadas. En cuanto á la grande fama de santidad é increibles progresos del monasterio y del Santo dice: « Voló luego la fama de la virtud y santidad de Fintano, siervo de Dios, por todas aquellas tierras; y muchos de diversas provincias de la Hibernia vinieron á él, y se hicieron monjes, y guardando la regla que el Santo profesaba con todo rigor, llegaron á ser grandes Santos. » Al tratar de la vida laboriosa que llevaban, se expresa en estos términos: «Trabajaban de manos á sus horas aquellos monjes, como lo hacian nuestros primitivos Padres (los regulares de S. Agustin) en el África, cavaban la tierra, y se privaban de todo alimento de substancia de carne, manteniéndose de yerbas y legumbres, y siendo asombrosos por la rigidez y austeridad de su vida, de la cual se admiraban hasta los Santos religiosos que vivian cerca de aquel monasterio, los cuales probaron, bien que en vano, el persuadir á San Fintano que relajase algun tanto el rigor de la disciplina con que tenia sujetos á sus monjes.» Para lo cual, se extiende el cronista en referir algunos casos en los cuales se ve clara la intervencion del cielo para que S. Fintano no relajase en lo mas mínimo el rigor ni la aspereza de su disciplina. Atribuye asimismo á este Santo el don de profecía y el de penetrar las disposiciones interiores del corazon de varios sugetos

que se presentaban al monasterio para pedir el santo hábito: tambien le supone dotado del don de hacer milagros y de curar toda suerte de enfermedades. Finalmente, dice, no hay capacidad humana que pueda ponderar la caridad, humildad y mansedumbre que tenia este glorioso Santo con los prójimos, y la severidad y aspereza que usaba consigo mismo, la abstinencia, los ayunos, las vigilias; siendo toda su vida una fidelísima práctica de los divinos preceptos. Y llegada la hora en que habia de morir, mandó convocar todos los religiosos, y muchos santos varones que vivian cerca de aquel convento, que vinieron á visitarle, y eligió por sucesor suyo en la abadía á un Santo religioso llamado Fintano Meldubio; bendijo despues al pueblo, y recibido el Sagrado Viático con transportes de santo júbilo, entregó su alma dichosa al Criador en el dia 17 de Febrero del año 595: dando el cielo claras muestras de que habia ido á gozar del reposo eterno. El cronista agustiniano insiste por última vez en que S. Fintano era abad de su Órden, y lo funda en que todos los autores le tienen por discípulo de S. Columbo abad; y no hay autor, añade, que con fundamento pueda decir que ántes de dicho S. Columbo abad haya entrado religion de benitos en la Hibernia, y que haciéndose el cómputo de los años se verá como todos los abades y fundadores de aquellos tiempos solamente pudieron dimanar de S. Patricio de la Órden agustiniana. De la misma manera pretende el cronista agustiniano que pertenece á su Órden S. Finano, obispo lisdisfarnense en Inglaterra, de quien hemos hablado poco ha, y que los benitos quieren tambien por Santo de su Órden. Refiere de él las mismas circunstancias, añadiendo tan solo que escribió algunas obras importantes, especialmente un libro sobre los *Ritos de la Pascua*, que fué muy celebrado por aquellas tierras; fijando el dia de su dichoso tránsito en 17 de Febrero del año 661. Y es de notar que el cronista agustiniano funda el ser S. Finano de la Órden de S. Agustin, y no de la benedictina, en las mismas razones en que fundó lo mismo acerca de S. Fintano; es decir que S. Aydano, Finano y Colmano no pueden ser del Órden de S. Benito, sino que son discípulos de S. Columbo, abad del monasterio huense, é introdujeron la vida monacal que profesaron, que era la de S. Patricio y por consiguiente de S. Agustin, en toda la Nortumbría, y de aquel monasterio salieron todos los conventos de la Hibernia y la Albania. Y se refiere por último á la autoridad de Juan Bolando de la Compañía de Jesus.—J. R. C.

FINTENO ó FINTÉNUS, obispo de Lindisfarne, en Inglaterra. Vivia á fines del siglo VII. Este prelado sostuvo de palabra y por escrito que debia celebrarse la fiesta de Pascua el dia 14 de la luna á la caida de un dia de domingo, contra la costumbre de las demas Iglesias, que la celebraban en el domingo siguiente. Finteno se apoyaba para sostener su opinion en las anti-

guas tradiciones de la iglesia de las Islas Británicas, la cual ántes que Gregorio *el Grande* enviase allí al monje S. Agustin seguia la costumbre de la iglesia de Ásia. Citan á este obispo: Beda, *Lib. 2 y 3 Historia angl.*; Usser, *Britan. eccles. ant.*—U.

FIOCCO (Andres Domingo) en latin *Flóccus*, canónigo florentino; murió en 1452. Se dió á conocer por una obra atribuida por algun tiempo á Lucio Fenestella, escritor del siglo de Augusto, y cuyo nombre se encuentra con frecuencia citado en las obras antiguas. Es conocido como historiador porqué le mencionan Suetonio, Plinio *el naturalista*, Censorino, Fulgencio, Tertuliano y S. Gerónimo. Este último le atribuye varias obras escritas en verso. Plutarco, Lactancio, Diomédes, Tranquilo en la *Vida de Terencio*, Prisciano, Macrobio y Nonio han elogiado sus talentos; así es, que juzgando por lo que han dicho los antiguos de Fenestella fué un error atribuirle la obra de Fiocco, porqué está muy léjos de merecer tantos sufragios atendido la corta ilusion que produce. Esta obra titulada: *De romanis potestatibus, sacerdotibus et magistratibus libri duo*, se publicó primero bajo el nombre de Fenestella, sin fecha, ni lugar de imprenta, en 4.°; despues en Milan, en 1477, en 4.° pequeño. Esta edicion, la mas buscada entre el gran número de reimpresiones que se han hecho, no es sin embargo segun Marólles la mas antigua. Julio Witsius, jurisconsulto de Brúges, fué el primero que la publicó bajo el verdadero nombre del autor, Ambéres, 1561, en 8.°. Finalmente, forma parte de muchas colecciones mas ó ménos estimadas, y fué traducida al italiano por Fr. Sansovino, Venecia, 1547, en 8.°.—O. R.

FIOL (P. N.). Amat en su *Diccionario de autores catalanes* le cita como autor de un libro titulado: *Casos raros*, en 8.°; pero no indica el lugar de la impresion, ni dice tampoco donde nació Fiol, ni se sabe la época en que vivia.—O.

FIORAVANTI (Gerónimo) en latin *Floravántius*, jesuita. Nació en Roma en 1555; abrazó el Órden de S. Ignacio de Loyola á la edad de diez y siete años, y algun tiempo despues le encargaron la enseñanza de la retórica y de la teología en varios colegios. Habíase dedicado muy particularmente al estudio de las lenguas, y hablaba con bastante perfeccion y mucha facilidad el italiano, el latin, el griego, el hebreo, el árabe y el siríaco; de modo que era cosa verdaderamente prodigiosa y que llamó la atencion y escitó los elogios de cuantos le conocian. Fueron recompensados sus talentos con el empleo de rector del colegio de los ingleses y despues del de los maronitas en Roma. El papa Urbano VIII, que demostró siempre mucha estimacion por Fioravanti, le eligió por confesor suyo. Este sabio religioso murió en Roma en 9 de Octubre de 1630 á la edad de setenta y cinco años. Tenemos de él: 1.ª: *De beatissimâ Trinitate libri III; primus contra hæreticos; secundus*,

scholasticos ; tertius , gentiles. De cuya obra se han hecho un gran número de ediciones. La primera se publicó segun Buneman en 1604, pero no indica ni el tamaño , ni el lugar de la impresion. La segunda salió á luz en Maguncia , 1616 , en 4.°. La tercera es de Macerata , 1618 , en 4.°. David Clemente dice , que esta es muy rara. Finalmente la cuarta es de Paris , 1624 , en el mismo tamaño. 2.ª : *Explanatio in nonnulla sacræ Scripturæ loca* , Ambéres , imprenta de Moreto. 3.ª : Una *Suma compendiada de la teología moral* , que quedó manuscrita.—J.

FIORAVANTI ó Floravántes (Benito) sacerdote. Ha sido el editor de la coleccion de las monedas papales publicada con este título : *Antiqui Romanorum pontificum denarii , à Benedicto XI ad Paulum III , editi à Joanne Vignolio , tertiâ sui parte aucti , et notis illustrati* , Roma , 1734-38 , dos tomos , en 4.°. La obra de Vignolio publicada en 1709 se habia hecho muy rara. El primer tomo contiene las monedas de los papas desde Adriano I , año 772 , hasta Pascual II , 1099. En el otro se encuentra la continuacion con algunas medallas que traen la inscripcion : *S. P. Q. R.* Las del primer tomo son en número de cincuenta bastante bien grabadas al buril , pero hay un gran número de papas cuyas monedas están en blanco.—U.

FIORDIBELLO (Antonio). Nació en Módena hácia el año 1510 de una familia muy antigua y distinguida. Se entregó primero al estudio del derecho por deferencia á la voluntad de su padre ; pero atendido lo poco que adelantaba en esta ciencia , determinaron no oponerse á la grande inclinacion que manifestaba por la literatura. Era de edad de veinte y tres años cuando el célebre Sadoleto , entónces obispo de Carpéntras , le ofreció el empleo de secretario suyo. Este sabio prelado desenvolvió muy luego las raras disposiciones del jóven Fiordibello y se complació en cultivar su talento. Encargóle la *Oracion fúnebre* del papa Clemente VII , y esta obra maestra compuesta y aprendida de memoria en el espacio de algunos dias fué aplaudida extraordinariamente. Fiordibello acompañó á Roma al sobrino de Sadoleto , que iba á presentar sus homenajes al nuevo Pontífice , y residió algunos años en la capital del mundo cristiano para aprovecharse de los ricos manantiales que ofrece en sus colegios , en sus universidades y en los muchísimos sabios que en todas épocas han allí florecido. En 1538 se trasladó á Padua con el deseo de seguir las lecciones de los célebres profesores que entónces contaba aquella universidad , y fué acogido por Bembo con señales inequívocas de la mas tierna amistad. En 1541 se fué otra vez al lado del obispo de Carpéntras , de quien nunca jamas volvió á separarse. Regresó á Roma en 1542 con su ilustre protector , y le acompañó á Francia cuando Paulo III le diputó cerca de Francisco I para procurar que este príncipe terminase las disputas que tenia con Cárlos V. La muerte de Sadoleto privó á Fiordibello de su único apoyo. El respeto que conservó por su memoria

le obligó á emprender un nuevo viaje á Carpéntras con el único y exclusivo objeto de recoger sus cartas, de las cuales publicó una excelente edicion en Leon de Francia, en 1550, precedidas de la *Vida de Sadoleto*: obra en que procuró expresar todo su reconocimiento por su bienhechor. Fiordibello gozaba de algunos beneficios, bien que hasta entónces no habia abrazado el estado eclesiástico. Por fin, tomó sagradas órdenes á la edad de treinta y nueve años, y acompañó al cardenal Crescenzi en calidad de secretario al concilio de Trento. Allí encontró ocasion para hacerse admirar por su elocuencia de aquella augusta asamblea, contestando á los discursos dirigidos á los legados en nombre de los obispos de Alemania. Despues de la muerte de Crescenzi se unió al cardenal Polo, y le acompañó á Inglaterra en la época del advenimiento al trono de la reyna María. Hallábase de regreso á Roma en 1557; y en el año siguiente el Papa le nombró para el obispado de Avello, en el reino de Nápoles, del cual hizo dimision al cabo de tres años por razon de no poder residir en su diócesis, atendido el cargo que se le confió en las oficinas de la secretaría apostólica. Retiróse á Módena en 1567, y murió en el mismo año en 25 de Abril á la edad de cerca sesenta y cuatro años. El abate Costanzi escribió su *Vida* con tanta exactitud como elegancia: «no debemos admirar, nos dice Wéis, de quien hemos tomado estas noticias, que no haya dejado mas que algunos *Opúsculos*, pues los empleos que constantemente tuvo que desempeñar no le permitieron entregarse por su gusto al estudio tanto como deseaba.» Conocemos de él: 1.°: *Ad Carolum V, romanorum imperatorem oratio*, Roma, 1536, en 4.°; y Léyden, 1609. Compuso este discurso con motivo de la llegada del Emperador á Roma, pero se ignora si fué pronunciado. 2.°: *Oratio de concordiâ ad Germanos*, Leon de Francia, 1541, en 4.°. 3.°: *De autoritate ecclesiæ liber*, Leon de Francia, 1546, en 4.°. 4.°: *Oratio ad Philippum et Mariam reges de restitutâ in Angliâ religione*, Lovayna, 1545, en 4.°. Los tres últimos discursos fueron impresos con las obras de Sadoleto, Maguncia, 1607, en 8.° y Rocabertí insertó el titulado: *De autoritate ecclesiæ*, en su *Bibliothèque pontificale*. 5.°: *Oratio in funere Jacobi Arbutnothii*, Leon de Francia, 1543, en 4.°. 6.°: *De vitâ Jacobi Sadoleti commentarius*. Este libro ha sido reimpreso en las diferentes ediciones de las *Cartas* de Sadoleto. 7.°: *Epistolæ*. Las *Cartas* de Fiordibello se hallaban diseminadas en las colecciones de aquel tiempo; pero el abate Costanzi se dedicó á reunirlas y las publicó en un tomo. 8.°: *Adversaria seu formulæ pro epistolis pontificiis conscribendis*. El manuscrito autógrafo de esta obra se conserva en la *Biblioteca ambrosiana*.—J. M. G.

FIN DEL TOMO SEXTO.

ESTANTE 18
Tabla 7.ª
N.º 1

1

BIOGRAFIA

ECLESIASTICA

6

13.514

F